Familia
No 1
El semanario que puede entrar a todos los hogares
ESTE NUMERO CONTIENE:
VIDA Y CONFESIONES DE GABRIELA MISTRAL, por M. Munizaga.
El Idolo Chino, novela corta, completa, en este número.
LA SERPIENTE AMARILLA, novela, por EDGAR WALLACE.
Moldes gratis, tejidos, labores, ropa de niños.
Numerosas páginas en colores con modelos de otoño.
PRECIO:
$ 1.40

Los artefactos a GAS son indispensables en en el hogar moderno.

Sus cualidades de
LIMPIEZA
RAPIDEZ
ECONOMIA Y
SEGURIDAD.

los hacen destacarse con innegables ventajas sobre los sistemas similares.

VISITE NUESTRA EXPOSICION.
FACILIDADES DE PAGO.

COMPAÑIA DE CONSUMIDORES DE GAS DE SANTIAGO.

Santo Domingo 1061. — Teléfonos 82121-22.

Este primer número

Al entregar a Ud., querido lector, este primer número de "FAMILIA", no vamos a tener la pretensión de bosquejar un dilatado programa y hacer vagas promesas. Podemos asegurarle, sí, que cada número de este nuevo semanario evidenciará un progreso. Ferviente anhelo de la dirección será que Ud., lector, se interese por esta revista que nace para servirle y entretenerle; que Ud. coopere con sus ideas y sus colaboraciones; que cuando ella caiga a sus manos, sepa encontrar en sus páginas la resolución de aquellos problemas que le preocupan a Ud., constantemente; que al contarse como favorecedor de la revista, se acerque a su redacción, porque "FAMILIA", debe, en todo caso, reflejar el alma de la familia chilena.

Hecha en Chile, por periodistas y obreros chilenos, esta revista, como Ud. puede verlo volviendo sus páginas, sale al encuentro de un creciente deseo de los lectores chilenos, en el sentido de tener sus propias publicaciones. Siga, pues, favoreciéndonos, que, por nuestra parte, ofreceremos a Ud. en el segundo número de "FAMILIA", otro ejemplar tan útil como éste.

Amor Belleza Etiqueta Niños

La misericordia de las pequeñas acciones

A veces son tan insignificantes, que sólo un ojo fino puede percibirlas. Pero, ¡cuánta belleza entrañan! ¿Es que son solamente acciones? No. A veces son una frase, menos aun: una palabra. Y suelen ser una mirada y hasta un silencio. Pequeña acción de escuchar, pequeña acción de consolar, pequeña acción de acompañar, pequeña acción de animar. Todas ellas como riqueza de ciertas almas e irradian'o su luz de faro para enderezar rumbos de vidas maltrechas.

No es necesaria la otra riqueza, la material, a estas almas. Generalmente su don es simplemente de espíritu y es mayor que el otro, hecho a veces con indiferencia o por rutina. El dinero se da a obras benéficas — mayor suma, menor suma—, por generosidad, por una especie de obligación social que responde a ciertos pedidos, por caridad. Hay el otro don directo, la familia que se protege, la moneda que se deja caer en la mano de un mendicante. Y todo es gesto que "no" nace del espíritu.

En cambio, ¡qué dulce y efectivo es el interés por las cuitas ajenas, el oír las penurias de cada cual, el tratar de poner orden en un alma atormentada que no puede ver claro en sí misma, el decir la palabra cálida y comprensiva, el hacerse presente en los momentos de soledad, el saber callar cuando la emoción ahoga, el saber expresar en una mirada el eco que otra alma tiene en nosotros!

Tan poco ¡y qué bien realizado! Vamos de prisa, envueltos en nuestros afanes, preocupados de nosotros mismos, mirando sólo los intereses que nos conciernen. Sabemos que al lado hay dolores, hay miserias, hay complicaciones de todo orden. No queremos detenernos. El egoísmo aquí y la pereza acá van a nuestra derecha y a nuestra izquierda, acompañándonos. ¡No hay que detenerse! ¡Hay que andar! ¡Hay que andar! Dejamos, de paso, una moneda allí, una suma allá. Con esto los escrúpulos se adormecen y seguimos adelante, tras de nosotros mismos, con los dos compañeros que no nos abandonan. Egoísmo. Pereza.

No es posible abroquelarse así. No hay excusa para tal actitud. Lo propio en trabajos, en sufrimientos, lo que nos concierne directamente, puede ser una montaña agobiadora. Pero si miramos en torno, si prestamos oído a los demás, veremos que siempre, nuestro caso es mínimo al lado de los otros que nos rodean y que ignorábamos. Y entonces, seguramente, por muy endurecido que esté el broquel de indiferencia, nos desprenderemos violentamente de los dos compañeros que nos sujetan y emprenderemos esa obra de la misericordia, de las pequeñas acciones que, hacia afuera ha de redundar en bien para los demás y, hacia adentro, en una paz deliciosa de conciencia.

BIBLIOTECA NACIONAL

Familia

semanario que puede entrar a todos los hogares.

Editado en Santiago para toda la República

En venta todos los miércoles

N.o 1- 29 de mayo de 1935

Sumario:

"VIDA Y CONFESIONES", de Gabriela Mistral.

"Amor y sacrificio", cuento escrito especialmente para "FAMILIA".

"La vida privada de Bárbara Hutton", la princesa norteamericana.

"El viaje", hermosísima novela corta, completa, por Luis Pirandello.

"Reflexiones de color del tiempo: confesiones de una chica moderna".

"La serpiente amarilla", novela policial, por Edgard Wallace.

"La princesa desconocida", entretenida y alegre novela de aventuras.

"El ídolo chino", novela corta, completa.

SILUETAS DE LA MODA.

JUVENILES TOILETTES PARA OTOÑO.

LINDOS MOLDES PARA TRAJES Y ABRIGOS DE ESTACION.

MODELOS PARA PRECIOSOS ABRIGOS.

CREACIONES QUE UD. PUEDE CONFECCIONAR.

LOS TRAJES Y BLUSAS SENCILLOS.

CREACIONES ELEGANTES PARA LA NOCHE.

TELAS PRACTICAS PARA LA ROPA DE LOS NIÑOS.

SOMBREEOS.

PRECIOSOS TEJIDOS: UNA BLUSA PARA EL GOLF Y UNA LISEUSE.

Algo sobre Shirley Temple.

Escaparate hollywoodense.

"Otoño", por H. Coello.

Dieciocho años en flor.

La escoba y el plumero, consejos por la tía Jacobita.

Interesantísima sección de cocina.

Cultive su belleza.

Cuando Ud. viaja en tren.

Los amueblados modernos: una versión de la vieja España.

Para el week-end.

Cuentos para niños: una aventura de Yip.

¿Dieta o ejercicio?

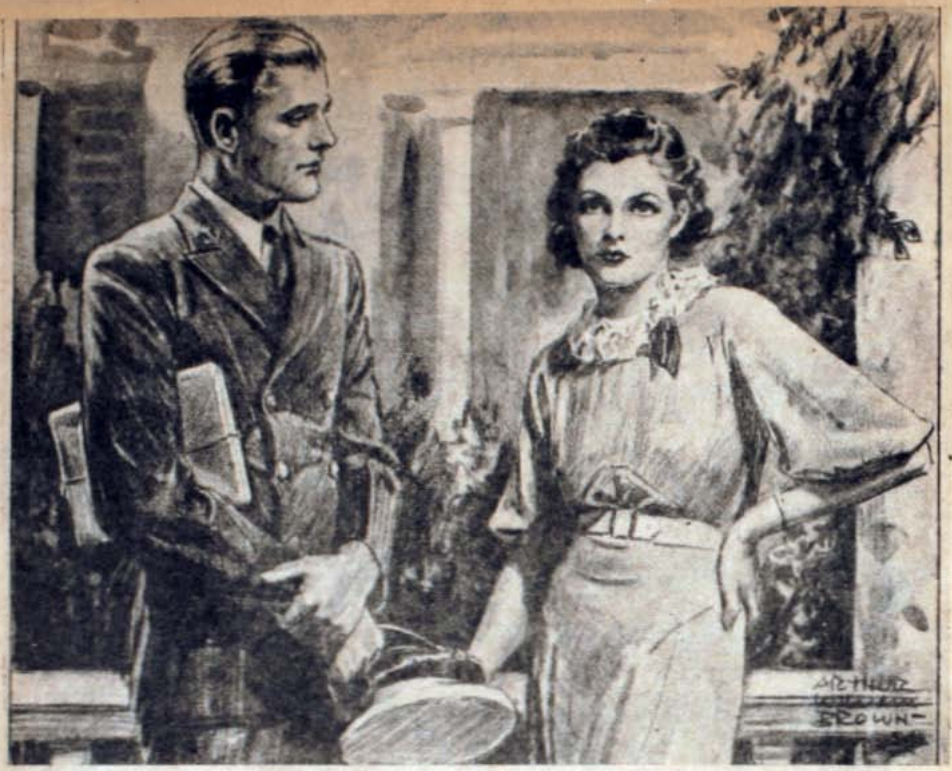
DE MUJER A MUJER.

POEMA DE ALFONSINA STORNI.

JUEGOS DE SALON.

DEL FILM DE LA VIDA, MOMENTOS MEMORABLES.

MOSAICO FEMENINO.



Amor y Sacrificio

Escrito especialmente para "Familia" Por Ketmis

¿L O cree Ud., doctor?

La voz que temblaba de emoción sugería la extraña idea de que la angustia había sido aprisionada entre dos signos interrogantes.

El facultativo alzó con lentitud su venerable cabeza y miró en silencio a su interlocutora. Observó que era bella, bella en grado superlativo y adivinó que, bajo la tenue capa de rouge que los cubría, los labios estaban lívidos. Y se sintió un tanto cohibido al sentir fijos sobre su rostro esos hermosos ojos, brillantes por lágrimas reprimidas.

El Dr. Munro era el tutor de la hermosa joven que, sentada frente a él, oprimía nerviosamente con sus manos pálidas y crispadas los brazos del sillón de cuero; pero nunca el anciano pudo, como entonces, notar la singular belleza de su pupila.

De pronto, notando que su respuesta era esperada con una angustiosa expectativa, el doctor dijo:

—Estoy absolutamente convencido de ello. Si tu marido experimenta una emoción profunda y, si se quiere, violenta, estoy seguro de que sanará. Hace ya cerca de un año que perdió la vista, desde entonces yo he tratado de evitar que su nervio óptico se atrofie definitivamente. Sus órganos visuales tienen aún una mínima noción, diremos, un átomo de vida, pero tan leve, tan insignificante, que no le permite ni siquiera una visión borrosa. Me es imposible continuar vivificando por más tiempo esos órganos que aún no han muerto, pero cuya atrofia es inminente. Por fortuna existe esta última esperanza: una emoción intensa. Ya lo sabes, Silvia; si tu marido no experimenta una conmoción violenta que sacuda rudamente su sistema nervioso, perderá para siempre la luz de sus ojos. Comprendo que esto es doloroso para ti, niña mía; pero pudiste evitarlo no casándote con Luis.

Una sonrisa triste curvó los labios de Silvia que, levantándose, se colocó los finos guantes de gamuza diciendo con voz ahogada:

—Lo amo y soy feliz. Somos felices. Lo único que empaña nuestra felicidad son las sombras de sus ojos.

Tendió la mano a su tutor, sonrió con valentía y abandonó la sala de consultas. Los pensamientos oprimían su cabeza como si fueran un casco candente, y mientras recorría con lentitud la corta distancia que la separaba de su hogar, trataba de calmar su excitación para pensar con claridad.

Hacía nueve meses que se había casado con Luis De Bracy.

Recordó cómo lo había conocido.

Fué en una tarde de abril. Ella, con varias de sus amigas, habían ido a visitar el aeródromo a instancias del capitán Mac-Romer. Recorrieron todos los hangares, admirando los potentes aviones, uno de los cuales llamó especialmente su atención por la gran belleza y elegancia de su forma, y por su inmaculado color blanco. Y mientras lo admiraban en silencio, llegó junto a ellas el capitán Mac-Romer acompañado del teniente De-Bracy.

Era éste un joven francés, gallardo y moreno, de mirada firme, casi imperativa. Lo más notable en él eran sus ademanes elegantes y la proverbial cortesía francesa, que era una de sus características.

Esa tarde volaría él en el avión blanco, y Silvia recordó cómo el joven preguntó sonriendo si alguna de las señoritas se dignaba acompañarlo.

Todas las jóvenes tenían miedo. Silvia, también, pero más intrépida que sus amigas, aceptó la invitación del teniente De-Bracy.

Más tarde efectuaron juntos frecuentes paseos aéreos. Y nació el

amor, un amor ardiente y sincero.

Silvia recordó aquella tarde. El avión había ascendido a muchos pies de altura. Silvia se sentía emocionada y contemplaba en silencio las nubes que parecían gigantescas y blancas flores con suaves matices de arrebol. El ruido ensordecedor del motor resonaba en sus oídos y de pronto, al mirar a De-Bracy vió que sus labios se movían. No oyó lo que dijo, pero adivinó que era su nombre; sonrió ella, y el joven descuidando el comando del aparato, la atrajo hacia sí. Los labios, ávidos y juveniles, se buscaron y durante unos segundos permanecieron unidos.

Las bruscas sacudidas del avión les hizo volver a la realidad, y el joven aviador, con una hábil maniobra, rectificó la dirección y guió el potente aparato hasta el aeródromo.

Silvia experimentaba un vago sentimiento de cariño y gratitud hacia el blanco avión en donde había recibido la revelación de la felicidad Sin embargo, el insensible aparato aéreo la traicionó.

Un día, mientras Luis efectuaba un largo vuelo, la potente maquinaria aérea se descompuso a muchos pies de altura, y como un pájaro herido se precipitó a tierra.

El destino perdonó la vida a Luis De Bracy; pero, en cambio, le robó la luz de sus ojos, condenándolo a no ver más el rostro bellísimo de su amada, la esplendorosa hermosura de la naturaleza, las ondas del mar reverberantes de plata en las noches de plenilunio, el cielo... todo, todo había quedado sepultado en las tinieblas de sus ojos muertos.

Y el joven, desesperado, decidió renunciar a Silvia y trató de devolverle su libertad; pero, ella, lo amaba demasiado para permitir esa separación y se esforzó en convencerlo de que su ceguera no era un obstáculo para su felicidad. Existía la probabilidad de que algún día recobrara la luz de sus ojos... El doctor Munro lo afirmaba.

Pero el joven permaneció firme en su decisión. Sin embargo, Silvia fué tan elocuente, sus labios al rozar, temblorosos, el rostro varonil, sabían expresar tan bien la grandeza y sinceridad de su amor, que en la fecha fijada anteriormente, ambos unían sus destinos para siempre.

Desde entonces eran intensamente felices. Y ahora...

Silvia sintió ganas de llorar. Ahora que poseía la convicción de que el Dr. Munro no podía sanarlo, ¿qué quedaba?

¿La conmoción nerviosa? ¿Una emoción profunda?

Trató de pensar en algo que pudiera proporcionarle esa emoción.

¿Alegría? No, lo comprendió de inmediato. Nada podría causarle una alegría más profunda que la que ella le brindaba diariamente con sus bromas, su risa fresca y leal y la caricia delicada de sus besos.

¿Dolor? Sí. De todas maneras, un gran dolor es siempre más intenso que una gran alegría.

Para que sus ojos recobraran la luz perdida era necesario que él sufriera, que sufriera intensamente.

Silvia comprendió de súbito que él sufriría horriblemente al la perdida a ella. Meditó un momento, y llegó a la conclusión de que ella tendría que hacerlo sufrir, ¡ella, que lo adoraba!

Sintió que su cabeza ardía por la fiebre y que su cerebro parecía próximo a estallar. Apresuró el paso para llegar pronto a su hogar, ya completamente decidida a llevar a efecto su plan.

Sabía que encontraría a Luis en la biblioteca, de pie ante el balcón que daba al jardín, aspirando la

fragante brisa vespertina. Pero no fué directamente hacia él; subió primero a su dormitorio, se puso un traje más fresco, se lavó el ardiente rostro en agua fría y después de arreglarse los cabellos se dirigió a la biblioteca. Sentía que le flaqueaban las piernas y su emoción era tal, que le costó abrir la puerta con sus manos trémulas. Apenas había entrado, él, que, en efecto, estaba de pie ante el balcón, se volvió con prontitud, iluminado el rostro por una alegría íntima que curvó sus labios en una sonrisa. Pero, Silvia, no corrió hacia él, como lo hacía siempre, para sentirse estrechada por aquellos brazos vigorosos.

Luis esperó aún algunos segundos y después preguntó:

—¿No eres tú, Silvia?

—Sí, soy yo — contestó ella con toda la frialdad que pudo, y luego se sentó frente al escritorio. Luis se acercó a ella. Instintivamente sabía dónde estaba. Silvia vió que las manos de él iban a acariciarle los cabellos, y rehuyó la caricia apoyando su cabeza en el respaldo del sillón. Vió que esas manos amadas se crispaban nerviosamente al encontrar sólo el vacío, pero trató de no pensar en ello, y dijo con amarga ironía, lentamente, como si quisiera destrozar las palabras que pronunciaba:

—"Home, sweet home" — una risa ronca y breve se escapó de sus labios; y luego continuó diciendo —Los ingleses, ¿son unos imbéciles o sencillamente unos ironistas?

—¡Silvia! — exclamó Luis sorprendido—, ¿Qué tienes?

—Estoy cansada...

—¿Has andado mucho? Deberías salir siempre en el auto.

—¡No! ¡Tú no me comprendes! Estoy cansada de todo, de esta vida monótona, de la estupidez e hipocresía de mis amigas, de...

Se levantó bruscamente y salió de la biblioteca, sintiendo desgarrado su corazón al oír la voz amada que exclamaba, sorprendida:

—¡Silvia!

Y así se siguieron muchos días. A veces ella decía frases hirientes, que la hacían sufrir tanto a ella como a él; luego se disculpaba, implorando a Luis que la perdonara y desahogando su amor reprimido al besar las manos varoniles o al dejar que él la besara en los labios. Después era amable con él, tratando siempre de satisfacerlo y cuidando que nada le faltara. Pero se esforzaba en que su ternura y solicitud

(Continúa en la página 73)

LA VIDA DE

Bárbara Hutton no es ciertamente una de esas que pudiéramos llamar pobres muchachas. Es nada menos que una joven millonaria. El abuelo de Bárbara, Frank W. Woolworth, se inició en la vida como mozo de labranza y tuvo la peregrina idea de inventar los almacenes, donde todo se vende a cinco y a diez centavos oro americano y una vez concebida la idea, organizó una serie de tiendas que constituían una verdadera cadena. Como consecuencia de esta cadena su nieta, Bárbara Hutton, es la segunda más rica heredera de los Estados Unidos. Su fortuna se calculaba últimamente en más de 42 millones de dólares y fué bastante considerable para poder fijar a su novio — si no mienten las crónicas —, una renta de 50 mil dólares anuales. Su novio es el príncipe Mdivani, el más joven de los hermanos Mdivani que estuvo anteriormente unido en matrimonio a Luisa Astor van Alen.

Frank Woolworth tuvo tres hijas. En 1907 Edna, que era su predilecta, se casó con un joven chamarilero llamado Franklyn Law Hutton. En 1912 vino al mundo Bárbara de este matrimonio. Su madre murió cuando la niña tenía apenas cinco

La más reciente novia del Príncipe Mdivani, Bárbara Hutton, cuyos trajes, pieles, joyas y atavíos personales son siempre la última palabra, pero que... A la derecha, la pareja de novios: Bárbara y su marido, el Príncipe Alexis Mdivani, momentos después de la ceremonia nupcial, en París.

PRIVADA de Bárbara HUTTON

por A. ROGERS

años y ésta fué llevada entonces a San Francisco por su tía paterna, Mrs. Frank Middleton.

Cumplía Bárbara 12 años cuando heredó la bonita suma de 26 millones de dólares. A los dieciocho años, hizo su estreno en sociedad en Nueva York y, como es natural, fué su debut el más sensacional de todos los de la temporada. Hubo entonces muchos "pololeos", una buena cantidad de amores románticos y hasta un divorcio antes de que Bárbara Hutton se convirtiera en la esposa de Alexis Mdivani.

UNA ALEGRE MILLONARIA Y UN PRINCIPE GEORGIANO

El primer año de la depresión, ese año en que aparecían las columnas de todos los diarios llenas de avisos sugestivos de quiebras y de bancarrotas, de suicidios y de fugas, ese año en que los vendedores de pieles y de alhajas hicieron ciertamente muy poco negocio, y en que se podía adquirir un hermoso Rolls-Royce en Park Avenue por unos pocos dólares contantes y sonante, puede decirse que no fué en realidad año de crisis para Bárbara Hutton. Ese mismo año hacía su entrada en sociedad.

Los gastos ascendieron a 60 mil dólares, pero la fiesta constituyó un verdadero acontecimiento social en toda regla y los hoteleros, las floristas y modistas, colmaron de bendiciones el nombre de los Woolworth.

El sitio de reunión predilecto de Bárbara era el Casino del Central Park y allí se aglomeraba la multitud de curiosos para ver a la muchacha multimillonaria casi a diario, con sus rubios cabellos, sus preciosas toilettes, sus espléndidas alhajas y su radiante belleza, asistiendo a algún lunch o a algún champañazo o bailando con los jóvenes en boga, Jimmy Blajeley o Georgie Ehret o Tony Biddle o su primo Jimmy Donahue.

Es un hecho tan antiguo como innegable que Bárbara Hutton no ha sabido nunca llevar sus vestidos airosamente. Sus trajes, sus pieles, sus sombreros, eran siempre lo mejor y más caro y siempre la última palabra de la moda. En una reciente reunión dada por la encantadora Elsa Maxwell, en Waldorf, en Nueva York, la princesa Alexis Mdivani, cuyo marido estaba entonces jugando polo en la India, llevaba una maravillosa colección de esmeraldas que asombró a la concurrencia. Su traje negro era la última palabra de la elegancia parisina y, adelgazada en unas treinta libras por el riguroso régimen dietético a que se había sometido para conservar la línea, hasta el punto de pasar muchos días sin probar bocado, sin más alimento que alguna que otra taza de café, aparecía realmente seductora, hermosa y elegante. Pero, a pesar de todo, no se veía bien vestida. La heredera de los Woolworth no ha podido nunca tener una elegancia propia en su estilo. No obstante lo cual, gasta de las hermosas toilettes y de las joyas, de manera que todo se subsana.

Ya hemos dicho que en realidad Bárbara Hutton no sufrió nunca las consecuencias de la depresión. Dirigida por el hábil y conservador Carlos S. Woolworth y ese grupo de viejos "gentlemen" aleccionados por Frank Woolworth, la empresa de los almacenes del cinco y el diez atravesó felizmente la espesa neblina de la crisis en el barco de la iniciativa y el trabajo, empujado por el viento de la felicidad. En realidad, cuando las acciones Woolworth decayeron, como todos los negocios norteamericanos y los del mundo entero, papá Hutton compró una buena cantidad de acciones para Bárbara, con cuya operación le proporcionó un par de millones limpios y saneados.

Bárbara ha sido siempre de mano abierta. Esto nadie puede negarlo. Ha dado con prodigalidad y ha firmado gruesos cheques cuando se ha tratado de socorrer a gentes sin trabajo o necesitadas. Pero no se sabe de ninguna obra constructiva en que ella haya tomado una participación directa ni indirecta, no se sabe de ninguna empresa de beneficencia en que haya intervenido, como intervienen casi todas las damas ricas de la nación. Ella gasta, da su dinero y lo hace a su completa libertad y antojo.

Después de todo, Bárbara era una chiquilla, no tenía más que diez y ocho años.

Era en 1930, cuando su padre solicitaba autorización para que se le permitiera invertir la suma de 120 mil dólares en la construcción de un coche-vagón para uso exclusivo de Bárbara, con objeto de que ésta pudiera hacer más cómoda y libremente sus continuos viajes entre Florida, Nueva York y New Port. Aquello fué un verdadero palacio rodante, más a propósito para servir de palacio encantado en una luna de miel, que de coche de turismo. Y Bárbara convino en no gastar más de 36 mil dólares al año en el mantenimiento de este palacio rodante. Probablemente los ferrocarriles, que no estuvieron ese año muy boyantes que digamos, tuvieron motivos sobrados para felicitarse de esta resolución de la rica heredera, junto con los hoteleros, los sastres y modistas, los joyeros y floristas, que bendecían todos los días a la joven millonaria.

Los hombres revoloteaban a su alrededor como moscardones. No menos de media docena la pidieron en matrimonio y casi a diario los periódicos acogían algún rumor sobre proyectos de enlace más o menos fundamentados. Winston Guest, el gran jugador de polo y astro en la vida social, fué durante una temporada, al parecer, el favorito. Tony Drexel, de Filadelfia, perteneciente a una de las más conocidas familias, fué también un candidato con expectativas de triunfo.

Pero, en realidad, Bárbara nunca se mostró sinceramente interesada

(Continúa en la página 74)

Bárbara y su príncipe, en el momento de ser unidos. Esta fué una ceremonia religiosa celebrada en la Iglesia ortodoja rusa de París. Nótese cómo dos coronas reales se van a ceñir en la frente de los dos desposados. El primo, Jimmy Donahue, de la novia, se ve inmediatamente detrás del novio y mirando a la cámara.

El viaje

por Luis Pirandello

Desde hacía trece años, Adriana Braggi no salía de aquella casa vasta, antigua, silenciosa como una abadía, en la que, muy joven, había entrado casada, ni se asomaba tampoco a las vidrieras de las ventanas para mirar a los pocos transeúntes que de tarde en tarde pasaban por la desierta calle, pedregosa y abrupta, tan solitaria, que la hierba crecía entre los guijarros, casi como matorrales, sin que nadie la estorbase.

A los veintidós años, cuando apenas llevaba cuatro de matrimonio, con la muerte del marido casi había muerto ella también para el mundo. Ahora no tenía aún treinta y cinco, y aun vestía de luto como el primer día de la desgracia: un pañuelo negro de seda, le escondía su hermoso pelo castaño, casi completamente descuidado, apenas partido en dos crenchas, y anudado en la nuca; una serenidad triste y dulce le sonreía todavía en su rostro sustísimo, velado en palideces por la larga y estrecha clausura.

De esta clausura no se maravillaba nadie en aquella ciudad del interior de Sicilia, donde las rígidas costumbres tradicionales faltaba poco para que impusiesen a la mujer, celosamente custodiada, el seguir a su marido hasta la tumba. Las viudas debían permanecer encerradas, en perpetuo duelo, enlutadas, en casa, y no salir sino para alguna necesidad urgente.

Por lo demás, a las mujeres de las pocas familias señoriales, tanto solteras como casadas, no se las veía casi nunca por la calle; salían solamente los domingos, para ir a misa; muy rara vez para las visitas que de tiempo en tiempo cambiaban entre sí. Lucían entonces riquísimos trajes de última moda, hechos traer de las primeras modistas de Palermo o de Catania, y gemas y joyas preciosas, no por coquetería. Iban serias y ruborosas, con los ojos bajos, azoradas, estrechándose contra el marido o contra el padre o un hermano mayor. Aquel lujo era casi obligado, y aquellas visitas y aquellos dos pasos hacia la iglesia eran para ellas verdaderas y reales expediciones que había que preparar el día antes.

Los hombres, más o menos, encontraban en la varia acción de los negocios, en la lucha de los partidos locales, en el café o en la tertulia del casino, alguna distracción; pero las mujeres, en las cuales desde la infancia se había intentado ahogar todo instinto de vanidad, casadas sin amor, después de atender como siervas a todas las faenas domésticas, las mismas siempre, languidecían miserablemente con un niño en brazos, o con el rosario en la mano, esperando a que el hombre, el amo, volviese.

* * *

Adriana Braggi no había amado nunca a su marido.

Este, de complexión muy débil, y en continuo espasmo por su enfermiza salud, la había oprimido y torturado durante cuatro años, celoso hasta de su hermano mayor, a quien sabía ella que al casarse le había ocasionado un grave daño, hasta una verdadera traición. Porque, todavía allí, entre los hijos varones de todas las familias ricas, uno solo, el mayor, había de casarse, para que los bienes del casado no anduviesen desparramados entre muchos herederos.

César Braggi, el hermano mayor, parecía como que nunca se hubiese sentido molesto por aquella traición, acaso porque el padre, al morir, poco antes de aquellas bodas, había dispuesto que el cabeza de la familia fuese él, y que el hermano menor casado le guardase obediencia absoluta.

Al entrar en la casa antigua de los Braggi, Adriana sintió mucho abatimiento al saber que estaba tan sujeta al cuñado. Su condición se había hecho doblemente penosa e irritante, ya que el mismo marido, en la furia de los celos, le había dejado entender que César ya había tenido el propósito de casarse con ella. Ya no supo Adriana cómo ponerse ante el cuñado, el cual, no sólo nunca había hecho pesar para nada la potestad sobre la familia, sino que desde el primer día había acogido a su cuñada con cordial y abierta simpatía y la había tratado como a una verdadera hermana.

Era de maneras corteses, y en el hablar, en el vestir y en todas sus cosas, lleno de una exquisita distinción natural, que en el contacto con la gente tosca del país, ni las maneras demasiado rudas que constantemente veía en torno a él, ni las costumbres de relajada pereza, a las que inducía aquella vana y mísera vida de provincia, durante casi todo el año, pudieron nunca, no ya rebajar, sino rozar siquiera.

Además, todos los años, por la misma época, y durante más de un mes, él se alejaba de la aldehuela y de los negocios; se iba a Palermo, a Nápoles, a Roma, a Florencia, a Milán, a zambullirse en la vida, a tomar — como él decía — un baño de ciudadanía. Volvía de aquellos viajes rejuvenecido en cuerpo y en espíritu.

El traía hasta la casa, con su presencia, el aire de un mundo que ella no lograba ni siquiera imaginar.

Y le crecía la turbación al oír las estridentes risotadas del marido, que escuchaba la narración de las sabrosas aventuras ocurridas al hermano, y aquella turbación se tornaba desdén y temor luego, por la noche, cuando el marido, después de aquellas narraciones del hermano, iba a buscarla a su cuarto, encendido, sobreexcitado, codicioso.

Muerto el marido, Adriana había experimentado una angustia llena de espanto al pensar en quedarse sola con él en aquella casa. Tenía, sí, los dos niños que le nacieran de su matrimonio; pero en cuatro años no había conseguido superar, fren-

(Continúa en la página 10).

¡SIEMPRE
ADMIRADA!
POR SU EXQUISITO
PERFUME
Colonia
FLOR de
ESPINO

EL VIAJE

(Continuación de la pág. 8)

sobrinitos, a quienes siempre había consagrado las más delicadas solicitudes paternales.

Con el tiempo se fueron adormeciendo todas las penas en el corazón de Adriana. Los niños crecían, y ella se alegraba en el fondo del corazón de que creciesen con la guía del tío, a quien ellos, instintivamente, imitaban en los modales y en los gustos. Su consagración llegó a ser total, de modo que se maravillaba si el cuñado o los hijos se oponían a algún cuidado excesivo que se tomaba por ellos. Le parecía que nunca hacía bastante. ¿Y en qué, sino en ellos, tenía que pensar?

Había sido un gran dolor para ella la muerte de su madre: le faltaba ya lo único que le quedaba. Hablaba antes con él como una hermana, porque con la madre al lado, aun podía creerse joven, como lo era en el fondo. Desaparecida la madre, con aquellos dos hijos que ya eran jóvenes: uno de dieciséis y otro de catorce años, ya tan altos casi como su tío, comenzó a sentirse y a considerarse vieja.

* * *

Se hallaba en este estado de ánimo, cuando por vez primera le ocurrió el sentir un vago malestar, una fatiga, una opresión, un cierto dolor sordo ya en la espalda, ya en el pecho, y que algunas veces se le corría por todo el brazo izquierdo, y de cuando en cuando se hacía lacerante y le quitaba la respiración.

No profirió ninguna queja, y quizá nadie supiese nunca que ella sufría y necesitaba de cuidados, si un día, en la misa, no hubiese sufrido el ataque de uno de aquellos pinchazos imprevistos.

Se llamó al viejo médico de la casa, el cual, desde el principio, quedó consternado al ver aquellos síntomas. La consternación creció luego, después de un largo y atento examen de la enferma.

El mal estaba en la pleura. Pero, ¿qué mal? El viejo médico, con la ayuda de un colega, intentó una punción explorativa, sin ningún éxito. Después, observando cierto endurecimiento en las glándulas supra e infraescapulares, aconsejó a Braggi que se llevase en seguida a su cuñada a Palermo, dejando entender claramente que temía que fuese un tumor interno, quizá irremediable.

Partir en seguida no fué posible. Adriana, después de trece años de clausura, estaba completamente desprovista de trajes para presentarse en público y para viajar. Fué necesario escribir a Palermo para proveerla con la mayor solicitud.

Ella trató de oponerse con todos sus medios, asegurando al cuñado y a los hijos que después de todo, ella no se sentía tan mal. ¿Un viaje? ¡Sólo de pensarlo le daban escalofríos! Era, además, el tiempo en que César solía tomarse sus vacaciones de un mes. Si se iba con él, ella le quitaría la libertad, todo placer. ¡No, no, no quería de ningún modo! Y, además, ¿cómo y a quién dejaría a sus hijos? ¿A quién confiaría la casa? Ponía ante el viaje todas las dificultades; pero el cuñado y el hijo se las resolvían, riéndose. Ella, sin embargo, se obstinaba en decir que aún le sentaría peor aquel viaje. ¡Oh, Dios, si ni siquiera sabría andar por la calle! ¡No sabría ni dar un paso! ¡Por caridad, por caridad, que la dejasen en paz!

Cuando llegaron de Palermo los trajes y los sombreros, fué para sus dos hijos como una fiesta.

Entraron exultantes, con los grandes paquetes envueltos con tela encerada, al cuarto de la madre, gritando, estrepitosos, pidiendo que se los probase en seguida. Querían ver a su madre, hermosa, como nunca la habían visto. Y tanto dijeron, tanto hicieron, que ella tuvo que ceder y darles aquel contento.

¡Como si la madre se estuviese viniendo para una fiesta! Ya no pensaban en el motivo por el cual habían llegado aquellos vestidos; no lo pensaba nadie, realmente ni ella misma, la mamá, en aquel momento.

Cuando toda confusa, acalorada, levantó los ojos y se vió en el espejo del armario, experimentó una impresión violentísima, casi de vergüenza. Aquel vestido, que le dibujaba con procacísima elegancia las caderas y los senos, le daban la esbeltez y el aire de una jovencita. Se sentía ya vieja. ¡Pero, ahora, de repente, allí se vió joven, bella, como si fuese otra! —Pero, ¿qué es esto? ¿Qué es esto? ¡Imposible!—gritó volviendo la cabeza y levantando una mano para sustraerse a aquella visión.

Los niños, al oír la exclamación, comenzaron a llamar fuertemente a la puerta, con las manos, con los pies: la empujaban y gritaban pidiéndole a la madre que abriese, que se dejase mirar.

¡Pero, qué! No! Ella se avergonzaba. ¡Era una caricatura! No, no...

Pero los niños amenazaron con derribar la puerta. Tuvo que abrir.

También éstos, los niños, se quedaron deslumbrados por aquella transformación. Ella intentaba defenderse, repitiendo: "¡Pero, dejadme! ¿Qué es esto? ¡Imposible! ¿Estáis locos?" Cuando entró el cuñado: "¡Oh, por piedad!" Intentó escapar, esconderse, como si él la hubiese visto desnuda. Pero los hijos la contuvieron; se la enseñaban al tío, que se reía de aquel rubor.

—¡Pero si estás tan bien! — dijo, él, por fin, poniéndose serio—. Vamos, déjate ver.

—Me parece que soy una máscara... — dijo ella intentando levantar la cabeza.

—¡Pero no! ¿Por qué? Al contrario, te está muy bien. Vuélvete un poco... así, de lado...

Ella obedeció, esforzándose por aparecer tranquila ya; pero su seno, bien dibujado por el vestido, se levantaba con la frecuente respiración, que denotaba la intensa agitación ocasionada por aquel examen atento y tranquilo de él, expertísimo conocedor.

—Vas muy bien — aseguró él.

—¡Sí, sí, hermosa mamá, hermosa mamá!—dijeron los hijos.

Adriana sonrió tristemente:

Lo que le pasó a Pepito por probar el cigarrillo de papá.

—Pero, ¿estáis viendo lo que me hacéis hacer? — dijo volviéndose también hacia el cuñado.

Se convino que saldrían al día siguiente.

* * *

Sola con él.

Le seguía en uno de aquellos viajes, en los cuales, en otro tiempo pensaba ella con tanta turbación, y un solo temor la embargaba ahora: el de aparecer azorada ante él, siempre atento, sí, pero tranquilo como siempre.

Al volver los ojos se encontraba de vez en cuando con la mirada y la sonrisa del cuñado, que le preguntaba:

—¿Cómo te sientes?

Ella le contestaba, también sonriente, con una indicación de cabeza:

—Bien.

Más de una vez él fué a sentarse a su lado para enseñarle y decirle el nombre de un pueblo lejano, donde él había estado, o aquel monte, con el perfil amenazador; todos los aspectos, en fin, de mayor relieve, que se figuraba que habían de reclamar más vivamente su atención, no reparando en que todas las cosas, aún las más insignificantes, aquellas que para él eran las más comunes, dejaban en ella un tumulto de sensaciones nuevas, y que las indicaciones, las referencias que él le daba, más bien que acrecerlas, disminuían y enfriaban aquella fervorosa, fluctuante imaginación de grandezas, que ella, perdida, con aquel indefinible sentimiento de pena, se creaba con la visión de tanto mundo desconocido.

* * *

Al salir, al día siguiente, de Palermo, de casa del mejor médico, después de la larga visita, ella comprendió bien, por el esfuerzo que su cuñado hacía para esconder su profunda consternación, por la ansiedad emocionada con que todavía una vez había querido que el médico le enseñase la manera de usar la medicina prescrita y por el aire con que el médico le contestó, que éste había leído en su mal una sentencia de muerte, y que aquella mixtura, que era un veneno para tomarlo a gotas con mucha precaución, dos veces al día antes de las comidas, no era más que un engaño piadoso o el viático de una lenta agonía.

Un poco aturdida y molesta por el difuso olor del éter de la clínica, salió a la calle al áureo deslumbramiento del sol poniente, bajo el cielo todo de llama viva, que, como un inmenso turbión fulgurante, lanzaba sobre la calle larga y recta un oblicuo torrente de fuego, que ardía y vibraba como un hálito de brasas, vió entre los coches, entre aquel deslumbre de oro, el bullicio de la muchedumbre rumorosa, de los rostros, de los trajes encendidos por reflejos purpúreos, los guiños de las luces, los rayos rojos, casi como reflejos de piedras preciosas, de las ventanas, de los escaparates y de los espejos de los comercios. Sólo sintió la vida, la vida que le irrumpía en su alma exaltada y conmovida por todos los sentidos como por una divina embriaguez.

Y, sin quererlo, se volvió a mirar a su cuñado y le sonrió, como agradecida.

Aquella sonrisa le inspiró una viva y profunda ternura hacia sí misma, condenada a morir, ahora, ahora que se le abrían ante los ojos, asombrados, tantas bellezas maravillosas, una vida, como también para ella hubiese podido serlo, como lo era para tantas criaturas que allí vivían. Y sintió que hasta había sido una crueldad el que la hiciesen viajar.

Pero, poco después, cuando el co-

(Continúa en la página 26)

Reflexiones color del tiempo.

Bárbara, su auto, su perro y su pololo

Tengo dieciocho años, un coche, un perro y un pololo. Mis dieciocho años son rubios, más o menos platinados que lo[illegible] Pila; con los ojos verdes y la boca gruesa de Joan Crawford, pero con la gracia que en mí no está hecha a fuerza de pintura; con la silueta de deportista que nada y juega golf; con los trajes a la última moda y muchas veces a la penúltima, porque en esto de adivinar la moda soy un verdadero prodigio. Mi coche es modelo del año en curso, parece un torpedo y corre más que si lo fuera en verdad. Mi perro es un "Poil dur" de cabeza cuadrada y barbona. Mi pololo no se engomina, lleva unas corbatas neutras y sólo dice "regio" cuatro veces por hora.

Como ustedes ven: soy una mujer feliz.

Mejor dicho: parezco una mujer feliz. Porque en el fondo, muy en el fondo de mí misma, mis queridas lectoras, para las cuales escribo estas confesiones, soy perfectamente desgraciada. La máscara es una. El rostro es otro.

Porque, ¿qué hago yo de mí misma, de mi auto, de mi perro y de mi pololo? Levantarse e irse al golf, volver al Crillon a tomar el cocktail, luego almorzar y echar la tarde en casa, bostezando, o donde alguna modista viendo modelos, lo que al fin da el mismo resultado: abrir la boca, esta vez de asombro ante los precios. Vestirse para el té, ir a un bridge o al cine, comer, bostezar de nuevo y a la cama. Ya ven ustedes que el programa no es muy variado. El auto colabora trasladándome de uno a otro lado. (Papá no entiende de salir sola del radio de la ciudad; por lo tanto, nada de maravillosas excursiones por los alrededores). El perro es elemento decorativo. El pololo procura discusiones. "Llegaste tarde". "Te dije que en la puerta del Central". "Es una película regia".

Entonces me pregunto: ¿Esto es la vida, y por esto me envidian mis amigas?

Me dicen que me distraiga leyendo, y leo. Sólo me gustan las obras en que se hable de viajes, sobre todo por países desconocidos. Como no son muchas y de las muchas hay una buena parte que no son para muchacha soltera, pues mi ración es muy limitada en lecturas. Tengo un oído de tarro viejo, roto por todos lados; no hay forma de que retenga una frase musical, y si he de ser perfectamente franca, para no cabecear en los conciertos, tengo que remitirme a recordar cosas espectaculares de mi existencia, como por ejemplo, la vez que bailé en Biarritz con el Príncipe de Gales. Esto me despabila. Pero a veces también me aburro de tanto príncipe y doy largos bostezos sobre el recuerdo memorable. Bueno: el jazz me gusta, eso sí. Cuanto más chillan los instrumentos, más me agrada y más abro los ojos. Hay una corneta grande que creo que se llama saxófono, una que a veces parece que tiene adentro un animal fabuloso que quisiera hablar. Es mi predilecta. Para qué voy a entornar los párpados diciendo: "¡Una maravilla!", después de escuchar una Fuga de Bach como hacen hoy por hoy todos, entendiendo o no, gustándoles o no, por snobismo, cuando lo único que hubieran querido es haber ellos emprendido la fuga... de esa lata. No. Yo soy muy verdad, sobre todo en estos momentos, frente al papel y en honor de ustedes.

El cine, limitadas como estamos a ciertas películas, me cansa. Y como papá ha tenido la gran previsión de hacerse una fortuna en dólares, resulta que en casa todo abunda, todo está previsto, todo se cumple a medida de cualquier deseo, todo, menos esto de llenarse la vida con algo interesante.

¿Y el pololo?, me preguntarán ustedes. ¡Ay!, el pololo... Es lo mejorcito que se ha presentado ante mí como pretendiente. En la casa gusta. Como dice mi tía Isidora: "Es muy cumplido", lo cual vale decir que es terriblemente aburridor. Y como todas mis amigas tienen pololo y no es cosa de andar siempre como quien dice "cojeando", he terminado por aceptar a Lucho, y aunque sentimentalmente, por mi parte, la cosa siga "cojeando", pero por lo menos somos "partie carré" con Lucy y Lalo.

Algunas personas, de edad casi todas, a las cuales he consultado mi caso, que yo voy creyendo clínico, casi de neurastenia, me han dicho que debo dedicarme a cuidar algo del prójimo, que la vida se me hace vacía justamente porque no la lleno con nada que sea espiritual en el orden *caridad*. ¡Si ustedes supieran los paletocitos que yo tejo para los niñitos pobres, y la cantidad de visitas por los conventillos que hago con mi madre llevando ropas, alimentos y medicinas! No podría contarlas. Tampoco es esto lo que me haría variar de temperamento frente a la vida.

Si lo pienso a fondo, si me pongo ante mí misma y me pregunto lo que deseo, no diría que fuera el amor, con todas las cosas maravillosas que algunas muchachas de mi edad creen que es el amor. No. A pesar de mis pocas primaveras, la experiencia de las demás me hace muy escéptica en esta materia. Ahí está mi prima Betty, separada a los dos años de matrimonio. Más allá tengo a mi tía divorciada en Francia de su famoso conde, que no era otra cosa que un grandísimo badulaque. Y en todas partes, si no separaciones y divorcios, veo constantemente desavenencias y desagrados. Esto, sin hablar del caso de Mari-Teresa, que ya saben ustedes que se enamoró de un casado y el escándalo fué el mayúsculo cuando la familia de ella lo supo. Perdón por la indiscreción, pero en esto de esas cosas que todo el mundo sabe, pero de la cual nosotras, las muchachitas en flor, no podemos darnos por enteradas.

Y bien, mis amigas lindas. Lo que yo quisiera, lo que me parece que llenaría mi vida por completo sería una amistad. Una amistad con un hombre culto, de más edad que yo, por cierto; que hubiera viajado, que hablara de esas cosas interesantes que no son el film estrenado el día antes ni el último comentario social, que no dijera "regio" ni una sola vez, ni por casualidad, y que sintiera por mí una especie de ternura mezclada con piedad, aceptando el ser mi guía.

Viéndome tal cual soy, con el escenario de mi belleza platinada (no tengo ninguna falsa modestia), con mi auto, mi perro y mi pololo, no creo que nadie quisiera acercárseme en ese plano de amistad que pretendo. Nadie como yo lo sueño, como yo lo pienso. A veces quisiera amistarme con alguien, con un hombre que me han dicho inteligente, que es culto; quisiera llegarme hasta él y contarle mi vida, confesar mi derrota de muchachita bien que con las manos llenas de todo lo que la posición social y la fortuna pueden proporcionarle, se muere de tedio, que no desea otra cosa que un apoyo espiritual para salir del círculo que la oprime. Yo sé, yo sé que hay en mí algo más que lo que aparento. Yo lo sé y no tengo medio para franquear la barrera que me separa de ese otro mundo en que la vida tiene un sentido de belleza, de realización. Es ahí donde quisiera llegar. Pero, ¿cómo? ¿Apoyada en quién?

¡Qué sonrisa de ironía tendría papá si supiera que en mí alienta tal deseo! ¡Qué ojos de asombro los de mi madre! ¡Qué boca de O la de mi pololo! ¡No se puede tener tal aspiración en mi medio. ¿Entonces?

Entonces solamente callar, aburrirse y seguir siendo la muchacha que tiene dieciocho años, un auto, un perro y un pololo...

BARBARA.

LA SERPIENTE AMARILLA

NOVELA POLICIAL Y DE MISTERIO

Por Edgar Wallace

CAPITULO I

En todo Siangtan no había otra casa como la de Joe Bray. Realmente, Joe era único, incluso en China, por donde tantas y tan extrañas personalidades han pasado desde los días de Marco Polo.

La casa, de sólida piedra, había sido planeada por un tal Pinto Huello, arquitecto portugués y borracho empedernido, que había salido de Portugal en unas circunstancias bastantes desfavorables para su crédito y que fué a dar con sus huesos en esta inmensa y desordenada población siguiendo la ruta de Cantón y Wuchau.

La creencia general es que Pinto Huello trazó sus planos después de una noche de delirio en un paraíso de humo y que los corrigió, luego, bajo el peso de su remordimiento. Este cambio se efectuó cuando ya el edificio estaba medio construído y es el motivo por que la parte norte — que tanto se parecía a la Torre de Porcelana — revelaba a Pinto en su estado de degeneración, y toda la otra parte recayente al río y que se reflejaba en un remanso tranquilo, definía bien al errático portugués en su período de reacción.

Joe era corpulento, como una montaña, y de cuello robusto como el de un búfalo. Amaba a China, a sus interminables días de adormecido ante la copa de ginebra y soñaba en cosas hermosísimas que eran impracticables en su mayoría. Su alegría y placer nacían del íntimo convencimiento de que, desde aquel olvidado rincón del mundo, podía levantar palancas y hacer girar resortes que producirían los más profundos cambios en toda la raza humana.

Como un sonámbulo, Harun-el-Raschid hubiese andado, oculto bajo un disfraz, entre los pobres y miserables y hubiera derramado su oro sobre quienes lo merecieran. Sólo que nunca podría encontrar el tipo del verdadero pobre.

China es un país que invita, irresistiblemente, al ensueño. Desde el sitio donde Joe estaba sentado, podía divisar las tumultuosas aguas del Siang-Kiang. En la luz del sol, que descendía, una línea suave teñía de púrpura el rutilante horizonte que se extendía más allá de Siangtan.

Los romboides de las velas de los sampanes que iban deslizándose por el gran lazo, parecían de bronce y de oro al recibir los últimos destellos rojizos.

Por la distancia, no llegaba a percibirse ni se adivinaba el zumbido que envolvía a la vasta colmena de la ciudad; ni siquiera podía notarse sus acres olores característicos.

No es que al viejo Joe Bray le molestase ese olor peculiar de China. Conocía todo el extenso territorio, desde la Manchuria a Kwangsi, desde Shan-tung hasta el Valle de Kiaokio, donde los extraños mongoles hablan un absurdo francés. China era lo más grande del mundo, para él.

El caca y el repugnante olor de aquella tierra, eran cosas normales de la vida china. Joe sentía como un chino y hubiera vivido como uno de ellos, si no hubiera sido por su inexorable socio. Había recorrido a pie las provincias; se había visto precisado a luchar para evadirse de muchas más ciudades prohibidas que ningún otro hombre de sus años; se vió arrastrado a la muerte en el Yamen del infame Fu-chilling, en un tiempo gobernador de Su-kiang, y había sido llevado con todos los honores en el palanquín de cierto mandarín, hasta la misma Corte de la Hija del Cielo.

Joe era un conglomerado. Inglés de nacimiento, americano porque así lo pregonaba, descaradamente, cuando América gozaba de mayores favores, millonario y algo más. Vivía en un palacio — en realidad, lo era su casa — asentado en la pequeña colina que el río bordeaba. El carbón, el cobre y las cantinas del Sindicato, que se remontaban hasta los campos auríferos del Amur, habían engrosado las inmensas reservas acumuladas con maravillosa rapidez durante los últimos diez años.

Joe podía sentarse y soñar; pero raramente se materializaban sus sueños con tanta fidelidad como la visión que flotaba ante sus ojos, cuando descansaba adormecido en su honda silla de tijera.

Ping-Su, tratándose de un chino, era alto y bien parecido, según el gusto europeo. A excepción de la característica inclinación de sus negros ojos, nada había en él que fuese típicamente chino. Tenía la boca provocativa y la afilada nariz de su madre, francesa. Cabello negro como el azabache y la palidez heredada de su padre, el viejo Shan-Hu, astuto comerciante y antiguo aventurero. Llevaba un abrigo de seda, gruesamente forrado, y unos anchos pantalones que le llegaban hasta las suelas de sus zapatos. Respetuosamente, ocultaba las manos en las amplias mangas de su abrigo y sólo dejó ver una de ellas el tiempo preciso para quitar la ceniza de su cigarro y volver, mecánica e instintivamente, a ocultarla bajo la manga de seda.

Joe Bray suspiró y tomó un sorbo de su copa.

—Estás en lo cierto, Ping-Su — dijo. — Un país que no tiene cabeza y se ve privado de pies, no puede moverse. Ha de estarse quieto, por precisión, y dejarse perder... Sí. ¡Esa es China!... Claro que ha habido.

aquí, algunos tipos grandes: los Mings y... y un viejo llamado Hart y un tal Li-Hung.

Otra vez suspiró. No tenía la menor idea de la antigua China y eran, para él, completamente desconocidas sus dinastías.

—Para nada sirve el dinero cuando no se sabe emplear — añadió. — ¡Mírame, Fing-Su!... Sin mujer, sin hijos... y cargado de millones... ¡de millones!... Como dicen todos, mi apellido terminará conmigo mismo..., seguramente.

Se frotó, con rabia, la nariz.

—Seguramente — repitió con cierto tono de precaución.—Si determinadas personas hacen lo que yo quiero que hagan no sucederá así. Pero, ¿lo harán esas determinadas personas? ¡Ah! ¡Esa es la cuestión!

Fing-Su le miró, hondamente, con sus ojos impenetrables.

—Yo creía — murmuró—, que no tenía usted más que expresar un deseo para que ese deseo se cumpliera.

El joven chino hablaba el acento, extrañamente exagerado, peculiar de la Universidad de Oxford. Nada proporcionaba mayor placer a Joe Bray que escuchar la voz de su protegido. La cultura que revelaba, la estudiada construcción de cada sentencia, el inconsciente aire de superioridad en su tono y su forma, eran música que sonaba para los oídos del soñador.

Ciertamente, Fing-Su era un graduado de la Universidad de Oxford y bachiller en Artes. Joe era quien había realizado ese milagro.

—Tú eres un hombre instruído, Fing. Yo, un pobre viejo que desconoce la historia, la geografía y que no sabe nada. Nunca me interesaron los libros... ni me interesan ahora. Pero la Biblia, especialmente la Revelación, ese sí que es un libro que vale por dos.

Bebió el resto del licor incoloro que había en su copa e hizo, después, una profunda aspiración.

—Y ahora... hay una cosa, hijo. Las acciones que yo te di...

Interrumpióse. Hubo una larga y difícil pausa. La silla crujió al moverse sobre ella el corpulento Joe, algo violento.

—Según parece por algo que El ha dicho... no debí hacerlo... ¿Comprendes lo que te digo?... No tienen ningún valor. Tan sólo era una de sus ideas por lo que se llegara a sacar. En lo que respecta a dinero, no tienen el valor de un céntimo.

—¿Sabe El que las tengo yo? — preguntó Fing-Su.

Al igual que Joe, el chino nunca se refería a Clifford Lynne pronunciando su nombre, sino dando el necesario valor significativo al pronombre.

—¡No! ¡El no lo sabe! — dijo enfáticamente Joe—. Ese es el mal. Pero hablé sobre ellas la otra noche. Me dijo que no debía separarme de una sola... ¡Ni de una sola!

—Mi venerado y honrado padre poseía nueve — dijo Fing-Su, con voz suave—. Ahora, tengo yo veinticuatro.

Joe se frotó la barba que no había afeitado desde muchos días. Parecía presa de una excitación llena de recelos.

—Te las di para ti, Fing-Su. Has sido un buen muchacho... Latín, filosofía... y todo. Me gusta con locura la educación y, naturalmente, quise hacer algo por ti. ¡Qué gran cosa es la educación! — quedó dudando, tirándose del labio inferior—. Yo no soy de esa clase de hombres que dan una cosa y luego piden que se les devuelva. Pero tú, Fing-Su, sabes lo que El es...

—Me odia — comentó Fing-Su friamente—. Ayer me llamó serpiente amarilla.

—¿Quién? ¿El? — preguntó con tristeza Joe.

El tono de su voz revelaba su completa impotencia para rectificar el penoso estado de cosas.

—Más tarde o más temprano le cogeré las vueltas — añadió con un ligero esfuerzo por parecer confidente—: Soy muy diestro, Fing-Su, y poseo ideas que nadie conoce. Ahora tengo un plan...

Se echó a reír por algún pensamiento secreto, pero al instante volvió a su seriedad anterior.

—... un plan sobre esas acciones. Te daré, por ellas, dos millares de libras esterlinas... No valen ni un solo céntimo, pero yo te daré esas dos mil libras.

El chino se movió, ligeramente, en su asiento, y tras breves segundos levantó los ojos y miró a su protector.

—Señor Bray... ¿para qué quiero yo el dinero? — preguntó casi con humildad—. Mi venerado y honrado padre me hizo rico. Sin embargo, soy un pobre chino con pocas necesidades.

Fing-Su tiró al suelo su cigarrillo consumido y lió otro con extraordinaria destreza. Antes, casi, de que estuvieran en sus manos, el papel y el tabaco se habían transformado en el blanco y humeante cilindro.

—Se dice en Shanghai y Cantón que la Compañía Yun-Nan tiene más dinero del que jamás haya podido ver el propio Gobierno — comentó lentamente—. Y dicen que la gente de Lolo ha encontrado oro en el valle de Liao-Lio...

—Lo encontramos nosotros — dijo Joe, complacido—. Esos Lolo no podrían encontrar más que excusas para quemar templos chinos.

—Pero usted tiene dinero —insistió Fing-Su—. Un dinero inerte...

—Inerte, no — murmuró Joe—; está ganando el cuatro y medio por ciento.

Fing-Su sonrió.

—¡El cuatro y medio por ciento!... ¡Usted podría obtener un cien por cien!... Allá arriba, en Shan-in hay un billón de dólares en carbón. ¡Un millón de veces un millón!... Usted no es capaz de contarlos; ya lo sé. No hay hombre fuerte asentado en la Ciudad Prohibida que diga: "¡Haz ésto!"... y quede hecho. Y si lo hubiera, carecería de un ejército. Ahí tiene usted una buena aplicación para sus reservas: en un hombre fuerte.

—Claro que sí.

Joe Bray miró a su alrededor, como temeroso. Odiaba a los políticos chinos... pero El los odiaba más todavía.

—Fing-Su — dijo con alguna indecisión—. Ese cara larga de Cónsul americano, estuvo ayer comiendo aquí. Se puso muy indignado con tus "manos alegres". Dijo que había demasiados "salones" en el país... y el Gobierno Central ha estado haciendo investigaciones. Ho-Sing estuvo aquí la semana pasada, preguntando cuándo pensabas marcharte a Londres, otra vez.

Los finos labios del chino se curvaron en una sonrisa.

—Le conceden demasiada importancia a mi pequeño club — dijo—. Es simplemente social. No tenemos políticos, Señor Bray, ¿no cree usted que sería una buena idea la de que se hiciera uso de las reservas de Yun-Nan?...

—Nada de eso — negó Joe moviendo violentamente la cabeza—. De todas maneras, yo no puedo tocarlas. Ahora vamos a ver lo que hay sobre esas acciones, Fing...

—Están en mi Banco en Shanghai; pero volverán — dijo Fing-Su—. Quisiera serle agradable a nuestro amigo. Yo no siento nada más que respeto y admiración por él. ¡Serpiente amarilla!... Eso fué un poco duro...

Su palanquín le esperaba para conducirle a su casa y Joe Bray contempló a los ágiles culíes hasta que un recodo del camino, en la colina, se los ocultó a la vista.

En la pequeña casa de Fing-Su estaban esperándole tres hombres, sentados en cuclillas, ante la puerta. Fing despidió a sus servidores e hizo entrar a los tres hombres en la habitación, alfombrada de obscuro, que le servía de estudio.

—Dos horas después de que se oculte el sol, Clifford Lynne — y les dió el nombre en chino — entrará en la ciudad por la Puerta del Benéfico Arroz. Matadle y cuanto papel lleve encima, traédmelo a mí.

Clifford llegó puntualmente, pero entró por la Puerta del Mandarín y los espías no le vieron. Fueron a comunicárselo a su amo, pero éste ya conocía la llegada de Clifford y el camino por que había cruzado.

—Tendréis muchas oportunidades —dijo Fing-Su, bachiller en Artes—, y quizá sea mejor que esto no haya sucedido mientras yo estoy en la ciudad. Mañana regreso a Inglaterra y traeré conmigo el Poder.

(Continúa a la vuelta)

CAPITULO II

Habían transcurrido exactamente seis meses desde que Fing-Su salió para Europa, cuando los socios de Nart Brothers se reunieron en Londres, a puerta cerrada en el salón de sesiones para hacer frente a una situación extraordinaria. Esteban Narth ocupaba la presidencia de la mesa. Su cara ancha, grave y pálida, en continuo gesto ceñudo indicaba que estaba más preocupado que de costumbre.

El mayor Gregory Spedwell, amarillo y cadavérico, ocupaba el asiento de su derecha. Con su cabello negro y rizado y los dedos manchados por la nicotina de los cigarrillos, poseía una historia que no era, precisamente, militar. Frente a él estaba Ferdinand Leggat, prototipo de John Bull (1), con su rostro saludable y sus clásicas patillas, aunque en verdad esta apariencia no respondía a su carácter, pues este "John Bull Leggat" había sufrido innumerables vicisitudes que no prestaban mucho crédito a su persona, antes de echar el ancla en esta aparentemente respetable bahía de Narth Brothers Limited.

Hubo un tiempo en que el nombre de Narth era una garantía en la City de Londres. Thomas Ammot Narth, padre del actual jefe de la casa, había llevado un excelente, aunque limitado negocio en la Bolsa y tenía como clientes a algunas de las más nobles familias de Inglaterra.

Su hijo había heredado de él su perspicacia para el negocio, pero sin su fina discreción y, por consecuencia, aunque había aumentado el volumen comercial de la casa, había aceptado como clientes a personas que no eran del agrado de los antiguos amigos de la misma. Cuando por una o dos veces tuvo que responder ante el Tribunal, discutiendo la exactitud de las órdenes de algunos clientes, los más antiguos de la casa se retiraron y le dejaron solo con un dependiente y un especulador que le ofrecía las oportunidades intermitentes de algunos "coups" en vez de las ganancias periódicas que son la base segura de la prosperidad.

Se defendió en las malas épocas creando numerosas compañías. Algunas de ellas habían tenido mediano éxito, pero la mayoría habían seguido el inevitable y alarmante curso que las conducía, eventualmente, ante el agente oficial sobre el que pesa el desagradable cargo de aclarar las liquidaciones finales de las compañías.

Durante estas aventuras, Estéban Narth conoció al señor Leggat, un especulador en aceites minerales de Galitzia, que también llevaba una agencia teatral y un negocio de prestamista... y que siempre se le podía encontrar en los cimientos de toda compañía de fundación dudosa.

El asunto que había reunido a los tres socios de la casa, a las nueve de la mañana, en la fría y poco acogedora oficina de Minchester House, no tenía ninguna relación con los problemas ordinarios de la firma. Así lo dió entender, poco más o menos, el señor Leggat, con indecisas palabras.

—Expongamos el asunto, clara y definidamente — dijo después—. Nuestro negocio está tan próximo a la quiebra que nada puede, ya, influir en él. Y le llamaremos quiebra... dejándole, por ahora, en eso. Lo que se pueda revelar en los trámites de esta quiebra, no afecta a Spedwell ni a mí. Ni uno ni otro hemos especulado con dinero de la compañía.

—Usted sabía... — empezó a decir, acaloradamente, Narth.

—¡Yo no sabía nada! — le impuso silencio el señor Leggat.—. Los inspectores contables nos dicen que al cargo de las cincuenta mil libras no se le encuentra justificante. Alguien ha estado jugando en Bolsa... y ni Spedwell ni yo hemos sido.

—Fué, siguiendo sus consejos...

Otra vez, el señor Leggat levantó la mano.

—No es este el momento para recriminaciones — dijo—. Poco más o menos, hay un descubierto de cincuenta mil libras. ¿De dónde y cómo vamos a sacar ese dinero?

Sus ojos encontraron a los de Spedwell y, por un instante, este hombre melancólico demostró francamente su aprobación y pareció divertirle el asunto.

—Está muy bien que ustedes hablen así — protestó Narth, limpiándose la sudorosa frente con su pañuelo de seda—, pero ustedes, todos, estaban en esta especulación de aceite. ¡Sí, ustedes dos!

El señor Leggat sonrió y se encogió de hombros, pero no hizo comentario alguno.

—Cincuenta mil libras es mucho dinero — habló Spedwell por primera vez.

—Muchísimo — afirmó su amigo; y quedó esperando a que Narth hablase.

—No hemos venido, hoy aquí, a discutir lo que ya sabemos de sobra— dijo Narth, impaciente—, sino a buscar un remedio. ¿Cómo vamos a hacer frente al temporal?... Esa es la cuestión.

—Eso tiene una fácil contestación, creo yo — contestó el señor Leggat casi jovialmente—. Por mi parte no tengo el menor deseo de ir, otra vez...

(Permítame rectificar, pues he debido decir por primera vez)... a sufrir las penalidades de Wormwood Scrubbs. (2) Tenemos que... Mejor dicho: usted tiene que encontrar ese dinero. Sólo queda una posibilidad — continuó el señor Leggat, lentamente; y mientras hablaba, sus ojos perspicaces no se apartaron del rostro de Esteban Narth—. Usted es sobrino o primo de Joe Bray, y, como todo el mundo sabe, el señor Joe Bray es rico hasta rebasar todos los sueños de avaricia. Tiene fama de ser el hombre más rico de China y tengo entendido que... (y corríjame si estoy equivocado)... usted y su familia reciben anualmente un estipendio... una pensión de este caballero...

—¡Dos mil libras al año! — interrumpió Narth, levantando la voz—. Eso nada tiene que ver con este negocio.

El señor Leggat miró al mayor y sonrió.

—A un hombre que le concede a usted, dos mil libras al año, se le puede abordar de una u otra forma. Para Joe Bray, cincuenta mil libras esterlinas significan lo que para mí un pitillo. Mi estimado Narth — añadió—. La situación es ésta: dentro de cuatro meses (quizás antes) tendrá usted que comparecer ante el Tribunal, en Old Bailey (3), a menos de que pueda conseguir el dinero para lograr encadenar a esos mastines que, pronto, le irán siguiendo la pista.

—Nos irán siguiendo la pista —dijo Narth enfadado—. Lo que es yo, no voy solo... ¡Compréndalo bien!... Y usted debe alejar de su imaginación la idea esa de que yo puedo persuadir a Joe Bray para que me envíe un solo céntimo. Es más duro que una piedra y su apoderado le supera. Supongo que no creerá usted que he dejado de intentarlo en otras ocasiones... Le digo que es un hombre imposible.

El señor Leggat miró otra vez al mayor Spedwell y ambos suspiraron y se pusieron en pie, como si hubiesen cruzado alguna seña invisible para Narth.

—Nos veremos pasado mañana — dijo Leggat—, y mejor será que trate usted de redactar un cablegrama a China, pues la única alternativa que tiene usted, de no acudir a Joe Bray, puede ser aún más desagradable que los trabajos forzados.

—¡Eh! ¿Qué quiere usted decir? — demandó Narth, con los ojos relucientes por la ira.

—Quiero decir — explicó el señor Leggat, mientras encendía un cigarro puro con la mayor calma—, la ayuda del caballero que se llama señor Grahame St. Clay.

—Y, ¿qué diablo es ese de Grahame St. Clay? — preguntó Narth, atónito.

El señor Leggat sonrió enigmáticamente.

CAPITULO III

De ordinario, Esteban Narth salía de su oficina a las cuatro de la tarde, a cuya hora su limousine le esperaba para llevarle a la hermosa casa que poseía en Sunningdale pero esta tarde se retrasó, no porque tuviese ningún negocio especial que tratar ni necesitase tiempo para reflexionar sobre su infortunada po-

(Continúa en la página 76).

(1) John Bull: título de un periódico fundado por Bottomley, de carácter político; famoso por sus críticas y por haber sido causa de la condena de siete años de trabajos forzados que cumplió su fundador. — N. del T.

(2) Wormwood Scrubbs: Una de las famosas prisiones de Londres. — N. del T.

(3) Old. Bailey: Famoso tribunal de lo criminal, en Londres.—N. del T.

La familia Membrillo

...á dice que va ...ntar el piso...

Observe usted cómo lo hace...

Realmente es lo más sencillo del mundo...

Concluye en una esquina, sin salida a la puerta.

¿Quién le teme al cutis malo?

¡NADIE! Si usa regularmente Cera de Belleza "La Milo"

Proteja su cutis contra los cambios bruscos del tiempo, con la acreditada

CERA de BELLEZA

La Milo M.R.

EL SUPERIOR

En todas las farmacias.
En dos tamaños.

LA PRINCESA DESCO

POR MARR MURRAY

Por más de una hora, había estado esa tarde Tim, conocido como el Honorable Timothy Torrence, sentado solo a una mesa del Café de la Paz. Aparentemente estaba sumido en sus pensamientos. Su cerveza se presentaba rancia y descuidada sobre la mesa, delante de él. El cigarrillo entre sus dedos, se había apagado hacía rato. Los más lujosos trajes, las figuras más preciosas y las caras más bonitas que pasaban a su alrededor, no lograban atraer su atención. Con el ceño arrugado, miraba abstractamente al espacio. La verdad era que Tim había sufrido una crisis en su carrera. El día anterior, se encontraba en sus piezas en la calle Jermyn, sin ninguna novedad. No tenía otras preocupaciones que aquellas que no le dejaban nunca, o sea, la falta de dinero, y de todas maneras, nada hacía presagiar un viaje a París. Luego a las seis de la tarde, recibió el siguiente telegrama:

—«Ven inmediatamente. Pieza tomada en el Hotel Lutetia. De lo más urgente. (Fdo) tía María».

Regla invariable en la conducta de Tim, era hacerle caso a la tía María en todos sus deseos. Esto no se debía tan sólo a cariño y respeto, sino también al instinto de salvación. La tía María, era una viuda de un industrial naviero y era el único miembro de la familia Torrence, que poseía una amplia producción de dinero. Su mesada formaba la parte mayor de la inadecuada renta de Tim. Muchas razones tenía para creer que el testamento de ella sería eventualmente un documento muy satisfactorio para él.

Pero, sentado ahí en el Café de la Paz, Tim llegaba a la conclusión de que el límite de su paciencia había sido alcanzado.

Había tomado el vapor que sale en la noche, y llegado debidamente al hotel Lutetia, en las primeras horas de la mañana. A las diez despertaba con la noticia de que la tía María lo esperaba ansiosamente. Dentro de media hora, estaba ya escuchando las alegres noticias.

El asunto urgente por el cual la tía María le había llamado a París, era el matrimonio. Creía que había llegado la hora para que Tim se sosegara y se instalara, y en Gertrudis Dutton, había encontrado lo que ella consideraba una esposa ideal.

Era enormemente rica; era «edad suficiente para ser razonable»; no era lo que la gente llama bonita, pero tenía «un carácter muy dulce»; poseía también varios títulos académicos y una mentalidad que estaba muy por encima de tales frivolidades como el baile y los cabarets de los nocturnos; en resumen, Gertrudis, era exactamente la clase de muchacha a quien la tía María le daría su aprobación más sincera. Tim y su posible novia iban a encontrarse por vez primera esa noche a la hora de la comida.

De ahí, la tan honda cavilación en el Café de la Paz.

Gertrudis era el colmo. Con la sola excepción de que era muy rica, no se conformaba en nada con sus ideales de una mujer perfecta. El era pobre, pero aun tenía su conciencia. Bajo ninguna circunstancia se casaría con Gertrudis.

Y el no casarse con ella, resultaría, sin duda, el que la tía María, cortara su mesada y lo dejara fuera de su testamento.

La cuestión era: ¿Qué debía hacerse? ¿Iría él a decirle a la tía María, francamente que bajo ninguna circunstancia se casaría él con un palote como Gertrudis Dutton? ¿Iría él de todos modos a la comida? ¿Iría...?

—Señor...

La voz del mozo despertó a Tim de su amargo sueño.

—¿Qué hay?

El mozo enérgicamente sacudió un polvo imaginario de la mesa a la cual estaba sentado Tim.

—Se me ha pedido que informe al señor que en el bolsillo de la derecha, el señor encontrará un mensaje de gran importancia. Ha estado en el bolsillo del señor por media hora, pero el señor no lo ha observado. Tengo que pedirle al señor que le dé a este mensaje la más grande consideración y el señor comprenderá que guardar secreto es muy necesario en este caso.

El mozo partió apresuradamente dejando a Tim lleno de estupor.

Habiendo encendido un nuevo cigarrillo, Tim sacó el mensaje de su bolsillo y lo leyó. La misiva estaba escrita manifiestamente por alguien que trataba de disimular su escritura.

«Si las aventuras bien retribuídas, tienen atracción para Ud., llame a la pieza 76 del hotel Lutetia, a las cinco de la tarde de hoy. Destruya ésta inmediatamente».

Tim sorprendido leía la nota una y otra vez. Miles de preguntas imposibles de satisfacer se le presentaban. ¿Quién escribió esa nota? ¿Por qué el secreto era esencial? ¿Estaba él despierto o soñaba? ¿Qué significaba esta misteriosa aventura y qué quería decir la expresión «bien retribuída» ¿Por qué había sido él elegido por el autor del mensaje?

Podía ser una broma. Podía ser una estafa. Podía haber detrás de este mensaje, robo y aun asesinato.

NOCIDA

(Novela completa en dos números)

Pero podía ser también que el ofrecimiento fuese sincero. Podía ser que estuviere aquí la ocasión para desafiar la voluntad de la tía María y de Gertrudis Dutton. Podía ser también que la fortuna iba a dejar caer sobre él una tarcija sonrisa.

A medida que él rompía la nota en trozos pequeñísimos, Tim decidió que era inútil preocuparse de lo que pudiera o no pudiera ser. Lo único que debía hacerse era esperar lo mejor y visitar la pieza 76 a las cinco de la tarde.

No fué sino que hasta alcanzar el Lutetia que Tim se vino a dar cuenta que la pieza 76 estaba inmediatamente al frente de la suya propia. Para cumplir su misteriosa cita, no tuvo sino que cruzar el pasadizo.

A las cinco en punto, Tim abría la puerta de su cuarto y miraba inocentemente hacia un lado y otro del pasadizo. Convencido de que nadie lo observaba, cruzó el cuarto opuesto, golpeó la puerta y se introdujo en él, cerrando la puerta al hacerlo.

El cuarto estaba vacío.

Refunfuñando Tim miró a su alrededor. Había presumido de que la persona que lo citaba de todos modos lo iría a recibir.

Los minutos pasaban y con cada uno de ellos, Tim estaba más seguro de que era la víctima de un complot siniestro. Se decía el mismo que era un tonto de primera clase, al haber hecho caso de un mensaje anónimo. Lo más conveniente era entonces volverse a su cuarto, mientras hubiese tiempo para hacerlo.

Al ir a la puerta, dió vuelta la llave suavemente y dió un tirón con todo cuidado. La puerta permaneció cerrada. Un violento esfuerzo no encontró mejor resultado. La puerta estaba con cerrojo y Tim estaba atrapado.

Eran las cinco y media cuando por fin, una llave dió vuelta en la cerradura y la puerta se abrió.

Un hombre de cierta edad entró al cuarto. Era alto y cadavérico, con rasgos de ave de presa y con una barba espesa y cortada en forma cuadrada. Manifiestamente se trataba de un extranjero de distinción.

Después de cerrar la puerta, el extraño se dió vuelta e hizo una reverencia.

—¿Tengo el honor de saludar al Honorable Torrence?, dijo él.

—Buenas tardes, contestó Tim.

—Siento la imposibilidad de haber estado aquí a recibir al Honorable Torrence. Sí. Pero Ud. comprenderá el secreto, y la necesidad de eludir los espías. Los espías están por todas partes. Yo le puse ese mensaje en el bolsillo Honorable Torrence. Yo dejé la puerta abierta. Yo sé que el Honorable Torrence es el inglés, el hombre de deportes, de aventuras. Sí. Yo sé que él llegará a la cita. Los espías, ellos me siguen. Ellos me ven volver al Hotel Lutetia a las cinco y media. Ellos me ven quitar la llave a la puerta de mi cuarto. Ellos me ven entrar solo. Ellos no tienen idea alguna de que adentro de la pieza está el Honorable Torrence esperándome. Luego yo parto solo. Los espías, ellos me siguen. Sí. Ellos no saben del Honorable Torrence. Cuando yo haya partido junto con los espías que me siguen, Ud. cruza a su cuarto. Los espías no saben nada. No. Han sido engañados. ¿Ve Ud.?

Tim asintió y se mantuvo en silencio. Pensaba que de todos modos la promesa de aventura contenida en el mensaje, estaba en vías de cumplirse. Si aquello de «bien retribuida» probaba ser también cierto, no había motivos para quejarse.

—Permítame, continuó el extranjero, presentarme. Sí. ¡Yo soy el conde Alejo Bubarski, canciller de su finada majestad el rey Nicolás Noveno de Bulmania, en cuya alma haya paz!

Tim asintió. No era él entendido en la política europea, pero recordaba que hacía dos años había habido una revolución en Bulmania, con el resultado de que se proclamara una república y que el Rey Nicolás saliera en exilio. También sabía que el Rey había muerto en Suiza hacía algunas semanas.

—Y ahora, prosiguió el conde Bubarski, permítame el honor de explicar. Sí. Yo le diré por qué le puse ese mensaje en el bolsillo. Escuche usted. Sí.

Paseándose de un lado a otro de la pieza y tirándose continuamente

(Continúa en la página 81).

Aventuras de Bonzo

Deténgase aquí, señora, y lea.

Esta revista ha sido especialmente consultada para su agrado y su servicio, señora. La moda, el hogar en todos sus aspectos, la distracción de amenas lecturas, un vistazo a lo que pasa en el mundo; todo desfilará por estas páginas teniendo, por complemento, la levadura del buen consejo que esponjará su alma.

Queremos ser no sólo un agrado, sino que también una ayuda efectiva. Para ello ponemos a su disposición las páginas de moldes, en que trajes de gran boga, fáciles al propio tiempo de confeccionar, le serán enviados a su pedido, solamente por el hecho de mandar el número del figurín elegido, la talla necesaria y sesenta centavos en estampillas, a más de la dirección muy claramente indicada.

Fuera de esta sección ponemos a sus órdenes otra destinada a facilitar sus compras, lo que ha de ser muy valiosa ayuda para las que viven en provincias. Si usted precisa comprar una alfombra de determinado color, un género para arreglar un traje, un sombrero de la moda última, unas medias o lo que sea, en cualquier orden, nosotros podemos ser su guía, dándole los datos necesarios, direcciones y recomendaciones, consiguiendo, además, precios especiales, en que estará consultado un descuento hecho a nuestras lectoras por determinadas casas comerciales.

Una persona de acreditado buen gusto estará al frente de esta sección, dispuesta a ser una especie de doble suyo, señora, en la tarea grata de corretear tiendas, buscando lo que le sea necesario.

Puede usted confiarse a ella con entera seguridad de que sus órdenes serán puntualmente realizadas.

También puede usted consultarnos respecto a decoraciones, a transformaciones de trajes, a arreglos de jardines, a cocina; a todo lo que al hogar se refiera. Personal especializado será puesto a la obra de contestar esta correspondencia.

La correspondencia destinada a esta sección que llamaremos: "AYUDA DEL HOGAR", debe ser dirigida a Casilla 84-D., Santiago.

EL IDOLO

por

CLARO que soy supersticioso. Y nadie podrá convencerme de que no fué el viejo Hi Chwan quien nos trajo la suerte cuando harto la necesitábamos.

A mí me gustó apenas lo vi. Su sonrisa, su cara tan fea y hasta su mismo color me agradaron. Era medio azulejo, y para mí el azul ha sido siempre el color de la suerte.

Estábamos recién llegados a Shanghai, porque, lo que es Australia, nos tenía demasiado conocidos; y Doc Sewell, mi compañero y socio, me había dicho que los chinos eran muy hospitalarios y liberales.

Teníamos unos cuantos billetes cuando nos despedimos de Australia. Los habíamos ganado en la venta de una mina de zafiros a un inglés, recién llegado; pero, al parecer, poco entendido en negocios mineros y piedras preciosas. Es probable, sin embargo, que algo haya aprendido desde entonces sobre la materia.

El viaje tampoco nos resultó demasiado gravoso, ya que se puede decir que ganamos el valor de los pasajes en el salón de fumar del "Orsla", enseñando a un grupo de pasajeros las finezas del póker.

Shanghai nos agradó mucho como cambio de panorama; pero como campo de acción para nuestras actividades, dejaba bastante que desear. Nos alojamos en la casa de pensión de la señora Sheehan, cerca del barrio internacional, y, a pesar de que salíamos todos los días a dar una vuelta, el resultado era siempre poco satisfactorio. El dinero que habíamos traído iba desapareciendo poco a poco, hasta que llegó el día cuando no tuvimos con qué pagar el arriendo de nuestro cuarto.

—Es inútil que andemos los dos armados — me dijo Doc. Vende tu revólver, Casaldy, así tendremos con qué comer durante algunos días. Naturalmente, no podemos seguir viviendo aquí y tenemos que avisárselo a la dueña hoy mismo.

Lo sentimos mucho, porque mistress Sheehan estaba muy pobre, y nosotros éramos sus únicos huspedes. Era una señora sumamente buena, generosa, siempre lista y dispuesta a ayudar al prójimo. Viuda, había recogido a un nieto suyo que estaba inválido y que le costaba bastante caro en médicos y remedios.

La pobre vieja creía que Doc y yo éramos un par de "businessmen" llenos de plata, posiblemente al vernos vestidos siempre con corrección y hasta con elegancia. Doc mantenía que en nuestras actividades era indispensable presentarse muy bien.

Vendí, pues, mi revólver donde Hock Feng, e iba ya de regreso a la pensión, cuando al pasar frente a un negocio de antigüedades, me llamó la atención en la vidriera, el monicaco aquel. Me quedé absorto, mirándolo, y no sé por qué tuve el presentimiento que nos traería suerte. Impulsado por una fuerza misteriosa entré a la tienda.

El dueño me dijo que el monito se llamaba Hi Chwan y tenía trescientos años. Parece que había estado muchísimo tiempo en el Templo del Cielo de Pekín, donde era adorado por los sacerdotes de Ming H'Su. Todo aquello, le daba, naturalmente, un valor inestimable.

Cuando llegué a casa con Hi Chwan, casi le dió un ataque a Doc, y lo que me dijo no es para descrito.

Apenas pudo hablar, me preguntó cuánto me habían dado por el revólver.

—Once dólares — contesté yo. El dólar chino valía entonces la mitad del nuestro.

—¡Y pagaste ocho por ese maldito ídolo, cuando no sabemos de dónde vendrá la plata para pagar nuestra próxima comida?

—Precisamente, por eso, lo compré — repuse yo—. Tengo la esperanza de que Hi Chwan nos traerá la buena suerte. Si nos fuera yendo bien, no le habríamos necesitado.

Me subí a una silla y lo coloqué sobre un armario que alcanzaba casi hasta el techo. Era tallado en una piedra azul y tenía las manos extendidas en una forma muy amistosa. Era de buen tamaño, y así colocado, se veía imponente.

Me había bajado recién de la silla, cuando golpean a la puerta y entra Mrs. Sheehan. Parecía estar muy triste y cansada, y lo que nos contó no era para alegrar a nadie. Parece que los médicos habían recetado a su nieto un nuevo tratamiento, que sólo podía seguirlo en Hong Kong, y que para el viaje, estada y tratamiento necesitaba disponer de mil dólares. Esa misma mañana había estado en el Banco Hong Kong and International Trust Co. a solicitar un préstamo, pero, por estar su casa demasiado hipotecada, se lo habían rehusado.

—Fuí decidida a hablar personalmente y con él hablé. Se llama Steyn, y pocas veces he visto un hombre tan duro de corazón. No le pude sacar ni un centavo.

—Lo conozco — dijo Doc—. Es tan querido, que no se atreve a salir solo a la calle.

—Debe ser el mismo — observó Mrs. Sheehan, y luego, medio titubeando e indecisa, como si le costara mucho lo que tenía pensado, prosiguió con dificultad:

—Estaba pensando si Uds., caballeros, no me podrían ayudar con un préstamo. Sólo les puedo ofrecer mi palabra en garantía. Es todo lo que me queda, y no les pediría este servicio si no supiera que Uds. no están necesitados de dinero, ya que nunca me han hecho esperar ni un solo día para el pago de su cuarto. Se los devolvería en cuanto pudiera, aunque tuviera que matarme trabajando.

Doc y yo nos miramos... Y nosotros, que le íbamos a avisar que habíamos decidido dejar su cuarto...

Algo se le debe haber ocurrido en ese instante a Doc, porque se le iluminó la cara.

—Oiga, señora Sheehan — le dijo—; vamos a hacer algo mucho mejor. Le vamos a enseñar cómo Ud. misma se puede ganar los mil dólares que necesita.

—¿Ganármelos? — Y lo queda mirando como si no comprendiera. Yo, por mi parte, ya me estaba asustando. ¿No se estaría volviendo loco el viejo Doc?

—¿Cuánto dinero tiene en su casa, señora? — preguntó.

—Más o menos, veinte dólares — contestó ella—, fuera de lo que debo al almacén, que he dejado a un lado.

—Denos esa suma — dice Doc—. Nosotros se la colocaremos y dentro de un par de días le devolveremos mil dólares. ¿Qué le parece?

—¿Ustedes harán eso por mí? — preguntó la pobre viejecita—. Será debido a esta manera tan extraordinaria que tienen Uds. de colocar su dinero que son tan ricos — nos dice, sonriendo entre sus lágrimas.

—¡Que los santos los bendiga! Esta misma tarde les entregaré la plata. Y se arrancó para llorar más a gusto de puro contenta.

Apenas salió de la pieza, me dirigí a Doc, furioso.

—Quieres decirme, ¿qué es lo que te pasa?

¡Engañando a una pobre vieja con promesas que bien sabes que no podrás cumplir! ¡Montándole la cabeza para sacarle hasta el último peniques que tiene! ¡Dime luego! ¿Cuáles son tus intenciones? ¿No estarás

CHINO

Douglas Leach

pensando en robarle esos veinte, supongo?

¡Eso no lo harás, Doc! Es una pobre vieja. . . No serías capaz de eso, ¿verdad?

—Basta — me dijo—. ¿He descuerado alguna vez a un pobre? Le tengo lástima a esta pobre viejita y quiero ayudarla; por eso tenemos que conseguirle esos mil dólares, cueste lo que cueste.

*

—¡Conseguir mil dólares cuando no tenemos qué comer! — estallo yo.

—Es que todavía no nos hemos puesto en campaña — contestó Doc, dejando caer sus cien kilos en una silla y meneciendo el cuarto de tal modo, que el viejo Hi Chwan empieza a balancearse arriba del armario.

—No te preocupes. Déjame pensar.

Cuando llegó la tarde, ya teníamos el dinero de Mrs. Sheenan; pero nada se le había ocurrido a Doc todavía, por mucho que había pensado.

—Sólo nos queda una cosa — dijo —, "la Casa de las Diez mil Felicidades"!

—Una casa de juego — protesto yo—. Fan Tang y ruleta. ¡Pero si no estamos en situación de jugar!

—Así será; pero muchos ricos son clientes de la casa — repuso Doc.

Empiezo a comprender. ¿Es un negocio de "hands up"?

—Quién sabe — contesta Doc, y abriendo un cajón saca su revólver y se lo echa al bolsillo—. Luego veremos lo que se presenta.

Yo, antes de salir, me trepo arriba de una silla y le doy un buen "shake hands" al viejo Hi Chwan, como quien golpea madera.

—Te llevaría conmigo si no fueras tan pesado — le digo—; pero, de todos modos, haz lo que te corresponde, viejito.

Atravesamos el Soockow por el Puente de las Aguas Morsdas, y, después de una caminata de media hora, llegamos a la casa de las Diez Mil Felicidades. Era un edificio grande, de estilo europeo, muy iluminado.

Entramos y nos dirigimos tranquilamente a la sala de juego principal, donde se había aglomerado la gente alrededor de una mesa de ruleta china. Era entonces una gran novedad para Shanghai. Algo parecido a la ruleta que todos conocemos, pero con un sistema de pago distinto. Otra particularidad era que los cuadros, en vez de números, tenían dragones pintados en distintos colores.

A pesar de haber dicho Doc que no jugaría, esta mesa lo fascinaba, y, poco a poco, se le fué acercando y mezclando con el grupo de los chinos, japoneses y europeos que la rodeaban, mientras yo quedaba por ahí cerca, a la expectativa.

Luego me llamó la atención un mandarín bastante gordito que no parecía ser demasiado rápido para correr, y me puse a pensar si estaría acompañado y si tendría un revólver escondido en sus anchas mangas. Después bajé al subterráneo y me entretuve un rato mirando bailar y conversando con las floristas. Cuando subí de nuevo, Doc estaba todavía en la mesa; pero, se apartó apenas me vió, y llevándome a un lado me mostró un rollo de billetes.

—Ciento cuarenta dólares — me dijo—. No está tan mal, ¿verdad?

—¿Que no me dijiste que no jugarías? — le pregunté. Si sigues, vas a perderlo todo.

—No temas — advirtió Doc—. Si la ruleta está "arreglada".

—Entonces, si es así, ¿cómo has podido ganar?

—Alguien tiene que ganar, aunque sea para que la gente no sospeche nada. Así es que he estado jugando a la eterna ley del término medio. Coloco mi plata en los cuadros que están menos cubiertos, y espero para hacerlo el último momento, cuando lanzan la bolita. Naturalmente, el croupier no deja ganar los cuadros muy llenos; sólo lo permite una vez a las perdidas, para evitar que los clientes se pongan demasiado sospechosos.

—Lo que me dices me parece muy bien, — observo yo—; pero, ¿podrás seguir así?

—Eso es, precisamente, lo que me preocupa — advierte Doc—. Podría venirme una racha de mala suerte. Por lo demás, todo el sistema estriba en hacer pequeñas apuestas. En cuanto ponga yo alguna suma más o menos regular en algún cuadro, pues, ese cuadro no ganará. Pero se me ocurre una idea luminosa — prosiguió Doc—. Escucha. Me he fijado que aquel chino tiene siempre una mano debajo de la mesa en el momento en que se para la rueda... Ahí hay un botón que aprieta. Es un truco muy conocido.

¿Quién mejor que yo lo irá a saber, si yo mismo lo he hecho en Buenos Aires hace muchos años! Recuerdo muy bien el manejo. Todo lo que pido es poder colocar mi mano sobre el botón, aunque sea un solo segundo. Entonces sí que vamos a jugar grueso.

—¿Piensas arriesgar mucho?

—Voy a poner los ciento cuarenta dólares en el dragón rojo. Ese cuadro paga el diez por uno, y es ahí donde tienes que ayudarme. Pienso colocarme al costado de aquel chino y tú te pondrás a mi lado. En cuanto la rueda empiece a disminuir la velocidad, tú me empujarás como por casualidad. Yo me encargaré de lo demás.

—Pero, ¿si algo fracasa? — exclamo yo, asustado.

—Nada fracasará — asegura Doc con voz que no admite discusión.

—Tendrá que resultar, aunque tenga que hacer trizas la mesa y todo este maldito boliche.

Yo estaba nervioso. Sumamente nervioso. Pero Doc estaba tan fresco y confiado, como si hubiera practicado el "golpe" durante años. Se colocó en su sitio y yo a su lado. Dejó pasar dos vueltas sin jugar y luego, a la tercera, colocó los ciento cuarenta dólares como si fuera nada. A mí se me cortó la respiración.

Parecía que la rueda no iba a parar nunca. En aquel instante un individuo a mi lado se adelantó para ver mejor, y lo le dí a Doc un feroz estrellón.

—¡Tenga cuidado, fíjese en lo que está haciendo! — exclamó Doc, dejándose caer sobre el chino y empujándolo a un lado.

Mientras mantenía al chino alejado gracias a sus ciento y pico de kilos de músculo y grasa, estaba con una mano lista debajo de la mesa.

El pobre chino hacía lo que podía por volver a su sitio; pero, empujar a Doc, era como mover a un elefante.

La rueda se iba parando poco a poco. La bolita dió un salto por encima del dragón rojo y siguió. Yo respiraba apenas. Rodaba tan lentamente, que parecía que no alcanzaría a dar otra vuelta. Ahora apenas avanzaba. Llegó hasta el "slot", pareció vacilar y... cayó.

Yo ya no podía más. Doc había dicho que pagaba el diez por uno.

El chino estaba lívido, y buscaba con la mirada a algunos cómplices, con la intención evidente de sacar a Doc por la fuerza. Pero debe haberse convencido de que mi amigo había descubierto su truco, y temiendo que hablara, optó por pagar.

—Gracias, viejo Hi Chwan — murmuré yo, despacito. Era un buen golpe de suerte, no se podía negar.

Y nuestra salida de la sala de juego llamó bastante la atención de la concurrencia.

—Ahora, ¿creerás en amuletos y

(Continúa en la página 78

SILUETAS

DE LA MODA

He aquí un film en sombras chinas que para nuestras lectoras ha de ser adorable. La MODA se proyecta en él con todos sus caprichos, con todos sus absurdos, con todo su sentido práctico. Porque la MODA, mis amables lectoras, sale de casa en la mañana, a eso de las once, para la oficina, el deporte o las correrías por el centro, vestida en una forma cómoda, sin rebuscamientos, dejándose solamente llevar por ciertas fantasías discretas. Casi siempre su falda es estrecha, no muy larga, para dejar libertad a los movimientos. Si va en cuerpo, la tendencia de la línea será de ensanchar los hombros, pero como ya el frío arrecia, por lo común su falda estará completada por una chaqueta corta, especie de bolero muy gracioso, pero recomendable sólo para las muy delgadas. Pero la gran novedad serán las capas, cortas, largas, cortísimas. Y el abrigo, para las mañanas de sumo hielo, será un grueso capote ruso, con el faldón en forma, cerrado hasta el cuello, con grandes mangas que en la parte baja son muy anchas y que se sujetan a la muñeca por un estrecho puño. El calzado de medio tacón, suela gruesa y forma deportiva. En cuanto a los sombreros, adoptan las formas más variadas y más extravagantes: desde el fez hasta la tiara, pasando por el cordobés, el tirolés y el chino.

Bueno. A las cinco de la tarde, para ir a tomar el té al Crillon o al Savoy, la MODA se pondrá una falda angosta y una chaqueta semilarga, suelta, un poco en forma, que por la espalda parece capa. También podrá ponerse una chaqueta muy entallada, con faldón cortísimo en godet, ancho de hombros y con las mangas cortadas en globos superpuestos a la altura de los codos. Si es que no opta por un vestido falda de campana y cuerpo liso, con mangas estrechas sobre las cuales cae una doble manga ancha y corta. Los sombreros serán más extravagantes todavía que en la mañana y más variados aún: el sombrero de ala plana y grande, en terciopelo, con la copa como recogida arriba en un moño; la capota de las abuelas, graciosamente atada bajo la barbilla; el calañés puesto muy de lado y sobre el ojo derecho. Todo estará admitido.

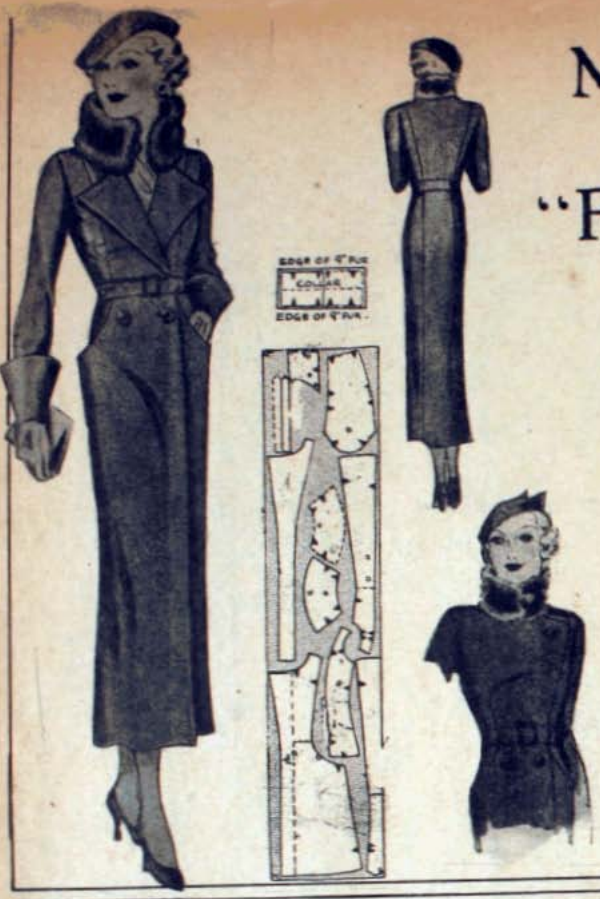
Pero si es a un bridge o a un cocktail donde la MODA va, su traje será mucho más largo, llegando muchas veces hasta rozar el suelo. O adoptará la silueta estrecha, muy liviana y neta de línea y que es preferible para las que no tienen una figura escueta.

IVONNE.

JUVENILES TOILETTES PARA EL OTOÑO

Presentamos a nuestras lectoras este escogido conjunto de trajes y abrigos novedosos. Trajecitos dos piezas tan útiles para los días fríos; conjuntos con abrigos tres cuartos y en fin, trajes sencillos. Los géneros que se ven son las lanas unidas, telas cuadriculadas y escocesas en todos los colores.

MOLDES DE "FAMILIA"



Una grata sorpresa para nuestras lectoras la constituirá, seguramente, esta útil sección de moldes.

Para mayor comodidad los enviaremos en tres tallas: a, b y c, que corresponden a las tallas 42, 44 y 46, es decir, las más corrientes. Para obtenerlos no necesitará usted más que enviar su pedido bien detallado y sesenta centavos en estampillas por cada molde a "Sección moldes de "Familia", "Familia", casilla 84-D, Santiago, y se verá oportunamente satisfecha.

Los modelos que presentamos en este número son los siguientes:

1. — Lindo abrigo confeccionado en gruesa lana bouclé. Tiene un corte muy sencillo, por lo que resultará sumamente fácil su confección. Los bolsillos de parche llevan un botón, cinturón de gamuza obscura.

Para este molde damos las siguientes piezas:

La mitad de la espalda, que se cortará doble, un delantero, cortar dos, una manga completa de la que se cortará dos, el bolsillo completo, la mitad del cuello y una solapa de la que se cortará dos.

Para el mayor éxito de este molde, deberá hilvanarse y probarse todas las piezas, para que quede más al cuerpo.

EL VIAJE

(Continuación de la pág. 10)

che se paró en el fondo de una remota avenida, y ella, invitada por una sonrisa de él, bajó para ver de cerca la fuente de Hércules, allí, delante de aquella fuente, bajo el cobalto del cielo, tan intenso que parecía casi negro, en torno a la fúlgida estatua del semidiós erguido sobre la alta columna que surgía del medio de la ancha concha, inclinándose a mirar el agua vítrea, sobre la que nadaban algunas hojas, algunos limos verdosos que reflejaban su sombra en el fondo; y luego, viendo cómo a cada leve onda del agua se evaporaba algo como una neblina sobre el rostro impasible de las esfinges que guardaban la concha, sintió ella como si por su rostro también pasase una onda de pensamiento, que como un hálito fresco surgía de aquella fuente; y luego de ese soplo, un gran silencio de estupor le ensanchó desmesuradamente el espíritu y, como si una luz de otros cielos se le encendiese imprevistamente en aquel vacío inconmensurable, sintió como si en aquel punto alcanzase la eternidad casi; como si conquistase una lúcida y clarividente conciencia de todo, del infinito que se esconde en la profundidad del alma misteriosa, y de haber vivido, y que le podía bastar porque en un solo instante, en aquel instante, había sido eterna.

* * *

Propuso al cuñado el regresar aquella misma tarde. Quería volver a su país ahora, para dejarle libre, después de aquellos cuatro días que le había quitado a los de sus vacaciones y sus placeres. Perdería aún otro día acompañándola hasta su vasta casa antigua, en la vieja aldehuela silenciosa, de la cual habría sido mejor que nunca se hubiese movido. Después él podría emprender de nuevo el camino, su excursión anual por los países más lejanos, más allá de aquel infinito mar turquí y palpitante, más allá..., más allá... Él; sin temor podía hacerlo, porque ella, con seguridad, no se moriría tan pronto, en aquel mes de sus vacaciones.

No le dijo todo esto; lo pensó tan sólo y le rogó que hiciese el favor de acompañarla a su casa..., a su país...

—No, mujer. ¿Por qué? — le contestó él—. Ahora ya estamos; vendrás conmigo a Nápoles. Consultaremos allí, para mayor seguridad, algún otro médico.

—¡No, no; por caridad, César! — insistió ella—. Déjame volver a casa. Es inútil...

El la miró con gesto serio y dijo:

—Adriana, lo deseo yo.

Y entonces ella ya no pudo replicar: vió en sí a la mujer de su país, que no debe replicar a lo que el hombre estima justo y conveniente; pensó que él quería tener la satisfacción de no haberse fiado de una sola consulta, la satisfacción de que los demás, allá en su tierra, el día de mañana, cuando ella muriese, pudieran decir: "El hizo todo lo que pudo por salvarla; la llevó a Palermo, a Nápoles..." O tal vez tenía él, realmente, la esperanza de que otro médico de más lejos, más sabio, considerase curable su mal, descubriese un remedio para salvarla... Quizá..., pero, sí; esto era lo más fácil de creer; sabiendo que estaba irremisiblemente perdida, quería él, ya que habían empezado juntos el viaje, procurarle aquel postrer y extraordinario desahogo como última compensación a la crueldad de la suerte.

Pero ella sentía horror, eso es, horror de tener que atravesar todo aquel mar.

El se sonrió de aquel asombro, e invitándola a andar y pasándole, con una intimidad que hasta entonces nunca se había permitido, un brazo

(Continúa al frente)

2. — Traje de lana cuadriculada beige y café. Cinturón de gamuza café y cuello anudado en terciopelo café.

Damos las siguientes piezas:

La mitad de la espalda que se cortará doble; la mitad del delantero, que se cortará doble; la mitad del canesú en forma; una manga completa.

El delantero lleva una hilera de botones que baja desde el corpiño.

3. — Abrigo en lana gruesa de tono unido, con cuellito de piel que se puede abotonar. El corte del abrigo adelante forma los bolsillos. Puños mosqueteros de lana. En esta página vemos dos detalles del abrigo, las vueltas se pueden abotonar quedando el abrigo completamente cerrado.

Para el abrigo damos las siguientes piezas:

Un delantero, del que se cortará dos; parte superior del delantero con el bolsillo; la mitad de la espalda, que se cortará doble; parte lateral de la espalda, de la que cortará dos; una vuelta completa; una manga completa; un puño mosquetero completo; y la mitad del cinturón. Si se desea, puede usarse un cinturón de gamuza.

Botones grandes.

Recomendamos a nuestras lectoras, una vez más, que se deben hacer cuidadosamente las costuras, planchando cada pieza antes de unirlas y probando bien.

Si el abrigo se desea hacer con forro, se corta el género por las mismas piezas, eso sí, sin tomar en cuenta las solapas, pues éstas se forran con la tela del abrigo. Las vueltas y cortes se pespuntan con seda.

por bajo del brazo de ella para ayudarla, la condujo a ver, desde la cubierta misma, los brillantes y potentes émbolos de acero que movían aquellas hélices. Pero ella, ya turbada por aquel contacto insólito, no pudo soportar aquella vista ni el cálido aliento, el tufo ardiente que salían de allí, y estuvo a punto de desmayarse y casi apoyó la cabeza sobre el hombro de él. Se contuvo en seguida, casi aterrada por aquel antojo instintivo de abandono al que iba a ceder.

Y de nuevo él, con mayor cuidado, le preguntó:

—¿Te sientes mal?

Y ella, con la cabeza, no acertando a decir palabra, le contestó que no. Y anduvieron los dos, así, del brazo, hacia la popa, para mirar la larga estría férvida, fosforescente, sobre el mar ya negro bajo el cielo punteado de estrellas, hacia el cual el tubo enorme de la chimenea exhalaba continuamente las bocanadas de un humo denso y lento, casi enrojecido y ardiente por el fuego de la máquina. Hasta la luna, para colmar el encanto, salió sobre el mar; primero, entre los vapores del horizonte, como una lúgubre máscara de fuego que se asomase amenazadora para espiar, con un silencio espantoso, aquellos dominios suyos de agua; después, esclareciéndose poco a poco, recortándose con precisión en su níveo fulgor, que el mar prolongó con un argéntico estremecimiento sin fin. Y entonces ella, más intensamente que nunca, sintió que le brotaba dentro la angustia y el asombro de aquella delicia, que la impulsaba y la obligaba irresistiblemente a esconder, exhausta, su cabeza en el pecho de él.

* * *

Fué en Nápoles, en un instante, al salir de un café-concierto, donde habían cenado y pasado la noche. Acostumbrado él, en sus viajes anuales, a salir de noche de aquellos sitios con una mujer cogiéndola del brazo, ahora, al ofrecérselo a ella, vió momentáneamente, bajo el gran sombrero negro adornado con plumas, el brillar de una mirada encendida y de repente, casi sin quererlo, cogió el brazo de ella, y rápido y fuertemente lo apretó contra su pecho. Fué todo. El incendio estalló.

Allí, en la obscuridad, en el coche que les llevaba al hotel, abrazados, con los labios en los labios, insaciablemente, se lo dijeron todo en pocos momentos, todo lo que ellos, entonces, en un instante, como en un relámpago, a la encendida luz de aquella mirada, habían adivinado; todas sus vidas en tantos años de martirio y de silencio. Ella le decía cómo siempre, siempre, sin querer, sin saberlo, le había amado; y él cuánto la había deseado, cuando ella era casi niña, con el sueño de hacerla suya, así, ¡suya! ¡suya!

Fué un delirio, un delirio frenético, en el cual se entendía, con un aliento inextinguible, el ansia de compensarse en aquellos pocos días trágicos bajo la condena mortal de ella, de todos los años anteriores, tan largos, perdidos, de sofocado ardor y de escondida fiebre; la necesidad de cegarse, de perderse, de no verse cómo hasta entonces habían sido, con las compuestas apariencias honestas, allá, durante tantos años, en la aldea de rígidas costumbres tradicionales, por las cuales este amor suyo, estas bodas suyas, serían como una profanación indigna, como un delito.

¿Cómo, bodas? ¡No! ¿Por qué le había ella obligado a aquel acto, casi sacrílego para todos? ¿Por qué lo había ella ligado a sí, que ya tenía la vida tasada? No, no; el amor, aquel amor frenético y enervante, en este viaje de pocos días, era viaje de amor sin regreso, viaje de amor hacia la muerte.

Ella no podía ya, ahora, volver

(Continúa en la pág. 76).

Abrigos de

1.—Abrigo en lana diagonal con un novedoso adorno de piel en el cuello, tira delantera y puños.

2.— Elegante abrigo en cotelé con mangas raglán, cuello y puños adornados con astracán.

3.— Abrigo en borlón con un original cuello terminado en una amarra.

4.— Este lindísimo abrigo está confeccionado en terciopelo, adornándolo un hermoso zorro que forma el cuello.

tarde

5.—Abrigo para la tarde en gruesa lana bouclé de tono obscuro. Pieles de breitschwanz adornan el cuello y los bolsillos.

6.—Abrigo en gamuza de lana negro adornado de breitschwanz. Se cierra adelante por seis botones.

7.—Sencillo abrigo deportivo en lana mezclada beige y café. Cuello doble y mangas adornadas de pespuntes. Se cierra adelante por dos grandes botones de tono café.

8.—Abrigo en lana bouclé de amplias mangas ajustadas en la muñeca. Gran cuello de pieles.

LAS SEIS MUCHACHAS.—Te hemos llamado para que nos digas cómo se te ocurrió hacer ese postre exquisito de la hora de once.
EL COCINERO.—Muy sencillo; tomé la receta de la revista "FAMILIA".

Modelos puede

Los trajes sencillos son siempre los preferidos de las damas elegantes. Aquí tenemos cuatro modelos de fácil confección y de muy buen gusto.

que Ud. confecciona!

1-2.—Elegante ensemble en lana moteada verde manzana. Cinturón de gamuza y botones en un tono más obscuro.

3-4.—Traje de charmelaine beige, cuello y cinturón café; se completa con un simpático paletocito estilo bolero.

Ultimo retrato de Gabriela Mistral, en su oficina de nuestro Consulado, en Madrid.

VIDA Y CONFESIONES

A fojas cuatrocientos cincuenta del libro de bautismos de la ciudad de Vicuña, figura esta partida: «En esta Iglesia Parroquial de Vicuña a siete días del mes de abril del año 1889, bauticé solemnemente a Lucila de María, de un día de edad, hija legítima de Jerónimo Godoy y de Peta Alcayaga. Fueron padrinos Mateo Torres y Rosario Alvarez, de que doy fe. A. Olivares, Cura y Vicario».

Este es el primer documento que da cuenta de Lucila Godoy y Alcayaga, nacida un día cualquiera de abril, en la ciudad de Vicuña hace ya cuarenta y seis años. Nació la futura poetisa en la calle Maipú y hoy una placa conmemorativa, obsequiada por los scouts en 1934, recuerda sencillamente: «En esta casa nació Gabriela Mistral».

La casa, como puede apreciarse en el retrato, muestra esa fisonomía común a casi todos los edificios de la ciudad de Vicuña, cuya arquitectura es modesta y sin mayores pretensiones.

Pero la poetisa se ha empeñado en asegurar que la casa de su nacimiento fué demolida, y así lo manifiesta en una carta escrita en Puerto Rico: «Veo en los diarios que se han disputado sobre el lugar de mi nacimiento, que se habla de la casa número tal, donde yo nací, diciendo que se han tomado de ella algunos dibujos, y que el día del centenario de mi ciudad de Vicuña, adornaron su fachada en recuerdo de la ausente. Esa casa del número y de las flores, no es la mía, porque la vieja casa de mi nacimiento, que estaba en ese lugar, se cayó hace años y no fué reedificada sino en la parte de la casa vecina. Alguna vez pensé yo en comprar el solar baldío de la casa verdadera, porque los árboles de ese huerto fueron todos plantados por mi padre, que, además, hizo en el centro, una fuentecita donde bañarme. Sus árboles tienen exactamente mi edad. Las demás cosas que se cuenten son pura novelería».

Pero no se trata, como pudiera creerse, de novelerías. En la actual casa de la calle Maipú, signada con el número 759 y que muestra la placa conmemorativa, hay que buscar la cuna de Gabriela Mistral.

Al presente, nadie duda que Vicuña fué la ciudad natal de la poetisa. Su partida de nacimiento habla con voz bien elocuente y viene a echar por tierra aquella aseveración de un diario de Valparaíso, «La Unión», que quiso dar por cuna a Gabriela la aldea de Coquimbito, al este de Los Andes. «El Coquimbo», de La Serena, diario en que la poetisa hizo sus primeras armas literarias, sostuvo que había nacido en el pueblecito de La Unión, en Elqui, y hubo publicaciones que le dieron por cuna Paihuano y San Isidro. Aquí sí podemos aplicar la frase de la Mistral y convenir con ella que todo esto ha sido «pura novelería».

Lucila Godoy ve la luz primera en el valle de Elqui, el trópico de Coquimbo, valle feraz y ubérrimo que algunos años antes vió nacer a un poeta admirable, Carlos Mondaca y que en 1904 sería cuna de un espíritu selecto, de un rico temperamento de mujer y de artista, María Isabel Peralta.

A la orilla del valle se ha detenido el elogio de muchas gentes. Celébrase a Elqui en todos los idiomas. Pero el valle estaba inédito hasta que Lucila Godoy, convertida ya en Gabriela Mistral, lo encerrara en esta instantánea magnífica: «El valle de Elqui, una tajadura heroica en la masa montañosa, pero tan breve que aquello no es sino un torrente con dos orillas verdes. Y esto tan pequeño puede llegar a amarse como lo perfecto. Tiene perfectas las cosas que los hombres pueden pedir a una tierra para vivir en ella: la luz, el agua, el vino, los frutos; ¡y qué frutos! Lengua que haya probado el jugo de su durazno y boca que haya mordido su higo dorado no será sorprendida en otro por mejor dulzura».

Sra. Emelina M. de Barraza, hermana de Gabriela Mistral.

Es el valle de Elqui un derramamiento de pueblecitos. Es el valle mirado desde lo alto una especie de collar roto: son las aldeas con su treintena de casas blancas veladas por los árboles. Nombres españoles y nombres indios: Montegrande, Coguaz...

Casi en el centro, el pueblecito mayor que rige a los otros con su honra de asiento de comuna: Paihuano.

Fué don Jerónimo Godoy una mezcla de bohemio y de maestro, poeta a ratos, o más propiamente, versificador con ribetes de éxito y también un viajero incurable que iba de acá para allá, buscando en los viajes la razón de su vida. Y todo esto encerrado en una naturaleza soñadora, de hombre poco práctico para las labores cotidianas y con no poco de fatalismo.

Se ha exagerado, y sin razón, el rango familiar de la Mistral, colocándola poco menos que en las puertas del pueblo. Grave error. Su madre, vasca por sus abuelos, pertenecía a una familia del Valle y Godoy oriunda de Huasco, venía de una raza empobrecida a través de múltiples generaciones, pero distante, por cierto, de ese origen obscuro que muchos se empeñan en ver.

Godoy heredó de su madre, doña Isabel Villanueva, el temperamento soñador. De esta abuela dice la Mistral: «Ella representa una de las memorias más nobles que yo tenga». Los que conocieron a la señora Villanueva la describen como a una persona no desprovista de interés, de una estatura casi gigantesca, y dada entre otras cosas, a leer los sucesos de la vida en la escritura luminosa de las estrellas.

Cursó humanidades don Jerónimo Godoy en el Seminario de la Serena, y alcanzó a vestir sotana. No falta quienes digan que recibió las órdenes menores. Pero, los libros del colegio, dicen lo contrario. Las que sí profesaron, fueron sus dos hermanas: Doña Mercedes y doña Carmen Godoy, ambas monjas del Buen Pastor.

Muy joven, aproximadamente en 1883, partió Godoy a Elqui y se radicó en la aldea de «La Unión», dedicándose a las tareas del magisterio y llevando la accidentada vida de siempre, dando rienda suelta a la inspiración y atento, en toda época, al tiempo de la vendimia.

Por esos días conoció a la señora Petronila Alcayaga, de algunos años más que él, pero que mucho conservaba la radiante belleza de una juventud ya lejana. Vivía la señora Alcayaga, viuda a la sazón, con una hija única, Emelina Molina, la misma que andando el tiempo llegaría a ser maestra rural y que con el producto de su trabajo, subvendría a las necesidades de su familia.

La afición de don Jerónimo Godoy por la señora Alcayaga, concluyó en el altar. Se pensó que este matrimonio pondría término a las inquietudes y girovagancias del novio. Pero no fué así. A los dos años de matrimonio nació una hija: Lucila de María y tiempo después, Godoy emprendía el camino de Santiago. Después se radicó en Huasco, su tierra natal y allí quedaron varios descendientes suyos.

La madre de Gabriela Mistral, doña Petita en lenguaje familiar, carecía de gran instrucción y sus amores definitivos fueron esta hija de la madurez y su fe, fe profunda, fe de campesina, extraña amalgama de supersticiones y de mitos que daban a sus palabras, cuando tocaba temas relacionados con su credo, un colorido pintoresco y original.

Conocí a doña Petita, en 1925. Tenía a la sazón más de ochenta años. Que había sido hermosa, muy hermosa, lo atestiguaba un retrato de su juventud que presidía la biblioteca de Gabriela.

Me parece contemplarla todavía, sentada en su silla de totora, sorbiendo, no sin deleite, el mate a través de la bombilla de plata, y asegurándome con una voz cordial que subrayaban sus ojos vivos y maliciosos:

—«Yo no soy más que una vieja matera».

Otro día, rebozada en su pañoleta de Castilla y próxima al brasero de reluciente pedrería, parecía encerrada en un silencio hostil. Hablábamos de Gabriela, y de repente doña Petita se dirigió a nosotros:

—Tanto que nombran a Gabriela Mistral, y de seguro que ninguno de Uds. adivina el nombre que debió haber llevado mi Lucila...

Silencio general. Doña Petita, saboreando su victoria, agregaba:

—Godoy tenía, como Uds. saben, sus ideas y se empeñaba que le pusiéramos Pilar a la niña. Yo me opuse con toda la energía propia de una elquina. ¡No faltaba más! Pilar. Así habría sido de todos. Todos la habrían dicho: mi Pilar.

Pero Pilar o Lucila, pensábamos nosotros, predestinada estaba a no pertenecerse a sí misma; a ser patrimonio espiritual de toda una raza, auténtica encarnación de la poesía de toda una época.

Otra vez, a poco de la partida de la Mistral a Europa, María Isabel Peralta, visitó a la señora y la

(Continúa en la pág. 73)

La madre de la Mistral, señora Petronila Alcayaga de Godoy.

DE GABRIELA MISTRAL

POR MIGUEL MUNIZAGA

Casa en que nació Gabriela Mistral.

ALGO SOBRE

SHIRLEY TEMPLE HEREDA EL EXOTICO CAMERINO DE LILIAN HARVEY. — No es muy corriente que un grupo de diseñadores sea asignado a reducir a la más completa sencillez el camerino de una gran estrella cinematográfica, pero esto fué, precisamente, lo que sucedió recientemente en los estudios Fox, cuando Shirley Temple pasó a ocupar su nuevo camerino.

La sencilla y adorable casita de la estrellita en el estudio Fox, fué anteriormente el lujoso camerino de nada menos que esa exótica estrella continental, Lilian Harvey.

Cuando se decidió entregarle el camerino, que es a modo de una casa en miniatura, a Shirley, se convino en hacerlo más sencillo. Lo primero que se hizo fué cambiar el exterior que había sido azul y rosa, a un color crema pálido. Al entrar en la pequeña salita se nota hoy un cambio asombroso. La brillante alfombra blanca ha desaparecido. En su lugar se ve una sencilla alfombra gris. El famoso diván de terciopelo blanco ha sido substituído por uno mucho más modesto, forrado de tela de algodón, en la cual se ven pintadas escenas de los más famosos cuentos infantiles.

En el cuarto que le sirve de camerino a la nena, las lujosas decoraciones de azul y oro fueron eliminadas y en su lugar se instalaron nuevas decoraciones de lo más sencillo e higiénico. Las paredes fueron empapeladas con papel estampado con la vida de "Mickey Mouse" y "Los tres Marranitos". Afuera se echó la elegante "chaise longue" y en su lugar se instalaron dos prácticos escritorios iguales a los que se usan comúnmente en las aulas escolares.

Los decoradores en un principio, trataron de reflejar en la casita-camerino la intrigante personalidad de Lilian Harvey, y lo consiguieron. Pero ahora todo está de acuerdo con la personalidad de Shirley Temple y sus cinco años de edad.

Es en esta casita que Shirley descansa entre escena y escena en el estudio. Aquí almuerza y estudia su diálogo. Una profesora viene diariamente a darle lecciones, para que se mantenga a la altura del resto de los niños que asisten al primer grado de las escuelas públicas de Los Angeles, y es aquí también que Shirley Temple duerme su siesta todas las tardes como todos los demás niñitos buenos del mundo.

JAMES DUNN ES EL PREDILECTO DE SHIRLEY TEMPLE.— Un problema que no está incluído en la vida de Shirley Temple, es el del matrimonio.

La estrella más pequeñita de la pantalla ya tiene elegido su hombre.

Recientemente le confió muy seriamente a Judith Allen que "cuando sea mayor" se va a casar con James Dunn. Dunn representa el papel principal masculino junto a Shirley en "Rayito de sol", y apareció anteriormente con ella en "Seamos optimistas", y "El encanto del hogar". Miss Allen es la novia de Jimmy en la película.

"Secundo la idea con mil amores", comentó Dunn. "Y ahora mi record está completo. Hasta ahora Shirley era la única chica en Hollywood con quien no me habían rumoreado comprometido".

UNA OCURRENCIA DE SHIRLEY TEMPLE.—En el efecto de las discusiones de la depresión en la mente del niño quedó demostrado hace poco por una pregunta que Shirley le hizo a su director.

"Dígame, Mr. Butler — preguntó ingenuamente Shirley — ¿qué son "los buenos tiempos" Y, ¿en dónde los hay".

Shirley nació, precisamente, en el año que comenzó la famosa depresión mundial: 1929.

EL TALENTO ASOMBROSO DE SHIRLEY TEMPLE.— Muchos directores, escritores, técnicos y actores se han quedado asombrados por la manera en que Shirley Temple, la incomparable estrellita se aprende

SHIRLEY TEMPLE

de memoria sus bocadillos y no se equivoca una sola vez cuando está recitándolos ante la cámara.

—

UN ESCRITOR ELOGIA A SHIRLEY TEMPLE.—"Shirley Temple es uno de esos milagros que se ven una vez en cada generación".

Esta es la opinión de William Conselman, notable escritor de diálogo para la pantalla.

"No hay ningún modo de explicar un fenómeno como éste", continúa diciendo Conselman, "pues Shirley no tiene explicación. Hay personas que tienen personalidad desde que están en la cuna, y Shirley es una de ellas. Nunca había escrito nada anteriormente para un artista infantil, y les aseguro que fué un placer. Yo tengo dos hijitos y creo que esto me ayudó mucho".

GEORGE TEMPLE NO SABRA MUCHO DE PELICULAS..., PERO TIENE SU ESTRELLA FAVORITA...—El vendedor de periódicos de la esquina de Washington Boulevard y la Avenida Vermont, en Los Angeles, está haciendo negocio. Tan pronto como recibe una nueva revista de cine, puede estar seguro de un comprador. Todo lo que tiene que hacer es ir a la sucursal del Banco de California, que queda a pocos pasos de su puesto. Allí encuentra al cliente, siempre dispuesto a comprar lo que le lleve.

Este entusiasta comprador es George F. Temple, padre de Shirley. Temple es el gerente de la sucursal. Hasta hace unos cuantos meses, George Temple no había visto jamás una revista de cine. Cuando su hijita empezó a llamar la atención en la pantalla, Temple no le dió mucha importancia; pero cuando fué ascendida al estrellato, la situación cambió de aspecto.

Ahora compra todas las revistas de cine que ve y las ojea para ver si encuentra un retrato o un artículo de Shirley. Si lo encuentra, compra todos los números que tenga el vendedor. Su entusiasmo por la pantalla empieza y termina con Shirley. En realidad, no sabe la diferencia entre Greta Garbo y Mae West o Clark Gable y Joe E. Brown.

Temple ha estado en el negocio bancario durante 15 años y se sabe al dedillo todas las complicaciones de los asuntos financieros. Fuera del negocio, sabe cuáles son los mejores sitios para cazar en el Valle Imperial de California; cuáles son los mejores ríos para la pesca de truchas en las Sierras y es un gran pescador de alta mar.

Pero... de la cinematografía, no sabe ni lo más rudimentario.

Con las películas de Shirley Temple, sin embargo, es diferente. Ha visto la última película de Shirley 15 veces, tres veces durante su estreno, y luego en los otros teatros de la vecindad.

"Las películas son maravillosas", dice Temple, "y de gran valor artístico. Esto es, cuando Shirley Temple trabaja en ellas".

EL PARECERSE A SHIRLEY NO ES NINGUNA AYUDA. — Aunque agradece el interés demostrado por su hijita, la mamá de Shirley Temple no puede comprender por qué todas las mamás del mundo quieren que sus hijitas se parezcan a Shirley a toda costa.

El correo de la estrellita trae diariamente innumerables fotografías de niñitas de todas partes del mundo con el pelo arreglado "a lo Temple" y vestidas y arregladas para parecerse lo más posible a Shirley.

"A toda nena le gusta imitar", dice la señora Temple, "y en ello encuentran un placer inocente. Pero si se hace seriamente, resultará en robar a la criatura de su propia individualidad. Y en lo que se refiere a la pantalla, yo estoy en la completa seguridad de que los estudios están más interesados en caras nuevas, jóvenes y viejas, diferentes a todas, que en imitaciones".

Escaparate

Se susurra que Bárbara Stanwyck abandonará los estudios de la Warner. ¿Por qué lo hace? ¿Habrá algún feliz proyecto de por medio?

(Foto Warner).

Leslie Howard, actor inglés que aparece en la película Pimpinela Escarlata, es muy amigo de Douglas Fairbanks, hijo. Se conocieron en Londres, luego intimaron y se han ayudado mutuamente con consejos y críticas.

A su regreso a Hollywood manifestó Howard que Douglas hijo estaba tan feliz en Inglaterra, que no quería ni oír hablar de su regreso a California. ¿Qué será lo que lo retiene en Londres? Seguramente no será el clima.

Ultimamente un joven periodista en su deseo de dar a la prensa alguna noticia nueva y sensacional acerca de Joan Crawford, publicó entre otras cosas, que la estrella recibía a sus invitados vestida de "negligé" y recostada lánguidamente en un chaisé longué estilo Pola Negri, y que cuando salía lo hacía en su limousine Cadillac V 16, totalmente blanca y forrada de satín del mismo color...

Joan algo se molestó con tanta fanfarronería; pero rogó al joven periodista que viniese a verla a su casa. Lo recibió muy sencillamente vestida, y lo invitó a que se quedase para el almuerzo, lo que aceptó algo cohibido, pero luego pudo darse cuenta que Joan, además de ser una chica muy simpática y alegre, es sumamente sencilla. El almuerzo fué excelente, aunque no sirvieron ni lenguas de canario ni crestas de gallo...

Después del café, Joan llevó a su invitado a su garage, a fin de admirar la limousine Cadillac V-16 forrada de satín blanco y cuál no sería su sorpresa al ver un modesto Ford pintado de blanco... y oír a Joan decir que ese era el coche que usaba siempre.

Jean Harlow ha dado "oficialmente" la bienvenida a la primavera. En días pasados hizo llenar su piscina y se presentó vestida de un traje de baño hecho de cellophane.

Lo que no deja de ser bastante original, ¿verdad?

Desde su retiro de la Warner, Bárbara Stanwyck está pidiendo ochenta mil dólares por cada film, lo que la coloca prácticamente a la altura de la Garbo. Hay gente que cree que Bárbara está mal aconsejada; pero nosotros decimos: en pedir no hay engaño. Los france-

De Hollywood llegan rumores que Loretta Young está comprometida con Ronald Colman. En esta foto la vemos con John Boles, pero nuestros lectores no sonrían; se trata de una película...

(Foto Fox).

ollywoodesse

ses, más galantes, dicen: Ce que femme veut, Dieu le veut. Así sea.

Ultimas noticias: Jean Arthur, que tuvo tanto éxito en The Whole Town's Talking, con Edwards G. Robinson, ha abandonado Hollywood por Broadway.

Se anuncian los matrimonios de Helen Mack con Charles Irwing y Lois Moran con Clarence M. Young, ambos efectuados últimamente.

Es posible que podamos anunciar próximamente el de Loretta Young con Ronald Colman.

Claudette Colbert podría ganar más del doble de lo que percibe por su trabajo ante la cámara. Este hecho sorprendente fué revelado por la propia actriz y por Travis Banton, modisto de la Paramount. Según Banton, Claudette podría ganarse sumas importante de dinero si se decidiera a utilizar su reconocida habilidad para diseñar modelos de trajes y sombreros. Otra de las fuentes de ingreso que Claudette Colbert, se ha negado insistentemente a utilizar, es la de las recomendaciones de productos de belleza. Muchos fabricantes de cremas y líquidos para el cutis le han ofrecido repetidas veces sumas tentadoras, pero la simpática actriz ha insistido en su negativa. Claudette dice, que su salario es suficiente para todas sus necesidades y que prefiere vivir tranquila, sin las preocupaciones de negocios y contratos especiales.

Cubiertos bajo un mismo tapado, Kay Francis y Leslie Howard, sostienen una amena charla. En iguales condiciones, ¿quién siente frío?

(Foto Warner)

Helen Mack posa ante el lente, segura de sus dotes fotogénicas. ¿Tendría alguien valor para contradecirla?

(Foto Paramount)

Banton asegura que la actriz tiene cualidades extraordinarias para diseñar modelos y que su sentido del colorido es comparable al de un maestro en pintura. Con sólo dedicarle un par de horas por la noche, Claudette podría crear modelos que se venderían como pan caliente. Además podría fundar unas cuantas tiendas en las principales ciudades de los Estados Unidos, que por el solo hecho de llevar su nombre tendrían el éxito asegurado. Antes de entrar en el teatro Claudette, pasó varios años dibujando modelos. La mayoría de los vestidos que lleva en sus películas, así como los que usa por la calle han sido creados por ella. Recientemente dibujó los modelos de los trajes de enfermera que usa en varias de las escenas de "Private World", la más reciente de sus películas.

Elija usted su según

Conchita Montenegro trenza su pelo arrollándolo alrededor de su cabeza en forma de tiara. Los aros largos acentúan este peinado típico de gran moda actualmente.

El mismo peinado visto por la espalda.

Véase en qué forma neta se destaca el perfil con el nuevo peinado de trenzas que ya muchas de nuestras mujeres han adoptado.

Moño bajo que recuerda el peinado a principios de siglo, llevado por las jovencitas de entonces. Será un lindo complemento para un traje de tafetán de los llamados "de estilo".

peinado su tipo

El mismo peinado visto de perfil.

Una frente despejada lucirá mucho más su belleza simplemente echado hacia atrás, cuyas puntas se arrollan sobre la nuca.

¿No se diría acaso la cabeza de un adolescente de la Grecia clásica? Betty Furness, de la Metro-Goldwyn, ha adoptado este peinado para enmarcar su admirable belleza.

Jean Muir luce un sencillo arreglo en sus cabellos rubios. Grandes ondas que en la parte de atrás forman una especie de moño bajo, lleno de gracia.

Gary Cooper.
(Paramount)

favoritos

Los trajes y blusas sencillos

Presentamos una interesante página de modelos sencillos. Si usted, querida lectora, es aficionada a confeccionarlos personalmente, verá cuan rápido los ejecutará y que aspecto más encantador tendrá con ellos.

1. Una linda blusita de popelina listada, estilo camisero. Los puños y canesú se han confeccionado tomando la tela al través.

2. Blusa en seda blanca a lunares azules. Cuello anudado adelante.

3. Vestidito deportivo, en fina lana beige adornado de un gran nudo de tela café. Cuatro bolsillos de parche adornan el delantero. Mangas cortas con puños.

4. Un traje más elegantito en seda gris, adornado de plisados angostos. Pespuntes adornan el delantero.

5. Trajecito dos-piezas en lana azul marino. La chaqueta deja ver una encantadora blusita en seda de fantasía.

NOVEDOSAS BLUSAS

Para las mañanas de sol y para llevar bajo el abrigo, nada más cómodo que tener unas cuantas blusas, que usadas con una o varias faldas pondrán siempre una nota alegre y original en sus tenidas de otoño.

1— Linda blusita en crepe azul cielo, de mangas raglán y escote terminado por un echarpe anudado. Blusa de fina lana azul con dos bolsillos.

2— Blusa en seda listada blanco y rojo, cuello muy cerrado terminado por un botón. Falda de corte sencillo en lana roja.

3— En crepe satén blanco o perla quedará encantadora esta blusa con escote drapeado retenido por un clip.

4— Esta encantadora blusa de crepe azul cielo se podrá llevar bajo o sobre la falda. Se cierra adelante formando ondas. Mangas largas de puño ajustado.

CREACIONES ELEGANTES PARA LA NOCHE

1.— Elegante traje de noche en crepe maté azul cielo; el corte del delantero del corpiño termina atrás en una lazada. Falda muy amplia en su parte baja. Se acompaña de una capita en la tela del traje adornada de piel blanca.

2.— Traje en tafetán rosa pálido adornado de volantes en forma en el corpiño y parte baja de la falda. Se acompaña de una corta chaqueta en el mismo tafetán

3.— Traje de noche en encaje azul; las mangas se pueden hacer cortas y largas sirviendo entonces también para comidas. Volantes en cascada adornan la falda.

4.—Traje en encaje rosa de corte muy novedoso. Escote cuadrado rodeado por un vuelo ancho, recogido.

5.— Traje en tafetán estampado; volantes en forma adornan la espalda y falda.

6.— Abrigo en terciopelo azul marino adornado de bandas de nutria.

PARA LOS NIÑOS

1.— Trajecito en tela a listas rosa y blanca, cerrado adelante en un movimiento cruzado por botones de concha perla. Cuellito y puños en seda blanca.

2.— Para el hermanito, este trajecito en tela a listas azules y blancas. El movimiento cruzado de la blusa abotona al lado izquierdo. Cuello y puños en seda blanca.

3.— Traje en seda rosa adornado de pechera y puños en piqué de seda blanco.

4.—Vestidito en seda a listas horizontales blancas y azules. Vuelos recogidos forman las mangas.

5.— Falda con tirantes que se lleva con una linda blusita de seda blanca a lunares rosa.

6.— Trajecito en seda blanca de canesú y manguitas abullonadas.

7.— Traje en tela rosa de manguitas globo. Pliegues encontrados dan amplitud a la falda. Se adorna de un doble cuello, el de abajo en piqué de seda blanco.

Telas prácticas para la ropa de los niños

1.—Caja y capuchón en tela impermeable. Grandes bolsillos con cierre eclair.

2.—Abrigo y sombrero de forma raglán, confeccionado en gruesa lana de tono claro.

3.—Abrigo en tweed para el varoncito. Mangas raglán y abotonadura adelante.

4.—Para los días bonitos este pantalón azul y chaqueta a cuadros. Blusa de hilo blanco.

5.—Abrigo sastre en lana beige.

6.—Para la nena esta capa y capuchón en tela impermeable escocesa. La capa tiene aberturas que dejan pasar los brazos. Cuello muy cerrado.

7.—Un lindo abriguito en lana blanca para la chica. Cuello Peter Pan, se cierra adelante con tres botones. Gorrito marinero de la tela del abrigo.

8.—Abrigo para niña crecida en tweed mezclado. Vueltas sastre y mangas raglán. Bolsillos de parche.

9.—Abrigo sin cinturón en lana beige lisa. Cortes pespuntados.

VALISERE. — Combinación y calzón en jersey de hilo.

HUTCHINSON.— Abrigo y sombrero en tela blanca impermeable.

RENEE.— Abrigo sastre en lana azul adornado de pespuntes.

Dos blusas de muselina blanca.

EL AJUAR DEL BEBE.— Gamuza blanca y box-calf: cabrito nuevo; cuero lavable blanco.

HENRI HALPHEN. — Dos ternos, uno en shantung, el otro en franela de lana.

TETRA.— Camiseta y calzón en algodón cotele.

A L'ETOILE. — Calcetines y zoquetes de hilo calado.

JEANNE ROCHE. — Abrigo de lana suave.

MARIE ET MARIE-LAURE.— Conjunto en viyella unida y escocesa.

PHIT-EESI.— 1. Botines de gamuza blanca. 2. Zapatones de cuero café. 3. Zapatitos de gamuza azul cielo.

Impermeable con capuchón para el chico.

Abrigo y sombrero en crepe de China impermeable.

MARIE ET MARIE-LAURE. — Sweater y pantalón de jersey. Corbata en falla de seda. Calcetines tejidos. Guante de cuero lavable.

¿No se ha visto, acaso, en una colección famosa por su atrevimiento — no necesitamos nombrar a Schiaparelli, pues su originalidad delata la procedencia—, sombreros "bibis" hechos con hojas de diario y "chez" Therese Peter, otros con hojas de otoño, hojas verdaderas, momificadas con un baño de oro?...

Además de estas originalidades, más curiosas que prácticas, están saliendo maravillas de manos de los artistas que habitan París. Los materiales empleados en la confección de estas obras maestras son tan variados como sus formas y colores. Son "laizes", pajas exóticas, telas de "moiré", sederías, lanas, piqué y hasta vidrio tejido, según se ha dicho, y tal vez sólo sea "celofan". Ya no veremos sombreros "standard", ni colores uniformes. Los rojos, los violetas y los verdes se oponen a los tonos pastel, y el negro y blanco ponen aquí y allá la nota razonable, que infaliblemente será de un "chic" discreto.

Louise Bourbon nos ofrece una toca deliciosa, toda de violetas de tonos "degradés", mientras que Reboux no titubea en mezclar sobre la misma copa todas las flores de la estación.

Louise Bourbon exhibe un sombrero aureolado muy levantado adelante, adornado con una sencilla cinta negra. Agnes compone toda una escala de pequeñas formas de piqué blanco y rosa deliciosamente frescos y juveniles. Rose Valois adorna una toca de "laize" con pluma de avestruz, inspirado en los quepis de Saint Cyr.

Therese Peter inicia la fantasía de las pajas pintadas, de los tonkineses, que parecen quitados de la cabeza de un anamita; caracoles de cintas, cascos de satén y especies de "pieces montées" en "laize" de vidrio que parecen estalactitas resplandecientes.

Los sombreros levantados de Monnier, de hilo pespuntado, y los "coup de vent", de Jean Blanchot, que parecen conchas de ostras florecidas, son dignos de mencionarse entre las grandes novedades.

O hay regla fija que presida la creación de los sombreros nuevos. Se observan las más contradictorias tendencias, las cuales, sin embargo, no chocan entre sí. Vemos las bretonas de copas minúsculas, adornadas con un moño "gros-grain", muy estilo mariposa. Se ven panderetas chatas como una galleta marinera, otros de tipo Directorio a "lo miss Helyett" y formas tonkinesas que apuntan al cielo y que dan un cierto atrevimiento a quien los lleva, por sencilla que sea la "toilette". Pasan "canotiers", capotas, bonetes y gorros, aureolas, turbantes; vemos en fin; todo lo que puede colocarse sobre una cabeza y mucho que nunca hubiésemos creído que llegara a llamarse sombrero.

BRINDA

VALERIE

CON GRANDES REBAJAS

la CASA CINTOLESI ofrece modelos de última novedad en terciopelo y fieltro.

Visítela para convencerse. Para clochas de fieltro, exija la «Marca sello rojo», fabricadas especialmente por Cintolesi Hnos., Ltda.

B. CINTOLESI

MONEDA 811.

Una blusa para el golf

ESTA linda blusita para el golf o para acompañar los conjuntos de viaje, tiene un escote redondo abotonado adelante.

Las explicaciones que damos en esta página son para talla 42.

Puntos empleados:

Punto acanalado sencillo: faja, puños y escote (dos puntos al derecho y dos puntos al revés).

Punto jersey. — Bolsillo interior (1 corrida al derecho, 1 corrida al revés).

Punto acanalado torcido (cuerpo y mangas). — 1.a corrida, sobre el derecho del trabajo, levantar el primer punto (raya), tejer al derecho dos puntos, luego pasar el pallillo derecho por la parte de atrás del punto siguiente que está todavía en el pallillo izquierdo, tejer el segundo punto al derecho, tomándolo por delante, dejar este punto sobre el pallillo, tejer el primer punto al derecho (por detrás del pasado, para tejer el punto siguiente), se sigue tejiendo dos derechos, dos de punto acanalado torcido, hasta el fin de la corrida.

2.a corrida. — Tejer al revés los primeros dos puntos, tejer en seguida el segundo punto acanalado de la corrida anterior antes que el primero, pasando por delante; dejar el segundo punto en el pallillo y tejer el primero (por el que se ha pasado delante), tejer dos puntos al revés.

Estas dos corridas se repiten, sin cambiar absolutamente el orden.

DELANTERO. — Se empieza por la parte de abajo, urdiendo 150 puntos con pallillos N.o 2, y tejer 9 centímetros, en punto acanalado sencillo.

Empezar el cuerpo con los pallillos gruesos.

Tejer 4 centímetros en línea recta. Hacer un aumento a cada lado, por 5 veces con 3 centímetros de distancia.

Una vez que el trabajo tenga 31 centímetros de alto, formar los huecos de manga, cerrando a cada lado 5 puntos, luego se divide el tejido como sigue: Dejar para el lado derecho 79 puntos sobre el pallillo. Tejer el lado izquierdo solamente.

Agregar 16 puntos para el cierre delantero y seguir formando el hueco de manga, cerrando una vez más 5 puntos, y con una corrida de intervalo, 1 vez 4 puntos, y 3 veces 1 punto. Simultáneamente formar el bolsillo tejiendo después del 28.o punto, 34 puntos de punto acanalado sencillo, por 12 corridas, siguiendo el tejido del resto como antes.

Después de estas doce corridas, se cierran los 34 puntos, dejando sobre un pallillo los puntos de los lados.

Urdir por otra parte una banda de punto jersey de 34 puntos y 7 centímetros de largo y unirla al bolsillo, siguiendo ahora con punto acanalado torcido, formar el escote, dejando las 28 puntos a la izquierda del tejido.

Cerrar con una corrida de intervalo, 2 veces 3 puntos, 7 veces dos puntos y 9 veces dos puntos.

Simultáneamente hacer en el hueco de manga un aumento de 5 veces siempre con una corrida de intervalo.

A 44 centímetros de altura, cerrar de 5 en 5 los puntos de los hombros.

Volver a tejer el delantero derecho urdiendo 8 puntos más en el delantero para formar el cierre.

En la quinta corrida se forma un ojal, haciendo siempre ojales a igual distancia.

Para seguir se teje igual el otro delantero, pero suprimiendo el bolsillo.

ESPALDA. — Se empieza en la parte de abajo.

Urdir 140 puntos y seguir las explicaciones del delantero hasta el hueco de mangas.

Formarlos cerrando a cada lado una vez 5 puntos, y con una corrida de intervalo, 1 vez 4 puntos, 1 vez 3 puntos, 1 vez 1 punto.

A 32 centímetros de altura dejar 36 puntos en el medio del trabajo, sobre un pallillo; tejer un lado, cerrando en el escote con una corrida de intervalo, 9 veces dos puntos.

Cerrar los puntos de los hombros de 5 en 5, terminar el segundo lado de la misma manera.

MANGA. — Se empieza por la parte de abajo.

Urdir 120 puntos y tejer 30 corridas de punto acanalado sencillo con pallillo N.o 2, y 15 corridas con pallillos N.o 1.

Empezar con el otro punto y pallillos gruesos, aumentando a los dos lados del tejido, 4 veces un punto con 2 centímetros de intervalo.

A 15 centímetros de altura, cerrar a cada lado y con una corrida de intervalo, 2 veces tres puntos, y alternando siempre 1 vez tres puntos, 1 vez dos puntos.

A 22 centímetros de altura cerrar todos los puntos.

ESCOTE. — Después de haber unido los hombros, se urden 404 puntos sobre los puntos del escote y se tejen 30 puntos de punto acanalado sencillo con pallillos N.o 2.

Coser los botones de manera que coincidan con los ojales del cierre.

EL RECUERDO

Los recuerdos son cuartos sin llave, cuartos vacíos en que ya no nos atrevemos a entrar; y, sin embargo, entramos ahogando los latidos del corazón, por temor a despertarlos demasiado pronto y todos a la vez.

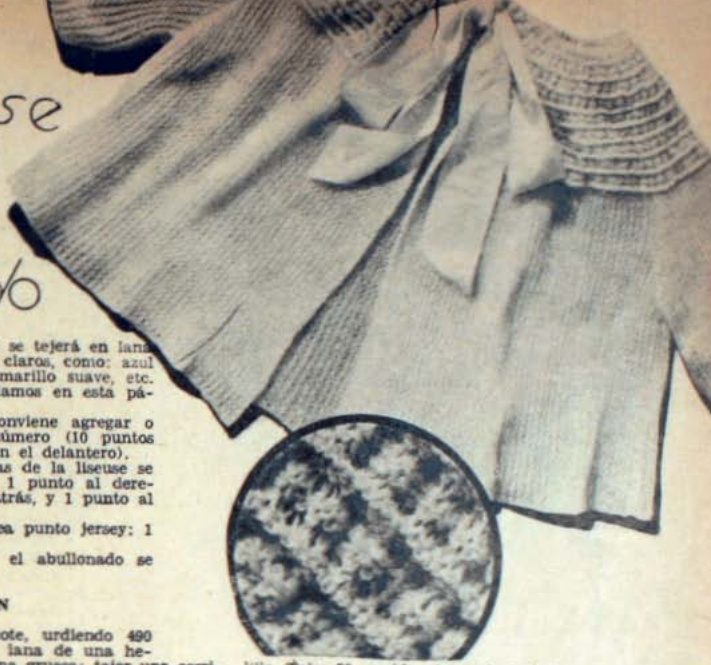
GERARD D'HOUVILLE.

EL AMOR

Dígase lo que se diga, la gran ambición de las mujeres es inspirar amor; todos sus cuidados tienden a ello, y no se conoce una por arrogante que sea, que no celebre en sus adentros las conquistas que hacen sus ojos.

MOLIERE.

Una liseuse de canesú abullonado



Esta encantadora liseuse se tejerá en lana suelta y esponjosa de tonos claros, como: azul cielo, rosa, verde, blanco, amarillo suave, etc.

Las explicaciones que damos en esta página son para talla 42.

Para tallas distintas, conviene agregar o disminuir 20 puntos por número (10 puntos en la espalda y 10 puntos en el delantero).

Para el cuerpo y mangas de la liseuse se emplea el punto siguiente: 1 punto al derecho, tomando la hebra de atrás, y 1 punto al revés.

Para el canesú se emplea punto jersey: 1 derecho, 1 revés.

La manera de obtener el abullonado se explica más adelante.

EJECUCION

Se comienza en el escote, urdiendo 490 puntos con palillos N.o 4 y lana de una hebra del mismo tono de la lana gruesa; tejer una corrida al revés.

Cortar la lana dejando un extremo de 10 centímetros, tejer ahora con lana gruesa dejando siempre el extremo libre de 10 centímetros.

Tejer una corrida al derecho, cortar la lana, tejer ahora 5 corridas con lana de una hebra sin cortarla; en seguida cortarla y tejer una corrida con lana gruesa.

Tejer del mismo modo durante 16 centímetros, o sea 54 corridas; en seguida dividir el tejido como sigue: 90 puntos a cada extremo del trabajo para los dos delanteros, 65 puntos a cada lado para el hueco de mangas, y los 180 puntos restantes para la espalda.

Empezar a tejer un delantero dejando los demás puntos en espera.

Tejer derecho en el borde delantero; en el costado se va aumentando 1 punto cada dos corridas hasta tener 102 puntos en el palillo.

Seguir tejiendo 30 centímetros en línea recta, cerrar todos los puntos.

El otro delantero se teje de la misma manera.

Luego se teje una de las mangas, aumentando un punto a ambos lados, hasta tener 102 puntos en el palillo. Tejer 25 corridas, tomando la hebra por detrás, y 8 corridas en punto jersey.

La otra manga se ejecuta de la misma manera.

Para la espalda se teje, aumentando un punto a ambos lados, cada dos corridas, hasta tener 204 puntos en el palillo.

Tejer 30 centímetros en línea recta y en seguida cerrar todos los puntos.

Antes de unir las diferentes piezas conviene planchar cuidadosamente por el revés con un paño húmedo. La parte abullonada no debe, de ningún modo, plancharse.

Estirar bien las mangas en su parte baja.

Hecho esto, formar los bullones tirando las hebras de lana gruesa con sumo cuidado, arreglando los fruncidos de cada corrida.

Se deberá ver el ancho de la espalda de la persona a quien se la destina, para hacer los fruncidos, de modo que no queden muy angostos.

Para terminarlo se le pondrá un nudo de cinta ancha del tono de la lana.

En el borde las mangas se deberá poner un elástico redondo.

LA LUCHA DEL HOMBRE Y EL ABRIGO

Tanto al abandonar el visitante nuestro hogar, como al salir juntos varios amigos del club o del bar, del teatro o de la oficina, cuando llega el momento de ponerse el abrigo, una verdadera lucha se entabla entre éste y su dueño. Siempre parece que las mangas han desaparecido o que estuvieran jugando a ocultarse. Sólo después de una batalla desesperada logra el hombre vencer al abrigo y ponérselo.

Es entonces un deber de cortesía acudir en auxilio del amigo o compañero, ayudándolo a ponerse el abrigo; amigo que, a su vez, queda obligado a hacer una atención recíproca.

Si se trata de señoras, es absolutamente imprescindible ayudarla a ponerse o a sacarse el abrigo, so pena de pasar por un hombre desatento, y ya se sabe que la mujer da a estos pequeños gestos atentos un lugar que los hombres sospechan, pero que no aprecian en su justa importancia. Si fuera así, la rodearían siempre de la cortesía afectuosa que ella siempre espera y que tanto aprecia.

LA AMISTAD

¿Hay algo tan raro, tan exquisito, como la amistad y la conversación de la mujer joven con un hombre joven aun? El amor es la doble cuna de sus pensamientos y todas las palabras la mecen. Es tan inocente como el paisaje visto en sueños y que el despertar desvanece con tristeza.

No se toca, sino con la voz y con los ojos. Mas las palabras son la hoja desprendida de los labios; y los ojos son la luz florida del corazón. No se acercan por no dejar de comprenderse. Y, tal vez, cuando más quisieran amarse, al menos uno de ellos, tanto más guardan el secreto. Entre ambos hay una primavera que dura. En ese amor delicioso y tan raro, todo es caricia espiritual.

SAURES.

Janet Gaynor. (Foto Fox).

Otoño

Otoño, el podador discreto de los árboles añosos y juveniles, ha hecho su aparición casi imperceptiblemente, sembrando los caminos de hojas amarillas y despojando a los arbustos de su verde ropaje. Ha desaparecido la sombra de los parques y la luz se filtra a borbotones por los esqueletos de las encinas que exhiben al aire sus músculos mutilados, pero fecundos. Un olor a tierra húmeda surca el espacio y se vé notoriamente el peregrinaje de las aves que tienden su vuelo en busca de otras primaveras. Las parejas de enamorados giran como mariposas y miran con tristeza a su escaño favorito inundado de luz.

Otoño, el de las mañanas tibias bañadas por acariciadores rayos de sol.

Otoño, lenguaje de niños, que nos habla de unos cabellos de oro y de un paisaje color verde limón.

Otoño, con sus noches de plenilunio y estrelladas que tímidamente nos recuerda una dormida ilusión.

Tocaron las trompetas faustosas de la historia y esparcieron al viento sus notas que encierran la melodía fugaz..., son frases breves de la canción del tiempo, como si las hojas amarillas desprendidas de los árboles entonaran los acordes de una mística oración... Alfombra que adorna nuestra senda pedregosa haciéndonos expedito el camino por donde ha de pasar el carruaje del invierno.

HUGO COELLO.

Dieciocho años en flor

¡Qué lástima que las muchachas de hoy oculten sus dieciocho años bajo tan espesa capa de maquillage!

Porque vamos a repetir una cosa cien veces dicha: No hay más hermoso afeite que la juventud, no hay polvos, no hay cremas más adorables que los veinte años y este don inapreciable y fugaz, nuestras muchachas lo disimulan inconscientemente.

¿Por qué si tenemos los cabellos negros y lisos nos empeñamos en ondularlos y teñirlos? ¡Para seguir la moda! ¿Para parecernos a tal o cual actriz de cine? ¿Por qué parecernos a alguien? ¿No sería mejor conservar nuestra cara morena y nuestro pelo obscuro? Nunca se es completamente fea, siempre hay algo que explotar en un rostro femenino.

Con inteligencia y buen gusto podemos llegar a ser interesantes, lo que en muchos casos es superior a la belleza.

No quiero decir que en todos los siglos la mujer no haya seguido la moda. No. Esto ha sido y será eternamente. Pero antaño se podía ser más original, puesto que cada cual tomaba con más libertad el ritmo de la moda; hoy el cine ha creado una belleza y todas las mujeres quieren parecerse a determinados tipos de artistas, tengan o no en su persona base para ello. Así vemos a las "Gretas" y a las "Joans" por las calles, bien poco afortunadas las más de las veces, ya que sólo logran ser una caricatura mala del modelo.

Nada original es este afán de las mujeres y sobre todo de las muy jovencitas. Ellas son las que mayor caudal pierden.

Pero como todo cambia, y en Hollywood con mayor rapidez, se rumorea ahora que la moda será no llevar maquillage y que las artistas del ecran está mostrándose en todas partes a cara limpia, aun en el estudio. Esto quiere decir que dentro de poco todas las mujeres harán lo mismo.

Puede ser que esta moda nos permita— ¡al fin!—, ver como florecen en realidad los dieciocho años...

ZARZA MORA

CUELLOS ENCANTADORES

Con un trajecito sencillo de lana como el que se ve en el grabado, usted podrá aparecer cada día con otra toilette si se confecciona estos encantadores y sencillos cuellitos. Vemos uno, en piqué, de seda blanco; un juego de cuello y puños de seda estampada; cuello y puños de forma muy novedosa ejecutados con huinchas de seda bastante anchas y por último un sencillo cuello que forma punta adelante, se cierra con un botón de concha perla en la nuca.

La escoba y el plumero

consejos de tía JACOBITA

LAVADO DE LA COCINA. — Hay que comenzar por retirar todos los muebles, preparando un agua bien cargada de soda, a la cual se añadirá un puñado de piedra pómez en polvo. Con una escobilla gruesa se friegan suelos y zócalos, lavaplatos y cocina, enjuagando después con agua fría.

Los muebles pintados de blanco al laqué, quedan perfectamente lavándolos con agua en que se haya desleído jabón previamente; se repasan con agua clara. Hay que advertir que debe emplearse agua fría para no dañar la pintura.

Para quitar las manchas de grasa se usa un trapo empapado en bencina y para que los lavaplatos no tengan mal olor, basta echarles a la cañería un jarro de agua hirviendo con una cucharada de soda, ya que el mal olor proviene de las grasas acumuladas en los codos, que se deshacen con el agua hirviendo.

PARA LAVAR LOS PAÑOS DE COCINA. — Los paños con que se limpia el suelo en la cocina, la propia cocina si es a leña, se llenan de feas manchas y si siempre se los lava con agua de cuba, al poco tiempo están completamente rotos. Para evitar esta ruina, lo mejor es echar en el agua en que se vayan a hervir los paños, una cucharada chica de alumbre en polvo y otra de cal.

Se dejan hervir durante media hora, se enjuagan y se ponen a secar al sol. Si es un sistema un poco más complicado que el usual, en cambio se tendrá la absoluta seguridad de que los paños duran tres veces más y que están siempre blancos.

PARA LIMPIAR LAS BOTELLAS DE ACEITE. — Las botellas que hayan contenido aceite, se limpian con suma facilidad en la siguiente forma: se aprovecha el café usado, aún caliente de la última agua que se le haya echado para hacer la esencia. Las partículas del café se pegan a la materia grasa. Después de un rato en que se moverá de uno a otro lado la botella, se deja ésta en reposo y luego se enjuaga, pudiendo entonces advertirse que el café ha absorbido por completo los restos del aceite. Se enjuaga unas cuantas veces y se deja gollete abajo para que escurra.

PARA LIMPIAR LOS GRABADOS ANTIGUOS. — Los grabados antiguos se limpian colocándolos entre dos hojas de papel blanco espolvoreadas exteriormente con cloruro de cal seco. El cloruro obra como descolorante, sin destruir la pasta del papel.

Hay que operar con prudencia cuando se trata de grabados de valor. En este caso conviene ensayar el procedimiento con un grabado poco importante para calcular exactamente el cloruro que es necesario poner.

Una vez que se tiene entre las dos hojas de papel con el cloruro, hay que poner el grabado en una prensa o bajo un montón de libros pesados, en esta forma se apresura la absorción de las manchas o del polvo grasiento que puedan tener.

PARA HACER NEGRO EL MÁRMOL BLANCO. — El mármol blanco se transforma en negro por un procedimiento muy sencillo. Se disuelve un poco de nitrato de plata y se barniza el mármol con la solución.

Bajo la influencia de la luz, el barniz se ennegrece y da al mármol un bonito color brillante e indeleble.

PARA PEGAR EL CUERO. — Una excelente cola para el cuero se obtiene disolviendo en agua al boño de María, 40 gramos de cola corriente y 20 de colapiscis. Se deja enfriar y cuando vaya a emplearse se calienta y se le añade una cucharada de goma arábiga en polvo, más una cucharada de alcohol.

PARA HACER IMPERMEABLES LOS PISOS. — Para impermeabilizar los pisos se pulverizan 93 partes de ladrillo y se mezclan con siete partes de litargirio, se agrega aceite de linaza hasta formar una pasta que se aplica sobre los pisos que se quiera proteger de la humedad. Al cabo de dos días estará completamente dura la capa que se hubiera extendido, constituyendo una barrera para el agua y las filtraciones.

PARA QUE LAS FLORES SE CONSERVEN FRESCAS. — Un cachet de aspirina disuelto en un florero con agua en que se pongan las flores, hace que estas se conserven lozanas por largo tiempo Para las dalias, en vez de la aspirina, se pone una media cucharadita de salitre. Las violetas se refrescan y adquieren de nuevo vida, colocándolas por unos minutos en agua caliente, solo las puntas de los tallos; después se recortan y se ponen de nuevo en agua fresca. Las hortensias hay que dejarlas por la noche enteramente sumidas en agua: se llena la tina del baño y se echan como quien dice de cabeza. En esta forma pueden durar perfectamente hasta quince días.

MANCHAS DE GRASA EN TEJIDOS DELICADOS. — Las manchas de grasa en los tejidos finos, como ser seda, pueden quitarse poniéndoles encima un poco de magnesia calcinada y dejando que ésta, lentamente, absorba la grasa. Para las telas más consistentes, se puede hacer una mezcla de éter y alcohol por partes iguales, más una décima parte de amoníaco. La bencina no es recomendable, ya que por lo común deja alrededor de la mancha que se quiere sacar, un círculo feo y que muchas veces resulta peor que la propia mancha.

PARA HACER DESAPARECER EL CRUJIDO DEL CALZADO. — Este defecto que muchas veces se hace insoportable, se puede hacer desaparecer, poniendo a las suelas una ligera capa de aceite de linaza, dejando después los zapatos con las suelas hacia arriba para que se sequen y no provoquen manchas, sobre todo en las alfombras. Después se frotan con una franela y se pueden usar con la seguridad de que los crujidos han desaparecido.

PARA QUITAR A LOS BARRILES EL SABOR A ENMOHECIDO. — Existen para ello diversos procedimientos, pero uno de los mejores consiste en verter en el recipiente que haya de tratarse, una mezcla de nueve partes de agua y una de ácido sulfúrico del comercio. Se balancea y hace rodar el barril alternativamente en todas sus fases y después de esa primera operación se deja el líquido en reposo en el recipiente que se trate durante tres o cuatro días. Se agregan en seguida 100 grs. de carbonato de potasa y 300 de cal viva diluída en un cubo de agua y se termina por muchos enjuagues sucesivos, primero con agua hirviendo y después con agua fría.

Puede también procederse en la siguiente forma: se empieza por limpiar el barril con una mezcla de 100 grs. de bisulfito de cal y 10 litros de agua y lavándolo al cabo de veinticuatro horas con agua adicionada de sal en la proporción de 50 grs. de sal por un litro de agua. Y para terminar, un enjuague perfecto con agua clara, es muy necesario.

LACA ROJA.—Se obtiene del modo siguiente: se toma una vasija adecuada, de barro o de cristal, de boca un poco ancha y se colocan en ella 312 gr. de resina de Dammar pulverizada y 280 gr. de goma laca en tabletas. Sobre ello se vierten dos kgs. de alcohol de 90º. Así que la solución que habrá sido activada con ayuda de un baño de agua o arena, se haya efectuado, se agita durante mucho rato la mezcla y se filtra.

PARA BARNIZAR MADERA. — Antes de darle el verdadero barniz, se la deberá cubrir con un capa de pintura compuesta de aceite de linaza, esencia y secante líquido, a fin de tapar los poros de la madera, en forma que al barnizar no se formen sombras. A esa pintura o barniz podrá añadírsele un poco de tinta de madera, como se hace, por lo regular cuando aquélla no tiene el tono debido. Una vez seca esa primera capa se puede proceder ya al barnizado.

CONTRA LA HUMEDAD EN LAS BODEGAS. — El mejor medio de evitar la humedad y, por consecuencia el enmohecimiento, es la aireación; pero hay bodegas que no pueden ser aireadas fácilmente, y en ese caso póngase en la bodega algunos cestos de carbón o de cal viva; esto purificará el aire de la cueva y absorberá la humedad; más en una bodega así preparada no podrá depositarse leche, porque se echaría a perder.

La señora y la cocina.

LAS CONSERVAS

Señora, señora, oiga:

Ya el otoño se está muriendo bajo sus oros y el invierno no tardará en hacer su aparición, vestido de lluvia, chapoteando barro y alentando hielo. Y no sólo seremos nosotros los que padeceremos su terrible influjo. La naturaleza toda desaparecerá. Ni hojas, ni flores, ni pájaros, ni frutas, ni verduras. Todo estará agostado.

Y usted, señora, frente al problema diario de: ¿qué haremos de comer?, estará llena de sobresaltos, sin saber muchas veces de qué echar mano para presentar a los suyos un menú variado y apetitoso.

Y he aquí, señora, que si usted — aprovechando la abundancia que aun tenemos de frutas y verduras — prepara para los meses próximos una cantidad de conservas, tendrá algo así como la primavera enfrascada y embotellada en la despensa.

Habrá usted economizado, habrá usted descartado infinidad de complicaciones molestas, habrá usted sido la buena hormiguita previsora y hacendosa.

Señora, no pierda usted un momento: prepare usted las conservas que serán el regalo de los suyos.

Señora, señora, no desoiga mi consejo...

LA HERMANITA HORMIGA.

FORMA DE PREPARARLAS.

Hay algunas dueñas de casa lo suficientemente felices para poseer un aparato completo de esterilización que les permite surtir la despensa de toda suerte de conservas. Estas máquinas, de fabricación alemana, son sumamente prácticas, ya que traen no solamente el fondo premunido de la plataforma en que se colocan los bocales, herméticamente cerrados, con su respectivo termómetro en que se marcan las temperaturas deseadas, sino que los bocales o frascos, tienen formas variadas que se adaptan a la diferente dimensión de frutas y verduras. Pero como no todas las dueñas de casa alcanzan esta felicidad — que cuesta bastante cara—, para las otras que a fuerza de ingenio suplen esas deficiencias, vamos a darles ciertas indicaciones.

Una gran cacerola puede servir para la esterilización o un fondo pequeño, de cinc. En una hojalatería se hace fabricar una especie de parrilla, adaptada a las dimensiones de la cacerola o fondo, sobre la cual se pondrán los frascos. La industria nacional los fabrica actualmente a bajo precio y de excelente calidad. Un termómetro de baño hará el resto. Para que los frascos no se entrechoquen y se rompan al hervir, conviene arrollarlos en un paño, acuñándolos. Todos los frascos deben ser de la misma altura para que la tapa, que también se hará adaptar a la cacerola o fondo, que debe ajustarse a su circunferencia, por la parte de adentro, pudiendo así colocarla firmemente sobre los frascos, evitando que se muevan.

Hay una cantidad de frutas pequeñas, como ser: uvas, guindas, cerezas, que se pueden preparar en simples botellas, con lo cual se economiza mucho en frascos. Esto sin hablar de la salsa de tomate, que es corriente envasarla en esta forma.

Para las conservas en botellas, hay que asegurarse de que estén éstas perfectamente limpias, para lo cual es conveniente lavarlas con afrecho, que absorve todos los residuos y olores que pudieran tener. Luego deben vigilarse los corchos, de primera calidad, que hay que hervir; empleando para taparlas una máquina especial y que se adquiere a bajo precio en cualquier mercería.

Se procede a colocar [illegible] en el fondo, como se ha indicado, para esterilizarlas, y una vez que están frías — hay que advertir que nunca deben retirarse del agua hasta que no se hayan enfriado completamente—, se les pone encima del corcho una capa de cera derretida ligeramente, y una vez que se haya solidificado, se les pone aún un pedazo de papel de mantequilla, que se ata sólidamente. Se deben guardar en forma horizontal, en estantes especiales para que no se corran.

Deben hacerse siempre etiquetas para los frascos y botellas, evitando así accidentes desagradables.

He visto poner en un vaso salsa de tomate, creyendo que era jugo de frambuesa.

El escabeche debe hacerse en un barril de greda vidriado. Las cebollitas reina, los pepinillos, los ajíes, resultan muy agradables como aliño para los asados y charquicanes, las entradas y las cazuelas.

Hay que buscar un vinagre de primera calidad, agregando granos de pimienta y una que otra hojita de hierbas de olor.

Para mejor comprensión y perfecto guía de la forma en que deben prepararse las conservas, hemos hecho una especie de cuadro gráfico en que cada fruta y cada verdura están perfectamente medidas y graduadas, pudiendo fácilmente, siguiendo exactamente las indicaciones, llegar a obtener los mejores resultados.

CUATRO MANERAS DE COCINAR HUEVOS

Huevos con champignons y choritos

Es un plato especial para un almuerzo elegante. Para prepararlos se asan unos choritos que se sacan luego de las conchas. El agua que han soltado sirve para darles un hervor a los champignons picados. Se baten los huevos necesarios y se echan a una sartén que está a fuego suave, con mantequilla; se agregan los champignons y los choritos picados, se ETAOINSHRDL ta para que no cuaje como tortilla y se sirve muy caliente, poniendo el frito que resulte sobre tajadas de pan frito, y adornándolo arriba con un chorito entero y unas aceitunas partidas en pedazos.

Huevos a la flamenca

Se fríen en la sartén con manteca unas lonchitas de jamón y verduras del tiempo, que se tendrán cocidas de antemano, tales como porotitos verdes, arvejitas, fondos de alcachofas, puntas de espárragos, papas, habitas y pimientos. Se le agrega, cuando esté frito, una taza de salsa de tomates.

Se sazona y se echa en una fuente que se pueda colocar en el fuego, se rompen encima los huevos necesarios, se rocían con mantequilla derretida y queso rallado y se pone al horno, hasta que los huevos cuajen.

Huevos a la diabólica

Se cuecen en agua con sal unas puntas de espárragos y unos fondos de alcachofas. Hecho esto se coloca una cucharada chica de mantequilla en una cacerola; cuando la mantequilla empiece a derretirse se le agrega el jugo de medio limón, una taza de agua y dos yemas de huevo, se retira entonces del fuego y se bate mucho, agregándole de vez en cuando una nueva cucharadita de mantequilla. Se coloca entonces la cacerola al baño de María y se deja que espese sin que llegue a hervir. Al estar espesa se le agregan los espárragos y las alcachofas, se une y se coloca en una fuente extendida y se le ponen encima los huevos, que se habrán escalfado con anterioridad.

Lo ideal es poseer una máquina para hacer conservas, pero, desgraciadamente, no todas pueden darse este lujo que vale muchos pesos...

HUEVOS A LA TURCA

Se hace una pasta como para frituras, con harina y agua, trabajándola mucho, hasta que haga ojos y agregándole una cucharada de vinagre. Entonces se deja reposar. Hay que advertir que esta pasta debe hacerse con dos horas de anticipación.

Cuando vayan a prepararse los huevos, se toman las yemas solamente y se las echa en sartén, con manteca muy caliente. Al estar medio fritas se sacan con todo cuidado y se las envuelve en la pasta y luego en pan rallado, se vuelven a la sartén y se dejan freir, sirviéndolas muy calientes, acompañadas de un puré de verduras.

AQUI TIENE USTED EL MENU DE ALMUERZO

Timbal de sardinas a la Mercedes.
Lomo de cerdo al jerez.
Suflé de chocolate.

TIMBAL DE SARDINAS A LA MERCEDES

Se toman tantas sardinas como sean necesarias, cortadas en filetes, para forrar una budinera redonda, lisa y enmantecada. Los filetes se colocan en forma de triángulo y se cubren por la parte interior con un relleno preparado con pescado cocido blanco.

La mitad de los filetes se cubren con trufas picadas y los demás con yemas de huevo cocido y picado muy fino; éstos se incrustan en el relleno de pescado blanco formando triángulos de diferentes colores. El hueco del medio se rellena con una mezcla de langostines, choros, ostras y hongos frescos o de tarro ("champignona"), cocidos y mezclados con una salsa blanca espesa; al llenar el molde se dejará un centímetro en el borde, el que se llena con la pasta de pescado blanco, encerrando el relleno; encima se colocan filetes de sardinas y se cuece al baño de María. Una vez cocido se desmolda en fuente redonda y se acompaña con una salsa mayonesa alrededor de la base del timbal y en salsera. También puede servirse con salsa de camarones, haciendo 300 gramos de salsa bechamel; vacíense las cáscaras de 50 gramos de camarones cocidos, sacando las colas enteras, las cabezas y los despojos; se pisan en el mortero hasta que sea una pasta

Pero, con un poco de ingenio, se puede fabricar este fondo con una parrilla, que prestará los mejores servicios. No se deben poner nunca frascos de diferentes tamaños.

Hay que lavar los frascos con gran prolijidad.

La colocación de los frascos en el aparato especial.

Las frutas pequeñas pueden ponerse en botellas, lo que resulta muy económico.

Primero se coloca la fruta y después, pasanaolo por un colador, se echa el jugo que debe cubrirla enteramente.

Una vez colocada la goma, se seca con gran cuidado para que la tapa adhiera en forma hermética.

fina; luego agréguese 100 gramos de manteca y pásese por un tamiz, apretando mucho para que salga todo.

Unos diez minutos antes de servir se echa la salsa en una cacerola y se hierve hasta que quede reducida a 200 gramos; retírese del fuego, añádanse 100 gramos de crema de leche, caliéntese sin que hierva, complétese la salsa con la pasta de camarones y se ponen 3 o 4 gotas de carmín vegetal y las colitas. Sírvase, añadiendo, si se quiere, una trufa picada.

LOMO DE CERDO AL JEREZ

Se prepara un lomo de cerdo bueno, mechándolo con tiras de jamón; se ata con hilo y se coloca en la asadera con una cucharada de manteca o grasa de cerdo. Se dora de los dos lados a fuego fuerte y luego se agregan tres cucharadas de buen caldo y una copita de jerez; se sazona con sal y pimienta y se colocan 12 cebollitas a los costados, poniéndolo en el horno a fuego vivo y rociándolo de vez en cuando con su jugo.

Para servir se desata, se corta en rebanadas finas, adornándolo con las cebollitas enteras y si están hechas antes que el lomo se sacan y luego se calientan. Si no gustan se suprimen. Se sirve con papas fritas o saltadas o un puré. También se puede servir con una ensalada.

SUFLE DE CHOCOLATE

Se ponen 125 gramos de chocolate a derretir en 200 gramos de leche hervida, añadiéndole una pizca de sal y vainilla al gusto; aparte se baten tres yemas de huevo con 125 gramos de azúcar molida y una cucharada de harina; una vez que estén muy batidas se agrega el chocolate derretido. Se cuece a fuego suave, sin que llegue a hervir, hasta que se espese. Se retira del fuego y se deja enfriar, evitando que llegue a cuajarse. Se baten seis claras a punto de nieve, que deberán quedar duras; casi al final se añade una cucharada de azúcar flor para que no se bajen, y se agrega al preparado de chocolate, uniéndolo despacio con espátula de madera. Se vierte todo en una fuente de horno honda y se cuece a horno fuerte de 15 a 20 minutos.

TOMATES A LA CYRANO

Límpianse 12 tomatitos, se corta la tapa y se saca el medio; se hace un puré con 100 gramos de manteca, seis anchoítas sin espinas, 75 gramos de atún, o cualquier otro pescado en escabeche o frío, y media cucharadita de mostaza. Se sazona y se pone la pasta en los tomates, adornándolos con aceitunas y perejil.

Un barril de greda vidriada es imprescindible para poner el escabeche. Cuídese que el vinagre sea natural, es decir, de vino y muy fuerte. Se le añaden unos granos de pimienta y hierbas de olor, como laurel, albahaca y apio.

Los pepinillos deben rasparse antes de ponerlos en escabeche.

Se cubren los corchos, una vez esterilizadas las botellas, con cera derretida y luego que ésta se solidifica, se recubre con un papel impermeable.

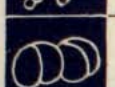
He aquí una forma "casera" de escurrir las frutas. Se pone una silla, patas arriba, sobre una mesa; sobre la parte interior del asiento, se coloca un recipiente, y en las patas, en la forma que puede verse en el grabado, se amarra sólidamente un paño de fino hilo en el que se echa la fruta. En esta forma escurre fácilmente y totalmente.

Los corchos deben ser de primera calidad y hervirse antes de usarlos.

Hay unos aparatos especiales para tapar las botellas que en cualquier mercería se encuentran.

Las botellas deben colocarse horizontalmente en repisas especiales.

Corte este gráfico y consúltelo

FRUTAS	Azúcar	Frascos Chicos	Frascos Grandes	Grados
GROSELLAS. Se lavan, luego se mezclan con el azúcar y se ponen por diez minutos a fuego vivo y luego en los frascos.	700 a 800 grs.	25 Min.	30 Min.	9°
DURAZNOS. Se pelan y se cortan en pedazos, colocándolos en los frascos, que se llenan con el almíbar.	500 grs.	25 Min.	30 Min.	7°
PERAS. Se cortan en cuatro pedazos y se las pasa por jugo de limón. Se colocan en los frascos y se les echa el almíbar.	400 grs.	20 Min.	25 Min.	9°
MORAS. Se lavan bien y se les quita el palito, se las coloca en los frascos, cubriéndolas con el almíbar.	500 grs.	20 Min.	25 Min.	7°
FRAMBUESAS. Se lavan y se les quitan los palitos, echándolas en los frascos, que se cubren de almíbar.	800 grs.	10 Min.	15 Min.	7°
 **DAMASCOS.** Se lavan con agua hirviendo, y enteros, con hueso, se ponen en los frascos, que se llenan con almíbar.	500 a 700 grs.	20 Min.	25 Min.	7°
GUINDAS. Se lavan, se les sacan los palitos y los huesos y se cubren en los frascos con almíbar caliente.	300 a 330 grs.	25 Min.	30 Min.	10°
CEREZAS. Lavadas y sin palos, ni huesos, se echan en los frascos con almíbar frío.	450 grs.	20 Min.	25 Min.	7°
MELOCOTONES. Se pelan y se cortan en pedazos, colocándolos en los frascos, que se llenan con el almíbar.	600 grs.	20 Min.	25 Min.	9°
MEMBRILLOS. Se cuecen con poca azúcar, hasta que estén blandos. Se dejan escurrir y se colocan en los frascos, poniéndoles el almíbar	700 grs.	30 Min.	35 Min.	8°

VERDURAS	Frascos Chicos	Frascos Grandes	Grados
POROTOS. Se lavan bien, sin hilos ni puntas, se cuecen en agua con sal. Se escurren, se cubren con agua cocida y se ponen en los frascos.	90 Min.	100 Min.	9°
COLIFLOR. Se lavan y se cuecen diez minutos en agua con sal, se escurren al estar cocidas y se ponen en los frascos con agua cocida y jugo de limón.	60 Min.	70 Min.	8°
ARVEJAS. Se cuecen con sal, enteras, hasta que se les salgan los hilos. Se escurren y se colocan en frascos con agua cocida.	60 Min.	90 Min.	9°
ZANAHORIAS. Se raspan, se cortan en ruedas y se cuecen con sal, hasta que queden blandas. Se echan en los frascos y se cubren con agua cocida.	60 Min.	90 Min.	9°
ESPARRAGOS. Se pelan, cortándolos en tajadas, se cuecen en agua con sal y se colocan en los frascos con agua cocida	60 Min.	90 Min.	9°
PAPAS DE APIO. Se raspan, se cortan en ruedas o a la larga y se cuecen en agua con sal y se colocan en los frascos con agua cocida.	60 Min.	70 Min.	9°
TOMATES. Se lavan bien y se colocan en los frascos con agua cocida y un poquito de sal.	20 Min.	25 Min.	10°
CALLAMPAS. Se lavan y se cortan, cociéndolas quince minutos a fuego vivo. Se colocan en frascos, echándoles agua caliente con sal.	60 Min.	75 Min.	9°

OBSERVACIONES.

Las frutas muy ácidas necesitan doble cantidad de azúcar.

El agua cocida que se echa a las conservas de verduras, se hace poniendo por cada litro de agua, diez gramos de sal gruesa.

Debe tenerse especial cuidado de que frutas y verduras sean de primera calidad y que estén sanas.

En el cuadro anterior está marcada la azúcar por litro de agua que es necesaria para preparar el almíbar destinado a cada fruta, teniendo en cuenta que deben ser siempre almíbares flojos, como para compota.

UNIVERSO

SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA

VALPARAISO: J. T. Ramos 105. – Casilla 102-V.
SANTIAGO: Ahumada 32. – Casilla 1017.
CONCEPCION: Freire esq. Castellón. – Casilla 57-C.

Teléfonos. Véanse las guías. Dirección telegráfica: «UNIVERSO», Santiago y Valparaíso. – Concepción: «LITOGRAFIA».

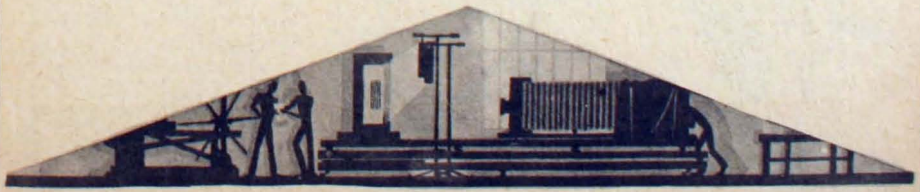
No hay ninguna actividad que no necesite, como vehículo de su administración, envase o distribución, los servicios de un impresor. El volumen, calidad y variedad de trabajos que los consumidores de todo el país mandan a hacer a nuestras oficinas receptoras de órdenes, proporcionan a nuestros personales una experiencia no igualada por establecimientos competidores, amigos nuestros, porque no han alcanzado nuestro desarrollo.

Somos fuertes en ORGANIZACION, lo cual nos permite atender, lo mismo un trabajo insignificante que uno importante. Ejercemos el deporte de la COMPETENCIA LEAL, lo cual garantiza al consumidor un precio exacto de lo que vale el trabajo en el mercado.

Respecto a nuestra calidad, hablan nuestros muestrarios.

Pero no hablemos más de nosotros.

Venga a contarnos de sus necesidades, dificultades y deseos, respecto a lo que concierne a nuestro ramo. Le haremos buenas insinuaciones, lo atenderemos como a nuestro mejor amigo, sin exigirle nada. Deseamos saber respecto a Ud.



Buen Tono

CONVERSACION

"Los pensamientos son tapicerías arrolladas: la conversación las desenvuelve y expone al público".— TEMISTOCLES.

La conversación es un bonito torneo de ideas: la charla es sólo palabras, palabras y más palabras "que se lleva el viento", mientras que la idea queda siempre.

Hay que evitar, cuando se converse, llegar a la discusión violenta por mucha razón o apasionamiento que se tenga.

No debemos hablar de nosotros mismos, para no caer en la pedantería del "yo".

Hoy día sobran, desgraciadamente, tipos — es la forma más indicada de llamarlos — que nos hablan de ellos con un entusiasmo loco y nos refieren sus audacias y piraterías como si se tratara de nobles acciones, que por modestia también se deben callar.

Los hombres de carrera o profesionales, nunca deben incurrir en hablar de asuntos de su competencia, si no media previa pregunta del que mantiene con él un diálogo, siempre que éste sea profano en la materia de su jurisdicción, pues siendo ambos de la misma profesión, es lógico que hablen de lo que entienden.

Nunca lo harán varios profesionales cuando haya una o más personas que desconozcan los asuntos.

La conversación debe ser general y de cosas acaecidas en el momento o de literatura, teatro, política y todo lo que sea del dominio público, para que todos los congregados puedan dar su opinión o aportar un detalle interesante.

La amenidad es un aliciente en la conversación, debiendo cuidar que ésta sea chispeante, sin abuso y conservando el buen gusto, evitando las alusiones a personas conocidas, presentes o ausentes.

El gesto debe acompañar a la palabra para darle más fuerza, y el cuerpo debe tener ciertos movimientos naturales y expresivos para reflejar las ideas con toda su intensidad. Al mencionar un asunto grave, la gesticulación y los movimientos deben ser, por lo tanto, de gravedad, y en sentido jocoso o sencillo, igualmente debemos observar estas reglas.

Francia observa bien la regla del gesto, considerándose como el país que más dominio posee de ello.

Los ingleses son más parcos, pero también dan la expresión adecuada, enseñando los dientes al hablar.

Y por último, los italianos se consideran como los más avanzados en la gesticulación y movimientos de extremidades, destacándose más los napolitanos, que exageran demasiado la nota.

Las manos, sobre todo la derecha, ejerce un gran papel en la conversación, pues sus movimientos deben ser justos, en todo, con la oración.

Los ojos deben mirar siempre a nuestro interlocutor, tanto por no caer en una falta de cortesía, como por influir en nuestras palabras y saber el efecto que producen en la persona que nos escucha.

En una reunión debemos dirigirnos alternativamente a todos los contertulios. Hay ocasiones en que debemos fijar nuestra conversación más frecuentemente a una persona, y como muestra damos este ejemplo: primero, a la persona que sostiene nuestro diálogo; segundo, a la que de cualquier modo nos excite a seguir (si no es para pedirnos la relación de un hecho que conoce y otra persona ignora, pues entonces será ésta la preferente); tercero, a la señora de la casa, y cuarto, a la persona del círculo con quien tengamos más amistad.

Es completamente ridículo el interrumpir la conversación con preguntas como: ¿Me entiende? ¿Usted comprende? Haciendo esto, damos a entender que la persona que nos escucha no es inteligente o que no lo somos nosotros para hacernos comprender.

Los dichos vulgares y refranes, no están admitidos en conversaciones de sociedad y menos toda expresión cuyo sentido no sea claro y pueda tener diversas aplicaciones o conjeturas.

Una prueba de ingenio en un hombre es hacer durante su charla algún equívoco, presentándolo con oportunidad, discreción y gracia, en reuniones de confianza.

Las palabras técnicas no se deben emplear generalmente pudiendo usar vocablos o locuciones fáciles que expresen exactamente lo mismo y sean más comprensibles.

El intercalar palabras o frases de idiomas extranjeros no es fino ni discreto, incurriendo con ello en la pedantería.

Prodigándolos con cordura y tino, está permitido el uso de adagios y refranes, sin abusar para no hacerse pesado y procurando que sean los menos comunes y más sentenciosos, y tengan analogía con la idea para que sirvan de adorno y fuerza, al mismo tiempo, en la conversación.

Debemos usar siempre en toda conversación las frases de excusa, agradecimiento o cumplido, como, por ejemplo: Usted perdone; permítame usted que le diga; me proporciona usted la satisfacción de hablarle; sírvase usted decirme; permítame que le escuche, etc. Sin que esto quiera decir que sembremos la conversación de estas frases, que resultarían empalagosas en grado sumo.

El tono de voz debe ser suave y natural en el giro de las palabras, no llegando nunca a dar voces agudas que hieran el oído. Esta es una de las formas más viables para hacerse interesante en las conversaciones.

No debemos acercarnos demasiado para hablar, porque hay personas que por la mala conformación de la boca u otros defectos físicos dejan escapar saliva al hablar, cosa desagradable sobre todo para la persona que la recibe. Hay otras que tienen el gran defecto del mal aliento que a cierta distancia puede pasar inadvertido.

Es cierto que hay muchos defectos como el tartamudeo, el balbuceo y el titubeo, casos algo corregibles para que sean lo menos apreciados posibles al hablar.

Para perfeccionarse conviene hacer un estudio de la buena pronunciación de las palabras. Demóstenes, que era tartamudo, fué un gran orador griego, debido a ejercitarse en hablar con unas piedrecitas en la boca.

El habla tartamuda no es defecto natural, sino adquirido por el descuido de la educación. Con mucho trabajo, con intensidad de empeño y tratando de moderar la tensión de nervios, se consigue, si no hacer desaparecer estos vicios, por lo menos atenuarlos tanto que no lleguen a notarse.

ULTIVE SU BELLEZA

HAGA QUE SUS OJOS SEAN BELLOS.

Para pintarse los ojos, no hay mejor afeite que el siguiente, el cual nada cuesta y puede ser fabricado por todo el mundo.

Tomad un plato o un platillo bien limpio. Encended una vela. Esperad a que la llama se impregne bien de cera. Pasad el reverso del plato o del platillo por encima de la llama, no muy cerca de la mecha. Obtener surcos de densidad desigual, acá espesas, acullá ligeras.

Se adquiere así un negro algo «cabeza de negro» mucho menos agresivo que el de los lápices, y de él se puede elegir el grado deseado, con arreglo a los surcos obtenidos. (El castaño, para las rubias y las rojas, hace mejor efecto que el negro).

Para aplicar dicho negro, tómese un palillo (una cerilla, si es preciso); hágase una «muñeca» con algodón hidrófilo, bien puntiaguda en el extremo; mojadla y apretadla al mismo tiempo en la boca; pasead el esfumino así preparado por el negro de humo para que recoja todo el negro.

Habréis conseguido confeccionar el instrumento para la primera preparación del pintado del ojo.

Para obtener la **penumbra**, casi siempre indispensable a los párpados, esta receta da los mejores resultados:

Mezclad un poquitín de polvos ocre no muy obscuro con el negro de humo del plato... y con un poco de saliva. La mixtura debe ser homogénea, no muy seca y no muy líquida.

Preparad el matiz deseado con el índice de la mano derecha sobre la palma de la izquierda, como un pintor lo prepararía en su paleta. No atacar los párpados hasta que el «tono» se haya obtenido bien... es decir, de un color tostado más o menos obscuro según la naturaleza de la piel.

Añadiré a estos consejos, cuatro indicaciones.

Para que los ojos sean bellos:

Primero. Dormir en la absoluta obscuridad.

Segundo. Velar lo menos posible.

Tercero. No cansar los ojos leyendo, escribiendo o cosiendo demasiado, sobre todo de noche.

Cuarto. No lavar nunca los ojos con agua, fría o caliente. (Volveré a hablar de este particular al referirme al cutis).

Y ahora, las cejas que forman parte del conjunto del ojo:

Ante todo, no ponerse nunca negro en las cejas.

Aquí viene a cuento una observación que anoté en Constantinopla.

Una familia armenia me invitó a tomar el té:

«¿Por qué—yo me decía—con los magníficos ojos que todos tienen, por qué hay en todos esos ojos algo desagradable, vulgar, rastacuero?»

Descubrí, al fin, que tenían todos las cejas enredadas como bigotes, lo cual quitaba a los ojos toda su importancia.

Estudiad, en sus retratos, los ojos de Sarah Bernhardt. La mitad de su belleza tan especial procedía de la extrema palidez de sus cejas.

Limpiadlas si son demasiado exuberantes, es decir, depiladlas con la pinzita que, a esto destinada, podéis procurarros en cualquier parte, suprimiendo todo pelo intempestivo que se extravíe fuera de una línea pura y como trazada por un pincel chino.

Esto me lo enseñó una princesa de El Cairo, cuyas cejas, así aligeradas, contribuían grandemente a la belleza de su rostro.

Cuando se piense en que, entre nuestros rasgos, sólo las cejas son simplemente línea para la línea, ¡qué importancia se descubre en ellos!

Todavía unas palabras.

Si las pestañas son débiles, pobres, dolientes, no temed cortarlas y recortarlas hasta que adquieran mayor espesor.

Sin embargo, no cortad sino la punta extrema, sin lo cual, cuando se trate de cerrar los párpados para dormir, supondrán otras tantas agujas en los ojos.

Señoras, si comprendisteis mis explicaciones, si sois bastante artistas para dosificar, matizar como es debido, yo respondo de que, tratados de esta manera, vuestros ojos quedarán aventajados exactamente como la piedra fina una vez engastada en la joya que debe recibirla.

Habéis recibido dos ágatas vivientes; os corresponde darles el marco que merecen, para mayor placer de todos aquellos que os miran.

Cuando usted viaja en tren

Lo primero es evitar el exceso de maletas y de paquetes. Con esto se evitará una cantidad de molestias, que serán también molestias para sus compañeros, así sean ellos desconocidos. Lo mejor es echar en una maleta todo lo que sea vestimenta, llevando en un necesaire las menudas cosas de toilette. A más de esto se llevará una caja para los sombreros, que no debe ser demasiado grande. En caso de hacer un viaje largo, por tiempo indeterminado, lo que obliga a un exceso de equipaje, debe mandarse éste en el furgón, dejando solamente para llevar a mano lo ya indicado.

Nada da más mala idea de una mujer que verla llegar a una estación cargada de paquetes de toda índole, mal hechos y de feo aspecto.

Debe inmediatamente ocupar su sitio en el vagón, colocando sus maletas cerca, en la rejilla, dejando absolutamente libre todo asiento que no esté ocupado por ella o por sus familiares. Estamos cansados de ver en los trenes, señoras que llegan desbordando maletas, cajas, paquetes y canastos, que reparten por rejillas y pasillos, ocupando por añadidura varios asientos con mantas, abrigos y maletines.

Nada es de peor gusto y revela peor educación y falta de mundo.

No se debe tampoco comer en el tren, aprovechando cada estación para comprar alguna golosina, fruta y hasta "causeos". Si algo se come, debe hacerse finamente, guardando todas las reglas de la buena crianza. No se deben botar al suelo cáscaras ni papeles. Lo preferible, en trenes que llevan carro-restorán, es dirigirse a él cuando de comer se trata.

Debe evitar moverse cuando el tren está en movimiento. Si esta precaución se tomara siempre, una infinidad de accidentes desgraciados quedarían descartados.

Cuando se viaja con niños hay que tener con ellos una verdadera disciplina. Llevando para entretenerlos revistas o libros, cuadernos de estampas para iluminar y fuegos de paciencia que los mantengan quietos en sus asientos. Debe averiguarse en qué estaciones el tren se detiene más tiempo, aprovechando la parada para hacerlos dar una vuelta por el andén que les estire los músculos.

El viajar es un arte. Se aprende muchas veces después de largas experiencias. Pero siempre es bueno empezar a poner en práctica lo que esa experiencia ha dado a los demás. Así pronto tendríamos una forma fácil de movilizarnos, sin molestias propias ni molestias para los otros. Entonces podríamos hablar de "la delicia de viajar".

Carpeta de cuero trabajado, patinado y plateado.

Las dimensiones de esta carpeta pueden aumentarse o disminuirse como se desee; esto es cuestión de ancho de márgenes. Escójase un buen trozo de piel de carnero llamada "badana". Sáquese un calco del dibujo y transpórtese en un cuero húmedo. Aplíquese el cuero en la plaza de pasta elástica y rodéense todos los contornos con el "modeleur". Dése un poco de relieve a los gansos tratados en medalla, la del primer plano, mucho más en relieve que la segunda; trátese esta decoración ampliamente, sin pequeños detalles enmerados, inútiles, todas las líneas que indican el movimiento del agua se harán en hueco. Los follajes, las flores y las rocas tendrán poco relieve; pero todo este trabajo deberá ser exacto y limpio.

(Véase explicación en la página siguiente).

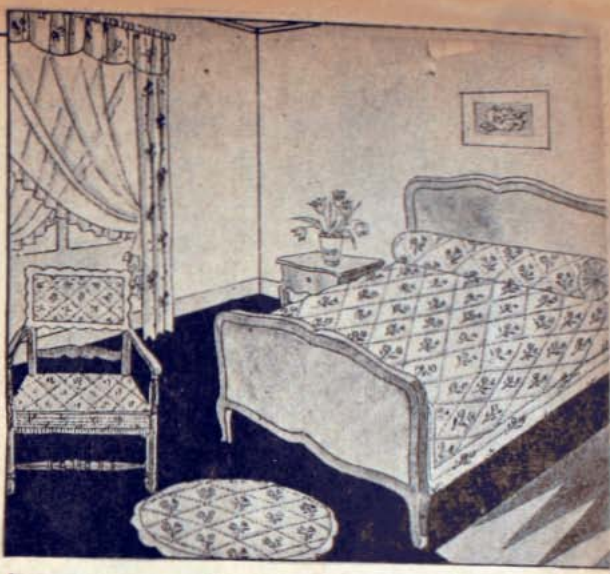
La cretona acolchada

La cretona siempre es un adorno fresco y de gusto, empleándola ya sea con un amoblado antiguo o moderno, con muebles rústicos o pasados de moda.

Nada más bonito para decorar el dormitorio que estas cretonas sembradas de ramilletes de flores, ya sea confeccionando con ellas los mullidos acolchados para la cama o como marco para las ventanas, veladas con ligeras cortinas de muselina o tul.

Para facilitar la ejecución de los cubrepiés, es necesario elegir una cretona estampada de pequeños ramilletes dispuestos simétricamente con líneas que los encierren para hacer los pespuntes. El forro se hará del satén que le venga a la cretona.

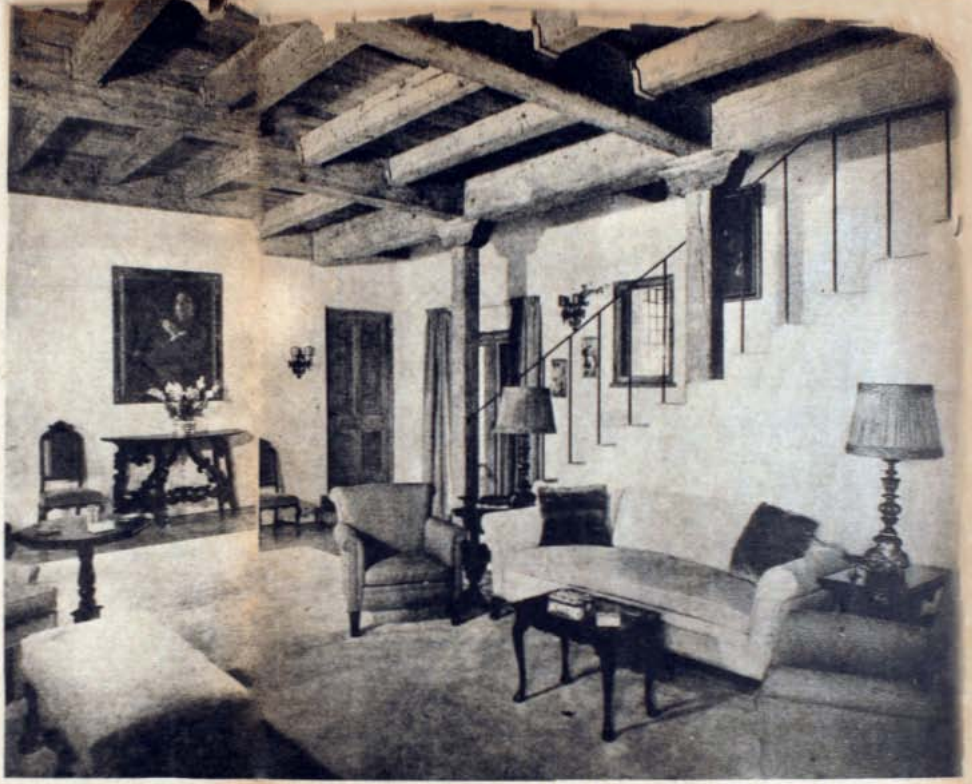
Para tapizar las sillas se procede del mismo modo pero sin rellenarla, poniéndole como forro un moletón grueso, al pegarla a la silla se bordea con un sesgo de satén de tono vivo.



Un nuevo procedimiento para la decoración del cuero

(Ver dibujo en la página anterior)

Si alguien puede extrañarse del partido que es posible sacar de una materia tal como el cuero, ya sea que se trate del ante, de la ternera, del cocodrilo, de la serpiente, de la vaca, del carnero o de la cabra, no seremos, seguramente, nosotros que desde hace años hemos aprendido y enseñado todos los recursos que permite. En efecto, pocas materias se prestan a tantas transformaciones sucesivas y para usos tan diversos, pues, el cuero se trabaja fácil y dócilmente, que sea duro, suave, grueso, delgado, liso, rugoso, en superficie grande o pequeña, en tiras, natural o teñido. Su facilidad de absorber la humedad permite aplicarlo en formas de las que conservará la marca después de seco. Sus cualidades de imputrescibilidad y su naturaleza firme y flexible a la vez, ha justificado su empleo para los guantes, el calzado, cinturones, abrigos, impermeables, en muebles, para asientos, tapicerías naturales, biombos, encuadernaciones, etc., en fin, sabemos que los cueros de arte son estampados, batidos, sajados, repujados, dorados y pintados, grabados, pirograbados, cincelados y con mosaicos. En todas las épocas y en todos los países, el cuero para su utilización industrial, comercial o artística, ha sido recubierto de decoraciones, ya sea libres o geométricas. Podría parecer difícil encontrar otros procedimientos de decoración del cuero después de todo lo que se ha inventado y realizado. Pues bien, desde hace muy poco, ciertos artesanos inquietos de originalidad y novedad han puesto de moda en la tafiletería, para los bolsos de señoras, cinturones, pulseras, calzado, y hasta collares de perros, un procedimiento nuevo, cuyo principio, aun cuando es el mismo, permite una variedad infinita de aspectos. Este principio es una especie de labrado, de puntos variados, siempre diferentes, de los cuales una parte puede sacarse de la superficie plana del cuero por una serie de recortes formando tiras y otra por una labrada hecha con tiras añadidas, que se mezclan íntimamente con las que forman parte del cuero. Se obtiene por este procedimiento un efecto de cuero tallado de aspecto muy rico que aumenta todavía, por la adición de piedras, tales como jade, cornalinas, o bien pequeñas superficies doradas o plateadas. En este procedimiento, el talento consiste en encontrar constantemente puntos nuevos con tiras de cuero, ya sea planas, de diferentes anchos, o arrolladas o pulidas formando oposición con las que quedan mate. El apriete más o menos fuerte de estos puntos con relación a otros, tiene algo el mismo papel que los de lanas de punto de aguja hechos a mano, en los cuales se han hecho verdaderos hallazgos, obteniendo con hebras de lana de un diámetro igual, efectos diferentes de planos y de espesor. Este trabajo del cuero, de un verdadero refinamiento, llega a ser casi un encaje sólido, agradable al tacto lo mismo que a la vista y dando la satisfacción visual de ciertos tallados góticos, corriendo por una superficie abovedada, cuya feliz relación de los macizos y huecos, da al espíritu una impresión de perfección. No podemos con estos simples croquis que ilustran este texto, hacer participar a nuestros lectores de nuestro entusiasmo por ese procedimiento. Estos croquis tienen sobre todo por objeto hacer comprender el principio, al que cada uno puede introducir variantes; pero, era interesante señalar, desde ahora, un procedimiento nuevo para una materia que parecía haber dicho la última palabra.



Una moder na versión de la vieja España

Presentamos a nuestros lectores el interior de la casa del señor Irvin Cobb, conocido escritor humorístico de los Estados Unidos, en Santa Mónica (California). Lo que nos agrada en este estilo netamente español, es el encanto de una disposición peninsular, donde se ha logrado modernizarla por medio de amplios ventanales que dan luz y colorido a todos los cuartos de la casa. El amueblado es una feliz combinación del estilo inglés clásico con reminiscencia española y adaptaciones modernas. Como pueden ver nuestros lectores, no hay detalle en esta casa que no sea de extremado buen gusto y de un simpático confort moderno.

PREPARADO PARA RESGUARDAR LAS HERIDAS DE LOS ARBOLES Y CUBRIR LOS CORTES DE LAS RAMAS RECIENTEMENTE INJERTADAS.— Tómense partes iguales de aceite de pescado y pez o resina que se harán fundir juntas. Esta especie de ungüento se aplica en frío con un pincel y se usa con mucho éxito en Bretaña. Tiene la gran ventaja de no agrietarse jamás y de no dejar resquicio para que por él penetren la lluvia o el viento, causas ordinarias de deterioros. Es más expeditiva y más limpia que los productos compuestos con tierras grasas. En vez de aceite de pescado pueden asimismo emplearse los de nuez, de colza, de linaza, de oliva, etc.; en pocas palabras todos los aceites dulces. Todos ellos producen el mismo efecto.

MANERA DE OBTENER MUCHAS RAMITAS EN LOS ARBOLES MAS JOVENES.— Sabido es que las ramas de los árboles frutales en espaldera, acaban, pasados algunos años, por desguarnecerse por su parte inferior y que entonces es muy difícil hacer nacer botones de flores laterales y asimismo nuevas ramitas. El medio más sencillo de remediar tal inconveniente es practicar en primavera una incisión anular sobre las ramas de esa clase. El espacio intermedio entre la herida y el tallo principal, no tarda en producir yemas, perfectamente desarrolladas algunos meses más tarde. El punto más conveniente para efectuar esa operación en las ramas está situado a 6 u 8 pulgadas del tallo principal.

PARA REJUVENECER LOS ARBOLES FRUTALES.— Los árboles frutales viejos, pueden ser rejuvenecidos, regenerados, por medio del siguiente tratamiento: cávese con todo cuidado al pie del árbol, mediante la horca; póngase estiércol en abundancia. En julio pulvericese el tronco y las ramas gruesas con mezcla compuesta de 500 gramos de cal apagada y otros 500 gramos de sulfato de hierro disuelto en 10 litros de agua. Complétese el tratamiento en agosto, con pulverizaciones de caldo bordelés concentrado al 2 por ciento.

Para el Week-End

Una gran comodidad y satisfacción se tendrá poseyendo esta encantadora casita de madera, en el campo, para pasar los fin de semana. Los cimientos donde descansará la casa deben ser de bastante profundidad y firmes para que la estabilidad de la casa no sea destruida por el mal tiempo.

Para darle un efecto novedoso se emplean las maderas rústicas, poniendo los tablones en forma horizontal. Esta casita tiene una terraza a un lado de la entrada con un gran árbol que da sombra. Las ventanas bastante numerosas, llevan postigos por fuera; muy buena idea sería poner en las ventanas rejilla fina, para impedir la entrada a los insectos, zancudos, etc., que tanto abundan en el campo. Las puertas y ventanas deberán pintarse de colores vivos, tales como verde fuerte, rojo vivo o azul. El exterior quedará muy bien de color crema o blanco, lo que dará una nota muy alegre con el color de las puertas y ventanas.

Para el techo se usarán tejas u otro material impermeable, de modo que presente un aspecto muy pintoresco. El asbesto mezclado con cemento será otro material muy apropiado para el techo, por ser incombustible.

VENDEMOS SITIOS

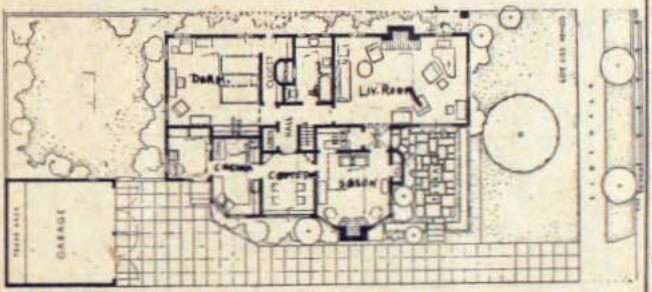
A $ 35 el metro cuadrado, para edificación inmediata, en las modernas poblaciones recientemente construidas en Los Leones por la Comunidad Lyon, con amplias avenidas pavimentadas, alumbrado eléctrico, gas, agua potable, etc.

Consúltenos personalmente o por carta.

DEPARTAMENTO de COMISIONES de CONFIANZA.

Banco de Chile, Segundo piso.

A pesar de que esta casa no es de estilo moderno, se presta admirablemente a los climas fríos del Sur, sobre todo en aquellas regiones boscosas, donde es fácil mantener un bonito jardín a la sombra de pinos y de otros árboles forestales. Sin embargo esta casa está diseñada para la ciudad y no para el campo; es un pequeño bungalow para familias pequeñas y que puede construirse con poquísimo costo; de material ligero, esta casa puede construirse con unos $ 25.000; con un presupuesto de $ 40.000, se puede pensar usar piedra para chimenea y materiales más sólidos. La techumbre de madera que aquí mostramos puede reemplazarse con tejuela de aquellas que se usan corrientemente hoy día. "Familia" tendrá como sección permanente la exposición de estas pequeñas construcciones para aquellos de los lectores que tenga la preocupación de construir.



PARA PRONOSTICAR EL TIEMPO.— Se puede pronosticar a corto plazo las variaciones atmosféricas, gracias al sencillo aparato del italiano Malacredi, aparato de costo muy módico y que, según parece, da indicaciones de gran exactitud. Ese instrumento se compone de un tubo de cristal de 30 centímetros de longitud y unos 6 de diámetro; este tubo cerrado por uno de sus extremos, se llena en sus nueve décimas partes con una solución de dos partes de alcanfor, una parte de sal amoniacal y otra de nitrato de potasa en espíritu de vino puro y se coloca verticalmente al exterior expuesto a pleno norte.

Los cambios que en el líquido se producen indican lo siguiente.

Limpidez, buen tiempo; líquido turbio, lluvia; copos grandes y agrupados, lluvia; nebulosidades esparcidas, tiempo húmedo y variable; ligeros copos en suspensión tempestad; filamentos superiores, viento; cristalizaciones estrelladas, nieve o hielo.

ARBOLES FRUTALES— Si usted se dirige, lector, a un horticultor serio para que lo asesore, de seguro plantará en su huerto, sujetos, buenos productores; pero, sin embargo, debe inspeccionar los árboles que adquiera para tener la seguridad de que son sanos y vigorosos, cosa en la que habrá de poner toda su atención. La corteza debe ser lisa, y jamás recubierta de musgo. Debe usted rehusar sistemáticamente todo árbol cuya corteza esté rajada. Las raíces deberán ser limpias, finas y en gran número y jamás recubiertas de moho. El aspecto general del árbol deberá ser erguido, indicio de vigor y de crecimiento rápido y también de poseer todas las probabilidades de un buen arraigo.

Si se trata de manzanos, compruébese si son portadores de pulgones lanígeros, que atacan a menudo hasta los sujetos más jóvenes.

¡¡SRS. CONSTRUCTORES!!

Los camiones

STUDEBAKER

SON LOS CAMPEONES EN

ECONOMIA,
FUERZA,
RAPIDEZ.

Importador:
NICANOR RUBIO N., V. Mackenna 685.

Subagente:
Gustavo Vargas M., Delicias 1498.

Para saber y contar...

¡El narrador imita con los dedos, sobre la mesa, el paso o los movimientos de los animales que menciona!

Cinco mosquitas negras que van volando y gritando:
—¡Fuego, fuego!
Cinco sapitos verdes que las oyen y salen saltando.
Cinco gallitos rojos que corren con las alas abiertas.
Cinco caballitos blancos que se ponen a galopar.
Cinco elefantes grises que trotan pesadamente.
Y unos vuelan y otros saltan, unos corren y otros trotan, hasta que el elefante más grande dice:
—¡Ya no puedo más! Mosquitas: ¿se acerca el fuego?
—Era una cabecita de fósforo y hace rato que se apagó.
—¿Y por qué huían asustadas?
—Porque los sapos saltaban.
—¿Por qué saltaban, sapos?
—Porque corrían los gallos.
—¿Por qué corrían, gallos?
—Porque galopaban los caballos.
—¿Por qué galopaban, caballos?
—Porque venían los elefantes.
—Y nosotros, ¿por qué veníamos?
Y como no sabían qué decir, los cinco elefantes bajaron la trompa y se volvieron avergonzados, seguidos de los caballitos blancos, los gallitos rojos, los sapitos verdes y las mosquitas negras.

Una aventura de Yip

No había cometido ningún delito, ni realizado ningún acto de arrojo. Pero su nombre salió en el diario.

"Se ha perdido un perrito de pelo largo, blanco, con manchas de té en las orejas. Responde al nombre de Yip. Se gratificará a quien lo devuelva", etc.

Eso era todo lo que había hecho Yip: ¡perderse! Una cosa nada difícil para un perrito de ocho meses, pero sí muy importante para Yip.

Hasta entonces, en toda su vida, no había desempeñado tarea más seria ni más enérgica que la de ladrar desde la puerta a todo perro que se aproximaba a la casa donde él era el único habitante de cola. No podía permitir, ni de lejos, la presencia de otro. Un perro distraído se detuvo a oler el umbral. Yip lo persiguió y se alejó de la puerta y se perdió. Suya fué, si vamos a ver, la culpa: sabía bien que no debía alejarse de la puerta.

Veintiséis horas habían pasado desde su desaparición, cuando avisaron a Ana María que un muchacho que acababa de llamar a la puerta, traía un perrito. Ana María corrió, casi llorando de alegría; pero al llegar a la puerta se le oprimió el corazón. ¡No era Yip!

No era Yip ese pobre perrito flaco y sucio que temblaba entre las manos del muchacho. Dijo éste que lo había encontrado dormido en el hueco de una puerta. Ana María le dijo:

—Ese no es mi perro.

Pero no podía apartar la vista del mísero animalito y, llena de lástima, cuando el muchacho iba a retirarse, agregó:

—Déjalo aquí, si quieres. Le daremos de comer y lo cuidaremos hasta que aparezca su dueño.

El muchacho accedió y se fué, contento, con algunas monedas. Ana María bañó al perrito sin dueño, lo secó, lo abrigó y le dió de comer. Después de dormir tres o cuatro horas, el perrito parecía otro: gracioso y ágil, cariñoso. En seguida se familiarizó con la gente de la casa misma.

Cuando al caer la tarde de ese mismo día, Yip, el verdadero Yip, hambriento, cubierto de barro —había pasado la noche en una zanja— llegó arrastrándose hasta la puerta de su casa, no se atrevió a ladrar y se echó humildemente en el umbral. No tardó mucho en experimentar, para colmo de su triste aventura, la sorpresa más desagradable de su vida: abrióse la puerta de calle y salió, saltando, un cachorro blanco que, al verlo, se puso a ladrar furiosamente.

¡En su propia casa, en la casa de Yip, había otro perro! Y ese perro extraño se había hecho perro de la casa y trataba a Yip como a perro extraño.

A los ladridos acudió Ana María, y en el primer momento no reconoció a Yip, que seguía humildemente acurrucado. Por fin, entre exclamaciones de alegría, lo alzó y lo llevó adentro. Estaba tan sucio que no pudo hacerle caricias. Ante todo, le dió de comer. Yip devoraba la galleta con leche sin alzar la cabeza. Entretanto, el otro perro saltaba a su alrededor y le ladraba como a un intruso. Y Yip vió, con dolor, que Ana María, para calmarlo, lo acariciaba.

Las desgracias no vienen solas. Después de esa terrible aventura de pasar un día y una noche fuera de casa, Yip tuvo que soportar la presencia de otro perro en su propia casa, de otro perro que corría antes que él al encuentro de Ana María, se echaba a dormir en el lugar más cómodo y gruñía cuando él se acercaba al plato que antes había sido sólo suyo y ahora era de los dos, como todas las cosas de la casa.

¡Y todo por haberse alejado un poco de la puerta de calle!

Ah...!! *Esta aglomeración se explica, porque todos quieren comprar bueno y barato en las* **LIBRERIAS UNIVERSO** SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA

CONCURSO DE DON BASILIO

Cargado con mil paquetes,
Don Basilio aquí llegó.
Digan, mis queridos chicos:
¿En qué parte se sentó?

Los pequeños lectores que adivinen, tienen opción a un sorteo de variados premios entre los cuales se cuentan libros de cuentos, juguetes y entradas a las matinées de cines a ellos destinadas. Enviar las soluciones a Mamy Rosa. Casilla 2192, Santiago.

¿Qué le pasa? ¿Que no puede quedarse dormido?

Voy a llegar tarde a comer, querida.

Perdón, creí que alguno de ustedes me llamaba.

...IDA Y CONFESIONES DE GABRIELA MISTRAL

(...ontinuación de la pág. 33)

...contró en su cama. Era tan pe...ueña que apenas sobresalía entre ...n mundo de cobertores. Parecía ...ormida, pero se incorporó luego, y acogió a la visita con el agrado de siempre.

—¿Cómo van esos ánimos, doña Petita?

—Decaídos, hijita. Aquí estoy como los borrachos que se lo pasan durmiendo para tratar de olvidar.

Hermoso caso de ternura el de la madre de Gabriela Mistral. Ternura en que se mezclaban, en extraña paradoja, autoridad y sometimiento, y es justicia dejar constancia de los desvelos de Gabriela para con la señora. Con esa generosidad que viene a ser una segunda naturaleza en la poetisa, rodeó a la anciana de todas las comodidades imaginables. Comodidades que le eran desconocidas. Yo recuerdo el desdén de doña Petita por ...s costosas medicinas con etiquetas de Europa que se agrupaban en su mesa de noche y que ella rechazaba invariablemente. remitiéndose a sus remedios caseros, hierbas y montes traídos a lomo de mula desde la cordillera, en el límite mismo del valle.

Murió la señora Alcayaga de Godoy en 1929, atendida con ejemplar solicitud y esmero por su otra hija, Emelina Molina de Barraza, y murió con la amargura de la fama de Gabriela, «esa fama que no hace otra cosa que arrebatarme a mi Lucila». Para Gabriela esta muerte tuvo la repercusión de un dolor intenso. En una carta, escrita en Puerto Rico, la recuerda desde estas palabras emocionadas y bellas: «Era una mujer muy hermosa y muy delicada, cuya voz que conmovía oír, me habla siempre en el recuerdo como la más perfecta voz humana que yo haya escuchado. A esa voz suave y patética se le había subido la caridad maravillosa de su corazón».

MIGUEL MUNIZAGA IRIBARREN

(Continúa en el próximo número)

CANODROMO DE SANTIAGO

AVENIDA BALMACEDA 2055.

BENEFICENCIA PUBLICA

DIAS DE REUNIONES:

MARTES,

JUEVES,

SABADOS,

a las 6 P. M.

La atracción de Santiago entero.

APUESTAS COMBINADAS

HASTA LAS 6 P. M. EN

LOS SITIOS DE COSTUMBRE.

...AMOR Y SACRIFICIO

(Continuación de la pág. 5)

parecieran forzadas. Luego dejaba escapar de sus labios frases irónicas, crueles sarcasmos, y siempre así, logrando sembrar la desconfianza en el alma atormentada de Luis.

Y cada vez era más violenta la situación.

Una noche, ambos comían en silencio en el lujoso comedor. Ya no se oía la fresca risa de Silvia y su armoniosa voz relatando con gracia los incidentes del día.

Sólo se oía el ruido de las cucharas al chocar contra los platos.

Al terminar, Silvia sirvió el café y colocó frente a su marido la pequeña taza de porcelana china. Con un movimento rápido, Luis cogió entre las suyas la fina mano de su esposa, y notando que temblaba, dijo:

—¿Qué tienes amada? Quiero saberlo. Me es imposible continuar viviendo así.

Silvia trató de retirar su mano, pero el joven la retuvo con firmeza. Este movimiento volcó la pequeña taza de café y Silvia con un movimiento brusco retiró su mano y, emocionada, guardó silencio. Pero, luego, se repuso y fingiendo enfado, dijo:

—¡Qué torpe eres, Luis!

Se levantó para limpiar la mesa, sirvió de nuevo el café a su esposo y dijo con voz indiferente:

—Yo me retiro a mi dormitorio. Estoy "cansada". Le dices a María que te conduzca hacia arriba, si no puedes ir solo. Buenas noches, Luis.

Y salió del comedor.

El joven ciego quedó solo y después de un largo rato que permaneció sentado, inmóvil, con las facciones contraídas por el dolor, se levantó penosamente, y ya un poco más sereno, llamó a la criada diciéndole:

—Si no tienes nada más que hacer, puedes retirarte, María.

—Está bien, señor.

Luis se dirigió a la escalera y la subió con lentitud; pero no se dirigió a su dormitorio, sino a la biblioteca, en donde permaneció meditando durante muchas horas.

Por fin se levantó y con paso rápido se dirigió al dormitorio. Silvia estaba acostada y el joven preguntó:

—¿Duermes, Silvia?

—No — contestó ella — quizá si el mismo cansancio me impide dormir.

—Silvia — dijo él, decidido—. Quiero que seas franca conmigo. Ignoro qué te sucede; pero ya no eres la misma de antes.

—No me molestes, por favor — dijo ella sentándose en la cama, pues sentía que su sangre se agolpaba con tal violencia que le era imposible continuar acostada. Se infundió valor y dijo con enfado: —Ya es bastante insoportable...

Se calló porque la emoción le estranguló la voz y Luis mur... voz ronca:

...de durante much... ...el árbitro de la sociedad ne... yorquina. Era también nieta de Fr... derick W. Vanderbilt y su mad...

...Sergio. Fué en

¿DIETA O EJERCICIO?

Por Clemente Rodrigo

La belleza y esbeltez de las estrellas del cine es un don que requiere cierto arte para conservarlo. Lo mismo puede decirse de las estrellas masculinas, aunque su labor consiste en conservarse en perfecta condición física.

Cuando el problema se presenta, hay que recurrir a la dieta o al ejercicio. Si la cuestión es aumentar o disminuir de peso, el ejercicio es el método preferido. Muchas estrellas han descubierto, sin embargo, que el ejercicio hecho naturalmente durante el desempeño de sus tareas es suficiente para conservarse bien.

Por ejemplo, Jeannette Mac Donald nunca sigue dieta alguna ni hace ejercicio, pues dice que el esfuerzo de cantar equivale a la práctica de cualquier deporte o juego, y por lo mismo come todo lo que quiere, manteniendo su peso inalterable.

A propósito de la declaración de Miss Mac Donald, el director Douglas Shearer, de la Metro-Goldwyn-Mayer, encargado de fijar la voz de los artistas en las películas habladas, ha medido las intensidades de las vibraciones sonoras de la respectiva voz de los artistas, y ha calculado que el esfuerzo de un cantante es igual al de un pugilista luchando, y que la energía gastada por una soprano al dar las notas altas es dos veces la energía gastada por un barítono.

El ejercicio de Jean Harlow consiste en bailar y jugar *golf*, de modo que no observa dieta alguna, aunque come poco y es muy cuidadosa en la selección de sus comidas. Su principal alimento consiste en legumbres, ensaladas, frutas y muy poca carne.

Joan Crawford también tiene mucha fe en las ensaladas, pero come de todo, moderadamente.

Clark Gable tuvo que someterse a cieta en una sola ocasión, cuando perdió peso después de una operación de apendicitis y para recuperarlo hubo de tomar leche en abundancia por algún tiempo.

Lionel Barrymore tampoco se rige por ninguna dieta, pero no come carnes muy asadas; por eso se limita a la carne de vaca, que puede comerse a medio asar.

Wallace Beery tiene el apetito de Gargantúa y asegura que su dieta se limita a grandes trozos de carne

...le la pena tarde a comer.

(Continuación)

—Termina, Silvia.

Silvia podía mirar el rostro doliente inclinado hacia ella, los ojos inmóviles, que parecían implorar un poco de luz.

Cerró los ojos y dijo decidida, con tono desafiante:

—Pues bien, terminaré. Ya no puedo guardar silencio. No te amo, Luis. Me casé contigo apenas una niña, y no pude comprender que el impulso generoso que me indujo a ser tu esposa, se convertiría más tarde en hastío y en deseos vehementes de ser libre. Cuando te supliqué que nos casáramos debiste negarte a ello. No pensaste en mí, sino en tu propia felicidad.

Silvia calló, impresionada al notar el horrible sufrimiento que revelaba el rostro de su esposo. Sin embargo, poco después, continuó con voz temblorosa:

—Y no es sólo eso. Aun cuando no te ame, podría soportar esta vida; pero, sucede..., quiero decir... yo... ¡amo a otro!

Un violento estremecimiento recorrió el cuerpo de Luis, que se irguió bruscamente.

Ya amanecía, y una vaga claridad invadía el dormitorio. Silvia pudo ver el gallardo cuerpo de su marido, erguido, con una rigidez que la conmovió; sintió deseos de enlazarse a su cuello, decirle que lo amaba; pero, permaneció quieta.

De pronto, Luis salió de su inmovilidad e inclinándose hacia Silvia, la alzó hacia sí, oprimiéndola con fuerza contra su pecho. Después de un segundo de silencio, dijo con voz ronca:

—¡Eres mía, Silvia! ¡Mía! No podrás ser jamás de otro porque yo te amo. ¡Te adoro!

Acercó su rostro al de pronto, aflojó el abrazo vemente la apartó de sí, dici amargura:

—Tienes razón, Silvia. Más imbécil, he sido un cobarde sentir que te convirtieras en posa. Siento que estés atada Eres joven y bellísima, y habrí muy feliz si yo no hubiese sid egoísta. Bien sabe Dios cuánto librarte de mí. Perdóname, Silvi

Retrocedió un poco y, de s sus ojos se iluminaron y pudo v Silvia arrodillada sobre la cama, los bellos ojos inundados de lág mas y sus manos pálidas apoyadas sobre sus rodillas.

Y el primer destello de aquella luz que volvía fué de admiración, pues Silvia estaba más bella que nunca, vestida con la pijama de seda, los cabellos sueltos que acariciaban sus hombros y un rictus doliente que crispaba sus labios:

—¡Silvia!

Comprendió ella que el milagro se había realizado. Se estremeció, y en un gesto espontáneo, que era también suplicante tendió sus manos hacia él.

Luis las cogió sin vacilar, pues había visto en los ojos de ella el amor de antes, el de siempre; había visto prendida a las pupilas amadas la magia del idilio que los había un Lo. Y la besó en los labios.

Silvia sólo pudo pronunciar dulcemente:

—¡Luis!

El sintió que el cuerpo perfecto que aprisionaba entre sus brazos pesaba un poco más, y comprendió que ella se había desmayado. Y la sintió suya, más suya que nunca y para siempre.

K.

VIDA PRIVADA DE BARBARA HUTTON

(Continuación de la pág. 7)

por ninguno de sus pretendientes. Evidentemente se divertía con ellos, le halagaba aquel asedio constante, aquel cortejo de jóvenes "bien" que satisfacía su vanidad de mujer y le rodeaba de un aura de popularidad envidiable. La popularidad ha sido siempre el punto flaco de Bárbara Hutton, aunque hubiera deseado saber si provenía de sus muchos millones o de su simpatía y encanto personal. Hubiera dado cualquier cosa por saberlo.

Phil Plant, divorciado en 1929 de Constance Bennett, heredero del Almirante Morton Plant o sea de veinte millones de dólares, hombre arrogante, varonil, derrochador y alegre, una especie de moderno Casanova, fué el primer hombre que logró interesar a Bárbara. Y tan seriamente, que su padre y su madrastra tuvieron que dar las maletas a toda prisa y llevarsela inmediatamente a Europa, para cortar de plano aquel "flirt" peligroso. Lo mismo que tuvieron que sacarla precipitadamente de Italia, para evitar un "pololeo" furioso que Bárbara había emprendido con un príncipe italiano "sin chapa".

Ya Bárbara estaba en edad de casarse, y los miembros graves de su familia pasaban la vida en perpetuo sobresalto. Deben haber sido muchos sus quebraderos de cabeza viendo a la joven multimillonaria enamorarse a cada rato, en peligro de caer en manos de algún habilidoso de esos que sabían muy bien que pronto la joven sería dueña única y absoluta de una dote de 50 millones de dólares.

Papá Hutton, no deseaba desde luego que Bárbara se casase con un extranjero. Tampoco deseaba, naturalmente, que se casara con Phil Plant. Por delicioso y adinerado que fuera el joven Plant, ningún padre habría querido entregar su hija en manos de un hombre de sus costumbres. Por un momento pareció que la cosa no tenía remedio, porque Bárbara estaba locamente enamorada de Phil, y, por si esto fuera poco, la joven se había propuesto regenerarlo y hacerle perder su bien adquirida fama de "calavera".

Phil Plant se había separado de Constance Bennett después de cuatro años de matrimonio, en Niza, el año 1929. Y el millonario de Broadway empezó de nuevo a estar oficialmente en circulación, aun cuando no puede decirse que hubiera sido un ermitaño durante el tiempo que estuvo unido a Constance. Había resistido ardorosamente el divorcio de su encantadora Connie. Pero ésta, que le amara apasionadamente y que había hecho todo los posible porque su enlace fuera feliz, había visto agotarse no se sabe si su amor o su paciencia y estaba decidida a reanudar su carrera de estrella cinematográfica, cortada al convertirse en la señora de Phil Plant.

Phil Plant se había dedicado durante su matrimonio con Connie a cortejar asiduamente a actrices y coristas. Se produjeron en su vida matrimonial varias tragedias y entre ellas hubo un accidente que casi mató y desfiguró espantosamente a una muchacha del Follies, a la que tuvo que pagar una fortuna. Antes estuvo comprometido con la hermosa joven de sociedad Judith Smith, pero este idilio se rompió bruscamente cuando apareció en los escenarios de Hollywood la bella Connie Bennett.

Ahora, con el corazón destrozado, Phil regresaba a Norteamérica y dando comienzo a una serie espectacular de tentativas para ahogar su pena y encontrar consuelo entre las rutilantes luces de Broadway.

Y en este momento psicológico de sus vidas, se encontraron de nuevo Phil y Bárbara Hutton. El la encontró más hermosa que nunca. Siempre lo fascinaron las rubias, por lo menos.

El joven Plant, no se interesaba por la fortuna de los Woolworth. Su cartera estaba bien repleta. Claro que su fortuna, en comparación con la de Bárbara, palidecía; pero no era el interés el que le llevaba hacia ella. De todos modos, si su fortuna era inferior, tenía más de lo que él podía gastar. Financieramente, la boda con Plant habría podido siempre considerarse un buen negocio.

Bárbara por su parte, tampoco envidiaba ni tenía por qué, la fortuna de Phil. Tal vez esto comunicaba a ambos un poco de consuelo, saber que ni uno ni otro tenían por qué codiciar mutuamente su dinero. Phil tenía motivos, por su parte, para suponer que más de una de las jóvenes que le demostraban demasiada simpatía, iban con la ambición de su considerable fortuna de más de veinte millones de dólares. Y no es improbable que a Bárbara le halagase la idea de saber que, por lo menos uno de sus pretendientes, era seguro que no iba guiado por el interés. Resultado, que ambos se enamoraron.

Allá en Scranton, Pensilvania, el tío Carlos S. Woolworth trabajaba incesantemente, día y noche, para llevar adelante la prodigiosa organización que había dado a Bárbara su fortuna, pero empezaba a inquietarse. No miraba con buenos ojos el romántico idilio que su sobrina tejía con el calavera Plant, y ya los diarios, a pesar de la cuestión de la crisis, del socorro a los cesantes, de las elecciones y de los negocios en general, publicaban siempre en la primera página algunas líneas, algún comentario en que figuraban Phil Plant y Bárbara Hutton.

La Quinta Avenida y Broadway, comenzaron a mirarlos con ojos asombrados. ¡Vaya una parejita! Bárbara había regresado de Europa y el "flirt" estaba que ardía. ¿Se casarían? ¿Se unirían aquellas dos grandes fortunas? Pero ¿qué porvenir les esperaba?

Tras estas escenas de drama romántico, los íntimos de Bárbara podían apreciar otras. Bárbara proponiase nada menos que regenerar al empedernido calavera. Si él quería casarse con ella, había que dejar el "trago". Bárbara no bebía, exceptuando contadas ocasiones de algún cocktail social o algún champañazo, y nunca aprobó los excesos de Phil. La mayor parte de las dificultades que a Phil le acontecieran, nacieron de la maldita bebida. Pues bien. Aquello tenía que terminar. Los amigos de Phil adoptaron una especie de consigna. "Acuérdate de Bárbara" — le decían cuando éste empinaba el codo más de la cuenta. Y casi siempre la palabra mágica surtía efecto y Phil dejaba de beber. Así llegó el verano de 1931 y Phil tomó pasaje para Europa en la convicción de que todo estaba arreglado. Pero Bárbara decidió olvidarlo y entonces se quedó. En el Casino del Central Park y en el Racquet Club se formaban apuestas de seis contra uno, en contra del éxito de Bárbara en su deseo de reformar a Phil, y de uno contra dos a favor del matrimonio. Pero el juego aquel estaba muy lejos de agradar a papá Hutton y llegó a hacerle salir algunas canas. Si hubiera podido adivinar el porvenir, gustoso habría permitido a Bárbara unirse con Plant, porque, precisamente, él era contrario a matrimonios con extranjeros. Más tarde se oiría decir a papá Hutton, lamentándose de la resolución de su hija. "Con jóvenes tan dignos y atrayentes como Winston Guest, Bárbara ha preferido ir a buscar marido en el extranjero"

Por qué riñeron Phil y Bárbara, nadie ha podido saberlo exactamente. ¿Había la joven vuelto a ver a Mdivani?, al joven Alexis casado con Luisa Astor Van Alen? ¿O abandonaba la esperanza de regenerar a Phil? ¿O hubo algún disgusto entre los enamorados? El hecho es que el rompimiento fué definente y definitivo. Y casi al mismo tiempo el nombre de Bárbara empezó a sonar junto con el de otro hombre: Alexis Mdivani.

¿QUIEN Y QUE ERA ESTE MDIVANI?

Tiempo atrás hubo en Rusia un pequeño condado sin importancia, el condado de Georgia, convertido después de 1917 en una República, que forma parte del Soviet. Durante un tiempo Georgia fué un reino salvaje de mucho renombre. Su historia se remonta a unos dos mil años, cuando fué conquistada por Alejandro el Grande. Entonces era un país importante, pero hoy esto es sólo un recuerdo. En toda la historia de Georgia podrá el lector encontrar el nombre de los Mdivani. Parece que en Georgia ha sido costumbre conceder el título de príncipe a los ciudadanos poseedores de grandes tierras o que prestaran algún servicio importante al Estado.

Un diplomático georgiano dijo una vez irritado que "Mdivani" en su lengua significa **secretario** y que ninguno de los célebres hermanos tenía derecho a usar el título de príncipe. Pero es opinión general que los Mdivani son realmente príncipes en Georgia, o, mejor dicho, que lo fueron antes de la revolución. La familia Mdivani, es una antigua familia indudablemente. Pero después de la revolución cambiaron las cosas y una buena parte de la corte con títulos: príncipes, duques y marqueses, tuvo que emigrar a París, donde esperaba encontrar mayores facilidades para seguir viviendo de acuerdo con los hábitos adquiridos.

El general Zakhary Mdivani tenía dos hijas y tres hijos y parece que las hijas eran los mejores varones de la casa. De todos modos la princesa Roussadana Mdivani fué una famosa escultora. Pola Negri habla de ella diciendo que era un mujer de gran cultura y una inteligencia refinada.

En París, después de la guerra, no fué muy halagüeña la situación para los emigrados extranjeros y hubo plétora de títulos, muchos de ellos más linajudos que los Mdivani. Grandes duques se emplearon como choferes y Grandes Duquesas, incluyendo a la Duquesa María de Rusia, que trabajaron en tiendas de modas. Pero los Mdivani no tuvieron intención de ser choferes.

La talentosa Roussadana tuvo una inspiración. Se dirigió a Hollywood y después de examinar el terreno, mandó llamar a sus dos hermanos mayores, David y Sergio. Los hechos demostraron que había procedido acertadamente, porque bien pronto David se casó con Mae Murray y Sergio con Pola Negri. Estos fueron probablemente los primeros títulos europeos que encontraron en Hollywood acomodamiento entre las estrellas del cine. Pero no supieron comprender estos señores que las estrellas, como toda mujer que se gana su dinero, se muestran poco dispuestas a compartirlo con sus maridos y por consiguiente esos matrimonios no suelen ser duraderos.

Mae y el rubio y corpulento David fueron felices por algún tiempo.

Recuerdo perfectamente mi presentación al príncipe Sergio. Fué en una reunión en Hollywood, dada por Sam Goldwyn. Pola Negri, magnífica y deslumbrante, estaba siempre acompañada por Sergio Mdivani. Estaba ya anunciada su boda. El parecía un hombre tranquilo, inofensivo, de gallarda presencia. Al momento me encontré en una situación violenta. Hacía poco que muriera el gran Valentino y Pola se había casi muerto de dolor, pues se recordará que estaban de novios. Precisamente la noche antes de caer enfermo Rudy, yo estuve con él y habíamos hablado de Pola; ésta lo sabía. Naturalmente, deseaba saber noticias y dejó al pobre Sergio amurrado y receloso, sólo; mientras nosotras nos íbamos a un rincón a conversar, también a solas, de Valentino.

Pola me dijo que si se había comprometido con Sergio tan pronto, era porque era indulgente y comprensivo y le había declarado que no le extrañaba que Rudy siguiera siendo el amor de su vida y que en realidad lo que pretendía era consolarla y animarla.

Mientras los dos hermanos mayores estaban en Hollywood de príncipes consortes de las estrellas del cine, el hermano menor albergaba otros pensamientos. Estudió en Londres y se dedicó a frecuentar la sociedad. Por medio de los Van Alen, lo más prestigioso en los círculos sociales, el príncipe Alexis consiguió su entrada en los círculos sociales neoyorquinos. Alex había estado en el colegio con Jimmy y Sammy Van Alen, hijos de Mr. y Mrs. James Laurens Van Alen y éstos le habían invitado a que los visitara en New Port. Alexis fué a visitarlos. Jimmy y Sammy tenían una hermana, llamada Luisa Astor Van Alen y ya a principios de 1928, apenas llegado Alexis al suelo americano, Maury Paul, del "New York American", publicó el rumor de que la madre de Luisa, la orgullosa y brillante "Daisy", Van Alen estaba trasnochando por los amores de su hija con el georgiano. Si ustedes hojean el álbum social de punta a punta — ¡lo que Dios es libre! — no encontrarán dos jóvenes más distintas que Bárbara Hutton y Luisa Van Alen.

Luisa era no solamente descendiente directa del viejo John Jacob Astor, sino nieta de aquella famosa Mrs. William Astor, nacida en Schermerhorn y que fué durante muchos años el árbitro de la sociedad neoyorquina. Era también nieta de Frederick W. Vanderbilt y su madre

ALCANZADAS POR EL HOMBRE Y DIVERSOS ANIMALES, CALCULADAS EN METROS POR MINUTO.

CARACOL

0,061 metros

TORTUGA

11.81 metros

HOMBRE (caminando)

223.2 metros (Calculada sobre la base del "record" de la hora: 13,392 metros).

POLLO (corriendo)

241.4 metros

CERDO

295 metros

PERRO

536 metros

EN UNA COLECTA:

Y a usted, General, ¿dónde le prendo la insignia?

ocupó una posición única entre las damas del "círculo sagrado", no sólo por su distinción de familia sino por su popularidad personal.

Cuando Bárbara Hutton tenía dieciséis años, el Príncipe Mdivani visitaba a los Van Alen, con frío recibimiento por parte de los miembros mayores de la familia, pero con éxito enorme por parte de los jóvenes y especialmente de Luisa. Cuando Bárbara, después de su estreno en sociedad, salió de la casa de sus padres en la Quinta Avenida y tomó sus propios departamento en el Hotel Pierre, Alexis estaba de nuevo en los Estados Unidos y Luisa y Bárbara eran amigas, suficientemente amigas, para frecuentar los mismos sitios y conocer a las mismas personas.

Pero Luisa era una joven tranquila, digna, de esmerada educación, muy conservadora. Rara vez se veía su nombre en los periódicos. Y muy pocas veces aparecía su retrato en las fiestas de sociedad. Era una joven de sangre azul, de fortuna, no enorme, pero considerable.

A pesar de la oposición de su familia y los consejos de su madre, Luisa se comprometió con Mdivani. Alexis regresó poco después a París, donde encontró a la radiante belleza española Silvia de Castro, de dieciocho años y de gran fortuna, hija del Conde y la Condesa de Castillo, que eran de la nobleza más opulenta de España, íntimos amigos del Rey Alfonso.

Por espacio de algunos meses se vió a todas horas al príncipe Alexis en compañía de la maravillosa condesa española. Al parecer él estaba profundamente enamorado de ella y no faltan quienes digan que ésta fué la única vez que Alexis estuvo verdaderamente enamorado.

Pero los condes de Castilla tenían ya sus proyectos para la hermosa niña y las jóvenes españolas, como Silvia de Castilla, no se oponen jamás a estos proyectos de sus padres, concernientes al matrimonio. Silvia fué llevada a España y Alexis regresó a Estados Unidos, donde lo esperaba Luisa Astor Van Alen. Y en mayo de 1931 Luisa y Alexis se unían callada y dulcemente en Vakehurst, la casa de los Van Alen en Newport, la misma casa donde Luisa había nacido.

El novio no tuvo familiares a su lado. La novia se casó con traje negro, sin joyas y sin flores. Sólo asistieron a la boda los parientes más íntimos. Se dijo que aquella boda había estado de acuerdo con los deseos de la novia, pero no faltaron quiénes creyeran que todo obedecía al encono de su madre, que no quiso hacer fiesta ni celebrar con rumbo una boda que se realizaba tan en contra de su voluntad.

Cuatro días más tarde era presentada al Rey Jorge y a la Reina María en la Corte de St. James. Bárbara Hutton. La princesa del dólar se inclinaba ante los reyes de Inglaterra.

Inmediatamente después de su matrimonio, los príncipes Mdivani, Luisa y Alexis, se dirigieron a París, donde se propusieron fijar su residencia. Alexis idolatraba a París y Luisa creyó que en ninguna otra parte sería más feliz, ya que en su patria se enfrentaría siempre con la malquerencia de los suyos, que jamás perdonarían su matrimonio. Por consiguiente en París fijaron su residencia. Alexis poseía sus ricos caballos de polo y su automóvil. De la princesa poco se supo, pero Alexis siguió luciendo su esbelta figura en los bulevares, en los cafés, y en los círculos, y poco se oyó hablar de él en Norteamérica aunque una vez llegaron a Newport rumores de la vida de Alexis, que obligaron al padre de Luisa a embarcarse para Francia y enrostrar a su yerno su vida dispendiosa y banal. Pero había una cosa indudable: Luisa no permitiría jamás, enamorada como estaba profundamente de su marido, que a éste se le reprendiera ni se le censurara.

(Continúa en el próximo número)

EL VIAJE

(Continuación de la pág. 27)

allá, a su casa, al lado de sus hijos. Ya lo había presentido al partir, sabía que al pasar el mar, su tierra había acabado para ella. Y ahora quería andar, andar más allá, ir más lejos, en sus brazos, hasta el fin.

Y así pasaron por Roma, por Florencia, por Milán, y casi sin ver nada. La muerte, anidada en ella, con sus puñaladas la fustigaba y fomentaba su ardor.

—¡Nada! — decía ella, a cada pinchazo, a cada mordisco del dolor—. Nada.

Y torcía la boca, con la palidez de la muerte en el rostro.

—Adriana, tú sufres...

—¡No; no es nada! ¿Qué me importa? ¿Qué me importa?

El último día en Milán, poco antes de salir para Venecia, se vió en el espejo, deshecha. Y cuando, después del viaje nocturno, la visión de ensueño de la ciudad, soberbia y melancólica, emergente del agua, se le abrió en el alba, comprendió que había llegado, que su viaje debía acabar allí.

Quiso todavía tener su día de Venecia, hasta la noche, hasta la otra noche, por los canales silenciosos, en góndola. Y toda la noche la pasó en vigilia, con una extraña impresión de aquel día; un día de terciopelo. ¿El terciopelo de la góndola? ¿El terciopelo de algunos canales? ¡Quién sabe! El terciopelo del féretro...

Como él, al día siguiente, saliese del hotel para echar alguna carta para Sicilia, al correo, ella entró en el cuarto de él; vió sobre el velador un sobre roto; reconoció la letra del mayor de sus hijos; se llevó aquel sobre a los labios y lo besó desesperadamente; luego, volvió a su cuarto; sacó del maletín de viaje un frasco con la droga del veneno, intacto; se fué sobre la cama deshecha, y, de lo bebió de un sorbo.

LA SERPIENTE AMARILLA

(Continuación de la pág. 14)

sición, sino porque el correo de China debía llegar a las cinco y estaba esperando el cheque mensual a que Leggat había hecho referencia en su conversación.

Joe Bray era primo segundo de Esteban y en los días en que los Narth eran unos príncipes del comercio y los Bray los más pobres entre sus parientes pobres (se llamaban Bray-Narth, pero el viejo Joe, como hombre de poca educación y ningún refinamiento, había suprimido el apellido compuesto), la gran familia desconocía las andanzas de Joe Bray, hasta que un día — hacía diez años de ésto — el señor Narth recibió una carta de su primo, diciéndole que estaba ansioso de establecer contacto con su único pariente. Ellos no sabían que existiera

tal Joe Bray y el primer impulso de Esteban Narth, cuando leyó la mal escrita y peor redactada carta, fué el de romperla y arrojarla al cesto de los papeles, pues ya tenía él sobradas preocupaciones propias, para hacerse cargo de las que pudieran proporcionarle los parientes lejanos. Fué al final de la carta cuando descubrió que quien le escribía era aquel Bray cuyo nombre se había hecho famoso en todas las Bolsas del mundo; el mismo y auténtico Bray, de la concesión Yun-Nan. Así que Joe se revistió de nueva importancia ante sus ojos.

Nunca se habían visto. Estéban Narth le vió en un retrato donde el viejo Joe aparecía ceñudo, gris y duro. Probablemente, era este retrato el que había malogrado todas aquellas peticiones de mayor ayuda que, según decía, con tanta frecuencia le había hecho.

Perkins, su empleado, entró con una carta, poco después de las cinco.

—La señorita Juana vino esta tarde, mientras estaba usted en la reunión de directivos — dijo.

—¡Ya! — contestó Esteban Narth con indiferencia.

La llamada señorita Juana era una Bray que representaba una responsabilidad. Uno de los dos miembros de la familia cenicienta que Esteban había conocido hasta el momento en que llegó a sus manos la carta de Joe. Era su prima lejana, se había criado en su casa y recibido la buena, pero barata educación, a la que tienen derecho los parientes lejanos.

Le hubiese sido difícil definir su posición en la casa. La señorita Juana era muy útil y podía tomar el mando de la misma cuando las otras chicas no estaban. Sabía llevar las cuentas y reemplazar al ama de llaves y, hasta si llegaba el caso, a una de las criadas. Aunque era algo más joven que Letty y mucho más que Mabel, podía servir de "señorita de compañía" de ambas.

Algunas veces formaba parte del grupo que organizaban las chicas para asistir a una función teatral y, ocasionalmente, iba a los bailes cuando tenían necesidad de una compañera más; pero, por regla general, la señorita Juana Bray quedaba relegada a un segundo lugar.

En otras ocasiones, resultaba inconveniente que tomase parte aun en las selectas y poco concurridas cenas que Esteban daba. Entonces, Juana, cenaba en su cuarto, grande y en forma de buhardilla, donde si hemos de decir verdad, se encontraba más que consolada.

—Y ¿qué es lo que quería? —preguntó el señor Narth, al mismo tiempo que rasgaba el sobre de la única carta que decibió de manos de Perkins.

—Quería saber si había algo para llevar a Sunningdale. Vino a la ciudad para hacer algunas compras. Le acompañaba la señorita Letty — informó el viejo empleado—. También me preguntó si alguna de las jóvenes había telefonsado para contar lo de los chinos.

—¿Chinos?

Perkins le dió la explicación. Aquella mañana habían aparecido en terrenos de Sunni Lodge dos individuos de raza amarilla que "por cierto no llevaban mucha ropa". Letty los había visto echados sobre las altas hierbas junto a la pradera. Eran dos hombres de aspecto recúlleo que, al verla, saltaron y corrieron veloces hacia la pequeña plantación que separa la propiedad de Lord Knowesley, de la menos importante del señor Narth.

—La señorita Letty se asustó algo —dijo Perkins.

No hay duda de que la señorita Letty, que vivía al borde del histerismo, se asustaría.

—La señorita Juana cree que esos hombres pertenecen a un circo que pasó por Sunningdale esta mañana— añadió Perkins.

Esteban Narth no vió nada de particular en el incidente y a excepción de conservarlo en la memoria para poner el asunto en conocimiento de la policía local, dejó, en absoluto, de pensar en los chinos.

Lentamente terminó de abrir el sobre. Allí estaba el cheque, pero como se había figurado, venía acompañado de una carta cuya extensión era poco usual. Joe Bray no acostumbraba a enviar largas epístolas. Por regla general consistían en una sola hoja de papel con la inscripción "Con afecto". Eso era todo lo que mandaba con el cheque. Narth dobió el actual, de color azulado, y lo guardó en el bolsillo. Empezó a leer la carta, intrigado por el motivo que tendría su pariente para haberse hecho, súbitamente, tan comunicativo.

Estaba trazada por su propia y ruda mano. Cada cuatro palabras había una mal escrita.

"Estimado señor Narth: (Joe nunca se dirigía a él en otra forma).

Me atreveria a segurar que se extrañará usted de que yo le escriba una carta tan larga. Pues bueno, estimado señor Narth: debo decirle que he sufrido un ataque de gravedad del que voy recuperándome poco a poco, pero el médico dice que no está seguro del tiempo que me queda de vida, así es que he pensado en arreglar el porvenir y me puse a cavilar en hacer testamento. Ahora ya lo he hecho, por mediación del señor Albert Van Rys, el abogado.

Sabrá usted, estimado señor Narth, que siento mucha admiración por su familia, como sabe usted muy bien, y he estado pensando, mucho tiempo, la forma de ayudar a su familia. Eso es lo que he hecho. Mi apoderado, Clifford Lynne, que ha estado conmigo desde pequeño y era mi socio cuando encontré este filón, es un buen muchacho. Me refiero a Clifford Lynne. Así es que he decidido que se case con alguien de mi familia y perpetúe mi nombre. Sé que tiene usted unas cuantas chicas en su casa, dos hijas y una prima, y quiero que Clifford se case con una de ellas. Claro que él está conforme con esto.

(Continúa en la página 85).

HOMBRE (corriendo)

583.64 metros
(Calculada sobre la base del "record" de las 100 yardas: 9" 2|5).

CONEJO

670 metros

HOMBRE (patinando)

670 metros
(Calculada sobre la base del "record" de los 200 metros: 18").

PERRO LEBREL

938 metros

CABALLO DE CARRERA

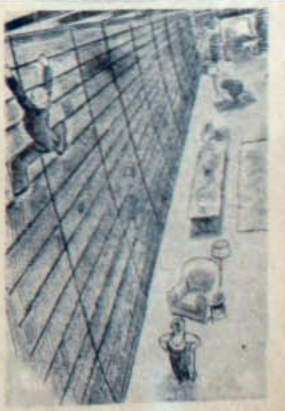
1.136 metros
(Calculada sobre la base del "record" de 1|4 de milla: 21".25).

ANTILOPE

1.207 metros

LEON

1.839 metros.
(Calculada sobre la base de su impulso en los primeros 100 metros).



¡Ah, ah! ¡Buscando libros de Balzac, ah!...

SINTONICE

RADIO BAYER, C. E. 98, todos los días, a las 13.15 horas.

RADIO CHILENA CONSOLIDADA, C. E. 94, todos los domingos, de 21 a 21.30 horas.

TRANSMISIONES DIRIGIDAS por "Ecran", "PARA TODOS" y "Familia".—Charlas cinematográficas, atracciones variadas de música, teatro y noticias de los astros de la pantalla.

Lea los programas de las estaciones difusoras en "PARA TODOS" y busque los amenos programas dirigidos por las revistas citadas en las estaciones HUCKE, C. E. 76, SIAM, C. E. 118; OTTO BECKER, C. E. 86.

EL IDOLO CHINO

(Continuación de la pág. 21)

tallmanes? — pregunté a Doc.

—Qué amuletos y qué nada — contestó Doc, echándose al bolsillo el rollo de billetes—. Ganamos gracias a mi talento y nada más. La suerte está en que uno de los dos tenga algo en la mollera.

Afuera, la noche estaba como boca de lobo y hacía un calor pegajoso e insoportable. No habíamos andado más de media milla, cuando, de repente, surgen de la oscuridad tres sombras, y antes de que Doc tuviera tiempo de sacar el revólver, y de que yo pudiera darme cuenta de lo que sucedía, me encontré con un puñal frente al pecho y vi que Doc estaba amenazado con un revólver.

No chistamos. ¿Con qué fin? Levantamos las manos, mientras el tercer chino nos trajinaba, y por la forma rápida con que lo hizo, era evidente que no era principiante. Al pobre Doc le quitó el revólver y el rollo de billetes en un dos por tres, y, después de haberse asegurado de que yo no tenía nada, nos ordenaron seguir adelante.

Esa maldita ciudad era un verdadero laberinto, y después de doblar cuatro o cinco esquinas, no me era posible darme cuenta dónde estábamos.

Al fin llegamos a un río o brazo de mar y, a la luz de unos faroles, vimos unas cuántos botes o "sampans".

Nos embarcamos en uno de ellos y partimos.

Apenas nos alejamos un poco de la playa, nos ataron las manos y nos echaron a empujones bajo un techo de totora que cubría gran parte de la embarcación.

—Tu ídolo se está portando como se pide, Casaldy — observó Doc—. Se oyó el ruido de una palmada. Era uno de los chinos que le había asestado un tapabocas. Se quedó callado después de esto, a pesar de que de tiempo en tiempo le oía gruñir y resongar como un volcán preparándose para hacer erupción.

Yo estaba curioso por saber a dónde nos conducían. Todavía no me podía dar cuenta si estábamos en el río Whangpoo o en alguno de los canales. No se oía ruido alguno.

Al fin paramos. Nos acercamos a un pequeño muelle y desembarcamos. Atravesamos un jardín hacia la puerta de costado de un gran caserón, entramos, doblamos uno o dos corredores, luego bajamos unas cuantas gradas y nos encontramos en un subterráneo. En uno de los rincones me di cuenta de que había una ventanita cruzada por una barra de fierro. El suelo era de piedra y la puerta era gruesa y pesada. Estábamos en un verdadero calabozo. Nos desataron y se fueron dejándonos en la obscuridad más completa. El último ruido que oímos fué el del cerrojo.

¿Qué había pasado? ¿Qué significaba todo esto? Yo comprendía que nos habíeran asaltado; pero, ¿con qué fin nos encarcelaban?

—No te preocupes. Ya luego lo sabremos — gruñó Doc. Y tenía razón, pues inmediatamente la puerta se abrió y entró un vejete chupado y sonriente. Me di cuenta en el acto de que éste era el patrón, el "boss". En algo se distinguía de los demás. Se cruzó de brazos y se quedó mirándonos sonriente. Me hizo recordar no sé por qué a Hi Chwam; pero sentí que éste no nos deseaba ningún bien.

Empezó a hablar en chino, naturalmente y por supuesto, me quedé en ayunas. Pero Doc le contestó.

—¿Qué dice? — pregunté yo apenas hubo una pausa.

—Quiere dinero — me comunicó Doc.

—Pero dile que sus chimpancés a robaron el que teníamos.

—Si se lo he dicho; pero no quiere creerlo.

—Pues, repítelo.

Doc se lo repitió, pero sin ningún resultado. El viejo se retiró sonriendo aún.

—Sus hombres le han contado que éramos unos grandes jugadores — me cuenta Doc—, y dice además, que estamos demasiado bien vestidos para ser pobres.

Debemos escribir una carta a nuestros amigos o a nuestros banqueros para conseguir quince mil dólares.

—¿Quince mil? — pregunté yo, incrédulo.

Al poco rato se abrió la puerta nuevamente y entró un chino trayéndonos papel, tinta, pluma y una lámpara encendida.

—Entre nos, Casaldy — me dice Doc — esta vez sí que estamos mal parados. Este viejo es Chung Sen en persona.

—Primera vez que lo oigo nombrar.

—Pero sí es el hombre que hizo raptar a Florelle, el francés, en pleno Band y a mediodía, hace poco tiempo. Chung Sen es el as, el rey de los raptores. ¿Si no conseguimos el dinero del rescate!... Tú le oirás mencionar la palabra ling, y ya sabes lo que significa, ¿verdad?

—¿Que no es cierta clase de pescado?

—Es la muerte por medio de las mil heridas — corrige Doc.

Echamos un vistazo para ver si existía alguna posibilidad de escape, y nos llamó la atención una viga de madera sumamente gruesa que atravesaba el cuarto, de pared a pared, a unos treinta centímetros bajo el techo. Tenía dos grandes ganchos como los que se emplean en las carnicerías para colgar carne. Su aspecto no me gustó nada, ni tampoco las manchas obscuras que había en el suelo ni las salpicaduras color café que había en las paredes.

Doc probó la barra de la ventanilla. Cedió algo y pedazos de cemento del marco se desmoronaron. Pero, desgraciadamente, era demasiado pequeña y ni un niño hubiera podido pasar por ahí.

Nuestra situación era claramente desesperada.

—Y ese maldito ídolo tuyo, que nos iba a traer suerte — gruñó Doc.

—Cállate — le contesto—. Si no hubiera sido por ti, no estaríamos metidos en este lío. Fué idea tuya aquella de vestirnos siempre como capitalistas. Hay que darse facha, porque, de otro modo, uno no llega a ninguna parte, me decías y repetías. Ya tienes el resultado. Nos han tomado por ricachones. La pobre Mrs. Sheenan también cayó en la trampa. Y en lugar de confesar que éramos un par de listos en busca de negocios fáciles, le prometiste mil dólares y le quitaste hasta su último penny que tenía. ¿Qué pensará de nosotros cuando se dé cuenta de que no hemos regresado a su casa?

—¿Acaso crees tú que no pienso en eso también? — me contesta Doc con aire siniestro.

Se paseaba de arriba a abajo en nuestra prisión, como un león enjaulado.

—Dime, Casaldy, ¿cómo iremos a salir de aquí?

—Eso lo sabrás tú, ya que tú tienes el talento.

—Voy a escribir la carta, de todos modos, dirigida a una persona imaginaria domiciliada en Pooting. Mientras más lejos, mejor, así ganaremos tiempo, porque no quiero pensar en lo que hará Chung una vez que se dé cuenta de que lo hemos engañado.

Algo pudimos dormir aquella noche, y en la mañana, después de un desayuno de arroz, se presentó Chung Sen. Doc, contestando a su pregunta, le dijo que todavía no había terminado la carta, y le pidió que volviera más tarde.

Eso lo alejó un rato; pero, como no podíamos seguir aplazando la entrega de la carta indefinidamente, Doc la envió concluída a mediodía.

Poco después sorprendí a Doc mirando la viga con sumo interés.

—Me parece que ahí encima nos podríamos esconder — me dice al rato.

—Estás loco — protesto yo—. ¿Que te crees una culebra?

—Si logramos trepar hasta allí y tendernos a lo largo de la viga, no nos descubrirán, a lo menos, al principio. La gente muy raras veces mira directamente encima de sus cabezas. Además, cuando obscurece y se dispone por toda luz de una linterna, me he fijado que esa viga no es más que una sombra.

—Pero, hombre — exclamé—. Ya sabrán que en algún rincón de este calabozo tendremos que estar por fuerza.

—Si quebramos la barra de la ventanilla, Casaldy, y si disparamos por el suelo pedazos de cemento, para llamar la atención, por chica que sea la ventana, el primer pensamiento de estos chinos será que en algunas forma hemos logrado arrancarnos por ahí.

Empezaba a intesarme. Veíamos una posibilidad de escape:

—Veo el cuadro, viejo Doc. Ya veo a los chinos amontonándose aquí, lo que nosotros aprovecharíamos para dejarnos caer sopresivamente encima de ellos y luego...

—Y luego, podremos hacer muchas cosas — continúa Doc—. Cuando se está en nuestra situación, hay que valerse de lo que se presente. Si nos quedamos aquí, estamos perdidos.

—Principiemos por soltar esa barra — propongo yo.

Por todo amoblado disponíamos de una mesa y de dos cajones vacíos que nos servían de sillas. Doc sacó clavo de uno de ellos y parándose en el otro empezó a trabajar hasta aflojar el cemento que mantenía la barra en sus dos extremidades. En esto demoró bastante, y cuando hubo terminado, era casi de noche. Teníamos que apurarnos, pues no sabíamos a qué hora volverían para traernos la comida.

Ayudé a Doc a izarse hasta la viga.

—Pásame esa barra — me dice. Puede servirnos para algo en un caso de apuro. Se la entregué, y él, a su vez, me ayudó a subir.

No se cuánto tiempo pasaría antes de que entrara alguien. Pero, cuando al fin la puerta se abrió, sentí un estremecimiento en todo el cuerpo. El primero que entró llevaba una linterna, y cuando no nos vió después de buscarnos con la mirada por toda la pieza, pareció petrificado. Entonces se fijó en el cajón que habíamos dejado bajo la ventana, y se dió cuenta a la vez, de que faltaba la barra. El grito que dió entonces, fué terrible. Los demás, eran tres o cuatro, arrancaron gritando a cual más.

El primero que había entrado, parecía ser hombre de acción, dinámico, como dicen ahora. Dejó la linterna sobre la mesa, sacó revólver y disparó un par de tiros por la ventanilla, sin parar de gritar un instante. ¿Qué es lo que pensaba sacar con eso? No sé. Pero, una vez

(Continúa al frente)

DE MUJER A MUJER

Una nueva sección de "Familia"

Consecuentes con nuestro afán de dar continuamente a las lectoras de esta revista el mayor número de secciones interesantes, variadas y útiles, iniciaremos en la próxima semana la sección "De mujer a mujer".

Bajo el pseudónimo de "María Eugenia" — que es quién atenderá este Consultorio—, se oculta la personalidad atrayente de una dama de nuestro mundo social.

María Eugenia sufrió en su juventud un rudo golpe en su fino espíritu de mujer. Ese acontecimiento causó tan honda impresión en su alma, que borró de sus sueños las ilusiones, la fe en los hombres y la confianza en la bondad de la vida.

Para cicatrizar sus heridas huyó de Chile.

Los años, la experiencia y los viajes, fueron como un crisol en el que se purificaron sus pensamientos y su alma.

Ahora, de regreso entre nosotros, con un acopio de ternura y de perdón, quiere poner al servicio de sus hermanas de Chile toda la experiencia que la vida, con sus embates, pudo darle.

Fina e inteligente, ella tomará bajo su tutela la sección "De mujer a mujer".

En busca de su consejo sensato, de su experiencia, y de su agudo conocimiento del alma humana, pueden acudir todas las mujeres que han sufrido algún dolor moral, o que tengan en su vida, de muchacha, de esposa o de madre, un problema sentimental que resolver.

María Eugenia atenderá las cartas de las lectoras que soliciten sus consejos, y está cierta que podrá contribuir a evitar muchos dolores, a remediar infinitos errores de tantas desencantadas modernas que naufragan en la vida por falta de una palabra, de esa palabra buena, desinteresada y noble, dicha a tiempo.

¿TIENE UD. POR RESOLVER ALGUN PROBLEMA SENTIMENTAL EN SU VIDA DE MUCHACHA, DE ESPOSA, O DE MADRE?...

Diríjase a MARIA EUGENIA.—Sección "DE MUJER A MUJER".

Revista "FAMILIA". — Casilla 84-D., SANTIAGO.

(Continuación del frente;

que se toma de sorpresa a un chino, éste pierde completamente la cabeza. Luego dió media vuelta en dirección a la puerta, y al hacer esto se colocó exactamente debajo de nuestro escondite. Doc, entonces, se dejó caer encima de él, nada más, y cuando un hipopótamo del tamaño y peso de Doc se deja caer desde cierta altura sobre alguien, éste no se da cuenta de lo que sucede durante algún rato. Y esto fué lo que pasó al pobre chino dinámico. Lo aplastó. Lo hizo oblea. Cuando Doc se paró, el chino respiraba aún, pero poco. Me dejé caer yo, le quitamos el revólver al chino y nos arrancamos dejando la puerta cerrada.

Entonces empezaron nuestros apuros, pues no conociamos la casa y oíamos la gente corriendo y gritando por todos lados. Por suerte nos pareció que se dirigían a afuera, con la intención, al parecer, de cortarnos la retirada.

Nosotros también queríamos salir y cuanto antes; eso sí, sin toparnos con nadie.

¡Qué haber de pasajes y corredores en la casa! ¡Parecía estar a bordo de un transatlántico!

Después de muchas vueltas, nos encontramos en el hall de entrada, y en un extremo vimos la puerta de calle de par en par abierta. Sentí un soplo de aire fresco en mi cara. Pero, entre nosotros y aquella puerta había un chino enorme, que estaba, al parecer, de guardia al lado afuera de una pieza cuya puerta daba al hall. Apenas volvió, nos escondimos rápidamente; pero, algo debe haber visto o sospechado, porque se dirigió hacia donde nosotros estábamos. Felizmente, Doc estaba listo, y cuando llegó a nuestro rincón, le asestó un golpe tan fuerte con la barra, que el chino cayó al suelo sin conocimiento. Lo arrastramos hacia el pasaje hasta dejarlo en la obscuridad, y seguimos. Frente a nosotros estaba aquella puerta de par en par abierta, y nosotros queríamos salir a todo trance.

Decididamente, la suerte no nos acompañaba. Habíamos andado apenas unos cuantos pasos, cuando oímos un ruido en el "porch".

—Ya están de regreso — sopló Doc.

Estábamos en aquel momento frente a aquella puerta ante la cual estaba hacía pocos instantes de guardia el chino. Doc dió vuelta la manilla, la puerta se abrió y nosotros entramos en puntillas. Era un cuarto grande y obscuro, y en un extremo, tirado en un sillón, la cabeza entre las manos, vimos a un hombrecito delgado. Era un europeo, y se me ocurrió que podría ser otro rehén de Chung Sen. Por eso, pensé yo, estaba con guardián.

Apenas nos vió, dió un salto. Estaba pálido y parecía estar tan asustado y temeroso, como si hubiera recién pasado por un hábil interrogatorio. Pero el ruido de pasos se iba acercando y ya podíamos oír el ruido de voces al lado afuera de la puerta. Fué entonces, cuando nuestra salvación dependía del más absoluto silencio, cuando el hombrecillo, no pudiendo, sin duda, aguantarse más de susto, empezó a largar un grito. Digo empezó, porque apenas Doc se dió cuenta de su intención, rápido como el rayo recurrió nuevamente a su barra.

El grito se apagó antes de haber empezado, se puede decir, y el hombrecillo se desplomó completamente "out".

Esto era inhumano de parte de Doc; pero, como él lo dijo más tar-

UN POETA...

Alfonsina STORNI

Argentina. Se la considera la mejor poetisa de su país. Tiene una vasta e interesante obra, de fino verso musical, enmarcado en lo clásico.

TU ME QUIERES BLANCA...

Tú me quieres alba,
me quieres de espumas,
me quieres de nácar.
Que sea azucena
sobre todas, casta.
De perfume de tenue
corola cerrada.

Ni un rayo de luna
filtrado me haya,
ni una margarita
se diga mi hermana.
Tú me quieres nívea,
tú me quieres blanca,
tú me quieres alba...

Tú, que hubiste todas
las copas a mano,
de frutos y mieles
los labios morados.
Tú, que en el banquete
cubierto de pámpanos,
dejaste las carnes
festejando a Baco.
Tú, que en los jardines
negros del engaño,
vestido de rojo
corriste al estrago.
Tú, que el esqueleto
conservas intacto,
no sé todavía
por cuáles milagros,
me pretendes blanca,
(Dios te lo perdone),
me pretendes casta,
(Dios te lo perdone),
me pretendes alba...

Huye hacia los bosques,
vete a las montañas;
limpiate la boca;
vive en las cabañas;
toca con las manos
la tierra mojada;
alimenta el cuerpo
con raíz amarga;
bebe de las rocas;
duerme sobre escarcha;
renueva tejidos
con salitre y agua;
habla con los pájaros
y lévate al alba.
Y cuando las carnes
te sean tornadas,
y cuando hayas puesto
en ellas el alma
que por las alcobas
se quedó enredada,
entonces, buen hombre,
preténdeme blanca,
preténdeme nívea,
preténdeme casta...

de, ¿qué otra cosa podía hacer? Tenía por fuerza que silenciar esos gritos, lo más rápida y eficazmente posible, tanto para el bien nuestro, como para el del otro.

Los segundos que siguieron fueron los más largos que recuerdo. A cada momento creíamos ver entrar a la pieza a una tropa de chinos armados. ¿Irían a encontrar al guardián botado en el corredor?

Pero, felizmente, siguieron. Alguien estaba dando órdenes a gritos y les oímos subir la escalera. Estaban registrando los altos de la casa.

Abrí la puerta despacito y miré hacia afuera. El hall estaba desierto, O. K., le advertí a Doc, dándome vuelta; pero, éste estaba absorto contemplando a nuestro recién conocido, y había en sus labios una sonrisa extraña. Luego lo levantó como si fuera una criatura y me hizo señas de salir.

Yo me puse a rezongar entre dientes; pero no discutí. No era el momento. Si Doc, pensé, quería aumentar los riesgos de nuestra huida echándose encima a ese pajarraco, él sabría.

Afuera estaba lloviendo. El pasto estaba mojado y blando bajo nuestros pies. Nos apuramos. Desgraciadamente, apenas habíamos dado unos cuantos pasos, cuando oímos un grito. ¿Nos habían visto u oído?

Me aguré en dirección al río. Doc, me seguía con su carga soplando fuerte. Ya estábamos casi al borde del agua, y, mirando a través de la lluvia, alcancé a ver el muellecito. De repente, algo se movió frente a nosotros. Dos sombras se destacaron y un tiro estalló, pasando la bala silbando a mi oído. Yo, a mi vez, disparé, y una de las sombras dió un grito y cayó. El otro, sin esperar más, dió media vuelta y arrancó gritando.

Amarrado al muelle, había un "sampán" y una lancha motor. Naturalmente, optamos por la lancha, y mientras Doc embarcaba su carga y de un salto se acercaba al motor para ponerlo en marcha, yo soltaba las amarras. Ya era tiempo. Los chinos que nos perseguían, estaban a pocos metros.

Nos alejábamos. De tierra nos llegó una lluvia de balas. Nos echamos rápidamente al fondo y las dejamos pasar. Al poco rato estábamos fuera del alcance y perdidos en la obscuridad. A lo lejos, el cielo estaba lacre. Eran las luces de la ciudad y hacia ella nos dirigimos.

Habían pocas embarcaciones en esa parte del río, y, si lo que cuento hubiera sucedido cerca del barrio internacional, el ruido de los disparos habría, seguramente, atraído a más de una lancha de policía; pero, esto pasaba más afuera de los suburbios del barrio indígena. Los chinos no se molestan por un crimen más o menos y cuando oyen disparos, tienen presente que es preferible no meterse en líos ajenos.

Le eché una mirada a nuestro acompañante, y Doc, soltando el timón por un momento, se inclinó sobre él para tomarle el pulso.

—Nunca creí que fueras tan blando de corazón — le dije sonriendo—. Corriste un riesgo enorme trayéndolo.

—El no lo traje por bondad de mi parte. Lo traje por interés. ¿No te has dado cuenta todavía que es Steyn?

—¿Steyn? El nombre algo me recordaba. ¿No era Steyn el hombre de quien Mrs. Sheenan os había hablado?

—Naturalmente, el gerente del Hong Kong International. ¿No te acuerdas que te dije que pasaba tiritando de miedo de que lo raptasen? Y lo que temía sucedió. Deben haberlo agarrado al mismo tiempo que a nosotros. De lo contrario, lo hubiésemos oído contar, porque a estas horas no se hablaría de otra cosa. Nadie nos habrá echado de menos a nosotros; ¡pero a Steyn! Se rió de nuevo. ¿Ves la figura, Casaldy? Le hemos ahorrado miles de miles de dólares en pago de rescate. Aun en el caso de que sea tan miserable, como dice la gente, no se podrá cuadrar con menos de tres mil después de lo que hemos hecho por él.

—Sí; pero esperemos que cuando vuelva en sí, habrá olvidado el garrotazo que le diste en la cabeza, porque, de lo contrario, su gratitud podría "encogerse" algo.

—Lo llevaremos a casa para arreglarlo un poco — propuso Doc. La gratitud es una flor muy delicada que hay que cultivar. Después me pondré al habla por teléfono con la policía, preguntaré si hay alguna recompensa y veré cómo se presenta la cosa.

La casa de Mrs. Sheenan estaba al borde del río, así es que no nos costó mucho llevarlo hasta allá. El muelle estaba desierto a esa hora, fuera de unos pocos indígenas, así fué que cuando desembarcamos a Steyn y lo llevamos entre los dos, nadie se fijó.

Sacamos la llave de nuestro escondite, y entramos. Mrs. Sheenan dormía en el último piso, por eso no nos oyó.

Qué gusto de volver a su casa después de todo lo que habíamos visto. Miré a Hi Chwam arriba de su ropero. Bravo, viejo, le sonreí. Recostamos a Steyn. Ya había vuelto en sí; pero estaba tan "groggy", que no se daba cuenta de lo que pasaba.

—En un momento más estaré bien — dijo Doc—. Mientras tanto, voy a salir para ponerme en comunicación con la policía.

Me quedé, pues, solo con Steyn. Ahora podía mirarlo a gusto y debo decir que su cara no me gustó. Me dió la impresión de un ser vil e innoble. Pero, en fin, que me importaba su cara si nos iba a dar todo el dinero que decía Doc.

De repente, empieza como a querer incorporarse.

—¿Dónde estoy? — me preguntó con dificultad. ¿Qué es lo que ha pasado?

—No se preocupe — contesto yo—. Está sano y salvo. Ya no está en casa de Chung Sen; está con amigos. Mi socio y yo lo hemos salvado.

—¿Me salvaron? — pregunta, frotándose la frente—. ¿Qué significa esto?

—No tema nada — le repito—. Está nuevamente en el barrio europeo. Mi amigo fué a buscar a la policía. No tardará en llegar.

Los ojos de Steyn se abrieron de repente y pude ver que la memoria le volvía de un golpe.

Me imaginé que me iba a decir unas cuantas palabras de agradecimiento, a estrecharme la diestra con efusión o a colgarse de mi en un abrazo fraternal...

Pero nada de eso sucedió. Se puso en pie y su cara se retorció.

—¡La policía! — gritó—. ¡Animal, no sabe lo que ha hecho! ¡Déjeme irme de aquí! — Se dirigió hacia la puerta; pero ésta se abrió de repente y ahí estaba Doc tapando la salida.

—Déjeme pasar — le dice Steyn en voz alta—. Debo irme de aquí. Es muy importante.

—Ya lo creo que es importante — contestó Doc, empujándolo hacia adentro—. Pero no se apure compañero; Ud. se va a quedar aquí.

—¿Qué es lo que pasa? — pregunto yo, alarmado.

—Malversación de fondos, me advierte Doc—.. Mr. Steyn, aquí presente, no es un vulgar ratero, vuela muy alto y no se molesta sino por cientos de miles de dólares. La policía lo estaba buscando. Por eso se escondió en casa de Chung Sen.

Eso debe haberle costado muy caro; pero, en fin, podía hacerlo. Debo agregar que hay una gratificación de cinco mil dólares para quien lo entregue, y dirigiéndose a Steyn:

—Usted estaba esperando en territorio chino hasta poder embarcarse de contrabando en algún vapor, ¿verdad?

Steyn no contestó. Tenía los ojos locos y fijos. De repente dió un salto hacia la mesa y agarrando el revólver que yo había dejado ahí al entrar, gritó:

—¡Retírense de esa puerta!

Doc se retiró. Steyn era un pedacito de hombre no más y bastante apaleado; pero, en aquel momento, era tan peligroso como un ratón arrinconado.

—¡Si ustedes no me dejan pasar, los mato!

El momento era decisivo para nosotros también. Eran cinco mil que se nos iban de las manos y, ¡caramba!, había que hacer algo sin pérdida de tiempo.

Steyn había atravesado la pieza, y en ese momento preciso pasaba frente a mí y ya alargaba la mano izquierda para abrir la puerta, cuando yo, en el colmo de la desesperación y jugando el todo por el todo, le largó una patada en medio del estómago, y con tal fuerza, que lo mandé, volando se puede decir, a través de la pieza. Se estrelló contra el armario y cayó al suelo. De ahí, medio "groggy", me hizo un disparo que pasó rozándome. Con todas sus fuerzas se agarró entonces del armario con la intención de incorporarse o de apoyarse en él para poder así apuntar mejor.

—Esta vez no errará el tiro — pensé yo.

Entonces, sucedió algo extraordinario, algo milagroso. Ví a Hi Chwam tambalearse arriba de su armario, y juraría que, al hacerlo, me guiñó un ojo; un segundo más tarde se dejaba caer y alcanzaba a Steyn en medio de la cabeza. Era tan pesado y cayó con tanta fuerza, que se hizo trizas y Steyn se desplomó como si le hubieran fusilado.

—No está en su día — exclamé yo, limpiándome el sudor de la frente. Es la segunda vez que lo ponen knock out en la misma noche.

Estaba todavía "groggy" cuando se presentó el oficial de policía inglés con tres sikk para llevárselo. Cuando quedamos solos, Doc me ayudó a recoger lo que quedaba de Hi Chwam.

—Tienes que reconocer — observé yo — que cuando los chinos hacen un ídolo, lo hacen harto "suertudo", y en cuanto a "pedigree", no se le puede negar a uno que tiene trescientos años y ante el cual se han prosternado los sacerdotes del Ming H'Su en el Templo del Cielo.

Doc había recogido los pies de Hi Chwam y los estaba examinando con toda atención.

—Lee esto — me dijo con aire socarrón, pasándome un pie.

Pude ver entonces, tallado en la piedra, en letras muy chicas, tres palabras solamente: "Made in Birmingham".

—Hay que reconocer, también, que los chinos son muy listos — observó Doc, para quedarse con la última palabra.

FIN.

LA PRINCESA DESCONOCIDA

(Continuación de la pág. 17)

su barba, el conde relató su historia.

Se creía generalmente que con el Rey Nicolás, la casa real de Bulmania, había llegado a su fin. Esto, sin embargo, era un error. La princesa Natalia, la hija del finado Rey, estaba viva, y según los realistas, era ella, la verdadera heredera a la corona de Bulmania. Pero la princesa había desaparecido hacía más de quince años, durante una revolución anterior, cuando contaba con cinco años de edad. Solamente el conde Bubarski sabía dónde se encontraba la princesa y las pruebas de su identidad.

Ahora, decía el conde, era el momento que su Alteza Real se presentara a disputar sus derechos al trono. Todo estaba en su favor. Su belleza y su romántica historia le ganarían muchos corazones. Bulmania sufría de un Gobierno republicano corrompido. Se necesitaba tan agudo e inescrupuloso, como era de corrompido. Sabía que el conde Bubarski era el único que poseía el secreto sobre el escondite de la princesa. Sabía también que como buen patriota bulmaniano, estaba determinado a ejercer todo su poder para provocar la revolución que pondría a la princesa Natalia en el trono. Sabía que estaba proyectando presentarla. De ahí que sus espías siguieran al conde noche y día. Estaba en poder de ellos, hacerlo desaparecer en cualquier momento. Pero los republicanos buscaban una presa mayor. Querían descubrir a la princesa, de suerte que pudieran de una vez destruir a ella y al conde y así acabar definitivamente con las aspiraciones realistas.

—De manera que es a Ud., el honorable Torrence, a quien llego yo en busca de ayuda — exclamó el conde—. Yo doy a Ud. el secreto del escondite de la princesa Natalia. Usted la encuentra a ella. Sí. Ud. las toma a ella y las pruebas de su identidad y las lleva a las montañas de Bulmania. Confundimos a los espías. Se proclama la gloriosa revolución. Sí. ¡Su Majestad, la reina Natalia, es coronada en la catedral de Zagratz! Bulmania es libre una vez más.

Por algunos momentos, Tim, permaneció callado. Era, por cierto, extraño que tan súbitamente fuese transportado del mundo de la tía Marion y de Gertrudis Dutton a los lares de las revoluciones de Bulmania.

—Pero, ¿por qué me ha escogido Ud. para esta tarea?—preguntó, por fin—. ¡Quiero decir que Ud. no me conoce a mí ni en pelea de perros!

El conde risueñamente se encogió de hombros y contestó:

—Porque Ud. es el inglés. Porque Ud. es el hombre de deporte, de aventuras. Porque Ud. ocupa el cuarto del frente aquí en el hotel Lutetia. Porque Ud. es el completo extraño. Sí. Porque, como Ud. dice, yo no lo conozco a Ud. ni en pelea de perros. No. Porque los espías de la república no tendrán razón al sospechar de Ud.

Tim asintió. La explicación era bastante creíble. Permitiendo a la ventura escoger su colaborador, el conde engañaría completamente a sus enemigos.

—El honorable Torrence, dijo el conde con entusiasmo — si Ud. se compromete en esta tarea, sí, yo ofrezco a Ud. todos los gastos y una recompensa de diez mil libras de su dinero inglés.

Tim pestañeó. Nadie podía tener menos objeciones a recibir diez mil libras que él. Tal suma representaba de cualquier manera un período de independencia. Apiazaría por algunos años la necesidad de morir de hambre como resultado del descubrimiento de la tía Marion de una novia ideal para él. Y por su lado él no tenía otra cosa que hacer, que tomar una princesa de una parte y dejarla en otra parte. Habría que quitarle el cuerpo a algunos espías; pero, gracias al plan inteligente del conde, pocas dificultades se anticiparían en esa dirección. En todo caso, la tarea tenía un aspecto deportivo decididamente atractivo. Y Tim se interesaba en Natalia, la princesa que había estado escondida por quince años. Natalia le pareció a él un nombre singularmente interesante. En resumen, había toda razón para aceptar la oferta.

—Entendido — dijo Tim—. Todos los gastos y diez mil libras cuando yo cumpla con mi tarea... Estoy listo a comenzar cuando Ud. guste.

El conde se inclinó y dijo:

—El honorable Torrence es el verdadero amigo de Bulmania. Sí.

Por algunos momentos, el conde se tiraba las patillas y miraba a Tim de una manera meditativa.

—Os voy a decir — comenzó suavemente — un secreto que es conocido tan sólo por dos personas en este mundo. Sí. Es un secreto que ha sido guardado por más de quince años. Sí. Aún la princesa Natalia, ella misma, ignora su verdadera identidad. No. Estaría bien que Ud. se acordara de estas cosas.

—Ud. quiere decir...

El conde se encogió de hombros y contestó:

—Usted es el hombre de honor. No hay necesidad de mencionar cosas. No. Es la formalidad. Sí. No tengo dudas de que Ud. ganará, de que yo tendré el honor de dar a Ud. la recompensa prometida. Pero, por la traición, por la palabra indiscreta que divulgue el secreto, habrá otra recompensa... Una recompensa que será [illegible] y muy desagradable.

Tim permaneció callado. Meditaba sobre cómo sentiría él un cuchillo enterrado entre sus hombros.

—Usted es el hombre de honor — continuó el conde—. El verdadero amigo de Bulmania. Sí. No hay necesidad de mencionar estas cosas. No. Por lo tanto, yo digo a Ud. el gran secreto:

Durante los últimos quince años, la princesa Natalia había vivido, ignorante de su verdadera identidad, como una de las hijas de la condesa Strelowitz. La viuda condesa y su familia ocupaban una quinta en un apartado lugar en Cannes. Para que no hubiese duda al respecto, una pequeña N y una corona habían sido tatuados sobre el hombro izquierdo de la princesa. La condesa poseía una pequeña urna con pruebas documentarias acerca de la identidad de la princesa, como también el famoso diamante de San Boris, perteneciente a las joyas de la corona, y del cual, según las tradiciones de Bulmania, dependía la suerte de ese país.

La tarea de Tim consistía en conducir a la princesa con la urna esta, de Cannes a Kriletz, una aldea en las montañas al norte de Zagratz, la capital de Bulmania.

—Os daré un mes — dijo el conde—. Mañana me voy a Londres. Los espías de los perros republicanos

Juegos de Salón

LAS TIJERAS

Material.—Un saco con diversos objetos de utilidad, práctica, una hebra de hilo o cáñamo y un par de tijeras.

Formación inicial.—Fila circular o semicircular.

Un saco que contiene diversos objetos, (plumas, lápices, gomas, etc.), se suspende de un hilo resistente. El juego consiste en cortar el hilo *con los ojos vendados*.

El primero de la fila toma un par de tijeras, y se le lleva frente a frente y a alguna distancia del saco. Si consigue en *tres ensayos*, cortar el hilo, los objetos son para él; en caso contrario, cede su lugar al siguiente.

OBSERVACIONES. — En las tardes desocupadas de los internados y en las fiestas familiares, los niños se divierten mucho con este juego, porque cada cual procura cortar el hilo, para disfrutar de los "besitos", frutas y juguetes que los profesores y personas de la casa colocan en el saco.

EL SACO DE LA ALEGRIA

Material. — Un saco de papel, una varilla y un pañuelo.

Formación inicial.—Fila circular.

Este juego es una variante de *las tijeras*. Estas son reemplazadas por una *varilla aguzada*.

El juego consiste en agujerear el saco en tres ensayos, con la vista vendada.

OBSERVACIONES. — Cuando se juega en el hogar y en los colegios de párvulos, se le coloca confites y "besitos", con los cuales se premia a los más diestros y se alegra a todos. Amenizan las fiestas del jardín y paseos familiares.

me seguirán. Sí. En un mes de esta fecha, estaré en Kriletz. Si os encuentro ahí, con la princesa y la urna, os daré las diez mil libras en billetes del Banco de Inglaterra. Sí. Y ahora doy a usted la carta de explicación para la condesa Strelowitz y además los cuarenta mil francos para gastos. Sí. ¿Entiende Ud. bien todo? ¿Sí? ¿No? ¿No hay alguna duda?

—Está todo bien — contestó Tim, sonriendo confiadamente—. En un mes me encontraré en Kriletz con la princesa y la preciosa urna.

—Muy bien. Sí — replicó el conde.

A la mañana siguiente, Tim tomó el expreso para Cannes. Se encontraba muy satisfecho de sí mismo y en general con el mundo. Todo iba a pedir de boca. La noche antes había cenado con la tía Marion y con la cumplida Gertrudis Dutton, la novia ideal. Esta había resultado ser todo lo malo que él se había figurado y ciertamente preferiría morirse de hambre a casarse con Gertrudis. Sin embargo, como la intervención del conde Bubarsky había deferido la muerte por hambre, y como a la mañana siguiente partía para Cannes y para la aventura, llegó a la conclusión de que nada costaba mostrarse afable.

En consecuencia, habló de hospicios para gatos y de empresas de misioneros. Ayudó en forma inteligente a desenredar la lana de tía Marion. Llegó hasta expresar reservada admiración por la señorita Dutton y mencionar su deseo de volverla a ver. Demostróse, en realidad, tan respetuoso sobrino, que la tía Marion insistió en ofrecerle un cheque por cien libras esterlinas, como "un pequeño presente".

Después de hacer efectivo el cheque y tomar un pasaje para Cannes, Tim dejó de pensar en tía Marion y en la señorita Dutton. Sin duda alguna, la anciana se inquietaría por su desaparición, pero eso no podía impedirlo. Sería imposible explicarle lo del conde Bubarski y la princesa Natalia. Tendría tiempo de sobra para eso al regresar con diez mil libras en el bolsillo, después de haber colocado a la joven británica en el trono bulmano. Entretanto, tenía asunto más importantes en qué pensar.

Según advertía, este asunto resultaría todo un éxito. En su bolsillo tenía cerca de cincuenta mil francos. Cosida en el interior de su americana — para mayor seguridad—estaba la carta de presentación a la condesa Strelowitz. La única posibilidad de fracaso radicaba en las maquinaciones de los espías del gobierno republicano.

Apostaba ciento contra uno que el bien meditado proyecto del conde Bubarski, cuyo resultado fué que Tim se encargara de la tarea, había enseñado por completo a los espías. No tenían razón alguna para creer que Tim tuviera la menor idea acerca de la personalidad del conde, curas habituales estaban frente a las suyas en el Lutecia. Tal vez todos habrían partido a Londres, tras el conde. No obstante, era imposible estar seguro de nada. Era indispensable la cautela más extrema. El consejo final del conde había sido: "Considere cada extranjero es un espía de los perros republicanos". Y Tim pensaba seguir tal consejo: no confiaría en nadie.

Mientras el tren corría traqueteando hacia el sur, Tim miraba abstraído su diario y pensaba en el asunto de la princesa Natalia. De ella sabía únicamente que contaba veinte años de edad y que tenía la letra "N" tatuada en el hombro. Sin embargo, Tim favorecía la teoría de que la Providencia arreglaba todas las cosas. Por ejemplo, ¿era posible que una niña llamada Gertrudis Dutton fuera otra cosa que el ideal de esposa de tía Marion? Natalia, por otra parte, le parecía nombre muy prometedor. Una Natalia debía ser encantadora, pequeña y bonita. Sería una compañera de viaje ideal de Cannes a Kriletz o a cualquiera parte. Si los republicanos hubieran sido engañados, Tim se veía ya gozando la aventura que le habían confiado.

Sin embargo, no olvidaría que Natalia era una princesa real, destinada a ser reina en algunas semanas más. No pretendía ser un santo, pero..., en fin, no era ningún canalla. La princesa estaría segura a su cuidado.

Sus pensamientos vagaban por el orden en que se encadenaban los sucesos. El que tía Marion hubiera encontrado a Gertrudis Dutton en París y hubiera llegado a la conclusión de que Tim debía casarse, le hizo ir al hotel Lutecia. La simple casualidad de ocupar la habitación opuesta al conde Bubarski, indujo a éste a confiarle la misión. Eso demostraba que los hombres eran esclavos de las circunstancias. Veinticuatro horas antes, Bulmania no tenía para él más interés que Yugoslavia o China. Y ahora se encontraba mezclado en los asuntos políticos de ese país, haciendo, como si dijéramos, historia bulmana, alterando el mapa de Europa y haciendo toda suerte de cosas portentosas. Era asombroso, sobre todo el considerar que nunca le había ocurrido nada fuera de lo corriente.

Y en realidad, todo era muy interesante..., especialmente la perspectiva de las diez mil libras esterlinas. Jamás se había encontrado en tanta dificultad económica como en los últimos diez meses y, en su opinión, nada era más molesto que la penuria crónica. Por eso decidió llevar a cabo este asunto. Jamás se perdonaría si perdía esas diez mil libras. Iba a concentrarse de lleno a la tarea emprendida. No estaba dispuesto a correr riesgo alguno. Haría lo que le dijo el conde Bubarski: no confiar en nadie. Se dedicaría...

—¡Los billets! S'il vous plait! Les billets!

La voz del conductor sacó a Tim de su ensoñación. También atrajo su atención hacia una compañera de viaje que ocupaba un asiento en su mismo compartimiento.

La recién llegada era una niña bella, de ojos grandes y atrayentes, azules y tristes.

—Le billet, monsieur! — exclamó el conductor, impaciente.

Tim retiró la vista de la niña y presentó su pasaje. Entretanto, la niña buscaba, consternada, entre el contenido de su bolso.

—Temo..., temo..., haberlo perdido — exclamó, por fin.

—Si la señorita no tiene su pasaje, tendrá que pagar — observó el inspector, con severidad—. ¡Es el reglamento!

Otra búsqueda ansiosa en el bolso.

—Pero..., pero no tengo más dinero! — Y en los grandes ojos azules había huellas de lágrimas.

—Señorita... — comenzó el inspector, con severidad digna de un juez.

—Un momento! — intervino Tim.

—Yo pagaré!

La muchacha lo miró, sonrojada, y llena de inquieta gratitud.

—¡Oh, no! — exclamó, presa de gran agitación.

—No significa nada — le aseguró Tim, sacando un puñado de billetes de su cartera—. Es decir, yo, como usted, soy inglés, y..., pues bien, insisto...

—¡Qué bondad la suya! — murmuró la niña—. ¡Claro está que le reintegraré el préstamo en cuanto pueda!

El conductor entregó su recibo y se marchó, en tanto que Tim se dedicó a la tarea de asegurar a su bella compañera que no tenía necesidad de inquietarse y que el pequeño servicio era un motivo de alegría para él. Al principio, la niña se mostró inquieta; pero pronto se tranquilizó.

Llamábase, al parecer, Miss Jennings y se dirigía a Cannes con el objeto de hacerse cargo de un puesto de institutriz. Naturalmente, Tim la invitó a almorzar; naturalmente, ella rehusó. Y, naturalmente, el muchacho insistió, y juntos se dirigieron al coche comedor.

Cuando regresaron por fin al compartimiento, Tim sentíase en paz con todo el mundo. Sonreía complacido al pensar en la forma en que los bulmanianos republicanos y sus emisarios habían sido engañados. Esto era la verdadera vida, pensaba, la vida de aventura y romance...

—Al menos — decía Miss Jennings — puedo ofrecerle algo a cambio de su bondad. ¡Un cigarrillo!

Y extrajo de su bolso una aplastada cigarrera, presentándosela al muchacho.

—Muchas gracias — dijo Tim.

Miss Jennings encendió también su cigarrillo y comenzaron a fumar en silencio. Miss Jennings parecía haberse repuesto por completo de la agitación producida por la pérdida de su pasaje. No demostraba timidez y una sonrisa desfloraba sus labios.

De improviso, Tim advirtió que le invadía extraordinaria somnolencia. Jamás en su vida había sentido tanto sueño. Una fuerza irresistible le cerraba los párpados. La cabeza se le doblaba en forma absurda y se le entorpecía el cerebro.

Luchó contra el sueño. ¿Qué pensaría de él Miss Jennings? Era inútil, sin embargo. Tenía que dormir... aunque fuera por algunos minutos..., tenía... que... dormir...

Cuando recobró la conciencia, la cabeza le zumbaba, dolorida. También el cuello le producía dolor. El traqueteo del tren le golpeaba el cerebro. Llevándose las manos a la cabeza, abrió los ojos y se sentó.

Miss Jennings había desaparecido y se encontraba solo en el compartimiento.

Durante algún tiempo miró sin ver por la ventanilla, pensando en que jamás se había sentido tan mal, y preguntándose cuál sería la causa. Luego, por casualidad, se llevó la mano a la cartera.

Estaba vacía. Todos sus bolsillos estaban vacíos.

Una expresión de asombro apareció en sus ojos, para tornarse luego en consternación.

Le habían robado los cuarenta mil francos que el conde Bubarski le diera para sus gastos, las cien libras reveladas por tía Marion, le habían robado todo cuanto poseía. No llevaba ni siquiera su pasaje.

¡El cigarrillo estaba narcotizado! La insignificante Miss Jenning era una ladrona..., o una espía al servicio del Gobierno de Bulmania!

Se llevó la mano al pecho. Según el consejo del conde Bubarski, había cosido la carta, en el forro de su americana. ¡Gracias a Dios que la carta estaba todavía allí! ¡Lo único que le habían dejado!

Se dió a pensar en lo que haría. Lo esencial era llegar a Cannes. Con la carta del conde se presentaría a la condesa y luego de recibir a la princesa y la urna con las joyas, robaría, pediría un préstamo o mendigaría: de algún modo llegaría a Kriletz. ¡Saldría avante, a pesar de este primer fracaso!

Tal vez Miss Jennings no fuera una espía sino una simple ladrona, si daba crédito al hecho de tener todavía la carta en su poder. Sin embargo, había aprendido a desconfiar. Acaso llevaba todavía la carta sólo porque Miss Jennings no pudo encontrarla. En todo caso, obraría con si la muchacha fuese espía. Tal vez Miss Jennings y sus compañeros, otros espías, estarían ansiosos de descubrir la ubicación de la villa de la condesa Strelowitz, para encontrar así a la princesa. Al llegar a Cannes, lo vigilarían irremediablemente.

La primera necesidad era burlar a los espías, tarea que nada tenía de fácil. Pensó trasladarse a otra parte del tren; pero lo verían al salir al pasillo. Acaso fuera posible precipitarse violentamente fuera de la estación al llegar a Cannes..., quizá le convendría bajarse por el lado opuesto a la salida... Pero tales estratagemas sólo le servirían de molestias con los funcionarios del ferrocarril y no para burlar a sus perseguidores.

Acaso fuese porque la cabeza le dolía y zumbaba todavía, como resultado del cigarrillo narcotizado. Acaso se debiera a la sorpresa recibida al comprobar que le habían despojado de toda la riqueza que le fuera confiada; en todo caso, sentía entorpecido el cerebro y el ánimo abatido y confundido. Sólo podía continuar sentado allí, diciéndose que al final todo se solucionaría y que de un modo u otro ganaría esas diez mil libras. Únicamente cuando el tren se acercaba a Cannes, concibió la primera idea práctica.

Consideraba que en el tren habría espías decididos a destruir los proyectos del conde Bubarski y a descubrir el refugio de la princesa Natalia. Pese a las precauciones tomadas por el conde Bubarski, los espías conocían su misión, y cuando llegara a Cannes lo seguirían inevitablemente. Lo seguirían hasta la villa de la condesa Strelowitz, sabrían que la "hija" con la "N" en el hombro era, en realidad, la princesa. Y la princesa sería asesinada y acaso el mismo Tim correría la misma suerte.

Sin duda alguna, lo mejor sería escabullírselas antes de llegar a Cannes, y sólo existía una forma de hacerlo. Levantándose, Tim tuvo la precaución de asegurarse de que nadie le vigilaba desde el corredor; luego volvió a la puerta del vagón. El tren corría más o menos con lentitud por el terraplén, cuyos lados caían en suave declive hasta el prado; no podía presentársele mejor oportunidad. Abrió la puerta del vagón, advirtió que el tren corría a mayor velocidad de lo que creyera, preguntóse si morir al quebrarse el cuello sería muy doloroso, y acto seguido, saltó.

Rodó como un leño terraplén abajo, entre una pequeña avalancha de piedras y tierra. Tan grande era su impulso, que siguió girando sobre sí mismo unos diez metros antes de detenerse. Durante algunos instantes estuvo pensando en cuántos huesos se habría roto. Luego, comprendiendo que no sufría sino leves lesiones, se puso en pie y miró ansioso en torno suyo. El tren había desaparecido en la distancia y, al parecer, ninguno de sus presuntos perseguidores había seguido su ejemplo: su escapada del tren no había sido observada. Después de sacudir el polvo de sus ropas, echó a andar a través del prado hacia un sendero.

Cinco horas más tarde, llegaba a la "Villa Azure", residencia de la condesa Strelowitz y sus hijas. Sentía los pies doloridos y la garganta reseca; no obstante, experimentaba sensación de satisfacción consigo mismo. Imaginaba la sorpresa de "Miss Jennings" y sus compañeros espías, al descubrir que su víctima había desaparecido.

Los proyectos de Tim eran del todo sencillos. Mostraría la carta de presentación a la condesa Strelowitz, la carta que le diera el conde Bubarski; le contaría el viaje en que le robaron hasta el último centavo. Pediría dinero prestado a la condesa, dinero suficiente para llevar a la princesa y el cofre hasta Krilstz, y luego enviaría un giro postal a la condesa, pues ya habría recibido las diez mil libras esterlinas ofrecidas por el conde Bubarski.

Después de colocar la importantísima carta en su bolsillo y haber arreglado un poco su apariencia, acercóse a la "Villa Azure". Por lo menos tenía la certeza de haber encontrado la villa descrita por el conde Bubarski. Aproximóse por una estrecha calleja en gradiente hasta la residencia que se destacaba en el cerro, a unos dos kilómetros de la ciudad y dominando la bahía. En torno había densos bosques y los jardines de la villa estaban circundados por alta e impenetrable cerca de arbustos que aislaba a los ocupantes de toda intromisión.

Tim se detuvo un momento a mirar en torno suyo el paisaje, y para asegurarse de que nadie lo seguía; después cruzó la verja y llegó ante la puerta. Contestó su llamado una anciana.

—¿Hein? — murmuró, contemplando a Tim con mirada de sospecha.

—Buenas tardes — repuso el joven con afable sonrisa—. Deseo ver a la condesa Strelowitz por un asunto importantísimo. Traigo para ella una carta del conde Bubarski.

Al oír mencionar el nombre del conde y al ver la carta, las sospechas de la anciana se desvanecieron.

—Pase, monsieur—dijo.

Poco después, Tim se encontró en el salón de a casa.

—Si monsieur quiere esperar, avisaré a la condesa — indicó la anciana.

Tim no podía oponerse a ser dejado solo en el salón y no había motivo para que la condesa se apresurase en ir a su encuentro. La habitación tenía dos ventanas francesas que daban a un prado y allí había unas niñas jugando tennis. Y Tim advirtió que el tennis era un juego digno de ser contemplado.

La más joven de las niñas tendría algunos quince años y la mayor veinticinco. Las otras dos fluctuaban entre diecinueve, veinte o veintiuno: era difícil decidir cuál sería la mayor. Pero una de éstas se acercaba a la perfección más que las otras. En su rizos había insinuación de tonos rojos. La nariz se respingaba levemente con gracia picaresca y su boca lucía esa cualidad fascinadora de los labios hechos única y exclusivamente para besar. En resumen, Tim estaba seguro de no haber visto ni volver a ver nada parecido. Además, tenía casi la seguridad de que ella y no otra era la princesa.

La pelota rebotó en una raqueta y fué a dar a la ventana. Golpeó en el marco y cayó al suelo, sobre el sendero. La niña aquella se acercó corriendo y al inclinarse a recogerla, los cabellos se agitaron junto a sus orejas. Después, cuando estaba a punto de alejarse, divisó a Tim de pie junto a la ventana.

Era evidente que un hombre joven constituía presencia inusitada en la "Villa Azure", pues la joven permaneció inmovilizada por la sorpresa. Tim sonrió..., y, en cierto modo, era famoso por su sonrisa cautivadora. La niña se sonrojó y

RADIOGRAMAS

A TODAS PARTES DEL MUNDO

"Via Transradio"

SERVICIO RAPIDO Y SEGURO

Cuatro circuitos directos:

NEW YORK,
LONDRES,
BERLIN,
BUENOS AIRES.

Oficinas, en:

SANTIAGO:
Agustinas, 1036.

VALPARAISO:
Prat, 863.

LOS PADRES, ¿ECHAN A PERDER A SUS HIJOS?

Había una chica que después de ver a sus amiguitos patinando, volvió a casa a pedir a su madre que le proporcionara patines para poder jugar con ellos. Como ésta era una madre a la antigua, le contestó a su hija que en el sobrado de la casa existían unos patines viejos, los que llevándolos a componer, podrían servir, evitando así el gasto de un par nuevo. Otra madre más moderna habría corrido a adquirir nuevos patines para su hijita, y aun habría pensado en pagar a un profesor especial para que le enseñase a patinar. Porque, confesemos, que los padres de hoy son muy condescendientes con sus pequeños. Es cierto que ayer el niño era obligado a hacer muchas cosas para las cuales él no tenía ni inclinación ni aptitud, pero que significaban en el fondo una lección valiosísima acerca de cómo vencer las dificultades, lo que les formaba el carácter y les daba tenacidad y esfuerzo. Hoy día, el niño está rodeado de una multitud de ansiosos "sacadores de apuro". Sus instintos de aventura son ahogados en una avalancha de juguetes, de lujos y de placeres, los que él obtiene sin esfuerzo alguno. Parece que ahora fuese más importante la felicidad del niño que la formación de su carácter. Y, anotemos, que el carácter en un niño, no crece ni se desarrolla como una hierba. Tiene que ser cuidadosamente cultivado como las más preciosas flores. ¡Es relativamente tan corto el tiempo que los niños están bajo nuestra tutela, que no perdamos la oportunidad de educarlos y formarles su personalidad! Seamos siempre cariñosos con ellos; pero no permitamos que estos sentimientos sean una barrera en la más debida y conveniente educación espiritual del niño.

la sonrisa de Tim se tornó más afable.

—Bon jour, monsieur.

La fría voz de la condesa Strelowitz trajo a Tim a la realidad. Era una mujer alta, corpulenta y majestuosamente aristocrática. De pie en el umbral, escudriñando a Tim con sus impertinentes tenía aspecto de gran duquesa, por lo menos.

Tim se inclinó con reverencia cortesana.

—Según entiendo, ¿traía usted una carta para mí?

Tim le presentó la carta del conde Bubarski. Sonreía para sí al pensar en la agradable perspectiva que se le ofrecía. En poco tiempo más sería presentado a la maravillosa princesa. En pocas horas más iniciaría con ella el viaje a Kriletz. Su cerebro se ofuscaba al pensar en ello: parecía demasiado bello para ser verdad. Diríase que acababa de recibir una invitación para pasar unas cuatro semanas en el cielo.

La condesa miraba la carta con sus impertinentes, y después clavó la vista en el mensajero. Tim se inclinó, pensando que la condesa no demostraba su entusiasmo debido únicamente a su educación aristocrática. Luego, la condesa le presentó la carta.

—Creo que ha cometido usted una equivocación, caballero — dijo con voz que hizo estremecer a Tim.

La "carta" era una hoja de papel en blanco.

Durante un momento la contempló con boca y ojos muy abiertos. Experimentaba sensación de abatimiento, de espanto, tal como sentiría al ser arrastrado por un aluvión. Después comprendió lo ocurrido. "Miss Jennings" era algo más que un ladrón, después de todo. Era una espía al servicio de los republicanos; había descubierto la carta del conde Bubarski y la había leído, adentrándose así en sus proyectos; no obstante, no pudo saber dónde se encontraba oculta la princesa. El conde había omitido, afortunadamente, el nombre de la condesa Strelowitz y el de la "Villa Azure". Esos y otros importantes detalles eran demasiado preciosos para ser vertidos en una carta. "Miss Jennings" había reemplazado la carta por una hoja en blanco, sabiendo que lo primero que haría Tim, al llegar a Cannes, sería entregar la carta de acuerdo con sus instrucciones verbales.

Sólo la tardía determinación de Tim de no confiar en nadie y el haber escapado del tren, impidieron a los espías seguirlo y descubrir que la carta del conde Bubarski iba destinada a la condesa Strelowitz, quien vivía recluida con sus cuatro hijas en la remota "Villa Azure".

—Monsieur se ha equivocado — repitió la condesa, con frialdad.

Sólo un camino quedaba a Tim. Dijo la verdad, repitiendo todo lo sucedido desde que leyó la tarjeta deslizada en su bolsillo en el café de la Paix. La condesa continuaba mirándole con fría sospecha.

—Monsieur se ha equivocado — repetía agriamente.

—Pero es la verdad — protestó Tim. —En realidad...

Podría haber tratado de discutir con una estatua. La condesa había resuelto no confiar en nadie.

—Es un error — dijo—. No tengo el honor de conocer al conde Bubarski. Nada sé de esa princesa Natalia, desaparecida y ninguna de mis hijas tiene la letra "N" bajo una corona, tatuada en el hombro. Tampoco tengo esa urna con el diamante de San Boris ni los documentos que demuestran la identidad de la condesa desaparecida. Lo repito, monsieur, ha sido una equivocación.

Tim la miró, desesperado.

—Pero... — comenzó.

—Debo pedir a monsieur que tenga la bondad de salir de mi casa—interrumpió la condesa.

Tim vaciló un instante, y luego, comprendiendo la futilidad de seguir discutiendo, se marchó.

Sentado a la vera del camino, contempló sin ver uno de los más bellos paisajes de Europa. Era inútil confiar en la condesa; ella no hizo más que demostrarle la forma de llevar a efecto la propia determinación de Tim de no confiar en nadie. La cuestión de lo que debía hacer se resolvía en lo que podía hacer.

Iría a Cannes y mendigaría o pediría prestado suficiente dinero para regresar a París donde su tía Marion, para no decir nada de Gertrudis Dutton. O bien, podría quedarse donde estaba y morir de hambre: no había más alternativa.

No obstante, las circunstancias habían conseguido acerar el carácter del honorable Timoteo Torrence. Hasta entonces había vagado por la vida lo más agradablemente posible para una persona de gustos dispendiosos y reducidas entradas.

Pero, entre todos, entre la tía Marion, Gertrudis Dutton, el conde Bubarski, Miss Jenning, la condesa Strelowitz y la princesa Natalia — especialmente la princesa Natalia — le habían obligado a salir de su acostumbrada placidez. Había llegado a una conclusión: no quería seguir siendo víctima de las circunstancias. Después de las experiencias de las últimas horas, sin duda alguna que muchos habrían arrojado la esponja; pero Tim había descubierto que poseía espíritu combativo. Después de haber descubierto a la niña más bella del mundo, estaba más ansioso que nunca de encontrar modo de ganar aquellas diez mil libras esterlinas.

Por supuesto, la primera necesidad era el dinero. Y el único lugar donde podía obtener dinero era en Cannes. Se levantó, miró unos instantes hacia la Villa Azure con la esperanza de ver una vez más a la princesa; después partió en dirección a la ciudad. Estaba seguro de triunfar; encontraría algún conocido que le facilitara dinero. Recordaba vagamente gran número de amigos que le habían dicho que irían a pasar el verano en Cannes.

Una hora más tarde cruzaba el Jardín des Anglais, camino del hotel Laurens, lugar donde era más probable que encontrara algún conocido. Había llegado a la conclusión de que era inútil discutir con la condesa Strelowitz y que sería preferible entendérselas directamente con la princesa... Sería mejor...

De improviso sintió que alguien le tocaba elevemente el brazo.

—Señor Torrence — exclamó una voz.

Volviéndose bruscamente se encontró frente a frente con Miss Jennings.

A la media luz del ambiente, aparecía más inocente que nunca. En sus ojos se advertía expresión lastimera e inquieta.

—Buenas noches — dijo Tim.

—Señor Torrence — murmuró la niña con voz suave y triste, una voz que en circunstancias ordinarias habría hecho surgir en nuestro amigo toda su instintiva caballerosidad — deseo hablar con usted..., explicarle...

Tim se rascó la barbilla. La voz y los modales de la muchacha habrían ablandado un corazón de acero. Pero Tim, después de haber sido cogido una vez, no estaba dispuesto a ser engañado de nuevo.

—Y hace falta una explicación, ¿verdad?

—¡Se lo ruego! Quiero sincerarme..., si es posible. He sufrido agonías mortales desde que...

Y su voz se quebró en patético sollozo y algunas lágrimas brillaron en sus ojos. Tim miró en torno. En las cercanías había un banco, bajo un farol cuya luz le permitía observar con atención el rostro de Miss Jennings. Detrás había un muro y ello impedía cualquier ataque por la espalda.

—Tiene usted razón — asintió Tim— Sentémonos allí y así podrá contármelo todo.

Tomaron asiento. Tanto remordimiento sentía Miss Jenning, que deseaba cobijarse lo más cerca posible de Torrence. No obstante, sentándose de lado y cruzando las piernas, Tim consiguió mantenerla a cierta distancia. Era la primera vez en su vida que alejaba de sí a una niña y sentíase en cierto modo orgulloso de su férrea determinación.

Jamás había escuchado historia más patética que la contada por Miss Jennings.

Los más tempranos recuerdos de la joven eran los de una golfilla del arroyo. Cuando era poco más que una niña, un criminal la recogió y la educó para cómplice de sus manejos, para cautivar a sus víctimas. Nunca había sabido ser otra cosa que una criminal. En París, una banda con la cual trabajaba se había puesto en contacto con algunos bulmanos que deseaban ayuda en la tarea de robar a un inglés que salía de París con destino desconocido. Según sabía Tim, Miss Jennings había llevado a efecto la tarea.

Torrence escuchaba, pensando, intrigado, a dónde iría a parar con todo eso.

—No sé por qué — proseguía Miss Jennings —; pero me parece haber cambiado... Toda mi vida he sido una criminal y no me importaba... Pero ahora es diferente. Usted me ha abierto los ojos. Cuando llevé a cabo mis órdenes, cuando le hube robado a usted, por primera vez en mi vida, me sentí avergonzada. Por eso no les di todo el dinero que le había quitado a usted. Guardé una parte en la esperanza de poder devolvérselo. Aquí está.

Y colocó un paquetito de billetes de Banco en manos de Torrence. Tim miró el dinero y después fijó la vista en la niña. Miss Jennings estaba con la cabeza inclinada, las manos en las mejillas, sacudido el cuerpo por los sollozos. Jamás había presenciado nuestro amigo cuadro más lastimero de contrición.

—¡Quiero ser buena! — murmuró la joven con voz estrangulada—. Nunca he tenido la oportunidad de serlo. Nadie me ha prestado ayuda. Me matarían si supieran lo que he hecho. ¡Pero no me importa! ¡Si usted me perdonara! ¡Quiero ser buena..., por usted!

Y su voz se apagó en un sollozo.

Con movimiento mesurado guardó Tim los billetes en su cartera. Pensaba que la historia de esta mujer podía ser verdadera. Acaso la niña se hubiera enamorado de él, y estaba ansiosa de reformarse. Acaso a él le correspondía salvarla y ofrecerle impulso para una vida mejor.

Estaba seguro que habría creído implícitamente la historia de Miss Jennings si antes no hubiera visto a la princesa Natalia. Esas historias las creía siempre. Le habría dado palmaditas en el hombro, prometiéndole hacer lo posible por ayudarla. Quizá habría llegado hasta darle un beso para consolar su congoja.

No obstante, había visto a la princesa y se acentuó en él la determi-

nación de mostrarse inflexible. No confiaría en nadie.

—¡Comprendo! — indicó, levantándose.

—¿Me ayudará usted? — murmuró la niña, cogiéndole la mano en su vehemencia.

Torrence, hundido en sus pensamientos, se acercó a unos arbustos.

—¿Me ha dicho la verdad? — preguntó.

—¡Oh, sí, sí! — repuso ella con voz apasionada, estrechando entre las suyas una mano de Torrence—. ¿Quiero ser buena! ¡Lo juro! ¡Por eso guardé el dinero para devolvérselo! ¡Por eso me escapé en cuanto pude y hacía horas que caminaba en busca suya!

Tim asintió. No estaba del todo seguro de si la devolución del dinero era prueba absoluta de la verdad de su historia, o simple ardid para ganar su confianza.

—¿Quiere que la ayude? — preguntó—. ¿Que le dé un nuevo impulso a su vida?

—¡Oh, si usted quisiera! ¡Si me diera la oportunidad, la primera de mi vida!...

Trató en vano de buscar nuevas palabras de gratitud. Tim, considerándose endurecido animal, aceró su corazón. Una rápida mirada en torno para asegurarse de que nadie se encontraba en las inmediaciones y luego cogió a Miss Jennings por la nuca. Un segundo después, la arrojó violentamente entre los arbustos.

Al escuchar la exclamación de sorpresa de la muchacha, y al ver las faldas desordenadas en el aire, la conciencia le causó escozores. ¡Si la historia de la niña hubiese sido cierta!...

No obstante, no tenía tiempo para suposiciones. Tenía que mostrarse inflexible.

Escapó, corriendo como nunca había corrido antes, a través de los jardines hasta llegar al Promenade des Palmiers y desaparecer calle abajo.

Por fin, seguro de haberse librado sin ser perseguido, dirigióse al Hotel du Midi y alquiló una habitación.

Sentado al borde de la cama esperó la comida que había pedido, y cogiendo un puñado de billetes, los examinó concienzudamente. ¿Por qué le habría devuelto el dinero? Demostraban que las intenciones de la muchacha eran puras. Estaba ansiosa de reformar su vida. Había arriesgado la vida por devolverle el dinero. Y en pago, ¡él la había arrojado entre unos arbustos!

No obstante, a poco comprendió que esos billetes demostraban, también el inescrupuloso ingenio de sus enemigos. Si bien poseían la carta del conde Bubarski, no sabían el refugio de la princesa. La reforma súbita de Miss Jennings era una trampa.

La llegada de la comida más opípara que hubiera visto, lo indujo a adoptar modalidad más filosófica. No valía la pena inquietarse por Miss Jennings. No debía arriesgarse demasiado. Lo esencial era que había recuperado parte de su dinero y que a la mañana siguiente iba a burlar el ingenio de la condesa Strelowitz para ver a la princesa.

(Continúa en el próximo número)

Pregunte a sus relaciones

POR

CHAMPAGNE

y le responderán solamente:

¡¡PROTOCOLE!!

Ordenes:

Delicias esq. San Ignacio.

Teléfono 64581. Casilla 9026.

SANTIAGO.

LA SERPIENTE AMARILLA

(Continuación de la pág. 77)

Va camino de esa y estará entre ustedes uno de estos días.

Mi testamento es el siguiente: Le dejo a usted las dos terceras partes de mis acciones de la mina; a Clifford la otra tercera parte, a condición de que se case con una de esas muchachas. Si ellas le rechazan, todo el dinero irá a parar a Clifford. La boda deberá celebrarse antes del día 31 de diciembre de este mismo año.

Estimado señor Narth: si no es de su agrado todo ésto, no percibirá usted nada a mi muerte.

Suyo sinceramente,

JOE BRAY."

Al terminar la carta, Esteban Narth quedó con la boca abierta y un torbellino en su imaginación. La salvación le llegaba de la procedencia menos esperada. Hizo sonar el timbre llamando al dependiente, le dió pocas y rápidas instrucciones y sin esperar el ascensor, corrió escaleras abajo y saltó al interior de su automóvil.

En el trayecto hasta Sunningdale no dejó de darle vueltas al asunto de la carta y su extraña proposición.

¡Mabel!... Sí; desde luego. Era la mayor. Pero si fuera Letty..., era como si el dinero estuviese en su mismo bolsillo.

Cuando el coche entró en el ancho andén, bordeado de florecientes arbustos, se sentía casi alegre y saltó con una sonrisa tan radiante en su rostro, que la observadora Mabel, que desde el prado le había visto llegar, se dió cuenta, al instante, de que sucedía algo extraordinario y se dirigió a él corriendo, al mismo tiempo que Letty aparecía en la gran puerta principal.

Eran arrogantes, más bien un poco más gruesas de lo que él deseaba. La mayor tenía una inclinación a tomar la vida por su aspecto ágrio, lo que resultaba, a veces, molesto.

—¿Te has enterado ya de lo de esos horribles chinos? — le disparó Mabel, apenas hubo bajado del coche—. ¡La pobre Letty ha estado a punto de sufrir un ataque!

En otras circunstancias le hubiera mandado callar, pues a Narth le irritaban las trivialidades de la vida y no era asunto que le interesase el de la irrupción de un sujeto de la raza amarilla; pero, ahora, pudo sonreír indulgente y hasta gastar una broma por la alarma sufrida por su hija.

—¡Pero, hija!... ¡No había por qué asustarse!... Sí, Perkins me lo ha contado todo. Quizás los pobres hombres se asustarían tanto como Letty. En fin, vamos a la biblioteca, pues tengo algo importante que comunicaros.

Las acompañó a la elegante y bien adornada habitación, cerró la puerta y se puso a contarles las sorprendentes noticias que, para su consternación, fueron recibidas con el mayor silencio. Mabel sacó su acostumbrado cigarrillo, dejó caer la ceniza en la alfombra, miró a su hermana y objetó después:

—Todo eso está muy bien para tí, papá. Pero, ¿qué nos toca a nosotras?

—¿Qué os toca a vosotras? — respondió su padre, atónito—. ¿No está clarísimo el asunto?... Ese muchacho recibirá una tercera parte de la fortuna...

—Pero de esa tercera parte, ¿qué nos llega a nosotras? — preguntó la más joven, Letty—. Y, además, ¿quién es ese apoderado?... Con todo ese dinero, creo que podríamos conseguir algo más que un apoderado de unas minas...

A esto siguió un corto silencio que Mabel rompió.

—De todas formas, en el arreglo que hiciéramos, tendríamos que depender de tí — dijo—. Ese viejo parece creer que, para cualquier muchacha, es suficiente que su marido sea un hombre rico. Para mí no es bastante eso.

Esteban Narth se quedó hecho de piedra momentáneamente. Nunca pudo sospechar que la oposición partiese de aquel lado.

—Pero, ¿no estáis viendo, muchachas, que a menos que una de vosotras se case con ese hombre, no heredaremos ni un céntimo?... Claro está que yo arreglaré lo mejor que pueda para vosotras. ¿Qué buen arreglo haría yo!

—¿Cuánto es lo que deja? — preguntó la práctica Mabel—. Esa es la clave del problema. Francamente, te digo que no voy a quedarme una cosa a ciegas. Y, además, ¿cuál va a ser nuestra posición social?... Es probable que tuviéramos que irnos a vivir a China y habitar alguna cabaña horrible.

Se sentó en el borde de la mesa, cruzó las piernas y rodeó con las manos la rodilla. En esta actitud recordaba a Esteban Narth cierta camarera de un bar que había conocido en su juventud. Había algo vulgar en Mabel, que no podían suavizar las faldas cortas ni la belleza de su cabello recortado.

—He tenido que pasar por bastantes privaciones y ahorros — continuó —pero te digo, con toda franqueza, que no cuentes conmigo para un casamiento con un desconocido.

—Ni conmigo, tampoco — exclamó, firmemente, Letty—. Tiene razón Mabel, en todo lo que dice. No hay ningún porvenir social para la que sea esposa de ese infeliz.

—¡Por supuesto, él cumpliría su deber! — afirmó, débilmente Esteban Narth.

Estaba dominado, en absoluto, por sus dos hijas.

De pronto, Mabel abandonó su asiento sobre la mesa y saltó al suelo. Sus ojos relucieron extraños.

—¡Ya está!... ¡Cenicienta!

—¿Cenicienta?... — murmuró el padre.

—Me refiero a Juana, ¡no seas tonto!... Lee, otra vez la carta.

Casi sin respirar escucharon la lectura y al terminar, Letty empezó a dar gritos de alegría.

—¡Juana!... ¡Pues es claro! — dijo—. No hay razón alguna para que Juana no se case. Sería una solución para ella, porque su porvenir es de lo más negro... Además, si nosotros fuésemos ricos, ella sería un aburrimiento espantoso. ¡Dios sabe lo que íbamos a hacer con Juana!

(Continúa en el próximo número)

Del film de la vida:

Momentos memorables

Hace algunas semanas atrás, me encontraba presente en un matrimonio, dentro de una iglesia llena de gente muy elegante. Mientras esperaba la salida de la novia, me puse a pensar si aquel sería el momento más memorable en la vida de esa mujer...

¿Cuál es el momento más memorable en la vida de una mujer?

¿Es aquel cuando ella se despierta a la realización de todo lo que significa en su vida aquel día? ¿O el momento cuando delante de un espejo se pone los últimos toques a su encantador traje de bodas? ¿O el solemne momento cuando ella contesta "Sí"? Muchas mujeres creen que este día es el que queda grabado con mayor fuerza en sus recuerdos. Sin embargo, hay también otros momentos que quedan grabados en forma indeleble, tales como la primera vez que se usó un lápiz de color en los labios, o el primer día en el empleo, y aquel todavía más importante, el primer pago obtenido por su trabajo y el primer sentimiento de independencia en la vida.

Hay tantas posibles respuestas a esta cuestión, que yo me pregunto: ¿cuál será la suya, querido lector? Muchas mujeres, supongo yo, contestarán refiriéndose a su marido o al momento cuando recibieron en sus brazos al primer hijo. Pero no a todas las mujeres les llega la oportunidad del matrimonio y de la maternidad, y entonces tiene Ud. otra especie de momento memorable en la vida suya; aquel que no tiene relación con otra persona, sino el que afecta a Ud. solamente. De suerte que el día más memorable de su vida bien puede no ser el de su noviazgo o matrimonio, sino aquel cuando su inteligencia o iniciativa le dieron a Ud. un comienzo en su carrera. Ya no se trataría entonces del primer amor, sino del primer peldaño en la marcha hacia el éxito.

El otro día me tocó almorzar con dos muchachas inteligentes y modernas, a las que pregunté pensando en esta sección que abriría en "Familia", cuáles habían sido los momentos memorables en su vida.

—No tengo ninguno — contestó prontamente una.

—Jamás había pensado en ello — agregó la otra.

Pero al instante las dos comenzaron a hablar a la vez. Resultó que una de ellas, que es una gran jugadora de tennis, tenía como el momento más memorable, el día que ganó un trofeo de tennis. La otra muchacha recordaba como memorable momento de su vida, una noche pasada en la ópera de Santiago, función donde figuraban Tito Schipa y otros grandes cantantes de ópera. Después de eso, nada le ha quedado grabado en su memoria, como aquella noche.

¿Y Ud.? ¿Cuál ha sido su más memorable momento hasta la fecha? Escríbame inmediatamente en una tarjeta postal o en una pequeña esquela, contándome cuál ha sido éste. Pueda que haya sido uno de los tantos que he mencionado, o puede ser que sea otro enteramente diferente. Una conversación, un libro, una encuentro fortuito, la música de alguien que toca un instrumento, su primera mirada sobre algún panorama majestuoso, como el sur de Chile. ¡Tantas cosas y circunstancias que pueden darle a Ud. motivo para retener un recuerdo!

Deseo saber cuál ha sido el momento memorable de su vida y esta curiosidad mía va a dar a Ud. la oportunidad de ganar tranquilamente un poco de dinero. A fin de cada mes repartiré *doscientos pesos* entre las diez mejores contestaciones recibidas, las que serán publicadas en esta misma página.

DIRIJA SU CORRESPONDENCIA A: DIRECTOR DE "FAMILIA", CASILLA 84-D, SANTIAGO.

Mosaico femenino Por Rebe

Esas bellas mujeres que se depilan las cejas y las alargan y afinan con el lápiz negro convirtiéndolas en agudos estiletes, han encontrado la manera cómo asesinar a los hombres con los ojos.

Ahora que los niños nacen sabiendo; que a los cinco años son ya fogueados y estupendos actores de cine y saben reír, llorar y guiñar picarescamente con los ojos; que las muchachitas de catorce se pintan la boca hasta simular un sangriento bochazo en la cara, la ingenuidad y la inocencia han huido, plegando sus alas, ruborosas y asustadas de sentirse tan desdeñadas y tan inútiles.

Con la gomina, que estira y aplancha sus cabelleras, los hombres han perdido la mitad de su ascendiente conquistador sobre las mujeres. No es posible, en un arranque de tímido romanticismo, una reconciliación entre enamorados mirando el camino asfaltado con gomina del amado.

Con las palabras que salen de nuestras bocas hay que tener tanto cuidado como con las armas de fuego. A veces, sin quererlo, puede escaparse un tiro que hiera con gravedad o que mate.

Tengo un gato, un bello gato de pelaje gris, como fieltro, sedoso y parejo. Pero el pobre es muy desgraciado. ¡No lo aman las gatas!

Y yo he descubierto el motivo. Es que mi gato es altivo, presumido y vanidoso.

Lo he sentado en mis faldas para consolarlo y le he dicho: «Pancho (mi gato se llama Pancho), mi buen Pancho, no olvides que las gatas son como las mujeres. Si las molestas, te arañan; si te muestras superior, se reirán de tí y si te sientes buen mozo y presumes, estás perdido, irremediablemente perdido».

Pancho me ha mirado, esta vez con cierto oculto rencor; se ha escurrido de mi falda para alejarse cabizbajo y mohino a roer sus angustias amorosas a un rincón.

Es que Pancho, a pesar de ser inteligente y bonito, se parece demasiado a los hombres. Es presumido y vanidoso.

REBE.

Gran Carrera

y gran fiesta en la pradera,
ver esta carrera.

ax Liebre por muy corredor,
aba ser ganador.

oby Tortuga a su lado,
iraba consternado.

enas dan la partida,
ierde Max cuesta arriba.

público que miraba,
gritos los animaba.

oby Tortuga corría,
apenas se movía.

ax Liebre, siempre adelante,
vose un corto instante.

s amigos lo aplaudían,
s locos de alegría.

n ellos quedó charlando,
Tortuga esperando.

do el mundo la animaba,
ver si así ganaba.

orando desesperada,
Tortuga avanzaba.

muy ligero, por cierto,
parejas con el viento.

ado en lo que corría,
Liebre se distraía.

oby Tortuga ganaba,
y Max ahora rabiaba.

Su constancia y su gran tesón,
HIZO DE TOBY EL CAMPEON.

TRAJES DE MAÑANA

1.— *Abrigo de corte sastre en tweed gris y azul. eltas anchas pespuntadas. Se cierra por cuatro bo- es y un cinturón de la misma tela del abrigo.*

2.— *Chaquetita para la mañana en lana a cua- os blancos y azules. Tres bolsillos adornan el de- ntero.*

3.— *Chaqueta suelta en terciopelo azul a lunares blancos. El corte de las mangas se prolonga en el lantero abotonándose con un gran botón de gala.*

4.— *Abrigo tres-cuartos de forma suelta en de fantasía. Vueltas anchas y pequeño cuellito.*

5.— *Chaquetita en lana mezclada con un so canesú. Corbata en la misma tela que anu lante.*

familia

semanario que puede entrar a todos los hogares

N.o 2

1.40

BARBA NEGRA VERSUS OJOS AZULES.

Los artefactos a GAS son indispensables en el hogar moderno.

SUS CUALIDADES DE:

LIMPIEZA, RAPIDEZ, ECONOMIA y SEGURIDAD

los hacen destacarse con innegables ventajas sobre los sistemas similares.

VISITE NUESTRA EXPOSICION. FACILIDADES DE PAGO.

Compañía de Consumidores de Gas de Santiago.

SANTO DOMINGO 1061. — TELEFONOS 82121-22.

Familia

El semanario que puede entrar a todos los hogares.

Editado en Santiago para toda la República

En venta todos los miércoles

N.o 2 - 5 de junio de 1935

Sumario:

"Barba Negra versus Ojos Azules", por Emma Lindsay, novela corta completa.
"La vida privada de Bárbara Hutton, (conclusión).
"Seis viernes en la noche", novela corta completa.
"Reflexiones color del tiempo", confesiones de una chica moderna.
"La princesa desconocida", (conclusión).
"La serpiente amarilla", segunda parte.
Tres países vistos a través de sus mujeres.
Tendencias de la moda.
Hermosísimos modelos de abrigos de otoño.
Modelos de invierno.
Las últimas creaciones parisienses en colores.
Las aventuras de los mellizos Tito y Pituco.
Cuentos para los niños.
Modelos que usted puede confeccionar.
Para las jovencitas.
En las mañanas de sol.
Vida y confesiones de Gabriela Mistral.
"Música en el aire", una película Fox.
Los niños de Hollywood.
Galería de "Familia": Warren William e Ida Lupino.
"Menos frivolidad, señorita Tree", novela corta completa.
Sombreros de la estación.
Tejidos: un store bordado.
Labores interesantes para las mujeres.
Artículos de belleza y de etiqueta social.
Historietas para los niños y numerosas otras páginas de interés femenino.

El próximo número de "Familia" será dedicado a las madres y al cuidado de los pequeños.

El sentido de la continuidad

Dicen que este libro es una maravilla. Empieza la muchacha a leerlo. Pero el estilo, denso de análisis, la obliga a una atención que la cansa. Da vueltas las páginas, buscando solamente los diálogos, y como no logra coger la trama, lo abandona luego. Busca la labor. La cuenta del punto es difícil. No sabe cómo entró en esta aventura de tejer un sweater, imitando el que a Teruca le acaba de llegar de París. Se ha equivocado. Tiene que deshacer un trecho. Esto la fastidia y lanza el tejido lejos, malhumorada. Entonces abre el piano y empieza a tocar. Hace poco oyó una lied de Schubert y compró la música para aprenderla. La tiene ahí. Una vez puesta sobre el atril, empieza a ensayar, pero tiene dificultades que su falta de ejercicio constante hace insalvables. Y cierra el piano, con el malhumor vuelto una especie de veneno que la corroe internamente.

Se tiende entonces en un diván y piensa en lo aburrida que es la vida y en lo largas que son las horas, sobre todo esas que siguen al almuerzo. ¿Qué se hace entonces? ¡Cómo se pasan? Ella quisiera ser algo más que una muchacha de sociedad. Tiene grandes aspiraciones, por cierto. Quisiera ser..., sí, quisiera ser: *Cantante*. Tiene una linda voz de soprano. Pero, ¡es tan latoso estudiar! Ella quisiera desde el primer momento presentarse en un escenario y dejar maravillado a un público de élite. También le gusta escribir, tiene cierta facilidad para rimar. Pero una vez mandó unas estrofas a una revista y le contestaron muy amablemente "que tenía ciertas disposiciones, que trabajara, que leyera, que se hiciera una cultura y que así podría llegar a ser algo". ¡Oh, qué fastidio! Pero, ¿es que entonces para todo se necesita aprendizaje? ¿Es necesario estarse horas de horas haciendo escalas, ejercicios, vocalizaciones, leyendo pesados autores, garabateando páginas que van luego a dar al canasto de una redacción?

Pero, al propio tiempo, es tan desolador no hacer nada, no ser nadie. Y rebulle en su diván, descontenta y rencorosa contra no sabe quien. Por fin termina diciéndose: — "Aquí no hay ambiente".

No es ambiente lo que usted necesita, muchachita sin continuidad. Lo que a usted le falta es cultivar el don precioso de la constancia, venciendo su pereza. Propóngase por la mañana hacer esto o aquello, y hágalo venciendo todos los obstáculos que usted misma va a crearse. Hágalo. Ponga en juego el orgullo que a veces sirve maravillosamente como estimulante. Dígase: —"Voy a hacer *esto* porque *quiero* hacerlo, porque *soy capaz* de hacerlo". Y verá qué satisfacción íntima tendrá al realizarlo. En esta forma, poco a poco, podrá ir ampliando su radio de propósitos.

Una vez creado el hábito de trabajo, la disciplina primaria puede entrar en el terreno firme de la creación, ya sea en la mínima de las pequeñas labores caseras o en la otra grande de lo artístico. Entonces, usted, muchachita que empieza una lectura, una labor y un estudio en una tarde, sin terminar cosa alguna, no sólo les pondrá fin, sino que aprovechará las dotes que la naturaleza le prodigó, y a fuerza de continuidad llegará a ser una cantante o una escritora.

A ello, a espantar la pereza, a desarrollar el sentido de la continuidad y a lograr un fin más alto para la vida que entonces no se le hará aburrida, para las horas que cobrarán interés de plenitud.

ISABEL DE SANTILLANA

"Familia" en su primer numero

De nuestro primer número, salido a luz el miércoles pasado, nos queda sólo un recuerdo desagradable: el no haber impreso un número muchísimo mayor de ejemplares. Rara vez se puede presenciar en la venta de una revista, una mayor aceptación de parte de los vendedores y agentes, primero, y del público, después, cuando se dió cuenta del mérito de este semanario. Por eso, los que hemos sacado "FAMILIA", estamos orgullosos de este éxito. Pero no es tan sólo nuestro propio triunfo, es también el triunfo de los lectores de "FAMILIA", que con su apoyo para esta revista, nos invitan a mejorar y ampliar esta publicación, que está destinada a servir a la familia chilena en sus múltiples preocupaciones de la vida diaria. "FAMILIA" pasará a ser el semanario de mayor difusión no tan sólo en el país, sino también en toda la América de habla española, pues sus páginas irán en aumento progresivo y sus distintas secciones serán perfeccionadas con cada número. Los gráficos que reproducen la moda y los distintos modelos en vestidos para mujeres y niños, aparecerán en el futuro en páginas a colores y las labores y tantas otras páginas de interés para la mujer, se irán mejorando en cuanto a presentación gráfica. No es una mera promesa la que hacemos, en el sentido de que "FAMILIA" será el semanario más útil y el de más bajo costo para la mujer, en vista de su gran formato y el gran número de páginas que traerá en cada edición. El favor del público, ya demostrado en su aparición, es una garantía que éste tiene para el desarrollo de esta revista. Por otro lado, debemos llamar la atención de nuestros lectores, que la sección de cuentos y novelas es en esta revista la más amplia y acabada de cuanta revista circula en castellano en nuestro país. En cada número de "FAMILIA", encontrarán nuestros lectores más material de lectura interesante, que en dos o tres libros completos.

Barba Negra Versus

Era un día de sol radiante y de coloración maravillosa, de esos colores que sólo se encuentran en el corazón de un ópalo. Desde alta mar nos dirigimos apasibleemente hacia el puerto de Santo Tomás en Las Antillas.

Llegamos al puerto y empezó a soplar al momento un recio viento que agitaba las olas, haciéndolas tomar ese color profundo de zafiro. El "Dominica" se balanceaba en el puerto al abrigo del viento. El cielo estaba revestido con un manto de cobalto y densos nubarrones empezaban a correr en el espacio, presagiando la lluvia y la tormenta.

En la tranquila bahía reinaba la bonanza. El mar en calma acariciaba con sus olas juguetonas los costados de barco y los pasajeros se entretenían viendo a los indígenas zambullirse en el agua en busca de alguna moneda que les arrojaban desde a bordo. Sus cuerpos negros salpicaban de puntos obscuros la azulada superficie de las aguas. Y en cubierta los tripulantes y pasajeros celebraban con gritos, voces y risotadas, los incidentes de aquella cacería de monedas en el fondo del agua.

Aquellos gritos y alborotos parecían como una oleada de bullicio que venía a interrumpir la calma secular de aquel puerto. Santo Tomás era un viejo puerto, que conocía ya la vida y la civilización modernas. Desde 4 siglos atrás cuando fué descubierto por Cristóbal Colón, que dió nombre a las Islas Vírgenes, había pasado por épocas de abundancia y de pobreza; había sido codiciado y atacado por Francia, por Inglaterra y por Dinamarca. En la actualidad, como territorio americano conserva aún ese aspecto peculiar de extranjerismo con sus recuerdos de tiempos pasados, de riqueza y de romance.

En torno a la bahía se levantan sobre pequeñas colinas las casas de los moradores de la ciudad, casas pintadas de blanco con sus azoteas verdes que semejan un ancho anfiteatro desde donde se contem-

Ojos azules

por Emma Lindsay S.

pla la belleza del mar y el ajetreo de los buques del puerto.

En el centro de ese anfiteatro, se levanta una alta torre de piedra, un enorme tubo cilíndrico, una especie de cañón gigantesco que apuntara eternamente a las estrellas. Corren acerca de esta torre siniestras leyendas. Se dice que fué un tiempo la residencia del famoso pirata Barba-Negra y que en esa torre se desarrolló una romántica historia de amor entre el sanguinario pirata y una tímida doncella, rubia de cabellos de oro de ojos azules como el cielo de España, de cutis blanco, como las nieves de los Alpes.

Una mañana de abril de 1714, una hermosa joven rubia atravesaba por entre el gentío que llenaba las calles de Carlota Amelia, como se llamó antiguamente la ciudad porteña de Santo Tomás y fué a pararse a la sombra del portal del gran edificio de la Aduana. La joven iba seguida de una mujer de cierta edad, y a pesar de ir vestida sencillamente con una falda de batista, había un no sé qué en su porte y en su continente que inspiraba respeto y veneración, como si se tratara de una princesa. Tendría la joven unos trece años, nada más.

—Aquí vamos a esperar, Anita — dijo la joven a su sirvienta, que era la que la acompañaba—. Tengo que hablar con ese capitán Thatch cuando venga a la aduana. Precisamente, míralo, aquí viene. ¡Todo el mundo se vuelve para mirarlo!

La sirvienta se puso las manos delante de los ojos para verlo sin que le molestaran los rayos del sol.

—Ya lo veo, señorita Karina. ¡Dios mío! Parece un oso bailando en un día de carnaval. Por qué tiene usted tanta seguridad de que el capitán Thatch ha de saber algo de don Carlos?

—Porque he sabido que este capitán vivió un tiempo en la isla de Anegada y allí fué donde en la época de los huracanes naufragó el buque que nos condcía. Todas las noches veo en sueños a Carlos y le veo vivo; esto no puede ser sino un aviso del cielo. Dios no había de

hacerme concebir esperanzas si Carlos estuviera muerto.

La vieja Anita meneó la cabeza como dudando de lo que su ama decía y pensaba para su capote: "Yo no creo en los milagros".

A poco llegaba hasta ellas un hombrachón, alto y barbudo, que dió un empellón a Anita para abrirse paso, diciendo:

—¡Quítese de delante, vieja bruja!

Y al decir esto, miró de frente y en vez de la vieja se encontró delante de una hermosa niña, rubia, de ojos azules que resueltamente le obstruía el paso y le decía:

—Necesita el capitán Thatch demostrar su valor tratando tan bruscamente a una pobre mujer, vieja y desvalida?

—¡Bah! Es la primera vez que un pequeño falucho de chiquilla aborda al pesado lanchón del capitán James Thatch.

Aún en medio de aquella población cosmopolita de Carlota Amelia, la figura del capitán pirata era espectacular y bizarra. A pesar de la elegancia de su chaquetilla bordada, de su calzón de satén hasta la rodilla y de su sombrero adornado gallardamente con una pluma, aquel hombre respiraba un no sé qué de diabólico; parece como que le envolvía un aura satánica.

Bajo las anchas alas del sombrero caía sobre los hombros su negra melena y una barba abundante y poblada, negra como el ala de cuervo, daba a su rostro una expresión de fiera energía. Su pecho se veía atravesado por una gruesa cadena de oro y sus dedos estaban cargados de alhajas.

—Bueno, señorita. Disculpe. Y lo mismo usted, señora. Y ahora, déjame ver una sonrisa en esa carita de cielo y yo te daré una pesetilla, preciosa.

La joven irguió orgullosamente la cabeza. El sol tropical daba reflejos dorados a su dorada cabellera.

—Señor — respondió la niña con altiva dignidad— yo no he venido aquí a pedir dinero sino noticias.

—¿Noticias? — repitió el pirata, clavando fijamente la mirada en la doncella.

—Sí, señor, noticias. Sólo usted puede decirme si puedo concebir esperanzas de encontrar vivo a mi hermano de leche. Todos los miembros de la familia, el capitán Von Lauritz y su esposa, que fueron los que me adoptaron cuando mis padres murieron — y su voz se empañaba por la emoción — sé que perecieron. Yo misma vi sus cuerpos en la cubierta del barco después que fueron rescatados de la tormenta. Anita y yo sobrevivimos y mi hermano de leche, Carlos, desapareció en la bahía de Anegada. ¿No podría usted decirme algo de mi hermano? En usted tengo mi última esperanza.

El viejo capitán Thatch gruñó. Se acordaba bien de aquella época de los huracanes y del desastre de un vapor danés. El era entonces Eduardo Teach, un marinero inglés revoltoso, que se había refugiado en aquella isla de Anegada, rodeada de arrecifes, y que se dedicaba a registrar los bolsillos de los que perecían en la tempestad en su deseo de encontrar en ellos algunas monedas de plata.

En cierta ocasión, a poca distancia de los restos del buque danés náufrago, "Dakar", había hallado flotando el cuerpo de un garrido mocetón, elegantemente vestido. Y recordaba exactamente la expresión de angustia que se pintó en su rostro cuando al ir el pirata a despojarle de cuanto llevaba el joven semi inconsciente en los bolsillos, éste volvió en sí en el preciso momento que el bandido se apoderaba de una cartera en cuyo interior había ochocientas libras esterlinas en billetes. El bandido, al verse sorprendido, vió en los ojos de la víctima una mirada de odio implacable, el pánico se apoderó de él y casi maquinalmente asió un madero de los que flotaban junto al joven, restos del naufragio y descargó un terrible garrotazo en la cabeza del náufrago, que lanzando un gemido se hundió entre las aguas.

Todo aquel cuadro había venido de pronto a la memoria del capitán Thatch, pensando sin saber por qué, que pudiera tener alguna relación con la persona por quien la hermosa joven le preguntaba ahora. Y no queriendo comprometerse ni desesperarla, contestó:

—Me acuerdo de esa época de huracanes en Anegada y me acuerdo del naufragio de un vapor dinamarqués, pero es muy difícil que su hermano se haya salvado si nada ha sabido usted desde entonces.

La bella Karina dejó caer abatida la cabeza sobre el pecho.

El capitán seguía pensando en el pasado. Con aquellas ochocientas libras había él comprado un buen barco, que armó en curso y se dedicó a la piratería, adquiriendo una justa fama de cruel y sanguinario en todo el Mar Caribe. El resultado había sido espléndido y aunque hoy, Thatch, retirado por capricho a la isla de Santo Tomás, era en ella respetado y conocido por su enorme fortuna, nadie sabía que aquel capitán era nada menos que el terrible Barba-Negra el odiado pirata de los mares, que en sus correrías no había perdonado a niños ni a mujeres, cebándose en su sangre como un chacal hambriento.

—Mire, niñita — prosiguió diciendo, — no quisiera quitarle toda esperanza, pero mucho me temo que su hermano no viva ya.

La joven lanzó un grito de angustia tan agudo y tan doloroso, que el mismo bandido pareció conmoverse. Los ojos de Karina se llenaron de lágrimas y sollozando reclinó la cabeza sobre el hombro de Anita.

—No tiene ningún pariente ni amigo la niña? preguntó afectado el capitán.

La vieja sirviente meneó la cabeza dolorosamente y dijo:

—A nadie, señor. Ella y su hermano se educaron en Inglaterra. Sus padres han muerto.

—¿Y de qué viven ustedes? — preguntó Barba-Negra.

—Hacemos bordados y camisas de batista, señor. No es mucho lo que esto da, pero vamos viviendo.

—Bueno — exclamó de pronto el capitán—. Yo procuraré en adelante que no les falte trabajo y que se lo paguen bien. Mira, niñita — agregó levantando suavemente su barbilla con un dedo—; no llores, no te aflijas. Voy a mandar a Anegada uno de mis barcos para que busquen y pregunten por todas partes hasta tener noticias de tu hermano. Pudiera ser que tuviéramos buenas noticias. ¿Cómo te llamas, preciosa?

—Karina, señor.

—Karina, bonito nombre; parece el tintineo de un montón de doblones en una bolsa. ¡Bueno! Dentro de dos o tres días mandaré a buscarte para que vengas con tu criada a mi casa. Es aquella cuya torre se ve allá. Entre tanto, procura tranquilizarte y acordarte de mí con agrado.

De acuerdo con su promesa, Barba-Negra mandó un barco a Anegada, pero mientras sus hombres cumplían su encargo de confianza, el recuerdo de la niña no se apartaba un momento de la imaginación del capitán. ¿Por qué no me he de hacer cargo de ella?, pensaba. ¿Por qué no he de instalarla aquí como dueña de todo y por qué no había de ser un día mi compañera?

Pero se guardó muy bien de revelar sus verdaderas intenciones cuando a los dos o tres días mandó a buscar a la joven y a Anita y les dijo:

—Niñita, mucho lo siento, pero no hay esperanzas de encontrar a tu hermano. Acaba de regresar mi bergantín y a pesar de que sus hombres han preguntado a todo el mundo en la costa y en la isla, nadie ha podido dar razón de tu hermano. Pero no hay que echarse a morir. Lo que hay que hacer es preocuparse del futuro, de tu porvenir.

La joven se había puesto tan pálida que parecía de cera. En el primer momento no pudo articular palabra.

—Mira, Karina — prosiguió el capitán—. He pensado una cosa. ¿Por qué no había de ser yo tu protector y apoderado? Mi corazón está ansioso de tener un ser a quien comunicar un poco de ternura y a quien dejar mañana la fortuna inmensa que tengo atesorada en mis arcones. Esa persona quiero que seas tú.

La joven miró al capitán con ojos asombrados. Y sus pálidas mejillas se encendieron de vivo carmín.

—Señor, yo le agradezco; pero nada pido ni deseo.

—Mire, joven. ¿Ha pensado usted en lo que puede ser de usted el día de mañana que le falte esta vieja sirviente? ¿No le parece, Anita?

—Yo creo, señorita — replicó Anita—, que nada hay de malo en lo que le propone el señor. Y, por lo tanto, sería una locura rehusar.

La joven recapacitó suspiró hondamente, se atrevió a mirar al capitán, que se balanceaba en una mecedora, y murmuró con resignación:

—Es verdad, Anita, tienes razón. No debo hacerte trabajar tanto ni ser tampoco una carga para tí. Si tú crees que debo aceptar, aceptaré, ya que no hay esperanzas de que volvamos a encontrar a Carlos.

(Continúa en la página 67).

LA VIDA PRIVADA de Bárbara Hutton

(Conclusión).

En el verano de 1932, París estaba alegre como siempre, romántico como siempre. Y entonces la multimillonaria volvió a encontrarse allí con su príncipe. La chiquilla de dieciséis años que Alexis había visto primeramente en Palm Beach y Newport, y que tal vez había despertado en él alguna ilusión, era ahora una joven de 19, mucho más atractiva y muy próxima a entrar en posesión de una enorme fortuna y de su propio destino.

Al cabo de una semana de este encuentro, París empezó a murmurar. En todas partes se veía juntos al príncipe Alexis y a Bárbara Hutton, y por cierto que ellos no se recataban para nada de que se les viera.

La joven multimillonaria salió para Biarritz y allá fué Alexis. Todas las tardes se les veía juntos, comiendo o bailando en el Casino. Pronto se hizo cosa familiar la vista de la radiante y hermosa heredera norteamericana en compañía del príncipe georgiano, de negro impecable, y sus nombres aparecían juntos en las columnas de los diarios.

Bárbara salió para Londres y Alexis la siguió.

El 15 de noviembre de 1932 anunciaban los periódicos londinenses: "Se dice que muy pronto se anunciará oficialmente el matrimonio del príncipe Alexis Mdivani con Bárbara Hutton. Antes del enlace habrá algunas novedades interesantes y se sabe que el príncipe obtendrá su divorcio de su esposa Luisa Astor Van Alen, cuya familia de prominente situación social se dice está ya arreglado el asunto".

En el dedo anular de Bárbara Hutton se vió de pronto un precioso rubí, una piedra de rojo encendido que hacía vivo contraste con el sencillo diamante que llevaba Luisa Van Alen tan orgullosamente.

Qué drama se desarrolló entre telones dentro del hogar de los esposos Alexis, es cosa que no se ha sabido bien. Ello es que Luisa a pesar de adorar a su marido locamente, tuvo que ceder a la evidencia y dejar a sus padres que solucionaran la cuestión del divorcio. Ella, por otra parte, tampoco podía permitir en su orgullo de mujer herida, que su vida siguiera deslizándose al lado de un hombre que la había ofendido y despreciado por otra. Si alguna vez se desgarró un corazón de mujer, fué en esta ocasión el de Luisa.

¿Se encontraron alguna vez Bárbara y Luisa, antiguas amigas? Si se encontraron, ¿qué pasó entre ambas?

De pronto Bárbara se embarcó para Norteamérica para pasar las Navidades en su casa. El 29 de noviem-

(Continúa en la página 69).

Ah...!! *Esta aglomeración se explica, porque todos quieren comprar bueno y barato en las* **LIBRERIAS UNIVERSO** SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA

Seis

por

UN ROMANCE DE AMOR QUE SE DESARROLLA EN LA CASA DE PENSION DE LA SEÑORA RHAM, EN LA CIUDAD DE NUEVA YORK.

AQUEL año fué el año de las blusas rojas. En la elegante pensión de la señora Rham no faltaban nunca a la mesa, a las horas de comida, por lo menos dos blusas encarnadas. La señora Willy tenía una blusa escarlata de seda tafetán, la señora Wagnals tenía también una blusa de ese género moderno que llaman crepe de la China, de un encendido color escarlata. Gillen Pierce tenía una preciosa blusa de cachemira roja, con mangas abullonadas, y la misma señora de Rham solía vestir, para presidir la comida, una elegante blusa de terciopelo carmesí.

La señora de Rham, que en sus tiempos de mocedad llevaba el nombre de señorita Brooke, se sentaba todas las noches en su mesa propia, colocada a un extremo del comedor y desde allí inspeccionaba las mesas de los pensionistas, atenta a que nada faltara, ni en el servicio ni en los diversos platos que se servían.

Afuera, hacía un frío desesperante, porque el invierno era crudo y la nieve se había empeñado en caer día tras día, pero en el interior de la casa de Mrs. Rham reinaba un calorcito confortable, excepto, quizás, en las habitaciones del último piso que daban al hall, a donde no llegaban tan fácilmente los beneficios de la calefacción. Precisamente en ese piso había sido alojada la joven recién llegada de provincias.

La joven nueva no tenía blusa colorada. Por las noches bajaba al comedor, luciendo un traje de lana azul obscuro. Accidentalmente se la había sentado a la mesa de la señora Parsons y al principio se había mostrado tan tímida, que jamás se atrevió a repetirse de ningún plato y eso que la sirviente paseaba siempre dos veces la escudilla con los diferentes manjares para que se sirviese cada cuál a su gusto. Especialmente los postres, y cuando había budín, todos se servían en la pensión, menos la recién llegada.

La señora Parsons era, como solía decir Mr. Willy, una "vieja solterona". Su mesa era bastante espaciosa para una persona, pero estrecha para dos. Cuando comían dos en ella, había que retirarla de la pared.

Cuando pusieron a la joven nueva en su mesa, la señora Parsons no hacía más que observarla detenidamente y a menudo se ponía sus lentes y miraba el plato de la joven. La señora Parsons llevaba el cabello recogido en trenzas completamente blancas, formando una especie de corona y bajo esa corona de plata resaltaban sus negras cejas y su aguileña nariz.

—Eso no se llama comer — exclamó de pronto, señalando con el dedo el plato de la joven, que no se había servido casi nada.

—¡Oh, señora!—se apresuró a contestar ésta—, ya he comido bastante. Y dejó caer al suelo su servilleta. Su cara estaba más pálida que nunca, cuando volvió a sentarse después de recoger la servilleta. Cuidadosamente la extendió sobre su vestido azul, para no mancharse.

—Cebollitas con crema — dijo la señora Parsons—. ¿No le gustan?

—Sí, señora, es que...

—Señora de Rham — dijo fuerte, Mrs. Parsons, dirigiéndose a la señora de Rham, que estaba al otro extremo del comedor—. ¿Quiere pedirme las cebollitas? Esta niña no se sirvió...

La señora de Rham tocó una campanilla y al momento acudió la sirviente con el azafate, que llevó a la joven nueva las cebollitas con crema.

—Sírvase doble ración, ya que la dejaron sin parte en la primera vuelta.

El postre era a elegir aquella noche: había budín, peras en compota y crema bávara. La señora Parsons se sirvió budín y la joven hizo lo mismo.

—¿Supongo que usted tendrá un nombre?—preguntó de pronto, la se-

Viernes en la noche

Luisa Kennedy Mabie

ñora Parsons—. ¿Quiere decírmelo?

—Me llamo Juana Curran — contestó la joven, dejando la cuchara.

—¿Juana? ¿Juana? ¿Y de dónde es usted?

—De Ohio.

—¡Ohio! ¡Ese país árido, sin interés! No daría un comino por todo el Estado.

Los ojos de la joven brillaron de extrañeza. Miró dulcemente a la anciana y exclamó:

—Es usted muy amable conmigo, señora. Es usted la primera persona que me ha hablado y se ha interesado por mí en Nueva York.

Plegó su servilleta y se levantó. Hizo un saludo a Mrs. Parsons y se retiró. Mrs. Parsons la siguió con la vista, cuando Juana se alejó del comedor. Aun cuando la joven era demasiado delgada y excesivamente pálida, había un encanto innegable en sus maneras y en aquellos ojos tan bellos. El rostro, modificando algo el peinado que hacía aparecer la nariz muy grande, era también gracioso e interesante.

En seguida, la señora Parsons se levantó y dirigiéndose a la mesa de la señora Rham, dijo: "Mañana es viernes. Ponga usted a la joven en otra mesa".

La señora de Rham comprendió. Todos los viernes, por la noche, venía a comer con Mrs. Parsons un sobrino. Y en la mesa no cabían tres de ningún modo.

—Perdone, señora Parsons, que se la haya puesto a usted en su mesa; pero no tenía dónde ponerla.

—¿Perdonar, por qué? Ella paga, ¿no es verdad? Tiene tanto derecho como cualquiera, pero usted sabe que los viernes en mi mesa no podría estar. No hay, materialmente, sitio para tres.

La señora Parsons subió las escaleras que daban a su habitación y la señora Rham dijo, resignada: "Bien, habrá que ponerla en otra parte".

Hasta hoy nadie ha sabido si la señora Rham se olvidó o no de la joven. Ello es que a la noche siguiente, estaban ya los pensionistas sentados a la mesa, cuando bajó la joven, que se fué derecha hacia la mesa de la señora Parsons, encontrando que su asiento estaba ocupado. Todo el mundo se dió cuenta de que a la joven nadie le había prevenido. La muchacha miró a su alrededor y vió que en ninguna parte había sitio desocupado. Hubo un momento en que todos creyeron que Juana iba a dar un grito.

La señora Parsons miró a la joven con extrañeza.

—¿Es éste su asiento? Perdone usted, señorita—exclamó el señor Parsons, sobrino de la señora, que es quién estaba comiendo allí.

—Venga a sentarse aquí, señorita—gritó desde su mesa Mr. Pierce, echando una mirada de reproche a la señora Rham—. Parece que aquí sólo se guardan atenciones con el que tiene dinero, y eso no está bien.

Y la señora Pierce, reprendió suavemente: "¡Harry!..."

—Hágame el favor de sentarse en su sitio, señorita. Yo voy a buscar una silla a la cocina.

—¿Pero usted está ya sentado? — protestó Juana.

—No importa, señorita. Yo iré a buscar otra silla. Siéntese—dijo, ya desesperadamente el sobrino de la señora Parsons y empujó suavemente a la joven, de modo que quedó sentada en la silla que él ocupaba antes.

Mr. Parsons pidió una silla; se le trajo una del hall — nunca se había visto en la pensión de la señora Rham una silla de la cocina en el comedor, y arreglando como se pudo la mesa, Juana quedó instalada en la mesa de la señora Parsons.

El incidente desagradable, la estrechez misma de la mesa donde apenas si cabían los cubiertos y los platos, tuvo cohibidos en el primer momento a los tres comensales; pero Mr. Parsons quitó del centro la pánera de plaqué, el florero de cristal en que lucían rojos claveles y ya de ese modo todos siguieron comiendo tranquilamente. Pero nadie decía una palabra.

Mr. Parsons fué el primero que rompió el silencio con una proposición:

—Parece que estuviéramos en misa.

(Continúa en la página 71).

Reflexiones color del tiempo

Bárbara, su cigarrera y su briquet

Realmente, no creí que fuera tan divertido esto de escribir, y, sobre todo, esto de oír los comentarios que se hacen sobre lo que hemos escrito. Comentarios buenos y malos. Unos pocos, poquísimos, buenos. La mayoría malos. Como nadie sabe que Bárbara soy yo, pues hablan delante de mí con toda confianza, y ¡hay que ver lo que dicen: —"Falta de tino". —"Metida de pata". —"Desequilibrada". —"Mujer sin control". Es delicioso. Yo pongo la cara más ingenua de mi repertorio y hago lo posible de imitar la boca en O de Lucho, mi pololo. (He de confesar que más que a Lucho, quiero parecerme a Marlene Dietrich en su film último y en su escena primera, toda boquiabierta y asombrada). Otro paréntesis, esta vez escrito. En el paraíso del Real se pueden ver cómodamente, sin peligro de que papá y mamá se enteren, todas las películas "impropias para señoritas". Doy el dato. Y cierro el paréntesis.

El caso es que estas reflexiones color del tiempo han levantado revuelo de comentarios. Se habla de Bárbara, de su auto, de su perro y de su pololo. A veces me da susto que me identifiquen. Pero ya sabemos que la mejor manera de engañar es dando una parte de la verdad. Esto me tranquiliza y me empuja a contarles otros pedacitos de mi vida.

Bien. Un telefonazo a media tarde me hace encontrarme con Lucho a la puerta del Crillón. A causa del auto que nunca hallo sitio donde colocarlo, generalmente llego atrasada, y ya está Lucho con cara de víctima. Explicaciones. Reproches. Busca de una mesa. Saludos. Y nos instalamos.

—¿Qué te vas a servir?

—Jugo de naranja.

—Siempre la misma canción.

—Soy muy fiel. ¿No te da eso cierta tranquilidad?

—¿No quieres mejor un trago?

—Quiero jugo de naranja. Tú puedes envenenarte a gusto y placer con tu gin. Mi amor a lo nacional no llega a tal sacrificio.

Una orden al mozo. Y una pausa. ¡Qué elegante la Maggy. Le viene a las maravillas esa especie de bonete de bretona. Allá está Pupoy con sus ojos abismales. Nunca he podido saber a ciencia cierta qué quiere decir esta palabra. ¿Elogio? ¿Negación? No lo sé. Pero cuando veo una mujer de ojos grandes, con pestañas espesas y una luz adentro, muy en el fondo, no se me ocurre otra cosa que decir: "Son abismales!".

Sigo mirando. La inglesita tan linda. Parece una fruta. Así se la comen los muchachos con la vista. ¡Qué divertida es Mari-Luz! Alguien dijo un día que se parecía a Greta, y desde entonces anda lánguidamente, arrastrando su persona de sillón en sillón, haciendo el enigma y el drama a todos y por todo. En este momento parece descender a este mundo vulgar y con una voz de misterio ha dicho al mozo: —"Tráigame un churrasco". ¡Y uno que esperaba la palabra divina de sus labios!

Allí está Toty. La verdad es que el nombre le viene, porque no se sabe si es hombre o mujer. A pesar de los pantalones, no deja uno de abrigar sus dudas. Lo que falta es que se hayan equivocado y sea su hermana gemela, la que murió. Parece cuento de Mark Twain... Allí entra Pepe saludando a pestañadas. Manuel y su novia. ¡Qué linda es ella! Y aquí el diplomático con aires de gangster. ¡Qué bonito perfil el de este gringo!

—Parece que fuera a llover.

—Estamos en junio; lo raro es que no llueva.

—Sí; estamos en junio.

Mi pololo tiene la preocupación meteorológica muy aguda. Un silencio. Traen el trago y mi jugo de naranja. ¡Ya ve usted cómo sigo su sistema, Ismael Valdés! Bebo a sorbitos y sigo repartiendo saludos. Acaba de entrar Rosita con su novio. ¡Cuánta gente se casa! No se oye hablar de otra cosa. Pulano, Pulana, Mengano, Mengana... Parejas y más parejas... Y lo que causa risa es pensar que dentro de poco serán la comidilla de comentarios ¡al revés! —"Sí, ¿no sabes? Pulano y Pulana. ¡Separados!" —"¿Mengano y Mengana?... ¡Vaya! Ella se fué a Buenos Aires, dicen que a comprar trajes para hacer negocio; no niña, no seas ingenua; se han separado".

Entra un hombre alto, de pelo cano y firme perfil. No sé quién es. Al pasar junto a nuestra mesa me mira. Tiene ojos verdes, de frío acero. Se sienta lejos y tras un instante vuelve a mirarme. También yo le estoy mirando, y algo súbito y delicioso me hace apartar los ojos y quedarme un poco desconcertada, un mucho encantada. ¿Quién será?

—Hace frío afuera, pero aquí está regio, ¿no es cierto?

—Regio — repito maquinalmente. Y luego siento la necesidad de decir algo, de no quedarme así, hundida en mi sillón, frente a Lucho, correctísimo, y buscando despaciosamente en los desvanes de su cerebro algo que decirme sobre otra faz del tiempo. Necesito hablar, que me hablen, no tener esta cara de aburrimiento, no estar como imbécil frente a este otro imbécil. Me pongo nerviosa y enhebro una charla referente a films. Por aquí suele despuntar a veces Lucho con una cierta continuidad de ideas. Hablo, sonrío, me animo, avanzo el busto, pongo los codos sobre la mesa y apoyo la cara entre las manos. Lucho me mira, su boca traza una O perfecta. Siento el esfuerzo que hace para decir algo, al fin logra coordinar esta maravilla:

—Estás muy conversadora esta tarde; debe ser el tiempo.

No lo fulmino con una mirada, porque estoy fija en los ojos que desde lejos me observan: acero y verde. Creo que he sonreído a ese desconocido. Sí. He sonreído, más con los ojos que con la boca. Y en los ojos de acero verde ha brillado un destello de malicia. Me desconcierto y quiero volver a mi tema. ¿Qué estaba yo diciendo? Algo de Claudette Colbert. Sí. Sí...

Pero no hallo mis ideas ni mis palabras. Tengo una enorme desolación adentro. Lucho cavila. Yo callo. El desconocido suele observarme. ¿Qué hacer?

Entonces me acuerdo de que tengo una cigarrera y un briquet. Ahí están mis salvadores. Pausadamente abro la cartera y pausadamente saco cigarrera y briquet. Diez mil pesos donde Weil. Platino, esmalte y brillantes. Firma: Cartier. Saco un pitillo, lo golpeo con cierto ritmo contra el cristal de la mesa, lo pongo entre los labios y avanzo una mano para tomar el briquet. Pero Lucho ya lo tiene entre las suyas e inútilmente trata de encenderlo. Dice:

—Con este tiempo húmedo no hay forma de que prendan...

Y saca del bolsillo una muy prosaica caja de fósforos con la cual enciende mi cigarrillo.

La escena no ha resultado todo lo perfecta que era de esperar; pero he recobrado mi aplomo. ¡Qué sería de mí sin cigarrera y sin briquet! ¿Cómo saldría a flote en los grandes momentos de emoción?

El desconocido ha mirado su reloj y luego ha mirado la puerta. ¿Esperará a alguien?

Fumo. No me gusta el cigarrillo. Me atosiga. Me desagrada el sabor de la nicotina, que debo después combatir con pastilla de menta. Pero ¡es tan lindo el gesto de mantener el cigarrillo en la mano que luce un cabochón y las uñas de un rojo laca, es tan lindo echar el humo hacia arriba con la boca que parece dar un beso!

Una mujer aparece en la puerta. Es alta, fina, está maravillosamente vestida, un sombrero de aureola le enmarca el rostro de santa gótica. Desde allá sus ojos han descubierto a mi desconocido, y prendida a su mirada avanza hasta él, que la espera en pie. Se saludan, y yo siento la quemadura que su boca pone en la mano de ella, siento la chispa de sus ojos que no pueden separarse. Ahora, ya instalados conversan.

Sigo fumando, perdidamente sola frente a Lucho, que de no sé dónde ha sacado tema de conversación. Una esperanza más pasó a mi lado, me rozó y desapareció. La esperanza de que *alguien* sople en la ceniza de lo que ya sabemos que nos espera. ¿El amor? ¿La amistad? ¿El hombre que ansío para oan de mi inteligencia? Dicen que la sabiduría es saber esperar.

Esperemos.

Mientras, tengo mi cigarrera y mi briquet para hacer humo, anillos que desaparecen en lo alto, entre otros humos de fugitivas esperanzas...

¿Quién le teme al cutis malo?

¡NADIE! Si usa regularmente Cera de Belleza "La Milo"

Proteja su cutis contra los cambios bruscos del tiempo, con la acreditada

CERA de BELLEZA

La Milo M.R.

ES SUPERIOR

EN TODAS LAS FARMACIAS.
EN DOS TAMAÑOS.

La Princesa desconocida

A las cinco de la mañana siguiente, Tim se encontraba silbando en su baño, mientras el personal del hotel Du Midi estaba a punto de declararse en huelga.

Este excéntrico inglés no sólo había insistido en que era necesario despertarlo a las cinco menos cuarto de la mañana con una taza de té, sino que pidió un desayuno inglés para las cinco y media. Nunca habían ocurrido antes tales cosas en Cannes.

Sin embargo, Tim no se preocupaba por las ideas del personal del hotel y solamente pensaba en salir de la ciudad antes que sus enemigos pudieran despertar, y en servirse siquiera una comida decente en el día.

Estaba convencido que éste estaba destinado a ser uno de los mejores días de su vida. Mientras se bañaba con fervor y silbaba alegremente, consideraba la época futura cuando el honorable Timoteo Torrence habría recibido ya las diez mil libras de recompensa de parte del conde Bubarski y, además, una condecoración de la tierra, y Tim consideraba en muy poco a los bulmanos. Pero allí estaría el Palacio Real y según pensaba Tim, sería muy conveniente para la Reina Natalia que alguien cuidara de ella.

Después de dar cuenta del jamón con huevos que causó un conato de revuelta entre el personal del hotel, Tim encendió un cigarrillo, pagó la cuenta y se marchó.

La mañana era perfecta. Sonriendo al pensar en sus enemigos dormidos, Tim se dió a marchar con paso vivo. No obstante, seguía en sus trece en hacerlo todo bien. Escogió las rutas más lejanas, describió rodeos y de vez en vez deteníase a mirar hacia atrás para convencerse de que no era seguido. Sin embargo, en ninguna ocasión se confirmaron sus sospechas. Las únicas personas que divisó, eran barrenderos.

Ya eran cerca de las nueve cuando por fin llegó a la "Villa Azure". Durante algún tiempo vigiló la alta cerca de arbustos; después, con todo cuidado, escogió un punto asequible y donde no correría el riesgo de ser interrumpido. Tomó el cuchillo que comprara en el hotel Du Midi — o más bien, conseguido después de sobornar a la camarera—, y se dedicó a abrirse paso por entre el ramaje.

Era el trabajo manual más duro que hasta entonces había realizado, y muy pronto se encontró con las manos ampolladas y los músculos doloridos. Perseveró, sin embargo, y luego de una hora consiguió pasar al jardín. Inmediatamente se encontró detrás de un pequeño invernadero cubierto de flores. Mirando en torno, divisó los cuarteles de flores, el prado con su cancha de tennis y más allá, la villa. Sin embargo, no había señales de la princesa Natalia, de la condesa Strelowitz ni de sus hijas.

Lo único que podía hacer era sentarse tras el invernadero y esperar la oportunidad de llamar la atención de la princesa Natalia. Si esperaba todavía al llegar la noche, tomaría la decisión de irrumpir violentamente a la casa.

—**Bon jour, monsieur.**

La tímida voz que emergía desde arriba hizo ponerse en pie de un salto a Tim. Durante un instante miró asombrado en torno; luego, una risa cristalina le llamó la atención y divisó un par de ojos brillantes que le atisbaban por entre un orificio del invernadero.

Poco después la dueña de los ojos se encontraba con Tim detrás del invernadero. Era la princesa Natalia..., o, mejor, una niña maravillosa.

Durante algunos instantes se miraron de hito en hito: ella, con extrañeza; él, con franca admiración.

—¡Es..., es usted! — exclamó Tim, por último.

La niña unió las manos, en gesto de placer.

—¿Monsieur, es inglés? Me gustan los ingleses. Nunca había conocido ninguno y en los libros siempre aparecen como héroes dignos y nobles.

Su acento era adorable, en la opinión de Tim, lo mismo que todo cuánto a ella se refería.

—Sí, soy inglés. Y mi nombre es Timoteo Torrence.

—Timoteo Torrence—, rió la niña. —Parece divertido...

La mayoría de las personas me llaman Tim.

—¡Tim! Es mucho más fácil de recordar que Timoteo Torrence.

Sin embargo, no confirmó la creencia del muchacho, respecto a su propio nombre.

—¿Por qué ha venido monsieur, aquí?

—A ver a usted.

—¡Mol! — exclamó, agrandados los ojos y ruborizadas las mejillas.

Luego rompió a reír.

—¡Y yo estoy en desgracia por culpa de monsieur!

—¿Por culpa mía?

La niña asintió.

—Escuche; se lo voy a decir.

Sentáronse uno al lado del otro, apoyada la espalda contra la pared del invernadero.

—Usted comprenderá que esta casa es como una prisión. Nadie viene a visitarnos. Está mamá, mis hermanas, Katja y yo. Jamás viene nadie de afuera. Y ni a mis hermanas ni a mí se nos permite salir. Son las órdenes de mamá. Ayer estábamos jugando tennis. Yo lo vi a usted, monsieur Tim, por la ventana. Usted es un extranjero y para nosotras es una maravilla ver a un extranjero. Le pregunté a mamá quién era usted. Dijo que usted era un hombre muy malo; que si lo volviamos a ver alguna vez, se lo diríamos. Nos ordenó que esta mañana no saliéramos al jardín. Mis hermanas obedecen siempre a mamá. No son malas. Yo sé que mamá dijo que permaneciéramos en la casa porque temía que usted volviera. Mol, estoy cansada de esta prisión; sentía interés por ver al hombre malo. En consecuencia, desobedecí a mamá. Mamá, enojadísima, me riñó. Me encerró en la habitación, diciéndome que me quedaría allí todo el día.

Agitó la cabeza en gesto desafiante y ello indicaba que la condesa tenía también sus inquietudes.

—Subí al alféizar y bajé por la cañería del agua. Mamá cree que todavía me encuentro en mi pieza. Mis hermanas se quedan sentadas adentro, cosiendo como buenas niñas. Yo vengo al invernadero. Entonces oigo

(Continúa en la página 73).

Para saber y contar...

¡Qué alegre es la alegre fiesta de los enanos del bosque!

Todos saltan, todos ríen, todos cantan.

Todos, menos uno.

En un montón, en el suelo, están sus capas azules y sus gorros colorados.

Barba y cabellera al aire, todos ríen, todos brincan.

Todos, menos uno.

Brillan los ojos alegres, brillan las barbas plateadas, las hebillas de los zapatos y las de los cinturones.

El más viejo es el más ágil. Los demás en torno suyo corren en rondas ligeras, unos hacia la derecha, los otros hacia la izquierda.

Todos, menos uno.

No alza la vista del suelo y parece por su cara que tiene miedo o dolor.

Entretanto todos ríen, todos cantan y si se sueltan las manos es para chasquear los dedos con sonoras castañetas.

Todos, menos uno.

No alza la vista del suelo y sobre

el pecho anhelante tiene las manos cruzadas.

—¡Silencio! — dice de pronto el más viejo y el más ágil —. ¿Por qué todos menos uno? ¿Por qué te quedas ahí, tan triste, quieto y callado?

—Porque traía una rosa, la primera de este año, y al llegar se me cayó. Está allí, en medio de ustedes y entre tantos pies que brincan, ¡ay!, la van a destrozar.

—¡Salven la primera rosa! — grita el más viejo y más ágil —. ¡Denle la rosa primera!

Levantan la rosa fresca y la dan al que la trajo.

Con la flor en una mano, el enano entra en la ronda.

Y sigue la alegre fiesta de los enanos del bosque, la fiesta donde están todos, todos, y ninguno falta.

Una Historia de Conejitos

Un conejito se encontró un pedazo de una olla de barro. Yo sé que era de olla, pero en aquel tiempo nadie lo sabía. El conejito lo llevó a su casa y lo mostró a las conejas viejas, quiero decir, a los mayores de la familia.

Una la olió, apartó enseguida la cabeza y dijo:

—¡Uff! Tiene mucho olor a humo.

El conejito exclamó, dando un brinco de contento:

—¡Ah! ¡Ah! ¡Tiene mucho olor a humo!

Lo mostró a otro y este otro la olió, hizo una mueca y dijo:

—¡Uff! Tiene mucho olor a grasa rancia.

—¡Ah! ¡Ah! — exclamó contenta la coneja vieja —. ¡Tiene mucho olor a grasa rancia!

La tercera coneja vieja que vió el

pedacito de olla meneó la cabeza y dijo:

—No sé qué es, pero no sirve para nada.

—¡Ah! ¡Ah! — exclamó lleno de júbilo el conejito —: ¡No sirve para nada!

E iba de un lado a otro anunciando con orgullo:

—Tengo una cosa que huele a humo y a grasa y no sirve para nada.

Calló la coneja vieja que contaba todo eso y las que la escuchaban dijeron:

—¿Ya se acabó el cuento? Tonto es el cuento, como tonto era ese conejito.

—No — dijo la narradora —. Era un conejito de buen carácter que quería estar siempre contento y para eso le bastaba cualquier motivo: hasta un pedacito de olla que no servía para nada. ¡Aprendan ustedes que tienen de todo y nunca están conformes!

Dos aventuras que damos esta semana

Este barco partió un lunes: vela blanca y bandera azul y un marinero que con la gorra decía adiós.

Vela blanca y bandera azul, el martes llegó a una isla y echó el ancla en los corales.

El miércoles, todo el día, el marinero cargó el barco con piñas y cocos.

El jueves alzó el ancla y — vela blanca y bandera azul — ¡otra vez a navegar!

El viernes un huracán lo hizo saltar sobre las olas y cada vez que lo embestía, piñas y cocos caían al mar.

El sábado salió el sol y se acabó la tormenta. ¡Qué sereno navegaba! — vela blanca y bandera azul —, pero había perdido todos los cocos y todas las piñas.

El domingo el marinero gritó:

—¡El puerto está allá! Sin nada fuí, sin nada vuelvo, pero no perdí la gorra para saludar: ¡aquí estoy! ¡Salud, amigos!

El lunes la reina del reino de Ambar dejó un anillo en el balcón.

El martes pasó una urraca, vió el anillo y se lo llevó.

El miércoles la reina dijo:

—¿Dónde está el anillo de oro, de oro con un rubí?

El jueves una urraquita del nido metió la cabeza en el anillo, la cabeza y el cuello.

El viernes una urraquita del nido dijo agitando las alas:

—Ni la paloma más bella tiene un collar como el mío: es de oro con un rubí.

El sábado se fué del nido para lucir su collar.

Y el domingo llegó al balcón de la reina del reino de Ambar y se puso a piar así:

—¡Quítame, reina, el collar para que pueda comer!

LA SERPIENTE AMARILLA

NOVELA POLICIAL Y DE MISTERIO

Por Edgar Wallace

(Continuación)

—¡Juana!... — dijo, a su vez, Esteban Narth, acariciándose la barbilla, con aire pensativo.

—Sin saber por qué, nunca había considerado a Juana como un factor. Por cuarta vez leyó la carta, palabra por palabra. Sí; las chicas tenían razón. Juana satisfacía todos los requisitos exigidos por Joe Bray. Era un miembro de la familia, pues su madre había sido una Narth.

Antes de que él hubiese dejado la carta, Letty había hecho sonar un timbre que estaba sobre la mesa y, al momento, acudió el criado.

—Palmes. Dígale a la señorita Bray que venga — le ordenó.

Tres minutos después, una muchacha entró en la biblioteca.

Era la víctima que la Casa de Narth había designado para ofrecer en sacrificio a los Dioses de la Fortuna.

CAPITULO IV

La señorita Juana Bray tenía veintiún años de edad, pero aparentaba ser más joven. Era esbelta, si bien Letty, sin tener motivos para ello, acostumbrada a describirla como horriblemente delgada.

Los Narth eran gentes de cara redonda y barbilla gruesa, de cabello rubio y algo linfáticos. Juana poseía un cuerpo y vitalidad flexibles. Todo movimiento, en ella, era definido y razonado. Cuando estaba en reposo, tenía el gesto de una aristócrata. ("Siempre sabe mover con acierto, las manos" — admitía Letty, en contra de su propia voluntad) y cuando se ponía en movimiento, tenía la flexible facilidad de aquellas personas para quienes la actividad es un deleite. Diez años de asperezas, de tácita supresión, de ser apartada de la vista de todos cuando no era necesaria su presencia, no habían quebrantado su espíritu ni matado la confianza que en sí misma tenía.

Estaba en pie, con una expresión de sonrisa en sus ojos grises..., en aquellos ojos grises que tan fácilmente sabían reír, y miraba, alternativamente, a uno y otro, comprendiendo que algo, fuera de lo normal, había sucedido.

El color de su rostro tenía una delicadeza que la belleza provocativa de sus primas, no podía eclipsar ni hacer desmerecer, pues era como una Virgen de Van Dyck salida de su lienzo y que no necesitaba luces ni contrastes para revelar sus maravillas.

—Buenas tardes, señor Narth — siempre le llamaba en esta forma respetuosa—. Ya he terminado las cuentas del trimestre y resultan terroríficas...

En cualquier otra ocasión, Esteban se hubiera indignado al escuchar estas noticias, pero el conocimiento de la próxima fortuna, hacía que una diferencia de cien libras, más o menos, fuero un asunto de la más despreciable insignificancia.

—Siéntate, Juana — le dijo. Ella, extrañada, acercó una silla y tomó asiento, colocándose de lado y apoyando un brazo en el respaldo.—Haz el favor de leer esta carta.

Esteban Narth entregó la carta a Letty que, a su vez, la pasó a Juana. Esta la leyó en silencio y al terminarla, sonrió.

—Magníficas noticias. Lo celebro muchísimo — dijo mirando a una y otra muchacha—. Y, ¿quién es la futura novia?

La invencible alegría de Juana era una ofensa, a los ojos de Mabel, en todo tiempo. Ahora la fría suposición de que una de ellas tuviera que sepultarse en la obscuridad de una ciudad china, le hizo enrojecer hasta el cuello.

—No seas estúpida, Juana — dijo, agresiva—. Este es un asunto serio.

—Pero, querida... — intervino Esteban viendo la necesidad de desplegar cierto tacto—. Cliffor Lynne es un muchacho excelente. Es de lo mejor que se encuentra.

Hablaba de él entusiásticamente, aun cuando no tenía mayor conocimiento del carácter, aspecto o disposiciones de Clifford Lynne, que de los trabajadores que había visto

(Continúa en la pág. 62)

Mentiras de amor

Decirle o no decirle — esa es la pregunta que nace en muchas mentes de muchachas cuando recién están de novias.

Personalmente sé, que ustedes pueden hacer la confesión en el acto. Comprendo que es un deseo muy natural el principiar sus vidas de casadas con la hoja limpia; muy natural también que ustedes se sientan pertenecer únicamente al hombre que más adoran en el mundo y que deseen serles completamente sinceras en cuanto a flirteos que tuvieron antes que se encontraran. Pero después de todo, no fueron más que flirteos, experimentos de amor, que cesaron automáticamente una vez que ustedes encontraron lo real y verdadero.

Por esta razón, yo creo que es una mala táctica hablar de esto. No se debe remover algo que ya ahora está irremediablemente muerto y enterrado.

Vea usted, estos pequeños problemas parecen ser mucho más importantes y significativos de lo que fueron antes. Los hombres son extremadamente celosos y dueños de lo suyo y cuando usted describe a su novio, algún ex pretendiente, ¿cómo sabe él, que usted está hablando la verdad cuando le dice que, lo que ahora siente es propiamente amor y no lo de entonces? Mientras usted protesta que no fué nada serio, él se inclinará a creer que no fué así. Hombres y mujeres son muy divertidos en este sentido.

Es mucho mejor, siempre que sea posible, dejar el pasado en silencio, a mantener a sus admiradores en un vano engaño. Pero si alguno de sus pasados amigos se inclinara a aparecer adoptando aires de confianza en presencia suya y de su marido o novio, sería muy conveniente que usted le contara toda la verdad para que así no esté predispuesto a los celos.

También es muy mala política avivar los celos. Sin embargo, es absolutamente necesario hacerlo como el menor de los males. Cuando dos personas están comprometidas no es conveniente que, cada una de ellas, principie a averiguarle a la otra todo lo que le ha ocurrido antes de que se encontraran, siendo que eso ya se acabó y que la nueva vida empezó desde que ambos los juntó el destino. No puede cada uno participar del pasado del otro, y entonces, ¿para qué molestarse con esto, permitiendo que se nuble la felicidad presente? De lo contrario, el pasado no puede dañarles, a no ser que otra vez le dieran cabida.

Algunas muchachas, me temo, gozan haciendo esto. Les agrada aparecer como "personas que poseen un pasado", no uno perverso, se entiende, pero sí, uno excitante. Aunque toda su experiencia en amor se haya limitado a besos furtivos y a permanecer fuera del salón donde se baila, insisten en dar la impresión de que no hay cosa de los hombres que ellas no conozcan.

A ningún hombre le gusta que se le diga en su cara que él es "uno de tantos", ni tampoco que es el primero en besar cierto par de labios. Al contrario, él se llegará a estremecer de gusto, al pensar que fué lo bastante hábil para descubrir a una mujer tan atractiva que el resto de su sexo había dejado pasar.

Desgraciadamente todas las personas de su sexo, aun las más delicadas, tienen una determinada debilidad por "producir efecto". Y esto quiere decir que ustedes no pueden resistir de jugar o divertirse un poquito todo lo posible, y en algunas ocasiones hasta lo imposible. Esta teatralidad exagerada se manifiesta como en lo siguiente: "si no pasas el domingo conmigo voy a suicidarme", "si sales con otra chiquilla te mandaré mi anillo de compromiso", "hay alguien más que se casaría mañana mismo conmigo si sólo le dijera una palabra", "nunca puedo consentir que un hombre se interponga entre mi carrera y yo". Pueden parecer estos argumentos muy sencillos en el momento de decirlos, pero su efecto una vez acumulado, puede ser pernicioso para el carácter de la que los dijo, pero alguna vez ella distinguirá la verdad de la exageración por sí misma.

Un hombre le da su asiento en el tranvía a una muchacha de éstas, y a cualquiera hora del día siguiente, ella recuerda este incidente, pero el que ya ha crecido en su imaginación. Como ella posee una rara hermosura, él ha insistido no sólo en darle el asiento, sino que también la ha acompañado y la ha protegido con su paraguas hasta la puerta de su casa.

¡Cuán sin asunto son estas mentiras imaginarias de admiradores inventados, de cumplimientos, y de invitaciones, que no las cree nadie, a excepción de la inventora y que probablemente se ve ella misma como su heroína favorita del cine!

Finalmente, hay otra suerte de mentiras de amor, que personalmente las considero dentro de una verdadera imbecilidad y no propias de una buena cabeza, y esas son la vida de hipocresía en que viven muchas niñas cuando están recién en los primeros amoríos. Cesan de ser naturales. Pierden todo sentido de individualidad. Les embarga el placer, maravillándose de todo lo que les acontece, poniéndose demasiado decidoras (o hablantinas), haciendo verdaderos coros con las consabidas fracesitas: "Sí, querida", "¡No linda!" Nunca aventuran una opinión de ellas mismas.

Lo peor de todo es que ellas les inducen a ellos a formarse una impresión de su carácter y de su naturaleza, muy distante de la realidad, la cual consciente o inconscientemente ocultan. Por esto, cuán a menudo oirá decir usted a mucha gente, en tono de reproche: "¡Usted no era así la primera vez que la conocí!"

Por supuesto, la verdad es que ella ha sido siempre como ahora, en el fondo, pero el amor la hizo decir una mentira que ahora ha sido descubierta. De modo que, si ellas fueran siempre sinceras desde el principio y también muy dueñas de sí mismas, una desilusión siempre las encontraría prevenidas.

En amor hay una regla infalible, y es ésta: «¡Sé tú misma!»

TRES PAISES vistos a través de sus mujeres

Italia fascista, Rusia comunista y Alemania nacista. En la vida de las mujeres de estos tres pueblos se reflejan las aspiraciones sociales, políticas y económicas de sus regímenes dictatoriales.

Por SAMUEL LUBELL

Traducido especialmente para "Familia"

Un domingo en San Pedro, Roma...

La joven madre, junto a la pila bautismal y frente al sacerdote de sobrepelliz, sostiene en brazos a su hijo. La ceremonia termina con la rociadura de unas cuantas gotas de agua bendita sobre la cabeza roja del pequeñuelo. Sonriendo, la joven madre seca la cabecita de su hijo y le hace callar besándole y meciéndole suavemente.

Una calle atestada de gente en Moscú...

Una joven de anchas caderas y desarrollados hombros, las manos perdidas en los amplios bolsillos de sus pantalones color caki, la camisa de trabajo abierta en el cuello, marcha con la frente alta y el pecho levantado. Su paso largo y firme muestra una robusta energía, casi como la energía de un robusto leñador...

Un campo en Alemania...

Media docena de mujeres con la cabeza descubierta entierran estacas de un pie de largo marcando un pedazo de terreno en el que más tarde sembrarán vegetales. De vez en cuando se vuelven a mirar hacia el edificio en forma de barraca que corona una svástica; su mirar cansado deja ver el esfuerzo que les significa esa vida a la que no estaban acostumbradas.

Siempre han estado las mujeres metidas en el corazón de los acontecimientos, pero nunca lo estuvieron con más firmeza que hoy día. El fascismo italiano, el comunismo ruso y el nacional socialismo alemán lanzan sus diferentes desafíos a una Europa desconcertada y emplean iguales métodos de propaganda para ensalzar distintos tipos de dictaduras y divergentes fines políticos y económicos. Las diferencias humanas se reflejan en la posición y en la vida de sus mujeres.

La Italia de Camisa Negra y la Alemania de Camisa Parda, son Estados "varoniles", en los que el sitio de la mujer está en el seno del hogar, amamantando a una raza de vigorosos guerreros. La repentina industrialización ha sido desilusionadora: las maquinarias han resultado demasiado eficientes. Se ha hecho un llamado de vuelta a la tierra y con él se ha dado comienzo a una campaña de enaltecimiento de la división de los trabajos rurales entre los miembros de la familia. Pero la Rusia Soviética no tiene ni el problema de la desocupación ni el de la sobreproducción; los bolcheviques no reconocen diferencias entre ambos sexos.

La prensa italiana se deleita señalando los muchos genios que han salido de las familias numerosas, y publicando fotografías de robustas madres y de orgullosos padres rodeados de su progenie.

Los diarios alemanes ponen en guarda a los que piensan en el matrimonio contra la posibilidad de perder el seso "por un amor decadente"; destacan la necesidad de buscar en sus compañeros la pureza racial, y reproducen fotografías del tipo ideal de mujer.

Los periódicos rusos hacen hincapié en la conveniencia de que las mujeres dejen a sus hijos en las créches y vayan a trabajar; los artículos de prensa llevan ilustraciones que muestran mujeres que han organizado granjas colectivas, que han "evitado la paralización de los trabajos de una planta" acompañando en la labor a sus maridos, o que han sido agraciadas con la Orden de Lenin por algún hecho heroico en el trabajo.

Mientras los regímenes nacista y fascista esperan que sus mujeres se solacen en las glorias conquistadas por sus maridos y que sirvan de musas inspiradoras, el régimen soviético deja que las suyas se abran su propio camino en la lucha social y económica.

En Italia se han establecido tarifas ferroviarias especiales para los que viajan en luna de miel; se ofrecen recompensas y empleos gubernativos a los padres de familias numerosas. El Duce ha embestido contra la dieta por considerarla contraria a la salud nacional; se ha elogiado la belleza de la maternidad y el encanto superior de una robusta figura femenina. Pero esto no ha significado en Italia el desarraigamiento y la reposición de la vida del hogar o la vuelta forzada de la mujer a la cocina, como ha ocurrido en Alemania.

En realidad, la madre italiana jamás se alejó del hogar; nunca dejó de llevar su hijo a la pila bautismal. Cuando la marcha de Mussolini sobre Roma, el feminismo italiano era un movimiento de menor importancia, la visión de la libertad no había logrado apartar a la mujer italiana de la tradición católica de la vida familiar, ni de su creencia en una división natural del trabajo, división en que el sexo bello toma a su cargo el cuidado del hogar.

Hay mujeres en Italia que se ganan la vida trabajando, ya sea en oficinas o en factorías. Pero su número es pequeño, y, por regla general, se rechaza la idea de la mujer emancipada económicamente del hombre.

Puede decirse que casi no hay italiano que guste de la mujer inclinada a seguir una carrera. Aunque las universidades y las profesiones están abiertas para la mujer, la costumbre y el matrimonio a temprana edad son barreras que le impiden efectivamente llegar a ellas. En los teatros se ven pocas mujeres italianas, y es muy extraño que pueda encontráselas solas. Cuando a la casa llega algún visitante a tratar sobre cualquier negocio, la mujer italiana se va a otra pieza, igual que en los días de la an-

tigua Pompeya. En el sur, país agrícola por excelencia, los hombres se alaban "de saber manejar a sus mujeres". En Roma, cuando la familia interrumpe su paseo dominical junto al café ubicado en la acera, la esposa y los niños aguardan, sentados, a que el jefe de la familia tome su taza de café.

Un evidente progreso en la educación, un mayor sentido de la responsabilidad personal y un moderno gusto por los deportes, indican claramente que la mujer italiana no ha escapado por completo a la marcha del progreso. Los fascistas estimulan la afición por los juegos y ejercicios físicos, como una ayuda para la formación de una robusta raza de madres.

Las muchachitas son agrupadas en organizaciones especiales e imbuidas en los ideales del Estado totalitario.

Aun vagando por las estrechas calles de Roma, puede verse mujeres y niñas que van a colocar sus botellas medias llenas de agua y sus jarras de flores a los pies de las imágenes de sus santos. ¿Es la emoción que experimenta el pueblo ante lo teatral o la necesidad que sienten los pobres de tener una fe? En este país sobrepoblado, que carece de la mayor parte de las fuentes naturales de producción, la miseria no ha dejado de existir. A pesar de los planes de producción de Mussolini, un trabajo duro y una recompensa insuficiente, continúan siendo el pan de cada día de la familia italiana. El fascismo no ha hecho más que reconocer las relaciones establecidas y dar una nueva expresión a las costumbres.

En la Unión Soviética no se enseña a las mujeres a considerar la religión como una fuente de seguridad y consuelo, sino como un triste recordatorio de la época de opresión y esclavitud. Todas las calamidades del régimen zarista han sido achacadas a la explotación capitalista de las supersticiones de las masas, y se ha pintado al comunismo como una panacea universal.

Stalin ha exhortado a las mujeres rusas a "cuidar el sistema de las granjas colectivas como las niñas de sus ojos", porque sólo allí "encontrarán la oportunidad de igualarse con el hombre".

Bajo el dominio de los zares no había porción del pueblo más degradada, más totalmente reprimida, que la femenina. Proverbios tales como "un pollo no es un pájaro, ni una mujer es un ser humano", y las leyes que prohibían a la mujer arrendar sus servicios sin consentimiento del marido, reflejaban una sujeción propia del Continente Asiático. Bajo el régimen bolchevique han desaparecido todas las barreras sociales, todas las restricciones y prohibiciones, y ahora la mujer rusa tiene libertad para amar y ser amada, para casarse o divorciarse, para tener o no tener descendencia.

Allí no hay "jefe" de la familia porque el hombre y la mujer son iguales. Cualesquiera de los dos puede ser obligado a dar alimentos al otro, o a suministrarle ayuda en casos de enfermedad o incapacidad, y ambos responden ante el Estado de la atención de los hijos. Nada obliga a la mujer a quedarse junto al horno mientras su marido trabaja en la máquina. La marcha de la construcción del Estado Socialista requiere el trabajo de cada par de manos que puedan utilizarse; el peligro de una guerra exige que las mujeres estén capacitadas, cuando llegue el caso, para ocupar los puestos que dejen los hombres que vayan al frente.

Los hogares infantiles y los restaurantes públicos para los obreros han librado a las madres y a las esposas del duro trabajo de la casa, lo cual hace posible que, día a día, se aumente el número de los individuos que responden al rugir de los dinamos. Desde 1930 hasta 1933 subió en un 100 por ciento el número de las mujeres empleadas en las grandes empresas industriales, llevando el número total de ellas muy cerca de la elevada cifra de 2.000.000. Hay en Rusia más de 500.000 mujeres miembros del Partido Comunista, cerca de 70.000 enroladas en las brigadas de choque, y más de 35 mil ocupadas en los servicios gubernativos.

Han invadido todos los campos de la actividad humana. No es raro encontrarlas, provistas de pala y picota, limpiando de nieve las vías ferroviarias, cavando en los subterráneos, acarreando gruesos tablones por las calles, trabajando en los astilleros y en las minas de carbón, y hasta prestando sus servicios en el Ejército Rojo.

Todas las escuelas del Soviet son coeducacionales. Casi las tres cuartas partes de los alumnos de los establecimientos de enseñanza de la medicina, pertenecen al sexo bello, porque el ruso, antes que al médico, prefiere a la mujer que se dedica al ejercicio de la ciencia de Esculapio.

No queremos decir que la *tovarisch* rusa sea más amazona que femenina. La joven que tuve ocasión de ver en el tren, besando y jugando con el pie desnudo de su hermanito, no me pareció diferenciarse de la madre italiana que viera en San Pedro.

A la inversa del joven alemán, el ruso no debe aguardar a formarse una "sólida situación" para contraer matrimonio, y en cada Universidad rusa existen salas cunas para los hijos de las alumnas. Entre los rusos es muy fuerte el afecto que se siente por los niños y por la familia, pero allá la vida es tan intensa, que esos sentimientos no representan sino una fracción de los muchos que interesan a la mujer soviética.

Visitamos el Club de Mujeres Turcas de Bakú, y su directora, mostrándonos a un grupo de muchachitas que hacen música, nos dice:

—No tocan bien. Pero lo importante es que tocan. Antes de la Revolución eso era algo vergonzoso.

Teníamos entonces tan poca libertad, continúa. Y ahora tenemos tanta, que no sabemos qué hacer con ella. Lo único que sabemos es que deseamos cambiarlo todo completamente. Y lo hemos logrado. Trabajamos en todas partes, hasta en las refinerías de aceite.

Para la mujer alemana, el concepto de la libertad es diferente. Una minoría, no muy pequeña, probó en el pasado seguir algunas profesiones, pero sin perder jamás sus afectos por la vida del hogar ni su orgullo en ser la dueña de casa modelo del mundo. Aquellas que siguieron una carrera impulsadas principalmente por el deseo de independizarse, no tardaron en sufrir una amarga desilusión, porque después de la guerra la lucha por la existencia se tornó bastante dura. El trabajo rentado en una factoría eléctrica a razón de cincuenta pfennings la hora, no logra crear el amor a la maquinaria.

La derrota en la guerra, la re-

(Continúa en la pág. 62)

Cursos para madres. Una clase aprende a lavar a las guaguas.

Tendencia

1.— Encantador abriguito con capa, en reps de lana. Se cierra en un movimiento cruzado con seis botones.

2.— Lindo traje dos piezas en lana mezclada. La chaqueta tiene un corte muy cerrado, lleva dos grandes botones de galalith. Pliegues pespuntados hasta muy bajo dan amplitud a la falda.

Sintonice todos los domingos, de 9 a 10 P. M., la hora

«REVISTA
DE LAS REVISTAS»,

en la radiodifusora La Chilena Consolidada, C. E. 94. En esta hora encontrarán los auditores amplias informaciones cinematográficas, complemento de las que ofrecen «ECRAN» y «PARA TODOS».

3.— *Abrigo en tela escocesa con vueltas sastre. Se ajusta al talle por un cinturón de la misma tela.*

4.— *Abriguito para la mañana, de corte sastre. Vueltas anchas pespuntadas.*

de la Moda

1.— Dos-piezas en lana; la chaqueta, en lana rayada, está cerrada por una abotonadura; la falda en el tono más obscuro del rayado.

2.— Dos-piezas, en lana chinesca, verde y beige; la chaqueta abotonada en la espalda, tiene dos tablones en la delantera, como la falda.

3.— Vosotras os podréis hacer una capa igual para vuestro vestido de viaje; está hecha en lana chinesca, en tonos beige; botones y cinturón café obscuro; echarpe en surah rayado, beige y café.

5.— Vestido con paletó semi largo, en lana, mezclada, café con un original adorno de piel, en forma de canesú.

1.— Tailleur sport verde; falda cruzada y cerrada por hebillas de metal; la chaqueta tiene bolsillos sobrepuestos; la blusa es en jersey verde obscuro.

2.— El siguiente es de lana escocesa; el paletó semilargo tiene las delanteras forradas en el tono más obscuro; blusa tejida a mano.

4.— En lanilla color natural rayada café está confeccionada esta falda; la pieza delantera abotonada forma la cintura.

5.— Falda en lanilla mezclada, cruzada y cerrada por dos botones.

ABRIGOS PARA LA MAÑANA

1.— Muy confortable este abrigo formando capa; está confeccionado en lana mezclada gris.

2.— Abrigo en duvetina gris claro, con cortes formando bolsillos y cinturón abotonado en la espalda; el gran cuello subido está forrado en loutre.

3.— Abrigo en lana café adornado de pespuntes en el cuello y cinturón; botones y hebilla dorados.

4.— Abrigo tres cuartos en lana escocesa de varios tonos de beige; los botones están unidos por una cadena de metal; echarpe amarrada en el cuello en lana café como la pollera.

5.— Abrigo en tweed beige y café; botones de madera; gran bolsillo sobrepuesto.

PARA LA TARDE

1.— Abrigo en lana café adornado de cortes terminados en punta; sobre las mangas está colocada una pieza en forma de capa, cuyos bordes como también el cuello, son de castor.

2. — Abrigo tres cuartos en brutschwanz negro ligeramente acampanado. El cuello terminado en una amarra es de armiño blanco.

3.— Abrigo en velours de lana negro adornado de brutschwanz en el tono formando una pequeña capa sobre las mangas, alforzas en diagonal.

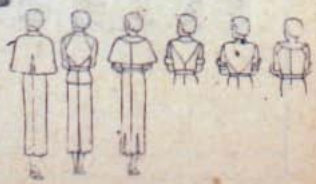
4.— Abrigo en lana gris adornado con castor.

5.— Abrigo en terciopelo de lana negro con cortes en punta; cuello y puños de liebre.

PARA LAS JOVENCITAS

1.— Este vestido en lana azul se acompaña con una capa abierta en la espalda y colocada debajo del cuello del vestido, la cual se abre sobre una pechera de piqué blanco.

2.— Traje de lana verde; chaqueta abotonada; el adorno del vestido lo forman los puños y echarpe de muselina con plisados en la orilla. La chaqueta tiene dos oíales que permiten pasar el echarpe hacia fuera.



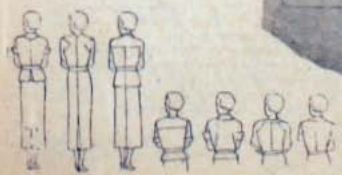
N LAS MAÑANAS DE SOL

3.— El vestido de esta jovencita está hecho en charmelaine azul, cuyo adorno de piqué blanco forma pechera unida con el cuello; una capita lo completa pasándola debajo del cuello que lo adorna.

5.— En lana cuadrillé gris y verde está hecho este vestido de dos piezas; el cuello de taffetas verde.

6. — Tailleur en lana marrón; el canesú que forma la chaqueta termina cruzado y abotonado.

Aquí tenemos algunas blusas muy a propósito para variar el aspecto de un tailleur.



Escuela Normal de Preceptoras de La Serena, donde no se admitió a Lucila Godoy Alcayaga.

VIDA Y CONFESIONES

J. M. Vargas Vila, escritor colombiano, que influyó poderosamente en la formación espiritual de Gabriela Mistral.

II

Gabriela Mistral tuvo como principal maestra a su hermana Emelina Molina Alcayaga. Fué ella quien le enseñó las primeras letras, y las nociones generales después. Gabriela hubo de procurarse muy joven, alguna colocación que le permitiera atender a su subsistencia y ayudar a su madre. Su familia no contaba con otro recurso que el escaso sueldo de su hermana Emelina, directora por esos años de la escuela de Altovalsol.

Lucila Godoy, que así hemos de llamarla todavía, se había dado a conocer en la prensa de la provincia, y comenzó a colaborar asiduamente en «El Coquimbo», diario de filiación radical y que dirigía un periodista inteligente, don Bernardo Ossandón. Ossandón era también maestro, y merced a sus influjos, obtuvo para Lucila una ayudantía en una escuela rural. Pero Lucila era mujer animosa y deseaba, a toda costa, titularse en la Escuela Normal de Preceptoras de La Serena. Y fué así como en 1904, se presentó a ese establecimiento, aspirando a ser admitida en calidad de alumna interna. Fué rechazada. Don Manuel Ignacio Munizaga, capellán del establecimiento, borró su nombre de la lista de posibles alumnas. Aquella Lucila Godoy escribía en un periódico radical, era de ideas avanzadas, acaso socialistas, quien sabe si paganas... La Escuela Normal, al recibirla, introducía la mala cizaña. Y Lucila volvió al campo, siendo más tarde trasladada a La Cantera. Su primer romance tendrá por escenario los caseríos blancos y los campos soleados de «La Cantera».

También Lucila aparece algún tiempo después formando parte del personal de inspectoras del Liceo de Niñas de La Serena. Querida por las alumnas, a las que cautivaba con esa serenidad tan suya y su naturaleza afable y bondadosa, fué sistemáticamente combatida por la directora y parte del profesorado de ese plantel. Aquella situación se le hizo insostenible y renunció su cargo. La nota de la dirección es uno de los documentos más paradojales en la historia de la enseñanza pública de Chile. Asegura que Lucila Godoy Alcayaga carecía de toda inteligencia.

Las primeras producciones de Lucila Godoy son extensos poemas en prosa publicados en «La Voz de Elqui» y en «El Coquimbo» de La Serena. Estamos frente a una prosa pródiga de términos rebuscados y obscuros. La idea, si la hay, se arrastra penosamente. Con razón ella misma dirá veinte años después el adjetivo preciso, cuando asegura: «en esa edad que yo escribía tan escandalosamente mal». (1)

Con todo, aquellos poemas denotaban un espíritu nada vulgar y presagiaban un futuro artístico para su autora. Dirigiéndose a una amiga íntima le dice:

«Flota tu recuerdo como un copo de espuma, sobre el sombrío lado de mi existencia, como flotan las nubes sobre la negra cúspide del monte.

Entre los tintes de la sombra nocturna, veo aparecer los abismos de tus ojos enigmáticos y graves en cuyo fondo parece vivir un infinito de dolor y, rosas exangües, prendidas en un sudario funeral, las palideces de tu rostro».

Después agrega, en un tono no menos quejumbroso:

(1) Prólogo a «Caravana parda», poemas de María Isabel Peralta (1933).

«Deja verter el néctar acre que se desborda; dejar salir mi grito; no me impongas un angustioso mutismo, eso dice el alma cuando quiere sofocar su acento. Y yo la dejo que cante y pido a la inspiración una dulzura que temple mis acíbares; un ritmo que armonice su grito; una caricia que ensuavice las asperezas, las punzantes asperezas».

Y termina este sombrío poema diciendo:

«Nada hay más extraño y más triste que ese amor paradójico que hay en el alma por todo lo muerto y por todo lo ido. Y en esa locura sublime, yo guardo las cenizas de los pensamientos con que adornábamos el pecho; las hojas amarillas que guardan en caracteres ilegibles los versos primeros míos, cuya sencillez embriagadora me arranca aún lágrimas».

Es una necrodulía eterna la que reina en el corazón desolado. Y es feliz sintiendo las caricias de los recuerdos, únicas galas que de la primitiva muerte le quedan.

En 1908, Luis Carlos Soto Ayala edita una «Literatura Coquimbana», que será, como dice el autor, «una reparación de justicia, un homenaje póstumo a los hombres de ideas, a los luchadores incansables de esa provincia heroica cuyos hijos llevan enlazados en el campo de la vida, la espada del guerrero y el laúd del trovador. Será este libro una ofrenda de cariño y gratitud a los héroes del pensamiento, muertos o vivos, en esa región de poesía». (2).

En esa obra el señor Soto Ayala dedica un extenso estudio a la personalidad literaria de Lucila Godoy. Carecería este estudio de importancia si no lo avaluara un documento importantísimo: una carta en que Lucila define su modalidad artística y de la que más tarde se mostrará Gabriela Mistral muy arrepentida. Lleva esta carta fecha de 1907 y dice:

«Hace tres años que publico artículos, y hace dos que el arte me fué revelado en la persona de un libro, de un libro adorable de aquel que es mi maestro y al que profeso una admiración fanática, un culto ciego, inmenso como todas mis pasiones: Vargas Vila.

«Nunca olvidaré la impresión que me produjo aquella lectura tan bella, tan artística, tan sublime. Yo hasta entonces no conocía sino las novelas de Pérez Escrich, de doña María del Pilar, etc.

«Y aquí no he de prescindir de dar las gracias, con el alma, al que me inició en el mundo maravilloso de ese escritor, y fué un artista, el único artista de corazón que he encontrado hasta hoy.

«Conocida la primera obra, busqué las otras y ha ido en aumento mi cariño por él hasta ser colosal.

«Yo beso el diamante del genio, aunque esté encubierto de lodo. Y he dicho y aseguro que el alma de Vargas Vila es purísima, es humanitaria hasta lo inverosímil y hasta lo divino excelso, y hasta lo adorable tierna.

«Adoradora fanática del arte, siendo él mi única pasión, siendo mis sueños, mis anhelos y mis delirios sólo para él, no puede proporcionarme felicidad sino lo suyo. Leer un bello libro o hablar con un verdadero artista han sido venturas inefables para mí. Los verdaderos artistas son tan raros como los verdaderos diamantes. Así, pues, muy pocas veces he gozado de la charla literaria que, como yo la sueño, es algo encantador y deleitante, algo sublime y dulce, inefable.

«Soy modesta hasta la humildad y altiva hasta el orgullo».

(Continúa en la página 66).

(2) «Literatura coquimbana» (Estudios biográficos y crítica sobre los literatos que ha producido la provincia de Coquimbo), por L. Carlos Soto Ayala. 1908. 156 páginas.

DE GABRIELA MISTRAL

POR MIGUEL MUNIZAGA I.

Liceo de Niñas de La Serena, donde sirvió Lucila Godoy en calidad de inspectora.

Música en

Gloria Swanson, después de larga ausencia de la pantalla, reaparece en una cinta musical, en compañía de John Boles.

JUNE LANG ES UN CASO EXCEPCIONAL

Durante tres años el estudio la preparó cuidadosamente para su debut fílmico.

Solamente podría ocurrir en Hollywood.

Imagínense a una actriz pasándose 3 años en los sagrados recintos de un estudio cinematográfico, mirando cómo un gran número de chicas de su edad, obtienen papeles importantes y secundarios en 50 o más películas al año, mientras que a ella sólo se le permite uno o dos papelitos insignificantes que pasan inadvertidos durante todo ese tiempo.

Imagínense a esta chica estudiando durante esos tres años, drama, canto, baile, dicción, maquillage y una docena más de cosas — viendo a sus amiguitas alcanzar gran fama en la pantalla, mientras que ella entra diariamente a un diminuto salón de clases a ensayar diálogo y acción que nunca será filmado por la cámara.

Esto, hasta hace poco, había constituído la carrera de la nueva personalidad sensacional de la Fox: June Lang.

Desde 1931 la bella chica de los ojos azules y el cabello dorado ha sido mantenida bajo el más profundo secreto — un caso sin paralelo en la historia de Hollywood. La mayoría de los estudios tienen sus escuelas para instrucción particular de sus artistas jóvenes, pero muy rara vez pasa de seis u ocho meses la estada de los estudiantes en tales escuelas.

Tal como veremos a Gloria Swanson, en esta nueva producción musicada.

Una escena de "Música [illegible] que ha servido para [illegible] June Lang, la joven estrella de la [illegible] Fox.

el Aire

June Lang y John Boles realizan en esta cinta una de sus más terminadas interpretaciones.

En el caso de June Lang, sin embargo, los dirigentes del estudio quedaron tan impresionados con las posibilidades de la chica, que ordenaron que se le sometiera a la más esmerada instrucción posible, sin importar el tiempo que se tomara o los gastos ocasionados. Al cabo de tres años Lillian Barkely, instructora dramática de la Fox, anunció que su pupila no podía aprender ya nada más, y los jefes del estudio se dedicaron a buscar un papel apropiado para el debut de miss Lang.

Encontraron por fin la parte ideal en «Música en el aire», la producción de Erich Pommer para esa compañía. Gloria Swanson y John Boles con Douglas Montgomery habían sido seleccionados, pero faltaba una actriz para el importante papel de la campesina Sieglinde, papel que requería una artista joven, bella y de gran sensibilidad.

Se hizo una prueba con miss Lang y tanto el productor Pommer como el director Joe May quedaron convencidos de que era la persona ideal para la caracterización. De modo que por fin la bella June sale de su extraordinario retiro en un gran papel en una de las producciones más sensacionales del año.

Gloria Swanson fué la primera en descubrir el gran talento de John Boles.

Hace unos diez años, Gloria Swanson, se encontraba de vacaciones en Nueva York, esperando la preparación de su nueva película «Los amores de Sonya», para Artistas Unidos. Una noche fué a ver la nueva obra musical de William A. Brady, «Los besos de Kitty», que se presentaba en Broadway, y le llamó mucho la atención un jovencito alto, delgado, de ojos azules y cabellos muy negros que representaba uno de los papeles principales.

El nombre de ese joven era John Boles, que en aquellos tiempos era completamente desconocido fuera de la ciudad de Nueva York. A instancias de Gloria, abandonó los contratos en perspectiva que tenía en Broadway y se hizo su galán joven en «Los amores de Sonya».

La película se hizo aquel otoño, y aunque el actor declara francamente que el éxito de la obra se debió enteramente a la labor de miss Swanson, sirvió para introducirlo en Hollywood en donde ha alcanzado tanto éxito desde el advenimiento del sonido en la pantalla.

Ahora los dos astros aparecen juntos por primera vez desde el año 1926 en «Música en el aire», la célebre opereta de Jerome Kern y Oscar Hammerstein. Douglas Montgomery y June Lang también representan papeles importantes.

Los niños en Hollywood

Día a día surgen nuevos niños prodigios en la ciudad del cine. A la lista que encabeza Shirley Temple, debemos ahora agregar a las pequeñas grandes artistas que aparecen en estas fotografías y que son: Sebie Hendrick, de Universal; Jane Withers, de Fox; y la precoz Jane Baby, también de Universal.

Las Actric

Aquí tenemos a Elisa Landi vestida con un sobrio traje de terciopelo, de manga larga que en la muñeca se ajusta por un puño estrecho y falda de amplio ruedo que llega hasta los pies. Dos solos adornos de riqueza renacentista luce este traje: un motivo lateral a manera de hebilla y el cuello grande, todo realizado en cordoncillo de oro y cabochones incrustados en el dibujo, dando un total extraordinariamente refinado. Especialmente creado para la artista y destinado a la hora del té. (Foto Paramount).

Frances Grant nos enseña un adorable vestido de novia, muy en armonía con su belleza rubia e infantil. Está hecho completamente en organdí de seda y "picot", esas pequeñas huinchillas en zigzag en que las abuelas realizaban tan primorosas labores. En forma de campana la falda sin cola y muy ajustado al cuerpo. (Foto Fox).

Dolores del Río en la modernísima decoración de su hogar, nos muestra un traje de línea recta, hecho en tela de lana de angora, amorosa al tacto y de color gris-beige; falda y chaqueta son rectas. La blusa drapeada en el escote, es de raso brillante marfil. (Nótese sobre una mesita el retrato de Sandra Shaw — sobrina de Dolores—, la muchacha que lograra conquistar a Gary Cooper, el empedernido solterón y enamorado de tantas...) (Foto Warner).

la elegancia

En espera de su caballo que ha de llevarla por las montañas vecinas a Hollywood, Grace Bradley se deja admirar vistiendo pantalón de grueso paño, altas botas, chaqueta de tweed y blusa de cow boy, en viyela escocesa. Una corbata, un cinturón de cuero y un sombrero de paño, completan esta tenida original, que necesita una silueta alta y esbelta para lograr el efecto deseado. (Foto Paramount)

¡Qué lindo deshabillée el de Lilian Harvey! Raso, encaje y crepé georgette se han unido para hacer esta prenda íntima y maravillosa de frivolidad que la estrellita alemana usa al abandonar el lecho. Se contempla al espejo, pero, de seguro, su mirada no se contempla a sí misma, sino que, más allá de su reflejo, apercibe la figura recia y sonriente de Harry Fritz, su nonio lejano.

(Foto Columbia).

Para sus correrías por los boulevares de la ciudad del cine, Helen Hayes viste este simple traje sastre, de corte muy masculino, en tela muy fina de lana beige. Blusa camisero de crepe blanco. Fieltro café. Calzado blanco y café, en gamuza. Muy práctico, nos muestra este modelo que las mujeres, bajo todos los cielos, han adoptado esta especie de uniforme mañanero, al que cada cual puede darle el sello de su propia personalidad con un detalle cualquiera. (Foto M. G. M.).

WARREN WILLIAM.
(Foto Warner).

DA LUPINO
Paramount Pictures

¡Menos Frivolidad, Sta. Tree!

POR ELISABETH ANN LORING.

NUNCA conoció otro nombre. Se lo habían endosado al nacer, o tal vez al bautizarla, dos tías solteras que por primera vez en su vida estaban de acuerdo en algo. Y la sobrina se llamó Acacia.

Ya en la escuela comenzó el martirio que, por culpa de ese nombre raro, la acompañaría toda su vida. Y Acacia creció tímida, torpe y apocada.

Hacía seis meses que estaba empleada en casa de Allan Rosse y en ese lapso se habían retirado de la oficina tres chicas que iban a casarse. Claro que Acacia nada tenía que ver con estas decisiones, pero Allan Rosse no pensaba en igual forma, y una mañana la llamó a su despacho.

—Esta oficina, comenzó Allan, no es la misma desde que Ud. se encuentra en ella, y eso no me agrada...

Acacia se sentó inmóvil, con el cuaderno de notas apretado, y la mirada reflexiva. Tenía ojos tan verdes como las hojas de la acacia: la naricita respingada, el cabello oro: no claro, no divinamente rubio, sino ese color oro obscuro que tanto realza un cutis fino: terso y blanco, como el suyo, y que le cala en hermosos bucles sobre la cara.

—Esto tiene que terminar. No sé que va a hacer Ud. para conseguirlo, pero tiene que terminar porque es absurdo...

—¿Absurdo?... —Y después de corto silencio durante el cual él no la miró.

—Realmente no entiendo lo que quiere decir, señor Rosse.

Rosse la miró con esa mirada grave y seria que acostumbraba poner en los negocios de su agencia de propiedades. A pesar de esa seriedad impropia para su edad de 29 años, era un hombre atrayente y de mirada fija y penetrante. ¡Acacia había pensado muchas veces en esa mirada y lo encontraba tan simpático! Pero ahora estaba muy agrio, disgustado.

—Su trabajo es satisfactorio señorita Tree. Se trata de la moralidad de la oficina. Había mucha risa allí hace unos minutos. Le miró las medias, el adorno de su vestido, la línea perfecta de las piernas; paseó su mirada por su lindo traje azul.

—Sus vestidos no son apropiados para una oficina. Y aún más, desde que Ud. llegó, se han marchado para casarse tres de sus compañeras, las más eficientes, que antes no habían pensado en hacerlo, de eso estoy seguro. ¿Puede explicarme eso?

Acacia dijo que no con la cabeza.

—Bueno, lo que quiero es que esto cambie y... y por favor no use en la oficina ese nombre tan absurdo que Ud. tiene.

—¿El nombre...? Pero... no puedo cambiármelo, señor Rosse. Además las empleadas seguirán llamándome igual. No puedo evitarlo.

—Pero tendrá que hacerlo. Deseo que en las horas de oficina se hable sólo de negocios. ¡No podemos ocuparnos de frivolidades, señorita Tree!

—Pero...

—¡No la he autorizado para contradecirme...!

—Perdón... Y salió humildemente del despacho.

Rosse y Patkin tenían una sala grande, con cómodos escritorios y llena de aire y de sol para su personal. Allí trabajaban todos juntos, pero no se les permitía conversar.

Acacia se sentó pensativa; luego, decidida, levantó la cabeza y dijo:

—¡Tienen que dejar de llamarme Acacia y comportarse mejor en las horas de oficina. Y por amor de Dios, no se case ninguna, porque si no perderé el empleo...!

—¡Quisiera verme rehusando un matrimonio por salvarte el puesto! — contestó una voz.

Había una propiedad que Rosse y Patkin no habían podido vender. Se trataba de "El Abedul" en Hertfordshire, a una hora de la ciudad. Era una casa grande y muchos clientes la habían rechazado. Ese día se encontraba Acacia recibiendo el dictado de la correspondencia que le hacía Rosse, cuando sonó el teléfono. Contestó ella y luego, volviéndose a su jefe, le dijo:

—La única forma de vender esa casa sería interesando a una mujer en ella.

—¿Una mujer...? preguntó Allan intrigado.

—Sí, una mujer. Háblele Ud. del jardín, del dormitorio, de la cocina, intríguela y venderá la casa con facilidad. Recuerde que esta época del año no se presta para vender casas en el campo.

Allan la miró un momento pensativo, pero no se dignó contestar. Y Acacia continuó el dictado. Y como ésta esperaba, el cliente no compró la propiedad.

El socio de Allan, Derek Patkin, hombre cuarentón con más experiencia que Rosse pero menos capacitado para los negocios, ocupaba de vez en cuando a Acacia, aún cuando su secretaria oficial era la señorita Cotton.

Un día que trabajaban juntos se mencionó de pronto el asunto de "El Abedul" y Acacia aprovechó para exponerle su opinión.

—Es una buena idea, comentó Derek, esta tarde tengo que mostrársela al Coronel Gregson. Ud. vendrá conmigo y se encarga de convencer a la señora con sus argumentos.

Llegó la hora del te y Acacia salió sin decir nada a nadie. ¡Qué agradable era correr en el coche de Derek a pesar de la tristeza y obscuridad de esa tarde de noviembre! Se arrellanó en el asiento y trató de olvidar por un momento la imágen de Allan amenazándola si no cambiaba su manera de ser. Quizás pensaría mejor de ella si se efectuaba la venta. Tal vez...

"El Abedul" era una vieja casa

restaurada y había sido construida en un terreno sucio, feo y circundado de abedules que parecían tristes centinelas que contemplaban silenciosos el cielo obscuro. Acacia tiritaba de frío.

Adentro, la casa era diferente y más acogedora, y comenzó Acacia a desarrollar su plan. Le mostró las piezas una por una y a todas les dió su destino, le hizo ver la clase de muebles que necesitaban y se explayó hablando del "nursery", la pieza para los niños. La señora Gregson escuchaba encantada y convencida. Al principio encontró, como todos, que la casa les estaba grande, luego recordó que su hija vendría a vivir pronto con ellos, y que con ella estaría su marido y el nene, su nietecito de dos años y medio.

—¡Si Ud. lo viera! ¡Es tan bonito y tan gracioso!

Mientras tanto, Derek había entretenido al Coronel y se encontraron todos en el hall color caoba.

—Bueno, ¿Qué te parece la casa? Un poco grande para nosotros, ¿eh?

—Oh, no sé, contestó la señora Gregson, recuerda que pronto estará Evelyn con nosotros y la señorita Tree me ha explicado...

Cuando volvieron a la oficina se encontró Acacia con Allan y en cuanto la vió la llamó a su despacho.

—He preguntado por Ud. señorita Tree, ¿No le dí un contrato esta mañana?

—Está en mi máquina, señor. No creí que fuera necesario hasta la noche.

—Necesito referirme a él y creía que Ud. estaría aquí, ¿Qué ha estado haciendo?

Se veía interesante con su blusita azul, el cuello alto llegándole hasta las orejas, el Robin Hood caído a un lado de la cabeza.

—Salí... salí al Abedul con el señor Patkin...

En ese momento entraba Derek.

—Sí, dijo, y parece que esta vez la hemos vendido, viejo.

Y salió dejando solos a Allan y Acacia. Allan se mostraba duro, enojado.

—Parece que no contenta con desorganizar la oficina, se permite ahora turbar la moral de mi socio. Me parece que debió comprender esta mañana que no deseo que intervenga en el asunto de "El Abedul"...

—Pero el señor Patkin...

Sentía un intenso desaliento y le brillaban los ojos como si fuera ya a llorar.

—Ud. fué contratada por mí como taquígrafa. Durante seis meses la he observado cómo hacía estragos en la oficina. Lamento tener que decirle que tendrá que irse al fin de semana. Hoy es lunes. El próximo sábado quedará desligada de la oficina. Espero que pronto encontrará otro puesto más de acuerdo con su manera de ser y por mi parte tendré mucho gusto en ayudarla.

Durante este discurso de Allan, que significaba la calle para ella, Acacia contuvo sus lágrimas a duras penas, y sin poder hablar salió del despacho con la cabeza baja.

Dos días después, mientras recibía la correspondencia que le dictaba Derek, sonó el teléfono. Era el Coronel Gregson.

—¡Bravo!, dijo Derek, se queda con la casa. Es el mejor negocio de los últimos tiempos. ¡Cuatro mil! Tendrá Ud. que ir si la llama la señora Gregson. Parece que le agradan sus ideas.

—No podré, dijo Acacia sin levantar la cabeza de su cuaderno de notas, Ud. sabe que me voy el sábado.

—¿Qué se va? ¿Por qué?

—Oh, no ha sido idea mía. El señor Rosse me ha dado el aviso.

—¡Nunca he oído algo más absurdo! Despedida cuando acabamos de tener una idea brillante para vender propiedades! Yo hablaré con él.

—No, rogó Acacia, por favor no lo haga. Realmente no deseo quedarme. Además mi nombre...

—¿Su nombre? No entiendo...

—Sí, mi nombre, Acacia Tree. Todos me molestan y se burlan de él.

Cualquier cosa que suceda es motivo de risas por mi nombre y el señor Rosse dice que no es apropiado para una oficina. Tal vez tenga razón. Por eso me voy.

—¡Pues yo le aseguro que no lo hará...! Estoy haciendo mis propios planes para el futuro, continuó en voz baja, pero son para un mes más, cuando se termine el contrato que tengo con Allan. Por supuesto que hasta ahora es secreto esto y se lo cuento en confianza. Voy a trabajar por mi cuenta. El negocio aquí marcha bien, pero necesito ganar más dinero.

Pero seguramente... — comenzó Acacia. Realmente no le gustaba la idea.

—Oh, Allan trabaja bien, pero tiene una madre y una hermana que atender y así pierde muchas oportunidades. Mire, espere a que yo quede libre por el Año Nuevo, y se viene como secretaria mía, ¿qué le parece?

—¿Secretaria suya? pero...

—Ud. conoce el trabajo. Necesitaremos un junior solamente, y en cuanto a nosotros, trabajaremos juntos.

Acacia se mordió el labio inferior para contener el temblor que la agitaba. Trabajar con Derek en vez de Allan. Bueno, tenía que trabajar con alguien. Su nombre no la iba a salvar.

—¿Acepta?

—Sí, contestó, creo que aceptaré, eso me librará de ir de un lado para otro buscando empleo.

—¡Espléndido! ¿Qué le parece que celebremos esto esta noche?

—Oh, no podré...

—¿Otro compromiso?

—No, pero...

—Entonces vendrá. Puede irse a las cinco y media y tendrá tiempo para vestirse. Iré por Ud. a las siete. ¿donde vive?

Cuando llegaron, el local estaba atestado de gente. Dentro se sentía el bullicio de las conversaciones, la música, la alegría, el baile...

Acacia se había puesto un hermoso traje negro que, haciendo resaltar el verde de sus ojos, destacaba la delicadeza del cutis.

—¡Está Ud. encantadora! dijo Derek mientras se sentaban a la mesa. — ¿qué edad tiene Ud.?

Veintitrés años.

—¿Bailamos?

Bailaron, volvieron a la mesa y volvieron a bailar. Tomaron champán, porque, como Derek lo repetía incesantemente, estaban celebrando la venta de "El Abedul" y el brillante futuro que se les ofrecía. Acacia sintió que el champán se le subía a la cabeza y que ésta le daba vueltas. Sólo sus ojos se mantenían fijos y en ellos se enfocaba una imagen — la ceñuda visión de Allan Rosse.

Cuando regresaban a la casa, Derek la tomó en sus brazos, en el coche, e inesperadamente la besó.

—Vamos a tener un gran futuro, — le dijo — eres justamente el tipo de mujer que me agrada. Viva, alegre y de buena presencia. Has estado perdida en esa oficina, y cuando tenga la mía, trabajaremos los dos en mi despacho, ¿te agrada?

Acacia no contestó. Sentía que el pánico se apoderaba de su corazón. En su oficina... Y se había atrevido a besarla sin más que decirle que era alegre y de buena presencia. Los cocktails, el champán. Necesitaba andar, sentir en la cara el aire fresco de la noche, saber que todavía era Acacia Tree, taquígrafa de Allan Rosse.

En la puerta de la casa volvió a besarla ardorosamente estrechándola en sus brazos.

—Eres dulce, le dijo, pero tan fría...

Ella guardó silencio.

El resto de la semana siguió su curso, la semana más larga que había pasado Acacia. Derek no buscó ya pretextos para llamarla a su despacho y siguió tratándola con toda confianza, a veces discutió su plan, pero no la besó. Mejor, ella le hubiera hecho cambiar de pensamiento si lo hubiera intentado.

Era su última mañana en la oficina. A las once y media la llamó Allan, que toda la semana había evitado dirigirse a ella, y le entregó un sobre con su salario.

—¿Quiere tomar una carta?...

Estimado Dickson, me permito recordarle que... espero que estará conforme, señorita Tree, y ahora, ¿puedo saber dónde se va?

Acacia encontró que su voz era más amable que de costumbre. Probablemente por la venta de "El Abedul". Tal vez porque se vería libre de ella.

—Siento no poder decirlo.

—¿Por qué no?

—Supongo que no le interesa. Aquí estoy de más. Empecé por mi nombre, luego me culpó del matrimonio de tres compañeras, y si Ud. se hubiera tomado la molestia de averiguarlo, sabría que ya estaban casadas cuando vine.

—Señorita Tree, yo no esperaba...

—Lo que pasa es que nunca le han dicho la verdad. Se preocupa Ud. demasiado de los negocios y no se fija en los demás. ¡Es un egoísta!

—Ud. no aprecia las responsabilidades...

—No me importa. Pero antes que me vaya voy a decirle algo. Nunca podrá tener Ud. una secretaria estable. Si es alegre, está mal. Si se pone medias de seda, corrompe la

(Continúa en la página 66).

Hermoso conjunto con capa

Conjunto confeccionado en gruesa lana beige, finamente rayada de café. Como novedoso complemento, vemos una capa tres-cuartos, de la tela del traje, que reemplaza felizmente las chaquetitas, en los trajes de calle. El traje se ajusta al talle por un ancho y nuevo cinturón de cuero, que lleva un bolsillo cerrado por un cierre eclair.

Al lado vemos el traje, ahora sin capa.

Una interesante colección de cinturones de moda, están ejecutados en cuero y llevan como cierre, primero un escudo con iniciales, luego adornado de un lindo perrito de cristal, y finalmente, uno que lleva por cierre un grueso anillo de cristal.

1.— Traje en fina lana de movimiento muy nuevo imitando el corte de un abrigo. La falda debe su amplitud a un hondo tablón incrustado en su parte delantera. Se ajusta al talle por un ancho

2.— Vestido de lana suave de corte novedoso que abotona por dos grandes botones de galalita en el escote; y deja pasar los extremos de una corbata de seda de tono vivo. Puños de la seda de la cor-

3.— Lindo trajecito de marrocain de lana, de corte princesa. Cuello y puños de seda a lunares terminados por un

4.— De tono pastel cantador trajecito especialmente indicado días bonitos. El cane crusta en forma en ño y se cierra adel cuatro botones, los q también en la parte

DIAS DE SOL

1.— Conjunto compuesto de traje en fina lana obscura y simpática chaquetita de lana cuadriculada en tono claro, adornada en el escote por un gran nudo de lana de tono vivo.

2.— Trajecito en seda estampada. con mangas raglán, tres cuartos. Escote drapeado.

3.— Capa en lana azul que completa el trajecito 2.

4.— Lindo trajecito en lana de lana con un novedoso cuellito de tela blanca. El corte de la falda da amplitud en su parte baja.

5.— Para completar el trajecito 4, presentamos este lindo abrigo tres cuartos confeccionado en la misma tela del vestido.

6.— Conjunto compuesto de vestido y chaqueta suelta en fina lana beige. El vestido y la chaqueta llevan mangas raglán. Al cuello un pañuelo de seda a lunares. Cinturón de cuero de color vivo.

1.— Conjunto para el ski, pantalones de lana obscura y chaqueta también en lana, pero de tono claro. Completado por zoquetes, bufanda y gorrito tejidos en lana de color vivo. 2.— Traje dos-piezas de corte sastre. La chaqueta se abre sobre una fina blusita estilo camisero. La falda se cierra adelante con un cierre eclair. 3.— Falda de lana

junto para el ski en gruesa lana azul. Los pantalones largos y un poco bombachos, lo que da mucha libertad los movimientos. Chaqueta cruzada, cerrada por botones y ajustada al talle por un ancho cinturón de misma tela. 5.— Para llevar con los pantalones d

Lindas camisas y pantalones saut-de-lit

1.—Camisa de noche, en muselina estampada, de forma princesa. Mangas formadas por dos vuelos.

2.—De satén blanco, adornada de sesgos azul claro. Cinturón azul.

3.—En tolle de soie rosa pálido, adornada de encajes.

4.—De seda azul pálido, el escote redondo va bordeado de un sesgo de satén de tono más sostenido.

5.—Vemos también una de tolle de soie blanca, adornada graciosamente de vuelos recogidos.

6.—Saut de lit, de gruesa seda estampada, de amplias mangas abiertas sobre el codo.

7.—En satén azul claro, adornado de cisne en las vueltas y mangas.

8.—De seda estampada, cerrada a un lado por un lazo de la misma tela. Mangas formadas por dos vuelos acampanados.

9.—De estilo muy severo, en satén rojo, adornado de encajes.

10.—De satén rosa pálido, adornado de cisne en las vueltas y mangas.

11.—En gruesa seda estampada, de corte muy sencillo.

12.—En crepe satén marfil, cerrada a un lado. Mangas raglán que llegan al codo, adornadas en su borde por cisne.

La moda infantil

1.—Aquí tenemos a Nina, con un vestido de hilo escocés blanco, rosa y verde; con el talle muy corto; cuello de hilo blanco y verde.

2.—Esta es Sofía; lleva un vestido en lana coral, con incrustaciones de tela blanca.

3.—Marieta usa un vestido de lana, mezclada: cuello y puños de piqué blanco.

4.—Marco con traje de vivela gris claro; botones de galalith en el mismo tono; mangas raglán.

5.—Anita, con abrigo de lana verde manzana.

6.—El ensemble de Josefina se compone de falda y chaquetita gris claro; blusa de hilo imprimé, blanco y rojo.

7.—Margarita lleva un encantador vestido a cuadros, beige y café.

8.—Abriguito para niña, confeccionado en lana suave. Estrechas bandas de piel adornan el cuello, mangas y bolsillos.

9.—Abrigo en lana diagonal. Práctico y abrigador cuello cruzado y abotonado. Bolsillos sobrepuestos.

10.—Abriguito con capa, en lana obscura. El cuello-echarpe anuda adelante.

11.—Abrigo para niño, en tweed mezclado. Corte cruzado, que cierra con seis botones adelante.

12.—Abriguito con capa para la nena, confeccionado en lana roja. Cuellito y puños de piel negra.

13. — Abriguito en lana azul mediano, cerrado adelante por un botón. Mangas raglán.

14.—Abrigo en paño sedán castaño. Lleva un pequeño cuellito de piel café.

15.—Terno para chico, en paño mezclado. La chaqueta es un poco cruzada y lleva cinturón. Bolsillos de parche.

16.—Pull-over para chico, tejido en gruesa lana de dos tonos. Cierre eclair.

ROSE VALOIS hace este gorro en taffetas azul marino, está bordado con puntos blancos. El sombrero de la derecha es una combinación de fieltro negro adornado con cinta blanca.

LE MONNIER nos indica un bretón en paño negro, trabajado con pespuntes; cinta de falla negra. El de la derecha en paño flexible, inclinado naturalmente hacia adelante, adornado con cinta gros grain en tres tonos.

SUZI.— Nada más encantador que este sombrero en terciopelo negro adornado con plumas en el mismo color.

SUZI.— Original sombrero en fieltro brillante de un hermoso color azul turquesa adornado con cinta gros grain azul marino.

MARIE ALPHONSINE nos muestra una simpática campana negra, la cinta de gros grain en colores blanco y rojo se coloca por el frente en forma de plisado. Después este gorro inclinado hacia adelante en color azul marino, con cinta gros grain blanca.

JEAN PATOU presenta este lindísimo sombrero en fieltro azul marino, adornado a un costado de plumas que tienden hacia adelante, en color rojo con lunares blancos.

SWEATER en ANGORA

Con lana angora se hacen lindos sweater, aun cuando se emplee un punto sencillo.

La explicación de este pull-over, cuya delantera y espalda están tejidas a lo largo, corresponde al talle 44 (largo 55 cms. contorno 96 cm.). Por cada talle diferente agregar o quitar 20 puntos (10 delantera y 10 espalda).

Indicaciones: 170 gramos de lana; 150 gr. verde jade y 20 gr. blanca. Palillos de 2mm. para el canutón y de 4 1|2 mm. para el cuerpo y las mangas.

Puntos empleados: 1.o) Punto canutón; 1 rev. 1 der. (para la cintura, puños y huincha del cuello). —2.o) Punto correteado a rayas todo al derecho, 2 hileras blancas, 2 verdes, 2 blancas, 6 verdes, etc. (para el cuerpo).—3.o) Punto de jersey: 1 d. 1 r. (manga y pata del hombro).

DELANTERO: Se empieza en la costura del lado izquierdo y se trabaja arriba. Urdir 12 p. Agregar en uno de los extremos del palillo, con una corrida de intervalo, 3 veces 12 p. (bocamanga). Tejer 6 corridas. Después del mismo lado agregar 6 veces 1 p. con una corrida de intervalo. En seguida agregar 23 p. del mismo lado para el hombro y tejer 20 corridas haciendo todavía un aumento de 1 p. cada 8 corridas. Después formar el rebaje del cuello disminuyendo 1 p. con un intervalo de 1 corrida durante 26 corr. Tejer 14 corridas iguales. Cerrar 20 puntos para la abertura de la delantera. Urdirlos en la corrida siguiente y terminar el tejido tomando la explicación a la inversa.

ESPALDA: Urdir 15 p. Agregar a un lado con una corrida de intervalo 2 veces 16 p. Formar la bocamanga como en la delantera. Agregar 18 p. para el hombro. Tejer 38 corridas agregando, para formar el cuello, 1 p. cada 9 corridas. Tejer 25 corr. iguales. Terminar el tejido tomando la explicación a la inversa. Tomar 178 p. de abajo de la espalda y delantera; tejer 6 1|2 cm. de canutón y cerrarlo en seguida.

MANGA: Se principia por abajo. Urdir 58 p. Tejer 7 cm. de canutón. En la parte del punto de jersey agregar a cada lado 4 veces 1 p. cada 16 corr. y 6 veces 1 p. cada 8 corr. Cuando se llevan 44 cm. de altura total, disminuir en cada lado 5 p. con una corr. de intervalo; 6 veces 1 p. y 10 veces 2 p. Tejer 9 cm. con los puntos restantes (pata del hombro). Cerrar.

CUELLO: Urdir 17 p. Tejer 2 cm. Cerrar los 4 p. del medio. Aumentarlos en la corrida siguiente (ojal). Hacer 3 ojales más cada 5 cm. En los 13 cm. agregar 110 p. a un lado. Tejer 4 cm. y cerrar todos los puntos (pata y huincha del cuello). Para la pata de abajo urdir 17 p. Tejer una huincha de 19 cm. y cerrarla en seguida.

GORRO Y ECHARPE A CROCHET

Este encantador conjunto comprende un gorrito formado arriba por 3 puntas; una de ellas está sujeta por un nudo, y de una echarpe compuesta de dos fajas que se amarran separadamente en el cuello. La explicación corresponde a 54 ó 55 cm. de contorno de cabeza (la lana se dobla).

INDICACIONES: 100 gr. de lana, 75 gr. azul y 25 gr. blanca; 1 crochet.

Puntos empleados: Punto enrejado (écharpe y gorro).

1.a corr.: Tejer una cadeneta del largo necesario Hacer una media brida, picar en una malla, hacer una media brida, picar en la malla siguiente, hacer una media brida, pasarla a través de las 5 medias bridas que envuelven el crochet, hacer una malla al aire, etc.

2.a corr.: 2 mallas para dar la vuelta, hacer una media brida, picar a la derecha de la brida de la corrida anterior, hacer una media brida, picar a la izquierda de la brida, 1 media brida, pasarla a través de las 5 medias bridas que envuelven el crochet, 1 malla al aire, etc.

2.o Medio punto (borde del gorro).

GORRO

El gorro se teje en forma redonda, sobre una cadeneta del largo necesario. Hacer 25 corridas. Terminar con 4 corridas de medio punto. (Un medio punto en cada malla). Dividir la faja en 3 partes iguales. Hacer un punto para juntar los 3 lugares marcados. Fijar uno de los cascos con un pequeño nudo blanco (4 corridas de medio punto sobre 20 cm. de largo).

ECHARPE

Hacer una cadeneta en color azul, de 75 cm. Tejer 10 corridas disminuyendo un pan a un lado y aumentándolo en el otro extremo en cada corrida. Hacer una faja blanca igual. Coserlas 20 cm. en el medio.

* * *

SWEATER DE LANA FINA

Este lindo pull-over de deporte, fino y agradable para llevar, está adornado en el escote por una faja retorcida y abotonada por delante, formando el cuello. Esta explicación corresponde al talle 42 (largo 50 cm.; contorno 90 cm; largo mangas 56 cm.). Por cada talle diferente hay que agregar o quitar 20 p. (10 delanteros, 10 espalda).

INDICACIONES: 150 gr. lana color verde botella, 2 palillos N.o 2 (3 mm. de diámetro).

PUNTOS EMPLEADOS: 1.o) Canutón (cintura, puños, canesú de la espalda y delantero).—2.o) Punto correteado (cuerpo, mangas, cuello), siempre al derecho.

DELANTERO: Se comienza por abajo. Urdir 154 p. Tejer 7 cm. de canutón y 32 cm. de punto correteado. Disminuir con una co-

rrida de intervalo, en cada extremidad del tejido, 1 vez 6 p., 1 vez 5 p., 1 vez 4 p. y 5 veces 1 p. A los 42 cm. de largo total, dividir el tejido por el medio. Trabajar a un lado, tejiendo los 40 p. antes de la bocamanga de canutón (canesú). A los 42 cm. de largo, disminuir 9 p. para el escote y con una corrida de intervalo 5 veces 2 p. y 5 veces 1 p. Cuando la bocamanga tenga 19 cm., disminuir los puntos 7 por 7. La 2.a mitad, tejerla igual.

ESPALDA: Se principia por abajo. Tejer 144 cm., seguir la explicación del delantero, suprimiendo la hendidura y formando el canesú de todo el ancho de la espalda. Disminuir 7 por 7 los puntos de la espalda y en seguida los del escote.

MANGAS: Se principia por abajo. Urdir 72 p. Tejer 6 cm. de canutón, después el punto de jersey agregando un punto en cada lado por cada cm., hasta 130 p. en total. A los 45 cm. de largo, disminuir a cada lado, 1.o 4 p., después 1 p. con una corrida de intervalo hasta 20 p. que se disminuyen juntos.

CUELLO: Urdir 20 p. Tejer una faja de 50 cm., coserla al escote, abriendo en cada extremidad un ojal. Torcer las extremidades y abotonarlas como lo demuestra la fotografía.

PULL-OVER CHINESCO

Este pull-over de deportes, es ajustado al talle por un cinturón abotonado al lado. Está confeccionado con la lana chinesca, la que una vez tejida toma el aspecto de una tela.

Esta explicación corresponde al talle 42 (largo 42 cm., contorno 90 cm.). Por cada talle diferente hay que agregar o quitar 12 p. (6 del. y 6 esp.).

INDICACIONES: 250 gr. de lana chinesca (beige, café y blanco).

PUNTOS empleados: El pull-over está hecho en punto de jersey (una corrida derecho, una corrida revés).

DELANTERO: Se principia por abajo. Urdir 85 p. Tejer 56 corridas, formar la bocamanga disminuyendo a cada lado 6 p. Después en cada corrida 1 vez 2 p. y 2 veces 1 p., cuando se llevan 60 corr. desde abajo, dividir el tejido por la mitad. Trabajar un lado disminuyendo en el escote 1 p. cada 5 corr., en la corr. 103 desde abajo, disminuir los puntos de 7 en 7, empezando por la bocamanga. La 2a mitad igual.

ESPALDA: Urdir 80 p., seguir la explicación de la delantera. Después de haber disminuído los hombros, disminuir los puntos del escote.

CINTURON: Urdir 10 p. tejer 22 cm., cerrar los puntos (delantero), hacer una faja igual para la espalda. Unir estas dos fajas a una huincha de cintura. Coserlas abajo del sweater. Formar ojales a los lados.

ORILLA: Urdir 5 p., tejer una faja de 60 cm., coserla al escote. Para la bocamanga hacer 2 fajas iguales de 42 cm.

PARA EL PROXIMO CAMBIO DE ESTACION

Si el mes de junio es, para los vestidos, un período de espera, no reza lo mismo en cuanto al sombrero que precede a la aparición del otoño y de la caída de las hojas, volviéndose menos ligero y "brillante".

Por el momento, han surgido unos sombreritos de tafetán pespuntado, cuya forma es tan pequeña y tan chata, que se les denomina "tamborines". De tafetán blanco y con un velito negro, "en forma", que revolotea sobre los ojos, esos sombreritos son juveniles y muy atractivos.

Se preparan también unas formas redondas, bien levantadas adelante, en el tipo "bretón", son de tafetán liso o escocés, mezclado con fieltro. Algunos sombreros, muy planos, son, en cambio, excesivamente alargados, con bordes enrollados al costado, y bajados sobre el rostro, como sombreros eclesiásticos. Las alas, las fantasías de plumas o las brizmas de "paraíso" son la exclusiva guarnición de estas formas, que deben conservar la pureza de su línea y la ligereza de su aspecto.

Las toscas redondas, todas de plumas de gallo un poco rizadas, son extremadamente bonitas, hasta las de matices claros — por ejemplo, de azul violáceo—, para acompañar un traje sastre azul marino con un gran cuello de zorro teñido del mismo tono.

Las modistas han tomado la feliz iniciativa de crear unos preciosos "echarpes" muy cortos y que se anudan en el interior de los tapados; ellos recuerdan, por su colorido, el tono del sombrero o de su adorno. Son "echarpes" de dos tintes, de crespón "marrocain" o de vicuña, ornados con gruesas iniciales incrustadas, de una tonalidad diferente o de metal.

En ciertas casas de sombreros hay una tendencia manifiesta hacia las copas puntiagudas, alrededor de las cuales corren torzales de colores vivos: luego se ven sombreros que son reminiscencias de los de tipo "amazona" del segundo Imperio y, finalmente, el gracioso sombrerito de la próxima estación, indefinido, audaz, y al mismo tiempo espiritual.

Sombreritos flexibles, de tafetán o de lentejuelas, recogidos con algunas plumitas finas y destinados a las veladas; sombreros de lana o de gamuza correspondientes a los guantes y a los chalecos de deporte. Modelos graciosos, inéditos, en concordancia con los pequeños rostros muy pintados y arreglados, que caracterizan a la jovencita moderna...

UN STOR BORDADO

El bordado Richelieu es un adorno que se emplea muy a menudo para los stores, cubrecamas, mantelería, cojines y toda clase de carpetas. Damos en esta página un hermoso y moderno motivo para ejecutarlo con Richelieu.

Se bordará con hilo mercerizado blanco nieve, sobre tela de hilo crudo si se trata de stores, mantelería, etc. Para la lencería se usará hilo fino blanco.

Todos los bordes se festonean con hilo mercerizado.

El corazón de las flores se borda antes de ejecutar el festón. Las bandas bordadas se montan a la tela con un calado de un centímetro de ancho.

MANTEL PARA EL TE

Muy original el adorno de corazones de este hermoso mantelito. El centro está hecho en género de hilo verde nilo; la orilla y corazones en hilo de a cuadros verde y blanco.

Los Moldes de Familia

Falda y tres-cuartos en lana quadrille en tonos beige y café; el paletó tiene grandes bolsillos sobrepuestos; cinturón en gamuza café.

Abrigo para niñita en lana diagonal con cuello redondo; está abotonado por delante; cuellos, puños, bolsillos y orillas pespuntados.

Estos moldes se despachan al recibo de su carta con treinta centavos en estampillas. Dirigirse a "FAMILIA", Casilla 84-D, Santiago.

Juegos de salón

La vida moderna, con su ritmo acelerado, ha olvidado los juegos de los buenos tiempos pasados. Pero a pesar de la radio y del cine, muchas noches frías de esta época, invitan a organizar juegos en reuniones familiares. He aquí dos juegos que pueden entretener a usted y a sus amigos cualquiera noche de estas.

EL GRAN MONITOR

El Gran Monitor es un jugador que, trepado en una silla, una mesa, o cualquiera parte alta, toma una posición «amaneradamente majestuosa». Sus compañeros pasan, **uno a uno** ante él, **con gran seriedad** y mostrando **gran respeto**. Al llegar frente al Gran Monitor, hacen una reverencia muy ceremoniosa e, inclinando el cuerpo, dicen por tres veces seguidas: «Gran Monitor, yo te saludo sin reír ni llorar». Y efectivamente, deben decirle tales palabras de modo formal y serio. Y mientras hablan, el Gran Monitor saca la lengua, voltea los ojos y, en una palabra, hace mil piruetas y cuantos gestos y contorsiones extravagantes pueda, con el fin de **hacer reír** al que lo saluda. Si lo consigue, este último pasa a ser el Gran Monitor.

EL ANILLO DE PUNTETE

Material. — **Una cuerda y un anillo metálico o de madera.**

Se unen los extremos de la **cuerda**; pero antes se mete en ella el **anillo**. Los jugadores se colocan en círculo **tomados de la cuerda**, y otro, en el centro, hace el papel de PUNTETE.

Dada la señal, comienzan los del círculo a mover constantemente las manos a lo largo de la cuerda, pasándose el anillo unos a otros. PUNTETE se lanza a buscar su anillo, dirigiéndose ya a uno, ya a otro, **pero nunca a dos seguidos o a tres**, según las condiciones estipuladas. Aquellos a quienes se dirija, tienen la obligación de levantar las manos, y si el anillo está allí, cambian sus papeles. Si al pasar de uno a otro el anillo queda descubierto, y lo toma PUNTETE, pierde, por lo general, el que no lo tomó a tiempo. Ninguno debe tener el anillo, so pena de perder; si PUNTETE u otro de los jugadores, sospecha que está detenido o quiere saber dónde se encuentra, grita: «abierto», y el que lo tiene levanta las manos. Siempre que se descubra de ese modo, para comenzar de nuevo, **PUNTETE da una o dos vueltas en el centro antes de atacar**. No es necesario que el anillo avance siempre en la misma dirección, antes, conviene que **corra en sentido opuesto**. También se pueden colocar **dos o más anillos**, si el círculo es muy dilatado.

OBSERVACIONES. — Cuando el mismo juego se practique por las niñas, se cambiará nombre a la que está en el centro, llamándose, por ejemplo: DOÑA SIMPLICIA, DOÑA TIBURCIA, DOÑA PANCRACIA, etc., etc.

Buen tono

COMO SE DEBE SALUDAR

No todos los saludos son iguales, pues se cruzan entre personas de diferente sexos, categoría y edad, y existiendo entre ellas señaladas diferencias, conviene clasificarlos para la buena orientación del lector.

Creemos una cosa cursi los amaneramientos y adaptaciones de modas en el saludo. Haciéndolo con gentileza y soltura, el saludo siempre será elegante, sin que tenga que someterse el que saluda a describir líneas en el aire con el sombrero en la mano. Requiere espontaneidad y sobriedad, dándole un matiz que gradúe nuestra satisfacción por el encuentro con el saludado.

Existen reglas de etiqueta que apuntan como solución, cuando no se quiere saludar a una persona, el viejo tópico de entretenerse mirando a un escaparate, solución poco digna, ya que nadie obliga a tener amistad con otra persona. Puede ocurrir que una buena amistad se enturbie por una acción o una palabra que nos haya molestado, y en este caso, en vez de esquivar el saludo, lo que debemos hacer es afrontarlo y, conduciéndose dentro de la buena educación, explicar la molestia que se nos causó. Si ha sido sin intención de herir nuestro amor propio, recibiremos del amigo una explicación, quedando la amistad en el estado que estaba antes.

Entre personas educadas no puede ocurrir que el amigo a quien pedimos una explicación, nos conteste groseramente; pero previniendo este caso, aconsejamos que porque él no tenga educación no vamos nosotros a ponernos a su nivel contestándole en igual forma, sino que, por el contrario, con sequedad, pero con urbanidad, nos lamentaremos de habernos equivocado al darle nuestra amistad, que le retiraremos en aquel instante. La nobleza y la verdad son dos columnas que sostienen la amistad verdadera; por eso aconsejamos así, creyendo que la amistad se debe tener con otras personas mientras sea sincera, correspondiendo a nuestra lealtad.

No se puede, por tanto, saludar igual al amigo íntimo que al simple amigo o conocido, ni al catedrático que al compañero de estudios, ni a la señora del profesor que a la joven amiga de reuniones de sociedad.

También hay que evitar que le demos al saludo la expresión de nuestro estado de ánimo al hacerlo. Cuando tenemos una satisfacción, alegría o triunfo, no vamos a darle efusión al saludo que hagamos a una persona de todo nuestro respeto. Igual acontece con el agobio de una pena, disgusto o contrariedad, que no debemos transmitir a la persona que saludamos.

Cada día nos acercamos más, con respecto al saludo, al inexpresivo y frío de los ingleses.

Los caballeros, al encontrar a señoras conocidas, observarán si ellas les autorizan al saludo con un ademán de satisfacción y, entonces, se descubrirán con una reverencia más o menos grave, según sea el grado de amistad que con la dama se tenga. Igual hará el inferior con el superior: esperar su venia para saludarle. Partirá del superior el pararse, aunque sólo sea para cambiar las cortas frases de cortesía para preguntarse por la salud, a no ser por un asunto de importancia o una noticia que tenga que darle; en este caso el inferior podrá parar al superior. Las damas jóvenes saludarán antes a las personas de diferente sexo que sean de más edad o categoría. Cuando se trata de dos personas de igual edad o categoría, y siempre que sean del mismo sexo, es indiferente que sea uno u otro el que salude primero.

ULTIVESU BELLEZA

EL CUTIS

El cutis es al rostro lo que el terreno es al paisaje.

Recuerdo cierto jardín del sur argelino, en el que se hallaban reunidas las más raras esencias de árboles, agrupadas las más bellas flores, todo bajo el índigo de un cielo milagroso.

Sin embargo, el conjunto no satisface ni a la vista ni al espíritu, por la razón que el terreno está formado de arena, rastrillado, hasta barrido, parece seco y sin vida, como si fuera cartón. No se establece la debida unión entre las ramas, el cielo y las flores. La belleza de esta vegetación y de este azur resulta inútil. Ni siquiera se siente, ni siquiera se ve.

Un cutis defectuoso, destruye de este modo la armonía de los más puros rasgos. Es indispensable que estén ligados entre sí por algo que realce su valor.

¡Cuántas muchachas encantadoras a los dieciséis años, conviértense en vulgares y hasta en feas en cuanto que el rosa de la juventud se marchitó en sus mejillas!

Todos sabemos que nada es tan efímero como la lozanía de las mejillas femeninas. Por eso es muy rara la mujer que no empolve su rostro. Esta coquetería universal, la sola casi admitida por los más acérrimos detractores del afeite es, que nadie lo dude, un instinto de artista.

Pues, bien. Empolvarse no basta.

Muchísimas mujeres creen que es suficiente coger la borla y pasarla rápidamente por la cara, echando una ojeada al espejo.

No. No existe nada tan delicado, que tanto cuidado exija. Y, por lo demás, los polvos no bastan para recobrar la lozanía muerta.

Puestos así, de cualquier manera, a la diabla, dejan entrever lo mismo que querían ocultar. Además, no permanecen o permanecen nada más que en ciertas partes. Y henos aquí, de nuevo, en medio de enfadosas geografías. Preguntaban a una encantadora dama (tenía más de cuarenta años) qué es lo que se ponía en el rostro para conservar su lozanía, y respondía: «Pongo cuidado, sencillamente».

Veamos detalladamente en qué consiste este cuidado.

Para empezar: **no lavarse nunca la cara con agua.**

Sé que hay epidermis femeninas sólidas que permanecen intactas a pesar de todas las barbaries. Pero aquí no hablamos de excepciones.

El agua (caliente, tibia o fría) seca y brutaliza la piel de la faz.

Lo mejor es, a mi parecer, lavarse con alcohol (más o menos disfrazado con el nombre de loción). Es preciso que el lavado constituya un verdadero «fregado». No olvidar ni un átomo de la piel. Frotad bien con un algodón hidrófilo. Y no secarla en seguida. (Algunas pieles demasiado secas temen al alcohol. En ese caso descúbrase el ingrediente que convenga).

Una vez limpia, la piel pide que se le **alimente.**

Este alimento de la piel no puede ser el mismo para todo el mundo. Hay que estudiar el terreno. Habrá que variar el producto según que aquel sea grasiento o seco. Creo que un producto a base de glicerina es propicio en todos los casos. Pero cada coqueta hallará lo que necesite.

Sea lo que fuere, los poros deben empaparse bien del alimento que a ellos se destina, antes de tratar de arborar el afeite. Me parece que hace falta, por lo menos, una hora para que esta penetración se efectúe verdaderamente en buenas condiciones.

Bueno será, por consiguiente, después del lavado con alcohol, untar la cara con el segundo producto y continuar el aseo sin ocuparse más de ello.

Por otra parte, hay muchas mujeres que van y vienen en sus casas, durante el curso de la mañana, antes de arreglarse la faz. Que aprovechen esos momentos para que quede empapada generosamente. En el instante en que, más tarde, deban terminar el tocado, se encontrarán con una piel bien preparada para lo que después venga, es decir, más tierna, sin ser demasiado grasienta.

Cuídese, si es posible, de no enjugar el rostro untado. He ahí el momento de emplear la leche de belleza o la crema. La leche se acomoda a los cutis finos y transparentes; la crema, para la piel rugosa, salpicada o estropeada.

La leche o crema, dejadla secar antes de empolvarse.

Y ha llegado el momento de abordar un asunto muy importante: la nariz.

RADIOGRAMAS

A TODAS PARTES DEL MUNDO

"Vía Transradio"

SERVICIO RAPIDO Y SEGURO

Cuatro circuitos directos:

NEW YORK,
LONDRES,
BERLIN,
BUENOS AIRES.

Oficinas, en:

SANTIAGO:
Agustinas, 1036.

VALPARAISO:
Prat, 863.

CON GRANDES REBAJAS

la CASA CINTOLESI ofrece modelos de última novedad en terciopelo y fieltro.

Visítela para convencerse. Para clochas de fieltro, exija la «Marca sello rojo», fabricadas especialmente por Cintolesi Hnos., Ltda.

B. CINTOLESI

MONEDA 811.

Pregunte a sus relaciones

POR

CHAMPAGNE

y le responderán solamente:

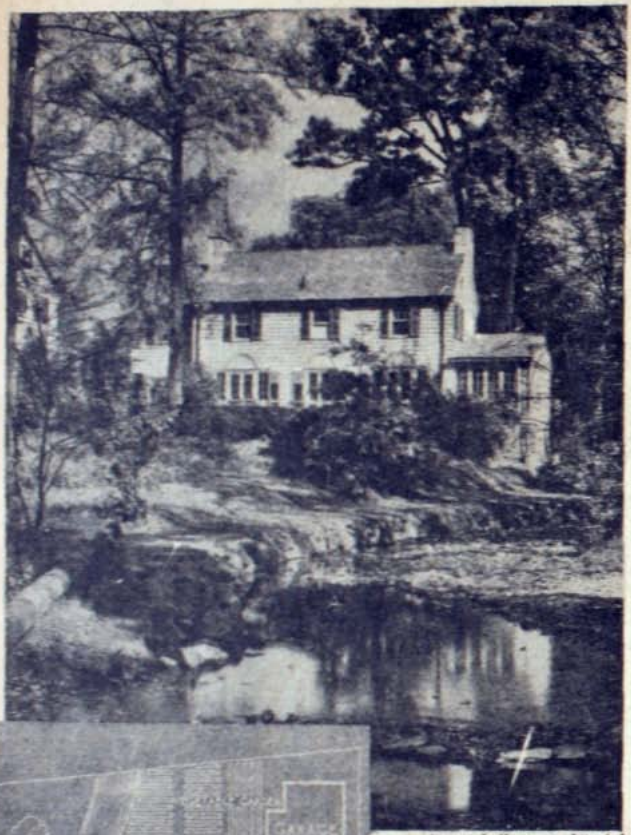
¡¡PROTOCOLE!!

Ordenes:

Delicias esq. San Ignacio.

Teléfono 64581. Casilla 8036.

SANTIAGO.

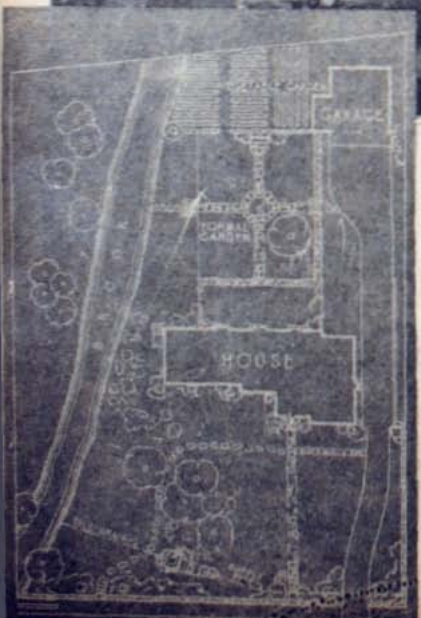


La casa aislada requiere un cuidado especial del paisaje que la enmarca. Pequeña o grande, corresponda al estilo que sea, tenga un diminuto jardín o un gran parque alrededor, debe vigilarse desde el primer momento su orientación, para que las habitaciones reciban la mayor ración de sol posible y también de aire, trazando jardín o parque en relación a ella, no solamente en

ARMONIA

su fachada total, sino en la ubicación de puertas y ventanas.

A veces se compra un sitio donde hay árboles, y por aprovechar su sombra, su fruta o simplemente su belleza, se los deja donde estaban, aun cuando su espeso follaje sea motivo de que una pieza no tenga sol. Por cierto que habría que sacrificar el árbol a la salud de los moradores. Otras veces se trata de viejas enredaderas que se lian a las paredes y con las cuales se encariñan todos. Proveen de cuanta clase de bichos hay a los moradores; pero nadie se decide a hacerlas desaparecer, por un mal entendido romanticismo.



El jardín o parque debe ser un complemento al interior, a más de un bello marco para el exterior. Una puerta abierta debe dejar ver la avenida de entrada, con sus piedras entre las cuales el pasto crece, fino musgo que dibuja un caprichoso arabesco. La terraza tiene al frente un prado en que una manga de riego traza sus arcos de fino iris. Y más al fondo se muestra un recorte de bojes que oculta el trozo de huerta para los gustos de la señora.

La ventana ancha del comedor se abre sobre otro trozo de jardín en que hay una pequeña fuente rústica, agua clara con peces rojos y nenúfares. Y por el otro costado las ventanas del escritorio y del salón tienen enfrente la larga hilera de rosales que bordean la callecita por la cual el auto llega a guardarse en el garage.

En los sitios pequeños debe evitarse el amontonamiento de motivos ornamentales. Es preferible entonces que el jardín tenga solamente prados, ya sean de ray-grass o de flores de una sola clase. Uno que otro arbusto y muy contados árboles. Sólo en los grandes parques se pueden permitir fantasías en materia de fuentes, de figuras, de tinajas, de macetas, de variedad de flores, de arbustos y de árboles.

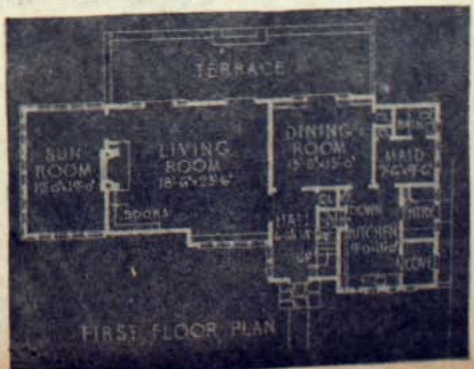
Dentro de las casas pequeñas hay que seguir el mismo

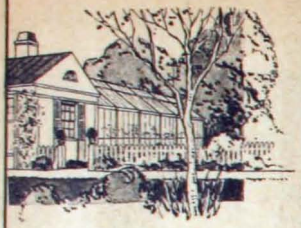
consejo decorativo: Nada de excesos de muebles. La arquitectura moderna tiende a solucionar estos problemas en una forma, a más de agradable al buen gusto, propicia a la economía, ya que una cantidad de muebles han sido eliminados mediante los closets que se distribuyen en todas las habitaciones. En esta forma los armarios, las cómodas, los aparadores, no aparecen en ningún decorado del día. Los muebles están reducidos a lo esencial: mesas, sillas, mesitas enanas para facilitar la lectura y el descanso, sillones profundos para la

ENTRE la CASA el JARDIN y el INTERIOR

fatiga del hombre rendido de la jornada, sofás para la holganza de las charlas a la hora del té, camas-divanes que hacen del dormitorio una salita o una pieza de estudio; todo se ha simplificado a la par que adquiere una suma comodidad.

Los motivos de adorno tienen la misma sobriedad: un cuadro, un grabado antiguo, una maceta de cactos, un bonito cristal, una cerámica, una lámpara de luz baja, un tapiz de colores cálidos. Con tan poco, pero con mucho gusto, la casa del hombre moderno ha llegado a una perfecta armonía entre el exterior de simple línea, el jardín que le sirve de marco y el interior de sobrio decorado.



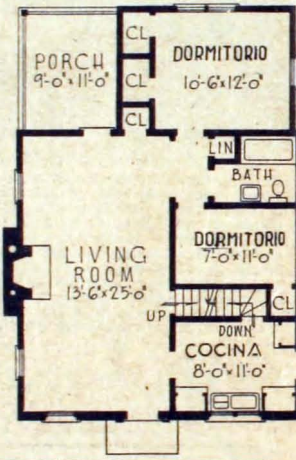


PODA DE LOS ARBOLES FRUTALES EN GENERAL.— Es una operación indispensable y que tiene la ventaja de transformar las ramas estériles en otras fructíferas y la conservación de la forma dada desde un principio al árbol. La poda se efectúa de ordinario en las ramas del año, pero puede practicarse también sobre otras más viejas. Se puede efectuar durante todo el invierno, pero es preferible dejar pasar los grandes fríos y no volver a empezar la poda hasta julio para terminar en agosto. Es de recomendar el empleo de instrumentos perfectamente afilados, en forma que con ellos pueda obtenerse un corte franco, ligeramente biselado hacia el último botón y a unos 3 milímetros de éste. Este principio se aplica a todos los árboles, arbustos y plantas, excepto a la vid, con la que se operará como ya se dijo.

PASTA PARA CONSERVAR EL BARNIZ DE LOS ARNESES.—Háganse disolver 30 gramos de sebo de cordero en 60 gramos de agua caliente, igual cantidad de jabón negro, 90 gramos de cera de abeja y otro tanto de azúcar. Déjese fundir y enfriar en seguida y agréguense 16 gramos de esencia de humo y 60 de aguarrás. Mézclese todo muy íntimamente y consérvese esta pasta así preparada en una caja de hojalata bien tapada.

Para el Week-End

He aquí una pequeña casa que se presta para agrandarse en el futuro y que tiene condiciones para servir de primer paso en la vida a muchos matrimonios. Su disposición es compacta y a la vez muy práctica. Tal vez la novedad mayor consiste en tener la cocina inmediatamente a la izquierda de la entrada, la cual da a un gran living-room, dando la impresión de una casa de mayores proporciones. Los dormitorios se encuentran servidos por un baño y la cocina tiene una entrada lateral muy cerca del frente de la casa. Esta entrada obliga a dejar a este lado de la casa, un pasadizo de unos tres metros de ancho dentro del jardín que va a rodear esta simpática casa.



¡¡SRS. CONSTRUCTORES!!

Los camiones

STUDEBAKER

SON LOS CAMPEONES EN

ECONOMIA,
FUERZA,
RAPIDEZ.

Importador:
NICANOR RUBIO N., V. Mackenna 685.

Subagente:
Gustavo Vargas M., Delicias 1498.

uebles sencillos y bonitos

Es muy fácil encontrar muebles modernos, hermosos, cuando se dispone de mucho dinero. Por eso es siempre útil conocer estos modelos sencillos en las últimas creaciones de muebles modernos. Este pequeño mueblecito que tiene la apariencia de un escritorio, es una mesita de coser, cuando se le abre en la forma que muestra la ilustración. Como se puede ver, tiene ella todos los compartimientos necesarios para sus útiles de labores y costuras y el sillón que sirve a esta mesita es de un agradable estilo moderno, muy confortable y bonito. Los otros muebles que están alrededor de la chimenea se avienen muy bien en casas pequeñas de estilo moderno.

Tréboles de pensamientos

Existe en el corazón humano un sentimiento muy dulce, muy tierno, muy fuerte; real y substancial, parece formado de nada; llenando el alma con su llama generosa, no deja ver el hogar en que se enciende. Ese sentimiento enigmático es la amistad.— E. CHAUVET.

La soledad nos hace insensible y egoístas, porque levanta una valla infranqueable entre nosotros y la fraternidad humana.

El solitario vive para sí; su soledad puede ser un refugio, pero incurre en salvajismo y ya no conoce la dulzura del llanto y del amor. —SAINTE-BEUVE.

Amar y ser amado era para mí el mayor deleite; mas apenas conseguía que me amaran y lograba gozar en secreto y con loca embriaguez de lo que había sido mi anhelo, sentíame herido y como desgarrado por azotes ardientes: celos, sospechas, temores, enconos, disputas, no me daban un momento de sosiego.— SAN AGUSTIN.

VENDEMOS SITIOS

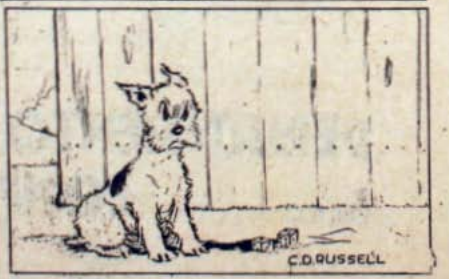
A $ 35 el metro cuadrado, para edificación inmediata, en las modernas poblaciones recientemente construídas en Los Leones por la Comunidad Lyon, con amplias avenidas pavimentadas, alumbrado eléctrico, gas, agua potable, etc.

Consúltenos personalmente o por carta.

DEPARTAMENTO de COMISIONES de CONFIANZA

Banco de Chile · Segundo piso

Aventuras de Bonzo



Se tiende una nueva vía de tranvías o se establece una línea de autobuses a los suburbios de cualquiera ciudad grande, y casi inmediatamente surge floreciente una colonia de casitas nuevas. Ya hay demanda de esas casas, y no por cierto de la vieja generación. Son las parejas nuevas las que las solicitan, y su estabilidad en el matrimonio es la base y el origen de innumerables éxitos financieros y sociedades de edificación, que facilitan el dinero necesario para levantar nuevos hogares.

Si todos estos matrimonios se hicieran para luego disolverse, como arguyen los pesimistas, todas estas sociedades de edificación caerían en bancarrota.

Se alega a veces que la libertad económica y política de la mujer ha debilitado la institución del matrimonio; que la creciente igualdad de los sexos ha destruído la antigua caballerosidad del hombre, el que no se siente ya dispuesto a proteger lo que se conocía antes por el "sexo débil".

Pero si la mujer pudo sostener el matrimonio en tiempos pretéritos, cuando era débil y necesitaba ayuda, cuando era económicamente una subordinada a la voluntad del hombre, cuando éste la consideraba, puede decirse como un bien mueble, ¿es razonable suponer que con su nuevo poder y con la fuerza que le comunica su nueva libertad, no ha de estar la mujer capacitada para conservar la institución del matrimonio?

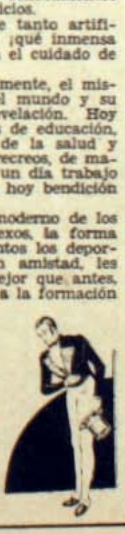
Es verdad, y hay que reconocerlo, que ahora nacen menos niños que antes; pero, en cambio, conservan la vida muchos más que antes y son mejor atendidos y más apreciados. La maternidad actual es reconocida científicamente y no se la deja a la buena de Dios, atendida a rancios conocimientos y más rancios prejuicios.

Y en estos días de tanto artificio y tanta falsedad, ¡qué inmensa felicidad se siente en el cuidado de los pequeñuelos!

Un bebé es, seguramente, el misterio más grande del mundo y su más importante revelación. Hoy hay mejores métodos de educación, mayor comprensión de la salud y de las diversiones y recreos, de manera que lo que fué un día trabajo pesado y fatigoso, es hoy bendición y alegría.

El compañerismo moderno de los jóvenes de ambos sexos, la forma en que practican juntos los deportes, bailan y traban amistad, les permite conocerse mejor que antes, y no ir tan a ciegas a la formación del hogar común.

El romanticismo no ha muerto, y la verdad de este hecho se manifiesta y queda comprobado en los miles de felices matrimonios que se efectúan cada año y que no duran, por cierto, lo que el florecer de las rosas, como dijo el poeta.



¡Cuán Somos Románticos

por J. M. S.

Está de moda en algunos círculos el pretender que la institución del matrimonio está debilitándose en nuestros días.

Ciertos reformadores sociales y políticos y no pocos dirigentes religiosos, escritores y novelistas aseguran que nuestra juventud moderna no toma en serio las responsabilidades del matrimonio, y que la sociedad se encuentra en decadencia. ¡Todo esto es falso, completamente absurdo!

En todas las épocas y en todas las generaciones se han hecho tales profecías de calamidad y de infortunio, que los hechos que palpamos están desmintiendo categóricamente.

La unión de dos personas por el matrimonio descansa en los sentimientos y en el instinto. En nuestra época no se acostumbra a hacer gala de los sentimientos, y no faltan quienes gustan de adoptar hasta poses de cinismo. Pero en lo más hondo y en lo más profundo está siempre el mismo sentimiento que antes.

El deseo de los jóvenes que se aman es unirse, ayudarse el uno al otro, crear la futura felicidad. El instinto de unión es el más poderoso del mundo. Se basa en la aspiración a tener hijos, a criarlos y a cuidarlos, a hacer de ellos buenos ciudadanos. Nuestro barniz de civilización no ha debilitado el instinto, sino que, por el contrario, lo ha fortalecido. Una civilización más alta y más elevada que la nuestra dependería más que del primitivo estado de la sociedad, de la unidad de la familia.

LO QUE USTED, SEÑORA, NO DEBE HACER.—Es cosa corriente ver a dos amigas en medio de la acera, conversando animadamente, ignorantes por completo de lo que que en torno a ellas pasa. Y lo que pasa, por lo común, es que los demás viandantes se tienen que hacer a un lado para no atropellarlas, muchas veces bajándose a la calzada. En las mañanas y en las calles centrales, donde a mediodía el tránsito es tan intenso, estas dos amigas que tanto abundan, cargadas ambas de paquetes de todas suertes, hablan por tiempo incalculable, incomodando a todos y perdiendo ellas mismas las horas que habían destinado a las compras de urgencia.

¿De qué hablan? ¿Son temas de importancia suma que las obliga a prescindir de todo? Si nos detuviéramos un momento a oírlas, nuestra estupefacción sería grande al oírlas discutir largamente los méritos de una película, luego pasan a contarse los respectivos males que han sufrido en el lapso en que no se han visto, después saltan a otra prolija descripción de las fechorías que cada una de las sirvientas ha hecho en la casa de cada cual, y después, como ají y pimienta del parloteo, se dan a la chismografía con un deleite total. —"La Fulana, si yo te contara..." —"Apuesto que es lo mismo que yo sé; a mí me lo dijo la Pilar Díaz, que lo supo por la Chela Menares, que lo vió con sus propios ojos... Figúrate, y tan mosca muerta que se hace. Ni levanta los ojos para saludar a los hombres..."

Y ahí siguen, medio a medio, en la acera, sufriendo empellones, codazos, malas palabras y miradas aviesas. Nada las interrumpirá. Están por completo dedicadas a la tarea de "pelar".

¡Señoras, por favor, sigan su camino! No interrumpan el tránsito. ¡Circulen! ¡Circulen! Y dejen también tranquilo al pobre prójimo. No lo esquilen. Sigan andando, por favor.

La escoba y el plumero

consejos de tía JACOBITA

Ahí anda la polilla, chiquita, muchas veces invisible y haciendo tales estragos, tan grandes perjuicios, que a veces la casa entera se convulsiona porque el frac del señor ha sido esta vez su víctima o el abrigo de pieles de la señora. Nada se escapa a su invasión y por más que se tomen medidas de defensa, siempre es ella, la polilla, quien sale triunfadora en esta guerra sin cuartel.

El alcanfor y la naftalina son las armas que comúnmente emplea la señora. Una y otra suelen no hacer efecto, ya que en los armarios donde la ropa está colgada, no logra ahogar con su olor a los bichitos. Sólo sirve puesta directamente entre la ropa que está en cajones o en baldas. Y tiene además el inconveniente del olor, tan persistente, sobre todo en la naftalina, que obliga a tener al sol y al aire un día entero, antes de usarlo, aquello que estaba así guardado.

Cuando se trata de armarios o de closets y la polilla es mucha, lo mejor es pintar o barnizar el mueble, cuidando mucho de que las ranuras queden perfectamente cubiertas, ya que ahí es donde suelen criarse las larvas. En todas las boticas venden unas velitas especiales, a base de azufre, que sirven para matar toda clase de insectos. Se coloca una dentro de cada mueble, se enciende y se cierra éste herméticamente, dejándolo así por espacio de veinticuatro horas. Después se abre y se tiene alrededor por otras tantas horas, para que salga por completo el olor. Es remedio radical, aunque sea largo y molesto.

Para los cajones y baldas, es decir, para poner entre la ropa, hay un remedio bien chileno y barato, muy eficaz y que no tiene los inconvenientes del alcanfor y de la naftalina. Se trata de las trolas de quillay seco mezcladas con granitos de pimienta negra. Bien simple de obtener, como ustedes comprenden.

Otra forma no menos descomplicada de defenderse de la polilla, es envolver cada prenda en papel de diario. La tinta empleada en ellos es un verdadero "cuco" para las polillas y es tan seguro este medio que en las peleterías guardan las pieles en esta forma. Eso sí que los paquetes deben quedar perfectamente cerrados. Al tratarse, por ejemplo, de una piel, de un traje de etiqueta, de frazadas, de tejidos de lana, se pueden hacer unas especies de sacos, cosidos a máquina, con varias páginas de diarios, poniendo adentro lo que se quiera guardar, **perfectamente sano**, es decir, que no vaya a estar contaminado ya con polilla. Se pone entre los pliegues de la ropa, quillay y granitos de pimienta, cosiendo a máquina el otro extremo para cerrarlo por completo. En estas condiciones puede usted, señora, estar segura de que la polilla no hará ninguna de las suyas.

Las vaporizaciones con líquidos especiales suelen tener efecto inmediato, pero no duradero. Solamente lo que he indicado será efectivo en esta batalla contra la polilla que ustedes hacen y que yo estoy librando desde hace muchos años en mi vieja casa de anchos muros, obteniendo ciertos triunfos que me han envalentonado para darles estos consejos — que espero han de seguir.

Tía JACOBITA.

No es secreto...pueden ustedes contarlo...

Para evitar que las coliflores den mal olor al cocerlas, se pone en el agua un pan francés añejo.

Para quitar una mancha grasosa en género de seda, basta poner encima un poco de magnesia calcinada en polvo que lentamente absorberá la grasa. El rastro que deje desaparecerá pasando un trapo empapado en bencina.

Para limpiar los linóleos, evitando que se formen grietas, basta emplear un paño con trementina, frotando luego con un paño seco.

Para poner un clavo en una pared de yeso y quede éste fijo, basta mojarlo en jugo de limón, que lo hará inmediatamente adherirse.

Para quitar de las manos el olor de la cebolla, se limpian éstas con una miga de pan empapada en leche.

Para purificar el aire en una pieza de enfermo, basta poner una cacerola con agua y hojas de eucaliptos en un pequeño anafe, dejando que hierva.

Para quitar las manchas de sangre sobre telas que no se pueden lavar, se emplea ácido acético, en frío, que no altera ni tejido ni colores.

Para hacer un buen perfume para quemar, se mezclan por partes iguales estoraque, benjuí, clavo de olor, iris y calamita, calculando veinte gramos de cada cosa; se agregan después cincuenta gramos de flores de espliego y otro tanto de flores de alhelí, secas por cierto. Un puñado de esta mezcla, quemado en un braserillo, hará delicioso el olor en una habitación.

Para limpiar botellas de aceite o de otras materias grasas, se les echa dentro un puñado de sal gruesa mojada en vinagre, se agitan bien y después se enjuagan varias veces.

Para sacarle las rodilleras a los pantalones del señor, basta ponerlos por el revés, humedeciéndolos con un paño y planchando luego, apoyando solamente la plancha, sin repasarla. En esta forma la tela se recoge y adquiere de nuevo su justa proporción.

Para que las medias duren hay que lavarlas antes de usarlas, sólo con agua. En esta forma el tejido aprieta y se evita en gran parte la "desgracia" de los puntos corridos.

Para tapar los hoyos que abren los ratones en los reposteros, hay que emplear cemento con vidrio molido. En esta forma, cuando quieren de nuevo abrir el hoyo, se lastiman con el vidrio y desisten en la tarea.

Para barrer las alfombras sin levantar tierra, es conveniente espolvorearlas con hojas de té ya usadas. La tierra se adhiere a ellas y el trabajo se facilita enormemente.

Para que las agujas de máquina no se oxiden se las pone en una cajita con harina flor, lo que evita por completo la humedad.

Para pegar cristales, los americanos usan una cola que da espléndidos resultados. Se mezclan 100 gramos de caucho, 80 de cloroformo y 20 de mástique resinoso.

Para las dueñas de casa obligadas a menesteres duros que tanto echan a perder las manos, tía Jacobita recomienda el uso de la siguiente mezcla que les devuelve rápidamente tersura y belleza: se mezclan 175 gramos de agua de rosas con 3 gramos de tragacanto, dejándolo macerar por espacio de tres días. Se cuela por una batista fina y se añaden 20 gramos de alcohol de 90 grados y 20 gramos de glicerina. Se agita y se usa luego de lavarse y secarse prolijamente las manos.

María Angélica

Era una noche de diciembre, tibia y nebulosa; en las calles casi desiertas reinaba una quietud ligeramente perturbada; de vez en cuando se escuchaba la bocina de un automóvil o un grito lejano que partía de entre las sombras. Santiago dormía su sueño de enfermo, sobresaltado, intranquilo... En el barrio Sur-Poniente, cerca del antiguo zanjón de la Aguada, la calle Placer era escenario de un cuadro doloroso que formaba un contraste irónico con el nombre de la calle. Un carabinero hacía su ronda, paso a paso, con el oído atento y la vista escudriñadora. De pronto, en el balcón de una casa, percibe un pequeño bulto que se mueve casi imperceptiblemente. Se acerca hasta él; un llanto débil y conmovedor le indica que se trata de una guagüita de pocos días, abandonada por la mano criminal de una madre sin entrañas. Aquel fiel servidor público no trepida un sólo instante; toma entre sus manos ese pelotoncito de carne tibia y palpitante y con la mayor solicitud lo aferra a su verde capote de soldado. ¿Dónde ir? Su corazón de hombre guía sus pasos hasta un techo hospitalario que ha de recibir aquella desgraciada criatura. Ha elegido la Maternidad "Susana Palma de Alessandri", en donde la pequeña encuentra en un rincón de la incubadora un sitio para pasar esa y otras noches. Su cabecita inocente no puede pensar en su suerte del mañana. Los médicos la auscultan y comprueban que es una mujercita sana y robusta, pero que tiene hambre... No falta una joven madre entre las enfermas que comparte entre su hijo y la huerfanita el sagrado sustento.

Pasan los días lentamente; han venido varias señoras con el propósito de adoptar a la pequeña. El destino de la huerfanita es inexorable; su pelito no es rubio ni sus ojos son azules y éstas, desgraciadamente, son condiciones indispensables para merecer el título de hijo adoptivo. Mientras tanto el tiempo ha transcurrido.

María Angélica tiene 5 meses y una simpatía que irradia; la sonrisa es un hábito en el rictus de su boca y sus manecitas pequeñas se tienden con súplica irresistible. María Angélica ha pasado a ser la "mascota" de la Maternidad "Susana Palma de Alessandri" y todo el personal de esta institución le dispensa sus cuidados con espontaneidad conmovedora. Toda madre, conceptuada como sana, se disputa la piadosa misión de amamantar a María Angélica y ésta con fina intuición de mujer — comprendiendo quizás que su única arma es la simpatía — le sonríe a las enfermas y les tiende sus manecitas gordas y morenas.

Desde la matrona-jefe hasta la última enfermera, dedican sus escasos ratos de ocio a la pequeña y la cuidan con el más exquisito sentimiento maternal. Los médicos hacen otro tanto y no es raro ver en brazos de los doctores Vergara Keller, Caroca y Rioseco, la diminuta figura de la huerfanita.

Fuí presentado a María Angélica por el médico residente de esta Maternidad, doctor Caroca Vargas, quien disponiendo de cinco minutos de descanso — posiblemente los únicos del día — la paseaba orgulloso y complacido.

—María Angélica, me dijo, es nuestra regalona. Hace cinco meses no tenía padre ni madre y el mundo era muy estrecho para ella; actualmente su mundo es éste: la maternidad y sus padres todos nosotros. María Angélica tiene bastante ropita y dinero en la alcancía. En algunos días más será bautizada en la Parroquia Santa Lucrecia y le servirán de padrinos el doctor Alfredo Rioseco y la señorita Aída Bezanilla. María Angélica crecerá entre nosotros y con nuestro ilimitado afecto y, a lo mejor, el destino le ha reservado un papel en la vida que no esté de acuerdo con su ingrato nacimiento.

LAS MUJERES Y EL AMOR

El amor es un encantamiento; gocemos de él sin tratar de conocer el hechizo que nos engaña y nos seduce. Anatomizar el amor es querer librarse de él. Psiquis le perdió por haber presecindido conocerlo.

Ninón de Lencios.

El amor, abriendo los brazos, dice: —"Soy la orilla, el fin y el centro del mundo".

Condesa de Noailles.

Si Satanás pudiera amar, dejaría de ser malvado.

Santa Teresa.

Llega en la vida un momento en que el peso de la cadena amorosa lastima el corazón.

Matilde Serao.

El corazón nunca se reduce a cenizas; hay que temer los momentos en que, al lado de un amor, pueda recobrar algunas chispas y en que la vida, poderosa y ardiente, vuelva a tomar posesión de nuestro ser.

Brada.

No pude menos que acariciar con torpes dedos las mejillas de María Angélica y decirle ceremoniosamente:

—Serás una de las mujeres más pequeñas del mundo, en cuyo honor, "Familia" te dedicará un artículo.

Hugo Coello.

UN POETA...

MARIA MONVEL

Chilena. Ajena a toda escuela, siguiendo su pura directiva poética, ha realizado una obra llena de adorable feminidad.

Versos de amor y de odio

Te odio. Te lo digo con la unción enorme con que dije: — ¡Te amo! Pasaste de un extremo al otro extremo, sin transición, de un salto. Ayer no más te amé y hoy te aborrezco y apenas he cambiado. Siempre sueño contigo por las noches con hondo sobresalto. Siempre y sin darme cuenta, me detengo muda, ante tú retrato. Siempre que miro un árbol por las tardes es que te estoy mirando. Siempre que no respondo a una pregunta, es que en ti me distraigo, y siempre que se nubla en mi la vida y que quiero morir, estoy pensando en aquel roce silencioso y último de tu mano y mi mano... Todo es igual, pero antes amor era y ahora es odio en cambio...

M. M.

TRES PAISES VISTOS A TRAVES DE SUS MUJERES

(Continuación de la pág. 19)

una amarga desilusión, porque después de la guerra la lucha por la existencia se tornó bastante dura. El trabajo rentado en una factoría eléctrica, a razón de cincuenta pfennings la hora, no logra crear el amor a la maquinaria.

La derrota en la guerra, la revolución posterior y la inflación socavaron la estructura social alemana y la depresión terminó por echar abajo sus cimientos. Las mujeres que deseaban casarse no tardaban en descubrir que los hombres que conocían apenas alcanzaban a ganar el sustento para ellos mismos. Muchas de las que llegaron al matrimonio tuvieron después que mantener a sus maridos cesantes. Especialmente en las ciudades, peligraba la estabilidad de la familia, y fueron numerosas las mujeres que debieron echarse a las calles a buscar el pan.

Hitler prometió hogares y maridos, y eso era todo lo que las mujeres deseaban. Fatigadas, perdidas las ilusiones, sólo buscaban seguridad y no la aventura de experimentos desconocidos. Hitler sostuvo que en la política no había sitio para las mujeres; éstas nada tenían que hacer con las actividades de los hombres. El mayor "pecado" de la República había sido degradar "la más noble vocación de la mujer: la de ser madre"; forzaría a desempeñar ocupaciones para las que, por naturaleza, no estaban preparadas, e introducido elementos extranjeros en la raza germana. Bajo el dominio de la swástica serían posibles los matrimonios, se trasladarían las familias a los campos, en donde se las ubicaría en pequeñas granjas. Las mujeres darían a luz y criarían una nueva raza pura y numerosa.

La nueva Alemania obtendría sus medios de vida de la tierra y no de las ciudades artificiales. Las mujeres dejarían de leer libros que les trastornaban el seso; los hombres pensarían por todos. La admisión de las mujeres a los estudios universitarios se limitaría a un 10 por ciento de la matrícula. El fumar sería una prerrogativa exclusivamente masculina, y debían abandonarse los cosméticos, por ser considerados viciosos y decadentes. Ser mujer era ser madre, no maniquí, obrera, diputado al Reichstag o abogado. "La mujer debía llenar de alegría los proyectos que el hombre bosquejara".

La mujer alemana corrió a cobijarse bajo el estandarte del nacismo. Cuando Hitler llegó al poder, varios miles de ellas abandonaron alegremente sus pesadas ocupaciones, a fin de quedar en situación de poder optar a los subsidios de alimentos y muebles para los matrimonios. En la industria del tabaco, las mujeres casadas fueron substituídas por sus maridos; en Erfur, las muchachas entregaron sus puestos a sus novios, para facilitar los matrimonios. Tan grande fué el entusiasmo por casarse, que los 120,000 préstamos que se habían presupuestado para los primeros seis meses, subieron a 180 mil, y las asignaciones individuales debieron ser reducidas de 1,000 a 300 marcos.

Se establecieron campos de trabajo voluntario para colocar a las muchachas que perdieron sus ocupaciones y no se casaron, y para aquellas que recién entraban a la edad en que podían trabajar. Antes de un año había 242 de estos campos, en los que se atendía a 10,000 muchachas. En algunos de éstos, los más cercanos a las ciudades, se daba preferencia a la enseñanza de la economía doméstica y de la asistencia social. Los otros servían como centros rurales, y en ellos se recalcaba la importancia de los trabajos propios de la agricultura. Había, aún, un tercer tipo relacionado con algunos proyectos de colonización.

Los campos de trabajo son desabrigados y a menudo carecen de calefacción, porque la mujer nazi debe acostumbrarse a las fatigas de la vida. Las jóvenes duermen en extensos dormitorios y se levantan a las 5.45 A. M. Después de quince minutos de ejercicios livianos, reciben un ligero desayuno. Hacen las camas y, en seguida, el campamento se divide en tres grupos: uno que va a la cocina, otro que atiende a los quehaceres de la casa y el último, que trabaja en el campo.

Se dedican, por lo menos, seis horas diarias al trabajo, cuya monotonía se alivíana mediante competencias amistosas entre los diversos grupos. Las jóvenes sacan papas, lechan a las vacas, siegan el pasto o pintan las cercas. Se las enseña a considerarse como las constructoras de un nuevo período de la historia de Alemania, a sacrificar sus intereses en bien de la comunidad y a guardar sus centavos para adquirir un retrato del Fuehrer. El tiempo que resta después del trabajo y de la instrucción se dedica a la cultura física, casi siempre en forma de maniobras guerreras, cantos corales y juegos.

Las películas alemanas se han tornado livianas y románticas. El Príncipe Azul que llega a librar a una hacendosa muchacha de una vida de trabajo y de miseria, y el rico califa que hace posible el amor de una pobre muchacha y su elegido, son temas corrientes en la cinematografía germana. Y estos temas llegan al corazón de ese pueblo, porque Alemania es hoy día un país ávido de ilusiones.

Entre tanto, las mujeres continúan siendo arrojadas de las fábricas y de las oficinas y se extienden los campos de trabajo; pero los hogares que los nazis prometieran no han llegado, en muchos casos, a materializarse. Las jóvenes que abandonaron los campos después de una estadía mínima de trece semanas, se han visto en la necesidad de volver a ellos.

Lo que resta de la vida de hogar empieza a disgregarse. Los hijos y los maridos se ven forzados a trabajar en la pavimentación de caminos o en campos alejados de sus hogares. Los mayores precios y los sacrificios a que ha obligado la autarquía, hacen difícil mantener bien provistas las despensas, y el esfuerzo desarrollado para volver a la tierra a una población industrializada, empieza a hacer sentir sus efectos en el sistema nervioso de los alemanes.

En Italia, Rusia y Alemania, la mujer puede ser considerada como un símbolo. Italia, pobre y luchadora, trata de hallar en las tradiciones del pasado una fuente de bienestar y estabilidad. Rusia, vigorosa, avanza con belicosa confianza en el futuro. Alemania, cansada del mundo, no busca sino su seguridad, hasta ahora sin alcanzarla.

LA SERPIENTE AMARILLA

(Continuación de la pág. 16)

transitar, aquella tarde, desde su automóvil.

—Esta es una de las más grandes oportunidades... si... de las más grandes que... ¡ejem!... que jamás se nos han presentado..., y a decir verdad — añadió con cuidado, — esta no es la única carta que he recibido del viejo y querido Joe Bray. Recibí otra... ¡ejem!... otra, en la que me exponía más claramente su opinión...

Juana quedó como esperando que él le diese a leer también esta carta misteriosa, pero Esteban no lo hizo por la sencilla razón de que sólo existía en su imaginación.

—La verdad, se trata de que Joe quiere que seas tú, querida, la que se case con ese hombre.

La muchacha se puso en pie, lentamente, y frunció las cejas con gesto de sorpresa.

—¿Que Joe quiere que me case con ese hombre? — repitió como un eco.—¡Pero si ni siquiera le conozco!

—Tampoco nosotras — dijo Letty con calma.—Pero no se trata de conocerle o no. De todas formas, ¿conoces tú, al hombre con quien has de casarte?... Le ves unos minutos todos los días, pero desconoces su fondo. Sólo cuando estás casada, sale a la superficie su verdadera personalidad.

Como sus palabras no estaban facilitando, por cierto, el camino al señor Narth, éste le impuso silencio con un gesto.

—Juana — dijo—. Yo he sido muy bueno para ti. Te he dado un hogar y he hecho bastante más, como tú muy bien sabes.

Miró a sus hijas y les indicó que salieran de la biblioteca. Cuando la puerta se cerró tras Letty, continuó hablando:

—Juana, voy a serte muy franco.

No era la vez primera que Narth había sido muy franco, y la muchacha se figuró lo que se aproximaba. Había tenido un hermano, joven, calavera e irresponsable, que huyó repentinamente llevándose el contenido de la caja de caudales — unos cuantos cientos de libras esterlinas — de la casa Narth Brothers, donde estaba empleado. Pagó con su propia vida su delito, pues fué hallado en una carretera de Kent exánime bajo los restos de su automóvil destrozado, en que se dirigía a un puerto del Canal. También la madre de Juana estaba inválida y sus últimos años los costeaba Narth.

"No podemos permitir que vaya a parar a un asilo — dijo, en aquella ocasión, Mabel—. Si los periódicos lo publican..., ¡oh! sería un escándalo tremendo..." — Mabel, a la temprana edad de los diez y seis años, era ya Mabel.

—No soy yo quien debe recordarte lo que he hecho por tu familia — empezó a referirle Esteban—. Te he proporcionado un hogar y una vida

(Continúa en la página 76).

La señora y la cocina

Las guarniciones

Reza por ahí un viejo retrán: «Las cosas entran por los ojos». Nada hay más cierto. Si lo aplicamos a este capítulo del bien comer, podemos constatar inmediatamente que el mejor de los guisos, si no está bien presentado, se nos vuelve poco apetitoso al verlo y ya, con el prejuicio, ni siquiera al probarlo cambiaremos de opinión.

De ahí que las guarniciones sean tan importantes, que muchas veces sobrepasen al cuidado que en la propia vianda se pone.

Un asado colocado de cualquier manera en la fuente, con el jugo frío formando grumos, resulta repulsivo. Ese mismo asado cortado en lonjas finas apoyadas unas contra otras en una fuente que ha estado en la hornilla calentándose, alrededor del cual se ponen unas papas cocidas y doradas en el propio jugo del asado, entre papa y papa se colocan unos cogollos tiernos de lechuga y sobre la carne se cuela el jugo muy caliente, hará un efecto extraordinario.

Vea usted otro ejemplo. Los porotos, tan chilenos y tan ricos, servidos en una fuente sin arreglo alguno, harán decir a todos con muy mal gesto: —«¡Otra vez porotos!» Así haga un mes que no se comen. Pero esos mismos porotos, servidos en unas fuentecitas de greda, con un poquito de color encima y huevo duro picado, unas fuentecitas que en el mercado cuestan un peso cada una, serán acogidos con exclamaciones de júbilo.

Otra forma muy apetitosa de servir nuestro plato nacional, es poniendo los porotos en una fuente honda rodeada de tomate picado con cebolla cruda a la pluma, pasada por agua caliente con bastante sal para quitarle el sabor fuerte; aún se le puede agregar ají verde para los que gusten de él. Pero no debe mezclarse al tomate ni a la cebolla, sino que colocarlo en pequeños montoncitos apartes.

Es en los platos que vienen servidos de la cocina donde la fantasía decorativa puede desarrollarse con mayor amplitud. Las entradas, por ejemplo, que están listas al sentarse a la mesa o que se presentan en fuentes especiales que tienen divisiones destinadas a diferentes cosas, dan margen a guarniciones de buen gusto, muchas de ellas sumamente fáciles de hacer.

Una raja de limón cortada en bonita forma, unas aceitunas abiertas como una estrella, un borde de mayonesa o de yema de huevo duro picado al lado de la clara también picada, una ramita de perejil, un tallo de apio abierto como flor, son detalles que sólo requieren un poco de paciencia y de buena disposición.

En la propia cocina y ya en la forma de preparar ciertos guisos, se pueden hacer también cosas agradables a la vista a más de sabrosas. Las verduras picadas con cuchillos especiales que se encuentran a bajo precio en cualquier mercería, toman formas de cubitos, de estrellas, de bolas, de pepas, de virutas. Otros aparatos de fácil manejo hay que cortan las papas en chauchas. Hay que agregar aún los moldes en que se ponen los purés y el arroz granead o y las pailitas de porcelana refractaria en que se presenta toda una serie de guisos, lo que unido a las tazas para los huevos y budines y las pailas de greda para ciertos platos chilenos, como el pastel de maíz y los porotos, dan por resultado una cantidad de ayudas efectivas para que la comida resulte doblemente agradable: a los ojos y al paladar.

LA HERMANITA HORMIGA.

LAS ENTRADAS

Rollitos de jamón con palta.

Se pelan las paltas y se muelen, aliñándolas con un poquito de sal y aceite. El jamón debe ser crudo y se arrolla en forma de tubo, colocando adentro el relleno de palta y en cada extremo un poco de salsa de mayonesa, muy trabajada para que tome consistencia.

Tomates rellenos con porotitos verdes.

Se eligen los tomates maduros y todos del mismo tamaño. Se les corta una tapa y se vacían. Los porotitos se despuntan y deshilan, cociéndolos en agua con sal y pasándolos luego por la máquina. Se hace una salsa con una yema batida con una cucharada de nata, más aceite que se le agrega gota a gota; una vez espesa, se aliña con sal, pimienta blanca y bastante jugo de limón. Se rellenan los tomates con los porotitos, poniéndoles encima una cucharada de la crema y la propia tapa del tomate.

Huevos con anchoas.

Los huevos duros se cortan en rajas, acompañándolos con anchoas arrolladas y con su respectiva alcaparra.

Ensalada parisiense.

Se cuecen tallos de apio, papas, puntas de espárragos y unas arvejitas. Luego se dejan escurrir. Se pican las papas y el apio, agregándole las arvejitas y los espárragos, aliñándolo con limón y sal. Se le echa entonces nueces peladas y un plátano cortado en chauchas. Se tiene una naranja agria cortada con cáscara, en rajas finas. La ensalada se echa en una fuente, se le pone salsa de mayonesa muy clarita y se decora con la naranja y unos pepinillos. Es ensalada muy sabrosa.

Ensalada de bacalao con naranja.

Se asa un trozo de bacalao, que después se pone en agua por unas horas para desalarlo. Se lava luego y se desmenuza en tiritas largas que se echan en una ensaladera con pedazos de naranja y cebolla, picada muy fina, pasada por agua caliente y sal. Se aliña con bastante aceite, una nada de sal—hay que tener en cuenta que el bacalao siempre queda salado—y una pizca de ají dulce. Se prepara con una media hora de anticipación antes de servir para que el aliño tome bien.

Corvina cocida en vino blanco.

Se limpia un trozo de corvina y se coloca en una asadera con dos tazas grandes de vino blanco seco y dos tazas de buen caldo; se le agrega una hoja de laurel, sal y pimienta negra, más un ramo de verdura en que haya perejil, cilantro, apio, nabos, zanahoria y chalotas. Se deja que se ase a fuego muy lento hasta que el pescado esté a punto, dejándolo entonces enfriar en la misma asadera.

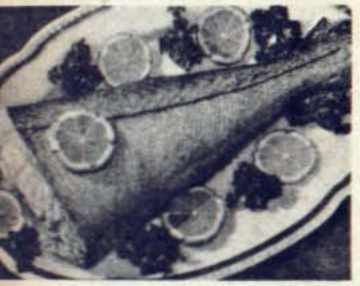
Se toman dos yemas de huevo duro y se machacan en el mortero con aceite y perejil picado, echándoles más aceite gota a gota, batiendo como si se preparara una mayonesa. Cuando la salsa esté bastante espesa se le añade el caldo colado en que se cociera el pescado.

La corvina fría se corta en pedazos delgados y se coloca en una fuente ovalada, trozo junto a trozo; se le vierte la salsa por encima y se adorna con ramilletes de perejil crespo y rajas de limón, más las claras duras finamente picadas y revueltas con unas cuantas alcaparras.

Plato fino.

He aquí las entradas deliciosamente apetitosas.

Tomates rellenos con porotitos verdes pasados por la máquina.



La corvina fría será un plato de primer orden.

Choritos en salpicón.

Se cuecen los choritos con muy poco agua y después se sacan de las conchas y se ponen en una ensaladera. Se pica lechuga muy finamente, rabanitos en rodajas, perejil machacado con cilantro y se tiene cebolla picada a la pluma, pasada por agua caliente con sal para quitarle el sabor fuerte. Se mezcla todo con los choritos, se alliña con sal, aceite en abundancia y jugo de limón también en gran cantidad. Se hacen las raciones en cada plato y se adornan con aceitunas y huevo duro picado, separadamente yemas y claras, formando un bonito adorno de dos colores.

Lengua fiambre.

Se limpia muy prolijamente y, espolvoreada con sal, se dora en manteca. Se traspasa después a una cacerola, cociéndola con agua, una taza de vino blanco, perejil, cebolla, laurel, un diente de ajo, yerba buena, nuez moscada y tomillo. Si la salsa disminuyera demasiado antes de que la lengua esté blanda, se le echa más agua con vino hasta que termine la cocción. Una vez lista, se deja enfriar fuera de la salsa que se cuela, agregándole una yema de huevo batida y mostaza.

Se sirve fría, trozada y rodeada de cogollos de lechuga. La salsa debe presentarse aparte.

Ensalada de paltas con berengenas.

Se cuecen las berengenas y luego se pelan, friéndolas en un poquito de mantequilla. Se dejan enfriar y se les agrega un puré de paltas, alliñándolo con aceite, sal y pimienta blanca, más una yema de huevo batida con unas gotitas de vinagre.

SEÑORA, AQUI TIENE EL MENU PARA MAÑANA.

ALMUERZO

Huevos en pie.

Estos huevos, raros y vistosos, son sencillos de preparar y muy agradables.

Lo primero que se prepara es una salsa, friendo en mantequilla una cucharada de maicena. Cuando vaya tomando color se le agrega una taza de vino blanco seco, jamón muy finamente picado y callampas también muy menudas. Se sazona y se aparta del fuego.

Se ponen los huevos a cocer hasta que estén duros.

En pan de molde frío se cortan unos cuadrados bastante gruesos y en el centro, con la ayuda de un molde redondo o si no con una copita de licor, se les hace un hoyo, friéndolos después en mantequilla.

Una vez todas las rebanadas fritas, se colocan en una fuente que resista el horno, se pone en el hoyo del centro un huevo pelado, echando por encima la salsa que se habrá recalentado. Se entra un momento al horno y se sirve en platos también calientes, para que la salsa no se enfríe.

Plato sabroso.

Carne con vinagre.

Se coloca un bonito trozo de carne en una cacerola en que habrá una cucharada de vinagre, sal, pimienta, perejil picado muy fino y una cucharada de aceite fino. Se deja asar a fuego lento, dándole vueltas constantemente.

Se hace un arroz graneado que se coloca en moldecitos untados con un poquito de mantequilla y que se entran al horno para que tomen bien la forma. Aparte se hace una ensalada caliente de zanahoria y cebolla finamente picada. Se fríe todo con un poco de aceite y se alliña con sal, pimienta blanca y limón.

En el momento de servir se coloca la carne trozada en una fuente previamente caliente en la hornilla; alrededor se alinean los moldecitos de arroz y sobre cada uno se pone una cucharada de la ensalada de zanahorias. En esta forma el asado tendrá una linda presentación y ha de ser del agrado de todos.

Peras al horno.

Tienen que ser peras especiales para asarlas, un poco duras. Sin pelarlas se les quita el rabo y se

Una raja de limón bonitamente cortada puede ser la atracción de un guiso.

Otro adorno hecho esta vez con huevo duro.

les hace con una cucharilla filuda un hueco en el medio para sacarles el corazón. Se les echa adentro una cucharada de azúcar flor y otra de vino, más media cucharadita de jugo de limón colado. Se ponen en horno regular hasta que se asen.

Se sirven casi frías, con una cucharada de crema por encima.

COMIDA

Menestra de papas.

Se cortan las papas en rodajas y se frien. Una vez fritas, se pasan por huevo batido y se vuelven a freír, para ponerlas después en un caldo hirviendo de puchero, desengrasado, al que se le agrega un huevo batido con una pinta de vinagre, sirviéndolo inmediatamente.

Lomo de ternera asado.

Se toma un buen trozo de lomo, se limpia de nervios y de grasa y se mecha con tiras de tocino que se habrán tenido en sal y pimienta por espacio de quince minutos.

Unos tres cuartos de hora antes de servir, se pone la carne a asar en una cacerola con una cucharada de manteca de chancho, primero a fuego suave y después a fuego vivo. Cuando esté a medio asar se espolvorea con sal, pimienta y jugo de limón en abundancia.

Se tienen papas cocidas con la cáscara, peladas y todas del mismo tamaño, no muy grande. Se colocan en la cacerola rodeando el asado y se entran al horno hasta que la carne esté perfectamente tierna. De vez en cuando hay que echarle por encima su propio jugo; cuanto más se haga esto, mejor quedará de sabor.

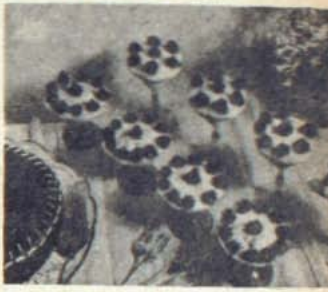
Se sirve poniendo la carne trozada en una fuente caliente, con las papas alrededor y mazos de berros sin aliñar. La salsa se vierte por encima, colada.

Monte blanco con fresas.

Se toma medio litro de nata fresca y espesa, batiéndolo bien hasta que tome consistencia. Entonces se le añade medio kilo de azúcar flor, una cantidad de fresas en proporción y vainilla en polvo.

Todo junto se mezcla bien y se coloca en copas champañeras, adornándolas con fresas que formen bonitos dibujos.

Moldecitos de manjar blanco guarnecidos con chocolate para formar estas divertidas figuras, que harán la alegría de los niños.



El postre para regodeo de golosos.

SEÑORA: ¿A SU MARIDO LE GUSTAN LOS BAJATIVOS? PREPARELE USTED EL QUE VA A CONTINUACION.

Licor de café.

Se toma litro y medio de alcohol que se pone en un frasco agregándole doscientos cincuenta gramos de café molido de muy buena calidad. Recomendamos la mezcla de Caracolillo con Moka. Se tapa el frasco herméticamente y se deja así por quince días, removiéndolo una vez cada mañana.

Al cabo de este tiempo se ponen en una cacerola seis cuartillos de agua y seis libras de azúcar que se clarifican con unas cáscaras de huevo muy lavadas. Cuando vaya a levantar hervor se le añaden unas gotas de agua fría para que no alcance a hervir y se espuma constantemente hasta que el almíbar quede cristalino.

Hecho esto, se deja enfriar, se mezcla con el alcohol y el café, se cuela por un lienzo fino y se le añade un poquito de tierra de aclarar, muy lavada. Se deja en reposo por catorce horas y se embotella, colándolo sin agitarlo. La proporción exacta es la siguiente: para cada cuartillo de alcohol, otro de agua y una libra de azúcar.

Vieja receta de tías provincianas que hacen deliciosos dulces y exquisitos licores.

Vea usted por dónde debe trinchar el pollo.

El asado con su escuadrón de verduras agradables a todo paladar.

La decoración tiene una gran importancia en las tortas.

VIDA Y CONFESIONES DE GABRIELA MISTRAL

(Continuación de la pág. 29)

Me enorgullece el inspirar ataques y odios; el inspirar desprecio me apenaría. Tengo una coraza que me hace imposible a todo ataque dirigido por la calumnia y la maldad. Mi carácter es altivo, indomable, inalterable... Para derrotar a los míseros tengo una indiferencia y una energía y un valor inmenso para combatir con los grandes».

Cuando Lucila Godoy cede el paso a Gabriela Mistral, Gabriela no tendrá, por cierto, a Vargas Vila entre sus maestros. El lodo ha encubierto el diamante a tal punto que la poetisa ya no divisa el brillo de las facetas. La Mistral habla de los rusos, de Tagore, de Romain Rolland. Pero no fueron ellos los que asistieron a su formación espiritual. Vargas Vila fué su maestro auténtico y le transmitió ese afán por las palabras raras, por esos términos reñidos tantas veces con la sencillez y el buen gusto. De inspiración más poderosa, de temperamento poético infinitamente superior al del escritor colombiano, ocupa la Mistral en la literatura de América un sitio en esa región de auténticos valores intelectuales que no conoció el prosista de «Emma» y «Las rosas de la tarde». Pero Gabriela Mistral ha sido ingrata con su maestro. Aquel gigante que contemplaba desde su modesta escuela rural en los comienzos de su carrera, se transformó en una sombra, cuando ella, a su vez, alcanzó la más alta colina. Bien lo comprendió así el propio Vargas Vila, y pocos meses antes de su muerte, al ser interrogado por un periodista acerca de la poesía femenina americana, no mencionó a la discípula que lo había traicionado. Sus simpatías estuvieron por Juana de Ibarbouru, en quien saludó a la primera poetisa de América.

MIGUEL MUNIZAGA IRIBARREN.

(Continúa en el próximo número)

¡MENOS FRIVOLIDAD, SRTA. TREE!

(Continuación de la pág. 37)

moral de la oficina. Si tiene un nombre que le pusieron dos tías cuando era muy chica para rehusarlo y que suena a flores, tendrá que sufrir a causa de él...

—Está equivocada Señorita... Su nombre suena a matrimonio y los sonidos de matrimonio no están bien en las oficinas, distraen de los negocios.

—Lo que sea. Hice mal en quedarme tanto tiempo aquí, y Ud. nunca conseguirá que otras se queden igual tiempo.

—Bien, pero a pesar de todo, siento curiosidad por saber dónde se va Ud. ¿por qué tanto misterio?

—No hay misterio. Tengo un puesto que me espera.

—Bueno. Continuemos con la carta... Pero, sólo porque se me ocurre preguntarle dónde se va, se desespera y se enoja...

—Porque no veo qué le importa a Ud. Cuando salga de aquí, soy libre de hacer lo que me dé la gana! Pero puede ir sabiendo que me voy a trabajar con un amigo suyo. Comenzará recién el negocio y...

—Un amigo mío! ¿Patkins?... Algo me traía el viento... Los arreglos que está haciendo, el fin de nuestro contrato social... Ah! pero no me convencerá, despacharé al personal y trabajaré solo. Ya verá él de lo que soy capaz!...

—Perdón. Es hora del té, y la Srta. Cotton...

—Espere un momento! Lo que decidió a Patkins fué lo de "El Abedul", no es así? Y cree que Ud. puede vender más casas que yo!...

—Yo no he dicho eso...!

—Pero se subentiende. ¿Va Ud. a trabajar con él?

—Yo no he escogido. Es usted quien me dió el aviso.

—Mire, Srta. Tree. Le voy a dar una casa para que la venda y si lo hace le rogaré que se quede aquí. ¿Qué le parece?

—Bien. Soy una simple empleada y no puedo regodearme mucho.

Allan la miró en una forma extraña, como nunca ella lo había visto en él. Y esto la inquietaba. ¿Qué pretendería? ¿Hacerle perder la oportunidad que se le ofrecía de trabajar con Patkins? Quizás esta vez la creía capaz...

—Se trata de la casa de Gables—dijo Allan después de un silencio—quiero que vaya allí conmigo y me demuestre la forma en que Ud. se arregla para vender las casas. Si me convence...

Ella lo hubiera abrazado para decirle al oído lo contenta que estaba, se desesperaba por poder hacerle comprender la forma en que había vivido desde la primera semana que trabajó junto a él. Cómo hubiera deseado... Pero todo lo que dijo fué:

—No creo que esta prueba pueda convencerlo. Ud. nunca se convencerá. Me parece que voy a tener que cambiar de vestidos y de nombre...

Pero él, sin hacerle caso, insistió:

—¿Va a hacerme la demostración?

A las dos y media se apeaban del coche de Allan frente a una casita situada a poco de salir de la ciudad y en medio de un hermoso prado.

—Ahora — dijo Allan — yo soy un cliente suyo. Me decía Ud....

Acacia lo miró con ansiedad.

—No será fácil con Ud., dijo: como sería con un extraño, pero haré la prueba. El jardín...

—Parece podrido, descuidado.

—Sí, lo está, pero con un jardinero que trabaje dos veces por semana se pueden hacer maravillas. A esa orilla se le puede poner un cerco de flores. Rosas rojas o camelias, y Ud. tendrá flores aún en Pascua. Ahora a ese lado nunca se ha cultivado el terreno y se podría hacer allí un espléndido huerto; al lado se podría hacer una cocina.

Luego pasaron al interior de la casa y Acacia le hizo ver todas las comodidades que podrían obtenerse de esa casa, donde se haría una sala biblioteca, con chimenea y todo, un saloncito, un **living**, dormitorios, etc., y Allan escuchaba sin pronunciar palabra hasta que al fin dijo:

—Tiene Ud. una imaginación maravillosa, pero le confieso que no entiendo estas cosas. Sin embargo siga.

—Aquí se puede hacer un cuarto de soltera. A las niñas les gusta una piececita para ellas solas, donde puedan leer y coser.

—¿Verdad?...

Arriba fué lo mismo. El segundo piso era tan cómodo como el primero.

—Todo lo que le falta a esta casa, dijo Acacia, es la nota humana.

Cuando volvieron a bajar, Allan se mostró pensativo y callado, hasta que Acacia, no pudiendo ya contenerse, le preguntó:

—Bueno, ¿He vendido la casa?

—¿En esta forma vendió Ud. "El Abedul"? ¿Es este su método?

—Sí, el mismo. Pero la otra vez hablaba con una persona que entendía de hogares y...

—No podía vendérmela a mí, porque ya la he comprado antes...

—¿Entonces...

—Cuando hace algún tiempo no pude vender esta casa se me ocurrió comprarla yo mismo. No sabría decirle por qué lo hice, pero la compré. Ud. sabe bastante sobre jardinería, ¿No es así?

Acacia asintió.

—¿Y cocinar, y coser?

—Por supuesto. Siempre he sido útil.

—Eso es lo que necesita esta casa. Alguien que le guste el hogar, alguien que necesite un hogar. Acacia, Ud. es una amenaza en el escritorio, pero aquí... Sus brazos le rodearon tratando de estrecharla. Acacia lo miró sin poder decir nada. Y le entregó sus labios...

—Mientras estuvistes en la oficina, nunca pensé que algún día me harías falta, confesó Allan, pero en esta última semana no he podido trabajar tranquilo, desde el momento que te dije que te fueras.

—Y ¿Por qué no me lo dijiste antes? Ahora está Patkins con quien me he comprometido a trabajar.

—¿Te interesa mucho Patkins?

—Oh, nó, nunca ha significado nada para mí.

La miró a los ojos.

—Y qué sugieres que se coloque en ese rincón del parque?

—Acacia suspiró mirándolo amorosamente.

—Un árbol de acacia, dijo; si eres capaz de tenerlo siempre cerca de tí.

FIN

BARBA-NEGRA, VERSUS OJOS AZULES

(Continuación de la pág. 7)

El capitán dió un salto en su silla y agregó:

—No se apuren por nada. De nada carecerán. Aquí debajo, en los sótanos de esta torre tengo riquezas inmensas, fabulosas, libras, onzas, doblones, piedras preciosas, que ya quisieran tener muchas reinas. ¿Qué mayor delicia para mí que entregárselas a la que haya de aceptar la misión de preocuparse de mí un poco?

El capitán miró fijamente y con ansiedad a la joven. Esta nada dijo. Bien sabía él que aquella niña no era de esas que se compran con un puñado de oro.

—¿No puedes tener hijita, un poco de conmiseración con este pobre lobo salvaje, que no ha concido en su vida la ternura de un dulce afecto? ¡Vaya, vaya!, déjame ser tu protector hasta que estés en edad de casarte. Entonces...

Calló repentinamente, porque en los azules ojos de la joven había visto retratado el horror. Se echó hacia atrás en su mecedora y añadió:

—Entonces se hará cargo de ti el hombre que elijas por compañero.

Karina le miró entonces con ojos de gratitud. Se apiadó de aquel hombre que tanto se esforzaba por ser con ella bueno y agradable.

Y a fines de aquel mismo año, el capitán James Thatch se constituía legalmente en guardián y protector de Karina, la pobre huérfana. Quedó estipulado que ella viviría en la casa de su protector en compañía de Anita y el capitán ordenó decorar y amoblar un departamento para la joven, donde se esmeró en prodigar cuanto el buen gusto, el lujo y el afecto unidos pueden reunir en obsequio de una princesita.

Pero aquel hombre que no temía ni a Dios ni al diablo ni a los hombres, llegó un día en que temió seriamente por la vida de su adoración. En la ciudad estaba haciendo estragos la fiebre amarilla y el capitán Thatch temía que la joven cayera víctima de tan terrible enfermedad. Hacía que la joven anduviera por la casa como una momia, llena la cara de vendajes y gasas para que no pudiera llegarle el contagio y no contento con esto, llamó un día a la joven y a Anita a sus habitaciones y les dijo:

—Estoy terriblemente preocupado por lo que pasa en la ciudad. La fiebre amarilla sigue devastando la población y llevándose las mejores vidas. He pensado que lo más prudente sería alejar a Karina de este foco de muerte y he resuelto mandaros a Dinamarca. En el puerto está ya listo un paquebote para trasladaros allá. Todo lo tengo dispuesto. Nada os faltará. Tú, Anita, me respondes de que nada le pase ni le falte a Karina. En Dinamarca esperaréis mi orden de llamada y cuando os ordene regresar, volvéis. No quiero que Karina carezca de nada, absolutamente de nada y en este sentido hallaréis todas las facilidades necesarias.

Dispuesto vuestro equipaje, arreglado todo y en seguida os llevaré a bordo y tú, Karina, cuando el barco se vaya alejando de la costa e internado en el mar, permanece en la popa con tu pañuelito blanco en la mano saludándome, que yo estaré aquí en la torre con mi catalejo hasta que el barco se pierda de vista en el horizonte.

Aquella misma tarde, el "Good Hope", levaba anclas y se dirigía rumbo a Dinamarca. El barco se deslizaba sobre las olas y Karina, con su pañuelo en la mano, de pie en la popa, lo agitaba incesantemente, mirando hacia la torre donde el capitán Thatch, enfocando su catalejo, seguía al barco en su marcha hasta que éste desapareció en lontananza.

Barba-Negra lanzó un hondo suspiro. Parecía que le habían arrancado un pedazo de su corazón. Algo en su interior le decía que no volvería a ver más a aquella niña, que se alejaba de su lado y a la que él, en su ilusión, soñó miles de veces ver convertida en la dueña de su albedrío y el objeto de su eterna adoración.

Cien días más tarde, después de una feliz travesía, de calma apacible, el "Good Hope" anclaba en la bahía de Copenhague, enarbolando en su mástil la bandera amarilla de la cuarentena, y en espera de la visita del representante de la Compañía Dinamarquesa de las Indias Occidentales.

Con un sentimiento extraño, Karina contemplaba las apiñadas casas de la población al otro lado del muelle. Dinamarca había sido el lugar de su nacimiento, aun cuando ella pasó toda su niñez en Inglaterra. ¿Fué aquel repentino retorno a su tierra natal lo que hacía vibrar su corazón?

—Anita dijo de pronto — siento como si hubiera dado un larga carrera. Parece que algo extraordinario me va a suceder. ¿Tú qué piensas?

La pobre Anita pensaba en la fatalidad que había ido enredando los acontecimientos y había puesto a aquella preciosa niña, tan querida, bajo el amparo y la potestad de un viejo cachalote, arrebatándole quizás todas sus ilusiones y esperanzas juveniles.

De pronto Karina lanzó un grito. Su semblante palideció:

—¡Mira, Anita, mira! ¡Aquel joven del bote! Parece que fuera... ¡Dios mío, pues no estoy temblando!...

Karina se inclinaba sobre la borda del barco y miraba una barquilla que se acercaba enarbolando la bandera danesa. En la barquilla venían dos hombres: un funcionario con la cartera bajo el brazo y un oficial joven, que vestía el uniforme de teniente de la marina real.

La vieja sirviente se restregaba los ojos exclamando:

—¡Dios mío! ¡Cómo se parece!...

La joven había echado a correr colocándose al tope de la escalera de babor, a la que en ese momento llegaba la barquilla y gritaba:

—¡Carlos, Carlos!

El joven oficial levantó la vista en el momento que ponía el pie en la escalera, se quedó un momento parado como si la parálisis hubiera invadido sus miembros, en seguida subió corriendo la escalera, llegó a cubierta y sin parar mientes en el capitán del barco ni en nadie, exclamó:

—¡Karina!

Ella voló a sus brazos y él la estrechó fuertemente, sin fuerzas para hablar una palabra.

Lo que usted, señor, debe hacer.

Desde que las mujeres andan en aventura de trabajo, ganándose la vida a la par que los hombres, éstos, a fuer de verlas constantemente en oficinas y en la calle, un poco como camaradas y hasta un poquito como enemigas, han terminado por olvidarse de ciertos gestos que son reveladores de buena educación que ningún hombre, en ningún caso, puede dejar de realizar.

Lado a lado, en la oficina, no es posible guardar la cortesía de antes. Si la muchacha que hace de secretaria está de pie, el jefe no puede hacer otro tanto, sólo por que es ella "una mujer" y un hombre bien educado no puede permanecer sentado si una mujer no lo está también. Eso es el canon del buen tono de antes y de ahora. Pero hay que saber adaptarse a las circunstancias y obrar según ellas.

Si al estar en la oficina una cantidad de obligaciones se abolen de hombre a mujer, una vez que el fin del trabajo devuelve a ambos su personalidad social, debe el hombre recordar lo que a la mujer debe en materia de cortesía.

Dejarle el paso, ayudarla a cruzar una acera, sacarse el sombrero dentro de sitios privados, hacerlo también al estar en un ascensor, esperar que ella entre primero por una puerta, abrir ésta, dejar que salga antes, arrimar su silla en el momento en que va a sentarse, retirársela después, ayudarla a ponerse el abrigo después de habérselo sacado, ofrecer el briquet para que encienda el cigarrillo, esperar que ella comience a comer para hacerlo a su vez: tener todas esas pequeñas cortesías que para la mujer son preciosas y que la hacen valorizar a un hombre, muchas veces más que si fueran prendas intelectuales, morales o físicas.

Nos preguntamos a qué obedece el éxito de ciertos señores, feos francamente, hasta sin gran cultura intelectual. Las mujeres los adoran como amigos. ¿Cuáles son sus dotes? Simplemente su exquisita cortesía y nada más.

—Hermana mía — exclamó por fin—, ¡Y tú mi vieja Anita! Y todos se abrazaron cuajados los ojos de lágrimas.

El capitán del barco, con los ojos asustados, murmuró por lo bajo:

—¡Milagro! Esto es un milagro. Vaya después a mi camarote, capitán Von Lauritz y más tarde hablaremos de negocios .

Preguntas incoherentes, respuestas a medias, llantos, risas, y por sobre todo, la inmensa felicidad de verse juntos, y mientras tanto la vieja Anita preocupada por haber entregado a aquella niña encantadora en poder de un ogro, siendo que ahora aparecía el príncipe encantado de la leyenda.

Los jóvenes charlaban y reían en el colmo de su felicidad, las manos enlazadas, mirándose a los ojos, embriagados de placer. Y de pronto, en ambos, pareció despertar un sentimiento desconocido, ellos que se amaban y querían como hermanos, no se sentían ya hermanos; había pasado la edad de la niñez y ahora que se encontraban en plena juventud y se encontraban de nuevo cuando uno y otro creían haberse perdido para siempre, un nuevo sentimiento, una nueva impresión embargaba sus almas y sin necesidad de confesárselo, ambos comprendieron que se amaban, que eran ya dos enamorados y no dos hermanos, como habían sido hasta entonces.

Pasaron los días, Anita disuadió siempre a Karina de que relatase al viejo ogro lo sucedido. Presentía que aquello les traería funestas consecuencias y la joven escribía a su protector continuamente, pero le ocultaba aquella nueva fase de su vida, que él estaba demasiado lejos para descubrir.

—Pero, querida Anita — decía la joven—, si se trata de Carlos.

—Como si se tratase de San Pedro, — contestaba Anita—. Si usted le dice al capitán Thatch lo que pasa, inmediatamene nos manda llamar y se acabó.

Así las cosas, en la remota Carlota Amelia habíanse producido cambios de importancia. Había llegado un nuevo Gobernador Marítimo a la ciudad; el viejo capitán estaba sometido a estricta vigilancia. Este, para evitar funestas consecuencias, había optado por esconder prudentemente sus tesoros. Todas las noches, aprovechando la obscuridad y el silencio salía de su torre y en un lugar apartado iba enterrando, en sólidas bolsas de cuero los doblones y joyas de que sus arcas estaban atestados. Cuando terminó su tarea, no quiso llamar a Karina, no fuera que ésta sorprendiera algo de lo que sucedía y en vez de eso, dejó la torre y se hizo a la mar. En seguida emprendió una serie de correrías y bien pronto se hizo célebre su fama de corsario, que igualaba a su fama de cruel y sanguinario.

En una ocasión encerró a todos los hombres de su tripulación, con él, en la bodega de una barcaza, hizo cerrar herméticamente todas las puertas y escotillas y en seguida prendió fuego a varios barriles de azufre que previamente había hecho colocar allí, para que sus hombres tuviesen una idea de lo que debe ser el infierno. Se prendieron los barriles, el humo denso y asfixiante empezaba a desesperar a todos y el capitán, sentado en medio de su tripulación, se reía a carcajadas con las angustias y sufrimientos de los marineros. Hasta que uno de ellos, no pudiendo resistir más, abrió de pronto las escotillas y todos huyeron a cubierta. Tras ellos siguió Barba-Negra, que les decía a sus hombres que había querido probarles que era más demonio que todos ellos juntos.

Entretanto, en Dinamarca, el capitán de marina Carlos Von Lauritz, había querido comprobar la generosidad del capitán Thatch, conocer sus verdaderas intenciones y para conseguirlo recabó autorización para salir en un buque de la armada con rumbo a Santo Tomás, dispuesto a dar caza en el camino a alguno de los barcos piratas, que infestaban la región.

Así fué cómo el capitán Von Lauritz, al mando de barco "Dagmar" salió una mañana del puerto de Copenhague llevando a bordo la preciosa carga de Karina y de Anita, y tomó el rumbo de Carlota Amelia.

Tras varios días de navegación sin contratiempos, un día, en alta mar, el vigía señaló en el horizonte la presencia de un bulto sospechoso. A poco más que se acercó el "Dagmar", yo no pudo caber duda de que se trataba de un barco pirata.

Von Lauritz dió pronto las órdenes del caso. Mandó subir a cubierta todos los fardos de ropa, que ordenó poner en hilera para que sirvieran de parapeto contra los disparos del enemigo, y al mismo tiempo para que tras ellos pudieran ocultarse los hombres de la tripulación sin que fueran vistos por los piratas.

Ya podían verse en el barco corsario los pequeños cañones pedreros y en la cubierta bullía un enjambre de corsarios bien armados de picas y machetes.

Von Lauritz ordenó preparar los cañones de popa, una vez dispuesta la línea de defensa; mandó que estuvieran cargados y que sus treinta hombres estuvieran listos a la voz de fuego y ataque.

Con presteza y sin pánico, los hombres obedecieron las órdenes de su capitán.

De pronto, en el palo mayor del buque pirata flameó la bandera negra del corso, que ponía una mancha obscura en el azul purísimo del cielo.

El buque pirata casi en el acto largó una andanada de metralla, que barrió la cubierta del "Dagmar" yendo a estrellarse contra la línea de defensa. Los barcos seguían acercándose; el capitán Von Lauritz no daba orden de hacer fuego. Los hombres se impacientaban. Un segundo disparo de los cañones de popa vino a hacer blanco en el casco del "Dagmar" y en ese mismo momento, estando los barcos casi juntos, Von Lauritz ordenó:

—¡Fuego!

En la cubierta del barco pirata se vió un momento reinar el pánico y la desolación. Aquel disparo les había pillado de sorpresa; habían creído que se trataba de un barco mercante e indefenso y de pronto veían que tenían que habérselas con un enemigo dispuesto a la lucha.

Chocaron los barcos. Barba-Negra, repuesto inmediatamente de la sorpresa, fué visto levantarse, arrastrarse por la cubierta y saltar a la cubierta del "Dagmar".

En aquel mismo momento vió surgir delante de él, como si hubiera brotado de lo profundo del mar, al capitán Von Lauritz.

—Aquí no te va a ser tan fácil la victoria como en Anegada — exclamó el capitán Von Lauritz.

Barba-Negra quedó como petrificado, no atinó a hacer uso de su pistola y cuál si hubiera visto la imagen del mismo Lucifer, cerró los ojos. Al abrirlos de nuevo vió detrás del capitán a Karina, la princesita de ojos azules y rubios cabellos, su protegida.

Barba-Negra, ya fuera de sí, quiso echarse al agua. Von Lauritz se interpuso en su camino, dispuesto a ultimarlo, pero Karina le gritó:

—No, Carlos, no; es mi protector, el que me lo ha dado todo, el que me ha hecho volver a encontrarte.

—¡Es mi asesino de Anegada! — gritó Carlos.

Pero ya Barba-Negra se había precipitado al mar y desaparecía entre las olas.

—¡Cogedle vivo o muerto! gritó Carlos a sus hombres—, que no se escape.

El barco pirata, al verse sin su capitán, había emprendido la retirada y por en medio de una serie de arrecifes, por donde no podía perseguirlo el "Dagmar", como buque más pesado, se retiraba de la lucha para perderse luego en alta mar.

El "Dagmar" y sus hombres trataron a todo trance de perseguir a Barba-Negra, pero nadie volvió a verlo salir a la superficie.

Barba-Negra se había escapado y no pasó mucho tiempo sin que se oyera hablar de él hasta que al cabo de algunos años se supo que había muerto en un combate, a manos de un oficial de la marina británica.

La familia Membrillo

Papá, dice: "¿Ha estado Juanito jugando con el coche, que éste no quiere partir?...

Le dice a Juanito que se vaya y que no lo moleste...

Juanito pregunta si al papá se le ha ocurrido echar bencina al coche...

Lo que, al papá se le había olvidado hacer...

—Esa gloriosa hazaña me correspondía a mí haberla llevado a cabo —exclamó Von Lauritz, mientras leía la narración en un diario y Karina le escuchaba con ambas manos apoyadas en uno de sus hombros.

Los dos jóvenes estaban ahora residiendo en Santo Tomás, donde Carlos había sido nombrado comandante del puerto.

Karina fijó sus dulces ojos en Carlos y le dijo:

—No necesitabas esa gloria. Tienes ya bastante.

—Y tengo tu amor, que es la vida de mi vida. Karina mía.

FIN

LA VIDA PRIVADA DE BARBARA HUTTON

(Continuación de la pág. 8)

bre Luisa Mdivani, acompañada por su padre, se presentó a solicitar el divorcio alegando incompatibilidades de carácter. En la prensa se dijo abiertamente que Luisa había resuelto no oponerse al matrimonio de su marido con Bárbara Hutton.

Pocos días después de este acuerdo para el divorcio, salió Alexis para Nueva York. Pero algo sucedió cuando Alexis, tuvo que regresar. Algo había pasado desde el momento en que él se había despedido de Bárbara en Londres, y el día en que por fin desembarcó en Nueva York, y seguramente él no debía ignorarlo porque Bárbara le había telefoneado desde alta mar pidiéndole que no fuese a Nueva York. Y cuando él llegó después, a pesar de este aviso, ella no salió a esperarlo al muelle, ni fué a verlo a su primer llamado telefónico; más aún, negó terminante los rumores de su compromiso con Alexis, y dijo disgustada: "El sabía ya todo este escándalo, acerca de nuestro supuesto matrimonio, que se levantaría en el momento que él llegase y a pesar de todo se obstinó en venir. ¡Estos hombres!... ¿Qué había sucedido para que cambiara tan radicalmente Bárbara Hutton? Había habido un furioso "pololeo" en París, Biarritz y Londres antes de divorciarse Mdivani. Y cuando partieron ambos en la creencia de que todo estaba ya arreglado, enamorada tan apasionadamente Bárbara que parecía que nada le importaba, venía este enfriamiento.

Tres cosas tuvieron que influir necesariamente en este caso.

Primera, la terrible oposición de su familia y especialmente la presión ejercida cerca de ella por su padre a quién la joven quería entrañablemente. La joven encontró que ninguno de los miembros de su familia ni aún de sus amigos, estaban de su parte. Su amiga inseparable y compañera de toda su vida, su madrastra ahora por haberse casado con su padre, a quien Bárbara quería tanto y de quien era tan querida, se opuso resueltamente también a aquella boda y sus argumentos de irresistible fuerza ejercieron mucha influencia sobre la joven para decidirla a romper su compromiso.

En la sociedad no encontró menor oposición. Los Van Alen eran poderosos y relacionados con lo más distinguido y algo debió contribuir esto en su decisión. Por otra parte la forma en que Alexis se había conducido con su esposa no predisponía a pensar que sería con Bárbara un marido modelo. Y en tercer lugar, había también otro hombre de por medio. Muy pocos estaban enterados de esto y el nuevo pretendiente nunca había sido mencionado entre los adoradores de Bárbara. Pero no por eso era menos importante la situación. Se trataba de un joven graduado en la Universidad de Yale, de 23 años, notablemente hermoso, un verdadero tipo del norteamericano elegante. Había sido un buen atleta, un buen estudiante, un hombre de honor y el más popular de los universitarios de su curso. Amaba locamente a Bárbara, era un danzante exquisito, de una familia honorabilísima, pero no tenía un centavo. Al salir del colegio, se había ocupado en uno de los grandes almacenes de Nueva York para aprender en la práctica la vida de los negocios. Bárbara, tal vez por atavismo, se prendó de él, comprendió que aquél hombre podía dar una significación a su vida. Pero por otra parte el joven tenía también demasiado orgullo y no hubiera querido por nada del mundo casarse sin tener un céntimo, con la más rica heredera de Norteamérica.

De manera que la situación estaba indecisa. Pero algo debió contribuir esta causa a cambiar tan de repente a Bárbara con respecto a Mdivani. Porque ella comprendió que estaba desde luego enamorada de Alexis, pero que su porvenir no se veía muy seguro.

De pronto se embarcó para el Oriente.

El príncipe la siguió. Tres meses más tarde los cables anunciaban que Alexis se le había reunido en Bangkok y que muy pronto anunciarían por fin su compromiso.

Papá Hutton rechazó indignado estos rumores. "Los Mdivani verían ciertamente con agrado el enlace de su familia con la mía, pero yo aseguro que nada hay de efectivo en estas habladurías".

Pero Bárbara Hutton y el príncipe Alexis estaban en Siam en una primavera que invitaba a la luna de miel, rodeados de la romántica belleza de aquellos extraños parajes y el amor fué en el corazón de la multimillonaria más fuerte que la razón, que los lazos de familia y que el miedo. Papá Hutton se había equivocado. Desde Singapore se anunció oficialmente el compromiso.

Tercera parte. — Conclusión.

El 16 de abril de 1933 se embarcaban juntos el príncipe Mdivani y Bárbara Hutton a bordo del transatlántico Chitral rumbo a Marsella.

No habían señalado día para la boda, pero estaba acordado que se realizaría tan pronto llegaran a Europa.

El mes que siguió parece que acabó de colmar la pasión de Bárbara por Alexis. Fué un mes de travesía del Océano Indico, en que todo cuanto hay de bello en la naturaleza se mostró a los asombrados ojos de la joven millonaria; el mundo era verdadero paraíso en que los novios no tuvieron más ocupación que pensar el uno en otro. Tal vez fué este episodio novelesco y romántico de su vida el que hizo a la joven enloquecer hasta el delirio, hasta el momento en que llegaron a tierra, donde se encontraron con miradas no siempre simpáticas y amables.

Ya por entonces papá Hutton había reconocido su derrota. Bárbara se casaría con Mdivani. Y Gran Hutton era un hombre que sabía por lo demás aceptar su derrota con dignidad y buen humor.

El 19 de mayo, al encontrarse con Bárbara y el príncipe en París, él dijo con dulzura: "El príncipe es un buen muchacho y estoy seguro que sabrá hacerte feliz". Pero en su interior y ante sus íntimos decía: "Que se vaya a casar mi hija con un ex-

¿Es su figura perfecta?

La maniquí pelirroja pasaba en ese momento por un lado de la plataforma. Todas la contemplaban a su alrededor con una sonrisa, mientras daba vueltas y vueltas haciendo resaltar su abrigo de tarde y mostrándonos su modelo de bata. Un murmullo invadía la concurrencia, que no era de admiración por los atavíos, sino que por la figura dentro de ellos. Sí. Ella tenía una figura perfecta. Las otras chiquillas poseían bonitas caras, pero sus cuerpos dejaban que desear. Una tenía el pecho plano, otras dos unas espaldas huesudas, la rubia ondeaba los huesos de los tobillos y de las muñecas también muy delgados, la platinada, una cintura muy angosta con unas caderas muy anchas y el resto, tenían más de los siete defectos principales de la figura femenina.

CARA O CUERPO.

¿Qué es más importante la cara o la figura? Es muy fácil caer en el error de cuidar nuestra cara primero. La miramos a diario en el espejo, pero muy raramente hacemos lo mismo con nuestra figura. Si tuviéramos una clara idea, respecto cómo nos vemos cuando nos sentamos y paramos, cuando nos llevamos las manos a la cabeza, cuando movemos nuestros brazos, o cómo parecemos por delante y detrás, pondríamos más cuidado con nuestras figuras. La demás gente nos aprecia enteramente y nosotras debemos considerar que la cara es una parte del todo y no sólo la que debe de cuidarse.

Muchas tablas de medidas se han dado para conservar la perfecta figura, pero la ideal ha variado de generación en generación. Las caderas se inclinan a ser más anchas de lo que fueron.

Los cuellos largos, los hombros caídos y los bustos demasiado prominentes no son considerados actualmente como algo bello.

Mire la tabla que hay en esta página y se dará cuenta que la figura perfecta va de acuerdo con el peso. No se desesperen si el suyo no coincide. En unas pocas semanas más, les diré cómo pueden obtener su perfecta figura, por medio de económicos, rápidos y fáciles medios.

Aquí tienen los siete grandes defectos del cuerpo femenino:

1.— *Pecho plano.* — Esto hace caer mal los vestidos y da un realce indebido al cuello y a la barba.

2.— *Hombros redondos.* — Esto

(Continúa en la página 71).

tranjero, habiendo en Estados Unidos jóvenes como Winston Guest!..."

Ese día 19 de mayo se encontraron todos en París, Mdivani triunfante y atento, Bárbara radiante, papá Hutton todavía receloso. Se fijó el día de la boda.

¿Qué sucedió antes de este precipitado matrimonio en París? ¿Cuál fué el arreglo que la joven millonaria hizo con su príncipe encantado? Todo el mundo supo que había de por medio negociaciones. Fué un millón de dólares al contado y una renta de 50 mil dólares anuales mientras estuvieron unidos, lo que la princesa concedió a su marido? ¿Fué un depósito suficiente para producir esa renta de 50 mil dólares? ¿Fueron, como quieren otros, 250 mil dólares al contado y una renta de $ 100,000?

Nada se ha sabido oficialmente de este asunto y probablemente nadie lo sepa, con excepción de papá Hutton, los esposos Mdivani y los abogados que intervinieron en la negociación.

Hay un dato sugestivo: En 16 de junio, cuatro días antes del matrimonio, se presentó una solicitud al Procurador Pelletreu en que se pedía que la renta de la novia fuera elevada de 300,000 a 400,000 dólares anuales, dando como motivo los mayores gastos a causa de su matrimonio. Este documento es uno de los más interesantes que se ha presentado ante los estrados judiciales americanos y está firmado por Bárbara Hutton.

Naturalmente el Procurador accedió a la petición y se agregaron otros cien mil dólares a la renta que percibía la nueva princesa de Mdivani. Pero el hecho es demasiado sugestivo y no falta quien suponga que aquella solicitud fué presentada por una joven inexperta, generosa y demasiado enamorada de un hombre que no tenía ninguna profesión, ni negocio, ni fortuna propia. Se dice que en aquellos días de su matrimonio Bárbara Hutton declaró ingenuamente: "Yo creo que el príncipe Mdivani sabrá ayudarme a gastar esa fortuna, sabrá vivir y hacerme disfrutar bellamente de la vida". La mayor parte estaba acorde en admitir que el príncipe satisfaría especialmente la primera de sus esperanzas.

Durante muchos años se han celebrado indudablemente matrimonios internacionales. Las jóvenes norteamericanas de grandes fortunas han dado su mano y su dinero a nobles extranjeros desde el día en que Consuelo Vanderbilt se convirtió en duquesa de Marlborough y Ana Gould en condesa de Boni de Castellane. Pero esos títulos eran rancios, magníficos; envolvían una situación de prestigio y ofrecían toda una vida, tierras y estados, castillos y tradición.

Ninguna de estas cosas adquirió con su matrimonio la joven multimillonaria. Alexis Mdivani no tiene estados, ni castillos ancestrales, ni bienes ni riquezas. No tiene posición y hasta su título está en desuso. Pero lo que pudo ofrecer a Bárbara fué bastante para ésta.

Una cosa solo pudo hacer su padre para proteger su vasta fortuna. Papá Hutton obligó al novio a firmar una escritura en la que se compromete a renunciar a toda la fortuna y derechos de su mujer en el caso de fallecimiento de ésta.

Los preparativos para la boda se hicieron una vez tramitadas estas condiciones. Primero se unieron Bárbara Hutton y Alexis Mdivani en la salita del sexto Distrito de la Municipalidad de París, realizado el matrimonio civil. Estuvieron presentes, desde luego, los esposos Hutton y Jessie Woolworth Donahue, que habían ido a París, a ser testigos de la boda. Estuvieron también el príncipe David Mdivani y el príncipe Sergio Mdivani, que hicieron también la larga travesía para presenciar la unión de su hermano menor a una de las más ricas herederas del mundo.

El Mayor Daniel Maron que efectuó la ceremonia se refirió a la novia en elogiosas frases llamándola "representación de la juventud norteamericana". Y en forma extraña, realmente Bárbara Hutton era la representación de la juventud norteamericana de 1933. Había en su boda como un perfume de Broadway. La rica heredera de los almacenes a 5 y a 10, era una especie de heroína de un cuento de hadas de las tierras del tío Sam.

El día de su matrimonio la rica y hermosa joven ostentaba un hermoso collar de perlas grises, un sombrerito y un echarpe sobre sus hombros. No llevaba flores. Dos días después, en la iglesia ortodoja, se casaban de acuerdo con el rito y las creencias de la familia Mdivani.

La novia obsequió a su marido un equipo de caballos de polo y el novio a su esposa un hermoso collar de perlas. En seguida partieron en viaje de novios a Venecia.

La nieta de Frank Woolworth, que empezó la vida como empleado en una pequeña ciudad ganando un mísero sueldo, era ya la princesa Mdivani. Viajó con pasaporte de norteamericana no residente. Tenía un marido gran jugador de polo, con un equipo de cientos de levitas, treinta de ellas, confeccionadas expresamente para la joven en los talleres de Patou, y una fortuna en joyas y perlas.

¿Será feliz este matrimonio entre un príncipe arruinado y una acaudalada heredera, una joven norteamericana y un joven de la república georgiana? ¿Será feliz? Bárbara no se cansa de decir que está locamente enamorada y parece que no hay medio de dudarlo.

Comenzó la romántica historia de su idilio y luego de su matrimonio, yendo de un transatlántico a otro, de uno a otro continente, en tal forma que se hacía ya difícil seguirlos en su peregrinación.

Para Mdivani parece que no hubo ya momento de reposo. Ningún arreglo anticipado para la instalación de este par de tórtolos. Se casaron y comenzaron a rodar tierras como el judío errante, sin parar un momento.

Bárbara Hutton es desde luego una joven acostumbrada a hacer su santa voluntad, ha sido siempre el centro de su propio mundo; está acostumbrada a ser considerada, a ser mimada y ser cuidada. Y esto no es culpa suya. Aparte de estos y según los que la conocen bien, Bárbara es extremadamente generosa, extremadamente leal y una buena camarada. Nadie ha acusado jamás a la Woolworth de ser orgullosa.

Sin embargo, ha tenido un padre blando e indulgente, que la ha consentido en todo momento; no ha tenido los cuidados de una madre y no estaba en realidad preparada para el matrimonio, sobre todo con un europeo que la esparaba para seguirle en todos sus pasos.

Mdivani cautivó seguramente a la princesa no por su riqueza, sino por una especie de encanto personal que seduce a las mujeres y permite a éste conseguir de ellas lo que se propone.

El primer choque entre la joven pareja se produjo cuando daban la vuelta alrededor del mundo acompañados por el primo de Bárbara, Jimmy Donahue. Viajaban en el famoso coche-vagón, el príncipe, la princesa y su primo, en un viaje que podía decirse era su segunda luna de miel. Se presentó entonces la primera disputa por causa de la familia de Mdivani, que había adquirido unos pozos de petróleo y quiso tumbar el placentero viaje de los novios. Pasó la nube y la familia Mdivani dejó por fin tranquilos a los recién desposados.

Alguien presentó una reclamación en contra del príncipe Alexis con el objeto de averiguar, según se decía, qué había de un misterioso cheque de $ 25,000 que había aparecido en escena poco después de casarse Alexis con la heredera de los almacenes de cinco y de diez.

El príncipe creyó que sería más conveniente no partir de San Francisco, como habían pensado, sino salir a los pocos días precipitadamente en dirección a Vancouver y desde allí el príncipe y la princesa continuaron su antes proyectado viaje. Los novios estuvieron juntos en el Japón y desde allí se separaron. Naturalmente esta repentina separación dió mucho que hablar en la prensa. Desde entonces se dice que las querellas y disgustos entre los recién casados han ido en aumento. La mayor parte de los disgustos, obedecen, al parecer, al polo y a los caballos de polo. La princesa se casó con este gran jugador, ansiosa de que él la enseñara, para jugar con él, porque le quería y porque deseaba, como ella misma expresó, vivir su propia vida y esa propia vida era el mismo Alexis.

Tal vez Bárbara nunca habló tan acertadamente como cuando desde un transatlántico contestó un telefonema de Londres a un periodista en Nueva York. "¡Oh! déjenme tranquila vivir mi vida y seguir el camino que más me plazca".

El disgusto era al parecer porque Alexis deseaba jugar polo. Si algún rival tenía Bárbara era precisamente ese equipo de caballos de polo que ella misma le había regalado a su marido. El polo se convirtió en una desenfrenada pasión para el príncipe. Bárbara no podía comprender esto. Bien estaba el polo y era un lindo deporte, pero de ahí a tomarlo como único objetivo de la existencia, había mucha distancia.

Se habló luego de que Bárbara iba también a dedicarse a este deporte, que Alexis quería que así lo hiciera y hasta iba a convertirse en su maestro, pero que uno y otro irían en adelante a preocuparse de sus asuntos financieros y a tratar de enderezarlos.

Pero nada de esto sucedió. En junio de 1934, justamente un año después de su matrimonio, después de varios disgustillos, papá Hutton llegó apresuradamente a Londres, según se dice porque el matrimonio estaba a punto de romper en definitiva.

Bárbara ocupaba en Londres un departamento en el hotel y el príncipe ocupaba otro. Bárbara le había cerrado a su esposo las puertas de sus habitaciones, le había dado con la puerta, como se dice vulgarmente, en las narices y luego había caído gravemente enferma. Se negaba siempre a ver al príncipe y papá Hutton tuvo que interponer toda su autoridad para conseguir que su consentida hija consintiese en ceder de su capricho. Entre tanto a todo el mundo se le negaba que entre los esposos ocurriese nada de particular.

Lo que había de verdad en este caso era que Bárbara estaba realmente enferma. Sufría una crisis nerviosa y por primera vez en su vida su vigoroso temperamento, hereditario de los viejos campesinos, se había resentido.

Si Bárbara tiene algún defecto físicamente, no es otro que su propensión a engordar. Y la gordura no sienta a su tipo de rubia romántica.

Cuando comenzó a engordar se convenció de ello. Entonces empezó una serie de tratamientos, de régimen dietético, pasando días enteros sin otro alimento que una taza de café, llegando de este modo a disminuir de peso en unas treinta libras. Pero estos tratamientos afectaron su sistema nervioso, la afectaron en su organismo y empezó a debilitarse hasta que cayó gravemente enferma.

¡Estaban realmente el príncipe y la princesa ya reñidos cuando papá Hutton llegó a Londres ante un urgente llamado de su hija? ¿Es cierto que el príncipe fué duramente despedido por la princesa y que ésta no quería ni siquiera volverlo a ver? ¿Es cierto que hubo entre los recién casados toda clase de desaveniencias aún en el primer año de su matrimonio?

Que hubo disgusto es cosa que no puede dudarse. Y hasta es probable que pensaran en la separación. Pero papá Hutton intervino como pacificador, de esto no cabe la menor duda. El arrancó a su yerno de las canchas de polo donde Alexis seguía dedicado a su deporte favorito, a pesar de que Bárbara estaba gravemente enferma y contrariada. Papá Hutton logró que se abriera la puerta que Bárbara había cerrado a su marido y entonces se negó que hubiese ocurrido ninguna novedad.

¿Qué ocurrió después? Porque a poco, volvió nuevamente a separarse la pareja. Bárbara regresó a Nueva York y el príncipe se fué a la India a jugar polo. Ambos aseguraban que todo iba a las mil maravillas, que no había tal separación, que los dos seguían profundamente enamorados como el día que se casaron. Sólo que Bárbara se mostraba ávida de encontrarse con sus amigos en Nueva York, ávida de sus reuniones sociales, ávida de su antigua alegría entre los jóvenes que ella conociera y Alexis seguía jugando polo.

¿Por qué necesitaba Alexis irse a jugar polo a la India, cuando podía jugarlo perfectamente al lado de su esposa?

Nueva York recibió con los brazos abiertos a su "playgirl" favorita. Sus numerosos amigos corrieron a saludarla. Se la vió en todas partes, escoltadas algunas veces por alguno de sus adoradores, otras veces por alguno de los recién casados jóvenes de la sociedad. Bárbara parecía más bella que nunca.

Nada se oía de Alexis y nada desde luego se veía.

Empezó a circular el rumor de que Bárbara pensaba divorciarse, de que iba a Reno casi todos los días. Los periodistas estaban con el ojo avizor. Los amigos murmuraban en secreto.

¿Era natural que dos muchachos jóvenes, recién casados, estuviese tanto tiempo separados sin razón alguna, si es que estaban todavía enamorados? Pero de pronto, y precisamente después de algunos días de cama a que le había reducido una nueva enfermedad, la princesa anunció que se embarcaba para la India a reunirse con su marido.

A pesar de esto sigue persistente el rumor de que no todo anda bien entre el príncipe y la princesa. Parece haber una especie de convicción de que el idilio se acabó y de que es cuestión de tiempo, un funesto desenlace. Casados por espacio de dos años no han tenido un heredero para los millones de Woolworth. Bárbara dice públicamente que no quiere todavía tener familia, que quiere disfrutar un poco de la vida, que es muy joven para esclavizarse con los hijos. La multimillonaria desea seguir divirtiéndose y tal vez tenga razón hasta cierto punto. Nadie sabe lo que le deparará el porvenir, pero de todos modos su futuro no se ve claro y ha de ser sin duda una de las cosas que más interesen en la historia de la juventud norteamericana.

(Trad. de R. Mondria).

FIN

SEIS VIERNES, EN LA NOCHE

(Continuación de la pág. 11)

Propongo que cada tres minutos hablemos algunas palabras siquiera. Y pasaron los tres minutos y Mr. Parsons preguntó:

—¿Es usted forastera en Nueva York, señorita?

—Ante todo, debo presentaros —interrumpió la señora Parsons—: Mi sobrino, Olin Pell; la señorita Juana Currán, de Ohio.

—¡Ah, de Ohio! ¿Está usted de paso por aquí?

—He venido a hacer un curso de seis semanas de francés. Tengo que ir a París a hacer un curso en la Sorbona.

—¿Curso de qué, señorita?

—De matemáticas y astronomía.

—¡Caramba! Digitos, telescopios *Je voudrais vous y voir.*

—No entiendo la conversación. Sólo tengo conocimientos muy someros del francés, aunque conozco la conjugación de los verbos regulares, como *aimer*.

—¿Lo conoce usted también en la práctica, señorita?

—¿Quieres pasarme la panera, Olin? —interrumpió la tía.

Antes de que la señora Parsons terminara de comer, se retiró su sobrino. Tenía que ir a casa de los Booths y luego a "dar una vueltecita".

—El viernes que viene, me tendrán aquí y tendré el gusto de comer con ustedes—dijo a su tía.—Sin falta.

Miró luego a Miss Currán y ésta le miró también. Era un joven alto, rubio, impecablemente vestido con su levita, su chaleco blanco, su pantalón de fantasía, su monóculo y su flor en el ojal; todo demostraba una existencia cómoda y regalada en Olin Pell.

Juana admiraba el tipo de hombres que iban a dar misiones a la China o a explorar el Polo Norte o a emprender campañas contra la lepra, pero hombres como Mr. Parsons, que sólo se dedicaban a dar "vueltecitas", jamais de la vie.

Al día siguiente, la señora Willy dijo a su esposo: "Voy a subir al cuarto de la señorita Currán, para saludarla. Es una vergüenza que lleve aquí ya tres o cuatro días y no la hayamos saludado".

La señora subió, golpeó la puerta y una voz contestó desde dentro: "Adelante".

Entró la señora y Juana se levantó en seguida, saliendo a recibirla:

—Usted es la señora Willy. Es usted muy amable. Pero si se queda usted aquí, va usted a sentir frío. Esto está un poco destemplado.

—¿Y usted no tiene frío? — preguntó la señora Willy.

—Yo estoy acostumbrada a las nieves y encuentro esta pieza hasta confortable. Estaba haciéndome una blusa lacre.

—¿Tiene usted los moldes? ¿Quiere que la ayude?

—Gracias, señora.

A la noche siguiente, Juana comió en la mesa de los Willy. Los Willy eran dos hermanos, él era banquero de un pequeño banco neoyorquino, vestía correctísimamente, siempre a la última moda. Juana llevaba su blusa

(Continuación de la pág. 69)

generalmente acompaña a un pecho plano, pero no siempre.

3.— *Pies torcidos.*

4.— *Vientre muy desarrollado.* — Esta parte de nuestra anatomía no debería ser lisa, pero sí, delicadamente curva.

5.— *Caderas anchas.* — Cintura delgada con caderas muy anchas; la línea debe ser pareja desde la cintura hasta la parte más ancha de las caderas.

6.— *Espaldas chicas y pesadas.*

7.—*Busto exagerado.* — Aunque un busto plano y viril no está de moda, un extremo opuesto no es admirado.

Los defectos menores son numerosos y es muy seguro que cada cual tenga más de uno. Lo principal es saber reconocerlos y ocultarlos y en algunos casos exterminarlos.

¿Cuál será el motivo?

por la Nurse Mc Key.

"Me han dicho que mi leche no es suficiente alimenticia y me aconsejan que tome una tacita diaria de crema y que aumente la ración de comidas grasas, leche, huevos y mantequilla".— Me escribe una señora, madre de una criatura de siete meses.

No dice de qué parte viene el consejo, ni en qué forma le ha sido dado, pero, leyendo entre líneas, presumo que se trata de simples conjeturas de los consejeros, es decir, que han hecho recomendaciones sin estudiar en forma la causa de las molestias sufridas. Esta madre parece que es delgada; la guagua parece necesitar una nutrición extra y por eso se censura la calidad de la leche, sin investigar con más cuidado.

Hay muchas variaciones en la leche materna, que son absolutamente normales y realmente beneficiosas para el niño. Es cosa común que la clase de gordura que se encuentra en la leche de una sola persona, varíe entre uno y siete por ciento en un día. En gran parte depende de las actividades de la madre, la clase de tiempo que ha hecho en el día, la cantidad de *líquidos tomados* y el estado de los alimentos ingeridos. La "primera" leche es siempre delgada y, en cambio, la "segunda" es rica en gordura. La leche con exceso de sólidos, es más ventajosa para el niño que la leche rica en vitaminas esenciales y elementos minerales, y es aún más líquida.

La falta de progreso del niño puede deberse a muchos factores y es tan improbable que se relacione con la cantidad de la leche, ya que siempre hay que buscar otras antes de proceder a efectuar un análisis.

Sin embargo, vamos a *suponer*

(Continúa en la página 73).

lacre, que le sentaba primorosamente.

Cuando la señora Parsons entró al comedor seguida de su sobrino y llegó a su mesa, se asombró de ver a Juana sentada a la mesa de los Willy. Olin no se había dado cuenta de nada. En el momento de sentarse, la tía llamó la atención de su sobrino, que apenas si se acordaba ya de Miss Curran.

—¿Te has fijado en Miss Currán? Allí la tienes en aquella mesa.

—¿Quién? ¿Aquélla de la blusa lacre?

—La misma. Y si no me engaño, esa blusa se la ha hecho por ti.

El sobrino de la señora Parsons se rió. —¡Vaya, una ocurrencia! — dijo—. ¡Y no me equivoco!

Mr. Parsons miró a la joven al otro lado del comedor. ¿Quién es ese señor de mostachos de mosquetero?

—Ese es Mr. Willy, el presidente de un pequeño Banco. Va a misa los domingos.

—Me revienta el tipo — dijo Mr. Pell. —Luego, inclinándose sobre el plato, miró la presa de pollo con mayonesa que tenía delante y exclamó:

—Parece que está bueno, pero no tengo ganas de comer.

—Siempre la misma canción. ¿Por qué vienes a comer, entonces?

—Por el gusto de verla, pues, tía.

—¡Hum! ¡Si te creyera!... Lo que hay, es que no soy tan rica como tú crees y cualquier día voy a ir al Notario y voy a rehacer mi testamento, dejando toda mi fortuna en obras de caridad.

—¿De manera que usted cree que yo vengo aquí por su dinero?

—¿Y por qué no?

—Perfectamente — dijo Mr. Pell. —Entonces, me voy.

Se levantó en el acto y pidiendo excusas, agregó:

—El viernes que viene, no podré acompañarla. ¿Será para el otro?

—Ven cuando te plazca, sobrino— dijo secamente Mrs. Parsons—. Tú sabrás. A mí poco me importa. Yo nunca estoy sola.

El viernes siguiente la señora Parsons comía en su mesa, acompañada de Juana, que le refería sus progresos en el francés. Ya sabía decir frases de uso corriente: "La sombrilla de mi hermana es grande, pero la tuya es pequeña. Yo tengo un libro, pero el padre de mi amigo tiene muchos".

—Ya parece usted una francesita. No sería raro que yo tuviera que ir este verano a Versalles.

—¡Qué lindo sería! Me da miedo París, me da miedo la Sorbona. Pero teniendo al lado ya una persona conocida, sería distinto.

—Cuando hable usted con mi sobrino, no le diga que piensa ir a Versalles.

—Será difícil que le vea. Ya ve usted, esta noche no ha venido.

—Los negocios, en Washington.

—¿Tiene negocios?

—Construcciones. Es ingeniero. Y tan pronto se encarga de un dique, como de una planta eléctrica, como de un rascacielos. Para las matemáticas es un prodigio. Pero, ¿no se come usted su pastel?

Juana tenía toda su atención en la conversación y no se preocupaba por la comida, en realidad.

—No tengo ganas de comer. Me trae preocupada este viaje. Estar en tierra extraña, hablando un lenguaje que una no conoce.

—Pero usted ha ganado beca, ¿no es eso? No tiene por qué temer. Otros más torpes han surgido. Usted surgirá también.

* * *

El colegio francés a donde iba Juana, estaba a diez cuadras de distancia, y si en alguna parte de la ciudad hacía viento, era en esa parte. El edificio era alegre, con vista al río y Mme. Benet, la directora, daba sus clases ceremoniosamente, luciendo sus ojos negros, sus mitones negros y su blusa de seda negra, todo lo cual formaba extraño contraste con su faz de una blancura mate extraordinaria.

—Señorita Currán — exclamó la profesora—. Tenga la bondad de conversar en francés, acerca del tiempo, o de la fiesta que vamos a tener.

Y Miss Currán empezó a conversar:

—Dentro de dos semanas tendremos una gran fiesta en el colegio y recibiremos las visitas de nuestros amigos y del famoso actor francés, Coquelin, que representará con su compañía, la comedia de Molière: "El médico a palos".

La profesora felicitó a Juanita por sus rápidos progresos.

El viernes siguiente — el cuarto que Juanita pasaba en la pensión de la señora Rham — poco antes de la hora de comida, Juanita había pedido a la señora Willy sus tenacillas, se había encrespado el pelo en bonitos tirabuzones, se había puesto su blusa lacre, se había empolvado y enrojecido los labios y radiante como nunca, bajó al comedor.

En el momento de bajar la escalera, Mr. Pell iba subiendo y se encontraron.

El se detuvo delante de Juana, mirándola entusiasmado.

—¿Dónde va usted, señorita Juana?

—Al comedor. Ya me queda poco de estar aquí.

—Supongo que irá usted a comer conmigo en la mesa de mi tía.

—¡Imposible! Estoy invitada por los Pierce para que no estemos tan apretados.

—¿Y si yo le rogara que comiera usted conmigo? Mi tía me ha dicho que usted me tiene alguna simpatía. Venga a mi mesa.

—Mucho lo siento, pero no estaría bien.

—¿Qué haces ahí en la escalera, que no subes de una vez? — gritó la tía, desde el rellano de la escalera del segundo piso.

—Estaba saludando a Miss Currán. Olin le tendió la mano; ella alargó la suya y en el mismo momento pareció que un sacudimiento eléctrico sacudía todo el cuerpo de la joven.

El subió erguido, sin volver la cabeza y Juana bajó al comedor, sentándose a la mesa de los esposos Pierce.

El quinto viernes, Juanita no se puso su blusa lacre, ni se rizó el pelo, ni se empolvó, ni se puso rouge en los labios. La puerta de Mrs. Parsons estaba completamente abierta y al pasar por delante Miss Currán, la viejita la llamó: Mrs. Parsons estaba vestida con un traje de terciopelo negro; la habitación estaba caldeada con un gran brasero y junto a la ventana, de pie, mirando a la calle, estaba Mr. Pell, que no se volvió siquiera a saludar a la joven.

—Buenos noches, Juanita. En una noche como ésta, mi sobrino se empeña en sacarme a comer afuera. ¿Qué le parece? Si no tiene las manos muy frías, ayúdeme a sujetarme este collar de perlas. ¿Y ustedes no se saludan?

—Su sobrino está disgustado conmigo, señora.

—¿Disgustado con usted, cuando apenas se conocen? ¿Por qué?

—Porque la otra noche no fuí a sentarme a su mesa, estando invitada por los Pierce. Yo no podía hacerles un desaire semejante.

—¿Y mi sobrino quería que usted, a pesar de esa invitación, fuera a comer en nuestra mesa?

—Ganas de imponer su voluntad, nada más. Ya está firme el broche, señora. Buenas noches.

Aquella noche Juana se sentó sola en la mesa de Mrs. Parsons y sola comió. De manera que todo había concluído. El no se había dignado siquiera saludarla, ni volver la cara desde la ventana. Durante toda aquella semana, Juana comió muy poco y durmió menos. En el colegio, el francés no le entusiasmaba y a pesar de que apremiaba el tiempo, no tenía deseos de estudiar.

Llegó el día de la fiesta. El colegio se remozó, se pusieron colgaduras en las paredes, flores por todas partes y en la sala mayor de clases se improvisó un tablado donde el gran Coquelin representaría en francés la obra de Molière: "Le medecin malgré lui".

—Supongo que no faltarán ustedes — decía Juanita, en la casa de pensión, a los Willys, a los Pierce y a la vieja señora Parsons. Creo que no hará muy mal tiempo.

Todos prometieron asistir sin falta.

Por la mañana, la señora Parsons detuvo a Juana Currán y le dijo:

—Mire, hijita; me ha dado usted dos entradas para la fiesta; creo que debe haberse equivocado.

—No me he equivocado, señora — contestó Juana, sonrojándose intensamente—. Le he dado dos entradas, por si quería usted invitar a alguien.

—No tengo a nadie que invitar, de manera que puede llevarse la otra entrada, si quiere.

—¿Para qué? Déjela, si no le sirve.

Por lo tarde, la señora Parsons, después que Juana hubo salido, se dirigió al cuarto de la joven; la sirviente estaba terminando de hacer la cama. Con un pretexto la mandó fuera. Y Mrs. Parsons se puso a curiosear toda la habitación. Registró todos los cajones, registró el ropero, vió todos los trajes que en él había; creyendo que no podía haber tan pocos, siguió buscando, pero no encontró más. Vió la blusa lacre, la cogió en sus manos y esto fué con tan mala suerte, que la blusa vino a caer en un balde de agua, que la sirviente había dejado allí mientras hacía la limpieza.

La señora Parsons se apresuró a coger la blusa, la colgó en el ropero y salió. Al bajar, dió a la empleada un dólar. Mrs. Parsons salió y regresó a poco con un paquete.

Por la noche, cuando ya se acercaba la hora de la función, penetró en su pieza Juana, desolada, exclamando:

—Señora Parsons, mire, qué desgracia. ¡Mi blusa lacre! ¡Se ha mojado; está echada a perder. No me explico cómo puede haber sido.

—¿Tiene usted alguna gotera en el techo?

—No sé nada. No he visto nada. Pero esto es un desastre. Qué voy a hacer ahora. No voy a poder ir al colegio.

—No se apure, hijita, no se desespere. Me alegro que haya usted venido a mí directamente. Precisamente, tengo aquí un trajecito que había comprado para regalárselo a una de mis sobrinas, que tiene más o menos su cuerpo. Espérese. Yo creo que le ha de quedar bien.

Buscó en el ropero, sacó un traje de terciopelo verde obscuro y se lo entregó a la joven. No hay que decir que le quedó primorosamente.

* * *

Acababan de apagarse las luces. En la sala se respiraba el aroma de las flores. La concurrencia era numerosa. En una fila de butacas se había sentado Juana con la señora Parsons y delante estaban los Willys y los Pierce. Al lado de Juana había un asiento vacío. La joven estaba temerosa de que viniera algún extra-

ño a sentarse a su lado. Cada vez que se abría la puerta de la sala, antes de empezar la función, Juana miraba impaciente, pero no venía la persona que ella hubiera deseado que viniera.

Al apagarse las luces, en los momentos en que iba a comenzar la representación de la comedia francesa, la señora Parsons pasó su mano por debajo del brazo de Juana — ¡qué sorpresa para ésta! — y quedó así abrazada con ella. Se corrió la cortina, empezó la función y tan absorta estaba Juana oyendo al actor francés declamar las frases brillantes en la lengua de Molière, que no se dió casi cuenta de que alguien se sentaba a su lado en el asiento vacío. Cuando éste se sentó calladamente, la joven pudo notar en la obscuridad de la sala que se trataba de un hombre. Lo vió al distinguir sus rodillas, sus calcetines de seda y sus zapatos de charol. Pero ella seguía escuchando las modulaciones de aquella lengua que ella se había propuesto aprender en tan poco tiempo.

—¿No piensa usted mirarme en toda la noche? — preguntó de pronto con voz acariciadora el vecino, en el que al punto reconoció a Mr. Pell.

—¡Chist!... — susurró Juana. Pero él pasó su mano por debajo del brazo de la joven y atrayéndola suavemente hacia sí, le dijo:

—¡Qué deseos tenía de verla!

La representación siguió su curso y Juana estuvo durante toda ella cogida de un brazo por la señora Parsons y del otro, aún más apretada y más cerca, por Mr. Olin Pell.

Terminó la función. Mr. Pell saludó a su tía, a los Willy y a los Pierce, y mientras bajaban la escalera, todos desaparecieron, quedando sólo los dos jóvenes.

Había empezado a nevar copiosamente. Mr. Pell trató de buscar un coche; salió con ese objeto, pero volvió al punto no con un coche, sino con un gran paraguas negro, y dijo a la joven:

—Tendremos que ir hasta la Avenida. ¿Quiere?

—¡Vamos! ¿Dónde se han metido los Pierce y su tía? ¡Lo que siento es mi vestido! ¡Se me va a echar a perder y no es mío!

—¿Cómo que no es suyo? Sí que es suyo. Mi tía lo compró para usted.

El viento soplaba furiosamente, les azotaba la cara, el paraguas no podía usarse con aquel ventarrón; siguieron andando entrabadas las piernas por el viento y la nieve; él se ponía delante, con el objeto de defenderla, pero todo era inútil. Entonces él la tomó de la cintura, la arrastró hasta un portal vecino en espera de algún carruaje que pasara, y limpiándole la cara humedecida por la nieve, le dijo, sin poder contenerse:

—¡Juana! ¡Juanita! Te adoro. Te quiero desde el primer día que te vi. Eres el ángel de mis sueños. Ya no me separaré más de ti.

Y diciendo y haciendo, la besaba; la besaba apasionadamente en los ojos, en las mejillas, en la boca, aquélla boca encantadora que desde el principio había llamado su atención, por lo chiquitita y lo graciosa.

Ella le dejaba hacer, le devolvía sus besos medio atontada por lo repentino de su felicidad. Mr. Pell era su amor. Ella había soñado en aquellos momentos de felicidad suprema, que ahora llegaban cuando menos lo esperaba, pero su impresión fué demasiado fuerte. Aquello estaba por encima de sus fuerzas. Su naturaleza no pudo resistir y se desmayó.

Mr. Pell, asustado, la remecía, le restregaba la cara con nieve, la llamaba con dulces epítetos, pero la joven no volvía en sí. Empezó entonces a pedir socorro. Vino un coche. Ayudado del mismo cochero hizo subir a la joven y dió la dirección de la pensión Rhams.

Mr. Parsons, exasperado ante aquel incidente, estrechaba contra su corazón el cuerpecito semi aterido y desmayado de la joven, la cubría de besos y cuando llegó el coche a la pensión de la señora Rhams, subieron en el acto a Juana a las habitaciones de la señora Parsons.

En la pensión hubo expectación general. Ante la puerta de la señora Parsons estaban todos haciendo comentarios por lo bajo, los Willy, los Pierce, los esposos Rhams.

Miss Wagnalls abrió de pronto la puerta de la pieza de la señora Parsons y dijo: "Está volviendo en sí. La señora Parsons está contentísima".

La puerta se cerró de nuevo. Pero todos siguieron allí sin moverse.

A poco, volvió a abrirse la puerta.

—Está sentada en la cama. El está sentado a su lado. Está locamente enamorado de ella, y se van a casar muy pronto, agregó Miss Wagnalls, en tono triunfante y muy quedo.

—¿Si no nos dice usted más que eso? — contestó Mr. Pierce, malhumorado—. Esa es noticia fresca.

—Sí, que puedo decir más — prosiguió Miss Wagnalls—. Puedo decirles cosas que ni la misma joven sabe todavía. ¿Quién de ustedes sabía que la anónima pensionada del colegio de Ohio es nada menos que la poseedora de la beca cresda en él por la señora Parsons, en recuerdo de una sobrina muy querida? ¿Quién de ustedes podía, siquiera, suponer que la joven fué traída a Nueva York por la misma señora Parsons?

—¿De veras? — exclamaron a la vez todos los presentes.

—Lo que ustedes oyen — exclamó triunfalmente Miss Wagnalls y les dió con la puerta en las narices. Nadie se movió de la puerta todavía...

(Traduc. R. MONDRIA).

FIN

LA PRINCESA DESCONOCIDA

(Continuación de la pág. 14)

un ruido y miró por una rendija del muro. Veo a monsieur Tim cortando los arbustos. ¡Et voilà!

Tim asintió. Pensaba que esta niña era mucho más maravillosa de lo que jamás imaginara y que era demasiado buena para un grupo de estúpidos bulmanos.

—Monsieur Tim, ¿por qué vino a verme? — preguntó de improviso.

—Es una historia larga de contar. ¿Pero sabe quién es usted?

—¿Quién soy? — repitió la niña, mirándolo perpleja—. Mol..., soy yo misma. ¡No comprendo!

Comprendiendo que besaría equivaldría a alta traición — y advirtiendo, además, que tal acción de su parte precipitaría otra crisis en sus asuntos — Tim se cruzó de brazos y recordó su resolución de hacer bien las cosas.

—Se llama usted Natalia, ¿verdad?

—¡Natalia! No, yo soy María...

Tim quedó petrificado: ¡ésta no era la niña!

—¿Entonces alguna hermana suya se llama Natalia?—preguntó.

—No comprendo — repuso la niña, asombrada—. Ninguna se llama Natalia...

El corazón de Tim dió un vuelco. ¡Claro que la condesa habría ocultado el nombre de la niña que dejaran a cargo suyo!

—¿Entonces tiene la letra "N" ta-

que todas las otras causas, tales como la cantidad mamada en 24 horas, el tipo de alimento, el estado mental de la madre, etc., han sido examinadas. Pero recuérdese que se debe analizar el alimento que toma el niño y no sólo una parte de él.

El extraer leche de un seno en una sola mamada y mandarla analizar, sería completamente engañoso. Debe tomarse una muestra mezclada de ambos pechos y que comprenda el alimento de 24 horas. Por supuesto, que hay varios métodos para hacer esto, pero el siguiente es muy recomendable:

A las 6 a. m. y a las 2 p. m., adopte este sencillo proceder. Después de lavarse las manos, extraiga dos cucharaditas chicas de leche del primer pecho, antes que mame el niño; luego extraiga otras dos cucharaditas del segundo pecho, pero una vez que el niño haya terminado de mamar. En esta forma se tendrán dos cucharaditas de la "primera" leche y dos de la "segunda". Esta leche debe ser recibida en un vaso de vidrio u otro receptáculo completamente limpio, guardándose en un sitio fresco.

A las 10 a. m. y a las 6 p. m., extraiga dos cucharaditas, después que el niño haya mamado sólo tres minutos, de cada lado. Deje luego que mame el tiempo de costumbre en cada pecho con el fin de obtener la leche "media" de esas mamadas.

A las 10 p. m. extraiga una cucharadita al comienzo y al fin de la lactancia.

Ahora, supongamos que el informe del análisis confirma sus sospechas y que a la leche le falta gordura — o proteína o cualquier otro elemento—. ¿Habrá que tomar una tacita diaria de crema? Tal vez por unos cuantos días, particularmente si usted es de aquellas señoras que, generalmente, no gustan ser gordas y se miden en las comidas.

La necesidad primordial de la madre, es el reposo dilatado, mental y físico.

Tal vez haya escasez de vitaminas *B* en la dieta total, la cual si está bien hecha, beneficiará enormemente la leche.

En otras palabras, la madre debe observar todo lo que tienda a resolver el problema de su salud, antes de desalentarse por las deficiencias que pueda haber en algunos puntos importantes.

Una situación de ánimo placentera, un esmerado cuidado, un poco de optimismo, un poco de alegría para sobrellevar la maternidad, producirán en una madre más espléndidos resultados que el ser demasiado científica, demasiado minuciosa y excesivamente ajustada a las reglas alimenticias y al reloj.

tuada en el hombro? ¿Con una corona encima?

—¿Sabe usted eso? — exclamó la niña—. Siempre he preguntado a mamá qué significa esa "N" y la corona que llevo en el hombro, pero nunca me lo ha dicho. Siempre dice que algún día lo sabré. ¡Mire!

Bajó la manga de su vestido, dejando al descubierto el hombro. En la sedosa piel blanca aparecía una pequeña "N" tatuada en azul y sobre ella una corona. A propósito, era el único hombro perfecto visto por Tim.

—Eso significa — contestó—, que usted es la princesa Natalia de Bulmania.

—¡Una princesa! — exclamó, incrédula—. ¡Mol! ¡No es posible!

—Dentro de pocas semanas será Reina de Bulmania.

En su sorpresa, la niña apoyó la mano en el brazo de Tim.

—¿Reina? ¿Y llevaré una corona?

Naturalmente, sólo sabía de reinas y princesas mediante sus lecturas de novelas. Para ella, esas palabras eran sinónimo de perfecta felicidad.

—¡Cuénteme, cuéntemelo todo! — prosiguió, abrillantados los ojos—. ¡No puedo creerlo! ¡Es demasiado maravilloso para ser verdad! ¡Mol, que he sido prisionera toda la vida en esta casa; yo, una princesa, una reina!

Su voz temblaba de entusiasmo.

Tim le contó toda la historia. Tal vez fuera más correcto decir que le dió una versión de esa historia. Omitió gran parte acerca de Miss Jennings y nada dijo sobre las actividades de los espías pagados por los republicanos.

La princesa permaneció en silencio por algunos momentos, después que Tim terminó su narración. Diríase que trataba de darse cuenta si estaba despierta o soñaba. Para ella, Tim Torrence se le aparecía como el maravilloso caballero de las páginas de una novela caballeresca.

—¿Y usted ha venido en busca mía? — murmuró con voz atemorizada—. ¿Ha venido para hacerme reina?...

—Exacto — contestó el muchacho, haciendo lo posible por aparecer como un héroe.

Durante algún tiempo quedaron en silencio. Hasta que por fin:

—Monsieur Tim—dijo la niña.

—Diga...

En la voz de la joven trasluciase blandura, que obligó a Tim a mirarla. La vió sonrojarse.

—Cuando sea reina, ¿estará usted ahí para ayudarme? Para mí será una gran aventura ser reina. Siempre he sido una prisionera aquí... Yo...

Sin saber cómo, Tim se encontró reteniendo una mano de la niña. La llevó lentamente a sus labios.

—Alteza Real, siempre estaré allí... para ayudarla. Podrá confiar en mí.

Todavía con los labios sobre la mano de la joven, Tim alzó la vista hasta ella. Las mejillas de la niña ardían, su pecho se agitaba tumultuoso y en sus ojos aparecía expresión de maravillado estupor.

—¿Por qué hace esto por mí, usted, un extranjero.

—Porque usted es la niña más admirable del mundo — repuso—. Y porque deseo que, al mismo tiempo, sea la más feliz.

—¡Es perfecto! ¡Es como un sueño!

Dejó libre la mano de la princesa y el silencio reinó entre ellos.

—¿Cuándo partiremos? — preguntó la niña, por fin.

—Cuánto antes, mejor. Pero, ante todo, debemos obtener la urna con los brillantes y las pruebas de su identidad.

—Yo me encargaré de eso. Mamá las guarda en la caja de fondos. La he visto a menudo. Una caja pequeña... ¡comme ca!

E indicó el tamaño con las manos.

—Eso es. ¿Cree que podremos obtenerla?

La princesa pensó durante un instante.

—¡Escuche! Regresaré a la habitación y diré a mamá que me portaré bien. Conseguiré la llave de la caja fuerte y... la urna. Esta noche, cuando haya obscurecido, saldré de la casa y usted se encontrará aquí, ¿qué le parece? ¿Partiremos inmediatamente?

Tim la miró con franca admiración en las pupilas.

—¡Es usted maravillosa! ¡Creí encontrar toda suerte de dificultades! Pensé que usted tendría miedo, que no confiaría en mí, que...

La princesa rió.

—Toda mi vida he sido aquí una prisionera, y siempre he soñado que algún día vendría un hombre maravilloso a rescatarme. Cuando lo vi a usted ayer, mi corazón dió un vuelco. Comprendí que había llegado, al fin, el héroe magnífico a quien esperara durante tantos años. ¡Lo comprendí apenas lo vi! Por eso río cuando mamá dice que es usted un hombre malo. Mol, yo sé mejor que ella.

A Tim le tocó sonrojar. La princesa se levantó.

—Ahora tengo que regresar, antes que mamá descubra que no estoy en mi habitación. Volveré a subir por la cañería de aguas lluvias. ¡Adiós, monsieur Tim! ¿Lo encontraré aquí esta noche?

—¡Estaré esperándola! ¡Adiós, Natalia!

Una sonrisa fugaz, y la niña se marchó corriendo. Reclinándose contra la pared del invernadero, Tim sacó un cigarrillo y lo encendió.

¡Natalia era perfecta, divina! ¡Su belleza, magnífica! ¡Pensar en ella lo dejaba sin aliento! ¡Y confiaba en él! Lo consideraba el super-héroe de las novelas. ¡Tim, "mi estimado amigo Tim", como le decían sus amistades, cuya principal habilidad consistía en pedir prestadas cinco libras, convertido en héroe!

¡Cómo reirían sus amigos ante tal idea!

Enderezó los hombros y apretó los puños. Poco importaba que su pasado no hubiera sido heroico, poco importaba que rieran sus amigos: ahora sería un héroe. ¡Demostraría que era digno de la confianza de Natalia! El demostraría que...

—¡No se alarme! — dijo una voz risueña a su lado. Y poco más tarde, Tim se encontró frente a la fisonomía risueña a miss Jennings.

La muchacha tomó asiento a su lado.

—No haga ruido — le dijo—. Los bulmanos están al otro lado. Hable en voz baja. Oí todo cuánto habló usted y su amiga, la princesa.

Tim se encontraba demasiado perplejo para contestar. Su cerebro era un remolino de interrogaciones. ¿Cómo pudo encontrarlo? ¿Por qué le avisaba que los bulmanos estaban en la vecindad? ¿Por qué le dijo haber escuchado toda la conversación con la princesa? ¿Qué finalidad persegula? ¿Por qué...?

—Usted no me creyó anoche—prosiguió miss Jennings—. No se lo reprocho, porque no podía correr usted riesgo alguno. Yo había pensado que al devolverle el dinero lo convencería de mi veracidad. Después comprendí que usted lo consideraría un ardid. Así, pues, me dí a la tarea de hacer lo posible por demostrarle la verdad de mis palabras.

Tim se contentaba con mirarla.

—¿Ha visto esto? — preguntó miss Jennings, presentándole el recorte de la edición francesa de un diario inglés. Tim miró el párrafo que le señalaban.

"CRIMEN AL CRUZAR EL CANAL. —Motivos políticos causaron la muerte trágica de un estadista bulmano".

Más abajo aparecía una descripción del asesinato del conde Bubarski, en el Dover Pier, ex Cancilier de Bulmania y jefe del partido realista.

—Los espías — continuó miss Jennings, recogiendo el recorte de manos de Tim — tienen órdenes de completar su trabajo asesinándolo a usted y a la princesa. Entonces ya no habría posibilidad de una insurrección realista en Bulmania. Usted está vivo porque el conde, en su carta a la condesa Strelowitz, omitió mencionar la Villa Azure. Se le permitió vivir algunas horas más para que pudiera revelar el refugio de la princesa. En este momento hay seis bulmanos a doce metros de este lugar. Están intrigados preguntándose dónde puede encontrarse usted. Bastaría que yo los llamara para que su vida no valiera un comino. Y esta noche cuando la princesa viniera esperando encontrarlo, se vería ante un cadáver, y a su vez sería asesinada.

El único comentario de Tim fué un estremecimiento. Diríase que tenía el cerebro petrificado.

—Acérquese a la verja — insinuó miss Jennings—. Mire y los verá.

El joven obedeció. Atisbando por entre las ramas divisó seis hombres que se encontraban a unos doce metros, bajo un árbol. Discutían animadamente entre ellos. Tim no era bastante experto para decir si eran o no bulmanos, pero, al menos, constituían una colección de bribones extranjeros capaz de causar escalofríos. Sin proferir palabra, Tim dejó su puesto de observación.

—Anoche lo siguieron hasta el Hotel du Midi — , continuó miss Jennings—. También lo siguieron esta mañana. Por cierto, que usted hizo cuánto pudo por burlar a sus posibles perseguidores, pero no contaba con la pericia de estos hombres. Fui yo quién lo salvó. Los envié en otra dirección y lo seguí sola. ¿Me cree usted, ahora?

Tim se acarició el mentón. No sabía qué pensar. Ni menos lo que podría hacer.

—¡Parece preocupado! — exclamó la muchacha, con ironía en la voz.

—¿Qué desea usted? — preguntó Tim, volviéndose a ella. Se interrumpió bruscamente al encontrarse ante la negra boca de una pistola.

—Quiero que se incline hasta tocar las muñecas con los tobillos—repuso la mujer, contemplándolo calmosamente.

Vaciló Tim durante breve instante; pero luego, comprendiendo que una pistola es el argumento más persuasivo del mundo, obedeció.

En pocos minutos, miss Jennings le había atado manos y piernas con una cuerda resistente. Después lo amordazó con un pañuelo.

Convencida de haberlo dejado en completa impotencia, lo cogió por los hombros y lo arrastró hasta arrojarlo dentro del invernadero.

Escudriñando las carteras de Tim, lo despojó del resto de los billetes que ella misma le devolviera.

—¡Listo! — exclamó, al fin— ¡Ahora puede divertirse pensando qué es lo que en realidad deseo!

Dicho eso, se marchó.

Cuando se ncontraba ya a la vista del cielo, Tim se estrellaba otra vez contra el suelo. Cuando todo estaba arreglado a maravillas, había intervenido lo inesperado en la persona de miss Jennings.

¿Qué deseaba esa mujer? Los bulmanos eran incomprensibles. Querían asesinar a la princesa y a Tim para

destruir, de una vez por todas, con los realistas. Sin embargo, miss Jennings era un misterio perfecto para Tim. Su única finalidad parecía ser molestar. ¿Por qué los salvó de los bulmanos y después lo hizo prisionero? Tim presentía que, para ser de veras un héroe, debería saberlo. Comprendió que el primer paso hacia el triunfo sobre sus enemigos era comprender sus motivos. Estaba seguro que había alguna explicación sencilla en sus contradictorias acciones. Y presentía que cualquiera otra persona habría comprendido sin dificultad la explicación que perseguía.

Maldiciéndose por su torpeza, abandonó su intento de averiguar el motivo de las acciones de miss Jennings y decidió obrar de inmediato para salvar la princesa y burlar a los bulmanos y a miss Jennings. Y lo evidente era que nada podría hacer mientras se encontrase atado. No sabía lo que haría una vez libre, pero le era imposible pensar cuerdamente cuando tenía la espalda dolorida.

¿Cómo aflojar las ataduras? Había leído historias en que el héroe, en similar predicamento, las había hecho estallar. No obstante, Tim no tenía méritos para ser herrero. Y ya había probado a aflojar las ligaduras con el único resultado de destrozarse las muñecas. Había leído también que era posible desgarrar poco a poco las cuerdas frotándolas contra un borde agudo. Pero allí no había nada contra la cual frotarlas.

Lo único que podía hacer era retorcerse, en la esperanza de alcanzar los nudos con los dedos. El único resultado de un cuarto de hora de labor fué cambiar de posición de un lado a otro del invernadero. Después, apoyándose en el muro, dió una vuelta sobre sí mismo.

Al ejecutar este movimiento, la caja de fósforos cayó de su bolsillo. Contempló la caja; luego sonrió. Después de pacientes maniobras consiguió coger un fósforo entre el pulgar y el índice. Encenderlo fué un proceso mucho más difícil. No obstante, lo consiguió.

Sacudiendo la cuerda ardiente, rápidamente encendió otro fósforo y quemó las cuerdas que le aseguraban la otra muñeca. Estaba libre. Lenta, dolorosamente, enderezó la dolorida espalda. Sentóse y tiernamente oprimió contra su cuerpo sus muñecas torturadas. Todos los músculos de su cuerpo estaban rígidos; todos los tendones tensos. Moverse era un suplicio. Hasta el esfuerzo necesario para quitarse la mordaza de la boca era agonizante. Pensaba en lo que haría si viera aparecer de improviso a miss Jennings.

Un acre olor a humo y el chisporreteo de la madera le despertó de sus pensamientos a la realidad: no sólo había conseguido escapar, sino que había incendiado el invernadero.

Era una construcción antigua, reseca, edificada en su mayor parte de madera. Cuando logró ponerse en pie, ardía a más y mejor.

Durante un momento permaneció parpadeando ante las llamas que ascendían al cielo. Comprendió, en forma vaga, que esto precipitaría la crisis. Miss Jennings, la condesa Strelowitz, la princesa Natalia y los espías bulmanos sentirían interés por el incendio.

Rogando que le llegase alguna inspiración, se volvió y salió del invernadero a ocultarse entre unos arbustos cercanos. ¡Bang! La bala silbó junto a su oído. De un salto se hundió entre las matas y arrojándose de bruces al suelo, se echó a rodar, para detenerse luego tras algunos rododendros. Agazapado allí, esperaba a cada instante el estallido de una bala en su cráneo. A poco, abriendo el ramaje, atisbó con cautela.

El invernadero se derrumbó, enviando lenguas de fuego y humo y chisperío hacia el cielo. A unos doce metros más allá, miss Jennings estaba agazapada tras un árbol; en la mano derecha sostenía una pistola, pronta para la acción. Miraba con avidez hacia los arbustos, esperando que Tim denunciase su presencia.

Como no deseaba recibir todo el contenido de la pistola, permaneció perfectamente inmóvil, atreviéndose apenas a pestañear.

Entretanto, el incendio del invernadero y el resonar del disparo hizo entrar en acción a la condesa Strelowitz. La visita de Tim, la noche anterior, le advirtió que pensaba realizarse una intentona para arrancarle el secreto que mantuviera durante quince años. Y la condesa, al parecer, estaba preparada. Ella y su fiel Katja estaban atareadas cerrando las persianas metálicas de las ventanas y preparando la Villa Azure para sostener un sitio. En las ventanas superiores, sus tres hijas miraban con alarma mezclada de entusiasmo el incendio del invernadero.

Luego, uno tras otro, los bulmanos arrastrábanse con cautela por la abertura que abriera Tim. Miraron en torno. Suponían que al fin habían alcanzado su objetivo.

Miss Jennings, clavada la vista en el lugar donde se ocultara Tim, no alcanzó a verlos. Pero los bulmanos sí que la divisaron. Comenzaron a arrastrarse subrepticiamente hacia ella, con el evidente propósito de cogerla por la espalda.

Tim, atreviéndose apenas a respirar, los observaba. Empezaba a comprender. La muchacha era miembro de una banda de criminales empleada por los bulmanos para robarle a él los papeles que, según esperaban, les revelarían el escondite de la princesa. La muchacha había desempeñado su cometido con una eficiencia que Tim únicamente podía apreciar, pero miss Jennings no se había contentado con ceñirse al pie de la letra a sus instrucciones. Trató de burlar a los mismos bulmanos. Era el Diamante de San Boria lo que deseaba.

Tim se habría golpeado por su torpeza al no comprenderlo antes. Al robarle los papeles, la muchacha supo de la existencia del diamante, el valor de miles de libras que representaba. Siendo una ladrona, su codicia se avivó. La joya explicaba, pues, sus misteriosas acciones.

El más cercano de los bulmanos se encontraba a menos de dos metros de la niña. El hombre sostenía un cuchillo en la mano y la mujer, pistola en mano, agazapada tras el árbol, no se daba cuenta del peligro que la amenazaba. Miss Jennings era inglesa y Tim colocaba a una criminal inglesa muy por encima de un espía bulmano. Además, la muchacha era simpática.

No estaba dispuesto a permanecer inactivo, mientras los bulmanos intentaban asesinarla. Por otra parte, no olvidaba que si delataba su presencia, recibiría todas las balas de la pistola. Escogió una piedra y la lanzó en dirección del bulmano, y, sin esperar el resultado, hundió la cara en el suelo, en la esperanza de escapar a los proyectiles.

Un grito asombrado le indicó que su puntería fué exacta. ¡Bang! ¡Bang! Las balas no silbaban en las cercanías de los rododendros. Tim azó la vista y separó las ramas. ¡Bang! Habían caído dos de los bulmanos. El resto se escapaba a ponerse a cubierto. Tomando puntería con toda tranquilidad, la muchacha disparó e hizo caer a un tercer bulmano antes que consiguieran ocultarse tras un árbol.

Tim captó todo esto en una sola mirada. Comprendió que en ese instante se le presentaba la oportunidad de escapar para entrar a la casa y encontrar a la princesa. Todas las ventanas bajas estaban ya cerradas. Sabían, sin embargo, que existía la cañería de agua lluvias y acaso pudiera conseguir entrada en la misma forma. Si la suerte le acompañaba, lograría encontrar a la princesa. Por supuesto que la condesa, creyéndolo uno de esos entusiastas republicanos, dispararía contra él a primera vista; pero no tenía otro remedio que arriesgarse.

Saltando de arbusto en arbusto, se adelantó hacia la casa. Al llegar a la cañería de aguas lluvias, alzó la vista. Había algunos siete metros. Tim nunca había trepado por una cañería de aguas lluvias en toda su vida; pero se veía obligado a hacerlo.

Fijos los ojos en la ventana, comenzó el ascenso. El avance era lento y cuando se encontraba como a dos metros del suelo, comprendió que el estar atado con las muñecas en los tobillos era la peor preparación imaginable para trepar por un caño. Y sólo el pensamiento de la princesa Natalia, la niña más bella del mundo, le hacía perseverar en su propósito.

Le faltaba un metro para alcanzar la ventana, cuando surgió un grito colérico de entre los arbustos. ¡Pam! Un proyectil pasó junto a él. ¡Paf! Otro golpeó en el caño, a doce pulgadas de los pies de Tim. Ese último metro que le faltaba lo recorrió en tiempo record. Se arrojó a través de la ventana y cayó al suelo de la habitación, entre el estallido de los vidrios rotos.

Se levantó, descubrió que estaba más o menos ileso, y miró en torno. La habitación era un dormitorio.

Quitándose los trozos de vidrio de las manos y el traje, Tim recobró el aliento, sin saber qué debería hacer. ¿Recorrería una tras otras las habitaciones en busca de la princesa? Lo seguirían los bulmanos? ¿No sería mejor esperar allí, por si regresaba la princesa? ¿Habría oído la condesa Strelowitz el crujido de los vidrios y comprendido que habían invadido la casa? Acaso.

—¡Eh! ¡Tim! — llegó la voz de miss Jennings, desde abajo.

Cautelosamente, miró hacia el jardín. Allí, al pie del caño, se encontraba esa asombrosa mujer.

—¡Oiga! ¿Cree que podrá mantener a raya a esos cerdos, mientras yo subo a reunirme a usted? Todavía están en los arbustos. Puede verlos desde ahí. ¡Estoy de su parte! ¡Oiga!

Y sin esperar que el muchacho expresara su opinión, le arrojó la pistola. El cálculo fué erróneo y la pistola cayó al suelo. No obstante, el segundo intento estuvo mejor; Tim alcanzó a coger el arma.

—¡Bien! — exclamó la muchacha y comenzó a subir hacia la ventana.

Tim no sabía qué hacer. Estaba seguro, por que la compañía de miss Jennings no le agradaba. Pero no podía por menos de admirar la audacia de la mujercita, la desvergüenza, la seguridad... y la forma en que trepaba por el caño de aguas lluvias.

—¡Paf!...

Involuntariamente, Tim hurtó la cabeza, aún cuando la bala iba dirigida a miss Jennings.

—¡Dispare, pues!—le gritó la muchacha.

Ubicando tres bulmanos en los arbustos, Tim descerrió el seguro de la pistola y tomó cuidadosa puntería.

La distancia era de unos cuarenta metros, demasiado grande para disparar con éxito. Sin embargo, cuando Tim advirtió que uno de los bulmanos, a quien no había apuntado, saltaba en el aire dando un grito, como resultado del primer disparo, consiguió "mantenerlos a raya". Miss

Jennings cayó dentro de la habitación.

—¡Gracias! — exclamó, casi sin aliento, quitando la pistola de manos de Tim.

Tim captó todo eso en una sola —Mire — continuó miss Jennings —tendremos que unir nuestras fuerzas.

El único comentario del muchacho fué un alzamiento de cejas.

—Es lo único evidente — continuó. —Usted busca a la niña. Yo busco el Diamante de San Boris. Si unimos nuestras fuerzas, venceremos a estos bulmanos y ambos obtendremos lo que buscamos.

—Pero... — comenzó a protestar Tim.

—Sin duda que usted debería llevar a la princesa y la urna con las joyas y los documentos. Pero ahora el conde Bubarski está muerto y no puede usted recibir la recompensa prometida. Y no podrá cruzar la mitad de Europa sin un centavo. Además, usted está enamorado de ella, ¿verdad?

Tim permaneció en silencio. La lógica de las observaciones de miss Jennings era incuestionable. Sin embargo, ésta era la primera vez que consideraba la posibilidad de "llevarse la princesa". En realidad, estaba enamorado de ella. Y, por otra parte, era una princesa que ya debía ser Reina de Bulmania. ¡Y su compromiso con el conde Bubarski!...

—Estoy segura —, prosiguió miss Jennings, que para ella sería mejor destino convertirse en señora de Timoteo Torrence, que llegar a reina de una turba de bulmanos exasperados. La asesinarían en una semana. Al cumplir usted las órdenes recibidas, la condenaría a morir destrozada por una bomba.

—Muy bien — contestó Tim—. Se queda usted con el diamante y me ayuda a escaparme con la princesa.

Atisbando por la ventana, miss Jennings disparó dos balazos en dirección a los arbustos.

—Eso los mantendrá tranquilos por un rato — indicó—. Pasará media hora antes que reúnan valor suficiente para intentar subir por el caño. ¡Vamos!

Abrió la puerta y se detuvo a escuchar por si oía algo que le indicara la presencia de la condesa y sus hijas. Pero ningún ruido llegaba hasta ellos.

—Deben estar ocultas. Tendremos que registrar la casa — comentó la muchacha—. Empezaremos desde el último piso y no olvide estar alerta.

Comenzaron una búsqueda sistemática por la casa. Pasaron de habitación en habitación, sin encontrar señales de vida.

Por fin llegaron al primer piso y al salón donde por primera vez fuera recibido Tim. Estaba completamente obscuro, cerradas las ventanas y aflanzadas con barrotes de hierro.

—Tal vez se han marchado—murmuró Tim, mirando en torno—. ¡No están en la casa!

Miss Jennings sacudió negativamente la cabeza.

—No pueden haber escapado. Las habría visto, porque no hay más que una puerta. Deben estar ocultas en alguna parte.

Estaban a punto de continuar su búsqueda, cuando miss Jennings cogió el brazo de Tim, diciendo:

—¡Mire! ¡Esa división de la pared!

En efecto, una de ellas era una puerta secreta y habían impedido que se cerrara del todo, colocando un zapato en la abertura, zapato que Tim reconoció como perteneciente a la princesa Natalia.

Colocando los dedos en el intersticio, consiguieron abrir la pesada puerta de hierro. El zapato cayó al suelo y Tim se inclinó a recogerlo, guardándolo en el bolsillo.

La puerta daba a un compartimiento de metro y medio cuadrado. La última pared estaba libre; las tres restantes, ocupadas con estanterías.

—¡Esta debe ser la caja de fondos dónde se guardaban las joyas! — exclamó Tim.

Miss Jennings asintió, sombría:

—Pero se las han llevado.

—Sin embargo, con algún motivo colocó el zapato en la puerta. Lo mejor que podemos hacer es dar cuenta de esos bribones bulmanos y luego esperar que regrese la princesa, como lo prometió. Es decir...

¡Paf!... Una bala se estrelló contra el muro de la bóveda. Un segundo proyectil atravesó la vuelta de la americana de Tim.

Entraron a la bóveda y miss Jennings entrecerró la puerta, devolviendo el fuego con su pistola. Durante algunos minutos continuó el fuego, sin resultado alguno. Los bulmanos se encontraban a salvo tras la puerta de hierro y lo mismo podía decirse de miss Jennings. Tim se limitaba a escuchar las detonaciones; nada podía hacer.

—Este es el último — indicó miss Jennings, mientras cargaba de nuevo la pistola—. Esperaré que se abalancen sobre nosotros para dar en blanco.

Durante unos instante reinó silencio. Luego los bulmanos dispararon doce proyectiles en rápida sucesión. En seguida resonó un ronco grito de triunfo, en el mismo momento en que la puerta se cerraba. Los bulmanos, a cubierto del fuego, se habían abalanzado contra la puerta, cerrándola de golpe. Tim y su compañera estaban prisioneros, sin esperanzas de escapar.

Las paredes de la bóveda eran de concreto; la puerta, de acero.

Tim y miss Jenings morirían de hambre o de asfixia. Acaso dentro de algunos años, alguien encontrara sus huesos.

Transcurrió una eternidad.

¡Click!

El ruido, semejante al de un picaporte al girar, resonó tras ellos. Poco después, escucharon el rechinar de unos goznes y un débil rayo de luz iluminó una figura vaga.

—¿Quién es?—preguntó Tim.

—¡Oh!—exclamó la princesa Natalia, con voz sorprendida, para romper a reír, agregando—: ¡Es usted, monsieur Tim!

Miss Jennings, recordando que, según lo convenido, ella debía encargarse del diamante, quitó la urna a la princesa, quien la miró un momento perpleja, para volverse después a Tim.

—¡Rápido! — indicó—. Mamá puede descubrir de un momento a otro que me he escapado. ¡Rápido!

Y cogiéndole la mano, lo condujo por una escalera y a lo largo de un pasillo. Miss Jennings, con el cofrecillo, los seguía. Cinco minutos después llegaban a la luz del día, se encontraron en la parte más remota del jardín. Durante un tiempo siguieron avanzando presurosos y en silencio. Después, miss Jennings se dirigió a Tim:

—Parece que ambos hemos conseguido lo que deseábamos. Estoy segura que ahora no necesito de sus servicios. Aquí tiene su pasaje hasta París. ¡Adiós y buena suerte!

Colocó un puñado de billetes en manos del muchacho y desapareció entre los árboles.

La princesa la miró marchar.

—Me alegro que se haya ido — anunció por último—. ¿Es mejor que estemos los dos sólos, Tim!

Y luego, sin razón aparente, Tim la estrechó en sus brazos y la besó.

—¡Te amo! ¡Te adoro! Te...

—Y yo también te amo, Tim...

Pasó mucho tiempo antes que pudieran dedicar sus pensamientos a cosas tan terrestres como los últimos acontecimientos.

Por fin, mientras estaban sentados y cogidos de la mano bajo un árbol, Tim le contó lo ocurrido. Luego, la princesa Natalia le dió a conocer que, al dejarlo en el invernadero, había visto el incendio y oído los disparos. La condesa Stretowitz había ordenado que se cerrara la casa, había abierto la bóveda, sacado las joyas, escapando con sus hijas por el pasillo secreto; y la princesa, después de dejar su zapatito en la puerta para impedir que se cerrara y poder así cumplir su promesa de reunirse con Tim. Y, en fin, cómo pudo apoderarse del cofrecillo y regresar sin ser vista.

—Regresé a buscarte, Tim — le dijo—. Pero no volví para ser Reina. No es agradable ser reina. No me gustan los disparos ni los asesinos. Quiero ser, simplemente, Natalia. Seremos Natalia y Tim, y nada más. Será mucho mejor que ser reina: así, nadie querrá asesinarme. Así, pues, abrí el cofrecillo y destruí todos los papeles. Pero conservé el diamante. Vale mucho dinero.

—¿Conservaste el diamante? — exclamó Tim, asombrado y perplejo, mirando en dirección al lugar por dónde se marchara miss Jennings.

—Sí, lo tengo conmigo. Pensé que ambos necesitaríamos mucho dinero. El dinero es útil, ¿verdad?

Y hundiendo la mano entre los pliegues de su falda, sacó de la media el Diamante de San Boris. Tim observó la gema.

—Me parece que lo mejor sería continuar nuestra marcha. No creo que esa mujer aprecie la broma. Y todavía le quedan algunas balas en la pistola.

—¿A dónde iremos?

Meditó un momento. Cannes y el expreso de París podrían llevarles frente a frente a miss Jennings.

—¿Qué te parece Montecarlo?—insinuó—. Allí podríamos casarnos...

Y cogidos de la mano, siguieron caminando...

FIN.

LA SERPIENTE AMARILLA

(Continuación de la página 62)

en sociedad que, seguramente, no hubieses llegado a alcanzar. Ahora tienes ocasión para corresponder a mi generosidad. Por mi parte, quisiera que te casaras con ese hombre.

La joven mojó, ligeramente, con la punta de la lengua sus secos y finos labios, pero no levantó la mirada que tenía fija en la alfombra.

—¿Me oyes?

Juana asintió con un movimiento de cabeza y se levantó despacio.

—¿Quiere usted, de verdad, que me case con él?

—Quiero que seas una mujer rica — dijo Narth con énfasis—. No te exijo ningún sacrificio. Te ofrezco, en tu vida, una oportunidad que nueve mujeres de cada decena hubieran saltado para aceptarla sin vacilar.

Una mano golpeó, suavemente, en la puerta. Era el criado que entró con una bandeja de plata y en ella un sobre gris. El señor Narth cogió el telegrama, lo abrió, leyó el texto y respiró profundamente.

—¡Muerto!... — dijo con voz casi imperceptible—. Ha muerto Joe Bray...

Con rapidez hizo un cálculo mental. Era el primer día de junio. ¡Si

en el plazo de un mes pudiera casar a Juana, habría salvado de la ruina a Narth Brothers! Sus miradas se encontraron: los de ella, llenos de augusta calma, fijos, interrogantes; los de él, especulativos y sin el menor remordimiento.

—Dime, ¿te casarás con él?

La joven asintió.

—Sí: así lo creo — dijo pensativa. Y el hondo suspiro de satisfacción que se escapó del pecho de Esteban fué el primer calla de amargura para su pobre corazón.

—Tú eres una muchacha muy sensata y nunca te arrepentirás de ello — afirmó, ansiosamente, acercándose a ella y cogiéndole su mano, fría, entre las suyas—. Yo puedo asegurarte, Juana...

Un golpe de llamada, en la puerta, le hizo volver la cabeza. Era, otra vez, el criado.

—Está ahí un caballero que quiere verle, señor.

Había acabado de pronunciar estas palabras cuando el anunciado visitante le apartó a un lado y entró en la habitación. Era un hombre alto, vestido con un traje de burdo tejido, pobre y manchado. Sus zapatos eran de piel de becerro y, al parecer, de manufactura casera. No llevaba cuello. La blanda camisa que se abría dejando al descubierto su garganta y un viejo sombrero que traía en la mano, completaban su desastrado aspecto.

Pero sólo su cara, contempló la muchacha.

Juana le miraba sorprendida, porque jamás había visto a ningún hombre como aquél. Su cabello era largo, castaño y rizado. Llevaba una barba enmarañada que le llegaba hasta el pecho.

—¿Qué diablo...? — empezó a decir el atónito Esteban Narth.

—Me llamo Clifford Lynne — dijo el recién llegado—. Tengo entendido que he de casarme con alguien. ¿Quién es ella?

Juana y Esteban quedáronse mirando a tan astroso individuo, y Letty, que entró tras él, empezó a reir histéricamente.

—Señor Lynne... — balbuceó Esteban Narth.

Antes de que el hombre pudiese responder, hubo una dramática interrupción. Se oyó, en el hall, un coloquio en voz baja, entre el criado, y otra persona. El señor Narth vió, desde la biblioteca, a una muchacha que sostenía, entre sus manos, una caja cuadrada.

—¿Qué es eso? — preguntó.

El criado cruzó por la puerta para volver con la caja.

Era nueva, de un pie cuadrado, aproximadamente, cerrada por una tapa corrediza.

—Señor Lynne — dijo titubeante, como si dudase del tratamiento que debía aplicarle.

—El mismo — respondió el hombre de la barba, volviéndose de pronto.

Juana, inconscientemente, notó que todos sus movimientos tenían cierta brusquedad.

—Eso, ¿es para mí? — interrogó Lynne.

Dejó la caja sobre la mesa y la miró, ceñudo.

Cuidadosamente, pintadas sobre la tapa, en letras encarnadas, se leían estas palabras:

AL SEÑOR CLIFFORD LYNNE
(Para entregarle a su llegada)

Cuando alargó la mano para quitar la tapa, un escalofrío recorrió todo el cuerpo de la muchacha. Sintió, sin poder explicárselo, el extraño presentimiento de algún peligro terrible.

—¿Qué demonio es esto? — preguntó el sorprendido forastero.

Destapó la caja. Nada más se veía que una masa de suave algodón... que se movía con mágicas ondulaciones.

De pronto, del blanco copo surgió una aguda cabeza de forma triangular en la que relucían malignamente unos ojos redondos.

En una fracción de segundo, salió tras la cabeza un cuerpo largo y sinuoso que se balanceó un momento, con rara flexibilidad y que, después, contrayéndose lanzó hacia delante su cabeza, con ímpetu de látigo.

La serpiente midió mal la distancia, ¡Erró su ataque! Quedó extendida sobre la mesa, la cabeza erguida y la cola oculta todavía en la masa de algodón. Estuvo en esta posición, una milésima de segundo.

Mientras la aterrorizada concurrencia enmudeció, paralizada por el espanto, la negra serpiente se deslizó resbaladiza, hasta el suelo. Levantó, otra vez, la cabeza; se columpió, un instante, y volvió a lanzarse al ataque...

Una explosión les ensordeció. A través de una espesa nube de humo azulado, Juana vió revolverse, convulsivo, el cuerpo sin cabeza, en los espasmos de la muerte...

—¡Por los cuernos del diablo!... — exclamó el señor Clifford Lynne, con extrañeza. — ¿Quién arrojó ese **ladrillo**?...

CAPITULO V

UN chino la trajo, señor — tartamudeó el criado.

—¡Un chino!

El sirviente señaló, brevemente, hacia el ventanal que recaía al prado. Por un segundo, quedó inmóvil la extraña figura de Lynne, con las barbas en desorden y su destartalado traje; después, de un salto, atravesó la ventana y corrió, rápido como el viento, por el terreno cubierto de hierba. En dos segundos desapareció por encima de la cerca de los avellanos, que saltó en forma maravillosa.

Con su desaparición, se rompió el hechizo. Juana vió en sus brazos, a una joven medio desmayada, llorando y riendo, con las manos crispadas y pataleando sobre la alfombra de una forma que ni era bonita ni moderna. Bajo la mesa, temblaba aún la serpiente muerta. La habitación estaba llena de humo que producía un olor acre.

A la detonación acudió, corriendo, Mabel. Vió la serpiente en el suelo y su mirada interrogante vagó de su hermana a Juana y de Juana a la pálida cara de su padre.

—¡Ese hombre horrible... ha tratado de matar a Letty! — gritó, ella, en su ciega furia.

—¡Cállate!

Cuando Esteban Narth hablaba en este tono, se terminaba el histerismo. Era el jefe que imponía las leyes en la casa.

—¡Callaos todos!... ¡Malditas mujeres!... ¡Ninguna de vosotras tiene el sentido de Juana... ¡Levántate!

Letty se levantó, desarreglada, asustada y con ojos implorantes.

—¡Era una serpiente!—y miró al vencido reptil con extraña solemnidad— ¡Uf!... Sacad a este bicho de la habitación. Cogedlo con las tenazas ¿La ha matado él, Juana? Yo no le ví empuñar ninguna pistola...

Juana movió negativamente la cabeza.

—Ni yo tampoco. Sólo oí el tiro y... eso es todo.

El señor Narth señaló a la serpiente. El criado, con las tenazas en la mano, las hacía tintinear, temblo roso.

—Lynne, dijo: "¡Cuernos del diablo!" — recordó Juana, gravemente.

Las muchachas miraron a su padre.

—¿Quién era el hombre ese, papá?... ¿Algún mendigo? — preguntó Letty.

—Era Clifford Lynne — contestó Narth.

Y sus hijas murmuraron al unísono.

—¡Ese espantajo!...

La indignación de Letyy sobrepasó el límite de sus más femeninas emociones.

—¡Ese!... ¿Era ese el hombre que tú querías que yo..., que nosotras?...

Narth señaló, significativamente, a Juana. La joven estaba ante la ventana abierta, resguardando sus ojos del sol de la tarde, con su blanca mano a manera de pantalla.

En el momento en que el criado salió al prado llevando algo parecido a una cuerda, pendiente de las tenazas, Clifford Lynne pasó una pierna tras otra y saltó la cerca, mientras su absurda barba flotaba en todas direcciones. Se detuvo a la vista de la serpiente.

—¡Cabeza amarilla... — dijo pensativo—. ¡Cabeza amarilla!... ¡Vaya sujeto!

Letty bajó la voz cuando el extraño personaje entró, sosegadamente, en la habitación, con las manos en los bolsillos.

—¿Ha visto alguien a algún chinango, por aquí?—preguntó.

Aunque su pregunta la había dirigido a la única persona que, en la biblioteca, parecía tranquila y sin muestras de temor, Letty y Mabel contestaron a la vez, afirmativamente.

—¿Dos chinos? — comentó Clifford, pensativo—. ¡Me lo había figurado!... ¡Caramba!

Llegó hasta la ventana y miró hacia el prado. Después retrocedió a la mesa, levantó cuidadosamente el algodón de la caja, examinándolo capa por capa.

—Sólo una serpiente..., pero, ¡qué buen sabueso!

Se asomó al jardín lleno de sol.

—Más bien creí que utilizaran un puñal. Estos tipos saben lanzarlo admirablemente. Uno de ellos mató a uno de mis capataces, hace un año, desde una distancia de ciento veinte yardas.

Su conversación se dirigía a Juana. El tono de su voz era amistoso.

—¿Pudo usted apresarlo? — preguntó la joven.

El hombre de la barba negra, negó con la cabeza.

—Le apresaron cerca de las montañas donde hay ley y orden. Allí le ahorcaron. Era un buen hombre en algunos aspectos — añadió—, pero un nervioso. ¡Y lo único que se puede hacer con un culle nervioso, es ahorcarlo!

Estaba mirando a Letty. Esta consideraba inoportuna su opinión sobre el temperamento; inoportuna si no insultante. Clifford vió cómo sus labios de capullo se curvaron en una sonrisa, pero no por ello se sintió molesto.

—¿Y es usted...?—preguntó.

—¡No!... Es decir... ¿qué quiere usted significar?... — respondió ella; pero había muy bien lo que él preguntaba.

Clifford Lynne tenía una gran fuerza transmisora de sus pensamientos y en la tensión del momento, la capacidad sensitiva de Letty era finísima.

—Yo he de casarme con una.

Miró, ahora, a Mabel Narth, encendida y con el desprecio que sentía, reflejado en sus malignos ojos azules.

(Continuará en el próximo número)

Momentos memorables

A nuestro anuncio de la semana pasada en esta misma página de que premiaríamos las diez mejores contestaciones a nuestra pregunta sobre cuál es el momento más memorable de su vida, hemos recibido numerosas cartas. En muchas de ellas se nos relatan momentos muy interesantes de la vida de nuestras lectoras y en otras se nos piden instrucciones complementarias acerca del largo que estas respuestas deben guardar y también de la índole misma de la contestación, es decir si ella debe ser estrictamente personal. A estas personas les pedimos interpreten nuestro deseo sin mayores complicaciones, de nuestra declaración que repetimos aquí, antes de comenzar a publicar las diversas contestaciones.

¿Cuál ha sido su más memorable momento hasta le fecha? Escríbanos inmediatamente en una tarjeta postal o en un pequeña esquela, contándome cuál ha sido éste. Una conversación, un libro, un encuentro fortuito, la música, su primera mirada sobre algún panorama majestuoso, como el sur de Chile. Tantas cosas y circunstancias que pueden dar motivo para retener un recuerdo!

Deseo saber cuál ha sido el momento memorable de su vida y esta curiosidad mía va a dar a usted la oportunidad de ganar tranquilamente un poco de dinero. A fin de cada mes repartiré DOSCIENTOS PESOS entre las diez mejores contestaciones recibidas y publicadas.

Dirija sus respuestas y correspondencia a Director de «FAMILIA», casilla 84-D. Santiago.

Mosaico femenino. Por Rebe

Fuman, beben, bailan, ríen; pretenden tener a los hombres como amigos, como simples camaradas. Han roto el último eslabón de esa enorme cadena de imposibles y prejuicios que durante siglos las tuvo contenidas, sujetas, como bestezuelas a quienes era peligroso dejar sueltas.

Realizan una nueva conquista del mundo. Pero, en ese tumulto de libertades y de independencias han dejado solo, acongojado y triste, herido de muerte, al amor.

¡Las niñas modernas no saben amar!

Y allí está Cupido, taciturno y olvidado, con el carcaj repleto de flechas. ¿Dónde dirigir los flechazos?, ¿hacia qué blanco o sonrosado pecho enviar el certero dardo?

Pesaroso y desganado, el amor ha concluído por guardar muy hondo su desencanto y esperar. Esperar el día en que la mujer vuelva a ser femenina, dulce y suave.

¡Pobre Cupido!

Pequeño y abandonado, sangrando los piececitos por los guijarros del camino, avanza en la espera de que vuelvan sus miradas hacia él las que ahora apenas lo recuerdan.

¡Las niñas modernas no saben amar!

Ya tenemos mujeres-municipales. Y yo quiero mecerme en la ilusión de que en un tiempo no muy lejano tendremos también mujeres-Diputados y mujeres-Senadores. Entonces, ¡qué triunfos para las causas que ellas patrocinen!

Porque es indudable que las habrá bonitas, perfumadas, elegantes, lánguidas algunas.

Cuando se hable en las sesiones de asuntos graves, como el presupuesto de la nación, el déficit o superávit de las arcas fiscales, el Control del Cambio y cien otros problemas odiosos, ella no terciará en los debates. ¿Para qué?

Una mujer bonita y elegante no debe ni puede entender problemas pesados. Y, además, insolubles...

Pero cuando se hable del abaratamiento de ciertos artículos indispensables, como por ejemplo, las sedas, los perfumes, el rouge y tantos otros de vital importancia, entonces una de ellas, quizás la más linda, la más lánguida y suave, se sentirá llamada a cumplir con sus sagrados deberes.

Primero coquetamente ladearía su sombrerito, se retocaría la boca y con su voz más insinuante y más dulce, diría:

"Señor Presidente, pido la palabra"...

Expectación y estupor general. ¿Que dirá esa bella personita?

Y ella persuasiva, susurrante casi: "Yo desearía suplicar, por favorcito, señores diputados, que ustedes aprobaran mi proyecto de rebajar los precios del rouge, de la seda, de los perfumes, para que el señor Ministro Ross, que es tan dije, dicte esa ley".

Seguramente saltaría desde su asiento un Diputado comunista y las enrostraría colérico, iracundo. Y ella, lánguida, se desmayaría deliciosamente.

Y ante una bonita y lánguida mujer desmayada, ¿qué hombre es capaz de seguir negándose?...

Así, arteramente, femeninamente podríamos obtener tantas cosas.

Yo creo que se nace tendero como se nace boxeador, médico, agente de seguros o empleado público. Esa sonrisa dulce, acogedora, esa verborrea que fluye de su boca, vendiendo sedas, encajes, gasas o tusores, es patrimonio esclusivo del tendero.

Cualquiera no puede ser tendero. Hace falta, para eso, una completa gimnasia de los músculos de la cara y unas variaciones en la voz que sepan llegar a lo más tenue y bajen a lo más grave. Igual que el registro de un armonium.

Pero su "psicología" no está ahí todavía. La exacta, la inconfundible idiosincrasia del tendero se revela cuando él se convence, definitivamente, que esa clienta que lo ha hecho subir y bajar, sacar y poner piezas de género, arrastrarse, empinarse y arrodillarse, saldrá de su negocio sin comprar nada.

Es entonces cuando ese hombre todo dulzura y todo comprensión, que en el colmo de la gentileza suele hasta preguntar por la salud del más chico de los nenes y por los frecuentes cambios de servidumbre en el hogar de la compradora, demuestra eso que yo llamo la "psicología" del tendero.

La sonrisa huye de sus labios cual si fuera de resorte; principia por ordenar, con todo método, lo que ella le pidió extendiera sobre el mostrador, y concluye por contestar al saludo de despedida de la compradora con un: "hasta luego", seco y duro que llega a dar miedo.

Para el tendero, la clienta que entra, vale, por el hecho de entrar mucho más que la que ya está dentro.

Profunda, sutil y terrible es la psicología del tendero. Porque hay que convenir en que él es, acaso, el hombre que mejor conoce la verdadera psicología de las mujeres.

Tito y Pituco

Nuevas ideas y nuevos estilos

1.— Vaporoso traje de noche en encaje de seda adornado de vuelos que cubren los hombros y la parte baja de la falda. 2.— Traje en grueso crepe negro, de escote en forma de bote que deja los hombros en descubierto. Amplia

princesa. La falda cae un poco en la espalda formando corta cola. Escote terminado por una flor. 4.— Para el este simpático vestidito confeccionado en tela cuadri da. La falda tiene un corte en forma que termina

Familia

M. R. Es propiedad.

EL SEMANARIO QUE PUEDE ENTRAR A TODOS LOS HOGARES

PRECIO
$1.40

BIBLIOTECA NACIONAL
CHILE
SECCION
DIARIOS, PERIODICOS Y
REVISTAS CHILENAS

EL TRATAMIENTO
RACIONAL
DEL ESTREÑIMIENTO CRONICO,
ENTERITIS,
AFECCIONES DEL HIGADO,
HEMORROIDES,
ENTEROCOLITIS,
AFECCIONES CUTANEAS.

A base de Extracto Intestinal, Extracto Biliar, Agar-Agar, Fermentos Lácticos y Lactosa.

Porqué sufrir del estreñimiento

REEDUCADOR DEL INTESTINO

INTESTINOL

GEKA

HoF.

Romance de la madre pobre

Por MARTA BRUNET

Para lavar a mi niño
agua de cielo quisiera,
colada por los hoyitos
que las estrellas abrieran.

Para peinar a mi niño
peine de oro yo quisiera,
que entre las rocas hallara,
olvidado por sirenas.

Para camita del niño
yo quiero un vellón de nubes
que escarmenaran los vientos
y perfumaran las flores.

Para criar a mi niño
yo quiero de aquella leche
de siete cabritas locas
que apacentan en la noche.

Para vestir a mi niño
tela de lino gustara,
hilada por blancas manos
de una princesa encantada.

Para dormir a mi niño
una canción le cantaran
las caracolas marinas
que trajera de las playas.

—Niño, niñito, mi niño,
no llores si tienes frío;
si tienes hambre no llores;
calla, calla, niño mío.

No tendremos maravillas,
ni agua de cielo tendremos,
ni cabritillas celestes,
celestes como mi ensueño.

La reina no quiso hilar,
las caracolas se fueron
y entre las manos del viento
las nubes lluvia se hicieron.

Su peine de oro y corales
las sirenas no perdieron.
No te importe, niño mío,
que sin nada nos quedemos.

Para dormirte, tu madre
hará el regazo sedeño
y sus dedos afilados
serán peine de tu pelo.

Para cantarte, cristales
tendrá tu madre en la voz
y en las palabras de trino
habrán arrullos de amor.

Sopitas de pan con leche
nos comeremos los dos
y un traje de suave lana
te abrigará en su calor.

No te importe, niño mío,
hallar simple realidad,
que capullito de ensueño
tu madre en tu alma pondrá.

MARTA BRUNET.

Nuestro número de hoy

Ya nuestras lectoras habrán podido juzgar a través de los dos números aparecidos de nuestra revista, que cuanto concierne a la mujer, está en ella consultado especialmente, no sólo en aquello de lo frívolo que es la moda y la belleza, sino que en lo práctico del hogar, en sus múltiples aspectos, teniendo aún por añadidura lo otro más alto, que significa "pan del espíritu".

Ahora presentamos este número dedicado a la MADRE, y es claro que esta palabra entraña la otra inseparable de ella, que es: HIJO.

Ojalá que nuestro deseo de servir a la MADRE tenga una cumplida realización al correr de estas páginas.

El oficio de madre

Vivimos en una época de especializaciones y cada cual, en su oficio, trata de conseguir la pericia máxima. Ya no existe el hombre "dispuesto" que lo mismo hace una u otra cosa, ni la mujer "conedida", que se emplea en mil minucias. No. Ahora usted hace esto y nada más que esto. Y en hacerlo cumplidamente bien, está su beneficio y su seguridad material.

Lado a lado la mujer y el hombre se empeñan en esta tarea de perfeccionamiento. Y ambos olvidan en la empresa que una especialización — primaria para ambos, pero antepuesta a toda otra, en la mujer — se les queda al margen y que es justamente de ella de quien depende la más maravillosa máquina que exista sobre la faz de la tierra.

Se olvidan del oficio de padre y madre y de esa máquina de perfecto ajuste, que es el niño.

Si el hombre lo olvida: allá él con su conciencia. Pero que la mujer lo olvide, es pura y sencillamente monstruoso e imperdonable.

Y no es cuestión de tenerlo presente a través de la voz grande del instinto; es cuestión de prepararse para la maternidad consciente, sabiendo lo que ella representa en don material y espiritual. Conocer las leyes de la eugenesia, la higiene pre-natal y cuanto atañe a la puericultura, que no es cosa que el niño caiga en manos de mujer, como una casualidad y no sepa ella qué hacer para acallarlo, para aliviarlo, para mantenerlo en salud, para formarlo, para realizar en esa porción de humanidad, que es su hijo, una labor honda, de modeladora, que dé por resultado "un hombre".

Antes que todo y por sobre todo, la mujer debe aprender este oficio maravilloso y adorable, que es el de MADRE.

ISABEL DE SANTILLANA.

Familia

El semanario que puede entrar a todos los hogares.

Editado en Santiago para toda la República.

En venta todos los miércoles

N.o 3-12 de junio de 1935

Sumario:

NOVELAS Y CUENTOS:

"LA PRINCESA DE AMERICA", por Royal Brown.
"EL FINAL DE LA LUNA DE MIEL", por Adela Rogers St. John.
"MUCHO OJO CON LAS MUJERES", por Richard Macauley.
"LA SERPIENTE AMARILLA", por Edgard Wallace.
"EL CORAZON DE MISS WINPENNY", por Elisabeth Rossiter.

Siluetas de la moda.
Para las jovencitas.
Trajes prácticos y sencillos.
Modelos para la tarde.
Abrigos para deportes.
Modelos que Ud. puede confeccionar.
MOLDES DE "FAMILIA".
Para ir al centro en la mañana.
Para nuestras niñas, en las mañanas de invierno.
Cuando tengan dos años.
Trousseau del bebé.
LENCERIA.

La que llegó, filmó y triunfó.
MAE WEST, MUJER DE NUESTRO TIEMPO.
Claudette Colbert.
Escaparate hollywoodense.
Sus favoritos.
Reflexiones color del tiempo.
Vida y confesiones de Gabriela Mistral.
El misterio de los pequeños.
El juego de la gimnasia.
Higiene de las guaguas.
La escoba y el plumero.
La comida de los niños.
Cocina.
Buen tono.
Cultive su belleza.
Esposas desilusionadas.
De mujer a mujer.
Momentos memorables.
Mosaico femenino.

La Princesa de América

por Royal Brown

AUN cuando llegue a la edad de ochenta años, es casi seguro que Su Alteza Serenísima, la Princesa Natalia de Leiderstein, no olvidará la noche de la víspera de Navidad en el año 1934. Frisaba entonces en los veinte y en esa noche se encontró en la encrucijada del camino de su vida. En esa encrucijada, para comenzar, perdió su puesto de vendedora número 987, en una perfumería.

Esto que sucedió en la víspera de Navidad, fué de por sí suficiente para hacer olvidar a la joven princesa que era el tiempo de la paz sobre la tierra y de buena voluntad para los hombres. En aquella noche pudo sentir cualquier cosa, menos esa buena voluntad para los hombres. Un hombre había sido quién la había desposeído de su puesto. Y no podía acordarse de él sin apretar, en su impotencia, los puños de rabia.

Novela completa en 3 números

—¡El grandísimo sinvergüenza! De buena gana le hubiera pisoteado...— decía, enfurecida, en los momentos en que el tren la llevaba desde Boston a Medford, donde había vivido la mayor parte de su vida, exceptuando los pocos meses de su ocupación como vendedora.

Podrá alguno pensar que si bien es extraño que una princesa se haya ocupado en una perfumería como vendedora, es más extraño aun que esa princesa ofreciera pisotear a alguien, siendo realmente una princesa.

La respuesta es que Natica tenía todavía que aprender a ser princesa. Hasta el momento, al menos a su modo de pensar, no había sido más que la joven Natica North, una muchacha finita y vivaracha, con unos cabellos encantadores de rubia auténtica y unos ojos más encantadores aun.

—Sin trabajo — se decía.— Y esto significaba sin suerte. Esto pensaba ella tristemente.

Natica había estado hasta entonces trabajando en los almacenes de Fairfields, en Boston, el país de los cosméticos. Todo cuánto había dicho de su ocupación, cuando explicó en su casa en qué consistía ésta, le había parecido gracioso a su madre. O más bien dicho, a la que hasta entonces había ejercido para ella el oficio de madre.

En cierta ocasión su madre y su padre habían pensado mandar a su hija al colegio. Pero antes de que la niña terminara sus estudios en la escuela, sobrevino la crisis.

—Es mucho mejor que vaya a una escuela de secretarias — había dicho Natica, tratando de consolarlos—. Me gustaría ser una secretaria particular de algún gran personaje.

Los padres, en su interior, dudaron mucho que la joven consiguiera esa secretaría que ambicionaba. Pero resultó que ocho meses antes de terminar su curso de secretaria, Natica llegó un día jadeante a la casa, diciendo que iba a empezar a trabajar, ocupada en una fábrica de cosméticos.

—¿Cosméticos? — preguntó asombrada su madre.

—Tengo que hacer un aprendizaje intensivo de dos semanas — prosiguió diciendo Natica—, y en seguida me pondrán a trabajar.

La madre de Natica no podía darse cuenta de la clase de trabajo que iba a tener su hija, pero hizo como que entendía las explicaciones de ésta. Natica, que había estado estudiando para secretaria privada, iba a emplearse como dependiente para la venta en una compañía fabricante de cosméticos, que le iba a pagar un sueldo para que trabajara en Fairfields.

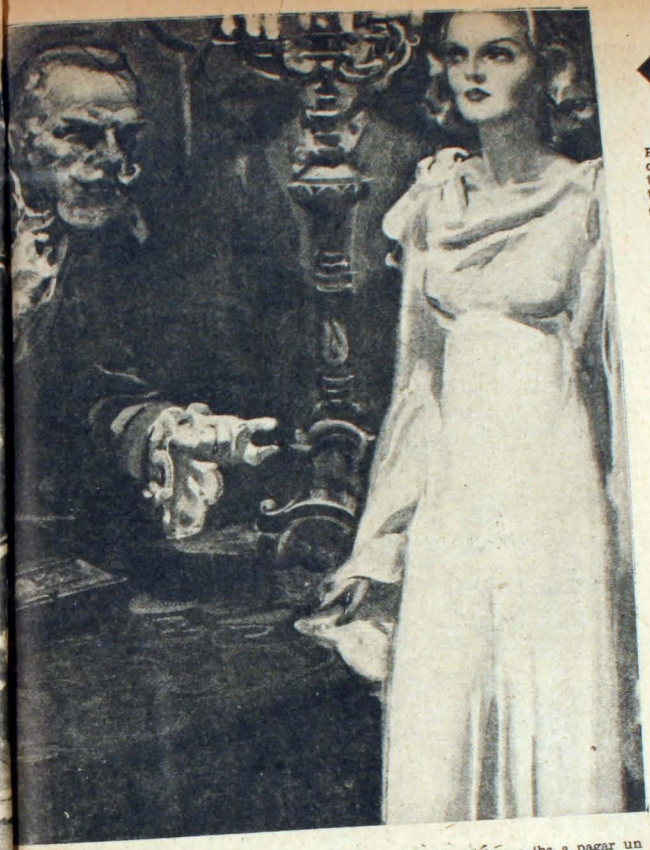
—Pero, ¿por qué te va a pagar la compañía de cosméticos? — insistía en saber la madre de Natica.

—Usted no se da cuenta, mamá, —volvía a explicar la joven—. Entra una señora, por ejemplo, y pide un tarrito de crema para la cara. Bueno, la compañía fabrica, además de la crema, otros muchos específicos y artículos de tocador y la vendedora tiene entonces que ofrecer a la señora, tratando de interesarla, todos los artículos que vende la Casa. ¿Entiende, mamá? Pues, por eso me pagan.

—Pero tú querías ser secretaria particular.

—Mire, mamá; por esta ocupación me van a pagar veinte dólares a la semana. Y naturalmente, ésto es lo que yo necesito. El señor que me contrató, me dijo que yo servía para esa ocupación.

Y servía, desde luego, Natica. Tenía un cutis tan suave y tan bonito, que daban ganas a cualquiera de tocarlo. Esto demostró más tarde, que era peligroso. En un principio, todo marchó perfectamente con el primer inspector local que tuvo Natica, un hombre serio que no pensaba más que en el negocio y la utilidad de la Casa.



Pero vino en seguida otro inspector que tenía fama de conquistador y tarambana. Este, en cuanto vió a Natica, se quedó mirándola entusiasmado y se dijo para sus adentros:

—¡Caramba, esa muchacha vale la pena!

El nuevo inspector era un hombre gordifión, que pasaba la cuarentena y era un admirador incorregible del bello sexo. Era del tipo de esos hombres que se consideran tenorios irresistibles y que cuando miran a una mujer con los ojos entornados, creen que la cosa ya no tiene remedio. Se llamaba Robertson.

Se acercó a Natica y después de darle una orden, como para que ella se posesionara que era el nuevo amo le dijo disimuladamente:

—¿Qué le parecería, preciosura, que fuéramos a tomar once juntos esta tarde?

—Lo siento, señor — había contestado en el acto Natica—; pero estoy a dieta por prescripción médica.

Robertson, que iba inspeccionando su personal, con sus datos y apuntes a la mano, consultó una libreta y recalcó mirando a la joven.

—Parece que usted va a salir maestra de ventas. A juzgar por los resultados obtenidos, podría usted escribir un libro sobre la materia.

—Esa tarea se la dejo a usted, que la hará con más habilidad.

Aquéllo, sin duda alguna, debía tomarlo Robertson como una falta de respeto y un insulto. Sin embargo, Natica nada insultante había dicho. Había aprendido a reportarse y a dominar sus nervios.

Al día siguiente, a eso de las diez de la mañana, Robertson volvió a aparecer, se llegó donde la joven y depositando en sus manos un paquetito, le dijo melosamnte:

—Tome, eso se lo manda Santa Claus, a ver si con eso se suaviza un poco su carácter y se decide a mirarme con un poco más de benevolencia y amabilidad.

Natica se mordió los labios para no contestar un insulto. En seguida, declaró:

—Si vuelve usted a dirigirme la palabra y a decirme algo que no sea en relación con el servicio, iré a quejarme a la Dirección.

Robertson se puso lívido:

—¿Ah, sí?...

En el momento en que él se fué, una de las compañeras le dijo asustada y cariñosa:

—Natica, ¿qué has hecho? No sabes el enemigo que te has echado encima. Ya verás cómo se venga de ti.

Natica no hizo caso. En realidad ella se sentía superior a las demás muchachas vendedoras. Los clientes que caían en su poder, no se iban nunca de vacío y siempre salían con algo más de lo que habían ido a buscar. Minutos antes de cerrar, cuando ya Natica se había olvidado del incidente con Robertson, vino apresuradamente éste y dijo a la joven:

—Mucho lo siento, señorita, pero acabo de recibir orden de despedir a usted, de manera que puede usted pasar por las oficinas y pedir su liquidación. Está usted desahuciada.

(Continúa en la pág. 62).

—¿Desahuciada, yo? — repitió con asombro Natica. Pero al punto se recobró y dijo friamente:

—Muy bien. No creo que por eso me vaya a morir de hambre.

Y seguramente no se moriría. Pero se sintió amargada. Había de por medio, en primer término, un abrigo de pieles. Un capricho, un gasto inútil desde luego, aún cuando estuviera ocupada, pero que ahora, cesante, se convertía en un problema. Además del abrigo de piel estaban los regalos de Pascua que había comprado. Estaba entrampada hasta los ojos. Y a menos que encontrara otro empleo... ¡Lo encontraría! ¡Tenía que encontrarlo!, se decía a sí misma, cuando, liquidada ya, se dirigía a su casa en el tren.

Se acordó del inspector territorial que la había dado el empleo. Había pasado por su lado precisamente aquel día último de su trabajo, en Fairfields y al pasar le había saludado atentamente—: ¿Cómo le va, señorita North? ¡Felices Pascuas!

Y se quedó pensando, mientras se ponía un guante. En su semblante se reflejaba la tristeza. Estaba ya acostumbrada a aquellas amabilidades. Sabía que era bonita, aún cuando ella misma solía negarlo. A su alrededor se levantaba siempre un murmullo de admiración. Hasta las mujeres la miraban con cierta curiosidad y envidia. Y en cuanto a los hombres, Natica había aprendido a no fijarse ya en sus miradas codiciosas.

Aquella noche, había llegado ya a la plaza de Sullivan y estaba esperando el autobús de Medford, cuando se convenció de que un hombre le había ido siguiendo. Ella le dió una mirada con disimulo, pero fué lo suficiente para confirmar sus sospechas. A ese hombre lo había visto aquella tarde en los almacenes. Era un sujeto alto, sombrío, al parecer extranjero, que tal vez bordeaba los cincuenta. A Natica le pareció que el hombre la miraba. Le sorprendió que la siguiera.

—¡Si me sigue, peor para él!—dijo secamente para sus adentros.

Llegó al autobús de Medford y subieron los pasajeros que estaban esperando. El hombre que la seguía, subió también. El autobús llegó a la calle donde vivía Natica. Esta se bajó. El hombre se bajó también.

Natica aceleró el paso para llegar a su casa, mientras iba sacando del maletín las llaves de la puerta de calle. La calle estaba obscura, alumbrada apenas por la luz de un foco que irradiaba desde la esquina.

—Si se me acerca y me habla una palabra, le doy un bofetón — iba diciéndose Natica.

Y efectivamente, el personaje extraño se acercó y acertó a decir: "Señorita..."

Y en el mismo momento, Natica le sacudió una guantada como hubiera deseado sacudírsela a Robertson. No dijo una palabra ni él tampoco. Un minuto después, ella abría la puerta de la casa y se detenía en el umbral mismo de la puerta.

—¿Qué es lo que pasa aquí? — se dijo asombrada.

En el hall estaba su madre, pero no estaba sola. Otra señora estaba con ella. Una señora que, a juzgar por su pelo castaño y reluciente, parecía tener unos treinta años, pero que miraba despacio y a juzgar por sus ojos y por lo ajado de su tez, representaba cerca de los sesenta.

Esta señora fué la dueña de la situación: al ver llegar a Natica, corrió hacia ella, exclamando: "¡Querida! ¡Qué hermosa está! ¿No se acuerda ya de mí? ¿Cómo va a acordarse, si era apenas un ratoncito cuando la tuve en mis brazos? Pero yo no me he olvidado de usted; siempre la he querido. Y por eso, he querido ser la primera en felicitarla".

—¿Felicitarme? — preguntó Natica, cada vez más asombrada—. ¿Por qué?

—Sé que lo que realmente debía yo hacer, es besar su mano — siguió diciendo la extraña visitante—. Pero yo quiero besarla lo mismo que la besaba cuando era pequeñita. Creo que tengo derecho para hacerlo, ¿no le parece?

Y diciendo y haciendo, se acercó resueltamente a Natica y estampó un sonoro beso en su mejilla.

—¡Qué hermosa y qué adorable está! Jamás ha habido una princesa tan encantadora. ¿No piensa usted, querida, que ésto parece más bien un cuento de "Las Mil y una Noches?"

Natica no salía de su asombro. No entendía nada.

—Una de las dos está loca — se atrevió a afirmar por fin, sin dudar mucho de quién sería la trastornada.

—¿Qué emoción experimentó usted cuando el enviado le dió la gran noticia? — le preguntó la extraña mujer—. ¡Me hubiera encantado estar allí para ver la cara que ponía!

Pero estaba viendo la cara que ponía ahora y al ver retratarse en ella la extrañeza, la mujer prosiguió:

—¿Qué no ha visto usted al delegado? ¿Y cómo? Yo le dije que podía encontrarla a usted en Fairfields. Yo vine a ver a esta buena señora, que estoy segura que ha sido para usted una madre cariñosa y ella me dijo que usted estaba ocupada allí. ¿Es que no vió usted a esa persona?

Natica se iba dando cuenta de las cosas. Sin duda se las había con alguna loca escapada del manicomio, que estaba en la vecindad, y aún cuando no estaba con ganas de bromas, quiso seguir la humorada:

—¡Ah, sí! ¡Sí, lo he visto! — contestó en el acto.

—Pero no comprendo, entonces. ¿Cómo no está usted bailando de alegría? Porque éste es el caso más novelesco que he podido ver en los días de mi vida. Sale usted a trabajar, es usted una empleada de una casa de cosméticos y vuelve a casa convertida en una princesa. Se le ha dicho ya que va usted a subir al trono de Leiderstein?

—¿De dónde? — preguntó Natica.

—¿No le dijo el enviado especial que se trataba del trono de Leiderstein?

Natica se echó a reir.

—Aquí debe haber un error. Yo no... — Se detuvo de pronto. Había recordado a una persona, alta, de negro, de cerca de cincuenta años.

Durante unos momentos, Natica no pudo articular palabra.

—¡Dios mío! ¿No será el hombre a quién abofeteé? — murmuró, apenas.

Los presentes no podían saber de qué se trataba. Y antes de que pudieran preguntar nada, sonó el timbre.

Ni Natica ni su madre se movieron de su sitio, pero la puerta se abrió y penetró en el hall una persona que por sus maneras, demostró estar acostumbrada a abrir puertas con frecuencia.

Era precisamente el mismo a quien Natica había abofeteado, golpeándole con las llaves que tenía en la mano. En su cara se veían todavía las huellas del bofetón, pero el recién llegado se mostraba con un aire de dignidad impecable.

—¿Por qué no pasa usted? — preguntó la señora extraña.

Entró y se dirigió directamente donde Natica:

—Pido perdón a Vuestra Alteza — exclamó.

—Perdón, ¿y por qué?

—Por haber permitido que usted me confundiera — explicó solemnemente. Pero sus ojos estaban fríos, imperturbables.

—Le disculpo a usted — dijo Natica, con incertidumbre. Y añadió para sí:

—Pero usted nunca podrá perdonarme.

En eso estaba en lo cierto. Sin embargo, antes de que ella pudiera darse cuenta de lo que él iba a hacer, el extraño se inclinó, tomó una mano de Natica y la besó respetuoso.

Aquel besó fué causa de que todos tomaran ya sino como probable, al menos no como un absurdo, lo que estaba pasando. Aquella escena merecía pasar a algún cuadro famoso, por lo imponente y sorpresivo de su desarrollo.

Al ir ya a acostarse Natica, se veía como en un mundo de ensueño. Sus ojos se abrían desmesuradamente al contemplarse en el espejo de su tocador. Le parecía que ya no era la misma Natica North que había visto siempre reflejada en aquella luna confidencial, que tantas cosas había rumoreado a sus halagados oídos. Ahora resultaba que ya no era Natica North. Era nada menos que una princesa auténtica.

—Yo quería tener una hija propia, había dicho su madre, delante del enviado y la señora. No quiso la suerte que la tuviera y por eso cuando se me proporcionó el tener una, que se me ofrecía como mía, acepté en el acto y como mía la quise y la traté.

Esta conversación tenía lugar en el salón, después de la comida que el delegado y Lili habían preparado. Lili era el nombre de la señora que tan cariñosa y efusivamente le había felicitado a Natica en el hall.

—Yo nunca—te dije, hija mía—, que eras adoptiva — continuó la madre—. Ni hubiera querido que lo supieras. Te sentía y quería como si fueras mía.

—Así se lo había prometido yo —

(Continúa en la pág. 62)

El final de la Luna Miel

UN CUENTO DE AMOR Y DE PEQUESECES. — "EN REALIDAD, ¿QUE ES EL ROMANCE?"— UN PROBLEMA PARA LOS *RECIEN CASADOS*.—¿ACASO TODAS LAS MUJERES SON NECIAS?

Por

Adela Rogers St. John

ESTIRANDO sus lindas piernas tostadas por el sol y meneando los deditos a la luz de la lumbre, Fern dijo alegremente:

—No hay cosa que me guste más que un buen fuego en mi dormitorio. Por eso tenía ganas de venir a Palm Springs; me gustan las noches heladas, después de días calurosos.

Su marido le sonrió desde la cama donde estaba tendido—: Una de las cosas que más me gustan en ti —le dijo—, es que todo te gusta.

—Tú, por sobre todas las cosas— dijo Fern—. Amor mío, si vamos a comer con los Dunes, sería tiempo que te empezaras a vestir.

—Supongo que tú piensas ir tal como estás — le contestó Burke—, claro que serías una sensación, pero francamente, preferiría que te pusieras algo un poco menos llamativo.

—Es que tú te demoras años en vestirte—le contestó su mujer, levantándose y estirando sus brazos; al pasar frente a la cama, Burke la tomó de la mano, atreyéndola hacia él—. Eres tan encantadora—le dijo, besándola.

—Si van a portarse en esta forma —interrumpió una voz burlona, desde afuera—, sería muy práctico que cerraran la puerta. A lo mejor, la gente va a pensar que no son casados.

—No le echamos llave a la puerta, porque no creemos que la gente va a entrar sin golpear—dijo Fern, poniéndose colorada como una grana.

Audrey Rochelle entró, prendiendo la luz, se acercó a la lumbre. Su traje plateado parecía hacer juego con su linda cabellera.

—Me parece acordarme - dijo—, que fuí tu dama de honor, y que el matrimonio tuvo lugar hace la miseria de dos meses. Hazme el favor de decirme: ¿Cuándo termina tu luna de miel?...

—Nunca — contestó Fern, obscureciéndosele los ojos—. ¿Por qué ha de terminar?

Burke interrumpió la conversación, pidiéndole a Audrey que se diera vuelta, pues él tenía que pasar a la sala de baño, para afeitarse.

—Estás más vestido ahora que lo que estabas esta mañana en las canchas de tennis — contestó Audrey, riéndose, al darse vuelta. Burke se fué silbando al baño. Fern dijo:

—Burke siempre se afeita silbando.

Audrey la miró sorprendida.

—Querida, me parece que tú estás demasiado enamorada de este hombre.

Fern trató de concentrar su atención en la elección del vestido que se pondría, para que Audrey no viera las lágrimas que le habían asomado a los ojos; lágrimas de dicha, que no serían comprendidas por su amiga, que se había casado y divorciado tres veces.

—Adoro a Burke—dijo de repente—. Mi luna de miel ha sido un verdadero Paraíso; siento que tú has tenido tan mala suerte, pero yo no me puedo quejar.

Golpearon a la puerta, y Fern le pidió a su amiga que fuera a ver quién era. Audrey volvió, con una cajita cuadrada, pasándosela con una sonrisita irónica a Fern.

—Flores en Palm Springs — dijo burlonamente.

A la vista de las preciosas gardenias blancas, Fern dió una exclamación de alegría. La tarjeta que las acompañaba decía: "Tú eres mi todo"; era de Burke. Fern se la pasó a Audrey.

—Tienes suerte—le dijo la rubia, leyéndola.

—Lo sé—contestó Fern, yendo hacia la pieza de baño.

Audrey oyó que decía:

—Tú y tus flores.

La voz de Burke, dijo:

—Cuidado con el jabón, tontita...

—¡Qué importa!—contestó Fern.

Audrey se encogió de hombros, y salió de la pieza, pensando, un poco tristemente, en el final de sus tres lunas de miel.

Cuando Fern con Burke salieron en su auto, hacia donde los Dunes, el cielo sembrado de estrellas, parecía aislarlos del mundo entero. Poniendo su manecita en el brazo de él, le susurró:

—¡Estoy *feliz*!...

No comprendía ahora cómo pudo haber dudado durante tantos meses antes de darle el "sí" a Burke. En realidad, ella tenía miedo al matrimonio. Era tan romántica, y esperaba recibir tanto, que temía un desengaño. Además, Burke no había sido su primer amor; pero siempre su cariño moría repentinamente, y ella creía que todo cariño tenía que morir en la misma forma. Al rato, Burke rompió el silencio que los rodeaba, diciéndole:

—Eres la única mujer en el mundo, a quien le gusta andar en un auto de turismo con el toldo bajo.

—Es porque tengo tan lindo pelo— le contestó, riendo.

(Continúa en la pág. 71).

Cuento por

RICHARD MACAULEY

Hotel Jepson.—Nueva York.

Mr. Thomas Wakeford.
Fábrica de muebles Wakeford.
Chicago.

Querido papá:
Aquí me tiene de regreso a la patria, después de un viajecito bastante agradable. Siento haberle enviado sólo una postal de Europa; pero no hicimos otra cosa que viajar sin descanso y no tuvimos tiempo para nada. Los demás muchachos quieren que yo vuelva con ellos el año próximo, pero he resuelto no seguir compitiendo en campeonatos de natación. Ya es tiempo que me preocupe del lado más serio de la vida.

A este respecto, siento decirle que en vista de la condición establecida por usted, que yo debería empezar de "mucho" en su fábrica de muebles, ésta ha perdido ya todo atractivo para mí, no veo con qué fin estudié durante tantos años, si era para entrar de simple operario en una fábrica.

He decidido, pues, quedarme en Nueva York, porque, digan lo que digan, ésta es la ciudad de las grandes oportunidades para un hombre de esfuerzo y con educación universitaria como yo.

Sin embargo, si usted hubiese cambiado de parecer y quisiera ahora darme un puesto de cierta importancia y responsabilidad, volvería gustoso a Chicago, dispuesto a trabajar. De lo contrario, mientras no encuentre algo que me convenga, hágame el favor de aumentar mi mesada en unos cien dólares mensuales. La vida aquí está bastante cara.—Su hijo affmo.—**David.**

Fábrica de Muebles Wakeford
Chicago.

Mr. David Wakeford,
Hotel Jepson,
Nueva York.

Querido hijo:
Vuelve a Chicago y empieza a trabajar en mi fábrica en la misma forma que yo lo hice: atendiendo una máquina en la fábrica de mi padre.

Si estás bajo la impresión que un título universitario, aunque sea de Princeton, automáticamente lo convierte a uno en un hombre sabio y superior que se rebajaría haciendo un poco de trabajo manual, estás muy equivocado. Será una excentricidad de mi parte a juicio de algunos, pero exijo que todos los jefes de mi fábrica, todos aquellos que desempeñan algún puesto de responsabilidad, sepan lo que es un mueble, y no hay mejor manera de adquirir tal conocimiento como fabricándolo.

Has estudiado lo suficiente y ya conoces todas las piscinas de Europa. Ahora me gustaría verte regresar a casa y que empezaras a trabajar. Yo te ayudaré y principiarás con un sueldo de veinticinco dólares semanales. Si eres tan vivo como yo te creo, dentro de un año estarás ganando veintisiete dólares cincuenta.

Puedes quedarte en Nueva York un par de días si así lo deseas, pero ¡mucho ojo con las bailarinas!, pues he oído decir que abundan actualmente en esa ciudad y que andan locas detrás de lo que pueden pillar. Como conozco tu predilección por las cigarreras, floristas, etc., me veo ya pagando unos cien mil dólares para sacarte de algún lío con una rubia platinada de cabaret.

Tienes el dinero suficiente para regresar y no recibirás ni un solo centavo más si no es en pago de sueldos. — **Tu affmo. padre.**

Hotel Jepson, Nueva York

Mr. Thomas Wakeford.
Fábrica de Muebles Wakeford.
Chicago.

Querido papá:
Ya que Ud. toma las cosas en esa forma, O. K. Le voy a demostrar como puedo desempeñarme en el mundo y ganarme la vida sin necesidad de trabajar como un negro en una fábrica de muebles. Hay muchas oportunidades en Nueva York para un hombre listo como yo, y, entiéndalo bien, no pienso valerme de su nombre ni de su situación. Nadie sabrá quien es mi padre.

Le escribiré de tiempo en tiempo para tenerlo al corriente de mi progreso y llegará el día en que Ud. deseará confiarme un puesto de alta responsabilidad en esa fábrica, pero entonces, ¡tendrá que pagar mi trabajo en su justo valor. — Su hijo affmo. — **David.**

P. D.— En cuanto a mujeres, no tema por mí. Creo ser bastante vivo para caer en una trampa. Además, ninguna sabrá que Ud. es mi padre. —**D.**

Fábrica de Muebles Wakeford.
Chicago.

Mr. Andrew Pangborn.
Servicio de Detectives Pangborn.
Nueva York.

Estimado Mr. Pangborn:
Desearía que Ud. no perdiera de vista a mi hijo David Wakeford, quien, hasta el 5 del presente estaba alojado en el Hotel Jepson de esa ciudad. Debe tener poco dinero y desearía saber lo que está haciendo y recibir semanalmente un estado de su situación económica. Caso que encontrara alguna ocupación, lo que creo muy difícil, desearía que Ud. me informase acerca de su naturaleza, sueldo, etc.

Le ruego avisarme inmediatamente en caso que emplee a cultivar relaciones de amistad con alguna mujer, especialmente si ella es bailarina, o mujer de dudosos antecedentes.

Cuando yo tenía la edad de mi hijo, comí con una bailarina cinco veces en una semana y esas cinco comidas le costaron a mi padre algo así como 25.000 dólares.

Le ruego enviarme mensualmente la cuenta de sus servicios. — Suyo affmo. — **Thomas Wakeford.**

Servicio de Detectives Pangborn.
Nueva York.

Mr. Thomas Wakeford.
Fábrica de Muebles Wakeford.
Chicago.

Estimado Mr. Wakeford:
Gracias por el encargo que Ud. me hace en su carta del 7. He comisionado a Mr. Kelly para que él se ocupe del caso. Ud. recordará, con toda seguridad, el "affaire" Heinton, pues fué Kelly quien descubrió el pastel. Con eso lo digo todo.

Kelly me informa que su hijo estaba alojado en el Jepson, pero que hoy se mudó a una pieza amoblada en la calle Harvard, de Greenwich Village. Paga por ella 5 dólares semanales, pues está pobremente amoblada, con catre de fierro, etc.

De hoy en adelante, Mr. Kelly enviará sus informes directamente a Ud. — Suyo affmo. — Andrew Pangborn, Presidente.

Servicio de Detectives Pangborn.
Nueva York.

INFORME

Caso N.o 2466.
Fecha: Noviembre 11-17 de 1934.
A cargo de: Kelly.
Asunto: David Wakeford.
Informar a: Mr. Thomas Wakeford.
Fábrica de Muebles Wakeford. Chicago.

Cuando yo tenía la edad de mi hijo, me gasté con una bailarina cinco comidas, cinco comidas que me costaron 25 mil dólares...

Mucho ojo con las mujeres

General

El sujeto buscó empleo durante toda la semana, pero sin éxito. Se dedicó a recorrer las agencias de avisos, pero consiguió muy pocas entrevistas.

En la noche del miércoles, el sujeto fué al cabaret llamado El Loro Azul. Fué solo y pareció interesarse mucho por una bailarina llamada Corina Gray, rubia, de ojos azules, cinco pies cuatro pulgadas de alto y 112 libras de peso. Después de cada uno de sus números, el sujeto aplaudió con gran entusiasmo. El jueves, viernes y esta noche, el sujeto ha vuelto al Loro Azul. Hasta ahora, el sujeto no ha hecho ningún intento para conocer a Corina Gray y parece estar satisfecho con admirarla de lejos.

El saldo de su cuenta en el Tri-Boro Savings Bank es a esta fecha de $ 147 dólares y no tiene otros bienes realizables.

Fuera de sus visitas al cabaret mencionado, el sujeto lleva una vida arreglada y parece no tener amigos.

Particular

Dom. Nov. 11. Sujeto salió de su casa a las 10.30 A. M.

Nueva York, Nov. 24. 1934.
Mr. Thomas Wakeford.
Fábrica de Muebles Wakeford.
Chicago.
Querido Papá:
Cada día encuentro que Nueva York es una ciudad más agradable. Por ahora estoy indeciso acerca de varias ofertas de negocios que me han hecho. Las estoy estudiando sin ningún apuro pues no pienso embarcarme a la ligera.

¿No le parece que sería muy estúpido de mi parte aceptar un puesto con un sueldo de 15.000 dólares, para descubrir al poco tiempo que mi trabajo valía 25.000 dólares?

Debido en parte a los negocios y también a la activa vida social que llevo, me cuesta encontrar el tiempo necesario para escribirle unas cuantas líneas. Tengo un círculo muy grande de amigos de gran influencia y tenemos reuniones agradables semanalmente en mi departamento que es grande y espacioso.

Próximamente le daré mayores noticias de mi progreso. — Su hijo affmo. — **David.**

Servicio de Detectives Pangborn.
Nueva York.

INFORME

Caso N.o 2466.
Fecha: Nov. 18-24 1934.
A cargo de: Kelly.
Asunto: David Wakeford.
Informar a: Mr. Thomas Wakeford.
Fca. de Muebles Wakeford. Chicago.

General

El sujeto no ha tenido éxito en sus esfuerzos por hallar empleo. Ha empezado ahora a recorrer las agencias de empleo y parece estar muy desconsolado.

El sujeto ha ido al Loro Azul todas las noches, menos el lunes. Es evidente que la única razón que tiene para estas visitas es ver a Corina Gray. Todavía no se han hablado.

El sujeto hasta la fecha no se ha encontrado con ningún amigo conocido y parece estar completamente solo. Sería fácil presentarle para una dama como Corina Gray si ella fuese a descubrir quién es él y lograse pescarlo.

El saldo de su cuenta corriente en el Tri-Boro es de 70 dólares. Sus idas al Loro Azul le han estado costando más caro últimamente, porque se ha quedado a las tres representaciones y la gerencia del cabaret no acepta que los clientes se queden mateando el tiempo sin gastar algo. Al paso que va, el sujeto estará sin un centavo antes de ocho días.

Particular

Domingo, Nov. 18. El sujeto no salió de su casa hasta las 11.07 A. M.

Noticias teatrales. New York Ledger, Nov. 27-1934.

Corina Gray, la bella y simpática artista que ha estado bailando en la revista del Loro Azul, durante los últimos meses, ha sido contratada por el Ocean Terrace Hotel de Miami, por la duración de la temporada. Se pre-

(Continúa en la pág. 72).

Reflexiones color del tiempo

Barbara y el verbo estrenar

El verbo de moda entre las muchachas es: **estrenar.** Pero no crean ustedes que se trata de alguna prenda que andamos luciendo. No, somos nosotras mismas. "Yo me estrené". "¿Tú te vas a estrenar?". "Nosotras nos estrenamos". Y por ahí sigue la conjugación. No se oye otra cosa. Ya hubo un gran baile de estrenos. Y se anuncian muchos más.

Son bien divertidos y bien tontos los tales bailes. Pasa una desde los doce años esperando los dieciocho que la "estrenarán". Por las alturas del diecisiete son tales las pequeñas escenas que proporcionamos a mamá, pidiendo que nos dejen ir aquí o allá, que nos permiten ciertas salidas extras, a casa de amigas a tomar té, pero nada aun de vestidos largos ni de fiestas de noche. Y es entonces cuando empezamos a figurarnos que el baile de estreno es un cuento de hadas y todas nos creemos la Cenicienta que por allá perdió el zapatito y encontró su Príncipe.

Cuando tocamos los dieciocho, no dicen: — "Después que te estrenes podrás hacerlo, ahora no...".— como si el estreno fuera abrirnos la entrada al paraíso. Y desde entonces, hasta el acontecimiento, el verbo danza en nuestros oídos, frenéticamente. Los diarios publican nuestros nombres en largas listas, aparecen los retratos, se encargan vestidos, se visitan costureras y todo gira alrededor del estreno locamente.

Por fin llega la gran noche. Contemplamos espantadas la mujercita que nos mira desde el fondo del espejo, vestida de organdí o de tafetán. No nos reconocemos: la falda larga, el escote, el peinado distinto al habitual, una joya discreta, una flor. Todo nos parece extraño y fabuloso.

Y sin habituarnos a nosotras mismas, salimos con la impresión de que andamos sobre algodones. Mamá ha hecho su respectiva escena, porque el traje nunca está suficientemente perfecto. Papá ha empleado su voz de trueno más retumbante para tranquilizarla y asegurar que: — "Las mujeres no tienen atadero". Las tías hacen el coro de alabanzas y los criados asoman caras curiosas y admirativas.

Pero todo esto ha pasado en un rato **largo-corto** y ahora el auto nos lleva a eso desconocido, que es el "estreno". ¿Tendremos éxito? ¿Nos atenderán? ¿Bailaremos? ¿Estará ahí nuestro destino con frac y palabras baibucientes?

Llegamos. Nos pasa una racha desagradable por la nariz, o sea: La emoción nos hiela. Entramos con la sensación de los algodones bajo los pies, cada vez más blandos. Ya: ¡adentro...! Y un paso nos deja en el salón. Ya hay una cantidad de gentes. Y es curioso: con ligeras variantes, todas las muchachas nos parecen la misma. Organdí, tafetán, rosa, blanco, celeste, verdeagua. Siquiera aquí "Hay variantes y diferenciaciones. En cambio, los muchachos son todos iguales. Frac, pechera blanca y gomina. Saludos. Sonrisas. Apretones de mano. Frases: — "Está regia". "¡Qué lindo vestido!". "¡Una monada!" "¿Bailemos?" "Buenas noches". "¡Te felicito!" Y ahora giramos lentamente o agitadamente.

Pasamos de un brazo a otro. Bailamos. Charlamos. Pequeñas frases banales. Siempre las mismas: — "Cuánta gente". "Bonita fiesta". "Regia la Maggie". "Una monada". "El baile sí que es regio".

Se empieza a reconocer caras. Este, sí, es Perico. ¡Vaya!

Ahora probamos un dulce. Y de pronto se forma un grupo de muchachas solas, y sin saber cómo nos alejamos inclinadas sobre nosotras mismas: "¿Cómo lo estás pasando?" "¡Estupendo!" "Yo colo..."

El grupo se deshace. Vienen a buscarnos. Bailamos. La Cucaracha. Los Tres Chanchitos. El Continental. El Ha Cha Cha. La Cucaracha otra vez. Al final de cada baile se aplaude discretamente y la Cucaracha de nuevo se nos mete en los oídos. Yo, la verdad, este año la siento como que me gatea por el cerebro. Con el tiempo va a ser una cosa más seria que el exantemático.

Hay globitos. Hay pitos. Hay juguetes. Sí, porque a veces se hace una especie de cotillón en estos bailes de estreno, tal vez para recordarnos que tenemos a las muñecas ahí mismo, al lado de afuera de nuestros dieciocho años flamantes. Bailamos de nuevo, comemos nuevos dulces y nuevos sandwichs, bailamos otra vez, todo esto salpicado de las frases sacramentales y por fin empiezan a aparecer las mamás que vienen a buscarnos, llenas de ilusión y de orgullo al ver a sus pimpollos estrenados.

Por lo común el primer momento de ellas, es tan desconcertador como el nuestro al entrar al salón. No reconocen a nadie, ni siquiera a sus hijas.

Nos buscan el trajecito de deporte y la cara lavada y se encuentran con nuestro pomposo traje de baile y la poquita pintura que nos han dejado ponernos, pero, aunque poquita, agregada a la toilette, es lo suficiente para cambiarnos totalmente el aspecto. Además, con los ajetreos del baile, el vestido suele andar medio torcido y las flores chafadas y los zapatitos de raso — que no se han perdido, ¡helas!— están llenos de manchas. No hablo de las famosas diademas, que la mía, el año pasado en que fué mi ruidante "estreno" — ya estoy en el pasado—, fué mi martirio y el de mi madre. Si la dejaba holgada se me iba sobre los ojos. Si me la ceñía me hacía mal a la cabeza. Un desastre. *(Continúa en la pág. 62).*

El más delicado
y tentador
de los perfumes
y de atracción
incomparable.
Colonia
FLOR de
ESPINO

Novela policial y de misterio por EDGAR WALLACE

La Serpiente Amarilla

(Continuación)

—Ni mi hermana ni yo somos esa muchacha afortunada — dijo con maliciosa dulzura—. Justo es que conozca usted a Juana—y se volvió hacia su padre—. ¡Papá!

Este hizo la presentación, en forma embarullada.

—¡Ah!

Sí. ¡Solo! "¡Ah!"... ¿Qué significaba aquella exclamación de Clifford Lynne?... ¿Sorpresa?... ¿Complacencia?... ¿Decepción?...

—¡Bueno!... Pues aquí estoy yo, dispuesto para él... — titubeó un poco, buscando la palabra apropiada.

Juana se hubiera atrevido a jurar que esa palabra que iba a pronunciar, era "sacrificio". Pero la substituyó por "momento".

—Supongo a ustedes enterados de que el viejo Joe Bray ha muerto — continuó diciendo Clifford—. ¡Pobre loco!... Si hubiera muerto hace seis meses, hubiese sido mejor para mucha gente. ¡Un alma grande, un gran viejo sportman..., pero, ligeramente loco!

Otra vez se dirigía a Juana. Esta podía observarle bien, ahora que iba destacándose del relámpago cegador de su dramática llegada. Tenía cerca de seis pies de estatura y su indescriptible indumentaria no era bastante para desfigurar su hermoso conjunto físico. Su rostro era moreno, casi cobrizo. Su barba desordenada, era tan obscura como el largo cabello que cubría su cabeza y sus pobladas cejas. La energía se manifestaba en todo su cuerpo y la primera impresión que le causó a Juana fué la de su inmensa vitalidad. Miró sus zapatos, que carecían de forma. Pensó que estaban hechos en casa. Uno lo llevaba atado con una correa de cuero y el otro con un hilo; un hilo viejo, quizás.

Este era el momento propicio para que el señor Narth recuperase su autoridad. Las circunstancias naturales le hacían la persona más importante en la habitación. No sólo era el jefe de la casa, sino el mayor beneficiario, según el testamento. Y el hombre que estaba con él, era un apoderado de Joe Bray, una persona a quien podía ordenar más bien que persuadir. Un simple empleado del señor Narth, puesto que, al heredar la fortuna de Joe Bray, heredaba, con ella, la indiscutible autoridad que acompaña a la riqueza.

—Bueno..., señor... ¡ejem!... señor Lynne; me parece que esa discusión sobre el estado mental de mi pobre primo, no es todo lo correcta que debiera..., y yo no puedo permitir que difame usted su sagrada memoria. No puedo escucharle sin protestar.

El forastero le contemplaba con curiosidad.

—¡Ah!... ¡De modo que es usted el señor Narth!... Ya he oído hablar de usted... Sí; ¡usted es el caballero que especula con dinero ajeno!

Esteban Narth se puso encendido como la grana y blanco como un cadáver, después. La crudeza de la frase le paralizó, y quedó sin habla un momento.

Si Narth hubiese tenido sentido común, hubiera evitado cualquier nuevo comentario marchándose de la biblioteca o con una enérgica y directa contestación.

—De esas cosas se entera todo el mundo — añadió Lynne, acariciándose la barba—. No es posible ocultarlo, en un negocio como el suyo.

Esteban Narth recuperó la voz.

—No estoy dispuesto a discutir calumnias tan necias — y sus ojos brillaron con ganas de aniquilarle—. Por lo pronto, es necesario que le diga que como único heredero, según el testamento del señor Bray, y además..., como propietario...

—En perspectiva — murmuró Lynne, aprovechando su pausa—. ¿Cree usted, que yo debía conservarme en mi puesto?... Casi me inclino a estar de acuerdo con usted.

Quedó mirando a Juana con turbada, casi estúpida expresión y preguntó:

—¿Me quiere usted?

La joven sintió una extraña tentación de echarse a reír.

—...¡Porque si me quiere, aquí me tiene dispuesto! — continuó—. Dios sabe bien que yo no quiero forzar los sentimientos de ninguna mujer temblorosa; pero la situación es la si-

guiente: Joe me dijo: "¿Me das tu palabra?", y yo le respondí: "¡Sí!"

Lynne continuaba mirando a Juana, pensativo.

La joven pensó si él estaría esperando una contestación, pero al parecer no fué así, porque siguió hablando.

—Lo que complica este asunto es... Yo no tenía la menor idea de que íbamos a molestar a "Las Manos Alegres"..., pero fuí, llegué y lo hice...

El señor Narth creyó llegada la ocasión de hacer llegar la conversación, sin menoscabo para su dignidad, a un terreno parecido al de Clifford Lynne.

—¿Pero de qué diablos de manos alegres está usted hablando?

El forastero no pareció molestarse por su interrupción, por lo que Esteban Narth tuvo la extraña convicción de que el duro ataque que le había dirigido, hacía unos segundos, fué hecho sin verdadera malicia ni en tono de reproche, sino como comentando un acto cualquiera.

Clifford Lynne lo refería, pero no hacía comentarios desagradables.

—He alquilado una casita..., la de Slater, creo que la llaman, ¿no? — dijo Clifford en su brusca y extraña forma—. Una cueva fatal, pero lo bastante buena para mí. Temo haber hecho algún estrago en su alfombra, señor Narth...

Dirigió la vista al suelo, abrumado por la realidad de la tragedia.

—De todas maneras, no tienen derecho, las serpientes, a estar sobre las alfombras — dijo con cierto tono de satisfacción, como si con esto hubiese encontrado una disculpa inesperada para el desorden que había ocasionado.

El rostro de Esteban Narth se ensombreció.

—¿Va, usted, a quedarse aquí? — le preguntó. En la punta de la lengua tuvo la advertencia de que en sucesivas visitas utilizase la puerta de la servidumbre; pero algo contuvo esta expresión descortés. No se podía insultar impunemente a un hombre que trataba con tanta indiferencia sus negocios no muy limpios y que llevaba consigo armas letales que podía sacar, utilizar y volverlas a su sitio con tal rapidez que no había ojos que pudieran verlas. Así, que cambió la frase por otra muy distinta.

—La casa de Slater no es lugar apropiado para usted — dijo—. Es poco mejor que una ruina. Me la ofrecieron, el otro día, por ciento veinte libras y la rechacé...

—Pues desperdició usted una ganga — comentó, con calma, Clifford Lynne—. Tiene una chimenea estilo Tudor que vale el doble de esa cantidad.

Mientras hablaba, estaba abstraído, contemplando a la muchacha.

—No me extrañaría quedarme definitivamente en la casa de Slater— siguió diciendo, como si pensase en voz alta—. Tiene un lavadero magnífico para que la propia esposa pueda lavar la ropa..., y tres habitaciones ideales, una vez hayan sido tapadas los agujeros que han abierto las ratas. Personalmente, no odio a las ratas.

—¡A mí me gustan mucho! — dijo Juana friamente.

Con rapidez se dió cuenta del reto y con mayor rapidez todavía, se lo devolvió.

Por un segundo el espectro de una sonrisa danzó en sus ojos.

—De todas formas, aquí me quedo —afirmó él—, y no tenga, usted, miedo de que vaya a perjudicar su reputación. No vendré muy a menudo—se mordió los labios—. ¡Un chinol... Y, ¡claro está!..., el hereje me vió entrar aquí, y, al instante, entregó la caja. No se atrevió a hacerlo antes, porque hubieran podido oír al bicho revolviéndose dentro de ella... o porque se hubiera muerto, pues la caja no tenía agujeros... ¡Tendré que denunciarles a la Sociedad Protectora de Animales!

El señor Narth carraspeó:

—¿Quiere usted suponer que ese reptil le fué enviado con mala intención?

Clifford Lynne le miró con ojos burlones.

—Mi opinión es que una serpiente venenosa y viva, no es, precisamente, un regalo para un cumpleaños — dijo lentamente—. ¡Odio a las cabezas amarillas! Son dañinas... —descargó una palmada en la pierna con inesperada energía y se echó a reír...—. ¡Pero, está claro!... ¡Serpiente amarilla!... ¡Mira que olvidarme, yo, de eso!...

Sus ojos buscaron, de nuevo, los de la muchacha.

—¡Qué marido tan descuidado me estoy haciendo!... ¿Cuál es su nombre?... ¡Ah!... Juana... ¿No es eso?... ¡Yo creía que todas las Juanas eran casadas, pero quizás me haya confundido con las Dorotea!... Cuestión de nombres... Usted tendrá unos veintiún años, ¿verdad?... Todas las Juanas tienen esa edad; todas las Patricias tienen diez y siete y la mayoría de las llamadas Marianas... están percibiendo una pensión a la vejez.

—A los que tienen el romántico nombre de Clifford no se les ve más que en la escena — le replicó ella. Y Lynne se echó a reír.

Su risa fué como un murmullo musical, tan opuesto a la ruda apariencia de su persona, que pareció como si otro hombre, nuevo y diferente, rompiese el fingimiento y el disfraz que le encubría.

—Eso se le ha ocurrido a usted espontáneamente... — dijo, levantando un dedo amenazador—. ¡Pero me lo merezco!

Metió la mano en un bolsillo de su indescriptible chaqueta, sacó un enorme reloj de metal pavonado y lo consultó.

con disgusto, agitándolo junto al oído—. ¿Qué hora es?

—Las seis — contestó el señor Narth, recobrando la voz.

—¡Ya sabía yo que no podían ser las doce y media! — dijo Clifford con calma, haciendo girar las saetas para ponerlas en hora—. Tendré que marcharme ya. De momento he tomado una casa en Londres, pero volveré por aquí mañana o pasado. ¿Es usted protestante?

Juana, a quien iba dirigida esta pregunta, denegó.

—Tampoco lo soy yo — admitió Lynne—; pero, asimismo, admiro a los baptistas (1). No comprendo cómo pueden ser buenos, solamente con varios bancos barnizados y un armonium. Bien. ¡Hasta la vista... Doroteal

—¡Agnes, querrá usted decir! — corrigió, humorísticamente, Juana. Y sus ojos sonrieron.

Extendió la mano, que él oprimió con fuerte apretón. Al parecer, no consideraba a ningún otro miembro de la familia, digno de este saludo, pues con una brillante sacudida de cabeza, en la que envolvió a todos los presentes, salió andando, con energía, por la puerta recayente al hall.

El señor Narth creyó que se había marchado y cuando iba a empezar a decir algo, reapareció el hombre de la barba.

—¿Hay alguien que conozca a un individuo llamado Grahame St. Clay? —preguntó.

A la memoria de Narth acudió, como un rayo, la conversación que había tenido, aquella mañana, en su casa social.

—Conozco a un tal señor St. Clay —dijo—. Es decir, realmente, no lo conozco, pero uno de sus directores es amigo suyo.

Clifford Lynne arrugó el entrecejo.

—¡Ah!... ¿Sí?... — dijo con calma—. ¿No le ha visto usted nunca?

Esteban Narth movió, negativamente, la cabeza.

—Ya me dirá usted, mañana por la noche, lo que piensa de él—dijo el otro.

—¡Pero si yo no he de verle! — protestó el señor Narth.

—¡Oh, sí!... Sí, le verá usted... —insistió Clifford, suavemente, y otra vez un brillo travieso pasó por sus ojos azules—. ¡Cierto que le verá!... St. Clay... ¿Quién ha canonizado al Pango Amarillo.

En otro segundo desapareció, cerrando la puerta, de golpe, tras sí. Era un hombre de hábitos violentos.

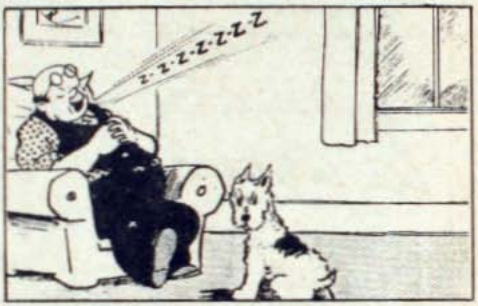
(Continúa en la pág. 76).

---

(1) Baptista: Una de las muchas religiones derivadas que se practican en Inglaterra y en la que está suprimido todo lujo, imágenes, etc. etc.— (N. del T.).

LA FAMILIA MEMBRILLO

Aventuras de Bonzo



El culpable

—¡Rata Mayor! ¡Rata Mayor! — gritó un ratoncito llegando azorado—. La calabacita que pusimos a madurar en la piedra grande ya no está.

—Tú la cuidabas...

—¡Y muy bien que la cuidé! La miraba con un ojo mientras dormía con el otro. Ya ves: sólo dormía con la mitad del cuerpo. ¡No hay mejor guardián que yo!

—No hay mejor guardián que tú, pero la calabaza desapareció.

—Quizá fué en el momento en que cerraba un ojo para abrir el otro...

—Hay muchos quizá, pero todos debiste pensarlos antes de que desapareciera la calabaza. ¿De quién sospechas?

—Ante todo, de una nutria. Se me acercó, miró con mucho interés y largo rato la calabaza y exclamó: "¡Qué maravilla! ¡Qué maravillosa calabaza!"

—¿Maravillosa, dijo? Porque no la alcanzaba. ¡Esa no fué!

—Después, de un pájaro. Se posó en la misma calabaza, le dió dos o tres picotazos y dijo, desafiándome: "¡Cuando quiera, me la llevaré!"

—¿Que se la llevaría cuando quisiera? ¡Jactancia! Ese no fué. ¿Quién otro?

—Nadie más. Sólo pasó un zorrito rengo, pero no se detuvo y ni siquiera la vió.

—¿No la vió? Ese fué, y con la pata que rengueaba le dió el zarpazo.

—No puede ser, Rata Mayor; no puede ser: el zorrito come sólo carne.

—¡Ese fué! Pues para robar, no importa lo que se come. Basta ser zorrito. Basta ser ladrón.

La aventura de cada momento

—¡Yo no sé cómo hay hombres que todavía se atreven a ir a explorar las selvas del Amazonas! — dijo Juan Antonio, impresionado por la lectura reciente de un libro de aventuras—. ¿Tú irías?

—¡Yo no! — se apresuró a decir Ricardo, que también conocía el libro—. Es ir a una muerte segura. Hay víboras ponzoñosas, hormigas feroces, caimanes, onzas...

—¡Y los pantanos que parecen suelo firme y en los que uno se hunde de pronto! — dijo Juan Antonio—. ¡Y las enredaderas que son como una red que cazan al hombre! ¡Y los frutos venenosos!

—¡Y la sed, el hambre y las fiebres! — exclamó con tono grave su amigo—. Estoy muy bien en mi casa...

—De veras que tenemos buena suerte los que vivimos en la ciudad. Yo creo que no se salva ningún explorador que se pierde en los bosques del Amazonas.

—Tal vez alguno se salve... — opinó su amigo.

—No sé cómo, si a cada paso hay un peligro de muerte.

El padre de Juan Antonio, que los escuchaba, dijo:

—Se salvan como se salvan ustedes: con inteligencia, con precauciones.

—¿De qué nos salvamos nosotros? — preguntó Juan Antonio.

—De tantos y tan terribles peligros como los que hay en medio de la selva.

—¿Qué peligros?

—De todos los que tienen a su alrededor. Son muchos, pero no se dan cuenta, porque ya se han acostumbrado a evitarlos o porque los adivinan y no los provocan. Sin embargo, no pasa día sin que uno no tenga que llamarles la atención sobre un peligro tan grave como cualquiera de la selva.

—¿Aquí?

—Sí; en esta casa donde juegas tranquilamente y que conoces en todos sus rincones. Créeme que hay momentos en que yo mismo tengo miedo... Por ejemplo, desde aquí veo dos agujeritos en la pared. Con más confianza pondría la mano en un agujero de un tronco — donde puede ocultarse un enjambre de insectos venenosos—, que un alambre en esos agujeritos. Son los de un tomacorriente... Sobre aquella mesa hay una cajita que encierra ciertos diminutos personajes más temibles que las abejas más bravas, aunque también son más útiles que las abejas.

—¿Los fósforos?

—Sí; son malvados geniecillos, sobre todo en manos de los niños. Caen encendidos junto a la alcuza del alcohol o del petróleo, donde a veces hay gotas de esos líquidos, o en un diario que ha quedado en el suelo y...

—¡Ya lo sé, papá! Miro muy bien antes de arrojar un fósforo usado.

—Y me asusta pensar lo que puede ocurrir si se acerca un fósforo encendido nada más que a un palmo de un recipiente con nafta... Verdad que aquí estamos muy lejos del suelo pantanoso y de las lianas traidoras; pero a veces tú corres por el patio de mosaicos resbaladizos y llevas un sifón en la mano... Un trozo de vidrio o una cáscara de fruta que ha quedado en el piso son más temibles que una alimaña escondida. Y en cuanto a esas exhalaciones mefíticas de las masas de vegetación que fermentan, yo no sé, francamente, si son peores que las del gas del califón que arde mal en el cuarto de baño cerrado. Desde aquí se oye resoplar un monstruo. Escucha...

—¡Ah! Es en la cocina. Es la olla.

(Continúa en la pág. 62).

Las jóvenes del "NIPON JOSHI DAIGAKU"

Un salón de clases en la Universidad.

En la vieja y conservadora tradición cultural japonesa permanece arraigada, desde hace siglos, la norma de la educación que ha de recibir una muchacha en su adolescencia y que tiende únicamente a ser el adorno y la alegría del hogar y, más que esto aun, la humilde servidora del esposo.

Cuando llegaron a implantarse en el Japón los métodos de la vida occidental, pareció que había llegado el momento en que habían de derrumbarse todas las tradiciones heredadas y algo de eso podía observarse en las manifestaciones exteriores de la vida habitual y corriente.

Las bastardas ideas europeas acerca de la emancipación de la mujer y la grotesca cultura de la "girl", amenazaban constituir en el Japón un artículo imprescindible de importación y hasta hoy día pueden encontrarse algunos ejemplos y casos aislados de esta "europeización" o, mejor diríamos, "americanización", que ofrecen en la vida japonesa un aspecto triste a la par que ridículo.

Pero ya en este último tiempo se ha podido comprobar que se está reaccionando en esta materia y la opinión pública está cristalizando en forma evidente. Así vemos, por ejemplo, cómo este pueblo formidable se halla hoy empeñado en una tarea sumamente interesante de nacionalización, que debería ser la cosa más natural y corriente en todo el mundo, pero que en muchos países se ha evidenciado que es de una realización muy difícil.

Todo lo que llega del extranjero al Japón, es siempre recibido con los brazos abiertos a condición de que pueda utilizarse en el enriquecimiento de la vida propia y popular. Y entonces, se lo japoniza.

Naturalmente estos adelantos se encuentran sólo en las clases elevadas y en las instituciones más avanzadas de progreso, una de las cuales es indudablemente la Universidad femenina de Nippon Joshi Daigaku, que fué fundada en el año 1901.

Aquí se educa a las jóvenes con la misma clara visión y la misma rigidez en la formación del carácter y de las costumbres con que se educaba a las generaciones anteriores, a pesar de que el fin que se persigue con esa educación ha variado radicalmente y presenta en la actualidad muy distinto panorama. Pero hay un fin común a la educación antigua y a la moderna: y es el de formar japonesas.

La mujer japonesa tiene hoy los mismos derechos que su esposo, sin dejar por ello de ser una esposa ejemplar y una madre modelo y esa mujer es, ante todo y sobre todo, un elemento útil y consciente en la vida de la colectividad.

A los cuatro años, por regla general, entregan los padres a la niña japonesa bajo la tutela del instituto y allí queda esa niña hasta la edad de veinticinco años, fecha en la que ya está ampliamente capacitada para iniciar las actividades de la vida social.

En el Instituto Nippon Joshi Daigaku viven constantemente dos mil jóvenes, después de haber sido formadas por veinte años de educación intensiva.

A las alumnas se les deja la más absoluta libertad para vestirse o a la europea o a la japonesa. Se les instruye en el arte doméstico tanto occidental como oriental, en clases alternadas semanalmente. De este modo se combinan las enseñanzas antiguas con las modernas; la antiquísima habilidad en la preparación artística de las flores se adquiere juntamente con los conocimientos de la química moderna y la filosofía de Kant se hace familiar a las jóvenes estudiantes junto con las obras de los filósofos japoneses.

En esta Universidad se educan mujeres que pueden el día de mañana infundir a sus hijos el espíritu del Japón moderno, nacionalista y dinámico, y para conseguir ese objeto se necesita irremisiblemente los veinte años de internado y de educación escolar.

Muy raras veces se acepta en el instituto una joven que sea de mayor edad, pues para ellas es casi imposible poder satisfacer las exigencias de los exámenes en la forma que pueden hacerlo sus condiscípulas que ingresan al instituto y siguen el curso de los estudios empezando desde el Kindergarten.

De Nippon Joshi Daigaku saldrán generaciones de mujeres que serán, seguramente, el orgullo del Japón, pues contribuirán en época muy próxima al porvenir y progreso de la nación entera.

ARRIBA.— En clase de química en el Instituto.

AL CENTRO.— La señorita Hideko Inone, directora del Instituto, dispone el horario de las clases.

ABAJO.— Paralela a la instrucción científica, las estudiantes reciben una instrucción esmerada en ciencias domésticas. Alternando semanalmente se enseña la cocina japonesa y la europea.

Alumnas de las clases elementales del Instituto Nippon Joshi Daigaku.

Kimono y microscopio. Lo mismo que en el antiguo retrato del cuadro colgado en la pared, los útiles científicos de este siglo armonizan admirablemente con la estudiante moderna japonesa.

Habitación de una estudiante. Las habitaciones de las estudiantes son completamente de estilo japonés; tabique de papel movediza y esteras de paja. En la fotografía aparece una estudiante japonesa tocando un instrumento musical del país, llamado «koto».

Trabajando en el laboratorio de química.

Siluetas de la Moda

No se puede decir que se use esto o lo otro, la moda, por esta vez, parece empeñada en darle gusto a todas las mujeres y desde la mayor de las extravagancias hasta lo simplemente monacal, se encuentra a disposición de usted, señora, esperando su elección.

Junto a un traje de noche inspirado en la época de Cleopatra, modelo de tela de oro enriquecida por cabochones y lentejuelas, se ve una funda de crepe opaco, muy grueso, cerrada al cuello por un clip de strass tan estrecha, que tiene forzosamente que abrirse al lado para dejar libertad al paso. En la tarde, vemos modelos de complicada línea, reminiscencia en las modas de principios de este siglo, trajes complicados con bullones y vuelos que bajan por la falda en la parte de atrás y que después rodean el ruedo. Y junto a éste, aparece otro compuesto de una falda estrecha, de una túnica que cae hasta las rodillas sujeta a la cintura por un fino cinturón y que se cierra al cuello con un pequeño sesgo y dos botones de fantasía. No puede pedirse nada más sencillo y de un chic más refinado.

Para la mañana el traje sastre y

el otro, tan encantador, llamado de deporte, son los indispensables y aquí — ¡a Dios gracias! — no ha llegado aún la extravagancia a complicar líneas. Por lo mismo que domina en ellos la sobriedad, hay que cuidar con más esmero el corte, que debe siempre salir de manos de un buen "tailleur". Los complementos son extremadamente interesantes: cartera y calzado, sombrero y blusa; una flor o un echarpe; un bonito clip esmaltado, será la nota que dé personalidad a una tenida mañanera.

En materia de sombreros reina la misma anarquía. Gorros, cordobeses, fez, boinas, tiaras, tricornios, alas planas, alas levantadas, copas altas, copas bajas, en punta, chatas; unos sobre los ojos, francamente medio a medio de la cabeza; otros echados atrás como aureolas; otros ocultando un ojo. Hay de todo y lo único que resulta difícil es la elección, lo que debe estudiarse mucho, ya que algunos modelos sólo se prestan a determinados tipos. Hay que agregar que los materiales empleados por las sombrereras tienen tanta variedad como las formas y que el paño, el terciopelo, el tafetán, el fieltro, la gamuza, tienen que hacer lado en la preferencia de las elegantes a las pieles, la felpilla, los tejidos a crochet y pallillos, el tweed y las angoras.

Pero es ventajoso que la moda se muestre tan ecléctica. En esta forma, todas las mujeres pueden encontrar algo que convenga a su figura, a su cara y a sus medios de fortuna. Sólo se trata de poner a prueba el gusto personal y darse a la grata tarea de elegir.

IVONNE.

Para las Jovencitas

1. — Abrigo raglán en tweed beige; cinturón de gamuza café.
2 — Raglán en escocés de lana.
3. — Muy juvenil este trajecito con casaca estilo ruso.

4.—Traje en charmelaine azul; cuello escocés blanco y azul lo completa el trois abajo indicado.

Trajes Prácticos y sencillos

1.— *Traje azul; chaquetita corta adornada con una corbata escocesa.*

2.— *Vestido en lana verde manzana, con cuellos y puños de piqué blanco, cinturón de gamuza café.*

3.— *Vestido de lana jaspeada, adornado de cortes pespuntados que forman tablones en la delantera.*

4.— *Tailleur en género escocés; cinturón de gamuza en el tono.*

Modelos para la tarde

3.— Muy original el corte de este abrigo, con tiras abotonadas que cruzan la piel en el cuello y puños.

1.— Muy bonito este abrigo en lana lisa con cortes pespuntados dobles; gran cuello de piel.

2.— Abrigo en lana diagonal. Cuello redondo y puños de piel.

4. —Sencillo abrigo en lana cuadrillée con grandes botones de fantasía.

5.— Abrigo en terciopelo negro con un novedoso cuello y grandes puños de brutswanz.

Abrigos de Deportes

1.—*Abrigo de lana beige, con capa, formando cuatro puntas; botones de cuero.*
2.—*Abrigo azul marino, cerrado por dos clips dorados; echarpe escocesa, colocada debajo del cuello.*
3.—*Confortable abrigo en lana mezclada gris verdosa, con godets en la espalda y marcando el talle por delante con un medio cinturón.*
4.—*Abrigo de lana beige, adornado de cortes pespuntados; cuello y cinturón de leopardo; grandes botones de fantasía.*
5.—*Abrigo tres-cuartos, suelto, en lana moteada, con cuello y puños forrados en piel. Costuras con gruesos pespuntes y grandes bolsillos sobrepuestos.*

Modelos que Ud puede confeccionar

1.— Abrigo en lana beige; botones y hebilla de cuero café.

2.— Tailleur en lana quadrillée.

3.— Abrigo en lana mezclada, grandes botones de fantasía.

4.— Abrigo raglán, verde manzana.

5.— Abrigo sastre, azul marino.

6.— En borlón de lana está confeccionado este abrigo.

7.— Muy nuevo el corte de este abrigo con una pieza sobrepuesta que forma el cinturón.

8.— Tailleur de fantasía. Chaqueta negra, falda a cuadros blancos y negros.

Familia 3.—

1.— Traje en lana angora; chaqueta con cuello redondo, abotonada en la espalda.
2.— Vestido en jersey de lana con un original adorno en cuello y puños.
3.— Este vestido está confeccionado en lana estampada, cuello, cinturón y puños en tonos diferentes.
4.— Traje azul marino, chaqueta de deporte, abotonada por delante.
5.— Traje café en espumilla de lana; chaqueta suelta con dos ojales que permiten pasar un cinturón hacia adelante.

Revista general de las modas del año

LOS SOMBREROS

La moda de los sombreros presenta este otoño tantos contrastes como la de los vestidos. Tres tendencias diferentes ofrecen los sombreros en las grandes casas de modas: una de ellas deja descubierta la nuca, otra la frente y la tercera el perfil. La más nueva es, sin duda, esta última: el borde del sombrero, muy irregular, sólo posee algunos centímetros a la izquierda, mientras que en el costado opuesto es, en cambio, ancho, ondulante y caprichoso.

Los sombreros posados hacia atrás, que dejan ver la raíz del cabello, presentan ciertas variantes, y su más notable ejemplar es el tipo «bretón», que dibuja una aureola alrededor de la cabeza. Es un estilo excelente para los primeros días frescos.

Las formas colocadas hacia adelante son pequeñas y rígidas, de tipo «trotteur», o tocas y boinas chatas, que tanto gustan a algunas mujeres.

Las copas modernas sólo tienen un papel utilitario, ya que son lisas, reducidas y bajas. A veces sobrepasan la parte interior del ala, formando una especie de «vincha» que mantiene el sombrero en su lugar.

Los materiales empleados, fuera del clásico fieltro —irreemplazable para ciertas formas flexibles —, son: el tafetán, la faya y los tejidos de seda que recuerdan, por su contextura, las gruesas telas.

Los adornos son de una gracia muy femenina. Hay muchas flores, y se ven en abundancia las llamadas «fantasías de plumas», es decir, pequeños manojos de plumas agrupadas con arte; hay, como siempre, cintas de "gros-grain" de dos y hasta de tres tonos. Todo aplicado en verdaderas guarniciones, y no en detalles que casi escapan a la vista sin llamar la atención.

LOS VESTIDOS CON CAPA

La capa es un espléndido medio de ampliar la parte superior de la silueta sin ensanchar los hombros: dos puntos capitales de la moda. Ahí reside probablemente el éxito de las capas, que se hacen ahora en todos los largos y de todas clases, para veladas, para deportes y para la calle.

El otoño trae una forma de capa muy atrayente y al mismo tiempo muy práctica. Es una capa corta, de lanilla, y que completa un vestido del mismo tejido. Envolviendo bien los hombros, estas capas son cortadas levemente «en forma» y sólo llegan al talle o un poco más abajo.

Los vestidos, simples y netos llevan en el cuello unos adornos blancos o de colores vivos, que surgen también del escote de las capitas.

EL TAFETAN «TORNASOL».

La mujer ya no quiere vestir ropas «silenciosas». La nueva estación, penetrando en el dominio de la moda, se anuncia por el suave rumbido del tafetán. Hechicero, desusado, se desliza, aún en el transcurso de la jornada activa, bajo el vestido de lanilla, bajo el saco del traje sastre, en el interior de un tapado.

Por la noche, el auge del tafetán unido y, mejor todavía, «tornasolado», ha adquirido toda su importancia. Esa hermosa tela se extiende en las faldas amplias, hechas de numerosas secciones y bandas, ensanchadas hacia el ruedo; se frunce y recoge en pliegues nítidos.

Moldes de Familia

La sección moldes de "Familia", se complace en ofrecer en este número, dedicado a las madres, tres lindos modelos de abrigos para sus chicos. Enviaremos cada molde claramente explicado por sólo cuarenta centavos en estampillas.

Rogamos a nuestras lectoras se sirvan indicar el número de la revista donde aparecen los moldes que deseen, su nombre y dirección completos. Dirigir sus pedidos a Moldes de "Familia", casilla 84-D, Santiago.

Explicación de los modelos.

1.—Abriguito para chica de seis años, confeccionado en gruesa lana azul claro, se cierra en un movimiento cruzado por seis botones de concha perla blancos. Como nota clara se ve el gracioso cuellito de fina lana blanca. Para este molde damos las siguientes piezas: un delantero completo con el bebedero, que se cortarán dos; la mitad de la espalda, que se corta doble; la mitad del cuello, esta pieza debe cortarse doble y dos veces, para el cuello azul y el blanco, el cuello azul se cortará un poco más grande para que sobresalga un centímetro y medio; un puño completo; dos piezas para la manga, una inferior y otra superior.

2.—Abrigo para niño de ocho años, de forma raglán. Para su confección se podrá usar gabardina, pelo de camello o cualquier otro paño grueso. Lleva cuello redondo y bolsillo sobrepuesto. De este modelo damos las piezas siguientes: un delantero completo, se corta dos veces; la mitad de la espalda, doble; una manga completa, compuesta de dos hojas, una inferior y otra superior; un puño completo; la mitad del cuello.

3.—Para niña de once años este simpático abriguito confeccionado en gruesa lana gris perla. Se cierra adelante en un movimiento cruzado, con cuatro botones, y se ajusta al talle por un ancho cinturón en la tela del abrigo. Las vueltas del abrigo, los puños y las tapas del bolsillo van pespuntadas con seda gruesa.

Damos las siguientes piezas para este modelo: un delantero, con el corte que forma el bolsillo, la parte lateral superior del delantero; una pieza lateral de la espalda, la mitad de la parte central de la espalda; un bebedero completo; la parte interior del bolsillo completa; una manga completa; la mitad del cuello, que deberá cortarse doble.

PARA QUE LO SEPA LA MAMITA

ALIMENTACION DE UNA GUAGUA DE 8 A 10 MESES

Desayuno — 150 gramos de leche con harina y azúcar.

Almuerzo. — Una sopa de posta y un puré de legumbres o de verduras con mantequilla.

Once. — Mamadera igual a la del desayuno y frutas cocidas en puré.

Comida. — Sopa de verduras.

Noche. — Mamadera de 150 gramos de leche con harina y azúcar.

Jugo de frutas. — Dos cucharadas grandes, dos veces al día.

Ensemble tejido para niñita. Sweater y falda

He aquí un encantador ensemble compuesto de falda abotonada sobre el sweater y de un chaleco; las tres piezas están tejidas con el mismo punto, que se parece al punto correteado, pero que forma lados verticales.

Esta explicación es para una chica de 5 años.

Largo de la pollera: 33 cm.; ancho por mitad, 50 cm.; largo del sweater, 26 cm.; contorno, 62 cm.; largo de la manga desde el rebaje, 8 cm.; largo de la chaqueta, 32 cm.; contorno, 62 cm.; largo de la manga, 35 cm.

Puntos empleados: 1) Canutón (alto de la pollera, orillas, bajos y bolsillos, puños): 1 p. der., 1 p. rev. Una corrida al revés. 2) Punto de jersey (abajo de los bolsillos) 1 corrida rev., 1 corr. der. 3) Canutón correteado (para el resto del trabajo): 3 p. der., 3 p. rev., contrariados en cada corrida.

SWEATER

ESPALDA.—Se principia por abajo. Urdir 84 p. Tejer 14 corr. de canutón y principiar el cuerpo. A los 15 cm. de alto, formar las bocamangas disminuyendo de cada lado 1 vez 4 p. y con una corr. de intervalo 2 veces 3 p. y 3 veces 1 p. A los 21 cms. de alto disminuir los 12 puntos del medio. Trabajar un lado disminuyendo aún en el escote con 1 corr. de intervalo 3 p., 2 p. y 1 p. Los 16 últimos puntos se disminuyen 4 por 4.

DELANTERO.— Urdir 84 puntos y seguir la explicación de la espalda hasta las bocamangas. Después trabajar los 45 p. del lado derecho solamente formando la bocamanga como en la espalda. A los 20 cm. de alto, formar el escote disminuyendo 1 vez 9 p. y con una corrida de intervalo 2 p. y 1 p. hasta que no queden más que 16 p. que se disminuyen 4 por 4 (hombro). La mitad izquierda igual, disminuyendo en el escote la primera vez 3 p. en vez de 9 p.

MANGA.— Se principia por abajo. Urdir 54 p. Tejer 8 corr. de canutón y 22 corr. haciendo de cada lado un aumento cada 6 corr. Disminuir en seguida de cada lado 1 vez 4 p. y siempre 1 p. en cada corr. hasta los 26 p. que se disminuyen juntos.

ORILLA.— Tomar 108 p. del borde del escote. Tejer 8 corr. de canutón. Disminuir los puntos. Por otra parte, en la abertura de adelante (lado derecho del tejido) tomar 34 p. y tejer 8 corr. de canutón formando un ojal arriba (ver la fotografía). Disminuir los puntos.

FALDA.— Se hace en dos piezas iguales. Urdir 141 p. Tejer 12 corr. en punto correteado (siempre al derecho) y en seguida en punto de canutón correteado. A los 30 cm. de alto, formar la cintura en canutón haciendo 33 disminuciones en la 1.a corr. Tejer 12 corr. En la corr. siguiente formar 2 ojales a 32 p. de cada extremidad. Tejer aún 8 corr. y disminuir los puntos. Segunda parte igual. Al hacer las costuras del lado, dejar una abertura en la cintura (ojales de los lados).

CHALECO

ESPALDA. — Se principia por abajo. Tejer 98 p. Tejer 2 corr. de canutón (1 p. der., 1 p. rev.) y principiar el cuerpo. A los 30 cm. de alto formar el escote disminuyendo los 12 p. del medio. Terminar separadamente cada lado, disminuyendo en el escote 1 vez 3 p., 2 p. y 1 p. Hasta que no hayan más que 20 p. para el hombro. Disminuir estos puntos 5 por 5.

DELANTERO.— Se principia por abajo. Urdir 45 p. Tejer 2 corr. de canutón y 6 cm. en punto de canutón correteado. Disminuir los 20 p. del medio, urdirlos nuevamente en la cor. siguiente (bolsillo). A los 18 cm. de alto formar la bocamanga como en la espalda y simultáneamente disminuir en el borde de adelante siempre 1 p. cada 2 corr. hasta que no hayan más que 20 p. Trabajar en línea recta hasta que la bocamanga tenga 1 cm. de más que en la espalda y disminuir los puntos 5 por 5. La segunda mitad se hace de la misma manera.

MANGA.— Se principia por abajo. Urdir 51 p. Tejer 8 corr. de canutón, después haciendo de cada lado un aumento cada 12 corr. hasta los 63 p. en total. A los 28 cm. de alto disminuir de cada lado 1 vez 6 p. y en seguida 1 p. cada 2 corr. hasta los 25 p. que se disminuyen juntos.

ORILLA.— Urdir 250 p. Tejer 8 corr. de canutón haciendo en una de las extremidades 4 ojales, el primero a 10 p. del principio y los otros tres a los 14 p. de intervalo. Coserlo al borde del tejido.

La misma orilla para los bolsillos sobre 30 p.

Para la parte de abajo de los bolsillos, tejer en punto de jersey dos rectángulos de 6 cm. sobre 22 p. y coserlos bajo la abertura de los bolsillos. Este ensemble debe ser planchado suavemente por el revés, para dejar al punto de canutón correteado todo su relieve.

Para sostener el lugar donde los botones serán cosidos y para poder alargar el vestido sin que este lugar deje señal, será conveniente tejer aparte un pequeño cuadrado de punto de jersey y coserlo en el lugar requerido al revés del tejido cosiendo los botones.

CUANDO LA GUAGUA CUMPLE 10 MESES DEBE ACOSTUMBRARSE A SOLO 4 COMIDAS DIARIAS.

Desayuno y once. — Leche, 200 gramos. Harina, dos cucharadas cocidas en agua. Azúcar dos y media cucharaditas.

Almuerzo. — Una sopa de pasta. Un puré de verduras o cereales con mantequilla. Un postre de fruta cruda o de compota.

Comida. — Una sopa de pasta. Un puré. Una compota.

Jugo de frutas. — Cuatro cucharadas grandes al día.

Vida y confesiones de Gabriela MISTRAL

Por
MIGUEL MUNIZAGA I.

Siempre profesó Gabriela Mistral por La Serena, una antipatía franca y sin embozo. La ciudad que entonces parecía fría y sin eco, donde las manifestaciones del arte y del espíritu, pasan inadvertidas, jamás vibró al compás de su fama. Con razón, un serenense, don Enrique Molina ha dicho que La Serena es para sus hijos intelectuales algo así como un vivero. Ellos precisan otros campos y otros horizontes para surgir y triunfar en la vida.

Recientemente la Mistral en un artículo publicado en "El Mercurio" y destinado a rememorar un serense ilustre, Manuel Magallanes Moure, traza este cuadro de la vieja ciudad y que revela que la pluma del artista aún destila amargura: "Nació (Magallanes) en La Serena, ciudad la más española del país rastro guardado íntegro de la colonia dentro de un ambiente no poco levítico de gentes pulidas y muelles. Un patio de casa no logra menos tránsito que las calles de esa ciudad del exacto nombre; el clima perfecto, sin agrura de invierno ni sofocos de verano, mas la ninguna industria local ha hecho de La Serena una ciudad en que la criatura no conoce la violencia física ni las otras, sino en unos ponientes arrebatados que tal vez no turban a nadie, porque tampoco los ven los serenenses".

Rubén Darío.

Volviendo a sus primeras producciones, encontramos un soneto de Lucila Godoy, publicado en "El Coquimbo", en 1905. La poetisa lo escribió allá en su escuela rural de "La Compañía" y lleva por fecha el 16 de julio. El título es audaz para la época: "Sonrisas del alba":

Todo vuelve a vivir: el alba blonda
despierta al llano de su triste sueño
y canta el ave entre la espesa fronda
y el día asoma, lúcido y risueño.

Se abre la flor al rayo que fulgura,
la sombra avanza su denso cortinaje
y palpita la vida en la natura
y se estremece el nido en el follaje.

Aléjase la noche del paisaje,
un nimbo de esplendor corona el [monte,
se baña en luz la aldea aletar-[gada...

¡Sólo de mi alma el lúgubre pa-[raje
no viene a iluminar sus hori-[zontes
el risueño fulgor de una albo-[rada!

Los tercetos anuncian el poeta que vendrá después. Aquella aldea aletargada que se baña en luz, es luz también en medio de las sombras de esa iniciación tan obscura.

En "La siesta de Graciela", otro poema de este tiempo, se dirige a su única sobrina, Graciela Barraza Molina, a la sazón de poco más de un año. Son esos versos hermosos y sentidos. Graciela Barraza fué el último retoño de su raza. Enferma desde la infancia, falleció en 1926, en plena juventud. Yo recuerdo a esta niña, a través de un rostro triste, con unos ojos claros y dulces como los de Gabriela. Muerta esta sobrina, se cumplió aquella profecía dicha por la Mistral en su "Poema del hijo":

¡Bendito pecho mío en que a mis [gentes hundo
y bendito mi vientre en que mi [raza muere!

La cara de mi madre ya no irá por [el mundo
ni su voz sobre el vientre, trocada [en miserere.

Delmira Agustini, en la época en que escribió "El Libro Blanco".

No han faltado críticos que asignen a Delmira Agustini un papel preponderante en la poesía de la Mistral. Pero no hay exactitud al asegurar esta influencia. Delmira nació en Montevideo sólo unos cuantos meses después que la hija de don Jerónimo Godoy. En la Agustini se mezclaron las más opuestas razas y así su temperamento lírico resultó rico y tumultuoso. A poco de haber cumplido los 15 años, sus versos, cincelados y

Graciela Barraza Molina, única sobrina de la Mistral, fallecida en 1926.

audaces, fueron toda una revelación en el Uruguay. En 1907 dió a la estampa "El libro blanco", obra que revela un poeta auténtico. Por esa fecha Lucila Godoy se debatía entre las mallas de la influencia de Vargas Vila, en su prosa trabajada y rotunda, y sus versos lejos estaban del tono y la belleza de los de la poetisa uruguaya.

"Los cantos de la mañana" (1910) y "Los cálices vacíos" (1913) ungieron a Delmira Agustini como a la primera poetisa no ya de América, sino del habla castellana, y cuando muy poco tiempo después fué encontrada muerta en un cuarto del Hotel al lado del cadáver de su marido, su celebridad era universal. Recién por esa fecha Gabriela Mistral enterraba definitivamente a Lucila Godoy y sus "Sonetos de la muerte" le daban un sitio de honor entre los poetas chilenos.

No puede hablarse con propiedad de una influencia directa de Delmira Agustini en la Mistral. Gabriela, que reconoce en Delmira el más vigoroso temperamento poético femenino del siglo, gustó la poesía de la uruguaya cuando ya estaban construídos sus mejores poemas. Sus inspiraciones son también diferentes. El acento de la Agustini es más desesperado, más recio. Sus metáforas más audaces. Y a pesar que llama grillete a la rima, sus estrofas son cuidadas y responden a los cánones clásicos. Sus sonetos pueden colocarse, por lo perfecto, junto a los de Rubén Darío, Chocano y Julio Herrera y Reissig. Diferentes, por cierto, de los sonetos ásperos, de forma poco pulida, de la Mistral.

Con todo, Gabriela, resulta menos declamatoria, y por tanto, más humana. Sus versos de amor hablan más al corazón que al cerebro. Y parecen destinados a vivir con una vida más permanente que los de la uruguaya. Por otra parte, Delmira Agustini muerta trágicamente a los 25 años, no logró entregarnos en toda su plenitud, la riqueza de su inspiración. Y si hablamos de discípulas suyas, citemos a Luisa Luisi, uruguaya como ella, y que sigue sus rastros muy de cerca, pero que carece de aquel don poético de la maravillosa autora de "El libro blanco".

Más visible, en cambio, resulta la influencia de Rubén Darío en l poemas de Gabriela Mistral. Influencia que puede señalarse en palabras y términos característicos. La Mistral guarda por el poeta nicaragüense una admiración sin reserva. Los libros de Darío forman parte de ese grupo escogido de obras que va con ella a todas partes y que son sus amigos mejores, su fuerza espiritual.

Recuerdo que cierta vez que conversábamos en su quinta de La Serena, reprochábale yo a Rubén Darío su falta de emoción, y ese afán suyo de cincelar la estrofa como no lo habría hecho un orfebre del Renacimiento. Y recuerdo también la mirada compasiva de Gabriela y su frase precisa:

—¿Darío, falto de emoción? ¿Y qué me dice de estos versos suyos?:

Dichoso el árbol que es apenas
[sensitivo
y más la piedra dura, porque ésa
[ya no siente,
pues, no hay dolor más grande que
[el dolor de ser vivo,
ni mayor pesadumbre que la vida
[consciente.

Ser, y no saber nada, y ser sin
[rumbo cierto,
y el temor de haber sido y un fu-
[turo terror...

Gabriela Mistral, en la actualidad

y el espanto seguro de estar ma-
[ñana muerto
y sufrir por la vida y por la som-
[bra y por
lo que no conocemos y apenas sos-
[pechamos,
y la carne que tienta con sus fres-
[cos racimos
y la tumba que aguarda con sus
[fúnebres ramos
y no saber a dónde vamos,
ni de dónde venimos.

Muerto Darío, una voz unánime señaló a Gabriela Mistral como a la legítima heredera de la lírica gloria de aquel poeta que recogió en sus versos, la más cumplida y acendrada belleza.

MIGUEL MUNIZAGA IRIBARREN

(Continuará en el próximo número)

MIEDO

Yo no quiero que a mi niña
golondrina me la vuelvan;
se hunde volando en el cielo
y no baja hasta mi estera;
en el alero hace el nido
y mis manos no la peinan...
¡Yo no quiero que a mi niña
golondrina me la vuelvan!

Yo no quiero que a mi niña
la vayan a hacer princesa.
Con zapatitos de oro
¿cómo juega en las praderas?
Y cuando llegue la noche,
a mi lado no se acuesta...
¡Yo no quiero que a mi niña
la vayan a hacer princesa!

Y menos quiero que un día
me la vayan a hacer reina.
La pondrían en un trono
a donde mis pies no llegan.
Cuando viniese la noche
yo no podría mecerla...
¡Yo no quiero que a mi niña
me la vayan a hacer reina!

GABRIELA MISTRAL

La que llegó

He aquí a Grace Moore, fina y maravillosamente expresiva. No sólo por su voz el triunfo fué suyo, sino por su estampa que sabe amoldarse a toda la gama sentimental. En resumen: una artista.

Y por último la vemos aquí irradiando belleza y seducción, refulgente la tela metálica del traje de noche, que cierra una bella joya. Los labios parecen cerrados guardando un tesoro. ¿Y no es acaso un tesoro la voz que esos labios dejan escapar de pronto para nuestro deleite?

(Foto Columbia).

Para la cena este vestido representa un éxito de refinamiento. Está hecho en una seda arrugada que parece crespón y en tono celeste pastel. De línea recta y subido hasta el cuello, con una pequeña cola, se completa con la graciosa capa y el manguito, en un tono más intenso de celeste y realizado en el mismo tejido del traje, más grueso y más rugoso. Estas telas que parecen imitar el abullonado, están haciendo furor entre las elegantes de la ciudad del cine.

(Foto Columbia).

Una falda de esponja de seda blanca y una chaqueta del mismo género a cuadros rojos y azules, sombrero de pita con gros grain tricolor, guantes y cartera de paño blanco, calzado azul y blanco. Y Grace Moore hace un alto en el camino, bajo el emparrado de una venta.

(Foto Columbia).

...ilmó y triunfó

En la puerta de su residencia de Hollywood, lista para el paseo matinal, la artista contesta alegremente al saludo de un admirador. Un traje de tela de lino, calada y bordada, la viste juvenilmente. Nótese el gran bolsón de paño escocés, novedad muy en boga.

(Foto Columbia).

Seda negra opaca y tules forman este conjunto de gran elegancia. Gran clip de aguas marinas y cristal de roca. Guantes de seda ciré, bordados de mostacillas y cabochones, todo ello de color turquesa. El calzado que acompaña este traje de baile hace juego con los guantes.

(Foto Columbia).

Con el peinado de alborotados rizos que la semeja a un adolescente de la Atenas clásica, Grace Moore pierde la mirada en la perspectiva de su futuro, esplendoroso de posibilidades triunfales.

(Foto Columbia).

mida y de anteojos, lo que pensaba de Mae West.

«Mae West, respondió, enseña a las mujeres a ser independientes No se parece a nadie. No tiene frío en los ojos y dice lo que piensa».

Una dama de cincuenta años, madre de muchos hijos y viuda desde hace diez años, nos dice:

«Sus razones son justas: Dice lo que todo el mundo piensa, pero lo que nadie se atreve a decir».

En su dominio artístico, Mae West no ha sido aventajada por nadie. Ninguna otra mujer ha sido con el mismo éxito que ella, artista, autor, escenarista y director de producciones. Conoce su público, tan numeroso, sin embargo, y sabe lo que pide y lo que rechaza. Hace algunos años, comprendió que el público necesitaba un poco de voluptuosidad temperada de ironía, y que se le podía decir más francamente que antes el fondo de sus pensamientos. Fué esa masa de público la que ello supo atraer primero con sus piezas en Nueva York y después en la pantalla.

En suma, esa bella gozа ahora del respeto general.

Un profesor de la Universidad de Yale cita a Mae West durante sus cursos, al gran contentamiento de sus auditores. En Hollywood se la rodea del respeto debido a los artistas cuyo éxito es tal que aun en las peores catástrofes el público no los perdería de vista. Una joven de la alta burguesía de Chicago decía — y Dios sabe si esa joven salía de un medio puritano — No se puede dejar de admirar a Mae West por el valor que tiene de sus convicciones.

Mae West habita en Hollywood, en una casa de alquiler, de la cual ocupa un departamento de cinco piezas, amoblado en el estilo Luis XV. Su hermano, Jack West, vive con ella: su padre acaba de morir; su madre murió hace algunos años.

Mae West tiene un aire un poco aburrido cuando se le habla de moral — ¡le han hablado demasiado!— y responde como si repitiera una lección: «No creo que la moral sea actualmente mejor ni peor que antes. Pero se habla de ella con mayor franqueza. Las gentes que pagan su asiento en el teatro y en el cinema no lo hacen para ser heridos en sus mejores sentimientos. Y como vuelven es porque les agrada».

En efecto, cuarenta millones de americanos y muchos millones de ciudadanos de otros países, vuelven siempre a ver a Mae West en la pantalla.

La vida privada de Mae West es más bien calmada, y algunos la habrían considerado no desprovista de aburrimiento.

«No obstante la sensación provocada por algunos de mis roles, dice, no he sido tocada por escándalos. A decir verdad, trabajaba demasiado para tener tiempo de pecar. Porque para ello se necesita tiempo».

Mae West escribe, dirige y representa sus películas. No baila sino rara vez, no juega al bridge, y se queda fuera de la vida mundana de Hollywood. Come bien y le gustan los encuentros de box y de lucha, que aprecia como conocedor.

No fuma ni bebe alcohol. Mae West es la hija de un luchador irlandés y de una madre mitad francesa y mitad alemana. Nació el 18 de agosto..., ¡quién sabe de qué año!

MAE WEST *mujer de nuestro tiempo*

por Miguel Machoney

MAE West representa en cierto modo la línea de limitación simbólica que separa la segunda y tercera décadas del siglo XX. Los historiadores de la década actual no dejarán de constatar la influencia de Mae West sobre las mujeres del mundo entero. Les bastará para ello seguir los cambios de la moda femenina y observar la vuelta, después de tantas curas de adelgazamiento, a las formas redondeadas. Se puede aún decir que la manera de hablar de Mae West ha influenciado netamente la dicción de los americanos, como se observa a menudo en la radio.

La línea delgada de los primeros diez años posteriores a la guerra, terminó; desapareció con la prosperidad, el alza en la Bolsa y la prohibición. Actualmente se vuelve al gusto de la época de la reina Victoria, a los vestidos de cola y a los refranes lánguidos.

Pero la influencia de Mae West no se detiene allí. Quizá es todavía demasiado temprano para hablar de su rol en el desarrollo de nuestras nociones sobre la moral, pero las preguntas que se hacen sobre este punto a los americanos, no dejan de dar lugar a respuestas por lo menos curiosas.

Preguntamos a una sirvientita tímida y de anteojos, lo que pensaba de Mae West.

«Mae West, respondió, enseña a las mujeres a ser independientes No se parece a nadie. No tiene frío en los ojos y dice lo que piensa».

Una dama de cincuenta años, madre de muchos hijos y viuda desde hace diez años, nos dice:

«Sus razones son justas: Dice lo que todo el mundo piensa, pero lo que nadie se atreve a decir».

En su dominio artístico, Mae West no ha sido aventajada por nadie. Ninguna otra mujer ha sido con el mismo éxito que ella, artista, autor, escenarista y director de producciones. Conoce su público, tan numeroso, sin embargo, y sabe lo que pide y lo que rechaza. Hace algunos años, comprendió que el público necesitaba un poco de voluptuosidad temperada de ironía, y que se le podía decir más francamente que antes el fondo de sus pensamientos. Fué esa masa de público la que ello supo atraer primero con sus piezas en Nueva York y después en la pantalla.

En suma, esa bella gozа ahora del respeto general.

Un profesor de la Universidad de Yale cita a Mae West durante sus cursos, al gran contentamiento de sus auditores. En Hollywood se la rodea del respeto debido a los artistas cuyo éxito es tal que aun en las peores catástrofes el público no los perdería de vista. Una joven de la alta burguesía de Chicago decía — y Dios sabe si esa joven salía de un medio puritano — No se puede dejar de admirar a Mae West por el valor que tiene de sus convicciones.

Mae West habita en Hollywood, en una casa de alquiler, de la cual ocupa un departamento de cinco piezas, amoblado en el estilo Luis XV. Su hermano, Jack West, vive con ella: su padre acaba de morir; su madre murió hace algunos años.

Mae West tiene un aire un poco aburrido cuando se le habla de moral — ¡le han hablado demasiado!— y responde como si repitiera una lección: «No creo que la moral sea actualmente mejor ni peor que antes. Pero se habla de ella con mayor franqueza. Las gentes que pagan su asiento en el teatro y en el cinema no lo hacen para ser heridos en sus mejores sentimientos. Y como vuelven es porque les agrada».

En efecto, cuarenta millones de americanos y muchos millones de ciudadanos de otros países, vuelven siempre a ver a Mae West en la pantalla.

La vida privada de Mae West es más bien calmada, y algunos la habrían considerado no desprovista de aburrimiento.

«No obstante la sensación provocada por algunos de mis roles, dice, no he sido tocada por escándalos. A decir verdad, trabajaba demasiado para tener tiempo de pecar. Porque para ello se necesita tiempo».

Mae West escribe, dirige y representa sus películas. No baila sino rara vez, no juega al bridge, y se queda fuera de la vida mundana de Hollywood. Come bien y le gustan los encuentros de box y de lucha, que aprecia como conocedor.

No fuma ni bebe alcohol. Mae West es la hija de un luchador irlandés y de una madre mitad francesa y mitad alemana. Nació el 18 de agosto..., ¡quién sabe de qué año!

El primer éxito de Mae West data de 1926. No era más que figurante y había marchado sobre el proscenio mientras otros representaban. «Pues bien, dice ella, como me hacían solamente caminar, caminé como nadie». Desde ese momento data su célebre actuación.

En 1925 representó su pieza «El sexo», que le valió la prisión. No lloró y se puso a dar lecciones de danza a los niños del guardián de la prisión. Entonces empezó la gloria.

Después escribió y representó su pieza «Diamond Lil», que no desapareció de la escena de Broadway durante dos años, y quedó en los carteles por dos años más en San Francisco, en Atlanta y en Des Moines.

Cuando Hollywood decidió filmar «Diamond Lil», se propuso a Mae, West en vez de su sueldo, una parte de los beneficios. Ella aceptó y no tuvo que arrepentirse.

Desde entonces es célebre en el mundo entero.

Miguel MACHONEY.

Claudette Colbert

SU vida es realmente un cuento de hadas. Llena de sorpresas, de victorias y de ilusiones. Tiene Claudette Colbert una manera de hacer las cosas que todo lo que toca se asemeja a una ilusión. Siempre ha hecho hablar a Hollywood desde que llegó a la ciudad del cine en 1929, dejando las tablas en Nueva York para llegar a ser una actriz de la pantalla. No es solamente su original matrimonio lo que ha dado que comentar, aunque por supuesto, todo el mundo habla de eso.

¿Y cómo se va a evitar esto, cuando dos personas tan atractivas como Claudette y su esposo, el actor Norman Foster insisten en vivir separadamente, encontrándose a menudo varias veces al día, como los mejores amigos? Hollywood creyó todo esto nuevo en relación con el romance, matrimonio y divorcio. Pero Claudette se empeñó en demostrar que había una clase de vida conyugal que a nadie del resto de la colonia cinesca se le había ocurrido realizar. ¡El matrimonio con vivienda separada! Y ahora, después de unos pocos años de comentarios, Hollywood está de acuerdo en considerar esto como algo extravagante pero inevitable.

La señorita Colbert vive en una casa encantada, pero ella no lo sabe. Nadie se lo ha dicho. Sin embargo yo oí un comentario en que se le decía a Joan Crawford, que ella (la que comentaba) estaba pensando en cierta casa que guardaba el espíritu de una danzarina de un templo del pasado. Y continuó: «Esa casa pertenece a una amiga suya. Vive feliz allí y el espíritu de aquella bailarina le ha ayudado muchísimo».

Hablaba de Claudette y de su casa.

Es raro que la Colbert nunca ha comprobado que su casa está encantada, y por eso siempre se horroriza por todas aquellas cosas algo misteriosas y sobrenaturales. Durante muchos meses sus nervios se vieron muy afectados por esta razón, cuando actuó en «El tren fantasma», en Broadway, comprobando haber perdido como veinte libras de peso antes que terminara de filmar. Y esto fué especialmente a que la dejó muy impresionada aquel enervante momento de la cinta en que fué enfocada por unas luces verdes, apareciendo una cabeza y siendo herida una y otra vez.

COMO ES CLAUDETTE

Si Ud. desea saber cómo es Claudette en su vida privada, recuérdela en «Sucedió anoche», con Clark Gable: ahí usted la vió como es en realidad ella misma. Es exactamente la deliciosa chiquilla que jugaba en la película, por eso quizás, se lució haciéndolo tan bien. Es muy impetuosa, muy amable y llena de humor. Hace muchas cosas en un momento de entusiasmo. Habiéndose casado después de ser rogada; aceptando trabajos como el que le fué ofrecido, lejos de su cielo azul, para actuar en su primer film; compra casas después de una rápida ojeada, pero solamente en los alrededores, sin poner su nariz más adentro de la puerta de calle.

Así compró su casa que tiene ahora. Fué a verla después de insistentes recomendaciones del agente. Tuvo terribles dificultades para encontrarla. Miró la piscina azul, la pérgola para tomar el té, la cancha de tennis con su piso de baldosa y medio acre de terreno repleto de flores. Se apoyó en el parapeto que guarnece la terraza y contempló a lo lejos el mar, esperando la entrada del sol y su relucir en las olas y fijándose en los buques que parecían botecitos de juguetes. Escuchó el silbar del viento en los árboles de eucaliptos que rodeaban al jardín; y ahí, y, entonces, dijo: «esta casa es mía».

La casa está llena de flores; Claudette las obtiene todas de su propio jardín y la mayor parte las corta ella misma. Temprano, en la mañana, se va con overall, con uno de aquellos graciosos canastos de flores en un brazo y con un inmenso par de tijeras en la mano, y corta y corta, dejando al último su jardín como si no hubiera arrancado un solo botón.

En su pieza de dibujo no conté menos de siete floreros con flores; sin ellas dicé considerarse desgraciada. Las paredes son grises de varios tonos; las cortinas de un género blanco delgado, con unas guardas verdes. En un gris tapiz chino hay un vistoso ramo de flores tan real y natural que dan deseos de detenerse y cortarlo.

¿Les sorprenderá a ustedes el saber que Claudette se vanagloria de su casa como una chiquilla alegre y caprichosa, que juguetea con cualquier cosa riéndose por ello, y que se costales hasta tres veces al bajar y subir las escaleras? En su vida privada, la Colbert no tiene nada de reina, pero, sin embargo, desempeña este rol con mucha dignidad en sus horas de trabajo.

Claudette nació en París, el 13 de septiembre, por lo cual ella dice que su número favorito es el 13.

Jackie Searl se ha consagrado definitivamente como una gran figura dentro del elemento joven de la pantalla.

(Foto Fox)

Escaparate Hollywoodense

De una simpatía natural, Baby Le Roy es un actor por instintos, que con asombroso acierto interpreta el rol más difícil.

(Foto Paramount).

June Lang, la extraordinaria belleza de la Fox, ha hecho su aparición en la pantalla, después de dos años de habérsele preparado prolijamente para ello.

(Foto Fox).

Después de haberlo visto actuar en "Imitación de la vida", ¿quién discutiría que Baby Jane es un prodigio de tres años?

(Foto Universal).

BETTE DAVIS
Foto Warner

Para ir al centro en la mañana

El traje sastre, sea el clásico o el otro en que la fantasía entra a tomar sitio, serán siempre los predilectos para las mujeres elegantes, a esa hora de los afanes matinales. Aquí tenemos un bello modelo, extremadamente simple de líneas y realizado en tela de lana de angora, muy suave y flexible, en tonos grises, azul y rojo. Botones azules y corbata de gato en crepe gris. Fieltro azul y guantes de gamuza azules.

Los complementos en el traje sastre tienen siempre una gran importancia, ya que ellos son la nota que revela la personalidad de su portadora. Una bufanda, un saco, una flor en la solapa, el calzado, los guantes, todo ello debe ser extraordinariamente cuidado. Aquí vemos un saco de gamuza de forma novedosa y práctica y el calzado ideal para trotar por el centro, en gum-metal perforado y de medio tacón.

Para la mañana

1.—Abrigo sport, en lana moteada; las mangas están unidas con el canesú. Echarpe a cuadros y cinturón de gamuza, en tono obscuro.

2.—Traje de lanilla, la chaqueta se abre sobre una pechera abotonada; falda cortada al sesgo.

3.—Traje con paletó, en lana cuadrillé, con bolsillos incrustados; mangas anchas y abiertas. Blusa de jersey de lana. La falda forma un tablón en la delantera.

4.—Vestido de lana mezclada; la blusa cruzada, continuando la costura de la falda, forma patas abotonadas; cuello de piqué blanco.

Trajes de media estación

1.— Abrigo de media estación en lana chinesca; mangas raglán con incrustaciones en relieve; el cuello-corbata está hecho en ocelot.

2.—He aquí un sencillo ensemble en lana gris, con paletó trea-cuartos; mangas raglán y pequeño cuello derecho.

3-4.— Más abajo un ensemble en tweed azul marino y azulino; chaqueta abotonada con un bolsillo pespuntado. Abrigo recto con mangas afirmando las hombreras.

5.—Traje con paletocito corto, ribeteado por la orilla y adornado con una corbata que sale del vestido.

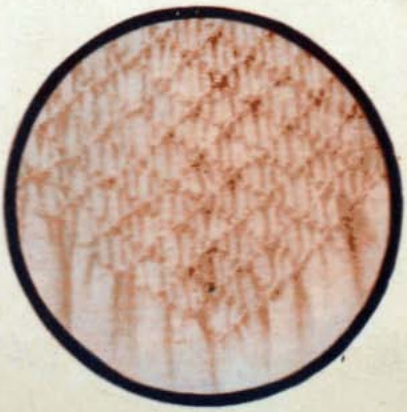
6.— Abrigo en lana azul adornado con cortes en ondas, que marcan la unión de las mangas formando chaleco.

7.— Traje con chaqueta semilarga cuya amplitud se recoge con pinzas bajo el canesú, cortado de una pieza con las mangas. Un echarpe de lana forma el cuello. Falda con tablones.

Para las jóvenes mamás

luzita estilo ruso, con espu-illa, adornada con punto de araña.

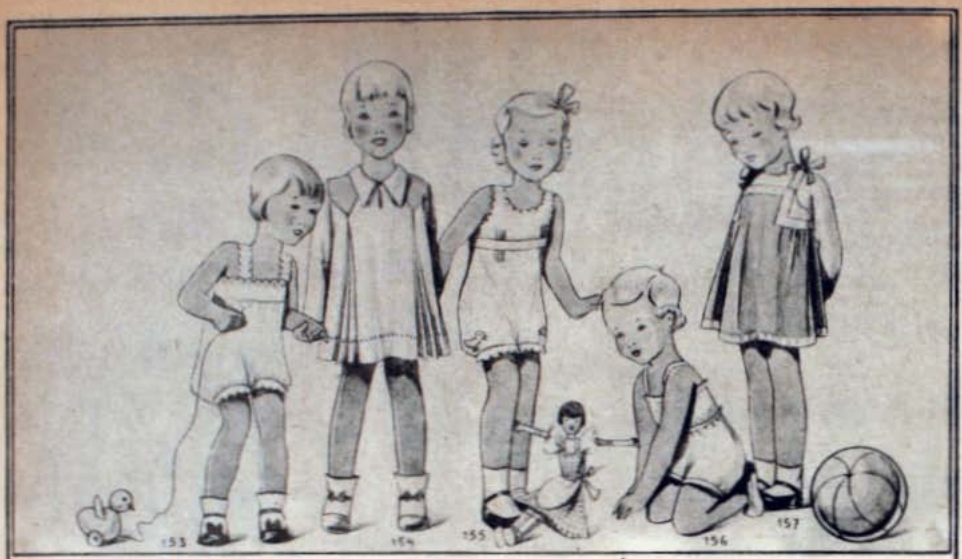
Muy lindo este vestidito de viyela color rosa, trabajado con nido de abeja.



Mameluco, en lana color na tural, adornado con nido d abeja.

Para nuestras niñas en las mañanas de Invierno

Abrigos confeccionados en telas rayadas, escocesas, tweed y géneros lisos, con pespuntes anchos y vueltas grandes, algunas de las cuales se pueden cerrar. Los botones, por estar tan de moda actualmente, constituyen el principal adorno.



Aquí están los chiquitos jugando en un descuido de la Nana, sin terminar de vestirse. Loly tiene una combinación de opal con un fino festón bordado. Matita está lista para salir a jugar con un lindo traje de franela inglesa blanco, con canesú celeste. Rosita muestra una combinación lila de fina batista, con bordado de pollitos al pasado. Nené tiene su tiempo muy ocupado en mirar a la muñeca, está en combinación bordada de puntitos. El delantal de Patricia es de percal azul con incrustación al borde de percal a lunares.

Aquí están

—«Buenas noches, mamita» — Ena tiene una camisa de opal celeste con una tira que termina el canesú finamente alforzada, festón del mismo color. Lolita le presenta el espejo, llevando un camisón de batista blanca abotonada adelante. Juanita está muy echada atrás con una camisa de opal rosa, manguita de vuelo y lazada al cuello. La camisa de Nanette es de lienzo y bordado de puntitos al plumetis. Mostrando el camino que hay que seguir, con la palmatoria en alto, Betty está vestida con un pijama de percal floreado.

La combinación de Maruflita es de opal blanco con pata de araña y la de Josefina tiene adorno de encaje y de puntos bordados a realce, más hilos tirados. También con hilos tirados en forma de greca, es la combinación de Manuelita y con festón la de la más chiquitita de la comparsa. Lucía tiene la suya adornada de un calado.

los regalones de la casa

La camisa de dormir de Mussy es de opal celeste con calados y vuelitos. La de Margot tiene pinzas en el cuello y una banda alforzada en el ruedo. Petete lleva la suya de percal con pintas y el piyama de José es de percal con pata de araña en forma de incrustaciones. La camisa de Nacha es de batista con bordados a realce.

Cuando tengan dos años

Damos a continuación cuatro modelos de paletocitos muy apropiados para la estación;

1.— Abrigo en lana blanca con cuello y puños perpuntados. La pieza delantera forma un gran tablón.

2.— Sencillo abriguito en tweed color natural con botones forrados.

3.— Para las matinées infantiles es muy elegante este modelito en tela celeste pastel. El canesú redondo está perpuntado sobre una pieza al sesgo que forma capita.

4.— El abrigo indicado abajo está confeccionado en tweed blanco, con talle muy corto y cerrado por cuatro botones.

Trousseau del bebé

La gran preocupación de las mamás futuras consiste en la preparación del ajuar del bebé. Como queremos ayudarlas en esta tarea, damos a continuación este lindo conjunto de prendas infantiles puesto en boga nuevamente por las principales casas parisienses.

La mamá de Jeanette al pasar por la "Ville de Puy" le compró un encantador conjunto de crepe de Chine rosado con pequeños pliegues y bordados. De "Mousseau-Lebegue" le llevó un vestidito ideal de muselina blanca adornado de pliegues y plisados. En las vidrieras de Fairyland y de "Au Trousseau du Bebé", llamaban la atención dos baberos monísimos, que, según pensó la mamá, completarían el ajuar de su chiquitina. Uno de ellos era de nansouk bordado con punto turco y rodeado de valenciennes; el otro, de pequeños deshilados.

"A la Ville de Puy" tenía también unos paletocitos de piqué blanco preciosísimos, con doble cuello y con sombreros confeccionados con el mismo material. En las otras casas encontramos los modelitos en telas vaporosas, que reproducimos en el grabado.

El misterio de los pequeños

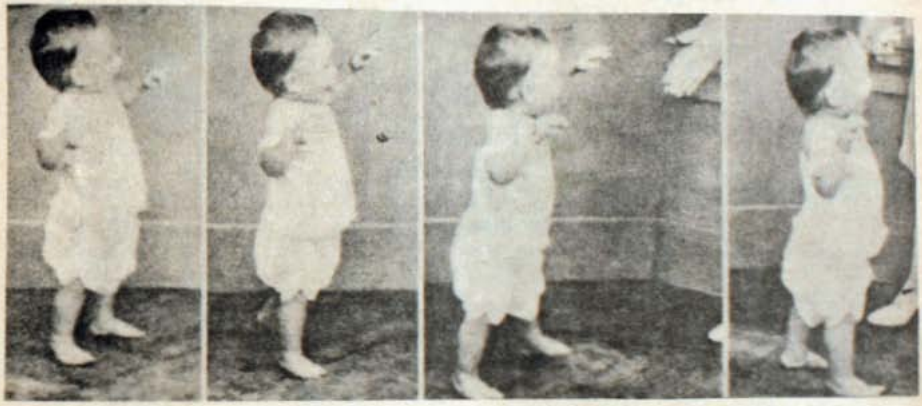
8 A 12 SEMANAS.—Las vistas a la izquierda muestran al pequeño todavía en una etapa comparativamente desamparada. Por necesidad él se mantiene sobre su espalda y prefiere esta posición. El único control que muestra es el de su cabeza, la que levanta cuando se le pone sobre su estómago. Ha nacido con la habilidad para chupar y comenzará por hacerlo cuando se le acerque cualquiera cosa a sus labios. Pestañeará a una luz brillante y seguirá con sus ojitos los objetos grandes que se mueven. Cuando está despierto, descansa con una mano enroscada contra su cabeza. La razón de esta posición, no es un misterio para los doctores.

20 A 24 SEMANAS.—Arriba se puede ver a la guagua que ha aprendido una nueva acción con su mano traída por la coordinación de su mano y ojo. En esta etapa ya es una criatura social. Da vuelta su cabeza cuando se le habla.

28 A 36 SEMANAS.—A esta edad la guagua hace un rápido avance en coger y manipular objetos. Abajo lo mostramos alrededor a las 28 semanas, como un caballero. A esta edad reirá a la persona que le da de comer, y también tratará de ponerse de pie, lo que no conseguirá.

Un retrato a las 36 semanas. — La ocupación de beber no lo absorbe a tal punto que pueda poner atención al fotógrafo.

44 A 48 SEMANAS.—A las 44 semanas, la guagua tiene su cuerpo bajo un excelente control: el puede darlo vuelta en posición sentada, ponerse en cuatro patas y recogerse hasta llegar a ponerse de pie sin perder el balance. Su interés dominante ha dejado de ser el de controlar su cuerpo y ahora se ocupa de controlar objetos externos. Adquiere un sentido de la tercera dimensión y mete sus deditos en agujeros que encuentra por ahí. Por primera vez es consciente y susceptible a los éxitos sociales, tales como la reflexión propia en un espejo, como se muestra a la izquierda. Arriba, se ven las primeras secciones del pequeño prelitios de la formación del proceso distintivo del pensamiento



52 SEMANAS.—Al fin de un año, o un poco después, el chico puede andar y puede también parar objetos sobre la mesa. De los primeros rudos esfuerzos por agarrar con sus manecitas objetos, ha desarrollado ahora su técnica al mismo nivel de un adulto. La pequeña que se muestra a la izquierda, demuestra con algún orgullo, su interesante control de los dedos y su coordinación y concentración. Estas ilustraciones, revelan características emocionales, como también habilidades mecánicas. Se nota desde su nacimiento, el proceso de individualidad, que muestra desde el comienzo de su vida en diferentes actos y gestos.

El juego de la gimnasia

LA PRACTICA DE LA GIMNASIA HACE QUE EL NIÑO SE DESARROLLE NORMALMENTE, GUARDANDO SIEMPRE ACTITUDES CORRECTAS Y GRACIOSAS.

El niño es lo mismo que un animalito que necesita moverse y jugar. Es necesario que haga toda suerte de movimientos para no llegar a la adolescencia con los omoplatos salientes, el pecho hundido y la columna vertebral desviada. Pero no se debe imponer al niño una gimnasia hecha con rigidez disciplinaria.

Para él la gimnasia debe ser un juego, el más apasionante de los juegos. Este principio está en vías de transformar la educación física. El profesor Laemlé ha sido el introductor del sistema que consiste en hacer que los chicos realicen una cantidad de movimientos «naturales»: correr, saltar, arrastrarse, relacionando cada ejercicio con un juego, generalmente de imitación.

Por lo común se trata de imitar a ciertos animales, lo que para los niños es un gran placer—trotar como un burrito, saltar como una cabra—, o a mimar oficios que le son familiares — segar hierba, planchar—, o caracterizar personajes de aventuras — el piel roja que se arrastra siguiendo al enemigo, el polichinela que toca los platillos. Todo es pretexto de gimnasia y de gimnasia que es en verdad, juego.

No hay que decirles: «—Hagan diez flexiones de tronco». Se aburrirán antes de llegar a la decena, es seguro. Piense usted que un adulto debe muchas veces hacer un verdadero esfuerzo de voluntad para realizar totalmente un ejercicio, y eso que tiene un fin que lo mueve: adelgazar, mantener la línea, conservar la juventud.

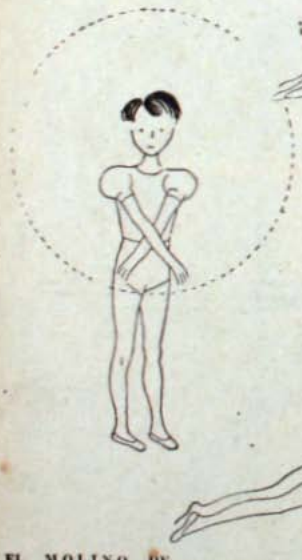
Pero si usted le dice a un chico que debe imitar a la rana, poniéndose en cuclillas, lo verá dar los saltos más difíciles en el más perfecto de los contentamientos y sin fatigarse jamás.

Variando constantemente los ejercicios y dando entre uno y otro tiempo para hacer respiraciones profundas y relajaciones muscula-

EL COLUMPIO. — Echar las piernas adelante y atrás, sin doblar la rodilla, en un balance acompasado.

LA OLA.—Piernas separadas y brazos abiertos. Flexionar una rodilla, manteniendo la otra tensa. Repetir el movimiento alternativamente.

LA SERPIENTE. — De bruces en el suelo, avanzar arrastrándose.



EL MOLINO DE VIENTO.—Los brazos se entrecruzan, dibujando un gran círculo regular.

EL ACORDEON.—El cuerpo tendido, apoyándose en la punta de los pies y en las manos, acercar y retirar el pecho del suelo.

OLER LA FLOR, APAGAR LA VELA. — Se acerca una mano a la nariz, como si aspirara el olor de una flor, luego se sopla la otra mano extendida, en la cual se dice que hay una vela.

EL BOXEADOR. — Muy derecho el cuerpo, con las manos empuñadas, dar golpes a un enemigo imaginario.

EL GIGANTE Y EL ENANO. — Andar sobre la punta de los pies, con los brazos extendidos y luego sentarse en los talones, andando en esta forma.

EL MUÑECO DE GOMA. — Con el cuerpo completamente rígido, dar botes en el suelo, cayendo siempre en el mismo punto.

EL POLICHINELA.—Con piernas y brazos separados, inclinar el tronco rígido, juntando las manos abiertas.

EL CAMPANERO.—Con las manos unidas sobre la cabeza, inclinarse hasta tocar el suelo, sin separar las manos. Se va diciendo: "Dindón".

EL REMADOR. —Sentado en el suelo, con las piernas flexionadas y los pies juntos, se hace con las manos el gesto de remar.

EL PATO.—Hay que andar estando en cuclillas, al par que se va diciendo: "Cuá-Cuá".

res que se les indican, diciéndoles que hay que dejar — primero los pies y después las manos —, como muertas y sacudir entonces algo que se hubiera pegado en ellas. Las respiraciones se hacen también con su respectiva historieta, deben primero acercar una mano a la nariz para aspirar una flor imaginaria, luego se estira la mano y se les dice que ahí tienen una palmatoria con una vela que hay que apagar suavemente. Verán ustedes en qué forma más correcta realizan su ejercicio de respiración, que con una enseñanza científica no lograban comprender.

Esta gimnasia está solamente destinada a proporcionar un juego completo muscular, pero no a endurecerlos. Para comenzar es preciso, ante todo, que los chicos estén vestidos con sus mamelucos de baño y elegir un sitio al aire libre, si es posible al sol. Una terraza o un jardín es lo ideal. Si el tiempo no lo permite ni la estación, habrá que realizarlos en una sala con calefacción, pero siempre con las ventanas abiertas de par en par.

Se los hace primero marchar, des-

(Continúa en la pág. 62)

EL CICLISTA. — Acostado en el suelo, con las manos en la cintura, levantar las dos piernas y en el aire hacer el juego de pedalear.

LA CAJA DE SORPRESA. — Estando en cuclillas, saltar como un resorte, cayendo en el mismo sitio.

LA MARCHA DEL PIEL ROJA.—Andar con soltura y a cada paso, inclinarse a tocar con la mano la punta del pie.

LA RANA.—En cuclillas, avanzar a saltos pequeños y después a grandes saltos.

LA PELEA DE GALLOS. — Puestos frente a frente dos chicos y en cuclillas, dan pequeños saltitos, tratando de rechazarse con las manos.

EL CONEJITO.—Con los pies y las manos en el suelo, el niño avanza a brincos, como si fuera un resorte.

de luz ultra-violeta. 4) Exponiendo el niño al aire libre y manteniendo la ventilación en la pieza mediante las ventanas abiertas durante día y noche.

Manera de dar los baños de sol. —Cuando un niño tiene un mes de edad, o antes, puede ponérselo a la luz del sol, directamente. Se comienza colocando la cuna o coche, de modo que el sol le dé en los brazos y piernas, tomando la precaución de taparle los ojos. Cada día se irá descubriendo un nuevo trozo de piel, y así se llegará al cabo de un mes, a descubrir todo el cuerpecito. Se principia por un minuto y después del tercer día se aumenta de dos en dos minutos la exposición, hasta llegar a cuarenta minutos diarios. La piel del niño se enrojece y se va obscureciendo. Si la piel del niño se daña, se le pondrá un poquito de cold-cream en las primeras exposiciones, después ya estará habi-

Para las madres: Higiene de las guaguas

EL RAQUITISMO

El raquitismo constituye una de las enfermedades más importantes y frecuentes en la infancia. Esta enfermedad es producida por deficiencias en la dieta y en el estricto cumplimiento de las reglas higiénicas que hay que observar en el niño. Cuando se le priva de ciertos alimentos indispensables para su manutención y crecimiento y no se lo expone suficientemente a la luz solar, su organismo no utiliza la cantidad necesaria de sales de calcio y fósforo que se requiere para la perfecta constitución de los tejidos (especialmente de los huesos) y entonces se producen las manifestaciones raquíticas que expondremos más adelante.

El raquitismo es más frecuente aún en el invierno, a consecuencia de la falta de sol y en los niños que viven en habitaciones húmedas y obscuras, en que las ventanas permanecen cerradas.

Las sales minerales que forman el esqueleto llegan al organismo con los alimentos. Pero, aun cuando estos contengan las cantidades suficientes de calcio, fósforo y otras substancias inorgánicas, no serán aprovechadas en forma conveniente si no existen otros factores que facilitan su asimilación: la luz solar y las substancias llamadas vitaminas, que están contenidas en los alimentos crudos, tales como la leche, las verduras; jugos de frutas, como naranjas, limones, tomates; hay que también incluir la mantequilla y el aceite de hígado de bacalao.

Síntomas de raquitismo. — Las primeras manifestaciones de esta enfermedad consisten en palidez de la piel y transpiración, sobre todo en la cabeza. El niño se presenta nervioso, fatigado, triste, apático y, a veces, sufre de convulsiones. Es estítico o constipado, tiene propensión a los resfríos y está expuesto a contraer enfermedades infecciosas. El abdomen es prominente. La musculatura está atrofiada, floja. Más adelante se manifiestan claramente las deformaciones de los huesos, abultándose las muñecas y los tobillos. El pecho se hunde; el tórax se estrecha; las piernas sufren deformaciones variadas, se reblandecen los huesos del cráneo y las fontanelas o molleras, permanecen abiertas más tiempo que el normal; los dientes no aparecen a su debido tiempo, etc.

Manera de prevenir el raquitismo. —Esta enfermedad, que puede tener su origen antes del nacimiento del niño, se previene observando las reglas siguientes: 1) Suministrando una alimentación adecuada a la madre durante el embarazo y la lactancia, en la que forman parte leche, verduras y frutas cocidas; junto con esto hay que hacer una vida ordenada y tranquila, expuesta al aire libre y a la luz del sol. 2) Dando al niño una dieta conveniente a su edad, en la que no falte leche humana o de vaca, en la proporción indicada para sus meses. Deben dársele verduras y jugos de frutas crudas, como también mantequilla y aceite de hígado de bacalao, sobre todo en el invierno. 3) Dando al niño baños de sol o, si se vive en un clima de largo invierno, baños tuado y no le hará efecto alguno el sol. Si el baño se hace en una habitación, es absolutamnete necesario que las ventanas estén abiertas, ya que a través de los vidrios el sol pierde toda su propiedad curativa

Irritación de la piel. — Se produce por la transpiración, por exceso de ropa y por desaseo. La curación consiste en bañar diariamente al niño, espolvoreándolo con talco y vistiéndolo con ropas limpias y ligeras durante el verano; con ropa de lana, pero siempre livianas, en el invierno. Cuando las lesiones no ceden a un tratamiento de perfecta higiene, hay que consultar al médico para impedir, mediante un método adecuado, que se agraven y se hagan crónicas.

(Continuará en el próximo número)

UN CAZADOR MORROCOTUDO

La escoba y el plumero

consejos de tía JACOBITA

EL GALLINERO.— No es necesario tener mucha "tinca" para darse cuenta de los beneficios que reporta un pequeño gallinero a la familia, sobre todo cuando en ella hay niños. El huevo es uno de los alimentos más completos para la criatura, pero siempre y cuando sea perfectamente fresco, lo cual, sobre todo en las grandes ciudades, siempre es una duda para la dueña de casa. Aunque existan sistemas para comprobar que el producto es del día, es mucho más tranquilizador para la madre darle aquellos que sabemos que acaban de traerse del gallinero.

En provincias casi no hay casa que no tenga su gallinero, ya que aún persisten las edificaciones coloniales, con grandes patios de los cuales, siempre, el último está destinado justamente a las aves de corral. En las ciudades, sólo los que viven en los barrios de los alrededores pueden darse este agrado, pero como cada vez se hace más común la vivienda individual, pequeño chalet en los barrios altos de Santiago o en los cerros o alrededores de Valparaíso, es mucha la gente que dispone de un espacio, pequeño o grande, para criar unas cuantas gallinas con su respectivo gallo madrugador.

Pero en este rincón del gallinero es donde la escoba necesita más actividad. Debe vigilarse en forma sistemática a la persona encargada de este aseo. La salud de las gallinas va en relación directa con las condiciones de higiene en que se las mantenga, a más de las condiciones higiénicas de la familia en general, ya que un gallinero mal cuidado es un venero de moscas y de malos olores a más que las aves se infectan de piojos y de ácaros, ponen menos y enflaquecen.

Si solamente se trata de un pequeño gallinero, bastará hacer uno de madera— aunque no sea el material ideal, ya que en las junturas se facilita la cría de insectos y parásitos—, con los travesaños bien espaciados, que resguarde del sol y de la lluvia perfectamente y que esté bien ventilado. El piso debe ser siempre de cemento, por cuanto es lo único que puede lavarse diariamente. Lo ideal, como indicábamos antes, es un gallinero de material sólido, con las paredes encaladas y el piso de cemento. Pero en vista de que aquí hablamos de pequeños gallineros, habrá que pensar en que sean de madera, lo que en nuestro país es usual, por estar al alcance del bolsillo de todos.

Los ponederos deben estar más bajos que el primer travesaño, así a las gallinas no se les ocurre nunca irse a dormir en ellos. Deben ser de rejilla de alambre, para poderlos lavar perfectamente. Deben evitarse los de mimbre. Afuera las gallinas tendrán un pequeño espacio para sus correteos, los bebederos, los comederos y si es posible un poco de pasto en un campito. Si el terreno es chico, este pasto habrá que proporcionárselo todos los días, recién cortado.

La comida será variada y abundante, sin ser excesiva. Debe evitarse el frío a las gallinas, ya que inmediatamente se resienten y dejan de poner. Es conveniente, en los climas muy helados, darles una comida al día, sancochada y caliente. He conocido una señora que en un fundo del sur, hacía el milagro de que las gallinas pusieran durante todo el año, mediante un frangollo que les daba en la mañana, condimentado con un poco de ají. Doy el dato.

Deben tenerse escobas especiales para el gallinero. Si las paredes son encaladas o pintadas, cada cierto tiempo, debe darse una mano de cal o pintura. Y día a día lavar el suelo, los travesaños y cambiar la paja de los ponederos. El agua de los bebederos debe proveerse dos veces al día, para que siempre sea fresca y abundante. Tanto los bebederos como los comederos deben lavarse prolijamente diariamente.

Seleccionando las razas, cuidando del aseo y comida de las aves, puede una dueña de casa darse el gran placer de tener todos los días los huevos frescos necesarios para la comida de los suyos, a más de poder disponer de vez en cuando de una gorda gallina o de un tierno pollo para hacer el más sabroso de los guisos.

TIA JACOBITA

No es secreto... Pueden ustedes contarlo

ALIMENTACION DE LAS GALLINAS.— Cuando las gallinas no están en libertad, sino reducidas al espacio, más o menos grande, del gallinero, es preciso que coman en abundancia tres veces al día y que la comida sea lo más variada posible. Esas comidas deben dárselas por la mañana, al mediodía y media hora antes que vayan a dormir.

En verano se les dará una buena ración de hojas verdes de lechuga, escarola, coles y un buen puñado de grano, ahechaduras, maíz o trigo. En invierno, comida caliente en la que haya papas, desperdicios de matadero, porotos, zanahorias, cebollas, polvo de hueso y sobras de la cocina, si las hay.

Al mediodía, lo mismo en verano que en invierno, se les da verdura cortada muy fina, papas en pedazos, cebollas partidas por la mitad, bien cocido todo ello, sazonado con sal y añadiendo un par de puñados de trigo. Se sirve en caliente y se mezcla con algún salvado o, de no reparar en gastos, con afrechillo. Si hay mendrugos, se añaden también y esa ración ha de ser abundante de modo que se llene bien el buche de las aves.

La comida de la tarde consiste en grano; maíz, ahechaduras, trigo, semillas mezcladas y una buena cantidad de hojas verdes.

La comida caliente en la que hay mucha humedad, hay que ponerlas en comederos donde no puedan meter las patas las aves ni ensuciarse. Echarles el grano en el suelo sucio, además de ser una porquería, puede parar en perjuicio, y dejar que ensucien las comidas calientes o que la esparzan por el suelo, es querer que se malbarate lo que cuesta dinero y querer que se pierda lo que puede aprovecharse.

ACONDICIONAMIENTO DE LOS GALLINEROS.— En vez de paja, que se pudre muy pronto y despide entonces mal olor, extiéndase sobre el suelo una capa de lana de madera, es decir, de copos en extremo finos. Procúrese que el gallinero esté bien cerrado y a temperatura relativamente caldeada. Téngase cuidado que todas las perchas estén a la misma altura para evitar las batallas que tanto perjudican la belleza del plumaje de estas aves y que asimismo pueden ser causas de accidentes o heridas.

La señora y la cocina

La comida de los niños

Ya el niño ha cumplido tres años y goza de una perfecta salud. Como es el gran regalón, se lo hace comer en la mesa, con los mayores, compartiendo con ellos toda clase de alimentos. La madre sonríe complacida, porque el chico tiene un apetito de lobezno y el padre está orgulloso del desarrollo muscular de su vástago. Pero un buen día — un mal día mejor dicho —, el chico se pone triste, cambia por completo de carácter, no quiere comer y termina por caer francamente enfermo.

Todo esto es simple y puro resultado de la alimentación defectuosa, a horas desordenadas.

Hay que empezar por hacer una disciplina rígida en este capítulo. Los niños deben comer en su mesa, aparte y a horas fijas que *nunca*, por ningún motivo, se deben alterar. El menú estará prolijamente estudiado por la madre. Si los niños son sanos, una comida racional, hecha con una prudente dosificación de principios nutritivos, será suficiente. Si alguno de los niños sufre de cualquier trastorno de salud, su manera de alimentarse debe estar supeditada a las indicaciones de un médico.

No vamos a hablar aquí del aseo que debe reinar en ese pequeño mundo de la cocina. Creemos que todas nuestras lectoras tendrán su orgullo de amas de casa, puesto justamente en esa limpieza prolija. La elección de los elementos que integren la comida de los niños debe ser vigilada por la madre, especialmente, cuidando que todo ello sea de primera calidad y sumamente fresco. No es necesario gastar un dineral en estas comidas, pero hay que insistir en que los ingredientes que en ellas se empleen deben estar todos en excelentes condiciones.

La leche, los huevos, la mantequilla, las verduras, los cereales, el quáker, la carne y el pescado, base de las comidas de los niños, han de tener esa calidad a que nos referimos anteriormente. Lo ideal es poner todos estos ingredientes en frigidaire, sobre todo la leche y la mantequilla. Si esto no puede realizarse, es preferible hacer la compra sólo para el día, no guardando nada para el siguiente. La leche debe obtenerse al pie de la vaca, en un establo perfectamente aseado y se debe hervir por cinco minutos inmediatamente después de la ordeña, colocándola en el frigidaire, en hielo o en un sitio fresco, bien tapada. No se debe nunca dar a los niños leche descremada. La mantequilla debe ser de una procedencia de absoluta confianza.

Debe hacerse el menú teniendo en cuenta que la leche, la mantequilla y los huevos son el alimento más completo para el niño, agregando las vitaminas de diferentes clases que se les proporcionan con las frutas frescas y las verduras crudas. Un almuerzo compuesto de una ensalada de tomate, una sopa de quáker, un trozo de carne o de pescado asado con jugo de limón y mantequilla acompañado con un puré y de postre frutas, será suficiente para cualquier niño, en ración equitativa para su edad. Para la noche se puede dar una sopa en que se habrá agregado un huevo batido, un plato de puré de cereales y un postre de fruta cocida o cruda. Como entrada se les puede dar lechuga, la que, además de sus propiedades vitaminosas, provoca un buen sueño.

Desayuno y once con leche y pan con mantequilla o con porridge que los chicos chilenos ya comen muy agradados. El té o el café son perjudiciales y hay niños que sólo deben a ellos su mal dormir o su irritabilidad.

Hay ciertos guisos netamente chilenos que se recomiendan por sus condiciones nutritivas, como ser: el cochayuyo, el luche, el mote, las humitas, el maíz cocido, las pancutras, etc.

Debe evitarse en la condimentación de la comida destinada a los niños el uso de las especias, suprimiendo las frituras.

Como bebida es recomendable el jugo de frutas y, desde luego, hay que hacer que el niño beba agua abundantemente.

Damos a continuación una serie de platos sanos y de fácil hechura a más de alcanzables por todo presupuesto.

LA HERMANITA HORMIGA.

CALDO PARA EL ENFERMITO

Se toma un trozo de carne de posta rosada, limpia de gorduras y pellejos, una cebolla, un nabo, una zanahoria y un puerro. Se hace hervir a fuego lento en agua con sal. Se deja luego enfriar y se desengrasa, se cuela y se pone de nuevo a hervir, echándole arroz o fideo cabello de ángel. Queda muy sabrosa.

CALDO CHILLANEJO

Se pica finamente un trozo de carne de ternera, sin grasa, y se pone a hervir con agua y sal. Al estar hirviendo a borbotones se le añade apio, zanahoria, puerro, perejil y una cebolla partida en cuatro. Se deja hervir por media hora. Se fríen en mantequilla unos crutones de pan francés añejo y se colocan en la sopera. El caldo se cuela y se echa sobre el pan.

SOPA DE AJO

Es la sopa de todos los niños españoles. Se pone en una sartén una cucharada de aceite de muy buena calidad y se fríe en él un diente de ajo que después de dorado se aparta. Se le pone entonces agua hirviendo y ahí se cuece pan francés añejo, picado en trocitos, dejando que hierva suavemente. Se alliña con un huevo batido y se sirve.

CONGRIO ASADO

Se despelleja y se limpia un trozo de congrio que se pone en adobo con limón, mantequilla y sal, por una hora; después se coloca en una asadera con la salsa del adobo y otra cucharada de mantequilla. Se hace cocer en horno suave y se sirve acompañado de papas cocidas con cáscara y después peladas, que rodean la fuente.

COCHAYUYO CON LECHE

Se parte el cochayuyo y se pone a cocer en agua con un buen trozo

El choclo es un excelente alimento para los niños.

La hora de los postres es siempre la muy esperada por los chicos. He aquí un flan que ha de colmarlos de alegría.

Vemos una hilera de budincitos lindamente dispuestos.

de zapallo; cuando estén las dos cosas medio cocidas se les agrega tomate, dejando que siga hirviendo a fuego muy lento.

Se pone en una sartén un poco de mantequilla y se frie en ella una cucharada de harina, sin que se dore, se le agrega una taza de leche y el cochayuyo, desbaratándolo todo con la ayuda de una cuchara de madera, para formar una especie de charquicán. Se deja que de otro hervor, una vez sazonado, y se sirve con huevo duro picado, puesto por encima en una bonita decoración en forma de estrella.

COCHAYUYO CON VERDURAS

Se cuece el cochayuyo en agua con un poco de vinagre, se pela y se pica menudamente. Aparte se cuecen papas con la cáscara y se pican unos tomates y se rallan unos choclos.

En una sartén se pone una cucharada de manteca con una pinta de color, se frie bastante cebolla a la pluma, se le agrega el cochayuyo, el tomate y el choclo. Se sazona. Se le agrega media taza de agua y media de leche y se deja que siga hirviendo a fuego lento.

Se sirve rodeado por las papas peladas.

TORTILLA DE GARBANZOS

Se cuecen los garbanzos y se pasan por el prensa-puré, dándoles después unas vueltas por la sartén con un poco de manteca. Los huevos se baten con sal fina, se unen a la pasta de los garbanzos, se le agregan unas cucharadas de leche y se hace la tortilla que queda muy sabrosa.

ARVEJITAS A LA FRANCESA

Se colocan en una cacerola con una cucharada grande de mantequilla y un poquito de sal fina. Se tapan herméticamente y se dejan que se cuezan al vapor, a fuego muy suave. Hay que advertir que las arvejas deben ser muy tiernas para prepararlas en esta forma.

APIO CON SALSA DE CHUÑO

Después de pelado el apio se pone a cocer en agua con sal, se deja escurrir y se une a la salsa siguiente: se pone en una sartén una cucharada de mantequilla, a la cual se agrega una cucharada también grande de chuño, de muy buena calidad. Se retira del fuego y se le pone poco a poco una taza de caldo medio frío y dos yemas de huevo, muy batidas, más un puñado de perejil picado fino. Se sazona con sal y una gota de limón. Se une la salsa al apio y se deja que reposen juntos por un rato, a fuego lento, hasta que esté lo suficientemente caliente para servirlo.

LOCRO DE VERDURAS

Se cuecen papas, zapallo nuevo, porotitos verdes, arvejitas, fondos de alcachofas, puntas de espárragos y todas las verduras de que puedan disponerse. Cada cosa debe cocerse por separado. Una vez todas listas se pican en pedazos pequeños.

En una sartén se echa una cucharada de manteca y un poco de color, friendo en ella cebolla fina y choclo rallado; se le da unas vueltas y se le pone tomate picado, pelado. Se sazona y se agrega un poquito de perejil finamente picado.

Las verduras se colocan en una cacerola, se le echa encima el frito, sal y una taza de caldo. Se deja que hierva a fuego suave, para que espese un poquito, sin removerlo. Al servirlo se le agregan dos yemas batidas con unas gotas de vinagre.

MOTE GUISADO

Para que el guiso resulte bien, tiene que usarse un mote pelado con prolijidad en una buena ce-

La torta exquisita preparada por mamá para festejar al chiquitito.

niza. Se cuece en agua con una pinta de sal, se le añade una taza de leche, dos cucharadas de mantequilla y otro poco de sal. Se deja que espese a fuego muy suave, ya que debe quedar medio seco, pero sin que se apelmace.

PAPAS ASADAS CON QUESO

Se sancochan unas papas grandes sin quitarles la cáscara. Después se les corta una tapa a lo largo, que se deja en un plato. Con la ayuda de una cucharilla se las vacía lo más posible.

Se pasa por el prensa-puré la parte que se les sacó y se mezcla con igual cantidad de mantequilla y de queso rallado. Se sazona. Se rellena con esta mezcla las papas, se les coloca a cada una su respectiva tapa y se entran al horno para que se asen.

FLAN DE PAN FRANCES

Se pone a remojar en leche un pan añejo, francés y, al estar bien empapado, se pasa por el cedazo. Se le agregan dos huevos batidos, una raspadura de cáscara de limón, el azúcar necesaria y un litro de leche, que es la misma en que se remojara el pan. Todo esto, bien mezclado, se pone en un molde acaramelado y se cuece al baño de María.

PERAS AL HORNO

Hay unas peras de invierno, muy duras, que son especiales para asarlas. Se les quita el rabo y se les hace, con la ayuda de una cucharilla filuda, un hoyo en el medio, quitándoles el corazón. Se les pone una cucharadita de azúcar flor y unas gotas de jugo de limón colado. Se dejan que se asen al horno, echándoles de vez en cuando su propio jugo por encima. Al servirlas se les agrega a cada una, una cucharada de crema.

El pan integral es el que mayores propiedades nutritivas posee.

PUDDING DE TOSTADILLAS

Para un litro de leche, cuatro yemas, una clara, dos onzas de tostadillas y doce terrones de azúcar.

Se cuece la leche con un palito de canela y una cáscara de limón, se deja enfriar y se le añade las yemas batidas y, aparte, la clara a punto de merengue, el azúcar y las tostadillas desmenuzadas. La masa que resulte se pone en un molde untado con mantequilla y se cuece al baño de María.

PARA EL ALMUERZO DE MAÑANA.

Pimientos rellenos con arroz.

Se eligen unos pimientos de tamaño regular, dulces, procurando que todos sean iguales para que así la presentación sea bonita. Se les abre una tapa y se les seca todas las pepas.

Se fríe jamón finamente picado en un poco de aceite, se le agrega arroz crudo y seco — para cada pimiento una cucharada — y se le da unas cuantas vueltas. Con esto se rellenan hasta la mitad los pimientos. Se colocan, entonces, en una cacerola, muy apretaditos y se les vierte encima agua hirviendo que los cubra por completo. Se sazona, se agregan unos cuantos granitos de pimienta negra y un ramo de verduras, como perejil, apio y cilantro. Una vez que pimientos y arroz estén tiernos, se sirven. Si faltara agua para la total cocción debe agregársele más.

TERNERA ESTOFADA CON VINO.

Se fríe en una cacerola un trozo grande de ternera, bien limpia de grasa y nervios, se le agrega un poco de tocino en trocitos chicos, cuadrados; cebolla también finamente picada, perejil, apio, zanahoria, una hoja de laurel y sal.

Cuando la cebolla empiece a soltar el jugo se le echa una taza de vino tinto y una cucharada de vinagre natural, se hace hervir un rato y después se retira para que repose a fuego muy lento.

Para servirlo se coloca la carne trinchada en la fuente, se rodea de las verduras en montoncitos y el jugo se le vierte encima. Lo indicado sería cortar las verduras con un aparato especial que le da forma de cubitos.

Las dos niñitas, jugando, aprenden a ser excelentes dueñas de casa.

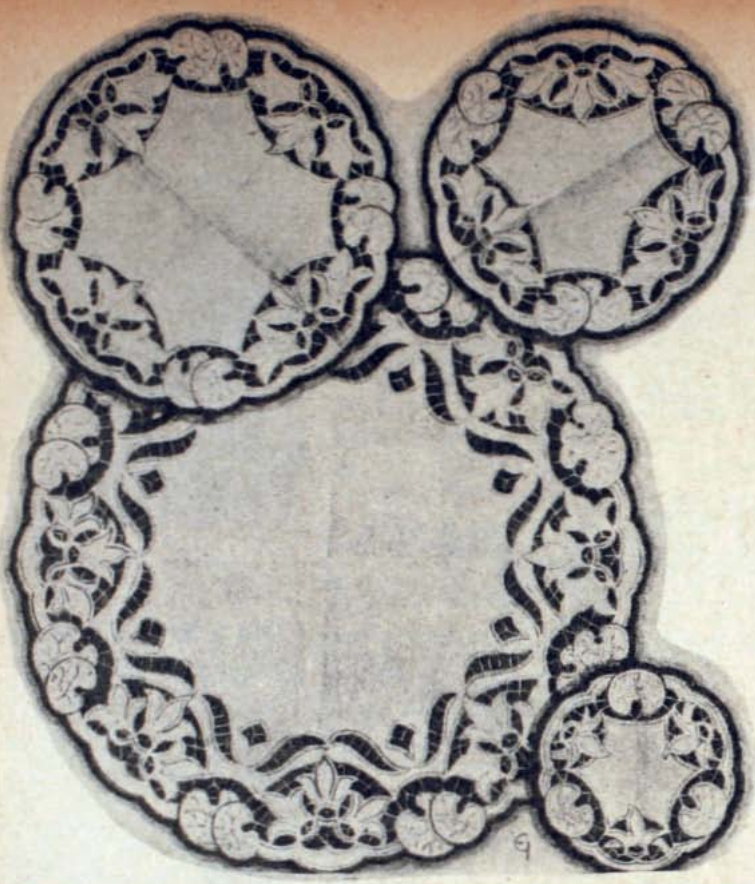
Señora, enseñe a su niñita a preparar este postre.

Prepárela para ser una cumplida dueña de casa.

MANZANAS RELLENAS ASADAS

Hay que buscar unas manzanas muy sanas y grandes. Se les corta una tapa y se les saca el corazón con la ayuda de una cucharilla filuda. A cada una se le pone adentro una cucharadita de mantequilla, otra de azúcar flor y otra de vino blanco generoso. Se entran al horno para que se asen. Mientras tanto la niña hace un merengue con dos claras de huevo y dos cucharadas de azúcar flor. Ya las manzanas están asadas. Las saca con mucho cuidado. ¡No se vaya a quemar!

Mezcla dos cucharadas de mermelada con otras dos cucharadas del vino generoso. Ponga en el hueco de cada manzana un un poquito de este relleno y encima una cucharada grande de merengue. Otra vez al horno con mucho tiento la asadera, y después de dos minutos contados con gran seriedad, se lleva a la mesa el postre que ha preparado la niña de la casa, para que el papá, la mamá y hasta la Hermanita Hormiga se pongan muchos de orgullo.



Los manteles se usan cada vez menos y, en cambio, aparecen sobre la pulida madera de la mesas los paños tejidos, bordados, de encajes, de malla, de telas de colores con incrustaciones contrapuestas.

Las dueñas de casa se esmeran en este capítulo y cada cual hace lo posible por presentar algo novedoso.

Dentro de lo clásico, hay muchas que permanecen fieles a lo blanco y ya que no los solemnes manteles de otras épocas, a lo menos usan los paños de lencería, con bordados prolijamente hechos. Para ellas damos este modelo, realizado en granité y bordado Richelieu, compuesto de un mantelillo redondo y pañitos para debajo de los platos y copas, y cuyo diseño en tamaño natural se muestra en la página del frente.

LA SERPIENTE AMARILLA

(Continuación de la pág. 13)

como, repetidas veces, recalcó el señor Narth.

—¡Gracias a Dios que no soy yo la que ha de casarse con él! — dijo Mabel. Y Letty, casi no repuesta aún de su desmayo, murmuró su absoluta conformidad.

Nada dijo Juana. Estaba desconcertada, llena de interés, pero no sentía ni el más remoto temor.

CAPITULO VI

Al final de la avenida y parado junto a la cuneta, estaba el automóvil del señor Clifford Lynne.

La palabra automóvil quizás no sea la más digna descripción del armatoste que, pocos días antes, había comprado por treinta y cinco libras esterlinas.

Había dejado funcionando el motor, pues por experiencia, sabía que el olvido de este detalle significaba media hora de duro trabajo para ponerlo en marcha otra vez. Con mil estruendos y crujidos, resoplando y quejándose, se puso el coche en el centro de la carretera y marchó, ruidosamente, unas cien yardas, para doblar, después, a la derecha, por un camino de carros que se internaba entre los pinos.

Al extremo de este camino, encontróse Clifford frente a la casa de Slater. No había una sola ventana sana. El pequeño y patético pórtico que un presuntuoso propietario del año 60 había añadido, se hundía vencido en su centro. Del tejado faltaba una docena de tejas.

Esta casucha de un solo piso, era un cuadro de desolación y abandono.

En la puerta había un grupo de tres hombres que la llegada de Clifford interrumpió, evidentemente, cuando estaban tomando la unánime resolución que el primero de ellos le gritó, mientras él saltaba de la trepidante máquina.

—No podrá usted hacer nada en esta casa, señor — dijo el que, a juzgar por la regla métrica que asomaba por el bolsillo de su americana, debía ser el maestro de obras—. Los pisos están podridos. La casa necesita un techo nuevo y también un nuevo sistema de aguas y desagüe.

Lynne pasó en silencio junto a ellos y entró en el edificio.

Constaba de dos habitaciones: una a la izquierda y otra a la derecha. Al fondo del hall estaba la cocina, con un hornillo oxidado, por la que se pasaba al lavadero. Mirando a través de los rotos cristales de las ventanas de atrás, pudo Clifford ver una choza estropeada por las inclemencias del tiempo, pero en un estado de conservación superior al de la casa.

Las maderas que formaban el piso de ésta, crujían lastimosas bajo su peso. En un espacio estaban podridas y presentaban un enorme agujero. El viejo y descolorido papel de las paredes, colgaba a tiras. Los techos casi no se distinguían, ocultos tras una tupida capa de telarañas.

Volvió a reunirse con el grupo que había en la puerta y se puso a llenar, con detenimiento, la pipa, cargándola del tabaco que llevaba en una bolsa de lona que sacó de uno de sus bolsillos.

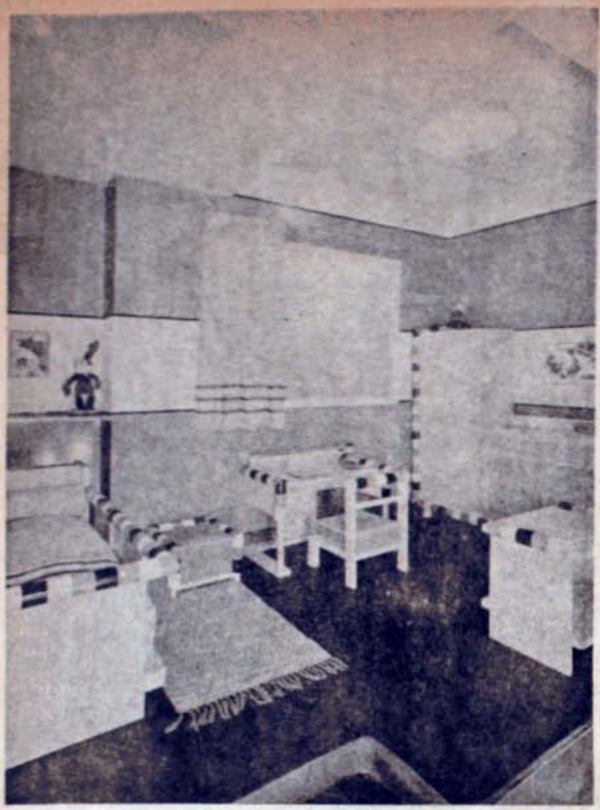
—¿Es usted maestro de obras... o poeta? — preguntó al hombre de la regla en el bolsillo.

Aquel protestó.

—Soy maestro de obras..., y buen maestro — dijo—, pero no soy un mago. Para arreglar esta casa, en una

(Continúa en la pág. 76).

Lencería



La habitación de los niños

La edificación moderna contempla, como problema básico la orientación de los edificios, buscando, sobre todo, al tratarse de casa de habitación, que todos los cuartos reciban sol y que la ventilación sea perfecta.

Para aquellos que viven en casas recientemente edificadas el problema está de por sí resuelto, pero en los que se ven obligados a habitar en viejos edificios, se hace un quebradero de cabeza la ubicación de los dormitorios, ya que la casa está tan mal dispuesta, que en ninguno hay un rayo de sol y el aire no entra en forma directa.

Y si hay niños en la familia, el caso se hace mayormente grave, porque ya no hay madre que ignore que el sol y el aire son elementos indispensables para el buen desarrollo de las criaturas. Por lo tanto, debe siempre buscarse — aun haciendo cualquier sacrificio de orden pecuniario — la mejor habitación, la que tenga más sol y aire puro, para destinarla a los niños.

Desde luego, debe quitarse de ella todo elemento en que pueda prender el polvo. Los mejor es quitar los papeles y pintar todo con pintura lavable de un color neutro y claro. El papel sólo se presta a acumular tierra y a criar parásitos. El cielo raso debe también ser pintado. En los edificios modernos ya hemos dicho que todo esto está resuelto desde el comienzo, ya que las paredes son todas pintadas y los cielos rasos, sin cornisas, son enyesados.

Recomendamos los colores claros para la pintura, lo mismo que para los muebles. Algunas mamás son partidarias de colores fuertes u obscuros. Dicen que en ellos se disimula mejor la tierra y las manchas. Justamente ese es su inconveniente: que no se ve en ellos la mugre. Y en los colores fuertes, el rojo, por ejemplo, hay que tomar en cuenta el elemento psicológico, ya que los colores influyen en el carácter del individuo y el rojo es un excitante, dando irritabilidades que no se sabrá a qué achacar en el niño.

La pedagogía moderna tiende a hacer que el chico por la influencia del medio, actúe en determinado sentido. Una habitación clara, neta, ordenada, con tonos suaves, hará que el niño sea limpio, neto, ordenado y suave. Es curioso a veces hacer la observación. Un chico terrible, sucio, que todo lo destruye, que es violento, obedece por lo común a una formación en elementos similares a su carácter. Póngalo Ud. en otro medio e inmediatamente el cambio se hará visible. El sistema Montessori, de la gran maestra italiana del mismo nombre, y que se ha adoptado en todos los países del mundo, obedece, en su principio, a esta táctica.

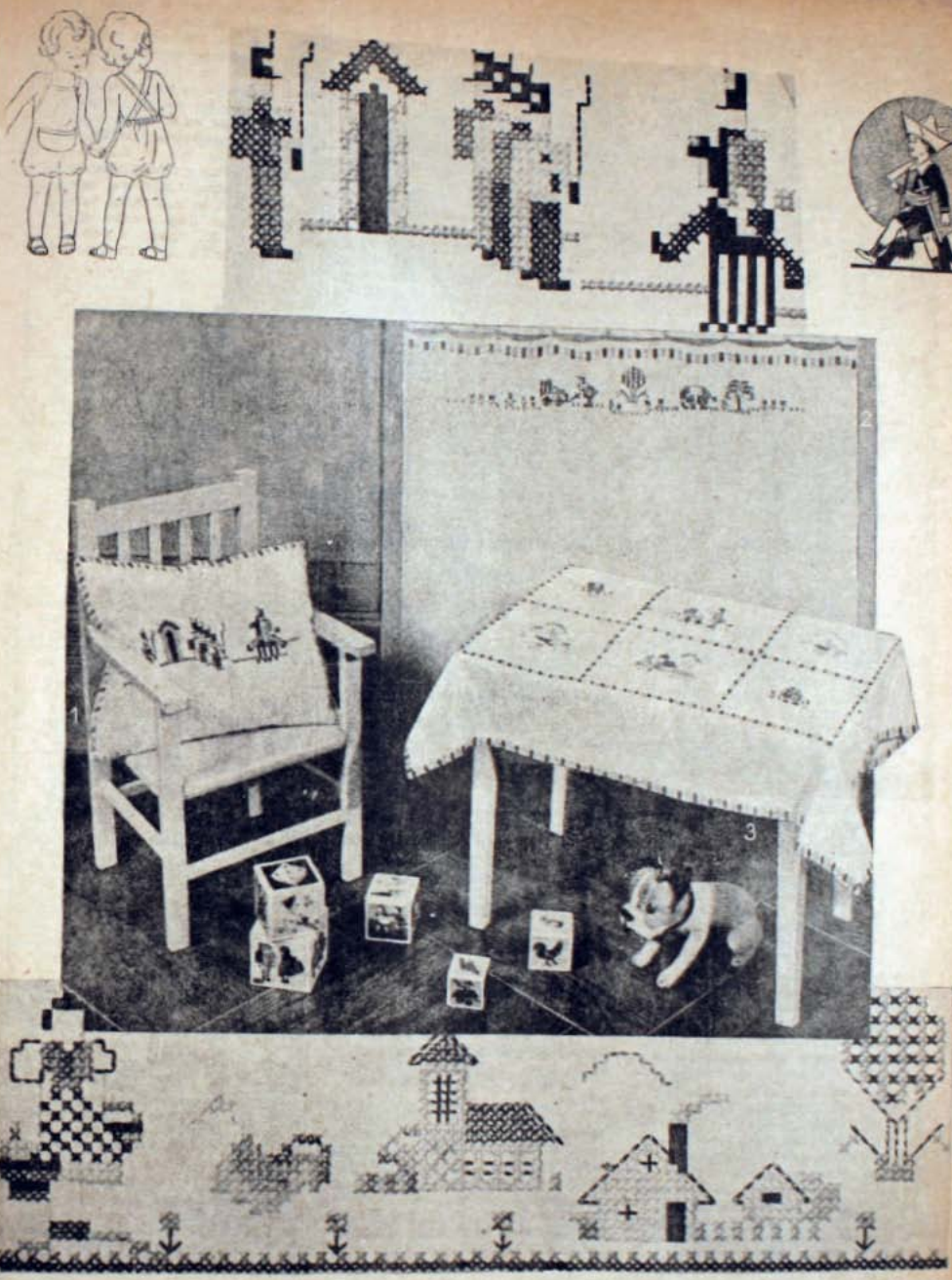
El sol debe entrar a raudales en la pieza del niño, permitiendo así que en su propio cuarto tome sus baños solares. El aire también debe estar en comunicación directa con el niño y desde chiquitito hay que habituarlo a dormir con las ventanas abiertas.

Sol y aire serán los mejores preventivos del niño. Su salud está asegurada mediante estos dos elementos que se deben agregar al de la más estricta higiene y orden.

Damos aquí un bello modelo de habitación para niño, realizada en tono turquesa, paja y blanco. Techo paja, paredes turquesas con una franja más pálida al centro. Muebles laqueados blancos con adorno turquesa más intenso y paja. Ancha ventana con cortinas de brin lavable, crudo, con aplicaciones del propio brin en color turquesa de dos tonos. Piso encerado y alfombritas tejidas azules.

He aquí el rincón en que el niño toma sus comidas. Mesa y sillóncito de madera laqueada, celeste pálido. Mantel y cojín de brin bordado con punto de cruz de colores. Ya sabemos lo que los chicos gustan de estos motivos, que representan animalitos, figuras y juguetes. La misma claridad que en su dormitorio debe reinar en el sitio destinado a comedor. Y en el mismo orden. El niño se acostumbrará, en esta forma, a comer sin manchar el mantel y a considerar que todo lo que le rodea — plato, servicio, copas y flores—, debe ser usado por él con éste o aquel fin, en tal o cual ocasión.

Las madres deben comenzar por



arreglar para sus chicos un rincón amable, vigilando que en ellos se mantenga siempre el aseo más escrupuloso y el orden más perfecto, ya que muchas veces cualquier descuido contribuye a que la niñera, a su vez descuide cualquiera de estos aspectos, que son los primordiales para la salud física y moral del niño.

LA AVENTURA DE CADA MOMENTO

(Continuación de la pág. 15)

—¡Otro peligro como de fiera! Cede un carbón, se tumba la olla llena de agua hirviente y si uno está cerca...

—¡Yo no me acerco!

—Aquí tenemos todas las espinas de la selva representadas en puntas de tijeras, en cuchillos, en agujas olvidadas en un asiento, y no faltan objetos filosos como ciertas hojas del bosque que infieren dolorosos tajos. Por ejemplo, los vidrios de las puertas junto a los cuales uno hace a veces ademanes violentos o tropieza con ellos creyendo que la puerta está abierta. Ni siquiera falta el fruto venenoso que viene a ser el alimento echado a perder que uno come sin darse cuenta de su mal estado. Y éstos no son más que algunos de los muchos peligros que nos rodean y que acaso no ven ustedes porque, como el explorador aguerrido, se han familiarizado con ellos. Pero piensen que a cada momento les decimos: "¡Cuidado!" "¡No lo toques!" "¡Así no!" Se podría escribir un libro titulado "Emocionantes aventuras de un niño que vivía en su casa", y si algún indígena de las selvas que no conociese las casas de la ciudad — y que, además, supiera leer—, llegara a leer semejante libro, sin duda habría de exclamar ante tantos riesgos y asechanzas de muerte:

—¡Jamás iré a la ciudad! No sé cómo es posible, allá salvar la vida...

REFLEXIONES DEL COLOR DEL TIEMPO

(Continuación de la pág. 10)

Bueno. Las mamás se dedican a mirar en busca afanosa de las niñitas, las descubren, las llaman para arreglar un desperfecto y después se dedican a la dulce tarea del pelambre.— "Que escotado el traje". "Yo no sé cómo permite la Elcira que esta niñita se pinte tanto!" "¿Te fijas en el vestido de Maty? Es de la Ena que se estrenó el año pasado. Bien dicen que anda muy mal de negocio Pedro Ignacio. Y por ahí sigue la canción de ellas, mientras nosotras seguimos entre *"Los tres chanchitos"* y "La cucaracha", con la otra canción del baile regio y de la fiesta colo...

Las señoras lo inspeccionan todo. El traje de cada cual, el arreglo de la casa; hacen cálculos de lo que se ha gastado en el bufet y en las flores y sacan sus cuentas para cuando ellas estrenen a la niñita que aun está en las monjas. Y cuando ya han mirado todo lo que querían mirar y hecho sus cuentas, entonces, se les ocurre que tienen sueño y tocan a retirada. A veces invocan la autoridad de papá, que dijo que a tal hora había que estar en casa, porque nos iba a esperar en pie. Cuando el pobre no ha dicho esta boca es mía y está por entero entregado a los ronquidos.

El caso es que se regresa. Justamente cuando la fiesta empezaba a interesar. Ya se ha cobrado cierta confianza con la muchacha que nos miraba antes un poco asombrada desde el fondo del espejo. Ya sabemos que esa imagen es la nuestra y nos da agrado vernos "tan encantadoras". Y como el ponche está haciendo sus efectos, en los muchachos hay algo más que un correcto y elegantísimo señor, que no invita a bailar con las frases consabidas. Ahora que todos estábamos contentos, sin saber por qué y que ya nos atreviamos a movernos con aplomo, ahora que estábamos en las primeras confidencias, ahora que ya sabíamos que entre todos había un muchacho de ojos verdes que nos gustaba, particularmente, ahora, justamente, es cuando a mamá se le ocurre llevarnos.

Y no hay más remedio. Nos vamos. Sí, nos vamos.

En el auto nos coge el sueño. Súbitamente, como un ladrón en lo obscuro. Nos cuesta subir las escaleras, nos cuesta desvestirnos. Dormimos.

Pero al día siguiente tenemos un gran descontento de desilusión. No era aquello lo que esperábamos. ¡No perdimos el zapatito, ni encontramos el príncipe! Para consolarnos miramos nuestro retrato en la página de **Vida Social.**

Estrenos en sociedad. Sí, ya estamos "estrenadas".

Esto nos hace levantar la cabeza con cierto orgullo. Cuando el hermanito quiere jugar con nosotras después, lo miramos con gran desden. ¿Jugar nosotras? ¿Está loco? Pero si ya nos hemos "estrenado". Somos personajes. ¡Qué cosas...! Pero, luego, a escondidas, gateamos por el suelo con el perro, pensando que lo que estaba antes del estreno era mucho mejor que el estreno mismo. ¿Lo que está después?

Eso, solamente el tiempo puede decirlo a nuestro oído.

BARBARA.

EL JUEGO DE GIMNASIA

(Continuación de la pág. 59)

pués la marcha se realiza en la punta de los pies, con los brazos estirados en alto, deben tratar de ser «más grande que el gigante». Después flexionarán las piernas, con las manos en la cintura, sentándose en los talones y entonces es el momento de ser «más chico que el enanito».

Luego vendrá el turno de los "patos", de dos en fondo, en cuclillas y haciendo:—"Cua-cua", irán andando sobre las piernas flexionadas, con las manos en la cintura. Estos gritos con que animan los ejercicios, sirven para las vías respiratorias y distraen prodigiosamente a los niños.

Para variar se los hará hacer ciertos movimientos acostados en el suelo, imitando con las piernas el pedaleo del ciclista o el movimiento de las tijeras.

Cuando se está en la playa es muy conveniente que los niños aprendan a «nadar en seco», lo que contribuye poderosamente a facilitar después el que naden en el debido elemento.

Damos aquí algunos croquis que han de facilitar la comprensión de este juego de la gimnasia. La mamá, la hermanita mayor, la institutriz, la gobernanta, la maestra; han de aprovechar de esta enseñanza que luego, al ser transmitida a los niños, ha de ser la base de su formación muscular, su más pura alegría y el mejor de sus juegos.

DOCTORA X.

LA PRINCESA DE AMERICA

(Continuación de la pág. 5)

interrumpió Lili—. No podría decirle la espina que se clavó en mi corazón cuando tuve que desprenderme de usted. Podía haberla depositado en un orfelinato o en algún asilo. Pero preferí entregarla en manos de un matrimonio sin hijos, que seguramente la querría y trataría como si fuera hija propia. Los hechos han venido a demostrar que anduve acertada en mi elección.

Natica estaba sentada junto a su madre adoptiva, y la estrechaba cariñosamente la mano. Apenas decía nada. Su padre adoptivo estaba también sentado cerca, fumando tranquilamente un cigarrillo.

Pero Lili estaba en su elemento. Era el centro de la escena; parecía encantada de representar una vez el papel de protagonista.

En realidad, yo debía haber sido una segunda Melba. Pero tropecé en mi vida con Mr. Faxton, que se gozaba siempre en seguirme a todas partes y como él me adoptara, opté por casarme con él.

Mr. Faxton, desde luego, no me cumplió lo que me había prometido. A los cuarenta se murió y yo tuve que dedicarme a regentar una casa de hospedaje.

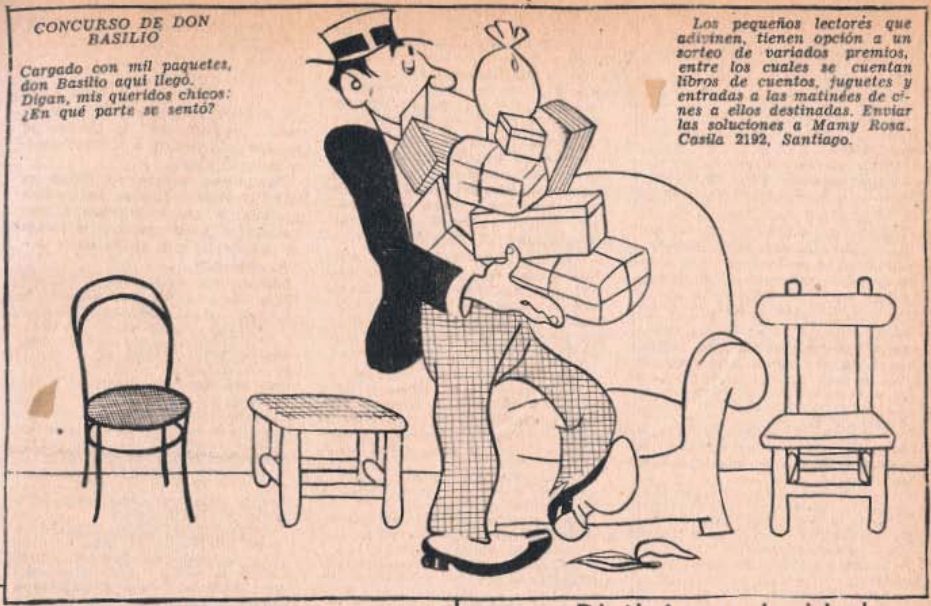
—Yo, generalmente, no tomaba nunca en mi casa personas que no conocía o no trajeran referencias insospechables; pero cuando llegó a mi casa su papá, Natica, acompañado de su mamá, inmediatamente comprendí que se trataba de gentes de distinción y los admití sin más trámites. Comprendí que los pobres pasaban por un período de crisis y de prueba.

El enviado especial explicó entonces por qué el príncipe y la princesa estaban en América y pasaban por dura prueba. Se habían fugado. La princesa estaba comprometida con el príncipe regente, pero se había enamorado del hermano menor de éste, el padre de Natica. Resolvieron huir y huyeron una semana antes de la

(Continúa en la pág. 64).

CONCURSO DE DON BASILIO

Cargado con mil paquetes, don Basilio aquí llegó. Digan, mis queridos chicos: ¿En qué parte se sentó?



Los pequeños lectores que adivinen, tienen opción a un sorteo de variados premios, entre los cuales se cuentan libros de cuentos, juguetes y entradas a las matinées de cines a ellos destinadas. Enviar las soluciones a Mamy Rosa. Casilla 2192, Santiago.

—Mucho me costó enseñar a Fido a seguirme sin echarse hacia atrás; pero ahora me paseo con él sin ninguna dificultad.

Distintas velocidades

Los Pérez pasan a los González...

Los González pasan a los Pérez...

EL GERENTE.—No recuerdo haber enviado un vendedor a Temuco.

LA SECRETARIA.—Lo envié yo, señor, porque voy a pasar unos días allí y él es mi novio.

boda que debía de celebrarse entre la princesa y el príncipe regente.

—Te supo — prosiguió diciendo el delegado—, que se habían casado secretamente y habían huido para América, pero ya no se supo más de ellos.

—Estuvieron alojados en una de mis mejores habitaciones con una niñita de seis meses y sin un centavo en los bolsillos. Creo que muchas veces no tenían ni siquiera para comer. Cuando al poco tiempo ella, la princesa, murió, el padre trató de buscarle un ama, pero al poco tiempo murió también el pobrecito — interrumpió Lili.

—Su Alteza Real, el príncipe Rodolfo, no se casó nunca — prosiguió el enviado—. Ha vivido en Viena la mayor parte del tiempo. En Leiderstein es cosa sabida que su muerte es sólo cuestión de pocas semanas, tal vez de días. Naturalmente, ha habido gran conmoción por determinar quién ha de sucederle y con este fin me han enviado a mí en misión especial para que averiguara si se podía encontrar algún rastro del hermano menor.

—Y cuando el señor entró esta mañana en mi salita, se me podía haber ahogado con un cabello — informó Lili.

—En Leiderstein — continuó el enviado—, habrá una alegría enorme cuando se sepa que está asegurada la sucesión al trono, que la princesa va a tomar posesión...

Natica abrió los ojos desmesuradamente:

—¿Quiere usted decir que yo voy a Leiderstein — preguntó.

—Usted no puede oponerse al destino — replicó Lili—. El otro día fui a consultar mi porvenir donde Madame Zoroastro, una adivina muy famosa. Ella me dijo que yo había nacido para grandes cosas y que las llevaría a cabo. Me aseguró que iba a cruzar los mares.

—¿Y qué tiene que ver su suerte conmigo? — preguntó Natica.

—Ahí está la mano de los hados. Usted va a ir a Leiderstein y yo voy a ir con usted.

Lili se volvió hacia el delegado:

—Desde luego, la princesa necesita una dama de compañía. Yo hablo el alemán y el francés. He estudiado música en Berlín. Conozco la vida en el extranjero.

El enviado empezó a hablar, pero en seguida se arrepintió. Entonces se levantó y dijo, dirigiéndose a Natica:

—Está haciéndose demasiado tarde, Alteza. Espero que Su Alteza me dará autorización para retirarme. Volveré mañana, desde luego.

Se inclinó respetuosamente para besarle la mano y se fué.

Lili se quedó y siguió hablando:

—No me cabe duda que esas buenas gentes de Leiderstein la van a querer a usted mucho y me permitirán a mí vivir cerca de usted en alguna casa cerca del Palacio, para que podamos vernos con frecuencia. Usted puede hacer mucho para conseguirlo.

Natica pensó en ésto, más tarde, cuando estaba delante de su tocador. Todo aquéllo parecía un sueño. Y a menos que todos estuvieran locos, ella era una princesa, ¡una princesa con un canastillo!

—Me gustaría ver una fotografía de mi castillo — dijo, en su soliloquio—. Entonces creería que todo es cierto.

Pero aún sin ver la fotografía, a pesar de sus dudas, tenía que convencerse. Coches reales. Princesa. Y en seguida volvió a la realidad. Su madre adoptiva. En Leiderstein sería una pobre mujer y eso no podría consentirlo Natica. No la abandonaría nunca.

Y en seguida volvía a su imaginación el recuerdo de que era princesa. Tenía que irse a un país extraño. Hubiera preferido quedarse aquí, trabajar en Fairfields.

—¡Dios santo! He perdido mi ocupación — recordó, y por un momento se sintió apenada. Y agregó en seguida—: Pero no tardaré mucho en encontrar otra.— Y se contemplaba vanidosa ante el espejo. "Princesa de Leiderstein. No necesita de recomendaciones".

Eran ya las dos de la mañana cuando se acostó. Era la víspera de Navidad y si algún ser viviente dormía, eran las moscas. Natica sentía el rumor de la conversación que en la pieza vecina a la suya sostenían sus padres.

—No les abandonaré nunca. ¡No quiero!—afirmó apasionadamente.

Por la mañana, Natica iba a pedirles que arreglaran el árbol de Pascua. Pero cuando se despertó, eran casi las once. Cuando bajó las escaleras, vió en el hall arreglado el árbol.

—Tu padre me ayudó — dijo la madre—. Parece que tú no debes ya de ocuparte en estas cosas.

Natica no pudo contestar palabra en el primer momento, pero reponiéndose en seguida, protestó:

—Si vuelve usted a hablarme así, creo que la pego.— Y en el acto se arrojó en los brazos de la que siempre había sido para ella una madre cariñosa.

El resto del día pasó para Natica como un caleidoscopio. Lili llegó a las nueve. Pocos minutos después llegó el enviado. Este anunció que había traído unas fotografías de Leiderstein.

—Este es un rincón de su castillo en Leiderburg, la capital del reino— explicó el enviado—. Las personas que se ven al fondo, están con trajes medioevales, son campesinas y labradores que están dedicadas a sus faenas, al aire libre, en el verano.

Natica no decía nada, pero sus ojos estaban asombrados. El castillo, su castillo, era indescriptiblemente romántico, con sus torres y sus almenas, sus balcones y sus ventanas ojivales. Había muchas fotografías, todas ellas muy hermosas. Especialmente una de un dilatado valle por el que serpenteaba un río, valle cerrado por altas y nevadas montañas, que se divisaban al fondo.

Aquélla fué la Navidad más hermosa en la vida de Natica. El enviado y Lili pasaron la tarde tratando de convencer a Natica, que debía consentir en ser princesa. Aquella noche el enviado llamó aparte al papá North y le habló sobre Natica y sobre Leiderstein. Mr. North creía después de todo, que ya conocía bien a Leiderstein. El enviado comprendió que no conocía siquiera la mitad.

—Sí, sí, sí, ya comprendo — murmuraba Mr. North, de cuando en cuando—. Naturalmente lo que él comprendía era lo que a él le parecía comprender. El enviado se libró muy bien de decirle que en Leiderstein había un nuevo partido republicano a cuyo frente estaba un joven muy popular, que aspiraba a la Presidencia de la República una vez que se estableciera. Ni le dijo tampoco que en la vecindad existía el Principado de Ehrestein, que se ocupaba en fomentar la revolución entre los leiderteinses con el fin de anexar Leiderstein a su Principado.

Nada de esto sabía Mr. North cuando fué a hablar a Natica:

—¿No te das cuenta de que tu madre y yo no te perdonaríamos nunca que hubieras dejado tantamente pasar esta felicidad? Para nosotros, esto es como si estuviéramos en tu lugar. Debes ir.

Natica, todavía recelosa, no podía convencerse. Al fin, se rindió, pero su capitulación fué característica:

—Siempre puedo volverme, en el caso de que aquéllo no me guste. Espéreme dentro de seis meses.

Y de este modo Su Alteza Serenísima, la Princesa Natica de Leiderstein se embarcó en Boston el día de Año Nuevo de 1935, en compañía de Lili. El enviado había accedido a que llevara esta compañía.

El camarote que se le había reservado a Natica, estaba muy lejos de ser un camarote para una princesa real, pero era porque Natica viajaba de incógnito.

—Usted entrará en Leiderstein como una turista norteamericana, que viaja en compañía de una señora. Hasta el momento en que todo quede arreglado, se alojará usted en un hotel.

—Yo creía que todo estaba arreglado ya — dijo Natica.

—En cierto modo, sí — dijo el enviado—. Pero en Leiderstein no se sabe que hemos encontrado a la princesa y el anuncio repentino podría traer como consecuencia un golpe de Estado, si sabe usted lo que esto significa.

Natica sabía lo que quería decir ésto, pero le dió qué pensar.

—Mucho me temo que tengamos que volvernos muy pronto, sin tener, acaso, lo suficiente para el viaje—insinuó Natica a Lili.

Esta protestó:

—Todo andará bien. Acuérdese de que la adivina me dijo que cruzaría el mar y que todo me saldría a pedir de boca.

Ya estaban, desde luego, cruzando el mar. El viaje parecía más bien aburrido.

El Atlántico, en el rigor del invierno no es muy divertido. Natica así lo vió, aunque Lili estaba encantada.

Sin embargo, cuando llegaron a tierra, Lili no quiso reconocer que se había mareado. Natica declaraba francamente que había sentido muchas veces que el estómago se le subía a la garganta.

Pasaron rápidamente por París. Sólo se detuvieron allí unas horas para esperar el expreso a Budapest, que salía de noche. Natica durmió en el tren algunas cabezadas. A mediodía del día siguiente, estarían en Leiderstein y llegarían a la capital.

El tren corría ahora por un estrecho desfiladero, entre montañas gigantescas. Ante los ojos de Natica desfilaron bosques, valles, aldeas, cubierto todo por un manto de nieve. Pero de pronto el tren se detuvo.

—Nadie se baje aquí — gritó el conductor en todos los coches.

Natica se asomó por la ventanilla y exclamó, apretando el brazo a Lili:

—¡Mira, qué soberbio! A tres o cuatro metros de la línea férrea se levantaba majestuosa, imponente, casi cortada a pico, una enorme muralla de granito que se perdía en el azul infinito, sumergiendo en él sus picachos blanquecinos.

A poco volvió el tren a seguir, ya

provista de agua la locomotora, y no tardó mucho en divisarse a lo lejos la capital de Leidersteín, término de viaje de Natica.

Cuando llegaron, Natica declaró enfáticamente:

—Con gusto daría al conductor una moneda si trajera algo en los bolsillos.

—No haga tal — increpó Lili—. Acuérdese de que viene de incógnito.

Y en seguida, Natica se olvidó del fogonero y de Lili. Delante de sus ojos se levantaba una hermosa montaña, a cuyos pies se extendía la ciudad de Leidersburg y allá en la cumbre se elevaba al cielo un castillo todo blanco. Era el castillo de la princesa.

Natica lanzó un hondo suspiro y en seguida se volvió hacia Lili, encontrándose su mirada con la de Johnny Lane.

Era la primera cara que veía de cerca en Leidersteín y aquélla cara no parecía extraña, sino una cara más bien familiar para ella. Era indudablemente la cara de un americano. El presunto americano era alto, rubio, de anchos hombros. Sus ojos se encontraron con los de Natica. Y Natica creyó leer en aquella mirada una especie de pregunta como ésta: "¿Por fin llegaste?"

Y a pesar suyo, como que contestó:

—Sí, he llegado y, ¿a ti que té importa? ¿O tienes algo que ver en ésto?...

Ningún coche real la esperaba en la estación. Ella y Lili se dirigieron a un hotel, en un trineo abierto. Natica se sentó medio curiosa, medio intrigada.

El trineo atravesó por una calle, cuyas casas ostentaban todas balcones salientes y cuyas fachadas aparecían adornadas con cuadros medioevales: la calle iba a desembocar a una plaza, en donde estaba el edificio de Gobierno, estilo Renacimiento. En el lado opuesto había un hotel o posada, y en su frente se veía la imagen de un pelicano que alimentaba a sus crías. El propietario declaró que ya tenía tomado un departamento para las dos señoras. Desde luego, no sospechaba ni remotamente que iba a dar alojamiento a una persona de la realeza, que iba de incógnito.

—Supongo que nuestras habitaciones tendrán bonita vista — exclamó Lili, después de almorzar—. Voy a mirar un poco, antes de descansar.

Al parecer, Lili quedó satisfecha cuando terminó su examen.

A su serena Alteza todo le pareció incoloro. Ya estaba en Leidersteín, pero, ¿qué iba a suceder ahora? Quedó pensativa mirando por la ventana. Por la plaza atravesaba una figura de hombre en traje azul con skies. El hombre fué derecho hacia la posada del Pelicano. Al llegar allí se detuvo, y se puso a quitarse los skies. Luego dejó estos parados junto a la pared, un poco enterrados en la nieve y entró al hotel.

—Quizá, resida aquí — pensó Natica, que en realidad no encontró la idea desagradable.

Aquel hombre era Johnny Lane, aunque Natica no conocía todavía su nombre. Sólo vino a conocerlo más tarde, cuando era ya medianoche y Natica estaba acostada en su lecho, entregada al sueño. Al parecer, nada tenía que hacer Natica. Y después de comer, hasta se preguntaba si había seres vivientes en la ciudad. Natica había querido salir.

—Pero, Natica — le había dicho Lili—. Usted no puede salir. Acuérdese que está usted de incógnito. Acuérdese de su porvenir.

—Mi porvenir podrá ser el que quiera, pero en el momento no me pertenece más que el presente y al presente quiero salir a ver algo. Aquí me ahogo. Creo que si no recibo alguna impresión, me voy a morir de fastidio.

Y Natica había salido a dar un paseo. Lo que sucedió después más bien que impresionarla, la aterrorizó enormemente.

Estaba durmiendo. De pronto despertó con la idea de que Lili estaba a su lado, tratando de despertarla. Pero no era Lili la que estaba allí, en realidad, sino que a su lado, junto a su cama, había un hombre de estatura colosal, que tenía una manaza encima de su hombro.

Lili estaba en su cama y desde allí le decía:

—Natica, este hombre dice que no se mueva usted, que si se mueve, la mata como a un conejo.

Natica abrió bien los ojos y miró en derredor. El hombre a quien Lili se refería, estaba allí junto a su lecho y era su mano la que sentía encima de su hombro, como si fuera la de un elefante. Detrás de aquel hombre había otros tres enmascarados, junto a la puerta de la habitación.

—Dice el hombre que se levante usted inmediatamente — le anunció Lili.

—No tengo ganas de levantarme— contestó gruñendo Natica.

No le dejaron terminar la frase porque la manaza del hombre que estaba posada encima de su hombro, la asió por las solapas del pijama y pareció dispuesto a estrangularla.

En este preciso momento entró a la pieza Lane. Natica creyó que estaba soñando. Para comenzar, Lane es-

(Continúa en la pág. 68).

CANODROMO DE SANTIAGO

AVENIDA BALMACEDA 2055.

BENEFICENCIA PUBLICA

DIAS DE REUNIONES:

MARTES,
JUEVES,
SABADOS,
a las 6 P. M.

La atracción de Santiago entero.

APUESTAS COMBINADAS
HASTA LAS 6 P. M. EN
LOS SITIOS DE COSTUMBRE.

Buen tono

MANERA DE PREVENIR LAS ENFERMEDADES DE LOS NIÑOS

Cada día adquiere mayor valor la medicina preventiva o sea aquella que no se limita a curar las enfermedades, sino que tiende a prevenirlas, utilizando varios métodos, como la vacunación y el aislamiento, que tienen gran importancia práctica.

Para prevenir las enfermedades transmisibles, la necesidad más urgente y beneficiosa es el *aislamiento riguroso*, junto con la desinfección inmediata de todo lo que es del uso del paciente, como ropas o útiles de tocador o el servicio completo con que toma los alimentos. Para evitar el contagio es de la mayor importancia el alejamiento de la escuela de todo niño sospechoso de padecer una enfermedad transmisible.

Las reglas siguientes servirán a las madres para que sus niños tengan siempre buena salud.

1.— Aleje el niño de toda persona que tose, estornuda, que tiene dolor de garganta, fiebre, ojos llorosos, romadizo, erupción de la piel; en una palabra: de toda persona enferma.

2.— Aparte al niño de las aglomeraciones humanas.

3.— Que no use ningún objeto o utensilio contaminado por secreciones de un enfermo o, simplemente, que haya sido por él tocado.

4.— La madre o persona que atienda al niño y que esté resfriada, debería, si es posible, colocarse un pañuelo o gasa sobre la boca y nariz, mientras amamanta o cuida a la criatura sana. Después de sonarse debe lavarse las manos con agua y jabón desinfectante.

5.— Por lo menos durante los seis primeros meses debe darse de mamar al niño y luego una alimentación adecuada que le evite trastornos intestinales.

6.— Hay que habituar al niño al aire libre, haciéndolo dormir en el jardín o patio, durante el día y en la noche con las ventanas abiertas.

7. — Darles baños de sol metódicos y jugos de frutas crudas desde los primeros días de su existencia.

8.— Proporcionarle las horas suficientes de sueño en relación con su edad.

Siguiendo estos consejos, los niños se desarrollan fuertes y sanos y la posibilidad de atrapar una enfermedad se hace casi improbable.

COMIDA DE ETIQUETA

Los dueños de la casa deben prever todo cuanto sea necesario para que la comida resulte con todo esplendor y a satisfacción de sus invitados.

Cuidando de comer con pulcritud y observando las reglas de urbanidad en la mesa aunque comamos en la intimidad de la familia, se llega a poseer la soltura conveniente para poder presentarse en un banquete con la seguridad de cumplir todas las reglas de etiqueta.

En América se acostumbra efectuar mucho comidas en restaurantes y hoteles, así como banquetes, no teniendo el acto la solemne intimidad que se le da en Europa, excepto en casos de homenajear a un personaje.

Las invitaciones se harán poniendo sumo cuidado en la elección de los invitados y que el número de caballeros y señoras sea igual. Se enviarán ocho días antes del fijado, y si alguna causa imprevista no permitiera su celebración, se comunicará por medio de tarjetas, dando la nueva fecha y el motivo del aplazamiento.

Los invitados, una vez recibida la invitación, deben contestar aceptando o excusando su presencia, cuando tengan una causa justificante. Se acepte o no, es obligatorio hacer una visita a los invitantes, llamada de digestión, a contar desde el día de la comida, centro del plazo de una semana. Esta visita no tiene devolución.

Los invitados llegarán con unos quince minutos de anticipación. Para comidas familiares o de amigos íntimos, los caballeros irán con terno obscuro y sencillo. Y si es de etiqueta, con frac o smoking. Las señoras con trajes para fiestas o baile.

Los criados llevarán frac, corbata y guantes blancos, de hilo o algodón, y servilleta. Si en la casa hubiese doncellas, éstas vestirán de negro, con cofia, delantal, cuellos puños y guantes blancos. La mantelería será adamascada.

La vajilla se distribuirá por individuo, en la siguiente forma: los platos, a la derecha la cuchara y el cuchillo, y el tenedor a la izquierda. Las copas, de diferentes tamaños, siendo la graduación de esta manera: para el agua, vino de Burdeos, Rioja o Valdepeñas, Madera o Priorato, empleando para Champagne copas de forma especial. El vino del Rhin y el Sauternes se servirá en copas de color, y los licores en copas pequeñas.

Los caballeros estarán sentados cada uno a la derecha de su dama, para poderla servir.

Las flores en las mesas producen buen efecto, siempre que exhalen perfumes suaves, pues los fuertes atacan los nervios y amortiguan el olor de los manjares y vinos.

Antes se ponían grandes ramos, que hoy han sido substituídos por otros pequeños y guirnaldas, y se acostumbra también adornar el centro de la mesa con flores naturales, con preferencia rosas, claveles y violetas.

Además de las luces corrientes, se acostumbra poner lámparas complementarias con pantallas de seda de color. Las frutas, en sus fruteros, que antiguamente se empleaban para adornar la mesa, no se sirven actualmente más que a la hora de los postres.

Los dueños de la mansión pondrán en cada sitio y junto al cubierto, una tarjeta con el nombre del invitado que ha de ocuparlo. Para ello puede servir la cartulina del menú, que es imprescindible poner para que cada comensal sepa lo que va a comer. Las señoras deben estar interpuestas entre los caballeros, procurando que éstos estén al lado de las señoras que han de conducir desde el salón de recibo hasta el comedor.

ULTIVE SU BELLEZA

LA BOCA.

¿Qué antología especial reunirá un día lo que ha sido propuesto, por poetas y prosistas, como comparaciones, como hallazgos para describir la boca?

Flor, fruto, coral, rubí, sello de lacre y lo demás; la boca ha tenido todos los honores de la invención poética, del esmero literario.

En la paleta del rostro, la boca es la nota viva salida en línea recta del tubo que, de concierto con las dos notas representadas por los ojos, se encarga de componer el resplandor de la fisonomía.

Sus perpetuos cambios de forma hacen que a veces sea más expresiva que los ojos.

Muda o profiriendo un embuste, dice a veces la verdad bien a pesar suyo, por lo menos a los ojos del observador atento. No hay control posible en la torsión ligera de una boca de envidioso o de celoso..., pero no nos ocupemos aquí más que de estética.

Hay bocas de mujer que se abren bien; otras se abren mal. La porción de esqueleto oculta que descubren ferozmente, sería perfecta, regular y viviente marfil o bien tristes composturas, negros desperfectos, a menos que no se trate de una fúnebre dentadura postiza.

De uno u otro modo, siempre puede hacerse algo para remediar lo peor.

De ello vamos a hablar ahora.

Cuando los ojos han sido repintados, el rostro avivado y empolvado, no falta más que darse carmín en los labios. Es el punto final que termina este poema: una cara bien arreglada.

El capítulo de la boca no se expide tan de prisa como pudiera creerse. Untarse los labios con una barrita de carmín no basta.

Se presenta, en primer lugar, la elección de esta barrita. ¿Se escogerá una brillante o moderada, clara u obscura, grasa o seca?

Existen labios que no admiten muy bien el carmín, porque están agrietados o demasiado húmedos.

En caso de grietas, un poco de vaselina o de glicerina aplicada por la noche al acostarse, produce excelentes resultados.

Si se trata de vaselina, téngase cuidado en limitarse a la mucosa, ya que la vaselina favorece el desarrollo del sistema piloso.

Para las bocas que se despellejan fácilmente, el empleo del carmín graso en caja es el mejor.

Para las bocas muy húmedas, limpiarlas bien con una toalla esponjosa antes de repintarlas.

En ambos casos, dos o tres recomendaciones:

Tiéndase la boca sobre los dientes para untarlas, para que los labios reciban la parte de carmín que les corresponda.

Después de haber pasado horizontalmente el lápiz sobre los dos labios, volver al superior verticalmente para empastar bien el centro, siguiendo formalmente el festón natural. Tened cuidado, al hacerlo, de no ir más allá de la frontera en la que la mucosa se convierte en piel.

El carmín de la boca da mayor blancura a los dientes, y el conjunto de la cara parece mejor dibujado, más puro.

En lo que a los dientes se refiere, además de los cuidados que el dentista procura, hay que cepillarlos muy vigorosamente de derecha a izquierda y de abajo a arriba (y viceversa), tanto delante como detrás y eso lo menos dos veces diarias. No emplear sino un cepillo completamente seco. (No mojarlo antes de cubrirlo de pasta o de polvos dentífricos, con el fin de que opere en seco). Por consiguiente, deben tenerse tres o cuatro cepillos para que, entre una y otra limpieza, puedan limpiarse.

Abordemos sin tardar la cuestión más grave en lo que a la boca respecta.

Para ser un adorno de la cara, debe permanecer pura, neta; éste y no otro es el objeto del carmín con que se unta.

Pero no siempre es suficiente el carmín. Bocas jóvenes padecen a menudo esta calamidad: bozo más o menos aparente; y las bocas maduras sufren *casi siempre* de este mal.

Señoras, si os halláis alrededor de los cuarenta, vigilad vuestra boca. Miradla al sol en un espejo de aumento, con lupa si es preciso, y así descubriréis lo que todavía no conocéis: un bozo solapado que allí crece para destruir el dibujo de la juventud, e impedir al carmín que siga con limpieza los contornos del labio superior.

Un vello..., ¡si no se trata de algo peor!

¿Por qué una mujer, a medida que su edad avanza, parece tener una boca más grande, más llana, menos limpia que en otros tiempos?

Son las raíces de ese vello, aun cuando sea pálido, las que han endurecido la piel, o bien algunos pelos intempestivos, pelos espesos y negros que deforman la línea, ponen una sombra, imitan una arruga, entristecen la gracia, antes tan joven, de la sonrisa...

Señoras, no conservéis esta mala hierba en el jardín de vuestro rostro.

¡Cuántas mujeres que pudieran ser todavía bonitas quedan desfiguradas por una sombra debajo de la nariz, trabajo obscuro de la ingrata edad segunda!

¡Cuántos rostros de veinticinco años son aviejados por un comienzo del bozo que, más tarde, se trocará en algo horrible!

Si sois jóvenes todavía, oxigenad, sin fatigaros, primero para hacer palidecer los importunos, después para destruirlos. Porque, según dicen, el agua oxigenada doble acaba por debilitar y luego destruir ese desastroso pelo.

Si habéis pasado la primera juventud, no hay inconveniente alguno en que extirpéis todo aquello que no tiene derecho a la vida. (Porque en la juventud, arrancar un pelo equivale a hacer brotar diez).

Existen institutos en los que se encargan de aniquilar todo lo que no debe prevalecer en vuestros labios superiores.

COLOFON

Limpieza, pureza. Esta idea y estas palabras se repiten sin cesar en los consejos que aquí se exponen. ¿Es necesario, antes de dar principio al palpitante capítulo del cabello, indicar que la limpieza, interna y externa, es la condición mayor sin la cual no es posible la verdadera belleza? Bañarse todos los días se impone, así como también todos los cuidados de higiene de los que una mujer no puede prescindir.

Pero no insisto. Es indudable que una coqueta es, como dirían los árabes, «como el jazmín», lo cual significa inmaculado y oliendo bien.

LUCIA.

taba todavía con su traje de "skiador". Parecíale increíble a Natica. Dormiría acaso con él. ¿No se sacaría aquella ropa ni para dormir? Johnny Lane se dirigió al lecho de Natica tranquilamente, sin actitudes de héroe, de la manera más natural. No llevaba armas, al parecer; iba con las manos en los bolsillos.

Todos se volvieron a mirarlo asombrados. Todos, excepto Natica, que lo miraba con ojos espantados, inconscientemente provocativa, como apelando a él en un llamado de desesperación.

Natica no entendía el alemán, de manera que no comprendía lo que los hombres hablaban. Fuera lo que fuese, no cabía duda que era beneficioso para ella y que Johnny era el dueño de la situación. A poco, los cuatro encubiertos hicieron un signo de inteligencia y se retiraron apresuradamente.

Natica los vió alejarse, sin salir de su estupefacción. Luego dijo a Johnny:

—¿Es ésta una costumbre del país? ¿Qué es lo que ha pasado aquí?

—Nada más que una pequeña equivocación — respondió Johnny—. Habían venido a asesinarla a usted.

—¿A asesinarme? — repitió Natica— ¿Y por qué?

—Parece que ellos se habían creído que era usted una americana opulenta y concibieron la idea de raptarla para conseguir un buen rescate o al no asesinarla.

—¿Y qué es lo que les ha hecho cambiar de idea?

Johnny no se atrevió a mirarla de frente.

—Yo. Les dije que estaban equivocados en su creencia. Que usted y yo éramos novios y que acababa usted de llegar para casarse conmigo. Perdón por esta mentira, señorita. Les persuadí que lo mejor que podían hacer era marcharse con viento fresco. Y así lo hicieron. Eso es todo.

Natica miró de pronto asustada a Johnny y sus miradas se encontraron con las de éste. El susto de Natica era porque de pronto se había dado cuenta de que estaba en su cama conversando con un hombre, y estaba en pijama.

—¡Oh! — murmuró suavemente—. No sé cómo agradecerle.

El comprendió.

—Dejemos esto para mañana. Es tarde y usted necesitará descansar. Creo que no volverá esa gente a molestarla, pero por si acaso, bueno es que tenga usted con qué defenderse.

Y le alargó un pequeño revólver que llevaba en los bolsillos.

Natica lo tomó, agradeciendo a su salvador aquel interés que se tomaba por su persona.

Tardó Su Alteza Serenísima en dormirse. Su imaginación daba vueltas al terrible incidente que acababa de suceder, recordaba el extraño personaje del traje azul y pensaba si siendo una simple norteamericana de ojos azules, no sería, quizás, más interesante que siendo una princesa.

En la mañana, Natica experimentó una agradable sorpresa, cuando en los momentos en que estaba sentada a la mesa, comiendo en compañía de Lili, vió al americano venir derecho hacia ellas y saludarles:

—¿No le gustaría hacer un poco de skie en la mañana?—preguntó amablemente Johnny.

Con todo tacto esquivaba hablar de lo que había pasado la noche anterior hasta el momento en que estuviera sólo con ella, lejos de la presencia de Lili.

—Pero yo no tengo nada para el caso — contestó Natica—. Ni ski, ni traje.

—Yo puedo proporcionarle todo lo que necesite — afirmó él.

—¿Puede, usted? — preguntó Su Alteza Serenísima.

Lili desaprobó la idea de salir otra vez. Más aún desaprobó la idea de que Natica se vistiese con el traje de "skiadora", que Johnny le había traído.

—Puede que yo sea una muchacha poco moderna. Pero jamás creí que yo podría andar con calcetines. Y una princesa...

—Como sea cierto que las paredes oyen, creo que no tardará el enviado en aparecer aquí apretándole la garganta para que calle.

Natica le tranquilizó:

—No te apures. No vendrá. No te olvides que estoy de incógnito.

—Pues, por lo mismo, no debía usted arriesgarse a salir. Y no debiera usted permitir que un extraño...

—No es ya un extraño para nosotras. Tú misma decías anoche, además, que era maravilloso.

—Pero no es más que un norteamericano...

—Muy simpático, por cierto. Y que ha salvado la vida de la princesa y trata ahora de salvarla del aburrimiento. A lo menos, es un hombre simpático. Y además, si no hago un poco de ejercicio después de almorzar tanto, los leiderstienses van a creer que su futura gobernante es una jamona.

—Ríase usted de lo que piensen.

—El caso es hacer un poco de ejercicio—declaró Johnny.

—Usted tendrá que enseñarme — dijo Natica.

—Con mucho gusto. He practicado este deporte mucho tiempo.

—¿Aquí?

—En Darmouth. Pero el año pasado estuve en la China y el anterior en las islas del Mar del Sur.

—¿En las islas del Mar del Sur? ¿Y qué fué usted a hacer a esas tierras?

—A tostarme un poco y a odiarlas. Verdad es que son muy pintorescas, pero lo que a mí más me impresionó, fueron las arañas. Y la nieve. Me encantaba la nieve. Ya era para mí como una manía.

—Bueno, parece que ha corrido usted las siete partidas — exclamó la joven, y se fijó en él detenidamente. El americano era unos pocos años mayor que ella, pero tenía indeleble la marca de su juventud. Natica preguntó, de pronto:

—Me había usted de la China y en seguida del Mar del Sur. ¿Hay alguna parte dónde no haya usted estado?

—Johnny afirmó:

—Muy pocas y pienso si valdría la pena de conocerlas. Parece que yo nací con las botas de siete leguas. El viajar es para mí la delicia mayor de la vida. Mi padre era marino, marino mi abuelo y mi bisabuelo, pero estoy pensando que sería bueno que echara ya raíces en alguna parte. Será tal vez que ya me voy poniendo viejo.

—¿Y qué hace usted ahora en Leiderstein?

—Buscar impresiones.

—¿Y cree usted que las va a encontrar en Leiderstein?

—Por de pronto, ya experimenté una noche. Y en seguida, como rehuyendo la conversación que se había presentado, se corrigió—: En la actualidad la escena se presenta aquí dispuesta para el drama. El viejo príncipe puede morir de un momento a otro y hay en el pueblo un fuerte sentimiento republicano.

—¿Republicano? — repitió Natica, sorprendida—. Usted cree...

—Que por lo menos una buena parte de los poco leales súbditos de su Alteza el Príncipe, tienen la opinión de que les iría mejor con la República.

Se detuvo de nuevo.

—Fíjese usted en todas las pinturas y en todas las sociedades corales de la ciudad. El hombre que espera ser Presidente de Leiderstein tiene un talento que le hace casi inexpugnable. Estos leiderstseinses tienen como una cosa tan natural el cantar, como el comer y el dormir. Es su afición predilecta en el interior y en el exterior. Y el candidato a la Presidencia es el que tiene la voz de tenor más bonita de todos los conciudadanos. Todo lo que él necesita es tener buena voz para llevar adelante su campaña y pronunciar discursos inconsantemente.

Natica lo miró recelosa. ¿Estaba bromeando?

Johnny adivinó su pensamiento.

—En verdad, la pura verdad—aseveró firmemente—. Y no es esto todo. Además de ese sentimiento republicano, está el Principado de Ehrestein, que se esfuerza en alimentarlo. Ehrestein es el vecino más cercano y el más peligroso de Leiderstein. Es mucho mayor y desea ser más grande todavía. Esto puede conseguirlo absorbiendo a Leiderstein.

—¿Absorbiendo a Leiderstein? ¿Y pueden hacerlo?—preguntó Natica.

—Naturalmente, alentando los desórdenes cuando muera el Príncipe. La aristocracia no gozaría del favor de la República, caso de llegar ésta, y, en consecuencia, puede haber derramamiento de sangre.

—Pero aún en este caso, ¿qué tiene que hacer con esto Ehrestein?

—Ehrestein está dispuesto a ser el hermano mayor, listo para que sus tropas pasen la frontera y restablezcan el orden y apoderarse definitivamente del Principado, con el pretexto de tenerlo a raya.

—¡Oh! — suspiró Natica.— Y echó una mirada de angustia hacia su castillo. ¿Sería efectivamente su castillo?

—¿Cómo querría usted vivir allí? —preguntó Johnny.

Sus ojos asombrados se encontraron con los de él.

—No sé—contestó, confundida.

—Bueno — empezó a decir Johnny, y se detuvo de pronto.

Había impuesto silencio el sonido de una campana. Sus notas repercutieron por todo el valle. El miró la hora y declaró:

—No es una campana que dé la hora.— En seguida, la campanada se repitió.

Y siguió otra y otra. Natica miraba la expresión del semblante de Johnny. Presentía el drama en el aire. Su corazón latió cuando se encontró con la mirada del joven.

—El príncipe ha muerto. Doblan por él. ¿Cómo cree usted que le irá siendo princesa?

Natica se sobresaltó. ¡Cómo! ¿Usted sabía?...

Johnny sonrió. Lo adiviné en la estación, ayer. Y lo mismo que yo.

(Continúa en la pág. 70).

ESTAFETA

Despacha Mari-Sol

C. S. de C., Temuco. — Doy solamente sus iniciales, señora, por discreción obligatoria. Tiene toda la razón su amigo médico. Esos tintes son todos perjudiciales a la vista. Y hay, además, otra razón, de orden estético, que deben alejarla de esa forma de tintura. Cuando esta no se realiza en una buena peluquería, por personas muy expertas, se corre el riesgo de poseer al poco tiempo, una cabellera parecida a la estopa y en que se encuentren todos los colores del arco iris. Por lo tanto, señora, deje su pelo del color que la naturaleza se lo dió. Concordará con su tipo, tendrá una linda calidad, suave y brillante y será su mejor adorno. En cuanto a las canas, si el espíritu se conserva joven y la mujer aparece cuidada en extremo, pueden ser sencillamente un motivo más de gracia y seducción. Lucía le contesta por mi intermedio. Muchas gracias por sus felicitaciones.

MARIA VIOLETA, San Bernardo. —Para sus poros abiertos lo mejor es que use mañana y tarde alcohol alcanforado, limpiándose prolijamente la cara con un algodón bien empapado. En la noche deje el cutis descansar. En la mañana, luego de limpiarlo, se pone un poquito de cold-cream y después se pasa un trozo de hielo envuelto en un pañuelo fino. Se seca cuidadosamente y se empolva sin ponerse ningún afeite debajo. Es remedio magnífico, pero que requiere constancia. Contenta de que le haya gustado nuestra revista.

JUANA DE CONCEPCION.—Puede usted usar ese producto con toda confianza. Los baños de sol están indicados para su niñita; en su reemplazo tendrá usted que recurrir a la luz ultra-violeta. Gracias por sus palabras tan elogiosas.

GOLOSA. — Puede usted hacer las preguntas que desee. Justamente, nosotras no queremos sino eso: servir a nuestras lectoras y ser para ellas la mejor de las amigas en todo orden. Gracias por sus amables frases.

AURELIA C. DE CASTILLO, San Javier. — Señora, el primer número de "Familia" se agotó. De ahí que no haya usted recibido el que nos pidiera. En su reemplazo le mandamos el segundo y nuestras explicaciones. Puede usted estar segura que la revista cada día irá perfeccionándose en la tarea que se ha impuesto de ser útil a la mujer chilena. Muchas gracias por sus amables palabras y mis mejores saludos.

TRABAJADORA.— Próximamente daremos un modelo de traje tejido a palillos para complacer su pedido.

MADRE. — Póngalo inmediatamente bajo control médico. Esas erupciones tan persistentes pueden tener gravedad y no es prudente curarla con remedios caseros.

PREGUNTONA. — Tampoco nosotros sabemos quien es Bárbara. Cuando se anunció el primer número de la revista, nos llegó anónimamente un legajo de esas "Reflexiones color del tiempo". Nos parecieron llenas de gracia e interés y las dimos a luz. Han tenido muchó éxito. Quien las escribe ha seguido mandándonos otras, tan simpáticas como las primeras y hemos seguido publicándolas, para alegría de nuestros lectores. Pero no sabemos quién las envía. ¡Palabra!

UNA PORTEÑA. — Hay que recurrir a la pinza y al agua oxigenada doble. Use primero un algodón empapado en éter y téngalo un rato sobre el poro para producir cierta insensibilidad. Luego utilice la pinza, arrancando todos los pelos. Después ponga agua oxigenada, mañana y noche. Si aparecen nuevos vellos, sáquelos inmediatamente. Al cabo de un tiempo verá usted que su labio está libre de esa fealdad.

MARI-SOL.

NIÑO

Pedacito de carne rubia
con hebras de sol en el rostro.
Carrillos sonrosados como frutas,
pequeños pies inútiles, que adoro.

Cuerpecito encendido de besos,
manecitas con menudos hoyos,
átomo azul caído entre mis manos
y que bebo a besos sonoros.

Maravilla otorgada a mi vida,
única que colma mi asombro,
niño que crece entre mis brazos

como un astro frente a mi rostro...
¡No sabía que había en mis entrañas
sol, resplandor y oro!

MARIA MONVEL.

TALLA Y PESO DEL NIÑO

He aquí la talla y el peso que la criatura debe tener desde que nace hasta los tres años de edad:

Evolución de la talla

Al nacer	50 cms.
A los 4 meses	62 »
Al año	70 »
A los 2 años	80 »
A los 3 años	88 »

Evolución del peso

Al nacer	3 kgs.
A los 4 meses	6 »
A los 8 meses	8 »
Al año	9 »
A los 2 años	12 »
A los 3 años	13 »

Una madre cuidadosa debe hacer uso de los cuadros anteriores y descubrir a tiempo si la alimentación del niño es suficiente o no. Una diferencia de 50 gramos puede existir en una criatura sin que ello implique un mal. Lo mismo ha de decirse de la talla, ya que un niño puede ser perfectamente normal con una talla relativamente pequeña. La madre y el sentido de observación inteligentemente aplicados, deben ponerse en juego respecto al niño, su peso y su talla.

algunos otros. Por eso tuvo usted aquellas visitas la otra noche.

—¿Entonces, supone usted que ellos sabían que yo era la princesa?—preguntó.

—Lo sospechaban, pero afortunadamente tuve la suerte de quitárselo de la cabeza.

—Pero, ¿qué es lo que intentaban?

—Los republicanos más resueltos deseaban quitarla a usted de en medio. ¿No comprende?

—Comprendo. Pero, ¿cómo pudieron ellos adivinar?...

—Como adiviné yo. Tiene usted la nariz de su madre.

—¿La nariz de mi madre?—repitió atónita.

No hubo más explicaciones.

—Con seguridad, que ya la están buscando a usted. Será mejor que regresemos.

Efectivamente, ya la estaba esperando una comisión, como él había profetizado. En el momento de llegar, sacó su esponjita y se puso a echarse polvos. No le cabía duda de que la esperaban, porque en la plaza había visto un grupo de leidersteinses junto a la puerta de la posada del Pelicano, atraído, sin duda, por la presencia de un trineo de dos caballos, escoltado por cuatro coraceros montados, que lucían vistosos uniformes.

Todas las miradas se fijaron en Natica, que se sintió completamente cohibida. Uno de los coraceros se desmontó, con la intención de sacar a su Alteza los skies, pero Johnny se anticipó.

—Ya puede usted, permitirme que guarde estos skies siquiera como recuerdo suyo.

—¿Recuerdo, no? ¿Pera no me dijo usted que se iba del país? — preguntó ella.

—Por el momento, todavía no. Yo...

Le interrumpieron.

—Alteza—dijo una voz varonil.

Todo lo que pasó después, fué para Natica como un sueño.

Atravesó el umbral de la puerta de la posada "El Pelicano" y un grupo de señores se inclinaron respetuosos.

—Su Alteza Serenísima — anunció el enviado.

Todos besaron su mano, uno después de otro. Y en seguida, Natica subió a sus habitaciones para cambiarse de ropa.

—¡Oh, querida!, ¿no se lo decía yo? —fué el grito de Lili, al verla—. Todo va tal y cómo me lo predijo el oráculo.

Antes de que Natica pudiera contestar, golpearon a la puerta y entraron cuatro damas con sendas maletas. Hicieron una profunda reverencia, y besaron la mano de Natica.

—Sus camareras—explicó Lili.

Estas se incautaron de Natica como si fuera una muñeca. Trajes, medias, zapatos, sombreros, guantes. Un abrigo de marta. Todo negro. Y por último, un sombrerito Reina María.

—¡Horror! ¿Voy a tener que llevar ésto?—protestó Natica.

Las camareras, se sonrieron y pusieron el sombrero en los rubios cabellos de Su Alteza.

Quince minutos más tarde, Natica aparecía en los balcones de la casa de Gobierno y era proclamada regente de Leidersteín.

—El príncipe ha muerto, ¡Viva la princesa! Viva Su Alteza Serenísima, la Princesa Natica—gritó el Lord Gran Chamberlán.

Natica estaba presa de honda emoción. Se encontraba pequeña, inadecuada, en medio de aquella cohorte de dignatarios de Leidersteín. No fué de admirar entonces que al sonar la voz de las trompetas, la princesa emocionada sacara su esponjita y se pusiera polvos delante de la Corte.

"Siempre que estés en apuros, empólvate la nariz", dice un refrán. Y Natica lo puso en práctico en aquella ocasión, en que no sabía qué hacer ni qué pensar, en medio de toda aquella pompa cortesana.

Claro que no debería haberlo hecho. Johnny Lane, que estaba en la plaza en medio de la multitud, comprendió que no debía haberlo hecho, y que aquella falta de protocolo y de etiqueta caería en medio de los cortesanos como una bomba.

En realidad, el Lord Gran Chamberlán se quedó un momento perplejo como si una bomba hubiera caído a sus pies.

—Su Alteza Serenísima es muy americana — murmuró al oído de otros miembros del Gobierno de Leidersteín, que estaban presentes.

Después, cuando todos ellos estaban en las habitaciones del castillo charlando y tomando cerveza, se comentó la actitud de la princesa. Pero se le dió poca importancia. Lo esencial era que ya había sido proclamada y que estaba en su castillo.

—Es una desgracia que tengamos una princesa tan poco conocedora de la etiqueta cortesana—declaró el Lord Gran Chamberlán—, y mucho me temo que habrá de tardar en posesionarse de su papel, y ser una princesa como es debido.

El duque de Schann-Holtein apuró de un sólo trago su jarro de cerveza.

—Casi es de preferir una República a princesas por el estilo—criticó—. Una princesa que está practicando el ski cuando se va a notificarle su ascensión al trono, y que se empolva la nariz en medio de una ceremonia de proclamación. ¡Ya no hay más que ver!

Su Alteza, que todavía estaba muy lejos de ser Serenísima, se hallaba en esos momentos en sus habitaciones. Había sido llevada al Castillo en el trineo, escoltado por los cuatro coraceros, de manera que todo el mundo pudiera ver bien a su princesa.

—Me encuentro como pollo en corral ajeno—decía Natica a Lili.

No era eso, según Lili, lo que en esos momentos debería decir una princesa.

Pero Natica no se sentía princesa todavía y no estaba segura de que los leidersteinses la reconocieran y aceptaran como tal.

El castillo, que a primera vista le había parecido el palacio encantado de algún cuento de hadas, le parecía más bien ahora un sitio en que los ogros se comen a las niñitas. Un lugar melancólico, lleno de obscuridades y de sombras.

Hasta sus mismas habitaciones le parecían tristes. Las paredes eran enormemente altas, los muebles antiguos y todos de color negro o ennegrecidos por el tiempo. Hubiera deseado ardientemente poder regresar en el acto a su casa de Boston y casi se prometía hacerlo. Afligida, rompió casi a llorar, pero no lloró porque detestaba las lágrimas.

—Bueno, ¿qué tipo de princesa hago yo?—preguntó de pronto a Lili.

Lili, que la acababa de sacar los zapatos, le hacía masaje en los dedos, suavemente.

—Un tipo de princesa absolutamente perfecto—contestó Lili.

—Yo creo que en el fondo no lo haría del todo mal. Pero no sé si yo aguantaré a mis buenos súbditos o si éstos me aguantarán a mí.

Hasta cierto punto, estas palabras eran proféticas. Los primeros días fueron de enorme tensión nerviosa. El príncipe muerto, yacía en la catedral, a pocos pasos del Palacio. Natica tenía que aparentar un sentido dolor por una persona a quien ni siquiera había conocido, cuyo cadáver yacía entre cuatro cirios en la capilla, velado por cuatro militares con uniforme de gala, los que se turnaban constantemente en sus funciones.

—Su Alteza Serenísima, tendrá que acudir a la capilla y arrodillarse junto al féretro y rezar—le dijo el Lord Gran Chamberlán.

Natica fué a la capilla, se arrodilló, pero en vez de rezar, había murmurado entre dientes:

—Esto sí que está bueno. Me hacen venir a rezar, ahora cuando me estoy cayendo de sueño y no veo las horas de acostarme.

Pero el Gran Chamberlán no oía el rezo singular de la princesa y a lo menos por este rezo y los funerales a los que quiso asistir personalmente, Natica se captó las voluntades de los palaciegos.

—El ser princesa y conducirse como tal, no es una cosa muy difícil—decía luego Natica a Lili, en la intimidad de sus habitaciones.— Que le besen a una la mano y le hagan continuas reverencias, tampoco está mal. Lo que a mí me subleva, es eso de que estén continuamente con los ojos puestos en una y que no tengan libertad de hacer la cosa más insignificante. Una princesa, — había descubierto Natica — no tiene más libertad que la que tiene un pez dentro de la pecera.

Las camareras eran las que más le molestaban. No la entendían ni ella podía hablar su lengua.

—Hágame el favor de decirles, Lili, que me revientan, que se vayan de una vez y que me dejen en paz, que no necesito nada.

Lili hacía esfuerzos por transmitir a las camareras las palabras de Natica, sin dejar de complacer a ésta, pero sin ofender ni disgustar a aquéllas.

—¡Cielo santo!—exclamaba Natica.—¿Será posible que no me dejen siquiera libertad para ponerme polvos cuando me dé la gana? Me miran cuando lo hago así, como si estuviera comiendo un pedazo de pan que les quitara a ellas de la boca.

—No es eso— explicaba Lili—. Es que en los cortes europeas, según me dicen ellas que le diga a usted, no está bien visto que una princesa se empolve; no se usan los cosméticos.

—¿Cómo? — protestaba Natica—. Pues, diles que yo me pondré polvos siempre que lo tenga por conveniente y que si no se usa, me importa un rábano.

Lili no sabía cómo expresar estas enérgicas ideas en alemán.

Y Natica proseguía:

—Yo no tengo que ver con las costumbres de las Cortes europeas. Yo uso pijamas para acostarme y no me pondré nunca esos camisones que quieren que me ponga.

—Ellas dicen que eso constituye un escándalo—afirmaba Lili.

—Bueno, pues diles que van a tener que escandalizarse para rato, y que si no quieren que la gente se escandalice, que no lo digan.

Y la princesa se durmió, satisfecha de haberse acostado con su pijama, a pesar de que las camareras de pa-

lacio pensaban que aquello no era protocolar.

Cuando despertó por la mañana, esperaban en su habitación cuatro damas de palacio. Una llevaba una gran palangana, otra una esponja, otra una toalla y una cuarta una bandeja con un gran frasco de Colonia.

Las damas dejaron el lavatorio en el suelo, y quieras o no quieras, dieron a la princesa un baño de esponja, la secaron y la perfumaron. Entraron después las camareras y procedieron a vestir a la princesa, a peinarla y servirle en seguida el desayuno.

Así empezó a transcurrir su vida, en medio de esta monotonía sempiterna. Al parecer, no podía dar un paso, ni decir algo sin que faltara a la etiqueta. Comenzó entonces a prestar más cuidado a las exterioridades. Llegó así a someterse a los reglamentos y dejó ya tranquilamente que las camareras de palacio la vistieran y la desnudaran, la bañaran y la peinaran, se dejaba en una palabra tratar como una muñeca.

Tal vez Johnny Lane la habría criticado por esto. Este parecía haberse desvanecido y se sintió sin su compañía curiosamente sola. Llegó hasta el punto de preguntarse si no había visto en los ojos de aquel americano algo que debiera haber sido para ella más valioso que su corona, su castillo, su servidumbre y su Principado. Pero, ¿por qué no había tratado de volver a verla? No estaba siquiera segura de que se hubiera quedado en Leiderstein; probablemente, se había marchado.

Llegó el Lord Gran Chamberlán, quien podría haberle dicho a la princesa que un joven alto, rubio, extranjero, había venido todas las mañanas a verla, pero que se había encontrado con la insistente negativa de los funcionarios de palacio.

Pasó enero y febrero, llegó marzo y cada día progresaba notablemente la educación de la princesa.

—Su Alteza aprende rápidamente— aseguraba la primera camarera de palacio al Gran Chamberlán, que escuchaba la noticia complacido—. Ahora es dócil y se preocupa más de lo que se pueda decir y pensar de ella.

Natica había trazado su plan. Frecuentemente se sentaba al balcón, pensando en su situación de princesa. La nieve brillaba todavía en los altos picachos de las montañas. El sol de abril empezó su deshielo. Poco a poco, pero inequívocamente, la primavera empezó a hacerse sentir en el ambiente. Y en las venas de Natica también.

Llevaba ya tres meses en Leiderstein. Pero tenía todavía que aprender algo que no sabía. El castillo que ahora conocía, no le parecía ya un mausoleo; le parecía más bien un museo de curiosidades.

De repente, se volvió a mirar un hombre que atravesaba la plazoleta, delante del palacio.

—Lili, Lili — exclamó—. Le he visto. ¡Si era él! Se acabó eso de hacer siempre lo que quieren que haga. En adelante, voy a demostrarles que la princesa soy yo y no ellos.

Pensaba, indudablemente, en el Lord Gran Chamberlán y en el duque de Schann-Holstein.

Lili se quedó mirándola espantada.

—¿Y quién duda de que la princesa es usted?

—Claro está — aseguró resueltamente Natica—. ¡Yo soy! Ellos me llaman Su Alteza y me hacen reverencias y me besan la mano, y me dejan divertirme con lo que yo pueda divertirme sola, y en cambio ellos salen y hacen lo que les viene bien.

—Pero ellos conocen muy bien el país— le insinuó Lili—. Y además, usted es muy joven y no tiene experiencia.

—Ni la tendré nunca, mientras esté metida aquí entre cuatro paredes—replicó Natica.

Se detuvo. La Camarera Mayor de palacio entraba a las habitaciones de la princesa. Natica la miró y en el acto cambió la expresión de su semblante. La tristeza se reflejaba ahora en él.

—Dice que es hora de dar lección de alemán—tradujo Lili.

Natica sonrió dulcemente.

—Bueno, pues contéstale que Su Alteza no tiene ganas de que la molesten ahora con clases de alemán. Y haz el favor de llamar inmediatamente al Lord Gran Chamberlán.

Así lo hizo Lili. Natica no quiso esperar a que Lili le tradujera lo que la Camarera Mayor estaba diciendo. Pero le pareció que era una protesta.

—Dile — ordenó imperiosamente—, que si no obedece en el acto, la echo a patadas. Y eso mismo vas a decir al Gran Chamberlán, que si no viene inmediatamente, lo destituyo.

—Pero, Natica. . .—arguyó Lili.

—Vete y haz lo que te he ordenado o te destituyo a ti también.

Lili salió corriendo a cumplir las órdenes de Natica. La Camarera Mayor se retiró, haciendo una serie de reverencias a cual más profundas y dejando a Lili casi anegada en lágrimas.

—¡Oh, querida Nati! — sollozó—. ¿Qué es lo que pasa?

—No me pasa nada — afirmó Natica—. Lo único que me pasa, es que he decidido ser quien soy.

—Pero, querida, aquí no puede usted hacer lo que quiera. Usted es la princesa.

—Me sorprende. Y eso es lo que voy a ver en el acto. Consultó su relojpulsera y agregó—: Si el Lord Chamberlán no está aquí dentro de un minuto, puede mañana pasar a recibir su desahucio...

(Continuará en el próximo número)

EL FINAL DE LA LUNA DE MIEL

(Continuación de la pág. 7)

El auto dió la vuelta a un pequeño cerro, y la luna se les apareció en todo su esplendor plateado.

—Esta—dijo Eurke—, es la luna de miel. Nuestra luna de miel.

—Burke, tú dices cosas tan lindas; pero. . .—y un escalofrío la hizo acercarse a él—, esta luna va a desaparecer. ¿Crees que la nuestra desaparecerá también?

En vez de contestarle, la besó.

Llegando al restaurante de las "Dunas" dejaron su auto guardado y fueron a juntarse con la gente que los esperaba a comer. Estaban Audrey, Phil Pesterre con su linda mujer Jessmente vestida. Freddy Davenport, que se había casado con una bailarina famosa, y que se pasaba la vida celándola. La pareja de los Parker y Donna Moreno, acompañada de un joven alto, y un poco cancón. Fern sabía que iba a encontrar a toda esta gente, pero no tenía idea que Donna venía también. La miró con un poco de envidia. Donna era maravillosamente bella. Fern pensó que era una dicha ser tan linda. Parecía que fuera la mujer más linda del mundo. Su pelo era como una perla negra, que se erguía gloriosamente por encima del traje de crepe blanco. Fern se acordó de las palabras de un poeta: "Camina como la noche, rodeada de belleza".

Les sirvieron cocktails y en seguida, pasaron al comedor.

—¡Qué lindo! — susurró Fern a Burke—, estas decoraciones me hacen pensar en La Habana.

—Algún día iremos allá — le contestó él, mirándola con ternura.

La voz de Mrs. Pesterre, dijo:

—Fern, querida, haz el favor de sentarte aquí; ¿O aun insistes en estar al lado de tu marido? Yo encuentro que te falta civilización, pero, tomando en cuenta que todavía estás en tu luna de miel, te daré gusto.

—La luna de miel termina cuando, al llorar la esposa, el marido dice:

—¿Qué demonios le está pasando ahora? En vez de: "¿Qué te pasa, angel mío?", dijo Audrey, con su voz calmada e irónica.

Todos se rieron. La bailarina dijo:

—La luna de miel termina cuando la mujer ansía quedarse sola una hora, para arreglarse la cara y el pelo.

Mrs. Pesterre, dijo:

—El caso es que de un modo u de otro, la luna de miel termina siempre.

Fern exprimió su tajadita de limón encima del caviar, y se sonrió. ¿Qué sabían todos ellos de esto? El olor de las gardenias que había prendido en el hombro era como un incienso para ella. La orquesta empezó a tocar una canción preciosa, y Burke la sacó a bailar. Se acordó que él le había dicho durante un baile, por vez primera, que la quería; en seguida, había dicho: "En mi vida, volveré a bailar con nadie más que contigo". Después de tantos meses, el recuerdo de aquel baile la hizo estremecerse. El le susurró, por encima de su cabeza: "¿Te acuerdas?" La orquesta empezó a tocar una rumba desenfrenada. Fern tropezó.

—Odio estos bailes—dijo Burke—. Me vas a tener que perdonar, corazón, pero no puedo bailarlo.

—Yo también soy bien mala para bailarlos.

En la mesa, el joven sentado a su derecha, le empezó a conversar. Era él, que había venido con Donna. Muy atento y simpático, le contó a Fern que su mujer, quien se había quedado en Nueva York y que la admiraba mucho en sus películas, estaría muy contenta al saber que él la había conocido.

—Su esposo, ¿es director? ¿No es verdad?—le preguntó al último.

Ella, feliz al poder hablar de Burke, se puso a contarle cómo de un simple cortador de películas había subido, por su propio esfuerzo, a ser uno de los directores más cotizados en la actualidad. El le siguió haciendo preguntas sobre las películas y, a pesar de que la orquesta empezó a tocar su melodía predilecta, Fern no pudo dejar de contestarle. El joven le preguntó si querría bailar con él, y, al tiempo que ella le iba a contestar que lo sentía mucho, pero que ella no bailaba más que con su marido, sintió un ruido de sillas a su lado, y dándose vuelta vió que Burke se paraba de su asiento y seguía a Donna a la pista de baile. A Fern le faltó el aliento, y la sangre se le agolpó en

las sienes. Quiso gritar su desesperación; no podía creer lo que estaba viendo. Con un esfuerzo sobrehumano se tranquilizó, y le dijo al joven, a su lado:

—¡Me encantaría bailar con usted! El joven bailaba muy bien—en realidad, mucho mejor que Burke. Ella trataba de no mirar a Burke en ningún momento — pero, sin embargo, todo el tiempo tenía presente la pareja que formaba él con Donna.

Su compañero, le dijo:

—Este es un tango; me va a tener que disculpar, pero no lo bailo muy bien.

"Gracias a Dios"—pensó ella; le contestó:

—Yo tampoco lo bailo; así que si quiere, vamos a tomarnos nuestro café.

Volviendo al comedor, se encontró con Audrey, que salía de la sala de juego. Se miraron, y la platinada cabecita se volvió hacia las parejas que estaban bailando.

—Veo—le dijo a Fern, cuando se juntaron—que la luna de miel terminó.

Fern no le pudo contestar nada, pero le vinieron unas ganas locas de agarrar a Audrey de la garganta y apretarla hasta que se asfixiara.

El tango estaba en su apogeo. Fern pensó que Burke ya vendría de vuelta, puesto que no le gustaba bailarlo, y tampoco sabía bailarlo bien. Se volvió para mirarlo, y vió que estaba bailando de nuevo con Donna. Ella se estaba riendo con un encanto y una gracia que le eran muy propias.

Todas estas cosas eran pequeñeces. Pero le estaban robando su amor, lo más bello que tenía ella en la vida. Sintió que estaba a punto de llorar.

—Dios mío—pensó—, ayúdame; no vaya a hacer una tontera aquí, delante de todos; ayúdame a reprimirme y no decirle nada cuando vuelva.

De vuelta en el hotel, Burke prendió las luces en el saloncito. El fuego en la chimenea estaba ya por apagarse. Bostezó, estirándose, y dijo:

—No me acuerdo haber tenido tanto sueño desde que nací. Acostémonos, preciosa.

Pero Fern ya estaba en el dormitorio, y se había acostado cuando él entró, después de cerrar las puertas y apagar las luces. Empezó a conversar, sacándose la corbata:

—¡Qué muchacha tan simpática: Donna! Me encantaría dirigirla en una de sus películas. Creo que podría hacer algo distinto con ella.— Entró a la pieza de baño y le gritó desde allí—: Freddy se ganó mil cuatrocientos dólares.

Se acostó y apagó las luces. Fern sintió su brazo alrededor de ella, pero no se movió. El quiso atraerla a su lado, pero no pudo. La soltó, y después de un corto silencio, dijo:

—Te siento tan lejana, querida...

Ella no contestó. El silencio que siguió ahora, duró más rato. En seguida, Burke prendió la luz, y afirmándose en el codo la miró. Ella se fijó que sus ojos se angostaron y se pusieron duros. Pensó: "¿Qué cara tendré para que la de él haya cambiado tanto al verme?"

Muy despacio, Burke, dijo:

—¿Qué pasa, Fern?

—La luna de miel ha terminado—y se asustó ella misma de la amargura que sentía en su voz.

El alcanzó su cigarrera y, prendiendo un cigarrillo, se bajó de la cama. Sentándose en la orilla del cae la miró:

—¿Por qué me dices estas cosas?—le dijo.

—¿Acaso, no sabes?

—No.

—Ya lo creo que sí lo sabes — le dijo—. La luna de miel termina cuando un hombre le ha dicho a su mujer que no volverá a bailar nunca más con ninguna otra, porque le sería imposible hacerlo, porque por primera vez se quisieron bailando, se olvida de todo esto y baila con otra mujer. La luna de miel termina cuando dice que no puede ver el tango, cuando eso se lo dice a su esposa, y en seguida va y lo baila con otra.

Las lágrimas que habían querido derramarse, habían pasado. En vez de aliviarla, estaban ahora en su sangre, envenenándola y amargándole el corazón.

—Audrey tenía razón—siguió, después de un rato—. He sido una tonta al creer que podía conservar mi felicidad. Ahora seremos tal como todos los demás. Todo lo lindo de nuestra vida se ha ido. Todas las pequeñas cosas que hacen dichosa a la mujer, se han acabado. Te olvidarás de mandarme flores, te olvidarás de todo lo que nos es querido. Todas las lunas de miel terminan. La nuestra, terminó también...

De repente se calló. Nunca antes le había tocado ver enojarse a Burke. Parecía que se había envejecido. Su cara cambió.

—Claro—dijo él—. Claro que todas las lunas de miel terminan, pequeña idiota.

—¡Burke!... —gritó Fern.

Parecía que con esto terminaba no sólo la luna de miel, sino que su vida, su amor, todo. Se estaban odiando los dos.

—¿Tú creías que ésto podía seguir para siempre?—dijo él, furioso—. Claro que tiene que terminar. ¿Y qué hay de terrible en ello? Pobre, pequeña necia, esto es cuando empieza el verdadero amor, el matrimonio; si es que comprendes lo que quiero decir. ¿Así que tú creías que el matrimonio era eso — flores, sobrenombres, aniversarios, cariños? ¿Creías que el fuego de la pasión de los primeros días iba a seguir para siempre? ¿Acaso no te das cuenta que si así fuera, la gente no podría existir?

Le tomó la mano y, bruscamente, la hizo sentarse. Sus dedos le hacían daño, pero más daño le hacían sus ojos.

—Tú me perteneces—le dijo—, tú eres algo mío. Cuando todo va mal y el mundo es pura desilusión, aun así eres mía. Sí, la luna de miel terminó, pues no es más que una pura broma pasajera. ¿Por qué ha de ser malo y triste lo que va a venir en seguida? ¿Por qué no puede crecer y pasar a ser algo grande y bello? Tiene que terminar la luna de miel; ahora somos a tal extremo uno solo, que no necesito siquiera pensar en ti, pues te llevo en mi corazón eternamente, eres parte de mi vida, parte del aire que respiro. Porque, ¿crees tú que me casé contigo?— Le soltó la mano y ella se cayó sobre los almohadones.

—Me casé contigo porque te necesitaba, para que fueras mi consuelo y mi ayuda; para que fuéramos tan unidos, que no tuviéramos que pensar en mis modales, en lo que podía y no podía decir. Te necesitaba para que me dieras valor cuando el vivir se hacía demasiado pesado, porque quería una persona que al saber mis defectos y mis cualidades, siempre siguiera amándome. ¿Para qué quiere amor un hombre, cuando este amor no le ayuda en los ratos en que más lo necesita? Claro que bailé con Donna. ¿Por qué no había de hacerlo? Ella me pidió. Está acostumbrada a que la gente le tenga un poco de distancia, por su belleza y su fama. En realidad, ella es sumamente sencilla y amable; me dijo: "Me gustaría mucho bailar, si usted quisiera sacarme". Además, yo tenía ganas de bailar con ella. Hace dos años atrás yo era cortador de cintas en las películas en que trabajaba ella. ¿Cómo no me iba a gustar poder bailar con ella ahora? Cuando empezaron a tocar el tango, le dije lo mismo que te había dicho a ti. Ella se rió y dijo que no le importaba que no supiera bailarlo, que hiciéramos la prueba y que ella iba a enseñarme. Y tú, que eres mi mujer, que eres parte de mi ser, me haces contarte estas cosas. Debías darte cuenta de todo esto, sin necesidad que yo te lo diga. ¡Romanticismo! Tal vez yo no lo entiendo. Pero, ¿sabes tú qué es lo más bello y lo más romántico en el mundo? El verdadero amor. ¿Y qué es lo más bello en el amor? Acaso lo sabes tú, que estás lloriqueando por una tontería? Lo más bello del amor es la fe. Y la fe no significa el saber que tu marido no piensa en otra mujer, sino estar segura, de que durante cada momento del día te quiere. Qué importa lo que hago, lo que digo, de lo que me acuerdo o lo que me olvido, si siempre te quiero. ¿Qué más puedes pedir? Claro que yo puedo acordarme de todas las pequeñeces si me empeño en ello, pero, ¿qué provecho sacarás tú de ello? Eso no te va a dar la alegría y la dicha que te dará el saber que siempre y en todas partes, por mal o por bien, te tengo en mi corazón y te quiero.

Se arrodilló al lado de la cama y colocó su cabeza en el hombro de ella.

—Estoy confiando aun en tu gran amor y en tu perdón. Tú tienes el mío. Todas las mujeres son necias. ¡Ah, esposa mía!, ¿acaso no te das cuenta lo que es en realidad el amor?

La besó, y acostándose apagó la luz. En la obscuridad la tomó en sus brazos y la ternura de él la hizo acordar del tiempo en que, cuando era niñita chica, su madre la tomaba en brazos. Pensó, fugazmente, acaso todo gran amor tenía en sí, como base, el amor maternal.

Pero la voz de Burke era severa cuando le volvió a hablar:

—El final de algo, puede ser, o la muerte, o bien el nacimiento de algo nuevo. Así, nuestra luna de miel llegó a su fin.

—Lo sé—le contestó su mujer—. Y me alegro de ello. Lo único que quiero es ser tu mujer para siempre...

La luna plateada iba desapareciendo. Pero, cuánto más cerca se siente uno a la persona querida, en la obscuridad, que en la luz de la luna...

MUCHO OJO CON LAS MUJERES
(Continuación de la pág. 9)

sentará por última vez en el Loro Azul el viernes en la noche y partirá rumbo a Florida al día siguiente.

Nueva York, diciembre 1, 1934.

Mr. Thomas Wakeford,
Fábrica de Muebles Wakeford.
Chicago.

Querido papá:

Le he escrito estas líneas para de-

cirle que me va muy bien. He aceptado una oferta que me obliga a viajar mucho. Esto es muy sensible en vista que había formado un círculo de amigos sumamente agradable. Pero Ud. sabe lo que son los negocios... Tomo el tren esta noche. He estado bastante ocupado últimamente, pero esto no me ha impedido realizar esta mañana una pequeña transacción financiera que me ha significado una ganancia bastante apreciable.

Luego recibirá más noticias de su hijo affmo. — David.

TELEGRAMA

Q. L. 8664 New York N. Y. 605 P.
Thomas Wakeford.
Perkins Road.
Lake Forest.

"Sujeto tomó tren a Miami 6 P. M. después empeñar reloj, colleras, tres trajes, dos abrigos, máquina fotográfica, trofeo, copas, etc., diéronle ciento cincuenta dólares. Giró últimos cinco dólares del Banco esta mañana. Va carro dormitorio treinta y siete cama abajo seis. Corina Gray tomó mismo tren coche dormitorio cuarenta y uno, abajo once. No se han visto todavía. Diga si desea que nuestra oficina Miami siga con caso. Telegrafíe contestación mi casa 346 avenida Galveston Brooklyn. — Michael Kelly.

TELEGRAMA

A. B. 332 Lake Forest 168 P.
Michael Kelly,
346 Galveston Av.
Brooklyn.

Que su oficina Miami siga su caso. —Thomas Wakeford.

Miami Beach, Florida.

Mr. Thomas Wakeford,
Fábrica de Muebles Wakeford,
Chicago.

Querido Papá:

He escrito estas cuatro palabras para comunicarle que estoy bien. Decidí venir por acá a fin de poder descansar un poco y gozar de aire puro y sol, pero apenas llegué me vi envuelto en un negocio de propiedades.

Esto, posiblemente, me obligará a quedarme aquí algún tiempo más, lo que no me desagradaría del todo.

La naturaleza misma de mi ocupación me deja bastante tiempo libre, el que yo aprovecho paseándome en la playa.

¿No me envidia Ud? — Su hijo affmo. — David.

Servicio de Detectives Pangborn.

Miami, Florida, Dic. 3-34.

Mr. Thomas Wakeford,
Fábrica de Muebles Wakeford,
Chicago.

Estimado Mr. Wakeford:

El caso N.o 2466 ha sido traspasado a esta oficina. Su hijo llegó a Miami esta mañana y está alojado en el Hotel Riordan.

Esta mañana a las diez se fué a la playa y solicitó el puesto de salvavidas en el Ocean Terrace Hotel.

Pasó el examen físico y la prueba de natación y fué contratado con un sueldo de 22.50 dólares semanales, haciéndose cargo inmediatamente de su puesto.

He designado a Mr. Lavery para que se haga cargo del caso aquí y ya se ha hecho socio del Ocean Terrace Cabaret Club (cuota 75 dólares anuales) para poder así observar mejor al sujeto.

Mr. Lavery ha dado cuenta que Corina Gray la artista de cabaret de Nueva York a que ha hecho referencias en sus informes Mr. Kelly, ha sido contratada para bailes en la sala de cenar del Ocean Terrace, y está alojada en el mismo Hotel. Mr. Lavery estará muy alerta e informará a Ud. directamente en caso de formarse algunas intimidad entre su hijo y Corina Gray.

De todos modos, recibirá Ud. con toda regularidad el informe semanal.

Saluda a Ud. atte.— **Frank Dorien,** Gerente Sucursal Miami.

Miami Beach, Florida, Dic. 3-934.

Mr. Harrey Brison.
New York Daily Chronicle.
New York.

Estimado Harry:

Creo que estoy viendo apariciones o algo muy parecido. Recordarás que te hablé de aquel muchacho buen mozo que se sentaba todas las noches, solo en una mesa en el cabaret el Loro Azul, mirándome con ojos soñadores, pues él, o su hermano gemelo está aquí disfrazado de salvavidas y empleado en el Ocean Terrace.

Todo esto me parece muy raro. Que alguien que puede asistir noche a noche al Loro Azul se emplee aquí para ganar $ 22.50 dólares por semana es algo que no entiendo.

Su cara no me es desconocida, pero no recuerdo donde la he visto anteriormente.

Esta mañana logré sacarle una instantánea; hice rápidamente desarrollar la película y bajo este sobre te envío la negativa. Se llama David Wakeford. Busca en la morgue de tu diario por si hubiera algún antecedente suyo. Si encuentras algo que pudiera interesar al cuerpo de gendarmes de la localidad, avísamelo. De lo contrario... también quisiera saber quien es.

Este es un dato al oído para ti, Harry. Este joven ha despertado mi interés con el ardid bastante sencillo de no haberme dirigido nunca la palabra.

Estoy pensando en abandonar el baile a fines de la temporada. Ya me tiene muy aburrida y pienso retirarme pronto a la vida privada. — Tuya affma. — Corina Gray.

P. D.—Por favor... por favor no escribas nada en tu diarucho sobre lo que te cuento en esta carta. — C. G.

New York Daily Chronicle.

Diciembre 5, 1934.

Miss Corina Gray.
Ocean Terrace Hotel.
Miami Beach, Florida.

Estimada Corina:

Si cualquier desgraciado logra voltearte con el ardid tan primitivo de no hablar, debes estar muy enamorada de Harpo Marx.

Tu postdata me ha causado muchos dolores de cabeza, pues tu silencioso admirador ha resultado ser nada menos que el hijo del viejo Thomas Wakeford, rey del mueble; Chicago es el hogar del jovenzuelo y Princeton su colegio.

No me extraña que su cara no te parezca desconocida, pues Wakeford formó parte del equipo de natación enviado por el Tio Sam a las últimas olimpiadas y, además, acaba de regresar de una jira por Europa, junto con un grupo de nadadores universitarios; todo lo cual le ha merecido mas de un retrato publicado en los principales diarios.

Por ahora, no diré nada sobre el asunto. Pero apenas puedas, avísamelo para publicarlo. ¡Anda y atrápalo vivo, chiquilla! Que es algo especial... Pero, por favor, déjame a mí el cuento para mi diarucho como lo llamas.

Ojalá que no nos abandones todavía. Necesitamos muchas chicas como tú. Y me imagino que apenas le eches el lazo al joven se retirarán a gozar de la vida privada en Lake Shore Drive.

Te deseo muy buena suerte y no olvides que tengo la primera hipoteca del cuento...

Tuyo siempre. — Harry Brison.

Servicio de Detectives Pangborn,
Miami, Florida.

INFORME

Diciembre 8 de 1934.

Caso N.o 2466.
Fecha: Dic. 3-8 1934.
Asunto: David Wakeford.
Informar a: Mr. Thomas Wakeford, Fca. de Muebles Wakeford, Chicago.

General

Las horas de trabajo del sujeto son de 9.30 A. M. a 5.30 P. M. todos los días, menos los domingos que tiene libre. Corina Gray pasa gran parte del día en la playa. El lunes la vi retratándolo mientras el sujeto no estaba mirando.

Cuando el sujeto creía que Corina Gray no lo estaba observando, la favorecía con miradas muy tiernas. Ella pretendía no darse cuenta de nada, pero apenas el sujeto viraba para otro lado, ella a su vez se dedicaba a darle la doble O.

Así, sin mayor novedad, siguió el asunto durante varios días, pero el viernes sucedió algo inesperado. Corina Gray se alejó nadando de la playa, cuando, de repente, empieza a ahogarse, precisamente frente adonde estaba estacionado el sujeto. Este entra de un brinco al agua, y, veloz como Johnny Weismuller, nada en dirección a Corina Gray, la alcanza y la trae a remolque hasta la playa, pero no sin haberle conectado previamente un recio golpe en el mentón. El golpe se lo pegó en tal forma, que Corina Gray perdió instantáneamente el conocimiento. Después que el sujeto la hubo arrastrado hasta la playa, empezó a hacerle lo que según entiendo se llama respiración artificial.

Al poco rato Corina Gray volvió en sí y después de sacudir unas cuantas veces la cabeza como para espantar los pajaritos, que le estaban cantando al oído, increpó duramente al sujeto diciéndole que no le gustaba nada su modo de proceder en estos casos. El sujeto protestó diciéndole que el cumplía con su deber en la forma que creía más conveniente. Pero estas explicaciones no fueron del agrado de Corina Gray y ella siguió indignada. A mí me parece que Corina Gray, siendo como es una excelente nadadora, no pensó en ahogarse, pero gritó pidiendo auxilio únicamente como una treta para entrar en relaciones con el sujeto. Era evidente por la forma en que ahora se expresaba que no contaba con que

el sujeto iba presentársele colocándole un puñetazo en el mentón. El sujeto siguió con sus explicaciones diciéndole que tenía costumbre de atontar a las damas únicamente cuando parecía que ellas le iban a arrastrar al fondo con la intención de llevarlo a saludar al viejo Neptuno. Pero todo lo que dijo fué para peor. Corina Gray no aceptó sus explicaciones y se retiró aún furiosa sobándose la cara.

Pero hoy se acercó al sujeto estando en la playa y le pidió que la disculpara por haberlo llamado "pedazo de bruto". Pasaron gran parte del día juntos y esta noche, después de la última presentación de Corina Gray, se fueron juntos al Continental Club donde están mientras escribo la presente.

TELEGRAMA

De Chicago N.o 10 947 A. R.
Frank Dorien.
Servicio Detectives Pangborn,
Miami, Florida.

Consiga que su empleado Laverry consiga rompimiento amistad mi hijo con Corina Gray inmediatamente. Es evidente ella descubrió su identidad y está decidida a sacarle lo que pueda. — **Thomas Wakeford.**

TELEGRAMA

De Miami Ha. N.o 1404 A.
Andrew Pangborn.
Servicio Detectives Pangborn.
New York.
"Diga si puedo imputar algo a Corina Gray caso 2466. — **Frank Dorien**".

TELEGRAMA

De New York N.o 238 P.
Frank Dorien.
Servicio Detectives Pangborn.
Miami Ha.
"Antecedentes Corina Gray buenos, imposible tacharla de aquí.—**Michael Kelly**".

Servicio de Detectives Pangborn.

Miami, Florida, Dic. 12 1934.
Mr. Thomas Wakeford.
Fábrica de Muebles Wakeford.

Chicago.

Estimado Mr. Wakeford:

Nos ha sido imposible descubrir en la vida de Corina Gray algún antecedente dudoso que pudiera dar a su hijo motivos de reflexión. A pesar de que, por haberme ocupado anteriormente de casos similares, estimo que su hijo, en su estado actual no se dejaría impresionar por nada.

Sin embargo hemos descubierto que Corina Gray no cree que su hijo sea un pobre salvavidas de profesión y hemos conseguido que dos telefonistas del Ocean Terrace intercepten todas sus conversaciones telefónicas.

Anoche ella recibió un llamado telefónico de Pittsburgh, aparentemente de su padre, pues ella lo llamaba "papá". El padre parecía haber oído algo acerca del romance entre su hija y el sujeto, y era evidente por la forma en que se expresaba que él, a lo menos, le había puesto el ojo a algo más suculento que un simple salvavidas. Pero ella luego le informó acerca de la verdadera identidad del sujeto de lo que el padre se impuso con verdadero placer, preguntándole a renglón seguido cuando pensaba abandonar los cabarets. Ella le contestó entonces que muy luego, si las cosas resultaban como ella deseaba. El resto de la conversación fué de carácter personal y privado, como ser, "como esta mama", etc.

Creyendo yo que si su hijo perdía su ocupación actual el hecho ayudaría poderosamente al rompimiento de las relaciones entre los jóvenes, reclamé hoy violentamente, en mi calidad de socio del Ocean Terrace, en contra de su hijo, acusándolo de insolencia, incompetencia, etc., y consiguiendo que lo despidieran.

Desgraciadamente su hijo inmediatamente le contó a Corina Gray lo sucedido, y ella no solamente consiguió que lo volvieran a tomar, sino que obtuvo mi expulsión del Club, acusándome de haberme pillado mirando por el agujero de la llave de su cabaña.

Esto, naturalmente, no es cierto, pero espero, de todos modos que no llegará a oídos de mi esposa.

El polololeo de su hijo con Corina Gray progresa a pasos agigantados, pues pasan el día entero juntos en la playa. De noche, su hijo ocupa una mesa en el salón de cenar del Ocean Terrace y ella, cuando no está bailando se junta con él. Al Hotel no le había gustado la idea que un simple salvavidas se sentara en el salón de cenar pero parece que Corina Gray tiene más autoridad que el mismo gerente.

La situación ha llegado a tal extremo que yo le recomiendo a Ud. que trate de sobornarla ofreciéndole una suma demasiado alta. A mi me parece que su hijo no creería absolutamente nada de lo que se dijese en contra de Corina Gray, pero, en cambio, si ella se retira tranquilamente con un cheque metido en la media, tendría forzosamente que creerlo todo de ella.

Saluda atentamente a Ud.— **Albert Laverry.**

Miss Corina Gray.
Ocean Terrace Hotel.
Miami, Beach, Florida.

Estimada Miss Gray:

Ha llegado a mis oídos, por conducto indirecto, que Ud. se interesa por mi hijo David en tal forma que pasan juntos el día entero con la intención obvia de parte suya de llegar a formar una unión permanente con él.

Tengo la seguridad que a Ud. no se le habrá despertado tanto amor en un plazo tan breve y Ud. comprenderá, de todos modos, cuán disparatada sería esta alianza.

Le ofrezco por consiguiente la cantidad de 2.000 dólares para que de aquí en adelante deje a mi hijo tranquilo. Si Ud. opta por ignorar este ofrecimiento me veré obligado adoptar otras medidas para contrarrestar sus designios de mujer calculadora.

De Ud. atto. S. S. — **Thomas Wakeford.**

Ocean Terrace Hotel.
Miami Beach, Florida.

Diciembre, 17 de 1934.

Mr. Thomas Wakeford.
Lake Forest 111.

Estimado Mr. Wakeford:

Hace tiempo que no oía la palabra "contrarrestar" y "mujeres calculadoras" me parece también gracioso. Créame Ud. Mr. Wakeford, que en mi vida podré mirarlo sin pensar en su actitud melodramática en este asunto. Su ofrecimiento es tan absurdo que no alcanzo a sentirme insultada por él.

Conozco muy bien el "conducto indirecto" por el cual Ud. se ha informado de la amistad entre David y yo. Sépalo que sus informantes no tendrían más aspecto de lo que son en realidad si llevaran escritos en grandes caracteres la palabra "detective" sobre el pecho.

Sería preferible que Ud. recomendara a esa pobre gente que no volvieran a meterse en mis asuntos. Ud. habrá oído lo que le sucedió a uno de ellos, la primera vez que se encontró cara a cara conmigo.

Sinceramente suya, — **Corina Gray.**

TELEGRAMA

De Chicago N.o 10808 A.
Frank Dorien.
Servicio de Detectives Pangborn.

Corina Gray rehusó con insolencia mi ofrecimiento. Exijo acción inmediata de parte de Uds. Si no consiguen rompimiento inmediato buscaré agencia detectives lo haga. Avíseme resultado. Razón contraté sus servicios fué evitar pago suma exorbitante esa mujer. — **Thomas Wakeford.**

TELEGRAMA

De Miami, Flo. N.o 20158 R.
Thomas Wakeford.
Fábrica de Muebles Wakeford.
Chicago.

"Hemos decidido plan de ataque. Avisaremos resultado. — **Frank Dorien**".

TELEGRAMA

De Miami, Flo. N.o 20158 R.
Thomas Wakeford.
Lake Forest, 111.

"Oportunamente le avisé sus detectives eran redondos. Ahora tiene pruebas. Puede comunicarse con ellos cárcel Miami. — **Corina Gray.**

TELEGRAMA

De Miami, Flo. N.o 34785.
Albert Laverry.
Cárcel, Miami.
"Que es lo que sucede ahora". — **Thomas Wakeford**".
De Miami, Flo. N.o 34785.
Thomas Wakeford.
Lake Forest, 111.

"Ella nos cerró. Dorien está cárcel conmigo. Exigen fianza 5.000 dólares. No podremos salir hasta mañana cuando oficina Nueva York enviará fianza. Dos otros empleados trabajando para nosotros también encarcelados con nosotros. Periódicos se entretendrán mucho con esto. Como está Ud. — **Albert Laverry.**

TELEGRAMA

De Lake Forest, 111. N.o 6305.
Frank Dorien.
Cárcel, Miami.

"Salgan de ese lío cualquier forma. No puedo permitir ver mi nombre mezclado semejante asunto. — **Thomas Wakeford**".

De Miami Flo. N.o 13437 A.
Thomas Wakeford.
Fábrica de Muebles Wakeford.
Chicago.

"Dorien ruega informar Ud. seguimos cárcel. Acabamos salir audiencia acusáronnos tentativa extorsión y conspiración criminal. Fianza aumentada a diez mil dólares cada uno. Ella nos tiene agarrados mala parte. Unica solución sería ella retirase queja. Si esto llega a gran jurado tendremos que relatar cuento entero y procesarán a Ud. también.

Estoy muy bien. — Albert Laverry.

TELEGRAMA

De Chicago 111 N.o 343575 O.
Corina Gray .
Ocean Terrace Hotel.
Miami.

"Si Ud. retira queja contra Dorien. Laverry y otros retiro mi oposición su amistad con David. Va carta David. — Thomas Wakeford.

TELEGRAMA

De Miami Flo.
Thomas Wakeford.
Fábrica de Muebles Wakeford.
Chicago.

"Ahora va Ud. bien encaminado. Preferible siempre reconocer errores. Pero amistad no es la palabra. David dice enviarle dinero suficiente nuestra luna de miel y tener oficina lista para él su fábrica para cuando lleguemos Chicago. He retirado quejas. — Corina Gray".

Fábrica de Muebles de Wakeford.
Chicago, Diciembre 20 de 1934.
Mr. David Wakeford.
Ocean Terrace Cabana Club.
Miami Beach, Flo.

Querido hijo:

Adjunto te envío cheque por tres mil dólares, para la luna de miel de Uds. Mucho me contraría tu matrimonio con esa muchacha, pero luego te irás dando cuenta de tu error. Yo que te dije tanto de tener mucho ojo con las bailarinas de cabaret y tu vas y te casas con la primera que encuentras...

Apenas te des cuenta que la razón que tuvo para casarse contigo fué la plata, que tenía tu viejo padre, la que ella esperaba sería algún día tuya, entonces volverás a tus sentidos.

Entretanto, yo no veo otra cosa para mí que aceptar lo inevitable, pero, te prevengo, que si alguna vez se dirige a mí personalmente en la forma que lo ha hecho en sus telegramas y cartas, la pondré boca abajo sobre mis rodillas y le daré unas cuantas palmadas.

Portero es la única ocupación aquí, que a mi juicio, tu podrías desempeñar con éxito, pero te buscaré otra cosa que no te obligue a estar tanto tiempo parado.

A pesar de todo, reconozco que no te casas con una tonta. Muy lejos de eso. Ella tiene más cerebro en su pie izquierdo que lo que tienes tú en la cabeza. Naturalmente, esto no debe ser para ella ningún motivo de orgullo.

Regresen luego. Felices Pascuas. — Tu Padre.

P. D.—¿Cómo diablos consiguieron mis detectives meterse en un lío fenomenal?

Ocean Terrace Hotel.

Miami Beach.

Diciembre, 22-1934.

Mr. Thomas Wakeford.
Fábrica de Muebles Wakeford.
Chicago.

Querido papá:

Corina y yo nos casamos esta mañana y nos embarcaremos con destino a Sud América esta noche en el Santa Eulalia. Gracias por el cheque. Creo que nos alcanzará, si andamos con cuidado.

¿Qué le parece la forma como Corina desbarató sus planes? Ella sabía que Ud. tenía detectives siguiéndome y sospechó que intentarían alguna broma de mal gusto. Contrató, pues, sus propios detectives para seguirle la pista a los suyos. Así fué como descubrió la conspiración que estaban tramando, la que, por lo demás, es más vieja que el tabaco y la llaman "la treta del viejo ejército". Un hombre en pijamas se escondió en el cuarto de Corina y, al poco rato de llegar ella, penetró de repente la esposa del hombre escondido y "descubrió" a su marido en la habitación. Tableau. Grandes gritos, etc.

El tropiezo fué que Corina tenía a dos de sus propios detectives escondidos en la pieza contigua, con el gerente del Hotel. Además había un policeman muy cerca. Eran, pues, demasiados los testigos...

"Cualquiera ocupación en su fábrica no me satisface. Ya he escogido el puesto de subgerente de ventas. Reconozco que no estoy preparado para asumir el puesto de gerente, por eso acepto, mientras tanto, el que viene inmediatamente después.

En mi nuevo puesto podré conseguir para nosotros un contrato muy interesante. Resulta que el verdadero apellido de Corina no es Gray sino Masker. Su padre es Peter Masker, quien en su calidad de Presidente y principal accionista de la Masker Management Co. controla un número apreciable de hoteles en el país.

A Corina se le había metido en la cabeza bailar como profesional, pero, a su padre no le gustó la idea y no aceptó que la contratasen en ninguno de los hoteles de la Compañía. Por eso fué que Corina se cambió de apellido, fué a Nueva York y resultó ser lo suficientemente competente para que la contratasen por sus propios méritos.

La Masker Co. ha comprado recientemente un grupo de hoteles en el sur y el amoblado de ellos será enteramente fabricado por la fábrica de muebles de Wakeford y no veo ningún inconveniente por qué no seguiremos con los negocios de la Masker Co., siempre que Ud. sea amable con Corina.

Llegaremos a Chicago antes de un mes y desearíamos que me reservara esa oficina en el 9.o piso que está en la esquina noreste del edificio. Felices Pascuas.

Suyo affmo. — David.

Madre, forja a tu hijo

Tienes que hacer a tu hijo. ¿Cómo lo harás? Esta es la cuestión suprema para ti y para los que te rodeamos...

Tu hijo, precisamente *tu hijo*, puede ser para nosotros instrumento de condenación o de vida. No pasarán treinta años y ya tendremos en él un redentor, un guía, un hombre bueno, útil, inofensivo al menos; o un tirano, un azote, un verdugo o un egoísta. No hay término medio; será para nosotros un bien o un mal, una carga o un beneficio, y de este resultado, tuya será la gloria o la vergüenza.

Forja a tu hijo. Pon en ello todas tus fuerzas; reúne cuántos rayos de luz vengan dispersos a tu alma y empléalos en esa obra de vida o de muerte. Si quieres, no hagas otra cosa. Te exoneraremos de todo otro trabajo social o político y te concedemos la paz y la libertad, a cambio de que nos dejes un hombre. Pero si nos dejas un malvado o un opresor, un mentiroso, un loco, un enfermo o un degenerado, entonces no te absolveremos y, cualquiera que sean tus méritos aparentes, declararemos que nos has defraudado y que tu paso por este mundo ha sido una desgracia.

¡MADRE!

Bajo la paz de tu materno rito...
se aduerme el niño cándido y tra-
[viesu,
y en el santuario de tu amor ben-
[dito
el alma ríe y se aprisiona el beso.

Llevas, ¡oh gran mujer! como un
[emblema
en las virtudes de tu ardiente an-
[helo,
de nuestro Dios la bendición su-
[prema
y los milagros místicos del cielo.

Como hermana del bien, buscas la
[huella
de una fulgente y diamantina es-
[trella,
en tus afanes santos y prolijos.

Y cuando rezas, triste y silenciosa,
por el dolor de tus amantes hijos,
¡sangra tu corazón, como una rosa!

FRANCISCO LIRA

LA SERPIENTE AMARILLA

(Continuación de la pág. 58)

semana, se necesitan tres lámparas de Aladino.

Clifford llevó la pipa a sus labios y la encendió sin prisa.

—Dejando a un lado la posibilidad de contratar al esclavo de la lámpara maravillosa, ¿cuántos hombres necesitaría usted para empezar las reformas?

—No es cuestión de hombres... Es cuestión de dinero—explicó el maestro albañil—. Claro que todo podría hacerse en una semana, pero costaría alrededor de las mil libras... y la casa no las vale.

Clifford lanzó al aire una nube de humo y quedó contemplando cómo se desvanecía.

—Pongan una brigada de doscientos hombres y hágales trabajar día y noches, en jornadas de ocho horas — dijo—. Esta misma noche, puede hacer que empiecen a levantar los pisos. Que vengan cuántos camiones necesite, con todo el material preciso; aunque trabajen en horas extraordinarias. Quiero que pongan suelos de roble, cuarto de baño, instalación de luz eléctrica, un sistema para agua caliente, cortinas de acero en las ventanas, que hagan de esta senda un buen camino, que construyan una piscina a espaldas de la casa y..., creo que eso es todo.

—En siete días! — suspiró el albañil.

—Es preferible que sea en seis — dijo Lynne—. Si no puede usted aceptarlo, buscaré a otro hombre que lo haga.

—Pero, ¡señor Lynne!... Con el dinero que le va a costar toda la reforma, podría usted comprar una de las mejores fincas de Sunningdale...

—¡Esta casa es mi ideal! — dijo Clifford—. ¡Y tendrá que estar hecha a prueba de serpientes!

Miró en torno de su pequeña posesión. La valla que señalaba los límites de su terreno, estaba oculta por una masa de árboles.

—Mejor será que corten todos esos abetos — dijo—. Quiero tener despejada la línea de fuego.

—La línea..., ¿de qué?... — casi gritó el maestro de obras.

—¡Ah!... Las cortinas de acero deben tener orificios; se me olvidaba decírselo. Deme usted esa libreta.

Casi se la arrebató de las manos y empezó a dibujar en ella.

—Con esta forma y estas dimensiones — dijo, devolviéndosela—. ¿Acepta, usted, el trabajo?

—Sí. Lo acepto — respondió el albañil—, y puedo prometerle que la casa estará lista para poderla habitar, dentro de una semana. Pero le va a costar a usted...

—Yo sé lo que me costará, si no está terminada la casa — interrumpió Clifford Lynne.

Introdujo la mano en su bolsillo y sacó una abultada cartera, de la que extrajo diez billetes de cien libras esterlinas.

—No le exijo a usted un contrato, porque soy hombre de negocios.—¡Así era de paradójico!—. Hoy es miércoles. Los muebles llegarán el martes próximo. Encienda las chimeneas y consérvelas encendidas. No sé si le veré o no le veré, en una semana; pero aquí está el número de mi teléfono. ¡Ah!... Además, abra una zanja hasta la carretera. Quiero hacer tender una línea para el teléfono y que el cable vaya muy profundo bajo tierra. ¡Las serpientes escarban!

Sin añadir otra palabra, subió a su automóvil y partió traqueteando y haciendo zigzags por el pésimo camino, hasta que, al cabo de un instante, se perdió de vista.

—No voy a poder pegar un ojo, en toda la noche — dijo el maestro albañil. Y estaba en lo cierto.

.. ..

La mañana siguiente empezó a llover, y, según las trazas, parecía que iba a continuar así durante todo el día. Al menos, esa era la opinión del chofer del señor Narth, que demostraba un melancólico interés por el inseguro clima británico.

El señor Narth, en cambio, hacía alarde de no echar cuenta en el tiempo, pero había algo tan sombrío en las grandes nubes y tanta tristeza en el paisaje, igual a la del estado de su mente, que todavía influyó en él para aumentar su depresión. Y, sin embargo, en el trayecto de Sunningdale a su oficina, se repitió a sí mismo, más de doce veces, que no había el menor motivo para que estuviese tan deprimido. Verdad es que la aparición surgida ante él, no era motivo de alegría, precisamente, pero había dado con la forma de cumplir las condiciones del testamento del viejo Bray y podía felicitarse por haber logrado la conformidad de Juana, a medida de sus deseos. Clifford Lynne resultaba irritante y ofensivo a la vista. Era como la mosca en la crema. (Estas ilustraciones eran propias del señor Narth).

Es curioso que el suceso de la serpiente venenosa en su biblioteca, no afectara grandemente a Esteban Narth. Claro que era una cosa extraordinaria, un poco desconcertante, pero como nada sabía acerca de la funesta naturaleza de las cabezas amarillas y no veía, en ello, nada de particular, ni en la llegada de la caja, optó por su costumbre de borrar de su imaginación aquellos problemas que no podía dilucidar, máxime tratándose de éste que no le atañía en lo más mínimo. El incidente, por lo que a él se refería, no tenía más importancia que la de verse en la necesidad de enviar la alfombra de su biblioteca para que la limpiasen y reparasen, pues había que tapar un par de agujeros perfectamente redondos.

Clifford Lynne era teatral. Esta era la descripción favorita del señor Narth, cuando hablaba de cualquier fenómeno, en la vida, capaz de producir una emoción.

Cuando todo quedase dicho y hecho la fortuna de Joe Bray estaría en sus propias manos. Las nubes que, el día anterior, obscurecían su horizonte, se habían disipado. Todo lo necesario era acelerar la boda y asegurar, así, la herencia que sería suya una vez cumplidas las condiciones.

Cuando entró por la puerta privada de su oficina se sentía feliz y hasta pudo mostrar una cara genial a los dos hombres que le estaban esperando.

El Mayor Spedwell, recostado sobre un lado de la mesa, mordía un cigarro puro entre los dientes, mientras el señor Leggat, en pie, frente a la ventana y las manos a la espalda, contemplaba la incesante lluvia.

—¡Hola, amigos! — exclamó Narth, jovialmente—. ¡Os veo tan alegres como si estuviérais en un funeral!

Leggat se volvió hacia él.

—¿Qué motivos tiene usted para estar tan contento? — preguntó.

Esteban Narth no sabía si debía confiarse, por completo, a sus compañeros. Gracias al dinero que le llegaba con la herencia de Bray, podía muy bien abandonar estas amistades dudosas, borrar (como sólo el dinero puede hacerlo) los delitos de su pasado y empezar, de nuevo, una vida limpia y un elevado saldo a su favor en el Banco.

—Joe Bray ha muerto—dijo, atropelladamente...—, ha muerto y me ha dejado la mayor parte de su fortuna.

Por su precipitación cometió el error de hacer esta incauta declaración y se maldijo, a sí mismo, por su estupidez, antes de que sus palabras hubieran salido de sus labios.

Si Esteban esperaba que la noticia causase sensación, debió quedar decepcionado.

—¿De verdad? — dijo Leggat, sarcásticamente—. ¿Y cuándo tendrá usted ese dinero en la mano?

—Dentro de uno o dos meses — afirmó Narth, triunfante.

—Uno o dos meses es demasiado plazo — dijo el Mayor Spedwell, con su sombría cara plegada en una desagradable sonrisa—. Esta mañana he visto a los inspectores contables y dicen que es indispensable que las cincuenta mil libras, sean halladas mañana.

—En efecto — interrumpió Leggat —a eso tenemos que hacer frente, Narth. Hemos de cubrir ese dinero dentro de las próximas veinticuatro horas. Claro que si en el testamento no existen "peros" ni "otrosís...", puede pedir usted prestado ese dinero con la garantía del mismo. ¿Existe alguna contingencia en el testamento?

Al escuchar la pregunta, Narth frunció el entrecejo; ¿qué sabría aquel hombre?... Pero el otro le miró sin pestañear.

—Sí, existe una contingencia — confesó Narth—, pero está prácticamente salvada.

Leggat movió la cabeza.

—Prácticamente, no sirve para nada — dijo—. ¿Está el testamento, en forma que pueda usted pedir prestadas cincuenta mil libras esterlinas con él?

—No—dijo Narth—. A decir verdad, no sé el valor del testamento... y hay una contingencia que...

—¡Exactamente! — interrumpió Spedwell—. ¡Esa es la verdadera posición... y bastante mala, por cierto!... No podría usted conseguir ni cinco libras, con un testamento en el que existe una condición no satisfecha y sobre una propiedad cuyo valor exacto ni siquiera conoce. Apostaría a que no tiene usted, tampoco, una copia de ese testamento.

Los ojos de Esteban Narth se entornaron.

—Está usted hablando como si ya lo hubiera leído — dijo—. Alguien le ha estado contando bastante más de lo que yo mismo sé.

El Mayor Spedwell se agitó, intranquilo.

—Nadie me ha contado nada—contestó, en voz alta—. Lo único que nos interesaba, tanto a Leggat como a mí, es que pudiera usted conseguir esas cincuenta mil libras. Sabiendo que no puede, le hemos librado de muchas molestias, haciendo venir, pa-

ra que vea a usted, a nuestro amigo, St. Clay.

—¿Su amigo St. Clay?... ¿El hombre que, usted, mencionó ayer?...

Entonces cruzó por su memoria el recuerdo de la profecía de Clifford Lynne: "Mañana le verá usted".

—¿Grahame St. Clay, eh?... Es que tiene dinero para tirarlo al fuego y que se queme?—preguntó.

Spedwell asintió lentamente.

—Sí. Tiene dinero para eso; para tirarlo al fuego... y está dispuesto a quemarlo, si acepta usted mi consejo, Narth. ¡Usted será la hoguera!

—Pero, ¡si yo no le conozco!... ¿Dónde he de verle?

Spedwell se dirigió a la puerta que comunicaba con la oficina general.

—Ahí fuera ha estado esperando que habláseamos con usted.

Esteban Narth le miró, desconcertado. ¡Un hombre con cincuenta mil libras esterlinas para prestar... y esperando la oportunidad de hacer el préstamo!

—¿Aquí, dice usted? — murmuró, incrédulo.

—Tengo el placer de presentarle al señor Grahame St. Clay — dijo el Mayor Spedwell.

Y al mismo tiempo, entró en la oficina un caballero que vestía impecablemente. Narth quedó fijo, mirándole con la boca abierta..., porque si sus ojos no le engañaban, el llamado Grahame St. Clay, pertenecía a la raza amarilla.

CAPITULO VII

Este caballero es el señor Grahame St. Clay — repitió Spedwell, presentándole otra vez.

Esteban Narth, mecánicamente, extendió la mano.

Hasta aquel momento, todos los chinos habían sido iguales para Esteban Narth, pero de cualquier forma, al mirar los ojos castaños de éste, notó una diferencia que no podía exatamente definir. Eran unos ojos muy separados. La nariz afilada y larga y los labios delgados diferían de los que Narth acostumbraba asociar a todos los individuos de tipo mongólico. Quizás fuese su ancha barbilla la que daba tal distinción a Grahame St. Clay. Por otra parte, cuando hablaba no se parecía en nada a los chinos que Esteban Narth había oído y visto.

—¿Es usted el señor Narth?... ¡Encantado de conocerle!... Puedo decirle que he buscado, varias veces, la oportunidad de poder saludarle.

Su voz era la de un hombre educado y tenía ese ligero acento y esmerada pronunciación propia de quien empezó sus estudios en un colegio público y terminó su instrucción en una de las grandes universidades.

—¿Puedo ocupar esta silla?

Narth asintió, en silencio, y el recién llegado dejó sobre la mesa y frente a él, una elegante cartera.

—¿Le ha sorprendido a usted, un poco, que yo sea chino? — preguntó St. Clay con risa suave—. Un "peligro amarillo", como, generalmente, nos llaman, ¿verdad?... Por mi parte, sentiría ser llamado "peligro", porque soy el más inofensivo de los hombres que han venido de China...

El tono que empleaba, revelaba su buen humor. Mientras hablaba, abrió la cartera y extrajo de ella un paquete rodeado por una cinta encarnada. Con gran cuidado deshizo el lazo anudado sobre el cartón que servía de tapa, y levantándolo dejó visible, ante los ojos de Esteban Narth, un montón de billetes de Banco. Desde donde aquél estaba, pudo convencerse de que eran billetes de mil libras esterlinas.

—Cincuenta, creo que es la cantidad que quiere usted — dijo al cabo de un instante, el señor St. Clay. Y con la destreza de un cajero de Banco, contó el número preciso de billetes, los dejó cuidadosamente a un lado, rehizo el paquete, ató la cinta encarnada y lo guardó en su cartera de piel.

—Aquí, todos somos amigos... me parece — dijo St. Clay mirando, uno por uno, a los socios de Esteban Narth.

—¿Puedo hablar sin restricción? Narth asintió.

—Perfectamente — añadió. Dobló los billetes de Banco, y para mayor sorpresa de Narth, los guardó en un bolsillo del chaleco—. Es natural que este préstamo vaya unido a una condición. Ni siquiera yo, un pobre e ineducado chino, desconozco las prácticas comerciales tanto como para hacer el préstamo de tan considerable cantidad, en una forma incondicional. Francamente, señor Narth, lo que se requiere de usted es que se convierta en uno de los nuestros.

—¿En uno de los suyos? — dijo despacio, Esteban Narth—. No comprendo...

Fué Spedwell quien se encargó de informarle.

—El señor St. Clay tiene una gran organización en este país. Es una especie de... — hizo una pausa, como sintiéndose algo violento.

—...de sociedad secreta — apuntó St. Clay agradablemente—. ¿No le parece que esto suena muy misterioso y terrorífico?... Pues, realmente, no hay en ello nada de particular... Tengo cierta misión en la vida y necesito hombres inteligentes en quienes poder confiar. Nosotros, los chinos, nos parecemos a los niños en algunas cosas. Nos gusta el misterio y la pompa. Verdaderamente, somos los exóticos del mundo. A la mayoría nos gusta jugar y entretenernos con cosas... y Las Manos Alegres es, francamente, una invención mía. Nuestra finalidad es la de elevar a la raza china; como si dijéramos, llevar la luz a las tinieblas... — hizo una pausa y añadió, después — ...y todas esas cosas por el estilo.

Esteban Narth sonrió.

—Parece una finalidad muy loable — dijo—. Tendré mucho gusto en unirme a ustedes.

Los castaños ojos de St. Clay tenían una cualidad hipnótica. En el transcurso de aquel mismo segundo, le atravesaron con su mirada y Narth tuvo la terrible sensación de que, momentáneamente, había doblegado su voluntad bajo un poder dominador, pero beneficioso. Eso era lo más extraño de aquel chino. Creaba una atmósfera de bondad, a su alrededor.

—Está bien — dijo, simplemente, sacando los billetes del bolsillo y dejándolos sobre la mesa...—. No. No quiero recibo... Entre caballeros, eso resulta innecesario. ¿Se graduó usted en Oxford?... ¿No?... Lo siento. Prefiero tratar con hombres que guarden esa relación conmigo, pero es bastante que sea usted un caballero.

(Continuará en el próximo número)

MI NIÑO DORMIDO

¡Cómo me duermes al niño,
enorme cuna del mundo,
cuna de noche de agosto!
El viento me lo acaricia
en las mejillas
y lo que canta en los árboles
tiene sonsón de nanita
para que se duerma pronto.
Suaves estrellas le guardan
de mucha luz y de mucha
tiniebla para los ojos.
Y parece que se siente
rodar la tierra muy lenta,
sin más vaivén que el preciso
para que duerma el niño,
hijo mío e hijo suyo.

PEDRO SALINAS.

CANCIONES DE CUNA

LAS CANCIONES DE NATACHA

Se enojó la luna,
se enojó el lucero,
porque esta niñita
riñó con el sueño.

Duérmete, Natacha,
para que la luna
se ponga contenta
y te dé aceitunas.

Duérmete, Natacha,
para que el lucero
te haga una almohadita
de albahaca y romero.

La señora luna
se quiere casar
con un pajarito
de plata y coral.

La señora luna
le pidió al naranjo
un vestido verde
y un velillo blanco.

Duérmete, Natacha,
e irás a la boda,
peinada de moño
y en traje de cola.

JUANA DE IBARBOUROU

NANA

Barquero yo de este barco,
sí, barquero yo.

Aunque no tenga dinero,
sí, barquero yo.

Rema, niño, mi remero,
no te canses, no.

Mira ya el puerto lunero,
mira, mirá'o.

RAFAEL ALBERTI

Del film de la vida

Momentos memorables

Tristes, alegres, inolvidables, hay tantos, tantos en una vida; pero algo sencillo, grandioso para mí, que jamás he podido olvidarlo y que aún me parece vivirlo cuando lo recuerdo, es el siguiente:

Tendría yo dieciocho años y la vida en mi hogar se me había hecho imposible, a causa de varias circunstancias; especialmente por la amargura de verme comprendida y tan poco querida por mi madre, que me lo había manifestado ya en muchas ocasiones. Resuelta a no soportar más e independizarme, huí sin dejar rastros, pues temía un encierro más doloroso aún.

Después de varios días y haber sido buscada inútilmente, supe por una persona amiga que mi madre había dicho que si yo volvía, me perdonaría, ya que al fin era su hija y comprendía mi ofuscación momentánea.

No esperé más, y al día siguiente muy temprano, para no ser vista, me dirigí al departamento que ocupábamos mi madre y yo. El corazón me latía violentamente; cuando vi la ventana abierta, me acerqué despacio, y en medio de un rayo de sol que ponía algo de calor y alegría en la pieza, vi a mi madre inclinada y quitando el polvo a un pequeño mueble mío; estaba pálida y triste, y sus lindos cabellos se veían casi blancos a la luz del sol. Quise hablarle, preguntarle si estaba sola, y me fué imposible, mi corazón saltaba como un pájaro loco y una mano cruel me oprimía la garganta; no pensé que pude ser vista o insultada, no pensé nada y entré rápidamente hasta la puerta en que ella se encontraba. La abrí despacito, pero al cerrarla con llave para no ser sorprendida, se volvió hacia mí rápidamente.

¡Nunca lo olvidaré! Quiso hablar y no pudo. Vi sus labios temblar de emoción, y yo no supe sino cuando me sentí estrechada en la cárcel trémula de sus brazos tan queridos. — ¡Mamá, mamita! — grité. — ¡Hija, hijita mía! — sollozaba ella. Y entonces, más que nunca, comprendí el significado de la palabra Madre. No era el juez implacable e irascible ni la mujer descariñada e impasible de otrora la que me tenía en sus brazos. ¡No! Era la madre, la que siempre perdona, la que consuela, la que sentimos junto a nosotros cuando sólo nos queda en el alma dolor y amargura. La madre, que por primera vez en mi vida me estrechaba llorando y susurrando a mi oído: —¡Hija, hijita mía!

TRISTEZA.

Muchos momentos memorables tengo en mi vida. He sentido la felicidad de ser madre; mi hijita encierra un poema de amor y sacrificio quizá como no habrán muchos.

Pero el momento que está más grabado en mi corazón y que jamás olvido, fué cuando perdí para siempre a mi madrecita.

VIOLETA.

Mosaico femenino Por Rebe

El nacer de cierto modo, en cierta época y en determinados casilleros, tiene sus ventajas. No hay duda.

La flapper americana, hija de la ciudad monstruosa, de la democracia y las libertades, está bien allí donde nació, en Norte América.

Transportada, imitada, mejor dicho, por las féminas de estos lares, carece precisamente de aquello que constituye su base. Le falta la materia prima.

El temperamento sajón es el polo opuesto del latino.

Un «gringo» puede permanecer cerca de una mujer días y meses y conserva su prudencia sin el menor esfuerzo, aunque esa mujer le guste sobremanera.

Para eso ha nacido «gringo», vacunado.

Dele Ud. a un latino, a un chileno, la oportunidad de poder estar al lado de una mujer unas horas, minutos, e ipso-facto, le guste o no le guste, él le buscará «pololeo» y le hablará del «amor a primera vista»...

¿Cómo entonces vamos a poder creer en la real, en la exacta imitación, trasplantación de la flapper a estos suelos? ¡Imposible!

Una flapper americana, fumando, bebiendo, trasnochando, catalogando de amigos a diez o quince muchachos y haciendo lo que le da la gana, está bien allí, de donde ella es y en medio de caracteres ex profeso.

Una muchacha de las nuestras, con humo en la boca, con olor a licor y que se imagine que todos los muchachos son sus amigos, hace el papel de una caricatura ejecutada con mano inexperta.

Revela, además, una crueldad inconsciente, pero no por eso menos terrible, de la mujer para con su compañero. ¡Es demasiado flapperismo para los débiles espíritus latinos!

* * *

«Durante la última noche he estado pensando qué me convendría más: casarme o ahorcarme. Y me he convencido de que esto último es lo que más me conviene. Por lo tanto, me ahorco».

Franz, que así se llamaba el heroico novio, vivía contento, feliz, hasta que a ella, la novia, se le ocurrió casarse.

Y el pobre Franz vió lo inevitable.

Pero la tragedia no estaba en prometer. ¡Lo terrible era que tenía que casarse! Y así llegó la víspera del matrimonio.

La novia se engalanaba. Amigos, amigas y enemigos se preparaban para festejar tan gozoso acontecimiento.

Y Franz pensaba...

Pensaba que dentro de pocas horas, alguien, manos femeninas, pero fuertes, cerrarían de golpe la puertecita de su jaula y lo dejarían prisionero para siempre.

Que ya no se llamaría Franz así a secas. Un Franz libre, espontáneo, casi alegre, sino que le antepondrían un "Herr Franz".

Algo como la cerradura de la puertecita de su jaula.

Imaginó los arrestos viriles, enérgicos de la suegra...

Las preocupaciones caseras: prosaicas. La mujer, perdido todo el encanto, con gestos agrios, ademanes duros..., unos pequeñines sucios..., mocosos... — El panadero..., el lechero..., el carnicero!...

¡Toda una hecatombe!

Y, claro, ante un panorama así, ¿cómo no iba a resultarle más bello, hasta más poético, el colgarse de un árbol?

Naturalmente, se vería muy feo colgado, lacio el cuerpo, con el rostro amoratado, violáceo, la lengua afuera y los ojos desorbitados. El se daba bien cuenta de eso. Pero, lo otro, el casarse, ¿no le dejaría más feo aún?...

Decidido, seguro de lo razonable, de lo lógico de su modo de pensar, estampó tan filosófica reflexión en una carta se fué a una granja vecina a su ciudad natal y se ahorcó.

que varían los trajes

eo siempre de encontrar nue-
a los trajes, la moda ha adop-
de las chaquetas, capas, y
s más variadas formas y te-
cial es tener vestidos senci-
uales se les pueda agregar
alle de buen gusto que les
to novedoso y encantador. La
tos adornos son siempre los
si tenemos con un traje es-
a nota de color unido, con
color una terminación estam-
traje claro un detalle obs-
rsa.

s en esta página dos lindos
estas variaciones. Vemos pri-
cantador trajecito estampa-
aros sobre fondo obscuro, de
cillo, abotonado en los hom-
mbiar su aspecto se ha idea-
quito sin mangas, del que se
a corta capa, confeccionada
no del fondo del estampado.
delo es un sencillo traje de
pe blanco, que puede trans-
lmente en traje de comida,
dos amplias mangas, ajus-

ELLA.—He ahorrado m
tas, debido a que en e
he mandado mis trajes
a las TINTORERIAS

«LE GRAND C

Las
Tintorerías «
Chic» mantiene
por su esmerad
y
su trabajo irre

- ***Delicias 2733.***
  Monjitas 795.
  Av. Manuel Mo

Familia

DIARIOS, REVISTAS CHILENAS

S HOGARES

EL SEMANARIO QUE PUEDE ENT

ONTRA LAS IRRITACIONES

a la garganta y cualquier afección de las vías respiratorias, está indicado el uso de las pastillas

ONCOSAN

El derecho a la soledad

Ni dentro ni fuera del hogar le era antes permitido el aislamiento a la mujer. Aquella que en la casa pretendía hacerse un paréntesis de silencio para su meditación, para su estudio, para su reposo en vigilia, se veía de inmediato rodeada de inquietud interrogadora. ¿Estaba enferma? ¿Algo le molestaba? ¿Alguien la hiriera? Era incomprensible que una mujer en completo dominio de salud, quisiera aislarse, sencillamente para gozar de eso: de la soledad.

Y si ese deseo de aislamiento la llevaba fuera, a la calle, a un paseo, a un parque, a un salón de té, a un teatro, la alarma era aún mayor, porque esa actitud creaba a la mujer una especie de halo suspecto y las preguntas se unían entonces a una serie de puntos suspensivos. ¿Por qué sale sola? ¿A dónde va, que no quiere que la acompañen? ¡Yo la he visto por *ahí!* ¡En buenas cosas no andará...!

Y la pobre mujer que no quería sino eso: un poco de soledad para darse a su agrado, se veía limitada, vigilada, amargada, teniendo en la mayoría de los casos que renunciar a ese pequeño placer inocente, para llevar tranquilidad a los suyos.

El espíritu de tribu pesó por siglos sobre nosotras.

Afortunadamente, la mujer de ahora ha sabido conquistar ese derecho precioso y la soledad es su dominio más sutil. Puede, cuando le place, entrar en su dominio y en la casa se respeta la puerta invisible que le da entrada. Lee, escribe, estudia, medita, holgazanea. Está sola, deliciosamente sola. Se va por un jardín y se detiene a contemplar la contraluz de un crepúsculo, tiene sed y en el alto taburete de una fuente de soda toma a pequeños sorbitos su vaso de refresco, la atrae un concierto y el arrobo de la música se intensifica en la soledad, la tienta un viaje y la rosa de los vientos le pertenece. Va, viene: su atmósfera posee una pureza absoluta. A nadie se le ocurriría allegarle una sospecha malévola. Ni hacerle una pregunta. Ni insinuar una intención torcida. Es dueña de su deseo de soledad y lo emplea, limpiamente, en beneficio de lo que ella estima acorde a su estado de alma.

Derecho a la soledad, conquista mayor de la mujer moderna.

ISABEL de SANTILLANA.

Invierno

Ha caído la primera lluvia, haciéndose acompañar de truenos y relámpagos. La tierra ha recibido en sus entrañas, la tierna caricia de recios goterones. Es la mano del invierno que viene a golpear nuestra inhospitalaria puerta. Yo he abierto los postigos de mi ventana y como otros años, he pegado la frente a los fríos cristales para mirar a través de ellos formarse pequeñas pozas en los baches del camino; he visto cómo las chimeneas cobran sus colores juveniles y vistiendo a sus leños de encendidos matices, hacen asomarse a los tejados a gruesas columnas de humo que saludan desafiante al extranjero. He visto, también, sentada cerca del brasero a mi vieja vecina que, jugando con sus palillos y una madeja de lana, miraba fijamente los rojos tizones, como si en ellos se escondiera un secreto lejano. Luego ha pasado un pequeño mendigo que, encorvado de frío, con los pies desnudos, y las manecitas escondidas entre sus harapos, me ha mirado sonriente... He cerrado los postigos, he llamado a mi hijo y le he dicho: ¡ha llegado el invierno!

HUGO COELLO

Familia

El semanario que puede entrar a todos los hogares.

Editado en Santiago para toda la República

En venta todos los miércoles

N.o 4 - 19 de junio de 1935

Sumario:

"AMOR GITANO", por Bedford Jones.
"EL PARAGUAS", por Luis Pirandello.
"EL ZURCIDO INVISIBLE", por Jorge Alland England.
"LA PRINCESA DE AMERICA", segunda parte.
"LA SERPIENTE AMARILLA", por Edgar Wallace.
"ESTRICTO CUMPLIDOR", por Ben Ames Williams.

Tendencias de la moda.
Las últimas confecciones.
Creaciones parisienses.
Abrigos sencillos para las correrías matinales.
Seis elegantes y lindísimos moldes.
Elegancias.
Para las mañanas de la señora.
La moda infantil.
Sombreros.
Tejidos.
Pullover de deporte.
Un motivo decorativo, muy en boga.
Moldes de "FAMILIA".

Reflexiones color del tiempo.
Esposas desilusionadas.
Mejoremos nuestra vida.
Vida y confesiones de Gabriela Mistral.
Escaparate hollywoodense.
Nancy Carroll, inspiración del modisto.
Sus favoritos.
Buen tono.
Cultive su belleza.
La clara casa de campo.
Cómo transformar muebles viejos.
Adorne su pieza de baño.
La escoba y el plumero.
El amor que no muere.
La cocina.
Estafeta.
Momentos memorables.
Mosaico femenino.

-AMOR GITANO-

Por
Bedford
Jones

PRIMERA PARTE

UN AMOR PERDIDO

La novela de Tziganka Masha incluye en sí también la de muchos hombres. Su base y su explicación vienen de Miller, el marido, al que ella había entregado todo su corazón juvenil, y el que escribió lo que sigue de su propia mano:

Samara, la capital de la provincia del mismo nombre, era el puerto principal del Río Volga. Aquí se juntaban los ferrocarriles de Siberia y Asia Central. Muchos de sus habitantes eran descendientes de colonos alemanes.

En 1916, un joven oficial del Tzar se encontraba en Samara; tenía algo de sangre alemana. Era alegre, jovial y tenía el corazón entregado a la causa de Rusia. Muy bien mirado por sus superiores, quienes lo tenían apuntado para subirlo de rango. Tenía plata y juventud; pero, a pesar de ser el más vivo y jovial de sus compañeros, la sangre alemana que corría en sus venas le había formado un carácter firme y leal.

En esos días, Samara era un lugar de locura. La guerra estaba lejos; ahí lo único que se veía de ella eran los hospitales con los heridos, y los prisioneros que pasaban en camino a Siberia. Habían cabarets, vino, mujeres y baile. Los hombres tomaban, comían y trataban de pasarlo bien.

Una noche, un grupo de compañeros vino a convidar a Miller a divertirse. Alguien nombró a Tziganka Masha.

—No he oído nombrarla nunca —dijo él, y todos se rieron—. ¿Una gitana? Vaya, ¿y qué voy a hacer yo con una gitana? Pero, en fin, yo no les voy a echar a perder la fiesta; así es que vamos donde quieren ustedes.

Y así fué como fueron a ver bailar y a oír cantar a Tziganka Masha. Todos los hombres se volvían locos por ella. Corrían cuentos extraordinarios de su juventud y de su belleza. Nadie sabía quién era ella; pero se suponía que era hija de un noble y de una muchacha gitana.

Su nombre estaba en todas las bocas; pero nunca para hablar mal de ella. Había llegado con su madre de la ciudad de Kosloff, lejos, casi en el corazón de Rusia.

Nunca se la nombró para mal. Ninguno de estos muchachos alocados pudo vanagloriarse de haber recibido favores de ella. Era bailarina y cantante; muy joven y bella, y de descendencia insegura. Pero siempre, al lado de ella estaba su madre — una pequeña mujercita, toda ternura, amor y calidad. Beloff, quien la conoció bien, decía que uno se enamoraba de la madre de Masha al momento de verla. Madre e hija vivían la una para la otra, hasta la noche en que Miller vino a oírla cantar.

Mientras que la muchacha bailaba, él la miraba como en un sueño a través del humo de cigarrillos. Después, mientras sus amigos aplaudían y gritaban, él los dejó y se fué a buscarla en su camarín. Su madre estaba allí. Miller la saludó respetuosamente, y se volvió hacia Tziganka Masha. Se miraron fijamente. Estaba acalorada con el baile, sus grandes ojos grises brillaban como estrellas. Entonces Miller se inclinó y le tomó su mano. No podía encontrar palabras para decir lo que ya había expresado su primera mirada. Luego, un mundo de gente irrumpió en el camarín. Oficiales, civiles, todos los habitantes de Samara venían a felicitar a Masha y traerle sus regalos. Ella los recibió con una risa, pasándolos a su madre. Como siempre, la plata y las joyas no significaban nada para ella. Apartó a sus admiradores, buscando con los ojos al joven oficial moreno quien la había conquistado con su mirada, y no lo encontró. Se había ido, al ver la bulla y el tumulto de su camarín.

Pero luego volvió. No al camarín, sino que a sus habitaciones, donde vivía ella con su madre. Le demostró una ternura que no había conocido todavía en los demás hombres, y su corazón se entregó del todo al amor que él le inspiraba.

¿Por qué la quería él tanto? Porque aun en esos días lejanos, Tziganka Masha poseía una personalidad única. Tenía el don del artista para mover multitudes con una mirada, un gesto de la mano, una sonrisa. Cuando cantaba, ninguna otra voz se oía. Cuando bailaba, no era tanto su arte, como su personalidad la que tenía a todos en suspenso. Se hacía sentir como una fuerza viviente.

Bajo su máscara de alegría, había un fondo de ternura sin límites. Esta ternura iba, en el futuro, a guiar su vida y la de otros. Mientras tanto, era para Miller. Cuando se entregó a él, fué para siempre, para la vida y para la eternidad.

Se casaron en Samara.

Tziganka Masha desapareció de las tablas; creía que se había de morir para siempre en cuanto a teatro se relacionaba. En su lugar quedó Mrs. Miller. Su marido era un oficial del ejército ruso, y, por consiguiente, todos sus oficiales eran sus hermanos, todos los que llevaban el uniforme del Tzar, eran hijos de su corazón. En los hospitales ella era el ángel de la guarda. Daba su belleza, su juventud, su plata para el bienestar de todos. Esta mujer maravillosa siempre daba algo. Mientras tanto, aunque nadie en Samara se daba cuenta, todo el imperio ruso se estaba tambaleando, preparándose para una caída tan grande, que iba a arrastrar con él todo lo que le *era más querido.*

Lo curioso es que esta joven no veía más que el bien en todos. Caminaba entre el mal y no lo veía. Aún después, cuando el odio, los celos, y el miedo la tenían en sus garras; cuando veía la muerte a su mano derecha, y traición a su izquierda, aun entonces, fué igual; siempre se preservó inmune debido a esta gran cualidad.

Un oficial del Tzar, hablando con el que esto escribe, dijo tristemente:

—"La odiaron, porque ella no pudo nunca apreciar el diablo que ellos llevaban en el corazón".

De repente se oyeron sonidos de trompetas y de tambores. Rusia estaba deshecha en los lagos Mazurianos. Venía una nueva y completa reorganización. Se hacía sentir el caos, que no demoraría en venir. El joven oficial fué despachado con una importante comisión a Finlandia, en el otro extremo de Rusia. Los días de felicidad tocaban a su fin.

Miller escribe: "Fueron los días más felices de toda mi vida. Me mandaron a Finlandia en una comisión. No creí nunca, al besar a mi Masha que no la volvería a ver de nuevo".

El mundo entero los separó.

Mientras Miller estaba en Finlandia, empezó la revolución; y los rusos blancos no pudieron pensar más ni en sus familias ni en sus casas, sino que en pelear por el antiguo régimen y la restauración del orden. Miller no pudo correr *al lado de su* mujer, quien se encontraba al otro lado de Rusia. Tuvo que juntarse con el regimiento del general Judenbitch, el que le quedaba más cerca y que estaba en Estonia. Todos los blancos se juntaban donde y como podían, para tratar de reprimir el mal rojo. Una vez que este mal se acabara, entonces cada uno podría buscar sus intereses personales. Desgraciadamente, el mal rojo no se pudo reprimir; al contrario, fueron los blancos que perdieron la partida. Se tuvieron que dispersar por todo el mundo, esos rusos blancos que peleaban por su patria. Hombres sin familia, sin país, sin futuro. En medio de ellos estaba Miller. Durante un tiempo, pasó medio atontado. Qué podía hacer él, un mísero átomo de la humanidad, cuando, al entrar a Rusia de nuevo lo mejor que podía esperar sería la muerte. Estaba marcado. Además, no tenía dinero ni modo alguno de conseguirlo. Huyó a Francia.

Masha con su madre, estaban aún en Samara — allá casi en la frontera de Siberia. Allá todo era destrucción y muerte. Ella, como la mujer de un oficial zarista, debía estar marcada también. Con todos estos pensamientos, Miller estuvo a punto de volverse loco. Pero, contrariamente a tantos de sus compatriotas, quienes se encontraban en la misma situación, no se dejó vencer ni por drogas ni por la bebida, para lograr el olvido. Un hombre, que lo es en verdad cuando llega al extremo de la desesperación, empieza a recuperar sus fuerzas y en vez de dejarse vencer surge de nuevo para luego a afrontar el imposible, que a veces suele conquistar. Miller había llegado a este punto... No tenía nada, y obligado estaba a vencer una multitud de obstáculos. De kilómetro a kilómetro, de frontera a frontera, trabajando todo el tiempo, venció la distancia que lo separaba de Rusia. Y en seguida hizo lo que ningún otro hombre habrá hecho en aquellos días de horror: atravesó Rusia de un lado a otro, en busca de la mujer amada.

Aquello fué una odisea de trabajo animal y de hambre, sin otro compañero que la muerte, sin otro amigo que su revólver escondido; día por día, semana por semana, siempre camino hacia el oeste siempre rodeado de hombres, para quienes basta una mirada o una palabra sospechosa para matarlo.

Sus disfraces eran múltiples: un tiempo como labrador, otro como un vendedor ambulante alemán, como soldado, de vuelta de las prisiones de Alemania. Su única preocupación y pensamiento eran llegar lo más luego posible a Samara, donde estaba Masha, su mujer.

Y al fin llegó. ¿Cómo lo hizo? Pasando por un verdadero infierno, dejando detrás de sí su juventud, con las energías concluídas y con su cabello blanco. De este modo entró a Samara, y pasó por las calles, con el corazón angustiado y la vista nublada por el temor. No es fácil pensar en este hombre en el momento en que le contestaban su pregunta por su mujer:

—Tziganka Masha? ¿La que se casó con un oficial? Quién sabe qué será de ella. Hace dos años que nadie sabe de ella. ¿Y a quién le va a importar? Otra de las malditas aristócratas. Probablemente estará muerta ahora; un mal menos en la tierra.

Fué suerte para la persona que le dió esta información de que Miller supiese ya vencer sus pasiones.

Era cierto; a medida que iba averiguando y preguntando a uno y otro, [illegible] de que lo conocieran, en todas partes recibía la misma contestación: —Desapareció hace tiempo, en los primeros días del terror. ¿A dónde? Nadie supo decirle, y a nadie le importaba. Era una de tantas. Tal vez habría muerto cuando botaron a miles de blancos al Volga, y todo el populacho miraba cómo se resbalaban bajo el hielo.

Era un golpe brutal; pero Miller no se dió por vencido. No perdió la cabeza. El tiempo en que rayaba en la locura había pasado, y tenía la mente bien equilibrada. Había llegado a Samara en busca de ella, y no la había encontrado. Ahora tenía que ver qué es lo que se podía hacer.

Dice en su manuscrito: "Pensando que se había ido para su casa, fuí a Kosloff".

Lector: hágase cuenta de lo que significan estas tres palabras: "Fuí a Kosloff". Miller estaba en Samara, perdida su mujer, según parecía, para siempre, pues no quedaba ningún rastro de ella. De diez hombres, nueve se habrían dado por vencidos. De Samara no costaba mucha salir fuera, pues se encontraba casi en la frontera con el extranjero. Pero Miller había venido en busca de la mujer amada, y en vez de salir de Rusia, se internó más aún. Fué a Kosloff. En el camino lo tomaron preso, pues por su pronunciación creyeron que era un espía polaco. Pero él se escapó, y al final de muchas semanas llegó a Kosloff. Allí, el mismo desengaño lo esperaba. Hacía tantos años que no se oía hablar de Tziganka Masha y de su madre. Desde el tiempo en que se había ido a Samara, donde se había casado con un joven oficial del

(Continúa en la pág. 62)

EL PARAGUAS

POR

LUIS PIRANDELLO

"Quero" las barquitas... "Quero" las barquitas...— repetía aquel diablillo de Mimí pataleando y poniéndose delante de su madre, que la llevaba de la mano, debajo del paraguas.

Al otro lado de la mamá, Dinita, la hermanita mayor, iba como una viejecilla, seria y comedida, llevando con las dos manos otro paraguas, ya viejo, que pronto — cuando compraran el nuevo — pasaría a ser de la criada.

—Y "compa" el paraguas — proseguía Mimí—. Dos paraguas, dos impermeables, cuatro barquitas.

—Sí, querida, las barquitas y todo; pero vamos, ¡anda! — le decía la madre, impaciente, porque quería ir aprisa entre el confuso barullo de la gente que andaba chapoteando por las aceras bajo el goteo incesante de una lenta llovizna.

Con sordos zumbidos, tras cegadores parpadeos, los focos eléctricos se iban encendiendo, opalinos, rosados, amarillentos, delante de las tiendas.

Pensaba la madre, así que iba andando, que las estaciones no debieran cambiar nunca, y que, sobre todo, el invierno no debiera llegar jamás. ¡Cuántos gastos! Primero los libros de escuela, que todos los años eran unos nuevos, y ahora, para proteger de la lluvia, del viento y del frío a sus dos hijitas, que habían quedado huérfanas antes que la última empezase a decir papá... ¡Carnecitas tiernas! ¡Qué dolor para su corazón verlas ir así al colegio, por las mañanas, desprovistas de todo!

Ella se resignaba a vivir de cualquier modo, pero ¿cómo iba a bastarle con aquella escasa pensioncita que le había dejado el marido, cuando viene la ruina inesperadamente y se tiene la costumbre, desde hace muchos años, de vivir bien? ¡Cómo! ¡Ah!...

Este año también Mimí había empezado a ir al Jardín de la Infancia, y eran seis liras más al mes; no había podido sacar a Dinita de las escuelas de pago para enviarla a la escuela pública, y ahora tenía que pagar por las dos. ¡Y las mesadas del colegio era lo de menos! Todas las alumnas de aquella escuela iban bien arregladas, y las suyas no podían hacer mal papel.

No se dormía ella, no; muerto el marido, que tenía veinte años más que ella, y además, teniendo que atender a aquellas dos criaturitas, había tenido fuerzas para reanudar sus estudios, interrumpidos en el último año; había logrado el título de profesora normal, y luego, valiéndose del buen nombre que había dejado el marido y de los muchos conocimientos que tenía, haciendo considerar, también, sus tristes condiciones, había conseguido obtener una plaza de agregada en una escuela auxiliar. Pero la soldada suya, junto con la pensioncita del marido, no eran suficiente, o, por lo menos, venían muy estrechas.

Si hubiese querido... Pero ¡Dios santo!, ella no vestía bien; ella no se acicalaba lo más mínimo, no se preocupaba de sí misma. Se peinaba, al levantarse, de cualquier modo; se encasquetaba un sombrerito, que ya estaba pasado de moda, y..., a la escuela, sin mirar nunca a nadie... Y, sin embargo, si hubiese querido..., ya dos partidos. ¡Y quién sabe por qué, aun aquella misma tarde, mientras iba apresurada con sus dos niñas, todos se volvían a mirarla..., y llovía! Pero figuraos si ella hubiese consentido dar otro papá a sus hijitas... ¡Locura! ¡Locura!

Sin embargo, esas admiraciones, esas miradas, ya atrevidas e impertinentes, ya lánguidas y dulces, acogidas al vuelo, andando, con indiferencia, le producían en el fondo una estremecida embriaguez, una alegre inquietud; le rejuvenecían el alma; le daban un sabor casi heroico a su firme e increíble renunciación de todas las cosas del mundo, y le hacían juzgar, agradable y ligero, el sacrificio que hacía por sus dos hijas.

Era su placer un poco como el del avaro, que no sufre tanto por las privaciones a que se sujeta, pensando que si quisiera podría gozar de todo sin ninguna dificultad.

¿Pero qué sería del avaro si, de pronto, el oro de su arca, perdiese todo el valor?

Pues bien; ciertos días, sin saber

por qué, o mejor, sin querer revelarse a sí misma la razón de ella, caía en una sombría irritación, que buscaba en todo la más pequeña contrariedad (y cuántas encontraba entonces), un pretexto cualquiera para desahogarse. Le habían faltado aquellas miradas, aquellas admiraciones que ante sus ojos santificaban todo su sacrificio. Y señaladamente sobre su hija mayor, sobre Dinita, se descargaba entonces la maligna electricidad de esos días sombríos. La niña, sin saberlo, atraía esas descargas con su carita pálida, silenciosamente, vigilante, con sus ojitos atónitos y tristes, que seguían a la mamá enfadada, a la mamá que se sentía espiada y creía descubrir un reproche en aquel asombro triste y en esa mirada seria e indagadora.

Por fortuna, allí estaba la otra hijita, Mimí, que todas las veces hacía el milagro de serenarla en seguida, completamente, con alguna infantil caricia llena de gracia, ante la cual era irresistible la tristeza de mamá.

Mimí primero la miraba, la miraba un momento, pero no con aquellos ojos vigilantes y serios de la mayor, sino con ojos ingenuos y amorosos; luego, hacía hablar a sus miradas, cuando decía con sus labitos de cereza:

—¡Mamá rica!

Se levantaba, se inclinaba, con las manitos en la espalda, hacia la madre y preguntaba, agitando todos los ricillos negros de su cabecita:

—¿Quieres mucho?

Así. No decía: — "¿Me quieres mucho?" — sino simplemente: — "¿Quieres mucho?" — Y entonces elle le tendía los brazos, y apenas aquel diablillo le saltaba al cuello, lo estrechaba fuerte, fuertemente contra su seno, rompiendo a llorar, y en seguida, llamaba también a Dinita; las abrazaba a las dos con estremecida ternura, y aun acariciaba más a la hijita poco antes maltratada; y se complacía sintiéndose penetrada por esta alegría pura que la iba embriagando, que nacía de su dolor y de su bondad, que nacía realmente de su sacrificio, impuesto por la crueldad de su suerte; y sentíase feliz, feliz por educar a aquellas dos criaturitas, que era lo único que tenía.

Aquella tarde la mamá estaba muy contenta.

—¡Quieta, Mimí!... ¡Mira; ya estamos, ya hemos llegado!

La niña se había quedado con la boca abierta delante de unos grandes escaparates deslumbrantes que había al final de la calle Nacional. De la mano de su madre entró en la tienda, volviendo a decir una vez más:

—¡Las barquitas! ¡Primero las barquitas!

—¡Sí, sí, chitón!...—, le dijo la madre, a la cual se había acercado un dependiente de la tienda—. Bar..., ya está..., ¿ves? hasta me lo haces decir a mí. Deme dos pares de...

—¡Barquitas!

—¡Y dale! Chanclos para estas niñas. Mi niña les llama barquitas. Verdaderamente..., se podrían llamar así, para no usar esa otra palabrota extranjera.

—Sobrezapato — dijo el dependiente secamente, con aires de suficiencia, enarcando las cejas.

—Sí; barquitas, sin embargo, es más cariñoso...

—¡Primero a mí! ¡Primero a mí! —gritaba mientras Mimí, arrellanada en el diván y agitando los piececitos.

—¡Mimí —, le dijo la mamá mirándola severamente y con el rostro mudado.

En seguida Dinita notó este repentino cambio, y tomó, con los ojos atónitos y serios, aquel aire de triste asombro que tanto molestaba a la madre. Y ninguna de las dos reparó en la alegría de Mimí, a la cual, aquel antipático dependiente ya había probado una barquita. Quería bajar del diván, en seguida, para empezar a andar sin esperar a que le pusiesen la otra.

—¡Quieta, Mimí, vamos! ¡Quieta o te mando a casa! Demasiado grande. ¿No ve? ¡Quieta!

El dependiente, antes de ir por otro par de medida más pequeña, hubiese querido probar éste a la mayor; pero Dinita se esquivó, señalando a la hermanita.

—Primero a ella....

—Es lo mismo...—le dijo la madre, cogiéndola por los brazos y sentándola de mala manera en el diván.

En tanto, para tranquilizar a Mimí, le dijo al dependiente que ella misma le probaría los chanclos a la mayor y que mientras tanto fuese él por favor a buscar el par para la pequeña.

Dinita, una vez calzada, continuó quieta en el diván: Mimí, por el contrario, se bajó en seguida, palmoteando, y se puso a saltar, a dar la vuelta sobre los tacones y a proferir gritillos de alegría; y ya levantaba un pie, ya levantaba el otro, para mirarse sus barquitas. Desde el diván, Dinita la miraba y sonreía pálidamente. Volvió a ponerse seria al oír que la mamá exclamaba:

—¿Doce liras? ¿Seis liras el par?

—Fabricación americana, señora —replicó el dependiente, oponiendo al asombro de la compradora la frialdad orgullosa de quien conoce el valor de la mercancía que se vende en la tienda—. Artículo indestructible. Puede usted metérselo en un puño...

—Comprendo, pero..., perdone; para un piececito como éste, ¿seis liras?

Y el dependiente:

—Sólo hay dos precios, señora: pies pequeños, seis liras; pies grandes, siete cincuenta. Que sean un

(Continúa en la página 66)

BAÑO PROTECTOR PARA MADERAS EXPUESTAS A LA LLUVIA. — He aquí la fórmula de un producto que preserva perfectamente de la putrefacción en general de toda clase de maderas expuestas a la intemperie.

Póngase al fuego una marmita de hierro y en ella resina en bruto 5 ks.; blanco de España pulverizado, 4 ks.; aceite de linaza, 400 gr. Luego se completa la fusión, agréguense por pequeñas porciones y removiendo, 100 gr. de sulfato de cobre reducido a polvo impalpable. Remuévase hasta que la mezcla sea bien homogénea y añádanse entonces gota a gota, y sin cesar de remover, 100 grs. de ácido sulfúrico. La aplicación se hará en caliente y cuando la madera esté bien seca.

Se recomienda también el alquitranado y la carbonización superficial de la extremidad de los postes y pilares de madera que deban penetrar en tierra.

PARA LIMPIAR LOS RECIPIENTES QUE HAYAN CONTENIDO ACEITE. — Es muy difícil limpiar perfectamente los toneles, frascos, botellas y otros recipientes de cristal que hayan contenido aceites o materias grasas; pero el procedimiento siguiente, da, sin embargo, excelentes resultados:

Viértase en los recipientes que se desee limpiar, una solución de permanganato de potasa. Tápese y agítese. Se forma así peróxido de manganeso hidratado. Si se le adiciona entonces un poco de ácido clorhídrico fuerte, el desprendimiento del cloro que se produce en seguida, descompone las materias orgánicas y permite el lavado por medio del agua.

El zurcido invisible

Por

Jorge Allan England

I

Encorvado sobre su máquina de coser, Narciso Lebeau alzó sus ojos cansados hacia la puerta de su pequeño establecimiento al oír que aquella se abría bruscamente y volvía a cerrarse. A través del cristal de sus anteojos divisaba la silueta de un hombre, un cliente pensó, o quizás un cobrador..., y sin dar más importancia al asunto, volvió a inclinarse sobre su labor repitiendo la frase de rigor:

—¿En qué puedo serle útil, señor?

—¡Arriba las manos! — fué la contestación. Lebeau se encontró entonces ante la boca amenazante de un cañón de pistola. Detrás de ella, medio agachado, un hombre pálido de anteojos obscuros, con el cuello del abrigo vuelto hacia arriba y muy caída el ala de un sombrero de paño, le dirigía una mirada terrible.

—¡Dios mío! — murmuró apenas el sastre, mientras alzaba sus manos temblorosas en el aire. —"Si soy un pobre infeliz"...

—¡Un cadáver serás si das un solo grito!

—¿Qué pretendes robarme si no tengo nada?

—Yo sé lo que tienes..., tú que mandas tu hijo al colegio...! — Y sin dejar de apuntar su arma sobre la faz aterrorizada de Lebeau, el bandido recorría con rápida mirada el establecimiento.

Nada había allí que pudiera despertar su apetito, sólo la decoración de un modesto taller de sastrería estaba a su vista. En las paredes algunos figurines y modelos recortados en papel; un espejo, varios trajes colgando de un armazón de metal; el típico cartel de réclame: "Nuestra calidad excede el precio".

Bajo de pronto el arma y se entregó apresuradamente a su labor profesional. De un salto se instaló detrás del mostrador, abrió la caja registradora golpeando hábilmente la cerradura con la cacha de la pistola y se apoderó de algunos billetes que encontró en su interior. Vació en la mano todo el suelto de plata y cobre y lo echó en el bolsillo de su abrigo. Rápidamente alzó de nuevo la mano apuntando hacia el aterrado Monsieur Lebeau, que aún permanecía sentado tras su máquina de coser.

—¿Es todo lo que tienes? — agregó el bandido, mientras se acercaba lentamente por detrás del mostrador hacia su víctima: —¡Vamos, sal fuera de ahí...!

—Pero, señor — protestaba Lebeau juntando las manos en actitud de súplica y haciendo castañetear sus mandíbulas —, si no tengo nada. Qué puede tener un pobre como yo con este pequeño taller de composturas, limpiados, zurcidos invisibles, teñidos...

—Pronto estarás teñido de verdad si no me entregas en el acto lo demás, y al decir esto el bandido le empujaba hacia afuera con el cañón de su revólver.

—Pero, señor...

—Nada; pronto, ¿dónde está el dinero?

El pobre sastre, en el colmo del terror, balbuceó:

—Sí; me quedan algunos dólares todavía; pero, ¿cómo te los puedo dar si me tienes con las manos arriba?

—Bien; bájalas. Pero nada de bromas si quieres continuar con tu taller de sastrería.

Bajó Lebeau sus manos temblorosas surcadas de gruesas venas azules, y abriendo prestamente un pequeño cajón de su máquina de coser, extrajo un rollito de billetes que un elástico sostenía.

—¡Dámelos!

—Pero, señor, si este dinero es para pagar el colegio de mi hijo y...

—El hijo de un sastre no necesita ir al colegio. ¡Venga!

De una manotada arrebató los billetes de las manos de Lebeau y los colocó en sus bolsillos.

—¿No tienes nada más?

(Continúa en la pág. 70)

Reflexiones color del tiempo

Bárbara y el week - end

Papá ha vivido muchos años en Inglaterra y de esas largas estadas ha adoptado una serie de hábitos que por el momento quiere aclimatar entre nosotros. Y uno de ellos es el week-end.

Para esto ha comenzado a edificar una serie de pequeñas casas, adorables como si fueran de juguete. Y digo una serie, porque en el fundo, en Maipú, ha hecho una que ya está terminada, en una ondulante loma, frente a un paisaje de cerros con una alameda que baja hasta el camino real. Una maravilla de panorama. En Algarrobo tiene otra en construcción y cerca de Barnechea, aquí a las puertas de Santiago, hay una ya terminada también, en estilo californiano, blancas de cal las paredes, con rejas y macetas y corredores de ladrillos rojos. Alrededor hay cerros y el río se adivina en una hondonada y el campo — que será uno destinado a golf — es tan suave de colorido, que dan deseos de acariciarlo.

Bien puedo decir que papá construye una serie de casitas, ya que son más de dos y más que dos son serie.

Bien.

Es el caso que en esta labor de propagar hábitos ingleses papá no tiene en casa más terreno que yo en quién sembrar. Mamá no perdona su misa en la Merced los domingos, mis hermanos no pueden dejar por nada del mundo de ir a las carreras y mi cuñada es de aquellas que ponen siempre en acción el refrán de: — "¿A dónde vas, Clemente?" — "A donde va la gente". Lo cual vale decir que mi cuñada va los domingos al golf por la mañana, por la tarde al Club Hípico y al Central después. Y creo que sólo me basta decir de mi cuñada, para que ustedes se den cuenta exacta de su perfil espiritual, que es muy viajada, que habla cuatro idiomas, que juega bridge a la perfección y golf en una forma estupenda, que se viste como un figurín, que le hace unas escenas abominables de celos a mi cándido hermano y que flirtea con una pericia de flapper americana. Es una especie de ley del embudo la que aplica con una técnica perfecta, como ustedes ven.

De aquí resulta que para sus excursiones de fin de semana, papá sólo cuenta conmigo. Adoro el paisaje, adoro el campo, adoro lo imprevisto.

Salimos siempre el sábado en la tarde, cargados de maletas y de paquetes de todas suertes. (No son míos. Siempre hay que llevar muchas cosas, ya saben que se trata de casas que aun no están perfectamente habilitadas y mil detalles se están completando). Esto no quita para que papá gruña por mi modesta maleta, y sobre todo, porque llevo al perro. Pero yo me hago la sorda como tapia y no oigo, ni sus refunfuños, porque las mujeres viajan con mil chirimbolos, ni sus protestas porque el perro molesta. Pero a veces la cosa se pone muy seria o mejor dicho: se pone a gritos y entonces le digo que él aprendió todo en Inglaterra, menos a querer a los animales y a ser amable con las señoras. Pongo primero a los animales y luego a las señoras, justamente porque sus gritos mayores son por el perro. Habré de decirles que mi perro se llama REX.

Ya instalados y con mil recomendaciones de mamá para que al día siguiente no dejemos de ir a misa, lo que nosotros prometemos formalmente, partimos con gran alegría de los tres: de papá que lleva aires de colegial escapado de la tutela más feroz, de mí, que me libro de Lucho por dos días y de REX que se asoma por la ventanilla y con sus ojos de miel abarca no sé qué paisajes en que hay muchas piedras que desenterrar y muchas liebres que perseguir.

El camino es siempre una fiesta. La llegada suele ser menos alegre, ya que siempre papá tiene su ración de disgustos porque la obra no marcha, porque ha caído una gotera, porque la luz no enciende, porque la cocina echa humo, porque ha entrado un piño de animales en el jardín y no han dejado rastros de plantaciones. Yo cuento con esta obertura de las discusiones y de los reproches y de las explicaciones. El week-end debería ser aquí como en Inglaterra, sin tener que dejar cuidadores a cargo de las casitas, pero también es cierto que si no lo piensa bien, saca en final que al otro sábado no encontraría de la casa, sino los cimientos. Porque hay que recordar la opinión de aquella española tan graciosa que conocimos en un viaje al sur. Decía que los dioses que habían presidido la formación de nuestro país eran Caco y Baco.

Este sábado llevábamos el proyecto de encender la chimenea. Resultó una tragedia. Fuimos a Barnechea con día de hielo.

Llegamos a la casa que se destacaba nítida en su prado de esmeralda. Salieron a recibirnos y ahí empezó la tragedia. Por primera providencia se habían robado esa noche anterior todas las gallinas. Luego, ya en la casa, hallamos un destestable olor a pintura y a humedad. Aquello no había sido abierto en toda la semana, aunque la Domitila juraba que todos los días abría las ventanas. Para combatir el frío, decidimos encender la chimenea. Papá preparó un cocktail exquisito, yo hice mi té, Rex tomó sus sopas de leche. Todo marchó sobre ruedas por unos momentos y estaba ya pensando que la incomodidad del primer momento no tenía continuación, cuando — ¡Tras! — la chimenea que empieza a echar humo, a echar humo, pero en tal forma, que los ojos nos lloraban y la tos no nos dejaba hablar. Hubo que abrir las ventanas. Hubo que apagar el fuego con agua, lo que dió otro olor malo, que mezclado a los restantes hacía la casa sencillamente intolerable. Hasta el perro arañaba la puerta para poder salir. Hacía frío afuera, mucho frío, pero de todas maneras, abrigados confortablemente, papá, el perro y yo, salimos por el potrero verde, entre los cerros envueltos en niebla. Papá hoscamente callado, el perro correteando alocado, yo digo entre dientes: —¡Qué descansada vida!...

Y de repente me doy cuenta, aterrada, que lo estoy diciendo con la melodía de los Tres Chanchitos...

BARBARA.

La Princesa de América

(Continuación)

PARTE II

(Parte III y conclusión en el próximo número)

En ese mismo momento entraba el Lord Gran Chambelán.

—¿Deseo Su Alteza concederme el honor de una entrevista? — preguntó austeramente—. El, al menos, podía hablar en inglés.

—No; lo que deseo es manifestarle que he resuelto ser lo que debo ser — afirmó enérgicamente la princesa—. Tengo una porción de cosas que ordenar. Para principiar, he decidido instalar en el castillo un cuarto de baño.

—¡Un baño particular! — susurró el Lord—. Pero, Alteza, el castillo nunca ha tenido cuarto de baño...

—Pues, es preciso que lo tenga. Tampoco me había tenido a mí y ahora me tiene. De manera que instálelo en seguida y sin reparar en gastos. Y ahora que hablo de gastos, ¿cuál es y dónde está el sueldo de una princesa?

—No comprendo lo que Vuestra Alteza me quiere decir — contestó el Lord, secamente.

—Quiero decir — insistió Natica con energía — ¿cuál es el dinero de que yo puedo disponer?

—Todos los gastos indispensables salen del fondo privado.

—Tráigame después ese fondo, porque deseo examinarlo. ¿Y qué es lo que quiere usted significar con eso de gastos indispensables?

—Los gastos que requiere el sostenimiento del castillo y los gastos personales de Su Alteza.

—Bueno, pues voy a disponer de esos fondos. Esta tarde voy a salir a hacer compras.

—¿Compras? ¿Olvida Su Alteza que está de luto?

—¡Ya lo sé que lo estoy! — declaró Natica, echando una mirada a su sencillo vestido negro—. ¿Y cuánto tiempo voy a estar de luto?

—Un año, por lo menos.

—¡No será verdad! Y esta tarde salgo de compras.

—¡Vuestra Alteza no puede hacer tal cosa! Su Alteza no comprende. Eso sería quebrantar la etiqueta.

—De eso, ya hablaremos también —dijo Natica—. Estoy harta de oír hablar de etiqueta de la corte. Y he resuelto dejarla a un lado. Mándeme las reglas de la famosa etiqueta, quiero leerlas. Y entretanto, ordene que enganchen un trineo para dos.

—¡Pero, Su Alteza!

—Y esto me trae a la memoria otra cosa — agregó Natica—. Ya supongo que en esta época de riguroso invierno, el único vehículo que se puede usar aquí es el trineo, pero cuando haya pasado el invierno, es otra cosa. ¿De qué carruajes dispone el castillo? ¿No hay garage? ¿Qué coche solía usar el príncipe, comúnmente?

—Un Rolls-Royce.

Eso ya suena un poco mejor — dijo Natica—. Creo que pronto tendremos buen tiempo. Quiero salir y recorrer todo el país, en cuanto llegue la primavera. ¿A dónde solía ir generalmente el príncipe?

—A Viena.

—Buena idea — expresó Natica, pensativa.

—¿Quiere Su Alteza decir que piensa ir a Viena? ¡Pero, piense Su Alteza, que esto sería inaudito!— protestó el Lord Gran Chambelán.

—Yo me permito rogar a Su Alteza que recapacite. Su Alteza, el príncipe, era un hombre. El ir a Viena era una cosa natural para él. Pero, tratándose de Vuestra Alteza... ¡De una princesa!...

—¿Va usted a decirme también que es contrario a la etiqueta?...

—Naturalmente. Eso sería en Leiderstein un escándalo colosal.

—Pues, puede usted irse haciendo a la idea de que van a presenciar muchos escándalos, en breve — corroboró Natica—. ¿Qué cree la gente de Leiderstein, que puedo yo hacer para distraerme?

—Las princesas no se divierten.

—¡Pues, esta princesa se quiere divertir! Pero, ¿qué es lo que hacen las otras princesas?

—La mayor parte de ellas, cose.

—A mí no me gusta la costura.

—Después se casan y tienen hijos.

—Pero, ¿cómo me voy a casar yo, si no salgo del castillo?

El Lord Gran Chambelán vaciló. Luego, dijo:

—Tal vez no debiera haber hablado a Vuestra Alteza tan pronto de este asunto. Pero, en breve se va a disponer el matrimonio de Vuestra Alteza.

—¿Qué se va a disponer? — interrogó asustada Natica—. ¿Y quién es el que va a disponer eso?

—Esos son asuntos de Estado. Naturalmente, lo dispondrán vuestros consejeros...

—¡Oiga—ordenó Natica—. Cuando yo quiera casarme, seré yo misma quién arregle esa cuestión. Yo me casaré con el hombre que yo elija para marido.

—¡Pero Su Alteza tiene que recordar que es una princesa! ¡Y una princesa no puede casarse más que con un príncipe!

Natica, al oír esto, quedó pensativa. ¡Eso de tener que encontrar un príncipe, era cosa muy grave!

—¿Y qué príncipe podría ser ése?

El Lord Gran Chambelán, satisfecho del punto que se había tocado, dijo con decisión: El príncipe Federico de Estrestein. Este había visto a la princesa en los funerales del príncipe difunto y se había prendado de ella. Luego, había venido una Embajada especial para sugerir la posibilidad de un enlace entre las dos casas reinantes.

—Desde luego, esto deberá guardarse en secreto, mientras la Corte está de duelo — indicó el Lord Gran Chambelán—. Pero, en este enlace hay muchas otras ventajas que considerar. Principalmente, para el Principado.

—¿Y qué tal es ese príncipe? — preguntó Natica.

—¡Es un príncipe! —contestó el Lord, creyendo así haber contestado a la pregunta.

—Bien, preséntemelo y yo lo examinaré. Siempre he deseado ver un príncipe. Y ahora, no olvide disponer un trineo para dos.

El Lord miró a la princesa horrorizado. Pero, Alteza, ¡yo no puedo!... —se atrevió por fin a murmurar—. No sería prudente que Su Alteza apareciese ahora en público. Hay facciosos en Leiderstein que podrían aprovechar la oportunidad de apoderarse de Su Alteza, y que no vacilarían, si la ocasión se presentara, en destronar a Su Alteza.

—¿Y qué es lo que teme usted? ¿Una bomba o algo por el estilo?

—No sería difícil que alguno de vuestros desleales súbditos apelase a esos medios extremos y censurables.

Natica arrugó el entrecejo:

—Yo le voy a decir lo que se ha de hacer. Va usted a lanzar una proclama real y a decir que se castigará implacablemente a todo el que lance alguna bomba.

Por primera vez, desde hacía algunas semanas, Natica se divertía de veras.

—Ahora, puede usted retirarse—ordenó al Lord Gran Chambelán.

Este no se movió. Natica le miró indignada.

—Espero, no tendré necesidad de dar un puntapié a ninguno de ustedes—recalcó firmemente.

—¿Puntapié? — preguntó asustado el Chambelán.

Y en seguida, acordándose de quién era él y quién era la princesa, se retiró más que ligero de la presencia de Natica, haciendo ante ésta una profunda reverencia y dejándola en la inteligencia de que había aprendido la lección. La lección era esta: que estaba resuelta a imponer su voluntad y a cambiar radicalmente en sus procedimientos.

Sin embargo, cuando bajó al portal del castillo, a las dos, no había ningún trineo esperándola. Sólo vió un gigantón que con el fusil al hombro hacía la guardia de palacio.

—Pregúntale dónde está el trineo— dijo Natica, dirigiéndose a Lili.

Esta lo preguntó y dijo:

—El centinela pide perdón a Su Alteza, pero dice que no sabe nada.

—Bueno, pues dile que Su Alteza

está ya l[illegible]ta de "peros" — interrumpió Natica.

Alrededor del portalón estaban los antiguos escudos de armas, cotas de malla y fusiles y sables antiguos. Detrás del centinela, en un escudo, había una puntiaguda espada de Toledo. Natica la cogió en el acto.

—Y dile también — agregó, indignada—, que la princesa piensa que no tiene armas y centinelas, para que cuando desea alguna cosa se le conteste con un "no sé" o un "pero". Y que si antes de cinco minutos no está aquí el trineo, con esta misma espada, le atraviesa la garganta...

Diez minutos más tarde, el Lord Gran Chambelán, mirando desde una de las ventanas, podía ver a la princesa subir a uno de los trineos y salir a todo escape, escoltada por cuatro coraceros, que tenían el aspecto de haberse vestido a toda carrera.

Y en esta forma, la princesa bajó a la ciudad.

Ni siquiera el sombrero "Reina María" que llevaba, era suficiente para aminorar su encantadora simpatía. El enojo había puesto en sus miradas un destello impresionante. Nada perdía de mirar. Y de repente se olvidó de que era princesa y se fijó en un hombre alto y rubio, que pasaba cerca de su lado.

—¡Johnny!—gritó, sin poderse contener.

El aludido miró y sus miradas se encontraron con las de Natica. Esta sintió como si el corazón le hubiera dado un vuelco. Y de pronto recordó que era una princesa. Ordenó al conductor que parara y esperó que se acercara Johnny.

—Bueno, ¿cómo ha sido eso, que no haya usted ido a palacio, a besar mi mano?

Johnny la miró contrariado, pero al momento se borró el disgusto de su semblante.

—¿Cómo que no he ido? He ido muchas veces. Pero yo no soy más que un cualquiera y me he encontrado con la orden terminante de su Lord Gran Chambelán, que no deja pasar a nadie contraviniendo la etiqueta.

—¡No lo sabía! Pero de aquí en adelante, ya podrá usted ir, porque he resuelto mantener mis fueros y hacer mi voluntad.

—Todo eso me lo suponía — confesó Johnny.— Pero recordó de pronto que ella era una princesa y él no era más que un pobre corresponsal de prensa, extranjero. Pero de todos modos tenía la ocasión en la mano y no quiso desperdiciarla. Podía también ser útil a Natica como amigo.

—¿Está usted segura de que podrá imponer su voluntad? Cuando yo estuve en Roma...

—En Roma hay un Mussolini, pero aquí una princesa joven, casi una niña, sabrá imponer su voluntad también...

Johnny advirtió:

—¿Está Vuestra Alteza informada de que aquí está interrumpiendo el tránsito? ¿Y que además está siendo el blanco de todas las miradas?

Natica miró en derredor. Vió que había una aglomeración de gente en torno suyo.

—Suba al trineo — ordenó—. Tengo que hablar con usted.

—¡Oh, Alteza, yo no puedo hacer eso! — protestó confundido Johnny.

—Nada me encantaría tanto como tomar una taza de té en su compañía, pero...

—No hay "pero" que valga. Es una idea magnífica. ¿Dónde quiere que vayamos?

—Mire — protestó Johnny, no puede usted exponerse en esta forma. Leiderstein está en vísperas de una revolución y es preciso andar con pies de plomo.

—Yo también me he declarado en revolución — aseguró con energía—. En rigor, he desafiado a Leiderstein a revolucionarse. Una taza de té trajo consigo la revolución norteamericana; otra, tacita puede traer ahora la revolución de Leiderstein.

—¿Eso es lo que usted se propone? ¡Pero, usted no puede hacer eso!

—Oígame — declaró Natica, y le dió una mirada que casi lo incendia. Pero, a qué hacer nada, si usted no está conforme...

—No se hace más que lo que usted mande...

Fueron a tomar té a la posada de "El Pelícano", acompañados de Lili, que es inútil decir que no aprobó aquella locura de Natica. Y ni el mismo Johnny estaba conforme con aquella atrevida resolución.

—Esta es la primera vez que me divierto, desde que practiqué el ski en su compañía, aquel día—declaró Natica, mientras servía su taza de té a Johnny.

—Gracias — contestó Johnny—, pero soy yo quién debe servir a Su Alteza.

—Me gusta servirlo a mí y estoy más acostumbrada. Dígame una cosa, Johnny—. ¿Tiene usted idea de lo que puede ganar una princesa?

—Una idea muy vaga. Leiderstein es lo que se dice un Estado independiente. Usted tiene las tres cuartas partes del Estado. Su renta proviene de los arriendos de las tierras.

—¡Dios mío! Nadie me había dicho estas cosas. Me están expoliando miserablemente.

—Dudo mucho que así sea. Yo podría decirle algo, pero son malas noticias.

—¿Malas noticias?

Johnny vaciló.

—Suponga mos — dijo por fin —que sucediera lo peor. Los republicanos están aquí trabajando una nueva plataforma popular. Están acariciando la idea de que Leiderstein no es del castillo, sino que es de Leiderstein. De manera que les pertenece a los leiderteineses y no a la persona que habite en el castillo, sea quién sea. Actualmente están poniéndose todos de acuerdo para no pagar las rentas.

—¿Quiere usted decir que no me van a dar un centavo? Y entonces, ¿de qué quieren que yo viva?

—Mucho sentiría tener que contestarle que lo que los leiderteineses desean es precisamente que no tenga usted de qué vivir.

—¿De manera que quieren fastidiarme? — comentó Natica—. Veremos si lo consiguen. Pero y entonces, ¿por qué me trajeron aquí?

—Porque en Leiderstein hay unos cuántos nobles, duques, condes y marqueses que viven también de las ren-

(Continúa en la pág. 72)

La serpiente Amarilla

(Continuación)

Se levantó de pronto.

—Me parece que esto es todo — añadió. — Dentro de tres días, sabrá usted de mí. Debo rogarle que no se comprometa a ninguna cita que le hicieran, sea de día o de noche, durante una semana. Espero que esta condición no le resultará demasiado pesada. — Al decir estas palabras su ojos parecían sonreír.

—Ciertamente, no — contestó Esteban, cogiendo el dinero con mano temblorosa. — Debo decirle, señor St. Clay, que le estoy muy agradecido — no podía explicarse la causa de su agitación — ...muy agradecido. Me ha librado usted de una situación muy embarazosa. ¡No puede usted figurarse hasta qué extremo lo hubiese sido!

—Ciertamente... lo sé todo — dijo el otro, con calma.

Entonces, Esteban Narth recordó:

—¿Por qué le llamaría Serpiente Amarilla?...

El chino quedó mirándole sin pestañear. Esteban creyó que no le había oído y repitió la pregunta.

—Así me llamó el señor Clifford Lynne — dijo el chino, lentamente.

Sólo por un instante fugaz, la inescrutable cara de St. Clay demostró que el inconsciente ataque, le había hecho daño.

—¡Serpiente Amarilla!... ¡Qué grosería!... ¡Muy propio de Clifford Lynne!

Se repuso en seguida y con risa profunda y musical recogió la cartera.

—Sabrá usted de mí... — empezó a decir.

—Un momento, señor St. Clay — interrumpió Narth. — Hace un momento habló usted de la finalidad de la liga creada por usted... ¿Cuál es esa finalidad?

El oriental le miró, pensativo, y respondió:

—El dominio del mundo — y con una inclinación de cabeza, dió media vuelta y desapareció.

Y de esta forma, Grahame St. Clay, Bachiller en Artes, se cruzó en la vida de Esteban Narth que, desde aquel momento, quedó sujeto a su destino con ganchos de acero... y esclavo de la voluntad de aquel que había de dominarle primero, para aplastarle, después.

CAPITULO VIII

Juana Bray estaba acostumbrada, por precisión, a levantarse temprano. Su posición en la casa de Narth, había sido conseguida a fuerza de cambios entre los individuos que constituían la servidumbre.

El señor Narth no tenía ama de llaves. Resultaba un gasto innecesario, ya que Juana podía desempeñarlo. Poco a poco había ido acumulando sobre ella todas las responsabilidades de un ama de llaves, sin ninguna de sus ventajas. Ella era, en realidad, la persona que andaba entre el salón y la cocina; quien tenía que arreglar las cuentas con los

Por

Edgard Wallace

tenderos, todos los meses, y hacer frente a las furiosas protestas de un hombre que llamaba derroches absurdos a los gastos naturales de una casa. Tantas ocupaciones tenía durante el día, que se había acostumbrado a levantarse a las seis de la mañana y dar un paseo de una hora, antes de que se levantara la servidumbre.

La lluvia del día anterior había puesto húmedo el terreno y refrescado el aire, pero era aquélla una de esas mañanas que convidan a caminar, a los pies jóvenes.

El cielo azul, se veía surcado por algún ligero encaje de blancas nubes. Esta mañana, su paseo tenía un objetivo. El enorme suceso de la transformación de la casa de Slater, era el tema de todas las conversaciones, en Sunningdale.

Desde su ventana, la tarde anterior, había visto pasar muchos camiones cargados que desaparecían

en el bosque y por la noche había gozado de un extraño y fascinador espectáculo, pues vivía lo bastante cerca para oír el ruido de los martillos y picos, y ver las nerras luces tas de los árboles, destacándose sobre la cegadora irradiación de las lámparas de nafta.

También el señor Narth había sido un testigo, molesto, de aquellas actividades y había ido a la casa de Slater a una hora avanzada de la noche, para poder juzgar por sí mismo a qué extremo llegaba la locura de Clifford Lynne.

A todo esto, Juana sólo lo sabía por referencias.

La mañana le ofrecía un oportunidad para llevar a cabo una detenida investigación. Se separó del camino para satisfacer su curiosidad, pero no pudo llegar muy lejos.

Una brigada de trabajadores estaba arreglando el camino. Tres camiones cargados esperaban cerca de ellos, y toda la casa aparecía llena de operarios que le daban un extraño aspecto de hormiguero.

El maestro de obras, que Juana conocía, vino hacia ella sonriendo:

—¿Qué le parece a usted todo esto, señora Juana?... ¡Gastar mil libras en reparar una casa que no vale más de cien!

Juana no contestó, tan sorprendida estaba mirando la rápida transformación. Durante la noche habían quitado las tejas y las vigas del techo, de forma que sólo quedaban las cuatro paredes.

—A las tres ya teníamos levantado el piso y colocadas todas las cañerías — comentó, orgulloso, el albañil. — He tomado a mi servicio a todos los trabajadores que hay en veinte millas a la redonda.

—Pero, ¿por qué razón está haciendo el señor Lynne todo esto? — preguntó la joven.

—¡Ah! ¿Usted le conoce? — interrogó el hombre, con sorpresa.

Juana se puso encendida como la grana. Era imposible explicar, al maestro de obras, que creía que aquella casa iba a ser suya; tan suya como el hombre que le había confiado el trabajo... y que iba a ser su marido.

—Sí, le conozco — respondió violenta. — Es un amigo mío.

—¡Ya!...

Era evidente que la aclaración de la joven había contenido ciertas franquezas por parte del señor Carter, pero Juana casi podía adivinar lo que él hubiera dicho.

Cuando llegó a la carretera iba sonriendo. Esta rápida y extraordinaria transformación de la casa de Slater era, exactamente, lo que podía esperarse de Clifford Lynne. El por qué, no lo sabía Juana, pero parecía como si él le hubiese revelado que sólo ella era capaz de comprenderle, en toda la familia.

Oyó, tras de ella, las pisadas de un caballo y se apartó a un lado del camino.

(Continúa en la página 14)

¿Cuál es el calificativo que define la belleza de la mujer?

Cualquiera que sea, necesita, antes que nada, acrecentar su encanto con un perfume suave y delicado.

COLONIA

FLOR DE ESPINO

LA SERPIENTE AMARILLA

(Continuación de la pág. 12)

—¡Bon jour... que creo se dice en francés!

Se volvió asustada. Era precisamente, el hombre que, momentos antes, tenía en el pensamiento. Montaba un viejo y descuidado caballejo casi tan desgreñado y soñoliento como él mismo.

—¡Qué trabajo tan grande debe haberle costado encontrar un caballo que haga juego con usted! — exclamó Juana. — Ya he visto su automóvil... ¡Ese sí que le va a usted que ni pintado!

Los ojos de Clifford parecieron brillar como si rieran, pero no emitió ningún sonido. No obstante, Juana hubiese jurado que estaba conteniendo la risa.

—¡Es usted muy poco respetuosa! — dijo, al mismo tiempo que saltaba del caballo. — ...Poco respetuosa y ofensiva..., pero no empecemos a reñir antes de estar casados... ¿Dónde ha visto usted mi automóvil?

La joven no respondió a su pregunta.

—¿Por qué está reconstruyendo esta casa tan horrible y tan vieja? — interrogó, a su vez. — El señor Carter dice que le va a costar a usted unos cuantos miles.

Clifford Lynne quedó mirándola un momento, alisándose la barba y sin contestarle.

—¡Pschí!... Porque se me ha ocurrido hacerlo — dijo como abstraído. — Soy un poco excéntrico. El vivir durante tanto tiempo en un clima tan cálido, puede haberme ablandado los sesos. Sí. He conocido algunos individuos que les ha pasado eso. Además... la casita resulta muy romántica... — murmuró. — He querido proporcionarme algunos rosales trepadores y madreselvas... También me gustaría plantar, alrededor, algunas coles... y tener buenos pollos. ¿Le gustan a usted los pollos — preguntó cándidamente — o las gallinas negras Dorkings... o las blancas Wyandottes... o al revés?... ¿Quizá, prefiere usted los patos?

Habían llegado al final del camino. El caballo le seguía, obediente.

—El viejo señor Bray estaba empeñado en casar a usted con una de nuestra familia, ¿verdad? — preguntó Juana, tan inesperadamente que, por un momento, no supo Lynne qué contestar.

—Sí... pero, ¿por qué?... — intentó preguntar, al fin.

—¿Quería usted mucho al señor Bray? — volvió a preguntar la muchacha.

El asintió.

—Sí... Creo que sí le quería. Como vivimos juntos durante tanto tiempo... Joe era un excelente viejo diablo. Además, cuando tuve el cólera, él me cuidó y gracias a eso me libré de "estirar la pata", como le llaman, en España, a morirse. Realmente, le apreciaba.

—Tanto le apreciaba — añadió Juana con un reto — que cuando le pidió que viniese a Inglaterra y se casara con una de nosotras, usted se lo prometió...

—¡En seguida, no! — protestó Lynne. — Hasta que hubo pasado mucho tiempo, no se lo prometí. Si he de decir verdad, creí que estaba loco.

—Pero, ¿usted lo ha prometido! — insistió ella. — ¿Quiere que le diga algo más que, también, prometió usted?

Por un instante, el hombre de la barba quedó bajo el efecto de una situación embarazosa.

—La clarividencia nunca ha sido mi ciencia favorita — contestó. — Se aproxima demasiado a la brujería. Por cierto que, allá arriba en Kung-chang-fu, conocía a una vieja que...

—No trate de cambiar la conversación, señor Lynne. Usted prometió a Joe Bray que cuando le presentaran, en la familia, una muchacha con quien debería casarse ni haría ni diría nada para darle motivos a una negativa. En realidad, que no expresaría usted desagrado alguno por el matrimonio.

Lynne se pasó la mano por la barba.

—Bueno; quizá tenga usted razón — confesó, — pero, ¿le he dicho, acaso, que no soy hombre casadero o que odio la idea del matrimonio? ¿Le he dicho que el pobre viejo Bray ha echado a perder mi juventud?... ¿Me he arrodillado, quizá, ante usted, suplicándole que no se case conmigo?... ¡Diga la verdad, Juana Bray!

La joven movió la cabeza y la sonrisa que se había iniciado en sus ojos maravillosos, brotó de sus labios como una flor.

—No ha dicho usted nada, pero veo que se ha disfrazado de espantapájaros.

—¿Y estoy muy repulsivo? — interrogó Clifford con mal disimulada esperanza.

—No mucho. Voy a casarme con usted... Supongo que se habrá dado cuenta de ello, ¿verdad?

La tristeza que se reflejó en el rostro de Lynne fué tal que Juana sintió un loco impulso de pegarle.

—Claro... que yo no quiero casarme con usted... — dijo tartamudeando —, pero... pero hay ciertas razones...

—El viejo Narth le habrá forzado a ello — dijo Clifford, como acusando.

—De igual manera que el viejo Bray le forzó a usted — contestó, al instante, Juana. — Es una situación extraña que podríamos llamar trágica si no resultase tan cómica. En fin; yo no sé lo que va a pasar, pero hay una cosa que quiero haga usted.

—¿Qué cosa es ésa? — preguntó él.

—Que se vaya a la barbería y que le afeiten esa barba tan ridícula — respondió la joven. — Quiero ver qué aspecto tiene usted...

Clifford Lynne suspiró profundamente.

—En ese caso, ya puedo considerarme comprometido para el matrimonio — exclamó. — En cuanto vea usted mi cara — ya no me abandona nunca. He sido el hombre más guapo de China.

Le tendió la mano.

—Reciba, pues, mi enhorabuena — añadió, sencillamente.

Juana se echó a reír, y todavía estaba riéndose cuando al extremo de la avenida se encontró con el fruncido ceño del señor Esteban Narth.

CAPITULO IX

¿Qué es lo que te divierte? — preguntó Esteban que, en aquel momento, podía estar de cualquier manera, menos divertido.

—Acabo de hablar con... mi novio — dijo Juana. Y la cara de Esteban Narth se alegró un poco.

—¡Valiente hombre tan salvaje! — exclamó él. Llevaba una carta en la mano. El correo de la mañana llega muy temprano a Sunninggale.

—Juana, hoy quiero que vengas a comer conmigo... a Londres... — añadió.

Aquella era una invitación sorprendente, pues cuando la joven iba a Londres, siempre tenía que comer sola.

—Haremos la comida... en la misma oficina... — dijo, algo violento. — Quiero que conozcas a un amigo mío..., un muchacho excelente, graduado en Oxford y qué sé yo cuántas cosas más.

La forma de hablar, más que sus mismas palabras, desconcertaron a Juana. Era tan evidente que Esteban se sentía molesto, que ella no podía acertar la causa de su embarazo.

—¿También vendrá Letty? — preguntó.

—No, no — respondió él, inmediatamente. — Sólo tú, yo y... y mi amigo. Supongo que no tendrás ninguno de tantos prejuicios estúpidos contra, ¡ejem!... contra los extranjeros...

—¿Contra los extranjeros?... No... ¿Por qué?... ¿Quiere usted decir que no es europeo?

—Exacto — afirmó Narth, tosiendo. —Es asiático. Puntualizando: es chino, pero personaje importantísimo en su país, querida mía, mandarín..., gobernador o cosa por el estilo. ¡Ah!... Y un perfecto caballero. No te presentaría yo a una persona que, a mí mismo, no me gustase conocer.

—Pues, desde luego, señor Narth... usted quiere que yo...

—Se llama Grahame St. Clay — explicó él. — Tiene grandes intereses comerciales tanto en este país como en el xtranjero.

Grahame St. Clay... ¿Dónde había oído Juana este nombre, antes de ahora?... No pudo caer... Le hizo una pregunta sobre la hora de la cita y entró en la casa, intrigadísima, pensando en cuál sería el motivo por el que había sido designada, ¡ella!, como invitada y por qué causa quería Narth presentarla a su nuevo amigo. Nunca había escuchado aquel nombre antes de... ¡Nada! Por mucho que trataba de pensar en ello, no podía recordar cuándo ni dónde lo había oído.

El señor Narth, un poco más tranquilo, volvió a su biblioteca y leyó, otra vez, la carta. Esta era la primera consecuencia del préstamo de las cincuenta mil libras y Esteban ya empezaba a lamentar la operación que daba derecho, a un chino, a llamarle "Mi querido señor Narth".

No había más de doce líneas de correcta escritura:

"Después de nuestra entrevista del otro día, ha llegado a mi conocimiento que su sobrina, señorita Juana Bray, es la prometida de Clifford Lynne, a quien conozco ligeramente.

"Tendría un gran placer en conocer a esta señorita. ¿Quiere usted traerla a comer al Albemarle o, si

(Continuación de la pág. 77)

Para saber y contar

EL SANTO DE MAMÁ.—

El santo de mamá se aproxima y todos los niñitos le están preparando una sorpresa, cada cual según sus años. Pepe está haciendo un bonito libro empastado, por él; Marcela le teje una chalina; Rosita tiene su alcancía muy llena para la víspera comprar todo lo necesario para preparar una torta, y Gaby, la más chiquitita, como no puede hacer otra cosa, está aprendiendo este verso de «EL GRANITO DE ARROZ» para decírselo esa mañana a mamá, apenas el señor gallo cante el amanecer en el patio vecino. Y como hay por ahí muchas Gabys que quieren aprender a recitar un verso para decirlo cuando venga la abuelita, o cuando sea el santo de la maestra, pues lo copiamos aquí para que puedan aprenderlo lindamente.

El granito de arroz

Un granito de arroz planté con gozo
en un tiesto de barro,
y un venturoso día,
pude al fin comprobar con alborozo
que de la negra tierra del cacharro
un tallito surgía.

Con amor lo cuidé, regué su tierra
cuatro veces al día;
el endeble tallito se hizo planta,
y hoy el estuche de su espiga en-
[cierra
con íntima alegría
cien granitos de arroz que ella le-
[vanta.

. . .

Como el grano de arroz agradecido,
debemos ser nosotros,
si alguien nos beneficia con alguno
de sus dones preciosos, que el olvido
no manche su pureza y a los otros
devuelva nuestra alma cien por uno.

JULIA BUSTOS.

Cuento sin nada

HAY perros de cola larga y perros de cola corta y perros sin cola— comenzó a contar la rata vieja—; y otros de cola para arriba y otros de cola para abajo y de cola enroscada y sin enroscar y de mucho pelo y de poco pelo...

Las ratitas se removieron fastidiadas. Ese cuento parecía una reprimenda. La abuela continuó, arrastrando las palabras:

—Hay perros grandes como un ternero y perros chicos como una rata y perros ni grandes ni chicos. Hay perros de pelaje blanco y blanco y negro y negro solo.

—¡Sí, sí, ya lo sabemos! Y ahora, ¿qué viene?

—... y de color barro — continuó la rata vieja sin hacer caso—, y de color gris que sólo usan los perros más finos. Hay perros de hocico largo...

—¿En este cuento no pasa nada? — protestó una de las pequeñas oyentes.

—... y de hocico corto — prosiguió la abuela, mirando para arriba—. Y hay perros que ladran y otros que no ladran, y unos que

corren a saltos y otros que corren arrastrándose. Pero todos son perros, ¡todos son malos!

—¿Qué más?

—Nada más. Colorín, colorao...

—¡Eso no es un cuento! No quiere decir nada.

—Quiere decir — dijo entonces la rata vieja —que el aspecto no importa nada y que para saber quién es alguien hay que ver cómo se porta.

—¡Bah! — dijeron con un mohín de disgusto algunas ratitas—. Nos prometió un cuento y nos sale con un consejo... ¡Como si nosotras lo necesitáramos!

La Ciudad de los Juguetes

HUMO no sale de las casas de la Ciudad de los Juguetes.

En las chimeneas no hay fuego, pero nadie sufre de frío.

Hay manjares que nadie come, pero nadie sufre de hambre.

Los castillos de azúcar candi no son de azúcar, sino de cartón: son de cartón como las casas.

Las cortinas y cortinados no se levantan ni se bajan, porque todos están pintados.

Los árboles siempre están verdes y dan frutas siempre maduras.

Unas frutas son de seda y otras frutas de cristal.

En los jardines hay corderos, unos más grandes que los árboles y todos con cuatro ruedas.

La gente que vive en las casas sonríe mucho y habla poco. Sólo dice «papá» y «mamá».

Nadie duerme ni tiene sueño, y ni siquiera bosteza.

Se oyen rugidos de leones que resuenan como un chirrido, pero ninguno tiene miedo.

Locomotoras y automóviles van por aquí, van por allá, hasta que se les acaba la cuerda.

Y cuando embisten un farol se parten de arriba abajo los conductores de latón. Pero a nadie le sa-

le sangre y nadie se rompe los huesos.

Ruido de cuerda de aeroplano sobresalta a los habitantes y todos parecen decir:

—Aviador: no vayas muy alto. ¡Cuidado! No cortes el hilo, porque nos quedaremos a obscuras.

Pues, en la Ciudad de los Juguetes el Sol es un disco de bronce y la Luna un disco de aluminio.

Y están colgados de un hilo la Luna y el Sol.

Habla el jefe de la Iglesia mejicana

EL ARZOBISPO RUIZ, DELEGADO APOSTOLICO, DESDE EL EXILIO, SOSTIENE QUE EL DESCONTENTO ES GENERAL EN SU PAIS.

(Por R. L. Martin, corresponsal del "New York Times")

Del escabroso problema al otro lado de la frontera, sobre la política mejicana, corren muchos rumores que, por alguna razón, son siempre de revoluciones y de acontecimientos por venir, los cuales se manifiestan más intensamente en las idas y venidas y en las reuniones a baja voz que se sostienen en los cafés de Nueva Laredo.

Este zumbido de moscardones es como en todas partes, pero aquí la atmósfera parece estar más tensa y agitada que de costumbre. Y uno de los comentarios que toma más cuerpo, es el que oyó el cronista en un reciente viaje a ese país, y que consiste en que para la primavera de este año habrá en Méjico un levantamiento militar para defender la libertad religiosa.

A 150 millas de la costa, en San Antonio, hay un tranquilo lugar donde se interpreta la verdadera situación mejicana, mejor que en todos los otros pueblos chicos. Aquí, en un modesto departamento de Incarnate World College, se encuentra el Arzobispo Ruiz y Flores, Delegado Apostólico en Méjico y figura de relieve en la jerarquía católica de su país, donde permaneció hasta 1932, año en que un piquete de soldados lo escoltó fuera de Méjico. En medio de verdes prados y lejos de las risas juveniles, oyendo las suaves y lentas pisadas de las silenciosas monjas, él continúa recibiendo informes y visitas y guiando a sus obispos en la política de su Iglesia.

Como representante del Papa en Méjico, sigue desempeñando sus funciones aun en el destierro, como también las de leader y portavoz del clero mejicano. Sus bondadosos ojos han visto muchos días difíciles, pero su menuda figura dentro de su casaca roja abotonada, se mantiene siempre erguida, y su mano que escribe las pastorales a sus fieles, también es firme y segura.

Una y otra vez, en documentos que ha hecho imprimir secretamente, y los cuales han circulado con gran dificultad entre el clero de su patria, ha aconsejado a éste que cumpla con su deber y defienda pacíficamente los derechos de su Iglesia; asimismo, que protesten por el tinte socialista de la nueva instrucción pública, la cual ha desplazado al catolicismo y de que deben de tener los mejicanos libertad para educar a sus hijos conforme a sus propias creencias. Muchas veces públicamente ha censurado y atacado las acciones de las altas esferas gubernativas de Méjico, y hace poco contradijo llanamente al Presidente Cárdenas, cuando éste declaró que no había persecución religiosa en Méjico.

Hace unos días, el Arzobispo se refirió acerca de los rumores que corrían y dijo: «Los bandos armados, es algo que ya no llama la atención en mi patria». Continuó el religioso septuagenario: «De los setenta y dos presidentes que han llegado al Gobierno desde nuestra Independencia, cincuenta y cinco han sido militares y de éstos sólo 12 han llegado al poder legalmente.

Arzobispo Leopoldo Ruiz y Flórez.

Una escena típica mejicana.

Hoy día hay muchos grupos de gente armada en muchos Estados mejicanos que, sin duda, tratan de obtener de contrabando sus armas y municiones.

«Yo diría, que infaliblemente caen dentro de cuatro categorías: Primero, aquellos que son realmente bandidos y que se guarecen en los cerros; segundo, esos otros grupos que nacen como resultado de la oposición a ciertos Gobiernos locales, tales como el que apareció en Sonora últimamente, cuando los cuarteles de la policía fueron asaltados; en tercer lugar, también existen otros grupos que se hacen eco de las quejas de Villarreal, que insiste en que fué derrotado con fraude en las últimas elecciones presidenciales, declarándose él mismo defensor de la Constitución; y en último lugar, quizá si hayan en algunas partes, católicos armados, pero sin planes ni organización, y sin la aprobación de la Iglesia. Los obispos y sacerdotes han recibido instrucciones en el sentido de que deben permanecer ajenos a cualquiera de estos bandos».

La siguiente pregunta le fué hecha: "Por su conocimiento que tiene Ud. de la situación mejicana, ¿cree que haya alguna posibilidad que alguno de estos varios grupos armados, que Ud. ha descrito, en un futuro cercano ataque al Gobierno con expectativas de éxito?"

«La posibilidad existe», replicó gravemente el Arzobispo. «En mi opinión, la situación general en Méjico es hoy en día muy delicada, tanto que al Ministro de Relaciones Exteriores, últimamente le costó hacer públicar en la prensa que «el Gobierno estaba en perfecto dominio de la situación». "El descontento es general a través del país, porque nadie encuentra ni libertad ni seguridad».

(Continúa en la página 76)

Esposas desilusionadas

UNA amiga mía, anoche, me lanzó toda su desesperación en una sentida conversación respecto a la desilusión que se había llevado con su marido!

"Nunca había creído que Francisco cambiaría hasta tal punto", se lamentaba tristemente una y otra vez. "¡Nunca! Está completamente cambiado, después de nuestro matrimonio. Estoy enteramente desilusionada. ¡Si me hubiera casado con Carlos!"

—¡Ojalá hubiese sido así!

Entonces, Francisco se habría casado con una mujer capaz de apreciar sus verdaderas y simpáticas cualidades, en vez de una que no tiene ojos para verlas, o mente para valorizarlas.

He conocido a Francisco toda mi vida. Desde los días en que jugábamos juntos, peleábamos y nos abrazábamos como niños, chupando los dos el mismo pan de azúcar.

El Francisco ya grande, es el mismo Francisco de aquellos tranquilos días. No ha cambiado ni un poco, ni en lo más esencial. Bondadoso, nada de egoísta, inteligente y calmado, quizás, pero infinitamente amable.

Y de repente es definido con toda tranquilidad como un mal hombre, por Celia. Y ahora pretende injustamente, haber sido «desilusionada».

Nada parecido.

Ella está pagando su primer error de criterio. Ella se debió haber casado con Carlos.

Carlos le venía mucho más a ella: alegre, arrogante, sociable, más bien egoísta y con un sentido práctico de saber qué es lo que necesita y proporcionárselo confortablemente.

En realidad, Celia se debió haber casado con Carlos. Habría podido ser desordenada en sus quehaceres juntamente con él y esto habría bastado para que lo considerase un angel de Dios. No habría tenido que atraverse a odiarle como lo hace con Francisco. Habría sabido, sin que nadie se lo hubiese dicho, que Carlos no le habría hecho caso a todos sus odios.

En cuanto a Francisco, ¡pobre hombre!, tan tranquilo que se queda pensando, una y otra vez, por qué las cosas han salido tan al revés, siendo que él las deseó desesperadamente que salieran bien.

SU FALTA.—

Celia está completamente equivocada; el matrimonio no ha cambiado a Francisco en nada.

Lo que ella quiere realmente decir, por supuesto, es que se ha dado cuenta que estando casado ha podido ella cambiar a Francisco como se imaginó en un principio podía habrelo hecho.

Forzosamente, el matrimonio no pudo haberlo cambiado a él en la clase de hombre que ella quería. (¡vaya a saber el cielo, cuáles eran sus pretensiones!), bajo su dirección. Por lo contrario, él permanece exactamente igual desde que se casó con ella.

(Continúa en la pág 69)

El está feliz y contento gracias a las pastillas "Purgette"

Es muy esencial para la buena salud del niño, que su vientre funcione suave y regularmente. Todas las madres cuidadosas recurren a las pastillas laxantes Purgette, como una ayuda eficaz para mantener la regularidad de esta función vital.

A los niños les gustan mucho estas pastillas, son de rico sabor y no repugnan, su acción es suave y no irrita el estómago más delicado.

PIDALAS EN TODA FARMACIA

Pastillas laxantes "Purgette"

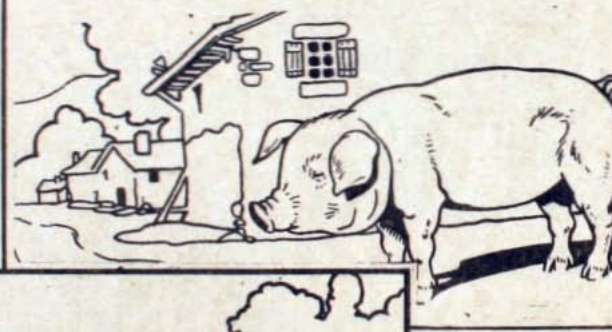
Base: Fenolftaleina

CONCURSO DE DON BASILIO

Cargado con mil paquetes, don Basilio aquí llegó. Digan, mis queridos chicos: ¿En qué parte se sentó?

Los pequeños lectores que adivinen, tienen opción a un sorteo de variados premios, entre los cuales se cuentan libros de cuentos, juguetes y entradas a las matinées de cines a ellos destinadas. Enviar las soluciones a Mamy Rosa. Casilla 2192, Santiago.

El niño va a probar en este dibujo sus dotes de pintor. Ya sea con acuarela o con lápices, va a tratar de colorear este chanchito, que es el número 1 de los 3 que tanto les gustaron a ustedes en las aventuras que corrieron con el Lobo Malo.



Doña pata sale de paseo con todos sus patitos.

Mejoremos nuestra vida — por Esther Lewis.

HACE tres años, era yo una mujer cansada de la vida, algo neurasténica, y que sufría de constantes dolores de cabeza. Jadeaba y suspiraba de andar ochenta pasos en mi casa de Londres, y me atormentaba y desesperaba de pensar lo que es la vida. Ahora tengo cuarenta y un años, soy más fuerte que nunca y tengo seguridad en mí misma.

Me cansé de la vida de ciudad, comprando malos alimentos, empleando sirvientes para combatir la mugre que entraba por las ventanas, viendo a mis hijos ansiosos de mayor libertad para sus distracciones, encontrándolo todo malo, según mi manera de ver las cosas.

Soy escritora, y deseaba escribir un "gran libro". Quería escribir cosas que llenaran el ansia del corazón humano, esa ansia que yo misma he sentido a menudo. Pero me di cuenta que mis novelas no gustaban. Y repentinamente descubrí que no puede escribir libros de interés quien no tiene interés en la vida. Dos personas me ayudaron a encontrar lo que necesitaba. Uno fué un Obispo que me dijo: «Lo que se necesita no es escribir y hablar a la gente sobre lo que tiene que hacer, sino hacer uno mismo lo que esa misma gente copiará después». Y mi esposo, que dijo: «No es lo que escribes lo que perdurará, sino lo que haces, y tú tienes una manera de comprender la vida que nadie intentará copiar». Y así comenzamos a buscar una casa en el campo hasta que encontramos ésta, en la que vivimos hace un año.

Es una casa vieja. Tiene dos hectáreas de jardín y huerto y dos hectáreas de campo. El agua que usamos se saca de un pozo, nos alumbramos con lámparas de petróleo y con petróleo cocinamos; un caldero nos provee de agua caliente y al mismo tiempo da calor a los radiadores. Todos los pisos están enceirados; todas las paredes pintadas al temple (por mí misma), y tenemos sólo una alfombra. Tengo una casa de campo que administro yo sola, y yo también arreglo mi jardín. Tengo 100 aves y 11 patos.

La mayor parte del tiempo me la he pasado sin sirvienie. El jardinero me ayuda algo trayendo el carbón y limpiando los gallineros.

Tenemos tres hijos. Cuando están en casa pasando días de asueto, siempre traen con ellos una cantidad de amiguitos y tengo que armarles camas de campaña. Todos los fines de semanas tenemos visitas, pero de esa clase de visitas que no importa que entren a charlar a la cocina mientras preparo las comidas.

Para llegar a esto he tenido que pensarlo bastante, quería estar libre de preocupaciones y de cosas mal hechas que salían muy caras. Ensayé tener sirviente, pero fué inútil; sus ideas para encerar y limpiar la casa no coincidían con las mías. Mi esposo se quejaba todo el tiempo de las comidas. Traté de tener dos muchachas novicias en el servicio para enseñarlas a mi manera, pero más fué el tiempo que perdí en correr tras de ellas, que el provecho alcanzado. Ahora viene la mujer del jardinero dos horas por la mañana y como hace exactamente lo que le digo, estoy en paz. Cuando tengo que preocuparme especialmente de alguna comida, traigo mi máquina de escribir a la cocina y el tener que revolver la mermelada no me distrae en absoluto de mi trabajo intelectual.

Me levanto a las seis y media, enciendo el calentador y hago el té para mi marido, que se levanta a la misma hora para ir a ver

su caballo. Limpio la sala y el comedor y a las ocho ya tengo listo hasta su estudio, entonces comienzo a preparar el almuerzo. Mientras almorzamos se está cocinando la comida de los pollitos hecha de vegetales y una vez que está lista, la mezclo con harina y les doy su alimento, inmediatamente después de almuerzo cuando voy a regar mis plantas o a hacer cualquier otro trabajo en los plantíos de flores.

A esa hora llega la mujer y lava la loza y me ayuda a hacer las camas. Encaramos y damos vuelta un cuarto por día, haciéndolo todo— ventanas, cuadros, muebles, etc.

Por lo general a las diez y media estoy ya trabajando en mi escritorio y continúo allí, sin interrupciones, hasta la hora del lunch. El lunch es siempre sencillo y después de terminarlo, sigo con mi libro hasta cerca de las tres. A las cuatro y media sirvo el té. A las cinco y media le doy a los animales su comida de la tarde y a las seis comienzo a cocinar nuestra comida de la noche.

Después de comida me lavo, a menos que tenga que seguir escribiendo, a veces mi marido me lee mientras yo coso; cuando los niños están en casa, él a menudo discute con ellos cualquier cosa de interés, por ejemplo historia o filosofía y en esas ocasiones yo me preocupo de hacer cortinas, etc., mientras escucho la lectura.

Muchas veces me han dicho: ¿no encuentra usted absurdo que una mujer con su cerebro se ocupe de limpiar los pisos, de cocinar y atender las gallinas?, o también: «Ud. podría producir mucha más labor intelectual si no se cansara atendiendo quehaceres menudos». Y otros, «¡Qué terrible tener que levantarse a las seis de la mañana!»

Y algún día escribiré el libro con que he soñado desde chica. No hará que mi nombre fulgure en anuncios luminosos en Londres, pero llegará a los corazones de muchos.

Los hará pensar y ver que la vida debe mejorársela uno mismo, que es como uno quiere que sea, y nada más. Quiero que mi libro haga que todas las mujeres puedan hacer de su vida el acontecimiento feliz que es la mía.

Tendencias

La capa triunfa. Es indiscutible. Y las mujeres han obrado con entera razón al acordar tan completo favor a esta prenda llena de juventud y coquetería. La vemos desde la mañana, acompañando los trajecitos de deporte, hechos en lana de angora, en jersey o tejidos a pallilo; en la tarde tiene un aspecto más rico, adornada de pieles y en otras telas de mayor elegancia empleadas en los trajes para bridge, para cocktail, para comida en el restorán; en la noche completa maravillosamente los suntuosos trajes de baile y está entonces confeccionada en terciopelo, en rasos fulgurantes, en lama y sedas. Largas o cortas, en todas las telas y en las formas más variadas, la capa triunfa.

Las lanas de angora siguen también siendo las favorecidas por las elegantes. Son maravillosas de flexibilidad, de coloridos llenos de encanto y se advierte en ellas una rebusca de efectos nuevos. A más de de esto son sumamente confortables para los días fríos y en ellas realizados, cada modelo toma un aspecto de suma elegancia.

Algunas de estas lanas son simplemente esponjosas, otras tienen una especie de frisa, otras son francamente peludas. En este último capítulo hay verdaderas maravillas, ya que se combinan en diferentes colores y algunas hasta se enriquecen con hilos de oro o plata, lo que las hace sumamente novedosas.

La intervención de los adornos plateados y dorados es otra característica de la moda de este invierno. Se ven telas como recamadas en metal, otras tienen la trama y discretamente lanzan reflejos, otras muestran aquí y allá un punto brillante. Ya hemos dicho que se hallan en todo, empezando en los géneros de lana, pasando por los de seda para llegar a los otros por completo metálicos, destinados a los vestidos de noche.

Pero también en los adornos aparece el metal triunfalmente. Vemos cuellos y puños tachonados de motivos metálicos, ya sea como escamas, como lentejuelas, como estrellas, como canutillos, como cubos. Todo está admitido. Los dibujos son de una fantasía incomparable. Van desde las gracas muy simples y modernas, hasta los complicados modelos que imitan la época del Renacimiento. En los cinturones vemos la misma riqueza decorativa, ya sea formándolos totalmente o luciendo sólo en la hebilla. Botones y clips lucen en metal. Y cuando se trata de la hora del baile o de la comida de gran gala, la intervención de los motivos metálicos llega a lo inaudito.

Claro que no es cosa que se pueda usar a "granel", como quien dice, porque se caería fácilmente en lo excesivo, en lo de mal gusto. Hemos visto, por ejemplo, un modelo recién llegado de París, exquisito de elegancia. Se trataba de un traje de seda muy grueso, café dorado, trabajado al sesgo con cortes muy simples, pero de extremo refinamiento. Un cuello en seda beige y como una estrella y puños iguales, estaban tachonados por estrellas doradas, más grandes en el borde y que iban disminuyendo hacia arriba en tamaño. En la cintura, la hebilla era una media luna, de metal mucho más brillante. No pueden ustedes figurarse nada más elegante.

Otro modelo, de terciopelo negro, estaba adornado con un cuello redondo, abrochado atrás y que daba una sensación de pequeña capa, hecho totalmente de mostacillas plateadas y doradas, opacas y brillantes, efecto maravilloso y al propio tiempo sobrio.

YVONNE

la moda

1.— Como complemento del abrigo indicamos este conjunto de detalles encantadores.

2.— Guantes de gamuza lavable perforados en los espacios que dejan libres las alforzas.

3.— Abrigo tres cuartos en tela de lana a rayas encontradas con pequeño cuello cerrado. Falda en lana lisa con tablones en la parte delantera.

4.—Elegante abrigo beige muy amplio, en tela diagonal y gruesa con canesú pespuntado que termina más abajo del hombro. Grandes bolsillos con botones de fantasía lo mismo que las mangas.

1.— *Abrigo sport, tres-cuartos, en lana gris claro. El canesú de la espalda se extiende hasta las mangas. Gruesos botones de fantasía para cerrarlo y abajo de las mangas.*

2.— *Abrigo sport de corte muy juvenil en lana gris obscuro adornado de pespuntes.*

Las últimas confecciones

3.— *Abrigo sport en lana beige, cruzado por delante con doble hilera de botones de madera que también sujetan las patas de las mangas.*

4.— *Abrigo tres-cuartos en jersey de lana a rayas diagonales, con un pequeño cuello derecho abotonado con collera. Las mangas y el canesú se cortan de una pieza.*

5.— *Traje tailleur en tweed color natural. Chaqueta acinturada con canesú derecho y cortes que coinciden con las tablas de la falda, lo mismo en la espalda.*

Creaciones parisienses

1.—Traje dos-piezas, en fino crepe de lana gris perla. Es de corte muy sencillo; la chaqueta cierra adelante, con cuatro botones.

2.—Conjunto elegante, compuesto de fino traje de lana beige y abrigo en grueso paño de fantasía. El abrigo tres-cuartos cierra en un movimiento cruzado con cuatro botones. Bolsillos sobrepuestos. El cuello es subido.

3.—Casaca en lana café de jersey de lana. Juego de guantes y cartera, en fino cuero café; otro, en cabritilla blanca. Calzado sencillo.

4.—Traje dos-piezas, en lana gris, a lunares azul marino. La chaqueta se lleva sobre una sencilla blusa de jersey marino.

5.—Conjunto compuesto de falda y capa en jersey beige, que se lleva con un chalequito en jersey café.

6.—Falda, en fina lana negra y blusa, en jersey de fantasía.

Abrigos sencillos para

1.— *Abrigo en angora adornado de cortes, manga ancha apretada en el puño con astracán como el cuello.*

2.— *Abrigo en lana gris con pequeña capa, cinturón de cuero negro, corbata de loutre.*

3.— *En puño azul, este abrigo simulando bolero, se completa con una corbata de leopardo.*

4.— *De leopardo es también el adorno de este abrigo cerrado por tres botones al lado, grandes puños mosqueteros.*

5.— *En diagonal café, este abrigo con vueltas dobles, lleva astracán en el mismo color en las mangas y cuello.*

6.— *Abrigo en lana de fantasía, sin cuello cerrado por botones de madera en forma alargada, cinturón doble en el mismo género*

Seis elegantes y

1.— Elegante abrigo tres cuartos, muy amplio con mangas raglán. Corbata a lunares.

2.— Para las aficionadas a las carreras es elegantisimc este conjunto con anchas vueltas drapeadas y cuello de liebre.

3.— De lineas muy sencillas este abrigo, cuyo principal adorno consiste en los grandes botones. Cinturón de cuero.

las correrias matinales

1.— Una pechera con cuello de piel se lleva con este abrigo de chevron, las vueltas están unidas con la capa por un botón.

2.— Abrigo de ratine azul marino, bolsillos tapados; costura encima de las mangas y vueltas anchas.

3.— Abrigo en lana, con costuras dobles; la corbata del mismo género pasa por debajo del cuello de astracán.

4.— En lana mezclada este abrigo con un corte muy nuevo en las mangas que forma canesú en la espalda. Patas abotonadas en los bolsillos.

5.— Abrigo con capa pespuntada sobre las cuchillas; medio cinturón.

6.— Una corbata escocesa cierra este abrigo de paño azul con capa muy corta, lleva tres cuchillas en las mangas antes de los puños.

lindísimos modelos

4.— Abrigo raglán de anchas vueltas con orillas pespuntadas; traje en lana cuadrillé con un curioso cinturón enrejado, del mismo género del abrigo.

5.— En jersey de lana está confeccionado este conjunto con chaqueta de mangas kimono. Blusa de espumilla con gran corbata orillada de plisados.

6.— Muy de moda este conjunto de falda obscura, con blusa y chaqueta chinescas, lo recomendamos a nuestras lectoras para la hora del bridge.

Vida y confesiones de Gabriela MISTRAL

(Continuación)

IV.

Un camino de unos cuantos kilómetros, une a La Serena con el puerto de Coquimbo.

La Serena nace en la orilla misma del mar, y Coquimbo se escalona, como en las gradas de un anfiteatro, en unos cerros enormes y obscuros. Y entre la ciudad y el puerto, un sinnúmero de aldeas va alegrando el camino. Y de estas, la más pintoresca es La Cantera, con su treintena de casas blancas, pulcras, como vestidas para una fiesta Y preside aquella vida frugal y campesina la iglesia lugareña, con su torre de líneas sencillas, primitivas.

Encontramos a Lucila Godoy enseñando en la única escuela de La Cantera, la lección de cada día, a unos cuantos muchachos, hijos de los campesinos de la aldea y de los contornos. Y hasta esta sala modesta y austera, llega también el romance, el primero en la vida de la artista.

No podríamos precisar la época, ni en qué circunstancias conoce Lucila a don Alfredo Videla Pineda, serenense, nacido en 1866; pero Videla es asiduo visitante de La Cantera, y entre Lucila y él media una correspondencia que delata una amistad amorosa, nacida más que nada por afinidad de temperamentos.

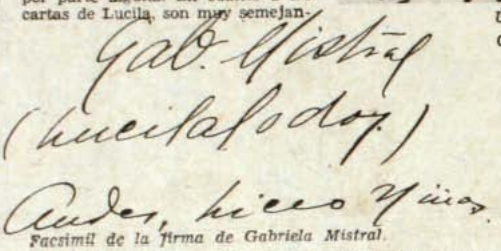
Don Alfredo Videla, fué un enamorado de las bellas ediciones (no faltan, sin embargo, en La Serena gentes que aseguren que de sus libros prefería la pasta, al texto). Coleccionista de objetos preciosos y de muebles de maderas nobles, era también músico por afición. Poseía un oído singular y sutil. Dejó un recuerdo espiritual y amable.

Nacido en modesta, pero honrada cuna, sin vinculaciones en la colonia, logró, con todo, una situación expectable en la sociedad de su época y vino a ser uno de estos imprescindibles jóvenes de moda de las ciudades de provincia, esos que organizan bailes y paseos, que deshojan con o sin habilidad la flor de las galanterías y que pasan la jornada adaptándose a las generaciones que circulan por los escenarios sociales, hasta que llega, certera y cruel, la hora inevitable de la retirada.

Lucila Godoy era asidua colaboradora de los diarios de la provincia. Su prosa altisonante, de pasajes retorcidos y obscuros, proclamaba una artista de las nuevas tendencias. Videla, cuyos éxitos sentimentales fueron muchos, la conoció pasado los 40 años y le atrajo en la modesta maestra rural, su aureola literaria, su juventud, y después, el trato mismo de Lucila.

Fué don Alfredo Videla el acabado tipo de solterón de provincia. Enamorado de todas las mujeres, pero más enamorado todavía de su libertad. Su correspondencia con Lucila es un jardín de frases convencionales, escritas en esa literatura sentimental que vivirá siempre en las cartas de amor. Pero el fuego que enciende la llama de las grandes pasiones no aparece allí por parte alguna. En cuanto a las cartas de Lucila, son muy semejantes a sus poemas en prosa de esa época: Vargasvilianas desde comienzo a fin.

Una fotografía de Gabriela Mistral en 1906.



Facsímil de la firma de Gabriela Mistral.

Por esos días obsequió Lucila su retrato a Videla. Notable documento en la vida de la poetisa. La dedicatoria es simple: "A mi amigo Alfredo. Lucila". Se trata de un obsequio hecho en el primer día del año 1906. Regalo de Año Nuevo, frecuente en esos días, de retratos y postales.

En 1925, cuando la poetisa volvió a su provincia y se radicó en La Serena, con ánimo de permanencia indefinida, Videla, el amigo de antaño, solicitó verla, y fueron credencial de la embajada, el retrato y las cartas de aquellos días felices y lejanos de "La Cantera". Por cierto que ahora los papeles se habían trocado. Aquella Lucila ensalzada por pocos y negada y combatida por tantos, era ahora el primer valor intelectual de América. Una estatua la recordaba en Méjico y la circundaba un halo de celebridad. Bien pobre y menguada resultaba La Serena para servir de marco a Gabriela Mistral.

Don Alfredo Videla, próximo a los sesenta años, cansado, terriblemente cansado, sin época, solterón impenitente, incomprendido de muchos, podía aspirar al recuerdo de las generaciones futuras por el solo título de haber compartido el afecto de la poetisa en sus mocedades. Solicitó, pues, verla en la intimidad del hogar. Pero Lucila Godoy había muerto, sin duda, porque Gabriela Mistral, con frases obstinadas y corteses se negó a recibirlo. Videla no insistió tampoco.

* * *

Don David Rojas González, actual juez de La Serena, escribía versos en "La Voz de Elqui", en la misma fecha en que Lucila Godoy publicaba sus artículos, y ha dejado de la poetisa una estampa que no carece de interés. Habla de una visita que hiciera Lucila en su escuela de "La Compañía" y dice: "En ese ambiente bravío, de soledad casi absoluta y a plena naturaleza, se abrieron los ojos de su espíritu a las primeras concepciones del arte. Estudiaba y escribía, escribía mucho, tanto, que su nombre era proverbial entre los muchachos que cursábamos humanidades en La Serena, y como se trataba de una niña joven, nació entre la muchachada amante de las letras el deseo de conocerla.

"En la mañana de un domingo, dos compañeros y yo, estrechamos por primera vez la mano de la poetisa. Era una niña alta y muy delgada, ligeramente rubia y de ojos verdes. Vivía en una casita azul, la casita azul de los poetas. Los grandes árboles ocultaban la vista de la casa, de modo que en esa soledad sonora, casi no se veía más que el cielo neblinoso y el mar por donde, de cuando en cuando, advertíase, a lo lejos, cruzar la silueta de algún barco. A un costado del caserío deslizaba sus aguas obs-

(Continúa en la pág. 58)

Lito y Pituco

Los Mellizos

La interesante actriz Mary Ellis no reza con aquello de "Triste es la vida cuando piensa el alma..." (Foto Paramount).

Escaparate

Se dice que cuando Joan conoció a George, se dijo a sí misma: «Este es el hombre con quien debo casarme...» Parece que George adivinó este pensamiento porque a los pocos días de conocerla le rogó que fuera su esposa; sin embargo, Joan quería estar segura de aquel cariño y retardaba su contestación. Varios días pasaron y George no repitió la pregunta, por lo que una tarde Joan le dijo: «¿Todavía quieres casarte conmigo...?» Y George Barnes le contestó con la ya célebre frase usual: «Vamos a casarnos».

Joe E. Brown dice que él nunca se le declaró a su mujer; pero que sin saber cómo llegaron al entendido de que algún día habrían de casarse. Este entendido lo tuvieron una tarde en el poblado de San José, precisamente cuando Joe tuvo que despedirse de la que hoy es su esposa, para aparecer una temporada en un teatro de Nueva York. A los pocos meses y sin que entre ellos hubiera mediado correspondencia amorosa, Joe le envió a Kathryn un telegrama que decía: «Ya tengo dinero para casarnos: puedes embarcarte»... Y Kathryn vino, celebrándose las nupcias.

Al Jolson se sentía muy tímido para declarársele a Ruby Keeler y nunca se atrevía a hablarle de amor, hasta que una noche, de súbito se sintió valeroso y le dijo: «Vida mía: vamos a casarnos...»

Una escena culminante de la película "Bajo presión", en la cual se puede admirar la significativa expresión de Florence Rice y Marjorie Rambeau. (Foto Fox).

Cuando llega el momento de declararle su amor a la que inspira sus anhelos, los actores de cine son tan tímidos y vacilantes como todos los enamorados del mundo. Cuando actúan, las palabritas dulces que el autor del argumento pone en el manuscrito, salen de los labios de los actores con la mayor facilidad; pero cuando tratan de expresar su cariño a la mujer amada se vuelven balbucientes, como si fueran chiquillos o colegiales, y la mayoría de ellos admiten esta verdad.

Han ocurrido casos en que el enamorado ha enmudecido por la emoción y la joven a quien pretendía ha tenido que ir en su auxilio terminando la frase que sudaba que él quería decirle... Así sucedió a Joan Blondell cuando su enamorado George Barnes trató de pedirle que fuera su es-

Hollywoodense

Esta es la frase que parece estar más en boga para resolver los casos agudos del amor moderno, pues esas fueron las palabras que Edward G. Robinson dijo a su compañera y las mismas con que Harmon O. Nelson conquistó a Bette Davis.

James Cagney no tuvo que declarársele a su mujer. Ella era corista y él aspirante a bailarín, pero en aquellos días se encontraba sin trabajo. Ella lo invitó a comer, pagó la cuenta en el restaurant y de allí salieron comprometidos a casarse. Hace trece años de eso y aun viven felices.

Ann Dvorak es la más romántica de las estrellas y asegura que Leslie Fenton usó de las frases más atractivas para decirle que la amaba, entretanto que Dolores del Río confiesa que Cedric Gibbons no le dijo una palabra, pero le demostró de tal modo que la quería que se encaminaron al altar una semana después de conocerse.

Josephine Hutchinson, que acaba de casarse con su agente de publicidad, se quedó asombrada cuando le preguntaron que «¿qué le había dicho su marido?» y contestó francamente: «Vamos a casarnos».

Por estos informes ya ven ustedes que en la vida real los artistas de cine y sus adorables estrellas se aman más o menos igual que cualquier hijo de vecino...

Pero Westmore ha creado un nuevo peinado que él llama «gloriosa aureola» y que será presentado por Marion Davies en su primera producción Warner Cosmopolitan.

La próxima película de Ronald Colman llevará el título de una antigua canción inglesa: «El hombre que hizo saltar la banca de Montecarlo» y se dice que su argumento es sensacional.

Ernesto Piedra, un distinguido compositor cubano, será el autor de la música de la primera producción independiente que presentará Ramón Novarro, y la cual lleva por título: «Contra la corriente».

El título de la próxima película de Bette Davis será «La dama de la Décima Avenida» — Ian Hunter el célebrado actor inglés, es el galán joven, figurando también en el reparto Colin Clive, Katherine Alexander y otros.

Dolores del Río está encantadora en su próxima película titulada «In caliente».

No importa hacer una vida de perro, con tal de pertenecer a la bella dama Gertrude Michael.
(Foto Paramount).

Esta simpática nativa, demostrando excelentes condiciones de actriz, aparece en la película "Legong".
(Foto Paramount).

Nancy CARROLL inspiración del modisto

...ie de calle de
...na barquillo,
...ello, pechera y
...ios de seda bei-
... tachonada de
...ares metálicos.
...intura café.

...tuoso traje de
...he, en gasa ne-
..., con anillos
...ados. Fondo en
...ma de tafetán
...a darle ruedo.
...lar de rosas, de
...ciopelo rojo y
oro.

LA adorable Nancy Carroll, con sus grandes ojos azules y cabellos de un suave color castaño, tiene el don de inspirar las creaciones más encantadoras y realmente femeninas, según dice Kalloch, el célebre diseñador de los estudios Columbia. El cronista tratará de transcribir al español las entusiastas frases de Kalloch al hablar de Nancy, una de sus artistas favoritas.

—Para mí verla es hallar la inspiración; cuando Nancy vino a que la diseñara los trajes para «Jealousy» (Una mujer fué la causa) le diseñé mucho más de lo que necesitaba para la película; es que ella tiene el don de excitar la imaginación; nos hace verla envuelta en telas vaporosas, en sedas, hasta en los sólidos paños para trajes corte de sastre o de deporte; su hermosa figura da realce a cualquiera creación.

Muchos de sus vestidos tienen una insinuación de primavera; por ejemplo, entre los que viste en «Un mujer fué la causa», uno gris con cinturón de terciopelo violeta, da la impresión de violetas tempranas sobre un campo aun gris. Pero para que el traje no sea demasiado ingenuo, Kalloch adornó el cinturón con tachuelas de plata. Es un traje ideal para la matinée, el almuerzo o una partida de bridge, y luce bien con cualquier clase de abrigo, especialmente con aquellos adornados con pieles de color negro.

Otro hermoso vestido es de crepe color beige, estilo sastre, con una chaqueta corta, entallada y sin cuello, sobre una blusa estampada con el cuello afuera cayendo sobre la chaqueta. Nancy lo usa en su luna de miel fílmica en la película, y es digno de ser imitado por otras novias. Con este vestido Nancy usa una especie de boina adornada con flores que hacen juego con el color del vestido y del sombrero.

Si se desea un traje para cualquiera ocasión, difícil sería hallar uno más apropiado que el de tafetán listado que Nancy Carroll viste en una escena de «Una mujer fué la causa». Es más largo que el reglamentario vestido de mañana, pero no demasiado para

Traje de bridge, en crepe estampado. Gran capelina de terciopelo azul noche; cinturón, cartera, guantes y calzado del mismo color.

cualquier función de la tarde. Este vestido lleva un cuello blanco alzado y atado con una cinta de raso anudada elegantemente bajo el mentón. El corpiño, que no es ni demasiado estrecho ni del todo suelto, se abotona al frente. Un cinturón negro acentúa el color de la corbata. Para la calle, un atractivo sombrero grande, completa el «ensemble». El sombrero lleva un cordón alrededor en lugar de cinta.

Para entreverar con estos trajes de uso corriente, los trajes de etiqueta añaden una nota elegante al guardarropa de Nancy en esta película, entre ellos un bellísimo vestido para soirée, de terciopelo negro que hace destacar maravillosamente sus lindos cabellos castaños. Sin espalda, el traje tiene un lazo de terciopelo en el frente, colocado lo suficientemente alto para formar una especie de cuello. De corte ajustado a la forma, la falda con abertura en el vuelo para darle más soltura y elegancia al caminar o bailar. Una capita corta completa el conjunto.

Para la noche, este vestido compuesto de una falda negra, de seda opaca y de una túnica de crepe brillante, blanco, de sobria línea y que da por resultado un conjunto de suma elegancia.

Un maravilloso traje de novia, en seda moteada de terciopelo, que recuerda las suntuosidades de otros tiempos. Cuello Médicis y larga cola. Las mangas son flotantes. Adorno de la época en la cabeza.

Sus

Henry Wilcoxon.
(Foto Paramount).

favoritos

June Lang.
(Foto Fox).

Un estricto cumplidor

Las leyes son leyes..., pero cuando se interpone la mujer que adoramos, el hombre más correcto las olvida.

Por **Ben Ames Williams**

Habían jugado al golf toda la tarde. El día había sido caluroso, casi un día de verano, y Nancy Prior y Roger Cate regresaban cansados y acalorados. La situación entre ellos era tirante. Roger era un celoso cumplidor de toda clase de reglas y leyes, y siempre había exigido a Nancy que las cumpliera como lo hacía él. Por lo común, Nancy aceptaba esta «extravagancia» de Roger con espíritu tolerante, pero esa tarde su estado de ánimo era diferente.

Viajaban en el coche de Nancy, porque a Roger le habían suspendido la licencia para manejar, y se mantenían en un silencio molesto para ambos. Nancy manejaba su coche tranquilamente, mientras su compañero la observaba de reojo, hasta que, no pudiendo callar más tiempo, le dijo en tono persuasivo:

—Después de todo, si no sigues las reglas del juego, será eso todo lo que quieras, menos golf.

—El mundo está lleno de reglas..., contestó Nancy.

—¡Claro! Y tú eres como todas las mujeres. Si no les gusta una ley, pues, no la cumplen...

—¡Yo no soy igual a las otras!, rechazó Nancy. ¡Es una necedad decir eso!

Siguieron su viaje en silencio hasta la casa de Roger, ante cuya puerta frenó Nancy el coche con rechinante ruido de frenos, diciendo rudamente:

—¡Vendré a buscarte a las seis!

Roger se quedó un momento mirándola tristemente. Era un hombre que respetaba el orden y la ley por sobre todas las cosas, un ejemplar raro en nuestros tiempos, que creía que infringir una ley era una incorrección sin nombre. Se había destacado como jugador de football de Harvard y su nombre era muy conocido en toda la América.

Esa noche, junto con Nancy, era invitado de honor de una comida progresiva, una de esas comidas que se hacen comenzando con los cocktails en una casa, la sopa en otra y se sigue hasta terminar con los bajativos en una décima o undécima casa. Nancy pasaba los veranos en Scituate y Roger en Bar Harbor; en esta forma, la mayoría de los amigos de ella eran completamente desconocidos para él, y se había preparado esta fiesta con el fin de presentarlo a toda esa gente. Por otra parte, había un motivo tácito para este acontecimiento. Roger y Nancy estaban a punto de comprometerse...

A las seis en punto sonó el claxon tan conocido para él, y bajó y se sentó en silencio al lado de ella. Nancy hizo arrancar el coche a toda velocidad, y luego dijo:

—No pelearemos más, ¿quieres?

—¡Es lo que deseo con toda el alma, Nancy! Pronto vamos a casarnos y no creo conveniente que tengamos estas dificultades entre nosotros.

Siguieron en silencio. El se sentía contento a su lado. La tarde era calurosa y alegre. Un gran tránsito llenaba las calles, y Nancy, haciendo gala de su maestría para manejar, llevaba el coche a gran velocidad.

—¡Cuidado, Nancy!, se atrevió a protestar.

—¡Oh, no te preocupes! ¡A mí nunca me han suspendido la licencia!

Con esto lo dejó callado, pero poco después un policía se les atravesó con su motocicleta en el camino, ordenando detenerse.

—¡Te lo dije, Nancy!, dijo Roger, con malicia.

—No te asustes. Es Red McGeehen, aseguró ella riendo.

El policía había parado frente a ellos. Dejó su moto y se acercó buscando el libro de partes en su bolsillo, pero cuando reconoció a Nancy, sonrió saludando:

—¡Aló, Red!, contestó la muchacha. ¿Qué he hecho ahora?

—No ha hecho caso del tránsito; corría a 60 kilómetros y no se detuvo ante la señal de parar. ¿Tiene su licencia?

—Pero Ud. sabe perfectamente que la he perdido. Ya se lo dije el viernes, y no me he acordado de sacar una copia nueva.

—Me hubiera gustado que la tuviera, dijo el policía, así la habría podido llevar ante la corte sin meterla a la cárcel...

Sonrió la muchacha, sin demostrar intranquilidad.

—Bien sé que no lo hará, Red. Y ahora, déjeme seguir, porque voy muy apurada...

—Bien, bien. Perdone esta molestia. Y ahora váyase. ¡Rápido!

El coche siguió su camino y Roger se sumió en un silencio desaprobador.

—¿Ves?, dijo Nancy, esa es la forma de librarse de molestias. Hay que ser amigo de todos los policías. Es un gran método.

—Es muy posible, asintió él, frunciendo el ceño.

—¡Pero, por Dios, Roger! ¡Supongo que no estarás también celoso con Red!

—No, por cierto. Pero me parece poco correcto eso de lanzarse en juego de palabras con cualquier policía.

—¿Juego de palabras, dices? ¡Qué bueno! Toda la vida he deseado poder hacer juegos de palabras, y los hago sin darme cuenta, dijo burlonamente Nancy.

—¡Oh, contigo no se puede conversar en serio! ¿Cómo dices que se llama ese policía?

—¡Cuándo podrás recordar un nombre! Se llama Red McGeehan, es muy buena persona. Me ha detenido muchas veces, pero nunca me ha pasado un parte.

—Podías casarte con él...

—Puede ser... ¡Por lo demás, es muy simpático!

El coche se había detenido. Trató él de pasarle la mano para que bajara Nancy, pero ella ya había saltado.

—¡Tarde, amigo mío!, dijo haciendo mofa. ¡La próxima vez tienes que apurarte más, joven cumplidor de la ley!

Roger había venido a esta comida después de protestar mucho. Era, como muchos jóvenes, de naturaleza reservada, y no le agradaban esas amistades de Nancy, la mayoría extraños para él. Se sentía allí en una posición falsa, y esos sentimientos se acentuaron cuando la primera muchacha a quien fué presentado, le dijo alegremente:

—¡Con qué Ud. es el Roger de Nancy! Tenía unas ganas loca de conocerlo. Por una vez deje a su chiquilla y venga a divertirse conmigo.

Trató de juntarse con Nancy, pero ella ya había desaparecido, y se encontró con una confusión de caras desconocidas, cocktails, caviar, y terriblemente confundido y furioso, se dedicó a tomar todos los cocktails que pudo. Pronto se embriagó. Estaban a punto de salir para la casa próxima, cuando se encontró con Nancy.

—¿Lista?, preguntó.

—¡Oh, ahora no iremos juntos!, contestó ella. Yo me llevo a Dean Joe, y tú te irás con Ruth.

—Bien — asintió Roger, con dignidad—, pero, ¿cuál de ellas es Ruth?

—¡Por Dios, Roger! La primera regla de un hombre civilizado es recordar los nombres de las personas — contestó Nancy, con irritación—. Esa es Ruth. A la casa de ella vamos ahora.

Se dirigió a la encantadora joven que le había indicado Nancy, y juntos corrieron como tres millas, hasta que parando de pronto el coche, le dijo Ruth:

—¡Oh, tengo que pedirle un favor, Roger! Cruce la calle y tráigase a Sally. Tenía que hacer dormir al niño y quedó de estar lista cuando llegáramos.

La noche era calurosa. Roger se sacó el paletó y el sombrero, dejándolos en el coche, y cruzó la calle. Cuando llamó, oyó un "¡adelante!", y se encontró con una mujer afligida, que tenía en sus brazos a un niño herido.

—Cuánto le agradezco que haya venido, dijo Sally. Ud. debe ser el Roger de Nancy, ¿verdad? Mire la situación en que me encuentro. El niño estaba acostado ya, cuando se le ocurrió tomar agua. Se la trajo y rompió el vaso, hiriéndose una mano, y no tengo yodo en la casa. ¡Por favor, Roger, saque mi coche y vaya a buscarme yodo hasta el pueblo! ¡No demorará más de cinco minutos!

—¿Hacia qué lado queda el pueblo? No conozco la vecindad...

—Hacia la derecha, ¡y apúrese, por favor!

Salió a pie, pues no quería manejar por la falta de licencia, y se dirigió a la dirección indicada.

El camino estaba solitario y obscuro, no tenía indicaciones, por lo cual, dudando Roger en una encrucijada, dobló hacia la derecha. Los cocktails habían sido más fuertes de lo que había creído, y se encontraba cansado. Había andado cerca de una milla, sin que apareciera ningún pueblo, cuando de improviso las luces de un coche lo deslumbraron. Trató de hacerse a un lado del camino, pero el piloto, que no debía ir en sus cinco sentidos, queriendo hacerse el gracioso, pasó rozándole con el guardabarros. La maniobra fué tan brusca, que el coche patinó y fué a caer a un lado del camino, incendiándose inmediatamente. Todo había sido tan rápido, que Roger no se dió cuenta de lo que había pasado hasta que vió a una muchacha a su lado gritándole desesperada:

—¡Oh, sáquelo! ¡Sáquelo!

Un hombre aturdido con el golpe estaba dentro del coche, y Roger, haciendo un esfuerzo, lo alcanzó a sacar antes que las llamas lo envolvieran. Miró a todos lados, buscando a la muchacha, pero había desaparecido.

Necesitaba pedir auxilio. Divisó una casa, casi al frente, en medio de la obscuridad, y corrió hasta allí. Estaba silenciosa y no se veían luces ni contestaron a sus llamados. Como el caso era urgente, dió vuelta a la casa y encontró un coche en un garage. Rompió los cerrojos y salía ya con el coche, cuando una voz dijo:

—¡Alto, salga de ahí con las manos arriba, o hago fuego!

Roger obedeció con prontitud, diciendo al policía que acababa de llegar en una motocicleta:

—¡Hay un hombre herido allí!

—¡Ah!, ¿Sí? No lo veo.

—Yo se lo mostraré.

Y corrió hacia el coche que ardía, pero el hombre ya no estaba allí. Las llamas se apagaban poco a poco.

—Bien, dijo el policía. ¿Dónde está el hombre?

—No sé, ha desaparecido. También había una muchacha, pero se ha ido. No entiendo lo que pasa... Yo estaba sacando ese coche para ir en busca de ayuda...

—¿De ayuda, eh? Yo le daré la ayuda que necesita. Vamos andando...

—¡Un momento! Realmente no entiendo lo que ha pasado. Salí mandado por una señora...

—¿Qué señora?

—Bueno, no sé como se llama...

—Malo, malo... Seguramente no sabe ni cómo se llama Ud. mismo...

—Por supuesto que sí..., yo soy Roger Cate.

—¡Ah, sí?, dijo el policía triunfalmente. Me parece que he leído su nombre en los diarios. A ver, déjeme olerle el aliento... Hum... Dígame, cuantos coches ha arruinado desde que mezcla el alcohol con la gasolina?

—Pero, si yo no manejaba ese coche!, gritó Roger.

—¡Oh, desde luego! ¡Y probable-

(Continúa en la pág. 58)

El policía había parado junto a ellos.

Elegancia

1.— Muy práctico este modelo que puede usarse en diferentes circunstancias. Se compone de un traje de dos piezas de jersey de angora y de una chaqueta hasta la rodilla en tweed a cuadros. Al margen pueden verse los distintos aspectos que dicho modelo puede presentar. Muy indicado para aquellas mujeres que trabajan en una oficina.

2.— Traje sastre de diagonal gris y azul. Chaqueta recta con bolsillos sobrepuestos. Blusa de jersey de angora y sombrero de fieltro azul. Guantes y flor beige.

3.— Algunos abrigos se inspiran en la forma de los capotes rusos. Aquí se nos aparece uno hecho en tweed a cuadros, ajustado en la cintura y con vuelo abajo. Manga ancha y bolsillos limitados por un sesgo.

BONITOS CONJUNTOS

1.— *Tailleur en jersey de lana. Chaqueta abotonada, corbata escocesa.*

2.— *Cazador en lana cuadrille; chaqueta con cuatro bolsillos de doble tapa.*

3.— *Tailleur smoking. Falda lisa formando un pliegue delantero. Blusa de espumilla blanca con corbata a lunares.*

4.— *Sencillo conjunto en lana angora. Chaqueta con vueltas largas. Blusa a cuadros.*

5.— *De falda escocesa y chaqueta en un sólo color de anchas vueltas y sin cuello se compone este juvenil trajecito. Blusa de cuello redondo con botones forrados en el mismo género.*

6.— *Traje en lana cuadrillé con mangas raglán y falda plet[illegible] con un pull-over tej[illegible]*

7.— *Muy origina[illegible] da obscura con ch[illegible] nales con vuelta[illegible] de la misma te[illegible]*

a línea nueva en l

1.— Elegante vestido en velours de seda adornado con bandas de vison; la espalda descubierta está cerrada por dos botones de strass. La falda se alarga en la espalda formando una pequeña cola.

2.— Vestido en crepe satén blanco, adornado al frente con un hermoso motivo de joyería.

3.—Muy juvenil este lindo vestido en taffetas blanco, adornado en el talle con un ramo de pequeñas rosas. Las bandas pasan sobre los hombros y se anudan en la espalda.

4.— Delicioso vestido en velours; el cuerpo drapeado está sostenido por dos bandas que se anudan en la espalda.

5.— Este vestido de tul negro, muy ajustado al cuerpo se ensancha en la parte de abajo. Está acompañado de una capa de de tul rosa drapeada en el cuello y cerrada en la espalda por un nudo del mismo genero.

r ajes de baile

6.— *Vestido en velours de seda. La falda abierta abajo está forrada en moiré. El cuerpo drapeado forma pequeñas mangas. Gran rosa en la espalda.*

7.— *De líneas muy nuevas, este vestido en taffetas con drapeado en la espalda en forma de capuchón. Todo el ancho de la falda está reunido con pliegues en la mitad de la espalda.*

8.— *Vestido en velours con pliegues en el talle. Grandes fruncidos a los lados forman los godets.*

9.— *Vestido de crepe negro con mangas cortas aplobadas. La falda ajustada en el talle por dos botones de strass, forma una pequeña cola abierta muy abajo.*

10.— *Vestido en taffetas adornado de volantes finamente plisados. La cintura drapeada lleva una gran hebilla de strass. Escotado en punta en la espalda.*

Modelos elegantes y sencillos

1-2.—Encantador conjunto en fina lana clara compuesto de traje y abrigo tres cuartos. El traje es de corte princesa y lleva mangas de forma muy original; al cuello un echarpe en lana más obscura. En el abrigo se repiten los cortes del traje.

3.— Abrigo en gruesa lana obscura, de mangas muy novedosas. Se ajusta al talle con un cinturón pespuntado. Al cuello un angosto echarpe de piel doble.

4.— Trajecito de fin[a] y cerr[a] de lana que hace juego con el abrigo 3. El corte de la [fal]da termina en pliegues hondos.

Para las mañanas de la señor

1.— Un bonito salto de cama en franela impresa. El delantero se cierra con una doble hilera de botones. Cintura anudada y sujeta por otro botón.

2.— He aquí una bella tenida matinal. Está hecha en crepe satén acolchado en forma novedosa. Cuello, puños y bolsillos en crepe de tono opuesto liso.

3.— Salto de cama en crepe romain con adorno vuelos en forma. Botones forrados en el mismo terial.

4.— Otro salto de cama de espumilla gruesa, damasco. Botones forrados de alto abajo. Nótese el cuello está incrustado, formando canesú.

igo en velours de lana rojo, adornado
y de un pequeño cuello de armiño.

igo en paño azul piedra. Cuello y
astracán gris muy claro.

igo de paño color rosa. La pequeña
forma el cuello es de piel gris así
dorno de las mangas.

igo en velours café. Bandas de castor
lo, hombros y puños. Largas mangas

5.— Abriguito de paño blanco con mangas raglán. Cuello de piel.

6.— Abrigo en lana beige con pespuntes de seda que siguen la línea de las mangas raglán. Cuellito de castor.

7.—Abrigo en terciopelo negro adornado de armiño en el cuello, en torno del canesú y en los puños.

8. — Para niña grandecita está indicado este abrigo de lana gris adornado de astracán del mismo color. Es muy cruzado y el cinturón cierra con una hebilla.

La moda infantil

La moda infantil

1.— Abrigo raglán para niñita, confeccionado en tela escocesa. Una de las puntas de la banda que forma el cuello tiene un ojal que permite formar una corbata.

2.— Sobretodo para niñito en sarga azul obscuro con pliegue pespuntado en la espalda y medio cinturón.

3.— Muy práctico este sobretodo en batista impermeable. Mangas raglán y pliegue en la espalda. Bolsillos pespuntados.

4.— Abrigo en lana azul marino, adornado de pespuntes y botones blancos.

5.— Abrigo de lana obscura adornado de un cuello a cuadros con fondo claro. El mismo adorno en los bolsillos sobrepuestos.

6.— Abriguito de lana blanco con cuatro botones delanteros forrados en la misma tela.

7.— Abrigo en tela clara con gran cuello, corbata y puños pespuntados.

8.— Encantador paletocito de franela rosa con cuello redondo y adornado con nido de abeja.

9.— Abriguito en tweed color natural con cuello redondo. Botones de fantasía.

Sombreros

El sombrero es lo primero que cambia en la moda. Un vestido puede conservarse moderno durante un año entero y aun más, pero un sombrero, nunca. La "evolución" del sombrero resulta inexorable. Es la primera y última palabra de la moda.

Los sombreros del momento son algo difíciles de recomendar. Hay varios modelos que sólo sientan bien a la mujer de bonito rostro. Si no lo tiene, debe cuidarse mucho en la elección del mismo.

El sombrero de ala levantada adelante no es para la que posee una nariz larga, una frente no muy lisa o un cutis poco terso. Por otra parte, la pequeña boina o los "tamborcillos" no convienen a las caras grandes o de rasgos acentuados.

Debe saberse elegir y una debe estar bien segura que el sombrero que lleva le queda realmente bien.

Sombreros

1. — Lindo sombrero de espumilla con corte terminado en punta y gran amarra delantera.

2.— Sombrero en fieltro negro con el ala levantada dejando la frente muy despejada. Moño del mismo material.

3.— Encantador este sombrero de fieltro café muy inclinado hacia adelante con amarra colocada en forma muy nueva.

4.— De la misma forma que el anterior es este lindo sombrero de terciopelo negro, con cinta de raso del mismo color.

6.— Muy gracioso este sombrerito redondo adornado con pompones de plumas en colores contrapuestos. Es de fieltro azul y los pompones uno blanco y el otro rojo, lo que vale decir que aun está de moda el tricolor. Al lado vemos otro aspecto de este modelo muy juvenil y sentador.

Tejidos PULL OVER CON MONOGRAMA

Este pull-over, facilísimo de hacer, puede llevarse con un traje de deportes o un conjunto de viaje.

Está cerrado en la espalda por un botón colocado en el escote.

La bocamanga y el escote están terminados por pequeños dobladillos cosidos al revés por puntos invisibles.

Las dos letras que forman la inicial son de cuero terminadas por pespuntes de guarnición.

Este sweater corresponde a la talla 42 (largo 50 centímetros, contorno 90 centímetros).

Por cada talla diferente agregarle o quitarle 18 puntos (9 puntos de 1 espacio).

Cinco centímetros cuadrados de tejido corresponden más o menos a 15 puntos de ancho y 26 corridas de alto.

Puntos empleados. — 1.o Punto de canutón (cintura) 1 punto derecho, 1 punto revés.

2.o Punto correteado (cuerpo), siempre al derecho.

Delantera. — Se principia por abajo.

Urdir 120 puntos en palillos de acero.

Tejer 3 centímetros de canutón.

Empezar el cuerpo con palillos gruesos.

Tejer 28 centímetros, haciendo 1 aumento por lado a cada 5 centímetros.

Después formar la bocamanga disminuyendo en cada lado 1 vez 8 puntos y con corrida de intervalo 2 veces 2 puntos y 3 veces 1 punto.

A los 42 centímetros de alto disminuir los 16 puntos del medio.

Terminar cada lado separadamente disminuyendo en el escote, con 1 corrida de intervalo, 2 veces 3 puntos y 2 veces 2 puntos.

A los 48 centímetros de alto disminuir 5 por 5 los puntos del hombro.

Espalda. — Se principia por abajo.

Urdir 110 puntos y seguir la explicación delantera, disminuyendo sólo 9 puntos y suprimiendo el escote.

A los 42 centímetros de alto, dividir el trabajo por la mitad.

Terminar cada lado en línea recta para formar la abertura de la espalda.

Sesgar el hombro a la misma altura que adelante y disminuir juntos los puntos restantes.

Bolsillo. — Se comienza por abajo. Urdir 35 puntos.

Tejer 9 centímetros.

Disminuir los puntos.

Hacer otra parte igual.

Coserlas en su lugar como muestra el grabado.

Armadura. — Antes de juntar el tejido hay que planchar las piezas por el revés, fijándolas con alfileres, según las dimensiones requeridas, sobre un grueso moletón, con un paño húmedo y sin cargar.

Después hacer las costuras.

Doblar el borde de la bocamanga y del escote algunos milímetros y coser estos dobladillos con puntadas invisibles.

Planchar por última vez.

pull-over de lana

e hermoso pull-over tejido en tido vertical parece estar con- ionado en tela chinesca.
a explicación se da para el ta- 42.

ara cada talle diferente hay que gar o quitar 9 corridas delan- s y 9 espalda, 5 centímetros drados de tejido, más o menos puntos de ancho y 22 corridas alto.

untos empleados — 1.o Punto anutón (cintura, puños, orillas) untos revés, 2 puntos derecho. o Punto correteado (cuerpo, gas), siempre al derecho.

elantera. — Se principia por el y se teje en sentido vertical. rdir 10 puntos.

acer en uno de los extremos del lo 4 veces un aumento de 10 tos.

sto conduce a la parte baja del ster que se teje en línea recta. multáneamente del lado de la amanga hacer primero 6 co- as en línea recta; 1 corrida con umento, 3 corridas sin aumento veces 1 aumento de 1 punto 1 corrida de intervalo, 1 vez umento de 2 puntos y 1 aumen- de 25 puntos (esto forma el bro).

jer 4 corridas rectas. Hacer en ida 4 veces 1 aumento en las orridas siguientes.

ormar el escote disminuyendo eces 2 puntos con 1 corrida de rvalo y 6 veces 3 puntos.

La segunda mitad delantera se hace igual en sentido inverso. Cruzar las puntas de abajo 10 centímetros más o menos.

Tomar de la parte de abajo 120 puntos.

Tejer 10 centímetros de canutón con palillos finos.

Espalda. — Urdir 10 puntos y seguir la explicación de la delantera en lo que concierne a la parte baja del sweater y a los lados.

Simultáneamente después de las 6 primeras corridas en línea recta, hacer de ese lado 3 veces 1 aumento de 1 punto; con 1 corrida de intervalo 1 aumento de 2 puntos y 1 aumento de 23 puntos.

Formar el hombro como adelante.

Disminuir 2 veces 1 punto con 1 corrida de intervalo (escote).

Tejer 28 corridas en línea recta (medio).

Tomar el tejido a la inversa.

Tomar de la parte de abajo 86 puntos en palillos finos y tejer 10 centímetros de canutón.

Manga. — Se principia por arriba y se trabaja verticalmente.

Urdir 5 puntos.

Hacer en un lado 9 veces 1 aumento de 10 puntos con una corrida de intervalo.

Simultáneamente, para formar la parte alta de la manga, hacer 4 corridas en línea recta y 20 veces 1 aumento con 1 corrida de intervalo. Después agregar 20 puntos para formar la pata del hombro.

Tejer 18 corridas haciendo 1 aumento en cada una de las 6 corridas siguientes.

Disminuir 27 puntos (pata del hombro) y terminar a la inversa la explicación que precede a la pata del hombro.

Segunda manga igual, a la inversa.

Tomar 54 puntos en el puño y tejer con palillos finos 7 centímetros de canutón.

Orillas. — Urdir 274 puntos.

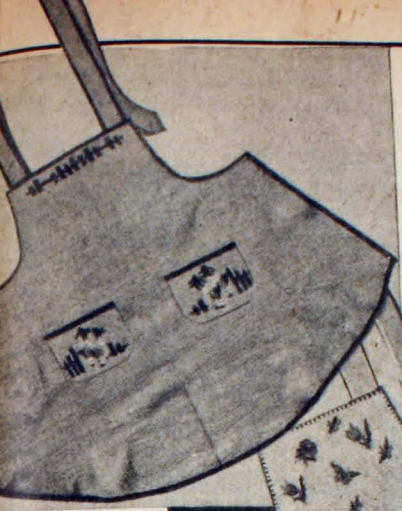
Tejer 2 y medio centímetros de canutón.

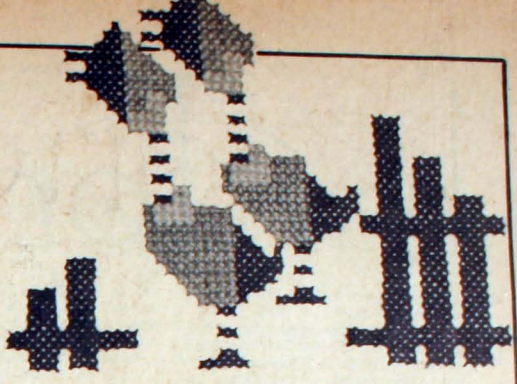
Un motivo decorativo muy en boga

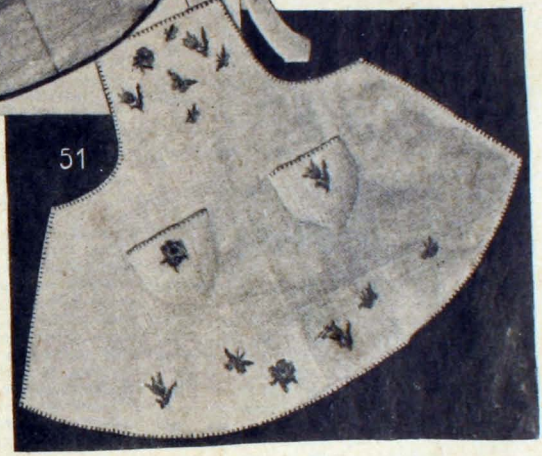
Una Sábana Bordada

Todo lo que recuerde el m
tá, hoy por hoy, de gran m
entre estos motivos marinos
los peces, — ya sea en acua
que se mueven vivos, relucien
pequeñas escamas de colores
oro, o en formas figuradas
tiches, de pinturas o de
que los representen—tienen
mer lugar. Por esta vez a la
Moda y al Señor Capricho
que darles un premio, ya
elección es de verdadera bel
Aquí tienen ustedes un e
de lo que puede hacerse con
volador, aplicado a distintas
res: un biombo de cuero re
para poner delante de la
nea, un saquito para los
los en que el motivo está tr
do al pespunte, un cubo p
papeles, también en cuero
cojines, en que se ha hecho
cando géneros distintos, en c
posición de colores.

Para las que aman la lencería presentamos este dibujo que verán desarrollado en uno de sus motivos, pudiendo así realizarlo, y enriquecer su armario con una sábana que será su orgullo.



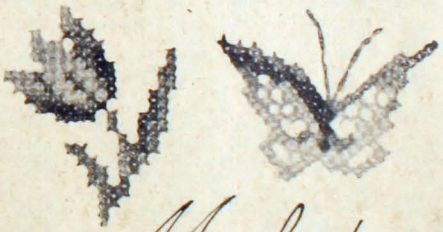




Damos en esta página dos lindos y prácticos delantales confeccionados en brin de hilo, adornados de motivos bordados a punto de cruz.

El primero lleva un motivo de animalitos bordado en diferentes tonos. Para que quede bien parejo el bordado, se debe ejecutar sobre un cañamazo y una vez terminado se retiran los hilos.

Además, damos varios motivos para adornar delantales y ropa de niños.



Moldes

1.—Abrigo tres-cuartos, con mangas muy amplias. Canesú pespuntado, que pasa bajo el hombro y forma lazada por delante.

2.—Capita sin mangas, muy a propósito para completar un conjunto práctico y elegante, con vueltas sastre, bolsillos de parche y cortes pespuntados.

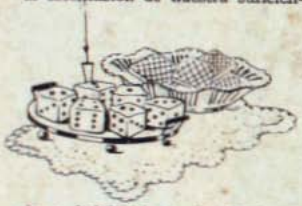
Estos moldes se despachan al recibo de su carta, con 30 centavos en estampillas. Dirigirse a "FAMILIA". Casilla 84-D, Santiago.

Buen Tono

JUEGOS

Aunque el amor propio se lastime al ver fracasada nuestra habilidad o conocimientos, es necesario contener los nervios y demostrar los buenos principios, pues ya es sabido que en el juego y en la mesa se conoce la educación. Si censurable es ponernos de mal humor cuando perdemos, lo es más exteriorizar ridículamente nuestra alegría cuando ganamos, ofendiendo en su amor propio a nuestros contrincantes.

El pretexto para jugar es pasar un buen rato, aunque en algunas ocasiones es el egoísmo de ganar o la ostentación de nuestra suficiencia y habilidad en el juego.



Nunca se levantará un jugador de la mesa de juego, ya gane o pierda, sin que la partida haya terminado, y después de ella debe departir con sus adversarios, amigablemente, aunque le hayan lesionado sus intereses.

No se debe comentar la suerte o desgracia de los compañeros.

Antes de empezar el juego se debe fijar su duración, no proponiendo que sea larga para que no nos crean un vicioso, ni corta para que suponga mezquindad; lo mejor es someterse al criterio de los demás jugadores.

No se debe contar el dinero cuando se juega, y menos guardarlo, ya se pierda o se gane.

Las mal llamadas deudas de honor se deben pagar; no por el honor, sino por delicadeza y educación.

No pidas consejos a los que miran el juego, ni consientas que te los den.

En los juegos familiares, al ponernos a jugar, hemos de concebir que vamos a perder, y sentado este principio no nos sorprenderá la pérdida y la ganancia tendrá un doble halago para nuestros sentimientos, pero seremos corteses al recibirla, para no herir el amor propio de nuestros contrarios.

Se puede consultar a los concurrentes si tienen costumbre de jugar, si alguno es hábil para determinado juego y si prefiere ir de compañero con alguno de los jugadores preparados para hacer la partida; obrando así, los dueños de la casa se evitan tener que aunar jugadores para preparar las partidas. Se pondrá buen cuidado de no colocar a miembros de la misma familia en la misma mesa de juego, y también a personas entre quienes se vea una antipatía o sean de opiniones opuestas. No es prudente hacer esperar largo rato a los demás jugadores para echar una carta, ni cantar, al jugar, llevando el compás con los pies o con las manos, pues es una prueba de distraer el nerviosismo, aparentando una alegría ficticia. Las supersticiones son del género tonto y se debe prescindir de ellas, y más cuando recaen en la sospecha de que la proximidad de una persona atrae la desgracia.

Si alternan señoras y caballeros, es indudable que éstos deben ser correctos y delicadamente galantes con las damas, en todo momento. Al dar las cartas, cuando sean juegos de esta clase, cuidarán los varones de darlas en la mano, con finura, a las señoras, y cuando se trate de un inferior a un superior de edad o categoría social, también se tendrá esta deferencia.

Si se suscitaren discusiones, hemos de procurar que no lleguen, por los apasionamientos, a la disputa, pues lo natural es resolverlas con razonamientos de lógica, que en este caso serán las reglas del juego, y si así no se llegase al convencimiento, debemos terminar la polémica cediendo con suma cortesía a las opiniones de las señoras y de los superiores.

En las reuniones de bailes y banquetes, casi siempre hay una sala habilitada para solaz de los jugadores, y aunque es de buen tono jugar un rato, y más si somos solicitados para ello, no debemos entregarnos exclusivamente a este entretenimiento, porque pareceria ser descortés con los demás invitados, no dando animación con nuestra presencia y charla a la reunión, y apareciendo como unos viciados en el juego, concepto del que debemos huir para no perder ante la vista de los demás nuestro decoro y estima.

Los dueños de casa se abstendrán de jugar, para tener ocasión de hacer los honores de la casa a sus invitados.

En Inglaterra, es costumbre reunirse para tomar el té y jugar al **bridge**. En Norte América se juega por los elegantes, al *póker*, que es un juego menos noble, pero admitido como moda, jugándose por las personas distinguidas.

Los naipes serán siempre nuevos, a no ser en tertulias familiares, en las que pueden emplearse los usados.

Se procurará, asimismo, que las fichas y tableros estén en buen estado de limpieza y uso.

También se ha puesto de moda el Mah-Jongg, juego importado del Japón, habiéndose introducido, en poco tiempo, entre la buena sociedad, no sólo por su vistosidad, sino también por las múltiples combinaciones a que da lugar, que hacen del Mah-Jongg un pasatiempo agradabilísimo, siendo muy fácil aprender el desenvolvimiento de este juego.

Es conveniente que se procure cada uno, cuando menos, ligeras nociones de los diferentes juegos, especialmente de los que estén en boga, para poder alternar en sociedad o siquiera seguir cualquier conversación acerca de los mismos.

En el final del siglo pasado y principio del actual, estuvieron en boga los juegos de prendas, que hoy día están desterrados de los salones elegantes. Si alguien se atrave a practicarlos, cuidará que resalte el buen humor, dando gracia a las bromas, que no serán pesadas ni encubrirán molestias para nadie.

Las *penitencias* o *castigos* exigen mucho tacto, y la persona que tenga que cumplirlos lo debe hacer con suma complacencia, ocultando su contrariedad, si la tuviere, por realizar el *castigo*.

CULTIVE SU BELLEZA

EL CABELLO

Cuando uno quiere pensar en ello, se descubre que el cabello es, de toda nuestra persona, la única materia que podemos modelar como un escultor su arcilla y a la cual nos sea factible dar formas no determinadas por la fatalidad. (Es el equivalente de la barba en la careta masculina, que, con la ayuda de la navaja o máquina de afeitar, se convierte en una u otra cosa).

Sé bien que el arte dental puede también emplear cierta fantasía y que la cirugía moderna es capaz, con la ayuda de un hueso de gallo, de cambiar la línea de una nariz. Pero se trata de enfermedades graves y costosas, mientras que la cabellera se transforma, sin dolor y sin cesar, completamente según nuestro capricho.

Siempre he dicho que el moño de una joven griega en la antigüedad era tan importante como el Partenón. Hay, en el peinado femenino, un estilo, como sucede en arquitectura. Y es indudable que la época actual será, más tarde, suscitada enteramente por tal retrato o tal busto de mujer con pelo cortado a lo garzón, según otro canon del peinado de hoy.

Históricamente hablando, es, pues, el peinado, de una importancia considerable. Lo es todavía más desde el punto de vista individual. Porque, no puede negarse: el peinado compone o descompone un rostro, restablece o destruye un equilibrio.

¿Qué es la cabeza de una mujer? Un antifaz y un peinado, el valor estético de ambas cosas es idéntico.

La mayoría de las coquetas, sin ir más lejos, se inquietan mucho a causa de sus cabellos. También en este caso son guiadas por su instinto artístico. ¡No saben hasta qué punto tienen razón!

Después de todo, sería preciso que un peluquero (sobre todo en los tiempos actuales, ya que todas las cabezas femeninas se han entregado a las tijeras) fuese una especie de Praxiteles. En todo caso, deberían conocer todos los museos; poseer a fondo la ciencia de las proporciones, de las líneas y de los volúmenes; darse cuenta, de un vistazo, si tal antifaz, si la forma de tal cabeza, la longitud del cuello, la curva de los hombros, piden los cabellos desgreñados o pegados, los bucles, o el pelo liso, la sien cubierta o libre, y así sucesivamente.

Desgraciadamente no sucede así. ¿Hablamos arte? Pues nos responden: moda.

Si los cabellos cortos debieran persistir durante bastante tiempo, sería necesario instaurar en las escuelas de bellas artes una nueva enseñanza destinada a los escultores capilares, artistas encargados del noble cuidado de terminar la estatua humana, obra incompleta en tanto que el modelado de la cabellera no es lo que debe ser.

Entretanto, si sois artistas, señoras, os incumbe exigir de vuestro peluquero el corte de pelo necesario a vuestro tipo. Sin eso, estaréis supeditadas a la ley del azar; es decir, a un éxito contra mil chapuzas.

Algunos peluqueros hábiles de París pasan por una suerte de Napoleones. Se comprende esta boga más fácilmente que otras, en medio del destrozo general de cabezas femeninas. Lo que sorprende es que los maestros no tengan en sus establecimientos una galería de yesos a la antigua y otra a la moderna.

Entre estas dos galerías, la neófita que viene para sacrificar su cabellera, escogería un modelo, para que lo imitasen, un modelo que se acercaría lo más posible a sus rasgos y a la forma de su cráneo. Una mujer escoge el vestido en casa de su modisto. De la misma manera, debería elegir, en la peluquería, el corte de pelo, o rogar, al encargado de hacerlo, que decida por ella después de examinar los documentos reunidos con profusión.

Yo corté mis cabellos. Y me siento obligada a dar explicaciones para ilustrar a las que son de mis años. (Este astuto plural evita precisiones que empiezan a ser, para mí, muy peligrosas).

He cortado mis cabellos para rejuvenecerme, o más bien, para no verme madurar bajo mi antiguo peinado. Arreglada de otro modo, experimento como una sensación de haber cambiado de cabeza. Esto, por sí solo, es ya un esfuerzo que merece ensayarse. Mi corta melena presente, al substituir a las dos largas trenzas de mi cercano pasado, me muestra en el espejo a una extranjera que acepto tal y conforme es, mientras que la antigua dama joven que he conocido durante tanto tiempo, marchó a reunirse con mi adolescencia al país del que nunca se vuelve.

De este modo, el espejo y yo nos entendemos admirablemente, mientras que hubieran ocurrido dramas entre nosotros dos si la diadema de antaño hubiera seguido dando sombra a mi rostro de hoy.

Lo repito, por tanto: no seré yo quien hable mal del pelo cortado.

Aun echados hacia atrás, presentan la ventaja de dar pureza a la cabeza femenina, durante tanto tiempo desordenada bajo el reinado de los cabellos largos.

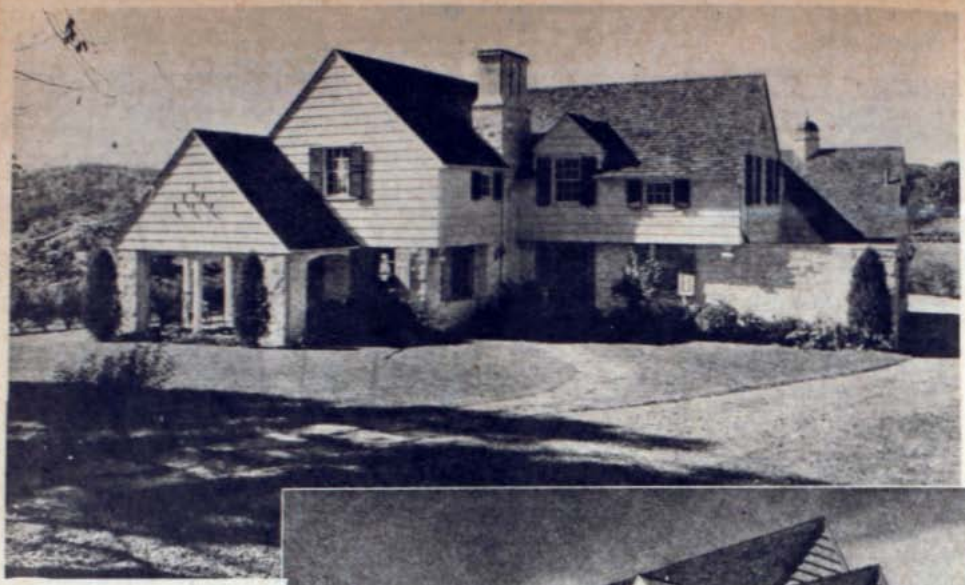
En cuanto a imaginar que los cabellos largos fueran tan prácticos, tan «cómodos» como todas se empeñan en decir, no creo ni una palabra de eso. Sin las horquillas, clavijas obreras que conservaban la labor en su sitio, las cabezas femeninas hubieran estado expuestas a los cuatro vientos. El menor movimiento, demasiado violento, molesta al sabio, al frágil edificio. Basta la alteración de un centímetro para destrozar la línea. Un día de lluvia deshace la ondulación, y el peinado ya no existe.

Perpetua amenaza, por lo tanto, perpetua ansiedad. Por ello, ¡oh, paradoja!, los peluqueros no han realizado mejores negocios sino desde que las mujeres no tienen ya más cabelleras.

La verdad es que cada cual debe hallar por sí misma el corte que se acuerde con todos los tiempos y con todos los gestos. Algunas mujeres lo consiguen; pero no muchas.

La verdadera fórmula es ésta: tener el pelo naturalmente rizado. Pero a falta de ese don de dioses, la «permanente», inventada por Eugene es un verdadero milagro moderno. Muchas señoras imaginan que terminarán por quedarse calvas. Que se tranquilicen. Escogiendo la casa que procede, no tienen nada que perder, y mucho que ganar.

Por otro lado — esto consolará a las que luchan contra los cabellos rígidos — he observado muy a menudo que las mujeres de cabellos naturalmente rizados hacen todo lo que pueden para... desrizarse. El cepillo mojado en una mano, la gomina en la otra, rabian todas las mañanas contra los impertinentes torbellinos de su cabeza, y se toman mucha más molestias que alisarse sus cabellos que las otras para obtener ondulaciones. Conozco a un número respetable de estos casos.



La clara casa de campo

En los alrededores de la ciudad, entre suaves lomajes que le sirven de fondo, la clara casa se destaca blanca, roja y verde. Blancas las paredes, rojo el techo, verdes las persianas. Está situada sobre un altozano y domina el paisaje maravilloso que es el nuestro. No tiene la fea limitación de una reja, ni le aprieta el horizonte árboles compactos. Tiene alrededor la amplitud de un potrero y sólo la sombra necesaria.

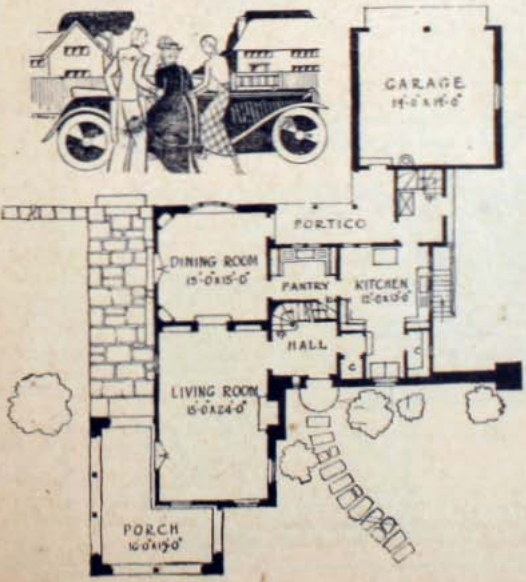
Un camino empedrado lleva a la puerta que abre sobre el hall, a la derecha queda el living que a su vez tiene salida al porche que tanto agrado ha de proporcionar a los moradores, para la hora del té y hasta para la hora de comida en los calurosos días veraniegos. El living también comunica con el comedor que recibe luz por un gran bow window; una puerta comunica con el pórtico del servicio y otra sobre la terraza que prolonga el porche.

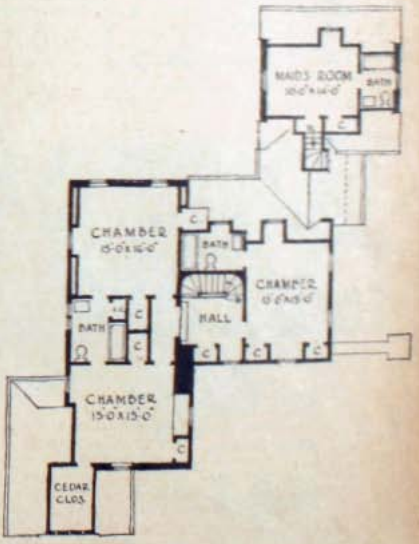
El resto del primer piso está ocupado por el repostero, la cocina, un toilette y un closet, a más de otro toilette para la servidumbre y el garage.

El segundo piso está muy bien distribuído, consultando tres grandes dormitorios, provistos de sus ventanas mansardadas, lo que se presta para arreglos de interiores llenos de encanto. El dormitorio principal tiene su baño exclusivo y dos closets; los otros dormitorios tienen comunicación con un solo baño, y están también dotados de sus respectivos closets, uno de los cuales es lo suficientemente grande para ser el guardarropa de toda la familia.

La escala de servicio lleva al departamento en que se encuentra un dormitorio y el baño para las empleadas.

GARAGE


GARAGE
PORTICO
DINING ROOM
PANTRY
KITCHEN
HALL
LIVING ROOM
PORCH


MAID'S ROOM
BATH
CHAMBER
BATH
CHAMBER
HALL
BATH
CHAMBER
CEDAR CLOS.

Un poeta...

ENRIQUE DE MESA

Español. Y aun podía agregarse "castellano", porque es la ancha llanura con sus gentes de parda capa y alma arisca, el motivo principal de su verso, cancionero de pura estirpe clásica.

AGOSTO

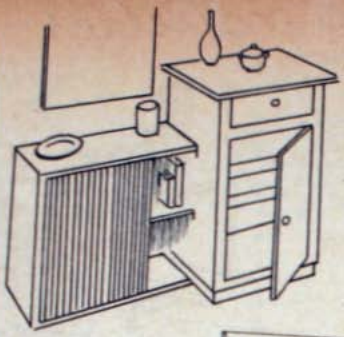
Quema el sol. Y los ojos
sólo ven la llamada
infinita, surcada
de amarillos rastrojos.

Primavera con lluvia,
junio libre de piedra.
¡Cómo se colma y medra
la troje de mies rubia!

Envuelto en la calina
por la recia solana,
a la aldea cercana,
lento, un carro camina.

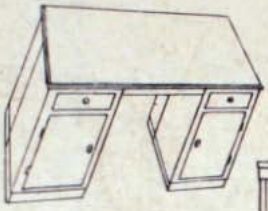
Y gigante en la gleba
del llano amarillento,
su majestad eleva
un molino de viento.

Como bien



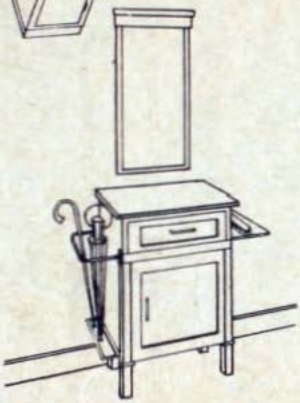
Mueblecito combinado, compuesto de un armarito de toilette y un estantito para zapatos.

De una mesita de noche se puede hacer la cómoda bastonera que se ve en este grabado.



Dos mesas de noche, unidas por un tablón que de este modo puede servir de escritorio.

El ingenio de la dueña de casa, no debe tener límites, por eso, esta revista, se propone ayudarla en todo lo que es sacar buen partido del dinero con que se cuenta para los gastos del hogar. Es así como hoy dirigimos nuestra vista a esos veladores viejos o mesitas de noche como llaman los franceses, que yacen desde tiempo atrás en los roperos o subterráneos, desplazados por los muebles modernos. Cuando se cuenta con dos de estos veladores, se puede hacer un simpático escritorio de aquellos que nuestros padres llamaron «escritorios ministro». Eso es lo que muestra una de nuestras ilustraciones. Contando



VENDEMOS SITIOS

DEPARTAMENTO de COMISIONES de CONFIANZA.

Banco de Chile, Segundo piso.

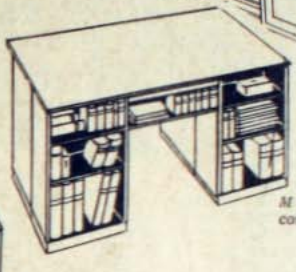
A $ 35 el metro cuadrado, para edificación inmediata, en las modernas poblaciones recientemente construidas en Los Leones por la Comunidad Lyon, con amplias avenidas pavimentadas, alumbrado eléctrico, gas, agua potable, etc.

Consúltenos personalmente o por carta.

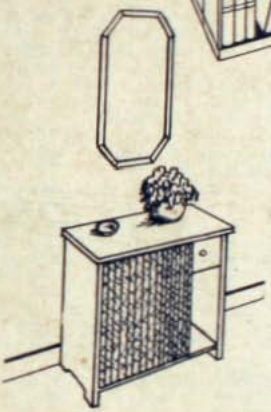
formar muebles viejos

Mesa-escritorio, formado por una mesa de noche, con un tablero encima. Combinado con ésta aparece un estantito para libros.

Para el vestíbulo este estantito cerrado por una cortina de cretona. Sobre él un espejo biselado, sin marco.



Mesa-escritorio, con tableros para libros.



con un solo de estos veladores de épocas pasadas, se puede hacer la simpatiquísima mesa con disposiciones para libros que se muestra en esta página. Basta agregarle una cubierta y ensancharla en las proporciones debidas como se ve en la ilustración adjunta. Los otros proyectos mostrados acá, dan excelentes ideas al dueño de casa o a la dueña de casa, de cómo utilizar muebles que generalmente están en nuestro camino en lugar de servirnos. Si Ud., lector de Familia, desea algunos datos complementarios sobre la manera de arreglar y de transformar estos muebles, escríbanos sin temor alguno, que estamos dispuestos a servirlo.

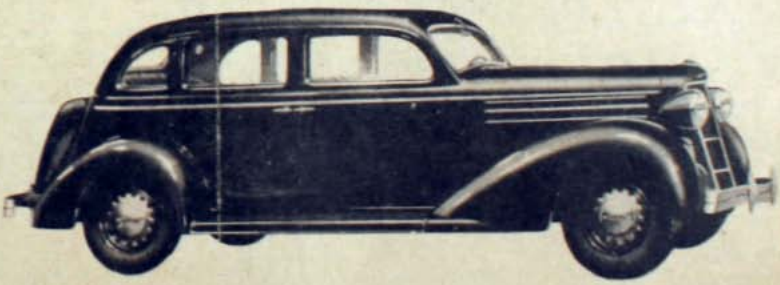
UN ORIGINAL BAROMETRO. —Llénese una vasija cualquiera, una maceta, por ejemplo, de arena seca. Plántese en esa arena, con la punta al aire, un cono de abeto. Póngase la maceta al aire libre. Cada vez que la lluvia esté cerca, las escamas del conobarómetro se juntan una con otra. Si por el contrario, hace tiempo seco, las escamas se separan y se extienden.

BAÑO IMPERMEABLE.— He aquí un procedimiento para formar una capa dura e impermeable sobre los techos de cartón con que se recubren a veces ciertos edificios, así como sobre madera, papel, planchas de palastro, cuero, tejidos y mamparos de los navíos.

Este baño se prepara del modo siguiente:

Hágase una mezcla con cuatro litros de alcohol de 90 grados, 300 grs. de sandáraca y 300 de goma laca. Esa mezcla se deja que se forme y se disuelven sus componentes en frío y de un modo uniforme. A esa solución se agregan: 60 grs. de esmeril de diamante, 150 grs. de hollín y 30 de azul ultramar. La masa resultante se aplica en frío sobre los objetos, por medio de un pincel; se funde por exposición al fuego. Es duro e impermeable al agua.

El nuevo modelo SEDAN DODGE CARAVANA.



CON LOS MAS REFINADOS ADELANTOS Y LAS MAS HERMOSAS LINEAS.

BESA Y CIA.
DELICIAS 1486.

VIDA Y CONFESIONES DE GABRIELA MISTRAL

(Continuación de la pág. 28)

curas el río Coquimbo y más allá se veía La Serena con sus torres erguidas y sus edificios blancos.

La poetisa charlaba y hablaba de sus artículos y de sus primeros versos que, naturalmente, no nos satisfacían. Fumaba bastante, lo que en ese tiempo debe haber sido un pecado muy grave".

El gran amor en la vida de Lucila Godoy, esa pasión fundamental que pondría en sus versos acentos desesperados y recios, hay que buscarla en Romelio Ureta, un muchacho modesto, empleado en los Ferrocarriles, y que terminaría trágicamente su carrera, suicidándose a raíz de una estafa.

La poetisa, nos describe el encuentro:

"Llevaba un canto ligero
en la boca descuidada,
y al mirarme se le ha vuelto
grave el canto que entonaba.
Miré la senda, la hallé,
extraña y como soñada
y en el alba de diamantes
tuve mi cara con lágrimas.
Iba sola y no temía;
con hambre y sed no lloraba;
desde que lo ví cruzar
mi Dios me vistió de llagas.
Mi madre en su lecho reza
por mí su oración confiada
pero yo tal vez por siempre,
tenga mi cara con lágrimas".

Después la poetisa nos dirá:

"Me miró, nos miramos en si-
[lencio
mucho tiempo, clavadas,
como en la muerte las pupilas. Todo
el estupor que blanqueaba las caras
en la agonía, albeaba en nuestros
[rostros.
Tras ese instante ya no resta nada.

Me habló convulsamente;
le hablé, rotas, cortadas,
de plenitud, tribulación y angustia
las confusas palabras.
Le hablé de su destino y mi destino,
amasijo fatal de sangre y lágrimas".

Más tarde, cuando ya la tragedia se ha consumado y Ureta ha puesto fin a sus días con un pistoletazo, la Mistral interrogará a Dios con una estrofa magnífica:

"Cómo suedan, Señor, durmiendo
[los suicidas?
un cuajo entre la boca, las dos sie-
[nes vaciadas,
las lunas de los ojos albas y en-
[grandecidas,
hacia un ancla invisible las ma-
[nos orientadas".

Ureta, se suicidó en Coquimbo, en casa de una familia González, donde era pensionista. Sustrajo dinero de la caja de los Ferrocarriles para socorrer a un amigo, que prometió reintegrarle la suma inmediatamente. La estafa apenas si pasaba de mil pesos. Lo único que se encontró en sus ropas, fué una tarjeta que tenía este nombre: Lucila Godoy.

Gabriela Mistral, se ha encerrado en un silencio hermético en este punto. Ni aún su hermana, ha logrado de ella un recuerdo de aquella sombría tragedia. Entre ella y Ureta existía un compromiso, y el desgraciado incidente que comentamos desbarató ese matrimonio. Sin embargo, el suicidio de Ureta ha proporcionado a nuestra literatura los más bellos acentos de la poesía de la Mistral:

Me olvidé de que te hicieron
sordo para mi clamor;
me olvidé de tú silencio
y de tú cárdeno albor;
de tú inerte mano, torpe,
ya para estrechar mi mano;
de tus ojos dilatados,
del inquirir soberano.
La noche ensanchó su charco
de betún, el agorero
buho con la horrible seda
de su ala, rasgó el sendero.
No te volveré a llamar;
que ya no haces tu jornada;
mi desnuda planta sigue,
la tuya está sosegada.
Vano es que acudas a la cita
por los caminos desiertos.
¡No ha de cuajar tú fantasma
entre mis brazos abiertos!

La poetisa procurará olvidar. Su vida ha quedado vacía. Y hay unos versos escritos a bordo de la nave que la llevaba fuera de Chile y que reflejan este intenso deseo:

Al costado de la barca
mi corazón he apegado;
al costado de la barca
de espumas ribeteado.
Lávalo mar, con sal eterna;
lávalo, mar; lávalo, mar,
que la tierra es para la lucha
y tú eres para consolar.
En la proa poderosa
mi corazón he clavado
Mírate barca que llevas
el vértice ensangrentado.
Lávalo mar con sal tremenda,
lávalo, mar; lávalo, mar.
O me lo rompes en la proa,
o no lo quiero más llevar.
Sobre la nave, toda puse
mi vida como derramada.
Múdala mar en los cien días
que ella será tú desposada.
Múdala mar con tus cien vientos.
Lávala, mar; lávala, mar.
¡Qué otros te piden oro y perlas
y yo te pido el olvidar!

Volviendo a Ureta, muerto a los veinte años, sus amigos lo recuerdan como una persona de extraordinaria bondad, alegre y rumboso. Amó a la poetisa y ese romance iluminó los últimos meses de su breve vida.

Reposa en el cementerio de Coquimbo, y su nicho se llena de flores encendidas, día a día.

(Continuará en el próximo número)

Miguel Munizaga Iribarren.

UN ESTRICTO CUMPLIDOR

(Continuación de la página 37)

mente tampoco ha bebido esta noche!

—¡Por supuesto que sí! Le estoy diciendo la verdad — insistió —, yo no manejaba ese coche, iba al pueblo...

—¿A qué pueblo?

—A Hingham...

—Malo, amigo mío. Este camino no va a Hingham, sino que a Hull. ¿A qué iba al pueblo? ¿A tomar aire?

Roger comenzaba a desesperarse, pareciéndole que el policía tenía deseos especiales de burlarse de él. Le explicó qué motivo lo llevaba al pueblo, que iba a pie porque no tenía licencia para manejar, y que se encontraba en casa de unos amigos de su novia en una fiesta... Pero el policía insistía en sus preguntas, hasta que no conteniéndose más, Roger le dió una bofetada, lanzándolo al suelo...

Mientras tanto, la fiesta seguía, y como Nancy no viera a Roger, preguntó a Ruth por él, y supo que había ido al pueblo en busca de yodo. Pensó que Roger había tomado demasiados cocktails, que podía pasarle algo... además lamentaba el disgusto que había tenido con él. Y un momento después, pidió a Joe Dean que la acompañara, y salió en busca del perdido.

Habían llegado hasta el coche quemado, cuando Dean dijo de pronto:

—¡Alguien está peleando allí! — y trató de bajarse del coche, pero Nancy, que se había dado cuenta de lo que pasaba, lo impidió.

—Es Roger — dijo en voz baja—. está peleando con un policía... ¡con Red McGeeham! ¡Déjalos solos, Joe!

—Bien, dijo éste. Entonces tomemos un asiento de ring. Y dió vuelta el coche en forma que alumbrara la escena.

El primer puñete de Roger fué efectivo. Dejó a Red tendido en el suelo, medio aturdido.

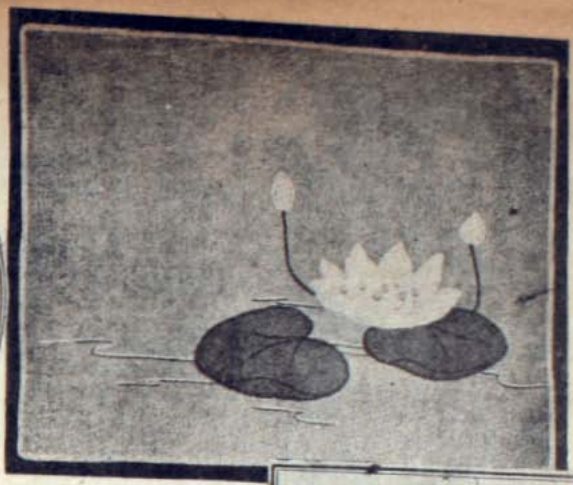
Red tenía un revólver en el cinturón. En desigualdad de condiciones lo hubiera usado con éxito; pero contra un hombre — y especialmente contra un hombre que lo había dejado aturdido—, el orgullo se lo impedía. El golpe le había cruzado la cara, quebrado un diente y atontado; pero cuando Roger saltó sobre él, levantó la cabeza, escupió el diente, y se levantó furioso.

Se empeñaron en una lucha te-

(Continúa en la pág. 62).

De

Rosamund Martin



Adorne su pieza de baño

Si quiere que su pieza de baño cambie por completo de aspecto, y que sus murallas duren más, adórnelo con nenúfares, aplicados sobre tela en forma de panneaux colocada detrás del baño y del lavatorio. El trabajo es de aplicaciones, sumamente sencillo y ligero. El original fué trabajado sobre género de hilo de color turquesa, con nenúfares blancos y hojas de un verde obscuro. Por supuesto que al no gustarle el fondo turquesa, puede usted escoger cualquier otro color de género. Pero le aconsejo que no cambie el color de las flores; la combinación natural es la más apropiada.

Tome la medida del largo de la muralla al lado del baño, para así saber la cantidad de género que va a necesitar para el panneaux grande. Orillelo con alguna tela firme de color blanco, y en seguida calque su dibujo, guiándose por el modelo que damos aquí.

Tiene que comprar género blanco y verde para las aplicaciones. Recorte cuantas figuras necesita, según el dibujo, hecho en la tela, y en seguida hilvánelos para que estén firmes en su colocación. Pliegue las hojas con hilo verde obscuro, y los nenúfares con blanco, y partiendo la hebra en dos. Las venas que se ven en las hojas tienen que hacerse con punto corrido así como el tallo y el botón de la flor. La parte interior de la flor se hace con el mismo punto, pero con hilo blanco. Las estameñas se rellenan con hilo amarillo, empleando la hebra entera.

Las rayitas que imitan el agua, se alargan un poco con un lápiz, y se bordan con el mismo punto corrido, haciéndolas en dos hileras: la de debajo con hilo color azul fuerte, y la de encima, azul pálido. Planche los bordados con un paño húmedo y con una plancha bien caliente, y su panneaux está listo para colocarlo detrás de baño.

Un panneaux más pequeño se hace para el lavatorio. Al igual del

(Continúa a la vuelta)

La escoba y el plumero

consejos de tía JACOBITA

EL CUIDADO DE LOS CUCHILLOS

Todas ustedes saben, mis queridas lectoras, los diferentes procedimientos que usan las dueñas de casa para limpiar los cuchillos. Pastas, piedras o polvos especiales son usados con más o menos éxito. A fin de devolver a las hojas el brillo perdido, se usan las correas en que se asientan las navajas de afeitar o una plancha especialmente dedicada a este uso, que se encuentra en las buenas mercerías.

Cuando se trata de cuchillos de plata o de plaqué muy fino que sólo en las grandes ocasiones se pongan a la mesa, lo mejor es guardarlos, no en estuches, sino que en la siguiente forma: una vez que la cuchillería está limpia, seca y untada ligeramente con vaselina neutra, se envuelve cada cuchillo en un papel de seda, haciendo luego un paquete con el total en un paño de franela. En el momento en que deban usarse se limpian vigorosamente con un paño de crea y después se frotan con una gamuza.

Para diario se usan comunmente unos cuchillos de metal inoxidable. Nunca deben afilarse con una piedra molejón ni con la chaira. Es el medio más seguro de hacerles perder el filo, ya que se necesita una persona especializada para este trabajo. Deben entregarse a un afilador.

Nunca deben echarse en agua caliente los cuchillos, ya que la hoja está pegada con cierta materia al mango, y a través de diversas sumersiones, termina por despegarse. Y cuando son de madera los mangos, se agrietan y si son de alguna composición, se ponen ásperos y amarillentos. Basta con frotarlos con un paño seco y después lavarlos con agua templada y jabonosa.

Para los mangos de madera se usa un buen cáustico que no contenga aceite mineral, aplicado con una franela. Cuando son de marfil verdadero y se han puesto de un feo color, se los blanquea mezclando un poco de blanco de España con una media cucharada de agua oxigenada doble, formando una especie de pasta que se aplica y deja por unas horas sobre los mangos. Luego se levanta la especie de costra que se ha formado, enjuagando y secando prolijamente.

Hay muchas dueñas de casa que usan un medio bien sencillo y económico para limpiar sus cuchillos. lavan las hojas con lejía y después los frotan con un pedazo de papa cruda, enjuagando y secando. Quedan brillantes y duran eternamente, ya que no se gastan con los productos a base de piedra pómez en polvo que lentamente los van destruyendo.

De todas maneras, hay que preocuparse del cuidado de la cuchillería, especialmente, ya que implica una serie de problemas mucho más delicados que el resto de los cubiertos, hechos de una sola pieza de plata, plaqué o metal, pero mucho más fáciles de mantener justamente por eso. Y como actualmente un juego de cubiertos, por modesto que sea, vale un dineral, las dueñas de casa tienen puestos en ellos todos sus cuidados más solícitos. Y hay que ver, además, el orgullo con que esa misma dueña de casa hace pasar al comedor a sus invitados, luciendo la mesa un lindo mantel, una cristalería de color, unos platos de porcelana modernamente decorada y unos cubiertos deslumbrantes de brillo.

Entonces, por esta concurrencia de motivos, bien vale el preocuparse de la cuchillería con una especie de chochera.

TIA JACOBITA.

ADORNE SU PIEZA DE BAÑO

(Continuación de la vuelta)

grande se orilla con género blanco, y se le hace el mismo dibujo, con la diferencia que en vez de colocarle dos nenúfares, se le coloca uno solo.

Muy bonito resultaría bordar el mismo dibujo en las toallas, y en las cortinas de la pieza de baño.

Si usted no quiere coser, por falta de tiempo o cualquier otro inconveniente, esta misma idea se puede llevar a cabo, y resultaría muy atrayente, en hule de varios colores. Los nenúfares y las hojas pueden recortarse de hule de color y pegarse con goma al hule que se escoge para fondo.

Un color azul mar sería muy apropiado para el panneaux. Los nenúfares serían blancos y las hojas verdes fuerte.

No es secreto... Pueden ustedes contarlo

Para quitar quitar las manchas de aceite en los pisos de madera, basta recubrirlas con magnesia calcinada, dejando que estos polvos absorban lentamente la grasa, después se quita el rastro que deja mediante un trapo empapado en bencina.

Para las quemaduras, es espléndido desde el primer momento, cubrirlas de aceite calcáreo, que debe tener toda dueña de casa en su botiquín. En caso de no haber este producto a mano, se pone aceite de mesa. En los campos usa la gente, con mucho éxito, una tela de cebolla sobre las quemaduras.

Para que una figurita de yeso tome apariencias de mármol se procede en la siguiente forma: en tres litros de agua se disuelven 500 gramos de alumbre, entrando en esta solución, por cuarenta y cinco minutos, la figura que se quiera modificar de apariencia. Luego se saca y se deja escurrir y airear por varios días, para que quede perfectamente enjuta. Después se frota con polvo de piedra pómez con la ayuda de un cepillo fino. Se termina de pulir con un lienzo fino, empapado en agua. Se deja de nuevo secar y queda ya en condiciones de ponerla en su respectivo sitio.

Para preparar cartón-piedra se mezcla, en caliente, aceite de linaza, liga, yeso y pasta de papel. Debe quedar una pasta espesa que se cuela, se echa en molde y se comprime, dejando que seque por unos días. Es una fórmula muy buena, ya que los objetos fabricados con ella, quedan perfectamente amoldados, son livianos y fáciles de dorar o de broncear.

El amor que no muere

Casualmente, el momento en que terminan todas las novelas, es el principio de la aventura más grande que hay en la vida. El primer tiempo uno está con la idea de que el amor la llevará con toda tranquilidad por sobre todas las dificultades de la vida. Habiendo logrado que el hombre que Ud. había elegido entre todos, se haya casado con Ud., Ud. tendrá que preocuparse de que este hombre no deje nunca de quererla y, por otro lado, que el interés suyo en él no disminuya nunca.

La joven recién casada no se digna nunca pensar en estas cosas. Ella será muy distinta a toda esa gente casada que la rodea. Ellos no pueden haber sabido lo que es el amor, como lo sabe ella. El amor de ella es algo que hermoseará todo en la vida, aun cosas prosaicas, como ser el lavado de loza y el zurcido de calcetines. Jovencita, espere que llegue el día en que Ud. amanezca rendida por una noche de insomnio con la guagua, cuando, por consiguiente, el desayuno salga tarde, las tostadas estén quemadas, y todas las pequeñas tragedias que en estos casos vienen por junto la tengan en su poder. El amor romántico parece desvanecerse en casos semejantes, y deja lugar a todo el prosaismo de la vida.

Acuérdese que el matrimonio es por toda la vida — por lo menos es de suponerlo—. Siendo así, para que esta empresa tenga éxito, necesitaremos hacer uso del cerebro, así como del corazón.

Es un trabajo como cualquiera otro. Una profesión tal vez más difícil que cualquiera. Para conservar en su marido el amor romántico que siente hacia Ud. en el primer tiempo, es, puramente cuestión de alimentar sus emociones. No es tan fácil hacerlo, pero si Ud. se empeña en ello, lo logrará.

Desde luego, no lo regalonée demasiado. Es una tentación muy grande en los primeros tiempos, la de servir demasiado al ser amado. Luego, a medida que la vida va avanzando, y Ud. ya no tiene tanto tiempo a su disposición, y tal vez no se siente predispuesta a servirlo como antes, él se enoja o se siente ofendido, eso según el carácter que tenga y de ahí empiezan las molestias. Desde un principio haga por él lo que Ud. cree ser capaz de hacer durante toda su vida a pesar de las dificultades que se pueden presentar. Y si él se ofrece a ayudarle en algo, aun sabiendo que Ud. lo haría mucho mejor sola, no rehuse nunca sus servicios. No se le olvide de darle las gracias, y con esto le ayudará con mayor voluntad.

La cortesía y la buena educación entre un matrimonio es el principio más seguro de la felicidad. Para esto hay dos razones. Primero, en la vida cotidiana, lo que más cuesta es la costumbre. Piense en la cantidad de cosas que se hacen por la fuerza de la costumbre, y lo que extraña uno si deja de hacerlas. La costumbre de tratarse uno a otro siempre con cortesía, le hará la vida más llevadera, y, en el caso de haber alguna discusión, la que no podrá faltar, esa costumbre le evitará muchos malos ratos.

El sentido de humor es otro punto

muy favorable. Cualquier chiste, por malo que sea, debe celebrarse entre un matrimonio. El sentido de humor puede fortificarse a diario, y como es imposible sentirse enojada y divertida al mismo tiempo, esto será una buena ayuda para su felicidad. Además que la costumbre de reírse es algo inmejorable para la expresión de su cara.

En tiempos antiguos, el marido era una persona que infundía respeto con su cara dictatorial y, generalmente mal agestada. ¿Por qué? Porque la mujer en ese tiempo no llevaba más que su corazón al matrimonio y no hacía uso de su cerebro.

El ser tierna y amante es un algo indispensable para la mujer, pero se puede serlo y además ser fuerte y un poco independiente. El amor azucarado, que se demuestra en puras caricias y palabras, no merece llamarse amor.

Su amor debe ser tierno y dulce, pero debe tener la fuerza de poder levantar a un hombre, en el momento preciso en que él lo necesite. No es amor verdadero el que se demuestra nada más que cuando la vida está fácil y tranquila; además es muy difícil conseguir que la vida sea siempre así. Tampoco debe hacerse la desentendida de las molestias que se pueden presentar, y que suelen ser muchas y muy grandes. Tiene que ser compañera de su marido, además de ser la mujer amada, y teniendo, por ser mujer, los sentidos más despiertos, usted se encargará de evitarle todos los líos y molestias en que podría incurrir.

El amor tiene un gran poder en la vida; un poder que no se puede ocultar ni hacer a un lado. Haga lo posible para que su amor sea verdadero. La mejor forma de demos-

(Continúa en la pág. 76).

PARA TODOS
Cine — RADIO — Lectura

Todos los lunes

$ 1.-

rrible, cayendo y levantándose, hasta que otro golpe bien aplicado lanzó por tierra a Red. En ese momento llegaban Nancy y Joe Dean. Los combatientes casi no se dieron cuenta que había llegado un coche y que estaba alumbrándolos con sus luces. Red estaba bien entrenado y Roger no se encontraba en peor condición y tenía a su favor el mayor peso. Siguió la pelea, hasta que en en una nueva caída, ya no pudo levantarse Red.

—Bueno — dijo desde el suelo—, me has ganado...

—Eso es para que te moderes al hablar, le contestó Rogers, y ahora ándate contento.

—Bien. Pero ya volveré a encontrarme contigo. No creo que seas tan bueno... Consideraré esta pelea como privada...

Pero ya habían bajado del coche Joe y Nancy, y ésta, dirigiéndose al policía, le dijo:

—¡Gracias, Red! Eres todo un deportista. Y lo acompañó hasta la motocicleta.

—¡Oiga! — le dijo el policía antes de irse—, ¿ese Jack Dempsey dice que está comprometido con usted? ¿Es verdad?

Nancy miró hacia donde estaba Roger y se rió.

—Todavía no — admitió—, pero vamos a estarlo.

Joe Dean se separó de ellos para guardar el coche que había quedado en el camino cuando el policía detuvo a Roger, dejando solos a Nancy con Roger. Este se sentó en el estribo del coche, limpiándose la cara con un pañuelo y tratando de calmar sus nervios. Nancy lo miró, sonriendo:

—¡Te has hecho de los finos!, le dijo. ¡Hay que ver el criminal que te has vuelto! Manejas coche estando bebido, asaltas la casa de Dean, le robas el coche y como final le pegas a un pobre policía. Tendrías para cincuenta años de carcel. ¡Empiezo a ver que progresas!

Roger se paró la tomó del brazo violentamente y la llevó al coche.

—¡Siéntate y maneja! — le dijo, —¡diablillo chico!

Nancy obedeció, y Roger se sentó a su lado.

—¿A dónde, señor? — preguntó ella con burlesca deferencia.

—A la casa del cura más cercano — dijo Roger—. ¡Y a toda carrera!

—¿Cura? — preguntó Nancy... Le tocaba a ella ahora el turno de confundirse. ¿Qué vas a hacer allí?

—¡A casarme contigo!...

—¡Pero no podemos hacerlo sin la licencia! Y cuesta lo menos cinco días conseguirla por las leyes de este Estado!

—¡Al diablo con las licencias! — dijo el estricto cumplidor de las leyes.

maldito régimen zarista. ¿Quién iba a saber lo que le había pasado?

Entonces, dice Miller, fué cuando se sintió desesperado. "No sabía qué hacer. Caminaba de un lado a otro sin asunto, pensando encontrar algún rastro de Masha". Todo en vano. Moría ya la esperanza que lo había mantenido hasta entonces. La fuerza de su espíritu flaqueaba. Sin embargo, la voluntad de fierro del hombre no se quería aún dar por vencida. Siguió andando de ciudad en ciudad, buscando una mujer entre el desastre de una nación entera. Al fin, se dió cuenta de que la búsqueda era inútil. Estaba en Rusia, y tenía que pensar en salir, ahora que ya nada allí lo retenía. Salir era difícil, pero esta palabra ya no le atemorizaba. Llegó a la frontera, y pasó a Alemania. Parecía una sombra, un espectro de lo que había sido.

De allí, hizo la travesía a América, siempre trabajando, y cruzó el Nuevo Mundo de un lado a otro siempre con la esperanza, según lo dice él mismo, de encontrar a Masha o de saber algo de ella.

Nunca supo nada, y se encontró perdido entre los millones en América.

Al lado opuesto del mundo, una mujer cantaba. Una mujer rodeada por una humanidad delirante, por hombres que trataban de olvidar, mujeres medio locas por sufrimientos vividos, sufrimientos demasiado grandes para poderlos soportar. Esta gente sólo vivía para ahogar el pasado en una orgía de vino y de placeres, detrás de la cual se elevaba la máscara burlesca de la muerte.

Entre todos ellos, una mujer se movía, cantando la vieja canción que los gitanos le aprendieron a los cosacos:

"Volga, Volga madre querida".

Desgraciadamente, ya no era madre de ninguno de ellos. Había desaparecido de sus vidas el Volga, y los cosacos del Don vagaban ahora por las estepas nevadas de Siberia. Pero esta mujer cantaba el pasado, y sus ojos grises miraban hacia el futuro; la aplaudían y ella les sonreía con su sonrisa triste, y de entre toda esta multitud de gente que la halagaba y la plaudía, dos hombres se apartaron y la buscaron para mirarle sus ojos grises de más cerca.

Uno de estos dos hombres era Kolchak, el otro Atamán Semenoff. La mujer era Tsiganka Masha.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

En la publicación de la próxima semana veremos cómo esta mujer maravillosa sufrió en medio del maelstrom que azotó Siberia; cómo fué que durante un tiempo fué compañera de la vida y de las obras de Atamán Semenoff, y cómo al fin encontró la paz y la felicidad verdadera y duradera, pero en la que, desgraciadamente, el pobre Miller no podía participar.

La señora y la cocina

EL ARTE DE TRINCHAR

Ya hemos hablado de la importancia que tiene la presentación de las viandas y como el más modesto de los guisos, con una bonita guarnición, se gana nuestro apetito. Pero hay que agregar que no sería completa esta presentación si algunos guisos — qué se componen de aves, de carnes, de caza o de pescado—, no fueran debidamente trinchados, sujetos a ciertas reglas que toda buena dueña de casa debe conocer.

Un pescado cortado en cualquier forma; un ave, sobre todo si se trata de pavo, trinchado a contra hilo; una carne en que cada lonja es de distinto grosor; todo ello amontonado como cae, aunque lleve encima la más apetitosa de las guarniciones, resultará un fracaso. Es como si una mujer que se pusiera un traje maravilloso y debajo llevara una fea y desordenada ropa interior. En todo debe presidir la armonía.

Lo primero es prevenirse de un buen cubierto para trinchar: un firme tenedor de dos garfios y un cuchillo largo, delgado y muy filudo. La carne debe colocarse en una tabla de madera especial y en ella ir cortando en lonjas muy iguales el asado. Las puntas deben dejarse aparte, destinándolas a rellenos o para la servidumbre. Una vez todas cortadas, se colocan en la fuente previamente recalentada, apoyadas unas contra otras y entonces se procede a la decoración. Las salsas deben siempre verterse a la hora última, muy caliente. El pescado se trincha con un cuchillo muy cortante, sin desarmarlo, es decir, dejándole toda la apariencia de que estuviera entero. Debe hacerse el corte profundo para que los trozos no resulten chicos. La costumbre europea es la mejor en este caso; consiste en colocar el pescado abierto, medio a medio, con la parte interna sobre la fuente. Así las raciones quedan perfectamente regulares.

El capítulo más importante es el de las aves. Despresar un pollo está posiblemente al alcance de muchas, en cambio, al tratarse de un pavo, de un ganso o de una pava, la cosa toma caracteres de imposibilidad si no se quiere hacer una pequeña masacre. Y como no es cosa de explicaciones que confundirían más la operación, damos en los gráficos una serie de indiciaciones que a ustedes les serán preciosas.

LA HERMANITA HORMIGA

El arte de trinchar es cosa de ciertos elegidos...

TRES MANERAS DE PREPARAR LA PESCADA

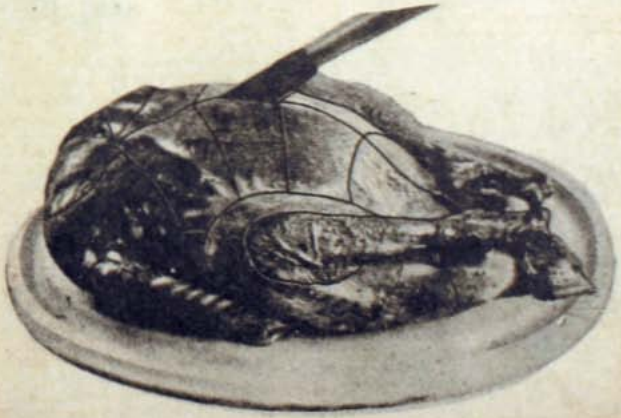
PESCADA RELLENA

Este pescado es uno de los más abundantes de nuestra costa y por lo tanto, uno de los más baratos. Estando bien fresco y preparado convenientemente, es plato que puede presentarse en cualquier mesa.

Para prepararla, según la fórmula que va a continuación, se elige una pescada de tamaño regular, se limpia, se vacía, se lava y se seca con un paño.

Hecho esto se prepara un relleno con choritos asados que luego se ponen en el mortero y se machacan con sal, un poquito de pimienta blanca, dos chalotas y un ramito de perejil. Una vez bien unida la pasta, se rellena la pescada, se ata con una pita y se deja en un sitio fresco por tres horas, para que la pescada se pase del sabor del relleno.

Dos horas antes de servir se pone la pescada en una asadera con una cucharada de aceite, un vaso de vino blanco, otro de caldo, sal, perejil, pimienta negra, perejil picado y una hoja de laurel. Se entra a horno suave y de vez en cuando se le echa por encima algo del caldo, para que quede sabrosa.



Las tacitas con cualquier guiso que sea, serán siempre muy apetitosas.

Una gallina debe trincharse en la forma que vemos indicada. Nadie quedará descontento de su presa.

Cuando esté bien cocida por un lado, puede darse cuidadosamente vuelta y dejar que dore bien por el otro. Diez minutos antes de servir se la espolvorea con pan y queso rallado, esperando que dore un poco para servirla, curiosamente fraccionada.

Queda simplemente exquisita.

Pero eso no quiere decir que la fruta no sea muy apetecible.

PESCADA CON PAPAS

Se limpia y se cuece en un poquito de agua con sal y vinagre

Una vez cocida se coloca en una fuente alargada, se rodea de papas cocidas enteras y luego peladas, se le vierte encima el caldo colado en que cociera, se adornan las papas con un pocuito de salsa de mayonesa, colocando entre cada una un pepinillo en escabeche sobre una rodaja de huevo duro y se sirve, fría o caliente, que de las dos maneras resulta sabrosa.

El pescado es, tal vez, lo más difícil para bien racionarlo.

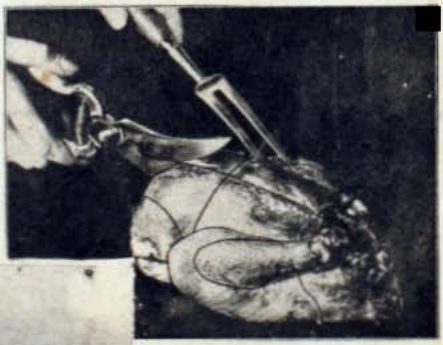
PESCADA EN MOLDECITOS

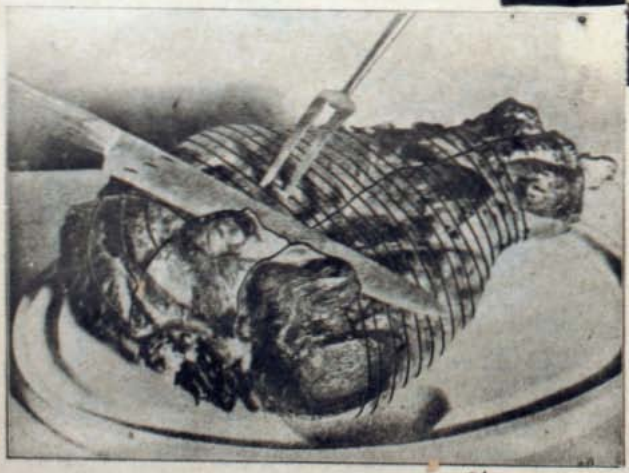
Se limpia y se cuece en agua con sal un trozo grande de pescada que luego se limpia prolijamente de espinas y se pica menudita. Se prepara una salsa bechamel, se une al picadillo, se le da unas vueltas cerca de la hornilla para que una bien y se deja después que medio enfríe, para agregarle cuatro yemas batidas.

Esta pasta se pone en bonitos moldecitos enmantequillados, se cubren con las claras batidas como si fuera para merengue y se colocan al horno para que cuajen, teniendo en cuenta que no debe estar el horno muy caliente para que las claras no queden demasiado doradas.

He aquí en qué forma debe trincharse un pernil de chancho.

Cuando se trata de un pollo, la cosa se simplifica mucho...





TRES CLASES DE FRITOS

Fritos de papas con mantequilla

Se cuecen enteras las papas, se pelan después, y se machacan calientes en el mortero, con tres yemas, cáscara de limón rallada, una pinta de canela en polvo, una cucharada de mantequilla y otra de harina maicena.

Se trabaja después la pasta que resulte y una vez bien unida se va friendo en pequeñas porciones de tamaño igual — lo mejor es cortarlas por un molde del tamaño de una moneda de un peso— cuidando de que la manteca esté muy caliente. Sirven estos fritos para acompañar carnes asadas y son extremadamente finos.

Fritos de leche

Se pone a calentar medio litro de leche, cuando hierve se le agrega perejil picado, sal y harina hasta que espese, para obtener una especie de masa de regular consistencia. Hecho esto se saca de la cacerola y se deja enfriar en un molde muy extendido.

Cuando esté perfectamente fría la pasta se corta con un moldecito de bonita forma, se pasan todos por pan rallado, por huevo batido y de nuevo por pan rallado, friéndolos en manteca muy caliente.

Especial para guarnición de asado.

Fritos de zapallo

Se pone a asar un pedazo de zapallo que se deshace después con leche. Se le añade, poco a poco, para que no forme grumos, la harina necesaria para formar una pasta suave, se sazona y se le agrega mantequilla en proporción. Trabajada la pasta se extiende y se cortan tiras largas y delgadas que se fríen en manteca muy caliente.

También sirven estos fritos para acompañar asados.

El postre para delicia de golosos.

Un plato en que están combinados diferentes dulces exquisitos.

Una mesa, simplemente dispuesta, pero acogedora y armoniosa.

DOS SALSAS INDISPENSABLES

Salsa bechamel

Se derriten don onzas de mantequilla muy fresca; al estar derretida se le agrega cucharada y media de maicena y antes que dore, se le va echando, poco a poco, una taza de leche, cuidando con mucho tino de que no se formen grumos. Se alifia con un poquito de sal y una raspadura de nuez moscada, revolviéndola mucho hasta que quede del espesor deseado. Es una de las salsas más finas y utilizadas en todos los guisos.

Salsa nogada

En un mortero se machacan nueces peladas de cáscara y piel, al estar bien deshechas se le agrega una miga de pan francés remojada en vinagre, se machaca de nuevo y se le va agregando, gota a gota, aceite fino, lo mismo que si fuera una mayonesa, hasta conseguir una pasta que se aclara con unas gotas de agua o de caldo, alifiando con sal y pimienta blanca. Salsa especial para lenguas, porotitos verdes, pescado asado o huevos duros.

ESTAFETA

DESPACHA: MARI-SOL

Madreselva. — Hijita: No creo que posea usted disposición alguna para la literatura. Empiece por aprender ortografía, lea, ensaye y si Dios se muestra misericordioso, bien puede que el milagro de que usted llegue a ser escritora se realice.

Rolando. — Sentimos no poder enviarle el número por usted pedido, pero se agotó por completo; sólo contamos con el perteneciente al archivo.

Juana María. — Pueden provenir los sabañones de un estado general de debilidad. En esas ciudades del sur hay que cuidar especialmente a los niños durante los largos inviernos, dándoles aceite de hígado de bacalao, que ya sabe usted que se llama, con mucho acierto, «sol embotellado». Tenga especial atención con las comidas de su chica, dele algún tónico, como el indicado anteriormente y lávele todas las noches las manitas con agua lo más caliente posible con piedra alumbre disuelta en ella. Una cucharada por litro de agua. Y que por ningún motivo salga sin guantes al aire libre. Muy agradecida de sus palabras cordiales.

Mary Betty Thompson. — Encantadora su carta y me siento verdaderamente halagada con cuanta cosa amable dice usted respecto a nuestra revista. Su indicación nos parece acertada y la tendremos tan en cuenta, que ya estamos organizando una sección destinada a la Vida Social. Quedo a sus gratas órdenes.

Preguntona. — Mándele las cartas a Casilla 2192. Creo que le contestará privadamente, ¿por qué no?

Musa sin poeta. — Mande su colaboración; si es tan buena como usted nos advierte, tendremos sumo agrado en publicarla.

EL PARAGUAS

(Continuación de la pág. 7)

poco más grandes, un poco más pequeños, ¿qué más da? Lo que se cuenta es la confección, la clase...

—¡No me lo hubiese imaginado nunca! — contestó entonces, entristecida, la madre. Había calculado que todo lo más, todo lo más, me costarían seis liras los dos pares.

—¡Uy! No lo diga siquiera — protestó el dependiente casi horrorizado.

—Mire — indicó la mamá para reducirle—, quisiera comprar otras cosas: dos impermeables para las niñas, dos paraguas...

—Tenemos de todo.

—Lo sé; he venido aquí por eso. Hágame, pues, alguna rebajita.

El dependiente levantó las manos inflexible:

—Precio fijo, señora. O tomarlo o dejarlo.

La mamaíta le lanzó una mirada turbia, de desprecio. ¡Muy fácil decir: o dejarlo! ¡Cómo quitar las barquitas de los pies de Mimí! La acostumbrada rabia... ¡Debiera haber ajustado antes el precio, sí, señor! ¿Pero podía ella suponer que le pidiesen tanto? Y luego eran precios fijos... Había calculado gastar unas treinta y cinco liras en total; más no podía.

—A ver, los impermeables... Enséñemelos... ¿Qué precio tienen? Vamos, rebaje usted en esto un poco. ¡Dinita! ¡Mimí — gritó la mamaíta irritada—. ¡Sé buena, Mimí, o te quito los chanclos! ¡Ven aquí! ¡Enséñemelos! ¿No te están también muy grandes éstos?

Quería ver si se los quitaba por probar si en otra tienda conseguía encontrarlos más baratos. Le daban ganas hasta de abofetear al dependiente.

—"¿Gandes? No, benas" — dijo Mimí.

—¡Bueno! ¡Deja que yo lo vea!

—"Benas! ¡Sientan ben! ¡Muy ben!" — dijo Mimí, esquivándose.

Y se puso a soplar, hinchando los carrillos, y a agitar los bracitos y a caminar como si estuviese en medio del agua y pasase por ella, segura, con sus barquitas en los pies.

Hasta se dignó sonreír el dependiente de comercio. ¡Pero nunca lo hubiese hecho! Rió como por compasión, y la mamaíta sintió que toda su sangre se le subía a la garganta. Pensó que sólo tenía treinta y cinco liras en la carterita. Los impermeables, diez liras cada uno; los chanclos; doce; no le quedaban más que tres; pocas, para dos paraguas; a lo sumo habría podido comprar uno, y de ínfima calidad.

Más el placer de las niñas era precisamente tener un paraguas cada una: el paraguas y los chanclos. A los capotes impermeables, pesados, pardos, vellosos, no les hicieron ningún caso, y cuando supieron que no se podía comprar más que un paraguas, comenzaron las disputas.

Dinita sostenía, con razón, que le correspondía a ella, que era la mayor; pero Mimí no quería atender a esta razón porque el paraguas se lo habían prometido a ella también; y en vano la madre, para poner paz, se esforzaba repitiendo que no sería ni de una ni de otra, sino de las dos, puesto que iban juntas al colegio.

—"¡Peo lo llevaré yo!" — dijo Mimí.

—¡No, yo! — protestó Dinita.

—Un ratito una y otro ratito otra —medió la madre; y, volviéndose hacia Mimí—: Tú no puedes, tú no sabes llevarlo.

—"¡Sí que sé!".

—Pero si es más grande que tú, ¿no lo ves?

Y, para demostrárselo, la mamaíta se lo puso al lado. En seguida Mimí lo estrechó contra su pecho con los dos bracitos. Esto le pareció a Dinita una tiranía y adelantóse para quitárselo.

—¡Qué vergüenza! — exclamó la madre—. ¡Qué espectáculo! ¡Qué niñas tan bien educadas! ¡Vamos, dadme el paraguas! ¡Ahora ni la una ni la otra: no hay paraguas!

Ya por la calle, aunque iban con sus impermeables y sus chanclos puestos, las dos niñas andaban taciturnas, malhumoradas, con los ojitos centelleantes, con el pensamiento fijo en aquel paraguas que, al llegar a casa, apenas pasado el umbral, provocaría de nuevo, con seguridad, las disputas y las riñas. La propiedad común: muy bien. ¿Pero a quién lo confiaría la mamá al día siguiente? Todo el problema estaba en esto: ¡Llevar aquel paraguas abierto, por la calle, bajo la lluvia! Y Dinita pensaba que le correspondía a ella, a ella, a ella con todo derecho; no sólo porque era la mayor, sino porque también..., eso es: ¿podía haber una prueba mejor de la que ella daba ahora, en ese mismo momento, de saber llevar el paraguas? ¿Y por esa prueba no se merecía ella llevar el paraguas nuevo? ¿Para qué lo había comprado la mamá? ¿Para llevarlo cerrado debajo del brazo? ¿Sí la mamá iba tapando con su paraguas a Mimí, para qué dejaría a ella con el viejo, el de la criada? El castigo, en todo caso, quien lo merecía era aquella Mimí tan sólo, aquella Mimí mandona, que nunca, nunca en la vida sabría llevar un paraguas tan bien como ella. ¡Sí, señor, hubiese querido verlo!

Mientras así pensaba, Dinita intentaba dirigir una mirada a su madre; una mirada escondida, desde bajo del paraguas, sin perder el equilibrio, para ver si ella reparaba en su gracia. Pero vió, en cambio, el rostro de su madre más turbio y serio que nunca, y el para-

(Continúa en la pág. 68).

Ah...!! Esta aglomeración se explica, porque todos quieren comprar bueno y barato en las **LIBRERIAS UNIVERSO**

(Continuación de la página 66).

guas tembló entre las dos manitas que lo llevaban.

Después de salir de la tienda, presa de una rabiosa amargura, la mamaíta, ahora, luchaba para ahuyentar de su alma el más cruel pensamiento contra su Dinita: un pensamiento horrible, que ella no quería que se le adentrase, ni por un instante en su conciencia, donde quedaría como una mácula, como una llaga.

Y, sin embargo, a cada choque con la realidad, aunque fuese muy leve, aquel pensamiento odioso se le presentaba imprevistamente. Y el odioso pensamiento era éste: que si ella, Dinita, no hubiese existido (no que se muriera, ¡Dios mío, no!; pero si no hubiese nacido, eso es, si no la hubiese tenido) ella, con Mimí sola, que era de carácter tan alegre y abierto, siempre contenta y casi con alitas en el alma, ella, con Mimí sola, se hubiese vuelto a casar. Mimí, sin duda, se hubiese hecho querer de quien ella hubiese elegido por compañero, se le hubiese saltado en seguida al cuello, preguntándole también a él, sacudiendo la cabecita rizosa: "¿Quieres mucho?" ¿Y cómo no quereria? ¡Pero Dinita!... ¡Ah! Aquellos ojos suyos, siempre atónitos y serios, se los imaginaba vueltos contra el padrastro violentamente y..., ¡no, no, nunca! Sentía que con ella y por ella no podía dar nunca ese paso; no lo podría dar nunca.

La miró, y de pronto, como le solía suceder siempre, sintió un agudo remordimiento y una angustioso ternura por aquella pobre hijita suya. La vió aún muy decidida a dar su prueba de gracia para llevar el paraguas y no pudo menos que sonreir. Ella, no; pero hubiese querido que cualquiera, al pasar, dijese: "¡Qué graciosa! ¡Mira cómo sabe llevar el paraguas aquella muñequita!" El paraguas viejo, pobrecita... ¡Quién sabe cuánta alegría experimentara si ella le hubiese dado el nuevo! Pero, ¿y la otra? Y la otra... ¿No para una ni para otra? No. Si había hecho mal en prometerle también un paraguas para ella solita, si no había podido comprar dos, ¿tenía ella que quedarse así, sin ninguno, la pobrecita?... Pero Mimí no debía tener caprichos, y Dinita, que sabía llevar tan bien el paraguas, debía llevar el nuevo y no el viejo.

Se lo dió. Pero la niña no lo tomó con aquel contento que ella esperaba. No porque hubiese adivinado el triste pensamiento de su mamá (¿cómo podría adivinarlo nunca?); pero Dinita, en seguida que le había visto aquel rostro triste y enfadado, había sentido un calofrío en la espalda, y los ojitos se le habían enfoscado, y empezó a pensar que no sólo Mimí era la mala, sino su madre también, la madre, que tapaba a Mimí y no se preocupaba de ella, y la dejaba sola, con el paragüejo aquel, roto, que goteaba y que pesaba tanto, tanto, que sentía ya doloridos sus dos bracitos, y ni podía ni sabía ya llevarlo.

Ahora, el nuevo pesaba menos, y Dinita se lo agradeció a su madre, pero sólo con una sonrisa. Le pareció poco a ésta y se dirigió a Mimí diciéndole:

—Tú estás aquí bajo conmigo y eres buena, muy buena, ¿verdad? Dinita que se tape ella. ¿Qué diría la gente viéndola con el paraguas viejo? "¡Uy, que pobretona!" — diría. "¿Es la criadita?" Y tú no querrías que dijeran eso de tu hermanita, ¿verdad?

Mimí no dijo nada. Ella tenía su idea. Apenas llegaron al portal de su casa se apresuró a decir a su madre:

—Oye, mamá, *¡yo pol* escalera! ¡Lo llevo yo *pol* escalera!

Y así entró en casa, donde se sentía más segura, con el paraguas en su poder, y no quería cederlo, subidas ya las escaleras, y lo defendía con la excusa de que Dini ya lo había llevado por la calle mucho tiempo. La disputa inevitable estalló mientras la mamá se cambiaba de ropa en su cuarto. Dinita arrebató el paraguas a Mimí y la tiró al suelo de un empujón. Gritos de Mimí; restitución del paraguas a sus manitas. Y Dinita castigada sin cenar.

Ya tarde, cuando la madre fué en busca de Dinita, que se había acurrucado en un ángulo detrás del armario, y vió que dormía, comprendió por qué la niña no había acogido con alborozo, en la calle, el paraguas, y por qué, luego, inusitadamente (pues ella siempre, como una mujercita, compartía todos los caprichos de Mimí), la había hecho llorar. ¡Dinita abrasaba de fiebre!

La mamá se quedó un momento mirándola, espantada; después la cogió en brazos, gritando:

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡No, Dinita mía! ¡No, no, no!

La desnudó, la metió en la cama, y se sentó a su lado con el ánimo suspenso y atónito, como aturdido por la lluvia que caía en furiosos chaparrones, fuera.

Llovió durante toda aquella noche y continuó lloviendo, casi sin interrupción, durante seis días seguidos.

El primer pensamiento de Mimí, al día siguiente, al despertar, fué para el paraguas, para los chanclos y para el capote nuevo.

El paraguas se lo había acostado con ella, en la cama, y al despertar lo cogió en seguida con sus manos; fuése corriendo por los chanclos y el impermeable. Llovía. ¡Era, por tanto, una fiesta! ¡Se iría al colegio muy bien mudada, con sus barquitas en los pies, el capote encima y el paraguas en las manos, abierto, bajo el agua!

¿No? ¿No iba al colegio? ¿Y por qué? ¿Dinita estaba enferma? ¡Qué lástima! Llovía tan bien...

Hubiese querido preguntar a su madre por qué no la mandaba a ella sola, acompañada de la criada. Pero la madre no le hacía caso; lloraba. Se lo dijo a la criada; pero ésta, que ya se estaba arreglando para salir, de prisa y corriendo, en busca de un médico, ni siquiera se volvió a mirarla.

Mimí se quedó un momento detrás de los cristales del balcón mirando la abundante lluvia que caía en chaparrones impetuosos; después se fué delante del espejo y se puso el impermeable y las barquitas; se caló el capuchón hasta las cejas, abrió con mucho cuidado el paraguas y se contempló, encantada, en el espejo, toda encogidita, con los pies juntos, riendo y temblando por los calofríos que le producía aquella lluvia imaginaria.

Durante cinco días, todas las mañanas, Mimí hacía esa prueba delante del espejo. Y luego de contemplarse durante más de una hora se quitaba el impermeable y los chanclos e íbase a esconder el paraguas en cierto sitio que tan sólo ella sabía. ¡Ah! ¡Ahora aquel paraguas era suyo, únicamente suyo, y nunca más lo cedería, ni aún a su misma madre! ¡Qué pena que no pudiese aprovechar toda aquella lluvia!...

El sexto día, por la noche, Mimí fué acompañada por la criada al piso del lado, donde vivían dos viejas señoras, amigas de la mamá, a las cuales en estos días ella había visto muchas veces en casa, afanadas entre el cuarto de dormir en que estaba Dinita en la cama, enferma, y la cocina. Estaba tan llena por el pensamiento de sus tesoros, que no se preocupó de nada; hasta estaba contenta de que su madre estuviese siempre con la hermanita y no se preocupase nada de ella, porque así podía "hacer el invierno" ("l'inveno", decía ella) a su gusto y con la mayor libertad. Por lo demás, era de tan buen natural que a todo se plegaba en seguida y se sentía bien en cualquier parte donde la dejasen; sacaba de dentro de sí misma la vida y la vestía alegremente a su alrededor, poblando de maravillas cualquier rincón, aunque fuese el más desnudo y el más obscuro. Cenó en casa de las vecinas, jugó, charló largo y tendido con la criada, saltando aquí y allá, y, finalmente, se le durmió en brazos.

Despertó a media noche, sobresaltada, aturdida por un formidable barullo que había sacudido toda la casa, y que ahora se alejaba con sordos rumores confundidos con el ruido violento de los chaparrones. La niña miró, a su alrededor, desorientada. ¿En dónde estaba? Aquello no era su casa..., aquella cama no era la suya... Llamó a la cria-

da dos o tres veces, se destapó y se sentó en la cama. Aun estaba vestida. Miró la cama del lado, intacta, y recapacitó: aquella era la alcoba de las dos viejas vecinas. ¡Había entrado tantas veces! Bajó de la cama, atravesó una alcoba obscura, encontró la puerta abierta y salió a la escalera, aterida por el estruendo de la lluvia que caía sobre la claraboya.

También estaba abierta la puerta de su casa, y Mimí entró y corrió al cuarto de dormir, gritando:

—¡Mamá! ¡Mamá!

Una de las dos viejas señoras, que estaba al lado de la camita de la niña agonizante, salióle en seguida al encuentro, para detenerla en el umbral.

—Anda, anda, chiquitina mía — le dijo—, la mamá está ocupada...

—¿Con Dini? — preguntó la niña, asombrada, entreviendo, a la débil luz de la lámpara, el rostro cadavérico de su hermanita en la cama.

—Sí, rica — le contestó la señora—; el Señor la quiere..., Dini se va al cielo...

—¿Al cielo?

Y Mimí se fué, sin esperar a que le contestasen; se quedó en el saloncito, a obscuras, un poco perpleja; oyó nuevamente, a través de la puerta abierta, el estruendo enorme de la lluvia en la claraboya; vió, por la ventana, en un nuevo y lívido clamor de relámpago, el cielo anubarrado, y se fué corriendo a lo largo del corredor.

Poco después, las dos viejas señoras que velaban la agonía de Dinita, se la vieron entrar con aquel paraguas, más grande que ella, entre los brazos, y balbuceando:

—"El paraguas..., para Dini..., en el cielo..., llueve".

LAS ESPOSAS DESILUSIONADAS

(Continuación de la página 17).

¡Y así lo hacen todas!

Es absurdo y falso para cualquiera que pretenda haber sido "desilusionada".

No existe tal desilusión, es únicamente un error inicial para elegir.

Si usted ha hecho el desastroso descubrimiento que se ha casado con un hombre malo, no puede ocultar su error bajo el velo de la desilusión.

Tendrá usted que admitir lo más correcto, que su criterio estuvo un tiempo embotado bajo las emociones del momento, o que Ud., sabiéndolo, ignoró las consecuencias.

En ningún caso puede usted culpar honradamente al hombre. Ninguno hay que deliberadamente, con toda sangre fría, se ponga calculadamente en la tarea de desilusionaria, pretendiendo ser lo que no es.

No hay ningún hombre que se dé ese trabajo. Y en todo caso,

Para su hogar de Ud.

Regalos apropiados y de alta calidad en cristalería, objetos de arte, de las más conocidas fábricas europeas.

Dell'Orto y Cía. Ltda.

ESTADO 149
Teléfono 87160 — Santiago.

CANODROMO DE SANTIAGO

AVENIDA BALMACEDA 2055.

BENEFICENCIA PUBLICA

DIAS DE REUNIONES:

MARTES,
JUEVES,
SABADOS,
a las 6 P. M.

La atracción de Santiago entero.

APUESTAS COMBINADAS
HASTA LAS 6 P. M. EN
LOS SITIOS DE COSTUMBRE.

ellos se consideran muy satisfechos tales como son, ¡benditos sean! Esto no les ocurriría a ellos ni aunque ustedes desearan que cambiasen en cualquier forma.

Ni tampoco arguyan ustedes, hasta hacer salir canas verdes, el añejo decir: «que el matrimonio lo ha hecho cambiar a él».

El matrimonio no cambia a nadie. Lo más que hace es colocarnos dentro de nuevas circunstancias que hacen reaccionar nuestras características, personales, las buenas y las malas.

Esté Ud. en lo cierto que si Hernán, en los días de la víspera de su matrimonio hubiera demostrado la debilidad por hacer las cosas a su manera, ella habría gozado atribuyendo este hábito como adquirido después de casado. ¡Siempre lo mismo! No tenga usted la más mínima esperanza de que de repente él vaya a cambiar después de casado y le diga, por ejemplo: «Queridita, si tú quieres, tu fastidiosa hermanita puede venir a pasar con nosotros durante un mes y la recibiré muy bien, sólo por ti, mi amor». O esto otro: «Naturalmente que iremos al campo y viviremos, volviendo a ese magnífico e insípido pueblo, si tú lo quieres».

Si Felipe tenía siempre cuidado de comprarle chocolates y cigarros antes de que se casaran, es una cosa muy sabida, que después del matrimonio llegará a tener usted noche de insomnio cada vez que usted necesite toallas o cortinas nuevas.

Vea usted, como no somos nosotros los que cambiamos con el matrimonio,— son nuestras circunstancias.

Honradamente Ud. no puede acusar a ningún hombre de haberla desilusionado. Todas las características de éste han permanecido abiertas y llanas para que Ud. las vea. Y Ud. las ha visto, pero únicamente, las pasó desapercibidas, o por alguna razón u otra, no les dió mucha importancia, o quizás, simplemente no quiso pensar en ellas.

¡Y ahora Ud. lo culpa a él!

Si Ud. no puede dejar de cegarse a sí misma con el hecho de dejar que sus sentimientos vayan acordes con su actual criterio de considerarse casada con un hombre malo, la única cosa decente que le queda que hacer es tratar de hacer todo mejor de lo que es, en vez de llevarse diciendo a medio mundo que ha sido desilusionada.

EL ZURCIDO INVISIBLE

(Continuación de la pág. 8)

—Nada, señor. Se lo aseguro.

—¡Está bien, está bien! No puedo pasar toda la noche en este negocio.

El pistolero recorría con la vista a través de sus antiparras obscuras el local y sus miradas fueron a detenerse en un traje color pardo que colgaba de una percha. Se acercó palpó la tela murmurando: "Buena clase, exactamente mi medida; me lo llevaré para la suerte también".

—No, señor, por favor — interrumpió el sastre—. Este traje pertenece a mi mejor cliente. Si lo pierdo tendré que pagarlo, tendré que hacerle otro... y, de todas maneras, perderé el cliente...

—¡Al diablo con tu cliente y tú también! ¡Sácalo de ahí y dámelo en una caja y pronto!

Presa de febril escalofrío, Lebeau bajó una caja de cartón de un armario y procedió a colocar el traje doblado en su interior.

—No se lo lleve, señor, por favor — suplicaba aún; soy un pobre hombre que vive de su trabajo, y...

Con un ademán salvaje el bandido arrebató la caja de manos del viejo, le rechazó violentamente hacia un lado, avanzó con ella bajo el brazo en dirección a la puerta.

—¡Si haces cualquier movimiento tras de mí, te mataré! — dijo con voz resuelta, agregando: —¡Permanece ahí donde estás!

Abrió la puerta, salió con presteza y en tanto la puerta volvía a su sitio, las piernas del bandido subieron las tres gradas y alcanzaron la acera.

Todo el hipnótico terror que le dominara, desapareció instantáneamente del viejo Lebeau, y pensó que en aquella callejuela de arrabal aún circulaba el público, un detective pasaría quizá y el ladrón podría capturarse. Su terror se transformaba en odio, pensó en su caja violentada, el rollo de billetes, el traje de su mejor cliente... No, no ¡Nom de Dieu! Eso no podía ser.

Lebeau salió prestamente de un salto y ganó la acera gritando:

—¡Socorro, socorro, al ladrón!... ¡al ladrón!...

Algunas sombras vagas se movían en la obscuridad de la callecita, el alumbrado público se reflejaba en el pavimento que la nieve apenas patinaba. ¿Dónde estaba el ladrón?

Ah, si ahí estaba paseando tranquilamente con su caja bajo el brazo. Ahora, sin las gafas obscuras, nada en su actitud le hacía sospechoso. ¿Qué cosa más natural en una noche de invierno que un sombrero caído sobre la frente y un abrigo con el cuello muy alzado?

El viejo sastre corrió decididamente hacia él:

—¡Atájenlo, ladrón, policía!

Pero nadie se ocupaba de sus gritos. Se detuvo el ladrón lanzando un juramento y al mismo tiempo sacó de su bolsillo el revólver; Lebeau vió una llamarada, sintió un estampido y en el acto un dolor agudo le paralizó la pierna derecha. Sus manos se agitaron un instante en el vacío, luego se desplomó mientras veía cómo el bandido se esfumaba en una avenida cercana y presentía que algunas personas corrían presurosas hacia él. Después piadosas sombras le envolvieron hundiéndole en abismos negros como la noche.

II

Un año después, la nieve cubría otra vez las aceras de la pequeña callecita del arrabal donde se alza el taller del sastrecillo francés Narciso Lebeau. El viejo artesano parece casi el mismo. Es cierto que está un poco más calvo y su barba blanquea más que antes; pero es el mismo incansable trabajador. Además, hay que considerar que a su edad los huesos no se unen con mucha perfección, y así hay que anotar también una pierna que cojea y de cuando en cuando produce dolores molestos que, sin embargo, no afligen mayormente a nuestro hombre. La razón de esto se encontraba esa noche ahí mismo, en la tienda. Es su hijo Eduardo, Ed o Eddy para los demás, que fumaba tranquilamente junto a la mesa de planchar.

Desde la muerte de mamá, ocurrida cuatro años antes, Eduardo encontrábase solo en su departamento de Ashford Street, y por esto casi todos los días venía a hacer compañía a su anciano padre en el taller. Solía traer sus libros de estudio, la Química Analítica de Mac Roe, por ejemplo, y hasta leía en voz alta algunos trozos; pero Lebeau padre, humedeciendo, planchando, cosiendo o hilvanando, se aburría, y concluía siempre por interrumpirle exclamando:

—No leas más, Eddy; todo eso es griego puro para mí.

Contemplando a su hijo, quien con ayuda de Dios, llegaría un día a ser un médico de nota, con brillante plancha de bronce en la puerta y el calificativo de DR. antepuesto a su nombre Lebeau encontraba bien empleados sus esfuerzos y sacrificios, y se sentía feliz.

Duro había sido el golpe. No sólo dinero le había llevado el bandido, había que agregar los gastos de la enfermedad, pensión en el hospital, más la pérdida de tiempo y de clientes por incumplimiento en sus compromisos, amén del traje que hubo de pagar. Pero, ¡qué importa, se decía el buen Lebeau, así es la vida!

De pronto, la puerta se abrió, dejando entrar una bocanada de aire fresco, y un cliente inusitado apareció: una mujer. Era una muchacha cuyo rouge estaba demasiado acentuado en sus labios para no sospechar de su conducta, sospecha que tomaba aún más cuerpo al observar su vestido de cuello y adornos de pieles de imitación y los retoques azules un tanto desenfadados en torno de sus ojos.

—Bien, señorita, ¿en qué podemos servirle? — masculló el viejo Lebeau.

Ella, dejando sobre la mesa de planchar una pequeña valija, respondió:

—Limpiar y planchar y un poco de zurcido invisible, también.

Al sonido de su voz, Eduardo fijó un segundo en ella su atención tuvo un movimiento de extrañeza, frunció el ceño y por fin, saltando de su asiento, se abalanzó a su encuentro:

—Pero, Elena, cómo..., tú...; pero, ¡qué sorpresa!

—Aló, Eddy; pero, ¿qué haces aquí?

—¿Yo? Pues, ya lo ves: estudio.

—¿Estudiando en un negocio de sastre como éste? — repuso ella con extrañeza, paseando una mirada alrededor.

—Si yo creía que, como me lo habías dicho, vivías en la casa de la Sociedad Delta Epsilón...

—Por supuesto; pero a veces vengo aquí — explicó Eduardo bajando la voz y señalando a su padre — ¿comprendes? Es un viejo amigo mío...

Narciso Lebeau no entendió bien estas palabras; pero creyó sentir un dolor agudo en el corazón, al mismo tiempo que se formulaba preguntas extrañas. ¿De modo que Eduardo conocía mujerzuelas dudosas como ésta? ¿Y nunca le había dicho una palabra? ¿Tendría secretos su hijo para él? ¿Dónde había conocido amiguitas de esta naturaleza?

La muchacha se dirigió de pronto a él:

—Usted limpia y plancha, ¿verdad?

—Por supuesto, señorita.

—¿Y también hace zurcido invisible?

Lebeau contestó que sí con la cabeza. Durante un corto silencio se escuchó nitidamente el tic-tac del reloj, que parecía condensar en su monótono vaivén la perplejidad de aquellos tres seres.

—¿Puede hacer un trabajo apurado para mí? — preguntó la muchacha.

—¿De qué se trata?

Ella abrió la valija, y sin reparar en absoluto en Eduardo, cuya cara permanecía aún confusa y sonrojada, extrajo un traje de color pardo, y lo extendió sobre la mesa. El viejo Narciso cojeó hacia ella, y al tomarlo inquirió nuevamente:

—¿Limpiado y aplanchado...?

—Sí y aquí—y al decir esto mostraba una manga, la derecha del traje en cuyo codo aparecía una mancha con un pequeño agujero en el centro — aquí es preciso hacer un zurcido fino y sacar, además esta mancha de pintura de manera que no se note absolutamente, ¿es posible?

—Sí, señorita. — Y el sastre introdujo un dedo explorando el agujero, rascó y sacudió la tela un poco endurecida, y agregó: —Conforme, señorita; como nuevo.

—¿Cuánto?

—Tres dólares.

—O. K.; pero lo quiero llevar inmediatamente.

—Tan pronto es imposible.

—Entonces, mañana en la noche, a esta misma hora.

—Tres bien. Mañana en la noche estará listo. ¿A qué nombre?

—¡Oh! Póngale "Reina de Sabá" — replicó ella riendo, y luego: —Su hijo le contará...

Y como si el haber descubierto el lazo familiar entre el orgulloso estudiante y el pobre artesano no le bastara a su mortificante ironía, volviéndose hacia el joven y con marcado tono de desprecio le espetó:

—Bueno, Eddy, llévale mis saludos a tus simpáticos amigos de la Sociedad Delta Epsilón.

Un pesado silencio sucedió al golpe de la puerta del taller, que Eduardo se empeñó en deshacer con excusas balbuceantes.

—No te preocupes — le contestó su padre, mientras continuaba examinando detenidamente el traje pardo. —Comprendo; pero, dime, sólo una cosa.

—¿Cual, papá?

—¿Dónde conociste a esta muchacha? ¿Cómo te hiciste amigo de ella?

—Es cajera del restaurant Bon Ton, calle Oliver, cerca del colegio. La vi varias veces, nos hablamos...

—¿Te gusta mucho? Y seguramente la llevas al cine, a los bailes, cuando deberías estar trabajando en la Farmacia Elite o cuando tienes trabajo extra en el laboratorio, ¿no es verdad?

—Sí, papá.

—Está bien, hijo mío. Yo he sido joven también.

Miraba atentamente la tela del traje, volviéndola en todos sentidos, mientras sus expertos dedos incansablemente friccionaban la contextura del tejido.

—¡Por fin! — masculló.

—¿Qué pasa, padre?

Narciso no contestó. Se acercó cojeando a su armario de figurines, tomó un diario doblado y se aproximó a la luz. Volvía las páginas recorriendo los títulos sensacionales. Eduardo le observaba atentamente leer. De pronto, bajó el periódico y llamó:

—¡Eduardo!

—¿Qué?

—¿Puedes hacer algo por tu padre?

—Ciertamente. ¿Por qué no?

—Tú estudias química, y química quiere decir probar las cosas, ¿verdad?

—Sí padre; algo así...

—¿Tú podrías hacer un análisis?

—Seguro. Si no es muy difícil.

—Bien. ¿Hay algo para comprobar la existencia de sangre?

—Se toma una disolución de la substancia que se quiere analizar, y si en ella hay algún indicio de hemoglobina al ser atacada por una cantidad de Guayaco, el reactivo, se formará una coloración azul...

—Y esa prueba, ¿es segura?

—En el ciento por ciento. Pero, ¿qué pasa? — agregó Eduardo, sin poder contener su ansiedad.

—No te preocupes. Lo importante ahora es saber de qué es esta mancha. Fué al fondo del negocio y volvió en seguida con una cubeta con un poco de bencina, allí torció y restregó la manga en el sitio manchado, en tanto que Eduardo le veía hacer muy pálido y con los ojos muy abiertos.

—¡Qué mancha más rara! — murmuró el viejo. —Ahora es cuando debes intervenir con tu química, ¿no te parece?

—¿Tengo que llevar el vestón al colegio?

El sastre contestó que no con la cabeza, y dejando a un lado la manga, depositó la gasolina en una botella vacía observando al trasluz que apenas estaba teñida de un ligero tinte rosa. En seguida lavó con agua pura de nuevo la mancha, y el líquido que esta vez se tiñó de rojo intenso, lo colocó en otra botella.

—¡Esto era lo que yo quería! — murmuró satisfecho.

—¿Cuándo podrías decirme el resultado del análisis?

—Mañana por la noche.

—Conforme; pero una hora más temprano, y echando una ojeda al reloj, terminó: —Ahora, hijo mío, vete a dormir — dándole al mismo tiempo la botella con el líquido más enrojecido.

Eduardo comprendió que no había objeción posible al mandato de su padre, y tomándola de sus manos fué a ponerse el sombrero y el abrigo y salió diciendo:

—Buenas noches.

IV

A la noche siguiente, padre e hijo estaban reunidos otra vez en el pequeño taller. En la armazón metálica colgaba planchado y limpio, con su agujero invisiblemente compuesto, el traje color pardo.

—Y bien Eduardo, ¿qué me dices? ¿De qué era la mancha del vestón?

Narciso no había visto a su hijo desde la mañana; éste había pasado todo el día en clases o en la Farmacia. No se le ocultaba que esta noche estaba más pálido que la anterior, que fumaba más de la cuen-

Edición Extraordinaria

Dedicada a

BOLIVIA

el viernes 21 del pte.

LA REVISTA

ZIG-ZAG

lanzará una edición especial dedicada a la REPUBLICA DE BOLIVIA.

•

Cerca de doscientas páginas con trieromias reproduciendo cuadros del pintor boliviano Guzmán de Rojas, artículos, crónicas y cuentos de Emilio Rodríguez Mendoza, Eduardo Diez de Medina, Juan Fco. Bedregal, Aníbal Jara, Jorge Gustavo Silva, Augusto Iglesias, Alberto Virreira, Fernando Diez de Medina, Jorge Balión Saravia, Víctor Domingo Silva y muchos otros destacados escritores chilenos y bolivianos.

•

Antología de poetas bolivianos modernos.

•

Completas informaciones gráficas sobre El Chaco.

•

Todos los aspectos de Bolivia, con sus monumentos, sus ciudades más progresistas y sus más atrayentes regiones, los verá usted en

«ZIG-ZAG»

el próximo viernes 21 de junio.

ta, y sus dedos se torcían nerviosamente. Por fin, tras un largo y angustioso silencio, contestó:

—Dime, papá, ¿qué vas a hacer? Yo, tu comprenderás, no podría dar ninguna prueba contra ella..., si...

—Yo nunca olvido una tela, especialmente si es fina como la de ese traje pardo.

—¿Y qué hay con ello?

—¿No has leído los diarios?

—Por cierto... Un bandido ha asaltado a una señora anciana para robarla y la ha asesinado, matando también al policía que trató de prenderle, llevándose, en cambio, un balazo en el codo. Pero, ¿porque una muchacha trae un traje a componer hemos de establecer culpabilidad..., acaso pueda ser ella...? No, padre, yo no puedo aseverar...

—Escucha, hijo mío... Esa muchacha dijo que la mancha era pintura.

—Si realmente era pintura, dijo la verdad. Si no lo era, mintió, y mintió para ocultar al bandido.

—Pero ¿cómo puedes saber que el dueño del trabajo es un bandido?

—Escucha, Eduardo: ese traje me fué robado por el bandido que me inutilizó la pierna. Aquel malvado me preguntó a qué conducía educar el hijo de un sastre, y como se llevó también el dinero con que debía pagar tu colegio, hemos tenido tú y yo que trabajar tan duramente todo este año. Recuerdo perfectamente la tela. Es el mismo traje pardo. Ella dijo que la mancha era de pintura; y si fuera de sangre...

—¿He dicho yo que era sangre?—interrumpió violentamente Eduardo.

—No, hijo mío, no los has dicho..., ni quiero obligarte. Por lo demás, pesquisar esta niña es muy sencillo. A pocas cuadras, en la esquina de la calle Forster, hay un puesto de policía; basta pedir un hombre que la siga al salir de aquí y vea dónde entra. Es todo. Tu sabrás... El viejo atravesó cojeando su taller y fué de nuevo a sentarse tras su máquina de coser, se ajustó los anteojos sobre los ojos cansados y sus dedos infatigables cogieron la labor, como cada día como cada noche, de su larga existencia cosiendo, hilvanando, zurciendo... Detrás de la nube de humo azul de su cigarrillo, su hijo le observaba. Su frente se cubría de sudor, sus dedos se crispaban nerviosamente y el cigarrillo subía y bajaba a sus labios con más frecuencia que de costumbre. Pasó un minuto, luego otro turbado apenas por el runrunear intermitente de la máquina de coser y el murmullo de Lebeau que entonaba a media voz la Marsellesa. La melodía de la heroica canción francesa parecía tejer un sutil invisible zurcido de recuerdos, de relaciones de raza, de remotas atracciones ancestrales entre el padre y el hijo, en tanto que el monótono tic tac del reloj punteaba aquel instante con fragmentos de eternidad.

—El viejo Narciso interrumpió su tarea y dijo:

—Ella no tardará en venir, hijo mío.

Eduardo lanzó un angustioso suspiro, y tomando su sombrero exclamó con resolución:

—Voy al puesto de policía de la calle Forster y salió sin oír a su padre que le aconsejaba:

—Hace frío..., ponte abrigo.

Su violenta escapada golpeó rudamente la puerta del taller y todo quedó otra vez sumido en el silencio.

—Era así... — musitó el viejo Lebeau, y continuó pacientemente en su tarea.

LA PRINCESA AMERICANA

(Continuación de la pág. 11)

tas de la nación y todos ellos, en el caso de que triunfara la República, no lo pasarían muy bien. Había, pues, que calzar a alguien las botas del fenecido príncipe para seguir disfrutando de sus privilegios, si no se quería que viniera un Presidente.

—Ahora me explico el susto del Lord Gran Chambelán, cuando me decía que estaba expuesta a que me arrojaran una bomba — insinuó Natica—. Parece que no es mucha, que digamos, mi popularidad en el país.

—No es a usted a quien detestan, sino al cargo. El antiguo príncipe consiguió tener a raya a los revoltosos por su energía, el arraigo de su cuna y sus tradiciones. Pero con usted, el caso es distinto. A usted la llaman la "Princesa de América" y el partido republicano dice que es usted una intrusa.

—Bueno, lo que es en esto, me parece que estamos de acuerdo todos—asintió Natica—. Si he de serle franca, yo a veces he pensado lo mismo. Y dudo que yo sea, en efecto, una princesa o si no habrá en todo esto un lamentable error.

—No hay error ninguno — afirmó Johnny—. Usted es la princesa. Tiene usted la nariz de su madre.

Natica dió al joven una mirada de extrañeza.

—Eso mismo me dijo usted el otro día, cuando nos deslizábamos en ski: ¿Qué quiere decirme con eso? Usted no conoció a mi madre.

—No, ciertamente, pero tengo en mi poder un retrato suyo. Hágame el favor de esperarme un minuto y se lo traigo.

Y sin más ceremonias, dejó a la princesa esperando y fué a buscar el retrato. Cuando volvió, mostró la fotografía a Natica, que la contempló con una profunda emoción.

—Pero, mi madre era realmente hermosa.

—Y muy parecida a usted — recalcó intencionadamente Johnny.

Natica le agradeció la galantería con una dulce mirada, pero protestó:

—Yo no soy hermosa, ni con esta nariz.

E hizo un mohín delicioso de coquetería, que encantó a Johnny.

—Es su misma nariz—insistió Johnny—. Por ella la conocí, cuando la vi al llegar usted a la estación, y por ella la conocieron otros también. Con lo que tiene usted explicado el incidente de la noche, en la posada.

—Está gracioso esto. Parece el título de una película: "Un trono por una nariz". Aunque aquí no he visto el trono todavía, si es que le hay.

—Discúlpeme, pero lo dudo. Escucheme. A mi modo de ver, aquí la tienen a usted solamente como una figura decorativa. Hay un administrador general de rentas, que tiene las oficinas en el edificio del Gobierno. El es quién tiene que ver con sus súbditos para recaudar los impuestos.

—¿De modo que hay una persona encargada de recaudar impuestos?

Se detuvo para alargarle la taza de té.

—¿Y por qué no podría usted encargase de esa tarea?

Johnny casi deja caer la taza al suelo.

—¿Yo?

—Es una buena idea. ¿Qué clase de Ministerio querría usted desempeñar?

Natica estaba ocupada en servir a Lili el azúcar y no miró el semblante de Johnny, pero si lo hubiera mirado, habría comprendido que éste tomaba la cosa a broma. Johnny decidió seguirla.

—Eso depende del sueldo — contestó.

—Yo le asignaría el mejor sueldo, pero la dificultad estaría en pagárselo. Leiderstein está en bancarrota. No sé qué voy a hacer.

—Me gustaría ser agente de propaganda — aseguró Johnny—. Ciertamente, lo necesitan. No sería difícil para un país tan pequeñito.

—¿Pequeñito? — preguntó Natica.

—Mire. Podría recorrerse todo, en un partido de baseball. Tiene doce millas de largo, por siete de ancho. Si se pone usted en una punta con los skies y se lanza veloz, llega usted a Ehrestein, el Estado vecino, de un solo empuje.

—Hombre, me ha recordado usted algo. ¿Qué tal Estado es ese de Ehrestein?

—Es mucho mayor que éste. Famoso por sus quesos.

Natica sonrió.

—Leiderstein está abarrotado de quesos, pero no devuelve nada, en cambio. No es famoso este país por ninguna cosa.

—Puede serlo por su princesa — sugirió Johnny.

—¿Y qué saldría ganando el país con esto? — dijo Natica—. ¿O quiere usted que me dedique al vaudeville o algo por el estilo? Es evidente, que yo voy a necesitar dinero. Tan desesperada estoy, que es posible que empeñe las joyas de la corona, si es que existen.

—No podrá usted empeñarlas—afirmó Johnny—. Ya las empeñó el príncipe en vida.

—¡Estamos lucidos! — declaró Natica—. ¿Y qué se podría hacer para dar algo de fama a Leiderstein?

—¿Por qué me pregunta eso a mí? Yo no soy agente de propaganda—objetó Johnny.

—¡Pero eso decidimos que fuera! —protestó la princesa.

—¿Yo? — replicó asombrado, Johnny.

Se quedó mirando fijamente a Natica. Era una actriz encantadora. Aparentaba conocer las cosas, pero él las conocía mejor.

—Aquí no hay agentes de propaganda de ninguna clase—replicó, con un gesto displicente—. Aquí los llaman Consejeros de Relaciones Públicas. Yo tendría que ser, al menos, Ministro de Relaciones.

—Perfectamente, lo será usted — dijo con aplomo Natica, y sus miradas se encontraron con las del asombrado Johnny. Hágame el favor de aceptar, ¿no está dispuesto?

Johnny empezó a tomar la cosa a pecho. ¿Pero es que aquéllo era cosa seria?

—Pero yo no podría aceptar—declaró—. Yo creía que hablaba usted en broma. No me lo permitirían nunca. Y además, yo salgo mañana de Leiderstein. Acabo de recibir un cable de París, para que me traslade a Bérlin.

—¿De modo que se va usted mañana?

Johnny no contestó en el acto. Luego explicó: —Me iba a ir...

Después de tomado el té, se fué Natica. Johnny quedó perplejo. Había que pensar seriamente en lo que se le proponía. Bueno, resolvió finalmente, todo hombre tiene derecho a hacer una locura en su vida y me parece que yo voy a hacer una.

Desde luego. Johnny comprendía que la princesa necesitaba un amigo leal a su lado. Comprendía también que la princesa estaba en un atolladero mayor, seguramente de lo que ella misma se imaginaba. Bastaba todo aquéllo para que un hombre de honor se decidiera a quedarse. Y se quedó, aún adivinando que aquéllo no era más que el principio.

Le intrigaba saber qué pensarían los lindersteineses al verlo de Ministro, y cómo se las arreglaría la princesa para comunicar su resolución al Gran Duque de Schann-Hobstein y al Lord Gran Chambelán. Pero Natica ya había salido del paso.

—Es preciso que Leiderstein se haga famoso por algo — les había informado tranquilamente—. Mr. Lane es un experto y lo he nombrado mi Ministro.

El duque y el Chambelán se apresuraron a encerrarse en su despacho, para deliberar.

—Lo que necesita esta chiquilla es un marido que la haga entrar en vereda — decía el Gran duque—. Cuánto antes se comprometa, mejor.

—¿Pero, cómo va a comprometerse, cuando la Corte está de duelo? — preguntaba el Lord Gran Chambelán.

—Pronto estaremos de duelo todos, si no se toma alguna resolución — profetizó el duque—. Si esto sigue así, pronto tendremos en Leiderstein la República. Y Dios sabe lo que se le ocurrirá mañana a la princesa.

—Lo que se le ocurrió a Natica al día siguiente, fué inspeccionar sus dominios. Nadie la pudo disuadir de su propósito, ni el mismo Johnny.

—No es época oportuna para usted, hacer ahora ese viaje de inspección— le decía Johnny a la princesa—. Lo mejor que puede hacer, es estarse tranquila.

—Voy a ir con Lili a un lado y la Camarera Mayor al otro, propiamente, como si fuera entre dos colchones de cuero, de modo que nada me puede pasar.

—¿Se niega usted a escuchar la voz de la razón?

—La princesa sale mañana, por la mañana, a las nueve — afirmó terminantemente Natica.

COLONIA VANITAS

El Agua de Colonia Vanitas devuelve al cabello encanecido su color natural, no mancha la piel ni perjudica la salud.

El Agua de Colonia Vanitas robustece y hace reaccionar las glándulas que nutren el cabello y producen los pigmentos que le dan su color natural.

El Agua de Colonia Vanitas destruye la caspa y los gérmenes que producen la caida del pelo.

Su aplicación consiste en friccionar la cabellera una o dos veces al día hasta obtener el resultado requerido.

El tratamiento dura más o menos quince días.

Fabricado por el

LABORATORIO CAMBRIDGE

Casilla 2208
Santiago de Chile

Y salió en efecto. Todo el mundo, menos Natica, estuvo nervioso e impaciente durante aquella excursión por el país, ante el temor de que pudiera suceder algo. Pero la princesa regresó sin el menor contratiempo a su castillo. Había tenido un tiempo delicioso, decía ella.

—Ustedes me decían que no podía salir, y he salido.

—Una vez le ha resultado — replicó Johnny—, pero mejor será que no repita la aventura. Conozco el país un poco mejor que usted...

—Mejor que yo lo conocía — corrigió Natica—. Para eso salí, para conocerlo. Y he encontrado por todas partes caras amistosas.

Desde entonces, nadie supo nunca en el castillo a dónde iría luego la princesa, ni qué se propondría hacer. Ni el mismo Johnny, ni el Lord Gran Chambelán, ni nadie; pero cosa curiosa, todos ellos tuvieron que reconocer indiscutiblemente que la popularidad de la princesa había crecido enormemente. El duque de Schann-Holstein habría estado complacido de aquel cambio, si hubiera podido olvidar la forma en que Natica le recibió el día después de haber tomado el té en la posada de "El Pelícano", con Johnny.

El duque había anunciado enfurecido que había que enseñarle a la princesa su verdadero lugar y pidió para ello una audiencia.

—Su capricho de ir a tomar el té con un extranjero, —dijo el duque— ha puesto en ridículo a Su Alteza y ha sido el escándalo de Leiderstein. Olvida Su Alteza...

Natica le miró fijamente, clavando en él su mirada de acero.

—¡Es su Gracia quién olvida!... —exclamó lentamente.

El duque estaba derrotado, pero sólo temporalmente. Un marido, pensaba, puede tener éxito en este terreno en que yo he fracasado. Y aquel mismo día se dirigió a Ehrestein. De allí regresó completamente satisfecho.

Llegó por fin la primavera a Leiderstein y con ella llegó la noticia de que Federico, el príncipe heredero de Ehrestein, había ofrecido formalmen-

te su mano a la "Princesita de América".

Los leidersteineses comentaron en grupo la noticia.

—¡Ehrestein! — vociferaban los republicanos—. Ehrestein tratará de engullirnos en cuanto pueda. Hoch die Republik...

—Tras de todo esto está la mano del duque, — decían otros—. El es quien lo ha preparado todo. Ehrestein le ha ofrecido garantías.

Hasta aquéllos que no querían a Natica, estaban descontentos de este proyecto de enlace. Para Johnny no hay que decir que fué una puñalada de muerte. Cuando después de saber estas noticias, acudió al castillo y solicitó una audiencia de la princesa, parecía un reo condenado al patíbulo.

Como siempre, Natica le cogió de sorpresa.

—Soy una tonta—declaró en cuanto le vió—. Estamos aquí quebrándonos la cabeza para encontrar algo que haga famoso a Leiderstein y lo teníamos debajo de las narices.

—¿Qué es ello? — preguntó Johnny, intrigado.

—Es un agua mineral — dijo Natica—. Y por cierto que es una mina de oro.

—¿Agua mineral?... — preguntó Johnny.

—Podemos embotellarla y mandarla a América, y...

Johnny estaba perplejo, pero no pudo menos de exclamar:

—Podrá usted embotellar el agua mineral, no lo dudo, pero lo que es mandarla a Estados Unidos...

—¿Y por qué no? ¿No se manda a Nueva York champaña y perfumes?

—¿Y cree usted que habría alguien en Nueva York que pagara por el agua mineral los precios que paga por el champaña y los perfumes?

—Ya lo creo que los pagará—afirmó Natica—. Y le aseguro que se la pelearán. Todo consiste en embotellarla debidamente, en frasquitos de cuatro pulgadas y en saber anunciarla. Las mujeres pagarán por cada botella diez dólares y más si se les pide.

—¿Y por qué han de pagar eso las mujeres por un agua mineral?

—Para embellecer su tez. Yo he estado usando esta agua hace poco tiempo y he visto que sus resultados son espléndidos.

—¡Un momento de calma! No entiendo bien la cosa — gritó Johnny. —Empecemos por el principio. ¿Usted ha usado agua mineral para el cutis?

—Claro que sí.

—¿Y esa agua, proviene de algún manantial de este país?

—Naturalmente. Yo lo supe por una de mis camareras — explicó Natica—. Aquí las mujeres la usan hace siglos. ¿No ha notado usted que todas ellas tienen un cutis maravilloso? No hay más que ponerse un poco de esa agua al acostarse y el agua hace prodigios. No sé en qué consiste.

—Será la fe, probablemente — sugirió Johnny—. Pero usted, por lo menos, siempre ha tenido un cutis admirable.

—¿Lo cree usted así? De todos modos, ahora lo tengo mejor. Mírame bien de cerca...

Johnny sentía que el corazón se le oprimía.

—Está bien— dijo apresuradamente—. ¿Pero, cree usted que las mujeres pagarán esos precios exorbitantes?

—No lo creo. Lo sé y lo aseguro. Yo he vendido cosméticos por espacio de ocho meses y se sorprendería usted si supiera lo que las mujeres gastan en cremas, polvos y lociones. ¡Qué! Yo misma he pagado cuatro dólares por una crema para la cara y dos cincuenta por una pomada para la piel y dos dólares por una cajita de polvos, y...

Johnny cambió de expresión:

—¿Quiere darme una botellita de esa agua? — preguntó.

—Desde luego. Vuelvo a decirle que yo he estado usándola por las noches, al acostarme.

—Permítame — dijo Johnny—. Yo no entiendo nada de estas cosas, pero hay en mi posada un americano que creo se ocupa en negocios de cosméticos. Voy a llevársela, y en seguida volveré a decirle el resultado.

Antes de una hora estaba de vuelta. Su cara aparecía radiante de satisfacción.

—¿Qué me dice del negocio?—preguntó Natica.

—Le juro que nunca creí pudiera ser lo que parece — confesó él—. Yo no entiendo nada de esto, pero Harrington — ese es el nombre del negociante — llegó a saltar de contento. Sin embargo, dice que habrá necesidad de un buen capital para anuncios y que será preciso nombrar un distribuidor.

—Podemos dejar los avisos por cuenta del distribuidor — dijo Natica—. Lo que se necesita es dinero.

—He aquí la proposición de Harrington. El dice que pone el capital y se encarga de la propaganda y de la distribución y que le puede dar a usted un tanto por cada botella.

—¡Así se habla!—aprobó Natica.

—Eso es lo que me dijo — admitió Johnny—. Estaba ya discurriendo la forma en que habría de hacer los anuncios, cuando yo me vine. Quería saber qué pensaba usted de esto y hasta dónde querría llegar. Y, ante todo, ¿de quién es ese manantial? Harrington quiere tener seguridades.

—¿Quién es el dueño de las tres cuartas partes de Leiderstein, aun cuando no pueda recaudar las contribuciones?—preguntó Natica.

—¿De modo que es de su propiedad?

—Si no fuera así, no le hubiera dejado ir a hacer proposiciones a nadie. Dígale a su amigo que me gustaría hiciera su propuesta por escrito.

—De esto me habló él también — afirmó Johnny—. Parece que él desea hablar personalmente con usted. Y quiere también interesarla personalmente, usar su nombre, su retrato, sus armas reales.

—Si eso ha de contribuir a la mejor venta, puede usar todo lo que quiera — asintió Natica—. Lo que queremos es conseguir dinero.

—Pero, ¿y la etiqueta de la Corte?

—¿Le parece a usted que va quedando mucho de esa etiqueta, en Leiderstein?

Johnny lo dudaba. Pero había otra cuestión que a él le tenía receloso y quería aprovechar la ocasión para dilucidarla. Así, pues, preguntó:

—Pero..., pero si usted se casa...— Comenzó desesperado y se calló de repente. No podía seguir.

—¿Casarme? — repitió ella.— Y le dió una mirada profunda y acariciadora; se convenció de que se refería al príncipe y de que estaba celoso. Su corazón latía y saltaba como un pajarito en la jaula, pero todo lo que dijo, fué esto:

—Bueno, y aunque me casara. ¿Qué?

Johnny, por su parte, sintió como si se fuera a abrir la tierra y fuera a caer en un abismo.

—Es que el príncipe pudiera no aprobar — insinuó—. Y entonces, todo se habría perdido.

—Perdido, ¿qué? ¿El príncipe o el negocio?

—El negocio del agua mineral; de eso hablo.

—No lo crea, usted — dijo Natica, tranquilamente.— Dió otra mirada a Johnny y agregó nerviosamente

—No olvide usted que aun no estamos comprometidos. Lo único que hay es que yo voy a conocerlo. Siempre he querido conocer a un príncipe.

Se detuvo un momento y los dos quedaron en silencio. Ninguno de los dos se miraron. Por fin exclamó Johnny:

—¿Quiere usted decir que cabría la posibilidad de que no le aceptara después de verle?

—Si no me gusta, claro que no le aceptaré. Yo... ¿De qué hablábamos?

—De nada — declaró Johnny—. Tratábamos del agua mineral.

—Tiene usted una cara como si la hubiera probado—observó ella.

Y cuando llegó a la posada, de regreso del castillo, le parecía efectivamente que la hubiera bebido. Pensó que Natica había sido engañada. Nadie la advirtió que al dar a Federico autorización para visitarla en el castillo, le daba implícitamente la seguridad de que sería bien recibido y aceptado su ofrecimiento. Y Natica no podía aceptarlo, de manera que habría luego dificultades para pagar.

A pesar de todo, había un extraño presentimiento que le decía que no todo estaba perdido. Tenía la seguridad de que en cuanto viera a Federico el Gordo, se opondría a casarse con él.

En la posada le esperaba el fabricante de cosméticos. Harrington parecía lo que realmente era: un afortunado hombre de negocios que había recorrido toda Europa en compañía de sus adoradas hijas.

—Creo que la princesa hablará con usted del negocio, si su propuesta es atendible — le dijo Johnny.

—Lo será — respondió Harrington. —Cuanto más pienso en esto, más me convenzo de que hay campo para hacer dinero todos. Si es dinero lo que la princesa desea...

—Dinero, nada más —afirmó Johnny.

Harrigton murmuró:

—Me lo suponía. En los pocos momentos que llevo aquí, he podido convencerme de que la vida de los leidersteineses no peca de abundante. Es un país éste muy bonito, muy pintoresco y todo lo que se quiera, pero si no fuera porque hay mujeres tan bonitas, no me habría detenido aquí ni diez minutos. Todos, desde luego, han oído hablar de la princesa y hacen comentarios acerca de ese príncipe que va a venir, creo que la semana próxima.

—El 3 de junio — corroboró Johnny.

—Buena oportunidad para llevar a mis chiquillas al castillo, a la recepción que se dará en honor del príncipe pretendiente. Ya me vuelven loco pidiéndome que consiga una tarjeta de recepción.

—Puede que yo se la consiga. Lo intentaré.

—Haga lo que pueda y venga con nosotros — invitó Harrington.

Las muchachas eran mellizas y muy bonitas, por cierto. En cuanto vieron a Johnny, le examinaron de pies a cabeza y encontraron que sería un compañero ideal para divertirse un poquito. En el acto acordaron que el

(Continúa en la página 76).

UNIVERSO

SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA

VALPARAISO: J. T. Ramos 105. – Casilla 102-V.
SANTIAGO: Ahumada 32. – Casilla 1017.
CONCEPCION: Freire esq. Castellón. – Casilla 57-C.

Teléfonos. Véanse las guías. Dirección telegráfica: «UNIVERSO», Santiago y Valparaíso. – Concepción: «LITOGRAFIA».

No hay ninguna actividad que no necesite, como vehículo de su administración, envase o distribución, los servicios de un impresor. El volumen, calidad y variedad de trabajos que los consumidores de todo el país mandan a hacer a nuestras oficinas receptoras de órdenes, proporcionan a nuestros personales una experiencia no igualada por establecimientos competidores, amigos nuestros, porque no han alcanzado nuestro desarrollo.

Somos fuertes en ORGANIZACION, lo cual nos permite atender, lo mismo un trabajo insignificante que uno importante. Ejercemos el deporte de la COMPETENCIA LEAL, lo cual garantiza al consumidor un precio exacto de lo que vale el trabajo en el mercado.

Respecto a nuestra calidad, hablan nuestros muestrarios.

Pero no hablemos más de nosotros.

Venga a contarnos de sus necesidades, dificultades y deseos, respecto a lo que concierne a nuestro ramo. Le haremos buenas insinuaciones, lo atenderemos como a nuestro mejor amigo, sin exigirle nada. Deseamos saber respecto a Ud.

joven no tenía otra cosa que hacer, sino acompañarlas y mostrarles la ciudad.

Se tomaron cada una de un brazo de Johnny y en la tarde se dedicaron a recorrer la capital. Estaban encantadas de todo y de todos y no encontraban palabras para ponderar las bellezas de la población. De repente la hermana mayor—mayor, por unos minutos de diferencia—apretó el brazo a Johnny.

—Mire, ahí viene la princesa — exclamó.

(Continuará).

EL AMOR QUE NO MUERE

(Continuación de la pág. 61)

trario será con obras y no con palabras. En el matrimonio las obras valen mucho más. Ud. misma, sin darse cuenta, hará surgir a su compañero, aunque sea a fuerza de sacrificio por su parte, y ni se dará cuenta del sacrificio.

Hay una gran diferencia entre esta clase de amor y la adoración ciega, que es servil y suele desmoralizar. Acuérdese que su marido merece recibir lo mejor que Ud. pueda dar.

NO trate de mandar a su marido. Un marido mandado es de muy poco valer. En la balanza del matrimonio, todo se echa a perder si un lado pesa demasiado. No es cuestión de mandarlo, sino que de cooperar con él. Su fe en él es mejor que todos sus mandamientos. Cuando él se dé cuenta de que Ud. lo cree muy por encima de todos, y lo encuentra capaz de grandes hazañas, tenga por seguro que las hará. El poder de su amor y la fe en él le ayudará a realizar lo que no podría haber hecho solo.

Así, siendo natural y sencilla, usted podrá evitar y dominar las pequeñas tragedias de la vida. Su amor traerá la felicidad no sólo a usted misma sino que a todos los que la rodean y tendrá un marido quien la amará verdaderamente. Para él Ud. será no sólo la mujer amada, tierna y buena, sino que el ser más admirable del mundo entero.

HABLA EL JEFE DE LA IGLESIA MEJICANA

(Continuación de la pág. 16)

«Varios de estos bandos armados, son castigados, más por su rapiña y piratería que por sus ideas políticas. Porque a pesar de las buenas cosechas, y de los subidos precios de la plata, de estos últimos años, la mayoría inmensa de la gente se encuentra en muy mala situación. Por una parte, esto se atribuye al fracaso de la revolución nacional para resolver el problema de la agricultura. La distribución de la tierra a los peones, como la adoptó Calles, (el hombre que tiene el verdadero poder después de los Gobiernos de 1926), no ha sido un asunto hecho por una verdadera administración. Tal como lo dijo el mismo Calles, en un discurso pronunciado en San Luis de Potosí, el problema había degenerado entre los políticos y explotadores».

«Ni con las leyes del salario mínimo, introducidas por Calles, se logró mejorar la vida del proletariado, porque el costo de ésta subió más alto que el alza de los jornales. Y a menudo recibí yo las murmuraciones de esta gente contra Calles, haciéndolo responsable directo del subido costo de la alimentación, siendo que él tenía bajo su control los más importantes trust de productos alimenticios, tales como la leche, el azúcar, la sal, etc. etc., sin embargo, gozaban de los beneficios únicamente él y sus amigos políticos o compinches como el tal Sáenz».

«Y a todo esto se agrega», continúa el Arzobispo, «la parte que ha tenido Calles en dañar y ofender los sentimientos y tradiciones más hondos del pueblo mejicano. Por lo tanto, no sería nada de raro, que el día menos pensado se levantara el pueblo entero en rebelión contra sus opresores, como ya en otras partes ha sucedido».

«Los católicos de Méjico están, sin duda, autorizados como ciudadanos, a defender sus derechos generales y humanos. Pero la Iglesia no los consentirá que se rebelen bajo la bandera de una lucha religiosa»

Nacido en Amealco, Estado de Querétaro, el Arzobispo ha visto levantarse y caer a mucho aregímenes de su patria. Su familia era española y una de las primeras europeas que llegaron a Méjico, muy conservadora de la religión y de la política. Políticamente, el Arzobispo fué amigo de muchos años del dictador Porfirio Díaz, y en la época de la sublevación de Madero, en 1911, dictó una pastoral en Monterrey, previniendo a los católicos de no unirse a la rebelión contra las autoridades.

En 1913, sin embargo, cuando Félix Díaz organizó una revuelta contra Madero, este prelado nuevamente dictó otra pastoral desde Morelia, repitiendo en favor de Madero lo que antes había hecho en favor de Porfirio Díaz. Por esto fué deportado poco después por Carranza, permaneciendo en Chicago durante cinco años. Aparentemente para cada uno de los Gobiernos revolucionarios, ha sido con sus edictos, una espina para ellos.

En 1927 fué echado del país por el Presidente Calles, volviendo a Méjico en 1929, después de un acuerdo entre la Iglesia y el Gobierno, siendo nombrado Delegado Apostólico por el Papa. Nuevamente, en 1932, fué expulsado por un vergonzoso voto del Congreso Mejicano, por haber diseminado una carta papal en la cual se criticaba al Gobierno por haber roto el último acuerdo.

«¿Qué organización tomará entonces la Iglesia, para reservar y asegurar la fe en Méjico?», se le preguntó al Arzobispo.

Jugó un momento con la tabaquera entre sus manos, mientras buscaba las palabras que mejor expresaran su pensamiento. En los tres períodos de destierro que pasó en los Estados Unidos adquirió un admirable dominio de la literatura inglesa. Pero el idioma sale pausadamente de sus labios, cuando tiene algún tema muy importante que le interesa explicar. Igualmente su modo de pensar es rápido y lógico. Durante 45 años de servicio en la perturbada Iglesia romana mejicana ha aprendido efectivamente el arte apostólico de combinar la sabiduría de la serpiente con la dulzura y bondad de la paloma.

«Con la mayoría de las iglesias clausuradas», contestó, «con menos de trescientos sacerdotes que permite la ley, y éstos privados de sus derechos ciudadanos; con dos mil setecientos sacerdotes obligados a esconderse y a profesar sus ritos sagrados con peligro de sus vidas; con los colegios, hospitales y orfelinatos católicos cerrados; con la prensa católica suprimida y con organizaciones como la de los Camisas Rojas, que dirige Garrido, a fin de atemorizar a la población católica, yo creo que la revolución nacional está manifestando públicamente su premeditado plan de acabar con el catolicismo en Méjico.

«La Iglesia en vista de esto, aconseja a sus fieles organizar la defensa de sus libertades por toda clase de medios pacíficos y actividades políticas, y digo políticas, porque es esencial innovar aquellos artículos antirreligiosos de la Constitución y sobre los cuales se basa la actual persecución».

El escritorio del Arzobispo está bien provisto de papeles, manuscritos y de libros referentes a la política seguida por la Iglesia en otras épocas de persecución. Prosigue diciendo: «La ley en Méjico no tolera a los partidos políticos que sustenten aspiraciones religiosas, de tal suerte que muchos están obligados a unirse a otros grupos, formando abiertamente organizaciones homogéneas de estudiantes y jóvenes trabajadores, todo bajo una iniciativa católica. Los miembros de estas organizaciones son de varias doctrinas y orígenes, pero están unidos principalmente para defenderse juntos contra los atropellos de la ley y del Gobierno. Sin embargo, tales agrupaciones, como se propagan en una gran extensión del territorio, carecen de contacto entre sí por la falta de comunicaciones entre los varios pueblos chicos y distritos donde es muy deficiente.

«Pero contrariamente a esto, la oposición a la nueva instrucción pública se robustece en todas partes. Muchas huelgas han habido protestando contra la innovación del artículo III de la Constitución.

Cientos de profesores han renunciado a sus cargos antes que someterse al nuevo programa estilo socialista. Y ya varias medidas han tomado los colegios para hombres en todo el país, desde que la ley empezó a regir, especialmente en la primera semana de enero. Las consecuencias han sido que miles de niños se han desparramado por todo Méjico y sólo en la capital el movimiento ha sido menos visible, donde 250,000 de los habitantes son empleados públicos y el Gobierno los ha forzado a enviar a sus hijos a estas escuelas ateas».

«Entonces, ¿está Ud. resueltamente incitando a una rebelión armada en Méjico, tal como el procurador General, Portes Gil, le acusó personalmente al conseguir orden de prisión en contra de Ud.?», le pregunté.

El Arzobispo se rió francamente.

«¡No!», dijo con marcado énfasis. «Pero, solamente fíjese en esto», y me señaló con un gesto humorístico un grueso volumen que descansaba encima de su escritorio. Se titulaba: «El conflicto entre el poder civil y el clero», ensayo histórico-legal, por Emilio Portes Gil, y traía como pie de imprenta la del Ministerio de Relaciones Exteriores de Méjico, con fecha de este año.

«Al leer esto», continuó gravemente el Arzobispo, «Ud. no se imaginará nunca que Portes Gil se interesa por la escuela libre de leyes, establecida por abogados católicos para enseñar sus preceptos legalmente aceptados como una oposición a los sustentados por la escuela de leyes del Gobierno. Verdaderamente esta obra es un documento muy importante. Ha sido escrita en gran parte para demostrar que el Gobierno estuvo en su justo derecho al decretar mi salida del país».

"He tenido la experiencia de encontrarme cara a cara con Portes Gil", continuó el Arzobispo, "fué en el año 1929, mientras era Presidente Provisional de la República. Iniciamos unas conversaciones bajo los auspicios del extinto embajador de los Estados Unidos en Méjico, Mr. Dwight Morrow. Tuvieron como resultado un acuerdo con el Vaticano, el cual consultaba, entre otras cosas, el reconocimiento legal de la Iglesia y de sus peticiones, por parte del Gobierno mejicano. Este convenio fué firmado por Portes Gil y por mí, como representante del Santo Padre».

«Recientemente, cuando el senador Borah pidió una investigación de parte del Gobierno de los Estados Unidos, en la persecución religiosa en Méjico, el Gobierno mejicano desmintió que alguna vez hubiera entrado en acuerdos con potencias extranjeras, para consentir ni para reconocer libertad religiosa en la Constitución de 1917. Me acordaba entonces yo del convenio que el mismo Portes Gil había firmado con el Vaticano...»

«Puedo señalar aun, una actitud del Presidente Wilson, que puso como condición para reconocer el Gobierno de Carranza, en 1915, que se garantizara la libertad religiosa en Méjico. Garantía que fué dada expresamente en nombre del Gobierno revolucionario por el Embajador Arredondo. Yo me encontraba entonces en Washington y supe que los términos de esta garantía fueron publicados en los diarios de mi país. Una promesa parecida les fué hecha a los Embajadores del Brasil, Argentina, Chile y España. Portes Gil, como jurista, debiera saber que un Gobierno, que tan fácilmente hace caso omiso de sus compromisos internacionales, no se asegura una estabilidad duradera y legal.

«Es un hecho», continuó, calmadamente, «que el Gobierno mejicano atropella su propia Constitución diariamente, al suprimir la libertad de hablar, de prensa y de reunión; al violar la correspondencia privada; al allanar los hogares y arrestar a pacíficos ciudadanos, sin orden judicial alguna; al permitir las agresiones a mano armada contra gente cuyo único crimen es adorar a Dios en la paz de sus habitaciones. Si estas no son razones para derrocar a un Gobierno, no soy yo quien debo decirlo a quien se le niega aún el derecho de llamarse ciudadano mejicano. El pueblo mismo juzgará estas cosas.

LA SERPIENTE AMARILLA

(Continuación de la pág. 14)

---

le es menos molesto, a mi oficina?

"Usted mismo puede fijar el sitio y la hora.

"Arréglelo, pues, y llámeme por teléfono tan pronto llegue a la oficina".

Esta carta había sido escrita y enviada, desde Londres, la noche pasada. El tono autoritario que empleaba St. Clay resultaba sumamente irritante para un hombre de la susceptibilidad de Narth. Ahora bien, haciendo justicia a su carácter, bien podemos decir que no sentía ningún remordimiento porque Juana tuviese que ser llevada ante el chino. ¡Ah, si fuese Letty o Mabel..., sería muy distinto!... ¡Pero tratándose de Juana!... De todas formas, como tenía una rara manera de pensar, no quería ser visto, en público, conviendo con un oriental. Por esta razón había decidido que la comida se sirviese en el salón de sesiones de su oficina, donde en otras ocasiones se habían efectuado algunos banquetes con la concurrencia de sus asociados comerciales.

Cuando llegó a la oficina, aquella mañana, le estaba esperando el Mayor Spedwell, tan melancólico como de costumbre.

—Acabo de ver a St. Clay — dijo. — ¿Ye ha arreglado usted esa comida con él?... Parece muy empeñado en que se celebre.

—¿Por qué? — preguntó Narth.

Spedwell se encogió de hombros.

(Continuará en el próximo número).

Del film de la vida

Momentos memorables

Huérfana y viviendo al lado de una tía vieja y regañona, nunca tuve expansiones infantiles, ni juguetes ni palabras cariñosas.

Un día mi tía, por prescripción médica, debió irse a Constitución, llevándome consigo.

Sabía que iba a ver el mar, desconocido para mí todavía, pero nunca en mi mente infantil llegué a imaginar la grandiosidad de él.

Cuando el mar apareció a mi vista, creí que se me venía encima. Que me tragaba y que el ruido producido por sus olas, era el de un dragón que me devoraría de un momento a otro.

Quedé paralogizada y por espacio de varios días no hacía más que dilatar mis ojos y abarcar con ellos hasta donde mi visualidad alcanzaba, sentada en la playa. Miraba y miraba aquellas montañas de espuma que me hipnotizaban.

Toda mi vida recordé aquel acontecimiento, que cavó un profundo surco en mi cerebro. — MISS LUCY, Concepción.

El destino me legó la tara de nacer ciego.

La vida para mí no era sino una nebulosa negra y amorfa, donde lo único perceptible eran ruidos, ruidos y más ruidos. Con qué ansias me aferraba a mi madre, silencioso, oyéndola hablarme dulcemente engañosamente sobre la vida y ese mundo de cosas extrañas, inalcanzables para mí. Aquella infancia sin juegos, sin amigos, siempre en sombra, ignorándolo todo, con los sentidos alertas.

Una vez deslizaron en mis oídos palabras de terrible sospecha. Me martirizaron con la creencia que algún día podría ver y ser como todos los mortales. Si antes vivía demudado y al margen de todas las cosas, desde ese momento una enorme angustia y febrilismo se apoderó de mí. Si alguien supiera lo que es vivir anheloso, corroído por la imaginación, esperando algo que tal vez no ha de venir y de cuya realización pende toda la vida entera de uno.

La esperanza me hizo cristiano y aprendí a forjar mil quimeras con esa fuerza espiritual que es propia de los desamparados de Dios. Llegó el instante supremo; me sometieron a una larga operación y luego quedé mucho tiempo postrado en el lecho con los ojos vendados.

Y un día, ¡oh, gran Dios! se descorrió el velo de mis ojos y pude ver, ver... ¿Sabe alguien la felicidad fantástica que esto significa? La vida tomó un nuevo sentido para mí, un nuevo ritmo; se convirtió en algo mórbido, palpable, en luz, en alegría de vivir.

Por vez primera pude aspirar con ese supremo deleite que se siente en las grandes liberaciones, ese aire que me rodeaba y que yo veía, ahora, por fin. — MILTON. —Carnet 405677.

Mosaico femenino

Por Rebe

Un tal Clark acaba de ser ahorcado en Liverpool porque mató a la madre de la mujer que él quería como futura esposa.

Ese tal Clark era un hombre colosal. Emulo del zarandeado y viejo Don Juan Tenorio, fué a los veintitrés años tan afortunado con las mujeres que hasta sus amigos dieron en llamarle «El hombre de los cien flirts».

Tenía una suerte estupenda con las damas; mujer a quien Clark ubicaba como en centro de atracción, era mujer al agua. ¡Zás... y caía!

Pero ahora, precisamente cuando él se sentía más enamorado que nunca ¿iba a ceder en sus deseos sólo porque a la madre de su futura se le había puesto entre ceja y ceja no dar su consentimiento a la boda?

—¡Señora! — gemía el pobre Clark — yo amo a su hija... la adoro... sin ella no podré vivir... démela Ud!...

—¿Y qué?... ¿me va a culpar a mí de que no pueda Ud. vivir sin mi hija?... — respondía la imperterrita señora.

Inútil poner los ojos en blanco; ensayar las sonrisas más seductoras o los gestos más trágicos, adivinarle los menores gustos. La suegra no cedía.

Y eso que todas estamos en el secreto que, tratándose de casar a una hija, no hay madre que no se sacrifique convirtiéndose en suegra. Pero esa era irreductible, firme, dura como una roca.

Clark, el as de los enamorados, el amante ideal ante quien ninguna mujer se resistía, fracasaba, por primera vez en su existencia, y ante una simple suegra.

Intentó deshacerse de ella por todos los medios posibles. La hizo aprender a bailar charleston por si en uno de los movimientos quedaba desconyuntada en el suelo. La llevó a los barrios chinos por si se moría de susto.

Aconsejóla que danzara, desnuda, sobre la pradera húmeda ballets clásicos... ¡pudiera ser que pescara una pulmonía!

Hizo que comiera salchichas en tarro a ver si cogía una Amebiasis Histolítica... pero... nada!

Desesperado, medio loco, Clark se dijo:

—Yo, a esta vieja empecinada, la mato!... Y la mató.

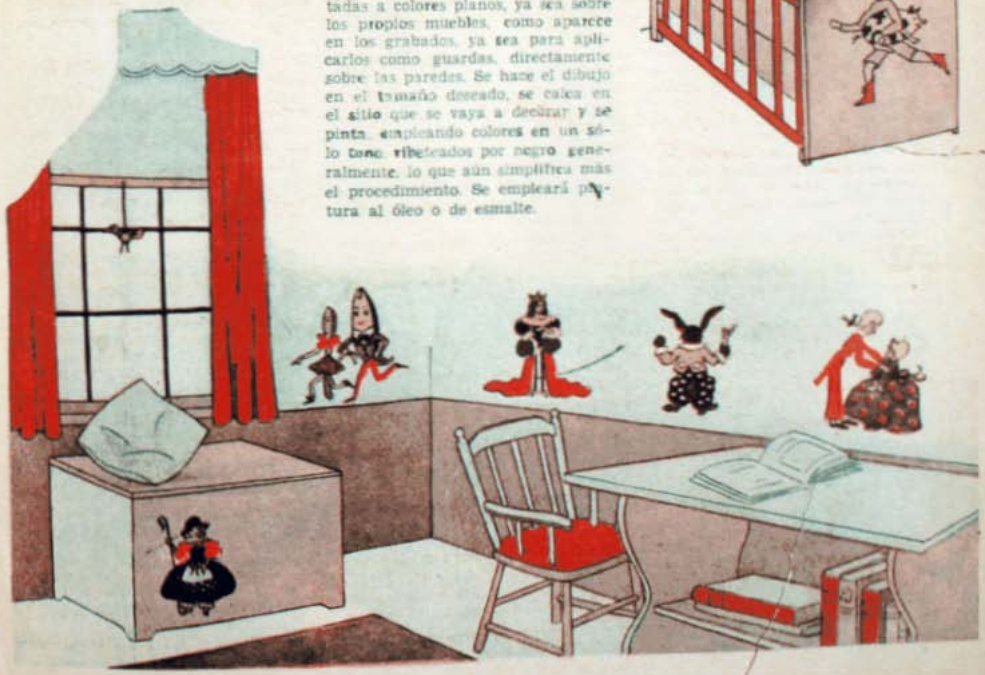
Desgraciadamente aún no está abolida la pena de muerte y Clark, el Don Juan de los cien flirts, el irresistible que a los veintitrés años ganara tantos corazones femeninos, acaba de ser ahorcado en Liverpool.

¡Ecce Homo!

El mundo de los cuentos en la pieza de los niños

Hasta un poquito de buen gusto para remozar completamente los viejos y deslucido muebles del cuarto de los niños. Se les aplica una capa de pintura esmalte, de color claro: blanco, marfil, verde-agua, beige, gris-masilla, procediendo después a decorarlos con motivos sacados de los cuentos de hadas. "El gato del violín", "La pastorcita", "Micifuz, el de las botas", "La Cenicienta" "El patito feo"; todo ese mundo de maravilla que está en sus pequeños cerebros, bien conocido y bien amado, sirve para aplicarlo en figuras pintadas a colores planos, ya sea sobre los propios muebles, como aparece en los grabados, ya sea para aplicarlos como guardas, directamente sobre las paredes. Se hace el dibujo en el tamaño deseado, se calca en el sitio que se vaya a decorar y se pinta, empleando colores en un sólo tono, vibrados por negro generalmente, lo que aún simplifica más el procedimiento. Se empleará pintura al óleo o de esmalte.

Y con muy poco trabajo y un gasto mínimo, se puede hacer para los niños un rincón amable y a tono con su edad.



Ensembles

Como el fin que nos proponemos es el de hacer conocer a nuestras lectoras la última palabra en modas, damos en este grabado, los últimos modelos recién llegados de París.

1.—Blusa en encaje de seda, de corte muy novedoso. Cuello muy sentador, sostenido por barbitas de alambre.

2.—Blusa de jersey azul cielo, abotonado en un hombro. Bolsillos sobrepuestos. Al cuello, un lindo echarpe de seda estampada.

3.—Trajecito dos-piezas, con el que se llevan las blusas que damos al lado. Va confeccionado en jersey azul sostenido.

Use con cada conjunto

4.—Conjunto compuesto de falda en gruesa lana de tono unido y abrigo tres-cuartos, en lana de fantasía. El abrigo lleva bolsillos sobrepuestos.

5.—Blusita en seda lavable blanca, de corte muy bonito. Va adornada de botones en el delantero. Cuello terminado por un nudo.

6.—Blusa en seda cuadriculada verde, sobre fondo blanco. Cuello terminado por una amarra.

Dos lindas blusas

7.—Blusita de encaje, con mangas que forman una pieza con el canesú.

8.—Blusa estilo camisero, en fina lana color arena. Va adornada de botones en el delantero.

9.—Trajecito dos-piezas, en gruesa lana moteada. La chaqueta es corta y se cierra en un movimiento cruzado con cinco botones.

a Mirra

M. R. Es propiedad.

$1.40

EL SEMANARIO QUE PUEDE ENTRAR A TODOS LOS HOGARES

BIBLIOTECA NACIONAL

Jeannette Mac-Don

(Foto M. G.

LEA USTED, EN ESTE NUMERO:

¡Siempre Admirada!

Una cara bonita. Un rostro encantador. Una visión que ha quedado grabada en nuestra alma, de algo infinitamente seductor. Esos bellos rostros que adornan a la mayoría de nuestras mujeres, requieren un cuidado muy especial para conservar su frescura; por eso la mujer que tiene empeño en estar siempre segura de un cutis perfecto, insiste en usar exclusivamente el Jabón FLORES DE PRAVIA, porque deja la piel libre de toda impureza a la vez que la suaviza y conserva en su estado natural.

El Jabón

FLORES de PRAVIA

Familia

El semanario que puede entrar a todos los hogares.

Editado en Santiago para toda la República

En venta todos los miércoles

N.o 5 - 26 de junio de 1935

Sumario:

NOVELAS Y CUENTOS:

"EL AVIADOR".
"LA MAGDALENA".
"LA PRINCESA DE AMERICA".
"GUAPINA, LA LIBERTARIA".
"LA SERPIENTE AMARILLA".
"CALDERA NEGRA".
"AMOR GITANO".

Siluetas de la moda.
Tendencias de la moda.
Los deportes necesitan vestidos sencillos.
En los días de lluvia.
Trajes para jovencitas.
Lo que llevan nuestras elegantes.
De todo un poco.
La moda infantil.
Sombreros.
Labores.
Para la mesa de juego.
El molde de "FAMILIA".

Para saber y contar.
Reflexiones color del tiempo.
En el país del sueño.
La mujer moderna en la política.
Vida y confesiones de Gabriela Mistral.
De la pantalla.
Sus favoritos.
¿Tiene usted miedo a la vida?
Cuide la circulación de su sangre
Para la costa.
Una cabaña rústica.
La decoración interior.
La escoba y el plumero.
De mujer a mujer.
La señora y la cocina.
Chistes, historietas, variedades, etc.

PARA TODOS

Cine — RADIO — Lectura

Todos los lunes

$ 1.-

Matar el tiempo

Parece mentira, pero el caso es que aún existe la muchacha que se pasa las horas mano sobre mano, sin hacer nada de provecho ni para ella ni para el prójimo. Si le preguntan por qué flojea, dice que no tiene cosa alguna a su cargo, que la mamá dirige la casa, que todo el día leyendo se cansa, que la costura no le gusta y que, en verdad, no sabe cómo matar el tiempo que transcurre desde el almuerzo hasta la hora de ir a tomar el té en el centro, en casa de una amiga, de ir al cine o a una visita.

Parece mentira, pero este tipo de muchacha existe.

Suelen ser hijas de familias pudientes, en que la fortuna da este resultado negativo, de criatura inútil. A veces los padres son los culpables, por no haber puesto remedio a tiempo, obligando a ciertos quehaceres, dando algunas obligaciones y atribuciones especiales a la criatura que muestra tales tendencias de pereza. Cierto es que a veces esos tipos de muchachas poseen caracteres irreductibles, que a pesar de advertencias, de reprimendas y hasta de castigos, se mantienen en su modalidad de no hacer nada, de dejar correr las horas en la inercia. Y otras veces son criaturas bien intencionadas, de índole excelente, que en un medio de indiferencia, de abandono, no saben qué hacer por falta de imaginación, de quien las guíe y las ponga en camino de acción.

El primer caso tiene remedio con una severa disciplina. En el segundo la vida, duramente, las hará entrar en la ley del trabajo, de la cual ningún ser humano puede hurtarse, trabajo grande, trabajo pequeño, pero trabajo al fin: cooperación a la colectividad. Y es para el tercero de los casos acotados del cual quisiera hoy hablar, tratando de dar un rumbo a todas esas muchachitas con sobra de tiempo, con situación adinerada y que no saben qué hacer de sus días, terriblemente aburridas y tremendamente desorientadas.

Leer, cultivarse, mirar en sí mismas qué posibilidades artísticas pueden desarrollar, ya es tarea para consigo mismas, más la otra de perfeccionarse en intenciones morales. Y luego queda lo que se debe al prójimo, todo lo que por él se puede hacer.

No hay mujer que no tenga el instinto de la maternidad vivo y en esa dirección puede encauzarse la vida de una muchachita deseosa de servir. Buscar un niño indigente, ayudarlo en su vida material, vestirlo, dirigir su educación, enderezar sus sentimientos, formar su almita: he ahí una obra maravillosa para una muchacha.

Y no habrá padre o madre, por muy indiferentes y ajenos que sean a toda obra de proyección social, que no se sientan orgullosos al ver que su hijita en vez de ser solamente una linda flor de belleza, de egoísmo y de regalo, es un elemento que sirve, un ser eficiente que a la par desarrolla su personalidad en todo aspecto, prestando a la sociedad su cooperación, chiquita tal vez, pero que no por eso deja de tener el valor de su sinceridad.

ISABEL DE SANTILLANA.

DELMIRA AGUSTINI

Uruguaya. Primera mujer que se atrevió a cantar desnudamente el goce del amor humano. Tuvo una vida intensa, terminada trágicamente. Su obra, tremante, la coloca a la cabeza de las mujeres poetas de nuestra raza.

Lo Inefable

Yo muero extrañamente... No me mata la vida,
no me mata la muerte, no me mata el amor.
Muero de un pensamiento mudo como una herida.
¿No habéis sentido nunca el extraño dolor

de un pensamiento inmenso que se arraiga en la vida,
devorando alma y carne y no alcanza a dar flor?
¿Nunca llevasteis dentro una estrella dormida,
que os abrasaba enteros y no daba un fulgor?

¡Cumbre de los martirios!... ¡Llevar eternamente
desgarradora y árida, la trágica simiente
clavada en las entrañas, como un diente feroz!

Pero arrancarla un día en una flor que abriera,
milagrosa, inviolable... ¡Ah, más grande no fuera
tener entre las manos la cabeza de Dios!

D. A.

Ah...!! *Esta aglomeración se explica, porque todos quieren comprar bueno y barato en las* **LIBRERIAS UNIVERSO**

La Princesa de América

(Continuación)

Johnny miró. Efectivamente era la princesa, que ya le había visto y le miraba sorprendida.

—¡Qué encantadora es! — murmuró la hermana más joven.

Johnny nada dijo. No podía ponerse a discutir con las jóvenes la belleza de Natica.

A la mañana siguiente, esperó hasta mediodía el llamado de Natica. Después de mediodía, Harrington salió otra vez con las dos hermanas. Querían conocer los alrededores. Las jóvenes se hacían lenguas alabando la magnificencia de las inmensas avenidas sombreadas por álamos gigantescos, los chalets encantadores que se levantaban a ambos lados de la alameda, los bosques vírgenes que se extendían ya fuera de la población. Ya de regreso a la posada, se encontraron con Harrigton, que estaba esperando a Johnny, al que llamó aparte, con toda premura.

—Es preciso que ese negocio del agua mineral quede arreglado cuánto antes — declaró—. Hay aquí en la ciudad un colega, un tal Robertson, que es comerciante de cosméticos y que se ha atrevido a hablar esta tarde en la calle a la princesa.

—¿Hablar a la princesa? — repitió Johnny—. ¿Y cómo ha podido?

—Sencillamente, se puso delante, a su paso, en la calle. ¿No ha sabido usted lo que le propuso? Porque si él ha hecho alguna propuesta, yo estoy dispuesto a mejorarla. Quiero jugarme en esto la última carta, Johnny. El negocio es bueno. Si usted averigua que hayan hecho alguna propuesta a la princesa, no olvide que yo estoy resuelto a mejorarla.

Johnny consultó su reloj-pulsera. Todavía no eran las seis.

—Me voy inmediatamente al Castillo — dijo—. Voy a ver...

A ver a Natica. Esa era en realidad su pretensión y no otra cosa. Se decía en su interior que era necesario saber a qué atenerse respecto al tal Robertson, pero lo que verdaderamente quería él era ver a Natica. Como todos los enamorados, se valía del más insignificante pretexto para acercarse al objeto de sus amores.

Natica lo recibió en el acto.

—¡Ah, usted! — exclamó cariñosamente, como si hubiera visto de pronto una especie de gigante. En seguida, Natica quedó a dos o tres pies de distancia de su lado, pero un no sé qué le daba a Johnny la impresión de que aquella mujer estaba más lejos de él, que el más enhiesto picacho del Himalaya. No podía comprender esto, pero como hombre lo presentía.

—Disculpe la libertad que me he tomado—dijo—; pero Harrington está contrariado. Dice que se ha puesto por medio cierto individuo llamado Robertson y...

—Dígale a Harrington que no tiene por qué preocuparse. Da la casualidad de que conozco a ese Robertson de antes.

—¿Y no le ha hecho a usted ese señor ninguna proposición?

—¡Oh!, ese siempre está haciendo proposiciones — replicó Natica—. En cierta ocasión, me propuso que fuera a tomar once con él. Sea buena, me decía. No ha cambiado de sistema y ahora quería que lo acompañara a comer.

—¿De modo que la ha invitado a usted a comer?—rugió Johnny.

—Tal vez se explique usted mejor el caso, si le digo que ese hombre no tenía siquiera idea de quién era yo. Lo que menos se imaginaba, era que yo soy la princesa.

—¿Y quién pensaba entonces que era usted?

—Una compañera de Lili, supongo—. De todos modos, me dijo que había venido a ver a la princesa para hablar con ella de un agua mineral. Parece que alguien llevó a la casa que él representa una botella, y la firma se ha interesado por el negocio. Pero el asunto no le apuraba. Me declaró que él podía evitarme que siguiera trabajando con tal que yo me resolviera a ser condescendiente con él. De ese jaez es el tipo.

Johnny no pudo decir palabra por unos momentos. Y en seguida, irrumpió:

—Voy a ver a ese sujeto y me las voy a entender con él.

—No hace falta que se moleste— dijo Natica—. Ya he mandado yo a buscarle.

Johnny se quedó estupefacto: ¿mandar a buscarle?...

—El quería ver a la princesa, ¿no es así? Pues la va a ver.

Se detuvo un momento y escuchó.

—Ahí viene, si no me quivoco.

Siete hombres entraron a la habitación. Uno de ellos era Robertson; los otros seis eran soldados de la escolta, a quienes la princesa había enviado a buscar a Robertson, y traerle en el estado que estuviera. ¡Y en qué estado! El hombre de los cosméticos parecía más bien uno de esos paquetes postales que el manejo y el ajetreo ha reducido a pedazos.

Dos de los soldados le ayudaban a sostenerse en pie. Tenía el cabello en desorden, el traje todo desarreglado. El hombre comenzó a protestar:

—¡Esto es un atropello! Yo soy un ciudadano norteamericano.

—¡Usted no es nada! — interrumpió Natica—. Usted no es más que un bicho de mala índole.

Robertson se quedó mirándola y al punto la conoció.

—¿Qué es lo que está usted haciendo aquí?

—¿No quería usted ver a la princesa? Bueno, pues ya la está usted viendo — le dijo Natica.

—¿Usted?—gruñó el hombre.

Natica ignoraba una cosa. Ella era pequeñita y fina; pero en su porte parecía realmente una princesa.

—Métanlo en un calabozo — exclamó, dirigiéndose a los soldados.

Robertson reaccionó en el acto, y gritó:

(Continúa en la pág. 67)

COLONIA VANITAS

El Agua de Colonia Vanitas devuelve al cabello encanecido su color natural, no mancha la piel ni perjudica la salud.

El Agua de Colonia Vanitas robustece y hace reaccionar las glándulas que nutren el cabello y producen los pigmentos que le dan su color natural.

El Agua de Colonia Vanitas destruye la caspa y los gérmenes que producen la caída del pelo.

Su aplicación consiste en friccionar la cabellera una o dos veces al día hasta obtener el resultado requerido.

El tratamiento dura más o menos quince días.

Fabricado por el

LABORATORIO CAMBRIDGE

Casilla 2208.—Santiago de Chile.

La MAGDALENA

Por FORREST WILSON

HASBROUCK, el joyero belga experto en diamantes, descendió en Río, después de un viaje de compras por Minas Gerses, telefoneándome inmediatamente para rogarme fuera a verlo. En efecto, esa misma tarde subí las escaleras de la rústica y gran oficina que tenía instalada en el pueblo de Ouvidor. Los dependientes, después de apagar las luces, se habían marchado. Las bocacalles del pueblo, especialmente la de Gonzalves, estaban repletas de mineros que regresaban de sus faenas.

David Hasbrouck, se encontraba siempre nervioso y deprimido después de algún viaje por el desierto. En efecto, una travesía por los campos del diamante, para cualquiera era agotadora y especialmente para el hombre de la ciudad. Una vez terminado el viaje en tren, había que cruzar a caballo por abruptos y áridos campos, bajo un sol abrasador en el día y tremendas heladas en la noche y teniendo que pernoctar a orillas del camino o en fétidas cabañas de mineros cabocios.

—*¡Y tú! — le gritó Bastos a la muchacha—, cuando el señor me pague mañana te llevaré fuera de Diamantina, para botarte a los buitres.*

¿Dormir? Esa era la dificultad. Hasbrouck no dormía; permanecía sobresaltado por la idea de guardar en su bolsa de cuero, la cual usaba como almohada en sus viajes, mil contos de réis contantes y sonantes. Los mineros cabocios no entendían de cheques.

Hasbrouck, bravo e impulsivo como todos los del campamento minero y con poca razón para sentir miedo, no podía disimular escalofríos de terror a pesar de no desconocer la vigencia de un tradicional y viejo código que protegía el tráfico de diamantes. Ningún comprador había sido asesinado ni robado por aquellos contornos, pero a David no le tranquilizaba ésto.

—Tengo una noticia que darle — me dijo—: voy a casarme.

—¡Vaya!—exclamé.

Hasbrouck, que siempre había huido de las mujeres, que las temía y le molestaba su presencia, ¡iba a casarse!

—¿Le extraña?—me preguntó.

—Pero, ¿y la novia?

—Está en el hospital — me respondió—. A nuestra llegada al puerto aéreo, por disposición mía, nos esperaba una ambulancia. No es nada serio lo que tiene. Efectos de una prolongada mala nutrición y de haber estado en una situación muy arriesgada que le afectó demasiado sus nervios, trayéndole como consecuencia un agudo decaimiento.

—Pero, ¿quién es ella? — le interrumpí — ¿de qué situación peligrosa habla usted?

—Por cierta razón. Para nosotros, resultaba peligroso atravesar en tren los campos del diamante.

—¿Qué es lo que quiere decirme usted, señor Hasbrouck?

—Algo ha ocurrido — contestó—; algo con el fin de terminar con mi prosperidad de comprador de diamantes del Brasil.

Fué a su escritorio y me trajo una caña de bambú muy delgada en el mango. Sacándole un taponcito, hizo caer en mis manos una piedrecita helada y sorprendentemente pesada. En el primer momento me pareció que era un pedazo de cuarzo y se lo hice notar a Hasbrouck, quien se rió tristemente, diciéndome:

—Le aseguro que esto no es cuarzo, señor. Esto es un diamante; una escama lo ha cubierto por edades geológicas. ¡Cuarzo, Dios mío! Si usted toma un diamante y lo bota a las cataratas del Niágara y permanece allí por un millón de años, se podrá incrustar en el fondo de granito del abismo, pero después si se le llegara a encontrar, cada una de sus facetas estarían tan puras como cuando dejó su lapidario. El diamante es la más dura de todas las substancias, cuya dureza se emplea para probar otras substancias.

—¡Este es enorme! — exclamé—. Un diamante como este es un acontecimiento mundial.

—Sí — me contestó — pesa cerca de cien carats (medida de peso brasilera). Esta piedra fué encontrada entre cascajos del fondo del río Do Sommo. El río de los durmientes, señor, ¡qué ironía! Será esta la piedra más grande e histórica del mundo y que tendrá un nombre: "Magdalena". Una pequeña muchacha, desnuda de pies a cabeza, palpó este diamante bajo el agua, siendo sus dos sucias manos las que lo trajeron a la superficie, envolviéndolo en un andrajoso delantal. Se llamaba Magdalena.

—¡Hasbrouck!—exclamé, dando un brinco y dejando el diamante encima del escritorio—; estaré encantado, mañana en la noche, de conocerla.

—Un momento, por favor. Mire mis manos.

Las extendió sobre la mesa bajo la luz y continuó:

—Usted las ve blancas, eh, suaves, lisas y con un pequeño temblor. Cualquiera diría que son las manos de un inofensivo comerciante. ¿Podría usted imaginarse que estas manos de joyero, especializadas en tantear el peso de piedras preciosas, han llegado hasta el extremo de sentir bajo la yema de sus dedos, las convulsiones de otra vida que se va?

Y en seguida agregó a media voz:

—Creo que es imposible llevar un diamante como este al mercado, sin que haya producido derramamiento de sangre.

Fué (según me contó Hasbrouck), en el pueblo de Abaeté, en la frontera noroeste del campo diamantino, que oyó rumores acerca de un extraordinario encuentro. Había ya terminado su viaje de compras y su bolso de cuero estaba repleto; sentía una fatiga enervante, insomnios y molestias hipocondriacas. A pesar de ello no desistía de la idea que se le había metido en la cabeza: ir al pueblo de Abaeté a comprar lo que se decía, habían descubierto, para en seguida, volver al confort de Río.

Sobre estos rumores, parecía que no había nada definido. Todo el mundo repetía, que una valiosa piedra de diamantes había sido hallada, pero nadie sabía dónde ni por quién. Esta era la pesadilla de Hasbrouck, hombre muy buscavidas y cuya manía u orgullo consistía en que todas las piedras preciosas del Brasil llegasen a sus manos. Perder una, era la tragedia para él. Por su propia conveniencia, como siempre lo hacía, consultó a un minero de su confianza, terminando por confirmar el rumor que tanto le preocupaba. Este le confió sus sospechas de que el descubridor de la famosa piedra del diamante fuera un tal Manuel Bastos, minero caboclo del valle del río Do Sommo.

Tan remotamente lejos de la civilización está el pueblo de Abaeté, como el valle Do Sommo. Desde el pueblo de San Francisco son seis días a caballo, cruzando las montañas. Los caboclos son clanes feroces, miserables, pobres y unidos entre ellos sólo por lazos de sangre. Sus diamantes no eran de mucho valor y Hasbrouck había estado allí sólo una vez.

Hombre experimentado como Hasbrouck, nada podía detenerle en ir a ver al tal Bastos, sobre todo que le consumía la fiebre de la ambición.

Hasbrouck había pensado llegar a su destino en la mañana, a fin de no pernoctar en ese siniestro valle, pero contrariamente a sus planes, llegó hasta las tiendas de los caboclos, en las últimas horas de la tarde. Por todas partes menudeaban los charcos entre peñascos. Una cabaña de barro, piedra y paja, se reflejaba en la superficie del río. Era de Manuel Bastos, quien había sentido la llegada de un caballo y permanecía parado bajo el umbral de la puerta.

Estos caboclos son siempre muy amables con el forastero, por temor que los crean salvajes. Bastos invitó a Hasbrouck con toda ceremonia al interior de su cabaña. Esta era sencilla y desmantelada. Sin ventanas, con el piso de arcilla, un banco y una mesa de pared hecha de palos. Largo rato se detuvieron los ojos de Hasbrouck en observar el interior de esta cabaña. Aguzó la vista y descubrió a una muchacha agazapada en un rincón. Sus andrajos eran de color del suelo y su pelo le caía desordenadamente por su cara. Hasbrouck pensó que se trataba de alguna india o de una mulata mestiza. No tardó en darse cuenta, que los ojos de ella no se apartaban de los de él.

—¡Mira, saquerosa! — gritó Bastos a la criatura—. ¿Qué has hecho de tus buenos modales? ¡Tráele naranjas al señor y prepárele café!

Sin una palabra de protesta, la esclava tan brutalmente tratada, se paró pronta a obedecer. Hasbrouck tuvo algunas sorpresas. Ella sólo era una muchacha muy joven, pero tan sucia y andrajosa, que era imposible darse cuenta de qué nacionalidad era. Mientras traía las naranjas en un tiesto de greda, el joyero notó que sus manos, aunque sucias, eran pequeñas y redondeadas, denotando ser de una clase superior. Sus pies desnudos eran también delicados y finos. ¡Extraña aparición era esta para Hasbrouck, en una cabaña y en la frontera del valle de caboclos!

Los dos hombres se sentaron en el banco, mientras la sucia criatura que compartía la existencia del rufián, refregaba las piedras para producir fuego. Trajo las tazas y vació el café que había preparado, todo sin desplegar los labios y sin apartar sus ojos del forastero. Después siguió la charla entre los dos hombres sobre

(Continúa a la vuelta)

El está feliz y contento gracias a las pastillas "Purgette"

Es muy esencial para la buena salud del niño, que su vientre funcione suave y regularmente. Todas las madres cuidadosas recurren a las pastillas laxantes Purgette, como una ayuda eficaz para mantener la regularidad de esta función vital.

A los niños les gustan mucho estas pastillas, son de rico sabor y no repugnan, su acción es suave y no irrita el estómago más delicado.

PIDALAS EN TODA FARMACIA

Pastillas laxantes "Purgette"

Base: Fenolftaleina

LA MAGDALENA

(Continuación de la vuelta).

diamantes, iniciada por Hasbrouck cuando le interesaba hacer alguna buena adquisición.

Al caer la tarde, Hasbrouck y Bastos hablaron de cuanta cosa imaginable, menos de diamantes. El minero Bastos no disimulaba su prudencia, pero Hasbrouck había llegado al convencimiento de que estaba sobre una buena pista. Bastos estaba como aflebrado con cierta soberbia interior, y fanfarroneaba diciendo disparates y burlándose de la esclava. Hasbrouck ya no soportó más.

—Esas piedras que usted me vendió en Río — empezó diciéndole con mucho tino — probaron de ser muy buenas.

—Esas no eran nada comparadas a las actuales — se jactó el caboclo.

La sangre afluyó a las venas de Hasbrouck. ¡Había ganado la batalla!

—Me gustaría verlas — dijo con rapidez.

—En buena hora, todas las que quiera — le contestó Bastos—. Unicamente que se va a quedar perplejo.

Bastos no quería que supiesen el escondite donde guardaba su tesoro. Oportunamente, Hasbrouck dió vuelta su cabeza y salió fuera a alimentar su caballo, sacando después de su bolso de cuero una botella de brandy y chocolate. Volvió y encontró al minero que lo esperaba, guardando algo en sus manos.

—Aquí las tengo, señor; prepárese para la sorpresa.

Hasbrouck extendió su pañuelo sobre el banco, vaciando encima varias cañas de bambú, que Bastos le entregó. Estas cañas guardaban en su interior los diamantes. Hasbrouck se sentó en cuclillas y se aprontó a examinar las piedras. Bastos lo observaba y la muchacha en un rincón estaba confundida e impaciente. Poco a poco fué el joyero sacando los diamantes y vaciándolos en el pañuelo, mientras que Bastos se vanagloriaba de su inmenso valor. Pero había una caña más grande que las otras y que bien podía contener un diamante de unos 8 o 10 carats de peso. Las más extravagantes ilusiones se hacía Hasbrouck. Deseoso como estaba, no pudo ni tocarla, hasta haber vaciado todas las demás, pero sus dedos tiritones no podían sacar el corcho.

—Usted está muy nervioso — dijo Bastos—; déjeme a mí.

El caboclo tomó la caña, la destapó fácilmente y vació sobre el pañuelo sólo una docena de piedrecitas, que no pesaba más de medio carat cada una.

—¿Eso es todo?—gritó Hasbrouck, desalentado.

—¿Todo? ¿Cincuenta carats? ¿Y usted me pregunta si es todo?

—Pero — tartamudeó Hasbrouck— se rumoreaba que era una piedra de un tamaño desconocido hasta hora...

—¡Rumores, bah! — dijo Bastos, desdeñosamente—. ¿Quién cree en los rumores en este campo de diamantes, a excepción de los portugueses?

—¡Y haber hecho este viaje tan aburridor y peligroso, sólo por un puñado de piedrecitas para relojes de joyería! —, exclamó desalentado, Hasbrouck.

—Pero éstas valen algo, ¿no es verdad?—le preguntó Bastos—. ¿Cuatro o cinco contos?

La pregunta lo sacó de su estupor y Hasbrouck dijo:

—Sin pesarlas le daría seis contos.

—¿Has oído, cochina? — le vociferó Bastos a la muchacha—. Soy rico, nuevamente.

—Le pagaré seis contos sin pesarlas — replicó Hasbrouck — y ojalá hiciéramos negocio ahora mismo.— El joyero tenía unos deseos locos de marcharse luego.

—Mañana, en la mañana — le dijo Bastos con petulancia — porque esta noche, señor, usted aceptará la hospitalidad de mi villa.

¡De su villa!

—Y tú — le gritó Bastos, a la muchacha — ¡escucha! Mañana cuando el señor me pague, te llevaré fuera de Diamantina, para botarte a los buitres. Pero primero te mostraré algunas mujeres macizas y rubias, mujeres para un hombre como yo.

Hasbrouck tuvo que soportar estas impertinencias mientras tomaba su chocolate y su brandy. Bastos le negó toda bebida y alimento a su esclava. La noche tropical había caído como una cortina y el caboclo, sin reparo alguno, cerró la puerta del cuarto y se echó a dormir debajo de la mesa. La muchacha también fingió quedarse dormida y Hasbrouck se enrolló en su frazada, esperando las interminables horas hasta el amanecer. El aire era tenue y suave. Bastos había empezado ya a roncar con todo el brandy que se había tomado. De repente, Hasbrouck, sintió con horror que algo helado tocaba su brazo y simultáneamente alguien le susurraba:

—¿Duerme, el señor?

Era la ultrajada muchacha. Como única respuesta, Hasbrouck se incorporó.

—¿Habla usted francés, monsieur? —le preguntó en ese mismo lenguaje.

—Oui, madame.

—Monsieur, él tiene la piedra que usted busca.

Hasbrouck respondió estúpidamente:

—¿El diamante?

—Oui. Venga aquí al fuego y se lo mostraré.

Sólo algunos carbones ardían en el fuego; ella los sopló suavemente, dejando caer en las manos de Hasbrouck la incomparable piedra.

—Vollá — dijo ella—. Será suya, con una condición: Usted debe de salvarme de este terrible país, haciendo cualquier cosa para restituírme a mi hogar.

—¿Dónde está su hogar?

—En Budapest. Soy una muchacha de "maygar". Debemos de proceder con rapidez. Mañana podríamos estar fuera de su alcance.

—Pero, madame — le dijo Hasbrouck—, yo no puedo robarle el diamante.

—¡No es de él! — le contestó ella, con voz baja, pero con rabia.

En seguida le explicó su situación. Bastos la había comprado en el muelle de Río, de un lote de muchachas destinadas a Argentina. Cuando se dió cuenta que la muchacha que había adquirido era débil y poco robusta para hacer los trabajos que él necesitaba, le tomó odio. Muchas veces llegó hasta quemarle los zapatos, dándole como razón que sus pies debían parecerse a los de las mujeres caboclanas.

Un día que la muchacha se bañaba en el río, se le ocurrió sumergirse y el resultado fué el hallazgo del enorme diamante. Cuando Bastos supo de ello, no trepidó en quitárselo.

Hasbrouck no dudaba de lo que la muchacha le pedía significaba su ruina y tal vez el presidio. Hasbrouck se resistía. La perspectiva de poseer el rey de los diamantes, que sería poderosamente codiciado en todos los museos, no le seducía, ante la repugnancia y el temor de iniciarse en el robo y el crimen. Se echó la bolsa de cuero a la espalda y rehusó meterse en el asunto. Por un largo rato escuchó los prolongados sollozos de la pobre infeliz, cuyas esperanzas él había destruído.

Salió Hasbrouck cuidadosamente en puntillas hacia afuera. Había dejado a su caballo amarrado algo lejos de la cabaña. No había andado mucho cuando reconoció la menuda figura de la muchacha de Bastos que venía corriendo penosamente detrás de él.

—Le he seguido señor — dijo ella. —Debo irme con usted.

—¿Dejó el diamante allá? — le preguntó él.

—¡No! Lo he traído. Es mío y viene aquí dentro — y le mostró a Hasbrouck la caña de bambú.

El protestó y le dijo que regresara con el diamante, y si quería que la llevase consigo, devolviera la preciosa piedra a su lugar.

—Señor — le dijo ella, al salir y cerrar la puerta—él dejó de roncar, por lo que temo que haya despertado y me venga siguiendo. Si nos encuentra aquí, nos matará a los dos.

En circunstancias normales, Hasbrouck habría procedido diferentemente, pero en aquellos momentos no podía reflexionar y obedeció a su primer impulso. Hizo que repentinamente se colocara la muchacha sobre su caballo y arrancara con ella a toda carrera.

Después de media hora, Hasbrouck se detuvo a descansar.

—¿Cuál es su nombre? — le preguntó a ella.

—Magda—le contestó.

—Mag-da-le-na, Madga — pronunció él con atención.

—Tengo frío, señor — dijo ella.

Desarrolló su frazada y abrigó el menudo cuerpo de la muchacha.

Al alba llegaron a un valle, donde encontraron un lago, mucha vegetación y algunos árboles frutales. Hasbrouck se lavó los pies que los tenía llenos de ampollas y ofreció su jabón a Magdalena.

—Es el primero que veo después de varios meses—le dijo ella.

Y entonces, como si hubiese estado a mil millas de distancia, se sacó sus andrajosos vestidos y se metió en el lago a bañarse. Hasbrouck se encontraba completamente fascinado.

—Una miniatura de mujer — se dijo Hasbrouck, a sí mismo—. Parece arrancada de una tela de Ingress, con su piel tan blanca, sus labios tan finos y su torso tan firme y redondeado.

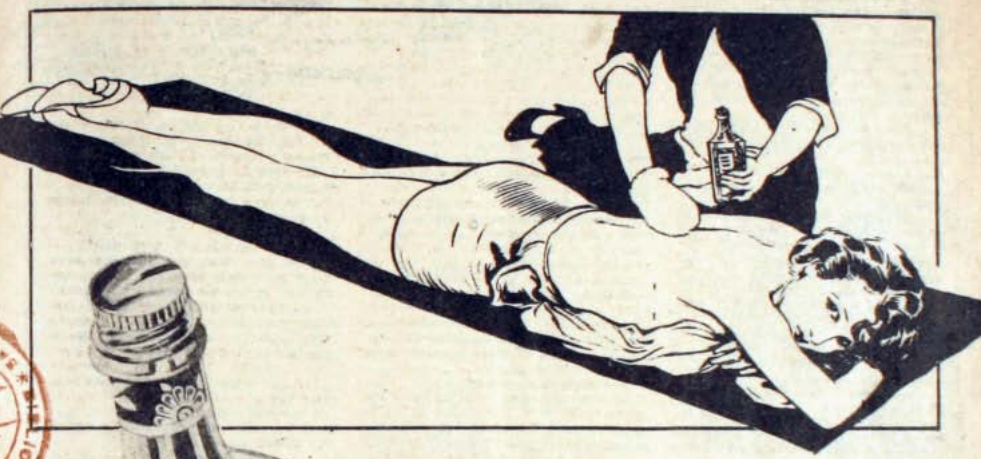
Iba a principiar ella a lavar sus andrajos, cuando el joyero tomando un mantón chino y una pequeña carretilla de hilo que llevaba consigo, los ofreció cariñosamente. Rápidamente ella se fabricó una bata a la moda. Vestida con ese vistoso atavío de colores oro, azul y carmesí, parecía una gitana de un cabaret parisiense.

Al desayuno cocieron pescado seco, que Hasbrouck llevaba aprensado en la montura. Esa noche durmieron al lado del camino. A la siguiente, llegaron a un valle atravesado por un río y aquí estuvieron durante dos no-

(Continúa en la pág. 58)

FORTALECE

Y ELIMINA LAS GRASAS



Una buena fricción de Colonia **FLOR DE ESPINO** *da bienestar y fortifica el cuerpo, desgrasa, evita resfriados y perfuma delicadamente. Apreciadísima por su concentración y aroma exquisito.*

Colonia

FLOR de ESPINO

Para saber y contar

Apariencias que engañan

Una tarde — de eso habían pasado muchas lunas — en que el Zorro regresaba a su guarida con la cuarta y última perdiz que había cazado, se encontró de sopetón con un hijo y un sobrino del Lobo. Iba a seguir su camino haciéndose el engañón, cuando vió que los seguían, a corta distancia, otro hijo y otro sobrino del Lobo. Los cuatro animalejos se le pararon delante, replegando los labios. Instantáneamente, el Zorro se deshizo en cumplimientos:

—¡Hijitos: qué feliz encuentro! — exclamó—. Iba a limpiarme la boca con estas plumitas...

—Estas plumitas son una perdiz — corrigió uno de los sobrinos.

—¿Una perdiz? — dijo el Zorro—. En efecto. No lo había advertido. Una mísera perdiz, la única que encontré...

—Cuatro, con las tres que tienes escondidas allá — dijo uno de los lobeznos.

—En efecto, en efecto — dijo el Zorro—. ¡Qué desmemoriado estoy con este frío!

(Esos pícaros lobeznos lo habían estado espiando y probablemente avisarían al Lobo grande).

—Cuatro, dicen ustedes? — continuó el Zorro—. ¡Qué fortuna! Tendré así el placer de obsequiar a estos cuatro simpáticos amiguitos. Les suplico que me acompañen.

Los otros lo acompañaron. Llegados al pie del árbol gigantesco entre cuyas grandes raíces sobresalientes escondía el Zorro sus presas, el dueño de casa sacó las cuatro perdices y colocó una delante de cada uno de sus visitantes.

—Sírvanse. Una para cada uno. Lamento no poder ofrecerles más.

—¿Y tú? — preguntó uno de los lobeznos, apenas repuesto de la sorpresa que le causaba tan inesperada generosidad.

—¡Oh, por mí no se preocupen! No me importa quedarme sin comer, con tal de obsequiar a los hijitos de mi gran amigo.

—¡No puede ser! — dijo uno de los lobeznos, un tanto avergonzado. —Ninguno se atrevía a tocar su perdiz.

—¡Sí, sí! — insistió el Zorro—. Por mí no se preocupen. Y bajó modestamente la cabeza, con cierto aire de víctima de la abnegación.

—¡No podemos permitirlo! — dijo, conmovido, otro de los visitantes.

—Naturalmente—, agregó su primo—; no es posible que por nosotros tú te quedes sin comer.

—Todo se puede arreglar—, arguyó otro visitante—; cada uno de nosotros dará a nuestro amigo el Zorro la mitad de su perdiz.

El Zorro sonreía y meneaba la cabeza, murmurando: —¡No, no! — pero sin energía.

—Bien pensado y bien dicho — declaró otro lobezno—. Cada uno de nosotros le dará la mitad de su perdiz. ¡Y si no, no comeremos!

—¡Oh, si llevan las cosas a ese extremo, no me quedará más remedio que aceptar! — declaró el Zorro, siempre modesto y sonriente.

Y aceptó.

Tal fué el extraordinario rasgo de generosidad del Zorro.

Y así fué cómo se comió dos perdices, y cada uno de sus visitantes sólo media perdiz.

EL CONCURSO DE DON BASILIO

Don Basilio está feliz porque los niños lectores se han preocupado grandemente de sus malandanzas, y muchos supieron que no pudo sentarse en ninguna de las sillas que lo rodeaban, porque había una cáscara de plátano en el suelo, resbaló en ella y con toda su carga de paquetes se sentó en el santo suelo...

Hemos recibido cientos de contestaciones, por eso decimos que don Basilio está feliz al ver lo importante que es su persona. Muchos niños dieron soluciones equivocadas; pero no deben, por esto, desanimarse y perder la esperanza de acertar en los concursos próximos que les haremos.

Damos a continuación la lista de los chicos que acertaron. Como es un número respetable y sólo contamos con veinticinco premios para repartidos entre ellos, hemos sorteado dichos premios, correspondiéndoles a los niños que indicamos al final.

Cada uno recibirá su premio por correo y esperamos que sean de su agrado.

NIÑOS QUE ACERTARON EN LA SOLUCION DEL CONCURSO DE DON BASILIO

Raúl Lagos Reyes, Silvia Ruiz V., Eugenio Matre, Mena Calderón, Hugo Moll St., Elda Seguel Maggi, Teresita Contardo, Gabriela y Alicia Espinoza, María Angélica Rodríguez C., Rosita Santiago, Hernán Guajardo, Violeta Devoto, Enrique Caviedes, Cristina Alliende Z., Rebeca Molina, Juan Astica, Pedro Martínez, María Angélica Ortiz A., Judith Pioneitis

Sch., Mario Segura, Alicia Montt S., Teresa Ramos, Eliana Arellano, Marta De Pórmica Corsi, Nena Gallegullos, Magda Saura, A Degguarda M., Ibis Rauld A., Alicia Godoy, Albina Gómez M., Hernán Miranda, Gonzalo Figueroa, Yvonne Doyharcabal W., Adriana Moreno, Juan Abad, Leticia Garbaccio, Juana Reyes, Cecilia Naretto L., R. Repetto, María Costa, Horacio Lazo, Teresa Bustamante, José Miguel Carrera, R. Frodden, Marta Gajardo, Hernán Opazo V., Hernán y Hugo Sosa Ortiz, Olga Godoy, Maruja Díaz, Luis Favec, Inés Parada Garrido, Carmen Pizarro Urzúa, Nieves Valenzuela G., Gaby Purcelles R., Fernando Moller, Eduardo Fuenzalida S., María Julia Sáez P., Miriam Walters A., Mario Bronfmann, Negro Betún, Georgette Bouet W., Luis Escoffier, Sara Escoffier, Berta Rodríguez, Ligia Molina, Isabel Labarca Vicuña, Milena Heria G., Sergio Miranda C., Georgina Reyes, limita y Hernán Parada, Marujita Alemany Méndez, Nena L. Moreno, Silvia Macaenzie, Juanita Vicuña G., Raúl Cañete V., Nana Bronfmann, Rubén D. González, Sergio Cuevas, Elsie Nasch, Heriberto Muñoz C., Nelly Ortega, Baby Jane, Irene Valdenegro Fouga, Mario Echiburú Fontecilla, Hugo Jeria, Fernando Jeria, Fernando Farías, Teresita Barros Bezanilla, Rosa Alberti Barahona, María Josefina Morales, Viola Nachbahuer Anguita.

Sorteados los premios, resultaron favorecidos los siguientes niños:

Viola Nachbauer Anguita. — Concepción.

Sylvia Mackenzie.—Santiago.

Marta Gajardo.—San Felipe.

María Josefina Morales.—Santiago.

Nieves Valenzuela Gómez. — Santiago.

Rosa Alberti Barahona.—Valparaíso.

Georgette Bouet Walters. — Santiago.

Fernando Farías.—Valparaíso.

Berta Rodríguez.—Santiago.

Marujita Alemany Méndez.—Santiago.

Eduardo Fuenzalida Silva. — Santiago.

Lydia Molina.—Quillota.

Carmen Pizarro Urzúa.—Santiago.

Gaby Purcelles.—Santiago.

María Julia Sáez Perry.—Concepción.

Teresita Barros Bezanilla. — Santiago.

Irene Valdenegro.—Santiago.

Myriam Walters.—Santiago.

Juanita Vicuña Grez.—Santiago.

Elsie Nasch.—Santiago.

Mario Bronfmann.—Santiago.

María Costa.—Valparaíso.

Horacio Lazo.—Santiago.

Juana Reyes.—Viña del Mar.

Reflexiones color del tiempo

Bárbara y Rex

Rex es mi perro. Como siempre hablo de tan importante personaje — y aun he de hablarles mucho más, si la paciencia de ustedes no se agota, — van a terminar por creer que soy una de esas muchachas víctimas de la tiranía del perro y que a su vez hacen a los demás padecer con los caprichos y las malas educaciones del animalito. Y no es así. Rex es un perro y como tal se lo trata.

Hallo eminentemente ridículas a esas mujeres que giran alrededor del perro. Son una especie de trasunto de la solterona de caricatura, con gato y loro. Mamá tiene una amiga, una gorda señora respetable y patronatera, por apellido y por fortuna en primer rango en categoría social. Es inteligente y culta. Pero todo este conglomerado de virtudes heredadas y adquiridas se pierde en cuanto aparece el «perro». Tiene uno que es su más preciado tesoro, muy parecido en estampa a Rex. Son uno víctima del otro: ella no vive sino que para él: que si comió, que si se rascó, que si tomó agua, que si lo bañaron, que si hizo... El caso es que el pobre perro tiene un aire de mal humor constante ya que debe estar colmado con tales solicitudes que no le dejan un momento libre para su agrado. Salen de paseo diariamente, al parque, ella muy pomposa, vestida por Worth, llevando de la trailla al perro que quiere corretear por el pasto y que casi la arrastra en su intento. Pero la señora no permitiría jamás que el perro trabara conocimiento con algún quiltro mal nacido y no lo deja de la mano esperando pacientemente que el perro realice ciertos actos naturales. A veces, por casualidad, se la encuentra sin el perro, es entonces una encantadora señora, noble y espiritual. Pero en cuanto el perro aparece, se olvida de todo lo que no sea él, en cuanto aparece: en estampa o en recuerdo. Pierde entonces toda medida de la resistencia del prójimo y el tema se vuelve único en insufrible.

En mi familia existe un caso inverosímil a este respecto. Mi prima Luchy tenía desde soltera un perro galgo. Se casó y el perro se fué con ella a su nueva residencia a Los Leones. A su marido no le hacía mucha gracia el animalito, que comía en la mesa con ellos, sentado en su silla; que se bañaba en el mismo baño; que dormía en un canasto al lado de la cama de Luchy, que era el acompañante obligado de paseos y salidas, fueran donde fueran, porque el perro esperaba en el coche, hay que reconocer que muy juiciosamente sentado, cuando iban al teatro o a alguna visita o invitación. Al principio todo marchó más o menos bien, pero después empezaron las discusiones porque marido y perro se tomaron ojeriza y si el perro hacía cualquiera de las gracias que mi prima consideraba geniales — de común hoyos en el jardín o matar gallinas — el marido montaba en una cólera digna de Júpiter tonante, y cuando él se acercaba a Luchy con intenciones afectivas, el perro empezaba a gruñir en forma poco tranquilizadora. Los pleitos llegaron a un punto tan grave, que ya se hablaba de «separarse» y hasta se insinuó el «anularse». Pero el Dios que protege a los matrimonios jóvenes los favoreció en forma de camión que atropelló al galgo y lo mandó al limbo de los perros fieles de que habla Francis Jammes. Pero ahora, junto a la cama de mi prima, en el canasto que fuera cama del perro, está el retrato de éste, pequeña ridiculez que el marido tolera graciosamente, una vez que obtuvo su promesa jurada de nunca más tener un perro.

Claro es que a veces se juntan dos malos de la cabeza y entonces el espectáculo es completo. Pita y Mario poseen un perro ridículo, de una raza indeterminada, que compraron en una exposición en Hamburgo, la víspera de volver a Chile después de su viaje de novios. Dicen que es un ejemplar único en el país, pagaron por él un disparate y sufrieron a bordo lo indecible, porque el perro, que era aún muy guagua, no hacía otra cosa que llorar. Hay que ver lo que significa oír llorar un cachorro día y noche. Parece que gastaron otras sumas fabulosas para poderlo traer en el camarote. Es una especie de fox y organiza en su propio honor, cacerías a su manera. Caza zapatos, zapatillas de baño, pieles, plumas de sombreros, escobas, choapinos y cojines. A veces este par de locos llega a la casa y encuentran un verdadero campo de batalla: todos los cojines rotos, las plumas volando por el aire, las empleadas que tienen orden "de no contrariarlo al pobrecito" despavoridas y al perro, triunfante, en medio de esta batahola, corriendo liebres imaginarias por toda la casa. Y hay que ver los ojos admirativos que ponen ambos ante esta pequeña maravilla...

Bueno. Creo no pertenecer a esta legión de gentes desequilibradas. Quiero mucho a Rex, lo cuido, se le proporciona todo lo que sea agradable a su alma de perro bueno. Pero nunca agobio a nadie con sus hechos, ni nunca lo impongo como una obligación.

En la casa, también lo quieren mucho, se juega con él, se preocupan de sus necesidades. Lucho tiene cierta debilidad por él y es tal vez quién más lo mima. Pero Rex es siempre un perro, discreto y bien educado, feliz porque a nadie se le ha ocurrido atormentarlo, sacándolo de ese plano para obligarlo a ser un perro-niño, sin ninguna de las ventajas del último y con todas las contrariedades de la vida de perro.

Y si a veces ha sentido la tentación de regaloneario en exceso, me acuerdo de la galería lamentable de mis conocidos, ridiculizados por su desordenado amor a los animales, galería de la cual he sacado algunos cuadros para ponerlos ante los ojos de ustedes.

Ojalá que estas pequeñas historias ejemplarizadoras pongan en buen camino a aquéllas de mis lectoras en mal de «perro consentido».

BARBARA

Señora MORAL

MATRONA

ESPECIALISTA de fama reconocida. Atiende embarazos y partos, ya sean normales o patológicos. Diagnósticos, curaciones, tratamientos, suturas, esterilidad y cualquier caso urgente o difícil. Atención médica. Consultas gratis. General Mackenna 1038, 1.er piso, departamento 1. Teléfono 63688. (*No hay* plancha).

guapina, la libertaria

Por

J. F. Arias Campoamor

I

Sabía perfectamente Fermín Pastur que la mejor hora para aquellos diálogos secretos era, sin duda después de comer, mientras las gentes descansaban, antes de retornar a la mina. Lo sabía porque siempre había vivido en Pomarada, sin otro horizonte visible que la capital de la provincia. Pruelina, a donde iba algunas veces desde que andaba metido en la política del partido obrero...

Como secretario del Sindicato y leader del extremismo revolucionario, había de ir, burlando la vigilancia de la fuerza pública, carretera adelante, a recibir determinada consigna. Y era que la Directiva de Madrid había acordado yugular — he ahí la palabra del momento — el avance victorioso del partido católico de los Benedictinos con una acción vigorosa.

¿Cómo le llegaban las noticias? Venían de Pruelina, y siempre por conducto distinto. La Directiva de la capital enviaba generalmente un rapacín, un chiquillo, en bicicleta, y cada vez en lugar diverso de los alrededores.

En los diarios paseos, Fermín Pastur meditaba profundamente. ¡Quién había de decirle que el hijo de un minero, semi-intelectual, auto-didacto, ex sacristán de la parroquia, antiguo colaborador poético de "El Eco de Pomarada", había de venir a parar en una de las esperanzas de hombre de acción del nuevo régimen!

Y después, parándose en lo menudo y circunstancial. ¡Qué magnífica temporada aquélla si no oliese sangre!

Había dejado la mina. Por las mañanas trabajaba en las oficinas del partido; por las tardes daba su intencionado paseo, y al anochecer, en el «chigre» del «Libertario», reuníase con la Directiva del Sindicato, y allí, al socaire de la pipa, en voz baja...

La carretera lame el río, y éste atraviesa la cuenca entre una doble fila de castaños. A pleno sol y en la plena actividad de los altos hornos, con la plancha de humo espesa sobre las casas, pequeñas, sin línea armónica, no tiene Pomarada nada de atrayente; pero al doblar la carretera se olvida la fábrica y vuelve la gracia íntima y suave del paisaje astur. Fermín evocaba entonces sus tiempos de poeta. El río cantaba en su espíritu una tonadilla saudosa, que le disminuía el ímpetu rebelde.

¡Y que todo aquello — pensaba — tan amado por él había de estallar el día, el gran día! En el "chigre" se disipaban sus melancolías del paisaje; al fin la tristeza de lo que, por fuerza, tenía que romperse substituíase por el optimismo de lo que se creaba.

Allí estaba Fermín en su elemento. Su palabra fácil, vehemente y artística dejaba suspensos a los compañeros y, sobre todo, a... Guapina.

En todas las cosas del hombre hay mezclada una mujer. Y no obstante en Pomarada nadie sabía que el fervor revolucionario de Fermín — de aquel hombre desmedrado, paticorto, con una cabeza bella y noble — había una cuestión de sexo. Conocía su poco éxito con las mozas, y tal vez se hubiese pegado un tiro si no viese en lontananza las posibilidades que le ofrecía el libre amor. La justicia económica no le estimulaba bastante. Soltero, sin familia y sin vicios, sus necesidades materiales estaban cumplidas con lo que el Sindicato le pasaba desde que, nombrado secretario permanente, había tenido que dejar la mina. Vivía con holgura dentro del ambiente proletario de Pomarada.

II

Cuando las mozas iban al cine y las viejas al rosario, ellos entraban el "chigre".

El último que llegaba y el último que salía era Pastur. Llegaba el último porque, al fin, era el más caracterizado de la reunión, y se marchaba, asimismo, el último, por... ya hablaremos de esto.

Bebían sidra y charlaban animadamente.

Quién más vociferaba era Penedo, el sastre, un hombre bondadoso, que afirmaba la necesidad de la mano dura en la hora revolucionaria, y, en cambio, decíase en Pomarada que recibía mansamente las palizas que le daba su mujer.

Otro contertulio era Casteleiro, un gallego de origen dudoso, con un silencio y un gesto inquietante en la figura. Nadie sabía en concreto la historia del gallego Casteleiro, y sólo por conjeturas suponían que había sido muchas cosas inconfesables en Buenos Aires; acaso «gancho» en la trata de blancas... En Pomarada, los fervorosos, los ortodoxos, como Pastur, no creían en sus convicciones comunistas: sabían que era el pistolero futuro a quien tendrían que abonar sus riesgos.

También a veces caía por allí Pepín de Busdongo, el popular Pepín de Busdongo, el Rodolfo Valentino de la revolución social.

Cuando esto ocurría, las discusiones tomaban un aire frívolo, y como hubiese en Pomarada muchos "Pepines de Busdongo", ya podía echarse a dormir el partido católico.

Pepín era el revolucionario de la flor en el ojal.

Al dueño de la tienda, Antón, el "libertario", le revolvía la bilis Pepín de Busdongo.

—Ese rapaz — decía — tiene alma de mujer. No se da cuenta de lo que hierve sobre su cabeza.

Y es que Antón pertenecía a la

fauna de los convencidos, como Fermín Pastur, hasta el punto de que, teniendo una finca en arriendo, la taberna y varios prados, todo lo renunciaba por el éxito de la causa. En sus convicciones había querido educar a Guapina, y, al parecer, la hija seguía la trayectoria de su padre, menos en el asco que su padre tenía hacia Pepín de Busdongo.

Este había adoptado un aire socarrón con Fermín Pastur.

Le decía, abrazándole:

—¿Qué hay, pequeño Lenín? ¿Cuándo va a ser aquéllo?

—¡Aquéllo, qué!

—¡Hombre! La revolución social. ¿Qué otra cosa tenemos en puerta más que eso? Y..., adoptando un aire confidencial:

—Oyeme. ¿Y qué me va a tocar a mí?

Tales pitorreos podían ser tolerados en otra época, en aquella lejana de las primeras propagandas de Manuel Llanada, cuando el socialismo era un sueño remoto. Ahora, no. Ahora, la cosa iba en serio: había hombres en abundancia, dinero, armas, un pretexto político, todo... ¿A qué esperar?

Y el grito de insurrección armada daríase allí, en Pomarada.

¿Qué había de ocurrir con Pepín y los Pepines?

Fermín Pastur le tenía lástima, y a sus preguntas chungonas le contestaba:

—Antes de saber lo que va a tocarte, piensa si sirves para algo, porque al que para nada sirve, la revolución lo elimina...

—Bien, bien — replicaba Pepín—. Ya veremos quién elimina a quien.

Una tarde, las noticias recibidas de Fruelina fueron más concretas.

Fermín Pastur leyó en el "chigre", debajo de la bombilla, detrás de una pipa, la comunicación. Antón, previsoramente, cerró la puerta.

El plan era completo. Y el éxito, seguro.

Fermín les contó que las armas, en una enorme abundancia, estaban escondidas en San Esteban y Gijón.

Castelelro, con su cuenta y razón, dijo:

—¿Y el dinero? ¿Hay mucho dinero?

Fermín replicó:

—Hay dinero, desde luego; pero el dinero lo encontraremos en los Bancos.

Antes de terciar, Penedo, el alfayate, el sastre, rumió la objeción:

—¡El dinero! ¡El dinero! Pero, ¿no va a suprimirse el dinero?

Silencio. Todas las caras se volvieron hacia el "intelectual".

Nadie, a excepción de Pastur, sabía qué decir.

Este aclaró:

—El dinero se suprimirá el día de mañana, en la medida que sea posible, porque las cosas no pueden hacerse a tanta velocidad.

(Continúa a la vuelta)

EL ESPLENDOR DE LA CORTE IMPERIAL DE VIENA
REVIVE EN LA FAMOSA OPERETA
DE OSCAR HAMMERSTEIN,

(THE NIGHT IS YOUNG).

"LA NOCHE ES AZUL"

Creación de

RAMON NOVARRO

Y

EVELYN LAYE

Esta obra, cuyo argumento se basa en los románticos amores de un archiduque y una muchacha del Cuerpo Imperial de Baile, ha sido realizada bajo un lujo deslumbrador y con ese enternecedor sentimentalismo que caracteriza a toda opereta vienesa.

Película METRO-GOLDWYN-MAYER que se estrenará el próximo

Martes 2 de julio.

en el Teatro

SPLENDID

GUAPINA, LA LIBERTARIA

(Continuación de la vuelta)

Aún en Rusia no han podido conseguirlo. Ahora nosotros tendremos que utilizarlo, entre otros motivos, para pagar a unos cientos de sirvergüenzas que sirven a todas las revoluciones.

Lo dijo sin ironía, pero Casteleiro, disimuló cierta molestia interior, subiéndose los pantalones y apretando la cuerda que los sujetaba.

Aprovechando esta coyuntura, Fermín improvisó una amplia disertación sobre la vida rusa, resumen de sus cuantiosas lecturas de la editorial Orto.

Aunque hablaba sencillamente, sin pedantería, el calor emotivo de su honrado convencimiento daba elocuencia a sus palabras, y aquel hombre sin gracia alguna física se envolvía en un halo de luz de espíritu...

Guapina, absorta, escuchaba...

El padre una vez le preguntó:

—¿No te gusta Fermín?

—No, padre; no me gusta Fermín. Como hombre, digo. ¡El pobre es tan feo!

—En cambio, continuó el "libertario", no quisiera creer que miras con buenos ojos a ese sirvergüenza de Pepín de Busdongo.

—Ni con buenos ni malos ojos, padre. Pero Pepín, a lo que parece, es un buen sujeto.

—Nada de eso, Guapina. Mi palabra que Pepín tiene entrañas de señorito, de mal señorito, porque es hijo de pobre y pobre es él, más pobre por ser zánganu y trabajar sólo cuando le aprieta el hambre. ¡Si ese pelanas fuera algo...!

Tuvieron que callar, porque Pepín el de Busdongo apuraba el último "culín" de sidra y se desperdigaba, pasándole el brazo por la espalda a Pastur en son protector.

Al cruzar por delante del mostrador, donde estaba Guapina, acarició la barbilla de ésta, y el oído con estas palabras:

—Aunque a tu padre le moleste... ¡amigo Antón, no me mire con esa cara! Aunque a tu padre le moleste todo lo que huele a reinas, yo te digo que en Pomarada no hay otra...

Guapina se puso colorada, porque, apodándose "la Libertaria" y siendo hija de un comunista, aún conservaba un pudor que sería bien quisto en el partido católico.

III

Cuando se puso en marcha la revolución, Pomarada se aisló del resto del mundo, y fué un pequeño Estado, con sus murallas, que eran los montes, circundantes de la cuenca minera. Fermín Pastur, elevado a presidente del comité directivo, subrayó en esta hora solemne todas las cualidades de hombre de acción.

Copadas las fuerzas leales del viejo régimen, instalado teóricamente el comunismo libertario, el nombre de Fermín Pastur, corriendo de boca en boca, adquirió un relieve extraordinario, y sus proclamas, lanzadas por la noche, explicando el proceso del movimiento subversivo, y las alocuciones en medio de la plaza para caldear los entusiasmos, dióronle una popularidad tal, que parecía haberle aumentado también la estatura.

Pepín de Busdongo se había nombrado él mismo secretario particular del jefe y no perdía ocasión de acompañar a Pastur en sus actividades, encargándose de servicios concretos con carácter oficioso...

Continuaba el "chigre" siendo edificio social del comité directivo, y al propio tiempo, residencia castrense del generalísimo. Agotadas las pipas — porque en tiempos de excitación se bebe copiosamente — mediante unos vales firmados por Pastur, otras pipas fueron traídas de bodegas "sospechosas", y Guapina, durante el día, no daba paz al trabajo de sus brazos redondos y morenos.

Penedo, recordando, sin duda, las palizas de su mujer, soñó un anochecer en el amor libre y en el ejercicio de éste en una elección afortunada.

—La cuestión de la comida está resuelta, sobre todo, mientras los comercios no agoten las existencias; ahora, lo de las mujeres, no lo veo... Aquí, cada cual sigue con la suya.

—Tú, ¿qué quieres? — preguntó Fermín.

—¡Hombre! Que firmes también unos vales...

A Fermín Pastur le produjo momentáneamente regocijo la puerilidad con que entendía Penedo el comunismo, pero no dejó de pensar que, efectivamente, el problema sustancial estaba sin resolver; por lo menos para él.

Hablábase de salvajadas cometidas por militantes. No lo dudaba. Pero eso no era el ideal puesto en marcha, sino la barbarie en acción.

Hasta que, llena su cabeza de orgullo de jefe como un globo de goma lleno de aire, una noche que siguió a un día de gran actividad, en el que tuvo que firmar seis sentencias de muerte, creyendo que la gloria revolucionaria le había transformado en un Adonis, habló a Guapina.

—Quiero unirme a ti libremente...

Guapina no supo qué contestar. Después rompió el silencio humilde, mansa...

—¿Me lo mandas?

—No: esto no puedo mandártelo: te lo pido. ¿Qué dices?

El padre, que presenciaba la escena, lanzaba chispas de satisfacción... ¡Que iba a ser el suegro del "leader"!

Y como ella anduviese con tardas respuestas:

—¿Qué tienes que decir a esto? ¡Contesta!

Fermín Pastur renunciaba a las insignias del mando. El hombre de la palabra como una tralla, el místico revolucionario que despachaba sin vacilar al otro mundo a los traidores a la causa, tenía temblores íntimos...

—No; no le ordene... Esto ha de decirlo ella con toda libertad...

En el nuevo amor debe haber, por lo menos, libre elección...

Guapina no hacía más que soslayar la respuesta concreta.

—Como Fermín nunca me había dicho nada...

Las cosas fueron cambiando en perjuicio de los hombres del Sindicato, y si bien Pomarada, donde la mayoría de las familias eran mineros y donde los víveres acumulados en los tiempos anteriores bastaban por el momento, el comunismo no había cedido un paso; no ocurría así en el resto de España, y, sobre todo, en Fruelina, la capital de provincia, que, dominada al principio, copada, estrangulada su resistencia poco a poco iba cayendo en poder del Ejército, leal al Gobierno.

Se organizó la marcha de tres mil hombres de la cuenca sobre Fruelina. Pastur quiso ir al frente de ellos, pero el Sindicato se opuso con voto unánime. "Para destruir — decía el Sindicato — hay muchos hombres capaces; para construír, pocos, y a Fermín, que es de los últimos, hay que reservarle de peligros innecesarios".

El cabecilla era, en realidad, Casteleiro, el inquietante gallego, que sabía manejar las ametralladoras y que tenía un alma fría de asesino. Pero Antón "El Libertario" era su control. Nadie se fiaba de Casteleiro, un afiliado que para trabajar en defensa del credo podía los sueldos por delante. Antón, sí. Aunque de no muy lucidos merecimientos intelectuales, era de la escuela de Fermín Pastur.

Pepín de Busdongo buscaba inútilmente un puesto de relieve que nadie le daba.

—Yo quiero ir a Fruelina — le dijo a Pastur.

—Vete — contestó éste, displicente.

—¿Con qué cargo?

—Vete a hacer méritos, como soldado de filas. En el comunismo no deben existir vanidades. Y quítate esa flor del ojal que, cuando todos los días se entierra a tanta gente, no están a tono los claveles reventones.

Al desfilar el ejército rojo por las calles de Pomarada, en dirección a Fruelina, la "Libertaria" actuaba de cantinera. A su lado iba el padre, y detrás, como un can revoltoso, seguíala Pepín de Busdongo.

Guapina, a pesar de su brazalete de evocaciones de sangre, tenía un aire bello y bueno. De la mejor gana Fermín le hubiese ordenado que no

(Continúa en la pág. 58)

La Serpiente Amarilla

POR
EDGAR WALLACE

(CONTINUACION)

—¡Quién sabe!... Este St. Clay es un pájaro extraño, pero generoso como un príncipe. No lo olvide usted, Narth; no lo olvide. Ya verá qué útil le será ese hombre.

—Pero, ¿qué es lo que hace? — volvió a interrogar Esteban Narth.

—¿En negocios, quiere usted decir?... Varias cosas. Tiene una gran fábrica en Peckham, pero además tiene otras cosas. Ha tenido usted una suerte loca, Narth. Le ha sido usted simpático.

—¡Ah!... — murmuró el otro sin que pareciera sentirse muy entusiasmado.

Spedwell le estaba mirando con una dura y extraña sonrisa en su poco atractivo rostro.

—Ha disfrutado usted de una vida muy tranquila, ¿verdad, Narth? — preguntó. — Quiero decir con esto, la clase de vida corriente en la City. Nunca se ha dedicado usted a las aventuras..., a derramamiento de sangre, ni ninguna de esas cosas emotivas...

—¡Oh, cielos! ¡No! — interrumpió Narth mirándole fijamente. — Pero, ¿por qué dice usted eso?

—Sólo por preguntarlo — dijo el otro con indiferencia. — Ahora, que no esperará usted ser un estafador **honrado**, toda su vida...

—**Estafador** no es palabra que me guste — contestó Esteban, agresivo.

—Ya me lo figuraba — comentó el mayor Spedell, persistiendo en su indiferencia, — pero quiero hacerle observar cuán imposible resulta conseguir todo, con sólo sentarse en un buen sillón y ponerse a planear nuevos proyectos. Indignarse por ello, no sería lógico ni de sentido común. Somos hombres de mundo y comprendemos perfectamente que la casa Narth Brothers no ha sido más que un engaño, un verdadero fraude, durante los últimos diez años. Y el caballero estafador... el **estafavor honrado**, termina siendo rico..., o da con sus huesos en una cárcel. Usted no ha hecho fortuna..., ni la hará tampoco.

Esteban Narth le miró frente a frente.

—¿Qué idea persigue usted con todo esto? — exigió, más que preguntó.

El mayor se retorció el diminuto bigote, pensativo.

—No hago más que prevenirle. Eso es todo — dijo, — Que no hay un solo ladrón que se escape de pasar por ese momento en que ha de probarlo todo..., ¡todo!, aunque no lo pruebe más de una vez. ¿Le molesta a usted que le hable con tanta claridad?

—Lo que es ahora..., no está usted empleando medias tintas, ciertamente — contestó con sarcasmo Narth. — Me ha llamado usted estafador y ladrón. ¡Si tiene que decirme algo más y más claro, dígalo de una vez!

El mayor acercó una silla al lado opuesto de la mesa y se sentó apoyando los brazos en ésta.

—St. Clay va a probarle y si usted se comporta al nivel que él quiere..., le va un millón en ello.

Narth le miró a los ojos.

—¡Un millón de libras esterlinas, se dice muy pronto..., pero es mucho dinero! — contestó.

—¡Más de un millón, le diré! — afirmó Spedwell, con decisión. — ¡Este es el asunto más grande en que usted se ha visto metido, amigo mío!

Esteban Narth llegó a irritarse. Un millón, aunque fuese un millón algo nebuloso, era una cantidad terrible; pero, ¿acaso no era él el heredero de la fortuna de Joe Bray?

—¡Bah!... No sé si eso me causa o no entusiasmo — dijo. — Joe Bray no era, precisamente, un pordiosero...

Por un instante, el brillo de una sonrisa cruzó por el rostro del militar.

—¿Cuánto se figura usted que va a sacar de esa herencia? — preguntó. Y añadió, precipitadamente. — Puede, puede ser que le alcance bastante...; pero todavía sacaría más de St. Clay si cumple usted su cometido.

Esteban Narth se sintió intranquilo y algo más desconcertado de lo que ya estaba. Por primera vez, desde que recibió la noticia de la muerte de Joe Bray, empezaba a dudar si estaría justificado su júbilo. Sin embargo, Joe Bray debió haber sido un hombre muy rico, dueño de importantes concesiones, que ayudaba con su fortuna a ciertos gobiernos. Sí. Lo que en la City se decía, era verdad; el viejo Joe debía haber sido inmensamente rico. Y este pensamiento lo alegraba.

A la una menos cuarto llegó Grahame St. Clay, perfectamente arreglado, vistiendo un traje gris de mañana y chistera de seda. Ahora pudo Narth hacer un examen más minucioso de él. Iba, quizá, atildado con

(Continúa en la pág. 72)

LA MUJER MODERNA

POR LA VISCONDESA ASTOR
(Miembro del parlamento inglés)

Muchas veces me han preguntado por qué motivo entré yo en la política. En este artículo me propongo explicar algunas de las razones que he tenido para ello.

Gran parte de las cosas por qué me intereso están a merced de la política — por ejemplo, la salud y las condiciones de vida de la infancia y las condiciones del trabajo en la juventud—; pero cuando ahondo un poco en mi pensamiento, comprendo que lo que a mí me llevó a la política fué algo más importante que todo esto: fué mi fe y mi esperanza en la mujer y la convicción de que a ésta nunca se le había dado oportunidad de poder contribuir plenamente a la solución de los asuntos de este mundo. El cuidado de los niños y la atención de todas las cuestiones sociales, son una parte de esos asuntos. Lo que a mí me animó a mezclarme en la política y sobre todo lo que me retiene dentro de ella, es mi firme convencimiento de que el mundo necesita de la mujer para el perfecto desarrollo de su vida política. Es verdad que el voto en la mujer tiene ya una historia, aunque muy corta; veinte años en el espacio de veinte siglos. Pero no necesitamos retrotraernos a tan lejana época, está demasiado remota. Nosotras sabemos que las mujeres tienen que haber ejercido una gran influencia sobre sus maridos y sus hijos, y sabemos que ha habido reinas y princesas y hasta cortesanas famosas, que han tenido un enorme influjo en los destinos de su país. Pero la influencia de la mujer en la vida pública manifestada por medio del poder y del voto femenino, es una cosa nueva en el planeta.

A mi modo de ver, hay pocas cosas más interesantes que la historia de la lucha de la mujer para conseguir su libertad social y política. En cuanto al pasado, bástenos decir que hasta mediados del siglo diecinueve, las mujeres como clase, estaban consideradas mental, moral y físicamente como inferiores al hombre.

Ved las novelas de Jane Austen. Son libros completamente deliciosos y sus heroínas son seres reales, dotados de cerebro, de inteligencia y de carácter; pero en todos esos libros se ve palpablemente la tristeza, la locura y la vaciedad de esas vidas de mujeres, aún de las más afortunadas.

Lo terrible para ellas era que nada tenían que hacer sobre la tierra. A las mujeres de lo que en Inglaterra se llama la "clase alta", se las enseñaba a querer, a presentarse en un salón con gracia y elegancia; pero nada más; y esto era más o menos lo que pasaba en los Estados Unidos. En éstos mejor aún, porque allí no era tan arraigado el sistema de los convencionalismos. En Inglaterra los prejuicios y convencionalismos sociales eran un marco de hierro dentro del cual tenían que actuar las señoras, so pena de dejar de serlo.

Este era el sistema de vida para las mujeres afortunadas en el siglo diecinueve, y aunque en distinto terreno, el marco era igual para las mujeres de la clase humilde. De esto podemos fácilmente convencernos si leemos las obras de Josefina Butler. Era ésta una gran mujer, si alguna lo ha sido, la primera que se propuso levantar el nivel moral de la mujer y luchar para conseguirlo contra todos los obstáculos e inconveniencias que encontró en su camino. Ella iba a los talleres y a los hospitales y a todos los sitios donde podía encontrar a los desvalidos de la fortuna, y así pudo encontrar en su camino, madres solteras, mujeres que habían caído y habían sido abandonadas. A todas ellas Josefina Butler las confortó, las ayudó a levantarse y las favoreció. Y cuando se convenció de que no bastaba con levantarlas, se dedicó con todas sus energías y con toda su alma a la tarea de cambiar las leyes referentes a estos asuntos. Esto sucedía muchos años antes de que las mujeres soñaran siquiera en conseguir derechos ciudadanos.

Poned en parangón todas estas vidas vacías de las mujeres de fortuna y la sórdida muerte de las desventuradas y veréis que el antiguo sistema de cosas significaba que las

Las mujeres inglesas se mezclan en política.

En Turquía, las mujeres se preparan para liberarse.

Con Hitler... las mujeres alemanas han perdido toda apariencia de libertad.

LA POLITICA

Lady Astor, autora de este artículo.

mujeres nada podían hacer dentro de la legislación entonces vigente para ayudarse unas a otras, aun cuando lo desearan ardientemente; sus voces se perdían en el desierto.

La idea de que las mujeres eran seres inferiores, trajo consigo lastimosas realidades. No se había pensado en proporcionarles educación ni en otorgarles el derecho de propiedad. No tenían derecho ni aún sobre sus propios hijos, ni podían siquiera firmar un contrato legal ni un testamento sin la voluntad de su marido. Y esto era efectivo lo mismo en Inglaterra que en los Estados Unidos hace poco menos de cien años, y esas normas regían para todas las clases de la sociedad. Si una mujer trabajaba para ganarse la vida, se le pagaba una miseria, y lo poco que ganaba pertenecía al marido. Los mismos maridos todopoderosos tenían el derecho de vapulearlas por cualquier futileza, con tal de que el palo con que las acariciaban no fuera más grueso que el dedo pulgar de su mano; y si el marido tenía por conveniente tener prisionera a su mujer en su propia casa, la mujer no tenía quién la defendiera de este atropello. Hasta Lutero, que fué una lumbrera intelectual, decía que era justo tratar en esa forma a las mujeres. "Si una mujer — decía — se debilita, se fatiga o se muere por el embarazo, eso no importa; dejadla que se muera, que para eso ha nacido".

Ahí tenéis el pasado de las mujeres que en la actualidad gozan del derecho a votar. Han tenido que luchar bravamente contra todos estos prejuicios, y sólo han llegado a ser consideradas como ciudadanos en Europa y en los Estados Unidos desde hace apenas veinte años. No es de admirarse entonces que en materia política estén todavía en estado de inferioridad!

Empieza el movimiento feminista. —No voy aquí a describiros todos los pasos que las mujeres han tenido que dar para su emancipación durante el siglo diecinueve; pero creo que sería interesante evocar los acontecimientos que dieron origen a su primera organización, porque esos acontecimientos sucedidos en los Estados Unidos tuvieron su repercusión inmediatta en Inglaterra. Fué en 1840, y la ocasión fué una gran conferencia internacional de las sociedades que combatían la esclavitud. Los americanos

Las mujeres ayudan al desenvolvimiento de la nueva Checoeslovaquia.

En Italia, Mussolini decide cuáles son los temas que puede estudiar la mujer.

eran, desde luego, de los más interesados en este movimiento y había la seguridad de que enviarían la delegación más importante; pero cuando llegó a Londres esta delegación, se vió con sorpresa que en ella formaban parte cuatro mujeres de siete que eran sus miembros. Una de ellas era Lucrecia Moth. Todas las delegadas eran cuáqueras notables, de elevada posición social en su país; pero en Londres produjo sensación y sorpresa su presencia. Los hombres que habían organizado la conferencia, se negaron a admitir en sus sesiones a las mujeres norteamericanas, y éstas se vieron obligadas a tomar asiento en la galería y no tomar parte en las deliberaciones. William Lloyd Garrison, que era el más caracterizado abolicionista, se manifestó tan indignado con aquel proceder de la asamblea, que fué a sentarse con las mujeres en la galería, diciendo que "prefería estar en compañía de las señoras". Esta actitud produjo, como es consiguiente, una enorme sensación en el elemento radical

(Continúa en la pág. 58)

Siluetas de la moda

En París, estos días que allá son de verano, sorprenden a la mujer vestida con traje sastre, ya sea el clásico de líneas masculinas o el otro, en que reina una mayor fantasía. Y en estos días que para nosotras son de invierno, la mujer de Santiago de Chile viste también el traje sastre en cualquiera de sus modalidades.

Lo cual quiere decir que el traje sastre es rey y señor, con todos los atributos del caso, por obra de S. M. la MODA, contando millones de fieles súbditas en el mundo entero.

Acá la vemos realizado en telas gruesas, muchas de ellas semejantes a las que usan los hombres en sus ternos, pero destinadas sólo al tailleur de corte obrio. Si el género es gris, los accesorios serán obscuros, ya sean en tonos marinos o en un cierto verde en que hay mucho azul. Si el género es de color claro, los accesorios serán obscuros. Hemos visto un traje recién llegado de Europa para una de nuestras más elegantes señoras jóvenes. Estaba compuesto de una falda trabajada en piezas muy angostas — en total ocho — con un poquito de godet abajo y cosidas con doble costura pespuntada, hecho en un género azul marino peinado como si fuera de un animalito. La chaqueta tres-cuartos era raglán, suelta, muy acampanada en la espalda, una especie de bufanda, cerrada por un broche formaba un cuello militar del cual salía un jabot, todo en el mismo género del traje. La blusa era de jersey de angora, muy delgado, muy liso, de corte estrictamente camisero y en color pan quemado. El sombrero, los guantes, la cartera y el calzado eran de gamuza de este color, que es un beige que tiene algo de amarillo. Elegantísimo conjunto para la mañana.

Otro modelo que hemos admirado en las carreras, tenía una falda también hecha en secciones, pero sólo en el delantero, la parte de atrás era lisa; chaqueta clásica un poquito entallada, todo en azul marino. Toca rusa de armiño de verano en color natural. Blusa de crepe azul cerrada adelante por dos flores de gamuza blanca, como también era de gamuza blanca el cinturón de gran hebilla metálica que limitaba falda y blusa. Calzado, guantes y cartera de cuero azul, perforado. Muy chic llevado por una jovencita rubia de grandes ojos azules y pelo rubio ceniciento que recién ha hecho su estreno en sociedad.

La temporada de bailes se ha iniciado para gran alegría de la juventud y en ellos se ha podido admirar una serie encantadora de debutantes. Los trajes en su casi totalidad son de estilo, copiando modas de otros tiempos, con corpiños ajustados al talle que se marca estrechamente, amplias las faldas, con bertas en los escotes o con mangas abullonadas. El tafetán, el organdí de seda y el terciopelo son los materiales predilectos, aunque estén en gran mayoría los dos primeros. Las flores forman adornos adorables sobre estas telas preciosas y livianas. Los zapatitos son por lo general de lamas o de telas metálicas. Y el peinado es de cortos crespos que dan a las muchachitas aire de jóvenes adolescentes de la Grecia antigua.

IVONNE.

Tendencias de la moda

En el tailleur dibujado arriba de la página, la chaqueta larga y ajustada es de lana angora color mazilla; las vueltas se prolongan en cortes redondos por encima de la cintura. Falda en tono café.

A la izquierda, tailleur de franela obscura; chaqueta ajustada a la cintura por dos cuchillas y bolsillos ribeteados.

Abajo, tailleur sencillo en lana negra. Chaqueta cerrada por una pata que pasa a través de dos ojales; blusa de piqué con gran rosa.

Arriba, blusa rayada escocesa adornada de una pieza recogida en el cuello y dividida por una pata abotonada.

Debajo de la anterior, esta linda blusa de crepe satén blanco, adornada con vuelos finamente plisados, en la delantera y abajo de las mangas.

LOS DEPORTES NECESITAN VESTIDOS SENCILLOS

1.— Esta falda de lana gris, adornada de un solo bolsillo, se acompaña con una blusa de lana escocesa con pequeña corbata gris. Botones de madera.

2.— En jersey café rojizo este vestido de dos piezas; botones de cuero. Cuello de hilo blanco.

3.— Vestido en lana chinesca con fondo gris; botones de acero ribeteados de azul marino adornan la chaqueta y el cinturón que se anuda en la espalda.

4.— Vestido de kasha azul grisáceo; la chaqueta abierta sobre una blusa tejida de lana rojo obscuro está cerrada por botones en forma de colleras cosidas con lana roja.

5.— En lana rayada gris, dispuesta en diferentes sentidos está confeccionado este trajecito, adornado con cordones de lana roja; botones rojos.

LOS DEPORTES NECESITAN VESTIDOS SENCILLOS

6.— *Vestido en lana azul marino con el cuerpo cortado y abotonado; el cinturón está adornado con dos cordones unidos por un gancho de acero.*

7.— *Vestido beige en lana de fantasía; clips dorados cierran los cortes de la chaqueta; echarpe tejida en tonos verde, café y beige.*

8.— *En franela a cuadros en varios tonos de beige este simpático vestido, está adornado con botones bombés de madera.*

9.— *Vestido de jersey verde obscuro; gruesos cordones de lana angora pasan por ojales de acero.*

10.— *Este vestido en fina lana mezclada gris está adornado de cortes y alforzas. En el cuello, mangas y cinturón, lentejuelas cosidas con lana gruesa de tono vivo.*

En los días de lluvia

1.— Abrigo en seda clara impermeable, de forma amplia y mangas raglán. Se completa con un echarpe con pliegues en el cuello. Las patas de las mangas también están adornadas con pequeños pliegues.

2.— Impermeable de seda roío para jovencitas; el nudo de la corbata y las patas de los bolsillos son de seda impermeable blanco y negro. Doble hilera de botones y cinturón ajustando el talle.

3.— En tusor azul impermeable se confecciona este abrigo de lluvia. Los tres bolsillos y la pieza del cuello, así como los puños, están adornados con pabilos. Un pliegue en mitad de la espalda da la amplitud necesaria.

4.— Abrigo en satén impermeable con pequeña capa; piezas verticales forman los bolsillos. Corbata escocesa.

5.— Abrigo para la lluvia en seda impermeable a cuadros. Encantadora forma raglán con bolsillos colocados al sesgo.

6.— Raglán de cuero café con bolsillos abotonados. Parte baja de las mangas apretadas por una pata.

7.— En lana mezclada forrado en tela impermeable este abrigo con canesú que termina más abajo del hombro formando una pequeña capita sobre las mangas.

8.— Abrigo en satén impermeable con cuello subido. Orillas, bolsillos y cinturón pespuntados.

9.— En marrocain de lana verde, este raglán cruzado. Bolsillos con vueltas abotonadas.

10.— Traje de deporte con falda amplia en lana café obscuro. Chaqueta escocesa impermeable en fondo beige; el cuello, patas de las mangas y cinturón están hechos con piezas cortadas al sesgo y cerradas con hebillas de metal.

Trajes para

1.— Elegante vestido en marrocain de seda negro. Pechera de piqué de seda blanco adornada con botones. Ribetes del mismo género del vestido.

2.— Vestido de tarde en marrocain ricamente adornado de pequeños pliegues pespuntados. Corbata en forma de rosa.

3.— Elegante vestido de terciopelo; la casaca está cerrada de arriba abajo por dos hileras de clips niquelados. Corbata de seda blanca con lunares rojos.

4.— De lana bouclé negro, gris claro y blanco, sobre fondo verde obscuro, este sencillo vestido. Cinturón de cuero verde, cuello de piqué blanco.

5.— Muy práctico este vestido-casaca en kasha, con cuello de piqué blanco.

6.— Para toda hora este vestido de lana escocesa, empleando el dibujo en distintos sentidos. Cinturón de cuero, cuello de hilo blanco y corbata de seda.

7.— Abrigo de paño rojo de forma ligeramente acinturada. Gran cuello y puños de piel.

8.— Traje en lana de ejido diagonal. Falda sencilla y chaqueta ajustada orillada de piel.

9.— Elegante abrigo en bouclé azul con corbata y adorno de las mangas en piel.

10.— Abrigo de forma raglán en lana de tono claro. Los bolsillos, vueltas, cinturón y mangas están adornados con pespuntes.

11.— Traje con falda lisa y vueltas de la chaqueta en lana escocesa. Chaqueta de lana en un solo color.

12.— Abrigo de invierno en lana café obscuro con cortes pespuntados. Gran cuello de piel amarrado con dos tiras de la misma tela del abrigo.

Vida y confesiones de Gabriela MISTRAL

V

El periodista Juan José de Soiza Reilly, en 1926, en una entrevista bonaerense, trata el romance de Gabriela Mistral, y dice entre otras cosas: «Sus íntimos, su madre vieja e india que vive todavía en La Serena, sus propias hermanas y sus amigas de la juventud, permiten al viajero argentino reconstruir en su ausencia la historia verídica de su único amor».

La fantasía del periodista lo ha extraviado por lamentables caminos. Asigna a Gabriela Mistral varias hermanas. La poetisa sólo tiene una. Y con gran desparpajo sitúa a la madre de la artista en la raza india. ¡Y estas aseveraciones de Soiza Reilly fueron reproducidas en muchos diarios de nuestro país!

Al hablar de Romelio Ureta, lo sitúa en la Patagonia, sitio que éste probablemente nunca conociera, y refiriéndose al afecto de la Mistral, asegura: «Ella lo amó con un amor que encendía sus últimos poemas. Y han pasado veinte años... Ella lo amó de amor, de sacrificio, de locura. Sólo que el hombre preferido no pudo comprender que aquel fuego era suyo. Y cuando ella se extasiaba mirándolo, ebria de su misma pasión, él sonreía socarronamente:

«—¡Vaya con la maestrita! Eres una romántica.

«El pobre no sabía que él — tan tosco, tan prosaico — llegaría a ser con el tiempo la fuente inspiradora del más alto y armonioso lirismo de la América actual.

«Y aquí viene lo triste. El dolor más grande de Gabriela... Su ideal, el hombre que ella había idealizado dentro de sí misma, era un ser cuya belleza moral estaba en los ojos con que ella lo miraba. Era un hombre común. Se emborrachaba, gastando su sueldo en la cantina...

«Dolor de los dolores. Fué inútil que ella le predicara sermones de moral. El doncel idealizado fué despedido de la empresa ferroviaria. Tuvo que ingresar en una tienda como modesto dependiente.

«Un día, necesitando dinero para satisfacer su vicio alcohólico, el muchacho extrajo de la caja del patrón un fajo de billetes de Banco. Esa misma noche, ebrio y arrepentido de su acción, se pegó un tiro. El eco de ese tiro es Gabriela Mistral. Sin ese tiro Gabriela no se hubiera encontrado a sí misma».

Hasta aquí con el periodista argentino Soiza Reilly. Nada, por cierto, más distante de la realidad que el cuadro que traza el párrafo transcrito. Romelio Ureta fué un buen muchacho, que no alcanzó a vivir su vida plenamente. No era ese personaje de taberna, alcoholizado que presenta el periodista argentino. Los insubstituíbles recursos policiales de Soiza traen a cuento la caja de caudales del patrón, las dudas de Ureta, el fajo de billetes de Banco — incurablemente viejos ya en Pérez Escrich — y tampoco faltan los remordimientos ni el revólver, el disparo y la muerte.

La biografía de Romelio Ureta es muy simple. Fué un muchacho modesto como tantos otros de su generación, de escasa o nula cultura y que las tristes circunstancias que ya hemos mencionado, impulsaron a suicidarse, después de su defraudación en los Ferrocarriles. Por esos años Gabriela Mistral estaba muy lejos de la celebridad. Hallábase casi en consonancia con este muchacho de su misma posición social y que abandonaba el turno de los trenes para llegar hasta «La Cantera» con su ofrenda de flores y palabras de amor.

Muy poco antes de su tragedia, Ureta dió en visitar otras amistades. Y parece que sobrevino una ruptura entre él y Lucila Godoy. Y es sin duda aquella anónima bienamada la que hará decir a Gabriela Mistral estos versos de intensa belleza:

«El pasó con otra
y le vi pasar.
Siempre dulce el viento
y el camino en paz.
¡Y estos ojos míseros
le vieron pasar!

El va amando a otra
por la tierra en flor.
Ha abierto el espino,
pasa una canción..
¡Y él va amando a otra
por la tierra en flor.

El besó a la otra
a orillas del mar.
Resbaló en las olas
la luna de azahar
y no untó mi sangre
la extensión del mar.

El irá con otra
por la eternidad.
Habrá cielos dulces.
(Dios quiere callar).
¡Y él irá con otra
por la eternidad!

(Continúa en la página 55)

Las manos

En el rosal zarpado i poderoso
como Holofernes vejetal, ha entrado
mi brazo, del acero iluminado,
e hirió con seco golpe numeroso.

Tiene como Roldán cuarenta heridas
el rosal mío, i se las seca el viento
Mas mis manos quedaron del violento
como por lengua de león lamidas.

Ahora descansan en la maravilla
de un descanso profundo abandonadas
i grito al ver las dos ensangrentadas
salamandras que son en mi rodilla

Pepito y su pandilla

De la Pantalla

Gary Cooper, el gran actor de Paramount, a quien veremos en breve en su más reciente producción, titulada "Los tres lanceros de Bengala".
(Foto Paramount)

Noticias últimamente recibidas de los estudios californianos, nos indican como una novedosa producción, aquella titulada en inglés «Reckless» y que podríamos traducir desde luego y con permiso de la Metro-Goldwyn-Mayer, que es la editora, en «La atolondrada». En esta obra figuran Jean Harlow, William Powell, Franchot Tone y May Robson. La bellísima Harlow aparece aquí en un team con William Powell, dando así cierta apariencia de realidad al por tanto tiempo bullado rumor de amoríos entre ellos en la vida real. Los mismos estudios anuncian también la notable opereta «Naughty Marietta», o lo que es lo mismo, «La pícara Marietta». Allí tendremos ocasión de oír a la encantadora Jeannette Mac Donald con el celebrado cantante norteamericano Nelson Eddy, de quien se hacen los más elogiosos comentarios como actor y artista adaptado para la clase de papel que estas piezas requieren.

Estas son tan sólo dos obras de este género en un vasto número que se están filmando o acaban de filmarse en Hollywood. El triunfo de la opereta en la pantalla es un hecho. Pero he aquí, que este año 1935, nos ha traído una sorpresa y una novedad para la cinematografía. Con «Serenata de amor», después con la «Sinfonía inconclusa» y ahora con «La canción del adiós», un nuevo horizonte se abre a las producciones cinematográficas y una feliz y novedosa modalidad y relación musical se establece entre el argumento de una película y su música.

Necesitaríamos muchísimo más espacio para analizar estas tres obras y circunscribir las características más resaltantes en la estructura artística de estas tres citadas obras. Bástame por ahora hacer notar en cuánto gana el valor emotivo, la fuerza sentimental, diremos, del argumento si éste viene sugerido a través de una melodía familiar. Es natural que con el advenimiento del cine sonoro fuese la música la que tuviera la mayor influencia en la cinematografía moderna y que fuera alrededor de ella que se desarrollaran todas las revoluciones en la técnica y en la contextura de la producción fílmica. Pero eso no quiere decir que en otros campos relacionados con la técnica cinematográfica no haya también señas de activi-

Shirley Temple, la maravillosa pequeña gran actriz, con sus últimas interpretaciones se ha puesto a la cabeza de tanto actor niño que hay en Hollywood.
(Foto Fox)

Carl Laemmle, hijo, vicepresidente de la Universal, durante una visita a los sets donde se filma "Princess O'Hara", se dedica a firmar autógrafos, a los interpretes de dicha cinta, que son: Jean Parker, Anne Howard, Dorothy Gray, Leonel Erroi, Pepi Sinoff y Vince Barnett. (Foto Universal)

En esta sola fotografía podemos gozar del perfil y del frente de Jean Muir. (Foto Warner Bros)

dades nuevas y de portentosos descubrimientos. Como prueba de este aserto, señalemos la producción «Becky Sharp», con Miriam Hopkins y la que marca el triunfo del proceso «tecnicolor», o sea la fotografía en colores.

RASGOS DE LAS ESTRELLAS

¿Quién es?...

¿El que fué a parar dos veces a la cárcel por instigar a otros muchachos a que se fueran a jugar en vez de ir a la escuela? Bing Crosby.

¿El que aprendió juegos malabares con manzanas «facilitadas» por una tienda de comestibles de la esquina? W. C. Fields.

¿La que se presentó por primera vez ante el público a los cinco años de edad en una fiesta religiosa? Mae West.

¿La que desciende de una familia que ha vivido del teatro por espacio de cinco siglos? Ida Lupino.

¿La que tiene el pelo más rojo de Hollywood? Grace Bredley.

¿La única persona que logre que Jack Oakie se ponga serio? Su madre.

¿La actriz que rehusa cantar o actuar cuando Bing Crosby está presente? Dixie Lee.

¿La actriz que se bebe tres vasos de leche entre comidas para recuperar el peso perdido al hacer una película? Claudette Colbert.

¿El apuesto actor que durante su niñez estaba tullido? Henry Wilcoxon.

¿La estrella que habla en alemán con Josef von Sternberg durante el rodaje de una película? Marlene Dietrich.

¿El actor que paga el mantenimiento de varias camas de hospital para cancerosos? Carl Brisson.

A causa de la enorme extensión de los «sets» construídos para las

La serenidad de espíritu está reflejada en el rostro de Bárbara Stanwyck.
(Foto Warner Bros)

escenas de la película Paramount, «Las Cruzadas», que Cecil B. De Mille está dirigiendo en la actualidad, fué necesario instalar una serie de alto-parlantes semejantes a los que se usan en los campos de deportes y en las grandes salas de espectáculos, para que las órdenes de De Mille alcanzaran a los cientos de «extras» repartidos por el «set».

Lewis Milestone, uno de los directores de reconocida fama en Hollywood, se encargará de la producción de «París in Spring» (La Primavera en París), con Mary Ellis en el papel estelar. La especialidad de Milestone han sido los dramas y comedias de asuntos de sociedad y ésta será su primera aventura en el terreno de las operetas.

Mae West, que en la actualidad está escribiendo el argumento de su próxima película, «Ahora soy una señora», siente una debilidad por el blanco. En el color que predomina a su alrededor, pues tanto su dormitorio como su tocador están decorados exclusivamente en blanco.

Así veremos a Valerie Hobson en su interpretación de "Cita a medianoche" de los estudios Universal.
(Foto Universal)

Lone Pine, uno de los pintorescos lugares que abundan cerca de Hollywood, está a considerable altura sobre el nivel del mar y estando reunidos en él los principales actores de la compañía que está filmando «Vida de un Lancero Bengalí», corrió la voz de que a Franchot Tone se le cortaba el aliento a causa de dicha altura. Los compañeros de Franchot no parecían darle mayor importancia al suceso, pero cuando esta noticia llegó a Hollywood, sobresaltó de tal manera a Joan Crawford, que se presentó en el campamento con gran sorpresa de todos, aunque no quizás de Franchot.

Miguel Angel, Da Vinci y otros maestros tenían sus discípulos. Jo-

De la Pantalla

sef von Sternberg parece haber ascendido recientemente a su categoría cuando tomó bajo su protección a Rudolph Siebert, marido de Marlene Dietrich. Siebert colaboró con Sternberg en la producción de «Carnavalesca» y cuando uno de los gerentes de la Paramount preguntó a este último qué título iba a darle a Siebert, von Sternberg contestó: «Será un director-estudiante».

A pesar de su corta estancia en Hollywood, Toby Wing ha empatado con Mary Brian en materia de novios. Lleva cinco, lo cual es un record aun en Hollywood.

Carl Brisson, estrella de la Paramount, ha encargado a su sastre de Londres la confección de la mayor parte de los 30 trajes que lucirá en su próxima película para la Paramount, «Los jinetes del rey». De los treinta, doce son uniformes. Mary Ellis, tiple de opereta de fama internacional, tiene el principal papel femenino.

Robert Bren, ingeniero electricista de la Fox, es al mismo tiempo uno de los escritores de argumentos más prolíficos de la capital del cinema, pero se niega a abandonar su ingeniería por las letras. Recientemente colaboró en «The Moon is Right», que la Fox compró y que se empezará a filmar próximamente.

También escribió el argumento de "Looking for Trouble", protagonizada por Spencer Tracy; "The band Plays On", filmada por M. G. M. y "High Voltage", que será producida por la Fox.

La Fox acaba de comprar los derechos fílmicos al sensacional libro de Cornelius Vanderbilt Jr., «Farewell to Fifth Avenue» (Adiós a la Quinta Avenida).

James Dunn es el mejor jugador de golf del estudio Fox, y durante el primer juego del torneo anual de Hollywood, que se está llevando a cabo actualmente, se clasificó entre los primeros.

César Romero, actor cubano, es hoy la sensación de Hollywood. (Foto Universal)

Otra pose de Valerie Holson, a quien también veremos actuar en "La novia de Frankenstein" y "El misterio de Edwin Drood".

Cary Grant.
(Foto Paramount).

Madeleine Carroll.

(Foto Fox).

Su cabeza levantada, parecía una aparición de venganza y de terror.

Caldera Negra

Historia de un hermoso cautivo, de un corazón femenino y una terrible venganza.

Por Paul Annixter.

Stud Carnac iba tarjando en un sucio papel, a medida que el comerciante amontonaba los cueros al lado de la puerta.

—Diez dólares...

—Veinte dólares...

Se oyó ruido de pasos, y el comerciante dió una mirada, en la esperanza de un posible comprador. Carnac, esperando impaciente, dió un tirón a las bridas de su caballadura, al ver que ésta se estremecía bajo las picadas de los mosquitos. Se sentía terriblemente intranquilo por recibir el dinero, y marcharse de la peligrosa vecindad del negocio.

Un cuero de caballo salvaje, y que no tuviera marcas especiales, podía venderse a cualquier comerciante que quisiera correr el riesgo de comprarlo, por lo menos a diez dólares. Y Carnac había trabajado con ahínco en su poco escrupuloso negocio, en Mogollon Mesa y los valles de sus altas montañas, donde se habían refugiado las últimas manadas de caballos salvajes.

Mientras el comerciante atendía a una india, Carnac esperaba con el ceño fruncido. Era un individuo macizo, musculoso, de enorme cabeza, de brazos y tronco bien desarrollados. En su rostro mal agestado llevaba la marca de las bajas pasiones, y sus ojos parecían el espejo de su alma innoble.

Se había especializado en trampas de caza. En esa forma había cazado, durante años, de un extremo a otro del país; pero le faltaba mucho para ser considerado como técnico de ese arte. Era terriblemente cruel y sanguinario.

Después de años de toda clase de ilegalidades, había encontrado que la caza de cueros era el método de vida más fácil y más rápido, y en los últimos años se había dedicado principalmente a los caballos salvajes. En los meses de invierno atraía a la muerte a las martas, dejando en la nieve ganchos de alambre untados en cebo, destinados a atravesar sus rosadas lengüitas. Asimismo, hacía terribles carnicerías en los rebaños de ciervos y alces, sorprendiéndolos en sus refugios situados en la profundidad de los nevados valles. Y en el verano se dedicaba a cazar caballos salvajes en las altas mesetas, matándolos con su rifle. Cazaba tres caballos diarios, y ganaba dinero; pero, mes a mes, los caballos se hacían más escasos; la partida se tornaba más peligrosa.

Cuando volvió el comerciante, Carnac estaba furioso.

—Termine de contar — gruñó — y deme mi dinero.

—No podemos hacerlo tan ligero — dijo Gleason.

—¡Eh, cuidado conmigo...!

—Es muy peligroso esto — dijo el comerciante—. Cualquier día nos van a pillar. Le compraré una o dos veces más, y se acabó. Ya son muchos los que llegan preguntando sobre los caballos muertos en el valle.

—Recuerde lo que le he dicho — dijo Carnac, despreciativamente—; el día que Ud. hable y me haga echar de aquí, volveré y le clavaré su cuerpo miserable en la pared. Y lo haré, aunque tenga que esperar diez años.

Ciento treinta dólares cambiaron de mano. Carnac compró tres botellas de whisky, y partió. Iba doblado con el peso de sus vicios.

Por algún extraño designio del destino, Carnac tenía una esposa. Era una mujer joven y bien parecida, con algo de ruda belleza en su cara morena y sus ojos alargados. El color negro azabache de su pelo liso proclamaban la sangre india que corría por sus venas. Netah era para Carnac una cosa más de su propiedad, como lo eran su caballo y sus aperos, y vivía siempre temerosa de sus regresos.

Había tenido un hijo, que murió pronto debido a la negligencia de su marido. Y el recuerdo de esto traía a veces cierta fiereza y salvajismo a los ojos de Netah Carnac.

Acababa de raspar uno de los pellejos de Carnac, cuando éste entró, esa tarde, a su cabaña, entonando un canto de borracho. Había estado cuatro días afuera, y su regreso llenó a Netah de su antiguo temor; pero la mirada enigmática de su raza supo ocultar, igual que un velo, sus escondidos pensamientos.

Los ojos encogidos de Carnac escudriñaron con viva sospecha el rostro de su mujer y la cabaña, cosa que hacía en cada regreso; luego se sentó junto a la mesa.

—Gleason quiere deshacerse de mí — refunfuñó—; está asustado. Dice que hará un último negocio conmigo. Limpia mis armas, Netah, mañana voy a comenzar una cacería que limpiará de caballos salvajes a Mogollon Mesa.

La mujer comenzó a preparar la comida; pero Carnac la asió del brazo y la obligó a sentarse al lado de él.

—No importa la comida — dijo, y llenó dos tazas con whisky. —Ven, bebe esto. Necesito compañía esta noche. Compañía, ¿me oyes?

Ella tomó la taza y bebió a sorbos, con frío encogimiento en el corazón. Durante seis años había sentido enorme repugnancia por ese hombre, y esta noche lo odiaba con

todas sus fuerzas. Hubiera deseado que ese whisky que bebía lo exterminara antes de la mañana. Dejándolo donde estaba, medio tendido sobre la mesa, salió a dar de comer al caballo, que había quedado en el manantial y a librarlo de la cincha y de la cruel amarra que le había hecho su marido.

Pasaron dos días antes que Carnac volviera a su cacería. Y estaba temblaroso y de terrible mal genio cuando dirigió su yegua por la áspera huella que conducía a las praderas, entre cuyas márgenes iban a pastar los rebaños de caballos salvajes. Con frecuencia bebía de un frasco que llevaba en el bolsillo, y continuamente daba de latigazos al animal.

Era aún muy temprano cuando Carnac llegó a un campo de los valles altos donde bebían los caballos. La escena, excepto para Carnac, era de inefable belleza. Un valle como una taza, entre los picos de la montaña, donde el pasto crecía corto y dulce, hasta bien entrado el verano. Atrás y abajo, las rampas de la montaña se extendían hasta el infinito, con sus falanges sin fin y sus blancos picachos nevados, que se confundían con las nubes.

Carnac había avistado una pequeña banda de caballos que comían una milla más abajo, y sabía que volverían calmadamente hacia el manantial, donde podría tenerlos a tiro. Sabía que el olfato de esas bestias salvajes era menos fino que el de otra clase de animales libres, y que eran más lentos para interpretar los movimientos.

Charcos de sombras se juntaban entre las márgenes cuando los finos oídos del cazador percibieron el ruido que producía el casco de las bestias. Un minuto después oyó relinchos de contento y vislumbró una media docena de caballos que avanzaban hacia las emboscadas.

Pero, cuando los siete animales estuvieron más cerca, contuvo su ansia de hacer fuego. Su mirada se había clavado, con asombrada admiración, sobre el animal que encabezaba la pequeña partida, un magnífico caballo negro, el animal más cercano a la perfección equina, que Stud Carnac había visto en su vida.

El animal, un poco alejado de su grupo, levantó la cabeza olfateando el aire, como si presintiera posibles peligros. Era un espectáculo que ningún caballerizo hubiera podido mirar sin que una pasión instantánea se apoderara de él. Era mucho más grande que las yeguas salvajes que lo acompañaban: su pelaje era afelpado como el de los osos, su tusa tan brillante como seda aceitada, la crin y la cola ondeaban como soberbios pendones agitados por la brisa.

Carnac se dió cuenta inmediatamente de que ese caballo y su potrillo eran nuevos en la comarca, y no se equivocaba. Andando hacia el norte, a través de los altos pasos de las Rocayosas, y arrancando de la siempre creciente mares de los rancheros, el hermoso animal había sólo dos días que había llegado a descansar entre los picos de Mogollon Mesa. Hasta ese momento ningún hombre de la región había puesto sus ojos en él. Pero conocía a los hombres; los conocía demasiado bien. Cientos de jinetes lo habían seguido a él y a su banda, sin provecho. Era conocido entre los rancheros del sur como Caldera Negra.

Si en algo poseía maestría Carnac, era en su conocimiento de los equinos; y desde el instante en que se dió cuenta de la perfección del caballo, el ansia de cazar que lo poseía se convirtió en deseos de posesión. La pura belleza de las líneas, la altivez, el vigor y la gracia del animal, trajeron un deseo de rapto a su amortiguado corazón. El capturar tal belleza y domarla a su gusto, incendió a Carnac con un fiero deseo.

Vivo y domesticado, ese caballo valdría cien veces más que su simple cuero. Muchos pagarían lo que se les pidiera por tal animal. Y el rifle, listo para hacer fuego, tuvo que descansar de matar caballos salvajes. Carnac conocía el método que usan los entendidos para cazar esta clase de animales en libertad, y se valió de él. Apuntó cuidadosamente hacia la cresta del caballo e hizo fuego. No le falló la mano, la bala había dado en la nuca. Con un estruendo arrollador de cascos, las afelpadas yeguas arrancaron hacia el valle, criando alas con el grito de triunfo de Carnac cuando saltó a cortar un pedazo de cuerda de su yegua. El caballo se había desmayado, estaba paralizado, medio ciego, con la sangre saliéndole del hocico, y poniendo los ojos blancos ante esa cosa desconocida que le había sucedido. Y antes de que pudiera levantar la cabeza del suelo, el hombre lo había amarrado y aprisionado.

Durante una hora permaneció Carnac sentado observando los vanos esfuerzos de su cautivo, que quería libertarse de esas ligaduras que lo sujetaban por primera vez en su vida. Esperó hasta que el animal se quedó tendido en tierra, agotado, mientras las lágrimas le corrían por las negras mejillas. Tenía la tusa y la cola sucias con espuma y barro. Entonces el hombre se paró y le dió cruelmente de latigazos hasta que se le cansó el brazo.

Dos horas después empujaba al caballo, cojeando y tropezando, sendero abajo por la meseta. Netah Carnac los vió venir desde la cabaña; y se quedó fascinada ante la soberbia belleza del prisionero.

Carnac parecía estar de extraño buen humor cuando le gritó que saliera. Se acercó ella temblando, con sus enormes ojos trágicos llenos de terror. Había aprendido a temer a ese hombre en sus frecuentes cambios de humor, y los momentos más terribles eran cuando llegaba disgustado, porque entonces demostraba toda su crueldad. Vió con horror la sangre coagulada en la cabeza y el cuello del caballo, las innumerables huellas de los latigazos.

—¡Mira este animal — gritó el cazador—, es una presa de mayor valor que todos esos caballejos salvajes de la montaña. Hubieras visto la verdadera lucha que sostuve para amarrarlo! ¡Es un demonio; pero yo lo arreglaré! Nos dará unos jeteciento dólares y quizás más.

Metió el caballo en el tosco corral que tenía tras de la cabaña, y el resto del día lo empleó en reforzar las empalizadas. Cuando hubo terminado, el rostro de Carnac mostraba la intensa satisfacción que sentía.

—No podrá arrancarse ahora — dijo—; pero, por si acaso, lo dejaremos amarrado toda la semana. Obsérvalo mientras yo esté cazando, dale su comida y cuida de que no trate de matarse. Pero si te pillo halagándolo y poniéndomelo mañoso, como hiciste con los otros caballos, te voy a...

No terminó la frase; pero la forma en que empuñó sus toscas manos y el brillo siniestro de sus ojos, eran bastante claros.

Pasaron tres días, en los cuales Carnac cazaba cerca de la casa y volvía al anochecer. Y cada una de esas noches, eran noches de tormento para Netah. Los crueles latigazos se repetían una y otra vez en el corral; el bruto trataba de enseñar en la única forma que conocía. Era una lucha desigual entre la fuerza del hombre y la soberbia del caballo. Y el alma corrompida de Carnac, se llenaba de intenso regocijo:

—Lo domaré... lo domaré... — decía, cuando el animal lo enfrentaba botando espuma y soplando por las narices. Y la terrible batalla continuaba día a día, sin que pudiera decirse quién iba a triunfar. Caldera Negra tenía una soberbia que Carnac no había visto en los otros caballos que había domesticado. Una vez, en el primer día de su cautividad, lanzó un poderoso relincho, como llamando a su banda. No obtuvo respuesta. Y parece que eso lo convenció de su aislamiento; desde entonces no lanzó un grito ni un gemido. Su corazón se destrozaba en la impotencia; pero su espíritu de soberbia se mantenía firme. Y Carnac, con todo su conocimiento sobre caballos, no se daba cuenta de eso. Sólo Netah lo veía.

Desde el primer momento que ella vió al cautivo, cambió sutilmente. Algo del espíritu salvaje del animal significaba para ella un símbolo de libertad, y la batalla diaria que tenía lugar dentro de la empalizada era una réplica de esa otra batalla silenciosa que había sostenido ella, por años, en su ansia de otra vida y de felicidad. Ella no podía explicárselo, pero sabía que si Carnac era capaz de vencer al animal y arrancarle la nobleza a esa criatura, su derrota sería, también, la derrota de ella.

A pesar de la amenaza de su ma-

(Continúa en la página 55).

Más tarde se subió ya a la empalizada y le acarició suavemente.

LO QUE LLEVAN NUESTRAS ELEGANTES

1.—Nada más sencillo y encantador que este modelo, en lana a cuadros que se puede usar con dos abrigos diferentes. Uno de grueso tweed, forrado en la misma tela que el traje.

2.—El más abajo indicado es un amplio tres-cuartos, con grandes bolsillos de parche y echarpe que da vuelta al cuello y cae hacia atrás.

3-4. — Zapatones de medio taco, que completan el conjunto.

Para la mañana

La chaqueta de este traje es de lana de un tono, con falda lisa a cuadros, con fondo del color de la chaqueta.

Tailleur en lana mezclada beige, adornado de doble hilera de botones y cinturón café; blusa de surah café, con dibujos de fantasía.

Tailleur de lana escocesa; la chaqueta tiene un corte que forma los bolsillos. Un gran cuello amarrado por un nudo lo adorna. Blusa de crepe.

Traje y bolero a rayas azul y blanco; el vestido está adornado con piqué blanco. La falda con un pliegue que termina la costura delantera, así como la espalda del bolero.

Encantador traje de dos piezas, en tela de fantasía. El cuerpo se abre sobre una camiseta de linón y está cruzado y cerrado por botones. Cuello amplio, ondulado y falda cortada al sesgo.

1.— Tailleur en lana rayada de corte estrictamente masculino. Cuello y manchón de castor.

2.— Elegante abrigo de invierno de forma ligeramente acinturada. Adorno terminado en corbata en loutre.

3.— En gamuza de lana este abrigo con un original corte en la espalda y mangas. Gran cuello y manchón de astracán.

4.— Abrigo de terciopelo adornado de cortes muy nuevos. Un zorro forma el cuello.

5.— Abrigo de corte muy complicado adornado con vespuntes y loutre.

Elegantes Modelos

6.—Grandes puños de astracán y cuello, que forma capuchón en la espalda, constituyen el principal adorno de este abrigo. Cinturón de gamuza, con hebilla de metal.

7.—Un tejido liviano ha sido elegido para este abrigo de corte sencillo. El cuello y vueltas de los bolsillos, en loutre.

8.—De forma muy sencilla este traje de dos piezas. Chaqueta con vuelta sobresaliente y cuello semialto, de caracul negro.

9. — Abrigo de tweed, con anchas vueltas abotonadas.

10. — Abrigo de lana, adornado con cortes pespuntados. El adorno es de zorro.

Blusas y faldas

Para las lectoras a quienes les gusta usar faldas y blusas, ya sea para la mañana o la tarde, hemos escogido estos lindos modelitos.

A la izquierda tenemos una simpática falda de lana mezclada de tono obscuro, abotonada adelante, y adornada por dos pequeños bolsillos; con ella se lleva esta blusita de crepe satén de corte muy novedoso, adornada en el escote por un nudo pespuntado.

A la derecha vemos con una sencilla falda de lana una linda blusa para la tarde, confeccionada en terciopelo de muy lindo tono. El delantero lleva una chorrera muy novedosa.

Para el día y la noche

A la izquierda tenemos un encantador conjunto para la noche compuesto de: falda en terciopelo de tono vivo y blusa en crepe satén, de mangas tres cuartos, adornada de pabilos. La blusa va abotonada en la espalda.

A la derecha un conjunto para el día compuesto de: falda en fina lana obscura, cerrada a un lado formando ondas, y una blusita de jersey claro de cuello anudado adelante.

DE TODO UN POCO

1.— Para deporte este tailleur en lana inglesa, falda sencilla y chaqueta ligeramente ajustada al talle por dos hileras de botones.

2.— Traje de alpinismo en gruesa lana café. Falda sencilla con pliegue delantero; chaqueta corta con doble abotonadura.

3.— Blusa de seda adornada de cortes, con cuello terminado en corbata abotonada.

4.—Chaqueta de deporte en lana verde, cinturón de cuero, cuello de piel.

5.— Blusa de seda a cuadros. El cuello, cinturón y mangas raglán son de seda de un tono.

6.—Chaqueta de deporte en tejido diagonal con abotonadura sencilla y cuatro bolsillos pespuntados.

7.— Traje de lana en dos piezas. Falda café y chaqueta en un tono más claro con adornos del mismo color de la falda.

1.— Abrigo de lana azul claro. El cuello, bolsillos y hombreras están adornados con pespuntes.

2.— Abrigo café de tela muy gruesa. El cuello, puños y medio cinturón están adornados de pabilos.

3.— Abrigo en lana de fantasía gris; el corte de la espalda forma dos pliegues.

4.— Abrigo con capa en lana verde, botones rectangulares y cierre del cinturón de metal gris.

5.— Abrigo ajustado en lana gris chinesca. Los cortes forman pliegues abajo solamente. Pequeño cuello de loutre.

La moda INFANTIL

6.— Abrigo de paño rojo con botones dorados; pliegues ajustan la parte baja de las mangas.

7.— Abrigo deporte en lana beige; canesú y bolsillos pespuntados, cuello anudado.

8.— En tweed beige este abrigo con cuello de terciopelo café. Traba en la espalda.

1.—Abriguito de lana a cuadros, de forma sencilla y línea recta.
2.— De terciopelo negro este abriguito adornado de seda blanca bordada con puntos negros.
3.— Abrigo raglán de lana blanca con pespuntes.
4.— Para hacer este abriguito se eligió lana rayada empleando el dibujo en distintos sentidos.
5.— Abrigo de paño con capita. Cuello-corbata de castor.
6.— Abrigo de tweed claro con adorno de paño en tono más obscuro.
7.— Abriguito suelto en dos tonos.
8.— Muy sencillo este abriguito de lana a cuadros con cuello cortado de una sola pieza con la vuelta.
9.— Abrigo de lana fantasía en tonos beige y blanco; cuello, vueltas y cinturón de paño café.
10.— Abriguito de lana azul obscuro adornado de gruesos pespuntes. Cuello de nutria de forma irregular.

SOMBREROS

LEWIS.— Sombrero de fieltro negro adornado de cinta gros grain.

JANE BLANCHOT.— Gorro escocés verde, rojo y blanco, con adorno de flecha negra con rayas rojas.

LOUISE BOURBON.— Sombrero de fieltro negro con una larga pluma de faisán.

MARCELLE ROZE.— Toca de terciopelo negro con un velo que tapa la mitad del rostro.

SUZANNE FARNIER.— Sombrero azul marino con adorno de fantasía en gros grain blanco y azul.

SOMBREROS

1.— MARTHE.— Toca de terciopelo negro con gran lazada y adornada de pespuntes.

2.— GABY MONO.— Toca de antílope negro trabajada con incrustaciones. Un velo con puntos irregulares la adorna solamente por delante.

3.— BLANCHE ET SIMONNE.— Gran boina de falla negra formando lazada en la parte de atrás.

4.— ROSE DESCAT.— Esta boina muy flexible está confeccionada con terciopelo. Se inclina ligeramente hacia el lado derecho.

Labores

UN PUNTO ENTRETENIDO QUE NOS HARA TEJERNOS UN ENCANTADOR TRAJE SASTRE

He aquí un traje de mañana sencillo y chic, completamente tejido a mano. A la pollera se le da más ruedo haciendo cuatro godets triangulares, planchados en forma de tablones. La chaqueta es sin cuello y tiene una traba que se termina en la costura de los lados. Recomendamos a nuestras lectoras que empleen una buena lana, y según la clase, se verá el tejido como los pequeños cuadrados que están fotografiados aquí. El trabajo debe ejecutarse siguiendo un patrón con las medidas del cuerpo. El patrón fotografiado más adelante y en el que están marcadas las disminuciones y los aumentos, corresponde al talle 42.

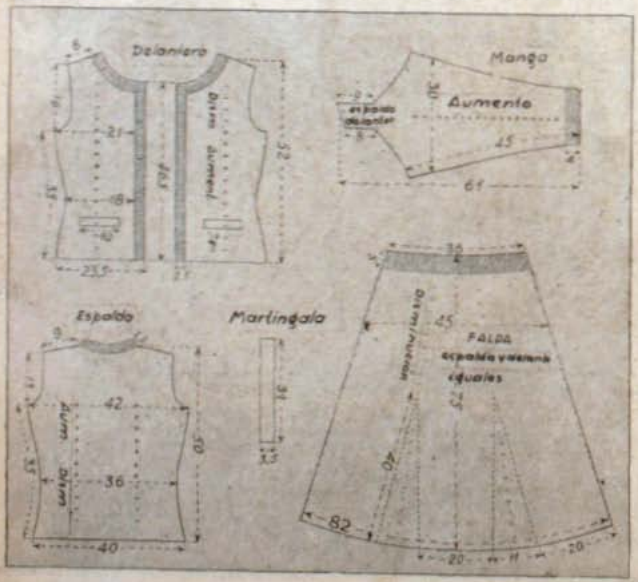
Pollera: Largo, 75 cms. Cintura (huincha de cintura), 70 cms. Contorno de caderas, 90 cms., ancho del ruedo (inclusive godets), 1 mt. 64 cms.

Chaqueta: Largo, 62 cms. Contorno, 84 cms. Largo de la manga desde el rebaje, 45 cms.

Indicaciones: Según el grueso de la lana se necesitan de 800 gr. a 900 gr. Los palillos son de 2mm. 1/2 de diámetro.

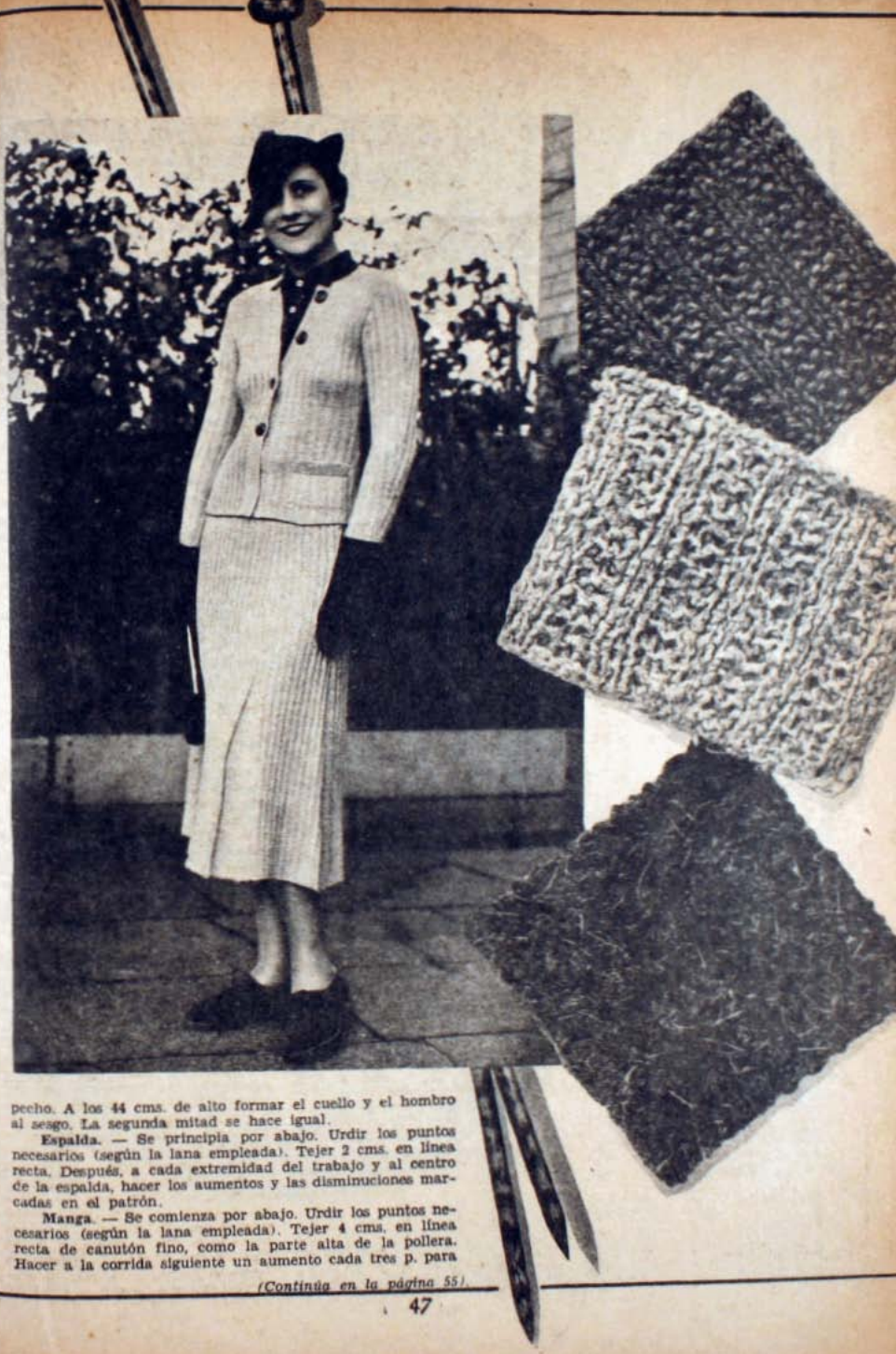
Puntos empleados: 1.o Punto correteado (orilla de la chaqueta y de los bolsillos (siempre al derecho. 2.o Punto de jersey (godets, interior bolsillos), 1 corrida d. y corrida r 3.o Canutón (pollera, mangas, cuerpo). 1.a corrida (al derecho del tejido) siempre al derecho, 2.a corrida (al revés) 2 p. d., 2 p. r. Estas dos corridas se repiten siempre.

NOTA: El número punt canutón ha sido empleado para [illegible] parte de abajo de la manga y la parte de arriba de la pollera, pero con un solo p. al r. en lugar de 2 (esto para ajustar esos lugares).



Pollera. — Se compone de dos anchos que miden cada uno 75 cms. de largo y 82 cms. de ancho (godets inclusives). Los godets tienen 40 cms. de alto, 11 cms. de ancho en la parte baja y se encuentran a 20 cms. de cada borde. Trabajar siguiendo el molde del patrón después de haber urdido los puntos necesarios (según la lana empleada). Las disminuciones de los lados y de los godets se hacen cada 3 cms. como lo indica el patrón, hasta los 5 cms. de alto total. Estos últimos 5 cms. que se hacen en línea recta se tejen reduciendo a uno solo los 2 puntos revés del costado. Cuando los dos anchos estén tejidos hay que plancharlos cargando los lados y formando un pliegue en el interior de los godets. Juntar los dos lados dejando una abertura a la izquierda, cerca de 15 cms. para el cierre abotonado. En este lugar formar una pata con algunas corridas de crochet y después de haber cosido la huincha de cintura, poner los broches de presión.

Chaqueta. — Se comienza por la parte baja del lado izquierdo. Urdir los puntos necesarios (según la lana empleada) considerando que la parte baja delantera mida 21 cms. Tejer 3 cms. en línea recta. Después, siguiendo las indicaciones del patrón, principiar las disminuciones por una parte a 8 cms. del borde delantero y por otro lado en la costura del lado cada 3 cms. más o menos; a los 9 cms. formar los bolsillos disminuyendo 5 cms. cerca de 24 p. que se urden a la corrida siguiente. A los 16 cms. de alto, cesar de disminuir y hacer al contrario a igual distancia que las disminuciones un aumento hasta la bocamanga que se forma a los 35 cms. de alto. Formar la bocamanga según el patrón, comenzar las disminuciones que forman la pinza del

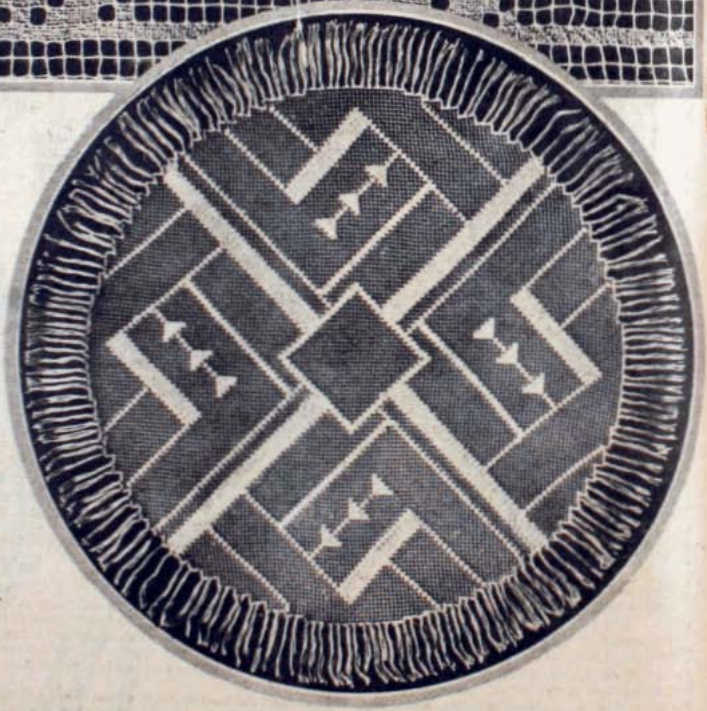


pecho. A los 44 cms. de alto formar el cuello y el hombro al sesgo. La segunda mitad se hace igual.

Espalda. — Se principia por abajo. Urdir los puntos necesarios (según la lana empleada). Tejer 2 cms. en línea recta. Después, a cada extremidad del trabajo y al centro de la espalda, hacer los aumentos y las disminuciones marcadas en el patrón.

Manga. — Se comienza por abajo. Urdir los puntos necesarios (según la lana empleada). Tejer 4 cms. en línea recta de canutón fino, como la parte alta de la pollera. Hacer a la corrida siguiente un aumento cada tres p. para

(Continúa en la página 55).



Presentamos a nuestras lectoras estas labores, que adornarán agradablemente su casa.

Se trata de un store y carpeta de malla cuadrada bordada con hilo mercerizado brillante. El store se confeccionará con un trozo de popelina de seda, de tono crudo o blanco, que será del ancho de la ventana a que se le destine. Si se desea facilitar el trabajo podrá hacerse el bordado sobre género de malla. En el grabado adjunto va también el claro detalle del motivo cubista que adorna el store. Para rellenar cada malla se hace una especie de zurcido.

La carpeta va enteramente confeccionada en malla, con byrde sembrado de flecos del hilo empleado para el bordado. El motivo es muy sencillo y bastará para bordarlo parejo, con fijarse en el número de mallas que comprende cada detalle del motivo.

Lindas labores para su chica

Para la mesa de juego

Ya ha llegado la época de las largas tardes que nos invitan a pasar muchas horas frente a una mesa de juego. Proponemos aquí este mantel, fácil de confeccionar y que producirá un bonito efecto sobre la mesa en torno de la cual reuniréis a vuestras amigas.

Es de color gris; en las esquinas se bordan con filete los cuatro ases del naipe que son de paño rojo y negro. Los dominós que lo encuadran son de paño blanco bordados con negro y aplicados en la misma forma que los ases.

El molde de Familia

1.—Un práctico traje sastre para niñita, hecho en tela cuadriculada. La faldita tiene un pliegue encontrado adelante. Chaqueta con bolsillos superpuestos abotonados. Cinturón y botones de cuero. Una bufanda de color vivo da animación a este traje que ha de ser muy del agrado de las chicas que ya tienen sus coqueterías y pretensiones de "niña grande".

2.—De forma raglán y una curiosa abotonadura, este abrigo está llamado a prestar grandes servicios en los fríos días de invierno, sobre todo para aquellas que deben desafiar lluvias y vientos, yendo a una oficina. Está hecho en grueso mouflón color avellano.

Estos moldes puede usted recibirlos mandando solamente treinta centavos en estampillas. Diríjase a: "FAMILIA", casilla 84-D, Santiago.

Señora, ayúdese a sí misma

Por KAY THORPE

¡Cuántas veces Ud. habrá mandado los vestidos a la lavandería o a la tintorería por no estar segura de su habilidad para lavarlos en casa! Y es una lástima, porque seguramente con un pequeño conocimiento de los materiales con que han sido confeccionados habría ahorrado bastante. Debe recordarse que casi todos los géneros pueden ser lavados en casa— ¡hasta el terciopelo!

Por ejemplo, tomemos los trajes de tarde. Ud. tiembla sólo de pensar en meterlos en agua y jabón, cuando no tiene por qué ser así. Le vamos a ayudar un poco.

Ese crepe esponjoso con que se hacen los trajes de tarde es, ciertamente, un material bastante molesto para lavar en casa, pero con cuidado se le puede lavar muy bien. Lo más importante en el lavado de materiales delicados es la temperatura del agua que no debe ser muy alta.

Disuelva uno o dos puñados de Lux en agua caliente y déjela enfriar antes de sumergir en ella su vestido. Por lo general los trajes de tarde no se ensucian mucho, así que no hay necesidad de restregarlos y basta batirlos con un poco de fuerza en el agua jabonosa hasta que queden limpios. Enjuáguelos en agua tibia, no fría. Para secarlo, envuélvalos en una toalla y comprima ésta tanto como pueda para que escurra el agua y luego, suavemente, dèle su verdadera forma.

Este material se plancha por el lado del revés, todavía húmedo, con una plancha caliente. Y recuerde que debe planchar rápidamente para evitar el deterioro de la superficie esponjosa.

Ahora veamos cómo se procede con un traje de chiffon o crepe georgette. Use agua un poquito más caliente que tibia y haga una buena espuma con Lux, como en el caso anterior. Esta clase de materiales delicados y frágiles necesitan mucho cuidado y tampoco se les puede refregar. Estruje cada parte del vestido hasta que haya perdido

(Continúa en el marginal del frente).

Si Ud. está atormentada por miedos desconocidos o dominada por el pensamiento de lo que pasará mañana, lea este artículo de Inés Miall en respuesta a una lectora que tiene miedo de enfrentar la vida.

¿Tiene usted miedo a la vida?

«Tengo un desconocido miedo a la vida». Quisiera saber cuántas otras lectoras también están dominadas por este mismo miedo. Miedo del mañana o miedo de alguna catástrofe. Este temor es tan grande y hondo que tengo hasta temor de echar hijos al mundo.

No temo, por ejemplo, ir con la demás gente en la plataforma de los carros o correr velozmente en un automóvil, pero sí temo a cualquiera cosa que sea la vida misma; entonces sí que tengo un miedo extraño.

Muchas de mis amigas me dicen: «¡Nada te espanta!», aunque ellas no saben de este terrible y desconocido miedo que para siempre se ha adueñado de mí. Me interesa mucho saber cuánta gente atraviesa por este mismo fenómeno. «Miedosa».

Mi querida «Valiente»: Simplemente he rehusado llamarla a usted por tan apocado seudónimo como «Miedosa», especialmente cuando todas sus amigas le dicen a usted que nada le espanta.

Su indefinible terror a la vida es participado, desgraciadamente, por un buen número de gente. Por fortuna, si usted quiere verse libre de este penoso miedo, lo puede hacer, dándose un gran trabajo para ello.

La primera cosa que hay que hacer es considerar la vida tal como es y comprenderla, porque las cosas vistas en todas sus fases no son ni remotamente tan temibles como cuando sólo se las examina superficialmente.

Para principiar, es realmente cierto que este miedo a la vida no es causado por un defecto en sí misma, sino que es debido a algunas faltas o errores en su temprano desarrollo, o algo que está fuera de su control. Por tanto, levante su cabeza y no mantenga este horrible complejo de inferioridad.

Recuerde sus días de «pequeña», me imagino que usted fué lo que nosotros llamamos «una niñita pícara», consentida y admirada más de lo necesario, o también una muñequita muy mimada por su familia, probablemente más por su madre, dándosele todo lo que pide, de manera que pasa la mejor época de su vida, mientras es pequeña. Nunca tiene que esforzarse por nada ni esperar nada. Su confianza en sí no tiene lugar a manifestarse. A medida que ella crece el mundo no se le va presentando tan fácil como cuando sus padres se lo hacían. La pobre criatura naturalmente desarrolla un miedo por esta cruda existencia llamada vida.

El resultado es el mismo que si la madre fuera tímida y nerviosa, que se pasara la vida diciéndoles a sus hijos: «Tengan cuidado, que se pueden hacer daño». — «Tengan cuidado, que no se vayan a enfermar».

Algunas madres son demasiado exageradas en el cuidado de sus chicos y hacen esto todo el tiempo. En efecto, el decir a una madre el otro día (a raíz que su pequeña hija mejoraba de la escarlatina): «Bien, supongo que ya para otra vez tendrás anginas. No demorará mucho».

«Ana no irá al colegio si la pequeña que se sienta a su lado tiene resfriado; Ana es muy delicada y puede contagiarse. Ella no se debe bañar en la playa por temor que se pueda ahogar. No debe correr riesgo alguno ni el más leve e insignificante».

Los niños adquieren el temperamento de sus padres. De una madre vehemente y atormentada resultan hijos nerviosos y asustados. A causa de que ellas están siempre previendo algo malo, sus hijos nacen aterrorizados. Natural es entonces que ella no desee echar criaturas a un mundo tan peligroso.

(Continúa en la página 55).

Cuide la circulación de su sangre

Por JEAN CLELAND

Si la gente se diera cuenta de la importancia que tiene la buena circulación de la sangre, para la salud y para la belleza, no sería raro ver a la mitad del género humano corriendo y saltando por los caminos y aun por las calles.

Los niños pocas veces caminan tranquilamente. Casi siempre saltan y brincan, y el resultado es que sus ojos brillan y pasan con las mejillas sonrosadas. A medida que vamos creciendo y envejeciendo, aprendemos a caminar despacio. Por lo demás, con los medios de vasta locomoción, muchos de nosotros caminamos muy poco. Las consecuencias son que nuestra circulación se echa a perder y nos acarrea distintos males. Nos resfriamos, sufrimos de los sabañones, se nos pone colorada la nariz y engordamos casualmente donde quisiéramos parecer más delgadas.

¿Usted no sabía que la gordura y el exceso de peso, se debe en la mayoría de las veces, a la mala circulación de la sangre? En vez de correr con toda libertad, la sangre pierde su velocidad y su vitalidad, con funestos resultados para todo el sistema del cuerpo.

Si Ud. quiere conservarse joven, si quiere tener un cuerpo delgado y sano, y un cutis limpio y radiante con colores naturales, ponga la mayor atención posible en su circulación.

Creo que con esta pequeña rutina que le voy a indicar y que debe llevarse a cabo en las mañanas, regularmente, Ud. tendrá una ayuda para obtener lo que mencionado en el párrafo anterior.

Considero que un ejercicio no es mucho pedir, más que no la va a demorar arriba de un minuto, y sin embargo, en este minuto le ayudará a adelgazar. Al bajarse de la cama, primero que nada, haga un ejercicio en la siguiente forma:

Colóquese las manos en las caderas y junte bien los talones. Salte lo más alto que pueda, estirando las piernas hacia los lados. En seguida vuelva a saltar, juntando las piernas y los talones de nuevo. Y así hasta veinte veces seguidas para principiar. El saltar con un cordel puede substituir este ejercicio.

Al terminar los saltos, tome su baño, procediendo en seguida a darse una fricción con la toalla.

Elija la toalla más áspera que tenga en la casa y colóquesela detrás de la espalda. Tómela de las dos puntas y empiece a moverla de un lado a otro de sus hombros, bajando a las paletas, por la espina dorsal y volviendo de nuevo a los hombros. Haga este movimiento lo más bruscamente posible. En seguida coloque la toalla debajo del brazo izquierdo y por encima del hombro derecho, friccionándose de arriba abajo, luego invierta la posición de la toalla, pasándola debajo del brazo derecho y por encima del hombro izquierdo. Siga friccionándose hasta que su cuerpo entre en calor. Luego ponga la toalla detrás de las piernas bajándola y subiéndola con un movimiento brusco desde los tobillos hasta los muslos.

Al terminar esta fricción, usted sentirá un calor agradable en todo el cuerpo, y estoy segura que esto le parecerá un modo maravilloso para empezar el día.

Las papadas y doble barbas también se pueden evitar si se tiene cuidado con la circulación de la sangre alrededor de la mandíbula. Esto se consigue haciéndose un pequeño masaje diario, con alguna crema líquida. El masaje tiene que hacerse en forma de golpecitos, siendo así más estimulante.

Señora, ayúdese a sí misma

(Continuación del marginal del frente).

la mugre y enjuáguelo por lo menos tres veces en agua fría. No lo enrolle para secarlo, sino oprímalo suavemente con las manos.

Para lavar el crepe de China debe usarse agua jabonosa medianamente caliente y apretarla también con suavidad. Déle uno o dos enjuagues en agua caliente y uno final en agua fría. A este último enjuague hay que agregarle unas gotas de vinagre si el traje es de color, y un poco de «azul de lavar» si es blanco. El crepe de China debe ser planchado inmediatamente después de lavado para evitar que se corran los colores. Mientras esté mojado el género se le planchará por el lado derecho, pero cubriéndolo con un pedazo de muselina y cuando esté completamente seco, sobre el vestido mismo.

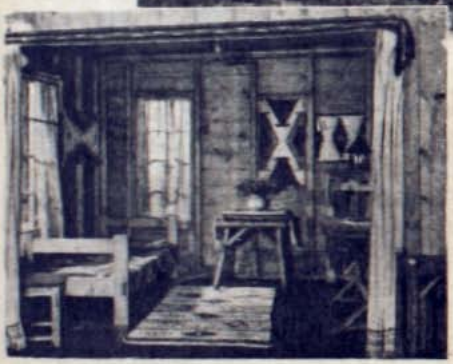
En el caso de piqué hay que agregar un poco de almidón al último enjuague para que el material tenga firmeza suficiente cuando esté seco. Plánchelo húmedo.

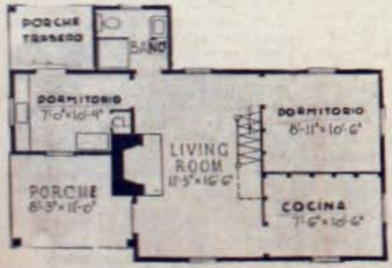
Las telas de algodón deben ser lavadas con bastante frecuencia si se las quiere mantener frescas y suaves. El lavado debe ser rápido y en agua tibia a la cual se le haya agregado un puñado de sal de Epsom. Enjuague en agua fría con un poco de sal común.

El lienzo se trata en la misma forma.

Y ahora, pequeños consejos para colgar la ropa para que se seque. Los vestidos deben colgarse por las cintas, los trajes de noche por los hombros y las medias por la punta del pie. Para secar con cuidado hay que apretar suavemente la prenda sacándole toda el agua que se pueda, pero sin enrollarla; luego se le pasa un palo por las mangas y se le cuelga así. Cuando está casi seca se quita de allí y se le pone un gancho de madera, de esos que se venden tan baratos en las calles. Otro método recomendable es envolver el vestido en una toalla y dejarlo cerca del fuego, poniéndolo en un gancho cuando esté seco.

Para la costa





PLAN DE LA MURALLA EXTER.

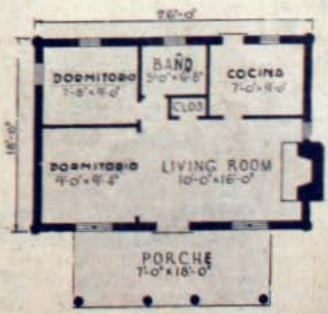
Este es el tiempo de preocuparse de la construcción de algo para que la familia pase el verano próximo. Algo que sin comprometer gravemente el presupuesto de este año, dé a usted la satisfacción de buena calidad y de confort. He aquí una pequeña residencia estival o bungalow que siendo bien realizada con sólidos materiales y a la vez con sencillez, resuelve su problema de construcción. Aconsejamos el uso de la madera en ella tal como se muestra en la fotografía. El techo puede hacerse con los nuevos materiales que se ofrecen en el mercado, ya sea tejas modernas o ruberoide, material que es mezcla de cemento, goma y asbestos.

En la decoración interior se debe evitar todo material que pueda destruirse fácilmente; se debe preferir la pintura al papel en las paredes. También es muy práctico el uso del barniz en las maderas interiores o la tintura de aceites. Los muebles deben también en lo posible eliminarse y reemplazarlos por instalaciones hechas exprofeso, tales como closets que desplazan a las cómodas o roperos, asientos de madera bajo las ventanas, estanterías para libros y objetos de adorno, etc.

Actualmente se están usando mucho en los dormitorios las literas que permiten aumentar la capacidad de uno de estos bungalows. Estas se pueden colocar al estilo de las que conocemos en los coches dormitorios de los ferrocarriles. De esta manera se ahorra mucho espacio y se hace posible el veraneo de muchas personas que por falta de espacio no son convidadas durante la estación de verano por sus parientes o amigos. Obsérvese que el único material más sólido de esta casa está en la chimenea, lo que es de cierto modo como la espina dorsal de toda la construcción. El costo de una casa como ésta, varía de veinte a cuarenta mil pesos, según los materiales y detalles que en ella se quieran usar.

Una Cabaña Rustica

No hace mucho tiempo el campo estaba muy lejos de la ciudad. Ir a visitar amigos que vivían en los alrededores de Maipú o en Las Condes, era una hazaña. Los caminos y los medios de transportación eran pésimos y la gente de la ciudad compadecía a los pobres parientes o amigos que tenían que vivir en quintas, o fundos, por muy cercanos que estuvieran a la ciudad. Pero ahora las cosas han cambiado mucho y son las personas que viven en las afueras de la ciudad las que compadecen a los esclavos de la vida entre paredes de una gran metrópoli. Por otro lado, todos se han dado cuenta de la necesidad de respirar buen aire, los hombres de trabajo buscan a fin de semana salir al campo y las madres están felices de pasar un día con sus hijos en algún terreno o quinta alejado del bullicio, del humo y suciedad de una gran ciudad. Los caminos asfaltados o de cemento que unen la ciudad con sus alrededores han hecho posible también que la gente busque el sábado y domingo un recreo sano y útil en los paseos al campo. Por eso cada día existe una creciente demanda por casas pequeñas que se puedan construir fácilmente y a poco costo en cualquier sitio, quinta o parcela. Damos aquí en esta página una original y simpática casita o «bungalow» que se puede hacer con distintos materiales, desde el tronco de árbol en regiones boscosas, hasta el adobe y la piedra en sitios donde este material sea de fácil acceso. El estilo rústico de esta pequeña construcción la hace muy deseable en zonas agrestes, la montaña, la costa. Las dimensiones del plano pueden variar, como también la disposición de algunas ventanas. Una casita como ésta, necesita muebles de estilo análogo o sea algo en el orden rústico, en maderas de pino o rauli, en la que se dejen ver la veta de la madera, cuidándola de no barnizarla.

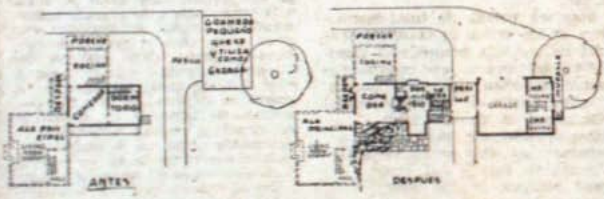


La decoración interior

Casas sencillas necesitan disposición de muebles sencilla. En esta página se muestran sugestiones para el interior de bungalows o casas pequeñas, como las que hemos descrito en las páginas anteriores. Los muebles de estilo rústico van siempre bien en esta clase de residencias. Aquí se muestra una mesa que sirve a la vez al comedor y al living-room. Es de un gracioso estilo imitación de los viejos castillos feudales.

La ilustración de más abajo nos muestra un dormitorio del mismo estilo del living-room. En este cuarto no hay tampoco ningún mueble con barnizado brillante; se han preferido aquéllos acabados encerados o aceitados que resultan los más propios para las casas que se abandonan durante buena parte del año. Se debe pensar que la sencillez de este estilo rústico mostrado aquí no rechaza la elegancia. Si en un bungalow pequeño se quiere instalar Ud., de suerte que sus amigos vengan con frecuencia a visitarla y se sientan en un ambiente distinguido, sin salir del estilo sobrio y rústico de sus muebles, complete su decoración con bonitas alfombras y paredes, ya sea revestidas de madera o de telas finas.

Además de darle a todo el conjunto de muebles un aspecto original, estas alfombras o tapices, realizarán para usted un simpático contraste con los muebles de su casa en la ciudad. Gran importancia en esta clase de amueblados tienen las piezas pequeñas de muebles, tales como mesitas prácticas para distintos usos, pequeñas cómodas, y en el dormitorio, mesitas y tocadores graciosamente arreglados con cretonas o telas modernas apropiadas para el campo o la playa. En general, el aspecto entero de esta clase de bungalows o casas para el week-end se mejora mucho poniendo gran cuidado de mantener cortinas y visillos blancos en las ventanas.



VENDEMOS SITIOS

A $ 35 el metro cuadrado, para edificación inmediata, en las modernas poblaciones recientemente construidas en Los Leones por la Comunidad Lyon, con amplias avenidas pavimentadas, alumbrado eléctrico, gas, agua potable, etc.

Consúltenos personalmente o por carta.

DEPARTAMENTO de COMISIONES de CONFIANZA

Banco de Chile · Segundo piso

LABORES

(Continuación de la pág. 47).

tener 2 p. revés en lugar de uno solo. Tejer 45 cms. haciendo en el centro de la manga solamente un aumento cada dos cms. más o menos. (El dibujo forma así una V en la manga). Terminar según el patrón.

Accesorios. — Para la traba hacer una faja derecha de 31 cms. de largo y 3 cms. 1/2 de ancho. Forrarla con espumilla. Coserla en la costura de los lados. Por otra parte, para la orilla de los bolsillos urdir 8 p. más o menos y tejer una faja del largo necesario. Para el interior del bolsillo urdir 26 p., tejer en punto jersey un rectángulo del largo necesario. Para el delantero izquierdo hacer una faja como para los bolsillos. No disminuir los puntos. Para el lado derecho, hacer una faja semejante formando ojales, el 1.o a 17 cms. de abajo y los otros a 9 cms. más o menos de intervalo. No disminuir los puntos. Tomar en seguida de los puntos de la faja, todos los puntos del escote, agregar los de la faja izquierda y tejer todos los puntos haciendo algunas pequeñas disminuciones para formar la redondela. Disminuirlos por el lado del revés. Planchar cuidadosamente el trabajo.

¿TIENE UD. MIEDO A LA VIDA?

(Continuación de la pág. 50).

Usted debe pensar que este no es su caso, «Valiente», porque la mayoría de las veces es osada y gallarda. Pero su gallardía es actualmente nada menos que una reacción contra su miedo. Con el fin de dominar este miedo a la vida, usted ha adoptado una actitud resuelta y valiente frente a las otras cosas.

Todo esto es muy bueno, por su puesto. Pero el problema está en que la valentía producida como reacción contra la timidez es propicia a los excesos y entonces usted parecería al adoptar estas actitudes arriesgadas y valientes como haciéndolas para convencerse a sí misma que es valiente.

Un método mucho mejor es el de tomar el miedo por lo que realmente es, no **como un defecto suyo**, pero sí como una idea errónea adquirida en la juventud o infancia, cuando usted todavía no tenía un bien cimentado raciocinio. Encárelo con la realidad y acabará por reírse de la necedad de haberse creído dominada y reglamentada por estas infantiles ideas.

Entonces prepárese usted misma a gozar y a enfrentar la vida. Una buena manera para hacerlo es repetirse cada noche antes de irse a la cama, seis veces lo siguiente: «Gozo la vida y soy igual a ella. Soy lo suficientemente fuerte para contrarrestar cualquiera dificultad que la vida me traiga. Soy bien valiente».

Si por un tiempo usted se mantiene así, encontrará al fin, que su desconocido miedo, es una cosa relegada al pasado.

VIDA Y CONFESIONES DE GABRIELA MISTRAL

(Continuación de la pág. 26).

Muchos años después del suicidio de Ureta, don Ravid Rojas González, aquel soñador y poeta en los tiempos en que Lucila Godoy colaboraba en «La voz de Elqui» y convertido ya en abogado, visita a la artista en Los Andes. Gabriela Mistral le habla de las flores de los naranjos que le traen inspiración, y la conversación sigue por diferentes caminos. Pero entre ellos hay un tema que ambos quisieran tratar, pero que ninguno aborda. La Mistral es más audaz y le dice de pronto:

—¿Conoció usted a Romelio Ureta? Sepa usted que cuando se suicidó por las circunstancias que usted sabe, se le encontró una postal mía en su bolsillo. Pero yo he de volver a Coquimbo y haré que sus restos sean cobijados en la tierra blanda y que se les retire del nicho.

Hay un poema de total hermosura en los versos de Gabriela Mistral en que ella recuerda el imperativo del muerto que manda caminar hacia su tálamo de huesos:

«¡Oh, fuente de turquesa pálida!
¡Oh, rosal de violenta flor!
cómo tronchar tu llama cálida
y hundir mi labio en tu frescor.
Profunda fuente del amor,
rosal ardiente de los besos;
el muerto manda a caminar
hacia su tálamo de huesos.
Llama la voz clara e implacable
en la honda noche y en el día
desde su caja miserable.
¡Oh, fuente, el fresco labio cierra,
que si bebiera se alzaría
aquel que está caído en tierra».

En 1925, cuando Gabriela Mistral se radicó en La Serena, constantemente se trasladaba a Coquimbo. En esos viajes la acompañaba una muchachita de ojos claros y vivos que más tarde la vemos junto a ella en Europa. Tenía un nombre botánico: Pradera Florida. Era inevitable en esas jornadas la visita al cementerio de Coquimbo. Pero aquel deseo suyo de reintegrar a la tierra los despojos de Ureta no fué cumplido. Romelio Ureta duerme en un nicho su sueño definitivo.

La imagen amada ya no tiene contornos precisos en el recuerdo de Gabriela Mistral. Ella lo asegura:

«Para que tenga mi madre
sobre su mesa un pan rubio,
vendí mis días lo mismo
que el labriego que abre el surco.
Pero en las noches, cansada,
al dormir me sonreía,
porque bajabas al sueño
hasta rozar mis mejillas.
¡Si Dios quisiera entregárteme
por un instante tan sólo!
¡Si de mirarme tan pobre
me devolviera tu rostro!

Pero el rostro permanece en una zona de sombra.

(Continuará en el próximo número)

MIGUEL MUNIZAGA IRIBARREN.

CALDERA NEGRA

(Continuación de la pág. 35).

rido, en cuanto éste salía a cazar, corría ella a las trancas a conversar con el cautivo. Al principio, el animal se estremecía y pataba de rabia al verla acercarse; pero, poco a poco, le permitió que se aproximara más, fascinado por la suavidad de la voz femenina, casi comprendiendo por su tono lo que sucedía en el corazón de la muchacha. Todo en ella era diferente de Carnac, y el animal lo apreciaba.

El segundo día le trajo un trozo de sal, y observó cómo resollaba con su aterciopelada nariz, cómo lo lamía tentadoramente primero y luego con avidez. Más tarde se subió a la empalizada y lo acarició suavemente; el animal se echó un poco atrás; pero, poco a poco, fué quedándose quieto. Cada vez que iba a verlo le llevaba alguna golosina y le hablaba maternalmente en la lengua de su raza. Parecía que esas palabras se grababan en el cerebro del caballo y se iban adueñando de su corazón. Algo en su espíritu parecía saltar a través de las edades, hasta esos lejanos tiempos que marcaron la alianza entre el hombre y el caballo.

Al tercer día sucedió el milagro. El animal permitió que Netah saltara las trancas y se aproximara a acariciarlo. El corazón de la muchacha latía con fuerza, como si quisiera escaparse de su prisión. Hubo un momento crítico en que un movimiento brusco casi le hizo atacarla a patadas; pero el momento pasó y Caldera Negra, aun temblando con todos sus nervios, se rindió a esta nueva y maravillosa amistad. En ese momento, ambos se olvidaron del Stud Carnac.

—¡Mi lindo, mi lindo! — murmuró Netah en idioma ponca—. Ahora somos amigos, y tengo que encontrar cómo salvarte..., tengo que encontrarlo...! — Y le hizo grandes demostraciones al estilo de los hombres rojos, alabando su belleza, su gracia, su fuerza. Y en la alegría de ese momento, Netah se transformó de nuevo en una chiquilla, con toda la dulzura, con toda la frescura de esos días lejanos en que todavía no se había encontrado con Carnac.

Por primera vez, en mucho tiempo, tenía alguien a quien entregar todo su cariño, siendo ampliamente

(Continúa en la pág. 62).

Aventuras de Bonzo

(Continuación de la pág. 55).

correspondida. Lo que ella murmuró al oído del caballo, las lágrimas, las oraciones, los consuelos que ella depositó amorosamente en el amado, sólo su corazón y el viento de las praderas lo supieron.

Pero su felicidad duró poco; al fin de la semana, Carnac dijo, haciendo un gesto, mientras ensillaba su yegua:

—Mañana le sacaré las ligaduras al negro, y lo domaré o lo mataré.

Netah lo oyó, y sintió que algo moría dentro de ella. Sabía todo lo que su marido era capaz de hacer tratando de domar el espíritu salvaje del caballo, y eso la desesperó. Ella, ¿qué podía hacer?

—Junta todas nuestras cosas — le dijo Carnac cuando se iba — porque mañana tendremos que estar lejos de aquí.

Su creciente codicia le había hecho pensar en sus asuntos durante toda la semana. No quedan caballos salvajes en Mogollon Mesa. Los lobos se habían festejado con la carne de los animales muertos y la situación de Carnac se tornaba difícil en la montaña. Había determinado hacer una prueba final con el caballo, y luego, con provisiones frescas, partiría a tierras lejanas, donde no pudiera alcanzarlo el brazo de la ley.

Toda esa mañana, Netah luchó con el temor que Carnac había infiltrado en ella y con los gritos de su corazón.

A mediodía, algo triunfante nació en su interior, atravesando las fronteras del temor, algo que parecía que le había sido dado por el cautivo, y junto con ese "algo" sintió grabársele una idea en su cerebro, murmurada tal vez por la sangre de sus antecesores indios.

En la tarde fué otra vez a la empalizada y, después de tranquilizar al caballo, trabajó largo rato sacando las amarras que tenía en sus patas delanteras, y dejándolas sueltas, pero en forma tan disimulada, que sólo un indio podría conocer. Cuando llegara la última hora de batalla con Carnac, Caldera Negra estaría en condiciones de hacerle frente.

Cuando todo estuvo listo, se colgó llorando en el cuello del caballo; luego se fué a la cabaña a esperar, lo que decidiera la noche.

Carnac volvió temprano ese día, muy cansado, y con tres cueros colgando de la montura. Después desraparlos para sacarles la grasa, tomó su látigo y se dirigió al corral. Netah oyó los bufidos del animal cuando se renovaron los azotes, y entonces pudo ver cómo se movía entre las trancas como un león, mientras Carnac ahogaba un juramento. Las amarras se habían soltado como ella esperaba, y el animal estaba ahora libre para luchar, libre para huir, igual que antes que lo encerraran quitándole su derecho a la libertad.

Los gritos del hombre se ahogaron con el sonido del látigo. Netah ocultó la cara; y volvió a mirar al sentir un tremendo alarido. El caballo, terrible en su furia, volvía al ataque con sus patas desligadas. Su cabeza levantada parecía una aparición de venganza y de terror. Cargaba con los dientes y las patas sobre el hombre como una máquina de destrucción; lo que siguió hizo palidecer a la muchacha y la obligó a correr temblando hacia la puerta.

Cuando todo hubo terminado, el animal se quedó un momento observando receloso. Varias veces lo hizo dar vueltas y lo dejó, sólo para volverse a levantar sobre sus patas, con las orejas hacia atrás, los dientes desnudos y listos.

Por fin se convenció de que no volvería a moverse. Entonces se volvió y dió, jubiloso, varios saltos. Su mirada tenía el brillo de la victoria.

Dos jinetes habían presenciado la lucha desde cerca de la cabaña. Habían llegado hasta allí por casualidad.

—¡Gran Dios! — dijo uno de ellos — Lo que decías sobre la piratería de cueros, era verdad. Ahí tienes algunos.

—Reconozco que lo que nos dijo Gleason también lo era — contestó su compañero—. Aquí han secado lo menos cien cueros de caballos.

—Evidencia suficiente para encarcelarlo tres o cuatro años. Ese hermoso negro nos ha evitado la molestia. No debiera maravillarme de ello; pero aquí se ha hecho verdadera justicia.

FIN

TODO EL MUNDO LO SABE
QUE EL SURTIDO MAS VARIADO Y DE GUSTO EXQUISITO EN
REGALOS PARA LOS DIAS DE SANTOS
MANTIENE LA

LA MAGDALENA

(Continuación de la pág. 8)

ches y un día para dejar que el caballo descansase y se alimentase.

—Señor — me dijo Hasbrouck — ¿necesitará usted que le diga que me enamoré de esa muchacha? Supe que su padre era un profesor universitario y que un falso empresario la contrató junto con otras muchachas, en Budapest. Ellas tenían la idea que iban contratadas para los estudios cinematográficos de París y no se dieron cuenta del engaño hasta que llegaron a Bordeaux, donde una banda de traficantes de blancas, ordenó su destino a Buenos Aires.

Al principio, en las primeras horas de la escapada, Hasbrouck trató inasistentemente que ella devolviera de algún modo el diamante a Bastos, para así salvar su reputación; pero ahora, ya no pensaba de esta manera y se había asociado completamente a su idea. Decidieron irse a Europa inmediatamente, a fin de conservar su tesoro con más seguridad.

De esta suerte, continuaron su viaje por el valle, el principal comerciante de Cuvidor y... Magda, quien, envuelta en su vistoso atavío, charlaba, cantaba y planeaba su ajuar que pensaba hacerse en París. Mientras Hasbrouck la contemplaba con deleite. Después de tantos contratiempos y alternativas, el joyero comenzaba a experimentar saludable serenidad junto al tibio cuerpo de la muchacha. Se olvidó de todo. De Bastos, de sus nervios y hasta del diamante...

—¡El paraíso de un necio, señor! —me dijo, suspirando, Hasbrouck.

Una vez, mientras caminaba a caballo, se encontró inesperadamente con un caboclo que en un santiamén, giró sobre sus talones y emprendió veloz carrera.

—El me conoce, Davot — le dijo Magda a Hasbrouck, — con el sobrenombre que le había inventado. Es del valle de Sommo.

El miedo los paralizó como una camisa de fuerza. Huyeron. Vadearon el río y se dirigieron otra vez hacia el oeste, donde todo eran verdes campos y solitarios ranchos. Al llegar la noche se encontraron con una cabaña, refugio de un cuidador de ganado, que estaba deshabitada. Allí pasaron la noche. Tarde ya, mientras Hasbrouck se hallaba en estado extático, entre el sueño y la conciencia, sintió que un objeto había sido empujado y movido a su lado. Despertó completamente, y tanteando la caña en que guardaba el diamante, la asió firmemente. En ese mismo instante, una mano maciza tocó su cuerpo como buscando blanco para herir.

Hasbrouck soltó la caña inmediatamente, de la cual se sintió caer el precioso diamante. Un grito angustioso se oyó a continuación. Era Magda quien gritaba:

—¡Davot! ¡Socorro!... ¡Socorro!... ¡Bastos!...

Magda volvió a gritar otra vez:

—¡Cuidado, que trae un cuchillo!

Con una furia desesperante, Hasbrouck buscó en la obscuridad al asesino, logrando tocarle el pecho, pero recibiendo al mismo tiempo, un feroz golpe en la cabeza. El joyero desatinadamente dió otra vez con el cuerpo de su rival, esta vez apretando fuertemente con sus manos, hasta llegar casi a enterrarle sus dedos en la garganta. Su odio a Bastos le duplicaba las fuerzas. El mundo era todo tinieblas en ese momento y se sentía seguro que de un momento a otro iba a dominarlo. De improviso, Bastos le hizo una zancadilla; Hasbrouck y el caboclo rodaron por el suelo uno encima de otro. Bastos quedó debajo. Pero, repentinamente el cuerpo de éste flaqueó y se abandonó sin fuerzas.

Hasbrouck, lleno de estupor, descansó un momento sentado encima del cuerpo inerte. Sentía una terrible sensación de haberse convertido de ladrón en asesino. Se acordó que durante la lucha había apretado fuertemente la garganta de su enemigo; pero estaba seguro que ello no le pudo ocasionar la muerte. ¿Entonces, cómo pudo haber ocurrido? Un nuevo susto le sobrevino. ¿Estaría vivo Bastos, por casualidad? Tanteó con sus dedos el pecho del hombre buscando el corazón, pero éstos se crisparon de horror al palpar sangre caliente y espesa. Fué entonces cuando Hasbrouck recordó haber percibido en medio de la obscuridad un cuchillo en manos de Magdalena.

—¡Davot! — gritó Magda—. ¿Te ha muerto?

—No, querida — le contestó Hasbrouck—. Es él quién ha muerto.

Hasbrouck y Magda se acordaron entonces del diamante. Lo habían sentido caer al suelo al principiar la lucha y ya habían encontrado la caña que lo guardaba y el taponcito también. Magda no dejó que Hasbrouck fuera a buscar los fósforos a la montura. Alguien podía estar cerca y era conveniente que no se viera ni la más pequeña luz por alguna hendidura. Entre los dos tiraron el cadáver a un rincón y después de un rato, ella se puso a dormir atracada contra la pared.

Pero para Hasbrouck no hubo sueño. Queriendo ocupar en algo las tétricas horas que faltaban para el amanecer, hizo una minuciosa búsqueda por todo el aposento. Empezó por el rincón donde dormía Magda, marcando en el suelo con su cortaplumas varias líneas rectas que lo guiaran en su trabajo de puro tacto. Su exploradora mano encontró el cuchillo. Hasbrouck se estremeció con la idea de haber tomado primero la hoja destilando sangre, por el mango. Pero la idea dominante del diamante hizo que desechara tal sugestión. La magnífica piedra debería estar, ya que no aparecía por otra parte, debajo del cadáver de Bastos, pero el coraje no le daba para hacer semejante búsqueda a obscuras.

Cuando las primeras luces del alba entraron por las rendijas, Hasbrouck despertó a Magda. Con todo cuidado abrieron la puerta. Una protectora niebla invadía el campo. A plena luz buscaron por todo el suelo nuevamente. El diamante había desaparecido. En un momento dado, toda la atención de Hasbrouck se concentró en el cuchillo en el suelo, como un espectro. ¡La hoja estaba limpia!

¡Entonces él había muerto al caboclo, después de todo! ¿A no ser que al caer, el golpe lo hubiera muerto? Pero de cualquier modo, deberían ellos hallar el diamante y huir. ¡Huir lejos! Volvió a pensar que el famoso diamante se encontrase debajo de Bastos. Venciendo su repugnancia, Hasbrouck tomó el cadáver y lo dió vueltas.

—Señor — me dijo Hasbrouck — le he dicho a usted antes, que el diamante es la más dura de todas las substancias. Fíjese usted en éste: ¿Ve esas manchitas que tienen algunas de las facetas? Tome el vidrio de aumento para que las vea mejor. ¿Ve esas café? Ni aún con todo lo que las he lavado, he logrado borrarlas. Son manchas de sangre, señor. De sangre humana. Este diamante fué el que me hizo viajar hasta donde Bastos. Durante la pelea que tuvimos, ambos caímos sobre él y cuando di vuelta el cuerpo de mi enemigo, encontramos la piedra que se nos había perdido. Sencillamente, se le había incrustado a través del cráneo, hasta su cerebro...

FIN.

GUAPINA, LA LIBERTARIA

(Continuación de la pág. 14)

se metiese en esos belenes. Sin embargo, aquella vez, el jefe carecía de autoridad. Le dijo adiós con el puño en alto, y después tiró hacia abajo de la boina, como un rapaz avergonzado.

Las proezas bárbaras de aquel ejército fueron contadas con sabor de epopeya en Pomarada, al igual que en otras regiones de Asturias y de España; la epopeya convertíase en un anecdotario de sucesos infames, de cruentos retrocesos al salvajismo.

Y un día se dijo que habían asaltado los revolucionarios el Banco Ferreras y se habían incautado de quince millones...

—¡Son quince millones — dijeron ilusos en Pomarada—, la revolución triunfa en el mundo entero.

Mas tratábase de la última jornada venturosa en la épica revolucionaria. Tras ella fueron todo fracasos. Cada día sabíase de víctimas innumerables. El Ejército del Gobierno avanzaba triunfante. Acorralados en los últimos reductos sin valor, sin elementos, los soldados rojos se entregaban inermes.

También Pomarada fué sometida. Y Fermín Pastur ingresó en la cárcel amarrado al brazo de Penedo, el sastre.

Este obligó a decir a Fermín, lo que Fermín tenía más empeño en callarse.

—Y los millones, ¿dónde han ido a parar?

Pastur, siempre sincero, contestó:

—Se escapó con ellos Pepín de Busdongo.

—¿El solo?

Y Guapina...

J. F. ARIAS CAMPOAMOR.

LA MUJER MODERNA EN LA POLITICA

(Continuación de la pág. 17)

londinense. Y también entre los norteamericanos!

Susana B. Anthony y otras damas se sintieron tan humilladas, que en el acto se propusieron cambiar las cosas. Y he aquí cómo comenzó el movimiento feminista en la América del Norte. El incidente sonrojó también a las mujeres británicas, que inmediatamente comenzaron por sí mismas un movimiento análogo.

(Continúa en la pág. 67)

La escoba y el plumero

consejos de tía JACOBITA

LAS BARATAS.—

He recibido una carta que parte el alma, de una señora que vive en una casa moderna, con todos los regalos que la persona más exigente puede desear: ascensor, calefacción central, sobres para la basura, agua caliente corriente, baños que parecen de porcelana, paredes estucadas, sol y aire por todas partes y aun una maravillosa vista sobre el Forestal. Pero como todo tiene su *pero*, resulta que una colonia de baratas ha instalado sus reales en el inmueble y los muchos habitantes no hallan qué medidas tomar para librarse de estos bichitos de tan feo aspecto.

Lo gracioso es que estas baratas son, traducidas al castellano que se usa en España y en Méjico, las muy famosas cucarachas que a cada rato nos salen al paso, en todas partes, con sus versos simpáticos y pueriles y su sonsonete que al fin y a la postre se hará insoportable a *fuer de repetirlo*. El caso es que baratas o cucarachas, por la invocación de la canción a lo mejor, se han hecho un verdadero mal en una cantidad de casas de Santiago y lo que es más raro, en casas nuevas, de extrema limpieza.

Lo primero que hay que *hacer* es localizar de dónde vienen. Tienen por fuerza que tener un foco de donde proceden. Creo que en el caso de mi amable corresponsal pueden venir del horno en que se queman las basuras. Es ahí donde hay que vigilar. A lo mejor el encargado de este horno, hace el flojo más de lo prudente, las basuras se amontonan y de ahí provienen las que inundan los departamentos, que se pueden ir a ellos justamente por los tubos que comunican los sobres botaderos con el horno o con el depósito que existe en cada cuerpo del edificio.

Lo mejor sería darle parte al administrador del edificio, para que se vigile al mozo.

Usted por su cuenta, puede hacer también una vigilancia especial en la boca del tubo, o sea del sobre que le pertenece. Vea que las empleadas envuelvan siempre en papeles de diarios lo que van a botar. Por otro lado, haga trampas para estos asquerosos bichos, ponga una lata, por ejemplo, con agua con azúcar, lo suficientemente honda para que las baratas, una vez que hayan caído en el fondo, buscando al agua azucarada que les gusta mucho, no tengan manera de salir.

Otra forma de destruir las baratas, es hacer una pasta con hollín y pan rallado, más un poco de azúcar o si no con hollín y porotos molidos. Se coloca en platos, en los sitios que más frecuentan y son tan voraces que comen la pasta preparada, mortal para ellas.

Pero estos son remedios de emergencia. Lo que hay que atacar decididamente, son los sitios en que se crían, por lo común sucios, basurales o rincones que nunca ven la escoba. Hay que tener también en cuenta que son muy amigas del calor, por lo cual prefieren las cocinas, los baños o las calderas. Sólo una batida enérgica con agua hirviendo y soda, la escoba manejada tarde y mañana y el trabajo de no dejarles rendija abierta, ya sea en la madera o en el cemento, hace que en poco tiempo desaparezcan las baratas horribles.

Vea usted, señora, lo que sea necesario hacer para librarse de ellas, lo que pueda convenir a su caso entre todo lo enteriormente dicho.

TIA JACOBITA.

No es secreto... Pueden ustedes contarlo

Para hacer una buena tinta de marcar ropa se prepara esta mezcla: Agua potable, 100 gramos. Nitrato de plata 10 gramos. Goma, 10 gramos. Negro de humo, 5 gramos. Aparte se hace otra mezcla: Agua, 30 gramos. Goma arábiga, 3 gramos. Soda Solvay, 0.70 gramos. Con esto se moja la parte en que se va a marcar la ropa, se deja que seque, se plancha y entonces se marca con la tinta primera, teniendo la absoluta seguridad de que las letras quedarán claras y no hay peligro de que el pedazo se destruya al lavarlo.

Para que los vidrios queden perfectamente limpios se emplea una mezcla de agua — un litro— con una cucharada de bórax. Se limpian primero los vidrios para quitarles la tierra, cuidando de que quede la parte de la madera, sobre todo en los ángulos, sin un átomo de polvo; luego se lavan con la mezcla indicada, se dejan secar y se frotan vigorosamente con diarios viejos. Quedan preciosos.

Para que los muebles de caoba barnizada que han perdido el brillo, vuelvan a adquirir aspecto de nuevos, se los frota con una muñequilla empapada en trementina y después con una gamuza. Si están sucios, llenos de polvo a fuer de permanecer mucho tiempo en sitios cerrados, bodegas o altillos, lo mejor es empezar por lavarlos con una solución de 30 gramos de agua de Cuba y 100 gramos de clara de huevo batida como merengue. Se limpia cuidando de que todos los tallados queden perfectamente libres de tierra, para lo cual es bueno emplear un cepillito suave. Luego se aplica la muñequilla con trementina y unas gotas de aceite de olivas, repasando con la gamuza.

Para limpiar su abrigo de piel de nutria, póngalo sobre una mesa y frótelo con afrecho recalentado en el horno, ayudándose exclusivamente de las manos. Después se sacude, se acepilla con un fino cepillo y se pone al sol. Si el abrigo es de piel clara, debe usarse el afrecho mojado con agua caliente, se deja que seque el afrecho sobre la piel, luego se sacude y se acepilla, colocándolo al sol.

Para que las esponjas que por el mucho uso hayan perdido su color y estén negruzcas y endurecidas, vuelvan a su aspecto de limpieza y elasticidad, hay que obrar en esta forma: Se las sumerge en una solución de permanganato potásico que presenta una fea coloración roja vinosa. Luego se sumergen en otra mezcla de una parte de ácido clorhídrico por diez de agua. Se enjuagan varias veces y se podrá en seguida constatar que han quedado como si recién saliera de la botica donde se los adquiriera.

DE MUJER A MUJER

Una nueva sección de "Familia"

Señora María Eugenia:

Le ruego perdonarme la simpleza de esta pregunta. Dígame: ¿es fuerza que los maridos tengan que salir solos, pretextando siempre algo urgente que hacer, y donde nunca puedan ir acompañados de sus esposas?

Yo no sé si todos los maridos son iguales, pero, en cuanto al mío puedo asegurarle que no pasa una semana sin que, por un motivo u otro no salga solo alegándome unas veces citas comerciales, otras asuntos impostergables, etc. Y, cosa curiosa, siempre es «algo urgente e impostergable».

Yo estoy enamorada de mi marido y le confieso que paso ratos amargos por estas salidas en las cuales nunca logro descubrir el motivo verdadero.

Espero que sepa Ud. dilucidarme esa conducta o, por lo menos, decirme qué debo hacer para cesar con todo eso.

Muy agradecida. — *Una incrédula.*

RESPUESTA A UNA INCREDULA

No se imagine que su pregunta sea lo simple que Ud. la supone. Y no lo es por el sencillo motivo de que muchos matrimonios son desgraciados precisamente por eso.

Convengo en que una vez casado el hombre debe cambiar algo en el sistema de su vida. Pero, ¿es justo exigirle que olvide por completo y para siempre su maravillosa libertad de soltero? ¿Es justo pretender convertirlo en un perrillo faldero pegado a su esposa?

Por más libertades que las mujeres hayamos conquistado en este siglo, aun no hemos llegado ni a la centésima parte de la que los hombres han gozado desde que el mundo existe. ¿Y cree usted que por el mero hecho de casarse olvidan eso ellos?

Una mujer inteligente está en la obligación de comprender lo que esto significa.

Querer coartarle por completo su libertad, hacerle escenas porque algunas veces desee estar con sus amigos, quiera divertirse sintiéndose a cubierto de las miradas inquisidoras de la esposa, es peligroso.

Y en el caso suyo, si su esposo es bueno, cariñoso y atento con Ud., si nada le falta dentro del hogar, ¿no cree Ud. que él sabría agradecerle, sabría amarla más si no le midiera Ud. tanto los pasos?

El hombre a quien la esposa priva de salir, de comer alguna vez con sus amigos, de divertirse de vez en cuando solo concluye por sentirse desgraciado y poco a poco, siente el matrimonio como una cadena pesada que lo arrastra y lo ahoga.

¡Cuántos matrimonios serían felices si las mujeres supieran comprender bien, y a tiempo, que el marido no debe considerarse sólo como el proveedor obligado de dinero, comodidades y lujos! Hay que saber retribuir sus desvelos y trabajos siquiera con un poquito de libertad, mi querida señora.

Déjelo que salga, no lo interrogue continuamente tratando de saber donde fué o no fué. Verá Ud. cómo es más perfecta, más duradera y más feliz su vida junto a él. —*María Eugenia.*

Señora María Eugenia:

¿A qué edad cree Ur. que se le debe permitir a una mujer el derecho de retocarse la cara?

He visto por las calles muchachitas jóvenes con el rostro convertido en un pastel a fuerza de pinturas y afeites.

Siempre me ha parecido que una mujer debe tratar de retocarse cuando ya ha doblado la curva peligrosa de los treinta años.

Apelo a su severo juicio y le ruego decirme si exagero yo a las niñas que se lucen por ahí llenas de afeites. — *Una criticona.*

RESPUESTA A UNA CRITICONA

No creo que haya una edad precisa, definida y autorizada, a la cual pueda acogerse una mujer para retocarse.

Lo que sí encuentro incalificable es que muchachitas de catorce años obtengan de sus madres el consentimiento para pintarse.

La edad más bella cuando el cutis es de rosa y leche, los catorce años, no precisan del rouge, ni mucho menos, del rimmel.

Pero hoy en día, ¡cómo ir contra esa corriente torrentosa sin ser tomada por una mojigata!

Estoy de acuerdo con Ud. en que es conceptible, y hasta necesario y lógico, que la mujer procure recurrir a medios extraños a fin de mejorar su aspecto cuando ya su camino de la vida pasó los treinta años.

Pero todo depende del sistema de vida que se lleve y de los cuidados que se le presten al cuerpo y al rostro. Hay mujeres de mucho más de treinta años y que sin embargo, conservan su cutis más fresco y lozano que una de quince.

Hoy día las mujeres viven tan de prisa, tan agitadas, tan conmovidas que su juventud, lozanía y frescura desaparece sin que ella alcance a notarlo siquiera.

Empero, estoy de acuerdo con Ud. en que las madres debieran ser un poco más severas con sus hijas y no permitirles pintarse, por lo menos, hasta después de los dieciocho años. — *María Eugenia.*

ESTAFETA

CHELA VEGA, Santiago. — Usted ha sufrido una confusión, señorita, en esto de los moldes. Sólo mandamos los que están indicados como "Moldes de Familia" y de los cuales se hace una pequeña explicación. Si usted desea alguno de ellos, aunque sea aparecido en un número atrasado, tendremos el mayor placer en mandárselo.

ROSA H. DE DIAZ, Coronel.— Vea la respuesta anterior. Sólo mandamos los patrones que aparecen en la página especialmente dedicada a ellos. Quedan las estampillas que mandó a su favor. Muy agradecida de sus felicitaciones.

MIRTALA SILVESTRE, Santiago. — Dentro de poco inauguraremos una sección destinada a las colaboraciones de nuestros lectores, es decir, de aquellas colaboraciones que merezcan por sus bondades el ser publicadas. Le adelanto que las suyas irán ahí. Muchas gracias por sus buenas palabras de aliento. ¿Por qué no cambia usted de seudónimo? No nos gusta el que ha elegido. Y perdón...

VIOLETA DELMAR. — Irán próximamente, con ilustración, tal cual usted los envía. Gracias.

MARIA KLEUNER DE SALDIVIA, Osorno. — Hay que darle varias capas y cada vez exponerlo a la acción de los rayos solares. Poco a poco irá tomando el color que usted desea. Muchas gracias por sus amables palabras.

MARI-SOL

La Señora y la cocina

COMIDA A LA ESPAÑOLA

Siempre se está hablando de las excelencias de la cocina francesa y con un cierto desdén se alude casualmente a la española, diciendo que es excesivamente suculenta, que apesta a ajo, y que sabe demasiado a aceite. Todo lo cual es un simple y puro error. La cocina española, bien hecha, con los elementos de primer orden que necesita, empleando el aliño en la forma debida, es simplemente exquisita. Eso sí que cada plato requiere una gran sabiduría en su preparación y que por añadidura suelen resultar caros.

Desde luego hay que premunirse de un aceite puro de oliva. Las especias se usan por lo común trituradas en el mortero, formando salsas que deben siempre colarse, evitando así el encuentro en la comida de pimienta, laurel, ajo, nuez moscada, o cualquier otro aliño. Las salsas son la base de la cocina española y según opinión de Marañón, son ellas las culpables de los muchos «gordos» y «gordas» que existen en la península ibérica. Porque es claro que la salsa requiere pan y el pan ya sabemos que es el gran fomentador de los kilos que nos espantan.

Pero lo cierto es que la cocina española, bien y finamente realizada, puede ponerse en parangón con las más famosas del mundo sin desmedro alguno.

A continuación hemos seleccionado una serie de guisos, exquisitos, todos españoles, muchos de ellos tradicionales, que han de ser el regodeo de muchos amantes del buen yantar.

La Hermanita Hormiga.

Ensalada de bacalao con naranja

Se asa un trozo de bacalao que después se pone en agua para desalarlo. Entonces se desmenuza en tiritas largas y delgadas y se coloca en una ensaladera con pedacitos de naranja, cebolla picada fina y pasada por agua hirviendo y sal para quitarle el gusto fuerte. Se aliña con una nada de sal, bastante aceite y una pizca de ají dulce. Se deja reposar un rato antes de servirla.

Bacalao con salsa fría

Es esta una de las mejores fórmulas para prepararlo. Se desala muy bien, se limpia y se desmenuza, se pone al fuego en una cacerola con agua. Al dar el primer hervor se aparta, se deja escurrir y se coloca en una fuente honda.

Se prepara una salsa machacando medio diente de ajo en el mortero con dos yemas de huevo duro, se le agrega aceite que se le va echando gota a gota, se aliña con bastante jugo de limón y se sigue después batiendo, como si fuera mayonesa. Se aliña con una pizca de sal — hay que tener en cuenta que el bacalao siempre conserva sazón suficiente, — más un poco de pimienta blanca. Se vierte la salsa sobre el bacalao, decorando con unas ramitas de apio, bonitamente cortadas. Se sirve frío, como entrada.

Bacalao a la catalana

Para cinco personas se toma libra y media de bacalao, ocho papas de regular tamaño, una hoja de laurel, un diente de ajo, dos tazas de aceite muy bueno, dos onzas de mantequilla, cuatro cucharadas de salsa de tomate, dos de pan rallado, un poquito de pimienta y una taza de ralladuras de queso.

Se tiene el bacalao perfectamente desalado, en agua desde el día anterior, que se cambiará cada seis horas. Se pone en una cacerola a fuego vivo con bastante agua fría y al empezar a hervir se aparta y se limpia de piel y espinas.

El agua en que diera el hervor el bacalao, se pone otra vez al fuego, cociendo en ella las papas, peladas; cuando estén cocidas, sin que queden blancas, se sacan y se cortan en ruedas de grueso regular.

En una cacerola se echa el aceite y la hoja de laurel, al estar hirviendo se le agrega el ajo y el bacalao desmenuzado, dándole vueltas hasta que el bacalao empiece a dorarse, se le agregan las papas y se aparta para que siga cociendo al vapor.

Una vez que esté en su punto, se prepara la fuente, que ha de ser refractaria, para poder entrarla al horno, colocando una capa de bacalao con papas, después se echa una capa de salsa de tomate que se tendrá caliente al baño de María, otra de queso rallado, nuevamente una de bacalao, siguiendo en la misma forma hasta colmar la fuente. Espolvorea con queso y pan rallado y se le pone la mantequilla en pequeños montoncitos y se deja que dore al horno antes de servirlo en la misma fuente.

Plato sabroso.

PARA LOS QUE QUIERAN CARACOLES

Caracoles a la malagueña

Hay que elegirlos de viña o de jardín.

Lo primero que hay que hacer es ponerlos en un tiesto grande tapado fuertemente y dejarlos por espacio de veinticuatro horas. Luego se les echa un par de vasos de vinagre y un puñado de sal, dejándolos por una hora antes de lavarlos con varias aguas, hasta que no tengan nada de espuma.

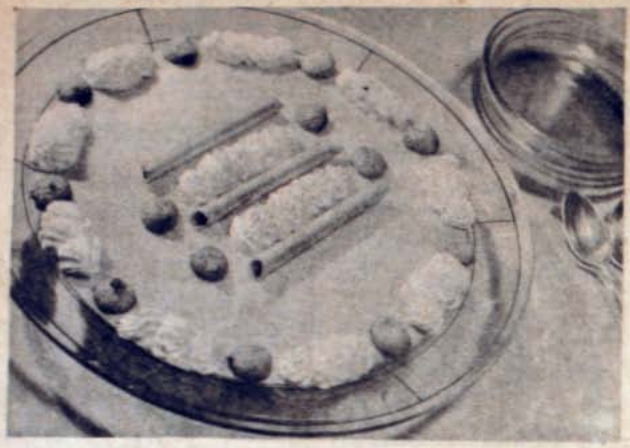
Se pone una gran olla con agua y al estar hirviendo a borbotones, se echan en ella los caracoles para que se cuezan. Luego se apartan.

En una cacerola se pone aceite, una rebanada de pan francés y unas almendras peladas. Una vez frito se saca todo con la espumadera y en el aceite se fríe

Walt Disney, el creador de las películas "Mickey Mouse" y "Sinfonías tontas", está adquiriendo cada día mayor reputación en su casa como un gran cocinero. Su más entusiasta admiradora en este respecto, es la pequeña Diana, su hijita. Diana dice siempre: "Si lo hizo papá, tiene que ser bueno". Y por lo regular, tiene razón. La última creación culinaria de Walt Disney es un riquísimo postre que lleva un nombre muy característico y que Mickey quiere que aprendan a hacer todas las niñitas chilenas.

NATILLA MICKEY

Mézclese una cucharada grande de harina, con otra de mantequilla y añádansele tres yemas de huevo. Póngase la pasta, que resultará en un caldero a fuego lento y échesele medio litro de leche, poco a poco, hasta que esté a punto de hervir. Añádase entonces media taza de azúcar y agítese bien. Luego se echan las claras de huevo, bien batidas, y se deja cocinar la mezcla por sólo dos minutos. Si les gusta el sabor de vainilla, pongan un poquitín. Agítese la mezcla constantemente, evitando que hierva. Viértase en una fuente y déjese enfriar.



Una exquisita torta moka, prolijamente decorada.

Bonita manera de presentar la carne fría, en trozos rodeados de gelatina y decorada con rollitos de jamón.

Rollos de jamón, rellenos también con gelatina de ave.

Los huevos duros, cortados en chauchas, siempre serán una apetitosa guarnición.

cebolla picada fina, tomates y pimientos, se agregan los caracoles bien escurridos y se alliña con sal, pimienta y un clavo de olor. El ajo frío, la rebanada de pan y las almendras, se habrán puesto en el mortero para machacarlo todo, formando una salsa con una cucharada de agua y bastante jugo de limón. Se cuela esta salsa y se vierte sobre los caracoles, dejando que hiervan unos minutos a fuego muy lento antes de llevarlos a la mesa.

Deben estar muy calientes y servirlos en platos puestos en la hornilla.

Caracoles Catalanes

Se los prepara en la forma anteriormente indicada. Se colocan entonces en una olla una vez cocidos y escurridos echando en ella manteca, perejil muy picado, un diente de ajo, dos clavos de olor, tomillo, laurel y una cucharada de harina; se revuelve un poco y se tapa para que siga hirviendo a fuego lento. Al ir a servir se le agrega una yema de huevo batida con jugo de limón.

Caracoles en salsa picante

Una vez preparados se cuecen en agua con sal.

En una cacerola se pone aceite y cebolla picada a la pluma en gran cantidad, dejando que la cebolla dore ligeramente. Entonces se agregan los caracoles bien escurridos y se dejan tapados para que sigan hirviendo a fuego muy lento.

Se prepara una salsa con dos dientes de ajo, un ají picante y pimienta blanca, machacando todo en el mortero; se agrega entonces pan rallado y deshecho todo con unas cucharadas de caldo, se sazona y se añade a los caracoles, sirviéndolos muy calientes en platos que hayan estado en la hornilla.

PARA LOS QUE PREFIEREN EL ARROZ

Arroz a la española

Se pone aceite en una fuente de greda, friendo en él cebolla picada fina y perejil picado en la misma forma, más un diente de ajo. Se le agrega tomate y pimiento, ya sea fresco o en conserva, se sazona con sal, pimienta negra, hoja de laurel y un clavo de olor. Al estar todo frito se le añade el arroz muy limpio en seco, dándole vueltas rápidamente. Se le echa entonces agua hirviendo, se revuelve y se deja tapado, a fuego lento. Hay que cuidar que la cacerola sea bastante grande porque el arroz hincha mucho y podría rebasarse.

Una vez el arroz bien cocido con los granos secos y sueltos, está a punto de servirse. Se lleva a la mesa en la misma fuente en que se preparara.

Arroz a la valenciana

Se fríen en aceite unos pimientos que se apartan luego. Se echan en el aceite restante un pollo despresado, salchicha y lomo de chancho. Cuando esto comience a dorarse, se le añade tomate y perejil picado, sal, azafrán y un poco de pimentón, se le da a todo unas vueltas y cuando esté frito se le ponen fondos de alcachofas y porotos granados, se revuelve de nuevo, agregándole el arroz. Se sigue dándole vueltas y por fin se le

Carne asada, fría, para la entrada a la hora de almuerzo.

pone agua hirviendo que debe llenar por completo la olla. Se le agregan entonces unos mariscos, como ser: choritos o camarones y trocitos de pescado frito, más los pimientos que se frieron al comienzo. Se le da una vuelta última, se tapa y se deja que cueza a fuego lento.

Arroz con mano de ternera

Se limpia, cuece y deshuesa una mano de ternera, partiéndola luego en pedacitos pequeños. En una sartén se pone manteca y se fríen en ella tomates y un poco de cebolla picada fina. Una vez frito el tomate — que estará previamente pelado — se espolvorea con media cucharada de pimentón en polvo, se agrega el arroz, se le da unas vueltas y se echa todo lo que contiene la sartén en el caldo colado en que se cociera la mano de la ternera y que estará hirviendo a borbotones, añadiendo también el picadillo.

Hecho esto, se deja hervir lentamente, aliñándolo con toda clase de especias. Un minuto antes de llevarlo a la mesa se le echan por encima un par de huevos batidos como para tortilla, entrándolo al horno para que dore.

Se lleva a la mesa en la propia olla en que se prepara, envuelta en una servilleta.

PARA LOS AFICIONADOS A LAS SALSAS

Salsa española

Se toma una libra de jamón y media de tocino, con un kilo de posta desgrasada y cortándolo todo en pedacitos, se coloca en una cacerola, agregándole dos o tres cebollas y una zanahoria, se hace cocer a fuego lento para que suelte todo el jugo.

Mientras se cuece, se aplasta de vez en cuando la carne con la ayuda de una espumadera, después se sazona con sal, pimienta negra, clavo de olor y un ramo de hierbas aromáticas, tales como apio, perejil, etc.

Se deja cocer durante dos o tres horas, a fuego siempre suave. Luego se aparta, se deja enfriar y se desgrasa, o sea: se le quita la especie de nata que se le forma encima.

Entonces se cuela. Esta salsa es excelente para acompañar carnes y pescados y si se prepara convenientemente, puede durar varios días siempre que se la coloque en un tiesto de porcelana.

En el momento de usarla se toma lo que sea necesario en proporción y se echa en una cacerolita con un tercio de vino blanco, se le da un hervor, se le agregan trufas champignons o callampas picadas y se sirve con el guiso que debe acompañar.

Salsa de alioli

Se ponen en el mortero tres dientes de ajo, se les echa sal y se machacan, al estar bien deshechos se les va agregando aceite gota a gota, entonces se le añaden dos yemas de huevo crudas, se sigue batiendo y se aliña con sal y un poquito de pimienta blanca.

Véase la forma en que se preparan los rollitos de sardinas arenques.

Ensalada de papas con salsa de mayonesa y tiras de anchoas, formando cuadros.

Los tomates rellenos con perolitos, son del agrado de todos

Otra manera de presentar la carne fría; esta vez la guarnición está hecha con pepinillos y cebollitas en escabeche.

Con pescado cocido frío y papas cocidas, más unas hojas de lechuga, se ha formado esta pirámide muy apetitosa.

bin. Allí todos se juntaban: desde los aventureros hasta los príncipes y los nobles. El "mal rojo" aún no había tocado a Siberia; por consiguiente, todos emigraban hacia allá. Esta gente no tenía ni patria ni nombre. Los llamaron "blancos". Eran el polo opuesto a los "rojos". En ese tiempo, estos últimos no tenían tiempo de pensar en Siberia. Que sigan juntándose los blancos ahí; mientras más mejor para cuando llegara el tiempo de la matanza.

En Harbin, entre toda esta multitud de gente, dos oficiales conocieron a Tziganka Masha y se enamoraron de ella. Uno lo llamaré coronel Nagyar, puesto que aun vive. Era buen mozo, rico, ya que había logrado salvar una verdadera fortuna del caos en Rusia. Era un tipo testarudo, descendiente de sangre real, y que nunca abandonó la idea de conquistar a la mujer a quien amó una vez para toda la vida.

El otro era un oficial de marina, casi desconocido, quien había logrado refugiarse en Siberia después

día que ella estaba en Harbin, y convenció al Atamán que tenía que ir a verla trabajar, diciéndole que seguramente él no había visto nada que se le pareciera. Semenoff accedió y fueron al café donde Masha bailaba. En ese tiempo el Ataman no bebía aún. No se había entregado a los terribles excesos de licor y rabia, los cuales vienen a raíz de ambiciones derrumbadas y del poder. No sabía, que esa noche y en ese café había de encontrar al hombre que cortaría su ambición y a la mujer que iba a guiar el poder de que disfrutaba él.

La aparición de Tziganka Masha en escena, con su chalón gitano en los hombros, su cabellera negra laboriosamente arreglada y sus lindos ojos grises, tuvo el efecto de una corriente eléctrica entre los asistentes. El magnetismo de su persona los mantuvo rígidos en sus asientos y cuando terminó su número, una verdadera tempestad de aplausos se desencadenó en el restaurante. Los

-AMOR GITANO-

(Continuación)

Cuando el Imperio ruso se derrumbó cual un castillo de naipes bajo los vientos de la guerra y de la revolución, Mme. Marie Michailovna Miller — Tziganka Masha — supo que su marido había muerto.

Entonces empezó el éxodo. Cual fieras salvajes, a los que ahuyenta un incendio de los bosques, así todos los rusos que poseían un poco de dinero o venían de buena familia o estaban emparentados con oficiales del antiguo régimen, empezaron a salir de Rusia. Les quedaba una sola puerta de escape: Siberia y el más allá. Por el lado del oeste y del sur, la guerra y la revolución había cortado todos los caminos.

Este movimiento de gente iba a durar años, en interminables olas; eran los despojos del naufragio de un gran pueblo, un movimiento sin esperanzas, sin fin determinado y sin cabecilla. Aquí y acullá algún joven, como por ejemplo el Ataman Semenoff, quien estaba en el lejano oeste de Siberia, se hacía jefe de la autoridad local. Pero, en general, el éxodo no tenía a ningún Moisés.

En medio de este gentío que batallaba por salir de un país en ruinas, se encontraba Tziganka Masha y su madre. Tenían algo de dinero, lo que no era de gran utilidad para ellas, pues Tziganka Masha no conocía su valor. No podía guardar lo que tenían, cuando a su rededor había tanta gente pobre y necesitada. Daba ahora, como antes y como lo había de hacer en el futuro, daba a manos llenas, hasta que su dinero se concluyó.

Mme. Miller tuvo que desaparecer; en su lugar, volvió Tziganka Masha. Su única preocupación era ahora la de cuidar de su madre. La joven se dió cuenta de que podía ganar para mantenerse con su canto y su baile...

Así, las dos trabajaron, viajando todo el tiempo hacia el este, y en seguida por Manchuria hacia Har

de haber pasado las más grandes peripecias. Su familia había perecido toda en el desastre. Su nombre era Kolchak.

De Rusia no llegaban noticias. Había mucha riqueza, pero estaba muy mal distribuída, y la mayoría de la gente estaba en la miseria más grande.

Tziganka Masha había entregado todo su corazón al hombre a quien ahora creía muerto. Ella no podía volver a amar de nuevo y así lo dijo francamente a sus pretendientes. Pero su madre se enfermó gravemente y el dinero ganado honradamente no alcanzaba ya. Ella fué siempre muy impresionable. Ahora se ponía histérica cada vez más y parecía ceder a veces a los impulsos más desenfrenados. Tal vez todo aquello le parecía ser el principio del fin.

En este tiempo fué que llegó un tercer personaje a Harbin. Era un hombre joven, de carácter brutal, cuya mujer e hijo estaban perdidos, allá en Rusia. Era un hombre de extrañas contradicciones. En un momento dado era un idealista completo, en otro estaba inconocible, con ataque de rabia y ferocidad. Era un cosaco.

"El" cosaco. Gran Ataman de todos los cosacos, por orden imperial; más aún, era el héroe popular, el hombre a quien todos esperaban, el único cabecilla que había formado un Gobierno y había presentado una oposición contra la marea que venía subiendo. El Japón lo respaldeaba. Los aliados lo miraban como su única esperanza. Y sin embargo, no era más que un cosaco. En medio de todo este mundo de gente, se movía este Atamán de cosacos, G. M. Semenoff, buscando plata, hombres y municiones; conferenciando con el Japón y los aliados. Esto pasaba en la primavera del año 1918.

Con Semenoff andaba su ayudante capitán Nicolaevitch, quien había conocido a Tziganka Masha antes del desastre ruso. Nicolaevitch supo un

hombres gritaban, flores llovían de todas las mesas. Cajas de fósforos llenas de dinero caían a sus pies. Y el triunfo no se debía a su arte, sino que a su admirable personalidad.

En su camarín, alguien, tal vez haya sido el mismo Kolchak, le dijo que entre los asistentes en la sala habían divisado a Semenoff con su ayudante. Ella estaba en bata, pues se estaba cambiando de vestido; pero, sin darle mayor importancia a su vestimenta, salió corriendo del camarín, atravesó la sala y alcanzó a los dos hombres en la salida del café. Se lanzó hacia Nicolaevitch, y viéndolo herido y mutilado, se arrodilló y le besó sus botas, maldiciendo a los hombres que se divertían y bebían, mientras otros peleaban por la causa común.

Nicolaevitch le presentó a Semenoff. Los dos se miraron, y después de unas cuantas frases triviales, repentinamente, se sacó las joyas que llevaba en su cabellera y en las orejas, y se las entregó al Ataman.

—¡Por su causa! Tómelos — dijo, y desapareció.

El acto había tenido la rapidez y el efecto de un relámpago. La multitud se volvió loca. Semenoff recogió dinero, joyas, cheques.

Aunque no volvieron a encontrarse en ese tiempo, Tziganka Masha le hizo una propaganda enorme a Semenoff. El era su héroe, así como lo era de todos los rusos, y aun de los japoneses. El Japón ahora lo apoyaba abiertamente. Pasaba la mayor parte de su tiempo en uno de sus trenes blindados. Las pequeñas guerrillas, se transformaron en un verdadero movimiento de guerra. Su Gobierno de Transbaikal se hizo un Estado. Siberia se vió por el momento libre de los rojos. Las tropas de los aliados empezaron a hacer su entrada.

Mientras tanto, un Gobierno de oficiales zaristas se desarrolló en Omsk. Se le nombró el Gobierno Siberiano. Lo encabezaba Kolchak.

elegido comandante en jefe; los aliados lo respaldeaban. Este era un hombre amargado y taciturno. Se decía que en Harbin una bailarina gitana había preferido otro hombre a él.

Sin embargo, la vida se mostraba muy difícil para Masha. Resultaba obstinadamente casarse. El coronel Nagyar, después de varias negativas, se fué a juntarse con Kolchak, después de haber jurado que volvería a insistir.

Luego ella se perdió de Harbin, donde quedó su madre, viviendo con toda clase de comodidades. Todo lo que ella hacía, según le dijo después al príncipe G., lo hacía para su madre. Ella no quería a nadie, no podría nunca más volver a querer; pero tenía que pensar en su madre.

En aquel tiempo, el Ataman Semenoff estaba rodeado de toda clase de gente. Entre sus amigos había cosacos, oficiales del Zar, etc. Entre ellos estaba Pedro Scriabin, pariente del famoso músico y compositor del mismo nombre y el hombre más querido en todo el ejército. Muchos de ellos habían perdido todo lo que tenían, y eran adictos a la bebida y a las drogas; otros no pensaban más que en el saiteo y en el robo.

En este círculo empezaron a correr rumores sobre Semenoff. Se estaba alejando visiblemente de ellos, pasando la mayor parte de su tiempo en el tren-hospital. Luego supieron la causa, la cual pasó a ser un secreto a voces: Semenoff estaba enamorado de una de las enfermeras.

Pero Tziganka Masha no podía vivir escondiéndose, y el secreto dejó de serlo. Ella se fué a vivir con el Ataman.

El círculo de Semenoff empezó a deshacerse. Habían algunos partidarios de Masha y otros que no querían admitirla, sintiendo desde ya el poder que iba a tener sobre su cabecilla. Masha tenía a Semenoff en la palma de la mano, y había gente que se alegraba de ello.

Algunos de ellos le habíaron de matrimonio entre ella y Semenoff; pero Masha se rió: "Cómo se le ocurre semejante cosa, siendo que la mujer y el hijo del Ataman están en Rusia; nunca pensaré en el matrimonio hasta no saber de ellos".

En cuanto se fué ella a vivir con Semenoff, hubo consternación no sólo entre los oficiales de él, sino que en el edificio más grande de la ciudad: el cuartel general de los japoneses. Muchos de los oficiales del Ataman vieron que la influencia que ellos tenían sobre él hasta la fecha iba a concluir, con la llegada de esta mujer franca y valiente. Todos temían su bondad. Por otro lado, los japoneses — esos sentían algo muy parecido al pánico. Estaban formándose planes, en Manchuria, en 1918, para algo muy parecido a lo que sucedió en 1934. Los papeles de Semenoff, que se encuentran ahora en América, demuestran detalladamente los planes que tenían en esa época para ocupar Manchuria, así como ahora. En otras palabras, el cuartel de los japoneses y el Ataman eran hermanos en pensamiento y en obra.

Los japoneses sabían quién era Tziganka Masha. Sabían que ella no dejaría que su cosaco pagara un precio exorbitante por municiones y por el dinero. Así, en aquel inmenso edificio empezó una hostilidad contra Masha, que iba y venía cubierta de una fría cortesía. Masha no los tomaba en cuenta.

Mientras tanto, Kolchak le mandó decir a Semenoff que se juntara con él en nombre de la causa blanca. Al principio él se mostró reacio hasta con Masha, pues había gustado del poder, y no quería recibir órdenes de nadie.

Luego los rojos volvieron la vista hacia Siberia. Revoluciones empezaron en distintas partes. Empezó a correr la sangre. Los rojos empleaban a chinos y esos verdugos no conocían la palabra piedad. La sangre cosaca se hizo sentir en las venas de Semenoff y sus ayudantes. Soldados, hombres transcminados de drogas, locos, todos servían bajo la misma bandera verde, que fué presentada a su jefe. Dicha bandera está actualmente en una iglesia rusa en Los Angeles, California.

Con semejante cabecilla, y regimientos, cosas terribles empezaron a suceder.

Mientras tanto, la influencia de Masha con el Ataman se hacía sentir más y más, y se iba extendiendo hasta muchos de sus oficiales, a los que ella llamaba sus "hijos". Ellos le traían de regalo animales salvajes, y luego todo el patio de la casa se llenaba de osos, zorros y otros habitantes del bosque, a los que ella amaestraba. Seguía a Semenoff por todos lados ahora que pasaban casi todo el tiempo en viajes. En la ciudad de Chita, buscó entre los prisioneros húngaros a doce músicos, y andaba con su orquesta improvisada en los hospitales y prisiones.

Todo lo que ella tenía lo daba — a veces sin fijarse bien a quien—. Parásitos empezaban a crecer alrededor de ella; pero eso no le importaba. Los soldados la idolatraban. Donde iba ella atraía multitudes, y ya que no cantaba más, hablaba, ¡hablaba por el bien de la causa, del Ataman y de Rusia! No tenía dignidad. Todos sus actos eran completamente libres, hechos casi bajo impulsos infantiles; los soldados veneran esta clase de mujeres.

Pero la sangre seguía corriendo más y más. Semenoff decidió al fin juntarse con Kolchak. Y esto fué para él el principio de la mala suerte, según lo dicho por un viejo brujo mougol. Y peor suerte le esperaría el día que se separara de Masha. Cuando esta profecía llegó a los oídos del Ataman, se rió, diciendo: "Este día no llegará jamás".

Pero muchos de sus mejores oficiales lo abandonaron. Eran del ejército antiguo, y fueron a juntarse con Kolchak, asqueados por las orgías que veían en los regimientos de Semenoff. El mismo Ataman había empezado a beber en aquellos días.

En medio de todo aquello, iba y venía Tziganka Masha, como un ángel de bondad enviado del cielo. Le tenía horror a la Corte Marcial y empleaba todos los medios de ruegos, para librar de ella a los oficiales. Siempre su grito para pedir misericordia para los acusados era "¡No puedes matarlos! ¡Son rusos!"

Se entrometía cuando los hombres de Semenoff se dedicaban al pillaje, o bien cuando se peleaban entre sí — siempre para prevenir el mal, siempre para ayudar al afligido. Tenía una fe ciega en el ideal de Semenoff y miraba sus relacio-

(Continuación de la vuelta)

PARA TODOS
Cine — RADIO — Lectura
Todos
los lunes
$ 1.-

AMOR GITANO

(Continuación de la vuelta)

nes con el Ataman, como una cosa de carácter completamente accidental.

"Todo lo que tengo, lo compartiría con la mujer de él", le dijo una vez a un amigo, "todo lo que me ha comprado él, joyas, ropa, etc., todo le pertenece en realidad a ella. El le pertenece a ella. Si ella vive y vuelve donde él yo me retiraría de su vida. ¿Qué más puedo hacer?"

Esas palabras las decía de todo corazón, como lo demostró al poco tiempo después. Consiguió con dos oficiales siberianos que se internaran en el territorio del Soviet para buscar a la mujer y al hijo de Semenoff. Los japoneses supieron esto y tuvieron una idea. Como es de suponer, ellos no querían mucho a Masha, y empezaron a trabajar en silencio para quitarla del lado de Semenoff. Masha no disponía nunca de dinero, pues todo lo destinaba para el ejército. Sus ropas y sus joyas las regalaba a las mujeres de los oficiales pobres.

En ese tiempo pasó un caso, contado con detalles por el propio interesado, Scriabin.

Semenoff se había ausentado. Scriabin, el ídolo del ejército, y el coronel Popoff, habían peleado con unos cuantos oficiales de Semenoff, quienes se estaban haciendo ricos gracias al pillaje, y que hasta habían llegado al asesinato. Los dos amigos habían conseguido todas las pruebas necesarias y estaban esperando la vuelta de Semenoff para darlas a conocer. Y, ¿qué pasó entonces?

Dos muchachas vinieron a verlos una noche a su cuartel. Al rato de estar juntos los cuatro, las chiquillas gritaron: ¡socorro! Los guardias demasiado listos, corrieron y tomaron preso a Scriabin y a Popoff. Una Corte Marcial se improvisó en seguida. La penalidad para esta clase de faltas era la muerte, y la muerte se decretó. Un poco más tarde, las dos muchachas fueron encontradas muertas. Habían que cerrarles la boca.

A la salida del sol, Scriabin y Popoff fueron llevados al lugar de la ejecución y fueron fusilados. Semenoff llegó demasiado tarde para salvarlos, aunque hubiera querido hacerlo.

Pero, en realidad, lo que pasó fué contado por Scriabin, años después, aunque todos lo creían muerto desde hacía tiempo.

Hasta los japoneses querían a Scriabin. Sabía hablar su idioma y se había hecho de muchos amigos entre ellos. Noticias del arresto fueron llevadas en alas de la tragedia a Tziganka Masha — iban a fusilar dos de sus "hijos", y ella se dio cuenta al momento de la poca esperanza que le quedaba a estos hombres. El momento estaba bien elegido. Ellos sabían demasiado y había que eliminarlos antes de la llegada de Semenoff. Los responsables del caso eran los que habían quedado a cargo de todo mientras duraba la ausencia del Ataman.

Masha se fué directamente al cuartel general japonés. Se humilló delante de esos hombres de mirar frío, quienes la odiaban y le desconfiaban, rogándoles que hicieran algo por salvar a los dos jóvenes. Les explicó todo lo que había pasado. Ellos rehusaron. No estaban en situación de entremezclarse en la disciplina del ejército de Semenoff. Masha no quiso aceptar su negativa; qué le importaba lo que ellos pensaban; lo que ella quería era salvar dos vidas de hombres que habían peleado por la salvación de Rusia y quienes prometían mucho para el futuro; una de las causas por qué le tenían odio los oficiales de Semenoff. Nadie supo lo que pasó durante las dos horas en que ella parlamentó con los japoneses, y probablemente nadie nunca lo sabrá; pero ella ganó la partida, con su fuerza de voluntad y su magnetismo.

A la hora de la ejecución un buen número de soldados japoneses se trajo a dos prisioneros rojos. El oro puede mucho; hubo un cambio de vestimenta. Los dos prisioneros con la ropa de Scriabin y Popoff se pusieron frente a los soldados. Los rifles dispararon y los cuerpos fueron retirados prontamente.

Un tren especial, japonés, llevó a los dos oficiales salvados a un punto seguro en el Japón.

No se divulgó entonces que los dos oficiales habían salido con vida; pero lo que se supo fueron los esfuerzos que hizo Masha para salvarlos. Además, había salvado a otros, y estaba haciéndose demasiado poderosa en el ejército y con Semenoff. Bajo la influencia de ella se servía a la causa de Rusia más que a los intereses personales de cada cual. Uno de los oficiales de Semenoff, barón Ungern, quien tenía la loca ambición de llegar a ser un dios en las regiones mongólicas, la detestaba como si fuera veneno, pues ella le echaba a perder todos sus planes, sin casi darse cuenta de ello.

El coronel Nagyar estuvo en Chita. Con su modo calmado él se hacía completamente el desentendido sobre las relaciones de Masha con el Ataman. El sabía — pues Masha no lo negaba a nadie — que ella no quería a Semenoff; le ayudaba y le servía como su ángel de la guarda, y nada más. Así el coronel pasaba viniendo de vez en cuando. Era el año 1919.

Las cosas iban de mal en peor en el oeste, y sin embargo, Semenoff y Kolchak estaban aún como dos perros rabiosos el uno contra el otro. Ninguno quería hacer concesiones para juntarse con el otro. Los agentes rojos abundaban ahora en Siberia. Se sentía el peligro rojo en todas partes. Los que querían a toda costa deshacerse de Masha recurrieron al asesinato. Dos oficiales trataron de botarla de la plataforma de un tren. Afortunadamente, no tuvieron éxito. Los que tuvieron mejor suerte fueron los japoneses. Bien sabían ellos que la única manera de ganar la partida era usando métodos indirectos para deshacerse de Masha. Y ganaron ellos: de repente estalló la noticia: la mujer y el hijo de Semenoff estaban en camino de Rusia; habían sido salvados.

Al saber esto, Masha se encerró y no volvió a ver más a Semenoff. Para ella, todo había concluído ahora. Mientras que las personas se suponían perdidas en el caos en Rusia, podía también pensarse que estaban muertas. Pero una vez que volvían al mundo, entonces todo había de concluir. Esto lo veía ella muy claro.

Pero Semenoff no lo veía así. Se dió a la bebida en una forma espantosa. Masha rehusó de verlo, rehusó de vivir con él. Entonces él recurrió a la fuerza. Y esto puso un final a todo. Masha desapareció. Se fué a Tsingtao, China, y allá esperó.

Y allí fué donde recibió las terribles noticias de la caída del Gobierno Siberiano y del desastre que siguió. Kolchak fué tomado preso y ejecutado por los rojos. Nuevos despojos de un nuevo naufragio siguieron más hacia el este. El naufragio de los blancos y al que se le dió el nombre de la "marcha helada", era la emigración a mediados del invierno, a través de Siberia. Semenoff no tenía tiempo ahora para pensar en mujeres. El comunismo estaba en todas partes. En el año 1920, en vísperas de Pascua de Resurrección, las fuerzas rojas asaltaron Chita. Semenoff los rechazó, y volvió a ser el héroe del día. Pero era por poco tiempo. Llegaron noticias de que estaba peor que una fiera acorralada. Ya los cosacos no podían moverse y Semenoff perdió la cabeza en esos momentos. Los japoneses se retiraron dejándolo solo, y se supo que al fin el Ataman huyó en un vapor al extranjero. Esto era el final de la gran causa de la Rusia Blanca. La profecía del viejo brujo mongol resultó cierta.

El coronel Nagyar, llevado por las olas de la emigración, llegó a Tsingtao y encontró a Masha. ¿Y qué era de ella? Estaba cansada, desilusionada; sin embargo, sus admirables energías no podían estar quietas. En Tsingtao ella formó un orfelinato para los niños de la emigración.

No le quedaba nada ya. Rusia había desaparecido; Siberia también; sus héroes estaban muertos. El patriotismo, la causa rusa, todo estaba muy lejos. Lo único que quedaba era un hombre, cuyo amor era infinito y todopoderoso.

Ella se volvió a él, y encontró su refugio. Cuando los héroes pasan a la muerte, los hombres que no lo son los sobreviven y ganan la paz.

Se casó con el coronel Nagyar. Juntos cerraron el libro del pasado, dejando a Asia detrás de ellos. Ma-

La familia Membrillo

Juanito pide que alguien le lea. Mamá no quiere hacerlo.

Papá dice: yo lo haré.

—¿Qué diablos tiene este libro?— dice papá.

—Resulta que es un libro en inglés.

sha se dió cuenta de que podía volver a amar. Ella, que había pasado por las llamas de la guerra, el marchar de los ejércitos, la locura del poder cosaco, al fin encontró las realidades de la vida, en los hijos, y en el amor del hombre a quien amó una vez para siempre.

Donde ella vive ahora, no existe el pasado.

El nombre de Tziganka Masha no se conoce. Tiene paz, felicidad, un hogar, una elevada posición social, amor e hijos.

Esta es la razón del por qué Beloff rehusó divulgar el secreto de la vida actual de Tziganka Masha al hombre que fué su marido en el pasado.

Dice que es mejor que uno sufra un poco más, antes de hacer sufrir a todos.

Yo le encuentro toda la razón.

FIN

LA MUJER MODERNA EN LA POLITICA

(Continuación de la pág. 58)

Ya después, el movimiento siguió avanzando, muy despacio al principio, pero poco a poco se abrió camino la idea de que la mujer era un ser humano tan completo como el hombre. El sufragio femenino se ha implantado en la actualidad sólo en unos pocos Estados — Colorado, Utah, Finlandia y Nueva Zelandia fueron los primeros —; pero en otros terrenos fué mejorando paulatinamente la situación de la mujer. En 1884 conseguía la mujer en Inglaterra el derecho de propiedad, y se la fué admitiendo ya en los establecimientos educacionales, robusteciéndose así, más y más, el movimiento feminista.

En Inglaterra, antes de la guerra, desde luego, las sufragistas militantes fueron reducidas a prisión y declararon la huelga del hambre para demostrar que tenían fe en su causa, y en Norte América, la doctora Anna Shaw emprendió una tenaz campaña por todos los Estados.

En todo tiempo, lo único que las mujeres han ambicionado es un cambio de conducta para contribuir al progreso de la humanidad. Pero había hombres tan temerosos de la mujer, que se negaron a discutir toda cuestión referente a este asunto, y trataban a las impulsoras de ese movimiento de "muchachas gritonas" y de "solteronas rabiosas" y otras lindezas por el estilo.

Pero la campaña siguió adelante; algunas mujeres de posición dedicaron su vida entera al movimiento; pero en esto estalló la guerra mundial, que vino a convencer definitivamente a los hombres de lo que éramos las mujeres.

Lo que las mujeres hicieron en la guerra demostró que ellas no eran inferiores a los hombres, y que eran capaces de servir al Estado con tanta abnegación y eficiencia como cualquier hombre, aun en casos de emergencia.

A pesar de esto, no llegó todavía la época del voto femenino. Recuerdo una manifestación que se hizo para pedir a Lloyd George que permitiera a las mujeres fabricar municiones. Los tradeunionistas no querían que tal cosa se permitiera; pero Inglaterra estaba a punto de perder la guerra por falta de cañones y los hombres que podían fabricarlos estaban en el frente. A pesar de esto, los tradeunionistas se oponían; no consentían que las mujeres se dedicaran a trabajos que eran "sólo para hombres", como ellos decían. Pedimos entonces al Gobierno que se nos permitiera. Resultado: las mujeres ganaron, y aun recuerdo de dos o tres sociedades de mujeres, de débiles chiquillas debería decir, que fueron llevadas a una fábrica de municiones y aprendieron en seis meses trabajos que los "tradeunions" aseguraban demorarían tres años en su aprendizaje. Y así fué todo. Y recuerdo perfectamente que todo esto lo realizaron las mujeres sin alharacas, sin ruido, sin ostentación, con la mayor naturalidad, como si se hubiera tratado de aprender a hacer un estofado. Tuvimos así miles y miles de mujeres dedicadas a la fabricación de armamentos, piezas de aeroplanos y de acorazados; tuvimos mujeres trabajando para el Ejército y la Armada y para la fuerza aérea, mujeres que labraban la tierra y cuidaban el ganado, en una palabra, mujeres que hacían todas las tareas que hasta entonces se habían considerado exclusivamente propias de los hombres.

Las mujeres hicieron todo lo que antes habían hecho los hombres, que habían sido destinados al frente de batalla y lo hicieron maravillosamente; todo el mundo tuvo que reconocerlo. Fué aquel un período de angustia, pero que sirvió para evidenciar que las mujeres debían ser consideradas como parte esencial de la nación, y por eso cuando la guerra terminó, vino la cuestión del sufragio lógica y naturalmente, con el asentimiento de todos. Los hombres estaban tan satisfechos de la labor de la mujer, que resolvieron separarla de las clases que carecían de voto: los pobres, los criminales, los locos y los pares.

(Continúa en el próximo número).

LA PRINCESA DE AMERICA

(Continuación de la pág. 5)

—Usted no puede hacer eso. Yo no he cometido ningún delito.

—Ha cometido usted delito de lesa Majestad — corrigió enérgica Natica. —Está usted en peligro de perder la vida.

—Yo reclamo que se me permita hablar con el Embajador — vaciferó Robertson.

—No es necesario — afirmó Natica—. Ya se le informará cuando haya que embarcar sus restos.

—Mis... mis... ¡mis restos!—tartamudeó Robertson, que casi se desmaya.

—Desde luego, puede usted solicitar clemencia — sugirió Natica—. Si usted se arrodilla y pide perdón humildemente, veremos.

Robertson se prosternó en el acto y quiso besar los pies de Natica, pero ésta en el mismo momento retiró el pie.

—Después de todo — sentenció — no vale la pena. Llévenselo— dijo a los soldados.

Y se lo llevaron, aun cuando él se resistía forcejeando.

Natica miró a Johnny. Sus ojos fulguraban con la ira y lo mismo los de él.

—¿Cree usted que he procedido injustamente? — preguntó Natica, fría-

Familia

EL SEMANARIO QUE PUEDE ENTRAR A TODOS LOS HOGARES.

FIGURINES — MOLDES — SOMBREROS — CUENTOS Y NOVELAS.

APARECE LOS MIERCOLES.

Precio: $ 1.40

mente—. Si usted supiera qué clase de pájaro es ese, no se asombraría de nada.

—No pretendo juzgar sus actos — informó Johnny—; pero dudo mucho de que haya usted procedido cuerdamente. Se trata de un ciudadano americano. Usted no puede detenerlo.

—No tengo intención de detenerlo. Pienso que dos guardias lo acompañen a la frontera y lo dejen allí. Lo único que he pretendido es darle un escarmiento para toda su vida.

—¡Creo que lo han conseguido! — dijo Johnny.

—Bien — agregó Natica—. Ahora puede usted decir a Farrigton que esté tranquilo y que tan pronto como haya pasado la visita del príncipe, trataremos los dos personalmente la cuestión del agua mineral— Vaciló un momento y añadió—: Esto le dejará a usted tiempo para dedicarse a pasatiempos más agradables.

Johnny se quedó mirándola. ¿Qué le había querido decir?

—¿Quería usted alguna cosa más? —le preguntó Natica, con toda cortesía— Si no desea más, permítame que me despida. No quiero entretenerlo más. Tendrá usted que atender otras cosas. Pero, ¿con cuál de ellas piensa usted comprometerme?

—¿Comprometerme? —repitió Johnny, como un eco.

—Las dos son encantadoras, pero no querrá usted casarse con las dos —recalcó Natica. —Tendrá que escoger. No sé cómo se las arreglará.

Johnny vió entonces que la princesa se refería a las dos gemelas. Si él hubiera siquiera pensado que la princesa podía estar celosa, aquello le hubiera explicado la actitud de Natica.

—Me sería difícil distinguir una de otra. Y siempre están juntas.

Natica le dió una significativa mirada.

—Debe ser peligroso ser tan atrayente — comentó ella—. Porque, entiendo que las dos deben estar enamoradas de usted. ¡Duro con ellas, entonces!

Al oír estas palabras, Johnny protestó:

—¡Caramba! ¿Pero no comprende usted?... — Y se detuvo de repente.

Natica comprendió la aflicción del pobre Johnny.

—Discúlpeme — dijo—. Estoy muy cansada. Hay tanto que hacer para preparar el recibimiento del príncipe... Usted comprenderá...

Johnny se confundió. Le faltaron las palabras y se apresuró a retirarse.

—Que me fusilen, si vuelvo a poner los pies aquí — decía para sus adentros, en el momento de irse.

Pero volvió. Al retirarse, rogó a Lili atentamente que le proporcionara una invitación para la recepción de Natica, en honor del príncipe, pues deseaba llevar a las dos hijas de Harrington, que se lo habían suplicado.

—No he podido pegar los ojos en toda la noche — le decía la mayor de las gemelas—, ¡estaba tan nerviosa!

Y la menor, en cambio, exclamaba:

—He dormido como un lirón. Soñé con el príncipe Federico, que entraba en Leiderstein con gran pompa.

Estaban las dos en una ventana de la posada de "El Pelícano", que daba a la plaza, por donde debía pasar el príncipe y su escolta, camino del castillo.

La plaza estaba llena de leidersteineses de todas edades y condiciones. De pronto resonó en el aire el sonido de las trompetas y los aires marciales de una banda militar. La multitud que estaba en la plaza, se inquietó.

A poco llegó la delegación de Ehrestein a caballo y delante de ella el príncipe. Ni un viva, ni un aplauso. El príncipe manifestaba en su semblante el orgullo y el desdén.

—¡Ese es! — murmuró la mayor de las hermanas— ¡Qué gordo!, ¿verdad?

—Pero monta muy bien — protestó la menor.— Respiró fuerte y gritó: —¡Viva!...

Johnny detuvo el aliento. Un muchachuelo de ocho o nueve años había de repente roto el silencio:

—¡Viva Federico, el Gordo! — gritó a todo pulmón—. ¡Viva!

El príncipe miró encolerizado al pillete. Hubo un momento en que pareció que iba a lanzarse sobre él y a aniquilarlo. ¿Y si se lanza? — pensó Johnny.

Un murmullo de indignación corrió por toda la plaza. Parecía que la atmósfera estaba cargada de dinamita. El príncipe lo comprendió en el acto. Y en vez de castigar al mozalbete, sonrió despectivamente, hizo caracolear el caballo y siguió su camino, tieso y orgulloso.

—¡Menos mal!—murmuró Johnny.

—Parece que no le quieren mucho —declaró la hermana menor.

—Así parece—aseveró Johnny.

—Debe ser muy triste eso de casarse con un hombre a quien no se ha visto nunca — prosiguió la mayor—. Aunque tratándose de una princesa, la cosa es diferente. Una princesa no puede casarse más que con un príncipe, ¿no es verdad?

—Verdad — contestó Johnny.

—Es gracioso pensar que se va a conocer a un hombre a las diez, y a las doce ya está una comprometida con él. A las doce van a regresar el príncipe y la princesa y van a venir a la Casa de Gobierno para proclamar su noviazgo, ¿no es así, Mr. Lane?

—Así es — contestó Johnny, secamente.

Y sin embargo, Johnny no creía que aquello fuera posible. Ni siquiera cuando poco antes de las doce un murmullo prolongado indicó que ya se acercaban los novios a la plaza. Cuatro de los guardias de escolta de la princesa aparecieron ya delante del cortejo real, luciendo sus vistosos uniformes.

Y detrás venía la princesa en su Rolls-Royce.

—¡Qué hermosa es! — murmuró la hermana mayor.

Johnny nada dijo. La princesa venía con el príncipe sentado a su lado, adorable como siempre, pero en su rostro se reflejaba la tristeza. Era una princesa muy diferente de la Natica que él había conocido.

—No parece muy dichosa — insinuó la mayor de las gemelas.

La menor pasó su mano por debajo del brazo de Johnny y le dijo:

—Vamos abajo, a la plaza y pongámonos delante de la Casa de Gobierno. Tengo mi cámara y voy a sacar vistas para desarrollar una película.

Johnny la miró, como si en su vida la hubiera visto. Luego, amurrado, se excusó, diciendo:

—Discúlpeme. No puedo ir. Tengo que ir en seguida al Telégrafo a mandar unos telegramas.

Se fué bruscamente y se metió en su cuarto. No podía sufrir el ver a Natica nuevamente. Tenía que salir en seguida de Leiderstein. Se sentó a su escritorio y redactó este telegrama para su jefe:

"Princesa Natica, prometida hoy. Federico. Salgo expreso tres y media. Cancele licencia. Reanudaré trabajo mañana.—Lane".

Hecho esto, comenzó a arreglar su carpeta. Lo primero que saltó a su vista fué el anuncio para el agua mineral. Lo tiró al canasto de los papeles. A la una estaba ya preparado para el tren. No tenía más que esperar la hora de su partida. Entretanto, la tempestad rugía en su interior.

—Bueno, tú mismo te lo has buscado. ¿No querías sensaciones? Pues, ya has tenido lo que buscabas — se decía monologando consigo mismo.

Un gran alboroto de la calle, llegó a sus oídos. Escuchó. Segundos más tarde, se abría precipitadamente la puerta de su pieza y entraba en ella Harrington, descompuesto el semblante.

—Han asesinado a la princesa — exclamó.

—¿Asesinado? — repitió Johnny—. No puede ser — y la pieza inundada de sol pareció que se obscurecía de repente—. ¡No puede ser!...

—A su regreso al castillo — insistió Harrington—. Toda la ciudad lo sabe. Han tirado una bomba y...

Harrington se detuvo. Ya no tendría ninguna audiencia. Johnny no podía, no quería creerlo. Salió sin sombrero de la posada, corrió a la calle, se apoderó de una bicicleta que encontró junto a la puerta. No sabía de quién era, ni le importaba tampoco. Una bicicleta en aquellos momentos, era como una respuesta a una pregunta angustiosa.

El camino hacia el castillo era escarpado. La transpiración corría por su frente. Ya en el castillo, dejó la bicicleta y echó a correr desalado, penetrando en el portón.

Dentro, la gente iba y venía en inusitada agitación. Una mirada a sus caras le demostró que la tragedia estaba en el ambiente. Vió de pronto al Lord Gran Chambelán.

—¡La princesa!, — gritó, está... está... — No podía articular palabra.

El Lord Gran Chambelán miraba asombrado a aquel joven americano inexplicablemente aterrado y le dijo con fría austeridad:

—¿Su Alteza lo espera?...

—¿Qué me espera? Quiere decir que...

El Lord Gran Chambelán volvió la espalda. Un guardia pasó por delante. Con el corazón en un puño, casi sin aliento, Johnny le pidió que le acompañara a las habitaciones de la princesa. El guardia lo acompañó, llegó a la puerta, llamó con los nudillos y esperó.

Se abrió la puerta y en la sala vió Johnny de pie a Natica.

—¡Viva!... — gritó y no pudo decir más.

—¿Viva? — repitió ella, con los ojos bien abiertos—. ¿Y por qué no había de estar viva?

Natica no le dió lugar para que le contestara.

—¡Siéntese, antes de que se caiga redondo, hombre!—le ordenó—. ¡Parece usted un loco!

Johnny se derrumbó sobre una silla. No podía ya tenerse de pie, aun cuando la princesa estaba de pie todavía.

—¿Cómo ha podido usted venir tan pronto? — le preguntó ella—. Apenas hace cinco minutos que mandé a buscarlo.

—¿Usted mandó a buscarme?—repitió él.

—Comprendo que ha sido una ti-

bertad. ¿Tan difícil le era a usted venir?

—Pero, ¿qué quiere? Sentía algo así como necesidad de tener cerca una persona amiga; alguien con quien poder conversar en mi propia lengua. ¿No sabe usted lo que esos bandidos pusieron hoy en mi camino?

Su cerebro se iba despejando. Ella estaba viva, indudablemente. Y había mandado a buscarlo a él. Si al menos pudiera él estrecharle entre sus brazos... Pero eso no era posible.

—¿Se refiere usted al príncipe? — preguntó.

Francamente, yo siempre había deseado encontrar en mi camino un príncipe. Pero nadie me había dicho que si me ponían uno delante, me tenía que casar con él, en cuanto lo viera.

Natica le miró dulcemente, como esperando que él dijera algo, pero Johnny no podía decir nada todavía.

—Me dijeron que Ehrestein declararía la guerra si yo me negaba a salir con él — siguió diciendo Natica.

—¡Y claro!, usted salió—dijo Johnny, sintiéndose enfermo nuevamente.

—Salí — afirmó ella, secamente—. ¿Qué significaba esto, a fin de cuentas? A mi modo de ver, nada.

A pesar de que Natica era una princesa y además comprometida, Johnny permanecía sin contestar una palabra. Ni siquiera se daba cuenta de que estaba presente Lili, que, como de costumbre, desaprobaba aquella entrevista.

—No me gusta que nadie se me imponga. Mis consejeros estuvieron discutiendo hasta que vinieron a decirme que tenía que salir con el príncipe. Y salí.

—Ya lo vi — exclamó Johnny, con una voz bronca, que a él mismo le sorprendió:

Pero ella estaba viva; nada le importaba cómo la había visto. El se consideraba feliz, el más feliz de los mortales. ¿Qué tenía que hacer él? El no podía, de ninguna manera, aspirar tan alto.

—Pero, ¿por qué se molesta en darme explicaciones — preguntó él, desesperadamente.

Natica le miró con una mirada que encubrió todo su ser.

—Yo le agradezco, desde luego. Usted sabe que me interesa todo lo suyo — se apresuró a añadir al momento—. Y si en mi mano estuviera hacer algo en su favor...

Se detuvo de repente. Aquéllas no eran palabras para decírselas a una princesa y mucho menos en el día de su compromiso. Sólo había una cosa que él podía, desde luego, decir y que dijo, levantándose...

—Deseo a usted toda clase de felicidades, mil felicidades.

Y volvió a callarse. No estaba acostumbrado a felicitar a princesas.

—Pero, ¿por qué me felicita usted?

—Por su compromiso con el príncipe.

—¡Pero si yo no estoy comprometida! — protestó ella—. Eso se acabó. Y por ese motivo lo mandé llamar. Pero ahora, que recuerdo... Usted no debe haber recibido mi recado. Yo... Pero, entonces, ¿por qué vino usted?

—Yo... yo había oído que la habían asesinado y...

Natica le envolvió en una tierna mirada.

—¡Oh! — exclamó—. Pero si me habían asesinado, ¿a qué apurarse tanto?...

—Es que no podía creerlo — confesó él—. Quería convencerme por mis ojos. Por eso...—No pudo terminar. Pero sus ojos hablaron por él.

—¡Oh! — volvió a exclamar Natica.— Y en seguida añadió, confundida—: Trataron de asesinarme. O, más bien, trató aquel pobre muchacho.

—¿Pobre muchacho?—replicó Johnny—. Quiere decir que...

—Parecía tan apocado, tan digno de lástima, cuando se apoderaron de él. ¡Y es además, tan joven! Entiendo que él creería que lo que hacía era en beneficio de Leiderstein. Es uno de los republicanos.

—¡Pero, demonios! ¿Y si la hubiera acertado?

—Claro que acertó. La bomba vino a caer en mi falda.

—¿En su falda? ¿Y no hizo explosión?

—Parece que ni siquiera era una bomba. La había fabricado el mismo muchacho. De todos modos, yo la cogí y se la devolví al que me la tiró.

—¿Usted se la devolvió? — siguió preguntando Johnny, sin salir de su asombro.— ¿Y qué hacía Federico en todo ese tiempo?

—No sé. Creo que se escondió debajo del asiento — dijo Natica—. No quiso que le molestaran. La bomba no hizo explosión. Ni cuando yo se la devolví al chasqueado criminal.

—Supongo que entonces Federico daría muestras de su bravura.

—Se puso como un león. Creo que estaba avergonzado, pero eso no era motivo para que sacara su espada y acometiera al muchacho, que estaba ya desarmado, atado y sujeto por los guardias.

—¿Y le mató?

—No, pero le hubiera muerto si yo no me opongo. Le dije que no le pegara, pero no me hizo caso. Entonces, yo tuve que pegarle a él.

—¿Al muchacho? •

—No, al príncipe—confesó Natica.

Johnny se quedó helado. Ella le había pegado al príncipe...

—Bueno. ¿Qué otra cosa podía yo hacer? — preguntó desafiante—. Yo no tengo costumbre de pedir a nadie que me vengue, que me proteja. El no me estaba vengando a mí. No hacía mas que desahogar su rabia. Yo le dije que no pegara al muchacho y no me hizo caso. Por eso...

Se interrumpió Natica. Sonaron unos golpecitos a la puerta. Era el Lord Gran Chambelán, que deseaba una audiencia. Entró.

—Lamento infinito tener que manifestar a Su Alteza, que el príncipe Federico y su escolta han sido atacados en su camino a Ehrestsin. Lo asaltó una patrulla. Hubo tiros.

—¿Viene usted a decirme que esto significa la guerra? — preguntó Natica.

—Es irremediable.

—¿Me dice usted que si no me caso con el príncipe, habrá guerra?

—Una falta tan grave como ésta en la etiqueta, tendrá consecuencias fatales.

—Y también me dijo usted que el haber abofeteado al príncipe, traería como consecuencia la guerra.

—Yo no he hecho más que cumplir con mi deber al advertirle a Su Alteza...

—Y luego cuando yo dije que no

quería entregar a aquel pobre muchacho al furar del príncipe, me dijo usted que eso significaba la guerra. Bueno. Pues, ya tenemos tres guerras en perspectiva, de manera que una guerra más, poco importa. Hágame el favor de cerrar la puerta cuando se retire.

—Pero, Alteza, es necesario tomar medidas.

—Tómelas.

—Hay que citar a reunión a los consejeros.

—¡Citelos!—ordenó Natica y agregó—: Ya le he dicho que no quiero verme en la precisión de abofetearle a usted, pero si sigue usted importunándome...

El Lord Gran Chamberlán hizo una profunda reverencia. Ahora sabía ya que la princesa sabía dar bofetones. Natica se calló por unos momentos y en seguida dijo, dirigiéndose a Johnny:

—Venga aquí. Veo que está usted pensando que estoy loca.

—Lo que yo pienso es que es usted..., es usted...,—comenzó Johnny, impulsivamente, pero se calló—. Pienso que debiera usted haberle escuchado—corrigió suavemente.

—Escúcheme — dijo Natica—. En todo el día de hoy no he hecho otra cosa que escuchar, escuchar. Ya me tienen loca. He ahí la razón de por que lo he mandado llamar. Son insaguantables. Todo el día con la cantilena de que Ehrestein nos va a declarar la guerra. ¿Hasta cuándo?

—Ehrestein hace mucho tiempo que busca un pretexto para ello.

—Pues, ahora tienen ya varios — recalcó Natica—. De manera que tendremos guerra. Me dicen que Leiderstein no tiene probabilidades de ganar, que Ehrestein es tres veces más grande. ¿Es así?

—Poco más o menos — asintió Johnny—. Y además, tiene en pie de guerra un ejército bien equipado de unos mil quinientos hombres.

—¿Mil quinientos? — repitió Natica—. ¿Y Leiderstein no los tiene?

—Leiderstein apenas cuenta con ochenta— dijo Johnny, desconsolado.

—¿Ochenta? — exclamó asombrada Natica—. ¿Está usted bromeando?

Johnny meneó la cabeza. Natica no dijo una palabra durante unos minutos.

—Un ejército en pie de guerra de ochenta hombres — dijo luego — y la mayor parte de ellos en descanso, casi siempre. Francamente, a veces pienso que yo he venido aquí a desbaratarlo todo y a traer la ruina a estas gentes.

Se quedó un momento pensativa y afligida y en seguida preguntó a Johnny:

—¿Y qué puedo yo hacer ahora?

—Johnny comprendió que tenía que contestar a esta pregunta. No tenía solución. Todo lo que él pensaba y veía era el ejército de Ehrestein invadiendo la frontera de Leiderstein, viniendo sobre la capital y apoderándose del castillo y... su corazón se oprimía en el pecho... de Natica. Esto último era lo peor que podía suceder.

—Huya lo más pronto que pueda — le dijo—. Yo la conduciré sana y salva hasta la frontera. Es lo único que cabe. Aquí no está usted segura.

Natica abrió tamaños ojos.

—¡Dejar a Leiderstein! — exclamó—. Pero eso no es posible. ¿Lo haría usted si estuviera en mi lugar?

—Eso sería diferente. ¡Yo soy un hombre! — protestó. Usted es...

—Su alteza la princesa Natica de Leiderstein — interrumpió ella—. Suena gracioso, ¿no es verdad? Soy una princesa un poco impulsiva, pero princesa. Siempre he detestado eso de morir por la patria, por cualquiera patria, y sin embargo, no puedo huir cobardemente del peligro que yo misma he provocado.

—Pero, ¿qué puede usted hacer?

—Permanecer aquí y ver en qué para esto — declaró resueltamente.

Para Johnny, esto era una locura. Pero no había medio de disuadirla. Cuando volvió a montar en su bicicleta y regresó a Leiderburg, pensó que debía quedarse, sucediera lo que sucediera. Y junto a su adoración sin esperanzas, había ahora una admiración profunda para la mujer de su pensamiento. Era ya medianoche cuando regresó a la posada; pero no podía entrar. Estaba pensando en lo que pasaría en Ehrestein. La clase dirigente estaría celebrando su próxima victoria con brindis de champaña; las calles y plazas repletas de gente, que cantaría los himnos nacionales y las marchas militares del país.

—Ellos saben que tienen de antemano ganada la batalla — se decía Johnny—, ¡y están en lo cierto!

—Mil quinientos soldados de tropa bien instruídos y equipados. Menos de un regimiento, escasamente un pelotón de avanzada. Y, sin embargo, invadirían a Leiderstein y se apoderarían de todo, en el término de una hora.

—Un solo batallón de la Marina norteamericana — se decía — bastaría para rechazar a ese ejército. ¡Cuánto hubiera dado por disponer de un batallón! Pero no disponía ni de un solo soldado.

—¡Oh!, hay que pensar en algo — había dicho Natica, por fin.

Y él estaba pensando, pensando sin descanso; pero no se sentía un Napoleón. ¿Napoleón? Se quedó paralizado de repente. Se había acordado de algo. Una idea relámpago. Un minuto antes no alentaba la menor esperanza. Ahora empezaba a concebir una. Y entró al momento en la posada.

Harrington estaba en su cuarto, pero no se había acostado todavía. Y cuando Johnny golpeó con los nudillos a su puerta, él fué a abrirle con una bata encima de su pijama.

—Estaba esperándolo para hablar con usted — dijo Harrington—. Yo creo que si Ehrestein declara la guerra, la propuesta y el negocio del agua mineral se va al diablo. Me dicen que Leiderstein no tiene la menor probabilidad de ganar.

—No hay que fiarse de las apariencias — dijo Johnny—. ¿Sabe usted jugar al poker?

—Harrington se sorprendió.

—¿Por qué lo pregunta? Sí; pero... Los dos vamos a jugar al poker ahora—declaró Johnny—. Esta noche. Con Ehrestein. No me mire usted así, que no estoy loco. ¿Ha oído usted hablar de la batalla de Arcola? Los austriacos contaban con un ejército de cuarenta mil hombres. Napoleón, todo lo que tenía era un pequeño pelotón con cuatro o cinco cornetas. Mandó a estos hombres a la retaguardia del ejército austriaco. El bluf tuvo su resultado. Los austriacos creyeron que Napoleón jugaba con los cuatro ases. Y huyeron. ¿No es esto poker?

—No digo que no — aprobó Harrington—. Pero, ¿qué tiene que ver esto con Leiderstein?

—Escuche y voy a exponerle mi plan — exclamó Johnny con los ojos brillantes.

Harrington escuchó, incrédulo al principio, pensativo después.

—Bien; todo eso será poker. Pero usted no tiene cartas con qué jugar.

—Allá veremos — dijo misteriosamente Johnny.

No fué a dormir en toda la noche, atareado de sus planes. Allá a las ocho de la mañana del día siguiente, volvió a la posada; pero no se sentía fatigado. Se dió una ducha fría y tomó su desayuno. Poco después de las nueve estaba en el castillo. Inmediatamente pidió ver a Natica por asuntos de Estado.

Natica lo recibió. Sus ojos estaban sombreadas. La acompañaban el duque y el Lord Gran Chambelán.

—Ehrestein nos ha declarado la guerra — le dijo en el acto la princesa—. Ya se han producido algunos ligeros encuentros en la frontera. El duque asegura que antes de mediodía estarán aquí las tropas enemigas y es de parecer que yo deje la capital y vaya a refugiarme en su castillo en la montaña.

—No se vaya — dijo Johnny—. Quédese donde está.

El duque le miró asombrado.

—Su Alteza tiene sus consejeros — gruñó—. Están deliberando y ellos son los que han de resolver lo que más conviene a la princesa.

—¿Sí? — dijo Johnny—. ¿Y qué piensan ustedes hacer cuando los Ehresteinses se hayan apoderado de Leiderburg?

—Apelaremos a la Liga de las Naciones—informó el Lord Gran Chambelán.

—¿Y por qué no escriben ustedes una carta al "Times" de Londres, mientras tanto? — preguntó sarcásticamente Johnny.

Natica interrumpió de pronto.

—Pero, ¿qué podríamos hacer?

Había llegado la ocasión de Johnny. Sacó tres fotografías de un aeroplano que él y el impresor de Leiderburg habían estado sacando durante toda la noche, y entregó una a cada uno de los presentes.

—Esto es cosa hecha — murmuró—. Lean ustedes—. Y se sonrió.

Los tres leyeron con curiosidad. Johnny no tuvo que leer. Lo sabía de memoria. Mientras leían, sacó un cigarrillo y se puso a fumar. Ni el Lord Gran Chambelán ni el duque advirtieron aquella falta de etiqueta. Y los tres leían:

"Leiderstseinses, no temáis. Leiderstein siempre ha sido libre y lo seguirá siendo. No lo rendirá el enemigo. En esta hora de dura prueba para la nación, Leiderstein y su princesa cuentan con amigos poderosos. Y ellos han decidido invertir millones en su defensa. Cuatro aviones lanza-bombas llegarán esta mañana y a éstos seguirán otros, toda una flota, si es necesario".

"¡Enemigos de Leiderstein, tened cuidado! Tendréis vuestro merecido. Atreveos a invadir Leiderstein. En vuestras ciudades y poblaciones se desencadenará el infierno. Nadie escapará. Vuestras casas, vuestros campos, todo será aniquilado. Leiderstein no desea la guerra. Sólo busca la paz. Pero el que lo invada encontrará lo que no desea. Leiderstein será libre siempre. Leiderstein avisa noblemente antes de proceder".

Natica tenía muy escasas nociones de alemán. Apenas entendía alguna que otra palabra.

—¡Pero yo no entiendo esto! — exclamó.

El duque, por su parte, preguntó:

—¿Usted ha redactado esto?

—En este momento hay distribuidores por todo Leidersteln miles de estos volantes. Y en el momento en que lleguen los aeroplanos, Leidersteln estará cubierto de prospectos.

El duque no le preguntó con qué autoridad había él hecho esto. Simplemente se volvió hacia Natica y le dijo:

—Hay que poner esto en conocimiento del Consejo. Si su alteza nos permite retirarnos...

Su alteza lo permitió. En cuanto ellos se fueron, Natica le pidió a Johnny que le tradujera al inglés el manifiesto, y Johnny, sin leer el volante, fijos los ojos en ella, se lo tradujo.

—Pero, ¿dónde están esos millonarios? — preguntó Natica.

—Por el momento no tenemos más que uno: Harrington — contestó Johnny.

—¿Quiere usted decir que este señor invertirá millones en la empresa?

Por el momento no ha necesitado invertir más que unos pocos miles, que se cargarán en cuenta al negocio pendiente. Será menester que yo le explique que estamos jugando aquí una partida de póker, estamos haciendo un "bluff". Lo mismo que el que hizo antiguamente Napoleón. He telegrafiado a cuatro aviadores amigos, aventureros y resueltos, y sé que acudirán a mi llamado. Ya deben estar a punto de llegar.

—¿Para bombardear a Ehrestein?

—No creo que haya necesidad de hacerlo. Por lo menos con bombas. Los bombardearemos con volantes, y si no basta con los que hay, se harán más.

Se detuvo de pronto. Sobre sus cabezas se oía el zumbido de un aeroplano.

—Ahí está la avanzada — dijo Johnny—. Debe ser Davidson. El muchacho más sin miedo de la creación. ¡Con él se las van a poner! Voy a felicitarlo.

—Yo también voy — dijo Natica, entusiasmada.

Johnny iba a protestar; pero en seguida se arrepintió.—¡Venga no más! No sería raro que se encontrara con una ovación colosal.

Natica salió en su Rolls-Royce y Johnny se sorprendió de cómo había podido jugar tontos a los leidersteinses. Aquella mañana estaban excitadísimos.

—¿Qué eso eso? — exclamó Natica—. Yo creía que estarían indignados conmigo.

—Indignados contra sus enemigos — corrigió Johnny—. ¡Como yo! Esto era para Natica lo más importante.

Encontraron a Davidson ya preparado. Había descendido en un volquete sumamente arriesgado, e inmediatamente se había visto rodeado por la multitud.

—Detrás viene la flotilla — declaró en cuanto vió a Johnny—. Harry Dexter, Tom Dupont, Peter Hughes... Yo voy a hacer un vuelo de exploración para entendérmelas con esos que quieren molestar a la princesa.

—Es una buena idea — afirmó Johnny—; pero, antes, déjeme 'proveerle de algunos volantes para que los vaya sembrando por todas partes.

—Me parece que bien pronto tendremos noticias de Ehrestein — dijo Johnny, cuando el Rolls-Royce de la princesa volvió hacia el castillo.

Efectivamente, a mediodía llegaba un emisario de Ehrestein, casi sin aliento y sofocado. Venía a confirmar a la princesa que Ehrestein mantenía hoy, como había mantenido siempre, la más franca cordialidad con Leiderstein.

Natica dió una mirada a Johnny.

—¿Qué está diciendo? — murmuró.

—Cosas muy interesantes — le susurró al oído Johnny—. La verdad es que Ehrestein no quería más que estar seguro de que usted estaría protegida contra la revolución. La guerra se había declarado sólo técnicamente, para prevenir el levantamiento que usted sabe.

—¿Quiere decir que ya no habrá guerra?

—Silencio — aconsejó Johnny—. Oculte usted sus sentimientos. Olgale al emisario asegurar que nunca han tenido intención de hacer la guerra. Que todo había sido nada más que un error.

Leiderstein enloqueció aquella noche al tener conocimiento del ultimátum que la princesa había mandado a Ehrestein. Los leidersteinses vociferaban, cantaban y bailaban fuera de sí, en las casas, en las calles, en las plazas, en todas partes.

No supieron que todo había sido un mero "bluff"; pero supieron el motivo, porque Harrington se interesaba por Leiderstein. Era por el agua mineral que ellos conocían desde tiempo inmemorial, la que ahora haría millagrosamente a Leiderstein un país rico, libre de impuestos y de gabelas.

—Así lo ha dicho el multimillonario — decían todos.

Fué un gran día para Leiderstein, y un gran día para Johnny también. Este se había quedado unos instantes a solas con la princesa. A solas, es decir, en presencia de Lili únicamente. Esta estaba siempre delante.

Natica estaba sumamente satisfecha, sumamente agradecida.

—Estoy pensando que yo debería nombrarle mi Ministro de la guerra — le dijo—. Usted ha sido el que ha ganado la guerra.

El hubiera deseado estrecharla entre sus brazos. En lugar de eso se conformó con hacer una mueca:

—Realmente, ésta es la guerra más rápida que ha podido ganarse.

Era verdad. Había ganado la guerra, pero había perdido para siempre a su princesa. Natica era ya en lo sucesivo y para siempre la princesa de Leiderstein. Y esto significaba para él que nunca podría ser suya. No le quedaba la más pequeña probabilidad.

Cuando regresó a la posada, estaba anonadado. Quiso meterse en su cuarto sin hablar una palabra con nadie; pero Harrington le salió al encuentro.

—En mi vida he estado tan intrigado como esta mañana, cuando llegaron los aeroplanos — dijo el padre de las mellizas—. He usado cientos de metros de película para filmar todas las escenas.

—Davidson ha prometido hacer un vuelo hasta Viena y traerme más cinta para mañana, si lo necesito — declaró la más joven de las gemelas—. Me dicen que esta tarde se van a celebrar cantos y danzas al aire libre ante la explanada del castillo.

Johnny recordó, además, que el primer domingo de junio el pueblo se reunía siempre delante del castillo para representar una alegoría nacional entre músicas y danzas.

—Usted nos llevará, ¿verdad? — preguntó la hermana mayor—. Llévenos y nos enseña y nos explica todo lo que haya que ver.

En el castillo abundaba la alegría y la cerveza. Alrededor del castillo había grupos de familias sentadas y haciendo comentarios.

Natica había salido al balcón a instancias de la multitud que la aclamaba. Y, para más halagar a sus súbditos, se había vestido con el traje nacional. Era una nueva Natica, atrayente, encantadora.

En ese momento llegaba Johnny acompañado de las dos gemelas y de Harrington. Al ver a Natica en el balcón, el corazón le brincaba en el pecho. La veía hermosa, adorable con su pintoresco vestido de colores, su corpiño de terciopelo negro, sus doradas trenzas adornadas con una tiara de la que pendían varias cintas también trenzadas, con los colores nacionales.

Un murmullo de aprobación y entusiasmo corrió por entre la multitud, al cual siguió la ovación más estruendosa y entusiasta de que hay memoria en los anales de la historia.

Johnny se sintió transportado; pero inmediatamente reconoció que cada momento la princesa estaba más lejos de él: ella era la princesa y él no era más que un simple particular y un extranjero en Leiderstein.

Siguió la fiesta y la alcazara en la plaza, y después del lunch la princesa volvió a aparecer en los balcones del castillo acompañada de su corte. A las cinco terminó la fiesta y en ese momento un guardia del castillo vino a hablar con Johnny.

—La princesa desea que usted y su comitiva suban a sus habitaciones en cuanto termina la manifestación.

Terminada ésta, todos subieron al palacio y fueron llevados a presencia de la princesa.

Aquello era completamente fuera de protocolo. Natica les sirvió el té por sus manos, como cualquiera muchacha norteamericana pudiera hacerlo en su casa. Parecía revestida de una nueva dignidad y nuevo aplomo. Tenía, en una palabra, todo el aire majestuoso de una princesa.

—Esta es la última vez que vengo aquí — se dijo para sí Johnny.

Como si ella hubiera leído en su pensamiento, le dió una cariñosa mirada.

—¿Quiere usted llamar a algún guardia de servicio? — suplicó a Johnny—. Tal vez ustedes tengan deseo de ver el castillo — agregó dirigiéndose a los demás.

—Yo desearía hablar con usted unos momentos, si ustedes me perdonan que lo retenga mientras ven ustedes el castillo.

Y cuando todos salieron, dijo Natica a Johnny:

—Vamos a la biblioteca; allí podemos conversar más tranquilos sin que nadie nos moleste.

Era la primera vez que Johnny entraba en la biblioteca, y aunque tenía fama de ser muy vallosa, Johnny no la conocía. Para Natica no era más que un fondo, una especie de trastienda donde ella se retiraba cuando quería evitar la presencia de los demás.

Natica atravesó la sala hasta situarse cerca de una gran ventana. El sol poniente ponía reflejos dorados en los vidrios y abajo en la plazoleta se sentían las voces y cantos de la multitud. La fiesta había terminado; pero el pueblo no se retiraba todavía.

—Esto es lo que ellos llaman una tarde coral — explicó Natica.

Johnny estaba de pie junto a ella. El corazón parecía querérsele salir del pecho. Sentía arrebatos irresistibles de abrazarla. En vez de abrazarla, se conformó con decir:

—Está usted encantadora.

Natica se miró el vestido.

—¿De veras, le gusta? — preguntó con coquetería.

—Ha sido una idea genial la suya la de vestirse de ese modo.

—Ojalá me salga también como he pensado — replicó ella— ¿Qué ha sido del afiche para el anuncio del agua mineral?

La pregunta le pilló de sorpresa.

—Lo rompí el día que usted se comprometió con el *príncipe*.

—Pero yo le dije a usted que eso no importaría para el agua mineral— protestó ella—. ¿Puede usted darme una idea de cómo era?

—Harrington pensaba emplear el retrato de usted; decía que eso sólo contribuiría a aumentar la venta.

—Es muy gentil Mr. Harrington— dijo ella—. ¿O lo hacía precisamente porque soy una princesa.

Johnny prefería ignorarlo.

—Encima iría su corona y el nombre del agua. Harrington sugirió el nombre de Valonia. Debajo iría una leyenda: "Por concesión de su alteza la princesa Natica de Leiderstein". Había aún otras cosas que me explicó Harrington. Su retrato serviría de réclame por tener usted una piel terza y suave como muy pocas se ven.

—¿De veras le gusta a usted mi cutis? ¿O era sencillamente materia de réclame?

Los ojos de Johnny la miraron acariciadores; pero se contuvo.

—No es cuestión de réclame; usted sabe que tiene una tez maravillosa.

—Me alegro; pero yo quisiera ser más hermosa aún, radiante, irresistible. ¿No ha estado nunca enamorado? — le preguntó de pronto.

Johnny no podía resistir más.

—Me va usted a permitir que no conteste — replicó.

Natica le envolvió en una mirada de fuego y le dijo:

—Yo quisiera verlo a usted ciegamente enamorado.

No pudo seguir. Johnny la tenía ya en sus brazos. Ella trató de desasirse; pero él era robusto y vigoroso. Terminó por echar sus lindos brazos alrededor del cuello del amado y sus labios se juntaron en un beso apasionado y loco.

Abajo sonó el cuerno de los Alpes. Su sonido llegó a ellos como una música divina. Natica pudo libertarse y, retirándose un poco, preguntó mirándole de frente:

—¿Ha sido usted o he sido yo la culpable?

—¿Culpable? — preguntó Johnny.

—Pero, en todo caso, ¿cómo podía yo atrevermе?...

—Dígame francamente, ¿está usted enamorado de esa joven, hija de Harrington?

—¿Yo? — protestó Johnny.

El asombro que se pintó en su cara, reveló a Natica que su corazón era de ella, nada más que de ella.

Luego volvió a insistir:

—No sé cómo ha pasado esto; pero... Cuando Lili me dijo el otro día que le había visto amablemente acompañado y cuando luego yo le vi, sentí como si me estrujaran el corazón, sentí verdaderamente celos. Y es que yo me había hecho ya a la idea de que usted era cosa de mi propiedad.

—Y lo soy enteramente. Pero, ¿qué pretende hacer usted conmigo?

—Casarme con usted, desde luego.

—¿Casarse conmigo? ¿Una princesa puede casarse con un cualquiera? Yo no olvido nunca que usted es una princesa.

—Muy bien, no lo olvide — dijo Natica—. Por consiguiente, nadie debe oponerse a mi voluntad. Y mi voluntad es casarme con usted.

—Pero, ¿y el gordo Federico? ¿No se comprometió usted con él? ¿No la hicieron a usted comprometerse con él?...

—Nadie me hubiera hecho comprometerme, si no hubiera visto que iba usted acompañando a aquellas dos muchachas — confesó ella—. Pero eso no me preocupa. Yo me desentenderé de eso.

—¿No le dió a usted un beso? — preguntó—Johnny, rabioso de celos.

—¡No sea ridículo! — exclamó Natica—. Me besó la mano, y gracias. Eso es todo.

Y agregó en seguida.

—Cuando yo le vi abajo en la plaza con esa joven, casi me muero de rabia.

—Y, sin embargo, usted la invitó a tomar el té.

—Con mi qué lo hice. No estaba dispuesta a cederle a usted sin lucha.

Sus labios volvieron a encontrarse. De abajo, subía una salva de aplausos. El músico del cuerno acababa de ejecutar un aire de caza. Los aplausos eran, por consiguiente, para el cazador y no para la princesa que de aquella manera se entregaba en los brazos de su amor.

—¿Ve usted? La gente aplaude y aprueba.

—Nunca podrán aprobar nuestro cariño — *profetizó él*, angustiado—. El pueblo la adora ya y no permitirá que su princesa caiga en poder de cualquiera. ¿Por qué no nos alejamos de aquí, a donde podamos vivir entregados a nuestro gran amor?

—Imposible. ¿Querrá usted creerlo? Esta gente de Leiderstein empieza ya a interesarme. La tengo cariño. Y en cuanto a usted, ¿no se ha dado cuenta también de que ya es algo familiar y querido en Leiderstein? Todo el mundo sabe ya que ha sido, en realidad, usted el que ha salvado al país.

—¿Yo? Yo no he hecho más que...

—¡Usted vale mucho! — afirmó la princesa.

Esta se separó de sus brazos, pasó su mano por debajo de su brazo y lo empujó suavemente hasta el balcón, desde donde había ella presenciado la fiesta de su pueblo. La multitud miró hacia arriba y la vió.

Durante un momento hubo una especie de murmullo de asombro, y en seguida estalló una salva de aplausos.

Natica sonrió, miró a su Johnny, y en seguida comenzó a desatar las cintas de su tiara, que todavía llevaba puesta.

Las voces y aplausos se apagaron, reinó un imponente silencio y Natica, siguiendo su plan, cogió las cintas y suavemente ató con ellas su brazo derecho al brazo izquierdo de Johnny.

—Si conoce usted o recuerda alguna oración, rece — le dijo Natica.

El se quedó paralizado confundido.

Abajo seguía reinando el silencio; pero de pronto estalló de nuevo más recia, más poderosa que nunca la ovación y la griteria de la plebe. Natica miró dulcemente a Johnny y le dijo:

—Ya le dije a usted que llevaba este traje con alguna intención. Tenía la esperanza de poder anunciar nuestro compromiso.

—Quiere decir usted que estamos comprometidos — preguntó Johnny.

—Sí, lo estamos y el pueblo ha aprobado nuestra unión porque nos ha prodigado sus vítores y sus aplausos. Cuando yo até las cintas al brazo de los dos, quise manifestar a todos nuestro próximo enlace — esa es la manera de significarlo aquí — y ya ve usted que he tenido resultado.

Johnny la besó apasionadamente y todos los leidersteinios que estaban en la plazoleta *aprobaron* con un nuevo estallido de ovaciones.

—Ya eres oficialmente mío. Ya me perteneces, a menos que rehuses amar a tu princesa.

—¡Oh, princesa mía! Ya sabes que te pertenezco y que te he pertenecido siempre en cuerpo y alma.

Sus ojos estaban absortos en la contemplación de aquella criatura milagrosa que no era ya para él la princesa de Leiderstein, sino su Natica, su adorada Natica.

LA SERPIENTE AMARILLA

(Continuación de la pág. 15)

exceso y el brillante que lucía en su alfiler de corbata resultaba demasiado grande. Despedía un penetrante perfume y cuando sacó su pañuelo de seda, la atmósfera de la oficina casi se hizo irrespirable para un hombre acostumbrado a respirar un aire más sano.

—¿Ha recibido mi carta? — dijo empleando el mismo tono autoritario como si estuviera dirigiéndose a un criado.

El señor Narth pareció resistirse. Había algo muy ofensivo en la actitud de aquel hombre.

St. Clay dirigió la mirada hacia la mesa donde estaba Narth y se puso a leer, friamente, la carta que él mismo le había escrito. Después, sin esperar invitación alguna, aproximó una silla y se sentó.

—Vendrá la muchacha, ¿verdad? — preguntó.

—Sí. La señorita Bray comerá con nosotros — dijo, secamente, Esteban Narth. Y el timbre de su voz reveló sus sentimientos íntimos, pues St. Clay, al escucharle, se echó a reir.

—¡Pero, estimado, señor Narth! Usted sospecha de mí... ¡y eso no debe ser! ... ¡Con el poco tiempo que nos conocemos y ya empiezan las sospechas!... Tenga usted en cuenta que en mi país soy un personaje muy importante y por ello he adquirido este hábito de autoridad.

(Continuará en el próximo número).

UNIVERSO

SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA

VALPARAISO: J. T. Ramos 105. – Casilla 102-V.
SANTIAGO: Ahumada 32. – Casilla 1017.
CONCEPCION: Freire esq. Castellón. – Casilla 57-C.

Teléfonos. Véanse las guías. Dirección telegráfica: «UNIVERSO», Santiago y Valparaíso. – Concepción: «LITOGRAFIA».

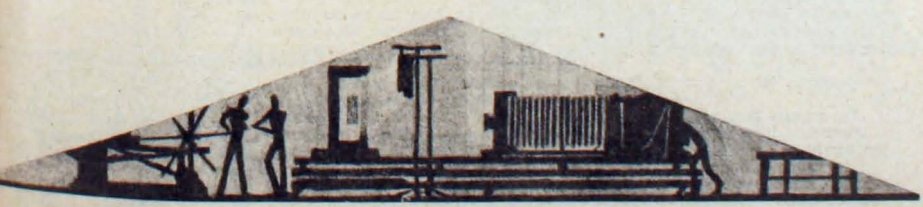
No hay ninguna actividad que no necesite, como vehículo de su administración, envase o distribución, los servicios de un impresor. El volumen, calidad y variedad de trabajos que los consumidores de todo el país mandan a hacer a nuestras oficinas receptoras de órdenes, proporcionan a nuestros personales una experiencia no igualada por establecimientos competidores, amigos nuestros, porque no han alcanzado nuestro desarrollo.

Somos fuertes en ORGANIZACION, lo cual nos permite atender, lo mismo un trabajo insignificante que uno importante. Ejercemos el deporte de la COMPETENCIA LEAL, lo cual garantiza al consumidor un precio exacto de lo que vale el trabajo en el mercado.

Respecto a nuestra calidad, hablan nuestros muestrarios.

Pero no hablemos más de nosotros.

Venga a contarnos de sus necesidades, dificultades y deseos, respecto a lo que concierne a nuestro ramo. Le haremos buenas insinuaciones, lo atenderemos como a nuestro mejor amigo, sin exigirle nada. Deseamos saber respecto a Ud.



Del film de la vida

Momentos memorables

¿Cuál ha sido su más memorable momento hasta la fecha? Escríbanos inmediatamente en una tarjeta postal o en una esquela, contándonos cuál ha sido éste. Una conversación, un libro, un encuentro fortuito, la música, su primera mirada sobre algún panorama majestuoso como el sur de Chile. ¡Tantas cosas y circunstancias que pueden dar motivo para retener un recuerdo!

Deseamos saber cuál ha sido el momento memorable de su vida y esta curiosidad nuestra va a dar a usted la oportunidad de ganar tranquilamente un poco de dinero.

A fin de cada mes repartiremos DOSCIENTOS PESOS entre las diez mejores contestaciones recibidas y publicadas.

Dirija sus respuestas y correspondencia a director de "Familia", casilla 84-D, Santiago.

El momento más memorable de mi vida, el que *nunca se borrará de mi mente*, es cuando asistí a un baile en el Club Hípico en una noche de las Fiestas de la Primavera, en que parecía que las orquestas, la iluminación y la alegría de todo el mundo, invitaba a gozar de la juventud.— SARA GONZALEZ G., Chépica.

La impresión más grande que he tenido en mi vida, la tuve en un veraneo que pasé en Viña. Iba todas las tardes al Casino, a probar suerte en la ruleta; por cierto que con pésimo resultado. Una tarde, la única de la temporada acerté un pleno, con una ficha de diez pesos. Usted comprenderá mi emoción, pero de pronto me di cuenta que un señor iba arrastrando mis fichas, con las de él; protesté enérgicamente, y au que el jefe de mesa atendió gentilmente reclamo, el señor ése me robó mis fich Cuánto deseé ser hombre en ese mome para castigar a bofetadas a ese cínico LAURA ESPINOZA, Alonso Ovalle 1411.

El momento más memorable de mi v ha sido el siguiente: Habiéndome casa hacia dos años, nos vimos obligados con esposo a unirnos a otras familias, pu nuestros medios no nos permitían vivir los como eran nuestros mayores deseos.

Hace unos meses atrás, mi marido me dió que lo acompañara a dar un paseo cuál no sería mi sorpresa al verlo detene se frente a una casa y abrirla. Al hacern entrar me dice: "Es tuya, mujercita mía".

Ese fué mi momento más feliz, pues al veía cumplidos mis más grandes anhelo tener un hogar.— MARITZA.

El momento que siempre recordaré: Ha unos 3 años, llegó el momento de ponern medias. Era para mí todo un acontecimient El primer día que me las puse, salí triunfan a la calle. Era una mujer hecha y derech Sin que yo me diera cuenta, una de las m días traidoramente se deslizó por la pier hasta quedar convertida en zoquete. Tod los jóvenes que pasaban por mi lado me m raban y yo creía que se debía a que era di na de conquistas. Por suerte una señorita m puso al corriente de lo que sucedía.

Más muerta que viva volví a mi infanc y me puse a correr en dirección a la cas donde llegué hecha un mar de lágrimas.

CONQUISTADORA

Mosaico femenino

Por Rebe

No todas las grandes cosas han de pasar en el país de las mansiones gigantescas, de los vuelos magnos, de las estrellas cinematográficas y del panamericanismo.

¡No! Por esta vez, París, el espiritual y alegre París, es quien da la nota de alarma.

La mujer se masculiniza tanto, claman los parisinos, que a estos pasos, ¡sabe Dios dónde iremos a parar!

Para inter-nos, y sea dicho casi con temor, la verdad es que tienen razón los franceses.

Y no hablemos de las prerrogativas que nos estamos tomando, de los derechos que alegamos, y ni de igual o acaso superior talento que pretendemos tener sobre el hombre.

¡Eso es aún muy poco!

Porque, si una mujer sirve para un barrido y para un fregado, cosa un tanto problemática hoy día, y, además, sabe también ocupar eficientemente un puesto en cualquiera actividad masculina, ¿hay por qué protestar, acaso?...

Pero el peligro no está ahí, responden los franceses, ¡me parece que los oigo!

Está en que olvidan ser femeninas en el loco afán de vestir como hombre, beber, jugar cacho y adoptar poses y hasta aspectos físicos francamente varoniles.

Y, claro, con una visión cruda, pero certera, ellos ven ya a la mujer con bigotitos recortados. Así, a los "niño fifí" de Santiago.

Con el consiguiente resultado de orden moral en sentimientos e inclinaciones.

Horrorizados, han fundado una liga curiosísima. Se llama "Liga contra el masculinismo físico y moral de la mujer".

Bien está esto. Pero, ¿cómo van a conseguir éxito si precisamente los modistos de París son los primeros en innovar introduciendo los pantalones en los trajes de mujer? ¿No fué en París, acaso, donde la Marlene Dietrich se lució enfundada en estupendos pantalones?

Y, naturalmente, viéndose con pantalones una mujer, ¡no puede por menos que sentirse hombre!

Con el tiempo será uno de los p ropos más halagadores, al oído una mujer, el que le digan:

¡Qué hombre te ves, querida! ¡S casi no se te conoce que eres mujer estás encantadora!

REBE

Para deporte y viajes este traje de lana crepe con falda sencilla. Chaqueta ajustada con cuello semialto cortado de una pieza con las anchas vueltas.

Confortable abrigo para viaje en gruesa lana de tejido diagonal. El modelo de largo tres cuartos se cierra por doble hilera de gruesos botones de madera.

Abrigo de paño grueso de forma sencilla y cerradura invisible.

Abrigo de lana bouclé negro sobre fondo claro. Un cordón de seda cierra el cuello. Grandes bolsillos de parche.

CONTRA LA TOS

BIBLIOTECA NACIONAL
CHILE
SECCION
DIARIOS, FOLLETOS Y
REVISTAS CHILENAS

¡NO SUFRA MAS!

Las pastillas BRONCOSAN corregirán todas las molestias a los bronquios y sus vías respiratorias.

Defiéndase de las inclemencias del invierno.

Pida a su boticario las famosas pastillas

BIBLIOTECA NACIONAL
SALON

BRONCOSAN

M.R. GEKA

Ase de: Potasio, sulfoguayacolato, amonio, benzoato, mentol y cocoa. — M. R.

Talleres "Familia", Santa María 676 — Santiago de Chile

dama

PRECIO
$1.40

M. R. Es propiedad.

EL SEMANARIO QUE PUEDE ENTRAR A TODOS LOS HOGARES

BIBLIOTECA NACIONAL
CHILE
SECCION
DIARIOS, PERIODICOS
REVISTAS CHILE

JABON
FLORES DE PRAVIA

Es el mejor producto de la industria nacional por su preparación perfecta y su exquisito perfume.

Familia

El semanario que puede entrar a todos los hogares.

Editado en Santiago para toda la República

En venta todos los miércoles

N.o 6 - 3 de julio de 1935

Sumario:

NOVELAS Y CUENTOS:

"Luna reluciente".
"Viva Gloriana".
"El aviador".
"Secretaria versus esposa".
"La serpiente amarilla".
"Para saber y contar".
"La herida en la mano".

Reflexiones color del tiempo.
La mujer moderna en la política.
En el país del sueño.
La señora y la cocina.
Buen tono.
Cultive su belleza.
Momentos memorables.
Mosaico femenino.

Chaleco de deportes.
Tendencias de la moda.
Modelos prácticos y sencillos.
Tailleurs y ensembles.
De la pantalla.
Sus favoritos.
Mal tiempo.
Ultimas creaciones.
Salidas de baile.
Creaciones en ropa interior.
La moda infantil.
Ropa de niños.
Sombreros.

PARA TODOS

Cine — RADIO — Lectura

Todos los lunes

$ 1.-

No sólo se contente usted, señora, con tararear la frase de vez en cuando. Póngala en práctica y haga de su hogar la dulzura de los suyos.

No espere a su marido ansiosamente para dejarle caer encima el cúmulo de las pequeñas incomodidades diarias. El pobre viene cansado de la oficina — del trabajo que sea — cansado de batallar con mil dificultades, de dominar situaciones huidizas, de armonizar con los caracteres más diversos. Haga usted que el hogar sea para él un refugio, un descanso. No le cuente las maldades de los niños ni las insolencias de la cocinera. Llévelo de las historias malévolas que pinchan a su mejor amigo y que esta tarde le han contado a usted «confidencialmente». No le reproche como un crimen el haber dejado abierta la llave del lavatorio ni el haberse retrasado unos minutos.

Permita usted, señora, que los niños vengan a distraerlo un rato. No importa que haya pasado la hora en que deben estar acostados. Para su marido ese momento de charla pueril será el mejor de los sedantes.

Haga de la casa un rincón amable, de claros colores, de armoniosas formas. Plantas, flores, libros, medias luces, silencio. Que la servidumbre cumpla estrictamente con sus deberes, pero al propio tiempo que se ignore su presencia. Vigile la cocina, señora, y que cada guiso esté hecho según el agrado de su marido. Proporciónele esos pequeños placeres del paladar y lo verá usted contento como un niño a quien se ha dado su ración de golosina. Piense siempre que el hombre tiene, adentro dormido, el niño que fué.

No lo obligue a salir, a vestirse de etiqueta, cuando el cansancio y el sueño lo rinden. Tendrá usted después en la casa un hombre malhumorado, intoxicado por la fatiga y dispuesto a encontrarlo todo pésimo. Usted está todo el día sacrificada en la casa, con mil quehaceres y obligaciones y quiere ese momento de fiesta. El tiene ese sacrificio centuplicado y los quehaceres y obligaciones lo mismo; a tal punto, que su deseo único es el paréntesis de la calma en su hogar. Mañana tiene que madrugar para hacer esto y lo otro... No lo presione, déjelo, sencillamente, entregarse al sueño que lo vence. Mañana tendrá usted un cordial compañero que agradecerá en alguna forma su gentileza de esta noche, al no hacerlo salir.

Y sea usted linda, señora, y coqueta por añadidura. Cuide de su persona con una dedicación constante, busque todo lo que pueda contribuir a aumentar esa lindeza y piense que el mayor interés de una mujer reside en su espíritu. Cultívese, por lo tanto; amplíe constantemente su panorama intelectual.

Sea un complemento para su marido. Ya que para él es imposible seguir el compás de la vida en todos sus aspectos, sea usted su ilustradora en aquellos acápites que se le escapen por falta material de tiempo para entregarse a su conocimiento. Interésese por sus negocios, si lo ve propicio a ello. Quédese al margen de esas actividades, si no le agrada su colaboración en esa materia. Y sepa guardar silencio algunas veces, piense que el silencio es zona en que se encuentran las almas.

Sea usted femenina, inteligente y discreta. Dosifique estas tres especias y haga con ellas de su hogar, el «dulce hogar» de la canción.

ISABEL DE SANTILLANA.

LUNA RELUCIENTE

Por BEATRICE GRIMSHAE

En medio del Pacífico, formando una argolla de palmeras y alrededor de un pequeño lago de arenas plateadas, estaba la isla de Moka Mahina, como un paraíso ideal en los mares del Sur. La pequeña laguna, debido a su forma redonda y a sus aguas cristalinas, era conocida por los pocos habitantes de la isla del Pacífico con el nombre de Luna Reluciente.

A la hora de la puesta del sol, cinco personas blancas estaban paradas en la reducida playa interior de Moka Mahina. Dos hombres increíblemente viejos, un joven de pelo castaño, de tipo australiano, y dos mujeres. Las dos eran lindas; una, por su belleza propia y la otra por obra de arte y de naturaleza. Eran bien jóvenes. Tenían la cara arrochada por el enojo y apuntaban con el dedo un hilo de humo, apenas visible en el horizonte.

—Lo hicieron a propósito — exclamó una de ellas—; el capitán se ofendió conmigo porque no quise anoche bailar con él.

—Lynette, Ud. siempre se imagina cosas inverosímiles; puede haber sido cualquiera otra cosa menos lo que usted dice — protestó la otra muchacha.

Ninguna de ellas hizo caso de los viejos, a pesar de ser ellos el objeto de su viaje. Un diario había publicado recientemente la existencia de estos dos ancianos, quienes habían vivido cerca de cien años en la isla, y el "Orestes", haciendo un viaje de turismo con más de cuatrocientos pasajeros, pasó a Moka Mahina para verlos. Ahora, el "Orestes" desaparecía detrás del horizonte con tres pasajeros menos a bordo.

Russell, el joven, no dijo nada.

El Lynette St. George no se hubiera ensoprichado en dar la vuelta a la isla, a pesar de darse cuenta de lo imposible que era hacerlo en menos de un día, los tres jóvenes no se habrían visto en la apretura que ahora se encontraban.

Uno de los viejos dijo de repente, con voz tan delgada que parecía el silbido de un pájaro:

—El capitán le habrá temido a la marea y se alejará para no quedar en la cercanía de las rocas.

El otro viejo volvió la cabeza y gritó, con voz exactamente igual a la del primero:

—¿Qué sabes tú de las mareas? ¿Para qué te metes a hablar de algo cuando no conoces nada?

—Este es Joel; siempre ha tenido mal genio — explicó el interpelado—. Yo soy Joshua Hall; soy siete minutos mayor que Joel. Nunca ha podido conformarse con ello— Joshua se rió con una risa apenas perceptible.

Russell estiró su mano bronceada por el sol y dijo:

—Aún no había alcanzado a presentarme; me llamo Frank Hall Russell y creo que soy su bisnieto.

El viejo miró a Russell con atención, pero no pareció impresionarse al tener la mano del muchacho en su garra arrugada y seca.

Los grandes ojos azules de Jinny Bayly se volvieron hacia Frank Russell.

—Pero — dijo — ¡qué coincidencia! Yo también soy bisnieta de ellos y la única descendiente que queda. Siempre me he sentido orgullosa de que mi pobre mamá viniera de una familia tan renombrada como la de los misioneros Hall; pero no teníamos ideas de que existieran sobrevivientes de aquellos tiempos; así es que cuando leímos las noticias que daba el diario y al saber que el "Orestes" iba a pasar por aquí, decidí venir a verlos.

—Lo mismo me pasó a mí — dijo Russell—. En verdad que es una coincidencia.

Lynette se empezó a fastidiar y sin poder evitarlo, interpeló a su amiga:

—No hay nada de extraordinario en haber leído el mismo diario y haber tomado el mismo vapor; me extraña de Moka Mahina no esté repleta de descendientes de los Hall, o bien de gentes que se complacen en llamarse así.

—¿Qué trata de insinuar con esto? — preguntó Jinny—. Además, ¿qué provecho puede existir en ser descendiente de los Hall, aparte del honor de tener gentes de renombre por sus antepasados?

—Desde luego, tiene toda la razón — dijo Lynette sacudiendo su linda cabellera castaña y los rizos cayeron encima de sus ojos. Eran ojos grandes, pardos, muy bonitos; pero de mirada dura. El sol, reflejándose en la laguna, ponía en relieve y sin piedad las sombras de lápiz colocadas con mano maestra para realzar su belleza.

Joshua, mirando de reojo a su hermano gemelo, dijo:

—Van a tener que esperar aquí una semana, hasta que llegue otro vapor. Russell puede venir a mi choza y las mujeres a la de Joel; yo prefiero no tener mujeres en la mía. No soy partidario de ellas.

"Este está loco — pensó Russell—; pero parece que ambos son inofensivos. Podremos esperar aquí hasta que vuelva el vapor. ¡En lo que fué a resultar el viaje de turismo que tuve que emprender por orden de los médicos!"

En la choza de Joel las dos muchachas se acostaron y conversaron un rato antes de dormirse. Joel era casi sordo, así es que no había cuidado de que oyera sus palabras.

—¿Por qué no nos habrán dejado esta choza para nosotras solas, alojando los tres hombres en la otra? —dijo Jinny.

Y Lynette le contestó desde su cama:

—Creí que usted se hubiese dado cuenta del porqué. ¿Acaso no ve que los dos hermanos se tienen un odio a muerte?

—Pero, ¿por qué razón?

—¡Yo qué voy a saber! — contestó Lynette y bostezó, dando a entender que quería poner término a la conversación.

Al rato, la respiración de Jinny se hizo pareja y Lynette comprendió que la muchacha se había quedado dormida. Se levantó lo más despacio posible y tomando un saquito de mano que había traído consigo, salió cuidadosamente de la pieza. Dando vueltas alrededor de la choza, se fué a sentar en la arena y acercando a sus ojos una libretita negra se puso a leer a la luz de la luna. Una o dos veces rió imperceptiblemente.

La luz de la luna alumbraba las viejas páginas del manuscrito: la fecha: 1838; el lugar Isla de Iki-Iki, isla que se veía a través de las palmeras y que parecía balancearse en el mar de plata. La isla en que estaban las casas destruidas de los misioneros y en las que nadie había vivido desde largos años.

"...Habiendo consultado a Dios todopoderoso, hemos acordado aceptar el valioso regalo de los jefes, en vista de que toda la tribu escogiera el amor y el conocimiento... la isla de Moka Mahina, situada en... Algunos de los hermanos opinaron que esto se parecía demasiado a un juego de azar; pero con la ayuda de Dios los pude convencer a todos... todos los niños fueron traídos por sus madres; doce por todos, contándose entre ellos los hermanos mellizos, hijos del Pastor Hall. Nosotros, los padres, hemos hecho una escritura, firmándola cada uno, y acordando legalizar la tontina (exp.) Arreglo según el cual toda herencia que está destinada a varias personas, no puede aprovecharse por nin-

(Continúa en la pág. 65).

VIVA GLORIANA

Por
F. BRITTEN AUSTIN

El 4 de abril de 1581 el "Golden Hind", después de finalizar su feliz viaje de circunnavegación que durara seis meses, hallábase en el puerto de Deptford. En el puente, el capitán Cristóbal Frant y una docena más de oficiales eran los encargados de la escolta. La música que a intervalos se escapaba débilmente del alto castillo de popa, indicaba que aun no terminaba el banquete que a bordo se ofrecía a su muy Excelentísima Majestad. La altiva soberana acababa de firmar un Tratado con el Embajador del orgulloso Felipe, rey de España y hallábase satisfecha. Muy pocas horas hacía que había dejado con su corte las señoriales salas de Westminster.

De pronto la música cesó. Un paje trajo corriendo la noticia; la Reina se acercaba. Frant y sus compañeros salieron precipitadamente a formar sobre cubierta. Dejaba el apuesto capitán en el camarote de oficiales a un grupo escogido de damas y caballeros de la Corte, entre las que había conocido a Lucy Chudleigh y hacia quien, desde el primer instante, no podía negárselo a sí mismo, se inclinaba sensiblemente su corazón.

Rasgaron el aire las trompetas y apareció la esplendorosa Reina trayendo a su derecha a Francis Drake, el terror de los mares, siguiéndola Lord Leicester, Cristóbal Hatton y Monsieur de Marchaumont.

Su Majestad se detuvo. Tomó una dorada espada de manos de Leicester y volviéndose a Drake, dijo sonriendo:

—Arrodilláos, pirata. Ahora tengo en mis manos una espada de oro para decapitaros como lo exige el Rey de España.

El marino obedeció y ella pasando el arma al francés, con un gracioso gesto de coquetería, agregó:

—Cumpla Ud. como buen caballero francés y dele oficialmente la señal de quedar unido a su reina.

El francés le golpeó suavemente la espalda con la hoja de acero diciendo:

—Levantáos Sir Francis Drake.

Una aclamación general siguió a estas palabras, en tanto que Drake se levantaba y besaba con unción la mano que Isabel le tendía. Por fin sus increíbles hazañas de piratería habían sido legitimadas por la Soberana de Inglaterra.

Los ojos de la reina recorrieron la fila de apuestos oficiales que la rodeaban y sus miradas fueran a detenerse en Frant.

—¿Cuál es su divisa, joven oficial? — preguntó la reina.

—La de un caballero de aventuras: "Dar su vida por su Soberana y por lo que su Divina Majestad quiera mandar" — contestó el aludido.

Ella rió de buena gana y agregó:

—Divina Majestad. ¡Qué herética extravagancia! Los príncipes somos tan mortales como todos ustedes.

—Para los ingleses es divina, porque excede a toda otra persona en belleza y poder — agregó Frant.

La soberana sonrió pensando: "Bien se ve que Drake enseña a sus oficiales, lo mismo a ser finos cortesanos como buenos ladrones con los barcos de España. Algo hay que promete en

este oficial" Y luego, en voz alta y dirigiéndose a él:

—En cuanto mis negocios con Sir Burleigh me lo permitan, trataremos ese asunto de la divinidad. No me gusta tener un súbdito hereje.

Frant cayó de rodillas haciendo a Su Majestad balbuceantes promesas de eterna fidelidad a sus armas reales.

Un instante después, al dirigirse al portalón para desembarcar de nuevo junto a Frant, se volvió diciéndole:

—No lo olvide, hay un sitio para Ud. en mi Corte.

Los cortesanos desfilaban hacia el muelle; Lucy se acercaba también y aquél pudo notar que la hermosa joven con un ligero sonrojo en las mejillas le daba una rápida mirada. Su corazón palpitó con violencia. ¿La volvería a ver?

II

El capitán encontró lleno el salón que servía de antesala al Real Consejo. Junto a la puerta del fondo, dos oficiales custodiaban. La Soberana estaba en sesión con sus consejeros. Entre las personas que esperaban divisó a Lucy, y al acercarse a saludarla, notó que nuevamente

el rostro de la hermosa joven se coloreaba de ligero rubor.

—Yo me alegro mucho de verla señorita, ¿y usted?

—Esa pregunta no puede contestarse, capitán Frant, contestó ella. Creí que estaría Ud. en altar mar, corriendo aventuras tras los españoles..., no menos peligrosas que las de la Corte.

—Aquí se puede también hacer fortuna, replicó Frant.

—¿Conquistando el favor de Su Majestad?

—Haré lo que otros hicieron antes que yo.

Aquella encantadora joven era adorable a los ojos de Cristóbal. Nunca conoció belleza más perfecta. Cristóbal Frant estaba emocionado.

Una voz potente cortó de improviso el diálogo:

—¡Su Majestad la Reina!

Damas y cortesanos abrieron camino. La reina exuberante, dignamente erguida, salía de la sala del Consejo. Entre los acompañantes, Frant reconoció a Leicester, Hatton y otro personaje para él desconocido, un viejo de luenga barba blanca y saliente nariz.

La reina se volvió de pronto hacia Hatton.

—He sabido que Ud. pone dificultades al salvoconducto para el mensajero de M. de Marchaumont. Quiero que salga en el acto.

Hattón contestó humildemente:

—Su Majestad es incomparable en sabiduría como la deslumbrante Gloriana es simpar en belleza. En este reino todos estamos a su servicio.

Ella le miraba duramente. "Palabras puras, palabras cortesanas".

El capitán Frant estaba inquieto; ¿le vería la reina? De pronto la Soberana le distinguió entre el gentío y su rostro de rudo, se volvió afable y sonriente:

—¡Oh joven capitán Frant! Y volviéndose al anciano de la barba blanca, agregó:

—Incluya a este joven entre el rol de mis caballeros.

Su artificialmente embellecido rostro de mujer de cuarenta y cinco años, bajo la peluca roja, sonreía al joven marino. Después dijo:

—Basta de negocios de Estado. Me retiro a mis habitaciones, donde usted me narrará aventuras de sus viajes alrededor del mundo.

Seguida de algunas damas, entre las que se hallaba también Lucy, subieron hasta una cámara del segundo piso, cuyos ventanales se abrían frente al río.

Imperiosamente mandó a algunas que tomaran sus agujas de bordar y pidió a Lucy que entonara una canción, de las llamadas virginales, suave, muy suavemente, de modo que no impidiera oír la conversación. Todas obedecieron. Señaló a Cristóbal un asiento bajo, a sus pies, en que el joven se acomodó sin poder separar de su mente la imagen de Lucy, la más adorable mujer que había conocido en su vida. Sin embargo, de su subconsciente, una voz violenta le gritaba: "Adula a la reina, adula a la reina". Cambiaron algunas frases triviales, en seguida Frant se decidió:

—Majestad, desde que he podido apreciar la belleza, no ha habido para mí otra que iguale a la vuestra, y cuanto dure mi vida, permaneceré como sumiso esclavo en su adoración.

La reina permaneció un instante en silencio. De la estan-

(Continúa en la pág. 67).

El Aviador

Por Ann Kimberley

La luna de miel había terminado. Ellen y Neal estaban en su casa concluyendo de almorzar. Ellen Burke miró sonriente a su marido y luego desvió la vista, temiendo que Neal se diera cuenta de su sufrimiento. Habían pasado un mes glorioso, viajando a través de Inglaterra, por pueblos pequeños y por grandes ciudades. Se sentían felices de estar juntos y enamorados el uno del otro.

Hoy, parte de esa felicidad había huido. La luna de miel había terminado y para Ellen aquello era el final de todo. La muchacha hizo un esfuerzo mental para ahuyentar sus pensamientos. «Me estoy poniendo tonta — pensó — debo de estar cansada y un poco aturdida con el movimiento de la ciudad». La luna de miel había sido algo pasajero, así como el papel picado que le arrojaron al salir corriendo de la casa de sus padres en el día de su boda. Ahora empezaba su verdadera vida de casada: desayuno al amanecer, encargos de «no te vayas a resfriar», comer y pasar juntos todo el tiempo disponible. Estar casada con un aviador significaba una vida matrimonial llena de preocupaciones, fracasos, éxitos y alegrías; los dos tenían que participar de estas vicisitudes. Su corazón se contrajo de repente. El fracaso significaba para Neal precipitarse a través de varios miles de metros de altura para encontrar a sus pies una muerte horrorosa. El no podía como los demás, fracasar y empezar de nuevo. No tenía otra alternativa que la de tener éxito; si fracasaba...

La voz de él interrumpió sus pensamientos.

—Creo que es hora de irnos, querida. Me corresponde una nueva travesía hoy día.

¿Sería que había notado las lágrimas en sus ojos o sus manos que temblaban ligeramente? Neal observaba a su mujer, comprendiendo que algo le pasaba; lo notaba en sus ojos. ¿Serían preocupaciones? ¿miedo? Pero Neal no podía sentir miedo. Siempre le había dicho a Ellen que una vez que se decidiera a volar, ya no volvería a tener temor alguno, ni sería para ella un peligro o un misterio la aviación. ¿Tal vez esta nueva travesía lo preocupaba? ¿El también estaba pensando en el único fracaso que podría llegar a temer?

Neal, colocándole el abrigo a su mujer, le susurró al oído:

—¡Qué feliz me siento querida! y tú, ¿qué piensas del matrimonio? No te olvides de tenerme asado al horno para la noche de mi regreso. Debo apurarme, vámonos.

Ahora iban en el auto a toda velocidad, pasando a otros vehículos, esperando que las luces les dieran la pasada, torciendo por una calle y en seguida por otra. «Tengo que hablarle de algo a Neal — pensaba ella — no puedo dejar que se vaya y me vea con cara de angustia». Trató de encontrar algo alegre que decirle, una frase corriente de la vida normal, alguna palabra en que Neal no notara el miedo pánico que ella experimentaba.

—¡Oh! Neal, ¿hablaste con el dueño de casa para que nos mandara el gasfiter?

Neal sonrió y contestó cariñosamente a su mujer:

—¿Así que la pequeña señora Burke se está preocupando de los quehaceres de la casa? ¿Está preocupada del gasfiter?

Habían llegado al aeródromo y Neal le mostraba el avión en que iba a realizar la travesía. Un pájaro de azul y plata, que brillaba al sol. Le pareció tan frágil y tan poca cosa para la hazaña que tenía que efectuar. Neal le tomó la mano y se la apretó nerviosamente. ¿Era miedo aquello? Las lágrimas la estaban cegando.

—Vuelvo en seguida, querida, espérame aquí.

Ella le siguió con la vista hasta verlo entrar al hangar. Tan alto, tan bueno, cariñoso y alegre que era su Neal, su querido Neal. «Me voy a tirar al suelo — pensó, — a gritar y a patalear». «Ahora que viene de vuelta voy a colgarme de su abrigo» volvió a pensar. Pero bien comprendía que no haría ninguna de estas cosas. Sabía que se asomaría por la ventanilla del auto, le daría un beso de despedida y le encargaría que volviera pronto, y, cuando él se alejara, moriría allí dentro del auto.

Ya se marchaba Neal, cuando se devolvió para decirle:

—Ellen, no quiero asustarte, pero estoy un poco preocupado.

Las manos de ella se crisparon dentro de los bolsillos de su abrigo.

Neal quiso decirle algo de «seguros», «bien provista para el futuro», «ahorros», pero comprendió la crueldad de estas palabras y optó por decirle:

—Ellen, querida ¡acuérdate que no eres más que una muchacha acostumbraba a vivir en el campo! No estás acostumbrada al movimiento y al tráfico de la ciudad. ¡Por amor de Dios. Al irte para la casa «maneja con cuidado»!...

Reflexiones color del tiempo

Bárbara y el léxico

No crean ustedes que por hacerme la sabihonda empleo la palabra "léxico". Hasta hace poco no sabía lo que era, mejor dicho, no lo había oído nunca ni menos leído. La ignoraba, simplemente, como ignoro tanta palabra necesaria, imprescindible. Siempre nos estamos riendo — yo la primera — de la pobreza franciscana de nuestro lenguaje, que ya no anda en sandalias, sino que en ojotas bien criollas. Tenemos dos o tres adjetivos que no se despegan de nuestros labios y yo, que aborrezco el "regio" y el "es una monada", me sorprendo como el justo diciéndola siete veces..., en una hora. Con lo cual sobrepasó ese derecho del justo a siete mentiras por día. Porque estos famosos "regios" y estos célebres "es una monada", a más de miseria de léxico, revelan una falta de verdad absoluta. Alguien dice algo de Fulanita, los demás quieren allegar su opinión a lo dicho y sólo saben las sacramentales palabras: "¡Es regia!", o lo otro: "¡Qué monada!". Y la muchacha en discusión puede ser cualquier cosa, menos regia y mona: parece un gato sentado, es insignificante y tiene un desabrimiento de pera verde. ¿Entonces?

Entonces resulta que hay que decir algo de ella y como no tenemos otras palabras, empleamos *esas*.

Hace años IRIS publicaba unos artículos deliciosos en "La Nación", en la primera época del diario, cuando era de don Eliodoro. Mi madre los recortó con muy buen acuerdo y ahí están, en su escritorio, para agrado nuestro. Releyéndolos encontré algo muy divertido. Parece que en ese entonces, la palabra de moda era: "Idial", dicho así. Y cuenta la escritora que la palabra tenía para ella mucho prestigio. "El Ideal". "Lo Ideal". Hasta lo escribía con mayúscula para darle la importancia que ella le adjudicaba. Pues bien. En un paseo de campo, una muchacha encantadora, fina y lánguida, como la del poeta colombiano, trenzada en bocados con una empanada de las muy chilenas y "caldúas", le dijo poniendo los ojos en blanco: "Es *idial*". Y la palabra para IRIS perdió todo significado de nobleza, de ambición, de altura.

Y en otros artículos, con su gracia de zaherir muy bien empleada, IRIS sigue glosando el mínimo montoncito de palabras que forman nuestro léxico y que se pueden holgadamente colocar en un zapato chino.

De mí he oído decir que soy una pedante porque "empleo palabras que nadie entiende". No creo que mi caudal sea muy grande, pero claro que es mayor que el corriente. Una de las causas de ese pequeño caudal, es que he vivido largas temporadas en España, pero la principal riqueza me viene, estoy segura, de que mis autores predilectos son los españoles, justamente; los muy buenos del momento, ya sean prosistas o poetas.

A las muchachas, en nombre de la moral, nos dan siempre lecturas abominables desde el punto de vista literario. Unas parecen ejemplos de novena. Otras son las de color rosa y de estupidez. Otras son las policiales que no hacen otra cosa que crearnos un alma de *pesadilla*. Y todas son francesas e inglesas, mal traducidas generalmente por señores que también padecen del mal común de las siete palabras por todo tesoro lingüístico.

Un buen libro para una muchacha, un buen libro literariamente hablando, es una verdadera veta para nosotras. No somos tan tontas como parecemos ni el gusto se nos ha torcido definitivamente. Yo estoy segura de que hay, de que tiene que haber buenas novelas, buenas biografías, buenos itinerarios de viajes, buenas obras de aventuras, escritas en forma limpia, que puedan ser entregadas a nosotras, sin que nos empañen esa pureza problemática; y digo problemática, porque las mamás siempre creen que estamos aún en la época de la cigüeña... Lo divertido es que nos vigilan estrechamente el libro y a pocas se les ocurre vigilar en la misma forma las idas al cine.

Bueno. Pero es el caso que entre novelas, rosas y celestiales andamos a vueltas de laberinto, sin hallar agrado ni provecho final. Leemos porque el ansia de leer nos obliga a ello. Algunas se estragan y pierden el interés. Son aquellas que tienen un buen gusto innato, que hasta cierto punto las salva. Pero como somos perezosas, nos quedamos ahí, sin intento alguno por buscar otra cosa, algo que está en alguna parte y que es lo que esperamos en materia de lecturas.

Eso me pasó a mí. Cinco años de Delly, de Merrell, de Chantepleure, sazonado con crímenes y aventuras disparatadas. ¡Un asqueamiento! Y un buen día, estando en España, una amiga que me presta una obra de Gabriel Miró. Un deslumbramiento. Desde entonces, estoy fija en la producción española. Leo con una especie de ansia. Y he de confesarles que también con un diccionario..., que, por suerte, cada día consulto menos...

Creo poseer — ya lo he dicho — un lenguaje un poquito más rico que el común de las muchachas. Y apenas si me atrevo a emplearlo, ya que la cara de espanto, de burla y de incomprensión de las gentes que me rodean, suele desconcertarme y acobardarme. Mamá me mira con ojos muy abiertos y me dice: — "De dónde sacas esas cosas". Lucho hace con la boca la más perfecta de las O. (Ya saben ustedes que Lucho es mi pololo). En cuanto a mis hermanos y a mi cuñada, mueven la cabeza de uno o otro lado, indicando piadosamente que estoy lista para que me lleven a la calle de los Olivos. Mi padre..., bueno, mi padre, el otro día, porque dije al mozo: "Dese prisa", me reprendió severamente y me indicó que era "chocante" que empleara tales expresiones.

Y si esto es dentro de mi hogar, fuera de él, ciertamente, estoy circunscrita a lo usual por sentido de adaptación y de miedo al ridículo.

Me quedo entonces frente a la máquina, escribiendo como no me atrevería a hablar. Y me oye con ternura en sus ojos de miel dorada, cuando digo las palabras de maravilla de una página de Góngora que estoy leyendo en alta voz.

BARBARA.

Esposa versus Secretaria

Novela en 4 números

POR

FAITH BALDWIN

Un hombre puede dividir su vida entre el hogar y la oficina; pero, ¿pueden dos mujeres dividirse un hombre y ser felices?

Hacia ya mucho rato que la industriosa isla de Manhattan había dado comienzo a sus diarias tareas, cuando Vanning Sanford decidió bajar a tomar su desayuno. Iba correctamente vestido y de excelente buen humor, como corresponde a un hombre sano y fuerte, que tuvo la suerte de heredar un negocio brillante, de elegir por esposa a una mujer hermosa, y que acaba de regresar de espléndidas vacaciones.

El comedor de los Sanford estaba situado en el 20.o piso de un edificio de la calle más popular del mundo y daba a una hermosa terraza llena de variadas flores. El día era placenteramente caluroso y una de las ventanas del comedor estaba abierta para que entrara el sol. El café cantaba en una cafetera de plata y había en el ambiente una apetitosa fragancia de pan caliente.

La señora Sanford estaba sentada ya en la mesa leyendo las noticias políticas del día y, a la entrada de su esposo, dejó de lado todo su interés por los asuntos públicos, dedicándole una alegre sonrisa.

—¡Aló, Jake! — dijo Linda Sanford al verlo.

Todos sus amigos lo llamaban Van, y el personal de su oficina, algunos miles de almas, lo conocían por "V. S." Sólo Linda, a menos que estuviera seriamente enojada, lo llamaba Jake.

Cuando se encontraban solos, el almuerzo era para ellos una especie de rito. Una vez que les habían servido, los sirvientes se retiraban dejándolos en una soledad que no cesaba de encantarles.

Sanford dió una vuelta por la silla de su esposa y se inclinó a besarla. No se trataba de un acto rutinario, sino que lo hacía con verdadero cariño. Su esposa era una de las mujeres más bonitas de Nueva York. Tenía cabello rojizo rizado y ojos de un color indefinido, encantador, su boca era muy roja y su figura, en general, menudita y atrayente.

—Tienes seis pecas en la nariz — dijo el esposo mirándola desde su ventajosa posición—, una por cada pescado que perdiste.

Sus últimas vacaciones las habían empleado en un viaje de pesca.

—¡Se te va a enfriar el desayuno! — contestó ella severamente. Lo apuró para que bebiera su café y luego dijo, suspirando: —¡No me dirás que te has olvidado qué día es hoy...!

—¿Lunes?

—Por algo se empieza...

—¿Primero de octubre?

—Poco a poco..., ¡ya estás más cerca...!

—¿Será el fin del mundo? — preguntó Sanford, dudoso.

—Puede ser...

Metió la mano en la cartera, y su cara que hasta ese momento había sido la de una persona despreocupada, se tornó animada y alegre.

—Bueno, bueno — exclamó suavemente—, ¿qué tengo aquí? —Sacó la mano del bolsillo y en ella un estuche de cuero con bordes de oro. Linda lo tomó y lo apretó con ambas manos antes de abrirlo. Dijo con tristeza, aunque los ojos le bailaban:

—¡Jake, diablillo, creí que te habías olvidado...!

—¿Por qué? — preguntó su marido, amablemente.

—En once meses no hemos tenido una pelea bien hecha, con juramentos y lágrimas, suspiros y reconciliaciones — le recordó ella—, uno de esos asuntos excitantes. Has estado disgustado y yo medio torcida; ¡pero no ha habido de esas peleítas con knock-down y todo! La última fué cuando conocimos a esa viudita morena en el viaje a Nassau, ¿te acuerdas? — Abrió el estuche y algo refulgió dentro de él, que le hizo cerrar los ojos. —¡Oh, mi tontito lindo! dijo anhelante, sacando la joya de su asiento de seda, y se la abrochó alrededor de la suave curva de su garganta. Zafiros; diamantes.

Sanford se paró y vino a sentarse en el brazo de la silla de ella:

—¿Te gusta, queridita?

—Sí, me gusta—. Agachaba la cabeza, desesperada por verse puesto el magnífico regalo. Dijo: —Berta, la novia del cervecero — y le hizo muecas a su marido.

—Tonterías — dijo Sanford—, te viene perfectamente bien. Abrió el collar, tomó el cierre entre sus dedos y lo quebró, o por lo menos pareció que lo hacía.

—¡No! — gritó Linda—. ¿Qué estás haciendo? ¡Dámelo, devuélmelo al momento! — y luego agregó medio asustada: —¿No puedes hacer otra cosa con él?

—Señora — respondió solemnemente su marido —, usted no sabe media palabra de estas cosas. Esto barre, pule, hace la comida... — Dejó las dos piezas de la joya en la mesa y volvió a su silla, diciendo: —Déjame comer, mujer. Aunque sea nuestro octavo aniversario de matrimonio, el papacito tiene que ir a la *oficina* y pasar el día en su trabajo.

—No te olvides que tenemos un "party" esta noche — dijo Linda, mientras le pasaba la taza de café.

—¿Quiénes vienen?

Se lo dijo, contándolos con los dedos:

—Los Merrit, los Carstairse, Raúl, el Acorazado, Vivian y Sylvia. Para la comida — familiares y pelagatos — como a ti te gustan los parties. Más tarde vendrán algunos hombres más.

Raúl era un conde, y el Acorazado un luchador. Eva Merrit era la amiga más íntima de Linda, y Dick Merrit había sido el acompañante de Van en su matrimonio; los Carstairse eran íntimos; Vivian era escritora, y Sylvia, estrella de una comedia musical, por el momento retirada de las tablas.

—Llegarás tarde a la oficina —le recordó Linda.

—Lo sé. Pero pueden aguantarse un momento sin mí — dijo Van generosamente. Se comió el último pedazo de panqueque y se paró de la mesa.

Linda se paró también y lo acompañó hasta la puerta. Allí lo abrazó y lo besó, dos veces...

—Creí que me estabas apurando para que me fuera...

—Estaba y lo estoy. Esto es especial, ¡por el broche...!

Sanford le dió un tironcito de orejas.

—Hasta luego, querida — dijo—. Acuérdate de tu maridito que va a estar trabajando como esclavo, mientras tú estés tendida en una "chaise longue", comiendo chocolates y pensando en nuevas formas de gastar el dinero que tanto me cuesta ganar...!

—No tengo que pensarlo mucho... — dijo Linda, un poco seria—. ¡No llegues muy tarde esta noche...! Y se quedó mirándolo un momento, mientras él salía.

Cuando salió a la calle, le llamó la atención el alegre semblante del chauffeur mientras le mantenía abierta la puerta del coche.

Sanford titubeó, luego dijo:

—Hace un lindo día, Finney. Lo aprovecharé para andar un poco...

El edificio al cual se dirigía Sanford se encontraba en plena actividad. Allí se encontraban las publicaciones Sanford, que, por dos generaciones, habían sostenido los Sanford.

El edificio y el negocio habían sido heredados por Vanning Sanford, como principal accionista, cuando su padre murió, teniendo él veintidós años. Tenía solamente diez pisos; pero dentro de él trabajaban varios miles de empleados. Allí estaban las grandes prensas que imprimían las revistas Sanford: "Sanford Mensual", "Jardín" y "El Hogar". También editaba una revista de modas, "Femina", para la cual posaba la realeza con modelos especialmente confeccionados.

En ese edificio estaba toda la editorial, las prensas, los talleres para las tricromías, las oficinas de redacción, los departamentos de circulación y avisos, el comedor para los empleados y la cafetería para los obreros. Hasta una sección libros.

Las publicaciones Sanford tenían una circulación de varios millones, y se les encontraba en todas partes. Se conocía a esa editorial como la que pagaba los mejores salarios y los precios más asombrosos a los escritores de todo el mundo.

El editor de "Femina", Allan Gordon, pasó a la galería y preguntó al ascensorista:

—¿Llegó ya V. S.?

—Todavía no, Mr. Gordon.

V. S. se había atrasado. Gordon tenía que verlo antes de la hora de almuerzo, y tomó el ascensor para dirigirse al 10.o piso. Se encontró allí con mucha gente, toda dependiente de la empresa, y comenzó a distribuir saludos maquinales.

—¡Aló! — dijo el redactor de arte, que había subido al ascensor en el 5.o piso — V. S. no ha llegado todavía.

—¡Diablo! — dijo éste—. Todo ha salido mal hoy día. Davis falló en las ilustraciones para la serial de Harvey.

La oficina privada de Sanford estaba en el 10.o piso. Había una sala de espera, con las paredes llenas de ilustraciones firmadas con los nombres más ilustres; un escritorio, con una preciosa

empleadita; entre la oficina de Sanford y este escritorio, había otra oficina que tenía en su mampara "Miss Waslh" y un escritorio en que se sentaba el hermoso dragón, el ángel guardián de las horas de oficina de Sanford.

Helen Walsh era la secretaria privada de Vanning Sanford, y estaba en ese puesto desde hacía tres años. Tenía veintitrés años. Había llegado a trabajar al edificio Sanford a los diecisiete años, como dactilógrafa de la secretaría de Mr. Mercer, editor del "Sanford Mensual", luego había pasado a ser secretaria de Mr. Mercer, después ayudante de la secretaria de Sanford, y cuando ésta se retiró, ella quedó como secretaria del jefe principal.

En los tres años que habían pasado, su situación se había afirmado poco a poco, y esa mañana, dictando a su secretaria, presentaba un agradable espectáculo que pudieron apreciar los dos hombres que entraron a la oficina. Era de regular estatura y muy bien formada; vestía un traje azul de lana, con cuello y puños blancos; tenía un pelo maravilloso que, según fuera la luz, tomaba un color dorado claro o un brillante plateado, y que peinaba hacia atrás.

—¿Qué le ha pasado a V. S.? — preguntó el editor de arte.

—Espero que nada, Mr. Reynolds — contestó Miss Walsh—. Sólo se ha atrasado un poco...

—Tenía que ser hoy... — dijo Allan Gordon, y puso un memorándum en el escritorio.

—Davis no ha acertado con las ilustraciones para la nueva serial de Harvey — dijo disgustado Reynolds.

—¿Ha pensado Ud. en Appleton? — preguntó Miss Walsh.

El rostro de Reynolds se aclaró como por arte de magia:

—No, no me había acordado. De todas maneras, quisiera ver a V. S. sobre éstas. ¿Habrán traído las cubiertas de abajo?

—Sí; están en el escritorio de Mr. Sanford.

—Magnífico. Voy a dejar un memorándum—. Y salió disparado.

Gordon se consumía mirando a Helen Walsh.

—Está encantadora hoy día — le dijo.

—Oh, hoy es un gran día... — contestó ella tranquilamente.

—¿Y si V. S. quisiera llamarme por teléfono antes de almuerzo? — sugirió Gordon y salió.

Helen se sentó en su escritorio y procedió a abrir la correspondencia. Dejó algunas cartas a un lado y se paró para llevarlas a la oficina de Sanford. Era ésta una enorme oficina arreglada con mucho gusto.

Helen puso las cartas en el escritorio. En él había un retrato de Linda Sanford, en un marco de plata y cristal. Helen lo tomó y lo contempló. La había visto docenas de veces, y le gustaba.

Una de sus debilidades era un álbum de fotografías que tenía en su casa, un álbum lleno de foto prendidas con alfileritos, que habían sido recortadas de la revistas: **La señora Sanford en un almuerzo... Los esposos Sanford en Palm Beach... Los Sanford en el Derby de Kentucky...**

El hermano casado de Helen, con quien vivía, a menudo le hacía bromas sobre el álbum.

—Reconoce que estás medio enamorada de Sanford — le decía.

—Tres cuartos... — contestaba Helen, imperturbablemente.

Se entretuvo mirando los dibujos que había en el escritorio. Eran hermosas pruebas que habían sido seleccionadas por Reynolds para las portadas del "Sanford Mensual", y que había dejado allí para la aprobación de su jefe.

—¡Preciosa! — dijo, mirando a una lujosa dama que le sonreía desde el dibujo.

Volvió a su escritorio y encontró a Miss Conners, su secretaria, parada en la ventana y con la cara desesperada.

—¿Qué le pasa, Mary? — preguntó Helen.

—¡Oh — contestó Miss Conners, secándose los ojos con el pañuelo—. ¡No me siento bien; todas las cosas me salen al revés!

—¿Dinero?

—¡No..., es..., Jim! — Miss Conners bajó la vista—. Estamos..., digustados...

—¿Que les ha pasado?

—¿Qué pasa siempre? Está cansado de mí. Creo que... — Y se quitó de los ojos la mano, en que brillaba un pequeño diamante—. Pero él dijo que nunca había pensado en eso; seguramente ya tiene otra... No puedo dormir, no como. Paso recordando...

—¡Oh! — dijo Helen poniéndole una mano en el hombro—. Veré si puedo conseguirle un par de semanas de descanso. ¿Por qué no se va a la hacienda de su tío, en Jersey, Mary? Descanse un poco, duerma, olvide...

Se abrió la puerta y entró Harrison. Harrison pertenecía a la sección avisos, era un excelente agente; traía una cartera en la mano. La abrió y dejó una cantidad de papeles en el escritorio de Helen.

—Corazoncito — le dijo —, llegó tu niñito de pelo blanco. ¿Puedo ver a V. S.?

—No ha llegado todavía — contestó Helen.

—¿Comamos juntos esta noche?

—Lo siento. Ya estoy comprometida.

—O. K. — dijo Harrison alegremente—. Ya llegará el día en que se tenga que arrodillar ante K. Randolph Harrison.

Se sintió un portazo. Helen tomó los papeles y los llevó al escritorio de Sanford. Estaba allí cuando presintió la llegada de su jefe antes de verlo, y se volvió a saludarlo.

—¡Aló! — le dijo—. ¿Cómo lo ha pasado?

—Mejor que nunca — contestó él, y agregó cortésmente: —Está más simpática que de costumbre.

—Gracias.

Sanford era la persona por quien sentía Helen más gusto en ver.

Siempre sus saludos eran iguales cuando regresaba de vacaciones.

—Van se dirigió a su escritorio y tomó los papeles que había en él.

—¿Quién ha traído todo esto? —preguntó.

—Mr. Reynolds lo mandó. También dejó un porfolio. Quiere hablar con Ud. Lo mismo desea Mr. Gordon. Aquí están las nuevas cifras de la sección avisos. La oficina de Londres lo va llamar a las cuatro. Recuerde que prometió ver hoy a Mr. Howard, de las Fábricas Unidas de Papel. He arreglado una entrevista para las tres.

Había comenzado el día.

—Poco después de mediodía, Sanford tocó el timbre de Miss Walsh. Cuando ella entró, le dijo él, sonriendo:

—¿Quiere contestar estas cartas? Ya conoce la fórmula, cortés, con tacto, cordial y... ¡no hay caso!

Al tomar las cartas, dijo Helen:

—Quisiera hablar con Ud. sobre Miss Conners. No está bien, y...

—El estaba dando un número al teléfono. Levantó la cabeza:

—Mándela a la casa.

—No es un mal físico — dijo Helen—. Se siente mal en otra forma y el trabajo sufre con eso. Es una excelente empleada y muy consciente. Ella es el sostén de su madre y dos hermanitos. No quisiera que perdiera el empleo.

—Aló — dijo Sanford en el fono—. ¿Quién habla? Oh, eres tú, preciosa.... espera un momento.

Helen iba saliendo del aposento. Y la voz de él pudo ser para ella o para Linda, que se encontraba al otro lado del teléfono. Se paró.

—¿Qué quiere que haga yo?... No, Linda, no es a ti. Estoy hablando con Helen.

—Dos semanas de vacaciones— dijo Helen.

—Muy bien. Usted es el doctor—. Cuando la puerta se cerró tras de ella, dijo en el apa-

(Continúa en la pág. 68)

FORTALECE Y ELIMINA LAS GRASAS

Una buena fricción de Colonia FLOR DE ESPINO da bienestar y fortifica el cuerpo, desgrasa, evita resfriados y perfuma delicadamente. Apreciadísima por su concentración y aroma exquisito.

Colonia

FLOR de ESPINO

La Serpiente Amarilla

Por

EDGAR WALLACE

—Debe tener usted alguna condescendencia.

Se oyeron unos golpecitos de llamada en la puerta, y Perkins entró, quedando silencioso ante Esteban Narth.

—¿Quién es?... ¿La señorita Bray?

—Sí, señor — dijo Perkins. — ¿Le digo que espere?

—No. Dígale que entre.

Por primera vez en su vida, Esteban Narth se dió cuenta de que Juana era una muchachita preciosa. Realmente, ésta nunca había parecido tan bonita como aquella mañana. Era una adorable figura con su traje sastre de color azul y luciendo un sombrero encarnado que cualquiera hubiese asegurado que estaba hecho a propósito para realzar la belleza de su cutis de leche y rosas y para darle una nueva profundidad a la brillante mirada de sus ojos azules.

El efecto que produjo al chino fué evidente. St. Clay quedó contemplándola con los labios entreabiertos, hasta que Juana se puso colorada.

—Este caballero es el señor St. Clay — dijo, entonces Narth. — La joven extendió la mano para coger la garra que hacia ella se acercaba, cuando la puerta que daba a la oficina se abrió de golpe para dar paso a un hombre joven, vestido con elegancia. Por lo menos, ésta fué la primera impresión que Juana Bray tuvo del recién llegado. Su instinto femenino la llevó hasta la convicción de que su traje estaba confeccionado en Sackville Street. Era joven, pero no un muchacho. Su cabello tenía algunas hebras grises en las sienes y había algunas arrugas alrededor de sus ojos. Envuelto en una toga hubiera podido pasar por un tribuno de la antigua Roma con su hermoso rostro de perfil de águila y su imperiosa actitud.

Quedó bajo el dintel de la puerta mirando a St. Clay y a Narth, alternativamente. Ni una sola vez miró a la muchacha.

Por un momento, Narth quedó atónito ante la inesperada irrupción en su despacho privado.

—¿Qué desea usted? — preguntó. — Debe haberse equivocado. ¿Verdad?... Esto es un despacho privado...

—No. No me he equivocado — respondió el extraño personaje. Al oír su voz, Juana se volvió y quedó mirándole sorprendida. — Todo lo que usted ha hecho, Narth, ha sido una equivocación tras otra... y nunca cometió mayor torpeza que cuando tuvo la audacia de invitar a mi prometida para que se sentara en la misma mesa que ese miserable chino. ¡Asesino! ¡Fing-Su!

El señor St. Clay, bachiller en Artes, ocultó las manos con movimiento mecánico.

—¡Excelencia! — exclamó en el lenguaje mandarín.

Juana no pudo retener un grito de sorpresa. No había exageración en lo que había dicho el hombre más guapo de China, pues el recién llegado que estaba, ante ella, en la puerta del despacho, no era otro que su futuro esposo, Clifford Lynne.

CAPITULO X

El desconcierto de Fink-Su fué de corta duración.

Los brazos que había cruzado instintivamente, otra vez se separaron y su figura adoptó una nueva y rápida actitud. Volvió a ser el europeo Grahame St. Clay. En lo profundo de sus obscuros ojos brilló un fuego maligno que le transformó, de repente, en un ser terrorífico. Sin embargo, sólo por un segundo mostró la oculta bestia que rugía en él. Extinguióse el fuego y no quedó de Fing Su más que el pedante Grahame St. Clay.

—Esta intrusión es absolutamente intolerable — dijo, con un extraño tono, haciendo un staccato que en cualquier otra ocasión hubiese resultado ridículo.

La mirada de Clifford Lynne se detuvo sobre la mesa que, cubierta por un blanco mantel, aparecía llena de vasos, servicio de plata y algunas flores. Después vagó hasta encontrar los ojos de la joven y sólo entonces, Clifford Lynne sonrió. ¡Y aquel extraño hombre, tenía la sonrisa más encantadora que jamás había visto Juana Bray!

—Si pudiera usted soportar mi compañía, durante la comida, me gustaría invitarla—dijo.

La muchacha asintió. Estaba asustadísima y casi no podía respirar, pero, por otra parte, le parecía interesante y hasta agradable aquella situación. ¡Hubiera dejado de ser mujer, de no sentirlo así!...

Los dos hombres que estaban frente a frente, eran enemigos eternos e irreconciliables. Ahora comprendía, como si alguien se lo hubiese explicado, la aparición de la serpiente que saltó de la caja, en la biblioteca de la casa de Sunningdale. Sí; St. Clay la había enviado. ¡este chino blando a quien Clifford le había llamado Fing-Su!

Al comprender todo esto, Juana palideció y se aproximó al recién llegado.

—¡Señor Narth! — Fing-Su hablaba con alguna dificultad. La ira que bullía en su interior se reflejaba a través del empaque adquirido en la Universidad. Su voz temblaba por la rabia concentrada.

—Usted me ha invitado a mí..., a mí... a comer con esta señorita... Usted no puede consentir esto... — y ya no acertó a más.

Esteban Narth creyó llegado el momento de hacer sentir, por lo menos, el peso de su personalidad.

—Juana, ¡Tú, te quedas aquí!— ordenó.

Esto era muy sencillo de decir, pero el tono que debía adoptar para dirigirse al hombre que estaba en el centro de la puerta, era un asunto de mayor dificultad.

—Ejem... Mire, usted, señor Lynne... — empezó suavemente—. Esto resulta muy violento..., sí..., porque yo he invitado a Juana para que viniese a comer con nuestro amigo...

—¡Con su amigo, querrá usted decir, pero no mío! — interrumpió con rapidez, Clifford Lynne—. ¡Bien podía habersele ocurrido Narth, que habría de gustarme que se me consultase antes de invitar a mi futura esposa y de traerla a comer en compañía de un hombre que considera el asesinato como el mejor remedio para vencer la mayoría de las dificultades que le salen al paso!

Con un movimiento de cabeza, llamó a Juana a su lado y ella fué, tímidamente, hasta él. Al señor Narth no le quedaba ni siquiera energía para enfadarse.

Lynne retrocedió un poco para dejar paso a la joven, que entró en la otra oficina. Después se volvió, de nuevo, hacia donde estaban los dos hombres.

—Tres de ustedes están jugando con fuego..., y uno con el infierno — dijo, lentamente—. Spedwell, usted en un tiempo, fué oficial del Ejército Británico y me inclino a creer que todavía tendrá, en sus adentros y aunque atrofiadas, las cualidades de un caballero. Pero no voy a apelar a esos vestigios ya inútiles, sino a su propio instinto de conservación. Ante usted se alza una prisión, ¡señor mío!..., una prisión... y quedan cincuenta segundos para recorrer la distancia que le separa de la celda de los condenados a la maldición eterna.

Pareció exceptuar a Esteban Narth y su dedo señaló al chino.

—¡Fing-Su! — añadió—. ¡Por tercera vez te prevengo que las manos

(Continúa en la pág. 71)

LA BUENA VOLUNTAD

¡Rinoceronte! — exclamaron en coro los presentes, con acento de intimidada sorpresa.

—Sí: ¡rinoceronte! — continuó el corzo que acababa de traer la noticia—. Yo lo he visto desde lo alto de un peñasco, y por cierto que nunca imaginé un animal tan brutal. Se enfurece de pronto y parte en impetuosa carrera y embiste todo, animales, plantas, piedras, todo lo arrolla y lo arrasa. Me horroriza pensar qué ocurriría si alguno de nosotros se encontrara a su paso. ¡Qué tranquilos viviamos antes de que a este monstruo se le antojara entrar en nuestras tierras!... ¡Peligro! ¡Peligro! ¡Peligro!

Se habían reunido corzos venados, antílopes y cabras del monte.

Después de un momento de impresionante silencio, un antílope joven, dijo, no sin cierto aire petulante:

—Por fortuna tenemos piernas veloces. A mí no me alcanzaría un rinoceronte.

—No hay duda de que aventajamos en la carrera a todos los animales, le observó otro antílope—. Sin embargo, no pasa una luna sin que alguno de nosotros caiga víctima de un animal mucho menos veloz.

Estas palabras merecieron señales de asentimiento general.

—Es porque lo toman desprevenido — replicó el primer antílope.

—¡Vaya una novedad! — dijo un corzo—. Este monstruo también puede tomarnos desprevenidos.

—Y ahora mismo, si seguimos charlando — dijo una cabra salvaje —, Es preciso que imaginemos y pongamos en práctica un plan de defensa.

El plan de defensa que idearon consistió en levantar una barrera circular de ramas y pequeños troncos amontonados, de ancho y altura tales que pudiera ser saltada por los ligeros corzos, venados y antílopes, pero no por el rinoceronte.

—¡Bocas a la obra! —ordenó un venado viejo.

Y con la ligereza que les es característica, corrieron todos en busca de leños que llevaban con la boca y entrecruzaban y acumulaban como lo habían pensado.

Progresaba rápidamente la construcción de la fortaleza, cuando un mono, que desde un árbol vecino había escuchado las deliberaciones de la asamblea, bajó de su alto refugio, corrió por el suelo y depositó un coco a corta distancia de la barrera.

—¿Y éste, qué hace aquí? — preguntó desdeñosamente una corzuela, suspendiendo su tarea.

—Ayudarlos para la defensa— replicó el mono, a la vez que trepaba al árbol, del cual volvió a bajar con otro coco que dejó cerca del anterior.

—Siempre con tus ridículas ocurrencias — comentó la corzuela. Pero el venado viejo, que a golpes de pie, impaciente, dirigía los trabajos, dijo:

—Gracias. Ha traído lo único que tiene, y con ello demuestra su buena voluntad. Vale sobre todo esa buena voluntad, porque es desinteresada. El, que vive en lo alto de un gran árbol, no tiene nada que temer del peligro de que vamos a defendernos. Gracias, mono.

—¡Valiente ayuda! — murmuró la corzuela—. ¿Para qué sirven esos cocos?

—Ya sé que no sirven para nada — dijo, en voz muy baja, el venado viejo—; pero no hay que desalentar una buena intención, una...

No terminó la frase, porque en eso resonó a lo lejos un bramido.

Corzos, venados y antílopes, que pacían en los alrededores, se precipitaron al interior de la fortaleza y agrupáronse con la cabeza gacha. Los más se dieron cuenta, horrorizados, de que la barrera estaba inconclusa.

¡Y el peligro llegaba! ¡Era aquella masa obscura que se abalanzaba estruendosamente entre una nube de tierra y ramas astilladas!

¡Y la fiera iba a embestirlos!

Ya parecía precipitarse cuando rodó de cabeza, siguió rodando, arrastrado por su ímpetu, y con terrible violencia fué a golpear en la barrera de ramas, que se sacudió sin ceder, y a cuyo pie, luego de intentar incorporarse, se desplomó y quedóse inmóvil.

Tan inmóvil que una hora después, aun los corzos más tímidos se aproximaban para contemplar la mole del furioso animal, que había resbalado y rodado en los cocos dejados por el mono.

La Mujer Moderna en

Por
LADY ASTOR
(Miembro del Parlamento inglés)

(Continuación)

Cuando votaron las mujeres. — En Norte América se trabaja por la misma causa, y en general puede decirse que los Estados Unidos vencieron a Inglaterra en el establecimiento del voto femenino, porque la ley que se lo concedía era aprobada allí cuando la Cámara de los Lores empezaba a discutir el asunto en Westminster.

Al recuerdo de estas victorias no podemos menos de regocijarnos. Yo no sé si en los Estados Unidos necesitarían las mujeres ejercitar su voto lo mismo que nosotras lo necesitábamos aquí. Inglaterra había perdido 900.000 hombres de su más florida juventud, y cuando se hizo la liquidación después de la guerra, quedó evidenciado que se había perdido una apreciable porción del electorado. Eran los hombres que habían vuelto del frente, agotados y aniquilados, con la persuasión de que ya habían dado lo suyo, y la idea de regresar a su hogar, como si regresaran a un paraíso. Se vieron entonces los explotadores de la guerra, que habían sacado ciertamente buen provecho y estaban decididos a seguir sacándolo. Se vieron los agitadores, que esperaban el momento propicio para derribar todo Gobierno establecido y encauzar a Inglaterra tras las huellas de Rusia.

Y vinieron las mujeres, recién declaradas libres, que nunca habían intervenido en la política, y que, por lo tanto, poco habían pensado en ella. Para dirigir toda esta confusa multitud de electores, estaban todos los hombres de Estado que habían visto el desarrollo de la guerra y que estaban, por su parte, cansados y agotados también. Esta confusa multitud tuvo que enfrentar una situación difícil en medio de un mundo revuelto, aún no bien cimentada la paz y con un cúmulo de problemas por resolver. Fué aquella una época peligrosa. Por un lado había una firme tendencia hacia la reacción, y por el otro hacia la agitación exagerada. Durante año y medio, Inglaterra progresó muy lentamente, pero resuelta, a pesar de las dificultades.

Fué en esa época, en 1919, cuando yo llegué al Parlamento, y sé muy bien lo que digo cuando aseguro que fueron los votos de la mujer los que en esa época salvaron a Inglaterra. No me cabe la menor duda. Las mujeres se propusieron entonces con todo tesón y toda energía apasionadamente, librar al mundo de la guerra. Ellas fueron las que pusieron a Inglaterra en más estrecho contacto con la Liga de las Naciones que cualquier otro país, ellas fueron las que creyeron que tras de la Liga estaba el ideal de cooperación internacional que necesitábamos.

Pero no solamente trabajaron las mujeres por la causa de la paz. Desde que las mujeres tienen voto, el Parlamento británico se ha hecho más progresista y ha despachado leyes más avanzadas que las de cualquier nación. Se ha controlado la venta de bebidas, a despecho de los comerciantes inescrupulosos en el ramo, se han incrementado y mejorado los servicios sociales, tales como como la atención de los cesantes y los menesterosos, de los enfermos, de los niños y de los inválidos. Y se ha hecho todo esto a expensas de sus fondos para la guerra; se ha combatido la crisis en 1931 y se ha solucionado en gran parte el problema de la desocupación. En toda esta obra, la mujer ha sido un factor importante y ha realizado su trabajo sin violencias, siguiendo tranquila y firmemente la senda del progreso. Cualquier miembro del Parlamento o de los partidos políticos os dirá que los jefes que han impulsado esta tarea han sido mujeres. Cualquier agente de partido os dirá esto mismo, y esto mismo os aseverará cualquier organización que trabaje por la consecución de la reforma política.

Los hombres son todavía los espíritus que presiden esta reforma política, pero los espíritus que la impulsan son las mujeres.

Ellas han conseguido en tan corto lapso ganarse el interés público y los problemas que se agitan hoy en períodos de elecciones son los problemas de la paz, de la vivienda, de la política social. Jamás hemos tenido en la historia un cúmulo tal de legislación para mejorar las condiciones de la vida como el que tenemos desde que la mujer se ha visto libertada. Y esto es exacto, lo mismo en Inglaterra que en los Estados Unidos.

He dicho que Inglaterra marcha por el camino del sano progreso, y he atribuido esto al influjo de la mujer, porque sé muy bien que la mujer es progresista. Claro que no se puede decir esto en absoluto de todas las mujeres. Pero conozco perfectamente las dirigentes de todo el mundo y puedo aseguraros que las mujeres que piensan y las que valen y las que forman opinión pública, son todas ellas progresistas. Nada hay, desde luego, en el pasado de la mujer que la impulse a volver hacia atrás, de manera que lógicamente han de querer ir hacia adelante. Lo que inspira a la mujer, estoy segura de ello, es el deseo de crear un mundo mejor para que vivan en él sus hijos, un mundo más sano y más feliz que el mundo en que ella vive, un mundo más seguro para sus hijos, en forma que no sean éstos masacrados por las bombas y las ametralladoras, un mundo más libre para sus hijas, en forma que éstas tengan oportunidad de desarrollar en él mejor sus aptitudes. Las mujeres que así piensan y así desean, no quieren dictaduras; lo que ellas quieren es libertad dentro de una comunidad civilizada.

El patriotismo más elevado. — Muchas veces he pensado en lo que debe entenderse por civilización. Es ésta una palabra que usamos libremente; pero no siempre queremos significar lo mismo con ella. Por mi parte, pienso que ella significa algo más que el progreso mecánico. Estimamos, desde luego, ese progreso y nadie tiene motivos para congratularse de él tanto como la mujer. Pero yo creo que la mecanización, lo mismo que el patriotismo, no son suficientes. Debemos tener algo me-

En Rusia, ni hombres ni mujeres son libres.

En España, las mujeres obtuvieron su libertad y una revolución.

Política

Durante la Guerra Mundial, las mujeres inglesas pidieron al Gobierno que las dejara ocupar los puestos de los hombres y lo consiguieron.

jor que esto si hemos de ser realmente civilizados. La máquina debe ser nuestra sirviente, no nuestra ama; y en cuanto al patriotismo, no debe nunca llevarnos a la guerra. En esta forma, mi concepto de la civilización comprende a la máquina que ayuda al hombre en su vida; pero no comprende a la máquina que le destruye, y comprende el patriotismo, pero ese patriotismo elevado y *sano* que *no* lleva a los hombres a matarse a los campos de batalla.

Tengo la seguridad de que el amor a la patria es tan firme y tan sólido en la mayor parte del pueblo, que no hay necesidad de insistir sobre este tema. Para ser patriotas no necesitamos desplegar al viento los pendones de guerra, ni atronar el aire con el sonido de las trompetas y el redoble de tambores; lo que necesitamos es sentir el impulso de ponernos al servicio de la humanidad. Mientras este impulso no sea efectivo, yo no creo que de otro modo podamos hacer algo beneficioso en obsequio de nuestro país; porque el mundo está hoy tan enlazado, que sólo se puede servir al propio país cuando se sirve a los demás, y no se puede ofender a uno sin ofenderlos a todos.

Yo no soy una pacifista "enragée". Sé muy bien que las naciones se diferencian unas de otras como se diferencian nuestros hijos. Sé muy bien que es digno y honroso dar la vida por la libertad, en el recto sentido de la palabra, y sé también que no es posible tratar a todos los países, o mejor dicho, a todos los Gobiernos, de igual manera. A este respecto, las naciones son como los clientes del comercio. No se puede dar gusto a todos; unos compran cosas peligrosas, drogas, armas de fuego, venenos, y no compran lo que necesitan. Pero, a pesar de todo esto, insisto en repetir que es necesario construir un mundo en que no tenga lugar la guerra.

Yo soy una mujer vulgar, y las mujeres vulgares saben de qué modo se afrontan los hechos. Yo creo que las mujeres vulgares son los seres más prácticos del planeta, y por eso opino que ellas sabrán encarar todos estos hechos internacionales y encontrar el medio de solucionarlos.

Veamos de qué manera pueden las mujeres conseguir esto. Se dice comúnmente que el grado de cultura y civilización de un país se mide por la forma con que en él se trata a la mujer. Y algo hay de verdad en esto. Pues bien, ¿cuál es la situación de la mujer actualmente en el mundo?

Veamos.

En Rusia, vemos realmente que la mujer tiene los mismos derechos que el hombre, no hay diferencia entre los dos sexos. Todo lo hace el Estado como empresa, y el Estado trata de igual modo a los hombres que a las mujeres en su trabajo, en su paga, en todo. Esto está muy bien hasta cierto punto. ¡Porque, en realidad, en Rusia ni los hombres ni las *mujeres* son libres! No hay libertad posible dentro del régimen comunista, y ninguna ventaja hay en conquistar la libertad si en el mismo momento se ha de perder.

Miremos luego a Alemania. Aquí la mujer quedó emancipada después de la guerra y empezó a ser realmente útil a la comunidad. Hubo en el Reichstag algunas mujeres ilustres y las hubo en los Concejos Municipales, que hicieron maravillas en la educación y en la organización social del trabajo y en toda clase de reformas morales. Vino luego Hitler y la mujer retrocedió en su situación y en sus conquistas políticas; hoy la mujer no hace más que lo que se quiere que haga. La mujer alemana ha perdido todo asomo de libertad. Las que se atrevieron a declararse en contra del régimen, fueron deportadas y recluídas en campos de concentración, y allí están muchas todavía. En Alemania, todo el mundo ha perdido su libertad, y lo único que se permite a los votantes es decir "sí" cuando se les pregunta; el decir "no" puede costar muy caro. Sé que hay gentes que aseguran que los alemanes están muy contentos con este estado de cosas, y que se sienten firmes bajo su dictadura; pero, si esto es verdad, no querría decir sino que los alemanes y las alemanas habían perdido la razón y el sentido común.

Echemos una mirada a Italia. La mujer italiana nunca ha tenido, estrictamente hablando, libertad política; pero, en cualquiera forma, ve hoy restringidas las oportunidades para conseguirla. Mussolini ordena hoy qué es lo conveniente y qué es inconveniente para que estudien las mujeres, y pronuncia discursos elocuentes sobre el deber de la mujer, de procrear numerosa familia, sobre la gloria de la maternidad, y así, sucesivamente. A pesar de esto, el porcentaje de la natalidad disminuye cada día. Tal vez las mujeres italianas son más libres de lo que cree Mussolini!

¿Qué sucede en Francia? Allí las mujeres no tienen voto ni nunca lo han tenido, porque los hombres temen que esto pueda tener repercusión en la esfera religiosa. He tenido, sin embargo, noticias de que últimamente algunos franceses prominentes están estudiando la cuestión del voto femenino. Francia está siempre en eterna crisis política, y algunos jefes políticos están ya persuadidos de que la intervención de la mujer en los asuntos públicos contribuiría a afianzar la situación y a estabilizar la política. Y tienen mucha razón. Las francesas son admirables administradoras, mucho menos excitables que los hombres y mucho más emotivas. Si Francia hubiera tenido hace tiempo la buena idea de dejar a sus mujeres participar en la política, ésta estaría más tranquila, seguramente.

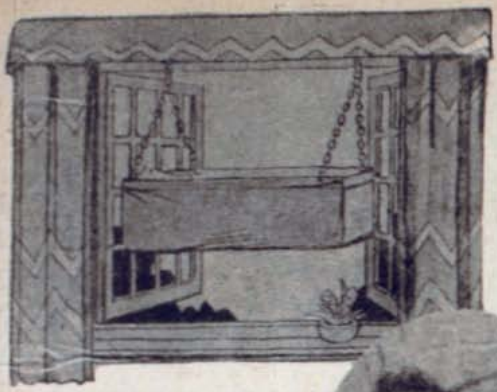
Libertad y revolución.— Miremos ahora a España. Las mujeres conquistaron su libertad política y trajeron con ella la revolución; hoy reina allí el desorden más completo. Es verdad que las mujeres no han tenido tiempo para demostrar si son capaces de hacer algo bueno. Es de esperar que lo demuestren, porque la mujer española tiene condiciones excepcionales.

En la Europa Central varía mucho la situación. En los países del norte, Checoeslovaquia, Polonia y las provincias del Báltico, las mujeres han aprovechado la oportunidad y están tomando parte en el nuevo desarrollo de sus países. En la parte sur de los Balkanes — Rumania, Bulgaria, Yugoeslavia y Grecia — las mujeres están casi por completo alejadas de todo. Estas regiones de Europa están al margen de lo que yo entiendo por civilización. Son presa de las ambiciones y feudos nacionales. Son un verdadero peligro para la paz europea, y el peligro es más terrible porque las mujeres no tienen ninguna responsabilidad en la situación.

En Turquía, país que instintivamente nos inclinamos a mirar como la patria de las mujeres veladas, de los harenes, de los sultanes y de las cimitarras, se ha operado un cambio sorprendente. Está ya prohibido a las mujeres usar velos. Las escuelas y colegios están abiertos para ellas; tienen derecho a trabajar y a votar. Se las incita en todo momento a que aprovechen las oportunidades que se les presentan. Esto, como es consiguiente, está teniendo su repercusión en Egipto y

(Continúa en la pág. 70)

En el país del Sueño



Por Nurse Mc Kay

Si Ud. lo piensa bien, verá que una madre puede obligar a su hijo a cualquier cosa, menos a dormir, y a comer.

Quiero hablar sobre el primero de estos dos problemas, hoy día.

Primero: qué es lo que no hay que hacer. Nunca podrá conseguir Ud. que el sueño venga como un algo indispensable para la conclusión del día, si el niño asocia toda clase de emociones con la hora de acostarse. Un hombre muy sabio dijo una vez que la única defensa que tiene una persona grande y que un niño no posee es la indiferencia. ¿Entiende Ud. lo que esto significa? Todo niño quisiera ser el centro de un drama, aunque el drama lo dañe a él mismo en alguna forma. Si, cuando viene la hora de acostarse, nadie le hace caso, porque él se va a acostar tranquilamente, entonces prefiere portarse mal, porque sabe que lo van a rogar y aun a retar, o sea, que su madre tendrá que concentrar su atención en su persona. Esto lo halaga y el portarse mal se hace costumbre.

En la generalidad de los casos el sueño se obtiene, si una madre acuesta a su hijo siempre a la misma hora y, sin prestarle mayor atención, lo deja tranquilamente, mientras que él se duerme. Por otra parte, la madre que espera mientras que el niño se duerme, que se aflige porque el sueño no llega luego, que lo mece o le canta, está haciéndose un mal a sí misma para el futuro.

Desde luego, el sueño debe asociarse siempre con la tranquilidad y la felicidad. El castigar a los niños acostándolos, puede ser muy cómodo, pero es de muy poco criterio. Si Ud. encuentra que su niño está demasiado cansado, ofrézcale acostarse, pasándole algún juguete, y diciendo que en cuanto se descanse un poco, lo levantará nuevamente, pero no lo mande a la cama para castigar su mal comportamiento.

Nosotros mismos no podemos dormirnos bien si no estamos bien descansados y en lo posible libres de preocupaciones. Si estamos demasiado resentidos, sea mental o físicamente, no podremos lograr el sueño. Para que un niño se vaya acostumbrando a la idea de que ya está cerca la hora de dormir, trate de mantenerlo sosegado un rato, con algún juego que no lo excite. Se obtiene muy buen resultado acostándoles sus juguetes junto con ellos; también, el tener un libro de cuentos para la hora de sueño. El niño se acostumbra a ello, y le ayuda a descansar su cabeza, puesto que el tema será siempre el mismo, y él no necesitará esforzarse para comprender detalles nuevos.

Algunas madres acostumbran a repasar todas las maldades hechas por sus niños durante el día, una vez que están acostados los pequeños. Los hacen llorar atemorizándolos con lo que les pasará al día siguiente si siguen portándose mal, etc. Me parece que estos casos no necesitan comentarios, pues basta citarlos para ver lo erróneo que es portándose así. Un niño nervioso, que se emociona fácilmente, no podrá por ningún motivo dormirse con la tranquilidad que requiere la naturaleza, para que el sueño le sea benéfico.

No deja de ser un problema el segundo año de un niño, la siesta de la tarde. Es indispensable asegurarse bien que el niño ha tenido bastante ejercicio y libertad de acción como para necesitar la siesta. También, como en el caso anterior, no hay que asociar ideas de castigos con ella. Si el niño se muestra reacio para acostarse, hágale ver que es para que se acueste para descansar un rato y no que tiene que dormirse.

Si le deja pasar un día, perdonándole la siesta, no se extrañe que al día siguiente no lo podrá obligar a ella. Los niños son tan fáciles de acostumbrar, que no debe haber mucha dificultad, si es que se obra con inteligencia y tacto, de conseguir que la costumbre de la siesta dure unos cuantos años.

Señora MORAL

MATRONA

ESPECIALISTA de fama reconocida. Atiende embarazos y partos, ya sean normales o patológicos. Diagnósticos, curaciones, tratamientos, suturas, esterilidad y cualquier caso urgente o difícil. Atención médica. Consultas gratis. General Mackenna 1038, 1er piso, departamento 1. Teléfono 63688. (No hay plancha).

TENDENCIAS DE LA MODA

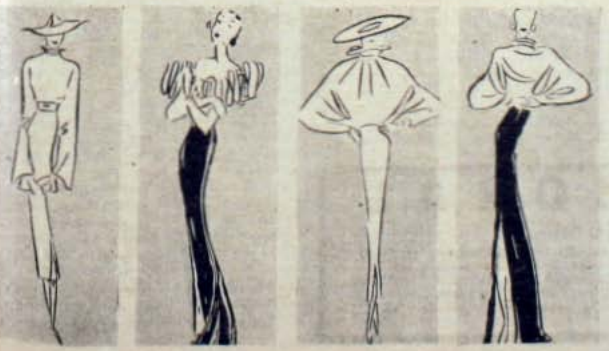
La hora de la comida en el club, en el casino o en casa de una amiga que reúne un grupo íntimo, ve a la mujer vestida en una forma deliciosa y original. Se trata del modelo llamado de "colegiala", o sea, una simple blusa lisa con un pequeño cuello vuelto, cerrada por una hilera de botones y cuyas mangas, muy anchas y cortas, se ajustan al brazo con un estrecho puño. La falda es larga, hasta tocar el suelo, cortada en forma y amplísima.

Este modelo se hace en las telas más diversas, desde la seda hasta el linón, pasando por los tafetanes, los organdis, los terciopelos y las gasas. Por lo general son de colores obscuros dominando el azul marino, el verde y el café con reflejos cobrizos. El cuello y los botones abrigan toda la fantasía y son de los más preciosos materiales, en contraposición con la sencillez monacal del resto.

Una de nuestras más elegantes señoras jóvenes, que recién regresa de Inglaterra, donde fuera a acompañar a su madre enferma, vestía en una comida en casa de los R. O, un traje de este estilo en tafetán azul noche, con cuello de lentejuelas plateadas y doradas, con uno que otro cabuchón de diversos tonos de azul. Los botones redondos hacían juego con estos cabuchones. El total era extraordinariamente juvenil y chic.

En otra comida — en casa de americanos — vimos una jovencita que lucía un modelo de la misma tendencia. Estaba hecho en gasa de seda de un rosa desvanecido. La blusa tenía un canesú trabajado íntegro con un fino abullonado. Cuello pequeñísimo de lama de plata. Botones muy chiquitos en forma de bolas de plata. La falda mostraba el mismo trabajo de bullones en una ancha rebeca. Fondo de tafetán del mismo tono. Y como complemento, una pequeña capa hasta la cintura, de la misma gasa, con canesú abullonado y capuchón igual al de las

(Continúa en la pág. 57).



DE MUJER A MUJER

Una nueva sección de FAMILIA

Señora María Eugenia:

Como usted ha viajado tanto seguramente podrá opinar respecto a esto con entera independencia y conocimiento.

Tenía yo un amigo que decía quererme mucho y que continuamente me convidaba al cine, a pasear en su auto, etc. Ultimamente me hizo una proposición que me molestó sobremanera. Me invitó a conocer su departamento de soltero y tomar allí el té.

Esto me pareció excesivo y se lo hice ver. A mi enojo él respondió que yo era poco moderna y que hoy en día nada tiene de particular el que una niña vaya al departamento de un soltero. El ha viajado mucho también y vivido largo tiempo en Estados Unidos.

Estamos, por ese desgraciado convite, distanciados. Pero yo lo quiero bastante y me obsesiona la idea de haberlo interpretado mal y de que en realidad nada tiene de particular su invitación.

Infinitamente agradecida le quedaría si Ud. me contestase luego, y con absoluta franqueza, qué piensa de todo esto.

Una muchacha a la antigua.

Respuesta a *"Una muchacha a la antigua"*

Tenga usted la completa certeza que en Europa, en Estados Unidos y muchísimo más aquí, una muchacha bien, sin audacias y sin flapperismos atrevidos, jamás acepta una invitación a un departamento de soltero para ir sola.

A mi regreso he comprobado — con profunda extrañeza— que en Chile se han adoptado, con una ligereza que espanta, usos y costumbres americanas y europeas que van en abierta pugna con el temperamento y la idiosincrasia de nuestro ambiente.

El muchacho sudamericano es más apasionado, más audaz y más inquieto. La aventura lo seduce. Lo que un americano o un europeo ejecutaría dentro del marco de la más perfecta y pura amistad, aquí, con el genio y el temperamento latino, de inmediato tomaría otros visos, otro carácter, de consecuencias fatales para las muchachas.

Es que somos de otra pasta y, además, aun no estamos suficientemente preparados y educados para tales cosas.

No intente siquiera buscar una reconciliación. Si la quiere de verdad, él la buscará y tratará de evitar en lo sucesivo insinuaciones de esa índole. No se deje deslumbrar por aquello del modernismo y del europeísmo; esas son simples luces de bengala para cegar a las ingenuas como usted.

María Eugenia.

Señora:

Si es cierto que quiere usted ayudar con sus consejos a las que padecemos solas sin saber cómo libertarnos de ese sufrimiento, con nadie mejor que conmigo puede ensayar su bondad.

Yo quiero que Ud. me diga si es justo, si es humano, exigir de una mujer resignación. A quienes he recurrido en demanda de un consejo para remediar mi desastrosa situación matrimonial, siempre me han respondido: "Eres casada, tienes hijos y es preciso que tengas resignación y soportes el desamor de tu marido hasta que él vuelva nuevamente a ti y a tus hijos".

Contésteme, usted, como mujer, si esto es humano y si debo resignarme. Yo no puedo más. Primero, al enterarme de su infidelidad, hemos tenido escenas violentísimas. Después, haciendo caso de los consejos, he tratado de ser cariñosa con él, para hacerle creer que había olvidado su engaño. Pero, hasta ahora, no he conseguido nada.

¿Puede mi familia, el mundo entero, aconsejarme y exigirme sólo resignación?

Usted, que dice haber conocido el dolor, dígame algo guieme. Seré su eterna agradecida.

Una engañada.

Respuesta a *"Una engañada"*

Esa panacea universal encerrada en la palabra "resignación", no da ya los resultados ofrecidos. La resignación convierte a la mujer en un ser manso, carente de energía, falto de vigor. ¿Cómo puede usted reconquistar un bien perdido resignándose? Convengo en que no es posible, en su caso, resoluciones extremas. Ni escenas violentas, ni a renglón seguido treguas de cariño insincero, puesto que ocultan un secreto rencor. El rencor de sentirse engañada, olvidada.

Pero estúdiese y estudie a su marido. Hay factores múltiples en la mujer que conducen al desamor del marido. ¡Cuántas niñas he conocido encantadoras como solteras y francamente insoportables como casadas!

Es que la mujer gasta todo su encanto, toda su gracia sólo

(Continúa en la pág. 57).

Tendencias de la Moda

La gran boga de las telas escocesas se manifiesta claramente en esta página. Con trajes de tono unido vemos accesorios en telas escocesas.

Muy deportivo es este juego de cartera y sombrero en lana escocesa, muy apropiado para acompañar trajes de tela unida

Un lindo conjunto en lana azul, compuesto de traje y abrigo tres - cuartos, adornado de tela a cuadros azules y blancos. El novedoso cuello y el cinturón van cerrados a un lado por un grueso cordón de seda.

Modelos prácticos y

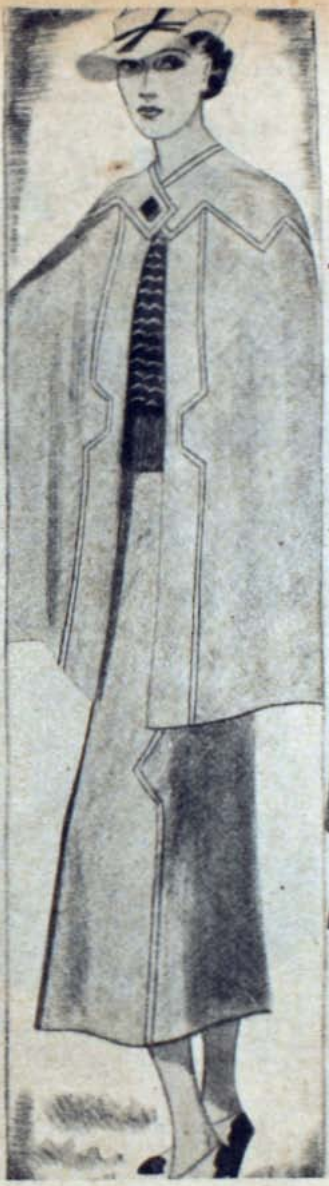
Este abrigo estilo levita en tweed, es muy apropiado para el auto; adorno de breitschwanz y grandes bolsillos pespuntados.

Más abajo. — Abrigo de lana mezclada con un cuello alto de piel que forma pechera, mangas raglán, anchas de abajo; bolsillos con patas abotonadas.

Este abrigo en lana grisácea, tiene una capa que se coloca en torno del cuello; tiene doble botonadura y bolsillos simulados.

Abrigo de viaje en lana a cuadros con una capa de sacar y poner terminada por un cuello de astracán; grandes bolsillos aplicados, puños de astracán.

Sencillos



Traje de dos piezas en tweed gris mezclado; chaqueta formada por piezas pespuntadas y cuello cerrado. Falda lisa.

Ensemble de sport en lana beige claro, capa con un canesú terminado en punta hacia arriba en la espalda; la falda con una pieza delantera se lleva con un jersey tejido a palillos.

Abrigo tres-cuartos en lana quadrillé verde y beige, muy amplio en la espalda. Cuello cerrado y mangas raglán; se lleva con el traje de la derecha.

Este es de lana verde, la delantera cortada que forma puntas abotonadas sigue el dibujo de la falda.

Tailleurs y

1.— Falda de lana negra. Chaqueta en tela a cuadros blanco y negro. Blusa de crepe blanco.

2. — Tailleur en tweed gris, blusa y cuello azul marino. El cuello se abotona atrás. Adorno de pabilos.

3.—Falda rayada café y blanco. Chaqueta beige adornada en los bolsillos y orillas de los puños con paño café. Cinturón de cuero café.

4.— Tailleur con doble hilera de botones, en fina lana verde obscura. Falda con dos tablones delanteros.

5. — Ensemble tres-cuartos en tweed beige finamente rayado en un tono más obscuro. Mangas raglán, grandes bolsillos aplicados.

ensembles

6. — Tailleur sport en fina lana gris quadrillé. Cuello y puños en tono obscuro como los botones. Falda sencilla. Chaqueta ajustada al talle y mangas cortadas de una sola pieza con el canesú.

7. — Elegante traje en franela beige; gran capa cerrada por un cordón de lana en el tono. Chaleco en paño café.

8. — Ensemble en jersey de lana beige con corbata y cinturón café. Abrigo tres-cuartos adornado con pabilos.

9. — Traje tailleur en lana a cuadros blancos y azul marino adornado con un cuello de piqué blanco Corbata de seda y cinturón de gamuza azul. Abrigo tres-cuartos en lana azul con mangas cortas.

10. — Este elegante tailleur de corte muy nuevo, está confeccionado en lana verde. Las mangas forman una sola pieza con el canesú. Una echarpe de foulard café con puntos blancos lo adorna.

Vida y confesiones de Gabriela MISTRAL

CAPITULO VI

Ya hemos descrito en nuestros capítulos anteriores el romance fundamental en la vida de Gabriela. Con todo, esta pasión auténtica traducida después en los maravillosos versos de "Desolación", suenan a falsedad para más de un crítico. Emilio Suárez Calimano, argentino, ve esta tragedia únicamente en la imaginación de la poetisa.

Ha sido Suárez Calimano el más apasionado de los críticos al referirse a la obra de la Mistral. Negándole, con evidente injusticia, todo su mérito, dice: "Ella es un poeta bíblico, hecho de polvo y maldiciones como el Eclesiastés. Seco, áspero, rugoso, sin la flor que matice su erial. Tiene todo lo trágico de una Electra vindicativa y tenaz a cuyo lado nunca llega el hermano Orestes para suavizarle la voz, lo que difícilmente lograría a pesar de quererlo porque su garganta sólo está conformada para el grito".

Explica Emilio Suárez Calimano el origen de la fama de Gabriela Mistral y asegura: "A pesar de la falta de una producción orgánica, Gabriela Mistral comenzó de pronto a estar en boca de cierto público".

—¿Ha leído usted algo de Gabriela Mistral?

—No, pero me han dicho que es una mujer de dotes excepcionales.

O esta otra variante:

—Sí, algo; por ahí, en diarios, en revistas. Es colosal...

La crítica hablada comenzó a ejercitarse...

A Gabriela Mistral la ungió, por virtud de los temas que ocuparon su pluma, con los laureles de una victoria sin combate. Ella podía cantar la escuela como nadie, porque ejercía el sacerdocio del magisterio; y por los azotes de su vida privada y sentimental a hallar trágicos acentos arrancados de su alma hecha crisol del dolor; y por ser mujer y maestra, dos veces madre, condensar el sentimiento de la maternidad en poemas de estupenda evocación...

La bola de la notoriedad comenzó a rodar.

Si Gabriela Mistral canta la escuela como nadie, no es sólo por ese ejercicio del sacerdocio del magisterio, como irónicamente afirma Suárez Calimano. Es porque la Mistral es por sobre poeta, maestra. La escuela va en ella rigiendo todos los momentos de su vida. Y si hay algo que engrandezca a esta mujer, llevándola hasta las fronteras de lo sublime, es su amor por el niño, su afán por la perfección de las mentalidades jóvenes, ese don de ser más madre que las madres. Don que como en nadie se cumple en Gabriela Mistral.

En uno de sus versos más intensos y desesperados, en ese grito maravilloso que es su "Poema del hijo", se hace viva la tragedia de la maestra que no sembró por su troje, que apacentó los rebaños ajenos. Toda la sutil dialéctica de Suárez Calimano no resta un ápice a la sinceridad de estas estrofas inmortales:

Mis pobres muertos miran el
[sol y los ponientes,
con un ansia tremenda, porque
[en mi ya se ciegan.
Se me cansan los labios de las
[preces fervientes
que antes que yo enmudezca por
[mi canción entregan.

No sembré por mi troje, no
[enseñé para hacerme
un brazo con amor en la hora
[postrera,
cuando mi cuello roto no pueda
[sostenerme
y mi mano tantee la sábana
[ligera.

Apacenté los hijos ajenos, col-
[mé el troje
con los trigos ajenos y sólo de
[tí espero
Padre nuestro que estás en los
[cielos, recoge
mi cabeza mendiga, si en esta
[noche muero.

Hablando después Suárez Calimano de los "Poemas de las madres", de la Mistral, los encuentra vacíos y sin expresión. Cree que después de Ada Negri nadie ha añadido palabra alguna. "Esperábamos — afirma—, encontrar en Gabriela Mistral, de cuyos "Poemas de las madres" tanto ruido se hizo, una escritora que rompiendo la tradición de la literatura de lengua castellana, huérfana de expresiones semejantes, se consagrara a la madre y al niño, figuras abandonadas dentro del rico plantel que exorna la bibliografía de nuestro idioma. Hoy seguimos creyendo que la tradición castellana no ha sido rota y que Ada Negri no ha encontrado quien la supere, ni siquiera la imite en su obra de intenso realismo".

Bastará con transcribir de esas composiciones de la Mistral, un poema escogido al azar para ver que no son el realismo y la emoción los que faltan en esa prosa profundamente humana y artística y que sólo la ceguera de Suárez Calimano no ha colocado en este punto a Gabriela en el sitio que le corresponde. Esto es, próxima a Ada Negri que como ella, se identifica en un acento maternal auténtico:

"Madre, cuéntame todo lo que sabes por tus viejos dolores. Cuéntame cómo nace y cómo viene su cuerpecillo, entrabado con mis vísceras.

Dime si buscará solo mi pecho o si se lo debo ofrecer, incitándolo.

Dame tu ciencia de amor ahora, madre. Enséñame las nuevas caricias, delicadas, más delicadas que las del esposo.

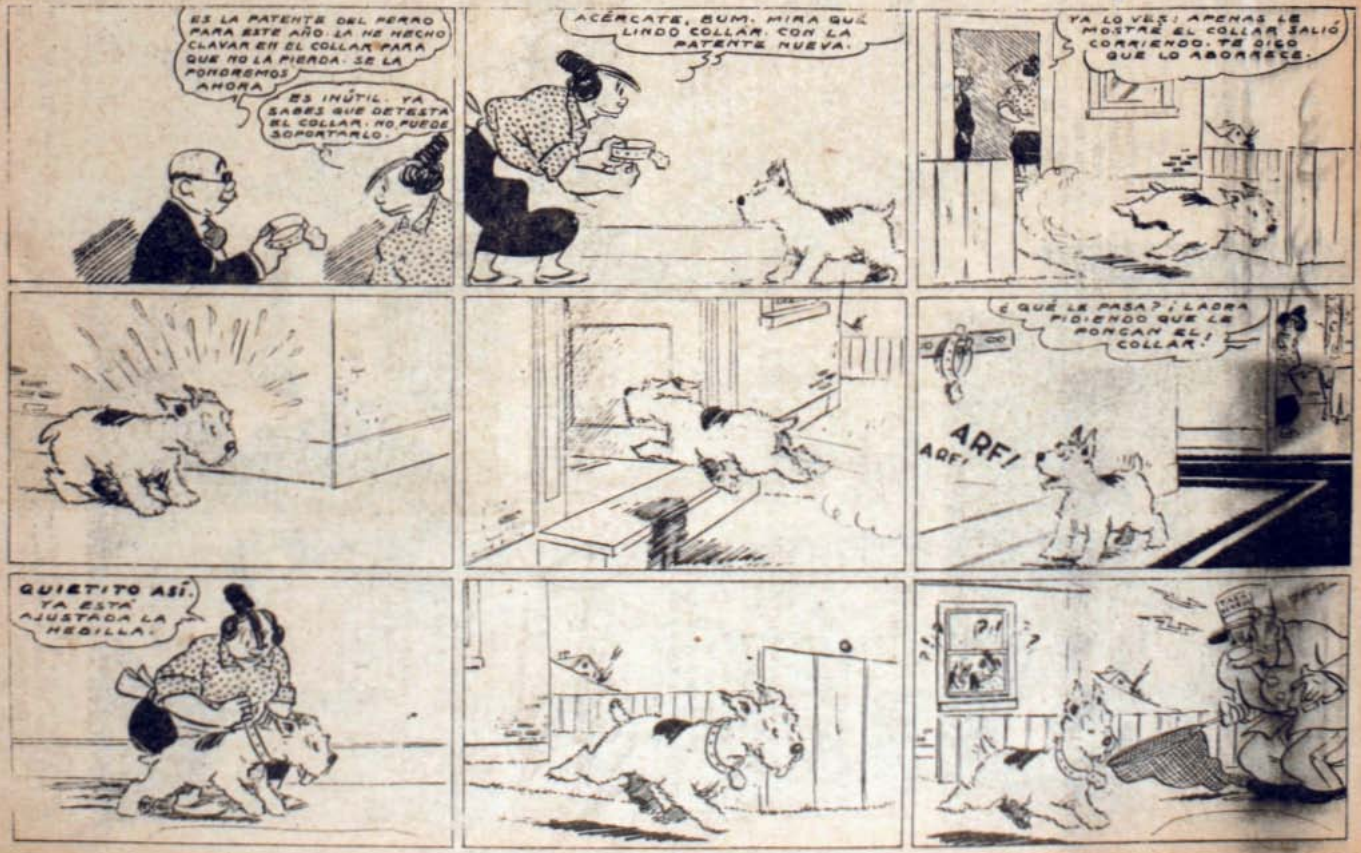
¿Cómo limpiaré su cabecita en los días sucesivos? ¿Y cómo lo haré para no dañarlo?

Enséñame, madre, la canción de cuna con que me meciste. Esa lo hará dormir mejor que otras canciones".

Suárez Calimano divide la literatura española en climas espirituales y coloca a Gabriela Mistral entre Colombia y Centro América. Aquí la ubican, según

(Continúa en la pág. 56)

Aventuras de Bonzo



DESPEDIDA, INES COURTNEY RECIBE UN REGAÑO Y UN BUEN CONSEJO.— Al abrir la puerta del taller, la severa oficiala se encontró ante una racha de carcajadas y una escandalosa escena le hizo chispear los ojos. En el centro del cuarto, con un sombrero grotescamente adornado con plumas y un retazo de tela a guisa de manton, una de las obrerillas bailaba una danza bufa en medio del aplauso y las risas de las otras que la animaban.

—Así fué como perdí mi primera colocación — dice Inés Courtney, que aparece en "Una mujer fué la causa", con Nancy Carroll y George Murphy—. Yo era la chica que bailaba. Al salir del instituto me vi obligada a buscar trabajo, y como aunque se me había considerado como "un primor con la aguja", obtuve plaza de aprendiz en una sombrerería. Pero el trabajo no me atraía; me aburría que era una maldición, y cuando la oficiala no estaba presente, me divertía y divertía a mis compañeras bailando y cantando, para lo cual tenía gran inclinación y había recibido ya algunas lecciones.

—Pero, para volver al cuen-

A Baby Jane, que veremos próximamente en un simpatiquísimo papel en la producción, "Doble testigo", no le puede resultar la tarea. Y asegura que las faltas ortográficas se deben a la máquina, que no es buena y no a ella.
(Foto Universal).

En los instantes que la pantalla o el micrófono les dejan desocupados, Bing Crosby mata el tiempo sacando solitarios.
(Foto Paramount).

Una pareja de conocidos que veremos en breve: Mona Barrie y Gilbert Roland. Interpretan los principales papeles en la cinta titulada la "Mujer misteriosa".
(Foto Fox).

to, la oficiala me puso de patitas en la calle al instante diciéndome, después de regañarme, que me fuera a donde mis bailes fueran mejor apreciados. El consejo me hizo pensar y me decidí a ir a una agencia teatral, y tal suerte tuve que días después me hallaba de corista en un número de variedades.

Y de ahí Inés ha continuado escendiendo y hoy se encuentra en Hollywood donde ha actuado en varias películas. En "Una mujer fué la causa", de Columbia, Inés Courtney hace la segunda dama del elenco que cuenta con Nancy Carroll, George Murphy, Donald Cook, Arthur Hohl, Clara Blandick, Raymond Walburn y Robert Allen.

VIVIR PARA REIR, ESTE ES EL LEMA DE JAMES DUNN.—Si James Dunn escribe algún día su autobiografía, probablemente la titulará "Vivir riendo". Un título así, por lo menos, expresaría muy bien la filosofía del actor. Comediante, por naturaleza y por preferencia, su buen humor nunca ha sido afectado por los tropiezos que ha encontrado en el camino de su vida. Su carácter, reflejado en sus caracterizaciones fílmicas, probablemente ha tenido mucho que ver con su éxito.

Dunn, que actualmente comparte con Alice Faye los honores estelares de la edición 1935, de "George White's Scandals", es exactamente igual en la vida real y en la pantalla, y esto en sí, es singular. La mayoría de los artistas representan en la pantalla papeles que son completamente ajenos a sus propias personalidades: Dunn es siempre natural, sin afectación ninguna, un joven moderno, alegre y normal, que se gana las simpatías de todos los públicos.

Esta cualidad de no tomar el mundo en serio es la razón por la cual ha llegado al puesto que ocupa hoy en la cinematografía. Hijo de un prominente hombre de negocios neoyorquino, Dunn

¡Cómo se conoce que ya no impera por esos lados la ley seca! He aquí a Edward G. Robinson, preparando un delicioso aperitivo. El conocido actor hace con toda buena voluntad el papel de mozo. Todo para que sus admiradoras le digan: ¡Es todo un buen mozo!

(Foto First-National).

Mary Carlisle se distrae en sus horas de ocio, que no son muchas, jugando con este diminuto bote a la vela.

(Foto M. G. M.).

Cómodamente instalada en el jardín de su casa, Glenda Farrell sintoniza su radio a fin de escuchar a Rudy Vallee o a Bing Crosby, los amos del micrófono.

(Foto Warner Bros).

(En el círculo). — ¡Pum! Y ante el ruido que producirá la explosión del globo, Margaret Lindsay sonríe llena de picardía.

(Foto Warner Bros).

estaba destinado a seguir los pasos de su padre. Pero por más que trató, nunca pudo interesarse en el mundo comercial.

Aun antes de graduarse de alta escuela dejaba de ir a las clases para irse a trabajar de extra a los estudios fílmicos de Nueva York. Más tarde, cuando su familia lo obligó a aprender el negocio de su padre, trató con toda sinceridad de adaptarse, pero fracasó. Por fin, después de mucho discutir, su familia le dió permiso para seguir sus verdaderas ambiciones.

Inmediatamente consiguió unirse a una pequeña compañía de repertorio. La compañía era pobre, el salario ínfimo, pero era lo que quería. Luego apareció con otras compañías, recorriendo el territorio desde el Canadá a Nueva Jersey. Cuando la labor teatral se presentaba escasa aceptaba cualquier clase de trabajo, y así fué vendedor de automóviles, "driver" de autos de carrera, y en resumidas cuentas, se divertía de lo lindo. Poco después se le presentó su gran oportunidad, el papel de galán joven en la obra de Helen Morgan, "Sweet Adeline" (Dulce Adelina), papel que le ganó un contrato fílmico, haciendo su debut en "Marido y mujer" (Bad Girl).

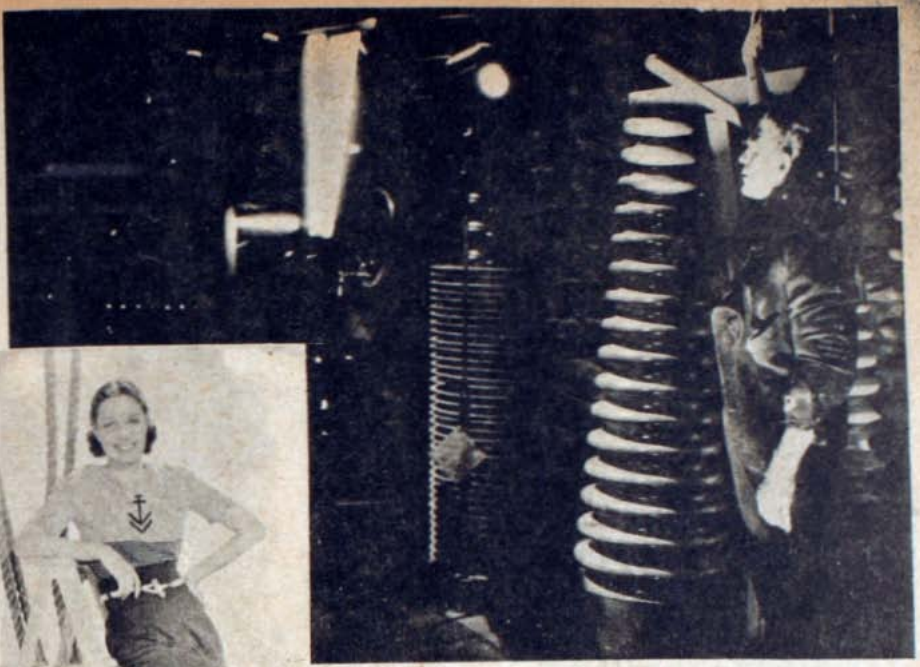
Desde "Bad Girl", Dunn ha hecho 18 películas en tres años, un record brillante. Y aunque el ambiente de sus películas y los personajes que ha representado en ellas han sido diferentes, la personalidad suya y esa sonrisa tan contagiosa no han cambiado nunca. Dunn vive para reír. Y esa despreocupación suya es el secreto de su gran atractivo.

LOS SALONES DE BELLEZA Y EL SEXO FEO.— Ahora le toca a las damas el turno de burlarse de las flaquezas del sexo opuesto. El salón de belleza más grande del mundo, situado en Hollywood, tiene toda su clientela en las filas *masculinas*.

Cien peritos peluqueros, de meros cortadores de pelo a los más notables creadores de peinados de moda, invadieron recientemente un enorme salón de belleza instalado en los estudios de la 20 th Century, única y exclusivamente para el cuidado de los actores que aparecen con George Arliss en la producción de Darryl Zanuck, "El Cardenal

ABAJO.— Sir Guy Standing es un artista que con sus últimas interpretaciones ha venido destacándose en forma clara. Lo veremos encarnar un dramático papel en "Tres lanceros de Bengala", cinta próxima a estrenarse.

(Foto Paramount)



Boris Karloff nos hizo estremecer en "Frankenstein". Ahora nos hará helar la sangre en las venas con su nueva producción "La novia de Frankenstein", que ha terminado de filmar últimamente

(Foto Universal).

Este marinerito, Gail Patrick, no le teme al mar, pues no se marea. ¡Y a nosotros que solamente de mirar la fotografía, nos hemos mareado en forma inaudita!...

(Foto Paramount).

Richelieu", cinta que distribuirá la United Artists.

Mas, en la época en que Richelieu conquistaba nuevos países para Francia, un hombre no era considerado verdaderamente un caballero a menos que no luciese una perilla y bigotes cuidadosamente acicalados y llevase el pelo en colgantes bucles. Arliss, Edward Arnold, Francis Lister, César Romero y más de doscientos figurantes mantuvieron el negocio del salón de belleza a toda marcha durante la filmación de la película.

Para Laurel y Hardy, la vida es un encanto. Y ríen felices, pues para ellos todo marcha sobre ruedas.

(Foto M. G. M.)

Frances Drake.
(Foto Paramount).

favoritos

Paul Muni.
(Foto Warner Bros)

La herida en la mano

Por TRAVIS MASON

Era un muchacho modesto y no se envanecía de su éxito con las mujeres. Creía simplemente que su atractivo provenía de su gran estatura, y ninguna mujer se hubiera atrevido a decirle el encanto de sus bellas cualidades ni que su voz tenía gran parte en esa atracción. Era tan alto que cuando bailaba todas las chicas recostaban la cabeza en su pecho, llenándole de polvos las solapas del terno, y él no se molestaba por eso; creía simplemente que estaba destinado a que lo ensuciaran. Hasta las chicas atléticas creían necesario acercar las mejillas a la pechera de su camisa, y le hablaban con voz melosa mirándolo hacia arriba con las miradas más dulces de sus ojos, de pestañas inquietas.

Y como sus tías Minerva y Agata le habían inculcado desde chico que debía guardarse gran cortesía en el trato mundano, Bill las escuchaba gravemente, inclinando la cabeza en forma solícita y casi protectora.

Paulina Jameson no lo había visto desde hacía ocho años; pero en cuanto lo vió, se dió cuenta de toda la verdad sobre él. Y fué para ella un acierto que le hizo comprender que no estaba equivocada, cuando le preguntó con su vocecita ronca:

—Usted debe estar cansado de las mujeres y de todas sus tonterías, ¿verdad?

Bill respondió después de una pequeña pausa:

—¿Por qué lo cree usted así?

Para Paulina fué suficiente. Esas palabras le indicaron todo lo que necesitaba saber, y en adelante se prometió proceder de acuerdo con ese conocimiento de Bill.

—¿Bailemos, Bill? — dijo ella.

Bailaron. Pero la mejilla de Paulina no ensució el terno de Bill y su cabello rojizo tampoco le hizo cosquillas en la nariz; mantuvo su cabeza derecha y flotó en sus brazos con algo de frialdad y aire de suficiencia. Cuando terminó la música, él la miró hacia abajo y le dijo gravemente y con una pequeña sonrisa:

—¡Gracias, ha sido un baile encantador!

Ella sonrió, sacudiendo la cabeza y murmurando:

—¡Pobre Bill! ¡Grande y fuerte, pero tan gentil!

A Bill le desconcertaba que des-

—Es una lástima que no haya un asiento escondido tras de alguna palmera, podíamos sentarnos allí y le leería la mano.

pués de ocho años de conocimiento, le pareciera esa muchacha tan extraña como si nunca la hubiera visto antes.

Tony Landen vino a buscarla, y Bill fué a bailar con la dueña de casa. Bailó con Peggy Trent, quien le habló con su vocecita de niño chico. Bailó con Nancy Gardiner, quien olvidándose que tenía cinco pies de estatura, se abandonó en sus brazos como una violeta mustia. Dos veces, mientras bailaba, se encontró con los ojos divertidos y compasivos de Paulina, que lo observaba. Por fin, Lee Davidson se llevó a Nancy, y Bill pudo juntarse con Paulina.

—Debiéramos bailar — dijo Bill — o buscar por ahí un sitio escondido para que me saque la suerte.

—Es una lástima — contestó ella — que Natalia no tenga un asiento escondido detrás de alguna palmera. Podríamos sentarnos allí y le leería la mano... ¡Vamos al vestíbulo!

Los leños crujían en la gran chimenea de ladrillos del vestíbulo. El resplandor del fuego daba un tinte ambarino al rostro de Paulina y dibujaba hermosas siluetas en las doradas paredes.

Bill, echándose atrás cómodamente, cruzó las piernas y se volvió hacia su compañera sonriendo.

—Le voy a contar la historia de un niñito que se llama Bill Towne— dijo ella.

Bill le dirigió una mirada oblicua.

—¡No hay mucho que decir...!

—¿Que no hay? ¡Se sorprenderá oyendo...!

Se acomodó a su vez, fijando la vista en las llamas, con el codo derecho apoyado en la rodilla y su mejilla reclinada en la mano.

—Había una vez un niño que había perdido a sus padres y que lo habían llevado a vivir con sus tías Agata y Minerva. Eran dos viejitas muy simpáticas, que estaban siempre moviéndose y se consumían poco a poco. La casa era grande, con una reja de fierro en el frente y un pérgola por detrás, con un negro nogal y muchas flores encima del césped. A ese niñito no se le permitía saltar en la casa, ni tener amiguitos para jugar, porque allí había muchas cosas que se podían quebrar. Una vez trajo un perrito que se había encontrado por ahí, un lindo perrito muy cariñoso; pero no lo permitieron que lo dejara. Supongo que ahora tiene un perro, ¿verdad, Bill?

La vocecita ronca del niño había echado a perder el severo esplendor de la vieja mansión. Bill Towne se sentía casi abatido con la mustia fragancia que atormentaba su nariz, el polvillo oloroso de los pétalos muertos de las rosas, la acre dulzura de las verbenas. Podía oír casi, el susurro de las faldas de tafetán de su tía Agata y ver la pequeña y abatida figura de un niño detenido frente a un gabinete rosado, atestado de figuritas de Dresden, que no se le permitía tocar.

—Ahora tengo un perro irlandés, mi mejor compañero — dijo Bill, con la voz algo severa.

Paulina Jameson asintió con su cabeza.

—Me alegro. ¿Puedo continuar mi historia?

—Bueno; hablábamos de ese niño. ¡Pobre chico! Se le convirtió en un pequeño gentleman. Para ser visto, pero no oído. Para ser caballeroso con todas las mujeres, porque las mujeres son una creación especial de Dios. ¡Oh! ¡Tía Agata y tía Minerva enseñaron bien a su sobrino! Durante un año, mientras estuvo en el colegio, jugó football — algo que, de saberlo, no lo hubieron permitido las tías — y vivió en un cuarto que podía revolver como quisiera, donde podía quemar los muebles con la colilla de sus cigarrillos y manchar con tinta las carpetas. Vivió una vida encantadora, sin que en ella intervinieran mujeres de ninguna clase. Pero la tía Minerva murió aquel verano y el niño no volvió ya al colegio, y tuvo que quedarse en casa con su tía Agata, que se puso más severa y exigente que antes. Allí aprendió algo de leyes y tomó a su cargo los asuntos de su tía, porque las señoras no son entendidas en asuntos de negocios. Luego, esa tía también voló al cielo, y por primera vez en su vida, se vió libre, o se habría visto si hubiera vencido su habitual caballerosidad.

Podía Paulina haberle hablado mucho más, porque ya lo había adivinado. Pudo haberle hablado de sus sueños, de sus peligrosos viajes solitarios por lejanas regiones, de muchachas que pudo encontrar alguna vez, en alguna parte; pero era demasiado hábil para hacerlo.

Se puso de pie y parecía más alta y delgada con su brillante vestido; su mirada era clara, fría, como la lluvia. Cuando él se puso de pie,

(Continúa en la pág. 56)

Mal tiempo fijo...

Pero no por eso se dejará de ir a las carreras. Un traje de lana beige con rayas cuadriculadas café y un abrigo de cuero beige, con cartera que hace juego, más calzado grueso y un sombrero de paño, será el conjunto que lleva una de las muchachas. La otra ha optado por el traje clásico sastre y al brazo lleva el impermeable.

Luego se nos aparece un modelo tejido a palillos y ya está todo dicho con esto. Nuestras lindas lectoras saben que lo tejido, sea a palillos, a crochet o en horquilla es palabra última de la moda. Una blusa también tejida y rayada, completa este modelo tan juvenil.

Y por fin observamos a otra "carrerera", que viste un traje de tricot diagonal color pan quemado y sombrero, guantes, cinturón y blusa en color café.

Muy práctico este trajecito con falda sencilla de un tono y chaqueta tres-cuartos adornada de cortes decorativos.

Traje tailleur en lana angora; falda sencilla, chaqueta acinturada.

Muy práctico este abrigo en bouclé. Modelo ajustado por un cinturón de cuero colocado a la altura del talle.

Abrigo en cibelina cerrado por un grueso clip. Cuello y vueltas de astracán.

Ensemble compuesto de abrigo tres-cuartos con cortes y grandes bolsillos pespuntados. Cuello de astracán. Vestido de lana abotonado en la espalda.

Muy elegante este ensemble compuesto de un abrigo acinturado adornado con astracán y grandes botones y de un sencillo trajecito de lana.

Ensemble para la mañana, compuesto de un vestido de jersey café, adornado con pechera beige y de un abrigo en fondo beige moteado de café con cuello-corbata de piel y cinturón de gamuza café.

Muy práctico este ensemble en lana Rodier. El abrigo con cinturón de cuero y adorno de piel café. El trajecito se compone de dos piezas con la casaca abierta en la delantera hasta la altura del cinturón.

Conjunto para sport compuesto de tres piezas. Falda y chaqueta de homespun con cuello, vueltas y puños de astracán café. Chaleco sin mangas en jersey café obscuro.

Encantador ensemble compuesto de falda sencilla con chaqueta tres-cuartos abotonada y abrigo semi largo de forma amplia con gran cuello terminado en corbata.

Trajes de mañana

1.—Abrigo sport en lana angora, de forma acinturada y adornado de pespuntes. Cuello de caracul.

2.—Abrigo sport en tweed quadrillé con vueltas y cuello de astracán, bolsillos con tapas abotonadas y cinturón de cuero.

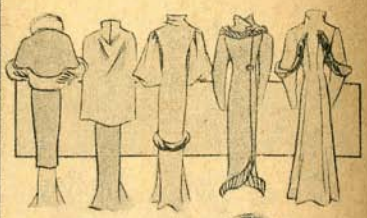
3.—Traje tailleur en lana de un tono. Falda simple, chaqueta adornada de un pequeño cuello cruzado y vueltas de los bolsillos de astracán negro.

Ultimas creaciones

1.—He aquí un ensemble bien completo, compuesto de cuatro piezas; un largo abrigo beige con cuello café; una falda de la misma lana beige, abotonada en la delantera; una encantadora blusa de cortes, en tela café y, por último, una chaqueta en fino tejido en el mismo tono de la falda.

2. — Traje de jersey café adornado con patas de cuero amarillo con botones de madera; la falda de la chaqueta se prolonga hasta la espalda. El abrigo corto y muy amplio en lana escocesa beige, blanco y café, tiene incrustaciones de cuero café en el cuello, bolsillos y en los puños. Espalda sin costura.

Salidas de baile



En terciopelo de seda, este abrigo trescuartos con gran cuello y capa adornados de zorro gris y colleras de cadena de metal con motivos de fantasía.

Pequeña capa de crepe satén celeste pastel con dos aberturas en la delantera que permiten pasar los brazos. La espalda drapeada formando capuchón.

Abrigo de terciopelo amarillo anaranjado con mangas anchas de forma muy nueva con visón en la echarpe y en el ruedo; clips de joyería lo cierran.

Elegante abrigo de terciopelo negro alargado en punta en la espalda para acompañar el movimiento del vestido. Adorno de zorro azul

Elegantísimo este abrigo de forma nueva, largo y muy amplio de abajo; es de terciopelo azul, adornado con bandas de zorro en las mangas.

Creaciones en ropa interior

4. — Camisa de noche en crepe de Chine rosa, adornada de pequeñas alforzas que forman bizcochos.

1. — Liseuse en velo de seda con incrustaciones de punto turco.

2. — Liseuse en crepe con puntos brillantes. Recogidos y nudos en satén del mismo tono.

3. — Camisa de noche en crepe georgette azul cielo, adornada de un canesú de encaje D'Alencon.

5 — Deshabillé en crepe satén azul turquesa adornado de deshilados hechos a la aguja. Cinturón trenzado.

9 y 10. — Juego en crepe georgette y satén. Las incrustaciones están unidas con punto turco.

1.— *Vestidito para la casa en lana. Cuello y puños de piqué blanco.*
2.— *Vestidito de paño celeste pastel; cuello blanco adornado de gruesos botones.*
3.— *Vestidito con tirantes, en lana rayada, blusa de viyela blanca.*
4.— *Trajecito para niñito, confeccionado en franela obscura con blusa de tono claro.*
5.— *Trajecito en lana quadrillé con medio cinturón y cuello de piqué blanco.*
6.— *Vestidito a rayas con canesú, empleando el dibujo en sentido horizontal. Cuello blanco adornado de galones rojos.*
7.— *Bonito vestido de casa en lana roja. Cuello blanco, adornado con finos bordados.*
8.— *Vestidito en paño lavable, cerrado por una hilera de botones. Cuello blanco.*
9.— *Trajecito de casa en lana diagonal. Vueltas de piqué blanco abotonadas.*
10.—*Trajecito de lana en un tono beige con corbata roja.*
11.—*Vestidito de casa en kasha. Cuello y puños de tela blanca.*

La moda infantil

1.—Pijama de franela abotonado en la espalda.
2.—Combinación de opal celeste con un fino festón bordado.
3.—Enagüita en tela de hilo, rosada, con festón bordado y vuelo recogido.
4. — Combinación sencilla en opal blanco.

5.—Mameluco en céfiro de hilo a cuadros, cuello redondo y puños de hilo blanco.
6.—Bata de grueso moletón rojo, con cuello redondo y faja anudada por delante.
7.—Pijama para niña grandecita, en franela obscura con ribetes y botones blancos.
8.—Pijama para niño, en franela rayada con chaqueta larga y amplia.

Sombreros

1. — *MADAME SUSY.* — *Toca en cinta de terciopelo azul de China, con dos plumas de avestruz en el mismo tono.*

2. — *MADAME SUSY.* — *En fieltro negro, este sombrero adornado con cinta gros-grain pasada por una hebilla de metal.*

3.—*JANE BLANCHOT.* — *Gorrito de terciopelo azul en dos tonos.*

4. — *BLANCHE ET SIMONE.* — *Toca de antilope negro, adornada de plumas en tono natural.*

Sombreros

1.—SUSY. — Boina de fieltro azul marino con un gran nudo de cinta gros-grain en el tono.

2.—LE MONNIER hace este tricornio en fieltro azul adornado de cinta gros-grain en el tono y lo acompaña de un fino velito.

3.—LE MONNIER. — Sombrero de fieltro negro de anchas alas, levantado atrás y adornado con un broche de joyería.

4.—AGNES. — Boina de terciopelo negro muy inclinada hacia adelante con una larga pluma que la atraviesa.

5. — LOUISE BOURBON. — Sombrero de fieltro negro adornado con un pequeño ramo de violetas y velo de tul bordado.

Chaleco de sport

Este chaleco se hace a crochet en punto de canutón. La explicación es para el talle 42 (1 m. 42 cm., contorno 86 cm.) Por cada talle diferente, agregar o disminuir 20 puntos (10 p. esp., 5 p. en cada delant.)

Punto empleado: El traje está enteramente tejido de medio punto. Hacer una cadeneta. 1.a corrida: Un medio punto en cada una de las mallas. 2.a corrida: Como la primera, tomando 2 hilos de la cadeneta de la corrida precedente. 3.a corrida: Como la 2.a, pero con la diferencia que cada dos cadenetas el tercer punto se hará pasando el crochet horizontalmente bajo el tercer punto, 1 corrida más bajo y sin cerrar (malla en relieve). Alternar en seguida una corr. completa con una corr. picando cada dos p. como dice más arriba en la malla de relieve, lo que forma el canutón del tejido.

DELANTERO— Se principia por la parte baja del lado izquierdo. Sobre una cadeneta de 65 cm. Tejer en línea recta para el borde delantero. Al lado opuesto tejer 4 cm. en línea recta. Hacer en seguida de ese lado 1 aumento en cada centímetro. A los 17 cm. de alto, dejar para la bocamanga 1 vez 9 mallas y con una corrida de intervalo 9 veces una malla. A los 24 cm. de alto formar el bolsillo como sigue; tejer las 12 mallas partiendo de la bocamanga. Dejar el trabajo en suspenso. Por otro lado, sobre una cadeneta de 21 mallas, tejer 6 cm. en medio punto simple (esto representa el forro del bolsillo). Volver a tomar el trabajo dejado en suspenso y a continuación de las 12 mallas del principio de corr., tejer sobre las 21 mallas del forro del bolsillo. En consecuencia pasar 21 mallas del trabajo (bolsillo) y continuar la corr. sobre las mallas que quedan. A los 33 cm. de alto, formar el escote dejando siempre una malla en cada corrida hasta que no haya más que 30 mallas. A los 40 cm. de alto formar el hombro disminuyendo las mallas 6 por 6.

2.a mitad igual, suprimiendo el bolsillo y formando en el borde delantero 1 ojal cada 5 cm. más o menos.

ESPALDA.— Se principia por abajo. Sobre una cadeneta de 90 mallas tejer, siguiendo para los lados, la explicación del delantero. En las bocamangas que se forman a la misma altura que en el delantero, dejar una vez 3 mallas y 4 veces 1 malla. A los 39 cm. de alto formar el hombro como adelante.

CINTURON.— Sobre una cadeneta de 10 mallas tejer 70 cm. Formar un ojal a una de las extremidades.

ORILLA.— Bordear el tejido, así como las bocamangas de 2 corridas de medio punto. Dar vuelta el tejido y plancharlo. Para el borde del bolsillo sobre una cadeneta de 5 mallas, tejer 8 cm. Coserlos en la abertura del bolsillo.

PLANCHADO.— Planchar cada pedazo sobre un grueso moletón y al lado del revés con un paño mojado y con las dimensiones requeridas. Hacer en seguida las costuras de los lados y de la espalda, coser el cinturón y el borde del bolsillo. Coser el forro del bolsillo con puntos invisibles. Planchar por última vez y coser los botones.

Sweater con gran cuello

Una nueva lana, moteada de blanco ha sido empleada para este sweater que se termina en la parte de abajo por un cinturón de cuero pasado por 4 trabas. El cuello abierto adelante está cerrado en el escote por un canutón fino, el que lo une sin necesidad de abotonadura.

La explicación corresponde al talle 42 (1 m. 46 cm., ancho 86 cm.). Por cada talle diferente agregar o suprimir 20 p. (10 p. delant. 10 esp.)

Puntos empleados: 1.o Punto de canutón fino (debajo del cuello) 1 p. d. 1 p. r. 2.o Punto de canutón grueso (para el resto del tejido) 2 p. d. 2 p. r.

DELANTERO.— Se comienza por abajo. Urdir 101 p. Tejer 20 corridas en palillos finos, tomar los palillos gruesos y tejer haciendo de cada lado 1 aumento cada corrida. A 27 cm. de alto, disminuir de cada lado 6 p. y con 1 corrida de intervalo 3 p., 2 p. y 2 veces 1 p. (bocamanga). A 37 cm. de altura disminuir para el escote los 8 p. del medio. Terminar cada lado separadamente rebajando en el escote 1 vez 3 p., 1 vez 2 p. y después 1 p. hasta que no queden más que 28 p. A los 44 cm. de altura formar el hombro disminuyendo los puntos 6 por 6.

ESPALDA.— Se comienza por abajo. Urdir 101 p. y seguir la explicación de la delantera suprimiendo el escote. A los 43 cm. de altura formar el hombro como en la delantera y dejar los puntos restantes en un palillo.

MANGA.— Se comienza por abajo. Urdir 51 p. Tejer 40 corridas con los palillos finos, después en los palillos gruesos haciendo de cada lado un aumento cada 10 corridas hasta los 48 cm. de altura. Ahora disminuir de cada lado con una corrida de intervalo 12 veces 1 p. y después 2 p. hasta que no queden más que 30 p. Tejer 11 cm. sobre estos 30 p. haciendo de cada lado una disminución cada 8 corridas. Disminuir los puntos (pata del hombro).

CUELLO.— Después de haber juntado la espalda y la delantera por la pata del hombro, a continuación de los puntos dejados sobre un palillo, tomar todos los puntos del escote (total, 120 p.) Tejer en forma redonda 5 cm. en canutón fino, seguir en canutón grueso sobre los palillos gruesos tejiendo al derecho y al revés del trabajo, cuando el cuello tenga 10 cm. de alto disminuir los 12 p. de la nuca, después dividir el tejido por la mitad y tejer derecho, terminar cada lado separadamente en línea recta para la abertura delantera y disminuir partiendo de la nuca, alternativamente 1 vez 2 p. una vez 1 p. en cada corrida hasta que queden 18 p. que se disminuyen juntos.

Para cada una de las 4 trabas urdir 9 p. tejer 6 cm. de canutón grueso, cerrar los p. y coserlas abajo del sweater.

PLANCHADO.— Planchar en seguida el tejido muy ligeramente, es decir, sin aplastar el canutón.

DOS COJINES PARA UN SOFA

El sofá de las galerías necesita cojines que aumenten su comodidad. ¿Cómo decorarlos? Muy sencillo. Y muy económico. Busque usted unas «sobras» de esas que tanto les gusta guardar a las señoras y corte las telas simplemente, una redonda — dos tapas por cierto — y otra cuadrada. Cosa por el revés, dele vuelta y rellene con kapoko con lana. Y haga los dibujos en la forma indicada, especie de trenza en que puede emplear hilos gruesos de diferentes colores, dando por resultado una labor realizada en horas, llena de atractivo y que dará un lindo aspecto a su sofá.

Chaleco de Sport
Sweater con gran cuello

Una alfombrita para su nuevo escritorio

1 — Esta práctica y bonita alfombra para su escritorio se confecciona en cañamazo (cada 5 agujeritos deben medir 4 centímetros), y se emplean los siguientes colores: azul, rojo, verde, ocre obscuro, gris, negro y rosa.

Se marca el cañamazo con el dibujo que se desee, contando los agujeritos de manera que quede bien simétrico. Los dibujos modernistas que se ven en esta página son los más apropiados, pues son los más sencillos de ejecutar.

El borde del cañamazo se dobladilla unos dos centímetros, tomándolo después con las hebras de lana de modo que quede firme.

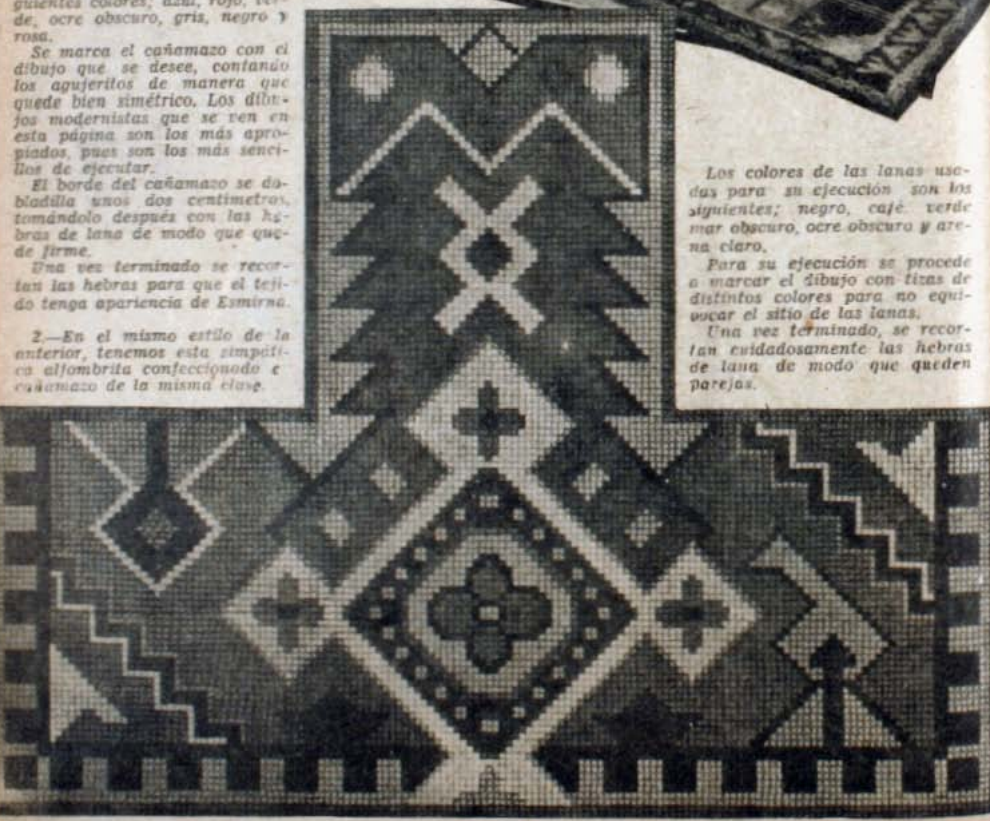
Una vez terminado se recortan las hebras para que el tejido tenga apariencia de Esmirna.

2.—En el mismo estilo de la anterior, tenemos esta simpática alfombrita confeccionada c cañamazo de la misma clase.

Los colores de las lanas usadas para su ejecución son los siguientes; negro, café verde mar obscuro, ocre obscuro y arena claro.

Para su ejecución se procede a marcar el dibujo con tizas de distintos colores para no equivocar el sitio de las lanas.

Una vez terminado, se recortan cuidadosamente las hebras de lana de modo que queden parejas.



Caprichos de la moda: los monogramas

Antes estaban exclusivamente reservados a la ropa blanca y nadie se hubiera atrevido a lucirlos, como ahora, sobre un echarpe, en una blusa, sobre el bolsillo de un traje mañanero, en el clip que sujeta el cuello, en la hebilla del cinturón, como adorno del sombrero. Un buen día, esa gran coqueta que es la Moda, quiso que todos supieran las iniciales de sus lindas amigas que la siguen paso a paso, y en todo material y a toda hora, en todas las tenidas, empezó a lucir los monogramas.

Y es claro, que, hoy por hoy, todas las mujeres del mundo se dan prisa por enseñar las cifras que corresponden a su nombre, dando así un quebradero de cabeza más a los galanes prendidos a la gracia de su sonrisa.

—*¿Cómo se llamará esta mujercita cuyas iniciales son R. Y.?*

Moldes de Familia

Abrigo para toda hora en lana de tejido diagonal, de forma raglán, cerrado con dos hileras de botones. Bolsillos pespuntados y cuellos de astracán.

Blusa de franela beige adornada de pespuntes y botones en el tono. Falda tailleur en lana chipesca en tono café, abotonada al lado; pliegues incrustados.

Estos moldes se despachan al recibo de su carta con treinta centavos en estampillas. Dirigirse a "FAMILIA", Casilla 84-D, Santiago.

Casas e interiores

1— Un espléndido modelo de casa, situado en Berkeley, California. De estilo español, tiene una muy alegre apariencia, está rodeada de perfumados jardines en que se combinan las plantas más exóticas y hermosas. Un ala de la casa tiene una pequeña terraza con piso de azulejos. Sencilla reja de fierro forjado soporta plantas en maceteros de greda.

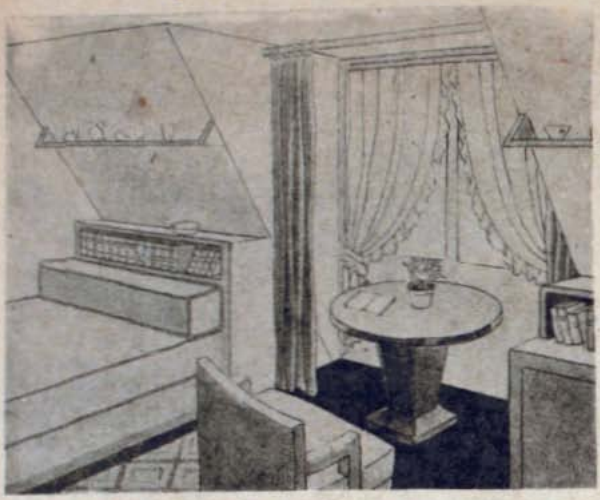
2— Al fondo del jardín se encuentra este invernadero, en el que, en las calurosas tardes de verano, se sirve el té. Rústicos muebles de madera le sirven de decoración. En un rincón, un acuario transparente en que se agitan peces de todos colores.

Casas e interiores

3.— Cuando se piensa en California, imaginamos siempre encontrar casas del estilo con que ilustramos esta página. De exterior muy sencillo, siempre rodeado de vegetación, una escalera de piedra nos conduce a su entrada. Rodean los senderos plantas orientales de las más variadas especies.

4.— En el interior se encuentran todas las comodidades de la vida moderna. Presentamos aquí el living decorado en estilo inglés, no muy severo, pero que presenta un ambiente muy acogedor. Un rinconcito dedicado a los libros, un cómodo sillón al lado de una mesita ratona. Y siempre plantas, muchas plantas y flores, en maceteros y jarrones de las formas más variadas.

La casa bonita
La Buhardilla



Nuestra ciudad se ensancha y el área de Santiago toma proporciones alarmantes para aquellos que observan los problemas de movilización y de abastecimiento que tal engrandecimiento entraña. El barrio oriente es el que más adeptos tiene y es claro que no andan errados los que prefieren vivir cara a la cordillera, con aire puro, mayor altura y casa independiente, rodeada de un pequeño jardín, con unos cuantos metros para dedicar a las flores y la esperanza de tener dentro de dos años árboles en que coger la fruta para el postre de cada día. Todo esto resulta delicioso y los inconvenientes de las largas distancias se olvidan y no importa que cada ida al centro de la ciudad represente una verdadera batalla para introducirse en el tranvía; no importa que lo que se ahorra en arriendo se gaste en taxi para volver en las noches en que se ha tenido la tentación de irse a un estreno de teatro. Porque no estamos hablando aquí de las gentes felices que poseen un auto, sino de aquéllas que para sus transportes sólo pueden contar con los servicios de módico precio.

Pero el hecho es que cada día Santiago crece y que las gentes sueñan con vivir lejos, desoyendo todo consejo de experiencia y lógica.

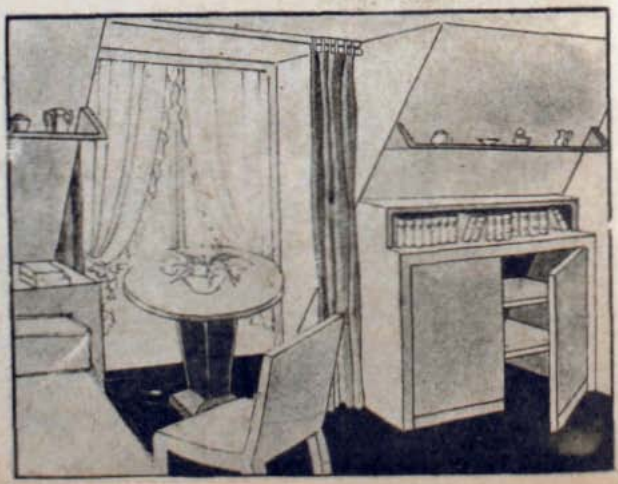
Y no sólo hay que contar con este problema de ir desde apartados barrios a la oficina, al negocio o a la diligencia que sea, sino que aún dentro de la propia casa hay otra cantidad de complicaciones: calefacción, proveduría, espacios reducidos, mayor servidumbre. En otros países se solucionan, hoy por hoy, los problemas de vivienda con los edificios colectivos, limitando las ciudades a cierto espacio. Pero aquí nada se tiene en cuenta. El urbanismo no existe, aunque la palabreja suene mucho.

Y bien. En esa casa aislada, generalmente chalet y chiquito las habitaciones destinadas a dormitorio suelen ser por lo común dos. Un matrimonio con tres hijos, dos mujeres y un hombre, no hallan acomodo para ellos. Y es en esto en lo que queremos dar unas indicaciones que han de ser muy útiles, teniendo además en cuenta que el seguirlas no costará muchos pesos.

Casi todos los chalets, por la forma de sus tejados irregulares, tienen un cuarto abuhardillado que no se aprovecha y que, en caso de hacerlo, se destina a los baúles y a esa infinidad de cosas inútiles que las señoras gustan guardar con fin indeterminado y obscuro. En los chalets de estilo inglés la buhardilla tiene su ventana, bastante grande para que la luz sea buena y la ventilación eficiente. De esta buhardilla se puede sacar un partido excelente con un poquito de buena disposición.

Lo primero es pintarla de un color muy luminoso, ocre claro, por ejemplo. Las vigas se dejarán en café obscuro, como también el piso. Suele ser éste de tabla poco fina, por lo cual es conveniente hacerla cepillar y luego darle una capa de pintura especial para pisos, café, encerando luego. Unas cortinas blancas en la ventana y otra cortina de reps grueso, color terracota — hay que tener en cuenta que se trata de un cuarto desti-

(Continúa en la pág. 56)



Ah...!! *Esta aglomeración se explica, porque todos quieren comprar bueno y barato en las* **LIBRERIAS UNIVERSO**

VIDA Y CONFESIONES DE GABRIELA MISTRAL

(Continuación de la pág. 26).

él, sus versos ásperos y altisonantes. Niega a Gabriela una visión perfecta del amor. Pero pasarán muchos años, y seguramente, no hallará Suárez Calimano acentos más bellos que estos de la poetisa de "Desolación":

No me toques, por tanto. Menos
[tirias
al decir que te entrego
mi amor en estos brazos extendidos,
en mi boca, en mi cuello,
y tú, al creer que lo bebiste todo,
te engañarías como un niño
[ciego.

Porque mi amor no es sólo
[esta gavilla
reacia y fatigada de mi cuerpo,
que tiembla entera al roce del
[cilicio
y que se me rezaga en todo
[vuelo.

Es lo que está en el beso, y
[no es el labio;
lo que rompe la voz, y no es el
[pecho:
¡es un viento de Dios que pasa
[hendiéndome
el gajo de las carnes, volandero!

Asigna Suárez Calimano a Juana de Ibarbourou el primer lugar entre las poetisas de Hispanoamérica. Notoria injusticia. Toda comparación resulta odiosa y se hace difícil precisar a quién corresponde este sitio.

Gabriela Mistral, Alfonsina Storni y Juana de Ibarbourou muestran una personalidad recia y definida, y sobresalen, distanciándolas, a las demás poetisas de la lengua. Pero cuál de ellas resulta superior. Juana de Ibarbourou es la más femenina, y también la más espontánea. Pero justo es confesarlo, es la menos original.

Ha seguido muy de cerca las aguas de Madame de Noailles, logrando cierta similitud con el inmenso poeta de "El rostro maravillado".

Pero ni en su inspiración, ni en la riqueza de vocablos, ni en ese resplandor que parece venido de Grecia, puede la discípula uruguaya compararse a la maestra europea. Madame de Noailles representa en la poesía de su siglo un momento culminante. Su sitio está próximo a Byron, a D'Annunzio, a Baudelaire, a Verlaine.

En cuanto a Alfonsina Storni, maneja el verso con agilidad y soltura. Su maestra inevitablemente viene a ser Delmira Agustini. Pero es una Delmira que vibra al compás del siglo y que vive su vida con desenfado.

Sus imágenes novedosas, audaces, su feminidad desbordante e incontenible dan a Alfonsina Storni especial carácter. Y aunque su género es gemelo del que cultiva la Ibarbourou, no ha logrado la deliciosa naturalidad de la uruguaya. Perdura en ella la escuela de Delmira Agustini con sus cualidades, pero también con sus defectos. Y entre estos últimos están lo rotundo, lo sonoro, y alguna vez, lo artificioso.

Menos femenino, con aspereza de lenguaje, el verso de Gabriela Mistral, tiene en cambio, un soplo de divinidad que no alienta en la poesía de la Ibarbourou y de la Agustini. Las estrofas de esas poetisas pasan con su música pálida, pero cuando los violines se han ido, el oído recoge una armonía vaga.

Los poemas de la Mistral son perdurables. Falta en ellos, no siempre, la musicalidad. Brota de ellos como de un turbión incontenible, la vida, y con la vida fluyen pasión y sufrimiento, renunciación y amargura, sacrificio y belleza. El espíritu bíblico pasa por los campos de esta mujer no hecho polvo y maldiciones como asegura Suárez Calimano. Pasa despertando un florecimiento de rosas violentas, cuyo aroma precisa respirar para recibir una saludable lección de humanidad.

Los méritos de Gabriela Mistral han sido aquilatados aún por los espíritus menos sensibles al elogio. Su clima espiritual no hay que situarlo sólo entre Colombia y Centro América. Hay que ubicarlo en la raza misma. Ella es su más cumplida y artística expresión.

* * *

La muerte de Romelio Ureta y las muy pocas expectativas que le ofrecía la provincia de Coquimbo indujeron a Lucila Godoy a abandonar el suelo natal. Y fué un político de filiación radical, don Fidel Muñoz Rodríguez, que consiguió su traslado a una escuela rural en las cercanías de Santiago.

Nace en esta fecha Gabriela Mistral. Según Concha Peña, la poetisa habría tenido desde niña un infinito cariño por la Mireya, de Federico Mistral. Habría escuchado en su infancia sus cantos tristes y sencillos y como Mistral habría soñado ser sencilla, tierna, casi ingenua.

Con todo, Virgilio Figueroa, uno de los más documentados biógrafos de Gabriela, dice que este Mistral, no hay que buscarlo en el poeta de la Provenza, sino en ese viento que sopla en el Mediterráneo.

Los primeros años de permanencia de Lucila Godoy, en Santiago, son bien obscuros. Colabora, de tarde en tarde, en una página literaria que mantenía Armando Donoso, en "El Diario Ilustrado". Pero la hora de la revelación está próxima. Los Juegos Florales, al divulgar sus "Sonetos de la muerte", incorporarían su nombre al de los poetas más auténticos y de mejor calidad.

MIGUEL MUNIZAGA IRIBARREN

LA BUHARDILLA

(Continuación de la pág. 54).

nado a un niño—, servirá para impedir que la luz moleste demasiado en las mañanas. Una simple barra de madera la sujetará en el hueco que deja la ventana.

El escollo mayor es el declive de las paredes que impide fijar muebles, sobre todo si son altos. Vemos aquí en qué forma se ha subsanado este inconveniente. La pequeña cómoda adosada a uno de los espacios inclinados, se continúa por los costados, para formar un solo plano con el muro. Adentro las tablas para colocar la ropa tendrán diferentes profundidades. En la tapa vemos un compartimiento destinado a los libros y en forma muy estudiada, hay una repisa para cachivaches decorativos.

Con el diván-cama se ha seguido la misma política. Un mueble que sigue la línea del muro y que hace de biblioteca, sirve de cabecera; a los pies luce otro mueblecito escritorio. En la parte frontera a la ventana hay un espacio libre, regular, y ahí se ha colocado el guarda-ropa. Toda la madera está laqueada de ocre muy claro, mucho más que las paredes. Una silla tapizada con reps y una mesita redonda con un macetero, terminarán la transformación de la buhardilla, antes dominio de los trastos viejos, de las arañas y de los ratones, en una pieza simpática, acogedora y confortable.

NACHA

LA HERIDA EN LA MANO

(Continuación de la pág. 35).

a su vez, ella le extendió la mano con un rápido gesto.

—Buena suerte, Bill — dijo—. Me gustas porque eres bueno. No dejes que te atrapen. La vida te ha hecho una jugarreta.

Por la mañana salió en el coche de Natalia y compró en la ciudad un par de zapatos de paseo y una blusa gris que le hacía ver sus ojos enormes y nebulosos.

(Continúa en la pág. 64).

SED MADRES Y AMIGAS

POR ANNY FURY

Cuando los hijos han pasado ya el delicado período de la adolescencia y continúan allegados a sus padres, esos padres deben sentirse felices y agradecerlo.

Se piensa en la mala suerte cuando la novedad y excitación que da la libertad, separa a los hijos de los padres; cuando la madre descubre que sus hijos han encontrado nuevos intereses, en los cuales ella no toma parte. Pero, ¿es en realidad mala suerte? Yo creo que no. Una puede explicarse ésto fácilmente volviendo a esos días lejanos en que, cubriendo a los hijos con amor maternal, no pensaba en que llegaría un día en que, en su independencia, necesitarían esos hijos que su madre se convirtiera en amiga suya.

Nuestros hijos no necesitan que seamos eternamente su madre. En esa época tan delicada de los catorce a los veinte años, no les gustan las personas que los hacen sentirse chiquillos, o los censuran por falta de comprensión. Lo que necesitan es un amigo a quien puedan hacer confidencias, alguien que los entienda y les preste ayuda cuando la necesidad lo exija.

¡Qué océano de cosas tiene que inculcar la madre en esas mentes en desarrollo! Sobre todo, cuando se trata de hacerle comprender el sentido de bondad. Porque es sabido que si cuidamos de desarrollar la mente de un niño dentro de líneas hermosas, es decir, con verdadera apreciación de la belleza y la verdad, en esa mente no quedará espacio para que prosperen los malos pensamientos.

Otra cosa que necesitará gran cuidado es el enseñarles a tener confianza en sí mismos. El poder decir "sí" o "no", en vez de vacilar en momentos que requieren rápidas decisiones. La confianza en sí mismo es un atributo muy necesario en esta época en que casi todos nos vemos forzados a hacer toda clase de pruebas para vivir. ¿Y cómo pueden transformar en éxito cualquier empresa si no tienen confianza en ellos mismos?

¿Y el trabajo? ¿No es algo serio y tremendo el preparar y lanzar a un joven a la lucha por la vida? A menudo puede ser una sentencia de muerte la mala preparación del niño. Por eso que los padres que toman en serio su responsabilidad, debieran observar atentamente la vocación de cada uno y seguirla tan de cerca como pueda. El verdadero cariño que siente un joven por el trabajo en que se inicia, es la contribución más maravillosa en su primer paso por la vida.

Nunca desestime la importancia que tiene la carrera de sus hijos, ni los presione para que sigan cualquier camino con el egoista fin de obtener pronto frutos de su propia ambición y sin mirar las reacciones que después pueden venir en ese niño. La carrera a que se destina un niño es la vida del hijo, no la vuestra.

Algo que tampoco se debe dejar de lado al formar el carácter del hijo, es estar seguro que entrará al mundo exento de pensamientos viles y bajos. Porque un joven que comienza la vida —y no la empezamos hasta el

(Continúa a la vuelta)

TENDENCIAS DE LA MODA

(Continuación de la pág. 19)

capas de colegiala de antes. La maravillosa silueta de la americanita, su juventud, su belleza de rubia platinada, formaban un conjunto de armonía exquisita con el modelo descrito.

En general, en los vestidos de comida vemos tres tendencias: la derivación del traje sastre, en que las telas son de una riqueza incomparable, sobre todo en las blusas o túnicas; el sobrio modelo inspirado en la línea clásica, estrecha la falda que a veces se abre al costado para dejar libre movimiento al paso, drapeado el cuerpo cuyas mangas suelen tener un corte kimono de tal amplitud que empiezan en la cintura misma; el trajecito de "colegiala" que se lleva casi todas las preferencias, por su sencillez y por el aspecto infantil que presta a sus favorecedoras.

Pero hay que tomar en cuenta que una mujer un poquito gorda o baja, debe cuidarse mucho de no adoptar a ojos cerrados esta moda, simplemente porque ha visto a su amiga vestida deliciosamente en esa forma. La amiga pesa cincuenta y tres kilos y ella — ¡helas! — pasa de los ochenta. Por lo tanto debe buscar otro modelo, el muy sobrio y obscuro, que contribuya a disimular su volumen.

Desgraciadamente, la moda parece sólo tomar en cuenta a las mujeres delgadas para imponer sus tiranías. Las otras deben contentarse con mirar los figurines, con mirar a las que pueden usarlos y con tomar ciertas características de la moda, adaptándolas a su figura. Esto... mientras un régimen las reduce al peso reglamentario que nuestra señora de los caprichos impone.

IVONNE.

DE MUJER A MUJER

(Continuación de la pág. 20)

en la pesca del marido. Después, una vez logrado el matrimonio, creen que el hombre es presa ya segura y relegan el encanto, la seducción, el espíritu, al rincón de las cosas usadas, inútiles ya.

¡Y no, señora! Es después de casadas, es entonces cuando hay que desplegar todo el ingenio, todas las artes para retener al hombre, para atarlo al carro del triunfo del matrimonio. ¿Se ha puesto Ud. a pensar por qué la engaña su marido? Estoy segura que no. Y, como se lo decía más arriba, hay factores múltiples en la mujer que inducen al marido a eso.

Acaso sea Ud. poco camarada de su esposo. Acaso lo cansará con temas repetidos y prosaicos de empleadas, niños, trajes, dinero. Posiblemente no sepa Ud. acompañarlo en sus acciones comerciales o sociales. Además ¿Se ha examinado Ud. bien frente a un espejo? Cambie de aspecto, aciclálese, perfúmese, trate de despertar en su marido un nuevo interés cada día.

Eso y mucho más le diría yo. Pero resignación, mansedumbre que a nada conduce. ¡eso no! Debemos sólo resignarnos ante la muerte, porque es ella nuestra única e inmutable vencedora. La vida es sinónimo de lucha, de energía. Y la mujer que se resigna ha perdido de antemano la batalla. Yo no puedo ni quiero aconsejarle resignación.

Y no olvide, amiga mía, que la mayor fuente de recursos está dentro de Ud. misma. Descubra esa fuente y Ud. vencerá.

María Eugenia.

La escoba y el plumero

consejos de Tía JACOBITA

Ustedes dirán que esto de los berros en la casa, no es incumbencia mía, y que es la Hermanita Hormiga la encargada de aconsejarlas en este sentido. No digo yo que no, pero es el caso que el plumero y la escoba me están quedando chicos para circunscribir mi campo de acción. Y como los berros en el organismo humano son una especie de escoba que barre con muchos males, pues me los apropio como dominio y voy ahora a deciries cómo, en un metro que tengan ustedes disponible en el fondo del jardín o del patio, pueden hacer una berrera, mediante un poco de ingenio.

Hay que premunirse, para empezar, de una serie de botellas, si rotas, tanto mejor, ya que se aprovecharán lo que se consideraba inservible y bueno solamente para el tacho de la basura. Se cava en el sitio elegido y se entierran las botellas vacías y rotas, sentándolas en el suelo como si fueran vasos, un poquito separadas unas de otras, pero sólo unos cinco centímetros y asomando otros tantos. En los intersticios se siembran los berros y las fracciones de botellas se llenan de agua clara. Los berros crecen y sus tallos van en seguida en busca de esta agüita, que es absolutamente necesaria para ellos y que debe ser provista diariamente.

Si se trata de hacer una berrera en el campo o en un sitio en que haya agua corriente, se prepara la tierra con un azadón y se echa la semilla. El resto lo hace la vecindad del agua.

En cualquiera de las dos formas, la dueña de casa tendrá la seguridad de contar siempre con los berros necesarios para todas las ensaladas apetecibles, y que, por muchas que sean, no lograrán mermar los berros que son sumamente vivaces.

Es siempre preferible comerlos de berrera y no de campo, silvestres, ya que éstos pueden venir de aguas estancadas o haber recibido "riegos" poco higiénicos. Hay que tener en cuenta que el berro es sumamente beneficioso para la salud y que en muchas enfermedades llega a ser la medicina única. Por lo tanto, el berro es necesario en toda mesa.

Cuando se sabe su procedencia, basta lavarlos con agua clara antes de proceder a condimentarlos, pero si son de mercado o sea, que nadie puede asegurar de dónde vienen, hay que lavarlos en varias aguas y algunas señoras prefieren poner en el agua primera unas gotas de yodo que les aseguren una buena desinfección. Se enjuagan bien y el olor y sabor del yodo desaparece fácilmente. No se crea exagerada esta medida. Hace tiempo, a orillas de un camino, vimos unos chiquillos de campo, sacando de unos pantanos asquerosos berros que llevaban a vender a la ciudad. **"Ojos que no ven, corazón que no siente"**, dice el refrán. Pero lo peor es que, en muchos casos, quién lo siente y resiente es la salud, en un tifus que casi la echa para el "otro lado".

De ahí la conveniencia, dada además la facilidad para mantenerla, de poseer una berrera en un rincón, que hasta ese momento se juzgaba perdido.

TIA JACOBITA.

No es un secreto... puede usted contarlo

Para que la ropa blanca que ha estado mucho tiempo guardada en roperos y haya tomado un feo tinte amarillento, vuelva a su primitivo color, se hace hervir en una solución hecha mitad con agua y mitad con leche, agregando jabón rallado, pero jabón blanco, de muy buena calidad. Se deja que hierva por unos quince minutos, se saca entonces a otro tiesto en que haya agua caliente jabonosa y espumosa, se hace hervir de nuevo por quince minutos y por fin se enjuaga con agua fría varias veces.

Para conservar uvas durante un tiempo indeterminado, aquellas personas que no disponen de grandes locales en que se puedan hacer cuelgas, seguirán el siguiente procedimeinto: se busca una barrica en perfecto estado, es decir, que las maderas junten y tengan una tapa buena. Se pone en el fondo una capa de aserrín bien seco y encima se colocan los racimos de uva, que deben estar muy sanas, sin que muestren un sólo grano podrido. Se tapan con otra capa de aserrín y se sacude un poco la barrica para que el aserrín llene bien todos los huecos. Se procede entonces a poner otra capa de racimos, luego aserrín y así, sucesivamente, hasta que la barrica quede llena. Se tapa y se coloca en un sitio seco. En esta forma duran mucho y al usarlas basta lavarlas, dejándolas un rato en agua fría, para que parezcan recién sacadas del parrón.

SED MADRES Y AMIGAS

(Continuación de la vuelta)

momento de luchar solos, con una amplia y alta comprensión de las cosas—simplificará enormemente todo.

Entonces su lealtad lo envuelve todo. Un alma leal es un precioso asociado de la humanidad. Y si los jóvenes son leales, tendrán necesariamente que ser felices. Siempre lo dan todo de sí, porque así se lo exige su propio respeto. Y es invariablemente la influencia de la madre la que siembra la simiente de la lealtad en los primeros años.

Es también en esa edad cuando puede inculcarse ese valor espartano que va a serles tan útil en tiempos duros. Es el hombre valiente el que puede mantenerse firme en una crisis, cuando todo le obliga a la acción. Y es también el hombre valiente el que puede encarar la verdad, por amarga que ella sea.

Toda madre sabe cuán difícil ha sido en algunas ocasiones, el ser justa; cómo a veces parece ya irremediable el ver que se comete por tercera vez un delito que se ha enseñado que es malo, y por qué es malo; como en otras ocasiones se ha sentido verdaderamente descorazonada con una mentira. Pero cuando un muchacho de seis pies de estatura, un muchacho bronceado, le mira a los ojos sin temor y honradamente, y le da un millón de besos, ¡oh!, ¿no es delicioso?

La señora y la cocina

LAS FRUTAS. — Desde hace algún tiempo la higiene preventiva aconseja insistentemente el comer frutas antes de las comidas, ya que en esa forma se asimilan totalmente las vitaminas que contienen y que son absolutamente necesarias para el buen mantenimiento del organismo.

Hay que recordar que hace pocos años se creía que a los niños les hacía mal la fruta cruda, al natural, y que toda ella se les daba en compotas o en dulces. El niño de ahora, desde los primeros meses de su vida de guagua, toma sus cucharadas de jugo de frutas y a medida que se va desarrollando, la fruta constituye su principal alimento, junto con la leche, los huevos, las verduras y las legumbres. La carne queda en último término y los caldos — que antes eran imprescindibles en la alimentación de todos, grandes y chicos—, han pasado más atrás aun que la carne, que está al final.

La manzana, la uva, la naranja y el plátano, son tal vez las frutas más populares entre nosotros. Las tres primeras son exquisitas, tal cual nos vienen de las huertas; el segundo tiene aun la ventaja de que se puede preparar en mil formas apetitosas: dulces, tortillas, cremas, helados, fritos, todos agradables y sumamente nutritivos a más de fáciles de realizar. Fórmulas variás que encontrará a continuación.

A veces los niños se cansan de la fruta al natural. Y no sólo los niños, sino que también la gente del "comedor grande". Y la señora debe tener en cuenta "que en la variedad está el gusto", y que debe renovar constantemente sus menús para contentar a los suyos, también en este capítulo de la comida, que al fin y al cabo es de vital importancia material y espiritual.

LA HERMANITA HORMIGA.

Modo y manera de preparar los plátanos

CREMA DE PLATANOS

6 plátanos.
1|2 litro crema de leche
Crema chantilly.
1 cake.
1 1|2 cucharadas de dulce de frambuesa.
2 cucharadas de nueces molidas.
Cerezas confitadas.

Pele los plátanos y muélalos bien. Agréguele el dulce, las nueces y el cake, bien hecho pedazos. Junte todo. Coloque la mezcla en una fuente de vidrio. Cúbralo todo con la crema de leche, la que tiene que estar fría. Decore con la crema chantilly y las cerezas confitadas.

EMPANADITAS DE PLATANOS

Plátanos.
2 cucharaditas de té de polvos Royal.
8 cucharadas de mantequilla.
2 tazas de harina.
1 cucharadita de azúcar
1 huevo.
1 palo de canela.
Un poco de nuez moscada.
1 cucharada de azúcar flor.
Agua fría.
1|2 cucharadita de sal.
1|2 cucharadita de mantequilla.

Pase la harina, la sal y los polvos Royal por un cedazo. Cuando estén bien cernidas, agregue el azúcar, y las ocho cucharadas de mantequilla. Haga una masa fina con agua helada. Extienda la masa cortándola en seguida en pedazos para poder envolver un plátano en cada uno. Coloque un plátano pelado y bien raspado en cada pedazo. Haga una mezcla con el azúcar, la canela, la media cucharadita de mantequilla y el poco de nuez msocada. Eche la mezcla encima del plátano. Pase agua fría por las orillas de la masa y júntelas. Coloque las empanaditas sobre una lata engrasada, y batiendo el huevo, échoselo encima. Guarde en el horno durante dieciséis minutos.

TORTAS DE PLATANOS

1 taza de plátanos pasados por cedazo.
4 cucharadas de mantequilla.
5 cucharaditas de polvos Royal.
2 tazas de harina.
1|2 cucharadita de nuez moscada.
1 taza de azúcar.
3|4 taza de leche.
1 huevo.

Bata el azúcar con la mantequilla hasta formar una crema, juntándola en seguida con los plátanos molidos. Cierna la harina con los polvos Royal y la nuez moscada, juntándola con la crema, así como la leche con el huevo batido. Una bien. Coloque la masa en moldes bien engrasados, y déjelos en un horno no muy caliente durante 25 minutos. Cuando las tortas estén listas y frías, échele almíbar azucarado encima. Al endurecerse el almíbar, ábrales hoyos con un molde redondo.

BARQUILLOS DE PLATANOS

2 plátanos cortados en tajadas.
3|4 cucharadita de sal.
4 cucharaditas de polvos Royal.
Un poco de mantequilla.
2 tazas de harina.
3 tazas de leche.
1 cucharadita de azúcar.
2 huevos.

Cierna la harina, los polvos Royal, la sal y el azúcar. Agregue las dos yemas y la leche. Una bien. Derrita la mantequilla, agregándola al batido, así como las tajadas de plátanos. Bata bien las claras de huevo, agregándolas al resto. Eche el batido a una budinera y coloque a un horno no demasiado caliente, dorándolo bien.

FRITOS DE PLATANO

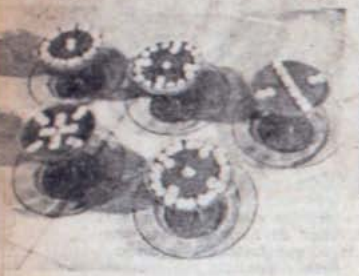
Plátanos.
1|4 cucharadita de sal.
Canela.
1|2 taza de harina.
1|4 taza de leche o agua.
1 huevo.

Junte la harina con la sal en una fuente. Haga un hueco en el centro de la harina y eche la yema del huevo. Vaya echando poco a poco la mitad de la leche o del agua, y bata hasta tener un batido muy liso. Eche el resto de la leche, y tapando con un paño, déjelo a un lado, durante una media hora. Pele los plátanos y ráspelos bien, cortándolos a lo largo, y en seguida atravesado. Bata bien la clara de huevo, incorporándola al batido. Revuelva los plátanos en el batido, friéndolos en seguida en bastante grasa hirviendo. Cuando se doren bien, sáquelos y los sirve espolvoreados con azúcar flor con un poco de canela.

PARA LA COMIDA DE MAÑANA

Coliflor con salsa de mantequilla a la alemana. — Se limpia y se tiene un rato en agua la coliflor, cociéndola después en agua con sal y un pan añejo francés. (En esta forma no da mal olor). Debe ponerse a fuego lento para que no se deshaga al hervir a borbotones. Una vez cocida se escurre y se coloca en

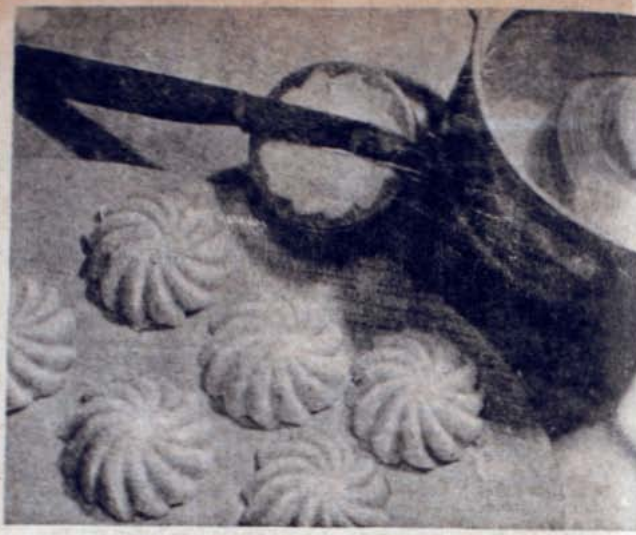
Torta de bizcochuelo rellena con crema de plátano.



Una bonita manera de preparar la crema de lúcuma, decorada cada copa en forma distinta.

Otra manera de amoldar los panes de manjar blanco duro.

Una pirámide de plátanos con crema de Chantilly.



Manjar blanco muy espeso, amoldado bonitamente.

una fuente, desmenuzada en las raciones necesarias.

La salsa se prepara en la forma siguiente: Se baten muy bien un poco de mantequilla fresca con una cucharada de harina y otra cucharada de leche. Al estar muy fina y unida la salsa, se aliña con sal, más una rallada de nuez moscada; se le agregan dos yemas de huevo y se sigue batiendo, echando otro poco de mantequilla para que una perfectamente.

Se coloca por cucharaditas sobre cada ración y se sirve fría, siendo muy agradable y fino plato.

Tórtolas al canapé con salsa de hígados. — Se limpian y a cada una se le pone sobre la pechuga una rebanada delgada de tocino, que se afianza con un hilo, y se colocan todas en una cacerola con una cucharada de mantequilla, una hoja de laurel, cebolla en ruedas, tallo de apio y perejil, zanahoria entera y sal, más unos granitos de pimienta negra. Se tapan bien y se dejan cocer al vapor. Al estar tiernas, se les quitan todos los aliños, dejándoles solamente el tocino. La salsa se cuela y se le agrega una copita de jerez. Se ponen de nuevo las tórtolas en la cacerola y se les echa la salsa, colocándolas en un sitio en que no pierdan calor, para que reposen.

Los hígados de las tórtolas se frien en mantequilla, se les agrega bastante cebolla picada, lo más fina posible, se le pone pimienta blanca y sal fina y una copa de jerez.

Se cortan unas torrejas de pan de molde que se frien. Sobre cada una se coloca una cucharada del frito de hígados, luego una tórtola y otra cucharada de la salsa. La fuente debe estar recalentada en la hornilla, lo mismo los platos en que se han de servir, ya que es plato que debe llegar a los comenzales casi hirviendo.

Muy sabroso, y que en esta época de caza resulta, por añadidura, barato.

Leche al horno. — Es un postre sencillo y agradable, a más de muy alimenticio. Se prepara hirviendo un litro de leche a la cual, una vez fría, se le agregan cuatro huevos batidos separadamente yemas y claras, una raspadura de nuez moscada, dos cucharadas de nata o si no, una de mantequilla muy fresca, sin sal, y azúcar al paladar. Se bate bien y se pone en un molde enmantequillado, entrándolo al horno hasta que cuaje.

TRES FORMAS DE PRESENTAR LAS CALLAMPAS

CALLAMPAS AL HORNO

Se lavan y se secan muy bien con un paño las callampas, que se saltan después en aceite, a fuego muy vivo; se les agrega sal y pimienta blanca. Se las pone en un azafate que resista al fuego, se les echa mantequilla desleída con pan rallado y perejil muy finamente picado. Se entra la fuente al horno por unos minutos y se sirven.

Crema de plátanos con crema y tostadillas.

La mantequilla debe siempre amoldarse para ponerla en la mesa.

Llenando los moldecitos con manjar blanco.

Los moldes modernos tienen la facilidad de abrirse lateralmente, lo que facilita el vaciado.

CALLAMPAS EN CAJITAS DE PAN

Se le quitan los tronquitos que se dejan de lado. La parte de la cabeza se lava y se seca con mucho cuidado. Entonces se pican en pedacitos chicos y se fríen en aceite, a fuego fuerte, agregándoles perejil machado con medio diente de ajo, sal, un granito de pimienta negra y jugo de limón. Se las retira y se deja que sigan hirviendo por veinte minutos a fuego suave.

Mientras se van preparando las cajitas que se hacen con pan de molde cortado en rajas muy gruesas, a las cuales, con la ayuda de un cuchillo filudo, se les hace en el medio un saque para formar una especie de cajita, procurando que todas queden lo más iguales posible. Se fríen en mantequilla, sin que lleguen a tostarse. Entonces se le pone a cada cual una cucharada del relleno de callampas, con su respectiva cucharada de salsa y se sirven sobre una fuente recalentada, en platos que hayan estado en la hornilla, para que no pierdan el calor, ya que deben estar muy calientes al llegar a los comensales.

CALLAMPAS EN SALSA

Se frie bastante cebolla muy menudamente picada, se le agregan las callampas limpias, lavadas y secas, picadas. En el mortero se pone una cucharada de harina cruda, tostada al horno y un poquito de azafrán; se le agrega una taza de caldo, sal y un poquito de pimienta blanca. Esta salsa se une al frito y se deja en reposo por media hora, al rescoldo. Se frien triángulos de pan de molde, se recalientan las callampas y se ponen por cucharadas en cada trozo de pan, sirviéndolas sobre platos que hayan estado en la hornilla.

Hay que celebrar el santo del señor, con un pavo asado relleno con manzanas

Se deja el ave muerta desde el día antes, para que se oree. Luego se pone en adobo con sal gruesa, vinagre y ají dulce, todo machacado en el mortero. Debe estar en este adobo por lo menos doce horas.

Se pican manzanas de muy buena calidad y cebolla, muy finamente todo. Se pone mantequilla en una sartén y se fríe la cebolla y la manzana, sazonando con sal fina. Se saca el frito y se le añaden pasas sin pepa, aceitunas sin hueso y huevos duros cortados en ruedas; se mezcla todo muy bien con la ayuda de dos huevos batidos enteros.

Se saca el pavo del adobo y se limpia con un paño, se le pone adentro el relleno y se cose cuidadosamente. Se coloca entonces en una asadera grande con dos cebollas cortadas en cuatro pedazos cada una, una rama de perejil y otra de apio, una hoja de laurel y clavo de olor, un diente de ajo, tomillo, una taza de vino, una de caldo desengrasado, una cucharada de mantequilla desleída, sal y pimienta negra.

Se deja que ase dándole vuelta de vez en cuando para que dore por parejo, echándole por encima su propio jugo para que quede bien tierno.

Plato exquisito. Es una de las mejores maneras de preparar el pavo relleno.

ESTAFETA

DESPACHA: MARI-SOL.

Mireya. — Lo mejor es que usted pida la receta en cualquier Gota de Leche. Próximamente daremos la capa tejida para guagua que usted desea.

Madre sin Recursos. — Tiene usted que hacer la solicitud en el mes de octubre, ya que por ahora no hay en ninguna parte una beca disponible. Gracias por sus amabilidades.

Joselín. — Mándele las cartas al Consulado de Chile en Madrid, España. Creo que Neruda accederá a su deseo de firmarle un retrato. ¿Por qué no?

Preguntona. — Si es de tela clara, gris o beige, hágale la blusa azul marino, por ejemplo, y use todos los accesorios del mismo color. En caso de ser el traje sastre de tono obscuro, la blusa y el resto deben ser claros. La boina se usa siempre, es tan cómoda y tan favorecedora, que las mujeres no dejarán nunca de llevarla. Gracias por sus felicitaciones.

Panchita. — Entregada su consulta a María Eugenia, que es la experta en materias sentimentales que acá tenemos. Gracias por sus saludos.

Curiosa de Curicó. — Nosotros tampoco sabemos quién es Bárbara. Sus colaboraciones nos llegan por correo, anónimamente. Las hemos encontrado interesantes y simpáticas y las publicamos gustosamente. Hay mucha gente en el mismo trance de curiosidad que usted y hemos de confesarle que también a nosotros se nos ha contagiado el mal.

Rosa Té.—Los patrones que se mandan son solamente aquellos cuyos modelos se indican como «Patrones de Familia». Cuestan treinta centavos, que usted puede enviar en estampillas.

Buen Tono

LOS avances de la civilización han intercalado en la vida de sociedad los deportes, que han tenido una feliz acogida por la juventud contemporánea. Es verdaderamente necesario el deporte para la salud física; pero el ejercicio del cuerpo y del cerebro deben ir al unísono. Si abandonamos el primero, pierde la salud, y si el segundo, gana la brutalidad.

Así es que no se debe dejar de cultivar el ejercicio intelectual por dedicarse a los ejercicios físicos, sobreponiendo el deporte al estudio, sino que conciliando la práctica del uno y la del otro, y dedicando las horas de descanso del estudio al desarrollo de los músculos, se fortalecen a su tiempo y en su medida el espíritu y el cuerpo.

Podríamos citar casos en que los jóvenes más estudiosos son los que más destreza han demostrado en los concursos gimnásticos, lo cual demuestra que han dedicado justa atención al estudio y al deporte.

No compartimos, pues, el criterio de que los estudiantes que se dedican al deporte han de ser peores que los otros.

Entre los deportes, figuran: el football, el tennis, el golf, la pelota vasca, la bicicleta, la equitación, el automovilismo, el motorismo, la esgrima, el boxeo, la caza, la natación, la gimnasia y atletismo, el patinaje, las regatas, el excursionismo, carreras a pie, saltos, el alpinismo y la aviación.

Casi todos los deportes se practican por damas, y al alternar con caballeros, éstos guardarán la más exquisita delicadeza, siendo correctos en todo momento.

La práctica del deporte establece cierto compañerismo; pero, por ello no ha de excederse ningún caballero con las damas; y si llegase el caso desagradable, ella debe con toda educación llamar la atención del extralimitado señor y éste presentar sus excusas, no guardándose rencor mutuo, prestándose espontáneamente a sus servicios habituales del juego.

En los deportes que son de lucha, una vez terminado el partido, no se deberá guardar rencor al adversario que, más diestro, mejor preparado o más afortunado, nos ha vencido; al contrario, se le considerará siempre como un buen amigo, siendo el estímulo del juego el noble afán de vencer, sin traducir la derrota en odio al adversario, que en manera alguna encaja con la virilidad que infunde la práctica de los deportes.

En los deportes de **tennis, golf,** etc., las damas vestirán blusas sencillas, de cuello vuelto y mangas cortas, faldas, amplias, que permitan correr, y el peinado bien sujeto. El traje obscuro y forma sastre, con cuello y corbata de hombre y sombrero redondo, es el atavío indicado para amazona, cacería y ejercicio de tiro.

Los deportes en la nieve se practican llevando jerseys, gorros, medias, guantes de lana, pantalón noruego y calzado especial.

Para natación, el traje especial. Para regatas, falda corta azul marino y blusa sencilla y blanca. Para automovilismo, traje sastre y abrigo grueso.

Los caballeros vestirán para cada deporte el traje indicado o el uniforme que corresponda al equipo a que pertenezcan.

El deporte de equitación tiene sus reglas de etiqueta.

Yendo en compañía de una señora o un superior, se le debe dejar montar primero, sosteniendo de su estribo si no hay caballerizo que lo haga.

Cuando vayan dos o más personas, el puesto de honor es el de la derecha, situándose los demás a la izquierda de la persona preferida, por categorías de mayor a menor.

Si acompañamos a una persona de gran diferencia de categoría, siendo nosotros el inferior, la cabeza de nuestro caballo no debe pasar de la grupa del suyo.

Acompañando a una dama, ella llevará la dirección y regulará la marcha. Nos debemos situar a la izquierda, atrasándonos el largo de una cabeza.

ULTIVE SU BELLEZA

PARA QUE EL ROSTRO TENGA BELLA EXPRESION

Hay caras feas o viejas, o las dos cosas a la vez que, a pesar de todo, son bellas y jóvenes, sobre todo a causa de la mirada, también a causa de la sonrisa o por alguna otra misteriosa razón que parece escapar al análisis.

Tal seducción es muy superior a la que sólo proviene de la belleza. Poseería, y al mismo tiempo, ser bella, es el verdadero ideal.

Aquí salimos de la simple higiene para entrar en lo invisible.

Sin embargo, esta bella expresión cuyo secreto escapa a todo maquillage, ¿acaso es imposible adquirirla? ¿No existirá algún método para poderse hacer amo de ella?

Responderé por medio de algunas comprobaciones, que yo considero como recetas de belleza tan eficaces como las anteriores.

La maldad afea.
La envidia afea.
La murmuración afea.
La vanidad afea.

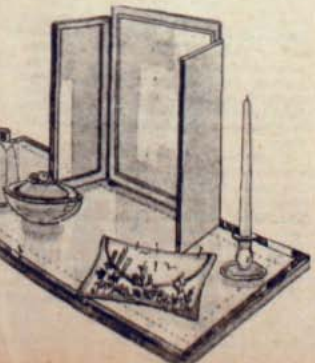
Todos estos malos sentimientos representan otras tantas muecas en los rostros, y los rostros acaban conservando la huella, es decir, se arrugan mal o, dicho de otra manera, llevan en sus rasgos una **mueca permanente.**

También las preocupaciones afean (no hablo de la desgracia que, muy a menudo, coloca un bello antifaz en los rostros más vulgares).

Por lo tanto:

Para que el rostro tenga bella expresión:

Guárdese, en la cara, la calma de una conciencia limpia, la crema para el tocado que es superior a las mejores marcas.



Abandónese al destino sin inquietarse inútilmente. No crisparse en lucha incesante y vana contra desagradables quimeras.

Una linda mirada, acabamos de decirlo, es lo que, por encima de todo, constituye la "bella expresión".

Hay ojos de mujer que serían admirables si no fuesen tontos.

La tontería de esta clase de ojos tiene su origen nada más que en su deseo de ser admirados.

Mirar a los demás, interesándose por ellos, da a los ojos una intensidad, una profundidad que ningún "lápiz" puede obtener.

Señoras que sois bellas, si queréis serlo mucho tiempo, y las que sois feas, si a pesar de ello queréis ser bonitas, sed buenas, altruistas..., confiad en vuestro destino.

Algún día obtendréis la recompensa. Porque vuestra lozanía de corazón se reflejará en vuestro rostro y conservaréis vuestra seducción entre las antiguas bellas que caminan para convertirse en viejas hechiceras a las que ningún afeite librará de este infierno terrenal—en espera del otro.

La pequeña sor Teresa de Lisieux se extrañará mucho al ver que figura en esta obra.

No obstante, tomemos de ella esta encantadora fórmula, que dirá mucho más que todos mis consejos, en lo que a bella expresión se refiere:

La cara es el espejo del alma. Debéis tener continuamente un rostro sereno, como una criaturita siempre contenta. Cuando estéis solas, obrad también de la misma manera, porque continuamente os ofrecéis en espectáculo a los ángeles.

LOS PIES

También es este un capítulo doloroso. Pero aquí podemos gritar: ¡alto!

Callos, juanetes, ojos de gallo, todas esas pequeñas infamias que encierra un zapato de tacón alto, pueden desaparecer o, por lo menos, atenuarse mucho — y hasta no venir a este mundo — si se emplea un método mío. Helo aquí:

Todas las mañanas, además del baño (en bañera o en tina), dejad los pies largo rato en agua caliente. Se calentará ésta, a medida que se vaya enfriando, arrojando agua hirviendo en el recipiente, en pequeñas cantidades. De este modo se pueden resistir, sin sufrir, temperaturas formidables.

Mientras que los pies están en el agua, masadlos dedo por dedo, insistiendo en los inconvenientes, si existieran. (Recuérdese que el masaje no debe ser **nunca** doloroso).

Al principio, es decir, durante el primer mes, cuidad de que los pies permanezcan en agua, cada vez más caliente, alrededor de diez minutos, por lo menos. Cuando la mejora sea evidente, reducid la sesión a cinco minutos.

Continuad durante **toda vuestra vida.** El baño debe durar tres minutos mínimum.

Este tratamiento, además de su eficacia, si las cosas van mal dadas, tiene la ventaja de descansar de todas las fatigas, de evitar, como ya he dicho, todas las deformaciones y de dejar los pies blancos como la leche para todo el resto de la jornada.

Un poco de barniz color rosa en las uñas (barniz tenaz que dura un mes), hará parecer lindos a pies que sólo pasables son, pues los dedos se presentarán como adornados con conchitas color de coral. Coquetería preciosa que comunica confianza en sí misma a aquella que no ignora que, en sus zapatos, encierra tales joyas.

LA HERIDA EN LA MANO

(Continuación de la pág. 35).

Cuando Bill la telefoneó a la hora del té, ella le dijo:

—¿Esta noche? ¡Encantada... ! Oh, Bill, ¿dónde hay por aquí un buen sitio para pasear? Natalia está jugando bridge; pero hace un día tan espléndido, que voy a salir.

Y Bill salió con ella. Y trajo a su perro, King. Y Paulina gritó:

—¡Qué hermoso!

Fueron a la cantera. El viento de noviembre les azotaba la cara. El camino había sido trillado por las bestias y la marca de sus cascos lo había puesto áspero y desigual. Pero Paulina echó la cabeza hacia atrás y suspirando fuertemente, murmuró:

—¡Qué maravilloso es esto!

Bill asintió tranquilamente, mirándole el perfil, y sin sospechar que sus zapatos nuevos le herían a ella los pies y el cuello de su abrigo de cuero le raspaba la garganta.

Como él le ayudara a cruzar un hoyo del camino, ella volvió los ojos y le dijo:

—¡Oh, qué grande y fuerte eres!

Y se rieron como si hubieran compartido un secreto.

Un día salieron a jugar golf, y ella insistió en llevar sus bastones, porque no habían encontrado un "caddy" que los llevara. Tuvo que apretar los dientes para no quejarse; sus manos estaban tiesas con el frío; pero dijo:

—¡Me encanta esto!

Bill, volviéndose en su camino, vió cómo Paulina se estremecía involuntariamente con el frío que venía del norte y punzaba los ojos haciendo brotar lágrimas.

—¡Paulina! ¡Querida! — En ese momento era todo pesar. Era el grande y gentil Bill, cuyas tías le habían enseñado que la mujer es un ser frágil, que debe ser protegido. —Estás helada, mentirosilla—. Le tomó el brazo y le cogió el saco: —Vamos, volvamos a la casa.

—No, no, Bill. Si quisiera irme te lo diría. Porque no me tomo la molestia de mentir, Bill. Es que soy muy floja y carezco de imaginación. Vamos, mira, allí está mi bola.

Esa noche escribió a su hermano Raymond:

"Vieras qué estoy fuerte. Hay momentos que creo que mis nervios no van a resistir el esfuerzo. Pero he aprendido mucho. No retrocederia hasta que me matara o me volviera loca. ¿Has visto a Wayne?"

Paulina se vistió de blanco para el baile de los Landon, y mientras se vestía, sus ojos mostraban un signo de determinación. Se perfumó los labios y los extremos de los dedos. Se enroscó una sarta de perlas alrededor de la cabeza, a manera de corona, y cuando salió con la cabeza alta y brillante, parecía una reina.

Bill le dijo que estaba más hermosa que nunca. Bailó siete veces con ella y se mostró casi grosero cuando Peggy Trent, a media noche, se tomó de su brazo con la esperanza de ser conducida a la cena. Llevó a Paulina al hall y la besó.

—He esperado toda la noche esta ocasión — le dijo. Parado allí con su traje negro, en la luz opaca de la noche que le obscurecía la cara con las sombras, su boca mostraba una línea firme y sus ojos eran sombríos.

—¡Querido! — Paulina se empinó para arreglarle el cabello. Le pasó la punta de los dedos por los ojos, por encima de los labios.

—No lo tomes en serio, querido, es efecto del champaña y de la música y este vestido...

—¿Lo crees así? — dijo Bill—. Yo no estoy muy seguro.

—¡Bill!—Pareció que dudaba un momento. Entonces, le dijo: —Vamos; tenemos que hablar sobre esto al momento. Ahora.

Lo llevó a la sala y lo acomodó en la silla más grande. Tras de ella, las tejas de la moderna chimenea de Natalia, reflejaban obscuramente su tapado azul de terciopelo y las suaves líneas de su vestido blanco.

Se había mirado en el espejo que tenía al frente y sabía que sus ojos brillaban y que su boca era una tentación y una promesa, mientras decía seriamente:

—Escucha, Bill. Tú no quieres enredarte con amor, matrimonio y toda esa serie de cosas...

Lo que era tan verdad, que Bill le clavó la vista para oír lo que decía.

—Has pasado toda tu vida evitándolo — continuó Paulina—; debe haber una cantidad de cosas que has proyectado hacer cuando no querías a una mujer. Oh, yo sé el punto de vista de los hombres. A veces me extraña ver que algunos caen en el matrimonio por su propio gusto. Estoy terriblemente enamorada de ti. Quiero ser franca contigo.

Paulina supo hacerlo. Su voz se hizo un poco ronca. Supo agitar sus manos ante él, antes de soltarlas a los lados. Todos los planes que tenía Bill, todos sus sueños de viajes por extrañas regiones, todo, todo lo olvidó. De dos trancos había cruzado la puerta del hogar en que se encontraba.

—¡Amada mía! La voz de Bill era tan alegre, tan llena de regocijo como el tañer de las campanas.

La tomó y puso su mejilla junto al cabello de ella.

—¡Franca conmigo! — dijo apasionadamente—; eres hermosa, eres dulce, y yo te adoro!

Era una alma sencilla.

Mucho más tarde, frente a su tocador, sacándose las perlas del cabello, Paulina vió algo irrisorio en su propia mirada, y su boca se torció con una media sonrisa que hubiera sorprendido a Bill; tan amarga era. También se habría sorprendido Bill el verla tomar de su tocador una fotografía en un marco de plata. No era una fotografía de su hermano Raymond, sino de un joven moreno, que era un contraste con Bill Tone. Llevando el retrato en la mano, arrastró su capa de terciopelo por la estancia y se sentó en la cama mirando ese rostro fotografiado como si quisiera aprenderse sus líneas de memoria... Luego, con inesperada rapidez, la sacó del marco de plata que la contenía y haciéndola mil pedazos la arrojó a la chimenea y le prendió fuego, esperando hasta que el último pedazo se convirtió en cenizas.

—Eso para ti, mi único amor — dijo en voz alta—; después de todo, ya no te necesito a ti, ni a tu dinero.

Después de haberse comprometido con el soltero más disputado de Kendon, no había razón para que llorara al dormirse, Y sin embargo, lloró.

Dos días más tarde escribía a Raymond:

"Mi anillo tiene una esmeralda, porque Bill dice que los brillantes no son buenos. ¡Pobre Bill! A veces me parece un microbio. Me preguntó si quería una gran boda, y yo, siempre dulce y sensible, le dije que no. Parece que se va a llevar a efecto en la segunda semana de diciembre, fecha en que Bill podrá alejarse un mes de la oficina. ¿Puedes venir para ese acontecimiento?"

Dudó un momentho, mordiendo la punta de su lapicero, parándose al lado de la ventana con ojos que se obscurecían con el descontento. Luego escribió rápidamente:

"Si tuvieras oportunidad de ir a casa de Wayne, puedes decirle casualmente que tiene hasta el 9 de diciembre para darse cuenta de cuán hermosa soy".

El "party" de los Gardiner tuvo lugar la última semana de noviembre.

—Una idea brillante de Nick — explicó Nancy a Paulina, y por eso queremos que estéis tú y Bill, querida.

Nancy y Nick tenían sus sospechas respecto de Paulina. Pero eran de una generación que funda su religión en el principio de "laissez faire".

—Nosotros cuatro iremos en el coche grande, el viernes — dijo Nancy con su manera autoritaria—. Mandaré a Maddox y dos sirvientes para que arreglen la casa. Los Trent, Natalia y Jim, irán el domingo. Trae tus trajes más abrigadores. Recuerda que un centenar de millas más al norte hay una diferencia considerable en el clima. ¡Oh — dijo como un pensamiento de última hora — espero que te guste la vida rústica! ¡A Bill le encanta!

Paulina creyó innecesario mencionar que detestaba la vida rústica. Odiaba el largo viaje al norte en el pesado coche que iría saltando en el camino helado. Odiaba el campo, las largas extensiones de terreno roto y deshecho, obscuro y desolado, con la nieve del invierno.

Bill miraba con ojos fascinados las colinas y los pinos cubiertos de nieve. Veía los altos robles que destacaban su silueta contra la gris obscuridad del cielo. Paulina tiritando de frío, decía en voz alta que le encantaba todo aquello.

A tres millas del camino principal se levantaba el "cottage" de los Gardiner, en medio de un bosque de pinos. Era enteramente rústico. A pesar de que los leños crujían en las chimeneas en todos los extremos del "living-room", a pesar de los troncos de madera que crepitaban en la cocina, el enorme cuarto construído de troncos, era frío, con esa frialdad de los sitios que han estado cerrados largo tiempo. Los dormitorios que, en el segundo piso, abrían sus balcones al campo, también eran fríos.

Paulina se quedó un momento contemplando un pedacito de hielo en su lavatorio. Despecho e irritación impotentes le cegaban la vista, y en su boca se dibujaba una mueca de rebelión. Cerró la puerta, le puso pestillo tranquilamente, y sin sacarse el abrigo se echó de bruces en la cama.

Y, media hora más tarde, se paró, serena y tranquila, frente a la chimenea del living. Y cuando Bill, tomándola por detrás de los hombros la dió vuelta hacia él, le sonrió con los ojos. King, el perro irlandés, que había hecho el viaje al norte el día antes con los criados, vino saltando a hacerle cariño, y ella protestó riendo:

—¡King, querido, por favor!

Sólo el perro vió el aleteo de incomodidad en sus ojos.

Paulina lo hubiera dejado todo, si Bill no hubiera sugerido hacer una excursión por la despensa, después que Nick y Nancy se habían ido a la cama.

Bill había encontrado carne fría en la despensa, y Paulina estaba cortando el pan para hacer sandwichs, cuando el cuchillo saltó y le cortó un dedo, no muy profundamente; pero lo suficiente para hacerle brotar la sangre.

Por un segundo o dos se quedó contemplando su dedo con ojos aterrorizados, y luego, como un niño, comenzó a quejarse despacio. Bill se dió vuelta con el ruido y vió su cara blanca como un papel.

—¡Paulina! — gritó — ¡Paulina!

La transpiración empezó a correrle del labio superior, se afirmó en la mesa y, antes que Bill pudiera sujetarla, cayó al suelo.

—¡Oh, cielos! — dijo Bill con voz agria, con la irritación propia del hombre que ve la debilidad de la mujer.

La levantó y tomándola en peso la llevó a un sofá del living. Le limpió la herida con un pañuelo y corriendo a la cocina, volvió con un trapo limpio que le envolvió en la frente. Solícito y lleno de ansiedad la estaba vendando, cuando Paulina abrió los ojos.

—No es nada, querida — dijo Bill. —Es apenas un corte chiquito, casi un rasguño...

Paulina levantó la mano y miró la venda. Una manchita de sangre asomaba en el pañuelo. Dió un profundo suspiro.

—¡Todavía está sangrando...! No..., ¡no puedo ver la sangre!...

—Paulina, querida, escúchame. La piel se ha lastimado apenas. En un minuto parará la sangre.

Sollozaba histéricamente. Se acercó él al sofá y trató de tomarla en sus brazos; pero ella lo rechazó.

—No puedo quedarme aquí — dijo — no puedo—. Sólo a un loco podía ocurrirsele venir a este sitio olvidado de Dios. ¡Lo odio!... ¡Lo odio!...

—¡Tranquilízate, querida!

—¡Lo odio! ¡Y no me cuidaría de decirte aunque tuvieras todo el oro del mundo! ¡Estoy enferma de pretender transformarme en una de tus amigas deportivas! ¿Me oyes? ¡Estoy enferma de todo!

Le volvió la espalda y siguió sollozando. Bill tenía el aspecto del que lo ha perdido todo; se paró frente a los leños encendidos, con las manos en los bolsillos. La miraba como si nunca la hubiera visto antes, como si estuviera seguro de que nunca le había gustado. King se sentó a su lado. Ella había perdido el control sobre sí misma y ya no podía reparar el daño que había hecho.

—¡Ya lo sabes...!

—¡Sí; lo has dicho en forma muy clara! — dijo Bill con una especie de fría cortesía—. ¡Me asombra cómo has podido representar esta comedia; debes haber conocido a muchos hombres con dinero...!

—No tantos — contestó Paulina—, y muchos de ellos eran demasiado listos para pescarlos. ¡Pero tú no eres vivo en cuestiones de mujeres, querido!

—Estoy aprendiendo — dijo secamente Bill.

—Y siempre — continuó ella, sin hacer caso de la interrupción — he amado a Wayne, el jugador de polo que tú conoces. Estábamos comprometidos y peleamos; y ya no me importa casarme con cualquiera, con tal de que tuviera dinero!

—Por supuesto — replicó Bill, con su terrible política.

Se sacó el anillo de esmeraldas y lo dejó sobre la mesa. Se levantó, y antes de irse, agregó:

—Si te levantas antes que yo, puedes decirle a los Gardiner que necesito a Maddox para que me lleve a la ciudad. Diles la verdad, si quieres. Diles lo que te dé la gana; pero no pasaré un día más en este sitio. ¡Buenas noches!

—Buenas noches, Paulina — dijo Bill Towne.

Luego que se acostó entre las frías sábanas de su cama, comenzó a recordar aquella vez tranquila, a recordar qué tranquilo se había quedado Bill sentado en su sillón, con una mano afirmada en el brazo y la otra acariciando a King. Pensó en un niño que traía jubiloso un perrito a su casa enorme, de donde las tías Agata y Minerva lo habían expulsado, y por alguna razón que no pudo definir, se puso a llorar otra vez. Escuchó el rugido del viento y oyó cómo las finas agujas de nieve pegaban en su ventana. Y era casi la mañana cuando cayó en un sueño cansado.

Sólo Nancy, en pijama verde, se encontraba en el living cuando bajó Paulina a las diez y media. La mirada inquisidora de Nancy vió las ojeras que se marcaban bajo los ojos de Paulina.

—Nick se fué con Maddox en el coche grande esta mañana — dijo—; se había descargado la batería del Ford y fueron a cargarla. Se fueron antes que se levantara Bill, y me dijo éste que quieres irte. El te puede llevar más tarde, o también Maddox. Hay un tren a las diez de la noche. A menos que cambies de pensamiento.

—No cambiaré — contestó Paulina—. Siento mostrarme tan ingrata; pero tú me comprendes, ¿verdad?

—No mucho. Le diré a María que estás lista para el desayuno.

La mañana se hizo interminable. Paulina fumaba cigarro tras cigarro, mientras Nancy estaba recostada en el sofá. Por fin, Paulina subió a arreglar su equipaje para estar lista para partir; pero la nieve seguía cayendo y había muy pocas probabilidades de que Nick regresara temprano. Luego llegó Bill y salió con Nancy fumando un cigarrillo. Paulina se acercó a la ventana, y pudo ver a King, obscuro como el otoño, que corría regocijado entre los árboles. Luego se detuvo ante un pino derribado, con las orejas levantadas, como esperando algo. De improviso un bicho extraño saltó de debajo del árbol y embistió contra el perro. Paulina iba a salir a defenderlo, cuando Bill y Nancy, que ya se habían dado cuenta del pequeño drama, corrieron a auxiliarlo; pero el animal estaba herido y Paulina pudo ver cómo, al levantarlo, Bill iba dejando pequeñas huellas de sangre en la nieve. Bill entró desesperado, quería llevar a su perro a la ciudad para curarlo; pero el coche estaba fuera y pronto caería la obscuridad sobre los caminos, haciendo imposible arriesgarse a salir y no había esperanzas de conseguirse otro coche en los alrededores.

—Podríamos hacer un esfuerzo — dijo Paulina de pronto—. Bill y Nancy levantaron la cabeza como si, hasta ese momento, se hubieran olvidado de su presencia.

—Tratemos de llevarlo entre los dos. Está muy débil y se puede morir.

—No — dijo Bill — no puedo permitírselo...

—¡Oh, no se vuelva dramático, Bill! — contestó Paulina ásperamente.

Recordaba muy poco, más tarde, de su viaje a la ciudad. Recordaba cómo la nieve le punzaba la cara. Una vez se había caído y la nieve se había metido por entre sus guantes, por el cuello de su abrigo, y le quemaba la piel. Los bosques estaban llenos de sombras extrañas, en la luz mortecina del atardecer.

De vez en cuando, Bill miraba hacia atrás y preguntaba:

—¿Va bien?

—Sí — contestaba ella, con una sonrisa en su rostro.

Y cuando, después de llegar, curaron al perro, Bill se acercó a ella murmurando:

—¡Pobre chiquilla! La llevaré a un hotel. Todo lo que necesita es una bebida caliente y un buen sueño.

—¿Y King?

—Está bien. El practicante le puso aceite y vinagre; luego se curará.

Paulina quería llorar. ¡Qué tontería! El cuarto caliente con su estufa de carbón le daba nuevo vigor.

—Estoy contenta — dijo con una voz suavecita.

Cuando quiso levantarse, tembló, y Bill la tomó en sus brazos para sujetarla. Afuera, la calle de la aldea blanqueaba, fría y desierta.

Las luces brillaban apenas tras de la cortina de nieve y el perezoso y lejano tintineo de las campanas de un trineo sonaba alegre afuera.

—No sé cómo agradecérselo — dijo Bill—. Usted debe saber cuánto le...

—Está bien, Bill, comprendo...

—Telefoneé a Nick. Hay un telegrama para Ud., allí. Dice: "Has ganado. Salgo esta noche" y está firmado Wayne.

—¿Cierto? — preguntó Paulina con indiferencia.

Y antes de que pudiera protestar, Bill se agachó, la levantó en sus brazos y salió con ella a la calle. La mantuvo pegada a su cuerpo; pero sin mirarla. Era como si no existiera.

—Wayne y yo peleamos — musitó Paulina — porque dijo que yo era corrompida, egoísta y extravagante. Y es la verdad.

—¡Silencio...! — dijo Bill Towne.

—Es la verdad, Bill! Probablemente siempre me pondré como ayer, cuando no esté cómoda y tenga frío, y siempre me gustará que me esperen y se preocupen de mí. Posiblemente siempre me desmayaré cuando me corte un dedo.

Bill Towne agachó la cabeza para mirarla.

—¿Te quiero...! — le dijo tranquilamente.

LUNA RELUCIENTE

(Continuación de la pág. 5)

guna de ellas, hasta que no quede más que una, la cual será dueña de todo), en el primer viaje... Aquí siguen los nombres de los dos niños para los cuales se ha formado esta tontina; pero, ¿cuál de los dos irá a sobrevivir a los demás y to-

mará posesión de los bienes? Esto lo dirá Dios, porque sólo él lo sabe..."

—Y seguramente no lo contará a nadie — agregó Lynette burlonamente.

La tontina, encontrada por ella en la repisa de una biblioteca, estaba en su memoria, menos un pedazo que le faltaba al final, y que tal vez la muerte no habría dejado escribir al padre Joe.

—¡Dios mío, Lynette! ¿Para qué grita en esta forma? — exclamó Russell a espaldas de la muchacha.

—Sus manos están tan heladas que cuando las posó sorpresivamente en mi cuello, me parecieron las manos de la muerte — contestó la muchacha.

Russell se arrodilló en la arena, al lado de ella.

A los pocos minutos apareció Joshua y gritó:

—Creí haber oído los gritos de una de las muchachas y vine creyendo que Joel estaba haciendo de las suyas. Siempre ha tenido una debilidad por las damas. Hace unos años se robó ● una muchacha indígena de su...

—No nos cuente más — dijo Russell—, acuérdese que hay señoras.

—"Pobre inocente" — pensó Lynette, sonriendo en la obscuridad.

—Buenas noches — dijo Russell ayudando a levantarse a la muchacha—. Creo que podrá dormir tranquila, con respecto a Joel.

Al día siguiente, Russell le preguntó a Joshua por Lynette St. George. El viejo se rió burlonamente y repuso:

—¿No le dije que Joel era mandado hacer para las damas? Pues bien, ahí los tiene en amena charla.

Russell, cambiando la conversación, preguntó nuevamente al viejo:

—¿Usted ha vivido siempre aquí?

—Siempre — contestó Joshua—, hemos tenido un hijo, que se arrancó para Australia.

—Curioso — pensó Russell—, fué mi abuelo, posiblemente.

—Un día de éstos voy a ir a Sydney — siguió el viejo —, para alojarme en el mejor hotel, tomar champaña y pasear en carruajes. Pero nada de mujeres; ellas son para Joel, no para mí.

—¿Lo va a llevar a él también? — preguntó Russell..

La contestación de Joel fué breve, pero categórica:

—¡No! — dijo — y se dió vuelta hacia el mar.

El joven trató de no sonreírse.

Jinny salió de la choza, fresca como un botón de rosa y llena de alegría. Russell le preguntó si había pasado buena noche.

—Admirable — contestó ella—, pero parece que Lynette St. George no puede decir lo mismo. Se levantó una cantidad de veces, y cuando se llegó a dormir al fin, no hizo más que hablar de tesoros escondidos. Se me hacía agua la boca escuchándola...

—Creo que si hubiese algo de interés en esta isla, algo de valor, los dos viejos sabrían de ello — dijo Russell.

—No sé — contestó Jinny—, pero Lynette estaba enzarzando al viejo Joel para que le dijera algo; no pude muy bien entender de qué se trataba.

Lynette, habiendo llegado a la conclusión de que había algo de valor en la isla, que no alcanzó a ser detallado en la libreta, se puso a enamorar al viejo. La página inconclusa estaba impresa en su memoria. Nunca había sido terminada y ella necesitaba conocer que venía después de la última palabra escrita en ella.

"...Enero, 25. Siendo que cinco de los niños nombrados en la tontina, han sido reclamados por el Señor, me parece que nuestros dos hijos, de once años de edad y que son de muy robusta constitución, pueden ser los sobrevivientes de los doce. Por eso fuí a la isla de Savinaka y me traje, sin decir nada a nadie, mucho de..."

Aquí terminaba la hoja.

El viejo Joel, contento con la presencia de una mujer joven, se puso conversador. Eres una muchacha buena; he conocido muchas que se te parecían. Una envenenó a su marido y se vino a vivir conmigo. Pero nunca trató de envenenarme. Joshua lo haría si se le presentara la oportunidad. No comería ni bebería con Joshua. Echaría a mi té la flor de la estrella, con toda seguridad.

—¿La flor de la estrella? — preguntó la muchacha.

—Sí; la llaman de distinto modo. Abunda en toda la isla. Es aquel arbusto — indicó con la mano — que tiene la flor blanca y el fruto verde. Es moda entre las indígenas envenenar a sus maridos con ella.

Pasaron unos días entre paseos y excursiones por la isla. Russell se iba convenciendo de las malas intenciones de Lynette para con el pobre viejo. Todos los momentos que no ocupaba en explorar la isla, se llevaba riendo y conversando con Joel.

Una mañana, Lynnette llamó a Russell y le dijo:

—Quiero que vengan a servirme de testigo, usted y Jinny Bayly.

Había una nota triunfal en su voz y le pareció a Russell que en la cara de ella se reflejaba la maldad.

—¿Será—dijo Russell embromándola—, que Joel ha hecho un testamento a su favor?

—Casualmente — dijo ella—, ¿le parece mal, acaso?

Russell se encogió de hombros.

—Estoy esperando —agregó la muchacha — a Jinny, que ha accedido a servirme de testigo y a Joel, que está listo para firmar.

Russell no tuvo más remedio que acercarse y testificar con su firma la firma del anciano. Lynette St. George se levantó y abrazando a Joel le dió un sonoro beso en la boca.

—¡Grr!. . — murmuró Jinny, alejándose.

A la hora de comida, Joshua se quejó a Russell de su hermano.

—Joel es muy malo; si pudiera, me envenenaría. Hoy he encontrado varios pedacitos de planta venenosa en la arena. Estoy seguro que Joel le ha echado veneno a mi whisky. Sabía que algún día lo haría.

—¡Pero, por Dios! — dijo Russell!— ¿para qué se imagina estas cosas?

—El porqué no le importa a usted, joven — dijo Joshua, con una mirada de lince—. Yo vi que Joel se llevó las dos últimas botellas de whisky que nos quedaban y me trajo la mía abierta desde su choza. ¿con qué objeto? Está aquí ahora, pero no me atrevo a tomar de ella.

—Si quiere, yo probaré su whisky, antes de que usted lo tome — dijo Russell.

—No, muchacho, no quiero que te pase nada, y te digo que vi pedazos de veneno en la arena. Joel está en la playa con su amiga. Alcanzo a devolver las botellas de whisky, antes de que ellos vuelvan.

Y con una risita maliciosa, se fué corriendo con la botella.

Tomando en cuenta su edad, Joshua era muy activo, pero al volver estaba completamente sin aliento.

Al rato, Russell salió de su choza para dar una vuelta por la playa. A cierta distancia de él, divisó a Jinny y un presentimiento le apretó el corazón. Le pareció que algo estaba afligiendo a la muchacha y se fué corriendo hacia ella. Al llegar cerca de Jinny, tuvo vergüenza de sus temores, pero, viéndole la cara de angustia, se dió cuenta de que sus presentimientos estaban fundados.

—¿Qué le pasa? — le preguntó.

—No sé — le contestó ella—, pero resulta que Lynette y Joel están durmiendo sentados y ésto me ha causado miedo. Hice ruido para despertarlos y no lo conseguí.

Russell pensó inmediatamente en el whisky y se dirigió resueltamente hacia la choza. Al entrar comprobó que la muerte había visitado a aquellas dos personas sentadas frente a la botella de whisky.

—Joshua tenía razón — dijo en voz alta—, sólo que creo que no fué Joel.

Cuando Russell le contó a Joshua lo que había sucedido, el viejo se puso a llorar y a gemir:

—Mi hermano, murió mi hermano.

Parecía que por fin se había despertado en él su amor fraternal. Russell no quiso hacerle ver que, en buenas cuentas, en la muerte de su hermano, él tenía mucha culpa. Frank se daba cuenta que la verdadera causante era Lynette. El porqué de ello no podía adivinarlo. En fin, ahora había que pedir por la paz de su alma, pues ella misma pagó por su pecado.

Jinny lo esperaba llorosa en la puerta. Decidieron enterrarlos a la mañana siguiente. Volvieron donde Joshua y lo encontraron tendido a los pies de la silla. Russell le tiró agua a la cara. Joshua abrió los ojos y sin emocionarse, dijo:

—Me muero...

El joven, en un movimiento irresistible, se agachó encima del moribundo, diciéndole:

—Cuéntenos qué es lo que hay en la isla.

No alcanzó a decir nada más, porque Joshua se había levantado sobre sus codos y le había escupido en la cara. En seguida, se había desplomado muerto.

A la mañana siguiente, tuvieron que enterrar tres muertos.

Russell estaba nervioso.

—Me habría gustado saber de qué se trata; qué misterio oculta esta isla.

—¿Por qué no rebuscamos las chozas? — dijo Jinny—, puede ser que encontremos algo de interés.

Después de una hora de búsqueda, encontraron dos cosas. Un par de grandes anteojos, con tiras de cuero, podridas por los años, y una libreta de cuero negro. Jinny pescó los anteojos, gritando:

—Son anteojos de buzo. Se puede ver maravillosamente con ellos debajo del agua. Los buscadores de perlas lo ocupan siempre.

—Veamos la libreta — dijo Frank respirando fuerte.

¿Sería posible?

Sí; era posible. La última página que Lynette no pudo entender no tuvo secretos para Frank y Jinny. Decía así:

"El viejo misionero trajo conchas de perlas jóvenes de Savinaka (habían criaderos de ellas, allá) y las sembró en esta pequeña laguna, sin decirle nada a nadie".

—Y los dos viejos lo descubrieron

al instalarse a vivir aquí, puesto que ellos eran los últimos sobrevivientes de la tontina — dijo Jinny.

—Pero — arguyó Russell—, las perlas y las conchas no tienen gran valor hoy día.

—Algunas perlas — repuso Jinny—, eso depende de la calidad. Dése cuenta usted que estas conchas han estado durante setenta y cinco años creciendo, sin que nadie las molestara y las perlas, Frank, (nuestro profesor nos contaba estas cosas), las perlas grandes se encuentran en las conchas más viejas.

—Mañana vamos a ver cómo son en realidad, y supongo que por justicia nos podemos considerar los herederos legales de Joshua, la última guagua de la tontina.— Y Russell se estremeció al pensar en la ironía de la vida.

Jinny siendo mujer y por consiguiente más preocupada de las cosas terrestres, dijo a Frank:

—Todavía quedan unos cuantos días antes que llegue un vapor y estamos los dos solos en la isla.

Russell no había reparado en ello, pero interpretando el pensamiento de Jinny, expresó en alta voz:

—Afortunadamente, tenemos dos chozas; una para mi futura mujer y la otra para su futuro marido..

FIN

¡VIVA GLORIANA!

(Continuación de la pág. 7)

cia vecina venía el son plañidero del virginal, que Lucy, la hermosa niña de los ojos grises entonaba, después murmuró:

—Siempre ha habido hombres que me amaron sin esperanza. Me llaman la incomparable GLORIANA, en la firme creencia que no tengo igual entre las doncellas. Realmente les llevo una ventaja, lo confieso, y es que mi belleza permanece siempre fresca. El mundo es testigo de ello.

III

Mientras la Reina baila con el Embajador español en una obscura y desierta galería cercana, olvidados de la Corte, Frant tiene entre sus brazos a la adorable Lucy.

—¿Me amas de verdad, como yo a ti? pregunta el capitán en el éxtasis de su pasión. ¿Me querrás siempre en buena o mala fortuna?

Ella transfigurada de amor, murmura quedamente:

—Desde que te vi te he amado por sobre todos los amores de mi vida.

Días después Frant, al reunirse con Leicester y Hatton, notó que este último le felicitaba veladamente del favor con que la Reina le dispensaba. Además, se impuso de la emocionante intriga de la Corte en aquellos momentos. A la vista estaba que la sagacidad incalculable de Isabel procuraba convertir a España y Francia en potencias controladas desde su trono y, al efecto, había se dos años antes redactado un compromiso de contrato matrimonial con el francés D'Alencon, el cual, los actuales Embajadores de Francia querían ahora ratificar. Sin embargo, nadie podía decir si la Reina realmente quería o no casarse.

—No veo qué tengo yo que ver con esto, había dicho Frant a las confidencias de Hatton.

—Por supuesto, replicó aquél con malicia. Usted es el regalón de Isabel. Toda la Corte lo sabe y no tiene más rival que Marchaumont. Es importantísimo para el reino que nosotros sepamos la verdad.

—No sé como averiguarlo. Su Majestad nunca me habla de negocios del reino.

—Capitán Frant, Ud. puede influir decididamente sobre la reina y aquí estamos nosotros para aconsejarle. Ella tiene secretos que perversamente esconde de nosotros y que usted fácilmente puede descubrir.

—¿De qué secretos se trata, Lord Leicester?

—Este es el más importante: Hemos sabido que piensa traer ocultamente a D'Alencon y casarse con él privadamente, como se lo ha prometido a despecho de los Embajadores.

Frant no necesitaba saber más. Ya podía decir adiós a todos sus sueños si Su Majestad se casaba con D' Alencon y, en cambio, si él, aliado con Hatton y Leicester podían evitar el desastre, su fortuna estaba hecha. Aseguró pues, a Hatton, que podían contar con él. Luego, el hábil cortesano insinuó:

—Hay un pequeño detalle, capitán Frant. Tenemos conocimiento que Ud. está muy inclinado a cierta dama de la Corte. También sabemos de cierta secreta ceremonia... Tenga cuidado. A la Reina no le agrada que sus amantes se casen, por lo menos, hasta que ella se ha cansado de ellos y, entonces, después de su aprobación. Aquí está Lord Leicester, que pasó su luna de miel encerrado en una torre...

IV

Sentado bajo los árboles, en los jardines de Westminster, Frant relata una vez más sus viajes con Drake a la graciosa soberana que le escucha en éxtasis:

—Me siento orgullosa, murmura, de tener en mi armada hombres, tan valerosos.

El se arrodilla junto a su amplia falda y exclama:

—Gloriana Imperial: todo lo hicimos por vuestra gloria y honor. Mis sufrimientos bien empleados están si ellos han conseguido la dicha de estar a vuestro lado.

Halagada hasta lo más íntimo, con las adulaciones del apuesto Cristóbal Frant, ella insinuó animándole:

—Diga la verdad. ¿No busca otra cosa de mí?

Frant creyó que era el momento de hacer una súplica a la reina y recordando a Leicester y Hatton, dijo:

—Sí, Majestad, os ruego de no condescender en vuestro proyectado enlace con el francés...

Al oir estas palabras, la Reina se levantó bruscamente, rugiendo de ira:

—¿Cómo se atreve Ud. a inmiscuirse en asuntos que no le corresponden? Es el mentecato de Lord Leicester quien le ha sugerido semejante demanda. ¿Qué saben esos estúpidos de mis negocios de Estado?, y ¿quién es Ud. para venir a darme sermones?

—Perdonad serenísima señora a vuestro humilde esclavo, exclamó desesperadamente el capitán. Esta es la prueba más clara de mi inmenso amor...

Ella le miraba severamente, guardando silencio. Después, un poco apaciguado ya su furor:

—Raros son los amores tan desinteresados, dijo lentamente.

En ese instante llegaba Marchaumont, a quien la Soberana llamaba familiarmente "monje". Su venida vino a liberar a Cristóbal de la indignación de la orgullosa Majestad.

Corrió hacia el fondo de los jardines, donde Lucy le esperaba y a quien abrazó con fervor, anheloso de olvidar en su compañía la ruin comedia que a diario se veía obligado a representar ante su anciana amante.

—Mi querida esposa, no podía venir antes...

—No creía que la Reina te quisiera tanto, respondió Lucy.

—No digas eso. Su amor puede hacer la felicidad de nosotros.

—¿No sería mejor, Cristóbal, que le confesáramos a ella la verdad? Seguramente nos dejaría ir y ser felices.

—Eso llegará, querida; pero aun no es tiempo, insistió Frant.

Y mientras se alejaban por las silenciosas avenidas, la hermosa Lucy contó al capitán que había visto llegar un barco de Francia y de él, un hombre misterioso y embozado, había desembarcado, corriendo hacia el palacio

Alarmado con esta noticia, Frant dejó a su esposa y corrió en busca de Hatton y Lord Leicester.

V

Meses más tarde, a principios del otoño la Reina flirteaba con el "monje", Marchaumont. Cristóbal Frant recibía manifiestas

pruebas de estimación de parte de Hatton y Leicester y sabía positivamente que D'Alencon había estado en Londres y había partido tres días después, tan misteriosamente como había venido. En la Corte, sin embargo, susurrábase que no tardaría D'Alencon de presentarse con gran boato en Westminster para solicitar oficialmente su novia. Se murmuraba, además, que la casa en que residía Marchaumont, comunicaba con la residencia de la reina, por una galería secreta.

Un día después de una partida de caza, la reina le hizo llamar a sus habitaciones, donde descansaba con sus damas. Entre ellas, Lucy, cada vez más angustiada del temor que su secreto enlace con Cristóbal pudiera su ama sospechar. Como de costumbre, Isabel señaló a Frant un asiento a su lado y mandó imperiosamente a las jóvenes que se retiraran con sus labores a un extremo de la estancia.

—¿Qué le han parecido, joven pirata, mis disparos de ballesta esta tarde? ¿Podría alguno de sus marineros hacer algo semejante?

—Por supuesto que no, Majestad. Es por su habilidad en la caza, que con toda justicia la llaman Diana. Y al decir estas palabras Cristóbal Frant sentía profundamente la repugnancia que le producía esta continua comedia de la adulación cortesana. Mas, se rehizo prontamente y agotó su imaginación comparando las flechas de Diana con las miradas de la reina, que traspasaban los corazones, dejándolos heridos para siempre, tal cual a él mismo le ocurriera aquel día en que por vez primera la vió sobre el puente del Golden Hind.

Su Majestad estaba conmovida y no pudo menos que darle su mano a besar.

En aquel instante Lucy atravesaba el salón y el joven pudo ver cómo las mejillas de su esposa palidecían visiblemente.

La reina mirando a Frant con ternura maternal, le hizo entonces una sincera confidencia:

—Ahora, en premio, Frant, le haré poseedor de un secreto que alegrará su corazón. Nunca me casaré con D'Alencon. Esta es una farsa que debo sostener para que Francia y España se mantengan separadas. Nada hay de lo que Hatton, Leicester y los otros suponen. Primero están los destinos de Inglaterra. Si le he contado esto, querido pirata, que a nadie jamás confiaría, es porque creo en su amor.

Frant dejándose llevar de un inusitado impulso de vehemencia, tomó con las suyas ambas manos de la Soberana y las cubrió de ardientes besos. En aquel mismo instante la puerta de la galería privada se abrió y apareció Marchaumont.

—Encantadora, imperial Gloriana. Perdonad si soy importuno, decía el francés con la petulancia de un irresistible conquistador.

La reina, sin perder su serenidad, exclamó sonriente:

—Nada, nada mi querido "monje", estaba oyendo las ardientes protestas de fidelidad y cariño que me hacía este loco de Cristóbal Frant.

Marchaumont entonces, con un acento muy grave contestó:

—Bien está que todos os profesen amor y fidelidad; pero es el caso que quizás no convenga a vuestra real dignidad recibir tales demostraciones de un hombre casado y cuya esposa, desgraciadamente, es testigo aquí mismo.

—¡Usted miente! ¡Ira de Dios! le interrumpió la altiva Isabel poniéndose de pie, pálida de furor.

—Es solamente la verdad, Señora, y aquí está la prueba, dijo Marchaumont sacando un papel. Es la copia del acta de matrimonio de Frant.

Lucy atravesó corriendo la estancia y fué a caer a los pies de su dama, al lado de Cristóbal, que también se había arrodillado.

—¡Ira de Dios! Gritaba furiosa. ¡Es así como me han engañado! ¡Os mandaré cortar la cabeza!

—¡Perdón! ¡Perdón, Majestad!, balbuceaban los jóvenes en el paroxismo del terror.

—¡Ahorcarles es todavía poco! Insensatos, engañarme así... Por menos que esto mandé a Leicester a la Torre... ¿Qué haré con vosotros?

—Graciosa Majestad, imploraba Lucy, ha sido por mi culpa. Yo sola soy culpable, porque lo amaba...

—¡Silencio! ¡Quiero que hable este pícaro! ¿Qué me dices?

En su confusión, Frant sólo acertó a decir:

—Nada, Majestad, sino que consideréis nuestra ardiente sangre juvenil...

La ira de la reina llegó entonces a su colmo.

—¡Ah! Dijo con voz sorda. ¿De modo que es porque sois jóvenes...? ¡Y yo tan sólo una mujer vieja, buena sólo para ser engañada!

—No es eso todo, intervino Marchaumont, hay que recordar también que él fué quien habló de cierto proyectado enlace vuestro...

—¡Traidor! Irás al cadalso por esto. Nadie podrá salvarte. Así pagarás tu traición y el vergonzoso engaño que me has hecho.

Frant tentó aún un audaz recurso en favor suyo.

—¡Confieso, Majestad! Es cierto que divulgué un secreto vuestro; pero estaba locamente enamorado de vos, tanto que mi fiebre de celos no me permitió reflexionar. Me arrebatan la belleza más grande del mundo y loco, perdido, conté a Leicester lo que sabía. Es la verdad, mi Divina Soberana y ahora podéis hacer de mí lo que os plazca.

La reina se sintió halagada en su infinita vanidad. Era su punto vulnerable.

—¡Ah! Estabas celoso de D'Alencon... Bien. Seré clemente con vosotros. No quiero saber nada más. Retiraos de mi vista. Volved al mar, a vuestras piraterías.

VI

El capitán Frant y su esposa, perdidos en la multitud que se apiñaba en las calles de Londres, esperaban el paso de la corte hacia la catedral de San Pablo, la reina acudiría allí a los oficios que se harían en acción de gracias por el triunfo sobre la flota española alcanzado en el formidable combate del 29 de julio de 1588. Inmensa amargura sentía Cristóbal al recordar que toda la gratitud de la reina para Drake, el héroe de aquella jornada, habíase reducido a pedir que le enviaran tesoros y barcos capturados al enemigo.

Entre un tumulto de entusiasmo, en medio de ensordecedora gritería, de vítores y aclamaciones, Su Majestad se acercaba. Frant luchó con el gentío para verla. Pasó erguida en su caballo blanco, sus mejillas cuidadosamente retocadas, su cabellera más roja que nunca. De pronto Frant se encontró gritando y aclamándola como todos los demás, presa también de irresistible emoción. Con toda su vanidad, con todos sus defectos, su falsedad y su vileza, aquella misteriosa mujer, cuya indomable voluntad por treinta años mantenía por encima de Europa entera, el prestigio de su trono, se le aparecía como un símbolo, como la encarnación misma de Inglaterra.

—¡Viva la Reina! ¡Viva Inglaterra! ¡Viva Gloriana!

ESPOSA VERSUS SECRETARIA

(Continuación de la pág. 12)

---

rato: —Perdona... No, no necesito nada... ¿Dónde vas a almorzar?... ¡Ah!, muy bien... Espera un momento. ¿Qué traje te vas a poner esta noche?... ¿Cuál?... ¡Oh, ése! Lo detesto; es demasiado seductor, exhibe demasiado... No..., de todas

maneras, te lo vas a poner..., ¿Quieres camelias?... Bien..., te mandaré claveles—. Y colgó el fono.

Un momento más tarde pasó por el escritorio de Helen. Le sonrió, echó una mirada a Mary Conners, y salió a almorzar. Mary salió poco después con el mismo fin, y Helen se quedó esperando un llamado telefónico. En cuanto sonó éste, tomó el fono, y le cambió la voz:

—Habla Miss Walsh... Oh, aló, Dave... No, lo siento, tengo que quedarme aquí, voy a almorzar en el edificio... Mañana... No, no me olvidaré. ¡No seas tonto!

Colgó el fono sonriendo. Dave Young era un muchacho simpático. "Haces mal en andar con Dave", le decía su hermano, en cuya firma trabajaba el muchacho.

—Tal vez. Pero no le quiero.

—Las cosas se están echando a perder — se lamentaba Tom Walsh—. Dave gana un buen sueldo para un joven en estos tiempos, cuarenta y cinco dólares a la semana. Pero no por el hecho de que tú ganes veinte más...

Cuando volvió Mary, Helen bajó al comedor del subterráneo. Se sentó con una de las chicas del departamento de avisos.

—¿Es verdad que V. S. va a comprar "La Semana de Manhattan"? — preguntó la joven.

—No sé — contestó Helen. — Había muchos rumores. Cómo habían salido, no lo sabía Helen, porque las negociaciones estaban recién en los pasos iniciales. La razón por la cual Vanning Sanford había tomado sus recientes vacaciones, era para pensar sobre su posible compra, libre de avisadores y presiones extrañas. Helen no tenía la menor idea de los actuales pensamientos de su jefe.

Terminado el almuerzo, volvió a trabajar a su oficina, y estaba dictando una carta a Mary Conners, cuando Sanford volvió del almuerzo.

Entonces llegó Mr. Howard de las Fábricas Unidas de Papel, y fué introducido al escritorio privado. Era un hombre rollizo, con una gardenia en el ojal y unos ojos listos para mirar a una chiquilla bonita. Mary y Helen oyeron el comentario que hizo al entrar a la oficina de Sanford.

—Realmente, Ud. sabe cómo encontrarlas.

—Encontrar, ¿qué? — preguntó Van.

—Muchachas. Por ejemplo, esa rubiecita de la oficina de más afuera.

—Esa es mi secretaria — dijo Sanford tranquilamente.

—Helena de Troya — declaró Mr. Howard.

—Exactamente, Helena... de Troya. De allí creo que procede, Troya, Nueva York.

—¡Oh! — dijo el satisfecho caballero—. Muy bien, muy bien — como si Sanford hubiera creado a Helen y a su pueblo.

Pero cuando Mr. Howard salió, ya no sonreía. Parecía un globo agujereado. Había fallado en su negocio. Helen miró el reloj de su escritorio; se paró y llevó una cantidad de cartas a Sanford, para que las firmara. Faltaban diez para las cuatro.

Firmó las cartas, y luego preguntó:

—¿A qué hora van a llamar de Londres?

—A las cuatro.

—¿Necesita algo más, V. S.?

—No. Solamente flores y otras cositas de la temporada. Estamos de aniversario de matrimonio hoy. Vamos a celebrarlo.

Sonó el teléfono de larga distancia. Contestó Mary. "Londres llama a Mr. Vanning Sanford", informó el operador.

—¿Aló? Sí, Sanford... ¿Con Wilkins?

Helen tomó las cartas y regresó a su oficina a cancelar tres compromisos, con tanto tacto como fuera posible.

A las cuatro y media, Vanning Sanford dejó la oficina, Helen estaba sola en la suya.

—Adiós, preciosa — alcanzó a decir de pasada.

Una hora después estaba en su casa de nuevo. Traía una caja de flores, envuelta en cintas plateadas. En el bolsillo de su sobretodo descansaba, no muy cómodamente, un gatito siamés. Sus fuertes brazos apretaban un corderito, albísimo, con una cinta azul al cuello.

—¿Aló? — gritó en la puerta — Santa Clause...

Linda bajó la escala corriendo.

—Jake, estás loco.

Sanford sacó el gatito de su bolsillo y lo puso, junto con la caja de flores, en los brazos de Linda.

—Las flores en la hielera; el gatito en la sala — a menos que temas por la alfombra — y el cordero en el dormitorio.

—Jake, me vas a enfermar. ¿Para qué el cordero? — dijo Linda enarcando las cejas.

—¿Para qué? Cuando estábamos en el campo dijiste que deseabas tener algo blanco, suave, abrigador, para meter los pies al levantarte. Y... ¿qué más abrigador que la lana de oveja?

Linda se volvió hacia el chauffeur:

—Finney, amárrelo en la terraza, o donde pueda, por un momento.

Después, abrazando el gatito a su pecho, junto con las flores:

—¿Qué haremos, Jake, con él?

—Es una broma — dijo consolándola—. Finney lo devolverá a la noche. Tuve que comprarlo. Lo enviarán a la hacienda mañana.

La hacienda estaba en Westchester. Allí tenían plantaciones de papas, y toda clase de hortalizas.

—¿Qué tal día? — preguntó Linda, y luego agregó: —Toca dos veces el timbre, ¿quieres?

Vino Juana la sirviente, y se llevó las flores y el gatito. Era un lindo animal. Linda lo acarició, y dió sus instrucciones a la empleada:

—Busque un cajoncito para él, Juana. Mañana voy a comprarle un canasto. Las flores, póngalas en la hielera. — Luego se sentó y miró a su marido: —¿Quieres beber algo?

Sanford no había contestado la pregunta de su esposa sobre la oficina. Casi nunca lo hacía. Ella sabía poco respecto a los negocios, ni estaba preparada para comprenderlos.

La comida no era hasta las ocho. Pero a las siete, Mr. Sanford se bañó y vistió. Bajó a buscar los diarios de la noche. En la sección prensa de uno de ellos vió un párrafo: "Se rumorea que "La Semana de Manhattan"...

Arrojó el diario y se dirigió al teléfono. Dijo bruscamente:

—Llame a Miss Walsh.

—¿Número? ¿Cómo diablos es el número, el número de la casa?

Colgó el fono y subió a buscar la guía. Por fin encontró la dirección que buscaba. Se sentó en la cama, tomó el teléfono de la mesita de noche y dió el número.

—¿Qué pasa? — preguntó Linda, desde su cuarto, volviéndose del espejo.

—Nada — dijo su marido—. Aló.... aló... ¿Está ahí Miss Walsh?

Contestó el hermano de Helen:

—Ha salido a comer afuera. No, espere un segundo. Creo que alcanzo a llamarla.

Sanford esperó furioso. Por fin contestó Helen.

—Helen, ¿vino un hombre de "La Semana de Manhattan", con unos papeles, después que yo salí?

—Sí — contestó Helen—. Como a las cinco.

—¿Qué hizo con ellos?

—Usted no me dejó instrucciones. Los guardé en la caja de fondos.

—Muy bien — dijo Sanford, tranquilizado—. Son los contratos. Muy tentadores, por cierto. Quisiera verlos. El abogado va a venir temprano, en la mañana, pero debo verlos primero. ¿Hay alguna forma en que usted pueda...?

—Se los llevaré, V. S. — contestó ella.

—Mande un mensajero. No, espere. ¿No podría traerlos usted? No, no al momento. Vaya a comer. Después... Estoy perdiendo la memoria — dijo—. Me había olvidado.

Helen pensó que a él no le sucedían esas cosas a menudo. Muchas vacaciones, pensó, demasiados aniversarios.

Tenía que ir a comer al restaurante ruso con Hawks, el jefe del personal, y con su esposa, y media docena de personas más. Le dijo a Sally Hawks: —Tengo que irme temprano.

—Oh, Helen, ¿por qué? Teniendo a su lado dos muchachos que se pelean sus palabras...

—Negocios — dijo Helen, sonriendo.

A las diez salió del restaurante. Había sido una comida excelente, había bailado. Uno de los muchachos quiso acompañarla a su casa, pero se disculpó con una broma. Y todavía iba riéndose cuando llegó al guardarropía. Un hombre que estaba retirando su sombrero, se volvió y quedó frente a ella, mirándola con curiosidad. Ese pelo rubio, claro, esa hermosa figura de blanco... ¿Dónde la había visto?

De repente se recordó. Y se acercó a ella, embarazosamente, un hombre gordo con una flor en el ojal.

—Es usted... No la vi esta mañana en...;

—Buenas noches, Mr. Howard —dijo ella serenamente. Y el nuevo presidente de las Fábricas Unidas de Papel se hinchó de satisfacción.

Caminó con él hasta la puerta.

—¿A dónde la llevo? Tengo el coche en la puerta.

—No, gracias; tomaré un taxi.

El gordo le puso la mano en el brazo.

—Mire—dijo—. No piense mal. Soy bastante viejo, como para ser su padre.— Y esperó en vano una respuesta. Como no llegara, insistió. —¿Quisiera comer conmigo una de estas noches? Deseo conocerla mejor.

Por cierto, que le gustaría conocerla mejor. Quería conocerla lo bastante para convencerla que persuadiera a Sanford y le hiciera cambiar de pensamientos con respecto a la renovación de los contratos de papel.

Helen dijo vagamente:

—Sería delicioso.— Le sonrió y tomó un taxi.

Siempre era lo mismo. No podía ir a ninguna parte sin que la persiguieran, pero no podía crear enemigos a Sanford; era necesario ser amable.

El "party" de los Sanford estaba en lo mejor. Poco después de 10 había terminado la comida y los invitados pasaron al living donde "el Acorazado" los entretenía haciendo imitaciones. "El Acorazado" era un joven llamado Polsky. Era un muchacho de enormes hombros, lo que le había traído el apodo. Vivián lo adoraba. Sylvia Roswell flirteaba con Raúl, y los otros bailaban con la música de la radio.

—¿Feliz? — preguntó Sanford, abrazando a su esposa.

—Tú lo sabes bien — dijo ella.

Sonó el teléfono. —La señorita Walsh espera abajo — dijo una voz.

—Dígale que suba, Simpson.

—¿Miss Walsh? — preguntó Linda.

—Sí. Negocios. Me olvidé de algo y ella me lo trae.

—Por Dios, Jake. No debieras hacer eso. ¿No puedes dejar libre por unas horas a esa pobre muchacha? Yo no sería tu secretaria por nada del mundo — dijo Linda, indignada.

Sonó la campanilla de la puerta. Simpson acudió y se retiró al lado de adentro para que pasara Helen. Todos los hombres quedaron galvanizados con su presencia, y también todas las mujeres. Aún Sanford, acostumbrado a estos milagros, miró dos veces. Vestía ella un lindo traje de terciopelo negro.

Linda, dijo: —Van es un desconsiderado, Miss Walsh, sacándola de su party para hacerla venir aquí.

—Oh, no era un party — contestó Helen, tomando la manito pequeña y firme de Linda.

—Aquí está mejor — le dijo Sanford—. Usted no conoce a los presentes, ¿verdad? Venga a conocer la cuadrilla.— Tomó el sobre que ella traía en sus manos, la llevó hasta sus invitados y la presentó.

Raúl musitó en el oído de Dick Merrit—. ¿Quién es?

—La secretaria de Van — dijo Merrit—, ¡linda muchacha!

—¿Secretaria? — se admiró Raúl—. Pero no hay derecho para que una mujer tenga ese aspecto...

Linda decía, mientras tanto:

—No, insisto en que se quede. Luego vendrán otras personas. Por favor..., o nunca perdonaré a Van...

Sanford, dijo:

—Sí, quédese Helen. El "party" acaba de comenzar. Yo la mandaré a dejar después.

Helen sonrió. —Ustedes se olvidan que soy empleada.

—Bien, olvídelo usted también.

—Vamos — dijo Linda—. Usted tiene que cambiar la cara de Van. De otra manera, todos los presentes van a creer que es un ogro.

Y la llevó hasta un asiento, a su lado, mientras Simpson entraba con vasos y botellas de cristal.

(Continuará en el próximo número).

LA MUJER MODERNA EN LA POLITICA

(Continuación de la pág. 17)

en el Cercano Oriente. Turquía va a la cabeza de las demás naciones en el despertar femenino, y las mujeres están ya allí tomando parte en los negocios públicos.

En el Lejano Oriente cambian las cosas. En la India hay un verdadero movimiento feminista en gestación. Algunas mujeres hindúes están realizando una gran obra, destruyendo todos los antiguos prejuicios sociales de su país, y dedicándose a servirlo. Pero hay algunas que derrochan sus energías y se han dejado conquistar por un nacionalismo extremo, perdiendo todo control de lo que debe ser un objetivo práctico.

En el Japón, tengo entendido que no existe realmente movimiento feminista; error profundo, si el Japón ha de seguir en su marcha progresista al lado del Occidente.

En la China, por otra parte, me dicen que se ha operado un gran cambio, y que las mujeres tienen hoy una situación mucho mejor que la que tenían hace poco. Desde luego, la China está en período de confusión política, y no hay en todo el país un Gobierno estable. Los más conocedores del país me aseguran que las mujeres chinas están despertando, y que en época muy próxima habrá allí un enorme desarrollo político.

La situación política de las mujeres en Sud América varía de una nación a otra. Hay países como Chile, en donde la mujer no sólo tiene derecho a voto, sino que cuenta con leyes progresistas y avanzadas, y hay otros países en los que se vive aún como en tiempo de la colonia, y en los que una mujer no puede siquiera salir a la calle sin llevar una persona que la escolte y la acompañe. En los Estados sudamericanos hay una gran confusión política, y en algunos impera la destrucción y la guerra. Si se dejara a las mujeres intervenir en la cosa pública, seguramente no se producirían estas vergüenzas.

Esta es, rápidamente diseñada, la situación de la mujer en los diversos países y continentes en la actualidad. En los grandes Estados democráticos de habla inglesa, que, a mi modo de ver, tienen la llave del porvenir de la humanidad, las mujeres son política y actualmente libres y los hombres son libres también. Si son cuerdos y avisados, si son prácticos y pacientes, si se niegan a embarcarse en un violento nacionalismo y en toda forma de gobierno que signifique represión de la libertad, como las dictaduras, si rehusan dejarse arrastrar a una guerra, creemos que el mundo y la civilización que conocemos están a salvo. Pero es menester que se mantengan firmes y es necesario que se mantengan unidos.

Todo pensador político y todo es-

tudiante de economía o de sistemas sociales sabe una cosa: Si este mundo nuestro de la post-guerra ha de seguir progresando, es indispensable que pensemos más en el comercio y menos en fronteras y fortalezas. La producción y el consumo y la distribución de mercaderías deben arreglarse internacionalmente o si no, iremos derechos a la ruina. Todo el mundo sabe esto, todo el que entiende en asuntos económicos y toda persona inteligente sabe esto mismo y dice esto mismo.

Y, sin embargo, en casi todos los países de la tierra hay una oleada de nacionalismo. Hasta en la misma Rusia. Hoy hay mucho más flamear de banderas y más excitación patriótica que la que había en 1914, y en cuanto a los armamentos, estamos llegando mucho más allá. No hay país del orbe que esté libre de esta obsesión de la guerra, y si esta obsesión sigue aumentando, no hay posibilidad ni esperanza de libertad. No se puede organizar el comercio sobre esta base, ni puede haber tal confianza y seguridad. Es un estado de ánimo peligroso y una situación peligrosa para los negocios, que puede traernos la ruina completa de la civilización.

¿Qué haremos en este caso? — He aquí la cuestión práctica. A esta pregunta, yo creo poder contestar que la mujer está llamada a resolver el problema y especialmente la mujer inglesa. Podemos hacer uso del voto que se nos ha concedido. Podemos hablar y podemos escribir y por lo tanto podemos contribuir grandemente a formar opinión. Podemos decir a los hombres y mujeres que nos representan ante el Gobierno, que, suceda lo que suceda, los Estados Unidos y el Imperio Británico pueden, juntos de la mano, defender la paz mundial; sus navíos juntos pueden conseguirlo. Podemos hacer que los hombres y las mujeres que nos representan, se convenzan de que es indispensable conservar entre Inglaterra y Estados Unidos una inteligencia y una unión inquebrantables y de que **por ningún motivo ni bajo ninguna circunstancia** debemos ir a pelear unos contra otros. Podemos tal vez no querernos; podremos tal vez discutir; pero debemos hacerlo dentro del marco de la ley; acudamos a las leyes, pero no a las armas.

Dirá alguno que esto es hablar vagamente, y tal vez no comprenda cómo una pobre y tranquila mujer de su casa puede contribuir a que este anhelo se realice. Podrá alguien pensar que las fuerzas económicas y raciales que actúan hoy en el mundo son demasiado poderosas para dominarlas o que, por lo menos, ésta es tarea que está muy por encima de una mujer o de un hombre cualquiera. No pienso yo así.

Desde luego, nosotros no podemos controlar todo el mundo ni tampoco lo deseamos; pero podemos, ciertamente, tener el control de este rincón del planeta. El hecho esencial es que nos sometamos a la ley y no a la guerra, y este será un medio práctico de asegurar la paz universal.

FIN

LA SERPIENTE AMARILLA

(Continuación de la pág. 14)

Alegres necesitarán un nuevo jefe y que tu hermosa fábrica volará por los aires..., y tú, con ella!

Volvió la espalda y salió de la oficina cerrando, de golpe, la puerta tras sí.

Fuera de las oficinas, en el pasillo, le estaba esperando la muchacha, desconcertada y nerviosa; pero a través de la complicada telaraña de sus emociones, brillaba un hilillo de fe en este hombre que tan inesperada y violentamente había aparecido en el horizonte de su vida.

Cuando hubo cerrado la puerta, Juana le miró, devolviéndole la sonrisa que él le dirigía.

—Vámonos al Ritz — dijo bruscamente—. Tengo un apetito atroz. Estoy en pie desde las cuatro de la mañana.

Ya no volvió a hablar en el ascensor. Cuando reanudaron la conversación, iban en un taxi que avanzaba lentamente entre el enorme tránsito, por frente de Mansión House.

—¿Quién es Fing-Su? — preguntó Juana.

Clifford Lynne hizo un movimiento de sobresalto, como si aquella pregunta le hubiese hecho despertar de un sueño.

—¿Fing-Su?... — dijo, indiferente. —No es más que un chino... un chinango, hijo de un viejo mercader que no era un mal sujeto. Ese mercader había sido educado en una misión y esto es, precisamente, lo que le echó a perder. No es que yo reniegue de las misiones; no. Pero no pueden hacer milagros. Eso es todo. Se necesitan nueve generaciones para hacer que un negro piense como un blanco..., y diez mil años para cambiar la mentalidad de un chino.

—Pues él había como un hombre instruído — comentó Juana, con extrañeza.

—Estudió en Oxford y es bachiller en Artes — explicó Clifford. Y al ver el gesto de asombro de su prometida, se echó a reir—. Joe Bray le envió a esa Universidad. El viejo hizo algunas tonterías y estupideces, aunque de buen corazón. Una de ellas fué la de enviar a Oxford a ese Fing-Su.

Nunca pudo acordarse Juana de lo que, exactamente, sucedió durante la comida. Tenía una vaga idea de que Clifford había estado hablando todo el rato y solamente al finalizar el menú, tuvo ella una oportunidad para expresar sus temores respecto a la actitud que adoptaría Narth.

—No se preocupe por lo que a él se refiere — contestó Lynne, malhumorado—. Se ve en unas dificultades y problemas bastante malos.

Pero en el interior de la muchacha, quedaba algo por decir y aprovechó el momento en que subió al automóvil que Clifford había hecho llamar para que las condujese a Sunningdale.

—Señor Lynne... — murmuró Juana, dudando—. Este casamiento absurdo...

—Ni más ni menos absurdo que otros matrimonios — dijo él, friamente—. Con toda seguridad, menos absurdo que cuando yo llevaba mi hermosa barba. Quiere usted salirse del compromiso?

Juana se enfadó — era disculpable

¿HA LEIDO UD. LA
REVISTA DEL PACIFICO ?
Publicada con la cooperación de los
ESCRITORES DE CHILE
Representa un espléndido manojo del pensamiento de los escritores nacionales.
La publicación mensual que debe leer toda gente culta.
Pídala en librerías y puestos de diarios
PRECIO: $ 2.00

su enfado, porque Clifford había hecho su pregunta con un tono lleno de esperanza.

—No, señor. Es lógico que no quiera salirme de una cosa que he prometido—respondió.

—¿Por qué? — insistió él.

Las mejillas de la joven se tiñeron de intenso carmín.

—¿Qué quiere usted decir? — murmuró.

—Que... ¿por qué accedió, tan fácilmente, a ello?... Eso es lo que me extraña — explicó Clifford Lynne—, porque no pertenece usted a esa clase de muchachas que aceptan al primer hombre que se les presenta. No. Usted es muy distinta a la robusta y sentimental Mabel y a la casi rígida Letty. ¿Qué dominio puede tener Nath sobre usted?

La pregunta dejó a Juana silenciosa.

—El tiene algún ascendiente sobre usted, ¿verdad?... Narth ha dicho: Te has de casar con ese bicho raro o de lo contrario... ¿qué?

Ella movió negativamente la cabeza, pero la mirada de Lynne era insistente y sus ojos grises se fijaron atentamente, en su cara.

—Cuando llegué a Inglaterra estaba dispuesto a casarme con ella..., cualquiera que ella fuese. ¡Pero yo no podía esperar que esa ella... fuese usted!

—Y, ¿por qué estaba usted dispuesto a aceptar cualquier mujer?—interrogó Juana, de una manera que parecía desafiarle.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Clifford Lynne.

—Es justo que pregunte usted eso —admitió—, y ahora mismo se lo voy a decir. Yo quería de verdad al viejo Joe. Dos veces salvó mi vida. Era el más bondadoso y fantástico aventurero que jamás existió y se empeñó en que yo me casara con alguna muchacha de su familia. Nada de esto lo supe hasta el momento en que me dijo que se iba a morir, cosa que no creí..., pero aquel loco médico sueco que vivía en Cantón, confirmó el diagnóstico. Joe Bray me aseguró que moriría feliz si yo continuaba la línea — como él decía... — aunque bien sabe Dios que en su familia no hay ninguna persona que merezca continuar la línea..., a excepción de usted—añadió rápido.

—Y, ¿usted lo prometió? — preguntó Juana.

Clifford asintió.

—Sí. Y no es que estuviera borracho cuando así lo prometí. ¡Creo que también yo soy un sentimental!... Joe murió en Cantón. De allí vino el telegrama. ¡Muy propio de él, ir a morirse a Cantón! — dijo amargamente—. ¡Ni siquiera podía haber muerto, tranquilamente, en Siang-Kiang!...

A Juana le hirió, un poco, su dureza.

—Y ahora, que ya sé que va a casarse usted conmigo, sólo por cumplir una promesa..., ¿qué espera que haga yo? — preguntó.

—No. ¡Usted no puede aprovecharse de mi franqueza para evadirse!—dijo Clifford, frunciendo el ceño—. Cuando vi el testamento de Joe Bray, ya estaba yo en Inglaterra y era demasiado tarde para que lo alterase. Nuestro casamiento antes de fin de año, significa, para Narth, una diferencia de un millón de libras esterlinas.

—¡Cómo!... ¿Tanto capital?—preguntó la muchacha, sorprendida.

—Yo creí que iba usted a decir, ¿... y eso es todo? En realidad, importa (o mejor dicho, importará dentro de algún tiempo) más de un millón. La Compañía es inmensamente rica.

A estas palabras siguió un silencio, durante el cual iban ambos demasiado preocupados con sus propios pensamientos para entablar, de nuevo, la conversación. Al cabo de un momento, dijo Juana:

—¿Era usted, señor Lynne, quien le llevaba los asuntos?

—Mis mejores amigos, siempre me llaman Cliff — le advirtió él—, pero si le resulta un poco violento..., puede usted llamarme Clifford... Sí; yo le llevaba los asuntos.

Ya no añadió más explicaciones y el silencio se hizo tan opresivo que Juana sintió cierta alegría cuando el automóvil se detuvo ante la puerta de la residencia de Sunningdale.

Letty, que estaba en el jardín, jugando al croquet, se acercó, corriendo, con el mazo en la mano y fruncido el ceño.

—Creí que ibas a quedarte a comer en la City, Juana — exclamó como reprendiéndola—. Ciertamente, resulta esto muy violento, pues la familia Vaseys viene esta tarde... aunque ya sé que a ti no te satisface.

Hasta entonces no se había fijado en el elegante joven que acompañaba a Juana. Bajó los ojos y empezó a balbucear algunas palabras, pues la modestia y confusión de Letty ante los hombres era uno de sus principales encantos. Juana ni siquiera intentó presentarle a su acompañante, sino que se despidió de él y quedó contemplando cómo el coche se deslizaba por la avenida.

—De verdad te digo, Juana — protestó Letty, indignada—, que tienes menos educación que un perro... ¿Por qué razón no me has presentado a ese hombre?

—No creí que tuvieras interés porque te presentara. Desde que estuvo aquí la última vez, ¡has mostrado tanto desagrado por todo lo que con él se relaciona!... — contestó Juana, poniendo, en sus palabras, cierta malicia.

—¡Pero si nunca ha estado aquí!—insistió Letty—. Está muy mal, por otra parte, que digas que he demostrado disgusto por nadie. ¿Quién es él?

—Clifford Lynne — dijo Juana. Y después, añadió—. Sí. ¡Mi prometido!

Letty quedó asombrada, con la boca abierta..., y así la dejó Juana cuando subió a su cuarto para pasar allí el resto de la tarde, presa de ciertos temores respecto a lo que el señor Narth pudiera decir, a su regreso; pero cuando entró en casa, poco antes de la cena, mostró una amabilidad sorprendente, casi paternal. Sin embargo, la joven pudo observar cierta nerviosidad en sus gestos, cosa que antes no había notado en ninguna ocasión, por lo que empezó a cavilar y se sumió en una mar de dudas, pues no sabía si la causa de aquello era Clifford Lynne o el extraño personaje chino que durante la noche le persiguió en horrorosas pesadillas.

CAPITULO XI

Clifford Lynne había alquilado, en una de las típicas calles del distrito de Mayfair, una casita amueblada que presentaba la ventaja, según su punto de vista, de tener una salida por la parte trasera, pues el edificio constaba de un pequeño garage recayente a un callejón, largo y limpio, formado por otros muchos garages, con un solo piso, donde vivían los choferes de sus respetables vecinos.

Clifford Lynne estaba preocupado por algo que no era Fing-Su, ni Juana, ni el señor Narth. En su cerebro nació una duda, que habiéndose convertido en sospecha llevaba trazas de acabar en convicción. Toda la tarde la había pasado leyendo los periódicos llegados aquel mismo día, de China. Justamente a las siete, vió una noticia en el North China Herald, que le hizo dar un salto y lanzar un juramento. Era demasiado tarde para hacer investigaciones y, además, en aquel instante le fué anunciada una visita. Era el señor Ferdinand Leggat, el bondadoso y amable caballero, que había llegado por la puerta trasera del garage, admitido por el chofer de Lynne. Había sus motivos para esta forma secreta, de entrar.

Leggat se volvió para cerrar la puerta, pero el criado que le seguía le evitó este trabajo. En la cara del recién llegado no se reflejaba temor precisamente, pero sí algo que se podría interpretar como una falta de tranquilidad. Leggat estaba preocupado.

—Hubiera deseado que me citara usted un poco más tarde, señor Lynne—dijo, mientras el otro le hacía seña para que se sentase.

—Nada hay tan inocente como la luz del día — respondió despacio Clifford Lynne—. Además, nadie sospechará de un taxi. Supongo que al tomarlo, lo haría usted con toda naturalidad y en la forma corriente... Murmuraría algunas instrucciones al conductor y éste le trajo hasta aquí. ¿Eh?... Si un gran limousine le hubiera recogido en una calle obscura, hubiese podido despertar sospechas...

—Sí..., pero estos conductores de taxis hablan más de la cuenta...—dijo Leggat jugando con el cuchillo y el tenedor.

—Los demás..., pero no éste. Este es mi propio chofer que desde hace ocho años lo tengo a mi servicio. Ahí, en el aparador, encontrará usted lo que quiera, tanto bebida como comida. Sírvase usted mismo.

—Su criado, ¿no ha de entrar aquí? —preguntó, el otro, nerviosamente.

—Si hubiera de entrar no le diría que se sirva usted mismo—dijo Clifford—. Antes de que se marche, quiero hablar un poco con usted. Por eso le pedí que viniese tan temprano. ¿Qué ha sucedido hoy?

Fué hasta el aparador, se sirvió un trozo de pollo y ensalada y volvió, con el plato, a la mesa.

—¿Qué ha sucedido? — preguntó otra vez.

Evidentemente, el señor Leggat no tenía el menor apetito, pues todo lo que se sirvió fué una botella de whisky y un sifón de gran tamaño.

—Sí. Clay está furioso. Debe tener usted mucho cuidado con ese individuo, Lynne. Es un hombre peligroso.

Clifford Lynne se sonrió.

—¿Y sólo para que me diga usted eso, le he hecho recorrer el camino desde su casa, en South-Kensington? —preguntó sarcásticamente—. ¡Y tan peligroso como es!... Pero, ¿qué sucedió?

—No lo sé exactamente. Estuve con Spedwell unos cuántos minutos y me dijo que Sr. Clay...

—Llámele Fing-Su... Eso de lla-

mario St. Clay me da náuseas — interrumpió Lynne.

—Pues..., me dijo que Fing-Su se puso como un demonio. Después insistió en que Narth debía considerar lo sucedido como una broma. Yo, en lugar de usted, vigilaría bien a la chica.

Clifford levantó los ojos y le miró.

—Querrá, usted, decir a... la señorita Bray. Prefiero que la llame, usted, señorita Bray. Eso de "chica" parece algo irrespetuoso — dijo con frialdad—. ¿Le resultará molesto?

Leggat sonrió forzadamente.

—¡Ah! No sabía que fuese usted tan particular en ese asunto... — murmuró.

—Pues, sí... Lo soy, un poco — afirmó Lynne—. Y bien. Fing-Su es peligroso. De ello no tengo la menor duda, pero lo que yo quisiera saber es si usted mismo se ha percatado de lo mortalmente peligroso que, en realidad, es.

—¿Yo?—preguntó Leggat, sorprendido—. ¿Yo?... ¿Por qué?...

Clifford Lynne le miró de una manera extraña.

—Tengo entendido que usted se ha alistado en su querida sociedad de Las Manos Alegres y que, además, ha prestado alguna clase de juramento mumbo-jumbo (1).

Leggat se revolvió, violento, en su silla.

—¡Oh!... Eso... No concedo gran atención a cosas de esa clase — dijo con cierto embarazo—. Las sociedades secretas están muy bien, vistas del lado teatral. Son un juego, sencillamente un juego de misterio y otras distracciones. Además, Fing-Su tiene un buen negocio en Londres y no se arriesgaría en jugadas tontas. Sí. Me dijo que en cuestión de un año, tendrá en sus manos casi la totalidad del negocio del Sur de China. Dicen que tiene puestos comerciales hasta en la misma frontera del Tibet... ¡Ese hombre, debe ganar miles de libras todos los años! Eso de la sociedad secreta, no es más que una treta comercial suya. Spedwell me ha dicho que en casi todas las ciudades populosas de China, hay logias. Eso es la gran cosa para el negocio, ¡naturalmente! Fing-Su se ha convertido casi en un pequeño Dios, entre los naturales de aquel país. Fíjese, si no, en las oficinas que está construyendo en Tower Hill y en la fábrica de Peckham.

—Esa fábrica de Peckham intento verla esta noche — dijo Lynne. Y al oírle, la cara de Leggat se ensombreció.

—¿Y cree usted que esa es una idea sensata? — preguntó—. Todo el lugar está infectado de chinos. Tiene más de doscientos cincuenta, trabajando allí. Cuando solamente tenía cincuenta, la gente de Peckham protestó. Ese es el motivo por qué les da alojamiento dentro de la misma fábrica y no conseguiría, usted, entrar en ella ni por amor ni por dinero.

Clifford Lynne sonrió.

—Ninguna de las dos cosas intentaré — dijo—. Todo lo que pretendo es que me dé usted la llave de la puerta.

El corpulento Leggat se puso pálido como un muerto y se llevó la mano, temblorosa, hasta los labios.

—Eso no puede decirlo usted en serio — murmuró, con una especie de ronco suspiro—. ¡Por Dios, hombre!... Usted no irá... No. Yo no puedo llevarle... ¿No hay otro medio?... ¿No podría, usted, llamar a la policía... o al Ministerio de Negocios extranjeros?

—Tanto la policía como la Oficina de Negocios extranjeros se reirían de mí — contestó Lynne—. Quiero ver, por mí mismo, lo que sucede tras los muros que bordean esos tres acres de terreno. Quiero ver, con mis propios ojos, lo que el señor Grahame St. Clay está haciendo, en esos almacenes, con sus barcos y sus lanchas motoras. Pero... principalmente, quiero ver la Sala de la Cabra Blanca.

Leggat tembló como un azogado. Abrió la boca como para decir algo, pero no pudo articular una sílaba.

Por fin, con un gran esfuerzo, logró expresarse:

—Allí... ¡allí está la muerte! — y sus ojos se fijaron, aterrados, en el rostro de su interlocutor.

—¿La muerte?... ¡Bah!... ¡Quizás para usted..., pero no para mí! —respondió Clifford Lynne.

CAPITULO XII

Nadie se hubiera fijado en las actividades de la Federación China de Comercio, de no ser por las protestas que originó el empleo de estibadores de la raza amarilla. Se sabía que la Compañía estaba constituida por escandalosos comerciantes chinos y, por tanto, no era de extrañar que estos promotores prefiriesen el concurso de individuos de su misma nacionalidad. Cuando las protestas cesaron y los obreros chinos fueron aceptados por la Unión de Trabajadores, empezaron las quejas de los habitantes de los alrededores de la fábrica, por cierto atropello escandaloso que se cometió cerca de aquélla. Fué lo único que ocurrió, pues, felizmente, la Federación tomó la enérgica determinación de proporcionar alojamiento, en el mismo recinto de la fábrica, a todos sus operarios. Había allí sitio más que suficiente, pues en los terrenos propiedad de la Federación, existían varios edificios de cemento. La fábrica era una de las muchas construídas durante la Gran Guerra para la producción de municiones y que, al firmarse el Armisticio, había sido abandonada y la Federación pudo comprarla por una parte insignificante de su valor.

El edificio estaba a orillas del lento canal de Surrey y tenía sus propios docks y un muelle donde, semanalmente, se cargaban y descargaban innumerables barcazas. Sólo estas barcazas estaban tripuladas por hombres blancos, pero los vapores que transportaban las mercancías de la Federación a las costas africanas, iban tripulados, absolutamente, por chinos.

La llamada "Flota Amarilla" estaba integrada por cuatro barcos, comprados también al principio de la prosperidad del negocio naviero.

(Continuará en el próximo número).

(1) "Mumbo-jumbo": El autor emplea esta palabra intraducible y extraña. Acaso la onomatopeya de un juramento susurrado entre dientes. Para no alterar el texto, respetamos la palabra.—(N. del T.).

Momentos memorables

Un momento memorable de mi vida pasó cuando me fué dado contemplar por primera vez las maravillosas obras de la naturaleza que Dios nos ha dado en los árboles y en las flores Esto parecerá absurdo a quien haya crecido viéndolas, y, sin llamarle ya la atención por la costumbre de haberlas visto siempre, sus bellezas pasarán inadvertidas a sus ojos.

Pero yo pasé mi infancia en un árido puertecito del norte de Chile, donde jamás llegó una planta ni menos una flor, y sólo tenía una vaga idea de ellas por lo que leía en mis libros de lectura. Cuando yo tenía doce años, mis padres vieron la necesidad de ampliar los estudios, por allá muy deficientes, a sus hijos y para esto nos vino a dejar nuestra mamacita a La Serena.

Esta ciudad puede decirse que verdaderamente es un jardín, donde se cultivan las más hermosas flores, y en casi todas las casas, aún las más modestas, no dejan de tener su pequeño huerto.

Desembarcamos en Coquimbo en la tarde, a tiempo de tomar el último tren a La Serena, donde nos esperaban en casa de nuestros parientes; comimos y nos llevaron a la cama, pues ya nos caíamos de sueño.

Al día siguiente, movidos de nuestra infantil curiosidad, quisimos ver dónde estábamos y sin permiso de nadie, nos metimos por todos los rincones de la casa hasta que llegamos a un patio cuya puerta abrimos, y entonces mis ojos contemplaron admirados y sin comprender, qué eran aquellos grandes árboles, unos gigantescos chirimoyos y lúcumos, papayos y naranjos cubiertos de azahares, que habían en un gran huerto al fondo de la casa. A un costado de él se veía un jardín primorosamente cuidado y cubiertas sus plantas de flores las que llamaron inmediatamente nuestra atención; hermosísimos claveles y rosas, lirios y retamos completamente florecidos. No comprendíamos qué eran semejantes maravillas que jamás habíamos visto.

A toda prisa fuimos a buscar a mamá, que viniera a participar de nuestra admiración. Ella nos explicó lo que era y no nos convencíamos que de la tierra de color obscuro pudieran salir esos admirables colores de los pétalos de las flores y que, aun más, despedían tan exquisita fragancia. Semejante impresión aun perdura en mi mente, y se puede decir que revive cada vez que veo una flor, aunque sea una humilde florecilla de los campos.

ZULEMINE.

Mosaico femenino

Por Rebe

Doña María Eugenia:

Soy una mujer joven, según el pensar de los demás, bien parecida, coqueta (no lo niego), ansiosa de gozar de todos los bienes terrenales.

Mi marido, a quien quiero con toda intensidad, no puede darme, materialmente, todo lo que yo deseo.

Me agradaría que usted me librara de este conflicto interior: amo a mi marido, pero mi carácter me obliga a estimar en alto grado los placeres exteriores.

¿Qué debo hacer?

Maritza.

Respuesta a Maritza:

Su pregunta me ha puesto en aprietos, se lo confieso. No porque ella encierre un problema hondo o grave, sino porque no he podido entender bien aquello de "los placeres exteriores".

¿Se refiere usted, acaso, a los placeres que dan el lujo, las diversiones y los paseos?

Una mujer realmente enamorada de su marido olvida, con facilidad, los placeres que pueden proporcionar el lujo y los paseos, si el marido no puede, materialmente, dárselos.

El amor es un compendio maravilloso de sacrificios, de abnegación de compañerismo.

En el caso suyo habría que suponer que su amor es tan frágil, tan inconsistente, que corre el riesgo de desaparecer, de hundirse en la nada, si acaso su marido corriendo el tiempo, no puede darle los placeres y el lujo que usted exige.

Lamento decirle, mi desconocida amiga, que si no se arma usted de cierta dosis de paciencia, si no calma, desde ya, sus ansias un poco extremistas, su matrimonio y su amor corren un serio peligro.

Trate de comprender que si su marido, que seguramente debe amarla mucho, no le da más satisfacciones y caprichos, es porque de verdad sus medios no deben permitírselo.

Reflexione que nada hay en el mundo capaz de suplir la profunda e infinita satisfacción que da el amor. Y no olvide que muchos matrimonios se han trizado, como finísimo cristal levemente tocado, por detalles tan pequeños, en sí, como su afán por los placeres y el lujo.

Concentre sus deseos, sus ansias solamente en el amor a su marido; trate de darle ánimo, aconsejarle, y puede que en el porvenir su situación cambie y su esposo logre rodearla de todo lo que usted tan ardientemente anhela.

Hay un viejo y sabio adagio, que dice así: **"La felicidad consiste, más que en nada, en sentirse feliz".**

María Eugenia.

1— Conjunto para la mañana compuesto de traje en fina lana de tono unido, la blusa va abotonada adelante; la falda lleva en su parte baja un abanico de pliegues que le da amplitud. Y un abrigo tres cuartos en gruesa lana cuadriculada, de vueltas pespuntadas.

2-3— Conjunto en lana de dos tonos, compuesto de traje abotonado en un movimiento diagonal, y abrigo tres cuartos haciendo juego.

4— Abrigo tres cuartos en gruesa lana angora de tono unido. Amplio cuello redondo. Todos los cortes van pespuntados con seda gruesa.

DA FUERZA Y VIDA

POTENTE REGENERADOR DE LA VIDA, REFUERZA EL ORGANISMO, PRODUCE UN RAPIDO AUMENTO DE PESO, DEBIDO A LA ESPLENDIDA ACCION TONIFICANTE DEL FOSFORO ORGANICO.

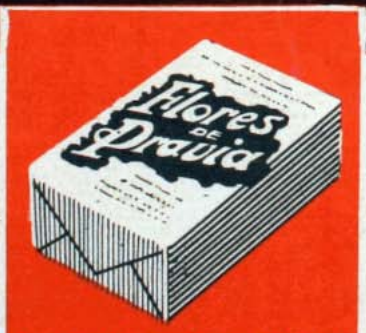
LABORATORIO GEKA, S. A. – Santiago.

♣ Fórmula: Compuesto de fósforo orgánico. — M. R.

Familia
N.o 7
PRECIO
$1.40
M. R. su propiedad.
EL SEMANARIO QUE PUEDE ENTRAR A TODOS LOS HOGARES
EN
ESTE NUMERO:
"Un día
con el Papa"
Por
Thomas B. Morgan

El trabajo que afea las manos

y el jabon que las Embellece



El agua a distintas temperaturas, la causticidad de los jabones comunes, los fríos intensos, agrietan el cutis y le dan aspecto de ordinariez. Después de realizar sus tareas, lave prolijamente sus manos frotándolas con la fragante espuma del Jabón **FLORES DE PRAVIA** y las conservará blancas y suaves como la seda.

FLORES DE PRAVIA

Julio despiadado

Este invierno, que nos muestra todos sus atributos agobiadoramente, que cuando no nos echa encima las lluvias largas, nos sacude con fuertes ráfagas, que cuando no nos escarcha de heladas, nos hace chapotear en los barrizales, este invierno que en julio se ensaña aún con nosotros, los bienaventurados que gozamos del cobijo de un hogar, del calor de unas ropas y del regalo de unos alimentos, nos hace pensar con mayor intensidad en la desolación de aquellos que nada poseen y que a la miseria de siempre deben ahora agregar las inclemencias del tiempo.

—Algo hay que hacer por ellos, algo. ¿Qué?

Y vaya esta pequeña sugerencia para esas mujeres que no admiten el quedarse mano sobre mano en el gozo de su comodidad, sabiendo qué pobrezas las entornan.

Yo, usted, todas tenemos en un rincón de la casa, ya una maleta, ya una caja, ya un ropero, lleno de trapos, de sobras, de vejeces con las cuales muchas veces nos encariñamos por una especie de romanticismo. ¿Para qué guardar todo eso? Nadie lo utiliza. Algunas veces mamá suele aparecer por esos rincones, hace una ordenación y la mayoría de los trapos, de los restos, de las vejeces, va a parar al tacho de la basura. Y con un poquito de ingenio y otro poquito de dedicación, podríamos hacer un bien grande con ese material inaprovechado.

Cortando todos los trapos gruesos en cuadrados o losanges, se cosen, formando con ellos abrigadoras cubrecamas para niño. Se forran con otros trapos dispuestos igualmente, pero aprovechando los más delgados, y con éstos, hasta su guapo vuelo se les puede poner alrededor. Los restos más dilatados se convierten en camisitas, pantalones, enaguas, todas esas menudas prendas que requieren muy poco género y casi ningún trabajo para hacerlos.

Luego viene el capítulo de las transformaciones. Con una sábana vieja, que tiene todo el centro molido y abierto en tajos, se hacen maravillas usando la parte externa, que, por lo general, está casi nueva. Toda una serie de prendas para niños se realiza con ellas. Con los paños de cocina se hacen lindos delantales; mamelucos con los manteles y servilletas. Los trajes y ropas de niños, fuera de uso, se achican, combinando colores si es necesario. Y no hay que decir todo lo que se puede hacer con la ropa vieja de los grandes, ya que eso está en el conocimiento de todas.

Queda aún el capítulo de las sobras de lana. He visto tejidas por una muchacha encantadora de alma, una serie de mantillas para guagua hechas a franjas con lanas que todas sus amigas le dan. Hace chombitas con el cuerpo de un color y las mangas de otro. ¡Qué más da! El caso es que las prendas son confortables, están prolijamente hechas y sirven para su destino. No se trata de lujos: se trata de vestir desnudeces.

Si todos estos retazos y vejeces se entregan tal cual los tenemos guardados, a una menesterosa, lo más probable es que no los utilice. No tiene máquina, no tiene luz, no tiene tiempo. Hay señoras que se indignan y dicen que los pobres son mal agradecidos, que no saben aprovechar lo que se les da. Y cuentan historias ejemplarizadoras a este respecto. Piense usted, señora que así discurre, que esa mujer que la indigna tiene cinco hijos que alimentar con su trabajo de lavandera y que no puede perder su tiempo en ingeniosidades que desde luego su torpe imaginación — en gracia de privaciones — no puede resolver.

Hágalo usted por ella. Destine una hora diaria a tan dulce obra y este julio no será tan feroz verdugo para los desamparados.

ISABEL DE SANTILLANA.

ecran

El semanario y figurín de lujo informa a usted detalladamente de todo lo que pasa en el mundo de la cinematografía.

Por su presentación gráfica, por su formato, por su material de lectura, es una revista que está muy por encima de cualquiera otra publicación de este género.

Familia

El semanario que puede entrar a todos los hogares

Editado en Santiago para toda la República

En venta todos los miércoles

N.o 7 - 10 de julio de 1935

Sumario:

ENSEMBLES Y TAILLEURS.
ABRIGOS SENCILLOS Y ELEGANTES.
ELEGANTES MODELOS
UN ENSEMBLE CON DOS BLUSAS.
ELEGANTES VESTIDOS PARA LA TARDE.
JERSEY PARA EL YATCH.
ULTIMAS CREACIONES
LA MODA INFANTIL.
PARA LOS DEPORTES.
PARA LA MAÑANA.
DE ULTIMA MODA.
LA CAMA DEL BEBE.
JARDINES EN MINIATURA.
Diez días de playa, por Marian Sims.
El corazón de Miss Winpenny, por Elizabeth Rossiter.
El Diario de Adán, por Mark Twain.
Esposa versus secretaria, por Faith Balwin.
Reflexiones color del tiempo.
Una mañana de feria por J. B. (escrito especialmente para Familia).
Un día con el Papa, por Thomas B. Morgan.
La serpiente amarilla, por Edgard Wallace, continuación.
De mujer a mujer.
¿Tiene Ud. personalidad?
Vida y Confesiones de Gabriela Mistral.
Noticiario femenino.
Para saber y contar.
CARLOS GARDEL.
CLAUDETTE COLBERT Y "EL OJO ELECTRICO".
DE LA PANTALLA.
CONOZCA A SUS FAVORITOS: LEE CROWN Y KAY FRANCIS.

DIEZ DIAS DE PLAYA

Por Marian Sims

Morley dió una mirada a la muchacha sentada en una silla de ruedas y pensó que no había "panorama" en ese hotel, junto a la playa.

El hotel era tranquilo, pequeño... y barato. Allí acudían con frecuencia parejas de recién casados, a pasar su luna de miel; y también llegaban matrimonios viejos, que habían ahorrado cincuenta semanas del año para pasarse sus vacaciones al lado del mar. Morley venía por primera vez, y había escogido ese sitio por razones particulares.

La muchacha era pequeña y tranquila, tal vez; pero su quietud era la de los volcanes que se mantienen apagados temporalmente. No parecía mujer gastadora; se contentaba con pasarse el día en la silla de ruedas, vestida con sencillos trajes de brin, que en ella parecían tan valiosos como una joya.

Cuando Morley llegó, ella estaba mirando hacia el horizonte, donde el azul obscuro del agua se confundía con el azul del cielo. Una hora más tarde bajó a tomar un baño, y la silla ya no estaba en la terraza; pero la vió en la playa, oculta tras una gran sombrilla. Cerca de ella estaba la muchacha, ahora con pantalones cortos, y con la cara afirmada en la arena.

Morley pasó cerca y ella levantó la cabeza y lo miró fijamente. Entonces él sonrió un poco, tentadora y casualmente, y los ojos de la muchacha se pusieron más obscuros y más desdeñosos.

Las olas vinieron a besarle los pies y Morley contento se echó al agua y se puso a nadar resueltamente hacia el horizonte. Cuando volvió a la playa, se había olvidado de la muchacha. Ella estaba todavía en la arena, y lo miró de frente mientras él salía del agua. Morley se encontró con esa mirada, y la sostuvo desafiante.

—Siéntese — dijo ella—, y hábleme.

Era una orden. Su voz era tan hermosa y tan arrogante como sus ojos. Morley se detuvo, y durante un momento la cólera reemplazó a la compasión: el ser rica e inválida no le daba derecho a ser ruda. Y ante su propia sorpresa, se oyó a sí mismo decirle insinuante, como si se dirigiera a una chica mal criada:

—Por favor...

Los ojos de la muchacha, azules obscuros como el mar, se dilataron de sorpresa. Y los dos se miraron irritados.

—¿Usted cree que sería un gran favor?

—Sí — dijo brevemente—. Si usted es tan desagradable como parece.

Y tuvo el repentino presentimiento de que ella lo fulminaba interiormente. Entonces ella se rió.

—Lo soy. Siéntese, ¡por favor!

Morley se sentó cerca de ella, cruzando las manos sobre las rodillas, y respirando pesadamente todavía por lo desacostumbrado del ejercicio. La muchacha se afirmó en un codo y miró a su compañero. En la forma que estaba tendida, no parecía una inválida, aunque una pequeña deformación indicaba que hacía poco había tenido un molde de yeso. Morley esperó silencioso, hasta que ella volvió a hablar.

—¿Cómo se llama usted?

—Morley Laird. ¿Y usted?

Ella disimuló.

—No tiene importancia —. Luego agregó rápidamente, viendo que él comenzaba a pararse: —¿A dónde va?

—A vestirme. Pensé que ésta iba a ser una conversación y no investigación policial.

—No se vaya, por favor. Me llamo Lynn Harding.

Morley volvió a sentarse, y ella volvió a su investigación:

(Continúa en la pág. 68).

El corazón de miss WINDENNY

Por Elizabeth Rossiter

A diminuta Miss Winpenny tenía una salita-dormitorio en la parte más alta de la casa de los Jackson, situada en la calle Mulberry. Era un cuartito simpático, como lo son todos los de ese distrito de Londres. Era pequeñito, y a pesar del cuidado de su propietario, de poner una cubierta en el mueble del lavatorio y una larga cortina alrededor de su cama, no podía disimular que se trataba de un lavatorio y una cama.

En tal forma, la habitación tenía más aspecto de dormitorio que de sala de recibo, y, a menudo, pensaba Miss Winpenny que si algún día tuviera que recibir a un caballero, no era un sitio muy apropiado para ello. Pero nunca tuvo caballeros que recibir, con excepción de Mr. Jackson, que solía subir hasta una vez al mes para cobrar el arriendo y que nunca pasó más allá del umbral.

Lo que más le gustaba de su pieza a Miss Winpenny era que daba a la calle Mulberry. Para muchos eso no habría sido una ventaja, porque la tal calle era larga y derecha y no muy bonita que digamos. Las casas a ambos lados de la calle eran iguales, todas de un gris sucio y altas y llenas de señoras ya bien entradas en edad.

Pero aun así le agradaba a Miss Winpenny, que se sentaba a observar desde su ventana. Se ocupaba de costuras y bordados que hacía para un negocio de High Road, pero de las cuatro de la tarde en adelante, el trabajo flaqueaba, porque a esa hora comenzaba el movimiento de la calle Mulberry. A las cuatro y media salían los niños del colegio que había a la vuelta de la casa, y pasaban gritando y riendo, jugando extasiados de su libertad. Y Miss Winpenny, en desacuerdo con todas las damas de su edad, adoraba ese bullicio de los colegiales en libertad, y sus marchitos ojos azules los seguían vehementemente cuando ellos pasaban frente a su ventana.

A las seis y media venía el cartero. Podía oírlo cuando bajaba por la calle — rat, rat, rat, rat... — y luego, el ¡clang! de cada puerta al cerrarse tras él. Le encantaba oírlo, aunque nunca le había traído nada. Esto no la molestaba: no tenía a nadie que le escribiera, pero le gustaba saber que venían cartas para los demás, que el corazón de más de alguno latiría con más fuerza, que algunas cosas — no podía especificar cuales — darían momentos de felicidad...

A las siete de la tarde, terminaba el día para Miss Winpenny. A las siete, Elsie y Bert bajaban por la calle. Elsie era la hija mayor de Jackson y trabajaba en una tienda. Bert, su amigo, trabajaba en un almacén de radios. Se trataba de un muchacho inteligente. Miss Winpenny lo sabía porque se lo había contado Elsie...

—¡Hasta luego! — dijo Elsie, al despedirse de Berr, y entró a tomar el té. — El amigo de Elsie vivía en la misma calle y se separaban a esa hora para tomar el té cada uno en su casa y juntarse más tarde para ir a algún cine o a bailar al Palacio de la Danza, pero sólo de vez en cuando, porque ambos ganaban poco.

Elsie era una muchacha, alta y de cabello brillante, metida en una bata casi miserable. Pudo tener un lindo cutis, pero se le había echado a perder con la

obligación de permanecer encerrada todo el día, y tener que comer alimentos de mala calidad; pero tenía una boquita de labios delgados y sus ojos azules brillaban con altanería. Para Miss Winpenny era hermosa, viva y la juventud personificada. La observaba con cariño cuando cruzaba frente a su puerta, con sus maneras algo rudas, su paso retozón, con sus largas y bonitas piernas que se adivinaban casi bajo el largo vestido.

—¡Aló, Miss Winpenny! ¿Qué está haciendo? ¡Qué bordado tan bonito! ¡Oh, usted hace trabajos preciosos! Yo no soy capaz de hacerlos. Una vez quisieron ponerme en el taller, que está en el subterráneo, pero no acepté. No sirvo para esas cosas, y, además, me gusta ver un trocito de la vida, me gustan los compradores que entran y salen... Y... luego hay tantos viajeros...

El corazón de Miss Winpenny latió con fuerza, como le sucedía a menudo. También a ella le gustaba ver un trocito de la vida y — aunque nadie lo creyera — también ella lo tenía. La calle Mulberry y Elsie le daban toda la vida que necesitaba ella. Y ahora, al escuchar a Elsie, la miró casi agraviada.

—¿Qué pasa con los viajeros, Elsie?

—¡Oh, nada! Uno de ellos me pidió que saliera con él. ¡Bah! Lo eché. "¡Debería darle vergüenza, le dije, y todavía un hombre casado!" Se quedó calladito. A Bert no le gusta que yo esté en el negocio. La mayoría de los muchachos que van allí son decentes, pero Bert dice que todos son iguales al vendedor ése. Le conté lo que me había pasado y quería ir a pegarle.

—Me alegro por Bert, dijo Miss Winpenny decididamente. La aguja centelleaba entrando y saliendo de la fina batista. Ella no conocía a Bert, sólo lo había visto de lejos con Elsie.

—Bert está desesperado...

—¿Por qué, querida?

A Miss Winpenny le agradaba llamarle "querida". Eso le producía un delicioso sentimiento maternal. Tenía la idea de que la familia Jackson no era muy cariñosa. ¡Eran tantos!

—Le han rebajado el sueldo y como su padre está sin trabajo, tiene que dar más en su casa...

—Oh, Elsie, ¡Cuánto lo siento!...

Elsie se volvió y Miss Winpenny comprendió por qué. Esperó hasta que terminara de mirar una reproducción de "El despertar de las almas", con los ojos preñados de lágrimas.

Se escuchó un grito en la escala.

—¡Elsie!... ¿Vienes a tomar té?

—Bueno..., ¡ya voy! — gritó la joven.

Luego se volvió hacia Miss Winpenny. Una gran lágrima le corría aún por la mejilla.

Miss Winpenny, dijo tristemente: —¿Cree usted que nos casaremos?

—¿Que se casarán? Por supuesto, querida Elsie, por supuesto. Los malos tiempos no pueden ser eternos. Ayer leí en el diario que la situación está mejorando. Bert es inteligente y bueno para el trabajo, progresará, Ud. lo verá, y algún día llegará a tener un negocio propio. Y ahora, ¡a tomar el té!...

Elsie titubeó un momento. Y luego sucedió a Miss Winpenny algo que no le había sucedido en mucho tiempo. Un par de brazos jóvenes rodearon su cuello y unos labios ardientes se posaron en su mejilla.

—¡Qué buena es Ud., Miss Winpenny!... — dijo Elsie con voz trémula, y luego voló, como si temiera demostrar demasiada emoción. Miss Winpenny se quedó en la puerta y tuvo que sacarse los lentes, que se le habían nublado en forma extraña.

Mientras, los Jackson estaban tomando el té, que constituía toda su comida de la noche. Es decir, los grandes, porque los chicos ya lo habían tomado al salir del colegio, y ahora estaban ocupados en meter bulla en la salida. Tom, el hermano mayor de Elsie, estaba ensimismado en el diario de la noche. Trataba a toda costa de volver la página de football con una mano y comer con la otra. Nadie saludó a Elsie. Su madre le pasó un plato de pescado y casi le tiró una taza de té. Elsie dijo "gracias". Y eso fué todo. Estaba hambrienta y, entre bocado y bocado, preguntó:

—¿Va a salir alguien esta noche?

—No, ¿por qué?

—Por nada. Sólo preguntaba...

—¿Va a venir Bert? — preguntó su padre.

—Sí.

—¡Ah, por eso! — dijo Tom, desagradablemente—. ¿Vamos a salir? Tanto afán para quedarse aquí con su Bert. ¿A qué hora va a venir para irme antes? — agregó burlonamente.

—¡Cállate, Tom!... — dijo Elsie de mal humor. ¡Suponiendo que quiera quedarme aquí con Bert, a ninguno de usted le importa! No podemos permitirnos el lujo de salir mucho, porque le han rebajado el sueldo y su padre está sin trabajo. ¡Creí que no pondrían tan mala cara si viene de vez en cuando!

—Por supuesto que no nos gusta ese muchacho — dijo la madre con acritud.

Elsie levantó la cabeza. Sus

(Continúa en la pág. 72)

EL DIARIO de ADAN

Dado que este año se celebra el centenario del célebre humorista norteamericano Mark Twain, publicamos un ejemplo del sabroso humorismo de este escritor.—N. de la R.

Lunes. — Esa nueva criatura de cabellos largos, es bien molesta. Me busca por todas partes y me sigue a cada momento. Esto me desespera. No estoy acostumbrado a la sociedad. Me gustaría que se quedara con los demás animales. Hoy amaneció nublado y corre viento este; creo que "tendremos" lluvia. Dije "nosotros". ¿De dónde aprendí esa palabra? Ahora me acuerdo. Se la oí a esa nueva criatura.

Martes. — He recorrido mi dominio, que el nuevo ser llama Jardín de las Delicias. ¿Por qué? No lo sé.

Miércoles.—Me he construído un abrigo contra la lluvia, pero me ha sido imposible conservarlo para mi uso exclusivo. El ser se ha introducido en él; cuando quise expulsarla, una verdadera fuente se ha desparramado por cada uno de los dos orificios que tiene en la cara y que le sirven para mirar. Se ha secado esta agua con el dorso de su pata, haciendo oír un gemido lastimero, parecido al que los otros animales lanzan cuando se ven en peligro. Yo deseo que se calle, pero charla continuamente; la compañía de esta pobre criatura, no es una alegría para mí, es más bien una obsesión. ¡Mi existencia es menos feliz ahora que antes!

Domingo. — ¡Por fin terminó el día! Este día ha llegado a ser cada vez más fastidioso. Desde el mes de noviembre próximo pasado, ha sido designado el domingo como un día de reposo. Antes tenía seis días de descanso por semana; es una de las cosas incomprensibles. Hay a mi parecer demasiado orden, demasiada indolencia (mejor sería guardar para mí esta reflexión). Esta mañana encontré al ser, tratando de botar las manzanas del árbol prohibido, pero debido a que se coloca de través, no puede obtenerlo y creo que los frutos no corren peligro.

Lunes. — El nuevo ser dice que se llama Eva. Bien. No veo ninguna objeción en ello. Dice que su nombre sirve para llamarla cuando la necesite. Le respondí que en ese caso era superfluo. Esa palabra parece realzarme en su espíritu; evidentemente, es una hermosa palabra, una "palabra de efecto". Este nuevo ser dice que no es una "cosa", sino una "persona". Esto me parece más dudoso; pero, al fin y al cabo, me es igual. Lo que ella pueda ser me importa poco. Lo que me interesa, es que se quede tranquila y me deje en paz.

Sábado. — Me escapé el martes pasado. He podido viajar dos días, construirme otro abrigo en un sitio retirado, y la despisté, tanto como pude, pero me descubrió valiéndose de un animal que ha domesticado y al que llama lobo. Emitió el mismo ruido lamentable que conocía y vertió agua por los mismos orificios del otro día. Me vi obligado a regresar con ella, decidido a escaparme nuevamente a la primera ocasión.

Comenzó a preguntarme una serie de cosas estúpidas; entre otras, desea saber por qué los animales que, ella llama león y tigre, se alimentan de hierbas y flores, siendo que su dentadura parece indicar, dice ella, que están destinados a devorarse mutuamente. Es una locura, pues, si se devoraran, se matarían y quedaría introducida en la tierra lo que ella llama la "muerte". Bien, he oído decir que la muerte aun no ha hecho su entrada en el mundo.

Domingo. — ¡Otro domingo más que pasa!

Lunes. — Creo que comienzo a comprender la razón de ser de la semana: No hay duda, que es para reponerse del aburrimiento del domingo.

Ella se ha subido ahora al árbol. Ahí la encontré. Me contestó que nadie la veía. Parece considerar esta razón como un motivo suficiente para tentar esa aventura peligrosa. La palabra "motivo", le produjo un efecto soberbio, especialmente de envidia. He ahí otra palabra para reemplazar.

Jueves. — La nueva criatura me cuenta que la hicieron de una costilla que fué sacada de mi cuerpo. Si no imposible, esto me parece muy difícil; pues al tantearme, no noto que me falte ninguna costilla.

Una de las aves que la preocupa bastante, es el águila. Cree que la hierba no le conviene y pretende que no podrá educarlo jamás; dice que habrá que alimentarlo de carne descompuesta. En fin, tanto peor para el águila; es preciso que se contente con lo que le dan. No podemos cambiar todas las plantas existentes para satisfacer al águila.

Sábado. — Ayer se cayó al vivero, por mirarse en el agua, cosa que tiene por costumbre. Casi se asfixió y dice que es sumamente desagradable; esta prueba la puso compasiva por los seres que viven en el agua y a los cuales llama "peces". Sigue empeñada en darles nombre a los seres que no tienen ninguna necesidad de él. A pesar que no vienen cuando se los llama, continúa poniéndoles nombre, así es de tonta.

Domingo. — ¡Otro domingo! ¡Oh!

Martes. — Ahí está ahora ocupándose de una serpiente. Los demás animales están encantados, pues los aburre a fuerza de hacer estudios acerca de ellos. Por mi parte, también estoy contento.

La serpiente habla, lo que es un descanso para mí.

Viernes. — Ella dice que la serpiente le aconseja probar el fruto del árbol; que comiéndolo encontrará una instrucción cuidada, elegida y sin límites. A eso respondí que el verdadero resultado, sería el de introducir la muerte en el mundo.

Fué un error. Habría hecho mejor guardándome mi reflexión; ahora ella le ha encontrado una ventaja: darles carne fresca a los leones y a los tigres, entristecidos y salvar al águila enferma. Le encargué que se previniese del árbol; pero ella no quiere. Preveo muchos peligros, pero yo emigraré.

Miércoles. — ¡Tengo varios placeres! Esta noche me escapé a caballo, galopé tanto como pude, esperando poder salir del Jardín y esconderme en otro país, antes que los peligros se me vengan encima; pero fracasé. Más o menos una hora antes de amanecer, en circunstancias que atravesaba una llanura brillante, llena de flores, donde millares de animales pacían soñolientos o bien, gozando de la mañana, de repente, sin previo aviso, se desencadenó a mi alrededor una tempestad espantosa; la llanura se transformó en un caos tumultuoso, donde todos los animales se devoraban entre ellos. Comprendí el significado de este desorden. ¡Eva había comido la manzana y la muerte había llegado al mundo!

Los tigres se lanzaron sobre mi caballo, sin hacer caso a las órdenes que yo les daba de dejarlo: me habrían devorado si me quedo..., tuve la buena idea de huir. Descubrí este retiro cerca del Jardín y pude vivir tranquilo y agradablemente algunos días; pero ella me encontró. Debo confesar que me sentí muy bien impresionado con su llegada, pues había mucho que hacer aquí. Me llevo algunas de sus manzanas y me vi obligado a aceptárselas, ¡tenía tanta hambre! Iba

contra mis principios, pero confieso que los principios no tienen fuerza ni razón de ser más que cuando uno está bien alimentado.

Ella llegó vestida con ramas y hojas; cuando le pregunté el porqué de esta mascarada, y quise al mismo tiempo sacarle esa extraña vestimenta, sonrió enrojeciendo. Antes no había visto a nadie sonreír o enrojecer y esto me pareció tan estúpido como fuera de lugar. Me respondió que pronto comprendería yo mismo la razón. Esto era efectivo. Con todo el apetito que tenía, renuncié a la manzana que ya había empezado a comer, y me cubrí de ramas y hojas, y, hablándole severamente, le, ordené procurarse otras ramas para no mostrarme el espectáculo de su desnudez. Lo hizo tal como lo había ordenado. Poco después regresamos al campo de batalla de los animales y recogimos algunas pieles, y, pensando en las grandes ocasiones, le hice coser algunas. Estas vestiduras son bastante molestas, es cierto; pero tienen su cierta elegancia, que es lo principal en estas cosas...

Mirándola bien, Eva es una buena camarada. He pensado que mi soledad, ahora que he perdido mis bienes, me pesaría mucho sin ella.

Además, pretende que de ahora en adelante, tendremos que trabajar para poder vivir. Entonces me será de gran utilidad, porque yo dirigiré los trabajos.

Diez días más tarde.—¡Me acusa de tener gran parte de la culpa del desastre! ¡Está bueno eso!

Al año siguiente.—Lo hemos llamado Caín. Ella lo tomó mientras me encontraba cazando en un país del norte. Lo ha cogido en un tonel, a dos millas de nuestra propiedad; tal vez, a cuatro millas; no lo sabe exactamente. Nos parece por ciertos rasgos, que puede pertenecer a nuestra raza; al menos, esa es la opinión de Eva, pero yo creo que está equivocada.

La diferencia de estatura me inclina a creer que es una nueva especie de animal, tal vez un pescado; aunque, al lanzarlo al agua, se fué a fondo. Eva lo tomó antes que la experiencia diera algún resultado positivo. A pesar de todo, creo que es un pescado; ella no se preocupa por lo que pueda ser y no quiere que yo lo examine. No puedo comprenderla. La llegada de esta última criaturita parece haber cambiado enteramente su naturaleza; ahora es miedosa en lo que a experiencias se refiere. Se ocupa de él mucho más que de los otros animales, sin saber por qué. Su espíritu está completamente desordenado; todo lo prueba. A veces pasea a su pez toda la noche, cuando gruñe y desea irse al agua. En estos momentos, deja ella correr el agua por entre los orificios de su cara, acaricia al pez por el dorso y emite con su boca dulces sonidos que calman al pescado; ella encuentra mil medios de demostrarle su solicitud y su ternura. Jamás le he visto así con los otros pescados y sus modales me inquietan bastante. En esa forma llevaba antes que hubiéramos perdido nuestra propiedad, a los cachorros de tigre y jugaba con ellos, pero no era más que un juego. Jamás se había preocupado tanto cuando la alimentación no les gustaba.

Domingo.—El domingo no trabaja. Reposa de su labor de la semana; le encanta sentir a su pescado rodar sobre ella; hace ruido para entretenerlo, simulando morderle una de sus patas. Esto lo hace reír. Jamás he visto a un pescado reír como éste. Su vista me intriga. He llegado a querer a los domingos. Es francamente fatigoso trabajar toda la semana... Ahora debía haber más domingos. Al principio los encontraba aburridores, pero actualmente les he descubierto cierto agrado.

...Tres meses más tarde.—Mi perplejidad aumenta en vez de disminuír. Duermo sumamente poco. El ha terminado de rodar sobre su espalda. Ahora anda en cuatro patas. A pesar de todo, se diferencia de los demás cuadrúpedos en que sus patas de adelante son excesivamente cortas. Su estructura se parece mucho a la nuestra, pero su modo de andar indica que no es de nuestra raza. La pequeñez de las patas delanteras y la longitud de las traseras, indica que pertenece a la familia de los canguros; pero una variedad en esa especie. El verdadero canguro salta, mientras él no salta. Sin embargo, es una especie curiosa e interesante que aún no está catalogada. Como soy yo quién lo ha descubierto, tengo derecho para ponerle nombre y lo he llamado "canguro Adamiensis". Debía ser sumamente joven cuando lo encontraron, pues ha engordado muchísimo. Desde su llegada ha aumentado por lo menos cinco veces su grosor, de modo que cuando está descontento, hace dieciséis veces más ruido que antes.

Tres meses después.—El canguro continúa creciendo; es curioso e inquietante. Jamás he visto a un animal más lento en tomar su estatura corriente. Ahora le está brotando un forro de piel en la cabeza, que no es la del canguro, sino que se parece mucho a nuestros cabellos, más finos y suaves y no son negros, sino que son rojos. Creo que me volveré loco, tratando de estudiar este extraño fenómeno, este capricho de la naturaleza. ¡Si pudiera tener, aunque fuera uno más! Pero no lo creo. El es el único representante de una nueva variedad: es evidente. He cazado un verdadero canguro y lo llevé pensando que nuestro fenómeno estaría contento con tener un nuevo acompañante, creí que le agradaría el que le lle-

(Continúa en la pág. 70)

SATISFECHA POR SU CUTIS PERFECTO

Después de un corto tratamiento con la acreditada Cera de Belleza La Milo

Las espinillas, los puntos negros y las arrugas, no resisten a los maravillosos efectos de esta cera embellecedora, como lo han comprobado miles de mujeres de todas edades. Un masaje diariamente con esta cera durante pocos minutos, hace desaparecer las imperfecciones cutáneas, dejando la piel blanca, suave y rejuvenecida.

CERA de BELLEZA La Milo M.R.

ES SUPERIOR

NO CONTIENE MERCURIO

Espora versus Secretaria

Novela en 4 números

Por FAITH BALDWIN

SEGUNDA PARTE

Sanford volvió desde su escritorio, donde había ido a dejar los papeles que le había traído su secretaria, y cuando los invitados se distrajeron, sacó a bailar a Helen. Bailaban juntos en forma deliciosa. Sanford estaba encantado.

—Podíamos hacer esto de vez en cuando. ¿Por qué no lo hemos hecho antes?

Linda bailando con Raúl, los miraba con alegría.

—¿Verdad que forman una excelente pareja? — dijo en tono de chiquilla contenta, y Raúl la miró asombrado.

—¿Usted puede decir eso? — demandó.

—¿Y por qué no? ¿No lo podría decir cualquiera?

Poco antes de la una se fué Helen. Finney la llevó hasta su casa.

El champaña todavía le enardecía la sangre cuando se sentó en su cama, y puso la cabeza entre las manos.

¿Qué había dicho ese joven que había llegado tan tarde, cuando supo quién era ella?

—¿En una oficina? ¡No es posible! Está perdiendo su tiempo. ¿Por qué no ensaya en las tablas?

A ella no le gustaban los escenarios; nunca había sentido el menor deseo de ir a un escenario. No, a ella sólo podía gustarle donde estaba, siempre y para siempre...

Los invitados no se habían retirado aún de la casa de los Sanford. Sylvia dijo a su huésped:

—Linda, tú eres muy chiquilla y muy confiada.

—¿Por qué? — preguntó Linda.

—Esa muchacha. Yo no dejaría que una amenaza como esa rondara en el escritorio de mi marido.

—Van no podría desenvolverse sin ella — dijo Linda.

Eran cerca de las tres cuando se fueron los invitados. Linda subió la escalera abrazada por su marido, y le dijo, bostezando:

—Sylvia cree que debieras despedir a Miss Walsh.

—¡Por Dios! — dijo Sanford. —Qué idea más original! Sin ella yo sería un negociante incapaz.

—Desde luego — asintió Linda — y probablemente también lo eres con ella—. Y volvió a bostezar.

El martes en la mañana, Helen llegó a la oficina atrasada en quince minutos. Mary Conners, que iba a salir esa tarde con dos semanas de vacaciones, la miró con asombro.

—Te has comprado un sombrero nuevo — comentó, y después de un nuevo suspiro: —Te atrasaste.

Ese sombrero nuevo era rojo. Al sacárselo, dijo Helen:

—Sí, me atrasé; pero tenga en cuenta que V. S. va a llegar tarde.

—No, no se atrasará — dijo Sanford, apareciendo en la puerta.

—Usted venía un ascensor antes que yo. Y, personalmente, no me gusta su sombrero.

Le sonrió con afecto y entró a su oficina. Pensó que no podía concebir eso, de llegar en la mañana y no encontrar a Helen. Nunca lo había pensado antes. Había pensado que Helen Walsh era una figura permanente de su organización. Pero Linda, diciéndole: "Sylvia cree que debieras despedir a Miss Walsh", lo había puesto sobre aviso. Le había dado la visión de la oficina sin ella. Buena empleada, pensaba, y buena presencia. Se admiraba, y no por primera vez que no se hubiera casado todavía.

Helen entró un poco más tarde con la correspondencia.

—Supongo que no se habrá molestado por lo del sombrero — le dijo él—. Pero un sombrero rojo..., ¡antes de mediodía!

Y Helen contestó alegremente:

—Ya lo sé; pero es que voy a almorzar afuera.

—No se acostumbre, Helen — le reconvino Van—. Se empieza con toda inocencia. Luego viene el almuerzo. Se sigue hasta la comida, y poco después hay que tomar desayuno.

—¡Ah, claro! — dijo Helen, riendo.

Linda preguntó con severidad:

—¿Esta es la forma en que se llevan los grandes negocios? — Y mientras ellos se detenían sorprendidos, entró a la oficina y cortó la radio.

La miraron ambos. Helen con admiración, Sanford algo acalorado. Linda vestía un traje de "tweed" con cuello de piel, y un pequeño sombrerito. Miró con tanta petulancia como la primera muchacha de quien se haya enamorado un hombre.

—¡Querida! — gritó Sanford. Helen trató de salir, pero su jefe la llamó:

—Hey, dígale a este bombero cómo arreglo yo las cosas. ¡Yo soy demasiado modesto!

—Hizo un gran trabajo — comenzó Helen a decir dócilmente —, y... — Pero el teléfono estaba llamando, y se escapó sonriendo.

Sanford besó a su esposa, la abrazó, y volvió a besarla. Y comenzó a recitar apresuradamente: "Fué así, luz de mi existencia, Mercer necesitaba pescarse a Arnold Amsterdam..."

—¿Ese es su nombre verdadero?

—No, por supuesto que no. Cuando nació se llamaba Josiah Frecklebottom, en una cabaña en Carnarsie...

—¡Jake!

—¿Cómo sé su verdadero nombre? ¿Qué importa? Su nombre no va aumentar la

—No trato de ofenderla — continuó Sanford —, uno siempre parece un perfecto caballero, o por lo menos un juez de paz, entre la comida y el desayuno.

Pero cuando Helen salía poco después, la llamó diciéndole:

—¿Quién es el joven desgraciado?

—Usted no lo conoce.

—¿Trabaja aquí? Si es así, trataré de despedirlo.

Helen no contestó, pero cuando cerró la puerta, Sanford oyó cómo se reía. Y pensó, eso es algo que se puede decir de los secretarios más que de las secretarias, en cuanto se casan están más ansiosos de su empleo que nunca.

Cerca de mediodía llegó Linda a buscar a su esposo. Iban a almorzar juntos. El empleado sonrió ante ella en la mejor forma posible, pero no la anunció. Era privilegio de ella.

La puerta del escritorio de Helen estaba abierta. Nadie había en él. Mary Conners se había ido a almorzar. Y Linda entró. Desde el cuarto vecino oyó ruido de risas y música. Fué hasta la puerta y miró. La radio estaba enchufada y Sanford, valseando con Helen, cantaba: "¡Lo arreglaremos, Nena, lo arreglaremos!"

(Continúa en la pág. 62).

Reflexiones color del tiempo

Barbara y el pelambre

No voy a hacer guerra al pelambre. No. El pelambre para mí es la comodidad de la perfecta unión. Vean ustedes. En casa hay a veces una atmósfera tempestuosa. La tempestad, abiertamente, no se desencadena nunca, ya que somos gente demasiado educada para eso. Lo cual no quita para que el aire suela ser irrespirable, que en la voz de papá no tiemblen lejanos truenos y en los ojos de mamá no haya luces de relámpagos. La lluvia la proporciona mi cuñada con verdaderos torrentes de lágrimas en que sniega a mi pobre tonto de hermano, cada vez que lo sospecha en tren de flirt o cada vez que él quiere reprocharle, con la mayor delicadeza y sensatez, un flirt bien efectivo de ella. Pero el resultado de estas sospechas y de estas certidumbres es siempre el mismo: cascadas de llanto (por suerte encerrada en su pieza), nariz de tomate, silencios desesperantes y por fin, reconciliación que se traduce en un regalo estupendo que — por cierto — costea papá. Otras veces la tempestad se anuncia por el lado del Club Hípico o del Canódromo. Entonces mis hermanos toman aspecto de caballo, con la cara larga, larga. O tienen aire de perros apaleados. Es cuando más electricidad hay en la atmósfera, más truenos contenidos en la voz de papá y más luces de desesperación en los ojos de mamá.

Todo esto transcurre en la mayor corrección, sin que nadie extraño pueda apercibirse de nada. A veces la tempestad no pasa de una especie de conato que dura sólo un momento. Ya sé que es mamá quien la ha solucionado. Cuando se estanca y el tiempo de tempestad es fijo, también sé que mamá no ha podido solucionar nada y que papá no quiere volver el barómetro familiar a buen tiempo. Pero al fin la atmósfera queda limpia y ya sé también que la chequera de papá ha realizado el milagro.

Pero, intertanto, mientras el buen señor resuelve o no poner punto final, o sea, mientras se decide a instigaciones de mamá a pagar deudas de juego o a pagar caprichos de mi cuñada, sue-

lo hacer una pequeña experiencia que siempre me da excelentes resultados y que he terminado por aplicar a otros casos, con gran éxito, tanto, que he terminado por darle prestigio de panacea universal.

Pongo, con un aspecto de quien no quiere la cosa, sobre el tapete de la vida familiar en que languidece la charla y cada cual rumia sus contrariedades, en que todos están foscos y desapacibles, pongo el pelambre, el maravilloso pelambre. Es como un cebo. Queso para lauchas. Sopa de leche para gatos. ¡Qué sé yo! El caso es que todos se reaniman. La primera en reaccionar es mi cuñada. Pierde sus aires languidecentes, encuentra la voz que se le ha perdido en la garganta, tiene fuerzas para levantar los párpados. Y se lanza valientemente a la tarea, pelando entusiasmada. El marido la mira embobado viendo que "la linda" ha olvidado pleito y llantos. Y la sigue con igual entusiasmo. Se trenzan en una especie de campeonato. ¿Quién pela mejor? La familia contempla absorta el juego. Pero mi cuñada es siempre la más fuerte y sus frases remache son dignas de Anita Lizana.

Mamá suele mantener la cara seria. Pero de pronto mi otro hermano interviene, y como es el regalón y cuanta tontera le cae de la boca es declarada genial, la señora termina por reír. Y mi padre, que ha estado escuchando distraidamente, se agrega súbitamente al resto con una sonora carcajada. Y todos felices y en armonía, en gracia del pelambre.

¿Cómo, entonces, no hacer el elogio de este producto netamente nuestro?

Porque el pelambre chileno tiene algo característico. No es el "chisme" ni el "potin" ni la "crítica". No implica ni maldad ni malquerencia. Se pela, porque sí, por falta de tema, por hacer un chiste, por sentido caricaturesco. Se pela a la familia, a los amigos, a los conocidos. Yo pelo, tú pelas, él pela... Se puede conjugar el verbo en todos los tiempos. Nadie queda fuera de esta actividad.

Y, ¡todos contentos y unidos!

BARBARA.

Para su hogar de Ud.

Regalos apropiados y de alta calidad en cristalería, objetos de arte, de las más conocidas fábricas europeas.

DELL'ORTO Y CIA. LTDA.

ESTADO 149. — TELEFONO 87160. — SANTIAGO

EL EXQUISITO AROMA DE LA FLOR DEL ESPINO, EL MAS DELICADO Y SUTIL PERFUME DE NUESTRA FLORA CAMPESTRE SE REPRODUCE FIELMENTE EN UNAS CUANTAS GOTAS DE LA

COLONIA FLOR DE ESPINO

Se vende en todas las Farmacias

Colonia FLOR de ESPINO

EL CORAZON DE MISS WINPENNY

(Continuación de la pág. 7)

mejillas estaban rojas, sus ojos relampagueaban.

—¡Eso es muy poco generoso de su parte, mamá; él trabaja bastante y hace lo posible por mejorar!

Sonó el timbre de la puerta de calle. El semblante de Elsie cambió en forma maravillosa, tornándose lleno de vida.

—Yo iré. Es Bert — exclamó, y salió al obscuro hall, cerrando la puerta de la cocina tras de ella. Lo encontró esperando con el sombrero echado a los ojos y se arrojó desesperada en sus brazos.

—¡Bert! ¡Oh, Bert!... — dijo en medio de sus lágrimas.

—¿Qué sucede, amor mío?

—No sé; pero llévame de aquí. ¡No puedo quedarme un minuto más!

—¡Tranquilízate, queridita!... ¡Te quiero! — agregó en voz baja y trémula — ¡te quiero!... — y la estrechó. Tenía los labios duros y se sentía hambriento de sus besos y caricias.

La familia fué saliendo poco a poco al hall, y Elsie fué en busca de su abrigo y se fueron del brazo, con sus cuerpos juntitos. Desde la ventana los observaba Miss Winpenny. Sonrió, y cerrando las cortinas se sentó a continuar su trabajo bajo la inadecuada luz de su lámpara, que le dañaba los ojos.

Bert y Elsie, caminando por la calle, se estremecieron de frío.

—Estás helada, querida; ese abrigo tan delgado no te protege. ¡Por Dios! ¡Cómo quisiera tener dinero!

—Pero no lo tienes, y no es bueno lamentarse. Pero lo tendrás algún día, Bert; yo sé que lo tendrás.

No encontrando qué hacer y como se helaban en esa fría noche invernal, decidieron irse a tomar un café, el mayor lujo que les permitía su escuálido bolsillo, y se metieron en un simpático saloncito de la calle High, donde sólo pudieron estar un rato, pues con la salida de un teatro vecino se llenó el establecimiento y el mozo comenzó a mirarlos en forma por demás expresiva. Salieron. A su casa no podían ir, a la de Bert tampoco, pues allí estaba su hermana casada con cuatro chicos. Bert sentía que la sangre le subía a la cabeza, poniéndole la cara de grana. ¿Qué hacer? ¡Dios mío! ¿Qué hacer?

—¡No importa — musitó Elsie—, estamos juntos y eso lo es todo!

Dieron vuelta la esquina hacia la calle Mulberry. La luz de la ventana de Miss Winpenny parecía un ojo luminoso en la obscuridad de la noche. Y Elsie tuvo una idea brillante.

—¡Si no podemos ir a casa, entremos al cuarto de Miss Winpenny! Se sentirá feliz de que conversemos un momento con ella. ¡No podremos estar solos, pero es tan buena y nos quiere tanto! Siempre me ha dicho que desea conocerte. ¡Anda, subamos un rato! ¿Querés que vaya a decirle?

Y se metió de una carrera adentro, dejando a Bert sumido en tristes cavilaciones. Las experiencias que había tenido con damas de cierta de edad, no habían sido muy afortunadas, y era de esos que se sienten mal ante personas del sexo opuesto que no sean de su edad.

—Miss Winpenny — le presento a Bert...

La carita de Miss Wimpenny esbozó su sonrisa más simpática y amistosa. Había sido una linda sonrisa cuando ella era joven; pero ahora era diez veces más hermosa, porque tenía discreción y tolerancia, y una profunda comprensión de la vida. Y le dió a él su mejor sonrisa, porque se dió cuenta de que en su presencia de anciana se sentía tímido y huraño.

—Mucho gusto de conocerla, señorita. Le agradezco que nos haya permitido subir, aunque creo que no es muy correcto.

—Oh, nada de eso, y por el contrario, siento tanto gusto de que hayan venido. Elsie me ha hablado mucho de Ud. Dice que es técnico de radio.

—Tal vez no un experto, señorita — objetó Bert; pero Miss Winpenny se dió cuenta de que estaba contento con lo que le había dicho. —Es mi trabajo, vendemos y reparamos radios y a veces voy a hacer reparaciones a domicilio. Me gusta ese trabajo; pero usted no se imagina la cantidad de gente tonta con que se encuentra uno. El otro día me mandó buscar uno diciendo que se le había echado a perder el aparato, y todo consistía en que no había conectado la batería.

Esto era un discurso demasiado largo para Bert. Elsie se había quedado atrás algo nerviosa, porque estaba perfectamente segura que Miss Winpenny no sabía una palabra de radio y se sintió extrañada de oír que a pesar de eso le pedía amablemente que continuara explicándole esas cosas raras para ella.

—Es maravilloso como explica Ud. estas cosas — observó Miss Winpenny—. Casi nunca tengo ocasión de oír una radio; pero a veces el padre de Elsie toca la de él y yo abro la puerta para escuchar un poco de música...

—¿Le gustaría tener una? Yo se la podría hacer; no una grande, por cierto, sino una chiquita, con fonos para los oídos.

Las mejillas de la anciana se pusieron rojas y sus ojos adquirieron un brillo extraño, y con voz que demostraba la emoción que la dominaba, dijo:

—¡Mi querido niño! ¿Verdad que me hará una? Oh, pero les estoy quitando un tiempo precioso para ustedes. No saben cuánto les agradezco que me vengan a visitar y que les agrade conversar con una vieja como yo. Sobre todo, estando prometidos...

Elsie miró a Bert, y vió cómo se marcaba en su boca esa inevitable línea que denotaba su enojo. No estaban comprometidos. Nunca habían tenido el dinero suficiente para comprarse una argolla.

—No estamos prometidos — dijo bruscamente Bert—. Nos casaremos algún día; pero no estamos prometidos. No podemos permitirnos ese lujo.

—Tal vez no con un anillo — corrigió Miss Winpenny—; pero si ustedes se aman y quieren casarse, ¿qué mejor compromiso?

—A mí no me importa — dijo Elsie ansiosamente—; pero a Bert, sí. Yo le he dicho que no me importa tener anillo; pero no me hace caso.

—Si usted lo cree así — dijo Bert, dirigiéndose a la anciana — está bien. Pero las chiquillas dicen que no les importa, sólo por no dejar traslucir sus sentimientos.

Se pararon para irse, y Bert, ya más tranquilo, pidió disculpas por haberla tenido en pie hasta tan tarde.

—Por favor, no piensen en eso. ¡Hace tanto tiempo que no he recibido visitas!... Espero que vengan a verme otra vez — dijo Miss Winpenny despidiéndose.

Miss Winpenny se preparó para meterse en cama y previamente cerró con todo cuidado las cortinas para que ningún curioso pudiese verla desvestida. Esa noche sentía un calorcito interior que reemplazaba la carencia de mayor tibieza en su feo cuartito. Había tenido visitas, y una de ellas era un hombre, un joven hermoso, alegre, vivo, que parecía que le gustaba hablar con ella y había prometido hacerle un radio.

Era hermoso ver lo bien que había escogido Elsie. ¡Qué lástima que esos jóvenes no pudieran casarse pronto!

(Continúa en la pág. 57)

Una mañana de feria

Escrito especialmente para "Familia", por L. B.

No hay cosa peor que ser el segundo hijo en una familia de tres. El mayor tiene la preferencia para todo, por ser el mayor, mientras que generalmente el menor es el regalón de la casa. El segundo se lleva la peor parte. Hablo por experiencia propia, y les voy a contar un caso que me pasó en mi niñez, y que fué motivado por el poco cariño que me tenían en casa, casualmente por ser yo el "segundo".

Un día, hace muchos años atrás, se abrió en Moscú una gran feria, con toda clase de entretenciones. Nosotros todos la estábamos esperando mucho tiempo, pues estaban avisándola con varias semanas de anticipación. La inauguraban un día de la semana, en la mañana, y a pesar de ser hora de clases, nos habían hecho la gran concesión de darnos permiso para ir a visitarla. Quiso mi mala suerte que aquella mañana me disputara con mi hermano mayor, en tal forma, que nos fuimos a las manos.

Mis padres no consideraron nuestros cortos años para el castigo.

Siendo yo el culpable, me mandaron a la sala de estudio, en vez de dejarme salir con mis hermanos.

Como a las once de la mañana, ya tenía la cabeza caliente con el latín y las matemáticas. Salí de la pieza para tomar un poco de aire, y casi sin darme cuenta de ello, bajé a la calle, dirigiéndome hacia la plaza donde funcionaba la feria.

Debido al frío, esta feria no estaba al aire libre, sino que estaba formada de varias carpas, con distintos juegos, atracciones y entretenciones en cada una. Teniendo cuidado, y mirando por todos lados, no corría yo gran riesgo de toparme con mis hermanos y con nuestro profesor. Tanto fué mi entusiasmo, al ver las presentaciones y los juegos, en una carpa y en otra, que se me pasó desapercibida la hora del almuerzo. Cuando vine a darme cuenta de lo tarde que era, y emprendí el viaje a la casa, bien sabía que mi castigo iba a ser duplicado. Lo último que me llamó la atención en la feria, era una inmensa vaca, hecha de cartón-piedra, con la boca abierta y el siguiente letrero puesto en sus cuernos:

"El que no me tiene miedo y entra por aquí (por la boca), encontrará a su disposición un suculento almuerzo".

Me quedé pensando lo bueno que sería hacer la prueba, que a mi modo de ver tenía que ser bastante fácil, para lograr una recompensa tan rica.

Al llegar a la casa, vi que mis temores no estaban infundados. Me recibió el mozo con un recado de mi padre, avisándome que no tenía almuerzo disponible para mí, y que lo esperara en mi pieza, para rendirle cuentas de mi grave desobediencia.

Para un estómago de once años, el peor castigo que puede haber es el ser privado de comer. Lágrimas de rabia se asomaron a mis ojos, al pensar en la injusticia de mi padre, siempre terco y déspota conmigo.

Me disponía a subir la escalera para ir a mi pieza, cuando una feliz idea me asaltó: Me acordé de la vaca de cartón piedra, que había visto en la feria. Esperando que el mozo se hubiese entrado a la cocina, y metiendo la menor bulla posible en abrir y cerrar la puerta de calle, me puse a correr a todo lo que me daban las piernas, y llegué sin resuello a la plaza de la feria. En vista de la hora, no había mucha gente, a pesar de que la carpa en que se encontraba la vaca estaba llena, pues

(Continúa en la pág. 72)

Un Dia con el Papa

Personalidad del Supremo Pontífice, jefe de trescientos millones de almas que, a los 77 años de edad, trabaja desde las seis de la mañana hasta las 10.30 de la noche. Interesantes detalles de la vida del Santo Padre.

Por THOMAS B. MORGAN

«Os damos nuestra cordial bienvenida», es la frase con que Pío XI recibe a todo el que, sea o no católico, consigue una audiencia con el Santo Padre. «Esta es la casa del Padre de la Fe», continúa, «y todos sus hijos son bienvenidos a ella».

Las audiencias con el Papa nunca duran mucho, pues debe recibir varios miles cada día. Hasta los cardenales sólo permanecen, por regla general, quince minutos en los regios aposentos y, como una excepción pueden prolongarla hasta una hora. A pesar de ello, y para que nuestros lectores puedan formarse una idea exacta de la vida del Soberano Pontífice, abandonaremos esta regla y permaneceremos un día en la residencia oficial y privada del conductor de trescientos millones de almas católicas.

Llegamos a las seis de la mañana a la gran puerta de bronce que se abre bajo la columnata de San Pedro, y apenas franqueada ésta, nos encontramos en un auténtico lugar medioeval que contrasta vivamente a nuestros ojos, con el mundo moderno que acabamos de dejar. La Guardia Suiza, con sus pintorescos uniformes de color rojo, amarillo y azul, y sus alabardas del siglo XVI, se encuentra formada en dos filas al mando de sus sargentos.

En cuanto cruzamos las escalinatas de mármol, un gendarme papal nos saluda y nos conduce a la gran escalera que lleva a los departamentos privados del Pontífice. Son todavía las 6 de la mañana y ya el Papa se encuentra en pie y su valet le ha llevado las vestiduras que usará durante el día.

Pío XI es de costumbres sencillas. En lugar de tener su barbero privado, se afeita él mismo en su baño papal, equipado con moderna instalación eléctrica. Usa para ello máquinas americanas, y en cuanto ha terminado su toilette, se retira a su capilla a cantar misa.

Las misas del Papa durante la Semana Santa y el Domingo de Resurrección son de excepcional solemnidad. El Domingo de Resurrección canta una misa especial en la Capilla Sixtina, aunque en aniversarios excepcionales, como el Año Santo de 1933, celebró esta función con inusitada pompa y ceremonia, en la Catedral de San Pedro. Ordinariamente, sus misas en la Capilla Sixtina son un servicio que podíamos llamar íntimo, pues se celebra en presencia de sólo los miembros de la casa papal, de los parientes del Papa y de unos cuantos invitados especiales. En esta ocasión el Pontífice administra la Santa Comunión.

En los días ordinarios, después de cantar su misa diaria, Su Santidad participa de un ligero desayuno compuesto de café y panqueques, y antes de las nueve de la mañana baja al tercer piso, donde están situados los departamentos oficiales. A esta hora ya se encuentran en sus puestos todos los funcionarios de la casa papal, quienes comienzan su trabajo a las 8.30. El Pontífice cruza a través de los halls. Aunque tiene setenta

y siete años, su paso es seguro todavía, y cuando habla, su voz apenas revela un pequeño temblor. A su paso todos los sirvientes, chambelanes, guardias y gendarmes, se arrodillan y permanecen en esa posición hasta que entra a su biblioteca, para dar comienzo a sus audiencias diarias.

La biblioteca es una gran sala a lo largo de cuyas murallas se alinean estantes y armarios. El escritorio del Papa está en el medio del lado que mira hacia la Plaza de San Pedro. Es un gran escritorio tallado y encima de él se encuentra el teléfono de oro del Papa. Este teléfono se usa muy poco, pues sólo se le comunica para los llamados pedidos especialmente por el Papa. Pío XI ha sido, de todos los Papas, el que ha hecho más instalaciones modernas en el Vaticano. Se interesa mucho en toda clase de maquinarias y, con frecuencia, visita la planta central de energía del Vaticano y la estación de radio, donde conversa con el superintendente y hace muchas preguntas sobre los instrumentos. Ha sido el primer Papa que ha posado en películas mudas y sonoras, y antes de posar por primera vez, hizo que el operador le explicara detalladamente la forma en que se registran los sonidos en la película. Con ocasión de su primera visita de inspección a la estación telegráfica de la ciudad del Vaticano, dijo alegremente: «Bueno, ahora estamos aquí mejor que San Pedro. El no tenía telégrafo».

Los visitantes que consiguen el honor de una entrevista con Su Santidad en la biblioteca, lo encuentran sentado en su escritorio. Quienquiera que sea el visitante, debe cumplir con las formalidades establecidas para los católicos. Todos deben inclinarse ante el Santo Padre. En los tiempos modernos se han hecho solamente dos excepciones a ese protocolo. Una cuando lo visitaron el Rey y la Reina de Italia, y la otra con ocasión de la visita de Mussolini. El ex Rey de España, conocido tradicionalmente como «Su más católica Majestad», se inclina tres veces.

Cuando entra a la estancia el Cardenal Pacelli, Secretario de Estado del Papa, se inclina a la entrada y ante la presencia de Su Santidad. Le besa el anillo y entonces es invitado a sentarse más cerca del Papa. Allí discuten todos los asuntos de la iglesia, aun los detalles más pequeños.

(Continúa en la pág. 71).

La Serpiente Amarilla

Por
Edgar Wallace

(Continuación)

Evidentemente, la Federación hacía muy buenas operaciones en arroces, sedas y los mil y un productos del Oriente. Por regla general, estas mercancías se descargaban en los **docks** de Londres y eran ofrecidas a la venta en los mercados ordinarios. Los géneros se trasbordaban a las barcazas que cruzaban el canal de Surrey, llevando aquellos artículos de exportación para los que la Federación encontraba tan rápida salida.

Cuando el taxi en que iba Clifford Lynne, dejó la carretera de Old Kent y siguió, veloz, hacia Peckham, caía la lluvia con insistencia. Cerca del solitario puente del canal, se detuvo el automóvil y Clifford Lynne descendió. Dijo, en voz baja, varias instrucciones al conductor y empezó a caminar por el lado del canal. A excepción de la ronca sirena de un vapor que avanzaba camino del río, ningún otro sonido rompió el silencio que rodeaba a Clifford Lynne, mientras iba andando por la estrecha senda que bordeaba el agua. Pasó junto a una barcaza que parecía descansar al amparo de una orilla y oyó un altercado del barquero con su mujer.

Después de unos diez minutos, acortó el paso. Frente a él, un poco a la izquierda, se erguían como pesados fantasmas los obscuros edificios de la Federación.

Atravesó la puerta principal. La pequeña entrada estaba abierta y, ante ella, había un **coolie** en cuclillas que, según pudo ver en la obscuridad, estaba fumando. El guardián le dió unas guturales "Buenas noches" y Clifford contestó.

El canal describía una curva por detrás de la puerta y, en pocos segundos, se puso fuera de la vista del **coolie**. Más allá, los muros formaban un ángulo recto y Clifford continuó avanzando por el angosto y obscuro pasadizo. La lluvia se había convertido en un incesante diluvio y se deslizaba, torrencial, por su resbaladizo impermeable. Gracias a una pequeña lámpara eléctrica que sacó de un bolsillo, pudo evitar los profundos baches, llenos de lodo, que, de vez en cuando, encontraba en el sucio callejón. Era evidente que no se utilizaba con frecuencia.

Al poco rato encontró lo que buscaba: una pequeña puerta hundida en el muro. Se detuvo a escuchar unos minutos, y metiendo después la llave en la cerradura, dió vuelta y abrió la puerta silenciosamente.

Avanzó. Todo lo que pudo ver fué la negra y cuadrada silueta de la fábrica que, a su izquierda, se destacaba confusamente en el cielo. A su derecha, había una casita de piedra, tan baja, que el tejado quedaba al nivel de sus ojos. Durante la guerra se destinó la fábrica a la carga de bombas e, indudablemente, aquella casita había sido el depósito de explosivos.

Siguió adelante, a tientas, pues evitaba usar la lamparilla. Hasta él llegaron en la densa obscuridad unas canciones cantadas en coro, cuya procedencia ignoraba, pero deteniéndose para averiguarlo, pensó que vendrían de las viviendas de los obreros.

Una escalera, bastante ancha, de piedra, le llevó hasta otra puerta que quedaba bajo el nivel del suelo. De nuevo se paró para escuchar, introdujo la llave en la cerradura y abrió. Entonces, encendió la lamparilla y descubrió otros escalones que se hundían más en la tierra. Al final de la escalera, encontró dos puertas que, al contrario de las anteriores, estaban fantásticamente ornamentadas con figuras talladas y pintadas, cada una de de ellas en distintos y vivos colores.

Aunque Clifford Lynne no hubiese sido un experto en la materia, hubiera reconocido inmediatamente el típico arte chino.

Tardó bastante en encontrar la cerradura; pero, al fin, pudo

LA SERPIENTE AMARILLA

(Continuación del frente)

abrir una de las puertas. Al girar sobre sus goznes, dejó percibir un olor de incienso y oro, sutil y ácido, que Lynne conocía perfectamente. Cerrando, tras de sí, con mucho cuidado, la puerta, Clifford dirigió a las paredes el rayo de luz de su lámpara, y tras uno o dos segundos se detuvo ante un cuadro de interruptores eléctricos. Sin vacilar, giró uno de ellos y, al instante, dos grandes y deslumbrantes focos que soportaban sendas columnas de sólido bronce, se encendieron.

La habitación era estrecha y larga, el techo bajo y las paredes de hormigón que habían servido de aislantes cuando esta cámara estaba destinada a depósito de explosivos, aparecían ahora, completamente cubiertas con largas colgaduras de seda escarlata sobre las que habían bordados fragmentos de las palabras de El Sabio. Estas colgaduras alternaban con medios pilares que, al parecer, eran de oro trabajado a martillo. El piso, de piedra, había sido cubierto, también, con baldosas de brillantes colores; y en tres espacios de la habitación había una ancha franja de alfombra de color azul obscuro.

Pero nada de esto vió, de momento, Clifford Lynne. Toda su atención se concentró en el gran altar de mármol que ocupaba el extremo opuesto de la habitación. Detrás del altar, sobre un pedestal de piedra, estaba colocado el singular emblema de la sociedad secreta: dos manos de oro, estrechándose como en señal de amistad, que se destacaban sobre un bloque de laca encarnada cubierto, todo él, de de inscripciones en oro.

Se detuvo un instante para leerlas. Tenían una admirable intención, predominando las exhortaciones a la virtud y a la piedad filial. Bajo las manos había una silla de oro, bajo un pequeño dosel escarlata.

Y entonces, al acercarse, vió por encima del altar un halo que partía del mismo borde... ¡del borde centelleante por los innumerables brillantes de que estaba cuajado!...

—¡Caramba!... ¡No lo creería si no lo viese! — murmuró, atónito, alargando el brazo para tocar uno de los maravillosos brillantes; pero en aquel momento se apagaron todas las luces del recinto y Clifford Lynne giró, rápido, sobre sí mismo sacando un revólver del bolsillo.

—¡Shah! — murmuró una voz grave. Y algo pasó silbando por su mejilla.

Oyó el sonido del cuchillo al chocar contra el muro y se echó de bruces al suelo. Otro cuchillo pasó silbando y, entonces, Clifford, apuntando hacia la puerta de entrada hizo fuego dos veces. Se oyó un gemido de dolor, pero la débil queja cesó bruscamente, como si unas manos poderosas hubiesen tapado los labios del que sufría.

El silencio se hizo absoluto. Ni siquiera el roce de los pies descalzos delató a sus atacantes.

Clifford Lynne se revolvió, suavemente, hasta quedar sentado. En un instante se descalzó y atando las cintas de un zapato a las del otro, se los colgó del cuello de igual manera que cuando pequeño se valía de esta artimaña, en el colegio..., y se adentraba en una laguna que no les estaba permitida a los colegiales.

Levantándose sin el menor ruido, se puso a andar sobre la alfombra, atento al más insignificante murmullo.

¡Chass!... Era el golpe del acero contra las baldosas del piso. Le estaban buscando en la obscuridad, con las espadas. ¿Cuántos serían?... Clifford dedujo que menos de una docena, puesto que no habían encendido las luces; pues un grupo más numeroso se hubiera atrevido a hacer frente a su revólver.

Al final de sus pasos notó que la alfombra se dirigía hacia la izquierda. Se encaminó a la puerta, donde toda precaución sería poca. Se detuvo. Escuchó. Alguien, frente a él, respiraba con fuerza: el que había quedado vigilando la entrada. De pronto, tuvo una inspiración magnífica. Los chinos tienen un suspiro peculiar, una voz sibilante como el suspiro del aire en la noche.

—¡Id, todos a las Manos! — susurró en el dialecto del Yun-Nan. Y consiguió su propósito. La respiración dejó de oírse. Con cuidado avanzó hacia la puerta, parándose, de vez en cuando, para escuchar.

La alfombra terminó bruscamente. Sus dedos tocaron las cortinas de seda y, después, el muro. Con toda rapidez atravesó la puerta abierta y empezó a subir los escalones. Frente a él, en lo más alto, vió una silueta humana que se destacaba del fondo obscuro. En la misma puerta de entrada, había una figura inclinada como en actitud de estar escuchando, que se de-

PARA TODOS
Cine — RADIO — Lectura

Todos los lunes

$ 1.-

finía bastante bien sobre el hermoso infinito del cielo.

Clifford se detuvo, un instante, para tomar aliento y después, de un par de saltos, subió la escalera.

—¡Si te mueves..., te mato! —susurró al centinela, apoyando el cañón de su revólver, contra el quimono de seda.

El chino retrocedió un paso, pero se repuso en seguida. Clifford oyó su risa y la reconoció al segundo.

—¡No dispare usted, señor Lynne!... ¡**Sic itur ad astra** (1)..., pero yo prefiero otro camino a la inmortalidad!

A la luz de su lamparilla, Clifford Lynne pudo ver al individuo. Llevaba un largo quimono que casi le llegaba a los pies y sobre la cabeza el gorro redondo que usaban todos los de su clase.

¡Era Grahame St. Clay, bachiller en Artes!...

CAPITULO XIII

Clifford oyó las pisadas de unos pies descalzos en la escalera y se volvió empuñando el revólver.

—Llama a tus sabuesos, Fin-Su — dijo.

El chinó vaciló, pero, al fin, ordenó algo con tono fiero. Las pisadas cesaron; pero Clifford, al mirar hacia abajo, vió brillar una espada desenvainada, y sonrió.

—Y ahora..., amigo mío... — añadió, cogiendo a Fing-Su por un brazo y llevándole hacia la puerta que se abría en el muro.

—Mi querido señor Lynne — la voz del oriental sonaba como un reproche—, si usted quería ver nuestro recinto, ¿por qué no me escribió una nota diciéndomelo?... Yo hubiese tenido un gran placer en enseñarles la fábrica; pero en la forma que usted lo ha hecho, estos pobres hombres han creído que algún ladrón había entrado... Ya habrá usted observado que hay, en la Sala de las Manos, objetos de mucho valor. ¡Oh! Nunca me lo hubiese perdonado si hubiera llegado a ocurrirle algo malo!

El europeo no contestó. Todos sus sentidos estaban alertas. Su mirada vigilaba a derecha e izquierda, pues sabía que el recinto estaba lleno de gente armada... y que tan pronto como se separara de Fing-Su peligraba su propia vida. Al parecer, también Fing-Su estaba pensando en lo mismo.

—Jamás le tuve a usted por hombre nervioso, Lynne — dijo.

—Señor Lynne — corrigió, Clifford, significativamente.

Y Fing-Su pareció tragar algo en la obscuridad.

Cuando se dirigieron a la puerta, Clifford sacó su lamparilla. El piso descendía, un poco, hacia la entrada y por primera vez desde la reciente emboscada, Lynne oprimió el botoncito del interruptor sin otra intención que la de facilitarse el camino. La luz se proyectó sobre la puerta y enfocó, después, hacia el lado derecho. Construído de forma que se apoyaba en el muro, había un largo techo de unos seis pies de altura y bajo el tejadillo vió una sucesión de sombras que le parecieron, al principio, una hilera de vagones que seguían una línea paralela al mencionado muro. Pero fué cosa de un segundo, pues apenas había visto aquellas ruedas de color gris obscuro, un golpe brusco le arrebató la lamparilla de la mano.

—Dispénseme — rogó Fing-Su, agachándose para recoger del suelo la lamparilla—. No se alarme. Ha sido un golpe casual. Preferiría que no encendiese aquí ninguna luz. A decir verdad, no quiero que mi gente se entere de que un intruso ha visto la Sala del Misterio. Ya sabe usted, señor Lynne, que son excitables y odian a los extranjeros. Concretando: estoy ansioso por sacarle, pronto, de este sitio sin que le ocurra daño alguno. Su lamparilla les ofrece..., ¿cómo diría yo?..., algo así como un blanco...

Llegaron a la puerta y Fing-Su se adelantó. Hizo girar la cerradura y abrió. Clifford Lynne salió de espaldas, siempre apuntando con el revólver que conservaba en la mano.

—Voy a darte un consejo que puede serte útil — dijo—. Tienes más dinero del que debe tener un chino. Vuelve a tu país, emplea tu capital en cultivar la tierra y quítate de la cabeza esa ambición absurda de ser emperador.

Oyó una risa suave, llena de confianza, y comprendió que sus palabras eran semilla que había caído en terreno estéril. Cuando la puerta se cerró y fué echada la llave, marchó ligero por la orilla del canal, enfocando al frente el rayo luminoso de su lamparilla.

La orilla estaba completamente desierta, pero, no obstante, a la expectativa siempre, volvió por el mismo camino que antes había recorrido, no dudando que, si convenía a los fines del señor Grahame St. Clay, se vería obligado a luchar para ponerse a salvo. Todavía iba descalzo. Al pararse, a unas doce yardas de la puerta principal de la fábrica, oyó el débil chirrido de un gozne. Alguien abría la puerta. Clifford se arrodilló y se puso a mirar atrás, siguiendo la orilla del canal, y pudo descubrir a unas siluetas que se movían lentamente, saliendo del callejón.

No dudó ya, un momento, de que se hallaba en verdadero peligro de muerte, por lo que, sin vacilar, deslizó otra vez el revólver en su bolsillo y, sentándose en el mismo borde del canal, se dejó caer en el agua. Silenciosamente, sin chapoteo alguno, nadó hasta la orilla contraria donde estaba una barcaza anclada al lado de un desembarcadero. El agua era repugnante y grasienta, pero esto no tenía importancia comparado con lo que le hubiera esperado de caer en manos de la Federación.

Al cabo de un instante logró asirse a una cadena y subió a la sucia cubierta de una gabarra de carbón. En la noche callada, se oyó el ladrido furioso de un perro. Al otro lado del canal, se produjo un excitado murmullo de comentarios. Habían perdido su pista y comprendían, ahora, el camino que Lynne había seguido. A tientas, entre el dock lleno de obstáculo, pudo llegar a una puerta de madera bordeada de pinchos oxidados que experimentó al tratar de saltarla, pero buscando encontró el portillo, giró el pomo, y para su gran alivio, la puerta cedió.

(Continúa en el próximo núm.)

(1) Palabras del verso de Estacio: *Macte animo, generoso puer, sic itur astra.* Animo, muchacho, así se llega hasta el cielo. — N. del T.

¿Tiene usted personalidad?

CULTIVELA SI DESEA TENER EXITO

POR E. BROOKS

No se engañe pensando que su apariencia es perfecta, cuando miles de mujeres van semejantes a usted.

¿Tiene Ud. personalidad propia o no? Antes de contestar indignamente, tome asiento vuelta hacia la pared, señorita 1935, y entréguese a un breve examen de si misma.

Lo crea o no, Ud. está menos lejos de poseer esta supuesta «moderna» cualidad que su tía-abuela. Yo sé que exclamará Ud. al instante:— «¡Que mi tía-abuela, por supuesto!» Pero tal vez será mejor definir exactamente lo que se comprende por personalidad, antes de seguir adelante.

En primer lugar, aparte de su mente la idea de que es un sinónimo de «atractivo», ante el cual siente Ud. un pequeño resentimiento por haber sido injustamente despojada de ello al nacer y que sus esfuerzos posteriores no han logrado remediar. Personalidad es cosa muy diferente y es únicamente «algo» que depende de Ud. misma.

UNA OPINION PROPIA

Es de gran mérito tenerla;

La personalidad no debe confundirse con el "atract vo", cualidad con que se obsequia a muy poca gente al nacer.

pero no es tan fácil adquirirla y para ello no se precisan modales exagerados, rudezas y arranques de «temperamento», aún cuando mucha gente es de esta opinión. Lo que es absolutamente necesario para adquirir esta artificiosa cualidad, es emplear la vieja y conocida frase: «tener una opinión propia».

Cuán a menudo, por ejemplo, si a Ud. se le pide su opinión sobre un film, juego o libro ¿está suficientemente preparada para dar una respuesta inteligente? Será peor todavía si Ud. opina como los demás en todo, pues sucede que nadie necesita de una opinión general, ya sea sobre una pieza dramática o sobre un sermón religioso, sino que lo que pretenden es conocer sus «propias» reacciones y emociones sobre ellos.

Tal vez Ud. mira estas cosas como «meros pasatiempos» y no gasta el esfuerzo mental necesario para una bien fundada opinión, en cuyo caso Ud. desciende directamente hacia la base de la personalidad.

Ahora tratemos algo sobre su apariencia personal.

—¡Ah!, murmura Ud. «nada *malo* sobre *eso*», pues Ud. contempla encantada su esbelta silueta dentro de un abrigo modelo de «última moda» y admira su hermosísima permanente coronada por un alocado, pero sentador sombrerito.

ESTUDIESE A SI MISMA

Seguramente no hay nada *malo* en *eso*, pero ¿está segura que es lo correcto para Ud.? ¿Ha estudiado las líneas, colorídos y estilos más apropiados a su figura e individualidad, o caído en algo tan común que 999 mujeres entre 1.000 lo usan, lo que no resulta chic y es de un efecto desastroso?

Si Ud. puede decir de verdad que ocupa tiempo y mente en sus trajes, eligiendo modernos y originales (no fantásticos) modelos, entonces está Ud. bien encaminada hacia la personalidad en el vestir.

Y finalmente, ¿su hogar revela su personalidad o es simplemente una copia de una página de catálogo?

Sea usted generoso y dé usted su ayuda para la colecta que hoy se realiza en beneficio de los Asilos Maternales de las Creches.

Ciento cincuenta muchachitas desamparadas tendrán gracias a usted pan espiritual y material.

Tendencias de la moda

Los sombreros parecen haberse declarado en mitin y rodean a la mujer, tratando de conquistarla, poniendo cada cual en manifiesto su forma original y sus adornos sorpresivos. Y la mujer, un poco perpleja ante este maremágnum, ve copas en punta, dobladas en arista, chatas, cuadradas, con bordones, superpuestas, arrugadas, lisas; alas cortas, largas, irregulares, ausente en la parte de atrás y alargadas adelante como si se tratara de un jockey, levantadas, gachas, ondulantes, grandes, chicas. Ve adornos de flores, de plumas, de lazos, de frutas, unos cayendo sobre el pelo como en los tiempos del sombrero Niniche, otros puestos como moriones adelante y medio a medio. Unos se encajan en la nuca y dejan descubierta toda la frente y parte del pelo, otros se adelantan sobre las cejas y dejan al aire los cortos bucles de la nuca, otros se echan sobre un ojo y las mujeres parecen las «tapadas» de la colonia, otros se equilibran por milagro sobre la cabeza con un aspecto de plato que se va a caer. Se ve todo en materia de sombreros, todo, hasta lo más inverosímil, hasta aquello que nunca creímos que se podría llamar sombrero.

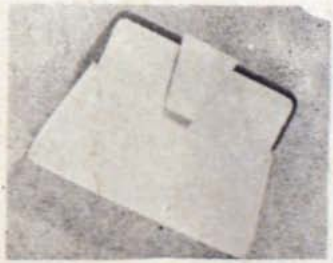
Y hemos de confesar en voz muy baja que la Moda dejando de lado toda coquetería, está eligiendo extravagancias que no favorecen a la mujer. Y la mujer, paralogizada por su desordenado fervor por la Señora de sus predilecciones, acepta cuanta imposición hace ésta, sin ver, en este caso, que pierde en encanto lo que gana en parecer el figurín de la hora última.

Deben las mujeres poner gran atención en lo que le presentan en esta materia de sombreros y elegir, si no lo que sea la mayor novedad, aquello que le preste mayor gracia.

Lo más nuevo en esta materia de sombreros son aquellos que no tienen ala atrás y que en el frente muestran un ala avanzando como visera. Son bastante feos y muy incómodos para llevarlos. Menos mal que, gracias a esta tendencia, reaparece la boina que tanto gusta a la generalidad de las mujeres, ya que es fácil de llevar y tan sentadora. Es una boina echada al ojo, un poco parecida a la que vimos el verano pasado, pero más plana, adornada con una lazada o con una flor.

Para vestir, los sombreros son casi sin excepción de terciopelo. En las últimas fiestas realizadas en la tarde, acompañando los modelos elegantísimos para esa hora, en tafetán, en crepe, en imprimé, en falla, se veían los sombreros de terciopelo, negro o café. Una rubia de ojos claros, inteligente y llena de charme, tal vez la más celebrada de las debutantes de este año, llevaba un traje de tafetán celeste pastel con sombrero de terciopelo negro adornado con un grupo de azulinas. Y una joven señora, cuyo marido ocupa una espectable posición en la política y en la finanza, lucía un traje de imprimé beige, café y rojo, y sombrero tiara de terciopelo café dorado. Una viñamarina que trae fascinados a los muchachos con su «sprit» muy francés, vestía un modelo de terciopelo verde jade y pequeño sombrero puesto muy en la nuca del mismo color y material. Y otra señora recién llegada de Europa mostraba un traje de gruesa seda negra con mangas enormes de seda imprimé, capita negra forrada en este último género y sombrero muy nuevo con ala de terciopelo y copa de pequeñas florcitas de terciopelo que daban la sensación del material de las mangas. Muy chic.

IVONNE.



La chaqueta azul de este tailleur se pone sobre una falda de lana escocesa a rayas blancas, azules y rojas. La blusa azul obscuro tiene un gran nudo escocés que hace el adorno de la chaqueta.

Elegantísimo sombrero de terciopelo negro con anchas alas muy levantadas, indicado para los trajes de tarde.

Cartera de gamuza en color natural con cierre de carey.

Guantes de gamuza lavable en estilo mosquetero, sencillo y acordonado.

Ensembles y tailleurs

Clásico traje en terciopelo de lana adornado con bolsillos redondeados. Falda lisa.

Traje sport en gruesa lana de fantasía. Chaqueta cerrada por un cinturón de cuero con hebilla de metal. Echarpe en el tono del cinturón. Falda recta con un pliegue delantero pespuntado.

Traje dos piezas en lana quadrillé gris, negro y blanco; chaqueta adornada con cortes al sesgo que forman los bolsillos. El mismo efecto en la falda.

Traje en lana moteada beige, castaño y rojo. Chaqueta semi larga con pespuntes en el cuello, bolsillos y cinturón. Falda con tablones delanteros.

Conjunto en gruesa lana diagonal; falda al sesgo con costura adelante y atrás. Abrigo tres-cuartos abotonado con cuello de piel terminado en una corbata.

Chaleco de cuero

Sweater de jersey en dos tonos

Abrigos sencillos y elegantes

1.—Muy chic este abrigo de lana moteada, sin cuello y con unas bonitas mangas terminadas en puños apretados. Las piezas de la cintura salen del corte de los costados.

2.—Abrigo de tarde en crepe marrocain negro adornado con vuelos plisados y chaleco en tela blanca cortada al sesgo. Botones blancos de fantasía en los hombros y cinturón.

3.—Elegante abrigo en marrocain con mangas tres-cuartos terminadas en un estrecho puño.

4.—Abrigo tres-cuartos beige adornado de una pieza drapeada forrada en café que termina en una corbata.

5.—Abrigo sport en lana mouflon a cuadros beige y azul marino. El género va al sesgo en los costados y cortes de las mangas.

Elegantes modelos

1.—Una corrida de botones cierra este abrigo de lana gris adornado de cortes pespuntados; cuello y vueltas de astracán negro.

2.—Este encantador cuello drapeado de caracul se coloca en un abrigo de lana verde botella trabajado con cortes pespuntados. Cinturón de gamuza.

3.—Abrigo de terciopelo negro cerrado a un costado por un botón. Cuello-corbata de nutria. Piezas pespuntadas adornan la parte alta de las mangas.

4.—Este bonito abrigo de lana gris tiene unas originales mangas trabajadas con alforzas pespuntadas. El cuello drapeado se cierra con un botón sobre un doble adorno de caracul negro.

5.—Un zorro negro adorna este abrigo de lana angora. La espalda está adornada con tres botones colocados en el mismo sentido que el corte.

Para las jovencitas

Vestido para jovencita en lana de un tono adornado de astracán negro, el cuello plastrón, bolsillos y mangas. Falda con ancho tablón delantero que forma en la parte baja dos godets plisados.

Vestido de jersey de lana; chaqueta larga con cortes que forman bolsillos y gran cuello terminado en una amarra con patas abotonadas.

Robe-manteau abotonada a un lado con botones de cuero; cuello de piqué ligeramente drapeado. Bolsillo abotonado en el cinturón.

Abrigo de paño, sin cuello y adornado con unas hermosas vueltas abotonadas. El cinturón está cerrado por una hebilla de metal.

Vestido y abrigo tres-cuartos adornado con piel; la parte delantera de la falda se forma con una pieza abotonada en la chaqueta.

Vida y confesiones de Gabriela MISTRAL

Gabriela Mistral en la época de su triunfo en los juegos florales.

VII

Los Juegos Florales de 1914

La Sociedad de Artistas y Escritores de Chile, con sede en Santiago, llamó a concurso, en 1914, a los poetas del país. Celebrarianse, y por primera vez Juegos Florales en la ciudad que delineara la espada de Pedro de Valdivia. De nuevo, Clemencia Isaura, la Edad Media enorme y delicada, revivían por una noche en esta lejana y apartada República.

Y una vez más también delante del público municipal y espeso, cobrarían realidad esas palabras de fe, patria y amor, de la divisa legendaria.

En 1914, pasaba la poesía nacional por un período de renovación franca. Muerto Pedro Antonio González, otros poetas más inspirados y de mejor gusto, habrían de repartirse la herencia de su gloria. Víctor Domingo Silva, venido de la provincia de Coquimbo, se convertía en el ídolo de las muchedumbres y sus versos estaban ya en boca de todos; Carlos Mondaca, elquino, cultivaba unas rosas líricas y Manuel Magallanes Moure, gran señor de fluviales barbas y pintor afortunado en algún apunte cogido al azar, labrábase un alto nombre de poeta con versos que recordaban a Bécquer, pero un Bécquer nacido en el siglo. Y había también una legión de jóvenes que, como Juan Guzmán Cruchaga, Carlos Barella, David Perry, Prendez Saldías, Angel Cruchaga, Vicente Huidobro y algún otro, eran segura promesa de futuras cosechas.

Presidía la Sociedad de Artistas y Escritores, Manuel Magallanes y cúpole también presidir el Jurado de los Juegos Florales; lo secundaban en esta tarea el poeta Miguel Luis Rocuant y Armando Donoso, cuyos ensayos y agudas críticas literarias le habían merecido un bien ganado prestigio en los círculos intelectuales.

Amplia fué la justa. Hízose un llamado a todos los artistas del país. Se les pedía unos versos líricos, y del triunfador sería la honra de elegir la reina entre el tropel de las hermosas.

Acudió Chile lírico en masa. ¡Cuántas cartas escritas en quién sabe qué rincón agreste y provinciano, llegaron conteniendo un poema, hasta el Jurado. Fatigadas por largo viaje, mostraban algunas el incipiente balbuceo de los que se iniciaban recién; otras traían el anuncio de los que triunfaron después.

Pero entre aquella balumba de estrofas de todas las tendencias y de todos los ritmos, de rimas variadísimas, clásicas o libres, románticas o ultramodernas, sobresalieron de inmediato dos poemas: eran una Plegaria a María, la del cielo, que así rezaba en subtítulo y tres sonetos, llamados de la muerte.

Decía la plegaria:

Mística flor de idealidad,
ven a mi pecho lacerado,
apuñaleado sin piedad
por las saetas del pecado.
Mírame aquí, desorientado
en esta horrenda obscuridad.
¡Ven a mi pecho lacerado,
mística flor de idealidad!

Vaso de amor y de terneza,
ruega por nuestras amarguras.
Sobre mis sienes tu pureza
vierta sus místicas dulzuras...
Tú que conoces las torturas
de la belleza y la tristeza,
ruega por nuestras amarguras,
vaso de amor y de terneza.

Ruega por nuestros desalientos,
ruega por nuestras inquietudes.
Bajo el furor de hostiles vientos
se deshojaron las virtudes.
En mi alma hay un rodar de aludes
y me duelen los pensamientos.
¡Ruega por nuestras inquietudes,
ruega por nuestros desalientos!

Por la blancura de tus sienes,
por la dulzura de tus manos,
por la ternura con que vienes
a florecer en mis arcanos.
Sobre el dolor de los hermanos
vierte tus gracias y tus bienes,
por la dulzura de tus manos,
por la blancura de tus sienes.

¡Si amor no hubiera, yo te amara,
oh, suave y pálida quimera!
Mi corazón se desampara
sin tu divina primavera.
Mi alma doliente te venera
y tú presides en mi ara...
¡Oh, suave y pálida quimera,
si amor no hubiera yo te amara!

¡Ave María, gracia plena,
úngeme en tu consolación!
Mi alma de tu perfume llena
tendrá dulzuras de oración.
Recógeme en tu corazón,
tú que eres suave y eres buena,
y úngeme en tu consolación,
¡Ave María, gracia plena!...

El poeta Julio Munizaga Ossandón que disputó a la Mistral el premio.

Decían así los sonetos:

Del nicho helado donde los hombres te pusieron,
te bajaré a la tierra humilde y soleada.
Que he de dormirme en ella los hombres no supieron
y que hemos de soñar sobre la misma almohada.

Te acostaré en la tierra soleada con una
dulcemente de madre para el niño dormido,
la tierra ha de hacerse suavidades de cuna,
para tocar tu cuerpo de niño dolorido.

Luego iré espolvoreando tierra y polvos de rosas
y en la azulada y leve polvareda de luna,
los despojos livianos irán quedando presos.

Me alejaré cantando mis venganzas hermosas,
porque a ese hondor recóndito la mano de ninguna
bajará a disputarme tu puñado de huesos.

Este largo cansancio se hará mayor un día
y el alma dirá al cuerpo que no quiere seguir
arrastrando su masa por la rosada vía
por donde van los hombres contentos de vivir...

Sentirás que a tu lado cavan briosamente,
que otra dormida llega a la quieta ciudad.
Esperaré que me hayan cubierto totalmente.
Después..., vamos a hablar por una eternidad.

Sólo entonces sabrás el por qué no madura
para las ondas huesas tu carne todavía,
tuviste que bajar, sin fatiga, a dormir...

Se hará luz en la zona de los sinos, obscura,
sabrán que en nuestra alianza signos de astros había
y, roto el pacto enorme, ¡tenías que morir!

Malas manos tomaron tu vida desde el día
en que, a una señal de astros, dejara su plantel
nevado de azucenas. En gozo florecía.
Malas manos entraron trágicamente en él.

Y yo le dije a Dios: "Por las sendas mortales,
le llevan. ¡Sombra amada que no saben guiar!
¡Arráncalo, Señor, a esas manos fatales
o le hundes en el hondo sueño que sabes dar!"

"¡No le puedo gritar, no le puedo seguir!"
"¡Su barca empuja un negro viento de tempestad!"
"¡Retórnalo a mis brazos o lo siegas en flor!"

Se detuvo la barca rosa de su vivir...
¿Qué no sé del amor, que no tuve piedad?
¡Tú, que vas a juzgarme, lo comprendes, Señor!

Las opiniones se dividieron al punto. Rocuant, enamorado de la forma, parnasiano, amigo del verso que deleita el oído, daba su voto a la Plegaria. Era perfecta y el metro de nueve sílabas bien se avenía con el pensamiento que era, a la vez, místico y profano. Armando Donoso no era de ese dictamen. Todas sus simpatías estaban decididamente por esos tres sonetos de la muerte, ásperos, sin gran riqueza de rima y sin mayor musicalidad...; pero traspasados de una emoción desbordante, devastadora. Para Donoso fueron la revelación de una nota nueva en la sinfonía un tanto monocorde de la lírica nacional. Detrás de esos versos adivinó a un poeta formidable al que precisaba hacerle camino. Y esta era la oportunidad.

Magallanes Moure decidió el fallo, inclinando la balanza del lado de la opinión de Donoso. Aunque por temperamento él, como el francés, amaba la música por sobre toda cosa, zanjó la cuestión cediendo el paso a la idea tumultuosa de esos sonetos en que alentaba un soplo de divinidad.

Abiertos los sobres, resultó ser autor de la Plegaria un primo lejano de Manuel Magallanes, Julio Munizaga Ossandón, que ya en diarios y revistas se había labrado un nombre de poeta auténtico, de verso claro y sonoro. En cuanto al autor de los sonetos de la muerte, premiados con la flor natural, que era la más alta recompensa del torneo, correspondía a una mujer que llegaba a la orilla del arte con un nombre armonioso y nuevo: Gabriela Mistral.

¿Quién era, entretanto, esta Gabriela Mistral que así y tan alto sentía y pensaba? ¿Qué tragedia interior había amasado en su pensamiento, esos versos simbólicos en que apuntaban, desesperadas, las flechas del dolor y de la muerte?

Pronto quedó descifrado el enigma. Tratábase de una coterránea de Magallanes Moure y de Munizaga Ossandón. Nacida, como ellos, en la provincia de Coquimbo. Era una muchacha alta y desgarbada, que llevaba con optimismo y singular entereza sus veintiocho años. Se llamaba Lucila Godoy Alcayaga, pero desde hacía algunos meses en la revista "Norte y Sur" y en "El Diario Ilustrado", publicaba uno que otro poema con éste su seudónimo de Gabriela Mistral. En cuanto a profesión, era en la actualidad maestra del Liceo de Niñas de Los Andes. Llevaba en la enseñanza casi diez años.

Surgió, pues, Gabriela Mistral en un momento propicio, psicológico diríamos. En Chile no había poetisas. Se recordaba, y eso muy vagamente, que una gran dama del siglo XIX, aristocrática por la sangre y el espíritu, había escrito unos versos académicos. Pero doña Mercedes Marín del Solar no había encontrado sucesora.

(Continuará).

MIGUEL
MUNIZAGA IRIBARREN.

Armando Donoso, miembro del Jurado de los Fuegos Florales.

LA REVISTA DE MAYOR DIFUSION EN CHILE

PARA TODOS
Cine — RADIO — Lectura

El Hogar y la Moda.

COMPRELA USTED TODOS LOS LUNES.

Carlos GARDEL

Carlos Gardel y una pequeña estrellita en el film Paramount "El día que me quieras".

Cuando la vida era para él un campo infinito de rosales fragantes y el mundo un teatro perjuro, que le ofrecía el triunfo de la inmortalidad y en cuyos escenarios hizo vibrar su voz melodiosa de cantante gaucho a cambio de un puñado de aplausos, un día, la sombra traidora del árbol de la muerte, de un zarpazo fugaz, pero seguro, ahogó para siempre su existencia. Sobre la cosecha de su arte sopló el viento trágico que marchitó de un sólo golpe las notas en sus labios

Carlos Gardel, el popular actor de "Luces de Buenos Aires", debía de cantarnos desde el umbral de su morada perenne, la canción que interpretaba su propio destino y que en otra hora deleitó nuestros oídos:

"Al pie de un rosal florido
me hiciste tu juramento,
pero el rosal se secó
marchitado por el viento..."

45 años llevaba Gardel de lucha y esfuerzo en el carrousel del mundo. Según declaraciones de su madre, había nacido en Tolosa, allá por el año 1890 y a pesar de su origen francés, su temperamento, sus costumbres, sus anhelos y su alma, hablaban en un soberbio lenguaje el sentir de la Pampa argentina. Ello se explica fácilmente; llegó a la ciudad de Buenos Aires cuando apenas contaba un año y ocho meses de vida.

Su madre — "mi vieja", como tiernamente la nombraba — habita en la Costa Azul de Francia y con una ironía sólo admisible en las vicisitudes de la vida, era ella a quien el famoso cantante pensaba visitar en el término del viaje que se había propuesto realizar, aquel malhadado viaje que emprendió en la mañana del 24 de junio, a bordo del avión F. 31 de la línea S. A. C. O. desde el aeropuerto Olaya Herrera, en Colombia.

Carlos Gardel en una escena de "El tango en Broadway". Producción Paramount.

Nada debió hacerle presentir el macabro fin de su existencia y sus últimas plabras — según nos cuenta el cable — fueron pronunciadas con aquel optimismo contagiador de toda alma sana: "¡Hasta pronto!..." ¡Cuántos pensamientos se pueden expresar en esta frase breve: "¡Hasta pronto!..." Es como decir: Volveré mañana; voy a abrazar a mi vieja, que me espera en la Costa Azul de Francia; voy a concluir de filmar unas películas en Estados Unidos; pasaré por Panamá y Cuba; iré a la Argentina donde "ella" me espera con los labios húmedos y el corazón henchido de ternuras...; cantaré muchos tangos y daré la vuelta al mundo, pero volveré, ¡quizás mañana!...

Carlos Gardel pensaba venir a Chile; sabía que esta era su patria amiga; que le admiraban y le querían. Nos habría obsequiado desde nuestros escenarios con su voz de cantor formidable y nosotros habríamos experimentado orgullo de hospedarle. La suerte no lo quiso, y en esta hora sombría de su fuga trágica, sólo debemos contentarnos con decir: deseaba visitarnos...

Regó el suelo colombiano con sangre de héroe y junto a sus despojos y a muchos otros, le acompañó un chileno: Celedonio Palacios. En la hora opaca del viaje infinito se aunaron sus almas valerosas y por fracción de segundos debieron sentir idénticas emociones.

(Continúa en la pág. 56)

Escena de "El día que me quieras", película Paramount de la que son protagonistas Rosita Moreno y Carlos Gardel.

Claudette COLBERT y el ojo eléctrico

Varias noticias llegadas de Hollywood nos cuentan de cómo los periódicos científicos y aún la prensa cotidiana se han estado ocupando desde hace algún tiempo, de los experimentos practicados por los ingenieros electricistas referentes a lo llamado "el ojo eléctrico", mecanismo éste que tiene por objeto abrir puertas, hacer sonar timbres y encender luces, todo ello automáticamente.

Claudette Colbertt, la notable actriz de la pantalla, ha aprovechado estos últimos adelantos de la electricidad, que constituirán uno de los atractivos de la nueva morada que está construyendo en Holmby Hills, cerca de Hollywood y que según los entendidos, se trata de una hermosa obra del arte arquitectónico.

Un rayo invisible colocado cerca del garage, servirá para abrir automáticamente sus puertas, una vez que el automóvil penetre a su radio de acción. En esta forma, Claudette podrá entrar en el garage de su casa sin necesidad de moverse del asiento de su carro. ¡Qué comodidad!

Otra de las aplicaciones del sistema llamado "el ojo eléctrico", será una combinación de alarma contra ladrones, que funcionará cada vez que una puerta o ventana de la planta baja sea abierta. El acceso de un intruso por cualquiera de esas aberturas, después que el contacto haya sido establecido, pondrá en movimiento los timbres de alarma y encenderá todas las luces, tanto las de la casa como las del jardín.

Un dispositivo semejante, colocado en la fuente del jardín, ejecutará el maravilloso milagro de hacer brotar el agua automáticamente en cuanto la sombra producida por la cabeza de la persona sedienta, rompa el contacto establecido.

Los planos para esta fantástica morada están totalmente terminados y Claudette ha anunciado que la construcción empezará en cuanto haya terminado su actuación en el "Lirio dorado", que se está filmando actualmente en los estudios de la Paramount.

Como es de suponer, la simpática estrella se ha visto poco menos que acorralada por amigos y curiosos que pretenden dar una idea o proponer una innovación en la construcción de esta magnífica morada. Claudette ha manifestado que la próxima vez que se decida a construir una casa, tendrá buen cuidado de que nadie se entere de ello. Al respecto, se cuenta una simpática anecdota. Cuando la noticia de la construcción llegó a oídos de Cecil B. de Mille, éste se dirigió a casa de la actriz solicitando con toda seriedad, se le concediera el honor de diseñar el cuarto de baño. Claudette, que ya tenía formuladas sus ideas referentes a la decoración de su baño, pasó un rato desagradable al imaginarse lo que la fantasía de un director podía crear a base de mármoles y azulejos. De Mille, adivinando las fatigas de Claudette, terminó por confesarle, que su petición no pasaba de ser una broma.

Claudette Colbert, no sólo ha demostrado sus condiciones de dibujante en la proyección de su futura casa, ya que se le considera una artista en el diseño de modelos para trajes y sombreros. La interesante actriz podría ganar más del doble del dinero que percibe por su trabajo en la pantalla, si se decidiera explotar su reconocida habilidad en el dibujo de modas. Este hecho sorprendente fué revelado por la propia actriz y por Travis Banton, modisto de la Paramount.

Otras de las fuentes de ingreso que Claudette se ha negado rotundamente a utilizar, es la recomendación de productos de belleza. Muchos fabricantes de crema y líquidos para el cutis le han ofrecido en repetidas ocasiones, sumas tentadoras de dinero, pero la simpática estrella ha insistido en su negativa. Claudette ha expresado que su salario es suficiente para sus necesidades y que prefiere vivir tranquila, sin las preocupaciones de negocios y contratos especiales.

Banton asegura que la actriz tiene cualidades extraordinarias para diseñar modelos y que su sentido del colorido es comparable al de un maestro en pintura.

De la pantalla

Frances Drake, hermosa estrella de Paramount, muestra su simpática sonrisa a los lectores de "Familia".

IMPRESIONES DE HOLLYWOOD

Mae West recibiendo, con asombro, un mechón de pelo que un admirador le manda para su colección...

Bing Crosby levantándose a las seis de la mañana para tomar parte en un programa de radio, especial para Inglaterra...

W. C. Fields regresando de unas vacaciones en el desierto y maldiciendo un resfriado pillado a última hora...

Grace Bradley uniéndose a Carole Lombard y Gail Patrick para obtener licencias de piloto aviador...

Jack Oakie diciéndole a un amigo que aunque las morenas se pongan de moda él se queda con las rubias, porque visten más...

Loretta Young contándole a Cecil De Mille que desde que empezó a actuar en "Las Cruzadas" ha ganado seis libras de peso...

Mary Boland escribiendo desde Nueva York que está en cama con un ataque de "gripe".

Frances Drake exhibiendo un hermoso zafiro, rodeado de diamantes y montado en platino, regalo de su padre...

Sylvia Sidney recibiendo telegramas apasionados de cierta persona de Nueva York y acudiendo sola a los estrenos y otras fiestas...

Gail Patrick almorzando con Mitchell Leisen, director, y provocando abundantes comentarios...

Carole Lombard partiendo para unas bien merecidas vacaciones...

Elissa Landi, entrando en un veloz aeroplano con destino a Nueva York...

Ann Dvorak, estrella de Warner Bros., presenta lindo trajecito de mañana, de suave lana escocesa. Novedoso sombrero de celophan.

Armand, famoso artista parisiense en el ramo de tocados femeninos, examina el nuevo peinado de Mary Carlisle, actriz de la Metro-Goldwyn Mayer.

Travis Banton, modisto, regresando de Londres y París donde exhibió su película de modas...

Joe Morrison, quejándose de su mala suerte en las carreras de caballos...

Ida Lupino, sofocada y cansada después de un match de tenis...

Claudette Colbert entregándose con pasión al estudio de los planos para su nueva casa...

Charlie Ruggles, pasándose una vida de perros buscando ejemplares de raza...

Wesley Ruggles y su esposa Arline Judge trabajando en distintas películas en los estudios de la Paramount.

LA PARAMOUNT PRESENTA UN NUEVO FILM DE HAROLD LLOYD

Harold Lloyd acaba de firmar un contrato con la Paramount para interpretar el principal papel en la adaptación cinematográfica del éxito teatral, "The Milky Way" (La vía láctea) renunciando temporalmente a su acostumbrada actitud de aparecer solamente en películas producidas por él mismo.

EL CONDE CARMINATI

Tullio Carminati, que comparte los roles estelares con Mary Ellis en la comedia musical de la Paramount. "Paris in Spring", (La primavera en París) pertenece a la nobleza italiana, teniendo derecho a ostentar el título de Conde Carminati de Brambilla.

Aficionado a la aviación... Jackie Cooper, estrella de la Metro Goldwyn Mayer tiene un taller en su casa, en donde pasa muchas horas construyendo modelos de aeroplanos. Aquí aparece con algunas muestras, evidente prueba de su habilidad.

Lee Crowe.

Favoritos

Kay Francis.
(Foto Universal)

Un ensemble con dos blusas

Indicadísimo para la mañana o viajes este conjunto en tweed beige y café, compuesto de falda sencilla, abrigo tres-cuartos con grandes bolsillos de parche pespuntados y blusa de seda café.

Como complemento del traje estas dos encantadoras blusas. La que vemos en la parte superior es de seda china pointillée en tonos blanco y beige, con pespuntes del cuello y grandes botones café. La de abajo es lindísima; está confeccionada con gruesa espumilla café, con cuello-camisa y dos piezas que simulan grandes bolsillos abotonados.

Ultimas creaciones

Encantador abrigo de lana moteada beige y café con cortes pespuntados adornado de grandes botones forrados y cuello y puños de pantera. El cuerpo es muy acinturado marcando la línea de las caderas y ampliando hacia abajo.

Lindo abrigo verde con cortes muy nuevos y adornado de gran cuello y plastrón de nutria negro colocado en forma muy original.

Elegante traje de tarde en crepe georgette verde adornado de encaje de lamé, con los mismos cortes del abrigo completando así el conjunto.

Elegantes

rrocain de seda de forma
as cortas muy anchas y
en el codo.
ina enteramente cortado
o drapeado.
n crepe georgette. Un

adorno imitando vueltas forma capita terminadas en cinturón.
Vestido de espumilla con canesú largo y cerrado con un motivo de joyería.
De crepe georgette imprimé este vestido de tarde con cortes muy complicados.

idos de tarde

Vestido de terciopelo de seda de forma muy ajustada en las caderas ampliando hacia abajo. Medias mangas adornadas con tul.

En crepe marrocaín este vestido de tarde. El adorno del cuello y mangas es de tul de seda.

Vestido de taffetas de cuello muy subido y chaqueta lipersamente drapeada. Escote de la espalda en punta.

En crepe satén este vestido de tarde. Las tiras de los hombros están hechas del mismo género.

Juvenil vestido de tarde en crepe georgette. Muy modernas las mangas-capas y abertura del escote.

Sweater Pointille

Jersey para el yacht

He aquí un sweater muy chic y, sin embargo, muy fácil de hacer. Está adornado por tres estrellas de fieltro en las que están bordadas las iniciales.

La explicación corresponde al talle 42 (largo 46 cm., contorno 85 cm.). Por cada talle diferente agregar o disminuir 20 p. (10 p. del., 10 p. esp.)

Indicaciones: 100 gramos de lana azul marino y 100 gramos de lana blanca. Dos palillos N.o 1 (2 mm. 1/2 de diámetro) (canutón), 2 palillos N.o 2 (3 mm. diámetro) (cuerpo).

Puntos empleados: 1.o Canutón (cintura, puños, cuello): 2 p. d. 2 p. r. 2.o Punto de Jersey (cuerpo, mangas). Se teje como el punto de jersey ordinario: 1 corrida d. 1 corrida r. con la diferencia que en la corrida del d. el p. se teje tomándolo por detrás.

Delantero: Se comienza por abajo. Urdir 120 p. blancos. Tejer 6 cm. de canutón en los palillos finos y comenzar el cuerpo haciendo en el curso de la 1.a corrida 10 aumentos. Hacer en seguida en cada lado 5 veces 1 aumento con 2 cm. de intervalo. A los 28 cm. de alto, cortar la lana blanca. Tejer con la azul marina. Formar las bocamangas disminuyendo de cada lado 1 vez 7 p. y con una corrida de intervalo 1 vez 5 p. 1 vez 3 p. y con tres corridas de intervalo 1 p. Cuando la parte azul marina tenga 13 cm. de alto, disminuir en el escote los 20 p. del medio del tejido. Tejer un lado disminuyendo para el escote con una corrida de intervalo 2 veces 2 p. y siempre 1 p. hasta que no queden más que 30 p. Tejer todavía 5 corridas sin disminución y disminuir 6 por 6 los puntos del hombro. Terminar de la misma manera la 2.a mitad delantera.

Espalda: Urdir 200 p. y seguir la explicación delantera suprimiendo el escote. Cuando las bocamangas tengan 1 cm. menos que adelante, cerrar juntos los p. restantes para el escote.

Manga: Se comienza por abajo. Urdir 110 p. blancos. Tejer 10 cm. de canutón. Cortar la lana blanca. Tejer 7 cm. en punto de jersey con la lana azul marina, después formar la manga, disminuyendo de cada lado 1 p. en cada corrida hasta los 20 p. que se cierran juntos.

Cuello: Hacer las costuras del hombro. Después tomar con la lana azul marina todos los puntos del borde del cuello, cortarla, tejer con la lana blanca 14 cm. de canutón. Cerrar los puntos.

Chaqueta de tennis

Para esta chaqueta se usa lana bouclé doble.

La explicación corresponde al talle 44 (1.48 cm., contorno 92 cm.) Por cada talle diferente agregar o disminuir 22 corridas (10 corridas esp. 6 corridas en cada del.)

Indicaciones: 450 gramos de lana bouclé, 2 palillos N.o 9 (6 mm. de diámetro).

Puntos empleados: Es el punto correteado el punto que ha sido empleado en este tejido: siempre al derecho.

Delantero: Se comienza por el lado y se teje verticalmente. Urdir 50 p. La parte baja del trabajo se teje en línea recta. En este lugar para ajustar la cintura, cada 4 corridas se dejan de tejer 10 p. abajo. Tejer 14 corridas y del lado de las bocamangas, agregar 30 p. lo que lleva al hombro. Formar el hombro tejiendo 44 corridas. En el curso de estas 44 corridas hacer, para formar el hombro, 1 aumento cada 4 corridas. Después, cerrar para el escote una vez 10 p. y con una corrida de intervalo 11 veces 2 p. Cuando el tejido tenga 72 corridas de alto, formar para el borde delantero 5 ojales, el 1.o a cuatro p. del borde del escote y los otros a 10 p. de intervalo, cerrando 4 p. que se urden en la corrida siguiente. Tejer, aún 4 corridas en línea recta sobre todos los puntos y cerrarlos en seguida. Hacer la 2.a mitad delantera en igual forma, suprimiendo los ojales.

Espalda: Urdir 50 p. y seguir la explicación delantera hasta el hombro. Para el escote disminuir con una corrida de intervalo 3 veces 1 p. Tejer después 16 corridas en línea recta (esto corresponde a la mitad de la espalda). Tomar la explicación a la inversa para la otra mitad.

Manga: Se comienza por la parte de arriba del rebaje. Urdir 5 p. Tejer 4 corridas. Hacer en seguida en una de las extremidadas del tejido con una corrida de intervalo, 7 veces un aumento de 5 p., 3 veces 1 aumento de 10 p. (esto lleva a la parte baja de la manga).

Para ajustar el puño, cada 4 corridas se dejan 12 p. abajo sin tejer. Simultáneamente del lado opuesto, hacer siempre un aumento con una corrida de intervalo durante 40 corridas. Tejer 14 corridas sin aumento (medio de la manga). Tomar el tejido a la inversa para la 2.a mitad.

Cuello: Se comienza por uno de los extremos. Urdir 5 p. El borde interior del cuello se teje en línea recta. Simultáneamente del lado opuesto hacer siempre un aumento cada 4 corridas hasta 22 p. en total. Tejer 30 corridas y tomar la explicación a la inversa para la 2.a mitad.

Sweater Pointillé

Hecho a crochet con lana fina, este encantador sweater pointillé tiene una pieza drapeada.

La lana ha sido empleada doble para el canutón a palillos solamente.

La explicación corresponde al talle 42 (largo 46 cm., contorno 85 cm.). Por cada talle diferente agregar o disminuir 26 mallas (13 m. del., 13 m. esp.)

Indicaciones: 125 gramos de lana blanca y 25 gramos de lana verda.

Un crochet y dos palillos finos de acero.

Puntos empleados: 1.o) Canutón a palillos (cintura, puños), medio p. a crochet (cuerpo o mangas) sobre cada malla de una cadeneta del largo requerido, hacer medio punto. Esto para la primera corrida. En todas las corridas siguientes hacer el p. tomando las dos hebras de la malla de la corr. precedente. Para las pepas que se forman al mismo tiempo que el resto del trabajo, pasar la lana de color por detrás del tejido. Al cambiar de color las lanas deben darse vuelta una sobre otra sin cortarlas. Hacer una pepa cada nueve puntos, haciendo dos puntos en una misma malla, pero cerrándolos juntos para evitar los aumentos. Las corridas de pepas se hacen cada 2 corridas y deben ser colocadas siempre encontradas, como muestra el dibujo. Para el cuerpo y las mangas el fondo es blanco con puntos verdes. Para la pieza drapeada el fondo es verde con puntos blancos.

Delantero: Se comienza por abajo. Urdir 160 p. Tejer 10 cm. de canutón con palillos. No cerrar los puntos. En seguida, comenzar el cuerpo con crochet formando un medio punto sobre cada p. del tejido. Tejer 10 corridas en línea recta. Hacer en seguida de cada lado cuatro veces un aumento de 1 malla con 5 corridas de intervalo (168 mallas y 30 corridas). Formar en seguida la bocamanga dejando de cada lado 1 vez 7 mallas y con una corrida de intervalo 2 veces 3 mallas, 2 veces 2 mallas 1 vez 1 malla (10 mallas en total). Simultáneamente en la 1.a corrida de las

(Continúa en la pág. 56)

1.—Este abriguito en paño azul claro con vueltas dobles y piezas que forman bolsillos.

2.—Abriguito en paño blanco con cuello cerrado y doble abotonadura.

3.—Abrigo de paño azul claro con cuello redondo y doble abotonadura.

4.—En lana angora este abrigo adornado de armiño.

5 y 6.—Falda y pantalón en tela negra, se llevan con pull-over de lana angora tejidos a palillos.

7.—Vestido de jersey de lana rayado colocado en diferentes sentidos.

8.—Vestidito en lana azul con cuello y tela abotonada de piqué blanco.

9.—Trajecito con tirantes en lana azul marino con blusa y corbata escocesa en tonos blanco y azul.

La moda infantil

Para los deportes infantiles

Para hacer ski, este traje de dos piezas en cuero café. Echarpe y vueltas de los guantes en lana de fantasía.

Este abrigo con cuatro bolsillos es de gruesa lana beige adornado con gran echarpe de jersey café.

Vestido de terciopelo inglés formando chaleco delantero colocado sobre una blusa de lana angora. Echarpe de jersey moteado.

Práctico abrigo en gruesa duvetina castaña, trabajado con cortes pespuntados.

Vestido de lana con falda completamente tableada. Sobre este trajecito se coloca un chaleco de gamuza en tono obscuro.

Ensemble sportivo compuesto de tres piezas, con chaleco, cuello y vueltas del abrigo, puños y adorno de los bolsillos en género escocés.

En paño celeste, este abriguito con adornos de la misma tela en tono obscuro. Pull-over tejido a palillos.

Dos piezas en lana angora beige; se lleva con un pull-over tejido a palillos en angora café.

Esta chiquitina lleva un abriguito de lana. Bajo el canesú pasa una corbata escocesa que forma el cuello.

SOM

Tricornio confeccionado en paño café adornado de pespuntes en el tono.

Sombrero de terciopelo negro enteramente pespuntado. Un pájaro sostiene el ala levantada.

Sombrero de fieltro azul, muy inclinado hacia un costado y adornado de gros grain en el tono

BRREROS

Una fantasía de plumas de diferentes tonos acentúa la punta de este pequeño tricornio de fieltro.

En taupé negro este sombrero adornado con cordones de seda negro y blanco.

En fieltro chinesco este sombrero adornado con una hebilla de metal que sostiene el pliegue de la copa.

Para las mañanas

Práctico abrigo tres cuartos en lana gris claro. Mangas raglán anchas que se unen a un canesú redondo. Se cierra con un clip.

Abrigo de lana diagonal con medio cinturón en la espalda.

Abrigo muy chic en lana azul moteada blanco. Bonito cuello de abrir y cerrar. Botón y cinturón de gamuza azul.

Bonito conjunto de lana en tonos beige y café. Falda sencilla y angosta, abrigo tres-cuartos muy acampanado con mangas raglán. Cuello, puños y botones de gamuza café.

De última moda

Simpático traje en género a rayas cortado al sesgo. Las mangas van unidas con la chaqueta. La pieza del centro sale del cuello, forma la cintura y se abrocha en la espalda con una hebilla del mismo color de los botones.

De mucha novedad este vestido confeccionado en lana diagonal. Se cierra la delantera con cordones terminados con un profundo pliegue.

Lindo trajecito de sport en género a cuadros, en fondo gris rayado de negro y blanco. Los cortes van al sesgo. Botones y cinturón de cuero negro.

Aquí tenemos dos lindas capitas que pueden usarse con cualquier traje.

Abrigo corto en género a cuadros. La espalda lleva dos puntas incrustadas que forman varios pliegues.

La cama del bebé

Presentamos a nuestras lectoras esta página en que se ven graciosas camitas para el bebé.

Con muy poco costo se puede obtener una armazón de mimbre o madera con patas, o mejor todavía, con ruedas para transportarla fácilmente de un lugar a otro. Luego se forra con un género liviano, como ser: velo de hilo, tul, batista fina o muselina estampada. Estos géneros pueden ser blancos o de color, siempre prefiriendo tonos suaves que hacen reposar mejor al niño.

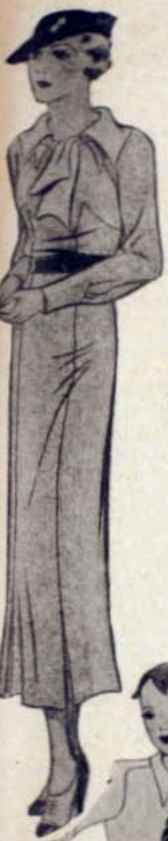
Damos aquí unas cuantas ideas de cómo adornar la camita. En la figura I tenemos una sencilla cunita de mimbre de color natural forrada en muselina estampada con un borde en satén brillante.

La figura II corresponde a una cuna de mimbre fija adornada de vuelos de tul blanco con borde fileteado.

III.—Una cunita de mimbre natural adornada de vuelos de muselina estampada, con borde ondeado terminado por un cordón.

IV.—Camita de mimbre decorada con vuelos de batista celeste con borde de batista de tono más vivo.

V.—Y, por último, tenemos una graciosa cunita para el mimado de la casa. El vuelo que la rodea va adornado de un motivo de animales, árboles, etc., aplicados en tela de tono más vivo.



Traje en lana de fantasía beige, con cortes que forman tablones en la espalda y delantera. Cuello y corbata de piqué blanco, cinturón de cuero café.

Traje de golf para niño; pantalones de gruesa tela de lana café y camisa de franela blanca.

En lana beige este sobretodo para niño con doble abotonadura y vueltas y bolsillos pespuntados.

Estos moldes se despachan al recibo de su carta con treinta centavos en estampillas. Dirigirse a "FAMILIA", casilla 84-D., Santiago.

CUBIERTA PARA LIBROS

Esta bonita cubierta para libro está confeccionada en género de lana rojo con lunares blancos y forrada en satén de un color. En la parte interior de las puntas lleva botones que se unen a una huincha con varios ojales, para poder colocar libros de diferentes tamaños. Para hacer esta cubierta se emplea cincuenta centímetros por cuarenta centímetros de género.

Buen Tono

MUCHA DIVERSION Y NINGUNA SATISFACCION CONDUCE AL HASTIO, DECLARA BEATRIZ BARMLEY

—No sé qué me pasa — me decía una hermosa y joven amiga el otro día—. Todo me resulta fastidioso y cansado. Ya no me alegro con cosas que antes me agradaban.

—Por supuesto — le respondí. —Tú sufres ahora de un fuerte ataque de indigestión moral.

Sus ojos se abrieron desmesuradamente.

—¿Qué quieres decir?

—Escúchame, querida; déjame que te hable de tiempos pasados. ¿Puedes imaginarte la época en que no había motores, automóviles, radios o victrolas?

—¡Oh, me imagino lo terriblemente triste que eso sería!

—Pues bien, allí está tu error. ¡No era así! Mira, nuestras mujercitas de un pasado no muy lejano, tenían muchos más motivos para recrear su imaginación. Y la imaginación es la fuente en la cual se perfuma la vida. Sin ella, no hay atractivo posible.

En nuestra época, una visita al circo o una reunión en casa, eran cosas que sucedían muy rara vez. Cada día que precedía a ellas, el acontecimiento mismo, era glorificado por los colores de rosa de la imaginación y luego los días siguientes en que reflexionábamos sobre la experiencia obtenida... Dime, ¿te acuerdas de tu primer baile, de tu primera ida al teatro?

Ella salvó en un instante el breve espacio de sus veintidós años.

—No sé, realmente he asistido a tantos.

—Justamente, tú estás demasiado harta de cosas buenas. Hay veces que yo siento pena por ustedes, las jóvenes de hoy. ¡Nunca en sus recuerdos tendrán tanto acopio extraordinario de impresiones, como yo en mi primera ida al teatro a los diecisiete años!

Hoy día hay tantas diversiones a nuestra constante disposición, tanto dentro de nuestros hogares como fuera de ellos. Hay radios, victrolas, automóviles, teatros y bailes, tantas oportunidades de ir a cualquier parte y hacer lo que se quiere.

Pero es indispensable evitarse el abuso de tantas cosas buenas, a fin de no llegar a hastiarse de ellas.

Y si no hacemos uso de este sistema, no sólo lograremos una indigestión moral y una imaginación embotada, sino que nos sucederá algo aún peor.

El juego, por ejemplo, ha llegado a ser un vicio. Lo aceptamos, a pesar de nuestro creciente aburrimiento, porque no podemos soportar largo tiempo el estar solas. La sociedad misma comprende que ha entrado en ella como una plaga, pero lo tolera.

Un ejemplo exacto de esta actitud mental, se me presentó en una reunión a pleno sol un día de fiesta. Aquello estaba lleno de gente que descansaba buscando diversiones.

—¡Cuánto trabajo el suyo! — le dije, sonriendo, a una mujer que trataba con viveza de distinguir a lo lejos a su compañero de golf que se había quedado allá abajo—. ¿No se fastidia Ud. con su constante golf, excursiones, bridge y juegos?

—Bien, sí, seré franca. Pero después de todo, una tiene que hacer algo.

Ustedes tienen que hacer algo. Yo pienso que por lo mismo que se han divertido tanto, tienen miedo de estar solas y ociosas en cualquier momento.

No pueden apreciar un buen libro o un paseo por el mar. No pueden ver ni apreciar las bellezas de la Naturaleza, porque están completamente hartos de las cosas inventadas por el hombre.

CIEGAS ANTE LA BELLEZA.

Y cuando el sol se esconde y aparece la luna, las palmas, los pinos y las flores vuelven al país de las maravillas, esta mujer y sus amigos huyen de estas bellezas y ocupan sus horas en la mesa de bridge o en el Casino.

Todos están aburridos, pero el juego, aparte de diversión, ha llegado a ser un vicio y a pesar de sentirse hastiados seguirán en ello...

—Casi todo lo que hacemos, no tiene sentido. Me hace la impresión de un gatito pillándose la cola—dijo una dama que había viajado por todo el mundo y había frecuentado las mejores entretenciones que Londres, Nueva York, París, Shanghai, Rangoon y Tokio pueden brindar.

—Creo que es preciso hacer un alto a todo esto. Hoy, por ejemplo, me aparté de mi pequeño mundo y vagué tres horas sola. Descubrí una cafetería, donde me serví un lunch por un chelín y me deleité mirando los esfuerzos de unos golosos gorriones que trataban de arrebatar su alimento a unos desplumados polluelos, mientras ellos se defendían heroicamente del ataque de los encarnizados piratas.

Me sentí más feliz y satisfecha que si hubiera gastado muchas libras. ¡Gracias a Dios, aún puedo entretenerme con cosas tan sencillas!

Si tú comprendes que solamente vives entre cosas banales, es tiempo todavía de que te detengas.

De otro modo, como si el tiempo de la Edad Media descendiera sobre ti, sufrirás de los más terribles síntomas de apatía moral, aburrimiento, cansancio y absoluto descontento.

ULTIVE SU BELLEZA

EL MAQUILLAGE

La juventud auténtica de una mujer reside en varios lugares de su persona. Sobre todo en uno muy pequeñito, que nada dice y que, sin embargo, descorre el velo de la edad de su propietaria: las aletas de la nariz.

Mirad las aletas de la nariz de un niño. Lisas, intactas, sin grasa, vienen a unirse a la mejilla sin brillar nunca, sin que las venas las coloreen, sin presentar hoyitos imperceptibles y sin salpicarse de minúsculos puntos negros.

Para el ala de la nariz, aun cuando sólo leche se use, reservad siempre un átomo de crema (una cabeza de alfiler) para daría la pureza que necesariamente ha perdido aun antes de los treinta años.

Con el fin de que esta crema desempeñe bien su papel, extendedla muy ligeramente para que, al unirse con la leche de aseo, no deje vislumbrar la línea de unión.

Insistase bien en la ranurita curva que va al encuentro de la mejilla y del labio superior.

El rostro se halla ya en condiciones de recibir los polvos. Pero antes de coronar toda la obra, hay que dar a las mejillas color, porque, muy blancas, semejarían a las de Pierrot.

La mayor parte de las mujeres no se dan el colorete sino por encima de los polvos. Puede defenderse este clásico sistema. No obstante, me parece ventajoso dar el colorete antes, porque *debajo* de los polvos se parecerá más al color natural.

La elección de un colorete que concuerde con la tez de la persona es capital. Cada cual debe preocuparse buscando exactamente lo que la convenga. De todos modos, recomiendo que no se ponga demasiado, pues se conseguiría envejecerse, o sea, el resultado opuesto al que se persigue.

Para dar el colorete en su verdadero sitio — porque tampoco esto debe hacerse al azar—, hay que reír, o mejor dicho, sonreír naturalmente, con el fin de que los carrillos acusen bien su forma.

Atáquese con el rojo el carrillo así presentado. Cesad de reír. Tómese la punta de una toalla esponjosa y frótese al mismo tiempo que se extiende en redondo, teniendo cuidado de no propagar el colorete ni sobre el párpado inferior, ni sobre la sien ni demasiado cerca de la boca. El punto más intenso del rojo debe encontrarse en medio del carrillo.

Algo que da a todos los coloretes un aire de autenticidad: un poco de polvos ocre no muy obscuro, colocados por encima. No darse más que en las mejillas, nunca en la nariz, la frente y la barbilla, si no se quiere de una manera especial que el afeite salte demasiado a la vista.

Para las mujeres que deben ser pálidas, porque en ello consiste el interés de su tipo, ese poco de polvos ocre bastará y no tendrán necesidad de darse colorete. Ello pondrá una nota de salud en su rostro sin quitarle nada del "drama" que necesita.

Empolvarse, no de una vez, pensando en otra cosa, sino primeramente con una borla llana y firme, no muy cargada de polvos. Pasadla con mucha igualdad por las mejillas, la frente, la barbilla, las aletas de la nariz. Para los rincones de la nariz, la parte superior de las cejas, el hueco de los ojos, tómese una borla minúscula y ligera o bien un algodón hidrófilo bien impregnado de polvos desde hace varios días, es decir, habiendo desempeñado ya el papel de borla.

Será necesario pasar el dedo mojado por cejas y pestañas (vale más hacerlo con un cepillito húmedo).

Por último, es enteramente indispensable dar un poco de colorete en las orejas, lo cual presta al rostro animación y juventud.

Antes de terminar, volvamos a la nariz por un momento.

Del mismo modo que dibujaremos su raíz por medio de un poco de penumbra, que continuará la de los ojos, dibujaremos su base pasando el dedo meñique untado de colorete (que puede tomarse de los labios, una vez pintados) en el interior de las ventanas de la nariz. Así, vista de frente, parecerá más fina, más recta, más pura, por efecto de la penumbra, que la hace más estrecha a su comienzo, y del colorete, que hace, contrastando, más pálidas las referidas ventanas.

Dos palabras aun:

Primera: Por la noche, al acostarse, lavad con alcohol u otro producto, todo el afeite del rostro y de los ojos. Dormid sin daros nada en el cutis para que pueda respirar bien la piel durante el sueño.

Segunda: Es casi inútil decirlo: para poseer un cutis al que el afeite adhiera bien, cuídese el tubo digestivo para que la salud sea perfecta. No haced excesos de ningún orden.

LAS MANOS

Hay que evitar en épocas el frío que las enrojece. Deben lavarse siempre con agua templada, secándolas cuidadosamente. Estando frías o húmedas no deben nunca aproximarse al fuego. Hay que hacer con ellas movimientos gimnásticos que provoquen la circulación. Si están rugosas, enrojecidas o ásperas, se las debe lavar con agua tibia adicionada de glicerina, secar y poner luego la siguiente preparación: agua de rosas, 200 gramos; glicerina neutra, 100 gramos; tanino, 50 centígramos; borato de sodio, 5 gramos.

La casa bonita:

Los jardines en miniatura

Tres tipos bien definidos de casa habitación existen en nuestra ciudad: la casa colonial, de anchos patios solados de ladrillos, enmarañados de jazmines, con una fuente al medio rodeada de macetas y los corredores o las galerías en torno; la casa llena de pegotes, con retorcidos balcones saledizos, ancho portalón lateral y pretensiones de palacete; el chalet rodeado de jardines que empezó en el estilo español-californiano para terminar en las líneas muy simples del cubo moderno. Ahora aparece un cuarto tipo, basado en una concurrencia de factores que lo harán el triunfante: la casa de departamentos, pequeños, pero llenos de comodidades, con aire y sol, orientados en forma inteligente, con ascensores, calefacción central, agua caliente corriente, baños instalados, botaderos de basura y hornos crematorios. Muchas tienen frigorífico, sin contar con las cocinas llenas de toda suerte de comodidades. Y es claro que aunque el espacio sea mínimo, todo está tan admirablemente consultado, que por una especie de milagro hay cabida para cada cosa. Y por cierto que se ha tenido en cuenta a los niños y las terrazas son ellos quienes las disfrutan y hasta canchas de juegos poseen algunas.

Pocos muebles bastan para completar estos departamentos, el servicio se simplifica con una serie de detalles mecánicos, con lo cual se ahorra servidumbre, se tienen comodidades que en la casa individual serían inalcanzables, la calefacción central, por ejemplo. Y las gentes que al comienzo, cuando estos edificios empezaron a hacer su aparición entre nosotros, los miraban con infinitas desconfianzas, se afanan ahora por conseguir un departamento, convencidos de que en ninguna parte, ni aun en la casa que fuera su orgullo, ni aun en el chalet que cuesta un dineral mantener, hallan tal cúmulo de confort. Son decenas los edificios de este tipo que actualmente, en todos los barrios, están en construcción y da risa ver las listas de gentes inscritas, cuando la obra apenas está en cimientos, para obtener su respectivo departamento un año después o dos... Y en los edificios ya habitados hay verdaderas batallas para conseguir alguno que esté por desocuparse. Se recurre hasta a recomendaciones y sé de una señora, casada con un dirigente en política, que quería nada menos que hacer valer la situación de su marido para que le dieran preferencia y le arrendaran un departamento en cierto edificio de la Plaza de Armas.

Y así como se han reducido los muebles y la servidumbre, la vida ha parecido ampliarse, ya que una buena suma de molestias caseras se han eliminado a la par que un matiz simpático envuelve el hogar.

Algunas señoras — muchas —, suspiran, eso sí, añorando sus plantas y sus flores. Toda la razón las acompaña. Los jardines coloniales, los finos prados de trébol, la fuente romántica con los siete peces de la buena suerte, son demasiado bonitos para que no se echen de menos. Pero, ¿las comodidades del departamento moderno y aun lo mejor de la casa de antaño? Sería demasiado pedir. Y entre una y otra cosa hay que sacrificar aquella que tenga menos importancia, ya que de sacrificar algo se trata. Entonces nos quedamos con el departamento moderno y reducido, pero nos ingeniaremos por tener, aunque sólo sea en miniatura, un jardín como el que hemos perdido, paraíso de la época.

Aquí tienen ustedes toda una serie de pequeñas ideas que realizarán personalmente y encantadas. Los cactos tan de moda y que en nuestros cerros son maleza, pueden darnos estupendos motivos para estos jardines en

(Continúa en la pág. 56)

¡Esos amargos almuerzos que nos describen Mary Boland y Charles Ruggles, semejan un cuadro de marido y mujer que no han comenzado muy bien el día!

¿Por qué se casó Ud. con su marido?

pregunta Godfrey Winn

En un momento de depresión o desilusión, ¿se ha hecho Ud. esta pregunta? Sea sincera. Yo espero que se la haya hecho.

No es tan terrible admitirlo, al fin y al cabo. Por cierto que, en un sentido, es un gesto de derrota, pero es sólo una derrota momentánea. Todos tenemos nuestros malos genios; días en que todo sale mal y cada uno parece no medir sus palabras. Pero, en vez de tener una buena discusión con nosotros mismos, simplemente nos cegamos en despiadadas y arrebatadas ideas, siempre fatal error, comparando el pasado con el presente, diciéndonos que si pudiéramos recuperar el tiempo perdido actuaríamos de modo muy diferente y lo damos por seguro y hasta con felices resultados.

Actualmente pensaríamos lo mismo. Pero no es este el asunto. El punto principal es que esas crisis nerviosas, porque eso es lo que son realmente, ocurren siempre entre los matrimonios más tranquilos. La naturaleza humana es como es y el matrimonio, en teoría y en práctica, es cosa muy diferente, por lo que no hay que sorprenderse que las partes afectadas lleguen algunas veces a amilanarse y piensen que, después de todo, la vida los ha estafado. Si los años se deslizan y nada de particular sucede, al menos no ha sucedido nada agradable, pero tampoco desagradable. En este caso, los esposos se imaginan en unas tranquilas aguas, empujados por la corriente de la vida y la alegre multitud pasando sobre ellas.

A veces, la esperanza de un cambio económico o social parece envolverlos. Si no es este año, será el próximo, pero ahora parece más y más lejos. Ud. rie amargamente ahora cuando piensa en aquella época en que estaba convencida que el hombre con quien se casó llegaría a millonario.

¿Por qué no? Aun es tiempo. Grabe esto en su mente y para siempre. Si su marido no ha hecho nada por lograr el éxito, si él se agita dentro de un medio ambiente y Ud. se conforma con eso, el error es tanto de él como suyo.

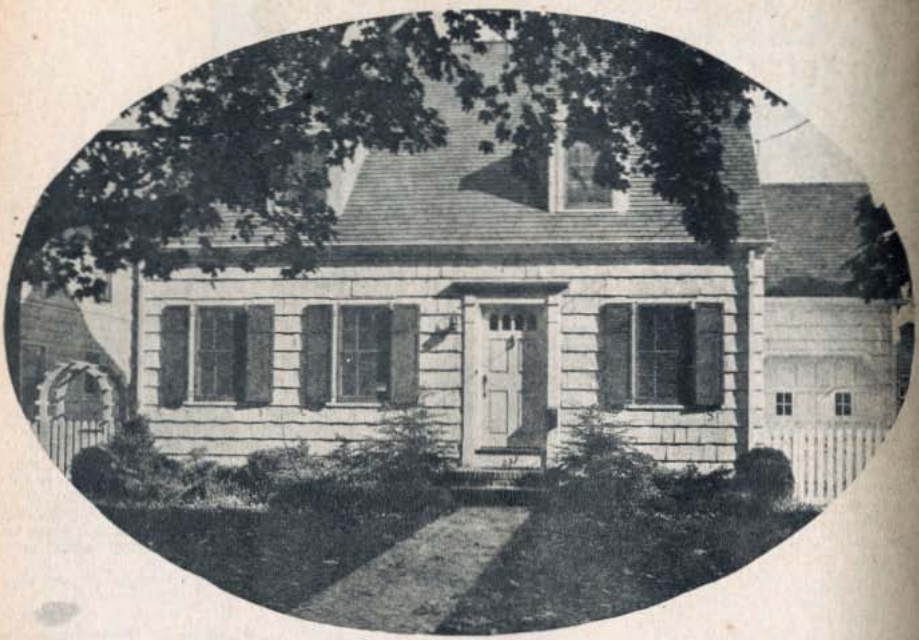
AYUDAR O IMPEDIR

Esta es una verdad esencial en el matrimonio y que muy pocas mujeres resuelven: el positivo efecto de su influencia sobre hombres de trabajo o de cargos públicos. Algún sobresaliente hombre de negocios será el primero en rendir tributo a su esposa, declarando cómo ella le ayuda a salvar las duras piedras del camino, o cómo le ha animado cuando se ha embarcado en una nueva empresa, con su fe en él y en su capacidad; de cómo ella atiende sus gustos, procurando que el almuerzo esté servido a una hora puntual y, además, bien cocinado; ¡prosaico, tal vez, pero de suma importancia para un hombre que tiene ante sí un día de trabajo abrumador! . . . *Continúa en la página* 56

Adriana Allen y Clive Brook en el film "La noche del 13 de junio".

Que su marido vaya a su trabajo con la convicción de que Ud. cree en él y en su capacidad. Su opinión será para él un poderoso estímulo.

Casas e interiores

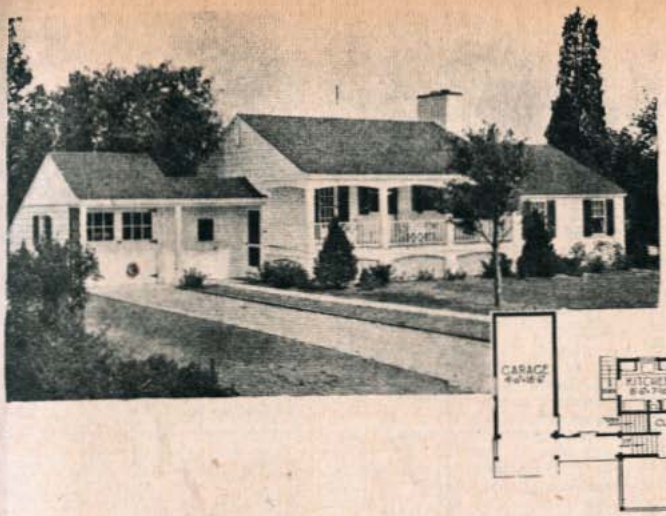


Actualmente, cuando buscamos una casa en arriendo, nos encontramos con la sorpresa de que lo que ahora se arrienda, no es espacio, como antes, sino confort y comodidad. Por eso muchas de las espaciosas casas antiguas de 10 a 15 piezas, vale muchísimo menos que un departamento con escasos tres cuartos. La gran casa es amplia, fría, poco acogedora para nuestros ojos de hoy; los cuartos son obscuros, poco ventilados; los techos son altos que hacen imposible una calefacción adecuada; los corredores y patios expuestos a la intemperie; todo esto pasa en la casa grande. En el departamento de tres piezas y cuyo arriendo vale más que el de la casa grande, pagamos la calefacción, las piezas con amplias y coquetas ventanas al jardín o a la calle, la disposición de los cuartos, el baño cómodo y confortable con todos los adelantos modernos, con agua caliente a toda hora; la cocina acogedora, alegre y limpia. El tesoro más grande de esta pequeña casa es que nos da deseos de vivir y nos trae alegría y satisfacción y es eso precisamente lo que pagamos en buenos billetes.

Decir que la casa pequeña está de moda, es llegar a una verdad indiscutible, porque "pequeña", lleva envuelta también la idea de algo moderno, de algo que nos da un confort constante. Pero para que una casa sea pequeña y confortable, debe estar bien hecha. Sus pisos, por ejemplo, deben ser hechos de doble entablado, sus puertas y ventanas de madera muy seca y bien elaboradas, esto si no es posible tener ventanas de metal como se usan ahora. Los techos deben ser admirablemente bien trabajados, tanto en el exterior como en el interior. Ya no es posible tolerar las goteras de otros tiempos. Los artefactos del cuarto de baño y de la cocina, deben de ser modernos en el sentido de ser prácticos y bien hechos, para que den el mejor servicio posible a los que habitan la casa.

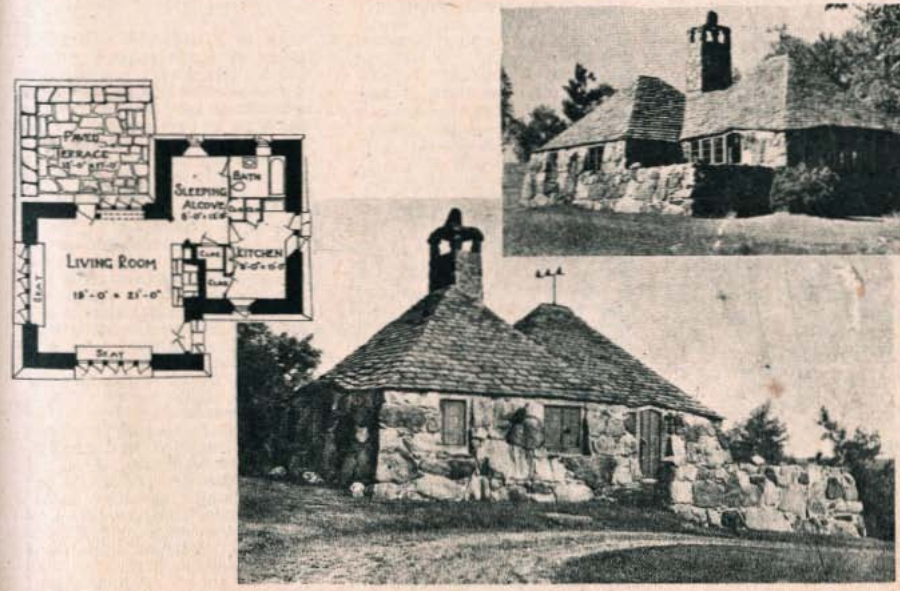
Si la casa puede tener subterráneo, como es recomendable que así lo sea, éste debe ser seco, bien construido y dar el máximo de utilidad al dueño de casa. Allí posiblemente estará instalada la calefacción central, es decir, el radiador, parte principal de ese sistema. Y si este subterráneo es amplio, se puede concluir más laboriosamente una parte de él, para gimnasio y sala de juego y principalmente colocar allí una mesa de pingpong, que es un excelente juego en el invierno, para todos los miembros de la familia, sin excluir a la mamá.

En seguida, hay que pensar en los dormitorios que deben ser aireados, llenos de luz, lo que se consigue con una inteligente disposición al construir la casa. En este punto vale recordar que los planos que nos vienen de Europa o de Norteamérica, están orientados hacia el sur, lo que en francés se llama "midi". Nosotros debemos orientarlos al norte, por cuanto vivimos en un hemisferio opuesto. Los dormitorios demasiado pequeños, no son aconsejables. Un dormitorio debe ser siempre espacioso. Es esta tal vez la única pieza en una residencia moderna, que requiere espacio. Así resulta higiénico y agradable un dormitorio más o menos grande. Pero hay una pieza también que es menester cuidar, porque es el espacio des-



tinado a la expansión y al descanso de toda una familia: es el living-room. Este nombre inglés de "living-room", nos evoca un cuarto donde el hombre "vive" su vida espiritual; por eso allí hay cómodos asientos con grandes estanterías para libros. Hay también globos terráqueos, escogidos grabados en las paredes y recuerdos de viaje o bibelots de arte. Pero, el elemento esencial de un living-room es la chimenea. Una chimena amplia, hospitalaria, con materiales sencillos, pero de buena arquitectura, es decir, de buen gusto. Nuestras ilustraciones muestran casas pequeñas, una de las cuales es un gracioso cottage hecho de piedra, de estilo muy rústico, pero que se presta maravillosamente para una residencia pequeña en el campo o en suburbios apartados, para ser usada durante los meses de verano.

En otra oportunidad nos referiremos a los jardines y parques necesarios para estas residencias.



SWEATER POINTILLE

(Continuación de la pág. 41)

bocamangas, dividir el trabajo por la mitad. Tejer 2 corridas. Dejar en seguida para el escote 1 malla en cada corrida durante 34 mallas. Formar el hombro dejando las mallas 8 por 8. Segunda mitad igual.

Espalda: Se principia por abajo. Urdir 150 p. y seguir hasta las bocamangas la explicación delantera. Para éstas, dejar de cada lado 1 vez 5 mallas, 2 veces 2 mallas y 4 veces 1 malla. Cuando las bocamangas tengan 34 corridas de alto, formar el hombro dejando 8 por 8 40 mallas para cada hombro.

Manga: Se principia por abajo. Urdir 120 p. Tejer 7 cm. de canutón con palillos. En seguida tejer 3 corridas en línea recta, después, de cada lado, dejar 4 mallas con una corrida de intervalo durante 25 corridas.

Pieza: Sobre una cadeneta de 2 mallas, tejer 34 corridas haciendo de cada lado 1 aumento de 1 malla (70 mallas en total). Tejer 18 corridas en línea recta.

Hacer la costura de la pieza, dejando en el hombro izquierdo una abertura de algunos cm. para el cierre abotonado.

CARLOS GARDEL

(Continuación de la pág. 30)

Carlos Garde — como afirma su madre ser su verdadero nombre — habló en sus cantos de la muerte, de aquella intrusa que debía más tarde sorprenderlo traicioneramente, en medio del camino:

"Si esos pastos conversaran,
esa Pampa le diría
de qué modo la quería,
con qué fiebre la adoré..."
"... y le juro, todavía,
no consigo convencerme
cómo pude contenerme
si ahí no más no la maté..."

Carlos Gardel, el insuperable Gardel, llamado el rey del tango, aclamado como el soberano de la canción criolla, ha muerto trágicamente, pero nos ha dejado el recuerdo de sus producciones, que contribuirán a sobrevivirlo durante largo tiempo y a consagrarlo en definitiva como una figura de prestigio dentro de la pantalla. En efecto, próximamente podremos admirar algunas de sus últimas películas filmadas en los estudios de la Paramount: "El día que me quieras" y "Tango Bar". Aparece en ambas cintas con la encantadora actriz española Rosita Moreno.

Los restos del célebre actor y cantante fueron identificados por su dentadura y un anillo que lucía en un dedo de la mano izquierda; por aquellos dientes de hermosura varonil que mostrara al compás de sus canciones; por aquel anillo que brillara al hacer vibrar las cuerdas de su guitarra. ¡Oh, ironía póstuma de la popularidad!

HUGO COELLO.

¿POR QUE SE CASO UD. CON SU MARIDO?

(Continuación de la pág. 53)

Ahora, el hombre que fracasa en la gran aventura de la vida, es demasiado orgulloso para censurar a su compañera en la desgracia. Después de todo, su esposa es su compañera, pero allí está el tino de ella de no llevarse a cada minuto censurándolo o regañándolo cuando las cosas andan mal, porque no sólo es malgastar el tiempo sino que es también hacerse una crítica a sí misma.

Y esto resulta tan inútil, porque mientras está allí perdiendo toda su energía mental en una crítica sin asunto, podría ocuparse en algo tanto más provechoso, como sería el animar a su marido a hacer una nueva tentativa, ayudarle a lograr el éxito que quizá ella misma le impidió alcanzar. Y para ello, lo más importante es "que él recobre la fe en sí mismo".

EL NECESITA ESTIMULO

¡Cuántas esposas, en vez de estimular la confianza de sus maridos, los alejan de ellas, sin tomarle el peso a lo que eso representa! En este caso, el hombre se siente bajo el peso de las circunstancias. —"¿Para qué voy a pretender un mejoramiento en mi vida, si hasta mi propia esposa no cree en mi capacidad?"

Después de todo, la vida es una larga lucha y cada cual necesita de mucho estímulo para proseguir el combate. Cuando ya no se es joven, este estímulo debe ser aún mayor, y es más doloroso para el hombre el que la esposa, inconscientemente o no, le abandone en esos momentos de depresión y decaimiento. El viene a ella en busca de nuevas esperanzas. —"Yo sé que no he avanzado mucho hasta hoy, pero ¿no crees tú que aun estoy a tiempo? ¿Tienes fe en mí todavía?", pregunta ansiosamente. Este es un momento culminante en su vida de casada, pues sólo en Ud. reside el poder de hacerle sentir a ese hombre que aún es joven y que tiene toda la vida por delante.

¿Qué puede resultar de ello? ¿Un nuevo esfuerzo, una nueva tentativa de escalar las alturas, sustentada por él, pero bajo su inspiración? ¿Nuevas esperanzas y ambiciones o adiós a todo eso? Ud. puede encaminarlo hacia el éxito o retenerlo junto a sí, dentro de su mediocridad. ¡Piénselo bien!

No sea una derrotada. Es esta una triste actitud. Es más halagador combatir hasta el fin. Demuéstrele que es Ud. tan ambiciosa como fué él una vez por su causa. Tome un verdadero interés en su trabajo, no sólo en cosas fútiles, sino en asuntos de importancia. Propóngale discutir sus secretas esperanzas con Ud. Ellas no parecerán ya tan increíbles o imposibles de realizarse después de haberlas comentado juntos.

Si Ud. se esfuerza en seguir las normas de conducta que yo le he sugerido, estoy segura que nunca más volverá a hacerse esa pregunta, o si lo hace será intencionadamente, porque Ud. ha adquirido una nueva respuesta sobre el particular.

Ud. no contestará seriamente: —"Porque pensé que estaba enamorada; o, porque estaba harta de estar soltera; o, porque deseaba un hogar y bebés; o, solamente: ¡Yo no sé por qué!"

En vez de esto, contestará rápida y orgullosamente:

—"Me casé con él porque lo amaba y tenía fe en él y, lo que es más, aun sigo creyendo y amándolo".

LOS JARDINES EN MINIATURA

(Continuación de la pág. 52)

miniatura, muy en boga actualmente en Europa y en Norteamérica, donde se llaman "jardines mejicanos". Las plantas japonesas son otro gran elemento y con un poco de imaginación, se pueden lograr efectos verdaderamente extraordinarios. He visto una ventana moderna, hecha de vidrios rectangulares en marcos de metal, que en el alféizar mostraba un reborde de vidrio verde y pequeñas plantas acuáticas, entre piedras y caracoles.

Para terminar voy a describirles una mesa arreglada por una gran dama de nuestra sociedad, famosa por su belleza y por su espiritualidad. Sobre un ladrillo puesto de canto, había hecho crecer una hiedra enana. Daba esto la sensación de un muro. Abajo había unos quiscos, también chiquitos, entre pedazos de ladrillo y piedras, todo ello, esto último, puesto en declive. No se imaginan ustedes qué efecto más desconcertante producía esta decoración en el centro de una mesa frailera, arreglada suntuosamente para el lunch.

NACHA.

EL CORAZON DE MISS WINPENNY

(Continuación de la pág. 14)

Ella nunca se había enamorado. Cuando joven había estado demasiado ocupada de cuidar de su padre viudo para tener ocasión de encontrarse con un hombre, y cuando su padre murió, dejándole la escasa renta de sesenta libras anuales, ya estaba muy vieja para que ningún hombre se fijara en ella. Nadie le había dicho nunca que había perdido lo mejor de la vida y que nunca había vivido intensamente. Esas cosas no se dicen a damas sesentonas. Especialmente no se dicen a ancianas como Miss Winpenny, cuyos ojos todavía se llenan de alegría y de belleza con la vida que las rodea.

Su simpatía por Elsie y Bert era profunda y verdadera. La manera cómo miraba Bert cuando hablaba de Elsie le había causado pena, y la dulzura de su cariño la estremecía casi como si la quisieran así a ella. En la obscuridad de su pieza, Miss Winpenny pensaba en ellos. Se sentía compasiva y maternal, hubiera querido poder abrazarlos y darles algo para su hogar, transformarse en madrina suya.

Se sentó en la cama. Una idea estupenda había brotado de su cerebro y creyó honrarla sentándose. Prendió otra vez la luz, buscó un lápiz y papel y se sumió en cálculos raros. ¡Cien libras!

Con ellas se podía amoblar un pisito y agregarle algo por si llegaba un niño. Miss Winpenny pertenecía a una edad en que los niños llegaban como eran, sin que los padres lo supieran de antemano.

Pero no podía darles el dinero. Ellos sabían que no se encontraba muy bien de fondos y no aceptarían. En alguna forma tenía que engañarlos; pero

(Continúa en la pág. 72)

ESPOSA VERSUS SECRETARIA

(Continuación de la pág. 11)

circulación. Escucha, amor mío. Mercer lo necesitaba. El anuncio de una novela de Amsterdam hace entrar en caja un par de cientos de miles. Acababa de terminar su contrato. Mercer ha estado comiendo con él y su agente durante tres semanas. No podía conseguir nada. Si hay algo más terrible que un autor en la cúspide de su fama, te aseguro que aún no lo he encontrado. Al fin, Mercer lo trajo esta mañana.

Amsterdam tomó una actitud como si nosotros lo necesitáramos más a él que él a nosotros. No sé si estaría o no en la razón; pero el cuarto estaba ya azul con el humo de los cigarros y con una batalla de media hora. Y justo, cuando yo iba a tomar mis cosas para irme a la casa, entra Helen anunciándome que Gloria Evans va a venir a las dos de la tarde.

—Como tú sabes, Gloria es de las que aumenta la circulación. Amsterdam la odia. Estuvo casado con ella. Así, a pesar de que su agente iba anunciando las cotizaciones de sus libros — setenta y cinco, ochenta, ochenta y cinco — cerramos al negocio.

—¡Eres maravilloso! — dijo Linda—. Anda, vamos a almorzar.

—¿Yo, maravilloso? — y la miró con sospechas—. ¿Estás sobregirada otra vez?

—Oh, era una simple sugestión — dijo Linda—; pero como has economizado dinero con Amsterdam, debieras darme la diferencia.

Lo tomó del brazo y lo apuró para que saliera.

—Me alegro de que no vengas a verme tan a menudo — dijo Van—; te produce curiosas ideas.

Se detuvo ante el escritorio de Helen:

—Helen, si me atraso dígale a mi corredor que espere. Va a venir a las dos, ¿no es así?

—Sí — contestó Helen—. Pero dijo que si usted se atrasaba, no importaba.

—¿Tu corredor? — preguntó Linda en el ascensor—. Creía que me habías dicho que era Gloria Evans la que va a venir a las dos.

—Yo le dije a Helen que dijera así. ¡Qué muchacha! — dijo Sanford con entusiasmo.

—¿Quiere decir que ella hizo eso?

—Oh, querida; lo hice yo y lo hizo ella.

—Bueno, de todo lo malo... — comenzó a decir Linda, sin mucha indignación.

Bajaron conversando alegremente, y cuando ya estaban sentados ante la mesa, preguntó Van:

—¿Por qué no te compras un sombrero rojo?

—¿Con mi pelo? ¿Estás loco?

—Podrías teñirte el pelo. ¿Lo harías?

Linda contestó con decisión:

—Mi pelo ha sido siempre igual. Creí que te gustaba.

—Me gusta — aseguró él. Vi-

(Continúa en la pág. 62)

La escoba y el plumero

consejos de Tía JACOBITA

LOS BICHITOS DEL SEÑOR...

Siempre los estamos creyendo perjudiciales y andamos en guerras con ellos, sin saber que —sobre todo, en el campo —, son grandes colaboradores que ayudan al hombre en la destrucción de innumerables enemigos de la agricultura, bichitos del Señor también..., pero de torcida intención.

Las arañas, las lechuzas, los murciélagos, los gorriones, los grillos, las golondrinas, los tordos, los sapos, los jotes sirven a su manera y ayudan a defender —con mayor eficacia que cualquier invento nuestro —, jardines, huertos, chácaras y sementeras.

Las arañas nos desembarazan de las moscas inoportunas y hay que dejarlas a su antojo hacer sus "mantas", siempre que sea fuera de casa, a pleno campo. Las lechuzas hacen más merma entre los ratones que una legión de gatos. Ya sabemos que en estos últimos tiempos estos señores de la holganza han dado en dormir y en aventurarse por los tejados, sin importarles nada lauchas ni ratas. En cambio las lechuzas, sin nadie que les proporcione la comida, se dan con todo empeño a buscarla ellas solitas y su más preciada golosina son justamente los ratones. Hay que tener en cuenta que una lechuza, para mantenerse en buen estado, necesita al año nada menos que seis mil ratones...

El murciélago, por su parte, caza mariposas nocturnas y abejorros. Los gorriones suelen ser tildados de voraces y de rateros. Se dice que en ciertas regiones son una veradera ruina para los sembrados, ya que escarban la tierra y no dejan semilla. Pero esto entra un tanto en las usuales exageraciones en que nos movemos. Lo que los gorriones puedan glotonear en las siembras, está bien ganado por las destrucción de insectos perjudiciales a esas mismas siembras, que ellos hacen.

Los grillos dentro de la casa dicen que traen suerte. En España, en Andalucía, sobre todo, los venden como fetiches en pequeñas jaulas. En los campos hacen una labor más útil: se comen las orugas, las babosas y los abejorros. La golondrina —tan perdidamente romántica — gusta, sin embargo, de los pulgones. Los tordos aprecian los gusanillos y los sapos las hormigas y moscones. Y los jotes, tan poco simpáticos, de vuelo pesado y facha ridícula, dicen que espulgan a los animales vacunos, librándolos de parásitos. Y vaya esta última aseveración con las reservas de quien no lo ha visto con sus propios ojos.

El caso es que todos los bichitos del Señor son nuestros colaboradores efectivos y que, por lo tanto, sus pequeñas existencias deben sernos preciosas.

Tal es el valor de cooperación que hoy día se les concede en la agricultura, que nuestro Gobierno se preocupa de "importar" una serie de otros bichitos, ajenos a nuestro clima, que son también favorables al cultivo de la tierra.

Y con esto queda una vez más comprobado que "de todo hay en los campos del Señor", lo que querría decir en este caso preciso que: hay bichos malos y bichos buenos.

Sepamos aprovechar y fomentar a estos últimos para deshacernos de los primeros.

TIA JACOBITA.

No es secreto... Puede Ud. contarlo...

Para evitar que se nazcan las papas guardadas en bodegas húmedas, lo cual por condiciones climatéricas es muy común en el sur del país, hay que ponerlas extendidas por capas y espolvoreadas con abundante yeso pulverizado o con cal extinguida. Así no se nacen y no se corre peligro de envenenamiento. Muchas veces las papas nacidas se dan como alimento a los cerdos y éstos se enferman y hasta mueren. Hay que tener en cuenta que los gérmenes de las papas contienen solanina, un veneno sumamente activo. De ahí que se deben evitar que se nazcan, usando el procedimiento anterior. Al usarlas se lavan en varias aguas antes de pelarlas o cocerlas.

Para que los palomos no se vayan a otros palomares, ingratitud muy corriente, se hace una mezcla en esta forma: asafétida, 1 gramo; semilla de anis, 10 gramos; cominos, 10 gramos; arcilla, 300 gramos; sal de cocina, 25 gramos. Se mezcla y se agrega un poco de agua para poder formar unas pequeñas tabletas que se ponen en los palomares. Hay que renovarlas de vez en cuando.

Para limpiar el terciopelo se hace una mezcla por partes iguales de agua y amoniaco. Se pone la prenda que vaya a tratarse sobre una mesa, se empapa en la mezcla una escobilla suave y se van sacando las manchas sin apoyar mucho, pasando siempre en el mismo sentido, o sea, siguiendo la frisa. Una vez limpio se plancha en el aire, por la parte del revés.

Para que el terciopelo chafado recobre su aspecto de nuevo, se procede en la siguiente forma: se coloca la tela por el revés, encima se pone un lienzo mojado y se plancha en el aire. Con la evaporación de agua la frisa se levanta y toma el aspecto de salir recién de la tienda.

De mujer a mujer

María Eugenia:

M dirijo a Ud., no tan sólo por desahogar mi corazón de la enorme pena que me embarga, sino que en demanda de un consejo imparcial, que únicamente puede venir del claro instinto de una mujer que ha sufrido mucho. He aquí mi caso:

Somos dos mujeres, entre cinco hermanos. Ella tiene 28 años. Casada hacen siete. Tiene cuatro hijos. A pesar de que el matrimonio la ha envejecido, sigue siendo una mujer hermosa.

Su marido es un hombre realmente encantador. Muy inteligente y culto (es profesional), une a su educación una figura y posición excelentes.

Yo tengo veinte años. Soy una mujer atrayente, y tengo la suficiente cultura como para gustar a cualquier hombre medianamente inteligente.

Hace un año que se murieron nuestros padres. Como mi hermana es la mayor de la familia y goza de buena situación, me trajo a su casa. Es una mujer muy bondadosa, y conmigo ha sido realmente buena y maternal. Pero la tragedia está en eso, precisamente, pues debiéndole yo tantos favores, me he enamorado del único hombre en quien yo jamás debí poner los ojos, ¡en su marido!, y que para ella constituye todo en la vida.

Comprendo que todo esto es criminal, pero le amo tanto, me obsesiona en una forma tal, que me vuelvo loca tratando de alejarlo de mi mente. Puede ser que si yo no lo viera tan seguido, consiguiera olvidarle, pero para eso, yo debería dejar de ser... Realmente, mi sacrificio no importaría gran cosa, pero mi religión me impide esa medida extrema. No tengo otros familiares a quien recurrir, pues aparte de mis hermanos, que son solteros y no tienen situación, no tengo ninguna excusa que dar para irme a casa de alguna amiga.

Como mi hermana espera familia, y no puede salir, me ruega que acompañe a su marido a los conciertos, a los teatros y a algunas reuniones que le obligan sus compromisos sociales. Para mí es esto un martirio, pues sufro de tenerlo ¡tan cerca! pero tan irremediablemente lejano. Y mi sufrimiento es tanto más insoportable, puesto que me doy cuenta de mi enorme deslealtad hacia un ser que no ha tenido para mí más que bondades.

Ultimamente, como ella notara en él una marcada neurastenia, insistió en que fuéramos a jugar tennis en las mañanas, para que se repusiera de su intenso desgaste intelectual. Tampoco puedo negarme, pues ella sabe que soy muy deportista, además de tener algunos premios en campeonatos de este juego.

El siempre me ha tratado como a una hermana, pero últimamente me pareció notar que cada vez que lo miraba, había una ternura inusitada en sus ojos, y todas sus palabras se dirigían preferentemente a mí. Pero cuando salía conmigo, se ponía terriblemente serio, guardando un silencio exagerado, como si temiera traicionarse.

Molesta por esta actitud, tan fuera de lo común en él, le pregunté (reconozco que fuí imprudente) el motivo de su seriedad. Y al oír de sus labios la terrible confesión, que yo creía producto de un espejismo de mi mente atormentada, comprendí que mi instinto de mujer no me había traicionado, y que él me amaba tan profunda y dolorosamente como yo a él. Me dijo que mi juventud lo embriagaba, que yo era su obsesión, que ni siquiera embruteciéndose con el trabajo conseguía olvidarme, pero que antes de causarle un dolor tan profundo a su mujer preferiría eliminarse, ya que no podía seguir viviendo cerca de mí, y tampoco podía tenerme a mí.

Ya ve Ud., querida María Eugenia, qué terrible dilema es el mío. Yo tengo derecho de hacer lo que quiera de mi vida, pero ¿qué derecho me asiste para destrozar el hogar de mi hermana? Puede ser que usted encuentre una solución a este problema, que yo no puedo hallar.

Mi vida ya no es vida. Es sólo un tormento continuo. Y tiemblo al pensar en que mi hermana se dé cuenta, en que nuestras fuerzas flaqueen, o lo que es peor aun, llevado por su lealtad a su esposa, a quien venera profundamente, y a sus principios de nobleza, tome una terrible determinación.

María Eugenia, en nombre de Dios, le suplico que me ayude en esta lamentable situación, que me tiene completamente desmoralizada.

Su affma.

JOSSY GASSIN.

RESPUESTA A JOSSY GASSIN

No es preciso pensar mucho para resolver su triste problema, Ud. misma reconoce la bondad, la nobleza y ternura de su hermana. Ve bien, además, la horrible tragedia que para ella significaría el descubrir, algún día su situación con respecto a su marido.

¿Por qué vacila, pues, en hacer lo único que la decencia, la lealtad y la moral exigen de usted?

Váyase cuanto antes de ese hogar, que Ud. quiere destruir como un huracán ciego.

Nada importa que sus hermanos solteros no tengan situación pecuniaria. No se preocupe Ud., tampoco, del "qué dirán" de la gente.

¿Ha pensado Ud. qué dirá esa misma gente el día en que salgan a luz sus amores con el esposo de su hermana?

Creo que convendrá en que es preferible, bajo todo punto de vista, salir cuando aun es tiempo, y con la frente alta.

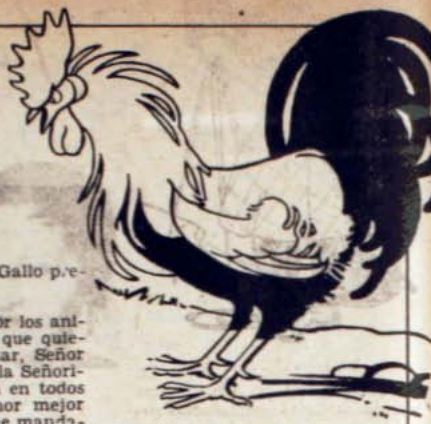
Hoy día las niñas cuyos padres ocupan grandes situaciones, trabajan por placer de cubrir sus necesidades solas. Ud., con mayor razón debe hacerlo. Busque un pretexto plausible, empléese en una oficina y vaya a vivir cerca de sus hermanos solteros.

Me parece descubrir en Ud. el secreto y morboso placer de cerrarse todas las puertas de escape para tener una justificación a la deslealtad que quiere cometer con su buena hermana.

Recapacite a tiempo, ahuyentando de su corazón ese amor malo e inicie una nueva existencia, menos peligrosa y más de acuerdo con su estado de señorita honesta y digna.

MARIA EUGENIA.

Para saber y contar



EL SEÑOR GALLO

Una vez el Señor Gallo estaba durmiendo en el gallinero con toda su familia y en esto oyó que llamaban a la puerta y preguntó:

—¿Quién es?

—Yo, su amiga la Señora Zorra... — contestó una voz.

Y el Señor Gallo tuvo mucho miedo, porque ya saben ustedes lo que hace siempre la Señora Zorra cuando entra al gallinero...

Pero como la puerta estaba bien cerrada, el Señor Gallo preguntó de nuevo:

—¿Qué quería?

—Vengo mandada por los animales de la montaña, que quieren oirlo a usted cantar, Señor Gallo, porque nos dijo la Señorita Lloica que no había en todos los alrededores un tenor mejor que usted y entonces me mandaron a mí que viniera a convidarlo, porque lo están esperando.

El Señor Gallo sonrió muy complacido y bajó a saltos la escalera en que estaba subido, molestando a toda su familia, algunas Señoras Gallinas abrieron un ojo y preguntaron qué pasaba. El Señor Gallo contó a media voz:

—Es la Señora Zorra que viene a buscarme en nombre de todos los animales de la montaña que me quieren oír cantar, porque dicen que soy el mejor tenor de los alrededores.

Como toda la familia tenía mucho sueño, nadie le hizo caso.

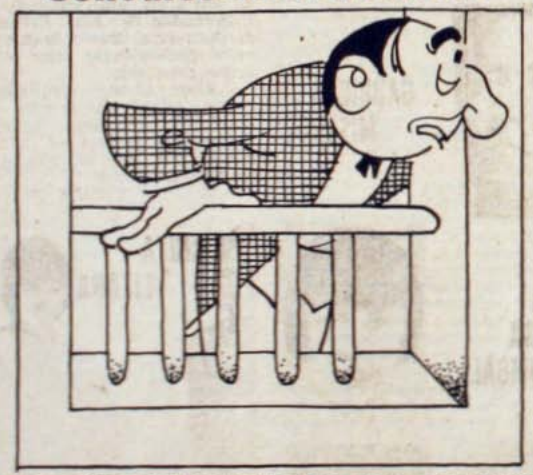
El señor Gallo se arregló las plumas, movió la cabeza de uno a otro lado, hizo unas escalas para probar la voz y abrió la puerta del gallinero, para salir.

Pero en ese mismo momento la Señora Zorra le echó la zarpa encima y se lo llevó a rastras para su casa, donde hizo con él una rica cazuela para regodeo de sus hijitos.

Y colorín colorado, ya está el cuento acabado...

MAMY ROSA.

Concurso de don Basilio



Ya los niños se han familiarizado con este don Basilio lleno de aventuras. La primera está en el conocimiento de ustedes: llegó a la casa lleno de paquetes, estaba rodeado de sillas, y en vez de sentarse en la más cercana, para descansar de tantas fatigas, pues ¡chás!, resbaló en una cáscara de plátano y fué justamente a sentarse en el suelo...

Ahora lo ven ustedes muy cariacontecido, porque al ir a darle de comer a su canarito, se le quedó un momento la puerta de la jaula abierta y el canarito aprovechó la ocasión para irse volando por los cielos, volando hasta que, llegada la noche, y muy asustado, se vió en un pueblo desconocido. Quiso saber cuál era y se acercó a un letrero en que estaba el nombre; pero entre el miedo y la obscuridad, sólo vió unas letras que eran: **Q.. LP** ..

Ayuden ustedes al canarito de don Basilio a adivinar las otras letras. Podemos decirles **muy en secreto que son todas vocales.**

Una vez que los niños hayan adivinado: **¿Dónde está el canarito de don Basilio?**, le mandan la solución a **Mamy Rosa, casilla 84-D.**

UN VERSO LINDO PARA QUE LO APRENDA LA NIÑITA MAS LINDA AUN...

LA AMAPOLA

Amapola, sangre de la tierra;
amapola, herida de sol;
boca de la primavera azul;
¡amapola de mi corazón!

Como nieve por la viña verde,
por el trigo, por la jara, por
la pradera del arroyo de oro;
¡amapola de mi corazón!

Novia alegre de los labios gra-
[na;
mariposa de carmín en flor,
amapola, gala de la vida,
¡amapola de mi corazón!

JUAN RAMON GIMENEZ.

Noticiario femenino

MARTA BRUNET

—*Amanda Labarca* dicta en la Universidad de Chile unas interesantísimas conferencias sobre temas educacionales, impresiones recogidas en su reciente viaje por Centro América, Méjico y Estados Unidos. Se refirió especialmente a la escuela rural mejicana, ejemplo de adaptación de enseñanza a las necesidades del medio que todo país debería seguir. Muy aplaudida.

—Nuestro Gobierno se preocupa de crear para *Gabriela Mistral* una situación independiente, que le permita vivir sin trabas burocráticas. Bien lo merece la mujer que en gracia de su talento se ha conquistado una situación de primer plan entre la intelectualidad universal.

—Los diarios madrileños traen encomiosas notas críticas sobre el libro de *María Luisa Bombal* "La última niebla". Celebran en ella la línea psicológica, la fineza del estilo y la forma ponderada que hacen de su obra, no una promesa de futuros triunfos literarios, sino la afirmación de una gran novelista.

INES ECHEVERRIA

—*Andrée Haas* se presenta en el Municipal con un recital de extraordinaria expresión plástica. Es la más pura representante de la danza que tenemos. Parte en poco tiempo más a Europa, para seguir un nuevo curso de perfeccionamiento en la escuela de Jacques Dalcroze en que hiciera sus estudios, recibiera su título de maestra y siguiera ya otros cursos destinados a profundizar su arte.

—*Anita Lagarrigue* termina el busto del Excelentísimo señor don Arturo Alessandri, vigorosa cabeza en que el talento de la autora ha encontrado un modelo de grande interés plástico.

—En un escrutinio realizado entre los estudiantes del curso de literatura americana de la Universidad de San Francisco de California, *Marta Brunet* tuvo el primer lugar como el escritor predilecto.

GABRIELA MISTRAL

—*Anita Lizana* sigue cosechando éxitos en Europa. No importa su eliminación de Wimbledon. Es cuestión de tiempo el que ella sea la campeona mundial de tennis.

CAMERAMAN.

MARIA LUISA BOMBAL

ANITA LIZANA

ANDREE HAAS

ANITA LAGARRIGUE

AMANDA LABARCA

ESPOSA VERSUS SECRETARIA

(Continuación de la pág. 57)

nieron los cocktails y Van brindó levantando el vaso:

—Ocho años casados — murmuró—. Y tú no parece que tuvieras más de cuarenta años.

Y Linda dijo ociosamente:

—¿No es admirable que Helen no se haya casado? ¿O lo está?

—Por supuesto que no. ¿Por qué iba a casarse?

—Bueno, debe de haber algunas razones... ¿Quieres enumerarlas?

—Aquí no — replicó Van precipitadamente—. A ella le gusta el trabajo, y yo soy un patrón elegante—. Y agregó con un gesto: —Gana un buen salario. Se encuentra con gente interesante. Suponte que se case con un joven que gane la mitad de lo que gana ella. Tendría que seguir trabajando; pero su pensamiento ya no estaría allí. Está lloviendo, se diría a sí misma, y yo dejé abierta la ventana del living...

—Tú arguyes que si se casa tendrá que ser con un hombre pobre — dijo Linda—. Hay todavía muchos que podrían sostenerla. Debe encontrarse con docenas de ellos, ya sea en la oficina o afuera—. Miró levantando la cabeza del plato. —Entra en escena la heroína acompañada de un hermoso joven — anunció. —¿Quién es él?

—Nunca lo he visto — respondió Sanford clavando la vista en Helen y su acompañante. Sentía vagamente como si le hubiera acaecido un desastre.

Helen y Dave Young no vieron a los Sanford. Siguieron al mayordomo hasta un retirado rincón y se sentaron. Sanford vió a Helen revisando el menú. Dijo:

—¡Me gustaría retorcerle el pescuezo!

Linda lo miró con reproche:

—Querido, hablas como si ella fuera tu esposa infiel.

—Siempre se pueden encontrar buenas esposas — contestó—; pero las buenas secretarias son únicas—. Miró a Linda. Había desaparecido su mal humor, y agregó: —No me hagas caritas. Si alguna vez encuentro otra mujer tan bonita como tú, me casaré también con ella, aunque cometa el delito de bigamia.

Se había olvidado de Helen y su acompañante y no se acordó de ella cuando abandonó el restaurante con Linda.

Mientras, en un rincón del restaurante, decía Helen:

—Este es un sitio bastante caro.

Dave Young la miró con tal adoración, que ella se sintió molesta.

—No has almorzado conmigo desde hace seis semanas — dijo Dave—. Si crees que te voy a llevar a cualquier parte...

Helen no se sentía tranquila con Young. Hacía como un año que éste estaba pidiéndole que se casara con él. A Helen le gustaba el muchacho, pero no para casarse con él. Levantó la cabeza, y exclamó:

—¡Mira, ahí va V. S. con su esposa!

Dave los miró y dijo:

—Ella tiene buena presencia—. Y luego agregó: —El parece un actor malo.

—¡No! — protestó Helen indignada—. ¡Es uno de los hombres más atrayentes de Nueva York!

—¡Oh! — comentó Dave, retirando su plato—. Siempre he creído que estás enamorada de él.

—¡No seas absurdo! — protestó Helen, deseando que le volvieran los colores que sentía perdidos, y que ella sabía que era debido a su disgusto—. Eso es muy fácil de decir, Dave. Es lo que toda la gente dice de las secretarias. Me gusta mucho V. S., lo admiro; pero...

—Entonces, ¿por qué no te casas conmigo?

Helen lo miró casi con lástima, y dijo:

—¿Crees que porque no me caso contigo estoy enamorada de otro?

Dave se confundió, y dijo humildemente:

—Lo siento, Helen, no es eso lo que quería decir; pero...

—Por favor, Dave, no eches a perder nuestro almuerzo juntos.

Dave insistió:

—Este sitio es tan bueno como cualquier otro para hablar de esas cosas. Yo sé que te gusto.

—Pero la gente no se casa sólo por gusto.

Esperó a que el mozo retirara los platos y dejara el café y agregó:

—Si te digo la causa no me comprenderás.

—Sí, sí, lo comprendería, y ya lo comprendo. Es por Sanford, es por el trabajo. Nada más que porque ganas sesenta y cinco dólares a la semana y una cantidad de adulaciones.

—No — dijo Helen —. No es por los sesenta y cinco. Eso es sólo una parte del todo. Pero ganarme la vida, ser independiente, no me lo puedo imaginar fuera de la oficina.

—Supongo que si yo tuviera dinero, sería diferente — sugirió Dave.

—No lo creo. No sé todavía, Dave. Para ser honrada contigo, te diré que algo hay también de eso. No es el dinero, es el esfuerzo para obtenerlo; el éxito.

—Las mujeres acostumbran a ayudar a sus maridos para el éxito — le recordó él ásperamente—. Se contentaban con quedarse en casa y hacer del hogar un sitio al que los hombres deseaban volver. Ellas creían en sus hombres; eran una gran parte del éxito de sus maridos.

—Lo sé; pero ahora es diferente. No por culpa de las mujeres. Tal vez sea por culpa de los hombres. No sé. Me inclino a creer que es cosa del tiempo. Y a muchos de nosotros no nos gustaría ser los censores de la tierra — dijo Helen riendo.

—No creo que tenga nada de gracioso — dijo Dave.

—No, no lo es—. Miró su reloj de pulsera. —Tengo que irme. Llegaré atrasada.

Dave miró también su reloj. Mientras esperaba el cambio del pago, dijo:

—Tú estás corrompida, Helen. Corrompida por un hombre común en circunstancias ordinarias. ¿Dónde te lleva eso? Encuentras a diario hombres que ganan más en un día que lo que yo ganaría en un año. Concedido. Pero cuando esos hombres llegan a la cima, ya están casados; muchos, más de una vez.

Eso no tenía respuesta, y Helen lo sabía. Dijo ligeramente:

—Ganaste, Dave. Pero soy perfectamente feliz como soy.

Salieron juntos del restaurante y caminaron en silencio hasta la casa de ella, unas cuantas cuadras más allá. En la puerta, Dave le sostuvo la mano más de lo necesario.

—Temo haberte causado una indigestión — dijo.

—Está bien, Dave. Lo lamento.

—Yo no quiero lamentarlo... En fin, uno de estos días te regalaré una argolla...

Se fué. Helen lo miró un momento antes de entrar al gran hall. Ante su asombro, encontró al corredor de Sanford esperando en la sala de recepción. Se detuvo a hablar con él:

—Creí que Mr. Sanford habría llegado — dijo.

—Está bien. Mr. Sanford está ocupado. Estará libre en un momento más — contestó el despierto hombrecito.

Helen entró a su oficina. Mary Conners, escribiendo afanada la miró y sonrió.

—La señora Sanford volvió con él — dijo.

—¡Oh!—dijo Helen.

Se abrió la puerta y apareció Sanford con una mano en el hombro de su esposa. Ella se estaba guardando algo en la bolsa de mano — un pedazo de papel.

(Continuación de la página 66).

La señora y la cocina

CHILE, PAIS de PECES Y DE MARISCOS

Costa más privilegiada que la nuestra en materia de peces y de mariscos no hay en el mundo. La verdad es que el alimento básico del pueblo chileno debería ser lógicamente el pescado que, en gracia de su abundancia, estaría al alcance de todos. Desgraciadamente, nuestro trabajador ama más el laboreo de la tierra y en el mar sólo ve misteriosos caminos de aventuras que lo llevan a lejanos puertos. Puede uno encontrar familias en las cuales el manejo del arado es tradicional o el manejo de la barreta en las calicheras del norte. Suelen también existir generaciones de obreros en la misma especialización. En cambio, no hay pescadores que de padres a hijos se leguen la barca y las redes. Apenas si en Chiloé se encuentran unos pocos, excepción de la regla establecida en millas de millas de costa ubérrima.

Y el caso es que en Chile hay una pesca que podría ser milagrosa si se explotara en forma sistemática, como en otros países se hace. Congrios, corvinas, pejerreyes, lenguados, lisas, pescada, albacoras, atún, rodaballos, sardinas... La mar... en un canasto en que se mezclan toda suerte de peces de lucientes escamas, coleando y vivitos...

Pero no es este capítulo el que tiene mayor atractivo para el gastrónomo, ya que en mayor o menor abundancia, son peces que en todas partes se hallan, sino que el otro de los mariscos, algunos de los cuales sólo aquí se encuentran. Langostas, ostras, choros y choritos, erizos, machas, ostiones, todo ello exquisito y superior en calidad a lo que en otros países se considera mejor.

Hay extranjeros que vienen a nuestra tierra sólo a comer mariscos. Palabra. Tengo unos amigos argentinos que año a año se dan su paseíto por Chile, no a contemplar las bellezas del paisaje ni el encanto de las mujeres, sino que, muy prosaicamente, a comer erizos al natural, langosta con mayonesa y sopa de choros. Ni más ni menos...

Por la cercanía de la costa — aun en los pueblos más enmontañados — el pescado y el marisco llega casi siempre en perfecto estado. Pero así y todo, hay siempre que vigilar que tanto el marisco como el pescado sean del día. Las propiedades nutritivas de una y otra cosa son sobradamente conocidas para insistir en ellas. Y la preparación hecha prolijamente, da por resultado uno de los mayores regalos que la señora puede hacer a los suyos en materia de buena mesa.

LA HERMANITA HORMIGA.

AQUI ESTA EL RICO CONGRIO..

CONGRIO AL HORNO

Se pone en la pescadera un buen pedazo de mantequilla y una cucharada de vinagre, cuando ambas cosas estén desleídas e hirviendo, se agrega el trozo de congrio, limpio y despellejado. Se lo deja que dore por un lado. Luego se da vueltas con las palas especiales y se deja que dore igualmente. Todo esto se habrá hecho manteniendo la pescadera sobre la plancha de la cocina, a fuego lento.

Se le espolvorea entonces miga de pan frío rallada, perejil muy finamente picado y mantequilla desleída. Se tendrán unas papas sancochadas que se colocan alrededor. Se sazona con sal fina y jugo de limón y se entra al horno suave para que termine de dorarse pescado y papas.

Hay que echarle varias veces la salsa por encima para que todo quede bien impregnado.

CONGRIO CON SALSA DE ERIZOS

Se limpia el pescado y se sazona con mantequilla, limón y sal. Se deja una hora en este adobo. Luego se coloca en una asadera con más mantequilla y se entra a horno suave, echándole de vez en cuando por encima su propio jugo.

El caldo de cuatro erizos se mezcla con igual cantidad de caldo de puchero desengrasado y colado. Se pica muy fino perejil y cebolla que se frien en una sartén con un poco de mantequilla, se alifia con sal y pimienta blanca. Se le agrega el caldo, se deja que dé un hervor y en el momento de servir, a esta salsa, se le echan las lenguas picadas, vertiéndolas sobre el pescado que se habrá puesto en una fuente larga, recalentada en la hornilla. Se rodea de cogollos de lechuga y rajas de limón.

Muy sabroso.

PERO ACA ESTA EL EXQUISITO LENGUADO

LENGUADOS CON CHAMPIGNONS

Se limpian los lenguados y se dejan un rato remojando en leche, después se enharinan ligeramente y se frien. Una vez todos fritos, se colocan en la fuente en que hayan de llevarse a la mesa y que será refractaria, para poder entrarla al horno. Se prepara una salsa de bechamel, espesa, que se le echa por encima a los lenguados; se tiene un frito de champignons con cebolla muy fina picada, alifiado con sal fina y pimienta blanca, frito que se coloca alrededor del pescado. Se entra un momento al horno y se sirve.

He aquí un postre que una mujer hizo célebre

BABAROIS DE LA MARQUESA DE POMPADOUR

Se baten cinco claras como si fueran para merengue y se le deja después caer, poco a poco, un almíbar de pelo hecho con media libra de azúcar. Se sigue batiendo y se le añade una copa de coñac, el jugo colado de un limón y, por último, cuatro hojas de colapis deshechas en dos cucharadas de agua caliente. Se sigue batiendo y se vuelca luego en un molde, dejándolo que enfríe y cuaje.

Si hubiera dificultad para sacarlo del molde, se entra un instante en agua caliente. Se sirve con una crema de vainilla.

Con este postre preparado por sus manos maravillosas, la mujer en la Corte de los Luises, engañó muchas esperanzas...

Se cortan las agallas y se escama el pescado con un cuchillo o con un rallador especial.

Luego, con mucha prolijidad, hay que limpiarlo interiormente.

Entonces se pone bajo el agua para lavarlo.

Y una vez seco queda el pescado listo para ponerlo en adobo y guisarlo en seguida.

CONGRIO CON SALSA DE BECHAMEL

Se despelleja y limpia un trozo de congrio que se tiene en adobo por una hora en mantequilla, sal y limón. Luego se coloca en una asadera con el adobo y más mantequilla, dejándolo que ase a horno suave.

Se cuecen papas enteras al vapor, se pelan y con ellas se rodea la fuente en que se coloca el congrio para llevarlo a la mesa, alternando las papas con pedazos de limón.

En una salsera aparte se lleva una salsa de bechamel con perejil picado, tan fino, que casi parezca molido, salsa que, por cierto, debe ser caliente.

LENGUADO ASADO

Se hace una mezcla con perejil picado y pan frío rallado, más un poco de sal y una raspadura de nuez moscada. Se pone una capa de la mezcla en el fondo de la asadera, encima se colocan los lenguados, limpios y adobados por una hora en mantequilla desleída, sal y jugo de limón. Se cubren con el resto de la mezcla y se les vierte una cucharada de mantequilla desleída, sal fina y una taza de vino blanco, entrándolos a horno suave hasta que estén en su punto.

Se decoran con rajas de limón y se sirven en la propia asadera.

LENGUADOS A LA ALEMANA

Una vez limpios se ponen por una hora en adobo con sal y pimienta. Luego se rebozan con un batido de huevo con pan frío rallado y una cucharada de aceite; bien pasados en esta mezcla se frien en aceite y se van colocando en una fuente al horno suave hasta que estén todos fritos. Se rodean de berros y se decoran con rajas de limón. Deben llegar a la mesa muy calientes y hay que servirlos en platos que hayan estado en la hornilla.

PERO USTED PREFERIRA LA LANGOSTA...

LANGOSTA COCIDA

Se espera que el agua con sal hierva a borbotones para echar dentro la langosta que estará convenientemente limpia y amarrada. Una vez cocida se aparta y se deja enfriar. Se le saca entonces toda la carne, que se hace un picadillo, menos la cola que se deja entera, pero clara que pelada.

El picadillo se mezcla con perejil picado. Se toman unas cucharadas del caldo en que se cociera la langosta, agregándole vinagre, dos yemas de huevo, aceite y sal fina. Se mezcla esta salsa con el picadillo y se coloca en una fuente alargada, encima se coloca la cola fracciona-

A los niños hay que darles el pescado en budín, así se evitan percances con las espinas. He aquí uno amoldado que los hará felices.

da en rodajas, pero muy juntas para dar la sensación de que estuviera entera. Se decora con chauchas de huevo duro y chauchas de limón.

Queda muy sabrosa. Los camarones pueden prepararse en la misma forma.

LANGOSTA COCIDA CON VINO

Es una de las mejores fórmulas para cocer la langosta. Se limpia y se amarra. Se mezcla por partes iguales vino blanco y caldo desengrasado, bien sazonado todo. Se espera que hierva a borbotones para poner la langosta que una vez cocida se parte a lo largo, desprendiendo un poco la carne para que sea fácil sacarla al servirse, cortándola en fracciones si se trata de una langosta muy grande. Se sirve adornada con limones de Pica cortados por la mitad y acompañada de una salsa espesa de mayonesa que se lleva aparte en una salsera.

El limón juega un gran papel en la presentación de los pescados. Se hacen unas cisuras a lo largo antes de cortar las ruedas que lo decorarán.

Asado al horno, siempre el pescado será sabroso. La ensalada de berros con que se sirve, va aparte en su respectiva fuente.

LANGOSTA A LA VINAGRETA

Se cuece en alguna de las formas indicadas anteriormente. Se pica toda la carne y la cola se corta en ruedas gruesas. Se coloca el picadillo en una fuente redonda, poniendo alrededor las rodajas, alternadas con cogollos de lechuga. Se hace una vinagreta con bastante aceite, vinagre, cebolla finamente picada y pasada por agua caliente y sal para que pierda el sabor fuerte, perejil también picado fino y clara de huevo duro. Las yemas se deshacen con un tenedor y se les agrega poco a poco la salsa, para que quede bien ligada. Esta salsa se sazona y se echa sobre el picadillo de langosta, adornándolo con unas aceitunas deshuesadas.

Queda muy rica. Receta costeña.

En esta forma, con la ayuda de un cuchillo grueso y filudo, se corta medio a medio la langosta.

Al abrir las ostras hay que cuidar de que no pierdan el jugo.

Las patas se abren a lo largo con el cuchillo de las ostras, aprovechando toda la comida en esta forma desmenuzada.

(Continuación de la página 62)

—Usted almorzó en Park Avenue con un joven moreno — dijo Linda.

—¿Cómo lo sabe? — preguntó Helen, riendo.

—Los espías de Sanford están en todas partes — dijo Linda, solemne. Y agregó, arrepentida: La vimos. Estábamos allí antes que usted llegara.

Sanford despidió a su esposa:

—Hasta luego, querida, y no vuelvas a hacerlo.

Y entró a su oficina.

Linda y Helen salieron juntas.

—Estaba sobregirada otra vez — dijo Linda—. Pero parece que después de almuerzo es buena hora para arreglar eso. Golpee siempre cuando el fierro esté caliente, y el animal recién comido.

Se detuvieron en el cuarto de recepción.

—Ahora puede entrar — le dijo Helen al hombrecito.

Linda se despidió y salió. Iba sonriéndose todavía, cuando dejó el edificio. La estaba esperando su coche, con su soberbio y cuidadoso chauffeur. Tenía que volverse a la casa; Eva iba a tomar el té. Y por la noche comerían solos con Sanford para ir más tarde donde los Cairstairse a jugar bridge.

Subió contenta a su coche, y mientras iba pensando. Qué bien se veía Helen Walsh con su sombrerito rojo. De repente dió un salto como electrizada. ¡Sombrero rojo!

Más tarde, cuando tomaba el té con Eva Merrit, tocó el timbre para pedirle a Juana que le trajera una caja de sombreros. Cuando la sirvienta se la trajo, sacó un sombrero y se lo puso.

—¿Te gusta? — preguntó a su amiga—. Lo compré hoy — y agregó: —Es un premio a la virtud.

Eva la miró extrañada.

—¿Cómo? ¡Es rojo! Y en cuanto a la virtud...

—Lo sé. ¿No choca?

—No, no es chocante. Pero aun así...

Linda volvió a ponerlo en la caja y dijo resignadamente:

—Tengo el presentimiento que no le va a gustar a su alteza; en cuyo caso lo devuelvo.

Después de comida se lo mostró a Sanford, diciéndole:

—¡Bueno, me compré uno!

—¡Es horrible! — dijo Sanford—. Pareces un timbre de alarma.

—¡Pero tú dijiste que te gustan los sombreros de ese color!

—Nunca lo he dicho. ¡Los aborrezco!

En la casa de los Cairstairse se encontraron con los Merrit y otra pareja más; se hicieron dos mesas de bridge. En medio del juego, le preguntó Eva a Linda:

—Bueno, ¿le gustó el sombrero?

—No, querida. Lo detesta.

—Mañana voy a ir a probármelo. Si me queda bien, lo tomo.

—¿De qué se trata? — preguntó Dick Merrit, después de jugar; y Linda le contestó riendo:

—De psicología masculina. ¿Conoce usted a la secretaria de Van?

—Quisiera conocerla mejor... — murmuró Dick.

—Parece que tiene un sombrero rojo — explicó Linda. —Su jefe la admira. Me preguntó por qué no me compraba también uno. Lo hice. Y me dijo que lo tirara a la calle.

Sanford, paseándose por el cuarto, se había detenido a escuchar. Se rió, junto con los otros, y luego dijo:

—Por Dios. Ya me había olvidado de eso. Espero que no volveré a oirlo de nuevo.

Más tarde, cuando Linda y su invitada quedaron solas, Joan Cairstairse le preguntó con curiosidad:

—¿Era cierto lo del sombrero?

—¡Claro! — replicó Linda, sonriendo.

—Me extraña que lo tomes en esa forma, Linda.

—¿Que lo tome en esa forma? — preguntó Linda, asombrada.

—¡Oh!, bueno. No hagas caso. Me refería a tu manera de apreciar las cosas. Eres una buena muchacha, y así vives tranquila...

—No tengo la menor idea de lo que estás hablando.

—Tengo mucho miedo por ti y por Van, querida. Desearía que no les pase nada.

—Pero, ¿qué podría pasar? — preguntó Linda, medio riendo y medio enojada.

—No son cosas mías, querida; pero, ¿recuerdas mi viaje de tres años atrás?

—Por cierto que lo recuerdo; pero, ¿qué hay con ello?

—Fui a París por ciertas razones. Pero cuando volví, Bob tenía un secretario en vez de su antigua secretaria. Te cuento esto por lo que pudiera interesarte, en tu caso.

—¡Oh! — dijo Linda. Y se aclaró su confundido semblante. Se rió. —Te preocupas de mí por lo del sombrero, ¿verdad? Pues bien, no te preocupes. Estás equivocada.

Mrs. Cairstairse dijo: —Me alegro — en forma muy dudosa. Y luego agregó: —Bueno, bajemos. Si no, vamos a encontrar a esos hombres tirándose el pelo...

Poco después, mientras se despedían, dijo Eva:

—Bueno; mañana voy a ir a probarme el sombrero.

—He cambiado de pensamiento — contestó Linda—. Voy a quedarme con él.

En el coche, Vanning bostezó ruidosamente:

—Estoy medio muerto — dijo. —Esta vida social me está matando. Vámonos a pasar el fin de semana a la hacienda, y a dormir..., a dormir... También quiero saber cómo está Gop.

—¿Gop?

—Tu corderito. Le puse Gop...

—Siempre con tus caprichos. Lo mismo que en el caso del sombrero rojo — con Helen Walsh...

—¡Por Dios! Mira, si no dejas de hablarme de eso, voy a hacértelo comer antes que ponértelo.

Y Linda no se lo puso. Se lo dió a Juana en un gesto de desafío.

Dos semanas más tarde, al salir Helen de la oficina, se asombró de encontrar a Dave Young con un precioso coche nuevo a la puerta del edificio. Había venido, según dijo, a llevarla a la casa.

—Sube — ordenó. Y Helen subió.

—Dave, ¿de dónde diablos...?

—Se murió un tío rico y me dejó medio millón — dijo Dave haciendo arrancar el coche.

—¡No digas tonterías — lo amonestó severa: estaba segura de que la riqueza de Dave era relativa, y aun más, que tenía que preocuparse de los suyos antes de pensar en sí mismo.

—Asalté un Banco.

—Dave, por favor, habla en serio.

—Gané dinero con acciones.

—Mira, Dave. No sé de dónde has sacado dinero; pero si debo recordarte que no siempre se gana con facilidad. El mundo está lleno de optimistas—. Lo miró y lo encontró cambiado. Ya se había dado cuenta de eso cuando almorzaron juntos; pero no podía darse cuenta de cuál podía ser el motivo.

—¿Vamos a comer? — preguntó Young.

—No, gracias. Prometí irme a la casa. Vamos juntos y te quedas. Habrá para todos, porque Lucy está a dieta... — terminó, bromeando.

Llegaron juntos hasta el departamento, donde Tom y Lu-

cy los recibieron sin asombrarse.

—¿Dónde te pescaste a éste?— le preguntó Tom.

—Es él el que me pescó a mí. Fué a buscarme con un coche nuevo.

Y Dave tuvo que explicar nuevamente cómo había obtenido dinero. Tom lo miró con desaprobación:

—Sería mejor que no se lo cuentes al viejo — le dijo—; ya sabes cómo el odia esas cosas.

Se quedó con ellos hasta cerca de las diez, y cuando salió, Helen fué a dejarlo hasta la puerta. Entonces Dave la besó, en forma tan repentina, que Helen no pudo evitarlo.

—Aborrezco esas cosas, Dave — le dijo—. Es bueno que lo vayas sabiendo.

—Tienes miedo — contestó él.

—¿De qué?

—De ti misma. A una mujer más humana no le sucedería eso. Pero tú te has transformado en una máquina parlante que sólo sabe decir: "Sí, Mr. Sanford" y "no, Mr. Sanford"; pero más veces dice "sí".

—Eso no te importa a ti — contestó Helen, indignada.

—Tal vez no me importe; pero, de todas maneras, no he venido para que nos disgustemos. ¿Almorzamos juntos en la semana próxima? Reservaré billetes para algún teatro.

—¡Oh! — protestó ella más tranquila—. Te has propuesto botar el dinero. Sería mejor que lo guardaras en un Banco.

—¿Para qué? ¿Cuál es la idea de guardarlo? Has estado mucho tiempo sin saber lo que es la vida. Pero si te casas conmigo, Helen, yo te salvaré.

Lo empujó hacia la puerta y le dijo:

—Mejor vete a dormir...

Olvidando su disgusto, fueron a comer la semana siguiente, y después entraron a un teatro. Dave vestía un terno nuevo de tarde. Luego se fueron a cenar a un restaurante pequeño y caro, y se sentaron cerca de la orquesta. Al regreso a la casa, quiso él insistir en una nueva salida, pero Helen no aceptó, haciéndole ver que esas extravagancias sólo se pueden hacer una vez al año. Dave se disgustó, sin que ella comprendiera el motivo.

Después de Pascua lo supo. Había pasado alegres vacaciones y Sanford le había regalado un lindo cofrecito de oro.

—Linda lo escogió — le explicó—, y espero que le guste.

A ella le gustó mucho y pensó que era una delicadeza de Linda.

Linda lo había escogido junto con una docena de otras cosas. Van le había dado una lista para que comprara los regalos que pensaba hacer a sus empleados, y cuando escogió el estuchecito para Helen, Linda pensó, divertida:

—La esposa compra los regalos para la secretaria. Esto le da otro sentido a las cosas, y me agrada. ¡Si Helen Walsh comprara mis regalos, la mataría!

La Pascua había sido agradable. Helen se sentía muy contenta, y una tarde que regresó a su casa más temprano que de costumbre, se admiró de que su hermano también llegara tan temprano. Sintió el ruido de la llave en la puerta, y se volvió para saludarlo.

—¡Hola, chiquilla! — dijo Tom, entrando—. Se sacó el vestón y lo colgó en una silla—. ¡Dave ha sido arrestado!

—¿Dave? ¿Arrestado? Pero... ¡Ah!, ya comprendo..., el coche..., seguro que por exceso de velocidad.

—¡No, querida; se había apropiado de fondos ajenos!

—No lo creo — dijo Helen con calma. Pero lo creía.

Tom agregó:

—Cuando lo supe, me sentí como tú te sientes ahora. Como sabes, está en el departamento de contabilidad. Y no le fué difícil hacerlo. Cuestión de un arreglo de cheques de un comprador.

—¿Cuánto? — musitó Helen.

—No lo sé, exactamente. Al

gunos miles de dólares. Pero es lo mismo que si hubiera sido un millón. Ya sabes cómo es el viejo. Un fanático por la honradez, y con él no valen los atenuantes.

—¿Y tenía algo en el bolsillo?

—Nada. El secretario de Schwarz me contó.

—¡Qué espantoso! — dijo Helen, y luego preguntó: —¿Y qué van a hacer con él?

—Lo de siempre, y no creo que consiga un fiador. ¡Esas son cosas muy escasas!

—Tenemos que buscarle un abogado—dijo Helen—. Un buen abogado.

—¿Con qué dinero? — dijo Tom. En ese momento venía Lucy de la cocina, y hubo que explicarle las cosas otra vez. Luego dijo Tom: —Mira, Helen. Yo estimo mucho a Dave; pero no puedo mezclarme en estas cosas perteneciendo a la misma oficina; eso lo sabes bien.

—Bien. Pero tenemos que hacer algo.

—No creí que te preocupara tanto — dijo Lucy.

—Y no me importa — contestó violentamente Helen—. No estoy enamorada de él, y nunca lo estaré. Pero en este asunto en que se ha metido, creo que hay algo de culpa de mi parte.

—¿Culpa tuya? — preguntó Lucy.

—Sí. El creyó que podía comprarme. ¡Quién sabe si yo misma no se lo hice creer. No sé.

Esa noche no pudo dormir, y a la mañana siguiente estuvo distraída en la oficina. Dos veces le preguntó Sanford qué le pasaba y una vez le llamó seriamente la atención.

—Fué por culpa mía — pensaba, mientras salía de la oficina en busca de un abogado que había conocido por los Hawkse. Había arreglado por teléfono una entrevista con él para después de comida. Comió en un pequeño restaurante del West Forties, y luego subió hacia la Quinta Avenida.

Cuando bajaba apresurada en una esquina, apareció un coche a gran velocidad. El conductor trató de frenar, pero la parte delantera del coche alcanzó a tomarla, y la arrojó al suelo, sin sentido.

Se formó un gentío inmediatamente: hubo confusión, policía, partes... La llevaron a una botica para hacerla volver de su desmayo; pero fué sin resultado. Entonces el conductor del coche dijo:

—Yo la llevaré a un hospital.

Cuando ya se encontraba hospitalizada, fué recobrando el sentido. Le dolía terriblemente la cabeza, y tenía un hombro dislocado.

En el primer momento no pudo ser identificada, porque en su cartera sólo se encontró una tarjeta con su nombre, pero sin dirección, y un memorándum con el membrete de su compañía, y con esa dirección llamaron a la casa de Sanford. El telefonista del hospital le preguntó si conocía a una señorita Helen Walsh, que había sido traída, víctima de un accidente automovilístico.

Sanford no regresó al comedor. Mandó a Simpson a buscar a Linda, y ésta lo encontró poniéndose el vestón.

—Helen ha sido víctima de un accidente — le explicó su marido, y luego se volvió a Simpson para ordenarle:

—Ve si Finney está abajo.

Linda gritó:

—¡Cuánto lo siento, querido! ¿Puedo yo hacer algo?

Y salió sin decir una palabra más, volviendo al comedor, donde se encontraban los Merrit, los Cairstairse, una pareja más, una novelista inglesa y otra joven. Al sentarse nuevamente, dijo:

—Perdonen a Van, amigos míos. Miss Walsh está herida. ¡Pobre chiquilla! La atropelló un auto, y está en el hospital. Allí encontraron el nombre de la firma y avisaron a Van.

—¿No tiene parientes?—preguntó Joan Cairstairse.

—Presumo que no — contestó vagamente Linda.

—¡Oh! — dijo Joan. Siguió un silencio, y luego se adentraron en nueva conversación sin recordar más lo sucedido.

Helen estaba todavía medio desmayada cuando abrió los ojos y se encontró con Sanford a su lado. Este dijo:

—¿Qué significa esto? ¿Quiere perder el empleo, eh? — Pero sus ojos estaban llenos de ansiedad.

Adolorida con el esfuerzo que hacía para hablar, dijo Helen:

—Cuánto lamento haberlo hecho salir. ¿Cómo encontraron...?

—No importa. Haremos que la saquen pronto de esta prisión...

La llevaron con todo cuidado a un simpático cuarto privado. Se instalaron enfermeras cerca de ella. Y Sanford llamó a su médico, que era jefe del hospital. El golpe en la cabeza había sido fuerte, dijo éste; pero la habían protegido el sombrero y el cabello extraordinariamente denso. Unos cuantos días de reposo y estaría bien.

Sentándose al lado de su cama, le preguntó Sanford:

—¿Puede decirme qué ha sucedido?

—Fué culpa mía. No deje que le pase nada al hombre. Yo crucé frente al coche sin fijarme que venía.

—No le pasará nada. Ya vi al comisario de policía. Es un caso claro de negligencia de su parte. Eso no es corriente en Ud., Helen.

—No, estaba preocupada. Y ahora me acuerdo que tenía una entrevista con John Beatty.

—¿El abogado de Hawkse? — preguntó Sanford—. ¿Qué pasa, Helen?

—Es por causa de Dave Young — dijo Helen, después de un momento—. Usó dinero de su firma. Lo arrestaron, y tengo que ayudarlo.

—¿Qué firma es? — preguntó. Y una vez que se lo dijeron, agregó: —Conozco al viejo Schwarz... No importa..., no moleste a Beatty. Yo veré lo que se pueda hacer.

Entró la enfermera y le hizo una seña.

Sanford dijo cariñosamente:

—Trate de dormir. Y no se moleste por el otro asunto. Yo arreglaré las cosas y vendré a verla por la mañana.

(Continuará).

DIEZ DIAS DE PLAYA

(Continuación de la pág. 5)

—¿A qué se dedica Ud.?

—Trabajé una vez en un periódico. Luego escribí una comedia que fué un suceso. La próxima murió en una semana; los críticos dijeron que nunca había vivido. Ahora estoy tratando de terminar la tercera. Pero, por favor, no me delate. Todos vendrán a preguntarme en qué forma va a terminar y a darme consejos. ¿Y Ud. qué hace?

La boca de ella se mostró amarga otra vez.

—Me siento en la silla de ruedas. ¿Qué cree Ud.?

Se abochornó y se maldijo a sí mismo por haber hecho el tonto. Y dijo más gentil:

—¿Para siempre?

La voz de ella era áspera:

—Dicen que no, y el doctor sabe que no puede mentirme. Dos años ya; un año..., tal vez dos... más. Me cayó encima un caballo.

Morley sintió otra vez menos lástima. Tres o cuatro años justificaban menos que toda una vida el ser ruda y de mal genio. Y por eso le dijo:

—Pero podía hacer algo..., aunque esté en una silla de ruedas.

—Tullidos tal vez.

—Sí — dijo él, levemente.

Lynn se volvió bruscamente y puso de nuevo la cara entre las manos. Después de un momento, habló sin mirarlo:

—Estoy cansada. Vaya a decirle a algún portero que me mande a Miss Mills.

Y él le recordó otra vez:

—Por favor.

Ella se volvió, y Morley pudo

ver que sus ojos brillaban de cólera.

—Usted me enferma — dijo Lynn secamente—. Siga su camino y no le diga nada a nadie—. Y ocultó la cara otra vez.

En vez de contestarle, Morley se acercó a ella, se agachó gentilmente y le puso una mano bajo las rodillas y la otra bajó los hombros.

—Quédese tranquila — le dijo rudamente —, no voy a lastimarla.

Lynn lo miró indignada; pero se quedó tranquila. Cuando él la hubo depositado en su silla, le miró detalladamente el traje de playa y un libro que había estado leyendo. Luego, deliberadamente, comenzó a empujar la silla hacia el hotel...

No apareció la muchacha a la hora de comida, y Morley adivinó que el orgullo la había obligado a permanecer en su cuarto. Se sentó en la mesa con una mujer joven de edad indeterminada y una curiosa pareja de mediana edad. La señora, cuyo nombre era Burns, dió comienzo inmediatamente a una investigación por su cuenta.

Morley le dijo que era de Baltimore y de profesión periodista. Mr. Burns confesó que siempre había sentido deseos de meterse al periodismo, y Morley admitió que eso tenía cierto atractivo. La mujer joven lo había visto hablando con Miss Harding; opinó que ésta era hermosa y que era una lástima que estuviera inválida.

Declinó jugar bridge después de comida, y se fué a su cuarto a trabajar. La primera parte de su comida estaba terminada; pero el tercer acto permanecía inconcluso sobre la mesa. Se sintió molesto de pensar el motivo por qué las comedias tenían tres actos; escribió hasta las once, y se acostó.

A la mañana siguiente leyó el trabajo de la noche anterior, y lo encontró abominable. Algunas líneas estaban bien; pero el total era malo. Se puso su traje de baño, y salió a la playa.

Lynn Harding estaba tendida en la arena otra vez, y al lado suyo había una rubia mujer, que parecía un **viking**, y que debía ser Miss Mills. Cuando se acercó, la mujer rubia había desaparecido y la muchacha estaba sola. Al verlo casi junto a ella, le preguntó:

—¿Cómo va la comedia?

Morley se estremeció, y después de un ligero titubeo se dejó caer a su lado.

—Podrida. Se echa a perder al final.

—Entonces, ¿por qué no cortar el final?

La miró un momento; vió que estaba seria. Y se rió.

—Es una gran molestia escribir comedias — dijo —, y luegó cuesta tanto ser constantemente desagradable como Ud.

Los ojos de la muchacha brillaron asombrados. Ojos bastante hermosos, que para Morley resultaban simplemente ojos, y el hecho de que se pusieran más obscuros con el enojo, era una cosa completamente sin importancia. Continuó:

—La gente se pone tonta con mujeres como Ud., echándolas a perder desde la cuna, prestándoles una adoración que llega a convencerlas de que son superiores a todos, y sienten cierta satisfacción en tratar mal a sus amigos e inferiores.

Dejó de hablar un momento porque la indignación le estaba alterando la voz, y ella le interrumpió furiosa:

—¡Qué sabe Ud. de esas cosas! ¡Suponga que se hiera y se vea obligado a permanecer sentado siempre en una silla de ruedas!

—Bien, ¿y de quién es la culpa? Usted no se dañó por ganarse la vida; se hirió en un deporte que le agradaba, porque era peligroso. Y, ¿qué le pasó al caballo?

—Lo mataron; pero, ¿qué tiene ver Ud. con todo esto?

—Nada, excepto que Ud. me habló primero y comenzó la conversación, y yo no soy más que una víctima de su mal carácter—. Y agregó deliberadamente: —De todas maneras, lo siento... por el caballo — se paró y siguió su camino.

Mientras iba en camino del hotel, recordó que los ojos de ella estaban húmedos. Escribió fervorosamente hasta la hora de comida, y se dió cuenta que la cosa por fin tenía vida. Lynn Harding, a despecho de ella, le había ayudado.

Cuando se pararon de la mesa, insinuó Mrs. Burns:

—¿Podríamos jugar una partida de bridge? ¿Quisiera jugar, Mr. Laird?

El primer impulso de Morley fué no aceptar; pero recapacitando, contestó que le agradaría mucho.

Les faltaba la cuarta mano, y los esposos Burns se miraron a la cara; por fin, la señora dijo:

—Tal vez a la señorita Harding le agradaría jugar. Está en la terraza y parece que se siente sola. Usted la conoce, ¿quiere invitarla?

Lynn se encontraba en la terraza, como había indicado la señora Burns, y estaba mirando distraída el reflejo de la luna en el mar.

—La señora Burns desea saber si le agradaría jugar un cuarto de bridge.

Escriba con Tinta Volcán

Lynn volvió la cabeza suavemente.

—¿Con usted? — preguntó.

—Y con el señor y la señora Burns.

Y ella agregó dulcemente:

—Gracias. Me encantaría jugar.

Los señores Burns anunciaron que a ellos les agradaba jugar juntos; se conocían muy bien el sistema de jugar de cada uno. Morley pensó después de algunas manos que ellos debían leerse el pensamiento; nadie podría comprender su sistema; nadie podría jugar tan mal.

Pero Lynn Harding jugaba en forma admirable...

Cuando Morley apareció en la playa a la mañana siguiente, buscó ansiosamente a la muchacha. Lynn estaba tendida cerca del mar, hablando con un muchachito del hotel. Con la memoria fresca de lo sucedido

PIDA A SU IMPRENTA SOLAMENTE

SOBRES MARCA SILUV

la noche anterior, se dirigió lleno de curiosidad hacia ella, tratando de adivinar cuál sería su temperamento esa mañana.

Pero ella lo miró con tanta indiferencia, que ya no le quedó duda de que lo de la noche anterior no había sido una conversión, sino un simple acto de cortesía. Y pasando de largo, se tiró al agua.

Durante el resto de la semana, la comedia de Morley siguió adelante con mucha facilidad. Trabajaba en ella varias horas del día, puliendo las frases y pasándolas en limpio. El resto del tiempo lo ocupaba en leer, nadar y jugar una partida ocasional de golf en el club de Playa Sur, o a veces una partida de bridge con los dueños del hotel. Morley terminó su comedia al noveno día de estada en el hotel, y encontró que estaba bien. Sentía deseos de gritar, de tirar las cosas por la ventana, de embriagarse. En vez de hacer eso, se puso su traje de baño y fué a darse una zambullida final.

Lynn Harding estaba tomando su baño de sol, y Morley se dirigió hacia ella, olvidando su resentimiento.

—¡La terminé! — dijo entusiasmado.

Lynn lo miró con indiferencia.

¿Y qué quiere que haga? ¿Que me alegre?

Su alegría desapareció, y una llamarada de lucha se reflejó en sus ojos.

—No — dijo secamente —; tendría usted que mentir y no destilar tanto veneno en sus palabras. Sólo que tendrá que buscarse otra víctima, porque yo me voy mañana.

Trató de leer en el rostro de ella; pero le fué imposible. Y le preguntó con curiosidad:

—¿Va a ser igual toda la vida? O solamente mientras sea inválida... Se sorprenderá de ver cuánto ayuda la alegría.

—El ser inválida es lo de menos — contestó Lynn—. Hay en mí algo que usted nunca podrá adivinar.

—Pero hay otra cosa que sí puedo adivinar...

—¿Qué? — Y lo miraba con la vista fija.

Morley titubeó. Pero, después de todo, pensó que nada tenía que perder.

—Que usted... estaba comprometida. Y que, después de heroicas protestas, él consintió en romper ese compromiso.

Se detuvo y esperó la tormenta; pero no vino. La cara de ella estaba escondida una vez más.

Sintió pena por ella y al mismo tiempo experimentó ira contra el que la había dejado, y dijo con voz ronca:

—Lynn, él no podía considerarla. Ha sido mucho mejor que se librara a tiempo...

Por fin se escuchó la voz de ella, tan ronca como la de él:

—¿Usted cree que yo no sé eso? Y ahora, ¿¿quiere tener la bondad de dejarme sola?

Morley se paró, e irremediablemente tuvo que mirarla. La luz del sol le hería los ojos y el rugido de las olas le hacían zumbar los oídos. Lynn Harding estaba tendida muy tranquila en la arena.

De repente, Morley se volvió y miró hacia el mar: vió con sorpresa que la gente corría gesticulando hacia dos manchas negras que luchaban desesperadamente contra las olas. Morley se olvidó de Lynn y echó a correr velozmente.

Mientras corría hacia el agua, pudo adivinar lo sucedido. El perrito de un muchacho había sido arrastrado por la corriente, y lo mismo había ocurrido a su dueño al querer salvarlo. El muchacho hacía esfuerzos inútilmente por volver hacia la playa. Morley nadó con fuerza, y cuando se acercó al muchacho, pudo ver que aún estaba consciente. Fué fácil sacarlo, y sólo el temor de los que miraban la escena había hecho aparecer el peligro como mayor. Cuando llegó a la playa, entregó a la madre el muchacho, que parecía no haber sufrido daño alguno.

Miró hacia el sitio donde dejara a Lynn minutos antes; pero sólo vió la silla vacía. Morley dió una mirada por toda la playa y comenzó a correr.

La encontró casi inconsciente, al borde del agua. ¿Cómo podía haber llegado hasta allí? La tomó en brazos y corrió con ella hacia el hotel.

Entonces apareció Miss Mills, con la cara tan blanca como la de Lynn.

—¡Mr. Laird! ¿Cómo ha sido?

El no podía hablar muy bien, pero contestó con esfuerzo:

—No sé... Prepare al momento la cama. ¡Apúrese, caramba!

La tendió en su cama y se retiró a la pieza contigua mientras Miss Mills la atendía.

Después de algunos minutos, apareció nuevamente la Miss.

—Está mejor — explicó—, y quiere que pase usted.

Lynn Harding parecía más chica en la cama. Sólo sus ojos se veían grandes, más grandes que nunca, y eran diferentes. Morley comenzó a decir:

—¿Por qué...?

En ese momento le miró los ojos y se calló.

—Siéntese — le suplicó ella — en esa silla de madera, por favor, si no quiere echar a perder el tapiz con su ropa mojada. Tengo que explicarle algo — continuó Lynn—. Iba a dejar que se fuera sin decírselo, pero ahora no puedo.

Dobló la sábana con su manecita quemada por el sol, y agregó:

—No soy un demonio. Yo era alegre, fuerte y valiente. Durante dos años no dejé de reírme un minuto. Pero un día tuve ese accidente, y no fué por mi culpa. El caballo se asustó de una carreta que venía detrás.

—Sí — dijo Morley—, me doy cuenta de que he sido un necio.

—No — contestó Lynn—. Soy yo la culpable. Tenía vergüenza de que mis amigos me vieran en este estado, y por eso me vine aquí. Pero Ud. llegó y temí que mi secreto fuera conocido.

—¿Y cómo llegó hasta el borde del agua?

—Usted sabe cuánto me gustan los animales. Temí por el perro, y me arrastré hasta el borde...

Después de un momento, Lynn protestó suplicando:

—¿Cómo quieres que te siga explicando si me besas de esa manera?

EL DIARIO DE ADAN

(Continuación de la pág. 9)

---

vasen un animal cualquiera que se pareciese a su especie. Le demostraría simpatía, en su triste condición de un pobre ser perdido en medio de seres extraños ignorantes de sus costumbres y que no saben tenerlo contento. Me equivoqué: a la vista del canguro tuvo verdaderos accesos de terror. Comprendí que jamás había visto alguno anteriormente. Mi pobre animalito, con sus gritos, me dió lástima, pero no sabía cómo tranquilizarlo; ¡si pudiera domesticarlo!

Cinco meses después.—No es un canguro. No, pues él comienza a tenerse de pie, tomado de los dedos de Eva; da algunos pasos con las patas de atrás y cae al suelo. Ciertamente, es una especie de oso, a pesar que hasta ahora no tiene ni piel ni cola. Continúa creciendo, lo que es bien curioso, pues los osos tienen su estatura mucho antes que éste.

Quince días después. — Examiné su boca. No hay peligro, por ahora, ya que no tiene más que un diente. Tampoco tiene cola. Grita como nunca y especialmente en la noche. Ese ruido me desespera; debí haberme ido, pero regresaré a la hora del desayuno a ver si le brota otro diente. En caso que le broten muchos lo expulsaré, tenga o no tenga cola. Un oso no necesita cola para ser peligroso.

Cuatro meses después. — Me he

ausentado para cazar y pescar. Durante todo este tiempo el oso ha aprendido a andar sobre sus patas traseras. Dice "poppa y momma". Verdaderamente, es una especie demasiado curiosa. La semejanza de los sonidos que emite con las palabras puede ser pura coincidencia y no tener ningún significado; pero, aún así, el hecho es curiosísimo, ya que ningún oso se comporta de esa manera. Esta imitación del lenguaje humano, unido a la ausencia de piel y cola, indica que pertenece a una nueva especie de osos. La continuación del estudio será en extremo interesante. Mientras espero, haré una expedición lejana y haré búsquedas profundas. Debe existir otro ser igual y mi oso será menos peligroso cuando tenga un compañero de la misma raza. Partiré inmediatamente, pero antes, le colocaré un bozal.

Tres meses más tarde.—Mi caza fué abrumadora, pero infructuosa. Durante este tiempo, sin salir de la propiedad, ella cazó un segundo oso. ¡Tiene bastante suerte! Yo habría podido cazar cien años en esos bosques sin encontrar nada parecido.

Tres meses después. — He comparado al nuevo ser con el antiguo. Indudablemente, pertenecen a la misma raza. Ella llama al recién venido Abel. Hubiera querido rellenar de paja la piel de uno de ellos para mi colección; pero, por alguna razón que ignoro, Eva se ha opuesto enérgicamente. En vista de ésto he renunciado a mi idea. Sin embargo, he cometido una equivocación al ceder. Estoy seguro de ello. Sería una pérdida irreparable para la ciencia el dejarlos escaparse. El más viejo está menos salvaje que al principio. Ríe y habla como un loro; sin duda es el trato con estos pájaros lo que le ha valido esa gracia, ya que él tiene el don de la imitación en alto grado. Si un buen día se transformase en loro, no me sorprendería, porque ha pasado por una serie de metamorfosis desde el día en que fué pez.

El más joven, es tan feo como lo fué el primero. Tiene el mismo tinte amarillento-rojizo, la misma cabeza pelada, sin el menor cabello.

Diez años más tarde.—Son grandes muchachos. Hace tiempo que lo habíamos descubierto. Fué su llegada al mundo, en esa forma exígua y mal definida lo que nos indujo al error. No estábamos acostumbrados. Ahora, también hay algunas niñas. Abel es un buen muchacho, pero Caín habría hecho mejor quedándose como oso.

Después de tantos años, me doy cuenta que me había equivocado respecto a Eva. Decididamente, es mucho mejor vivir con ella en las afueras del jardín que solo adentro. Al principio la encontraba muy habladora; ¡pero ahora, me daría pena el no oír su voz!

¡Bendita sea la catástrofe que me ha unido a ella, revelándome la bondad de su corazón y el encanto de su carácter!

ESTE ES MI TESTAMENTO PARA EL GENERO HUMANO.—Hénos aquí, Eva y yo, con una serie de hijos e hijas...

Nos ha llegado la hora de descansar y de ceder el sitio a nuestra bullente progenitura, dejándoles el cuidado de perpetuar la raza.

Eva ahora está vieja, en efecto. No educa peces ni tiene deseos de coger más osos; menos bella que hace diez años, ha perdido el encanto de su cabellera y la blancura de su cuerpo (como posiblemente también sus ilusiones). Sólo su corazón no ha variado. Continúa siendo el tesoro de mi vejez y no ha tratado de hacer desaparecer de su rostro esas arrugas que tanta pena me dan.

Yo, por mi parte, he terminado por pensar que todos los días podían ser domingo; me muevo penosamente y apenas puedo salir a cazar con mis piernas debilitadas. En resumen, siento que he llegado a ser un pobre viejo.

Me contentaría solamente con sobrevivir a mi prole y vivir de mis recuerdos, soñando con los días benditos en que Eva me perseguía en los escondrijos de mi abrigo.

Mis hijos parecen más listos que yo; han invertido ventajosamente los papeles y no esperan que sean sus compañeras las que vengan a llamarlos. Ellos toman la delantera.

Es el resultado fatal de la evolución de mi raza.

Cedo, pues, el camino a mi progenitura ardiente. Lego a mi progenitura mis "poderes vacilantes". Son jóvenes, que los aprovechen. Que lleven adelante y en buena forma el estandarte Adamiensis. ¡Adelante, Caín! ¡Adelante, Abel!

MARK TWAIN.

UN DIA CON EL PAPA

(Continuación de la pág. 17)

Fuera de las audiencias ordinarias para el Secretario de Estado y los dos Subsecretarios, hay cuatro clases de audiencias. La primera es llamada «di tabella», en las cuales recibe a los jefes de departamentos, a los dirigentes de congregaciones y otras organizaciones de importancia. La segunda clase de audiencias son las otorgadas a altas autoridades eclesiásticas y a personas de importancia en el Gobierno, las artes y las ciencias. A todas estas personas les hace muchas preguntas sobre sus países e, invariablemente, sobre las industrias de sus diócesis, las instituciones educacionales y materias sociales.

Posee una gran memoria, hecho excepcional para su avanzada edad, y nunca olvida el nombre del obispo de alguna diócesis, aunque se encuentre a miles de millas de distancia. Cuando Frank Garnett lo visitó, le hizo preguntas sobre la ciudad de Rochester y recordó que su obispo allí era monseñor Mooney. Frank Garnett es la cabeza visible de la gran cadena de publicaciones Garnett.

La tercera clase de audiencias es aquella que comprende a personajes de alguna importancia que sólo desean rendir su homenaje al Sumo Pontífice. Estas audiencias tienen lugar, por lo general, en la sala llamada del «Trono chico». El Santo Padre sale de su biblioteca acompañado de monseñor Caccia Dominioni, un chambelán y guardia noble como escolta. Cuando se aproxima, ya todos los visitantes están de rodillas.

Les presenta la mano para que le besen el anillo. Entonces pueden ya pararse, y el Papa les dice algunas palabras o les hace preguntas, según sea la esfera en que el visitante desarrolle sus actividades.

La cuarta clase de audiencias es la acordada a grupos que pueden ser de cincuenta, o sesenta a varios miles de personas. Durante un año el Papa recibió a 1.200.000 personas, con un término medio de 3.000 diarias.

Generalmente a las dos de la tarde se concluyen las audiencias y el Papa se retira a su departamento privado, en el cuarto piso, donde toma su almuerzo, consistente en un poco de carne o pescado, vegetales y fruta. A veces bebe un vaso de vino de Borgoña. Sólo ocasionalmente fuma, y lo hace con tabaco negro italiano, porque el fumar no es un hábito suyo, a pesar que recibe varios cientos de cajas de cigarros como regalo.

Después de almuerzo descansa un momento y a las tres ya se encuentra listo para su paseo diario. Cuando baja a tomar su coche, que lo espera en la explanada de San Dámaso, lleva encima de su hábito blanco una capa roja y un sombrero de terciopelo verde o morado, bordado con oro. Casi siempre lo acompaña en sus paseos monseñor Caccia o un secretario.

Pío XI es el primer Papa que haya subido en un automóvil. Tiene cinco coches para su servicio personal.

El paseo dura ordinariamente una hora. Al Papa no le importa la velocidad. Cuando va a la residencia de verano de Castel Gandolfo, el coche corre a más de 80 kilómetros por hora. Pero cuando el paseo se reduce a los jardines del Vaticano, la velocidad es muy moderada, pues

allí no hay caminos derechos ni la amplitud suficiente para desarrollarla. Cuando comenzó a usar automóvil para sus paseos, el chauffeur acostumbraba a preguntarle dónde quería ir. Esta pregunta molestaba al Pontífice, que contestaba: «Llévame por la ciudad del Vaticano. Es el único sitio en que se puede pasear».

Las cinco de la tarde encuentran al Santo Padre en su escritorio. Desde esa hora hasta las ocho de la noche, continúa recibiendo personas de alguna misión íntima o relacionadas con asuntos extraordinarios de la iglesia. Entonces se dedica a su correspondencia y atiende a las cosas rutinarias con sus secretarios.

Pío XI es un hábil hombre de negocios. Ha hecho más construcciones y ha gastado más dinero que ninguno de los Papas de los tiempos modernos. Sabe llevar un asunto delicado, como lo demostró en el Tratado de Letrán, firmado con Mussolini. A veces hace uso de gran severidad. En una ocasión despidió a su mayordomo porque le pidió que lo hiciera Cardenal; en otra, como un prelado le manifestara al visitarlo que sus secretarios lo habían tenido esperando dos días para conseguir una audiencia, le contestó simplemente: «Eso lo pone a usted en su verdadero lugar».

Paga buenos sueldos a sus empleados en la ciudad del Vaticano, aunque no más que lo que reciben en cualquier parte de Italia.

Le encantan los niños y a menudo se chancea con ellos. En una ocasión, al recibir de un grupo de niños de la ciudad del Vaticano, su diario regalo, recibió el saquito de monedas de manos del chico que había sido escogido para entregárselo, diciéndole: «Apuesto a que esto te cuesta una cantidad de confites», y luego agregó gravemente: «Pero es un regalo al que doy más valor que cualquiera gran suma que me pueda ser ofrecida por un hombre rico».

Entre las ocho y las nueve de la noche, el Papa sube nuevamente a su departamento privado donde toma otra comida frugal, que consiste en carne o pescado, vegetales, ensalada y tal vez un vasito de Borgoña.

Después de comida se retira a su biblioteca, y esta es la única hora de todo el día que se encuentra completamente solo.

De aquí vuelve a su pasatiempo favorito, la lectura. Hay pocas cosas en la ciencia o la filosofía de los tiempos modernos que no le hayan llamado la atención. Sus lecturas son vastas y comprenden cinco lenguas: italiano, alemán, francés, español e inglés. Esto sin tomar en consideración la gran cantidad de documentos y manuscritos que lee en latín eclesiástico.

Generalmente se retira a las diez y media, pero se ha sabido de ocasiones que ha permanecido hasta la una o dos de la mañana examinando problemas importantes de la iglesia.

Cuando el Papa se retira en la noche, su valet notifica a los dos «sediari» que quedan de guardia toda la noche. Estos cierran las puertas de su departamento oficial, apagan las luces y luego hacen una inspección general de los dos departamentos con una linterna. Con sus uniformes rojos que ostentan las armas papales, revisan todos los rincones hasta quedar completamente satisfechos de que no hay peligro de incendio u otro cualquiera. Entonces se retiran a una cámara situada más afuera, donde duermen, pero listos para acudir a cualquier llamado que pueda venir del departamento privado del Papa.

Esta es, en detalle, la vida que lleva el Sumo Pontífice y, que estamos seguros, ha de ser de gran interés su conocimiento para todas las personas que abrazan la gran fe católica.

UNA MAÑANA DE FERIA

(Continuación de la pág. 14)

ahí se encontraba el buffet, y almorzaban los que se quedaban en la feria.

Nadie se preocupó de mi entrada, y yo, feliz con la idea de comerme un almuerzo que me costara tan poco esfuerzo, subí la escalita que iba hasta la boca abierta del tremendo animal; me encaramé encima de su lengua y, dando un traspiés en la completa obscuridad que me envolvió, al cerrarse la boca de la vaca tras de mí, caí de cabeza al interior de su cuerpo. Entonces fué que me di cuenta, de que no era tan fácil ganarse el almuerzo. Tanteando las murallas a obscuras, en la esperanza de encontrar alguna salida, mi mano tropezó con un botón, el cual oprimí a todas ganas. Cual no sería mi impresión, al escuchar en seguida, un fuerte repiqueteo de campana; al mismo tiempo una pequeña puerta se abrió en el cuerpo de la vaca, y vi la luz del día. Apurándome para salir lo más luego posible de aquellas tinieblas, me lancé por el orificio descubierto con tanta ligereza como lo permitía mi agilidad de niño.

En la obscuridad no me había dado cuenta para qué lado se había abierto la puerta, y vine saliendo de la vaca por el lado opuesto a mi entrada. Además el continuo repiqueteo de la campana había llamado la atención a todos los que estaban en la carpa, quienes, abandonando sus mesas y sus almuerzos, se habían acercado para ver qué estaba pasando, y se estaban riendo a todas ganas. Frente a mi poco poética puerta de salida, se encontraba un gran espejo, debajo del cual estaba dispuesta una mesa con ricos platos de comida— ¡mi premio!

Pero antes de mirar la comida, tuve por fuerza que mirar el espejo, y lo que ví me quitó al momento las ganas de almorzar.

De la vaca venía saliendo, en vez de mi persona, un pequeño negrito de pasa, con las ropas arruinadas por el tizne, en que me había revolcado

El lector se dará cuenta del recibimiento que me hicieron en mi casa.

EL CORAZON DE MISS WINPENNY

(Continuación de la pág. 57)

¿cómo? Y se tendió despierta, planeando deliciosos proyectos.

A la mañana siguiente comenzó a desarrollar su plan. Salió temprano y compró una de esas revistas que anuncian concursos con premios (Ud. puede ganar £ 200!) y de allí se fué a ver al gerente del Banco. Sentía terror por el gerente, aunque lo había visto solamente dos veces antes, y entró a su oficina con el aire del que ha sido pillado en una maldad.

—¿Qué puedo hacer por Ud., Miss Winpenny? — preguntó el gerente con su voz cavernosa.

Miss Winpenny dió un profundo suspiro.

—Quiero — dijo con firmeza — retirar cien libras.

Los ojos del gerente la miraron con extrañeza; pero la anciana sostuvo con fijeza la mirada, como desafiándolo.

—Tengo cien libras en el Banco; pero no sé qué debo hacer para retirarlas.

—¡Ah! Lo que Ud. desea es vendernos cien libras en Bonos de la Guerra y abonarlos a su cuenta corriente, ¿no es eso?

—Eso es. ¡Cuánto le costó entenderlo!

Y se paró para irse.

—Mi estimada señora — dijo ansiosamente el gerente — ¿se da cuenta de lo que está haciendo?

—Por supuesto que sí. ¿No le he dicho que quiero retirarlas?

—¡Pero, es su capital...!

—Bueno, es mi capital — dijo Miss Winpenny con dignidad—. Ya no le aterraba el gerente. Tenía ventaja en la discusión y eso la alegraba.

—Pero Ud. no se da cuenta que perderá los intereses...

—Espero que los intereses los

recibiré en el cielo. ¡Muchas gracias! ¡Buenos días!

La entrevista con Elsie era más difícil que la que había tenido en el Banco. A Elsie tenía que engañarla. Pero ésta no sospechó cuando Miss Winpenny le dijo que iba a tomar parte en un concurso de "La Suerte Semanal" y que quería que la ayudase. Elsie se sintió feliz de hacerlo y dijo que tendrían que repartirse las utilidades. Así, por las tardes, mientras Bert se ocupaba de construir el aparato de radio de Miss Winpenny, las dos mujeres trabajaban en resolver las bases del concurso.

Por fin entregaron su trabajo a la revista organizadora del concurso. Pasaron largos días, en los cuales Elsie se desesperaba no encontrando una solución viable para sus proyectos de matrimonio y poder así alejarse de su casa. Y un día en que su desesperación era enorme y lloraba sin consuelo, entró Miss Winpenny saltando como un chiquillo.

—¡No llore más, querida! Sus lágrimas se convertirán en felicidad. Mire: hemos ganado el premio y le traigo su parte.

Elsie, que nunca había visto tanto dinero junto, dejó de llorar y clavó la vista en el dinero sin poder hablar.

—¡No puedo creerlo! — dijo por fin—. ¡No puedo creerlo!...

—Espere que Ud. y Bert comiencen a arreglar su casa y entonces lo creerá — contestó gozosa Miss Winpenny.

Mientras Elsie, aún no repuesta de la impresión, trataba de comprender lo que significaba para ella ese golpe de la suerte, y en su rostro se marcaba una expresión de intensa felicidad que a Miss Winpenny le llegaba al corazón, un golpe dado en la puerta anunció la llegada de Bert.

—¡Oh, Miss Winpenny! ¿No se molestará Ud. porque me vaya? ¡Tengo que contárselo a Bert!

Bert no supo la gran noticia hasta que estuvieron en la calle. Después de mostrarse alegre por la suerte de su novia, se sumió en un largo silencio y su rostro se tornó duro, sus ojos denotaron profunda tristeza. Por fin, dijo con voz baja y ronca, en la cual parecía poner toda su vitalidad:

—Elsie, la mayor aspiración de mi vida ha sido el casarme contigo; pero no puedo hacerlo con tu dinero.

—Pero... Sólo la semana pasada me decías que querías casarte, y ahora...

—Cierto. ¡Pero no voy a amoblar la casa con dinero tuyo!

—Entonces tendré que esperar hasta 1984? ¡Por favor, Bert! ¡Eres cruel!...

—¡Oh, cállate!... — gritó casi, Bert.

Siguieron su camino en silencio. Bert nunca la había tratado en esa forma, nunca, nunca. Elsie se mordió los labios para no llorar, mientras él continuaba su camino sin hablar, olvidándose completamente de ella, sumido en tristes pensamientos. Entraron a un cine, pero sus ojos no podían fijarse en lo que miraban. Sus hombros se rozaban como lo habrían hecho dos desconocidos, olvidados ambos de la compañía del otro. Era costumbre de Bert abrazar a su novia en la obscuridad de la sala. Ahora lo había olvidado.

Cuando salieron, sin saber ninguno lo que había visto, aún había luz en el cuarto de Miss Winpenny, y dando Elsie una excusa vaga para dejar a Bert en la puerta, irrumpió en la habitación de la anciana, ahogada en lágrimas.

—¡Oh, Miss Winpenny, no podemos hacer nada con el dinero! ¡Dice que es mío! ¿Puede Ud. hacerlo entrar en razón? ¡Hemos estado disgustados toda la noche...!

—¿Sí?... Tráigalo para acá... ¡Yo hablaré con él!

Y cuando Bert entró, lo acosó agresivamente:

—A ver, Bert. ¿Qué significa el disparate que me acaban de decir? ¿Es cierto que ahora no quiere casarse?

—Es verdad, señorita. Estoy muy contento de que ella haya ganado el premio y que pueda ahora llevar una vida mejor. Pero me reconozco como un hombre que no es digno de casarse, ¡si es la novia quien pondrá la casa!

—Muy justo. Pero Ud. dice que quisiera que ella lleve mejor vida que la que ha llevado hasta ahora, y ella ha tenido la gentileza de declararle que sólo casándose con Ud. será posible eso, ¡y no es de hombre honrado y juicioso no aceptarlo!...

—Así es... — murmuró Elsie por lo bajo.

—¡Y en todo caso — agregó la anciana, el dinero es tanto de Elsie como suyo! El premio lo hemos ganado entre las dos. Si Ud. tiene tanto escrúpulo en recibir dinero de sus manos, recíbalo de mi parte, soy yo quien se lo regala como obsequio de bodas... Y, después de todo, ¡a mí me quedan todavía cien libras!

—Sí — murmuró Bert—; pero...

—No quiero oír nada de peros. Lo que quiero es que Ud. acepte, para poder verlos a los dos en una casita que sea suya. Yo ya estoy vieja y no voy a durar mucho. Y ahora váyanse a su casa sin una palabra más. Y no crea que no admiro sus principios... ¡Creo que Elsie va a tener un marido admirable!

Y ante la sorpresa de los dos, Miss Winpenny se empinó y besó a Bert. Y cuando ellos salieron, se quedó mirándolos desde su puerta con una sonrisa que mostraba su satisfacción.

A la mañana siguiente salió a buscar más trabajo al negocio para el cual trabajaba. Era un día de sol algo frío, y Miss Winpenny se sentía llena de esa serenidad feliz que se siente de hacer felices a los demás. Pero cuando algunos minutos después salía de la tienda, su felicidad había desaparecido completamente. No la necesitaban más, habían tomado una niña que trabajaba continuamente y que iba a reemplazarla. Políticamente le hicieron saber que ella era un poco calmada para trabajar.

Y era cierto. Estaba vieja y cansada; la vista comenzaba a fallarle. Su trabajo era siempre excelente, pero se demoraba mucho para hacerlo. Y ellos no necesitaban tanto que las obras fueran tan acabadas, como que se hicieran rápidamente.

Ese dinero que ganaba cosiendo y bordando, le había servido para pagar puntualmente el arriendo en la casa de Jackson. Ahora sólo le quedaba la pensión de vejez, que ella siempre había mirado con desprecio.

Se sentó en la ventana con las manos juntas en la falda y la cabeza gacha. Pasaron las horas, anocheció, y con la noche llegaron las luces que daban brillo a la calle Mulberry, y Miss Winpenny seguía sentada en su ventana, pensando, pensando...

A las seis y media vino el cartero como de costumbre. Miss Winpenny ahora no se dió cuenta de ello y tampoco oyó el ¡clang! de las puertas al cerrarse tras de él. Y no supo que se había detenido ante la puerta de Jackson, hasta que uno de los chicos subió, con la curiosidad pintada en su carita, trayéndole una carta, ¡a ella, que nunca había recibido cartas!

Se acercó a la luz y abrió el sobre.

"Estimada señora: Tenemos el placer de participarle que usted ha ganado las £ 200 de nuestro concurso, por cuya cantidad le adjuntamos un cheque a su orden. Sírvase aceptar nuestras felicitaciones..."

FIN

Del film de la vida

Momentos memorables

Tristes, alegres, inolvidables, hay tantos, tantos en una vida, pero algo sencillo, grandioso para mí, que jamás he podido olvidarlo y que aun me parece vivirlo cuando lo recuerdo, es el siguiente:

Tendría yo dieciocho años y la vida en mi hogar se me había hecho imposible a causa de varias circunstancias; muy especialmente por la amargura de verme tan poco querida y comprendida por mi madre, la que me lo había manifestado ya en muchas ocasiones. Resuelta a no soportar más e independizarme, huí sin dejar rastros, pues temía un encierro más doloroso aún.

A los varios días después, y después de haber sido buscada inútilmente, supe por una persona amiga que mi madre había dicho que si yo volvía, me perdonaría, ya que al fin era hija y comprendía mi ofuscación momentánea.

No esperé más, y al día siguiente, muy temprano, para no ser vista por los vecinos, me dirigí al departamento que ocupábamos mi madre y yo. El corazón me latía violentamente cuando vi la ventana abierta; me acerqué despacio, y en medio de un rayo de sol que ponía algo de alegría y calor en la pieza, vi a mi madre inclinada y quitando el polvo a un pequeño mueble mío. Estaba pálida y triste y sus lindos cabellos se veían casi blancos a la luz del sol. Quise hablarle, preguntarle si estaba sola, y me fué imposible; mi corazón saltaba como un pájaro loco, y una mano cruel me oprimía la garganta; no pensé que pude ser vista e insultada; no pensé nada, y entré rápidamente hasta la puerta en que "ella" se encontraba, la abrí despacito, pero al cerrarla con llave para no ser sorprendida, se volvió hacia mí rápidamente. ¡Nunca lo olvidaré! Quiso hablar y no pudo, vi sus labios temblar de emoción y no supe sino cuando me sentí estrechada en la cárcel trémula de sus brazos tan queridos. ¡Mamá, mamita!, grité. ¡Hija, hijita mía!, sollozaba ella; y entonces, más que nunca, comprendí el significado de la palabra ¡madre! No era el juez implacable e irascible, ni la mujer descariñada e impasible de otrora, la que me tenía en sus brazos. ¡No! Era la madre, la que siempre perdona, la que consuela, la que sentimos junto a nosotros cuando sólo nos queda en el alma dolor y amargura. ¡La madre, que por primera vez en mi vida me estrechaba llorando y susurrando a mi oído, ¡hija, hijita mía!

TRISTEZA.

Mosaico femenino

Por Rebe

En estos días en que toda América ha recibido llena de júbilo la noticia del término de la sangrienta guerra entre dos países hermanos y ya la paz entre ellos es un hecho, han acudido a mi memoria momentos inolvidables para mí, pasados en las vacaciones del año pasado.

Con una de mis hermanas fuimos a visitar el hermoso Puerto Militar de Talcahuano; un atento oficial de Marina nos dió permiso para visitar los diques, dándonos un marinero como guía. Recorrimos todo, bajamos al dique seco donde estaba en reparaciones el acorazado "Prat" y para pasar al otro lado tuvimos que pasar por debajo del casco de este buque.

De ahí pasamos a otro dique, donde estaba fondeado el "Huáscar", el viejo buque donde murió Arturo Prat. Por un largo tablón unido a las paredes del dique pasamos a visitarlo, y ya en el puente, empezó el marinero a hablarnos del combate de Iquique, explicándonos muy bien cómo había sido: por aquí saltaron los chilenos al abordaje; acá estaban los cañones de los peruanos, etc.; nuestro entusiasmo patrio iba en aumento, al vernos allí mismo donde habían llegado esos valientes marinos. De repente nos dice: "Aquí cayó muerto Arturo Prat; y acá, los del grupo que le siguió". Inmediatamente nuestro entusiasmo, cesó, y nos imaginábamos vernos en medio del sangriento combate, rodeados de muertos y heridos. Sentimos una gran emoción, y pensamos en las angustias de las madres, hermanas y esposas de esos hombres que esperarían ansiosas saber de ellos y sólo recibirían la ruda noticia que ya habían muerto. Muy impresionadas, seguimos recorriendo el buque, el que conocimos por completo. En los dormitorios de los oficiales, nos dijo: "Esta es la litera del Comandante Grau"; y pensé en el caballeroso marino peruano, a quien la guerra había puesto como enemigo, frente a frente, a un ser tan digno como Arturo Prat.

Nos retiramos, con una sensación indefinible en el alma, pensando en la crueldad de la guerra, que obliga a los pueblos a odiarse. Yo dije: "Que jamás Dios permita haya otra guerra, que todos los pueblos sigan siendo hermanos".

Colette Goupy

Muy irregular este beret de fieltro beige, adornado de gros grain obscuro.

Fieltro marrón bordado de lunares beige. La copa va atravesada por un cuchillo de plumas marrón.

POR QUE SUFRIR DEL ESTREÑIMIENTO

El tratamiento racional del estreñimiento crónico, enteritis, afecciones del hígado, hemorroides, enterocolitis, afecciones cutáneas.

En todas las Farmacias.

LABORATORIO GEKA, S. A. Santiago.

INTESTINOL

M. **GEKA** R.

REEDUCADOR DEL INTESTINO

A base de Extracto Intestinal, Extracto Biliar, Agar-Agar, Fermentos Lácticos y Lactosa.

Talleres "Familia", Santa María 076 — Santiago de Chile

Familia

M. R. Es propiedad.

EL SEMANARIO QUE PUEDE ENTRAR A TODOS LOS HOGARES

N.o

PREC

$1.4

BIBLIOTECA NACIONAL CHILE

EN ESTE NUMERO:

"Hombres contra mujeres en tennis" Por Helen Hull Jacobs

JABON
FLORES DE PRAVIA

Es el mejor producto de la industria nacional por su preparación perfecta y su exquisito perfume.

Familia

El semanario que puede entrar a todos los hogares

Editado en Santiago para toda la República

En venta todos los miércoles

N.o 8 - 17 de julio de 1935

Una ardiente conquista

El cigarrillo ha conquistado definitivamente a la mujer y hasta las más aristocráticas naricillas dejan escapar continuamente perfumadas volutas azules de tabacos exóticos. La fémina 1935 fuma con el apasionamiento peculiar a su género. En el sitio en que se encuentre, siente la imperiosa necesidad de encender el cigarrillo. Ya sea frente a su mesa de labores, mientras maneja su auto con una sola mano, en la cama, a la par que saborea el café matinal, en el bar en que toma su tercer "Juanito-Rosado", en el fóyer comentando las actitudes de Joan Crawford, frente a la modista que se afana por convencerla en la adquisición de algo "muy nuevo". Los ceniceros —que una mano previsora pone siempre cerca de ella—se llenan con pasmosa rapidez de colillas turcas o egipcias de los **bout de rose** de nuestras mujercitas adorables y absurdas.

Como todo efecto tiene su causa, de esta "abrasadora pasión" —como dijo el poeta—nacen todos los dias encantadores bibelots destinados a servir al dios Tabaco. Vemos ceniceros primorosos de translúcida porcelana japonesa, tan frágiles que da miedo acercar la punta incandescente, temiendo que se ardan como un papel. Los hay tallados en carey rubio. Otros, en cristales incrustados. Otros en cerámicas.

Por otro lado, la belleza de las cigarreras no tiene límites. Son verdaderas joyas. ¡Si soñaría el tabaco cuando se doraba al sol en sus tierras tropicales que por el capricho de estas mujercitas 1935 iba a terminar aprisionado en estuches de lacas preciosas, de platino, de carey, de cristal, incrustados de cabochones, de brillantes, de toda suerte de piedras preciosas, iba a deshacerse en espirales de humo en una ancha boca pintada en tangerine, iba a morir aplastado sobre otra pequeña obra de arte que hace de cenicero.

Y aun queda el capítulo de los briquets. Están hechos en las mismas materias preciosas y tienen algunos el tamaño justo de una estampilla. No se sabe cómo se ha logrado incrustarles por añadidura un reloj minúsculo. Cierto es que briquet y reloj siguen la norma de sus voluminosos antepasados. Es decir: el reloj no marca nunca la hora exacta y el briquet jamás enciende... Pero los americanos — que andan siempre en la vanguardia de la gentileza hacia la mujer, que respetan y fomentan todos sus caprichos — acaban de inventar para ella un briquet no más grande que un tubo de rouge y que no necesita piedra, nafta, ni mecha: prende el cigarrillo por simple contacto. Lo cual quiere decir que ahora las mujeres pueden impunemente jugar con fuego sin miedo de quemarse...

PARA TODOS

dedica su número que aparece el próximo lunes, a

LA LENCERIA Y LA ROPA BLANCA

¡No deje Ud. de comprarlo!

$ 1.20.

Sumario:

"Todo o nada", por Geraldine Rider.
"La venganza de Norberto", por Ketmis.
"El examen", por Henry Duvernois.
"Esposa versus secretaria", Novela en 4 números.
"La serpiente amarilla", por Edgar Wallace.
"Juan Luis Coste, mecánico", por Paul Bourget.

Reflexiones color del tiempo.
El nene y su mamadera.
Para saber y contar.
Hombres contra mujeres, en tennis.
Buen tono.
Cultive su belleza.
Noticiario femenino.
Momentos memorables.
Vida y confesiones de Gabriela Mistral.

Tendencias de la moda.
Sencillez y elegancia.
Abrigos y trajes elegantes.
Janet Gaynor, la dulce niña.
De la pantalla.
Sus favoritos.
Tres encantadores modelos.
¿Cómo va a ser la moda de primavera?
Vestidos para el estudio y la oficina.
La ropa de los niños.
Elegantes modelos para novias.
El ajuar de la novia.
Molde de "Familia".
Casas e interiores.

Todo o nada

¿Puede el primer amor ser eterno? ¿Puede el corazón albergar otro cariño que reemplace al primero?

Por Geraldine Ryder

Mary no era de esas mujeres que aspiran a encender grandes pasiones. Sin embargo, hubo una época en que pudo contar con un gran amor. John, su marido, nunca le había escatimado cariño.

Y fué, precisamente, aquel amor que ella quería todo entero, el que trajo consigo el divorcio. Al regresar a su casa una tarde, encontró a John esperándola.

—¿De vacaciones? — le preguntó alegremente.

—Tengo que hablar contigo de algo muy importante — dijo John, evitando mirarla —, y por eso he regresado a casa tan temprano.

Mary sintió que el temor invadía su corazón. No podía fingir ignorancia del asunto a que él se refería.

—¿Te refieres a Helen Brunton?

Las palabras, escapándose involuntariamente de sus labios, helados parecían venir de gran distancia.

—Sí — dijo él, brevemente—. Estoy enamorado de ella.

Mary se hundió en un sillón junto a la chimenea, con las manos cruzadas sobre la falda, los ojos con expresión de vaguedad, como si una visión de Helen Brunton estuviera ante ella: esa Helen fría, encantadora y veleidosa, que parecía asir a todos los hombres con sus manos exquisitas.

—Tienes que darme tiempo para pensarlo — dijo Mary, hablando con voz opaca—. No es tan fácil deshacerse de algo que una tiene y cuida, sin que haya lucha.

—Yo amo a Helen, y si tú tratas de mantenerme a tu lado, no eres justa con ninguno de los dos.

Las palabras salían de su boca rápidas y duras; luego, viendo en los ojos de su mujer el intenso sufrimiento que le producían, agregó más suavemente:

—Lamento herirte con estas cosas, Mary; pero he estado luchando con esta idea semanas enteras, y es más fuerte que yo. Esto tenía que venir, y lo único que podemos hacer es encarar los hechos.

¡Encarar los hechos! ¡Cuando su vida entera se estremecía desde las raíces, cuando todo su mundo se deshacía en pedazos alrededor de ella!

Y se rió con una risa que más parecía un llanto.

Los últimos rayos del sol formaban pocitos de luz en el piso encerado, y las rosas llenaban la habitación de suave fragancia. Tal vez ese perfume contribuía a aumentar la pena y el dolor que sentía en su corazón.

* * *

Luego había llegado Percy.

Hacía seis meses que lo conocía. Dorotea Page, una ex condiscípula suya, le había telefoneado una mañana de octubre:

—Richard va a traer a Percy

Comber, un joven que conocimos el último invierno, en un fin de semana. Es un muchacho mayor que Richard y muy interesante. Estoy segura de que te va a gustar. Si quieres, ven hoy día y yo regresaré contigo el lunes en la mañana.

¡Generosa y ocurrente Dorotea! Ella, que había sido su dama de honor, sabía que al día siguiente sería el aniversario de su matrimonio y que una casa llena de recuerdos y sueños destruídos no es el mejor sitio para pasar una fecha como esa; y con un gran tacto, sin recordarle hechos dolorosos, la invitaba a salir de su casa. Lo que

Te quiero, Mary, y nunca podré querer a nadie como a ti.

no había agregado, era que Percy estaba todavía afligido por la muerte de su esposa y que creía que ambos serían un antídoto para el dolor del otro. Mary se encontró con Percy. Encontró en él cierta quietud y cierta reserva, que a ella le habían agradado. Percy no pretendió invadir la personalidad de ella, y aun más, también a él le había gustado Mary. Ella se dió cuenta de la impresión que causó en él, por el ardor de la mirada de sus ojos grises, por su sonrisa, por su gran deferencia para cumplir sus deseos.

Eran dos almas en tormento, hundidas en la profundidad de su respectivo dolor, que sentían de improviso una simpatía que los acercaba en forma casi intangible.

Su cariño por John había sido casi una paradoja. Percy le

Estaban ya en el café, cuando Dorotea preguntó de improviso. —¿Te ves muy a menudo con Percy Comber?

hacía olvidar todo. Su constante compañerismo le impulsaba a tomar un nuevo interés por la vida, le restaba tiempo para que pudiera ella recordar su pasado. Aún en sus maneras existía algo que le hacía parecerse a John. Su delgadez, su buena presencia, su rostro tostado, su modo desganado de encender un cigarrillo y de mirarla apretando los ojos; esa voz bajita que empleaba al hablarle, como se haría con un niño caprichoso. Luego, también a él, le gustaban las cosas bonitas de la vida. El y John eran de esa clase de hombres que prefieren un hermoso mantel y un servicio de plata, a una mesa demasiado abundante.

Durante un tiempo, los pensamientos de Mary fluctuaron entre Percy y el otro; pero, poco a poco, el primero fué llenando sus sentimientos, desterrando a John a las sombras del pasado.

Una mañana se encontró por casualidad con Dorotea en la ciudad.

—¡Esta es una oportunidad que me envía el cielo! Necesito hablar contigo. Vente a almorzar a mi casa, Mary, ¿quieres?

Estaban ya en el café, cuando Dorotea preguntó de improviso:

—¿Te ves muy a menudo con Percy Comber? Ya sé, querida, que es un hombre muy atrayente y que se ha portado muy bien contigo; pero creo que nunca dejará de lamentarse por su esposa. No quisiera que tuvieras que sufrir otra vez, y mucho me temo que te preocupes demasiado de él.

Mary recordaba que se había reído ante lo absurdo de la advertencia. Le había parecido un peligro muy irreal para preocuparse de él, y no había hecho caso de las palabras de su amiga, marchando ciegamente a su propia desgracia.

Creía que habían pasado años desde el día anterior, en que Percy la había telefoneado diciéndole:

—¿Quiere que comamos juntos y salgamos después a correr un poco por el campo? La voz grave y profunda de él había vibrado a través del alambre.

—¡Sería encantador!

—Bien. Llegaré como a las

—Sí, dijo él brevemente; estoy enamorado de ella.

siete. ¡Piense que debe estar lista y no hacerme esperar!

Ella había estado lista y esperando, como lo hacía tan a menudo en el pasado, y como, indudablemente, volvería a esperar otra vez.

—Tengo algo que contarle, chiquilla — dijo él repentinamente, después de un largo silencio, manejando el coche con una mano y poniendo la otra sobre las rodillas de ella—. Antes de dos semanas me voy a Sud América. ¿Recuerda esa compañía de construcciones de que le hablé? Pues bien, han decidido enviarme a supervigilar la construcción de un puente, trabajo que demorará por lo menos un año en terminarse.

Y entonces él había pronunciado aquellas palabras incomprensibles que le habían herido el corazón como un cuchillo.

—Voy a perderla, chiquilla. Dios mío, ¡cómo voy a perderla! Usted ha significado para mí más de lo que pueda comprender. Ha hecho alegre mi vida en este año y medio. ¡La amo! Usted lo sabe, ¿verdad, querida?

Su mano bronceada había tomado la pequeña mano enguantada de ella y la había apretado con fuerza; pero como aparecieran en una curva las luces cegadoras de un coche, había vuelto a tomar la rueda de la dirección.

(Continúa en la pág. 66)

Escrito especialmente para "Familia"

Por KETMIS

LA VENGANZA

Los documentos esparcidos en el escritorio eran leídos cuidadosamente por el duque de Cártago, cuyas manos secas y nerviosas, parecían recorrer en una caricia ávida esos pliegos que evidenciaban la enorme riqueza de que era poseedor. Inclinado sobre los papeles, acariciando con su mirada insaciable la belleza sugestiva de las cifras, notó repentinamente que se obscurecía la claridad que iluminaba su escritorio. Alzó la cabeza y vió ante sí un hombre que empuñaba una Browning en su mano. Lo contempló extrañado. El desconocido era alto, no joven; pero de una belleza viril que los años o los sufrimientos no habían logrado destruir. En sus sienes brillaban algunas hebras de plata y unas leves arrugas imprimían a su rostro una expresión severa y fría. Un gesto irónico se ahondó en la comisura de sus labios cuando preguntó:

—¿Duque de Cártago?

¡Qué extraño! La voz de aquel hombre, era extraordinariamente parecida a la suya. La misma inflexión varonil, el mismo modo de pronunciar las palabras.

—Yo — respondió el aludido, recobrando su serenidad. Después de una breve pausa, agregó con altivez: — No recuerdo haberle conocido en ninguna ocasión, caballero. Ni recuerdo haberle invitado a mi casa.

—¿Y tampoco recuerda haberme autorizado para amenazarlo con esta automática? — replicó la voz sarcástica del desconocido, que agregó friamente: — Si he de hablar con franqueza, reconozco que usted tiene toda la razón. En realidad, no me conoce ni me ha invitado a su casa. Esta es mi primera visita e, indudablemente, la última que usted recibirá.

—¿Qué pretende usted, caballero?

—¡No se impaciente, señor duque! — suplicó la voz burlona del desconocido que, sentándose sobre el escritorio, encendió un cigarrillo en uno de los candelabros que el duque de Cártago tenía cerca de sí —. Quizás sea la noche la que ha infiltrado en mi lengua el deseo de relatarle una historia.

Los ojos grises, ojos de acero, contemplaron indiferentes los caprichosos arabescos que el humo dibujaba en el aire. La mano fina y viril sacudió el cigarrillo que escupió su ceniza roja. El duque de Cártago miraba intimidado la severa fisonomía de su extraño visitante y cuando la frialdad de su voz llegó de nuevo a sus oídos, sintió que un calofrío de hielo mordía sus nervios.

—Es una historia interesante, señor duque. Le ruego que no se impaciente. Me limitaré a un breve resumen. Sucedió hace dos años. Pongamos Calais por escenario. Ella es una mujer bellísima, diecisiete años, heredera de una fortuna envidiable, hija de un padre ambicioso. Dos hombres la pretenden. Uno, muy joven, rico, de grandes dotes intelectuales, conducta irreprochable, físico atrayente. El otro, ya viejo, ha derrochado toda su fortuna y su vitalidad, sólo le queda su blasón. El padre de ella, piensa que aquel viejo título nobiliario es más valioso que un amor joven, y decide ceñir una corona ducal en las juveniles sienes de su hija. El hombre que la ama, aquel que sólo puede prender vibraciones de besos en la blanca frente de su amada, al conocer la decisión del padre, le suplica con desesperación, que no destroce su vida, pero recibe una respuesta inflexible: — "Sé que el duque ama a mi hija, sé que la pedirá en matrimonio y no quiero revocar mi decisión. Sé que mi hija me obedecerá, pues esta unión significa para ella un inestimable honor. Si amáis verdaderamente a mi hija, olvidadla, no turbéis su serenidad, no le confeséis jamás vuestro amor. Ella no conoce al duque, tampoco os conoce a vos. Sé que será feliz". Parecía su última palabra y, sin embargo, días más tarde, quizás compadecido de la tristeza del joven, le dijo: —"Si el duque no solicitara la mano de mi hija, lo que no creo ni espero, consentiría gustoso en vuestra unión, porque os conozco y aprecio. Pero comprenderéis que mi deber es procurar la dicha de mi hija". Al oír estas palabras, el joven concibió un atrevido proyecto. Sin reflexionar, en un esfuerzo desesperado por obtener su felicidad, fué a ver al duque y le confió sus sentimientos. Naturalmente, aquella revelación sorprendió al duque; pero su cerebro frío y calculador, pesó rápidamente el pro y el contra de aquello, e hizo al joven una proposición sorprendente: estaba dispuesto a abandonar el terreno, si él le concedía toda su fortuna. No es extraño que el muchacho, en un estado de violenta exaltación, accediera a efectuar aquella transacción. El duque era demasiado astuto para no asegurar su impunidad. Propuso que el muchacho se trasladase a París por algún tiempo. El obedeció, entregando su fortuna por medio de un documento firmado. Después de algunos meses volvió a Calais. Era de noche. Estaba sólo en su habitación, cuando leyó en un periódico que el enlace del duque y de su amada, se había llevado a efecto. Fué un golpe terrible para él. Era un temperamento ingenuo y noble. Poco viril quizás, pero hay que recordar que era muy joven, un niño casi. Tengo la firme convicción de que ni por un instante pensó en vengarse. Al día siguiente encontraron su cadáver. Se había suicidado. ¿No opina como yo, señor duque? Interesante la historia, ¿verdad?

El duque se estremeció. Su rostro era una lívida máscara de cera en donde brillaban febrilmente los ojos, hundidos en las órbitas de ribetes sombríos. Sin embargo, murmuró tratando de aparentar serenidad:

—Es una historia estúpida que no me interesa. Además, debo advertirle que su presencia no me es grata y le agradecería que se retirara.

Los dedos, tensos ahora, se crisparon sobre la pistola y la voz perdió su frialdad para adquirir un tono agresivo:

—¿No le interesa, señor duque? Pero le concierne... Conozco a dos de los protagonistas: el duque Norberto de Cártago, estafador y asesino y Víctor Donovan, mi hermano.

—¡Caballero!— exclamó el duque lívido ante el insulto—. ¡Retire esas palabras!

—¿Las retiraría mi hermano?

Con los labios apretados, desfalleciente, sin fuerzas para erguirse, pues sus músculos no le obedecían relajándose en una laxitud invencible, el duque murmuró con voz apenas perceptible:

—¿A qué ha venido?

—A vengar a mi hermano.

Esperaba esa respuesta, pero le causó un tremendo efecto. Su cuerpo se estremecía en temblores intermitentes y violentos y

NORBERTO

—¡Norberto! exclamó ella, refugiándose en los brazos de él...

sus labios eran dos líneas temerosas y lívidas.

Lentamente, Norberto Donovan sacó de su bolsillo otra pistola que brilló en su mano. Los ojos ávidos del duque lo miraban con insistencia y en ellos se acentuaba la angustia al notar la fría e implacable decisión de los ojos de acero.

—Levántese, señor duque y póngase de espaldas hacia mí.

Los músculos lacios obedecieron maquinalmente la imperiosa orden. Norberto se acercó y su voz firme y dura azotó de nuevo el cerebro del duque.

—Colocaré esta pistola en sus manos. Es inútil que trate de impedir mi acción. Víctor se suicidó. Usted también lo hará. No trate de disparar contra mí porque me vería en la obligación de matarlo como a un perro. Si al cabo de un minuto usted no ha disparado, dispararé yo.

—¡Tenga usted piedad! — gimió el duque en el paroxismo de su terror —. ¡Piense en mi mujer!

Norberto vaciló y una breve interrogación brotó de su labios:

—¿Hijos?

Los puños lívidos se crisparon convulsivamente. ¡Cómo deseaba ahora haber tenido un hijo! ¡El, que detestaba los niños! Norberto notó su indecisión y anunció impasible:

—¡Diecinueve segundos!...

Con un desesperado estremecimiento de rebelión, trató de animar sus músculos mortecinos; pero sintió tras él la muda pero elocuente amenaza de la otra pistola y alzando la suya hasta apoyarla contra su sien, apretó el gatillo.

Sonó una detonación apagada y el cuerpo del duque cayó sobre la lujosa alfombra. Norberto lo contempló un momento. La impasibilidad de su rostro no se había alterado, pero la dura expresión de sus ojos se había suavizado.

Después de un instante de silenciosa contemplación, retrocedió; pero antes que pudiera salir, una figura esbelta entró casi corriendo a la biblioteca. Era una muchacha bellísima, vestida de blanco, con los cabellos castaños, graciosamente recogidos en la nuca. Norberto se estremeció y retrocedió algunos pasos, sin poder apartar su mirada de aquel rostro de suave palidez. Sus hermosos ojos de un azul profundo se fijaban en él obstinadamente; pero Norberto no vió en ellos ninguna emoción.

Como si una atracción irresistible iluminara esos ojos extrañadamente serenos, Norberto no podía separar de ellos el asombro de su mirada. ¿Era verosímil que la juventud y la sensibilidad de aquella mujer no se conmoviera en ese instante? El duque yacía muerto a pocos pasos de ella, un hilillo de sangre se deslizaba por su sien, enrojeciendo sus canas; la mano lívida se crispaba en un postrer gesto de rebelión..., y aquel rostro de delicada belleza, ni siquiera expresaba asombro. ¿Sería ciega? ¡Ciega!

—Nom de Dieu!

Su exclamación favorita brotó inconscientemente de sus labios. No pudo reprimirla y esperó anhelante el resultado de su imprudencia. Estaba convencido de que aquella niña era la esposa del duque de Cártago, la mujer que su hermano había amado. La vió avanzar hacia él y, para evitar que se acercara al cadáver, salió a su encuentro. Ella se detuvo y su voz armoniosa llegó a sus oídos como una caricia:

—Cumplí tu encargo Norberto. Pierre fué a París. Regresará mañana. Su voz, a pesar de su suavidad, tenía cierta reserva fría que sorprendió a Norberto, que en un impulso inconsciente, se acercó más a ella inquiriendo con cariñoso interés:

—¿Te preocupa algo, querida? Creería que te disgusta...

Se detuvo espantada casi. ¿Por qué había pronunciado esas palabras? Se había dejado lle-

(Continúa en la pág. 56)

Reflexiones color del tiempo

Bárbara y los casados

Esta tarde de lluvia nos hemos juntado en casa un puñado de muchachas. No quisimos tomar té en el living con el resto de la familia, sino que, acurrucadas como gatos friolentos junto a la himenea de mi estudio, preferimos que acá nos trajeran la bebida bienoliente, los scones, las golosinas. Empezó a obscurecer y nadie encendió una lámpara. Y fué tal vez por eso — gracias a las sombras — que cada cual dejó de lado la máscara de las conveniencias y como si hablara para sí misma, echó afuera su verdad.

Betty, la que siempre anda a vueltas con Bach y sus tocatas, dijo de pronto que ya estaba carganteada de clasicismos y que había descubierto que la única cosa maravillosa que había en materia musical, era el jazz y yo estuve de acuerdo con ella y entre ambas declaramos a Pablo Garrido una maravilla.

Mari-Pepa terció entonces, diciendo que hacíamos una equivocación, porque se llamaba jazz cuando eran negros los que tocaban y que si no eran negros, pues no era jazz. Betty, indignada, porfió que el conjunto o sea, instrumentos y música, era lo que constituía el jazz. Y que el color de los ejecutantes no tenía nada que hacer en el asunto. Yo tenía demasiada flojera para discutir. Y cuando Mari-Pepa asegura algo, más vale no llevarle la contraria, porque es lo mismo que pegar contra un muro de piedra. Sale una toda adolorida y el muro tan fresco.

Anita dijo entonces que había ido a ver los cuadros que se exponen en el Museo de Bellas Artes, con el objeto de seleccionar los que irán a la Exposición de Pittsburg y que — salvo cinco o seis excepciones — todos le parecieron unos grandísimos mamarrachos. Agregó que no entendía nada en pintura, pero que a ella le gustaban los cuadros perfectamente parecidos a lo que representaban. Una lechuga debe ser una lechuga y un asno un asno. Allí había una mujer que parecía un zapallo, unos peces que eran unas cuantas escamas, unos pétalos volando por unas flores y unas velas en lugar de unos perros. Pero entonces Betty, que parecía seguir siempre el hilo de sus pensamientos musicales, habló del concierto de Moiselwitsch y a estas alturas nos dividimos en dos grupos perfectamente equilibrados, para decir: uno, que era regio; y el otro, que era brutal.

Mari-Pepa, aunque estaba con las últimas, dijo **vrutal.** Lo que ya es una pequeña diferenciación.

Hubo entonces un silencio.

Afuera caía la lluvia monocorde, desoladamente. Crepitó un grueso tronco al desmoronarse y Rex cambió de postura sobre mis pies. Brillaba el oro viejo de una repisa. Un niquel daba una sensación fría, de agua corriente. Y los siete peces de la buena suerte, se movían y removían en su cárcel de cristal verdoso como mar profundo.

Carmen habló. Tiene una voz que parece venir de no sé dónde. Diga lo que diga, hasta lo más banal, a través de la riqueza de sus inflexiones cobra un interés definitivo. Habló de un muchacho, de un hombre, mejor dicho, mucho mayor que nosotras, diez años, quince años. Está casado. Fino, culto, con una casa maravillosa de antigüedades. Artista en fotos. La mujer enferma del corazón, debe vivir siempre en la costa. Se ven a lo lejos. Algo hay roto entre ellos. Pero las apariencias se guardan.

Mari-Pepa preguntó con su indiscreción de siempre: —"¿Te gusta?" Y la otra, sencillamente, como si hablara frente a sí misma, dijo que sí, que le gustaba, que se creía al borde de enamorarse de él.

Hubo un silencio. Y luego, una a una, declaramos la derrota de nuestros afectos frente al mundo de muchachos que nos rodea. ¿Qué tienen los hombres casados que nos gustan? ¿Es porque son inalcanzables? ¿Es lo pecaminoso de entrar en cercado ajeno? ¿Es que ya poseen una madurez que los hace interesantes? ¿Es que la vida les ha dado el sello de lo particular? Ello es que todas dijeron que a cualquier muchacho, al flirt mismo que medianamente las ilusiona, preferían el hombre casado, éste, aquél, el otro. Mari-Pepa halló que los muchachos de nuestro grupo eran todos "fome". Betty, riendo, dijo que eran tan "fome" como nosotras. Lily, la silenciosa, se explayó en entusiasmos por esos casados que saben hablar de cosas de interés, que no la tratan a una en pololo, sino que en camarada, en compañera, en amiga, como quieran ustedes, que no están además pensando que una se hace ilusiones acerca de ellos, porque dos veces la han sacado a bailar y porque otras dos veces se han juntado en los patines. Nancy, la gringuita estupenda hija del secretario de la Legación, nos dijo que no entendía estas cosas, porque para ella todos los hombres eran sencillamente camaradas y no había casados ni solteros ni divorciados.

Entonces yo me puse a reflexionar que justamente esta es la gran escollera que tenemos las muchachas de nuestra tierra y de un cierto grupo social. Nos educan metidas en un convento, lejos de los muchachos. Ellos, por su lado, están tan cohibidos como nosotras cuando llega la edad en que deciden las mamás "estrenarnos" y echarnos al mundo que es para nosotras una caja de sorpresas. En cada muchacho vemos al posible marido, y ellos ¡en las mismas! Hay que hacerse una actitud. Hay que pescar novio. No es posible que el año pase sin que tengamos un pretendiente más o menos formal. Y supongo que a ellos sus mamás le dirán lo mismo que a nosotras las nuestras. Y nadie tiene la sinceridad de decir que lo que queremos es, sin mayores complicaciones, ser un grupo de gente joven que se divierte sanamente, sin enredos sentimen-

(Continúa en la pág. 69)

El EXAMEN

por Henry Duvernois

El señor Vessingaux, viudo, geógrafo, que vivía de sus trabajos y de sus recuerdos, no le temía más que a un ser en el mundo: su hija.

Pero le temía de verdad. Isabel Vessingaux, que tenía una cabeza de ángel a juicio de los malos pintores, una cabeza rubia, gruesa, egoísta y bella a la vez, hacía con su padre lo que quería, y lo obligaba a asistir a las veladas mundanas. Esto no lo hacía por pura maldad: esta joven de ojos azules, y frente tan alba como la nieve, deseaba encontrar un marido opulento. Mientras que su padre soñaba con las distinciones, glorias y honores, ella pensaba en un collar de perlas, y automóviles. Cuando se sentaba en el ferrocarril subterráneo, se acomodaba sintiéndose ya en su coche propio. ¡Dios mío! Bien pronto era llevada a la realidad, por los pies de algún vecino. Cuando esto ocurría, lo miraba de tal manera, que era el vecino el que se veía obligado a presentarles las excusas. Con respecto al collar, a veces sentía su caricia en el cuello, y sucedía que muchas veces se llevaba la mano ansiosa de tocarlo, que pronto bajaba llena de desilusión.

En la mañana, mientras el señor Vessingaux arreglaba su programa para la tarde, su hija venía a imponerle el programa de las veladas. Era terrible. El pobre hombre paseaba su figura resignada por los teatros y bailes, se quedaba dormido en los asientos de los automóviles adornaba pobremente los huecos de las puertas y ventanas, daba muestras de una gran buena voluntad, y trataba de acostumbrarse, sin conseguirlo, a las costumbres mundanas. A los buenos observadores, no se les escapaba que él pensaba sólo en sus libros y en su lecho.

—Esta tarde, le dijo un día su hija, trata de vestirte decentemente, y no humilles a todo el mundo con tus citaciones en latín. Me permito acordarte que estamos invitados a casa del señor Esocien; no creas que el señor Esocien del Instituto. No es más que un alcance de nombres, afortunadamente para la señora Esocien que tiene cuatro hileras.

—¿De qué?

—De perlas. En casa de ella, debo encontrarme con el señor Luciano Brofas, de quien ya te he hablado. Te prevengo que el señor Brofas, no es ni poeta, ni sociólogo, ni conchólogo, ni arqueólogo. Para ti no vale nada, no es una gran cosa; es solamente un buen hombre que gana ochocientos mil francos por año. Me harás el gran servicio de lustrarte los zapatos, de esperarme para que yo te haga el nudo de la corbata, y de ponerte, como todo el mundo, un chaleco blanco con tu terno negro. Agrégale un ribete a tu chaleco para que no se te suba, porque eso produce un efecto cómico, que no me agrada. Creo no olvidar nada. No te entretengo más:

(Continúa en la pág. 67).

Esposa versus

Novela en 4 números

Helen cerró los ojos. Se había descargado un peso de su corazón.

Cuando salió Sanford, se encontró con Tom y Lucy que habían sido avisados en cuanto Helen recobró el conocimiento. Tom lo saludó y le dijo emocionado:

—Le estamos muy agradecidos, Mr. Sanford. ¿Cómo está Helen?

—Pronto estará bien — aseguró Van—; pueden entrar a verla, pero sólo un minuto. Los esperaré para llevarlos a su casa. Quiero hablar con Ud.

En cuanto salieron en el coche de Sanford, éste preguntó a Tom:

—Quiero hablarle sobre ese joven Dave Young. ¿Qué sabe Ud. de él? Helen me dijo que iba a ver a un abogado por causa de él cuando le sucedió el accidente.

—Trabaja en la misma firma que yo — contestó Tom —, y ha estado usando dinero que no era suyo.

—¿Y qué tiene que ver Helen con eso?

—Es que Helen cree que ella tiene parte de culpa en ello — dijo Tom, riendo—; dice que ella lo arrastró a hacerlo.

—Pero eso es estúpido, Tom — dijo Lucy. Luego se volvió a Sanford: —Hace mucho tiempo que Dave está enamorado de Helen y quiere casarse. Creyó que ella no quería casarse porque él no tiene dinero, y por eso se culpa ella.

Sanford preguntó, después de un minuto:

—Y ella... ¿está enamorada de él?

—Parece... — dijo Tom. Pensaba que si Sanford creía eso, se preocuparía más de Tom. Pero Lucy lo interrumpió indignándose:

—Por cierto que no. Ella sólo lamenta lo que le ha pasado a Dave.

Sanford conocía bien a Schwarz. La editorial le compraba algunas cosas. Pensó que podía presionarlo un poco, y después de dejar a los Walsh en su casa, se dirigió a ver al viejo. La entrevista fué algo dura.

—Mire — le dijo Sanford —, ¿qué saca con seguir el juicio adelante, embromar al muchacho y echarle a perder su vida? ¿Cuánto es la falta?

—Tres mil dólares — replicó Schwarz.

—¿Y por tres mil dólares mete tanta bulla?

—No puedo tener ladrones en mi negocio — dijo Schwarz defendiéndose —; tengo que hacer un ejemplo con él.

Sanford pensaba en otra forma, y por fin dijo:

—Yo me encargo de que Ud. recupere su dinero. Mañana le mandaré un cheque, y Ud. no lo ejecuta, y lo deja libre. ¿Conforme?

Era ya tarde cuando volvió a su casa. Los invitados se agruparon a su alrededor, y Linda le dijo:

—Podías haber telefoneado. Estaba intranquila. Llamé al hospital y me dijeron que estaba mejor, pero tú sabes lo que son los hospitales.

Después que se fueron las visitas, Sanford sentado ante un espejo se desvestía, mientras pensaba en lo sucedido. Si Helen estaba realmente enamorada del muchacho, le hacía poco favor ayudándole a librarse del castigo; pero si se trataba de un simple caso de amistad... Y decidió preguntárselo a ella misma.

A la mañana siguiente pasó al hospital cuando se dirigía a la oficina. La noche anterior se había quedado dormido muy tarde, y en la mañana no alcanzó a leer los diarios. En la calle les dió una mirada, y en dos de ellos encontró algo sobre el accidente. Pero en otro había un gran título: "Herida la secretaria de V. Sanford. Su jefe abandona a sus invitados a comer y corre al lado del lecho".

—¡Imbéciles! — dijo Van, y arrojó el diario al suelo.

Encontró a Helen sentada en la cama. Cuando él entró, ella tenía todos los diarios encima de la cama, y le dijo:

—Lamento causarle tantas molestias, V. S.

—No se preocupe por eso, Helen. Ya está arreglado el asunto de Young. Vi al jefe anoche. —Y le explicó detalladamente lo que había hecho.

—Pero usted no puede hacer eso, V. S. ¡Tres mil dólares!

—Oh, sí, sí puedo. Voy a buscarle un puesto. Conozco al hombre que se lo dará. Es en la línea de vapores de Nueva York a Sud América. El sueldo será

ecretaria

bajo, pero tendrá la oportunidad de trabajar bien.

—¡Usted es enormemente generoso! — dijo Helen, quebrándosele la voz.

Ella era siempre tan tranquila, tan segura de sí misma, que al verla Sanford, afligida, llena de pena y tan confundida, se sintió emocionado. Y para calmar su propio corazón, dijo:

—Bien, bien, olvide eso. ¡Y no me venga con mujercitas a mí, o con llantitos, por favor! — Y luego agregó: —Al chico ése, parece que lo van a mandar a una agencia de la compañía en Sud América.

—Sí — dijo Sanford, mirándole de frente—. Si Ud. está enamorada de él, lamentaría mucho alejarlo. Pero dudo mucho de que él se preocupe tanto de Ud.

—¡Pero yo no estoy enamorada! — reclamó Helen—. Me gusta, es un buen muchacho, y creo que yo tengo gran culpa de lo que ha pasado. Pero, nada más.

Sanford se asombró de sentirse aliviado. Y, parándose, dijo:

—Bueno, ya está todo arreglado. Voy a tratar de verme con él hoy día. No piense más en el asunto.

—No lo haré — dijo Helen.

Sanford se acercó, le tomó la mano, y le dió un golpecito en el hombro. Ella levantó los ojos y lo miró con cariño. Y los dos se asombraron de besarse.

La enfermera había salido del cuarto; no podía verlos. Pero Linda lo vió, deteniéndose en la puerta medio abierta. En el hall le había dicho la enfermera:

—¡Oh, sí. Mrs. Sanford! Está mucho mejor. Mr. Sanford está con ella.

Y Linda, sin esperar, se había dirigido a la pieza.

Mientras permanecía en la puerta, pensaba que eso no podía significar nada. Pero sintió como si le hubieran dado un puñetazo. Helen la vió primero y lanzó una exclamación. Sanford levantó la cabeza y se volvió. Estaba seguro. Dijo cariñosamente:

—Aló ángel mío. ¿Qué tal el aspecto de nuestra inválida?

Linda entregó el ramo de rosas rojas a la enfermera, que la había seguido, y contestó:

—¡Muy bueno! — y ensayó una sonrisa. Sus ojos se encontraron con los de Helen, que estaban ansiosos. Pero los de Linda eran, indescifrables. —Este joven — dijo — salió tan apurado esta mañana, que no alcanzó a decirle que yo también quería venir. Por eso tuve que seguirlo.

—Es mucha amabilidad la suya — dijo Helen.

Hubo un silencio. Sanford se dió cuenta, y se sintió incómodo.

Cuando se encontraron en la calle, sugirió él:

—Vámonos en mi coche, y deja que te siga tu chauffeur.

En el coche, guiando Finney, preguntó Sanford:

—¿Qué te pasa?

Y ella contestó, haciendo un esfuerzo:

—Creo que nada. No... no me importó que anoche salieras corriendo; no podías hacer otra cosa. No me importó que esta mañana salieras corriendo también. No me importó lo que decían los diarios. Pensé que debía ir al hospital al momento para acallar esos tontos rumores. Pero sí me importó que la besaras. Van.

—Linda — dijo Sanford —, tú me conoces bien, o por lo menos debieras conocerme. Estimo mucho a Helen. Ella ha sido muy desgraciada en las últimas veinticuatro horas, y yo lo he sentido mucho. Es cierto que la besé. Pero eso no quiere decir nada. He besado a Eva y a Joan y a media docena de mujeres delante de ti, y tú no has pensado mal. Dick Merrit siempre te besa, después de tomar dos tragos.

—Eso es diferente. Eva y las otras son nuestras amigas.

—Helen Walsh es amiga mía, si vamos a eso. Después de todo, ¿qué hay con eso? Fué un impulso. No pienses más en ello. Eso no quiere decir que la semana próxima la voy a llevar a comer, y que otra semana le pondré un piso.

—¡Van!

—Entonces, ¿a qué vienen todas esas cosas, si no has albergado tal idea? — preguntó Van y la rodeó con un brazo. —No seas niña, Linda. Si hay dos personas en el mundo que sepan comprenderse, somos nosotros. Tú me viste besando a Helen Walsh, como lo hubiera hecho cualquier otro amigo.

—El día siguiente de nuestro aniversario — dijo Linda — fuí a tu oficina, y te encontré bal-

El está feliz y contento gracias a las pastillas "Purgette"

Es muy esencial para la buena salud del niño, que su vientre funcione suave y regularmente. Todas las madres cuidadosas recurren a las pastillas laxantes Purgette, como una ayuda eficaz para mantener la regularidad de esta función vital.

A los niños les gustan mucho estas pastillas, son de rico sabor y no repugnan, su acción es suave y no irrita el estómago más delicado.

PIDALAS EN TODA FARMACIA

Pastillas laxantes "Purgette"

Base: Fenolftaleina

lando con Helen. ¡Oh, estabas feliz y absurdamente contento! No me molestó. No he pensado más en ello. Pero hoy fué diferente. Y todavía me agravia lo de los diarios, Van. A cualquier mujer le pasaría lo mismo.

—A mí también me molesta. Por tu seguridad, por la de Helen, por la mía misma. Tú viniste al hospital de diferente modo que cuando fuiste a la oficina, y viste las cosas también desde otro punto de vista. Pero es lo mismo. Yo te amo. Y quiero besarte, al momento—. Y lo hizo.

Linda se rió:

—Creo que me he portado como una tonta, Jake.

Lo acompañó hasta la oficina, y se cambió a su coche. Mientras iba hacia su casa, estaba pensativa. Van había sido razonable, y ella también debía serlo. Y cuando llegó a su casa, pasó una mañana y una tarde enormemente ocupada con llamados telefónicos incesantes. Cuanta persona la conocía, la llamaba para expresarle su simpatía por lo sucedido. Tanto, que a la hora de comida, ya estaba con un genio terrible.

Tampoco Sanford estaba de mejor humor. Dave Young, a quien habían dejado en libertad sin cargos contra él, había venido a la oficina y escuchado disgustado los planes que se habían hecho para él. No se había mostrado agradecido.

—Supongo que tendré que agradecérselo — dijo.

—¿No es así la costumbre? — le preguntó Sanford—. Pero no se moleste. Cualquier sentimiento de gratitud que sienta, debe ser para Miss Walsh.

—Sí — contestó Dave—. Lo creía así. Ella detestaría verme en la cárcel — agregó—; pero se sentirá contenta de verse libre de mí. ¡Sud América!

—Lamento que lo tome así — dijo Sanford—. Creíamos que usted...

—¡No me importa lo que ustedes crean! — interrumpió Dave, furioso—. Todo lo que sé es que mientras más lejos me encuentre, será mejor para ella, y para usted también, supongo—. Se hundía cada vez más en la furia que causa la humillación. —Y tendré que aceptarlo — dijo. —Tengo gente por quien velar.

Tenía en sus manos la tarjeta para Jackson. Sanford había hablado con éste por teleéfono. Todo estaba arreglado. Dave dijo algo dramático sobre tres monedas de plata y poco después la puerta se cerró de golpe tras de él.

—¡Vaya con el amiguito! — dijo Sanford mirándolo salir.

Dave se fué derecho al hospital. Pensaba que tal vez no iba a ver nunca más a Helen. Sentía deseos de llorar, como un niño.

—Pero, ¿qué te pasa, Dave? — le dijo Helen.

—¡Oh, no importa! — replicó él—. Tú y tu precioso patrón me echan lejos. Supongo que estará satisfecho de haberlo hecho.

—Eres injusto, Dave — dijo Helen.

Se desesperó con eso. Se arrodilló junto a la cama, puso las manos en la sobrecama, y dijo, desesperado:

—¡No me mandes tan lejos, Helen!

Cinco minutos después, Helen tocó el timbre. Cuando entró la enfermera, Dave estaba de pie. Estaba pálido, en cambio, Helen tenía rojas las mejillas:

—Estoy cansada, Miss Mason — dijo Helen.

La enfermera hizo salir a Dave, y éste salió sin dar una mirada hacia atrás. Las lágrimas le cegaron los ojos a Helen. Miss Mason arregló las sábanas, trajo un sedativo, y dijo, con tono tranquilo:

—Bien, bien.

Helen murmuró:

—Estoy bien. Me gustaría dormir un poco, si puedo, y no ver a nadie esta noche. ¿Quiere llamar a mi hermano y decirle que no venga?

Sanford llamó al hospital antes de salir de la oficina, y le dijeron que la paciente de Miss Mason estaba algo cansada.

Esa noche encontró mala la sopa, malo el pescado y, para comenzar, encontró que los cocktails estaban demasiado dulces.

—¡Qué maneras tan suaves!— le dijo Linda.

—Estoy cansado — le contestó.

—Yo también lo estoy. La mitad de los gatos de Nueva York me han llamado para decirme cuánto sienten que la secretaria de mi esposo se encuentre herida.

—¡Oh!, dejemos eso a un lado, ¿quieres? ¿Qué me importa lo que puedan decir ellos?

Terminaron de comer en silencio. Y después de comida Sanford manifestó deseos de ir al club, y salió.

Media hora más tarde, aborreciéndose a sí misma, Linda llamó al hospital y pidió hablar con la enfermera de Miss Walsh. Contestó la enfermera nocturna. Sí, Miss Walsh estaba mejor; pero había tenido un día muy cansador. No, Mr. Sanford no estaba allí; tampoco se le esperaba. Linda cortó, aborreciéndose aún más a sí misma.

Se acostó y se puso a leer. A la una miró el reloj de la mesita de noche. Dejó a un lado el libro, y llamó al club. Cuando Sanford, arrancado de una partida de póker, vino al teléfono, dijo ella:

—No es nada. Estaba un poco molesta.

—También yo lo estaba — contestó Van—. Llegaré luego. Estoy en una partida y no puedo dejarla todavía. Duerme, nena, mientras yo vuelvo. Espero que me habrás cambiado la suerte.

Estaba dormida cuando él llegó poco después de las tres. Encendió la luz y la miró. Luego le acarició la mejilla con la punta de los dedos. Ella se movió y abrió los ojos.

—¡Aló, Jake! — dijo—, ¿te cambió la suerte?

—¡Y cómo! — Le llenó la cama de billetes. La tomó en sus brazos y le dijo:

—Suponte que yo pueda salir después de Año Nuevo, y hagamos un viajecito a La Habana.

—Sería magnífico — contestó Linda. Su voz se apagó, se le cerraron los ojos, y en cuanto Van le apoyó la cabeza en la almohada, se quedó dormida.

Helen estuvo en el hospital menos de una semana, y en la casa un par de días. Luego volvió a trabajar. Todos subieron a verla. Muchos de los empleados habían ido a verla al hospital, y le habían mandado flores y fruta.

Cuando Sanford la vió más tarde, le dijo:

—Tiene muy buen semblante, jovencita..

—Me siento muy bien.

—Dave Young se fué, ¿sabía?

—Sí— dijo ella—; recibí una carta de él. Se siente arrepentido de haberse portado mal con usted. La hermana de él vino a verme. Por supuesto que me culpan, y están contentas de que se haya ido.

—Tal vez cometí un error — dijo Sanford—. Pensé que sí se iba... Bueno, ¿fué un error?

—No — declaró ella—; era lo que necesitaba. El mismo se dará cuenta después—. Tomó un sobre de su cartera de mano y se lo pasó. —Aquí tiene su primer pago. Vendió el coche, que era nuevo. Se guardó algo para hacer unos pagos y dejó dinero a su familia. El resto está ahí.

Sanford tomó el sobre y lo guardó en un cajón.

—Bueno — dijo —, esto aclara las cosas...

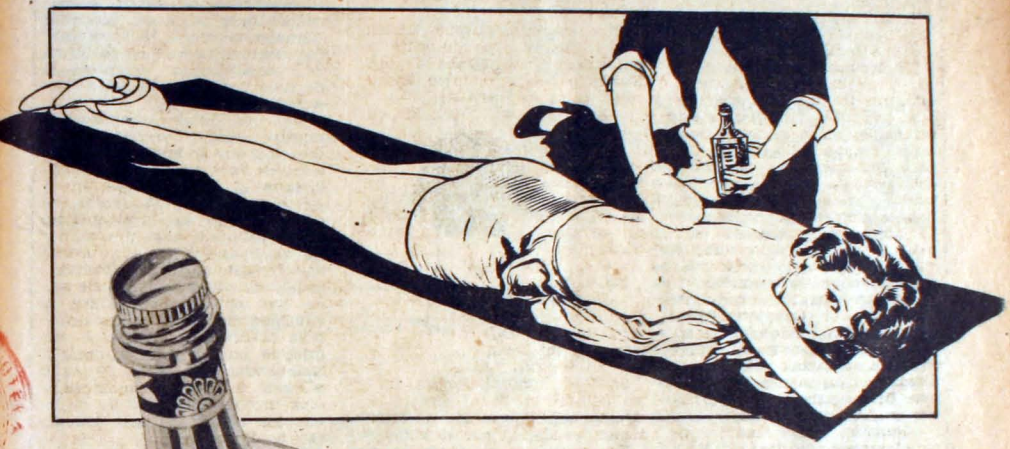
—Sí. Y ahora quiero manifestarle cuán agradecida...

—No me diga nada. Lo mejor que puede hacer es tratar de poner algún orden en el caos en que se encuentra convertida la oficina. Desde que faltó Ud., me he sentido como un hombre al que le falta el brazo derecho.

Linda había mandado flores otra vez; había hecho preguntas. Y cuando Joan Cairstairse

(Continúa en la pág. 69)

FORTALECE y ELIMINA LAS GRASAS



Una buena fricción de Colonia FLOR DE ESPINO da bienestar y fortifica el cuerpo, desgrasa, evita resfriados y perfuma delicadamente. Apreciadísima por su concentración y aroma exquisito.

Colonia

FLOR de ESPINO

El nene y su mamadera

Por **Nurse Mc Kay**

Es casi innecesario volver a insistir en que el único alimento perfecto para una guagua, es la leche de su madre. Del mismo modo que el alimento perfecto para un animal recién nacido, de cualquier especie que sea, es el de su propia madre.

Pero, como vivimos en un mundo imperfecto, y como suele pasar que la pequeña vida no puede gozar con el alimento de su madre, tenemos que buscar algo que lo reemplace, fijándonos bien que este algo se acerque en lo posible al contenido del alimento natural. Para esto será necesario estudiar los alimentos y tratar de lograr este fin, quitando y juntando de uno y otro.

Generalmente, para criar una guagua, se emplea la leche de vaca. Hay que tomar en cuenta que un ternero crece tres veces más ligero que una guagua, es decir, que el elemento que construye el cuerpo, y que se llama "proteína", se encuentra en mucho mayor cantidad en la leche de vaca que en la de mujer, siendo también mucho menos digerible. En la leche se encuentran dos clases de "proteína": "lactalbúmina", que es muy fácil de digerir, y "caseína", que no lo es. La leche humana contiene la "proteína" casi exclusivamente en su forma de "lactalbúmina", mientras la de vaca contiene casi pura "caseína".

Aquí es donde encontramos nuestro primer problema. La proteína que se encuentra en la leche de vaca tenemos que igualarla a la que se halla en la leche de mujer. El exceso de este elemento, que la guagua no puede asimilar, pasa por los riñones, causándoles una actividad demasiado grande. Generalmente, al diluir la leche de vaca con agua, se disminuye la cantidad de proteína, colocándola al nivel de la que se encuentra en la leche humana. Agregándole un poco de agua mineral o gelatina, o hirviéndola mucho, eliminará de la leche los elementos que dificultan la digestión.

El segundo problema es el azúcar. La leche de vaca contiene mucho menos cantidad de azúcar que la leche humana. No es posible quitarle este elemento tan importante a la guagua, sobre todo durante el primer año de su crecimiento. Además de la poca azúcar que contiene la leche de vaca, la cantidad habrá disminuido después que se ha diluido con agua. Hay que agregar entonces este elemento en una forma que se recupere totalmente lo perdido.

Hay tres clases de azúcar que se emplean comúnmente para la preparación de las mamaderas: "Lactosa" (azúcar de leche), "azúcar de caña" y "dextrimaltose". Al recomendar cantidades distintas, se toma en cuenta la diferepcia del peso del azúcar de cada clase — así, al dar una cucharada de una clase, puede equivaler a cucharada y media de la otra.

Para las guaguas sanas, el azúcar más recomendable es la Lactosa. Es fácil para digerir, no fermenta y no permite putrefacción en los canales alimenticios. El azúcar de caña, siendo mucho más barato, desgraciadamente, está muy lejos de ser un buen elemento para las mamaderas. Si el niño no

(Continúa en la pág. 63

COLONIA
VANITAS

El Agua de Colonia Vanitas devuelve al cabello encanecido su color natural, no mancha la piel ni perjudica la salud.

El Agua de Colonia Vanitas robustece y hace reaccionar las glándulas que nutren el cabello y producen los pigmentos que le dan su color natural.

El Agua de Colonia Vanitas destruye la caspa y los gérmenes que producen la caída del pelo.

Su aplicación consiste en friccionar la cabellera una o dos veces al día hasta obtener el resultado requerido.

El tratamiento dura más o menos quince días.

Fabricado por el

LABORATORIO CAMBRIDGE

Casilla 2208.—Santiago de Chile.

Para saber y contar

OTRO CUENTO DE LA VIEJA RATA.

—¿Es cierto, abuela, que los grandes también se equivocan? — preguntó una de las ratitas.

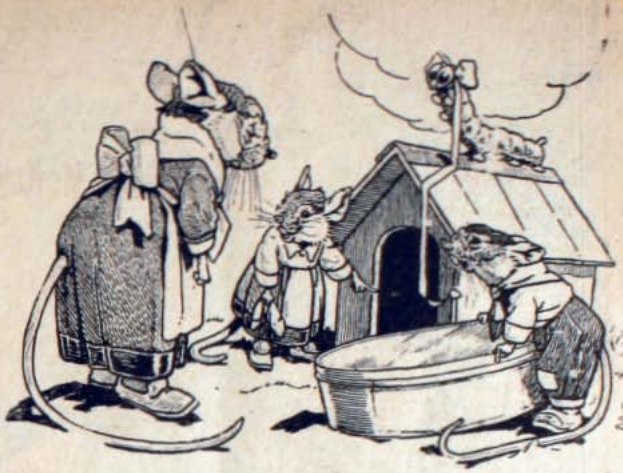
La rata vieja, después de pensar en todo lo que había hecho en ese día, respondió prudentemente.

—Según y conforme... Habría que ver... No siempre las cosas son lo que parecen.

—Por ejemplo, abuela, en el cuento de los tres zorros...

—¡Ah, sí, sí! ¡Los zorros se equivocan! — se apresuró a decir la rata vieja—. Y a fin de que sus oyentes se quedaran quietas (era la hora de la siesta), comenzó a contar, sin que nadie se lo pidiera: Había una vez tres zorros...

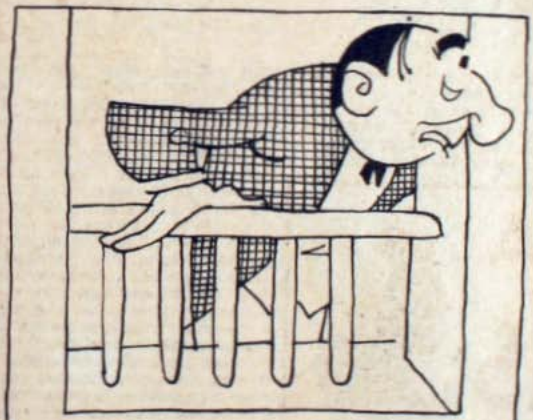
—¡Uno solo! — le interrumpió una ratita—. Al principio no había más que uno. Después de pasar un rato vino otro zorro y a la media hora llegó el tercer zorro. Todo el mundo sabe que el cuento es así. Y, agregó con aire triunfante, mirando de reojo a sus hermanitas—. ¡Y tú dijiste tres! ¿Has visto, abuela, como también los grandes se equivocan?



La rata vieja no arrugó nerviosamente el hocico, como esperaba la impertinente netezuela. Al contrario; sonrió—con los *ojos solamente*—, y con la misma calma que usaba para narrar una cosa de un tiempo muy antiguo, dijo:

—Esto quiere decir que si nosotras, las viejas, que hemos visto tanto, nos equivocamos, con mayor motivo y mucho más, se han de equivocar ustedes, que todavía no se han asomado al campo.

Concurso de don Basilio



Ya los niños se han familiarizado con este don Basilio lleno de aventuras. La primera está en el conocimiento de ustedes: llegó a la casa lleno de paquetes, estaba rodeado de sillas, y en vez de sentarse en la más cercana, para descansar de tantas fatigas, pues ¡chás!, resbaló en una cáscara de plátano y fué justamente a sentarse en el suelo...

Ahora lo ven ustedes muy cariacontecido, porque al ir a darle de comer a su canarito, se le quedó un momento la puerta de la jaula abierta y el canarito aprovechó la ocasión para irse volando por los cielos, volando hasta que, llegada la noche, y muy asustado, se vió en un pueblo desconocido. Quiso saber cuál era y se acercó a un letrero en que estaba el nombre; pero entre el miedo y la obscuridad, sólo vió unas letras que eran **Q.. LP..**

Ayuden ustedes al canarito de don Basilio a adivinar las otras letras. Podemos decirles, **muy en secreto**, que son todas vocales.

Una vez que los niños hayan adivinado: **¿Dónde está el canarito, de don Basilio?**, le mandan la solución a **Mamy Rosa, Casilla 84-D.**

Para los pequeños lectores de esta página

MAMY ROSA acusa recibo de una infinidad de cartas de sus "hijitos". Pero resulta que son tantas que sería materialmente imposible que ella les contestara personalmente. Debe por lo tanto, saber cada uno de sus corresponsales, que está encantada del eco que esta página ha tenido entre ellos. Desea que cada cual siga interesándose por las aventuras de don Basilio. Los premios del primer concurso deben estar ya en manos de los agraciados. A todos les envía un recuerdo lleno de terneza.

HOMBRES CONTRA MUJE

¿Pudo Suzanne Lenglen haber jugado mejor frente a Bill Tilden?

Estas preguntas y otras parecidas, referentes a los jugadores de tennis de ambos sexos, han germinado en la mente de cientos de espectadores que han presenciado los campeonatos de Europa y Estados Unidos.

A los que se hacen esta pregunta les parece que en un partido entre el mejor jugador y la mejor jugadora, la diferencia es considerable entre el juego femenino y el masculino.

La verdadera diferencia, admitida por una mujer que ha jugado, como práctica, contra una de las mejores raquetas masculinas, está bien confirmada por un caso de Tilden y la Lenglen.

Un año que Tilden salió al extranjero a jugar tennis, Suzanne Lenglen manifestó deseos de sostener un juego de práctica con él. Alguien, seguramente un amigo de Tilden, le manifestó que él no podría dar mucho de su juego a la Lenglen el mismo día de su llegada. Tilden despreció la advertencia y dijo que jugaría con Suzanne en cuanto llegara, dándole treinta en cada game y que la batiría por 6-0, 6-0. El amigo aceptó la apuesta.

Ellos llegaron a Cherbourg, fueron aquí y allá a practicar y quedaron cansados y hambrientos. Tilden tomó un lunch rápido y se fué al Racing Club donde procedió a realizar su predicción. Los que presenciaron el match dijeron que Suzanne Lenglen no estaba en un buen día.

Yo puedo decir algo similar de mí misma. Fuí un día a practicar al All-England-Club, preparándome para Wimbledon. El secretario del club me ofreció que practicara con Fred Terry. El no era muy conocido entonces, excepto como jugador de ping-pong. No había aún ganado campeonatos de tennis, pero tenía la confianza de lograrlo dentro del año. Yo creí que se trataba de algún principiante y que le daría oportunidad de sostener un agradable juego, para después mantener uno más reñido con el entrenador. El resultado fué desquiciador.

Fred comenzó cortésmente, lanzando las pelotas al alcance de mi racket y gané el primer game. Con esta ventaja decidí perder los menos games posibles. Simultáneamente Fred decidió lo mismo y él ganó el partido por la cuenta de 6-1, 6-0.

Es perder el tiempo argumentar que, una mujer, por muy buena que sea, pueda derrotar a un jugador verdaderamente bueno. Las razones son y serán obvias. En primer lugar, hay una gran diferencia debido a la fuerza física. Pero aun presumiendo igual resistencia de ambas partes, queda la cuestión de la altura, fuerza muscular y la longitud de grazos y piernas.

Si yo jugara, por ejemplo, con Ellsworth Vines, mis pelotazos tendrían que ser por lo menos seis pulgadas superiores a los suyos para escapar a su racket y, en ese caso probablemente él saltaría bastante para anular la diferencia. Mis "shots", tendrían que rematar en las líneas para evitar su alcance y todos mis "drives" tendrían que ser más amplios que los suyos. Esta ventaja, sería de seguro suficiente para que él me batiera sin tener que añadir mayor rapidez en sus "shots".

Un hombre necesita menos pasos que una mujer para cubrir la misma distancia, y además, gasta menos energía. Su shot corriente es tan rápido, como lo es el más rápido en una mujer, y su mayor altura significa mayor poder en el servicio.

Ha habido mujeres cuyos games han sido tan superiores a los de sus rivales, que han preferido jugar contra hombres en torneos de exhibición. Los espectadores más escépticos creen que en este caso el match es "fijo",

—Fred Perry. Yo creí, dice Hellen, darle un juego agradable.

RES EN TENNIS

HELLEN JACOBS, AUTORA DEL PRESENTE ARTICULO

así sea que la mujer gane o haga una demostración excepcionalmente buena. Pero no es así, siempre.

Yo creo que una de las más interesantes partidas de tennis que he visto, fué una en que Molle Mallory jugó contra un hombre que estaba calificado como jugador de segunda categoría. El era firme, hábil y golpeaba duro, pero su juego de red era deficiente. Ambos jugaban desde el "backcourt" y Mrs. Mallory, en esa época lanzaba la pelota tan fuerte como los hombres. La pelota iba de un extremo a otro de la cancha con terrible rapidez, hasta que su oponente decidió mejor atacar desde la red. Lo que pasó fué que las pelotas que él devolvía caían fuera de la línea y si avanzaba hacia el centro de la cancha, ella le enviaba los tiros de un extremo a otro. La galería estaba delirante cuando ella ganó; pero algunos insinuaron que él le había querido ceder el juego a Mrs. Mallory. A mí me consta, sin embargo, que estaba trastornado de haber perdido el partido.

La mayoría de los tennistas cree que ellos pueden batir a cualquiera jugadora. Consideran que su superioridad en fuerza y en constitución, es suficiente para decidir un match. Yo vi defraudada esta opinión en un divertido incidente en California. Una de las mejores jugadoras del Estado, fué invitada a pasar el week-end en casa de unos amigos que tenían cancha de tennis. Otro de los invitados era un entusiasta aficionado que se levantaba al alba para practicar el deporte. El anfitrión, conocedor del orgullo de su invitado por su juego, le propuso sostener un match amistoso con Miss So-and-So, haciéndole la observación de que seguramente no podría ganarle más de cuatro games a ella. El invitado, humillado por la observación, se ofreció inmediatamente a jugar con la señorita, e hizo una apuesta con su huésped de que el número de games perdido por el ganador serían seguramente cuatro; pero que el ganador sería él.

Todos los demás invitados se congregaron alrededor de la cancha, dudosos de los resultados del match. El jugó bien pero no lo suficiente, pues fué derrotado por 6-0, 6-0. A la mañana siguiente él se marchó, en un arrebato de cólera.

Hay un punto que estimo muy aceptable y es que hay muy poco que elegir entre la técnica de los mejores jugadores y jugadoras. Este argumento se basa en el relativo esfuerzo de unos y otros durante los matches; muchas de las opiniones autorizadas sobre tennis, sostienen que una mujer no tiene suficiente fuerza en su brazo y muñeca para resistir tiros fuertes consecutivos o para barajar durante tres largos y duros sets un ataque desde la red. Mi propia experiencia ha sido mi mejor prueba.

"Decidí perder los menos games posibles. Simultáneamente él decidió lo mismo".

Hace 2 años, en Forest Hills, jugué mi más importante final en un torneo. Era a fines de agosto, en uno de esos días ardientes característicos de New York. Había decidido jugar sólo en la red, pues siempre que lo había hecho había ganado. Seguí mi plan desde el principio hasta el fin y gané la última rueda en forma espléndida. Antes de comenzar el partido se me aconsejó que no jugara mucho desde la red, para no cansarme demasiado. Pero, yo encuentro que la verdad es muy distinta, pues cuando se juega en la red hay que correr menos, por lo tanto hay que gastar menos esfuerzo para ganar que desde el backcourt.

En 1914, Suzanne Lenglen y Elizabeth Ryan jugaron reñidos partidos en la red y se sentían perfectamente en cualquier sitio de la cancha.

Hace seis años vi a Elizabeth Ryan jugar la final de dobles mixtos en Wimbledon, con P. D. B. Spence. Desgraciadamente

(Continúa en la pág. 68)

La serpiente amarilla

Por
Edgar Wallace
(Continuación)

Comprendiendo que aun no había desaparecido el peligro, echó a correr a través de un laberinto de estrechos callejones hasta llegar a una sucia calle, pésimamente iluminada por unos cuantos faroles. Al entrar en esta calle, vió la débil luz de los faros de capital de un automóvil y se ocultó tras un montón de maderas.

El automóvil avanzaba lentamente y alguien situado al lado del conductor, enviaba a derecha e izquierda los rayos de una potente lámpara de mano. Oyó el sibilante susurro que tan bien conocía y aguardó con el revólver goteando agua sucia, en la mano. Pero el vehículo pasó de largo, y levantándose con cautela, corrió por el mismo camino que había llegado y pudo alcanzar, sin tropiezo alguno, el Puente del Canal. Allí vió lo más indicado y oportuno que había visto en aquella noche: una pareja de "policemen". Al pasar por su lado, uno de ellos le enfocó su lámpara.

—¿Qué hay, amigo?... ¿Se ha caído usted, al agua?

—Sí. Me he dado un baño, sin querer — y Clifford no se detuvo para no tener que entrar en más explicaciones. Al final de la calle de Glengall, encontró a su taxi, que estaba esperándole.

Media hora más tarde, estaba disfrutando del placer de un baño caliente.

Aquella noche tuvo mucho en que pensar, especialmente sobre aquella fila de vehículos que había visto alineados bajo el tejadillo, pues había reconocido en ellos, una y otra batería de cañones de fuego rápido...

Y se puso a cavilar sobre los planes que tendría Fing-Su para utilizar su poder destructivo.

CAPITULO XIV

Por regla general, no era la hora del desayuno cuando el señor Esteban Narth se mostraba más agradable. De ordinario, Juana Bray temía este momento en que el jamón estaba demasiado salado, el café excesivamente cargado y el señor Narth dispuesto a recordar los gastos tan extraordinarios que le ocasionaba el mantenimiento de su casa.

Desde la interrumpida comida en las oficinas de Narth Brothers, la conducta de Esteban Narth había experimentado un notable cambio. Jamás mostróse tan amable con Juana, como aquella mañana, la séptima desde la llegada de aquel extraño individuo de China.

—Me han dicho que ya tiene, tu amigo, terminada y amueblada su casa — dijo casi jovialmente—. Supongo que pronto empezaremos con tus amonestaciones, Juana. ¿Dónde te gustaría casarte?

La joven le miró sorprendida. Nunca había asociado las reparaciones de la casa de Slater con su propia boda. Por otra parte, no había vuelto a ver a Clifford Lynne desde la tarde que él la trajo de Londres. Juana sentía la desagradable sensación de haber sido abandonada a sí misma... Estaba sufriendo, un poco, por la reacción que le produjo la brusca declaración de Clifford Lynne. El período de calma que había seguido a la irrupción de este hombre en su vida, fué como una depresión.

La muchacha recordaba que, cierta vez, llegó a la población donde ella había pasado su niñez, un político que fué recibido con gran entusiasmo, banderas y música. En el preciso instante en que iba a empezar un discurso, estalló un incendio en una calle cercana y el auditorio se dispersó y le dejó abandonado, pues su presencia carecía de importancia comparada con el siniestro que se había apoderado, repentinamente, del voluble interés de sus admiradores. Y Juana sintió lástima por él.

—Yo no he vuelto a ver al señor Lynne — respondió—, y respecto al casamiento... no sé si lo diría seriamente.

La actitud del señor Narth cambió.

—¡Cómo! ¿Que no lo dijo en serio? ¡Bah! ¡Tonterías! — afirmó, como si reventara—. ¡Claro que lo dijo en serio! ¡Si todo está arreglado! .. Hablaré con él y fijaré la fecha. Te casarás en la iglesia de Sunningdale y

Letty y Mabel serán tu corte. Es más; creo que deberías marchar a Londres e ir escogiendo los trajes. Mejor será una boda sencilla, ¿eh?, con los menos invitados posibles. Nunca se sabe lo que hará ese hombre..., porque es un tipo tan extravagante y tan salvaje que a lo mejor se deja caer con una escolta de negros. ¿Tú hablarías con él, verdad, cuando..., cuando viniste... en su compañía, de... ¡ejem!... de la oficina?...

Esta fué la primera vez que aludió a la comida, después de tantos días.

—¿No te dijo cuál era su sueldo? — preguntó.

—No — dijo Juana.

—En realidad, papá — recordó Mabel, muy atareada en extender la manteca sobre una tostada—, ese asunto del sueldo que haya de disfrutar, ¿no depende, casi en absoluto, de ti? Claro que deberemos permitir que continúe en la ocupación, porque sería una mala jugada la que le hiciéramos si esperásemos a que se case y le despidiéramos después. Sobre todo, por Juana. Pero creo que se le debe llamar la atención sobre sus formas, tan poco respetuosas.

—¡Su lenguaje es detestable! — añadió Letty—. ¿No recuerdas lo que dijo, papá?

—Sí. *Por los cuernos del diablo* —murmuró Esteban Narth—. Es una exclamación completamente nueva para mí. Me figuro que quizás tuviera algún contrato con el pobre Joe Bray y que la cuestión del sueldo, podemos dejarla para más adelante. Joe era un hombre muy generoso y es seguro que le habrá dejado a este hombre bastante para poder vivir. Así que no debe preocuparte este asunto, querida.

—Descuide. No me preocupa gran cosa — respondió Juana.

—Yo no sé por qué razón se ha metido en reparar la casa de Slater, de una manera tan extravagante — continuó Esteban—. ¡Seguramente, no esperará que yo le permita quedarse allí! El sitio de un apoderado está en... cerca del negocio que está a su cargo. Claro que no me importará tener que concederle unos meses de permiso. Eso creo que es lo corriente. Pero va a encontrar difícil poder vender la casa por un precio que le compense del gasto hecho en las reparaciones.

Miró su reloj, se limpió la boca, vigorosamente, con la servilleta y abandonó la mesa. Con su marcha a la City pareció que la vida volvía a la normalidad en Sunningdale, pero no haría más de un par de horas que se había marchado, cuando volvió a aparecer su coche en la avenida y el chofer trajo una nota para Juana que se encontraba, en aquel momento, ocupada en el repaso de cuentas de la casa.

Extrañada, abrió el sobre.

"Querida Juana:

¿Puedes venir inmediatamente? Necesito verte. Estaré en Pekin-House".

—¿Y dónde está Pekin-House, Jones? — preguntó la muchacha.

El chofer la miró extrañamente.

—Está muy cerca de la Torre de Londres, señorita — explicó—. A un cuarto de milla de la oficina del señor Narth.

Letty y su hermana habían ido al pueblo. Juana se puso el sombrero y subió al coche, que estaba esperándola.

Al extremo de Eastcheap y a la vista del viejo y obscuro edificio que Guillermo el Conquistador había hecho construir sobre cimientos sajones, se levantaba una nueva y elegante construcción de fachada de piedra que se diferenciaba de las que le rodeaban, porque rebasaba su altura en más de seis pisos. Unos cuantos anchos escalones de mármol, llevaban hasta un hermoso pórtico y un *hall* también de mármol, pero la verdadera diferencia que llamó la atención de la joven, fué la nacionalidad y carácter de sus ocupantes.

Un fornido conserje chino, luciendo un uniforme perfectamente confeccionado, le acompañó al ascensor, que estaba a cargo de otro chino. Mientras el ascensor subía, vió que los corredores de mármol estaban llenos de pequeños hombrecillos amarillos que cruzaban en todas direcciones, entrando en una y otra oficina. Al salir del ascensor, vió a través de una puerta entreabierta, una gran sala donde, tras unas filas de mesas, habían unas filas de chinos, todos con lentes, muy ocupados trazando signos sobre unos papeles, para lo que manejaban con gran habilidad unos pinceles mojados en tinta.

—Resulta extraño todo esto, ¿verdad? — le preguntó un dependiente londinense que había subido, con ella, en el ascensor—. Es la única oficina en la City de Londres, en que todos sus empleados son chinos. La Pekin Enterprise Corporation. ¿No la ha oído, usted, nombrar?

—No. Nunca — confesó Juana, con una sonrisa.

—No hay un solo empleado blanco en todo el edificio— añadió, el joven, con disgusto—, y si son las mecanógrafas, ¡Santo Dios! ¡Qué caras tienen!... Debiera usted intentar ver alguna...

(Continúa en la pág. 72)

Tendencias de la moda

Una mujer nos llama la atención en la calle. Va simplemente vestida con un traje sastre gris, con rayas cuadriculadas, color rojo viejo. La encontramos a primera vista, igual a las otras mujeres, adeptas como ella a este uniforme tan práctico. ¿Qué la hace destacarse? ¿Por qué todas las miradas la siguen? El corte de su traje, un poquito entallado, está redondeado adelante, dos botones rojizos lo cierran. El género es maravilloso, un poco esponjado, un poco frisudo. El corte es perfecto. Pero

no es de aquí de donde viene su chic insuperable. La blusa con cuello echarpe, es de jersey rojizo, el fieltro muy echado sobre los ojos, es también de fieltro del mismo color y tiene por adorno un lazo de cinta de lama plateada. Cartera de gamuza rojiza. En igual material están hechos guantes y zapatos. Pero éstos son azules, muy obscuros. Y justamente, este contraste entre rojizo y azul, sobre el gris que sirve de fondo al género, es lo que hace el extremo refinamiento del conjunto.

La mujer ha comprendido que los accesorios son la parte más personal de su toilette. Un traje, más o menos rico, más o menos felizmente realizado, está

siempre calcado sobre la moda del momento. Ceñida a la moda, tiene sólo una relativa libertad de fantasía. Son muy pocas las mujeres que durante la vida entera se visten según su idea, prescindiendo en absoluto de lo que las demás usen. La mayoría se ciñe a los mandatos de la gran tirana, pero en este capítulo de los accesorios, puede dejar libre curso a su agrado, a su sentido de color, a su fantasía de formas.

Y hay que ver los refinamientos a que se ha llegado en esto de los accesorios. La cartera y el calzado que hacen juego, el sombrero cuyo clip es idéntico al que cierra la blusa, el bonete y la bufanda del mismo material; los botones y la hebilla en corozo, en cuero, en galalite, en esmalte, en metal, formando un conjunto que hace la elegancia de cualquier modelo; el monograma de metal que se coloca en la cartera y que se repite, más chiquito, en el pinche que fija el echarpe... Es una serie inacabable de pequeños detalles, entre los cuales se pueden elegir los que mejor cristalicen la personalidad de cada cual.

Otra de las grandes ventajas que tienen los accesorios, es la facilidad con que se modifica el aspecto de una toilette, merced a ellos. Un traje sastre gris, con una serie de complementos en azul, puede luego tomar un carácter bien diverso si se lo acompaña de una bufanda y un bonete de gros escocés, en que domine el verde. Las pequeñas vestimentas llamadas deportivas, pueden variarse hasta el infinito, merced a una serie de cuellos de diferentes materiales y colores, de puños que hagan juego con los cuellos, de un cinturón que armonice con una flor, de una bufanda que combine con el sombrero, de botones cuya forma repita en la hebilla. En los trajes de tarde, las variaciones pueden ser dadas por un juego de clips, por el calzado y la cartera, o la cartera y los guantes, hechos en el mismo material; por dos flores que cierran el escote y que se repiten en el sombrero. Y en los vestidos de noche encontramos el mismo amplio campo de fantasías en esto de los accesorios, campo en el cual la mujer puede encontrar todo lo exquisito y lo característico.

YVONNE.

Hay que deshilachar (hacer flecos), así lo pide la moda, dejando una impresión un tanto desordenada. Flecos en lugar de dobleces y costuras limpias.

Los géneros más apropiados, son lanas porosas o géneros de hilo con puntos sueltos que no se desflecan demasiado. Para hacer flecos de igual longitud, se hilarán a la distancia que se desea tengan de largo los flecos, sacándose entonces los hilos transversales.

Para bordes ondulados hay que hilvanar primero, sacándose cada hilo separadamente, hasta el pespunte y cortándose ahí. Si se trata de una media línea o vuelta completa, se deben sacar los hilos en los lados opuestos, en dirección opuesta también. En el centro de la vuelta, donde se cruzan los hilos; queda un hueco. Para llenar este hueco se corren los hilos que restarán, hasta tapar completamente el vacío. Más sencillo resulta el uso de una tira de fleco, que se puede hacer de un pedazo de género cortado en la dirección de sus hilos.

Los flecos conviene hacerlos hasta un centímetro del borde del género.

Traje sastre. Traje de tela de lana liviana y clara, de tono beige con botones café y cinturón igual. Se debe usar la franja de flecos.

Vestido con capa. El material más adecuado es de lana clara. Todos los flecos se han contemplado en el corte hasta la línea indicada. (que se deben hilvanar) hay que desflecar.

Blusa. Género de hilo o tela mezclada de hilo grueso, dan esta blusa elegante cuyos flecos se deben colocar entre las costuras.

Vestido con blusa larga. Los flecos son sacados del género mismo del vestido.

Cuello, flor, rosa, cinturón y cartera. Material: hilo blanco y limón. El cuello amarillo tiene un borde de flecos hilvanado y tiene en el interior una huincha de batista. El calado o deshilado se borda con seda especial. 2 botones plateados cierran el cuello. 2 hojas blancas y 2 amarillas desflecadas al centro, una cantidad de flecos amarrados y un alambre tomado, envuelto de blanco completan la flor.

La parte exterior del cinturón, blanca y amarilla, interiormente blanco. Botones y hojales de colores inversos. La cartera lleva en la parte del calado un género blanco, debajo flecos blancos y amarillos. Se mezcla en el borde de la cartera. Para darle firmeza se le coloca linón. El cierre es un botón plateado y que cierra en un ojal.

Vestido de crepe marrocain negro adornado por curiosos cortes que van pespuntados. El cuello en seda pointillé, levemente drapeado, se anuda dos veces por delante.

Vestido en crespón de lana castaño claro, combinado en crespón color marfil. Los adornos del cuello y cintura van entrelazados y están cortados al sesgo. Este vestido en crespón de lana verde, es de una sencillez muy chic. El delantero va al sesgo, se abotonará y cae en forma de vuelo. Los botones y cinturón son café. Las mangas llevan vuelos que imitan al delantero.

Vestido para toda hora en lana diagonal azul marino muy suave. Adorno muy original en espumilla blanca y rojo, haciéndose oposición. Los cortes van pespuntados.

Bonito vestido en crepe romain negro sobre el cual resalta el matiz claro del adorno. Dos flores y dos hojas hechas en género claro, se colocan en el cierre del cuello.

Sencillez y

Elegante vestido en georgette de lana negro; tiene por todo adorno una bufanda en seda escocesa colocada alrededor del cuello. Los cortes son por adelante asimétricos; en la espalda, simétricos. El género de este vestido es de azul vivo que excluye todo otro adorno; la simetría de los cortes, los movimientos graciosamente drapeados de la pequeña capa caracterizan la elegancia de este modelo.

Este juvenil y sencillo traje está hecho en georgette de lana rojo coral Vuelos en crepe de China cuadriculados, rodeando los hombros y formando el cuello que termina en una corbata.

muy chic este bonito vestido en cre- son de lana verde. Dos largas ba- das que salen de la costura de las mangas se cruzan por delante rodeando el cuello y se cierran con un botón atrás de la espalda.

El principal adorno de este traje son botones planos en forma de monedas en color plata vieja. Este hermoso vestido está hecho en crepe marrocain rojo obscuro. Los cortes de la espalda son simétricos.

elegancia

Abrigos y trajes elegantes

Chaqueta semilarga en lana de un color. De los cortes de la espalda sale la capa. Bolsillos aplicados.
Abrigo de lana adornado con pespuntes en los cortes. Cuello de astracán.

Traje de lana rayado. Pollera cruzada. El género en los cortes se aplicará a la inversa. Cuello y corbata en corte. Cortes terminados en picos adornan este abrigo ligeramente ajustado. Cuello de astracán.

Abrigos y trajes elegantes

Traje de invierno, de lana rojo, falda recta. La chaqueta, de corte complicado, está cerrada por una hilera de botones. El corte delantero terminará en una corbata que lleva piel en las extremidades.

Abrigo en paño verde. Por delante lleva un pequeño cinturón que lo cierra. Gran cuello y adornos en las mangas en zorro.

Abrigo de invierno en paño castaño. Plastrón, corbata y botones en heitschivans negro.

Vida y confesiones de Gabriela MISTRAL

Distante estaba, por cierto, el Teatro Santiago de alcanzar la suntuosidad que hoy se le imprime. Nada de las líneas modernas en su arquitectura de aquellos años. Pero era, con todo, uno de los mejores teatros de la capital.

Congregaba en su sala un público numerosísimo y escogido a la vez, y a su activo administrador el señor Ansaldo, recurrieron los artistas y escritores para celebrar los Juegos Florales.

Noche memorable la del 22 de diciembre de 1914. Escotes soberbios y tenidas suntuosas. Brillo de pedrerías. Pecheras relucientes, nota clara en el tono obscuro de los trajes de etiqueta. Inquietud y nerviosidad en el ambiente. Gemelos apuntados desde los palcos a la platea.

¿A quién elegiría reina de esa noche, el poeta premiado?.

Y formaban la corte de amor Delia y Raquel Izquierdo Matte, María Letelier del Campo, Juana y Teresa Vicuña Correa, Raquel e Isolina Humeres del Solar, Sara Ovalle Castillo, Irene Wilson y Eliana Guerrero Cood.

Buena parte del éxito de la fiesta debióse a los desvelos y a la feliz organización de la Sra. Delia Matte de Izquierdo.

La más alta recompensa del torneo había sido discernida a Gabriela Mistral. Pero la poetisa no se encontró en el proscenio. Los otros poetas también premiados fueron, Julio Munizaga Ossandón, Pedro Sienna, David Barí, Claudio de Alas, Jerónimo Lagos Lisboa y Alberto Mauret Caamaño. Su modestia impidió a Gabriela tomar su sitio de honor. La poetisa asistiría sólo con el pensamiento al triunfo de esa noche memorable. Pero después se supo que la Mistral había contemplado íntegra la ceremonia, envuelta como una tapada, en un manto obscuro y protector, allá en la galería del teatro; y por lo que toca a sus Sonetos de la Muerte, Víctor Domingo Silva, con voz entera y sonora, los recitó impecablemente.

Gabriela Mistral y Julio Munizaga Ossandón, cuyos nombres unía un mismo laurel, habían nacido en igual valle. El padre del poeta, don Policarpo Munizaga Varela, un gran señor de estampa prócer, autor de versos románticos que proclamaban un espíritu armonioso y sentimental, abandonó La Serena siendo muy joven y buscó en Elqui un clima benigno a una antigua afección al pecho. Allí conoció a la que más tarde sería su esposa, doña Carmen Ossandón. Julio fué el décimo hijo de este enlace, y como el padre, resultó poeta; cursó humanidades en el Seminario de La Serena y alcanzó a vestir sotana, pero su temperamento no se avenía con el estado religioso, y al terminar los estudios secundarios, abandonó el claustro, las oraciones y el breviario. Enamorado de la vida, fué a ella con el ímpetu de su veinte años inquietos, y la vida le dió sus mejores dones: nombradía literaria, éxitos sentimentales y fortuna y clientela para su escritorio de abogado. En Punta Arenas llevó una existencia agitadísima, y la garra de la dolencia ancestral llegó hasta él. Murió en 1924. Tenía treinta y cinco años.

En medio de la expectación del concurso numeroso, el poeta premiado proclamó a la reina de la fiesta. Fué aquél un momento magnífico y una ovación cerrada saludó a María Letelier del Campo la elegida por Julio Munizaga.

La Mistral en un soneto admirable, apenas conocido, recoge la emoción de ese minuto:

El poeta avanzó hacia la flo-
[recida
guirnalda de mujeres. Pagano,
[turbador,
el cerco lo envolvió en su alien-
[to de amor.
Se hizo un vasto silencio y él
[nombró a la elegida.

Y fué lento hacia el ser me-
[lodioso y dilecto;
tomó su mano como si tomara
[una flor.
(En la diestra del bardo alguien
[notó un temblor. . .)
La mostró con orgullo, como un
[verso perfecto.

Cual un verso exquisito la
[mostró, satisfecho,
esbelta como un ala, suave co-
[mo un alcor.
Afuera, de la noche horadaron
[el pecho
tres estrellas fugaces, con rápi-
[das saetas.
Yo recibí temblando el signo
[anunciador.

ALGUNAS DAMAS DE LA CORTE DE AMOR

Señorita Juana Vicuña Larrea.

Señorita Irene Wilson W.

Señorita Isolina Humeres del Solar.

y suspiré: "Ya tienen su Reina ¡los poetas!"

También frente al retrato de María Letelier del Campo, escribió la Mistral unas bellas estrofas: y

¿De qué país de lunas llenas,
Reina, te fueron a traer?
¿En qué nevada de azucenas
te consiguieron recoger?

¿Qué lirios dieron la cuajada
para amasarte el corazón?
¿Qué arpa del alma apasionada
te echó a volar hecha canción?

¿Qué era ideal, qué olorosa era
de los trigales del Señor
dió el gajo de tu cabellera,
gajo magnífico de sol?

¿El trazo de la boca breve,
qué mano experta lo trazó?
¿Qué larga lágrima de nieve
tu esbeltez blanca dibujó?

¿Quién fué en una ánfora en-
cerrando
las mieles de la Creación,
y lento, lento concentrando
tu azul licor de perfección?

Si tú lo sabes, di de qué otros
astros tu casta de esplendor
viene. Que no eres de nosotros,
¡Reina con párpados de flor!

Si el hombre con su lengua
basta
te hablara como a una mujer,
dile el secreto de esa casta,
la Vía Láctea de tu ser.

Alguna vez conmigo hablaste.
Ahora te identifico bien.
Fué en sueños. Sé que me dejas-
te
fragantes almohadas y sien.

Reina de la pestaña fina
que me ha ocultado tu mirar,
¡ah!, ¡cómo esta agria campesi-
na
de alma fragosa, te va a amar!

Desde tu breve cartulina,
Reina de la pestaña fina,
¿no me querrás melificar?

Los Juegos Florales dieron a conocer el nombre de Gabriela Mistral que no había cruzado las fronteras del gran público y concentraron de inmediato la atención de todos en esta maestra que traía un acento nuevo a la poesía chilena.

En cuanto a Munizaga Ossandón, ya se había hecho camino con sus poemas parnasianos y cincelados como mármoles paganos. David Bari, Pedro Sienna, Lagos Lisboa y Maurel Caa-

(Continúa en la pág. 56)

La reina de la fiesta: señorita Ma ría Letelier del Campo.

ALGUNAS DAMAS DE LA CORTE DE AMOR

Señorita Sara Ovalle Castillo.

Señorita Delia Izquierdo Malte.

Señorita Eliana Guerrero Cood.

Janet GAYNOR

La "dulce niñita" de la pantalla, es casi un muchacho fuera de ella.

Margaret Chute nos revela lo que Janet es realmente

Ella es pelirroja y su color favorito es el rosado. ¿Mala combinación? No del todo, pues cuando Janet Gaynor lo usa, emplea un tono tan suave que matiza admirablemente con su soberbia masa de cabellos crespos. Ella parece un tímida y frágil criaturita, de redondos ojos pardos, **que no podría decir — ¡Boo! — con la misma entereza que un ganso.** Esa es la impresión que causa en la pantalla. Pero nada es menos semejante a la estrella, a quien sus amigos llaman Lolly, porque su nombre resulta ser Laura en la vida privada.

Por eso me he propuesto desvanecer el viejo mito sobre Janet y revelar lo que ella es en realidad. Es muy valiente, de firme criterio, muy inteligente, con un vasto control de sí misma; ha escalado cada peldaño de su carrera con los hermosos ojos pardos muy abiertos y con muy poco tiempo para soñar.

Pues Janet ha trabajado bastante. Usted apreciará este hecho cuando le diga que "Servant's entrance" es su film vigésimo primero en los estudios de la Fox. Lo que prueba que aparte de haberse enamorado, casado, divorciado, bailado y comido, aquí y allá, y viajado una o dos veces a Europa, con su madre y su inseparable compañera Lilyan Myhre, esta "Gaynor girl" ha tenido su tiempo bellamente ocupado.

Ella detesta en su vida privada representar el rol que le ha hecho famosa en la pantalla. Me lo dijo, haciendo un expresivo gesto al hablar, como le disgustaba el hecho de que gente que la ha visto actuar, la trate como una "dulce personita". Esto la hizo huir hasta esas colinas, detrás de Hollywood, y plantar allí sus pies demasiado pequeños.

Janet parece todavía más diáfana dentro de algún entallado traje de baño o de deportes; pero sólo sus amigos íntimos la ven usando estos vestidos. Nada notablemente bien, monta igualmente a caballo que en bicicleta, adora el patinaje y maneja un poderoso coche tan bien como Gary Cooper.

La misma Janet me ha dicho que su vida no ha sido un lecho de rosas. Trabajó como dependiente en una tienda en San Francisco; estuvo también en el Teatro Usher, como acomodadora, es decir, indicando sus asientos a los asistentes.

Ha estado enamorada dos veces y actualmente se dice que prefiere a Gene Raymond, quien vino a Hollywood desde Nueva York. Por lo menos siempre se les ve juntos, comiendo y bailando y parecen muy felices.

Ella se inspira

Janet es una eximia bailarina. Solicítele Ud. un tango o una rumba y verá qué bien lo hace. Otra cosa notable en ella es su habilidad para imitar a sus amigos y a otras estrellas, en un estilo admirable. Ella hace esto en los "parties". También lo hacía siendo una niña, en el salón de su casa, haciendo exactas imitaciones de Mary Pickford, Gloria Swanson, Norma Talmadge y otras estrellas. Se inspiraba en ellas para recrear a los que la obsequiaban y a los aficionados al teatro y, por lo tanto, al cinematógrafo.

Ha estado diez años en Hollywood. Pero necesitó cerca de cuatro años para que se le reconocieran sus méritos, a pesar de que participó en el primer film de su carrera tres días después de su llegada. Este primer ensayo se le presentó cuando ella fué a las Oficinas de Enrolamiento (Casting Offices) de los grandes estudios, donde se contratan los extras y actores de segundo orden. Ella supo impresionar lo suficiente a un hombre para que éste le dijera que se presentara a trabajar a la mañana siguiente. Ella fué; pero el sueldo le resultó tan escaso, que lo dejó, y por un tiempo se dedicó a estudiar dactilografía, en la esperanza de emplearse como secretaria.

¡Intente, intente otra vez!

Fué su muy querido padrastro, Henry Jones, conocido como "Jonesy", quien la persuadió de probar suerte en los estudios otra vez. El creía en su talento, y fué su fe la que le dió valor. Y avanzó sonriendo, sufriendo los duros golpes sobre su barbilla firme y redonda, hasta que, finalmente, su actuación en "El regreso de Peter Grimm" logró para ella el mas grande éxito que ninguna estrella ha tenido por muchos años, en el papel de Diana en el "Séptimo cielo".

Ella posee un cottage en la bahía de Playa del Rey, a cuarenta minutos de Hollywood, y una casa muy semejante a la de Ronald Colman, al final de una tranquila calle oculta tras de una colina, al norte de Hollywood. Su tercera residencia es un cottage a treinta millas de Honolulu, donde se dirige algunos días festivos, a pesar de lo lejos.

Janet es muy aficionada a la música y va a todos los conciertos del Hollywood Bowl. Tiene una superstición arraigada: insiste en que debe usar, por lo menos una vez en cada película en que trabaja, los zapatos de fieltro que usó en "El Séptimo cielo". En los sets cambia completamente y ya no es la circunspecta joven dama que aparece tan raramente en público. Ella explica por qué le sucede esto en el estudio, diciendo:

—Me siento allí como en mi casa y considero a cada uno a mi alrededor como a un amigo. ¿Por qué había de estar, entonces, cohibida o nerviosa?

De la Pantalla

FIGURAS CONOCIDAS EN UNA PRODUCCION MUSICAL DE WANGER, PARA LA PARAMOUNT.—La graciosa Patsy Kelly tendrá ocasión de lucir sus facultades de actriz cómica por excelencia en su próxima actuación. En cuanto termine sus travesuras en "Page Miss Glory", una película de Marion Davies, la simpática Patsy pasará a formar parte del reparto de la producción musical de Walter Wanger, "Every Night at Eight", ("Cada noche a las ocho").

Esta obra nos presenta las entretenidas aventuras de un trio de muchachas cantantes de radio. Alice Faye y Frances Langford, junto con Patsy Kelly, forman el gracioso terceto.

En cuanto George Raft regrese de sus vacaciones en Nueva York, se encargará del papel de director de orquesta en dicha producción. Dorothy Fields y Jimmy McHugh están componiendo los números musicales para "Every Night at Eight". Esta película será la primera que muestre al público los graciosos incidentes de una hora de radiodifusión por aficionados.

Raoul Walsh se encargará de la dirección.

* * *

MAE WEST DECLINA UNA INVITACION DE INGLATERRA. — Mae West recibió recientemente una invitación para participar en un concurso de elegancia, que se celebrará durante el próximo mes de julio en Ramsgate, Inglaterra.

La invitación fué hecha por Gordon Saint,

Dos escenas de la última producción musicada de MGM, "¡Oh, Marietta!", a cargo de Jeanette Mac Donald y Nelson Eddy. Según la crítica yanqui, esta cinta es la mejor que, hasta la fecha, ha interpretado y cantado la Mac Donald. (Foto MGM.)

De la Pantalla

secretario honorario de la Cámara de Comercio de Ramsgate, pero fué amablemente declinada por la popular actriz.

Entre los invitados de honor aparecen Sir Malcolm Campbell, el as de los automovilistas; los esposos Mollison, cuyas proezas en aviación han sido la admiración del mundo entero; Esmond Harmsworth, patrocinador de la famosa carrera de canoas automóviles y otros por el estilo.

"A mí me gusta tomarme las cosas con calma", dijo la ocurrente Mae, "y a juzgar por esta lista el concurso en vez de elegancia será de velocidad".

* * *

DESPUES DE 19 AÑOS DE AUSENCIA, UN ACTOR APARECE DE NUEVO EN LA PANTALLA. — Cecil B. DeMille se distingue por su apego y lealtad hacia sus antiguos amigos y colaboradores, entre los cuales cuenta a Pedro de Córdoba quien, después de cerca de veinte años de ausencia, volverá a aparecer en la pantalla. DeMille le ha destinado uno de los principales papeles en la histórica producción de la Paramount, "Las cruzadas", en la que Henry Wilcoxon actúa de estrella.

Hace exactamente diez y nueve años que hizo su última película. Era en 1915, la película

Margot Grahame es la rubia que en compañía de Victor Mac Laglen interpreta "El delator". Se trata de un drama truculento, pero de una fotografía de chuparse los dedos.

se llamaba "María Rosa" y junto a De Córdoba aparecían Geraldina Farrar y Wallace Reid. "Carmen" y "Tentación" eran otras de las producciones de aquella época en que De Córdoba tomó parte.

Antes de ingresar en el cinematógrafo, De Córdoba era muy conocido en el teatro y fué a raíz de haber ingresado en su compañía DeMille que su amistad se inició, amistad que más tarde había de llevarles a colaborar en varias producciones en Hollywood.

Victor Mac Laglen es quien le hace el amor a Margot Grahame en la cinta "El delator". (Foto RKO).

Valerie Hobson y Colin Clive, artistas que con Boris Karloff, se encargarán de emocionarnos en "La novia de Frankenstein". (Foto Universal)

* * *

CARL BRISSON GUARDA ENTRE SU RELIQUIAS UN REGALO DE RASPUTIN. — Carl Brisson, el famoso actor danés de la Paramount, posee uno de los objetos más interesantes de Hollywood.

No es más que una cigarrera con una moneda de oro incrustada en el centro, pero en ella se encierran los recuerdos de una entrevista histórica a raíz del debut de Brisson en su actual profesión.

Era en épocas en que el actor recorría Europa en calidad de boxeador y en cierta ocasión en

que fué solicitado su concurso para dar una exhibición ante el Czar de todas las Rusias. Estando en la capital moscovita se le ocurrió aprovechar la ocasión para dar a conocer sus habilidades en el canto y en el baile. Después de hacer su aparición en un teatro, recibió una invitación para dar una representación en la morada del siniestro y barbudo monje, cuya influencia se extendía hasta el trono: Rasputín.

Brisson confiesa que estaba excesivamente nervioso al sentir sobre sí la mirada profunda del monje que seguía con atención todos sus movimientos. Al terminar la representación, Rasputín le dió un puñado de monedas de oro y le pidió que volviera a verle al día siguiente.

Cuando Brisson se presentó de nuevo en casa de Rasputín, éste le regaló una cigarrera con piedras preciosas, a la cual el actor añadió, más tarde, una de las monedas de oro que el monje le había dado. Brisson exhibirá su famosa cigarrera en su última película, "Los jinetes del Rey".

Marion Davies, artista perteneciente al elenco de Warner-First National.

Jean Harlow y William Powell en una escena de la película "En busca de un amor", producción Metro que veremos en breve.

Sus

JEAN MUIR

(Foto Warner First-National).

favoritos

FRED MC MURRAY

(Foto Paramount)

Juan Luis Corte, mecánico

Por Paul Bourget

Como todo el mundo, he oído en los últimos años muchos relatos de guerra. El que voy a transcribir fué contado delante de mí por el capitán V..., llegado a París con permiso de veinticuatro horas. Me había encontrado con él ante una mesa amiga. Sería muerto en el Somme a los ocho días justos. ¿Es ese el motivo que para mí da a esta anécdota un carácter más particularmente patético? No lo creo, pues anoté el detalle en el momento, señal de que me había parecido interesante por sí mismo. El lector juzgará.

* * *

...Era en la última semana del mes de agosto de 1914, en plena retirada. Iba a tener lugar la ofensiva del Marne. El teniente S... y yo nos hallábamos separados de nuestro escuadrón y perdidos en una selva que linda con la de Compiegne. No recuerdo el nombre. Íbamos lentamente, yo hurgoneando con la mirada la cinta de la carretera desplegada a los ojos ante nosotros, S... vigilando los caminos transversales. Nada tan impresionante como esas repentinas soledades rodeadas de inmensos movimientos de tropas. Sabíamos al enemigo muy cerca. Nuestros caballos estaban fatigados. Todavía oigo a S... decirme:

—A pesar de todo, mi capitán, caer muertos así, al principio de la campaña, sin habernos batido, sería desairado de veras... ¡Y no hay nadie a quien pedir un pormenor! — continuó, volviendo la cabeza a todos lados—. Nadie.

Luego, como presumía de culto, añadió:

—¿Recuerda usted la canción del siglo XVIII?

Soubise a dit: Ou donc est mon [armée?
Me l'a-t-on prise ou bien l'ai-je [égarée?... (1)

Y también me oigo responderle, porque estaba de mal humor:

—No estamos mandados por Soubise, querido, ni estamos en Rosbach. Hemos cometido una torpeza galopando al azar para reunirnos con un grupo de rezagados y equivocándonos de camino. Si nos encontráramos con los alemanes, venderíamos nuestra piel lo más cara posible, y con tal que tumbemos una media docena de ellos antes de caer nosotros, no lo encontraré desairado ni por asomo, se lo juro...

Estas palabras fueron seguidas de un silencio que S... rompió de nuevo, diciéndome muy por lo bajo a la sazón:

—Un automóvil en el camino de la izquierda... ahí... ahí... Tiene aspecto de estar con averías...

Paramos nuestros caballos. Atisbé el coche señalado por mi compañero. Era un **baquet** de cuatro asientos y pintado de gris. Con mis gemelos distinguí claramente a aquella distancia—unos cuatrocientos metros, poco más o menos — a tres hombres de uniforme. Uno de ellos, el chofer, evidentemente se mantenía inclinado sobre el motor, cuya cubierta había levantado. Otro, de pie junto a él, le miraba; era un oficial de estado mayor. El tercer personaje permanecía en el automóvil, y como se irguiera en aquel momento, comprobé que pertenecía a nuestro estado mayor también.

—Son franceses — dije a S... —Vamos...

Henos aquí pues, dejando la carretera y trotando por aquel camino, a la entrada del cual marcaba un poste indicador el nombre de Saint-Léger-sur-Oise. Una bala había desconchado la placa en el sitio de la cifra de los kilómetros. ¿Disparada por quién y para engañar a quién? Todavía no nos habíamos batido en aquel apacible y verdeante asilo. Había debido pasar por allí un alemán y destruir aquella cifra para despistar a nuestros hombres. Tuve esta intuición. en el minuto mismo, pero sin sospechar que este alemán pudiera ser uno de los individuos del automóvil hacia quien trotábamos. El ruido de los cascos de nuestros caballos en el suelo, endurecido por los calores del estío, los había avisado. Vimos a los tres afrontarnos. Los oficiales empuñaron el revólver. Nosotros no habíamos dejado los nuestros. Al reconocer nuestros uniformes, nos saludaron reglamentariamente, y cuando estuvimos al alcance de su voz, les pregunté:

—¿A qué distancia estamos de Saint-Leger, señores?

—A seis kilómetros, mi capitán — respondió con el más puro acento parisiense el mayor de los oficiales, el que estaba de pie al lado del chofer.

—¿Van allí ustedes? — insistí.

—Sí — repuso.

—Entonces, ¿siguen los franceses ocupando la aldea?

—Naturalmente, y hasta un escuadrón del 32 de dragones.

Con su mano enguantada designaba el número bordado en nuestro cuello.

—Gracias, mi comandante — respondí al ver el grado de sus galones, y encarándome con S...

—: Ya estamos listos. Al galope.

No bien habíamos espoleado a nuestros caballos, cuando una llamada nos hizo contener a nuestros animales. Era que el chofer corría hacia nosotros, gritando:

—¡No vayan! Están allí los **boches**. ¡No vayan!...

Un tiro de revólver disparado a su espalda por el presunto oficial de estado mayor francés, le arrojó por tierra herido, pero chillando aún:

—¡Están allí los **boches**!... ¡Y estos son **boches** también!

Su asesino asestaba el arma contra S... ahora y el otro oficial me enviaba desde el automóvil una bala que atravesó mi kepis. Le correspondí. Tuve la suerte de romper del tiro el brazo a mi hombre, mientras S... ¡ay! fallaba el suyo y caía del caballo, alcanzado en pleno corazón. Permanecíamos uno frente a otro aquel a quien había llamado mi comandante y yo. Corrí directo a él, haciendo encabritarse a mi montura para cubrirme. Me sirvió de mucho. La bala que me envió se perdió en el cuello de mi caballo, al propio tiempo que le alojaba yo la mía en la cabeza. Giró sobre sí mismo y cayó. Mi animal, por su parte, había rodado por la hierba. Me desprendí como pude, sin nada roto, y me hallé dueño del campo de batalla. S... estaba muerto. Su adversario, muerto. Acudí en auxilio del chofer, que vomitaba sangre a boca llena. Tuvo fuerzas, empero, para emitir cuatro o cinco frases cortadas por hipos:

—Me habían cogido... Me habían obligado a ir con ellos, disfrazados como usted ve... Me habían dicho que me despacharían para el otro mundo si ha-

(1) "Soubise ha dicho: ¿Dónde está mi ejército? — ¿Me lo han cogido o lo he extraviado?..." —N. del T.

blaba... Pero dejar a ustedes marchar para donde los encaminaban... Era algo más fuerte... que yo... No he podido..., no he podido...

Y perdió el conocimiento repitiendo:

—No... he... podido...

Paso por alto los incidentes que siguieron. Era menester que en un momento dado se mostrasen tropas en una de las carreteras. Fué, por fortuna, un cuerpo de franceses, verdaderos éstos. Había entre ellos un profesional que reparó la avería del automóvil. Se apiló en él a los dos muertos, al herido y al chofer agonizante.

—No tiene ni para dos horas —dijo un cirujano mayor que se hallaba asimismo con aquella tropa.

Antes de dejar que el coche partiera otra vez, quise saber el nombre del heroico muchacho a quien debía yo la vida. Llevaba en su bolsillo una cartera que contenía su permiso para conducir con su fotografía y una tarjeta de visita, en la cual leí:

JUAN LUIS COSTE
Mecánico
Calle de la Ballesta, 25 triplicado.

"Quizá haya dejado una mujer, hijos... — me dije—. En cuanto pueda los buscaré. Es una deuda por pagar y la pagaré".

Transcurrieron semanas sin que yo tratase de cumplir con aquella deuda sagrada. La batalla del Marne primero y luego la del Yser no me dejaron tiempo. Por dos veces hube de venir a París con tal sobrecarga de pequeñas ocupaciones, que había diferido mi expedición. Este retraso me pesaba como un remordimiento, y durante mi tercer permiso me decidí a acercarme a ese lejano barrio del Jardín de Plantas donde se esconde la tal calle de la Ballesta. Se compone, en casi toda su longitud, de casas viejas y tristes. El número 25 triplicado etiquetaba la más lamentable: ruinosa, resquebrajada, con dos ventanas de fachada y una inscripción de hotel. Los precios, por cuarto de una o dos camas, pregonaban la calidad de la yacija. En la madriguera que servía de entrada encontré una persona bonita todavía de rasgos, pero con los ojos envinados, la boca desdentada, verdadera mujer de apache, que comenzó por mirarme con desconfianza. Cuando hube pronunciado el nombre de Juan Luis Coste, anunciándole que había muerto y preguntándole si dejaba parientes, estalló:

—¿Parientes? ¡Ya lo creo que los tiene, y muy canallas!... El era un buen muchacho, aunque juerguista. ¡Ah, qué juerguista!... En fin, señor capitán, se marchó debiéndome setecientos cincuenta francos de cuarto, de planchado, de esto, de aquello, sobre todo de vasitos... Cuando ya no tuvimos noticias suyas, se los reclamé al padre, un burgués con el riñón bien cubierto, señor capitán, un antiguo primer pasante de notario, un señorón, ¡y ni una palabra, señor capitán, ni una palabra!—. ¡Ah, indino!...

—¿Puede darme su dirección? —pregunté.

Aunque no soy apenas diplomático, tuve la prudencia de añadir:

—¿Tiene usted la nota detallada de ese dinero?

—Se la he enviado, señor capitán, y me la ha devuelto sin una palabra...

—Démela, que se la entregaré en propia mano, y quizá...

Algunas horas más tarde, provisto del papel en cuestión, me apeé en Chatenay, donde habitaba el señor Coste padre. Llamé a la puerta de una casa de burgués "con el riñón bien cubierto", conforme había dicho la dueña de la fonda, y en seguida fuí introducido en un salón amueblado de terciopelo rojo, a la vieja usanza, donde vi entrar a un hombrecillo de sesenta y cinco años, poco más o menos, con todo el cabello blanco. Tenía en la mano una podadera, que denotaba las ocupaciones rústicas con las cuales el ciudadano retirado encantaba el vacío de sus horas en medio del tumulto de la guerra. Un jardín, atisbado detrás de la ventana, mostraba las ramas de sus arbustos, despojadas en aquel momento.

—Vengo de parte de su hijo, caballero... — le dije.

El rostro del señor Coste, en el que al punto había podido yo leer una expresión de habitual tristeza, se ensombreció aún.

—Aunque haya tenido muchas quejas de él, hasta el extremo de no permitir jamás que se pronuncie su nombre delante de mí, es mi hijo — me respondió después de una pausa—. ¿Qué tiene usted que notificarme?

Conté entonces al padre la historia que acaban de oír ustedes. Cuando hube acabado, pude ver que corrían gruesas lágrimas por las mejillas del anciano.

—Gracias por haber venido, mi capitán — dijo—. Desde el comienzo de la guerra, vivía yo con la zozobra de que ese desdichado Juan Luis no cumpliera con su deber... Era hijo único de mi pobre mujer y mío, y muy inteligente, pero tarambana, tarambana... A los quince años había sido expulsado de dos colegios. A petición suya le matriculamos en una escuela profesional. Tenía afición a la mecánica. Hubiese prosperado. Se nos hacía penoso verle de maestro en un taller, cuando yo había

economizado tanto para que fuéramos burgueses. Pero, con todo, si hubiera trabajado... En vez de eso, desde los diez y ocho años nos desesperaba con su mala conducta. Nos ha dado que sentir por todo, mi capitán: las mujeres, el aguardiente, las apuestas en las carreras, los naipes, la morfina, ¡todos los vicios!... Su madre murió de disgustos. La pobre santa me juraba que volvería él a nosotros, que valía más que su vida... En estos últimos tiempos supe que tenía una plaza de chofer en París, en los taxis... No me atrevía ya a tomar ninguno, créame, por miedo a reconocerle en el pescante, mi capitán, ¡y en qué estado!...

Se interrumpió, y como yo me levantara sin encontrar palabras ante la repentina revelación de un largo drama familiar, el antiguo pasante me cogió la mano y me dijo esta frase, que supongo les conmoverá a ustedes como me conmovió a mí, pues para repetirla les he contado este episodio:

—Gracias una vez más, mi capitán, por haber querido notificarme cómo ha acabado. Es la primera alegría que me da. ¿Por qué había de ser con su muer-

Tres encantadores modelos

Trajecito sencillo con chaqueta-camisa, en tono beige con botones y cinturón café.

Elegante traje de marrocain con canesú al sesgo terminado en una bonita lazada.

Para sport, este traje muy sencillo con botones alargados y cuello ligeramente recogido.

Para confeccionar estos lindos trajecitos, recomendamos usar tela de lana de tejido muy flexible; la más indicada es la espumilla o marrocain.

Ultimas creaciones

Abrigo muy elegante en terciopelo de lana. Mangas muy originales, cortes muy nuevos adornado con zorro plateado. Muy elegante este abrigo en lana beige adornado con un gran cuello en castor café, bonita hebilla de fantasía en carey café; como complemento del abrigo se verá muy b en un gorrito ruso hecho en la misma piel.

Conjuntos

Encantadores trajes para toda hora cuyo principal adorno consiste en los cortes del cuello y de los hombros; faldas sencillas.

Ensemble en lana diagonal; corte raglán; puños de piel, cinturón en gamuza del color de la piel.

Atractivo abrigo en tweed, pieles en los hombros, cuello de cerrar y abrir, botones cerrados.

Este otro lindo traje en lana diagonal, cuello muy nuevo.

Traje muy matinal en lana escocesa, delantero abotonado, cinturón en cuero.

to traje en lana café claro, doble cuello y puños en blanco.

Sencillo traje, lazo en dos colores

chic este traje en lana beige adornado con corbata y cinturón café.

go en lana azul marino, cuello de piel que cae en la espalda.

Sombreros elegantes

Sombrero en fieltro negro cuya copa muy baja lleva una cinta angosta de gros grain.

Esta gran boina de fieltro simula un tricornio.

Pequeño sombrero hecho en género de dos colores, el ala y adorno van pespuntados.

¿Como va a ser la moda de pri mavera?

Al principio, cuando cesen los frios fuertes, guardaremos las pieles y usaremos abrigos de sport de «entretemporada», y el traje sastre que trae como novedad característica, una variedad enorme en la longitud del paletó. Hay chaquetitas muy cortas, muy ajustadas, que apenas cubren la cintura. Tienen cuellos grandes, tipo marinero, con un adorno pequeño de piqué blanco, lo que les da un aspecto limpio y alegre. El paletó semilargo nos muestra una línea que estaba fuera de moda el año pasado y que es de la mejor forma en éste. Alcanza bastante más abajo de la cintura en una forma muy femenina.

Toda mujer que ya ha pasado los 17 años y que ya no tenga la figura muy delgada, saludará esta nueva forma. El paletó largo demuestra una forma muy original. Muy apegado en la parte superior, acampanado, ancho y largo más abajo de la cintura, nos muestra la forma típica cosaca, algo en el cuello, cierres dobles, mangas estrechas. El completo para el paso de temporada es de colores fuertes y contrastes. Un abrigo verde claro sobre un vestido color plátano de lana crepé o una blusa azul marino con una pollera color tomate con paletó largo y ajustado.

Una gran moda son las capas de todos los largos que usará toda mujer con gusto.

Aquí tenemos un ensemble de lana compuesto de traje de dos piezas con chaqueta larga y adornada con un cuello-bufanda escocesa que también forma el adorno de la capa.

vestidos de tarde

Elegante vestido en crepe marrocain, con lindas mangas tres-cuartos.

Vestido en imprimé. Mangas cortas y amplias. Cuello ligeramente drapeado muy chic.

Para la hora del té, este traje en croquignol negro. El cuello graciosamente anudado, está bordeado de ruchas.

Encantador traje de tarde en crepe georgette; cortes complicados. El cuello lleva una abertura y se adorna con un clip.

Juvenil traje en crepe romain. Mangas semilargas con varios cortes que las ensanchan. Nudo liso atraviesa los cortes delanteros.

Para el estudio y la oficina

Vestido en jersey ladrillo adornado con jersey café. Tablones encontrados en la pollera.

Vestido marrocain azul marino. Clip en metal. Echarpé escocesa

Vestido en crepe de lana, cinturón en charol negro. Adornos plisados en cinta ciré blanco o negro.

Vestido en lana azul piedra, abotonado por delante, cuello de hilo blanco abierto por detrás y rodeado de cintas ciré azul marino.

Vestido en crepe de lana negro con adornos en piqué blanco.

Vestido en jersey gris. Mangas un poco anchas de arriba. Cuello en crepe blanco

La moda infantil

Traje en lana beige, pequeño vestón con cinturón adornado de pespuntes.
Muy bonito este abrigo acampanado en lana vicuña.
Abrigo muy amplio en lana, cuello de terciopelo
Abrigo en lana diagonal.
Trajecito en lana escocesa; la chaqueta lleva los cortes en sentido contrario al dibujo del género; cuello en castor.
Abrigo en lana vicuña ligeramente acinturado.
Para deporte, muy práctico este abrigo raglán en lana bouclée.
Abrigo en género café cerrado por una hilera de botones, cuello de pieles.
Abrigo en lana bouclée, adornado con pespuntes en el cuello y puños.

La ropa de los niños.

Ensemble del bebé en crepe de China rosa suave.
Encantador paletocito de guagua en vivela cinta de seda.
Chaqueta de guagua en franela.
Gorrito de hilo.
Diferentes prendas de vestir del bebé

Pijama de noche cuadriculado.
Pijama de noche en popelina rayada.
Combinación de hilo con encajes.
Bata en franela con adornos en género fantasía.
Combinación de hilo con bordados hechos a mano.

Elegantes modelos para novias

En chiffon blanco, este hermoso vestido va cruzado adelante y atras formando cintura. Hebilla en clip brillante.

Vestido en crepe, adornos muy sencillos, pequeños babero de pliegues profundos en el cuello.

Traje en crepe satén, mangas forradas en lana, el adorno del cuello lleva lama igualmente.

Elegante traje para niñito, en terciopelo negro, cerrado por botones de concha-perla, blusa en crepe de Chine rosa té.

Vestido en peau d'ange; mangas muy ajustadas con bandas de género que las ensanchan arriba.

Vestido en crepe de Chine rosa té, para niñita, con recogidos muy finos en la cintura y mangas, abajo de la pollera lleva dos gruesos pabilos.

El ajuar de la novia

Combinación-enagua en crepe lavable, delantero de encajes.
Deshabillé muy elegante en crepe de Chine rosa pastel, vuelos en las mangas, adornos de encajes.
Camisa en crepe de Chine, cutien de encaje.
Liseuse en satén adornado con encaje ocre.
Combinación en crepe de Chine con encajes valencianos.
Camisa de noche sin mangas, ligeramente drapeada por delante, graciosas amarras en los hombros.

Pantalón en crepe de Chine con encajes.
Conjunto de tres piezas en crepe de Chine, color pastel, entredos en encaje valenciano

Abrigos tres cuartos

Un abrigo tejido a mano es tan nuevo como práctico. Se le puede llevar en la ciudad sobre un traje obscuro y en el campo. El modelo que damos aquí está tejido en un punto que parece una gruesa tela. La explicación corresponde al talle 42 (1.90 cm. contorno, 96 cm. ancho de abajo, 1 mt. 20 largo manga, en la bocamanga 49 cm.)

Puntos empleados: Canutón (base del cuello) 1 punto derecho 1 punto revés, 2.o punto, ingrato (para el resto del tejido); se obtiene como sigue:

1.a corrida (al revés del tejido) X. Tejer 1 punto derecho, pasar la lana por delante de los palillos, tomar sin tejer el punto siguiente, como si fuera a tejer al revés, pasar la lana por detrás del palillo y seguir en X.

2.a corrida: X. Tejer al revés el punto tomado sin tejer en la corrida anterior, pasar la lana por detrás del palillo y tomar sin tejer el punto siguiente (el que ha sido tejido en la corrida precedente), pasar la lana por delante del palillo y seguir en X. Estas dós corridas se repiten siempre.

DELANTERO: Se principia por abajo. Urdir 95 puntos (el borde delantero se teje en línea recta hasta el escote). En el lado opuesto, después de los 8 primeros centímetros en línea recta, hacer 10 veces una disminución con 5 cm. de intervalo. Cuando el tejido tengo 58 cm. de largo, formar la bocamanga disminuyendo 1 vez 10 puntos y con una corrida de intervalo 2 veces 3 puntos, 1 vez 2 puntos y en seguida 1 punto. Simultáneamente, cuando el borde delantero tenga 78 cm. de largo, formar el escote rebajando con 1 corrida de intervalo 2 veces 7 puntos, 3 veces 2 puntos y en seguida 1 punto, hasta que se terminen todos los puntos. Hacer la segunda mitad en igual forma.

ESPALDA: Se principia por abajo. Urdir 120 puntos; tejer 58 cm. en línea recta. Formar las bocamangas disminuyendo de cada lado 1 vez 3 puntos y con una corrida de intervalo 1 punto, hasta que no queden más que 40 puntos, que se cierran de una vez.

MANGA: Se principia por abajo. Urdir 80 puntos. Tejer 8 cm. en línea recta. Hacer en seguida en cada lado un aumento cada 12 corridas hasta los 104 puntos en total. A los 48 cm. de largo disminuir a cada lado con una corrida de intervalo 1 vez 5 puntos, 3 veces 2 puntos y siempre 1 punto, hasta que queden 30 puntos en los palillos. Cuando la manga tenga 72 cm. de largo, cerrar los puntos.

CUELLO: Se comienza por la base del cuello. Urdir 104 puntos en palillos finos y tejer 6 cm. de canutón y 6 cm. en punto ingrato en los palillos gruesos. Cerrar los puntos.

BOLSILLO: Se comienza por abajo. Urdir 50 puntos. Tejer 15 cm. en línea recta, cerrar los puntos y hacer el otro bolsillo igual.

PUÑO: Urdir 80 puntos; tejer 10 cm. y cerrarlos en seguida.

ARMADO: Se hace una cuchilla arriba de la manga para que la parte superior quede de 6 cm., más o menos. Coserlas por una costura interior al resto del tejido. Hacer un pequeño corte en todas las costuras a 5 mm. de ellas y hacer dos pequeños cortes también en las cuchillas. Doblar la parte de arriba de los puños, de los bolsillos al borde exterior del cuello y el borde del abrigo 6 cm. más o menos. Hacer la costura del cuello tratando de que quede de 45 cm., más o menos. Planchar cuidadosamente el tejido por el revés con un paño húmedo.

BLUSA CON MONOGRAMA

Esta encantadora blusa de lino azul cielo se anuda en el cuello y está adornada con un monograma bordado. La explicación corresponde al talle 42 (1.46 cm., contorno 88 cm.)

Puntos empleados: Canutón (Cintura del tejido) 1 punto derecho 1 punto revés.

2.o punto acanalado: (para el resto del tejido) 1.a corrida (por el derecho del tejido). 2 puntos derecho, 2 puntos revés.

2.a corrida: Tejer al derecho los puntos al derecho y al revés los puntos al revés, es decir, como en la 1.a corrida.

3.a y 4.a corridas: todo al derecho.

Seguir como la 1.a corrida, pero alternando los puntos. En consecuencia, hay que tejer al revés los puntos derechos y al derecho los puntos al revés de las dos primeras corridas.

DELANTERO: Se comienza por abajo. Urdir 155 puntos. Tejer 35 corridas en canutón y principiar el cuerpo. Tejer 156 corridas haciendo 1 aumento en cada lado cada 13 corridas. Después se forman las bocamangas disminuyendo a cada lado 1 vez 15 puntos y con una corrida de intervalo 1 vez 5 puntos y 7 veces 1 punto. 40 corridas después de la bocamanga dividir el tejido por la mitad. Tejer primero en un solo lado 12 corridas en línea recta, en seguida se agrega al borde delantero para formar la corbata, 3 veces 10 puntos con 1 corrida de intervalo y una vez 40 puntos. Tejer 72 corridas en

linea recta sobre todos los puntos. Simultáneamente cuando la bocamanga tenga 72 corridas de largo hacer 5 veces 1 aumento con 4 corridas de intervalo. A las 98 corridas de largo formar el hombro disminuyendo 9 veces 5 puntos con 1 corrida de intervalo. Sobre los puntos restantes tejer 20 corridas disminuyendo 1 vez cada 4 corridas (lado hombro) y al mismo tiempo, cuando las 72 corridas en linea recta del tejido estén terminadas disminuir en una de las extremidades 40 puntos y con una corrida de intervalo 3 veces 10 puntos y 5 por 5 los puntos restantes. Terminar la 2.a mitad en igual forma.

ESPALDA: Se comienza por abajo. Urdir 130 puntos, tejer 35 corridas de canutón. En los lados hacer los mismos aumentos que adelante y formar la bocamanga a la misma altura que la delantera cerrando a cada lado 1 vez 4 puntos y con 1 corrida de intervalo 1 vez 3 puntos y 4 veces 1 punto. Tejer en seguida 80 corridas en linea recta, haciendo de cada lado 3 veces un aumento cada 7 corridas de intervalo. Formar los hombros como en el delantero y en los puntos restantes tejer 32 corridas en linea recta y cerrar los puntos.

MANGAS: Se empieza por abajo. Urdir 84 puntos. Tejer 240 corridas haciendo a cada lado 5 veces 1 aumento cada 40 corridas de intervalo. Formar la manga disminuyendo a cada lado con 1 corrida de intervalo 1 vez 3 puntos, 1 vez 2 puntos y siempre 1 punto hasta que queden 20 puntos que se cierran juntos. Planchar el tejido por el revés con un paño húmedo.

Para su hogar de Ud.

Regalos apropiados y de alta calidad en cristalería, objetos de arte, de las más conocidas fábricas europeas.

DELL'ORTO Y CIA. LTDA.

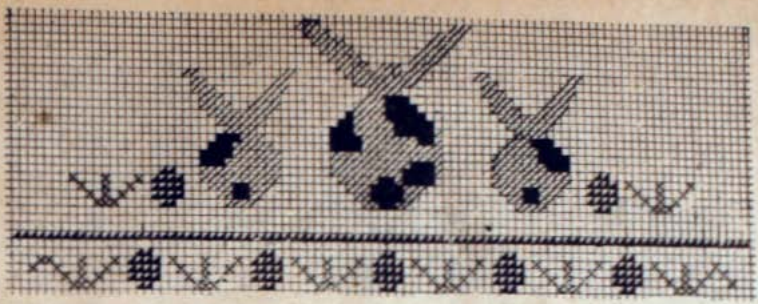
ESTADO 149. — TELEFONO 87160. — SANTIAGO

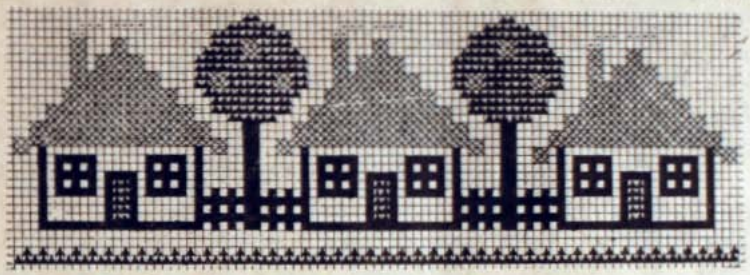
Para el bebé

Presentamos a nuestras lectoras esta novedosa página de ropita para su bebé.

Para el chico de pocos meses, damos estos simpáticos babadores confeccionados en batista y forrados con moletón grueso; como adorno llevan ramilletes de flores, figuras de animalitos bordadas con hilos de colores brillantes, y algunos en el borde, una angosta valenciana un poco recogida. Estos babadores podrán hacerse en colores, prefiriéndose siempre los colores claros, que vienen más a los pequeñines.

Para los chicos crecidos que ya saben comer solos, damos una infinita variedad de servilletas, adornadas todas de un filete alrededor o bien dobladilladas con un calado finito. Como adorno llevan figuras de animalitos, bordados en puntada sencilla y en colores brillantes, de hilo mercerizado lavable.





Punto de marca

Dos detalles de los puntos de marca empleados en los baberitos de la página anterior.

Modes

Vestido de lana rayada, colocada en sentidos diferentes, pequeño cuello de piqué blanco.

Vestido de kasha, pieza que termina el cuello con monograma.

Traje tailleur de lana angora, adornado con astracán.

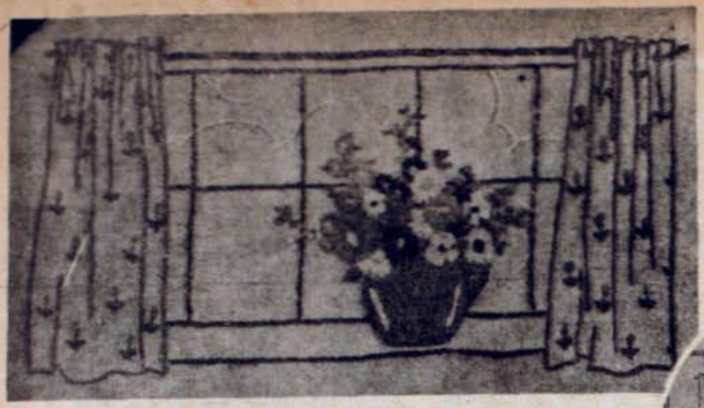
Estos moldes se despachan al recibo de su carta con treinta centavos en estampillas. Dirigirse a «FAMILIA», Casilla 84-D., Santiago.

Casas e interiores

Abajo, a la derecha, tenéis una casa antigua, de aspecto muy pasado de moda y poco acogedora. Después que un hábil arquitecto ideó ciertos cambios de importancia, la casa ha tomado otro aspecto, como se puede ver en las dos ilustraciones más grandes. Cuántas veces un arreglo de esta especie mejora considerablemente una propiedad, aumentándola de valor.

Aquí tenemos para nuestros lectores un exterior agradabilísimo en una casa pequeña. No hemos querido mostrar planos de esta casa, por cuanto por ahora, queremos tan sólo indicar la disposición de esta pequeña residencia en medio de un jardín y los sencillos y simpáticos interiores con muebles de estilo tradicional. Esta casa se presta admirablemente para ser construida en la ciudad y en las modernas poblaciones que se levantan en las afueras.

Un bordado original



Aquí tiene un lindo y atrayente modelo para el bordado: este jarrón de vistosos colores, lleno de flores de verano de preciosos tintes. ¿No encuentra encantadoras las pequeñas cortinas salpicadas de flores a los dos lados de la ventana bordada? Puede ocupar en este dibujo todos aquellos pedazos de lana que tiene en su costurero, para con ellos bordar las flores; colores naranja y morado, rosado y azulino, blanco con lindas hojas de verde esmeralda; el conjunto formará un ramo encantador y le traerá la impresión del verano a su pieza.

Este modelo puede hacerse para varias cosas, siendo lo más adaptable para un almohadón largo, como lo demuestra el dibujo. Necesita dos pedazos de tela de 18 pulgadas de ancho y 24 de largo. En el medio de uno de estos pedazos tiene que calcarse el dibujo del retrato.

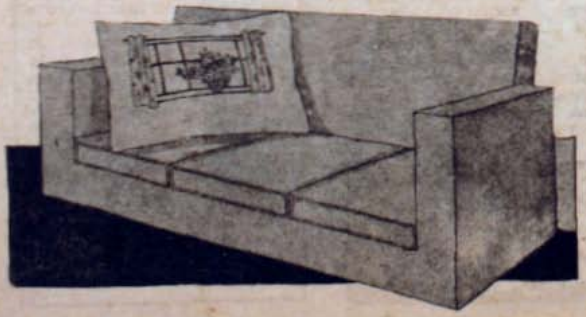
Las cortinas se delinearán con lana de color azul muy pálido, y de punto corrido y los pequeños ramitos de flores que la decoran se bordan en colores verde esmeralda y granate. Las ventanas, la barra de la cortina y la parte donde va colocado el jarrón, se bordan en lana negra, con el mismo punto corrido. Las nubes son de lana blanca.

El jarrón se delinea con lana verde esmeralda de punto corrido y en seguida se rellena con la misma lana, con puntadas largas y cortas. Las sombras que se ven encima del jarrón, se bordan con lana blanca. Principiando por el lado izquierdo del ramo, las flores más pequeñas se forman con pequeñas puntadas de lana naranja, con las hojas en verde esmeralda, así como los tallos. En seguida viene una flor grande, de lana color ladrillo, cuyo centro se borda en relleno con lana amarilla. En seguida, un poquito más abajo, a la derecha, viene una flor blanca, con el centro bordado, en relleno, con lana naranja. Encima de ésta, va una flor azul, con el centro naranja también. Sigue a la derecha de esta flor, una de color naranja, bordada con punto filete, con el centro relleno con lana negra. En seguida viene otra flor ladrillo, rellena con negro. Las pequeñas flores encima de esta última son de color lila y morado, con el centro amarillo. A la izquierda de éstas, hay otra flor grande, de punto filete, color naranja, dos pequeñas flores color azul, y una grande color ladrillo. En seguida viene una media margarita, bordada en blanco, y más a la izquierda siguen otras tres flores moradas.

Encima de la última flor van tres argollitas rosadas hechas en punto de filete. A su derecha hay tres flores de un azul fuerte y otra margarita blanca. Todas las hojas y tallos son de verde esmeralda, y los botones en el tallo más alto son de azul fuerte.

Al terminar su bordado, plánchelo con un paño húmedo y con una plancha bien caliente, y en seguida forma el almohadón como se hace siempre. El dibujo demuestra lo bien que queda este modelo como un panneau para colocar detrás del lavatorio, en un dormitorio campestre. Las orillas se filetean con lana verde esmeralda, y se ve muy atrayente, al colocarlo detrás de un juego de lavatorio elegido de un color apropiado al bordado.

Por supuesto que los colores los puede variar Ud. misma, según las lanas que tiene a su disposición. O bien, según el colorido de su pieza, puede hacer armonizar el cojín con ella. Lo principal es que sean colores brillantes y vistosos.



Para todas las madres

por Dorothy Mc Kay

Aunque estas líneas están dedicadas a la madre moderna y al cuidado del niño moderno, no debemos olvidar que, a menudo, una gran parte del sentido común está influenciado con ideas primitivas que, en nuestra época, despreciamos o tratamos de ridiculas. Y debemos estudiar las necesidades fundamentales de las más primitivas de las criaturas, el recién nacido.

Por ejemplo, tomemos las fajas. ¡Qué pasado de moda está este sistema! ¡Cómo compadecemos a los pequeños de todo el mundo que están todavía condenados a llevarlas! Ahora, si nos fijamos en los pañales, que están destinados a reemplazar el flúido que ha envuelto al niño en la época pre-natal, podemos ver que cumplen su misión en forma muy rudimentaria. No se necesita mucha experiencia para darse cuenta que el pequeño gusta más de ser cuidado por alguien que se preocupe realmente de ellos.

No nos parece muy higiénico y cómodo eso de usar una tira de seis pies de largo por dos o tres de ancho, que se le pone a la guagua, teniendo ya una especie de servilleta pegada al cuerpo, y que luego se le envuelva en una enorme tira de lienzo, que lo envuelve de los hombros a los pies, convirtiéndolo en un paquete.

Debemos recordar que un niño necesita algún tiempo para adaptarse a nuevas condiciones de vida. No olvidemos su vida anterior al nacimiento, cuando se veía envuelto en silencio, obscuridad, suave calor y libre de toda clase de ruidos desapacibles, y no tratemos de cambiar bruscamente esa vida exponiéndolo a insolaciones y a una semi-independencia; no lo expongamos a la luz, al movimiento, al ruido.

Precisamente, teniendo un ideal propio de desarrollo de nuestros hijos dándoles aire fresco, luz del sol, etc., hagámoslo en forma que desde el comienzo no se le haga dificultosa la vida, que todas estas cosas las vaya recibiendo en forma graduada y a medida que sus fuerzas inciplentes lo permitan.

Los métodos de crianza han cambiado completamente. Por ejemplo, tememos el sueño del niño. Antes se acostumbraba a cubrirlo con la ropa de su cama durante todo el período de descanso preservándolo de la luz del día y de corrientes de aire. Nuestra idea es apartarlo cuanto se pueda de la madre. Ahora nos horrorizamos de pensar en esos viejos días antihigiénicos en que se encerraba al pobre inocente en una atmósfera pesada en la cama de la madre, respirando el aire viciado de una habitación cerrada.

Antes del nacimiento, el contacto con la madre ha sido demasiado íntimo para que el niño haya podido hacer diferencia entre el día y la noche. Hasta que se haya aclimatado suficientemente a sus nuevas condiciones de vida después de nacer, debe ser cuidado y ayudado con la presencia de la madre, quien debe hacerle conocer su voz en forma suave, acariciarlo para acostumbrarlo al roce de la mano, etc.

Y sobre todo, por nada del mundo olvidéis que en los primeros nueve meses de vida comienza el período de instrucción del niño, que en ese tiempo hay que comenzar a desarrollarle la confianza en sí mismo, y que esa confianza deberá tenerla primero en su propia madre.

Cuando todos los niños del mundo sean criados con métodos sabiamente estudiados, oiremos menos historias de niños, hombres y mujeres neurasténicos.

ESTAFETA

DESPACHA: MARI-SOL

LISETTE, Talca.— Lávese siempre las manos con agua templada y séquelas cuidadosamente. Use una leche de almendras en las noches. Lleve guantes de lana o forrados, ya que los de previl o gamuza dejan transpasar el hielo. Y vea lo que en este mismo número aconseja Lucía, para el cuidado de las manos.

MADRE, Linares.— Debe inmediatamente consultar médico. Esas afecciones a la piel en una criatura, cuando son tan persistentes, no pueden curarse así, con remedios caseros o aplicando recetas dadas, sin siquiera haber visto al enfermito.

DOLORCITAS, San Bernardo.— Esos versos son de María Monvel y tendremos mucho agrado en publicarlos en un número próximo. Gracias por sus amabilidades.

COLEGIALA, Santiago. — En la Escuela de Artes Aplicadas existe un curso nocturno de affiches y también uno de encuadernación. Son gratuitos.

PEDRO MARTINEZ, San Felipe. — Mande usted sus colaboraciones y si tienen méritos para ello, las publicaremos muy gustosamente.

UNA SIN ESPERANZAS, Tomé. — Use la pinza y luego agua oxigenada doble. Es cuestión de paciencia a través de largos meses. Por cierto que en una semana no puede usted apreciar el sistema...

JUANITA, Puerto. — Con una blusa de lama plateada quedará mucho más indicado para dicha ceremonia. Sí, las carteras se usan grande. Si usted es un poquito gorda evite los colores restallantes y las hechuras complicadas. Un traje negro es siempre elegantísimos para la noche. Puede adornarlo con una flor de color, con un clip, con una bonita hebilla. Gracias por sus gentilezas.

AIDA V. DE STHER, Viña.— Sólo mandamos los patrones de los trajes. Quedan a su favor los sellos enviados. Nuestras excusas.

VIDA Y CONFESIONES DE GABRIELA MISTRAL

(Continuación de la pág. 27)

maño fueron también una revelación. Y por lo que toca a Claudio de Alas, había avanzado su personalidad curiosísima. Fué Claudio uno de esos poetas de estrafalario indumento—chambergo, corbata demesurada — que vino de Colombia trayendo en los fardos de su caravana ocultas resonancias, rimas profundas y ricas voces que encerró en versos a menudo extraños y paradojal, pero en los que siempre y a cada paso, uno mira al poeta. Cercado por crueles necesidades, en franca, constante y abierta lucha con la vida que siempre le fué avara y hostil, con males del cuerpo y del espíritu, eludió el hecho mezquino de la sala común de un hospital que él divisaba como su postrera etapa, trizándose las sienes con un tiro de revólver. Pero como amaba nuestra tierra, buscó la muerte lejos de nosotros.

Víctor Domingo Silva, mantenedor de los Juegos Florales, trazó con palabra fácil la silueta de la poetisa y dijo: "Gabriela Mistral es el seudónimo de Lucila Godoy, maestra de enseñanza pública, como la grande italiana Ada Negri, con cuya vida y cuyo genio tiene extraordinarias similitudes: precisamente la excesiva actividad de las labores escolares al final del año, pero, más que todo, la excesiva modestia de su carácter, la han impedido acudir a estar con nosotros en esta noche de los poetas de Chile y ocupar en ella el sitio de honor que debiera junto a Su Beldad, la Reina de la Fiesta y entre la pléyade esplendorosa de su Corte de Amor".

Los primeros Juegos Florales de Santiago constituyen un momento decisivo para la poesía chilena que parecía vivir una jornada de incertidumbre. Al destacar el nombre de Gabriela Mistral, revelaron un poeta auténtico, digno de recoger, acrecentar la herencia de Pedro Antonio González, tenido por esos días como genial e insuperable.

La maestra clavaba en la torre de marfil su gallarda bandera. Y discreta y modesta volvía a su sala de clases allá en los Andes. Comenzaba para ella una ruta que terminaría en la cúspide. Su nombre se haría extrecho en los límites de nuestra lírica, y el habla castellana lo haría suyo. Porque a pesar de sus numerosos retractores, Gabriela Mistral es el valor más representativo y más verídico de la poesía que se canta hoy en la lengua de Góngora y de Santa Teresa de Jesús.

Miguel Munizaga Iribarren.

(Continuará en el próximo número).

LA VENGANZA DE NORBERTO

(Continuación de la pág. 7)

var por un sentimiento extraño y absurdo. Ni en su vida de adolescente, frío y escéptico, ni en su existencia de célibe emperdenido, no había experimentado jamás una emoción tan ardiente y repentina. ¿Era amor lo que le había inspirado esa niña de suaves cabellos castaños y pálida expresión? Un pensamiento de esa naturaleza era estúpido..., ahora una convicción... La veía por primera vez, no sabía ni siquiera su nombre y, sin embargo... Decididamente, ¡era un estúpido!

La miró. A "ella"..., la duquesa..., la viudad... ¡Nom de Dieu! Pero no pudo reconcentrar su pensamiento en la tremenda significación de aquellas dos palabras: la viudad... No pudo, porque muy junto a él, veía un rostro maravillosamente expresivo. Esos ojos, sin vida, no podían evidenciar ninguna emoción, siempre inmóviles y serenos; pero sus labios de roja belleza, se estremecieron en un leve temblor y con un movimiento espontáneo, ella tomó entre sus manos el rostro de él, diciendo emocionada:

—¡Norberto! ¡Oh! ¡He deseado tanto oír junto a mí una voz en donde tiemble la emoción del amor! No creí nunca que tú..., tú... ¡Perdóname! Pero había pensado que tú no eras..., lo que eres en este momento: l'homme que j'aime.

Norberto retrocedió, pero aun le parecía sentir la caricia del contacto de aquellos brazos tibios, de suave fragancia. ¡L'homme que j'aime! Las palabras susurrantes, se encerraron en su corazón, enlazándose a él en una caricia ardiente que enardeció su sangre.

El rostro de ella, al notar su movimiento de retroceso, se crispó en un gesto de angustia.

—Norberto no quise disgustarte. Perdóname, si cedí a mi emoción. ¡Pero tu voz!... ¡La amo! Es tan maravilloso oírte decir: "amada" Es extraño, pero me imagino que sólo ahora te conozco. Quizás sea porque hasta ahora has vivido tan alejado de mí. Cuando me dijiste: — "Virginie, quiero alejarme de este torbellino de sensaciones. Me aburre la alegría de París. He comprado una propiedad en los alrededores de Versalles. Allí viviremos en paz, nosotros dos, solos". ¡Oh!, Norberto, nunca me imaginé que sería tan feliz. Tenía miedo, ¡qué tonta he sido!... Nunca me imaginé que tú...

—¡Calla! — suplicó Norberto. Pero la atrajo hacia sí y sus brazos vigorosos oprimieron el cuerpo esbelto y tembloroso. ¡Virginie!...

—¡Qué ciega he sido! — dijo ella y rió y acercó su boca a la de él. Norberto se estremeció, quiso retroceder, pero el hechizo de esa boca lo cautivó, hizo estremecer sus labios en un deseo imperioso de besarla e inclinándose puso su boca en la de ella, en una caricia emocionada y ardiente.

Después retrocedió, pálido, pero ya dueño de sí. Se pasó la mano por la frente como para alejar una visión temible por su misma belleza y dijo suavemente:

—Virginie, hemos obrado como dos locos. Tú, inconsciente en tu ceguera; yo, debo confesarlo, en absoluta posesión de mis facultades. El sentimiento que me has inspirado puede justificar mi proceder, pero no puede anular la evidencia de que he obrado incorrectamente. Perdóname. No soy quien tú crees.

Y nuevamente sintió bullir en su sangre el deseo imperioso de besarla, de decirle que la amaba, cuando su voz acariciante murmuró:

—¡Vous est l'homme que j'aime!

—¡No, Virginie!— exclamó él desesperadamente— ¡No soy Norberto de Cártago!..., yo... ¡yo soy Norberto Donovan! — y, al notar que ella palidecía intensamente, agregó con angustia: — ¡Pero, te amo!, ¡te adoro con todas mis fuerzas!

Y retrocediendo hasta el balcón ganó el jardín echando a correr, mientras se clabava en su corazón el gemido que había exhalado la boca amada. ¡Dieu! Aun le parecía sentir bajo sus labios la emoción palpitante de los labios de ella. Llegó hasta su auto, una lujosa limousine, y apretó el acelerador..., huyó locamente..., parecía que deseara huir de sí mismo, de su emoción..., de su amor. ¡Absurdo!... ¡Imposible!

Han transcurrido cinco años.

Norberto Donovan entró al amplio comedor del "Grand Hotel" y su mirada fría escudriñó la muchedumbre: damas vestidas "a la derniere", caballeros impecables en su traje de etiqueta y ese rumoreo peculiar de conversación "al por mayor" como expresaba casi a gritos un señor gordo, sudoroso, gesticulante.

—¡Conversación al por mayor.

mon ami, conversación al por mayor!

Y agregaba con voz que su embriaguez hacía fluir a borbotones:

—¡Eh, garzón!... ¡Más vino! Nuevo rico, sin duda. Y los finos labios de algunas damas tuvieron una imperceptible contracción despectiva. Norberto subió la escalera de mármol que conducía a la terraza. Deseaba, como siempre, estar solo. Muchas miradas femeninas siguieron su figura, elevada y apuesta. Norberto era el mismo de cinco años atrás, sólo que las hebras plateadas de sus sienes habían aumentado y en sus ojos grises parecía que se ocultara una ardiente luz de emoción que sólo ojos muy observadores podían descubrir..., para quedar cautivados.

Al principio él creyó que la terraza estaba solitaria. Pero pronto se convenció de su error. A través de los helechos que adornaban la balaustrada, pudo ver a una dama sentada junto a una mesita. De pie frente a ella había un criado. Norberto no pudo ver su rostro, pero oyó su voz armoniosa que lo hizo estremecer.

—Mientras yo estoy aquí, ve tú a comprar esos libros que deseo leer:

"L'homme qui rit", de Victor Hugo y "La vengeance de Norberto", de Francois Boyer.

—¿Madame desea que inmediatamente regrese a buscarla o que primero vaya a dejar esos libros a su biblioteca?

—Regrese a buscarme, Pierre.

—Oui, madame.

¡Pierre! Le pareció que resonaba de nuevo en sus oídos esa voz que había oído hacía ya cinco años: — "Cumplí tu encargo Norberto. Pierre fué a París. Regresará mañana" ¡Era ella! ¡La mujer que amaba! ¡Encontrarla ahora! ¡Nom de Dieu! Ahora, cuando creía que esa gran herida abierta en su corazón empezaba a cicatrizarse; cuando su recuerdo era una sutil visión que suavizaba su intenso sufrimiento. ¡Encontrarla ahora!

Hubiera querido huir, pero el deseo de verla fué más imperioso que sus escrúpulos. Quería ver de nuevo la suavidad de ese rostro bellísimo. Lo contemplaría silenciosamente. Avanzó y se colocó frente a ella. En ese momento, Virginia volvió su rostro hacia él y sus ojos expresivos..., ¡sí!, expresivos, se clavaron en los ojos varoniles. La emoción tácita de esos ojos que él conociera sin luz se evidenciaba ahora en una magnífica revelación de belleza y luz. Ahora se veía en ellos una emoción intensa y una recóndita alegría que hizo estremecer a Norberto. Repentinamente, ella se levantó y acercándose a él, cerró los ojos y en un gesto rápido y suave, tomó entre sus manos el rostro de él..., como antaño hiciera. Después retrocedió palidísima y murmuró:

—¡Usted! ¡Dios! ¡No me había equivocado!

Se siguió un largo silencio. Después ella preguntó, ya más serena:

—Es usted Francois Boyer, ¿verdad? Es su seudónimo.

La suya no era una interrogación, sino una certidumbre que se evidenciaba claramente en las inflexiones firmes de su voz.

—En realidad, madame, soy Francois Boyer. ¿Ha leído usted "La vengeance de Norberto"?

—No. Pero he visto la obra en La Comedie.

Ella trataba desesperadamente de aparentar serenidad, pero la traicionaban sus labios temblorosos y la húmeda emoción de sus bellísimos ojos. Se acercó a la balaustrada y miró el jardín.

—Voy a bajar. Pronto regresará Pierre — dijo.

—Me permitiré acompañarla, madame.

Ella no contestó y bajaron juntos. Ya en el jardín caminaron en silencio. De pronto, ella alzó hacia él su mirada y murmuró con voz apenas perceptible:

—¡Eres como yo me había imaginado!

Aunque su voz era muy baja, Norberto percibió esas palabras emocionadas que conmovieron toda su alma, imprimiendo en su cuerpo un imperceptible estremecimiento.

—¡Virginia!

Pero ella apresuró el paso visiblemente turbada, las mejillas enrojecidas de una suave tonalidad de emoción. Poco a poco, disminuyó la prisa fugitiva con que caminaba, hasta que se detuvo junto a un escaño, dejándose caer en él, vencida por el enervamiento de su carne estremecida. Tras ella quedaba un rosal con flores de suaves matices sonrosados y ante ese marco, su belleza se revelaba en toda su sorprendente magnitud.

—¡Volvernos a encontrar de nuevo! — susurró ella — Desde que recobré la vista..., he deseado volver a verte, lo he deseado ardientemente..., pero ahora, ¡tengo miedo!

—¿Miedo de qué?

—¿De nuestro..., crees que...

Guardaron silencio. Ninguno de los dos se atrevía a hablar. En ese momento se estremeció el rosal. Evidentemente otras personas se habían sentado al otro lado. No se veían, pero su conversación llegaba nítida a oídos de los dos jóvenes, inmóviles y silenciosos.

—¿Viste "La venganza de Norberto"? — interrogó una voz varonil, y otra voz de inflexiones suaves, voz de mujer joven, respondió:

—Sí. Es una obra conmovedora, hermosa, pero el final es desgarrador. No creo que el cadáver del Marqués de L'eglise fuera un obstáculo para la felicidad de esos seres predestinados a unirse en un amor puro y ardiente.

—¿Opinas así, Adrienne? Imaginate que yo sea Norberto, tú eres la marquesa de L'eglise. Obligo al suicidio a tu marido, para vengar a mi hermano..., y te conozco a ti. ¡Te amo! ¿Aceptarías ser mi esposa?

—Con toda mi alma. Sin vacilar. Un canalla ha desaparecido en justa venganza. Amo a Norberto y él me ama. El que fué mi marido, pagó con su vida otra vida que había destrozado y eliminado vilmente. ¿Por qué juzgar a Norberto? Fué una venganza, no un crimen. Y la vida es hermosa..., y Norberto y yo nos amamos y nuestro amor es noble, no mancillado y puede llevar la frente muy alta. Entonces, ¿por qué ese final desgarrador? ¿Por qué esa dolorosa renuncia a la vida y al amor?

Un corto silencio y después una risa de mujer y su voz armoniosa:

—Hemos tomado muy seriamente nuestros papeles.

—Tienes razón, afirmó él y rió también, pero su risa ocultaba una emoción. Después agregó: — ¡Adrienne..., ¡te amo! ¿quieres ser mi esposa?

—¡Sí, Patrice..., ¡digo!

—¡No!..., ¡no digas!..., quiero decir que digas..., ¡en fin!— ¡tú me comprendes! No soy Norberto, soy Patrice..., qué te ama.

—¡Patrice!

Un susurro imperceptible y después los pasos de la pareja que se alejaba. Después..., el silencio, pero no el silencio opresor de antes, sino un silencio suave, que causaba un efecto sedante en los espíritus conmovidos.

—Virginia, ¿crees que es justo el criterio de esa desconocida Adrienne?

—¡Norberto! — exclamó ella refugiándose en los brazos de él y apoyando su adorable cabecita en el hombro varonil—, El destino ha trazado nuestro camino..., ¡tan hermoso!, amado. Te amo, pero nunca había pensado en que algún día te encontraría. Soñaba contigo, te idealizaba en mis sueños y pensaba que si te encontraba, una ilusión se destrozaría en mi alma..., porque nunca me imaginé que serías, en realidad, como yo te amaba. Nunca me imaginé que se posesionaría de mí esta incertidumbre desgarrado-

(Continúa en la pág. 66)

La escoba y el plumero

consejos de Tía JACOBITA

EL PLANCHADO

No se crea que es cosa fácil el planchar debidamente una prenda, ya sea que esté recién lavada o que se la quiera librar de arrugas o que una vez desmanchada haya que repasarla. Cada caso requiere su método especial.

Empezaremos por el primero, si bien refiriéndonos tal sólo a esas menudas prendas que toda mujer hace lavar en casa, por demasiado preciosas para entregarlas a la aventura de la lavandería. O sea, medias, pañuelos, ropa interior de seda, manteleria con encajes, pañitos bordados, etc. Lo primero que se debe hacer es premunirse de un buen jabón blanco, para lo cual recomendamos especialmente e de Marsella, ya sea legitimo o el hecho en nuestro país — que está resultando espléndido. Se hace una buena lavaza en agua templada y se deja la prenda remojando un buen rato. Si se trata de medias, bastan diez minutos. Si de ropa de seda, media hora. Si de lencería en hilo, una hora. Los pañuelos deben ponerse en agua fría por media hora, luego se enjuagan y se echan en la lavaza por otra media hora. No se debe nunca mezclar ropas de distintos colores, ya que pueden desteñir los tintes. Esto es extensivo a las medias de diferentes tonos. Cuando se vea que cualquier prenda destiñe, se la pasa inmediatamente a un agua con sal de cocina, gruesa, que tiene la propiedad de hacer apretar los tintes.

Una vez remojada la prenda se enjuaga en agua templada, que se va enfriando hasta que quede completamente helada. La ropa no debe nunca refregarse, ya sea, ropa de seda, de hilo, medias, pañuelos o tejidos en general. Se apretuja y en las partes en que haya manchas, se pasa un cepillo de cerda mediana, habiendo antes extendido el género sobre una tabla. Es la única forma de que la ropa dure.

Una vez enjuagada se tiende previamente estirada, sobre todo los encajes. Los tejidos de lana deben ponerse sobre un paño y encima de una mesa, para que no se deformen. Las medias se estiran primero metiendo las manos adentro, hacia los lados, después se estiran a lo larga, se les marca la costura y se cuelgan de la parte superior mediante unos pinches.

Nunca se debe dejar que la ropa seque enteramente. Hay que plancharla húmeda. Hay muchas señoras que la dejan secar y después la rocian para plancharla, lo único que consiguen con este método es que la planchadura sea defectuosa, ya que sólo las partes humedecidas quedarán perfectamente lisas. Por lo tanto, una vez puesta a secar la ropa, *a la sombra y donde haya aire*, se prepara todo lo necesario para plancharla, cuidando de que la ropa esté como quien dice a punto, un tantito mojada, para proceder a plancharla.

Debe ponerse sobre la tabla una franela bastante gruesa y luego una tela de hilo, todo muy limpio. En seguida se coloca la prenda que vaya a plancharse, siempre por el revés, única manera de que bordados y encajes tomen el relieve debido. Las medias no se planchan. Las combinaciones y camisas que tengan pliegues se ponen una vez planchadas por el revés, la parte en que haya bordados o encajes, por el derecho sobre la tabla, sujetando con la ayuda de alfileres los pliegues, y repasando fuertemente con la plancha sobre una tela muy delgada y húmeda. Quedan preciosos y duran mucho.

Los pañuelos y servilletas y en general todas las prendas en que haya monogramas, deben doblarse en forma de que éstos queden a la vista. Eso sí que debe tenerse en cuenta de que cuantos menos pliegues y dobladuras se hace a la ropa, más bonita resultará después al estar extendida.

Pero como veo que esto de la plancha y sus secretos es cosa larga, dejo para una próxima crónica lo que sobre esta materia me queda aún por decir.

TIA JACOBITA

No es secreto... Puede usted contarlo

—Para que la ropa blanca guardada en armarios tenga siempre un olor agradable no hay nada mejor que la vieja receta de las abuelas, de poner entre ella saquitos llenos con flores de lavándula secas.

—Para que los jarros en que se hierve la leche no tengan mal olor, hay que lavarlos siempre con sapolio y agua fría. En los campos o en las casas de provincias en que hay todavía cocinas a leña, se limpian muy bien con lejía y agua fría. Nunca se emplee agua caliente para lavarlos. No hay tampoco que secarlos. Se dejan boca abajo para que escurran.

—Para que los escabeches queden exquisitos, — al tratarse de perdices, conejo, pato o gallina, — se cubre la olla en que se preparan con hojas de naranjo y después se pone la tapa. Es increíble el buen sabor que le proporcionan las hojas al recibir el vapor. Al echar el escabeche en el recipiente en que han de guardarse, las hojas se retiran.

—Para que los huevos no se revienten al prepararlos duros, se les hace un hoyito en una punta de la cáscara con la ayuda de un alfiler.

—Para que las medias no destiñan al lavarlas se echa en el agua un puñado de sal morena de cocina.

—Para hacer desaparecer las ratas de una bodega, basta con pillar una viva en una trampa, pintarla de negro y devolverla a su cueva. Las otras ratas huyen despavoridas ante este pequeño monstruo desconocido que pretende convivir con ellas, huyen en tal forma que abandonan por completo el sitio familiar.

—Para evitar la polilla en los armarios sin los inconvenientes de olor desagradable de la naftalina, basta poner trolas de quillay entre las ropas o colgando en pequeños saquitos de tarlatán.

Una deliciosa y fresca torta de piña.

Los dulces chilenos

Son exquisitos y sólo pueden compararse a las golosinas que prepara el oriente musulmán. Los alfajores, las cocadas, los camotillos, las pastas de almendra, de lúcuma, de descarozados; los cascos de naranja confitados; el manjar blanco con nuez o con almendra; la sustancia de Chillán, las tortas de Curicó, los merengues de la Ligua, los dulces de las monjas Claras, los ñoclos, los picarones, las sopaipillas, las empanaditas, son pequeñas exquisiteces que nosotros, tal vez porque siempre las hemos gustado largamente, no apreciamos. Pero al salir de Chile, cuando en una pastelería parisiense o londinense queremos regalalnos con alguna de esas golosinas, nos encontramos con que ni siquiera se conocen, y que lo que nos ofrecen para reemplazarlas, no tiene punto de comparación con ellas. Y, fuera de todos estos dulces — que son de repostero — hay otro lote de los de almíbar, ya sea de camote, de zamboa, de rosas, de papaya, de tomate, de melón, de alcayota, que también son casi enteramente nuestros en su forma de preparación.

Las viejas abuelas diligentes, las tías solteronas con olor a santidad, las "chinas" criadas en las casas de rancia prosapia colonial, fueron las guardadoras de esta tradición de regodeo y golosina. Aún ahora, pequeñas tiendas dedicadas a expender dulces, entregan en algunos rincones de la ciudad el saber de manos anónimas y prolijas. En provincias, "la niña de la casa" sigue preparándolos, a veces con antiguas recetas familiares y secretas. Y en algunas ciudades en que una especialidad se hizo célebre, la tradición se continua celosamente.

He aquí un haz de recetas halladas en una cómoda de caoba, en que hay olor a sándalo y a incienso.

LA HERMANITA HORMIGA.

La señora y la cocina

LOS RICOS ALFAJORES...

Alfajores de huevo.

Media onza de levadura se deshace con doce yemas sin batir, se le agrega una onza de grasa derretida tibia y la harina necesaria para formar una masa blanda que se trabaja mucho y se deja tapada en un sitio fresco hasta el dia siguiente.

Entonces se extiende con el rodillo hasta que quede tan fina que se transparente la tabla. Se van colocando los alfajores en una lata con papeles enmantequillados y se cuecen a horno regular.

Se rellenan con huevo mol.

Alfajores de miel.

Se baten veinticuatro yemas a las cuales se les agrega harina hasta formar una masa blanda con seis onzas de grasa derretida tibia. Una vez muy trabajada la mezcla, se extiende con el rodillo y se cortan los alfajores delgaditos y un poco grandes, picándolos con un tenedor. Se ponen en latas enmantequilladas y se cuecen a horno suave.

El relleno se hace con una libra de chancaca derretida, mezclada con media libra de galletas de agua molidas, nuez machacada y cáscara de naranja seca pasada por la máquina. Todo esto se pone en una cacerolita para que dé un hervor y tome cierto punto. Se retira entonces, se deja enfriar y luego se rellenan los alfajores.

Muy ricos.

Alfajores embetunados.

Libra y media de harina se trabaja con media libra de grasa quemada, media taza de salmuera tibia y una cucharadita de vinagre. Se hace una masa

Los scones para el té deben hacerse a la hora última para que lleguen caliente a la mesa.

Con ayuda de este molde es muy fácil recortar las cocadas.

muy trabajada y suave, que se extiende con el rodillo para formar hojas muy delgadas que se cortan y se clavan con un tenedor. Se colocan en latas enmantequilladas y se entran a horno regular.-

Se hace una crema con leche, azúcar, una cucharada de maicena y unas gotas de esencia de vainilla. Se prepara también un betún con clara batida como para merengue y almíbar de hebra.

Una vez todo listo y los alfajores cocidos y fríos, se rellenan con la crema, se embetunan cuidadosamente y se entran un rato al horno para que sequen.

Son muy sabrosos y baratos, ya que no llevan más huevo que el que se emplea en el betún.

LOS EXQUISITOS BUÑUELOS...

Buñuelos de zapallo.

Se cuece un pedazo de zapallo dulce y amarillo, dejando después que escurra. Cuando esté completamente seco se amasa con mantequilla, canela molida, cáscara de limón rallado, azúcar en poca cantidad, una cucharada de harina y dos yemas.

Bien unido todo, se fríen por cucharaditas en manteca muy caliente. Debe ser poca mantequilla, porque, si no, se deshacen. No quedan altos, es decir, no esponjan mucho; pero son muy ricos y sabrosos.

Se sirven espolvoreados con azúcar flor.

Buñuelos de las monjas Claras

Para cada tres huevos, tres onzas de harina y una taza de leche.

Se ponen en una cacerola una cucharada de grasa de vaca y otra de manteca de chancho. En cuanto estas dos cosas estén derretidas, se les agrega la leche, y al levantar ésta el hervor, se le va poquito a poco añadiendo la harina, evitando que se formen grumos. Una vez que espese se retira y al estar fría se

le echan los huevos, batiendo mucho la mezcla, ya que cuanto más se bate, más ricos resultan los buñuelos. Luego se fríen en grasa de riñonada, cuidando de que queden redonditos. Se sirven muy calientes, pasados en almíbar de hebra, al que se habrá echado un aromatizante, ya sea vainilla, limón o canela.

Buñuelos de viento.

Media libra de harina flor se deshace con agua fría hasta formar una especie de papilla, a la cual se le pone un poquito de sal. En una sartén se echa manteca, y al estar caliente se agrega el batido, moviéndolo todo el tiempo, para que no cuaje ni tome forma.

Al estar bien cocida esta papilla, se saca, y se coloca en el mortero, revolviéndolo con el mazo hasta que esté medio frío. Se le agregan entonces un huevo entero y la clara de otro. Se sigue removiendo. Se echa otro huevo entero y otra clara, prosiguiendo en esta forma hasta que se haya formado una pasta muy fina y unida. Generalmente son necesarios seis huevos enteros y seis claras más.

Se fríen en abundante aceite, tratando de que queden muy redondos y pegándoles todo el tiempo con un tenedor, para que aumenten, ya que éste es el secreto para que crezcan y resulten huecos.

LAS DELICIOSAS COCADAS...

Cocada de leche.

Se hace un almíbar algo flojo, al cual se le agrega un coco rallado, dejando que hierva hasta que esté sumamente espeso, entonces se le añade un litro de leche, previamente hervida y aromatizada con cáscara de naranja. Se deja que todo dé un hervor. Se baten hasta que espesen cuatro yemas de huevo, a las cuales se les agrega un poco de cocada que se habrá hecho previamente enfriar en un plato; esta mezcla se echa en la cacerola, poco a poco, dejando que siga hirviendo muy suavemente, a fuego lento, revolviéndola todo el tiempo, hasta que espese.

Se prepara un merengue que se coloca en la manga. La cocada se vierte en una compotera que resista el horno. Se decora con pequeños merengues del tamaño de una chaucha, que deben cubrirla por entero. Se ponen un instante al horno para que cuezan sin que lleguen a dorarse.

Cocada doble.

Se prepara un almíbar con una libra de azúcar, y al estar a medio punto se le añade el coco rallado, dejando que espese para extenderlo sobre un mármol o en una lata, formando una capa delgada, de dos centímetros a lo más, que se corta en redondelas o losanges, con la ayuda de un molde especial.

Los restos que vayan quedando al cortar la pasta, se ponen de nuevo en la cacerola, agregándoles cuatro yemas batidas. Una vez que hayan espesado se retiran y con esta cocada amarilla se rellenan las otras cocadas blancas, formando una especie de sandwiches que después se espolvorean con azúcar flor.

Los merengues se colocan en la lata para ponerlos al horno.

Una vez cocidos se les saca la parte interior, se rellenan con crema, se juntan las dos mitades y se colocan en los canastillos de papel encarrujados.

Los alfajores siempre serán bien recibidos, dada su exquisitez.

LOS NIÑOS DEBEN CORRER Y GRITAR

Hay algunas señoras que pretenden que los niños estén siempre en la casa sin moverse, sin jugar bulliciosamente, encerrados en una pieza, mirando "monos", haciendo las tareas, distrayéndose como si fueran personas mayores. Lo cual constituye un error y hace que al fin y a la postre, los niños aborrezcan la casa.

Si hay patio, terraza o un jardín o parque cercano, debe hacerse que los niños pasen en ellos el mayor tiempo posible. El aire puro y el sol son los mejores amigos del niño, sus mayores estimulantes. Los juegos, violentos en cierta forma, a que el niño se entrega, desarrollan sus músculos y los gritos y cantos son parte de su exuberante alegría de vivir. Todo esto debe ser respetado por las madres y no sólo respetado, sino que se debe tomar como una falta de salud, como un síntoma alarmante, que el niño no quiera correr, saltar, gritar.

Si la casa es pequeña y se vive en barrios que no tengan plazas o sitios de recreo a donde mandar al niño, hay que permitirle que pueda darse a su placer dentro de la casa, destinándole un rincón para ello, con sus juguetes, sus libros y todo lo que pueda serle agradable. Y si a veces la algazara que forman los chicos pasa de una cierta medida, hay que reprenderlos afectuosamente, pero sin prohibirles que jueguen.

¡Buen tono

El convivir con otros, ya sea familia o no, trae consigo un sin fin de disgustos y contrariedades, evitables únicamente cuando se trata de personas de esmerada e igual educación, que se atienen en un todo a las reglas establecidas. El hogar es el refugio donde deberíamos encontrar consuelo a las contrariedades que en la lucha por la vida tenemos a diario, pero, desgraciadamente, en algunos casos no ocurre así, sino que, por el contrario, en vez del consuelo encontramos más gotas para llenar la copa de nuestra amargura.

Si en un momento de discusión o acaloramiento se nos anunciase una visita, debemos excusarnos, porque si bien podemos sobreponernos a nuestro estado, como la cordialidad con las restantes personas que se ha reñido es ficticia, no ha de darse un cuarto al pregonero, como vulgarmente se dice, notándolo la visita, que nos tildará de mal educados encontrándose en un ambiente de desarmonía, enojoso por todos conceptos.

Se debe procurar que los criados no presencien estas discordias, por nuestro propio decoro y para evitar que al enterarse propaguen a las personas extrañas estas faltas de consideración mutua entre los individuos de la familia.

Una afabilidad constante en el hogar mitiga las penas de la lucha cotidiana y anima a seguir luchando con más ímpetu y entusiasmo, siendo el fruto de esta lucha beneficioso, moral y materialmente, para toda la familia. Todo lo contrario es el desquiciamiento de la casa y de los seres que se cobijan en ella. Dentro del hogar debe ser, al igual que en las demás relaciones, el inferior quien respete y acate las órdenes y conceptos del superior; esta es la base de sobrellevarse bien, evitando distanciamiento y choques que obrando de otra manera son inevitables.

El superior, sin perder en sus derechos, también pondrá de su parte cuanto sirva para armonizar, no llegando a abusar de sus derechos, con malos tratos hacia el resto de la familia.

También procederá a cortar afablemente cualquier cuestión enojosa, y si no es atendido, usando de su derecho de jefe de la familia, impondrá su autoridad.

La mujer es la encargada de formar esta paz del hogar y proponiéndoselo lo consigue, poniendo sentido común en sus actos y encauzando a los demás a seguirla en sus afectos y deferencias al jefe de familia, con su ejemplo y autoridad.

El respeto entre todas las personas que constituyen la familia es la base de la unificación de caracteres, y, por ende, de la tranquilidad y bienestar que requiere el hogar que nos sirve de descanso al cuerpo por nuestras labores y de alegría al alma, por el cariño que en él se encuentra en recompensa de los sinsabores de la lucha en el taller, en la industria, en el despacho, etc. La falta de respeto es inmoral, indigna e indecorosa para los padres y los hijos, quedando todos en el mismo plano de mala educación, cuando unos faltan al respeto y los otros lo consienten. La tolerancia es una cosa muy distinta a la pérdida de la autoridad; la primera se debe tener; la segunda se debe evitar, para no caer todos arrollados en el abismo de la mala educación. Si en sociedad nos comportamos bien con todo el mundo, debido a nuestra educación y tacto, en familia estamos más obligados a usar de buenos principios, ya que preside, o debe de presidir, en el hogar, un amor entre todos y no afabilidad y cortesía como en sociedad.

CULTIVE SU BELLEZA

Por Lucía

Otro valle de suspiros para muchas pobres criaturas.

Sin hablar de los tobillos abultados (infortunio convertido en "terrible" desde la moda de faldas cortas), hay ese monstruo que las medias cobijan y que se llama varices.

La ciencia moderna ha descubierto, según parece, inyecciones que hacen desaparecer esas cuerdas azules, intratables hasta ahora. Consultad a los especialistas.

En cuanto al grueso tobillo, procurad disminuirlo por el tratamiento de la goma. Pero, ¡ay!, se trata de una armadura interior y creo que no hay remedio para este mal.

La pierna femenina está casi siempre dotada de algún vicio de forma, mas esta consideración no ha impedido a las faldas que se usen siempre cortas. Por lo tanto, no compadezcamos demasiado a las interesadas. Si conocieran su miseria, no la expondrían con tanto agrado.

Sin embargo' para las refinadas que se afligieran por tener las piernas feas, he aquí un método de embellecimiento que no puede sino dar buenos resultados.

Una joven dama, que no podía soportar el arco formado por sus piernas, me lo ha enseñado. Ella lo aprendió a su vez de una bailarina; ya que dicho método no es más que uno de los estudios hechos al mismo tiempo que el de la barra por las futuras artistas.

En el primer movimiento, colocados los pies de perfil, extendidos horizontalmente los brazos, la pierna izquierda debe pasar por encima de la derecha, de modo que el talón del pie izquierdo toque el dedo grueso del pie derecho y el meñique del izquierdo, y el del pie izquierdo el talón del pie derecho.

Debe hacerse este primer movimiento con flexibilidad, doblando un poco las rodillas.

En el segundo movimiento, los brazos permanecen siempre horizontales, y los pies en la postura más arriba indicada; la pierna derecha debe pasar por encima de la izquierda, y la genuflexión de las dos piernas dibujará un rombo. El talón del pie derecho debe colocarse pegado al dedo grueso, y el dedo pequeño, al talón izquierdo, pues la genuflexión debe ser respetada.

En el tercer movimiento se trata de cerrar herméticamente el rombo.

Para conseguirlo, elevad los brazos verticalmente y sin brusquedad. Llegad a ejecutar este movimiento sin que los pies modifiquen la posición que recibieron en el segundo movimiento.

Este ejercicio en tres tiempos, muy fatigoso si se quiere que dé resultados, hace trabajar severamente a los músculos, y, poco a poco, si se repite diariamente, acaba por hacerles perder su forma defectuosa a las piernas.

La joven dama de que he hablado posee ahora las piernas más derechas que he visto, y lo debe a la perseverancia con que siguió el tratamiento soberano.

Precio de Venta en Santiago de los

POLVOS

DORINA

		M. R.
Caja "miniatura"...	$ m. c.	1
Caja "pequeña"...	»	2
Caja "grande"...	»	5
Caja "gigante"...	»	13

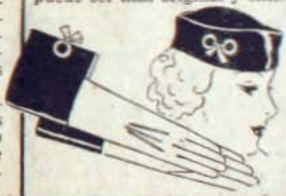
Un siglo y medio de buena reputación garantiza la calidad de los productos

"DORIN"

casa fundada en París el año 1780

UN DETALLE CHIC

Y en este caso no puede darse un detalle más fácil. Se trata de una toca azul marino y de unos guantes beige con vueltas azules. Pues bien, tanto unos como otros han sido adornados con unas argollas de color rojo laca, atadas por una simple lazada de cinta de lama de oro. Y el efecto no puede ser más original y chic.



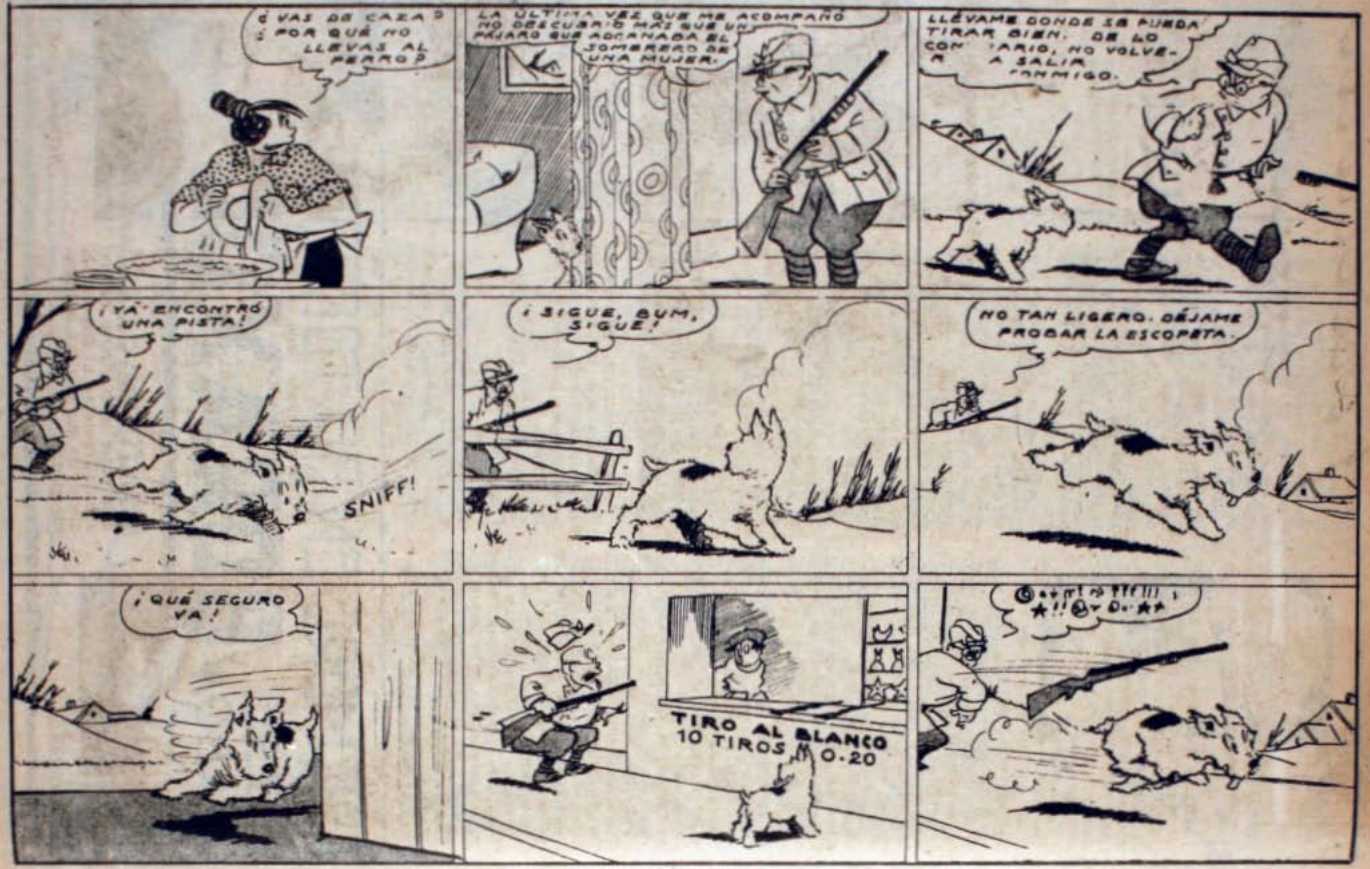
SIEMPRE EN SU TOCADOR

USE JABON BORAXOL

JABON BORAXOL ANTISEPTICO

LABORATORIO CHILE

Aventuras de Bonzo



Noticiario femenino

—**María Rosa González** ha hecho una exposición de sus fotografías de niños en los salones de "Los Amigos del Arte", en Buenos Aires. Nuestra compatriota ha sido elogiosamente comentada por los más grandes críticos de la ciudad del Plata y algunos diarios y revistas han destinado a reproducción de sus obras, páginas enteras de informaciones gráficas.

—Se anuncia en España la publicación de tres volúmenes de **Gabriela Mistral**, recopilación de la obra de sus últimos años, verso y ensayo, que ella entregara copiosamente a la prensa de los dos continentes.

—**Isabel Morel** se halla en jira por el sur del país dictando una serie de conferencias encaminadas a fomentar en el corazón de la mujer nuestra, el sentido de la paz, tan necesaria a los pueblos del mundo en la hora presente.

—**Elsa Martín** prepara un recital de danzas que forzosamente ha de resultar un gran éxito, dados sus antecedentes de fina intérprete de clásicos y modernos.

—**Rosita Renard**, de regreso de una gira provechosa en aplausos por Norte América y por Europa, se halla otra vez entre nosotros, habiendo así la expectativa gozosa de oírla en una fecha próxima.

—La directora de la revista "Margarita", **María Teresa Budge**, ha publicado recientemente una novela, "Hijos del alma", que está siendo bastante celebrada por la crítica.

—En las vitrinas de la casa Weil ha estado expuesta una cerámica de **Teresa León**, que representa en forma estilizada, moderna y hermosa, el viejo episodio de Caperucita y el Lobo.

—En la jira que por el sur del país realizara la Orquesta Sinfónica, actuó como solista al piano **Herminia Raccagni**, siendo fervorosamente ovacionada por su segura técnica y sus finas dotes interpretativas.

CAMERAMAN.

La distinguida periodista argentina, señorita Concepción Ríos, visita nuestra revista. En la foto aparece acompañada del Director de "Familia", de la señora Valentina Ruiz y de los señores Jorge Délano y Hugo Coello, redactores de la Empresa Editora Zig-Zag.

—**Marcela Paz** ha sido agraciada con el premio literario "Club Hípico", por su novela, "Soy colorina..." Este nuevo libro perfila más vigorosamente a la escritora irónista, finamente caricaturesca, llena de acotaciones al margen de los hechos, desentrañando sensaciones, clara y graciosa de forma, que ya se había aplaudido en su primera obra aparecida el año anteúltimo.

—**María Tupper** tiene en preparación una obra gráfica, realizada en dibujos, que glosa largamente nuestro campo sureño. El texto será de **Marta Brunet**.

—**Matilde Brandau** continúa en Valparaíso su bella obra de propaganda de Paz, realizando periódicamente conferencias de clara exposición de la hora que atraviesa el mundo y de encendido amor humanitario que no admite fronteras, ni disputas, ni discordias que prendan la horrible guerra.

Gabriela Mistral.

Herminia Raccagni.

LA VENGANZA DE NORBERTO

(Continuación de la pág. 57)

ra. Anoche le confié mi amor a mi madre..., porque, ¿sabes?... anoche te vi en La Comedie y presentí que eras tú..., desde entonces amo a un hombre, no a una ilusión idealizada. Mi madre opinaba como esa desconocida Adrienne, pero yo, aun dudaba, creyendo que su amor maternal había dictado esa respuesta, para suavizar mi dolor. Pero, ahora Adrienne... ¡Dios la bendiga!... ¡Te amo y no me avergüenzo de ello! Y estoy orgullosa de que tú me ames. ¡Norberto!...

TODO O NADA

(Continuación de la pág. 5)

—Usted sabe cómo me sentía yo en la vida. A propósito, dejé que Ud. pudiera dar una mirada a esa vida. Durante cinco años, hasta la muerte de mi esposa, lo tuve y lo di todo. Ahora no he dejado más que un poquito de cariño y eso no se lo ofreceré a ninguna mujer.

No había error en la interpretación de sus palabras. La dejaba a un lado, suave pero firmemente. Desilusionándola de falsas ideas, la obligaba a fijarse en sus relaciones.

Se enfriaba y acaloraba a intervalos. Hubiera querido arañarlo y herirlo como él la hería a ella; pero no había contestado. El orgullo había sellado sus labios. Se había quedado en silencio sentada al lado de Percy. Por suerte, el sombrero le cubría los ojos y no le permitía demostrar el dolor que ellos reflejaban.

Estaba la mañana ya muy avanzada cuando consiguió dormirse. Durante mucho rato había estado semi inconsciente, apretando su cuerpo joven entre las sábanas. Luego, como una ola negra que le subía desde los pies, inundándole su obscura cabellera, habían vuelto a su memoria las palabras pronunciadas por Percy la noche anterior.

Oh, como pudiera no despertar nunca a la triste realidad! ¡Cómo pudiera mantenerse para siempre en ese estado de inconsciencia en que no se sabe de los dolores de la vida!

Se bañó, se vistió, se arregló en forma mecánica, y se dirigió a almorzar a un restaurante al cual, por suerte, nunca había entrado con Percy. Pero la alegría que allí reinaba, le hizo sentir más profundamente su soledad. Y sintió deseos de irse lejos, lejos de aquellas risas de mujeres, lejos de las atormentadoras melodías de la orquesta.

Llamó al mozo y pagó su consumo. Al menos en su piso encontraría un poco de paz; pero tampoco allí la encontró.

Es el eterno femenino, le decía una voz interior. Deseas algo que no puedes obtener. ¡Es tu orgullo el herido, no tu corazón!

No, contestaba ella. Yo sé que lo amo y que él me sacrifica a la memoria de su esposa.

¡Su esposa, la esposa de Percy! Debes avergonzarte de ti misma, le reprochaba la voz interior; estás celosa de una mujer que no has visto nunca, de una mujer que sólo existe en la memoria.

Y Mary sentía vergüenza; rencor contra esa sombra que se interponía a su felicidad. Sabía que con él podía ser feliz, no con esa intensa felicidad del primer amor, sino con una felicidad tranquila, más sana y cómoda. Quería paz y tranquilidad. Deseaba sentirse libre de los atormentadores recuerdos del pasado.

Al tomar una caja de bombones que guardaba llena de pétalos de rosas, secos y mustios, recordó esos días de la guerra, en que había comenzado su romance con John. ¡Días terribles aquellos!

Ella deseaba casarse antes que él partiera hacia el continente; pero él no había querido.

—No puede ser, querida — le había dicho—. Yo te amo y sé que tú también me amas; pero no permitiré que corras el riesgo de quedar sola. Cuando regrese, nos casaremos.

Habían hecho largos paseos, colgada ella de un brazo uniformado, olvidados de todo y de todos.

A menudo él le preguntaba:

—¿Crees que te irás hoy día?

El sonreía con esa su risa floja de chiquillo.

—No lo sé querida, y no podría decírtelo, si lo supiera. Tenemos que tener mucho cuidado en estos tiempos. Hasta las paredes tienen oídos.

—¡Oh!, querido, te irás y ya nunca sabré de ti.

—Sí, sí sabrás de mí, corazoncito. Y te lo diré... con flores.

Esos pétalos muertos eran la muda evidencia de ese hecho.

—¡Oh! — se lamentaba Mary—. Por qué no había durado esa felicidad? ¿Dónde la habían perdido?

El sonido incesante del teléfono en su mesa de noche, la trajo a la realidad. Era la bien modulada voz de Percy, la que hablaba:

—Lo siento, Mary; pero no podré comer con Ud. esta noche. Uno de los empleados de la Compañía se va mañana, y es necesario que tengamos una conferencia antes que se vaya. La llamaré mañana como a las diez.

Ella contestó que estaba muy bien, que lo comprendía perfectamente, y cortó la comunicación con tranquilidad; pero, lejos del fono, sintió que la invadía la intranquilidad.

Faltaban horas para la comida y mucho más para la hora de dormir. Se sentía sola y no tenía a quién llamar. La constante compañía de Percy había roto el lazo con otros amigos.

Eran más o menos las tres de la tarde. En auto podía llegar a Ardsley en menos de una hora. La casa estaba desocupada y se veía tan olvidada y solitaria, que Mary se había sentido triste.

Telefoneó a un taxi. El cielo de abril se había mostrado ese día en toda la pureza de su azul; pero luego se había tornado obscuro y caía una lluvia calurosa. Se hundió en su asiento y, cerrando los ojos, recordó otro día de un abril ya pasado.

Sentía la risa de él, el hombro que presionaba el suyo, lo oía relatar, con su entusiasmo de colegial, las incidencias del día en la oficina...

La voz del chauffeur le cortó sus sueños.

—Estamos en Ardsley, ¿por dónde sigo, señora?

Se bajó allí y siguió por caminos familiares hasta la gran casa que fuera de su familia. Todo estaba ahí como ella lo había dejado; pero alguien había entrado hacía poco, pues el reloj de pared de su abuelo estaba andando. La chimenea estaba llena de leña, lista para ser prendida, y al lado del sillón grande, junto a una mesa, había un fumador con una bolsa de tabaco a medio llenar, y una cachimba.

¡La cachimba de John! Sonrió recordando.

En un gramófono estaba todavía un disco con la canción que había sido favorita de ambos. Mary hizo andar la máquina y se puso a pensar en los días pasados, con tanta intensidad que cuando terminó la música y levantó la cabeza, no se sorprendió de ver a John parado en la puerta.

Por un instante se dibujó en la cara de él esa sonrisa feliz que ella conocía tanto; pero luego pasó y fué reemplazada por una expresión dura. Estaba más envejecido. Las líneas al lado de la boca eran más profundas; había cansancio en su mirada.

—¿Y bien? — preguntó secamente.

Había un mundo de preguntas en esas palabras. Se veía que John estaba haciendo un esfuerzo por adaptarse a la situación.

—No sabía que vivieras aquí — contestó Mary.

—No vivo; pero vengo aquí cuando me canso del ajetreo de la ciudad. Aquí hay quietud... y paz.

Cruzó el aposento y fué a sentarse al sillón grande, al otro lado de la chimenea. El silencio, como una espada invisible, se interpuso entre ellos. John tomó su cachimba y la llenó de tabaco.

—Si te molesta el olor del tabaco, no fumaré.

Mary sonrió. Esa cachimba había sido siempre motivo de altercados.

—No, no me molestaría. Enciéndela.

Fumó tranquilamente y en silencio, mientras las sombras los envolvían.

—Esta lluvia lo ha enfriado todo — dijo—; el fuego nos calentará un poco.

Mary lo observaba mientras los leños de la chimenea comenzaban a despedir lenguas de fuego. Después, John se volvió a su asiento, echó la cabeza atrás, cruzó las piernas, y se quedó mirando a Mary a través de una cortina de humo. ¡Cuántas veces se había sentado en la misma forma frente a ella!

—¡Cuántos recuerdos hermosos me trae el vernos sentados junto a la lumbre! — dijo John después de un largo silencio, y luego agregó suavemente, como hablando consigo mismo: —Es algo de lo que no puedo desprenderme.

—Pero los recuerdos no ayudan mucho en la soledad.

—A mí me han ayudado.

—Tampoco creo que tú hayas conocido la verdadera soledad.

—¿Que no? — Un cáustico resentimiento agrió sus palabras—. Viviendo en departamentos para solteros, comiendo en los restaurantes. Conozco muy bien lo que es la soledad. No me parece que puedas tener más experiencia, en ese sentido, que yo.

—Bueno..., siempre hay un medio de evitar eso..., el matrimonio.

—¡Matrimonio! — La miró con curiosidad—. De mi parte no hay nada de eso; pero he oído que te vas a casar con ese joven Comber. ¿es verdad, entonces? — Su voz era segura; pero se advertía algo de dolor en sus palabras.

—No — dijo ella con franqueza—. El no puede darme todo su cariño, y yo no me conformo con un poco. Yo necesito todo, o nada. Es lo que he necesitado siempre. Es lo que necesita toda mujer.

—Jhon golpeó su cachimba en el cenicero y la dejó en el fumador antes de hablar.

—Lo tuviste una vez, y, aunque te cueste creerlo, todavía lo tienes...

—Pero, Helen... — Mary extrajo ese nombre de las sombras del pasado y lo dejó vibrando entre ellos. Helen, la que había destruído su hogar y que al fin no se había casado con él.

—Fué Helen la que me enseñó y me hizo ver lo que sentía por tí — dijo John, cariñosamente—. Y fué también ella la que me hizo comprender cuán ciego estaba yo para no ver que el divorcio puede ser fin de algo que nunca ha existido realmente, pero no puede romper los lazos de un verdadero amor.

Mary lo miró incrédula. ¿Podía ser posible que su cariño por ella fuera tan profundo?

—¿Entonces quiere decir que nuestro matrimonio fué realmente un matrimonio de amor? — Las palabras salían de su garganta casi cuchicheantes, roncas, trémulas.

—Sí — contestó John—; y siempre significará eso para mí. Ahora me he dado cuenta de que el matrimonio no es algo para hoy, o para mañana, sino que para siempre.

El impulso fué más grande que el control de sí misma. Mary medio se levantó de su asiento; pero John estaba hablando y había en sus ojos un brillo que ella no había visto desde mucho tiempo atrás, el brillo que sólo pueden comprender las mujeres que encuentran el cariño verdadero.

—No te puedo prometer que nunca tendrás algún dolor estando a mi lado. Sé que soy un hombre con quien es difícil vivir y no puedo cambiar mi modo de ser en un día; pero, si me das la oportunidad de hacer la prueba, te prometo que haré cuanto esté en mi mano para conseguirlo. Te quiero, Mary, y nunca podré querer a nadie como a ti.

Y repentinamente creyó en él. Toda la soledad, toda la desgracia, todo el dolor que habían afligido su vida desde que la dejara John, habían desaparecido en un momento. La vida continuaría, a veces feliz, a veces lo contrario; pero esta separación les había enseñado el valor del amor verdadero.

La lluvia de abril seguía golpeando las ventanas y corría en verdaderos arroyuelos por los caminos. El fuego de la chimenea daba extrañas coloraciones al aposento y ponía un tinte rojizo en los rostros, mientras el reloj del abuelo, con su monótono tic-tac dejaba pasar las horas en el silencio de la noche.

El olor familiar del tabaco de John impregnaba el aire. Mary pensaba en su enorme cariño. ¿Cómo era posible que hubiera creído que otro nombre pudiera reemplazar el suyo en sus pensamientos?

Se levantó y se arrojó en los brazos de su marido, con los ojos llenos de lágrimas, el corazón palpitante, como si quisiera arrancarse de su encierro.

—¿Siempre me querrás así, John?

No pudo contestar. La estrechó fuertemente en sus brazos, queriendo protegerla de un peligro imaginario. La emoción los embargaba a los dos. Y pasó mucho rato hasta que sus labios varoniles se entreabrieran temblando:

—¡Siempre...!

EL EXAMEN

(Continuación de la pág. 9)

---

son las dos de la tarde y tengo el tiempo preciso para arreglarme. Por amor de Dios, trata de estar alegre. No pido grandes carcajadas, ni que bailes el schotis español, pero te suplico que no trates de disimular con la mano los bostezos, como si no se te conocieran por los ojos llenos de lágrimas. Se amable con ese señor; no olvides su nombre: Luciano Brofas, B, como "banco"; R, como "raya"; O, como "oso"; F, como "foxtrot"; A, como "amazonas" y S, como "salto". Es bajo, moreno, muy elegante y muy inteligente.

—Brofas, repitió humildemente el señor Vessingaux. ¿Sobre qué podré hablarle, Dios mío? En fin, traquilízate. Yo veré modo de arreglármelas con él y tú quedarás contenta. ¿Es una presentación?

—Si lo deseas... pero no es una palabra que se emplea en estos casos.

A medianoche, el profesor vacilaba con una sonrisa de auxilio: Había deseado ir al buffet para tomar una taza de caldo, y le habían dado un vaso de café helado, deseó comer un sandwich de pavo, y se vió obligado a aceptar una especie de ensalada rusa muy desagradable, que comió sin pan, y regada con una crema delicuescente; se sentía mal del corazón; tenía sueño. Para evitar reproches a la llegada a su casa, trató de mezclarse en algunas conversaciones. Los asuntos tratados le eran tan extraños que, su sola presencia bastaba para terminar con las controversias más espirituales sobre las marcas de automóviles, la edad de las actrices célebres, y los beneficios realizados en los cabaret. Trató de interesarse en un nuevo paso de baile que ejecutaba una joven pareja; pero eso lo aturdió de tal modo que tuvo que apoyarse contra el marco de una ven-

tana, con el aire que toma un alumno sorprendido infraganti y que desea aparecer como inocente. Fué sacado de ahí por Isabel, más rosada, más rubia y más bonita que nunca. Le presentó a un joven con los cabellos teñidos.

—Padre, le dijo, después de haber ensayado una especie de paso de tango, le presento al señor Luciano Brofas.

—Encantado, respondió el señor Vessingaux. Este baile es verdaderamente un éxito...

—El maestro no me reconoce, y es muy natural, dijo el señor Brofas.

—¡Ah!, ¡Ah!, dijo interesado el señor Vessingaux. ¿Y dónde me ha visto, mi querido amigo?

—Usted ha sido mi examinador.

—Verdaderamente, nos encontramos en terreno conocido dijo Isabel sumamente inquieta.

Y para cambiar de conversación, agregó:

—Vamos pronto al buffet, me muero de sed.

Pero el señor Vessingaux, no la escuchaba. Miraba al señor Brofas con la curiosidad de un coleccionista ante una pieza rara. Por fin encontraba una persona con quien poder conversar de un asunto familiar para ambos. Estaba radiante. Este efebo le parecía simpático.

—¿Tiene buen recuerdo de mí?, le preguntó.

—Usted me reprobó, contestó sonriente el señor Brofas.

—¿Con qué pregunta?

—Los afluentes de la ribera derecha del Loira.

—Pero no es difícil eso.

—Papá, exclamó Isabel, ¿no crees tú que sería?...

El señor Vessingaux, sordo y ciego, continuó:

—¿Qué me contestó usted?

—Nada, me quedé callado, y usted me aconsejó que me fuera a sentar.

—Sin embargo, no es difícil. Veamos, lo voy a ayudar un poco. El Nievre.

—El Nievre...

Instantáneamente el reluciente Luciano Brofas tomó la cabeza embotada del cretino de colegio, interrogado por un profesor. Permaneció con los talones juntos, los brazos balanceantes, con la frente surcada de arrugas, como aquel que busca en su memoria un nombre que está seguro de no poder encontrar.

—El Maine, dictó el señor Vessingaux.

—Perfectamente, el Maine.

—Y el Edre...

—El Edre...

Ya el señor Vessingaux no se encontraba en tenida de etiqueta en un salón brillantemente iluminado, cerca de su hija inquieta, delante de un futuro yerno. Ya no sonreía. Sus ojos brillaban de cólera profesional, detrás de su monóculo ajustado.

—Y no me ha dicho los principales, t r o n ó, levantando los hombros.

Y continuó sin hacer caso de su hija, que le hacía gestos desesperados:

—¡Usted no sabe nada! ¡Vaya a sentarse!

EL NENE Y SU MAMADERA

(Continuación de la pág. 14)

es muy robusto, puede provocar fermentaciones y fuertes diarreas. Así, mientras más pequeña la guagua, más necesidad hay de procurarle el mejor azúcar posible, aunque sea temporalmente. El azúcar que mejor se absorbe es, sin duda alguna, el "dextrose", puesto que todo azúcar se convierte en "dextrose" antes de que nuestro organismo lo asimile. Por consiguiente, si la guagua requiere alimentación más delicada, en algún período difícil de su lactancia, o si pierde peso, se recomienda emplear el azúcar de dextrose.

El tercer problema de la alimentación es la gordura. Aún en la mejor leche de vaca la gordura o crema, está lejos de ser el ideal para las guaguas. Los glóbulos son demasiado grandes y toscos, y el contenido en vitaminas es muy bajo y poco estable. Al dejarse la leche para descremar suelen multiplicarse los microbios en ella. Además, es muy difícil esterilizar la crema.

Pero la guagua requiere bastante gordura, es decir, la misma cantidad que se encuentra en la leche humana. Al haberse diluído la leche de vaca, hemos diluído la cantidad de gordura que contenía, y tenemos que reponerla, para así lograr que se asemeja a la leche de la madre.

El aceite de bacalao, en algunas de sus formas, de preferencia en emulsiones, será lo que nosotros necesitamos para la gordura de la leche.

Otros elementos de la leche que no deben echarse al olvido, son las vitaminas; también hay algunos extractos muy importantes, de los cuales depende el gusto de la leche.

Se sabe que las vitaminas y los extractos de la leche humana dependen de la alimentación de la madre. Es natural que la madre, con su variedad de alimentación, puede procurar más vitaminas y extractos que la vaca con su dieta monótona.

Por esta razón, la guagua criada por su madre, no necesita nada extraordinario hasta la edad de los ocho meses, aunque es recomendable agregar algo en su alimentación a los seis meses, para precaverse de cualquier cosa. La guagua alimentada con mamadera necesita jugos de frutas desde el primer mes, y jugos de legumbres, etc., desde la edad de cinco meses.

Falta espacio para describir el modo de hacer la mamadera para la guagua; pero es de esperar que he dicho bastante sobre las necesidades del pequeño para ayudarlo en su alimentación.

Tengo que advertirles a las madres que no porque al principio se diluye la leche con agua, tengan que temer que el alimento sea demasiado débil para que sus nenes puedan desarrollarse bien.

HOMBRES CONTRA MUJERES EN EL TENNIS

(Continuación de la pág. 17)

Spence no jugó bien ese día. Hacía falta tras falta y trataba desesperadamente de mejorar su juego, pero estaba en lo que se llama un mal día.

Miss Ryan se decidió a salvar el partido, y cuando la pelota iba dirigida a Spence, ella se colocaba de un salto frente a él y lanzaba la pelota de un extremo a otro, ganando un punto. Se echó sobre sus hombros toda la responsabilidad del match. Y así lo comprendieron los miles de espectadores, quienes le tributaron una clamorosa ovación, porque ella, virtualmente sola, había ganado el partido y con ello su trigésimo título. El mismo Spence declaró cándidamente que Miss Ryan había ganado el match por sí misma.

He oído a algunos de los mejores players que ellos prefieren jugar dobles con Miss Ryan más que con los mismos hombres.

Las opiniones de los críticos son muy diversas, sobre si es mejor para una mujer practicar contra un hombre o contra una mujer para perfeccionar su juego.

Los argumentos en contra son éstos: una mujer no juega con la misma tenacidad que pone el hombre en el juego, por lo tanto, es innecesario practicar con él y es más lógico que ella juegue contra la rapidez de un shot, que coloca en competencia con otra mujer, que llegar a acostumbrarse a los violentos shots de un hombre.

Los argumentos favorables puedo representarlos por mi propia opinión. Son estos: la razón por la cual el tennis femenino ha llegado a ser últimamente más fuerte y rápido es porque las jugadoras han practicado continuamente contra hombres.

De ellos han aprendido la importancia de la rapidez y el secreto de adquirirla. Han aprendido a no lanzar demasiado alta la pelota antes de golpearla y han adoptado los modos del hombre al hacer los shots.

Ellas están forzadas, al practicar contra hombres, de hacer mejores "passing shots", que los que serían necesarios contra una mujer y sus "lobs" mucho mejores todavía, tanto que se encuentran mucho más seguras al hacerlos jugando con oponentes femeninos.

Un recio match de tres sets es tan agobiador para una mujer como lo es uno de cinco sets para un hombre. El ochenta por ciento del poder de un jugador de tennis depende de la estrategia, de la posición en la cancha, y del conocimiento general del juego. Estas cosas pueden desarrollarse tanto dentro del plano del hombre como de la mujer. Pero si algunos creen que Dorothy Round le dará un game a Fred Perry, están muy equivocados. Si jugamos con él al mismo tiempo, le molestaríamos tanto como él me molestó a mí, la primera vez que me encontré con él en el All-England-Club.

REFLEXIONES COLOR DEL TIEMPO

(Continuación de la pág. 8)

tales. Ni ellos se atreven a proponer una cosa así, ni menos nosotras.

Si un muchacho acompaña a una muchacha y no define su actitud inmediatamente, la familia de ella empieza a poner la cara larga porque "la está haciendo perder tiempo"... El cuento es casarse. Después..., bueno: después, ya sabemos lo que ese **después** suele resultar. Una serie de conflictos, de desavenencias, separaciones a granel y anulaciones a diario. Cuando no, cosas peores.

Estos muchachos con los libros debajo del brazo, dándole vueltas a su derecho romano en la cabeza, con la voz destemplada y ojos de susto cuando se nos acercan, tienen tanto mundo, tanto mundo como nosotras, justamente... Y de ahí que todas andemos embelesadas con ese otro hombre maduro, interesante, que nos haría un apoyo y una dirección en la vida por su experiencia adquirida, ya fuera en plan de amigo o de marido.

Entonces aquí, en las sombras de mi estudio, no habría un puñado de muchachas como ahora, confesando, merced a las sombras propicias a confidencias, que "prefieren los casados".

BARBARA.

ESPOSA VERSUS SECRETARIA

(Continuación de la pág. 12)

le preguntó por Helen, tomando juntas el té, ella le contestó:

—Estaba muy bien cuando telefoneé la última vez. Van dice que va a trabajar hoy.

—O eres una supermujer, o eres una gran tonta — declaró Joan.

—¡Joan!

—¡Oh, yo sé, yo conozco estas cosas! ¿Crees o no en Van?

—Por supuesto que creo y confío en él — dijo Linda, indignada.

Esa noche, después de comida, le preguntó a su marido:

—¿Cuándo vamos a La Habana?

Sanford, hundido en sus diarios, dijo:

—¡Oh, creo que la próxima semana!

—¡Pero Jake, no me has avisado! Tengo que hacer algunos preparativos y comprar vestidos.

—¿Qué? ¡Tú! — Dobló los diarios y le abrazó flojamente la cintura, pues ella había venido a sentarse en el brazo de su asiento. —No me refería a ti. Yo, voy a ir.

—Pero, Jake. Me dijiste que después de Año Nuevo íbamos a hacer un viaje.

—Sí, lo dije; pero no ahora, sino más tarde. Tal vez en febrero. Este viaje va a ser de negocios. No estaré tres días. Voy a volar. Después que yo vuelva, iremos juntos en un vapor.

—¿Por qué no puedo ir contigo?

—Porque no te voy a ver nunca. Estoy tratando de hacer unos negocios espectaculares en materia de publicidad. Los dueños de hotel van a tener una conferencia en La Habana. Tengo que hablar con ellos. Tengo que conseguirme los hoteles de La Habana para mis revistas.

—Yo creía que tenías un jefe de publicidad.

—Lo tengo. Y va a ir conmigo armado de toda clase de asuntos para convencer. Tengo pocos deseos de ir. Ese negocio de "La Semana de Manhattan" se está poniendo feo. No me gustan las cláusulas que han puesto ellos. Los voy a despedir cuando regrese, sin firmar los contratos. Con la muerte de ese viejo Farlowe, que era el principal accionista, debían haberse simplificado las cosas; pero, yo no sé qué pasa.

—No tengo la menor idea de lo que me estás hablando — dijo Linda—. No me habías hablado de ese asunto de Manhattan, excepto que esperabas comprarla, y después que no lo creías. Jake,

Para la hora del té

CIRUELAS RELLENAS

Se hace un almíbar de hebra, que al estar a punto, se saca, batiendo muy ligero la mitad con una cucharadita de vainilla molida. La otra mitad se bate en igual forma con una cucharada grande de pasta de almendras. Ambos batidos hay que hacerlos entre dos personas, simultáneamente, sin que el almíbar se enfríe, continuando en el batido hasta que empiece a solidificarse.

Se toman ciruelas secas de la mejor calidad que haya en mercado, se abren a lo largo por un lado, se les saca el hueso y se rellenan con un poco de cada una de las pastas preparadas, cerrándolas en forma que dejen ver una lista del relleno.

NOCLOS

Una libra de azúcar, diez yemas de huevo, una copita de coñac, y tres onzas y media de mantequilla son necesarias para hacer estos dulces, especies de galletas, que tanto gustaban a nuestras abuelas. Las yemas se baten largamente con el azúcar — que debe ser flor—se le agrega la mantequilla, el coñac y la harina suficiente para formar una pasta blanda y muy fina. Se hacen entonces los noclos, como bollitos altos y redondos, que se ponen en latas enmantequilladas y se cuecen a horno regular.

¿no puedo ir contigo a La Habana?

—No, querida, no puedes. Nuestro viaje lo haremos después, y te prometo que va a ser bueno.

El día que se iba, advirtió a Helen:

—Tenga cuidado con todo, y hágame saber lo que suceda. Si sabe algo del negocio de Manhattan...

—Muy bien, V. S.

Linda lo vió ya listo para partir en el avión a Miami, y le dijo:

—Me encanta volar cuando voy sola o contigo. Pero odio los vuelos cuando tú vas solo.

—No temas. Te telefonearé, querida.

—Por favor, no te olvides. Voy a estar en casa. Y desde La Habana también, a las siete, a las seis.

—A las siete mejor. Y pon un reloj al lado del teléfono. Cuesta quince dólares tres minutos. Pero podré decirte muchas veces te amo en tres minutos.

Linda se hizo a un lado, pues era el momento de partir, y la máquina se elevó perdiéndose en el horizonte.

Sanford llegaría a Miami por la noche, y saldría para La Habana en el avión de la mañana siguiente.

Linda volvió a la ciudad y fué a un bridge de caridad. Una mujer que la conocía, le dijo:

—Supe por los diarios que su esposo se fué en avión a La Habana; va su secretaria con él.

Eva Merrit, que estaba sentada en la misma mesa, le dió una mirada, y más tarde, saliendo juntas, le dijo Linda:

—Por Dios. ¡Cómo odio a las mujeres!

—Te comprendo — contestó Eva—. Me imagino cómo te sentirás. Vamos a tomar unos cocktails.

—Vamos, Van no telefoneará hasta las nueve y media, porque no llegará a Miami antes de las ocho y media.

Helen, trabajando en la oficina ese día, y consciente del vacío de la oficina, se asombró de ver entrar a Mr. Howard de las Fábricas Unidas de Papel, que llegaba muy alegre. La miró como gato que se ha engullido toda una pajarera.

—Creí que Van... — comenzó diciendo.

—Mr. Sanford salió esta mañana para La Habana, Mr. Howard — contestó Helen.

—Oh, bueno, él lo sentirá. Tenía que darle algunas noticias de mucho interés para él. He estado conversando con algunos de los señores de "La Revista de Manhattan".

—¿Si? ¿Puedo yo hacer algo?

—Bueno... Hay una sola cosa que puede hacer Ud., Nena — dijo el gordo —, y es tener una comida conmigo. Estoy viudo temporalmente, y...

Helen se quedó un momento pensativa, y luego dijo:

—Muy bien, Mr. Howard. Muy amable. ¿Dónde nos encontramos?

Howard la miró asombrado. No esperaba esta felicidad. Se pusieron de acuerdo sobre la hora, y salió balanceando su bastón y echando de paso una mirada a Mary Conners, que había escuchado la conversación.

—¡Helen Walsh! — dijo Mary asustada.

—Ya sé. No es mi costumbre; pero el caballero ese tiene algo guardado que hay que saber.

Lo tenía. Comieron en un buen restaurante. Había bastante licor, y Howard se tomó gran parte de él. Se puso amoroso. Helen lo contuvo suavemente, pero sin dejar de ser amable y atenta con él.

—Malo que Sanford esté fuera de la ciudad — dijo el gordo—. Creí que podía hacer un arreglo con él. Tengo algunas informaciones que a él le convendría conocer, y yo...

Eso era todo. Si conseguía un contrato con Sanford para suministrarle papel, él compartiría las noticias.

—Lo haría — dijo —, porque, porque... Ud. me gusta... Ud. podría tener una palabra cariñosa para este pobre viejo...

Bailaron y Howard siguió bebiendo y, entre trago y trago, Helen le fué sacando lo que deseaba. Cuando se retiraron lo convenció que la dejara en un taxi, y se dirigió al hotel más cercano, e hizo un llamado telefónico a Miami.

Sanford estaba durmiendo. La campanilla sonó junto a él, y se acercó al aparato.

—Habla Helen. Tengo algunas informaciones que darle V. S. Es muy importante. Tengo que explicárselo personalmente, no puedo hacerlo por teléfono. Voy a tomar un avión mañana en la noche, haré la combinación en Miami con la Pan American y estaré en La Habana a las diez y media de la mañana siguiente.

—Muy bien — dijo Sanford.

Al día siguiente hizo lo necesario en la oficina, dijo a Mary que iba a juntarse con Mr. Sanford por asuntos comerciales muy importantes y sacó los pasajes. Luego fué a su casa, y a las 5.40 salía de Newara.

A las cinco y media del día siguiente llegaba a Miami, y a las ocho salía nuevamente en viaje. A las diez quince estaba en el hotel Baltimore de La Habana, donde Sanford le había reservado habitaciones.

Sanford la esperaba allí.

—Bueno, ¿qué hay? — le preguntó cuando ya estuvo instalada. Le explicó Helen todo lo que sabía y que le había contado Howard. Este lo sabía, a su vez, porque tenía amigos entre la gente del Manhattan y le habían prometido los contratos de papel. Tenía mucha influencia con ellos — y esto Sanford no lo sabía — y era dueño de muchas acciones de la empresa que montenía con el nombre de su esposa. Había tratado de vender estas noticias a Sanford a cambio de un contrato por papel.

También había estado tratando de persuadir a los de Manhattan que firmaran contrato con Sanford en vez de hacerlo con Cummings, que era la otra parte interesada. También tenía Helen las cifras que figuraban en los contratos en cuestión.

—¿Cómo diablos se consiguió eso? — preguntó Sanford, admirado.

—Con una comida, una sonrisa brillante y bastante licor para beber. Me debe un par de zapatos de baile. Parece que el gordo nunca tuvo un profesor de baile.

—Le compraré una docena de pares. Haremos los cálculos necesarios. Creo que ha llegado el momento de presionar. Pero no puedo arreglar eso desde aquí. Usted tendrá que ayudarme mucho. Llámeme a Garrod por teléfono.

Garrod era el abogado de la firma.

Sanford entraba y salía del cuarto todo el día. Habló por teléfono con Garrod. Redactó un contrato. Habló con una docena de personas que tenían influencia. Y volvió a tratar sobre sus asuntos de publicidad. Trabajaron todo el día; trabajaron como burros. El daba órdenes y ella las ejecutaba. Helen mandó a buscar a la estenógrafa del hotel y pidió una máquina de escribir. A las diez y media, habiendo tomado por todo almuerzo una ensalada y una taza de té, le preguntó a Sanford:

—¿Cuándo vamos a comer?

—Por Dios — dijo Sanford—, soy un bruto—. La tomó por los hombros y la hizo pararse de su silla. —¡Vaya a su cuarto, a bañarse y cambiarse ropa!

—¡Pero, no traje vestidos de ninguna clase!

—Bueno, báñese de todas maneras. Iremos a comer y después a bailar un rato. Hay bastante que hacer: pero no vamos a trabajar hasta mañana.

Comieron juntos, vieron bailar la rumba y hasta ensayaron de bailarla ellos. A las diez y media dijo Sanford:

—¡Por Dios! Me olvidé de llamar a Linda. Lo haré cuando volvamos.

Pero cuando regresaron al hotel era ya muy tarde. Cansados de la pesada labor del día,

se despidieron y se fueron a dormir. Mañana en la mañana, penso Sanford, voy a poner un telegrama y llamare por teléfono en la noche.

Telegrafió: "Trabajo ayer abrumador, telefoneare hoy noche. Portate bien y recuerda que te quiero. — Jake", y se volvió a trabajar. Tenia que entrevistarse con algunos señores, ver a otros, llamar por teléfono a su oficina, llamar a Garrod, a los dirigentes de "La Revista de Manhattan". Después de terminar estas labores, regresó al hotel y dijo a Helen:

—Muy bien. Creo que hemos ganado. Van a esperar que yo termine de arreglar los contratos. Hoy arreglo los asuntos de aqui y nos vamos mañana.

Tuvo trabajando a Helen todo el dia, sin cesar. Por la tarde dijo:

—Vamos a celebrarlo; salgamos a pasear a las afueras de la ciudad.

Y una vez más se olvidó de llamar a su esposa.

Como Helen no tenia traje especial, salieron de compras y adquirieron todo lo que necesitaba para presentarse bien. Por la noche salieron a comer y bailaron en el sitio más alegre de La Habana. Después fueron a un teatro y volvieron a bailar. Mientras bailaban, Sanford se separó un poco de su compañera y le dijo:

—Debo haber tomado algunos tragos de más; pero estoy loco por usted.

—No echemos a perder las cosas — contestó Helen.

Cuando se retiraban tuvieron que pasar a buscar la bolsa de mano de Helen, que se habia quedado en la toilette y una vez allí Sanford la abrazó y la besó. Y Helen no se resistió.

Después de un momento, levantó la cabeza y le dijo:

—Esto tenia que suceder. Debe ser por culpa de La Habana, o por la magnifica noche que hemos pasado. Seria fácil pedirle que no se fuera a su cuarto esta noche, Helen.

—Seria fácil el quedarse — contestó Helen algo pálida—; pero no lo haré.

—No, por cierto, no lo hará. Yo la necesito esta noche, y tal vez también Ud. sienta los mismos deseos. Mañana seria diferente. Usted se iria a su cuarto como una buena muchacha. Yo me quedaria despierto y me sentiria menos noble. Pero... ¿qué podemos hacer?

—Nada más. Hay entre nosotros una excelente amistad. No la echemos a perder.

—No. No lo haremos...

Sonó el timbre del teléfono, y mecánicamente se acercó Helen a contestar.

—¡Aló! ¿Jake? ¿Quién habla? — preguntó la voz asustada de Linda.

—Helen Walsh, señora Sanford — contestó Helen—; Mr. Sanford viene en seguida—. Y le entregó el teléfono a Van.

—¡Aló, Linda! — La voz de Linda era dura y clara. Y preguntó inmediatamente:

—¿Qué hace Helen Walsh en La Habana contigo? ¿Y qué hace a las dos de la mañana en tu cuarto?

La puerta se cerró suavemente, y Sanford quedó solo en su habitación.

—¡No grites, Linda! — dijo Van.

Conocia tan bien a su esposa, que podia verla en ese momento, aunque nunca la habia visto en una situación igual.

—No te estoy gritando, Van. —Contéstame lo que te pregunto. ¿Qué hace Helen a esta hora de la madrugada en tu cuarto? Supongo que me concederás el derecho de averiguarlo...

—No llegues a conclusiones prematuras, por favor. Habia algo importante que no podia comunicarme por teléfono, y Helen se vino ayer en avión a decirmelo personalmente. Hemos trabajado en forma muy dura estos dos dias, y en la noche hemos ido a bailar un rato y a tratar de olvidar el trabajo. Estaba aquí porque habia olvidado su cartera...

—¿Y no podia esperar hasta la mañana?

—¡Linda, te ruego que seas razonable!

—¡Razonable! — dijo Linda, y cortó la comunicación.

Sanford colgó el teléfono y encendió un cigarrillo. Después de un momento pidió comunicación con Nueva York; pero le fué imposible comunicarse con su esposa. Esta, al oir el llamado, habia descolgado el fono.

La mañana lo encontró parado en la ventana, mirando hacia afuera. No habia dormido en toda la noche. Llamó por teléfono al cuarto de Helen y le pidió que viniera a trabajar después de tomar desayuno, y que averiguara la salida de avión para Miami; en caso de no haber ninguno, que contratara uno especial.

Cuando bajó Helen, le informó que habia contratado un avión y que llegarian a Miami a tiempo para tomar el que salia para Nueva York, donde llegarian a la mañana siguiente.

—Muy bien, Helen. Tenga la bondad de escribir las notas que he dejado allí. Yo tengo que salir. Si no regreso a tiempo, pida el almuerzo para usted.

Se paseó un momento por la habitación; se paró ante la ventana y luego, volviendo la cara, dijo:

LA OLLA ENCANTADA

Material. — Para este juego se adquieren varias ollas de greda, (hay que tener en cuenta que se romperán varias de ellas), de ésas que pueden conseguirse a precios muy bajos en los mercados, y las que se llenan de harina, tierra de color, y algunas monedas y golosinas. Además, se necesitan un pañuelo, una cuerda y un palo largo.

Se usa la olla suspendida de una cuerda horizontal.

Al que le toca golpearla, **se le venda la vista** y se le sitúa a cierta distancia de ella. Antes que comience a jugar, se le desorienta, dándole unas cuántas vueltas de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, y se le deja para que camine al lugar donde cree que está la olla. Pero como para él es muy difícil, si no imposible llegar a dicho lugar, el muy astuto se ha buscado un "gancho" o amigo para que con sus gritos lo guie hasta el lugar donde se encuentra la olla. Demás está decir que tiene que distinguir la voz de su amigo entre las demás, que tratarán de desorientarlo. Una vez llegado al sitio donde está la olla, la busca con el palo, y una **vez que la toque**, le descarga un garrotazo que la haga mil pedazos, entrando a disfrutar de las golosinas y monedas, y recibiendo, si no ha quitado el cuerpo, una lluvia de harina o tierra de color que lo deja tan desfigurado, que los espectadores rompen en aplausos, gritos y risas, particularmente en el momento en que da el garrotazo y recibe el contenido de la olla.

Para repetir el juego, se suspende otra olla.

Si el apaleador no puede orientarse, se le reemplaza en el acto, como asimismo si llega al cordel y apalea a diestro y siniestro. Este juego educa el oido, porque en medio de la **griteria de la muchedumbre**, el vendado tiene que prestar especial atención a la voz de su "gancho".

—Nos hemos metido en un lío, Helen.

—Así creo yo también. Parece que Ud. no durmió mucho anoche.

—No.

Yo tampoco. Pero todo ha sido perfectamente inocente. Tal vez pueda Ud. explicárselo a su esposa.

—Inocente..., sí, técnicamente...; pero las intenciones...

(Continuará).

LA SERPIENTE AMARILLA

(Continuación de la pág. 17)

El encargado del ascensor le estaba esperando, impaciente.

—Vamos ya, señorita— dijo. Y a Juana le pareció que era una voz de mando. Le siguió hasta el final del corredor, donde el chino abrió una puerta en que se leía un letrerito: PRIVADO.

Una mecanógrafa, amarilla, se levantó de su silla.

—¿Usted ser la señorita Bray? — preguntó con el natural esfuerzo de quien no está práctico en el idioma que habla.

Juana asintió y la mecanógrafa abrió una segunda puerta.

—Usted entrar — le dijo en el mismo tono de mando que había observado Juana en el hombre del ascensor.

La primera impresión de la joven fué que se había metido, por equivocación, en el escenario de un teatro de revistas. El lujo soberbio de mármoles y satén, de cristales tallados y mullidas alfombras; la evidente riqueza, amazacotada, de los dorados muebles y la tapicería de seda la dejaron absorta, casi muda.

El alto techo estaba cruzado por vigas escarlata, en las que aparecían complicados relieves de caracteres chinos en oro. La rica variedad de colores, casi le cegó. El único detalle de verdadero gusto era una ventana de cristales policromados, que estaba frente a ella. Bajo esta ventana, había una mesa tallada, al parecer, en sólido ébano y sentado, tras ella Fing-Su que se levantó al verla entrar y fué hasta Juana, con amanerados andares, para saludarla.

—Dentro de un instante vendrá su tío, mi querida señorita Bray— anunció—. Tenga usted la bondad de sentarse.

Y empujó hacia ella, un mueble que no era tan grande como un diván, pero algo mayor que un sillón corriente.

—Parezco la Reina de Sabá en su visita a Salomón— dijo tranquilizada por lo atractivo del espectáculo.

Fing-Su se inclinó. Indudablemente, tomó su frase como un cumplido.

—En verdad, es usted más bella que la Reina de Saba y más digna, todavía, de Salomón, hijo de David. Tuviera yo las riquezas de Sennakerib, Rey de Ashkelon, y daría a usted los botines de Azur y Bethdacon.

Juana quedó sorprendida al escuchar su extravagante discurso.

—Pero... ¿El señor Narth ha de venir? — preguntó.

Fing-Su la miró y se mordió, pensativo, su fino labio inferior.

—No. No ha de venir — respondió—. La verdad, señorita Bray, es que a él le pareció conveniente que tuviésemos una entrevista para hablar sobre nuestro amigo Lynne. Si usted recuerda, la última vez que nos vimos, sucedió una situación violenta que no fuí yo quien la buscó. El señor Lynne tiene hacia mí un sentimiento poco afectuoso, debido principalmente a mi raza... y no digo ,mi "desafortunada raza", porque no la considero inferior a la de ustedes. Somos seres humanos, también. Hemos estado a un nivel intelectual más alto que el de ustedes, durante miles de años. El señor Lynne no tiene motivos para aborrecernos. Mi venerado padre — e hizo una genuflexión casi imperceptible—, trabajó mucho para crear la fortuna del Sindicato Yun-Nan y, realmente, si no hubiera sido por su ayuda, no se hubiesen conseguido las concesiones ni se hubieran trabajado, jamás.

Juana no estaba dispuesta a escuchar la historia de la concesión Yun-Nan y sus comienzos. Más bien empezaba a sentir miedo y se levantó de su enorme silla.

—Conozco al señor Lynne muy superficialmente para discutirle... — empezó a decir.

—Y, ¡sin embargo, va usted a casarse con él!

El color que tiñó sus mejillas, era más de indignación que de confusión.

—Ese es asunto que sólo a mí me concierne, señor Fing — advirtió con una sonrisa.

—¿Fing? ¿Fing-Su? .. Bien. Prefiero ese nombre. Eso de St. Clay resulta un poco fastidioso y estúpido.

Se dirigía a ella, como ensimismado.

—Es usted una muchacha lista. En su cara se refleja la inteligencia. Es usted sensitiva a todas las impresiones: tiene, en fin, todas las cualidades que yo deseo en una *satélite*... y yo tengo muchos satélites blancos y amarillos...

—No llego a comprenderle — dijo Juana.

—Permítame que se lo exponga con más claridad. Tengo una razón para desear la amistad... o por lo menos evitar el antagonismo de Clifford Lynne. Usted está en posición de ayudarme muchísimo. ¿Tiene usted algunos conocimientos de Bolsa, señorita Bray?

—¿De Bolsa? — preguntó ella, con sorpresa.— No. Sé muy poco.

—Por lo menos sabrá que existe una Compañía llamada Concesiones del Yun-Nan.

Juana asintió.

—Sí. Ayer por la mañana, me contó el señor Narth que las acciones se cotizaban a dos y tres cuartos.

—Las acciones ordinarias — corrigió Fing-Su atentamente— Jamás habrá usted visto las acciones de los fundadores, en el mercado.

Ella sonrió.

—Aunque las viese no creo que las conociera — dijo con franqueza.— La Bolsa es un misterio para mí.

—Sin embargo, hay cuarenta y nueve acciones de fundadores — añadió el chino, hablando lentamente—. ¡Yo quiero comprar una!

—¿Una? — repitió Juana, mirándole, atónita.

—Sí. Una, tan solo. No se cotizan en mercado. En un principio sólo valía una libra esterlina. ¡Hoy..., por una acción sola, estoy dispuesto a pagar un millón!

La joven movió la cabeza, desorientada.

—Temo no poder ayudarle..., a menos — y este pensamiento se le ocurrió, de pronto — que pueda usted comprar una al señor Narth.

Fing-Su se echó a reir.

—Mi estimada señorita, Joe Bray no ha dejado acciones de fundador para el señor Narth. Sólo le ha dejado acciones ordinarias. De la única persona que se puede adquirir una acción, es de su novio Clifford Lynne. ¡Consígala Ud. y le daré, por ella, un millón de libras esterlinas! Así no tendrá por qué casarse con un hombre que le ha sido impuesto por los estúpidos parientes. ¡Un millón de libras! Fíjese bien, señorita Bray.. Una fortuna inmensa, que la hará tan libre como el aire e independiente de Nárth y de Lynne... Piense el asunto con calma. No quiero que decida usted ahora mismo. Pero recuerde que, al hacer lo que le digo, satisfará la voluntad de mi más querido amigo y protector, ya muerto.

Se dirigió hacia la puerta y haciendo una inclinación ante la joven, la abrió. Evidentemente, la entrevista había terminado.

—¿Lo pensará usted bien? ¿Será tan amable que considerará como asunto confidencial todo lo que le he dicho en esta habitación?... No olvide que el

día en que usted me entregue esa acción, le daré un cheque de un millón de libras, sobre el Banco de Inglaterra. Y no le haré ninguna pregunta...

Los ojos serenos de Juana, encontraron los de él.

—No. No tendrá, usted, nada que preguntarme — respondió con calma,— porque nunca... nunca... le traeré esa acción. Si vale para usted un millón de libras, también lo valdrá, seguramente, para el señor Lynne.

Fing-Su sonrió, inescrutable.

—El cheque estará preparado para usted. Esto puede tener una gran significación en su vida, señorita Bray — insistió.

Juana se apresuró en llegar a la oficina de Narth.

El automóvil corría velozmente. Cada metro que se alejaba de Fing-Su, aumentaba más y más su indignación...

CAPITULO XV

Era evidente que el señor Esteban Narth se encontraba algo violento.

—Espero que no te habrás molestado, Juana — dijo al enfrentarse con la indignada muchacha.— Lo que ocurre es que estoy obligado, hasta cierto punto, con ese hombre; y se mostró tan insistente en su deseo de verte, que no tuve más remedio que arreglar la entrevista. ¡Sólo el cielo sabrá por qué quiere comprar una acción de fundador de la Compañía!... ¡No valen ni un penique!

Juana quedó sorprendida por esta revelación.

—¿No valen ni un penique?... — empezó a preguntar.

—¡Ni un solo penique! — ratificó Narth— Bueno..., quizás sea esto un poco exagerado... Obtienen un dividendo del dos y medio por ciento que representa un valor de unos ocho chelines por acción. Nunca se han cotizado en mercado ni se contizarán jamás. Creo que el viejo Joe tampoco tenía muchas; pero ahora lo sabré cierto...

Hizo sonar el timbre y el paciente Perkins entró en su despacho.

—Tráigame los artículos de la Asociación de Corporaciones de las Concesiones del Yun-Nan — le ordenó.

Al poco rato volvió el dependiente con un grueso volumen encuadernado en azul, que depositó sobre la mesa. El señor Narth abrió sus hojas polvorientas y se detuvo en la primera página, con una exclamación.

—¡Cosa más extraña!... ¡No sabía yo que Lynne era uno de los directores!..., — murmuró.

—Supongo que será una especie de síndico — y siguió pasando hoja tras hoja.

Transcurrieron cinco minutos en los que sólo se oyó el roce de las hojas. Después, algo pareció asombrar de nuevo a Esteban Narth.

—¡Demonios!... ¡Está esto bueno!... exclamó—. Escucha, Juana: "Las normas de la Compañía y la dirección en el empleo de sus reservas, serán determinadas por una Junta Administradora, nombrada por votación; y sólo los poseedores de las mencionadas acciones de fundadores tendrán voto para decidir. A pesar de lo que se desprende de estos artículos y que pueda ser interpretado con un sentido diferente, la Junta de Directores la formarán los síndicos de tal mayoría"...

Levantó la vista, asombrado.

—Esto significa que los accionistas ordinarios, no tienen voz ni voto en la dirección de la Compañía — dijo. — y que..., de las cuarenta y nueve acciones en circulación Fing-Su tiene, solamente veinticuatro... ¡ejem!

Miró a la muchacha con ojos agrandados por la sorpresa.

—Hoy me han dicho que la Compañía del Yun-Nan tiene una reserva de ¡ocho millones! — añadió,— producto del carbón y del oro... y dinero que les fué enviado después de la revolución rusa...

Se expresaba en forma incoherente.

—... y la mayoría están en poder de Clifford Lynne... — dijo lentamente.

Por primera vez empezó a comprender la fiera lucha que iba en aumento, por conseguir la supremacía en la administración de aquella gran reserva.

Se llevó la mano a los labios temblorosos.

—¡Oh, Dios mío!... Quisiera no estar mezclado en todo esto... —balbuceó roncamente. Y parte de su miedo se apoderó de la joven.

Cuando camino de Sunningdale, el coche del señor Narth adelantó a un taxi de aspecto ordinario. Juana pudo ver, por casualidad, a su ocupante. Era Clifford Lynne, que le hizo señas para que mandase parar al coche. Bajó del taxi, se dirigió al otro automóvil y, sin pedir permiso, abrió la portezuela y se sentó al lado de Juana.

—Seguiré con usted hasta el final de mi calle — dijo,— pues la verdad es que mi taxi resulta de lo más incómodo, cargado como va de tantos comestibles. ¡Voy a tomar posesión de mis nuevos dominios!

Mientras así hablaba, la estaba mirando fijamente.

(Continuará).

UNA CARTERA HECHA POR LA NIÑITA

La niñita se queja mucho de que no tiene una linda cartera y hoy la mamá ha encontrado por ahí, en un rincón del closet, un pedazo de gamuza roja, restos de un sombrero que hace años ella tuviera. Tanto mamá como la niñita son muy prolijas y entre ambas han confeccionado la cartera que ven ustedes aquí, de simple hechura y forma de última moda, cerrada por un clip de metal. Y la niñita está feliz por su prenda nueva y bonita.

PARA REMOZAR UN TRAJE MUY USADO

A veces nos cansamos de un traje que ya hemos llevado mucho. El pobre tiene un aire lamentable, de vejez sin remedio y nosotras terminamos por sentirnos completamente desgraciadas dentro de él. Hagan ustedes la prueba de ponerle un cuellito claro y verán cómo una especie de primavera florece en él. Pierde inmediatamente su aspecto derrotado y con un agrado nuevo nos miramos al espejo, creyendo que se trata de un vestido nuevo. Y todo es obra de un pequeño cuello de piqué, de espumilla, hecho con una sobra a lo mejor, pero que lo transforma por completo y lo pone en armonía de simpatía con nosotras.

Momentos memorables

En plena juventud, fuerte y vigorosa, por la cruel elección del destino, soy una condenada a la obscuridad eterna.

Padezco una afección a la vista, la que, día a día, sigue su curso ascendente. El diagnóstico ha sido fatal. Los medicamentos sólo me pueden prolongar algo más, la hermosa facultad de ver. La que ahora únicamente, con la ansiedad que su próxima pérdida me produce, he podido apreciar en su verdadero valor.

El día que conocí la horrible verdad, del sombrío futuro que me espera, ha quedado grabado en mí con caracteres indelebles. Y, ¿cómo olvidar ese momento que me hace vivir en continua angustia?

OCSIA TRAAM

Soy una chiquilla romántica, y aunque en este siglo de realismo y positivismo, romántico es sinónimo de ridículo, yo nunca cambiaré mi ideas y gustos. Uno de éstos es la lectura, pero no de autores rusos que, en vez de elevar el espíritu lo rebajan ante una misma, sino de novelas de buenos autores románticos. A esto debo los más agradables ratos... y hasta el momento más memorable de mi vida. Fué hace pocos años atrás, cuando mi mamacita puso en mis manos la primera novela que me fué permitida leer: "María", de J. Isaacs.

Jamás olvidaré las impresiones que dejaron en mí aquellas horas, horas sublimes, en que mi corazón dejó la inocencia de la infancia para albergar los más puros ideales de la juventud.

CHIQUILLA ROMANTICA.

Contaba yo 19 años de edad y ya tenía dos hijos: una niñita de dos años y un chico de seis meses. Por motivos políticos, que no es del caso detallar, llegó a asaltar nuestro hogar una turba de facinerosos en busca de mi marido, que no estaba en la ciudad.

Al avisarme, llena de pánico, la sirvienta, lo que ocurría, mi instinto de madre me hizo sacar de la cuna a mi pequeñito y con él en los brazos y con la chica, que apenas andaba, aferrada a mis polleras, salí a la puerta a ver qué ocurría.

No sé qué les hablaría a aquellos hombres, increpándoles su cobarde proceder, pero es el caso que mis palabras y, tal vez, el hecho de ver a una madre defendiendo lo más sagrado que uno tiene, su hogar, los hizo retroceder y se retiraron, en silencio unos, amenazantes los otros, pero sin atreverse a poner un pie en la casa.

Este es el momento que tengo más grabado en mi mente.

PORTEÑA.

Mosaico femenino

Por Rebe

Para lo que voy a contar más adelante, es preciso que haga una aclaración previa: soy una feminista, una leal y sincera defensora de mis hermanas, las mujeres.

Pero, aunque las conozco y las defiendo, no puedo, lo confieso sin ambages, creer ciertas cosas.

He leído, no recuerdo dónde, que en un pueblecillo de Alemania hay instituído un premio anual destinado a la que durante el año sobresalga más por su fealdad.

En Chicago, un comerciante harto hábil, por cierto, para llamar la atención hacia sus nuevos productos de tocador, anunció que daría cien dólares a la mujer, menor de treinta años, que se considerase la más fea y reclamara, personalmente, la donación.

Y, ¡horror!, se presentaron novecientas candidatas, convictas y confesas a optar el premio.

Yo, que creía conocerlas como a mí misma; yo que juraba y perjuraba que no había en la humanidad entera una mujer, la mitad de una, capaz de aceptar su fealdad, debo ahora golpearme el pecho y repetir aquello de:

"¡Mea culpa, mea gravísima culpa!"

Estaba equivocada; siendo mujer no conocía tampoco a las mujeres.

Pero — nos queda un consuelo — los culpables de tales absurdos no son más que los eternos, los únicos y temibles enemigos de la fémina: los hombres y el dinero.

¿Creen ustedes que sin la tentadora oferta del vil metal se habría presentado a tal concurso una mujer siquiera?

¡Y a quién sino al hombre podía ocurrírsele armar tales trampas a las ingenuas e incautas mujeres!

Es por eso que no me cansaré de proclamar — urbi et orbi — que es preciso huir de ellos. Y si no se puede, perseguirlos.

Engañar a las pobrecitas, sugestionarlas a fuerza de billetes para hacerlas creer, involuntariamente, que son feas. ¡No hay derecho!

Es un atentado criminal. Más aún, ¡una infamia de marca mayor!...

1— Sencillo abrigo de viaje, de lana cuadriculada, originales bolsillos y graciosa disposición de botones.

2— Abrigo de viaje o para lluvia, que puede llevarse con una sencilla blusa y falda de lana. El material usado para su confección es gabardina o lana gruesa.

3— Para la mañana este sentador conjunto compuesto de falda en gruesa lana de tono obscuro unido y abrigo trescuartos en lana escocesa. El abrigo es de corte suelto, al cuello lleva un abrigador echarpe.

4— Trajecito dos piezas con capa en fina lana cuadriculada. La sencilla chaquetita cerrada adelante lleva en los hombros una capa semilarga, cerrada adelante por tres botones.

BIBLIOTECA NACIONAL
SALA LECTURA

M. R. En propiedad.

EL SEMANARIO QUE PUEDE ENTRAR A TODOS LOS HOGARES

Un Cutis hermoso

Un cutis hermoso se consigue
con el uso permanente del

Jabón
FLORES DE PRAVIA

Familia

El semanario que puede entrar a todos los hogares

Editado en Santiago para toda la República

En venta todos los miércoles

N.o 9 - 24 de julio de 1935

Ni contigo ni sin ti...

Esa parecía ser en otros tiempos la divisa del amor. No puedo vivir contigo, porque me haces pasar horas intolerables de pesadumbre a fuer de celos, de incomprensiones, de faltas de tacto, de banalidad, de renovadas disputas. Y no puedo vivir sin ti, dificilmente porque te quiero, y tu presencia me es absolutamente imprescindible. Y ahí va la pareja, con la cadena del amor a cuestas, lamentable y absurda.

Un concepto del amor erróneo era el punto de partida. El amor *absoluto*. El amor para *siempre*. ¿Falta de educación sentimental? ¿Reminiscencias de coloniaje y romanticismo combinados? Largo y minucioso de averiguar el por qué, pero el resultado era la mujer víctima contrapuesta al hombre verdugo.

Amor hecho de palabras y de actitudes, dimanadas éstas de aquéllas, impuestas en la mayoría de los casos por una especie de clisé de lo que el amor debía ser. El hombre manda; la mujer obedece. El hombre en la calle: la mujer en la casa. La ley del embudo, en buenas cuentas. Lo ancho para el hombre: lo estrecho para la mujer. Y la vida para los dos se hacía imposible. Porque si el hombre mandaba y la mujer obedecía, era formándose en ésta un residuo de rencores que al fin rezumaban en lo agridulce y por fin en lo abiertamente agrio y desapacible. Y si la mujer se estaba en casa, era haciéndole sentir al hombre la enormidad de su sacrificio en las escenas interminables. Y si el señor se echaba por el camino ancho, la señora por el estrecho iba dando lastimeros quejidos. Y no podían vivir el uno sin el otro, y no podían vivir separados.

Hasta que un concepto nuevo del amor nació para bien de la pareja humana. Tú tienes tu personalidad, y yo la mía. Respeto tus aficiones, pero exijo el propio respeto para las mías. Si somos afines, tanto mejor. Si nos diferenciamos, una discreta tolerancia hará el equilibrio. Hemos de hacer agradable el trazo de vida que hemos de realizar unidos. Nos unen una serie de sutiles amarras que tal vez nadie percibe y que en gracia de eso son tanto más fuertes, más seguras. Tenemos igualdad de derechos, lo que vale decir: igualdad de responsabilidades. Nos conocemos a fondo a través de una clara verdad. Ni yo te obligo ni tú me impones. Ser tolerante, ser oportuno, ser comprensivo. El amor no es eterno — si lo fuera por milagro, tanto mejor — y está sujeto a ondulaciones, curvas de un gráfico que a veces se deshace en el desamor. Hay que cultivarlo, siempre, pero a radiosa luz meridiana. Si a pesar de todo, muere, hay que saber enterrar su recuerdo dignamente y hacer un culto de lo que fué.

Y entonces la pareja humana será lo que debe ser en el amor, limpio de prejuicios, de gazmoñerías, mujer y hombre unidos a base de sentimiento y de inteligencia, en el hogar amable, diciendo la canción sin palabras de la dicha frágil y preciosa, lograda en la verdad.

ISABEL DE SANTILLANA.

SUMARIO:

Un amor en la jungla.
La familia March.
El ahogado.
Esposa versus secretaria.
La serpiente amarilla.

Reflexiones color del tiempo.
Para saber y contar.
La cruel madrastra.
Yugoeslavia, tierra de contrastes.
Los derechos del niño.
Vida y confesiones de Gabriela Mistral.
De la pantalla.
Sus favoritos.
Uno en tres mil.
Buen tono.
Cultive su belleza.

Ensembles. Conjuntos sencillos.
Los trajes elegantes.
Modelos sencillos.
Tendencias de la moda.
Modelos de París.
Conjuntos para la mañana.
Para las dueñas de casa.
Elegancia y sencillez.
La ropa del bebé.
Ropa interior.
Pull-over blanco.

Lectora:

En la sección EL HOGAR Y LA MODA

de la revista **PARA TODOS**

Cine — Radio — Lectura

encontrará usted las últimas novedades en toda clase de labores.

APARECE LOS LUNES **PRECIO: $ 120**

Un AMOR en la JUNGLA

(Escrito especialmente para FAMILIA)

Por KETMIS

CAIA la tarde y allá en el horizonte, el sol, ese terrible sol africano era un enorme ojo inyectado en sangre, que encendía la atmósfera con sus miradas coléricas. Una invencible modorra adormecía la selva.

De pronto, entre la exuberante vegetación, abriéndose paso con dificultad, apareció una esbelta figura. Era una joven bellísima, con los cabellos castaños graciosamente recogidos en la nuca y el cutis, seda morena, sudoroso por el castigo implacable de los latigazos de fuego del astro enfurecido. Se dejo caer extenuada sobre un tronco derribado. Vestía una túnica blanca, sujeta a la cintura por un cordón rojo. Una capa, también blanca, se deslizaba por la suave curva de sus hombros, envolviendo entre sus pliegues, el cuerpo esbelto y juvenil. La muchacha permanecía inmóvil, con los hermosos ojos fijos en el suelo. De improviso, la belleza azul de esos ojos se obscureció en una intensa tonalidad de terror. Quiso gritar, pero el miedo sujetó ese grito al temblor de sus labios. Sus manos pálidas oprimieron desesperadamente el crucifijo que descansaba sobre su pecho, estremecido ahora por su respiración jadeante. Avanzando hacia ella, mirándola con sus ojillos hipnóticos, una serpiente se acercaba con su movimiento ondulante. La lengüeta ahorquillada apuntaba hacia ella su roja amenaza... El veneno deslizándose por sus venas, mordiendo su carne, tronchando su vida... Se estremeció. Quería huir, alejarse de la mortífera amenaza de esos ojillos y de esa lengüeta enrojecida en bárbara sed. Pero no pudo. Su cerebro ordenaba con imperiosa desesperación..., pero sus músculos, su carne cobarde, no obedecía, porque el terror se había prendido a ella.

De pronto, una alabarda silbando su velocidad, atravesó el aire y fué a clavarse en el suelo, atravesando la cabeza achatada. Durante algunos minutos el cuerpo de la víbora se estremeció en curvas vertiginosas. Después quedó inmóvil, con la cabeza triangular clavada al suelo.

La niña alzó los ojos. Vió a pocos pasos de ella a un joven indígena y quedó sorprendida. El desconocido era de elevada estatura. Bajo la piel morena de su cuerpo semi-desnudo, se adivinaban músculos vigorosos; sus cabellos eran negrísimos y rizados. Su único atavío era una piel de antílope sujeta a la cintura. ¿Qué hacía aquel joven en la selva? Porque evidentemente no era africano..., hindú, quizás, pero no africano.

Pero ella no tuvo tiempo de formular ninguna interrogación, porque la voz varonil llegó a sus oídos, fría y casi agresiva:

—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí?

Afortunadamente, ella comprendía aquel dialecto, lo había aprendido en Abomey, la capital de una comarca de la Guinea Septentrional, y respondió:

—Me llamo Virginia y pertenezco al cuerpo de misioneras de Dahomey. Salí esta mañana muy temprano y me he perdido.

Una risa sarcástica brotó de los labios del desconocido que dijo:

—La misma historia.

La voz impregnada de ironía del altivo indígena, sublevó a Virginia que irguiéndose indignada dijo:

—¿Dudas de mis palabras? ¿Crees que miento?

—¿Acaso puedo confiar en tí? — repuso él, friamente. — Han transcurrido cinco lunas desde que unos «misioneros» abandonaron mi pueblo. Eran dos hombres vestidos con hábitos obscuros y una mujer, así como tú, enteramente vestida de blanco; y nosotros, ingenuos, más que ingenuos, estúpidos, ni siquiera sospechamos que bajo la blancura inmaculada de ese hábito se ocultaba la perversidad de una mujer ambiciosa. Como tú, dijeron que se habían extraviado y vivieron junto a nosotros durante algún tiempo. Nos revelaron su doctrina y nos dieron a conocer su Dios... — Se rió y su risa estaba impregnada de amarga ironía. — El Dios que inspiró sus actos... Sucedió de noche. Nuestro sueño apacible fué interrumpido por los gritos desesperados del guardián de nuestro templo de piedra. Nos levantamos sobresaltados. Los extranjeros se habían apoderado del oro, de las piedras que lanzan brillantes destellos y del marfil de nuestros dioses. Ellos tenían armas que escupían fuego...; además la sorpresa... ¡en fin! Huyeron llevándose el oro, las piedras, el marfil..., dejando en nuestro pueblo, hombres heridos, hombres muertos y la amarga convicción de nuestra estupidez.

Calló la voz varonil de inflexiones despectivas y Virginia sintió deseos de llorar. Se sentía humillada. Comprendía que unos infames aventureros, ocultando su perfidia bajo un hábito sagrado, habían despojado al pueblo que les brindó generosa hospitalidad. Brutalmente, le habían arrebatado ese oro, esas piedras preciosas, ese marfil, que les proporcionaría dinero, lujo, viajes, amor y toda esa alegría ficticia de los placeres comprados, después que la ambición ha clavado su dentellada feroz en otras pobres vidas tributarias. Y no reflexionaron en la fe que desgarraban, en el valor místico que ese oro, esas piedras y ese marfil representaban para los indígenas.

Virginia no se atrevía a alzar la cabeza y fijaba obstinadamente sus ojos en la víbora muerta. La fría voz varonil interrumpió su meditación:

—Pronto caerá la noche. No puedes quedarte aquí. De noche la selva despierta. Ven conmigo.

Ella lo miró asombrada.

—¿Crees que tu pueblo me recibirá después..., después de...

—Mi pueblo no puede negar su hospitalidad a una persona extraviada. ¿De dónde vienes?

—De Apschupa.

—Para cumplir tu misión ¿has viajado mucho?

—Sí. Hace pocos días estuve en el lago Denham donde bautizaron a muchos indígenas que recibieron en su alma la revelación de la verdad.

El pareció no oír sus últimas palabras. Sus ojos negrísimos se perdían en una mirada abstracta. Después miró a la niña a los ojos. Parecía indeciso. Parecía que deseara preguntar algo; pero su altivez clavaba esa pregunta a sus labios, impidiendo que su voz la expresara. Bruscamente se decidió:

—¿Conoces un país que se llama Francia? ¿Existe? ¿Es hermoso, muy hermoso?

La sorpresa se refugió en los ojos de ella. ¿Cómo sabía aquel indígena que existía un país un hermosísimo país, que se llamaba Francia?

—Sí, lo conozco. Es mi patria: Francia es bellísima.

—¿Mucho más que Africa? Cuando..., cuando murió mi madre, me alejé de aquí: solo sin más compañía que mi cuchillo. Viajé mucho. Conozco las bellezas más admirables de

(Continúa en la pág. 66)

A Moisés le extrañó la actitud tan hospitalaria de su mujer para con un desconocido cualquiera.

LA FAMILIA MARCH

Por
J. P. MARQUAND

MOISES March y su mujer instalaron su negocio en la época de la depresión más grande que azotaba a América.

Esta historia es siempre recordada por los March de la actual generación, dado que Moisés March fué el fundador de la fortuna de la familia. No está demás decir, que dicha fortuna fué adquirida por ambición de su mujer y no de él.

Fué a comienzos de 1879, cuando Polly March insistía ante su marido, para que se viera con el señor Nataniel Todd para algo que en realidad no era un buen negocio. Moisés había logrado salvar su dinero de muchas situaciones difíciles y hasta había logrado hacerlo aumentar, hecho que había llenado de proyectos la mente de Polly.

Una mañana, estaba Moisés en su tienda, refocilándose junto a un buen fuego y sentíase tan cómodo y tranquilo que no deseaba salir a ninguna parte.

—Me parece que hay mucho barro, — le dijo a su mujer, esperando ver en ella una actitud consecuente.

—No te importe eso, — le dijo Polly, — me parece que ya has oído al reloj que dió las ocho. Justamente a esta hora, él debe estar ya en pie, para dirigirse a su despacho. ¿No sabes de ese dicho, que dice: "lo que nunca se habla, nunca se hace"?

—No me gusta molestar, Polly, — contestó perezosamente.— Además, me estoy dando cuenta, que te estás poniendo muy levantisca. Esto último, lo dijo sin rencor alguno, porque Moisés March, quería a su mujer.

—Bien, ¿qué estás esperando Moisés? — le dijo su mujer.

Moisés March, le tenía cariño a su tienda y no aspiraba a más de lo que tenía. Se consideraba satisfecho al ver su negocio repleto de mercaderías. Cuando ella le hizo esa pregunta, el la miró esperando ver en ella un cambio de actitud, pero se equivocó.

—¿Te refieres a la remolacha? — preguntó. Sí, si voy a ir.

—Ya tienes la remolacha, — dijo su mujer, — ahora nos hace falta lo otro. —Dime, ¿no he sido siempre una buena mujer para ti? ¿No es esta, también, la primera cosa que te pido?

—Si es cierto — dijo Moisés rascándose la cabeza, — pero el hecho es que, me da vergüenza ir a hablar con el señor Todd sobre este asunto.

Por un momento Polly siguió cosiendo.

—Me parece, — dijo la mujer — que el señor Todd, tiene tantas preocupaciones como nosotros y como cualquier otro ciudadano. ¿No es acaso este un país libre y democrático?

—Creo que sí, — contestó Moisés, — pero él no es igual a nosotros, Polly. Estoy seguro, que tú no te atreverías a ir a tomar el té con la señora de Todd. El es una gran persona y pudo haber sido hasta duque si los acontecimientos hubieran marchado en otra forma.

Polly esta vez se levantó y dijo enojada: —de nada te sirve hablar de esa manera. Tú tienes remolacha y él no tiene remolacha, y él desea tenerla, dado que ya nadie, hoy en día, tiene este producto. Toma y anda a verlo de cualquier manera, — le dijo pasándole el sombrero.

Moisés se encaminó lentamente por el camino de la iglesia y después por una angosta calle de barro y agua. El sol empezaba a despejar el cielo, y el vapor subía de los techos de las casas, todavía húmedos con la última lluvia. Al aproximarse a la casa del señor Todd, Moisés apuró el paso.

La casa del gran señor estaba cerca del río y estaba rodeada de prados y jardines. Para los ojos de Moisés era un verdadero palacio. Amplias ventanas y una dorada cúpula en el tope le sugerían esa idea. Vecina a la residencia de Todd, había otra magnífica mansión que había pertenecido al extinto capitán Halcomb, militar que se había arruinado en los años posteriores a la guerra. La casa de Halcomb, como se la llamaba por todos, poseía también jardines propios, pero sus ventanas estaban siempre herméticamente cerradas. Moisés se detuvo un momento a observarla.

El señor Todd no se dignó levantarse cuando Moisés entró a su despacho.

—Bien, March. ¿De qué se trata?

Siempre que Moisés oía la protectora voz del señor Todd, se ponía nervioso y perdía el dominio de sí mismo. Tragó saliva, y en seguida respondió: Creo, señor Todd, que he venido por el asunto de la remolacha.

Pero antes de preocuparse en seguir conversando, el señor Todd, sorbió un poco de rapé, naturalmente sin ofrecerle ni un poco a su visita.

—¡Ah! — dijo. —¿Y cómo sabía Ud. que yo necesitaba remolacha?

Moisés se rascó la cabeza. Las cosas se saben, señor, — dijo. Claro que muchas veces los comentarios pueden ser ciertos o infundados.

—No vamos a discutir eso, March, — dijo el otro.

—Muy bien, entonces, — dijo Moisés, — yo he venido a comerciar con mi remolacha. Se que Ud. la necesita y yo se la puedo vender.

—Pues bien. ¿Cuál es su oferta?

—La remolacha está subiendo mucho de precio, señor Todd, — dijo Moisés.

Por lo tanto, creo que es una gran cosa que yo tenga todavía este producto. Pido 11 mil dólares y si no fuera que ambos vivimos en el mismo pueblo, mi precio sería mayor.

Hasta ese momento el señor Todd había permanecido cómodamente reclinado en su silla, pero a la mención de la oferta de Moisés, se irguió rápidamente poniéndosele la cara más roja que nunca.

—¡Qué necedad está diciendo Ud.! — exclamó. — ¡Me está pidiendo el doble del último precio!

—Pero los tiempos ya son otros, señor Todd, — replicó Moisés, — además, yo también pagué bastante caro.

—Mire March, esto es lo que vamos a hacer. Le doy dos mil dólares en efectivo y quince mil en garantías, es decir en valores constitucionales pagadero en un año más. Esa es mi última proposición, March.

—No me conviene, — dijo el tendero. — Yo también pagué un subido precio y es legítimo que tenga también una ganancia.

—Bueno. Dos mil dólares en efectivo y veinte mil en valores, esa es mi última palabra, March —dijo el señor Todd.

Tan repentina y subida alza en la oferta hizo inquietarse a Moisés. Estaba seguro que el señor Todd sabía que esos valores constitucionales no iban a valer mucho a corto plazo. Pero, en esto, se acordó del otro

(Continúa en la pág. 71)

EL AHOGADO

Por GUY DE MAUPASSANT

NO había nadie en Fecamp que no conociese la historia de la tía Patín. No había sido feliz con su esposo, la pobre tía Patín, porque la pegaba de un modo lastimoso.

Era patrón de una barca de pesca y se había casado con ella porque era bonita aunque pobre.

Patín, buen marinero, pero brutal, iba a la taberna del tío Aubán, donde bebía ordinariamente cuatro o cinco copas, ocho o diez cuando había abundado la pesca, y a veces más aun, cuando así le placía.

Las copas las servía la hija del tío Aubán, una morena graciosa que atraía parroquianos por su lindo palmito solamente, pues nunca la había mordido la maledicencia.

Patín, cuando entraba en la taberna, la miraba con gusto y la requebraba con cortesía, a fuer de buen muchacho. Cuando había bebido la primera copa ya le parecía más guapa; a la segunda le guiñaba el ojo; a la tercera decía: «Si usted quisiese, señorita Deseada...» sin acabar nunca la frase; a la cuarta ya procuraba retenerla por las sayas para darle un beso, y, cuando bebía diez, el tío Aubán servía las demás copas.

El viejo tabernero, que conocía todas las picardías del oficio, hacía que Deseada pasase entre las mesas para activar el consumo, y Deseada, a fuer de lista, hablaba y bromeaba con los bebedores, sonriente la boca y prometedora la mirada.

A fuerza de beber copas, Patín se acostumbró tanto a la cara de Deseada, que pensaba en ella hasta en el mar, cuando lanzaba sus redes al agua lejos de la costa, durante las noches de calma y de tempestad, cuando hacía luna o cuando las tinieblas convertían el agua en tinta. Pensaba en ella empuñando el timón, mientras sus cuatro compañeros dormitaban. La veía sonreírle, servirle aguardiente amarillento y marcharse diciéndole:

—¡Ea! ¿Está usted contento?

Y a fuerza de pensar en ella de continuo, tuvo un deseo tan vehemente de casarse con ella que, no pudiendo vencerlo, la pidió en matrimonio.

Era rico, dueño de su barca, de sus redes y de una casa situada en la costa, junto a la Retenue; mientras el tío Aubán no tenía un céntimo. Se le aceptó de mil amores y la boda se celebró pronto, pues ambas partes tenían prisa, por motivos distintos.

Pero tres días después del matrimonio, Patín no acertaba a comprender por qué había imaginado que Deseada era de otra especie que las demás mujeres. ¡Cuán bruto había sido dejándose seducir por una pobre que de fijo que le había vertido alguna pócima en el aguardiente!

Renegaba durante la pesca, rompía la pipa entre los dientes, reñía a sus marineros y, después de blasfemar a boca llena de todo lo conocido y desconocido, espectoraba el resto de su cólera contra los pescados y las langostas que retiraba de las redes y que lanzaba a las cestas con una retahíla de ternos a cual más repugnante.

Luego, ya en su casa, teniendo al alcance de su mala lengua y peores manos a su mujer la trataba de un modo abominable. Y como ella, acostumbrada ya a las violencias de su padre, le escuchase resignada, se exasperó de su calma y, una noche le levantó la mano. Entonces fué horrible la vida de la infeliz.

Durante diez años sólo se habló en la Retenue de las tundas que Patín propinaba a su mujer y del modo soez como le hablaba. Blasfemaba con tal abundancia de vocabulario y tal energía, que no había quien pudiese competir con él en Fe-

camp. Apenas su barca embocaba el puerto, volviendo de la pesca ya se esperaba la primera andanada que iba a lanzar desde el puente, apenas divisara la gorra blanca de su compañera.

De pie en la popa, cuando el mar estaba alborotado, maniobraba con la mirada fija en la proa y en la vela, y a pesar de lo difícil que era salvar el estrecho paso y a pesar de las olas enormes que invadían el callejón, buscaba, entre las mujeres que esperaban a los marinos, a su mujer, a la hija del padre Aubán, a la miserable.

Entonces, apenas la divisaba, a pesar del ruido de las olas y del viento, le lanzaba una andanada de blasfemias, con tal fuerza, que todos se reían por más que compadeciesen a la infeliz. Luego, cuando la barca tocaba el muelle, vociferaba de tal modo descargando el pescado, que todos los papanatas del muelle acudían a oirle.

Sus ternos los vomitaba de distintos modos, tan pronto secos y rápidos como un cañonazo, como a guisa de un trueno que retemblaba durante cinco minutos, lo cual producía un huracán de blasfemias inéditas y formidables.

Después, cuando saltaba de la barca y se hallaba frente a frente con su mujer, rodeado de curiosos y pescadores, soltaba un nuevo torrente de injurias y la llevaba así hasta su casa, ella delante, él detrás, ella llorando, él chillando.

Entonces, cuando estaban a solas, ya cerrada la puerta, la golpeaba con cualquier pretexto. Cualquier cosa le bastaba para levantar la mano, y cuando había empezado ya no se detenía y le arrojaba al rostro los verdaderos motivos de su odio. A cada bofetada, a cada puñetazo vociferaba: «¡Ah!, miserable, ¡ah!, desdichada, ¡ah!, canalla; ¡buena la hice casándome contigo! ¡Tú y el arrastrado de tu padre me engatusasteis como unos canallas que sois!

La pobre mujer vivía en un perfecto susto, amedrentados de continuo el cuerpo y el alma, esperando sin cesar insultos y golpes.

Y tal vida duró diez años. Era tan temerosa que palidecía hablando con cualquiera, y sólo pensaba en las nuevas brutalidades que la esperaban. Así es que la infeliz era amojamada, amarillenta y seca como un pescado ahumado.

II

Una noche, mientras su marido estaba en el mar, se despertó de pronto oyendo ese estrépito pavoroso que produce el viento cuando se desencadena de improviso. Se sentó en la cama; pero como cesara el ruido, volvió a acostarse. Luego, la voz del huracán sonó de nuevo sacudiendo toda la casa y armando un concierto siniestro y grandioso a la par.

Se levantó y corrió al puerto. Ya había allí otras mujeres, que llegaban de todos lados con linternas. Los hombres acudían también y contemplaban el espectáculo magnífico del mar embravecido.

La tempestad duró quince horas. Once marineros no volvieron y Patín fué de los que faltó.

Cerca de Dieppe hallaron los restos de la **Jeune Amélie**, su barca. Recogieron, junto a Saint-Valeri, los cuerpos de sus marineros; pero el suyo no apareció. Como el casco parecía partido, su mujer esperó y temió su vuelta durante mucho tiempo; pues si había habido abordaje, podía ocurrir que el buque que ocasionó el siniestro hubiese recogido a Patín.

Luego, poco a poco, se acostumbró a la idea de que era viuda, temblándole, sin embargo, las carnes, cada vez que una vecina, un mendigo o un buhonero, entraban bruscamente en su casa.

Un mediodía, cuatro años después de la desaparición de su marido, se detuvo ante la puerta de un viejo capitán de barco, muerto poco tiempo antes y cuyos muebles se subastaban.

Precisamente en aquel momento vendían un loro verde con la cabeza azul, que miraba descontento e inquieto a aquella multitud.

—¡Tres francos! — gritaba el subastador; — ¡tres francos, un loro que habla como un abogado!

Una amiga de la Patín la tocó el codo:

—Usted que es rica debería comprar este pajarraco. Le haría compañía; de fijo que vale más de treinta francos. Siempre podrá usted sacar de él veinte o veinticinco francos.

—¡Cuatro francos, señores! ¡Cuatro francos! — chillaba el vendedor. —Canta vísperas y predica como el señor cura. ¡Es un fenómeno... un milagro!

La Patín ofreció cincuenta céntimos más y le dieron en una jaulita el ave picuda.

(Continúa en la pág. 65)

ESPOSA VERSUS SECRETARIA

CUARTA Y ULTIMA PARTE

Por FAITH BALDWIN

—¡Oh! Las intenciones... Fué un impulso. Estábamos cansados, estábamos..."

—No busco excusas para mi—dijo Van, con seguridad.

—Bien. Pero si hubo intenciones, no llegamos a los hechos. Y aun, estuvimos de acuerdo que lo que haciamos tenia más valor.

—Concedido, pero eso no arregla las cosas...

—Si yo pudiera hablar con Mrs. Sanford...

Era absurdo. Van se rió al oírlo, y luego también lo hizo Helen. Se paró, y agregó:

—Creo que lo mejor que se puede hacer es que yo renuncie.

—¡Qué renuncie! — dijo Sanford, parándose ante ella—. ¿Se ha vuelto loca?

Helen se rió, con poca alegria.

—No me dejó terminar — dijo—. No voy a renunciar. Lo que quiero decir, es que usted puede despedirme. Si yo renuncio, será admitir este estado de cosas.

—Usted sabe bien que no lo haré.

—No estoy muy segura de ello —dijo Helen.

Sanford le puso las manos en los hombros de ella.

—Mire—le dijo—. Usted es una buena muchacha. No me había fijado en ello hasta anoche.

—Muy bien. Eso no quiere decir que volverá a ocurrir lo de anoche; en todo caso, ¿en qué terreno estamos? En lo que concierne al negocio, estoy muy contento con usted. Aun más, me gusta tenerla cerca. Pero el asunto es que estoy enamorado siempre de Linda, y tengo que hacerle comprender en alguna forma...— Y agregó: —Tengo ocho años de casado. ¿Cree usted que eso me hace inmune? No, ningún hombre es inmune. Pero...

—Lo sé, V. S.—le interrumpió Helen—, no tiene necesidad de explicármelo.

Salió Sanford, dejando a Helen en la habitación. Y ella se puso a arreglar las maletas, tarea difícil para ella, que nunca había tomado en sus manos ropas de hombre, y cuando Sanford volvió, todavía estaba ocupada en lo mismo. —Ya hablé con Rogers para que nos tengan temprano el almuerzo —dijo Van—. ¿Qué está haciendo usted?

—Estoy aquí — contestó ella, desde la otra habitación.

Van fué hasta allí, y se encontró con todo el cuarto revuelto. Tomó todas sus cosas, las puso en las maletas en cualquier forma, y las cerró. Luego, dijo:

—Realmente, su puesto no está en un hogar.

—Así creo yo—contestó ella.

—Bueno, tengo que verme con algunos señores. También va a llamar Garrod. Supongo que no habrá para qué preguntar si llamó Linda.

—No, V. S. Lo lamento.

Sanford almorzó con los dos últimos señores que tenía compromisos pendientes. Cuando regresó, tenía en su bolsillo el documento que le aseguraba la publicidad que buscaba para sus revistas.

Esa tarde volaron hacia Miami. Alcanzaron un avión que salía antes de comida, y a la mañana siguiente, al llegar a Newark, Van puso un telegrama a su esposa, pidiéndole que mandara a Finney a encontrarlo. La mirada de Finney, el vaho que le salía con la respiración en esa fresca mañana, parecían ser tranquilizadoras. Toda la noche anterior, mientras miraba pasar bajo ellos las lucecitas de los pueblos, pensaba Van:

—Si ella viniera a encontrarme...— Pero no vino.

—¡Aló, Finney! ¿Cómo van las cosas?

—Muy bien, señor.

—Veo que han tenido nieve. ¡Dios mío! ¡Qué clima! De las palmeras al polo, en una noche.

—Sí, señor— dijo Finney.

No dió la más pequeña mirada cuando Sanford trajo a Helen al coche, desde el avión. Sanford era un buen patrón, el mejor de todos. Lo que hiciera Sanford, a él no le importaba. Y si tuviera que mentir por él, lo haría con gusto. Si, por ejemplo, Sanford lo tomara de un brazo y le dijera: —Mira, Finney. Tú no has visto a la señorita Walsh, hoy", Finney contestaría: "Si, señor. No, señor, no la he visto". Pero Sanford sólo dijo: "Llévame a la casa, y luego a la señorita a la suya".

Finney, mientras manejaba el coche, pensaba: "El no me ha dicho nada. Luego, yo no debo decir nada, a nadie".

Cuando Helen llegó a su casa y la recibieron, Tom y Lucy, esperando detalles del viaje, ella sentía profundos deseos de contarles todo lo que había pasado, y hasta alcanzó a empezar: "Olgan, los dos...", pero Tom la interrumpió, diciéndole: "Yo nun-

ca te he tenido de secretaria, pero eso de salir en viaje con Sanford..."

—Yo no fuí con él, Tom. Yo fuí después.

—Está bien, Helen. Yo no pienso nada, pero la gente había.

—Supongo que lo harán. Pero, no me importa. Para mí el puesto significa más que..., más de lo que puedo decir.

No era eso lo que quería decir. Quería contarlo todo a Lucy y a su hermano. Pensaba: "Si él la pudiera hacer ver..."

Sanford estaba tratando de hacerlo con su esposa. Cuando llegó a su casa, Linda estaba todavía en cama. Era temprano y ella había dormido poco. Todo el amanecer se había sentido mal. Sentía que su corazón palpitaba con fuerza, y tenía los labios secos. Cuando Sanford golpeó en la puerta, creyó que era Juana, y dijo:

—¡Adelante!...

Sanford entró y, acercándose a la cama, se quedó contemplándola. Ella estaba con tanto sueño, que se había olvidado de todo. No se daba cuenta que salía de su terrible inconsciencia a la calurosa realidad que le traía la presencia de él. Dijo:

—¡Oh!, Jake—; te tenido un sueño tan feo...

—Lo siento, querida — dijo él, y se acercó a besarla. Entonces ella se acordó de todo y, empujándolo, dijo con una vocecita pequeña, como de niño enfermo:

—¡Me había olvidado!

—¡Cómo quisiera que siguieras olvidando!—contestó Sanford.

—No puedo...

Van se sentó en la cama.

—Linda, tenemos que hablar.

—No, ahora no.— Estaba temerosa. Tenía miedo de su desgracia; miedo de la impensada felicidad que le había traído la presencia de él; miedo de que él la tocara y de su gran fuerza de persuasión. Por eso, dijo otra vez: —Ahora, no. Más tarde, por favor...

—Pero tiene que ser ahora, Linda. No ves que cada hora que pasa, sin que hablemos...

—Yo no sé nada. Sólo sé que no podías llevarme a La Habana, porque ibas a estar muy ocupado, y en cambio llevaste a Helen Walsh.

—Ya te he dicho que no la llevé.

—Es lo mismo—dijo Linda, con aspereza—. No cambies las cosas. Por favor, Van, vete y deja que me vista. Voy a pedir que me manden el desayuno, y entonces...

—Yo tengo que ir a la oficina. Si me permites explicarte ahora...

—Por supuesto que tienes que irte a la oficina—dijo Linda, calmadamente. Tocó el timbre que tenía en la mesa de noche. —Si la oficina es tan importante, nuestra conversación puede esperar.

—¡Linda, no seas chiquilla!— dijo Sanford, irritado.

—¡Chiquilla!— Se rió—. Cierto que he sido una chiquilla. Ya me lo dijeron algunos: —Eres demasiado chiquilla y demasiado confiada". Lo que querían decir, era: "Eres demasiado tonta. En fin, ahora ya lo sé.

—¡Linda, por el amor de Dios!

—He necesitado de mucho tiempo para darme cuenta de algo que tenía frente a los ojos. Si eso no hubiera sido tan terrible, Van, si no me hubieras hecho creer que me querías...

—Era cierto. Te quería y te quiero siempre. Estaba desesperado.

—No entiendo. Hacías eso, mientras yo decía, o por lo menos creía, que me querías. Es una manera muy extraña de...

Juana golpeó la puerta, y cuando entró a la habitación, le dijo Linda:

—Tráigame el desayuno, Juana. Y dígale a Simpson que apure el del señor Sanford. Tiene que salir temprano hoy. ¡Ah, espere un momento! Antes que se vaya, páseme la bata y las chinelas.

Era la despedida para Van. No podía quedarse esperando que se fuera la sirviente. Linda encontraría mil excusas para que la mujer no saliera del cuarto. Dijo:

—Entonces, hasta luego. Nos veremos esta noche — Y fué a vestirse a su propio cuarto. Desayunó solo.

Llegó a la oficina antes que Helen. Era la primera persona allí, fuera de algunos empleados y la estenógrafa. Cuando entró Mary Conners, lo encontró en su oficina, y dió una mirada buscando a Helen. Esta llegó poco después, y Mary le dijo:

—Mr. Sanford, está aquí hace mucho rato. Está haciendo de Caín con todo el mundo.

Helen se sacó sus guantes y el sombrero, golpeó a la puerta de su jefe, y entró.

—¡Ah, es usted!—dijo Van, y le pasó un memorándum por encima del escritorio.—. Quisiera que contestara a esos señores. Voy a citar a una reunión extraordinaria para mañana en la tarde, para tratar sobre el asunto del Manhattan. Mientras, voy a ver a Garrod hoy para tener listos los contratos. Va a haber algunas molestias. El precio es un poco más alto que el que les había anunciado. Si ese veterano, Howard, trata de verme, estoy ocupado. Podemos arreglarnos sin él: después de todo, tengo mayoría entre los accionistas.

—Muy bien — dijo Helen. Y cuando salía, volvió Sanford a hablarle: —¿Está cansada? — le preguntó.

—No, cansada no. Tal vez algo molesta.

—Olvídelo. Todo está ya arreglado.

Helen salió. No creía. Si todo estuviera arreglado, su actitud hubiera sido otra.

Era tarde, cuando Sanford volvió esa noche a su casa. Simpson le recibió el sombrero y el abrigo, y le dijo confidencialmente:

—He atrasado un poco la comida, señor. Tiene tiempo de vestirse. Están tomando todavía los cocktails.

—¿Están? — preguntó Van, asombrado.

—Hay seis personas a comer, señor.

(Continúa en la pág. 68)

Para su hogar de Ud.

Regalos apropiados y de alta calidad en cristalería, objetos de arte, de las más conocidas fábricas europeas.

DELL'ORTO Y CIA. LTDA.

ESTADO 149. — TELEFONO 87160. — SANTIAGO

Bárbara y las abuelitas

No me refiero a las madres de nuestras madres, sino a esas otras que no son, a lo mejor, nada nuestro, viejitas y lindas, absurdamente vestidas, con un arsenal de recuerdos en la memoria, siempre un poco escandalizadas y otro poco perdonadoras. Yo las adoro. Y como en verdad son un trasunto de lo que las abuelas deberían ser, pues, sencillamente les llamo: abuelitas.

Y ellas suelen sonreír, encantadas y pueriles.

Mi abuela de verdad, la materna, es una encantadora mujer, maravillosamente conservada, ágil, culta, la primera en estar lista para una fiesta, la que anda siempre en mal de viaje, la que tan pronto está discutiendo con su agente de negocios como en sesión del consejo de su Ropero para los niños de las escuelas, que en un instante resuelve un problema familiar como se pasa dos horas jugando bridge; la que pide por cable sus modelos a Lelong y después se entra en la cocina para preparar la torta de mil hojas tradicional, la que hace en las mañanas una hora de gimnasia y después lee en cuatro idiomas obras de filosofía y sociología; la que se fué a Rusia para que no le contaran cuentos fantásticos de los soviets y después hace viaje especial para ir a dejar flores sobre la tumba de Isadora Duncan el día del aniversario de su muerte. Y sobre todo, la que tiene su corte de admiradores, con toda razón, porque es prodigiosamente atrayente, paradógica y elegantísima en toda la línea.

Yo no me atrevo a decirle abuela, por cierto. La llamamos Granmá, una especie de diminutivo cariñoso que mi hermano le dijera de muy chiquito.

Pero esto no quita para que yo busque y adore el otro tipo, el de la abuelita ideal, a medida del patrón que nos hemos hecho de ella en la infancia: hablando de otros tiempos que fueron mejores, contando anécdotas en que figuran grandes personajes de nuestra historia, completamente desplazados de lo actual, pero, por lo mismo, deliciosas como un daguerrotipo.

Yo tengo una amiga de esta especie a la cual adoro. Es soltera y vive a la sombra de un convento, en una callecita que se anuda junto al cerro Santa Lucía. Tiene una casa colonial, amoblada de viejas caobas, con un patio diminuto en que hay una fuente y unas macetas, una jaula con un canario y un jazmín fragante. Tiene un pedacito de galería y el resto son corredores. Ahí, en su jaula, como ella dice, se que la voy a encontrar, menuda y delicada, al lado del ancho mirifiaque del brasero, con la tetera diciendo sus palabras de hogar y un buen olor a menta, a azucar quemada y a romero.

Era muy amiga de la madre de Granmá, o sea, de mi bisabuela. Dicen que en sus juventudes fué una belleza y aun le quedan rastros en la cara menuda, de viejo pergamino y en los ojos brillantes, aunque muy cieguecitos ya, en la boca en que aun lucen dientes de ella, propios. Y desde esos años en que yo gateaba por las alfombras al amparo de la ternura de ambas viejas amigas, y me atiborraban de golosinas a escondidas de la nurse, desde entonces, nos liga una fiel ternura que siempre me obliga a verla, llevándole las calugas que le gustan, las flores que pone a su Niñito de Praga y las revistas de cine que sirven para su curiosidad de mundanales ajetreos y que también le sirven de sin fin de reflexiones absortas en un pasmo grande. "¡Estas mujeres tan desnudas... Estas muchachas tan pintadas... Estas parejas besándose... ¡Qué horror...!"

Yo suelo irme con Rex en las tardes de lluvia a pasar junto a ella unas horas deliciosas. Me sirven mate, ñoclos y tostadas con miel de abeja, de una colmena que tiene ella en el segundo patio y que es su preciado tesoro. Charlamos. Rex se hace una rosca al lado del gato Emilio, que es otra rosca y muy amigablemente se duermen juntos al suave calor de las brasas.

Entonces llega la gran hora de los recuerdos.

Es curioso todo lo que estas viejecitas tienen en la memoria. Historias más apasionantes que la más apasionante de las novelas y que el más inverosímil de los films. Sobre todo cuando se trata de historia de amor. O de amores contrariados. Porque con aquellos de que en esos años las muchachas debían casarse con quien los padres les imponían, resultaban unas tragedias horribles, llenas de romanticismo, de dramas; vidas que se desarrollaban después en forma absurda de sacrificios inútiles. Absurda para nosotros que no entendemos de hacer otra cosa que nuestra santa y real voluntad.

Otras veces, cuando el tiempo luce espléndido, nos vamos al patio de atrás, sombreado por la torre de una iglesia, ahí donde está el colmenar y hay un prado de verbenas. El gato Emilio nos sigue perezosamente y Rex mira receloso las abejas, que ya sabe que no es buena aventura meterse con ellas. Y la viejecita me cuenta otras historias interminables, renovadas, de las gentes que fueron en nuestra ciudad de Santiago, por allá por las mitades del siglo pasado.

Una vez le pregunté por qué se había quedado soltera. Me dijo suavemente, con los ojos anegados en ternezas de recuerdos: "Por que se me murió el prometido". La miré e hice otra pregunta: "¿Nunca le interesó otro hombre?" Dijo firme y rápida: "Nunca".

Es toda su vida ese amor que la muerte se llevó en un sudario de olas en las playas de Miramar, entonces bravías y deshabitadas.

Y no se queja y está feliz en su paz de quieta ancianidad. Y no impreca contra el destino. Ni se siente amargada. Ni considera su tránsito por este mundo un fracaso. Tiene su fe maravillosa para hacerle una esperanza. Y la conformidad en los designios de la Providencia para aceptarlo todo sumisamente.

La iglesia. La casa. Unos pocos amigos. Y el montón de sus recuerdos para endulzarle las horas y hacer de ella esta adorable viejecita que es una de mis mayores afecciones.

BARBARA.

EL EXQUISITO AROMA DE LA FLOR DEL ESPINO, EL MAS DELICADO Y SUTIL PERFUME DE NUESTRA FLORA CAMPESTRE SE REPRODUCE FIELMENTE EN UNAS CUANTAS GOTAS DE LA

COLONIA FLOR DE ESPINO

Se vende en todas las Farmacias.

Colonia FLOR de ESPINO

Para saber y contar

UNA HISTORIA EN LA CHARCA

No quiero que canten debajo del agua — dijo la rana mayor.
—¿Cuál es la rana que cantaba "cu-cú, cu-cú, debajo del agua"?
—Yo, no... yo, no... yo, no... yo; no...

Cada ranita, sentada en su banquito de barro, decía: "yo, no", "yo, no".

Y así hubieran estado gritando lo mismo toda la noche. La noche entera mirando las hojas secas que el agua quería llevarse y no se llevaba. Pero la rana mayor gritó:

—¡Basta! ¡Quietos los pies! ¡No hagan globitos en el agua! Ahora, ¡la lección!

Y cada cual en su banquito, desde aquí cerca hasta allá lejos, se puso a cantar:

—¡La lección!... ¡La lección!... ¡La lección!...

—¡Basta — gritó la rana mayor —. ¿Dos y dos?

Y cada cual en su banquito, quietos los pies y mirando el agua, se puso a cantar:

—"Dos y dos son cuatro".

Y con "dos y dos son cuatro" hubieran seguido la noche entera, pues no tenían otra cosa que hacer, pero la rana mayor gritó:

—¿Cuatro y dos?

Y cada cual en su banquito mojado:

—"Cuatro y dos son seis"... "Cuatro y dos son seis"...

—¡Ahora, seis y dos! — gritó la rana mayor.

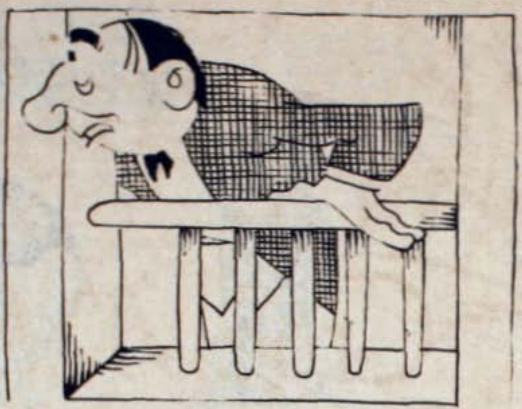
Y cada cual en su banquito se puso a cantar:

—"Seis y dos, no sé"... "Seis y dos; no sé".

—¡Ocho! — gritó con su vozarrón, ¡uhú, uhú! un hubo en un árbol.

Y todas, ¡qué susto!, del banquito al agua. De cabeza y de un salto, del banquito al agua. Pasó un rato, y nada. Pasó otro rato, y cada cual se puso a cantar: "cu-cú, cu-cú debajo del agua". La rana mayor también.

Concurso de don Basilio



Ya los niños se han familiarizado con este don Basilio lleno de aventuras. La primera está en el conocimiento de ustedes: llegó a la casa lleno de paquetes, estaba rodeado de sillas, y en vez de sentarse en la más cercana, para descansar de tantas fatigas, pues ¡chas!, resbaló en una cáscara de plátanos y fué justamente a sentarse en el suelo.

Ahora lo ven ustedes muy cariacontecido, porque al ir a darle de comer a su canarito, se le quedó un momento la puerta de la jaula abierta y el canarito aprovechó la ocasión para irse volando por los cielos, volando hasta que, llegada la noche, y muy asustado, se vió en un pueblo desconocido. Quiso saber cuál era y se acercó a un letrero en que estaba el nombre; pero entre el miedo y la obscuridad, sólo vió unas letras que eran: **Q... LP...**

Ayuden ustedes al canarito de don Basilio a adivinar las otras letras. Podemos decirles **muy en secreto que son todas vocales**.

Una vez que los niños hayan adivinado: **¿Dónde está el canarito de don Basilio?**, le mandan la solución a **Mamy Rosa, casilla 84-D.**

UNA BONITA POESIA PARA QUE LA RECITE LA NIÑITA...

CANCION DE GALLITOS EN LA MADRUGADA

Los colores de la aurora
se les suben a la cara;
el pico bien afilado,
la pata bien asentada,
la pluma vuelta charol
con el cepillo del ala,
el banderín de la cresta
puesto en la parte más alta.

¡Kokorokoo! Papá gallo
hace sonar su campana.
¡Kikirikiii!... le repican...
¡Kokorokooo...! a la distancia.

Los gallitos se contestan,
los gallitos se reclaman.
Las flechas sonoras suben
hasta la cara del alba.

Y después, chapadas de oro,
por todo se desparraman.
Llenan de luz los lugares,
abren las puertas cerradas,
a los chicos dormilones
se les clavan en la almohada.
¡Arriba! ¡Kikirikiii...

¡Arriba! los de la casa.
El azul cae hecho trizas
por cien martillos de plata.
¡Kikirikiii! los gallitos,
¡Kikirikiii! ¡Kikirikiii!
¡Cantan! ¡Cantan! ¡Cantan!
¡¡Cantan!

IDA REBOLI

La Cruel MADRASTRA

El papel de madrastra es un papel difícil de representar en la mayor parte de las circunstancias. La sensibilidad de la segunda mujer pone a veces una barrera entre ella y los hijos: por ejemplo: cuando se esfuerza por no usurpar el afecto que hasta ese momento han guardado los hijos para su madre; en estos casos la madrastra trata de ser generosa y de espíritu abierto y procura que se conserve en los hijos la memoria sagrada de su madre.

Con constantes referencias hacia la madre muerta o ida, la madrastra turba e inquieta a los niños, que estarían dispuestos a transferir su afecto y su cariño leal hacia la nueva madre, si se les diera una oportunidad adecuada. No es preciso tratar de romper los lazos afectivos que existían entre los hijos y la madre, pero en la mayor parte de los casos es conveniente desarrollar nuevos afectos y procurar la conquista de los corazones. Exactamente lo mismo que en el caso de hijos adoptivos, en que los niños, sin darse cuenta del cambio, de madre que han experimentado en su vida — a menos que se les haga ver eso con violencia —, entran en el nuevo afecto insensiblemente.

Una fuente de dificultades sumamente conocida y aceptada, y que ejerce sobre la madrastra una influencia enorme, es el hecho de que muchos niños tienen que adaptarse a la nueva madre al mismo tiempo que han de adaptarse a otras muchas vicisitudes y cambios de la vida. Esto es especialmente cierto en la adolescencia, cuando los niños y niñas están acostumbrados a ser los primeros en el pensamiento de su padre y ven luego que es la mujer la que pasa a ocupar el sitio de preferencia y ellos quedan relegados a segundo término. Para los niños el problema de su crecimiento y desarrollo engendra, quiera o no reconocerse, considerables perturbaciones. Eso de tener que someterse a una persona extraña casi en los momentos en que pensaban conquistar su independencia, y cuando ya estaban acostumbrados a los cariños y modo de ser de su padre, tiene mino de ser grandecitos, ha de en las mentes infantiles una importancia enorme. Por eso la madrastra tiene que procurar, con mucho tacto y habilidad, insinuarse suavemente en esos corazones y no perturbar sus ideas y sus afectos. Es muy fácil que la inexperiencia en el manejo de los hijos haga a una madrastra desbaratar inconscientemente, tomándolos por niñerías o futilezas, proyectos y propósitos largamente meditados.

Del mismo modo, es muy fácil que en su deseo de no intervenir, llegue su despreocupación al extremo de que se tome por falta de interés y de cariño lo que en realidad no es más que exceso de miedo y de pusilanimidad.

La mujer que entra en un hogar con hijos propios, ya en ca llevar una buena dosis de buen sentido y de paciencia, pues en caso contrario puede presentársele situaciones desesperadas. Su camino se allanará mucho si sabe adaptarse y amoldarse al temperamento de la tornadiza juventud con la que piensa entablar negociaciones de paz y crear afectos. Si se muestra rígida y exigente en demasía en su manera de concebir la vida, está destinada al más ruidoso fracaso y no encontrará nunca en sus nuevos hijos ni amistad, ni afecto, ni cooperación. Los niños ya mayores mi-

(Continúa en la pág. 65)

COLONIA VANITAS

El Agua de Colonia Vanitas devuelve al cabello encanecido su color natural, no mancha la piel ni perjudica la salud.

El Agua de Colonia Vanitas robustece y hace reaccionar las glándulas que nutren el cabello y producen los pigmentos que le dan su color natural.

El Agua de Colonia Vanitas destruye la caspa y los gérmenes que producen la caída del pelo.

Su aplicación consiste en friccionar la cabellera una o dos veces al día hasta obtener el resultado requerido.

El tratamiento dura más o menos quince días.

Fabricado por el

LABORATORIO CAMBRIDGE

Casilla 2208.—Santiago de Chile.

Yugoeslavia, tie

POR EMIL LENGYEL

LOS montes de Kalemegdan que desde Belgrado, capital de Yugoeslavia, dominan el Danubio, son el símbolo de la romántica historia de ese país. El sol poniente envuelve las blancas piedras de las ruinas de su fortaleza turca y besa después la frente de la monumental estatua dedicada a la República francesa. Era éste ayer un país atrasado al que gobernaban los pashas de Turquía, hoy escucha la voz del Occidente y, en especial de Francia, tan amada por su rey, cuya muerte ha amenazado la paz de Europa.

Desde allí puede escucharse en las serenas tardes del otoño el palpitar del Danubio que desciende desde el oeste y se pierde a la vista en las extensas llanuras del oriente. Es también el latir del corazón de un país situado en los confines de oriente y occidente. El cuadro, envuelto en un silencio tan denso que por instantes parece material, nos ofrenda un sereno regocijo. Pero más allá de Kalemegdan se encuentra la inquieta Belgrado, ayer no más una exótica ciudad oriental, asiento de una guarnición turca, hoy día la progresiva capital del mayor de los Estados de los Balcanes.

Aunque tiene menos de cien mil millas cuadradas, Yugoeslavia, con sus 14,000.000 de habitantes, posee una infinita variedad y se extiende por sobre muchos climas y culturas. Es una tierra de contrastes, donde la cruz se encuentra junto a la media luna del Islam y el traje parisiense de última moda junto al velo de la mujer mahometana. Es un país de viejas ciudades con largas tradiciones y de accidentadas aldeas protegidas por primitivos muros. Es una tierra de escarpadas montañas, donde habitan todos los duendes de la superstición popular, y de enormes praderas silenciosas por donde vagan imaginarios espíritus. Es también un país de ardientes pasiones en el que a menudo la opinión política encuentra su expresión en la pistola o en la daga.

Un vuelo de oeste a este y de allí al sur, atravesando de uno a otro lado su territorio, nos revela sus variadas fases y también los fuertes contrastes de su cultura. Es un vuelo desde el hoy al ayer que aun duerme en el este y en el sur.

Partimos desde el puerto aéreo de Ljubljana, conocida antes de la Guerra Mundial por los buscadores de bellezas excéntricas como la vieja ciudad austriaca de Laibach. Desde nuestro elevado y móvil observatorio vemos el cuadro que nos presentan las actividades del siglo veinte, que se desenvuelven allá abajo. La fortaleza de Schlossberg, parece montar guardia frente a las hileras de chimeneas de fábricas, que semejan filas de bayonetas apuntadas al cielo. Por casi siete siglos antes de su incorporación a Servia, esta sección del país, conocida con el nombre de Eslovenia, formó parte del reino de los Habsburgo, con el que compartió la gloria del avance de la cultura occidental.

Orillamos ahora los Alpes Julianos, límite entre Yugoeslavia e Italia, custodiado por una verdadera cadena de fortificaciones. Tratando de arrancar de nuestros cerebros el pensamiento de un conflicto entre dos vecinos cuyas relaciones jamás han sido muy cordiales, volvemos hacia el Adriático, que allá a lo lejos, semeja una enorme sábana azul tachonada de pequeñísimas islas verdes.

Seguimos volando hacia el este y pronto sale a nuestro encuentro la región de Croacia. Es la Irlanda del reino de Yugoeslavia y florece en ella la más decidida oposición al gobierno de Belgrado. La aversión a la autoridad del hermano servio se ha traducido en una constante guerra civil, ora latente, ora abierta, y en el asesinato de Marsella. Contemplando este hermoso país con sus montes, sus bosques y sus praderas, nadie sospecharía que Croacia abrigara ningún mal propósito contra nadie. Zagreb, su capital, es una hermosa población rodeada de alegres viñas, y en la que las tortuosas callejuelas de la Ciudad Vieja se pierden en las anchas avenidas de la Ciudad Nueva, formando un encantador contraste entre el pasado y el presente.

Hasta la unificación de Croacia y Servia al final de la Gran Guerra, era ésta una región autónoma del reino de Hungría. Es un país de grandes ríos: el Drava, el Save, y, más allá, el Danubio, corren suavemente hacia el este, acariciando con ternura los juncos de sus riberas y escuchando impasibles el chismorrear in

Sarajevo, la pintoresca capital de Bosnia; donde hace ya veinte años resonaron los balazos anunciadores de la más grande de las guerras de todos los tiempos.

rra de contrastes

Donde se juntan la cruz y la media luna del Islam, el velo de la mujer mahometana y el traje de última moda de París.

cesante de las garzas. No abundan aquí las chimeneas de las fábricas, las casas son más pequeñas y los techos bardados reemplazan a los de alegres pizarras rojas.

Siempre volando hacia el este, cruzamos el Danubio y entramos a la rica Voivodina que hace veinte años fuera el granero de Hungría igual que hoy lo es de Yugoeslavia. Las casas de los campesinos, que parecen juguetes, están pintadas de un color blanco que hace doler la vista; hileras de acacias dan sombra a las calles; aquí y allá se divisa alguna muchachita cuidando una manada de gansos.

Y ahora nos aproximamos a la Vieja Servia, el alma del Reino Sudeslavo, que después de la guerra absorbió a todas las regiones que ya hemos visitado. He aquí el corazón de los Balcanes. A la espalda de Belgrado, en el límite de la antigua Servia, el Monte Avala, tomando el sol, parece una inmensa pirámide envuelta en un vivo manto verde. Divisamos extensos prados y cadenas de adustas montañas que albergan pequeños caseríos que cuelgan de sus laderas como por arte de brujería.

Seguimos el curso del Morava caprichoso que jamás parece decidirse a seguir una dirección determinada, que avanza, retrocede y vuelve a avanzar en rápido descenso cual si quisiera recuperar sin tardanza el tiempo que ha perdido.

A medida que el aeroplano avanza hacia el sur, el horizonte se obscurece y encontramos elevados y amenazadores picachos. Los caminos, que en el oeste parecían largas cintas blancas, se hacen cada vez más abruptos y, poco a poco, se convierten en senderos que suben a las montañas y descienden a los valles. Más al norte las montañas visten de verde, pero aquí son negras y desiertas, despojadas de sus árboles por los anteriores gobernantes turcos para privar de escondites a sus evasivos enemigos, los comitadjis, patriotas y hombres fuera de la ley.

En lugar de las alegres aldeas del oeste, aquí sólo encontramos obscuros caseríos. Algunos se encuentran rodeados por murallas y casi todos se han amontonado alrededor de las mansiones turcas, cuyos amos huyeron en la época de la guerra de los Balcanes. Las torres de las iglesias que en otras partes encontráramos, han sido aquí reemplazadas por esbeltos minaretes. Hasta hace cerca de un cuarto de siglo el turco era el amo de estas regiones, amo cuya única función parece haber sido la de construir prisiones y cobrar impuestos. Era esta una tierra de incesantes luchas entre el Estado, fuerte, poderoso, y sus millones de víctimas.

Lejos de los caminos de acero de la civilización, esta parte del mundo recién empieza a despertar a la cultura del siglo XX. Algunos de sus distritos más apartados, en los que la visita de un automóvil todavía constituye un suceso digno de verse, pueden ser considerados como museos de lo que fué el mundo hace mil años atrás.

Volvemos ahora hacia el mar con el fin de ver algunas otras regiones del reino yugoeslavo. Allá se encuentra Montenegro, llamada así por las montañas que la ocultan a la vista. Antes de la guerra era esta parte del país un reino liliputiense, gobernado por el rey Nicolás.

Hasta hace un siglo eran desconocidas en este país la imprenta y las cárceles, las que fueron introducidas por el príncipe Pedro II, dictador, poeta, que empleó la una para imprimir sus obras y las otras para encerrar a aquéllos de sus súbditos que no gustaban de sus versos. Si volamos a poca altura sobre Cetiña, aún podemos ver el árbol bajo el que el difunto Rey administraba justicia y, a veces, cumplía las sentencias con sus propias manos.

De pasada echamos una mirada a Bosnia, famosa por Sarajevo, su pintoresca capital, donde hace veinte años resonaron los disparos que anunciaban la Guera Europea. Hace cincuenta años esta parte de Europa podía ser llamada "el fin del mundo". Existía aún la esclavitud y los numerosos "kapetans", empleados públicos, eran otros tantos reyezuelos. Aquí los grandes señores creían ser más píos que el mismo profeta y llegaron a sublevarse contra la Sublime Puerta, porque llegaron a considerar al Sultán como a un infiel. La provincia estaba aislada no sólo del oeste sino también del

(Continúa en la pág. 67)

Belgrado, ayer una exótica ciudad oriental, hoy la progresista capital de Yugoeslavia, el país donde a menudo las opiniones políticas encuentran su expresión en la punta de la daga.

Por Edgar Wallace

La Serpiente Amarilla

—¿Viene usted de la ciudad?... No pretendo anticiparme a los derechos de un esposo amante, preguntándole por qué viaja usted con todo este esplendor..., pero me figuro que habrá ido a visitar al amigo Narth — y después, añadió con precipitación: —¿No ha visto, usted, a Fing-Su?

—Sí. Le he visto — contestó Juana— He tenido una entrevista con él, esta mañana.

—¿De verdad?... ¡Diablo! Si se había enfadado por ello, no lo demostró.

—Y, ¿qué le ha dicho ese candoroso e ingenioso hijo de la Naturaleza? — preguntó, zumbón. — Apostaría cualquier cosa..., a que ha estado algo descarnado en sus palabras. ¡Jamás ha existido un chino europeizado que no viviera en la creencia ilusoria de que era un diplomático!

¿Debería contarle todo?... Nada había prometido ella. Solo Fing-Su le pidió que considerase la entrevista como de carácter secreto.

Clifford la vió dudar y, con astuta rapidez, fué directamente a la verdad.

—¿Acaso quería comprar una acción de fundador de la C. Y. N.?...

Al ver que Juana se ponía colorada, dejó caer una mano sobre la rodilla y se puso a reir estrepitosamente.

—¡Pobrecillo Maquiavelo—dijo, al fin, secándose los ojos.— ¡Nunca creí que pudiera contentarse con su décima parte!

—¿Su décima parte?

Lynne asintió.

—Fing-Su posee una décima parte de nuestras propiedades. ¿No lo sabía usted?... Joe Bray tenía otra décima parte.

—Pues, ¿quién tiene las restantes? — preguntó la muchacha, sorprendida.

—Su futuro señor y amo..., aunque dudo esto último — dijo él— Nuestro amigo, el *chinango*, es más que millonario, pero aún no está satisfecho. En un momento de aberración se deshizo de una parte de sus acciones de fundadores y se las dió al padre de Fing-Su. Por si esto era poco, le dió la mayor parte de las restantes al mismo Fing-Su en persona... Sinceramente,

creo que Joe nunca estuvo en sus cabales y la locura mayor que hizo jamás... — aquí se contuvo y pareció reservarse algo para sí... — o que quizás no hizo... Pero tengo mis sospechas y esta misma noche lo sabré cierto.

La joven no le preguntó cuáles eran sus sospechas y él siguió hablando.

—Hasta que yo uní mis fuerzas a las de Joe, no existió lo que se dice una verdadera Compañía. El, sólo había conseguido extraer de la tierra un poco de carbón en el terreno donde el venerado padre de Fing-Su logró la concesión, pero el viejo loco hizo un contrato de manera que su ayudante chino, obtenía una décima parte de sus ganancias. Yo no lo supe hasta después de añadir, al tratado, una gran región carbonífera y cuando las dificultades legales con que se había de luchar para excluir al padre de Fing-Su, eran tales que no valía la pena de intentarlo. Al fin — al cabo, lo que yo hice fué dar incremento a la Compañía con un capital mayor..., pero, ¿le aburre todo esto?

Juana movió la cabeza negativamente.

—Lo comprendo por encima, nada más — respondió, — pero quiero comprenderlo todo.

Otra vez, Clifford Lynne volvió a mirarla con rápido y sospechoso escrutinio.

—Entonces fué cuando hice redactar la cláusula sobre las acciones de fundadores para prevenir que el viejo y querido Joe hiciese otra acción altruista. Permítame decir que su respetado pariente no era el más inteligente de los hombres, aunque poseía el corazón más noble que ha existido jamás. Nada significaban para él las acciones de fundadores, porque no vió que le reportasen beneficio alguno. De las cuarenta y nueve acciones lanzadas, el padre de Fing-Su se quedó con nueve (en esto se mostró muy firme, Joe) y Bray y yo nos quedamos con veinte cada uno.

—Y, las reservas, ¿qué significan? — preguntó Juana.

Por un segundo, Clifford la miró con cierta sospecha en sus ojos.

—Tenemos una gran reserva —dijo, al fin, — pero gran parte de ella no nos pertenece. Teníamos enormes negocios en Manchuria, éramos banqueros, entre otras cosas y cuando estalló la revolución fueron confiadas y transferidas a Shanghai sumas fabulosas. Muchos de los depositarios, seres desgraciados, murieron, entre ellos, figuraban algunos de los más fuertes. Es imposible encontrar a los parientes, en el presente estado caótico. Este dinero es conocido con el nombre de Reserva B. Y esa es la reserva que persigue Fing-Su.

Comprendió que Juana estaba un poco confusa y continuó:

—Hasta hace unos meses no me enteré de que Joe había dado más de la mitad de sus acciones de fundadores, a ese joven meloso y canalla Fing-Su. ¡Y le hubiera dado todas, también!... Sólo que cinco de ellas no pudo encontrarlas, pues, gracias a Dios, estaban en mi poder y las transferí a mi nombre. Mientras yo tenga la mayoría dominante, Fing-Su no puede hacer nada con las reservas, pero una vez que se apodere de la acción que él pretende, ningún tribunal de China podrá impedir que haga lo que quiera con el dinero de los demás. ¡Ay, Joe! ¡De cuántas cosas eres tú responsable!

Esta vez, Juana le recriminó.

—¡Señor Lynne!..., o Clifford, como usted quiere que le llame... ¿Cómo puede hablar usted así, de un hombre que era su amigo y que ya murió?

El no contestó en seguida y cuando lo hizo, pareció no haber oído su pregunta.

—¡Da gusto vivir en este hermoso mundo — exclamó,— y odio la idea de tener que abandonarlo!... Pero..., ¡uno de estos días voy a matar a Fing-Su!

CAPITULO XVI

Juana Bray había hecho de su buhardilla la habitación más confortable de la casa. Cuando le destinaron este retiro no estaba arreglado así, ni mucho menos, pero la joven tenía grandes simpatías entre los criados y gracias a ello, fueron llegando a su buhardilla, en forma misteriosa, toda clase de cómodos y extraños muebles que completaron el efecto de sus grandes ventanales y la gran vista que se divisaba, desde allí arriba.

Este cuartito tenía, ahora, especial valor para Juana, porque desde él podía ver la cuadrada chimenea de la casa de Slater y esto parecía ligarla, espiritualmente, al extraño hombre que había aparecido en su horizonte.

Cuando llegó a casa, las chicas habían salido. Se dirigió a su buhardilla y allí se sentó en un viejo sofá, y apoyando la cabeza entre las manos se puso a desenmarañar la horrible confusión que llevaba en su cerebro.

Que Clifford Lynne no era un criado asalariado de su pariente, era cosa que ya había sospechado desde un principio. Se trataba de un hombre rico..., todavía más rico que el propio Joe Bray... Y, ¿qué efecto hubiera causado esto en la actitud de Esteban Narth si lo hubiera

sabido antes?... Suponiendo que en vez de presentarse con aquella absurda barba y aquel mamarracho de traje, lo hubiera hecho con su porte natural y elegante, bien vestido y no desempeñando el papel de un apoderado sino de, lo que realmente era, socio de Joe Bray, no le cabía la menor duda de que el resultado hubiese sido otro.

Hasta cierto punto — y Juana no podía explicar por qué — su conocimiento de la riqueza de Clifford, la deprimía. Por lo que ahora parecía ser una razón descabellada, la joven había doblegado su alma a un espantoso casamiento con un hombre desconocido y ya se había acostumbrado a la idea de este sacrificio.

Movió la cabeza, negativamente. No. Se estaba engañando a sí misma. Nunca le había parecido un sacrificio. Aquel extranjero le había interesado desde el primer instante. Su fuerte personalidad, tan destacada, tan individual y fuera de lo que abarcaba su experiencia, había vencido a sus escrúpulos con su misma originalidad.

Juana empezaba a vislumbrar la vida desde otro punto de vista y comprendía la inmensa diferencia que representaba aquel matrimonio. Sí; Letty (o, ¿acaso, era Mabel quien lo decía?), tenía razón. ¿Qué sabía del novio, la muchacha que iba a poner en sus manos todo su porvenir? Pero, ahora, ya le conocía mejor y se compenetraba más con Clifford Lynne, que seis de sus mejores amigas con sus respectivos esposos.

Se dirigió a la ventana y quedó contemplando la parte visible de la casa de Slater que asomaba entre los árboles. Por la chimenea salía un espeso penacho de humo que le hizo pensar en el taxi lleno de provisiones y en la posibilidad de que Clifford Lynne fuese tan habilidoso en la cocina como lo era en otras cosas.

Los leñadores estaban ocupados talando los árboles que rodeaban su casa. Juana vió tambalearse la copa de un corpulento pino y oyó el ruido de las ramas al caer al suelo. La casa quedaría casi completamente a la vista, al día siguiente.

En esto estaba pensando cuando oyó un golpe de llamada en la puerta y se volvió a ver quién era.

—Soy Letty—dijo una voz chillona. Y al oír que Juana daba vuelta a la llave, añadió—: Pero, ¿a qué santo te cierras con llave?

Sólo una o dos veces había estado Letty en aquella buhardilla y, al entrar ahora, miró con gesto de sorpresa a su alrededor.

—Pero, ¡si estás la mar de bien aquí! — y si Juana hubiese sido capaz de adivinarlo, habría notado que su sorpresa no estaba exenta de cierta decepción—. Papá ha llamado por teléfono para decir que no vendrá a casa esta noche. Quiere que vayamos a cenar con él. ¿No te sabrá mal quedarte sola?

Era una pregunta fuera de lo corriente, considerando que eran muchas las noches que Juana había pasado sola y, por cierto, se alegró de este privilegio.

—Puede que volvamos tarde porque, después del teatro, iremos al baile del Savoy.

Echó una mirada a su alrededor y ya iba a marcharse, cuando se acordó de algo más.

—¡Ah!... He visto a ese hombre... a Lynne. Juana... ¡es guapísimo!... ¿Por qué se presentó aquí con aquel disfraz ridículo?

El inevitable comentario había llegado, al fin. Evidentemente, los cerebros en Sunningdale trabajaban en líneas paralelas.

—No quiero decir con esto que su aspecto me desilusionara — siguió diciendo Letty, levantando un poco la barbilla—. Una mujer no puede vivir sólo de un marido guapo.

Un diablillo travieso se agitó en el interior de Juana Bray. Se sintió irresistiblemente curiosa por conocer el efecto que causaría a las dos chicas, si ella les comunicara cuánto sabía.

—Clifford Lynne no es ningún pobre. Al contrario, es muy rico —dijo—. El señor Bray sólo tenía una décima parte de los intereses de la Compañía. Clifford Lynne tiene cuatro quintos de la propiedad.

Letty se quedó mirándola con la boca abierta.

—¿Quién te lo ha dicho? — preguntó secamente.

—Clifford Lynne. Y creo que me ha dicho la verdad.

Letty fué a decir algo más, pero cambió de parecer y cerrando de golpe la puerta, corrió escaleras abajo. A los cinco minutos, Juana oyó voces en la parte de fuera y al instante entró en la buhardilla Mabel, sin haber llamado a la puerta, siquiera. Detrás de ella venía su hermana.

—Oye, ¿Qué es lo que Letty me viene contando de Lynne? — preguntó impertinente—. ¡Si que resulta curioso que no lo hayamos sabido antes!

Juana empezó a divertirse con todo esto. Le dieron tentaciones de echarse a reír, pero pudo reprimirse y seguir seria.

—¿Te refieres a las riquezas del señor Lynne?... Ah, sí. Es muy rico. Eso es todo lo que sé.

(Continuará).

Los derechos del niño

POR NURSE MAC KAY

Algo que está escrito en los "Derechos del Niño" y que no admite siquiera discusión, es el tener que contribuir a que se desarrolle en completo acuerdo con la naturaleza, y a este fin deben cooperar el papá, las tías, los amigos y los visitantes, y muy especialmente ese que llamamos el instinto maternal.

El instinto maternal es una cosa muy hermosa cuando está disciplinado; y, por el contrario, cuando esa disciplina no existe, se corre el riesgo de que la madre se convierta en la esclava de su hijo, en vez de ser su guía.

La verdadera maternidad está siempre preocupada, siempre lista para sacrificar los placeres del momento por los intereses del futuro y está más ligada a lo que el niño va a ser o tiene que ser algún día, que a lo que es en la realidad.

Ella se da cuenta cabal de que la infancia es solamente la parte de un todo, y que la única razón de la existencia del niño es que él ha de crecer y se ha de convertir en un hombre o en una mujer, y ha de asumir en la vida el papel que le corresponde.

Muchas mujeres tienen un poderoso instinto maternal en todo lo que concierne al niño; pero, muchas veces ese instinto no es tan fuerte como para obligarles a que se tomen la molestia indispensable para criar futuras personalidades. Tales madres no son capaces de conseguir que el niño siga siendo niño todo el tiempo posible.

El hijo adorado se convierte luego en muchacho fastidioso y difícil de manejar desde el momento que llega a la edad en que empieza a tener individualidad e independencia propia.

El niño no puede desarrollarse como su naturaleza lo requiere, si las horas de dormir, las de comer, la atención general no están sujetas a una debida reglamentación. El primer paso para que el niño tenga un carácter estable y tranquilo, es darle desde la infancia hábitos de rutina.

Hay algunas madres que se van al extremo opuesto. Tienen tanto temor a cometer posibles errores por su parte, que prefieren dejar que el niño se desarrolle como quiera. Lo condenan a largas horas de insolación, casi no le hablan por el temor de oprimir su inteligencia y apenas lo toman por el temor de torcerle los músculos o hacerle daño.

Una madre puede fácilmente contribuir al desarrollo normal de su hijo proporcionándole toda clase de compañías y de ejercicios.

Debe siempre recordar que el niño es tan emocional como físico, y que el excitar sus emociones puede afectar a sus condiciones fisiológicas.

A los niños les encanta jugar y aprender a jugar en seguida. Un impulso propio les enseñará a sonreír en cuanto tengan unas pocas semanas, y con igual espontaneidad se reirán con todas ganas cuando cuenten ya cuatro meses o más. La sonrisa que ilumina su carita y que llena de felicidad a su fiel guardadora es la cosa más hermosa de la vida; la sonrisa que se le arranca a la fuerza, pellizcándole suavemente las mejillas, agitándole un sonajero delante de la carita o haciéndole gestos y ruidos para llamar su atención, es sencillamente lastimosa.

Al niño hay que ayudarlo a desarrollarse. Póngasele en una superficie firme y sólida y déjesele que haga ejercicio. La musculatura adquirirá vigor con el trabajo que efectúe, tanto como con el alimento que recibe.

La acción de los músculos tiende a estirar los huesos y contribuye al desarrollo general.

El niño debe observar cuanto le rodea, y de esa manera se desarrollará en él un interés inteligente por la vida; el adulto debe permanecer detrás de él solamente para cuidarlo.

Cinco minutos de conversación de vez en cuando, serán muy apreciados por un pequeño, y esto, además de alegrarlo, lo enseñará a conocer al papacito, quien deberá siempre disponer de un poco de tiempo para hacer compañía a su pequeño hijo.

Pero no hay que equivocar los métodos. El hacerle tomar interés especial en ciertas cosas y el exigirle respuestas a todas las preguntas, puede ponerlo nervioso e irritable.

Al niño se le debe enseñar a amar el aire fresco y puro, la luz del sol, los pájaros y los árboles, las nubes y las flores, todos los seres de la creación que son completamente libres.

ensembles

Ensemble de lana. Abrigo cruzado con cierre invisible adornado de un gran cuello de astracán y vestido con corte muy nuevo con cinturón cerrado por un motivo de cristal.

Elegante ensemble. El abrigo está adornado con cuello y bolero de Breischwanz. Vestido de marrocain de seda con adornos blancos.

Ensemble compuesto de vestido de georgette de lana adornado con un cinturón en tono obscuro, y un abrigo cerrado con dos anillos de metal que lo completan.

En lana roja está confeccionado este abrigo adornado con cuello de nutria y bolsillos de forma irregular.

Abrigo en lana diagonal con abotonadura sencilla y cuello de cibelina muy subido.

Tailleur en casimir azul; falda sencilla y chaqueta cruzada ligeramente acinturada.

Conjunto de sport en tweed; falda sencilla y chaqueta cruzada cerrada por cuatro botones. Cuello de cibelina.

Para toda hora es muy práctico este abrigo tres-cuartos en lana café claro. Corte raglán.

Conjuntos sencillos

Trajes elegantes

De forma muy elegante este abrigo con cortes que forman canesú. Gran cuello y adornos de las mangas en piel drapeada y adornada con botones de fantasía.

Tailleur de lana gris; chaqueta larga adornada con bandas de piel.

Elegante tailleur de paño con cuello y solapas de piel, botones y medio cinturón en tono obscuro; falda sencilla.

La nota interesante de este encantador abrigo adornado de pieles, reside en el movimiento de los cortes de la espalda, prolongado por dos tiras que se anudan adelante.

Modelos sencillos

Traje de lana azul marino con cuello, botones y puños blancos.

Bonito vestido para jovencita en marrocain negro adornado con piqué de seda blanco y dos piezas que forman faldones. Flores de seda en el cuello y cinturón.

Para confeccionar este lindo trajecito se emplea lana diagonal colocada en distintos sentidos. Chaqueta abotonada con gran cuello formando tablones. Cinturón de cuero.

Para la tarde este vestido de taffetas adornado de volantes colocados verticalmente y alternados con grupos de pequeñas alforzas.

Vestido de tarde en georgette imprimé con un canesú muy nuevo que forma las mangas.

Tendencias de la moda

Las nuevas colecciones, a primera vista, no parecen ofrecernos grandes novedades. Las faldas obedecen a dos tendencias: una lisa y estrecha, y la otra campana, con mucho ruedo en la parte baja y atrás. Los cuerpos son lisos, cerrados a ras del cuello, con pequeños cuellos claros o moños de materiales diversos y fantásticos. Las mangas son lisas y estrechas en los trajes deportivos, que, por lo general, se acompañan de una capa de quita y pon. En la tarde toman mayor amplitud: si son cortas se agloban o llegan sueltas hasta el codo, pero siempre son enormes, conservando esta anchura si alcanzan hasta la muñeca, donde suelen ajustarse con un estrecho puño o caen simplemente, pareciendo casi kimonos. Mirados así, a la ligera, todos los modelos tienen un cierto parecido con algo ya visto en la temporada anterior. Pero si nos ponemos a detallarnos, hallaremos una serie de novedades que, justamente, son la característica de la moda por venir.

En las mangas y en las capas reside esta novedad. Ya sabemos, las primeras puedan ser anchas o ajustadas, pero siempre serán trabajadas en forma prolija, encontrando en ellas curiosos cortes, pegaduras que se adentran en el delantero, otras forman un todo con la espalda; algunas, desarmadas, parecen un verdadero puzzle y nos marea el tener que resolver cómo se coserá todo eso. Pero la gran innovación son los nidos de abeja, los bullones, los recogidos que volvemos a encontrar en estos modelos, formando canesú, rebecas, bertas, puños, paneles en las faldas, cuellos, capas, capuchones.

Porque, mis queridas lectoras, nada hay nuevo bajo el sol, y estas exquisiteces de aguja, que fueron la elegancia de nuestras abuelas, es lo que otra vez se pone en el tapete de la actualidad por obra y gracia de la moda, y no sólo ellas, sino que también esa otra prenda tan de otros tiempos, tan frívola y tan sentadora, que es la capa, y más aún si es capa con capuchón.

Esto no significa que la moda se complique hasta el extremo de hacerse intolerable. La mujer de ahora, con su afán y su quehacer, no admitiría tal cosa. Pero lo que hay es una marcada tendencia a subrayar, como quien dice, la discreta elegancia de cualquier modelo, con un trabajo fino, que sólo manos expertas pueden realizarlo. Y en estos tiempos de maquinismo, de standardización, todo lo que represente una vuelta al trabajo individual y manual, es un paso hacia un bienestar común. Por lo tanto, hay que felicitarse de que la moda, tal vez inconscientemente, haya sido una proveedora para esas mujercitas que, junto a la ventana de un patio, se dan a la labor paciente que será el pan de los suyos.

Otra de las vejeces que la moda ha sacado a luz son los bordados en mostacillas y en lentejuelas. Más los flecos de hilos brillantes. Todos estos materiales preciosos lucen en los trajes de noche a la luz de reflectores, mientras se baila el Continental o la Carioca. Combinados con lamas de oro y plata, con rasos brillantes, con terciopelos y tafetanes, parecen trajes de hadas de los cuentos que maravillaron nuestra infancia.

Y hay que agregar que en esta hora de las suntuosidades, los zapatitos son como el que perdió Cenicienta y que le valió la dicha. Y que las capas sirven después para que la mujercita gentil sea la propia estampa de la fugitiva, envuelta en sus pliegues, semi oculta en el capuchón imprescindible.

Moda simple en línea, refinada en detalles, femenina y favorecedora será la que esta temporada venidera nos presentará en la bandeja florida de septiembre.

YVONNE.

DERECHA.— El muy simple abrigo de sport que todas las mujeres usan y cuya elegancia estriba en el corte impecable. Cartera de gamuza de una forma muy en boga.

Abrigo de tweed verde unido, con mangas raglán. Botones de cuero verde y costuras subrayadas por un doble pespunte. Nótese el curioso [illegible]te que deja ver una bufanda café.

Bajo el abrigo anterior vemos esta falda que sobrepasa el talle y abotonada adelante, hecha en tweed del mismo color verde, pero aborlonado. Blusa de tafetán a cuadros verde y beige.

Estamos en la época del triunfo de los accesorios. Una bufanda, una toca y una cartera de seda azul moteada de blanco, serán la nota chic de una tenida mañanera.

Sobre un traje obscuro será sencillamente encantador este cuello-capa de seda clara, completamente trabajada con pabilos que cierran una corbata igual. Pequeña toca con velo ciré.

Gabriela Mistral, durante su permanencia en Los Andes.

Vida y confesiones de Gabriela MISTRAL

(Continuación)

Entre la revelación de Gabriela Mistral como poetisa de definida personalidad a través de sus Sonetos de la Muerte, hasta la publicación de "Desolación", su único libro, median casi diez años.

Durante este tiempo sirve la poetisa en la enseñanza secundaria del país y cultiva, en silencio, sin inquietarse, su huerto lírico.

Su inspiración sigue dos rumbos, se bifurca en dos caminos. Uno, el que creemos más duradero, que recoge su tragedia sentimental. Son esos los versos que ella agrupa en su libro bajo el rubro "Dolor" y que no son otra cosa que las reminiscencias de esos momentos, felices o desgraciados, cuando su vida se iluminaba con los resplandores de la pasión.

Se dirige a Dios las más de las veces y le interroga cómo quedan durmiendo los suicidas o le revela con desesperados acentos, la trágica historia de su corazón. Sombríos son sus derroteros y el dolor y la muerte le apuntan a cada instante sus aceradas saetas.

Para cantar su amor, usará todos los metros y todas las rimas, recorrerá incesantemente todas las escalas de la lírica, y en el rico verso alejandrino, pomposo, sonoro, estridente a veces, o en el tono menor, hecho de suavidades, del romance, entregará su mensaje que es de aceptación y también de sacrificio.

Las más audaces metáforas, los más atrevidos giros de expresión, las comparaciones que por precisas llegan a ser gráficas, desbordan por esos poemas que sólo un amor desesperado y fatal pudo inspirar hasta producir acentos maestros que llaman a la puerta de nuestra sensibilidad y que ciegan y deslumbran con su extraordinaria luz.

Los que aseguran ausencia de feminidad en los poemas de la Mistral, habrán de reconocer, mal de su grado, que sólo un rico temperamento femenino pudo alcanzar tan sostenida, conmovedora y humana nota. No se rompe, es cierto, su sensibilidad a menudo en sollozos. Crece y surge con el ímpetu de prolongado grito. Pero es siempre una mujer que perdió a aquél que amaba la que viene a la orilla de estos versos despertando ocultas sinfonías y renovando las voces de apagadas orquestas.

El otro camino que siguen los versos de Gabriela Mistral es un sendero meramente objetivo. La maestra que vive en ella llega a la estrofa con su inestimable don.

Pertenecen a este género suyo de poesía, la rondas, esas rondas que han repetido emocionados los labios de todas las niñas de América, las mismas que han salido al paso de la Mistral, ya célebre a recordarle un minuto tan feliz y tan pleno de ternura, de su inspiración.

De esta tendencia es su poema "La maestra rural":

La maestra era pura. "Los sua-
[ves hortelanos
decían, de este predio, que es
[predio de Jesús,
han de conservar puros los ojos
[y las manos
guardar claros sus óleos para dar
[clara luz."
La maestra era pobre. (Su rei-
[no no es humano.
Así en el doloroso sembrador de
[Israel).
Vestía sayas pardas, no enjoya-
[ba su mano.
¡Y era todo su espíritu un in-
[menso joyel!

¡Dulce ser! En su río de mieles,
[caudaloso,
largamente abrevadas sus tigres
[el dolor,
los hierros que le abrieron el pe-
[cho generoso,
más ancha le dejaron las cuen-
cas del amor.

¡Oh, labriego, cuyo hijo de su
[labio aprendía
el himno y la plegaria, nunca
[viste el fulgor
del lucero cautivo en sus carnes
[ardía,
pasaste sin besar su corazón en
[flor.

Campesina, ¿recuerdas que al-
[guna vez prendiste
su nombre a un comentario, bru-
[tal o baladí?

La señora Inés Echeverría de Larraín (Iris).

Cien veces la miraste, ninguna
[vez la viste,
¡y en solar de tu hijo, de ella
hay más que de tí!

Pasó por él su fina, su deli-
[cada esteva
buscando surcos donde albergar
[perfección.

la albada de virtudes de que len-
[to se nieva
es suya, campesina, ¿no le pides
[perdón?

Daba sombra por una selva su
[encina hendida
el día en que la muerte la con-
[vidó a partir,
pensando que su madre la espe-
[raba dormida
a La de Ojos Profundos se dió
[sin resistir.

Y en su Dios se ha dormido
[como en cojín de luna,
almohada de sus sienes, una
[constelación;
canta el Padre para ella sus can-
[ciones de cuna
y la paz llueve largo sobre su co-
[razón.

Como un henchido vaso traía el
[alma hecha
para volcar aljófares sobre la
[humanidad;
y era su vida con toda la dilata-
[tada brecha
que suele abrir el Padre para
[echar claridad.

Por eso que aun el polvo de sus
[huesos, sustenta
púrpura de rosales de violento
[llamear,
y el cuidador de tumbas, cómo
[aroma, me cuenta,
las plantas del que huella sus
[huesos, al pasar.

En más de una ocasión, a través de estos artículos, he insistido en ese aspecto de maestra que hay en la Mistral y que es sin duda de sus facetas personales, la más noble. Recuerdo que cierta vez que conversábamos en su quinta de La Serena, sin otro don que el que la naturaleza le daba y con un florecer de rosas rojas que parecían de sangre, le pregunté recelando la respuesta:

—¿Cuál ha sido el día más feliz de su vida?

Se encerró primero en un largo silencio. Pero yo insistía. Y volvió a mí los ojos, yo no sé si verdes, celestes o azules, pero sí dulces, de una dulzura extraordinaria. Y me dijo:

—Vea usted, amigo, cómo la curiosidad no sólo es patrimonio de nosotras las mujeres. ¿El día más feliz de mi vida? Lo he tenido y lo tuve en el mar. Volvía de Méjico y enfrentaba el barco Montevideo. Y desde la nave me llamó la atención ver en el puerto, ya muy próximo, una sábana blanca, enorme sábana que formaban los blancos sombreros de millares de colegialas, como después se me dijo. El barco se inmovilizaba. Aquel era un homenaje, y conmovedor. Me dirigí al capitán con un deseo in-

(*Continúa en la pág.* 64)

Dichosa
la novia que puede ostentar un cutis inmaculado.

El uso constante de la Cera de Belleza LA MILO asegura un cutis limpio, terso y juvenil para cualquier momento: en la oficina, en la calle, en las reuniones sociales y «ante su novio». SEA BELLA, use regularmente la acreditada

CERA DE BELLEZA La Milo M.Q.
ES SUPERIOR
NO CONTIENE MERCURIO
HoF.

La mayor preocupación de VERREE TEASDALE, estrella de Warner, es su pelo. Porque como le ocurre a la esposa de cualquier vecino, la "permanente" sólo le dura una semana.

De la pantalla

LA ESPERADA. — La segunda película de Grace Moore ya casi está aquí; a fines de junio se pasó en Nueva York. «Quiéreme siempre» ha sido el título provisional, pero ahora se ha abierto un concurso entre las oficinas Columbia en la América latina para ver a quien se le ocurre el título digno de esta nueva cinta en la cual la diva llega a nuevas alturas secundadas por un elenco formidable.

EL RODAJE. — Claudette Colbert de nuevo alegra con su risa los estudios Columbia: en esta semana se inició la producción de «She Married Her Boss», es decir, «Se casó con el patrón», aunque éste probablemente no será el título español. Claudette Colbert recibió el premio de la Academia por su interpretación en «Sucedió una noche», película que además obtuvo todas las menciones honoríficas de 1934.

MICHAEL BARTLETT, el aristocrático tenor que en la segunda película de Grace Moore, según los críticos, revélase vigorosamente como una de las figuras más románticas y atrayentes de la pantalla, ha sido asignado por la Columbia al elenco de la nueva película de Claudette Colbert, con quien compartirá los honores estelares. Bartlett, conocido tenor de ópera y comedia musical, que ha cantado en Italia, Francia y Bélgica, es hoy uno de los artistas exclusivos de Columbia.

WILEY POST, el célebre aviador que ha volado dos veces alrededor del mundo, aparece con el mismo avión en que ha hecho los dos viajes en la película «El rayo mortífero».

SEÑALES. — A continuación del espléndido contrato con el Music Hall de Radio City, la Columbia acaba de firmar otro con el circuito de cines «Loew Theatres» por todo el producto de 1935 a 36, asegurando a las películas Columbia posición privilegiada en los centros principales de los Estados Unidos. Esta es otra prueba de lo que se espera de esta productora.

RUTH CHATTERTON tendrá por partenaire a LOUIS HAYWARD, prominente actor inglés que ha sido contratado para el principal papel masculino de su próxima película. Hayward tuvo gran éxito la temporada pasada en Broadway con su brillante caracterización en la obra de Noel Coward titulada «Point Valaine».

EL DR. WALTER CONNOLLY. — Walter Connolly paró en Cincinnati de regreso a Hollywood después de una exitosa temporada en Nueva York, y recibió de su «Alma mater», la Universidad de San Javier, el título de doctor en Derecho. Connolly había recibido su grado de licenciado en dicho instituto.

Baby Jane con una de las muñecas "Baby Jane", que tan de moda están hoy en Nueva York. A esta precoz artista la veremos pronto en la producción Universal "Doble intriga".

Las admiradoras de CARY GRANT pueden sentirse satisfechas. Aquí lo vemos mirando de frente, de perfil y de soslayo.

(Foto Paramount)

bia hace con Ruth Chatterton.

LA MAMA MAS JOVEN DE LA PANTALLA. — Arline Judge, encantadora actriz que representa uno de los primeros papeles del film Paramount «Escándalo estudiantil». (College Scandall) es la mamá más joven que hay entre las actrices de Hollywood.

ENTRE LOS ADMIRADORES DE MAE WEST. HAY PERSONAJES DE LA NOBLEZA EUROPEA.

Joseph Vlach-Vruticky, comendador de media docena de órdenes y orgulloso poseedor de otros tantos títulos, es un ferviente admirador de Mae West. Así lo proclamaba una carta que dirigió a la graciosa actriz en la que incluía uno de sus retratos con todas sus condecoraciones.

Mae West examinó con curiosidad la efigie del ilustre ciudadano de Dubrovnik, Yugoeslavia, y exclamó: "Aunque no entiendo el yugoeslavo, me figuro que este señor pretende poner todas sus órdenes a las mías».

LA VEJEZ DE COOPER — El problema, que muchas de sus admiradoras se habrán planteado, de cómo será Cooper en su vejez, quedará solucionado en su próxima película, «Peter Ibbetson», en cuyas escenas finales el apuesto actor aparece a la edad de ochenta años.

BILLIE BURKE. — Esta simpática y popular estrella desempeñará uno de los principales papeles en la película que Colum-

BINNIE BARNES y SALLY EILERS, dos estrellas de la Universal, a quienes veremos en "Diamond Jim", y "Alias Mary Dow", respectivamente.

Rochelle Hudson, bellísima estrella de la Fox.

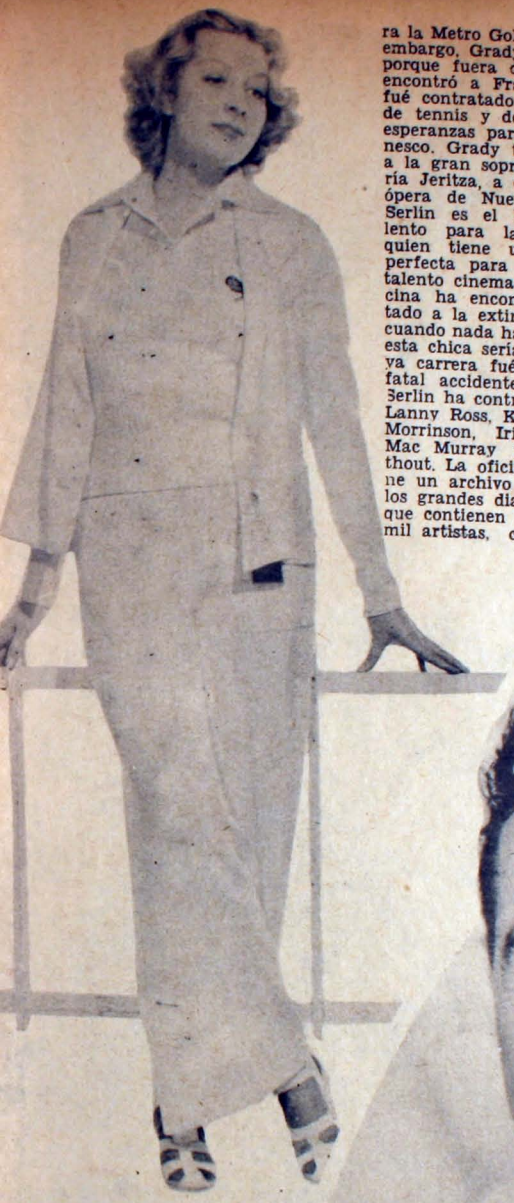
Uno en tres mil

En diversos sitios de Nueva York existen nueve oficinas abiertas y organizadas por los estudios californianos y a cargo de hombres y mujeres, que sin que jamás sus nombres hayan sido mencionados en producción alguna, tienen grandes responsabilidades y hacen mucho por la cinematografía, sin que nadie se dé cuenta de ello. Estos activos y anónimos obreros del séptimo arte están encargados de recolectar artistas para los estudios, trabajo arduo y delicado, que si bien trae agradables sorpresas, tiene como característica principal una pesadísima labor de rebusca que a veces parece de todo punto estéril. La Metro Goldwyn Mayer cuenta con un personal organizado en Nueva York, a cargo de Al Altman y Bill Grady; la Paramount tiene oficinas de este mismo género a cargo de Oscar Serlin; los estudios Warner tienen a la señorita Mildred Weber; la R. K. O., a la señorita Katherine Brown; Columbia, a Jeanne Cohen; la Universal, a Miriam Howell; la Fox, a Joe Pincus, y United Artists a Freddie Kohlmar. Estos hombres y mujeres recorren con una constancia ejemplar todos los teatros de la región norte y oriental de los Estados Unidos, donde la población es más densa y donde las actividades artísticas están más desarrolladas. Interrogamos a Bill Grady, de la Metro Goldwyn Mayer, después de una jira que ha hecho por la región vecina a Nueva York y las grandes ciudades del este de los Estados Unidos. Ha visitado 108 compañías teatrales y de variedades y presenciado el trabajo de 1,600 artistas. Grady, de tan vasto campo de acción y de tan numeroso personal de actores ha podido contratar tan sólo diez artistas pa-

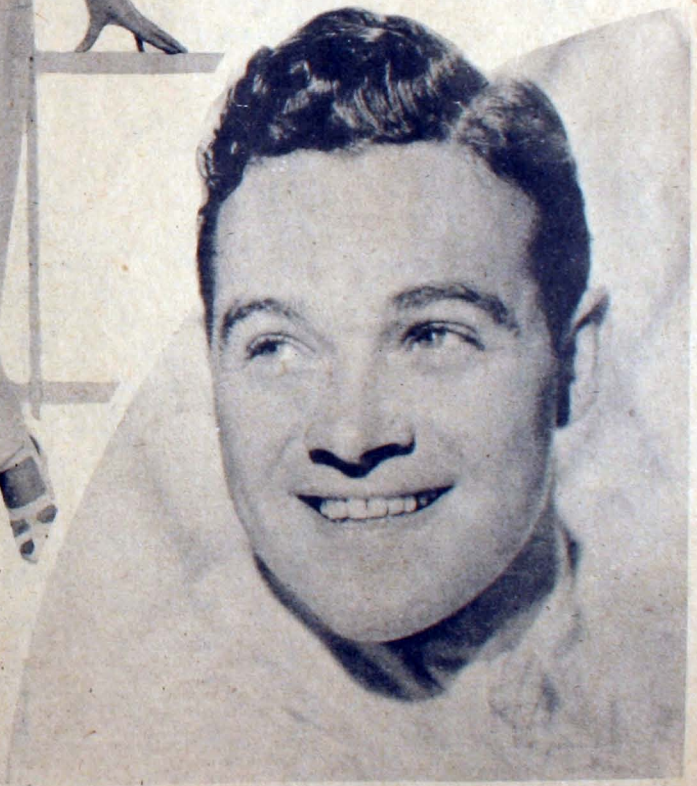
Fred MacMurray, galán perteneciente al elenco de Paramount.

ra la Metro Goldwyn Mayer. Sin embargo, Grady está contento, porque fuera de los escenarios encontró a Frank Shields, que fué contratado en una cancha de tennis y de quien se tiene esperanzas para un triunfo cinesco. Grady también contrató a la gran soprano vienesa María Jeritza, a quien vió en la ópera de Nueva York. Oscar Serlin es el buscador de talento para la Paramount, y quien tiene una organización perfecta para la búsqueda de talento cinematográfico. Su oficina ha encontrado y contratado a la extinta Dorothy Dell, cuando nada hacía presumir que esta chica sería el prodigio, cuya carrera fué cortada por un fatal accidente automovilístico. Serlin ha contratado además, a Lanny Ross, Kitty Carlisle, Joe Morrinson, Iris Adrian, Fred Mac Murray y Gladys Swarthout. La oficina de Serlin tiene un archivo similar a los de los grandes diarios, con índices que contienen la historia de 15 mil artistas, con sus fotos y cuanto es necesario para el fin que persigue la oficina buscadora de artistas. Cada mañana, en el escritorio de Serlin, aparecen destacados con lápiz rojo los comentarios y críticas teatrales que han aparecido ese día en los diarios de Nueva York. Es interesante conocer cómo trabajan en su mayor parte estas oficinas neoyorkinas de reclutamiento artístico. Señalado favorablemente un prospecto, hombre, mujer o niño, éste es pasado por una severa prueba en cuanto a si es o no fotogénico, y en cuanto a su físico en general. Inmediatamente después, el prospecto es enviado a la costa californiana, donde las pruebas prosiguen ampliadas ya en muchas direcciones. Ocurre muchas veces que los reclutas aceptados en las oficinas de Nueva York, son rotundamente rechazados en California. Es lo que ocurrió con Katherine Hepburn, que después de ser ad-

(Continúa en la pág. 64 —



Gertrude Michaels.
(Foto Paramount)



Joe Morrison.
(Foto Paramount)

Sus

arlos Gardel
(Foto Paramount)

Favoritos

Grace Moore
(Foto Columbia)

Modelos de París

Muy elegante este ensemble compuesto de un trajecito de lana negro con un abrigo tres-cuartos muy acampanado de grueso borlón de lana.

Encantador traje de cañamazo de lana con mangas muy amplias y cuello cuadrado completamente empabilado. Cinturón y flor de charol.

Como complemento de un traje de mañana, este conjunto de detalles.

ULTIMAS CREACIONES

Encantador conjunto de lana azul rey; falda muy angosta y abrigo tres-cuartos, adornado con cuello, solapas y mangas de nutria negra. Cinturón de gamuza.

Elegante abrigo en terciopelo de lana beige con cuello drapeado, rodeado de piel café. Como complemento del abrigo damos el dibujo de este lindo vestido.

TRAJES PARA NIÑOS

Pantalón y falda tableada en sarga azul. Se completan con una blusa blanca con cordones y corbata azul.

Vestido y pantalón de terciopelo inglés; el cuello del vestido y la chaqueta del niño son de espumilla beige.
Abriguito de lana con cortes pespuntados; cuello y puños de nutria y botones forrados.

Pantalón y faldita de terciopelo negro sobre una blusa de color turquesa. Botones forrados.

PRACTICOS Y NIÑAS

Estos dos trajecitos pueden confeccionarse en lana o terciopelo inglés con blusitas de espumilla.

Pantalón de género escocés cortado al sesgo; blusas de espumilla blanca.

Abriguito de lana con canesú redondeado y pequeños adornos de petit gris.

Bonitos conjuntos de terciopelo con blusas de marrocain de seda.

SOMBREROS ELEGANTES

1.—Gorro de fieltro café con adorno de fantasía.
2.—En fieltro azul este sombrero de copa muy baja.
3.—Un torzal de terciopelo en dos tonos adorna este sombrero de taupé café.
4.—Pequeña boina de fieltro azul cuyos costados van adornados de gros grain, velo de crin.
5.—La copa cuadrada de este sombrero está hecha con cuatro cortes y adornada con un motivo de fantasía.

Los trajes elegantes

En crepe mongol verde jade este elegante traje de tarde; lleva un bonito capuchón en la espalda y de la cintura sale una graciosa lazada.

Abrigo de terciopelo chiffon café, de línea muy sencilla, cerrado por grandes botones de cristal verde jade.

Muy chic este vestido de terciopelo negro con una pieza drapeada en la espalda y adornado con clips de brillantes en los hombros y hebilla en la cintura.

Traje de crepe satén, el corte delantero forma la cintura y termina en una gran lazada

Conjuntos para la mañana

Muy a propósito para las correrías matinales este abrigo tres-cuartos con doble botonadura y grandes bolsillos de parche pespuntados.

Encantador ensemble compuesto de un traje de jersey beige y abrigo tres-cuartos en un tono más obscuro.

De líneas muy sencillas este abrigo tres-cuartos con mangas raglán y cuello redondo abotonado.

En lana rayada beige y café esta falda muy sencilla completada por una capa larga y muy amplia; chaleco en tono beige con botones café.

Para las dueñas de casa

Damos a continuación cinco modelitos de delantales para cuando usted, señora, tenga que ocuparse de los quehaceres matinales.

1.—Delantal de céfiro de hilo a cuadros celestes y blancos con adornos blancos y azul marino.

2.—Delantal de hilo rayado formando empalme. Se completa con una blusita de brin blanco.

3.—De céfiro de hilo rayado este delantal con cuello, pechera y puños blancos.

4.—Lindo delantal a cuadros azules y blancos con un bonito cuello abotonado.

5.—Muy práctico este delantal de cretona con adornos del tono más obscuro de las flores.

Elegancia y sencillez

Lindo traje de mañana en lana angora moteada con cortes pespuntados.

Abrigo tres-cuartos de corte raglán con cuello y puños de castor; completa el traje arriba indicado.

Muy chic este abrigo de lana diagonal cuyo único adorno consiste en un gran cuello de piel.

Simpático traje en lana azul marino con adornos blancos.

La ropa del bebé

Abriguito de vivela color rosa con adorno al sesgo en otro tono.

Vestido de hilo blanco, adornado con alforzas muy finitas.

Pantaloncitos tejidos de lana blanca

Zapatitos de franela blanca.

Delantal de hilo blanco con puntos celestes.

Conjunto para el paseo del bebé en paño blanco con adornos celeste.

Paletocito y zapatos de paño celeste moteado de blanco.

Vestidito de espumilla rosa pálido con recogidos formando cuadrados.

Linda gorrita adornada con cinta de terciopelo.

Camiseta de hilo con alforzas muy finitas y deshilados.

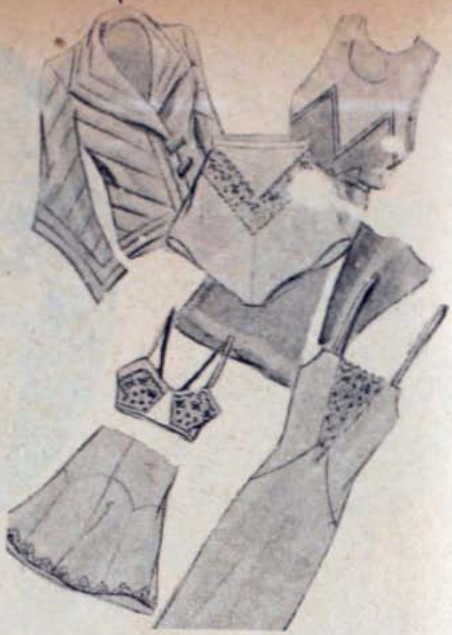
Babero de hilo blanco con incrustaciones rosa.

Babero de hilo adornado con valenciennes.

Lindo vestidito de crepe de Chine.

Larga blusa de vivela celeste con adornos más obscuros como el pantalón.

Trajecito de lana tejido; sweater en tonos beige y café sobre pantalón café.



Ropa interior

Combinación de espumilla rosa con aplicaciones de encajes y tableados que forman el pantalón.

Camisa de hilo blanca con vueltas anchas recogidas y orilladas con hilo celeste, como el cinturón.

Pijama de crepe satén celeste.

Chaquetón de franela rayada para la cama.

Calzón de espumilla con aplicaciones de encaje.

Camisa de crepe satén celeste y blanco.

Sostén de encaje.

Calzón de espumilla muy amplio, orillado de encaje.

Combinación de crepe satén con punta de encaje incrustada.

Detalles encantadores

Como no siempre nuestra situación económica nos permite renovar nuestro guardarropía, damos en esta página, algunos lindos cuellitos que colocados sobre uno de nuestros vestidos usados, lo rejuvenecerá dándole un encantador aspecto. Además, proponemos a nuestras lectoras algunas nuevas ideas de mangas en todos estilos.

Estas mangas en forma de capa se fijan con una lazada en el cuello; resultarán encantadoras sobre un traje imprimé.

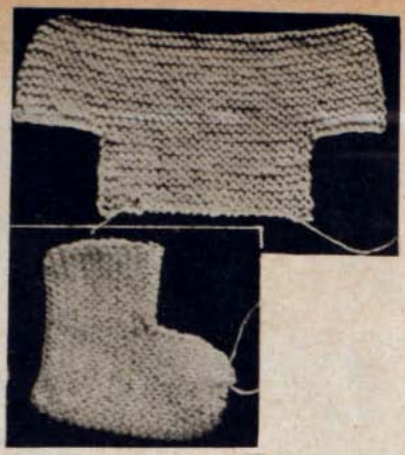
Las que siguen a continuación están indicadas para trajes de seda, ya sea espumilla, crepe o marrocain.

Cuello de organdí doble rodeado con un plisado muy fino.

Bonito cuello al sesgo recogido por delante y abotonado en la espalda.

Cuello de hilo blanco recogido con un gran moño de la misma tela.

Plisado de organdí que pasado por una abertura de la manga produce un efecto encantador.



Capuchón para recién nacido

Este capuchón, fácil de confeccionar, constituirá un hermoso regalo.

La forma y medidas del patrón figuran abajo de la página.

PUNTOS EMPLEADOS

El tejido está completamente hecho en punto correteado, todo al derecho.

MANERA DE EJECUTAR EL TEJIDO

Se comienza por la punta de abajo de la espalda. Urdir 2 p.. Hacer 1 aumento en cada principio del palillo, hasta 184 p. en total. Dejar los 40 p. del medio sin cerrar (escote). Tejer el lado derecho, agregar 20 p. al lado izquierdo para el escote. Hacer 1 disminución cada 2 corridas en el borde exterior, hasta que se terminen los p. El lado opuesto se teje en línea recta. Para el borde delantero. 2.a mitad igual. A continuación de los 40 p. dejados sin cerrar, tomar 20 puntos de cada lado en el borde del escote (80 puntos total). Tejer 15 cm. sobre todos los puntos (capuchón). Disminuir los p. y cerrar con una costura.

ORILLA

Hacer en todo el rededor del tejido una orilla de seda con crochet, 3 mallas en el aire, picar en la 1.a malla, 3 mallas en el aire, picar a lo largo de estas mallas, etc.

Botines prácticos

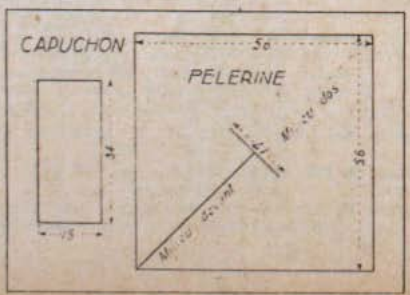
Las madres jóvenes, las menos expertas en el arte del tejido, pueden hacer fácilmente estos botines que, como lo muestran las fotografías, están formados por dos piezas rectangulares, recogidas en una extremidad y cerradas por 2 costuras sobre la parte baja del pie y por atrás.

PUNTOS EMPLEADOS

Estos botines se hacen de p. correteado (siempre al d.).

FORMA DE EJECUTAR EL TRABAJO

Urdir 45 p. Tejer 24 corr., disminuir 8 p. en cada extremidad del palillo. Sobre los p. restantes tejer 20 corr. No disminuir los puntos para pasar en medio una lana con una aguja y recoger la punta del pie. Cerrar por una costura el lado (talón) y la parte de abajo del pie. En la parte de arriba hacer una terminación a crochet. Pasar una cinta como lo muestra el grabado.



Pull over blanco

Este sweater completamente blanco tiene encantadores detalles; un bonito punto nuevo, una pieza, que haciendo el canesú, forma los bolsillos, y abajo un gran borde de canutón, que se lleva sobre la falda. La explicación corresponde al talle 42 (largo 48 cms. contorno 85 cms., manga 21 cm.). Por cada talle diferente agregar o disminuir 20 p. (10 p. del. 10 p. esp.).

PUNTOS EMPLEADOS

Canutón (cintura, canesú y mangas) 1 p. d., 1 p. r. 2.o Punto Panal (cuerpo), primera corr. (por el revés), entera al revés. 2.a corr: 4 p. d. X pasar 1 p., 1 p. r., pasar 1 p., 3 p. d., tomar en X. 3.a corr: tejer al d. los puntos derechos y al r. los p. revés, pasar los p. pasados en la corr. precedente. 4.a corr: como la 2.a. 5.a corr: entera al revés., tejiendo todos los puntos. 6.a corr: 1 p. d. X, 1 p. pasado, 1 p. r.; 1 p. pasado; 3 p. d. X. 7.a corr: como la 3.a. 8.a corr:, como la 6.a. 9.a corr:, como la 5.a. Tomar en la segunda corr.

ESPALDA

Se comienza por abajo. Urdir 158 p. en palillos finos. Tejer 12 cm. de canutón. Comenzar el cuerpo con palillos gruesos, haciendo de cada lado 3 veces un aumento con 5 corridas de intervalo.

Cuando el tejido tenga 29 cm. de largo, disminuir de cada lado 1 vez 6 p. y con una corrida de intervalo 6 veces 1 p. A los 35 cm. de largo, tejer 10 cm. de canutón (canesú). Disminuir de cada lado y 5 por 5, 45 p. por cada hombro y en seguida, los p. restantes.

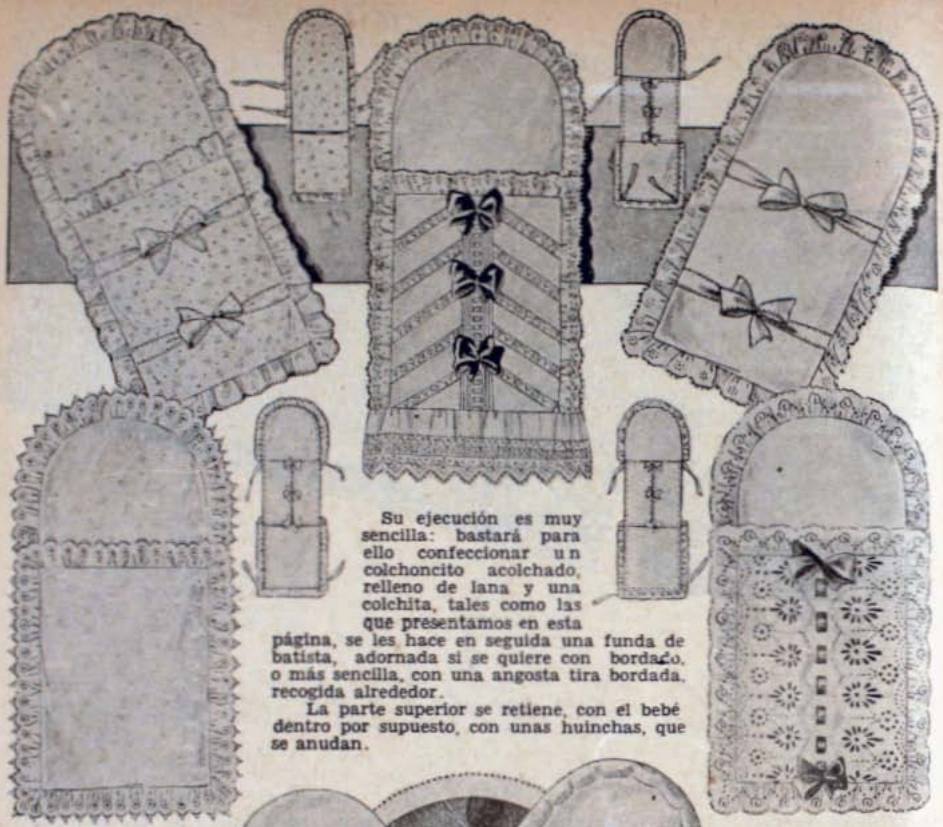
DELANTERO

Urdir 182 p. y seguir la explicación delantera, haciendo en los lados 8 veces 1 aumento cada 2 cm. de intervalo. En las bocamangas disminuir 1 vez 6 p. y con 1 corr. de intervalo 4 p., 3 p. y 3 veces 1 p. A los 35 centímetros de alto dividir el tejido como sigue: 86 p. para el lado derecho del tejido, 80 p. para el lado izquierdo. Tejer el lado izquierdo agregando 6 p. para la cerradura. Tejer 3 corridas de canutón en la corrida siguiente tejer 16 p., disminuyendo 42 p. Tejer los p. restantes. Dejar este trabajo sin cerrarlo.

Por otra parte urdir 42 p., (pata del bolsillo), tejer 8 corridas de canutón, formar un ojal, disminuyendo en el medio del tejido 4 p., que se aumentan en la corrida siguiente. Tejer 8 corridas y poner este tejido al derecho de los puntos disminuídos. Tejer de nuevo sobre todos los p., hasta 8 centímetros (canesú), disminuir para el rebaje del escote 1 vez 15 p. y con una corrida de intervalo, 6 veces 3 p., y siempre 2 p. hasta que no queden más que 45 p. Disminuir 5 por 5. 2.a mitad igual, sin agregar p. en el borde delantero y formando 3 ojales. (Ver fotografía).

MANGAS

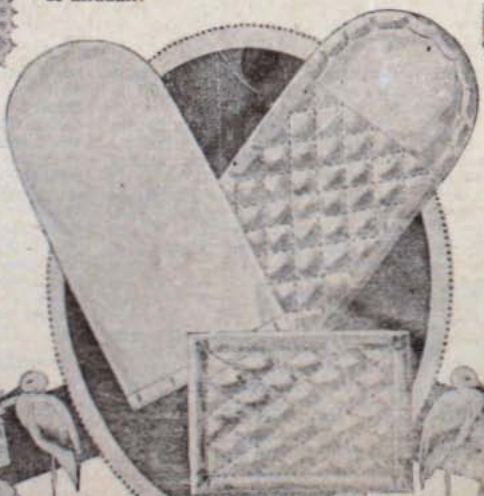
Se empieza por abajo. Urdir 104 p. Tejer en canutón 3 cm. con palillos finos y 8 cm. con palillos gruesos, haciendo de cada lado un aumento cada 5 centímetros. Disminuir en seguida, de cada lado, 1 p. en cada corrida, hasta 12 p., que se disminuyen juntos. Terminar el escote con una faja en p. de jersey sobre 5 p. Coserla por el revés.



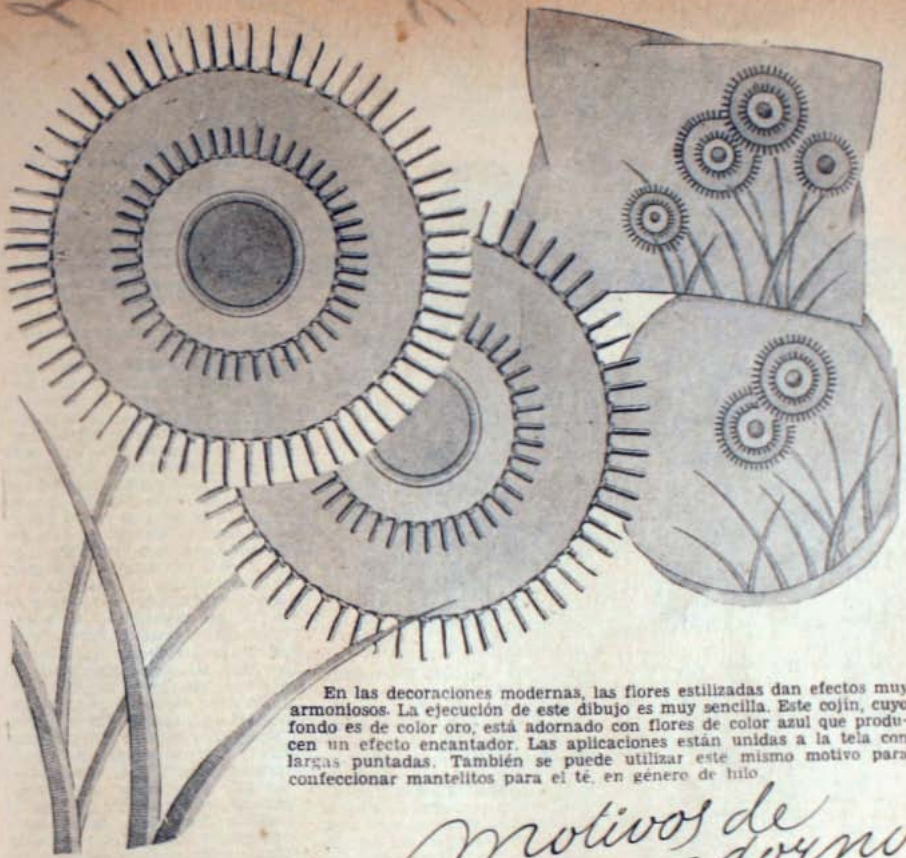
Su ejecución es muy sencilla: bastará para ello confeccionar un colchoncito acolchado, relleno de lana y una colchita, tales como las que presentamos en esta página, se les hace en seguida una funda de batista, adornada si se quiere con bordado, o más sencilla, con una angosta tira bordada, recogida alrededor.

La parte superior se retiene, con el bebé dentro por supuesto, con unas huinchas, que se anudan.

Para la joven mamá que encuentra a su bebé, y con razón, lo más frágil y delicado del mundo, presentamos estos simpáticos guarda bebés, en donde ellos se sentirán a las mil maravillas, calentitos y cómodos.



Lectora, confeccione alguno de los modelos que le presentamos en esta página y quedará ampliamente satisfecha, al observar la seguridad, con que tomará a su bebé en brazos, sin temor de hacerle daño.



En las decoraciones modernas, las flores estilizadas dan efectos muy armoniosos. La ejecución de este dibujo es muy sencilla. Este cojín, cuyo fondo es de color oro, está adornado con flores de color azul que producen un efecto encantador. Las aplicaciones están unidas a la tela con largas puntadas. También se puede utilizar este mismo motivo para confeccionar mantelitos para el té, en género de hilo.

Motivos de adorno

Blusa de espumilla blanca.

Blusa de seda de corte muy nuevo con canesú y delantero de una sola pieza.

Combinación y calzón de crepe satén con incrustaciones de encaje.

Estos moldes se despachan al recibo de su carta con treinta centavos en estampillas. Dirigirse a «Familia», Casilla 84-D., Santiago.

Moldes

Buen Tono

CORRESPONDENCIA

"Las cartas son conversaciones epistolares que, por premeditadas, no cabe en ellas la ligereza del temperamento, ni la vehemencia del carácter".—LUCIO FLORO.

Razonar al escribir.—Si se ha de tener pulcritud en la conversación, más la ha de haber en la correspondencia. Esta sirve para conservar las relaciones de familia, amistad y negocios, por lo que es imprescindible dar las reglas epistolares, ya que es tan corriente el escribir como el hablar. Si al conversar debemos meditar lo que decimos, al escribir lo haremos con más cuidado para que después de enviada la carta no tengamos la zozobra de haber redactado mal cualquier párrafo y el temor de que el destinatario nos considere con incapacidad o de educación descuidada.

El efecto de las cartas.— El buen efecto que causará una carta puede sernos provechoso y más si se hace una solicitud a persona que nos desconoce. Y para hacerse agradable, sin llegar al extremo de querer mostrar una caligrafía de colegio, se procurará que la letra sea perfecta y lo más fácil legible, sin cometer la imprudencia de, por ganar tiempo, hacérselo perder al destinario, descifrando enigmas, por nuestra letra ilegible o mala redacción.

La ortografía es, sin duda, la piedra de toque de la intelectualidad: por lo tanto, todo cuidado es poco en este sentido, porque no podemos poner la disculpa del cuento: que iba la carta mal escrita ortográficamente porque se meneaba la mesa.

La mujer — no todas, pero sí una parte — es algo descuidada en esto y con la h se hace un verdadero lío, colocándola en los sitios donde no le corresponde. Algunos escritores cursis han proclamado disculpable esta falta, diciendo que una carta de mujer, ortográficamente bien escrita, perdía el perfume femenino. Como galantería no está mal, pero queda siempre en pie la falta de cultura. Más elogio merece, por lo tanto, la carta de mujer bien redactada y escrita, que da prueba de superioridad entre su sexo.

Las cartas deben ser sobrias y sencillas, resultando así altamente elegantes. Las cosas triviales en las cartas se deben esquivar, para no exponerse a caer en lo afectado ni enfático.

Cuando se habla bien, se debe escribir conforme se habla. Y cuando se habla mal, se ha de tener mucho cuidado de no escribir como se habla, ateniéndose a las reglas epistolares, puesto que sabido es que las palabras se las lleva el viento, pero los escritos quedan.

Para pedir dinero no se debe escribir una carta a una amistad, sino únicamente cuando se tiene la certeza de poderlo devolver, y, aún así, si se puede solventar el momento económico por nuestros propios medios, es preferible, pues el efecto que causa una de estas cartas es deplorable.

Forma de escribir las cartas.— Las cartas constan de tres partes: encabezamiento, texto y despedida. La primera, se redactará poniendo el nombre de la población desde donde se escribe, seguida de la fecha; en línea más abajo, el nombre de la persona a quien va dirigida, dándole el tratamiento que tenga por su cargo o título, y si no lo tuviese, precederá siempre al nombre las palabras: Sr. Don; Sra. Doña o Srta. Debajo, la dirección y, por último, la población a donde va dirigida: si se trata de la misma localidad, se pone: Ciudad, Presente o Esta. Como principio del texto que forma parte del encabezamiento, se adoptan las frases usuales, empleándolas según el grado de parentesco o amistad. Por ejemplo: "Muy señor mío" o "Muy señora mía"; "Muy señor mío y de toda consideración"; "Mi distinguido amigo". Tratándose de amigos íntimos y familiares, se usa la palabra "querido", anteponiéndola al nombre del destinatario. Una señora, al dirigirse a un caballero de su confianza, puede poner en los encabezamientos: "Apreciable amigo" o "Apreciable señor y amigo".

Para el texto de las misivas no es posible establecer reglas, por lo variado de los asuntos de que pueden tratar. De todos modos, es aconsejable que se cuide de expresarse bien.

Para la despedida, se tendrá en cuenta el tratamiento dado en el encabezamiento, siendo conveniente citar las siguientes frases: "Queda de Ud. afmo. (afectísimo) y s. s. (seguro servidor)", y en línea separada, hacia la derecha: "q. b. s. m. (que besa su mano)" o "q. e. s. m. (que estrecha su mano)"; "Queda a sus órdenes su atto. (atento) y s. s."; "Le saluda muy atentamente"; "Atentamente le estrecha la mano su afectísimo", etc. En las despedidas familiares se pondrá el grado de parentesco, como por ejemplo: "Tu hermano", firmando solamente con el nombre. Y con las personas de respeto emplearemos las frases: "Su admirador respetuoso".

CULTIVE SU BELLEZA

por Lucía

Recordando el otro dia los años que he pasado ayudando a las damas en sus problemas de belleza, diciéndoles, dia a dia, cómo hacer esto o cómo hacer lo otro, se me ocurrió que tan importante como saber lo que se debe hacer, es saber lo que NO se debe hacer. Por eso, esta semana voy a concentrarme en los NO.

Cuando se aplique algún tónico para el cabello, NO se contente con rociarlo a la ligera, frotarlo un poco y pensar que es eso lo suficiente; no, de ninguna manera. Separe el pelo en pequeñas porciones, con todo cuidado, frote estas partes con el tónico, separadamente, con movimientos circulares.

Después de usar cualquier tinte para el cabello, NO vaya directamente a hacerse un ondulado permanente. Será de efecto desastroso. Advierta siempre al peluquero qué cosa se ha aplicado, y él le hará el tratamiento que necesita.

NO use un cepillo polvoriento ni una peineta tan dura que le raspe el cráneo al peinarse. NO use agua demasiado caliente para lavarse la cabeza, ni crea que cualquier champú es bueno para ello. Hay una clase de champú diferente para cada color o cada condición del cabello.

NO se friccione la frente siguiendo las rayas que ella pueda tener, sino que hágalo siempre en forma completamente opuesta, es decir, cruzándolas. (Esto es aplicable a cualquier raya del rostro).

NO se depile las cejas hasta dejarlas convertidas en una tenue rayita. No es bonito ni se usa en Europa.

NO trate de borrar las arrugas alrededor de los ojos empleando la crema en cualquier forma. Aplíquela por encima y debajo de los ojos, con suavidad.

NO se componga el rostro más de lo necesario. Hágalo con mucho cuidado y tome para ello el tiempo que necesite. NO deje límites muy duros a los afeites en forma que parezcan una máscara. Extienda el rouge hasta que se confunda, poco a poco, con el cutis. NO se ponga el rouge de igual manera, sin tomar en cuenta la forma de la cara. Si es gorda y redonda, póngaselo cerca de la nariz. Si, por el contrario, es larga y delgada, póngalo lo más cerca que pueda de las orejas. NO se sugestione con la idea de que el lápiz rosado que le regaló la tía María combinará muy bien con el rouge anaranjado que le recomendó la tía Anita. Se verán horribles. Escoja Ud. misma el tono más apropiado a su color natural.

Cuando se limpie la dentadura, NO se olvide de limpiar entre los dientes, en igual forma que encima. La pasta dental debe ser muy bien aplicada con un cepillo duro. NO olvide que la dentadura es quizá la parte que más debemos cuidar. Una dentadura descuidada puede ser causa de graves enfermedades.

NO deje de lado el cuidado de los manos pensando que nadie se fijará en ellas. Por el contrario, trate de conservarlas siempre frescas y atrayentes. Uno de los mayores encantos femeninos es, precisamente, una mano hermosa. NO use la misma loción para una mano de piel seca como para una grasosa. Si es seca, use una crema suave, si es grasosa, algo más astringente. NO se lime las uñas con aspereza, sino que con mucha suavidad y tratando de no hacerlo demasiado abajo en los costados. NO se corte la cutícula. NO las raspe para sacar el barniz viejo. Con unos cuantos centavos de acetona le será muy fácil hacerlo.

NO se ponga una capa muy gruesa de barniz. Haciéndolo, fuera de obscurecer el color que a Ud. le agrada, le dará un aspecto muy tosco a las uñas. Debe aplicarse una sola capa y efectuarlo con sumo cuidado, evitando que el barniz se monte en la cutícula.

Y, para terminar, NO olvide que el arreglo de la persona debe ser hecho SIEMPRE en forma prudente, sin exagerar los retoques. En otra forma tomará el aspecto de tantas señoras que sólo sirven de irrisión en las calles. Un retoque a sus encantos, hecho con suavidad y prudencia, dará a su figura toda la atracción que desea.

La cómoda terraza, terminada en una elegante curva, sirve al mismo tiempo para protección de la entrada. Las jardineras pobladas de diversas variedades de plantitas floríferas, proporcionan una nota de color que contrasta con la blancura del revoque y la vereda de mosaicos blancos. El verde del césped se interrumpe graciosamente por las lajas de piedras de colores que forman los caminos y plazoletas del jardín.

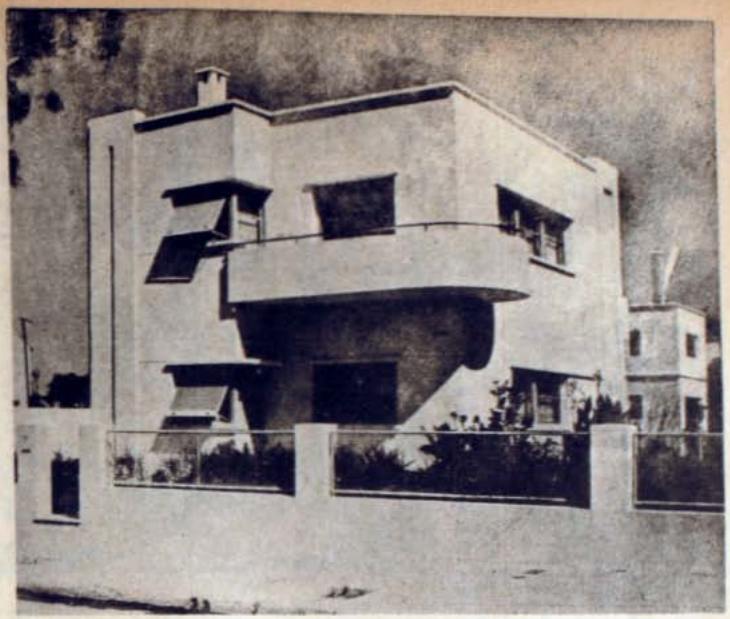
Casas e interiores

Rincón del living-room. Los ventanales orientados al norte y al sur llenan de luz este ambiente. Las cortinas a la veneciana, dispuestas a guisa de toldos preservan de los rayos del sol cuando se desea mantener abiertas las ventanas, que son de metal y del tipo guillotina.

Al proyectar esta casa, la idea dominante fué la de aprovechar en un todo la orientación ideal del terreno (nordeste), sus buenas dimensiones (20.80 x 30 metros) y su ubicación elevada que le da vista al río.

Por eso se edificó la casa sobre el costado sudeste, lo que permitió la formación de un agradable jardín en el frente y costados norte y oeste.

De este modo, todas las habitaciones principales, recepción y dormitorios, están orientados idealmente; reciben el sol sin mezquindad y gozan de un agradable panorama.

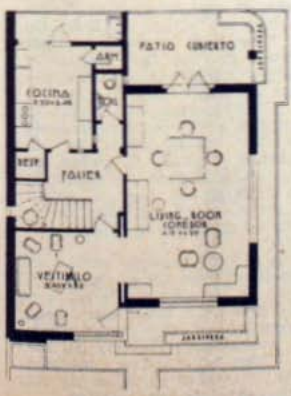


En la edificación de la casa se buscó la sencillez unida a una cómoda distribución interior que simplificara el trabajo doméstico, habiéndose adoptado por la misma razón, la disposición en base a un amplio comedor-living-room.

La escalera al piso alto nace en un palier que tiene acceso a todos los ambientes de la planta baja: hall, comedor, toilette, cocina, despensa y entrada al sótano, en el que se ubicó la caldera correspondiente a la instalación de calefacción central.

Cómodos armarios embutidos en los dormitorios y en la cocina, agua caliente en esta última, en los cuartos de baño y en el lavadero, complementan la instalación interna de la casa.

Nursery proyectada por Gerardo Rosio (Florencia). Conjunto esquinero de mueble y chimenea pintado en color crema. Los anaqueles en cromo aluminio. El piso de goma en azul y amarillo.



Para evitar los olores de gas quemado que inevitablemente produce la puesta en marcha del automóvil, se prefirió instalar el garage en el fondo del jardín, reservándole al frente un amplio espacio de maniobras para evitar la salida con marcha atrás, siempre peligrosa para las plantas de adorno.

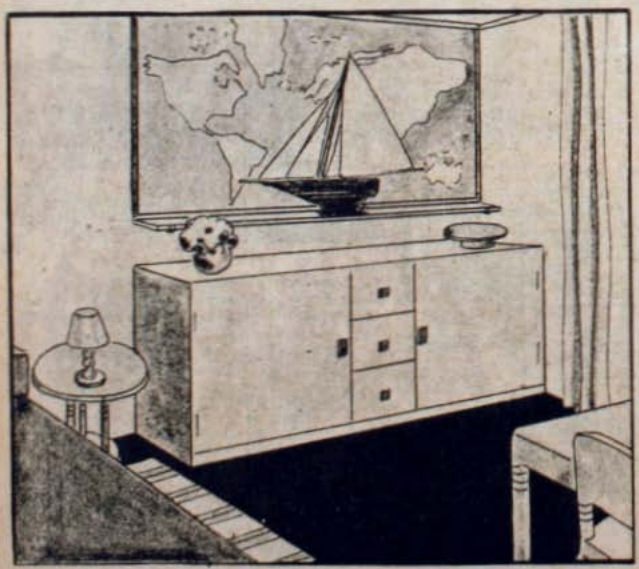
El barco de bebé

Bebé recibió hace tiempo, de su padrino que lo colma de regalonerías, un soberbio barco que lo hiciera el más feliz de los niños y el más envidiado y que, a su vez, el padrino recibiera de su abuelo, como regalo de Pascua. Por cierto que mamá no permitió que este juguete encantador fuera destruido, este juguete que parece una gaviota de alas blancas y que — a pesar de sus años — se conserva en perfecto estado.

Bebé quiso "epatar" a sus amiguitos, y una mañana llevó el barco al Forestal. Pero a los primeros entusiasmos, siguieron días de completo olvido, y el barco, abandonado, conoció de súbito todos los rincones de la casa.

Y he aquí que mamá descubre que posee un bellísimo elemento decorativo. Nuestra época ha puesto de moda los barcos, los veleros, las carabelas. Los mapas, los globos, constituyen también temas de actualidad dentro del hogar. ¿Por qué entonces no aprovechar el barco de Bebé?

En esta pieza del niño que no puede estar pintada, sino que con un color claro, en este medio neto, de muebles de madera encerada en color natural, con un tapiz rojo seco en el piso y delanteros de lamas indígenas beige y rojo vivo, será fácil encontrar un sitio en que el barco luzca con toda su prestancia. Helo aquí, en este ángulo sobre la consola que limita los mapas colgados en el muro y que forman un panneau. Esta disposición es una feliz idea de mamá. Recortó de un viejo atlas algunos continentes, algunos países, los fué pegando sobre un fondo azul, de papel grueso y el resultado lo pegó también en el muro, bordeándolo con una estrecha moldura de madera dorada-viejo. Ahora bien: si ustedes quieren emular y aún sobrepasar a mamá en esta tarea decorativa, pueden hacer lo mismo para empezar, es decir, recortar y pegar los mapas en un fondo de papel azul, que se puede a su vez enriquecer con rosas de los vientos, animales fabulosos, peces de mares lejanos, flora submarina y toda suerte de fantasías dentro del estilo. Una vez pegadas en una armoniosa distribución, se barniza el todo. En los magazines ingleses y americanos es muy fácil encontrar dibujos iluminados de este género. Si se procede en esta forma, hay primero que pegar el panneau en la pared y después barnizar, colocando al fin la moldura y abajo la repisa en que, gallardamente, recordando las hazañas en que no actuó, estará el barco de Bebé, en la rada de un pequeño soporte metálico.



En el otro grabado vemos en qué otra forma mamá puede decorar el estudio de Bebé, con un solo gran mapa que hace juego con el largo de un bonito mueble para la ropa del niño. Una repisa sirve también para mantener al barco de las esperanzas siempre alertas.

NACHA.

De mujer a mujer

MARIA EUGENIA:

Ante todo, a Ud. encargo dar mis felicitaciones a todas las secciones de la revista, muy buena en cuanto a lectura, cine y especialmente a esta sección "De Mujer a Mujer", porque tengo un problema de muchacha que resolver. Tengo sólo 15 años y mi consulta es ésta:

Si un joven a quien amo, trata de tomarme una mano entre las suyas, ¿qué debo hacer? ¿Aceptar a que me la tome o negarme? Ahora: si lo hace como declaración de amor el primer día que se junte, ¿qué hago? Si lo hace después de haberse declarado el mismo día o días después, ¿qué hago? Si lo hace como declaración de amor después de haberse juntado conmigo varias veces, ¿qué hago?

Supongo que estará clara mi consulta; se me olvidaba: no tengo intenciones de casarme con él, se comprende.

Espero ansiosa la respuesta, porque según parece, no demorará mucho en decidirse a juntarse conmigo el joven a quien adoro.

Se despide dando los más sinceros agradecimientos de antemano.

MARIA INES.

RESPUESTA A MARIA INES:

Angol.

Antes de recurrir a un consejo, debió usted primero haber recapacitado bien sobre la índole del consejo que iba a pedir. Porque en Ud. se da el caso de que Ud. misma ignora qué es lo que quiere preguntarme. ¿Su novio le tomó las manos antes o después de declararse? ¿Lo hace como declaración de amor o como corolario de su declaración de amor?... ¡Vaya Ud. a saberlo!

Naturalmente que si Ud. está enamorada de su novio y él le toma la mano no desagradando eso a Ud., ¿qué puedo yo aconsejarle?

Es de felicitarla, realmente, si, teniendo quince años no hay en Ud. intenciones de casarse... Mas, se me ocurre una pequeña pregunta: ¿No cree Ud. que sería de muchísimo más provecho para su porvenir el que en vez de preocuparse de que su pololo le tome la mano antes, junto o después de una declaración amorosa, se dedique más al estudio y a cosas de más provecho para sus flamantes quince años?

Es un consejo...

MARIA EUGENIA.

MARIA EUGENIA:

Encontrándome imposibilitada para resolver "mi problema", me dirijo a Ud. para que con su claro criterio me ayude a dilucidar.

Tengo 20 años, buen físico simpática al decir de la gente y con cierta cultura.

Estoy de novia y muy enamorada de un joven de 26 años, simpatiquísimo y que está en buena situación. Pero aunque se acerca la fecha de nuestra boda, estoy desde hace unos días en una gran incertidumbre. He sorprendido a mi novio mirando con insistencia a una amiga íntima a la que quiero como a una hermana. Parece que a ella también le agrada mucho, a pesar de que está a punto de comprometerse con un joven bastante mayor que ella. ¿Cree Ud. que yo debo aplazar mi matrimonio o pedirle explicaciones a mi novio? ¿Qué haría Ud. en mi lugar? ¿O sería preferible que sin decirle nada a mi novio le hable a mi amiga?

Agradeciéndole la respuesta,

MOLLY.

RESPUESTA A MOLLY:

Antes de dar algún paso debe Ud. cerciorarse bien de si las sospechas que tiene con respecto a esas miraditas no son producto sólo de los celos.

Las amigas íntimas, aquellas a quienes se quiere casi como a una hermana, por regla general, son las más peligrosas. Por aquello de que en la confianza está el peligro...

No considero práctico una explicación entre Ud. y su amiga. Mucho más lógico sería el que Ud. tratase, con diplomacia, de ir distanciando poco a poco su amistad con esa amiga. Estando Ud. de novia, casi en trance de casarse, lo más natural es que salga con él sin la compañía obligada de una amiga.

Si Ud. nota que su novio reclama, indirectamente, por supuesto, la presencia de su amiga, si Ud. repara que él la recuerda más de lo suficiente, entonces ha llegado el momento de una explicación franca con él y de una aclaración al respecto.

Pero le aconsejo mucha prudencia y tino. A veces el amor nos hace ver visiones sólo por amargarnos la existencia.

Pero basta el hecho de que la duda haya entrado en Ud. para que mi consejo más sincero sea éste: distánciese de esa amiga, sepárela de Ud. y de su novio y todo volverá a ser como fué.

Así lo espero.

MARIA EUGENIA.

La escoba y el plumero

consejos de Tía JACOBITA

Lavado y plancha

Vamos a hablar ahora del lavado de las prendas tejidas, ya que con esto de que las mujeres no le dan descanso a los pallilos y que también el crochet ha vuelto por sus fueros, todo ello, por cierto, con el beneplácito de la moda, pues entre chombas y boinas, chalecos y bonetes, chaquetas y faldas, bufandas y guantes, pues no hay casi día en que no se tenga que lavar algún tejido en la casa. Y esto sin meternos con la ropa de guagua y de niño, que es el cuento de nunca acabar...

Lo mejor es usar Lux o un producto similar de jabón en escamas. Se disuelve en agua caliente y al estar tibia se remueve con la mano para que forme mucha espuma. Entonces se pone el tejido adentro y se apretuja repetidamente para que se impregne bien en la lavaza. Se deja por una media hora o más, según sea lo sucia que esté la prenda. Entonces se enjuaga, siguiendo siempre el sistema de no refregar. Si se ve que el tinte ha cedido, se tiene un agua fría con un puñado de sal y ahí se le da el último enjuague.

La parte más delicada es la secadura, ya que si no tomamos cuidado, encontraremos después algo que todo parece menos lo que lavamos. Hay que poner sobre una mesa, a la sombra, una gruesa toalla de baño y encima se coloca la chomba — valga por ejemplo—, teniendo cuidado de que tome su forma y su proporción. Lo que más hay que vigilar son las mangas, para que no queden como flautas. Se pone encima una toalla y se aprieta vigorosamente contra la otra, para que así el tejido enjute. No sé si dije antes que no se debía retorcer el tejido al sacarlo de la última agua en que se enjuagó. No hay que hacerlo. (Les pido perdón por estas distracciones, pero ya saben ustedes que con los años la memoria se pone fallida). Una vez que esté relativamente seco, se deja al aire, estirándolo de vez en cuando allí donde la forma se está perdiendo. Algunas señoras los prenden con alfileres, pero no suele dar buenos resultados este sistema, porque se forman bolsas, que después no se logra quitar.

Cuando ya esté el tejido casi seco, se pone por el revés, en la tabla que debe estar forrada en una tela muy gruesa, se le pone encima otra tela más o menos gruesecita y se plancha, sin repasar, apoyando sólo la plancha.

Las sedas deben lavarse en agua con lavaza fría o quitada del hielo, y como a veces menguan, lo mejor es mojar completamente el género antes de confeccionarlo, sobre todo si se trata de ropa destinada a mucho uso, como ser: las camisas de hombre, las blusas y la ropa interior en general. La bencina la recomendamos muy poco, porque a las dos o tres veces de emplearla, vemos despavoridas que las telas empiezan a abrirse.

Cuando haya manchas de grasa, lo mejor es usar la bencina en forma de simple desmanche, y después lavar con agua y jabón. Para las telas de lana, a manera de desmanche, se emplea la bencina con unas gotas de amoniaco, si la mancha fuera rebelde. Lo indicado y más inofensivo para la tela, es el quillay, que no daña ni descolora. El amoniaco, siendo un excelente desmanchador, tiene a veces ese defecto, que a la vez que quita la mancha, se lleva algo del tinte.

He visto, para las manchas en telas de lana, emplear, con bastante éxito, una lavaza de quillay con unas gotas de amoniaco.

El lavado de los encajes, ya sean antiguos o modernos, pero todos ellos preciosos para una dueña de casa, debe hacerse también en una lavaza, dejándolos remojar y enjuagando sin restregarlos. Se enjutan lo mismo que los tejidos, entre dos toallas, y se planchan por el revés, directamente sobre el encaje con una plancha no muy caliente.

Los bullones, los nidos de abeja y los recogidos, hay que plancharlos en el aire, para que conserven su lindo aspecto de recién hechos.

Las alforzas se planchan por el revés y encima de un paño grueso. Y las rodilleras de los pantalones, aunque sea en tela de hilo o de algodón lavables, siempre se forman, para desesperación de la mamá, se quitan por completo si una vez lavada se moja de nuevo esa parte, antes de pasar la plancha muy caliente.

Y ya ven ustedes, mis muy queridas amigas, que en esto de la lavaza y de la plancha, había bastante que decir. Ojalá que mis consejos les puedan ser útiles.

TIA JACOBITA.

¿HA LEIDO UD. LA REVISTA DEL PACIFICO ?

Publicada con la cooperación de los

ESCRITORES DE CHILE

Representa un espléndido manojo del pensamiento de los escritores nacionales.

La publicación mensual que debe leer toda gente culta. Pídala en librerías y puestos de diarios.

PRECIO: $ 2.00

Desde los tiempos victorianos, elegantes y aristocráticos, Inglaterra ha perpetuado en distintas manifestaciones, su gusto refinado.

Una de ellas, es la fórmula del Jabón Criterium adquirida por la Compañía Industrial. De finísima esencia, de agradable perfume, el Jabón Criterium es el resumen del gusto elegante de muchas generaciones.

Compre CRITERIUM, *no olvide que es un buen jabón, fino y distinguido para toda persona de buen gusto.*

CRITERIUM

Old English Lavender Soap.

COMPAÑIA INDUSTRIAL

Noticiario femenino

LA ARGENTINITA baila. Especializada en lo regional, toda la riqueza folklórica de la España múltiple se hace en ella fina expresión plástica. Es joven, es riente, es comunicativa. Como una racha de aire de primavera se nos mete adentro y nos borra todo lo que sea sombra, vejez, pesimismo. Y aplaudimos con un alma niña y agradecemos a esta muchacha su obra de artista sembradora de alegrías.

CONCEPCION RIOS nos llega de Buenos Aires con credenciales de periodista. Otra juventud entusiasta. Ella dice modestamente: periodista. Es decir: hermano menor en la cofradía de los escritores. Y poco a poco sabemos que es fino poeta, que escribe prosa, que recita, que se va por los campos en jira de propaganda política, que es múltiple y encantadora y que por estas tierras de Chile se quedará un tiempo escudriñando personajes y paisajes, motivo para sus crónicas en "El Hogar", la revista del otro lado, que ella representa. Bienvenida y bienhallada.

BLANCA ANTHES DE BOMBAL es la única mujer en Sud América que dirige una radioestación. Desde que ella tomara a su cargo la dirección de la Radio Chilena, los amantes de la buena música han podido darse el placer de escuchar excelentes programas qûe ponen de manifiesto la cultura y preparación de esta mujer que ha venido a

Olvido Leguía.

Laura Rodig.

Concepción Ríos.

realizar una verdadera obra de "aseo de las ondas", pestilentes hasta entonces a mediocridades y a cursilería.

CLEMENCIA PALMA, la hija de don Ricardo, el peruano ilustre en las letras y escritora ella misma, autora de novelas y cuentos, se halla de paso en Chile, camino de su patria.

Berta Singerman.

LAURA RODIG prepara una próxima exposición de sus telas y de sus esculturas. Buena noticia para sus admiradores que lamentan la falta de su concurso, tan estimable, en las salas oficiales en que periódicamente seguimos la labor de nuestros artistas.

Muy celebradas las ilustraciones de GABRIELA EMAR para los tres libros que recientemente ha publicado Juan Emar. Con un sentido extraordinario de lo caricaturesco, valiente y característica, es uno de los temperamentos más interesantes entre ese grupo de "Septembrinos" revolucionarios.

MARCELLE AUCLAIR publica en París una serie de pequeños artículos en que comenta inteligentemente algunos escritores chilenos, traduciendo párrafos representativos de sus obras.

BERTA SINGERMAN, recién llegada de Hollywood, anuncia en Buenos Aires una serie de recitales poéticos entre las cuales figuran varios de los últimos poemas de Pablo Neruda, el grande artista nuestro que en Madrid acaba de recibir un homenaje único, hecho por toda la intelectualidad española del momento.

OLVIDO LEGUIA recibe una ovación formidable al presentarse en el escenario del teatro Santiago, después de una ausencia de seis meses. Puede decirse que el público la ha declarado su regalona. Y tiene razón para ello. Su labor inteligente, su dedicación, el amor que pone en el desempeño de sus roles, todo hace de ella una artista llena de sugerencias y de extraordinaria simpatía.

CAMERAMAN

La señora y la cocina

DOS MANERAS DE PREPARAR EL APIO

Apio en salsa.— Se pela el apio — que ha de ser grueso y blanco — cortándolo después en pedazos exactamente iguales de largo. Amarrando varios de estos pedazos se hacen tantos atados cuántos platos se necesiten. Se cuecen entonces en agua con sal, que se cambia dos veces. Se dejan escurrir y se prepara la salsa, batiendo mantequilla hasta que parezca clara para merengue; por cada cucharada de mantequilla se agrega una yema, batiendo siempre; se aliña con sal y un poquito de pimienta. Esta salsa se pone en una fuente redonda que resista al fuego. Encima se colocan con gracia los ataditos de apio; poniendo a cada uno una guarnición de huevo duro picado; al centro la yema y alrededor la clara. Se coloca un rato al horno para que llegue muy caliente a la mesa.

Es plato muy agradable y de bonita presentación.

Apio con salsa de chuño.— Después de bien pelado el apio, se pone a cocer en agua con sal; se deja escurrir y se agrega a la siguiente salsa: se pone en la sartén una cucharada grande de mantequilla y una de chuño, antes que se dore se retira del fuego y se le agrega, poquito a poco, una taza de caldo desgrasado y colado; dos yemas de huevo muy batidas y un buen puñado de perejil picado sumamente fino; sazonando con sal y pimienta blanca. Se deja que apio y salsa den un hervor antes de llevarlo a la mesa.

DOS FORMAS DE PRESENTAR LOS CARDOS

Cardo a la andaluza.— Se pelan y limpian muy bien los cardos que se cuecen en agua con sal. Una vez cocidos se dejan escurrir y se saltan en una sar-

La debilidad de don Fausto

GUISO DE REPOLLO

Ya sabemos los descalabros que el bueno de don Fausto pasa cada vez que pretende saborear el guiso de sus juventudes proletarias. Por una casualidad, un día que doña Crisanta estaba de un humor maravilloso a raiz de haberse visto en la vida social al lado de empingorotadas personalidades, se pudo conseguir de ella la receta para preparar este guiso de repollo, a cuyo solo olor la máscara de don Fausto se hace una pura sonrisa.

Hela aquí para nuestros lectores, sean o no Faustos...

Un repollo grande y apretado se cuece entero en agua con sal, al estar medio cocido se pone en agua fría, se aprieta y se hace escurrir, partiéndolo en cuatro y echándolo en una olla grande.

Se medio asan al horno unas longanizas que se cortan en ruedas.

Se sancochan unos porotos, que se pasan a una fuente, dejando el agua en que se cocieran en la propia olla.

En una sartén se pone una cucharada grande de manteca y en ella se fríe mucha cebolla picada, de pluma; al empezar a dorarse se le agregan las longanizas y los porotos, dejando que todo se fría un poco. Se aliña con sal y pimienta negra, entera.

Se echa todo esto sobre el repollo, agregando el agua en que cocieron los porotos, una cucharadita de harina y media de pimentón dulce. Se sazona y se deja que hierva a fuego suave.

Al comerlo se comprende que don Fausto arriesgue tan grandes bataholas por saborearlo.

LAS VERDURAS

Cada época tiene las suyas y aún en las regiones más frías se amontonan en los mercados, mostrando grandes variedades y a precios bastante módicos. Antes se consideraban las verduras como una especie de distracción para el estómago, sin darles valor nutritivo. Ahora no hay mujer que no sepa que contienen en gran cantidad las vitaminas preciosas para el buen desenvolvimiento y mantenimiento del organismo. Desde los primeros meses de vida se acostumbra a la criatura a las sopitas y purés de verduras. Y no hay dueña de casa que no presente en su menu de cada hora, un plato de espinacas o betarraga, de arvejitas y alcachofas, de zapallitos o habas, a más de alguna ensalada cruda, sabrosamente aderezada.

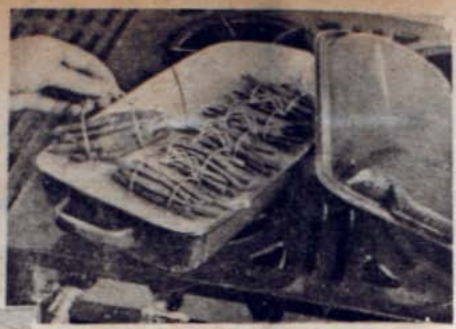
Porque la divulgación científica ha enseñado a la mujer cómo debe combinar los elementos nutritivos, ya que si la comida debe entrar por los ojos y ser grata al paladar, su fin primario es mantener el perfecto funcionamiento de la máquina humana.

Por eso la mujer busca la verdura como plato básico de todo menu.

LA HERMANITA HORMIGA

tén con aceite. Se pone en el mortero una miga de pan francés remojada; dos granitos de pimienta negra y una cucharada de pimentón dulce. Se machaca bien para que una y se agrega a los cardos cocidos, dejándolos que reposen juntos a fuego muy suave. Al ir a servirlos se le añade una yema de huevo batida con unas gotas de vinagre.

Cardos fritos.— Se limpian y se cortan en trocitos del mismo tamaño. Se cuecen en agua con sal y después deben dejarse escurrir. Se enharinan y se fríen. Se prepara una salsa española y un arroz blanco, graneado. Se pone en el centro de una fuente redonda el arroz; formando pirámide; se rodea con los fritos de cardo y la salsa se viente sobre éstos; debiendo llegar muy caliente a la mesa.



Forma en que se cuecen los ataditos de apio para después prepararlos con salsa.

Los salsifies serán siempre bien recibidos por los comensales, sobre todo si se les presenta en esta forma tan atrayente.

te, se le echa una taza de agua hirviendo; tapándolo para que termine de cocer a fuego muy suave. Se pone en el mortero una cantidad de almendras dulces peladas, que se machacan con un poco de perejil picado; se une con unas cucharadas de agua, se sazona con sal, pimienta blanca y se vierte sobre la coliflor unos minutos antes de servir, para que solamente dé un ligero hervor todo junto.

Coliflor con leche.— Una vez cocida se deja escurrir y se corta en trocitos que se colocan en una fuente redonda, un poquito honda; que resista el fuego.

DOS RECETAS PARA GUISAR LA COLIFLOR

Coliflor con salsa de almendras.— Se parte en trocitos que se sancocha en agua con sal y un pan francés, que sirve únicamente para que no de mal olor al cocer. Al estar casi cocida; se saca y se deja escurrir, friéndola en aceite, sin removerla mucho. Se le espolvorea un poquito de pimiento y al ver que éste se une al acei-

Las berenjenas rellenas tienen muchos adeptos y con toda razón, porque son muy sabrosas. El queso rallado contribuye poderosamentte a su éxito.

En una fuente refractaria que resista al horno se prepara la coliflor, que aparece dorada por el queso y pan rallado, que la cubre.

Se bate mantequilla y se le agrega malcena y leche cocida fría, para que no forme grumos. Se sazona con sal fina y una raspadura de nuez moscada. Debe resultar una salsa clarita, que se vierte sobre la coliflor, se espolvorea con pan frito rallado y queso Parmesano, también rallado; poniéndola un rato al horno antes de servirla.

DOS FORMAS PARA PREPARAR LAS ESPINACAS

Espinacas a la inglesa.— Se lavan y se cue-

cen en agua con sal. Luego se ponen en agua fría por espacio de diez minutos, se sacan, se escurren y se pican lo más finamente posible. Se colocan en una cacerola, se sazonan con sal, pimienta blanca y nuez moscada rallada, dejándolas a fuego lento hasta que se evapore todo el jugo, se retiran del fuego y se les agrega una cucharada grande de nata muy fresca, se revuelve para que unan bien ambas cosas y se sirven sobre platos calientes, acompañados de costrones de pan francés frito.

También puede presentarse la coliflor en esta forma, rodeada de bisteques hamburgueses. Estará entonces fría, entera y una salsa de vinagreta se le verterá por encima.

Espinacas con leche. — Se lavan y se cuecen en agua con sal, poniéndolas en agua fría y después a escurrir. Se pican muy bien y se colocan en una cacerola con mantequilla, sal fina, una raspadura de nuez moscada, una cucharadita de maicena y una taza de leche; se tapa y se deja que cuezan al vapor hasta que queden secas. Se le añade a este punto una

Las muy chilenas cebollas rellenas con pino, son exquisitas.

Las papas de apio son muy populares en nuestras mesas. Con salsa de leche o de chuño son extraordinariamente sabrosas, a más de nutritivas.

nueva cucharadita de maicena y dos cucharadas de nata. Se dejan reposar y se sirven sobre rebanadas de pan de molde frito, espolvoreadas de huevo duro picado y queso rallado.

MODO DE GUISAR LAS PAPAS

Papas en salsa deliciosa.— Se cuecen las

Los perros con jugo de carne y queso rallado son un plato muy buscado por los italianos.

papas enteras, se cortan en rodajas y se colocan en una fuente un poquito honda, que resista el horno. Una miga de pan se remoja en agua, se exprime y se pone al mortero con perejil picado; unas alcaparras, dos anchoas, unos trozos de chorizo y una cebolla picada muy fina. Se machaca muy bien hasta que forme una especie de pasta, que se sazona con un poco de sal y pimienta blanca. Esta pasta se pone en el colador y se pasa con la ayuda de una taza de caldo del puchero, desgrasado. Se vierte sobre las papas que se dejan reposar al horno, debiendo estar muy calientes al servirlas, también en platos recalentados.

VIDA Y CONFESIONES DE GABRIELA MISTRAL

(Continuación de la pág. 29).

contenible de saber la verdad y le dije: "Capitán, qué político o qué poderoso de la tierra, viene a bordo de su nave y recibe así este homenaje." Y el capitán, entre incrédulo y bondadoso, me contestó: "No hay tal político ni tal poderoso; son las alumnas de todas las escuelas de Montevideo, que le rinden a usted que es Maestra, su ferviente testimonio de admiración..." ¿Qué agregar? Fué ese minuto el único en que creí que yo sobresalía en algo del montón. Pero aquello sólo duró un instante. Y en mi camarote, antes de descender, lloré, lloré largamente por el inmerecido honor que merecía; sin vacilación ninguna, ese día ha sido el más feliz de mi vida.

Gabriela Mistral es de hábitos sencillos. Frugalísima, no admite en su mesa sino frutas y legumbres. Y esta sencillez también la lleva en su traje. Hechuras sastres, invariablemente. Ha desterrado toda coquetería de modistas. Y la cara, lavada, muy lavada, la proclama extranjera de los barnizados rostros modernos.

Jamás se avino la Mistral con el uso del sombrero. Los sombreros la martirizan y no hay peor corrosivo de su tranquilidad que esta prenda. Por eso lleva a guisa de sombrero, una especie de turbante, generalmente de seda obscura, que como se verá después, originó en La Serena revuelo de campanas y despliegue de ociosas lenguas.

Y el sombrero de la Mistral ha dado margen a una de las anécdotas más espirituales que brotan con el ímpetu incontenible del surtidor en la fuente, la gracia y el irónico decir de una mujer que como Gabriela, aunque nacida en blasonada cuna, es su hermana en fraternidad del espíritu. He nombrado a la señora Inés Echeverría de Larraín cuyo seudónimo, Iris, la ha hecho tan popular dentro y fuera del país.

Pasaba Iris una temporada en París y con esa comprensión e interés tan suyos, por los talentos efectivos, sin pedir de antemano partidas de nacimiento o demarcación de clases, fué hacia Gabriela y revivió a su lado horas de amistad. Surgió entre ambas mutuo afecto. Eran espíritus afines que se identificaban.

Pronto la señora Echeverría de Larraín quiso que la Mistral recibiera los homenajes de las damas chilenas residentes en París, sin reparar que la mayoría de esas señoras no tenían del arte mayores nociones y que si vibraban al nombre de una Madame de Noailles, por ejemplo, no era por sus versos, sino por el hecho de haber nacido ella princesa, ser condesa por su matrimonio y lucir por plazas y bulevares una de las siluetas más elegantes y encantadoras de Francia.

Iris reunió a sus amigas y a la Mistral alrededor de una elegante mesa de té. Las señoras estaban emperifolladas como si se hubiera tratado de asistir a la ópera a escuchar la voz de alguna célebre soprano. En cuanto a Gabriela, acudió con su indumentaria sencilla de todos los días. Sin enjoyar la mano ni mostrar en ella reciente visita de manicura, ceñida la cabeza por el clásico turbante.

Mujer de mundo, con un sentido de adaptabilidad extraordinaria, la Mistral sin descender ni por un momento al insulso terreno de la conversación que se desenvuelve en torno del último chisme, mantuvo el creciente interés de su auditorio. Fué aquel un torneo en que el éxito no dejó de estar un instante de su parte.

Al retirarse, aquellas señoras con apellidos ancestrales, volviéndose a la señora Echeverría de Larraín, la agobiaron con su lluvia de parabienes:

—Pero, Inés, qué interesante tu amiga...

—Estoy reconciliada con la Mistral...

—Pero si no tiene nada de provinciana...

—Y a mí que me habían dicho que era una india mapuche...

—Y qué manos tan hermosas luce...

Y los adjetivos laudatorios iban y venían; el ambiente se transformaba en versallesco... Pero de improviso, una de las damas dejó caer esta frase fatídica:

—Muy de acuerdo con ustedes. Encantadora. Pero... eso de no usar sombrero no me parece nada de bien.

Iris tomó la palabra:

—En realidad, mis amigas, Gabriela Mistral querría usar sombrero, pero no puede, la pobre, comprar el que le viene.

A voz en cuello las heráldicas damas ofrecen una suscripción. Las señoras son generosas y han visto donde Robert o chez Patou unos modelos encantadores. Hay una boina que ni qué pintada le vendría a la Mistral...

Pero Iris pone punto final y rubrica la anécdota estupenda:

—No se afanen, la Mistral nunca usará sombreros; no puede ponerse el sombrero que le corresponde...

—¿Pero nos dirás, al fin, cuál sombrero es ése?

—Ese sombrero, es la Cordillera de los Andes.

El silencio se hizo, entonces, general...

Miguel MUNIZAGA IRIBARREN

(Continuará en el próximo número).

UNO EN TRES MIL

(Continuación de la pág. 33).

mitida con entusiasmo por Serlin, de la Paramount en Nueva York, fué despedida de los estudios de ese mismo sello en Hollywood con la observación siguiente, que fué remitida con fecha 3 de junio a Nueva York: "La señorita Hepburn tiene alguna habilidad como actriz, pero nada tiene que la recomiende para la pantalla". Los estudios R. K. O. también tuvieron deseos de rechazar a la Hepburn, pero inmediatamente se dieron cuenta de su error y la contrataron. La oficina de la Metro en Nueva York descubrió a la hoy celebrada Grace Moore; pero los estudios en la costa californiana respondieron que no se interesaban por ella por el momento. Igual cosa pasó con Jeanne Muir, la bellísima y talentosa artista de la Warner.

Sin embargo, en muchísimas otras ocasiones los estudios del oeste han estado de acuerdo con sus representantes en Nueva York, muy en especial cuando Altman, de la Metro, descubrió en un teatro de Nueva York, a una chica del coro llamada Lucila Lesueur, que es hoy la admirable Joan Crawford, y cuando el mismo Altman con Grady encontraron a Franchot Tone, a Mady Christians y a Walter Huston. Por razón de tanta actividad relacionada con el reclutamiento de artistas, un trozo de estadística tenía que salir a nuestro encuentro y luego una cifra aterradora cruzarse en nuestro camino: de 3.000 artistas que solicitan ser contratados en estas oficinas, sólo uno llega a ser una personalidad capaz de convertirse en éxito de taquilla; y de cada cien de estos mismos solicitantes, sólo uno logra contratarse en puesto de cualquier categoría en Hollywood.

LA CRUEL MADRASTRA

(Continuación de la pág. 15).

ran siempre de reojo a los que no condescienden o no simpatizan con sus propias apreciaciones.

Pero no siempre son los hijos grandes los que encuentran dificultades con la madrastra. Toda la buena voluntad del mundo sería inútil sin una comprensión juiciosa de lo que se debe exigir en la conducta. Por eso los mejores propósitos de una madrastra pueden fracasar y resultar en su contra.

La cacareada rudeza y severidad de la segunda mujer puede, las más de las veces, explicarse por el temor que ella tiene de desempeñar mal la tarea que se ha impuesto y que acomete con vacilaciones y temores. Sabe que de su actuación están pendientes los ojos de todos y que la madrastra es más criticada que otras mujeres.

—Aquí me tienen ustedes — decía una madrastra —, tratando de infundir en mis nuevos hijos los hábitos que hubiera querido ver su propia madre y combatiendo todo aquello que ella hubiera deseado extirpar. Y sé que me censurarán si no llego a conseguirlo. Aunque yo sólo he tenido hijos cuando éstos contaban ocho y diez años, la gente olvida con ligereza los años anteriores y no se acuerda de los disgustos y sinsabores que esos hijos ha tenido que dar en sus primeros años.

Cuando la segunda mujer tiene hijos propios, está todavía más expuesta a las críticas de los demás. Harry, era el hijo mayor en una familia que tenía varios hijastros e hijastras. Su conducta, al llegar a los diez años, fué una fuente inagotable de sobresaltos y sinsabores para su padre y para su madrastra y su mal comportamiento llegó a extremos peligrosos. De su madrastra no aceptaba la menor intervención y estaba con ella en perpetua guerra. ¡Qué ironía habría sido culpar a ésta de la perversa índole del muchacho! Aún arrostrando el peligro de que se comentara su actitud, la madrastra trató de conquistar y halagar al muchacho, dispensándole aún mayores cuidados y solicitudes que a sus propios hijos. A tal extremo que éstos llegaron a quejarse y a rebelarse contra la preferencia de que hacía objeto al hijastro díscolo y malvado.

Esta diferencia en el trato de los hijos propios y los hijastros es una de las debilidades que hay que cargar a la cuenta de la tolerancia y la dulzura exagerada, prueba evidente del temor de la madre hacia el qué dirán.

Cierto es que ha habido madrastras conocidas por su debilidad y favoritismo para con sus propios hijos y por su dureza y severidad para con los hijastros o hijastras que quedaban así convertidas en la "puerca cenicienta" del cuento famoso. Estos casos, no tan frecuentes como se ha dicho, han sido motivo para que se concentre sobre ellos la atención y no se tengan presentes otros muchos en que las madrastras, solícitas, cariñosas y tiernas, han atendido a los hijos extraños con la misma solicitud y cariño, y aún más si cabe, que a los hijos propios. Pero tanto se ha hablado de la madrastra cruel que el dicho se ha convertido en sentencia y hasta dice un refrán castellano, "madrastra, el nombre le basta".

En los antiguos cuentos populares de hadas y de brujas abunda la imagen de las madrastras que juegan siempre un papel innoble y repugnante. Y la madrastra se ha hecho en tales cuentos tan temida como la vampiresa o la bruja y su nombre se ha hecho odioso y execrable. De esta fantasía queda aún mucho en nuestros días y hasta se da el caso que cuando los niños no están satisfechos con el comportamiento de su madre o la creen a ésta despótica y cruel la llaman "madrastra".

"Mi madre no hubiera hecho esto con nosotros. Ella hubiera dejado darme este gusto. Ella me hubiera permitido hacer este capricho", dicen los hijos cuando se ven contrariados por la voluntad de su madrastra.

Las madrastras de hoy, avisadas por las viejas historias que tejió sobre ellas la fantasía en cuentos infantiles y leyendas sin fundamento, tienen no pocos modelos que imitar en su conducta y si lo hacen obtendrán un éxito indiscutible.

Aquí tenéis en este grabado un cuadro pintado por Sandburg, en el que se ve a una madrastra solícita y cariñosa enseñando a sus hijos los monos de un libro recreativo. Los niños le escuchan sus explicaciones con todo cariño y en su rostro se refleja la satisfacción que les proporciona la atención de su querida mamá.

Thomas Lincoln llevó a casa a un niño de diez años, llamado Abe. La madrastra acariciaba la almohada sobre que en la noche había descansado la adorable cabecita del niño y se esmeraba en prodigar a éste todos los cuidados que le hubiera seguramente prodigado su propia madre.

Abe se acostaba a dormir, la madre le acariciaba antes de dormirse, y cuando el sueño cerraba sus párpados, ella se inclinaba amorosa sobre el cuerpecito de su hijo adoptivo, depositaba un beso sobre su frente y pedía en lo más hondo de su alma al Señor que le librase de todo mal y de todo contratiempo.

De día era cariñosa y buena con su Abe, le aconsejaba dulcemente, no le negaba ningún capricho que fuera razonable y se desvelaba por su educación y bienestar, esmerándose en instruirle y formar su carácter.

Abe llegó a ser un ángel de bondad bajo el égida maternal de aquella mujer que no fué su madre verdadera, pero que supo conducirse como si lo fuera. Ahí tenéis uno de tantos ejemplos como podría citaros de madrastras que merecieron ser madres. Algunas hay que no lo merecen, pero se dan casos de madres que no se portan con sus hijos ni como madrastras.

EL AHOGADO

(Continuación de la pág. 9).

Luego lo instaló en su casa y al abrir la puerta de alambre para ponerle el bebedero, recibió un picotazo que le rompió la piel y le hizo saltar sangre.

—¡Qué perro es! — pensó.

Sin embargo, le dió alpiste y maíz y le dejó alisándose el plumaje y examinando la nueva casa con aire socarrón y mal humor.

Al día siguiente, apenas amanecía, la Patín oyó de un modo claro una voz recia, sonora, la voz de Patín que gritaba:

—¿No te levantas, bribona?

Su espanto fué tal, que ocultó la cabeza entre las sábanas, pues cada mañana, apenas abría los ojos, su marido le lanzaba aquellas cuatro palabras.

Temblorosa, acurrucada, esperaba ya los golpes, que no tardarían en caer, y murmuraba:

—¡Dios mío! ¡Ha vuelto! ¡Ya ha vuelto, Dios mío!

Pasaban los minutos; ningún ruido turbaba el silencio de la habitación. Entonces, temblorosa, sacó la cabeza, segura de que Patín la espiaba, dispuesto a pegarla.

No vió nada, nada más que un rayo de sol que atravesaba los cristales, y pensó:

—De fijo que está oculto.

Esperó, y algo más tranquila, murmuró:

—Debo haberlo soñado; no es posible que esté aquí.

Cerraba de nuevo los ojos, ya sin temor, cuando la voz del

ahogado, la voz furiosa, tronó muy cerca:

—¡Voto al demonio de los demonios! ¿No te levantas, cochina?

Saltó de la cama movida por la obediencia, por la obediencia pasiva de mujer aporreada, que se acuerda después de cuatro años de las palizas recibidas, que se acordará siempre y que obedecerá a la voz terrible. Se levantó y dijo:

—Allá voy, Patín. ¿Qué quieres?

Pero Patín no respondió.

Entonces, horrorizada, miró en torno; luego buscó por todas partes: en los armarios, bajo la cama, en la chimenea, y no encontró a nadie. Y se desplomó en una silla, enloquecida de angustia, convencida de que el alma de Patín estaba junto a ella para atormentarla.

De pronto recordó que se podía subir al desván desde el exterior, mediante una escala. De fijo que se había ocultado allí para sorprenderla. Todos aquellos años habría estado en alguna costa inhospitalaria y ahora volvía más terrible que nunca. No podía dudar de ello; conocía su metal de voz.

Levantando la cara hacia el techo, preguntó:

—¿Estás aquí arriba, Patín?

Patín no contestó.

Entonces salió del cuarto, subió al desván, miró por todos lados. No había nadie.

Sentada sobre un haz de paja se echó a llorar; pero mientras lloraba, acometida por un terror tremendo y sobrenatural, oyó en su habitación la voz de Patín que hablaba. Parecía menos colérico, más tranquilo y decía:

—¡Mal tiempo! ¡Gran viento! ¡Mal tiempo! ¡No he almorzado, voto a Dios!

Ella gritó a través del techo:

—Voy, Patín; haré las sopas. No te impacientes; ya voy.

Y bajó corriendo.

No había nadie en el cuarto.

Se sintió desfallecer como si la muerte la tocara e iba a huir y a pedir socorro a los vecinos, cuando gritó junto a su oído:

—¡No he comido, voto a Dios!

Y el loro, en la jaula, la miraba con sus ojos redondos, burlones y amenazadores.

También ella le miró horrorizada, murmurando:

—¡Ah! ¿Eres tú?

El pajarraco añadió, moviendo la cabeza:

—¡Espera, espera! ¡Ya te enseñaré yo a holgazanear!

¿Qué pensó la cuitada? Imaginó que era el muerto que volvía, que se había ocultado en el plumaje del loro para atormentarla de nuevo; que iba a blasfemar como antes, todo el día, a morderla, a vomitar injurias para que acudiesen los vecinos y rieran a su costa. Entonces se precipitó, abrió la jaula, cogió el pájaro, que se defendía y le arrancaba la piel con el pico y las uñas. Pero le apretaba con las dos manos con todas sus fuerzas, y tirándose al suelo, aplastó al loro con el peso de su cuerpo con furia de poseída y le convirtió en una piltrafa blanda, verde, que no se movía, que no hablaba; y luego, envolviéndolo en una rodilla como en un sudario, salió en camisa, descalza, atravesó el muelle, que batían las olas, y sacudiendo el trapo, dejó caer aquella cosa muerta que parecía un puñado de hierba; luego volvió a su casa, cayó de rodillas, y, trastornada por lo que había hecho, pidió perdón a Dios, sollozando, como si hubiese cometido un gran crimen.

UN AMOR EN LA JUNGLA

(Continuación de la pág. 5).

África. ¿Acaso Francia tiene montañas más hermosas que el Ruvenzor y el Kilima N'dyaro? ¿Ríos de más brillante belleza que el Níger y el Congo? ¿Flores más delicadas que las orquídeas?

—Francia es bella, — afirmó ella con sencillez.

Se miraron fijamente a los ojos. Ella no quiso revelarle la belleza evocadora de Versalles; la alegría del Sena deslizándose entre la magnífica palpitación de vida de la ciudad luz; el trémulo encanto de una rosa que parece una boca escarlata que encerrara entre sus labios; un beso, un tenue suspiro y el temblor de luz de una emoción de amor. Guardó silencio y sostuvo la mirada desafiante. Entonces él apartó sus ojos de los de ella y repitió:

—Ven conmigo.

—Iré — respondió ella con dignidad. — Pero antes deseo saber si tú crees que yo... yo...

—No. Tú, no.— dijo mirando profundamente a sus ojos azules.

Han transcurrido dos meses desde que Virginia llegó al desconocido pueblo africano. Ahora sabe que el joven que la condujo hasta allí es el príncipe Kalú, hijo del rey. Es un extraño contraste ver juntos a padre e hijo. El rey es alto y vigoroso y su cuerpo semeja una hermosa escultura de ébano: su cabellera es una confusión de cabellos apretados en curvas rotundas; sus labios son gruesos, el inferior, colgante; su piel es de un tinte obscuro y brillante y la nariz se dilata sobre el rostro. Su hijo sólo se asemeja a él en las formas vigorosas y varoniles de su cuerpo y en los ojos negrísimos. Es moreno y bello. Naturalmente, el sorprendente contraste admiró a Virginia; pero después supo que la madre de Kalú había sido una mujer rubia. Bellísima. Era francesa y siendo cautiva del rey, éste se enamoró de ella y la hizo su esposa. Había muerto de melancolía y de desesperada nostalgia, cuando el príncipe tenía quince años.

Esa tarde Virginia salió de paseo. Siempre que atravesaba la palizada de aquel pueblo apartado, perdido entre la exuberante vegetación, sentía una sensación de alivio. El príncipe Kalú le dirigía la palabra en muy raras ocasiones. Los indígenas se demostraban muy solícitos, parecían ansiosos de evitar que se aburriera; pero el silencio de todos los labios era un reproche tácito que la entristecía. Ahora comprendía por qué Kalú le había preguntado si existía un país llamado Francia. Su madre, evocándolo, le hablaría de él. Hubiera querido hablar al joven de la patria de su madre, pero la expresión austera y fría de su rostro la intimidaba. La soledad estrujaba su corazón en su puño helado. No creían en ella, ni en su misión, ni en su Dios. Hubiera deseado huir de allí, pero no sabía orientarse. Le parecía que estaba perdida en ese pedazo de tierra, muy lejos de Apschupa, muy lejos de sus compañeras y más lejos aún de Francia, su adorada Francia.

Caminaba en silencio, seguida por su escolta de negros vigorosos y gigantescos que la acompañaban a todas partes. Llegó a la ribera del Níger, torrentoso, de gris palidez. El rey había ordenado construir un puente de troncos en una parte en donde las riberas se estrechaban un poco. Virginia avanzó por el rústico puente y se detuvo al centro de él, mirando al río. De pronto un grito de desesperación llegó a sus oídos. Alzó los ojos y vió en la ribera opuesta al rey con el rostro demudado por el terror y los labios temblorosos de angustia. ¿Qué había sucedido? Oyó gemir a los negros de la escolta, miró hacia atrás y vió al príncipe Kalú que nadaba con vigor en un esfuerzo desesperado por alcanzar la orilla... y entonces comprendió. Cortando las aguas a gran velocidad, u nenorme cocodrilo se acercaba. Su dentado lomo reverberaba al sol con destellos acerados. Kalú no alcanzaría a ganar la ribera. Con un gesto rápido y decidido, la valiente niña se despojó de su capa blanca. Sus ojos azules se habían endurecido. Se arrodilló

y alargando su brazo derecho ordenó con voz imperiosa:

—Sujétenme. Firme.

Los negros obedecieron sin comprender. Manos obscuras y musculosas oprimieron con firmeza el desnudo brazo moreno. Ella se inclinó un poco más y sumergió en el agua su fina mano... El saurio avanzaba, el brazo desnudo se agitó en el agua..., el sordo chasquido de unas mandíbulas que se cierran..., un gemido que tiembla en unos labios lívidos... y después, parece que en el agua se ha diluido un puñado de rubíes...

El príncipe Kalú está salvado. Entre él y la voracidad de un saurio, está la abnegación de una mujer.

La cabecita pálida cae abatida sobre el pecho de uno de los africanos y sus cabellos castaños son hebras doradas que se destacan sobre el terciopelo negro de muchas manos emocionadas.

Lentamente, apoyada en el brazo moreno del príncipe Kalú, Virginia caminaba en silencio. El sol había atenuado su cólera de fuego y ponía matices de oro en la túnica blanca de la joven. Estaba más delgada y en su hombro izquierdo los pliegues de su capa ocultaban un vacío.

—Virginia. ¡Creo en tu Dios!

Los ojos azules tuvieron un destello de alegría. Y la voz varonil continuó emocionada:

—¡Has sido tan noble! Sólo el Dios verdadero, tu Dios, podía inspirarte ese valor admirable. Has acercado la verdad a nuestros corazones. Todos te admiramos, tenemos fe en ti y hemos vislumbrado una existencia divina.

—¿Es verdad eso, Kalú? ¿Tú y los tuyos creen en Dios?

—Sí.

—¡Gracias, Dios mío! Entonces mi misión está cumplida.

—¡Virginia! Supongo que..., que no te irás ahora. ¡Te lo suplico! Tuve tanto miedo de perderte cuando estabas herida, delirante de sufrimiento. Imploré a tu Dios, ese Dios adorable que te conservó la vida. ¡Quédate, te lo suplico! Eres la única razón de mi existencia. Perdóname si fui frío y cruel contigo, pero es que tenía miedo de amarte.

—¡Kalú!

El se detuvo y la atrajo hacia sí. Ella trató de libertarse de la presión apasionada de los brazos varoniles, pero no lo consiguió. La boca emocionada rozó sus cabellos castaños en una caricia tímida.

—¡Te amo, Virginia! Quédate. Seremos felices y nos enseñarás a mí y a mi pueblo a amar a Dios. Puedes quedarte, amada. No has formulado ningún juramento que te ate a ese hábito que vistes. Puedes ser mía. Quédate. Tu Dios nos ha unido. No te vayas. Desde que murió mi madre mi vida se ha hecho insoportable... y ahora tú... ¡Virginia!

Ella sintió que una emoción intensa se deslizaba por sus venas. Miró el rostro emocionado del joven y su mano rozó los cabellos rizados en una caricia suave. Los labios firmes de él buscaron la boca delicada para unirse a ella en un beso apasionado de vida y emoción.

Esa noche, clavadas a la alta empalizada, innumerables antorchas sacudían al viento su harapo de fuego.

Los negros habían encendido una enorme hoguera y danzaban alrededor de ella. Cuando las llamas se alzaron en toda su ardiente vitalidad, f u e r o n lanzados entre ellas todos los ídolos de madera. Cuando las llamas consumieron con lentitud implacable todos los fetiches de madera, el rey plantó sobre un pequeño montículo una cruz hecha de ramas y se arrodilló ante ella e inclinó su testa coronada de orquídeas.

Todos se arrodillaron y Virginia, en un gesto de mística gratitud, oprimió en su mano pálida el crucifijo de plata. (El resplandor de la hoguera fingía rubores en la blancura inmaculada de su túnica). Había logrado iluminar esas almas... y había encontrado el amor. Miró a Kalú. Estaba de pie junto a la hoguera y ante la claridad de sus fulgores rojizos, parecía un Dios de bronce. Una suave sonrisa imprimió su emoción en los labios de Virginia. Kalú vió esa sonrisa y abrazando el esbelto talle de la niña quiso que sus labios se oprimieran contra la delicada emoción de la boca sonriente.

YUGOESLAVIA, TIERRA DE CONTRASTE

(Continuación de la pág. 17).

---

este; era un Tibet en miniatura, un Tibet cuyas fronteras no se atrevía a franquear el progreso.

Más allá de Bosnia, que es fértil, y de su hermana, Herzegovina, que es árida, divisamos a Dalmacia, estrecha faja de tierra de las mil maravillas, con sus cavernas y sus grutas y sus extrañas aldeas que contemplan su belleza en los espejos azules de las aguas. El pensamiento no es turbado aquí con las estridencias de los ferrocarriles, ni el aire envenenado con el humo negro de las chimeneas de las fábricas. Sin embargo, es éste uno de los puntos peligrosos de los Balcanes. Italia, su vecino, lo reclama para sí basándose en razones de afinidad étnica e histórica. Venecia fué su amo durante varios siglos y dejó allí impresa la honda huella de su rica imaginación, tanto en sus hombres como en sus obras.

Volviendo a nuestro curso original y prosiguiendo el vuelo al sur, nos aproximamos rapidamente al final de nuestro viaje. Lanzamos una mirada hacia el oeste, donde se encuentra el reino de Albania, protegido por una cadena de escarpadas montañas, y, en seguida, hacia el este, al reino de Bulgaria, los dos países que, por lo menos en lo concerniente a Yugoeslavia, presentan los problemas más difíciles de los Balcanes.

Pronto avistamos el Kara Dagh y, en seguida, volamos sobre Skoplje — antes de la guerra, Uskub —, donde Oriente y Occidente luchan por sobrevivirse. Llegamos después al límite con Grecia, de donde proseguimos a la ciudad de Salónica, punto final de nuestro viaje.

Pocos sitios hay más adecuados para ver al campesino de las diversas tribus yugoeslavas que el Café Moskva, en la Plaza Terazye de Belgrado. Yugoeslavia es el país de los sudeslavos, que hablan diferentes dialectos de un mismo idioma, parientes cercanos unos de otros y, sin embargo, separados por la historia, las tradiciones y la religión. Los no eslavos, que forman el veinte por ciento de la población, son alemanes, húngaros o de cualesquiera de las otras nacionalidades que en el transcurso de los últimos siglos han llegado por una u otra razón a los Balcanes.

En la Plaza Terazye de Belgrado puede bien pasarse revista a los habitantes del norte del reino. Podemos fijarnos un instante en las bellezas de la capital que desfilan en interminable procesión por esta feria de las vanidades, pero también podemos fijar un momento la atención en algunos de los caracteres representativos de otras regiones que han llegado hasta la ciudad a mover algún asunto que pende de la consideración de las numerosas oficinas públicas.

El campesino servio se destaca inmediatamente tanto por su número como por su arrogante apariencia. Por lo general es alto y musculoso y mira con ojos llenos de curiosidad. Sus cortas chaquetas dejan ver los anchos cinturones profusamente bordados, algunos de los cuales pueden considerarse verdaderas obras de arte. Sus anchos pantalones se aprietan contra los

tobillos y desaparecen en los zapatos de puntas vueltas hacia el cielo.

El campo es rico, pero como en su mayor parte no ha sido explotado, el campesino es pobre. Sin embargo, es arrogante, marcha con la frente alta y habla con su rey de hombre a hombre. Servia, en contraposición a las demás regiones del país, no conoce la aristocracia.

Aunque a menudo ni siquiera sabe leer, el campesino servio ha sorprendido muchas veces al observador de afuera con sus conocimientos y comentarios sobre el resto del mundo o sobre los sucesos de actualidad. Es voluble y le gusta discutir sobre política. Es demócrata de nacimiento y de ahí su aversión a la dictadura del Rey Alejandro.

El campesino servio es un vividor en el más amplio sentido de la palabra. Le agrada fumar su pipa junto a una taza de café, o cuando es demasiado pobre, junto a un vaso de agua y una cucharada de slatko, su fruta en conserva favorita. A pesar de que si desea vivir debe ser industrioso, nunca trabaja más de lo exactamente necesario, pues ha aprendido de sus padres que la vida fácil es una parte de la felicidad.

El segundo hombre que vemos desde nuestra terraza puede ser un visitante de la parte eslovenia del reino. Lo traiciona su indumentaria — la última palabra de los sastres vieneses — y la mirada levemente despreciativa de sus ojos. Se siente superior a esta ciudad con sus pobres edificios y sus rústicos esfuerzos por parecer más grande. Prefiere efectuar sus transacciones comerciales en Ljubljana, cuyas excelencias culturales le agrada enaltecer.

Entre un grupo de campesinos divisamos a una croata de antiguo cuño, vestida de negro de pies a cabeza, en señal de duelo por la muerte de algún héroe nacional enterrado hace ya algunas centurias. Se siente mal entre esta abigarrada muchedumbre, en medio de esta ciudad cuyas iglesias son distintas de las de su aldea natal. La diferencia de religión ha sido uno de los factores más importantes que ha contribuido al distanciamiento entre servios y croatas. Los últimos son católicos romanos, mientras que los servios pertenecen a la Iglesia Ortodoxa Oriental.

Más allá nuestra vista se encuentra con un campesino húngaro de la Voidovina, al otro lado del Danubio. Descubrimos su origen por el pequeño sombrero redondo y el brillante y ajustado traje negro.

—

Desde Belgrado a Skoplje hay una noche de camino. Sin embargo, vale la pena hacer el viaje, porque dicha ciudad es un museo viviente de etnografía. Las muchachas musulmanas, con sus rostros ocultos bajo negros velos, se cruzan aquí con la mujer que viste según la última moda de París. En el puente del río Vardar, ubicado en el centro de la ciudad, el Oriente y el Occidente se miran con ojos llenos de curiosidad.

La orilla derecha del Vardar nos recuerda a alguna de las pequeñas ciudades del oeste de Europa. En esa parte de la población la electricidad reina igual que en cualquier otro centro civilizado.

En cambio, en la ribera opuesta, donde las tortuosas callejuelas se abren paso por entre una doble fila de fantásticas chozas, domina aún la lámpara de petróleo. Hay aquí una sección completa habitada por gitanos, a quienes todo el mundo reconoce por su limpieza y honradez, y a los que las dueñas de casa prefieren como sirvientes. Es este lado de la ciudad una verdadera Babel poblada por griegos, búlgaros, zíngaros, rumanos y negligentes turcos.

Mientras el resto de Yugoeslavia goza de una buena situación económica, esta parte sur del país arrastra una vida miserable. El opio y el tabaco son aquí importantes artículos de comercio y debe recordarse que el tráfico del opio ha sufrido un rudo golpe con la legislación restrictiva de la Liga de las Naciones. El "*bitbazzar*" de Skoplje vende artículos alimenticios que difícilmente serían considerados como tales en los Estados Unidos. Las calles son limpísimas, porque ni siquiera el más pequeño pedazo de papel escapa a la vista de lince de los hambreados muchachos que vagan por las calles recogiendo los desperdicios. Se dice que la mayor parte de los habitantes de esta región viven de pan y cebollas los más de los días, frugal comida a la que se agrega un pedazo de jamón en las grandes festividades. Sin embargo, tienen gran reputación de gentes honradas.

A pesar de lo dura que les es la lucha por la existencia, tienen también sus pequeños placeres. En las tardes se reúne la familia alrededor de los hornos de barro y se relatan cuentos e historias. Algunas se relacionan con el Rey Alejandro, cuya romántica vida ha dado mucho tema para las narraciones de los campesinos. Y mientras el cuentista deleita al auditorio, los dedos de las mujeres se mueven rápidamente y van saliendo de ellos los más hermosos bordados.

Se levanta la luna por sobre las desnudas montañas y penetra con sus rayos de plata a través de las pequeñas ventanas de las humildes chozas. A esa hora las timoratas madres se cercioran de que los muchachos no hayan perdido las cuentas azules que llevan alrededor de sus cuellos para librarse de los espíritus y de la aojadura. El tono de las voces baja de diapasón y muy pronto los cuentos y el trabajo han terminado.

ESPOSA VERSUS SECRETARIA

(Continuación de la pág. 11).

—Ah, verdad. Lo había olvidado.

No se había olvidado. No tenía nada que olvidar. Linda había invitado amigos para no estar sola con él. Era claro. Subió furioso a vestirse, arrancando los botones, destrozando un par de ligas.

Por fin bajó. Le pareció que había más de seis personas. Le pareció una asamblea... Linda lo recibió amablemente, sonriéndole:

—Te habíamos dejado a un lado — le dijo—, íbamos a comenzar sin ti.

Fueron a comer. Después de comida hicieron un rato de charla y música, y luego hubo más licores y más que comer. Cuando, por fin, se retiraron los invitados era tarde. Una vez que salieron, Simpson comenzó a apagar las luces y Linda subió la escala. Van la siguió. No hablaron. Al llegar al cuarto de ella, Linda se detuvo con la mano en la puerta, y dijo firmemente:

—Buenas noches...

—¡Oh, no! — dijo Van— Le tomó las manos y abrió la puerta para que ella entrara.

—Estoy muy cansada, Van.

—No importa.— Entró tras de ella y cerró la puerta.

—Bueno, ¿qué es lo que quieres?

—Que me escuches.

—Te escucho — aceptó Linda, después de un minuto. Fué hasta una mesa y tomó un cigarrillo, prendiéndolo. Y se quedó allí fumando y mirando a su marido.

Sanford dijo, irritado:

—Siéntate, Linda. No puedo quedarme aquí, y...

—Tú siempre dices que estás mejor de pie—dijo Linda, ligeramente, y se sentó en una silla bajita, esperando que hablara.

—Linda... — dió vuelta la habitación y se paró ante ella— Linda, sólo porque Helen estaba en mi pieza la otra noche...

—Eran las dos de la mañana...

—Ya te expliqué eso. Acabábamos de regresar. El que ella contestara el teléfono, no quiere

decir que más tarde iba a pedir el desayuno para los dos.

—No — dijo Linda—. La creo más discreta.

—Te has propuesto sacarme de mis casillas—gritó Van.— Se sentó frente a ella, y continuó—: Escucha. Después que salí de Nueva York, Helen descubrió algunas cosas relacionadas con el asunto de "La Revista de Manhattan". Ella sabía que no se podía hacer nada por teléfono o por medio del telégrafo. Tenía que darme personalmente las informaciones, y fué en avión a La Habana. Trabajamos tan fuerte los dos días, que por la noche estábamos cansados. Yo no era "un hombre" para ella, ni ella "una mujer" para mí. Éramos jefe y empleada. En las noches salimos a comer. La noche que tú llamaste, ella había vuelto al cuarto a...

—Ya me dijiste eso. Y las dos noches te olvidaste de llamarme por teléfono.

—Sí, Linda, me olvidé. Y no tengo más excusa que darte, sino que, estaba muy cansado y sumamente ocupado.

—No quisiste que yo fuera a La Habana, porque dijiste que ibas a estar muy ocupado.

—Y estuve...

—Pero tenías libres las noches para salir con ella.

—Sí. Yo creía que no las iba a tener. Había una docena de personas con quien tenía que verme, pero necesitaba olvidar los negocios por un momento. Esperaba...

—Me lo habían advertido, lo menos una docena de veces.

—¿Advertido?

—Otros no eran tan ciegos como yo. Yo dejé pasar una cantidad de cosas, porque estaba segura de ti—de los dos—y era feliz. Ahora me doy cuenta de lo enormemente tonta que he sido durante tres años.

—No sabes lo que estás diciendo...

—Sí, sé. Y tú también lo sabes. Presumo que estarás cansado de mí.

—¡Linda!...

—Después de ocho años es bastante claro. La gente me decía que no duraría tanta felicidad y yo me reía. "Nosotros somos diferentes". Hemos sido un buen matrimonio, Van...— Le fallaba la voz; parecía que no iba a poder decir una palabra más. Van se paró y se acercó a ella. —¡No, por favor, no me toques!

—Linda, te juro que no te he sido infiel—dijo Sanford, con la voz alterada.

—Tal vez. Debiera creerte. Sí, te creo, Van. No, verdaderamente... Todavía, no, pero...— Lo miró de frente. El sostuvo la mirada, y luego la desvió hacia un lado. Y Linda agregó—: Yo lo creía así.

—¡Linda! ¡Me estás hiriendo terriblemente!

—¿Y yo? ¿Qué has hecho conmigo, Van?

—Te he amado. Siempre te he querido.

Hizo a un lado la mano que su marido había levantado para detenerla, y cruzó el cuarto.

—Te creo, Van. Pero no te entiendo. Yo no conozco más hombres que tú. En cambio, tú tienes atractivos para las mujeres. Sabía que ellas te atraían, y no me importaba porque estaba segura de ti. Ahora, ya he perdido esa confianza.

—Linda, si hay alguna forma en que pueda probarte...

—Sí, hay una. Puedes despedir a esa muchacha. Pero no voy a pedírtelo. Tendrías una docena de excusas para no hacerlo.

—No sería correcto, Linda. Ella es inocente y no hace más que ganarse la vida.

—Está bien. Reconozco que Helen no es una muchacha cualquiera. Y si tú estás enamorado de ella...

—¡Yo no estoy enamorado, Linda!—dijo Van y agregó—: Yo te quiero a ti. Tú eres mi esposa. ¡Yo te necesito!

—¿Y Helen Walsh? ¡Van, por favor! Siempre hemos sido honrados uno con el otro.

—Pero a ella la necesito, y yo no sé cómo hacértelo comprender.

—No. Realmente, no tienes cómo explicarlo.— Se sentó de repente en la cama—. Van, ¡estoy tan cansada!...

—Pero no puedo irme. No hemos llegado a ninguna conclusión.

—Cierto, no hemos llegado a nada. Pero no creas tampoco que voy a correr tras un abogado para que nos prepare el divorcio. No voy a destruirlo todo en una hora. Pero necesito convencerme a mí misma que tú me necesitas más a mí que a ella, y en muy distinta f o r m a. Por favor... ¿Quieres irte?

Sanford se sentó al lado de ella, la tomó en sus brazos y la besó. Eso fué todo.

—Linda—dijo—. Es inútil que trate de explicarte. Tú eres lo más grande del mundo, pero no dejas de ser una mujer. ¿Me prometes que no harás nada?

—Te lo he dicho. Nada haré.

Cuando ya salía, se volvió desde la puerta.

—Linda, comamos solos mañana. Creo que llegaré tarde. Tengo una reunión de accionistas y estaré ocupado hasta muy tarde.

—Bueno. ¡Buenas n o c h e s, Van!

Se vieron en el desayuno, a la mañana siguiente. Ella estaba alegre, pero se veía que se esforzaba por estarlo. A las nueve y media se fué Van a su oficina.

A las tres, o poco después, Linda entraba al edificio Sanford. Iba vestida como se arregla una mujer que se va a encontrar con una rival. Nunca había estado tan bonita, y ella lo sabía. Entró a la oficina de Helen, y Mary Conners la saludó llena de admiración.

—Miss Walsh está en el escritorio del señor Sanford — dijo—, la llamaré.

Pero Linda había entrado ya y cerrado tras ella. Helen estaba en el escritorio de Sanford con las manos llenas de papeles. Vió a Helen, por la puerta abierta, y la miró con calma, pero sin decir palabra.

—Vine por vería a usted, Miss Walsh — dijo Linda —, espero que no nos disgustaremos, ni por un momento.

—Tengo que llevar algunos papeles a Mr. Sanford, a la sala de conferencias — contestó Helen—, pero quedaré libre al momento.

—Espere — dijo Linda, tomándola del brazo—. No tenemos para qué perder tiempo en explicaciones preliminares. Sólo quiero saber una cosa, y espero que usted será suficientemente honrada para decírmelo. ¿Está usted enamorada de mi marido?

—No—dijo Helen—. No conozco a su marido. Pero estoy enamorada de mi patrón; y a ése no lo conoce usted.

Linda se puso furiosa. Luego dijo en voz baja:

—Yo creía que si usted no lo quiere..., cualquier cosa que él sienta por usted, pasaría. Iba a pedirle a usted que renuncie. Iba a dejar a un lado mi amor propio y a pedirle que me deje el campo libre.

—Usted tiene el campo libre— contestó Helen.— Luego tomó los papeles y agregó—: Tengo que llevárselos a él. Tenga la bondad de venir conmigo.

Linda estaba demasiada asombrada para hacer algo, y la siguió. Cruzaron el hall, pasaron por dos puertas, y llegaron a una tercera. Allí, dijo Helen:

—Esta es la sala de conferencias. Si usted me espera aquí...

Golpeó y entró sin esperar respuesta. Dejó la puerta medio abierta, y Linda pudo mirar al interior. Inconscientemente, se hizo a un lado para que no la vieran. Sanford estaba de pie, y varios hombres se encontraban sentados alrededor de una mesa. Protestaban por algo.

—Pero V. S. — decía uno de ellos. Y otro: —¡Es una locura!

Helen dió vuelta a la mesa y se paró al lado de Van. Este la vió y la hizo a un lado. Cuando las voces cesaron de gritar, habló Sanford.

—Caballeros — dijo—. Les pido que reconsideren el asunto. Las cifras son más altas que las

que les había ofrecido a su consideración hace poco, pero no son tan altas. Son adecuadas. Podemos proporcionar el dinero necesario. Si tomamos "La Revista de Manhattan", perderemos unos seis meses. Pero no más.

—He hecho nuevos contratos de publicidad en la última semana, que absorberán esa pérdida. Nuestra posición es excelente. Si llevamos a cabo el negocio, les prometo este año un balance que los dejará satisfechos. Me juego mi reputación. Y no les pido que vean tantos detalles y tantas dificultades. ¡Exijo que acepten!

Linda se volvió al escritorio de Sanford. Estaba parada al lado del escritorio cuando entró Helen, y Linda dijo:

—Nunca había visto antes a ese hombre.

—No — contestó Helen—. Usted no lo había visto. Pero yo lo veo todos los días. Y así es cómo me gusta. También lo veo cuando lo derrotan. Usted, no. Tal vez ahora comprenda cuando le diga que estoy enamorada de mi jefe, no de su esposo— Se rió y agregó—: Pero estoy más enamorada de mi trabajo.

Se acercó más a la otra mujer —Mrs. Sanford — dijo — el trabajo transforma al hombre, sobre todo esta clase de trabajo y esa clase de hombre. Es todo lo que necesito. No cambiaría mi trabajo por ningún otro. Preferiría diez años en este trabajo, ayudando al éxito de un hombre, que veinte años como esposa suya.— Miró a Linda con orgullo, y agregó—: No quisiera ser la esposa de EL. ¡Usted es su esposa!

Linda, contestó:

—Creo que él trataba de decirme algo como eso, anoche.

—Tal vez. Pero él no lo sabe, tan bien como yo. Como nosotras, tal vez. En Habana nos habría sido fácil hacer lo que hubiéramos querido. Pero ninguno de los dos lo deseaba. El la tenía a usted; yo tenía mi trabajo. Si hubiéramos llegado a pensar en eso, no habríamos tenido nada más después. ¿Comprende? Aquí todo habría cambiado entre él y yo, y en su casa todo habría cambiado entre él y usted. Y no queremos que cambie nada. Nos gustan las cosas como están, y en esa forma no tienen que ver nada con usted. No pueden herirla. Ahora, si usted lo desea, renunciaré. No deseo hacerlo, pero lo haría, si tal es su deseo. Y no crea que tal actitud de mi parte significa que admito algo. No tengo nada que admitir.

Mary Conners entró de improviso, sin tocar la puerta.

—Perdona, Helen — dijo—pero ahí está Mr. Howard, y no sé qué hacer con él.

Helen contestó: —O. K. y salió. La puerta quedó abierta. Linda vió a un gordo que transpiraba y decía a Helen:

—Usted es una mocosa de dos caras... ¡Tengo que ver a Sanford! ¡Y voy a verlo al momento!

—¡Oh, no! No lo verá — dijo Helen—. Mr. Sanford está en una reunión de accionistas.

—Sí, ya lo sé, y también sé para qué es la reunión. Pero él no podrá hacer nada sin mí, ni usted tampoco.

—Usted no me exigió ninguna promesa, Mr. Howard — dijo Helen—, pero supóngase que los Cumming compren la revista. Supóngase que sepan que usted dió esas cifras a Mr. Sanford, o a su secretaria.

—¡Usted, usted! — bramó el gordo, furioso.

—Buenas tardes, Mr. Howard.

Cuando Helen volvió a la otra oficina, Linda estaba sentada en el escritorio de Sanford. Y cuando entró, se paró y rompió lo que estaba escribiendo, en varios pedazos.

—Me iba a escapar dejándole una nota en el escritorio — dijo—, pero mejor se lo diré. Usted se queda en su trabajo. Yo me voy al mío. Ambos son diferentes, y también el pago es diferente. Y tan pronto cualquiera de nosotras trate de entrometerse en las prerrogativas de la otra, dejaremos a un lado esta paz armada.— Estiró la mano, y Helen se la estrechó—: ¿Tenemos necesidad de armarnos? — preguntó seriamente.

Linda se rió.

—No — dijo—. No nos armemos para eso.

Sanford entró de improviso:

—¡Ice las banderas! ¡Abajo todas las manos! ¡Hemos ganado!— Se detuvo—. ¡Oh, Linda!

—Vine a buscarte para llevarte a casa — dijo Linda—; la señorita Walsh me dijo que quedarías libre pronto.

—Pero no puedo irme todavía. Tengo un millón de cosas.

—No — dijo Helen—. No las tiene. Deshice el compromiso que tenía para las cinco. Pensé que usted no estaría tranquilo...

—¡Magnífico! — dijo Van.— Luego tomó su sombrero, su abrigo y su bastón, y agregó—: Vamos, Linda. Necesito un trago.

Se detuvieron en un sitio placentero para tomar cocktails.

—Te has olvidado que estamos con hambre — dijo Linda—, que yo estoy con hambre, ¿verdad?

—Me había olvidado. Estaba tan preocupado con esa reunión. ¿Y todavía tienes hambre?

—Sí, pero no de ti. He tenido tiempo de pensar las cosas, y he decidido perdonarlo todo, pero la próxima vez que vayas a La Habana, tienes que llevarme, ¿quieres?...

Sanford contestó, llamando al mozo:

—Vámonos de aquí. Quiero besarte...

—¿En público? ¿No temes por tu dignidad?

—No.— La estrechó en sus brazos, y la besó.

El mozo hizo lo que supuso que debía hacer. Esperó un buen rato.

Más o menos a mediados de febrero, Linda llamó por teléfono a la oficina. Dijo:

—¿Miss Walsh?... Habla con Linda Sanford. Venga a vernos, mañana. Tengo un almuerzo, para los tres.

—Ya tengo sus pasajes—contestó Helen.

—Bien. Estaré en la oficina mañana, a mediodía, con maletas y todo.

Iban a Washington en avión; y de allí, por un día o dos, a Palm Beach. Los contratos de "La Revista de Manhattan" seguían su curso. Y Sanford se daba dos semanas de vacaciones.

Al día siguiente estaban almorzando juntos, cuando Sanford dijo:

—Apúrense, muchachas. Tenemos que irnos a Newark.

Helen fué con ellos, y estuvo con ellos mientras subían al avión. Se estrecharon las manos, y esperó a que la máquina partiera. Cuando por fin, se elevó está, se quedó mirándola un momento y luego se volvió al coche.

Habrían caminado tal vez media milla, cuando Finney le preguntó:

—No me ha dicho donde quiere ir Miss Walsh.

—Oh — dijo Helen—. Creía que lo sabía. Al escritorio, por supuesto.

A GABRIELA MISTRAL

Tu corazón, de místicas alburas,
todas las perlas del dolor exhibe;
adora el arte y para el arte vive
y, como el astro, busca las alturas.

Y con tu pluma, bálsamo de amores,
haces de tu cerebro un monumento,
y transfiguras tu alto pensamiento
en un vergel purísimo de flores.

Glorifican la paz de tu sendero
los embrujos de un mágico lucero;
y en tu idea, luciente y creadora,
como una antorcha milagrosa y santa
vibra la lira excelsa y redentora,
que a los laureles de mi raza canta

FRANCISCO LIRA.

(Continuación de la pág. 7).

objeto de su visita: comprar la casa de Halcomb.

—Bien, — dijo Todd, —¿Qué ha resuelto, March?

—Señor Todd, — dijo éste,— no estoy de acuerdo, pero le aceptaría su proposición con una condición. He oído decir que Ud. compró la casa de Halcomb, la mansión más linda del pueblo. Pues bien, deseo comprarla.

Todd pareció interesarse. ¡Ah! —dijo. ¿Se ha dedicado a corredor de propiedades, Ud. March? Si La casa está en mis manos ahora. ¿Y quién es el interesado?

Moisés estrujaba desesperadamente su sombrero.

—Ud. sabe ... — empezó diciendo, — cómo son las mujeres. Todo lo desean. Si Ud. acepta vendernos a Polly, y a mí, la casa de Halcomb, yo también aceptaría las bases para el negocio de la remolacha.

—¿Le he entendido mal? — dijo. — ¿Quiere Ud. comprar la casa de Halcomb? ¿Para vivir en ella?

—Sí, señor ... Polly quiere vivir ahí.

—De manera, — dijo, — que vino Ud. primero a comerciar conmigo y después a comprarme la casa que queda frente a la mía. Ha ido muy lejos Ud. ¡Parece que las nuevas ideas democráticas han hecho mucho efecto en Ud., March! ¡Espere un minuto! ¡No me interrumpa! Ud. no va a comprar esa casa, pero lo que va a hacer es esto: va a aceptarme el negocio de la remolacha, como yo se lo he propuesto, y si no lo hace, haré uso de mi influencia para que nadie acuda a su almacén. Y ahora, ¡salga inmediatamente de aquí, antes que se me acabe la paciencia! Hasta luego, March.

—¿De manera que Ud. va a cerrar mi tienda, no es eso? — se encontró diciéndole de pronto a Todd, a la vez que le apuntaba con el dedo en su nariz. — Sepa, que si nos hemos librado de los ingleses, ha sido para poder comerciar libremente entre nosotros, de manera que hay muchos comerciantes y no sólo Ud. a quien puedo venderles mi remolacha. Y también sepa, como ya se lo dije hace poco, que no soy yo quien quiere la casa de Halcomb, sino que mi mujer. Además, tengo la satisfacción de haber obrado siempre bien en mi vida, cosa que no dicen de Ud., los parroquianos, señor Todd.

Pero al señor Todd ya le había pasado la rabia y contemplaba riéndose la frescura de Moisés.

Una vez que Moisés se encontró en la calle se dió cabal cuenta de la ofensa que había recibido su propia estimación. En el camino se detuvo nuevamente a contemplar la casa de Halcomb, tan flamante y bella que parecía estar recién construida. Había sido hecha por ciertos constructores que habían puesto lo mejor de su arte en el trabajo. Tenía todas las características de las casas hechas en la Nueva Inglaterra Federal. En el tope de la cúpula que relucía al sol, había un emblema: una águila dorada que se mecía al viento.

Antes de irse a su casa, Moisés encontró mejor pasar un rato al club. Tenía deseos de ir a un sitio público esos días. Además el propietario del Club Anchor, le estimaba mucho y lo trataba con respeto.

—Joel, — dijo, — voy a tomar un poco de cerveza.

—¿Qué le sucede? — preguntó el dueño.

—Tengo mucho frío, — contestó Moisés, — además no tomé buen desayuno esta mañana.

Un muchacho le trajo un vaso de cerveza, sentándose Moisés en una mesa al lado del fuego.

—¿Qué noticias hay? — le preguntó a Joel Sneed. — Según veo, ha comprado Ud. «La Gaceta».

—Malas noticias, — respondió Joel. — Las cosas andan siempre mal. La Convención parece que va a caer. Se dice que tendremos muy malos tiempos para el país, señor March. Le vi esta mañana dirigirse a la casa del señor Todd. ¿Le vendió la remolacha?

—No — respondió Moisés, y cambiando el curso de la conversación: — ¿tiene algún alojado hoy día?

—Sólo uno — dijo el dueño— Un joven, que según dice, viene de Nueva York.

—¿De Nueva York? — preguntó Moisés—. ¿Dónde está? ¡Quiero verlo! ¿En qué se ocupa?

—Está en el salón — contestó Joel —, está bebiendo un poco de ron para quitar el frío. Según me dijo, vende himnarios religiosos.

Moisés se rascó la cabeza. Le parecía contraproducente, que una persona que se dedica a vender himnarios, estuviera tomando ron. En esto, se abrió la puerta y apareció el extranjero. Moisés lo examinó.

Tenía el aire del hombre de la ciudad. Vestía un traje café. Sus manos eran blancas y bien cuidadas. Según Moisés, el desconocido era algún empleado de oficina y no un vendedor de himnarios.

—¿Le llama ron usted a esto? —entró preguntando.

—Es lo único que tengo, señor — le contestó Joel.

Entonces, Moisés aprovechó el momento para hablar.

LIBROS,
LIBROS,
LIBROS.

"DAVID COPPERFIELD", por Charles Dickens. La inmortal novela cuya película se estrenará dentro de poco en Santiago. Dos bellísimos tomos, con grabados interiores, a $ 12.— cada uno ... $ 24.—

"JESUS", por Charles Dickens. La más tierna y conmovedora historia del Salvador, narrada por el maestro de los novelistas ingleses ... " 5.—

"CUENTOS RUSOS", recopilados por Blanca Santa Cruz Ossa. Libro de sin par belleza, que reúne las mejores leyendas y narraciones para niños. Numerosos grabados interiores " 5.—

"AVENTURAS COMPLETAS DE SHERLOCK HOLMES", por Conan Doyle. Hemos publicado ya 10 volúmenes de esta célebre colección. Pida precios y pormenores en todas las librerías

"CRIMEN Y CASTIGO", por Fedor Dostoiewski. Sensacional novela de psicología criminal, cuya película, recién estrenada en París, conoceremos en breve ... " 12.—

En venta en las Librerías Universo y en todas las casas del ramo.

EDITORIAL ZIG-ZAG

CASILLA 84-D. — SANTIAGO DE CHILE.

ATENDEMOS PEDIDOS CONTRA REEMBOLSO, SIEMPRE QUE ESTOS NO SEAN INFERIORES A $ 5.—

—Yo tengo un buen ron, señor Sneed—,dijo, dirigiéndose al dueño del club —, es suave, dulce y añejo de diez años.

Sneed no contestó, porque el extranjero ya se había retirado cerrando la puerta tras él.

Cuando regresó Moisés a su casa, encontró a su mujer cosiendo, tal como la había dejado cuando se había ido.

—¿Y bien? — le preguntó a su marido apenas le vió entrar—. ¿Compraste la casa de Halcomb?

—No — contestó Moisés—; pero te voy a explicar por qué, Polly.

—Mira, tú has estado bebiendo Moisés — dijo Polly, dejando su costura y encarándose con su marido.

—No reniegues más, Polly — dijo Moisés—. El señor Todd no me vendió la casa, porque dijo que yo no era un caballero...

—¡Ah! Con que no eres un caballero, ¿eh? Que se apronte el señor Todd para las cuatro cositas que le voy a decir, pero te aseguro que algún día tendré que vivir en esa casa.

—Si tú haces eso, me vas a dejar en ridículo, Polly — dijo Moisés.

—Y bien, ¿y qué hubo del asunto de la remolacha? No me has dicho una sola palabra de eso.

—Todo ha sido por tu culpa — empezó diciendo Moisés —. Ahora él está furioso conmigo. Me ofreció dos mil dólares en efectivo y veinte mil en valores constitucionales. Si no le acepto estas bases me va a embromar el negocio de mi tienda. ¡Ese es el resultado por haberle pedido que nos vendiera la casa de Halcomb!

Hubo un momento de silencio y Moisés pensó que su mujer planeaba alguna cosa, pero ésta se limitó a decir:

—Moisés, cuánto deseo ser hombre.

—Quisiera que lo fueras, y te aseguro que ni aun con eso, esa casa nos perteneceríia.

—Lo veremos — dijo la mujer.

De improviso se abrió la puerta y apareció el extranjero del club.

—Buenos días— entró diciendo.

Ambos esposos lo acogieron con sonrisa. Moisés se fijó en las miradas inquisidoras de su mujer para el recién llegado.

—¿Necesita algo, señor?—preguntó Moisés—. Según supe, anda usted vendiendo himnarios.

—¿Usted es el señor March?— preguntó el forastero, amablemente—. He sabido que usted tiene un ron más decente. Me gustaría comprar una botella, porque estoy deprimido con tanto frío.

Fué Polly quién habló primero, antes que Moisés intentara responder.

—Moisés — dijo — lleva al caballero junto al fuego, mientras yo voy a prepararle un poco de ron caliente con limón.

Al tendero le extrañó esta actitud tan hospitalaria de su mujer para un desconocido cualquiera. El la miró un poco incrédulo, pero se fijó que la mirada de ella pedía que se le obedeciera.

Moisés echó dos leños al fuego y ambos se sentaron junto a una mesa. Naturalmente que Moisés ya comprendía la amabilidad de Polly para con el extranjero. Seguramente su intuición de mujer le decía que el recién llegado podría ser útil en algo.

Una vez que trajo ron caliente para los dos, Polly en vez de irse, se sentó al lado de ellos con su costura.

—Beban tranquilos — dijo—. Todavía hay una buena provisión allá dentro.

—Mi nombre es Branch — empezó diciendo el extranjero—. Teófilo Branch, pero este ron es exquisito, señora — dijo, saboreándose.

—Llénale el vaso — dijo Polly a su marido—. No todos los días tenemos el gusto de tener una visita como usted, señor Branch. Debe de haber hecho un viaje muy largo, señor.

—Estoy muy agradecido de todas sus atenciones, señora — dijo Teófilo Branch—. Este pueblo es muy acogedor y uno de los más prósperos que he visto durante mi viaje.

Polly volvió a llenar el vaso de Branch, y por encima del hombro de éste le susurró a su marido:

—Déjalo que beba, porque no es tal vendedor de himnarios...

—Vengo, señor March — dijo Teófilo Branch — a quien el ron le empezaba a enturbiar los ojos — de un lugar muy cerca del Gobierno. Todos dicen allá que la nueva Constitución no va a durar mucho. También, gente muy bien informada corre el rumor de que esos famosos valores constitucionales no son una cosa segura... ¿Usted fué hacendado, señor March?

—Si — respondió Moisés— y, ¿cómo lo adivinó, señor?— Polly, llénale el vaso al caballero.

Branch se rió complacido.

—Es que yo soy muy buen psicólogo, señor March. Esas manos suyas, se conoce que han trabajado mucho, por lo cual le felicito. Pero, me he apartado del objeto de mi conversación.

—Así parece — dijo Polly.

—Pues bien, señor March. Yo quiero pagarle de alguna manera estos momentos tan agradables para mí y voy a darle un buen consejo. Sé de fuente fidedigna, que los valores constitucionales van a triplicar su valor a corto tiempo. Si usted tiene dinero, adquiéralos a cualquier precio.

Moisés miraba inquisitivo a su visita.

Polly había dejado de coser.

—Moisés — dijo — parece que alguien ha abierto la puerta de la tienda. Señor Branch, ¿me haría el favor de quedarse un momentito solo? Pues tengo que ir a atender a algún comprador con Moisés.

Cuando el tendero se puso de pie, notó que el ron le había dejado bastante embromado. Su mujer lo empujó hacia la otra pieza, cerrando la puerta tras ella.

—Moisés — dijo con ansiedad —toma tu sombrero y anda corriendo, pero corriendo, donde el señor Todd y cierra inmediatamente con él, el negocio de la remolacha, porque ya has oído lo que dijo este señor.

—Pero, Polly — protestó Moisés — ¿le das crédito a lo que ha dicho? Tú sabes, el alcohol!...

—No hables más — dijo impaciente ella — ¡toma tu sombrero!

—Sólo quiero decirte una cosa —insistió él.

—Me la dirás más tarde. Me parece que no eres tan tonto, ¿no es cierto? Anda de una vez, Moisés.

Pero en la mitad del camino, Moisés empezó a sentirse nervioso y dominado por la duda. Estaba convencido que Polly y él pensaban de distinta manera. El ron, naturalmente, le tenía la cabeza un poco trastornada. "Si ya viniste, no tienes otra cosa que seguir adelante", pensaba para sí y a cada paso que daba, acercándose a la casa del señor Todd, echaba un suspiro.

—Joel — dijo, cuando llegó y vió al dependiente—. Me parece que he venido otra vez a hablar con el señor Todd.

—Así lo veo — repuso el empleado.

A esa hora, el opulento americano todavía permanecía en su despacho. Cuando vió a Moisés, ni se movió, sólo le dió la bienvenida con su protectora sonrisa.

—He venido por el asunto de la remolacha, señor Todd —dijo Moisés.

—¿Y bien? — preguntó Todd, con cara poco amistosa.

—Vengo a decirle mi última palabra — empezó diciendo el tendero—, que me agregue en diez mil dólares en valores, su oferta para el negocio.

—Pagaderos a un año de esta fecha — asintió Todd—. Muy bien. En cuanto a los dos mil dólares en efectivo, serán por medio de un pagaré a treinta días. Muy bien, March. Abra la puerta por favor.— ¡Joel! —grito—, traiga todos los papeles necesarios y el sello notarial, porque voy a comprar esa remolacha. Tome asiento, March.

Moisés se sentó torpemente.

El señor Todd se reía indulgente. Había una sonrisa de triunfo en su cara.

—¡Oh, este mundo tan lleno de trabajo! — dijo, por decir algo.

—Así es, señor — asintió Moisés.

Pero después hubo un ligero cambio en las maneras tan amables del señor Todd para con el tendero, cuando el empleado trajo todos los papeles.

—Aquí están sus papeles y aquí están los míos — le dijo a Moisés—, y que esto le sirva de lección, March.

—¿Qué? — preguntó Moisés.

El señor Todd se rió compasivo.

—Le he dicho — repitió — que esto le sirva de lección.

Inmediatamente, Moisés no atinó a decir nada. El vozarrón del señor Todd le paralizaba la lengua. Tomando ya la perilla de la puerta, dijo:

—Gracias, señor. Quisiera ser tan inteligente como usted, que es todo un caballero.— Pero ya trasponiendo el umbral de la puerta se le ocurrió otra cosa más—: Quizás, si yo no sea una persona como usted, señor Todd, pero, de todas maneras, siempre procedo correctamente en mi vida...

Después de decir estas últimas palabras, sintió haber perdido el miedo. Le habían servido como un pequeño desahogo.

En aquel período de crisis, nadie aceptaba los valores constitucionales como garantía, y los pocos que adquirieron algunos o bastantes, que no pasaron de tres, entre ellos Moisés March, se les recuerda con admiración. Pero a pesar de la general desconfianza que rodeaba a dichos valores, el tendero creía firmemente en ellos, y quien le había inducido había sido su mujer, desde la vez en que le mandó que fuera corriendo donde el señor Todd.

A tanto había llegado su convicción acerca de una futura alza de los valores, que invirtió las dos terceras partes de sus bienes, en la adquisición de un mayor número de ellos. Y en efecto, no tardó mucho en darse cuenta que su política había sido perfectamente afortunada. En septiembre de 1879 hubo una pequeña alza de los valores constitucionales y cuando el Gobierno pagó después, por medio de un empréstito, todos estos valores, experimentaron un alza subidísima. A fines de diciembre habían doblado su antiguo valor y continuaban su carrera ascendente.

Los valores que el señor Todd había dado a Moisés, les faltaban todavía tres meses para su cobro, según el tendero vió en sus libros.

Su hijo, de ocho años, estaba una mañana con él.

—Papá — dijo el chico—, ¿algún día también, yo voy a tener mi tienda?

Antes que Moisés contestara, lo hizo Polly.

—No — dijo ella—, ya tu padre ha tenido una y tú no la tendrás, Juan.

—Pero todo el mundo tiene tienda — protestó el niño.

—No — le contestó su madre. —El señor Todd, no tiene tienda, hijo.

—¿Y qué es lo que hace? — preguntó el pequeño.

—No es mucho lo que hace— contestó Moisés. Iba a continuar hablando, pero su mujer no le dejó, porque al estar mirando por la ventana había visto algo que le había llamado la atención.

—Moisés — dijo su mujer—. Ahí está el señor Todd, y me parece que viene hacia acá.

Al principio, Moisés no creyó lo que Polly le decía, pero después, que ella estaba en la razón. Al poco rato, el señor Todd en persona llegó hasta la tienda. Vestía un pesado abrigo y se afirmaba en un bastón de puño de oro.

—Buenos días, March — dijo.

—Buenos días, señora.

Y mirando a Juan: —¿Este es su chico, March?

—Sí, señor — respondió Polly—. Es Juanito March.

El señor Todd se llevó una mano al bolsillo.

—Toma, aquí tienes un chelín, Juanito March — dijo, entregando al chico una moneda. —Y no dejes que tu padre te obligue a economizarla. March, he venido por el asunto de los valores.

Moisés se encogió de hombros.

—Es tan raro todo esto — dijo—. ¿No es verdad, señor?

—March — principió a decir el señor Todd — he venido, porque si usted insiste en cobrar los valores que le di en garantía, francamente no voy a poder pagárselos. Hizo una pausa y se aclaró la garganta. A medida que había ido hablando, a Moisés se le había abierto desmesuradamente la boca.

—No podría cancelar mi deuda sin grandes sacrificios de mi parte — dijo Todd — y debo hacer, naturalmente, algún sacrificio. March, ¿aceptaría Ud. que anuláramos nuestros papeles, dándole, en cambio, yo, la casa de Halcomb?

Moisés no podía dar crédito a lo que había oído y creía haber entendido mal. Pero Polly, su mujer, sí que había entendido perfectamente.

—Moisés..., Moisés — sólo alcanzó a decir Polly, porque un cambio en la expresión de su marido le había impedido seguir adelante.

El tendero, en el fondo de sí mismo, había sentido cierto instinto generoso, cierta compasión por el señor Todd, y cuando habló, lo hizo a sabiendas que iba a decir algo en desacuerdo con su mujer, pero aun así, habló.

—Señor Todd — dijo Moisés. —No hay necesidad que haga ese sacrificio. Si la situación es tan mala para usted, busquemos otra solución. Usted la otra vez no quiso que viviéramos en la casa de Halcomb, y ya nos habíamos resignado a que nunca fuera de nosotros.— Y un poco confundido, agregó—: Si desea, señor, pasemos a la otra pieza, donde conversaremos a fin de hallar otro arreglo. En seguida, Polly, les trajo una botella de oporto.

La cara del señor Todd se había puesto roja, como de costumbre, pero según se fijó Moisés, no había lo más mínimo de enojo en él.

—March — dijo Todd—. Usted se honra con lo que acaba de decir, pero yo no pido otra cosa que esa. Le estoy ofreciendo a usted un negocio magnífico, March, y me agradaría tener un vecino que me tuviese al tanto de lo que sucede en el pueblo— terminó de hablar, riéndose.

Polly intentó hablar de nuevo, pero vió que era innecesario seguir guiando a su marido.

—¿Usted me quiere decir que nosotros vivamos en la casa de Halcomb?—preguntó Moisés, pareciéndole imposible tal cosa.

El señor Todd, le asintió gravemente con la cabeza, y en seguida, haciéndole una venia a la mujer de Moisés, le dijo:

—Señora, aquí están las llaves. Los tiempos han ido cambiando, y yo también he ido cambiando con el tiempo.

FIN

PARA LAS TENNISTAS

Es ya cosa establecida que para jugar tennis la mujer — y aún el hombre —, use el short, o sea, los pantalones cortos que parecen de niño de seis años. Dicen que son extraordinariamente cómodos, sobre todo para la mujer, que no ve entrabados sus movimientos por la falda. Aunque ésta sea muy corta y amplia o esté abierta al costado, resulta siempre poco confortable. De ahí la aceptación que el short ha tenido.

Se hacen de cuatro piezas recosidas por encima con pespuntes y tienen un cinturón que los fija a la blusa camisero, impidiendo así que ésta se salga. Una falda sastre, un chaleco tejido, un abrigo de deporte y una bufanda completarán ahora, con tiempo frío esta tenida de tennis. Tanto la blusa camisero como el short están realizados en villela color crudo, bordándose el monograma del bolsillo en colores vivos.

MOMENTOS MEMORABLES

Era un viaje lindísimo, nos encontrábamos en Wáshington en plena primavera, ciudad especialmente hermosa en esa época a causa de los numerosos cerezos japoneses en todo su esplendor. Regresábamos a New York por mar.

Hacía unas cuantas horas que perdíamos de vista a Mont-Vernon y entrábamos a la Gran Bahía, cuando comenzó una neblina tan densa que no se veían ni las manos; como era primera vez que viajábamos todo era novedad y por lo tanto interesante, y con suma alegría paseábamos por las cubiertas, encantadas de ver aquella neblina que tanto oímos hablar de niñas y que a mi juicio sólo en Londres había.

Como a esa bahía (la más grande del mundo) es inmenso el número de barcos que entran y salen diariamente, se sentía un repicar de campanas y sirenas que hacía más pintoresco y entretenido el panorama. En esto estábamos (me acuerdo eran las 4 de la tarde), cuando una de mis primas dice: ¡Vean una casa enorme que se nos viene encima, y la tal casa era un barco enorme que se nos atravesaba y hacia el cual chocábamos con gran estrépito.

El momento más memorable y que nunca se me olvidará fué cuando el capitán ordenó ir a los camarotes y ponerse el salvavidas. Yo perdí el control a tal punto que corrí atropellando a mi paso a una artista que después supe casi la maté, y en vez de ponerme el salvavidas saqué un *guante* y me alisté en la fila

NEGRA DALIA.

MOSAICO FEMENINO

POR REBE

Publiqué, en un número anterior, cierto articulito sobre un tal Clark, de Liverpool, que fué ahorcado por haber dado muerte a la que iba a ser su futura suegra.

La infeliz señora se oponía, con todas las fuerzas que una madre, mejor dicho una suegra, podía oponerse al matrimonio de su hija.

Como consecuencia a ese articulito he recibido una carta que debo publicar. Se trata de las protestas de un yerno y ¿cómo yo que he publicado cosas de suegra voy a silenciar las iras de un yerno?

Hela aquí:

"Rebe:

Permítame que me desahogue, que dé salida a ese cúmulo de indignación y de rabia que la lectura de su anterior articulo me produjo.

No hay derecho, no lo hay para que Ud. tome en chunga una cosa tan trágica como la que le pasó al desgraciado Clark. Ese "tal Clark" que mató a su suegra porque se negaba a dar el consentimiento para la boda.

Mire Ud. si tendría razón para matarla, cuando ella, que todavía no llegaba a ser su suegra ya quería imponer sus gustos... Principiaba por negarle la hija.

Matar a la suegra... ¡Ah, si yo pudiera hacer lo mismo con la mía!

Yo, que tengo la negra desgracia de gastarme una tremenda suegra... Se lo digo a Ud. con el corazón en la mano: a las suegras, para poder vivir feliz, es preciso matarlas... comérselas..., asarlas..., ¡todo, menos convivir con ellas!

Para mí, ese Clark fué un vidente, un convencido de la necesidad absoluta de matar. Mejor dicho; Clark en vez de ver las cosas, las olió. No hizo más que ganarle el quien vive a ella. Si llega a casarse con la hija, seguramente la suegra habría concluido por liquidarlo a él. ¡Cuestión de tiempo, no más!

¿Me va Ud., acaso, a decir que porque cierto infeliz yerno dió por ahí, no sé donde, su sangre para salvar la vida de su suegra que estaba en trance de irse para el otro mundo, eso es señal de que no todas son malas?...

¡¡Quiá!!... Lo que pasaba es que a ese yerno lo tenía tan domesticado su mamá política que el desdichado no sabía ya ni lo que hacía. Por eso le dió su sangre..., de p u r o atontado. ¡Créamelo usted, señora!

Riase Ud. de los domadores de fieras, de los exploradores de las selvas vírgenes, plagadas de animales terribles y de insectos venenosos. ¡Donde llegó una suegra, no hay domador que se la gane!

¿Comprende Ud. ahora, justifica la magnitud de mi indignación ante su artículo para el ahorcado Clark?

Yo, yo el manso, el cordero, el domesticado e "irremediable" yerno no podía dejar pasar en silencio, sin salir en su defensa, el martirio de Clark, a quien Dios tenga en su santa gloria.

Ruegue Ud., señora, por él y por nosotros, los yernos del mundo. Amén.

UN DESCONSOLADO.

CREACIONES DE PARIS

1.—Severo traje en crepe marrocain de tono obscuro adornado en el talle por un cinturón bordado de lentejuelas plateadas que anuda a un lado.

2.—Traje en terciopelo chiffon de tono obscuro adornado de dos borlas de hilos dorados. Mangas tres cuartos.

3.—Novedoso traje en crepe de tono suave, el escote va terminado por una joya de strass. Mangas tres cuartos ampliadas por pliegues.

4.—Traje en crepe romain de líneas muy sencillas, completado por una chaqueta en la misma tela, de mangas bordadas de lentejuelas plateadas.

5.— Traje en satén obscuro, de corte muy novedoso. El talle va adornado de dos motivos de strass.

POTENTE REGENERADOR DE LA VIDA, REFUERZA EL ORGANISMO, PRODUCE UN RAPIDO AUMENTO DE PESO, DEBIDO A LA ESPLENDIDA ACCION TONIFICANTE DEL FOSFORO ORGANICO.

LABORATORIO GEKA, S. A. – Santiago.

Fórmula: Compuesto de fósforo orgánico. — M. R.

familia

M. R

Es propiedad.

EL SEMANARIO QUE PUEDE A TODOS LOS HOGARES

N.º 1

PRECIO

$1.40

BIBLIOTECA NACIONAL
DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES Y BIBLIOTECAS

EN ESTE NUME
LA ULTIMA NOV
HENRI BORD
"LA REDEN

BELLEZA DEL CUTIS

La base inicial: un jabón puro y suave como el Flores de Pravia. Sus finos aceites dan vida y tersura a la piel. Le infunden esa admirable frescura juvenil, efecto de las buenas prácticas higiénicas. La espuma, al friccionar, deja una suavidad uniforme, sin asperezas ni poros obstruidos.

JABÓN FLORES DE PRAVIA

PIDALO en FARMACIAS y PERFUMERIAS

Familia

El semanario que puede entrar a todos los hogares

Editado en Santiago para toda la República

En venta todos los miércoles

N.o 10 - 31 de julio de 1935

BIBLIOTECA NACIONAL CHILE

Si alguien le hiciera música a una canción que así empezara ¡cómo la cantaríamos las mujeres del mundo! La cantaríamos tanto y tan alto que los hombres terminarían por darse por enterados que todas y cada cual andamos en pie de resentimientos, ya que la cortesía que se nos debe se ha perdido como hilacha en campo grande y ningún hombre hace por encontrarla, para — chiquita y preciosa— ponerla a nuestros pies.

Dicen ellos — para descargo de conciencia — que la mujer en plano de trabajo, con iguales prerrogativas en oficinas públicas y privadas, conviviendo en camaradería, ha perdido ese prestigio de "torre de marfil" que antes tenía y que, según parece, era lo único que los obligaba a reverencias, zalemas y acatamientos. Y que si las mujeres han abierto puertas y se han lanzado a la vida llana y rutinaria que ellos llevan, es aceptando lo rutinario y diario en toda su extensión.

Decimos nosotras que bueno está el que se nos acepte en plan de igualdad de derecho a trabajo, que en la oficina no vamos a exigir que cada vez que entremos o salgamos se pongan todos de pie, más aún si es nuestro jefe a quién llevamos y traemos la correspondencia, que no pedimos que se nos guarden deferencias especiales, pero que una vez que dejamos en la percha el guardapolvo de oficinista, somos de nuevo la mujer a la cual se debe cortesía.

Y agregamos aún que no todas andan en aventura de trabajo, sino la mínima parte y que las otras mujeres se ven como nosotras tratadas sin cortesía alguna. ¿Por qué? Simplemente, porque el "señor hombre" ha encontrado una fácil excusa para su holganza, para su comodidad, para — digámoslo de una vez— par su falta de educación.

No es posible que en un tranvía un muchacho vaya leyendo tranquilamente sentado mientras una anciana de pie se zangolotea a todos los vaivenes. No es posible ver en la calle un hombre que sin miramiento alguno se abre paso empujando a una mujer que en brazos lleva una guagua. No es posible que el señor que está esperando el ascensor pase primero que la señora que está a su lado. No es posible que a la hora del té el joven no se preocupe de servir a su compañera. No es posible que en el baile el bailarín haga una seña a la niña desde lejos y sea ésta la que acuda a formar pareja con él. No es posible que en una fiesta los caballeros se reúnan a charlar entre ellos, sin prestar atención a las invitadas. No es posible que en el club se vayan todos a la cantina, dejando el grupo de damas desairado.

Si, no es posible todo eso Un poquito de atención, una mínima cortesía, una pequeña gentileza. Gestos fáciles de realizar, discretos y que nos harían encantador a este hombre que hoy por hoy, a fuer de descortés, se nos está haciendo antipático como género, aunque del grupo hagamos unas pocas excepciones que hacen más notoria la regla.

Cortesía, cortesía, cortesía, mis queridos amigos, que si no, en poco tiempo más, obligadamente las mujeres tendremos que recurrir a la canción — aunque sea con música de "Mambrú se fué a la guerra..."—: **La cortesía se pierde... la cortesía se va...**

ISABEL DE SANTILLANA.

SUMARIO:

EL MEDALLON, por Germain Mornand.
AMOR QUE REDIME, por Edison Marshall.
NO ME PROMETAS NADA, por Richard Hoffman.
LA REDENTORA, por Henri Bordeaux.
LA SERPIENTE AMARILLA, por Edgar Wallace.
TEMPORAL DE VIENTO, por Lucian Cary.

Ultimas creaciones.
Abrigos de mañana.
Modelos juveniles.
Ensembles.
Trajes de mañana.
Blusas y faldas.
Entre los ocho y los doce años.
Tendencias de la moda.
Los bebés.
Elegantes modelos para novias.
El ajuar de la novia.
Una chaqueta de golf.
Moldes de "Familia".

Reflexiones color del tiempo.
Para saber y contar.
Cuando el nene no está bien.
¿Caerá la luna sobre la tierra?
Vida de Gabriela Mistral.
Los que surgen.
De la pantalla.
Sus favoritos.
Noticiario femenino.
Buen tono.
Conserve su belleza.
La cocina.
Momentos memorables.
Mosaico femenino.

Lectora:

En la sección EL HOGAR Y LA MODA

de la revista **PARA TODOS**

Cine. — RADIO. — Lectura

encontrará usted las últimas novedades en toda clase de labores.

APARECE LOS LUNES **PRECIO: $ 120**

EL MEDALLON

Por
GERMAINE MORNAND

SE conocieron en un veraneo. Nunca, ni en sus más lindos sueños, Beatriz había imaginado un ser más atractivo que Sergio d'Ormoy, ese joven oficial de tan arrogante figura.

Una tarde, mientras jugaba tennis, Beatriz se distinguió por su buen juego.

—La felicito, señorita—le dijo Sergio después del partido—; ha jugado admirablemente.

Halagada, ella respondió ingenuamente:

—Roberto me enseñó este juego...

Pero inmediatamente creyó necesario explicar:

—Roberto Lefranc, un amigo de infancia...

—¡Ah!, perfectamente — interrumpió Sergio—; felicítelo de mi parte.

Esta frase, tan sencilla en apariencia, ¿escondía un ligero despecho? Las felicitaciones para ese Roberto, ¿tenían un doble sentido? Beatriz no pensaba sino en Sergio, sólo él existía para ella. Esta corta conversación la dejó feliz para el resto del día. Con gran impaciencia esperó cierta recepción donde pensaba volver a encontrar al héroe de sus sueños.

Y así fué. Cuando le pidieron que tocara piano, eligió el "Sueño de Amor", y lo ejecutó con tanto sentimiento, que encantó a todos los asistentes. Pero, entre todas esas personas que la escuchaban, ella no deseaba emocionar sino un alma, un corazón...

De lejos, lo vió acercarse. Su turbación fué tal, que no oyó, sino adivinó, lo que él decía. La felicitaba por su talento y el buen gusto de su repertorio.

—Es la pieza preferida de Roberto — dijo, atolondradamente.

—¡Ah!, sí, su amigo de infancia.. ¿El también le enseña piano?

—No. Solamente me da consejos: es muy artista.

Sin saber por qué volvió a sonrojarse. Esta vez, la charla fué muy corta: el irresistible Sergio se dirigió hacia otras mujeres que no tenían un "Roberto" tan acaparador, o por lo menos no lo confesaban.

Beatriz, sin embargo, no cesaba de pensar en este encuentro, y recordaba los cumplidos que él le hiciera. Días después, volviéronse a encontrar en un pic-nic.

Fué muy atendida por el joven; desgraciadamente, charlando de viajes, se mencionó Algeria, y Beatriz no pudo dejar de exclamar:

—Roberto está allá desde hace un año...

—¡Ah! sí..., siempre Roberto, su amigo de infancia. ¡Pero es universal ese joven; sabe todo, está en todas partes!... ¿Y qué hace allá "su Roberto"?

—Dirige unos negocios de papá; pero papá piensa hacerlo venir pronto y asociarlo.

—Perfectamente — dijo Sergio —. Naturalmente, el tiempo se le hará muy largo, lejos de él, y lo echará mucho de menos.

Volviéndose desconfiada, Beatriz no hallaba qué decir:

—Estaré muy contenta de volver a verlo; para mí es como un hermano mayor; es el ahijado de papá.

Ella hubiera deseado seguir conversando; pero desde ese momento empezó a decaer la charla y el joven se retiró.

Llegó el día de la partida del joven oficial. Beatriz, acongojada, sólo tuvo valor de murmurarle un tímido "hasta luego" que se perdió entre los estruendosos "adioses" de los demás veraneantes.

¿Oyó siquiera, ese "hasta luego" en el que ella le entregaba su corazón? Y aún, si lo hubiera oído, ¿cómo pudiera haber comprendido su intención?

Hasta el final de las vacaciones, ella pensó que volvería. No pensaba sino en él, y guardaba en el mayor secreto su amor. Se repetía incansablemente todo lo que él le había dicho; recordaba sus gestos, las inflexiones de su voz. Al recordar sus respuestas, deploraba su insignificancia, arrepintiéndose de haber perdido tontamente tantas ocasiones de haber despertado el amor del joven.

¿No había, al contrario, paralizado el entusiasmo que él parecía tener, hablando todo el tiempo de Roberto? ¡Cuánto hubiera deseado redimir sus errores! Estas confidencias se las hacía en conversaciones tan apasionadas como ilusorias, pues no eran sino frente a una foto: en un grupo, había recortado el retrato de Sergio y lo llevaba guardado en un lindo medallón de oro, que a escondidas cubría de besos.

Hubo que volver a la capital sin haber visto de nuevo a su amor. Beatriz, optimista, pensó que en las numerosas fiestas a las cuales asistiría, seguramente volvería a verlo; pero, un día, leyendo los diarios se impuso del próximo matrimonio de sergio d'Ormoy con una niña desconocida de ella.

Beatriz creyó morir de dolor; mas para no apenar a sus padres, ocultó su pena. A pesar de sus esfuerzos, desapareció su alegría.

Inquietáronse por ello sus padres y, naturalmente, buscaron la causa donde no existía.

—Sufre por la ausencia de Roberto — lo que es natural, suspiraba su madre.

—Habrá que casarlos lo más pronto posible — determinaba el padre.

—Yo también lo deseo con todo mi corazón. Roberto será un marido perfecto.

Pocos meses después volvió Roberto. Apenas desembarcado, se dirigió hacia la casa, donde se sabía esperado con impaciencia.

Beatriz lo recibió cariñosamente, tal como lo hubiera hecho con un hermano. Pero su carita pálida y entristecida no se iluminó por eso. No tuvo para él sino una sonrisa triste, casi desesperada.

Esto alarmó a Roberto. En cuanto estuvo solo reflexionó: "Está sentida por mi larga ausencia — se dijo—. Pero, ¿acaso no fué por ella que me im-

puse este sacrificio?... ¡Acaso el alejamiento me hubiera idealizado a sus ojos, y al volver a verme se sienta desilusionada!..."

Luego, examinando escrupulosamente su rostro enflaquecido y tostado por el sol "verdad que parezco un bandido calabrés — se dijo—; seguramente la he asustado". Y con su mano morena trató de poner en orden su abundante cabellera.

Mas Roberto no era un muchacho de contentarse con incertidumbres. El tiempo fijado por él, para su matrimonio había llegado, había que obrar.

—Tendré que saber lo que tiene — se dijo.

Una tarde llevó a Beatriz al jardín, y tomando las manos de la niña entre las suyas:

—Beatriz, ¿sabes que te amo? — le dijo sin más preámbulos.

—Roberto...

—He trabajado mucho durante dos años — prosiguió—. Me había jurado a mi mismo..., a ti también, hacerme una buena posición. Ahora ya la tengo asegurada, vengo hacia ti, lleno de felicidad, pues al fin puedo pensar en formar mi hogar. Beatriz, no he querido a nadie más que a ti. ¿quieres ser la compañera de mi vida?

—¡Roberto!... — repitió ella débilmente, tratando de soltar las manos.

—No debes eludir la contestación que exijo hoy de ti, ni soltaré tus manos de entre las mías. Las guardaré por fuerza, a menos que consientas en dejármelas voluntariamente.

—No puedo, Roberto, ¡no puedo!...

—¿Por qué?

—Déjame volver a casa... Ten piedad de mí; no puedo contestarte.

—Beatriz, contéstame: ¿ya no me quieres?

—¡Oh!, sí; pero... como a un hermano muy querido, como a mi mejor amigo.

—¿Qué ha sucedido después de mi partida? ¿Qué pasó?... Dime.

Y estrechó las manitas prisioneras con más fuerza, casi con dureza.

—¡No te enojes, Roberto; no te enojes!... Te lo diré todo. ¡Me he enamorado de otro!

En la sombra, Roberto palideció, y las manitas temblorosas quedaron libres.

Hubo un silencio.

—¡Otro! — repitió al fin.

—¡Sí!... Y soy muy desgraciada, él no me quiere, se ha casado.

Los sollozos la interrumpieron. Luego prosiguió.

—Aun le amo, de tal manera que ya no hay felicidad para mí en el mundo.

—¡Cuéntamelo todo! — ordenó.

Y sin escatimar un solo detalle, hizole el relato de su desgraciado amor. Roberto reflexionaba. Sus recientes celos se calmaban. Aunque muy joven, sabía dominarse. Con toda sangre fría juzgaba el caso, mientras Beatriz terminaba su relato entre lágrimas.

—¡Ya ves tú, es imposible!... ¡No podemos casarnos!

—¿Por qué?

Inmediatamente la niña cesó de llorar. Lo contemplaba estupefacta.

—¿Por qué nuestro matrimonio sería imposible?... Si ya no crees en tu felicidad, ¿no tratarías de contribuir a la dicha ajena si ella dependiera de ti?

—¡Explícate!

—Sencillamente: cuando uno posee algo inútil, aun molesto, ¡más vale darlo!

—¿Quién quisiera aceptar un corazón que ya tiene dueño?

—¡El que le tenga el suficiente amor para hacer de él su tesoro!

—Pero no podré nunca dejar de amarlo.

—¿Quién te lo pregunta?

—En este medallón conservo su retrato, y le beso mañana y tarde.

—¿Quién te lo impedirá? Dame tu mano y también tu corazón dolorido: déjame compadecerlo si es que no puedo sanarlo.

—Roberto..., Roberto, ¡serías tan bueno!

—Dime sí, ¿verdad?

—Si no temes..., en fin, si lo deseas..., haré lo que quieras.

—¡Lo exijo! ¿Sigues llorando?

—Algo.

—Entonces, ven a mis brazos, pues ahora que soy tu novio, tengo ese derecho. Llora, sobre mi hombro; pero prométeme de no hacerlo a escondidas. ¿Convenido?

—Convenido.

En verdad, sus lágrimas ya no le parecieron tan amargas.

Cuando Roberto sintió que se calmaba un tanto, levantó suavemente su rostro y besó por dos veces sus párpados doloridos. Luego se dirigieron al sa-

(Continúa en la pág. 68)

AMOR que REDIME

Historia de un gangster, una muchacha y un beso... Mató a un hombre por robar, y sólo comprendió la magnitud del hecho cuando su corazón despertó al amor...

Por
EDISON MARSHALL

Cuando apretaba el botón de la registradora y se guardaba el dinero, Snyder dió un cullido y echó mano al manubrio de un Ford que había allí. En ese momento salió la bala.

ERA verdad, consideraba Slim McGee; sí, tenía que admitir que estaba envuelto en la muerte del encargado de esa estación de servicio.

Porque Snyder había muerto; de eso estaba seguro; pero, él, Slim, no era culpable de asesinato. No podía ser. Sabía cómo son los asesinos, los había visto en el cine. Eran exactamente como ese muchacho Merkowsky, que vivía en la puerta vecina. Porque Merkowsky llevaba el sello de asesino en la cara, y además una vez le había contado algo sobre unos tres o cuatro hombres que había hecho volar, cuando estaba en el norte. Pero, él, Slim, no era como *esos*. No era capaz de matar una pulga.

Fué solamente un accidente; pero parecía algo malo. Comenzó con la borrachera que se pegó Merkowsky... Y ahí estaba todavía, durmiendo como un cerdo. Y más allá se levantaba la estación de servicio, sólo tres cuadras más allá, destacándose en la calle con su gran edificio donde guardaban los coches. Slim no había tomado una taza de café en todo el día, y el día anterior todo su alimento había sido un plato frío de sopa en el Ejército de Salvación. ¡Un hombre no sabe lo que hace cuando está hambriento! No estaba *en sus cinco sentidos*, y esa era toda la verdad.

Se había conseguido una pistola, y todavía medio atontado con el hambre que sentía, había callejeado, volviendo luego hasta la estación de servicio. No tenía intenciones de robar. Al principio se acercó solamente a mirar. En alguna ocasión había robado algo; pero pequeñeces, y a gente que podía reemplazar fácilmente lo robado; de todas maneras, se había visto forzado a hacerlo. Pero cuando vió que el hombre estaba solo, y las entradas del día todavía en la caja...

Cuando entró al local, bajo pretexto de averiguar dónde estaba el número 84 de la calle Seis, realmente no sabía todavía por qué lo hacía.

Pero era todo tan fácil. Parecía tan fácil. El hombre, Snyder, no se mostraba receloso. Podía ver que Slim no tenía cara de criminal, como Merkowsky, por ejemplo. Y mientras Snyder le explicaba cómo encontrar el número 84 de la calle Seis, a él le vino una idea...

Sacó el arma de su bolsillo y la empuñó: "Arriba las ma-

nos!" En ese momento se amedrentó. Y si el hombre no levantaba las manos..., ¿qué iba a hacer? Pero Snyder las había levantado.

Y entonces, justamente cuando apretaba el botón de la registradora y se guardaba el dinero en el bolsillo, Snyder dió un aullido y tomó un fierro de un viejo Ford que había allí, y que Slim no había visto. En ese momento salió la bala. El no había intentado disparar. Trajo la pistola solamente para amedrentar al hombre de la estación de servicio. Pero..., pero Snyder cayó. Cayó tan suavemente, que Slim no podía creer que estuviera muerto.

Slim salió corriendo, sintiendo que el corazón quería salírsele por la boca. Cuando llegó a la calle próxima, recordó que debía andar más despacio. No había un alma a la vista. Pero, ¿a dónde ir ahora? La pistola le pesaba en el bolsillo, y por ahí no había un río para tirarla. Bueno, era la pistola de Merkowsky; lo mejor era devolvérsela.

Nadie lo vió subir hasta el cuarto de Merkowsky. Y ahí estaba todavía tirado, sin haberse movido. Slim pudo entrar y ponerle nuevamente la pistola en el bolsillo. Esperó un momento, sin respirar; volvió a tomar el arma, y la limpió con cuidado. Había recordado a tiempo las impresiones digitales. ¡Ah, su buena memoria no lo abandonaba! Entonces hizo algo que antes no se le había ocurrido. Sacó dos de los diez billetes de diez dólares — no había tenido tiempo de sacar el sencillo de la caja — y los puso en el bolsillo superior del vestón de Merkowsky.

Cualquiera podría comprender que Merkowsky merecía bien esos dólares por el uso del arma. Tal vez por eso se los puso Slim en el bolsillo. Pero cuando volvió a pensar sobre ello, sintió que la sangre se le subía a la cabeza. Le parecía que había sido Merkowsky, y no él, quien había robado y dejado que la pistola disparara accidentalmente. Era lo que Merkowsky hubiera hecho, sólo que él hubiera disparado de intento. Por eso parecía natural que le devolviera su arma y algunos dólares.

Entonces había vuelto a su cuarto, escondiendo el resto del dinero tras un cuadro, y se había metido en la cama. Y lo primero que supo, después de pensar y pensar, fué que oía el ruido de un coche policial en la calle y que veía sacar a Merkowsky hacia la cárcel.

La policía lo había estado observando, porque estaba implicado en el asalto a un Banco

(Continúa en la pág. 64)

REFLEXIONES COLOR DEL TIEMPO

Bárbara y el señor que ha estado en Europa

Todas lo conocemos y todas lo hemos padecido alguna vez. Ha llegado a constituir una especie de tipo y son tan semejantes que siendo tantos, a fuer de igualitos, de estar todos vaciados en el mismo molde, se creería que era sólo uno "el señor que ha estado en Europa".

Para empezar, son tontos, pero tontos incómodos, de esos que hablan a gritos, que manotean, que opinan y que se imponen a golpes de audacia. Como los chilenos tenemos mucha paciencia, o, mejor dicho, somos muy poltrones, para no molestarnos en rebatirlo, lo dejamos tranquilamente largar su ringla de disparates, dando cabezadas o haciendo tenquitas, con una semisonrisa distraída y el pensamiento en otra cosa. "El señor que ha estado en Europa" dice entre tanto los más tremendos absurdos. Su tema favorito, su tema único, es hacer comparaciones a propósito de todo, entre nuestra tierra y lo que vió en tal o cual parte de Europa. Es el hombre de los paralelos. Para él no existe relatividad. Su principio invariable es que todo lo chileno es malo y todo lo extranjero maravilloso, estupendo, regio. De su mollera obtusa, de su léxico limitado, hace el milagro de sacar adjetivos admirativos para lo ajeno y denigrantes para lo propio.

"Chile es el último rincón del mundo, no se lo puede comparar con el más mísero de los países de Europa. ¿El Casino de Viña..? Cuando no se ha salido de aquí se lo puede encontrar bonito. Cualquiera de los casinos de la Cote d'Azur es superior. ¿La mujer chilena? ¿Quién ha dicho que es interesante? La giri más infeliz es mejor que ella. ¿Las bellezas del paisaje sureño...? Tonterías, entusiasmos de criollos que no han visto Noruega ni Islandia. ¿Elegantes las chicas del Crillon y del Savoy? Andan una estación atrasada en cuestión de modas. ¿Inteligente Fulano? Pero si nunca ha vivido en París... ¿Se embellece la ciudad? Si usted viera los edificios de Nueva York. ¿La industria y su desarrollo prodigioso en los tres últimos años? Las telas inglesas serán siempre las telas inglesas y nunca una china moñona podrá tener la gracia que una midinette para coser. ¿Los Conciertos Sinfónicos? Vaya, cuando se han oído los de Filadelfia... Eso es orquesta...".

Y por ahí sigue "el señor que ha estado en Europa", deshaciendo con tres frases imbéciles todo lo que entre nosotros pueda tener un valor, sin reconocer un mérito, un esfuerzo, una iniciativa. Son los seres negativos que deberían declararse enemigos número 1 de toda sociedad. Aunque se los catalogue de cretinos y la mayoría no haga caso de ellos, tomándolos como motivo de risa, hay otra pequeña parte que los escucha y que se deja sugestionar por sus panzudas afirmaciones.

Odio este tipo de hombre o de mujer, que también entre nosotras existe, con leves modificaciones, pero en el fondo idéntico. Los odio. A veces me trenzo en largas discusiones con ellos, pero no hay forma de convencerlos. Tienen la hinchazón de pavo y contra el mundo entero estarían en contra, convencidos de su inteligencia, de su saber, de su verdad absoluta. Todos admitimos que podemos equivocarnos. ¿Ellos?: jamás. Infalibles, su opinión prevalece en todo y como la mujer del andaluz irían río abajo lanzados a la corriente por un interlocutor exasperado, pero irían dando, no voces de auxilio, sino aseverando que ellos estaban en lo cierto.

A veces solo han estado en Europa un mes, unos días, en esos rápidos viajes de turismo en que los llevan en manadas trotadoras viendo calles. Conocen las ciudades por sus fachadas. Y nada más. Pero ellos ya se creen en el conocimiento total de un país, de una raza, de su historia, de sus costumbres. Asientan principios y conclusiones con un tupé único. Y nada sería que así opinaran, sino que buscando siempre la dichosa paralela, cada tontería que se les cae de la boca es seguida o anticipada de una denigración para lo propio.

Tienen todas las características del "nuevo rico". Es el despachero que hizo fortuna y que una vez en posesión de la casa en la calle Ejército tan lejana a la de Maruri, como para alejar de él toda sospecha de extradición humilde, no hace otra cosa que rebajar lo que fué, su barrio, su oficio, sus amistades. Cuando ahí debería residir su orgullo. Ser de ese medio y llegar por su esfuerzo a esto otro. Lo mismo "el señor que ha estado en Europa". Cree que Chile, "el país al flanco de América, colgado como una espada", es subalterno porque es pequeño, porque es americano, porque es nuevo. Y para que lo crean de otra procedencia se echa a apocarlo, a humillarlo.

No lo entiendo yo así, señor ridículo. Chiquito y maravilloso, con el esfuerzo que tiende a nivelarlo en cultura con otros países mucho más notables, puesto que somos tan pocos en el trabajo y nuestra tradición empieza aquí mismo, al lado de nosotros, en esa colonia de la cual recién nos libramos, chiquito y maravilloso ese Chile nuestro del que podemos estar orgullosos, sanamente altivos, serenamente soberbios.

Pero todo esto no se le puede decir a usted, "señor que ha estado en Europa", porque nos miraría olímpicamente desde las cumbres en que planea y sin siquiera una frase de respuesta, seguiría diciendo, con su mismo tono campanudo: —"¿No ven ustedes? Aquí nadie entiende estas cosas. Hay que salir de Chile para darse cuenta de ellas. El nativo es muy cerril".

Y créanme ustedes que es entonces, en esos momentos, frente a este "señor que ha estado en Europa", cuando yo quisiera ser un hombre para con mi puño bien entrenado, mandarlo al limbo de los tontos infinitos de que nos habla la escritura, de mandarlo ahí, aunque sólo fuera por unos breves instantes.

¡Palabra!

BARBARA.

NO ME PROMETAS NADA

Por
RICHARD HOFFMAN

EL pequeño salón era un buen refugio contra la noche helada. Derek se sacó el sombrero nerviosamente y lo tiró a un rincón. La pieza estaba impregnada con la presencia de Sylvia, con su perfume, y se le presentaba muy difícil la tarea que tenía por delante.

—Ya voy — oyó la voz de la muchacha desde el dormitorio. Se le cortó la respiración y su mirada se fijó en la puerta. Luego, entró ella, tranquila, hermosa, su pelo dorado formando una aureola alrededor de su cara. No parecía que el llamado telefónico de Derek la había hecho levantarse. Había que conocerla muy bien para poder adivinar la llamita de preocupación, en la calma de sus lindos ojos azules.

—¿Qué es lo que pasa, querido? — dijo, acercándose.

Rodeándola la cintura con su brazo, Derek la besó en la boca. Ella seguía mirándolo, tratando de adivinar la razón de su visita nocturna.

—Alma mía — le dijo él —, he pasado un terrible mal rato.

La preocupación se acentuó en su mirada; apartándolo un poco, preguntó:

—¿Donde White's? ¿La ruleta?

—Baccarat — contestó Derek. Volvió a besarla. Ella le acarició la mejilla, y luego se alejó hasta la mesita, para sacar un cigarrillo. Mientras que estaba agachada encima de la caja, Derek dijo:

—¿Has sacado algo — de aquel fondo — en el Banco?

Pensaba que ella se enderezaría repentinamente; que se ofuscaría; pero, con la misma calma de antes, ella sacó su cigarillo, lo prendió, y, al echar la primera bocanada de humo, dijo:

—No he tocado nada de ahí—. Y lo quedó mirando, esperando.

—Sylvia — dijo él —, ¿quieres hacerme un cheque por quinientos dólares?

—Derek, querido mío, ¿quieres decir que no te importaría arriesgar esta plata? ¿Que no te importaría tener que aplazar nuestro matrimonio en abril? ¿Después de haberlo arreglado todo y haberlo estudiado todo?

—Amor mío, sé que te parecerá una locura, pero estoy seguro de mí mismo esta noche. Sé que si tuviera con qué seguir jugando otro rato más, digamos quince o veinte minutos, ¡empezaría a ganar! Mis presentimientos no me engañan nunca. Cuando empiece mi ráfaga de suerte, y haga quebrar la banca, nos podremos casar, sin esperar el mes de abril, y te prometo que no me volveré a acercar a ninguna casa de juego.

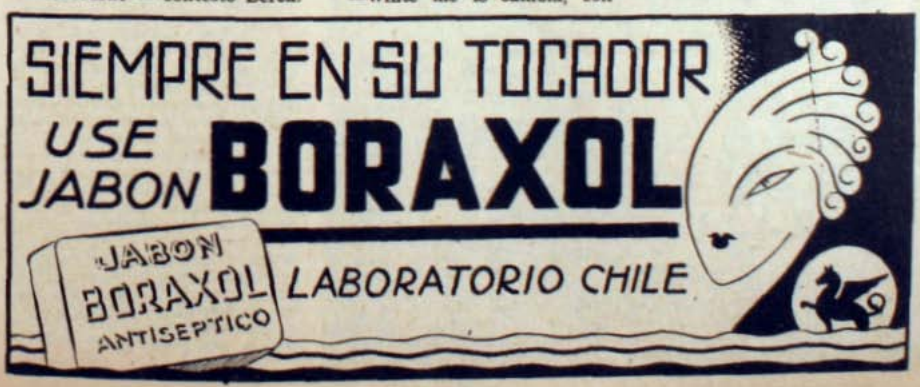
Ella lo miró sin disimular la angustia en sus ojos, y dijo:

—¡No podrías cambiar el cheque a estas horas!

—White me lo cambia, con toda seguridad. Además, lo recuperaría dentro de un par de horas. Estoy tan seguro de mí mismo, como lo estoy de tu maravillosa belleza, y de que serás mía para toda la eternidad.

—Derek, querido, tú no puedes tener tanta seguridad de poder ganar. Yo sé que tú sueles ver las cosas con mucha claridad en el futuro. Pero, amor mío, esta facilidad y clarividencia no tiene nada que ver con los naipes. Lo que te pasa a ti ahora, es una sobreexcitación que tienes en tu sangre, debido al juego de esta noche. No es posible de que este estado tuyo

(Continúa en la pág. 66)



Novela adaptada de la última obra de HENRY BORDEAUX, "La Remplacante" y que publicaremos en tres números.

LA REDENTORA

FUE necesario este relato, bastante extraño en realidad, de Esteban Charlieu, abogado de Chambery, compañero mío de expediciones en los Alpes y en la caza de cabras salvajes — expediciones y cazas muy reducidas con el transcurso de los años, — para decidir al abate Grandpierre, a salir de su reserva habitual, y contarnos, a su vez, el drama secreto y penetrante del cual él había sido no sólo testigo, sino que uno de los actores. El abate Grandpierre es ahora director de los estudios teológicos del gran Seminario de Grenoble, pero, antes de entrar en el profesorado, al cual le daban derecho su inteligencia excepcional y su gran erudición, había deseado formar parte del clero secular, del mismo modo que un oficial prefiere el mando de tropas antes de entrar en las oficinas del Estado Mayor. De este modo, había sido durante mucho tiempo vicario y después cura de una cabecera de departamento.

Yo busco voluntariamente en provincias la conversación de los médicos, de los abogados, de los sacerdotes; en una palabra, de aquellos que saben, debido a hechos observados, ilustrar la vida en vez de tener inútiles discusiones sobre política o acerca del tiempo. Han sido auxiliadísimos testigos o excelentes confidentes, y si tienen algún juicio, es porque han adquirido cierta experiencia, que le da autoridad a sus observaciones.

Todos los años, Esteban Charlieu y yo, nos encontrábamos en el otoño, antes de mi regreso a París, en el restaurante del Monte Carmelo, sobre Chambery, cercano a "Les Charmettes de Jean Jacques", que en esa época del año es abandonado por los turistas, y si se sabe evitar las comidas bulliciosas de los cazadores o jugadores de palitroque, ofrece un retiro agradable y apacible, donde se puede conversar tranquilamente admirando el panorama, áspero y agradable a la vez, que forma la muralla del monte Granier, el valle y el perfil realzado del Nevolet, coronado por su cruz y saboreando un menu ingeniosamente elaborado por el maitre d'hotel, que mezcla astutamente el pescado del lago Bourget y la liebre de Saboya. Habíamos invitado ese día, no sin trabajo, al abate Grandpierre, a quien le habíamos prometido la soledad. Aunque pertenecía a otra generación, lo habíamos conocido en su juventud, a causa de relaciones de familia, y aun nos había sorprendido su vocación, pues era un estudiante alegre que se lanzaba atrevidamente a la vida. Pero, en su nueva vida había abandonado ese atrevimiento y esa alegría, atrayendo en esa forma a las almas, especialmente a las almas jóvenes.

Sin embargo, fuera de su admirable profesión, se muestra casi tímido y tímorato y es necesario estar en confianza para que acepte relatar una u otra de esas observaciones profundas, que descubren no sólo un psicólogo novel, sino al profundo consolador de todas las vicisitudes de la vida.

—En aquella ocasión, comenzó diciendo el abate Grandpierre, yo era vicario en Vizille, del que Uds. no conocen sino el castillo. Los viajeros que pasan, no buscan sino las curiosidades o los recuerdos históricos. Ellos ignoran todo lo relativo a la idiosincrasia de una región. Ustedes han notado los rasgos de Lesguidieres, y ustedes no dudan que Vizille es un gran centro obrero, cuyas industrias, electricidad y tejidos, alimentados por el río Romanche, mantienen una población bastante altiva, y si se quiere, huraña, muy aficionada a las cosas materiales, positivista y poco aficionada a la palabra religiosa. Yo salía del Seminario con un celo ingenuo y novicio y no me dejaba intimidar por las burlas, por lo demás, bastante indulgentes y bien intencionadas, de mi cura, el abate Merant, quien se había vuelto escéptico con el tiempo y que sólo se contentaba con la buena administración de su parroquia, sin atormentar jamás a sus indiferentes feligre-

ses. Estos frecuentaban poco la iglesia, o mejor dicho, no la frecuentaban jamás, pero se casaban en ella y se hacían enterrar en ella, y más aún, no negaban el dinero del culto.

Fíjese bien, mi joven amigo— me advirtió mi jefe, — a los habitantes del Delfinado, no les gusta ser ni molestados, ni reprendidos. Con vuestro ardor y vuestro celo religioso, Ud. se arriesga de irritarlos o disgustarlos, mientras que yo no arriesgo nada.

Pero, yo deseaba correr el riesgo del apostolado. Debo confesarles que no tuve mucho éxito y que, posiblemente, mi cura tenía razón. Mejor dicho, no. La experiencia me ha enseñado que es preciso no dejar enfriar se jamás el fervor. Un alma que sea atraída hacia la verdadera fe, vale bien un año de disgustos y fracasos.

Mi primer cuidado, mi primera obra, fué la de fundar un patronato para niñas. Las fábricas de tejidos emplean un considerable número de mujeres. En efecto, éstas son necesarias para la mayor parte de los talleres y telares. Principian por devanar madejas y por embobinarlas. Las más expertas pasan luego a la urdiembre y después a la hilandería. Pero, tal vez ustedes no conocen la continuación de las operaciones del tejido mecánico de las sederías de la región del Rhone.

Los carretes de seda cruda llegan cuidadosamente embalados, rodeados de una estera, si vienen de China o Japón, de sacos de tela si no vienen mas que de Francia o Italia, y la primera operación consiste en desembalarlos, en retirar los corchos y clasificarlos por color, calidad, espesor, etc. Son necesarios obreros muy diestros, debido a la importancia de esta clasificación. No se admiren de mis conocimientos. Yo había comenzado por hacerme explicar detalladamente, en el transcurso de varias visitas a una u otra de las fábrica de hilados, cuyo director accedía gustoso a instruirme, toda la serie de manipulaciones que dan por resultado final esos tisús admirados en los magazines grenoblenses o lyonenses. Debía evitar esos errores que hubiesen ofendido a mis parroquianos si yo confundiese una debutante con una obrera de elección, que están encargadas del hilado de la seda y de las sabias combinaciones de los telares.

Numerosas de estas obreras eran jóvenes procedentes de las aldeas de la montaña, muy pobres y que durante el invierno, cuando toda la tierra se adormece, envía a sus niños a ganar algunas monedas a las grandes ciudades. Entregadas a sí mismas, podían fácilmente llegar a ser la causa de todas las codicias. ¿En qué ocuparían ellas sus largas veladas? ¿Vivirían en ese mal local que alquilaban en común? Este Vizille, que ustedes apenas han atravesado en automóvil, para no detenerse sino en el castillo, os ha parecido, sin duda, tranquilo y apacible. Si ustedes vuelven en la tarde, lo encontrarán extraordinariamente animado. A la salida de las fábricas, las calles se llenan de una muchedumbre compuesta de hombres y mujeres. Sus cafés y sus teatros, se repletan. Bruscamente, Vizille se puebla, se ilumina y se pone peligroso.

Había yo logrado arrendar para mi patronato una casita frente al curato, con un pequeño jardín. Actualmente está ocupada por un asilo para sordo-mudos, dirigido por religiosas. La había amoblado con salas de juegos, escritorio y biblioteca. Gracias a algunas relaciones que tenía en Grenoble por mi familia, gracias a mi familia misma, que siempre se ha mostrado generosa y me ha ayudado en mis obras de caridad, pude adquirir libros, discos fonográficos, una linterna mágica y, en fin, todo aquello que puede distraer honradamente a la juventud. Mis lo-

Detenga la marcha del tiempo..

IMPIDA USTED EL ENVEJECIMIENTO DE SU CUTIS Y, AUN MAS, DEVUELVALE LA JUVENTUD QUE LOS AÑOS LE HAN RAPTADO.

MANTENGASE JOVEN USANDO REGULARMENTE

CERA DE BELLEZA La Milo PARA EL CUIDADO DEL CUTIS

Cera de Belleza La Milo M. R.

ES SUPERIOR

NO CONTIENE MERCURIO

cales, bien calefaccionados y con mucha luz; eran confortables. Comenzaron por mirarlos con desconfianza. Después alguien se decidió y entró. Pronto llegaron numerosas compañeras, seducidas por la calefacción, la luz y la música. En vez de pasar las tardes en el triste local que habitaban de a dos y aun de a tres o cuatro, descubrieron la forma de reunirse y entretenerse honestamente. Muy pronto mi casita se vió tan concurrida y bulliciosa como una colmena de abejas.

Sin embargo, mi cura, burlesco, seguía con ironía los progresos de mi fundación:

—Si no se tratara de jovencitas, me dijo un día, Ud. no se tomaría tanto trabajo.

No se imaginan ustedes el daño que me hizo esta observación, a pesar de haber sido dicha sin ninguna mala intención, sino por el gusto de hacer alguna burla. San Francisco de Sales, que fué un admirable director de almas, dice Mme. de Chantal en su declaración en el proceso de beatificación, "que jamás miraba cara a cara a una persona para saber discernir lo que había de bueno o de malo en él, y cuando no estaban en su presencia no habría podido decir cómo eran sus rostros". La mayor parte de los sacerdotes podrían dar a ustedes una respuesta semejante si los interrogaran, y nadie desconfiaría. Ellos no tienen el mérito que ustedes creen. Una especie de costumbre los protege. No es en vano que cada mañana ofrecen el divino sacrificio. Comienzan su jornada por la vida interior y siguen el ejemplo de la inmolación. Desde entonces los seres humanos pasan delante de ellos con las formas más o menos felices que recubren a las almas. El interés se deja a un lado. No sufren, o sufren muy poco las incomodidades que ofrecen a la mayor parte de los hombres la visión de los defectos físicos y de las desgracias naturales.

Me encontraba, pues, en ese estado de ánimo, cuando la palabra, torpe más que desgraciada, que me dijo el cura, me hizo salir. Estuve a punto de renunciar a mi obra, e hice un viaje a Grenoble para explicarle mis escrúpulos a mi confesor. Este me tranquilizó, aunque en forma un poco ruda. Me reprochó el hecho de complicar la vida en exceso, y de falta de simplicidad y humildad. Dios podía servirse de la belleza misma para el bien de las almas.

Esto era lo que me había atormentado injustamente. Una de las primeras clientes de mi patronato había sido una niña, Albina Fournel, cuyo rostro era verdaderamente angelical. Era uno de esos rostros que los pintores encuentran muy rara vez. Lo he encontrado en otras ocasiones, viajando por Italia, en las vírgenes de Fra Angélico, en el convento de San Marcos, o en la Virgen de la Coronación, que está en Siena y que es aun más deslumbrante que sus vestiduras blancas. La luz la traspasaba de parte a parte. Sus rubios cabellos le formaban una aureola y el cielo estaba en sus ojos. Francamente, antes no me había fijado bien en ella. Como ya les he explicado, no concedía ninguna importancia a los dones exteriores, pero poco a poco, había hecho impresión en mi ánimo.

—¿Qué siente usted cuando la observa? — me había preguntado mi confesor.

Respondí:

—Ninguna sensación. Al contrario, un sentimiento de respeto y de fervor, un deseo de trabajar más y mas para mayor gloria de Dios, una especie de edificación íntima, como si estuviera en contacto con algo superior al hombre, con la santidad.

—Entonces, váyase tranquilo. ¿Quién podrá imaginarse a la Madre de Dios, careciendo de belleza?

Es increíble la tranquilidad que me dió esta reflexión: "¿Quién podrá imaginarse a la Madre de Dios, careciendo de belleza?"

Desde entonces, si bien es cierto que nunca miro a Albina con preferencia sobre las demás jóvenes, mis ojos jamás tratan de evitarla. Además, ella ejercía a su alrededor cierta irradiación que favorecía mis influencias, desde que se había convertido en mi aliada. En más de una ocasión sorprendí a varias obreras que, al conversar acerca de asuntos que no debían ser del todo inofensivos, y que yo no podía oir por ser dichos en voz baja, se interrumpían bruscamente con la aparición de la joven, murmurando:

—¡Cuidado, ahí viene Albina!

Era costumbre mía no hacer ninguna averiguación acerca de las personas que venían a mi patronato. Todas eran recibidas alegremente por mi parte. Paulatinamente, por ellas mismas, conocía detalles de su vida. Me hacían conocer el sitio de su nacimiento, su familia y sus recursos. Me contaban sus penas materiales o morales. Aunque la profesión de ustedes les permita tomar contacto con la generalidad de las personas, ya sea por su calidad de médicos o de abogados, nunca sabrán hasta qué grado pueden alcanzar estas miserias. Nosotros conocemos angustias que ustedes no se imaginan y que de conocerlas, los llenaría de espanto, pues ellas exigen lo más difícil, el esfuerzo continuo, a veces sin fin. Si algún día la humanidad renegara de Dios, el mundo temblaría sobre sus bases.

Por esto, no había interrogado a Albina Fournel. Sabía solamente que trabajaba en la hilandería Perriére, la que empleaba más de cuatrocientas obreras. Albina manejaba los husos maravillosamente bien. Las compañeras que se habían iniciado con ella, se mostraban celosas de este progreso hecho en forma tan rápida. Un pequeño complot se había formado para enredarle el hilo en las bobinas, lo que tuvo por resultado que fuera rebajada, cosa que ella aceptó sin murmurar. Ella pudo haber denunciado este complot, y habría fracasado. Sin embargo, una de las conspiradoras, la había sorprendido llorando en un rincón, durante un descanso en el trabajo. La conspiradora tuvo vergüenza y se denunció a sí misma. Su franqueza le evitó un castigo, y Albina fué reincorporada a su trabajo. Desde ese día fué reconocida su superioridad, y por todas partes encontró compañeras que la miraban casi con deferencia.

Muy pronto supe por las demás, no por ella, que vivía en una casita en las afueras del pueblo, con su padre.

Si han ido alguna vez a Vizille, por el vamino de Uriage, han atravesado un túnel que bruscamente les hace encontrarse en la ciudad. Este túnel está practicado en un enorme peñasco, que protege el castillo por el lado del camino, de Premol y Champrouse. La casita de los Fournel, con tejas rojas, baja y estrecha, pero alegre y acogedora, se encontraba casi apoyada en este peñasco. Las ventanas dan a este paisaje compestre, limitado por montañas boscosas, donde se ocultan las ruinas de la Chartreuse de Premol.

En una ocasión que fuí a pedirle que preparase el pesebre para la fiesta de Navidad, visité su casa. A su padre no lo vi más que de espaldas, como si voluntariamente hubiese querido alejarse de mí, como si no quisiera verme. Había adivinado este rechazo al ver la tristeza que reflejaba el rostro de Albina, pero no hice la menor alusión a ello.

Esta inocente visita, divulgada por un transeúnte, me valió una nueva reprimenda de mi cura. Debía yo velar por mi reputación y no arriesgarme a com-

(Continúa en la pág. 70)

FORTALECE Y ELIMINA LAS GRASAS

Una buena fricción de Colonia FLOR DE ESPINO da bienestar y fortifica el cuerpo, desgrasa, evita resfriados y perfuma delicadamente. Apreciadísima por su concentración y aroma exquisito.

Colonia

FLOR de ESPINO

HISTORIAS DE LA RATA VIEJA

—¿Saben ustedes — comenzó diciendo la rata vieja — que las liebres duermen con los ojos abiertos? (No sabemos si esto es cierto; sólo sabemos que así lo contaba la rata vieja).

—Sí: con los ojos abiertos — continuó. — Se quedan sentadas, muy quietas y parece que miran fijamente a lo lejos; pero mientras está pareciendo que miran, salta sobre ellas un perro y...

No dijo más por el momento. La rata vieja acostumbrada a suspender el relato en el instante en que sobrevenía la tragedia para no ensombrecer más de lo necesario la existencia de las tiernas ratitas. Pero éstas comprendieron. Pasada la impresión que causaban todos los relatos con perros y gatos, algunas dijeron, más o menos, lo que sigue:

—Ha de ser un cuento muy antiguo, porque ahora eso no es posible. Nosotras estamos con los ojos abiertos, queremos dormirnos y no podemos.

—¿No pueden? — preguntó la rata vieja, haciéndose la sorprendida.

—¡No! ¡Mire, abuela! A nosotras nunca nos atrapará un perro. ¡Estamos despiertas!

Y todas las ratitas abrieron mucho los ojos.

Entonces la rata vieja dió vuelta la cabeza, como si fuera a toser, y de pronto gritó: ¡Guau!

¡Qué terror el de las ratitas cuando oyeron allí mismo, entre ellas, ese grito de perro furioso!

Pero la tranquila actitud de la abuela las calmó pronto.

—Esta es la prueba — dijoles la abuela — de que estar muy despiertas, con los ojos muy abiertos, es sólo la mitad de lo necesario para que a una no la atrape un perro.

PARA QUE LA NIÑITA APRENDA A RECITARLO

A LA MAESTRA

Cuando por vez primera en este templo entraba,
tembló mi corazón y el rubor me quemaba;
mas, ¡qué pronto se fueron temblores y sonrojos
al mirar la ternura que atesoran tus ojos!

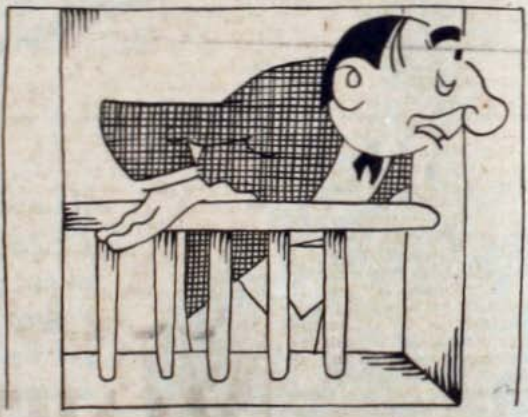
Abres ante mi senda del saber el arcano;
mientras con la caricia que me deja tu mano,
el palote primero es la pica triunfante
con la cual me dispongo a seguir adelante.

Brillas ante mi alma, majestuosa y serena;
creo leer un cuento en donde el hada buena
con su mágica vara, que en ti es el puntero,
señálale a mi vida el mejor derrotero.

Sí, entré temeroso. Mi niñez no sabía
que pudieras ser suave como la madre mía;
por eso, ante el repique final de la campana,
mirándote en los ojos, te dije: ¡hasta mañana!

¡Dios quiera que al ser hombres, al aprender, marciales,
a forjar sobre el yunque, o a plasmar ideales,
que sea como tú, ¡oh, maestra querida!,
esa otra maestra que se llama la vida!

JOSE CONSTENLA



Concurso de don Basilio

Ya los niños se han familiarizado con este don Basilio lleno de aventuras. La primera está en el conocimiento de ustedes: llegó a la casa lleno de paquetes, estaba rodeado de sillas, y en vez de sentarse en la más cercana, para descansar de tantas fatigas, pues ¡chas!, resbaló en una cáscara de plátanos y fué justamente a sentarse en el suelo.

Ahora lo ven ustedes muy cariacontecido, porque al ir a darle de comer a su canarito, se le quedó un momento la puerta de la jaula abierta y el canarito aprovechó la ocasión para irse volando por los cielos, volando hasta que, llegada la noche, y muy asustado, se vió en un pueblo desconocido. Quiso saber cuál era y se acercó a un letrero en que estaba el nombre; pero entre el miedo y la obscuridad, sólo vió unas letras que eran: **Q... LP...**

Ayuden ustedes al canarito de don Basilio a adivinar las otras letras. Podemos decirles **muy en secreto que son todas vocales.**

Una vez que los niños hayan adivinado: **¿Dónde está el canarito de don Basilio?**, le mandan la solución a **Mamy Rosa, casilla 84-D.**

Cuando el nene no se encuentra bien

Cuando el nene se enferma, todo el cuidado y todo el pensamiento tienen que concentrarse en la salvación de la pequeña vida. El cuidado de la guagua requiere ternura, paciencia y bastante destreza, y nadie sabe cuando le va a tocar hacer la enfermera para salvar a su hijo.

Fíjese en la guagua, atormentada y calenturienta en su cunita; o bien helada y adormecida, y decídase pronto qué tiene que hacer para aliviarle su mal. Aun teniendo colocada la cara, puede tener los pies fríos; acuérdese que el nene no tiene otro idioma en que dar a conocer su mal que el "universal". Ud. tiene que ingeniarse para comprenderlo, con la intuición que le da su amor de madre.

Cúidese de que el pequeño tenga un nido blando para descansar sus músculos y coyunturas adoloridas. Encima de su colchón, póngale una capa de algo blando y fresco así como materiales bien menudos y suaves y muy molidos, dentro de una funda. Sacúdala bien y arréglela con la mano, emparejándola para que esté verdaderamente cómoda para recibir al pequeño.

Estire bien la ropa que tiene debajo, y arréglele bien los pañales; tenga especial cuidado de que el nene no esté acostado encima de alguna levantadura o arruga en las ropas, lo que aumentaría el mal que él siente en su cuerpo.

Las botellas de agua caliente tendrán que renovarse cada tanto rato; fíjese bien de que estén colocadas en forma de calentar el colchón y el aire al lado del pequeño cuerpo, sin tocarlo, pues pueden, topándolo, quemar la piel delicada.

Si lo que necesita el nene son cosas frescas, es admirable el bien que le hace un cambio de almohada, una cucharada de agua, o una pasada de esponja en su cara y manos. Haciéndole a tiempo una de estas cosas,

puede valerle un sueño que le aliviará su malestar.

Si la aflicción del pequeño le viene del pecho, y se pasa tosiendo, puede ayudarle mucho levantándolo un poco. Por otro lado, un cuerpo cansado descansa mejor al poder adoptar la postura que tenía antes de nacer — la cabeza al nivel de la espina dorsal, y el cuerpo medio recogido— El nene enfermo tiende a esconderse bajo las ropas de la cama; la madre tiene que precaverse de esto y fijarse que siempre haya bastante abertura en la ropa arriba, para dejar pasar el aire.

Una goma es indispensable para proteger la cama, pero acuérdese que la goma acalora, así que no emplee mucha cantidad, y cúbrala bien. Para que la goma n ose arrugue, hágale un dobladillo de género, y estirándola bien, métala debajo del colchón.

Muchas madres no se atreven a bañar a sus hijos enfermos. Generalmente, es una gran ayuda para el nene, bañarlo, naturalmente que tomando en consideración la gravedad de su estado. Desde luego el mayor cuidado tiene que tomarse con el desabrigo. El baño tiene que colocarse cerca del fuego, con un biombo al lado. La cuna tiene que estar ahí mismo. El nene

(Continúa en la pág. 66)

COLONIA VANITAS

El Agua de Colonia Vanitas devuelve al cabello encanecido su color natural, no mancha la piel ni perjudica la salud.

El Agua de Colonia Vanitas robustece y hace reaccionar las glándulas que nutren el cabello y producen los pigmentos que le dan su color natural.

El Agua de Colonia Vanitas destruye la caspa y los gérmenes que producen la caída del pelo.

Su aplicación consiste en friccionar la cabellera una o dos veces al día hasta obtener el resultado requerido.

El tratamiento dura más o menos quince días.

Fabricado por el

LABORATORIO CAMBRIDGE

Casilla 2208.—Santiago de Chile.

¿Caerá la luna

Terribles predicciones de sabios que anuncian el fin de nuestro planeta en 35.000.000 de años más. Una confirmación de las leyendas sobre la Lemuria, la Polinesia y la Atlántida.

Por
DONALD FURTHMAN
WICKETS

HACE poco tiempo, un enorme meteoro cruzó en pleno día el cielo de California, deslumbrando con la intensidad de la luz que despedía a su paso y envolviéndolo todo en un calor sofocante. Un aviador que conducía pasajeros y correspondencia tuvo la sangre fría necesaria para desviar la máquina, salvándose de una horrible muerte.

Ese gran proyectil que atravesó las regiones celestes a una velocidad incalculable, no es algo extraño. La tierra es bombardeada constantemente por tales visitantes del espacio. Por lo menos veinte millones de ellos entran a nuestra atmósfera diariamente y, si bien la mayoría no tiene un tamaño mayor de un garbanzo, su dimensión es suficiente para hacerse visible en las noches. Lo que vemos no es el meteoro mismo, sino la terrible destrucción que va sufriendo en su camino, pues están formados en su mayor parte por vapores que se van disgregando debido a la velocidad. Muy pocos caen en nuestro planeta. Hay uno sepultado en el Cañón del Diablo, en Arizona. Otro quemó cientos de millas cuadradas en Siberia el año 1908. Todos ellos son los precursores que nos predicen el desastre cósmico que algún día destruirá la tierra.

El día del juicio universal llegará para la especie humana el día que la luna se deje caer sobre su madre tierra, abatiendo sus montañas. La tierra misma está sentenciada a hacer igual cosa con el astro que le dió la vida: el sol. Las fuerzas que causarán estas dos catástrofes han sido calculadas con precisión matemática por el gran físico-matemático francés Henri Poincaré, y por Sir George H. Darwin, hijo del hombre que nos legara la famosa teoría de la evolución.

Cuando leemos informaciones sobre los terremotos que, cada cierto tiempo, ocurren en el Japón, abatiendo miles de hogares, o de grandes avalanchas que destruyen la vida de cientos de miles de chinos, nunca nos imaginamos que algún día podamos sufrir nosotros calamidades como esas. Nos olvidamos completamente de los terribles terremotos que han destruído ciudades completas en nuestro continente. Todas estas catástrofes no significan nada ante la fantástica amenaza que se cierne sobre la humanidad con la creciente proximidad de la luna.

Mucho antes que nuestro satélite regrese a la tierra, su aproximación causará avalanchas de fuego y agua que hundirán, sin dejar vestigio de ellas, a las ciudades costeras más grandes, dejando vaga memoria de lo que fueran Nueva York, Valparaíso o cualquier otro gran puerto. Las ciudades interiores desaparecerán. Si la catástrofe lunar, matemáticamente predicha por Darwin, sigue su curso después de destruir la tierra, no quedarán ni ruinas, mucho menos existencia humana.

La catástrofe no será repentina. Bajo la influencia del acercamiento de la luna, las mareas serán tan altas, que amenazarán las fundaciones de la isla de Manhattan. Entonces las ciudades grandes tratarán de vencer al mar levantando torres enormes que lleguen al cielo; se construirán represas con costo de billones. Pero, gradualmente, esas grandes murallas serán arrasadas por las aguas, cubriendo éstas todas las ciudades. Los hombres inventarán nuevos métodos de construcción; pero, al final, serán impotentes para derrotar al mar.

¿Cómo sabemos esto? Porque antes sucedió lo mismo. Las pirámides de Egipto, y las estructuras similares que han sido encontradas en Sud América, fueron originalmente construídas como refugio para las avalanchas gigantescas. Hace solamente mil años atrás que fueron convertidas en tumbas para muertos ilustres o sarcófagos de la sabiduría milenaria. La torre de Babel fué construída para escapar de las avalanchas. Posiblemente no tenía mayor altura que el edificio Chrysler de Nueva York; pero era, por lo menos, un refugio momentáneo para unos cuantos privilegiados. Durante esas grandes inundaciones, los hombres escapaban a los sitios más altos, llevando consigo sus valores más preciados. Y es posible que aún existan informes sobre esas grandes catástrofes en los monasterios del Tibet, accesibles sólo para los adeptos.

Algunos sabios germanos nos hablan de tres continentes desaparecidos: la Lemuria, la Polinesia y la Atlántida. Otros creen que el lecho que ocupa actualmente el Océano Pacífico es la enorme herida dejada por la luna al desprenderse de la tierra.

Se nos dice que la Atlántida estaba situada entre Africa, Europa y América, y tenía una civilización altamente desarrollada, muy parecida a la nuestra. Las civilizaciones maya y azteca cuentan con monumentos y reliquias que revelan el asombroso conocimiento que poesían los habitantes de la Atlántida, y que, excepto algunos remanentes, pereció con ellos. El Océano Atlántico y los Montañas del Atlas aún llevan su nombre. También se reconoce su recuerdo en el nombre de algunos jefes aztecas. Y esa Atlántida, que había llegado a dominar el globo terrestre, fué destruída en pocas horas por los mares polares que barrieron el ecuador.

Tal vez la enorme ola que hundió la Atlántida sea el famoso diluvio del cual escapó Noé, según la historia bíblica. Las tradiciones de todas las razas y todas las naciones, hablan de un acontecimiento similar cuando las aguas del océano cubrieron la tierra y destruyeron toda la obra del hombre. Antes se creía que estas historias eran simples leyendas; pero ahora sabemos que son recuerdos de sucesos prehistóricos. Esos grandes diluvios fueron causados por la cercanía de la luna a la tierra, algunos millones de años después de la catástrofe original que fué responsable de la

¿... la Tierra?
...re

separación de los dos cuerpos. Condiciones similares volverán a presentarse, cuando, de acuerdo con las inexorables leyes matemáticas, la luna se aproxime una vez más a la tierra.

Durante algún tiempo, calculado en miles de años, las zonas temperadas se volverán más calientes y las zonas árticas más frías. Luego sucederá lo contrario y la tierra entrará a otra edad de hielo. Nadie puede predecir qué parte de nuestra civilización estará apta en ese entonces para resistir los cambios de temperatura.

En la historia de la tierra, diez mil años significan un día. Por eso el hombre, cuya memoria apenas recuerda algunos miles de años, encuentra dificultades para comprender la inestabilidad de su planeta.

La tierra va atrasándose como un reloj, debido a la resistencia de la luna, y pierde 1|240,000 de segundo por día en su vuelta alrededor del sol. En 36 siglos llegará este atraso a una hora, o sea, en tres mil seiscientos años más, el día será una hora más largo. Cuando Jesús fué crucificado, unos dos mil años atrás, el día era una media hora más corto que el actual.

Es difícil expresar estas cosas en términos inteligibles, pues no hay medidas típicas que puedan explicarlas. Todo lo que sabemos es que, con excepción de la velocidad de la luz, todas las cosas son relativas. Todo cambia, aunque el cambio no sea perceptible para nosotros. Nadie, como dijo Heraclio, puede bañarse dos veces en el mismo río.

La luna no se mueve en círculo alrededor de la tierra, sino en espiral, algo así como la espiral de un disco fonográfico. En la actualidad se está moviendo desde el centro hacia afuera, y todas las estrellas viajan de un modo similar.

Hace tres, posiblemente cinco billones de años, que la luna se desprendió del globo terrestre. Este es un tiempo muy largo de acuerdo con las medidas huma-

(Continúa en la pág 67)

La Serpiente Amarilla

Novela por

EDGAR WALLACE

(Continuación)

—¿Papá también lo sabe? — preguntó Mabel, tratando de contener su irreflexiva indignación.

Juana movió la cabeza.

—Me parece que no.

Las dos hermanas se miraron.

—Claro que esto altera la situación — comentó Mabel enfáticamente—. En primer lugar, nadie quería casarse con un espantapájaros y en segundo lugar, era ridículo esperar que ninguna de las dos consintiéramos en atarnos para toda la vida, casándonos con un criado pobre al servicio de tu tío, como si dijéramos.

—¡Absurdo! — afirmó Letty.

—Se ve, bien claro, que la idea del señor Bray era que Lynne se casara con una de nosotras dos —dijo Mabel—. Supongo que ni siquiera sabía que existías tú, Juana.

—Seguro que no — contestó ésta.

Mabel, sonriente, se sentó en la silla más cómoda de la habitación.

—Entonces, debemos ser sensatas en este asunto — aconsejó con su más amable tono—. Si lo que nos dices es verdad, ¡y claro está que, ni por un momento, voy a dejar de creerlo o pensar que es una invención tuya!, los deseos del querido tío Joe, deben ser...

—Deben ser cumplidos—apuntó Letty, al ver que Mabel se detenía como buscando una palabra.

—Sí. Eso es. Cumplidos. Para ti resulta un poco violento, pues no conoces a ese hombre. Estoy segura de que la idea del casamiento te ha estado preocupando bastante. Como yo le decía, antes, a Letty, si hay que hacer un sacrificio, a nosotras nos corresponde hacerlo. No queremos utilizarte como testaferro..., como cebo... (por decirlo así) y, al mismo tiempo, temo que no nos hayamos portado del todo bien contigo. A papá le decía yo, esta mañana, que tenía mis dudas con respecto a ese casamiento y que debíamos pensar muy bien el asunto antes de consentir que te lances a una vida que puede ser sencillamente horrible, con un hombre que no conoces...

—Y que tú quizás no conozcas tanto como yo... — hubo de decir Juana.

—Pero nosotras tenemos más experiencia de los hombres — dijo Mabel, grave y reprochadora—. No vayas a pensar, ni por un instante, que sus riquezas nos hacen variar de criterio. Papá es lo bastante rico para proporcionarme una gran vida, me case o no me case con Clifford Lynne.

—Una gran vida, se case una de nosotras, o no se case con Clifford Lynne — corrigió Letty, con aspereza—. Además...

Dieron un golpe en la puerta. Letty, que estaba más próxima, abrió. Era el criado.

—Ahí está un caballero que quiere ver a la señorita Juana... —empezó a decir.

Letty cogió una tarjeta de su mano.

—Clifford Lynne — dijo casi sin respirar.

Juana se echó a reir.

—Esta es una magnífica oportunidad para decidir el caso, Mabel — dijo, no sin malicia—. Después de todo, a él es quien se le debe consultar.

Letty se puso blanca primero y encarnada después.

—¡No lo intentes siquiera! — exclamó con voz entrecortada—. ¡Nunca te perdonaré si repites una sola palabra de lo hablado!... ¡Nunca, Juana!

Pero Juana estaba ya a la mitad de la escalera.

Sin prestar atención a la serie de advertencias que le llovían por la escalera, llegó sola al salón. Sentía una irresistible tentación de reir y a su imaginación acudió un ejemplo pareci-

do... sólo que si ella era la Cenicienta, ni Letty ni Mabel podían ser descritas como las hermanas feas.

Encontró a Clifford, de pie, mirando a través de la ventana. Al oír abrirse la puerta se volvió rápidamente. Sin preámbulo alguno y en su forma brusca, preguntó:

—¿Podré verle esta noche?

—Sí, porque... — dijo Juana, recordando — estaré sola. Las chicas se marchan a la ciudad.

—Se marchan, ¿eh? — repitió él, frunciendo el ceño. — Eso no importa. Quiero verle en mi casa. Si vengo a recogerla, ¿vendrá usted conmigo?

Los miramientos sociales nunca fueron gran obstáculo para Juana. Tan segura estaba de sí misma, tan confiada en la rectitud de su conducta, que no le importaban las opiniones ajenas; pero la proposición de Lynne no estaba de acuerdo con su propia idea del comportamiento.

—¿Es preciso? — preguntó.— Si quiere usted que vaya, iré, porque sé que no me invitaría a ello, de no tener un motivo especial.

—Tengo un motivo muy especial — insistió él—. Quiero que vea usted a cierta persona. Por lo menos..., creo que tengo un motivo.

Se pasó la mano, nerviosamente, por el cabello.

—Es un amigo mío..., aunque, después de todo, no tan gran amigo como yo creo...

Juana estaba atónita ante su agitación y se puso a pensar en la causa que podría tener.

—Vendré por usted alrededor de las diez — añadió Lynne—. Mire, Juana, he estado pensando las cosas, otra vez, y estoy muy preocupado...

Juana adivinó, instintivamente, que era ella misma la causa de su preocupación.

—¿Ha cambiado usted de idea? — preguntó.

Clifford Lynne movió, negativamente, la cabeza.

—¿Sobre lo de casarme con usted? No. Nunca me he permitido pensar cómo ha de terminar esta loca aventura. Si yo no hubiese sido envenenado con un estúpido sentido del deber... Pero, al fin y al cabo, esto nada afecta al caso. Esta noche tendremos que considerar el asunto, desde un punto de vista completamente distinto. He llegado tan lejos..., ¡y he sufrido tanto!

—¿Ha sufrido mucho?

El asintió, enérgicamente.

—Por una sabia previsión de la naturaleza — dijo tristemente, — usted se ve libre de la miseria de dejarse crecer la barba y tenerla rubia. No resultaba tan penoso cuando me encontraba a miles de millas de cualquier ciudad, en mi pequeña casa de Siangtan y aun durante el viaje. Pero lo fué al ponerme en contacto con la civilización. ¿Puede usted imaginar lo que es eso de darse cuenta, cuando uno se está vistiendo para ir a cenar, que al ponerse el cuello se ha aprisionado un mechón de pelo de la barba?... Sin embargo, ya aquello pasó..., y... — aquí hizo una pausa, lleno de turbación — ... y no lo siento.

—¿Qué es lo que no siente? ¿Haberse dejado la barba? — preguntó Juana, ingenuamente.

El la miró con fijeza.

—Ya sabe usted que no me refiero a la barba. Estoy hablando de usted. Quisiera tener tiempo para estudiarla. Probablemente, tendrá usted muy mal genio...

—Un genio perverso — admitió ella, mintiendo.

—Y también será, probablemente, vanidosa y tendrá una cabeza muy vacía — continuó Lynne con mucha calma—. Todas las muchachas bonitas son vanidosas y tienen la cabeza llena de pájaros. Esa es una de las lecciones que aprendí, sentado sobre las rodillas de una tía mía, soltera, que me crió. Pero..., a pesar de todos estos inconvenientes, me gusta usted. ¿No es esto extraño?

—Lo extraño sería lo contrario — contestó Juana, adoptando su actitud; y Clifford se echó a reír—. ¿Ha cometido ya su asesinato?

El la miró sobresaltado.

—¿Asesinato?... ¡Ah, ya!... ¿Quiere usted decir Fing-Su? No. Me parece que esta noche estaré demasiado ocupado: pero, ciertamente, tengo que matar a Fing-Su.

Lo dijo en tono especial, como sin darle importancia, pero la joven tembló porque le causó la impresión de un hombre que lo desea fervientemente.

—Sí. He de matarle, pero esta noche no podrá ser — dijo moviendo la cabeza—. Han de suceder muchas cosas antes de llegar a eso. ¿Cuándo podemos casarnos?

Hizo la pregunta con mucha seriedad y tan directa, que Juana se puso colorada.

—¿Es necesario la contestación? — interrogó, a su vez, desesperadamente.

Ahora, frente a frente, con la consecuencia lógica del compromiso adquirido, pasó por un momento de pánico. Había un algo tan definido en la pregunta de Lynne, que le produjo cierta sensación de felicidad, pero al mismo tiempo, tenía un sabor tan comercial, tan desprovisto de ternura, de esa ternura que debe rodear a una proposición semejante, que le hirió en lo más profundo de su alma. Clifford había hecho retroceder el asunto a su primitivo carácter

comercial, extinguiendo bruscamente aquel chispazo de romanticismo, la débil llama que se había encendido en los últimos días...

—Supongo que lo arreglará usted a su conveniencia — dijo Juana, con frialdad—. Comprenda usted, señor Lynne, que yo no le quiero ni más ni menos de lo que usted me quiere a mí.

—¡Ni que decir tiene...! — respondió él, bruscamente—. Pero, ahora, voy a confesárselo algo. Yo jamás he estado enamorado, pero he tenido mis sueños y mi ideal, como todos los hombres y todas las mujeres los tienen. Usted, Juana, es el ser más semejante a mi ideal, que yo pudiera soñar en encontrar algún día... Cuando le digo que me gusta, es porque lo siento de verdad. Todavía no estoy en el estado delirante o de éxtasis para ponerme a besar el suelo que usted pisa...; pero es clase de delirio puede llegar más adelante.

Mientras pronunciaba estas palabras, brillaba en sus labios aquella agradable y amistosa sonrisa, que hacía imposible todo resentimiento de grandes proporciones en el corazón de Juana. Verdad es que le desesperaba; pero la joven admiraba, sin embargo, su honradez y no sentía el impulso agresivo de decirle que su alma estaba tan libre como la de él.

—Hoy es lunes — añadió Clifford— Sacando una licencia especial, nos casaremos el viernes. Todos los viernes son días desgraciados..., y éste lo será para alguien...

—Pero, ¿de verdad, quiere usted que sea el viernes? — interrogó la joven, sintiéndose desfallecer.

—Es algo precipitado. Lo sé; pero los acontecimientos se van precipitando más aprisa de lo que yo esperaba — dijo él.

Recogió el sombrero que había dejado sobre la mesa.

—Si le parece bien, vendré a las diez por usted—. Juana asintió. —¿Y no tiene miedo? — volvió a preguntar, de pronto. Pero pareció arrepentirse y añadió: —¡Bah!... No hay motivos para sentir miedo..., por ahora.

—Dígame, Clifford: ¿Cuándo debo empezar a temerle? — le dijo ella, mientras le acompañaba hasta la puerta.

—Ni ahora ni nunca — respondió lentamente... — Estaba pensando en otra persona...

—¿En Ping-Su?

Lynne la miró, rápido.

—¿Eh?... ¿Acaso puede usted leer el pensamiento? — y con la mano apretó suavemente un brazo de Juana. Lo hizo con un gesto tan fraternal, de una forma tan amistosa y sincera, que la muchacha, sin adivinar el motivo, sintió que los ojos casi se le llenaron de lágrimas.

Letty y Mabel, que parecieron surgir de la nada, tan pronto como la puerta se cerró tras Clifford, la siguieron hasta el saloncito.

—Oye... No le habrás dicho nada, ¿verdad? — preguntó Mabel, rápidamente—. No creo que hayas sido tan mala para habérselo dicho... No. No habrás hecho una cosa tan ruin.

Juana la miró sorprendida.

—¿De qué estábamos hablando?...

Su sorpresa era real, pues ya había olvidado, en absoluto, la conversación que habían sostenido en su buhardilla.

—Letty creyó que ibas a contarle todo lo que hemos discutido..., pero yo le dije: "Mira, Letty. No es posible que Juana haga una cosa tan despreciable..."

—¡Ah!... ¿Sobre lo que se hablaba de casarse una de vosotras con él? — preguntó la joven, comprendiendo repentinamente. —¡Oh, no!... Se me había olvidado... ¡Estábamos tan preocupados fijando la fecha de la boda!... El señor Lynne y yo nos casaremos el próximo viernes.

—¡Santo Dios! — gritó Mabel.

Su irreverente exclamación era disculpable, porque en un momento de heroico sacrificio había decidido consentir en ser la señora del señor Clifford Lynne.

CAPITULO XVII

A las seis de la tarde se fueron a la ciudad las dos hermanas. Cuando Juana, desde su ventana, vió desaparecer el coche a lo lejos de la carretera de Egham, respiró satisfecha de verdad.

Cenó sola y se puso a esperar, impaciente, la llegada de Clifford Lynne.

Estaba un poco desconcertada por su actitud. Todavía podía considerarse aquel matrimonio como una operación comercial, pues, a excepción de haberle insinuado una caricia, Clifford no le había demostrado esa ternura ni esa consideración sentimental por sus encantos, que son de esperar hasta en los hombres de mayor dominio sobre sí mismos. A pesar de todo, estaba segura de que Lynne no era un hombre insensible, pero había una barrera entre ellos que debía ser demolida..., existía una laguna sobre la que sólo el afecto podría tender un puente. Por un instante, la perspectiva de este matrimonio a sangre fría, le horrorizó.

Estaba en pie, ante la puerta, entreabierta, de la calle, cuando oyó sus rápidos pasos sobre

(Continúa en la pág. 71)

Ultimas creaciones

Un modelo de abrigo color ladrillo, excepcionalmente elegante y adornado de un cuello muy subido, en piel de cástor.

Abrigo muy elegante, adornado con piel de zorro azul.

Abrigos de mañana

1.— Abrigo en lana beige, con un cuello cayendo en grandes pliegues sobre el busto. Abotonado en la espalda y adornado en la cintura y en los puños, con pequeños pespuntes cuadriculares.

2.— Lindo abrigo color ceniza, con cuello y bufanda estilo colegial.

Mangas raglán muy amplias hacia el codo y angostas en los puños. Una hebilla brillante en un tono de plomo más obscuro.

3.— Abrigo muy sencillo y original, imitando un bolero en lana azul marina, cuello subido y botones en el cuello y en la cintura. Mangas de un corte muy inédito y sentador.

4.— Abrigo en lana clara, adornado de un cuello y un cinturón muy trabajado y grandes botones de fantasía.

Modelos juveniles

1.— Traje sastre en crepe de lana, en fantasía, muy apropiado para jovencita. Se lleva con una blusa obscura.

2.— Traje sastre en "fresco" color rojo. También muy apropiado para jovencita. La pollera, abotonada al frente.

3.— En un género de seda gruesa, estampada con una chaquetita estilo smoking, muy sentadora.

4.—Traje tres-cuartos en género delgado y claro, con adornos de cinta ciré.

5.— Abrigo muy práctico y muy joven, en gabardina "beige".

1.—Conjuntos "sport" en lana color "beige", jaspeada. Blusa también de lana y de color ladrillo.

2.— Conjunto muy sencillo y bonito, de lana gris, combinado con escocés, de tono gris verdoso. Va con una bufanda escocesa.

3.— Elegante vestido de lana color naranja, abotonada en la espalda. Abrigo de lana de color café obscuro, adornado con grandes botones de madera.

Ensembles

2.— Elegante abrigo tres-cuartos, en lana de color café, con cuello de piel de leopardo. La falda de lana, en un color "beige" fantasía. El chaleco también de color café, con pequeños bolsillos. Se lleva sobre una blusa de género de lana amarillo.

3.— Bonito abrigo, también tres-cuartos. Falda de lana "beige", con un jersey de color fantasía. Lleva grandes botones de madera.

1.— Traje muy práctico para la mañana, compuesto de un abrigo de lana gruesa, de color azul marino obscuro y jaspeado, de un azul más claro, y de un vestido de jersey, de un azul medio tono, con cinturón de charol, también de azul marino. Los puños y el cuello son de linón blanco, bordado en azul obscuro. Mangas raglán.

Trajes de mañana

VIDA Y

Amado Nervo, fotografía tomada cinco días antes de la muerte del poeta.

(Continuación)

En Los Andes, Temuco y Punta Arenas, a la par que una provechosa obra educacional, Gabriela Mistral realizó una vasta labor poética, en revistas dentro y fuera del país. Sin sobresaltos fué escalando la cumbre. Y día a día, desde cualquier extremo del continente, llegaban hasta ella voces amigas, requiriendo su colaboración.

En Temuco escribió sus maravillosos poemas en prosa que cantan el santo estado de la maternidad. La poetisa afirma que paseándose un día por una calle miserable del pueblo, apercibió a una mujer perteneciente a la última capa social, s e n t a d a mansamente a la puerta de su rancho y con un rostro revelador de un sufrimiento profundo. Aquella mujer estaba próxima a ser madre.

Pasó un hombre delante de ella, y le dijo una frase brutal que hizo enrojecer a la infeliz mujer.

Gabriela afirma que en ese momento sintió ella toda la solidaridad del sexo, la infinita piedad de la mujer para la mujer y que se alejó pensando en la necesidad de hablar de la santidad de ese estado que ella conceptúa doloroso y divino. Con intención casi religiosa, escribió, pues, la Mistral sus poemas de las madres, pero no todas las demás mujeres vieron en ellos, la pureza de la inspiración. Eran de esas que para ser castas necesitan cerrar los ojos sobre la realidad cruel, pero fatal. Gabriela afirma que no faltaron algunas que le insinuaron eliminara esas composiciones de un libro. Pero ella considera que dentro de su prosa son ellas tal vez las únicas que cantan la vida total, por eso lejos de no publicarlas las dejó en su libro, dedicadas a todas aquellas mujeres capaces de ver que la santidad de la vida comienza en la maternidad, la cual es, por lo tanto, sagrada. Y para que sintieran también, como ella afirma, la honda ternura con que una mujer que apacienta por la tierra los hijos ajenos mira a las madres de todos los niños del mundo.

Hernán Díaz Arrieta, cuyo seudónimo Alone, divulgado a través de artículos de crítica literaria, lo consagra como uno de los escritores más sutiles y más artistas del continente, en su estudio, concienzudo y profundo, del libro de la poetisa, dice que las almas tímidas y los corazones fríos, pondrán gesto de extrañeza ante el arrebato de los versos de la poetisa, que dirán también que rompe la armonía del estilo y la llamarán al orden, a la mesura, a la dignidad conveniente, y que querrán cubrir con un velo suave las desnudeces ciclópeas de esos mármoles de Rodin o Miguel Angel, que han encontrado el don de la palabra; pero el que alguna vez haya sentido en el corazón la tempestad, el que haya amado, sufrido y soñado, el que haya entrevisto siquiera la impotencia de la voz humana para decir ese nudo que echan a la garganta el amor, el dolor y la muerte, experimentará con las estrofas de Gabriela Mistral la sensación de alivio del que estaba ahogándose y sale al aire respirable, del que iba solo y encuentra una compañía en el desierto, del que antes de morir ha divisado un rayo de la eternidad.

Esta es, sin duda, la más justa, la más bella y la más precisa de las críticas que pueden hacerse a la cosecha lírica de Gabriela.

Hernán Díaz Arrieta (Alone) célebre crítico literario chileno.

CONFESIONES de GABRIELA MISTRAL

Interrogada por un periodista acerca de si había o no alcanzado la paz, Gabriela Mistral, dió esta respuesta:

—Despedazándome he luchado por la paz y la he adquirido después de largos padecimientos y ha llegado un poco tarde. Vivo días serenos y apacibles; ya nada temo ni nada espero. ¿Penurias? Las he conocido tan desesperantes. ¿Desengaños de la gente? Ya han rebosado mi vaso de amargura.

Se refería al decir estas palabras la Mistral, a esa guerra sin cuartel, a esa campaña sorda y ciega de cierto grupo de maestras tituladas en el Instituto Pedagógico que miraron con envidia los ascensos administrativos de la carrera educacional de Gabriela. Aquello que una mujer que no tenía título universitario, dirigiera un liceo, era algo que no cabía en aquellos cerebros obtusos. La gloria, no ya chilena, sino americana, que ceñía con sus laureles a la artista nada era para ellas. Bien podía ser la Mistral, como ya era, la primera pluma femenina de América, pero el hecho de no haber rendido unos exámenes baladíes, debían excluírla de los altos cargos de la enseñanza. En 1932, en pleno Gobierno del señor Montero, se ofreció a la Mistral la Dirección General de la Enseñanza Primaria, puesto que ella habría honrado y enaltecido como nadie. No aceptó. Bien sabía ella que toda labor resultaría imposible, atendiendo las suspicacias y las envidias que levanta el genio.

Pero si había maestras que la repudiaban francamente, la fama de sus méritos como educacionista y la voz divinizada de sus poemas inmortales, salvando nuestras fronteras, llegó hasta Méjico, en 1922 y el Ministro de Educación de esa República, José Vasconcellos, que mantenía desde antiguo, larga e interesante correspondencia con la poetisa, la invitó a conocer su país y a dar rumbos y orientación a la educación mejicana. Alto y merecido honor. Homenaje rendido desde afuera, a nuestro primer valor intelectual.

La Mistral era una vieja amiga de Méjico. Con Amado Nervo se escribió a través de muchas y bellas cartas. En su libro recuerda al poeta máximo, en una elegía incomparable, superada sólo en nuestra lírica, y eso apenas, por el responso a Verlaine, de Rubén Darío.

Así describe la Mistral a Nervo:

Amado Nervo, suave perfil, labio sonriente;
Amado Nervo, estrofa y corazón en paz:
mientras te escribo, tienes losa sobre la frente,
baja en la nieve tu mortaja inmensamente
y la tremenda albura cayó sobre tu faz.

Me escribías: "¡Soy triste como los solitarios,
pero he vestido de sosiego mi temblor,
mi atroz angustia de la mortaja y el osario
y el ansia, vía de Jesucristo, mi Señor!"

Pensar que no hay colmena que entregue tu dulzura;
que entre las lenguas de odio era lengua de paz;
que se va el canto mecedor de la amargura,
que habrá tribulación y no responderás.

De donde tú cantabas se me levantó el día.
Cien noches con tu verso yo me he dormido en paz.
Aun era heroica y fuerte, porque aun te tenía;
sobre la confusión tu resplandor caía.
Y ahora tú callas, y tienes polvo, y no eres más.

No te vi nunca. No te veré. Mi Dios lo ha hecho.
¿Quién te juntó las manos?, ¿quién dió, rota la voz,
la oración de los muertos al borde de tu lecho?
¿Quién te alcanzó en los ojos el estupor de Dios?

Aun me quedan jornadas bajo los soles. ¿Cuándo
verte, dónde encontrarte y darte mi aflicción,
sobre la Cruz del Sur que me mira temblando,
o más allá, donde los vientos van callando,
y donde, por impuro, no alcanzará mi corazón?

Acuérdate de mí — lodo y ceniza triste—,
cuando estés en tu reino de extasiado zafir.
A la sombra de Dios, grita lo que supiste:
que somos huérfanos, que vamos solos, que tú nos viste,
¡que toda carne con angustia pide morir!

Otro mejicano ilustre, González Martínez, diplomático acreditado en nuestro país, fué grande y decidido amigo de la Mistral. Al crearse el liceo Teresa Prats de Sarratea, González Martínez se apresuró a pedir para ella su dirección.

Gabriela confiesa que a través de su correspondencia con Vasconcellos, alentador constante de su vida artística, ella se encariñó más aun con las tierras de Méjico. Colaboradora asidua de su "Revista Pedagógica", aunque por opuestos senderos, llegaron a esa identificación espiritual que sólo logran los espíritus superiores.

Partió, pues, Gabriela a Méjico, en junio de 1922, a bordo del "Orcoma". Ya en la nave, añorando la patria que esfumaron las aguas, en unos versos sentidos y profundos, tradujo su estado de ánimo:

Al hombre que sufre en la proa,
el viento del mar
le anticipa los besos que espera
y arde de ansiedad.

Pero el viento del norte,
¡qué beso pondría en faz,
si los rostros que amo
quedaron atrás!

El viajero de proa me dice:
¿Qué vas a buscar,
si en la tierra no esperas la dicha?
No sé contestar.

Me llamaba en mis costas inmensas
la lengua del mar,
y en mitad de la mar voy llorando,
caída la faz.

(Continuación en la pág. 70)

Los que surgen:

Fred McMurray

Por JAMES MARION

Es joven, alto, buen mozo y de aspecto simpático. Su nombre es Fred McMurray y recién termina de trabajar con Claudette Colbert en la película "El lirio dorado". Esta ha sido su primera película, y como el trabajo le gustó, Fred decidió seguir en la pantalla.

Fred nació en Kankakee, Estado de Illinois. Se educó en distintos colegios hasta la edad de 18 años, y luego se fué a Chicago, donde encontró trabajo en una orquesta. Durante un año viajó por Estados Unidos, formando parte de distintas bandas musicales, obteniendo al fin un empleo fijo en la orquesta del teatro de Warner Bros., en Hollywood.

Seguramente que todos los jefes de esta empresa lo han visto más de una vez tocando el saxófono en el teatro. Sin embargo, a ninguno de ellos se le ocurrió que tenían ahí un astro de la pantalla.

En ese mismo tiempo, Fred ganaba imprimiendo discos, pues tiene una linda voz de barítono, y luego consiguió una vez trabajo como extra en uno de los estudios.

A los dos años, y después de haber trabajado en varias comedias en distintos pueblos, le dieron un papel en una pieza que tuvo un gran éxito en Nueva York. Ahí lo vieron unos directores de la Paramount, y le hicieron firmar un contrato. Fred se vino a Hollywood en seguida, pero pasó más de seis meses sin hacer ninguna película, hasta que llegó la oportunidad más grande de toda su carrera la de trabajar con Claudette Colbert, en "El lirio dorado".

Es fácil imaginarse cómo se debe sentir un muchacho al conseguir su primer papel estelar, frente a una actriz del renombre de Claudette Colbert. El hecho es que los directores y jefes de la Paramount no estaban muy contentos con él en los primeros días, y se lo hicieron saber por medio de un amigo. Con esto, en vez de progresar, Fred empezó a trabajar peor que nunca, hasta que, después de pasar un día bastante apremiante, Miss Colbert se lo llevó aparte y le conversó largo rato. McMurray no ha querido contar nunca lo que le dijo Miss Colbert ese día, pero parece que era algo que le ayudó bastante, pues desde entonces no hubo más molestias en el trabajo, y al terminarse la película, los jefes quedaron tan contentos que prolongaron su contrato a siete años. Fred está encantado con Hollywood, y se ha venido a vivir aquí con su madre, su abuelita, una tía y un tío. Me parece que tiene bastante gente para cuidarlo, ¿no?

Después de terminar "El lirio dorado", Mc Murray trabajó en "Carro 99". Por el momento está desocupado, pero no creo que sea por mucho tiempo. Me parece haber oído que Paramount le tiene un papel en una película que están estudiando ahora. Me alegro de ello, pues hacen falta jóvenes como McMurray en la pantalla.

Fred admite que es un salto bastante grande, de tocar un saxófono en una orquesta, a trabajar frente a una estrella de fama internacional en la pantalla. Pero, no se hace ilusiones sobre sus capacidades, y se da cuenta que todavía le falta mucho que aprender. Es de esperar que siga surgiendo y teniendo el mismo éxito que ha tenido hasta la fecha.

Los que surgen:

Anne SHIRLEY

Por JAMES MARION

Catorce años de trabajo cinematográfico, y el estrellato a los diecisiete años; este es el resumen de la carrera de Anne Shirley, la pequeña actriz que conocimos antes por el nombre de Dawn o'Day.

Anne Shirley es bonita, simpática y buena; es el tipo de muchacha que nos gustaría como hermana; no tiene pretensiones, y se comporta como debe hacerlo una muchacha de su edad. Al preguntarle yo sobre su vida, ahora que es estrella de la pantalla, se rió al contestarme:

—Mi vida sigue igual que siempre. No veo qué diferencia puede haber en ella. Tengo los mismos amigos, hago las mismas cosas, y ni siquiera tengo auto, aunque tengo esperanza de poderme comprar uno luego.

Anne, o más bien dicho Dawn o'Day, empezó a trabajar en películas a la edad de tres años, y ha seguido trabajando continuamente desde entonces. Nunca ha tenido que preocuparse de su aspecto, pues siempre ha desempeñado papeles que correspondían a su edad. A pesar de saber los nombres de todas las películas, en que ella ha trabajado, hay muchas de las que ella no se acuerda. En la película "Los cuatro diablos", ella hizo el papel de Janet Gaynor de niña chica. Ha hecho lo mismo para Frances Dee, Fay Wray, Bárbara Stanwick, Ann Dvorak, Jean Arthur y Madge Bellamy.

—El otro día — dice Anne —, le conté a Joel McCrea que había hecho el papel de su mujer de niña chica; estoy segura de que no me creyó, pues ahora yo estoy casi del mismo porte que Frances Dee. He crecido tan de repente que ni me he dado cuenta cómo pasé de los papeles de niña chica a los de jovencita que desempeño ahora.

Es cierto que a pesar de tener el título de estrella, aun gano muy poca plata, pero no puedo pretender más, pues al firmar mi presente contrato, hacía tiempo que no tenía trabajo, y me sentí feliz al conseguirlo.

—Es increíble — sigue Anne — de que al cumplir yo los veinte años, habré trabajado diecisiete en la pantalla, pero no me voy a retirar todavía, pues quiero ganar bastante plata primero, para luego no tener que preocuparme de nada.

Anne no ha dejado nunca de asistir al colegio, a pesar de su trabajo. Ahora está terminando sus estudios con un profesor particular que le tiene la firma RKO, y estudia con él durante todo el tiempo que le deja libre su trabajo.

Esta pequeña estrella es, en sí misma, una contradicción. Tan luego le conversa a uno con la seriedad de una mujer de 25 años, y tan luego hace la impresión que recién viene saliendo a vacaciones del colegio. A pesar de haber pasado casi toda su vida en los estudios, el carácter de la pequeña Anne no se ha echado a perder; por el contrario, ha adquirido confianza en sí misma y amor para el trabajo, lo que tienen pocos a su edad.

A mi última pregunta, sobre el matrimonio, me contestó muy seriamente

—No pienso aun en el matrimonio. Creo que cuando me case va a *ser el fin de mi carrera* cinematográfica, pues no creo que podré combinar mi trabajo actual con el de esposa.

De la Pantalla

Eole Galli, famosa cantante, ha sido recientemente contratada por Universal. Aquí la vemos probando su voz ante el micrófono, en presencia del director Jack Foley y el cameraman George Robinson.

En esta fotografía podemos ver todo el encanto y picardía de que es poseedora Margaret Lindsay, estrella de Warner First National.

IMPRESIONES DE HOLLYWOOD

—Mae West, recibiendo con asombro un mechón de pelo que un admirador le manda para su colección.

—Bing Crosby levantándose a las seis de la mañana para tomar parte en un programa de radio especial para Inglaterra.

—W. C. Fields regresando de unas vacaciones en el desierto y maldiciendo de un resfriado pillado a última hora.

—Grace Bradley uniéndose a Carole Lombard y a Gail Patrick para obtener licencias de piloto aviador.

—Jack Oakie diciéndole a un amigo que aunque las morenas se pongan de moda, él se queda con las rubias, porque visten más...

—Loretta Young contándole a Cecil DeMille que desde que empezó a actuar en "Las Cruzadas" ha ganado seis libras de peso...

—Mary Boland escribiendo desde Nueva York que está en cama con un ataque de "grippe".

—Frances Drake exhibiendo un hermoso zafiro, rodeado de diamantes y montado en platino, regalo de su padre.

—Sylvia Sidney recibiendo telegramas apasionados de cierta persona en Nueva York, y acudiendo sola a los estrenos y otras fiestas...

¿Quién se atrevería a ser la novia de este monstruo? Existe dicha valiente y es Valerie Hobson, que podemos ver a la derecha, arriba, y que es la artista que trabaja junto a Boris Karloff en la escalofriante cinta "La novia de Frankenstein".

Edward Arnold muestra a Jack Holt los diamantes y rubíes que en número fantástico luce en la nueva producción Universal "Diamond Jim" y en la que desempeña el papel principal, el primero de los nombrados.

George Raft.
(Foto Paramount)

FAVORITOS

Dolores del Río.
(Foto Warner-First National)

TEMPORAL de VIENTO

Por
LUCIAN CARY

JANE Torrance, al caminar por la Avenida Madison, no se daba cuenta de la lluvia y del frío, pues para ella todo tenía el color de rosa. Estaba feliz con su ocupación en la Agencia de Avisos de William Blodgett, y más feliz aun con su noviazgo con Pete Blodgett. Se iban a casar tan luego pasara la temporada actual, en la que había mucho que hacer.

Al pasar a su escritorio, miró por la puerta abierta a la oficina de Pete. Aun no había llegado. Jane se sentó, pensando que no lo había visto desde las 5 y media de la tarde anterior, y que lo estaba echando mucho de menos.

Luego, el muchacho de la imprenta le trajo las pruebas de la campaña avisadora del jabón, y Jane, relegando a Pete de su pensamiento, se puso a trabajar. Estaba tan ensimismada en su labor, que no se dió cuenta de la entrada del padre de Pete, quien le dijo:

—¿Dónde está Pete?

Jane contestó que no sabía.

Mr. Blodgett se sentó sobre el escritorio de ella. El padre y el hijo eran un completo contraste, tanto en su físico como en sus costumbres. Mr. Blodgett era chico, gordo y feo, y no vivía más que para su trabajo. Pete era alto, delgado y buen mozo, y se preocupaba poco de su trabajo. Además tenía una pasión que lo dominaba enteramente, y que era la navegación.

—Son las once ya — dijo Mr. Blodgett.

—Pete llega atrasado muy rara vez — contestó la muchacha.

—Mucho menos desde que la conoce a Ud. Antes no había forma de hacerlo llegar a tiempo a ninguna parte.

—Es muy joven aún — dijo Jane.

—Es mayor que Ud., querida mía — contestó Mr. Blodgett.

—Yo creo que Pete ha progresado enormemente — siguió defendiéndolo Jane. —Acuérdese que cuando tuvo que hacer un dibujo para el aviso de la semana automovilística, como no le saliera a su gusto, trabajó durante veinticuatro horas sin dormir.

—No me olvidaré de ello tan luego — dijo Mr. Blodgett —, fué entonces que me di cuenta de lo que valía el muchacho.

Con estas palabras se fué a su oficina, al parecer más contento.

Pete llegó tarde, casi a las doce. Sus ojos brillaban.

—Nos casaremos mañana, dijo, al saludar a Jane.

—¿De veras? — sonrió la muchacha.

—No te burles. Tenemos que casarnos, pues nos vamos en el yacht de los Norman Price, a la India. Ya lo tengo todo arreglado. ¿Qué te parece la noticia?

—Pete — dijo Jane, — ¿hablas en serio?

—¿Se te ocurre que hablaría en broma sobre eso? — dijo el muchacho.

—¿No comprendes que no se puede hacer eso?

Pete suspiró y la miró con paciencia.

—No te das cuenta de lo que te estoy diciendo, Jane. Ellos nos convidan, y no nos hacen ningún favor con ello, pues me necesitan para gobernar el yacht. ¿Acaso te parece mala la idea?

—Me costaría encontrar algo más maravilloso, Pete, pero es completamente imposible. Parece que tú no te acuerdas que estoy ocupadísima con la campaña del jabón, y tú con la de los automóviles. No podemos arrancarnos y dejar la firma Blodgett. Tu padre no nos perdonaría nunca.

—Gritará un poco, y luego se le quitará — contestó el muchacho. Estaba entre la puerta y Jane, por consiguiente, ninguno de los dos vieron entrar a Mr. Blodgett.

—¿Qué están diciendo? — preguntó este último extrañado.

Pete se volvió y le sonrió amablemente:

—Jane y yo nos casamos mañana y nos vamos a pasar la luna de miel en el yacht de los Norman Price a la India.

Mr. Blodgett abrió tamaños ojos. Jane vió que estaba enojadísimo.

—¿Estás haciéndote el gracioso, muchacho? — preguntó ásperamente.

—Pero no, papá; es una oportunidad como pocas para hacer un lindo viaje por mar, y creo que la vamos a aprovechar bien con Jane.

—¿Eso significa que vas a dejar botado tu trabajo, para darte el gusto de pasear en yacht? ¡Tú no eres homore, Pete! No sabes cumplir con tus obligaciones y quieres que Jane sea como tú. ¡Tu falta de fuerza de voluntad es increíble! Sale de aquí y no me vengas más con estas cosas.

Jane no había visto nunca a Pete enojado. Se puso colorado y crispó las manos. Pero poco a poco se calmó y dijo:

—Muy bien, me iré y no volveré más. Jane, ven conmigo.

—No puedo, Pete. Tú sabes que me iría contigo al momento, pero tengo que concluir mi trabajo.

—Muy bien — dijo Pete. — Entonces me voy solo y no te quejes luego.

Se dió vuelta y se marchó. Jane miró a Mr. Blodgett y se echó a llorar amargamente.

El le acarició la cabeza y dijo:

—Oiga, Jane: cuando ese muchacho la llame por teléfono, sea cariñosa con él, y dígale que no me haga caso, que no soy más que un viejo cascarrabias.

—Nnnooo mmeee vvvaaa a llamaaar nnuunca — sollozó Jane.

—¡Qué ocurrencia! — dijo Mr. Blodgett—, ahora está enojado, pero luego se le quitará. Ud. ve que a mí ya se me quitó el enojo.

(Continuación de la pág. 68)

Blusas y faldas

Blusa de crepe, de lana en tono claro, con vueltas obscuras.
Bonita blusa de seda lavable, trabajada con alforzas y patas abotonadas en los hombros.
Bonita blusa escocesa, con cuello camisa.
Blusa-chaleco en crepe de Chine rayado, empleado en distintos sentidos.
De crepe de lana obscuro, esta blusa con faldón; vueltas anchas, con orillas de tono claro.
Blusa-chaqueta en crepe de Chine, cerrada por una hilera de botones de fantasía; falda sencilla, con una tabla delantera.
Falda de lana con pliegue intercalado y pespuntado arriba.
Muy práctica esta falda de lana moteada y cerrada por tres gruesos botones.
En lana rayada, esta falda con una pieza abotonada.

Tafetan... u organdi...

1.— Un bello traje de tafetán con escote en punta y espalda completamente desnuda que se transforma merced a una graciosa capa cerrada por dos argollas de strass. Un moño de flores decora el escote.

2.— El mismo traje visto sin la capa. La falda tiene un enorme ruedo dado por paños en forma.

3.— Encantador este modelo en organdí. El cuerpo está trabajado con pequeñas alforzas que forman una especie de volante sobre los hombros. La falda, muy amplia, tiene también un grupo de alforzas en el delantero.

4.— En tafetán a cuadros, este traje tiene una berta que forma el escote cuadrado, cortada al sesgo, lo mismo que toda la parte de atrás de la falda muy ancha. Cintura de tafetán liso.

5.— Muy original este traje en tafetán. La cintura es de terciopelo y en la falda vemos paneles realizados en nido de abeja. Cuello y puños en bordado inglés sobre velo de seda.

6.— Sobre un traje de tafetán se llevará esta pequeña capa de tul, cerrada atrás y cuyo canesú está completamente hecho con recogidos muy finos.

He aquí la

1.— Conjunto compuesto de una falda en diagonal y un abrigo tres-cuartos en lana lisa; botones de corozo y cuello de astracán de línea muy nueva.

2.— Para el deporte será muy práctico este abrigo en tweed, de forma raglán. Bolsillos de parche pespuntados, igualmente que todas las costuras; cuello de nutria.

3.— Con una falda café se llevará este abrigo tres-cuartos, con puntos café que forman cuadrados. Capa con una pata que sirve para fijar la corbata de astracán.

moda

4.— *De lana esponjosa color beige, este abrigo tiene un plastrón muy nuevo de corte, sujeto por botones de madera. Puños y cuello de piel de ocelot.*

5.— *Simpático abrigo deportivo en tweed rayado. Adorno de pespuntes y cuello de astracán persa.*

6.— *Elegante abrigo en lana verde con cuello original realizado en breitschwanz. Cortes en la espalda que adelgazan la silueta.*

Blusas y túnicas

1.— Túnica en marrocain, adornada con palos de Richelieu y plisado. Muy chic para llevarla sobre un fourreau de crepe brillante negro.

2.— Muy nueva con sus hombreras abullonadas, esta túnica tiene un ligero movimiento de godet en el delantero.

3.— Las anchas mangas que parecen capa están trabajadas con hilos tirados. Un cinturón con hebilla de monograma metálico, cierra esta elegante túnica.

4.— De lama plateada y botones de fantasía, esta túnica tiene una capa también abotonada que la completa graciosamente.

5.— Muy dije esta blusa de espumilla con pliegues cosidos en el cuello y mangas.

6.— Elegantísima esta otra en tafetán, con mangas muy nuevas y dos clips fijando el escote.

7.— En raso con mangas y cuello de corte original.

8.— Kimono, con cuello recogido y jabot subrayado por un trabajo de pablos.

9.— Llena de encanto y hecha en tafetán muy souple, esta blusa tiene una gran sugerencia de capa.

10.— En crepe color arena con adorno de galones de cellophane. Muy chic.

Entre los ocho y los doce años

Sombrerito en un fieltro azulino pespuntado y bufanda y blusa de lana fantasía, con adornos en un género liso, de un color más obscuro.

Trajecito muy práctico en vivela de fantasía, con adornos en género de lana lisa y botoncitos de concha de perla.

Otro trajecito encantador y sencillo para niñita, en un género de lana, lisa, con pespuntes y botones, haciendo juego con el género y cuello y puños de piqué blanco almidonado.

Trajecito muy mono, en franela de lana rayada con cuello blanco del mismo género y un pequeño adorno en un tono más subido en el cinturón y los botones.

Precioso trajecito "beige", todo pespuntado, en café y con un cuello de terciopelo, también café.

Trajecito de lana azul, con grandes pespuntes blancos, botones de madera y cuello y puños de "piqué".

Tendencias de la moda

El tweed vuelve. Apenas asomado timidamente a la puerta de la moda, las mujeres dieron gritos de entusiasmo y lo hicieron entrar al recinto sagrado de los predilectos. Y actualmente el tweed triunfa, desplazando a todos sus competidores y en la primavera que ya llega — hagámonos la ilusión, aunque el frío nos empale las manos sobre la máquina, — en la primavera que "ya está llegando", el tweed se nos presentará en abrigos tres-cuartos, raglanes, de bolsillos de parche y pespuntes dobles en las costuras, vagos de forma y con godets en la espalda; en el otro abrigo, también ragián o con las mangas pegadas en forma original que se adentra en la espalda o que prolonga el delantero, con grandes bolsillos, cinturón con monograma de metal y cuello que deja ver una bufanda; en pequeños modelos mañaneros, juveniles y simples, con el adorno bonito de los cuellos y puños de piqué o de lencería con encajes, frescos y siempre con el aire de salir en ese momento de las manos de la modista; de los trajes sastre de corte clásico, que mediante ciertos aditamentos pueden variarse, dando la impresión de que el guardarropa atesora mucho más de lo que en realidad es.

El tweed impera.

Y la mujer, encantada con el retorno de este buen amigo de otras temporadas, se viste en su suave lana, que abriga y no pesa, que cae graciosamente, que está pintada en la más bizarra de las fantasías y que, por eso mismo, es alegre, sin dejar de ser discreta.

Las bufandas se ven en todos los modelos, ya sea para la mañana o la tarde. Hay infinidad de trajes, con escote, ya sea cuadrado o en forma caprichosa, que se completan con una bufanda de color contrapuesto, cuyas puntas quedan ocultas en algunos casos y en otros forman una especie de jabot, desflecado en los extremos. En los abrigos de primavera también notamos esta tendencia. No tienen cuello, están un poquito escotados, pero como la moda manda ir muy recoleta, la bufanda hace el resto para ir bien tapaditas.

Ya hemos dicho que los cuellos claros son la nota pueril de los trajes, hay que agregar también que en el cierre de los escotes, medio a medio, suelen aparecer un par de flores, Ya sea en un apretado ramo o chatas, colocada una junto a otra. Estas flores están en todas las toilettes, y a veces, se trepan a los sombreros y allí se quedan, como ansiosas de mirar curiosamente.

Hace pocos días, en una comida en la Posada del Corregidor, a la que asistían un grupo de artistas extranjeros que actúan entre nosotros, vimos a la Argentinita vestida con un traje de noche de crepe georgette negro, de anchísimas mangas pegadas, mediante un nido de abeja y recogidas en la misma forma al puño. La falda tenía dos panales que le daban amplitud, trabajados también en nido de abeja. Y por todo adorno. llevaba una especie de jabot hecho con tres camelias blancas, colocadas, cerrando el escote a ras del cuello. Muy chic.

Los sombreros siguen adoptando todas las formas y todas las posturas, pero el velito de crin, rígido, es una de las características de la moda última, lo mismo que la forma niniche profusamente adornada de flores y lazos. Dios nos dé gracias de equilibrista para poder llevarlos...

YVONNE.

1.— *Una linda toca, adornada de flores. Moño de flores, cerrando el escote. Creación Nelson.*

2.— *Traje sastre, negro con cuello, pata bordeada de blanco, juvenil y fácil de llevar. Modelo de Lelong.*

3.— *Otro traje sastre, alegrado por la casaca blanca que deja ver sus bordes; cuello y puños en forma de estrella. También de Lelong.*

4.— *Falda lisa, blusa moteada y*

chaqueta de tweed jaspeado, con larga abotonadura. De los modelos de Schiaparelli.

5.— *Traje azul con capa, que se puede usar a voluntad, cuello-corbata, graciosamente anudado y formando jabot. Firma Schiaparelli.*

Los Bebés

1.— Paletocito en lanita rosada, adornado con piel café en el cuello y sobre los hombros. Botones del mismo color del paletó.

2. — Para niñito, este pantalón en terciopelo de lana azul y blusita de seda rosa pálido.

3.— Vestidito en viyela celeste pastel con cuellito y cinturón en viyela blanca.

4.— *Abrigo para niñito, estilo sastre, en beige claro.*

5.— *Paletocito de lanita celeste, adornado con piel blanca y un vestidito de linón blanco, adornado con vuelitos de linón celeste.*

6.— *Trajecito de fiesta para niñitas, en organdí de fantasía, adornado con vuelitos de organdí liso en el mismo tono.*

7.— *a) Trajecito de diario para niñito. Pantaloncitos de gabardina azul y blusita estilo camisa de hilo blanco.*

b) Trajecito de diario para niñita, en viyela de a cuadros y cuellito de piqué.

8.— *Paletocito encantador, imitando capelina sobre las mangas y adornado con piel.*

9.— *Este trajecito de taffetas amarillo muy repolludo y con manguitas englobadas, las hace verse como muñequitas, cuando van a la fiesta. Por único adorno lleva unos lacitos muy finos del mismo taffetas sobre las mangas, el cuello y la cintura.*

Elegante

modelos para novias

Traje en "crepe satén" muy ajustado hacia arriba y formando un pliegue original, sujeto con clips.

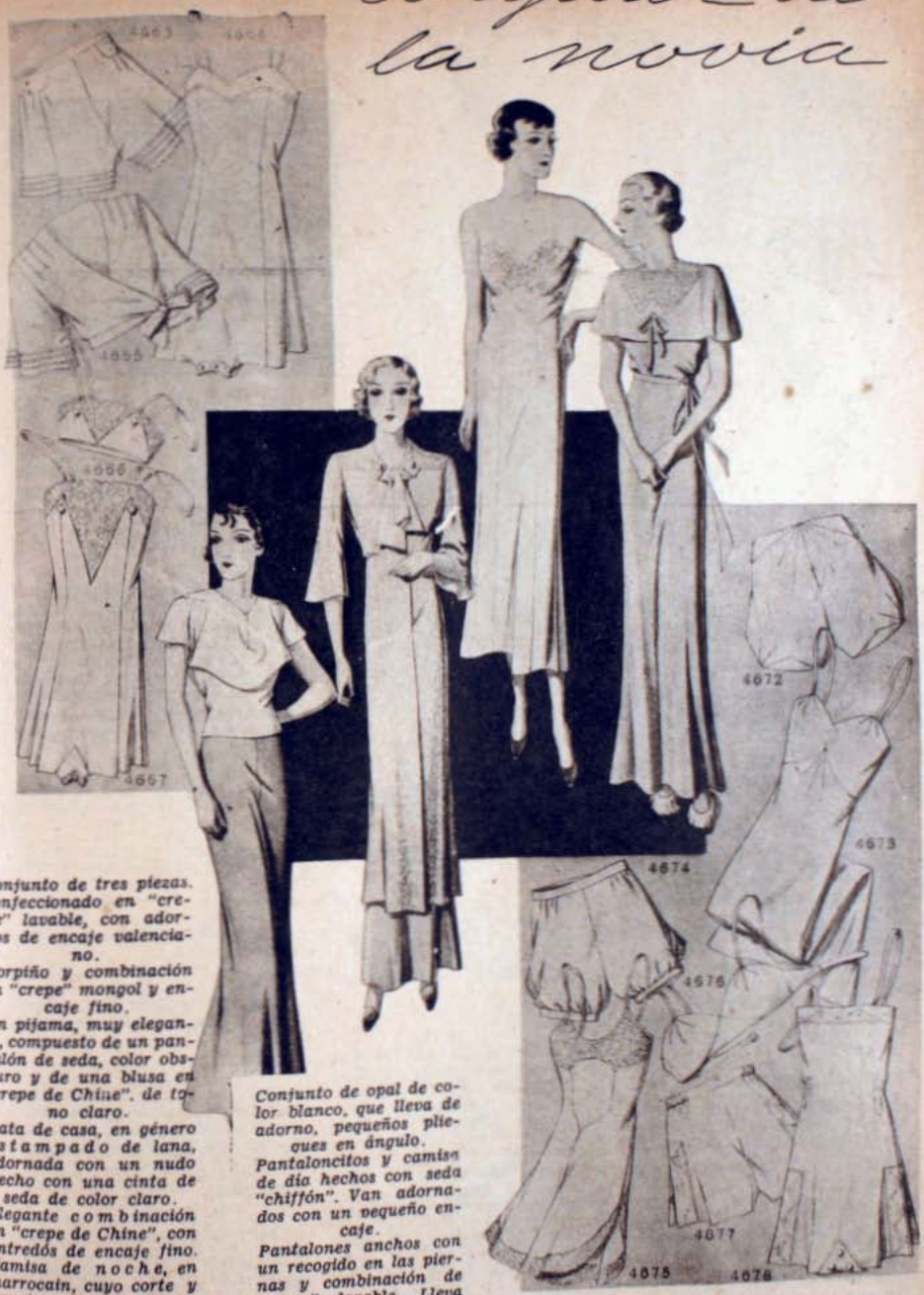
Vestido de novia, muy juvenil, en "crepe mongol", también con pliegues en el escote. Obsérvese la forma inédita de las mangas y de la cola.

Elegante traje de novia, hecho totalmente de encajes y con cortes complicados. Traje muy apropiado para destacar siluetas delgadas. Lleva cola y un gran "clip" de "strass".

Vestido de novia, en raso, para personas delgadas. Hechura princesa. Escote inédito, adornado también con "clips".

Traje en "crepe", apropiado para novias muy jóvenes. El cuello y las mangas van adornados con pequeñas alforzas.

El ajuar de la novia



Conjunto de tres piezas, confeccionado en "crepe" lavable, con adornos de encaje valenciano.

Corpiño y combinación en "crepe" mongol y encaje fino.

Un pijama, muy elegante, compuesto de un pantalón de seda, color obscuro y de una blusa en "crepe de Chine", de tono claro.

Bata de casa, en género estampado de lana, adornada con un nudo hecho con una cinta de seda de color claro.

Elegante combinación en "crepe de Chine", con entredós de encaje fino.

Camisa de noche, en marrocain, cuyo corte y encaje salen de lo común.

Conjunto de opal de color blanco, que lleva de adorno, pequeños pliegues en ángulo.

Pantaloncitos y camisa de día hechos con seda "chiffón". Van adornados con un pequeño encaje.

Pantalones anchos con un recogido en las piernas y combinación de "crepe" lavable. Lleva bordados finos.

Una chaqueta de Golf

Aqui tenemos una chaqueta para el golf. Está cerrada en el cuello por dos clips y en el talle por un cinturón cruzado, terminado por una hebilla.

La explicación corresponde al talle 44 (1.46 cm., contorno 94 centímetros, l. de la manga 60 cm). Por cada talle diferente agregar o disminuir 16 p. (8 p. del., 8 p. esp.) 5 cm. cuadrados más o menos 16 p. de ancho y 28 de alto.

PUNTOS EMPLEADOS:

1.o Canutón (cintura, puños), 2 p. d., 2 p. r. 2.o Punto correteado (para el resto del tejido) siempre al derecho.

ESPALDA:

Se comienza por la parte de abajo. Urdir 100 p. Hacer de cada lado 1 aumento cada 3 cm. A los 27 cm. de alto, disminuir para las bocamangas 1 vez 4 p. y con una corrida de intervalo 9 veces 1 p. (13 p. en total). A los 44 cm. de alto, disminuir en cada extremidad del palillo y 6 por 6, 30 p. para cada hombro y juntos los p. restantes para el escote.

DELANTERO:

Se comienza por la parte baja del lado derecho. Urdir 96 p. Tejer 8 corridas sobre todos los p. Después dejar los 32 p. de la izquierda del tejido sobre un palillo. Tejer 5 cm. sobre los p. restantes. Dejar sin tejer. Tomar los p. de la izquierda y dejar igualmente 5 cm. (abertura). Tejer nuevamente sobre todos los p. Disminuir en el borde delantero 1 vez 22 p. El borde delantero se continúa en línea recta. En el lado de las costuras hay que hacer los mismos aumentos que en la espalda. Formar la bocamanga a la misma altura, disminuyendo en total 17 p. A los 41 cm. de alto, disminuir para el escote 1 vez 20 p. y siempre 1 p. con una corrida de intervalo, hasta que no haya más que 30 p. A los 45 cm. de alto, formar el hombro. Hacer 2 ojales en la parte de arriba, (ver la fotografía). 2.a mitad igual, suprimiendo la abertura de abajo y los ojales.

MANGAS:

Se comienza por abajo. Urdir 60 p. Tejer 6 cm. en línea recta. Hacer en seguida de cada lado 1 aumento cada 3 cm. A los 48 cm. de alto, disminuir de cada lado 1 vez 4 p., 1 vez 2 p. y con una corrida de intervalo, siempre 1 p., hasta que no haya más que 26 p. que se disminuyen juntos.

CUELLO:

Urdir 100 p. Tejer 8 cm. Disminuir los p.

PUÑOS:

Urdir 30 p. Tejer 30 p. Tejer 3 cm. de canutón. Disminuir los puntos.

BOLSILLO:

Urdir 28 p. Tejer 9 cm. en línea recta. Después de cada lado disminuir siempre 2 p. en cada corrida hasta que se terminen los puntos.

CINTURA:

Urdir 50 p. Tejer 6 cm. de canutón. Disminuir los p. Hacer la 2.a mitad igual.

Planchar suavemente cada pieza con un trapo húmedo y armarlas. Quebrar las costuras con una plancha caliente.

Sweater de sport blanco con canesú

Hacer este sweater con una lana un poco áspera. La explicación corresponde al talle 44 (1.50 cm. contorno, 92 cm.). Por cada talle diferente agregar o disminuir 16 p. (8 p. del. 8 p. esp.).

PUNTOS EMPLEADOS:

1.o Canutón, (cintura, canesú, puños) 1 p. d., 1 p. r. 2.o Punto correteado, (escote) siempre al d. 3.o Punto de jersey (cuerpo, mangas 1 p. d., 1 p. r.

DELANTERO:

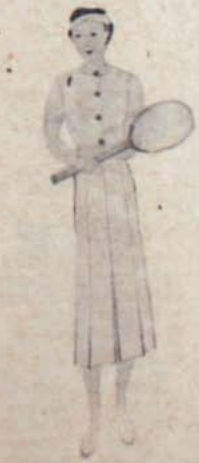
Se comienza por la parte baja del lado izquierdo. Urdir 40 p. Tejer 34 corridas de canutón. Comenzar el cuerpo. Hacer en el curso de la 1.a corr. 7 veces 1 aumento. Los 2 p. del borde delantero se tejen en p. de arroz (1 p. d., 1 p. r., contrariados en cada corrida). Tejer 12 corridas. Hacer en seguida, del lado de la costura, 6 veces 1 aumento cada 7 corridas de intervalo. Formar la bocamanga disminuyendo 1 vez 4 p. y con una corrida de intervalo 3 puntos, 2 p., y 3 veces 1 p. A los 35 cm. de alto dejar sin tejer, para el escote, los 5 p. del borde delantero. Agregar a estos p. con una corrida de intervalo, 2 veces 3 p.z 3 peces 2 p. y siempre 1 p., hasta que no queden más que 3 p. Tejer 6 corridas sobre estos 3 p. Dejar sin tejer. 2.a mitad, igual, formando a los 4 p. del borde delantero 5 ojales. (Ver la fotografía).

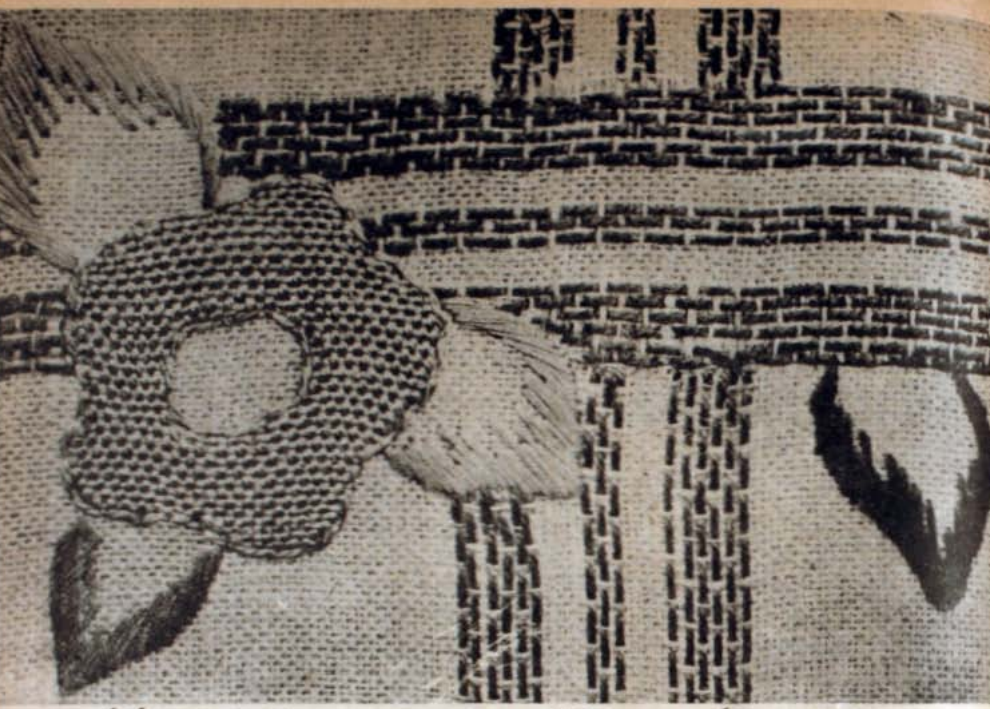
ESPALDA:

Urdir 76 p. Seguir la explicación del delantero para la parte de abajo y para los lados. Comenzar el cuerpo haciendo en el curso de la 1.a corr. 1 aumento cada 10 p. En las bocamangas disminuir 1 vez 4 p., 2 veces 2 p. y 2 veces 1 p. A los 35 cm. de alto, dejar sin tejer los 16 p. del medio. Tejer un lado. Agregar a los p. del medio con una corrida de intervalo, 2 veces 3 p., 2 veces 2 p. y siempre 1 p. en cada corrida, hasta 3 p. Tejer 6 corridas sobre estos 3 p. Dejar sin tejer. 2.a mitad igual. Juntar la esp. y el del. en los hombros. Repartir todos los p. del escote sobre 4 palillos finos. Hacer el canesú en canutón. Tejer 11 corridas en línea recta. Tomar los palillos. Hacer una corrida con 2 disminuciones cada 20 p. Repetir estas disminuciones 2 veces aún, con 5 corridas de intervalo. Hacer una corrida, tejiendo los p. 2 por 2. Tejer 10 corridas de punto correteado y, disminuir los p.

MANGAS:

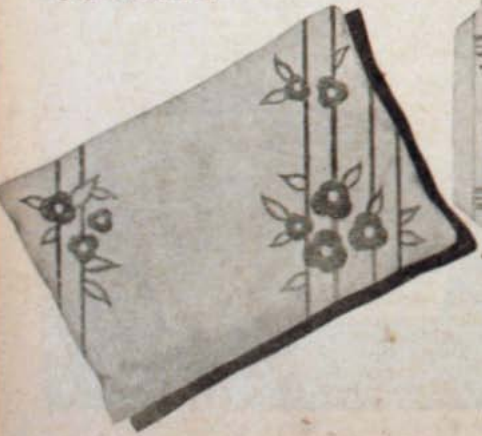
Urdir 61 p. Tejer 24 corridas de canutón y 11 corridas en p. de jersey. Hacer en seguida 1 aumento de cada lado, cada 5 corridas, hasta 71 p. Después, disminuir en cada comienzo del palillo 1 p., hasta 14 p., que se disminuyen juntos. Hacer el planchado por el lado del revés, quebrando los lados del canesú.

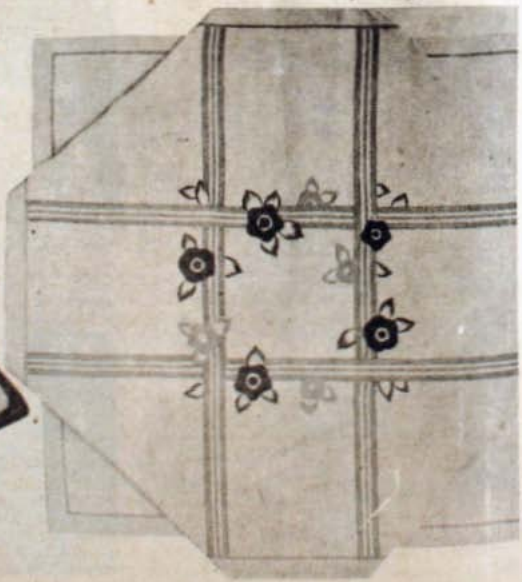




Manteleria y cojines tipo campesino

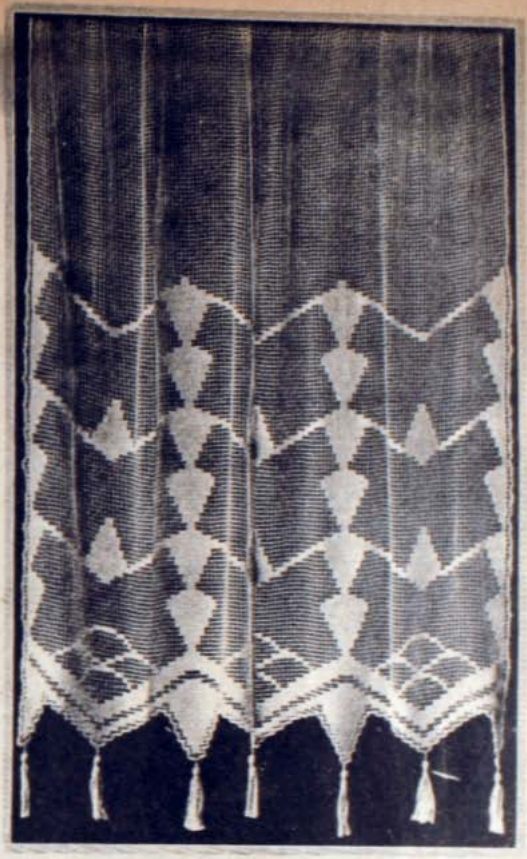
He aquí una manteleria sumamente fácil de realizar, en grueso brin de hilo, de color crudo bordado al pasado con algodón brillante y lavable. Flores rojas en dos tonos. Hojas verdes en tres tonos. Las bandas están realizadas en dos tonos, oro con el centro azul. Muy chic para la galería de una casa de campo y para la mesita en que se sirve el té.





Malla

Un store en malla será siempre muy apreciado por las dueñas de casa, tanto más si el dibujo que lo decora es simple y moderno, como el que aquí luce. Terminación de borlas.



Moldes de "Familia"

1.— Casaca de espumilla, encantadora para llevarla con el abrigo o el traje sastre. En lama de plata resultará fantástica para complemento de un tailleur de tarde.

2.— Lindo abrigo para niñita, con canesú realzado con pabilos y pespuntes. Se completa con una faldita con tirantes, muy graciosa. (Mandamos sólo el molde del abriguito).

3.— Para la hermanita menor será lindo este abrigo de paño rojo con cuello y botones blancos.

Estos moldes se despachan a pedido de nuestras lectoras que lo soliciten, enviando treinta centavos en estampillas para el franqueo.— Dirigirse a "Familia". Casilla 84-D., Santiago.

ESTAFETA

DESPACHA: MARI-SOL

PERLA, San Felipe. — Use cualquier crema a base de lanolina. En las noches se pasa un algodón empapado en alcohol alcanforado y en la mañana se lava con agua lo más caliente que pueda resistir, luego la va enfriando hasta que quede completamente helada. Se seca cuidadosamente y después de un rato se pone la crema de lanolina, la deja otro rato para que el cutis la absorba y entonces se empolva. Limpie con cuidado con un paño húmedo los ojos y se pone el rimmel, lo mismo haga con los labios antes de darse el rouge. Extienda entonces un poquito de vaselina muy pura sobre el borde de los párpados y sombree sólo el de arriba con un lápiz negro o azul, según su coloración. El azul es para rubia. Así quedará usted discretamente maquillada y su cutis grasoso disminuirá en el defecto que tanto la acongoja. No le digo que se ponga rouge en las mejillas antes de empolvarse, porque usted me advierte que no le agrada. Feliz de servirla y muy agradecida de sus palabras de afecto.

NIÑITA. — No es libro para tus años. Mamá tiene perfecta razón al no dejar que lo leas.

UNA MADRE, Osorno. — Dele aceite de hígado de bacalao, el invierno en esas regiones es muy duro, sin sol, y, por lo tanto, es casi natural que las criaturitas se resientan. Hay que ayudarlas con tónicos y ninguno mejor que el que acabo de indicarle. Ni más barato. Muchas gracias, señora, por sus gentilezas.

Buen Tono

VIAJES

En los viajes se han de tener en cuenta las reglas de urbanidad para el trato con el pasaje, con objeto de no ser molesto, sino por el contrario, agradable y simpático.

Conviene viajar con el menor equipaje posible en el vagón del ferrocarril, para evitarnos molestias y evitárselas a nuestros compañeros de viaje, facturando los bultos grandes. En el maletín de mano se lleva todo lo concerniente a nuestro aseo y algunas prendas de ropa, como cuellos, puños, una camisa, pijama o camisa de dormir, pañuelos, etc.

Las señoras deben vestir trajes obscuros o grises, porque son más sufridos y cómodos, siendo de muy buen gusto el uso del traje sastre, pues la chaqueta les servirá de abrigo si hace frío, cuidando de ir en blusa al vagón comedor.

Cederemos los puestos de las ventanillas y de cara a la locomotora a las señoras o caballeros de edad o respetabilidad social. Es incorrecto fumar delante de señoras en cualquier sitio y más en el tren, que a muchas señoras produce mareos; ni aun con el permiso de ellas debemos encender un cigarro, puesto que se puede salir al pasillo a fumar.

Hay que ser un poco psicólogo para ponerse en relación con los viajeros, siempre iniciando la conversación la persona de más categoría en sexo, edad o significación.

En algunos países, la familiaridad en el tren no existe. Un inglés, por ejemplo, no puede llegar a comprender cómo los latinos establecemos la cordialidad en el vagón. Siempre debe derivar la conversación a temas generales, sin preguntar sobre sus vidas, decir de las nuestras, ni hablar de los ausentes.

Las discusiones sobre religión, política, países o cualquier otra cosa que pueda ser por las creencias, motivo de apasionamiento, no se deben mantener en ningún trato social.

En el vagón, las damas pueden recostarse en el asiento, pero con corrección, tapando sus pies y piernas con la manta de viaje, procurando no descomponer su tocado. Los caballeros, no es correcto que se recuesten habiendo señoras. Permanecerán sentados, con la cabeza reclinada en el respaldo del asiento, teniendo puesta la americana y el cuello, por calor que hiciera. Si alguien dormitara en el departamento, se terminará la charla para no molestarle.

Si alguna persona se sintiera indispuesta, debemos atenderla e ir a buscar alguna bebida que le pueda sentar bien en su indisposición, al vagón-restaurante o bien en las estaciones. Y si es una dama la que se sintiera mal, no insistiremos mucho ante la repetición de una negativa suya.

El vagón-restaurante está distribuido en mesas para cuatro comensales, haciendo las comidas en varias series, según el pasaje que vaya. Se debe ocupar el sitio correspondiente, pues, se acostumbra a reservarlos, sin gastar cumplidos ni conversación con los compañeros de mesa limitándose a saludar.

ULTIVE SU BELLEZA

PEQUEÑOS CONSEJOS

La pintura de la cara debe ser eminentemente natural. Por muy enamorado que se sea del cubismo o del impresionismo exagerado, cuando se trate de darse colorete, tómese por modelo un lienzo de Bouguereau de los más clásicos.

El cuadro que sobre su propio rostro se pinte, nunca será bastante desleido, lo suficientemente acabado, ni demasiado adulador.

Lo repito una vez más, es preciso que los afeites se den con *limpieza* si no se quiere hacer una caricatura, en lugar de acusar el carácter de su propia faz.

No desesperarse con la cara que os correspondió en el reparto. Del más ingrato de los rostros puede siempre hacerse algo. Basta con saber hallar su estilo.

En general, las mujeres, al pasar de la pubertad a la senectud, tienen, para esta clase de investigaciones, mucho más instinto que las jóvenes. Ello es debido a que saben defenderse y que esta lucha decuplica su inspiración natural.

¡Cuánta razón tienen! Si se autorizase a la naturaleza para obrar a su antojo, a partir de cierta edad, se descubriría en su rostro una fealdad por cada día. Así lo hacían, sin quejarse, nuestras antepasadas. Cuando se piensa que Balzac, que de nosotros no está muy lejos, ha podido escribir *La mujer de treinta años...*; cuando reflexiona una que madame de Warrens tenía veintiocho años y Rousseau la llamaba "mamá", queda una espantada ante el destino que aceptaban las mujeres de antaño.

Ninon de Lenclos, hoy, no es ya la excepción maravillosa que fué asombro de su tiempo.

Nuestra época, además de sus descubrimientos científicos, ha inventado la prolongación de la juventud de las mujeres. El «irreparable ultraje» ya no es definitivo. Venga de la edad o de la fisonomía, existen cien trampillas para poner un disfraz de belleza a lo que nació feo o en feo se convirtió.

El primer deber estético de una mujer, *es tener voluntad para oponerse a lo fatal.*

El solo hecho de pensar en la belleza hace bonitas a las mujeres.

¿Quién no lo ha observado? Las más espesas maritornes llegadas del más apartado rincón, para servir en la capital, se convierten, al cabo de dos años, en lindísimas mujercitas...

¿A qué es debido?... Emulación, ejemplo. ¡Nada más!

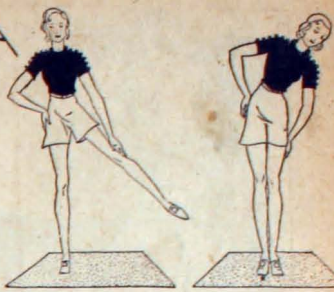
«Malos ejemplos», refunfuñarán los ariscos.

No, señores. Coquetería, que no siempre quiere decir perdición.

Si no se cuida su propia estatua, ¿por qué se encierra a los tanagreos en una urna?

Para terminar estos consejos generales:

Una vez que se ha terminado el aseo, que se ha acicalado el rostro, bien peinados los cabellos, olvídese el tiempo que en ello se ha invertido. Nada más irritante que el rostro de una mujer que recuerda, en su detalle y durante todo el día, todo lo que ha hecho para hacerse bonita.



PARA REDUCIR LAS CADERAS

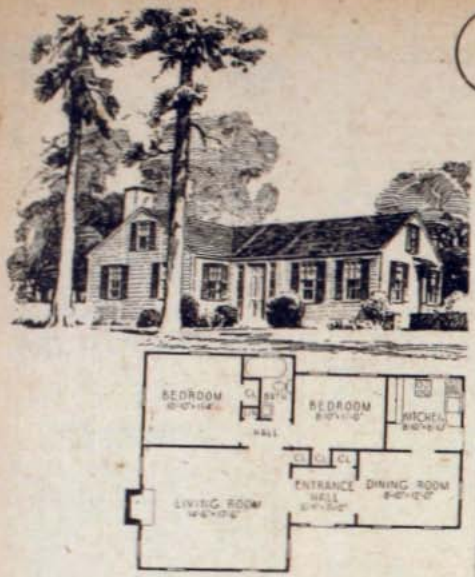
Es el gran peligro de las mujeres que tienen tendencia a engordar, es ahí y en la parte de atrás — ustedes entienden, ¿verdad? — donde se amontonan los tejidos adiposos. Hay que combatirlos enérgicamente, empezando por someterse a un régimen alimenticio y haciendo todos los días ciertos ejercicios que tienden, en especial, a reducir las grasas de esa parte.

Póngase usted frente a una ventana abierta, los pies juntos, las manos en las caderas. Levante lateralmente una pierna y haga al propio tiempo resbalar la mano correspondiente tratando de alcanzar el pie. Por cierto que el primer día no lo logrará. Luego deje que la pierna vuelva a su primera posición, siempre con la mano apoyada contra el muslo. Repita el movimiento una vez con cada pierna, alternando con respiraciones profundas.

Luego haga el mismo ejercicio, pero sin levantar las piernas, flexionando el tronco lateralmente hasta que la mano llegue lo más abajo posible. Hágalo primero con una mano y después con la otra. Al tener mayor pericia, este movimiento se efectuará simultáneamente con las dos manos, mientras una sube la otra baja.

Son dos fáciles ejercicios que, si usted los hace veinte veces cada uno, mañana y noche, la librarán de muchos kilos que la desesperan.

CASAS e



En Chile también tenemos empresas que se dedican a construir casas de madera, que se pueden armar en cualquier parte. El plano y la disposición de los cuartos es muy sencilla, pero al mismo tiempo muy cómoda. Las dimensiones son lo suficientemente importantes para dar comodidad a una pequeña familia durante los meses de verano y aún todo el año, si se trata de una quinta en los alrededores de alguna ciudad grande. Se ilustra también en esta página el modo más práctico de dejar bien decorado y dispuesto el interior de una casa de este estilo. Las

PARA UNA CASA AL BORDE DEL MAR

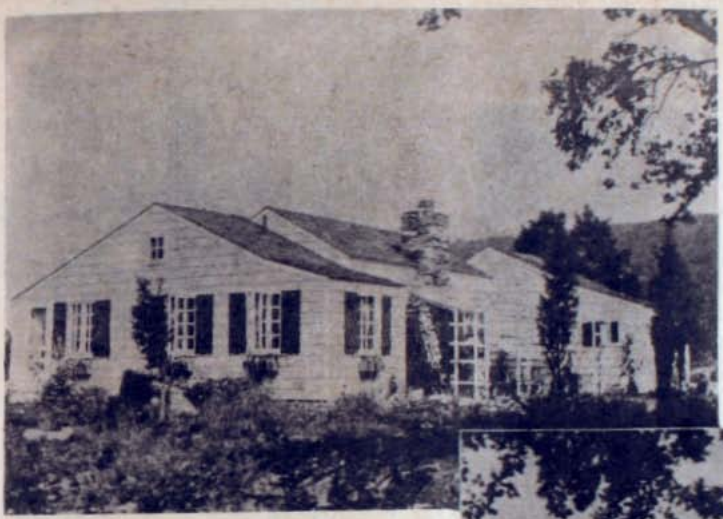
Aquí tenemos un refugio ideal para pasar los días calurosos del verano. Este modelo corresponde a una casa desarmable puesta en venta por un fabricante norteamericano.

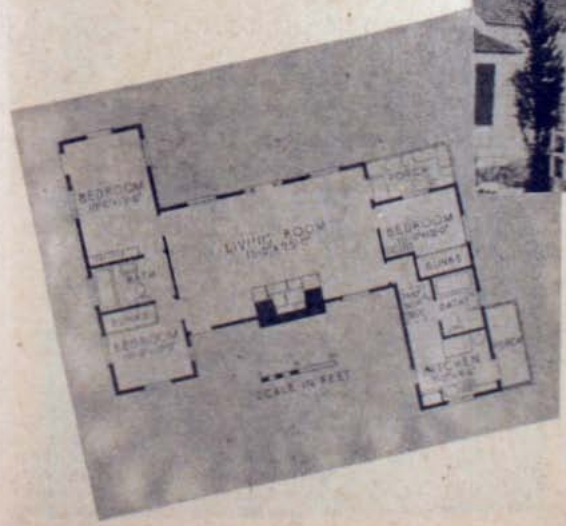
paredes se pintan o empapelan, de preferencia en tonalidades claras, como celeste o azul marino claro. Una idea simpática sería buscar molduras que imiten cables marinos, de los usados en toda embarcación, si esta casa va a ser construida en la costa. Las lámparas también pueden estar inspiradas en esos faroles que cuelgan de toda cubierta de buque.

Con estos pequeños detalles tomados de la vida marina, se puede arreglar este chalecito o bungalow muy coquetamente. Los cuadros de las paredes deben ser alusivos a la vida marítima y las cortinillas de las ventanas deben llevar anclas o salvavidas bordados. Recomendamos la mayor sencillez para el interior de esta clase de pequeñas residencias. Eso sí que siempre debe respetarse la comodidad de las personas que van a ocuparla.

INTERIORES

El estilo de este pequeño "bungalow" o "cottage", al hablar de los ingleses, está inspirado en las casas de campo. A pesar de que la ilustración lo muestra todo de madera, se puede hacer de otros materiales y de cualquier construcción ligera. Un gran living-room con inmensa chimenea, constituye la nota principal en el simpático plano, el que, como se puede ver, destaca dos grupos separados de dormitorios. La disposición interior no puede ser más amena y original, disposición que se refleja en su interesante exterior. Esta pequeña residencia se puede completar con un parque y jardín convenientemente ideado, lo que hará de esta propiedad un verdadero encanto. Los cálculos aproximados del costo de esta casa son los siguientes:





Cimientos	$ 1,520
Murallas y tabiques	10,750
Carpintería y obra de mano	6,520
Pozo aséptico	1,070
Chimenea	1,000
Pintura y barniz	1,300
Ferretería	700
Instalación de cañerías y artefactos sanitarios	3,000
Imprevistos	1,000
Decoración interior	1,350
Honorarios contratista	1,690
Total	$ 29,900

Estos cálculos se entiende que están hechos a base de ejecutar el trabajo bajo administración y supervigilancia del dueño. No se ha consultado instalación eléctrica ni calefacción central.

Pronto llegará el verano nuevamente, de suerte que no es apresurarse mucho si pensamos, desde luego, en los pequeños detalles de nuestras residencias de verano. Aquí encontrarán nuestros lectores ejemplos de simpáticos arreglos interiores en que lo nota dominante, son las telas y cretonas para forros de amoblados de asiento y de cortinajes. Noten nuestros amables lectores, los interesantes y originales dibujos dentro de la tradición en esta clase de materiales.

Arriba, a la izquierda, forro de sillón de tela de algodón, color rojo; cortinas color flor de té con flores de tonalidad rojiza, salmón, rosado obscuro, etc.

Arriba, a la derecha, forro de sillón de cretona colorida en tonalidad suave; las cortinas de metal de algodón y seda, o imitación de brocato antiguo.

RESPUESTA A UNA MADRE:

Ser madre es grave y complejo problema. No basta darle a los hijos cariños y caprichos. Poco es amarlos, y malo es consentirlos sin método y sin cierta severidad no exenta de ternura. Es preciso comportarse de tal manera que ellos sientan que sólo la madre es su mejor amiga y su más leal compañera.

Seguramente, nunca ha conversado Ud. como amiga, con su hija. Fuera de la natural intimidad que reina entre madre e hija, es preciso tratar de ser compañera de ella. Inducirla,

De mujer a mujer

Señora María Eugenia:

Jamás supuse que algún día debería recurrir a extraños para resolver asunto tan triste, para mí, como este que paso a detallarle.

Soy madre de una niña de 17 años. He tratado de ser la más cariñosa y consentidora posible. Le he proporcionado todos sus caprichos, claro que a medida de mis recursos y de lo que yo creía justo.

Pero he notado, este último tiempo, que ella no es franca conmigo. Nunca se confía en mí y muchas veces la ha sorprendido en íntima confidencia con sus amigas. ¿Qué se podrán contar que yo no pueda o no deba saber?

Antes de resolverme a llamarla al orden, he querido recurrir a su experiencia, a su sano criterio para que me saque de esta duda tan dolorosa para mí. ¿Qué debo hacer?

Agradecida,

UNA MADRE.

con palabras de confianza, a que vea en Ud. algo más que la madre. A los 17 años hay ilusiones, flirts, pequeñas y deliciosas alegrías que una madre debe saber compartir y comprender.

Y son muy pocas las madres que reflexionan en el enorme peligro que significa el mantener a sus hijas alejadas espiritualmente de sí, temerosas, llenas de falso respeto.

Es entonces cuando aparece la amiga; a ella se le confía todo, y, después, ¡cuántos sinsabores para la madre y cuántos errores por corregir!

Cuando una muchachita comete un desliz, no debe jamás culpársela de todo. Es que le faltó la madre-amiga, la madre-confidente, la única que pudo y debió haberla escuchado y aconsejado a tiempo.

Aún está Ud. a tiempo, señora. Trate de conquistar a su hijita, con dulzura, con inteligencia, con suavidad. Infúndale confianza, haga que le cuente sus flirts, interésese por sus amigos y sus paseos. No la prive de un placer sin darle una explicación sensata, cuerda. Y, sobre todo, nada de prohibiciones y retos originados sólo por su "autoridad" de madre.

Vaya con cautela y con bondad y pronto verá Ud. cómo su hija se acogerá a su regazo maternal, agradecida y feliz.

MARIA EUGENIA.

¿HA LEIDO UD. LA REVISTA DEL PACIFICO ?

Publicada con la cooperación de los

ESCRITORES DE CHILE

Representa un espléndido manojo del pensamiento de los escritores nacionales.

La publicación mensual que debe leer toda gente culta. Pídala en librerías y puestos de diarios.

PRECIO: $ 2.00

Lea la revista donfausto

La que publica las mejores novelas de intriga y sensación

Regale a sus niños EL PENECA

LA MEJOR REVISTA INFANTIL

La escoba y el plumero

consejos de tía JACOBITA

No se habla de otra cosa que de gripe en la actualidad, y no es milagro que medio Chile esté aquejado de este mal, dados los fríos que hemos sufrido, los más intensos de que yo tenga memoria. Para los adultos, la gripe es bien molesta; pero cuando el enfermo es un niño, es verdaderamente desesperante, ya que no se sabe qué hacer para aliviarlo, para distraerlo, para asearlo. Todo se complica enormemente en este caso.

Desde luego, hay que empezar por mantener la pieza temperada y al propio tiempo que el aire se renueve en ella. Es muy conveniente poner sobre la estufa — si se trata de calefacción central habría que hacerlo en un anafe — una cacerola con hojas de eucalipto y agua, que, al hervir, da un vapor muy desinfectante y muy saludable para los bronquios. No hay que barrer, sino que recoger las basuras y pasar después por el piso un trapo humedecido y bien retorcido, para que en él se impregne el polvo, sin que llegue a mojar la madera. Tampoco se debe sacudir, sino que pasar un paño sobre muebles y objetos.

Debe tenerse al niño vestido con su mameluco grueso de dormir y una chaquetita de lana, sin abrigarlo en exceso, pero evitando también que al moverse pueda enfriarse. Si se le da algún juguete, debe ser de celuloide o de otro material lavable, para así desinfectarlos. Por nada se deben dejar entrar otros niños sanos de visita, ni tampocos adultos. El niño enfermo debe estar aislado y una sola persona será la encargada de su aseo, de su distracción y de sus medicinas.

Todas las ropas que use, sobre todo los pañuelos, deben ser hervidos aparte inmediatamente, para evitar que el contagio cunda. Hay señoras que una vez que los pañuelos se ensucian con ese romadizo, llamado moquillo, los secan al calor de una estufa y los vuelven a poner en uso. Nada es más perjudicial para el enfermo. Y para los sanos también, por supuesto. Los cubiertos con que el niño se sirve deben también tenerse aparte y hervirse.

Se dirá que estas medidas son excesivas al tratarse de una simple enfermedad, como la gripe. No la crean ustedes tan simple, señoras mías. Ya que un niño tiene la desgracia de contagiarse, por falta de precauciones de otros; no es posible, ni humano, que los demás sigan contagiándose por culpa nuestra. Y como las medidas son en verdad fáciles de tomar y traen tan gran bien, no hay que descuidarlas desde el primer momento en que se nota algo anormal en un niño.

A veces la gripe se complica con fiebre alta, con dolores a la garganta, etc. Entonces hay que seguir al pie de la letra las instrucciones del médico y esmerar el aseo y el aislamiento del enfermito. La persona que lo cuida debe ponerse un delantal de enfermera y lavarse las manos, cada vez que tenga que tocar al niño, con algún jabón desinfectante. Y es entonces cuando, por ningún concepto, se debe dejar que otras personas entren a la habitación del enfermo, ya que sólo van a robarle el aire puro y posiblemente a llevarle otros contagios, a más de los que ya está él por su cuenta incubando.

Con un poco de cuidado y otro poco de energía, se podrían evitar muchos males en este capítulo de los contagios. Y con mucha higiene, señora, con mucha higiene.

TIA JACOBITA.

No es secreto... Puede Ud. contarlo...

—Para obtener una tinta de anilina para marcar la ropa, se hacen dos soluciones. La primera, mezclando cloruro de cobre, 30 gramos; sal de amoníaco, 20 gramos; clorato de sosa, 40 gramos, y agua, 200 gramos. La segunda se hace con clorhidrato de anilina, 50 gramos; goma, 40 gramos; glicerina, 10 gramos, y agua, 100 gramos. Cuando se vaya a usar esta tinta se mezclan ambas soluciones por partes iguales y se marca la prenda, que después se expone al vapor del agua hirviendo, viéndose entonces que las letras se van perfilando cada vez más intensamente. Ni la lejía ni el agua de cubas hace desaparecer estas marcas.

—Para que las suelas de los zapatos no resbalen en la escarcha, basta empaparlas varias veces en una solución hecha con: trementina, 5 gramos; colofonia, 15 gramos; bencina, 5 gramos, y alcohol, 20 gramos. Es muy útil para aquellas personas que viven en climas muy fríos y que deben salir a esa hora en que la escarcha hace peligrosas las calles.

—Para que un vaso o un recipiente de cristal cualquiera no se rompa al echarle un líquido caliente, basta ponerle adentro una cucharilla, que, si es de plata, lo inmunizará por completo.

—Para evitar que los tubos de las lámparas de parafina se rompan al encenderlas, basta ponerles en la parte alta una horquilla atravesada que absorberá el calor y evitará cualquier accidente.

Aventuras de Bonzo

Noticiario femenino

Mercedes Pinto se embarca en pocos días más con destino a Méjico. Ha residido durante tres años entre nosotros, desarrollando una intensa labor de conferenciante, colaborando en los principales rotativos y dando a luz dos novelas, a más de estrenar una obra teatral. Alerta, revolucionaria, fácil la palabra, ágil la pluma, con una vida de lucha y de tesón, su ausencia se nos hará pesada de añoranzas y de recuerdos.

De regreso de su viaje por América, **Concha Espina** se apresta para publicar en Madrid sus impresiones del continente. Cabe recordar que la escritora española inició su carrera literaria en Chile, bajo la sugerencia de don Miguel Angel Jara, colaborando en un semanario que se publicaba en Valparaíso. Ella no olvida esta estada entre nosotros y está siempre con oído atento a cuánta noticia le llega de estos lados.

Muy celebrada la actuación de **Lyla de Riva** en los conciertos sinfónicos, ya que su maravillosa escuela y su hermoso timbre de voz prestan enorme interés a los trozos que interpreta.

Se marcha también **Pituca de Foronda Pinto**, la recitadora que en sus diferentes presentaciones ha sido tan aplaudida y que tantas simpatías ha sabido conquistar.

Mercedes Pinto

Desde hace algún tiempo están apareciendo en diferentes revistas chilenas cuentos firmados por **Ketmis**, seudónimo que corresponde a una muchachita muy joven que cada vez afianza más su personalidad dentro de la especialización a que se dedica. Intriga, facilidad de diálogo, estilo fácil, todo en ella se aúna para hacer esperar que en lo futuro sea el cuentista magazinesco y apasionante que no tenemos.

La Argentinita y Marta Brunet

Próximamente se lanzará en Chile una edición de la novela de **María Luisa Bombal**, "La Ultima Niebla", aparecida este invierno en Buenos Aires y agotada rápidamente, tanto que ni un solo ejemplar llegará a librería nuestra. Exito de venta que correspondía al éxito de crítica.

Concepción Ríos, la periodista argentina que nos visita, anuncia para una fecha cercana un recital de sus propias poesías y de poesías de las mujeres jóvenes de su patria. La hemos oído en una audición privada y le auguramos un gran triunfo en esta actividad en que otras compatriotas suyas tanto se distinguen.

Filomena Salas, secretaria de la Facultad de Bellas Artes, es a la vez directora de la Revista de Arte, excelente mensuario que se destaca por la calidad de sus informaciones referentes a su especialización, no sólo entre nosotros, sino que en el mundo entero.

Juana de Ibarbourou anuncia la publicación de un nuevo libro de versos dedicados a los niños, uno entre los varios que su Gobierno le encargara para texto

Juana Ibarbourou

de lectura en las escuelas primarias del Uruguay.

Palma Guillén, la primera mujer en América que tiene un cargo diplomático, representando a Méjico como ministro en Colombia, está siendo objeto de grandes demostraciones de afecto entre los elementos intelectuales y educacionales de Bogotá.

La Argentinita visita "Familia" donde una copa de champaña le fuera ofrecida por el personal superior de la revista. Un momento encantador para nosotros fué la charla viva, llena de sugerencias, de la artista que a través de sus creaciones nos ha dado toda la España pintoresca de los bailes regionales.

CAMERAMAN.

Concha Espina

La señora y la cocina

COMIDA ITALIANA

Como la española, se la tilda de pesada y se dice que en ella hay demasiado aliño, demasiada pasta y demasiado queso. Pero al tener cada uno al frente un buen plato de tallarines, de niochis, de macarronis, de raviolis, de tanta especialización que nos viene de Italia, hasta los más enemigos arrian bandera y se dan al placer de saborear esa cocina, un poco suculenta, es verdad, pero que, si está bien preparada, es simplemente exquisita.

Desde luego, es una cocina complicada, que requiere paciencia y mano experta. Porque muchas veces vemos a una señora quejarse amargada porque le hicieron mal los tallarines que comió la noche anterior. Desde luego, habría que decirle que no es cosa de comerse una montaña de tallarines, charlando un rato de sobremesa y luego irse a la cama. Y que tampoco hay que hacer los tallarines comprados en el despacho de la esquina, al granel, ni usar una salsa de tomate mal preparada, ni un queso que puede venir de cualquier parte, menos de Parma. La cocina italiana requiere elementos de primer orden y que las pastas sean frescas, si es posible hechas en la propia casa. Esto, a más — como antes lo dijimos — de una mano maestra para la realización de cada plato.

Preparada con todas las reglas que requiere, aunque se sirva a la hora en que el estómago ha de mantenerse liviano, o sea, en la comida, los platos italianos pueden presentarse con la absoluta convicción de que a nadie — en buen estado de salud, por cierto — han de caerle pesados. Y que todos han de saborearlos como deliciosos.

La Hermanita Hormiga.

DOS MANERAS DE PREPARAR LOS CANELONIS

Canelonis a la rosini

Para hacer la pasta de los canelonis se toma una cantidad de harina que se pone sobre la tabla de amasar, se le hace un hoyo en el centro y se le echa un poco de salmuera y una clara de huevo, se trabaja bien esta pasta, se pasa por el rodillo y se estira hasta dejarla delgada.

Hecho esto se corta la pasta en tiras largas que tengan unos siete centímetros de ancho y se echan por cinco minutos en agua que esté hirviendo a borbotones, se sacan con mucho tino para que no se rompan y se ponen sobre un mármol a escurrir.

Se tendrá hecho un picadillo de jamón y tocino, hígado asado de gallina, carne asada y sesos cocidos, se revuelve y se fríe con cebolla muy fina, sal, tomillo y laurel en polvo. Hay que esperar que la cebolla esté fría para echar el picadillo en la sartén. Se le da entonces unas vueltas y se le añade una copa de Jerez. Se vierte todo en el mortero y se machaca hasta que forme una pasta que después se pasa por el prensa-puré.

Se toman entonces los canelonis, que estarán fríos, y se rellenan con esta pasta, dejándolos como de un dedo de grueso.

Se tendrá preparada una bechamel espesa a la que se le añade una yema batida. Se colocan los canelonis rellenos — hay que cuidar de que todos queden del mismo tamaño — en una budinera honda, se les echa una capa de bechamel y se espolvorean de queso parmesano rallado, se pone otra capa de canelonis y otra de bechamel con queso, siguiendo en esta forma alternada hasta que todos estén en la budinera. Se espolvorea entonces con una última capa gruesa de queso, se le ponen aquí y allá unos montoncitos de mantequilla y se entran a horno suave. Al ir a servirlos se les pone encima una capa de salsa de tomate muy fina.

Quedan deliciosos.

CANELONIS A LA ROMANA

Para hacer el relleno se necesita gallina asada, el hígado también asado y perdiz en escabeche. Se limpian las carnes de huesos y pieles y se pican muy finas, agregándoles todo el jugo de la perdiz escabechada y se procede a rellenar los canelonis, ya sea preparando la pasta en la forma indicada o comprando los canelonis que se venden en paquetes en los almacenes. Si son de esta última procedencia, hay que ponerlos a cocer en agua hirviendo, dejando después que escurran.

PARA LAS NOCHES DE FRIO, UN BUEN PONCHE CALIENTE

Ponche inglés.

En una tetera grande se deja en infusión, por media hora, sesenta gramos de té verde, más las cáscaras de dos limones con un cuarto de litro de agua hirviendo a borbotones y un terrón de azúcar.

En una cacerola se pone un cuarto de kilo de azúcar molida y el jugo de dos limones colados, removiendo bien hasta que el azúcar esté perfectamente disuelta. Se le echa entonces un vaso grande de ron y el té colado de la tetera, calentándolo todo a fuego suave, sin que llegue a hervir. Se vierte en la ponchera, se le agrega otro vaso de ron y se le allega un fósforo, dejándolo que arda y se apague para servirlo muy caliente.

Una vez rellenos se colocan en una gran budinera, con salsa de bechamel y queso rallado, más un poquito de mantequilla que se le pone a cada uno encima. Deben quedar en una sola capa. Se entran al horno y se espera que doren para servirlos muy calientes.

Un pudding de macarroni es un alimento nutritivo que se puede dar a los niños.

Las pastas serán siempre hechas en la casa para mayor seguridad de ser frescos los materiales en ellas empleados.

de espárragos, porotos granados, todo esto sancochado y tallarines o macarrones, pero no en gran cantidad. Se deja que cueza todo hasta que esté a punto. Al ir a servir se le agrega una yema cruda, batida con una

DOS FORMAS DE HACER LOS MACARRONIS

Macarrones en leche

Se cuecen en leche los macarronis, se apartan después de cocidos y se dejan escurrir.

Al ir a servirlos se toma por cada libra de macarronis cuatro yemas de huevo que se baten muy bien y se colocan en una cacerola con mantequilla a fuego muy suave, poniendo mantequilla y yemas al mismo tiempo. Se agregan los macarronis bien secos, se espolvorean con queso rallado y se dejan a fuego muy suave un ratito, antes de servirlos.

Macarronis con coliflor

Se cuece una coliflor no muy grande, en agua con sal, más un trozo de pan francés añejo, para que no dé mal olor.

Se cuecen al propio tiempo los macarronis, debiendo el agua hervir a borbotones en el momento de echarlos.

Se fríe en una cacerola una cucharada de harina en una cucharada de mantequilla, antes que la harina se ponga demasiado dorada se le añade una taza de leche, dejando que hierva un ratito para agregarle entonces queso rallado, sal, pimienta blanca y nuez moscada todo triturado y en polvo; se retira y se pone al rescoldo, de manera que, sin hervir, esté siempre caliente.

Un rato antes de servir se enmantequilla una fuente redonda que se pueda llevar a la mesa y en ella se echan los macarronis escurridos, pero muy calientes — debe prepararse un ratito antes de la comida para que así esté todo recién hecho — se le pone encima la coliflor cortada en cogollos, se le vierte la salsa, se espolvorea con queso, se le pone unos grumos de mantequilla que se colocan aquí y allá y se entra al horno para que tome un bonito color dorado. Entonces se lleva a la mesa.

DOS RECETAS PARA COCINAR LA MENESTRA

Menestra a la italiana

En una onza de manteca se derrite una onza de tocino, cortado en pedacitos. Cuando está derretido se dora en la manteca media libra de cebollitas reina enharinadas, un diente de ajo, yerba-buena, perejil y unas ramitas de apio. Cuando está todo frito se le añade una cucharada de harina, se le echa hirviendo agua, sal y especias, tapándolo para que cueza a fuego lento. Cinco minutos después se le pone fondos de alcachofas, puntas

Cuando se vayan a preparar las milanesas, debe principiarse por buscar un trozo de carne que se limpiará de nervios y de grasa.

media cucharada de agua y en la sopera se pican a la larga dos huevos duros.

Aparte se ofrecerá queso rallado para que cada cual se sirva a su gusto.

das y pasadas por el cedazo juntas, ambas cosas—, hasta que se forme una pasta muy consistente.

Se aparta entonces del fuego la cacerola y sin dejar de remo-

Manera de cortar las pastas para la sopa.

Los canelons se preparan en la misma forma que una masa fina con harina, salmuera y clara de huevo.

UN MODO DE GUISAR LOS NIOCHI

Niochi a la romana

En una cacerola se pone un litro de leche y cuando hierva se le va echando sin parar de removerla, ciento cincuenta gramos de sémola y cincuenta gramos de harina flor — mezclar la pasta, se la va añadiendo cien gramos de mantequilla muy fresca, un gramo de nuez moscada rallada, cincuenta gramos de queso parmesano rallado y tres huevos batidos. Cuando la masa esté algo fría se le pone la sal necesaria y se sigue trabajando al rescoldo.

Al estar la pasta perfectamente ligada se pone sobre la mesa de amasar y se extiende con el rodillo, dejándola de un dedo de grueso. Estando perfectamente fría se corta en pequeñas rodelas con la ayuda de un molde o de un vasito de licor, poniéndolas todas en una fuente enmantequillada que resista al horno. Se les echa a cada uno un poquito de mantequilla, se espolvorea con queso rallado y se entran al horno para servirlas muy calientes.

Spaghetti en molde, con salsa bechamel y queso.

Debe esperarse que el agua hierva a borbotones para echar dentro las pastas.

AMOR QUE REDIME

(Continuación de la pág. 17.)

y en unos crímenes en el norte. La dificultad hasta entonces había estribado en que no tenían pruebas contra él; pero en cuanto lo encontraron con la pistola al lado y dos billetes de diez dólares, lo arrestaron. Y el otro hombre de la estación de servicio, que había estado de turno en el día, recordaba uno de los billetes porque tenía rota la punta. Slim, no recordaba haberse fijado en ese detalle. De eso estaba tan seguro, como que ahora se encontraba sentado en un autobús.

No había objeto de que fuera a la estación de policía a decirles que él, y no Merkowsky, era quien había dado muerte a Snyder. La policía no habría comprendido que él hubiera tomado la pistola para ir a amedrentar al hombre de la estación de servicio. Lo habrían hecho ahorcar, seguro como que hay Dios. De todas maneras, era una suerte que hubiera sido Slim y no Merkowsky, el que fué a la estación de servicio esa noche.

Merkowsky tendría que sentarse en el banquillo de los acusados; pero probablemente saldría libre. Los criminales como él, tienen dinero que los respaldan y abogados criminalistas que vuelven tontos a los jurados. Solamente había evidencias circunstanciales contra él, y con ellas no iban a colgar a un hombre.

De todas maneras, Merkowsky no era inocente. Si ellos lo... — Slim quería decir que si ellos lo encontraban culpable — tendría bien merecido el castigo por sus crímenes anteriores. Los diarios decían que se trataba de un caso claro, que estaba convicto del asesinato, lo que quería decir que iba suceder lo peor; pero uno no puede creer en todo lo que dicen los diarios.

Slim había esperado dos o tres semanas, y entonces le había dicho al cuidador del bar de Tony que tenía una ocupación en el sur. Era una ocurrencia ingeniosa, porque nadie podría decir que trataba de escaparse. Pero detestaba tener que pasar frente a la estación de servicio. Y nadie lo miró cuando compró su boleto y subió al autobús. Había gastado hasta el último centavo de los ochenta dólares; pero ahora estaba seguro en el autobús.

Cuando llegara muy lejos en el sur — había comprado boleto para Columbia, Carolina del Sur — se bajaría y encontraría trabajo. La gente de esa región es muy hospitalaria, y no tendría que temer si no encontraba trabajo inmediatamente.

En el pueblecito de Hallsboro subió al coche una muchacha que llevaba una bolsa, una caja de sombreros y tres libros bajo el brazo.

Ella se sentó frente a frente de Slim. Tenía ojos azules, y cabello de igual color que las pilas de heno que se veían por el camino. Llevaba un sombrerito blanco muy simpático y blusa de igual color. Pensó Slim que había visto muchachas más bonitas que ella; pero, después de todo, siempre las había visto en el cine, y es cosa sabida que los cameraman las arreglan especialmente para que se vean mejor.

Lo miró una vez, y no sonrió. El hubiera deseado verla sonreír cuando lo miró por segunda vez; pero al mismo tiempo sintió temor de que lo hiciera. No, ella no parecía de esas muchachas a las que se le puede hacer señas a la primera mirada; no quería tampoco que ella pensara que era un fresco.

Pero luego ella volvió a mirar, y como él sostuviera la mirada, ella sonrió un poquito. Y poco más tarde, cuando ella miró con insistencia hacia afuera, él hizo como que también le llamaba la atención alguna cosa, y miró en la misma dirección... Se trataba de un auto que había caído al borde del camino. En cuanto sus ojos volvieron a encontrarse, Slim se atrevió a dirigirle la palabra:

Parece que no hay ningún herido.

Ella le contestó al momento, y él se felicitó de haber tenido el valor de hablarle. Tenía la voz muy dulce...

—No, no he visto a nadie en el coche. Hay muchos accidentes automovilísticos aquí. Como el camino es derecho, la gente cree que puede correr todo lo quiera.

—Es una temeridad la manera de manejar de algunos. — Slim se sentó otra vez; pero ahora más cerca de ella. —Es una gran cosa que no haya heridos. Y lo peor es que los muchachos han tomado la costumbre de mezclar la gasolina con el whisky, y así no se puede manejar.

La muchacha sonrió con la ocurrencia de él.

—Parece que este bus va bastante ligero...

—Ochenta kilómetros... Yo los prefiero a los trenes. No entran trocitos de carbón a los ojos, y luego, es más fácil conocer a los viajeros...

—Yo siempre uso también los autobúses cuando voy de vacaciones a mi casa.

—¿Entonces ahora va de vacaciones?...

—¿Cómo lo adivinó? — dijo la muchacha riendo. Usted debe ser detective.

—Tal vez... — Ella solamente se bromeaba; pero él puso la cara seria como si realmente fuera un detective. —Deduzco que Ud. va a su casa a pasar las vacaciones del Día de Gracias. Y permítame ver..., ¿en qué trabaja Ud.? Es estenógrafa...

—No.

—Tal vez trabaje en un almacén...; pero en Hallsboro no hay muchos almacenes... Me rindo.

—Entonces no es un buen detective...

—No, pero soy uno a quien vienen persiguiendo los detectives...

Ella se rió con el chiste. No sabía que sí... ¡por Dios! Casi se había olvidado de aquello...

—Bueno — dijo la muchacha — tendré que decírselo. Soy profesora...

—¿Sí? Debe necesitarse muy buena educación para ser profesora...

—No mucha para enseñar en una escuela de campo. Estudié humanidades y dos años de escuela normal.

—¡Caramba! Yo solamente fuí a la escuela primaria, y luego tuve que trabajar. Por eso cometo tantos errores al escribir...

—No hay motivo... Usted se expresa bastante bien para haber asistido solamente a escuelas primarias. Es una lástima que no haya podido seguir. Pero los muchachos emprendedores no necesitan mayor educación para salir adelante...

—Bueno... No he hecho mucho todavía; pero espero hacer la prueba... ¿Hasta dónde va usted?

—A Sumter. Vivo allí.

—Nunca he estado en Sumter. Solamente he llegado hasta Florence... Veo que le gusta leer...

—¡Oh, me encanta!...

Siguieron conversando sobre libros, es decir hablando ella, porque Slim sólo había leído "El final del río", por James Oliver Curwood...

—¿Tiene novio? No veo anillo en su dedo...

—No. Tengo un muchacho amigo...: pero sólo somos amigos. Nunca he estado comprometida, ni tampoco me he enamorado.

—Mucho me alegra de que no lo esté. Pero en su interior se decía: No hace gracia conversar con muchachas que están enamoradas y pasan pensando en otro.

La muchacha se ruborizó un poco. Estaba preciosa, y parecía que podían leerse sus pensamientos en esos grandes ojos azules... Se rieron, aunque Slim no sabía por qué. Lo único que sabía era que se sentía más feliz que en ningún momento anterior de su vida. Tomó uno de los libros que llevaba ella.

—¡Caramba! ¡Le gusta leer poesías! Me encantaría que me leyera una...

—¿Verdad que le gustaría? — preguntó ella, con una sonrisa encantadora.

—Sí. No he oído poesías en mucho tiempo y... quisiera oír una, leída con su voz tan dulce...

—Le leeré "El naufragio del "Hesperus". Pero acérquese más, pues no quiero llamar la atención de los pasajeros.

Eso era muy propio de ella, no llamar la tención. Algunas muchachas no piensan más que en atraer la atención de los demás. Buen Dios, él no había encontrado nunca una muchacha como ésta. Pero cuando se acercó más a ella, tuvo buen cuidado de no hacerlo demasiado, pues por nada del mundo quería que ella pudiera creer que trataba de ser atrevido. Sentía el dulce roce del hombro de ella sobre su brazo.

Era el schooner "Hesperus",
que salió al bravío mar...

¡Gran Dios! ¡Qué poema más precioso! ¡Esa pobre niña, dejada en un barco, muriéndose de frío, con el padre muerto al lado! ¡Qué hermoso! ¡Y qué bien leía ella! Luego deseó que le leyera otro poema, y la muchacha leyó uno llamado "El herrero de la aldea". Bueno, todas las herrerías se transforman en garages... o estaciones de servicio. Pero él no había querido matar a Snyder. Fué sólo un accidente. Y Merkowsky saldría libre, seguramente...

—¿Sabe que hasta ahora no nos hemos dicho nuestros nombres?

—Me llamo Elsie White.

—¡Caramba! ¡Qué nombre más bonito! El mío es Clarence Mc-Gee; pero todos me llaman Slim. Me gustaría que Ud. me llamara Clarence... Hace mucho tiempo que no me llaman así.

Iba a decirle que le parecía que la conocía de toda la vida; pero no era verdad, y él no quería decirle ninguna cosa que no fuera verdad. Pero, ¡oh, Dios mío! ¡Qué contento de haberla conocido!, contento — y amedrentado... ¡No, no estaba amedrentado! No tenía por qué estarlo.

Luego hablaron de cine, de actores y de actrices. A ambos les agradaba "Madame Butterfly", una muchacha cuyo amante ha partido y canta: "La luna y yo sabemos que será fiel..."

Es maravilloso ser fiel a alguien que se ama...

No tenía dinero para ofrecer a Elsie algo que comer, y estaba terriblemente preocupado. El no tenía ni pizca de apetito; pero, ¡cómo hubiera deseado tener un par de dólares para ofrecerle una buena comida! Ya eran las seis, y se estaba obscureciendo...

Iba a decirle que no tenía dinero; pero no alcanzó a hacerlo porque ella le pidió que le pasara la caja de sombreros. Ahí había un sombrero, y también un paquete.

—Le ruego que me ayude a comer esto — le dijo ella—. Es mucho más de lo que acostumbro comer yo.

—No tengo apetito..., y usted...

Pero ella abrió el paquete y le pasó algunas cosas que él recibió y comió.

Pronto obscureció completamente, y pudieron ver las estrellas a través de los vidrios. Entonces ella le habló de cosas maravillosas sobre las estrellas; que están a gran distancia, y que su luz demora años y años en llegar a la tierra, a pesar de su velocidad que, según dijo ella, es de ciento ochenta mil millas por segundo. Slim nunca había hablado con una persona que supiera tantas cosas interesantes. Bueno, cuando consiguiera el empleo, se pondría a estudiar. Leería muchos libros. Y vendría a ver a Elsie, y entonces...

En ese momento el autobús llegaba a Marion, y el chauffeur se bajó para comprar el boleto que le daba derecho a cruzar el puente de Peedee. Elsie aprovechó para hablar con la señora de la oficina, a quien conocía.

—¿Cómo está, Mrs. Wilson?

—¡Oh, Elsie! No la había visto... ¿Va a su casa?

—Sí, voy a casa. Pero, Mrs. Wilson, ¿por qué está trabajando a esta hora? ¿Y Mr. Wilson?

La anciana bajó la cabeza, y sólo contestó después de un momento.

—Elsie, ¿no sabe entonces?

—¡No!

—¡Murió hace quince días!

—¡Oh, Mrs. Wilson..., cuánto lo siento!...

Y antes que pudieran seguir conversando, el autobús siguió su camino. Slim no pudo hablar un buen rato. No encontraba cosas bonitas que decirle. Veía una lágrima en cada uno de esos grandes ojos, y sentía algo tan hondo, tan profundo, que no creía que nadie sería capaz de expresar sentimientos de esa clase, a menos que fuera un Longfellow...

Después de un largo silencio, Elsie volvió la cabeza. Ya las lágrimas habían desaparecido de sus ojos, y estaba sonriente.

—Era muy simpático Mr. Wilson. ¡Es tan triste morir joven!

Cierto, pensaba Slim, es triste morir joven...

—En cambio es maravilloso vivir... ¡y ser joven! — continuó ella, suspirando y mirando las estrellas.

—Maravilloso — contestó él.

Y entonces, repentinamente, ella volvió su rostro hacia él, y él se inclinó y la besó en los labios.

No supo de dónde sacó valor para hacerlo, y quizá los pasajeros de atrás lo estaban mirando. Pero lo hizo. La besó y sintió los labios de ella que le devolvían el beso. Y entonces pudo comprender qué era lo que sentía en su corazón.

Se besaron solamente una vez. Luego se tomaron de las manos, sin decir una palabra, ni una sola palabra...

Pronto iban a llegar a Florence; faltaban unas dos o tres millas.

—¡Elsie!

—¿Sí, Clarence? Ya se veían las luces de Florence.

—Necesito decirte algo. Quizás no me creas..., tal vez creas que es la frescura mayor que has oído en labios de un muchacho...; pero tengo que decírtelo de todas maneras, Elsie. No comprendes... Tengo que hacerlo.

—Tal vez comprenda. Puedes decírmelo. No creeré que es una frescura...

—Te quiero... ¡Oh, siempre te querré, toda mi vida! Te quiero más de lo pue pueda llegar a quererte ningún otro hombre...

—Me encanta que lo me digas, Clarence — contestó ella, después de un silencio—. Tú también me gustas. Me gustas mucho. Quiero que vengas a verme a Hallsboro, y a Sumter también, si puedes. Y entonces veremos.

—¿Quieres besarme una vez más?

Elsie sonrió y asintió con la cabeza. Y sin volverse para ver si miraban los otros pasajeros, levantó la cara, y le ofreció la boca. Oh! ¡Ese beso sí que fué dulce!

El autobús ya corría por el pueblo de Florence y se acercaba a la estación.

—¡Elsie!

—¿Qué quieres?

—Tengo que pedirte un favor. Siento tanta vergüenza de hacerlo; pero es necesario. No tengo dinero, y tengo que ha-

cer en Florence. ¿Quieres darme... cincuenta centavos?

Elsie lo miró, extrañada.

—¡Oh! ¿Crees que te los pediría si no tuviera que hacerlo?

Apenas podía hablar y los ojos se llenaban de lágrimas.

—Elsie, te digo que "tengo" que hacerlo... al momento..., en Florence. Si no te quisiera tanto, "eso" no sería necesario; pero te quiero y te querré siempre. Si no lo hago ahora, después será tarde y nunca ya podré hacerlo.

La muchacha comenzó a abrir su portamonedas; pero le temblaban tanto los dedos, que no podía hacerlo.

—Apúrate Elsie — murmuró Slim, ansioso—; apúrate o será tarde.

Ella le dió una moneda y él, levantándose bajó del coche y se dirigió a la estación, que tenía un letrero: Western Unión", y pidió formulario para telegrama.

Entonces tomó uno y lo escribió temblándole las manos. Lo dirigió al jefe de policía de Norfolk, Virginia. Y decía así:

"Merkowsky inocente. Yo maté Snyder. Espero terminal Florence".

Eran ocho palabras, y como el pago le permitía poner diez, agregó "su atento" y firmó: Clarence Mc-Gee.

Le entregó el mensaje al operador y luego se ocultó en el tollette para caballeros hasta que el autobús se alejó de la estación. Sí, se ocultó allí; pero sabiendo que ya no necesitaría ocultarse más, que nada podría ya molestarlo a hacerle tener miedo...

CUANDO EL NENE NO SE ENCUENTRA BIEN

(Continuación de la pág. 15)

tiene que tener una toalla caliente, tapándola mientras que lo desnudan y lo jabonan, y hay que tener cuidado de taparlo bien al momento de sacarlo del agua. El cuerpo en el baño, tiene que estar completamente tapado con el agua.

Un cambio de postura, pasearlo un poco, todos estos pequeños cuidados ayudarán a aliviarle el mal y descansarle sus nervios enfermos; y es bien sabido que en un enfermo la mitad de la enfermedad son los nervios. Se le podrá pasear, si su estado lo exige, levantándolo con colchón y todo, para que así no se mueva el cuerpo; pero, en general, el contacto del cuerpo de la madre suele ser un alivio para el del nene.

Las horas de comida deben ser muy bien reguladas, y hay que tener cuidado que, al recibir el alimento, el nene no tenga que desgastar en ningún momento sus fuerzas vitales. Así, será oportuno exprimirle la leche directamente a la boca, o bien juntar leche exprimida y dársela en cucharaditas.

No hay guagua que, por pequeña que sea, no se sienta afectada por el estado de ánimo de los que la rodean. La madre debe cuidar de que la atmósfera que tiene el nene a su alrededor sea impregnada de calma, y de buen humor. Ella debe esforzarse en inculcarle la salud hasta con el pensamiento, acordándose que el cuerpo tiene una resistencia maravillosa y que la naturaleza combate a toda hora del día la enfermedad.

De la madre depende el quitar del camino las molestias: aire malo, las posturas incómodas y molestas, los poros del cuerpo tapados con la transpiración, los conductos nasales obstruídos, hinchazones del estómago debidas a los gases, fijándose en todo esto y evitando estas molestias, ella ayudará a la naturaleza a ganar la batalla contra la enfermedad.

También tiene que cuidarse ella misma, pues las enfermeras necesitan mucha sangre fría y tienen que tener buena cabeza, con mayor razón cuando el enfermo es su propio hijo. Poniendo atención y cuidado de su parte, puede confiar de que la guagua empezará luego a mejorarse.

NO ME PROMETAS NADA

(Continuación de la pág. 9).

sea responsable del final de nuestra futura felicidad. Si dejamos la plata donde está, nos podremos casar en primavera, si no, ¿hasta cuándo tendremos que aplazar nuestro matrimonio?

Derek contestó, bruscamente:

—Tú no comprendes, pues tú no tienes sangre de jugadora. Nunca me ha pasado lo de esta noche. Cuántas veces me he ido a casa, sintiendo que nada sacaría en limpio con quedarme. Hoy es distinto. Sé que ganaré y tienes que ayudarme, Sylvia, corazón querido, tú no puedes comprenderme, pues para ello tendrías que sentir lo que yo siento.

—A pesar de no sentirlo, te comprendo — contestó Sylvia, muy despacio.

Derek se volvió hacia ella con impaciencia:

—Sylvia, eso no es verdad.

—¿Por qué crees tú que te quiero, entonces? Al no comprenderte, no podría quererte.

—¿Supongo que me dirás que también tienes confianza en mí? — siguió Derek, irónicamente.

—En todo, menos en cuestiones de juego — dijo Sylvia—. Esto no es más que una locura, Derek, y una locura que te puede acarrear mucho mal.

—Tú crees que es una locura, y yo sé que no lo es. ¿Por qué has de salir tú con la tuya?

Sin levantar la vista, y con voz apenas perceptible, Sylvia contestó:

—¡Lo mismo digo yo, Derek! ¿Por qué quieres salirte con la tuya?

—Se está haciendo tarde, y estoy perdiendo tiempo que puede ser precioso. Sylvia, si tú no me haces el cheque, iré a otra parte. Hay gente que me podrá ayudar.

—Y quien te comprende mejor que yo, ¿no es verdad? — dijo ella.

Derek la miró con firmeza:

—Creo que sí.

Los ojos azules de Sylvia miraban el humo de su cigarrillo.

—Está bien, entonces, Derek — dijo.

—¿Supongo que esto quiere decir que no?

—Derek — dijo la muchacha con un dejo de cansancio en la voz —, si tú me lo exiges, yo no te puedo negar, pues el dinero es tanto tuyo como mío. Pero, si me lo pides como a un socio — que te lo entregue de buena voluntad, creyendo en el provecho que se puede sacar de ello, entonces no te lo puedo dar.

Sus lindos ojos esperaban una contestación. Entonces, acercándose y abrazándolo, colocó su cabeza dorada en el hombro de él.

—Derek, amor mío, no hagas eso; acuérdate de abril, de la felicidad que nos espera. La felicidad es algo tanto más grande que cualquiera fortuna. Te amo tanto; no podría soportar que nos pasara algo ahora.

Derek respondió a su abrazo, y, levantando la cabeza, volvió a besarla.

—Bueno, Sylvia — dijo —. No lo haré. Ni siquiera..., ni siquiera iré cerca de aquel lugar. Te lo pro...

La manita de ella le tapó la boca con un gesto apurado y tierno.

—No — dijo—, no me prometas nada. Esto sería aún peor para mí.

—¿Qué quieres decir? — le preguntó él.

—Nada — dijo ella, dándose vuelta y dirigiéndose a su dormitorio—. Buenas noches, Derek.

El no insistió, y recogiendo

su sombrero, salió del pequeño departamento.

Vagó por las calles vacías y húmedas, sin cuidar de la neblina. Al llegar a la puerta de su departamento, le pareció absurdo entrar para acostarse a tan temprana hora. Siguió caminando sin rumbo. Dió una vuelta a la manzana. Luego enderezó los pasos y se encaminó hacia el club de White.

Al llegar a la puerta del club, pensó un rato, y luego, encogiéndose de hombros, entró. El ruido de las voces y el tintineo de las copas llegó a sus oídos. Divisó las mesas, y se dió cuenta de que no podría dejar de jugar. Haría un cheque por mil dólares, le diría a White que se lo cambiara, y luego, en poco rato lo recuperaría de nuevo.

El cajero le dijo que Mr. White estaba en su oficina, y le abrió la puerta para que el joven pasara.

—¿Es usted, Derek? — dijo White, alegremente—. Tenía seguridad de que volvería. La casa no está completa sin Ud— Al decir esto, empujó un sobre hacia el joven. La carta cayó al suelo, y Derek se agachó para recogerla.

—Perdone — dijo White, y al ver que Derek se la estaba pasando de nuevo, agregó: —Si es para Ud. ¿Acaso no le dijeron en la sala que había una carta para Ud. en mi oficina?

—No me han dicho nada — contestó Derek. Jugaba nerviosamente con el sobre, pensando cómo podría empezar a pedirle plata a White. De repente, la letra sobre la carta le llamó la atención. Era de Sylvia. Rasgó el sobre. Miró el cheque que venía adentro. La notita que lo acompañaba era muy corta. Decía:

—"Si tienes que jugar, supongo que no habrá remedio para ello. Te mando esto con un mensajero. Amor mío, convéncete de que yo te comprendo mejor que nadie. ¡Además, te quiero tanto!"

Al alzar sus ojos, Derek se encontró con la mirada amistosa de White. Este último le preguntó:

—¿Qué es lo que venía a decirme, Derek?

Y, de un repente, Derek se sintió libre para siempre de la opresión que sentía en aquella casa. Dijo, alegremente:

—He venido, amigo mío, para que Ud. me felicitara. Me voy a casar en abril, con la única muchacha en el mundo que me comprende hasta en el fondo. ¿Qué le parece? ¿Quiere hacerme el favor de facilitarme su teléfono? La voy a llamar; así Ud. podrá hablar personalmente con ella y agradecerle el haberlo librado de que yo hiciera saltar la banca aquí esta noche.

Con estas palabras, mientras que White le pasaba el teléfono, Derek hizo pedazos el cheque.

¿CAERA LA LUNA SOBRE LA TIERRA ?

(Continuación de la pág. 17.)

nas; pero, en realidad, es sumamente corto de acuerdo con la eternidad. Es imposible al presente poder predecir el momento preciso en que nuestro satélite se acercará otra vez a la tierra. Año tras año se acortarán los meses y se alargarán los días, hasta que llegue una época en que el día tendrá la duración de un mes, y el mes sea tan corto como el día. Esa será la época para la reunión entre la tierra y su vagabunda hija.

Algunos sabios alemanes no aceptan la teoría de que la luna formó parte alguna vez de la tierra. Creen que se trata de un planeta cautivo que en cierto tiempo tuvo su propio curso, hasta que algún accidente uraniano la empujó demasiado cerca del globo terrestre y fué capturada por la fuerza de gravedad. Esa captura de la luna produjo las catástrofes, según ellos; mientras otros sabios las atribuyen a su expulsión de la tierra. En toda forma, parece que la luna es la mayor responsable de las convulsiones de nuestro planeta. Muchos hombres de ciencia están de acuerdo con Poincaré y Darwin, quienes aseguran que la luna formó parte de la tierra, aunque tienen diferentes teorías para explicar su expulsión.

Hay una teoría, generalmente aceptada, de que algunos tres mil millones de años atrás, nuestro sol vagaba solitario por todo el universo. Entonces algún gigantesco astro, una estrella colosal, cruzó la órbita del sol, ejercitando una poderosa e irresistible atracción sobre él. El astro rey siguió su camino; pero con la gran conmoción, se levantaron titánicas mareas de materias incandescentes y "geyseres" de gas de millones de millas de altura. El gas se condensó en grandes masas de fuego, y estas masas se transformaron en planetas y satélites.

Los planetas y satélites comenzaron a girar alrededor del sol, siendo el más rápido en girar nuestro planeta. Entonces el año tenía 1800 días en vez de 365. El nuevo planeta era una masa de gas que iba enfriándose poco a poco, y a medida que se enfriaba, iba encogiéndose, siendo esa la causa de que girara con más velocidad sobre su eje. Como resultado de eso, se hizo más ancha en el ecuador y alargada en los polos. Un día, debido a algún accidente cósmico, se rompió el sistema y de allí nació la luna.

En cuanto la luna se desprendió de su madre-tierra, comenzó a girar muy cerca de ella; pero debido a las mareas solares, se retiró un poco, y como el sol se metiera entre las dos, la luna se retiró más de su madre; pero otras fuerzas la harán acercarse nuevamente a la tierra.

La fuerza de gravedad de la luna motiva las altas y bajas mareas. Levanta las aguas de los océanos en un término medio de tres y medio pies; la corteza terrestre también se levanta y baja dos veces al día, y todas las ciudades del mundo crecen dieciocho pulgadas en el día, para luego volver a bajar con la corteza terrestre.

En treinta y cinco millones de años, la luna parecerá veinticinco veces más grande que el sol. Ese día, las montañas lunares se caerán; habrá grandes avalanchas. En la tierra se abrirán hoyos que tragarán ciudades enteras. Terribles terremotos conmoverán el planeta.

Es fácil imaginarse el terror de la especie humana. Los astrónomos de esa época habrán ya anunciado el fin, un milenio antes. La raza humana se habrá retirado miles de años antes de las tierras bajas, yendo a vivir a las Montañas Rocallosas, al Himalaya, y a todos los sitios altos que los preserven de la subida de las aguas.

A medida que el momento de la catástrofe lunar se vaya acercando a la tierra, los hombres tendrán que buscar refugio en inmensos subterráneos bajo los polos, donde se albergarán cientos de miles de almas. Las montañas lunares explotarán lanzando sus fragmentos sobre los aterrorizados hombres. Las rocas y meteoros caerán sobre la tierra con terribles estampidos, enterrándose profundamente y calentando los campos vecinos con miles de grados. Arderán los bosques. Hervirán los océanos. Y llegará el fin de todo cuando la luna se deshaga a veinte mil millas de distancia de la tierra.

Entonces el bombardeo será más terrible, y el calor engendrado por la colisión de los fragmentos con la tierra será tal, que nada podrá sobrevivir a él.

¿Qué significa todo esto para nosotros? El gran físico inglés Sir Oliver Lodge cree saber la respuesta: "Nosotros somos tan inmortales como los planetas — dice—. Es espantoso pensar que nos encontraremos presentes

cuando sucedan esas cosas; pero estaremos en alguna parte y nos libraremos de la catástrofe, porque el hombre no abandona nunca la existencia. Después de todo, esos millones de años no son más que un átomo en el océano de la eternidad".

Otros están menos seguros. Sin embargo, es posible que, cualquiera que sea nuestro destino, el hombre volverá a la devastada tierra. El protoplasma reaparecerá; comenzará nuevamente la lenta evolución, y la historia del Génesis volverá a repetirse por segunda vez.

EL MEDALLON

(Continuación de la pág. 5).

lón donde se encontraban sus padres, para anunciarles su compromiso.

Ahora Beatriz reservaba sus lágrimas y tristezas para los momentos en que permanecía sola con Roberto. El mismo la alentaba para que le hiciese sus confidencias. Esta puntualidad en su dolor parecía aliviarla para el resto del día. Su familia se alegraba de verla recobrar su buen humor.

—El amor correspondido, ¿no es acaso el gran remedio? — decía sentenciosamente el padre.

En verdad, Beatriz, no encontraba desagradable del todo llorar sobre el hombro de Roberto. Escuchaba gustosa las dulces palabras de consuelo que le susurraba al oído. Inconscientemente, la niña alzaba su rostro para que le besara los ojos.

Roberto deseaba casarse cuanto antes. Tres meses después verificóse el matrimonio, el cual resultó espléndido. Beatriz resplandecía de felicidad, a pesar de no estar convencida de ello. Algo avergonzada de haber sanado tan pronto de un amor que ella juzgaba incurable.

Ahora se presentaba ante ella un nuevo dilema:

—¿Será porque trata de conquistar mi corazón que Roberto es tan bueno y atento conmigo? Si estuviera seguro de mi cariño, si supiera cuánto le quiero, ya no se preocuparía tanto de mí: ¡nunca le confesaré mi amor!

Calló un tiempo. Meses durante los cuales su amor seguía aumentando más y más, hasta que ya olvidó su propia felicidad para pensar sólo en la de Roberto. Su secreto le pesaba como una enorme mentira.

Un domingo que estaban solos en su nuevo hogar, Beatriz no pudo impedirse de manifestar la verdad a su esposo.

—Roberto...

—¿Mi amor?...

—Quisiera confesarte algo.

—¿No sería mejor estar más cerca de mí para hacerlo?

Acercándose junto a su marido, le dijo muy bajito y sin atreverse a levantar la cabeza:

—Roberto... ¡Te quiero de amor!...

Por toda contestación, él la estrechó más en sus brazos y le besó amorosamente sus lindos cabellos.

—Te quiero, Roberto, desde hace tiempo; pero no quería decírtelo, por temor de echar a perder a mi maridito. ¡Eres tan bueno, tan cariñoso y atento conmigo! Desde que me he casado me parece vivir un sueño maravilloso. Y he pensado que tú eras así, porque creías tener que seguir conquistando mi amor. ¡Hace tiempo que está hecha mi conquista! Pero ahora, te amo demasiado, ya no puedo callar... Te quiero lo suficiente para soportar tu mal humor si tienes deseos de tenerlo, y para sufrir por ti si es necesario... ¿Pierdo, acaso?...

—No, mi linda, no perderás nada: seré mañana lo que fuí ayer, lo que será siempre para tí, un marido que te adora.

—¡Oh, Roberto!... Mira, debemos terminar esta historia de la foto de Sergio — prosiguió—: voy a romperla y poner una tuya en su lugar.

Soltando su pulsera, se dispuso a abrir el medallón.

—Ya casi no lo miraba — confesó.

Al tratar de abrirlo se lastimó una uña.

—Ese es un castigo muy merecido — dijo Roberto—; aún es poco para una mentira tan enorme.

—¿Una mentira?...

—Sí; ¿no me estás diciendo que mirabas la foto?, no muy seguido, verdad, ¿pero a veces?

—Sí; ¿estás celoso?

—Dame tu medallón; lo sé abrir mejor que tú.

En menos de un segundo, lo abrió, y ante la mirada estupefacta de Beatriz, apareció en vez del apuesto oficial, un retrato de Roberto.

—¡Cómo! ¿Tú lo colocaste?

—Yo...

—¿Cuándo lo hiciste?

—El día de nuestra boda.

—Desde entonces...

—Sí. Me gustan las situaciones claras. Abrí el medallón, tú ni te diste cuenta. Con tu corazoncito hice lo mismo.

—¿Sabías que te amaba?

—Naturalmente, llorabas demasiado rato y muy seguido sobre mi hombro. Sin esa estratagema, ¿habrías consentido en dejarte abrazar?

—¡Roberto! Perdóname de haber sido tan tonta... ¡Pensar que te prohibí de conquistar mi corazón!

—Lo guardaba, cosa más difícil..., y lo guardaré siempre, puedes estar segura.

—¡Qué suerte he tenido! Estoy segura de que no existe sino un solo Roberto sobre la tierra, y yo lo tengo.

—No, hay muchos; pero hay que tener, para descubrirlos, un valor, una honradez, que las niñitas románticas no tienen siempre. Los Robertos son la realidad; los Sergios, el ideal.

—Prefiero la realidad; nos hace más felices.

Las lágrimas rodaban por sus mejillas.

—¿Lloras? — dijo Roberto, acariciándola.

—Sí; pero ahora es de alegría.

—Nunca llorarás por otro motivo.

GERMAINE MORNAND.

TEMPORAL DE VIENTO

(Continuación de la pág. 35).

—A Ud. sí, pero a Pete no se le va a quitar — dijo Jane.

Y el tiempo demostró que tenía razón. Al día siguiente los diarios publicaron la noticia de que el yacht de los Norman Price había zarpado en su viaje de placer a la India, capitaneado por Peter Blodgett.

La muchacha afligida, esperó en vano noticias de su novio. El padre de él trataba de consolarla, diciendo que tod ose arreglaría a la vuelta de Pete. Pero ella sabía que el arreglo iba a ser muy difícil.

Se aburría a morir y pasaba pensando en su desgracia. Luego, un día, conoció a Clive Darryl. Le llamó la atención por su buena figura y atentos modales, y le aceptó una invitación para comer con él. El padre del muchacho tenía cerca de cien millones de dólares. Pero a pesar de que habría podido vivir sin hacer nada, Clive se había dedicado a estudiar un nuevo modelo de auto, el que iba a poner en venta. Le dió carta blanca a Jane para avisarlo, y hacerle el reclame. Jane sabía que esto lo hizo porque ella le gustaba, pero no tuvo valor de rechazar un contrato tan ventajoso para Mr. Blodgett.

Después de esa vez, se volvieron a ver seguido. Clive la festejaba mucho, pero ella no le daba más importancia, y lo tra-

taba como a cualquier otro amigo. Luego, llegó el día en que el yacht Galatea, capitaneado por Pete, anclo en la bahía de Huntington. Pete se quedó a alojar a bordo. Los Norman Price, dueños del yacht, lo querían arrendar, siempre que Pete se quedara capitaneándolo. Al día siguiente de saber todo esto, Jane y Clive comieron juntos. Después de la comida fueron a dar una vuelta en auto. Había una luna preciosa, y Clive, abrazándola, quiso darle un beso. Jane se retiró. Extrañado, Clive le preguntó si acaso había algún otro hombre que motivara la actitud de ella. Jane le contó toda la historia de Pete.

Clive dijo, aparentando mucha sabiduría, que había que hacer algo para curar a Jane de su entusiasmo con un hombre que prefería andar navegando en un yacht a estar con ella. Y dijo que él se encargaría de hacerle ver a Jane que Pete no valía tanto como ella creía.

—Ud. se acuerda tanto de él, solamente por el hecho de que él la dejó. Si no hubiera sido eso, no le importaría tanto. Voy a arreglar algo para que Ud. lo vuelva a ver, y entonces bien pronto se desilusionará.

Fué a dejar a Jane a su casa y al día siguiente la llamó por teléfono a la oficina, diciéndole que había arreglado un paseo por mar, con varias amigas y amigos, y que había arrendado el yacht Galatea, y que la iba a pasar a buscar luego.

Al saber esta nueva, Mr. Blodgett dijo:

—Ahora sí que veo una esperanza de que Pete vuelva. Haga lo posible para arreglar con él. Tengo tantos deseos de verlo.

Clive vino a buscarla en auto, y juntos se fueron a la bahía.

El bote del Galatea estaba esperándolos cerca del muelle, y Jane vió al momento la alta figura de Pete, parado en el yacht. Sus rodillas temblaban y el corazón le hacía daño, cuando al subir a bordo, le dijo:

—¡Hola, Pete!

—¡Hola, Jane! — contestó el muchacho.

—Te presento a Clive Darryl. Clive, éste es Pete Blodgett.

—¡Qué lindo su yacht, Mr. Blodgett! — dijo Clive— Debe ser ligero y potente, según lo que pude apreciar desde el bote.

—No debe haber sido mucho, señor, porque la mayor parte del yacht está debajo del agua — contestó Pete, con seriedad.

Jane se apuró en presentar a los demás convidados, para evitar disgustos entre los dos jóvenes. Se dió cuenta de que ambos se odiaban cordialmente. Pete dijo que la cena se serviría dentro de diez minutos y, levantando su gorra, se despidió de ella y se fué.

Después de comida salió a cubierta con Clive. En tierra se divisaban dos luces rojas con una blanca en el medio. Jane pensó que había oído decir que estas luces eran señales de un temporal de viento. Al pasar cerca de Pete, le preguntó ella a Clive si sabía el significado de aquellas luces.

—Deben de ser alguna señal — contestó él, sin demostrar mayor interés.

—Mr. Darryl — dijo Pete —, ¿quiere Ud. que zarpemos esta noche?

—¿Y por qué no? — preguntó Clive.

—Porque tal vez haya viento más rato.

Clive se dirigió a Jane y le preguntó:

—¿Qué le parece a Ud.?

—A mí me encanta el viento — dijo la muchacha.

—Entonces a mí también — dijo Clive.

—Muy bien, señor — dijo Pete —, y se fué a dar órdenes a sus marineros.

Jane bajó con Clive, y después de tocar la radio un rato, todos se fueron a acostar. Ella tenía un camarote con la señora Farmingham. Conversaron un rato, y luego apagaron las luces.

Cuando despertó Jane, estaba todavía completamente obscuro. El Galatea estaba moviéndose mucho, y se sentía cómo trabajaban los marineros en la cubierta. En la mañana casi no se pudo levantar. El yacht bailaba como una cáscara de nuez, y costaba un mundo vestirse. La señora Farmingham se sentía tan mal que no podía levantar ni la cabeza.

Jane fué al comedor y no encontró a nadie. Había un gran desorden de copas y botellas de licor quebradas. De la cocina se sentían los quejidos del cocinero y el ruido de las ollas que resbalaban por el suelo. Un marinero entró, sujetándose en la muralla, y le pasó un tazón de aluminio, con café negro. Tuvo que tomárselo con mucho cuidado, pues el líquido se le desparramaba y se chorreó todo el traje. Pero el café le hizo bien y, prendiendo un cigarrillo, subió la escalera para ir a cubierta. La puerta estaba cerrada por fuera, y en contestación a sus golpes, la abrió Pete.

—No puedes quedarte aquí — le dijo. —¿No ves que el agua pasa por encima de la cubierta?

—Pero necesito tomar aire — pidió Jane. —Me estoy sintiendo mal allá abajo.

Pero Pete no cedió, y ella tuvo que volver a su camarote. No divisó a nadie, pero en el pasadizo se sentían los quejidos de los demás pasajeros del yacht. Jane se acostó vuelta hacia la pared, y se tapó la cabeza para no oir a Mrs. Farmingham, que se lamentaba todo el tiempo.

Pasó acostada mucho rato, y luego se quedó dormida. Cuando despertó, ya se estaba obscureciendo y el Galatea estaba anclado en la bahía. Los marineros estaban limpiando y ordenando el comedor cuando ella pasó por ahí, para subir a cubierta. Clive y sus amigos estaban esperándola. Habían decidido bajar a tierra, pues ninguno podía soportar por más tiempo la vista del mar.

Jane miró a Pete. Tenía cara de cansancio y evitó su mirada.

—Adios, Pete — le dijo, tendiéndole la mano.

—Adiós, Jane — contestó el muchacho.

Se le acercó y le dijo en voz baja:

—¿No encuentras, Pete, que te has portado muy mal conmigo?

—Sí — contestó él, sin inmutarse.

A pesar de sus ganas de quedar conversando con él, Jane tuvo que seguir a Clive y sus amigos. En tierra los esperaban sus autos y Clive fué a dejar a Jane a su casa. Llegaron a Nueva York cerca del amanecer del domingo. Jane pasó todo el día pensando en su mala suerte y llorando.

El día lunes, Mr. Blodgett la esperaba impaciente en la oficina.

—¿Cómo le fué? — le preguntó apenas llegó ella.

Jane se sentó, y su cara de abatimiento sacó a Mr. Blodgett de paciencia.

—¿Qué hay de Pete? — gritó él, al ver que ella nada decía.

—No sé — dijo la muchacha. —Casi no pude hablarle durante todo el viaje. He tenido muy mala suerte.

La secretaria de Mr. Blodgett apareció en la puerta.

—¿Acaso no le dije que no quería que me molestaran hoy? ¿No ve que estoy ocupado? — le dijo él.

—Mr. Peter Blodgett quiere hablar con Ud., señor — dijo la niña.

—¿Por qué no me lo dijo antes? — gritó Mr. Blodgett — Hágalo pasar en seguida.

Jane se levantó apresuradamente de su asiento y se encaminó hacia su oficina.

—Quédese aquí — dijo Mr. Blodgett. — La necesito. Y por favor, si ve que estoy diciendo algo con que pueda herir el amor propio de ese muchacho, hágame callar al momento.

Pete Blodgett entró. Estaba muy serio, y durante un rato ninguno de los dos habló. Luego, Mr. Blodgett dijo:

—Bien, joven. Ahora me dirá Ud. ¿qué diablos significa ese modo de proceder suyo?

—Mr. Blodgett — dijo Jane.

—¿Qué quiere, Jane? — preguntó él.

—Cállese, señor — contestó la muchacha.

—Padre — dijo Pete, — he venido para pedirle que me perdone. Fuí un necio y lo siento de veras.

—Yo también — dijo Mr. Blodgett, tomándole la mano y palmoteándosela. — Pero resulta que me sulfuré demasiado con sólo pensar que me dejaban abandonado en esa forma, cuando más necesitaba tu ayuda.

—Puede estar seguro que nunca más volverá a suceder — dijo Pete, y luego, volviéndose hacia Jane, le dijo:

—Siento haberme portado tan mal contigo, pero la sola idea de que tú te ibas a casar con aquel idiota, que ni siquiera sabe distinguir una señal de temporal, y que pretende entender algo cerca de la navegación, me puso fuera de quicio.

—Pero, si yo no pienso casarme con él — dijo Jane.

—Pues él me dijo que quería arrendar el yacht para dar un paseo con su novia — contestó el muchacho.

—No tenía ningún derecho de decir semejante cosa, pues yo nunca le dije nada.

—Jane, te quiero tanto, que si tú me perdonaras...

—¿No te parece que te has demorado demasiado en descubrir que me quieres y que necesitas de mi perdón?

—Créeme que me habría demorado más aún, si no hubieran sido los celos que me hizo sentir Clive Darryl — dijo riéndose Peter.

VIDA Y CONFESIONES DE GABRIELA MISTRAL

(Continuación de la pág. 27).

Pedro Prado en un mensaje al pueblo de Méjico decía estas palabras: "La veréis llegar y despertará en vosotros las obscuras nostalgias que hacen nacer las naves desconocidas al arribar a puerto; cuando pliegan las velas y, entre el susurro de las espumas, siguen avanzando como en un encantamiento lleno de majestad y ensueño.

Llegará recogido el cabello, lento el paso, el andar meciéndose en un dulce y grave ritmo.

Es una de esas naves, perladas de rocío, que vienen de las profundidades de la noche y emergen con el alba trayendo, al puerto que duerme, la luz del nuevo día.

Cuencos llenos del agua que la noche roba a las estrellas, claros, azules, verdes y grises, sus ojos brillan con el suave fulgor de un constante amanecer.

Tiene la boca rasgada por el dolor, y los extremos de sus labios caen vencidos como las alas de un ave cuando el ímpetu del vuelo las desmaya.

La dulzura de su voz a nadie le es desconocida. en alguna parte créese haberla escuchado, pues, como a una amiga, al oírla se le sonríe.

Ultimo eco de María de Nazareth, eco nacido en nuestras altas montañas, a ella también la invade el divino estupor de saberse la elegida; y sin que mano de hombre jamás la mancillara, es virgen y madre; ojos mortales nunca vieron a su hijo, pero todos hemos oído las canciones con que le arrulla.

¡La reconoceréis por la nobleza que despierta!

De todo su ser fluye una dulce y grata unción, ¡oh!, suave lluvia invisible, por donde pasa ablanda los duros terrones y hace germinar las semillas ocultas que aguardan.

No hagáis ruido en torno de ella, porque anda en bata de sencillez".

Antes de llegar a la altiplanicie se detuvo en Veracruz y Jalapa donde recibió el homenaje cordial del pueblo mejicano. Vasconcellos le diría: "Usted es el resplandor vivo que descubre a las almas sus secretos y a los pueblos, sus destinos". .. .. ..

Miguel Munizaga Iribarren.

..(Continuará en el próximo número).

LA REDENTORA

(Continuación de la pág. 12)

---

prometería por una preferencia demasiado marcada.

—Es la principal ayuda que tengo en el patronato, le objeté.

—¿Por qué no toma usted un ayudante? Hay muchos.

—Es mi primera visita.

—Que sea la última. ¿Se sabe, acaso, quiénes son estas personas?

—¿Y qué hay con eso, señor cura?

Ella y su padre son forasteros. Desembarcaron aquí hace algunos años y nadie sabe de dónde vienen. Tampoco son de la diócesis. Nadie conoce su estado civil.

—Son buenos obreros y gente honrada.

—¿Qué sabe usted? No frecuentan la iglesia.

—Tampoco los cabaretas. Jamás entra él en ninguno de ellos.

—¿Qué hacen ellos en su casa?

—Parece que estudian. El se instruye. Compra libros técnicos. Posiblemente, ya que se ocupa tanto de ellos, usted sepa que él es uno de los mejores empleados en la hilandería de Perriére. Sin haber pasado nunca por ninguna escuela, él ha llegado a ser un inspector.

—¿Un inspector?

—Sí, señor cura. Uno de los contramaestres que reciben los tejidos y que los examinan antes de enviarlos al depósito central de Lyon.

—¡Qué bien informado está usted acerca de la industria de tejidos! Bien se conoce que usted frecuenta el trato con los obreros.

—¿Es ese un reproche, señor cura?

—No. Solamente un consejo. Deje tranquilos a esos Fournel, padre e hija, antes que le suceda una desgracia.

¿Debía yo haber tomado en cuenta esta advertencia, que no se basaba sobre ninguna base sólida, o hay que creer que misteriosas antenas nos avisaban, en efecto, amenazas futuras? El señor cura me juzgaba sin ninguna benevolencia. Se había dado cuenta, mucho antes que yo, que los Fournel, padre e hija, jugarían en mi vida un papel importante.

Por obediencia, me mantuve desde entonces en la más prudente reserva, pero Albina había adquirido la costumbre de confiarse en mí. Esa víspera de Navidad, ella había arreglado cuidadosamente el pesebre, colocando a los pastores en primer término, y a los reyes detrás, tal como debe hacerse. Después de haber confesado, me arrodillé un momento en un rincón de la iglesia antes de entrar en el presbiterio, cuando ella me dijo:

—Señor cura, desearía hablar dos palabras con usted.

—Dígalas, hija mía.

¿Dónde recibiría?

No podía recibirla en mi pequeño departamento, aunque estuviera autorizado para recibir visitas, sin incurrir en un acto censurable. Nos quedamos pues, en la iglesia, que estaba casi vacía a esa hora.

—Mire, comenzó diciéndome, se trata de mi padre.

—Jamás lo he visto aquí.

—Precisamente: pensaba traerlo a la misa de media noche, pero ha rehusado.

—¿Le ha dado a usted alguna razón?

—Ninguna, señor cura. Usted sabe que siempre me ha hablado con dulzura.

—Usted me lo ha dicho.

—Es imposible encontrar a un padre más complaciente. Reemplaza a mi mamá.

—¿Conoció usted a su madre, señorita?

—No. Falleció pocos meses después de mi nacimiento. Mi padre ha puesto en mi dormitorio su retrato, sus muebles, y todos los recuerdos que ha conservado de ella. No ha querido conservar nada para sí mismo. Sin embargo, jamás me habla de ella. Me ha dado todo lo de ella, menos su memoria, de la cual él está celoso y jamás comunica nada a nadie. Es un poco raro. Es muy reservado. Pero, para mí, es muy cariñoso.

—¿La molesta a usted durante sus pláticas religiosas?

—Al principio las miraba con pena. Después me ha dejado en libertad. Cuando quiero hablarle de religión, me detiene en seguida. "A mí, no", me responde con tristeza, pero con seguridad. Entonces yo no he querido seguir atrayéndolo. ¿He hecho mal?

—No, le contesté tranquilizándola. Ud. no ha hecho mal. Es preciso dejar que obre la gracia. Al tratar de precipitar sus efectos, muchas veces no se obtiene sino el apartarla. Espere. Tenga paciencia.

Deseaba yo romper aquel coloquio, que se prolongaba demasiado, pero ella murmuró:

—Quizás si haya un medio.

—¿Un medio?

—Sí, señor abate. Un medio de atraerlo a la iglesia.

—¿Y cuál es? Si Ud. conoce alguno, es necesario emplearlo en seguida.

—Ese medio depende de usted.

—Hablad.

—Toca muy bien el armonium. Una mañana en Grenoble, entró conmigo en una casa de música y estuvo tocando. Es maravilloso. Como yo lo escuchaba extasiada, me preguntó:

—¿Te gusta la música, Albina?

—Muchísimo.

—¿Y los órganos?

—¡Oh! Los órganos en especial. ¿También tocas el órgano, papá?

No me respondió; pero él, que no ríe jamás, se sonrió. Comprendí que también era organista.

—¿Por qué no viene nunca?

—No lo sé. Tal vez ha debido de sufrir grandes penas. No me atrevo a interrogarlo. Cuando lo interrogo se encierra en sí mismo. Ustedes tienen excelentes órganos en Vizille y no hay organista. Solamente el señor cura, que no es muy hábil. Si usted le pidiera a papá que acompañe los cantos, ¿cree usted que consentiría?

—Depende del señor cura.

—Pregúnteselo, señor abate.

—Lo haré.

—¿Me lo promete?

—Sin duda.

—¿Esta misma tarde, para el oficio de media noche?

—Usted está sumamente apurada, señorita.

—Sí. Me parece que el milagro que espero se realizará.

—¿Usted espera un milagro?

Los ojos, los ojos celestes, se llenaron de lágrimas. El rostro transparente, se tornó grave, cuando Albina me respondió:

—Sin duda: la conversión de mi padre. ¿No lo ha comprendido?

Comprendí, aunque tarde, el sitio que ocupaba en esa joven vida el amor filial.

La misión que me confiaba era sumamente delicada, y no me hacía ninguna ilusión respecto al éxito. Pero, ¿cómo podía yo resistir a una súplica hecha en esa forma? Ella me comunicó un poco de su ardiente deseo, y osé, cuando entré en el presbiterio, dar a conocer el asunto al señor cura. Había en Vizille un organista notable y desconocido; la ceremonia de Navidad sería realzada por su talento. ¿No podría recurrirse a él? Posiblemente yo me aventuraba demasiado. Nadie me garantizaba a este valor artístico. La señorita Albina podía muy bien equivocarse acerca de la ciencia musical de su padre. Pero yo deseaba triunfar e hice el elogio como convenía.

—¿Y quién es este artista desconocido?, preguntó, siempre burlón, el señor cura.

—Precisamente, Fournel.

—¡Ah!, ¡ah!

Rió y creí perdida la partida. Nunca se pierde con un compañero prudente. El señor cura me había concedido su estimación, aunque censurando mi celo, que él consideraba excesivo. Yo le expliqué la importancia de esta conquista. Posiblemente, un alma perdida que podría salvarse.

—Sí, sí, rió él burlonamente. La música, la belleza.

Pero, sea que no quisiera contradecirme, o que juzgara la experiencia interesante, cedió y aceptó.

—¡Bien, contrate a su hombre! Pero, ¿me garantiza usted su respeto por el sitio sagrado, incluso en sus trozos y en su acompañamiento, si él se aventura en las improvisaciones?

Tuve que garantirlo. Era aventurarme demasiado. Corrí a darle a la señorita Albina la respuesta favorable. Ella estuvo muy contenta.

—Ahora, me dijo, es preciso ir ligero a casa.

—Encárguese usted misma de la misión.

—No es la misma cosa. Me quedaré en la iglesia. Vaya usted solo.

—¿Me recibirá su padre?

—¡Oh! Lo recibirá muy bien. Voy a rogar para que él acepte. Señor abate, sea elocuente y persuasivo. Esta noche de Navidad será la resurrección para él.

Y partí para la casita del peñasco.

(Continuará).

LA SERPIENTE AMARILLA

(Continuación de la pág. 20)

la grava del camino y asegurándose de que llevaba la llave en el bolso, cerró con cuidado y salió a su encuentro.

De pronto se vió envuelta en un círculo de luz.

—Perdóneme — dijo Clifford. —Estaba casi seguro de que era usted, pero tenía que cerciorarme.

—Pues, ¿qué otra persona podía ser? — preguntó Juana, colocándose a su lado.

—No lo sé — y ésta fué su poco satisfactoria respuesta.

El brazo de la joven se deslizó en la forma más natural, hasta aprisionar el de Lynne.

Por naturaleza muy precavido y hasta desconfiado. Y el campo inglés lo encuentro más siniestro que las malas tierras de Honan para el viajero que las cruza con un camello cargado de pesos mejicanos. ¡Por lo menos, allí sabe uno a qué atenerse y estar en paz o en guerra con sus vecinos!... Pero aquí, en Inglaterra, puede estar siempre en plan de guerra sin sospecharlo siquiera. ¿Le molesta que vayamos por el centro del camino?... Esto no la pondrá intranquila, ¿verdad?—preguntó rápido; y Juana, al oírle expresarse así, se echó a reir.

—Tengo una fe ciega en la policía — respondió.

Ahora, fué ella la que escuchó su risa.

—¿La policía?... Sí. La policía es muy buena para la mayoría de los casos, sobre todo, cuando se trata de criminales conocidos o de las distintas categorías, ya estudiadas, del crimen. Pero, Fine-Su no es un criminal conocido, sino un personaje altamente respetable. No sé cómo no le han hecho todavía de la O. B. E. (1). Volvamos hacia la derecha.

No había necesitado de su advertencia, pues sus ojos, ya acos-

(1) O. B. E.— *Order of the british empire*—Gran título honorífico que sólo se concede a quien ha hecho grandes servicios por la patria— *N. del T.*

tumbrados a la obscuridad, habían descubierto la avenida, en sombras, que conducía a la casa de Slater.

Lo que había sido un pésimo camino de carros, era ahora una hermosa avenida cubierta de grava. Pocos metros más allá, vió la esbelta columna de una farola.

—Sí — dijo Clifford, cuando ella le llamó la atención sobre esta innovación—. Estamos poniendo todos los adelantos modernos. Sólo las personas perversas aman las tinieblas. Yo, que soy un hombre de conducta virtuosa, me valgo de este arco de mil bujías para pregonar mi rectitud.

Se detuvo, repentinamente, y por fuerza hubo de detenerse, también, Juana.

—El otro día le dije que Narth se aprovechaba de alguna ventaja que tenía sobre usted... y usted no lo negó — dijo Clifford. —Por fin, hace unos días, he descubierto qué ventaja era esa. Su hermano de usted murió en un accidente cuando trataba de salir del país con algún dinero que había cogido de la oficina de Narth...

—Sí — suspiró, la joven, en voz baja.

—Conque, ¿es eso verdad?

Ella oyó un suspiro de satisfacción. "¿Qué habría imaginado?" — pensó.

—¡Ahora lo comprendo! — añadió Lynne, cuando siguieron su camino—. Todo fué a base de echar en cara "lo mucho que he hecho por tí"... ¿Verdad?... Lo celebro. ¡Si no hubiera sido por eso..., usted me hubiera rechazado!

Dijo estas palabras en una forma tan sencilla, tan sincera, que Juana sintió que se le encendían las mejillas.

—¿Ya ha llegado su amigo?— preguntó.

—Sí — contestó, rápido—. Hace una hora que vino el muy... —y masculló una imprecación.

—Cualquiera creería que...— empezó a decir Juana. Pero al sentir que Clifford le apretaba el brazo fuertemente, no acabó la frase.

—¡No hable! — le susurró él.

Juana vió que estaba mirando el camino por donde habían venido, con la cabeza un poco inclinada como en actitud de escuchar. Su corazón empezó a latir con sobresalto. Entonces, Clifford, sin pronunciar una palabra, la empujó hacia un lado del camino y la obligó a ocultarse tras el tronco robusto de un enorme pino.

—Quédese ahí — le dijo, en el mismo tono y por lo bajo.

Casi en seguida desapareció, silenciosamente, andando sobre la mullida alfombra que formaba la hojarasca y ocultándose de árbol en árbol. Juana miró más allá de él, pero todo lo que pudo ver fué el pálido cielo de la noche tras un cerco de pinos que se reflejaban en un charco. Por regla general, no era nerviosa, pero en aquellos momentos sintió temblarle las rodillas y hacerse entrecortada su respiración. Al cabo de un instante, vió a Clifford surgir de la obscuridad.

—No era nada — dijo. Pero Juana notó que aún hablaba en voz baja—. Creí haber oído a alguien que nos seguía. Mañana haré cortar todos estos árboles, porque ofrecen un escondrijo demasiado bueno.

Algo silbó, por el lado de ambos, como el chasquido de un látigo. Se oyó un golpe y después reinó absoluto silencio. Clifford dijo algo en un lenguaje extraño, retrocedió unos pasos y arrancó un objeto alargado, del tronco de un pino.

—Un cuchillo arrojadizo—susurró—. ¡Le digo a usted que estos asesinos del Yun Nan son unos formidables tiradores de armas! ¡Los malditos ven en la noche! ¿Dónde estará de guardia el policía más cercano?

—La patrulla no pasará por aquí hasta dentro de una hora —balbuceó Juana—. Pero, ¿han arrojado ese cuchillo?

—De modo que hasta dentro de una hora, ¿verdad? — dijo Clifford casi con alegría—. La Providencia me protege.

Sacó una cosa del bolsillo, que en la obscuridad de la noche pareció un cilindro de plata. Juana pudo ver cómo estaba colocándolo en el cañón de una gran pistola negra.

—No hay por qué alarmar al vecindario — murmuró. Y separándose de ella, desapareció, otra vez en las sombras.

La joven puedó esperándole con un nudo en la garganta.

De pronto se oyó un ruido apagado: ¡Plop!

El gemido que siguió al sonido aquél, partió de un punto tan cercano, que Juana se volvió sorprendida.

Oyó el ruido de unos pasos, en la grava, que por momentos se hizo más lejano. Cuando dejó de oirse, Clifford se reunió con ella y se puso a desmontar el cilindro niquelado.

—Hice blanco, pero no seriamente — dijo, — pero me alegro de no haberle matado, porque hubiera tenido que enterrarle en el bosque y correr el riesgo de un escándalo..., o conducirle al tribunal y proporcionar a la prensa una causa sensacional.

—Pero, ¿disparó usted?—preguntó Juana.

—¡Pues claro que disparé contra él! — exclamó—. Me parece que era uno solo.

Otra vez la cogió por un brazo y la condujo por la avenida, andando aprisa hacia la casa de Slater. No había en ella la menor señal de vida. Las ventanas cerradas le daban una triste apariencia de abandono. Ni siquiera el ruido de la sofocada explosión había despertado la curiosidad del invitado de Clifford Lynne.

Este se detuvo unos segundos, casi en los escalones de entrada, para escuchar atentamente.

—Creo que era un hombre solo — dijo con un suspiro de alivio — y, probablemente, será un espía que estará pasando el tiempo, haciendo ejercicios de lanzamiento. No tendrá usted miedo..., ¿verdad?

—Sí. Lo tengo — confesó la joven — y estoy muy asustada.

—También lo estoy yo — dijo Lynne — pero..., todavía estoy más indignado conmigo mismo por haberle hecho correr esta aventura.... mas no tenía idea de que existiese ningún peligro... por ahora.

Introdujo la llave en la puerta y abrió. Entraron en un estrecho corredor donde Juana vió, al encenderse la luz, que había dos puertas a derecha e izquierda, respectivamente.

—Ya hemos llegado — dijo él. Y, adelantándose, hizo girar el pomo de la puerta izquierda y la abrió, de golpe.

La habitación estaba bien amueblada, con muebles nuevos. Dos grandes lámparas pendían del techo y proyectaban, a través de sus globos opalinos, una luz difusa que invadía la habitación. Sentado ante el fuego había un hombre corpulento. Juana le calculó unos sesenta años de edad. Era curiosa su indumentaria.

Sobre unos pantalones perfectamente planchados, llevaba una gran bata roja bajo la que brillaba la blanca pechera de su camisa. No tenía puesto cuello ni corbata. Un inmaculado chaqué colgaba del respaldo de su butaca.

Al cerrarse la puerta levantó la vista, se quitó de la boca la pipa de arcilla que estaba fumando y miró, inexpresivamente, a su visitante.

—Te presento a la señorita Juana Bray — dijo Lynne, secamente.

Su corpulento amigo se levantó con pesadez. La muchacha notó en su abultado rostro de arrugado cuello, cierto gesto de colegial sorprendido en una mala acción.

—Y ahora, Juana — dijo Clifford como disgustado — permítame que le presente a un viejo pariente de usted.

Tengo el gusto de presentarle a usted a Joe Bray, el último de los Bray, muerto en China... y vivo en Inglaterra.

CAPITULO XVIII

Juana quedó atónita, mirando

a su pariente y sin poder articular una sílaba. ¡Joe Bray!... Si hubiera visto a un espectro ante ella, no hubiese quedado más sorprendida de lo que estaba.

Joe volvió su cara implorante hacia Clifford.

—¡Ten corazón, Cliff! — dijo con tono de súplica— ¡Ten corazón!

—¡Tengo corazón y tengo cabeza!... Esa es la ventaja que tengo sobre ti, ¡viejo chocho y conspirador!

La mirada de Joe danzaba de Clifford a la muchacha y de ésta a Clifford.

—Lo que sucede es que... — empezó a decir en voz muy alta.

—¡Siéntate! — le dijo Lynne, señalando una silla—. He oído tus explicaciones lo menos seis veces. Creo que ya no podré aguantarlas otra vez — y dirigiéndose a su prometida, añadió: — Juana, éste es el auténtico Joe Bray, de la concesión del Yun Nan. Si había usted encargado algún traje de luto, puede suspender la orden.

—Lo que sucede es...— empezó Joe, otra vez.

—No sucede nada — le interrumpió Lynne.

Había una luz en sus ojos que Juana ya había visto antes.

—Ese Joe Bray es un romántico — dijo señalando con un dedo acusador, al viejo acoquinado—. Sólo tiene el suficiente entendimiento para soñar y uno de sus locos sueños era el de que yo me casara con una muchacha de su familia. Con objeto de hacerme dar ese paso desesperado, fingió toda esa patraña de encontrarse a punto de morir y para darle mayor apariencia de realidad, según me ha confesado ahora, se procuró la ayuda de un doctor depravado y borracho que hay en Cantón... y que es capaz de certificar la locura de un hombre cuerdo por el precio de un doble *whisky*.

—Lo que sucede es... — intentó decir Joe, chillando todavía más.

—En cuanto consiguió que yo me alejase — continuó Clifford, imperturbable—, se largó a Cantón con su amigo el doctor y me siguió hasta Inglaterra, en el vapor siguiente, después de haber dado órdenes oportunas para que, tan pronto como llegase a Londres, cursaran el telegrama en que me avisaba su muerte.

Al llegar a este punto, Joe se hizo oír, a la fuerza.

—¡Jamás te hubieras casado con ninguna si yo no hubiera hecho eso! — vociferó—. ¡Tienes un corazón muy duro, Cliff!... ¡Los deseos de un moribundo no significan para ti, más de lo que significaría una mancha de cerveza en la bota de un guardia!... ¡Tenía que morirme!... Y pensé que al presentarme en vuestra boda, os daría una sorpresa a todos.

—¡Eres... hasta indecoroso, Joe! — dijo Clifford con gravedad—. Perteneces a la clase de hombres que no pueden estar nunca tranquilos.

Se volvió, sonriendo, hacia Juana.

—Cuando no vi ni una gacetilla sobre su muerte, en los periódicos ingleses, tuve mis sospechas — dijo—. En el resto del mundo, Joe no es tan importante, pero en China tiene un gran nombre y lo menos que yo esperaba era ver unas líneas lamentando el fallecimiento de nuestro corresponsal en Cantón. Y después, cuando leí en el *North China Herald* la noticia de que el señor Joe Bray había tomado pasaje en el "Kara Maru"...

—Con el nombre de Miller — murmuró Joe.

—Yo no sé el nombre que usaste, pero uno de los periodistas vió tu equipaje a bordo y te reconoció, después, en la calle. De modo que tu "camouflage" no era tan perfecto como tú te figurabas.

Joe suspiró. Sus ojos sólo se habían posado, de vez en cuando, sobre la muchacha, pero ahora adoptaron la resolución de mirarla abiertamente.

—Debo decir... — y movió, al mismo tiempo, su enorme cabeza como embelesado—, debo decir que has escogido el mejor capullo. Se parece bastante a mi hermana Elisa... la que está muerta y hace ya veintiocho años que se fué... Por otro lado, tiene la nariz de mi hermano George...

—No creas que vas a distraerme con tus personalidades— dijo Clifford—. ¡Eres un viejo perverso!

—Habilidoso — murmuró Joe.

— Perverso, no. Lo que sucede es que...

Se detuvo esperando la interrupción; pero al no presentarse ésta, quedó sin saber cómo continuar.

—Mire, jovencita. Yo he sufrido muchos desengaños en esta vida — comenzó oratoriamente—. ¡Ahí tiene usted a Fing-Su! Lo que yo he hecho por él, nadie lo sabe a excepción de él mismo y de mí. Y cuando Clifford me dijo la clase de sujeto que él era..., me hubieran podido derribar al suelo con una pluma... Admito que he sido bueno y generoso con ese cachorro.

Mientras divagaba, la inteligencia de la muchacha entró en actividad. Joe Bray con vida, significaba el fracaso de los planes de Esteban Narth... y, ¿hasta dónde afectaría a los de ella?... Pensaba en ello y comprendió, con cierta desilusión, que el motivo del casamiento había desaparecido. ¡Y quedó amargamente sorprendida al descubrir que, en el nuevo mundo que tomaban las cosas, había una espina dolorosa para ella!

(Continuará).

Editorial Zig-Zag

como siempre, se hace un placer de ofrecer a sus cultos lectores obras incomparables, prolijamente editadas. Hoy anuncia la famosa obra del renombrado escritor CHARLES DICKENS, cuya película, la Metro-Goldwyn-Mayer, estrenará en breve,

"DAVID COPPERFIELD"

joya del siglo XIX, en la cual el autor de "JESUS" y tantas obras admirables, nos da a conocer bajo las máscaras de sus personajes, verídicos episodios de su propia vida.

Esta obra se compone de 2 volúmenes con portada a dos tintas y grabados interiores de Carrasco Delano, al precio de $ 12.— cada uno.

OTRAS NOVEDADES:

"JESUS", por Dickens	$ 5.—
"CRIMEN Y CASTIGO", por Dostoiewski	12.—
"DON CRESCENTE ERRAZURIZ", por Fernández Freite	10.—
"RUSIA AL DESNUDO", por Panait Istrati	12.—
"LA VERDAD SOBRE LA GUERRA", por Raymond Poincaré	5.—
"LA VIDA AMOROSA DE BAUDELAIRE", por Camille Mauclair	4.—
"HIJOS DEL ALMA", por María Teresa	4.—
"EL MESTIZO ALEJO", por Víctor Domingo Silva	5.—
"MILTIN 1934"	10.—
"AYER"	7.—
y "UN AÑO", por Juan Emar	4.—

Estas ediciones se encuentran en venta en todas las Librerías importantes, así como también en la EDITORIAL "ZIG-ZAG", Casilla 84-D, Santiago.

Hacemos envíos contra reembolso, siempre que el pedido sea superior a $ 5.—

Momentos memorables

El momento memorable de mi vida fué en un día gris de junio, caminaba lentamente por uno de los barrios pobres, cuando veo que una pobre anciana escuálida y harapienta, cargaba a duras penas un gran saco de leña, cada paso que daba era un esfuerzo que le agotaba.

—"¿Buena abuelita, le dije, a dónde va con esa carga que es superior a sus fuerzas?". —"Señorita, me respondió, mi nietecito se muere de hambre, me han dado esta leña por caridad, voy al negocio de don Vicente a venderla para comprar alimentos para que no se me muera". Le arrebaté el saco, lo cargué sobre mis hombros, anduvimos tres cuadras, llegamos al destino, compré lo que necesitaba. Esa anciana que llevaba marcada en su rostro la huella fatal de su miseria, lloró pero terminó por sonreir. ¡Bendita sonrisa que me causó la más bella emoción. Desde entonces, en mi libretita de notas, tengo estas frases: "18 de junio 1929, hice feliz a una pobre anciana".— SUSANA.

Voy a ser madre, me decía. Voy a tener un hijo, que se forma ya en mis entrañas. Vas a ser mamá—me repetían a mi alrededor, tantas, tantas veces en un día; y las palabras maravillosas tintineaban alegremente en mi oído todo el tiempo. No hablaba sino de él, quién pronto vendría a estar junto a mí, y desesperaba porque el momento bendito tardara tanto en llegar. A toda hora me ocupaba en hacer de blanco lienzo los pañales que pronto envolverían la carne de mi hijito, que ya amaba sin conocerlo. Y gozosa, acariciaba blanda y dulcemente el género que a mi niño querido iba a recubrir, y alegre, enterraba mi cabeza de niña entre los tantos paletocitos y otras frágiles piezas de colores suaves, unas rosa, otras celestes, otras blancas, y las besaba mucho en mis arranques de felicidad incontenibles y hasta me parecía sentir ya su cuerpecito palpitante entre ellas, creyendo al estrecharlas, tener ya a la criatura entre mis brazos. Y en las noches, me desvelaba pensando en que cómo iría a ser el hijo mío y de mi esposo amado; tendrá sus ojos me decía. El los tiene tan bellos, verdes, verdes profundos. La mirada del niño suave y dulce, como la del padre; su pelo ensortijado; el color moreno tostado, también a imagen suya. Pero, sin embargo, me gustaría que tuviese mi boca, me decía para mí; su padre, mi esposo, idolatra mi boca, y, quiero que el hijo vea la boca mía, vea un beso de amor. Sí, mía será su boca. Su cuerpecito ha de ser muy lindo, muy lindo, como una frágil florcita a la que mis brazos fuertes le servirán de talle. Sí, va a ser muy precioso y más precioso que el cuerpo tendrá el alma mi niño, tan pura como la del padre. Y me dormía feliz, con el hijo muy cerca, muy cerca, dentro de mi misma... Y es claro,, no iba a vivir de espera; llegó el momento ansiado y me hice fuerte para recibir al hijo. Y el hijo llegó. Y fué entonces, al ver ese ser diminuto que lloraba a mi lado, ese bultito pequeño junto a mí, al ver a ese pedacito mío, carne de mi carne, fruto de mi amor sin límites; fué entonces cuando comprendí, cuando sentí la emoción más grande de mi vida entera. Comprendí lo que era ser madre, tener un hijo, la grandeza de aquella dicha inmensa que nos diera el Creador a nosotras las mujeres: la maternidad. Y se hizo rico el pecho para amamantar al hijo, y muy fuertes los brazos para acunar dulcemente al pequeño, al tierno pedazo de mi carne y de mi corazón; el milagro estaba consumado: la niña se había transformado en mujer. Y recuerdo que miré al padre y que miré al hijo, y eran tan iguales, tan hermosos los dos. Y recuerdo que abracé al padre y que abracé al hijo, y que con ellos junto a mí, lloré mucho, mucho de felicidad, dando gracias infinitas al Creador que tanta ventura me enviaba, y, cansada, con la visión del padre que paseaba al hijo entre sus brazos, me fuí quedando dormida poco a poco dulce y suavemente, hasta sumirme en un sueño profundo...

MADRE.

MOSAICO FEMENINO

Por REBE

Yo, claro está, haría con muchísimo gusto tal o cual cosa, pero... ¿qué dirá la gente?

En las ciudades muy populosas, el tráfago constante, la dificultad en la lucha por el cotidiano vivir, hace que en parte el "qué dirán" se olvide un poco, o por lo menos, no afecte tanto.

Pero aquí, en Santiago, donde a pesar de todas las ilusiones que al respecto podemos tener, no somos nada más que un pueblo chico con pretensiones de gran ciudad, ¡qué desastre más enorme el "qué dirán"!

Lo que se piensa, se come, se viste, lleva siempre el irremediable estribillo del "qué dirán" de la gente.

Particularmente en las mujeres el "qué dirán" adquiere los caractéres de un verdadero Mane-Thecel-Phares de su tranquilidad.

"¿Hijita, por Dios, qué dirá la gente cuando sepa o vea o le cuenten ésto?... "¡Sería espantoso!".

Por el "qué dirán" sacrifican hasta el más inofensivo de los placeres. Es una argolla, un cilicio moderno mucho peor que cien torturas de la Inquisición.

Hasta los hombres, ellos que se sienten superiores, exentos de ciertas responsabilidades suelen, contagiados por el ambiente, exclamar con repentino temor: "¡Qué dirá la gente, hombre por Dios!"

Si tan siquiera sirviera para algo el andar pendiente del "qué dirán"; si por lo menos aquellos que ejecutan todos los actos de su vida regidos por la pauta del qué dirán fueran modelos, hombres y mujeres intachables... Pero... ¡Qué esperanza! ¡Ni por eso!

El "qué dirán", digan lo que digan, es el mal pueblerino por excelencia. Como ciertas plantas y parásitos crece y se desarrolla sólo en determinados lugares. Y, desgraciadamente, el "qué dirán" de las gentes, creo yo, debe haber nacido en un pueblo pequeño y tranquilo, una noche de luna, de esas que invitan a sentarse en sillitas bajas, a la puerta de la casa.

Los vecinos, huecos de pensamientos, lenta y reposada la digestión, principiaron por comentar la actitud de alguna comadre un tanto liberal y una contertulia, acaso por toda explicación, soltó un:

"¿Qué dirá la gente, niña por Dios?".

Y, desde entonces, el mundo padece del qué dirán como de un anatema.

REBE.

Sombreros de media estación

Encantadora boina de fieltro, con un nudo de cinta, atravesado.

Sombrero en un género de fantasía, que lleva por adorno una cinta y una pequeña pluma.

Boina, estilo marinero, adornada con dos pompones: uno rojo y otro azul.

Lindo sombrerito de fieltro, color gris, adornado con una cinta d... mismo fieltro y con una h... de metal.

CUIDADO CON SUS VIAS RESPIRATORIAS

TOS BRONQUITIS

desaparecen rapidamente con

BRONCOSAN GEKA

Talleres Gráficos — St[illegible] ria 076 — Santiago

Familia

M. R. Es propiedad.

EL SEMANARIO QUE PUEDE ENTRAR A TODOS LOS HOGARES

PRECIO
$1.40

EN ESTE NUMERO:

El tragico destino d

los reyes de Servia

Cuide sus manos
y su cutis con el
uso exclusivo
del
Flores de Pravia
Jabon
FLORES
DE PRAVIA

La mujer que trabaja

Hace algún tiempo el Diputado Olavarría presentó una moción tendiente a que las mujeres fueran suprimidas de las oficinas públicas, reemplazándolas por empleados cesantes que en el albur de los distintos regímenes de Gobierno que en los últimos años padeciera el país, hubieran sido injustamente separados de sus puestos. Claro que tal moción levantó un revuelo enorme de protestas y de aplausos y que las mujeres todas se unieron para defender su derecho al trabajo tan difícilmente conseguido y que, aquéllos que podían sacar beneficio de esta expulsión, formaron un comité para conseguir que llegara a ser realidad este proyecto.

En el año que corremos, con todas las prerrogativas que la mujer ha adquirido y que sólo se deben a sus méritos, teniendo en nuestro país intervención en la cosa pública que le da derecho a voto municipal, con leyes que la independizan de toda tutela, resulta un poco grotesco que se la quiera limitar a ciertas actividades, vedándole otras. Lado a lado del hombre, no es la mujer su enemiga, sino su compañera y si compiten, es en juego leal que gana quien tenga mayores méritos.

Pero no es de esto — que ha llegado a ser un lugar común—, de lo que queremos hablar a nuestras lectoras, sino de aquellas mujeres que teniendo un hogar holgado, con cuanto pueda ser necesario a su comodidad, sencillamente, porque desean lo superfluo, buscan un trabajo, mueven influencias, se valen de todas sus relaciones sociales y políticas, hasta conseguir un empleo, restándole así posibilidades a quien verdaderamente necesita de esa renta, de ese sueldo que le representa el pan de cada día.

Conozco una infinidad de muchachas de familia rica que trabajan para ganar cuatrocientos o quinientos pesos mensuales Tienen casa, comida, vestimenta y paseo. Algunas hasta poseen renta propia, que han heredado. ¿Por qué trabajan, entonces? ¿Por deseo de actividad? ¿Por darle a sus días un noble fin? No. Y es lo triste. Unas me han contestado que lo hacen para comprarse más vestidos. Otras, porque quieren un abrigo de piel y así lo van pagando a plazos. Otras, para ir al cine todos los días. Otras, para costear el cocktail en el Crillon o en el Savoy. Otras, porque así mantienen el coche, ya que el padre no les da dinero para bencina más que una vez por semana y con veinte litros no se puede ir a ninguna parte. Otras lo quieren para el juego: el bridge, los perros, la hípica, la ruleta y el póker comen muchos pesos... Se sacrifican, se levantan temprano, corren de la casa a la oficina, almuerzan a escape, trabajan sobre la máquina en un ambiente desagradable, aceptan toda clase de molestias, ¿por qué? Por estimular una pequeña vanidad, un capricho, un vicio.

Y mientras tanto, el ser que verdaderamente necesita de los cuatrocientos o quinientos pesos mensuales para subsistir y mantener una familia, va de puerta en puerta, de repartición en repartición, sin poder conseguir nada, nada, angustiándose y desmoralizándose en la inútil espera.

Me dirán ustedes que lo mismo que existe la mujer que trabaja sin necesitarlo imperiosamente, existe el hombre que prefiere la fácil actividad burocrática a la otra grande que está en los campos, en la mina o en la fábrica, que por lo general es el hijo de papá ensayando sin ganas a ser útil.

Pero es que a unos y otros habría que aplicarles la misma ley y eliminarlos de una manera radical, siendo inflexibles los jefes de oficinas privadas y públicas a este respecto, examinando minuciosamente antecedentes personales, sordos a toda recomendación, rechazando de plano a todo individuo, hombre o mujer, que soliciten trabajo para darse lujos innecesarios que privan a otros de lo absolutamente imprescindible para mantenerse.

ISABEL DE SANTILLANA

¡LABORES! ¡LABORES! ¡LABORES!

en cada número de **PARA TODOS** LOS

la popular revista Cine — RADIO — Lectura LUNES.

Ninguna publicación nacional o extranjera es más completa en esta especialidad femenina.

Familia

El semanario que puede entrar a todos los hogares

Editado en Santiago para toda la República

En venta todos los miércoles

N.o 11-7 de agosto de 1935

SUMARIO:

EL CHUNCHO, por Leonard Lee.
EL INDOMITO, por Conrad Bercovici.
UNA APUESTA ORIGINAL, por George Milburn.
LA REDENTORA, por Henri Bordeaux.
LA SERPIENTE AMARILLA, por Edgar Wallace.

Tendencias de la moda.
Trajes de mañana.
Trajes juveniles.
Abrigos prácticos y sencillos.
Elegancias.
La ropa interior.
La moda infantil.
Variedades.
Para el week-end.
Lo que rejuvenece.
Chaqueta con faldón.
Blusa de lana.
Mantelería.
Carteras de género.

ALGUNAS HORAS DE MI VIDA, por Norma Shearer.
Roberto Young comenta Hollywood desde Nueva York.
De la pantalla.
Sus favoritos.

Bárbara y el maquillage.
Para saber y contar.
El trágico destino de los reyes de Servia.
Aquellas semanas de espera.
Noticiario femenino.
Buen tono.
Cultive su belleza.
La señora y la cocina.
Todas quieren ser delgadas.
Vida y confesiones de Gabriela Mistral.
Casas e interiores.

EL CHUNCHO

por Leonard Lee

—BIEN, Ken — me dice el patrón, poniéndose el gorro de carrera encima de su cabeza blanca — este año es el definitivo. A ver si logramos matar el chuncho de la copa de Vandelar.

En contestación a su jovial sonrisa, trato de contestarle con optimismo:

—Así es, patrón. Ahora sí que ganaremos.

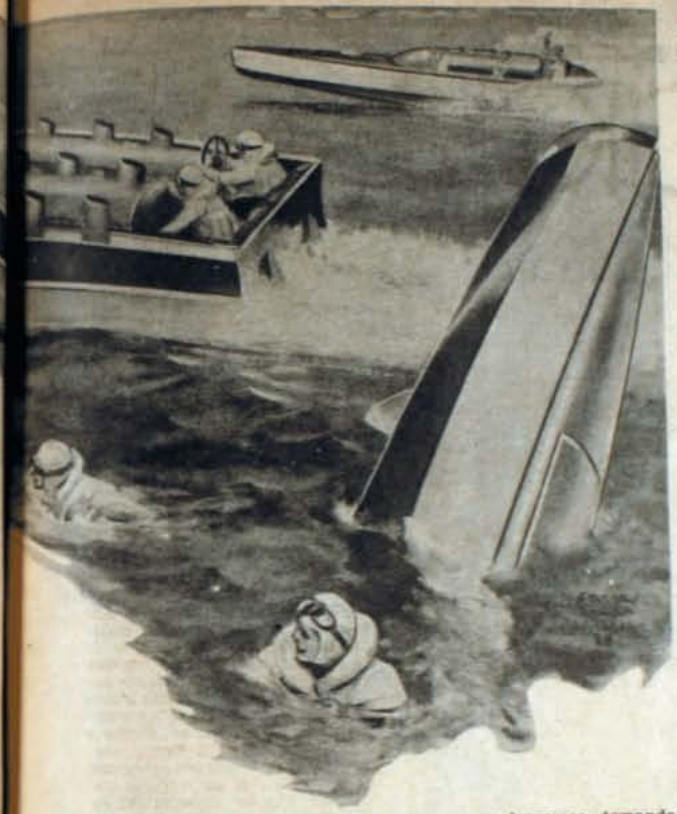
Pero, a pesar de mi optimismo, no creo lo que estoy diciendo. Mirando cómo los muchachos echan al agua las lanchas "Calumet IX" y "Calumet X", pasan por mi mente los ocho años pasados, y las ocho lanchas que han fracasado en esta carrera.

El Vandelar es para los aficionados de las carreras marítimas algo como lo que es la Copa Davis para los tennistas, o sea es el trofeo culminante para las carreras de lanchas a motor. Y, a pesar de que los nombres de Harrison Lane, dueño y volante, y Kenneth Brady, mecánico, están grabados sobre casi todos los trofeos de carreras marítimas, a pesar de nuestros esfuerzos de ocho años, no hemos podido lograr ganar la Copa Vandelar.

El Viejo, como lo llaman cariñosamente todos sus empleados, está mirando con indecible cariño las dos lanchas que ya están flotando sobre el agua, y que cual gaviotas gemelas, se balancean suavemente en espera de la última prueba preliminar a la gran carrera.

—Desde luego, no corremos el riesgo de que nos pase lo del año pasado — le digo yo al Viejo—, siempre nos queda una de repuesto.

El año pasado, el chuncho que nos ha perseguido desde el principio del Vandelar, nos hizo volar nuestra lancha "Calumet VIII" el día en que la probamos por primera vez, así es que tuvimos que contentarnos con presenciar la carrera desde un yate, y todavía, para peor, presenciar el triunfo del Loco Bill Cullen, el hombre menos querido en nuestro círculo atlético. Por consiguiente, para evitar que nos pase lo mismo esta vez, construimos dos lanchas. Lane y yo



bajamos a la "Calumet IX", y aunque él no me dice nada, yo sé lo que piensa, pues por algo he sido su mecánico durante quince años. Hoy por hoy, su único deseo es ganar la copa Vandelar, para luego retirarse de las pistas. Mientras que él toma su puesto detrás del volante, y yo me preparo para seguirlo, pienso en los años pasados, en los que fracasamos no por ser malas las lanchas, sino que por un chuncho inevitable, que nos hacía sucumbir a la derrota por fuerza mayor.

Nos ponemos en marcha, y todos los muchachos que han trabajado en la fabricación de las Calumet, nos gritan y aplauden desde la orilla del río. El St. Lawrence parece una cinta de seda azul, y la "Calumet IX" parte las aguas, dejando dos franjas blancas tras de sí. El motor canta, y el Viejo, sonriéndose feliz, se olvida del chuncho, y nos largamos, tomando velocidad. Las agujas marcadoras de velocidad alcanzan las ochenta y una milla, y la lancha va enteramente parada en el aire. Nos acercamos a la primera curva. La sonrisa del Viejo se hace más ancha, cuando...

Son cosas que pasan sin que uno se dé cuenta cómo han sucedido. Después pensamos que tal vez la lancha chocó con algo, pero ya es tarde.

Del accidente sólo recuerdo haber salido de la lancha cual pelota de goma, para ir a dar bote sobre el agua. No vayan a creer que el agua no duele, al caer uno yendo a una velocidad de ochenta millas. Suerte que mi chaqueta de cuero recibió y amortiguó un poco el golpe. Cuando volví en mí de la impresión, miré a mi rededor buscando a Lane. La lancha estaba flotando con la quilla para arriba, y Lane no se divisaba. Aunque se hubiese quedado sin sentido, su chaqueta lo habría flotado, y me di cuenta que debía de estar debajo de la lancha. En menos de un segundo me arranqué la chaqueta, y me zambullí. El overall blanco del Viejo estaba a la vista, pero no se movía. Estaba colgando, cabeza abajo, en el agua, completamente apretado con el volante. Haciendo un esfuerzo espantoso, y con los pulmones que ya se me reventaban por la falta de aire, logré quitar el volante, y tirando al Viejo por su overall, lo saqué de su asiento. Cuando ya me di cuenta de que estaba por perder el sentido, la chaqueta de Lane nos reflotó a los dos. Los muchachos ya estaban al lado nuestro con "Calumet X", y con el doctor Haldane, amigo íntimo de Lane. El Viejo no se demoró mucho en volver en sí, y sonriéndose débilmente, nos dijo:

—Parece que lo hicimos leso al chuncho; eso sí que me costará olvidar los momentos que he pasado con la cabeza debajo del agua.

El doctor expresó que no tenía ninguna herida de gravedad, fuera de unos machucones ocasionados por el volante, y al ver que Lane iba a dirigirse a mí, para agradecerme el haberlo salvado, di media vuelta y me marché a examinar el motor de "Calumet IX".

A los pocos días, Lane se sintió mejor y volvimos a ensayar la lancha. Todo iba a pedir de boca, y en el primer trecho alcanzamos a la velocidad de setenta y tantas millas; pero, al llegar a la primera curva, vi que el Viejo disminuía la velocidad, y daba la vuelta a más o menos treinta millas. Lo miré sorprendido, y mi sorpresa creció al repetir esta misma maniobra todas las veces que llegábamos a una curva. Cuando nos bajamos, me miró y me dijo, desviando la vista:

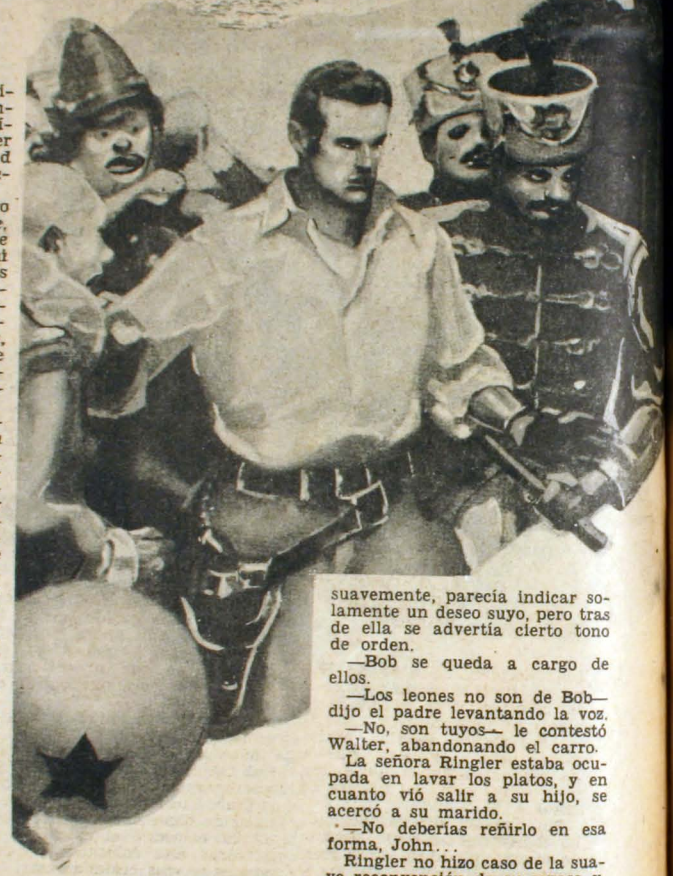
—Parece que no está funcionando bien en las vueltas, Ken; hazme el favor de revisarla.

Yo no le contesté nada; pero comprendí que no era la lancha, sino que los nervios del Viejo los que no funcionaban bien. Aquellos terribles segundos que vivió debajo del agua, tratando de desasirse del volante, quedaron demasiado grabados en su mente, para olvidarlos tan fácilmente. Parecía que el chuncho de Vandelar estaba buscando el ajuste para hacernos sufrir otra derrota.

Unos quince días antes de la carrera, tomamos parte en otra, para la Copa de Oro. Corrimos en la lancha "El tornado", la misma en que vencimos el año anterior. Pero esta vez yo iba con el corazón muy amargado, pues sabía que no había caso de obtener una victoria. El Viejo es-

(Continúa en la pág. 69)

EL indómito



SIMPATICA HISTORIA DESARROLLADA ENTRE EL RUGIR DE LEONES Y TIGRES, BAJO LA CARPA DE UN GRAN CIRCO.

Por KONRAD BERCOVICI

JOHN Ringler había cumplido cincuenta años, y aunque su apariencia no disimulaba esa edad, su carácter no había perdido la fogosidad y la entereza de sus años juveniles.

Era propietario del gran circo de fieras, que llevaba su nombre, y tenía fama entre la gente de pista de no permitir hombres ni animales que no fueran capaces de rendir el máximum de eficiencia. Le encantaban los cuerpos fuertes, y si bien nunca trataba de aplastar a sus artistas, en cambio, les exigía que se mantuvieran siempre en su mejor estado. Y eso mismo le hacía ser querido de su gente.

Esa exigencia para los hombres del circo Ringler, también lo era para los animales. Nunca permitía que se les martirizara, y en cuanto se daba cuenta de que ya no podían hacer el trabajo que se les exigía, fuera por viejos o agotados, inmediatamente los vendía. El que desagradara al amo del circo, podía darse por perdido; sus servicios dejaban de ser necesarios para Ringler.

La señora Ringler, antigua entrenadora de animales, se había visto siempre obligada a obrar con gran tacto entre su esposo y su hijo Walter. Amaba a ambos y hubiera deseado que fueran de otra forma, pero a pesar de sus deseos, vivía con ese recelo e intranquilidad que había aprendido a tener en sus largos años entre animales salvajes. Walter era en todo la nueva edición de su padre, tanto en apariencia como en carácter y manera de vivir. Tenía ya veinticinco años, y en muchas ocasiones se habían presentado situaciones de tirantez entre ellos, pero ambos se mantenían dentro de cierto límite, sabedores que el día en que se transpasara esa frontera, por cualquiera de ellos, se produciría una situación muy delicada.

Tres días antes que se abriera al público la Gran Feria de Danbury, comenzaba el Circo Ringler a levantar sus carpas. La tarde del primer día, cuando ya se habían levantado las carpas y se había acondicionado a los animales en sus respectivas jaulas, Walter tomó su sombrero y se preparó para salir, después de terminar la comida en el vagón de la familia.

—¿Dónde vas? — le preguntó el padre.

—A la ciudad.

—¿No sería mejor que te quedaras para observar a los dos leones nuevos?

La voz de Ringler, expresada suavemente, parecía indicar solamente un deseo suyo, pero tras de ella se advertía cierto tono de orden.

—Bob se queda a cargo de ellos.

—Los leones no son de Bob— dijo el padre levantando la voz.

—No, son tuyos— le contestó Walter, abandonando el carro.

La señora Ringler estaba ocupada en lavar los platos, y en cuanto vió salir a su hijo, se acercó a su marido.

—No deberías reñirlo en esa forma, John...

Ringler no hizo caso de la suave reconvención de su esposa y, encendiendo su pipa, recordó sus años juveniles. Su esposa parecía pensar en lo mismo y, a pesar del silencio de él, trató de insistir en el tema.

—Tú tampoco fuiste un santo a su edad...

—Cierto que no... — contestó Ringler pensativamente.

Volvieron a quedarse en silencio, pensando cada uno en sus años de juventud.

En medio del silencio que reinaba dentro del carro, resonaron fuertemente unos golpes dados en la puerta, y antes que contestaran al llamado, se abrió la puerta y apareció Bob, el cuidador de las fieras, hombre que había pasado toda su vida entre leones y tigres.

—¿Qué pasa, Bob? — preguntó Ringler, poniéndose de pie y

Los hombres, olvidándose de los animales, se acercaron a los que reñían sin saber si dejarlos pelear o interponerse entre ellos.

echando mano de su pistola. Bob no era hombre capaz de molestar a su amo si no se trataba de algo muy importante.

—No podría decirlo exactamente, pero, a los leones nuevos les pasa algo. Están tranquilos, pero no me gusta su manera de mirar...

Sin agregar una palabra, salió el hombre del carro, seguido de su amo, y se dirigió a la gran jaula en que habían sido encerradas las nuevas fieras del circo. Estaban éstas echadas una al lado de la otra, con las cabezas afirmadas sobre sus enormes manos. No gruñían, pero en la mirada de sus ojos amarillos había algo terrorífico, mientras agitaban las colas con impaciencia. Los hombres se miraron; ambos conocían a los animales y comprendían que iba a suceder algo que trataban inútilmente de adivinar. Los nuevos leones habían hecho el viaje encerrados en jaulas estrechas donde no podían moverse, y con el objeto de darles más comodidad, se les había trasladado a la jaula grande en que se les presentaba al público.

Ringler había comprado esos leones, encantado de su buena apariencia, fiereza y vigor que demostraban. Durante un mes nadie se había podido acercar a su jaula, y aun ahora, Ringler temblaba casi de pensar en el momento en que su domador, Jim Cole, tuviera que entrar a la jaula.

—Ten lista la red, Bob, ordenó Ringler.

Moviéndose tranquilamente, Bob trajo una red de acero, que puso pegada a los barrotes de la jaula. Los leones no daban señales de darse cuenta de lo que estaba haciendo el cuidador, y mientras éste colocaba redes iguales en dos costados más, lo único que se vió fué un movimiento más rápido y nervioso de las colas. Pero cuandc Bob levantó el último trozo de red para colocarlo frente a los animales, éstos se lanzaron contra las barras con todo su poder. La jaula se estremeció. Unas cuantas barras se doblaron y saltaron destrozados los cerrojos de la puerta.

—Amárralas — gritó Ringler, echando todo el peso de su cuerpo contra la red, mientras Bob corría a amarrar fuertemente los extremos de la red contra los costados de la jaula, y los leones se arrojaban nuevamente contra las barras, rugiendo, con ese rugido que hiela la sangre de las bestias y los hombres.

Los hombres se miraron uno a otro, rieron, y se dieron la mano. Habían obrado a tiempo. Y John dió unas palmaditas en el hombro de su cuidador de animales, mientras lo felicitaba.

—Tal vez nos apresuramos mucho en cambiarlos de jaula, y ahora tendremos que dejarlos en la jaula grande — dijo John, sentándose en un fuerte cajón en que se guardaban las serpientes.

Durante las horas siguientes, todos los animales del circo rugieron y chillaron intermitentemente, paseándose por sus jaulas, como si los leones nuevos les hubieran hecho saber en alguna forma misteriosa su fracaso al tratar de escaparse.

Todos los sirvientes que no habían salido a la ciudad, se apostaron frente a las jaulas, observando todos los movimientos de los animales. A medianoche, enronquecidos ya de tanto rugir, los leones se tranquilizaron, echándose juntos como un par de gatos. La tempestad había amainado.

—Ahora se quedarán quietos— dijo Bob a su patrón, pero Ringler no se movió del frente de la jaula, tan fascinado estaba. Le gustaban esos leones; podrían ser amaestrados, pero nunca domados. Odiaba a las fieras que demostraban en sus ojos el temor, tanto como a los hombres vencidos. Por el simple brillo del pelo, podía indicar a un hombre o a una fiera vencida. Y otra vez sintió escalofríos de pensar que Jim Cole tendría que domesticar a las bestias. Todavía... servía Jim Cole como domador...,

Poco después de medianoche, regresó Walter de la ciudad, y se extrañó de ver las luces encendidas en la carpa de Ringler; algo sucedía. Entró al gran carro familiar y, sin decir una palabra a su madre, cargó una pistola y corrió hacia la carpa, donde estaba su padre, sentado en la caja de las serpientes, mirando

UNA APUESTA ORIGINAL

Por GEORGE MILBURN

EL palacio, estilo Renacimiento, parecía un castillo de hadas en el medio de la pradera verde, en las afueras de la ciudad. Un coche cerrado dió una vuelta brusca por la calle, y entró por la avenida que iba hacia las puertas del palacio. Un joven alto y delgado, descendió del coche, y rodeando la casa, entró al patio interior, donde estaba sentado un caballero de cierta edad, gozando con el fresco matutino.

—Siento no haber entendido lo que Ud. decía, Mr. Moon — dijo el joven, saludando al dueño de casa.

El anciano lo miró con sus ojos celestes, y se sonrió:

—¡Salud, Sid! — dijo, sin sacar su pipa de la boca—. Eres muy amable y te agradezco el que hayas venido tan luego. Bien sabes que yo no sirvo para hablar por teléfono. Acerca una silla, y siéntate. Sid, has sido mi abogado por mucho tiempo; pero creo que hacen años que no me das ningún consejo, ni trabajas por mí. Ahora, necesito de tu sabiduría profesional. Dime una cosa: Si yo llegara a vender todos los papeles que poseo, ¿cuánta plata contante crees tú que podría sacar?

El abogado se sentó, y pensó un buen rato:

—Es difícil hacer un cálculo tan a la ligera, Henry—dijo—, el petróleo ha bajado mucho, y la producción suya ha disminuido enormemente este último tiempo. Este palacio le acarrea fuertes gastos. Creo que en el momento actual, en una venta forzada de sus papeles, podría sacar, más o menos, unos diez mil dólares.

El anciano se quedó mirando el vacío. Luego dijo:

—¡Hum! Es lo que yo creía. Y pensar que hay gente que me cree millonario.

—Así es — dijo el abogado—; muchas personas suelen adquirir ideas falsas.

—Sid — dijo el anciano—. Mi pregunta se debe a algo que me acaba de pasar. Ten la bondad de escucharme un poco, y luego dame tu consejo. Hace más o menos un mes, empezaron a llegarme unas cartas entre mi correspondencia, de las cuales yo no entendía absolutamente nada, a pesar de que todas venían dirigidas a mi nombre, H. C. Moon. Durante tres o cuatro días recibí estas cartas, y las guardaba, para llevarlas luego al correo y ver qué es lo que pasaba. Al quinto día, como no había salido aún de mi casa, me llegó otra de esas cartas, y al abrirla, me encontré con un cheque por 500 dólares, los cuales eran mandados por una persona de Chicago. Yo me di cuenta al momento de que no eran para mí, y los volví a colocar en el sobre, pensando llevar todas esas cartas el mismo día al jefe de correos.

—No alcancé a hacerlo, pues ese mismo día, un hombre al que no había visto nunca, vino a verme de muy mal genio. Me dijo:

—¿Su nombre es H. C. Moon?

—Sí — le contesté —, me llamo Henry Clay Moon, a sus órdenes. ¿Y cómo es su gracia? El me dijo, siempre de muy mal genio:

—¡Yo también me llamo H. C. Moon!

—¡Bah! — le dije — que curioso; yo que creí ser el único Moon en estos lugares.

—Cierto que no llevamos un nombre muy común — dijo él, hablando con un poco más calma. Y luego me contó que había llegado a la ciudad hacía tres o cuatro días, y se había alojado en el hotel. Le encargue a Mort Neff, el empleado del hotel, que tenía que recibir una correspondencia muy importante, y que tuviera cuidado con sus cartas. Bien. El primer día no llegó nada; el segundo, tampoco; cuando a la tercera vez, Mort le dijo que aún no había nada, Moon dió un golpe a toda fuerza sobre el mostrador y le gritó a toda fuerza:

—¿Qué es eso? Estoy esperando esa correspondencia y me parece que ya podría haber llegado.

Mort Neff, todo asustado, le dijo:

—¿Cómo es su gracia, señor?

Entonces él le contestó:

—¡Mi gracia! Ya van tres días que vengo a buscar mis cartas, y me pregunta ahora cuál es mi gracia. ¡Vea el registro, hombre! M, dos o, n. ¡MOON! ¡H. C. Moon!

Mort se sorprendió:

—¡H. C. Moon! Pero si uno de nuestros ciudadanos más prominente se llama así. Hasta las mismas iniciales tiene. Seguramente, señor, que su correspondencia se ha confundido con la de él.

Con esto le dió mi dirección, y el señor Moon me vino a ver. Al terminar de contarme todo esto, me preguntó:

—¿Le ha llegado, por casualidad, correspondencia que no era suya?

Yo le dije que sí, y le traje todo lo que había recibido durante la semana, de las cuales apartó todas las suyas. Bien. Al encontrar que su cheque de 500 dólares estaba a salvo, su modo cambió y se puso más amable.

Yo lo convidé a que se sentara y empezamos a conversar sobre la coincidencia de nuestros nombres. Resulta que era hijo de mi primo Eb Moon, con quien me había criado, en Indiana. Yo no había tenido noticias de ese primo mío desde que

Señora MORAL
MATRONA
ESPECIALISTA de fama reconocida. Atiende embarazos, ya sean normales o patológicos. Diagnósticos, curaciones, tratamientos y cualquier caso urgente o difícil. Atención médica. Consultas gratis. General Mackenna 1038, primer piso, departamento I. Teléfono 63688. (No hay plancha).

me hizo una jugada bastante fea con una muchacha con quien yo pololeaba. Hace de eso más de cincuenta años.

Habíamos muchísimo. El sabía la historia de todos los Moon a la perfección, y yo siempre he tenido interés de saber algo de mi primo Eb y de su familia. Cuando se levantó para irse, le ofrecí que se viniera a quedar con nosotros, mientras estaba en la ciudad; pero él se negó diciendo que no le gustaba molestar. Yo insistí; entonces me dijo:

—Lo que le agradecería, primo Henry, es que me siguiera recibiendo mi correspondencia, para no tener que sufrir nuevas molestias en el correo. Yo alcanzaré para acá todas las mañanas, a buscarla.

A mí me pareció muy bien, así es que vino unas cuatro o cinco veces en busca de sus cartas. Nos entreteníamos mucho conversando los dos. Un día me dijo:

—Estoy esperando una encomienda, más o menos de este porte — y me la describió con las manos—; usted sabrá que es para mí, cuando llegue, así es que no tendrá necesidad de abrirla.

Y, efectivamente, en la mañana siguiente, el cartero me trajo una encomienda certificada. Yo firmé el recibo...

El abogado dió un salto, y exclamó:

—¡Usted firmó el recibo!

—Sí, lo firmé — dijo el anciano—. Luego, llegó el primo H. C. Moon, en busca de su correspondencia, y fíjate, Sid...

—Sí, sí, ya sé — interrumpió el abogado secamente — desde aquel día no le ha visto ni el polvo al primo Moon.

El anciano lo miró, sin disimular su sorpresa:

—¿Cómo has podido adivinar eso, Sid? — le dijo—. Pero, espérate, y escucha el final del cuento. Después de aquel día, la correspondencia que no me pertenecía, fué mermando; pero me fijé que no pasaba día sin que llegase una carta con el membrete de una gran firma de joyeros, de Kansas City. Le pregunté a mi señora, y ella me explicó que se trataba de la casa donde habíamos comprado todos nuestros servicios de plata. Además, compramos algunas joyas, pero de eso hacía más de un año. Dadas las circunstancias, decidí abrir una de las cartas, pensando que tal vez serían dirigidas a mí. El contenido de ella, se refería a una pulsera de brillantes, por un valor de diez mil dólares, y me preguntaban si me pensaba quedar con ella o no.

—Yo les escribí, en seguida, que estaban equivocados, y que yo no había visto ninguna pulsera de brillantes. Bien. Esta mañana llegó otra carta, luego te la mostraré — en la que ellos decían que tenían mi firma en el papel del certificado. En vista de mis buenas referencias y de haber sido tan buen cliente de ellos, estaban seguros de que yo no pensaba hacer nada de deshonesto; pero, si tal fueran mis intenciones, entonces me tendrían que demandar a la justicia, por valor de diez mil dólares. Por eso te llamé, Sid. Quiero saber qué es lo que tengo que hacer en este caso.

El abogado meneó la cabeza e hizo sonar su lengua:

—Henry — le dijo—, usted no tiene defensa ninguna. Al firmar el papel del certificado, asumió la responsabilidad de la encomienda. Me temo que va a tener que pagarles hasta el último cinco. ¿Por qué no me consultó antes? Ahora mismo, en caso de poder detener a ese ladrón, no tenemos prueba de haberle entregado usted el paquete certificado.

—¿No tengo prueba de habérselo entregado? Pero, ¿acaso te he dicho que se lo entregué? La encomienda está ahí, detrás de la repisa de la chimenea, donde la coloqué la misma mañana de su llegada. Yo te estoy preguntando si es que estoy en la obligación de pagarles el importe de la factura a los joyeros, en caso de que ahora la encomienda para mirar su contenido, o bien si es mejor que se la devuelva tal como está, o ¿qué debo hacer?

—¿Entonces no le dió la encomienda al primo Moon?

—¿Se te ocurre? Iba a decírtelo, pero me interrumpiste. Aquel último día que vino a buscar su correspondencia, le dije que le daba una hora para salir fuera de la ciudad, y que si no aprovechaba esa hora, lo denunciaría al sheriff.

—¿Entonces usted desconfiaba de él desde un principio?

—¡Claro que sí! ¿Se te ocurre que iba a confiar en algún descendiente de Eb Moon, después de la jugada que me hizo con aquella muchacha, cincuenta años atrás?

LA REDENTORA

NOVELA POR

HENRI BORDEAUX

SEGUNDA PARTE

NO había timbre. Golpeé a la puerta y como no me respondieran, golpeé con más fuerza. Un paso pesado resonó en el corredor. Me abrieron y me encontré frente al señor Fournel, a quien no conocía. Su recibimiento distó mucho de ser parecido al que Albina me había dicho. Tuvo un sobresalto al ver mi sotana y me miró de arriba abajo con una sequedad de la que no pude equivocarme:

—¿Qué desea?

—Desearía hablarle, señor.

—No tenemos nada que decirnos.

Entonces invoqué a mi cómplice.

—Vengo de parte de la señorita Albina.

Vaciló un instante y después se inclinó, pero bruscamente:

—Está bien. Entre.

Me introdujo en una pieza convenientemente amueblada, que a la vez debía servir de comedor, salón y gabinete de trabajo. Un escritorio de cortina estaba abierto: papeles desparramados con figuras geométricas, planos, cifras. Posiblemente en sus ratos de ocio, el padre de Albina trabajaría en alguna invención, en algún perfeccionamiento en los asuntos del tejido. Era al atardecer: por la ventana divisaba las pendientes de Prémol cubiertas de nieve que tomaban un color rosado al caer el sol. El hombre era de estatura bastante elevada y parecía más bien fatigado que envejecido. Debió de haber sido buen mozo, si es que yo ahora me atrevía a conceder alguna importancia a los rasgos de un rostro, a pesar de mi renunciamiento a las cosas terrenales y a pesar de las recomendaciones de mi cura: una gran frente clara, los ojos con un brillo sombrío difícil de soportar, las mejillas delgadas, pero la boca, maciza, suelta, pues estaba completamente afeitado, disminuía la impresión de espiritualidad que le daba su alta estatura. Raramente habría podido encontrar semejante expresión de tristeza, casi de desesperación.

La señorita Albina tenía razón: su padre no debía de reírse jamás.

Le expuse el motivo de mi visita. No teníamos organistas para acompañar los cánticos de Navidad y la hermosa fiesta de Pascua quedaría incompleta. Bien, yo sabía que tocaba el órgano maravillosamente bien. Hizo un gesto de protesta contra esta alusión a su talento y rehusó, en forma cortés, pero correcta:

—Se lo agradezco, señor abate, pero usted sabe que no entro ya a una iglesia.

Había dicho con toda claridad: "No entro ya a una iglesia".

No me había equivocado. Había, pues, en ocasiones anteriores, penetrado al recinto sagrado. ¿Qué drama íntimo podía haberlo alejado de la iglesia? Insistí. Mientras más insistía, más categóricas eran sus respuestas. Iba a retirarme, vencido y apenado, cuando invoqué al nombre de su hija:

—La señorita Albina estará muy triste. Debía cantar un sólo que sus compañeras repetirían en coro.

Se detuvo. Habíamos llegado hasta el corredor:

—¿Qué solo?

—¡Oh! Es un antiguo cántico, banal, pero conmovedor: "Los ángeles en nuestros campos..."

Repitió, como acordándose:

—"Los ángeles en nuestros campos..."

Y comenzó a entonarlo. Después, súbitamente, se decidió:

—Muy bien, señor abate. Iré, pero siempre que haya una entrada particular que permita llegar hasta el órgano sin entrar a la iglesia.

—Hay una.

—Entonces, iré con usted. Es preciso que me ensaye un poco antes de tocar. ¿Tiene usted alguien que pueda manejar el fuelle?

—Sin duda. Uno de los niños del coro.

—Envíe a buscarlo.

Entramos por la sacristía hasta el sitio donde se encuentran las cajas de los órganos, suspendidas a un costado de la nave. Preludió con alguna dificultad, buscando las teclas, desentumeciendo sus dedos, sofocando los sonidos. Seguramente, era la primera vez que volvía a tocar después de muchos años. Veía hincharse las venas de su frente. Poco a poco, recuperaba su arte olvidado, y se acostumbraba a este nuevo instrumento. Terminado el período de ensayo, tocó de memoria una fuga de Bach, que llenó nuestra iglesia de esplendor. Supe más tarde, que Albina, oculta por un pilar, lo escuchaba como extasiada. Se lo agradecí efusivamente. Nuestra fiesta de Navidad sería completa, y el señor cura no me acusaría de temerario en mis juicios.

Efectivamente, fué una bella fiesta, y sucedió que aquella noche, los obreros que jamás entraban en el sagrado recinto, atraídos por la iluminación y por la música, entraban y permanecían en el fondo de la iglesia mirando y escuchando. Comienzan por estas manifestaciones exteriores y en seguida encuentran una música y una iluminación interior. Albina no había cantado jamás como cantó esa noche de Pascua y sus compañeras, estrenadas por ellas, reforzando los coros, y aún, logrando que algunas de las personas asis-

(Continúa en la pág. 73).

Fortalece y elimina las grasas

Una buena fricción de Colonia FLOR DE ESPINO da bienestar y fortifica el cuerpo, desgrasa, evita resfriados y perfuma delicadamente. Apreciadísima por su concentración y aroma exquisito.

COLONIA FLOR de ESPINO

REFLEXIONES COLOR DEL TIEMPO

Bárbara y el maquillage

Claro que hay que maquillarse, porque si no parece que viene una saliendo de la peor de las enfermedades, ya que, por muy buen cutis y excelentes colores que se posea naturalmente, al lado de las otras mujeres con rimmel, mandarina, frambuise y peche-rachel, en gracia del contraste se estampa una por completo, se desvanece y termina por semejar algo así como lo que deberían ser esos espíritus que se invocan mucho y que nunca acuden. Hay que maquillarse, sin duda alguna que hay que maquillarse. Pero desde este maquillarse que me parece necesario, al otro que se muestra en todas partes y a toda hora del día, hay una diferencia tan grande, tan grande, que el espacio que las separa es algo parecido a la eternidad.

Se empieza por lo común por pintarse la boca. Entonces nos hallamos muy pálidas. Hay que recurrir forzosamente al rouge. Y es ese el momento en que los ojos se muestran como de japonesita, chiquitos y sin sombra. Los retocamos, se les pone rimmel y sombra azul u ocre. Para que esta obra "amarre", hay que poner una capa de polvos que sea una especie de barniz. Todo ésto, hecho discretamente, resulta amable y nada chocante. Pero cómo nos vamos acostumbrando el maquillage, sin darnos cuenta, cada día ponemos un poquito más de cada pintura y al fin de una temporada parecemos sencillamente la caricatura de lo que fuimos al comienzo.

Además, hay otro peligro, que yo no sé por qué no es observado por ninguna, o casi ninguna, de nuestras elegantes. Y es que no se hace diferencia alguna entre el maquillage de mañana, tarde y noche. A las ocho, para ir al tennis o al golf, de excursión en auto o a caballo, se lleva el mismo maquillage que para el té del Crillón o del Savoy, que para ir a la vermut o a jugar bridge o para ir en la noche al club, a un baile o al teatro. Nadie toma en cuenta la hora, lo que vale decir: las luces. Si el maquillage fuera hecho discretamente, no importaría tanto, pues todo estaría reducido a verse un poquito deslavadas en la tarde y otro poquito más grande en la noche. Pero como el maquillage es intenso, en la mañana, a esa hora de luz cruda, se ve cada pegote en las mejillas y cada negrura en los ojos, y cada desparramo en la boca a lo Joan Crawford que todas han adoptado, que llega a dar lástima y risa.

Las americanas — que en esto del maquillage son verdaderas maestras — empiezan por observarse el tipo y por maquillarse en relación con él y con la hora. No usan tal rouge porque lo lleva Fulanita. Ni se peinan así porque tal artista lo ha puesto de moda. Ni se echan esta crema porque se la regalaron. No. Usan lo que su cutis necesita, lo que su tipo precisa para acentuarlo y de ahí no salen, así le digan que con tal o cual producto van a verse maravillosas. Y dentro de su sistema de maquillarse, tienen distintos tonos de lápiz para los labios, de rouge para las mejillas, de sombra para los ojos, de rimmel para las pestañas y de polvos para la cara, consiguiendo en esta forma ir siempre maquilladas perfectamente.

Claro que no todas las mujeres pueden darse el lujo de poseer ese batallón de cosméticos, pero, si no es posible hacer el maquillage en regla, preferible es remitirse a uno discreto que a toda hora sea favorecedor, cuidando mucho que no se nos pase la mano y en vez de ir a la última moda y encantadoras, como creemos, parezcamos pura y simplemente un clown listo para salir al ruedo.

Las mamás hacen mucho caudal con esto de que las muchachas no se pinten y andan siempre con aires detectivescos requisando barritas de rouge y cajas de mandarina. Generalmente, no se dan cuenta de que usamos pinturas hasta que parecemos escapadas de un cuadro. Hasta por este motivo deberíamos huir de llegar hasta ese campo revelador, ya que los pleitos y las discusiones se suelen hacer interminables y desagradables en extremo. Un discreto maquillage, en cambio, nos hace aparecer mejor de lo que somos, disimula defectos y acentúa bellezas, sin que nadie repare que lo llevamos.

Otro de los grandes peligros del maquillage, es que avejenta. Sí. Es curioso, pero efectivo. Vean ustedes a una muchacha cualquiera, maquillada sobriamente; conserva siempre su aire joven, pero en cuanto se echa más de lo conveniente, más que pintura, parece haberse echado años y es que, justamente, para disimular los años es que las mujeres se pintan con mayor entusiasmo. Lo que tiene el mismo inconveniente que para nosotras, pero con más graves consecuencias, ya que si una muchacha de veinte años, pintada, representa treinta, una señora de cincuenta, maquillada, representa... la edad de Tutankamón, siendo, además, sorprendente el parecido entre una y otro... Y ésto vale decir que siempre, a toda edad, la mujer debe evitar el maquillarse excesivamente.

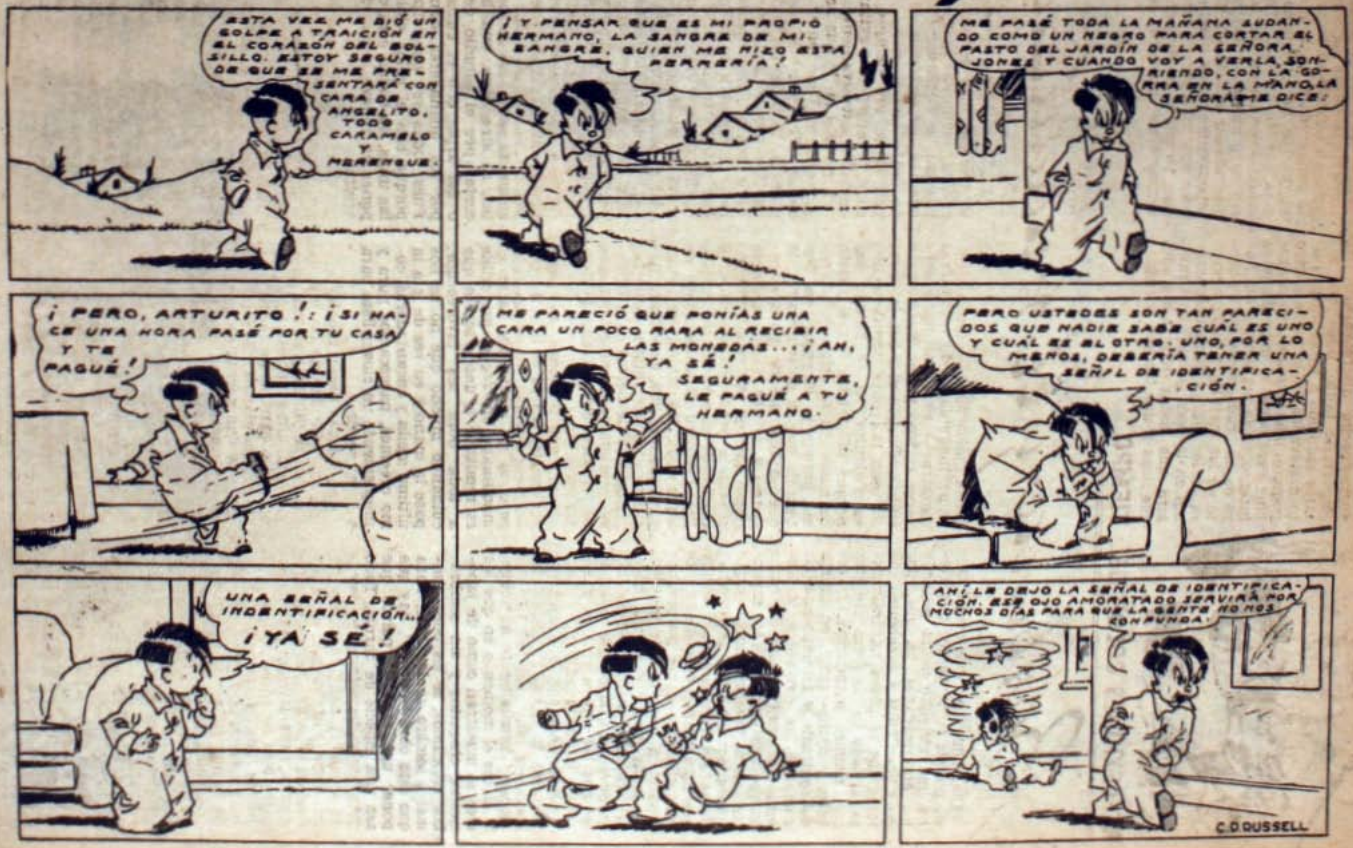
Y no sólo en lo que se refiere al rostro hay que tomar precauciones en estas cuestiones de pintura. El esmalte de las uñas es otro motivo que siempre me hace pensar largamente en lo locas que somos al adoptar todas las extravagancias que la moda impone, sin reflexión alguna. Muchachas con las manos feas o bonitas, morenas o blancas, se pintan las uñas de un rojo laca. En una mano bonita, de dedos largos y blancura perfecta, de uñas almendradas, el rojo sólo sirve para destacar toda esa hermosura. Pero vean ustedes el mismo esmalte en una mano chata, de dedos gordos, quemada por el sol de los deportes, al aire libre, con las uñas cortas por el estudio del piano o del arpa, con el cutis áspero por los quehaceres domésticos. Fues todas se ven espantosas, porque con el color violento en las uñas, no hacen otra cosa que poner en relieve lo que deberían ocultar.

Créanme ustedes que hablando con Lucho y con otros amigos, muy confidencialmente me han dicho todos que aborrecen las uñas pintadas de rojo. Todavía no he encontrado un hombre que confiese que le gustan las manos así decoradas.

De todo esto se desprende una pequeña enseñanza que todas las muchachas deberíamos bien saber: hay que maquillarse discretamente, en relación a la hora y al sitio donde estamos y hay, en todo caso y a toda edad, que tratar de ser sobrias en esto como en todo, para no meternos en ese plano de las ridiculeces y de las originalidades, que por línea de elegancia debemos evitar.

BARBARA.

Los mellizos



Para saber y contar

Niños que han acertado en la solución del Concurso ¿Dónde está el canarito de Don Basilio?

Eliana Muñoz Mendoza.
Graciela Mora Soto.
Violeta Muñoz Lobe.
Anita Arévalo Stuardo.
María Angélica Rodríguez Cristi.
Paz Mandiola.
Norma Ramos.
Carlos Navarrete Olguín.
Victoria Astrain.
Margarita María.
Ena Alarcón Alarcón.
Luchita Ortega.
Irma Betancourt.
Alicia Hidalgo.

LOS NIÑOS PREMIADOS

En la imposibilidad de dar un premio a todos los niños que acertaron en el "Concurso de don Basilio", hemos sorteado cincuenta entre las setecientas y tantas respuestas, resultando agraciados los niños, cuyos nombres van a continuación. Cada uno recibirá por correo su premio correspondiente. Mamy Rosa les agradecería que acusaran recibo, para seguridad de que cada cual lo tiene en su poder.

Ena Viveros Sepúlveda.—Casilla 37, Yumbel.
Ellanita Salinas Hugo.—Irarrázaval 2793, Santiago.
Lucía Grez. — Ercilla 2957, Santiago.
Dina Aste Sermini.—San Pablo 4202, Santiago.
Myrna Tudella.—Barros Arana 408, San Bernardo.
Sylvita Yáñez.— Casilla 76, Talcahuano.
Miguel Muñoz Jaque— Víctor Manuel 2385, Santiago.
Hugo Silva.— Carampangue 1120, San Fernando.
Pedro Alzuget.— Casilla 72, Temuco.
Laura García.— Estado 66, Curicó.
Francisca Díaz Garcés.—Maturana 1022, Santiago.
Nelly Villegas. — Comercio 161, Lota.
Picharra Campuzano Ovalle— 6 Norte 333, Viña.
Elsita Herrera. — Bandera 342, Santiago.
Vilmita Parada.— Crescente Errázuriz 1386, Ñuñoa, Santiago.
Iliana Blanchard— Avenida Lyon 127, Santiago.
Negro Betún.— Arturo Prat 474, Santiago.
Eliana Arellano Hoyl.— Recoleta 736, Santiago.
Memo Brito. — Casilla 3, Freire.
Inés Pedot. — Casilla 286, Concepción.
Camilú Enríquez. — Casilla 107, Tomé.
Alfredo Cárcamo. — Casilla 297, Valdivia.
Quito Marcelani Alessandrini.— Blanco 1081, Valparaíso.
Violeta Muñoz Lobe.— San Martín 482, Concepción.
Enriquito Sanhueza.— Casilla 2, Renaico.
Luchita Ortega.— Casilla 18, Quepe.
Samuel Bozzo Morel.— Riquelme 841, Santiago.
Enrique Ávaria.— Casilla 47, Los Angeles.
Tadeo Barrera Schulze.—Casilla 131, Constitución.
Eliana Letelier.— O'Higgins 561, Constitución.
Margarita María. — Casilla 44, Limache.
Paz Mandiola.— Casilla 3387, Santiago.
Eliana Muñoz Mendoza. — Monjitas 750, Santiago.
Arturo Matamala. — Bulnes 87, Santiago.
María Letizia Garbaccio Bernasconi. — Casilla 501, Santiago.
Gerardo Mendoza — 3 Oriente 1388, Talca.
Oscar Pinto.— Lumaco 217, Chillán.
Fernando Silva. — Delicias 4050, Santiago.
Lupita Maturana. — Estado 329, Rancagua.
Italo Aste. — Av. Salvador 1665, Santiago.
Horacio Chacón.— Argomedo 402, Santiago.
Humberto Vidal Guevara. — Sewell, Rancagua.
Ana Severín Sáenz.— Grecia esq. Berna, Retiro, Quilpué.
Luis Favre.— Casilla 98, Lautaro.
Rosita Urrutia del Pino. — Casilla 143, Parral.
Luis Orlandini.— San Francisco 548, Casa 10, Santiago.
Clementina Peurrot. — Av. Victoria 1231, Villa Alemana.
Eliana Ramírez Pérez de Arce.— Mujica 95, Santiago.
Fresia Cortés.— Delicias 4362, Casa 11-A, Santiago.
María Macchiavello.— General Mitre 540, Cerro Barón, Valparaíso.

EL CONCURSO DE "DON BASILIO"

También esta vez los chicos han tenido un interés grande en las aventuras de este don Basilio que ya quieren y consideran como amigo, puesto que todos han andado llenos de preocupaciones averiguando dónde podía estar el canarito que se escapó de la jaula y volando, volando, llegó hasta un pueblo lejano, de cuyo nombre sólo unas letras alcanzaba a ver. Y han sido cerca de setecientos chicos los que han acertado con el nombre del pueblo: QUILPUE. Y todos, llenos de solicitudes hacia don Basilio, ha mandado aviso de que allí buscara al canarito, que a su vez está muy contento de que ya sepa su amo dónde se encuentra.

Mamy Rosa les da las gracias a los chicos por haber ayudado en este trance a don Basilio y les dice que tanto éste como el canarito recuperado, les mandan a todos un cariñoso saludo y que don Basilio promete tener mucho cuidado en lo futuro con la puerta de la jaula y que el canarito dice que nunca más saldrá de paseo sin permiso, porque pasó muchos miedos y muchas hambres.

MAMY ROSA

Tito Marcelani Alessandrini.
Eliana Letelier.
María Teresa Mora.
Enriquito Sanhueza.
Luis Bustos Sáez.
Mena Calderón.
Nelly Ortega.
Yolanda Dufaux.
Rebeca Molina.
Ligia Molina.
Josefina Rodríguez.
Teresita Contardo.
Sylvia Meléndez.
Carlos Pérez.
Héctor Gaviño.
Luis Alfonso Carvajal.
Aly.
Raúl Leni.
Naneta.
Elina Escobar Román.
Chela y Chita Cáceres.
Inés Pedot.
Camilú Enríquez.
Alfredo Cárcamo.
Alejandro Escobar Figueroa.
Chelita Vergara.
Nydia Oyarzún.
Gustavo Silva Cañas.
Flor María Garrido.
Brunilda Mendoza.
E. J. G.
Mercedes Sepúlveda Acharán.

Esos tiempos aun perduran...

EL TRAGICO

Este es el primer retrato con investidura real de S. M. Pedro II de Yugoeslavia, a los doce años.

I

PROBABILIDADES DE VIDA Y MUERTE DE LOS REYES.

Los gajes del oficio de rey son los atentados y las conjuras, frecuentes o no, según las cualidades de los monarcas y de las de sus súbditos y según las circunstancias.

Un amigo tudesco — erudito del cálculo de probabilidades basado en la Historia y en la Geografía — ha llegado a precisar que mientras para los reyes nórdicos la proporción de ese peligro, a lo sumo es de un cinco por ciento, la de los reyes meridionales supera el 25, y es, aproximadamente, de un 50 para los balcánicos. (Las probabilidades para los presidentes de República deben ser corregidas, en disminución, de un 10 a un 25 por 100 del porcentaje respectivo).

No hay que tomar demasiado en serio las lucubraciones probabilistas del alemán de marras; pero tampoco demasiado en broma, ya que la Historia ratifica esos cálculos matemáticos.

Cierto que es una proporción enorme la de esas probabilidades trágicas que amenazan la vida de estos reyes de la Europa Oriental; y, en efecto, en estos países, más que en ningún otro, el real oficio, no es ni cómodo, ni tranquilizador ni seguro; poco envidiable, pues, para quien no tenga espíritu y temple de mártir o de santo, de héroe sin miedo ni tacha, o aventurero sin miedo y sin escrúpulos.

Una reciente fotografía del príncipe heredero de la dinastía servia Tomislav.

LA MONARQUIA SERVIA BAJO EL SIGNO DE LA TRAGEDIA.

Servia es, a mayor abundamiento, el archipiélago del «fatum» trágico que preside la historia antigua y contemporánea de estas Monarquías. País típico del terrorismo, más o menos patrióticamente puro, es también clima propicio a las conjuras palatinas y castrenses. Y las crónicas de estos últimos treinta años están llenas de testimonios y ecos de las unas y de las otras.

Ahora bien, la dinastía actualmente reinante en Yugoeslavia nació ya bajo el signo de la diosa Melpómene.

El asesinato del infeliz Alejandro Obrenovich y de su esposa, la reina Draga, abrió a los Karadjordjevich las puertas del Konak belgradés y remató definitivamente la implacable rivalidad entre las dos estirpes principescas. Casi podría decirse que la historia de la Servia ya independiente se reduce a las intrigas (y consiguientes represalias) de los Karadjordjevich contra los Obrenovich, y viceversa, según iban turnándose en el trono, por el contrario, la precedente historia de su rebelión contra el dominio turco ve hermanadas en esforzadas gestas pro libertad a la una y a la otra.

JORGE «EL NEGRO». CRIADOR DE CERDOS Y ABUELO DE REYES.

El fundador de la estirpe reinante fué Karadjordje (que en romance suena Jorge «el Negro»), un criador de cochinos, natural de Oplenat, localidad situada en la boscosa Chumadia, y donde ahora surge (en lo alto de la colina de Topola) una residencia real y la iglesia-panteón de la familia.

Un homicidio — el de un musulmán que quiso robarle uno de sus mejores verracos — obligó a Jorge «el Negro» a renunciar al cómodo sedentarismo del vi-

ESTINO DE LOS REYES DE SERBIA

vir aldeano y lanzarse a la aventura de la rebelión independentista contra el dominio turco. Claro que un insurgente no surge así como generación espontánea, y sin duda alguna, el criador de cerdos de Oplenat, siéndolo aún, era ya un paladín en potencia. El destino, trágico, hizo que Karadjordje, en no sé cuales fatídicas circunstancias diera muerte al padre que se oponía a sus designios patrióticos, y en 1805 lo vemos acaudillando una insurrección de campesinos y teniendo como subjefe a Milosch Obrenovich, que había sido padrino de su bautismo y fué el fundador de la homónima dinastía, rival de la suya. Las masas insurrectas, seducidas por las afortunadas hazañas del compañero de Jorge «el Negro» abandonan un poco a éste, que emigra a Hungría, mientras Milosch sigue combatiendo contra la Media Luna, con el apoyo de Rusia, hasta conseguir que los turcos concedan a Servia una amplia autonomía constitucional (con un régimen de principado) bajo la protección de la Sublime Puerta. Al cabo de unos años de voluntario exilio, Karadjordje siente acuciante la nostalgia de la patria y vuelve a ella... para morir. Milosch Obrenovich, cediendo a instancias de sus gentes, lo decapita y manda su cabeza al sultán en prueba de devoción, y luego permite que su cuerpo sea enterrado en la iglesia de Topola a instancia de la princesa consorte Liubitza.

FEROCES RIVALIDADES PRINCIPESCAS: OBRENOVICH Y KARADJORDJEVICH.

Según cierta superstición servia, la única manera de aplacar el vengativo espíritu de un muerto de muerte violenta es concederle el honor póstumo de la sepultura en el sitio en que había deseado ser enterrado, y la mujer de Milosch Obrenovich creía conjurar la supuesta venganza del asesinado enterrando a Karadjordje en el templo que había hecho construir junto a su casa natal.

Así murió violentamente, como su padre, el fundador de los Karadjordjevich. Cuando éstos, en 1842, logran reconquistar el favor popular y Alejandro (nieto de Jorge «el Negro») es elegido príncipe, viene la etapa de las represalias contra los Obrenovich, que para salvar la vida tienen que expatriarse, hasta que los servios, disgustados por la austrofilia del príncipe Alejan-

(Continúa en la pág. 72)

La reina María, madre del rey niño y viuda a los trece años de su boda.

¿Por qué se me parten las manos y no la cara?

Las manos tienen una piel diferente a la de la cara. Se seca más pronto, se parten y se ponen ásperas fácilmente.
Las partiduras, las rojeces y las asperezas se corrigen inmediatamente con unos masajes de la acreditada

CERA DE BELLEZA **La Milo**

El uso constante de esta cera confiere a las manos la suavidad e inmaculada blancura que toda mujer anhela. Cera de Belleza LA MILO se vende en todas las farmacias y perfumerías, en dos tamaños:
«CARTERA», $ 2.80. — GRANDE, $ 6.50.
No contiene mercurio. ES SUPERIOR.

Novela por

EDGAR WALLACE

(Continuación)

La Serpiente Amarilla

Sus ojos se encontraron con los de Clifford y tuvo que bajar la mirada porque le pareció que en aquella rápida ojeada, él había leído todos sus pensamientos.

—...Cuando yo me di cuenta de lo que había hecho, le dije: "Perdóneme, Cliff..." ¿Lo dije o no lo dije, Cliff?... Y añadí: "Si yo hubiera sabido, entonces, lo que ahora sé, nunca me hubiese separado de aquellas acciones"... ¿Lo dije o no, Cliff?... ¡Y pensar que ese perro... (y aun le llamaría con otro nombre peor, si no estuviera usted aquí, jovencita)... pensar que a ese perro se le hayan metido en la cabeza, esas estúpidas y malas ideas!...

Juana empezaba, ahora, a comprender.

Clifford había llamado al viejo "un romántico perdido" y, en estos momentos, podía ver ella la necia diplomacia que había acarreado el presente estado de cosas. Con objeto de asegurar la unión del hombre que él quería como a un hijo, con un miembro de su familia, Joe había inventado su propia muerte... y resultaba casi triste, pensar que incluso "su familia" era otro fingimiento de su imaginación. Había conocido, de nombre, a Esteban Narth y había sido su limosnero. Probablemente debía conocer la existencia de las hijas de Narth, pero era casi seguro que ignoraba la de Juana.

—¿Sabe el señor Narth que usted está... — vaciló, un momento, y substituyó la palabra "vivo" por—... otra vez en Inglaterra?

Joe movió negativamente la cabeza y Clifford fué quien contestó.

—No. Narth no debe saberlo. Retendré a Joe aquí uno o dos días, hasta que las cosas vayan desenvolviéndose. Y sobre todo, Fing-Su deberá ignorarlo. Ese crédulo chino ha aceptado, sin comentario alguno, la noticia de la muerte de Joe. Por el momento ha concentrado todos sus esfuerzos en conseguir esa acción de fundadores que le daría el control de la Compañía.

—Pero, ¿sería así, realmente? — preguntó la joven, sorprendida.

Clifford asintió.

—Parece absurdo..., no lo es— dijo gravemente—. Si Fing-Su consigue hacerse con esa acción, podrá echarme fuera y tomar la dirección de la Compañía. Y aunque legalmente debiera comportarse con honradez con los demás accionistas, en realidad podrá aprovecharse, para sus propios propósitos, de un capital de diez millones de libras esterlinas.

Juana movió la cabeza como interrogándole.

—Pero..., seguramente es imposible que compre la acción que necesita, ¿verdad, Clifford?

—Sólo hay un medio que permitiría a Fing-Su hacerse con el control de la Compañía — contestó, lentamente— Mi única esperanza es que él nunca lo sospeche.

No dió más explicación y, poco después, desapareció en la cocina, donde entró para hacer café.

La muchacha quedó a solas con el corpulento viejo, lo que no dejó de producirle cierto embarazo que aumentó al ver que Joe se levantaba y cerraba, cuidadosamente, la puerta por donde había salido su socio.

—¿Le gusta a usted mucho, Clifford? — preguntó casi en un susurro, mientras volvía a sentarse en su sillón.

Era una pregunta violenta de contestar.

—Es muy bueno — dijo Juana, poco afectuosa.

—Sí,... sí—contestó Joe Bray, rascándose la barbilla—. Cliff es muy bueno. Duro con la gente, pero muy bueno...—, la miró de nuevo—. De modo que es usted uno de los míos, ¿eh?... ¡Entendido!... Es usted la clase de muchacha que yo hubiera escogido. ¿Cómo son las otras?

El mismo le evitó el compromiso de una contestación pues siguió diciendo:

—Sí. ¡Clifford es muy duro!... Jamás ha hecho daño a nadie, un poco de ginebra. Créame usted, señorita. Además es buena para los riñones, pero Clifford es un gran enemigo de la ginebra... Si no es enemigo, por lo menos no le gusta ver botellas a su alrededor.

De todo ello, dedujo la muchacha que a Joe Bray no le resultaba desagradable la vista de ellas.

—Pues, sí. Celebro mucho que Clifford la haya escogido a usted.

—A decir verdad, señor Bray, fui yo quien escogió a Clifford— contestó ella, riéndose.

Joe abrió, desmesuradamente, los ojos.

—¿De verdad?... ¿Es verdad eso?... Me alegro; no es mal muchacho. Demasiado ligero con su revólver, pero eso lo hace la propia juventud, que siempre está queriendo matar algo. No tengo la menor duda de que tendrán ustedes muchos pequeñuelos..., ¿verdad que sí?

En este momento, llegó Clifford con toda oportunidad, llevando una bandeja y sobre ella un juego de café completamente nuevo. La dejó sobre la mesa y casi no había retirado las manos todavía, cuando se oyó un ligero chasquido. Como este ruido coincidió con el que hizo la bandeja sobre la mesa, Juana no llegó a notarlo casi, pero vió cómo Clifford miraba hacia la cerrada ventana y les imponía silencio con un gesto.

—¿Qué ha sido eso, Cliff? — preguntó el viejo Joe rápido y sobresaltado.

Clifford corrió la cortina metálica que protegía la ventana y, por primera vez, vió la muchacha aquella especie de telón de acero con adornos de forma ovalada en relieve.

—¡Silencio! — susurró Lynne, alzando el brazo y apagando las luces.

La habitación quedó en la mayor obscuridad, pero Juana pudo observar, de pronto, un orificio ovalado en el mismo sitio donde antes había visto el adorno en relieve y que apareció al descubrir Clifford la harpillera.

Había salido la luna y a través de la cortina metálica, Lynne pudo reconocer el terreno que se extendía frente a la casa. No se veía a nadie. Con los ojos pegados a la misma abertura, Lynne esperó y al cabo de un momento su paciencia obtuvo la natural recompensa, pues una negra figura se movió entre los árboles y dió un rodeo al edificio. Inmediatamente, apareció otra figura y después una tercera. Siguió mirando y vió levantarse una cabeza redonda y casi afeitada, a pocas pulgadas de él. A la luz de la luna pudo contemplarla muy bien y ver su ancha nariz y los salientes pómulos de un *cutie* chino. Sin duda alguna, aquel hombre había estado agachado delante de la ventana. En una mano llevaba un pequeño paquete atado por un hilo a la muñeca, y en la otra un garfio en forma de hoz. Con este instrumento alcanzó la canal de hierro y demostrando una fuerza que, en cualquier otra ocasión, hubiese admirado a Clifford, se encaramó hasta el tejado.

Clifford Lynne esperó a que sus pies balanceantes desaparecieran de su vista y, entonces, sigilosamente, se dirigió a la parte trasera de la casa y salió por la puerta falsa. En aquel instante y a la luz plateada de la luna, vió el brillo de un acero en el fondo obscuro del pinar. Todo el día habían estado trabajando allí los leñadores y los troncos cortados destacaban sus blancos redondeles bajo la hermosa claridad del satélite, pero a unas cincuenta yardas del edificio había, todavía, una gran cantidad de pinos.

La casa estaba rodeada de enemigos. Sin embargo, Clifford, no vaciló un segundo y, ocultándose en la cabaña del jardín, buscó un punto desde donde poder ver perfectamente la línea del tejado. Apenas lo había conseguido, cuando vió aparecer, pulgada tras pulgada, una cabeza. En seguida vió iluminado de lleno al chino que se dirigía, rápidamente, a la cuadrada chimenea.

Clifford había montado otra vez el ahoga-ruidos, al cañón de su pistola.

—¡Plop!...

El chino se tambaleó en el tejado, rodó de lado y deslizándose sobre las tejas, cayó casi a los pies de Clifford, dejando escapar un gemido.

Lynne pudo oir el cuchicheo de asombro de los espías que estaban escondidos entre los árboles. Vió a una sombra que salió corriendo de su escondite y disparó otra vez.

Esta fué la señal de desbandada. Todos corrieron en busca de salvación, pues ninguno de ellos ignoraba las hazañas de Clifford como tirador.

Todavía quedó esperando un nuevo ataque. Al cabo de un momento, del extremo de la avenida llegó el zumbido de un camión al ponerse en movimiento su motor, oyó rascar los piñones de la caja de marchas y el aceleramiento al arrancar. Las excitadas palabras de uno de ellos, que se había retrasado y tuvo que saltar al camión en marcha, dejaron convencido a Clifford de que sus atacantes se habían retirado. Entonces dirigió su aten-

ción a la inmóvil figura que estaba, frente a él, en el suelo. Entró en la casa, llamó a Joe y entre los dos llevaron al herido a la cocina.

—Fing-Su los ha traído en un camión — dijo Lynne.

Y más tarde descubrió que el vehículo era un autobús que usaba la fábrica de Peckham para transportar a sus obreros al campo.

—¿Está muerto? — preguntó Joe.

Clifford movió negativamente la cabeza.

—No. La bala le dió encima de la rodilla. No tiene más herida que esa — explicó envolviendo la parte ensangrentada con una toalla—. Lo que le ha hecho perder el conocimiento ha sido la caída del tejado. ¡Hola, pájaro!

Le había gritado en su propio dialecto y el *culíe* abrió los ojos y quedó contemplando a uno y otro.

—¡Me han matado! — suspiró con cara de espanto, al reconocer a Clifford Lynne.

—¿Quién te trajo hasta aquí?

—Nadie. Vine por mi propia voluntad — dijo el herido.

Clifford sonrió, sarcásticamente.

—Bueno. Ahora voy a llevarte al bosque ese — le dijo—, y voy a encender una pequeña hoguera en tu misma cara. ¡Amigo mío; ya verás cómo hablas entonces!... Pero vas a estar, primero, con Shi-suling un ratito.

Shi-suling era el nombre de Joe Bray, en chino. Por cierto que no resultaba muy agradable.

Volvió a reunirse con la muchacha creyendo encontrarla en un estado de excitación, pero quedó decencionado..., agradablemente. Claro que ella sabía que había sucedido algo y que ese algo era una consecuencia natural del incidente del cuchillo, aquella misma noche.

—Sí— admitió Clifford—. Era un chino que quería liquidar conmigo. Me parece lo mejor, suprimir el café y llevarla a casa. Ya se marcharon todos.

Y la palabra *todos* se le escapó sin darse cuenta.

—¿Cómo *todos*? ¿Cuántos eran, pues? — interrogó Juana.

Nada adelantaba Lynne con engañarla. Era mejor que conociese el verdadero peligro.

—Los atacantes no bajarían de doce, seguramente..., pero no sé lo que intentaban conseguir.

—Venían a... por usted— dijo la joven, significativamente. Y Clifford asintió.

—Me parece que está usted en lo cierto; que el botín era yo. Pero lo importante es que se han marchado y que ya nada hay que temer.

Parecía escudriñar todos los gestos de su cara y Juana tenía el convencimiento de que estaba procurando hacer una total apreciación de su carácter.

—Sin embargo, quiero decirle una cosa que es seguro le alarmará— añadió—. Nada ganamos con disimular la gravedad de la situación. Fing-Su no se detendrá ante nada, lo sé. Si se le mete en la cabezota la idea de que yo le estimo a usted..., como es la verdad..., probablemente dirigirá su atención hacia usted. ¿Le asusta esto?

Juana negó con la cabeza.

—Quizás mi imaginación no esté muy equilibrada — dijo—, pero no me asusta.

Lynne abrió un armario de acero que había en un rincón de la habitación y sacó un objeto esférico, de color negro y tamaño de una manzana.

—Quiero que no se aleje mucho de casa y que no salga, ¡en absoluto!, después de anochecer — le encargó—. Quiero, también, que guarde usted esto, en su habitación y en sitio donde pueda alcanzarlo con facilidad. En caso de algún peligro, lo echa usted por la ventana... No pesa mucho.

La muchacha sonrió.

—Una bomba, ¿verdad?

—En el amplio sentido de la palabra... no, pero si le cayese muy cerca, podría causarle daño. No creo haberle dicho que la guarde debajo de la almohada. Eso no. Durante el día debe guardarla bajo llave en cualquier cajón. Por la noche, póngala a su alcance. Pero..., ¡está usted asustada! — añadió con tono de reproche.

—¡No! ¡No lo estoy! — protestó ella, indignada—, pero debe usted admitir que por su parte está haciendo todo lo posible por asustarme.

Clifford le golpeó, cariñosamente, en el hombro.

—¿Pasará algo más esta noche? — preguntó la joven, cogiendo de las manos de Lynne aquel objeto redondo y guardándolo cuidadosamente en el bolso.

El pareció dudar.

—No lo creo. Fing-Su no es muy rápido ni muy trabajador.

Juana se volvió buscando a Joe Bray, antes de dirigirse a la puerta.

—Quería darle las buenas noches a...

—Joe está muy ocupado— respondió Lynne—. Ya tendrá usted ocasión de ver a ese demonio de viejo, demasiado. Pero no olvide usted una cosa. Joe no sabe lo que es miedo. Moralmente es un cobarde y algo atontado..., pero yo le he visto hacer frente a quinientos hombres furiosos, con un rifle roto y una cuchilla vieja.

(Continuará).

Todas ellas quieren ser delgadas

No obstante las redondeces de Mae West, la moda contemporánea favorece invariablemente la línea esbelta, y para conformarse a ella ningún sacrificio parece demasiado oneroso a los ojos de nuestras bellas. Y las antiguas romanas se inspiraban exactamente del mismo ideal de esbeltez, y para obtenerlo se sometían a las más duras privaciones. En una de sus comedias, Plauto se entretiene ridiculizando a las madres que "hacen esfuerzos de escultores para amoldar a sus hijas y darles una apariencia más delgada que la que en realidad tienen". Y ¿no parecería contemporánea esta otra réplica tomada del mismo autor? "Todas ellas quieren ser delgadas, sin caderas ni otras prominencias, y para ello se hacen envolver estrechamente en bandeletas de lino que las aprietan hasta sofocarlas". Tres racimos de uva y un vaso de agua, he ahí de qué se compone su menú cotidiano. "Y si jamás una mujer, una verdadera mujer, de corpulencia más generosa, osa mostrarse entre ellas, se secretean y se burlan en todos los rincones: Mírame esa bola de grasa, esa indigestión ambulante! ¿No parece un atleta de circo o más bien un elefante sabio, digno de ser exhibido en algún circo?"

Se ignora a qué época precisa remonta la invención del corsé tal como lo conocemos hoy; es seguro sin embargo, que las mujeres de la más alta antigüedad conocían ya diversos útiles destinados a adelgazar el talle. Antiguos dibujos y otros recuerdos artísticos descubiertos en Grecia y especialmente en la isla de Creta, representan a menudo mujeres cuya esbeltez no tiene nada de natural, y acusa muy visiblemente el empleo de ciertos accesorios compresores. Galeno, el gran anatomista griego, protesta con vehemencia contra el uso de esos instrumentos nefastos, los "soutien-gorge", por ejemplo, tiranos aplastadores, y otros utensilios similares que, según él, deformarían los huesos y hasta dañarían la columna vertebral.

En la Roma imperial, las curas de adelgazamiento representaban un papel por lo menos tan importante como en nuestros días. Regímenes particulares de alimentación, eran combinados con baños de vapor y transpiraciones artificiales, masajes, etc. Fuera de los baños de uso común, existían baños de lujo al uso de las damas o señores cuidadosos de luchar contra la adiposidad y de conformarse a los mandatos de la moda.

Todos los hombres no aprecian, naturalmente, esas prácticas; pero la moda, ama soberana y sin miramientos, pasa fácilmente por encima de eso. Suetonio se burla de un joven enamorado que queriendo envolver con su brazo el talle de su amada, no encontró más que huecos donde esperaba encontrar redondeces, deficiencia de la cual fué mal compensado por unas costillas demasiado prominentes y puntiagudas. Los Padres de la Iglesia protestan también, a menudo, en sus escritos, contra esas prácticas del adelgazamiento.

Innumerables fueron los aceites aromáticos, ungüentos, bálsamos, perfumes, etc., que formaban parte de los accesorios de la toilette femenina.

El nardo de las Indias y el de Arabia, fueron particularmente apreciados; pero, demasiado caros, solamente las damas más ricas pudieron ofrecerse el lujo de ellos. Sus hermanas menos afortunadas tenían que contentarse de sucedáneos.

Plinio el joven se lamenta, por lo demás, del abuso que hacen de los perfumes las mujeres, que se impregnan el cuerpo y los vestidos hasta el extremo de infestar las calles y dejar la atmósfera irrespirable. "¡Qué locura será peor, dice, que esa de comprar una mercadería tan costosa cuya sola virtud consiste, precisamente, en evaporarse y perderse!"

Los fardos estaban también, como todos lo saben, muy a la moda en Roma. La esposa de Nerón, la emperatriz Popea Sabina, mujer bellísima, no tenía rival en la creación de ungüentos, cosméticos y productos de belleza, que ella misma utilizaba, pero que también eran puestos en el comercio, para el mayor provecho de esa tan altiva y bella mujer. Entre esos productos figuró la famosa "Popeana", receta que se ha transmitido hasta nuestros días. Tiene como base leche de burra. Es el motivo por el cual, en todos sus viajes, la emperatriz iba seguida de verdaderos rebaños de burras.

El fardo, poco a poco se fué haciendo un arte verdadero. Se compusieron tintes refinados, delicados, matizados, según eran aplicados a las mejillas, a las uñas, a las orejas, a los labios, a los párpados, a las sienes, etc. Gracias a esa riqueza tan grande de matices, no era fácil a una romana elegante pasarse de los servicios de los especialistas, por poco que deseara estar "up to date".

Por otra parte, tantos artificios no podían dejar de provocar la verba satírica de los hombres. Marcial se burla de una bella llamada Galla, y que, según él, es menos una mujer que el resultado de una cantidad de mentiras y engaños. "Tus cabellos, dice, provienen de los bordes del Rhin y, como la camisa, cuando llega la noche, te sacas la dentadura. Los tres cuartos de lo que te compones son artificios. Ningún hombre puede decirte: "Te amo, puesto que no eres tú, sino tu apariencia quien lo atrae!"

Galla, como tantas de sus congéneres, llevaba peluca como lo exigía la moda de la época. En efecto, a los romanos no les gustaba el color negro de sus

(Continúa en la página

Tendencias de la moda

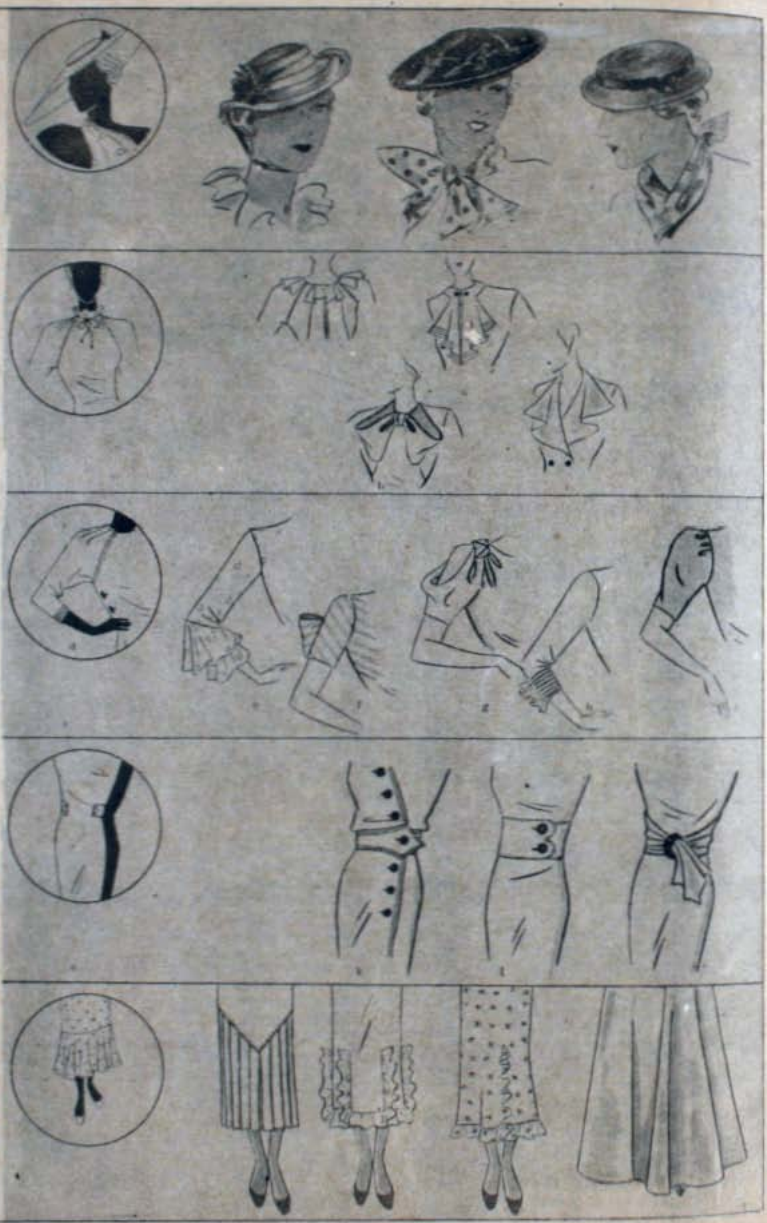
Para la tarde vemos sombreros de ala grande y tiesa, adornados de gros grain obscuro. Para el día, pequeños sombreritos de ala pareja, sencillamente adornados, ya de un ramito de flores, como de una cinta de gros grain en el tono del sombrero.

Los corpiños adornados de vuelos, recogidos, vueltas y chorreras como los que se ven en el grabado adjunto.

Vemos muchas mangas raglán; otras adornadas de vuelos recogidos, aberturas; pabilos y a veces ampliadas en el hombro.

Los cinturones en la tela del traje. Presentamos aquí varios novedosos ejemplos; muy bonito el que cierra pasando por un anillo de galalita.

Las faldas van adornadas en su parte baja. Tenemos en esta página una adornada de tablas, de godets, vuelos escogidos y en forma, y al fin una falda de noche muy amplia.



1.— Lindo trajecito de jersey de lana, completamente tableado; se completa con una capita en tono más obscuro.

2.— Vestido de espumilla de lana color castaña; cinturón de cuero café y cuello, puños y vueltas de la chaqueta en tono natural.

3.— Vestido de espumilla con falda plisada y mangas bombachas en seda de fantasía.

4.— Sencillo traje de mañana; chaqueta café obscuro y falda a cuadros beige y café.

1.— Tailleur de casimir negro; la chaqueta se acintura por medio de cortes.
2.— Ensemble en lana azul marino; falda sencilla y chaqueta larga cruzada.
3.— En marrocain obscuro, este semi-tailleur, con mangas tres-cuartos y chaqueta cerrada por un motivo de fantasía.
4.— Ensemble en fina lana a cuadros verde y gris.
5.— Tailleur de lanà rayada; las vueltas de la chaqueta en paño del tono de los botones.
6.— Tailleur con chaqueta cruzada y falda con cortes semi-acampanados.

Trajes juveniles

1. — Un cinturón y botones de cuero dan una nota muy original a este vestido de franela celeste pastel.

2.— Elegante abrigo de marrocain negro.

3.— Vestido de foulard imprimé, con movimiento de túnica.

4. — Blusa de taffetas a cuadros gris con faldita corta, acompaña este ensemble

5.— Una blusa de fantasía se lleva con este ensemble de lana gris.

6.— Este bolero de forma suelta, resulta encantador como complemento de los trajes primaverales.

7. — Elegante abrigo trescuartos en gruesa seda negra, indicadísimo para usarlo sobre un traje de foulard de seda chinesca.

Abrigos pudicos y sencillos

1.— Abrigo de viaje en paño beige con botones forrados en la misma tela.

2.— Para el auto, este abrigo de lana mezclada, adornado de alforzas.

3.— Abrigo de lana azul, adornado con pespuntes.

4.— De tweed color natural, este abrigo con cuello, puños y grandes bolsillos pespuntados.

5.— Abrigo de lana diagonal con un bonito corte que forma canesú.

6.— Abrigo de lana beige con gran corbata escocesa.

HACIA LA INCOGNITA DE LO DESCONOCIDO

1.— Confortable abrigo de terciopelo de lana color gris. Cuello, canesú, bolsillo y parte baja de las mangas trabajado con pabilos y pespuntes. Una pieza lateral forma la pata que hace de cinturón. Botones de cuero en el tono.

2.— Muy simple este abrigo de tweed escocés. Nótese que las mangas están pegadas casi en la mitad del hombro. Una pata abotonada sirve para fijar la corbata de castor.

3.— Abrigo práctico y chic de gruesa cheviota verde. Costuras con pespuntes dobles. Cinturón de gamuza negra con hebilla de metal. Corbata de breitschwanz negro.

4.— Lana escocesa se eligió para este abrigo en el cual encontramos algunas originalidades; el canesú que llega casi hasta el codo y el cuello que se puede usar vuelto o abierto y cruzado por el ojal. Botones de madera.

5.— Otro bonito abrigo raglan, en que el cinturón sólo aparece en el delantero, dejando suelto y con godets la espalda. Es de color beige.

Vida y confesiones de Gabriela MISTRAL

(Continuación)

Gabriela Mistral durante su estada en Méjico.

Se ha dicho que Gabriela Mistral realizó en Méjico la reforma educacional de ese país. Pero esa obra ya había sido hecha. Vasconcelos, una de las intelectualidades más vigorosas de la raza, cosecha laureles en esa jornada e inscribe muy alto su nombre en la cultura americana.

El trabajo de la Mistral en Méjico fué de cooperación, y de cooperación valiosa. No todo estaba realizado en aquella gran República. Y ninguna colaboradora más eficaz que esta mujer insigne con alma de maestra, con conocimiento profundo de los problemas escolares y también con un profundo sentido de seres y cosas.

Pronto Gabriela adaptó a Méjico su mentalidad y se posesionó con certeza del rol que habría de corresponderle. Mujer animosa, recorrió la República de costado a costado, careciendo muchas veces de las comodidades más indispensables, en consorcio pleno con la naturaleza, sin importarle la inclemencia del clima y muchas veces arriesgando su preciosa salud.

En tres mil aumentó el número de las escuelas rurales, cuya importancia está de más recalcar. Es en ellas donde reside la célula viva de la raza mejicana, y a su éxito se vincula la solución de un problema cultural de primera magnitud.

Organizó personalmente las escuelas ambulantes, curioso tipo de escuela, con tres a cinco maestros, asesorados por carpinteros, albañiles y horticultores que llegaban hasta los indios, llevándoles el precioso y tan necesario don de una sana enseñanza. En pleno campo, frente a la sierra, construíanse los improvisados colegios, y los indios los miraban surgir, atónitos, como en maleficio de brujería.

Entre la múltiple producción de la Mistral en Méjico, hay una deliciosa estampa que retrata a la india mejicana: "Tiene — dice — una silueta llena de gracia. Muchas veces es bella, pero de otra belleza de aquella que se ha hecho costumbre en nuestros ojos. Su carne, sin el sonrosado de las conchas, tiene la quemadura de la espiga bien lamida de sol. El ojo es de una dulzura ardiente; la mejilla de fino dibujo; la frente mediana, como ha de ser la frente femenina; los labios ni expresivamente delgados ni espesos; el acento dulce, y dejo de pesadumbre como si estuviese siempre una gota ancha de llanto en la hondura de la garganta. Rara vez es gruesa la india; delgada y ágil va con el cántaro a la espalda. Como su compañero, hay en el cuerpo de ella lo acendrado del órgano de una loma".

El recuerdo de las crueldades de los españoles durante las sombrías horas de la Colonia, en aquella época en que se consideraba al indio de menos valer que una bestia de carga, subleva a la poetisa, y busca entonces entre aquella cohorte de gente torva, el varón de conciencia sana, totalitariamente cristiano, con una intuición de piedad superior a su siglo de torturas, y la encuentra en aquel don Vasco de Quiroga, oidor de la Real Audiencia, primero, hombre de Iglesia, después.

Continúa en la pág 85

Don Vasco de Quiroga.

Visitar la Capital

durante el Invierno es disfrutar de su apogeo.

SANTIAGO LO ESPERA...

Los BOLETOS DE INVIERNO de los Ferrocarriles del Estado, le facilitan su viaje haciéndolo económico. Es una oferta que Ud. debe aprovechar, ya que Santiago en Invierno tiene todos los atractivos y comodidades de una Gran Metrópoli. Sus Hoteles, Restaurants, Teatros, Cabarets, Tiendas y sus múltiples diversiones, le harán olvidar el rigor de la estación.

Pida el folleto con amplios detalles en las Estaciones de Chillán al Sur y Oficina de Informaciones de los Ferrocarriles del Estado.

ALGUNAS HOJAS DE MI VIDA

Por NORMA SHEARER

Esta breve y vaga biografía puede tal vez conceptuarse como una historia impropia y de influencia inconveniente para las muchachas ambiciosas, pero, de todas maneras, voy a relatar con entera franqueza algunos aspectos de mi vida, aunque ellos favorezcan pensamientos tan reprensibles como estos:

"Una muchacha no lo ha perdido todo por el simple hecho de no haber asistido mucho a la escuela".

"Es preferible tener suerte que ser inteligente".

"Los rugidos de los leones son a veces más inspiradores que los pensamientos de los filósofos de fama".

"Es una gran cosa no ser capaz de tocar "Corazones y flores" en el piano".

Si no hubiera sido por los leones y "Corazones y flores", yo nunca habría llegado a ser estrella del cine. Estoy muy endeudada con ellos y los adoro... abstractamente, pues debo confesar que no soy bastante sentimental para guardar una copia de ellos en casa. De todas maneras, yo sería más bien un león, que un pianista que toca "Corazones y flores", que es lo que deseaba ser.

La música de "Corazones y flores" actuó en mi vida antes que los leones, unos dos o tres años antes. Mi madre, mi hermana y yo, estábamos en Nueva York ensayando algún trabajo para poder vivir. Mi padre se encontraba en Montreal, tratando de salvar algo de la completa bancarrota de un negocio de construcciones.

Mi hermana, yo, y medio millón de muchachas más, de Nueva York, ansiábamos convertirnos en actrices, y con extraordinaria simpatía, nuestra madre nos acompañaba a mantener esa ambición. Ella nunca se había visto antes en tan mala situación, pero tomaba las cosas como una alegre aventura. Durante un tiempo estuvo empleada en un negocio; más tarde, para estar cerca de nosotras, y también para ganar cinco dólares diarios, trabajó a nuestro lado como "extra" de películas. Las tres actuamos en las películas "El sexo impaciente" y "En camino hacia el Este", de David W. Griffith, y en otras películas del día, cuando Nueva York era el centro de producción del cine.

Cuando todavía trabajábamos como extras, pusieron mi fotografía, en colores y de diez pies de altura, alumbrada eléctricamente, en el frontis del Circo Columbia, de Nueva York, y pueden imaginarse ustedes el verdadero suceso que eso constituyó para mí. Pero en la fotografía, mi sonriente cara parecía un neumático y debajo de ella en vez de decir "Miss Norma Shearer", decía "Miss Lotta Miles".

Yo ganaba un poco de dinero posando para los fotógrafos comerciales, desde barredoras para

(Continúa en la pág. 64)

ROBERTO YOUNG comenta a HOLLYWOOD desde NUEVA YORK

Madge Evans y Robert Young disfrutan de una taza de té en los estudios Metro Goldwyn Mayer.

Roberto Young o "Bob" Young, como se le llama entre la gente de cine, acaba de llegar a Nueva York, después de una ausencia de cuatro años pasados en la costa californiana. Me recibe al lado de Betty Young, su esposa, en sus cuartos, en el nuevo Waldorf Astoria. Las ventanas tienen una vista maravillosa sobre el perfil de los rascacielos de Manhattan y sobre Long Island. En su otra visita "Bob" pasó desapercibido entre los neoyorquinos, porque no era entonces sino un cantor teatral como tantos, que tenía que luchar para conseguirse alguna asignación entre las tablas locales. Pero hoy "Bob" se ha sorprendido de su popularidad. Al llegar al hotel, el portero lo saludó con un "¿Cómo está usted Mr. Young?, y en las calles de Nueva York hombres y mujeres se cuchicheaban después de mirarle con curiosidad.

Pero a "Bob" no se la han subido a la cabeza estas nuevas condiciones de astro popular en la cinematografía mundial y recuerda, con la modestia que le caracteriza, su iniciación en la pantalla.

Hace cuatro años, cuando pensaba permanecer en Nueva York en busca de fortuna, se le asignó el papel de "hijo" en "El pecado de Madelon Claudet" y entonces dos cosas sucedieron. El comienzo de la fama artística de "Bob" Young y su intensa y profunda admiración por Helen Hayes, que hizo el papel de la Claudet.

Cuando celebró delante de "Bob" el hecho de que tales artistas, como el mismo Clark Gable y Joan Crawford han sabido mantenerse con los pies en tierra firme a pesar de su inmensa popularidad, "Bob" se refiere a la responsabilidad que cae sobre ese popular actor cuando el mundo lo aclama. Un nuevo incentivo que viene de afuera los empuja a un deseo de perfeccionar su arte cada vez más, para hacer duradera y efectiva la admiración del público. Pareciera que nuevas cualidades nacieran en el artista, como engendro del triunfo. Y luego "Bob" citaba el caso de Claudette Colbert, quien, después de ser agraciada por el trofeo de la Academia de Ciencias y Artes Cinematográficas por la mejor "performance" del año 1934, les pareció a todos los que la encontraron o conocieron después, como la más encantadora de las mujeres.

Sin embargo, a pesar de todo, "Bob" cree que se necesita más fortaleza para hacerle frente al triunfo que a la adversidad. Pero, volviendo a la carrera artística de nuestro héroe del celuloide, conviene recordar que "Bob" fué contratado por la Metro-Goldwyn-Mayer a raíz del drama "El pecado de Madelon Claudet" y que desde hace dos años, estos estudios encargan a "Bob" roles estelares exclusivamente.

Luego de conversar un rato sobre muchos tópicos de la pantalla, caí en la tentación de preguntarle cuál había sido el papel representado por él de más de su agrado. Pareció por un momento que Young hubiese sido tomado de sorpresa y mostró confusión y timidez para contestar. Pero al fin se decidió y señalándome su papel de hermano de la Joan Crawford en "Today we live", me hizo ver cómo había sido un carácter de la más pura galantería dentro de lo alocado y fanfarrón del exterior. Además, en esa película aparecía en una íntima camaradería con Franchot Tone y Gary Cooper, amistad que bien quisiera poseer en la vida real con la misma fuerza y sinceridad. Y por fin, vino su última confesión, ese papel ha sido el inolvidable, porque fué el más difícil para aprender.

Y esta elección para señalar el favorito de sus papeles habla en claro del carácter de "Bob" Young, sencillo, modesto, natural y sincero, pero profundamente emocional y convencido.

De la Pantalla

El fondo obscuro sirve para realzar aún más la belleza de Marian Marsh, estrella de Columbia.

Claudette Colbert dedica los pocos instantes desocupados que su trabajo le deja, a la práctica de los deportes. Aquí podemos verla después de un partido de tennis, el que a fuerza por su sonrisa, ha sido un triunfo para ella.

(Foto Paramount).

PARTICULARIDADES DE LA MEMORIA

En la memoria de todo ser humano queda la impresión de un hecho pasado, muchas veces insignificante, cuyo recuerdo perdura a través de los años, con preferencia al de momentos más importantes en la vida del individuo.

Las estrellas del cine no son excepción, naturalmente. Todas pueden relatar detalles pasados, que, aunque tal vez no han sido los trascendentales de su vida, sin embargo, no han podido olvidar.

Por ejemplo, la impresión más duradera en la imaginación de Jean Harlow es el regalo de un carrito rojo y un lechoncito con sus arneses, que recibió de su abuelo, cuando, siendo niña, vivía en una hacienda con su familia.

El gran momento de Norma Shearer fué cuando, en su ciudad natal de Canadá, vió por primera vez al príncipe de Gales, quien la miró y le dirigió una sonrisa.

Un recuerdo que nunca se ha borrado de la memoria de Joan Crawford desde su niñez, data del día en que contempló llena de admiración las vueltas veloces de la bailarina en el tablado en que unos vendedores ambulantes recomendaban la excelencia de sus medicinas.

Jeanette Mac Donald no puede olvidar los momentos en que presenció la trágica muerte de un hombre atropellado por un tranvía. De allí viene su temor de atravesar los rieles de un ferrocarril.

Esther Ralston trabajaba desde niña como actriz con la compañía Ralston. Un día llegó a la estación del ferrocarril un hermoso y brillante automóvil para transportar a algunos miembros de la compañía. Ese deslumbrador automóvil ha permanecido en la memoria de miss Ralston desde entonces.

Myrna Loy experimentó la más intensa emoción de su vida cuando, todavía una chiquilla, visitó una exposición de arte y

ante las admirables esculturas resolvió en aquel momento crear ella misma algún día obras en mármol y bronce tan hermosas como las que contemplaba.

En la imaginación de Diana Wingard está aún latente un recuerdo no muy placentero. Como si hubiera sido ayer, tiene presente todavía cierta terrible noche en Londres que despertó aterrorizada por el ruido de un Zeppelin volando sobre la ciudad, que dejaba caer bombas explosivas, causando la muerte de docenas de personas.

Aún hoy, Helen Hayes ríe al recordar su primera aparición en las tablas, cuando en cierta escena de la pieza representada por la escuela que atendía, tuvo que comerse un enorme pedazo de pastel de naranja, que más tarde produjo funestos desarreglos digestivos.

Para Helen Morley el recuerdo que ha permanecido más vivamente en su memoria tiene su origen en la ocasión en que hubo de vestirse de viejecita, para una representación infantil en el patio de su casa.

Y Madge Evans goza recordando las primeras bolas de nieve que aprendió a lanzar a los sombreros hongos portados gravemente por señores serios y honorables, regocijándose especialmente cuando acertaba a dar en blanco.

Un psicólogo pesimista probablemente explicaría que los recuerdos triviales quedan en la memoria con preferencia a los serios, porque aquellos son más beneficiosos para el espíritu.

NOTITAS

Claire Trevor, la estrella de la Fox, después de haber terminado su labor en "El infierno del Dante", su décima producción consecutiva para esa compañía, ha partido con su mamá rumbo a Honolulú, en donde pasará tres semanas descansando.

* * *

Marshall Neilan, el famoso director, dirigirá a Jane Withers en su nueva película tan pronto la pequeña actriz termine su labor en "Ginger", la película que está haciendo con Jackie Searl.

* * *

Eugene Forde, que recientemente dirigió "El asesinato del Grand Hotel", para Fox, seguirá dirigiendo películas para esa compañía por lo menos durante los próximos cinco años debido al nuevo contrato que firmó recientemente.

* * *

Harry Schultz, quien, por su tipo especial, se ha visto asignado a un gran número de caracterizaciones de holandés neto, no tendrá que preocuparse por si incluyen o no su nombre en el reparto de la película "Ginger" que está haciendo ahora con Jane Withers y Jackie Searl.

En su papel del carnicero del pueblo, Schultz tiene una tiendecita y en la puerta de ésta, en letras muy grandes, se lee: "Harry Schultz, propietario".

De modo que Schultz está muy contento con su papel.

Una sugestiva pose de Sylvia Sidney, estrella de Paramount.

En la última producción Metro Goldwyn Mayer, titulada "David Copperfield", tiene destacada actuación un pequeño actor, Fred Bartholemew, a quien vemos en compañía de Madge Evans.

Sus

Boris Karloff.

(Foto Universal)

Favoritos

Ida Lupino.

(Foto Paramount).

Elegancias

1.— Capa y falda de lana moteada gris; chaqueta abotonada en un tono.

2.— Vestido de crepe de lana verde, adornado con botón y cinturón negro; se completa con un paletocito suelto, completamente pespuntado en diagonal.

3.— Vestido de crepe romain café, completado con un abrigo tres-cuartos con vueltas drapeadas.

4.— Sencillo y elegante vestido de kasha natural, adornado con aplicaciones; cinturón de cuero azul marino. Se completa con un paletocito a cuadros.

Lo más nuevo

1.— Una creación de grande elegancia es este abrigo de lana moteada, de mangas originales con cortes que hacen todo el charme del modelo. Cuello y puños de nutria. Otra nota curiosa es el pinche que cierra la solapa en vez de botón. Un traje de fina lana del mismo color, en tono más claro, completa maravillosamente este modelo.

2.— Traje sastre para la tarde, en lana verde, con adornos de nutria. El detalle del cuello es muy bonito, lo mismo que las carteras. Falda un poquito campana, movimiento que cada vez se acentúa más en la predilección de los modistos. Una blusa de lama plateada completa este suntuoso tailleur.

1.— *Traje de novia en crepe mate. Gran cintura anudada atrás. La cola termina en dos puntas. Grupos de pliegues en la falda.*

2.— *Traje de novia, redondo, en tafetán muy flexible. Un lindo corte forma el jabot de la blusa, hecho con nervures.*

3. — *Muy lindo este traje de novia, en falla; el adorno está hecho con una serie de trenzas de mostacillas de porcelana mate. La falda, con cola, al sesgo.*

4. — *Encantador para una niñita, este vestido de cortejo en crepe georgette, con adorno de vuelos plisados.*

5.— *El traje del niño está hecho en raso brillante; también tiene un vuelo, pero sólo cortado en forma. Botones de perlas y lazada en la cintura.*

A casarse tocan...

6.— Muy sobrio este traje de novia en crepe satén marfil; corte raglán y jabot. Una trenza del mismo género haçe la cintura.

1.— Para una muchachita muy joven será encantador este traje en crepe con un sencillo adorno de vuelitos pasados. Cintura anuda atrás.

2.— En organdí de seda, este vestido tiene una gran lazada de tafetán escocés que le da su gran chic.

3.— Tul ligeramente pintado y adorno de vuelos en forma, más un gran moño de flores en la cintura, bastan para hacer este modelo encantador.

4. — De moaré, muy liso, muy elegante, este vestido tiene sólo dos botones de strass como adorno. Doble trenza en la cintura.

5.— Otro delicioso traje en muselina estampada, con adorno de vuelos en forma. Cintura y bonete en terciopelo. En las mangas un fino trabajo de nido de abeja.

Las damas de Lenor

esperan

Sombreros Elegantes

1.— Para las fieles a la boina será encantador este modelo de fieltro, incrustado en raso, sobre el cual se posa un velito de crin, capricho último de la moda.

2.— Hasta en los sombreros encontramos el nido de abeja. Este modelo de paño tiene la copa casi plana y el ala está unida a ella con una franja de fino nido de abeja, hecho con seda brillante.

3.— Para acompañar el traje sastre será muy práctico este modelo en paño jaspeado, cuyo adorno es de gros grain formando un lazo desflecado.

La ropa interior

1.— Juego de dos-piezas en crepe mate adornado con festón.
2.— Combinación de crepe lavable con corpiño de flores de colores.
3.— Sostenes de batista con encaje y tul.
4.— Combinación de crepe de Chine con corpiño de encaje.
5.— Pijama de seda orlado de plisado muy fino.
6.— Camisa de noche en batista de hilo.
7.— Elegante camisa de noche en opal, adornada de alforzas y plisados.
8.— Juego de crepe lavable, adornado con bandas en otro tono.
9.— Pijama de franela, en tono claro, adornado con franela a rayas.

La Moda infantil

1. — Vestido de kasha gris, adornado de alforzas.

2.— Para el chico, este trajecito del mismo género que el anterior.

3. — Encantador trajecito de borlón de lana, adornado de piqué blanco.

4.— Vestidito de espumilla de seda, terminado en ondas.

5. — Vestidito en muselina rosa pálido con pequeños vuelos fruncidos.

6.— Muy elegante este vestidito en georgette rosa, enteramente plisado.

7. — Trajecito de dos-piezas, compuesto de chaqueta de un tono y falda, cuello y puños en género escocés.

8. — Raglán en kasha beige, cerrado por cuatro botones.

9. — Traje compuesto de blusa de franela clara con pantalón en un tono más obscuro.

1.— Vestido sencillo en franela roja con canesú que forma bolsillos abotonado.
2.— Un pantalón de franela roja y una blusa del mismo género beige, componen el traje de este niñito.
3.— Para una joven pareja, hemos elegido estos dos modelos en crepe de lana celeste pastel.
4.— Vestidito en crepe de lana azul lino, adornado con botones de metal
5.— Abriguito en kasha chinesco gris con vueltas y puños obscuros.
6.— Traje de niñito en dos tonos.
7.— Vestidito en organdí blanco, adornado con puntas.
8.— De muselina a lunares celeste y blancos, este vestidito de niñita.

En la nieve

1.— Traje de ski en gruesa lana impermeable; echarpe escocesa.

2.— Muy juvenil este traje para deporte de invierno, con chaqueta de doble abotonadura y mangas raglán.

3.— Traje de ski; pantalón clásico de lana aborlonada y chaqueta de cuero.

4.— Para la chiquitina, este traje de ski, en paño azul marino con bolero cerrado en diagonal; pull-over tejido.

5.— Traje de ski, en gabardina impermeable.

6.— Muy moderno este traje de deporte en gruesa franela mezclada.

Variedades

1.— Tailleur sencillo en tweed gris; botones de madera.
2.— Encantador trajecito de mañana en lana delgada con blusa de espumilla a lunares.
3.— Dos-piezas de lana celeste y azul marino.
4.— Falda de sarga azul marino, formando tablas a un costado.
5.— Falda de tela de lana con cortes incrustados.
6.— Muy sencilla esta falda de paño, cortada al sesgo.
7.— Negra o azul marino, esta falda de lana, adornada de alforzas.
8.— Blusa de género a lunares blancos y rojos, adornada con finos plisados.
9.— Sencilla blusa de hilo con botones del mismo género.
10.— Chaqueta de espumilla blanca.

Para el Week-End

Se usan enormemente, hechas en el mismo género del traje, o recordando alguno de los materiales en él empleado. Sumamente fáciles de cortar, ya que su forma es casi siempre inspirada en el sobre, se cierra con un eclair, con un clips, con un botón o con un monograma. Prácticas por su tamaño, que es algo grande, tiene la gran ventaja de que se puede hacer una para cada tenida, dándole así una grande elegancia al conjunto.

1.— Para este bonito tailleur de una línea muy neta, se ha utilizado una tela de lana a pequeños cuadritos, al sesgo en la falda de cuatro paños, al hilo en la chaqueta de grandes solapas. Cinturón de cuero rojo, blusa de espulimma del mismo color.

2.— Ensemble compuesto de cinco piezas; blusa y sombrero de jersey café, sweater de lana mostaza, falda y abrigo muy envolvente en tweed jaspeado mostaza. Muy chic y práctico.

3.— Falda hecha completamente de paños, lo que está muy en boga. Chaqueta cruzada con bolsillos con carteras. Cinturón de cuero. Botones de corozo.

4.— En género inglés de hombre, a cuadros gris y azul, este amplio abrigo tres-cuartos tiene un pequeño cuello vuelto y redondo, que cierra por un gran botón de cuero.

Lo que rejuvenece

1.— *Traje sastre de tweed de nuevo dibujo, que puede usarse con una pequeña capa que varía completamente su aspecto, o con una chaqueta sin mangas, de línea vaga, muy encantadora.*

2.— *Sobre una falda de grandes cuadros se llevará una chaqueta de lana unida, con mangas tres-cuartos, grandes vueltas y cinturón del mismo género. Blusa con cuello-bufanda, de color opuesto y vivo.*

3. — *Robe-manteau muy simple y adelgazador De corte sastre y en lana obscura, está adornado con vueltas y puños de piqué blanco, siendo también blancos los botones de corozo.*

He aquí una chaqueta simple y chic con un pequeño faldón tejido al *sesgo*. La explicación corresponde al talle 42 (1 del hombro al talle: 38 cm., contorno 80 cm.; largo de la manga en el rebaje, 53 cm.) Por cada talle diferente agregar o disminuir 8 corridas esp. y 5 corridas en cada mitad del.

La lana ha sido empleada doble.

Punto empleado: Es el punto correteado que ha sido empleado en todo este trabajo: siempre al derecho.

Forma de ejecutar el tejido: La chaqueta se comienza por el borde del delantero derecho, que se trabaja horizontalmente. Se continúa haciendo el cuerpo y el faldón al mismo tiempo y se termina en el borde del lado izquierdo. Solamente las mangas y los puños se confeccionan aparte. Urdir 11 p. Tejer 8 corridas y formar un ojal a 4 p. del borde (disminuir 4 p. que se urden en la corrida siguiente). Repetir el ojal 5 veces con 24 corridas de intervalo. Dejar los puntos en un alfiler de gancho. Por otra parte, urdir 3 p. para el principio del faldón que se teje al sesgo. Hacer a cada lado de los p. urdidos un aumento cada dos corridas hasta los 35 p. en total. Después, a continuación de estos 35 p., tomar de la faja con los ojales 90 p. Tejer sobre los 125 p. 7 corridas, haciendo en el borde exterior del faldón un aumento cada dos corridas y al lado de la tomadura del faldón la disminución correspondiente (tejer juntos el 35 y el 36 p. del tejido). Después hacer en el escote 2 veces un aumento con 7 corridas de intervalo, 3 veces un aumento con 3 corridas de intervalo y 10 veces un aumento con una corrida de intervalo (esto lleva a la parte alta del escote). Formar la bocamanga raglán disminuyendo, partiendo del escote 30 veces 2 p. con una corrida de intervalo. Simultáneamente a las 22 disminuciones no hay que llegar hasta la parte baja del tejido y volver a los 7 p. por encima del faldón. Después, con una corrida de intervalo, hacer 4 veces la vuelta a los 7 p. de distancia de la vuelta precedente. Esto simula la costura del lado. El delantero está terminado. A continuación de este tejido, tejer la espalda haciendo a la inversa el tejido del lado, y de las bocamangas, hay que descender nuevamente hasta el faldón 7 por 7. Cuando se tengan los p. iniciales desde el escote hasta abajo, tejer 10 corridas haciendo en el escote 3 veces una disminución cada 3 corridas de intervalo y 30 corridas en línea recta. Simultáneamente cesar los aumentos en el borde exterior del faldón y continuar estas disminuciones hasta que no hayan más p. en el faldón (mitad de la espalda). Tomar el tejido a la inversa para la 2.a mitad. En consecuencia, hacer los aumentos del faldón al derecho de las disminuciones precedentes e inversamente.

Manga: Se comienza por la parte alta del rebaje y se teje verticalmente. Urdir 10 p. Hacer de un lado con una corrida de intervalo 22 veces un aumento de p. y una vez un aumento de 10 p. (esto conduce a la parte baja de la manga). Simultáneamente en el lado opuesto (alto de la manga) hacer un aumento de 2 p. con una corrida de intervalo durante 60 corridas (190 p. en total). Tejer 12 corridas en línea recta (centro de la manga). Tomar el tejido a la inversa para la 2.a mitad. Para el puño urdir 50 p. Tejer 16 corridas. Disminuir los p. A continuación de los p. dejados sin tejer en la parte alta de las bandas del delantero, tomar todos los p. del escote (130 p. en total). Tejer 16 corridas cerrando apretado.

Blusa de lana bouclé

La lana bouclé tiene un gran éxito. La hemos empleado aquí para una bonita blusa con escote cuadrado, cerrada por botones rojos. El primero lleva una letra.

La explicación corresponde al talle 42 (largo 46 cm., contorno 85 cm.). Manga desde el rebaje, 7 cm. Por cada talle diferente agregar o disminuir 20 p. (10 p. del. 10 p. esp.)

Indicaciones: 250 grs. de lana bouclé blanca; 2 palillos N.o 1 (2 mm. 1|2 de diámetro).

Puntos empleados: 1.o Canutón (cintura, puños, cuello) 2 p. d., 2 p. r—2.o Punto oblicuo (cuerpo, mangas), 3 p. d., 3 p. r., que se corren cada 2 corr. 1 p. hacia la izquierda.

Delantero: Se principia por abajo. Urdir 110 p. Tejer 12 cm. de canutón y principiar el cuerpo. Hacer de cada lado 1 aumento cada 10 corr. hasta 124 p. en total.

A los 28 cm. de alto dividir el tejido por la mitad. Tejer el lado izquierdo agregando 4 p. en el borde delantero que se tejen en línea recta. Simultáneamente en el lado opuesto formar la bocamanga disminuyendo una vez 6 p. y con una corr. de intervalo 4 p. y 5 veces 1 p. Cuando la abertura del delantero tenga 12 cm. de alto, disminuir para el escote una vez 10 p. Tejer 2 cm. en línea recta y disminuir 7 por 7 los p. restantes (hombro).

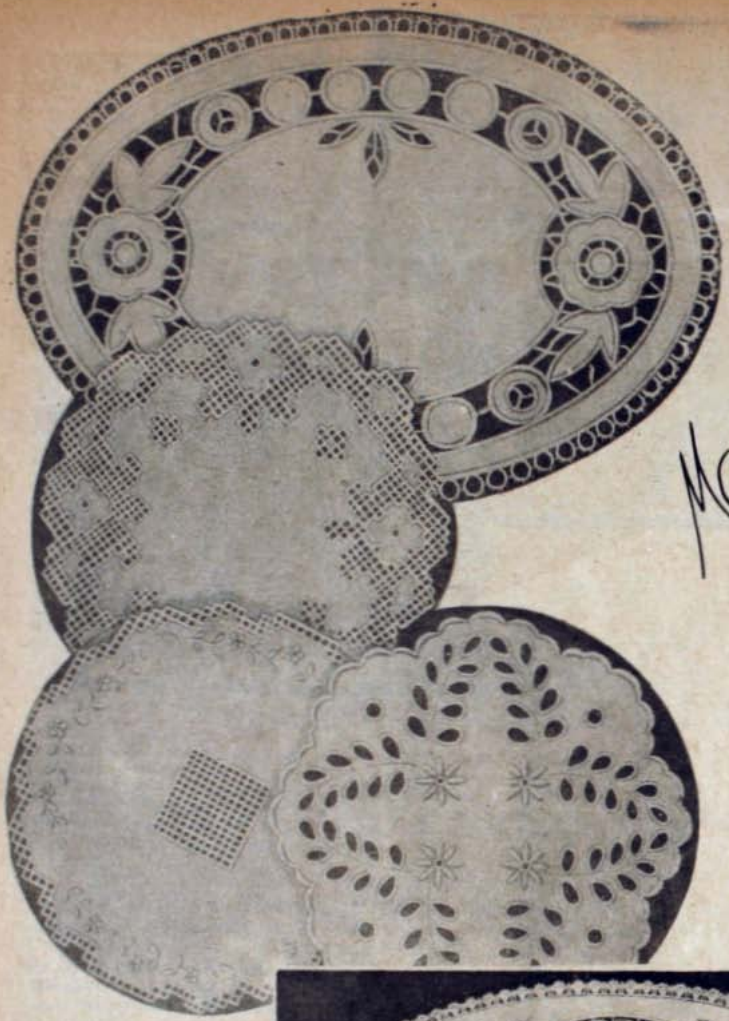
Hacer la segunda mitad igual sin agregar p. en el borde delantero, pero formando ahí tres ojales con 4 cm. de intervalo, disminuyendo después de los 3 p. del borde, 3 p. que se urden en la corr. siguiente. En el escote no disminuir nada más que 12 p.

Espalda: Urdir 104 p. Hacer de cada lado los mismos aumentos que adelante. En las bocamangas no disminuir más que 10 p. de cada lado. Cuando las bocamangas tengan 1 cm. menos que en el delantero, disminuir 7 por 7, 35 p. para cada hombro y en seguida los p. restantes (escotes).

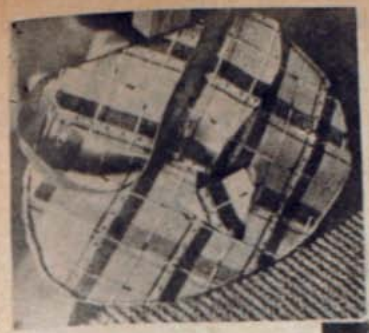
Manga: Se principia por abajo. Urdir 80 p. Tejer 3 cm. de canutón y 4 cm. en punto oblicuo. Disminuir en seguida de cada lado 1 p. en cada corr. hasta que no queden más que 24 p. Tejer 12 cm. en línea recta sobre estos puntos y disminuirlos.

Cuello: Urdir 90 p. Tejer 6 1|2 cm. de canutón. Disminuir los puntos.

Mantelería



Linda esta colección de puñitos en granité de hilo, destinados, a debajo de los platos, a fondos de bandeja o a centros de mesa. Trabajados con punto inglés, a realce o con punto tunecino, serán un bello adorno que toda dueña de casa se sentirá encantada de tener.



Carteras de género

Se usan enormemente, hechas en el mismo género del traje, o recordando alguno de los materiales en él empleados. Sumamente fáciles de cortar, ya que su forma es casi siempre inspirada en el sobre, se cierran con un eclair, con un clip, con un botón o con un monograma. Prácticas por su tamaño, que es algo grande, tienen la gran ventaja de que se puede hacer una para cada tenida, dándole así una grande elegancia al conjunto.

Moldes

Ofrecemos a nuestras lectoras un traje que representa la última tendencia de la moda, o sea: una falda de varios paños recosidos con pespuntes, con tablones abajo y una capita de corte novedoso, unido por un fino trabajo de punto al aire, en palos de Richelieu. En lanita delgada, para la temporada que viene, pueden ustedes irlo realizando con tiempo, para que septiembre las encuentre con un traje de primavera en el guardarropa, hecho según todas las reglas de lo que se usa. Se completa este conjunto con una blusa de seda obscura, un echarpe a pintas y un cinturón con hebilla de monograma.

Los moldes de falda y capita se despachan al recibo de su dirección y treinta centavos en estampillas. Dirigirse a "FAMILIA", casilla 84-D., Santiago.

ESTAFETA

DESPACHA: MARI-SOL

MARINA, Concepción.—Las americanas pasan por ser las mujeres que poseen mejor cutis en el mundo y cada una, sin excepción, tiene su sistema desde chica, que hace mañana y noche con una constancia ejemplar y que es la única razón de la belleza que poseen en materia de piel. Vea usted la calidad de su cutis, grasoso, seco, medio; adopte usted un método que le sea favorable y hágalo siempre, con los mismos productos, al levantarse, al acostarse. A veces cuesta meses el empezar a ver los resultados. Pero después se pueden apreciar gozosamente. Aquí las mujeres tienen una verdadera manía de ensayar cada semana una crema, una loción, una leche. Y nunca llegan a ningún resultado. Es lógico. Imitemos a las americanas y tendremos lindos cutis. He de advertirle también que hay que vigilar la digestión y mantener una higiene perfecta en todo el cuerpo. Mis deseos de perseverancia y de éxito.

SIEMPREVIVA, San Vicente. — Muy gentil su carta. El precio de la suscripción de "Familia" es al año de $ 62.— que puede usted mandar por giro bancario o postal, a nombre de «Empresa Editora Zig-Zag». Casilla 84-D, Santiago. Verá usted que estamos cambiando el tipo pequeño de la letra por otro más fácilmente legible. Puedo decirle que es completamente imposible aprender inglés sin profesor, es tiempo perdido el que usted emplee en la tarea. Busque usted mejor una persona que le enseñe, aunque sólo sea una hora a la semana. Muchos agradecimientos por todo lo que me dice tan amablemente respecto a la revista. Quedo a sus órdenes.

Buen Tono

PARA CONDUCIRSE DEBIDAMENTE EN LA CALLE

En la calle, especialmente la mujer, debe ir vestida con trajes discretos y de tonos que no llamen poderosamente la atención. Las jóvenes solteras, cuando vayan solas, andarán con naturalidad, no volverán la cabeza ni harán paradas en escaparates, haciendo caso omiso de los transeúntes. Con la más completa indiferencia se debe mirar al necio que, sin conocer a una señorita, por el hecho de ir sola le dirige la palabra.

Si se cruza con un caballero conocido, éste debe saludar primero, pero ante una insinuación discreta de ella dándole la venia, no parándose a hablar; sólo lo hará en el caso de ser una persona íntima o de respetabilidad, dando la mano antes la persona de más categoría, a no ser el encuentro con una amiga de su misma edad.

Un caballero no detendrá a una señora en la calle; únicamente lo hará sabiendo que la actitud de ella es propicia y haciendo la entrevista corta y respetuosa.

Al detenerse a hablar en la calle con una señora, un caballero debe descubrirse y no ponerse el sombrero hasta que se le invite a ello, cosa que debe hacer la señora inmediatamente. Yendo dos o más señoras, hará la invitación a cubrirse la de más edad. Si fuesen las señoras acompañadas de algún varón, éste permanecerá descubierto mientras lo esté el señor que se acercó a saludarles.

Las conversaciones en la calle serán breves, y la despedida la iniciará la señora de más representación o edad, como por ejemplo: la señora, se despedirá del caballero; el anciano, del joven; el jefe, del subordinado, etc.

Si la persona que conocemos va con otra, desconocida para nosotros, debemos saludarla sin detenernos.

Cuando un caballero acompaña a una señora, ya sea de su familia o no, nunca se parará a hablar con nadie.

Cuando dos personas de distinto sexo o categoría van juntas por la calle, la de menos respeto se colocará a la izquierda de la de más categoría. Si la acera es estrecha, le cederemos el sitio de preferencia, o sea, el lado interior.

Con las damas de la familia se va del brazo, cediéndoles el derecho.

En Norteamérica e Inglaterra es costumbre ceder el brazo izquierdo a la señora, para poder saludar con más soltura, apartar a personas que interrumpen el camino, etc.

Debemos llevar siempre la derecha (excepto en las poblaciones, cuyas ordenanzas municipales dispongan lo contrario), que es obligación ceder a las personas respetables en sexo, edad o categoría, cuando vienen en dirección contraria, y si la acera fuese tan estrecha, que sólo pudiera pasar una persona, bajaremos a la calzada.

No es elegante, ni está permitido por las reglas de urbanidad, el ir por la calle con las manos en los bolsillos del pantalón, pues para resguardarlas del frío, en invierno, se meten en los bolsillos del abrigo.

Es imprudente fijar la mirada en otras personas, y más si son del sexo contrario.

Se debe ceder el paso a los superiores por edad, categoría o sexo, y el que vaya a caballo al que vaya a pie. Cuando sea una señora la jinete, sólo cederá el paso a otra señora.

ULTIVE SU BELLEZA

Para la mayoría de las mujeres la palabra "masaje" está intimamente ligada con su juventud. El masaje moderno se emplea para rejuvenecer cualquier órgano que se manifieste cansado y para darle nuevo vigor y nueva vida.

Pero no es mi ánimo hablaros ahora del masaje en general, ni siquiera de esas fricciones fuertes que se hacen después de los ejercicios en los institutos de Educación Física.

Quiero referirme al masaje que debe hacerse en la cabeza y que son desgraciadamente muy pocas las que lo practican.

No hace mucho tiempo visitaba yo un salón de peinados donde no sólo se lavaba y ondulaba el cabello, sino que se le friccionaba durante diez minutos con peine y cepillo. Yo sé que la gente iba allí con el pelo descolorido, lacio y marchito y sé que después de varios tratamientos el pelo comenzaba a revivir y a adquirir brillo. Volvía el color, un bonito lustre reemplazaba a la opacidad anterior y las ondas que se habían deshecho comenzaban de nuevo a ensortijarse.

Este cambio se debe en gran parte al masaje, que en forma misteriosa da nueva vitalidad a las raíces y da también al cuero cabelludo el vigor que necesita.

Este masaje se hace en el salón mencionado y se puede hacer con toda facilidad en casa y no requiere más tiempo que el cepillado corriente.

Se toma primero la peineta y utilizando los dientes anchos se deshacen todos los enredos que haya hasta dejar la cabeza completamente lisa. Una vez que se pueda pasar el peine con toda facilidad, se hace la misma operación con los dientes estrechos o apretados peinando hacia adelante, hacia atrás y hacia los costados, tomando primero el lado izquierdo. Esto se hace varias veces y se procede luego a hacer lo mismo en el lado derecho, en dirección opuesta. Se continúa este movimiento hacia atrás y hacia adelante, primero a la izquierda y después a la derecha y en seguida se levanta el pelo de la nuca y se le peina hacia arriba echándolo sobre la frente.

Completado el peinado, se toma la escobilla y apretándola fuertemente sobre el cráneo se cepilla a través de toda la cabeza. Primero hacia atrás y luego hacia abajo, haciendo vibrar las cerdas contra la piel. Esto produce en la cabeza una especie de hormigueo o picazón, acelera la circulación de la sangre de manera que ésta corra libremente y enriquece las células colorantes.

Se separa en seguida el cabello en pequeñas porciones y se pasa el cepillo tratando de que las cerdas se introduzcan en el pelo; luego se tira hacia atrás, tratando siempre de hacer vibrar las cerdas. No hay que olvidar que el masaje debe hacerse en forma que continúe a lo largo de la línea del cuello.

La última fase de este tratamiento es la más interesante. Se empieza por el lado frontal; se levanta un poco de pelo, de una pulgada de ancho más o menos. Se coloca el cepillo por debajo de este mechón y se cepilla de abajo hacia arriba, hacia afuera del cráneo, ejerciendo presión sobre las cerdas del cepillo; luego se hace el movimiento al revés, es decir, se pone el cepillo por encima del pelo y se cepilla hacia abajo y hacia afuera.

Terminada la operación con una porción del cabello, se procede con otra y de este modo se sigue con toda la cabeza.

Todo esto, explicado así detalladamente, parece un tratamiento largo, pero en realidad requiere muy poco tiempo efectuarlo. Si no se puede hacer todas las noches, hágase por lo menos dos veces a la semana y la gran diferencia que notará en su cabello lo indemnizará de las molestias que este trabajo le origine.

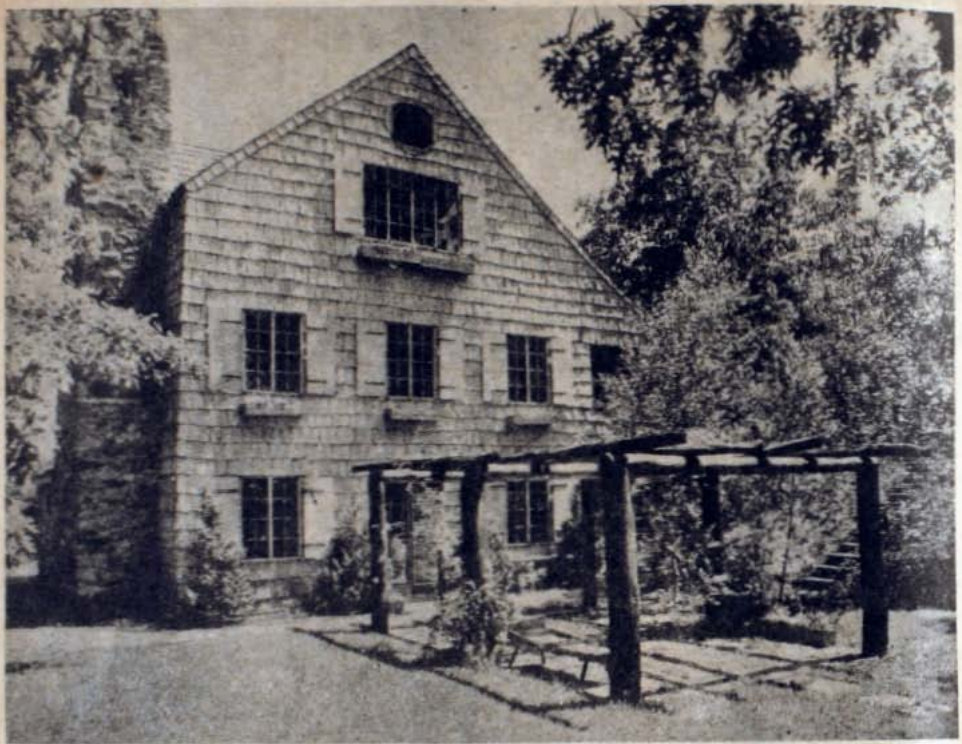
La moda en París

Todos los bellos tejidos que actualmente encantan a las parisienses, provienen de un esfuerzo continuo y magnífico de los fabricantes en sederías lionesas, que deben luchar seriamente para vencer la competencia extranjera. Es, pues, un deber de la mujer francesa salir, vestirse y ayudar así a que la moda de su país mantenga su nivel tradicional. Con ese fin, la elegante vuelve a brillar en los teatros y los restaurantes de París. La sala del Gimnasio fué hace poco un ejemplo llamativo al estrenarse una obra de Bernstein, y se admiraba allí a un tiempo, sobre la escena, los modelos de afamadas artistas, y en la sala, los hermosos vestidos de las elegantes de París.

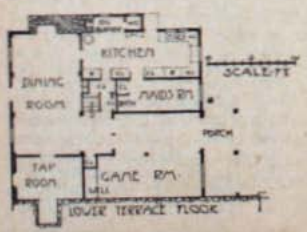
Se volvieron a ver alhajas, abanicos, flores y muy hermosos conjuntos. Los escotes estaban a menudo ornados de hombreras, anudadas en el dorso, y las faldas se abrían en pequeñas colas, algunas veces plegadas. Pelerinas de tul o de plumas velaban graciosamente los escotes un tanto audaces. Ciertos vestidos de tafetán, muy amplios y de estilo 1930, eran ornados con bandas de terciopelo.

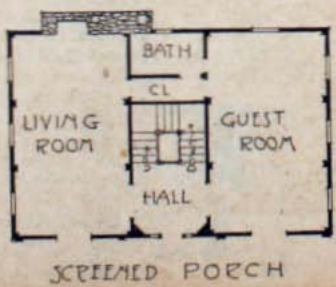
Los escotes son aún muy pronunciados en la espalda, y se vuelve a encontrar frecuentemente en los vestidos de velada la punta pasada alrededor del cuello, que hizo furor en el verano para los vestidos de playa. Este efecto triangular es subrayado por una cadena de metal, o por un hilo de perlas de fantasía, pues jamás el metal, el cristal y las piedras han desempeñado un papel tan importante en la indumentaria femenina.

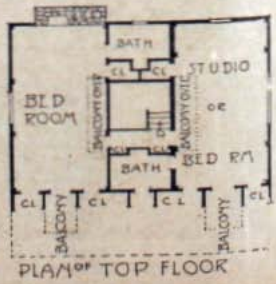
Casas e interiores



He aquí una agradabilísima residencia de estilo rústico que se puede construir en cualquier parte, incluso en los alrededores de una gran ciudad y con todos los adelantos y confort modernos. La ilustración de esta página muestra un material liviano, la madera, la que puede ser ventajosamente reemplazada con tabiques, cal y ladrillo o cemento o piedra. Eso sí que conviene dejar una fachada o parte de cualquiera de las fachadas revestidas con tejuelas de madera como se indica aquí. Ello da a la casa una apariencia de rusticismo muy simpática. Como se puede ver, la extensión edificada no es grande, porque se ha tenido el cuidado de disponer los cuartos en forma compacta. Claro está que esta construcción es bastante alta lo que permite ocupar tres pisos. Sin embargo, al construir esta residencia, se pue-







de dejar de dos pisos, eliminando dos dormitorios o haciendo el comedor, living-room a la vez. Lo que conviene, por sobre todo, en esta clase de casas es hacer el interior en absoluta concordancia con el estilo rústico del exterior. Conviene revestir las paredes del piso bajo, a lo menos, de madera o "Boiserie" natural, como lo ilustra el grabado de estas páginas. Esto se consigue fácilmente usando madera nacional terciada, la que ya se fabrica en hermosas tonalidades. También hay bonitas tablas delgadas de pino blanco, de nuestros bosques sureños, las que se prestan admirablemente para este propósito. Los muebles deben ser también de un estilo igual o muy parecido

al del exterior, es decir, de una simplicidad y sencillez que podemos denotar de "rústico"

Nótese la manera de disponer y colgar la lámpara del comedor que se muestra en la ilustración. Esto muestra el estilo esencialmente sencillo. Sin embargo, en la ilustración de la izquierda, al fondo, se muestra ya otro comedor para el caso de que dentro de esta misma casa se quiera un estilo más acabado, más de ciudad. Siempre se ha conservado la sencillez, pero en el estilo se ha buscado una perfección mayor en cuanto a detalles en la dis-

posición y concepción de amueblado.

En estas mismas páginas se muestran las vistas de un costado de esta rústica casa donde se puede distinguir el corredor o "porch" cerrado con rejilla fina de alambre, para evitar ser incomodados con zancudos en el verano. También se muestra otro comedor rústico muy original y una mesa de campo sencilla, pero elegantemente dispuesta para la comodidad de los dueños de casa. El mantel es de una tela nueva, de tejido grueso, que puede ser en colores suaves. La porcelana es variada en cuanto a diseños y muy original, porque busca nuevas formas en los más tradicionales utensilios, tales como saleros, ensaladeras, etc.

Antes de terminar, recordaremos a nuestros lectores que deseen construir una residencia de esta clase, que se puede ahorrar mucho dinero conservando estrictamente el estilo rústico mostrado en las

ilustraciones. A saber, las maderas pueden ser dispuestas en su forma primitiva, es decir, sin acepillar y en lugar de pinturas en aceite, que por lo general son caras, se puede usar el barniz de aceite, que es mucho más barato.

De mujer a mujer

Por MARIA EUGENIA

María Eugenia:

Soy una muchacha de 20 años, no ambiciono lujos ni riquezas, me gusta la sencillez y, sobre todo, la tranquilidad, pero desgraciadamente, mi caso es este.

Hacen ya cuatro años, que trabajo en una casa comercial, y en el transcurso de este tiempo, he conocido a un joven de 37 años muy trabajador y serio, pero muy refractario al matrimonio. El era muy amigo de mi hermano y después de algún tiempo, él visitaba mi casa con alguna regularidad y siempre todas sus atenciones eran dirigidas hacia mí, y siempre me iba a dejar hasta mi casa; y yo, con todo esto y sabiendo que era muy buena persona, lo mismo sus padres, llegué a quererle con todas las fuerzas de mi corazón; pero él nunca me dió una esperanza ni tampoco me dijo una palabra. Actualmente él se encuentra trabajando en Santiago. Justamente al mes de su partida me vino a ver y yo, en medio de su ausencia, me sentía feliz siempre que me escribía y me daba algunos encargos para que yo se los hiciera; pero siempre en sus cartas había algo que me hacía ver, más bien un amigo que no un cierto pololeo entre nosotros. No hace mucho, él recibió un anónimo de un joven que se interesaba mucho por mí, dándole muy buenos informes acerca de mi persona y diciéndole que deseaba saber si acaso él estaba de novio conmigo y que realmente desearía hacerme su esposa.

Yo, verdaderamente, no le conozco, ni sé quién pueda ser este señor que me conoce, y que además, se ha dirigido a él, pues esto no me explico a qué se debe.

Entonces él me mandó la carta para que yo la leyera y me decía que fuera franca y le dijese quién es y que le diera toda clase de informes acerca de este señor, y que, además, le devolviera la carta a él, adjunta.

De esto ya hacen dos meses y aun no sé nada de él.

Infinitamente agradecida le quedaría si usted me contestase luego y con absoluta franqueza qué piensa de todo esto.

Desilusionada.

RESPUESTA A DESILUSIONADA. — VALPARAISO

Su caso no tiene nada de extraordinario.

En este asunto no caben más que dos suposiciones:

Primera. — O ese señor de 37 años a quien Ud. se refiere, la ama, y entonces esa carta que recibió de su nuevo adorador ha provocado sus celos, o

Segunda. — Que él imagina que Ud. para decidirlo, ha recurrido a la estratagema de enviarle esa carta a fin de descubrir en él sus verdaderos sentimientos.

Si en realidad, como lo asegura Ud., ignora en absoluto quién pueda ser el autor de esa carta, no le queda más remedio que dejar al tiempo la solución de ese intríngulis.

De todas maneras, nada puede Ud. hacer.

Además, ese lapso de dos meses sin respuesta alguna para Ud., es señal clara y evidente que ese señor no la ama.

Fué, sencillamente, un amigo suyo, y, como buen defensor de su soltería ha huído al menor amago de peligro que vislumbró.

Le aconsejo no insista en escribirle hasta tanto él no ponga empeño en solicitárselo a usted.

El tiempo obra maravillas, a veces, señorita. Y no cabe más que esperar... y confiar.

María Eugenia.

* * *

RESPUESTA A FRESIA ROJAS. — PUERTO MONTT

Doy traslado a la señorita Jossy Gassin del amable ofrecimiento que le hace una lectora de Puerto Montt. Al mismo tiempo agradezco a la señorita Fresia Rojas los buenos conceptos que le han merecido mis consejos a Jossy Gassin.

María Eugenia.

Escriba con Tinta Volcán

¿HA LEIDO UD. LA REVISTA DEL PACIFICO ?

Publicada con la cooperación de los

ESCRITORES DE CHILE

Representa un espléndido manojo del pensamiento de los escritores nacionales.

La publicación mensual que debe leer toda gente culta. Pídala en librerías y puestos de diarios.

PRECIO: $ 2.00

PIDA A SU IMPRENTA SOLAMENTE

SOBRES MARCA SILUV

La escoba y el plumero

consejos de tía JACOBITA

LAS CONEJERAS

Entre nosotros se está intensificando mucho la crianza del conejo por la ganancia que deja cuando se trata de animales de raza, cuyas pieles están siendo muy buscadas para reemplazar con ellas a aquellas de chinchilla, de armiño, de nutria, de petit gris— por ejemplo—, que están desapareciendo y cuya caza está en muchos países prohibida.

Es un negocio simple y fácil de llevar. Cierto es que los reproductores cuestan caros, a veces varios miles de pesos, pero gracias a lo rápidamente que se reproducen, en pocos meses, si se los cuida convenientemente, se pueden tener espléndidos resultados.

Lo primero que hay que cuidar es el material que se emplea en la construcción de la conejera. Muchas veces, por economizar un poco, por hacer una conejera de madera, con rejilla de alambre, muchas veces aprovechando material sobrante de otras construcciones, se pierde después todo, porque las crías se mueren, cuando no los reproductores. Hay que evitar las conejeras de madera, porque se crían en ellas parásitos, a más de que los propios conejos empiezan a roerlas. En los países en que la crianza de conejos es intensa, se ha visto por la experiencia que lo más conveniente son las conejeras de cemento, muchas de ellas son desarmables, correspondiendo a una especie de tipo standard corriente en Inglaterra y Norteamérica, pudiendo en esta forma, desarmarlas para una limpieza estricta que evite toda suerte de infecciones. Tienen además la ventaja de que empezando por tener una sola conejera para la pareja de reproductores— al tratarse de una pequeña explotación—, a medida que se van multiplicando, se van adquiriendo nuevas conejeras, de simple armazón.

El conejo es muy sensible al frío y al calor. Debe por lo tanto tenerse cuidado en la orientación que se da a las conejeras. Si se hiciera una pequeña construcción en cemento, debe ponerse un techo atérmico, el piso debe tener una pequeña inclinación terminada por una canaleta que sirva de desagüe, teniendo además dos comederos de cinc, uno para la hierba y otro para la comida o grano. Para una pareja bastará que tenga 70 por 70 centímetros, con una altura igual.

Las conejeras en que se ponen después los gazapos, deben ser más grandes, ya que muchas veces la muerte de éstos sólo corresponde a la pequeñez de la jaula en que se los tiene amontonados. Debe también tenerse conejeras especiales para que la hembra espere la cría tranquilamente y luego, durante seis semanas, amamante a sus gazapos, cuidando durante esta época de que su alimentación sea muy abundante, para que así la cría sea fuerte y sana.

Se discute si hay o no que darle agua a los conejos. Lo más común es no darles, pero hay entonces que procurar que siempre tengan hierba fresca. La comida debe dárseles siempre en raciones dobles, es decir, ración de hierba fresca y ración de zanahorias, papas, achicoria y otras legumbres o granos, como avena o porotos secos. Si les diera sobras de la cocina, cáscaras de papas, hojas de repollo o de lechuga, pan añejo, etc., hay que cuidar que todo esté en perfecto estado, ya que al darles cualquier alimento un poco fermentado, se expone al conejo a una enfermedad que puede matarlo o, por lo menos, que lo enflaquece y lo hace desmerecer.

La limpieza debe ser estricta hasta la majaderia. Debe vigilarse diariamente que se asee en forma completa la conejera, que se renueve la hierba que se pone en los comederos y sobre todo, que se bote la comida de toda especie, que haya sobrado del día anterior, ya que estará fermentada y será un grave peligro para la crianza.

En algunas partes se tiene un pequeño potrerillo, bien cerrado y dividido en dos secciones, con pasto cultivado, para soltar los conejos a una hora determinada del día. Este sistema es espléndido, ya que a las crías, sobre todo, se les da ocasión de corretear y de desarrollarse mucho mejor.

Pero, de todas maneras, si en las jaulas se tienen en cuenta las indicaciones antedichas, se puede tener la seguridad de que los conejos no causarán ninguna molestia con malos olores, que se propagarán normalmente en excelentes condiciones y que dejarán una buena ganancia a sus propietarios.

TIA JACOBITA

Aquellas semanas de espera

Por NURSE MC KAY

Tal vez sería una ayuda para las futuras madres en regularizar el tiempo de espera, si, en vez de tratarlo como un solo período, lo dividieran en varios.

Creo que ese tiempo puede dividirse en tres partes. Primero, el tiempo en que el embrión es tan pequeño, que no alcanza a dañar las actividades de la madre, a pesar de sentir ella bastantes molestias en su sistema, en general. Este período termina hacia los cinco meses, cuando la guagua ya empieza a hacer presión sobre el abdomen de la madre.

El segundo período, desde el quinto al séptimo mes, tiempo en que el niño, al nacer, puede vivir si está bien cuidado. Al terminar este período el niño pesa alrededor de 2 1/2 a 3 lbs. y es de 14 a 15 pulgadas de largo.

Tercero, los últimos dos meses, en los que el niño recibe los últimos retoques de la Naturaleza; el crecimiento, durante este tiempo, es tan rápido, que si fuera a seguir en la misma forma después del nacimiento, el niño pesaría lo que un hombre grande, al cabo del primer año.

Es natural que la presencia de un embrión pequeñísimo, más o menos del porte de un huevo de paloma, no puede igualarse a la de un niño de 18 pulgadas y que pesa entre 5 y 6 lbs.

Hay que acordarse que la Naturaleza hace las cosas de a poco, y es al llegar a las últimas semanas que hace un pedido muy grande a la contextura de la madre, para poder terminar bien el cuerpo del hijo. Si la madre no coopera sabiamente en esta oportunidad, su salud se resentirá mucho.

Durante las últimas semanas, el centro de gravedad cambia a medida que adelanta el crecimiento. La mayor parte del esfuerzo viene a recaer en el peviano y en los muslos, para mantener bien el equilibrio y evitar los resbalones y las caídas. En este tiempo es indispensable el uso de zapatos con taco muy ancho y bajo. En caso posible, un zapato sin taco es aún mejor. Muchas mujeres se ven obligadas a usar corset para aliviar el peso que sienten en la espalda, el que proviene exclusivamente del uso de tacos altos.

Las molestias de calambres, várices, dolores en distintos órganos, pueden evitarse con el uso de un cinturón abdominal, con el cual se disminuye el peso que se siente en la matriz; también es muy bueno bañar los pies, friccionar los muslos y acostarse varias veces al día, teniendo cuidado de colocar los pies en alto.

Un gran descanso para la noche es colocar uno o dos almohadones muy blandos debajo de las caderas.

Se debe comer temprano para evitar molestias de la digestión durante la noche; sin embargo, si no se puede conciliar el sueño, una bebida caliente es muy recomendable.

Ahora, el problema de la dieta. Es durante los últimos dos meses que la guagua almacena en su cuerpo el fierro que le ha de durar por los primeros seis meses de su vida. La madre tiene que preocuparse de que no le falte nunca fierro en su cuerpo. Esto se consigue con las verduras de hojas, ensaladas y yemas de huevo.

El calcio es de gran importancia en la estructura de los huesos y de los dientes. Así la madre tiene que preocuparse de que no le haga falta nunca. Para ello, tomar leche, comer queso y verduras, como repollo, espinacas, zanahorias, etc.

El yodo es indispensable para el cuerpo humano. Las legumbres en general lo contienen en bastante cantidad, pero es bueno comer mariscos y comidas saladas, que contienen el yodo en grandes cantidades.

La necesidad de vitaminas es pronunciada durante ese período. El aceite de bacalao, los productos de la leche, las legumbres amarillas y las de hojas verdes, contienen las vitaminas «A» que son para el crecimiento y para preservar de las infecciones, puesto que mantienen en buen estado las membranas mucosas, una gran ayuda para la madre para cuando nazca el niño.

La vitamina «B» es llamada la Vitamina del Hambre, porque excita el apetito y ayuda a la digestión. Evita también el estreñimiento y da fuerzas al sistema nervioso. Se encuentra en aceites, y en toda clase de cereales.

La vitamina «C» es la protección que tienen las encías y los dientes. Se encuentra en las frutas ácidas, en los tomates, en los repollos, lechugas, etc.

La vitamina «D» es la ayuda que tiene el cuerpo para apro-

Noticiario Femenino

Anita Lizana.

Elvira Santa Cruz, en el mundo de las letras *Rozane*, ha sido reelegida presidenta de la Junta de Beneficencia Escolar, obra que tiende a proteger a los niños indigentes de las escuelas primarias, proporcionándoles alimentos, vestuario, asistencia médica y vacaciones en las colonias de mar o de montaña, seleccionando para estos traslados a los más débiles y necesitados de cura de clima. Obra estupenda que tiene por animadora a la talentosa periodista.

—Nuestra conocida *Paulina Singerman* — que hiciera, hace tiempo atrás, una magnífica temporada en el Baquedano — trabaja en la actualidad en Buenos Aires, representando la pieza "Amor", que lleva ya más de cien representaciones con un éxito clamoroso. Especializada en los papeles de ingenua, inteligente y estudiosa, la joven actriz se ha colocado en pocos años a la cabeza de las mujeres que en tierras del Plata se dedican a la escena.

—*Mary Yan*, que hace algún tiempo publicara una novela campera, "El abrazo de la tierra", tiene en preparación su segundo libro, también novela, pero de ambiente cosmopolita, que ha de afirmar la amable impresión que su obra anterior dejara en el público y la crítica.

—Grandemente celebrada ha sido en Pittsbourgh nuestra compatriota *Elsa Cabrera*, compositora y pianista, que diera una audición de sus propias obras, siendo calurosamente elogiada por la crítica, que ya sabemos que en esas tierras del norte no se gasta amabilidades para quien no tenga grandes méritos efectivos.

—Muy elogiadas — en la exposición de pinturas abierta en el Palacio de Bellas Artes para seleccionar los cuadros que habían de enviarse a Norte América, destinados a la exposición de Pittsburgo — han sido las obras de *María Tupper*, de *Anita Cortés* y de *Inés Puyó*. Cada cual dentro de lo suyo demuestra una vigorosa personalidad. Lástima que el jurado — como siempre heterogéneo — no tomara en cuenta estas interesantes demostraciones de lo que el talento pictórico femenino realiza en Chile.

—Un almuerzo lleno de cordialidad y de palabras de afectuosa despedida le fué ofrecido a *Mercedes Pinto* por la Sociedad de Escritores de Chile, reuniéndose en torno a la conferenciante y noveladora española lo más representativo con que nuestro mundo literario y periodístico cuenta.

—*Teresa León* ha terminado un interesante bajorrelieve destinado al living de la casa de doña Olga Cousiño, trabajo de firme gracia que ha de acarrear aún mayor renombre a la escultora. Bien por la iniciativa que une a nuestros artistas a la obra arquitectónica, falta de cooperación que se hacía sentir como una zanja separadora.

—*Anita Lizana* sigue cosechando triunfos en Inglaterra. En las últimas revistas llegadas de Europa encontramos elogiosas notas en que se glosa el juego de nuestra "ratita", augurando para ella uno de los primeros puestos en el tennis mundial.

—*Nelly Merino Carvallo* sigue publicando en Buenos Aires su noticioso mensuario "Mujeres de América" en que toda actividad femenina desarrollada en nuestro continente tiene cabida o reseña.

—*Gladys Thein* ha editado últimamente un pequeño libro de versos en que se encuentra la misma rima fácil y sugerente de su obra primera y que, también como ésta, ha tenido comentario favorable de la crítica.

CAMERAMAN.

Nelly Merino Carvallo.

Elvira Santa Cruz (Rozane).

Paulina Singerman.

María Tupper.

Teresa León.

La señora y la cocina

COCKTAIL

Al comienzo, entre nuestra habla castellana pintada de criollismo, la palabra nos parecía presuntuosa y snob. Pero como más allá de la palabra había una mezcla exquisita de licores, entre gentes amables, en un medio grato, en gracia de esto le dimos a aquélla, carta de ciudadanía y aquí la tenemos ahora muy hallada, codo a codo con el muy chileno "trago" y compartiendo con él los favores del grande y pequeño público, desde el bar al hogar, pasando por el hotel, el casino y el stade, llegando a ser el eje de todo grupo, ya que antes se convidaba a "una reunión a las siete" y ahora se invita a "un cocktail"... a cualquier hora.

Presentar un cocktail es labor complicada a fuer de fácil. Las mezclas son infinitas y algunas dueñas de casa tienen sus recetas especiales que son su orgullo. Hay señoras que guardan ese secreto más que un tesoro. Otros viven ensayando y al fin pueden decir. — ¡Eureka!, y presentar lo inédito. Hasta se han llegado a realizar en Francia concursos de cocktails con la concurrencia de cuanto más granado tiene París en el mundo de la aristocracia y de las artes.

Para una invitación al cocktail habrá que preparar varias mezclas, teniendo en cuenta que deben hacerse a última hora y en pequeñas cantidades que se van repitiendo, ya que parece que al hacerlas en gran escala pierden su bondad. Se tendrán unos más fuertes, advirtiendo a la sirvienta que los sirve, sus nombres o si no cuáles son los más "cabezones". Hay que preparar pequeños sandwiches a base de mariscos, de berros con mostaza, de queso picante. También empanaditas minúsculas de masa de hoja, rellenas y calientes. Galletitas saladas y almendras garrapiñadas con sal. Todo debe ser chiquito, para que responda a su nombre muy gráfico de: bocadillo. Hay que tener además en cuenta, que no todas las gentes gustan de estos estimulantes y para los otros deben presentarse sandwiches corrientes, bonitamente decorados; algunos dulces y bebidas heladas que no contengan alcohol. Una torta no estaría de sobra.

A continuación encontrarán un haz de recetas destinadas a facilitar a nuestras lectoras la preparación de su cocktail futuro.

LA HERMANITA HORMIGA

Los cocktails

DEVIL'S COCKTAIL

Se llena con hielo triturado un cuarto de la coctelera, agregándole una copita de menta verde, una copita de brandy añejo, dos chorritos de angostura, dos de marrasquino y una pinta de pimienta de Guayana.

Se agita con fuerza y se sirve en copitas en que se haya colocado una corteza fina de limón.

JAMAICA COCKTAIL

Se pone en una coctelera grande una cuarta parte de hielo desmenuzado en trozos grandes, añadiendo un chorrito de angostura, tres de curazao, una copa de vermut, una cucharada de jarabe de grosella y media copa chica de ron.

Se agita vigorosamente y se le añade nuez moscada pulverizada, algo así como la punta de un cuchillo. Se tapa y se agita de nuevo, sirviéndolo en copas largas y finas, con una pajita.

GRENADIER'S COCKTAIL

Se pone hielo triturado hasta llenar una cuarta parte de la coctelera. Se añade una cucharada de jugo de limón, dos chorritos de angostura, una cucharada de café de granadina, tres cuartas partes de una copa de ron. Se agita y se sirve poniendo en cada copa dos aceitunas verdes, españolas. Se sirve con pajas.

OHIO COCKTAIL

Se llena con hielo triturado una cuarta parte de la coctelera, agregando dos chorritos de angostura y dos de peach bitter, una cucharadita de goma, una copa de whisky y media de vermut.

Se agita y se sirve en vasitos.

JEREZ COCKTAIL

Se llena hasta sus dos terceras partes con hielo triturado en trozos grandes la coctelera, poniendo además una cucharada sopera de azúcar flor, una copa de coñac, una de curazao y dos de jerez. Se agita fuertemente y se vierte en una garrafa, añadiendo entonces una copa de oporto tinto, moviendo con la cuchara y sirviendo en vasitos medianos.

MORNING COCKTAIL

Una cuarta parte de la coctelera se llena con hielo triturado, se le ponen dos chorritos de angostura y dos de curazao, dos chorritos de ajenjo o de anís, según el gusto. Se le agrega una cucharada sopera de granadina y una copa de coñac.

Una torta que hará las delicias de los invitados

Torta de piña

Con diez huevos, diez cucharadas de harina, diez de azúcar flor y la punta de un cuchillo de bicarbonato, se hace un bizcochuelo que se pone a cocer en un molde enmantequillado.

Una piña se corta en redondelas que se colocan en un plato hondo, con un almíbar hecho con media libra de azúcar y una copa de Jerez, almíbar que no estará muy de punto, dejándola que remoje por unas cuatro horas. Una vez cocido y frío el bizcochuelo, se corta en finas capas que se van colocando alternadas con la piña en una compotera. Se echa por encima el almíbar en que se remojara la piña, se le pone un poco de crema y se decora con frutas confitadas.

Muy rica y no es empalagosa.

Realmente, ante esta bandeja de sandwiches, no hay dónde escoger.

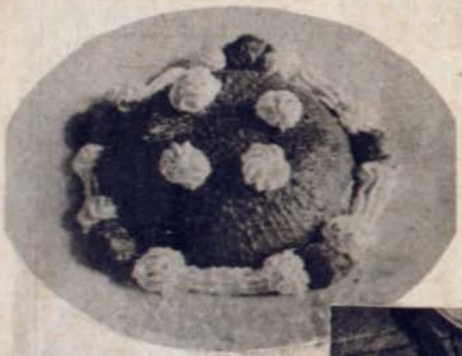
—

Una torta de frutas, fresca y atrayente.

Sencillo decorado de torta hecho con crema de chocolate y crema de chantilly.

—

Canapé de huevos duros con anchoas y pequeños sandwiches de queso picante.



Se agita con fuerza.

Se pone en cada copa grande una cáscara de limón, echando encima una cuarta parte de la mezcla anterior y terminando de llenar con agua de Seltz o soda. Se sirve con pajas largas.

Los sandwiches

Sandwiches de camarones.

Se cuecen los camarones y se pelan después las colas, colocando el resto en el mortero para machacarlo con la ayuda de un poquito del propio caldo en que se cocieran. Se pasa después este machacado por el cedazo, se añaden las colas y se pasa de nuevo, pero esta vez por la máquina de moler. Se le agrega a la pasta que resulte, mantequilla, jugo de limón en abundancia, sal y un poquito de pimienta blanca. Se cortan las rebanadas de pan de molde, chiquitas, con un aparato especial, para que resulten todas iguales. Se extiende la pasta encima, se le pone alrededor un borde de yema de huevo duro rallado y otro borde blanco, hecho con la clara, poniendo en el centro una especie de flor, hecha con pedacitos de aceituna amarga.

Sandwiches de anchoas.

Se cortan las rebanadas de pan de molde en forma bonita y pequeña, untando con mantequilla desleída y echando encima una capa de pasta de anchoas que vienen preparadas en tubos; encima se pone una capa de palta molida y aliñada con sal y aceite. Una vez listos todos se adornan con una banda transversal, hecha con una raya de yema dura molida, entre dos rayas de clara también molida.

Sandwiches de pepino.

Se preparan las tajadas de pan de molde, cortadas bonitamente y se les pone mantequilla muy fresca, mezclada con pimienta inglesa. El pepino se corta, una vez pelado, en tajadas muy finas, que se ponen a remojar en agua con sal, se les sacan las pepas después de una media hora y se extiende una tajada de pepino sobre cada rebanada de pan enmantequillado.

Sandwiches de queso picante.

Se ralla queso colorado con ají. Se hace una crema con una taza de leche que se hierve con sal y dos granos de pimienta

negra, un clavo de olor, y una raspadura de nuez moscada. Una vez que haya hervido, se cuela y se le agrega tibia a dos yemas bien batidas con media cucharada de maicena, cuidando de que no forme grumos. Se pone esta crema de nuevo en el fuego, haciéndola espesar. Se retira y se deja enfriar para añadirle el queso rallado, formando una pasta que se extiende sobre pan de molde, cortado en triangulitos. En el centro se le coloca una pinta de salsa de ají que no esté muy picante.

No se trata de huevos fritos, sino que de un merengón sobre el que se han colocado duraznos al jugo.

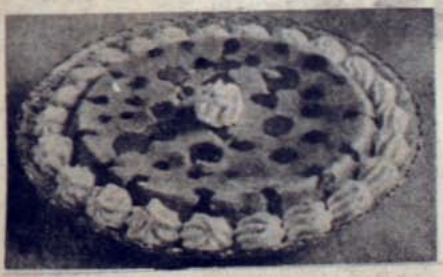
Una apetitosa bandeja con golosinas variadas.

Sandwiches de caviar.

Se toman las rebanadas de pan finas y se tuestan parejamente por un solo lado. Después se les pone mantequilla por el lado que no está tostado, agregando una capa de caviar, que viene listo en sus cajitas. Se colocan todos los sandwiches en una bandeja, rodeada de rajas de limón para que cada cual lo use a su placer.

Los huevos chimbos se decoran con almendra picada que se coloca en esta forma.

Torta rellena cuyo decorado está hecho con frutas confitadas y crema.



Sandwiches de berros.

Se los limpia y se pasan por la máquina, aliñándolos con mucha mostaza inglesa, aceite y sal. Se colocan en pequeñas lonjas de pan de molde untado con nata mezclada también con mostaza. Son muy sabrosos.

LAS GOLOSINAS

Almendras saladas.

Se cuecen las almendras en agua con sal, se pelan y se fríen en mantequilla muy caliente; se las deja escurrir y se colocan, una vez fría, en un bonito plato; se espolvorean con sal fina, se revuelven y se colocan un instante al horno para que sequen.

Moldecitos de manjar con nueces.

Una libra de azúcar, un litro de leche, veinticuatro nueces peladas de su segunda cáscara y molidas en la máquina, y cuatro huevos.

Se hace un manjar blanco con la leche y el azúcar, al estar espeso se le añaden las nueces, se sigue batiendo, y al estar a punto se le ponen las cuatro yemas batidas de antemano. Se retira y se deja enfriar para echarle las cuatro claras a punto de merengue. Se vuelve a poner al fuego por tres minutos, removiéndolo constantemente, siempre para el mismo lado. Se retira y se vierte en una lata con moldecitos chicos, de bonita forma. Una vez fríos, se sacan, se espolvorean con azúcar flor y se apilan en un plato extendido.

ALGUNAS HORAS DE MI VIDA

(Continuación de la pág. 30)

alfombras hasta pastas para la dentadura, y también servía de modelo para artistas como Carlos Dana Gibson, James Montgomery Flagg, Rolf Armstrong y otros. Parece que tenía buen perfil y una sonrisa convincente... Por cincuenta centavos por hora, yo era capaz de sonreír ante una pastilla de jabón, como si se tratara de una comida en el Ritz... Allí, probablemente, fué donde aprendí a actuar.

Debo sí, dejar establecido, que no era de esas modelos que aparecen en historias de la vida nocturna de Montmartre. Casi siempre mis poses fueron solamente de cabezas, y nunca aparecí en ropas interiores ni de baño.

Cuando Fredric March actuó conmigo, tres años atrás, en "Al través de una sonrisa", descubrimos que los dos habíamos posado para los mismos fotógrafos comerciales de Nueva York, y al mismo tiempo. Se ha dicho que entonces éramos grandes amigos. Aunque posiblemente nos vimos frecuentemente allí, la verdad es que ninguno de los dos tenía todavía una personalidad definida, y no podemos recordar el habernos encontrado.

Día tras día, los productores teatrales de Nueva York me habían dicho, moviendo la cabeza: "Lo siento. Hoy no hay nada". Junto con mi hermana nos habíamos inscrito en una agencia que empleaba extras para el cine. El agente era un hombre muy amable, pero estaba cansado del incesante desfile por su oficina de muchachas olvidadas, que tenían ambiciones desesperadas.

—¿Creen ustedes que "pueden" entrar al cine? — nos preguntó.

—¡Oh, claro! — le aseguramos, orgullosas de nuestra ambición y de nuestra determinación.

El movió la cabeza con duda, como si sufriéramos de enfermedades incurables, y escribió nuestros nombres en la lista.

Pero ni el teatro ni las películas parecían tener necesidad de nosotras, y por ello, desesperada, decidí comenzar una carrera musical. Nunca fuí buena alumna en la escuela, y mis padres no me forzaron para que me graduara. Pero, en cambio, me dediqué con todo empeño a mis lecciones de piano, y un día me llegó una oportunidad para que empleara mis conocimientos musicales.

Supe que un cine de la Octava Avenida necesitaba un pianista para acompañar las películas. A la mañana siguiente fuí a ver al director. Me dijo que tenía un público de primera clase, y yo le aseguré que era una pianista de primera también, por lo cual decidió probarme.

Me senté en una sala obscura y comencé a tocar lo que había aprendido en las clases superiores. Creo que era algo de Brahms.

El director me pidió que tocara "Corazones y flores", y... traté desesperadamente de darle "Corazones y flores".

—¡Fíjese lo que hace! — me gritó—. ¡Póngale los suspiros!

No podía ponerle los suspiros. Yo misma suspiraba de ver mi derrota, y no pude darle emoción a la música.

—¡Nix! — me dijo, y ese "Nix" tuvo gran influencia en mi vida. Nunca más tuve el coraje de tratar de obtener trabajo como pianista, y volví lentamente a la oficina del agente.

Dos semanas después, el hombre que había sentido tanto por nosotras, porque "teníamos" que maternos al cine, me dió un empleo de extra. ¡Ya estaba en camino!

Los leones vinieron en ayuda mía varios años después, cuando filmaba mi segunda, yo temía que fuera la última película en Hollywood. Había venido a Hollywood con el enorme sueldo de 110 dólares a la semana, esperando hacer el papel principal de "Los necesitados", pero mis pruebas resultaron horrorosas, y el productor dió el papel a Marie Prevost.

No había aprendido a iluminar mi cara, lo cual no es algo muy difícil. Una o dos luces de arriba, para destacar las sombras propias y hacer resaltar las facciones, es suficiente.

En ese entonces, cuando un cameraman estaba apurado, era costumbre usar luz plana, es decir, lanzar cantidades de luz en todas direcciones, para evitar las sombras causadas por las arrugas o los defectos. Pero las luces fuertes colocadas a ambos lados de la cara hacían aparecer blancos mis ojos azules y, eliminando casi mi nariz; algunas veces parecía bizca.

David W. Griffith me dijo una vez que yo no triunfaría nunca en el cine, porque tenía los ojos demasiado azules.

Con la filmación de "Pleasure Mad" recibí mi verdadera oportunidad para saber mi valor artístico. Algunas listas de películas en que he aparecido hacen figurar esa película como "Pleasure Man", cuyo nombre corresponde a una comedia presentada hace algunos años en Nueva York por Mae West y que hubo de ser retirada por el pedido urgente de la policía. Yo nunca trabajé en "Pleasure Man".

Tenía que hacer la ingenua, y era cosa bien sabida en el estudio que si yo no representaba bien mi papel, estaba perdida. Desde luego, en mis comienzos era yo bastante joven y con poca experiencia. Con el esfuerzo por ocultar mi temor, me olvidé completamente lo poco que sabía. Representaba a una muchacha loca, que se suponía llena de fuego, y en vez de eso, era una muchacha sin color y sin vida.

—Parece que usted no sabe lo que tiene que hacer — me dijo el director, Reginald Barker.

Traté de inspirarme leyendo métodos, pero aunque esos métodos fueran muy inspiradores, no parecían ser de utilidad para mí. Ellos indicaban que el triunfo y el aumento de salario llegan si una es honrada y veraz y concentrada en sí misma. Mi dificultad estribaba en que yo era una muchacha tímida, que sabía que había llegado a una situación dentro del cine a la que nunca hubiera pensado en llegar.

Me senté en mi cuarto de vestir a esperar que me llamaran para una escena en que tenía que escoger entre mi padre y mi madre. Debía escoger a mi padre. Sentía verdadera ansia de actuar bien, no sólo por mí, sino por la compañía que me había ofrecido una oportunidad, y particularmente por Irving Thalberg, quien me había destinado para ese papel, y de quien ya entonces estaba enamorada. (El no se dió cuenta de esto hasta varios años más tarde).

Era mi momento negro.

Al lado del estudio estaba el Zoo Selig. Miraba a través de la ventana, como lo había hecho muchas veces antes, y vi en una jaula un adulador coyote y más allá, en otra jaula, dos magníficos leones. Un cuidador estaba limpiando la jaula del coyote y había empujado al animal hasta un rincón, valiéndose de un palo de escoba.

—¡No me hubiera gustado ser coyote! — pensé; y al momento dije en voz alta—: ¡Tonta, no eres más que un coyote!

Uno de los leones se lanzó sobre las barras de su jaula, dando terribles rugidos. Entonces me dije:

—¡Voy a ser un león!

Primero lo dije casualmente. Luego lo repetí con más firmeza. Parecerá una tontería, pero estoy segura que los psicólogos me comprenderán. En pocos momentos, para mis propios propósitos, ¡me convertí en león!

Cuando me llamaron a escena, estaba paseándome por mi cuarto, moviendo los brazos y terriblemente furiosa conmigo misma. Estaba en este torrente de emoción cuando llegué al "set", y comenzando a actuar, le dije a mi madre, representada por Mary Alden, todo lo que pensaba de ella, con tal vehemencia, que ella se quedó paralizada.

Al término de la escena, me paré frente al director y lo miré, como invitándolo a que me dijera: "Parece que usted no sa-

be lo que tiene que hacer", pero él solamente, me dijo:

—¡Muchacha!

Esa noche recé reverentemente y con gran gratitud: ¡Dios, bendice a los leones!

Ha habido muchas ocasiones en que yo he tenido mucho de león, pero me he arreglado, para no ir por la vida rugiendo a la gente, y he hecho lo posible por no ser de esas estrellas de cine que quieren mandar en todo.

He aprendido a pensar mis cosas, y he tenido que actuar en escenarios en que me ha sido necesario decir a los autores cómo deben escribir los diálogos e indicar a los directores dónde me parecía que había errores. Ya no lo hago más. ¡Por lo menos no muy a menudo!

(Concluirá en el pxmo. número).

VIDA Y CONFESIONES DE GABRIELA MISTRAL

(Continuación de la pág. 28).

La silueta que traza Gabriela Mistral de Vasco de Quiroga es una de las más ricas joyas de su prosa y acabada como una medalla antigua. "Vino de España — afirma — como oidor de la Segunda Audiencia.

Venía hacia el Méjico estrepitosamente rico de la Colonia; pero no a vender su justicia, ni aprovechar de su alto empleo para conseguir extensas encomiendas; venía a mostrar como Las Casas, que la España cristiana, la de Doña Isabel la Católica, era verdad.

Pertenecía a familia principal de Valladolid, y, sin embargo, no se sumó a los españoles linajudos y soberbios que llamaron a los indios raza inferior, para excusar la explotación perversa que de ellos hacían.

Era varón ya entrado en años, pero con una reciedumbre de espíritu que le hizo quebrar la terquedad de los funcionarios españoles y de los encomenderos. Su perfil era fino y un poco triste, y su figura alta se curvaba ligeramente; semblante el suyo de hombre que vió a las gentes desventuradas que ha visto el sol: al indio americano, desposeído, enfermo, lacerado.

Un año después de llegado a la ciudad de Méjico, empezó su obra de fundaciones que no había de cortar sino la muerte.

A las puertas de Méjico hizo la colonia de Santa Fe, a una vez, hospital, templo, escuela y hogar de indios. Con su sueldo de oidor, que no era pingüe y que él no aumentaba con impuras comisiones, compró el predio para la fundación y fué dotando, poco a poco, la extensa casa.

El indio que allí llegaba enfermo, lleno de desconfianza hacia el hombre blanco, conocía su misericordia en el baño, en el lecho suave y limpio, en la tisana, ya no quería abandonar el amparo. Al curarse quedaba incorporado a la colonia, podía llevar a su mujer y a sus hijos a vivir con él; cultivaba el campo cuya cosecha se repartía entre la comunidad; recibía para él y para los suyos vestidos y doctrina.

La Iglesia tuvo para él una gracia, que sería excepcional si no se hubiese tratado de un varón maravilloso, en el que resucitaban los antiguos apóstoles: le confirió a la vez todas las órdenes hasta hasta el obispado. Pastor más de verdad no han visto las Américas desde Bartolomé Las Casas.

Murió en Uruapán, anciano, con muchedumbre de días, como se ha dicho de los patriarcas. Su siembra de amor fué tan honda, que todavía los indios michoacanos dicen su nombre como sinónimo de santidad, como apelativo de excelencia, y hasta en la fuente que por muchos años dió el agua a Patzcuaro veían el corazón de Tata Vasco proveyendo a su vida, refrescando su pecho cansado de iniquidades y lacerías".

En Méjico escribió Gabriela Mistral sus admirables "Motivos de San Francisco de Asís". Desde hacía mucho tiempo acariciaba la artista en la imaginación la idea de vaciar en el molde de su prosa todo el turbión de misticismo que le bullía dentro.

La concepción de San Francisco de Asís es original en los poemas de Gabriela, y encendida de violento fuego místico. Pocas interpretaciones se han dado del gran santo con un mayor sentido humano. La artista recorre, paso a paso, la vida del "pobrecito". Va siguiendo su huella de virtudes, refresca el aire abrasado de la campiña con las humildes florecillas. Y la estampa surge, maravillosa de claridad, ancha de psicología, lograda maestramente.

Comprendiendo cuán útil y eficaz resulta la colaboración del libro, insinuó la Mistral a Vasconcelos una edición de obras de autores clásicos, de todos los tiempos, agrupados sin distingo de orientación y tendencia y sólo con ese linaje común que da el genio. Así entraron en aquella colección los filósofos griegos; Homero dejó oír nuevamente sus épicas resonancias; Esquilo dejó sentir la intensidad de su tragedia. Romain Rolland tuvo también su sitio. Y por cierto que no faltaron allí los Evangelios.

Aparte de algunas secretarías, acompañó a Gabriela Mistral en su peregrinación por la tierra de Nervo, una mujer de alto espíritu, muy su amiga por aquellos entonces. Escultora de inspiración vigorosa que recogió en sus gredas y en sus mármoles mucho del alma de Méjico y que posteriormente triunfara en Europa, recibiendo por su labor ese cálido elogio que despiertan las obras maestras. He nombrado a Laura Rodig.

Antes de partir del generoso suelo mejicano, vió Gabriela su estatua en el patio de una escuela que lleva su nombre y donde un coro de mil niñas, con estremecida voz, cantó sus rondas. Homenaje que adentró muy hondo en la sensibilidad de esta mujer, que como hemos dicho en tantas ocasiones a través de estos artículos, tiene por sobre todo temple de maestra.

MIGUEL MUNIZAGA IRIBARREN

(Continuará en el próximo número)

TODAS ELLAS QUIEREN SER DELGADAS

(Continuación de la pág. 21).

cabellos. Usaron de las tinturas más diversas para dotarse de una cabellera rubio o rojiza, que era la que preferían. Los medios empleados comprendían a menudo ingredientes peligrosos. Es el motivo por el cual se recurría preferentemente a las pelucas, y especialmente a las fabricadas con bellos cabellos rubios o colorines, de mujeres germánicas. Desde los bordes del Rhin se mandaban constantemente a Roma importantes cargamentos de cabelleras teutónicas. Los peluqueros, por su parte, se empeñaban para confeccionar pelucas individuales a sus clientes. "Las pelucas femeninas en Roma, suspira Ovidio, son tan variadas y diversas como las hierbas en los Alpes".

Los cuidados dados a la boca y a los dientes estaban igualmente muy desarrollados en la antigua Roma. Se usaban polvos numerosos y pastas dentífricas. El arte dental había alcanzado una alta perfección, sobre todo en lo que concierne a la substitución de dientes postizos, sujetos con ayuda de imperceptibles hilos de oro. Las excavaciones emprendidas en los últimos tiempos han hecho descubrir una gran cantidad de utensilios y de instrumentos para los cuidados de belleza, botellitas de perfume, limas de uña, cajas de polvos o pomadas, espejos de mano, broches para el pelo, etc., que permiten suponer que la mesa de toilette de la antigua romana no debía diferir de la de su hermana de hoy.

EL INDOMITO

(Continuación de la pág. 7).

la jaula. No tuvieron necesidad de hablar; Walter comprendió inmediatamente lo que había sucedido. Su padre lo miraba, aunque en sus ojos no había reproche; se contentaba con mirar y mirar a su hijo, como si en su mente hubiera dudas y pensamientos que no podía expresar en palabras. Entonces repentinamente, como si sintiera la necesidad de saberlo, tocó el bolsillo de su hijo, palpando el arma que había en él, e hizo un gesto. No sabía lo que había dicho si su hijo hubiera venido desarmado en tales circunstancias.

—¿Qué le pasa, padre? — dijo Walter, riendo—. Yo sabía lo que tenía que hacer...

Pero el viejo Ringler estaba todavía vacilante por los momentos de duda... Si su hijo hubiera venido desarmado... Si hubiera olvidado la primera obligación del domador de fieras... La misma muerte de Walter, no le habría producido una angustia igual.

Cuando volvieron a su carro, donde la madre los esperaba con una pistola cargada sobre la mesa, John y Walter actuaban como dos muchachos que regresaran de alguna aventura peligrosa en la que se hubieran demostrado una firme amistad, haciendo nacer un nuevo sentimiento de lealtad entre ellos. Antes de hacerles ninguna pregunta, la mujer fué a buscar la cafetera, que tenía siempre preparada, y les llenó dos tazas. Luego inquirió:

—Se trataba de los leones nuevos, ¿verdad?

—Sí, pero ya se acostumbrarán. ¿verdad, Walter?—preguntó John.

—Claro... Si no sucede nada —aseguró Walter a su madre.

Y otra vez Ringler comenzó a mirar a su hijo, como queriendo adivinar si había tenido miedo, o había sido solamente precaución...

A la tarde siguiente, como todavía faltaba un día para el debut, Walter se fué a buscar a Edith Wilcox, una de las trapecistas, para pedirle que saliera con él a dar una vuelta en auto por el campo. Se trataba de una muchacha rubia, muy hermosa y bien presentada, que lo había acompañado a bailar la noche anterior. Apenas subió al coche que la esperaba, preguntó a Walter:

—¿Parece que hubo dificultades con los leones anoche?

—Pudo haber...

—Si no, ¿hubieras venido? — dijo Edith, con mirada cariñosa.

—No, si mi padre no hubiera estado allí...

Habían paseado un buen rato, cuando Edith preguntó:

—¿Consideras a tu padre un Dios Todopoderoso?

—¿Acaso no lo es? — contestó Walter, mirándola a la cara. Su padre era su padre, y sería mejor que ella no dijera una sola palabra en contra de él. Siguieron en silencio otro momento; luego Edith volvió a hablar, con un poco de desprecio:

—Estoy segura que no te gustaría que tu padre nos viese paseando juntos.

—Si vuelves a decir eso, regreso y te hago bajar del coche a los pies de él—contestó amenazándola el muchacho.

—¡Oh! ¿Entonces quieres decir que él sabe...?

El la había convidado a salir la noche anterior y, mientras bailaban, la había besado una o dos veces, pero no le había dicho nada que ella pudiera interpretar en otra forma. Edith había tomado los besos demasiado en serio. Claro que él recordaba que ella le había devuelto sus besos; y no la hubiera invitado a salir si alguien le hubiera mencionado el hecho de que ella ya no estaba comprometida con Jim Cole, el domador de leones. Pero casi sin darse cuenta de lo que decía, le preguntó:

—¿No estás comprometida con Jim?

—¿Y crees que te hubiera permitido besarme si así fuera? — respondió la muchacha, con la voz vibrante y los ojos llenos de lágrimas.

Se dió cuenta Walter que la pregunta lo aprisionaba — que casi la había insultado —, y para tranquilizar su conciencia, le habló como si ella no hubiera contestado:

—Si ustedes no están comprometidos...

—Claro que no... — replicó Edith, besándolo.

Durante un momento, el muchacho se sintió molesto de que ella se aprovechara de la situación, pero cuando volvió a mirarla se sorprendió de pensar que nunca se había dado cuenta de lo hermosa que era Edith.

Siguieron su paseo en completo silencio durante una media hora, en la cual los dos pensaban en sus vidas y se hacían secretas esperanzas de llenarlas con la compañía del otro. Los dos eran personas sencillas: habían vivido siempre cerca de los animales y estaban embebidos en la simplicidad de la vida y sus obligaciones. Walter se imaginaba ya cómo serían sus hijos. El futuro estaba allí, inminente, inevitable.

El coche se internó por un camino alejado del tránsito principal. Edith puso una mano sobre la derecha de él y le dijo:

—Oye, ayer no pensé en esto... ¿y tú?

—Yo tampoco lo sabía — respondió él, sencillamente.

—¿Lo sientes?

—¡Oh! no seas tonta, Edith.

Cuando regresaban ya de su paseo, Edith preguntó:

—¿Puedo contárselo a mi hermana?— Era su manera de preguntar si en realidad debían considerarse comprometidos.

—No te he pedido que guardes el secreto, ¿verdad?

Ella pensó que se había esfumado el momento de romanticismo. Ya no eran dos enamorados, sino simplemente hombre y mujer, con todos los cuidados y preocupaciones de sus situaciones. Pero, repentinamente, Walter apagó la luz del coche, y tomándola en sus brazos, le dijo apasionadamente:

—Edith, vamos a ser felices. No sé lo que me habría pasado si te hubieras casado con Jim. No lo supe hasta ahora; nunca supe que te amaba. Te he visto día a día sin saberlo, ¿no es curioso?

—Y yo te he visto diariamente durante dos años, pero para mí no es extraño. Yo sabía lo que tenía que suceder.

—¿Quieres decir que...?

—¡Claro, tontito!

—Entonces, ¿por qué no me lo habías dicho? — le reprochó Walter, besándola y pensando en los dos años de felicidad que habían perdido.

Cuando llegaban a los terrenos de la feria, Walter estaba en la cima de su engreimiento. En cambio, el corazón de Edith se había enfriado. Tenía más confianza en el silencioso Walter, que en el hombre voluble.

El coche siguió hasta el carro del padre de Walter, quien los observaba desde que el auto hizo su aparición a la entrada, comprendiendo lo que sucedía en el corazón de los muchachos. Nada tenía que decir contra ella, pero lo que no podía aceptar era que en su circo sucedieran cosas sin su conocimiento directo. Se volvió, haciendo como que no había oído el llamado de su hijo.

—¡Eh, padre! Tengo que decirle algo...

Al oír la voz de su hijo, la madre hizo su aparición en la puerta, pidiéndole a su hijo y a Edith que entraran, y besando a la muchacha antes que Walter le dijera una palabra. Ella conocía a su hijo, y sabía que no sería capaz de traer a la muchacha en el coche hasta frente al vagón, si no tuviera intenciones de casarse con ella. Pero el entusiasmo de Walter había desaparecido. Su padre lo había humillado. Y miró a su madre con una mirada de extrañeza, al mismo tiempo que le preguntaba:

—¿Por qué hace eso mi padre?

—No le hagas caso...

UNIVERSO

SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA

VALPARAISO: J. T. Ramos 105. – Casilla 102-V.
SANTIAGO: Ahumada 32. – Casilla 1017.
CONCEPCION: Freire esq. Castellón. – Casilla 57-C.

Teléfonos. Véanse las guías. Dirección telegráfica: «UNIVERSO», Santiago y Valparaíso. – Concepción: «LITOGRAFIA».

No hay ninguna actividad que no necesite, como vehículo de su administración, envase o distribución, los servicios de un impresor. El volumen, calidad y variedad de trabajos que los consumidores de todo el país mandan a hacer a nuestras oficinas receptoras de órdenes, proporcionan a nuestros personales una experiencia no igualada por establecimientos competidores, amigos nuestros, porque no han alcanzado nuestro desarrollo.

Somos fuertes en ORGANIZACION, lo cual nos permite atender, lo mismo un trabajo insignificante que uno importante. Ejercemos el deporte de la COMPETENCIA LEAL, lo cual garantiza al consumidor un precio exacto de lo que vale el trabajo en el mercado.

Respecto a nuestra calidad, hablan nuestros muestrarios.

Pero no hablemos más de nosotros.

Venga a contarnos de sus necesidades, dificultades y deseos respecto a lo que concierne a nuestro ramo. Le haremos buenas insinuaciones, lo atenderemos como a nuestro mejor amigo, sin exigirle nada. Deseamos saber respecto a Ud.

¿Qué se habría figurado su padre? ¿Acaso creía que era un nene? La noche anterior le había palpado el bolsillo para ver si venía armado. Ahora le daba la espalda en el momento que él se aproximaba con la mujer que iba a ser su esposa... Se había olvidado de la presencia de Edith, y pensaba en la actitud de su padre.

—Voy a hablar con él. — Podía coger su sombrero y marcharse del circo para siempre, pero no era esa la manera de hacer las cosas. Tenía que averiguar antes el motivo de la insólita conducta del viejo Ringler. Y tomando en sus brazos a Edith, la levantó del asiento, poniéndola en la puerta, y le dijo:

—Ahora, ándate Edith. Cuéntaselo a tu hermana... Cuéntaselo a todo el mundo... te veré más tarde.

Las palabras de su amado le dieron más confianza a Edith que la recepción que le había hecho la madre. El le hablaba como si ya fuera su esposa. Cuando Edith salió, madre e hijo comprendieron que las palabras estaban de más, y cuando Walter dejó el carro, la madre comprendió que su hijo iba a casarse con la muchacha, sin importarle la oposición que encontrara.

Los dos leones se habían tranquilizado pero no aceptaban su cautividad, y gruñían en voz baja. Como si esos gruñidos les recordaran sus días de libertad en la profundidad de la selva, los otros leones y tigres del Circo Ringler comenzaron a rugir y a pasearse incesantemente por sus jaulas. Lobos, osos y elefantes se contaminaban con la nerviosidad. El pesado olor que exhalan los animales salvajes, llenaba la gran carpa y presagiaba peligro, quizás con más fuerza que el ruido que hacían las fieras.

Los cuidadores y los encargados de alimentar a las bestias se sentían tan afectados con el rugido de los leones, como los mismos animales. Las sonrisas desaparecían de los rostros. Los nervios se ponían en tensión. Los músculos se endurecían. Cada uno sentía el valor en sí mismo, como si se encontraran en la selva esperando el ataque repentino de las fieras.

Bob, el amo de los animales, y Ringler observaban juntos a todos los animales. Un entrenador más novicio habría tratado de pacificar a las bestias, pero ese no era el método de Ringler o de Bob. Ellos dejaban que las fieras se cansaran solas; no podían seguir rugiendo para siempre. Y ambos estaban más molestos de la tensión de los hombres que de la nerviosidad de los animales. Habían conocido entrenadores de larga experiencia que habían cometido actos de salvajismo en circunstancias parecidas. Algunos habían perdido completamente los nervios y nunca más habían vuelto a entrar a las jaulas, y otros se habían precipitado dentro de ellas, en un intento loco de dominación. Ellos no cometían locuras; sabían lo que tenían que hacer. Todos los hombres habían escogido sus puestos, en caso de que fallara cualquiera de las jaulas, y sabían lo que tenían que hacer si alguno de sus amigos perdía el dominio sobre sí mismo.

Los gruñidos bajos de los leones se alternaban ahora con un ruido sordo y continuo, como el batir de lejanos tambores. El gruñido se hizo más grueso. Una nota aguda y estridente, igual al penetrante silbido del huracán, se mezcló con los rugidos. Los lobos y los osos aullaban. Los burros rebuznaban. Los caballos pateaban en sus establos. Los dos elefantes lanzaban sordos rugidos. Y un muchacho hindú, que conocía a los elefantes mejor que los hombres blancos, sujetó las cadenas que aseguraban las gruesas patas. Fieras y animales se habían vuelto salvajes.

Walter entró a la carpa cuando los elefantes comenzaban a rugir y la vista de las jaulas y la actitud de los hombres le hizo olvidar sus agravios contra su padre. Era un domador. Los hombres y las bestias se sentían inseguros. La selva se había apoderado de los hombres. Ahora no sabía cómo se sentirían su padre y Bob.

Jim Cole, el domador de leones, hizo su aparición. No había estado en la feria durante las últimas veinticuatro horas, y entrando, poseído de enorme furia, se precipitó sobre Walter, gritando:

—¿Conque esas son las cosas que tú haces, eh? Rondando a las novias de los otros muchachos.

—De eso hablaremos más tarde — le contestó Walter—. Por ahora anda a ver esos leones que se supone que vas a domar.

—¿Y por qué no vas tú? Demuestra si eres capaz de hacerlo.

Como si los animales se dieran cuenta que los hombres disputaban por causa de ellos y que había llegado la oportunidad, dejaron de rugir y se lanzaron contra las rejas de sus jaulas, con terrible esfuerzo. Los hombres se olvidaron de los animales, y se acercaron a los que peleaban, sin saber si debían interponerse entre ellos o dejarlos que pelearan.

Walter se echó atrás y le lanzó un fuerte golpe a su contrincante, lanzándolo al suelo, y como un joven ayudante, lleno de miedo, se volviera histérico, se volvió hacia él y le lanzó un nuevo golpe. Los otros hombres, tomando cada uno su partido, comenzaron a luchar entre ellos, haciendo uso de las picas con que se habían armado contra los animales.

Las fieras rugían y hacían estremecer las jaulas. Los cerrojos comenzaban a ceder. Los elefantes elevaron el tono de sus rugidos y lanzaron lejos sus pesados grillos. Los lobos aullaron. Y todavía los hombres luchaban entre ellos.

Enloquecido y nervioso con el ruido y la anarquía que dominaba a sus hombres, John Ringler se metió entre ellos repartiendo golpes en todas direcciones. Todos habían perdido la cabeza..., todos, menos Walter. Había contado con su padre. Ahora estaba solo entre las bestias y los hombres. Tenía que salvarse de unos y otros. Y sabiendo lo que tenía que hacer, entró en la jaula de los leones.

Los enormes gatos retrocedieron hasta el extremo más lejano de la jaula, y se estremecieron al sentir el chasquido de la huasca. Estaban hipnotizados con lo repentino de la acción. Y sólo entonces se dieron cuenta los hombres de lo que sucedía, quedándose asombrados, tanto como los propios animales, del coraje y la audacia de Walter.

Desentendiéndose de la confusión de cuerpos y armas que habían hecho, se acercaron a admirar al joven domador. Después de un largo silencio y una tensión enorme, la carpa se estremeció nuevamente con los rugidos que brotaban de todas partes. Luego, como si obedecieran a un conjuro misterioso, todas las fieras se retiraron al fondo de sus jaulas. Nuevamente se sometían a la voluntad de los hombres.

John Ringler miraba a su hijo, que salía de la jaula llevando en sus ojos el brillo propio del hombre que sabe lo que tiene que hacer en momentos de peligro. Se sentía orgulloso de él, aunque le amargaba su propio fracaso. No podía, no tenía el derecho de reprocharlo. Bob rondaba en torno al nuevo amo del Circo Ringler.

—Arrastren hacia afuera esa basura — ordenó Walter, señalando a Jim Cole, el domador de leones, que acababa de ponerse de pie. "De hoy en adelante — agregó—, seré yo quien se entienda con esos gatos."

Entonces Walter, que de haber continuado su padre siendo un hombre fuerte, hubiera impuesto sus deseos, dijo en voz baja que demostraba todo el afecto y la humildad de un hijo obediente:

—Oye, papá. Quiero que me permitas casarme con Edith. La amo. Sé bueno, no te pido mucho, ¿verdad papá?

Las palabras de Walter hicieron que la fibras del anciano re-

cobraran algo de su dureza de acero. Nunca volvería a ser lo que había sido. Ahora el amo era Walter, pero le alegraba ver que su hijo podría reemplazarlo con la misma eficiencia con que él había actuado en sus largos años como amo del gran cireo. Y por primera vez en su vida, John Ringler conoció el sabor salobre de las lágrimas...

AQUELLAS SEMANAS DE ESPERA

(Continuación de la pág. 59)

vechar bien todos los minerales que se encuentran en los alimentos, por consiguiente, de esta vitamina depende la estructura de músculos y huesos robustos. La madre necesita esta vitamina «solar» para así resguardar a su hijo del raquitismo.

Ahora el problema de si necesita la madre alimentarse más, a medida que crece el niño. Teóricamente, sí, pero cada uno tiene que estudiar sus necesidades. La madre, que trabaja y tiene mucho desgaste de energías, necesita alimentarse más. Las que sufren de exceso de peso y de indigestión deben hacer comidas más livianas y comer menos en general. Al niño le bastará que los alimentos que tome la madre incluyan todas las vitaminas estipuladas más arriba.

EL CHUNCHO

(Continuación de la pág. 5).

taba totalmente desmoralizado, y hasta el doctor Harrison lo notó, preguntándome qué era lo que le pasaba.

En la carrera pasa lo mismo que en las pruebas. El Viejo lanza la lancha al máximum de velocidad en las partes derechas, y la disminuye completamente en las curvas. Cuando llegamos a la meta, los demás competidores ya están tomando tragos y la carrera es cosa del pasado. Loco Bill Cullen es el ganador, y se pavonea, contándoles a todos cómo hizo para llegar primero. Al ver al Viejo, dice:

—Hombre, Lane, ¿no cree Ud. que ya sería tiempo de que se retirara de las pistas? Me parece que su pulso no es el mismo de antes.

—Tal vez tenga razón Cullen — dice el Viejo, tranquilamente—, tal vez ya sea tiempo que me retire.

—Pero no antes de la carrera de Vandelar — contesta Cullen, no podrá negarme el gusto de volverle a ganar en la misma forma que lo hice hoy. Eso sí que espero que siquiera me presentará pelea, y no hará lo del año pasado; está bueno para disculparse una vez, abuelo.

Habría dado lo que no tenía para haber podido matar al insolente ahí mismo.

Estamos a miércoles. El sábado es la carrera de Vandelar. Estoy esperando recibir el recado de que las dos "Calumets", que vienen en camino en camión, hayan llegado, para irlas a buscar y echarlas al agua. A las diez llega el recado. Me avisan que Lane me está esperando en el muelle. Me recibe con una risa que lo que menos tiene es alegría.

—Parece que el chuncho no se va a dejar vencer así no más — me dice—. El camión y las dos lanchas están hechos pedazos en el camino de Stamford. Acaba de telefonearme el chofer.

Tomamos un auto, y nos fuimos a toda velocidad al punto de la desgracia. Un camión bencinero chocó al nuestro desde atrás, y el trabajo de destrucción que hizo, debe haberle agradado mucho al chuncho. La "Calumet IX" está hecha astillas su motor serviría a lo más para hacer una buena lancha. Lo único que se ha salvado es una parte del lado izquierdo. La "Calumet X" no está tan mal. Pero todo su lado izquierdo está hecho pedazos, así como su proa. Su motor está intacto, y es al ver esto que, por primera vez en mi vida, me asalta una idea grandiosa.

—Patrón — le grito a toda fuerza—, Acérquese un momento.

—¿Qué dice, Ken? — pregunta el Viejo, demostrando en el tono de su voz la angustia que siente.

—Mire, el chuncho no nos ha batido aún. Podemos sacar lo que sirve de "Calumet IX" y parchar de algún modo a "Calumet X".

—Estás loco, muchacho — me dice, dándose vuelta—. Además, da lo mismo.

Por la primera vez en quince años, me olvido de que es mi patrón, y le grito:

—Bueno, si Ud. quiere sentarse y mirar cómo el Loco Cullen gana la carrera, está bien; búsquese otro mecánico. Yo me voy.

A medianoche llegamos a la fábrica de Billy O'Mara, pues, a instancias mías, el Viejo decide probar reconstruir una de las lanchas. Billy nos facilita sus ocho mecánicos, quienes, por un sueldo cuádruple, nos van a trabajar durante las sesenta y una horas que quedan hasta que suene el disparo de la carrera Vandelar. Después de las primeras veinticuatro horas, estamos que nos caimos todos y la tarea parece imposible. Yo he revisado el motor lo mejor posible, y cuando veo que está en buenas condiciones, me junto a los que trabajan en la proa, donde está el mayor quehacer. No podemos conseguir más trabajadores, pues tienen que ser especialistas, y por una razón u otra, nadie puede prestarnos sus servicios. Como no hay tiempo en preparar las maderas para los costados como es debido, le arrancamos las partes sanas a "Calumet IX", y las colocamos a "Calumet X", sujetándolas con tuercas. Estamos tan cansados, que parece que estuviéramos trabajando dormidos. Cada tanto rato, uno de nosotros se cae donde mismo está parado, y se queda profundamente dormido. Los compañeros lo quitan, y siguen febrilmente con su tarea.

Lane me despierta de uno de esos cortos sueños, sacudiéndome y gritando:

—¡Apúrate, Ken; ya son las doce del día viernes.

—No logramos nunca terminar todo lo que falta en veinticinco horas — le digo yo, saliendo de mi aturdimiento.

—No se trata de decir que no lo haremos. Se trata de hacerlo — me dice el Viejo, con voz firme, y de repente cae y se queda dormido. Lo aparto del camino, y sigo trabajando yo en su lugar. El doctor Haldane nos trae comida y café negro cada tanto rato. No me acuerdo haber tomado en mi vida la cantidad de café que tomé en esos tres días. Yo le digo al doctor que sería conveniente mezclar un papelillo para el sueño en el café de Lane, pues si es que él quiere manejar la lancha el sábado, tiene que dormir por lo menos unas ocho horas. Así lo hacemos, y el Viejo se queda dormido hasta el sábado en la mañana. Son las once y media cuando lo despertamos con el doctor, y la lancha está completamente lista. Un camión está esperando para llevarla a la bahía. El Viejo y yo estamos en una facha lamentable, con una barba de tres días, y con cara de haber llegado recién de una farra que ha durado por lo menos una semana; pero, no tenemos tiempo ni siquiera de lavarnos, pues el camino es largo, y tenemos que estar a las doce y media en punto para prepararnos para la partida a la una.

En el camión van todos los muchachos de Billy O'Mara y hacemos una entrada triunfal al Club de Middleport. Uno de los participantes de la carrera, gri-

ta sus felicitaciones, y todos los demás nos aplauden. Pasamos por frente al club, y luego, llegando al muelle, bajamos la lancha al agua. El trabajo está hecho, y hemos llegado a tiempo. Lo que no sabemos, es el resultado que nos a va dar la compostura. Tres de los concursantes se acercan a Lane, para proponerle que pidamos que demoren la partida por una hora para que logremos probar la máquina, y como el Viejo le agradece, Cullen se acerca gritando:

—¿Por qué van a aplazar la carrera? ¿Quién es Ud. para que le tengan esas consideraciones? Se fijó la hora a la una, y a la una partiremos.

Los labios de Lane se juntan, y su cara palidece.

Siempre nos queda media hora para revisar unos que otros detalles. Echamos a andar el motor, y parece que por ese lado todo anda bien. El problema principal es que la lancha no se nos haga pedazos mientras corramos. Estoy rogando para que el chuncho se quede dormido. Hay un mundo de gente, y ya empiezan a sonar las sirenas de los yates y de los buques. Alguien nos grita que cambiemos el nombre de "Calumet" y le pongamos "Miss Hechapedazos". Desgraciadamente, no tenemos valor para reírnos, así es que las bromas nos pasan por alto.

Suena el disparo anunciando que faltan cinco minutos para partir.

Todos los concursantes se colocan en sus lugares. El aspecto de nuestra lancha y de nuestras personas, es completamente distinto a los demás, y se nota que somos causantes de gran hilaridad en el público.

Mientras que hacemos los últimos preparativos, empiezo a decirle al Viejo los nombres de los demás concursantes y sus lanchas. La del Loco Cullen lleva el nombre "Destructor". Lane se sonríe amargamente diciendo que el nombre le viene bien.

Luego, la señal de la partida, y nos fuimos. Todo marcha a la perfección. Aún vamos en línea recta, y "Calumet" está dando el máximum de su velocidad. Estamos entre los primeros, sólo aventajados por Bill Cullen. Pero, tenemos que correr sesenta millas antes de poder decir algo determinado, y aún no hemos llegado a lo que más temo: las curvas.

De repente siento que el Viejo baja la velocidad, más y más. Hemos llegado a la vuelta. Todas mis esperanzas se van en alas del viento, y el cansancio de los tres días, que no había sentido hasta la fecha, se me hace insoportable. Luego, enderezando la lancha, la lanza de nuevo a todo lo que da; pero ya hemos perdido una barbaridad de terreno, y si seguimos así, tenemos la esperanza de finalizar la carrera cuando ya no quede nadie para vernos. Vamos en la décima vuelta, cuando me toca arreglar un desperfecto en el motor. Lane le quita aún más velocidad. Cuando termino el arreglo, y nos acercamos a la undécima vuelta, Lane le quita el pie al acelerador, pero la lancha sigue a toda velocidad. Su cara adquiere el color del papel. La vuelta, hecha a arriba de ochenta millas, requiere toda su destreza en la maniobra del volante, para que no nos demos vuelta. No hay tiempo para ver lo que ha pasado, y no hace falta. Los alambres que pusimos deben de haberse soltado, y no tenemos otra que seguir corriendo a la velocidad que vamos. Los controles tampoco funcionan. Otra vuelta, y las manos crispadas de Lane hacen un esfuerzo terrible para mantener el equilibrio de la lancha. Por encima del ruido del motor lo siento gritar:

—Ken, vea el motor y trate de hacerlo parar aunque sea con las manos.

Pero eso me es absolutamente imposible, pues, dada la velocidad a que vamos, falta poco a que salga disparado al agua. Le grito que tendrá que esperar, pues por el momento no puedo hacer nada. Interiormente voy rogando que la lancha no se haga pedazos durante su loca carrera.

—No importa — oigo gritar a Lane—, déjela así. Siquiera le daremos la oportunidad de que gane.

Lo miro sorprendido, y veo que su cara ha recobrado la expresión que yo le conozco desde hace quince años, y que en los últimos días se le había perdido. Me siento tan feliz, que por el momento me olvido de preocuparme de la lancha y de nuestra fantástica velocidad. Cuando me doy cuenta de lo que estamos haciendo, es cuando, uno tras otro, los competidores de la carrera Vandelar se van quedando detrás de nosotros. El Viejo sigue sonriéndose, y veo que se le ha olvidado el significado de la palabra "nervios". Los espectadores se están volviendo locos, los bocinas y las sirenas gritan, y la distancia entre nosotros y el Loco Cullen, quien es el único que nos está aventajando, va disminuyendo poco a poco. El problema es de lograr que la lancha no se deshaga antes de enterar las quince o más millas que nos faltan para concluir. De repente, veo que en el lado izquierdo, cerca de la proa, se está viendo la luz del día. Indudablemente, que una de las tuercas que mantenía las maderas en su lugar, se ha soltado. Lane se ríe como un chiquillo, y me grita haciéndome una seña con la cabeza:

—¡Lo único que espero es que las demás no se salgan antes que terminemos! ¡En todo caso, Ken, prepárate para tomar un baño!

Ya no queda más que un pequeño espacio entre el "Destructor" de Cullen y nosotros. Ahora, con un último esfuerzo, y antes de dar la penúltima vuelta, tenemos que pasarlo. Cullen, viendo que lo estamos aventajando, hace una brusca maniobra para un lado, con la esperanza de que el cambio de olas que provoca, nos hará darnos vuelta a la velocidad que llevamos. Pero, el Viejo está preparado, pues nuestra lancha ni se mueve con ello; eso sí que Cullen ha perdido unas cuantas yardas, tratando de hacerse el gracioso.

Por vez primera, en todos estos años, Cullen está detrás de nosotros y, cuando entramos en el circuito final, veo su cara amoratada y rabiosa, y me alegro de no poder oír lo que él me grita.

Lo hemos ganado, siempre que nuestra lancha se mantenga junta hasta que lleguemos a la meta.

—Diez yardas, veinte, treinta — le grito a Lane, a medida que el "Destructor" se queda más y más lejos. Pero él está con los ojos fijos en un punto, y siguiendo su vista, veo que el hueco del lado izquierdo del "Calumet" está tan enorme, que se puede decir literalmente que el "Calumet" se está haciendo pedazos. Dos millas más, y "Calumet" tiembla y tirita, y ya me parece que no llegaremos. El motor se comporta maravillosamente; pero la brecha sigue su curso. Entramos en la milla final. La gente delira, el ruido del motor me tiene tonto, y me doy cuenta de repente que estoy tratando de sujetar la lancha para que no se despedace, con las manos. Pero mi esfuerzo es vano. El asiento se resbala, tengo una impresión instantánea de que todo se cae a pedazos, y luego, los dos nos encontramos sumidos en el agua.

Pero, lo único que me interesa, es saber si hemos o no pasado la línea. Salgo a flote al momento, y de repente algo me pega con tal fuerza en la espalda, que casi me deja sin aliento.

—Ken, hemos pasado la línea. Ganamos la Copa Vandelar.

Y el Viejo, con su cara enteramente sucia, pero con una son-

risa de indescriptible dicha en los labios, me sigue golpeando la espalda.

—A ti te debo las gracias, Ken — sigue Lane—, tú fuiste el que mataste el chuncho. Si no hubiera sido por ti, no habría habido compostura para el "Calumet".

Por un lado, mi Viejo tiene razón; pero él está pensando en la compostura del "Calumet X", mientras que yo pienso en otra compostura que hice. Sonrío pensando en los restos de la lancha que, por suerte, están en el fondo de la bahía, pues me habría costado trabajo explicar el por qué, después de arreglar el desperfecto en el motor, en la vuelta número diez, dejó de funcionar el acelerador y los controles. Pero el hecho es que el Viejo ha recuperado su valor antiguo, y me siento aún más feliz por esto que por lo de haber ganado la carrera.

EL CONCURSO DE DON BASILIO

(Continuación de la pág. 14)

Jorge Hidalgo.
Eliana Moreira.
Mario Varela Campos.
Gilda Antognoni.
María Eugenia Valverde León.
Eugenio Vásquez.
S. Vásquez.
Fernando Latrille Urriola.
Nini Apolonio.
Gilito Grandón.
Cecilita Nareto.
Martita Derpich.
Elisita Derpich.
Clotilde Peña.
Luis A. Avalos.
Carmela Argandoña.
Eduardo Miranda.
Gaby Miranda.
Carmen Miranda.
María del C. Capiccelli.
Oscar Rodríguez.
Myriam Weinstein Molina.
Elina Arellano Hoyl.
Marta Ocampo.
Graciela Calderón.
Regina Fuenzalida.
Rosita.
Laura Tellechea.
Enrique Avaria.
Humberto Vidal Guevara.
Alfredito Braemer.
Pablo Benavides.
Betty Tapia.
Tadeo Barrera Schulze.
Marta Buón.
Victoria Marcotti.
Memo Brito.
Luis Orlandini.
María Pizarro.
Samuel Bozzo Morel.
Sergio Lazo Mareau.
Rosa Andrade Pequeño.
Rosita Urrutia del Pino.
Victoria Vidal.
Rosita Cristi.
Adriana Escala.
Carmen Fuentealba.
Cora Figueroa Oyarce.
Raúl González.
Oscar Pinto.
Rosa Mordevarich.
Gerardo Mendoza.
Ada Subiabre.
Irma Rojas Contreras.
Mirella Valenzuela Gómez.
Eliana Valenzuela.
Arturo Matamala.
Nieves Valenzuela.
Sylvia Astudillo Hoffmann.
Negro Betún.
María Luisa Moll.
Mónica García Huidobro.
Viola Nachbauer Anguita.
Kerrito Oñate.
Choche Perales.
Eliana Blanchard.
Jorge Zúñiga.
Vilmita Parada.
Elsita Herrera Moas.
René von Fürnstemberg.
Picharra Campuzano Ovalle.
Nelly Villegas.
Viola Nachbauer Anguita.
María Antonieta Hidalgo.
Francisca Díaz Garcés.
Rosa G. Miranda.
Victoria Rivas.
Carmen Conejeros.
Luz de la Carrera Encina.
Laura Garcés.
Guillermo Paúndez.
Pedro Alzuget.
Adriana López Fernández.
Hugo Moll Stassburger.
María Cristina Allende Zavala.
Nana María Solar.
Miguel Muñoz Jaque.
Hugo Silva.
Augusto Villalón.
Elena Moll Strassburger.
Sergio Villafañe Robertson.
Ana Severín Sáenz.
Juan Astica Mascaró.
Hernán Arrieta.
Beatriz Hewstone Conte.
Cecilia de la Fuente Toro.
Ofelia de la Fuente Toro.
Alfredo Rogat.
Luis Favre.
Raúl Arrieta Zaldívar.
Silvita Yáñez.
Violeta Devoto.
Elsie Nash.
Myrna Tudella.
Norita Aravena Le-Port.
Arnaldo Ledesma.
Dina Aste Sermini.
Guido Rodríguez.
Berta Rodríguez Urzúa.
Lucía Grez.
Flora Indo Herrera.
Tito Rivadeneira.
Sylvia Espoz Prado.
Horacio Chacón.
Elina Pérez.
María Carnasetti.
José M. Silva.
Luis Ladevig.
Alejandro Rojas Santapau.
Raúl Hernández.
Eugenio Maire Alvarado.
Elianita Salinas Hugo.
Sergito Brunnel.
J. Pinto.
Ena Viveros Sepúlveda.
Remigia Lira.
Toyha Lorca.
Lucía Lorca.
Lucía Rochet.
Gloria Sánchez.
Mario Segura.
Daisy Benítez.
Mario Echiburú Pontecilla.
Lupita Maturana.
María Josefina Morales.
Irene Valdenegro Pouga.
Jorge Zamorano.
Fernando Valdenegro Pouga.
Fernando Salvá.
Teruca Munita.
Raúl Canete.
Mauricio Faivovich.
Regina Cañas Warnker.
Italo Aste.
Raquel Agredo.
Mary Rojas Roig.
José Cassis Navarro.
Maruja Díaz.
Alicia Muñoz.
Natalia Barrera.
Mary Gilchrist.
Raquel Wigocd.
Osvaldito Salgado.
Marta Tapia Jordán.
Iván Pavez.
Ana Miranda.

Editorial Zig-Zag

Esta Editorial cuenta entre sus publicaciones actuales, la obra que ha provocado cien mil polémicas por tratar los apasionantes problemas de Rusia:

"STALIN",

debida a la pluma del ilustre escritor francés, Henri BARBUSSE, y presentada en una edición cuidada y novedosa, al precio réclame de: $ 8.—.

OTRO EXITO:

"DAVID COPPERFIELD"

por Charles DICKENS, el insigne escritor inglés. De esta obra ha sido extraída la película que la Metro-Goldwyn-Mayer estrenará en breve. Esta maravillosa novela se compone de dos artísticos volúmenes, al precio de:

$ 12.— cada uno.

NOVEDADES EN VENTA:

"TRES INMENSAS NOVELAS", por Hans Arp y Vicente Huidobro	$ 4.—
"LLUVIA", novela, por William Somerset	" 5.—
"BAJO EL CIELO DE ORIENTE", por Panait Istrati	" 5.—
"HIJOS DEL ALMA", por María Teresa, directora de la revista "Margarita"	" 4.—
"CUENTOS RUSOS", (para niños), por Blanca Santa Cruz Ossa (Mama Chayo)	" 5.—
"JESUS", por Charles Dickens	" 5.—
"DON CRESCENTE ERRAZURIZ". Interesantísima biografía, por Carlos Fernández Freite	" 10.—

Estas ediciones se encuentran en venta en todas las Librerías importantes, así como también en la "EDITORIAL ZIG-ZAG", casilla 84-D, Santiago.

Atendemos pedidos contra reembolso, siempre que el pedido sea superior a $ 5.—

Rudy Castro.
Gonzalo Figueroa.
Lupi Hewitt.
Ana Alicia Tudela.
Héctor Eduardo Partarrieu Navarrete.
Nelson Muñoz.
Jorge Moreau Lazo.
Eliana Moreau Lazo.
Edilia Agurto.
Laura Navarro.
Rigel Jara.
Loreto Sepúlveda.
Guillermo Valenzuela.
Estela Vega Urrutia.
Eliana Quittner.
Mario Vega Miranda.
Chita Ciuffaedi.
Provincianita.
Alba Escobedo.
Mimí Carrasco.
Fernando Aguilar.
Gladys López Vilches.
Judith.
J. G. Nieto.
Viviana del Canto.
Eugenia García.
Enriquito Rozas.
Adriana Fajardo.
René Mora.
Sonia Quevedo.
Adriana García Cristi.
Gabriela Espinosa.
Adriana González.
Alicia Espinoza.
Inés Behnke.
Cecilia Fuentes.
Eduardo Fuenzalida Silva.
Nené Freire Fuenzalida.
Olga Godoy.
Cecilia Moreira.
Liecito Garbin.
Jorge Arriagada.
Alide Bonetta.
Silvia Yolanda Gutiérrez.
Alfredo Osorio.
Luis Silva Foncea.
Carlos Silva Foncea.
Lucía Osorio.
Gladys Róbinson.
Felisa Díaz Garcés.
Antonio Layguarda Moreno.
Sara Escoffier.
Apolonides 2.° Fernández.
Ximena Bunster.
Laura Iñiguez.
Armando Renner.
Rosita Olmedo.
Luis Escoffier.
Adolfito Godoy.
Alicia Godoy.
Leticia Alarcón.
Adriana Moreno.
Francisco Fernández.
Fanny Eliana Toro.
Sylvia Yáñez.
Sylvia Mardones.
Arturo Saavedra Trautmann.
René Riquelme.
Lalito Pulido.
Adriana Durán.
Eugenio Silva Espinosa.
Virginia Cuevas.
Juanito López.
Rafael Benavides.
Quelito López.
Sergio Cuevas.
Eliana Bravo.
Algelina Angelini.
Ada Cruzat Matta.
Ester Schmeiser.
Berta Lira Arancibia.
Panchita Latorre Barceló.
Gabriela Lira Arancibia.
Gonzalito Gutiérrez Nagel.
Jorge Guzmán.
Carmen Aris.
Juan Alvarado.
Galvarino Garrido.
Pepe Arellano Rivas.
Lily y Elisabeth.
Elena López.
Eugenia Berdichvsky.
Fresia Cortés.
Julia Montaner Riesco.
Lucía Peña.
Adriana de la Cuadra.
Huky Schster.
Lucy Grimpert García.
Alicia González.
Mario Tapia.
Héctor Alamos.
Hilda Figueroa.
Rosita Salas Droguett.
Albina Sanguinetti.
Adriana Ebner.
Tolita Rivera Criado.
Chabelita Teiller.
Fanny Araya.
Estela Morel.
Kamacho Varas Villamil.
Isabel Cano.
María Leticia Garbaccio.
María Eugenia Garbaccio.
Fernando Silva de la Fuente.
Gustavo Schumann.
Edith Moll Lee.
Rodolfo Kam-Chingo.
Edith Villalobos.
Orlando López.
Carlos Valenzuela Vergara.
Carmen Panadero.
Nelita Vergara Blanco.
Clementina Peurrot.
María Machiavello.
Elina Romero.
Lucy Mc-Miller.
Elina Ramírez.
Marujita de la Jara.
Carmen Fritz.
Jorge Rodríguez.
Luis Muñoz.
Hernán Cardemil.
Carmen Cortés.
Rosa Mafalda Alvarez.
Francisco Sandoval Lira.
Julio Benisceli Arriagada.

EL TRAGICO DESTINO DE LOS REYES DE SERVIA

(Continuación de la pág. 17)

---

dro, lo destronan y entronizan a Miguel Obrenovich.

Hay, como verá el lector, un extraño paralelismo trágico entre ambas familias. Si hasta el príncipe Miguel ninguno de los Obrenovich había muerto por crimen, mientras dos Karadjordjevich habían ya parecido a mano armada, sus sucesores habrían de ser víctimas propiciatorias de esta implacable vindicta del hado. En efecto, su presunto heredero Miguel cae asesinado en 1868, como había de caer el nieto Alejandro (sucesor de Milán, el primer príncipe que pudo llamarse rey de Servia, y que promulgó la primera Constitución, en 1889), extinguiéndose con él la descendencia directa de Milosch «el Grande».

EL MULTIPLE REGICIDIO DEL KONAK.

Este Alejandro Obrenovich era un hombre física y moralmente repugnante. Feo, torpe, cobarde y sanguinario. Tras una mocedad nada edificante, se casó con una hembra digna de él: inmoral y antipática. Su esterilidad le hizo concebir la ambición de llevar al trono a su hermano, digno «trois» de aquel «ménage». Conjurar contra esta familia era casi una obligación de todo patriota, y los Karadjordjevich se favorecieron de tal estado de ánimo.

La conjura militar urdida contra los Obrenovich estalló el 11 de junio de 1903. A noche alta, distintos grupos de oficiales servios partidarios de los Karadjordjevich y juramentados en la Asociación secreta llamada «ema Ruka» (Mano Negra), se personaron en las casas del presidente del Consejo, del ministro de la Guerra y de muchos altos partidarios del rey y hacen con ellos sumaria justicia (léase venganza).

Otro grupo más numeroso se presentó en el Konak, ya hacia la madrugada, y sin encontrar en la guardia palatina gran resistencia, penetró en las habitaciones reales. El rey Alejandro casi pasó del sueño al sueño eterno; su consorte la reina Draga fué lanzada por una ventana al patio del Palacio y allí agonizó ante la indiferencia de los soldados conjurados... Sus dos hermanos — uno de los cuales, según supuestos designios, había de ser proclamado príncipe heredero, en vista de la falta de descendencia del matrimonio Obrenovitch — cayeron también bajo los golpes de los hombres del coronel Apis, jefe de la conjuración y paladín de los Karadjordjevich. Y éstos — totalmente extinguidos sus rivales — volvieron a instalarse en el trono, cuyo fundador fué su tatarabuelo, el gran Jorge "el Negro".

EL HIJO LOCO DEL REY PEDRO Y SU RENUNCIA AL TRONO.

Contaba justamente diecinueve años y medio el que había de ser primer rey de Yugoeslavia Alejandro, en aquel entonces estudiante en la Universidad de Belgrado bajo la guía de un preceptor y militar francés.

Su padre permanecía desterrado, y tras una larga permanencia en Rusia, había fijado su residencia en Ginebra, desde donde se repatrió en seguida; el día 15 — previa su proclamación por el Ejército — fué «elegido» Rey de Servia. Elegido he dicho (y es decir, como se ve) porque hasta entonces las leyes constitucionales eran las del Principado dependiente de Turquía, que establecían la elección limitada a miembros de las dos familias fundadas por Karadjordje y por Obrenovich, los dos paladines máximos del independentismo servio en sus heroicos tiempos iniciales. Desde entonces, la sucesión a la corona, como en las demás monarquías, se basa en

la herencia masculina y en la primogenitura.

A pesar de esto pudo ser rey Alejandro, el segundón del rey Pedro; el soberano que agrandó y refrendó la independencia servia con las victoriosas guerras contra Turquía primero y luego contra Bulgaria, en 1912. Ya en esas campañas se hizo notar por su combatividad y por su talento civil y militar. Alejandro, mientras que el primogénito Jorge — que en 1909 había renunciado a sus derechos sucesorios, y que actualmente vive recluido en el manicomio de cierta localidad bosniana cercana a Sarajevo — iba quedándose postergado, según unos, por sus venas de loco, y según otros, por sus ideas nada monárquicas y burguesas.

DE INFANTE SEGUNDON A PRIMER REY DE YUGOESLAVIA.

La guerra europea encontró al Ejército servio quebrantadísimo, la nación agotada en sus recursos; con todo, gracias al proverbial heroísmo de los patriotas, al entusiasmo que el rey y el príncipe sabían inculcar en sus súbditos, a la pericia (más de guerrilleros que de estrategas de sus generales, y también a las condiciones naturales del terreno nacional, los servios lograron detener la invasión de los ejércitos austrohúngaros (tres veces superiores), derrotarles y hacerles cerca de 100.000 prisioneros.

Pero la entrada en guerra de Bulgaria al lado de los Imperios Centrales obligó al Ejército a abandonar el territorio patrio.

Fué esta la famosa retirada hacia Corfú (a través de las montañas de Albania) en la que el príncipe heredero compartió amarguras y privaciones con sus soldados y (con la ayuda franco-anglo-italiana) reconstituyó las tropas y aun pudo batallar victoriosamente el mismo año final de la guerra.

Al constituirse el reino de los servios-croatas-eslovenos (1918) fué nombrado regente, y ya de vuelta a Belgrado y proclamado rey a la muerte de su padre, promulgó la Constitución el 17 de agosto de 1921.

Diez años después contraía matrimonio con la princesa María de Rumanía; del matrimonio han nacido el actual reyecito, Pedro II en 6 IX 1923 y los infantes Tomislav (1927) y Andrés (1929).

RETRATO DE UN MONARCA MALOGRADO Y NACIMIENTO DE SU MITO.

Examinar la personalidad de Alejandro I sería cosa ardua y excedería de mis propósitos. Por otra parte, me parece cosa arbitraria afrontar ciertos juicios mientras no transcurran unos cuantos años que sean como la perspectiva que proyecte su obra en un período histórico suficientemente amplio; sólo así es hacedero el valorar su importancia y sus efectos y apreciar la idoneidad de sus medios.

Digamos tan sólo que el hombre asesinado en Marsella el 1.o de octubre de 1934 por terroristas croatas era eso que suele llamarse un rey caballero; las fotografías nos lo representan como "un civil vestido de militar"; como un funcionario de uniforme; la fuerte miopía le prestaba un aire de hombre perennemente abstraído, y esa misma impresión producía verle caminar con el pecho un poco echado hacia adelante, como si le abrumara una carga imaginaria; y, en verdad, no era leve la carga de su cargo. Las personas que le conocieron de cerca coinciden en juzgarle como un hombre leal a sus convicciones, sincero en sus propósitos de conciliación nacional y tan paneslavo como panservio; y personalmente, muy simpático y culto, pero a la vez autoritario; que no en vano se educó un poco a la francesa y otro poco a la rusa, en la Escuela Imperial de Pajes en Petrogrado.

Y asimismo, para concluir este artículo sobre el dramático (y más que dramático, trágico) destino de los reyes de Servia, hago constar — dejando aparte las opiniones de las minorías disconformes — que muchos consideran su muerte como una catástrofe para la actual y futura Yugoeslavia, y que en el pueblo se va creando en torno a su figura de rey-soldado-mártir una especie de aureolante devoción, que se me antoja un principio de mito ejemplarizador.

Aún he visto yo en este viaje a través de Yugoeslavia — al cabo de seis meses de su muerte — las fehacientes muestras del duelo nacional. Frente a la estación de Zagreb (Croacia) aún perdura el improvisado túmulo hecho el día del atentado con unas banquetas y unas enramadas; entre ellas, un retrato del rey, con el marco recubierto de crespón, y al pie, entre las candelillas de cera, siempre encendidas unas cuantas coronas y unos ramos de flores, siempre renovados. En Ljubljana aún hay casas particulares materialmente recubiertas de negra percalina y banderas negras, y colgaduras enlutadas siguen flotando en centenares de edificios públicos y privados, en ciudades y pueblos: en Croacia como en Bosnia, en Eslavonia como en Servia y en Dalmacia y en Macedonia.

Los militares y los soldados llevan todos el luto, prescrito por decreto, y no es de maravillar, pues, pero es que además sobreabundan los paisanos — burgueses, obreros, estudiantes, mujeres, etc. — que llevan en el pecho un distintivo con la efigie real y un simbólico lacito negro. Y en todos los cafés, tiendas, oficinas, salas de espectáculos, etc., se encuentra uno con retratos y oleografías del rey muerto, adornadas con el tricolor nacional y medio cubiertas con gasas negras, y también, en todos ellos, y en los escaparates, y en las esquinas de las calles, y en los cristales de los tranvías, y hasta... en las modestas cajas de cerillas, campea con letras cubitales, la frase postrera que Alejandro Karadjordjevich dijera a su ministro Jeftich en la efímera agonía: "¡Chuvajte Yugoslavije!" (¡Cuidad de Yugoeslavia!)

LUIS GONZALEZ

LA REDENTORA

(Continuación de la pág. 10)

tentes uniesen sus voces con las de los coros.

Recibí las felicitaciones del señor cura, que quiso agradecer al organista y aún invitarlo a comer. Pero él había salido apenas concluyó de tocar.

Debido a la ceremonia, tuve otra visita, que no me extrañó, pero que se prolongó más de lo conveniente y yo debía ver más tarde, bastante más tarde la explicación de estas vacilaciones y de su timidez. Desde que me destinaron al vicariato de Vizille, había tomado contacto con los jefes de industrias antes de fundar mi patronato. En todas partes fuí bien recibido, especialmente por el señor Carlos Perriere, que dirigía la fábrica de tejidos de Perriere y Cía. Su madre murió al darlo a luz. Su padre se había preocupado bastante de su educación y lo colocó en la Escuela Politécnica. Había ocupado los primeros puestos. Ingeniero del Estado, parecía tener el más brillante porvenir, cuando su padre, con su salud minada por la desgracia conyugal a la cual nunca se repuso, murió prematuramente. Carlos Perriere había renunciado a su destino oficial para venir a enterrarse, si es que puede decirse así, a Vizille, para continuar la obra de sus padres.

(La conclusión en el próximo número).

Momentos memorables

En el año 1924 conocí al muchacho más encantador del mundo; era en todo sentido muy superior a mí; lo quise como no había querido mujer alguna; por mi mente jamás pasó que él podría fijarse en mí, y yo, en un mes que duraron nuestras relaciones, le demostré que no lo quería, pues no admitía que él me pudiera querer.

Pasaron diez años. Una noche que salía de mi empleo se acerca a mí un joven: era él, quien, después de una breve conversación me hizo saber que no me había podido olvidar desde que me conoció. Fácil será imaginar la impresión que me produjo esta declaración tan inesperada: fué una conmoción tan inmensa, que no la podría describir. ¡Casi me desmayo! Los diez años de sufrimientos y resignación, han tenido su recompensa y hoy soy la feliz esposa del hombre que ocupó durante todo ese tiempo, los instantes de mi vida.

Esa noche es, pues, el momento más memorable de mi vida, el que quedará grabado en mi alma en forma indeleble.

CIELO AZUL, (Valdivia).

Tengo la devoción de comprar todos los meses un número de la Lotería de Concepción; en casa me embroman por mi constante mala suerte. Un lunes me llevaron a la cama "El Mercurio" y lo primero que hice fué ver la lista de los números premiados; y leo con los ojos agrandados por la emoción, que mi número ha sido premiado con $ 20.000.

Llamé a gritos a todos los de la casa para que se cercioraran de la realidad de mi gran suerte. Me vestí a toda prisa y me lancé a la calle para contar a todos mis conocidos que me había sacado un premio gordo. Al pasar, todos me miraban y yo creí que era por la felicidad que irradiaba mi cara: pero alguien me dijo que iba hablando sola. Llegué a la oficina donde tenía que cobrar mi número, y por cierto había un mundo de gente y mientras esperaba quise leer nuevamente la lista de los números premiados, y.... creí que me tragaba la tierra, mi número no figuraba en la lista oficial. ¡Había sido un error!

Me volví a casa más muerta que viva, temiendo las bromas de los demás; pero no estaban para bromas, pues había ocurrido una tragedia que me hizo olvidar la mía para preocuparme de los otros.

MARIANGELICA

La alegría más grande que he tenido en mi vida fué cuando *aprendí a nadar*. Era tanto el entusiasmo que tenía, que hubiera querido estar todo el día en la playa, mirando a los que nadaban; pero yo sólo iba en las mañanas a bañarme.

Practiqué lo más que pude y puse en ello tanta fuerza de voluntad, que llegó el día en que aprendí a nadar sola.

Hace ya dos temporadas que voy con mis amigos a la playa y me interno en el mar. Todos me felicitan, pues dicen que soy muy valiente, ya que a los doce años no conocía el mar ni tenía la menor idea como era; hoy tengo 17 años y soy una destacada nadadora.

SIRENA, (Valparaíso).

MOSAICO FEMENINO

POR REBE

Antes de palpar de cerca la desgracia que ahora me aflige, y que amenaza concluir conmigo, yo no sabía hasta qué punto ciertos objetos ejercían su poder sobre nuestra existencia.

Ahora sí. Y conste que al que me refiero es de aquellos que tienen el aspecto más inofensivo del mundo.

¿Cabe algo, en verdad, más inofensivo que una radio?

Pues no; si ustedes creen que ese artefacto musical y bullicioso sólo sirve para solaz del oído y encanto del hogar, es que no saben, en realidad, lo que es una radio.

¡Tener una!... Las veces que he suspirado, con suspiros capaces de conmover hasta a los carabineros, cada vez que la oía.

Pero ahora, que se le ha ocurrido a cierto comerciante establecer un negocio de radios precisamente en los bajos de mi morada, siento odio hasta por el que las vende.

Al principio, claro está, es encantador eso de que todo lo haga uno con música. Se llega hasta a hablar con cierta entonación, como quien recita una melopea.

Y se camina con pasos de vals o de carioca.

Los primeros días la influencia benéfica de la música se extendió hasta la cocina. Vivíamos, como quien dice, en plena armonía.

¡Ah, pero después, cuando la radio no callaba durante ocho horas consecutivas, he valorado bien la inmensidad de mi tragedia!

Ocho horas en que la radio vomita, con una saña feroz, cual si fuera un terrible aparato bélico, tangos y tonadas, rumbas y canciones, óperas y cariocas.

El suplicio de la gota de agua es una bicoca comparado con esto de escucharse todo el día una andanada de discos, de avisos, de baraturas, capaces de dar al hoyo con la paciencia del mismísimo Job.

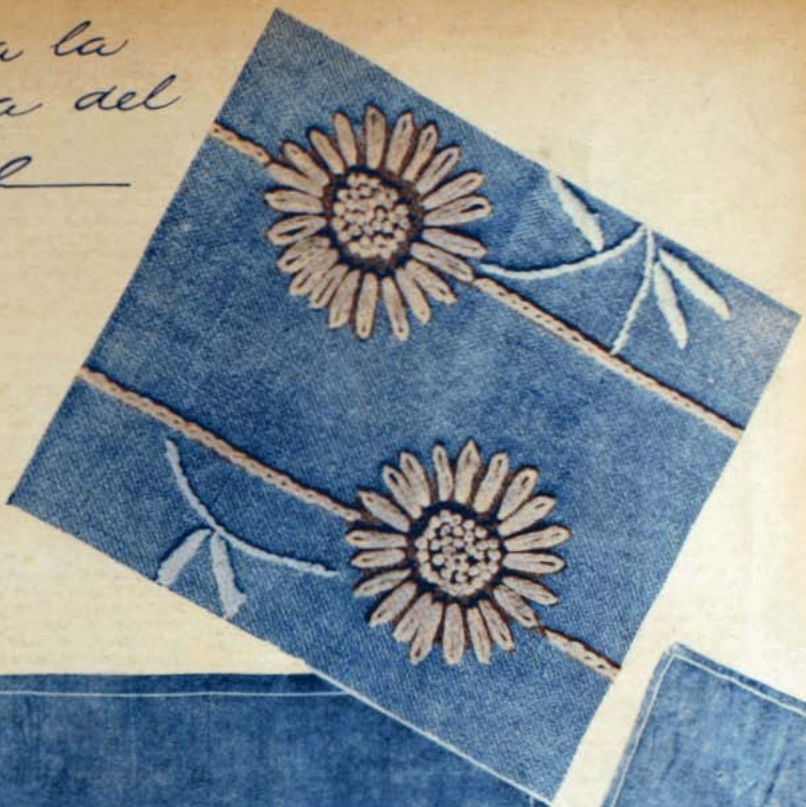
¡La radio! Cuando llego de visita a alguna casa y diviso una, de inmediato tiemblo; no sé si despedirme ipso facto o arremeter con ella hasta hacerla añicos. ¡Todo menos volverla a oír!

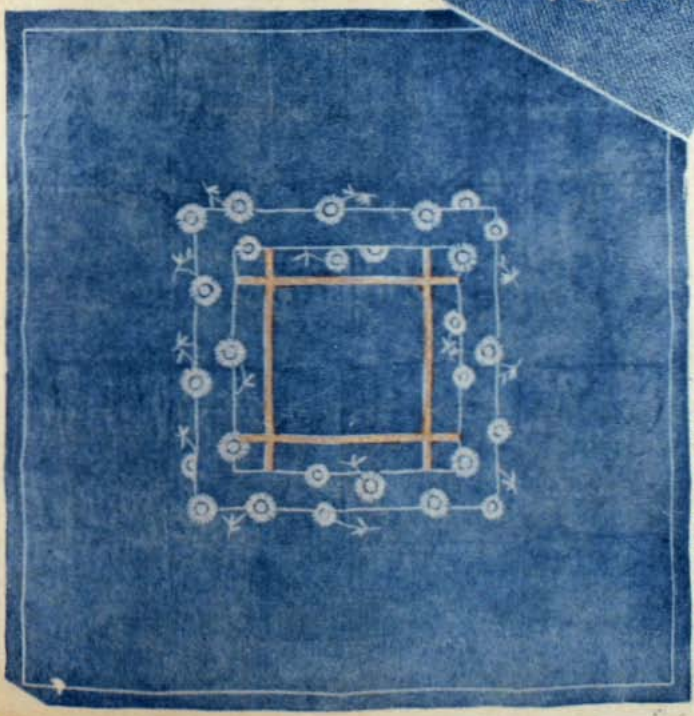
Y lo peor es que no hay con qué hacer callar ese bicho que grita como verraco todo el día y a toda hora.

¿No habrá por ahí alguien que se preocupe de inventar una contrarradio?

REBE

Para la hora del té





De un efecto muy vistoso será este lindo juego de manteleria para la hora del té, realizado en tela de hilo color celeste con bordado blanco que representa un bonito sembrado de margaritas en puntos muy fáciles de hacer, como son: punto de nudos, de lazada y de cadeneta. Con poco trabajo y una cantidad relativamente pequeña de género — lo cual quiere decir, con muy poco gasto— puede usted, señora, ser la feliz poseedora de esta graciosa mantelería.

¿Tiene Ud. la lengua sucia?

Sin duda es signo de mala digestión. Recurra al

INTESTINOL

REEDUCADOR del INTESTINO

GEKA

EL SEMANARIO QUE PUE
HOGARES
PRECIO
$1.40
LEA EN ESTE NUMERO:
TENDENCIAS
DE LA MODA

Un Cutis hermoso

Un cutis hermoso se consigue con el uso permanente del

Jabón

FLORES DE PRAVIA

Nada nuevo bajo el sol

Hemos echado años riéndonos de las abuelas y su frivolidad, declarándolas siervas de la moda que las vestía absurdamente, con la falda ahuecada y la manga jamón, con los encajes y los alamares y las flores y las mostacillas y los flecos y las lentejuelas y los cintajos y..., ¡qué sé yo! Si parecían las pobrecitas un baratillo. Y hay aun que agregar el terrible corsé y el arquitectónico peinado. Viendo sus estampas en daguerrotipos descoloridos del otro siglo o en las fotos muy peripuestas de principios de éste, nos daban risa y compasión y con un gestito de desafío movíamos la cabeza de corta melena, asentando nuestra figura sobre los tacones semialtos, felices de sentirnos libres dentro del muy simple trajecito deportivo. Porque nunca, nunca, aceptaríamos nosotras ir así vestidas, como mamarrachos y por añadidura, incómodas. Nunca.

Y he aquí que la Moda, ésta nuestra de la hora actual, la que viene de París y ante la cual se inclina el mundo entero, hasta Hollywood — con muy poca gana, pero inclinándose —, nos presenta sus modelos últimos vestidos..., sí, vestidos justamente con la falda ahuecada y la manga jamón, muy de avispa la cintura y los crespos por la frente y la nuca y toda la retahila de zarandajas que atormentaran y encantaran a nuestras abuelas, sirviéndoles de adorno.

Pero, ¡si no es posible! Y el asombro nos abre grandes los ojos. Nosotras, las muy deportivas, las muy trabajadoras, las muy sensatas, vestidas así, con la falda ancha que entraba movimientos, con la cintura aprisionada que interrumpe la circulación, con el peinado que requiere dos horas diarias ante el peluquero... No, nunca, jamás. Y hacemos de nuevo un gestito desafiante, como indicando a esos señores que allá lejos imponen la Moda, que no aceptamos este retorno a lo antiguo, que harto nos costó salir del dominio de lo antinatural y alambicado para llegar a lo normal y lo práctico, para que ahora, por un capricho bueno para mujercitas que se pasan la vida puliéndose las uñas, vayamos a claudicar de todo esto que ha sido una verdadera conquista.

¿Ven ustedes a una oficinista, ancha de faldas, corriendo por la calle Estado para alcanzar el tranvía 25 que la lleva a su casa a almorzar? ¿Y ven ustedes a la muchachita que por la tarde va al cine con su pololo, provocar la indignación de los que están detrás y no pueden ver, porque ella lleva en la cabeza una compotera con toda suerte de zarandajas? ¿Y a la chica que a las ocho de la mañana juega su partida de tennis, desesperada porque hace media hora que trata de sujetarse los crespos deshechos por el sueño y que le dan un terrible aspecto de Medusa?

No, las mujeres no abandonaremos esta línea que es la muy encantadora de la moda recién pasada, práctica y juvenil. Seguiremos con nuestro paso alerta, vestidas en la mañana con el traje sastre o el deportivo, usando en la tarde el otro un poquito más rebuscado de corte, pero siempre sobrio y llevando, tal vez, en la noche el suntuoso traje en que toda fantasía tiene margen, pero vistiéndolo como una especie de disfraz de "abuelita", un poco risueñas y un poco escandalizadas con todo el cúmulo de complicaciones que la amplitud de la falda, el abanico, la cartera, los guantes, las flores, la capa y el peinado con diadema nos echan encima. Y, posiblemente, nunca más volvamos a la aventura, vistiendo luego el traje de noche de corte clásico que muestra la línea del cuerpo, especie de funda maravillosa para la belleza de la mujer.

Nada nuevo bajo el sol... Ni siquiera en esto de la Moda...

ISABEL DE SANTILLANA

¡LABORES! ¡LABORES! ¡LABORES!

en cada número de la popular revista **PARA TODOS** Cine — RADIO — Lectura LOS [illegible]NES.

Ninguna publicación nacional o extranjera es más completa en esta especialidad femenina.

Familia

El semanario que puede entrar a todos los hogares

Editado en Santiago para toda la República

En venta todos los miércoles

N.o 11-14 de agosto de 1935

SUMARIO:

"Viejo rencor", por Albert Richard Wetjen.
"Incomprensión", por Ketmis.
"La redentora", por Henri Bordeaux.
"El precipicio", por Binet Valmer.
"La serpiente amarilla", por Edgard Wallace.
"Un día memorable", por André Birabeau.

Tendencias de la moda.
Modelos para la mañana.
Lindas blusas tejidas.
Modelos.
Elegancias.
La ropa interior.
La moda infantil.
La elegancia del tailleur.
Chaqueta de golf.
El molde de "Familia".
Mantelería.

Para saber y contar.
Bárbara y la gripe.
Tengo 20 años más que mi marido.
Tengo 20 años menos que mi mujer.
Vida y confesiones de Gabriela Mistral.
Algunas horas de mi vida.
De la pantalla.
Sus favoritos.
No es más que un resfrío.
Buen tono.
Cultive su belleza.
Casas e interiores.
Los peligros de la maternidad.
Para la muñeca del nene.
La escoba y el plumero.
Los mellizos.
La señora y la cocina.

HISTORIA DE AMOR Y TERROR EN LOS MARES DEL SUR, DONDE A VECES LOS IDILIOS ENCUENTRAN SU TERMINO... PERO TAMPOCO SE OLVIDAN.

Por
Albert Richard Wetjen

VIEJO RENCOR

NINGUNA persona que en los últimos años haya tenido ocasión de visitar Puerto Annam, en la Isla de Tobanga, ignora la historia del viejo «Orinoff», hermoso barco de guerra de primera clase, cuyo costo fuera de treinta millones de dólares, y que actualmente reposa en el fondo de la bahía.

A mí me contó esa historia el viejo Boyer. Este anciano había vivido en la isla por espacio de cuarenta años; era uno de sus descubridores y conocía las aguas que circundan a Tobanga y su adjunto archipiélago, mejor que cualquier otro hombre, pues durante treinta años fué piloto oficial de todos los barcos que entraron a la bahía. Hay que recordar muy bien este detalle de sus treinta años como práctico de bahía, pues es de gran importancia para su historia, como el lector lo comprenderá después. Por el momento puede imaginarse a Boyer sentado cómodamente en una gran silla de cañas en la terraza de su bungalow, que domina todo Puerto Annam; un hombrecito pequeño de vivos ojos azules, con un mechón de cabellos blancos, bigotillo canoso, la cara y manos tostadas por los vientos y el sol.

Era muy tarde ya, tanto que los nativos que pescaban en los arrecifes arponeando a la luz de sus antorchas, hacía ya mucho rato que habían regresado a sus casas. No había luna, y unas cuantas estrellas aparecían a intervalos entre los macizos de nubes que corrían rápidas por el cielo de la isla. En el promontorio, frente al cual se encuentra hundido el «Orinoff», relampagueaba cada diez segundos una luz blanca. En el centro del canal, al lado de la boca de la bahía, brillaba otra luz del mismo color, y en la terraza de la residencia del gobernador, más abajo del bungalow de Boyer, se veía una luz roja.

—Pronto va a caer neblina —dijo Boyer de improviso, cambiando una conversación que había versado sobre copra y caucho. Una neblina muy corriente en esta época del año, que siempre me recuerda aquella noche que se hundió el «Orinoff». Seguramente que usted ha ido, como todo el mundo, a ver el barco enterrado en la arena. Fué algo terrible. Murieron cien hombres, entre ellos un almirante y un príncipe. ¿Cree usted en la justicia divina?

—A veces — le contesté prudentemente. Boyer tomó la botella de whisky y bebió un trago que hubiera tumbado a un elefante.

—Claro que sucede a veces. Ya lo sé. Yo era el piloto del «Orinoff» esa noche —. Se quedó en silencio un momento. Luego...

«Hace cuarenta años atrás, no había un alma en Tobanga. A usted le costará creerlo ahora, al ver las grandes plantaciones y un gobernador residente» —. Se rió —. «Creo que ahora designan gobernador a las perso-

nas que quieren alejar de su país. ¿Por qué no? Tobanga está ya terminada. Pero hubo un tiempo en que no pensaban de igual modo, y aquí vivía gente de importancia. Claudia Bradley lo cambió todo. Una mujer. La mujer de Keith Bradley. Usted no lo creería, ¿verdad?

«Claro que para nosotros fué una sorpresa, una enorme sorpresa. Las viejas cartas nos daban mar libre en quinientas millas a la redonda. Pero cuando tuvimos tiempo de explorar el sitio y encontramos que no solamente era habitable, sino realmente fértil, Keith estuvo seguro de que habíamos hecho nuestra fortuna. Keith nunca fué un marinero, sino un hombre de negocios. Hablaba de sacar copra y vainilla, embarcándolas por toneladas al continente, mientras nosotros viviríamos aquí como pequeños reyes. Tal vez tenía razón, pero yo no pude ver cumplidos esos sueños, ni en ese entonces creí que pudiera haber tantas posibilidades. Yo prefería seguir visitando todo el archipiélago con mi pequeño velero, pero nuestra diferencia de opinión no nos hizo disgustarnos. Keith era mi mejor amigo y lo que él decidiera, era aceptado por mí en buena forma».

Boyer terminó su trago, y se sirvió otro con la mano tan firme como si nunca hubiera bebido.

«Fuimos con nuestra «Marabell» hasta Puerto Townsend, donde la cargamos con los útiles necesarios, y contratamos a tres o cuatro kanakas que Keith creía necesitar para ayudarnos a comenzar las plantaciones. Estuvimos en ese puerto como dos semanas, tiempo que Keith ocupó en hacer el amor a Claudia. No recuerdo dónde la conoció, pero una tarde la trajo al barco, diciendo que se había casado con ella, y que volvería con nosotros a la isla. Sencillo, ¿eh? Yo hubiera deseado decirle que Tobanga no era un sitio apropiado para una mujer, pero ellos estaban demasiado enamorados para hacerme caso y... bueno, dejé que viniera.

«Claudia era una mujercita pequeña, de pelo castaño, encantadora. Muy valiente, también. Inteligente, siempre risueña. Tenía tantos atractivos, que llegué a pensar que Keith no era tan tonto como lo había creído.

«Trabajé con ellos un mes o más, ayudándoles a levantar sus casas y cobertizos. Siendo socios, teníamos desde luego que hacer un arreglo, y como yo no podía permanecer largo tiempo en tierra, decidimos que yo seguiría traficando entre el archipiélago como antes, y que cada tres meses llegaría hasta la isla trayéndoles los suministros necesarios, y regresando con la carga que ellos tuvieran.

«Era un buen arreglo que nos convenía a los dos, aunque en algunas visitas, llegué a creer que Keith se había llevado la mejor parte. Esa mujercita encantadora, el bungalow con su jardín, los pollitos que estaban criando. Y luego veía cómo

(Continúa en la pág. 74).

Escrito especialmente para "Familia"

Por KEHMIS

Esta carta lleva hasta Uds. fragancia de azahares y música de campanas nupciales.

INCOMPRENSION

ESE día, Carmen cumplía quince años. Se despertó muy temprano e inmediatamente se levantó. Como todos los días, se dirigió al baño y cuando el agua se deslizó suavemente por su cuerpo moreno, le pareció que algo se desprendía de ella; se imaginó que aquellas gotas de agua, brillantes y temblorosas, absorbían la indiferencia en que hasta entonces había vivido y huían..., huían temblando, como si temieran que ella arrebatara de sus receptáculos cristalinos ese "yo" infantil que se había desprendido de la muchacha que cumplía quince años.

La revelación de una nueva vida, puso dos pinceladas de luz en los ojos morenos y una sonrisa de mujer en los labios de niña. Antes sólo era un nombre: Carmen, un cuerpo insensible y un alma dormida. Ahora era una mujer llamada Carmen, poseedora de un cuerpo de delicada belleza, que encerraba un alma, cuyo despertar era la emoción de un deseo indefinible que ella no comprendía..., o temía comprender.

Regresó a su habitación y, ya sentada en su cama, miró por primera vez el modelado perfecto de sus piernas, mientras deslizaba por ellas las medias de algodón. ¡Ah! ¡Se pondría las medias de seda que su tía le había regalado! De un salto estuvo junto al ropero y momentos después, el diáfano tejido de unas medias finas aprisionaba la belleza morena de sus piernas. Se colocó el uniforme y se miró largamente al espejo. Después bajó corriendo al comedor, en donde la esperaba su madre, con una sonrisa en la dulzura de sus labios. Carmen la besó y salió corriendo hacia la biblioteca. Se sentó frente al escritorio, cantando una canción a media voz. De pronto se interrumpió y sonrió. ¿Se comportaba así, tan locamente, toda una mujer? Se puso seria y con la pluma entre sus finas manos, clavó sus ojos en la blancura del papel, que no le entregaba ninguna sugerencia. Creía que era una mujer con gestos de niña, cuando, en realidad, era una niña con gestos de mujer.

Después de unos minutos de intensa meditación, la pluma profana manchó la virginidad del papel con las curvas vertiginosas de una letra que se reía de la caligrafía: "Te amo, madre. Cuando cierro los ojos, tu imagen, con un gesto acariciante, se prende a mis pupilas. ¡Tu imagen!: Cabellos en donde tiemblan besos de luna; ojos en donde la ternura ha puesto dos pinceladas de luz; labios de curvas suaves, que parecen haber sido hechos para oprimir su caricia contra la carne delicada de un niño; manos..."

Se detuvo indecisa. La definición exacta de esas manos pálidas y amadas, no acudía a su mente. Sus dientecitos mordían con furia la punta del lapicero. Las palabras se esquivaban traidoramente.

En ese momento su madre entraba a la biblioteca. Carmen la miró y preguntó casi con vehemencia:

—¿Cómo son sus manos, mamá?

—Mis manos, hija—, contestó —son feas, son pálidas; pero saben demostrarte el cariño que te tengo.

—¡Ah!— exclamó Carmen e inclinándose continuó escribiendo: "... menos, cuyo solo roce es una caricia".

—¡Ya está! — agrega triunfante y cogiendo una tarjeta escribe a máquina su pequeña composición y firmándola se la entrega a su madre. Besa las suaves mejillas y dice emocionada:

—Mamá, ya soy una mujer y quiero decirte que te quiero mucho.

Tomó su desayuno y cogiendo su bolsón de colegiala, salió. En el hall encontró a su primo Eduardo que, cogiéndola por el talle, la hizo dar vueltas vertiginosas en una danza alocada. Ella se desprendió con dificultad y protestó indignada:

—¡Déjame! ¡Eres un loco!

El se rió.

—¿No cumples hoy 15 años, chiquilla?

—¿Y ese es un motivo para que me zarandees en tal forma?

—Es mi regalo, señora—, explicó él, inclinándose en una burlesca reverencia. Entonces ella no pudo reprimir la risa y repitió:

—¡Eres un loco y como tu locura me da miedo, me escapo...!

Salió casi corriendo y tomó la góndola que la conducía al Liceo. Se acomodó junto a una ventanilla y se puso a meditar. ¡Eduardo! Ella lo amaba. ¡¡Dios divino!! Se asustó de su pensamiento y su mirada temerosa escudriñó a los demás pasajeros. Le pareció que todos tenían el mismo rostro: severo, inescrutable, casi agresivo. ¿La irían a retar? Pero no, ¿por qué? Toda esa gente impasible, ¿acaso no ocultaría en su alma una emoción de amor? Entonces, ¿por qué esa severidad en la boca y esa dura frialdad en los ojos?

No lo comprendía. Y nuevamente su alma, esa alma que despertaba, se refugió en un pensamiento que era la palpitación de sangre de ese cuerpo juvenil y el suspiro ténue que saturaba de rojo ardor la sed infinita de sus labios. ¡Lo amaba! El no era joven, quizás treinta y cinco años, quizás más; era de elevada estatura y de viril simpatía y la alegría que bullía en su risa la cautivaba. Cuando reía era irresistible, pero ella lo amaba más aún cuando él estaba serio. ¡Se parecía tanto entonces a su artista favorito: ¡Clive Brook! La misma expresión de austeridad en los finos labios, la misma recta mirada en los ojos que la frialdad ha pintado de gris.

La estridente voz de la bocina, la arrancó bruscamente a su meditación.

Llegó un poco atrasada a la sala de clases. Se colocó en silencio su delantal blanco. En ese momento llegó el profesor de francés. Carmen tomó asiento junto a su compañera Nora que, mirándola fijamente, dijo en voz baja:

—¡Qué linda vienes, chiquilla!

El profesor, joven, gallardo, paseó su mirada severa por los rostros juveniles que esperaban su palabra y dijo:

—La señorita Contreras no pudo asistir hoy. La Directora me ha encargado que, en su lugar, yo haga mi clase en esta hora. Mademoiselle, approchez-vous au tableau noir — agregó mirando a Carmen.

La niña obedeció. Junto al fondo negro del pizarrón su cuerpo esbelto, de formas curvadas de gracia, se destacaba en toda su belleza. El profesor no apartaba de ella sus ojos, severos, pero en donde brillaba ahora un punto de emoción. Ella pensó en los ojos de "él". O fríos o alegres. Pero sin esa emoción que observaba en otros ojos que no la conmovían. ¿Acaso la alegría de "él" era emoción? —pensó—. Quizás sólo un espejismo de la carcajada.

Oyó que el profesor dictaba:

—Ecrivez: Je suis belle.

Ella escribió, indiferente; aún cuando comprendió que el profesor, en la emoción de su voz, le declaraba toda su admiración. También lo comprendieron las otras muchachas que sonrieron con disimulo.

Sonó la campanilla que finalizaba la clase. A la hora siguiente correspondía inglés.

Como siempre, el recreo pareció corto a la inquieta alegría que palpitaba en los cuerpos juveniles. Se inició la hora de inglés. El profesor, rubio, frío, (las muchachas lo habían apodado "miel congelada") miró a Carmen y le ordenó:

—Go to the black-board and write on it: I am beautiful and...

Risas reprimidas lo detuvieron. Sus cejas se unieron casi en una sola línea rubia y preguntó, molesto:

—¿What happens?

—Nothing, sir.

Y la hora transcurrió en profundo silencio.

Sonó la campanilla liberadora y durante el recreo las muchachas dieron libertad a las carcajadas que aleteaban en sus gargantas. Nora comentó.

—Si no se ríen algunas de ustedes, se incendia el pobre "miel congelada".

¿Vamos, Carmen?

Nora enlazó su brazo al de su compañera y, ya lejos de las otras, le dijo:

—Estoy segura de que hoy también te espera en la puerta tu fiel cadete.

—Concluirá por fastidiarme— aseguró Carmen con un mohín de indiferencia.

—Pero, ¡cómo puedes ser así, mujer! Es simpático y, además, el uniforme... Yo le haría caso sólo por poder ponerme su gorra y sentir deslizarse sobre mis hombros los pliegues de su capa. ¿No te imaginas la satisfacción que significa eso? Isabel, cuando se encuentra con su novio en la plaza, se coloca su gorra y su capa. Te aseguro que se ve monísima. Yo le haría caso a ese cadete...

Carmen no contestó y Nora hizo un gesto airoso, como si se envolviera en los pliegues de una capa.

En realidad, cuando el minutero y el horario se habían reunido en su cita a las doce cuando ella salía del Liceo, vió al muchacho, que clavó en Carmen sus ojos ardientes haciéndola enrojecer. Apresuró el paso, temiendo que la siguiera aquel muchacho, cuyo uniforme obsesionaba a Nora. El sol ponía su caricia de oro en los árboles de la Avenida Argentina.

---

13 JULIO

"He decidido escribir mi Diario. Hay en mi vida una gran emoción que quiero volcar en la blancura acogedora de unas páginas que guarden mis confidencias.

Ya casi ha transcurrido un año desde que recibí la revelación de un amor que ha puesto una pincelada roja en mi vida. Pincelada que debió ser de luz. Pero es que sufro... ¡Dios mío! ¿Por qué el dolor enloquecedor de los celos entierra sus dientes en mi corazón? ¿Por qué él no

(Continúa en la pág. 73).

LA REDENTORA

Por HENRI BORDEAUX

III Y ULTIMA PARTE

(Continuación)

Tuvo éxito, modernizando la instalación, produciendo él mismo la fuerza eléctrica y ocupándose al mismo tiempo del bienestar de los empleados. Había arrendado un vasto local para alojar a los obreros venidos de la montaña y que estaban obligados a alojarse en la ciudad. Las jóvenes empleadas en la fábrica, algunas de las cuales apenas tenían catorce o quince años, también estaban protegidas. El reglamento las obligaba a recogerse a las ocho de la noche, no pudiendo andar por las calles después de esa hora, por ser peligroso. Más aun, un restaurante instalado en el mismo local de la fábrica, las alimentaba por muy poco dinero, con una comida sana y abundante, muy necesaria a esos apetitos de campesinas.

Ustedes comprenderán que, en esas condiciones, el patrón y el vicario debutante se hiciesen amigos en poco tiempo. Había sido el sostén de mi patronato y me había obsequiado libros y juegos.

—Y bien, me dijo algunos días más tarde. Usted va a revolucionar Vizilles, el famoso Vizilles de los Estados generales.

—¿Por qué, Dios mío?

—Por sus órganos. Se les oye desde la calle. Ese Fournel es un artista. Yo no lo conocía bajo ese aspecto.

—Sí, don Carlos (se le llamaba de esa manera para distinguirlo de su padre, y se había quedado con ese apelativo), no es muy clerical.

—Es un hombre extraño. Es muy instruido. Incluso, sabe latín.

—¿Latín?

—Sí. Por casualidad le mostré una inscripción romana y la tradujo sin dificultad. Lo nombré inspector y le di poder sobre sus compañeros para el control de las piezas y la supervigilancia general de trabajadores y telares. Lo respetan, pero no, lo aprecian. Probo, concienzudo y seguro se ha ganado la estimación de sus colegas, pero no su confianza. Si hubiese una huelga o un desorden, él sería la primera persona amenazada. Felizmente los pedidos son numerosos y trabajamos hasta tener un rendimiento máximo, lo que me ha permitido aumentarles el sueldo.

—¿A qué atribuye usted esa desconfianza que inspira?

—A su carácter. Jamás habla a nadie fuera del servicio. Nunca entra en ninguna taberna; tampoco juega al palitroque, que es el juego por excelencia de esta región del Delfinado. No visita a nadie y vive apartado en su casita del valle de Vaulnaneys, con su hija.

—¿Y cómo se porta con su hija?

—¿Con su hija? La adora. Es su pasión. No vive más que para ella y por ella. Jamás ríe o sonríe a nadie, pero su rostro endurecido se ilumina cuando divisa a la señorita Albina.

Se quedó un momento silencioso y después me planteó el asunto por el cual yo adivinaba el motivo de su visita:

—¿Usted la conoce mucho, señor abate?

—¿Qué? — le pregunté sin ingenuidad.

—Pero..., ella. ¿No la tiene usted en su patronato? ¿No es junto con usted la directora de los coros? Tiene una voz preciosa. La noche de Pascua, no se cansaban de escucharla. Era efectivamente, el ángel de los campos.

Yo lo miraba mientras hablaba de esa manera, pues no reconocía su lenguaje. Para que un politécnico, un hombre de ciencia se expresara con lirismo, era necesario que no pudiese dominar su exaltación interior. Lo miraba casi con miedo, pues veía sobre él la sombra de una desgracia. No cabía ninguna duda. Carlos Perriere estaba enamorado de una de sus obreras.

Estaba yo bastante informado para comprender que no debía alarmarme. Era un drama común, casi banal. Comenzaría con un idilio y terminaría con una ruptura y una indemnización. Yo no podía tomar las cosas tan a la ligera. En todo caso, debía hacer desistir al patrón de un capricho que no podía ser más que pasajero y arriesgaba deshonrar a una joven, de comprometer su reputación y su porvenir y descorazonarla para siempre.

Hay una cierta cobardía al usar de nuestro poder sobre criaturas que dependen de nosotros. La seducción es siempre criminal, y en esa forma se agrava con un elemento más vil aún.

Pero no era eso lo que me atormentaba. Tenía la intuición de que las circunstancias eran muy diferentes. Colocaba yo tan alto a Albina, que no pensaba que se dejase seducir. Me parecía una pequeña santa muy por encima de las bajas pasiones de la tierra. Si ella debía un día amar, sería solamente para ser unida a su amor por los sagrados lazos del matrimonio. Un Carlos Perriere, que no puede casarse con una Albina Fournel, daría por resultado una situación angustiosa. Por otra parte, todo estaba de acuerdo para hacer del padre de Albina el retrato de un hombre severo y peligroso. Guardaría celosamente a su hija. La guardaría y yo lo temía, hasta el crimen. Ella era su alegría, su orgullo, su razón de ser. No se la dejaría arrancar.

A todo esto, aun no respondía a su pregunta y empezaba él a impacientarse.

—¿Qué significa vuestro silencio, señor abate? ¿Tiene usted algunas observaciones que hacer sobre su conducta?

No podía yo permitir esta duda ni siquiera un instante:

—¡Oh! — protesté—; no merece más que elogios.

—¿Sí? Es superior a todas sus compañeras, y lo curioso, es que sus compañeras aceptan su superioridad. Trataron de resistirse, al principio, pero pronto cedieron.

—Por todas partes ejerce una influencia afortunada — aprobé yo, ya que debía a la joven esta aprobación — para que no tomaran mi silencio por un acto digno de censura.

Aun no adivinaba hasta a dónde deseaba llegar Carlos Perriere.

Se veía visiblemente que trataba de tantear el terreno y quería darle otro giro a la conversación. Después se decidió bruscamente.

—Señor abate; no debo detenerme más alrededor de una cuestión que no es la esencial. Aun no sabe usted para qué he venido a verlo.

Esta vez no podía dudar que se trataba del asunto que había sospechado al principio.

—Hela aquí — continuó—. No he encontrado aún a nadie, ni una mujer, ni una joven que me

haya hecho una impresión comparable a aquélla que me ha hecho la señorita Albina Fournel.

¡Con qué respeto la nombraba!

—No sería yo, por cierto, el primer patrón que le hiciera la corte a una de sus obreras, sobre todo después de favorecerla y haber procurado a su padre una situación ventajosa". Pero es imposible hacerle la corte. Tiene algo tan puro, tan suave, que pronto se sienten deseos de arrodillarse delante de ella, si esta acción no se considerase ridícula.

—No se debe arrodillar sino delante de Dios — observé yo.

—O delante de los santos. No sé si ella es una santa. Sólo sé que me ha inspirado una pasión, cuya sola idea es para mí una dulzura infinita. No siempre se quiere a los amores que uno experimente, señor abate: a veces sucede que se siente vergüenza de ellos, mientras que un amor como éste, es una gracia haberlo encontrado en la vida.

—¿Se lo ha revelado usted?— le pregunté.

—No me he atrevido. No puedo revelárselo sino al pedirla en matrimonio.

¿Sería él capaz de eso? Me encontraba como suspenso al oír sus palabras. ¿Habría operado este milagro, Albina?

—Se oponen todos los prejuicios — continuó—. Los he examinado bien, pues hace tiempo que vivo con esta pasión encantadora, que poco a poco ha ido transformándome, que ha modificado mi conducta, que, en suma, me ha purificado, o, por lo menos, ya que es imposible corregirse en un día, está en vías de purificarme. Es por esto que he observado y examinado estos prejuicios. Estoy solo en el mundo, libre de consecuencia, de mi porvenir. A los únicos que disgustaría un matrimonio desigual, sería a mis parientes lejanos, de cuyo aprecio nada puedo esperar. ¿Y, cómo llamar matrimonio desigual a la unión con la más graciosa y delicada criatura? Para mí sería la mayor felicidad si Albina consintiese. Usted que la conoce, ¿cree que puede consentir?

¿Cómo podría ella rehusar? ¿Qué joven hubiese rechazado una proposición semejante? No solamente se vería elevada en su rango social, sino que Carlos Perriere pondría de su parte todo aquéllo que puede agradar a una mujer "bien". Era de esos hombres bien formados, que gustan, sin ser hermosos, a primera vista por su franqueza y por esa satisfacción de vivir que inspira confianza y valor y que atrae co-

(Continúa en la pag. 66)

UNA PELICULA QUE VERA SANTIAGO ENTERO

HOY - TEATRO VICTORIA

EL PRECIPICIO

Por BINET VALMER

NOS alejábamos lentamente del puerto de Niza en el «Phryne», yate de propiedad del más grande de los publicistas internacionales, de aquel famoso Wladimir Solf, de quien ya les he hablado en más de una ocasión. A lo lejos divisábamos las cumbres aun nevadas de los Alpes, bajo un cielo radiante de primavera.

Wladimir Solf, al igual de aquel Gordon Bennet de otros tiempos, dirigia a bordo de su yate los veinte periódicos que controlaba. ¿Uds. lo conocen? Un gigante en el físico; tiene los dedos cargados de pesados anillos y sus manos están siempre inmóviles, pues nunca acciona ni gesticula. En su cara enorme brillan dos ojos de elefante, a veces maliciosos, otras duros y fugitivos.

Nos había convidado a un viaje a Córcega. La travesía se anunciaba deliciosa y la joven marquesa italiana, compañera de todos nuestros paseos y fiestas, tomada del brazo de nuestro huésped, se apoyaba coquetamente a la baranda.

Un telegrama Mr. Solf, anunció el secretario acercándose a nuestro grupo.

¡Cuántos más íbamos a recibir antes de llegar a la isla perfumada! La estación de radio de a bordo no cesaba un momento de funcionar.

Solf echó una rápida mirada a la hoja que le presentaban y dejó escapar una blasfemia; él, que hablaba siempre a media voz. No hay para qué repetirles lo que dijo. La nacionalidad de Wladimir Solf es incierta, aunque hable todos los idiomas con acento inglés, y cuando se enoja blasfema como cualquier rufián de Londres.

—Pida más informaciones, ordenó a su secretario, y cuando las reciba, comuníquemelas.

Y dirigiéndose a la joven marquesa, agregó:

—He ganado mil libras, pero estoy terriblemente contrariado. Mil libras por la apuesta, terriblemente contrariado por la catástrofe.

—¿Qué catástrofe, dear Wladimir? — preguntó la marquesa.

—Una historia bastante cruel, y creo que Ud. haría bien en sentarse para oírla.

Nos llevó hacia unos sillones dispuestos alrededor de una mesa, sobre la cual había una botella de whisky y algunos vasos y luego, cuando estuvimos cómodamente instalados, nos señaló los cerros que dominan la costa. Eran sólo cerros a los pies de los Alpes inmensos.

—¿Alcanzan Uds. a divisar el camino más alto de la Corniche?, nos preguntó con cierta emoción. Allí fué donde se produjo la catástrofe.

—Pero, ¿qué catástrofe, dear Wladimir?, repitió la marquesa.

El se encogió de hombros, como para sacudirse la pregunta demasiado directa.

—Yo lo quería mucho; era quizás mi mejor amigo y seguramente el más discreto. Era su confidente, posiblemente el único confidente que tenía y por eso aposté. Pero no aceptaré las mil libras, pues aposté sabiendo que no podía perder.

Timidamente interrumpí:

—Cuéntenos, Mr. Solf, de qué se trata. Estamos ahora muy intrigados y Ud. puede abreviar su relato, si así lo desea.

Los pequeños ojos de elefante me miraron con dureza.

—¿Abreviar? Muy bien, abreviaré. Hace dos años, este amigo de quien les hablo, conoció aquí, o mejor dicho allá, en aquel puntito blanco, que es Montecarlo, la mujer que debía matarse una mañana como esta, al volante de su coche, en el camino tortuoso de la Corniche.

—Sí, sí, ya recuerdo, interrumpió nuestra amiga italiana. Fué Lady...

—Tomó mal una vuelta y se fué derecho a un precipicio, como si hubiera querido lanzarse al abismo en su lindo coche. Era un coche estupendo y una mujer estupenda. El coche y la mujer dieron un salto de más de cien metros y sólo quedó un montón de fierros retorcidos y de restos humanos.

—Recuerdo perfectamente, observé a mi vez.

—Posiblemente recuerde Ud., pero no sabe absolutamente nada. Ella no estaba sola en ese coche.

—¡Cómo!, ¿no estaba sola?

—No. Mi amigo la acompañaba. Debían decidir aquel día su porvenir y el porvenir de ambos estaba aquella mañana en las

(Continua a la vuelta)

manos de la enamorada. Podían huir del mundo y vivir el uno para el otro, desafiando el ostracismo de la estupidez social. Pero ella no tenía las manos suficientemente firmes como para rehacer su vida, en cuanto a él; mi amigo discreto, la suplicaba y trataba en vano de conmoverla. La tenía tomada por el talle y la besaba con pasión en la nuca. De repente dijo: ¿Ud. no acepta? Entonces debemos morir juntos. Sería tan hermoso morir así, siguiendo siempre derecho, frente a nosotros, sin preocuparnos del camino de los hombres. Dijo eso como pudo haber dicho otra cosa, pero la enamorada tenía las manos lo suficientemente firmes como para dirigirse a la muerte. El me contó más tarde esta escena con lágrimas en los ojos. Su amante le preguntó: ¿Ud. quiere, darling? Y abandonando el volante, le ofreció sus labios, los labios más tentadores del mundo. El aceptó esta oferta mientras tomaba el volante con una mano, y así siguieron por el camino.

Pero ya estaban completamente embriagados y el coche parecía estarlo también, pues se dirigía solo, inconscientemente como lo hacen los borrachos. Se separaron un momento para respirar.

—¿Es verdad que Ud. lo desea, darling?, preguntó nuevamente la apasionada de manos frágiles.

¿Podía decirle ahora que ya no lo quería? Cuando una mujer le propone a uno morir juntos, un hombre no puede rehusar. Aceptó bajando la vista y no vió la expresión extraña de ella. Pero de repente comprendió: Su bienamada lo dirigía derecho hacia el abismo. Entonces tuvo el reflejo que cualquiera de nosotros lo hubiera tenido. En el momento preciso en que iba a empezar el salto mortal, él se arrojó fuera del coche.

—¡Qué cobardía! — exclamó indignada la joven italiana.

—Usted también se habría arrojado del coche, marquesa, y luego, cuando hubiese visto los saltos fantásticos que daba el coche al caer, Ud. se habría dejado dominar por el pánico, tal como mi amigo huyó como un demente. No tenía como socorrer a aquélla que ya estaba muerta.

—Esa no es excusa, protestó con vehemencia nuestra amiga, él debió haberse arrojado al precipicio para reunirse con ella.

—No lo hizo inmediatamente, repuso Wladimir Solf. Tenía mujer y niños y su bienamada también tenía esposo e hijos. Nadie lo había visto subir al auto fatal. Nadie estaba al corriente de sus relaciones. Todo pasaba en el mayor misterio. Puso toda la inteligencia que le quedaba después de semejante choque, a fin de evitar el escándalo y lo consiguió. Se hizo el silencio más absoluto alrededor del terrible drama. Pero él llevó una vida de condenado, escapado de presidio. Ustedes han de saber que todos los condenados escapados de presidio se confiesan algún día, después de haber bebido demasiado. Yo fuí su confesor una noche en que bebimos más whisky que de costumbre.

—¿Entiende Ud., marquesa? Fué ahí mismo donde está usted sentada. Si yo tuviese el genio de Shakespeare, describiría aquella escena. Se reconoció culpable entre sollozos. Siguió bebiendo y llegó el momento, cuando enmudeció.

—¿Quién era?, averiguó la marquesa con los ojos llenos de espanto, Wladimir Solf le dijo un nombre.

—¿El? ¿Es posible? Yo estaba a punto de enamorarme de él. Hemos cenado juntos hace pocos días. Era de aquellos ingleses a la vez distantes y corteses, que esconden una cultura verdadera detrás de un aire "blasé". Era hermoso como uno se imagina que lo fué Lord Byrón, y cuando jugaba, sabía perder como un gran señor.

—Sí, es él, mi mejor amigo, dijo Solf y acabo de ganar mil libras, porque aposté en presencia de Throllman, de aquel innoble Throllman, que Lord..., se mataría antes de terminar el año. Y lo ha hecho.

El secretario volvía en ese momento.

—El coche cayó en el mismo sitio que el de Lady..., hace dos años. Sólo quedó un montón de fierros retorcidos y de restos humanos.

—He ganado mil libras, agregó a su vez Solf.

SI
LA CREMA DE BELLEZA...

...no le conserva la suavidad y finura del cutis... Si tan sólo le oculta las imperfecciones... Es que tal crema de belleza **no es activa.**

¡Ah, si usara la CREME SIMON!... Pronto le aparecerían los rasgos de la juventud y de la seducción en el semblante, y protegería éste para siempre contra las arrugas.

Para alcanzar la belleza perfecta,

CREME SIMON

POMO GRANDE, $mc 12.00 — POMO CHICO, $mc 5.00

¡Haga Ud. esto siempre que se lave!
Vierta en el agua un poco de Colonia Flor de Espino.
Entona los nervios.
Refresca, perfuma y suaviza el cutis.
Preferida por su pureza y fragancia exquisita.
HoF.
AGUA COLONIA FLOR ESPINO
COLONIA FLOR de ESPINO

Para saber y contar

LA HISTORIA DE CHOPITO

MAMY ROSA saluda muy cariñosamente a sus "hijitos" y les avisa que en el próximo número aparecerá el nuevo Concurso de don Basilio, al cual espera que todos concurrirán. Les dice, además, que se han recibido muchas soluciones al concurso anterior, cuando ya éste estaba cerrado, por lo cual muchos niñitos no verán figurar sus nombres entre la lista de los que acertaron. Para otra vez que envíen las soluciones desde el primer momento. Espera que los premios ya estén en poder de sus pequeños lectores.

Chopito era un perro peludo, café, con la panza blanca. Vivía en una casa grande, rodeada de un jardín. En la casa había un papá, una mamá y dos niños. Estos dos últimos eran los más amigos de Chopito. Jugaban juntos largamente. A las carreras. A la pelota. A las escondidas. Y fuera de ser sus compañeros de juegos, los niños eran también sus maestros. Le enseñaban una cantidad de cosas. A saltar por un aro. A sentarse en dos patas. A hacerse el muerto. A pillarse el rabo. A llevar el canasto de la fruta e nel hocico. A recoger el diario que el suplementero echaba por la reja de la casa. Le enseñaban muchas cosas y se querían mucho.

Papá también solía hacerle sus cariños y alguna que otra vez mamá. Pero, en cambio, la vieja Peta, cocinera, no lo quería nadita y siempre estaba riñendo porque, según ella, Chopito era un perro goloso y entremetido. En verdad, esto no era enteramente cierto. Chopito tenía muy buen apetito, se comía toda su ración y es claro que a veces lamía el plato, lo que, según la vieja Peta, era de muy mala educación. Pero esto eran exageraciones de la vieja Peta, porque si los niños no deben lamer los platos, claro que a los perros y a los gatos les está permitido hacerlo. Por eso cuando un niño lame el plato con dulce, se le dice que no debe hacerlo: que él es un niñito y no un gato o perro.

El caso es que un día Chopito andaba con cierta hambre y pensando, que aún faltaba mucho para la hora de comida, entró a la cocina y mirando con disimulo, vió que la vieja Peta no estaba y que, en cambio, sobre la mesa había un plato con un buen trozo de asado. Subirse sobre la silla y desde ahí alcanzar la carne era cosa fácil, pero Chopito sabía muy bien hasta dónde llegaban sus derechos. Pero, en cambio, si la carne estaba tirada en el suelo, podía apropiarse de ella sin escrúpulos. Sí.

Y sin más, tomando con los dientes la punta del mantel, hizo que el plato cayera al suelo y, por cierto, que el asado también.

Pero Chopito no calculó varias cosas. Primero: que el plato al caer se rompería produciendo un estrépito que atrajo a la vieja Peta. Segundo: que ésta, indignada, le iba a proporcionar un terrible escobazo que le cayó justo sobre una pata, dejándolo cojo para varios días.

Y de aquí resulta que Chopito, por goloso, tuvo su castigo, más grande aún porque durante todo ese tiempo de cojera y dolor, no pudo jugar con los niños.

MAMY ROSA.

PARA QUE LA NIÑITA SE LO CANTE A LA MUÑECA, CUANDO LA MUÑECA NO QUIERA DORMIR.

Las canciones de Natacha

Se enojó la luna,
se enojó el lucero,
porque esta muñeca
riñó con el sueño.

Duérmete, muñeca,
para que la luna,
se ponga contenta
y te dé aceitunas.

Duérmete, muñeca,
para que el lucero
te haga una almohadita
de albahaca y romero.

JUANA DE IBARBOUROU.

Bárbara y la grippe

Claro que para estar a compás del tiempo he tenido la grippe. Pero la he pasado en mi casa y dentro de mi casa, en mi cuarto, sin llevarle contagios ni espectáculos desagradables a nadie. Ocho días de reclusión y he salido a la calle con un sol tibio, casi de primavera, un poco descolorida, un poco flacuchenta, debilucha, pero completamente restablecida.

Y me doy cuenta de una cosa. Que un tercio de Santiago está en cama, que el otro tercio sale de la cama y que el tercio restante caerá a la cama. Todo a causa de la grippe. O, mejor dicho, a causa de la falta de higiene en materia de epidemias que todos y cada cual tenemos.

Me encuentro con un mundo de gentes conocidas en mi paseo. Ojos llorosos. Narices como remolachas. Pañuelos en constante actividad. Voces roncas y concierto destemplado de toses. Y el tema único. "Yo estuve tres días en la cama, pero no estoy para *latiarme;* aunque me ande muriendo voy a todas partes". (Si — pienso yo — y gracias a ti y a los que como tú piensan, la poca gente que no está atacada, tomará el contagio). "Hijita, los tres niños enfermos, allá los dejé con los chicos de la María Ester para que se entretuvieran jugando". (O sea: los chicos de la María Ester mañana amanecerán en cama también. ¡Oh, inconsciencia!). "Yo este año he tosido menos que el año pasado, me dió más fuerte el año antepasado, pero no es nada para como estuve hace cinco años, entonces me dió fiebre, como cuando la tuve en París, te acuerdas?". (Nunca me han gustado los estudios comparativos). "En mi oficina no hay nadie sano, hubo que cerrarla y poner afuera aviso: "Cerrada por *grippe*. Y yo felizcote con estas vacaciones con que no contaba". (Hago un esfuerzo para entenderlo, ya que está completamente afónico. ¿Por qué no se echará a la cama y tratará de aliviarse?). "El pobrecito Perico se está muriendo, claro, no habia forma de que se cuidara y ahora está con pulmonía. La Juanita desesperada". (Pero mientras tanto usted, señora, que reprocha a Perico, sigue haciendo toda suerte de imprudencias y a lo mejor, o peor, su simple grippe degenera también en pulmonía).

Y va una a tomar el cocktail al Crillon y el té al Savoy y el tema no varia. Pero Santiago circula, eso sí, circula a toses y estornudos, pero circula como si tal cosa, expandiendo cada vez más la epidemia.

Y va una al concierto de Jacques Thibaud y se muere de vergüenza, porque entre número y número la gente parece un mar desbordado, como si otro concierto catarroso empezara en la sala. Y hay que dar enérgicos siseos para conseguir el silencio y que prosiga el músico en sus interpretaciones maravillosamente finas. Y esto es una bicoca al lado de lo que pasaba en las conferencias de Salvador de Madariaga, donde habia momentos en que no se oia absolutamente lo que iba diciendo en escena el español eminente, porque el público, menos seleccionado tal vez que el de los conciertos, se daba a su tos y a sus estornudos y a su sonarse las narices sin ningún disimulo. Menos mal que el orador, con un sentido humorístico muy de su tierra, hizo por ahí una referencia muy graciosa a los acatarrados y que también, con una verba muy castiza, a fuer de hablar ligero, ligero, sin pausa entre párrafo y párrafo, no dejaba colocar un *goal* al público con grippe, defendiendo bizarramente su red de palabras.

Y realmente da vergüenza todo esto. En Estados Unidos si usted tose en un teatro en forma sospechosa, se le indica cortésmente que debe abandonar el espectáculo. Y usted sale, cabizbajo, antes que se le forme un incidente desagradable en bochorno y en dólares. Y esto sólo le puede pasar a un extranjero, ya que el americano enfermo, se aisla, se cuida desde el primer momento en que se siente mal, sea la enfermedad que tenga, por benigna que parezca. Así no hay epidemia que cunda. Pero el extranjero, después de la primera experiencia, hace lo mismo y no se echa a la calle a propagar microbios.

Y esto no sólo pasa en Estados Unidos, sino que en casi todos los países del mundo en que la salud pública es algo de que todos cuidan, ya que es bien de todos. Aquí no, aquí tenemos una especie de voluptuosidad de la enfermedad, de contar calamidades y, como dice muy bien Joaquín Edwards Bello, nunca más contenta la señora chilena clásica, que cuando puede narrarnos a lo vivo tres enfermedades, una agonía y una muerte.

Y tal vez por eso, porque la enfermedad nos agrada, nos dedicamos a servirle de vehículo. Menos mal que, según estadísticas, el clima de Chile es uno de los más contrarios a epidemias. Que, si no, no habia un chileno para contar el cuento...

BARBARA.

Tengo 20 años más que mi marido

Por Nina Wilcox Putnam Eliot

Notable escritora británica

El lado femenino de este problema tan discutido, visto por una mujer con experiencia propia.

ESTOY casada con un hombre que tiene casi veinte años menos que yo. Y no me avergüenzo de ello; por el contrario, soy muy feliz. Y, más aún, este matrimonio dura ya más que lo que duran por lo general los matrimonios modernos; hecho extraordinario que creo digno de una explicación. Muchas veces me la han pedido.

Nunca se ha encontrado ridículo que un hombre de mediana edad, prominente y rico, se case con una mujer joven. Se piensa sólo que ha tenido suerte. Entonces, ¿por qué se critica cuando el mismo caso sucede en sentido contrario, es decir, cuando es la mujer mayor? En todos los campos de la vida se ha reconocido siempre el derecho femenino para participar en ellos; se toma como algo natural su ingreso al arte, a los negocios, a las profesiones. Pero cuando se trata del amor, se piensa que la mujer debe obrar, sentir y pensar dentro de límites tácitamente aceptados, incluyendo principalmente en esa frontera, la edad de la interesada.

Algunos hombres — muchos de ellos — no caen en las redes del amor hasta los cuarenta años. Algunos conservan el magnetismo de su sexo hasta los setenta. ¿Por qué no pueden hacer lo mismo las mujeres?

Cierto es que una de las razones por las cuales me casé con Philip, fué el deseo de que mi hijo tuviera un padre; tuve la suerte de encontrar un excelente padre, que mi hijo ahora idolatra. Pero debo ser honrada declarando también que necesitaba para mí un marido cariñoso, atractivo y encantador, lo que, después de todo, es el comienzo de la dicha de un hogar. Y aun en el caso de que hubiera resultado un mal padre, no me habría acobardado por ello, porque, en todo caso, mi hijo tiene que crecer y separarse de mi lado, lo que espero y deseo sinceramente que no suceda con mi marido.

Raramente nos disgustamos, porque mi mayor edad me proporciona la prudencia tan necesaria para evitar disgustos o malentendidos. Ninguna mujer de su edad podría tener la paciencia suficiente para comprender los errores propios de su juventud o los problemas que de ella se derivan. En cambio, yo los comprendo y los tolero.

En una ocasión nos separamos porque él no entendía que la carrera de una mujer profesional tiene tantos derechos como la de su marido. Sus reclamos por el tiempo que yo destinaba a actividades sociales me llevaron a tal estado de desgaste nervioso, que no sólo me separé de él, sino que me empujó a casarme con otro hombre. Este matrimonio fué un cruel error para los tres. Yo no era feliz; pero no se lo dije a nadie, y menos a Philip, a quien nunca escribí. Un día alguien para mí desconocido, me pidió que tuviera la bondad de encontrarme con él en un sitio determinado, para entregarme un mensaje de Philip. Presentí que iba a encontrarme con él mismo, y así fué. Había viajado ocho mil millas para saber si era feliz, y en cuanto nos vimos, comprendí-

(Continúa en la pág. 71).

¡LIBROS!

"David Copperfield"

por Charles Dickens.

La novela de la emoción y de la realidad. La Metro-Goldwyn-Mayer anuncia para muy pronto una película extraída de esta misma maravillosa obra, incomparablemente presentada en dos volúmenes, con grabados interiores, al precio de

$ 12.— cada uno.

EXITOS EN EXISTENCIA:

"JESUS", por Charles Dickens	$ 5.—
"CUENTOS RUSOS", por Blanca Santa Cruz	" 5.—
"HIJOS DEL ALMA", por María Teresa. Directora de la revista "Margarita"	" 4.—
"EL MESTIZO ALEJO", por Víctor Domingo Silva	" 5.—
"DON CRESCENTE ERRAZURIZ", por Carlos Fernández Freite	" 5.—
"ANECDOTARIO DIPLOMATICO", por Gustavo Sotolongo.	" 6.—

Estos libros se encuentran en venta en todas las casas del ramo, en las Librerías Universo del país, y en

EDITORIAL ZIG-ZAG

Casilla 84-D. Santiago de Chile.

Se atiende pedidos a provincias.

Tengo 20 años más que mi mujer

Por Philip Eliot,

marido de Nina Wilcox Putnam Eliot y conocido intelectual.

El punto de vista masculino en este problema y las razones de mi felicidad.

TENGO 20 años menos que mi mujer, y después de diez años de matrimonio, creo que puedo exponer, con alguna autoridad, las razones por las cuales mi matrimonio ha sido feliz con una mujer mucho mayor que yo.

Hablando con entera honradez y franqueza, debía haberme unido con una jovencita. Dejé la escuela a los diecisiete años y tuve que ganarme duramente la vida entre hombres que me doblaban la edad.

Tuve que lavar platos durante un año en un vapor de la línea a Sud América y toda mi sociabilidad de entonces se desarrolló entre gente mayor que yo. Muchos de ellos eran iletrados, y por las tardes tenía que escribir las cartas para sus esposas o novias, aun cuando en el día muchas veces me colmaban de epítetos injuriosos.

Pero aunque muy estrictos en lo concerniente a trabajo, tenían conmigo esa suavidad que los viejos manifiestan a los jóvenes. Se preocupaban de que no cometiera errores cuando bajábamos a tierra, y no me permitían beber más que cerveza.

Todo esto me dió una rápida madurez, y poco después, ya no me agradaba la compañía de muchachos de mi edad; me parecía que sabía mucho más que ellos, abrigando la misma idea respecto a las mujeres de veinte años. Supongo que las mujeres de más edad me encontraban más interesante que a los otros muchachos de mi tiempo, los que, con toda probabilidad, se encontraban aún en el colegio.

No trato de demostrar que soy más feliz casado con una mujer mayor que yo, que lo que hubiera sido casándome con una más joven. Sólo quiero explicar, desde mi punto de vista, una felicidad de diez años, igual tal vez a la de muchos hombres dichosos.

¿Qué será de mi en diez años más, cuando mi mujer sea vieja, y yo esté en plena madurez? Esta es la pregunta que me han hecho muchos amigos, y creo tener la respuesta declarando que cuando mi mujer tenga sesenta y cinco años, yo tendré algo más de cuarenta y cinco, y creo y deseo que estaré en condiciones de corresponderle todas las molestias que se tomó conmigo cuando yo era un mozalbete de veinticinco.

No pretendo hablar de amor, compañerismo, mutuo respeto, etc. Si no lo hubiéramos tenido, sencillamente no estaríamos juntos. Y no debo olvidar a mi hijastro Juan. Cuando lo conocí, tenía siete años y mi amistad con él ha sido, hasta cierto punto, más grande que la relación que existe entre padre e hijo, por la sencilla razón de que yo recién me daba cuenta de muchos problemas que debía resolverle, y podíamos discutirlos como lo harían dos amigos y en muchos casos, sin esa estirada formalidad que hay entre padre e hijo. Su curiosidad intelectual y su desarrollo mental me han impuesto una obligación y una seria responsabilidad que no habría tenido al contar con diez años más.

Mi esposa me ha convencido pacientemente de que estaba equivocado en muchas cosas. Me ha quitado convicciones tontas y alegremente me ha inducido

(Continúa en la pág. 71).

COLONIA VANITAS

El Agua de Colonia Vanitas devuelve al cabello encanecido su color natural, no mancha la piel—ni perjudica la salud.

El Agua de Colonia Vanitas robustece y hace reaccionar las glándulas que nutren el cabello y producen los pigmentos que le dan su color natural.

El Agua de Colonia Vanitas destruye la caspa y los gérmenes que producen la caída del pelo.

Su aplicación consiste en friccionar la cabellera una o dos veces al día hasta obtener el resultado requerido.

El tratamiento dura más o menos quince días.

Fabricado por el

LABORATORIO CAMBRIDGE

Casilla 2268.—Santiago de Chile.

Por
EDGAR
WALLACE

(Continuación)

LA SERPIENTE AMARILLA

Echaron a andar, ligeros, por la avenida. Clifford iba enfocando la grava del camino con su lamparilla. Al cabo de unos pasos vieron las huellas de un camión, que se dirigían hacia la carretera y tomaban la dirección de Londres. Cuando ya estaban a la vista de la casa de Sunningdale, Clifford se detuvo.

—Dígame, en qué habitación duerme usted. ¿Se puede ver desde aquí?

Juana la señaló.

—¿En el último piso, eh? — dijo Clifford con satisfacción—. ¿Es aquella habitación de las cortinas blancas?

—Sí. La de la doncella — explicó la muchacha—. Al menos, es la que ocupa cuando tenemos una. Súbitamente, se nos han marchado de la casa dos criados.

Clifford Lynne hizo un rápido examen del edificio y quedó menos satisfecho que en un principio. Vió cuán fácil era escalarlo hasta el último piso, pues la casa de Sunningdale era una de esas raras construcciones que los arquitectos artistas gustan de delinear. A un lado había un pequeño balcón de piedra, una torrecilla en el otro y, como lo más peligroso de todo, una canal de hierro que bajaba del tejado hasta el suelo.

Clifford esperó que ella hubiera cerrado la puerta y volvió a prisa hacia su casa. Joe estaba sentado en la cocina fumando su pipa y dirigiendo al herido duras frases en chino.

—No harás que hable este pájaro — dijo Joe con disgusto—, pero yo le conozco bien. Se llama Ku-t'chan. Era un trabajador del depósito de Fu-Weng. Le reconocí inmediatamente. Es una cosa curiosa lo que a mí me ocurre— dijo complacido— Jamás olvido una cara, Cliff. Tengo una memoria como una de esas máquinas registradoras que, a veces, se ven en las tiendas. En el momento que vi a este sujeto, dije: "Yo te conozco, amigo mío. Tú eres Ku-t'chan", y él no lo negó. Nada sacarás con interrogarle, Cliff. Está más mudo que un pescado muerto.

—¡Vete a leer tu libro, Joe!— dijo Clifford secamente, cerrando la puerta tras el viejo y sentándose en la silla que éste había ocupado.

—Y ahora... Ku-t'chan... o como te llames... habla y habla pronto, pues dentro de cuatro horas amanecerá y no me conviene que me vea nadie enterrando a un chino en el bosque. ¡Y puedes estar seguro de que te enterraré!

—¡Mi amo! — dijo el hombre, acobardado—. ¿Por qué has de matarme?

—Porque... — dijo Clifford, con cuidado—, si yo te dejara en libertad, irías a contarle al juez que he disparado contra ti... y me pondrías en un compromiso.

Antes de un cuarto de hora, Ku-t'chan había contado cuanto sabía; no mucho, pero más que suficiente para dejar tranquilo a Clifford Lynne.

Instaló cómodamente al chino, para que pasase la noche, pues estaba seguro que después de traicionar a Fing-Su no intentaría evadirse.

Fué a ver a Joe, que al verle entrar levantó la vista.

—¿Vas a salir? — preguntó como apenado—. ¿Qué idea llevas? Yo quería hablar largo y tendido contigo.

—Vigila a ese hombre. No creo que te cause ninguna molestia — interrumpió Lynne—. Yo no sé cuándo volveré, pero creo que será antes del amanacer. ¿Sabrás transformar en una cama ese sillón... cuando quieras echarte a dormir?

—Lo que sucede es que... — comenzó a decir Joe, justamente enfadado.

Pero antes de que Joe pudiera explicar lo que sucedía, Clifford Lynne había desaparecido.

CAPITULO XIX

Esteban Narth y sus dos hijas no estarían de vuelta ante de las tres de la mañana. La primera idea de Juana fué esperarles, en vez de acostarse pero reflexionó que a pesar de las románticas o emocionantes aventuras que pudieran ocurrir entre Sunningdale y la casa de Slater, por muy tremendas que fuesen las revelaciones de aquella noche, su deber era mantener el buen orden de la casa de Narth y, aunque no esperaba poder dormir, subió a su buhardilla para meterse en la cama.

En la parte trasera del edificio, dormían tres criados. El mayordomo tenía las habitaciones sobre el garage, un piso que había sido levantado con intención de destinarlo a vivienda del chofer y que estaba casi separado de la casa. Aunque este encargado era hombre de mediana

Así como ésta adquirirá su negocio su verdadera fisonomía, utilizando nuestros trabajos de imprenta. No podemos hacer trabajos malos, porque tendríamos que alterar nuestro sistema de impresores de primera clase, pero podemos hacerlos tan baratos como los trabajos peores de plaza.

UNIVERSO

SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA UNIVERSO

CALLE JOSE T. RAMOS 105.
Valparaíso.

AHUMADA 32.
Santiago.

FREIRE esq. CASTELLON.
Concepción.

edad y un poco pesado, Juana se sintió más tranquila al pensar que lo tenía cerca; porque, a pesar de sus protestas en contra, no estaba libre de cierto miedo.

Dejó encendida la luz del *hall* y por primera vez en su vida se abstuvo de apagar las de la escalera. En su habitación estaban las cortinas corridas sobre las ventanas y la cama preparada. Repentinamente se sintió muy cansada, pero no obstante, sentóse sobre la cama y allí estuvo alrededor de una media hora, sin desnudarse.

Por fin se levantó, enfadada consigo misma y empezó a despojarse de sus ropas, lentamente.

Apagó la luz. Durante otra media hora estuvo intentando en vano refrenar sus pensamientos y conciliar el sueño. La casa estaba llena de extraños ruidos. En su imaginación parecía escuchar el susurro de voces excitadas, en la escalera. Una de tantas veces crujió la madera del piso y Juana se incorporó asustada.

Entonces acudió a su memoria la bola negra que le había dado Clifford. Encendió la luz, se levantó y sacándola de su bolso la dejó sobre la mesita de noche.

El convencimiento de que al alcance de la mano tenía al hombre fuerte y sereno, le tranquilizó su espíritu y, poco a poco, fué hundiéndose en el sueño...

. . . . . .

¡Alguien había en la habitación contigua! Con esta convicción, Juana se incorporó y quedó sentada en el lecho.

Tenía el rostro humedecido por un sudor frío. Otra vez volvió a oír el roce suave de un cuerpo contra el delgado tabique y un débil ruido, como si el intruso hubiese movido una mesa. ¡Y Juana sabía hasta qué mesa era! Sí; una que estaba cerca de la cama..., una mesa pequeña y frágil, de bambú, que con un armario barato y una cama constituía todo el mobiliario del cuarto de la criada.

Saltó cuidadosamente de la cama. Encendió la luz y fué de puntillas hasta la misma puerta, para escuchar.

No había el menor ruido. Debió ser, todo, un delirio de su intranquilo sueño.

Para salir de dudas, sólo había que hacer una cosa. Sí. Debía quedar convencida de que aquel cuarto estaba vacío. Dió la vuelta a la llave, abrió la puerta... y retrocedió, horrorizada, con un grito.

De pie, en el mismo marco de la puerta, había aparecido un hombre corpulento, gigantesco, desnudo de cintura arriba; con sus largos y terribles brazos, balanceantes.

Juana miró, por un momento, aquellos negros y oblicuos ojos y, dejando escapar un gemido, retrocedió todavía más.

Antes de que pudiera darse cuenta de lo que sucedía, el gigante se abalanzó sobre ella, pasó su brazo amarillento a su alrededor y le tapó la boca con la mano que le quedaba libre. Luchando por desasirse, vió aparecer dos hombres más y en aquel instante... ¡demasiado tarde!... se acordó de la bomba que Clifford Lynne le había entregado.

Era imposible librarse de aquellos brazos de acero que le atenazaban ferozmente. Uno de los asaltantes cogió el cobertor de la cama y lo extendió en el suelo. El gigante que la sujetaba pronunció varias palabras y el tercer chino le tapó la boca con un grueso pañuelo de seda que arrolló, una o dos veces, alrededor de su cabeza.

Y... de pronto, el brazo de hierro que la oprimía, se aflojó... se aflojó...

Juana miraba su cara ensombrecida y vió que su boca se abría con un gesto extraño y horroroso... Las enormes manos se agitaron en el aire como tratando de desvanecer una visión horrible.

Volvió entonces la cabeza, penosamente, siguiendo la dirección de su mirada.

¡En la puerta..., con los brazos en jarras y llevando la muerte en cada mano..., estaba Clifford Lynne!

CAPITULO XX

A Juana Bray le pareció haber salido aterrorizada de este mundo dolorosamente, por una gran pesadilla. Al abrir los ojos se dió cuenta de que estaba en la cama. Entonces, ¿había sido un sueño, todo aquello?...

Pero la luz continuaba encendida y al pie de la cama, vigilándola atentamente, estaba un hombre. Poco a poco, apoyándose en un codo, Juana se incorporó, movió la cabeza a uno y otro lado y le miró con gesto huraño.

—¡Buenos días! — dijo, suavemente, Clifford Lynne—. Sus parientes, los amantes de Terpsícore, viajan con mucha lentitud.

Se volvió a un lado y vió que por las ventanas empezaba a entrar la tenue claridad del amanecer.

Tenía el rostro sudoroso. Sobre la mesita de noche había un vaso medio lleno de agua.

—¡Señor Lynne! — exclamó tratando de coordinar las ideas —. Pero.... ¿dónde?... ¿dónde?...

(Continúa en la pág. 62).

INTERESANTES ASPECTOS DE ESTE PROBLEMA ESTUDIADOS EN LAS CLINICAS Y HOSPITALES DE LOS EE. UU. QUE DEBEN SER CONOCIDOS POR LAS MUJERES DE TODO EL MUNDO.

LOS PELIGROS DE LA MATERNIDAD

Los Estados Unidos se muestran orgullosos de exhibir estadísticas que los acreditan como propietarios de los edificios mayores del mundo, como poseedores del mayor número de escuelas o del mayor porcentaje de autos por familia, pero ocultan otros porcentajes desmayadores sobre sus problemas sociales, y nadie dice una sola palabra sobre el aterrador número de madres fallecidas en el momento del alumbramiento. Es un nuevo record del país de los aprontes sensacionales, que difícilmente podrá ser superado por otra nación.

La razón de esto es muy sencilla: falta de cuidado médico.

Esta conclusión está basada en los resultados a que ha llegado una de las ramas del Comité de Salud Pública de la Academia de Medicina de Nueva York, la cual ha hecho estudios sobre las muertes puerperales y sus causas, durante los años 1930 al 32.

Por su parte, la Sociedad Obstétrica de Nueva York no le da al asunto igual importancia que la Academia, y en un informe presentado establece que se culpa a los médicos con demasiada frecuencia.

Esta controversia médica ha levantado enorme indignación pública. Si en la gran ciudad americana el número de muertes es tan elevada, ¿qué queda para pueblos más pequeños en que las madres llegan al período del parto sin los recursos con que cuentan las mujeres neoyorquinas?

Con el fin de ilustrar a sus lectoras, la redactora que esto escribe, solicitó la opinión de uno de los especialistas más famosos en los EE. UU. un hombre que ha hecho verdaderos milagros en diferentes casos de parto, y que ha librado de la agonía a miles de mujeres.

Desgraciadamente la ética de la profesión no le permite hablar libremente y, muy por el contrario, tiene que someterse a condiciones muy restringidas

Cuando le pregunté si era segura la maternidad, y si nuestros médicos son incapaces de ofrecer más protección a las futuras madres, su respuesta fué: Si y no. Admitió que el informe de la Academia de Medicina era una acusación para la profesión médica, y estuvo de acuerdo en que las muertes por parto son más numerosas en EE. UU. que en ningún otro país del mundo. Y aún agregó que se podían evitar muchas de esas muertes. ¿Cuántas? Las cifras del informe del Comité establecen que el 66% de esas mujeres pudieron ser salvadas, si se hubiera tenido con ellas el debido cuidado.

Las causas de tan gran mortalidad de futuras madres, son muchas, de acuerdo con el eminente especialista. Una es la incompetencia médica. A internos con poca práctica, o sentido de la responsabilidad, se les ha entregado con demasiada libertad e independencia, una cuestión tan delicada. Aunque también hay que censurar a las pacientes, pues lo menos un tercio de las muertes son atribuibles a su falta de cuidado en el trabajo, o labores pesadas, en el período de la preñez.

El Departamento de Trabajo informa que una cuarta parte de las muertes maternales se atribuyen a partos prematuros, siendo más de la mitad de estos casos, causados por los intentos hechos por las mujeres para evitar la maternidad. En general, las mujeres no aprecian el hecho brutal que significa el recurrir a medios artificiales para terminar antes de tiempo un hecho natural, y el terrible precio con que pagarán esos caprichos.

El informe de la Academia hace ver también la gran culpabilidad de la tendencia moderna de hacer menos doloroso el parto por el uso de anestéticos, aun en casos en que no es necesario aliviar ciertos dolores.

Leyendo este informe, he pensado en esas mujeres de colonos que daban estoicamente a luz sus hijos, sin más ayuda que la de alguna vecina de buena voluntad que quisiera asistirlas en el momento supremo. Esa generación ya pasó, desgraciadamente.

Pero el eminente especialista que consulté sobre este tópico, no está de acuerdo con las ideas de la Academia. Cree él que esa actitud de las madres de los pe-

(Continúa en la pág. 72).

Escriba con tinta
Volcán

PIDA A SU IMPRENTA
SOLAMENTE
SOBRES
MARCA
SILUV

Para la muñeca del nene

No es posible que solamente la mamá de Nené y Nené misma tengan sus figurines en qué elegir trajes, sombreros y otras frivolidades que completan la toilette femenina. La muñeca de Nené también quiere su parte en este festín, y como su deseo es justicia, hemos buscado para ella estas lindas prendas que Nené será la encargada de ejecutar, ya que, como todos saben, la niña cose primorosamente. Y si de tejer se trata, hace pequeñas obras maestras con los palillos y con el crochet.

Vemos aquí a la muñeca con su traje a palillos a la última moda, y más allá el otro traje a crochet, con boina haciendo juego, más una chaqueta para los días de mucho frío. Y las combinaciones están abajo, realizadas en fina batista, de unos restos que mamá regaló a Nené, justamente destinados a la muñeca.

Pero no crean que solamente Nené tiene una muñeca, tiene también una guagua, linda y chiquitita, que le da mucho que hacer, porque, a fuer de tener poca edad, aún no sabe siquiera tenerse en pie. Se pasa durmiendo en su cunita, abre los ojos si la incorporan y si Nené se descuida, vuelve a dormirse en seguida y suele chuparse los deditos, lo mismo, pero lo mismo que hacen las guaguas que trae la cigüeña.

Para ella Nené ha tejido un mameluco de lana rosada y una chomba y un bonete. Y, como si esto fuera poco, le ha hecho un vestido de lino floreado, del mismo género que tiene Nené en uno de sus trajes de playa. Y es claro que también tiene su cuadro y su camisita. Afortunadamente, esta guagua de Nené no sufre los accidentes que padecen las guaguas que trae la cigüeña y que tanta ropita interior hacen necesaria...

Visitar la Capital

durante el Invierno es disfrutar de su apogeo.

SANTIAGO LO ESPERA...

Los BOLETOS DE INVIERNO de los Ferrocarriles del Estado, le facilitan su viaje haciéndolo económico. Es una oferta que Ud. debe aprovechar, ya que Santiago en Invierno tiene todos los atractivos y comodidades de una Gran Metrópoli. Sus Hoteles, Restaurants, Teatros, Cabarets, Tiendas y sus múltiples diversiones, le harán olvidar el rigor de la estación.

Pida el folleto con amplios detalles en las Estaciones de Chillán al Sur y Oficina de Informaciones de los Ferrocarriles del Estado.

Tendencias de la moda

1.— Conjunto muy elegante para calle, compuesto de traje y capa, en fina lanilla gris, adornado de plisados. La capa es semilarga.

2.— Detalle del corpiño del traje del conjunto 1.

3.— Muy chic es este elegante conjunto de tarde, compuesto de falda, casaca y capa semilarga, en fina lanilla de fantasía. La capa lleva aberturas a los lados, que dejan pasar los brazos.

4.— Detalle de la casaca que acompaña el conjunto 3; las mangas son tres-cuartos, bastante amplias, y ajustadas en un estrecho puño. Como adorno lleva un canesú incrustado en punta al corpiño, con costuras pespuntadas.

5.— Trajecito deportivo en suave lana blanca, adornado de cortes pespuntados.

6.— Presentamos aquí una sencillo trajecito casaca, confeccionado en suave lana beige. La casaca abotona adelante en un movimiento recto. Bolsillos triangulares sobrepuestos.

He visto a este respecto dos trajecitos encantadores, hechos por una mamá prolija, aprovechando los trajes de uniforme de sus dos hijas mayores, ya fuera de colegio. Eran de lana azul marino, tableados. Los deshizo, los lavó, los tiñó del mismo color y, sobre los grandes trozos de tela, cortó los nuevos modelos, falditas de paños sesgados, formados por ocho piezas, cuerpos lisos y mangas de piezas que las ensanchaban en los codos. Muy sobrios en total. Para cada uno hizo dos juegos de puños y cuellos. Los primeros, para diario, en piqué blanco, terminado el cuello en un jabot. Los otros de organdí trabajado con alforcitas muy finas y un encajito de Valenciennes. Estos tenían forma de estrella y ya saben ustedes que la estrella — hay que desear que sea la de la buena fortuna — está en muy buena amistad con la moda y ésta, a todas partes la lleva, como botones, como clips, como brillos, como clavos, como adornos de sombreros.

(Continúa en la pág. 72).

Nunca falta por ahí, guardado en un closet, algún vestido de temporadas anteriores, del cual nos hemos aburrido a fuerza de llevarlo mucho. Pero no está en mal estado. Y el cansancio de usarlo nos viene de verlo siempre igual. Yo creo que el afán de las mujeres de cambiar constantemente de traje, obedece en gran parte a esa tendencia muy humana de huir de nosotros mismos. Por lo tanto, para aquellas mujeres que no cuentan con grandes sumas para proveer su guardarropa, es conveniente recurrir a pequeños detalles que pueden, sin grandes complicaciones, variar el aspecto de un traje, haciéndolo de nuevo amable.

La moda tiene a este respecto una serie de fantasías encantadoras y de las cuales queremos que nuestras lectoras tomen nota para las transformaciones que harán a ese traje, justamente a ése, que perdido en el fondo de un ropero, ni siquiera tomábamos en cuenta. En otro guardadero, en un cajón de sobras, tenemos un rollito de encajes, de tul bordado, de punto a la aguja. A veces se trata de una mantilla, de una punta, de una blonda antigua. Tomemos trajes y encajes y muy ligerito vamos a la pieza de costura en busca de todo aquello que necesitamos para poner en vías de realización nuestro propósito.

Se usan los cuerpos lisos, cerrados hasta ras del cuello. Un jabot, una berta, una canesú, un moño, una flor, una capita; un volante en forma, más un clip o un bonito juego de botones y hebillas, completan su adorno.

Entonces empezaremos por limpiar prolijamente el traje viejo, por teñirlo — en caso necesario — por darle un repaso de plancha y por hacer con el encaje un lindo detalle que pueda remozarlo, poniéndolo a tono con lo imperante de la moda.

1.— En lana mezclada en tonos beige y café, este abrigo trois-quarts con mangas raglán y adornado de grandes bolsillos pespuntados y terminados en una pata doblada, por la que pasa el cinturón. Se acompaña de una falda de la misma tela y una blusa de jersey de lana café, abotonada en los hombros.

2.— Esta gran capa de lana escocesa verde, sobre fondo beige, tiene una pieza que formando canesú cruza en la parte delantera y termina abotonada en la

Modelos para la mañana

espalda. El vestido que la completa es de kasha natural, adornado con el mismo escocés. Echarpe y sombrero verde.

3.— Confortable abrigo de lana gris con capa forrada en jersey azul marino; cinturón de cuero azul. La falda de la misma lana gris va acompañada de una túnica de jersey azul marino, adornada con botones de acero como los del abrigo.

1.— Tailleur en lana azul de fantasía, adornado de un cuello de piqué blanco; botones azul y blanco, cinturón de cuero.

2.— Tailleur trois-quarts en marrocain de lana verde, adornado de pespuntes; blusa de satén blanco con botones forrados en la misma tela.

3.— Tailleur compuesto de una chaqueta corta de franela beige con cuello café. Se lleva sobre una falda escocesa beige, castaña y café.

4.— Tailleur en kasha color natural, con vueltas y chaleco de lana rayada. Falda recta, abierta por delante.

5.— Tailleur trois-quarts. Chaqueta muy acampanada, en lana quadrillé en tonos natural y verde obscuro. Falda verde.

Vida y confesiones de Gabriela MISTRAL

(Continuación)

Méjico marca para Gabriela Mistral la más definitiva etapa de su consagración. En torno suyo velaba por esos días la atención del mundo, y después de esa jornada emprendió viaje a Europa. De este viaje y de sus alternativas de éxito hablaremos en el último artículo, cuando hagamos un paralelo de sus actividades de esos años en el viejo mundo con las que hoy rigen su actual jornada.

Llegado que hubo a Chile en 1925, se recluyó en una casa de una población para obreros, distante a muchas cuadras del ajetreo de las calles céntricas. La poetisa está cansada de tantos viajes, y cansada más aún, de oír palabras de elogio, desenvolviéndose en torno de su personalidad. Los periodistas se le han hecho antipáticos. Siempre las mismas preguntas que piden respuestas diferentes. No quiere ver a nadie. No saber nada de nadie. Pero hasta su aislamiento llega un día una mujer, como ella artista, en demanda de sus más recientes confidencias. Es María Monvel, y la entrevista que de la poetisa obtiene, es, sin duda, uno de los más preciosos derroteros del pensamiento de Gabriela Mistral.

Llega hasta la poetisa y la descubre en ese barrio que ha escogido para vivir y que es en todo semejante a ella: limpio, sencillo y claro. La plazuela parece un cementerio aldeano y primaveral. La casa tiene dentro ventanas amplias, luz y recogimiento.

Pregunta María Monvel por Gabriela Mistral. Respuesta: "La señorita no está"... La muchachita que la niega es inadvertida. El visitante se da cuenta al momento de que la están negando.

Pero una vez allá, Gabriela no quiere que María pierda el viaje. Reconoce su voz y sale a recibirla.

—Tengo dada esta orden — le dice — y lo siento porque quisiera recibirlos a todos, pero estoy cansada, tan cansada de hablar.

La introduce en su sala de trabajo, grande y clara: Una larga mesa, la llena casi de extremo a extremo. Allí trabaja una jovencita que le sirve de secretaria. Gabriela no se ha reservado para ella, sino un rinconcito detrás de la puerta, con una mesa y una silla blanca, quizás para no ser vista por los que la asedian con sus visitas.

Viste y peina como siempre. María le ruega que continúe en su labor. Termina de poner dirección a unos cuantos libros y mira con sus extraños ojos verdes.

—Estoy resfriada. He guardado cama durante tres días. No puedo moverme.

—Termine su trabajo — le dijo María—. Yo miraré todo esto.

—Tiene una buena estantería de libros, de autores heterogéneos. Sobre la mesa, una colección de tapas florentinas en todos tamaños, con libros y sin ellos. Un largo vaso de alabastro, y para abrir las hojas de los libros un auténtico y hermoso puñal toledano. Este objeto atrae a María y lo desenvainó de su estuche de cuero. La Monvel acarició su hoja en zig-zag, aguada y resplandeciente como el rayo. Es tan hermoso, que asesinar con él debe ser casi tentador. Gabriela, — le dice,— ¿no le da miedo tener esto aquí?

Un busto de ella misma, hecho por Laura Rodig, decora la estantería más alta; mantas mejicanas, una especialmente muy bella cubre un diván.

—¿Avanzan los poemas bíblicos?

—No mucho. ¿Quiére leer los que tengo escritos?

Me da algunos que tienen esa fuerza, belleza de los asuntos grandes que trata la Mistral.

—Está usted todavía más mística que antes.

—Mi misticismo era sentimental. Ahora soy católica.

Me lo dice con convicción honda.

—¡Católica! Resulta extraño, pero ella no parece muy dispuesta a entrar en detalles y me abstengo de preguntar.

—¿Qué dice la niñita, que no da la mano dos veces?

Alude a mi niñita, su ahijada, que cuando vino a verla respondió a sus caricias negándose a pasarle dos veces su manita porque lo consideró inútil.

—¿Quisiera tener a su lado un niño?

—No quisiera. Un niño a mi lado se apoderaría a tal punto de mi corazón, que me impediría amar al de enfrente, al de la esquina, a todos los demás.

Aparece en la habitación, sin anunciarse, una joven de sombrero.

—Luisa Fernández. En su casa estaba cuando usted me fué a ver a la Avenida Francia.

—Me acuerdo. La señorita pinta.

—Si. Luisa, ¿cómo sigue tu padre?

—Así, así...

Llega Laura Rodig. Yo la conocía sólo por retrato, pero su tipo tiene tal carácter, que es inconfundible. Con su semblante cobrizo y sus facciones finas y acentuadas, sus ojos hundidos, su voz lejana, su actitud de fatiga y de resignación, es tal como debe ser, como concebimos a una mujer de genio.

¿Y no pudiera serlo, acaso?...

Todavía otra. Una señorita inglesa que habla español muy bien. Toda esta gente es para Gabriela su círculo familiar. No

Laura Rodig, escultora y amiga de la Mistral.

son visitas. Sin dejar su asiento, Gabriela dispone de ellas.

—Laura, vaya a buscarme un pañuelo.

—Luisa, vea que nos den té.

La señorita inglesa trae a Gabriela unas traducciones que ésta le había pedido.

Gabriela, a modo de explicación, me dice:

—Es muy inteligente esta señorita y me quiere mucho.

La inglesa advierte:

—Por ella, ¿eh?, no por su talento.

—Sí — dice Gabriela — por mí. Recuerdo sus cartas: "Lo que a mí me importa no es que usted escriba versos buenos, sino que sea una mujer de bien".

—Yo prefiero, ¡oh, pagana!, que escriba como escribe a que no se vuelva una santa. pero adivino en la inglesa a una católica, a una católica que es a la vez inglesa, no contemporiza jamás. Sin embargo, no contengo ya la pregunta.

—¿Cómo fué el hacer de su espíritu místico un espíritu católico? Con Garcia Oldini, hace poco, comentábamos este nuevo temperamento suyo. Oldini lo atribuía a su estada en Gallicia. Mi marido creía que Estados Unidos...

—¡No, no! España. Sí, algo. También Italia, todo. Yo era mística. Soy ahora católica y más aún, pertenezco a la Orden Tercera de San Francisco.

—¿Para ello no necesita usted someterse a cánones especiales?

—No. Soy libre. Es una orden para los católicos libres. Tengo, claro está, obligaciones. Por ejemplo, debo dar, minimum, el diez por ciento de todo lo que gane y otras cosas.

—Me decía usted que en parte había influido Galicia.

—Los campesinos de España son católicos en forma maravillosa. La gente allí es extraordinaria. La santidad no es escasa..., influyó en mí.

—Por supuesto que usted acepta todos los dogmas católicos. Porque usted en este camino no puede ser una creyente tibia.

—Todos..., todos.

—Este nuevo concepto le da a usted mayor valor o mayor cobardía ante la muerte.

—Mayor cobardía. Temo a la muerte justamente porque no terminando aquí, lo que viene después, me da miedo.

—Gabriela, nada puede usted temer. Su vida es limpia y no puede ir usted sino donde van los elegidos.

—No tengo esa certeza, por desgracia, y temo al infierno.

—¡Gabriela!... ¿Cómo concibe usted el infierno?

—El lugar donde no se ama. Ya en vida conozco ese infierno. Hay días en que amanezco fría. Inadaptable, sin ternuras para mis semejantes. ¡Es atroz!

—¿Por qué teme usted con su vida pura, el infierno?

—No sé perdonar.

—Creo que se calumnia.

—No, es así.

—Si le hacen a usted daño, desea a su vez daño.

—Jamás. A Dios gracias, no soy capaz de esa vileza.

—¿Por qué entonces afirma no saber perdonar?

—No olvido. El verdadero perdón es el olvido.

—Cuando se tiene alguna sensibilidad no es posible olvidar. Usted se pide así misma imposible.

Gabriela es católica, pero todavía conserva de su espíritu libre, en razón de su inteligencia poderosa, una comprensión tranquila y una generosa amplitud hacia los demás.

La inglesa es hermética. Gabriela no la contradice, pero tampoco está con ella, se ve.

La tarde ha caído completamente y sólo se ha hablado de asuntos religiosos. Quiero irme. Gabriela habla de Milotz. Milotz es un poeta oriental traducido al español por Augusto d'Halmar.

Gabriela me tiende el volumen y me dice:

—Léalo. En los últimos cinco años es el único libro de versos que me ha sacudido.

—Gabriela, ¿no se queda usted en Santiago?

—Jamás. Esta es una ciudad presuntuosa. Me voy a Elqui, mi tierra natal, a criar cabras. La Serena no me gusta. Allí la gente se pone toda tonta. En las aldeas es otra cosa. Creo — se ríe —quizás también voy a ponerme tonta.

—Pero usted va a tener una escuela allí.

—Eso quiero. Una escuela. Quiero volver al principio. Quiero ser maestra rural.

—Allá iré a verla un verano, entre sus chicos aldeanos y sus cabras.

—Dios le oiga. Cada día que despierto en Santiago, me sorprende. ¿Qué hago aquí?, me pregunto. ¿Qué cosa haré yo aquí?

Me despido. Se viene conmigo Laura Fernández. En el largo camino al centro de la ciudad comentamos con amor el alto espíritu que hemos abandonado. Las luces, el ruido y la fatiga central de esta vieja aldea presuntuosa hacen reflexionar con sus palabras últimas.

—Es cierto, ¿qué hace ella aquí?

Bajo estos auspicios llegaba Gabriela Mistral a la vieja ciudad del Norte que no visitaba hacía más de diez años. Iba a estrechar contra su pecho amante a su anciana madre, y a buscar una paz que no encontró.

(Continuará en el próx. número)

Miguel Munizaga Iribarren.

Su cutis necesita este tratamiento

PARA COMBATIR LAS ESPINILLAS, POROS DILATADOS, LAS ASPEREZAS Y LAS ARRUGAS.

Todos estos defectos cutáneos vienen de un cutis mal cuidado o del uso de cosméticos inadecuados.

En tales casos, un tratamiento con la Cera de Belleza LA MILO está indicado. Esta Cera tiene las propiedades necesarias para nutrir la piel, penetra en los poros hasta el fondo, eliminando así las impurezas causadas por el polvo, rouge y demás cosméticos, dejando los poros limpios y sin obstrucciones. Empiece hoy mismo este tratamiento y en pocos días notará que las imperfecciones de su cutis han desaparecido, dejándolo rejuvenecido, suave y terso. Cera de Belleza LA MILO es un producto moderno. No contiene mercurio. No hace crecer el vello.

CERA de BELLEZA La Milo M.R. ES SUPERIOR NO CONTIENE MERCURIO

En todas las farmacias, en dos tamaños:

«CARTERA», $ 2.80.
GRANDE, $ 6.50.

ALGUNAS HORAS DE MI VIDA

por Norma Shearer

II PARTE.

Creo que en lo único que soy un tirano, es en lo que respecta a la música. Me es necesario tener música en el set para poder adaptarme a mi papel antes de comenzar una escena. Tengo un pianista y un violinista, que han estado conmigo varios años. En los días del cine mudo, el estudio proporcionaba música, pero desde que llegaron las películas sonoras, he tenido que pagar yo misma mis músicos.

La música me ayuda a concentrarme entre el ruido que hacen los carpinteros, los cameramen, los electricistas y todos los que gritan órdenes.

Los actores procedentes del teatro no pueden quedarse allí, con ese bullicio. Cuando filmábamos "La Familia Barrett", mientras tocaban los músicos, vino Charles Laughton a pedirme políticamente que paráramos un momento de tocar, y tuvimos que acceder.

Edmund Goulding, el director, es un buen músico y simpatiza con mis necesidades de música, pero un día, como broma, trajo un viejo piano de manubrio y lo escondió en el escenario. Cuando yo pedí música, alguien echó una moneda y comenzó a tocar "Bedelia", tapando con la bulla a mis músicos que tocaban "Auf Wiedersehen". En cuanto oí los viejos compases, me encontré encantada con "Beledia". Era mejor que la pieza alemana. A todos nos agradó, por lo cual les di a mis músicos dos semanas de vacaciones, y durante toda la filmación de la película, el pianito tocó "Bedelia".

No puedo trabajar con visitantes en el set. Algunos actores no los toman en cuenta y otros se sienten estimulados con su presencia, pero en el momento que yo veo los ojos interesados de los extraños, al momento comienzo a actuar para ellos.

Me digo a mí misma: Probablemente se trate de un importante director de teatros de Indianápolis, acompañado de su esposa, y espero que compre mis películas. Debo ser buena. Y siempre trabajo con todo empeño, y la escena resulta sin valor.

Una de las cosas injustas de Hollywood, es que la suerte influye mucho en la carrera. Si usted tiene suerte, y tiene algo más que talento ordinario y obtiene buenos argumentos y buenos directores, y aparece en películas que resultan buenas, puede considerarse apta para triunfar.

Digo "en películas que resultan buenas". Ningún productor comienza una película sin pensar que va ser un acontecimiento. El por qué salen malas, no lo sabe usted hasta que fracasan y nadie va a verlas.

Cuando comienzan a llegar al estudio malas noticias sobre una película, los que han tomado parte en ella dan excusas y protestan que el público no aprecia el arte y que la película es demasiado buena para él. Pero yo he aprendido que eso es "jugo de manzanas". Una película buena es la que se pasa ante teatros llenos, y una mala la que no tiene igual aceptación. Ningún productor ha hecho hasta ahora una película que sea demasiado buena para el público. Cuando usted analiza algunos de estos fracasos "artísticos", generalmente encuentra que es una producción insípida, y a menudo la razón de eso es que los actores y el director se han impresionado tanto con lo que están haciendo, que se olvidan de poner seres humanos, con sentimientos humanos, en su trabajo.

Yo me impresioné y me amedrenté, debo confesarlo, cuando me escogieron para que hiciera el papel de Elizabeth Barrett en el cine, especialmente después que Katharine Cornell había hecho una personificación tan distinguida de Elizabeth en el teatro.

Nos dieron un encantador y hábil director, Sydney Franklin que ya había dirigido "Sonriendo al través", entre otras grandes películas. Es un verdadero artista que nunca se toma demasiado en serio, y tal vez, por eso la película se escapó del fracaso. Entre escenas nos animaba a olvidarnos que éramos Brownings. Después que Mr. Laughton y yo, nos vimos en los 4.500 pies de película, fué un gran descanso sentarnos a saborear una taza de té.

A menudo encontrábamos a Fredric March comenzando el día con imitaciones de Douglas Fairbanks, saltando sobre las mesas y colgándose de los candelabros, mientras su asustado valet lo seguía pidiéndole en toda forma que se pusiera los pantalones que Mr. Browning debía llevar en forma inmaculada por el resto del día.

Una de las razones del triunfo de esta película fué su excelente reparto: Fredric March, Charles Laughton, Maureen O'Sullivan, Una O'Connor, Ralph Forbes, Katherine Alexander y Leo Carroll. Siempre hago uso de toda la influencia de que dispongo para obtener los mejores actores que se pueda para mis películas. Cualquier estrella que crea que pueda sostener sola una producción, va camino del olvido.

Lionel Barrymore hizo un gran trabajo en "Alma libre", y durante la producción llegaron al estudio las noticias de que "Lionel Barrymore se estaba perdiendo con la película de la "Shearer". Eso me molestó mucho. Cuando Lionel Barrymore está haciendo un buen trabajo, es seguro que la película va a constituir un triunfo, y en cualquier producción que triunfe, hay gloria para todos sus componentes.

En esa película fué la primera vez que Clark Gable hizo de amante brutal. Tenía que morir al final, pero su trabajo era tan efectivo que, a medida que pro-

gresaba la película, se vió que iba ganando tanta simpatía, que todos sentirían su muerte. Clarence Brown, el director, trató de hacer de él, un carácter despreciable, para que la gente lo odiara, pero el encanto de Gable era muy grande. Gable tenía que golpearme y llamarme con nombres insultantes, pero mi papel era el de una muchacha corrompida de la sociedad, y en vez de resentir la afrenta a la feminidad, la audiencia pensó que yo merecía eso, y lo aplaudió. Cuando lo mataron, de acuerdo con el argumento, no les gustó.

Inmediatamente después de esa película Clark Gable fué puesto en otra producción en que representaba un papel similar, corrompiendo muchachas, y obtuvo un enorme triunfo.

En una fiesta dada en casa de Gary Cooper. Podemos ver en esta fotografía, de izquierda a derecha: Leslie Howard, Norma Shearer, Gary Cooper, Elsa Maxwell y Lionel Barrymore.

De vuelta de su luna de miel en compañía de su esposo, Irving Thalberg.

Una de las cosas que más admiro en Lionel Barrymore, es su habilidad para hacer sus discursos como si recién los hubiera pensado. También Marie Dressler era una verdadera maestra de ese arte. Lionel hace imitaciones perfectas de la espontaneidad.

Yo he tratado también de ser una actriz espontánea, y en mi deseo de ser natural, tal vez he desatendido un poco la técnica.

No deseo que los críticos puedan decir de mí que he hecho "una performance impecable", sino que se fijen más en el carácter que en la actriz.

Tengo la esperanza, sin embargo, de poder desarrollar más técnica en mis papeles. Irving Thalberg me ha guiado desde el primer momento que actué en Hollywood. Si él no hubiera visto una cinta mía, hecha en Nueva York, y no hubiera manifestado que tenía yo condiciones para el cine, nunca habría tenido una "chance". Había decidido ya que el cine no era

(Continúa en la pág. 70).

De la Pantalla

Gail Patrick saca de paseo a su perrito regalón. Hela aquí dispuesta a volar, con el fin de enseñarle a su faldero que no deben marearle las alturas. (Foto Paramount)

¡ADIOS PREOCUPACIONES!

Como cualquier otro mortal, las celebridades de la pantalla sienten el deseo de la expansión lejos de la ciudad, y olvidando sus preocupaciones, hacen planes para pasar los días de descanso de la manera más amena posible..., y más beneficiosa para su importante salud.

Mientras unos prefieren el campo, a otros les atrae la playa o el mar. El deporte más popular entre la gente del cine es la navegación.

Lewis Stone, el director Tay Garnett, Frank Morgan, William Henry y John Villiers Farrow, todos de los estudios de la Metro, se ocupan en poner sus yates, lanchas y goletas en condiciones para la temporada de verano.

Lewis Stone retiró recientemente del dique de carena su goleta de 30 metros, «La Serena», para hacer un recorrido de prueba hasta la bahía de Avalón. Stone pasa días muy agradables en su nave.

Uno de los más adictos a la navegación por placer, entre los miembros de la colonia cinematográfica, es Tay Garnett, quien además de su yate «Katinka», de 26 metros, tiene una goleta de 30 metros, «Talaya». Sus amigos son objeto de frecuentes invitaciones para paseos a varios puertos cercanos en la costa de California.

John Villiers Farrow adquirió recientemente un yate de motor al que ha dado el nombre de «Mauvoreen», en honor

Kitty Carlisle, bella actriz cinematográfica, en su más reciente retrato. (Foto Paramount)

Jane Wyatt es una joven artista de la pantalla que en cada nuevo trabajo suyo demuestra sus cualidades interpretativas. (Foto Universal)

(Arriba). Dolores del Río, la gran actriz mejicana, a quien veremos en breve en la cinta titulada en inglés "In Caliente". (Foto First-National Pictures).

de su prometida, Maureen O'Sullivan. Con la llegada de la primavera, los novios han pasado la mayor parte de los días de fiesta en excursiones con un grupo de amigos.

Bill Henry se recrea en la playa de Malibú, dando cortos recorridos en su embarcación de vela que mide 10 metros de largo. Henry es buen marino. Hace poco hizo con su hermano, en un barco de vela, el viaje más corto que se registra, desde las Islas Hawai hasta la costa de California, a bordo de la «Manuiwa».

A Clark Gable también le atrae el mar. Actualmente está en busca de una lancha de motor, para emprender, durante el verano, un viaje prolongado hasta Ensenada y otros puertos en la costa del Pacífico.

Pero no a todas las notabilidades de la pantalla les gusta flotar en sus horas de recreo. Muchas prefieren la tierra firme y sienten atracción por el desierto. Jeanette MacDonald, Robert Taylor, Louise Fazenda, Gloria Swanson, Nat Pendleton, May Robson y otros, se retiran a Palm Springs, La Quinta y lugares de recreo semejantes, en las tierras áridas al borde del desierto de California.

Jackie Cooper prefiere las montañas, para montar a caballo, nadar, pescar y dar caminatas. Allí tiene una cabaña que ocupa durante los meses del verano.

Wallace Beery no deja pasar semana sin que vaya a refugiarse en su retiro en lo alto de la sierra; pero siempre regresa más cansado que antes de partir, después de haber estado cazando, nadando y pescando por dos o tres días.

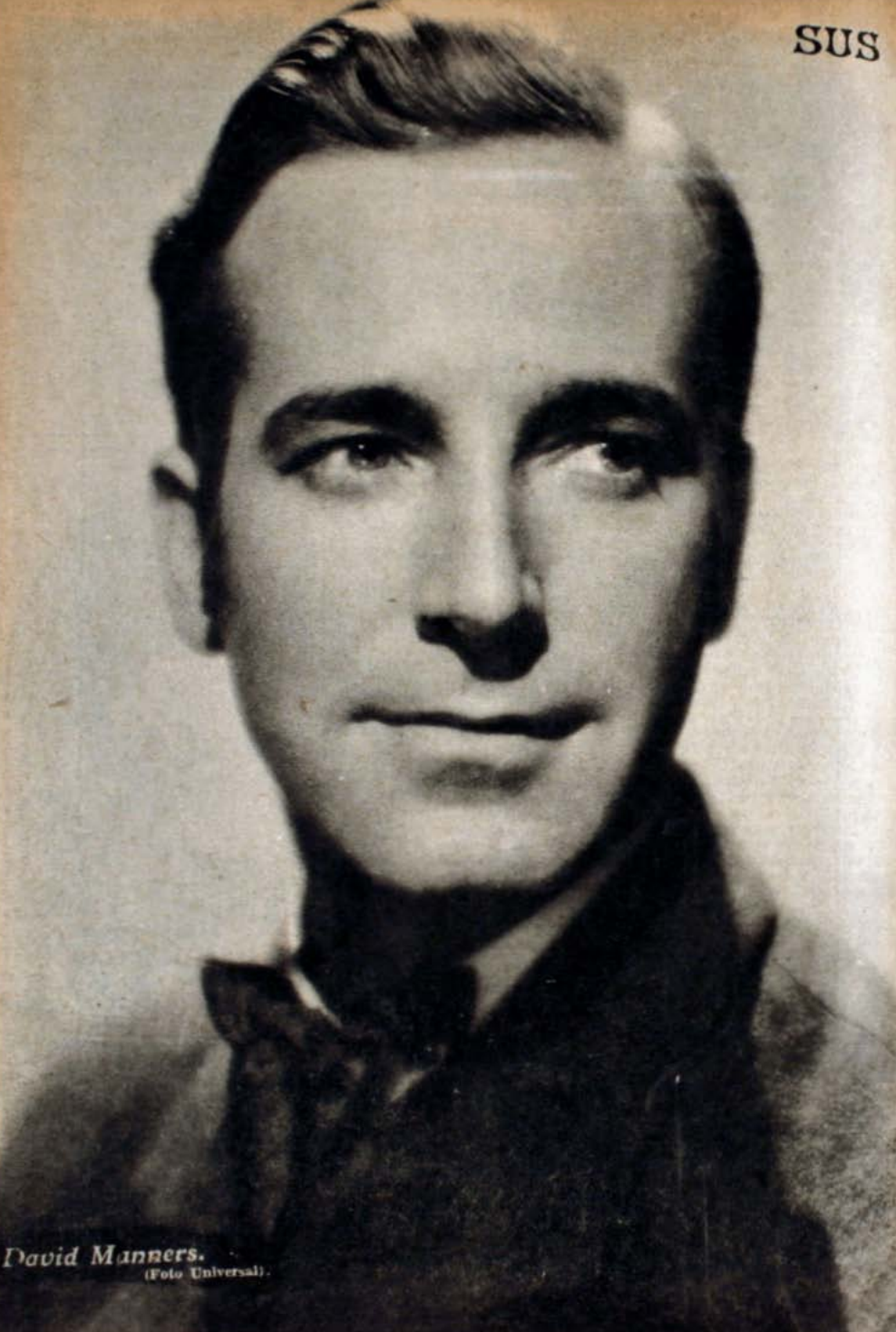
Jean Parker no encuentra lugar más apropiado para descansar el espíritu y fortalecer el cuerpo, que la playa. Su gran ambición en el verano es dejarse tostar la piel por el sol hasta el punto de que nadie le gane en lo atezado del color.

Fredric March y E. H. Griffith, el director, se trasladan a la Playa de la Laguna, para pasar allí los últimos días de la semana, durante la primavera, y en el verano viven en el pueblo y vienen a los estudios todos los días por ferricarril.

Una Merkel y su esposo, Ronald Burla, pasan los días de fiesta en la playa Catalina o en la Del Mar. Jean Harlow hizo limpiar y llenar hace poco su estanque de natación, y piensa invitar a sus amigos a varias fiestas acuáticas durante el verano.

(En el círculo). Baby Jane, en los momentos que el cine la deja desocupada, debe dedicarse a repasar sus tareas escolares; pero por esta vez desea descansar tanto del trabajo cinematográfico como de los libros. (Foto Universal)

Una sugestiva pose de Nancy Carroll, la hermosa estrella perteneciente a los estudios Columbia. (Foto Columbia)



David Manners.
(Foto Universal).

FAVORITOS

June Lang. (Foto Fox).

Por
ANDRES BIRABEAU

UN DIA MEMORABLE

AL fin llega usted... ¡Cómo lo esperaba! No podía creer en tanta dicha...

—Pero si yo prometí...

—Sí, claro, ¡usted prometió! Pero yo nunca creo en las promesas... Temía durante todo el tiempo que usted, por alguna razón, no viniese. Ahora ya estoy tranquilo... Siéntese, siéntese aquí. Esta luz iluminará muy bien su cara. Me trae tanta dicha... Tendrá que venir más a menudo...

—Pero tranquilícese, no grite tanto.

—Gritaré, gritaré para que me oiga todo el mundo; tanto más que nadie está en casa, ni un alma... Vamos a almorzar. Ya ve usted; dos vasos para el vino; y, si usted me promete quererme, aunque fuera un poquito, un vaso estará de más; yo no debo beber; ya sin el vino estoy ebrio.

—Basta, basta, no diga tonterías.

—No digo ninguna tontería, aunque sé que ya he perdido mi propio control. Mire usted, es mi libreta de anotaciones. ¿Ve usted lo que anoté hoy?

"Jueves 8, hoy comienza un gran amor".

—Basta, cambiemos el tema. ¿Me parece que usted habló del almuerzo?

—Es verdad. Pero nunca me permitiría ofrecerle para este primer almuerzo alguna sopa o ternera con arroz; usted está en peligro de quedarse hoy con hambre. En la mesa hay solamente fiambres, ensaladas, fruta y vino. También hay champaña... ¿Le gusta a usted el champaña?

—¡Muchísimo, con locura!

—Así me lo imaginaba.

—Pero me parece oír el timbre...

—De la confitería traen los helados.

—¿Habrá también helados?

—Sí, de tres clases.

—Entonces sí que estoy perdida...

El se va y vuelve un rato después, pero sin los helados. En su rostro, completamente transformado, aparecen profundas arrugas. Se hubiera podido suponer que había llegado, no el vendedor de helados, sino un proveedor de arrugas.

—¿Qué hay? ¿Quién llegó?

—No, no son los helados, es mi hijo.

—¿Su hijo?

Ella no sabía que tenía un hijo. Cuando se festeja a una mujer, se le cuentan episodios de la vida, pero no es precisamente con esta clase de intimidades que se empiezan las confesiones y confidencias. Además él tiene solamente 35 años, es joven todavía, buen mozo, de linda silueta, puede y quiere gustar. Contar que ha sido casado, divorciado, y tiene un hijo es envejecerse a sí mismo. ¿Para qué?

—¿Y por qué vino él, su hijo?

—Me olvidé completamente; hoy es su día; viene el 8 de cada mes. Su madre lo acompañó hasta la casa y se fué mientras él subía. Y como a propósito no hay nadie y no tengo con quien mandarlo al cine o a pasear...

Quedó callado pensando un rato y luego agregó:

—No hay nada que hacer, tendré que poner otro cubierto.

A ella no le agradó esta novedad. El almuerzo entre tres no la encantaba. Su resolución fué

(Continúa en la pág. 71).

No es más que un resfrío

Por el
Dr. Maurice Chideckel

Durante un paseo en una de estas mañanas primaverales tuve ocasión de dar importantes consejos médicos a tres de mis vecinos. Tal vez no fueron de valor para ellos, porque se los di sin previa invitación y sin honorarios. Un consejo es realmente bueno solamente cuando es solicitado; y se le recibe mejor cuando se paga por él.

No reconocí a Ruth Shannon cuando pasé por su lado en el parque, pues se había cubierto con una bufanda la parte inferior de la cara. Pero alcancé a conocer su cariñoso "¡Aló, doctor!", a pesar de haber salido un poco ronco. Cuando le pregunté el motivo para esconder su linda carita, me explicó que tenía un fuerte resfrío, y que se tapaba con la bufanda para impedir que le entrara aire frío a la nariz y a la garganta. Le hice ver que la bufanda la obligaba a respirar el mismo aire que había exhalado, y que lo que necesitaba, ante todo, era buen aire y descanso.

Veinte pies más allá encontré al joven Anson Green, colgándose repetidamente de las ramas bajas de un árbol.

—Estoy echando fuera un resfrío, — me dijo.

—Lo que está haciendo es pescarse una neumonía de primera clase — le respondí—. Vaya a acostarse. ¿No sabe que la fatiga es el peor factor para un resfrío?

Antes que volviera a mi estudio, me detuve a hablar un momento con mi amigo Ernesto Thompson, un muchacho alto de enormes espaldas, que apenas podía hablar.

—Acabo de tomarme unas copas, doctor — me explicó. Estoy curándome un resfrío.

—Váyase a la cama — le dije—. El alcohol no le ayudará a curar el resfrío. Lo único que conseguirá es agotar sus energías y darle acidez al sistema.

Cuando regresé a mi oficina, comencé a estornudar. ¿Qué había hecho para pescarme también un resfrío? Traté de recordar. Tal vez lo había cogido la noche anterior en una reunión de una sociedad médica. Los doctores se juntaron en un cuarto pequeño con las ventanas completamente cerradas. El aire estaba sobrecalentado, desoxigenado y denso de humo de tabaco. Cuando salí al aire frío de la noche, estaba transpirando.

Volví a estornudar y comenzó a correr agua de la nariz. ¿Me fuí a la casa y a la cama?... Bueno... ¿Lo haría Ud.?

ANOTACIONES EN EL LIBRO DE NOTAS DE UN MEDICO.

Hay más remedios para los resfríos que para todas las otras enfermedades conocidas del hombre. Cualquiera puede dar una docena de remedios sin pensarlo dos veces ni consultar a la abuelita; la mayoría son desagradables. Virtualmente todos son ineficaces como remedios, pero unos cuantos procuran descanso a una incomodidad excesiva.

—"Cuesta catorce días mejorarse de un resfrío no cuidado — dice un viejo chiste médico— y para un resfrío cuidado, se necesitan dos semanas".

El ochenta y cinco o el noventa por ciento de la raza humana está sujeta a resfríos comunes. Los otros, por alguna razón, no los tienen. ¿Por qué? A la ciencia le gustaría saberlo. Tal vez estaban inmunizados antes de nacer. Actualmente estoy tratando de diabetes a una señora de avanzada edad, quien dice que nunca ha tenido un resfrío. También estoy tratando a un atleta de su primer resfrío. Y no es que no los haya tenido por tratarse de un atleta, sino que por ser atleta, tiene su primer resfrío. Hacía ejercicios muy violentos y se resfrió en un momento de cansancio. Cualquier cosa que nos haga perder vitalidad, abre nuestro sistema a los resfríos, y un resfrío abre el sistema a cualquier clase de gérmenes. El resfrío, en sí mismo, no es peligroso, pero es una señal de peligro. Nos hace saber que nuestra primera línea de defensa está flaqueando.

No se sabe la causa de los resfríos, aunque estamos muy familiarizados con las condiciones bajo las cuales se contraen. Hay una teoría que dice que son causados por un gérmen sub-microscópico, llamado con el nombre de su autor, Dochez. Se supone que es tan pequeño que pasa a través de un filtro de porcelana, el cual, ordinariamente, retiene las bacterias microscópicas. Algún día estaremos en condiciones de encontrar el germen Dochez, si es que realmente existe, pero mientras tanto, debemos contentarnos con la teoría de que existe tal cosa. El germen es contagioso e infeccioso...

Mi paciente William Huston se trasladó al sur el año pasado para escapar a sus resfríos anuales. Este invierno, volvió al norte por la misma razón. Le dije que habría economizado el gasto de tren — parte de él, por lo menos — si me hubiera venido a ver antes. El clima no tiene relación con los resfríos.

Dando una mirada hacia atrás, me encuentro que en mis veintiséis años de práctica médica nunca he pasado un mes sin que me haya traído a mi estudio a alguien con resfrío en la espalda, en el cuello, en los pies, en los brazos, en el abdomen. A to-

(Continúa en la pág. 72).

1.—Para sport, este pull-over de gruesa lana rojo obscuro con corbata blanca, azul y rojo.

2.— Blusa de lana angora beige, adornada con bolsillos y botones de cuero café.

3.— Jersey en fina lana azul pálido, con botones y cinturón azul marino. El cinturón lleva una letra.

4.— Chaleco sin mangaz en lana verde; el tejido va en relieve. Lleva un medio cinturón, que saliendo de los costados, termina abotonado en la espalda.

5.— Blusa tejida en grueso canutón, con dos patas en el escote, por las que pasa una echarpe en lana de fantasía.

6.— Encantador pull-over tejido en diagonal en tonos rojos, azul y blanco.

Refinamientos

1.— Abrigo en cuyo corte se ha puesto una gran preocupación para afinar la silueta. Adorno de nutria, formando un gran cuello. Costuras pespuntadas.

2.— Muy hermoso abrigo de lana gris, con cuello de breitchwanz. Capa cortada en secciones. Se acompaña con un traje de espumilla gris, cuya espalda repite los cortes de la capa y que en el delantero se cierra con unos graciosos lazos del mismo género, forrados en lama de plata.

Los ... trajes

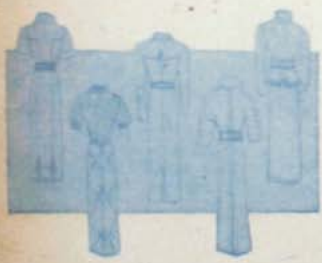
1. — *En lana escocesa, este vestido tiene por novedad el plastrón de gamuza café que hace juego con el cinturon.*

2.— *Falda a grandes cuadros en que domina el color ladrillo. Sweater cerrado por clips de metal en forma muy novedosa.*

3.— *Sencillo trajecito de jersey beige con botones, cinturón y vueltas de bolsillos en jersey café.*

4.— *Lindo modelo en lana jaspeada gris-azul. Cinturón con monograma de metal. Cuello de piqué blanco.*

5.— *De curioso corte es este traje de jersey naranja que se abre sobre una blusa de jersey café, cerrada por un lazo naranja.*



niles
sport

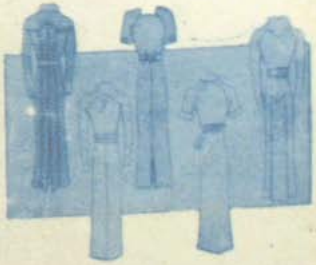
6.— Muchas deportistas han optado por la falda-pantalón que deja toda libertad al movimiento. Aquí vemos un modelo de este estilo en lana azul, con costuras pespunteadas y plastrón y vueltas rojas.

7.— Jersey unido y jersey escocés, forman este modelo muy dije para una jovencita que se inicia en los secretos del golf.

8. — Muy sencillo el modelo este, en jersey rojo con botones y cintura blancos.

9.— Traje de franela marfil. Falda abierta al costado. Cintura hecha con una trenza de lanas de todos colores.

10.— El género a cuadritos beige y café ha sido dispuesto en diferentes formas para hacer este modelo muy simpático.



Paris impone

ROSE
VALOIS

1.— Boina hecha con es
chas bandas de terciopelo su
puestas. Dos borlas forman
adorno; una blanca y otra r

2.— Los adornos de plu
toman una gran importancia
los sombreros de última creac

Aquí vemos un aigrette que
rece descansar sobre este lin
modelo de raso brillante.

3. — Pequeño tricornio m
chic, en que también el ador
es de plumas, formando un l
do picaflor.

Modelos

1. Traje de espumilla de lana azul marino con cuello-corbata y cinturón blancos.

2. Chaqueta de jersey rayado; se lleva con una falda en tono obscuro.

3. Lindo trajecito de sport con canesú, terminado en cuello pespuntado, como el cinturón y bolsillos. Botones de cuero y echarpe tejida en lana de fantasía.

4. Encantador traje de mañana en kasha natural con cuello y puños de espumilla, a lunares rojos y blancos. Cinturón de cuero rojo.

Elegancias

1.— Abrigo de lana negro, con cortes pespuntados que forman bolsillos. Se completa con un zorro plateado.

2.— Tailleur en lana mezclada; chaqueta acinturada con cuello de astracán.

3.— Vestido de lana angora, con falda que forma tablones delanteros. Un gran nudo adorna la chaqueta.

4.— Vestido de tarde en marrocain de lana. Capa de sacar y poner, orillada de piel.

La Ropa interior

1. — Camisa de noche en crepe de Chine rosa con encaje ocre.

2.— Camisa de noche en crepe satén lavable.

3.— Deshabillé en tusor verde Nilo.

4.— Deshabillé en crepe de lana azul cielo.

5.— Combinación en crepe de China rosa con encaje bretón.

6.— Combinación acinturada en crepe de China rosa, con encaje en el mismo tono.

7.— Combinación y calzón en crepe satén lavable, con incrustaciones de encaje griego.

8.— Combinación y calzón en tela de seda blanca, con incrustaciones de valenciennes.

La moda infantil

1. Vestido de crepe de lana blanco con lunares rojos. Cuello y puños de organdí.
2. Traje marinero para niño.
3. Falda de lana azul sobre blusa de hilo blanco.
4. Vestido en crepe de lana diagonal, en dos tonos.
5. Tres-cuartos en sarga azul marino.
6. Abriguito beige con doble canesú redondo y capita que forma pequeñas mangas.
7. Abriguito cruzado en lana angora azul, con corbata de foulard de fantasía.
8. Traje de dos piezas en kasha, con botones y cinturón de cuero.

1.— Vestido de seda imprimé en dos tonos azul; cuello, puños y cinturón de piqué blanco.

2.— Vestido de taffetas azul con cuello y puños de otomán blanco.

3.— Vestidito de lana azul, adornado de piqué blanco.

4.— Vestido beige, con adornos blancos y café.

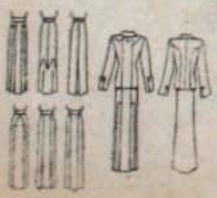
5.— Abrigo de paño, con grandes botones de madera.

6.— Abriguito de kasha rojo, cerrado por botones de acero.

7.— En lana mezclada beige, este abriguito con botones forrados en la misma tela.

8.— En crepe marrocain imprimé en dos tonos azul, este vestido adornado de plisados.

La elegancia



1. Falda en kasha natural, con cortes terminados en tablones.
2. En lana cuadrillé, esta falda con piezas colocadas en distintos sentidos.
3. Falda de espumilla de lana, con gran tablón delantero, terminado en abanicos.
4. Falda de jersey gris.
5. Falda de lana con bolsillos abotonados.
6. En jersey de lana beige y café, esta falda trabajada en distintos sentidos.
7. Tailleur de lana, trabajado con cortes. Falda con piezas terminadas en tablas.
8. Falda de lana rayada azul y blanco; chaqueta azul marino y chaleco y puños de piqué blanco.

Tailleur

1.— Este tailleur cruzado está adornado con bolsillos pespuntados en seda.

2.— Tailleur de paño gris claro, adornado de pespuntes. El cuello formando echarpe se abotona en la vuelta.

3.— Falda en kasha natural.

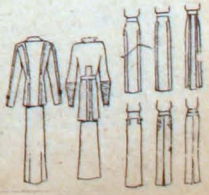
4.— Esta sencilla falda de lana está adornada con cortes.

5.— Falda de lana con tres botones delanteros y pieza que termina en tablas.

6.— Para deporte esta falda de lana bouclé.

7.— Falda muy sencilla en lana gris o beige.

8.— Falda de lana con bolsillos y tablón delantero pespuntados.



Chaqueta de Golf

La explicación conviene al talle 42 (largo 48 cm., contorno 90 cm.); (largo de la manga en el rebaje 48 cm.) Por cada talle dif. agregar o disminuir 6 cm. (2 cm. cada del., 2 cm. esp.)

PUNTOS EMPLEADOS. — El tejido está completamente confeccionado en punto de crochet doble faz. Primera corr.: Una media brida sobre cada m. Segunda corr. y todas las corr. siguientes: Como la primera formando la media brida sobre la lazada que se encuentra antes de la cadeneta de la corr. anterior. 1 m. en el aire para volver.

ESPALDA.— Se principia por el lado en la bocamanga y se teje en sentido vertical. Hacer 1 cadeneta de 10 m. Tejer con 1 corr. de intervalo de un lado 2 veces 1 aumento de 10 m. Tejer 1 corr. sobre todas las mallas y dejar este trabajo en espera. Hacer nuevamente 10 mallas. Tejer 1 corr. y agregar 10 m. Juntar estas 2 piezas del lado del aumento por 1 cadeneta de 15 m. Tejer sobre todas las mallas (total 65). En línea recta para la parte baja del tejido y haciendo para la bocamanga los aumentos siguientes con 1 corr. de intervalo: 5 veces 1 p. 4 veces 3 p. Hacer en este lado a continuación de los aumentos una cadeneta de 20 m. (esto conduce al hombro). Tejer 22 corr. en línea recta (centro de la espalda). Tomar a la inversa.

DELANTERO.— Se comienza como en la espalda para los aumentos del lado. La parte baja se teje igualmente en línea recta. Simultáneamente en el lado opuesto formar la bocamanga agregar con 1 corr. de intervalo 5 veces 1 m., 1 vez 3 m., 1 vez 9 m., 1 vez 2 m., 3 veces 4 m. y 1 vez 11 m. (esto conduce al escote). Tejer 2 corr. en línea recta sobre todas las m. Dejar en seguida para el escote 1 vez 3 m. Tejer 10 corr. en línea recta y hacer 2 veces 1 aumento con 1 corr. de intervalo, después 7 veces 1 disminución en los 2 lados del tejido (parte redonda del borde). Hacer aún 1 corr. sobre todas las m. y el lado izquierd se encuentra terminado. Hacer el lado opuesto en la misma forma formando 7 ojales antes de las 3 últimas corr.

MANGA.— Se principia en la parte alta del rebaje y se teje igualmente en forma vertical. Hacer 1 cadeneta de 11 m. En una de las extremidades hacer 1 aumento de 11 m., 1 de 14 m. y de 2 veces 24 m. (en total 84 m.) Esto conduce a la parte baja de la manga que se teje en seguida en línea recta. Simultáneamente después de la cuarta corr. hacer en el lado opuesto con 1 corr. de intervalo, 5 veces 1 aumento de 3 m. Agregar 18 m. por 1 cadeneta (esto conduce a la parte alta de la manga). Hacer en este lado para el escote 6 veces 1 aumento con 1 corr. de intervalo (centro de la manga). Tomar a la inversa. Planchar el tejido y formar las cuchillas en el escote 1 de cada lado del delantero, 1 en el medio de la manga y 2 en la espalda. En la parte baja de las mangas formar 1 cuchilla. Coser estas cuchillas en la máquina. Orillar el tejido con 1 corr. de medias bridas.

Chaleco trenzado

Este encantador chaleco confeccionado a crochet parece estar trenzado gracias al nuevo punto empleado. La explicación corresponde al talle 42 (largo 46 cm., contorno 85 cm.) Por cada talle diferente agregar o disminuir 20 mallas (6 mallas en cada del. 8 cm. esp.)

PUNTOS EMPLEADOS. — El chaleco está enteramente confeccionado en un solo punto. Hacer una cadeneta del largo necesario. Primera corr.: 1 brida sobre cada una de las m. y 3 m. al aire para volver. Segunda corr. pasar el crochet horizontalmente bajo cada brida y formar una brida. Tejer así 3 bridas por delante y en seguida 3 bridas por detrás. Hacer 3 corr. como la segunda sin tejer los p. a la inversa. En las 3 corr. siguientes tejer los p. a la inversa, es decir, tejer por detrás las bridas tejidas por delante, etc.

DELANTERO.— Se comienza por abajo del lado izquierdo. Hacer una cadeneta de 3 mallas. Hacer 9 corr. haciendo 1 aumento de 2 mallas por corr. a la izquierda del tejido. Simultáneamente hacer a la der. 1 aumento de 3 m. por corr. en las 3 primeras corr. A las 3 corr. siguientes 1 aumento de 5 m. por corr. y 1 aumento de 12 m. por corr. en otras 3 corr. (en total 81 m.) Al llegar a este el lado izquierdo del tejido (borde del.) se teje en línea recta. En el lado opuesto tejer primero 12 corr. en línea recta y 35 corr. haciendo 1 aumento cada 3 corr.) 93 p. en total). Hacer la bocamanga dejando 17 m. en la primera corr. y 2 m. por corr. durante 7 corr. Tejer 15 corr. en línea recta y 20 corr. haciendo 1 aumento de 1 m. cada 3 corr. (6 aumentos en total). Después formar el escote dejando 1 vez 12 m., 1 vez 7 m. y 3 m. en cada una de las tres corr. siguientes. Tejer 3 corr. en línea recta. Simultáneamente formar el hombro dejando 5 m. por corr. en las últimas 8 corr. Segunda mitad igual, pero formando 7 ojales a los 3 cm. del borde.

ESPALDA.— Hacer 1 cadeneta de 105 m. Tejer 12 corr. en línea recta. Hacer en seguida en cada lado los mismos aumentos que adelante. Hacer las bocamangas dejando de cada lado 3 m. por corr. durante 3 corr. y 3 veces 1 m. con 3 corr. de intervalo. Tejer 9 corr. en línea recta y 18 corr. haciendo en cada lado 1 aumento cada 6 corr. A los 42 cm. de alto dejar 11 m. del medio. Terminar separadamente cada lado sesgando los hombros como adelante. Simultáneamente dejar para el escote 2 m. en la primera corr. y 1 m. por corr. durante 8 corr. Bordear el tejido de dos corr. de medias bridas.

CINTURON.— Sobre 1 cadeneta de 9 m. tejer 18 cm. Hacer una segunda pieza igual terminada en punta. (1 disminución en cada corr. a cada lado).

Blusa rayada

He aquí una blusa que será muy útil, pues puede llevarse tanto en el invierno como en la primavera bajo un tailleur. La explicación es para el talle 40. Largo, 44; contorno, 83 cm. Por cada talle diferente agregar o disminuir 20 p. (6 p. en cada del. 8 p. esp.)

Puntos empleados.—1.o Punto de canutón; (cintura, cuello y orillas) 2 p. d. 2 p. r.—2.o Punto de jersey rayado (cuerpo y mangas). Urdir puntos azul marinos. Primera corr. (blanco); tejer 2 p. d. sacar 2 p. sin tejer, etc.— Segunda corr. (blanco); tejer al revés los 2 p. blancos y dejar sin tejer los 2 p. azules ya dejados en la corr. anterior.—Tercera corr. (azul): tejer al d. los p. azules y dejar sin tejer los p. blancos.—Cuarta corr. (azul): tejer al r. los p. azules y dejar sin tejer los p. blancos. Seguir como en la primera corr.

Delantero. — Se principia por la parte baja de una de las mitades. Urdir 90 p. azules. Tejer 5 cm. de canutón. Empezar el cuerpo rayado. Tejer 3 cm. en línea recta. Hacer en seguida en el lado 5 veces 1 aumento de 2 p. cada 2 1/2 cm. de intervalo. (El borde delantero se teje en línea recta). Cuando el tejido tenga 28 cm. de alto, ha-

(Continúa en la pág. 71).

El molde de familia

Vestido en lana angora beige, con cinturón de cuero café. Botones de metal dorado

Estos moldes se despachan al recibo de su carta con treinta centavos en estampillas. Dirigirse a "FAMILIA", casilla 84-D, Santiago.

MALLA

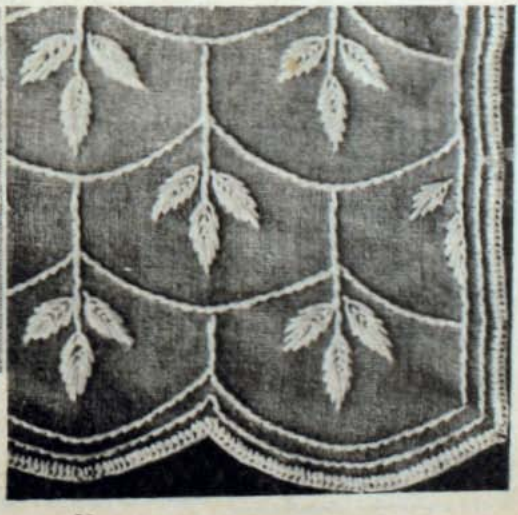
Presentamos en esta página algunos novedosos motivos bordados en malla, que servirán a la perfección para adornar cortinas y mantelería. El motivo se borda sobre la malla tal como se ve en la parte superior de esta página, formando una especie de zurcido. Se emplea hilo mercerizado, del tono de la malla.

Manteleria

Dos encantadores manteles para la mesita del té, son los que aquí presentamos a nuestras lectoras amantes de la bella lencería. Están hechos en gruesa tela de hilo de color, bordados con blanco, lo que los hace sumamente lucidos, agregando aún el que su bordado es sumamente simple de ejecutar.

En el primero se ha empleado el punto de tallo y el de lazadas, fileteando en grandes ondas sin relieve en los extremos, para seguir con el punto de filete en los costados más largos.

En el otro mantelito se ha usado el punto de cadeneta y el realce para los bolos. Orilla finamente dobladillada, con pabilo adentro.



ESTAFETA

DESPACHA: MARI-SOL.

M. CLEMENTINA BENAVENTE, Diuquin. — La suscripción anual vale $ 63.—, que puede usted remitir por giro postal o letra bancaria a nombre de «Empresa Editora Zig-Zag». Los primeros números están agotados y algunos de los últimos también. Se le mandaría la revista sólo desde el momento en que usted se suscribiera. Muchas gracias por sus saludos.

CORINA S. DE CID, Temuco.— Sentimos enormemente no poder ayudarla, señora, ya que, a pesar de todas nuestras búsquedas no hemos podido encontrar el producto que usted necesita. En todas las farmacias nos han contestado que ya no se importan esas pastillas. Hacemos votos por su pronta mejoría.

EULOGIA DE ZAMORANO, Copiapó. Tierra Amarilla. — La suscripción semestral vale $ 32.—, que puede enviar por giro postal o letra bancaria a nombre de «Empresa Editora Zig-Zag». Se le empezaría a mandar la revista sólo al recibir el importe de la suscripción, ya que la mayoría de los números están agotados. Gracias por sus gentiles palabras.

MERCEDES AGUIRRE, Copiapó.— Sírvase indicar cuál de los moldes es el que desea, ya que en el número 5 vienen varios. No se envían los dibujos de bordados. Esperamos su respuesta para servirla.

JUANA DE LOPEZ, Victoria. — Puede aprovechar ese género, ya que de nuevo se usa el gros. Elija un bonito y sencillo traje de estilo, y por todo adorno, póngale una flor, medio a medio en el escote. Correspondo a sus saludos.

Buen Tono

Cuando recibimos en nuestra casa a un amigo en calidad de huésped, debemos atenderlo con toda delicadeza y procurarle los gustos que le conozcamos, para que su estancia le sea grata.

Estamos obligados a enviarle un coche — propio o alquilado — a la estación, a su llegada, en el que irá un miembro de la familia acompañado de un criado, si lo tenemos, para atenderle debidamente, facilitándole el retiro y conducción del equipaje.

Al huésped se le cederá una buena habitación, confortable y aseada, que disponga de todos los utensilios para el aseo personal y perfumes, polvos y demás efectos de tocador, si se trata de una dama. El armario-ropero estará limpio y vacío, para que lo ocupe con su ropa nuestro huésped.

Una vez en el hogar, le pasaremos al aposento que le hayamos destinado y después de ofrecerle un ligero refrigerio, si no es hora de comida, le dejaremos que descanse hasta que él nos avise, pues si molestas son las desatenciones, lo son más las inoportunas atenciones.

Es nuestra obligación enterarnos de la norma de vida de nuestro amigo y nos adaptaremos a ella para no turbársela, aunque el huésped tiene que adaptarse también a nuestro modo de vivir, lo mismo que a corresponder a nuestra hospitalidad, no aceptándola si sus medios no se lo permiten.

Todo agasajo nos debe parecer poco para distraer a nuestra amistad admitida en casa, llevándole a visitar lo notable de la población y a los espectáculos públicos. En ningún caso debemos admitir que pague el huésped el gasto que irroguen las excursiones que hacemos para distraerle.

Tratándose de una casa de lujo y bien relacionada, y siendo el huésped una señorita, se celebrará en su honor un baile u otro género de fiesta, como comida íntima, excursión campestres, etc., para presentarla a nuestros amigos y que éstos la agasajen y le hagan del todo agradable su estancia con nosotros. Y si no dispusiéramos de medios bastantes, debemos, a costa de privaciones y sacrificios, complacerla en todo lo posible.

Siendo varios los huéspedes, con gran armonía hemos de repartir nuestras atenciones para que todos sean equitativamente atendidos.

Los disgustos familiares se deben ocultar y en caso de que nuestra delicadeza no sea tanta, para evitar su exteriorización y dar un mal rato a nuestro amigo, éste deberá pasarlo como inadvertido. Igualmente el huésped no demostrará contrariedad por nada de lo que por otro conducto que no sea el nuestro le viniere, como malas noticias por correspondencia, o asuntos o negocios malos acaecidos en la ciudad visitada.

Es imprudente hablar de la mala organización de los criados y de los precios exagerados de las cosas, delante del huésped, pues parecería una alusión a que su estancia es molesta o costosa.

Al encontrarse en algún aposento de la casa con el dueño o su familia, si ésta recibiese a alguna persona extraña, inmediatamente el huésped debe dar una excusa y salir, quedándose, solamente, al ser requerido para ello.

El huésped debe demostrar complacencia ante todo, le sea o no agradable, procurando mostrarse simpático con todos, incluso con los criados, a los que no regañará, salvo el caso en que éstos llegaran al abuso, y entonces lo hará ante el dueño.

El invitado debe, a su llegada, hacer algunos presentes a los niños, si los hay, o a la señora de la casa, sin gran ostentación, para que no parezca ser la remuneración de las atenciones que espera recibir.

Una vez reintegrado a su domicilio, el huésped, en el término de ocho días, debe escribir una carta a los dueños de la casa, reiterando su agradecimiento, y éstos corresponderán, amistosamente, al poco tiempo de su recibo.

ULTIVE SU BELLEZA

ES EL ULTIMO RETOQUE EL QUE VALE, DICE JEAN CLELAND

Hace poco he realizado mi sueño más querido: el de comprar una pequeña casita en el campo. Lo que me causó más alegría fué el amueblarla. Los momentos que tenía disponibles y en cuanto podía salir de la ciudad, los ocupaba en visitar pueblos vecinos, buscando piezas de "antigüedad" para colocar en mi casa.

Durante estas búsquedas, conocí y me hice amiga de un viejo, dueño de una tienda de antigüedades. Un día descubrí en uno de los rincones de su tienda, un mueble muy viejo, usado y sucio. El anciano se acercó a él, y tocándolo con cariño, me dijo:

—Ud. debía comprar este mueble.

—Pero, le contesté, está en tan mal estado.

—Eso no es nada — me dijo, — cuando yo termine de arreglarlo, Ud. no lo reconocerá. No le ve la belleza ahora, pero si puede volver dentro de unos días, le voy a tener una sorpresa.

Y tenía toda la razón. Cuando yo volví a su tienda, al cabo de unos días, encontré el mueble completamentne inconocible. Estaba pulido y su brillo reflejaba mi cara como un espejo

—Casi no puedo creer que es el mismo — le dije.

—Sin embargo, es así — me contestó él. —Lo que el mueble necesitaba era una buena limpieza y pulirlo un poco. La belleza la tenía, pero le faltaba el último retoque.

¡Cuántas veces me he acordado de las palabras del anciano! ¡Cuánta razón tenía al afirmar que era el último retoque el que tenía tanta importancia! Es así con los muebles, con la ropa, y más aun con la apariencia personal de cada uno. Todas aquellas personas que nos llaman la atención por su apariencia, saben aplicar el último retoque donde lo precisan... La gotita de aceite que hace que el pelo adquiera un lustre atrayente; la loción que impide el brillo de la nariz; en una palabra, todas las pequeñas cosas con las que termina su toilette la mujer. Estoy segura que no es más que esto que hoy día se llama belleza, y todas las mujeres pueden lograrla con sólo tener un poco de paciencia. Hay tantos detalles pequeños, tan fáciles de olvidar, y los que, sin embargo, significan tanto.

¿Se acuerda Ud. de peinar y cepillar sus cejas, arreglándolas en forma de un bonito arco? ¿O las deja que crezcan como mejor les parezca? ¿Se acuerda de echarse una gotita de aceite de oliva en sus pestañas, antes de colocarse el rimmel, para que se vean siempre sedosas?

Si ha dejado de hacer estas cosas, ¿por qué no empieza luego? Ud. verá en seguida qué diferencia significan para Ud., y al darse cuenta de ello, sin duda empezará a fijarse en todos los demás detalles de su persona.

Cuídese de que el rouge que emplee para la cara y para los labios sea del mismo tono, y no se lo coloque de cualquier modo en las mejillas. Echeselo con cuidado, tomando en cuenta la forma de su cara (si es redonda hacia la nariz; si es delgada, hacia las orejas), y fíjese bien que no quede a montones. Si sus labios están resecos, colóquese un poco de crema antes de ocupar su lápiz, para que así el rouge se extienda bien parejo.

Al echarse crema en la cara, échese también en el cuello. Al colocar la crema, introdúzcala en la piel con movimientos de masaje, llevándola desde la barba hasta los huesos del cuello. Con esto evitará que la piel de su cuello se ponga seca y rugosa. Al empolvarse la cara siempre échese polvos en el cuello tamtién.

No lave su cabello con un shampoo cualquiera. Búsquese uno que lo deje brilloso y sedoso, y al peinarlo, tenga paciencia, probando varios peinados antes de decidirse por uno solo. Elija el que le viene mejor, y si lleva el pelo corto, acuérdese siempre de tenerlo bien recortado y ordenado.

Al arreglarse, use siempre un espejo de mano, para poderse ver la espalda. Si la tiene pálida, haga el siguiente remedio, hasta que adquiera buen color: Amarre un pedazo de algodón a un palo largo, mójelo en jugo de limón con un poco de agua y pásese en seguida por la espalda, dos veces al día.

No deje de cuidar sus codos. Si les falta color, hágales un masaje diario con medio limón, y al salir, échese un poco de crema, empolvándolos en seguida.

Acostúmbrese a lavarse los pies a diario, empolvándolos con talco antes de colocarse la media; así permanecerán frescos todo el día.

Procure que sus polvos, su jabón y su talco tengan todos el mismo perfume. Al usar esencia, colóquesela con cuidado; no se eche nunca una gran cantidad en una sola parte. Un poco en el pelo, una gota en las cejas, otra en su muñeca, y en el cuello, detrás de los lóbulos de las orejas. Con esto, la distribuye bien y consigue un resultado agradable.

Son los últimos pequeños retoques que hacen decir a la gente:

—Allá va una mujer elegante.

Acuérdese que ellos son indispensables para su arreglo.

Casas e interiores

Francamente la mayoría de nosotros no puede sostener que se encuentra al día en el decorado y amoblado de su casa.

Teniendo ya los muebles que necesitan para la comodidad, no se puede venderlos todos, sólo porque las líneas rectas están más de moda que las líneas curvas. Sin embargo, es posible dar un gran paso en la modernización de un hogar antiguo y darle un aire más de acuerdo con la época presente y sin gastar mucho.

Lo primero para alcanzar un aspecto moderno es considerar qué muebles pueden tomarse en cuenta en el proyecto. Desde luego, quedan fuera de lugar esas mesas sueltas que se utilizan para poner pequeños adornos y "bibelots", porque el gusto actual tiende hacia la amplitud de las habitaciones.

Si la alfombra no tiene

una guarda de fábrica, se verá el piso mucho mejor con una guarda pintada en el mismo suelo que con una de linoleum. Así que, ¡fuera el linoleum! y vamos sacando la brocha y la pintura.

Puede usarse una pintura gruesa brillante, que no costará más de unos veinte pesos, o un barniz lustroso para pisos. Este último es más escaso, aunque se conserva mucho mejor. Si las tablas del piso son muy ásperas, habrá que hacerlas cepillar por un carpintero.

Si los muebles están muy raídos y deteriorados, sea valiente y deles una manito de pintura. Por ejemplo, el amoblado de dormitorio puede quedar encantador pintándolo verde manzana o color maní.

El uso de los modelos, o patrones, en los tapices de los muebles, fué una de las debilidades de algunos años atrás y, a menudo, son causa de tropiezos cuando se trata de proyectar cambios. Hay dos maneras de remediar ésto. Una es cubriendo completamente el tapiz con lienzo u otro género

aparente, y la otra poniendo pequeñas cubiertas especiales, y que vienen hechas para ajustarlas al tapiz.

Es una delicia poner cortinas nuevas, especialmente si se les arregla en forma diferente a las anteriores. Esto

no cuesta mucho, sobre todo cuando han sido hechas en la casa y terminadas con uno de esos excelentes galones que se encuentran en cualquier negocio.

Con la cocina sí que no se puede hacer mucho en la transformación, pero se puede conseguir algo con poco costo, reemplazando esas ollas y tiestos antiguos de fierro y tan pesados como feos, por artículos de aluminio, que son baratos y se pueden conservar siempre brillantes.

Ahora, con respecto a cuadros, hay casas modernas que los han suprimido completamente y tienen desnudas sus paredes. Pero a muchas personas les agrada algún decorado en las paredes y uno o dos cuadros ayudan mucho a hacer más agradable un cuarto, pero hay que tener cuidado de no sobrepasarse en su número. Un par de cuadros, bien escogidos y que armonicen con el color predominante en la habitación, quedan mucho mejor que varios colores al azar. Si el cuarto no es muy grande, bastará un cuadrito en cada pared.

Y hablando de cuartos chicos, ¿se ha fijado cuánto ayuda un espejo a crearse la ilusión de espacio? Un espejo plano, sin bordes o molduras, y colocado en la pared, es la última palabra en esto y si se le pone en un rincón apropiado, se transforma en un decorado sumamente atractivo y será una ayuda eficaz para agrandar una habitación pequeña.

Su nuevo hogar debe presentar un aspecto de desnudez, es decir, no deben verse muchos muebles pero no hay que olvidar que una simplicidad cómoda será su mejor acierto.

LOS PASEOS A LA CORDILLERA FORTIFICAN EL ORGANISMO

No solamente se desembaraza el cuerpo de todas las impurezas, sino que también se enriquece la sangre. La altura provoca con una rapidez extraordinaria (cuatro horas de permanencia), la formación de glóbulos rojos en la sangre, y este mejoramiento no se produce sólo en cantidad, sino que también en cualidad. El aire de la alta montaña es extremadamente saludable para el cuerpo en general. Los viejos reumas, los restos de gripe, todo desaparece; los asmáticos respiran como todo el mundo. En verdad, el aire de la alta montaña realiza una regeneración y un rejuvenecimiento de todo el organismo.

El color maravilloso que tienen los que practican los deportes de invierno, es el resultado de todas estas cosas. Es el reflejo fiel de una salud perfecta, que no puede reemplazarse por artificios.

Practiquen los deportes de invierno. No crean que ahí se encuentra solamente gente joven. Vayan a un curso de ski. Sobre diez alumnos, siete son mujeres.

Tienen todos los meses de otoño e invierno por delante, si sus ocupaciones no les permiten acudir en ese tiempo, no se aflijan, pues hasta en la primavera se podrá ir, internándose, eso sí, un poco más adentro, en la cordillera el sol será más ardiente, la nieve menos dura y los días más largos.

Y cuando llegue el verano, y ustedes comparen los estimulantes días pasados en la montaña, con los suaves días a orillas del mar azul y tibio, quizás desearán que el invierno dure los doce meses del año.

Curiosidades de la vida

El beber líquidos de una misma copa por los dos novios, es una parte importante de las ceremonias nupciales entre dos tercios de la raza humana, o todos los habitantes de los países no cristianos. La mayoría utiliza licores destilados, cerveza o vino, mientras los otros prefieren leche animal o de coco.

Ningún monarca ha vivido su vida con tanto temor como Abdul Hamid, Sultán de Turquía, de 1876 a 1909. Aunque el Palacio Yildiz, de Constantinopla, estaba fuertemente fortificado, sus habitaciones privadas tenían puertas secretas, espejos colocados en ángulos, revólveres cargados y modelos de cera del Sultán, en varias posiciones, los cuales se esperaba que engañarían a los asesinos, y recibirían las balas o las puñaladas destinadas al monarca.

Todos los policías, abogados, jueces y personal de los juzgados saben muy bien que las confesiones arrancadas a los presuntos culpables, por procedimientos de tercer grado, o sea la tortura, carecen legalmente de valor. A pesar de todo, está reconocido que es este un procedimiento "convencional", muy eficaz para arrancar confesiones. Pero en los casos ocurridos en los Estados Unidos, y que luego fueron en apelación a la Corte, entre los años 1920 y 1930, no se invalidaron las sentencias en un 24 por ciento de esos casos, a pesar de haberse reconocido que se había acudido a esos métodos de tercer grado para arrancar las confesiones.

¿HA LEIDO UD. LA

REVISTA DEL PACIFICO ?

Publicada con la cooperación de los

ESCRITORES DE CHILE

Representa un espléndido manojo del pensamiento de los escritores nacionales.

La publicación mensual que debe leer toda gente culta.

Pídala en librerías y puestos de diarios.

PRECIO: $ 2.00

La escoba y el plumero

consejos de Tía JACOBITA

VAMOS A EMBOTELLAR VINO

Casi todas las dueñas de casa, por razones de economía muy laudables, optan por comprar el vino en damajuanas o en barriles. Pero muchas veces lo único que se consigue es perder justamente el dinero, porque el vino se pone malo cuando va por la mitad, se avinagra o "se pica", como se dice en nuestra tierra. Y hay que ver los disgustos que esto nos proporciona.

Lo más práctico es, apenas llegue el pedido que hemos hecho, ya sea damajuana o barril, proceder a embotellarlo. No es gran trabajo y el provecho si que es grande.

Hay que empezar por limpiar muy prolijamente las botellas. Lo mejor es lavarlas con sobras de té remojado, que se echa en las botellas con agua, agitando para que las hojas de té sirvan como escoba y arrastren con todo lo que pudieran tener adherido, adentro. Se enjuagan en varias aguas y se dejan gollete abajo para que escurran.

Mientras tanto se habrán comprado los corchos que deben ser de muy buena calidad y de un tamaño proporcionado al gollete de las botellas. Hay que insistir en esto de la calidad de los corchos, ya que si no son buenos, el vino tomará mal gusto y quedaremos igual que si el vino se hubiera "picado" en los envases en que llegara de la bodega. Los corchos se hacen hervir para que hinchen y estando en la olla, muy caliente aun el agua, se procede a embotellar.

Se echa el vino en un jarro y poniendo un embudo en cada botella, se llena ésta hasta donde empieza justamente el gollete. Con unos aparatos que se venden en cualquier mercería y son muy baratos, se procede a poner el corcho, que debe quedar perfectamente ajustado y a ras con el borde. Muchas señoras ponen aún, como última precaución, una capa de cera derretida sobre esta parte de la botella. Algunas hasta tienen su receta para hacer una especie de lacre. Pero si se trata de vino que se va a consumir en el mes, no vale la pena todo este ajetreo, bastando que los corchos sean de buena calidad para que el vino se conserve en perfectas condiciones.

Cuando es chicha, si que hay que asegurar los corchos. Lo mejor es poner un capuchón de papel plegado a cada botella, atado con una pita. Algo así como lo que hacen en las boticas con los frascos de remedio. Es lo más seguro y ligero, ya que el otro sistema, que consiste en poner una especie de canastillo de alambre, es muy odioso y complicado.

Todas las botellas deben colocarse en casilleros, acostadas. Y lo mejor es ir lavando, día a día, las botellas que se desocupen, ya que en esta forma no se forman pozos en el fondo, que después cuesta mucho hacer desaparecer.

Las botellas así, limpias, se colocan en unas jabas especiales, de alambre. Si no se tuvieran, se ponen sencillamente gollete abajo para que gotee el agua, cuidando que no se le acumule polvo encima. Al ir de nuevo a embotellar, con un enjuague que se les dé, estarán listas para emplearlas.

Las botellas que hayan contenido materias aceitosas, se limpian echándoles adentro afrecho y unas municiones y agitándolas en seco. El afrecho absorbe la grasa y las municiones sirven para ayudar a esta absorción. Después se enjuagan varias veces con agua de lejía y con agua clara. Quedan sin mancha alguna y sin olor tampoco.

Y con tan poco trabajo, podremos hasta hacernos la ilusión que el simple vino "litriado", que ofrecemos a los nuestros, es **reservado** y hasta **navegado**.

TIA JACOBITA.

Noticiario Femenino

ELISA AGUILAR junto con sus hermanos, obtiene un éxito clamoroso en su presentación en el Teatro Municipal. Española y de una familia de artistas, desde muy pequeña se ha dedicado al instrumento que hasta la aparición de los Aguilar en el mundo músico, sólo existía como una tradición: el laúd. Con una cultura extraordinaria, refinada y excepcional como ejecutante, completa el cuarteto que se ha impuesto al mundo entero, como una de las manifestaciones más puras del arte musical.

ANDREE HAAS viaja ya con rumbo a Europa para irse a Ginebra, donde ingresará en uno de los cursos de perfeccionamiento para profesores de su método, que anualmente realiza Jacques Dalcroze. Lleva además el propósito de alcanzar después a Dresden y seguir allá otro curso con Mary Wigman, tomando así de cada escuela — consideradas como las mejores de danzas existentes — lo conveniente para aplicarlo en su futura obra de danzarina.

TONA ENGEL presenta a sus alumnas en un festival de danzas en que su escuela de ballet ruso se pone de manifiesto. Dentro de su manera y de la coreografía, lo que ella y sus alumnas realizan, bien merece un aplauso.

CAMERAMAN.

LOS MELLIZOS

LA SERPIENTE AMARILLA

(Continuación de la pág. 20).

Lanzó una mirada a su alrededor.

—Temo haberla despertado, ¿no?— preguntó Clifford, sin responder a su interrogación—. No sirvo para ladrón; a pesar de que era lo más fácil del mundo, entrar en la habitación contigua. ¿No me oyó usted?

La joven asintió lentamente.

—¿Era usted, entonces?— preguntó, tartamudeando.

Lynne la contemplaba mordiéndose, pensativo, el labio inferior.

—Me veo en el mayor de los compromisos. Espero que se capacitará usted de ello— le dijo—. ¡He escalado la casa en la obscuridad de la noche..., la he acostado a usted... y aquí estamos, juntos los dos, en este gris amanecer!... Tiemblo sólo de pensar lo que dirá Esteban y lo que pueda imaginar la corpulenta Mabel. En cuanto a Letty...— se encogió de hombros—, no puedo confiar en que me acoja con su bien conocida caridad.

Juana se incorporó más, hasta quedar sentada y con las manos se apretó las sienes palpitantes.

—Pero, ¿siempre ha de tomar usted a broma todos los acontecimientos? — preguntó estremeciéndose el repentino recuerdo de los sucesos de aquella noche—. ¿Dónde están esos hombres horribles?

—¡Bah!... No son tan horribles como parecen — respondió él—. De todas formas, ya se marcharon. Salieron por la ventana y celebro decir que ninguno de ellos va seriamente herido. Ya tengo en mis manos a un estúpido *culie* enfermo... y no quiero convertir la casa de Slater en un hospital de convalecientes para la clase criminal de China.

Inclinó la cabeza y se puso a escuchar. Sus avezados oídos, habían percibido el distante zumbido de un automóvil.

—Me parece que ya vienen Esteban y sus dos Gracias — dijo.

Al escuchar estas palabras, Juana le miró confundida.

—¿Qué va a usted a hacer?— preguntó—. ¡Usted no debe estar aquí!

Clifford se echó a reír por lo bajo.

—¡Qué femenino es eso de ponerse a estudiar las conveniencias en una crisis como ésta!

Entonces antes de que ella pudiera adivinar su intención, se acercó a Juana y con una mano le acarició el cabello.

—¡Observe cómo calculo los segundos! — dijo. Y antes de que su voz se hubiera extinguido, desapareció.

La muchacha oyó claramente el ruido del coche y, saltando de la cama, corrió a la ventana, cuya cortina estaba descorrida. Dos brillantes faros aparecieron en la semiobscuridad del amanecer y describieron una curva para tomar la avenida. Al mismo tiempo oyó cerrarse la puerta y vió a Clifford atravesar, veloz, el camino y buscar cobijo en un grupo de redodendros. Casi antes de que hubiera desaparecido, se detuvo el automóvil y saltó, de su interior, Esteban Narth.

Desde la ventana podía ver perfectamente al pequeño grupo. Esteban, embutido en la blanca pechera de su camisa que brillaba pálidamente; las dos muchachas, envueltas en sus elegantes abrigos de noche. No podía ver la cara de Narth, pero observó algo raro en su actitud. Había cierta nerviosidad en sus movimientos y no parecía deseoso de entrar en casa. Por dos veces anduvo alrededor del coche, se puso a hablar con el chofer y no entró en el *hall* hasta que oyó las pisadas de sus dos hijas que subían, ya, por la escalera.

Letty y Mabel dormían en el primer piso. Oyó la voz chillona de Letty, alterada por el enfado y la otra voz, más grave, de su hermana. Narth intervino, después, en la conversación.

—¡Claro que estará bien! — decía Letty, con tono agudo—. ¡No seas ridículo, papá!

Juana cruzó su cuarto y abrió la puerta.

—¿Y por qué no había de estar bien?— preguntó Mabel—. ¡Vaya una tontería!... Lo único que haríamos sería despertarla. ¡Qué ridículez!

Oyó los pesados pasos de Esteban en la escalera — extrañada, cerró la puerta. Al cabo de un instante sonaron unos golpecitos y Juana abrió.

—¡Hola! — exclamó Esteban Narth, violento—. ¿Qué?... ¿No hay novedad?

Estaba intensamente pálido. El labio inferior le temblaba así como las manos que había ocultado en los bolsillos para que la joven no las viese.

—¿Nada? ¿No hay novedad?— volvió a preguntar, en forma extraña.

—Ninguna n o v e d a d, señor Narth — respondió ella.

—No ha ocurrido nada, ¿eh?— insistió, avanzando la cabeza con un gesto extraño, parecido al de un pájaro—. ¿Todo va bien, Juana?

Era tan rara su voz y tan extrañas sus acciones que sólo pudo atribuirlo a que hubiese bebido unas copas de más. Sin embargo, no lo demostraba en ningún otro sentido.

—¿Nadie te ha molestado?... Lo celebro. ¿Te habrán despertado las chicas, veraad?... Bien, bien. Buenas noches, Juana.

Bajo la escalera, algo inciertо., La muchacha, extrañada, cerró la puerta.

. . . . . .

Aun tuvo mayores motivos de extrañeza en la mañana siguiente, cuando se sentó a solas a la mesa para tomar el desayuno y se enteró de que el criado no había cenado en casa aquella noche. El señor Narth le había telefoneado desde Londres para pedirle que le llevara un libro. Para qué necesitaba el libro el señor Narth, cuando e s t u v o acompañando a sus hijas, toda la noche, es cosa que sólo él podría explicar sin llegar a convencer a nadie, seguramente.

A las once bajó Esteban a desayunar. Llegó amarillo, nervioso, irritable y con el aspecto de no haber pegado un ojo en toda la noche.

—¿No se han levantado las chicas, todavía? — preguntó—. En estas ocasiones tenía una forma de hablar, intermitente, como en *staccato* y, por regla general, las malas noches que pasaba degeneraban en una brillante exhibición de mal genio. Pero ahora que Juana esperaba esta exhibición, Narth se mostró singularmente i n o f e n s i v o.

—Tendremos que c a s a r t e pronto, Juana — dijo sentándose a la mesa ante un desayuno poco atrayente—. Creo que ese Clifford es un buen muchacho. Resulta algo violento enterarse, a estas horas, de que es uno de los principales socios y celebro infinito no haber dicho lo que estuve tentado de decir la primera vez que nos vimos...

—Me caso el próximo viernes — dijo Juana, despacio.

Esteban Narth la miró con un cómico gesto de susto.

—¿El viernes? — protestó—. ¡Imposible!... ¿Cómo el viernes?... ¡Eso resultaría... hasta indelicado!... Pero, ¡si apenas conoces a ese hombre!

Abandonó la silla con aspecto de débil rabia.

—¡Yo no puedo permitir eso!... ¡No!... Debe hacerse lo que yo quiera. Pero, ¿lo sabe Mabel?

A la joven le pareció sorprendente que Mabel no hubiese informado a su padre, pero días después se enteró que la hija mayor de Narth, reservaba esta noticia para soltarla en la intimidad de una reunión familiar.

—¡Hasta por decencia!... ¡Sí; por decencia!— seguía protestando Esteban Narth y había en él un algo tan distinto a su

(Continúa en la pág. 77).

La señora y la cocina

LOS HUEVOS

Constituyen uno de los alimentos más completos. Deben proporcionarse constantemente a los niños, si bien cuidando que sean muy frescos, si es posible del día. Y casi no hay plato fino en que el huevo no intervenga, ya en las pastas, ya en las salsas, ya en las guarniciones, ya en el guiso propiamente tal. Y esto, sin referirnos a la repostería, hecha casi exclusivamente a base de huevos. Por lo tanto, en ninguna cocina pueden faltar estos ingredientes tan importantes, si se quiere comer bien, bonito y barato.

Y no se crea esto una ironía. Se come bien, porque cualquier plato en que intervengan los huevos, resulta sabroso y sumamente rico en elementos nutritivos. Se come bonito, porque ya estamos de acuerdo en que la presentación de cada vianda es cosa importante, por aquello de que "debe entrar por los ojos". Y se come barato, porque, comparativamente un par de huevos fritos cuesta menos que un plato de tallarines o de otro guiso condimentado, se hacen con menos fuego, más rápidamente y son mucho más alimenticios y mucho menos pesados. Se ahorra tiempo y dinero. Y se gana en salud.

En muchos países del mundo se sirve siempre, a la hora de almuerzo, como primer plato, huevos aderezados en distintas formas, reemplazando la cazuela nuestra o el caldo en general, que si bien es un estimulante, no tiene, en verdad, gran valor como alimento. Y ya entre nosotros esta costumbre se está generalizando, sobre todo en las grandes ciudades o en aquellas zonas en que hay mucho extranjero.

Claro que si ustedes presentan todos los días huevos pasados por agua a los suyos, terminarán éstos por protestar en forma enérgica de semejante monotonía. Pero como hay mil maneras de presentar los huevos, si ustedes hacen una variación constante, serán siempre bien recibidos y saboreados.

Vean algunas formas de prepararlos, nuevas y finas.

LA HERMANITA HORMIGA.

CUATRO MANERAS DE ADEREZAR LOS HUEVOS

Huevos a la asturiana.

Con la ayuda de un molde filudo se cortan en redondelas unas lonjas de jamón crudo, que se cuecen en leche, se escurren, se enharinan y se frien. Cuando están medio fritas, se colocan en un platito hondo que resista al horno o en un cacharrito de greda, pero un poquito extendido. Se le pone una cucharada de salsa de tomate y un huevo, más una chispa de sal y se entra al horno para que cuaje, sirviéndolo muy caliente

Huevos con bechamel.

Se hace una salsa de bechamel con perejil picado. Se prepara un molde con mantequilla y pan rallado y en el fondo se echa la salsa, formando una capa de unos tres centímetros; encima se coloca otra capa de rodelas de huevo duro; luego, una de salsa y otra de huevos, terminando por una de salsa. Se espolvorea con queso rallado, se le pone unos montoncitos de mantequilla y se entra al horno para que dore. Se lleva a la mesa en la misma fuente, sirviéndolos en platos que hayan estado en la hornilla recalentándose.

Huevos a la italiana.

Se toman ciento veinticinco gramos de pan rallado y la misma cantidad de queso parmesano, también rallado, se mezclan y se les agrega sal, pimienta, cuatro yemas de huevo y una cucharada de mantequilla.

Esta salsa se pone en una budinera lo más extendida posible y se entra al horno para que cuaje. En el momento en que empiece a dorarse se le rompen uno al lado de otro los huevos necesarios, se espolvorean con sal fina, pimienta blanca y queso rallado, se les añade una cucharada de mantequilla desleída y se vuelve la budinera al horno hasta que los huevos estén en su punto.

Se sirven en la misma budinera.

Huevos rellenos con callampas.

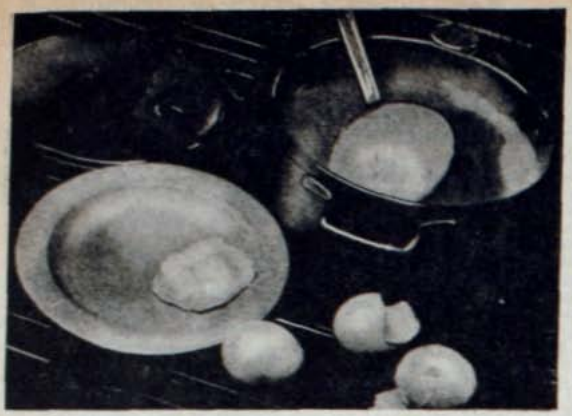
Se espera que el agua hierva a borbotones para echar en ella los huevos y para que no se revienten, se les hace una picadura en un extremo con un alfiler. Una vez que estén duros, se los pone en agua fría y después es fácil sacarles la cáscara y que queden perfectamente enteros. Se cortan entonces por la mitad, a lo largo y la yema se aparta, moliéndola con un tenedor.

Se tiene un picadillo muy fino de perejil y otro de callampas fritas, se mezcla todo y pa-

UN GRAN POSTRE

Tortilla al ron.

Se baten, sólo un poco, cuatro huevos, para que unan claras y yemas. Se pone mantequilla en una sartén y al estar muy caliente se echa en ella el batido, que se habrá aliñado con una pizca de sal fina. Se deja que cuaje y se da vuelta con la ayuda de un plato. Se le da una dobladura y luego otra. Entonces se saca y se coloca en una fuente larga, que resista al fuego. Se espolvorea con azúcar granulada, se le colocan alrededor unos cuantos terrones y se le vierte una copa de ron. En el momento de llevarla a la mesa, se le prende un fósforo, para que llegue ardiendo. Hay que esperar que el azúcar tueste para servirla.



ra que una mejor, se le agrega otra yema cruda, se sazona con sal y pimienta blanca y se rellenan las claras, colocándolas en una budinera extendida, con el relleno para arriba. Se le vierte una salsa blanca y se entran al horno un momento antes de servir, llevándolos en la misma budinera y muy calientes a la mesa.

Nuestra muy chilena cazuela quedará mucho más sabrosa si en el momento de llevarla a la mesa se aliña con huevo.

El decorado hace que estos huevos rellenos tengan un aspecto atrayente y apetitoso.

CUATRO FORMAS DE PREPARAR LAS TORTILLAS

Tortilla con riñón de ternera.

Se asa un riñón de ternera y se corta en pedacitos muy finos, que se colocan en una cacerola con unas cucharadas de salsa española, otras tantas cucharadas de caldo de puchero desengrasado y colado, perejil y cebolla picada, sal y pimienta blanca. Se deja que todo dé un hervor.

Mientras tanto se hace una tortilla, tratando de que quede muy alta. Una vez lista, se coloca en una fuente redonda, se apila en el centro el riñón, se le echa por encima la salsa y se sirve. Es muy sabroso plato.

Tortilla rellena.

Se hacen dos tortillas exactamente iguales, muy extendidas y una vez frías, se apastan con un cuchillo, para que queden muy delgadas. Se prepara una crema de espinacas, o, si fuera el tiempo, se cuecen arvejitas tiernas, se escurren y se revuelven con un huevo batido, se aliñan y se dejan enfriar.

Se coloca una de las tortillas en una fuente redonda, se espolvorea con queso parmesano rallado, se rellena, ya sea con la crema de espinacas, o las arvejitas, se espolvorea nuevamente con queso y se pone encima la otra tortilla, prensándolas para que queden como una especie de sandwiches. Se le pone queso encima y se sirve fría, siendo muy sabrosa y fina.

Tortilla de pescado en escabeche.

Esta tortilla es muy a propósito para aprovechar sobras de pescado frito, que se pone en una fuente honda con un escabeche por veinticuatro horas. Entonces se desmenuza y se limpia de espinas, friéndolo con cebolla picada muy fina y perejil. Se deja que enfríe y se mezcla con el batido de los hue-

Ensalada con guarnición de rollitos de jamón y huevos duros.

Una yema acaramelada, rodeada de merengón, será un postre novedoso y exquisito.

vos y se fríe, debiendo quedar bastante alta la tortilla. Se puede servir con una salsa de tomate que se lleva aparte a la mesa, o si no, con una ensalada de berros, bien aliñada.

Tortilla de carne.

Es otra tortilla en que se pueden aprovechar sobras de asado, ya sea de cordero o de ave, o caza. Se pasa por la máquina y se une con el batido, se aliña y se hace la tortilla que se deja reposar en la propia sartén, una vez cuajada.

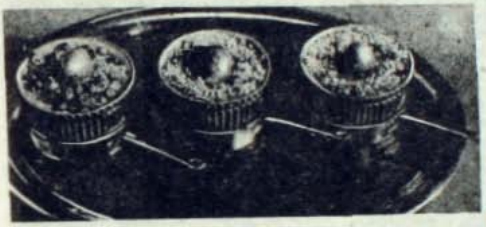
Aparte se fríe cebolla muy fina, se le agrega un cucharón de salsa de tomate y otro de caldo de puchero, se sazona y se deja que dé un hervor, para colarla sobre la tortilla, dejando que repose otro rato antes de llevarla a la mesa.

Budín de chocolate, servido con una crema de coco, sencillamente delicioso.

DOS RECETAS PARA HACER BUDINES

Budín de papas de apio.

Se cuecen las papas de apio, se pelan y se cortan en ruedas



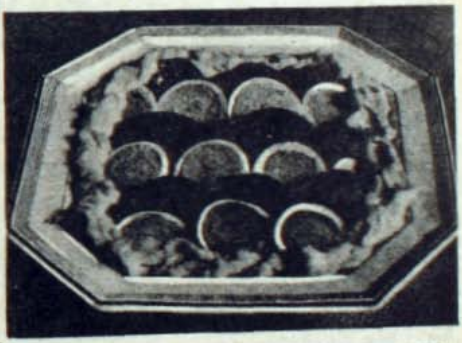
Sobre un fondo de arvejitas con crema, se ha dejado cuajar un huevo.

que se fríen en mantequilla con sal. Se espolvorea con un poquito de pimentón dulce, la punta de un cuchillo, sólo para darle gusto. Se aparta y se deja que enfríe, para añadirle cuatro huevos batidos y una miga de pan francés, deshecha en una taza de leche. Se hace una mezcla muy unida y se echa en una budinera enmantequillada para entrarla a horno, hasta que cuaje.

Budín real.

Se deshuesan dos perdices cocidas con bastante aliño y se pasan por la máquina con dos criadillas cocidas en agua con sal, pan y medio francés, sin cáscara, remojado en leche y una caja de trufas con su jugo. (Pueden ponerse en lugar de las trufas, callampas frescas, fritas). Se le agregan seis yemas batidas y después las seis claras, a punto de merengue. Se sazona con sal, pimienta blanca, raspadura de nuez moscada y una copita de Jerez. Una vez bien unido, se vuelca en una budinera enmantequillada y se entra al horno, hasta que cuaje.

Se sirve con una salsa holandesa, cuya fórmula hemos dado en números anteriores. Plato de banquete. Puede hacerse en budineritas individuales.



Ensalada de rajas de tomates, alternadas con rajas de huevo duro. Véase al lado el aparato que sirve para que estas rajas queden todas iguales.

Huevos rellenos con callampas, puestos de pie sobre torrejas de pan frito y rodeados de más callampas fritas.

LA REDENTORA

(Continuación de la pág. 9).

mo una fuerza natural y bienhechora.

—Jamás he hablado con ella de su próximo matrimonio, pero es evidente que nunca se ha imaginado algo más agradable.

—Le pediría a usted que se encargue de proponérselo.

—¿Y por qué yo y no usted?

—Ya le he dicho que en presencia de ella perdería toda mi audacia.

Al llegar a este punto de nuestra entrevista, vi perfectamente y en forma repentina la silueta intranquilizadora del padre de Albina. ¿En qué forma tomaría él el asunto? ¿No amaría demasiado a su hija para permitir ser despojado de ese tesoro?

—¿Y el padre de Albina? — le pregunté.

—¡Bien! Cuando sepa la contestación de Albina, yo me encargo de hablar con él.

—Muy bien.

—Examiné su estado civil, es decir, la fecha y el lugar de su nacimiento con los nombres de sus padres. Es originario de Limoges. Su padre era médico. No me había equivocado. Pertenece a una familia instruída. Sin duda, ha tenido uno u otro de esos disgustos que convierten a los jóvenes que tienen alguna carrera, y los precipitan hacia los trabajos manuales. Además, he hecho tomar sus datos en su país natal y los estoy esperando. Cuando los haya recibido, se lo comunicaré.

—¿No cree usted que sería mejor tenerlos, antes que yo ensaye la petición que usted me ha hecho?

—¡Oh! Nada podría cambiar mi decisión. Pero consiento, ya que será cuestión de pocos días.

Nos separamos sobre este acuerdo. Del presbiterio me dirigí a la iglesia para dar gracias a Dios por la protección de la que era objeto Albina. Sin duda que con ella perdería a la flor de mi patronato. Pero, convertida en la mujer de Carlos Perriere, ¡qué feliz influencia no ejercería en la fábrica de tejidos! Su irradiación se extendería por todo Vizille y facilitaría mi tarea apostólica. Al regresar al presbiterio, participé al cura de la gran noticia, exigiéndole el secreto. No participó en ningún modo, de mi entusiasmo.

—Estos casamientos desiguales — me declaró — no han resultado jamás.

—No es un casamiento desigual. El padre de Fournel era médico.

—Pero, ¿el mismo Fournel?

—Es un excelente mayordomo. Posiblemente aun, sea un inventor.

—¿Está casado realmente?

—Sin duda, ya que la señorita Albina es su hija.

—¿Legítima o natural?

—Oh, señor cura, ¿por qué esta hipótesis insultante?

—Porque ni usted ni yo hemos visto su matrimonio ni el nacimiento de su hija. Cuando Albina entró en vuestro patronato, le aconsejé averiguar estos datos.

—No es mi costumbre, señor cura.

—Tratándose de las personas de la región, no, puesto que las conocemos; pero, acerca de un extraño, es prudente.

—¿Qué ha pensado usted, entonces?

—Nada, aun. Pero deseo informarme. Hay algo de raro en los modales de Fournel. Habla latín, toca el órgano, tiene temor de entrar a una iglesia y le teme al hábito sacerdotal. Yo creo adivinarle a estos indicios un origen poco tranquilizador.

—Por amor de Dios, señor cura — supliqué en el colmo de la inquietud — precise vuestra idea.

—¡Oh! No es más que una suposición. No sería caritativo el decirla.

—Sin embargo, solicito me la diga. No se la diré a nadie.

—No, no, señor abate. No hablaré sino en caso que pueda confirmar lo que digo. También yo he escrito y también sabré algo acerca de Fournel. Lo único que le pido es demorar la petición que le ha hecho Carlos Perriere, hasta que yo pueda autorizar a usted u oponerme.

Nada pude obtener y en vano traté de averiguar lo que el señor cura insinuaba. La verdad debía sobrepasar a todo lo que me había imaginado.

EL PADRE DE ALBINA

La verdad debía sobrepasar a todo lo que me había imaginado. Carlos Perriere volvió a verme con algunos informes incompletos, pero a pesar de todo, desfavorables. Albina era una hija natural. Su madre murió al darla a luz. También era, como la familia Fournel, originaria de Limoges, institutriz; vivía con su padre, antiguo empleado público, en retiro y alcohólico. Desgraciadamente se había dejado seducir.

—No le concedo importancia— me advirtió el joven, después de haberme puesto al corriente de estos datos —, y deseo que usted tampoco haga ninguna alusión a ellos. La señorita Albina ignora el secreto de su nacimiento y nada sabe acerca de su madre a quien ella no conoció. No quiero que este recuerdo sea empañado. Y aun, tomaremos nuestras precauciones de acuerdo con su padre, la alcaldía y la iglesia, pues se murmuran alusiones acerca de su nacimiento, a fin de que no sea informada por los actos oficiales. Eso es todo, y no tarde en hablarla.

—Cuente conmigo, pero déjeme elegir el momento favorable.

El momento favorable era fácil de encontrar, pero había dado mi palabra al cura de esperar los resultados de su propia encuesta. Los recibió uno o dos días más tarde y me llamó a su pieza para comunicármelos. A pesar de todo, no parecía orgulloso, al contrario, estaba abrumado.

—¡Ah!, mi pobre abate — me dijo estrechándome las manos—. Había adivinado muy bien este asunto.

Yo no había adivinado nada, pero presentía una desgracia.

—¿Qué hay de malo? — pregunté ávidamente.

—El latín, el órgano, ese temor de la sotana, sí, Fournel es un sacerdote exclaustrado.

Yo me desplomé con esta revelación. Después me rebelé:

—¡Vamos, señor cura! ¿Cómo ha sabido usted eso?

—Me dirigí a Monseñor de Limoges, a quien había encontrado en Lourdes. El señor Fournel pertenece, en efecto, a una familia muy honorable. Instruído y lleno de fervor, hizo en el seminario, brillantes estudios, y después, recibido de sacerdote, fué nombrado vicario en una parroquia en los alrededores de Limoges. Fué en ese sitio que se juntó con la institutriz, que dirigía un patronato. Ved, señor abate, como hay que ser prudente en todos los asuntos femeninos. El escándalo fué enorme y los dos culpables debieron abandonar la diócesis. El rehusó abandonar a esa mujer. Murió poco tiempo después del nacimiento de Albina. El señor Fournel ha ejercido después diversos oficios; al fin ha venido a dar aquí, donde nadie conoce su pasado, o donde nadie debe conocerlo. ¿No hay necesidad, verdad, de recomendarle a usted el secreto?

Yo estaba aterrado y permanecí algunos instantes en un estado de postración, que el cura toleró pacientemente. Después le pregunté humildemente.

—¿Qué debo hacer, señor cura? ¿Advertir al señor Carlos Perriere?

—Reflexionemos, señor abate. Examinemos este caso tan difícil.

Comprendí que lo había juzgado mal. La experiencia de la vida lo había hecho desconfiado e irónico, pero para obrar recobraba su virtud.

—Vuestra Albina — continuó después de algunos instantes de silencio —, es, según usted, digna de toda estimación. ¿Sería justo que ella expiara la falta cometida por sus padres? Si al amor que el señor Carlos Perriere la tiene es tan grande como usted me ha dicho, es decir de la más alta y rara cualidad, no se inclinará delante de las circunstancias, por más abominables que sean, de las que la joven no es responsable. Pero entonces, sería necesario que Fournel desapareciera. Esa puede ser la solución. La desaparición del padre culpable, del padre indigno, su desaparición o, si fuese posible, su retorno a la iglesia, a Dios, que le perdonaría. ¿No es Dios quien repentinamente le pide sacrificarse por su hija y de reivindicarse mediante ese sacrificio?

Yo lo admiraba en sus deducciones. Me indicaba el verdadero camino con una extraordinaria lucidez. Pero, ¿lograríamos traer nuevamente a la iglesia a este apóstata que la abandonó por su querida?

—Así, pues, señor cura, — terminé —, usted me aconseja de prevenir en primer lugar a Fournel.

—Es mi consejo. Pero, nada más que un consejo. La cuestión es tan delicada, que no puedo resolverla por mis propios medios. Vaya a la iglesia, señor abate y rece. Después, usted decidirá según su propio criterio.

Hice caso del consejo y me arrodillé largo rato al pie del altar. Cuando me levanté, tomé el camino hacia la casita, en el valle de Vaulnaneys. Sabía que a esta hora Albina estaba ocupada en el patronato y que podría entrevistarme a solas con su padre.

Tal como la primera vez, me abrió después de haber llamado reiteradas veces, y como la primera vez, retrocedió al divisarme, como si yo llevase algún maleficio. Sin embargo, ayudado por la gracia divina, no me dejé desconcertar por su recibimiento y le comuniqué el sentimiento que su hija había inspirado al señor Carlos Perriere, y del deseo que tenía él de pedirla en matrimonio.

—¿Y ella? — preguntó el padre casi violentamente.

—No sabe nada aun.

Pareció consolado.

—¡Ah! Bien.

—Antes de informarla, he querido advertirlo a usted.

—Pedirme el consentimiento. Como si él pudiese rehusar, sin el más espantoso egoísmo. Ataqué a fondo el asunto.

—Es mucho más que vuestro consentimiento que vengo a pedirle.

—¿De qué se trata?

—Su partida.

Y en voz baja añadí:

—O vuestro regreso.

Todas las fuerzas ocultas de este hombre, acostumbrado a dominar y a disimular su carácter, reaparecieron repentinamente.

—¿Qué quiere usted decir?

—Nada que usted no sepa.

—¿Que Albina es una hija natural?

—¡Oh! Su patrón ya lo sabe.

—¿Y qué más puede saber? Lo miré cara a cara.

—El resto.

Se había enderazado, como si quisiera reventarme o matarme. Después continuó:

—Señor, — se corrigió —; señor abate, no ocultemos las cartas. Hablemos francamente.

—¡Pues bien! Señor, usted es sacerdote. "Tu es saceros in aeternum". Dios le ofrece la ocasión única de volver al seno de la iglesia, sacrificándose en bien de su hija. Le juro que nunca Albina conocerá la verdad.

Se agitaba en la pieza, demasiado estrecha, como una fiera enjaulada. Pero no me contestaba. Era mejor de lo que yo esperaba. Repetí mi frase:

—Piense en la felicidad de Albina.

Respondió sordamente:

—Ella es mía.

A continuación me preguntó:

—¿Está informado de esto el señor Perriere?

—No, se lo juro.

—Cuando lo esté, no querrá más a mi hija. Será preciso que dejemos estos sitios y buscar en otra parte nuestra vivienda y el olvido.

—Señor, no creo que el señor Perriere retire su demanda. Ama a la señorita Albina con un amor único.

—Tendrá miedo al escándalo.

—No habrá escándalo. Vuestra hija se casará en una capillita de Grenoble. Regresará como una soberana.

—Sí. No es necesario que yo vaya allá para avergonzarla.

—Sobre todo, no es necesario que sepa su origen.

—Pero, señor abate, ella me quiere a mí, a su padre. Es mi delicia, mi alegría, mi todo. No pueden quitármela. No puede desdeñarme.

Podía leer en su rostro crispado, la desesperación. Albina era su razón de ser. Sin ella, ¿qué sería de él? ¿No se quedaría él a menos que fuese la ocasión del rescate?

—Ella no lo desdeñará, señor. Es usted quien voluntariamente le causará la gran pena de dejarla.

—¿Dónde desea usted que yo vaya?

—Donde es preciso que usted vaya tarde o temprano.

—He perdido la fe.

—¿Está usted bien seguro de eso? En esa misa de Navidad, cuando usted acompañaba al canto de su hija, los coros rezaban con ella. ¿Y usted mismo?

—No rezaba. Posiblemente desearía rezar.

—Los deseos bastan al Señor. El se contenta con su buena voluntad.

No me contestó, pero ya no me consideraba como a un enemigo. Más aun, me tendió la mano cuando hice ademán de retirarme.

—Me ha hecho sufrir bastante, señor abate. Pero tal vez tenga usted razón. Déjeme reflexionar. Sí. La felicidad de Albina debe estar por encima de la mía propia. Le he jurado a aquella que perdí. Si por causa de ella desaparezco, sabré desaparecer. Y desapareceré tan efectivamente, como usted no puede suponerlo. Quédese tranquilo. Nadie sabrá nada. Hay aquí, en la montaña, peñascos poco accesibles donde se puede resbalar fácilmente en el transcurso de un paseo.

No pude contenerme el tomarlo entre mis brazos.

—Eso, jamás. Albina no se merece eso. Ni su madre.

¿Cómo pude invocar a la mujer culpable? Fué un grito espontáneo. Que no la hubiese maldecido, parece inaudito, pero fué así.

—No todos los sacerdotes son tan indulgentes como usted — me dijo—. Mañana le llevaré mi respuesta.

Al día siguiente, fué precedido por el señor Perriere que vino a hacerme una visita cuando terminaba la misa. Su turbación no pudo pasarme desapercibida. Sin duda que no esperó que yo cumpliese la misión que me había encomendado. Posiblemente había hablado él mismo a Albina. ¿Qué respuesta habría dado esta joven? ¿Qué podría hacer yo, cuando los dos ignoraban ese sombrío drama sacerdotal, que cubría al amor con su sombra trágica?

Se excusó prontamente y en el acto me confesó que me había precedido. Por lo mismo que vi que él no se iba derecho al asunto, comprendí que la confesión, a pesar de sus esperanzas, no había obtenido un éxito inmediato. Estaba desconcertado y asombrado; no era lógico suponer que se alegraría esta niña que no era de su rango social y que ni siquiera tenía un nacimiento regular, y que él la hacía digna de un favor insigne.

Me contó sin demora las cosas tal como habían pasado:

—No había tratado, señor abate, de verla sola. No olvidaba que lo había encargado a usted que le hablase en mi nombre, a fin de no sorprender un corazón demasiado sencillo, para una diligencia a la cual no estaba pre-

parada y que probablemente la atormentase. ¡Cuánto mejor habría hecho al seguir el plan que habíamos trazado juntos! Pero, resulta que hubo un accidente en las máquinas, debido a la torpeza de una de sus compañeras. Usted sabe que debido a su habilidad, ha sido colocada aparte y se le ha concedido una especie de dirección sin título. La hice llamar para preguntarle su opinión acerca del accidente. Quiso echarse la culpa de la falta de las demás. Esto era tan generoso de su parte, que no pude dejar de decirle cuánto la admiraba. Protestó y quiso retirarse. Pero yo la tenía tomada de la mano:

—No, no, quédese señorita Albina. Tengo algo muy importante que decirle.

Se quedó en silencio con la vista baja, con ese aire celestial que tenía la noche de Pascua, cuando regresaba del comulgatorio. Le revelé mi amor, mi antiguo amor. Dió un paso hacia la puerta para huir:

—No es lo que usted puede pensar — exclamé—. Albina, se lo suplico, consienta en ser mi esposa. Es toda mi felicidad la que está en juego...

Entonces levantó sus ojos llenos de lágrimas:

—¡Oh!, — me dijo —; no es posible... Usted no sabe nada y...

La interrumpí inmediatamente:

—Se equivoca, Albina. Lo sé todo. Usted no es responsable de la debilidad de sus padres. Eso no cambia en nada mi cariño por usted.

No me atrevía a repetir la palabra "amor", para no asustarla demasiado. Repitió:

—Usted lo sabe todo. ¿Cómo ha podido saberlo?

—Tomé informes acerca de su padre cuando llegó a la fábrica.

—¿Y a pesar de eso me pide que sea su mujer?

—Sin duda, Albina. La amo...

Nuevamente bajó los ojos, como en el comulgatorio. ¿Era porque esas palabras eran demasiado dulces para soportarlas con los ojos abiertos? Lo pensé. Osé pensarlo por un momento. Entonces me dijo estas palabras casi incomprensibles:

—Ya que usted lo sabe todo, no podrá comprenderme. Ya estoy comprometida.

En un momento supe lo que era desesperación.

—¿Usted está comprometida, Albina?

—Sí.

—¿Conozco yo al novio?

—Sí — me contestó.

—¿Quién es, pues?

—¿Cómo es posible que no adivine su nombre, ya que lo sabe todo?

—Y antes que pudiese tomarla de nuevo, había huido con su paso rápido, aéreo.

—¿Cuándo ha tenido lugar esta escena? — le pregunté.

—Ayer tarde, a la salida de la fábrica.

—¿No ha vuelto a verla?

—No. A causa de ella he sufrido toda la tarde y toda la noche. Y esta mañana, a primera hora, he venido a buscar apoyo cerca de usted. ¿Qué ha querido ella significar? ¿Llega el escrúpulo de ella hasta el extremo de querer expiar la falta de su madre? Pero, yo no quiero tomar en cuenta el hecho de su nacimiento ilegítimo. He pensado que se ha dedicado a Dios, que quiere entrar de religiosa para reparar una falta de la que ella no es de ningún modo responsable, que no es un crimen, que ya está reparada por el dolor y por la muerte. Ahora es preciso que usted le hable, que usted le haga comprender que debe aceptar mejor la vida y la felicidad. La felicidad sí consiente en amarme como yo la amo.

—¡Ah!, pobre amigo — dije—. Usted no ha comprendido. No podrá comprender. Ella ha creído que usted lo sabe todo y no sabe más que una parte de la verdad.

—¿Entonces hay algo más? Revéleme sin vacilación. Guardaré el secreto, aún a exigencias de ella, si usted lo desea así.

¿Cómo ocultarle la verdad? ¿No tenía él derecho de conocerla? Entonces le confié el drama del padre, del sacerdote exclaustrado. Comenzó por titubear ante esta divulgación, pero se rehizo casi inmediatamente

—Sí — me respondió —, ahora comprendo. Ella se ofrece como holocausto para salvar a su padre. Es muy hermoso... Pero Dios no exige tanto. La amo bastante para no hacer caso de eso, y especialmente ahora que su alma se me ha mostrado hasta lo más profundo. Usted comprende, señor abate, que jamás encontraré otra muchacha tan digna de ser amada. No es necesario que sepa lo que usted me ha dicho. Es preciso atraerla hacia mí. En cuanto a su padre, le encontraré un puesto en alguna fábrica lejana, o en nuestra oficina en Lyon. El comprenderá la necesidad de una partida de esa naturaleza. Ayúdeme, señor abate, si es que siente alguna amistad por mí. Le suplico que me ayude.

Estaba desesperado, y sin embargo, leía en su rostro el esplendor que debe venir de un gran amor humano cuando Dios tiene su parte en él y cuando la ternura lo antepone al deseo. Le prometí de tentar con Albina esta empresa suprema. Iba a retirarse cuando me dijeron que alguien me necesitaba. Mi puerta está abierta a todo el mundo y no pude explicarme el protocolo empleado por ese visitante desconocido.

—Hágalo entrar — le dije a la empleada.

Carlos Perriere, que se despedía, salió casi al mismo tiempo que llegaba Fournel, pues era él.

—Señor — le dijo éste último respetuosamente —, ya que lo encuentro, ¿puedo solicitar autorización para no ir a la fábrica hoy día? Tengo la intención de pedir a usted un permiso.

—Bien — le dijo el patrón—. Lo dejo libre.

Y contra su costumbre, le tendió la mano. Sí, le tendió la mano al hombre, cuya traición sagrada acababa de conocer. Sin duda quiso darme esta prueba del secreto prometido, o posiblemente honrar al padre de Albina.

Cuando nos quedamos solos, con gran estupefacción mía, el señor Fournel se arrodilló en el confesionario que hay en mi pieza y dijo estas simples palabras:

—Padre, ¿quiere confesarme?

No puedo expresar a ustedes lo que sentí en ese momento. Ustedes, en sus vidas seglares, tal vez encuentren esos momentos inefables en los que la felicidad entra a torrentes en el corazón del hombre, como el sol que sale repentinamente de entre las nubes y que inunda de claridad la superficie de un lago haciéndola brillar.

Creo que si Carlos Perriere hubiese obtenido de Albina la confesión que esperaba, habría conocido uno de esos minutos inefables. Bien, le aseguro a ustedes que no son nada en comparación con la alegría de un sacerdote que siente que un alma vuelve a Dios, especialmente un alma tanto tiempo separada de él, por enormes abismos. Hubiese querido precipitarme hacia ese penitente inesperado y abrazarlo agradeciéndole la enorme alegría que me proporcionaba.

Pero sentí cierto escrúpulo: ¿tenía yo el derecho de oír su confesión? Un sacerdote que abjura su religión, ¿no necesita un confesor particular, revestido de un poder dado especialmente? No me detuve mucho tiempo en esta idea. No había que tardar más el instante solemne y me revestí de toda la dulzura posible para decirle:

—Hijo mío, lo escucho.

Cuando se levantó después de haber recibido la absolución, nos quedamos mirándonos. Ambos llorábamos. Las lágrimas daban a ese rostro endurecido una expresión completamente nueva. Entonces nos abrazamos. Después él recobró su calma y casi se sonrió al agregar:

—Le había prometido mi respuesta para hoy. Hela aquí: ahora será preciso que usted se preocupe de mí con el señor Arzobispo de Grenoble. Deseo entrar a la Trapa lo antes posible, si uno u otro consienten en dejarme entrar. Albina podrá casarse. Desearía tanto que fuese feliz...

Y agregó con una especie de sollozo:

—Lejos de mí.

El retorno a la vida sacerdotal no podía eclipsar su amor paternal. No era necesario renegar de él. Pero ese amor exigía su renuncia y sería el más cruel sacrificio.

—Usted sabe — le dije entonces —, lo que ella ha respondido al señor Carlos Perriere.

—No. Ayer en la tarde regresó a casa como de ordinario. Me pareció que estaba más cariñosa que de costumbre, pero no fué más que una impresión.

—Pues ha rechazado le petición de Carlos Perriere.

—¿Rechazado? ¿Por qué?

—¿No lo adivina?

—¿Cómo podría adivinarlo? Ignora todo mi pasado.

—Se equivoca usted. Lo sabe todo. Es por eso que se ha consagrado a Dios.

Pareció trastornado por esta noticia. Pero se rehizo pronto y apareció en él el hombre de acción:

—Voy a enviársela inmediatamente. Me sería muy triste tener una conversación semejante con ella. Dígale que me he confesado, que he sido absuelto de mis tremendas faltas y que por consecuencias, ahora no tiene por qué avergonzarse de su padre. Dígale que he resuelto dejarla para reanudar la vida sacerdotal, pero para reanudarla en el silencio y en el olvido, en un claustro. Y dígale, por fin, que espero que Dios me de tiempo para redimirme, que ya no tiene necesidad de ser mi redentora, que puede pensar en ella misma, labrarse su propia felicidad que está ahí, que la llama, que la espera. En fin, dígale que jamás la he querido tanto como en este momento que tomo la resolución de dejarla, y que no puedo dejarla sino confiándosela a aquel que la ama, que la ha pedido en matrimonio, a pesar de la maldición que pesaba sobre mí y que amenazaba alcanzar a mi hija. Ninguna mujer ha inspirado, ninguna mujer ha merecido un testimonio de amor tan grande. Dígale que le pido, le suplico que sea feliz y que ahora, ahora, puedo bendecirla.

Se animaba al hablar en esa forma. No, el amor paternal no quedaría excluído por su retorno al Señor. El se depuraba hasta inmolarse. Y yo le prometí repetir sus palabras a su hija.

COMIDA DE DESPEDIDA.

Al terminar la mañana, recibí la visita de Albina. Carlos Perriere no pudiendo soportar la incertidumbre, me la había enviado con cualquier pretexto. A su vez ella se admiró al conocer la nueva conversión de su padre. Lo que el joven me había dicho de su angelical belleza, estaba aún por debajo de la realidad. Resplandecía con una alegría suprema, parecida sólo a la que sentí yo cuando el abate Fournel, ¿cómo no restituirle su título?, se arrodilló ante mí en el confesonario. Entonces le repetí las palabras de su padre. Se las repetí con todo el entusiasmo de mi corazón. Me escuchaba sonriendo, sin perder una sola sílaba. Cuando hube terminado, me dijo, sonriendo:

—¡Qué elocuente es usted, señor abate!

—No soy yo, señorita Albina. Es vuestro padre.

—Sí. El me quiere. Continuará queriéndome en la Trapa, tanto como yo en las Carmelitas.

—¿En las Carmelitas?

—Sí, señor abate, hace tanto tiempo que lo pienso... Desde el día...

—¿Desde el día...?

—En que conocí la falta de mis padres, cuando me juré a mí misma de expiarla por ellos, o mejor dicho, por él, ya que mi madre murió piadosamente. Sufrió tanto que ha sido perdonada.

—¿Cómo lo ha sabido usted?

—Por la sirviente que asistió a mi madre en su lecho de muerte. Mi padre la había despedido, temiendo sin duda una indiscreción. El destino la condujo un día a Grenoble, donde nos encontrábamos y oyó pronunciar mi nombre. Fué a verme sin que nadie se enterase. Me lo reveló todo. De esto hace cinco años. Entonces tenía yo diecisiete años. Creo que no es posible que alguien haya sufrido lo que he sufrido yo. Había dejado hablar a esa mujer. Cuando vió mi sorpresa, comprendió que yo lo ignoraba todo. Entonces tuvo miedo y huyó. Jamás volví a verla.

—¿Qué hizo usted, entonces?

—Me fuí a una iglesia. Ahí estuve socorrida y me consagré a mi padre. Jamás lo hubiese dejado sino por causa de muerte o por su retorno a la iglesia.

—Pero, ahora está usted segura respecto a él. Usted es libre. Si ha hecho una promesa, puedo librarla de ella.

—Demasiado tarde, señor abate. Me he consagrado a Dios por toda mi vida. Y ahora, me prueba, sin embargo, con la más grande tentación. Sí, es este joven Carlos Perriere, mi patrón, que conociendo mi pasado, no ha vacilado en pedirme en matrimonio a mí, a la humilde obrera, hija de un sacerdote y ha puesto en mi tanta confianza, que todo lo ha olvidado por su amor. No es preciso que vuelva a verlo, pero usted le expresará mi gratitud. Es hermoso consagrarse a Dios. Me creía una criatura decaída, pero no es así.

—¿Nada más le diré, Albina? No tome todavía ninguna resolución. Espere, reflexione. Se puede perfectamente honrar a Dios en el mundo, en el matrimonio, en el amor conyugal y en el amor matrimonial.

—No, no, señor abate. Mi vocación es definitiva. Dios me ha concedido la gracia de llamarme hacia él. Desde hace mucho tiempo he vivido para él.

Nada pude obtener. Dios había aprobado su vocación.

El relato que les había prometido ha terminado. Pero, agregaré un escena, qué fué su epílogo y que me ha dejado un recuerdo inolvidable. Lo que acabo de contarles, sucedió en julio de 1914. Algunos meses más tarde, se declaraba la guerra. Entonces recibí una curiosa invitación de Carlos Perriere.

—Venga a almorzar conmigo —me dijo—. Encontrará huéspedes escogidos. Al día siguiente me incorporaré al regimiento de artillería del cual soy oficial de reserva.

Vivía en un lujoso chalet que dominaba la confluencia del Romanche con el Drac. Con gran sorpresa mía, encontré al señor Fournel y a Albina. Carlos Perriere sonreía cuando nos saludamos:

—Usted no se esperaba esto, señor abate. Es el almuerzo de despedida antes de la gran separación. Mañana el señor Fournel parte para la Trapa de Tamiers en Saboya; la señorita Albina para el noviciado de las Carmelitas en Paray-le-Monial, yo para mi regimiento, y usted hacia el suyo.

En efecto, debía reunirme como enfermero al 159 regimiento de línea en Briancon. Nuestro huésped continuó:

—En otras circunstancias, la negativa de la señorita Albina me hubiese desesperado. Pero, ¿no es preciso aceptar el verse preferido a Dios?

La joven lo miraba con una sonrisa celeste que la purificaba. Había aceptado darle este último testimonio de amistad. ¿No le debía esto a aquel que humanamente la había rehabilitado primero? El almuerzo estuvo muy ameno, con el concurso de todos. ¿Hubiese podido creer posible semejante reunión, y no había una verdadera grandeza al inclinarse ante el divino sentimiento, como al hacerlo descen-

der sobre las cosas de la tierra? Me parecía que un reflejo de la cena iluminaba nuestra pequeña asamblea santificando el vino y el pan. Jamás he sentido en comida alguna, esa inefable paz que sentían en todo su esplendor el sacerdote regenerado y la futura religiosa.

Nos separamos para no vernos jamás. Carlos Perriere fué muerto en la batalla del Marne. Siempre he creído que en ese almuerzo de despedida él tuvo un misterioso presentimiento. El padre ha sido amortajado en la paz y dulzura del claustro. Ella, siempre viva y él ha muerto hace poco tiempo en la forma más edificante.

— Y usted, señor abate? — preguntamos nosotros por espíritu de conciencia, pues la respuesta debía ser completamente natural.

—¡Oh! Lo que es yo — murmuró el abate Grandpierre —, continúo sirviendo...

ALGUNAS HORAS DE MI VIDA

(Continuación de la pág. 31).

---

para mí, cuando repentinamente fuí "descubierta". Parecía que todo Hollywood andaba tras de mí. Recibí una oferta de la Universal, una semana más tarde Hal Roach me hacía otra, y luego me llamaba Louis B. Mayer.

Cuando acepté la oferta de Mr. Mayer, me fuí con mi madre a Hollywood. Me presenté al estudio, y el joven que me atendió tan graciosamente, y a quien tomé por un empleado de la oficina, resultó ser Mr. Thalberg. Me costó mucho tener que decir a Mr. Thalberg que había sido sitiada con ofertas de todos lados, pero luego supe que él había influído para que me las hicieran. En efecto, me había recomendado a la Universal primero, y luego a Hal Roach. El arreglo con Roach no llegó a terminarse y entonces se unió a Mr. Mayer, haciéndome luego la oferta de que trabajara con ellos.

Mr. Thalberg había comenzado como secretario de Carl Laemmle, en la Universal a la edad de diecinueve años, y a los veintidós se transformaba en gerente general de producción de la compañía. Luego llegaría a ser gerente general de producción de la Metro-Goldwyn-Mayer y socio de Mr. Mayer. Bajo su constante supervisión personal, con su instinto para desarrollar personalidades, saldrían luego de la obscuridad artistas como Greta Garbo, Joan Crawford, Robert Montgomery, Clark Gable, Jean Harlow..., y Norma Shearer. Y con su ayuda, otros como los Barrymore, Marie Dressler y Wallace Beery, iban a ganar fama en el cine.

Ese era el hombre que se había interesado por mí. ¡Es una gran cosa tener suerte!

No voy a entregar a la publicidad mi entrevista N.o 4, titulada "Cómo me conquistó mi marido", porque, en realidad, fuí yo la que lo conquisté. Solamente tres años después de habernos visto por primera vez, decidió él hacerme una proposición, y en esa ocasión estaba tan avergonzado que hizo que su secretaria arreglara el compromiso. Siguió un cortejo muy agradable, y finalmente se resolvió, ante un decidido ataque mío, en agosto del año 1930; y se encontró casado conmigo. Nunca le dí una oportunidad para que pudiera decir "no".

Una no debiera hablar de amor cuando lo siente tan hondo, y no tengo cómo comenzar a describir la gratitud que siento hacia esta persona tan dulce que me ha guiado sabiamente y me ha enseñado todo lo que sé sobre cine y actuación.

Nuestra vida de hogar es muy tranquila, pero siempre muy variada, la cual creo que es la forma que debe tener la vida. Una semana estaremos socialmente muy ocupados, con un "dinner party" en casa y "parties" en las casas de nuestros amigos en las noches siguientes. Gran parte de nuestros entretenimientos son improvisados. Los dos tenemos aversión a hacer arreglos sociales con mayor anticipación de dos minutos. Si nos encontramos libres en la noche, corremos al teléfono a llamar a nuestros amigos para saber si también ellos lo están.

No me gustan los compromisos sociales durante el día, cuando no estoy trabajando. Generalmente, voy a dar un paseo por lo playa con mi hijito, y luego a nadar. El resto del día lo paso terriblemente ocupada, aunque yo misma no sé en qué. Pero cualquiera que sea la ocupación que tenga, siempre regreso a casa a tiempo para leerle algún cuento al caballerito, y meterlo en cama, antes de vestirme para la comida.

Aunque no entiendo en jardinería, tengo la manía de hacer constantes cambios en un pequeño jardín que tenemos frente a nuestra casa. A menudo se cambian los árboles y arbustos de un lado a otro. Esto ayuda mucho a los accidentes que sufre Mr. Thalberg en su vida de hogar, pues nunca sabe qué noche va a tropezarse con un macetero vacío cuando regresa a casa.

Nuestra vida juntos parece confirmar la teoría de que lo opuesto atrae y por eso que creo que nos contrapesamos tan bien.

Por supuesto que esta alegre existencia cesa el día que tengo que comenzar una película. Me siento maravillada cuando trabajo y me encanta irme a dormir temprano. Después de un día de trabajo, me siento muy agotada y en cuanto caigo a la cama me quedo dormida como un lirón.

Nuestra vida de hogar y nuestra vida de estudio, son dos cosas muy diferentes, y en el estudio mi marido es absolutamente impersonal. Yo no entro a su oficina, si no recibo un llamado, y él nunca entra al set si no cuando quiere presenciar algún ensayo. Por lo general tengo muy poco que ver con la elección de argumento para mis películas. Por ejemplo, yo no quería actuar en "Sonriendo al través" y "La familia Barrett", dos de mis mayores triunfos. Por otra parte, costó mucho convencerlo a él de que yo podía trabajar en "El caso de Mary Dugan" y "La divorciada".

Bayard Veiller, autor y director de "El caso de Mary Dugan", quería que yo interpretara su película. Mr. Thalberg no se convenció hasta que el director le presentó la lista de todo el elenco, ensayamos tres semanas, y representamos toda la trama ante Mr. Mayer y el comité de directores.

Cuando se iba a filmar "La divorciada", Mr. Thalberg manifestó que le parecía que yo no era el tipo de mujer que se necesitaba, lo que tal vez era un fino cumplimiento de su parte, pero que no me convenció. Fuí donde un fotógrafo, ante el horror de mi doncella, me vestí en la forma más seductora posible. El fotógrafo puso algunos discos de música apasionada en un fonógrafo, y yo posé como deseaba, saliendo de allí encantada con las muestras de lo que había hecho. Se las enseñé triunfalmente a Mr. Thalberg.

—¿Es ésta la mujer con que yo me casé? — fué su comentario.

Me dió el papel. Esa película me trajo la mejor recompensa que he recibido: el premio de la Academia de Artes y Ciencias del cine para la "actriz que ha interpretado los mejores papeles en el cine en 1929/30"...

He contado mis películas y me he dado cuenta de que la próxima, "María Antonieta", será mi décimatercera aparición como estrella.

¡Oh, oh! ¡Tal vez será mejor que tome una patita de conejo!

BLUSA RAYADA

(Continuación de la pág. 50).

cer la bocamanga disminuyendo 1 vez 12 p. y con 1 corr. de intervalo 5 veces 2 p. (otal 22 p.). A los 35 cm. de alto disminuir para el escote 1 vez 6 p. y con 1 corr. de intervalo 7 veces 4 p. Tejer en línea recta hasta que el tejido tenga 43 cm. de alto. Disminuir 7 por 7 los p. restantes. La segunda mitad igual.

Espalda. — Se comienza por abajo. Urdir 160 p. y seguir la explicación del delantero. En la bocamanga disminuir 18 p. solamente. (1 vez 8 p. y con 1 corr. de intervalo 5 veces 2 p.). A los 42 cm. de alto disminuir 7 por 7, 44 puntos para cada hombro y en seguida los p. restantes.

Manga.—Cada manga se teje en dos piezas. Urdir 72 p. azules. Tejer 1, 1|2 cm. de canutón y 5 cm. en punto rayado. Disminuir en seguida en uno de los lados 3 p. con 1 corr. de intervalo hasta que no queden nada más que 6 p. que se disminuyen juntos. El lado opuesto se teje en línea recta para el centro de la manga. Hacer una segunda pieza igual haciendo las disminuciones en el lado opuesto. Tomar en seguida con la lana azul 80 p. sobre el borde derecho de la manga y tejer 3 cm. de canutón. En esta faja hacer para el delantero de la manga 3 ojales ,el primero a 2 cm. de abajo, disminuyendo 3 p., que se urden en la corr. siguiente y los otros 2 más o menos a 18 p. de intervalo.

Orilla. — De uno de los delanteros tomar 176 p. del borde y tejer 3 cm. de canutón. Disminuir los p. En el lado der. formar 7 ojales. (Ver foto.)

Cuello. — Urdir 200 p. azules y tejer 8 cm. de canutón. Cerrarlos.

TENGO 20 AÑOS MENOS QUE MI MUJER

(Continuación de la pág. 17).

al trabajo cuando flojeaba. ¿Puede esperarse que una mujer joven haga lo mismo?

Hace algunos años se separó de mi porque yo no había aprendido a armonizar mis actividades sociales y comerciales con las obligaciones que le imponen su edad y profesión. ¡Agradezco a Dios que nos haya vuelto a unir!

Creo pagarle un tributo declarando que ella me ha ayudado a desarrollarme, sin imponerse sobre mi vida o personalidad. Me ha educado culturalmente, me ha demostrado el espíritu de América, me ha hecho conocer el valor de los hechos.

Nos gustan las mismas cosas, miradas desde diferentes puntos de vista. Respeta mis juicios, y con ella he aprendido a reírme de mis propios errores. Pasó un año curándose de tuberculosis en una terraza de New York, y durante ese tiempo, nadie supo que estaba enferma. Y cuando llegó la nieve, se metió en cama y allí escribió su primer libro: "En busca de Arcadia".

Nunca me he dado cuenta de nuestra diferencia de edades. Su espíritu es más joven que el de la mayoría de la gente de mi edad. Y ahora, diganme: ¿hay motivo para admirarse de que la diferencia de edad no haya nunca constituido un problema en nuestra vida de casados?

UN DIA MEMORABLE

(Continuación de la pág. 36).

decisiva: rápidamente se levantó, arregló su sombrero, se empolvó la cara y desapareció prometiendo volver otra vez.

Un chico de unos ocho años, nervioso, con grandes y brillosos ojos entra en la pieza, mirando alrededor un poco asustado y extrañado. No está acostumbrado a ver en la casa de su padre ni flores ni cosas tan ricas como esta vez. Generalmente el padre lo recibía sonriendo distraídamente y en seguida encargaba a la sirviente que lo llevara a pasear.

Así todos los meses, ya hacía varios años, seguían estas raras relaciones entre dos personas unidas por el más cercano parentezco.

—Siéntate; come si quieres.

—Pero, ¿será posible que todas estas cosas tan ricas sean para mí?

—Claro que son para ti.

El niño observó otra vez la mesa, después a su padre y se echó a llorar.

—Bien, bien, tranquilízate, ¿qué tienes?

Los niños son muy sensibles, aunque no siempre saben explicarse.

Interrumpiendo los sollozos, el niño dejó oír la frase:

—¿Y acaso tú me quieres, papá?

Diciendo la verdad él era un pésimo padre. Le gustaba la vida, las diversiones. Pero ser padre, oír los gritos de los niños y cambiarles los pañales. ¡No!, ¡eso no!

De un modo invisible y raro, pero justamente a causa de ello, empezaron a enfriarse las relaciones con su mujer, aquella misma que él trató de conquistar con tanta vehemencia y a la que tanto quiso. Se habían separado y lo único que le hacía recordar su paternidad eran estas visitas mensuales del niño. Constituían una obligación pesada tanto para el padre como para el hijo; y solamente hoy, por primera vez, al ver los dulces, el niño notó síntomas de atención de parte del padre.

—Y tú, pequeño, ¿acaso me quieres?

Inesperadamente, por primera vez sintió a su lado los latidos del corazón infantil, de este corazoncito pequeño, pero ya entristecido. Vió, como si fuera por primera vez, estos grandes ojos que lo miraban con esperanza e inquietud. Distraídamente empieza a acariciar la cabecita del niño; lo hace con torpeza; está acostumbrado a tratar con mujeres, y no con niños, y repite con voz rara y temblorosa:

—Mi pequeño, mi pequeñuelo...

De repente su mirada se fija en la libreta abierta en cuya hoja está escrito:

"Jueves 8, hoy comienza un gran amor".

Y repite para sí sólo esta frase, mientras el niño, bajo la caricia de su mano, se tranquiliza y deja de llorar.

TENGO 20 AÑOS MAS QUE MI MARIDO

(Continuación de la pág. 16).

mos que debíamos juntarnos de nuevo

Siendo más joven que yo, me tiene siempre preocupada de la necesidad de cuidar mi apariencia. Me cuido en la mejor forma; pero sin tratar de parecer una chiquilla, porque él detesta esa tonta pretensión, como aborrece cualquier cosa deshonesta. Así es que siempre trato de ser sólo "yo", pero mi más atrevente "yo", que es todo lo que él desea.

El no quiere sólo que parezca joven, sino que me sienta joven. Nunca nos detenemos a considerar nuestra diferencia de edad: estamos demasiado ocupados en vivir.

Exijo absoluta fidelidad, porque una vez que se termina ese deseo de "sólo para mí", se disuelve la razón básica del matrimonio. Nunca ha cruzado por mi mente el pensamiento de una infidelidad de mi esposo, y esta

es una de las cosas que nos ha unido más. Cuando un hombre y una mujer viven en medio de tal felicidad, nada puede herirlos, ni siquiera la muerte, porque sobrevive lo que ellos han creado. La forma exterior de fidelidad debe ser una rutina muy cansadora si está basada en el temor; pero cuando esa misma rutina nace de los íntimos deseos de uno, es lo más grande que la vida puede darnos.

¿Qué me reserva el futuro? ¿Qué será de mí cuando me vuelva realmente vieja y él entre a la edad mediana? En mi opinión, la gente se preocupa demasiado del futuro. En realidad, no hay futuro. La muerte no toma en cuenta los planes humanos, y nada puede borrar o destruir los años pasados. La naturaleza es la que arreglará nuestras vidas, si nosotros la ayudamos a hacerlo.

Y una de las cosas que arregla el tiempo es disminuir las diferencias de edad a medida que pasan los años. En ese sentido, entre Philip y yo hay menos diferencias que diez años atrás.

Por eso no le temo al futuro. Y si Philip me encuentra menos atractiva, mis angustias se calmarán aceptando la vida tal como es, lo cual consiguen aquellas que viven largamente.

NO ES MAS QUE UN RESFRIO

(Continuación de la pág. 37).

dos he debido explicarles que no hay tal cosa.

Hay una sola clase de resfríos, los resfríos de nariz. Puede extenderse a la garganta, a los oídos, a los bronquios y a los pulmones, pero el comienzo es siempre por la nariz. Se le contrae en los conductos nasales... y en ninguna parte más.

De acuerdo con un viejo proverbio, el amor lo cura todo. Pero yo he descubierto que a veces causa resfríos de cabeza y hasta neumonía.

La madre de Harold Fordyse vino a buscarme un día porque su hijo estaba resfriado y no se cuidaba. El resfrío crecía, día a día, y aumentaba su melancolía.

Harold me recibió tristemente. Le dije que se animara; que se curaría pronto si guardaba cama.

—Oh, no estoy molesto con el resfrío, me dijo. Es que he roto con mi novia.

Habían ido a un baile la semana anterior, y como ella bailara cuatro o cinco veces con otro joven, él le llamó la atención, y pelearon.

—¿Y a la mañana siguiente estaba Ud. resfriado?

—Sí, y no dormí en toda la noche.

—Los disgustos, le expliqué, envenenan el sistema y nos predisponen para las enfermedades. Váyase a la cama. Pero antes debiera llamar a su novia y pedirle perdón.

—¿Perdón? ¿De qué?

—¡Por sus celos, hombre! Ud. debe tener muy poca confianza en ella y en Ud. mismo para creer que ella va a enamorarse de todos los hombres con que baila.

No la llamó. Fué a verla; y ahora los dos están resfriados..

Mis amigos banqueros acostumbraban resfriarse en 1930 y atribuían sus resfríos al mucho trabajo, pero la verdad es que las causas eran las molestias y disgustos por la situación. Durante la g u e r r a mundial, los hombres se resfriaban por el miedo. Y no por su larga exposición al aire libre. Las mujeres a menudo se resfrían durante las tempestades, pero no porque reciban aire frío, sino por el miedo que sienten por los truenos y rayos.

Les he dicho todo lo que sé, con respecto a los resfriados comunes. Es poco, pero es todo lo que conoce la ciencia. Sabemos que nos p e s c a m o s un resfrío cuando nos fatigamos. Sabemos que los cambios bruscos de temperatura nos predisponen al resfrío. Sabemos que el descanso y las dietas alcalinas (nada de huevos, carne, pescado) son los mejores tratamientos. Fuera de eso, es muy poco lo que conocemos. Sin embargo podemos hacer algo con esos conocimientos.

La siguiente lista de consejos fué premiada en un concurso sobre tratamientos de resfríos comunes:

Váyase a la cama.

Llame al médico.

Tome un poco de bicarbonato de soda para producir alcalinidad.

Beba un vaso de agua cada hora.

Suénese lo menos posible, y cuando lo haga, apriete el pañuelo en el puente huesudo de la nariz, para evitar la repercusión en los oídos.

Tome un laxante moderado, pero no debilite el sistema con laxantes.

Tome un baño caliente si no cambia extremadamente de temperatura.

Beba limonada caliente si está bien protegido de los escalofríos durante la transpiración.

Beba leche y jugos de frutas.

Conserve el dormitorio abrigado y bien ventilado.

Evite contacto con los demás.

No pida consejos a nadie, fuera de su médico.

No debiera aconsejar a nadie que observara todas estas sugerencias, pero ninguna, en sí misma; es una violación a la práctica médica.

Algunos doctores prescriben inyecciones de sueros. Ocasionalmente los sueros de resfríos inmunizan por algunos meses, pero por lo general, no dan resultado. Sol y aire fresco son los mejores tónicos.

TENDENCIAS DE LA MODA

(Continuación de la pág. 25)

Bueno, pues, puños y cuello se cerraban por dos ojales, en que una collera, formada por dos botones de conchaperla—como estrella también—pasaban graciosamente. Y todavía las niñitas de esta mamá prolija, podían variar el aspecto de su toilette mediante cinturones trenzados por ellas mismas, de distintos colores, uno de ellos cerrado por un monograma en metal, muy chic.

En esto de la elegancia, muchas veces lo que hay que poner a prueba es el ingenio. La moda propone y la mujer dispone. Y si la mujer sabe bien disponer, puede seguirlas sin gastos excesivos que desequilibren el presupuesto familiar.

Porque si la moda es extravagante en muchos aspectos, en otros tiene un tranquilo b u e n sentido. Y por una y otra cosa las mujeres tenemos forzosamente que adorarla.

IVONNE.

LOS PELIGROS DE LA MATERNIDAD

(Continuación de la pág. 21).

queños colonos estaba influenciada por la antigua idea de que los dolores del parto son un castigo de Dios por el pecado original. No cree que el uso juicioso de anestésicos sea perjudicial para la paciente.

Otra de las cosas que ataca la Academia es el frecuente recurso de las operaciones, precedidas naturalmente por la anestesia. Establece que de veinte casos, solamente uno requiere intervención quirúrgica, mientras un estudio hecho en sesenta y siete hospitales demuestra que los médicos han recurrido a la intervención quirúrgica en un caso de cada cuatro. Se hace ver también que la mortalidad es

cinco veces mayor en los casos en que interviene el cirujano, que en los partos normales.

Otro punto interesante es la tendencia de las mujeres de nuestros días de hospitalizarse para esperar su enfermedad, en vez de hacerlo en sus casas. De acuerdo con los informes, en los hospitales muere el doble número de madres que en las casas particulares. Finalmente el Comité parece preferir la matrona al doctor, excepto en caso de ciertas complicaciones patológicas.

El médico a quien pedimos su opinión, nos dice: Aunque el informe de la Academia indica que una gran proporción de las muertes ocurre en los hospitales, debe también tomarse en cuenta que casi todos los fallecimientos, por cualquier indisposición, ocurren en la cama. Como dijo el humorista Mark Twain, la cama es el sitio más peligroso del mundo, pues mucha gente muere allí.

Los casos difíciles de obstetricia son llevados a menudo a los hospitales cuando ya se ha comenzado la labor en casa. Los casos sencillos y sin complicaciones son tratados privadamente. Desgraciadamente muchas de las complicaciones son totalmente inesperadas y requieren atención inmediata, y en tales casos las naturales limitaciones de un hogar proporcionan gran desventaja a los médicos, y muchas veces la paciente tiene un triste fin. Cualquier médico que haya tenido la terrible experiencia de tener que transportar una mujer que haya sufrido una hemorragia repentina durante el parto, recordará siempre los malos ratos pasados.

En cuanto a las matronas, el especialista dice que nada puede mentir tanto como las estadísticas. La Academia informó que solamente el 2.2% de las muertes maternales han ocurrido en manos de las matronas, mientras el 61.6% lo han sido en manos de médicos. Pero debemos recordar que si comparamos el número de mujeres muertas en manos de médicos y matronas con el número de madres que han tenido un parto feliz en manos de cada uno de estos especialistas, veremos que los médicos ganan por mucha distancia a las matronas, y eso sin tomar en cuenta que el trabajo de éstas, está confinado a los casos más simples.

Los dos informes que comentamos, hacen ver la necesidad de un progreso en el arte obstétrico en las escuelas de medicina, los hospitales, y en la mente de los especialistas. Cuando se haga ver a los estudiantes que el atender un parto es un negocio grave, exigiendo mayor entrenamiento y una experiencia más vasta, el término medio de muertes maternales declinará.

Ambos informes establecen también la gran necesidad de cuidar a la mujer en el estado de preñez. En este respecto Rusia, que hace una provisión especial para las futuras madres, está más preparada que nosotros.

El cuidado de la preñez debiera comenzar desde el momento que la mujer se da cuenta que está embarazada. Al momento debe hacerse un examen general, y si es posible, hacerse diversos análisis. En esa forma se revelarán muchas cosas ocultas, por medio de la sangre o la orina. Las medidas de la pelvis predecirán facilidad o dificultad de parto. La prevención puede salvar molestias... o una vida: dos vidas.

Nuestro entrevistado termina diciéndonos que hay seguridad en la maternidad, siempre que tenga la debida atención. El especialista debe inspeccionar el hospital a que lleva sus pacientes, y ver que allí cuenten con todo lo necesario para cualquier caso.

Por supuesto que esto no resuelve el problema de la madre que no puede permitirse la comodidad de tener un especialista, y en ese caso lo mejor que puede hacer, es entregarse en manos de una matrona, quien deberá recurrir a un médico en caso de complicaciones. Por eso, para la persona de medios escasos, el problema está ligado a la ayuda que le presten los que disponen de suficiente dinero. Esto puede ser resuelto, pero no sin gastos de parte de la comunidad o el estado. Todo distrito debiera estar premunido de hospitales que contaran con el número suficiente de prácticos en obstetricia, que pudieran prestar sus servicios gratuitamente o con muy poco gasto. El resultado humanitario que se obtendría, pagaría con creces los sacrificios que exigiera.

Estas son las opiniones de un hombre que sabe lo que dice.

INCOMPRENSION

(Continuación de la pág. 7).

comprende? ¿Será necesario que grite mi amor junto a sus labios?

Fué hace tres noches. Los dos solos frente al mar. El viento me envuelve en su caricia helada. Tiemblo, pero no de frío. Su mirada se pierde en la cabellera ondulada y palpitante del mar, que pinta canas al chocar contra las rocas. Sé que estoy hermosa y, sin embargo, él no me mira. ¿Qué soy para él? Me estremezco y, en un movimiento instintivo, me aproximo a él. Entonces me mira; me parece que la mirada que vagó sobre el mar vuelve a sus ojos.

—¿Tienes frío, Carmen?

Y me toma las manos y las oprime entre las suyas, cálidas. Me estremezco toda entera. El calor que me infunden sus manos, (¿o la caricia que deseo de ellas?), acaricia mi carne y enciende mis labios. El viento alborota mis cabellos con su soplo desordenado. ¿Nota él mi emoción? Lo miro. Maquinalmente, oprime mis manos. Está muy lejos de mí..., ¡muy lejos!... ¡Dios! ¡La sangre rodando por mis venas con vértigos de locura; el desfallecimiento de mi carne acobardada y, en mis sienes, los mordiscos helados del viento que trata de atenuar el ardoroso tumulto de mi sangre!

Me parece que todo es una palpitación de dolor. El mar es una masa torturada que el frío ha pintado de azul y la luna es un diente feroz que se clava en el cielo.

Esto sucedió hace tres noches. Y ahora..., esta mañana, la tremenda convicción que ha rasgado mi alma en largas estrías supurantes de amargura. ¡El ama a otra! ¡El ama a otra! Las palabras hincan su rencor en mi carne. ¿Por qué lo he sabido?

Fué esta mañana. Leía junto a la ventana. Afuera, mi padre conversaba con él:

—No debes afligirte de ese modo Eduardo. El amor gusta ser contradictorio. Seguramente ella suscita estos incidentes para gozar después de la reconciliación.

—¡Pero es que la amo! ¡Y no puedo soportar que ella...!

Mi carne cobarde recibe el latigazo de las palabras. ¿Y aun vivo Dios mío?

JUNIO 14.

Esta noche soñé con él. Lo veía muy junto a mí, oprimiendo mis manos con las suyas; pero no con ese gesto maquinal que desesperó mi carne y mi al-

Señora MORAL

MATRONA

ESPECIALISTA de fama reconocida. Atiende embarazos, ya sean normales o patológicos. Diagnósticos, curaciones, tratamientos y cualquier caso urgente o difícil. Atención médica. Consultas gratis. General Mackenna 1038, primer piso, departamento I. Teléfono 63688. (No hay plancha).

ma, sino con esa caricia que siempre he deseado de sus manos. Sus ojos grises se fijaban en los míos; no fríos, ni alegres; con una expresión acariciadora, más ardiente aún que la de los ojos de los profesores de francés e inglés. Vi temblar en sus labios un deseo que hizo estremecer los míos en un deseo análogo. Se inclinó y su boca se hundió en la frescura de mis labios que se enardecieron a su contacto, que respondieron a la caricia con toda la locura de mi pasión. Después del beso, lento, ardiente, oculté mi rostro enrojecido en su pecho y su voz susurró a mi oído:

—¡Te amo tanto, Ana!

¡Ana! ¡Otra vez la desesperación mordiendo mi carne, mi corazón! Me separé bruscamente de él. Lo sentí muy lejos..., tan lejos de mí como en aquella noche, frente al mar. Un nombre, ¡tan breve, sin embargo!, nos ha separado. Veo sus letras, tres letras, que se dilatan, se dilatan, hasta marcar una gran distancia entre nosotros dos. Retuerzo mis manos con angustia. Me parece que aun él las tiene entre las suyas, oprimiéndolas, ¡pero con ese gesto maquinal que odio! Y como aquella noche, sus miradas se pierden en un recuerdo, sus pensamientos se enredan en un nombre breve: Ana, y sus labios tiemblan en el deseo de la caricia de labios..., ¡que no son los míos!

Sollozos desesperados en mi garganta y la tortura de mis nervios que se me imaginan sierpes martirizadas que se estremecen en convulsiones rebeldes. Lloro desesperadamente.

—¡Carmen!

Despierto sobresaltada. Me limpio los ojos con el dorso de mi mano, que queda humedecido de lágrimas.

—¡Carmen!

Es mi hermana que ha dormido esta noche conmigo, porque tenemos visitas.

—¿Qué?

—¡Oh!, Carmen. Te estremecías como si tuvieras mucho frío... y, he tenido miedo.

Mi hermana tiene miedo. La abrazo y la arrullo, como cuando era más pequeña.

—No temas, niñita. Estaba soñando. Durmamos, mi niña.

Mi hermana se duerme y yo en la obscuridad, sola, pensando en él. Me parece que mis lágrimas se han endurecido impidiéndome cerrar los ojos".

JUNIO 15.

"Esta mañana, después de esa pesadilla horrible que aun pone estremecimientos de hielo en mi alma, al salir para el Liceo lo encontré a él. Pensé pasar sin detenerme, sin saludarlo siquiera; pero no pude. Me detuve junto a él y una pregunta repentina se escapó de mis labios, brusca, sin vacilaciones, provocativa, desafiante casi:

—Eduardo, ¿tu novia se llama Ana?

Me miró sorprendido, enrojeciendo levemente. Le sorprendía que le dirigiera la palabra después de tantos días de mutismo desdeñoso.

—Así es, pequeña.

¡Pequeña! Debí palidecer de un modo alarmante, porque él me preguntó con interés:

—¿Estás enferma, Carmen?

—¡Estoy tonta! — le respondí con rabia. Enrojecí. Sentí deseos de abofetearlo, de arañarlo, de tirarlo de los cabellos, de golpearlo con mis puños cerrados. Pero me contuve y huí, porque tenía miedo de mí misma. Sabía que si me quedaba junto a él, en vez de golpearlo, de arañarlo, de tirarle de los cabellos... ¡Carne cobarde! ¡Alma cobarde!"

Transcurrieron muchos meses en interminable y pálida procesión.

Carmen y su familia se han trasladado a Santiago. Ella se ha separado de "él". Pero, ¿qué es esa distancia que se mide por kilómetros comparada con esa otra distancia que no puede medir ni siquiera la incomprensión de él?

Ahora, Carmen es una mujer, joven, bellísima; pero incomprensible para todos. Hosca la boca roja, inescrutable la expresión desconcertante de sus ojos obscuros que, en ocasiones, se tiñen de agresivo desprecio, bajo la aparente frialdad de su carne morena.

Una carta, procedente de Valparaíso, trajo la noticia:

"Eduardo se casa hoy. Esta carta lleva hasta ustedes fragancia de azahares y música de campanadas nupciales".

Cuando Carmen está sola, deja que la amargura pinte en su boca una sonrisa pálida. Agonía en los labios rojos. Sonrisa que aspira a carcajadas desgarradas en hipos dolorosos. Pero ella es valiente. No ríe, no llora. Aun cuando "las campanadas nupciales resuenen en sus oídos como alaridos burlescos. Aun cuando la "fragancia de azahares" satura su olfato, se estremece en su sangre, se clava a su respiración desesperada, que implora aire puro. Es valiente y no llora, ni ríe...

VIEJO RENCOR

(Continuación de la pág. 5).

Keith iba engordando, y como su sangre irlandesa se enfriaba poco a poco, sin hacerle encenderse, como en algunas ocasiones de nuestros años anteriores de intimidad.

«El bungalow de Keith estaba en ese promontorio, donde se ven ahora los cuarteles y la estación de radio. Después de tres o cuatro visitas comencé a hacer acopio de cosas, en este mismo sitio, pero entonces no existía este bungalow. Cuando estaba en el mar, me gustaba recordar mis cosas de la isla, y Claudia se preocupaba siempre de que estuvieran bien cuidadas. Aún más, en cuanto ellos veían aparecer mi barco en el horizonte, junto con Keith se volvían locos de contento, y comenzaban a matar gallinas y a recolectar frutas frescas, y antes que yo anclara, ya sabía la bienvenida que me esperaba.

«Tal vez no me explique bien. Lo que quiero decir es que Tobanga era una especie de paraíso para nosotros tres. La copra de Keith comenzaba a pagarse, y él estaba ya cuidando sus matas de vainilla y haciendo experiencias con algodón y tabaco. También trabajaban treinta kanakas que yo había reclutado para él en un viaje a New Britain. Por mi parte, también me iba bien, y me había comprado un velero más grande y hacía viajes regulares por todo el archipiélago.

«Sólo cometimos un error. Debiéramos habernos conseguido el apoyo oficial, obteniendo una concesión del Gobierno de Australia, o cualquier otro. Pero nunca creímos...»

Bebió irritadamente y luego encendió un cigarro.

«Creo que llevaríamos trabajando en Tobanga unos cinco años cuando sucedió aquello. Un día entró a la bahía un enorme barco de guerra..., lentamente..., haciendo sondajes a cada momento. (Después supe que uno de mis hombres había hecho sondajes anteriormente y les había vendido la información, junto con otras noticias de interés). La nación cuya bandera enarbolaba el barco es una que siempre se ha hecho notoria por apropiarse de pedazos de terreno que han descuidado otros países. Pero esa no es la historia.

«La historia es que Keith, Claudia y yo permanecimos en la playa, y esperamos, confundidos y asombrados, que el poderoso buque de guerra echara anclas y un gran bote viniera a tierra. En él venía un oficial, o quizás dos, pero el que recuerdo era el más importante. Era un hombre alto, muy delgado, con uniforme que le venía muy bien, y grandes bigotes con las puntas hacia arriba. Era brusco y

frío en su hablar, y tan impersonal como la muerte. Usted conoce ese tipo de hombres. Saltó a tierra, nos preguntó quiénes éramos nosotros, y leyó un papel en que se declaraba que la Isla de Tobanga quedaba oficialmente anexada a nombre de su Gobierno.

«Yo estaba atontado. Keith también lo estaba. El archipiélago del Sur estaba bajo la confusa jurisdicción de dos o tres gobiernos, incluyendo el nuestro, y siempre habíamos creído que si Tobanga era tomada por alguien, lógicamente tendría que ser por nuestro Gobierno. Pero fuimos anexados perentoriamente, así nos gustara o no, por el último país del mundo que habríamos escogido nosotros para ponernos bajo su tutela.

«Bueno, antes que atináramos a decir nada, el oficial dió algunas órdenes a sus hombres, quienes comenzaron a levantar un mástil. Tenían ya medio ejecutado su trabajo cuando Keith volvió en sí, y comenzó a protestar. No recuerdo lo que dijo, pero es fácil imaginarlo recordando que se trataba de un irlandés, y como tal, se alteraba con facilidad. El había descubierto Tobanga y era suya, o al menos de la nación a la cual pertenecía él. Su protesta no causó impresión en el oficial. ¿Por qué la iba a causar? Tenía seis hombres armados y otro oficial tras de él. Tenía un barco de guerra en la bahía. Y, supongo, obraba bajo órdenes superiores.

«Yo no censuro esas cosas; un hombre debe cumplir con su deber. Lo que censuro es la forma de proceder. Usted habría creído que su nación era la dueña del mundo. En cuanto Keith hizo alguna afirmación, tal vez no muy favorable a esa nación, el oficial le lanzó una bofetada, y Keith lo lanzó al suelo de un golpe.

«Traté de contenerlo, pues sabía cómo son los militares de esa nación cuando encuentran resistencia de los civiles, pero me atrasé mucho. Keith golpeó al oficial con todas sus fuerzas, y lo único que me di cuenta después es que estaba de espaldas en el suelo, con dos bayonetas en la garganta. El otro oficial parecía tener más sentido común, pues hizo retirarse a sus hombres y previno a Keith, en forma caballerosa, que la acción suya era peligrosa y que Tobanga estaba ahora bajo la ley marcial. Junto con Claudia tratamos de hacer razonar a Keith y conseguimos calmarlo.

«El oficial alto volvió a sus sentidos poco después, y si alguna vez he visto el crimen en los ojos de un hombre, fué esa vez en los suyos. Pero no dijo nada; el otro oficial lo llevó a un lado y le murmuró algo, y así, sin mayores tropiezos, se llevó a efecto la ceremonia de izar la bandera, viniendo a tierra un bote cargado de hombres y solemnizándolo todo los saludos de los cañones del barco».

Boyer dió una larga chupada a su cigarro y lo tiró. Cuando volvió a hablar, la voz era más suave, como si la memoria de los acontecimientos tanto tiempo sepultados en el pasado, hubiera cesado de enardecerlo.

«Bueno, ¿qué podíamos hacer? Luego después inundó la isla una partida de ingenieros y observadores navales. Pisotearon las plantaciones de Keith, le quemaron los árboles y terminaron por anunciar que echarían abajo el bungalow de Keith, pues daba la casualidad que estaba situado justamente en el terreno que pensaban ocupar para levantar los edificios del Gobierno. Eso fué el acabóse. Nunca olvidaré la cara de Keith cuando el oficial vino hasta el promontorio con una escuadra de marineros, con el rostro alegre como si le agradara en extremo su obligación.

«Keith, Claudia y yo estábamos sentados en la terraza, tratando de pensar la mejor manera para llamar la atención de nuestro país, cuando el oficial juntó los talones y saludó inclinándose, diciendo a continuación a Keith que tendríamos que abandonar el bungalow a la mañana siguiente. Keith no se sulfuró como lo había hecho antes. Se puso de pie, con los labios blancos, y con gran calma, y eso, yo sabía que era mucho peor que si se sulfuraba. —Se han tomado la isla — le dijo — pero por lo menos déjenme en mi casa.

«El oficial se rió. —Es lamentable — dijo — pero esas son las instrucciones. Seguramente que se le pagará después una indemnización —. Keith respondió: —Al diablo la indemnización — y corrió hacia el bungalow a buscar la carabina que tenía para el caso de un levantamiento nativo. —Salga de mi propiedad y no vuelva a acercarse — gritó mientras el oficial se ponía pálido.

«—La pena por resistencia armada es la muerte — contestó calmadamente —. Tire la carabina al suelo y entregue todas las armas que posea. —Le he dicho que salga de mi propiedad — fué todo lo que dijo Keith, y Claudia le tomó la carabina y comenzó a llorar y a decirle que no trataba de luchar en vano, mientras el oficial esperaba y reía.

«Creo que fué esa risita la que hizo que Keith perdiera la cabeza completamente. Arrancó la carabina de manos de Claudia, y seguramente iba a hacer fuego, cuando el oficial dió una orden y sus hombres dispararon. No sé cómo escapamos Claudia y yo. Oímos una lluvia de balas que caía a nuestro alrededor, quebrando las ramas de los árboles. Keith cayó rodando por los escalones, y uno de los marineros se echó encima de él y lo terminó de matar con la bayoneta, con una sangre fría espantosa.

«Yo lo vi todo rojo. Keith era mi mejor amigo, y el crimen había sido innecesario. Eché mano de la carabina y me preparé a hacer fuego, pero me dieron un golpe y me dejaron inconsciente antes que me diera cuenta de nada. Por qué no me mataron, no lo supe nunca, pero presumo que fué porque era el único que conocía las aguas que rodean a Tobanga, y me necesitaban. Nada hizo Claudia. Se quedó, según me dijeron después, petrificada ante lo que había sucedido a Keith. Cuando volví en mis sentidos, ya no estaba; el oficial alto se la había llevado a bordo del barco de guerra, y yo tuve que enterrar a Keith.

«Lo que sucedió a Claudia en los tres días que pasó a bordo, no lo he sabido, ni deseo saberlo. No volvimos a hablar de eso. Cuando el barco salió de la bahía, dejando algunos hombres para que echaran abajo el bungalow y dieran comienzo a la edificación de los edificios proyectados, ella fué traída a tierra, sacándola del bote el oficial y conduciéndola a la playa.

«Era ella una estatua de hielo. El oficial se inclinó y saludó. —Ha sido muy amable — le dijo — y yo trataré de ver que sea recompensada por todas las molestias que ha sufrido —. Ella lo miró y le dió una pequeña sonrisa, esa clase de sonrisas que lo hielan a uno si tiene un poco de imaginación. —No es necesario — le contestó tranquilamente —. Me recompensaré por mi misma —. Eso fué todo».

Boyer se bebió el licor que quedaba en su vaso, y volvió a llenarlo, igual que esos hombres que han pasado largo tiempo en el trópico y ya no les afecta el alcohol.

«Es un canal muy difícil de navegar en la noche — continuó — Tiene corrientes muy malas y muchos bajos, pero se le puede atravesar fácilmente conociendo los pasos y manteniendo las luces en línea.

«Pero el «Orinoff» no lo hizo». observé yo, mientras él pensaba como queriendo recordar.

«No» — me contestó por fin —. «El «Orinoff» no lo hizo. De eso me doy cuenta ahora, como lo

hiciera Claudia. Ella esperó cerca de veinte años, y nadie lo adivinó, ni siquiera yo, hasta el último. Ellos construyeron aquí los fuertes, acapararon carbón y provisiones, y tenían una guarnición de más o menos quinientos hombres. Vigilaban la isla, repartían las tierras buenas entre los hombres de su nacionalidad, trajeron nativos para trabajar, y Tobanga creció próspera.

«Claudia vivía en el bodegón que había sido mío y se ganaba la vida criando y vendiendo pollitos, y a veces sirviendo de lavandera de los oficiales. Su cabello se volvía blanco, y ella continuaba su trabajo silenciosamente como un fantasma, en tal forma que la guarnición, la mitad la temía, y la otra mitad se burlaba de ella, tal vez para cubrir con su risa el mismo sentimiento.

«En cuanto a mí, acostumbraba tocar en Tobanga como lo había hecho siempre, aunque lo hacía más bien como hábito, pues nada tenía que hacer aquí, fuera de ver a Claudia. Se me ofreció un buen trato por mi amplio conocimiento de las aguas de aquí, y me pagaron muy bien por acompañar varias expediciones. Después de un tiempo, cuando se figuraron que me había resignado a todo, me comisionaron como piloto para entrenar a otros en el conocimiento de estos mares, aunque siempre se me designó a mí cuando un barco de importancia venía por estos lados.

«Bueno, me ganaba mi dinero, mostrándome fiel sin ser leal, si no me explico mal. Me estaba poniendo viejo, y una entrada fija y un hogar estable me parecían más deseables que lo que me habían parecido en mi juventud. No olvidaba a Keith, ni los días en que Tobanga había sido solamente nuestra, pero con los años todo se ponía más nebuloso, como sucede con todas las cosas, y creía que hasta Claudia estaba más resignada. No había nada que hacer. No podíamos luchar con una nación. Pero estaba terriblemente equivocado. Ella sólo esperaba la ocasión.

«Cuando me enviaron a encontrar el «Orinoff» afuera de la bahía, tenía una especie de intuición de que iba a suceder algo fuera de lo común. No sé qué. Era una especie de sentimiento opresor que se siente cuando el tiempo está brumoso, o uno no se encuentra bien, aun cuando tal comisión debiera haberme hecho sentir orgulloso. El «Orinoff» era el buque de guerra más poderoso que se había construido hasta ese tiempo, y en su primer viaje, venía visitando el archipiélago para impresionar tanto a los residentes como a los nativos, y a demostrar que era buen marinero. Un príncipe de la sangre venía haciendo el crucero con el barco, y era muy natural que me llamaran a mí, como mejor conocedor de estas aguas, para que trajera el barco a puerto.

«El primer golpe que recibí fué al llegar al barco y encontrar al almirante que lo comandaba. Tal vez usted adivine quién era. Ahora estaba canoso y envejecido, pero no pude equivocarme con ese rostro, y luego, poseía siempre esa risita burlona. Era el alto oficial que había venido a Tobanga veinte años atrás. Me reconoció y se mostró amistoso, mostrándole yo gran respeto y el mismo sentimiento de amistad, aun cuando nuevamente se me hicieron vívidas las escenas de tantos años antes, y hasta hubo momentos en que sentí grandes impulsos de echarme encima de él y apretarle el cuello.

«Tengo que volver un poco hacia atrás para aclararle lo que sucedió luego. En ese tiempo las luces de la bahía eran más o menos las mismas que ahora, excepto la luz de la playa, que no estaba en la residencia del gobernador, sino que era una simple lámpara de petróleo colocada en un poste como treinta yardas a un lado..., el canal cambiaba algo... y era encendida a la puesta del sol por un oficial subalterno especialmente designado para eso. Cambiarlo de lugar era algo bastante fácil, y a usted le parecería imposible que pudiera en esta época efectuarse tal cosa para hacer naufragar un buque, y, sin embargo, eso fué lo que hizo Claudia.

«Hizo más. Sabía, como todo el mundo, que el «Orinoff» efectuaba su primer crucero por estas aguas, y también quién era el almirante. Era familiar a todos en el cuartel, pero especialmente era amiga de los hombres de la radio, y le fué muy fácil leer todos los mensajes que llegaban. En esa forma supo tal vez que el «Orinoff» iba a pasar frente a Tobanga por la noche, y que después de visitar todo el archipiélago tocaría Tobanga en su viaje de regreso. Como usted ve, su problema consistía en hacer entrar el buque a la bahía después que obscureciera. La recalada se iba a efectuar durante el día, y no había motivo para que entrara de noche. Aun ahora, cuando pienso en esa mujer y la veo planeando su venganza, admiro su gran fe. Era algo absurdo. No había forma de hacer triunfar su idea. Y, sin embargo, triunfó.

«Mucho de lo que le cuento no lo supe hasta después de las investigaciones que se hicieron, y gran parte he debido adivinarlo. En el largo período que había servido a los hombres de la guarnición, Claudia se había conseguido una copia de los códigos secretos. Aun más, había aprendido a operar con la radio, como si hubiera sabido desde mucho antes que le iba a llegar esta oportunidad, y tal vez se lo había enseñado algún joven telegrafista en sus ratos de ocio. ¡Fué expulsado después... pobre diablo!... Pero, de todas maneras, el caso es que íbamos en el «Orinoff» siguiendo la ruta que se había acordado, cuando un ordenanza subió al puente llevando un mensaje de Tobanga.

«Cuando lo leí, me pareció que sucedía algo extraño, pero no era yo quien debía investigarlo. El mensaje había sido enviado en el código secreto, lo que lo hacía aparecer como auténtico..., y decía que los nativos se habían levantado, que el gobernador había sido asesinado junto con un número de plantadores y algunos marineros y que estaban atacando los cuarteles.

«El almirante me mostró el mensaje preguntándome qué pensaba de eso, pero yo le contesté que no sabía qué pensar.

«Bajó a consultarlo con el capitán y el príncipe, y sucedió lo que tenía que suceder: recibimos orden de entrar con el «Orinoff» inmediatamente en Tobanga.

«Supongo que puede imaginarse lo que había ocurrido. Claudia había narcotizado al operador de turno y al centinela y luego envió el mensaje en el código secreto, destruyendo a continuación las máquinas en tal forma que después hubo necesidad de enviarlas a Europa para reemplazarlas. No hubo alarma en Tobanga. Era tarde.

«Usted está de acuerdo que a veces obra la justicia divina. Eso es lo que sucedió esa noche.

«Traje el «Orinoff» hasta la boca de la bahía y continué dirigiéndolo de acuerdo con las luces, pero rozamos los arrecifes y la roca hizo un corte en el casco, lo mismo que usted corta un queso. Se tumbó... Siguió una terrible explosión. Nunca se supo qué fué lo que la causó, pero murieron como cien hombres y en la confusión por tomar los botes se ahogaron el príncipe y el almirante».

«Hasta ahora pienso en esos hombres muertos. Ella no pudo hacerlos volar..., pero, ¿cómo puedo saberlo? Supongo que fué un accidente. ¿Qué otra cosa puedo suponer? Obra de Dios. ¡Quién sabe!...

«En cuanto me puse de pie en la cubierta, miré hacia la playa.

En un promontorio había una luz, y al lado de esa luz estaba Claudia Bradley, con su cabello blanco ondeando al viento y los vestidos pegados al cuerpo. Miraba hacia el «Orinoff», el humo y el incendio, los cuerpos que flotaban en las aguas, la lucha por salvarse de los sobrevivientes, y reía. ¡Se reía! En ese momento comprendí».

Boyer encendió otro cigarrillo, y ahora le temblaban las manos, pero no era por efecto del licor, y me di perfecta cuenta de ello.

«Murió — agregó Boyer — murió... A la mañana siguiente se aclaró todo, y mandaron a buscarla a su casa, pero no estaba allí. La encontraron tendida sobre la tumba de Keith, situada en el promontorio, y cuando la volvieron, su rostro de muerta sonreía. Tenía el derecho de sonreír... Sí, tenía el derecho de sonreír.

«Hubo un sumario, que fué de sensación internacional. Me arrestaron, lo que era de esperar. Sospechaban de mí, y me tuvieron preso como un año, pero, ¿qué podían hacer?... Al fin fuí sobreseído. Eso es todo. Y ahora, ya conoce la historia del «Orinoff».

—Pero — le dije —. Cuando usted entró el «Orinoff» conocía ya la bahía desde veinte años atrás, y habría sido capaz de entrar sin luces...

—Sí — me contestó —. Sin luces... Pero Keith era mi mejor amigo, y yo quería a Claudia. Lamento que hayan muerto tantos hombres. ¿Me comprende? Pero fué tan inesperado. Obra de Dios. Incuestionablemente.

—Pero, las luces — insistí — ¿no sabía?

Se levantó precipitadamente y me miró de frente. Le vi morder con fuerza su cigarro, desafiante, sin temer lo que había sucedido ni lo que pudiera suceder. Algo me dijo en mi interior que en ese momento estaba viendo en su imaginación cómo Keith caía rodando de la terraza y era asesinado cobardemente. Luego se rió.

—¿Sabía? — me dijo —. ¿Qué cree usted?

LA SERPIENTE AMARILLA

(Continuación de la pág. 62).

---

verdadera personalidad que Juana no pudo menos de mirarle con extrañeza—. ¡Antes que te cases han de suceder muchas cosas!... Tú tienes contraída una deuda conmigo, Juana. Ya parece que has olvidado a tu hermano...

—Nada ha hecha usted para que yo le olvide, señor Narth— interrumpió ella con creciente indignación—. Sólo por lo que usted hizo por mi hermano, he consentido en casarme con el señor Lynne. Clifford quiere que la boda se celebre el viernes; y yo..., ¡yo he aceptado!

—Pero, ¿acaso, no soy nadie para decidir en el asunto?— gritó indignado—. ¡Es que no se me va a consultar a mí!

—Desde luego, puede usted consultarlo con él— respondió, fríamente, la muchacha.

—Espérate... ¡Espérate! — vociferó al ver que Juana se disponía a abandonar la habitación—. ¡No hay que perder la calma, Juana!... ¡No hay que perderla!... Tengo una razón especial para pedirte que retrases ese casamiento hasta una fecha más avanzada...

En la puerta apareció el criado, todavía vestido en su traje de calle.

—¿Qué sucede? — le preguntó Narth, ásperamente.

—¿Puede el señor recibir al señor Lynne? — insinuó el sirviente.

—¿Quiere verme a mí? — interrogó Narth—. ¿Estás seguro de que no es a la señorita Juana a quien pretende ver?

—Con toda claridad ha preguntado por usted, señor.

La mano temblorosa de Esteban Narth pellizcó ligeramente sus labios.

—Condúcele a la biblioteca— ordenó en forma violenta. Y se dirigió a celebrar una entrevista, que su instinto le advertía no iba a ser del todo agradable... Y su instinto no le engañó en esta ocasión, pues Clifford Lynne había llegado para hacerle unas cuantas preguntas muy difíciles de contestar...

CAPITULO XXI

Cuando el señor Narth entró en la biblioteca, Clifford estaba paseándose de uno a otro lado de la habitación como si estuviera en su propia casa, según Esteban se quejaba amargamente, y se volvió con brusquedad para enfrentarse con el socio de Narth Brothers.

—¡Cierre usted esa puerta!

Fué una orden en vez de un ruego y lo más extraño la rapidez con que Narth le obedeció.

—Hasta las cuatro de la mañana no ha vuelto usted a su casa— empezó a decir Clifford Lynne—. Cenaron en Ciro's que se cierra a la una. ¿Qué hicieron, pues, usted y sus hijas, desde la una a las cuatro?

Narth no podía dar crédito a sus oídos.

—¿Puedo preguntarle?... — intentó contestar.

—No. Nada puede usted preguntarme. Si va a decirme que con qué autoridad me atrevo a dirigirle estas preguntas..., puede evitarse esa molestia — interrumpió Lynne con energía—. Quiero saber lo que han hecho ustedes, entre la una y las cuatro.

—Y yo me niego, rotundamente, a satisfacer su curiosidad— contestó Narth, enfadado—. Han llegado las cosas a un extremo que...

—A las tres de la mañana — atajó, bruscamente, el comerciante de China—, se llevó a cabo un atentado para raptar a Juana Bray... de esta misma casa. ¿Es esto absolutamente nuevo para usted?

El otro asintió calladamente.

—Usted se figura que el atentado no llegó a realizarse..., pero usted lo esperaba. Cuando estaba usted hablando con el chofer, yo estaba escondido entre los arbustos. Desde allí oí cómo usted le decía que entrase en la casa una vez encerrado el coche; y añadió que estaba muy nervioso, porque habían ocurrido muchos robos en la vecindad, recientemente. ¡Y se quedó usted atónito al ver que Juana Bray estaba en casa, todavía... y sin el menor daño!

Blanco como la cera, Esteban Narth ni siquiera podía contestar.

—En algo tuvo usted que emplear las horas transcurridas desde la una a las cuatro. ¿Qué es lo que hizo?... — los ojos de Clifford miraban a Narth, insistentes, escudriñando hasta el fondo de su alma—. No iría usted a casa de Fing-Su, porque, con razón, no querría poner a sus hijas en contacto con ese hombre. Le contaré, pues, lo que hizo.

Esteban Narth no contestó.

—Mientras estaban bailando, se escabulló y cerró con llave las marchas de su coche. Se valió de esta excusa para llevar a sus hijas a uno de los extravagantes clubes de Fitzroy Square... y entonces, providencialmente y en el momento más oportuno, se dió cuenta de que llevaba la llave en el bolsillo.

El señor Narth pudo, al fin, hacer uso de la voz.

—¡Es usted algo detective, Lynne! — contestó—. Y lo más extraño es que todo lo que acaba de decir es la verdad, a excepción de que no fuí yo quien cerró las marchas. Lo hizo mi chofer y yo encontré, por casualidad, un duplicado de la llave en mi bolsillo.

—Hasta que todo el trabajo no se hubiera llevado a cabo, no quería usted regresar, ¿eh?— siguió acusando Lynne, con los ojos centelleantes— ¡Es usted un canalla!...

(CONTINUARA)

MOMENTOS MEMORABLES

Me preguntan por el instante más inolvidable, por el momento más memorable de mi vida. La respuesta no se hace esperar, pues al mismo tiempo de encontrarse dentro de mi corazón, está a flor de labios y pugna juguetona, por salir al aire y al sol, tan puros y diáfanos como ella misma. Escuchadla. Han de saber ustedes, que yo tengo un amado, y que mi amado es hermoso y apuesto, de negros ojos, de dulce mirada, de mejillas rojas que iluminan aún más sus ojos lindos cuando me miran a mí, su amada, amorosamente. Es majestuoso, es un príncipe bello, tan bello como nunca ustedes habrán visto, ni podrán ver jamás otro semejante. Y es tan bueno, tan bueno mi príncipe azul. Sus cabellos muy negros, negrísimos, brillantes, en los que mis manos pálidas, se hunden amorosamente, semejando dos flores blancas en un fondo negro. Así es mi amado. Su boca es de fresa, roja, de sangre fuerte y joven, suave también, y tibia... Y un día que a su lado yo estaba, un día que a su lado yo, lo contemplaba, y él me contemplaba, ¡ay qué hermoso ese instante!, ese día, digo, mi amado se inclinó; levantó mi faz con su mano blanca, y la miró muy hondo, después en los ojos, y sin que siquiera alcanzara a notarlo, acercó su rostro bello y, ¿saben lo que hizo?, ¡me besó en la frente! El, mi amado, me besó en la frente mi príncipe azul. ¡Qué felicidad, qué turbación la mía, cuando sentí en mi frente, el beso cálido y suave, el primer beso puro y casto de mi vida; cuando sentí su boca roja, de sangre fuerte y joven, sobre mi frente pálida, su boca dulce y suave, suave y tibia... Después mi amado apuesto, puso sus manos bellas sobre mis hombros pálidos, y todo mi cuerpo tembló ante él, y me miró a los ojos, y los dos nos miramos honda, profunda y amorosamente, y nada nos dijimos...! Y el beso mío, el más bello de todos los besos del mundo, el más casto, el más puro, en mi frente quedó, tibio y suave... Y la hermana agua por muchos días mi frente no besó ni acarició, como lo hacía siempre; el amor había hecho nido en ella, y eso era para mí lo más grande. Este es el instante que yo quiero y que junto a mí va siempre, apegadito a mi corazón; el momento inolvidable, memorable, que jamás me abandonará, el instante suave, el instante dulce...

MARIANELA.

Mosaico femenino POR REBE

"Perpetúe Ud. esta cadena..., saque nueve copias y remítalas a nueve personas, lo más lejos posible, a quienes Ud. desee buena suerte. Hágalo dentro del plazo de 24 horas de recibida y no rompa esta cadena, pues al hacerlo, persigue su destino y atrae su ruina..."

Yo, lo confieso lealmente, la primera vez que recibí una carta como esa, sentí un escalofrío de placer y de miedo. Porque el que alguien se acuerde desde tan lejos de una inofensiva ave como yo, — que vive con toda resignación en esta tierra del exantemático y la rabia — para desearle buena suerte, es como para saltar de gusto.

Pero esa advertencia con cara de amenaza, la de copiar nueve veces la carta so pena de atraerme la desgracia, me dió miedo.

En verdad, desde la primera que recibí, hasta esta última, que es la vigésima, no he copiado, ni enviado, ni roto esa bendita cadena.

Las he ido guardando. Pero ahora, ¿cómo voy a zafarme de una probable o casi segura desgracia si llevo ya veinte cadenas sin perpetuar?

Porque está claro, clarísimo, que yo me estoy atrayendo la desventura. Me lo dicen esas veinte invitaciones a la buena suerte. ¿Pero quién, señor mío, quién va a ser capaz de copiar nueve veces cada una de esas veinte cartas, para librarse de una desdicha?...

Y yo quisiera contestarlas todas. Eso debe ser mejor, indudablemente, que sentirse aprisionada por el drama, la tragedia, quién sabe si por la destrucción y la muerte como me lo augura la famosa cadena. Mas me pongo a leer la lista de los que la envían: capitanes ingleses, marinos japoneses, médicos turcos, fakires hindúes y hasta mapuches chilenos, y siento que las fuerzas me faltan, el valor me abandona en medio de ese guirigay de nombres raros, estrafalarios, y de ciudades desconocidas.

Reniego de la buena suerte y de los amigos que me la desean.

De entre la débacle que esto significa, yo ruego, suplico, imploro a los que aun quieren seguir ofreciéndome felicidades, que no lo hagan en cadena; no me pidan nueve copias ni me lo encabecen, por escrito, con mil apellidos exóticos, porque en ese maremagnum de direcciones, nombres, copias y envíos, yo siento que mi razón naufraga; se hunde, se pierde...

REBE.

Para el auto

1.— Abrigo en lana beige. Cuatro patas abotonan los bolsillos y botones cierran también cuello y cintura y adornan los puños. Bufanda roja.

2.— Muy bonito este abrigo tres-cuartos, ragián, finamente rayado en dos tonos. Un corte que nace de los bolsillos forma unas patas abotonadas, bajo las cuales pasa la bufanda escocesa.

3.— Abrigo práctico en gruesa lana, bolsillos sobrepuestos y pequeño adorno de pespuntes en el cuello y puños. Botones de cuero.

4.— Muy simpático abrigo de franela inglesa, gris. Costuras con doble pespunte, cuello echarpe y cinturón de cuero café.

5.— Abrigo de género de dos caras, muy abrigador y liviano. La capa con capuchón, se puede usar a voluntad. Modelo de última moda.

¡NO SUFRA MAS!

Las pastillas BRONCOSAN corregirán todas las molestias a los bronquios y vías respiratorias.

HOF.

BRONCOSAN

M. GEKA R.

familia

M. R. Es propiedad.
EL SEMANARIO QUE PU... ...ODOS LOS HOGARES
PRECIO
$1.40

EN ESTE NUMERO:

LA SUAVIDAD DE LA TEZ

No hay jabón mejor para la belleza del cutis que el FLORES DE PRAVIA. *Porque la fricción con su espuma, que parece una crema, limpia a fondo los poros. Porque es jabón puro, hecho para proteger la tez y el cutis delicado. Pase las manos por la cara después de lavada y notará la suavidad.*

Jabon FLORES DE PRAVIA

Una historia que podría ser verdadera

Familia

El semanario que puede entrar a todos los hogares

Editado en Santiago para toda la República

En venta los miércoles

SUSCRIPCION:

$ 63 ANUALES

$ 32 SEMESTRALES

N.o 12-21 de agosto de 1935

Viven en un conventillo, húmedo y mísero. El marido es talabartero y está cesante; de vez en cuando consigue algún trabajito, ajeno a su oficio, de común en alguna demolición. La mujer lava para una numerosa familia y de los cinco hijos, los dos mayores van a la escuela y la tercera, fina y despabilada, ayuda a la madre y cuida de los menores, a más de hacer todo el trajín doméstico. Son siete bocas que alimentar, siete cuerpos que vestir, siete almas que mantener en fe y esperanza.

En este hogar — guiada por el propósito de hacerse útil — ha caído esa mañana una muchachita que no hace nada y cuyos impulsos son como veleta, girando al último viento que sopló. Y el último fué un artículo que leyera acerca de la banalidad de ciertas vidas que sólo se dan al propio placer, sin pensar que existe una humanidad doliente a la cual podrían prestar ayuda. Para *servir* ha llegado ella hasta aquí.

La primera impresión ha sido desastrosa. El choque es demasiado rudo y una especie de desaliento la deja muda, con el deseo de escapar a ese cuadro, tan poco habitual a sus ojos.

Una serie de frases pasan veloces por sus oídos, tan nítidas que le parece que alguien las fuera diciendo a media voz: "No vale la pena ayudar a los pobres que son unos desagradecidos: lo único que se consigue de ellos son malos ratos. O pescar un bicho y con el bicho una enfermedad. Son gentes distintas a nosotros y hay que dejarlos en su medio: estamos hechos de distinto barro".

Pero a la vez que las palabras repercuten en sus oídos, algo la obliga a quedarse ahí, venciendo su timidez y su repugnancia, haciendo preguntas que se van precisando hasta lograr darse cabal cuenta del drama que esas gentes viven.

Ella dice que ha sabido que el marido está cesante. Ellos dicen a su vez que desde hace quince días no ha conseguido ganar un peso y que con los ciento veinte que la mujer recibe no hay para cubrir los gastos más urgentes. Sólo el cuarto les cuesta cuarenta pesos.

Ahora es un film el que pasa por la mente de la muchachita. Se ve en su casa, sentada frente a la radio, oyendo sin atención, pensando en lo que en la tarde hará. ¿El cine? ¿El Crillón? ¿El Savoy? Mejor será dar una vuelta en auto. Si, telefoneará a Bebé. ¡Cuidado!, no hay que atropellar a nadie, no vaya a pasarle lo que a Maruja que hace poco mató a una viejecita. Ahora están en el Savoy y al lado hay unos tipos "regios", argentinos, que miran y comentan. Luego la comida en casa, entre papá distraído y mamá disgustada. Y otra vez la radio, con las manos tontas en el regazo, con deseos de hacer algo, pero demasiado perezosa para realizar nada.

Un rubor le pasa por la frente al mirar ese film que es su vida diaria y contraponerlo a esta escena que tiene ahora delante. Miseria. Hambre. Falta de lo esencial. ¿Cómo puede existir tal cosa? Y su sobra de todo le parece odiosa.

Le da vergüenza su inutilidad. Recuerda cómo dilapida el dinero en futilezas. Con lo que ella gasta en una cartera esta familia viviría holgadamente un mes entero. La subleva el pensamiento de la injusticia social, en que hasta entonces no había reparado. Una ola de indignación le sube a la garganta. Ella no *sabía*..., y esto es su solo justificativo.

Pero ahora *sabe*. Ha visto, ha oído. Y algo puede remediar, algo ayudar, para que un rayo de esperanza prenda en estos corazones embotados por el hambre, por la tristeza, por el abandono. Buscará para ellos trabajo, economizará de sus gastos personales para ayudar efectivamente, vigilará la educación de los niños, se hará cargo de la vestimenta de la guagua. Y mil proyectos se estrecruzan en su imaginación, gozosa con la perspectiva de poder *servir*.

No dice mucho a las gentes estupefactas. Deja un billete. Toma unos datos. Y se va, tras de una sonrisa que se queda en los rincones como un rayo luminoso, diciendo un: "Hasta lueguito", que en ella misma se traduce en esta frase gloriosa:

—*"Hasta luego, sí, hasta pronto; ustedes no se imaginan que han encontrado en mí al Hada Madrina de los cuentos"*.

ISABEL DE SANTILLANA

SUMARIO:

SALVANDO A SUSANA, por Duncan Norton Tailor.
FIN DE SEMANA, por Mariam Sims.
EL HIJO, por Ketmis.
LA DONCELLA, por E. de Keyser.
ESPEREMOS UN AÑO, por Elisa Bialk.
LA SERPIENTE AMARILLA, por Edgar Wallace.

Tendencias de la moda.
Los trajes de la mañana.
Tailleurs.
Trajes de baño.
La última moda.
La nueva forma de la blusa
La ropa de nuestros niños.
La moda infantil.
En casa.
La ropa interior.
Sweater-camisa.
Las amapolas.
Crochet.
El molde de "Familia".

Reflexiones color del tiempo.
Para saber y contar.
Siam, el magno país del elefante blanco.
La escoba y el plumero.
Buen tono.
Cultive su belleza.
La señora y la cocina.

¡LABORES! ¡LABORES! ¡LABORES!

en cada número de la popular revista **PARA TODOS** Cine — RADIO — Lectura LOS LUNES.

Ninguna publicación nacional o extranjera es más completa en esta especialidad femenina.

SALVANDO a SUSANA

La forma en que termine este romance va a ser muy agradable para el joven Mr. Vaughn, cuando las acciones de la Pacific Utilities vuelvan a subir...; ¡pero no cambiará mucho las cosas!

Por
DUNCAN
NORTON
TAYLOR

Estaba segura de encontrarse pálida, y para acentuar esa palidez, no se puso rouge y se vistió con un pijama de satén negro. Se echó el cabello atrás de las orejas, y ya lista, bajó a tomar desayuno.

Aunque estaba muerta de hambre, movió con desprecio la cabeza ante la tortilla que le pusieron delante, y manifestó con voz trágica que solamente deseaba tomar café. Observaba de reojo para ver si su tío la estaba mirando; desdobló lánguidamente la servilleta.

—Buenos días — dijo el tío Ogden—. ¿Qué te pasa?

Lo miró sin contestarle. Estaba satisfecha. El mozo le estaba revolviendo el café, y ella lo miraba con cara melancólica; solamente cuando el doméstico salió, y ella se dió cuenta de que su tío estaba ya muy molesto con su actitud, declaró:

—Es por él..., por Russ... Dice que no puede casarse conmigo hasta que las Pacific Utilities vuelvan a subir, pues, de otra manera, perdería lo que él llama respeto a sí mismo. Mientras tanto, tendré que esperar... Hemos estado uno cerca del otro durante años. Por cierto que me ama.

El tío escuchaba con mirada burlona; pero, mientras tanto, iba siguiendo con el dedo las cotizaciones de la Bolsa.

—Las Pacific Utilities están a uno siete octavos. ¿Hasta dónde irán a bajar? Las que tiene Russ deben valer unos diez mil...

—Y no las va a vender...

—No lo censuro. En diez o quince años más van a tener igual valor que el que pagó Darius por ellas.

—¡Y tengo que esperar hasta entonces! ¡Por su maldito orgullo! Voy a dejarlo todo a un lado. Cuando él se dé cuenta...

—Te prohibo que procedas con precipitación. ¿Qué edad tienes? Me he olvidado...

—Pero, es que yo quiero irme lejos..., a cualquier parte..., tal vez a las Bahamas. Tengo diecinueve años; pero, ¿qué tiene que ver con eso?

Parecía tener algún significado para el tío Ogden, pues desapareció tras su periódico, y Susana, fracasada momentáneamente, dijo que había cambiado de pensamiento sobre la tortilla y se la comió, llena de indignación.

El tío Ogden olvidó el incidente hasta dos días después, en que recibió un llamado telefónico de su esposa.

—¡Susana se ha ido! — le dijo Mrs. Blackwell.

—¿A dónde?

—A Nassau..., en las Bahamas. Cuando regresé del partido de brid-

ge, me dijeron que se había ido, con maletas y todo. Dejó una nota. ¿Qué vas a hacer?

—¡Por Dios! No sé qué hacer. Tenemos una compañía de vapores. ¿Has oído hablar de la Southern Export Lines? Su padre le dejó una entrada de veinticinco mil dólares. Si ella quería hacer un viaje a las Bahamas, por qué motivo, no...

—No hay que afligirse por ello — dijo la esposa—. ¿Se fué acaso en uno de nuestros vapores? No... Claro que no los iba a ocupar...

Esa noche recibieron un cable de ella, manifestándoles que estaba efectuando un viaje encantador y que pronto volvería a casa.

Russ Vaughn era un muchacho grande, que había jugado por Yale en tres temporadas y los teams de Harvard lo habían mirado con respeto. Se había graduado en 1930. El último invierno había muerto el padre, que vivía en una hacienda avícola en Indiana, y Russ se había visto obligado a retirarse de Yale por la bancarrota de la familia, sin tener un empleo, y manteniendo su compromiso con Susana Blackwell, que había heredado una fortuna. Ogden Blackwell le ofreció un puesto en la Southern Export; pero él no lo aceptó, murmurando algo sobre la caridad. Pero Mr. Blackwell le explicó que quería ponerlo en uno de sus barcos de carga, y después de muchas tentativas consiguió que Russ aceptara.

Cuando Russ — de regreso a Nueva York — entró a la oficina de Mr. Blackwell, el anciano estaba echado hacia atrás en su silla.

Después de asegurarse de que Russ profesaba a su sobrina los mismos sentimientos de antes, le hizo saber que Susana se había marchado a las Bahamas y que deseaba mandarle a él a buscarla. Había hecho ya un arreglo con los jefes de la compañía, haciéndoles saber que el joven iba mandado por él por asuntos comerciales.

—... Quiero que vaya usted, pues yo no puedo salir de aquí en este tiempo. El próximo barco no sale hasta el domingo, por lo cual será mejor que tome un avión hasta Miami y allí se embarque en otro hasta Nassau...

Mientras volaba al día siguiente, Russ tuvo tiempo de pensar, y lo que le preocupó más era la manera cómo tenía que arreglárselas para conseguir traer a Susana de regreso... Y siguió pensando en ello hasta su llegada a Miami, y durante las dos horas que duró la travesía hasta Nassau a la mañana siguiente.

—Estoy efectuando un trabajo raro para tu tío. Tengo que verte, Susana, y entregarte un recado suyo.

Pensó que ella debería encontrarse en el New Colonial, y se dirigió allí. No se había equivocado. Pero ya no estaba allí; había salido en viaje hasta las Bermudas.

Desalentado, envió un cable a Mr. Blackwell, haciéndole saber la situación y pidiéndole alguna idea. Pasó todo el día vagabundeando por las terrazas del hotel y leyendo los diarios locales, en uno de los cuales encontró que entre los pasajeros del avión de Miami figuraba "Mr. Russ Vaughn, hijo del conocido financista Darius Vaughn, de la ciudad de Nueva York".

Un día después se encontraba en la cubierta de un barco que salía para Bermudas, cuando recibió la contestación de Nueva York. El tío Ogden manifestaba que había cablegrafiado a Susana para que lo esperara.

Por sexta vez leyó el radiograma y sintió que la sangre se le subía a la cabeza. Lo engañaban

(Continúa en la pág. 66).

FIN de SEMANA

Se dice que el amor es ciego..., pero a veces abre los ojos. Simpático cuento de una secretaria que se había enamorado de su jefe.

Por MARIAM SIMS

Cada vez que Elsa se veía libre de la oficina y de la perturbadora presencia de Miles Torrance, le volvían el sentido del humor y la tranquilidad. Entonces se arengaba a sí misma echándose en cara despiadadamente su proceder anterior. Tienes veintiséis años — se decía — eres inteligente y de buena presencia, y en vez de aprovechar tu vida andas loca tras de un hombre que no sólo es tu jefe, sino que es un hombre casado, que tiene dos hijos. ¡Por juventud!

Y siempre se prometía un cambio... hasta el día siguiente. Entonces Miles Torrance entraba a su oficina, radiante de salud, entusiasmo y corrección, y la resolución que ella se había formado, regresaba a esperarla en su casa. Es tan atrayente — pensaba disculpándose—, y huele su casa. Es tan atrayente — pensaba disculpándose, — y huele tan bien; olorcito a jabón y a tabaco inglés.

El mayor valor de Miles Torrance consistía en que era un "self-made-man". Había comenzado en un pequeño pueblo de Georgia y había terminado por ser socio de una de las principales oficinas legales de Atlanta. Se había casado dentro de la sociedad y había llegado a ocupar una situación destacada. Su inglés y sus maneras eran tan perfectas como su vestir: mucho más correctas que las de muchas personas nacidas en la opulencia. Poseía una presencia perfecta y una figura muy varonil: alto, ancho de espaldas, de barba cuadrada y cabello obscuro cuidadosamente peinado.

Claro que Miles Torrance no conocía la admiración de que era objeto de parte de su empleada. En su trabajo, Elsa era fría y competente, y nunca demostraba el efecto que le causaba el jefe. El único que lo había adivinado era Dave McCord. Pero Dave se sentía tan atraído por Elsa, como ella lo era por Miles. En alguna ocasión se lo había hecho ver a ella.

—Me parece que te sientes muy atraída por ese huevo duro, ¿verdad?

Miles estaba ya esperando en el muelle cuando bajó Elsa con su traje blanco y pasó junto a él, lanzándose al agua en un salto perfecto.

—Eh, poco a poco. No creo que él sea un huevo duro, y por otra parte, no creo tampoco que le demuestre tanto interés.

Dave aseguraba que su jefe era un pobre diablo, y eso dicho por Dave no dejaba de ser un ultraje, pues mientras Miles había comenzado desde abajo, conquistándose una posición sólida, Dave había nacido en la opulencia y había descendido; lo habían expulsado de los mejores colegios, había rechazado un puesto en el Banco de su padre para enlistarse como cachorro de repórter. Diez años más tarde era el mejor periodista de Atlanta. Pero Elsa sabía por experiencia que todos los periodistas son un poco locos, y no se privaba de decírselo a Dave. Este no se ofendía; quería demasiado a la muchacha para tomar en serio sus ofensas.

—Si te casas conmigo — le decía — yo tendría tiempo de terminar mi libro. Pero vivo en un estado de constante desesperación mental y física, y paso el tiempo tratando de convencerte que no soy tan mal partido, después de todo.

Ella se confundía, porque sabía que él decía la verdad. El libro era bueno, y no era un secreto que Dave la amaba desde tres años atrás, pero se sentía tan atraída por Miles, que no quería pensar en otro.

Una mañana de julio, Elsa pasaba a máquina un expediente judicial, mientras pensaba en el agua azul al pie de las montañas. Miles Torrance tenía una residencia de verano en el Lago Eden, a dos horas de auto de la ciudad, y ella sabía que Miles partiría ese día a pasar el fin de semana con su familia.

Sonó el timbre y Elsa saltó de su asiento, deteniéndose apenas un segundo para empolvarse la nariz, y entró a la oficina de su jefe. *(Continúa en la pág. 70).*

Fortalece y elimina las grasas

Una buena fricción de Colonia FLOR DE ESPINO da bienestar y fortifica el cuerpo, desgrasa, evita resfriados y perfuma delicadamente. Apreciadísima por su concentración y aroma exquisito.

COLONIA FLOR de ESPINO

El HIJO

Escrito especialmente para "FAMILIA"

Por KETMIS

—¿Crees que no llegaremos atrasados? Ya es cerca de medianoche.

La voz era armoniosa, pletórica de ardiente juventud. Otra voz, lenta, que parecía arrastrar en sus inflexiones los minutos pesados del tiempo, respondió:

—No se impaciente, niña. Llegaremos a tiempo.

(El cielo fuma estrellas y las escasas nubes son volutas de humo blanco que la brisa hace huir en una fuga lenta, suave).

Las dos sombras se detuvieron en el muelle. Por entre los tablones separados sube la canción impetuosa y la respiración fresca y olorosa del mar.

Se oye el palmetazo amistoso de los remos en el agua y un bote se acerca al muelle. Una voz que el tabaco ha enronquecido, grita perforando el silencio:

—La esperamos, señorita. Dése prisa, que pronto levaremos ancla.

Una silueta esbelta salta al bote. La obscuridad parece complacerse en adoptar su tinte sombrío a las curvas de belleza del cuerpo juvenil. Después saltó la otra silueta y el bote se aleja rasgando el agua.

Llegaron al barco y la muchacha subió sin ayuda la escala de cuerdas. Ya en cubierta, junto a un pequeño reflector que lanza a la obscuridad un grueso y erecto cable de hebras de luz, se distinguía la figura de un oficial de elevada estatura y su capa, ondulada en pliegues, se agitaba levemente al soplo de la brisa. Ella saludó. La claridad del reflector imprimía palidez de oro en sus cabellos castaños. Era bellísima y los ojos grises del oficial le rindieron el homenaje de una mirada admirativa. Después, con un gesto cortés, le señaló su camarote.

Al quedar sola, la muchacha se desvistió lentamente y, acostándose, trató de conciliar el sueño. Pero los pensamientos mordían su cerebro, implacables, exigiendo actividad a las células extenuadas. Iba en busca de su tía. ¡Ahora comprendía cuánto la quería! ¡Ahora que la anciana se había separado de ella, indignada, herida en su ideología, en el culto que rendía al pasado, en su respeto casi fanático por las tradiciones! Su carácter de muchacha moderna, vibrante de rebeldía, deseoso de demostrar su total emancipación, de evidenciar su escepticismo que la libraba de los nudos que prenden el alma a ritos tradicionales; ese carácter contradictorio que suscitó desavenencias con su tía, se humillaba ahora ante una convicción que había surgido avasalladora: amaba a su tía. Pensó que así habría amado a su madre; con ese cariño que había doblegado su rebeldía, que hacía tambalear su escepticismo, inclinándolo hacia la duda de sí mismo. Recordó las frases de la anciana: "La vida moderna te ha mecanizado. Dejas obrar tus músculos libremente, ahogando tu cerebro con cocktails y humo de cigarrillos. Tu cerebro, insensible en su modorra, y tu carne mecanizada. ¿Crees que para eso te acuné en mis brazos, para eso te arrullé con mis besos? ¿Crees que para ello te eduqué, para ello nació en mí este cariño maternal que es tuyo? Debes reaccionar, Lucila. La emoción que necesariamente debe palpitar en tu cuerpo joven, tus sentimientos, están agazapados, temblando, en un rinconcito de tu corazón. Tienen miedo de ti, de tu inconsciencia. Despierta, Lucila; ve la vida como es, comprendete a ti misma. Lamento haber sido tan indulgente contigo. Pero ahora seré enérgica. Te prohíbo que salgas esta noche con esos compañeros tuyos de la Universidad. Sé que eres digna, tú también lo sabes; pero también debe saberlo todo el mundo. No sólo debes ser honrada, sino también parecerlo. Esta noche no sales.

—¿Y si no te obedeciera, mamá — había respondido ella. Recordó cómo la cólera había impreso su roja tonalidad en el noble rostro de la anciana. Y esa misma noche se había marchado al norte, a Iquique, a reunirse con otra sobrina. Recordó sus últimas palabras: "Me voy a casa de Herminia. Ella sabe "vivir", no insensiblemente como una máquina..., una máquina que hiere con palabras que tienen filo de acero. Palabras inconscientes, muertas como el acero, pero que también como el acero, hieren. Tú no me necesitas, ni moral ni materialmente. Eres rica, emancipada, escéptica. En cambio, Herminia me necesita para ella y para sus hijos. Sobre todo para sus hijos. Adiós".

Ese "adiós" modulado friamente era para Lucila una herida abierta en pleno corazón. Ni un beso de los labios maternales ni una mirada de emoción de los ojos endurecidos. Los pensamientos torturaban a Lucila que después de haber llorado silenciosamente se quedó dormida.

Cuando despertó, el sol ponía matices de oro en la blanca ropa de la calma. Se levantó. Una leve tristeza obscurecía sus ojos. Al salir de su camarote vió que Hatzú, el criado africano que la acompañaba estaba esperándola. Parecía muy agitado y en su rostro obscuro la palidez había extendido una lívida emoción.

—¿Qué sucede, Hatzú?

—¡Niña! ¡Oh, niña! ¡Nos hemos equivocado!

—No te comprendo. ¿Qué...

—Niña Shira (el leal servidor siempre la llamaba con esa exótica contracción de su nombre). ¡Este no es el barco que nos llevará junto a su mamá! ¡Vamos navegando hacia el sur!

La sorpresa hizo enmudecer a Lucila. Después, febrilmente, cogió las manos de Hatzú y exclamó angustiada:

—¡Entonces debemos bajarnos en el primer puerto! Sé que mamá va a descansar algunos días en Tocopilla y debemos alcanzarla antes que llegue a casa de Herminia. ¡Pronto! Ve a decir al capitán que desembarcaremos en el primer puerto. Pero... ¿por qué nos esperaba aquel bote?

—¡Es un enredo, niña! Esperaban a una profesora que había recibido nombramiento a Concepción. Este es un buque que va directamente a Talcahuano en misión especial del Gobierno. No puede detenerse. Por lo tanto, nosotros no podremos desembarcar. Es Ud. la única mujer a bordo. Es mejor que todos crean que es Ud. la profesora. Ahí viene el capitán. Recuérdelo niña: la profesora se llama Elena.

Lucila vió al capitán que avanzaba hacia ella. Era el oficial que había visto la noche anterior.

—— .

Apoyada en la borda, Lucila contempla el mar. Parece que la luna ha bajado a bañarse, dejando en el agua ondulaciones de luz. Una música suave acariciaba sus oídos. El capitán Mc-Romer se acercó a ella.

—Señorita Elena, ¿viene conmigo al salón? La música invita a bailar.

Ella se estremeció. Le mortificaba oirse llamar por aquel nombre que ponía en evidencia ante sí misma la ficción de su proceder. Había instantes en que era irresistible el deseo de revelar su verdadera personalidad. Pero reprimía sus impulsos y guardaba silencio, comprendiendo que, al revelar la verdad, infligiría una preocupación al capitán.

Siguió en silencio a Gerardo Mc-Romer y dejó que el ritmo sereno de la música pusiera su suavidad en la emoción que la dominaba y en la rebeldía de sus pensamientos. La presión del brazo varonil se acentuaba, pero sin violencia.

A la noche siguiente, contemplando el mar desde el alto castillo de popa, Lucila conversaba con su fiel Hatzú:

—Ya no podré alcanzar a mamá antes de que llegue a Iquique. Cuando ya esté en casa de Herminia, no creo que regrese. Adora a los chiquitines de mi prima y si ha reprimido sus deseos de vivir junto a ellos ha sido por mí. Y yo, ¡ciega!, ¡estúpida!, no he sabido comprender su cariño; no he sabido comprender mi propio cariño. Es muy firme en sus decisiones y sé que aunque se lo suplicara de rodillas no volvería a mi lado. ¡No sé cómo recuperarla!

En los hermosos ojos obscuros brilló humedad de lágrimas. La angustia dibujó un rictus doliente en los labios rojos. Inclinada la cabeza de negrísimos cabellos, Hatzú parecía meditar. Después, con voz vacilante, insinuó:

—Si la niña Shila me permite sugerirle...

—Habla — concedió Lucila, sorprendida.

—Oí las últimas palabras de su mamá. Ella adora los niños. Recuerde que dijo: "Sobre todo para sus hijos". La he visto nacer, niña; he vivido siempre a su lado y la quiero como querría a una nietecita mía, muy querida. Ahora deseo ayudarla. La señora volvería... si la niña se casara..., un hijo...

Lucila enrojeció.

—¡Hatzú! ¡Retírate! ¡Eres un insolente!

Hatzú palideció. Las palabras de Lucila parecían azotarlo con toda su dureza. Obedeció en silencio, llevando en sus ojos negros la expresión de su angustia. Ella quedó sola, pensativa. Quizás Hatzú tuviera razón... El tímido..., un hijo..., expresión que brotó vacilante de los labios de Hatzú, se convertía en ella en un deseo imperioso: ¡Quiero un hijo! ¡Un hijo que me ayude a recobrarla! Com-

(Continúa en la página 72).

Bárbara y la cadena

Ya está faltando gente en Santiago para meterla en la cadena. En las cadenas, mejor dicho. Porque las hay de todas clases: desde la muy liviana de a peso — que debe ser equivalente a una de latón — hasta la muy pesada de a cien — igual a esas que mantienen el ancla.

El hecho es que no se oye hablar de otra cosa, entre tos y tos, entre estornudo y estornudo (porque Santiago sigue con gripe). — "¿Quieres entrar en una cadena?" —"A mi ya me está llegando plata". —"Yo eshoy en una de a cinco y en otra de a diez". —"¿Vendiste ya las tuyas? —"No es posible que por tu dejación se vaya a perder toda esta plata". —"La Marilú quiere entrar en la de a veinte". —"Yo voy a comprarme una cartera donde Cori con lo que ya he recibido".

Es el tema del día.

Antes, cuando recibíamos la famosa cadena de la buena suerte "de un soldado que murió en la guerra", con un gesto agrio nos dábamos a las nueve copias. Menos mal que los poseedores de una máquina, con poner varios papeles de calco salían del engorro; pero los pobres obligados a las nueve copias manuscritas, a la altura de la cuarta empezaban a renegar bien irreverentemente del soldado y de quien había mandado la cadena, recordando el refrán aquel de que "con buenas intenciones está empedrado el infierno".

Claro que había algunas sorprendentes por los nombres que figuraban en ellas. He recibido una en que estaba el rey don Alfonso XIII, Josephine Baker, Bernard Shaw, la Sorel, Mussolini y Chaplin. Me llegaba desde Méjico, enviada por la mujer del embajador del Brasil. Y para no romper la ensalada rusa de los nombres — en que ya ven ustedes que aparecía la fauna más célebre del momento — la envié a otros nueve personajes, entre otros, a Greta Garbo, al príncipe de Gales, a Miss Europa, al emperador de Etiopía y a Bárbara Hutton.

La verdad es que somos muy supersticiosos. Y que todos sufrimos la sugestión de esta cadena que tan extraordinarios acontecimientos felices nos presagia — si la hacemos. Y tan negras desgracias nos anuncia — si la cortamos. Y ahí, como buenos tontos, estamos copia que te copiarás, hasta terminar las nueve necesarias para nuestra futura suerte. Y después, pacientemente e ilusionados, nos ponemos a esperar que nos caiga la lotería, que muera un desconocido dejándonos su fortuna, que nos presenten al hombre que hemos de amar, que la gloria nos caiga en la cabeza como una teja en día de viento, que todo — en buenas cuentas — se realice a medida de nuestro deseo, interviniendo lo absurdo y hasta lo milagroso.

Y esto era antes, cuando no se trataba de ganar dinero. Piensen ustedes con qué dedicación se hará ahora la cadena que nos ofrece sumas fabulosas. *ahora* que la gente se declara voluntariamente en "la puré", lo que, en buen chileno, quiere decir en la cuerera. Llega la correspondencia y el corazón se vuelve loco creyendo que nos trae un giro o un montón de sellos. Tocan el timbre y estamos con el oído atento a lo que se habla en el vestíbulo. El campanilleo del teléfono nos hace rebullir inquietos. Y así andamos todos en tren de espera. Unos, porque a base de los pesos de la cadena van a comprar poco menos que una propiedad. Otros, por constatar la puerilidad humana. Otros, irónicamente, riendo del negocio que han hecho los primeros en mandar la cadena, ya que son ellos los que han sacado la ganancia pingüe a base de aquellos que ahora languidecen sin tener dónde colocar su cadena, porque en Santiago y tal vez en todo Chile, ya va faltando gente para entrar en ella.

BARBARA.

UN POETA...

MARIA VILLAR BUCETA

Cubana, ajena a temas de amor, su verso de cepa clásica, da un zumo agridulce para finos catadores de originalidades.

SINCERIDAD

Quizás pensaréis que soy rara
—raro es todo aquel que es sin-
[cero—:
mas... ¿qué queréis? Amo al egó-
[latra
que os cuenta a gritos sus defectos,
con impudor mucho más noble
que la moral de los modestos.
que, a fuer de no hablar de si mis-
[mos,
muerden los frutos del ajeno
cercado...

Diréis que soy rara...
No importa: he dicho lo que siento
y si asordáis vuestros oídos,
y si me desdeñáis por eso,
desde la cumbre donde os hablo,
me oirán la tierra, el sol, el viento...

LA DONCELLA

por E. de KEYSER

María había decretado:

—Ayudaré a la cocinera a hacer los dulces.

Cuando tomaba una resolución, su madre no ignoraba que nada la haría cambiar de parecer; a pesar de ello le recordó:

—Pero hoy viene a vernos el ingeniero...

—¿Qué ingeniero?, preguntó María, pensando aún en sus dulces.

—El amigo de tu tío, que viene llegando de España y prometió venir hoy.

Levantando los brazos al cielo, la niña exclamó:

— Entonces debe ser tan aburrido como mi tío, ya que son tan amigos. No tengo el menor deseo de conocerlo. Dirás que estoy en el colegio...

—¿A los veinte años?

—Cierto, me creería una débil mental. Dile que estoy estudiando leyes en París...

—Tu tío le habrá dicho que vives con nosotros.

—Muy sencillo, mamá. Cuenta que no te atreviste a comunicar esta decisión a mi tío y le pides que guarde el secreto. Así se sentirá halagado y yo podré hacer en paz mis dulces.

Diciendo esto se fué a la cocina.

A mitad de camino se detuvo y volvió donde su madre.

—Sin embargo, me gustaría saber qué tal es el amigo de mi tío... Convenido, cuando toquen iré yo a abrir.

La mamá, encogiéndose de hombros, no contestó.

Y María, que tenía una buena dosis de coquetería, eligió entre todos los delantales blancos, el más corto y mejor adornado.

A cada timbrazo, se precipitaba a abrir. Cinco veces se molestó en balde: primero para un limosnero, después por el carnicero, en seguida vino el cartero, el verdulero y un carbonero.

Pero por fin al *sexto llamado* se encontró ante un señor alto, delgado, muy bien vestido, al que encontró de muy buen aspecto.

—¡Un amigo de mi tío! ¡No es posible!

El joven preguntó por la señora Dalsen .

—Es aquí, señor, contestó María cerrando la reja. Si quiere *seguirme*, voy a *llamar* a la señora.

El ingeniero se dejó conducir admirado de encontrar una empleada tan bonita y desenvuelta.

En la puerta del salón, María no miró a su madre. Se retiró y volvió a sus dulces, diciéndose:

—Voy a quedar en acecho. Al irse, yo lo encaminaré a la puerta...

La visita fué larga. La madre de María no terminaba de pedir noticias de su cuñado, que residía en España desde tantos años. Se disponía a conducir ella misma a su visita por el jardín, cuando María apareció y preguntó:

—¿La señora desea que acompañe al señor?

Cuando volvió donde su madre, la buena señora estaba muy nerviosa:

—¡*Seguramente* le van a decir!... ¡Se dará cuenta que se rieron de él!... ¡No va a volver nunca más!... ¡Le va a escribir a tu tío! ¡Estás desheredada de antemano!

—¡Mamá, por Dios, no te aflijas! No conoce a ninguna de nuestras relaciones. Este señor... se llama Raúl, ¿verdad? Este don Raúl no hablará con nadie... puedes estar tranquila.

—¿Cómo quieres que ahora le diga que soy tu madre?

—¡Eso es imposible!

—Pero lo convidé a comer pasado mañana.

—Perfectamente... yo serviré.

La señora se dejó caer en un sillón exclamando:

—¡Mi hija está loca!

—¿Por qué, mamá? He hecho unos dulces riquísimos. He aprendido con ello un arte que me servirá mucho cuando me case, y contribuirá a mi felicidad. Pues tú me has dicho que a los hombres les encantan los dulces...

Su madre se lamentaba:

—¿Será posible? Haber educado con tanto esmero a mi hija, para que se le ocurra hacerse pasar por una sirviente, justamente cuando viene un joven ¡Servir la comida!... Me moriré de vergüenza..., no podré comer nada...

—Ya verás, mamá, todo pasará muy bien, y me voy a divertir mucho.

—Puedes estar segura que voy a ponerme el vestido más viejo que tengo. Estoy viendo que va...

(Continúa en la pág. 68)

ESPEREMOS UN AÑO

por Elisa Dialk

Fleury Abbott escribía con extrema rapidez en su máquina de escribir: "Me voy lejos". Debo irme a alguna parte, porque si no me dominará la tristeza. Quiero conocerme a mí misma. Quiero pertenecer a esa clase de muchachas que trabajan para vivir. Quiero conocer hombres verdaderos y no cazadores de dotes. Hombres que me quieran por mí misma y no por mi fortuna.

"No trates de buscarme. Voy a desaparecer enteramente del mundo que ahora me rodea. Por fin voy a hacer lo que he deseado toda mi vida: vivir mi propia vida, deseo que antes hubiera podido cumplir si mi padre no hubiera tenido la desgracia de ganar tanto dinero. En beneficio de él y mío, dame esta oportunidad.

"Estoy aburrida de tanta publicidad. Nunca he podido hacer nada sin andar con un cortejo de reporteros a mi siga.

"Me alejaré de todos durante un año y no te apesares por esto, porque volveré. Me llevaré una buena suma de dinero para vivir, mientras encuentro trabajo el cual estoy segura tendré que obtener. Para algo soy una taquígrafa y dactilógrafa de primera clase. Tú no sabías que tenía estos conocimientos que adquirí, cuando mis compañeras de colegio murmuraban que yo trataba de humillarlas con la publicidad que me abrumaba la prensa.

"A fin de año, cuando vuelva, será quizás, con más ganas de vivir que ahora. Posiblemente, no me sienta extrañada para ese entonces, que el mundo continúe tan hipócrita y lleno de falsedades como a mí ida lo encuentro.

"Pero en caso que no regresara, tampoco te preocupes de buscarme. Si no vuelvo eso significaría que he encontrado lo que quería. Considera mientras tanto, que estoy muerta. Sabes que tienes mi consentimiento y si volviera podrías cumplir tus deseos.

"Esperemos un año. Año que para mí será de libertad, felicidad y amor.

"Seré durante todo ese tiempo, algo muy distinto de lo que ha sido siempre Fleury Abbott. Gracias y adiós".

Apresuradamente Fleury puso la dirección en el sobre y lo cerró. Era para Justin Husing, su abogado y tutor. Sacó un rollo de billetes que se echó a la cartera y dejó su mansión gris situada en el Parque Central. Nadie la vió salir.

Al día siguiente cuando los diarios daban cuenta del desaparecimiento de la conocida millonaria Fleury Abbott, ésta llegaba a Chicago y tomando un taxi se dirigía a un hotel de segunda clase.

Cuando alquiló la pieza, lo hizo regateándose una y otra vez por el precio. No quería dar la apariencia de ser una persona adinerada. Vestía de lo más sen-

cillamente y su delatador pelo rubio lo había teñido de negro. También había adoptado un nuevo nombre: Florencia Armstrong.

Ya sola en su habitación, la cual era de lo más desmantelada y sencilla, Florencia sintió una desconocida sensación. Empezaba a experimentar nuevas emociones como resultado a su voluntario acercamiento a la realidad de la vida.

Cuando se acordaba cómo había pasado hasta hace poco, abrumada de compromisos sociales, encadenada, hasta el punto de no poder salir a la calle sin ser enfocada por algún fotógrafo, se sentía feliz con su nueva situación. Respiraba felicidad.

Tuvo miedo durante mucho tiempo de frecuentar lugares públicos, donde podría ser reconocida por alguien.

Pero Fleury no se imaginó nunca la dificultad que tendría Florencia Armstrong en encontrar empleo en una ciudad tan grande como Chicago.

Inútiles fueron sus tentativas en las agencias de empleos, en los avisos de prensa. Muchas veces acudió a llamados de algunas oficinas comerciales, pero siempre era dejada a un lado por otras muchachas que tenían más experiencia en ganarse la vida y las cuales aceptaban trabajos por salarios ínfimos que admiraban a Fleury.

La desesperaba ver que sus recursos disminuían poco a poco. Varias veces pensó en pedir dinero a su casa, pero eso lo consideraba un fracaso declarado en su propósito. Prefirió encarar la situación como una valiente Florencia Armstrong y no como una orgullosa Fleury Abbott.

Escribió una vez a la firma Lacy y Houston, pidiendo colocación como dactilógrafa. Su desesperación había ido en aumento a medida que el dinero se le iba terminando.

Grant Houston, de la casa comercial, a que había escrito, no tenía muchas ganas de emplearla, pero ante la dudosa promesa de ella, de quedar a condición y de aprender el manejo de oficina con el tiempo, él le preguntó:

—¿Vive usted con su familia?

—No, señor Houston. Vivo sola — respondió ella.

—¿Y sus padres dónde viven?

—Mis padres están muertos— contestó ella, resuelta.

—Ah, sí, sí, — dijo Houston tamborileando con sus dedos sobre la mesa—. Me doy cuenta, puede usted trabajar aquí.

No tardó Florencia en darse cuenta que su jefe tenía un carácter muy brusco e irritable, pero que, en cambio, poseía un muy buen corazón. ¿Por qué decía esto ella? Sencillamente, porque él no había sido capaz de rechazar a una muchacha que se encontraba completamente sola y desvalida en una gran ciudad. Muchas veces su orgullo y amor propio querían rebelarse y echarle en cara a él que no necesitaba de ese empleo, que tenía de más como vivir y que éste le haría más falta a una muchacha que fuera realmente pobre, pero también, más de una vez, notó en la cara de su jefe, una sonrisa de amabilidad para con ella, y así fué como siempre le ocultó la verdad y le soportó su mal genio.

Florencia Armstrong dió muchas veces intimamente las gracias a Fleury Abbott por su tenacidad para el trabajo, empeño que no habría puesto otra muchacha acostumbrada a la vida de gran mundo, como ella lo había estado hasta la saciedad. Fueron muchas las veces que Florencia trabajó horas extraordinarias en la firma Lacy y Houston, escribiendo larguísimos y aburridores dictados de su jefe. Houston se fijó en esto. Y la prueba de ello reside en que le aumentó el sueldo y que con el tiempo le fué tomando un gran aprecio y consideración. Además, la fué conociendo, pero no a la Fleury Abbott, que, seguramente no le habría dado gusto, sino que a la nueva personalidad de la muchacha: Florencia Armstrong, de espíritu decidido, trabajador y ameno.

Fué una vez, después de dictarle una carta, cuando Mouston le preguntó, a raíz de las próximas festividades del Dia de Gracias, ¿Y usted, señorita Armstrong, dónde va a comer para el Dia de Gracias?

—¿Por qué? — contestó Florencia, extrañada por la pregunta de su jefe y mirándolo atentamente a sus ojos—. No sé todavía.

—¿Por qué no viene a comer a mi casa?—preguntó él con su acostumbrada brusquedad—. Mi madre estaría muy contenta en recibirla.

Al final del día, telefoneó la madre de Houston. — Venga — le dijo a Florencia. — Tendremos mucho gusto en que nos visite.

Los Houston, madre e hijo, vivían en un lujoso y confortable departamento, al lado norte de la ciudad. Para el Día de Gracias, Florencia fué a verlos. Según ella, la primera extravagancia que cometía desde su llegada a Chicago, era el haberse vestido muy elegante, con los ahorros de su sueldo, para el día de su visita.

—¡Qué bien se ve!—dijo Houston, cuando la vió llegar. Su tono era siempre el mismo que usaba en la oficina.

La señora Houston la recibió muy cariñosamente y Florencia la encontró muy pequeñita, todo lo contrario de su hijo.

—Me va a perdonar, querida— dijo la madre de Houston — por tener que ausentarme de a ratos a la cocina. Ha sido siempre costumbre entre nosotros, para este día, que la dueña de casa haga la comida. La mirada de la señora era profundamente observadora y Florencia lo notó, sin quitar, por eso, su bondad que era ilimitada.

Florencia esa vez lo pasó muy bien y las dos o tres veces que quedaron solos conversaron animadamente sobre libros, teatro y situación política.

La muchacha se dió cuenta que en Houston era natural ese tono de voz, brusco y algo du-

(Continúa en la pág. 69)

El día más encantador que pasó Fleury Abbott desde su llegada a Chicago, fué en casa de su jefe Grant Houston.

Para saber y contar

Las astucias del gato viejo

Un gato viejo y reumático que ya no podía cazar se puso de curandero. Echado a la entrada de su cueva, decía:

—He descubierto la salvación de los ratones viejos. En mi salón de masaje curo las torceduras de patas y los empachos de queso. ¡Entren! ¡Entren!

Las ratas son tontas, pero no tanto que no dijeran:

—¿Ahora que está enfermo se pone a curar a otros? ¡Hum! ¡Hum!

Y seguían su camino.

Un cuento nuevo de Doña Rata

Una lechuza se instaló en la cueva de una rata. La dueña de casa replegó los labios y mostró los dientes. La intrusa se apresuró a decir:

—Vengo a ayudarte. ¡Te ayudaré! ¡Te ayudaré!

—Vamos a ver — dijo la rata.— ¿Sabes cavar una cueva y llevar lejos la tierra?

—No.

—¿Sabes traer azúcar?

—No.

—¿Sabes arrancar raíces sabrosas?

—No.

—¿Sabes arrastrar nueces?

—¡Basta de preguntas ridículas! Soy, señora, nada menos que una lechuza... ¡Nunca he comido nueces!

—En nada puedes ayudarme, aunque digas tres veces que me ayudarás.

EL CUENTO DE SABELOTODO

—Me estoy acordando... — comenzó a decir, como hablando sola, la rata vieja. Al instante la rodearon las ratitas que andaban por allí—. Me estoy acordando de que cuando era chica y preguntaba una cosa muy difícil, por ejemplo, si el sol nunca se resfría, mi mamá pensaba un momento y respondía: "Ve a preguntárselo a Sábelotodo".

—¿Quién es Sábelotodo?

—Una gran rata que vivió hace tantos años que...

—¿A que yo sé por qué la llamaban Sábelotodo? — le interrumpió triunfalmente una ratita—. ¡Porque lo sabía todo!

—Eso se creía, pero tampoco se sabe — explicó la rata vieja.— Según cuentan, Sábelotodo fué quien aconsejó a las ratas que fueran en seguida, sin perder tiempo, a recoger los huesecitos que encontraran en el campo. Corrieron todas a buscarlos, y, una vez de regreso, fueron a preguntar a Sábelotodo para qué los habían juntado. Pero, ¡ay!, encontraron muerta a Sábelotodo. El caso es que hasta hoy no se sabe para qué juntaron ellas los huesecitos y para qué seguimos nosotras juntándolos. Nadie lo sabe. Y es también por eso que cuando uno pregunta una cosa, el otro, si la ignora, lo deja en ayunas, diciéndole: "Hay que preguntárselo a Sábelotodo. Pero en el mundo no hubo más que un Sábelotodo: uno solo, y se murió antes de decir lo que sabía.

Concurso de don Basilio

Ya los niños se han familiarizado con este don Basilio lleno de aventuras. La primera está en el conocimiento de ustedes: llegó a la casa lleno de paquetes, estaba rodeado de sillas, y en vez de sentarse en la más cercana, para descansar de tantas fatigas, pues ¡chás!, resbaló en una cáscara de plátano y fué justamente a sentarse en el suelo...

Ahora lo ven ustedes muy cariacontecido, porque al ir a darle de comer a su canarito, se le quedó un momento la puerta de la jaula abierta y el canarito aprovechó la ocasión para irse volando por los cielos, volando hasta que, llegada la noche, y muy asustado, se vió en un pueblo desconocido. Quiso saber cuál era y se acercó a un letrero en que estaba el nombre; pero entre el miedo y la obscuridad, sólo vió unas letras que eran **Q.. LP..**

Ayuden ustedes al canarito de don Basilio a adivinar las otras letras. Podemos decirles, **muy en secreto**, que son todas vocales.

Una vez que los niños hayan adivinado: **¿Dónde está el canarito de don Basilio?**, le mandan la solución a **Mamy Rosa, Casilla 84-D.**

DA FUERZA Y VIDA

POTENTE REGENERADOR DE LA VIDA, REFUERZA EL ORGANISMO, PRODUCE UN RAPIDO AUMENTO DE PESO, DEBIDO A LA ESPLENDIDA ACCION TONIFICANTE DEL FOSFORO ORGANICO.

LABORATORIO GEKA, S. A. – Santiago.

Fórmula: Compuesto de fósforo orgánico. — M. R.

SIAM, EL BLANCO

El rey niño de Siam, Amannola, que ahora cursa sus estudios en Lausana, acompañado de su madre y su pequeño hermano.

Xieng-Mai

Indochina, como todas las grandes peninsulas situadas en los extremos de los continentes, ha visto, a través de los siglos, surcado su suelo por las rutas innúmeras de los pueblos emigrantes. Y en ella plantaron sus reales los aetas, negritos pigmeos de las Filipinas, que con los thais, los indios, los malayos y los anamitas, fueron sus pobladores aborigenes. En las luchas seculares sostenidas entre esas diversas agrupaciones étnicas, la gran familia Thai — constituida por laotinos y siameses — siempre salió triunfadora, y sobre la base de su valor y de su portentosa inteligencia creadora, fundó el gran Xieng-Mai, que hoy es el único país independiente de la peninsula Indochina. Independiente, con la relativa independencia que puede tener un pueblo débil que, de una u otra forma, tiene por vecinos a Inglaterra y Francia.

Una civilización mágica

Cuando los pueblos europeos caminaban con la vista en el cielo y tropezando a cada paso en la tierra, envueltos en las tinieblas de la Edad Media, unidos en una semibarbarie; cuando decaía el arte budista y la cultura india, que había tenido nueve centurias de florecimiento; cuando de la magnífica grandeza intelectual china, perdidos sus grandes inventos, no quedaba ya más que el recuerdo, surgía en un pueblo indochino — Siam—, la magia de una civilización portentosa, que sembró el país de grandes ciudades—principalmente en las márgenes del Menám—, donde se alzaban suntuosos palacios de leyenda, decorados con maderas y metales preciosos, primorosamente trabajados. Se construyeron templos, que en magnificencia, en estilo y en suntuosidad enlazaban directamente con las grandes pagodas de Birmán. En los "wats" — recintos sagrados—, los "fratheotis" y los "frapanges" mostraban a los creyentes la gracia arquitectónica de Brahman, de Vishnú y de Chiva, contemplaban hieráticas tanta grandeza.

El arte neobrahmánico alcanza en Siam su más acabada perfección.

La ciencia de la navegación, cuyos rudimentos aprendieron los siameses de los malayos, los llevó a construir grandes buques, con los que surcan los mares Amarillo, de la China, el Indico y el que después había de llamarse Pacífico. Los siameses industrian, construyen, estudian, navegan, comercian y guerrean, ensanchando sus diversas fronteras...

Al finalizar el siglo XIII, rige el país Rama Khomheng, que extiende sus dominios hasta la desembocadura del Menam, que

El salón del trono en el palacio de Bangkok.

MAS NO PAIS DEL ELEFANTE

Por primera vez registra la historia el extraordinario suceso de un rey que abdica por no querer ser soberano absoluto.

es la espina dorsal del reino "thai", cuya capital es Sukhodoya. Casi un siglo más tarde, en 1350, bajo la égida de Fra-Vtong se establece la metrópoli más al sur, en Ayuthia. Nuevas guerras estallan con Pegu y con Birmán — que tiene una duración secular—. La gran ciudad de Ayuthia queda reducida a cenizas, y al año siguiente reaparece la Corte, con una mayor y extraordinaria magnificencia, en Bangk-Kok, donde reina — desde Suiza — desde hace poco un niño de once años...

Prajadhipok, el gran rey que ha renunciado al trono por no querer ser soberano absoluto... y el prevenido soberano, que se hizo un "seguro de paro" por si dejaba de ser rey.

Siendo casi un niño el príncipe Prajadhipok, tomó la ruta de Europa para educarse. Dotado de viva imaginación y clara inteligencia, asimilaba cuanto estudiaba con extraordinaria rapidez. Por esto tuvo tiempo de imponerse en diversas disciplinas, adquiriendo una amplia cultura. De Prajadhipok se decía que era el soberano más culto del mundo, y desde luego ha resultado el más comprensivo... y el más precavido. Poco tiempo después de haber subido al trono, que ocupó al finalizar el año 1925 por muerte de su hermano Rama IV, se le ocurrió lo que a ningún rey se le había ocurrido: asegurar la corona a todo riesgo. Diversas compañías mancomunadas aceptaron el seguro, y así hoy puede Prajadhipok pasearse tranquilamente por el mundo con una renta de mil pesetas diarias. Prajadhipok, hombre pleno de intelectual curiosidad, tiene un alma viajera. El cambiar de ciudad, de paisaje, de clima, de ambiente es su mayor deleite. Profundamente enamorado de su mujer — la reina Rambia Barin es un tipo perfecto de belleza siamesa — viaja siempre con ella. Para Prajadhipok parece que no ha sido ciertamente un gran sacrificio el abandonar el poder. El hombre introvertido a quien la cultura le ha enseñado a gustar el placer de su vida interior sabe del encanto del espíritu de limitación, y piensa serenamente de que no merece la pena el correr locamente para lograr los tres grandes afanes humanos: el poder, la gloria y la riqueza.

Prajadhipok ha abdicado por no querer ser soberano absoluto. Y esto, verdaderamente de una alta magnificencia, es caso primo en la historia universal. A Prajadhipok sí que se le puede llamar con justicia "rey de reyes". Como los liberales soberanos de Castilla, gobernó para el pueblo y aliado con el pueblo en su lucha contra la nobleza.

El "wat" Xang-Phuet

Siam es por antonomasia el país del "Elefante Blanco" Esta es la más preciada de sus Ordenes. Este nombre lleva uno de sus más prodigiosos templos, el "wat" Xang-Phuet, donde hay un formidable paquidermo, de un tamaño tres veces mayor del natural, hecho de barro y recubierto de estuco blanco. En el arte del estuco fueron siempre maestros los artífices siameses. En algunas pagodas se conservan perfectamente estatuas de barro estucado, que llevan siglos a la intemperie. Cuatro millones de búfalos labran la tierra de Siam y diez mil elefantes trabajan en la corta del teck y pasean por ciudades y campos a las damiselas siamesas.

Siam, que tiene la misma extensión territorial de España y la mitad escasamente de su población, es un país de cuento, donde aun vive, hecha realidad, la mágica leyenda del Oriente fastuoso.

¿El "Elefante Blanco", cara a Londres o cara a Tokio? Singapur, el Gibraltar asiático.

La Orden siamesa del "Xang-Phuet" tiene su homónima en Dinamarca. Y ambas condecoraciones se conceden exclusiva-

(Continúa en la pág. 62).

CABELLERA HERMOSA

Shampoo de huevo

La Milo

deja el cabello brillante y suave, y limpia completamente la piel del cráneo.

Es un shampoo moderno y económico.

En todas las farmacias y perfumerías.

Shampoo de huevo La Milo ES SUPERIOR

Y esta palabra la pronunció con una voz como un suspiro, pero que le heló la sangre.

—Y voy a advertirle a usted una cosa, Narth. Si le sucede algo malo a esa muchacha mientras esté bajo el techo de su casa..., ¡no vivirá usted lo suficiente para poder disfrutar de la fortuna que se supone le ha dejado Joe Bray!... Además; a su amigo... he de matarle. Supongo que él lo sabe..., pero por si lo ignora, dígaselo Ud. de mi parte. Hay un antiguo refrán que dice: "Lo mismo da que ahorquen a uno por robar una oveja que por robar un carnero". Bueno; pues..., yo no sé en qué situación, de estas dos, está usted..., pero ponga atención a lo que voy a decirle, Narth. El que ahora le está hablando no es un hombre dominado por la ira. A veces vienen muchas amenazas de muerte de hombres que no podrían ver retorcer el pescuezo a un gallo sin desmayarse. Pero yo he matado hombres, ¡hombres blancos y hombres amarillos!... y no temblaré lo más mínimo cuando le mande a usted, definitivamente, al infierno. Que se le grabe muy bien, esto, en la cabeza y recapacítelo

—Yo no he dicho que fuese Fing-Su—dijo, el otro, rápido—. ¿Cómo, pues, lo sabe usted?

—¡Tratándose de chinos!...

—Tampoco he nombrado a los chinos, para nada. ¡Usted mismo se ha delatado. Esteban Narth!... Ya le he prevenido antes y vuelvo a prevenirle ahora. Fing-Su le ha comprado por cincuenta mil libras, pero usted podría muy bien esquivar ese compromiso, pues, de por sí, es usted un estafador. Pero todavía le va a sujetar con un compromiso más fuerte que ese préstamo monetario. Ya, casi, lo hizo anoche, pero lo volverá a hacer antes de que pase esta semana. ¿Dónde?... ¿Cómo?... Eso es lo que no sé— hizo una pausa—. Esto es todo cuanto tengo que decirle.

Y, sin más, pasó por su lado y se dirigió hacia el *hall*.

Ya iba por la avenida, cuando oyó la voz de Narth llamándole y le vió gesticulando airadamente, en un acceso de rabia. De su boca brotaba un torrente de incoherentes insultos.

—...¡y le digo que no se casará con Juana!... ¿Lo oye? ¡Nada me importa que la fortuna entera de Joe Bray vaya a sus manos..., pero primero la he de ver muerta...

Clifford le dejó que continuase vociferando y cuando por fin, cesó de hablar, ya agotado, le dijo:

—Entonces es cierto que vió usted, anoche, a Fing-Su... ¿Qué oferta le hizo?

Esteban le miró, rencoroso, y después como temiendo que aquellos ojos escudriñadores pudieran leer sus secretos pensamientos, echó a correr, como un loco, y entró en su casa.

. . . . . .

—Me parece que vamos a sufrir disgustos, Joe, y como tú has sido el principal causante de

La Serpiente Amarilla

Novela
por
EDGARD WALLACE
(Continuación)

mucho. Juana no estará con usted por mucho tiempo; pero durante ese tiempo, deberá estar completamente a salvo.

Por fin Narth pudo hacer oír su voz.

—¡Eso es pura mentira!... ¡Falso todo! — gritó—. ¿Por qué, entonces, no me lo ha dicho Juana?... ¡Nada sabía yo!... ¡En absoluto!... ¿Cree usted que yo iba a permitir que se la llevase Fing-Su?...

ellos, confío que también te llegará una parte.

Joe Bray, medio adormilado ante un innecesario fuego (pues era un día casi caluroso), y con las manos cruzadas sobre el estómago, se despertó sobresaltado.

—¡Eh!... Me gustaría que no entrases y salieses como si fueras... un..., un... ¿Cómo se llaman ésos, Cliff?... ¿Qué me estabas diciendo?...

—Disgustos. Eso es lo que he

dicho— respondió el otro, lacónicamente—. Tu adorado chino y tu despreciable pariente tienen un plan.

Joe murmuró algo, escogió un cigarro puro de una caja que había sobre la mesa y mordió el extremo con un ademán salvaje.

—Quisiera no haber vuelto nunca a este maldito país—dijo lastimosamente—. Quisiera no haber salido nunca de Siangtan. Tú eres un buen muchacho, Cliff..., pero demasiado violento..., demasiado violento... Quisiera que Fing-Su hubiese sido un muchacho sensato. Bien educado y todo, ¿no te parece que es una lástima, Cliff?... Aquí estoy yo con la educación justa para leer y escribir... y rico como Creso..., como si dijéramos...

Clifford arrugó el entrecejo.

—Creso. Pero Creso hubiera gastado, sólo en cigarrillos, todas tus rentas — dijo Lynne, despreciativo.

—Ya he dicho: *como si dijéramos*. ¿Lo dije o no lo dije?— advirtió Joe con resentimiento—. Aquí estoy yo, rico como Creso y ahí está él..., un pobre chino que sabe hablar en latín, el álgebra, el francés y todas las lenguas extranjeras con la misma facilidad que yo hablo el mandarín — suspiró y movió la cabeza, pensativamente—. La vida resulta cómica...

Clifford, que estaba cambiándose de zapatos, murmuró:

—Si fueras tú el único hombre que yo hubiese conocido en este mundo, aseguraría también que la vida es cómica. Pero tal como es, resulta, ¡pero muy seria!; y mucha gente, cuya única misión en la vida es la de vivir, va a encontrar muy difícil poder conservar su sinecura. ¿Has leído los periódicos?

Joe asintió y perezosamente alcanzó un montón de periódicos que había sobre la mesa, cerca de él.

—Sí. Estaba leyendo el asesinato de esos misioneros, allá en Honan. ¡En Honan siempre hay una cosa u otra! Demasiados soldados vagando por allí, muertos de hambre. ¡Si no hubiese soldados, no habría bandidos!

—Este es el noveno asesinato de misioneros, en un mes—dijo Clifford, llanamente—, y los soldados de Honan son los más disciplinados de China..., que no es decir mucho; lo admito. Pero, esta vez, los soldados tomaron parte y se presentaron llevando banderas en las que habían inscrito: "Bienvenido sea el Hijo del Cielo"... Lo que significa que hay un nuevo pretendiente al trono.

Joe movió la cabeza como desaprobando.

—Nunca aprobé que se les confiasen rifles a los chinos — dijo—. Eso les desmoraliza, Cliff. Tú, ¿no crees que tendremos nuevas dificultades en la Concesión? — preguntó, ansioso—. Porque si tú lo crees..., me parece que debiera marcharme en seguida.

—Tú te estás aquí — respondió Cliff con aire definitivo—. No creo que ocurran novedades en aquella parte de China. Estamos pagándole demasiado bien al Gobernador, para que se arriesgue. Pero existen diecisiete puntos distintos en plena rebelión en China.

Abrió un cajón, sacó un mapa que desdobló y Joe le vió marcar unas pequeñas cruces rojas.

—El periódico dice que hay *intranquilidad* — murmuró Clifford, lentamente—, y da como único motivo la pérdida de las cosechas de arroz y un terremoto que se ha sentido a cientos de millas del foco de la rebelión.

El viejo Joe se levantó con trabajo.

—¿Qué es lo que piensas? — preguntó mirando a Lynne con ojos medio cerrados—. Esta es la primera vez que te oigo tomar interés por las guerras chinas. Hablas como si conocieras todas las rebeliones. ¿Qué es lo que piensas? Esas guerras no pueden afectarnos en nada, ¿no?...

Clifford dobló el mapa.

—Un cambio radical de Gobierno afectaría a todo—dijo—. Honan no me preocupa, porque es una provincia de bandidos; pero ha habido malestar en Yun-Nan y cuando Yun-Nan empieza a agitarse, es porque la cosa está muy avanzada. Alguien trabaja intensamente por conseguir una nueva dinastía... y todas las banderas están decoradas con las Manos Alegres.

Joe Bray abrió la boca, atónito.

—¡Pero si eso es cosa de jueces! — dijo tartamudeando—. Sólo se trata de una pequeña sociedad sin importancia.

—Ocho provincias están afiliadas a las Manos Alegres — insistió Clifford—, y Fing-Su tiene un cuartel general en todas ellas. Nos ha traicionado desde un principio... empleando el dinero que sacaba de la Concesión, para formar una Compañía comercial en oposición a la nuestra.

—¡Eso no es posible! — y la voz de Joe estaba llena de sorpresa.

—Pues, ¡ve a la Torre de Londres y echa una ojeada a Pekin-House, la oficina de la compañía comercial... y el

Escriba con Tinta Volcán

PIDA A SU IMPRENTA SOLAMENTE

SOBRES
MARCA
SILUV

cuartel general del Emperador Fing-Su!

Joe Bray no hizo más que mover la cabeza.

—¡Emperador!... ¡Hum!... Lo mismo que Napoleón... ¡Hum! Lynne esperó a que se percatase bien de la idea.

—Dentro de tres meses, querrá dinero..., grandes sumas de dinero. De momento está pagando a varios generales, pero eso no podrá continuar siempre. Su idea es la de formar un ejército bajo las órdenes de Spedwell que conoce bien la China; y cuando lo haya conseguido ocupará el trono y le será fácil disponer de los otros tres generales a quienes, ahora, les está pagando. ¡Por qué se le metió en la cabeza este capricho absurdo de llegar a Emperador, sólo Dios lo sabe!

El señor Bray se movió receloso. Algo hubo en su actitud que llamó la atención de su socio.

—¡Fuiste tú!... ¡A que fuiste tú!... ¡Oh, viejo perverso!—exclamó sorprendido.

—Sí. Ciertamente. Yo le di la idea...— admitió Joe, que estaba por demás violento—. Me inventaba esa historia..., así... para..., para estimular su ambición... ¿No se dice así?... Tengo una imaginación maravillosa, Cliff. ¡Con sólo saber ortografía... hubiese escrito cada novela!...

—Y apuesto...—, dijo Clifford—, que hasta pintarías cómo sería China bajo el mando de una sola cabeza...

—Sí. Algo de eso..., algo de eso...— admitió Joe, sin atreverse a mirar los ojos de Clifford—, pero sólo lo hice para estimular su ambición... si es que tú lo comprendes, Cliff. Algo así como para darle empuje...

Clifford Lynne se estaba riendo por lo bajo, a pesar de que muy pocas veces se reía.

—Puede que no necesitase ningún estímulo — dijo remedando al viejo—. Fing-Su es el individuo que entre un millón de seres sale a flote, a través de las edades. Napoleón fué uno así. Rhodes otro, Lincoln otro... No hay muchos como ellos, no.

—Y, ¿qué me dices de George Wáshington? — preguntó Joe, que no deseaba otra cosa que llevar la conversación por otros derroteros.

—Sea quien sea el responsable... ¡el mal está hecho! — dijo Clifford, consultando su reloj—. ¿Has ido a cazar nidos alguna vez, Joe?

—Cuando era niño— respondió Joe, complacido—. ¡Muy pocos me ganaban a eso!

—¡Pues esta noche iremos a explorar un nido flotante de esta raza doméstica de sangre amarilla! — dijo Clifford Lynne.

CAPITULO XXII

El señor Narth tuvo que marchar a Londres en el tren, porque su coche sufría una de las muchas y misteriosas dolencias a que tan aficionados son los automóviles.

En el andén de la estación compró un periódico y lo hojeó, sin que le atrajese el encabezamiento de un artículo: "Las Manos Alegres tras los desórdenes de China".

Lo que significaba el nombre de "Manos Alegres" no pasó por su imaginación, siquiera. Sólo le pareció un poco incoherente.

Ignoraba, en absoluto, lo que sucedía en China, a excepción de que era un país donde se habían hecho fabulosas riquezas... y, puntualizando más, que la persona que las había logrado, acababa de morir dejándoselas a él. Estaba orgulloso y alardeaba de ser un hombre de negocios, con lo que quería decir que no sabía ni le importaba nada de lo que fuera de ellos pudiera ocurrir. No sentía interés por nada. Jugaba, pasablemente, al *golf* (esto era lo que le había decidido a irse a Sunningdale) era un indiferente jugador de *bridge* y todas las aventuras de su vida, se reducían al indiscreto mantenimiento de cierto pisito, en Bloomsbury, hacía varios años.

Si hemos de ser francos, debemos confesar que no era honrado; esto lo admitía, casi, él mismo.

Tenía un deseo ferviente por hacer dinero con facilidad, y cuando heredó el negocio de su padre creyó estar ya en el sencillo camino para la realización de sus ideales, pero descubrió que, aun en el negocio más largo tiempo establecido, para que entre el dinero hay que conservar libres de obstáculos los canales por donde ha de llegar y engrasarlos bien, a fuerza y propaganda y trabajando de una manera incansable.

Si a uno le daba por sentarse en la oficina y esperar que el dinero entrase por la puerta, siempre se entretenía en el camino, por desgracia, e iba a parar a la caja de caudales de sus competidores.

Se había compenetrado de tal forma de todas las incidencias de la vida comercial, que había aprendido infinidad de atajos para llegar a la riqueza..., pero hasta algún tiempo después no descubrió que tales atajos también conducían a grandes dificultades y precipicios. A pesar de todo y de sus frecuentes apuros, estaba unido por una bue-

Visitar la Capital

durante el Invierno es disfrutar de su apogeo.

SANTIAGO LO ESPERA...

Los BOLETOS DE INVIERNO de los Ferrocarriles del Estado, le facilitan su viaje haciéndolo económico. Es una oferta que Ud. debe aprovechar, ya que Santiago en Invierno tiene todos los atractivos y comodidades de una Gran Metrópoli. Sus Hoteles, Restaurants, Teatros, Cabarets, Tiendas y sus múltiples diversiones, le harán olvidar el rigor de la estación.

Pida el folleto con amplios detalles en las Estaciones de Chillán al Sur y Oficina de Informaciones de los Ferrocarriles del Estado.

¿HA LEIDO UD LA
REVISTA DEL PACIFICO ?
Publicada con la cooperación de los
ESCRITORES DE CHILE
Representa un espléndido manojo del pensamiento de los escritores nacionales.
La publicación mensual que debe leer toda gente culta.
Pídala en librerías y puestos de diarios.
PRECIO: $ 2.00

Lea la revista
don fausto
La que publica las mejores novelas de Intriga y Emoción

na amistad con los directores de las más fuertes casas comerciales, pues su juicio, aparte de sus propias operaciones, era el más acertado casi siempre.

De la estación de Waterloo salió, en un taxi, para el hotel donde se hospedaba cada vez que iba a Londres. El mayordomo le preparó su traje de etiqueta para aquella noche. Fing-Su le había hecho sonreír, ante su gran insistencia para que llevase aquel traje.

—Frac y corbata blanca. El gran traje — le había dicho—. La iniciación le interesará mucho. En ella se combinan algunas de las modernas ceremonias con una tan antigua como la misma vida.

Ordenó que le sirviesen el té en su habitación y no habían hecho más que servírselo cuando apareció el Mayor Spedwell. El saludo que hizo a su nuevo asociado fué una pregunta:

—¿Qué sucedió anoche?

Esteban Narth movió la cabeza negativamente, con cierta irritación.

—No sé. Era un plan monstruoso de Fing-Su... ¡Estoy... por echarlo todo a rodar!...

—¡Ah! ¿Sí?— dijo el Mayor dejándose caer en la única butaca que había en la habitación—. Si yo fuese usted, no tomaría las cosas tan en serio. Ningún daño se intentaba hacerle a la muchacha. Fing-Su es muy considerado. Iba a llevarla a un sitio donde hubiera estado atendida por mujeres de nuestra misma raza y hubiese tenido cuanto pudiera desear...

—Entonces..., ¿por qué razón? — empezó a preguntar Narth.

Spedwell hizo un gesto de impaciencia.

—Tiene su motivo. Fing-Su quería tener esa ventaja con que hacer palanca sobre Clifford Lynne.

Se puso en pie, dirigióse a la chimenea y arrojó la ceniza del cigarro.

—En este asunto hay dinero para usted, Narth— dijo—. Sólo se le exige una cosa: lealtad. Fing-Su está convencido de que es usted hombre que le ha de ser muy útil — y añadió, mirándole fríamente:— Hasta podría ocupar, usted, el puesto de Leggat...

Esteban Narth levantó la mirada, rápido.

—¿Leggat?... ¡Yo creí que era gran amigo de usted!

—Lo es... y no lo es— murmuró Spedwell prudentemente—. Fing-Su cree que... Bueno... Ha habido ciertas filtraciones... En fin; se han llegado a saber algunas de nuestras cosas en sitios donde no debieran saberse...— y después cambió la conversación, bruscamente—. Lynne está en Londres. Supongo que ya lo sabrá usted.

—No. No estoy enterado de sus movimientos — respondió Narth con alguna amargura.

—Creí que le interesaba— comentó, el otro, sin concederle importancia.

Y pudo haber añadido que él era quien estaba más interesado en los planes de Clifford Lynne. ¡Más de lo que el mismo Narth podría imaginar!... Y había un motivo para ello; Fing-Su había hallado un nuevo plan, tan ingeniosamente estudiado, que sólo un hombre sería capaz de salvar a la pobre Juana Bray. ¡Ese hombre era el rápido tirador de pistola de Siangtan!

CAPITULO XXIII

Clifford llegó solo a su piso de Mayfair, con el tiempo justo para comer aprisa. Había dado órdenes concretas a Joe Bray para que permaneciese escondido durante su ausencia, recomendaciones muy necesarias, ya que el viejo era hombre acostumbrado al aire libre y que odiaba la reclusión. Lo primero que hizo al llegar, fué telefonear a cierto número de Mayfair.

—El señor Leggat no está en casa — fué la contestación que obtuvo. Y Clifford maldijo al amable traidor que le había prometido estar a sus órdenes desde la una en adelante... pero todavía tuvo mayor motivo de enfado cuando, a las dos de la tarde llegó el señor Leggat a su casa.

Ferdinand Leggat era un amante de las cosas buenas, pero, por regla general, dejaba sus ratos de alegría para después de la cena. Clifford Lynne dirigió la mirada hacia el vacilante individuo que acababa de entrar en el comedor y comprendió, en seguida, el significado de su cara encarnada y su fatua sonrisa.

—Está usted loco, Leggat — le dijo al mismo tiempo que su visitante cerraba la puerta tras sí—. ¿Por qué razón viene usted a la plena luz del día?

Leggat había llegado al feliz estado en que se desligaba de este pícaro mundo de preocupaciones.

—Pues..., porque prefiero la luz del día — dijo con voz ronca— ¿A santo de qué, un hombre de mis cualidades, ha de ir ocultándose en las sombras? ¡Fing-Su y todos sus esbirros, me importan lo que esto! — exclamó, desdeñoso, haciendo so-

(Continúa en la pág. 73)

EL PERFUME QUE USTED NECESITA

¡Queremos ayudarlo! Usted no está tan documentado sobre perfumes como las mujeres. Es lógico. Pues bien, el Perfume Cuero Ruso, es el más apropiado para la elegancia masculina. Es discreto, no es penetrante. Es serio, como conviene a las exigencias varoniles. Use usted Cuero Ruso, y dará más realce a su elegancia.

CUERO RUSO

COMPAÑIA INDUSTRIAL

da de piedras. Y aun, en las noches, para ir al teatro o al baile, se colocan en el peinado de pequeños bucles en la nuca, que deja la frente y las orejas descubiertas, se colocan, digo, la diadema en forma de tiara de las princesas rusas — que ya son legendarias o como de cuento — o las otras diademas de complicada ramazón, en que suele haber un lis real o las diferentes terminaciones que implican un título nobiliario. Y cuando a esta hora no luce la diadema, luce la mujer el cintillo, hecho de piedras preciosas o la piocha que sujeta una flor o una pluma. Porque — desgraciadamente — la moda parece haberse

Tendencias de la moda

Hace años que la moda imponía en materia de joyas lo más simple, es decir, las piedras preciosas montadas en aros casi invisibles, en pequeñas garras, en diminutos garfios. Los cabochones eran los favoritos y hasta los brillantes, para que dieran la ilusión de ser muy grandes, se unían unos con otros, formando una especie de placa. Luego vino una época de las piedras obscuras: rubíes, turquesas, zafiros, granates, etc., rodeados de chispas que le formaban una especie de orla luminosa. Los brillantes se engastaban entonces en ónice y en esmalte negro. Después nació algo así como la arquitectura dentro de la joyería y vimos esas piezas modernas en que intervenían cristales de roca, jade, aguas marinas y otras materias que hasta entonces un artífice de esa especialidad no se hubiera atrevido a presentar en sus creaciones. Pero en estas tres etapas la sobriedad era lo principal y ninguna mujer se hubiera atrevido a ponerse más de un anillo, un clip y una pulsera.

Y de repente vuelven las joyas, las antiguas auténticas o imitadas, pero en profusión, montadas en oro y plata, con diamantes tallados a la manera de antes. Y las mujeres, encantadas, se cuelgan grandes aros de las orejas, se ponen al cuello cadenas gruesas de las que pende un medallón o una placuita trabajada con mil complicados dibujos, ponen en sus dedos anillos pesados y en las muñecas infinidad de pulseras de ancha cinta laborada y cuajametido en el desván en que las abuelas gustaban de conservar en un baúl las prendas que lucieron en sus juventudes e irse inspirando en todas esas zarandajas que fueron el encanto de las mujeres de mediados del siglo pasado, y que a la vez fueron su tormento.

Faldas anchas, ruedos que llegan al suelo, peinados de crespos, mitones, pequeñas sombrillas, plumas y cintas en los sombreros niniche, boas, carteras de brillos, bullones y recogidos, joyas pesadas de oro, piedras y colores. ¿Qué nos va faltando para parecer una figura salida de un cuadro de la Colonia?

IVONNE.

Ensemble compuesto de traje de dos-piezas, de falda sencilla, cortada al sesgo en género a cuadros azul y blanco, chaqueta semi-larga azul marino con cuello drapeado y puños del mismo género de la falda, así como la corbata y orilla de los bolsillos del paletocito suelto.

Falda sencilla de espumilla roja con chaquetita blanca con cuello rojo y corbata y cinturón en género a lunares blanco y rojos.

Elegante traje de lana azul marino, compuesto de falda cortada al sesgo y larga túnica, adornada con galones y botones blancos.

Encantador trajecito de espumilla celeste con canesú drapeado y botones azul marino.

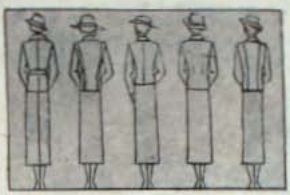
Los trajes de mañana

Encantador ensemble compuesto de una falda de lana beige, de un chaleco de lana a cuadros beige y café, y de un trois-quarts de lana escocesa, igual que el chaleco, de forma recta y medias mangas muy amplias.

Ensemble de lana gris, compuesto de falda sencilla, blusa de jersey azul marino con las iniciales de la que lo lleva y capa semi-larga con cuello de forma capuchón.

Bonito ensemble de lana mezclada, compuesto de un traje de dos piezas y abrigo trois-quarts, cuyo canesú va cerrado por dos botones de madera.

Tailleurs



Tailleur de lana finamente rayada; la chaqueta acinturada por un medio cinturón, va abotonada hasta el cuello. Falda al sesgo.

En tweed café este tailleur, adornado de pespuntes y ceñido al talle por medio de unos gemelos. Falda con pliegue delantero.

Tailleur de lana clara, de forma muy sencilla; se completa con un pull-over de tono opuesto.

Una gruesa lana chinesca convendrá para confeccionar este tailleur. Los paños de la falda van abiertos muy abajo.

De línea netamente masculina este tailleur de lana a cuadros blanco y gris. Falda cruzada.

Trajes

Vestido de saten turquesa, el escote de la espalda, como lo vemos en la fig. 4, cerrado por un motivo de joyería, puede también llevarse abierto.

Vestido de falla verde, con adorno de lamé dorado en el escote.

Pequeña capita de taffetas orillada de un vuelo en forma.

Capa de taffetas cerrada por un nudo.

Capita de tul, formada enteramente de vuelos.

De taffetas crema con cinturón y hombreras de terciopelo rojo, este juvenil traje de baile.

Sobre un vestido de crepe blanco mate, resulta elegantísimo este adorno de lamé.

de baile

Vestido en taffetas cambiante azul pálido y plateado.

En lamé con bordados verdes se hará este elegante traje.

Este vestido, cerrado por un nudo papillón, es de falla salmón bordada con puntos plateados.

Esta salida de baile, donde la capa forma amplias mangas, está confeccionada en satén celeste, forrado de azul marino.

Capita en taffetas forrada en tono opuesto.

Bolero de terciopelo.

Chaqueta en lamé plateado o en otomán de seda.

Augusto D'Halmar, célebre escritor chileno de quien se habla en este artículo.

Vida y confesiones de Gabriela MISTRAL

(Continuación)

Poco o ningún cambio advertía Gabriela Mistral en La Serena, ciudad que no visitaba desde hacía más de diez años y cuya fisonomía era idéntica. Las mismas torres recortando en el cielo azul su silueta centenaria. Las calles iguales, sin otro pavimento que unas toscas piedras. Y las mañanas perpetuamente enlutadas de niebla. Lo único nuevo venía a ser cuatro o cinco incendios, que habían devastado muchos de los buenos edificios de la parte céntrica.

Gabriela se instaló en el barrio de San Juan de Dios, a cuatro cuadras de la arteria comercial de la ciudad. Vivió los meses de su permanencia en La Serena en la casa de su hermana Emelina Molina de Barraza, casa sin pretensiones, pero confortable y flamante, pintada de azul, de piezas alegres, revestidas de papeles claros.

En quien había cambio, y notable, era en esta Lucila Godoy, negada antaño por tantos, y que hoy volvía con este nombre nuevo de Gabriela Mistral, nombre que equivalía a una de las glorias más puras de la literatura americana y que contaba con el insigne honor de una estatua que reproducía su estampa en tierras de Méjico.

Por esos años, cursaba yo humanidades en el Liceo de La Serena y preparaba una conferencia para un centro cultural del que era miembro. Después de mucho pensar y de cavilar no poco en procura de un tema nuevo que llamara la atención y despertara a las gentes un tanto de su letargo artístico descubrí un autor al que no había leído siquiera, pero que encontré indicado para lo que me proponía. He nombrado a Jorris Earl Huysmans. Y con la inefable pedantería de los quince años, y convenientemente asesorado por un estudio biográfico que de mi autor hiciera Blasco Ibáñez, fabriqué mi conferencia, que bien poco tenía de mío. Encontré un idilio nada vulgar entre Huysmans moribundo y la novelista Míriam Harry, idilio que exploté lo mejor que pude, agigantándolo con la trama de una ingenua fantasía. Así nació mi charla sobre Huysmans. Más tarde, cuando pretendí leer sus libros, caí en la cuenta que esa era una lectura falta de interés por muchos conceptos, y abandoné sus obras apenas comenzadas.

La lectura de mi trabajo no despertó esos anatemas que yo vislumbré en mi cándido optimismo. A decir verdad, escaso fué el público que acudió a escucharme, pues aparte de mis compañeros de colegio y de algunos profesores del establecimiento, no pasarían de cincuenta las personas ajenas al Liceo que constituyeron mi auditorio.

Pero entre ellas estaba Gabriela Mistral que llegó de las primeras a la charla. Me parece que la veo con su traje sastre y atada la cabeza por ese clásico turbante que ya comenzaba a despertar en La Serena una verdadera tempestad de comentarios, y que por cierto, llamó más la atención en esa "tarde de arte", que la escalofriante prosa de mi trabajo. Acompañaba a Gabriela esa vez, Bertha Alvarez Piderit, más tarde señora de Carabantes San Román, muy del ambiente social de La Serena, y dueña de una de las simpatías más poderosas que yo haya conocido; nadie más lejos que Bertha Alvarez del tipo de esa intelectual que vive pendiente, como de una moda, del último autor que aparece en el mercado, pero pocas personas pueden aventajarla en comprensión artística, en el alto sentido musical que posee y en esa amenidad y distinción de trato que le es tan característica. Con razón fué desde el primer momento para la Mistral una de esas amigas que no se abandonan nunca.

Al concluir mi charla y finalizados uno numeritos de música y declamación que apenas si merecieron aplausos, la Mistral vino a felicitarme, pero con esa sinceridad que en ella algo así como una segunda naturaleza, me reprochó la lectura de Huysmans, autor que no creía indicado para mis años, y me ofreció, en cambio, su biblioteca donde yo podría encontrar obras adecuadas y más en armonía con mi edad. Tuvo para el centro y para mis compañeros una frase gentil, y nosotros la escoltamos hasta el vestíbulo. Los sacerdotes de una deidad antigua habrían puesto menos unción que la nuestra al acompañar a Gabriela a quien mirábamos entonces con un deslumbramiento tal que no cabe en un puñado de palabras.

Siempre he pensado en la justicia de la frase de esa dama de nuestra raza, doña María Luisa Fernández de García

Escuela Técnica de La Serena.

Huidobro que dice, que cada vez que ella conversa con Gabriela Mistral, cree en la transmigración de las almas, y piensa que la poetisa ha sido en otra evolución una reina. Porque sólo una reina, en el sentido de bello símbolo que el concepto encierra, es capaz de lograr esa serenidad, ese cálido acento humano que preside las palabras del artista. Aunque han pasado, lo repito, tantos años desde esa tarde, y desde lejos y de cerca, a través de mi vida accidentada y vagabunda, he conocido a multitud de mujeres, célebres por su belleza, su nacimiento, su virtud o su talento, ninguna, en realidad, me ha entregado esa tan cabal estampa de nobleza de espíritu que me dió la Mistral.

Su espontáneo ofrecimiento de libro lo cumplió Gabriela bien pronto, y fué para mí una impresión milunanochesca la que su biblioteca me produjo. Aquellos eran cientos y más cientos de volúmenes y todo de literatura selecta. Muchas de las obras le habían sido dedicadas y a través de esa dedicatoria conocí la letra de los más altos valores intelectuales de Francia, España y América, verificando también que la aureola de genio que la circundaba era una hermosa realidad. De esas dedicatorias, recuerdo entre otras, la de "Pasión y Muerte", del Cura Deusto, libro que ella no había leído todavía y que me facilitó de inmediato, trazándome una elogiosa semblanza de su autor que yo confirmé ampliamente después de la lectura de ese volumen que encierra no poca belleza. D'Halmar había escrito en la página inicial: "A Gabriela Mistral, este manojo de azucenas, copihues y lirios morados, cuyo triple aroma aspirarán plenamente los castos, los apasionados y aquellos que se purificaron con la idea de la muerte". Recuerdo también que comentando esta dedicatoria me disparó la pregunta a quemarropa:

—¿Y entre cuáles de la enumeración me habrá ubicado D'Halmar?

—Sin duda entre los primeros, maestra.

—¿Entre los primeros? Con más propiedad quedo entre los últimos...

Y en verdad pocos espíritus se han purificado más que Gabriela en fuerza de la idea de la muerte, y cuán bella esa frase suya que crece como gigantesca flor de verdad en el jardín de su prosa: "Dios es esta divina certidumbre que la muerte es mentira".

Frecuentes se hicieron mis visitas a casa de "la maestra", que así la llamaba con muy sincera devoción. Devoraba los libros que ella me facilitaba, y aún a veces ni terminaba de leerlos, para volver en busca de otros y tener así pretexto para ir a su casa. Pronto desapareció el pretexto y con o sin libros llegaba hasta ella. La conocí así en la intimidad de su hogar, y comprendí que si la poetisa representa un tan alto lugar en la literatura universal, la mujer que hay en ella significa para su especie, uno de sus más nobles valores. Sabe desplegar suavemente un sentimiento de maternidad que alcanza a todos los seres que la rodean. Y la primera que caía en ese cerco radiante era su propia madre, doña Petita Alcayaga, una anciana de que ya he hablado y que conservaba en su rostro surcado por infinitas arrugas, algo de lo que había sido su extraordinaria belleza. Su hermana Emelina de Barraza y su hija Graciela Barraza Molina, componían el resto de su familia. La mala salud de Graciela, que ya parecía condenada de antemano a una muerte prematura, era la única sombra de pesadumbre que ensombrecía ese hogar tan dichoso. Recuerdo a Graciela, con su charla bondadosa y con sus ojos celestes colmados de tristeza. Doña Petita era la alegría de la casa. Iba de aquí para allá como una niña, siempre escoltada por sus dichos lugareños, ha-

(Continúa en la pág. 62)

LA ELEGANCIA DE GAIL PATRICK A TRAVES DE LAS HORAS

Esta encantadora muchacha que es Gail Patrick y que, bajo el sello de la Paramount, se muestra en diferentes películas y en roles diversos que destacan cada vez más vigorosamente su temperamento de artista y su bella estampa de mujer, se está haciendo famosa en Hollywood por su elegancia incomparable en el vestir. Porque si dentro de los estudios las artistas — aun hasta las más fulgurantes como estrellas—, están supeditadas a las órdenes de un director y de un modisto, en la vida diaria muestran su personalidad y es así como las calles, los restoranes, las boites y los salones de la ciudad del cine las ve en diferentes ocasiones y en toda actividad social, pudiendo entonces juzgar la fineza de su gusto y los quilates de su elegancia.

Y junto a mujeres que se consideran por expertos como las mejores vestidas del mundo, Gail Patrick tiene ya su sitio consagrado y pueden ustedes juzgar que con entera razón adquirido.

Para el cocktail-party se ha puesto este modelo de georgette azul noche con bolos blancos, que se completan con una chaqueta suelta con cuello y puños de raso blanco. Grupo de flores blancas en el escote. Muy chic.

Sobre un traje de noche de velo negro, muy clásico de corte, Gail Patrick lleva esta suntuosa y real capa de armiño, bordeada de una flecadura de colitas del propio animal. Cuello bufanda terminado en colitas.

Un lindo modelo para la hora del té, en que la artista hará los honores de su casa a un grupo de amigos. De seda estampada, beige y rojo laca. Adorno de fino plisado en el jabot y faldón. Botones y cintura de gamuza roja.

Bajo el cielo eternamente azul de Hollywood, para sus trajines de tiendas, Gail Patrick lleva este simple traje de lino azul con rayas blancas, que lo cuadriculan. Chaqueta tres-cuartos, blusa azul y accesorios blancos.

Original traje de baile en seda y terciopelo. Los vuelos que forman las hombreras y los que lucen en la falda, formando cola, más el cinturón, están hechos en este material último. Guantes de terciopelo.

De la pantalla

Carl Brisson, a quien veremos próximamente en la cinta Paramount "Caballos del Rey".

Edward F. Cline ha firmado un contrato de inspector de producción con la Paramount. Cline entró en el cinema hace más de veinte años. Era uno de los policías cómicos de las películas de Mack Sennett. Más tarde dirigió varias de las películas en que Mack Sennett exhibía a sus famosas bellezas.

• • •

Después de haber permanecido cerrada durante tres años, una habitación de una modesta casa de Birmingham, Estado de Alabama, fué abierta para recibir a un huésped de honor. En agosto de 1932, Gail Patrick abandonó el hogar paterno para dirigirse a Hollywood. Acababa de ganar un concurso de belleza, cuyo premio era una semana de estancia en la capital del cine. Pero esa estancia se prolongó cuando la Paramount le ofreció un contrato.

• • •

El padre de Gail conservó la habitación tal como la muchacha la había dejado y nadie penetró en ella hasta que su ocupante regresó, después de tres años, para visitar a su familia.

• • •

Datos interesantes cazados al vuelo.

Bing Crosby contesta todas las cartas que recibe, tanto si son de felicitación como de crítica. Contando el tiempo de su secretario, el costo del papel y los sellos, cada carta que contesta viene a costarle unos 50 centavos.

• • •

Fred Mac Murray con su estatura de 1 metro 90 centímetros es el galán joven más alto de Hollywood.

Pat Patterson, una de las más bellas artistas del cine. Pertenece a los Estudios Fox.

ANTIGUO JUEGO, NUEVO PASATIEMPO. Spencer Tracy y Virginia Bruce encuentran en el dominó un medio interesante de pasar el tiempo entre escena y escena de la nueva película de la MGM, en que ambos tomarán parte.
(Foto MGM)

Armand, famoso artista parisiense en el ramo de tocados femeninos, examina el nuevo peinado de Mary Carlisle, actriz de la MGM, concebido por él mismo.
(Foto MGM)

La armadura que Henry Wilcoxon lleva en "Las cruzadas" pesa más de 100 libras.

* * *

George Raft se manda hacer un vestuario completo para cada película.

* * *

¡Manías hay miles en este mundo caprichoso!...

¡Pero ninguna que arrastre a los extremos y extravagancias a que arrastra la autografomanía en tierras de Hollywood!

Hace poco, cuando Clark Gable hizo una breve aparición personal en el escenario de cierto teatro neoyorquino, una multitud compuesta de más de 200 personas se agolpó en torno al coche en que llegara el popular artista. De pronto, una muchacha, con el cabello en desorden, las mejillas encendidas y el traje medio desgarrado por la batahola, logró abrirse paso hasta llegar a la puerta del carruaje. Agachóse entonces apresurada y justamente cuando Gable ponía los pies en el suelo, le presentó sonriendo con sonrisa de triunfo, un lápiz ¡y una liga!...

Bing Crosby, que acaba de filmar un nuevo contrato con la Paramount, por el que se compromete a actuar para dicha compañía los tres años próximos.

SUS

ROLD
DYD

FAVORITOS

NANCY CARRO

(Foto Fox)

La última moda

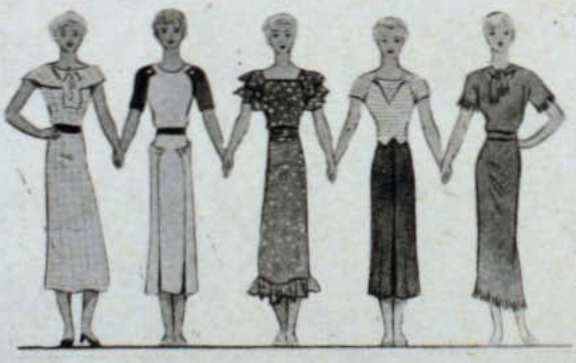
Pequeña capa de kasha, cerrada por cuatro gruesos botones con centro verde obscuro; se lleva sobre un vestido escocés verde negro y natural; cinturón verde.

En grueso shantung natural este paletocito amplio, cerrado por un cordón de lana rojo fuerte. El vestido igualmente de shantung natural tiene mangas y cinturón de shantung rojo.

En espumilla celeste drapeada en el talle esta capita que se lleva sobre un vestido de espumilla negra con lunares celestes. El vestido está adornado con vuelos en forma.

De corte tailleur, en grueso kasha natural este paletocito con vueltas de género a rayas azul y blanco como la blusa. Falda azul marino.

En franela blanca esta capa con capuchón y aberturas delanteras que dejan pasar los brazos. Se lleva sobre un vestido de franela rojo, deshilachado en las mangas, corbata y parte baja de la falda.



La hora del cocktail

1. — Elegantísima túnica de crepe brillante, puesta sobre un fondo de crepe mate. Clips de strass.

2. — Traje de espumilla artificial azul, de corte princesa, muy simple, pero que requiere una mujer alta y delgada, para usarlo. Las mangas se adornan con crepe georgette rosa, igual que el que luce el jabot pasado por dos anillos de strass.

3. — Otro modelo de gran sencillez, en espumilla roja con cuello blanco cruzado. Botones de metal.

4. — En grueso crepe romain beige, con adorno café, luce este vestido, cuya gracia está en el corte que atrás forma el lazo.

Originalidad

1. — De corte kimono que se prolonga en los puños, este abrigo está adornado con ragondín. El cuello forma jabot, los botones muy grandes son de madera. Traje de lana, falda con movimiento de túnica y lazada de cordones, terminados en borlas.

2. — En lana y con astracán persa, este suntuoso abrigo de lana bouclé, se comple-

ta con un traje de angos gante. Puños y vuelta de s falla en el tono, un poco m

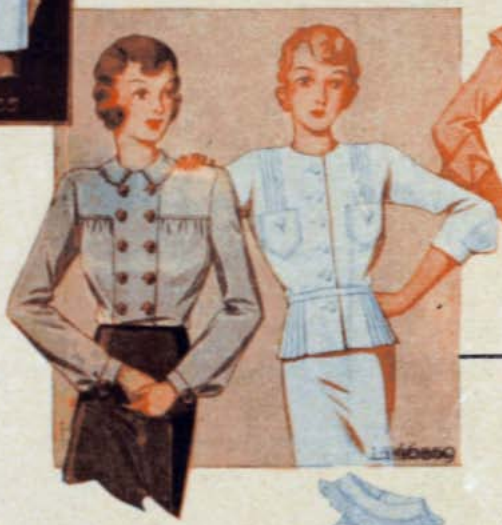
3. — Abrigo de lana, cuy nadas de nutria, son ezt chic. Cuello redondo de la ma conjunto con un traj grueso, con plastrón que

n los conjuntos

espalda. Las mangas tienen el mismo corte que las del abrigo.

4. — Otro modelo en que impera la originalidad del corte. Lana jaspeada y piel de ragondin, forman el abrigo y lana más fina se emplea en el traje adornado con botones de coroso.

Una blusa debe ser siempre coqueta



1. — Larga casaca en crepe satén blanco. El canesú viene a anudarse graciosamente bajo un cierre de strass. Costuras pespuntadas.

2. — Para un traje de lana obscuro será encantador este juego de cuello y puños de piqué blanco, con vuelo plisado. Joven y gracioso.

3. — Modelo en crepe georgette, en que el botón que cierra el cuello deja caer los pliegues del jabot plicado.

4. — Blusa de corte camisero en jersey celeste, con botones de concha perla.

5. — Muy bonita esta blusa en crepe opaco blanco. Botones forrados.

6. — Blusa de crepe satén rosa pastel. El canesú tiene un bonito sesgo que da la sensación de capita.

7. — Juego de cuello y puños en organdí bordeado de un fino encaje de Valenciennes.

8. — Lindo cuellito plastrón en espumilla, trabajado con punto al aire y bolos a realce.

9. — Primaveral blusa en tela imprimée. Corte en las mangas que forma una capita.

NIRVANA

Las Fajas NIRVANA
cumplen perfectamente
las exigencias de la moda
actual,
a través de los vestidos
ajustados al talle.

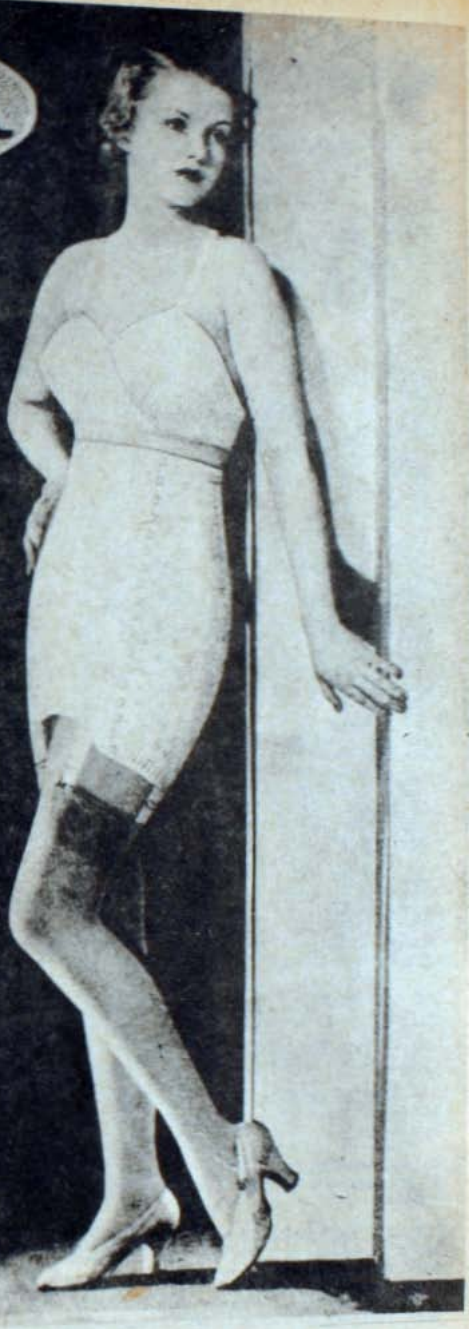
UNICOS ALMACENES DE VENTA:

AHUMADA 55,
TELEFONO 60344.

AHUMADA 323,
TELEFONO 84486.

Fábrica:
SAN PABLO 1280

VENTAS POR MAYOR
Y MENOR.



Vendo hormas para
hacer sombreros.

W. KRONER
PASAJE MATTE 23-A

Tailleurs

Tailleur de lana azul marino, con adornos blancos. Falda recta con una pieza que va abierta abajo.

Tailleur de franela gris claro; chaqueta corta con cinturón de cuero café y hebilla de metal.

Tailleur compuesto de chaqueta muy corta en género de lana a cuadros azul y blancos, botones de madera azul marinos y cinturón de cuero con las iniciales de la que lo lleva, en metal, y de falda azul marina, abotonada a un lado.

Tailleur de lana beige claro; chaqueta cruzada en triángulo con cuello, vueltas, puños y bolsillos enteramente pespuntados. Falda sencilla.

Tailleur para la primavera en franela blanca; chaqueta con cuatro bolsillos y vueltas pespuntadas; botones en triángulo azul marinos. Falda sencilla y pull-over tejido en lana azul marino.

La nueva forma de la blusa

Blusa de sport en algodón rayado, con vueltas y cinturón en tono obscuro. Iniciales bordadas sobre cada bolsillo.

Blusa-chaleco en tela blanca, adornada con pespuntes muy finos; botones cuadrados.

Blusa de hilo blanco, con gran corbata de tafetán obscuro.

Blusa de espumilla blanca, adornada de vuelitos. Mangas en globo.

Blusa de crepe mate, adornada y bordada de una fantasía de cortes en festón.

Blusa de toile de soie, adornada de pequeños vuelos, formando chaleco, pata abotonada, clips de metal. Mangas raglán apretadas en el puño.

Blusa en linón de hilo u organdí, adornada de ruchas y alforzas.

Blusa de shantung azul marino con puntos blancos; con adornos del mismo shantung blanco.

La ropa de nuestros niños

1. Juego para chica, compuesto de enagua, camisa y calzón en fino opal rosa pálido, adornado de calados y valencianas.

2. Camisa-calzón, calzoncito y enagua en nansú, adornado de un filete y ojales bordados.

3. Muy simpático este juguito, compuesto de camisa-calzón, enagua y camisa de noche, en fino opal celeste, adornado de valencianas.

4. Juego en opal rosa pálido con un ribete de opal blanco.

5. Para la nena, esta bata de mañana en franela blanca a lunares celestes.

6. Muy sentadora esta bata de mañana, en franela azul cielo adornada de gruesos pespuntes.

8. Camisa de noche en nansú, va cerrada adelante y lleva como adorno un filete bordado en seda.

9. Camisa de noche en opal verde muy suave, adornada de vuelitos recogidos.

10. Para la regalona de la casa esta camisita de noche en opal azul cielo, adornada de un ribete de opal de tono más obscuro.

La Moda infantil

Kasha natural está indicado para este vestido de jovencita.

Esta blusa de foulard blanco con lunares rojos, se lleva sobre una falda de lana roja.

En tela de seda rayada está confeccionado este bonito vestido de niñita.

Para la chiquitina, este vestidito de kasha celeste claro..

Knickerbockers y chaqueta de franela gris, con bolsillos redondeados, vueltas y orillas pespuntadas.

Traje de dos piezas, en kasha chinesco. Seis botones en forma de colleras cierran la chaqueta.

Vestido con tirantes en shantung rojo, con pequeños puntos blancos; blusa de linón.

Vestido para niñita en toile de soie a cuadros rosa y blancos. Chaleco de piqué de seda.

En casa

Peinador de seda chinesca.

Deshabillé en crepe de Chine salmón, adornado de encajes.

Peinador en toile de soie blanco con orillas, puños, bolsillos y rosa de la cintura en seda verde, cortada al sesgo.

Vestido de casa en satén rosa, con vuelos en las mangas de muselina de seda.

En crepe de Chine verde Nilo este elegante modelo; cintura de crepe a rayas verdes y blancas.

La ropa interior

Deshabillé en crepe de Chine azul pálido, con incrustaciones de encaje ocre.

Camisa de noche en crepe de Chine rosa.

Para la cama, esta chaquetita de crepe satén, cerrada por dos nudos.

Liseuse formando capita en espumilla blanca.

Camisa de noche en crepe satén blanco, con canesú de encaje plateado.

Calzón y combinación en crepe satén rosa con incrustaciones de encaje en el tono.

Combinación y calzón en espumilla rosa, con orillas de encaje ocre.

Sweater camisa

SWEATER CAMISA

Este sweater sencillo es muy a propósito para hacer deporte. La explicación está dada para el talle 42 (largo 46 cm., contorno 90 cm., largo manga 58 cm.). Por cada talle diferente agregar o disminuir 16 p. (8 del., 8 esp.).

Puntos empleados. — Se comienza por abajo. Urdir 124 p. sobre palillos N.o 2 con lana doble y tejer 6 cm. de canutón. Comenzar el cuerpo con palillos N.o 3 y con lana sencilla. Aumentar en cada extremidad del palillo 6 veces 1 p., con 3 cm. de intervalo. Después trabajar el lado derecho solamente sobre 70 p. Tejer 5 corr. y formar 1 ojal a 4 p. de la orilla (disminuir 5 p. que se aumentan en la corr. siguiente). Hay que formar 4 ojales con 4 cm. de intervalo. En seguida, a los 30 cm. de altura, formar la bocamanga disminuyendo con 1 corr. de intervalo 3 veces 3 p. y 9 veces 1 p. A los 42 cm. de altura, disminuir para el escote con 1 corr. de intervalo 1 vez 10 p. 3 veces 2 p. y 3 veces 1 p. Después disminuir siempre 1 p. cada 2 corr. hasta 30 p., que se disminuyen 5 por 5. Tomar el lado izquierdo. Agregar para la parte que queda bajo la pata 8 p. y seguir la explicación de la otra mitad, suprimiendo los ojales, y disminuyendo en el escote 14 p. en vez de 10.

Espalda. — Se comienza por abajo. Urdir 120 p. y seguir la explicación del delantero suprimiendo la abertura y los ojales. Disminuir a cada extremo del palillo 5 por 5 30 p. para cada hombro y para simular cuchillas hacer en el medio del trabajo 3 veces 1 disminución con 12 p. de intervalo. Marcar estos lugares con un hilo. Repetir estas disminuciones 3 veces con 4 corr. de intervalo. Disminuir en seguida los p. restantes.

Mangas.—Urdir 60 p. Tejer 6 cm. en punto de canutón con la lana doble. Comenzar la manga con punto de jersey (lana sencilla, palillos N.o 3). Tejer haciendo a cada extremo del palillo 1 aumento durante 8 corr. A 48 cm. de altura disminuir 1 p. en cada extremo del palillo y en cada corr. hasta que queden 16 p. que se disminuyen juntos.

Cuello. — Se comienza en el escote. Urdir 140 p. en los palillos delgados y con lana sencilla. Tejer 2 cm. Doblar la lana y en los palillos N.o 3 tejer 6 cm. con 1 aumento de cada lado cada 2 corrida. Cerrar los puntos.

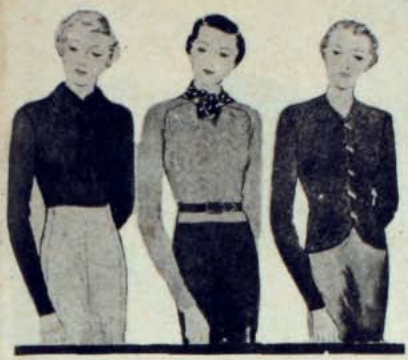
Corbata.—Urdir 1 p. Hacer de cada lado 1 aumento en cada corr., hasta enterar 15 p. en total. Tejer más o menos 1 mt. 10 cm. y terminar haciendo las disminuciones equivalentes a los aumentos de la otra punta.

Los tejidos de "Familia"

PULL-OVER EMPALMADO

Este pull-over está adornado con una corbata de crepe imprimé y con cinturón de cuero. La explicación corresponde al talle 42 (largo 46 cm., contorno 90 cm., largo de manga 58 cm.). Por cada talle diferente agregar o disminuir 20 p. (10 p. del., 10 p. esp.).

Puntos empleados.— 1.o) Canutón (cintura, mangas) 1 p. d. 1 p. r. — 2.o) Punto empalmado (cuerpo) 1.a corr.: "X" 1 p. r. 2 p. d., 1 p. r. 6 p. d., tomar en "X"; 2.a corr. y todas las corr. pares, tejer al r. los p. d. y al d. los p. r.; 3.a corr.:



1 p. r., "X" 2 p. d. tejer al r. 2 p. juntos (dism.) 5 p. d. tejer el mismo p. una vez al d. tomándolo por detrás y una vez al r. tomándolo por delante (aumento) 2 p. d. hacer 1 aumento tejiendo el mismo p. una vez al r. por delante y 1 vez al d. por detrás, 5 p. d., 1 dism. y volver a tomar en "X"; 5.a corr.: 1 p. r. "X" 2 p. d., 1 dism. 5 p. r. Tejer el mismo p. al d. tomándolo por detrás y una vez al r. tomándolo por delante, aumentar 2 p. d., 2 p. r. en un mismo p., 5 p. r., 1 dism. Volver a tomar el tejido en "X"; 7.a corr.: como la 5.a; 9.a y 11.a corr.: como la 3.a. Volver a tomar la 5.a corr.

Delantero.—Se comienza por abajo. Urdir 124 p. Tejer 6 cm. de canutón y comenzar el cuerpo haciendo de cada lado 1 aumento cada 2 cm. A los 30 cm. de alto hacer las bocamangas disminuyendo de cada lado con una corr. de intervalo 2 veces 4 p. y 8 veces 1 p. A los 42 cm. de alto disminuir los 18 p. del medio. Tejer un lado disminuyendo para el escote 1 p. en cada corr. durante 10 corr. Cuando las bocamangas tengan 16 cm. de alto, cerrar los p. 6 por 6. 2.a mitad igual.

Espalda.—Se hace como en el delantero, pero suprimiendo el escote. Cerrar 7 por 7, 42 p. para cada hombro y en seguida de una vez los p. restantes.

Mangas.—Urdir 72 p. Tejer haciendo 1 aumento de cada lado cada 10 corr. hasta 116 p. en total. A los 48 cm. de alto cerrar en cada corr. 2 p. de cada lado hasta 40 p. Tejer 10 cm. en línea recta. Cerrar en seguida en una de las extremidades del pallillo 4 veces 5 p. con 1 corrida de intervalo, 4 veces 4 p. y siempre 1 p. hasta que no queden más p. Hay que preocuparse de no hacer las dos mangas para el mismo lado.

CHAQUETA GAUFREE

Esta chaqueta muy chic está hecha en punto gaufrée con lana chinesca gris obscuro. La explicación se da para el talle 42 (largo 58 cm., contorno 94 cm., largo manga 58 cm.). Por cada talle diferente agregar o disminuir 20 p. (8 esp., 8 del.).

Puntos empleados.— La chaqueta está enteramente hecha en punto gaufrée que se trabaja como el punto de jersey (1 p. d., 1 p. r.) y el revés del punto forma el derecho del trabajo. Tejer 7 corr. en p. jersey. A la 8.a corr. (corr. rev.) tejer 6 p., pasar la lana por detrás del pallillo; picar el pallillo de la derecha en la primera corr. pero al mismo nivel vertical que el primer p. de la corr. que se va a tejer, y tomar un punto tomando bien las dos hebras del p. sobre el pallillo de la derecha; pasar la lana delante del pallillo y tejer un p. de la corrida que se está haciendo; pasar la lana por detrás del pallillo y hacer pasar por encima de este p. el p. tomado, volver a pasar la lana por delante del pallillo, tejer 5 p. y como anteriormente tomar 1 p. y formar un nuevo dibujo, etc. Esto forma una hilera de dibujos. Tejer 5 corr. jersey y en la corr. siguiente formar una segunda hilera de dibujos, poniéndolos encontrados. N. B. Las hileras de dibujos están separadas por 5 corr. de jersey, pero para formar el dibujo hay que tomar siempre los puntos 8 corr. más abajo.

Delantero.—Se comienza por la parte baja de una de las mitades. Urdir 35 p. Agregar de un lado 14 veces 1 p. con una corr. de intervalo (parte redonda de abajo). Tejer 7 corr. en línea recta. Después para el lado, hacer 1 aumento cada 2 corr. hasta 57 p. en total (el borde delantero se teje en línea recta hasta el escote). A la corr. 28 hacer la bocamanga disminuyendo 1 vez 6 p. y, con una corr. de intervalo, 3 p. y 5 veces 1 p. (en total 15 p.). En la corr. 34 hacer el escote disminuyendo 12 veces 1 p. con una corrida de intervalo. Tejer sin disminuir hasta la corr. 41. Cerrar los p. 5 por 5.

Espalda.—Urdir 94 p. Tejer 4 corr. Hacer en seguida de cada lado 8 veces 1 disminución con 1 corr. de intervalo. Tejer 6 corr. en línea recta. Después de cada lado hacer 1 aumento cada 5 corr. hasta 100 p., más o me-

(Continúa en la pág. 62)

Las Amapolas

Para la galería de una casa de campo, está delicioso este cojín hecho en tela de hilo color crudo, en que se destacan las amapolas bordadas en seda lavable roja, en varios tonos, con el corazón de semillas negras. Se bordan dos amapolas rojas y otra en ese color rojo anaranjado que a veces suelen tener. Así, el conjunto tiene más riqueza y resulta una labor fácilmente realizable.

Crochet

Vuelve a usarse el tejido al crochet, que durante un tiempo estuviera completamente olvidado. Aquí vemos un fondo de bandeja con una original aplicación de crochet, fácil y lucida, cuyo detalle, en tamaño natural, luce al lado.

El molde de familia

Para los días de primavera que ya apuntan llenos de tibieza, este modelo, hecho en seda estampada o en lana de fantasía será, a más de práctico, lindo y juvenil. Un trabajo de presillas enriquece el cuerpo, al que aún le da un gran chic un recogido que une los cortes al canesú. Se puede usar con una bufanda de color unido. Y si el género empleado fuera liso, será la bufanda la que pondrá en el conjunto la nota de color.

Los moldes de este traje se despachan al recibo de su dirección y de treinta centavos en estampillas. Dirigirse a «Familia», casilla 84-D, Santiago.

ESTAFETA

Despacha Mary-Sol:

JUSTINO VALLE. — La documentación está hecha sobre lo real. El libro a que usted se refiere es malo, basado en fantasías y lleno de adjetivos y de exclamaciones cursis. Un desastre, como usted verá, si tiene la tentación de leerlo.

NANITA.— Use en la mañana una crema, un cold-cream, para mejor decir. Lo deja sobre el cutis mientras se baña y luego se pasa un pedazo de hielo envuelto en una batista. Se seca la cara, la deja un rato airearse y luego se empolva. No somos partidarias del masaje facial. Dése mejor un baño turco. Pero no hay nada que apriete más los poros que el uso diario del hielo en la forma que acabo de indicarle. Gracias por sus felicitaciones.

SUEÑO DE ORO, Concepción. — Muy malos sus versos, hijita. Y el cuento, peor aun. Creo que lo mejor es que abandone este "sueño de oro", que es la literatura para usted y que se dedique a cualquiera otra cosa. Es preferible ser una buena mujercita de su casa y no una mala escritora amargada, porque no se logra el triunfo.

COSETTE, Arauco. — Se ha hecho usted un enredo con esas dos artistas. La que trabaja en "La Batalla" es Anabella, y la que tiene el rol básico en la primera parte de "Los Miserables" es Florelle, ¿De acuerdo?

PREGUNTONA, Rengo.— Aunque a Ud. le parezca extraño, es la misma persona que Ud. conoció. ¿Por qué lo encuentra tan raro? ¿Cree Ud. que una escritora es algo distinto de una mujer cualquiera? No, señora. Y para que Ud. se convenza, tiene el caso que tanto le pasma.

Buen Tono

LUTOS. — La externa manifestación del dolor no es sincera algunas veces. No sólo lo exterior es lo que hay que dejar ver, sino también con nuestras acciones demostrar la tristeza que nos embarga. El vestido negro nada significa cuando con él vamos a diversiones o nuestro semblante denota satisfacción y alegría. El luto paga su tributo a la moda, y con esto deja de tener toda la nobleza y sencillez que simboliza.

Constituía el luto, en la Edad Media, el modo de llevar los trajes y no el color, como ocurrió después, llegando hasta nuestros días. Las reinas significaban su luto exterior vistiendo de blanco y sus cónyuges ostentaban traje de color violeta. Ana de Bretaña fué la que introdujo la costumbre de usar el negro en los lutos, color que se vulgarizó, usándose no sólo en los vestidos, sino en los enseres del hogar, en los coches, en las paredes, que se revestían de tapices negros, y en los objetos de adorno. Y llegóse, con tal exageración, a comer con cubiertos de mangos negros. Fué desapareciendo esto y quedó la larga duración de los lutos, hasta el extremo que eran casi eternos. Debido a esta exageración existe un cuento antiguo de una muchacha joven y un cadete que se conocieron en un baile y simpatizaron, pero al día siguiente murió el padre de ella y el luto cerró las puertas de su casa por cuatro años, y pasados éstos volvió el cadete, ya teniente, en ocasión de la muerte de la madre de la muchacha, quedando secuestrado por otros tantos años. Sucedieron los viajes del pretendiente en ocasión de sus ascensos, coincidiendo con nuevas muertes y sus correspondientes lutos, y por fin se vieron cuando el amor estaba enterrado en la sepultura de los años; él era general y ella una momia.

Afortunadamente, hoy se ha llegado a una duración lógica y humana, puesto que por la muerte de un ser querido no se obliga a sus deudos a enterrarse en vida. A continuación señalamos las reglas que son más usuales en las grandes poblaciones. En ciertas capitales y pueblos se ve aumentada su duración.

Por los esposos o padres, se guarda luto dos años: uno de riguroso luto y otro de medio luto; por los hijos, hermanos y abuelos: un año, del cual seis meses serán de riguroso luto y el semestre restante de medio luto; por los tíos, seis meses: tres de riguroso y tres de alivio; y por los primos y demás parientes, un mes de riguroso luto y dos de alivio.

Para las señoras, las telas más adecuadas para los lutos rigurosos son los tejidos de lana, como: armures, jergas, cheviots, lanillas y cachemiras lisos. Especialmente este último es el más indicado para los lutos en primer grado. Nunca se llevarán guarniciones ni adornos. Sólo está permitido en los abrigos el paño, sin terciopelo, ni pelusa, ni astracán.

Cuando es de segundo grado el luto, se pueden llevar en los sombreros lazos negros o plumas del mismo color. También se pueden llevar vestidos de seda mate.

En el luto de alivio, los colores a usar son: blanco y negro, negro y gris, negro y morado, gris y violeta. Los sombreros se pueden adornar con azabaches con brillo, malvas y violetas. En este período se pueden llevar joyas de cualquier metal, pudiendo ir adornadas con perlas, pero no con brillantes ni otras piedras preciosas.

Los caballeros, en todas las clases de luto vestirán el traje negro por completo, tanto el de calle como la levita y el chaquet. Al principio las corbatas deben ser de negro mate, y después brillante. En el sombrero llevarán una gasa de paño negro, más o menos ancha, según el parentesco que tengan con el difunto. En todos los casos el calzado será negro mate, tanto en los caballeros como en las señoras.

Cuando esté el luto en el período de alivio, es suficiente llevar la gasa en el sombrero y la corbata negra, siendo el traje de tonos obscuros.

Los abrigos para los lutos de primera clase deben ser negros, y pueden ser de color en los otros, pero cuando sean así se llevará un brazal negro en el brazo izquierdo, de unos ocho centímetros de ancho, o bien una franja, negra también, sobre la solapa izquierda.

ULTIVE SU BELLEZA

EL PELO Y EL CUIDADO QUE REQUIERE

No se crea que es cosa tan fácil mantener la cabellera limpia, brillante y ondulada. Son muy pocas aquéllas a quienes la naturaleza otorgó el regalo magnífico del pelo crespo, fácilmente adaptable a la moda que determina tal o cual peinado. Por lo común la mujer tiene que recurrir a la ondulación al agua, al fierro o a la permanente. Tal vez la menos malsana, la que no daña, es la primera. El fierro, por muy bien hecho que esté, termina por arruinar, ya que chamusca y quita el brillo. En cuanto a la permanente es algo así como el "cuento de nunca acabar", ya que usted se la hace, sufre sustos y molestias, se expone a toda suerte de percances y de peligros, y luego tiene que estar yendo todas las semanas a la peluquería para que le marquen al agua las ondas. En cuyo caso es preferible hacer desde el principio la ondulación al agua.

Con cualquiera de estos tres sistemas que se adopte, el pelo sufre, pierde su brillo y nunca, por el uso de la gomina y los fijativos, se logra tenerlo limpio. Para subsanar la falta de brillo hay que recurrir a los productos químicos, con lo cual se aumenta la posibilidad de atrapar el polvo que, en las materias grasas de la brillantina, encuentra campo bueno para adherirse.

Lo ideal sería, entonces, dejar el pelo tal cual lo tenemos, lacio o crespo, cuidando sólo mantenerlo en buen estado de aseo. Pero como esto no es posible, porque no seríamos entonces mujercitas a la moda, no queda más remedio que ponerse en manos del peluquero, tratando de que el mal sea el menos.

Tal vez el mejor champú que existe es el quillay de nuestra tierra. Viene preparado, listo para usarlo, ya sea en jabón, en extracto o en polvo. Pero hay muchas mujeres que lo siguen usando a la antigua, es decir, dejando por la noche una trola remojando en agua caliente; al otro día se cuela, se le agrega más agua tibia, se agita, resultando un agua jabonosa excelente que saca toda la grasa y la caspa.

Es más complicado este sistema, pero lo preferimos.

Una vez que el pelo esté lavado y enjuagado, en la última agua se echa una cucharada de vaselina líquida, perfumada, o glicerina. En esta forma el pelo queda brillante y flexible. Se debe secar el pelo con varias toallas, friccionando vigorosamente el cuero cabelludo para provocar la circulación y evitar resfríos. Además, así se vigoriza la raíz. Una vez medio seco se pone al sol, girando la cabeza en todos sentidos y haciendo mientras tanto un rápido masaje con los dedos. Sólo cinco minutos durará esta exposición. Luego se deja que el pelo seque completamente antes de peinarse o de ir al peluquero.

Las que tengan mucha caspa deben darse en la noche fricciones de alcohol con sublimado. Para un litro de alcohol de 90 grados una pastilla de sublimado. (*Cuidado que es veneno*). En la mañana se lava con quillay, al que se agregan veinte gotas de amoníaco. En la noche se repite la fricción. Hay que hacerlo durante ocho días. Es cansador, pero al fin la caspa desaparece.

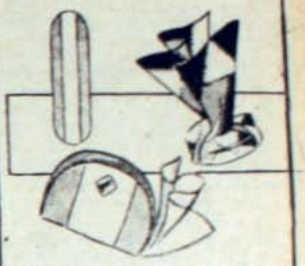
Si se tiene el pelo grasoso — lo que es horrible y da un aspecto repugnante de desaseo — debe ponerse una cucharada de amoníaco al agua con quillay. No debe usarse brillantina ni poner glicerina en el agua en que se enjuague.

Para hacer salir pelo es magnífico el uso de la parafina. Es lo mejor y más barato. Se deja el frasco abierto por dos o tres días para que se le vaya el olor y después se aplica con un trapo de hilo, abriendo rayas y frotando con fuerza. Debe hacerlo otra persona.

El uso diario de la escobilla, noche a noche, contribuye a que el pelo se vigorice, se mantenga limpio y tenga brillo. Es el secreto de la cabellera de las sajonas, siempre tan celebrada. Desgraciadamente sólo pueden usarla aquellas mujeres que llevan la melena lisa o que sean naturalmente crespas.

No recomendamos el uso de la gomina. Esos peinados hechos a base de este producto endurecen las facciones, dando una expresión de cartón piedra.

LA GRACIA DE LOS PEQUEÑOS DETALLES



La personalidad se revela en la mujer por ciertos pequeños detalles de su vestimenta, ya que esa personalidad va más allá del carácter e imprime su sello en todo lo que es su pertenencia. Y muchas veces esos detalles son hechos a base de ingenio, ya que muchas mujeres no disponen de la fortuna suficiente para darse el lujo de las originalidades costosas.

Para el traje sastre de color café será encantadora esta cartera tejida a medio punto al crochet, en lana café con la parte central beige, un botón cuadrado, servirá de cierre. Una linda bufanda en que se pueden aprovechar restos de sedas, pegadas a punto turco, será una linda nota de color con el abrigo de deporte. Para el traje sastre de tarde, de terciopelo o fina lana, este chaleco de lama plateada o dorada, con botones bolas de metal, será de un efecto fascinador. Y como estamos en la época de los monogramas o de las letras iniciales, aquí tenemos una O para las Olgas, las Olivias, Ofelias, etc.

Ya ven ustedes como con un poco de ingenio y un poco de prolijidad, pueden ustedes hacerse de una cantidad de accesorios adorables.

Para su huerto

SEPA USTED QUE...

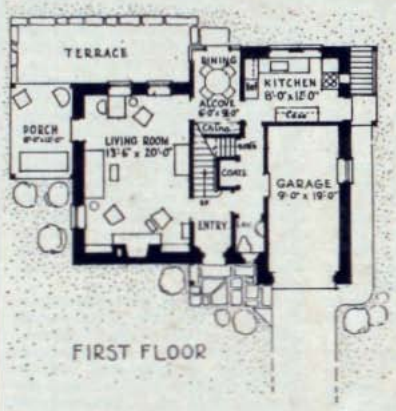
...las gallinas causan daños en huertos y jardines, más o menos grandes, según la hora del día. Cuando hacen los mayores destrozos es en las horas en que el sol ha adquirido cierta fuerza, porque los insectos, babosas, orugas, etc., huyendo del calor, se ocultan bajo tierra en busca de fresco. Entonces las gallinas escarban la tierra con las patas para ponerlos al descubierto. En cambio, mientras todos los bichos ya citados no están ocultos, las gallinas cometen pocos destrozos, porque ellas no tienen otra cosa que hacer que elegir su comida, sin necesidad de perder tiempo escarbando el suelo para satisfacer su apetito. Es, pues, conveniente echar las gallinas al huerto en las primeras horas del día, y sacarlas de él cuando el calor del sol hace que los insectos se oculten bajo tierra.

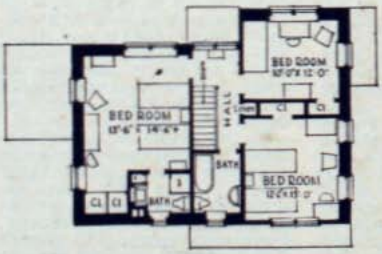
...para embalar las uvas, serán cogidas cinco o seis días antes de su completa madurez y con preferencia en tiempo seco, evitando el calor del mediodía. Se meten luego en cajitas de madera ligera, de 3 ks. de cabida, o 5 a lo más, teniendo cuidado de colocar los racimos de un modo regular poniendo encima los más bellos y procurando que al colocar la tapa de la caja no se aplasten los granos. Entre racimo y racimo es conveniente colocar capas de aserrín de corcho muy fino y asimismo recubrir los racimos superiores. Así preparadas las uvas resisten con facilidad un viaje de 15 a 20 días.

...para alejar los pájaros de los árboles con fruto, prescindase de espantajos grotescos, de los que los pájaros tienen a menudo menos temor que de los transeúntes, y tómese una percha de cuatro a cinco metros de alto que lleve en su punta un travesaño formando una T. A los dos extremos de este travesaño, amárrese una plancha de cinc brillante, que descienda hasta la altura de dos metros, poco más o menos (depende de los árboles). Esas planchas al girar, impulsadas por el viento, hacen ruidos y proyectan por todas partes rayos luminosos que asustan a los pájaros.

En vez de planchas de cinc puede emplearse espejos.

Casas e interiores





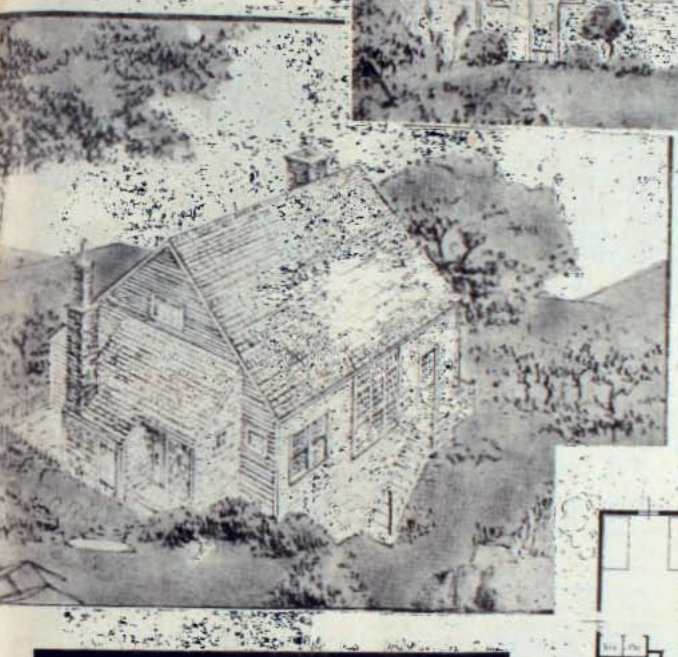
PROYECTANDO UNA CASA DESDE DENTRO

Ahora los arquitectos y las personas que desean construirse alguna residencia confortable y moderna, en el sentido de dar amplia satisfacción a sus moradores, proyectan desde adentro hacia afuera, es decir, conciben primero los cuartos, con su disposición de puertas y ventanas, orientación, etc., y uniéndolos con los otros cuartos de la casa se tiene un plano simpático y agradable, que después de construído contentará a todos.

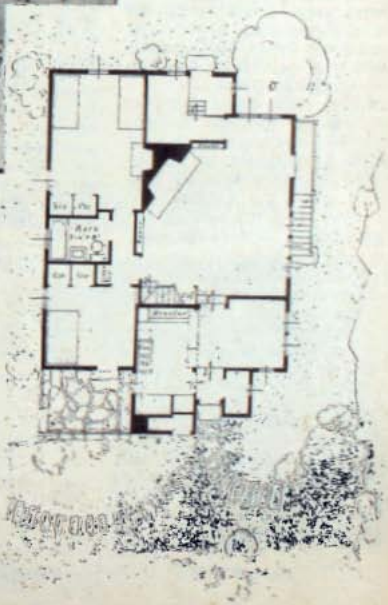
En las ilustraciones de estas páginas se puede seguir el camino que han tomado los que proyectaron esta simpática residencia. Nótese la importancia que se le da a la colocación de los muebles, de la situación precisa de cada cuarto del uso en fin, que se va a dar a cada rincón de la casa. Esta es una casa bastante pequeña; pero, sin embargo, se le ha dado gran importancia a la comodidad que van a tener los dueños, y se ha sacado un gran partido del poco espacio edificado. El gran living-room y el espacioso dormitorio del segundo piso están dispuestos en forma de presentar dos cuartos inteligentemente dispuestos para dar una sensación de amplitud y lujo. Los otros cuartos también están admirablemente bien dispuestos.

COMO ARREGLAR EL CASERON VIEJO

¿Quién no ha tenido alguna vez en la vida, necesidad de arreglar una casona grande y vieja o un edificio que aparentemente no servía ya para nada? He aquí lo que un americano ha hecho con un viejo caserón de madera al borde de una quebrada. Asegurándose de un buen techo que no gotee con las lluvias, y ajustando bien puertas y ventanas para que no entre el viento, el agua y el polvo con



COMPRE
TODOS LOS LUNES
«Para Todos»
Cine - Radio - Lectura
El popular semanario.



las diversas estaciones, el dueño de esta fea casa ha hecho una simpática residencia de un original confort. Si, desgraciadamente, el viejo edificio no tenía una buena chimenea, es menester colocar una como parte esencial de esta radical alteración del caserón. Después es menester ver y examinar la solidez del maderamen o de las paredes o tabiques y reforzar todo aquello que, de una manera u otra, resistirá algún peso. Después viene el interesante trabajo de dar forma a la vivienda moderna futura que la vieja construcción va a encerrar. Esto no es difícil, y si como se muestra en estas ilustraciones, la casa no tiene un segundo piso, se presta esta condición para hacer un living con techumbre rústica que alcance dos pisos de alto. Las ventanas se pueden hacer amplias, para dar toda la luz y ventilación posibles a la nueva casa, salida de la vieja.

Noticiario Femenino

Se habla de levantar en París un monumento a la *condesa de Noailles*, bello tipo de mujer-poeta que a través de sus muchas obras demostrara un intenso temperamento, fino de emoción y cincelado en su forma de modelar el verso.

Rosita Renard anuncia para pronto una audición que ha de ser un gran éxito para nuestra compatriota, ya que cuenta con tantos admiradores de su talento de pianista.

Un gran homenaje se le ha tributado en Buenos Aires a *Berta Singerman* en el Teatro Cómico y que fuera organizado por su hermana Paulina con el concurso de casi todos los artistas y escritores que en la ciudad del Plata se encuentran.

Marcela Paz anuncia otros dos libros para fecha próxima, obras que han de venir a recalcar el triunfo que la joven escritora ha obtenido con su obra recién publicada y premiada en el concurso organizado por el Club Hípico.

Juana de Ibarbourou está obteniendo grandes elogios de la crítica americana con su obra última, prosas líricas en que comenta figuras de la Biblia en un tono que recuerda sus primeros pasos poéticos, libres, amorosos y aromados de campo.

Blanca Della Torre Vicuña continúa en Mendoza su bella obra de teatro popular para los niños. Entresacados de las escuelas públicas y de asilos para niños vagos, ha formado ella un grupo de chicos que al aire libre, en un improvisado escenario, representan sus obras y otras originales de escritores argentinos, escritas especialmente para esta compañía. En una entrevista que recién se le ha hecho, la escritora y auspiciadora de este solaz para los pequeños sin fortuna, ha dicho que sus mejores artistas son los niños considerados como irreductibles por sus maestros.

El Congreso aprueba el mensaje enviado por el Presidente de la República tendiente a crear para *Gabriela Mistral* una situación económica que le permita vivir sin angustias ni sobresaltos de inmediatos trabajos que su salud — bastante resentida—, no la deja realizar. Bien por esta actitud que reconoce, por decir oficialmente, la labor enorme de esta mujer en el extranjero, como propagandista de la cultura, no sólo chilena, sino americana, con ese americanismo continental sin fronteras que todos ansiamos. Y por sobre eso, como penacho, su propia labor de poeta, grande e intenso.

La provincia de Ñuble se apresta para rendir un homenaje a Monseñor Rücker que durante varios años estuviera al frente de la diócesis con un alma de bondad y de comprensión, elevándole un monumento en Chillán. Es ya un hecho seguro de que dicho monumento será realizado por *Anita Lagarrigue*, la celebrada escultora que tantas felicitaciones está recibiendo por su monumento recién inaugurado a Monseñor Errázuriz.

Extraordinariamente comentada y aplaudida la actuación de *Adela Edwards de Salas* en las sesiones Municipales últimas, por su valiente contemplación de un problema vital para la raza que por gazmoñerías o dejaciones siempre queda de lado, cuando justamente de él dependen la salud moral y física de las generaciones actuales y futuras.

CAMERAMAN

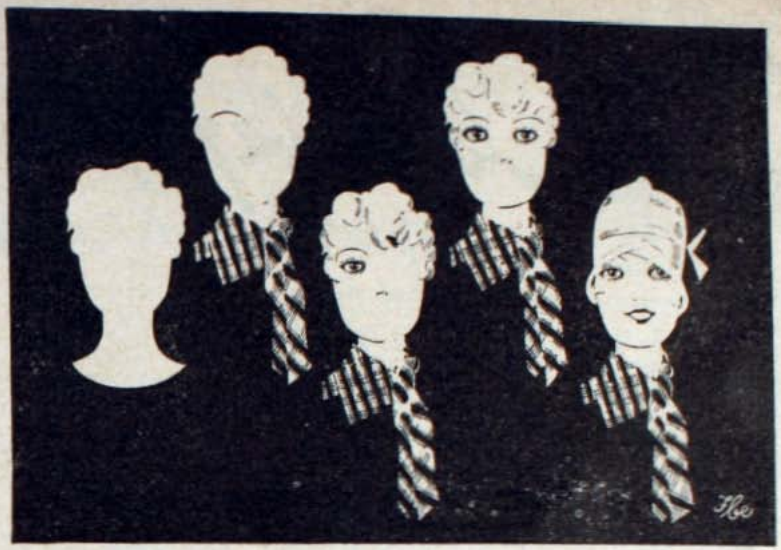
Rosita Rénard.

Condesa de Noailles.

Adela Edwards de Salas.

Marcela Paz.

Blanca Della Torre Vicuña.



Así como ésta. adquirirá su negocio su verdadera fisonomía, utilizando nuestros trabajos de imprenta. No podemos hacer trabajos malos, porque tendríamos que alterar nuestro sistema de impresores de primera clase, pero podemos hacerlos tan baratos como los trabajos peores de plaza.

UNIVERSO

SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA UNIVERSO

CALLE JOSE T. RAMOS 105.
Valparaiso.

AHUMADA 32.
Santiago.

FREIRE esq. CASTELLON.
Concepción.

La escoba y el plumero

consejos de tía JACOBITA

LAS MOSCAS.

Tenemos que pensar en ellas, antes que empiecen a hacerse molestas y echarnos a perder la vida con sus impertinencias. Sobre todo en los campos o en los barrios suburbanos, estas medidas han de ser aplicadas justamente ahora, antes que el calor arrecie y los huevos de las moscas germinen, apareciendo entonces esas nubes de mosquitos, contra los cuales ya no es posible luchar.

Lo primero que debe hacerse es vigilar estrechamente aquellos sitios que sirven de "ponedero" a las moscas, por lo común estercoleros, tierras de jardín en que haya abonos animales y orillas de riachos, de esteros, de canales o de piletas, es decir, sitios húmedos. En casas en que exista gallinero, conejera o cualquier otro lugar en que se tengan animales, como ser: establos o pesebreras, hay que hacer en este mes un prolijo aseo de paredes y suelos, si es posible, encalando para que así mueran todos los huevecillos.

Para que la encaladura sea efectiva, lo mejor es poner un cinco por ciento de alumbre en el agua, ya que esto sirve como un activo insecticida, teniendo en cuenta, además, que aún las moscas adultas no se posarán en una pared así encalada, porque el alumbre les molesta en las patas.

Las hojas de nogal son muy buenas para ahuyentar las moscas y en muchas casas de campo se tiene siempre en el centro de cada habitación, colgando de la lámpara, una gran rama. Otra receta campera contra las moscas consiste en atravesar con un buen puñado de clavos de olor una naranja, poniéndola por varios días a horno regular, hasta que esté completamente seca y forme una sola masa con los clavos. Tiene entonces un olor fuerte, pero no desagradable colocada en una repisa en la cocina, hace que las moscas no se atrevan a acercarse. En las casas modernas las cocinas se pintan de un color azul fuerte, que se llama comúnmente azul colonial y que las moscas aman muy poco, tanto que ni una entra a una habitación así pintada.

En los sitios húmedos lo mejor es hacer pulverizaciones con un buen insecticida. Aquí va uno casero, fácil de hacer, pero que sólo se presta para echarlo en sitios un poco lejanos a las casas, porque tiene un olor demasiado penetrante. Se mezcla parafina y leche agria. Por cada litro de parafina, medio de leche agria. Se agita durante un rato largo para que se incorporen perfectamente. Se conserva durante varios días, bien tapado en frascos y al usarlo, se pone en la bomba con una parte de agua. Para rociar los estanques, las piletas y en general las riberas, es barato y sumamente efectivo.

Cuando ya el mal está hecho, es decir, cuando no se tomaron a tiempo medidas que maten los huevillos hay que recurrir a toda suerte de medios para deshacerse de las moscas. Debemos recordar que a más de lo molestas que son, representan uno de los medios más efectivos de vehículos de enfermedades. Son amigas de todas las inmundicias y después colocan sus patas asquerosas sobre los alimentos que vamos a tomar, sobre nuestra piel, molestando a los niños que duermen, cayendo en el líquido que beberemos, paseando sobre la mesa, yendo de nuevo a refocilarse en mugres para regresar cargadas de microbios a nuestro hogar, para traernos otra serie de posibilidades de males. Aunque en ese entonces ya las moscas en completo desarrollo, sea más difícil deshacerse de ellas, hay que declararles guerra sin cuartel, por medio de todo lo que esté a nuestra disposición, y aun ingeniándonos por medios propios para exterminarlas. Hay que tener en cuenta que nos va en ello la salud y tal vez la vida.

No es secreto... Puede Ud. contarlo...

Para quitar las manchas de orín en los níqueles, se les pone encima una capa de grasa, dejando así por varios días para después quitarla con un trapo empapado en bencina. Se frota luego con una gamuza.

—Para hacer que las teclas de los pianos pierdan su color amarillento, basta pasarles un trapo empapado con agua oxigenada doble (20 volúmenes), repitiendo esta operación por varios días.

—Para lavar la vajilla de plata se la hace hervir en agua con jabón blanco, se saca y se le pasa un cepillo suave, para quitar toda la tierra que se puede haber acumulado en los repujados o dibujos. Se vuelve a darle otro hervor y se saca, limpiando con varios paños, hasta que quede perfectamente seca. Muchas veces la pérdida de brillo de la vajilla de plata se debe exclusivamente a que se guarda sin estar bien seca.

—Para preparar un buen papel insecticida se hace la siguiente mezcla: Agua, 400 gramos. Miel, 80 gramos. Emético, 2 gramos. Con esta solución se impregnan hojas de papel secante, colocándolas en fuentes extendidas, cuidando de que siempre estén húmedas. La miel atrae a las moscas y el emético las mata. Barato y fácil de preparar.

LEE Y MEDITA UN POCO

No pongas sobrenombres a tus amigos. Sobre todo si con ellos haces resaltar un defecto físico o moral. ¿Imaginas la tristeza de un pobrecito rengo, que no puede seguir la alegre carrera de tus pies?

Porque tu día llegará, y otros niños se reirán de la lentitud de tus pensamientos y de tu andar vacilante, si no ha sabido sembrar a tu alrededor amor y tolerancia.

Ayúdale con tu afecto. Que tu bondad sea la muleta en que se apoya para seguirte.

Si tu compañero de juegos no tiene inteligencia para comprenderte, no te enojes.

Enséñale con paciencia. Sé maestro, y un poco hermanito al mismo tiempo.

Y verás qué hermosa recompensa tiene tu desvelo. Será para ti algo más que amigo. Algo como un hermano. Será una parte de ti mismo, porque su saber será obra tuya.

Perdona, si no puedes corregir. Olvida, si no puedes perdonar.

Jesús perdonó hasta a sus propios enemigos. Recuérdalo, amiguito. Y todos nosotros debemos seguir su divina palabra.

¡LIBROS!

"DAVID COPPERFIELD"
por Charles Dickens

Esta joya del siglo XIX es la obra cumbre del reputado escritor inglés. En dos tomos, con ilustraciones interiores, al precio de $ 12.— cada tomo.

"CRIMEN Y CASTIGO", por Fedor Dostoiewski. Una obra magna ..... $ 12.—
"LLUVIA", por William Somerset Maugham ..... $ 3.—
"JESUS", por Charles Dickens ..... $ 3.—
"BAJO EL CIELO DE ORIENTE", por Panait Istrati ..... $ 3.—
"RUSIA AL DESNUDO", por Panait Istrati ..... $ 12.—
"CONOZCO SUS SECRETOS", por Doris Webster y Mary Alden Hopkins ..... $ 3.—
"TRES INMENSAS NOVELAS", por Vicente Huidobro y Hans Arp ..... $ 4.—
"HIJOS DEL ALMA", por María Teresa Directora de la revista "Margarita" ..... $ 4.—
"EL MESTIZO ALEJO", novela por Víctor Domingo Silva ..... $ 5.—
"CUENTOS RUSOS", por Blanca Santa Cruz Ossa. (Mamá Chayo) ..... $ 5.—
"ANECDOTARIO DIPLOMATICO", por Gustavo Sotolongo ..... $ 6.—
"ANTOLOGIA DE POESIA CHILENA NUEVA", más de 200 páginas que contienen lo más notable de Vicente Huidobro, Angel Cruchaga, Pablo de Rokha, Rosamel del Valle, Pablo Neruda, Juvencio Valle, Humberto Díaz Casanueva, Omar Cáceres, Eduardo Anguita y Volodia Teitelboim ..... $ 15.—
"AVENTURAS DE SHERLOCK HOLMES"
"UN CRIMEN EXTRAÑO" $ 3.60
"TRIUNFOS DE SHERLOCK HOLMES" ..... $ 2.60
"NUEVOS TRIUNFOS DE SHERLOCK HOLMES ..... $ 2.60
"EL CICLISTA FANTASMA" $ 2.60
"CINCO HAZAÑAS DE SHERLOCK HOLMES" ..... $ 2.60
"LAS MAS FAMOSAS HAZAÑAS DE SHERLOCK HOLMES" $ 2.60
"SHERLOCK HOLMES SIGUE TRIUNFANDO" ..... $ 2.60
"EL INVENCIBLE SHERLOCK HOLMES" ..... $ 2.60
"POLICIA FINA" ..... $ 2.60
"NUEVAS Y ULTIMAS AVENTURAS DE SHERLOCK HOLMES ..... $ 2.60
"EL PROBLEMA FINAL". $ 2.60

Además, una colección de novelitas románticas de diversos autores, al bajo precio de $ 1.50 y $ 0.60 otras.

En venta en todas las casas del ramo, en las Librerías Universo del país y en

Editorial Zig - Zag,

Casilla 84-D —Santiago de Chile.

Atendemos pedidos de provincias, y contra reembolso, siempre que éstos sean superiores a $ 5.—

CHAQUETA GAUFREE

(Continuación de la pág. 31)

nos, en total. Hacer la bocamanga disminuyendo de cada lado 10 p. solamente (1 vez 4 p., 1 vez 2 p. y 4 veces 1 p.). Tejer en línea recta hasta la corr. 40. Después sesgar los hombros como adelante. Simultáneamente en la 3.a disminución cerrar los 10 p. del medio. Terminar separadamente cada lado disminuyendo en el escote con una corr. de intervalo 1 vez 3 p. y una vez 2 p.

Manga.—Se comienza por abajo. Urdir 47 p. Tejer 7 corr. en línea recta. Hacer en seguida 1 aumento de cada lado cada 2 corr. hasta 71 p. en total. En la 34 corr. cerrar de cada lado 1 vez 3 p., 1 vez 2 p. y siempre 1 p. hasta 24 p., que se cierran juntos. Orillar el tejido de 2 corr. de medio punto a crochet.

SIAM, EL MAGNO PAIS DEL ELEFANTE BLANCO

(Continuación de la pág. 17)

mente a extranieros. ¿Por qué extraño camino llegó hasta Copenhague el "Elefante Blanco" de Bangkok? Y no es este viaje pretérito del sagrado paquidermo lo que hoy preocupa en las cancillerías europeas, sino otro, que quizá esté muy próximo a realizar.

La abdicación de Prajadhipok ha dejado el poder de hecho en las manos de los nobles tradicionalistas. Amanola, el nuevo rey, es un niño de once años, que reside en Suiza, no solamente por la pedagógica razón de su educación, sino porque su salud necesita este clima. La princesa Songkla, madre del rey niño, ya ha anunciado que éste, por ahora, no regresará a Siam. La ruta que seguirán en la política interior los políticos siameses, el más devoto la vislumbra; pero, ¿y en el exterior? El Japón se afana más cada día que pasa por buscar amigos y aliados en el continente amarillo para pedir en él el panasiatismo. El "peligro amarillo", del que tanto se habló en Europa antes de la Gran Guerra, y que fué la obsesión del kaiser Guillermo II, puede rápidamente convertirse en una realidad. China, aun habiendo sido —¡y cómo ha sido! — recientemente despojada de la Manchuria por el Japón, se inclina por semejanza de raza hacia este país. ¿Qué hará Siam? Si esta incógnita preocupa en París, preocupa mucho más en Londres. Está demasiado cerca hoy con las rutas del aire de Bangkok de la India y mucho más de Singapur, y Singapur es el Gibraltar asiático. La llave del mar de la China. En torno a la construcción de la base naval de Singapur — con un presupuesto de diez millones de libras — giró no poco tiempo la política inglesa. Seguramente Mac Donald tendrá sobre este debatido asunto una opinión muy distinta de la que en otro tiempo tuvo.

Gibraltar, Adén, Singapur, son los tres férreos jalones que garantizan la tranquila marcha de la escuadra inglesa por la ruta de Oriente...

J. P.

VIDA Y CONFESIONES DE GABRIELA MISTRAL

(Continuación de la pág. 31)

ciéndonos bromas a todos y llevando en la mano su mate donde humeaba la yerba olorosa.

Por esos días compró la Mistral una quinta alejada del centro de la ciudad, y próxima a la playa de La Serena. Todas las tardes se dirigía hacia este lugar de recreo y muchas veces se dedicaba a labores de jardín. La quinta estaba acribillada de flores, principalmente unas enredaderas de rosas de un rojo violento que trepaban por las paredes. Y luego venía la visita al mar, realizada en esa playa rebelde, de insuperable belleza.

Nadie acudía al mar en esas tardes de invierno a excepción del entonces Obispo de La Serena, Monseñor Carlos Silva Cotapos. Gabriela decía que ella y el obispo eran para el mar visitas tan fieles como la tarde.

Aunque la Mistral había hecho pública declaración de su fe de católica, la colonia teosófica residente en la ciudad, no la perdía de vista. A Gabriela le habían interesado extraordinariamente tiempo atrás los estudios teosóficos, y pensaban que podía ser fácil una vuelta suya a esas creencias.

MIGUEL MUNIZAGA IRIBARREN.

(Continuará en el próximo número).

La señora y la cocina

PLATOS CRIOLLOS

Una lectora me escribe y entre otras cosas muy simpáticas respecto a esta sección y que muy de verdad le agradecemos, pide que se dedique un número a los "platos caseros chilenos", esos que son el equilibrio de muchos presupuestos, ya que los materiales empleados en ellos cuestan poco y sólo hay que contar con que la manera de guisarlos sea sabrosa y atrayente.

El luche, el cochayuyo, las pencas, el mote, las pancutras, las guatitas, los porotos, el estofado, la sopa de jigote y otra cantidad de guisos criollos si están convenientemente aderezados, pueden figurar dignamente en cualquier mesa. Pero en esto, como en la cocina toda, la señora tiene que poner atención para que no le presenten un plato de porotos deslavados, sin gusto alguno o una guatita dura o unas pancutras como engrudo. Todo este capítulo de los platos caseros suele descuidarse, porque se cuenta con que toda cocinera debe saber hacerlos. Y, justamente, porque son cosas muy simples, sin mayores complicaciones de preparación, requieren ciertas pequeñas reglas, ciertos secretos, para que resulten sabrosos. En muchas casas, al solo anuncio de que hay pancutras, por ejemplo, todos ponen mala cara, porque las pancutras están hechas sin huevo, sin que el agua hierva a borbotones en el momento en que la masa se deja caer en ella, sin alliño de dos granitos de pimienta negra, dos de comino y un atado de verduras en que haya cilantro y hierbabuena, ni se han aliñado con una yema en el momento de llevarlas a la mesa. Verán ustedes qué bien recibidas y gustadas son, si en esta forma se las condimenta.

Con todo el resto de platos caseros, baratitos, pasa igual cosa. Se han desacreditado a fuerza de no prestarles atención alguna. Estoy segura que si se les aliña, si se los decora, si se les pone un poco de "tinca", serán los ricos platos que hicieron las delicias de nuestros antepasados.

Para usted, mi corresponsal desconocida, he reunido una serie de recetas, que irán — lo espero — a enriquecer sus conocimientos de cocina y a procurar que el bendito equilibrio del "debe" y el "haber" esté en el fiel de la balanza.

LA HERMANITA HORMIGA

LOS SABROSOS GUISOS CRIOLLOS

CUATRO FORMAS DE HACER EL COCHAYUYO

Cochayuyo con leche.

Se parte el cochayuyo y se pone a cocer en agua con un trozo de zapallo de muy buena calidad; al estar sancochado se le agregan tomates cortados en cuatro, retirando la olla a fuego lento para que, casi al vapor, termine la cocción.

En una sartén se pone manteca y se frie en ella un poco de cebolla cortada fina; antes de que dore se le añade una cucharada de harina, se retira, se deja que enfríe y al estar tibio se le añade una taza de leche también tibia. Se revuelve, se aliña con sal y un poquito de pimienta blanca, se vuelve al fuego y se deja que dé un hervor para agregarlo a la olla en que está el cochayuyo y zapallo cocidos. Con la mano del mortero se deshace todo, para que quede como una especie de charquicán. Se sazona de nuevo, ya que es posible que le falte sal. Se deja que dé un nuevo hervor y se sirve con un huevo duro picado fino por encima y una raja de limón en cada plato.

Cochayuyo relleno.

Se cuece el cochayuyo con un poco de vinagre y agua, eligiendo trozos muy gruesos y de igual tamaño, para que así quede el guiso bien presentado. Una vez cocido se le saca la parte de adentro para formar unas especies de cañas.

Se hace un relleno de huevo duro picado, cebolla y perejil finamente picado, sal y pimienta blanca, todo ello frito en mantequilla. Con esta mezcla se rellena el cochayuyo, se enhueva y se frie.

Se colocan todos los fritos en una fuente redonda, echándole por encima una salsa bechamel, cuya fórmula ya hemos dado varias veces.

Fricasé de cochayuyo.

Se cuece el cochayuyo con vinagre, se pela y en seguida se corta en pedacitos chicos. Se frie en manteca, cebolla picada fina, se le agrega el cochayuyo, papas cortadas al hilo, trocitos de pan de molde o francés cortados en forma de dados, unas lonjitas chiquitas de jamón o de tocino, aliñando con un poco de sal y pimienta blanca. Se coloca en una fuente de greda, se le pone una taza de caldo con una yema batida y se deja que re-

UN POSTRE FACIL Y VISTOSO

Se baten seis yemas hasta que estén casi blancas. Se les agrega entonces una taza de azúcar flor, el jugo colado de un limón; almendras peladas y picadas a la larga y hoja y media de colapis deshecha en una cucharada de agua hirviendo (y que se habrá dejado enfriar un poco); una copa de Jerez y las seis claras como para merengue. Se sigue batiendo hasta que cobre cierta consistencia. Entonces se pone en copas champañeras, en forma de pirámide, cruzándole arriba dos lenguas de gato.

Simple y bonita manera de arreglar el cubierto para el lunch familiar.

pose un rato en el horno, debiendo quedar seco para servirlo.

Cochayuyo con chorizos.

El cuchayuyo se asa al horno y después se corta en pedacitos chicos. Se pone en una sartén una cucharada de manteca y otra de color, friendo en ella bastante cebolla picada fina. Antes que dore, se le agrega el cochayuyo y chorizos cortados en ruedas, como chauchas, se aliña con sal, pimienta y aji dulce o picante, según agrade.

Se cuecen papas enteras con su cáscara y se pelan después. El frito se coloca en una fuente redonda, picándole encima un huevo duro. Alrededor se colocan las papas, cuidando que todo llegue muy caliente a la mesa.

Un candelabro de cristal, de forma moderna, con una bujía de color, será extremadamente chic para la cena.

Un mantel de color con servilletas haciendo juego, destacan la blancura de la porcelana y de los cristales.

TRES MANERAS DE PREPARAR LAS GUATITAS

Guatitas con crema.

Una vez las guatitas muy limpias — lo mejor es lavarlas con limón, así quedan perfectamente blancas y sin olor alguno—, se ponen en una olla con sal y un atado de verduras en que haya perejil, apio y cilantro, más una hoja de laurel, sal y dos o tres granitos de pimienta negra. Una vez cocidas, se dejan escurrir y se cortan en tiras largas y muy delgadas para que queden como tallarines. Se dejan de nuevo escurrir. Se ponen después en una fuente honda que resista

Una original decoración de mesa, para el cocktail en que, a más de las ricas mezclas de tragos, hay golosinas de variadas y apetitosas clases.

En forma de estrella, esta torta de chocolate con Chantilly se muestra atrayente.

al fuego, se les echa por encima dos cucharadas de mantequilla desleída y se ponen a fuego suave, sazonando con un poquito de sal fina.

Se prepara, entretanto, una salsa con mantequilla, harina y leche, crema que se espesa con dos yemas de huevo, una cucharada de nata, más una raspadura de nuez moscada y sal fina. No debe quedar demasiado espesa. Se vierte esta salsa sobre las guatitas y se entra al horno para que dore.

Guatitas a la chillaneja.

Se limpian con agua caliente y limón, raspándolas y enjuagándolas varias veces hasta que queden perfectamente blancas y sin olor alguno; se parten entonces en trocitos chicos y se ponen en una olla con agua, sal, media pata de ternera, las patitas de un cordero nuevo, unos pedazos de chorizos, una lonja de jamón o un hueso de jamón, una taza de garbanzos (que se habrán dejado remojando la noche anterior en agua con sal), un diente de ajo y el jugo de un limón.

Cuando todo esté bien cocido se aparta y se pican las patitas, sacándoles los huesos si es posible. Se ponen las guatitas, las patitas, los chorizos picados en

Un postre fácil de hacer: sobre ruedas de piña se coloca un decorado de almendras garapiñadas y una guinda confitada al centro, todo rociado con azúcar flor y Jerez.

Crema en copas, recubierta con un batido de chocolate y almendras tostadas.

chauchas, los garbanzos y el jamón— también picado—, en una olla, todo revuelto. Se hace una salsa con una cucharada grande de color, cilantro picado en abundancia, sal y comino, agregando a esta salsa el caldo colado en que se hizo el cocido, esperando que todo junto dé un hervor.

Después se echa esta salsa sobre el picadillo que estará en la olla, dejando que repose, sin que llegue a hervir.

Es un plato muy sabroso, sumamente alimenticio y muy común en la provincia de Ñuble.

SALVANDO A SUSANA

(Continuación de la pág. 5)

como un chiquillo. Todo era un simple plan, desde la fuga de Susana hasta la desesperación del tío. Estaba claro. A ella no le importaba un comino el orgullo de un hombre; a su tío tampoco. Lo que no podía comprender era el motivo que impulsaba a Mr. Blackwell a obrar en esa forma. Probablemente quería verse libre de una responsabilidad, y como sabía que el muchacho estaba enamorado de ella, aprovechaba la ocasión.

Estaba pensando, afirmado en la borda, cuando una voz dijo sobre su hombro:

—Un penique por sus pensamientos.

Se volvió a mirar los grandes y azules ojos de una pasajera, con quien se había conocido curiosamente.

—Mis pensamientos no valen un penique, Miss Tremaine — le respondió amargamente, guardándose el radiograma en el bolsillo—. Parece que yo no puedo pensar. Soy como una pelota que la gente lleva de un lado para otro.

Era una muchacha extremadamente bonita: rubia, de cabello dorado, con una boquita muy pequeñita y muy roja.

—Me encantaría poder serle útil...

—¡Oh, por favor! Soy una mujer muy inútil. Siempre viajo con mi papá, pues cuando lo hago sola, me asusto tanto, que no sé qué hacer. Ahora no sé ni dónde están mis maletas...

Russ tuvo que correr de un lado para otro para encontrar el baúl de la muchacha, y hasta llegó a advertir al jefe de los camareros que no permitiría la salida del buque si no se encontraba el baúl, que, afortunadamente, fué encontrado a tiempo, y todo se arregló. El agradecimiento de ella fué muy afectuoso.

—El viajar me pone tan nerviosa...

—A mí me gusta viajar...

—¡Oh!, pero Ud. es hombre. Yo me siento muy sola... Inconscientemente se acercó más a él—. Me estaba paseando por la cubierta cuando lo vi... Creo que voy a bajar a leer un poco en mi camarote. No conozco a nadie a bordo. ¿Y usted?

—Solamente a Ud. Oiga, Ud. no tiene verdaderos deseos de ir a acostarse, ¿verdad? ¿Por qué no vamos a bailar un rato?

—Cierto... Me encantaría, Mr. Vaughn.

Susana casi corría en su cuarto de vestir del hotel, con un papel en la mano. Era un cable de su tío, que decía: "Russ te siguió hasta Bahamas. No sigas adelante, romántica Bermudas es buen sitio para pescártelo".

Unos cuantos minutos más tarde, elegantemente vestida, salió de su cuarto, que había dejado en enorme confusión, y bajó corriendo hasta la oficina del hotel, para preguntarle ansiosamente al empleado:

—¿Cuándo llega el vapor de las Bahamas?

—Hay un barco de turistas que llega esta tarde, Miss Blackwell..., el ...

Susana salió del hotel sin saber a qué parte iba... ¡Oh, así que él no aguantaba que ella lo dejara! ¡Y la había seguido hasta Bermudas! ¡Esto le había hecho darse cuenta de que la amaba por sobre su estúpido orgullo!

Al atardecer vió el vapor que entraba a la bahía y anclaba en Grassy Bay. Lo esperó en la terraza del hotel. Pero él no vino..., y ella recordó que había varios hoteles en la ciudad. Se sintió defraudada y resentida. Por cierto que ella no iba a recorrer todas las calles buscándolo. Se sentaría a comer tranquilamente, y tranquilamente se iría a sentar a la terraza hasta que fuera hora de irse a la cama.

Pero después de comida recordó que quería comprar un poco de tabaco para tu tío Ogden, y salió a la calle Queen.

En un negocio que vende lanas, pipas y perfumes, vió una figura alta vuelta de espaldas, con el sombrero Panamá puesto ladeado familiarmente, y parte de una rosada mejilla.

—¡Russ! — gritó.

Al principio creyó que él se encontraba allí comprando algún regalo para ofrecérselo cuando la encontrara: pero luego vió que miraba al techo en lugar de mirar los perfumes que tenía al frente, y cuando le vió volver la cara, comprendió. Estaba acompañando a esa rubia que había al lado de él.

—Aló..., alóóó — tartamudeó Russ—. Acabamos de entrar... Te presento a Miss Tremaine... Mis Blackwell... Pensaba ir luego a buscarte...

—Russell me ofreció acompañarme a comprar. Me asustan estas monedas extranjeras... Russell las conoce muy bien. ¿Entiende Ud. esto de chelines y peniques?

La rubia sonreía. El se mostraba muy serio.

—¿Estuviste en Nassau? — preguntó Susana—. ¿Estás viajando por la compañía?

—¡Oh, no! Estoy efectuando un trabajo raro para tu tío. Tengo que verte, Susana, y entregarte un mensaje de él. Quiere que yo... tu...

—Me encanta saber de mi tío Ogden... ¿Qué dice?

—Es un mensaje algo largo. Si pudiera verte... ¿Dónde alojas? Pensaba ir a verte en cuanto terminara de ayudar a Mona...

Susana sintió de repente que iba a estallar en lágrimas. ¡Oh!, fué terrible cómo le salió la voz, sin control. Como pudo le explicó el nombre del hotel.

Una hora después, el teléfono de su cuarto comenzó a llamar. Era el empleado. Un tal Mr. Vaughn estaba abajo y deseaba verla... Lo tuvo esperando como media hora mientras pensaba qué actitud iba a tomar, y habiendo decidido mantenerse prudente e inexcrutable, bajó a encontrarse con él.

—No puedes seguir viajando sola — le dijo Russell, en cuanto tomaron asiento—. Tu tío Ogden está molesto. Como saliste tan repentinamente y sin avisar a nadie..., me mandó a Nassau para que te llevara a casa.

—¡Oh! ¿Es por eso que me has venido siguiendo? ¡Debo ser un problema!

—Escúchame...

—¿Qué hiciste con Mona?

—Se volvió a su hotel.

—¿Y dónde estás alojado tú? Es simple curiosidad.

—Aquí.

—Pero, querido. ¿Has pensado en las conveniencias?

—Por favor, deja esas poses... Nada tienen que ver las conveniencias con esto. Me mandaron para acompañarte al regreso. Hay un barco que sale el sábado, y es necesario que te embarques en él. Y en los tres días que faltan debo estar cerca de tí...

—Pero, ¿y Mona? Porque esa cuestión de chelines, peniques y...

Russ se quedó en silencio, escrutando ansiosamente los ojos de ella. Susana lo miró disgustada, y se puso de pie inesperadamente.

—Así es que me seguiste porque tío Ogden te lo mandó; y viniste a vigilarme; y tienes que dejarme a bordo del barco en que regrese a casa...

Se quedó parada frente a él, como si fuera a abofetearlo.

—Mona... — dijo despreciativamente. Y girando sobre sus talones salió corriendo hacia su cuarto.

El señor Ruiz se sintió agradablemente sorprendido cuando la señorita que ocupaba la mesa vecina le devolvió la sonrisa. El le había sonreído durante todas las comidas desde que ella había llegado al hotel, pues la encontraba joven y sumamente atractiva; esa clase de muchachas eran su tipo. Y esta ma-

ñana era la primera vez que ella correspondía a su sonrisa. ¡Ah!

—Hermoso, día, ¿verdad, señorita?

—¡Encantador! — contestó ella—. Estaba justamente pensando alquidar un coche... Todavía no he paseado por la isla. Y en un día tan hermoso...

—¿Podría esperar que si alquilo yo un coche..., y le muestro los puntos de interés?...

—¡Oh, sería encantador!

El señor Ruiz dió un golpecito con el dedo para botar una ceniza de cigarro de su manga inmaculada. Por Dios, ¡qué irresistible era él!

Russ, que había tomado desayuno temprano, estaba sentado en la terraza fumando su cachimba y esperando que viniera Susana para continuar la discusión, cuando vió que ella salía con un hombre de tipo latino, y tomaban juntos un carruaje. Los miró tristemente. Ese muchacho era justamente el tipo.

Golpeó su cachimba y caminó hasta el hotel de Mona. Fueron juntos hasta Elbow Beach, y allí se entretuvieron jugando en la playa. Mientras estaban sentados en la arena, él la miró a los ojos. ¿Estaba enamorado de ella? Lo malo era que se había metido en un lío. Aunque el plan era ya algo conocido, estaba hasta cierto punto obligado con el viejo Ogden, que había confiado en él. Pensaba que ya no quería a Susana. Ese cariño había sido un amor de adolescente y ya había pasado..., era un pálido prefacio del cual ahora le quedaba la experiencia.

Pero, ¡caramba!, tenía que investigar quién era el tipo ése. Esa noche volvió a ver a Susana que bailaba con él en el hotel. Esperó una oportunidad y le preguntó a ella:

—¿Quién es ese pájaro? ¿Sabes algo sobre él?

—Eso no te importa — le contestó Susana, ásperamente—. Pero su nombre es Juan Ruiz, y es un noble español.

—¿Lo dice él?

—Lo dice todo el mundo aquí.

—¡Noble! — gruñó Russ—. No es más que un gigoló...

—Si no fueras tan ridículo, podría tomarlo como un insulto...

Durante los dos días siguientes paseó para arriba y para abajo en coche, con Mona al lado. Pudo ser feliz. Y lo hubiera sido si no hubiera sabido que Susana estaba haciendo lo mismo con Ruiz. ¿Celoso? Se rió de sí mismo. No eran celos. Era desesperación. ¡Por San Jorge, que iba a arreglar ese asunto!

Cada vez que se encontraban, Susana le ponía cara de indiferencia. Por fin no pudo más, y subió hasta el cuarto de ella. Esa tarde debía salir el barco. Golpeó la puerta. Se echó atrás y le dió un empellón. La puerta se abrió con el golpe.

—Susana — dijo persuasivamente—, tu tío... Por favor, arréglate para volver a casa... No te das cuenta de mi posición...

Puso una mano para sujetar la puerta; pero ésta se cerró con un portazo.

En este extremo, tuvo una inspiración. Era la única solución. Cablegrafió a Ogden Blackwell: "No puedo persuadirla ni forzarla. Mejor venga usted y acepte mi renuncia Compañía".

Creyó que era lo mejor que podía hacer, pues en la forma que pensaba hacer las cosas, no era decente seguir trabajando para el viejo. Pensaba declararse a Mona.

Salió ansiosamente en busca de ella en la noche, y al llegar al hotel no se detuvo en la oficina, sino que subió de largo hasta su cuarto. Iba ya a abrir la puerta, cuando escuchó una voz:

—He dejado que me haga la corte en la playa dos veces al día. ¿Por qué me miras en esa forma, Harry? He trabajado a conciencia, y está ya medio cogido. Nada tiene de particular que lo haya hecho subir hasta aquí cuando viene a buscarme...

Hubo un largo silencio. Y entonces, Russ oyó una voz masculina, que decía, en voz baja:

—¿Cómo se llama el tipo ése? ¿Cómo dijiste que era el nombre de ese hijo de millonario que te dispones a sacarle dinero?

—Russell Vaughn.

Siguió otro largo silencio. Entonces la voz masculina masculló ásperamente:

—¡Russell Vaughn! El hijo de Darius Vaughn. ¡Tonta! ¿Y para esto vengo hasta Bermudas? El viejo Vaughn murió más pobre que un gato hace cinco años... Los diarios lo dijeron... Y tú gastando mi dinero para eso...

Russ no quiso oír más. Bajó la escala en puntillas y salió a la noche clara, con las manos húmedas. Lo que había encontrado... Y se volvió a su hotel. En el momento que llegaba, vió a las luces del "veranda" que Susana y Ruiz tomaban un coche y pasaban a su lado sin darse cuenta de su presencia.

Momentáneamente se olvidó de Harry y de Mona. Se detuvo a mirar cómo se alejaba el coche, y viendo que un chico en bicicleta se acercaba hacia él, le ofreció diez dólares por que se la prestara con la condición de devolvérsela en el hotel. Saltó a ella, y se lanzó en persecución del coche, vestido de etiqueta, como estaba.

No trató de alcanzarlos en Front Street, que estaba llena de tránsito. Se contentó con no perderlos de vista, y en cuanto salieron hacia el Middle Road, se puso a pedalear furiosamente. ¡El gigoló!... Le iba a torcer su pescuezo de serpiente... Justamente el tipo Susana... Mona era diferente...

Aprovechando una curva dió alcance al coche, y saltó al estribo.

El resto fué muy rápido, y después no pudo recordar los detalles de lo que le dijo al hombre. Probablemente lo insultó, porque estaba muy excitado. Se sintió feliz cuando el señor Ruiz saltó al camino y lo esperó en guardia. Se fué encima y le plantó un golpe en la mejilla; recibió tal vez un par de bofetadas; pero, por fin, pudo lanzar al suelo a su contrincante, y saltó al coche, al lado de Susana.

—El buque sale mañana, y nosotros nos volvemos a casa — le dijo, respirando fuerte, y dirigiéndose al cochero, le ordenó: —Dé vuelta y regrese el hotel.

Ruiz se levantaba en ese momento. Puede volverse al hotel en la bicicleta... Ya los caballos trotaban por el camino, y ante su asombro, Susana se abrazó de su cuello, preguntándole, exasperada:

—¿Qué habría hecho él, si tú no vienes?

—¡Oh! Te habría comprometido en alguna forma. Esta clase de tipos son inescrupulosos. Buscan mujeres indefensas... y ricas. A veces se casan con ellas para sacarles lo que puedan a sus padres.

—¿Y Mona?

—¡Mona! ¿Cómo puedo saber dónde está?

Ella lo besó apasionadamente, y él no se molestó en contestar.

El tío Ogden no recibió el cable de Russ, porque cuando llegó ya había salido él de Nueva York. Tuvo una inspiración. Iría él mismo a Bermudas.

Mandaría a Russ a Constitución. Necesitaba hacer un reconocimiento de la industria chilena. Necesitaba saber las posibilidades de desarrollo de una línea naviera a Constitución (Chile). ¿Cuál era el futuro del comercio chileno? Invertiría dos años en estudiarlo. Cuando Russ volviera, lo pondría a cargo de un nuevo departamento comercial relacionado con la costa oeste de Sudamérica.

Dos años darían tiempo para que Russ pudiera establecer su dignidad de marido de Susana, antes de volver al seno de la

sociedad americana. Y por ese tiempo el muchacho podría ya asegurarse un buen sueldo. Y quién sabe si hasta la Pacific Utilities...

Durante todo el viaje hasta Bermudas pensó en su inspiración. Y cuando llegó a encontrarse con Russ en el Hotel Hamilton, ya le quedaban pocos detalles por terminar. Russ había cambiado de parecer y había abandonado su plan primitivo de embarcarse inmediatamente de regreso a casa.

Fué a explicarle sus planes a Susana; pero ella sólo le contestó con monosílabos, más preocupada de las modistas, los vestidos y las flores, que necesitaba para el acontecimiento que se iba a llevar a efecto ahí mismo.

El tío Ogden tuvo que alejarse al encontrar tan poca atención, y de improviso se alegró al ver a una persona con quien podía conversar sobre asuntos navieros.

—¡Ruiz! — exclamó—. ¡Yo creía que estaba en Brasil!

El señor Juan Ruiz era el representante brasileño de una compañía frutera.

—Voy en viaje hacia allá — fué la áspera respuesta de Ruiz.

LA DONCELLA

(Continuación de la página 11)

---

a verter las salsas sobre nosotros.

—¡Cuántos temores inútiles! repuso María.

Y probó que tenía razón. Durante la comida, que fué bastante silenciosa, no cometió ni una torpeza. La empleada, a la que le había contado que era una broma, encontró muy divertido que su patroncita trabajara y ella no hiciera nada.

Mientras servía con todo cuidado, María escuchaba al joven ingeniero; lo encontraba muy simpático, apreciaba su clara inteligencia y notaba, a su vez, la buena impresión que ella le causaba.

La señora estaba entusiasmada con su huésped.

—¡Habría sido un espléndido marido!, protestó esa noche. ¡Tu tontería echó a perder todo!

—¡Qué hacerle, mamá! Buscaré otro, suspiró la niña, volviéndose para que no viera su sonrisa.

Las visitas se fueron haciendo cada vez más frecuentes y al cabo de dos semanas, vino todos los días. María seguía su oficio de doncella, siempre tan encantadora, pero muy reservada.

Luego, hubo de confesarse, pero sin decírselo a su madre, que Raúl no venía sino por ella. De la reja a la casa, caminaba lentamente; se detenía para mirar las flores, admirar la belleza del paisaje. Decía algunas frases, indiferentes, naturalmente, pero que siempre tenían el mismo fin: obtener datos sobre la niña. Deseaba saber de qué ciudad era, por qué estaba empleada, si estaba de novia. Le averiguaba sus predilecciones, tratando de darse cuenta de su instrucción. María repetía siempre lo mismo: desgracias, ruina... La necesidad de ganarse la vida.

El joven al llegar, tenía el gesto instintivo, pero inmediatamente reprimido, de darle la mano.

¡Con qué dicha ella le hubiera dado la suya! Pues ella estaba enamorada, ya no podía negarlo. Seguía la comedia, como si hubiera de ganar su felicidad por un acto muy meritorio y difícil. Le parecía que si la ganaba, le sería de una calidad infinitamente superior a la que ella había esperado.

Pero en otros momentos, ¡qué temores!... Las vacaciones del ingeniero ya terminaban. Iba a partir, y con él se desvanecerían sus esperanzas.

María contaba los días que faltaban.

—¡No quedan más que seis!... ¡Nada más que cinco!... ¡Mañana!...

Esa tarde esperaba ansiosamente. Al toque del timbre, corrió a abrir.

Raúl no preguntó por la señora.

—No me anuncie todavía, dijo rápidamente. Vengo a despedirme. Desearía hablar dos palabras con usted.

María casi dejó escapar un grito de alegría, pero se contuvo y recordó su rol de doncella.

—¿Hablarme, señor?

—Sí..., es necesario que me oiga... Me voy en viaje, ¿lo sabía, tal vez?...

—No, señor.

—Y no puedo irme sin haberle dicho algo muy serio, algo grave... Yo la amo.

—¡Señor!... ¡Es broma!... ¡Una pobre niña como yo!

—Yo la amo, María. La he estudiado, apreciado. ¡Dónde podría encontrar una niña más bonita y más cumplida! Si usted quisiera...

—No le comprendo, señor... No debo comprenderlo... Voy a conducirlo donde está la señora.

—¡No! ¡Espere! Quiero que me conteste... ¿Quiere ser mi esposa?

—¡Su esposa! ¿Piensa en la locura que me propone?

—Lo que nos hace feliz, no es locura, y sólo de usted espero mi felicidad... Conteste... ¿Acepta?

María fijó sobre él sus grandes ojos llenos de ternura.

—¿Será cierto que usted me quiere?

—¿No lo había adivinado? Si yo vengo acá es únicamente por usted... ¿Cree que hubiera tenido gusto alguno en venir a...

—Cállese, por favor..., va usted a decirme algo de mi patrona que no sería agradable y de lo cual usted se arrepentiría en seguida...

—Y yo, ¿le soy indiferente? Me ha parecido que sus ojos, mientras conversábamos, me prometían amor.

María se puso roja. No contestaba. Dejó, sin embargo, que le tomara la mano y se la besara. ¿no era aquello la mejor confesión?

—Acepta, ¿verdad?, exclamó él.

Ella levantó la cabeza.

—No sé, señor..., se lo aseguro, no lo sé... Esta pregunta fué tan repentina... Además, la contestación es tan seria... Tengo que consultar primero a la señora.

—¿Para qué? ¿Su corazón no puede contestarme?

—¡No! ¡No!... ¡Sígame!, le gritó, y echó a correr hacia donde se encontraba en ese momento su madre.

Abrió la puerta del salón, donde la señora Dalsen estaba extrañada de no encontrar a su asiduo visitante, cuyo llamado había oído momentos antes.

En vez de cederle el paso, como toda doncella debe hacerlo, María entró primero, y lanzándose en los brazos de la señora, ante el joven sorprendido, exclamó:

—¡Mamá!... ¡Imagínate!... ¡Imagínate!... Este joven acaba de declarárseme... Debo confesarte, por mi parte, que yo también lo amo... ¿Acepto?

—Pero..., señorita..., balbuceó Raúl..., no comprendo... ¿Quién es usted?

María le hizo una profunda reverencia:

—Su humilde sirvienta, dijo riendo.

—Ya ves, mamá, prosiguió, no vertí la salsa sobre tu vestido y conquisté mi felicidad.

(Continuación de la pag. 13)

ro, que ella creía, sólo usaba en la oficina.

Le agradaba en Houston la convicción con que vertía sus opiniones, sin preocuparle la impresión que estas causarían en los que le oían.

A la hora de la comida reinó, entre todos, encantadora familiaridad y durante todo el tiempo, la madre de Houston mientras servía los platos no dejaba de observar a Florencia y a su hijo. Fleury Abbott nunca se había sentido tan bien entre sus amistades que Florencia Armstrong ahora. La comida fué exquisita y abundante, lo mismo la conversación en la que tomaron parte principal Houston y su secretaria. La señora sólo se dedicaba a observar.

—De vuelta, cuando él la fué a dejar, le dijo: — no sabía que usted tenía su departamento.

—Sí — respondió ella — no me gusta arrendar sólo una pieza, cuando me encuentro por vez primera en una ciudad grande. Pero no me durará mucho este lujo, pues deberé reducirme, porque se me ha terminado el dinero que traje.

—No será necesario — dijo Houston—despidiéndose de ella sin darle tiempo de darle las gracias por las horas tan agradables que habían pasado en su casa.

Al día siguiente, Fleury tuvo lugar a comprobar el significado de las últimas palabras de Houston al despedirse. En efecto, al final del día, después de haber trabajado varias horas extraordinarias, encontró encima de su escritorio un cheque dejado por Houston, con un considerable aumento de sueldo. Esto la halagó, pero no alteró la resolución que ya se había formado en el sentido de renunciar a su puesto, pues se encontraba en sumo estado de debilidad a causa del excesivo trabajo. Pero no pensó comunicarle la noticia hasta otro día.

En la mañana del día siguiente, cuando Houston todavía no llegaba y encontrándose Fleury muy cansada, se inclinó sobre su escritorio y sin saber cómo se quedó dormida.

Fué Houston quien la despertó, no tomándola del brazo, sino que acariciando ligeramente su pelo. Ella levantó la cabeza y vió en él una expresión que no había visto nunca. Una indefinible ternura, que pronto se cambió por una terrible confusión de él.

—Aquí estamos otra vez listos para empezar nuestra cotidiana labor — atinó a decir ayudándole a colocar el abrigo a Fleury—. Nunca he visto una secretaria como usted—, continuó Houston—. Usted no sabía mucho a su entrada, pero ya ahora está al corriente de todo. Se ve en usted el interés por posesionarse de su trabajo. Realmente es el primer caso que me llama la atención, el suyo.

—Pero si ahora estoy durmiendo... — dijo Fleury fingiendo una sonrisa.

A la salida de la oficina de ese día, él la acompañó hasta el ascensor. Temo, señorita Armstrong — dijo en broma Houston —que termine por casarme con usted. Dicho esto, se despidió atolondradamente y se fué.

A Fleury le parecía haber interpretado mal las últimas palabras de Houston, pero se habían quedado tan bien grabadas en su memoria, que aunque las sometió a la lógica más fría, sacó en cuenta que no había tal error de su parte.

Al día siguiente, después de esto, Fleury empezó a trabajar empeñosamente, a fin de no hacerlo también a horas extraordinarias. A esa fecha, todavía no le había dicho una palabra a Houston de su resolución de retirarse de la oficina. Pero hubo una vez en que lo notó muy terco. A excepción de un seco "buenos días" y de un frío "buenas noches" y de las acostumbradas instrucciones de oficina, ambos no cambiaron una sola palabra. Ni la vez en que fué a solicitarle empleo, Florencia le había notado tan seco e indiferente como ahora.

Pero si ella hubiera estado presente en la conversación que sostuvieron la noche antes, Houston y su madre, se habría explicado la extraña actitud de él.

—Mamá — había dicho la noche antes Houston a su madre— me voy a casar con Florencia Armstrong.

—¿Y se lo has dicho? — contestó su madre.

—Todavía no.

—¿Y tú sabes algo respecto de ella? — preguntó la señora.

—¿Pero qué es lo que tengo que saber? — dijo él.

—No era yo quien quería decírtelo — dijo su madre — pero tendré que hacerlo. Florencia Armstrong no es Florencia Armstrong, sino que Fleury Abbott.

—¿Fleury Abbott? ¿De dónde sacó esa idea tan descabellada, mamá?

—La idea es descabellada, pero es la verdad — respondió la señora con tranquilidad—. Ella es la gran neoyorquina de que hablan continuamente los diarios y que ha desaparecido hace como un año a esta parte. "La muchacha de los millones" que comentan los diarios — terminó la señora.

—¿Y cómo sabe usted eso?— preguntó él, ansioso.

—La reconocí desde que la vi —contestó la señora. Cuando se puso a la luz, vi su pelo rubio y ondeado, teñido de negro, pero muy mal teñido. Además, una mujer tiene que tener una razón muy especial para teñir su pelo rubio en negro.

—Houston miraba a su madre contrariado y sin resignarse a creer lo que ella le decía.

—¿Y te fijastes en la actitud de María, la empleada, la vez en que ella estuvo a comer aquí con nosotros?

—¿Pero, que puede saber una empleada?

—Pocas veces se engañan. María todo el tiempo guardó hacia Fleury Abbott una actitud en extremo cortés, casi servil, debido a que comprendía con íntima convicción, que en ese momento no servía ella a una vulgar mecanógrafa.

—En realidad, no es cualquiera oficinista—agregó Houston.

—Tú has salido igual a tú padre en lo poco observador — dijo su madre—. El todavía, antes de morir, no sabía de que color eran mis ojos. Espérame un rato — dijo y fué a la pieza del lado, volviendo con unos diarios—. ¿No notas en las fotografías que aquí aparecen, un sorprendente parecido?

—Bueno, ¿ por qué si usted sabía que era ella, no me lo dijo antes? — preguntó Houston.

—Temía que en vez de enamorarte de ella, le hubieras tomado fastidio, dado que yo sé la mala voluntad que le tienes a todas las muchachas ricas.

—¿Y cree usted, mamá, que siendo aún ella la famosa Fleury Abbott, yo me casaría con ella de todos modos?

—Me parece que sí, hijo — contestó la señora bondadosamente.

Al año en que Fleury Abbott había desaparecido convirtiéndose en Florencia Armstrong, ella se apersonó a su jefe y le dijo: — siento decirle, señor Houston, que abandonaré el empleo.

Pero parece que él no le prestó la debida atención, pues ni levantó la cabeza de su escritorio y ni pareció darse por aludido a las palabras de Fleury. Sin embargo, al cabo de un rato, respondió con un tono indiferente: lo siento mucho, señorita, porque usted siempre fué una muy buena empleada. ¿Le avisó al gerente?

La frialdad de él, en vez de hacer reaccionar a la orgullosa Fleury Abbott, hizo prevalecer al contrario, a Florencia Armstrong. La sola idea de volver a Nueva York, a esa vida munda-

nal que la había dejado tan hastiada, y de tener que casarse seguramente con algún cazador de dotes, con esa clase de hombres que nunca la podrían querer de verdad, la afligió y la desconcertó en tal manera, que tirando el lápiz y cuadernillo de anotaciones encima del escritorio, estalló en s o l l o z o s, al mismo tiempo en que decía: — Usted es tan...

Pero no alcanzó a terminar la frase, ni t a m p o c o llegar a la puerta donde se dirigía con el p a ñ u e l o en los ojos, porque Houston, rápidamente, se había puesto de pie y reteniéndola entre sus brazos, dijo con brusquedad:

—¿Por qué llora? — ¿Siendo que sé que regresa usted otra vez a su hogar, a su mundo, donde le abunda el dinero y los admiradores?

Fleury mientras f o r c e j e a b a por desbacerse de los brazos de él, decía llorosa: — ¿y cómo lo sabe usted? ¿Cómo lo sabe?

El no respondió a la pregunta de ella, sino que continuó perorando cada vez más enojado—. ¿Por qué se le ocurrió a usted venir, precisamente a mi oficina, cuando Chicago está lleno de ellas? ¿No vé usted que todo el mundo se va a reir de mí, por tenerla a mi lado, cerca de un año sin reconocerla?

—¿Y qué dice usted de mí? — dijo Fleury entre sollozos y reclinando su cabeza en el hombro de él—, ¿no comprende usted que de mí también se van a reir, al ver que si he hecho esto, ha sido en busca de algo que por desgracia no he encontrado?

—¿En busca de qué? — preguntó Houston, ya más sereno.

—De amor y felicidad — contestó ella.

—¿Pero usted cree — continuó él — que podría casarme con una muchacha tan rica como usted? Sepa que yo soy de esos que les gusta formarse gracias a sus propios esfuerzos.

—Lo mismo digo yo — dijo Fleury — pero suponga que no soy rica.

—¿Y qué saco con eso? Usted volverá otra vez por su dinero.

—No. No lo haré Grant — dijo ella con vehemencia. — ¡no quiero ser rica! Mucho más me costaría olvidar a F l o r e n c i a Armstrong que pasó un año a su lado, que a Fleury Abbott, cuya vida no vale la pena ni de recordar.

El la miró en lo más profundo de sus ojos. Su semblante había cambiado por completo, reflejando ahora intensa alegría, tanta que ella no pudo resistir el deseo de besarlo. En efecto, así lo hizo, pero empinándose en la punta de sus pies.

A los pocos días, la doble personalidad de ella, quedó reducida a una sola: señora de Houston.

FIN DE SEMANA

(Continuación de la pág. 6)

Cuando ella entró, él la recibió con una sonrisa que mostraba la belleza de su dentadura. No era una sonrisa especial para ella; era la que acostumbraba dedicar a todo el mundo. Solamente que a Elsa le hizo latir el corazón con más fuerza.

—¿Llamó Mr. Torrance?—preguntó, mientras pensaba que había hecho una pregunta estúpida y que él muy bien podría contestarle:

—No, idiota; te telefoneé.

Pero Mr. Torrance no le contestó en esa forma, sino que le indicó una silla.

—Si. El caso del testamento Whitfield se arreglará la semana próxima. Según todas las apariencias, parece más bien que va a ser eterno, como ese juicio de Tennyson... Se acomodó en su asiento, y luego agregó:

—Como hace tanto calor en la ciudad, estaba pensando que tal vez a Ud. le agradaría ir conmigo al lago por el fin de semana, donde podríamos trabajar con comodidad, con su pequeño descanso para nadar un poco. Desde luego Ud. podría tomarse un día libre dentro de la semana como compensación.

El corazón de Elsa latió con más fuerza. Agua azul, montañas verdes..., y Miles Torrance. ¡Y todavía pensaba él si a ella le agradaría! Pero respondió mostrando indiferencia:

—Claro que me agradaría. El refrescarme un poco sería suficiente, aun cuando tuviéramos que trabajar día y noche.

—Entonces está todo arreglado. Almorzaremos temprano, y partimos inmediatamente después. Telefonearé a Irene que va Ud.

Ella le había prometido a Dave que comería esa noche con él, pero trataría de convencerlo que mejor reemplazaran la comida por el almuerzo. Y dijo, como por casualidad:

—Tendría que ir hasta mi casa a buscar un maletín. ¿Le molestaría pasar a buscarme allí?

Luego se volvió a su escritorio y llamó a Dave. Antes que comenzara a explicarle lo que pasaba, él la interrumpió:

—Por el tono en que me hablas me doy cuenta de que me vas a rechazar la invitación a comer.

Elsa le explicó en la mejor forma que pudo, y tratando de no herirlo, que su jefe la llevaba a su residencia del lago por el fin de semana.

El coche de Miles de Torrance era potente y tan bien presentado como su dueño. Elsa se sentó en un rincón con un poco de alegría, y sintió el aire caliente de la ciudad que le azotaba la cara. Miles le sonrió mientras manejaba con gran maestría.

—Es la primera vez que la veo en forma no oficial. Muy simpático su sombrero.

—Estoy tratando de combinar el placer con el trabajo. Presumo que a Ud. no le parecerá mal.

—Claro que no. Una de mis costumbres es dejar el trabajo en la oficina, donde realmente debe estar. No hay necesidad de pensar en él, hasta mañana por la mañana.

Eso era más de lo que ella podría haber deseado. Se había hecho la idea que probablemente su jefe se retiraría a su estudio después de comida y comenzaría a dictar cartas. Pero de todas maneras, había traído su traje de chiffon, por si acaso.

La ciudad fué quedando atrás, y comenzaron a verse verdes campiñas. Miles manejaba ligero y con mucho cuidado, con sus manos perfectamente cuidadas en el volante. Siguieron conversando largo rato sobre frivolidades, política y literatura. El campo iba cambiando. Plantaciones de algodón iban cediendo ante los manzanos y perales. En la distancia aparecieron las montañas. El aire se iba haciendo más fresco, más limpio.

—Tengo gusto de que Ud. conozca nuestro sitio — iba diciendo Torrance. —Tenemos allí lindos potreros.

Elsa se sentía contenta de que Dave no hubiera oído esa declaración. Despreciar en esa forma la magnífica propiedad de Torrance, sería para Dave la mayor prueba de vulgaridad.

El coche dió una vuelta saliéndose del camino y entró en un sendero que conducía hasta la casa. Dos hermosos perros salieron a dar la bienvenida con grandes ladridos. Un sirviente negro mostró su blanca dentadura, y se hizo cargo de las maletas.

Irene Torrance los recibió en el hall y saludó a Elsa con una cordialidad superficial que no demostraba gran entusiasmo. Luego se apresuró a abrazar a su marido.

—Son las cinco — dijo la señora deteniéndose en el cuarto asignado a la secretaria de su marido. —La comida se sirve a las siete. Miles seguramente va a nadar un poco antes de comida, y yo iré a dar una vuelta por el lago con los chicos. Ud. puede acompañar a uno o a otro, como más le agrade.

Elsa se sintió confundida, no hallando cuál invitación preferir. No podía decirle a Irene: —Preferiría irme a nadar con

su marido... Y contestó galantemente:

—Yo puedo nadar en casa, pero no puedo correr en lanchas como la suya. Me encantaría acompañarla.

—Entonces esperaré a que se cambie. Tenemos bastante tiempo por delante.

Cuando salieron hacia el muelle, Miles Torrance estaba en el agua, con un niño en cada brazo. Los puso en tierra con cuidado, diciéndoles:

—Tengan cuidado al andar. Aquí no se puede tener la misma confianza que en casa...

Tenía el cabello pegado a la cabeza, y cuando se volvió, Elsa pudo ver una cicatriz en el cráneo. ¡Ah, por eso era que se peinaba con tanto cuidado! Y luego se odió a sí misma por ese pensamiento. No había razón para lucir la calva por el hecho de tener una cicatriz.

El motor comenzó a rugir, e Irene con gran maestría lo hizo dar un amplio círculo y lo dirigió hacia el lago. Elsa respiraba extasiada, mientras la proa cortaba el agua abriendo una estela que se iba agrandando hacia atrás. Esto era casi tan agradable como nadar con Mr. Torrance..., casi, pero no igual...

A la hora de comida llegaron varios invitados y Elsa se puso su traje de chiffon, que era obscuro y suave como una noche de verano. Irene estaba exquisita con su traje blanco, y Miles, batiendo los cocktails, estaba hermoso en su inmaculado terno de franela. Entre los invitados figuraba Jordán Cobb, a quien Elsa había conocido en otros tiempos, y que seguramente fuera invitado por Irene por ese motivo.

Jordán casi la abrazó en su alegre sorpresa.

—¡Elsa, ángel mío! Nunca en mi vida me he sentido más contento de encontrar a una persona. ¿Por qué no se le ve en ninguna parte?

—Es muy sencillo. No salgo.

Jordán se rió inmoderadamente, y ella se dió cuenta con emoción de que Miles Torrance la miraba con gran interés, como si nunca la hubiera visto antes. Aceptó un cocktail y comenzó a hablar simplezas con Jordán.

La comida fué deliciosa, pero se deslizó con demasiada rapidez para Elsa. María Cenicienta en persona, pensaba, a las doce tendré que irme y perderé un zapato. Y se dedicó a conversar con Jordán tratando de no ver el gran interés que demostraban los ojos de Miles.

El despertar a la realidad le llenaba de terror el corazón, porque por primera vez le hacía ver claramente sus verdaderos sentimientos. Ayer habría pensado largamente en tal oportunidad; ahora sabía que no aceptaría tan gran compromiso. De Miles Torrance lo quería todo o nada; y aun en el caso que lo primero fuera remotamente posible (lo que ciertamente no lo era) no arriesgaría un solo dedo por ello. Menos después de ver a Irene y sus hijos.

Y así se rió y flirteó con Jordán, olvidando, en medio de su pánico, algo que siempre había sabido: que ese era un medio infalible de aumentar el interés de otro hombre.

Después de comida fueron en auto hasta el Club Eden, y allí se hizo más patente para Elsa el sentido de irrealidad. Tú no perteneces a esto, se decía firmemente. El lunes por la mañana estarás sentada frente a una máquina, mezclando "muy señores nuestros" con "atentos servidores", y también lo harás mañana; olvídate de todo esto.

Pero los hombres le interrumpían sus pensamientos mientras bailaban, recordándole que ella podía pertenecer a ese medio. Y Miles se lo recordaba igual que el resto. Cerró los ojos al bailar con él por primera vez, sabiendo que su cara apenas llegaba al hombro de su pareja. E no bailaba tan bien como ella lo hubiera esperado, era un poquito pesado y trataba de hacer pasos nuevos, desconocidos para ella.

—Baila Ud. como un ángel — le había dicho él la primera vez y, aparentemente, olvidando que lo había dicho — también lo hizo la segunda.

Jordán la llevó en su coche al regresar bajo la luz de la luna. Ella hubiera querido protestar, pero un abrazo momentáneo, y le puso un brazo en la estáneo no significaba nada para Jordán. Cuando llegaron a la casa, él la besó antes que ella se diera cuenta, y saltó a abrir la puerta. Elsa tembló ante la idea que Miles e Irene lo hubieran visto desde atrás...

La mañana fué calurosa, aun en el lago Eden. Miles Torrance se transformó súbitamente en un hombre de acción, de rápidos pensamientos y más rápidas palabras; y en la obscura biblioteca el lápiz de Elsa corría locamente cubriendo página tras página de su libreta de apuntes. Esto era familiar y la ayudaba a tranquilizarse; ponía otra vez a Torrance en la distante e inalcanzable altura. Después de todo, era así como debían ser las cosas.

Comenzaron a trabajar a las nueve. Pasaron las diez, las once, las doce. A las doce y media paró él de dictar.

—Es bastante con lo que hemos hecho. Vamos a tomar un baño rápido antes de almorzar. Puede escribir a máquina más tarde, y luego firmaré las notas.

Irene dijo que ella se había bañado temprano con los niños, pero que había suficiente tiempo hasta el almuerzo, que era a la una y media.

Miles estaba esperando en el muelle cuando Elsa bajó con su traje blanco, y pasó junto a él, lanzándose al agua en un salto perfecto. El la siguió riendo, y ella se dió cuenta de que su jefe tenía una barriga incipiente. Nunca se había fijado antes en ello, y se acordó de haber oído decir a alguien que el hombre era vestido por el sastre no solamente con trajes, sino que con dignidad y personalidad.

Después de nadar un momento hacia el centro del lago, se volvió y, aunque le hubiera agradado tenderse un momento al sol sobre el muelle, temiendo quedarse a solas con él, se salió del agua.

—Creo que es mejor que me salga. Tardo más tiempo en vestirme que Ud.

Eso no era verdad, por supuesto, pero todos los hombres lo creen.

A las dos de la tarde comenzó a escribir a máquina concentrando su pensamiento firmemente en el trabajo. Miles vino poco después de las cuatro y empezó a leer las cartas y a firmarlas. A las cinco y cuarto sacó de la máquina la última carta y se la pasó a él. Torrance la leyó en silencio, y luego la firmó, y la dejó a un lado.

—¿Nada más?, le preguntó ella con tanta indiferencia como pudo.

—No. — La estaba mirando otra vez, y ella se paró, cansada de estar tanto rato sentada. El se levantó con ella, muy vehemente.

—Elsa..., Elsa, Ud. es lo más dulce que he visto. Siempre me fijé en su hermosa figura, pero hasta anoche, cuando la vi con esa gente... Elsa... Podría volverme loco por Ud.

Había tratado de evitar un momento como ese desde que comprendiera que eso no podía ser. Mientras fuera una estenógrafa, estaba libre; pero en cuanto le "perteneciera" una vez, dejaría de ser lo que había

Sentía deseos de reír a gritos sido hasta entonces.

por lo curioso de la situación. Dentro de la oficina se había sentido loca por Miles Torrance y él no lo había comprendido; dentro de su propia casa, Miles Torrance se interesaba con gran entusiasmo por ella, y ella lo veía a él por primera vez en una forma muy diferente.

Antes le había deslumbrado la perfección en todo él, y ahora se daba cuenta de que era su-

perficialmente tan correcto porque temía no serlo.

Cruzó casi corriendo el aposento y salió a la terraza, donde se detuvo extrañada. Dave estaba sentado tranquilamente en el césped.

Se puso de pie y vino a recibirla casi corriendo. Una sola mirada al rostro de la muchacha fué suficiente para que comprendiera. Le tomó una mano y la enganchó en su brazo, y salieron juntos a dar una vuelta por el campo.

Elsa bajó la cabeza y comenzó a recordar el largo tiempo que él le demostraba cariño, mientras ella pensaba en Miles. Ahora se daba cuenta de su gran error. Recordaba los infinitos detalles de esa pasión de él, y de pronto se puso a llorar.

Había comprendido en un momento la gran diferencia que había entre el cariño de uno y de otro, la gran diferencia que existía en las condiciones con que uno le podía ofrecer su amor y se lo ofrecía el otro. Se necesitaba haber sido demasiado ciega para no verlo. Y de pronto se dió cuenta de que una sensación extraña se apoderaba de ella y le dieron deseos de gritar como para aliviar un peso y un dolor que sentía en lo más íntimo de su pecho.

Cerró los ojos en su deseo de evitar que Dave se diera cuenta de las emociones que la embargaban. Pero ya Dave se había dado cuenta de todo, y, embriagado de felicidad por su parte, la abrazó cariñosamente, estrechándola contra su corazón.

—Levanta esa cabeza, querida, no llores, le dijo emocionado. Yo te prometo que no te ha de pesar el haber correspondido a mi cariño. Si tú me quieres, todo se arreglará cuanto antes.

Pero al decir esto, se transparentaba en su voz una angustia y una desesperación incontenibles.

Tal vez ella no le quería, se decía para sus adentros.

Pero Elsa contestó:

—Déjame llorar, Dave. Mis lágrimas son de felicidad y son de pena. Felicidad porque te quiero. Pena porque pienso que he perdido tres años de felicidad a tu lado.

EL HIJO

(Continuación de la pág. 9)

prendió que era la única manera de recuperar aquel cariño maternal, que ahora su alma reclamaba ardientemente. Se casaría..., pero, ¿con quién, Dios santo?

—No tardaremos mucho en llegar a Talcahuano, señorita Elena.

La voz varonil turbó su meditación. Junto a ella estaba el capitán Mc-Romer. Sonrió para ocultar su turbación.

—Su estada a bordo ha sido para mí una gran alegría. Pronto nos separaremos, pero antes quiero expresarle...

Se detuvo indeciso. Su rostro había adquirido una expresión grave. Decidiéndose bruscamente, cogió a la muchacha por el talle y la atrajo hacia sí.

—¡Te quiero, Elena!

Ella enrojeció, pero no trató de liberarse de la presión apasionada de los brazos varoniles. Colocó sus dedos temblorosos sobre la ardiente boca de él, impidiendo que la besara, y murmuró:

—Gerardo, no soy quien tú crees. Siempre he deseado decírtelo; pero me he reprimido, esperando el final de nuestro viaje. No soy la profesora que ustedes esperaban. Un lamentable error...

Y reveló la verdad al sorprendido oficial que, sin embargo, la retenía siempre en la caricia de sus brazos.

—No me importa quien seas. Te quiero y te ruego que seas mi esposa.

Se inclinó y unió sus labios a los de ella en una caricia emocionada y ardiente. Después ella dijo con sencillez.

—Soy Lucila Montenegro.

—¡Lucila Montenegro! ¡La muchacha más hermosa y más rica de la alta sociedad chilena! Gerardo Mc-Romer retrocedió desconcertado, pero ella, riendo, lo besó de nuevo.

—

Erguida ante el espejo, Lucila se miraba fijamente a los ojos. Su traje nupcial la envolvía en la caricia de su seda, los azahares suspiraban su fragancia sobre los cabellos castaños. Afuera, resonaban las risas de sus damas de honor. ¡Y ahora duda-ba! ¡Ahora que sólo unos minutos cortitos la separaban del altar! ¿Era leal que ella se uniera para siempre a Gerardo guiada sólo por ese deseo imperioso que gritaba en su corazón: Quiero un hijo? Y Gerardo la amaba, la amaba como nadie podría amarla nunca. Ella lo leía en la expresión de sus ojos grises; lo presentía en la presión de sus manos y en la emoción palpitante de los labios varoniles cuando se unían a los suyos. ¿Era leal que ella procediera de aquel modo?

¡Y los minutos inexorables la acercaban al altar!

Como en un acto sonambulesco respondió "sí" al sacerdote que había engalanado de blanco el luto de su sotana; se imaginó que las rosas blancas de su bouquet de novia eran bocas lívidas que la acusaban con el sarcasmo de una sonrisa embozada entre sus pétalos; la argolla matrimonial le hacía daño, como si el oro hubiese enredado a su dedo una viruta incendiada. También le hacía daño la alegría de los invitados y más aun la mirada emocionada y ardiente de Gerardo.

—

Ha transcurrido un año. Los brazos de Lucila son amorosa cuna para su hijo, un hermoso niño, rubio, sonrosado, de rientes labios.

La tarde caía suave, como una caricia de sombra que se apega a la tierra. Lucila estaba sola con el niño. De pronto sus bellísimos ojos se humedecieron de ternura. Inclinándose oprimió sus labios contra esa carnecita fragante que era su hijo. El amor maternal cantaba en su corazón. Ahora comprendía lo bella, lo triste que es la vida y comprendía también la alegría de vivir. Oyó la risa de su tía que protestaba alegremente:

—¡No seas tan loco, Gerardo! Déjame tranquila y ve a besar a tu Lucila y a tu hijo.

Lucila sonrió. Amaba la vida y amaba a su hijo y a Gerardo con toda su alma.

El joven entró riendo y después de besar delicadamente a su hijo, oprimió con su brazo el esbelto talle de su esposa, interrogando:

—¿Feliz?

La sonrisa de Lucila era una elocuente respuesta y en sus ojos también había respuesta a otra interrogación muda de los ojos de Gerardo...

Señora MORAL

MATRONA

ESPECIALISTA de fama reconocida. Atiende embarazos, ya sean normales o patológicos. Diagnósticos, curaciones, tratamientos y cualquier caso urgente o difícil. Atención médica. Consultas gratis. General Mackenna 1038, primer piso, departamento 1. Teléfono 63688. (No hay plancha).

Continuación de la pág. 73

nar los dedos y lanzando, después, una risotada.

Sin embargo, a Clifford no pareció hacerle gracia.

—¡Es usted un simple!— volvió a decirle—. ¿No le dije a usted que estuviera a mano para poder telefonearle?... Y no menosprecie a Fing-Su, mi amigo...

—¡Bah!...— dijo Leggat dirigiéndose al aparador y sirviéndose licor con mucha liberalidad—. ¡Todavía no ha nacido el majadero oriental que me asuste a mí!... Me parece que olvida usted, Lynne, que yo he vivido en China. Y en lo que respecta a la sociedad secreta... — echó hacia atrás la cabeza y volvió a reírse—. ¡Ay, querido amigo!... — añadió, andando inseguro hasta la mesa con un vaso de agua lleno, hasta los bordes, de un licor ámbar—. ¡Si algún tonto hay aquí..., lo es usted!... Ya le he proporcionado la suficiente información para que Fing-Su fuera ahorcado. Es usted rico, puede entregar, cómodamente, a la policía todo este asunto... y sentarse a esperar los acontecimientos.

Clifford no se detuvo a explicarle que ya había estado en el Departamento de Relaciones Extranjeras y Colonias y que había sido recibido con tales muestras de cortés escepticismo que había preferido callar. El Departamento de Relaciones Extranjeras, sabía que en la fábrica de Peckham había muchos cañones almacenados, pero, según le dijeron francamente, habían sido comprados a la luz del día y no había ningún misterio en ello. No podrían ser exportados sin la correspondiente licencia y no existía razón alguna en el mundo que impidiera que una compañía china pudiera gozar de los mismos privilegios que otra de raza blanca. Todo esto y algo más tuvo que escuchar con creciente impaciencia.

—Yo he terminado ya con Fing-Su — dijo Leggat—. ¡No sólo es un chino..., sino un *chinango* tacaño!... Después de todo lo que yo he hecho por él... ¿Hizo, usted, que registraran el *Umgeni*, como yo le aconsejé?

Clifford Lynne asintió. Había conseguido que las autoridades del Puerto de Londres tomasen acción en este asunto y el *Umgeni* había sido minuciosamente registrado, habiéndose sacado el cargo de las bodegas sin que hubiese sido posible encontrar nada más que cajas de azadas, segadoras mecánicas, enseres de cocina y otros artículos usuales del comercio.

—¡Hum!... — murmuró Leggat, sorprendido—. Yo sé que han estado cargándolo varias semanas...

—Ese barco sale esta misma noche — dijo Clifford—, y ni el propio Fing-Su en persona lograría que lo descargasen y lo volvieran a cargar.

Su visitante ingirió de un solo trago el contenido del vaso y dió un profundo suspiro.

—¡Ya no quiero nada con él! — repitió—. Me figuraba que Fing-Su era la auténtica gallina de los huevos de oro *ad infinitum*...

—O, en otras palabras, que ya le ha explotado usted todo lo que ha podido — añadió Clifford, con una sonrisa—, y que está, ahora, dispuesto a vender sus huesos por lo que le den... ¿Qué papel desempeña, ahí Spedwell — dijo—. No puedo tragar a esos militares. Spedwell es el Jefe de Estado Mayor de Fing-Su... Pasa el día entre mapas y planos y libros de minas... El y Fing-Su acaban de terminar un Manual Chino.

—¿Un manual... del rifle?— preguntó Clifford, rápido.

—Sí. Algo de eso — afirmó Leggat con gesto de indiferencia.

En aquel momento, Clifford Lynne levantó la mano para imponer silencio, pues había oído un golpe de llamada en la puerta. Entró el criado.

—Se me olvidó decir al señor — dijo—, que los operarios de Teléfonos estuvieron aquí esta mañana para fijar su aparato.

—¿Para fijar?... ¿Qué quiere usted decir con "fijar"? — interrogó Clifford con gesto ceñudo.

—Según dijeron, han tenido varias quejas sobre el aparato— Que la central no podía oírnos con claridad...

Lynne, pensativo, quedó silencioso unos segundos.

—¿Estaba usted presente mientras hicieron la reparación? — preguntó.

—¡Oh, sí, señor! — respondió, sonriendo, el criado— Llevaban una autorización de la Compañía de Teléfonos. Pero como soy gato viejo para cargar con responsabilidades... estuve con ellos todo el tiempo que emplearon en instalar el amplificador.

—¡Hombre! — exclamó Clifford Lynne— Y, ¿dónde colocaron ese amplificador?

Adosada a la pared del comedor había una biblioteca y por detrás de ella habían tendido el cable. El criado se detuvo y lo señaló. Sobre la última tabla de la biblioteca estaba una caja de madera de unas diez pulgadas de largo por cuatro de altura. En la parte delantera había dos aberturas circulares y de éstas partía un hilo que llegaba a la pared, subía y desaparecía por un orificio recién taladrado en el marco de la ventana.

—¡Eh! ¿Qué es esto? — preguntó Leggat recobrando, repentinamente, la lucidez.

—¿Esto?... Un micrófono — respondió Clifford, secamente— ¡Alguien ha estado escuchando nuestra conversación, palabra por palabra!

CAPITULO XXIV

Clifford Lynne abrió la ventana y miró al exterior. El cable había sido prendido de cualquier forma en el muro que dividía el deslunado existente entre la ca-

EN EL JUZGADO

—Señor juez: Ha sido él quién me ha pegado primero.

sa vecina y la de Clifford y desaparecía, por encima del techo del garage, en el callejón.

—Está bien, Simmons — dijo. Y sin añadir una palabra más salió de la habitación, y, por el callejón, entró en el garage. En los primeros instantes no pudo hallar el fino cable, pero después de un detenido examen lo descubrió paralelo a la pared y, siguiéndolo, llegó casi hasta el final de la calle donde, por fin, hacia un recodo para entrar por una ventana abierta de lo que evidentemente era la vivienda de un chofer. Una sola mirada a la ventana le bastó para comprender que esta casa no se utilizaba constantemente. Los cristales estaban sucios; uno de ellos, roto. Entonces Lynne recordó que unos pasos más allá de su casa había un edificio desocupado; este garage correspondía, probablemente, al mismo.

Una puerta conducía a la cabina donde se guardaba el coche y en la cabina otra puerta, abierta, que daba acceso, indudablemente, al piso de arriba. Sin vacilar, Lynne abrióla de par en par y subió la sucia y empinada escalera que conducía a dicho departamento superior.

Encontró dos cuartos vacíos, a excepción de algunos desperdicios que había dejado allí el último ocupante. La habitación de atrás, debió haber sido destinada a dormitorio, pues aún estaba allí una vieja cama de hierro desprovista de ropa. Entró en la habitación anterior y encontró lo que buscaba; el duplicado de la cajita que había en su biblioteca y un teléfono que, como comprobó llamando a la central, estaba en perfecto orden de funcionamiento.

En el piso ya no había nadie— por una razón convincente. La persona que había estado escuchando por este micrófono y que había transmitido a Fing-Su toda la conversación, había oído también cuándo debía marcharse.

En efecto; en el mismo momento que Clifford entraba en el callejón, él iba saliendo por el extremo opuesto.

—Un hombre de aspecto militar..., moreno y con cara de mal genio—. Esta fué la descripción que le dió un chofer y que bastó a Clifford Lynne para identificar al Mayor Spedwell.

Volvió a su comedor y encontró a Leggat, preocupadísimo, echando *whisky* en un vaso, con mano temblorosa.

—Pero, ¿qué es lo que pasa?... ¿Qué significa todo esto? — preguntó el corpulento Ferdinand Leggat, temeroso.

Aunque parecía que era perder el tiempo tratar de hacerle ver a aquel fanfarrón el peligro que corría, Lynne le estuvo contando todo lo que acababa de descubrir.

—Y necesita usted ir con mucho cuidado, Leggat— le advirtió—. Si llega a conocimiento de Fing-Su que usted le ha traicionado..., no daría yo por su vida ni un collar chino... La única esperanza es que el que escuchaba no haya reconocido su voz.

No fué hasta más tarde cuando descubrió quién había sido el oyente. Entonces se dió cuenta de cuán remota era la probabilidad de que el Mayor Spedwell no hubiese reconocido la voz de Leggat.

—¿Fing-Su?... ¡Bah!...—, pero había cierta nota de honda preocupación en la risa de Ferdinand Leggat. Se había visto en mil situaciones desagradables, haciendo frente a furiosos accionistas que reclamaban su sangre. Sin embargo..., este chino, era otra cosa.

—Es usted muy teatral..., mi querido amigo — continuó—. ¡Deje a Fing-Su que haga algo!... ¡Eso es todo!...

—¿Cuándo le ha de ver usted otra vez? — le preguntó Lynne.

—Mañana por la noche— respondió Leggat—. Celebran una reunión de la Sociedad..., ¡una ridícula majadería, como yo le llamo!... Pero creo que no habrá más remedio que asistir a ella..., ¡aunque sólo sea por complacer a ese diablo loco!

Lynne le contemplaba con desacostumbrada gravedad. De todos los hombres, él era quien mejor comprendía la mentalidad del chino y podía percatarse de la enorme potencialidad para el mal que, gracias a sus riquezas, poseía.

—Si atiende usted mi consejo, mañana será usted uno de los que falten a esa reunión— dijo—. Salga de Inglaterra hasta que yo haya destruído a toda la banda. Haga un viaje al Canadá. Mañana sale un barco para allá y si se da usted prisa..., puede conseguir el pasaporte y el billete todavía.

Leggat puso, con un golpe, el vaso sobre la mesa.

—*J'y suis j'y reste!* — dijo valientemente—. Jamás ha existido un *culie* que me haga huir de Inglaterra... Y no olvide usted esto, Lynne...; ¡yo sé perfectamente cómo manejar a ese pájaro!

Clifford Lynne le escuchaba sin oirle. Su imaginación estaba demasiado ocupada, estudiando las consecuencias que se derivarían de su descubrimiento del cable-espía, para detenerse a escuchar las bravatas de su compañero. Con una advertencia final despidió a Leggat haciéndole salir por la puerta trasera de la casa y tomar su taxi privado. Entonces fué cuando salió al callejón para hacer unas cuantas averiguaciones y descubrió que el oyente había sido, sin duda alguna, el Mayor Spedwell.

Clifford hizo cuantos esfuerzos pudo para convencer a Leggat, pero no obtuvo resultado. El peligro que aquel hombre corría, era muy serio. ¿Hasta dónde llegaría Fing-Su?... Hasta muy lejos, a juzgar por todo lo que ya había sucedido. Clifford opinaba de manera muy distinta que Leggat, en lo que se refería a Las Manos Alegres. Las reuniones de esta sociedad podrían ser ridículas desde el punto de vista europeo, pero, no obstante, tenían una negra significación de muerte.

Aquella misma tarde, Clifford se entrevistó con una alta personalidad de Scotland Yard, el más austero de los departamentos públicos, mediante una carta de presentación del Secretario de Relaciones Extranjeras. La entrevista tuvo mayor duración de lo que él mismo esperaba, pero el resultado fué el de quitarle de encima su preocupación más grande. Desde Scotland Yard marchó, directamente, en el auto, a Sunningdale y por el camino no dejó de pensar en Ferdinand Leggat.

. . . . . .

La puerta de su casa estaba cerrada. Al entrar encontró a Joe durmiendo, encogido en el sofá. La llegada de Clifford le despertó con cierto espíritu de rebeldía.

El hecho de que Joe Bray se pusiera a protestar, desde un principio, contra la soberana tontería de haber tenido que estar encerrado como un prisionero, produjo en Clifford la impresión de que no hacía más que justificar el haberse apartado, precisamente, de sus instrucciones.

—Es malo para mi salud y malo para mi inteligencia — dijo Joe dando grandes voces, pero mirando a su socio con ojos culpables.

—¡A qué has salido de casa!— — le acusó Clifford.

En realidad, no había gran mal en ello, si el viejo había salido, pues nadie en Sunningdale le conocía y, a excepción de Fing-Su, era dudoso que hubiese en Inglaterra persona que le reconociera.

—Sólo salí a coger unas florecillas — explicó Joe Bray—. ¡Hay un *no sé* qué en las flores, Cliff, que me pone un nudo en la garganta!... ¡Sí!... ¡Búrlate de mí,

búrlate!... Tú eres duro por naturaleza..., pero la vista de tantas campanillas...

—¡Uf!... Demasiado tarde para campanillas...— dijo Clifford, friamente—. Lo que, sin duda, quieres decir... son cardos.

—¡Campanillas! — insistió el señor Bray con vigoroso movimiento de cabeza—, y anidando... como si dijéramos, anidando bajo los árboles. Y, además, Cliff...— aquí tosió un poco—..., ¡he visto a la mujercita más encantadora que jamás has podido imaginar!

Clifford le miró sorprendido. Joe Bray estaba completamente ruborizado. ¿Era éste el hombre con alma de acero que había luchado y vencido a la pobreza, demostrando un desprecio absoluto hacia las leyes y las costumbres de las tierras orientales?... No pudo menos de mirarle extrañado y quedar silencioso.

—No veo el motivo para que no haya podido encontrarla yo— continuó Joe, con aire de desafío—. No soy tan viejo. Poco más..., muy poquito..., de los cincuenta — y añadió poniendo todo el fuego de un verdadero reto a Clifford Lynne—. ¡Hay mucha gente que se resiste a creer que he cumplido los cincuenta!

—Tú tienes cien años en malicia y diez en sensatez — respondió Clifford, sonriendo de buen humor—. ¿Quién era ella, Joe?

—Pues..., no lo sé. Una muchacha guapa, bien formada... con el pelo algo colorado..., ¡ah, pero eso demuestra espíritu! ¡Qué muchacha! — y balanceó la cabeza con arrobamiento.

—¿Bien formada?... ¿Quieres decir... gruesa? — preguntó Lynne, bruscamente.

—Bien formada y joven — contestó el viejo, evasivo—. No tendría más allá de veinticinco años. ¡Y qué cutis!... ¡Qué cutis, Cliff!... ¡Como las rosas!

—Sí. Bastante colorada, ¿eh? —puntualizó, riéndose, su prosaico compañero—. ¿Le preguntaste por su nombre?

—No. No hice tal cosa — dijo Joe tratando de demostrar su delicadeza—. No es de buenas formas ir preguntando a la gente cuál es su nombre.

—Pues, si lo hubieras hecho, te habría contestado que se llamaba Mabel Narth.

Joe abrió la boca atónito.

—¿Mabel Narth?... — repitió con un hondo suspiro—. ¡Cómo! ¿Mi propia sobrina?

—Tiene tanto de sobrina tuya... como yo de tío tuyo — dijo Clifford— La ley de consanguinidad no existe aquí, porque Mabel será, lo menos, sobrina tuya en vigesimo tercer grado. Es una sobrina tan lejana que te sería difícil encontrar el parentesco hasta con un telescopio. ¡Pero Joe!... ¡Por Dios y por los santos!... ¡A tu edad!

—Cincuenta años — murmuró Joe—. Los hombres de esta edad somos más ensatos que vosotros, los jóvenes.

—¡Supongo que no le dirías quién eres!

—No. Le dejé entrever que tenía ahorrado un poquitillo de dinero...

—¿Le dijiste que eres rico?... Y, ¿no se encendieron sus ojos, al oirlo?

—¿Que quieres decir con eso? — exclamó Joe Bray, a la defensiva.

—¡Eres un diablo de lo más raro! — dijo Clifford—. Y bien; ¿cómo sigue el *culie*?

—Ya está casi bien. Me ha estado pidiendo, todo el día, que le deje marchar. Pero yo no he querido dejarle, hasta que tú no vinieras. Se podrá marchar esta noche... Cuando le veo me hace suspirar por una caña de bambú y el suelo de Yamen. ¡Ah! Supongo que sabrás que su misión era la de asfixiarnos... Esta mañana encontré el saquito de azufre que intentaba arrojar por la chimenea.

Clifford se dirigió hacia el lavadero cerrado con llave, para interrogar al abatido combatiente. Su aspecto no era muy marcial, en verdad, sentado allí y envuelto hasta el cuello con un cobertor. Lynne examinó su herida y le dió permiso para marchar. Para su gran sorpresa, vió que el *culie* daba muestras de quitársele un peso de encima.

—Déjeme partir antes de que el sol se ponga — suplicó—, pues soy extraño en este país, y es difícil, para hombre como yo, encontrar camino a la gran ciudad.

Algo, en sus maneras, despertó las sospechas de Clifford y recordó las palabras de Joe.

—Estás ansioso por dejar mi casa — le dijo—. Dime por qué.

El hombre bajó los ojos.

—¿Tienes miedo?

El chino continuó con la vista baja.

—Sí... ¡Tienes miedo a morir esta noche!

Esta vez, el tiro había dado en el blanco y el *culie* levantó, bruscamente, la cabeza pestañeando nervioso y mirando con ojos asustados a su interrogador.

—Dicen que usted ser un demonio y poder leer en corazones de hombres. Ahora, lo que usted dice — y había cierta desesperación en su voz—, ser muy verdad..., pues temo a la muerte si quedo, esta noche, en esta casa...

Clifford se puso a silbar por lo bajo.

—Y..., ¿a qué hora habrías de morir?

—A segunda hora después de salir la luna — replicó el chino sin titubear.

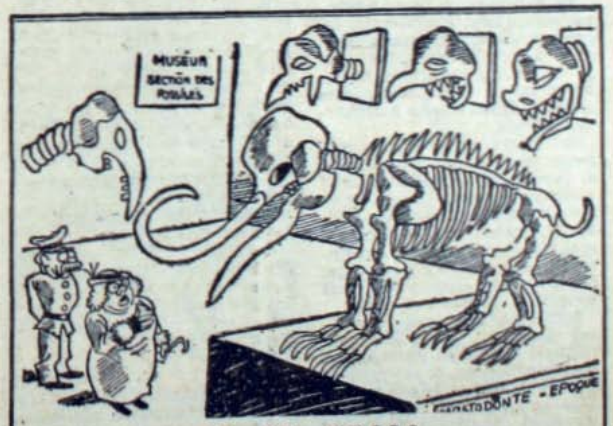
Clifford asintió.

—Puedes marcharte, pues — y le dió instrucciones de cómo podía llegar hasta Londres.

Volvió hasta donde estaba Joe y le refirió la conversación sostenida.

—El gran ataque será esta noche. ¿Y qué vamos a hacer, nosotros? ¿Telefonear a Aldershot (1) para que nos envíen medio

(1) *Aldershot: Campamento*



EN EL MUSEO

LA DAMA IMPRESIONABLE.— ¿Está usted seguro de que está bien muerto?

batallón? ¿Cubrirnos de ignominia y llamar, en nuestro auxilio, a la policía local y ser responsables de la muerte de estos pobres hombres respetables y de mediana edad?..., ¿o mantendremos nuestra posición y gozaremos de una *agradable y tranquila* lucha?

Lo humorístico del caso pudo más que él mismo y se dejó caer en una silla, riendo silenciosamente, con cara encarnada y lágrimas en los ojos. Y cuando Clifford Lynne se reía así, era señal de que algún disgusto se avecinaba para alguien.

La casa de Slater y la villa de Narth estaban alejadas del pueblo de Sunningdale, cosa de una milla. A pesar de hallarse a unos centenares de yardas de la carretera de Portsmouth (que nunca se veía desierta) ambas casas estaban notablemente aisladas. El vecino más cercano del señor Narth, era el Conde de Knowesley, que solamente estaba en esta residencia un mes escaso cada año, pues era del norte, gran amante del Lancashire, y vivía más feliz entre su misma gente.

En dirección opuesta, detrás dede la casa de Slater, existían unos terrenos sin cultivar, propiedad de una compañía que estaba explotando un campo de *golf* y algunos *chalets*.

—Tengo el presentimiento de que van a imitar mi táctica, Joe. Será una lucha con silenciadores..., si es Spedwell el que lleva el mando como creo, porque él es el jefe militar.

La tarde se había hecho algo calurosa y pesada. El sol se escondió tras abigarradas nubes. Clifford Lynne aprovechó la última hora de luz solar, para hacer una visita a la casa de Narth. No llegó hasta el mismo edificio, pues dadas las circunstancias, no creyó que Esteban Narth se alegrase mucho de verle por allí. Dió un rodeo al terreno de deportes, porque había divisado a Juana al otro extremo del campo de *tennis*.

Rápidamente la puso al tanto de las medidas que había tomado para su precaución.

—Creo que esta crisis pasará en una semana. Me parece haber interesado, ligeramente, al Departamento de Relaciones Extranjeras y, ¡gracias a Dios!, he llegado a conmover a Scotland Yard.

Juana movió la cabeza, negativamente.

—Sólo de una forma muy confusa, he llegado a comprender la causa de todo este asunto— *general del ejército inglés donde, anualmente, se celebran prácticas y maniobras de gran importancia— N. del T.* confesó—. ¿No es por la acción que quiere Fing-Su?

Clifford asintió.

—Y, ¿por qué tiene, ese papel, tanta importancia?... El señor Narth trató de explicármelo, pero me quedé tan a obscuras como estaba antes.

Iban paseando por una pequeña avenida que serpenteaba entre los pinos bordeando el límite Oeste de las posesiones del señor Narth y estaban a cubierto de una posible observación desde la casa. En pocas palabras, Clifford Lynne le puso al tanto de lo que significaban las cuarenta y nueve acciones.

—Siempre había yo temido que Joe hiciese cualquier excentricidad con su dinero y con las acciones de fundadores, como nosotros las llamamos, aunque, en realidad, debiéramos llamarlas acciones de dirección del negocio, pasase lo que pasase. El plan original fué que yo tuviese veinticinco y Joe veinticuatro, e hicimos un contrato por el que quedamos mutuamente comprometidos a que en caso de muerte de uno de nosotros, el superviviente heredaría las acciones del otro socio. Tuve que marchar a Pekín a atender algunos negocios y, estando allí, recibí un telegrama de Joe preguntándome si me oponía a que el viejo Fing-Su poseyera unas pocas acciones. Por desgracia antes de salir de Siangtan, había dado a Joe poderes generales... y cuando volví me encontré con que ese viejo chocho no sólo le había dado nueve a Fing-Su, sino que había dividido en partes iguales las otras cuarenta.

La muchacha sonrió comprendiéndolo, por fin.

—Pero, ¿entonces no ha terminado todo ya, señor... Clifford? ¿No están en su poder la mayoría de las acciones y no es verdad que no tiene usted necesidad de dar o vender esa acción que representa el control de la Compañía?...

Clifford sonrió con disgusto.

—Joe, con su increíble ingenuidad, mantuvo esa cláusula que previene el caso de que al fallecer uno de nosotros, las acciones pasarán al superviviente — dijo con intención—. Fing-Su tiene dos caminos a seguir. Por medios que conozco de sobra, puede intentar convencerme de que me desprenda de esa acción que poné en las manos de su poseedor el control de la Compañía. El otro camino es... que puede...— y no concluyó la frase.

—Que puede buscar su muerte — dijo ella. Y Clifford asintió.

—Ha llegado a colocarse en una posición — siguió diciendo Lynne—, que no puede triunfar; porque si me mataran esta misma noche, Fing-Su sería inmediatamente detenido. Pero, a pesar de ser muy listo, es chino y razona como un chino. Por eso es por lo que fracasará. Tiene grandes concepciones unidas a cierto sentido de infalibilidad. No puede imaginarse un fracaso.

Más de un minuto anduvieron los dos, en silencio. La tarde declinaba maravillosamente. Grandes nubes se apiñaban en el horizonte y los últimos reflejos del sol tenían de púrpura sus vaporosos contornos. Sin embargo, la coloración del cielo iba poniendo gris y triste el paisaje.

Entonces, Juana, volvió a hablar.

—Si Fing-Su consiguiera..., tenerme en su poder (¡qué melodramático parece todo esto!, ¿verdad?)..., ¿qué podría resultar de ello?

—Pues..., que yo tendría que pagar — dijo Clifford, tranquilamente—..., ¡y puede estar seguro Fing-Su de que sí le pagaría!

La joven sintió que sus mejillas se coloreaban y trató de aparentar indiferencia.

—Ningún compromiso tiene usted contraído conmigo, señor Lynne — le dijo en voz baja, tan baja como un susurro—. Yo había decidido ya... decirle que... que ahora que el señor Bray continúa vivo..., no quiero casarme con usted. Yo se lo había prometido al señor Narth..., porque, ¡claro!, era necesario para su conveniencia..., que yo me casara...

Para pronunciar estas palabras, tuvo que hacer un esfuerzo mil veces superior al que ella jamás había imaginado. Al percatarse de ello, sintióse desfallecer. Era cosa fácil ensayar esas frases en la intimidad de su buhardilla..., pero ahora a medida que iban saliendo de sus labios, parecía como si cada sílaba fuera derrumbando los nuevos cimientos de su vida... Levantó la mirada. Clifford la contemplaba como estudiando sus gestos.

—Y tampoco tiene usted ya necesidad de... de casarse conmigo... — añadió.

Juana movió la cabeza como anticipándose a su contestación.

—Para perpetuar el nombre, ¡no! — dijo Clifford: y su corazón pareció hundirse en las tinieblas— Para satisfacer la extraña imaginación del señor Bray... ¡no!... Nada queda de aquellos argumentos que me hicieron venir a Inglaterra, en un viaje absurdo, y que me obligaron a convertirme, de un muchacho aceptable, en un vagabundo con barbas... Tiene usted

razón en lo que dice...; pero hay, sin embargo, otra razón excelente para..., para que yo me case *contigo*.

Y al pronunciar aquella última palabra que parecía ser un nuevo eslabón que les unía con más fuerza, Clifford la rodeó con su brazo y la atrajo, cariñosamente, aunque sin llegar a besarla. Sus graves ojos quedaron fijos en los de ella, que relucían más que nunca, y Juana pudo leer en su fondo todos los pensamientos que él no había expresado. La linda muchacha sintió que estaba temblando de la cabeza a los pies.

El encanto de aquel momento fué roto por el lejano fragor de la tormenta. Con un suspiro, Lynne dió un paso atrás y, poniendo sus manos sobre los hombros de Juana, la mantuvo a la distancia de sus brazos extendidos.

—El viernes próximo habrá boda en la familia — dijo rápido. ¡Y fué en aquel supremo instante, cuando se inclinó hacia ella... y sus bocas se unieron en un beso infinito!

. . . . . .

Al llegar Clifford Lynne a la avenida de la casa de Slater, el primer relámpago fantástico de la tormenta iluminó las negras copas de los pinos.

—¡Noche de tormenta, Joe! — exclamó, alegremente, entrando en la habitación—. ¿Soltaste, ya, al asesino contratado?

Joe se apresuró a ocultar un papel en que había estado escribiendo.

—¿Estás haciendo nuevo testamento?

El señor Bray tosió y al pensamiento de su socio acudió una sospecha horrible. Una sospecha... que era una certidumbre. En cierta ocasión, hacía de esto muchos años, Joe había confesado con grandes rodeos y disculpas, cierta debilidad literaria... y hasta le había ofrecido para su crítica, un libro de ejercicios emborronado con el fruto de su inspiración.

—Pero, ¿es que estás escribiendo poesías, Joe? — preguntó con voz de enfado.

—No. ¡No lo estoy! — gritó Joe—. Pero..., ¡Dios mío!... ¡Ese sí que ha sido formidable!

Se refería a un trueno que retumbó sobre sus cabezas, haciendo temblar toda la casa. El señor Bray pudo ver, mientras hablaba, el rayo azul que iluminó los bosques.

—¡Los mismos cielos se han incendiado! — dijo Joe, poéticamente.

—¡Y a ti te toca freír las morcillas! — respondió su amigo, mucho más práctico que él. Ambos se dirigieron a la cocina para preparar la cena.

Sólo una hora duró la tormenta, pero no había duda de que sólo había sido una especie de preludio. A las nueve, la noche era tan obscura como una de invierno y todo el horizonte parecía encendido por los distantes y continuos relámpagos.

—Esta tormenta me trae a la memoria una de aquellas que vemos en el lago—recordó Joe—. La peor que he aguantado fué en Harbin, un temporal horrible... allá por el 1886..., antes de que ninguno de vosotros hubiera asomado las narices a este mundo.

Echó una mirada hacia la mesa donde había estado escribiendo sus trabajos literarios y suspiró profundamente.

—Según mis cálculos... es prima tercera mía — dijo—. La hermana de su padre se casó con el hijo de mi tía...

—Pero, ¿de qué demonios hablas? — preguntó Clifford, sorprendido.

—De ella — dijo el señor Bray sin más comentarios.

Era evidente que Mabel había producido una impresión muy profunda en aquel sensitivo corazón.

—¡Dios quiera que no le dé miedo con esta tormenta!... ¡Las mujeres se asustan tanto con las tormentas!...

—Pues por mi parte..., prefiero que haya sido esta noche en vez de mañana — contestó Clifford, dirigiéndose a la cocina—. Si tenemos que ahogarnos, prefiero que sea a la luz de la luna.

Joe Bray le siguió hasta la misma cocina.

—¿Qué estás diciendo de ahogarnos? — preguntó nervioso— ¿A dónde vamos a ir?...

—A un barco... y a hacerles una visita de cumplido a los arenques — respondió Clifford Lynne, al mismo tiempo que cogía una morcilla del banco de la cocina.

CAPITULO XXV

La señorita Mabel Narth no era muchacha que se asustase por una tormenta. Mientras su hermana, más sensitiva que ella, se había cobijado en la carbonera, Mabel hacía punto de ganchillo, furiosamente, contándole a su compañera la aventura de aquella mañana.

—Algunos podrán decir que es viejo; pero, para mí, es una hermosa figura de hombre. Y, además, inmensamente rico, querida.

Mabel aseguraba que ella tenía veinticinco años. Era algo gruesa y no muy solicitada por los alegres jóvenes que, a veces, bailaban o jugaban al *tennis* con ella y hasta la invitaban a cenar, pero que se abstenían de hacerle la importantísima proposición. En toda su vida sólo había escuchado dos "declaraciones": la de un joven imposible que le fué presentado en un baile y que posteriormente se probó que era un actor que se encargaba de papeles cortos en una importante compañía lírica del West End, y, la otra de un asociado comercial de su padre, que todavía llevaba luto por su segunda mujer cuando hizo el tímido intento de conseguir una tercera.

—Juana. A mí me gustan los hombres que han asentado ya la cabeza — dijo Mabel pestañeando, ligeramente cegada por un relámpago—. ¿Quieres correr las cortinas, querida?

(CONTINUARA)

O P T I M I S M O

—*La ruta es mala, pero el paisaje es magnífico.*

MOMENTOS MEMORABLES

Creo que sin apresurarme, ni exagerar nada, el momento más memorable de mi vida, fué hace unos meses atrás, cuando me supe madre. La chiquilla mimada y juguetona que lo ponía todo en el tablero de los días, como un juego de risas, se sintió transformada. Mi matrimonio fué una continuación de mis juegos infantiles. Y comenzaron a deshilacharse una a una las interrogantes: ¿Sería una buena mamá? Y una y otra cosa...

...Hoy he comenzado a formar la primera camisita y he vertido en ese copito vaporoso y blanco como una nube pequeña, lágrimas y risas, cariños y ensueños y juntándolo en la aguja de mi arrullo:

Pedacito de cielo
montoncito de amor
trocito que en mis ensueños
eres un rayo de sol...

Juntamente con la seda y las horas, las bordo en el bastidor enorme de mi esperanza...

MADRECITA FUTURA.
(La Cisterna).

En mi niñez tuve una fuerte emoción, que influyó tanto en mi carácter que hizo de mí una persona apática, decepcionada y pesimista.

Tenía mi papá un lindo caballo de raza, muy bien enseñado y regalón, que era nuestra admiración; mis hermanos y yo jugábamos con él como si fuera otro niño. Le dábamos de comer en la mano, etc.

Los domingos salía mi papá a pasear en él, llevándome a la grupa. ¡Qué feliz era yo entonces! Pero, llegaron malos tiempos; mi papá quedó sin ocupación, y había que hacer economías; había que suprimir al caballo. ¡Qué pena tan grande!

Mi mamá, en obsequio a nosotros, pidió que el caballo fuera rifado, para así tener posibilidad de quedarnos con él, tomando varios números en la rifa; ella nos aconsejó que nos portáramos muy bien y que pidiéramos a la mamita Virgen que no nos llevaran a nuestro compañero. El día designado para la rifa, hice penitencia, no tomando postre en mis comidas, y recé con tanto fervor y fe, que tenía la completa seguridad de que mis ruegos serían oídos, pero, no fué así, y se llevaron el caballo. Esa decepción me costó una enfermedad y se dice que los niños no sufren.

LAURA ESPINOSA
(Santiago).

MOSAICO FEMENINO

POR REBE

La locura cunde como un mal subterráneo en quien nadie repara.

El caso de Madame Caillaux ultimando a tiros al director de "Le Figaro", Gastón Calmette, resulta lógico, casi grandioso tratándose de una mujer enamorada de su esposo que quiere vengar graves ofensas.

Ahora anuncia el cable que Madame Weiler acaba de asesinar a su marido al regreso a su hogar después de una alegre jira de ambos por los cabarets de París.

¿Por qué lo mató?... Acaso ella misma ignore el por qué. La vida morbosamente agitada las diversiones constantes, la falta de descanso, debilitan el cerebro y cuando ya no queda nada por ver, ninguna sensación por paladear es preciso recurrir a algo fuerte que logre conmover los gastados organismos.

Y, entonces, se mata sólo por saborear una nueva y trastornadora emoción.

En el avance de la civilización es indudable que la mujer ha ganado mucho. Tanto en independencia económica como social y moral.

Pero, al igual de ciertos medicamentos que, dados en pequeñas dosis traen el alivio y la salud, y duplicada o triplicada la cantidad resultan dañinos y hasta mortales, acontece con respecto a la mujer y la libertad. Es demasiado corto el tiempo para tan grandes conquistas...

Madame Weiler asesinando a su esposo, al padre de sus tres hijos, por un motivo fútil, es la muestra más clara de que la dosis de independencia ha sido excesiva.

¿Quién ignora el suceso aquel de una niña de apenas dieciocho años que mató a su madre porque no quiso darle permiso para asistir a un baile? ¿Y aquella otra que asesinó a su marido en pleno París y cuando los polizontes la aprehendieron, sacó tranquilamente el rouge de su coqueto bolsón y en un gesto elegante marcó el rojo sangre de su boca?

Y todos iguales, con idéntica falta de conciencia, de remordimientos, como si una locura moral corriera, cual desatado huracán, destrozando lo más puro de la feminidad.

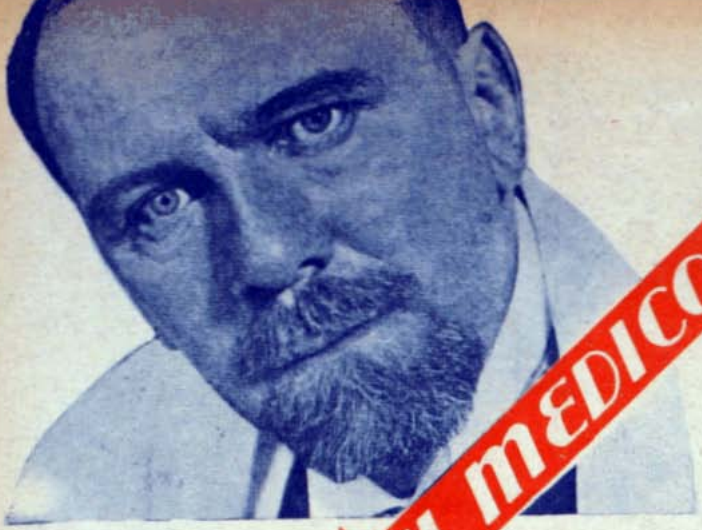
Madame Weiler ni siquiera se inmutó después de cometer el crimen. Arregló con tranquilo ademán el "necessaire", para que en la cárcel nada faltara a su vanidad femenina, llamó a la comisaría y se entregó dispuesta a todo.

Decididamente, es cosa de repetir, parodiando el refrán, que el mundo está loco y ¡él no lo sabe!

REBE

La primavera a la vista..

Un lindo modelo para los dias que ya se entibian. Está hecho en lanilla jaspeada color pan quemado y beige. Cintura y botones naranja. Las mangas terminan en un vivo de piqué. El abrigo tres-cuartos tiene en las mangas uno de esos curiosos cortes que son la caracteristica de la moda venidera. Muy juvenil e indicado para entre-tiempo. Une a lo sencillo una verdadera elegancia.



EL MÉDICO DICE:

"No alimenta lo que se come, sino lo que se digiere"

El buen funcionamiento de su intestino puede depender de una alimentación ordenada e higiénica y de unas cuantas pastillas de

Reeducador del Intestino

INTESTINOL

M.R. GEKA

HoF

Talleres "Familia", Santa María 076.— Santiago de Chile

Familia

M. R. Es propiedad.

EL SEMANARIO QUE PUEDE ENTRAR A TODOS LOS HOGARES

PRECI

$1.4

EN ESTE NUMERO

EL LEON Y L

ROSA

Por

Jacland Mar

El trabajo que afea las manos

y el jabon que las Embellece

El agua a distintas temperaturas, la causticidad de los jabones comunes, los fríos intensos, agrietan el cutis y le dan aspecto de ordinariez. Después de realizar sus tareas, lave prolijamente sus manos, frotándolas con la fragante espuma del Jabón FLORES DE PRAVIA y las conservará blancas y suaves como la seda.

FLORES DE PRAVIA

Ellos y nosotras

Por una especie de suspicacia se ha querido ver en el movimiento de integración a la vida activa de la mujer moderna, una especie de lucha sorda con el hombre, una batalla que alguien ha de ganar. Se habla mucho de que la mujer estaba antes circunscrita al campo hogareño y que era ése su verdadero dominio, con el otro grande de la maternidad. Y que es monstruoso que lo abandone para adentrarse en el estudio, en el trabajo de toda índole, que si bien aporta al hogar una ayuda monetaria, la arranca de él, abandonando sus deberes inherentes y dejando en manos mercenarias al hijo. Y, lo que es más grave, la coloca frente a frente del hombre en un antagonismo fatal.

Fatal, ¿para quién?

Creemos que han sido las urgencias materiales de esta época las que han empujado a la escuela, a la universidad, a la oficina y al profesionalismo a la mujer, porque la mujer inteligente, artista y culta, ha sido flor de todos los tiempos, y es sólo su participación en la vida pública lo que marca nuestra hora actual y hace la diferencia.

La mujer no se ha colocado frente al hombre para quitarle su trabajo, se ha puesto lado a lado para ayudarlo en esa dura tarea de conseguir el pan nuestro de cada día. No ha sido un deseo de competencia lo que la ha hecho dejar el hogar y la carga dulce del hijo; sino la imperiosa urgencia de ser "la compañera" integral, la que no sólo lleva por dote la belleza en todos sus aspectos, sino la que quiere y puede ayudar al hombre en la batalla diaria por el bienestar de todos.

De ahí que consideremos que ese antagonismo que se ha querido ver entre hombre y mujer trabajadores, dándole un aspecto de lucha, de primacía, por conseguir, sea pura y sencillamente una reacción de gentes retrógradas o maliciosas o de aquellos que, a fuer de dárselas de previsores, se engañan con molinos imaginarios.

"Compañera te doy, pero no sierva", dicen las palabras que unen en el sacramento del matrimonio religioso. Y eso es lo que la mujer moderna — tenga la ideología que tenga — está realizando en lo actual. Compañera del hombre, de la mano de él, por el camino llano o áspero, con todas las responsabilidades y todas las obligaciones compartidas.

Isabel de Santillana.

UN POETA...

María Eugenia Vaz Ferreira.

Uruguaya. Tuvo una vida dolorosa en garras de la enfermedad. Cultura extraordinaria y un puro verso lírico, emocionado y desencantado.

BALADA DEL ESCEPTICO

¡Alma mía,
que tornas al viejo lar,
con la red seca y vacía
de las orillas del mar!
Con la red seca y vacía,
que en la plenitud del día
no te atreviste a arrojar.

Yo he visto los pescadores
pescando glorias y amores
que dispararon, después;
unos llevan cosas muertas,
otros las llevan desiertas:
lo mismo es...

¡Alma mía,
que la red seca y vacía
no te atreviste a arrojar!
Entre la arena y las olas
existen dos cosas solas:
morir o matar...

¡Alma mía,
que trae la red vacía
de las orillas del mar!...

¡LABORES! ¡LABORES! ¡LABORES!

en cada número de la popular revista **PARA TODOS** Cine — RADIO — Lectura, LOS LUNES.

Ninguna publicación nacional o extranjera es más completa en esta especialidad femenina.

Familia

El semanario que puede entrar a todos los hogares.

EDITADO EN SANTIAGO PARA TODA LA REPUBLICA.

En venta los miércoles.

SUSCRIPCION:
$ 63.— anuales.
$ 32.— semestrales.

N.o 14 - 28 de Agosto de 1935

SUMARIO:

EL LEON Y LA ROSA, por Jacland Marmur.
BOITELLE, por Guy de Maupassant.
EL CRIMEN DE JULIAN TRENT, por Rita Weiman.
EL JOROBADO, por Máximo Gorki.

Las pequeñas capas están de moda.
Tendencias de la moda.
Modelos prácticos y sencillos.
Elegancias.
La moda de París.
Sombreros.
La moda infantil.
Tejidos.
Vuelve el crochet.
Moldes de «Familia».

Para saber y contar.
Bárbara y el espíritu de contradicción.
Los griegos quieren rey.
Vida y confesiones de Gabriela Mistral.
La señora y la cocina.
Buen tono.
Cultive su belleza.

Sus favoritos.
De la pantalla.
Noticiario femenino.
Casas e interiores.
La campeona de Wimbledon, opina sobre Anita Lizana.

EL LEON Y LA ROSA

POR

JACLAND MARMUR

El viento procedente del Golfo de León soplaba sobre Marsella, y se divertía con las faldas de las muchachas paseantes; era un viento de carnaval, húmedo y amistoso. Pero en las torcidas callejuelas del viejo puerto, hacía aletear tempestuosamente las luces de gas, y seguía adelante.

Hugh Darcy lo sentía desordenándole el pelo, y lo agradecía. Le refrescaba la cabeza, que todavía le latía ardientemente.

Cautelosamente se palpó la base del cráneo, y se estremeció de dolor. Había sido un golpe muy fuerte que lo dejara sin sentido durante mucho rato. Encontró su tieso y alquitranado sombrero de marinero, y se apoyó otra vez en el farol, sobándose los nudillos. ¿Cómo podría mostrar sus papeles de oficial cuando regresara a su país teniendo una anotación como desertor?

Avanzó por la calle, alargándose y debilitándose su sombra a medida que se alejaba del farol. Bajo los balcones gemía el viento. Sobre una puerta había un letrero, apenas alumbrado por una luz: "La ventana chica". Se detuvo y miró; luego, impulsivamente, recordando algo que había olvidado, Hugh Darcy cruzó bajo el letrero que se columpiaba, y empujó la puerta.

—"Bon soir" — le saludó alegremente una voz —. Adelante, extranjero, si puedes entender una lengua civilizada.

—Claro que la entiendo.

Hugh la miró. La muchacha permanecía con los codos en el mostrador, y la cara entre las palmas de las manos, mientras examinaba al extraño descaradamente con su cara de diablillo juguetón. Una lámpara colocada en la pared detrás de ella, daba tintes de bronce a su cabello recogido y pozos de sombra al "fichu" que le cubría los hombros. El sitio era amistoso, y olía un poco a sopa, a humo y a alquitrán. Hugh vió a un hombre de maneras toscas que comía en una mesa pequeña; pero no podía despegar la mirada de los bellísimos ojos de la muchacha, y quería oírle nuevamente la voz.

—Busco a un hombre — dijo.

—Si es marinero, tarde o temprano estará aquí.

—Bueno, entonces — gruñó el hombre que comía, sin levantar la cabeza — retírese de ahí y siéntese.

La muchacha se retiró al oír esto, y Hugh tomó una silla y se sentó frente al hombre. Estaba comiendo "bouillabaisse" de un plato que despedía mucho vapor. Eslabones de bronce circundaban su muñeca velluda, tintineando a cada movimiento del brazo. Su cara ancha mostraba gruesas cejas y pesados bigotes le caían por los extremos de la boca. Pero a pesar de todo esto, no era intratable. Había humor en sus grandes ojos, y

Antes del atardecer del día siguiente, Trilby se acercaba a las costas españolas.

mientras comía calmadamente, observaba al extranjero. Cuando habló, la voz le salió del pecho como un rugido.

—¿Le han robado?

—Hasta el último "sou".

—¿Y su buque?

—Salió para Barcelona. Me juntaría con él allí..., si pudiera.

—Es un poco lejos para ir nadando — bufó el hombre. Por primera vez levantó la cabeza del plato y gritó:

—¡Nina! Comida y...

—¡No he venido aquí a pedir!

—No hay necesidad de hacerlo en "La ventana chica".

—Me llamo Hugh Darcy, y busco a un hombre.

—¿Sí? ¿Y quién es?

—Uno a quien llaman el pirata Borbón.

El hombre se echó atrás en la silla y lo miró duramente. "¿Sí?" — dijo, y se quedó en silencio.

Vino Nina, y puso sopa, pan y vino frente a él. Luego se paró detrás, y él sintió que le lavaba la herida de la cabeza. Quiso impedirlo, pero ella le dió un golpecito en la mejilla, riéndose.

—¡Quieto! No es la suya la primera cabeza que he vendado aquí. ¿Eh, padre?

El padre miró a Hugh y se pellizcó la cara.

—Yo soy Sebastián. Coma — dijo simplemente —. ¿Y para qué lo busca?

—Quisiera decirle que tiene un enemigo.

La boca de Sebastián se abrió, y de ella salió una risa fuerte y estruendosa que conmovió el pequeño cuartito.

—En verdad, Hugh Darcy, consideraría mi vida mal gastada si no hubiera deshecho a más de un enemigo. Coma, Hugh, y ya le encontraremos una cama.

—El nombre del enemigo, Sebastián, es Petain.

Sebastián gruñó un juramento y dió un puñetazo en la mesa.

—Lo sabía. ¡Tendré que cortarle el cuello!

—¡No tienes que hacer ninguna cosa como esa! — Nina estaba a su lado con los ojos brillantes. Tenía la mano en la cintura —. ¿Desde cuándo tienes que defenderme? "Mon père, Sebastián", puedo valerme de mí misma. Ahora...

Dejó bruscamente de hablar, levantó los hombros y terminó riendo. Hugh la observaba fascinado, mientras ella tomaba de nuevo su puesto en el mostrador, con la barba en la palma de la mano. Sus ojos despedían llamas, pero una vez más, parecía el alegre y encantador diablillo.

Sebastián examinaba detenidamente a Hugh. Al fin declaró ásperamente:

—Usted no es espía... A ese Petain tendré que partirlo en dos... Ofendió a mi Nina.

Petain trataba de mantener la lucha a distancia. Hugh danzaba a su alrededor, pronto a atacar en cuanto su contrario le presentara blanco.

Hugh Darcy hizo a un lado la taza vacía y se bebió el resto del vino.

—Estoy muy agradecido — dijo simplemente —. Estaba hambriento, y el puerto viejo es un sitio muy pobre para un marinero hambriento sin buque ni dinero —. Titubeó un momento, y luego agregó —: He oído hablar mucho, Sebastián, de ese hombre que llaman Pirata Borbón. Por casualidad oí una amenaza y una traición contra él. Por eso cuando volví a mis sentidos allá afuera, lo busqué a usted para hacer un negocio. Mis noticias por un pasaje rápido a Barcelona para juntarme con mi buque. Usted me ha alimentado y me ofrece una cama. Bueno, Sebastián, con un hombre como usted no puedo hacer un arreglo. Le diré todo lo que sé, y me marcharé.

Se detuvo. Desde detrás del mostrador, los ojos de Nina estaban fijos en él, llenos de un extraño brillo que denotaba agitación y enfado.

—Siéntate, hombre impetuoso — gruñó Sebastián —. Es verdad. Soy amigo de ese tunante del golfo, don Carlos de Borbón, heredero del trono español.

Hugh Darcy cabeceó, luego se encogió.

—¡Escucha, Sebastián! Esto lo oí de los labios de Petain detrás de una cortina miserable... "Yo sé cuándo va a pasar ese asesino del letrero de "La ventana chica", dijo. "No dejará de hacerlo a tiempo. Yo estaré allí antes que él. Si le das caza entre el León y la Rosa, le cortaremos las alas al águila"... Estas fueron exactamente sus palabras, Sebastián... Eso es todo, viejo marinero.

La ancha cara de Sebastián permaneció impasible, solamente sus ojos ardían con calurosa firmeza. Durante algunos instantes se mantuvo silencioso, luego sus gruesos labios se abrieron desdeñosos.

—El lazo es demasiado amplio para la garganta de Sebastián — dijo, y mostró su brillante dentadura. Luego agre-

(A la vuelta).

gó —: Mi travesía, Hugh Darcy, me va a llevar al Golfo de la Rosa en la costa española. De allí no queda lejos Barcelona. Puede ser que el lazo no se cierre sobre una garganta esta vez, y en ese caso, en cuanto termine el asunto, te pondré en tierra donde quieras. ¿Qué dices, amigo Hugh? ¿Tienes estómago para una aventura con Sebastián, el águila vieja cuyas alas están próximas a ser cortadas?

—¡Hagamos la prueba! — respondió Darcy.

—¡Bien! ¡Eres todo un hombre! Para ellos será muy sencillo. El guardacostas nos dará caza en la costa; Petain lo hará mar afuera...

—¿Y?...

—Saldremos al momento. ¿Te habías dado cuenta que mi tartana transporta un contrabando de armas para los rebeldes carlistas de España?

—Nunca pensé que llevara patatas...

Como demostración de aprecio, Sebastián volvió a mostrar su brillante dentadura.

—¡"Allons"! — dijo brevemente.

Los ojos de Hugh buscaron a Nina: había desaparecido. Esto le molestó, pues quizás no volvería a verla, pero ya se había colocado su amplia capa de marinero del Mediterráneo, cubriéndose la cabeza con la caperuza. Tenía en la mano una linterna, y seguía en silencio por un estrecho túnel, bajo cuyo entablado se sentía el ruido del agua.

Ese pasaje conducía a un tosco muelle donde danzaban las sombras. En el extremo del muelle estaba amarrada una barca, cuya cubierta quedaba a igual altura que el entablado. Al llegar a este punto, se detuvo Sebastián y dejó que avanzara su compañero para que alumbrara con su linterna.

—Este es mi buque, Hugh — dijo —. Se llama "Trilby" y es muy buen marinero.

Hugh saltó al combés seguido de Sebastián, quien procedió inmediatamente a separar la barca del costado del muelle, izando la vela latina. Hugh, columpiándose en el cordaje, sentía la presencia de una tercera persona al lado de él. Sebastián tomó la caña del timón, y la tartana enfiló la espuma del Lago Latino, dejando a su paso una estela plateada con la luz de la luna.

Sintió Hugh algo que se movía cerca de él, y dando un salto dejó que la luz de la linterna alumbrara un bulto que se movía.

—¡Usted! — dijo admirado.

—¿Y quién quería que fuera? — le contestó la muchacha con su risa burlona.

—Pero, Nina, este no es un sitio para...

—¿No? ¿Cree que me voy a quedar tranquilamente en casa esperando los acontecimientos?... ¡Tengo otra noción de lo que es el amor!

El silencio envolvió a la corredora tartana, escuchándose solamente el gemido del viento. Hugh se recostó junto a un rollo de cuerdas embreadas y Nina lo hizo cerca de él, de cara al cielo. Un instante después, la muchacha dormía profundamente, y lo último que recordó Hugh antes de dormirse, fué la obscura figura de Sebastián, derecho, con la caña del timón entre sus rodillas, gobernando firmemente la embarcación bajo la claridad de la luna.

Antes del anochecer de la tarde siguiente, el "Trilby" se acercaba a la costa española. Sebastián, observando el nublado horizonte del mar, levantó de improviso un brazo señalando un punto.

—¡El guardacostas! — dijo —. Estamos adelantados y tenemos diez leguas por delante de él —. Cogió un anteojo y se puso a mirar ansiosamente —. ¡Si siquiera se mantuviera el viento! ¡Con viento en popa ninguna balandra española es capaz de alcanzarnos!

—Pero tu plan era...

—Volar hasta el Golfo de Rosas en el menor tiempo posible, mientras el guardacostas estuviera en el horizonte: hacerme cargo de Petain y su barco, y volver de nuevo al mar, tranquilo y con mi barco descargado en viaje a Barcelona. El viento nos ha fallado.

Hugh observaba las gavias caídas, mientras obscuras nubes dejaban caer una lluvia gruesa sobre la cubierta. Fuera de eso, el viento del sur era cortante, y el "Trilby" se estremecía al saltar sobre las olas que reducían su velocidad a la mitad.

—Pronto estará obscuro —indicó Hugh —. Tenemos que encender la luz en el palo mayor, Sebastián. De otra manera el tío ese se va a perder en la noche.

—¿Estás loco?

—Debemos darle una pista falsa... No tendremos luna durante algún tiempo. Levanta el mástil a tu bote grande, colócale la vela, pones una linterna en el tope y trinca el timón... Entonces, viejo marinero, apagamos la luz de nuestro palo mayor y dejamos que el guardacostas continúe la caza del bote hasta que la luz de la luna demuestre su valiosa presa.

—¡Bravo! — dijo Nina —. ¡Ese truco bien vale una taza de "bouillabaisse", y una botella de vino! — Y saltó sobre el aparejo.

La obscuridad se hizo completa sobre el mar. Del perseguidor ya no se veían más que las luces roja y verde que se balanceaban en la distancia, mientras seguía tras de su botín. Arriba del palo, Nina giraba obscuramente entre las estrellas, cuidando que su cuerpo no ocultara la luz de la linterna. Durante algo así como media hora, dejaron que la tartana siguiera angularmente contra el viento sur, hasta que Sebastián juzgó que se encontraban en la boca del Golfo de Rosas. Entonces Hugh levantó la cabeza.

—¡Ahora, Nina!

La luz de la tartana se apagó inmediatamente. Sebastián y Hugh echaron al mar el bote grande lleno de lastre. Nina estuvo con ellos en la cubierta casi al mismo tiempo, observando intranquila el barquichuelo, que durante unos instantes se movió pesadamente. Luego la lona flameó y, por fin, se hinchó. Sebastián se volvió a Hugh, que sostenía en su mano la barra del timón.

—¡Vira! — dijo secamente. Y luego se dirigió él mismo a aparejar las velas del "Trilby".

La tartana viró en redondo, y Hugh sintió ahora en su cuello el viento sur que los empujaba hacia la costa española. Un suspiro de satisfacción se escapó de sus pechos: la balandra del guardacostas mostraba solamente su luz verde, indicación de que ahora perseguía la linterna del bote. Luego oyeron el bramido del cañón del balandro. Los tripulantes del "Trilby" sonrieron satisfechos.

—¡Eso hará creer a Petain que la liebre se escapa! — dijo Sebastián.

—¿Cuántos hombres tiene con él? — preguntó Hugh.

—Dos, tal vez, tres a lo más. No espera más que al viejo Sebastián y a su hija.

—¿Y los carlistas de tierra?

—Ellos no vendrán a descargar hasta que se les haga la señal convenida, y esa señal no la conoce más que el jefe... y yo. Ni siquiera Petain.

—¡Ahora yo les voy a enseñar un truco! — dijo Nina enfrentando a ambos hombres —. Yo he estado antes aquí, Sebastián, "mon père". En el momento que lleguemos frente al promontorio del este, el viento decaerá. Es un truco del viento del golfo. Más allá, donde Petain espera con su balandro, la brisa sopla suavemente del este. Eso le será de gran utilidad a él, y se vendrá encima de nosotros. Entonces nosotros lo dejaremos acercarse.

—¿También tú estás loca? —

(Continúa en la pág. 66).

EL EXQUISITO AROMA DE LA FLOR DEL ESPINO, EL MAS DELICADO Y SUTIL PERFUME DE NUESTRA FLORA CAMPESTRE SE REPRODUCE FIELMENTE EN UNAS CUANTAS GOTAS DE LA

COLONIA FLOR DE ESPINO

Se vende en todas las Farmacias.

Colonia FLOR de ESPINO

BOITELLE

POR

GUY DE MAUPASSANT

EL tío Boitelle (Antonio) era el indicado, en la aldea, para todos los trabajos inmundos. Cuantas veces había que limpiar un pozo negro, una cloaca, un estercolero, una charca infecta, se le enviaba a buscar.

Si le preguntaban por qué se dedicaba a las faenas tan repugnantes, contestaba resignado:

—¡Pardiez!, para dar pan a los chicos. Mejor se paga esto que otra cosa.

Tenía, en efecto, catorce hijos. Si le preguntaban por ellos, respondía con indiferencia:

—Quedan ocho en casa. Tengo uno en el servicio y cinco casados.

Cuando le decían si habían encontrado buenos partidos, añadía con vivacidad:

—Se han casado a su gusto; no les he contrariado ni aconsejado. Si uno se opone al gusto de los hijos, hace mal. Si me dedico a este oficio es porque mis padres se opusieron a mi gusto. De lo contrario, sería un obrero como los demás.

He aquí la historia de la oposición de sus padres.

Era soldado entonces y estaba de guarnición en el Havre. Durante las horas de paseo, su mayor placer consistía en acudir al muelle donde están instalados todos los vendedores de pájaros. Ya solo, ya acompañado de un paisano, pasaba lentamente por delante de las jaulas en las cuales están encerrados los loros verdes con cabeza amarilla del Amazonas; los grises y de cabeza encarnada del Senegal, los papagayos, los cardenales, las cotorras de toda especie que parecen pintadas con todo esmero por un Dios miniaturista, y los pajaritos verdes, rojos, morados, amarillos, que mezclan sus píos y chillidos a los rumores del muelle.

Boitelle se detenía con los ojos dilatados y la boca abierta, sonriente y encantado, enseñando los dientes a las cacatúas aprisionadas, que saludaban con su plumero blanco o amarillo el encarnado de su pantalón y el bronce de sus arreos militares. Si topaba con un pájaro hablador le hacía preguntas, y si el animalito le contestaba, ya estaba de buen humor hasta la noche. Mirando los monos se deleitaba también lo indecible, y no concebía un lujo mayor para un ricachón, que el de poseer algunos de aquellos animales, como se tiene perros y gatos. La afición por lo exótico la tenía en la sangre, como otros sienten vocación invencible por la caza, por la pesca, por la medicina. Y en cuanto salía del cuartel una fuerza poderosa le atraía al muelle y le hacía permanecer allí.

Una vez que estaba parado y boquiabierto mirando como un enorme cardenal hinchaba sus plumas, se inclinaba y se erguía como si hiciese cortesías en la corte del país de los papagayos, vió abrirse la puerta de un cafetín que estaba junto a la tienda del pajarero, y aparecer una negrita, con un pañuelo colorado en la cabeza, que barría el aserrín y los tapones y colillas del establecimiento.

La atención de Boitelle se dividió instantáneamente entre el ave y la muchacha y no hubiese sabido decir a cuál de aquellos dos seres contemplaba con mayor admiración y gusto.

La negra, después de amontonar la basura, levantó la vista y quedó a su vez deslumbrada por el uniforme del soldado. Permanecía de pie ante él, con la escoba en la mano, como si le hubiese presentado el arma, en tanto que el cardenal continuaba sus reverencias. El soldado sintióse al cabo embarazado por la atención de que era objeto y se fué paso a paso, para no parecer que se batía en retirada.

Pero volvió. Casi todos los días pasó por el café de las Colonias, y a menudo vió a la negrita que servía bocks y aguardiente a los marineros. A menudo también salía ella al ver al muchacho, y pronto, sin haberse hablado jamás, sonreíanse como antiguos conocidos; y Boite-

le se sentía conmovido hasta lo indecible al ver brillar entre los obscuros labios de la moza, la línea deslumbradora de sus dientes. Un día entró, por fin, y quedó muy sorprendido al oír que la negra hablaba el francés como todo el mundo. La botella de gaseosa, de la que ella se dignó aceptar un vaso, quedó en la memoria de Boitelle como un recuerdo delicioso; y contrajo la costumbre de ir al cafetín con mucha frecuencia.

Era para él un encanto, una dicha en la que pensaba de continuo, ver la mano de la negrita escanciarle de beber en tanto que le sonreían sus dientes más claros que sus ojos. Al cabo de dos meses de conocerse fueron buenos amigos, y Boitelle, después de una fugaz extrañeza que sintió al advertir que las ideas de aquella negra eran iguales a las de las chicas honestas de su aldea, que le gustaban la economía, el trabajo, la religión y la buena conducta, se enamoró de ella hasta el punto de querer casarse con ella.

Le comunicó tal proyecto, que la hizo bailar de alegría. La chica tenía algún dinero que le legó la vendedora de ostras que la adoptara cuando un capitán americano la dejó en el muelle del Havre. El capitán la había hallado acurrucada sobre las balas de algodón de la bodega.

Antonio Boitelle añadió:

—Nos casaremos si mis padres no se oponen. Nunca les desobedeceré; jamás. En cuanto vaya al pueblo les hablaré de esto.

A la semana siguiente, habiendo obtenido permiso fué a ver a sus padres que cultivaban una granja en Tourteville, cerca de Ivetot.

Esperó a que terminase la comida, cuando el café, bautizado con aguardiente, engendra mayor confianza, para informar a sus padres de que había encontrado una novia tan a su gusto, que no había otra que más le conviniera en el mundo.

Los viejos, al oír aquello, reflexionaron y pidieron explicaciones. Nada les ocultó, excepto el color de su piel.

Era una sirvienta, con poco dinero, pero trabajadora, económica, honrada, lista, sesuda. Esto valía más que el dinero en manos de una haragana. Tenía algún cuartejo, unos mil quinientos francos que le legó la mujer que la educó; casi una dote, depositada en la Caja de Ahorros. Sus padres, conquistados por aquel discurso y confiando en su buen sentido, cedían poco a poco, cuando llegó al punto escabroso. Riendo con algún embarazo, añadió:

—No hay más que una cosa que quizá no os guste: que no es nada blanca.

No le entendían y tuvo que daries largas explicaciones, a fin de no asustarles, para decirles que pertenecía a la raza obscura de la cual no habían visto sus padres ninguna muestra más que de unas láminas.

Entonces le miraron inquietos, perplejos, asustados, como si les propusiera cársarse con el Diablo.

La madre decía:

—¿Negra? ¿Lo es de todas partes? ¿Lo es mucho?

—Sí; — contestaba el chico — es negra como tú eres blanca.

El padre intervino:

—¿Es tan negra como la sartén?

—¡Hombre, tanto, no! Es negra; pero no repugna. El manteo del cura bien es negro y no es más feo que un sobrepelliz blanco.

—¿Las hay más negras que ella en su tierra? — inquiría el padre.

Su hijo, convencido, exclamó:

—¡Ya lo creo!

El buen hombre meneaba la cabeza:

—¡Debe repugnar!

—No, hombre; al cabo de un momento se acostumbra uno.

La madre dijo:

—¿Debe ensuciar la ropa más que las otras mujeres?

—No, ¿no ves que es su color?

En fin, después de muchas preguntas, quedó convenido que los padres verían a la moza antes de decidirse, y que el chico, que obtendría la licencia al otro mes, traería a la negra, a fin de examinarla y decidir si era harto tiznada para entrar en la familia Boitelle.

Antonio anunció que el domingo 22 de mayo, día de su liberación, iría a Tourteville con su amiguita.

La morena sacó a relucir sus mejores galas para impresionar a los padres de su enamorado y se puso un traje en el que dominaban el amarillo, el rojo y el azul, de modo que parecía un navío empavesado.

En la estación, cuando iban a salir del Havre, la miraron mucho y Boitelle estaba ufano de dar el brazo a una persona que tanto llamaba la atención. Luego, en el vagón de tercera en que tomó asiento, produjo tal sorpresa a los campesinos, que los de los otros departamentos se subieron a las banquetas para examinarla a su sabor por encima del tabique de madera.

Todo fué bien hasta que llegaron a Ivetot. Entonces Antonio sintió la misma angustia que le acometía cuando se anunciaba un examen y no sabía los artículos de la ordenanza. Sacando la cabeza por la ventanilla, reconoció de lejos a su padre que sujetaba las riendas de la jaca enganchada al carricoche, y a su madre que estaba junto a la barrera.

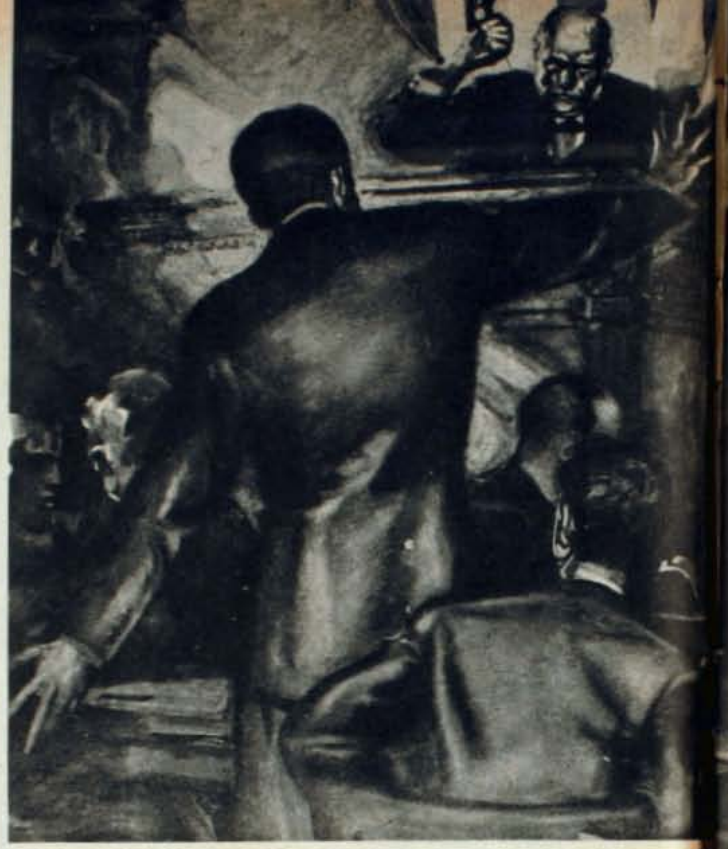
Bajó el primero; alargó la mano a su amiga y tieso como un huso, a guisa de quien escolta a un general, se dirigió hacia su familia.

Su madre, al ver aquella señora negra y pintarrajeada que iba en compañía de su hijo, es-

(Continúa en la pág. 71).

Intenso drama dentro de una corte de justicia. Profundo misterio que se desenreda a medida que declaran los testigos; el cuento más impresionante que ha salido a luz desde "El caso de Mary Dugan".

EL CRIMEN DE JULIAN TREOT



Es imposible que nadie que se siente en la silla de los testigos diga la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.

Estábamos sentados, el juez MacKenzie y yo, frente a la chimenea de la biblioteca. Ni él ni yo jugamos bridge; nuestras respectivas caras-mitades son en cambio muy entusiastas. Por eso, cada vez que los MacKenzie comen con nosotros, arreglo una mesa de bridge para los demás, y nosotros pasamos conversando alegremente toda la noche.

Con sus ojos pequeños e inquisitivos, tan acostumbrados a leer las emociones humanas, el juez MacKenzie sonreía con esa sonrisa discreta del que enfrenta una audiencia. Se divertía al ver mi asombro o mi agitación, o tal vez ambas cosas.

—¿Entonces quiere decir que usted acepta el testimonio de los testigos como posible perjurio?

—No, enteramente, mi querida señora. No perjurio deliberado, en ninguna forma. Por ejemplo, tomemos al testigo que quiere ser sincero. En primer lugar, la mayoría de los hombres que se sientan en la silla de los testigos, están nerviosos. El esfuerzo que hace el testigo para recordar y decir toda la verdad, solamente aumenta su nerviosidad. La determinación del Fiscal para obtener de él la información que pueda producir una convicción, a menudo le da un sentido de conocimiento culpable cuando no sabe una cosa de importancia. Luego, también su esfuerzo por recordar la hora y el sitio es apto para ser falso. Mire, contésteme: ¿dónde estaba usted en la noche del 14 de diciembre de 1934?

—¡Cielos! ¿Cómo podría saberlo? A menos que me permita revisar mi libreta de notas...

—Y hace menos de dos meses desde entonces y fué una ocasión que usted no olvidaría. Usted y su esposo ofrecieron un party en mi honor. Hermosa comida. Excelente Chateau Yquem.

—Claro que lo recuerdo.

—Pero solamente cuando le di unos datos. Y, si en el momento en que usted estaba en la puerta despidiéndonos, hubiera oído un disparo en el departamento vecino y luego hubiera visto a un hombre que cruzaba el hall y se metía en el ascensor, ¿estaría en condiciones de hacer una descripción de él? ¿Qué figura tenía? ¿De qué color era su terno? ¿Era alto o chico, tenía bigote o iba rasurado? ¿No estaba usted demasiado ocupada para fijarse en lo que sucedía a su alrededor?

—Probablemente.

—Ese es mi punto de vista. Queremos toda la verdad de gente que estaba humanamente absorbida por sus propios asuntos para fijarse en otros que por casualidad ocurrieron cerca de ella. En nueve casos de diez, no se obtienen declaraciones exactas.

—Entonces, ¿cómo espera un jurado dar un fallo justo?

—¡Ah, mi querida niña, esa es una de las hazañas más grandes del sistema que utilizan los jurados! Tenemos que depender de doce personas con doce diferentes puntos de vista para deshacernos de los testimonios dudosos y llegar a los hechos. Difícil, especialmente, porque tanto los fiscales como los defensores son más astutos que los jurados, y el defecto más grave de la raza humana es la egolatría.

—¿Cómo define le egolatría?

—Glorificación o justificación propia. En ambas formas da colorido a todo lo que los humanos pensamos, sentimos o hacemos.

Julián Trent se paró de su asiento y volvió a sentarse, mientras el odio se reflejaba en sus ojos.

Por unos instantes, ambos quedaron en silencio. El juez cortó la punta de un cigarro y agregó:

—¿Le gustaría venir a la corte y asistir a un juicio criminal? ¡Oh!, no en el carácter de mujer-periodista que usted acostumbra, sino tratando de colocarse en el punto de vista de los testigos. Ver el reverso de sus testimonios, su proceso mental, las cosas que no dicen. No lo que tratan de ocultar, sino el "substratum", lo que hay bajo esos pensamientos. Debe ser interesante para un escritor... Por el brillo de sus ojos, puedo ver que lo sería.

—¡Dígame cuando!

—Dentro de dos semanas voy a presidir el juicio de Julián Trent. ¿Ha oído hablar de él?

—Recuerdo haber leído algo sobre ese caso, el otoño último.

—Bueno, olvide lo que leyó. Venga sin prejuicios, sin teorías. Y cuando entre a la corte, transforme su cerebro en un aparato de rayos X.

Novela por

RITA WEIMAN,

que publicaremos en 4 números

La sala de la corte estaba silenciosa como una tumba. En ese momento el Fiscal del distrito terminaba su acusación, y las palabras retumbaban en el silencio de la sala como batir de tambores.

—...Caballeros del jurado, el pueblo del Estado de Nueva York probará que Stanley Whittaker no se suicidó, como lo afirmó y creyó en un principio la prensa y el público. Presentaremos hechos para sostener nuestra acusación de que fué asesinado por su demandado. Caballeros, en la evidencia que pondremos ante ustedes, os pedimos que encontréis a Julián Trent como culpable de crimen con deliberación, premeditación y sangre fría.

—Esa frase última es muy descriptiva — musitó Ollie Barnes, a mi oído.

Yo había escogido mi sitio en la sección prensa, al lado de Ollie, periodista y escritor de deportes, porque algunos años antes nos habíamos sentado juntos en el juicio de Hall-Mills, en Somerville, Nueva Jersey. Había sido mi primera experiencia en un juicio criminal, y de los mordaces comentarios de Ollie había aprendido mucho sobre los trucos de los pirotécnicos legales. Raramente fallaba su sutil análisis. Detrás de sus gruesos lentes, sus ojos no dejaban escapar ningún detalle, aun cuando su mano corriera por sus apuntes, escribiendo taquigráficamente con la rapidez de una máquina.

El me había guiado por los tortuosos vericuetos de los procedimientos legales. ¡Oh!, sí, tenía mucha razón, especialmente hoy que no tenía que tomar apuntes, para escoger cuidadosamente un sitio a la derecha de Ollie.

—Bueno, la pequeña girl-scout ha vuelto a su trabajo — había sido su saludo—. ¿Qué pasa? ¿Se cansó ya del matrimonio?

—Nada de eso. Estoy aquí por asuntos particulares. Y usted va a ayudarme.

—¿En qué forma?

—Si le pregunto algo sobre los testigos, dígamelo por lo bajo.

—Bueno, como información previa, nuestro eminente Fiscal

(A la vuelta).

de distrito va a tener que usar dinamita para poder conseguir una convicción.

—¿Por qué motivo?

—Por la posición de los principales. Peterson está fuera para probar que la espina dorsal de la nación tiene curvatura. Siempre tiene suerte con las masas.

Cuando estaba en reposo, la cara de Peterson, Fiscal del distrito, era blanda y placentera. Su sonrisa era tan blanda, que podría ser laminada fácilmente. Tenía alrededor de cincuenta años, era firme, y ni alto ni chico. La salud le proporcionaba unas mejillas rollizas y rosadas. Un medio círculo de cabellos canosos le circundaba la parte de atrás de la cabeza. Los ojos eran de un par de cuentas negras. Sus trajes inmaculados: terno azul, camisa azul pálido.

—¿La simpatía pública está contra o con Julián Trent?

—¿No ha leído los editoriales?

—Ni una palabra. No quería estar influenciada.

—Entonces, ¿quién la invitó a venir?

—Su Honor.

—Bueno, bueno. Entonces no olvide las lecciones que aprendió cuando era una de los nuestros. Todo lo que vea y escuche, divídalo por dos, y luego crea solamente la mitad de eso.

Durante varios días observamos el tedioso progreso de la selección de los doce hombres que debían constituir el jurado. Cada vez que un hombre caía bajo el fuego, yo miraba a Julián Trent. Estaba flanqueado por su abogado Bart, antes senador del Estado, y por Mr. Max Conrick.

Max Conrick, con la ropa sin planchar, la cara amarillenta, llena de arrugas, estrecho de hombros, y los labios delgados y lisos, formaba un gran contraste con su impecable socio, quien, suave, gordo y fresco, llevaba un botón de soltero en el ojal de su vestón café.

Con la cabeza y los hombros sobre ellos, Julián Trent se destacaba curiosamente. Imposible, desde luego, que ningún hombre que se encuentre en un juicio del que depende su vida, pueda destacarse. Aun, en los tres primeros días yo me asombraba a menudo, cómo puede un hombre controlar su rostro en forma que no demuestre ninguna emoción. Por casualidad sus mandíbulas de granito se movían bajo la piel, y sus ojos arrojaban fuego, pero en menos de un segundo su cara volvía a mostrarse impasible.

Tendría más o menos unos treinta y ocho años, y a simple vista no podía decirse qué clase de hombre era. Sólo puedo decir que era un hombre a quien no podía dejar de mirar a cada rato, aunque no sé si era por su estatura, su mirada firme, o el cabello obscuro que le crecía grueso en la parte alta de la cabeza, y se adelgazaba a los costados. De una cosa estoy segura: de su cualidad de mando, la impresión que causaba — buena o mala —, de llevar una cosa hasta el fin.

Desde que comenzara la acusación del Fiscal, hasta los jurados, tuve tiempo de saber que la firma de Whittaker y Trent ocupaba unas oficinas en el edificio Unión de la Quinta Avenida. Ambos habían sido antes dirigentes de la Continental Broadcasting Company, Trent como vicepresidente, Stanley Whittaker como tesorero. Whittaker, de más edad, era uno de los pioneers de la radio.

Habían renunciado para formar una compañía propia con el propósito de establecer una cadena de estaciones de radio por toda la nación. Durante el año y medio anterior, el plan se había desarrollado satisfactoriamente. Pero también se habían suscitado asperezas entre los socios. El hecho era conocido de algunos de los empleados de la oficina.

En la noche del 17 de octubre de 1934, a las nueve, los dos hombres habían entrado juntos al edificio y subido en el ascensor. A las diez veinticinco, Julián Trent había descendido solo.

A la mañana siguiente, una barredora que entraba a limpiar la oficina, había encontrado cerrada la puerta del departamento privado de Stanley Whittaker. Como la llave que tenía en su poder sólo servía para la puerta principal, había mandado llamar al sereno nocturno, quien trató de forzar la cerradura.

Encontraron a Whittaker medio sentado en el suelo, al lado de su escritorio. Una herida a bala en el corazón, un revólver en su mano derecha, y sobre el escritorio una confesión firmada, que decía que se había apropiado para su uso de dinero pagado por acciones de la compañía, indicaban un suicidio.

Pero los investigadores habían encontrado tres puntos de interés. La confesión estaba escrita a máquina. El revólver, era un revólver de reglamento de ejército, de los usados en la Gran Guerra. La llave de la oficina privada de Whittaker, estaba perdida. Consideraron, lógicamente, que un hombre que va a suicidarse no escribe a máquina una confesión de culpabilidad y la firma con tinta; que no tiene por qué poseer un revólver de reglamento quien no ha pertenecido nunca al ejército; que no tenía para qué encerrarse con llave por dentro y tirar luego la llave por la ventana.

—El matador — había anunciado el acusador Peterson —, cerró con llave la puerta y se llevó la llave, descuidando el hecho que lo enlazaba con el crimen. Julián Trent fué teniente primero en la Gran Guerra. Admite que le pertenece el revólver que mató a Stanley Whittaker. Y nosotros probaremos que la alegada confesión es una falsificación, firmada por Trent con el nombre de Stanley Whittaker.

"Los asuntos financieros de su compañía eran un enredo terrible. Investigación significaba arresto. Ambos tendrían que afrontar las consecuencias. Un hombre muerto no puede defenderse a sí mismo. Julián Trent no dejó vivo a su socio esa noche, como lo afirma. Dejó a Stanley Wittaker con una bala en el corazón".

Los rayos del sol se filtraban por los opacos vidrios de las ventanas y extendían un velo de luz sobre los rostros atentos de los espectadores.

Delante de una bandera americana sujeta en la pared, se sentaba la majestad de la ley, entronizada en la persona del Juez Craig MacKenzie. Parecía un hombre enteramente diferente del genial amigo que me había entretenido tan a menudo frente a su chimenea o a la mía.

Max Conrick se aproximó al sitio del jurado. El inteligente abogado criminalista comenzó su alocución en un tono tan confidencial que los jurados se enderezaron, haciéndose algunos hacia adelante, otro con la mano detrás de la oreja. Parecía que Conrick les estaba participando un secreto a unos hombres que eran viejos amigos. La mitad del tiempo pude escasamente oír lo que decía.

No son cosas de ustedes — su voz baja iba dirigida a los espectadores—, ustedes son extraños aquí. Estos doce hombres están especialmente relacionados con el asunto.

Su discurso fué breve.

—Caballeros del jurado — dijo, terminando—. No estoy aquí para establecer un hecho. No voy a malgastar su precioso tiempo con retóricas ni fuegos de artificio. No estoy aquí por futuras aspiraciones políticas. He venido con el solo propósito de probarles que Julián Trent no puede haber cometido el crimen de que se le acusa. En resumen, caballeros, yo estoy aquí al servicio de la verdad.

En la última sentencia su voz se levantó, y la palabra "verdad" sonó como un batir de tim-

(Continúa en la pág. 68).

FUE ELEGANTE Y CELEBRE

El Príncipe Orloff, favorito de Catalina de Rusia, fué elegante y célebre por su masculina distinción. Toda una corte imperial lo admiró por sus ricas joyas y especialmente por sus arreos y correajes, perfumados con un aroma particular. Su elegancia fué imitada y con esta moda se hizo universalmente conocido el perfume de los cueros de Rusia. Pasaron los años... cayeron los tronos... y el perfume de estos cueros, hechos famosos por el Príncipe, se perpetuó en una esencia que hoy día es siempre la preferida por todos los hombres verdaderamente distinguidos. Reviva esa elegancia tan célebre usando "Cuero Ruso", el perfume más discreto y esencialmente masculino.

CUERO RUSO

COMPAÑIA INDUSTRIAL

PARA SABER Y CONTAR

Utro cuento de la vieja rata

—¡Visitas! — dijo alborozada una ratita, al oír unos cuantos golpes seguidos. (Es sabido que las ratas de distintas cuevas se visitan entre sí).

Y corrió hacia la puerta, acompañada por dos hermanitas. Vieron un pájaro que con su grueso pico daba golpe tras golpe en un tronco. Lo miraron un rato y corrieron a decir a la abuela:

—¡Es un pájaro tonto! Está llamando en un tronco como si hubiera alguien adentro. A cada momento da un picotazo que dice: "¡Vengo de visita, vengo de visita!" y ¡claro!, nadie le abre. ¿Hay algo más tonto, abuela?

—Sí — dijo la rata vieja—. Más tonto es lo que hacen ciertas ratitas que se burlan de las costumbres ajenas porque son ignorantes. Ese pájaro es un carpintero, que a cada golpe no dice "vengo de visita", sino: "me estoy ganando la vida. Aquí hay algo de comer".

CONCURSO DE DON BASILIO

Resulta que don Basilio salió de paseo y tentado por unas muñecas lindas que vió en una tienda, se compró varias, todas vestidas a la manera de diferentes países. Feliz con ellas, llegó a su casa y las colocó en fila sobre una repisa, para recrearse en ellas, pero ya sabemos que el pobre está siempre lleno de sucedidos y de malaventuranzas. No nos extrañará entonces, que la repisa se cayera de pronto con todas las muñecas y éstas quedaran todas descabezadas en el suelo. Ahora don Basilio está afanado en la tarea de colocar a cada cual su respectiva cabeza, pero no atina en su afición a distinguir la que a cada una le corresponde y pide por favor a sus amigos, los niños, que lo ayuden en este trance que lo tiene con lágrimas en las pestañas.

¿Quieren los niños ser tan dijes, que le presten su concurso? Digan en qué forma debe pegar las cabezas para que las muñecas queden como antes del accidente.

Deben venir las soluciones dirigidas a: MAMY ROSA.—Casilla 84-D, Santiago.

Para que los aprenda la niñita

Arrullos al hijo

Capullito de mi vida
escondido entre azucenas,
floreciendo está en mis brazos
para alivio de mis penas.

Dormidito va en mi vida
cuando yo le voy cantando;
dormidito se sonríe
con sus párpados cerrados.

Duérmete mi niño,
duérmete sonriendo,
que es mamita linda
quien te va meciendo.

Oprimido entre mis pechos,
toditita estoy contigo;
tengo miedo que resbales
cuando bebes mi rocío.

A la vida tengo miedo
si en mis brazos tú no estás,
porque quién te irá acunando
frente al rudo batallar.

Nene, nene lindo,
yo te quiero tanto,
que te doy rocío
cuando te amamanto.

Por las sombras van mis ojos
y tú en mi dormido estás,
ala que quiebra el misterio,
pulso de felicidad.

Dormidita por la vía
que me lleva al más allá;
dormidita voy sonriendo
al vaivén de su compás.

Mamacita linda,
suave pelusita,
música de cañas
cuando me acarician.

Como el ángel de la vida
creciste en mi palpitar,
carne amasada con sueños,
música de eternidad.

Toda yo te voy cantando
con eco de manantial,
y los sauces son mis brazos
que te acunan al pasar.

Quiéreme, nenito,
quiéreme sonriendo
que mamita linda
ya se está durmiendo...

BLANCA DALLA TORRES V.

Bárbara y el espíritu de imitación

BARBARA Y EL ESPIRITU DE IMITACION

Yo no sé de dónde nos viene. A veces me da miedo que sea de la ascendencia aquélla que nos asignara Darwin... Tal vez. Pero el hecho es que, como los monos, lo que a un chileno se le ocurre como chispazo maravilloso y pone en acción, en cualquier plano de actividad que sea, al punto despierta en todos el sentido de la imitación y ya están brotando como callampas después de lluvia los que van copiándolo. Es arruinador, cuando se trata de asuntos económicos. Y es monótono hasta la exasperación, cuando es una actitud o una frase la que se va calcando.

Pruebas al canto. A una señora que había vivido largamente en París le vino en mientes el enviar a Santiago trajes y frivolidades destinadas a la mujer elegante. Acá, en casa de una amiga, se iba vendiendo todo entre las propias relaciones, sin que el negocio trascendiera casi al gran público. Resultaba excelente. Al poco tiempo no había señora en Santiago que no encargara a una amiga, a una conocida, a quien fuera, trajes y frivolidades destinadas a la mujer elegante y que se vendían privadamente a su grupo de relaciones. Al cabo de un tiempo usted no oía otra cosa que lamentos acerca de lo mal que iba el negocio, no había compradoras, todas estaban "acachadas", a tal punto, que las mercaderías iban a parar a manos de un martillero que las remataba a cualquier precio.

Por estas alturas una muchacha de sociedad abrió un boliche, pequeña tienda de protección al trabajo femenino en que se expendían dulces, tejidos, refrescos. Cada cual llevaba su obra, fijándose un tanto por ciento de beneficio sobre los precios, a favor de la muchacha, suma que ésta destinaba a una obra benéfica una vez que se sacaban los pesos necesarios para el arriendo, luz, empleada, etc. Dos meses después no existía puerta de cochera o de garage en casa particular de Santiago, que no estuviera destinada a una tiendecita, con dulces, tejidos y refrescos. A poco se cerraban por falta de clientela.

Hubo también una racha de establos. El primero, blanco y aséptico, con sus vacas holandesas solemnes y pacíficas, fué un éxito formidable. Todas las mamás acudían allí en busca de leche pura y garantizada para sus guaguas. Y empezaron a brotar los establos. Creo que al fin la Municipalidad los prohibió, porque es claro que no todos eran como el primero, hechos sobre un modelo americano, higiénico, con animales de raza y seguridad de perfecta salud en ellos.

De los establos se pasaron a los sombreros. Es decir, una señora joven y encantadora— cuyo marido estaba arruinado sorpresivamente por una mala racha de Bolsa—, prolija y de un gusto exquisito, se dió a la tarea de hacer sombreros a sus amistades. Ganaba dinero a montones y al poco tuvo que tomar oficialas y hacer en su casa un pequeño taller. Pero los talleres caseros empezaron a cundir. Y, mecánicamente, empezaron a desaparecer, porque no había cabezas para todos los sombreros que se hacían.

A estas alturas se dictó la ley de Control de Cambios. Entonces hubo un verdadero frenesí de diversas y efímeras actividades. Se hicieron guantes por toneladas, se fabricaron carteras por montañas, se tejieron bufandas por kilómetros. Se corría tras las gentes para comprarle sus joyas, ofreciendo precios fantásticos. Pero en esto alguien descubrió el negocio de ir a Buenos Aires en busca de trapos y de artículos a la mujer destinados. Y ahora todos están en el trajín de ir y venir de este al otro lado de la cordillera, en avión, a lomo de mula, en auto o como sea. No se oye sino que se trajo esto o lo otro. Que la Fulana tiene medias. Que la Mengana tiene crepe satén. Que la Zutana tiene renards argenté. Y es claro, ya el negocio está fallando.

Ahora hay un viaje de turismo en vías de realizarse. Todos van "para traer algo". Y andan empollando ideas para "la aduana". Porque hay que advertir que estos negocios son siempre a espaldas de papá Fisco. El cuento es no pagar impuestos ni nada que se le asemeje. Porque entonces "el negocio" no resulta negocio. Y esto lo dicen sin rubor alguno, encantados de las mil maneras y tretas con que realizan ese delito de lesa patria.

Bueno. Si esto es en campo de actividad trabajadora y remunerativa, en el otro de las ideas la cosa se pone trágica. Alguien dice algo interesante o ingenioso y a fuerza de irse repitiendo de boca en boca, llega a hacerse intolerable. Se copian las actitudes. Se plagian las ideas. Se pone de moda esto o aquello en materia de tipo femenino y las mujeres parecen todas salidas del mismo molde. Los hombres descubren que tal mentalidad los hace interesantes y ya están estereotipados en "el cínico", en "el escéptico", en "el mundano", en "el desencantado", en "el intelectual".

Es desesperante.

Un poco de originalidad, mis buenos amigos, un poco de iniciativa propia. En bien o en mal, responder al impulso que nos viene de adentro. No calcar. No hacer *monadas*. Decir, copiando por última vez a alguien: "¿Ser o no ser?" Y preferir lo primero: *ser nosotros mismos*.

BARBARA

LOS GRIEGOS QUIEREN REY

Los duques de Kent, presuntos candidatos de los ingleses al trono de Grecia. El duque Jorge es el cuarto hijo de los soberanos británicos, y la princesa Marina es prima hermana del ex rey Jorge II, hija de un hermano del rey Constantino.

La princesa Elisabeth de Rumania, esposa de Jorge II, pretendiente al trono de Grecia.

¿Volverá el rey Jorge, o se proclamará al duque de Kent, esposo de la princesa Marina?

Se han celebrado recientemente unas eleciones generales en Grecia. Su resultado más claro ha sido demostrar que la revolución provocada por el señor Venizelos de nada ha servido; la formación gubernamental, dirigida por el señor Tsaldaris, sale extraordinariamente reforzada de la consulta popular.

Pero en estas elecciones se ventilaba otro pleito que no deja de ser interesante: el de la restauración monárquica.

Vencida la insurrección del señor Venizelos, lógicamente debía subir el papel del partido adverso, o sea, el partido monárquico, porque Grecia está tradicionalmente dividida desde hace muchos años en dos grandes fracciones políticas: los venizelistas por una parte y los constantinianos — o sea, los partidarios del rey Constantino —por otra.

Así ha sido, en efecto; pero no se han presentado los acontecimientos con ese absoluto rigor que la lógica señalaba.

Monárquicos moderados y monárquicos exaltados.

Los constantinianos, desde la muerte del rey Constantino, acaecida en Palermo en 1923, se han dividido en dos fracciones a su vez: la primera, la de los "puros", considera el problema de la restauración monárquica como fundamental, anteponiéndolo a todos los demás problemas políticos; la segunda, la de los moderados, aun conservando sus preferencias por la forma monárquica, estima que es prematuro cambiar el régimen del país antes de haber hallado solución a las graves cuestiones que dificultan la existencia del pueblo griego.

Los "puros" tienen como caudillo al general Metaxas, amigo personal del rey Jorge; los moderados reconocen en el actual presidente del Consejo, Tsaldaris, y en el general Condylis los hombres más representativos de la tendencia preferida por ellos.

Inmediatamente después de la revolución del mes de marzo, quiso el general Metaxas plantear el problema de la restauración del trono de Grecia, y el presidente del Consejo, Tsaldaris, para evitar una escisión de las fuerzas gubernamentales hubo de prometerle que, si aplazaba semejante reivindicación, consentiría en organizar antes de fin de año un plebiscito para que el pueblo decida definitivamente el régimen que desea.

La familia del rey Constantino. A la izquierda de la foto y a la derecha de su madre, la reina Sofía, el actual pretendiente Jorge II, hijo mayor de Constantino.

El ex rey Jorge II, pretendiente al trono de Grecia, tiene actualmente 45 años, y ésta es una de sus últimas fotografías.

La elocuencia de las cifras.

Sobre la base de esta promesa, las elecciones generales han podido celebrarse, pues, con toda tranquilidad. Los venizelistas se abstenían; las fuerzas de derecha se habían separado en dos grupos distintos: los monárquicos y los moderados de Tsaldaris.

El resultado de la contienda es interesante y merece meditarse; tenemos a la vista las cifras oficiales que nos servirán para ver claramente lo que se prepara en Grecia.

Han votado 1.075.000 personas; en favor de los moderados tsaldaristas ha habido 685.000 votos; en favor de la Unión monárquica de Metaxas, 147.000; los comunistas han reunido 94.140; los independientes, 74.000 y se han contado unos 65.000 boletines nulos.

Es decir, que la antigua coalición se lleva las cuatro quintas partes de los sufragios. El Gobierno Tsaldaris aparece verdaderamente dueño de la situación. Sólo pesa sobre él la hipoteca del prometido plebiscito, que ha de verificarse en el otoño próximo. Su mayoría difícilmente podía ser más densa, puesto que el número total de los que votan en Grecia no suele pasar mucho del millón. Por

(Continúa en la pág. - 67

LA SERPIENTE AMARILLA

Juana nunca la había visto tan amable y empezó a sentir curiosidad por saber quién era aquel hombre que tan honda impresión había causado a Mabel.

—No puede una fiarse de los jóvenes..., ¡son tan irreflexivos!...; pero de un hombre maduro... e inmensamente rico... me dijo que había tratado de comprar las posesiones del conde de Knowesley y que está haciendo gestiones para comprarse una casa en Park Lane y que tiene tres automóviles Rolls... ¡Fíjate bien, querida!... ¡Tres Rolls!

—Pero, ¿quién es ese hombre, Mabel?

A esto no pudo contestar Mabel, porque en su modestia femenina no había intentado saber, demasiado abiertamente, la identidad de su agradable hallazgo.

—Vive aquí, en la vecindad. Creo que debe haber alquilado una casa en Sunningdale.

—¿Qué edad tiene?

Mabel quedó reflexionando.

—Unos cincuenta años — dijo dando un apoyo inconsciente al erróneo cálculo del propio Bray—. ¡Bendita tormenta!...— y no fué *bendita* lo que precisamente quiso decir—. ¡Haz el favor de bajar, de una carrera, y ver cómo está esa tonta criatura!

Juana encontró a la "tonta criatura" sentada en una silla de mimbre con un periódico sobre la cabeza. Letty rechazó tener más sensatez y cambiar de habitación.

Cuando Juana regresó al saloncito, Mabel la recibió con una pregunta sorprendente.

—Ese horrible muchacho tuyo, ¿tiene algún huésped en casa?

En los primeros momentos, Juana no comprendió lo que quería decir. Nunca había pensado en Clifford Lynne bajo aquellos términos.

—¿Muchacho?... ¿Quieres decir el señor Lynne?

¡Entonces comprendió!... ¡Mabel le había estado hablando de Joe Bray!... Quedó tan sorprendida que ni siquiera pudo echarse a reír, sino que se paró mirando, con la boca abierta, a la otra muchacha. Por fortuna, la hija de Esteban Narth estaba tan abstraída en su labor, que no observó la sensación que le había causado.

—He pensado en eso, porque él echó a andar en dirección a la casa de Slater. Además, se me ha ocurrido después que es muy posible que estuviese con Lynne, que es rico y que, debe suponerse, tendrá amigos ricos también.

Juana no se aventuró a contestarle. No podía decirle quién era el personaje que le proporcionaba un nuevo interés, sin descubrir a Clifford; pero se puso a pensar en la actitud de Mabel, si supiera la verdad.

Ya eran cerca de las diez y todavía el señor Narth no había regresado de Londres, cuando oyeron un débil golpe en la puerta.

La tormenta había aplacado un poco, aunque todavía retumbaban los truenos. Juana salió a ver quién era y sólo encontró un sobre, mojado por la lluvia, en el buzón. Iba dirigido a la señorita Mabel, por lo que le llevó la carta. Mabel la cogió, abrió el sobre y extrajo un papel grande y algo borroso. Al leer su contenido sus ojos relucieron.

¡Una poesía, Juana! — exclamó casi sin poder respirar.

¡Qué extraña es la vida!... ¡La [vida qué extraña!
Pasamos por ella, venimos y va-[mos
y no conocemos los seres mejores
por tierras y mares y mundos [lejanos.
Mas un día brota, cual rayo de [sol,
la hermosa experiencia sin do-[blez ni engaños:
¡virtud que les llega al viejo y la [vieja
y al que sólo tiene cincuenta y [un años!

Continuación de esta interesante novela de EDGAR WALLACE.

No había bajo estas líneas firma alguna pero los ojos de Mabel relucían como ascuas.

—¡Qué perfecta y tremendamente romántico! — exclamó.— Debe haberla depositado en el buzón, con sus propias manos.

De un salto se levantó de la silla, salió del *hall* y abrió la puerta. La noche estaba muy obscura, pero creyó ver una figura que se movía en la avenida. Había cesado la lluvia. ¿Debería correr tras él?... ¿Era una acción propia de una señorita?... Mabel pensaba en todo ello sin atreverse a decidir. ¿No significaría ir en su caza demasiado abiertamente? Como había un buzón al final de la avenida, tenía una buena excusa ya que a estas horas Juana iba casi todas las noches para echar las cartas. Sin dudar más, echó a andar decididamente. El corazón parecía saltársele del pecho. Dobló el recodo del final del camino y se detuvo. No se veía a nadie; debía haberse equivocado.

Y, de pronto, se apoderó de ella una extraña sensación de terror que le hizo sentir un escalofrío. Se volvió para echar a correr; pero apenas había dado dos pasos, cuando un maloliente cobertor le rodeó la cabeza y una mano poderosa ahogó sus gritos. Y se desmayó...

Juana esperó en el saloncito hasta que al oír el golpe de la puerta, se dirigió al *hall*. El viento había cerrado la puerta y la joven, abriéndola otra vez, se asomó para mirar en los limpios resplandores de la tormenta. Dos relámpagos sucesivos, le dejaron ver la avenida completamente desierta.

—¡Mabel!

Con todas sus fuerzas la llamó una y otra vez. Pero no obtuvo una sola contestación.

El corazón de Juana pareció oprimirse. Corrió al saloncito e hizo sonar el timbre llamando al mayordomo. Era hombre de movimientos lentos y mientras esperaba con impaciencia a que llegase hasta ella, se acordó de la bola negra que Clifford le había dado. Era, al fin y al cabo, un arma, y corrió a buscarla. Cuando regresó, el criado le esperaba.

—¿Que ha salido la señorita Mabel?... ¡Bah!... ¡Ella volverá, señorita!

Miró, nerviosamente, hacia la puerta abierta. Los relámpagos continuaban sucediéndose a intervalos.

—No, señorita... Lo siento..., pero no me convencen los relámpagos...

—¡Venga usted conmigo! — ordenó la muchacha, saliendo de la casa y echando a correr por la avenida.

Pero salió sola. El mayordomo no hizo más que seguirla hasta la puerta, pues no creyó que las leyes que rigen a los mayordomos le obligasen a ir más lejos todavía...

CAPITULO XXVI

Clifford Lynne estaba sentado a la puerta de su casa, con el rifle preparado sobre las rodillas, cuando regresó Joe Bray. Mucho antes de que Lynne pudiera verle, le delataron los rayos luminosos de su lamparilla eléctrica.

—Pero, ¿dónde demonios has estado? — preguntó Clifford, atónito. — ¡Creí que ya estabas durmiendo!

—¡Psch!... Fui a dar un paseíto — dijo Joe sin darle importancia. — Salí por la puerta falsa..., pero no hay nadie en los alrededores.

—Bueno, pues, entra en seguida, por la puerta principal— respondió Clifford severamente. — Con toda seguridad el bosque está poblado de chinos degolladores.

—¡Qué ridículo! — murmuró el otro, entrando en la casa.

—Sí. Puede que sea ridículo — le gritó Lynne por encima del hombro — pero no puedo imaginarme nada más ridículo que Joe Bray tendido en medio del bosque y con su vieja garganta cercenada...

—¿Vieja?... ¡Cincuenta y un años! — reventó Joe, desde el corredor. — ¡Todo el mundo lo sabe!

No era el momento oportuno para que Clifford se pusiera a discutir la edad del señor Bray. Durante la noche, ya había hecho algunas excursiones por el bosque, sin encontrar nada sospechoso. Por el Sur, se podía llegar hasta la caza utilizando un nuevo camino que habían abierto a través de las tierras de la Compañía. Para prevenir cualquier sorpresa había suspendido de un hilo negro un buen número de campanitas que había adquirido en Londres, aquel mismo día; pero el continuo e interminable retumbar de la tormenta hacia dudoso que pudiera oírse este aviso desde donde Clifford estaba.

Mientras seguía allí, en plena vigilancia, el cielo se iluminaba ininterrumpidamente por los cegadores relámpagos. De pronto, Joe empezó a cantar y Clifford le impuso silencio con un gruñido.

A las once en punto, oyó unos pasos firmes sobre la grava de la avenida, que se iban acercando en aquella dirección. Lynne se levantó expectante. En la forma de llegar del desconocido, no había disimulo alguno. Caminaba por el centro de la avenida, golpeando el suelo con

PIDA A SU IMPRENTA
SOLAMENTE

SOBRES
MARCA
SILUV

su bastón. Cualquiera que fuese el que se aproximaba, no necesitaba luz para guiarse. Al cabo de un momento, pudo ver su forma distintamente. Dobló el camino y se dirigió, sin vacilar, hacia la casa. La voz de Lynne le dió el alto.

—¡No tenga miedo... que voy solo!

—¡Quieto ahí donde está! — ordenó Clifford, secamente. — ¿Y desde cuándo he tenido miedo a los mercaderes chinos?

El recién llegado se detuvo y Clifford le oyó reir y percibió un olor muy fuerte, pero no desagradable.

—Perdóneme usted — dijo Fing-Su, finamente. — Me parece que me he expresado mal. Quise decir que venía para celebrar con usted una conversación amistosa. Tengo entendido que algunos de mis acalorados hombres, le hicieron anoche una visita... Ya les he castigado como se merecían, ¡pero nadie mejor que usted sabe cuán chiquillos son!... Creían que yo había sido insultado y...

—¿Quién está ahí? — gritó Joe Bray desde el saloncito.

Clifford se volvió furioso y le mandó callar. ¿Le habría oído Fing-Su y habría reconocido su voz?... Aparentemente, por lo menos, no fué así.

—¿Está usted acompañado por un amigo, eh?... ¡Me parece muy sensato! — continuó diciendo con el mismo tono cortés. — Pues... como iba diciendo...

—¡Escucha, Fing-Su!... No quiero perder el tiempo en tonterías... Me parece que estás llegando a tu límite...

—¡Un límite muy extenso! — afirmó el chino. — Un límite que abarca un radio muy grande. Es usted un tonto, Lynne, no uniéndose conmigo. Dentro de cinco años seré el hombre más poderoso de China.

—Con que, ¿vas a conquistar la China? — preguntó el otro, sarcásticamente. — ¿Sólo China?... ¿Por qué no Europa, también?...

—Quizás... — dijo Fing-Su.— No tiene usted muchos alcances..., amigo mío. ¿No ve que con nuestra preponderante fuerza masculina, todas las guerras del porvenir se decidirían gracias a nuestra raza?... Un ejército profesional amarillo decidirá los destinos de Europa. ¡Un gran ejército mercenario!... Piense en ello, Lynne... ¡Un ejército que podrá ser ajustado por el que más precio ofrezca... y que estará, siempre, a las puertas de Europa!

—Bueno. Pero, ¿qué es lo que ahora quieres? — preguntó Clifford, bruscamente.

Fing-Su tenía la habilidad de reprochar con la estudiada entonación de su voz. En esta ocasión, contestó con tono ofendido:

—¿Pero es preciso que seamos enemigos, señor Lynne?... Yo no tengo resentimiento contra usted. Todo lo que pretendo es comprarle, a un precio razonable, una acción de fundadores de la Compañía...

La misma naturalidad de su petición, dejó a Clifford sin palabras. Al mismo tiempo, le produjo un repentino temor. Fing-Su nunca se hubiera atrevido a hacer tan absurda proposición, si no tuviese la certeza de conseguirla.

—Y... ¿qué te propones darme a cambio? — preguntó, despacio.

Oyó la rápida respiración del chino.

—Una cosa muy querida para usted, señor Lynne — y hablaba midiendo las palabras. — Pero tiene usted un amigo en casa y puede estar escuchándonos... No estoy dispuesto a hacer ninguna declaración ante testigos. ¿Quiere venir hasta el camino, conmigo?

—¡Anda tú delante! — dijo Clifford, autoritario. El otro volvió la espalda y empezó a andar. A unas cuantas yardas de la carretera se detuvo.

—Hay cierta muchacha... — empezó a decir.

—¡Te has apoderado de Juana Bray!... ¿Eh?... — preguntó Clifford, entre dientes. — ¡La has apresado!... ¿No es eso lo que tratas de decirme?

—No hay necesidad de hacer heroicidades para... — empezó de nuevo Fing-Su.

—¡Dime dónde está!

—Lamento que adopte esta actitud — dijo el chino con voz que reflejaba su sentimiento, — ...pero como me está usted amenazando..., no tengo más remedio que...

Y antes de terminar la frase, se quitó el sombrero como para refrescar un poco su acalorada frente y miró al fondo del mismo. De pronto, de la copa y con gran fuerza brotó un chorro de un líquido espeso que dió, de lleno, en el rostro de Clifford. ¡Era amoníaco puro..., asfixiante..., cegador!

En su dolor, Lynne soltó la pistola, que cayó al suelo con ruido sordo. Entonces, el chino, con gran habilidad descargó sobre él un fuerte golpe con su cabeza y le derribó. Arrodillándose a su lado, Fing-Su metió la mano en el interior de su chaleco. Notó un reborde... ¡un papel estaba cosido al forro!

Y, entonces, ocurrió algo inesperado. Un ruido de pasos de alguien que venía corriendo por el camino..., una mujer cuyos ojos podían penetrar en la obscuridad de la noche...

El instinto salvó a Juana Bray, pues al volver el recodo que for-

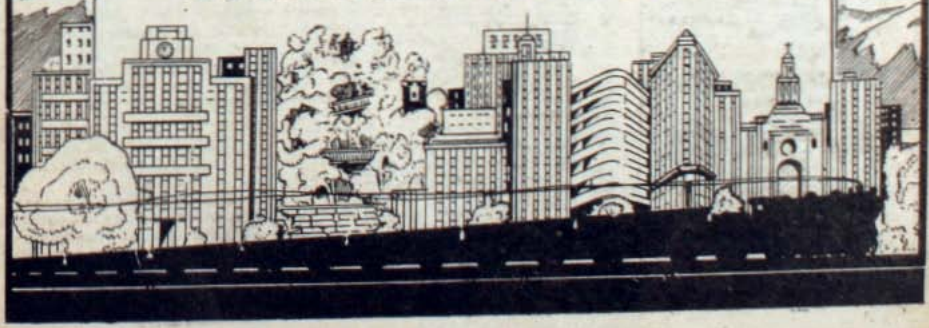
Visitar la Capital

durante el Invierno es disfrutar de su apogeo.

SANTIAGO LO ESPERA...

Los BOLETOS DE INVIERNO de los Ferrocarriles del Estado, le facilitan su viaje haciéndolo económico. Es una oferta que Ud. debe aprovechar, ya que Santiago en Invierno tiene todos los atractivos y comodidades de una Gran Metrópoli. Sus Hoteles, Restaurants, Teatros, Cabarets, Tiendas y sus múltiples diversiones, le harán olvidar el rigor de la estación.

Pida el folleto con amplios detalles en las Estaciones de Chillán al Sur y Oficina de Informaciones de los Ferrocarriles del Estado.



¡LIBROS!

"DAVID COPPERFIELD"
por Charles Dickens

Esta joya del siglo XIX es la obra cumbre del reputado escritor inglés. En dos tomos, con ilustraciones interiores, al precio de $ 12.— cada tomo.

"CRIMEN Y CASTIGO", por Fedor Dostoiewski. Una obra magna ..... $ 12.—
"LLUVIA", por William Somerset Maugham ..... $ 5.—
"JESUS", por Charles Dickens ..... $ 5.—
"BAJO EL CIELO DE ORIENTE", por Panait Istrati ..... $ 5.—
"RUSIA AL DESNUDO", por Panait Istrati ..... $ 12.—
"CONOZCO SUS SECRETOS", por Doris Webster y Mary Alden Hopkins ..... $ 5.—
"TRES INMENSAS NOVELAS", por Vicente Huidobro y Hans Arp ..... $ 4.—
"HIJOS DEL ALMA", por María Teresa Directora de la revista "Margarita" ..... $ 4.—
"EL MESTIZO ALEJO", novela por Víctor Domingo Silva ..... $ 5.—
"CUENTOS RUSOS", por Blanca Santa Cruz Ossa. (Mamá Chayo) ..... $ 5.—
"ANECDOTARIO DIPLOMATICO", por Gustavo Sotolongo ..... $ 6.—
"ANTOLOGIA DE POESIA CHILENA NUEVA", más de 200 páginas que contienen lo más notable de Vicente Huidobro, Angel Cruchaga, Pablo de Rokha, Rosamel del Valle, Pablo Neruda, Juvencio Valle, Humberto Díaz Casanueva, Omar Cáceres, Eduardo Anguita y Volodia Teitelboim ..... $ 15.—

"AVENTURAS DE SHERLOCK HOLMES"

"UN CRIMEN EXTRAÑO". $ 3.60
"TRIUNFOS DE SHERLOCK HOLMES ..... $ 2.60
"NUEVOS TRIUNFOS DE SHERLOCK HOLMES ..... $ 2.60
"EL CICLISTA FANTASMA" $ 2.60
"CINCO HAZAÑAS DE SHERLOCK HOLMES" ..... $ 2.60
"LAS MAS FAMOSAS HAZAÑAS DE SHERLOCK HOLMES" $ 2.60
"SHERLOCK HOLMES SIGUE TRIUNFANDO" ..... $ 2.60
"EL INVENCIBLE SHERLOCK HOLMES" ..... $ 2.60
"POLICIA FINA" ..... $ 2.60
"NUEVAS Y ULTIMAS AVENTURAS DE SHERLOCK HOLMES ..... $ 2.60
"EL PROBLEMA FINAL". $ 2.60

Además, una colección de novelitas románticas de diversos autores, al bajo precio de $ 1.50 y $ 0.60 otras.

En venta en todas las casas del ramo, en las Librerías Universo del país y en

Editorial Zig-Zag,

Casilla 84-D.—Santiago de Chile.

Atendemos pedidos de provincias, y contra reembolso, siempre que éstos sean superiores a $ 5.—

maba la avenida, se detuvo súbitamente, consciente de la figura que parecía arrodillada, a pocos pasos de ella.

—¿Quién está ahí? — preguntó.

Al reconocer su voz Fing-Su se levantó con un grito de rabia infinita.

—¡¡Señorita Bray!!

Juana le reconoció, también, y quedó un momento petrificada por el terror. Después, al ver que el chino se abalanzaba contra ella, levantó la mano y en la desesperación de su pánico, lanzó hacia él *algo* que llevaba en el puño.

La negra bola no llegó a tocar a Fing-Su, pero cayó a sus pies. Hubo una sorda explosión y, al instante, el camino, el bosque y la casa de Salter quedaron iluminados por la bomba de magnesio. Lleno de terror, el chino desapareció en un segundo. Corrió..., corrió ciegamente..., hasta llegar a una cuneta que le separaba del camino. Allí, con las luces apagadas, estaba esperando un automóvil. Se detuvo lo preciso para sacar del coche una corpulenta joven desmayada y dejarla al borde del camino.

Después, partió acelerando furiosamente, con dirección a Egham.

Un cuarto de hora más tarde, un grupo que había salido en busca de Mabel Narth, la encontró en aquel sitio. Y fué el viejo Joe Bray quien tuvo la suerte de hallarla... y de consolarla, por cierto.

CAPITULO XXVII

Sentado en un diván y con las piernas cruzadas, estaba Fing-Su en su oficina, demasiado perfumada. Eran las cuatro de la mañana y ya las casas y los tejados se destacaban, como negras siluetas, en el amanecer.

A estas horas es cuando los grandes personajes de China conceden las audiencias y Fing-Su, como tal, vestía traje de seda rameada, pantalones también de seda, zapatos de fieltro blanco y llevaba puesta en la cabeza la insignia de un rango, al que no tenía derecho.

Entre los labios sostenía una pipa de larga y gruesa boquilla con un microscópico hornillo, pero lo que estaba fumando era, realmente, tabaco.

Una china pequeñita y de somnolientos ojos, sentada sobre los talones, le observaba atentamente, llenándole de vez en cuando la pipa de tabaco, o añadiendo más té a la taza que tenía al alcance de su mano.

En cuclillas también, sentado a sus pies, estaba un chino de aspecto enfermizo, vestido a la europea, y junto a él, en el suelo, había dejado su gran sombrero.

Fing-Su cogió la taza sin asas de la mesita baja que tenía a su lado y bebió, sorbiendo con ruido.

—Entre todos los hombres, en este país detestable, te he escogido a ti, Li Fu — dijo volviendo a dejar la taza sobre la mesa. — Te pagaré bien y habrá, además, una gran recompensa. Me han recomendado tu nombre por tu intrepidez y porque conoces esta ciudad mejor que yo, que he pasado mi vida en un colegio.

Para mencionar el colegio, empleó una frase que literalmente significaba "el bosque de lápices".

Si Li Fu se sintió intranquilo, no lo demostró su rostro picado de viruela.

—En este país existe una ley inflexible para los extranjeros— dijo. — Según esta ley, pueden cogerme, meterme en un barco y mandarme a China. Ya me he pasado tres meses en una cárcel donde ningún hombre puede hablar a otro hombre. Y pensad, Fing-Su, que si vuelvo a China..., soy hombre muerto, como vos sabéis..., pues Tuchun de Lanchow ha jurado colocar mi cabeza dentro de un cesto y exponerla sobre la puerta de la ciudad.

Fing-Su seguía fumando delicadamente, aspiraba aquel tabaco sin aroma y enviaba grandes círculos de humo azul al techo escarlata.

—Toda la China no es Lanchow — dijo — y llegarán cambios... ¿Quién sabe si algún día no te verás convertido en un Tuchun?... Todos mis amigos serán bien recompensados. También tú tendrás una parte en ello..., y no será cobre... ni plata..., ni pesos mejicanos... ¡sino oro!... Yo sé de un sitio donde hay una estatua de oro... — y empezó a hablar de Urga, la Meca de Mongolia, donde hay tumbas de sólido oro y una gran imagen de Buda, también de oro, en cuyos sótanos — llamados los sótanos del Buda Viviente — hay guardado un tesoro de incalculable valor.

Li Fu le escuchaba inconmovible, al parecer. Su inteligencia vacilaba entre la recompensa ofrecida y las puertas, no doradas, de la Prisión de Pentonville. Entre los chinos, Li Fu no era un pobre..., pero su compatriota le estaba ofreciendo una fortuna inmediata.

—Tú tienes la dicha de poseer una mujer blanca — continuó Fing-Su con su voz delicada. — Sería un asunto sencillo

(Continúa en la pág. 76).

LAS PEQUEÑAS CAPAS ESTAN DE MODA

En esta primavera se van a llevar mucho las pequeñas capitas formando chaleco. Aquí presentamos a nuestras lectoras algunos lindos modelos.

Tailleur en lana angora beige; el cinturón va de un solo corte con la chaqueta.

Elegante ensemble compuesto de falda cortada al sesgo y una capa formando chaleco cruzado; cinturón y botones de cuero obscuro.

Traje en crêpe de lana azul con una capa que forma canesú y unida, por delante solamente, a un chaleco derecho abotonado abajo solamente.

Tailleur en kasha natural; la chaqueta lleva bolsillos de parche. Los botones van forrados en el mismo género del traje.

TENDENCIAS DE LA MODA

La moda se cristaliza. Después de los titubeos preliminares, la línea se define: nítida y precisa. Los modistos crean, pero la decisión final pertenece a las elegantes que eligen. Dos tendencias suelen disputarse la preeminencia y, como hay gustos opuestos, casi siempre se adoptan ambas. Sucede así ahora; admiramos trajes "drapés", alargados, flexibles, y al mismo tiempo vestidos imponentes de pliegues rígidos, con efectos de crinolina y bien entallados.

Los modelos de noche, que no tienen que someterse a las obligaciones prácticas que simplifican, más o menos, los vestidos "drapés" de tarde, se permiten todas las fantasías y todos los atrevimientos. Aunan el encanto del pasado a las concepciones más modernas. Durante la misma estación vemos desfilar las mangas jamón que llevaban nuestras madres, la túnica griega, la falda ligera de las bailarinas, el "fourreau" sugestivo de las "merveilleuses" y el vestido amplio y ondulante que evoca los valses de antaño. Revive la influencia del 1900: los "franfeluches", las cinturas de avispa, las colas de volados, los frufrú rumorosos de los "taffetas" y de las fallas. Para estos trajes, que pasan majestuosos o aéreos, se estiliza el satén, el "moiré", el encaje tieso, el "taffetas glacé" y tornasol.

Los colores de boga componen un prisma maravilloso y cambiante. Sin embargo, en todas las colecciones predominan el blanco, el rubio de las espigas maduras y el azul, cuya gama es infinita. Entre los colores obscuros señalaremos el marrón, el verde aceituna, el corinto, algunos tonos de violeta y el negro, siempre elegante.

Chantal se conserva en un tono discreto y al mismo tiempo luminoso. La inspira poco el pasado; prefiere adaptar la moda a las exigencias de la vida práctica. Nos ofrece para la noche trajes estilo sastre con faldas largas y ajustadas; blusas de encaje de metal; capas floreadas, de fantasía imprevista. Entre los más vaporosos, tiene muselinas cortadas en pétalos, de una frescura exquisita. Un modelo de "crepe" mate, de forma princesa, con un volado en bies que le da vuelo adelante, realizado con una capa bordada en oro, es de una concepción artística perfecta. Muchos trajes de muselina "imprimé" con grandes motivos florales; otros ceñidos al cuerpo, de "crepe" sombreado que parece terciopelo, adornados con pinturas que alternan con recortes.

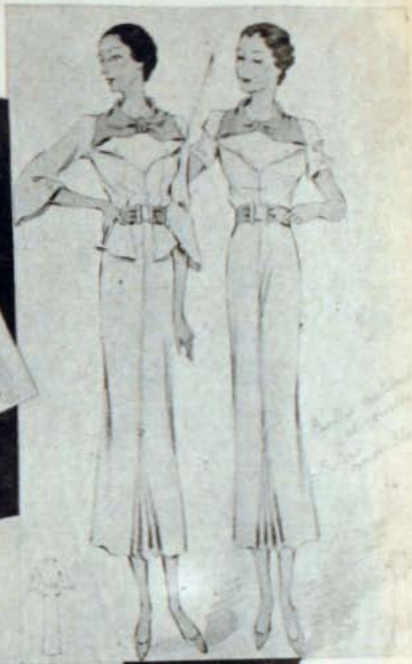
Los modelos más sencillos y austeros se vuelven suntuosos con encajes y filigranas doradas, lo que presta a esta colección una nota exótica y parisiense a la vez, de una originalidad encantadora.

Encontramos en Molyneux la influencia de la famosa colección que hizo célebre un "trousseau" principesco. La línea es flexible, ondulante y armoniosa. Los "voiles" florecen delicadamente y algunos escotes se velan con una gracia incomparable, bajo suaves "drapés". Dominan el blanco y los colores pastel. Es deliciosamente fresco y juvenil un vestido blanco con lunares azules, con una chaqueta suelta. Sobre algunos vestidos de líneas correctas se colocan cinturones "drapés" con grandes moños. Muchos pequeños boleros con mangas amplias, en un tono opuesto al vestido escotado, permiten llevarlo en las últimas horas de la tarde. Predominan las tonalidades pastelizadas. El tul y el organdí componen deliciosos vestidos con vuelo, que parecen imitar nubes transparentes, dejando adivinar un "fourreau" largo de satén.

Alrededor de los hombros o del talle se enroscan largos "echarpes" en tonos "degradés", que quiebran la monotonía de los vestidos negros o blancos.

IVONNE

Vestido de charmelaine azul marino con cuello y pechera de espumilla blanca. Encantador trajecito de mañana en kasha color natural con cuello y puños de piqué blanco; cinturón de cuero café y corbata a lunares café y blancos.



De jersey verde jade con adornos blancos este juvenil trajecito de primavera. Vestido de espumilla de lana gris claro con cuello y cinturón azul marino. Se completa con una chaquetita con mangas raglán.

MODELOS Y SEN

Ensemble compuesto de traje de dos piezas y capa semilarga con una pata abotonada en el cuello.

Traje de viaje en lana beige claro. Se completa con un chaleco café obscuro como el cinturón. Hebilla y botones en tono claro.

Chaquetón de gamuza beige con mangas raglán; botones ovalados de forma alargada. Se lleva sobre una falda de paño café.

Chaqueta de cuero café con mangas raglán; cuello y vueltas pespuntadas.

PRACTICOS CILLOS

Abrigo en lana moteada beige y café con grandes botones forrados en la misma tela. Cinturón de gamuza café.

Abrigo tres-cuartos de forma amplia con canesú terminado en punta en la espalda.

Traje de lana diagonal con una pieza que formando pata delantera forma el cuerpo acinturándolo.

Abrigo en lana diagonal moteada; cuello y bolsillos cuadrados. Lleva doble botonadura.

Ensemble compuesto de falda con cortes pespuntados y abrigo tres-cuartos de forma amplia, sin cuello y con bolsillos terminados en punta enteramente alforzados.

VIDA Y CONFESIONES DE Gabriela MISTRAL

(Continuación)

Si alguien con justicia, puede reclamar el título de auténtica discípula de Gabriela Mistral es, sin duda María Isabel Peralta, nacida como ella, en el valle de Elqui y muerta en 1925, después de una vida desolada y breve.

En los días de la permanencia de la Mistral en La Serena, el movimiento literario de la juventud se circunscribía a un diario de Coquimbo, "El Progreso", en cuya edición dominical había una página literaria, María Isabel era asidua de esa página, dirigida entonces por Elba Miranda y donde pueden leerse prosas y versos de Oscar Lanas, Heraclio Gómez, Rodolfo Vergara Cruz y Benjamín Morgado. La Mistral se interesó por esa hoja modesta, pero representativa, y entre todas aquellas estrofas avaloró de preferencia las de María Isabel Peralta, tan ricas de imágenes y desbordantes de intensa emoción.

Escribió la Mistral a la joven autora a su casa de Palhuano, una carta afectuosa. Hablábale aquí de la impresión de belleza que le habían entregado sus versos y la aconsejaba reunirlos en un volumen que ella prologaría.

Este generoso ofrecimiento colmó las aspiraciones de la Peralta, enferma ya del incurable mal que la consumía lentamente, y comenzó a seleccionar sus poemas. Pero no logró ser cristalizado en realidad su anhelo. En 1933, ocho años después de su muerte, apareció el libro: "Caravana Parda".

Por esos días la Mistral se trasladó a Elqui. Más de quince años que su vista no se deleitaba con la contemplación maravillosa del valle. Al llegar a Palhuano conoció a María Isabel y desde entonces se estableció entre ambas una noble amistad. Juntas visitaron las aldeas, vestidas ya de las galas de la primavera ardiente, y para Gabriela tuvo ese viaje el mérito de la evocación de su infancia lejana.

La Peralta, en una carta inédita hasta hoy, habla de esos días y adquiere aquí su plasticidad y colorido admirables. "Pobres son las palabras — asegura para decirle del encantamiento de los días pasados con Gabriela. Ella estudia, escribe, me corrige los trabajos, departe como hermana con todo el que hasta ella llega; a todos contenta, y aún nos queda tiempo para adorar las montañas con una idolatría verdaderamente pagana.

María Peralta R.

GABRIELA MISTRAL

La frente ciñe tela poderosa
como su pensamiento forjador...
La vida no lo tala como a rosa;
es eterno el rosal del guardador.

En sombra el ojo; el párpado cansado
de alzarse; fuerte la nariz semita;
Mujer hebrea de caído labio,
que es como un tajo breve que palpita.

Suave el mentón, la línea que lo curva
es la de poma madurada y fresca.
¡El siglo viendo su perfil, se turba
ante el semblante bíblico de piedra.

MARIA ISABEL PERALTA

Voy a procurar trazarle alguno de esos cuadros imborrables que ha formado aquí la maestra y yo se, han de llenarlo a usted de esa alegría mezclada de ternura que me ha colmado a mí. Fuimos, esto sucedió ayer, a un paseo, a pleno campo junto a un hermoso bosque contiguo al río. Allí estaba todo el pueblo, es decir, la gente más representativa, aunque por lo que vendrá después verá usted hasta qué punto llega aquí la verdadera democracia cristiana. Cuando llegamos rompió una banda con un airecillo nada malo, y se inició la fiesta en un ambiente deliciosamente puro y sencillo. Allí ella era la reina junto a quien querían estar todas las gentes con una especie de devoción supersticiosa; y luego el arpa y la guitarra. Es este un acompañamiento que para mí tiene la facultad de hervirme los dolores y hacerlos salir en amargas es-

pumas de lágrimas a los ojos; suyo es un no sé qué de salvaje, de desgarrador... (En este momento está aquí mismo en el cuarto vecino tocando el arpa una mujercita, y ésto hará más ilegible todavía mi carta). Bueno... Pero me salí del tema... En seguida vino la comida, sabrosa y sana como es todo en esta tierra bendita, y después las cuecas, hasta diez parejas bailando: ellas con mucho donaire, los bailadores ya con los ojos muy vivos y con muy vivos decires, por el vino. Gabriela tañaba también y se alegraba, sin violencia, con esa serenidad que tiene para penas y alegrías...

No amo yo la cueca por el baile, así también ella lo advierte, sino por la cadencia medio rebelde de su música y por esos versos que tiene que llegan a ser como garfios en fuerza de verdaderos y de sugestivos. Aquí unos:

El mundo sin compasión
te dirá goza y olvida,
al tiempo de la partida
él verá mi corazón.

¿No encuentra usted esa estrofa embriagadora y a la vez con intenso sabor de vida quebrada?

Ahora, ver descender a Gabriela en trato llano con este par de viejitas que nos hospedan. Una, alegre, de ojo juguetón y muy malicioso decir; la otra, con un rostro bañado de tortura, encerrada en un mutismo lleno de simpatía y de una elocuencia triste, ¡pobre rostro de alma cansada, de vida humilde y rota que se aferra del corazón como una de esas coplas amargadas pendientes de la guitarra! Y ellas la miman rodeándola de una ternísima cadena de amor fuerte, y le ceban el mate y le dicen mil cosas pintorescas que avivan su mirada, como perdida en las montañas, de sus ojos cambiantes y acentúan su risa fresca de mujer buena. Y Gabriela va también desgranando dulzuras en frases como estas: "¡Pero qué tierras, Dios, qué montañas!, ¡si dan ganas de besarlas enteras!..., y las gentes se quedan asombradas y han empezado ellas también a encontrar hermosas sus montañas. Antes no sabían mirarlas".

Las mejores composiciones que debemos a la pluma de María Isabel Peralta fueron escritas en Elqui. Era tierra que ella ha llamado hermana de la Andalucía y que palpita en no pocas de sus estrofas. Recuerdo que una vez le preguntaba yo en una carta si ella amaba a sus montañas. Y en la contestación, en un puñado de frases admirables, me trazó esta aguafuerte: "¿Qué si yo amo a mis montañas? ¿Y cómo no mirlas? Son altas y a las tierras altas no llegan las salpicaduras del lodo, mullidas son como un regazo de madre que se ha ahuecado para acoger y poner bálsamo a la flaqueza de mi cuerpo y al cansancio de mi espíritu. Ellas me han enseñado de la belleza mi antifaz y que aún hay almas blancas como sus cimas. Su doctrina, clara y suave, recuerda a la de Cristo. Habla en parábola la montaña al corazón que se le entrega. La ciudad nunca nos ha dicho nada, es como aquellos idolillos japoneses de Loti: no muestran otra cosa que su lealdad impenetrable. Esta tarde se incendió la cumbre que da a mi ventana y era maravilla ver como se apagaba, poco a poco, como una enorme brasa; después la tarde la cubrió de ceniza y ahora que le escribo parece un carbón suspendido en el intenso azul del cielo. Y pensé en el amor cuando enciende las almas y pensé que mañana se ha de renovar este milagro".

María Isabel Peralta acompañó a La Serena a la Mistral en su regreso. Los que la tratamos de cerca pudimos aquilatar hasta qué punto concurrían en ella, ingenio y simpatía pero estábamos engañados en cuanto a su salud. La sabíamos enferma, pero no nos imaginábamos que su fin estuviera tan próximo. Ella sobrellevaba las dolencias de su cuerpo con singular energía y trataba de desmentir a cada paso, con su palabra ágil, no despro vista de optimismo, la apariencia de su físico que comenzaba a revelar ya la huella de la tuberculosis que la minaba por dentro. Gabriela Mistral con poderoso sentido intuitivo no se engañó al respecto, y cuando escuchaba los proyectos, los ilusorios planes que desenvolvía María Isabel, respondía con una sonrisa triste. Pocos días antes de su partida a Europa me dijo que ella llevaba el presentimiento que la jornada de la joven poetisa, sería breve.

María Isabel Peralta escribió al pie de un retrato en que aparece un perfil de la Mistral, los versos admirables que acompañan a este artículo, estrofas en que hasta el lenguaje es el de Gabriela; en otra composición dijo también al referirse a los poemas de la Maestra:

Gabriela, no forjaron
tu ánfora del pensar del mismo barro
obscurecido, débil y caduco
del pensamiento humano,
sino de arcilla que forjó el eterno
y el alma gigantesca de los mundos,
vaciando,
la hizo verso,
la hizo canto.

Cuando atraviesa el grito de tu verso
la selva espesa de apiñadas almas
se extasían: azotador, el viento,
el albo copo sin hilar del lino,
dóblase el garfio aleve del espino,
se hace más seda el raso de las pomas
y más miel el dulzor de los racimos.

Continúa en la pág. 75)

Gloria Swanson.

Myriam Hopkins.

Toby Wing en su jardín

HOLLYWOOD

VISTO POR HOYNINGEN-HUENE.

Hoyningen-Huené, famoso fotógrafo parisiense, ha llevado a la capital francesa, después de una reciente excursión a Hollywood, una cantidad de documentos; instantáneas en los jardines, poses en los estudios entre dos escenas, todas estas imágenes tienen cualidades de naturalidad y vivacidad, que son, según parece, las características de Hollywood.

En ese sitio, (que no es ni ciudad, ni campo, ni fábrica, sino que lo es todo a la vez), por todas partes se ve actividad y juventud.

Entre las estrellas más características, de los tipos más diferentes, Dolores del Rio se destaca como perfección latina.

He aquí a Katherine Hepburn, una de las más asombrosas personalidades de la pantalla. Aquí también, una belleza eslava: Anna Sten, la verdadera actriz que modela y hace su papel.

He aquí a Claudette Colbert, ante los decorados del film "Cleopatra". Por acá, diferentes variedades del tipo anglo-sajón: Miriam Hopkins, Gloria Swanson, de bellos ojos, Carole Lombard alegre, Toby Wing, jovencita y, por último, Jean Parker, tan juguetona, que solamente una instantánea pudo Hoyningen-Huené tomarla, encaramada a un árbol.

Huené fotografiando a Carole Lombard.

Katharine Hepburn.

Dolores del Rio.

Jean Parker.

Claudette Colbert

Anna Sten

De la Pantalla

Ruby Keeler y Al Jolson, los artistas de Warner-First National, en dos de sus más recientes fotografías.

Al compás de la danza

AL JOLSON Y RUBY KEELER ANIMAN EL CELULOIDE CON SUS BAILES Y SUS CANCIONES

Cuando el cine sonoro se encontraba en sus albores, Al Jolson fué el actor que conquistó más aplausos con esa recordada cinta que arrancó risas y lágrimas: "El loco cantor". Le siguió "El cantor de jazz" y algunas otras producciones de menor importancia. Y desde hace varios años, el maravilloso cantante había enmudecido para el celuloide, mas no así para la radio: en Estados Unidos son famosas sus audiciones. No obstante, no podía estar alejado de la pantalla por tiempo demasiado prolongado: le reclamaban con insistencia sus admiradores y así es como ahora tendremos ocasión de aplaudirlo de nuevo en "Go into your dance", en compañía de su esposa, Ruby Keeler. Los dos, en una obra de trama consistente y cautivadora, lucen sus respectivas habilidades: el canto del uno y las danzas de la otra. Entre la hueste de artistas de los estudios Warner, estos dos se destacan con sólido prestigio.

La nueva producción del cómico Joe E. Brown, se titula en inglés «ALIBI IKE» y en castellano se llama «Don Disculpa», pues el protagonista de ella encuentra siempre un pretexto para disculparse de cuanto hace, lo que, como es de comprender, motiva las escenas más humorísticas y las situaciones más comprometidas que es de imaginar.

«Su primer beso» es el título de la nueva película interpretada por Kay Francis, y pocas veces se ha logrado reunir en una producción un conjunto de tan intenso interés como el que se encuentra en esta cinta. Esto se debe a su argumento, que tiene múltiples ángulos de grande atractivo; al hecho de que Fay Francis es siempre un emocionante factor de inspiración y deleite, y a que está presentada en gran escala y variadísimos panoramas.

Florence Rice y Robert Allen han sido elegidos para compartir los honores estelares en

Will Rogers, actor humorista, ha muerto

Se le conocía en Estados Unidos por el "cowboy filósofo". Su estampa campechana, bonachona, amable, iluminó el celuloide desde la época ya lejana de la cinematografía muda. Will Rogers ha encarnado en su vida cinematográfica infinidad de papeles que la valieron la consagración y el aplauso. Sin embargo, huía de la fama y como verdadero aventurero, partía de improviso en viajes precipitados, en viajes repentinos, y se daba a recorrer horizontes, llevado en las alas de acero de un avión. La cordillera de los Andes le saludó como a un viejo amigo a su rápido paso por Chile y las ciudades más ocultas del mundo le confiaron su secreto: la bondad y la comprensión. Por eso sonreía siempre, por eso su humorismo era el humorismo legítimo de hombre sano y lleno de la sabiduría que ofrece la vida a quienes saben descubrirla.

Desde aquella recordada cinta, "Un yanqui en la corte del rey Arturo", una de las mejores que ha filmado, hasta sus últimas producciones, "The County Chairman", ("La vida comienza a los 40") y "Doubting Thomas", ("Tomás, el incrédulo"), llevaba recorrido un largo camino de no interrumpida actividad. Político, periodista y viajero, su inquietud de horizontes le llevó a las nevadas planicies de Alaska, en compañía de otro favorecido de la fama: Wiley Post. El pájaro mecánico les traicionó: sobre la nieve, ambos encontraron el destino de los verdaderos aventureros: la inmovilidad sin soluciones, que sigue a la muerte violenta.

«Bodyguard», cuyo rodaje se iniciará muy pronto bajo la dirección de Lambert Hillyer. «Guardaespaldas» es más o menos la traducción del título.

Thurston Hall se quejaba; decía que Columbia no le trataba bien, porque solo le empleaba de película en películas; indudablemente a Hall le encanta trabajar y el jefe le prometió «ver lo que podía hacer»... Resultado, Hall ya no se queja, o si se queja es por otro motivo; hoy se halla trabajando simultaneamente en tres películas:

En «La amiguita» con Ann Sothern, bajo la dirección de Eddie Buzzell.

En «Se casó con el patrón» (provisional), en la cual Claudette Colbert interpreta el papel estelar, y

En «Atlantic Adventure» con Nancy Carroll, Lloyd Nolan y Herry Langdon.

Thurston Hall ha tenido papeles importantes en «¡Quéreme siempre!» «El misterio del cuarto negro» y «La canción del dolor», películas recientes de la Columbia.

OTRA PELICULA que recibe los toques finales es «¡Cuidado, señora!»

Jean Arthur y George Murphy comparten los honores en «¡Cuidado, señora!», que dirige Erle Kenton. Otros miembros del elenco son Douglas Dumbrille, Victor Kilian, Shirley Grey, Charles Wilson, Hal Price, Bradley Page y A. R. Haysel.

Errol Flynn y Warren Hull son los dos actores que últimamente ha contrado la Compañía Warner Bros. Los papeles que se les encomendarán han de ser de tal importancia que les aconsejamos que se aprendan de memoria estos nombres que en breve han de ver escritos con luces a lo alto de los teatros de esa ciudad.

Will Rogers en una de sus últimas producciones, la titulada "DOUBTING THOMAS" y en la que trabaja junto a Billie Burke, Alison Skipworth, Sterling Holloway y Gail Patrick.

En una escena de la cinta "THE COUNTRY CHAIRMAN", película interpretada por Will Rogers poco antes de su muerte.

EL JOROBADO

por Máximo Gorki

La luz del sol se esparce por la terraza del hotel.

Una dama que llega del jardín asciende, poco a poco, por los amplios peldaños de la marmórea escalinata. Es una mujer ya entrada en años, muy alta, de semblante rígido y austero; ha fruncido las cejas y apretado los delgados labios, como si acabase de contestar a alguien torvamente:

—¡No!

Se arrebuja en una esclavina de seda dorada, guarnecida de encajes y cubre su cabeza encanecida con una mantilla negra. Lleva en una mano una sombrilla negra también, de prolongado mango, y en la otra un bolso de terciopelo bordado de plata. Sigue en línea recta a través del tejido de rayos luminosos, con paso firme, de soldado, hiriendo sonoramente el piso con la contera de la sombrilla.

En pos de ella, contoneándose como un pato, un jorobado rechoncho sube quedamente la escalera. Su cabezota, cubierta con un sombrero flexible de color perla, se inclina pesadamente. Lleva las manos metidas en los bolsillos del chaleco, lo que le da apariencia de ser más ancho y anguloso. Viste un traje blanco y calza borceguíes de igual color, de suela blanda. Abre la boca con una mueca enfermiza que descubre unos dientes amarillos y desiguales; en el labio se dibuja un bigotito negro y feo de escasos pelos hirsutos, rígidos como alambres. Respira con dificultad, jadeando; menea la nariz muy a menudo, pero no el bigote. Al andar enarca horriblemente las cortas piernas; sus ojos inmensos contemplan el suelo con expresión cansada, de soberano hastío.

Los dos paseantes cruzan la terraza y se encaminan a la puerta del hotel; semejantes a los personajes de las telas de Hogarth, son feos, tristes, ridículos e indiferentes a todo, aún al mismo sol que resplandece alegremente. Parece como que todo se empaña y obscurece a su presencia.

Son holandeses y hermanos, hijos de un comerciante de piedras preciosas, familia cuya vida es muy extraña, al decir de la gente.

* * *

De niño, el giboso era tranquilo y soñador y no gustaba de juguetes: esto no extrañaba a nadie sino a su hermana. El padre y la madre opinaban que aquello se explicaba muy bien, por ser el niño lisiado de nacimiento; pero la hermanita, que tenía cuatro años más que el niño, se mostraba constantemente preocupada por el carácter de éste.

Pasábase siempre junto a él, procurando por todos los medios suscitar la curiosidad del pequeñín y hacerle reír; le ponía los juguetes entre las manos y él comenzaba a edificar pirámides de todas formas. Era muy raro que cediendo a los esfuerzos de su hermanita, se sonriera débilmente. Por lo general, la miraba como solía mirarlo todo, con los ojos henchidos de melancolía con ojos que parecían cegados por algo incomprensible. Aquella mirada enfriaba el entusiasmo de la niña, la ponía nerviosa.

—No quiero que mires de ese modo, porque te vas a volver idiota — gritábale dando con el pie en el suelo. Y le pellizcaba y le pegaba. Entonces el jorobadito se ponía a lloriquear, procurando escudarse la cabeza tras los brazos. Pero nunca trató de escapar, ni se quejó a nadie de que le pegasen.

Más tarde, cuando le pareció que él podía ya comprender lo que era claro para ella, le dijo:

—Ya que eres deforme, conviene que, al menos, seas inteligente o si no todos se avergonzarán de ti: papá, mamá y toda la familia. A todos les dará vergüenza que haya un monstruo en una casa tan rica como la nuestra. En las casas ricas todo ha de ser hermoso e inteligente. ¿Has comprendido?

—Sí — contestó gravemente ladeando la cabezota y mirando a su hermana a la cara con sus ojos inexpresivos.

El padre y la madre estaban admirados del modo cómo se portaba la niña con su hermanito y hacían elogios ante él de esta conducta.

Ella era la compañera inseparable del jorobadito; le enseñaba a servirse de los juguetes, le tomaba las lecciones y le leía aventuras de príncipes y hadas.

Pero él seguía amontonando los juguetes, como si persiguiese un objetivo misterioso. Aprendió poco y mal; únicamente las maravillas de los cuentos lo hacían reírse, pero con una risa callada, penosa. Una vez preguntó a su hermana:

—¿Hay príncipes jorobados?

—No.

—¿Y caballeros?

—Menos aún.

El niño lanzó un suspiro de pesar; entonces la hermanita le puso una mano sobre los rebeldes cabellos y dijole:

—Peros los magos son todos jorobados.

—Entonces yo seré mago— decidió el niño y tras un instante de reflexión, añadió:

—¿Y las hadas son siempre hermosas?

—Siempre.

—¿Cómo tú?

—Puede que sí; aun me parece que lo son más — dijo la niña con una franqueza enteramente pueril.

* * *

Así llegó a cumplir los ocho años. Su hermana observó que, en sus paseos, siempre que pasaba frente a una casa en construcción, se reflejaba en el semblante del niño una expresión de asombro; no apartaba la vista de los que en ellas trabajaban, sino para mirar interrogativamente a su hermana.

—¿Te interesa esto? — preguntábale ella.

—Sí.

—¿Por qué?

—No sé...

Sin embargo, un día se explicó:

—Los obreros me parecen muy pequeños y los ladrillos también; pero las casas que construyen son altas... ¿Toda la ciudad está edificada del mismo modo?

—Claro.

—¿Y nuestra casa también?

—También.

La niña le miró de reojo y dijo resueltamente:

—Serás un arquitecto célebre, ¿oyes?

Le compraron una gran cantidad de cubitos de madera y, desde aquel momento, se entregó por completo a la tarea de construir edificios; se pasaba los días enteros sentado en el suelo, en su cuarto, elevanto tenazmente, silenciosamente, torres y más torres que luego se derribaban con estrépito. Pero él volvía a reedificarlas infatigablemente, y esta operación se le hizo tan indispensable, que aún sentado a la mesa, durante la comida, se empeñaba en construir algo, sirviéndose de los cuchillos y las anillas de la servilleta. Sus ojos habían ido adquiriendo una expresión más profunda y concentrada y sus manos se agitaban incesantemente, tactando los objetos susceptibles de ser aprovechados como material de construcción.

Desde entonces, cuando salía de paseo, se quedaba muy a menudo plantado ante una casa en construcción, observando a los obreros; aspiraba con avidez el polvo de los ladrillos y el olor de la cal hirviente y sus ojos se cubrían con el velo de la meditación.

—Serás arquitecto, ¿verdad?— sugeríale su hermana.

—Sí—respondía resignadamente.

Cierta tarde, después de comer, hallábanse todos en el salón. El padre manifestó que ya era hora que el niño se dejase de juguetes para dedicarse al estudio. Pero la hermana interrumpió en tono de quien sabe que se le tiene por inteligente y ha de ser entendido:

—Supongo, papá, que no piensa usted meterlo en una escuela.

—¿Y por qué no?

—¡Ya lo sabe usted!

El padre, hombre imberbe y muy alhajado, encendió un cigarrillo y guardó silencio. El jorobado, como se tratase de él, se alejó sin hacer ruido; pero fuése retirando muy despacio, de modo que oyó exclamar a su hermana:

—¡Todo el mundo se burlará de él!

—Es verdad — apoyó la madre.

—Seres como él hay que ocultarlos — insistió la hermana fogosamente.

—En efecto, no hay que sentirse orgulloso — encareció la madre—. Pero, ¡qué inteligente eres, nena!

—Tal vez tengáis razón — asintió el padre.

El jorobado volvió sobre sus pasos y gritó desde el dintel de la puerta:

—¡Tampoco soy tonto!

—Eso ya lo veremos — repuso el padre.

Y la madre agregó:

—Nadie dice lo contrario.

—Estudiarás en casa — dijo la hermana, sentando al jorobadito a un lado—. Y aprenderás todo lo que saben los arquitectos. ¿Te gusta?

—Sí, ¡ya verás!

—¿Qué es lo que verá?

—¡Cómo me gusta!

Al saber que su novio había muerto, la pobre muchacha sufrió una aguda crisis nerviosa.

Ella tenía entonces sólo quince años; pero su personita lo dominaba todo, tanto al padre como a la madre. El jorobado parecía un cangrejo y consideraba a su hermanita, esbelta, robusta y linda, como un hada bajo cuyo dominio vivían todos los seres de la casa.

* * *

Unos señores estirados, ceremoniosos, comenzaron a frecuentar la casa y a dar lecciones al niño sobre diferentes materias; le dirigían preguntas y el muchacho confesaba con aire displicente no entender una palabra de ciencias; se los queda mirando con insistencia y vuelve a sus caprichos. Todos se dan perfecta cuenta de que aquel niño piensa de un modo distinto que el resto de la gente; habla poco, pero a veces, hace preguntas raras acerca de Dios, de los ricos y de los pobres.

—¡Hablas demasiado! —observó severamente su hermana, al enterarse de las conversaciones que sostenía él con sus profesores.

—Ellos hablan más que yo.

—Y, además, no ruegas a Dios lo bastante.

—El me ha hecho jorobado...

—¡Ah, ahora sales con esas! —exclamó la hermana asombrada—. Por esta vez te lo perdono; pero no quiero oirte decir esas cosas.

—Bueno.

Ella vestía ya de largo y él sólo tenía trece años.

Por aquellos tiempos, dieron

(Continúa en la pág. 72)

UNA MERKEL
(Foto Metro Goldwyn Mayer)

NELSON EDDY

(Foto Metro Goldwyn Mayer)

ELEGANCIA

Traje en grueso crepe marrocain de seda negra, compuesto de falda tableada en el delantero y chaqueta con vueltas de piqué de seda blanco. Las mangas amplias forman bolero en la espalda como lo muestra la N.o 2.

Este elegante ensemble se distingue por una mezcla de lana de un tono con lana escocesa. La chaqueta del vestido se prolonga con un faldoncito en los costados. Los cortes y pliegues pespuntados repiten el movimiento del faldón y marcan el pliegue delantero. El abrigo tres-cuartos de forma amplia está igualmente adornado de cortes pespuntados como los bolsillos.

1. Elegantísimo abrigo de lana jaspeada y corte muy prolongado y bello adorno de astracán persa.

2. Ensemble compuesto de un traje de lana de hermoso corte y chaqueta con curioso canesú de piel de castor.

DE

1.— Redingote en diagonal marino, cuello blanco y botones de metal.
2.— Simpático traje sastre en franela inglesa, gris perla.
3.— Abrigo práctico con capa de quita y pon.
4.— El adorno de este abrigo consiste en gruesos pespuntes.
5.— Muy dije, hecho en paño beige con botones del tono.
6.— Los bolsillos le dan toda su gracia a este modelo encantador.
7.— Muy original este ensemble en lana a pintas, con capa de corte original.
8.— Las mangas de este ensemble tienen un curioso trabajo de nervures.

ASEO

1. — Abriguito de tweed a cuadros con cuello de paño blanco.
2. — De kasha beige con un cierre doble, adornado de botones.
3.— Traje sastre en franela. Hebilla de metal.
4. — En diagonal, muy sobrio y elegante.
5.— Para el baby será lindo este abrigo cuyo adorno son los botones.
6.— Si se hace este abrigo en terciopelo aborlonado, será precioso.
7.— Abrigo con capa para jovencita, que sirve para acompañar un vestido floreado.
8.— Muy práctico, en sarga marino, con adorno de botones del mismo color.

SOMBREROS

Madame Marie-Alphonsine

1.— Las boinas están tomando una gran fantasía en sus formas. Aquí vemos una cortada en ondas, con adorno de una cocarda de gros grain.

2.— Boina muy echada sobre los ojos. Una cinta que aparece en el frente, va después a formar un lazo sobre la nuca.

3.— Sentador modelo adornado de pespuntes que se coloca muy atrás. Indicado para las mañanas.

ELEGANCIA
sin comodidad no es
ELEGANCIA

NIRVANA ULTIMAS CREACIONES

UNICOS ALMACENES DE VENTA:

AHUMADA 55
TELEFONO 60344.

AHUMADA 323
TELEFONO 84486.

FABRICA:

SAN PABLO 1280

VENTAS POR MAYOR Y MENOR.

Ideas sobre la moda

(De un diálogo cazado al vuelo.)

—Oye, nenita: no es por despreciar estos hábiles zurcidos que salen de tus primorosas manitas, pero preferiría no seguir llevando estas camisas...

— Pero, Pepe, si están todavía en tan buen estado y únicamente tienen estos zurciditos aquí cerca del cuello...

— Tienes razón, vidita, pero precisamente porque estos zurciditos están cerca del cuello es por lo que no quiero llevarlas más...

— ¿Y qué voy a hacer yo con ellas? Porque es una verdadera lástima tirarlas tan bonitas como son...—

¿Y quién habla de tirarlas, señora? Aquí le presentamos cuatro lindísimas blusitas que usted puede confeccionarse precisamente aprovechando estas camisas que su maridito no quiere seguir llevando.

El primer modelo es en fondo blanco a rayas azules; las dos estrellitas de los lados se bordarán en color azul y la del centro en rojo. Cinturón y botones azules.

El segundo modelo es en fondo blanco a rayas grises; el lazo que tan graciosamente cierra el escote se confeccionará en tafetán mitad rojo, mitad negro. Botones rojos.

El tercer modelo es en fondo creme a rayas marrones. Los botones, cinturón y pañuelito se harán de color marrón.

El cuarto modelo es en fondo blanco a rayas rosadas; los botoncitos y cinturón en color negro.

LA MODA DE PARIS

Traje de tarde en grueso crépe marrocain negro; la chaqueta muy suelta se abre sobre una blusa de crepe satén blanco mate.

En lana mezclada gris y negro, este ensemble compuesto de falda sencilla, abrigo tres-cuartos con cuello redondo y blusa de hilo a cuadros negros y blancos.

Este encantador tailleur en crepe de lana celeste pastel se compone de un paletocito suelto adornado de cortes pespuntados; en cada ángulo de los cortes está aplicada una letra del monograma en cuero; y de un traje muy sencillo, cuya falda forma dos tablas a un costado.

Muy juvenil este ensemble en lana de un tono con combinación de lana cuadrillé. El gran cuello nos muestra un corte muy nuevo, encuadrado por la lana cuadrillé.

LE MONNIER. Sombrerito de copa cuadrada en género a lunares celeste y blanco, con adorno azul marino.

Gran Panamá negro, adornado de grosgrain.

GABY MONO.— Canotier negro con tres adornos de plumas de fantasía.

Sombrero de paño blanco con cinta azul marino.

REROS

MARCELLE ROZE.— Pequeño canotier de paja azul marino, adornado con un bouquet de cerezas y de gros grain blanco y rojo.

JANE BLANCHOT.— Bretón de fieltro negro con un adorno de plumas negras, blanco y rojo.

GERMAINE PAGE. — Sombrerito de crepe de Chine pespuntado.

GABY MONO. — Bengala natural, adornado de gros grain en tonos rojos y negro.

LA MODA INFANTIL

Abriguito en lana beige adornado con vuelos en forma.

Para niña este abrigo verde Nilo trabajado con alforzas.

Abrigo para chiquitina en franela blanca con cuello, bolsillos, puños y orilla pespuntados. Botones forrados en la misma tela.

Abrigo en crêpe de lana azul marino. Se completa con una blusita de seda fantasía.

Ensemble compuesto de falda de un tono, abrigo de lana diagonal con cuello, vueltas y bolsillos del mismo género de la falda y una blusita de espumilla en tono claro.

Abrigo en kasha natural.

Vestido de espumilla beige con pechera y mangas de taffetas de fantasía.

Vestido de foulard rojo con puntos blancos.

En crêpe de Chine escocés verde, beige y café este vestido con adornos de crêpe beige.

Almohadón y colchita en crépe de Chine rosa imprimé.
Camisita en fina tela de hilo adornado con plumetis.
Babero de piqué blanco con incrustaciones de piqué rosa.
Batas de gasa de cristal con deshilados y cintas de seda.
Gorrita en fino hilo recogido.
Babero de batista de hilo.
Encantador vestidito de linón blanco con puntos celestes.
Trajecito combinado de jersey celeste y azul.
Vestidito en tela de seda blanca con incrustaciones celeste con puntos blancos.
Vestidito de velo blanco con puntos rosa. Nudos de cinta rosa.
Para una chiquitina este vestidito de organdí adornado con vuelos plisados.

Vestidito de seda adornado con fruncidos y sesgos de tono obscuro.
En espumilla blanca este vestidito adornado con vuelos en forma.
Vestidito en crépe de Chine verde con ondas ribeteadas de blanco.
Vestidito en linón rosa adornado de alforzas y flores sobrepuestas del mismo género.

PALETO TRES CUARTOS

Este abrigo ha sido ejecutado con una gruesa lana hilada a mano. La explicación corresponde al talle 42 (1.90 cm. contorno, 1 m. largo de manga, desde el rebaje 48 cm.) Por cada talle diferente agregar o disminuir 16 p. (8 p. espl. 4 p. en cada del.)

Punto empleado: Este tejido está enteramente hecho con punto de jersey torcido (1 corr. d. tomando los p. por detrás, 1 corr. revés).

DELANTERO.— Se comienza por abajo. Urdir 58 p. Tejer 2 corr. d. Tejer 15 cm. en p. de jersey torcido. Hacer en seguida por el lado 6 veces 1 dism. de a 6 cm. de intervalo, (el borde delantero se teje en línea recta hasta el escote). A los 62 cm. de alto formar la bocamanga dism. 1 vez 3 p., 1 p. cada 2 corr. durante 30 corr. y en seguida 1 p. cada 3 corr. Simultáneamente a los 82 cm. de alto dism. para el escote 1 vez 10 p. y siempre 2 p. con una corr. de intervalo, siguiendo las dism. de la bocamanga hasta que no queden más p. La 2.a mitad se hace igual.

ESPALDA.— Se comienza por abajo. Urdir 102 p. siguiendo la explicación del delantero. Cuando no queden más que 22 p. cerrarlos.

MANGA.— Se comienza por abajo. Urdir 44 p. Tejer 6 cm. en línea recta. Hacer en seguida de cada lado siempre 1 aumento cada 4 cm. A los 48 cm. de alto cerrar de cada lado 1 p. en cada corr. durante 6 corr. y siempre 1 p. cada 2 corr. hasta que no queden más que 20 p. Hacer aún 2 dism. con 4 corr. de intervalo y tejer en línea recta hasta que las bocamangas tengan 25 cm. de alto. Después dism. de un lado para el borde delantero siempre 4 p. con 1 corr. de intervalo hasta que no queden más p. La 2.a mitad se hace igual con las dism. en el lado opuesto.

CUELLO.— Urdir 108 p. Tejer 21 corr. con palillos gruesos y 7 corr. con palillos finos. Cerrar los puntos.

BOLSILLO.— Urdir 30 p. Tejer 19 cm. Cerrar los p.

PLANCHADO.— Planchar por el lado del revés quebrando bien el tejido bajo un lienzo mojado. Hacer las costuras. Doblar los bordes delanteros, las partes de abajo del paletó, las partes de arriba de los bolsillos y los bordes del cuello y pasarles la máquina.

Los tejidos de "Familia"

PRACTICA CHAQUETA

Esta chaqueta es de un corte parecido al traje sastre. La abertura de la espalda, los bolsillos, y las hombreras son detalles muy nuevos. La explicación corresponde al talle 44 (largo, 63 cm., contorno, 1 m., mangas, 63 cm.) Por cada talle diferente agregar o disminuir 20 p. (10 p. del., 10 p. esp.) Esta chaqueta, como es de una forma muy especial, hay que tener un patrón para armarla al cuerpo.

Punto empleado: El tejido está enteramente confeccionado en punto de diamante. Primera y segunda corr. toda al d. 3.a corr: (derecho del trabajo). Tejer 1 p. d. pasar sin tejer el p. siguiente, etc. 4.a corr.: Tejer al d. el p. tejido en la corr. precedente, pasar la lana por delante del palillo, dejar sin tejer el punto dejado sin tejer en la corr. precedente, pasar la lana por detrás del palillo. Volver a la primera corr.

DELANTERO.— Se comienza por abajo. Urdir 120 p. (el borde del del. se teje en línea recta hasta el escote). Del lado de la costura hacer 10 veces un aumento con tres corr. de intervalo. Tejer 4 cm. sin aumento y en seguida hacer 8 veces 1 aumento cada 6 corr. A los 38 cm. de altura formar la bocamanga disminuyendo 1 vez 8 p. y con

1 corr. de intervalo, 1 vez 5 p., 2 veces 3 p., 2 veces 2 p., 4 veces 1 p. y con 4 corr. de intervalo 1 vez 1 p. (28 p. en total). Tejer en seguida en línea recta hasta que la bocamanga tenga 17 cm. de altura. Disminuir para el hombro 12 veces 5 p. Simultáneamente, en la 6.a disminución del hombro, formar el escote disminuyendo 1 vez 12 p., y con 1 corr. de intervalo, 8 veces 5 p., 2 veces 2 p. y 1 p. y en seguida los p. restantes. Segunda mitad igual, formando 6 ojales a 4 p. del borde. El primero a 14 cm. de abajo, los otros cada 8 cm.

ESPALDA.— Se hace en 2 partes unidas por una costura y se comienza por abajo de uno de ellos. Urdir 90 p. Tejer 20 cm. en línea recta y disminuir de un lado 1 vez 20 p. (mitad de la espalda). En la corr. siguiente volver a aumentarle 8 p. (para la costura). Seguir este lado en línea recta. Simultáneamente, del otro lado hacer 1 aumento cada 4 corr., hasta 90 p. en total. A los 38 cm. formar la bocamanga, disminuyendo 1 vez 5 p. y con 1 corr. de intervalo, 3 p., 4 veces 1 p. Cuando la bocamanga tenga 15 cm. de altura, disminuir 10 veces 4 p. (hombro). Terminar como el delantero. Segunda mitad igual.

MANGA.— Se comienza por abajo. Urdir 58 p. Tejer 12 cm. en línea recta. Disminuir 30 p. en uno de los extremos del trabajo. Tejer todavía 15 cm., haciendo del lado de los p. disminuidos 6 veces 1 aum. con 2 cm. de intervalo. Dejar este trabajo y hacer una segunda mitad igual sobre 80 p., disminuyendo del lado opuesto 36 p. Juntar las dos mitades en un mismo palillo; el lado de los p. disminuidos, al centro, y tejer haciendo de cada lado 1 aum. cada 5 corr., hasta 110 p. en total. Cuando el tejido tenga 47 cm. de altura, disminuir de cada lado 1 vez 5 p. y siempre 1 p. en cada corr. y a cada lado, hasta que no queden

(Continúa en la pág. 74)

VUELVE EL CROCHET

Una bonita colección de puntillas realizadas al crochet y que sirven de adorno a diferentes prendas de ropa blanca de la señora y del nene aparecen en esta página. Fáciles de hacer y novedosas, darán ellas trabajo a las numerosas adeptas del crochet que en estos últimos tiempos, con el auge de los palillos, estaban con las manos caídas en el regazo. Pero el crochet vuelve y triunfalmente...

Blanco

Motivo bordado al realce que puede aplicarse a sábanas, fundas, almohadones y otras lencerías.

MOLDES DE FAMILIA

Un simpático y juvenil modelo de traje sastre ofrecemos hoy a nuestras lectoras aficionadas a la costura. Hecho en fina lana de color claro, beige o gris, con botones obscuros, se llevará con una blusa camisero y una bufanda a pintas, siendo una tenida muy apropiada para la mañana y para los días semifríos de la próxima estación.

El molde de chaqueta y falda se despachan al recibo de su carta y de treinta centavos en estampillas. Dirigirse a: "Familia". Casilla 84-D., Santiago.

ESTAFETA

DESPACHA: MARI-SOL

MARIANGELICA, Santiago. —Eso es cuestión personal. Si usted está contenta con la cadena y por añadidura gana dinero, otros sólo han sacado de ella desembolsos y malos ratos. Y hay que respetar la opinión de todos.

UNA ETERNA AGRADECIDA.—Daremos el abrigo tejido que usted solicita. Si sus pómulos son prominentes, radique la originalidad de su tipo justamente en ese defecto. Depile y alargue sus cejas, sombreando los ojos en el párpado superior; si es usted rubia: con negro y azul; si es morena: con negro y ocre. Sonría y pinte entonces sus mejillas, no mucho, poniendo encima los polvos. Use un peinado que deje libre la cara, todo echado atrás, con raya al lado, un poco baja. Acentúe la boca, pintándola integramente. Imite a Sylvia Sidney, la artista de cine, que tiene esas características eslavas suyas. Y vea cómo ella ha sabido darle interés a eso que usted considera una desgracia. Acuérdese que hoy por hoy no se le pide a la mujer belleza perfecta, sino interés y personalidad. A sus órdenes y encantada de servirla.

LIDIA DE MARCOS, Santiago.—Los primeros números de la revista están agotados. Gracias por sus gentilezas.

ELIA, San Bernardo. — No hemos podido descifrar su apellido, señora. Indique, además, cuál molde desea y en qué número de la revista apareció.

JOSE BERNAL, Santiago.— Aún no se ha descubierto nada para eliminar la barba. Resignese a la Gillette todas las mañanas. Para los labios use cualquier producto a base de mentol.

Buen tono

En los paseos es costumbre hacer tertulias animadas, pero guardando la debida compostura, evitando las conversaciones en alta voz y las risas estrepitosas.

Para conducirse bien y no obstaculizar el paseo ni tener que hablar a gritos para entenderse, lo preferible es no ir en grupos de más de cuatro personas.

En los encuentros en las escaleras cederemos la preferencia, que es el lado de la baranda, a las personas respetables por cualquier concepto.

Si la escalera es estrecha y se encuentran en ella dos personas, la que sube esperará en el relleno más próximo, a fin de dejar paso a la que baja. Cuando es un superior en categoría o edad el que sube e inferior el que baja, debe éste invitar al otro a que suba, esperando él en el rellano.

La vida activa de las grandes ciudades, la aceleración que tiene la circulación en sus calles céntricas y más que nada la gran cantidad de vehículos que en determinadas horas las cruzan en todos sentidos, hacen necesaria una atención sostenida para no ser atropellado. En algunas ciudades de Norteamérica, Filadelfia entre ellas, vista la gran cantidad de accidentes callejeros, han establecido un pequeño tratado del arte de andar por las calles, que se enseña en la escuela primaria, y aseguran que desde que se aprende en el colegio la manera de atravesar las calles, montar y descender de los tranvías, etc., son menos las víctimas de los vehículos. Las principales reglas que deben observarse como condición esencial en los lugares de mucho tránsito, son las siguientes:

1.a La calle se debe atravesar en sentido perpendicular a la acera, y no diagonalmente.

2.a Para atravesar la calle debe buscarse siempre un sitio de paso, o sea, las bocacalles, donde el Municipio, previsor, ha colocado un guardia que protege el paso de los viandantes, o bien un pequeño poste con el rótulo indicador, señales puestas en el pavimento o luminosas.

3.a No bajar del tranvía o autobús fuera de las paradas, puesto que en este caso estamos expuestos a ser atropellados por algún auto, aunque sepamos subir y bajar de los vehículos en marcha con la ligereza de un acróbata.

4.a Si se quiere subir en un taxi de alquiler, se le hará seña con la mano, desde la acera, para que se acerque, sin que vayamos al medio del arroyo, aunque allí esté la parada.

5.a En un caso de peligro, si por casualidad nos encontramos en medio de la calle rodeados de autos, lo mejor es no azorarse y permanecer quieto en un sitio, hasta que la circulación se aminore un poco y nos permita atravesar la calle; los choferes cuidan de sortear al transeúnte que se queda quieto, y no hay el peligro de que, por salvarse, se tire el propio peatón bajo las ruedas del vehículo, que es lo que muchas veces ocurre.

6.a Marchar ordenadamente por la acera que le corresponda, sin atropellar a los demás por el prurito de ir aprisa, muchas veces sin motivo justificado.

Claro está que a los citados consejos cabría añadir todavía algunas recomendaciones, mas creemos que bastan para tener ligera idea de las precauciones que es preciso adoptar para no ser víctimas de los accidentes de esta índole que diariamente llenan la fatídica crónica de los sucesos, en las grandes urbes.

ULTIVE SU BELLEZA

LA MUJER MADURA

Ya no es joven (no hablo más que del aspecto, puesto que el acta de nacimiento no tiene nada que ver en este asunto); ya no es joven y todavía no es vieja. Conserva una cabellera suficiente; la mitad de sus dientes son verdaderos; su silueta, aunque un poco abultada, todavía no es la de una abuela. ¿Qué hacer de todos esos elementos, cómo jugar esa partida de la que los mejores triunfos han desaparecido y que, sin embargo, no puede considerarse aún como perdida?

Siempre es bueno aconsejar que se luche. Pero la lucha debe amoldarse a las circunstancias.

Aceptar el *diminuendo* me parece la mejor táctica.

Cierto es que, nada tan difícil como ser razonable.

Pero la extravagancia y la edad madura no se hicieron para caminar del brazo.

Vestirse y arreglarse según su edad, es la mayor prueba de finura y de inteligencia que una mujer pueda dar.

Mientras que causa ilusión, mientras que puede — valga la frase — figurar en servicio activo, que en él esté.

Pero, ¿quién la avisará que ha llegado la hora de pasar a la reserva y, después, de jubilarse?

Con gusto invitaría a las "canosas", como dice J. J. Renaud, a que no tarden en hacerlo. Sería una coquetería suya si parecieran pasar demasiado pronto al reino de lo apartado. Por ejemplo, vistiéndose sistemáticamente de negro y muy sobriamente; llevando sombreros severos; disminuyendo los afeites o refinándolos hasta convertirlos en casi invisibles; aceptando la palidez, y así sucesivamente.

Eso no las impediría vigilar cuidadosamente su posible gordura y cuidarse meticulosamente. Pero lo harían con más hipocresía, aparentando poseer eso a lo que, según dicen, han "renunciado".

Veamos en lo que se convertirá aquella que quiera continuar la lucha hasta la muerte.

Supongámosla suficientemente artista para no caer en la caricatura; lo bastante rica para pagar a reparadores y remendones de carne humana.

He tenido ocasión de acercarme a una de las más bellas muestras que puede imaginarse de estas reparadas y remendadas. Una juventud científica había sido pacientemente devuelta a la que había pasado ya de los sesenta y cinco años; todos los maestros habían participado en la operación, desde el peluquero hasta el cirujano, pasando por el dentista y el masajista.

A esta pseudo dama joven la había conocido yo, cuando niña, auténticamente lozana. La volvía a ver como un modelo del moderno remiendo.

Claro que se había sacado partido de los elementos existentes. Pero, a pesar de ello, era imposible reconstituir, mirándola, la persona que antaño había yo conocido.

Entonces, era morena, con lisos cabellos color de cuervo, pálida, vigorosa, de formas marmóreas, de linda nariz remangada, de ojos rasgados, de boca carnosa, de dientecitos uniformes.

Cuando me dijo su nombre, quedéme asombrada y me puse a observarla a hurtadillas. Estaba conversando con otras. Reconocí su voz, su gracia especial, su biografía. Era ella. Y, sin embargo, de ella no tenía nada.

Esta suerte de aparecida no dejaba de causarme espanto. Su cuerpo seco, casi privado de pecho, no había conservado nada de sus líneas de antaño. Una cabellera rubia y rizada caía sobre sus ojos alargados como los de una china, comunicando su sombra a las mejillas tersas y sonrosadas. Larga y recta nariz, clásica, dominaba una boca fina que sonreía luciendo dientes en forma de almendras y en dos hileras impecables. Los pómulos

aparecían pronunciados en forma que antes no hubiera podido adivinarse. En una palabra, era evidente que un nuevo esqueleto vivía en aquella criatura inquietante, en aquella segunda encarnación de una misma personalidad.

Hubiera sido difícil decir por qué aparecía claramente el artificio, aun a los ojos de los que por primera vez la veían. Pero algo de lamentable emanaba de ella, algo contra naturaleza, algo *mecánico*, algo que oprimía el corazón.

Una de sus amigas me hizo saber que se había pasado dos años entre zurcidos, cosidos, modelados; dos años de operaciones y de tratamientos; dos años, igual que si hubiese sido un gran mutilado de guerra.

Además, de su peluca y de su dentadura postiza, las nuevas adquisiciones y las supresiones podían resumirse así: un hueso de pollo en la nariz, parafina en las mejillas, operados y recosidos los senos, extraída la grasa del abdomen, las sienes cortadas y saturadas, sin contar los masajes, el aire caliente, la gimnasia, el régimen alimenticio y otras prácticas de tortura que hicieron de la pobre mujer una verdadera mártir del narcisismo.

¿Valía, el resultado, la pena de sufrir tanto? ¡No!

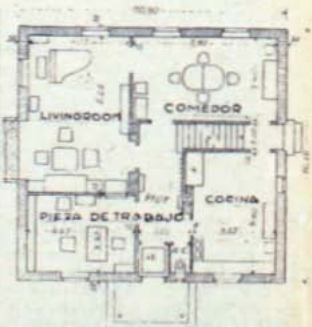
Fácil era adivinar que la infeliz muñeca viviente no era sino provisional, sometida a una vigilancia estrecha y dispuesta a volver en seguida a las mesas de operación, cuando las carnes volvieran a distenderse al empuje perentorio de la vejez...

"Hacia mal"; no puede decirse de otra manera.

Hermanas mías, no imitéis su ejemplo. Renunciar con elegancia, vale más que su trágica rabia. ¿Queréis un remedio contra la desesperación que causa envejecer?... Amad la juventud de los demás, porque es éste el mejor medio de volver a hallar la vuestra.

CASAS e INTERIORES

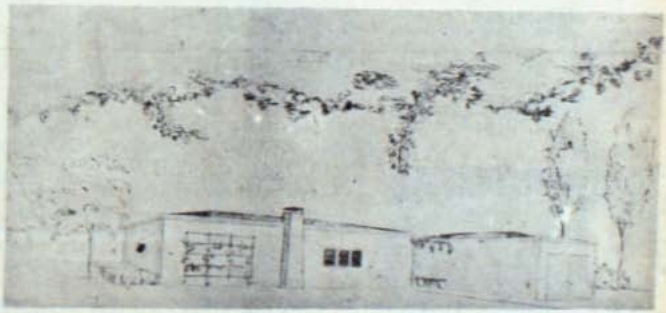
alemán para una casa pequeña, pero que a la vez resulta muy confortable, por lo bien que está dispuesto el plan de los dos pisos. Como decíamos en el número anterior, ahora las casas se comienzan a proyectar desde adentro para afuera. Esta casa es otro ejemplo de tal método moderno de hacer un plano. A pesar de lo sencillo del exterior de esta pequeña residencia tiene algunos detalles que la hacen muy simpática. Mostramos el detalle exterior e interior del pequeño balcón sobre el "porch" de

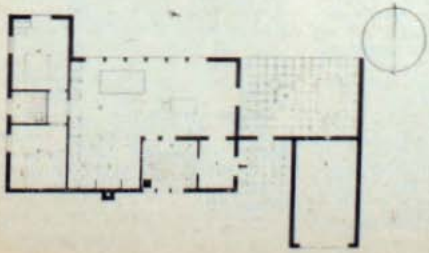


La tendencia moderna es ocupar muy poco espacio con el plan de una casa, de suerte que los arquitectos se afanan por concebir disposiciones de piezas y dependencias que sean tan compactas como posibles. En esta página se muestra un proyecto entrada. Una amplia puerta reemplaza a la acostumbrada ventana del segundo piso. En el primer piso los costados tienen anchísimas ventanas que conjuntamente con el elevado techo crean la ilusión aun en esta pequeña casa, de amplitud y comodidad.

Una casa de verano

Por fin encontramos aquí una casa que realmente cuesta poquísimo construir y que dará a usted toda la satisfacción de una gran casa. Dos pequeños dormitorios con una cama doble o dos camas gemelas, un amplio living-room, baño, cocina y un patio abierto con garage. La manera más práctica de pasar un agradable verano es la de construir una pequeña mansión como ésta, ya sea en la montaña o al lado de alguna playa. Los materiales más adecuados para un construcción de este estilo, son los tabiques de ladrillos o madera, o madera y adobes. Estos últimos necesitan una mantención cuidadosa, enlucido todos los años y evitar las goteras. La techumbre debe ser muy sólida, sobre todo, si se trata de construirlas en la playa, donde los vientos y el aire de mar son dos elementos destructivos. También se puede pensar en hacer esta casa de piedra y hasta de cemento armado. En el caso de la piedra, la construcción tomaría un aspecto agreste muy original.





NOTICIARIO FEMENINO

Mary Yan.

MARI YAN publica una novela — "Mundo en sombra" — que está siendo muy elogiada por la crítica. Es la historia de un muchacho nacido en un despacho de barrio, hijo de gentes humildes y trabajadoras, que lentamente va subiendo de esfera social a medida que el despacho, en sucesivas etapas, se transforma en una casa importadora. Tiene una unión vulgar y desgraciada y se va a Europa donde al albur de viajes, conoce a una mujer chilena y aristócrata. Una especie de juego empieza entre ambos. En él sin mayor interés sentimental. En ella sincero y apasionado. El vuelve a la patria y ella, desesperada con la ausencia que le confirma su pasión, se da a seguirlo. Pero acá encuentra un hombre frío, tomado por el rodaje del trabajo y por una especie de sentido clasista, que lo separa en absoluto de ella. La mujer regresa a París deshecha. Y la vida del hombre continúa en la rutina oficinesca, sin gloria ni pena de amor.

Ginés de Alcántara.

Colette.

Es curioso que la primera parte de este libro, justamente la que pasa en un medio completamente ajeno a Mari Yan — en la vida diaria María Flora Yáñez de Echeverría — sea la que tiene mayor vigor en sus personajes, bien enderezados en la mediocridad de sus destinos, la que posee una atmósfera más propia, la que ostente mayor flexibilidad en los diálogos, más tersura en el estilo y mayor equilibrio de construcción. Pero en cuanto asoma París e Irene— la mujer, — todo se convencionaliza y las cualidades que en la primera parte se mostraran generosamente, se reducen a lo parvo, que limita con el boceto. Da la impresión de que la autora cobrara miedo a su heroína y diera de ella sólo lo justo para ponerla en pie. Y la silueta nos resulta un poco en papel recortado, sobre todo, contrapuesta al muchacho y a todo el mundo que bulle vitalmente en la primera mitad.

Pero este libro, tenga los defectos que tenga, marca un paso de Guiliver hacia adelante, en estas tareas novelísticas de Mari Yan, distancia que parte de su obra anterior, donde asomaba "una promesa" de escritora. En "Mundo en sombra" hay "ya" una escritora, realizada imperfectamente, pero con medios propios, aunque tanto esquivos por el momento — que a corto plazo serán por ella dominados.

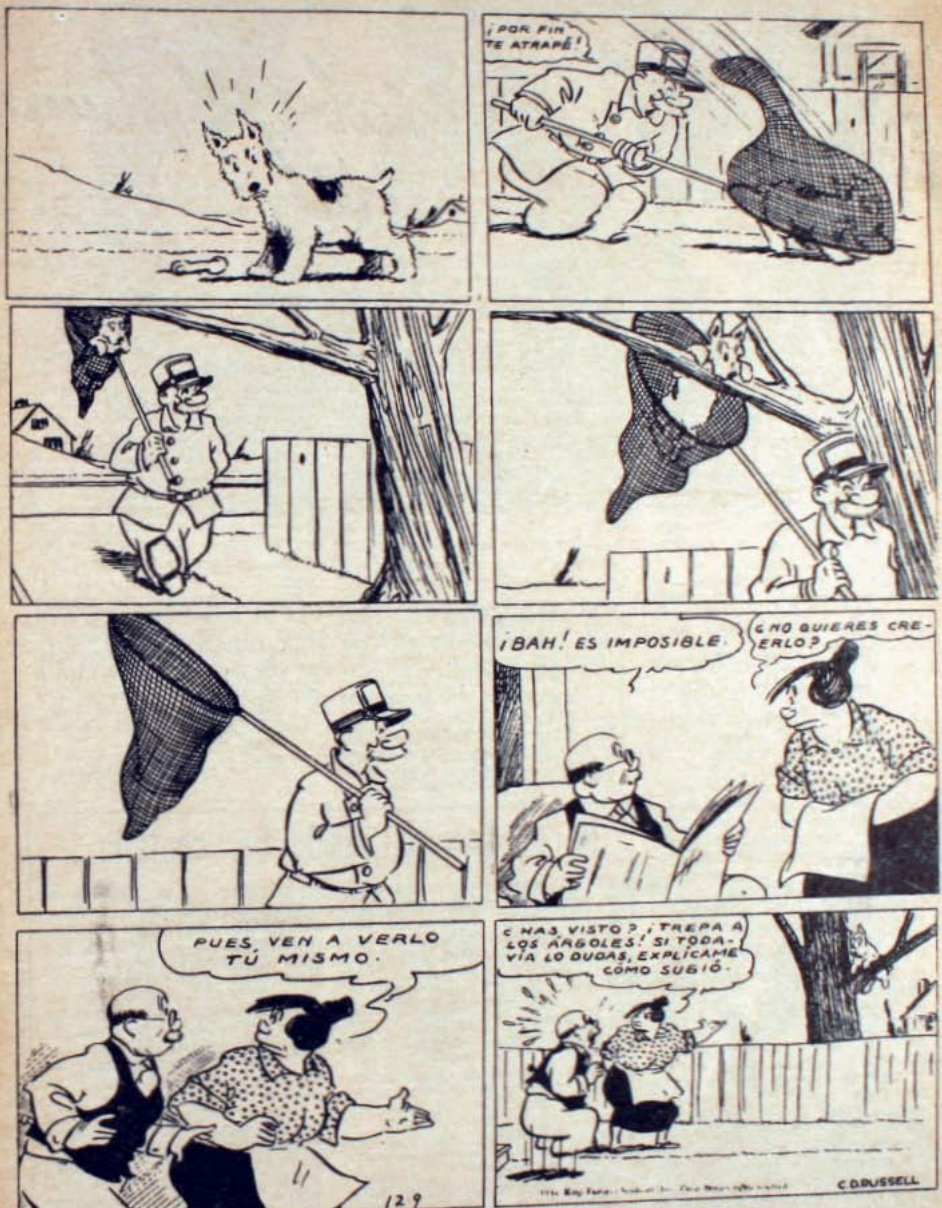
COLETTE, la admirable de "La Vagabonde" y de "Cheri", acaba de realizar un crucero en el Normandie, enviando desde a bordo y por radio a "Le Journal" de París, las impresiones de viaje, deliciosas notas de ironía aderezadas de pimienta y sal, livianas y sorprendentes.

GINES DE ALCANTARA encabeza un movimiento tendiente al pronto despacho de la ley — ya autorizada por nuestro Congreso y auspiciada por el presidente Alessandri — que crea para Gabriela Mistral una renta que la permita vivir libre de angustias económicas, movimiento cristalizado en un manifiesto que firma un copioso grupo de mujeres de toda tendencia, lo que vale decir que frente al talento de la autora de los "Sonetos de la Muerte", las mujeres de Chile forman un solo haz de devoción, de admiración y de afecto.

ROSITA RENARD ofrece su primer concierto en el teatro Municipal, siendo calurosamente celebrada la forma brillante y perfecta en que desarrollara su programa.

CAMERAMAN.

AVENTURAS DE BONZO



La escoba y el plumero

consejos de Tía JACOBITA

PERROS CON PULGAS.

Mi correspondencia va siendo cada vez más importante. Esto me llena de orgullo, porque veo que mi sección tiene lectoras atentas y amables, que a la vez que confían en la experiencia de mis muchos años, cuentan con la buena voluntad que tengo para servirlas. Algunas sólo me dicen palabras simpáticas. Otras me piden consejos sobre esto o aquello. Y créanme ustedes que estoy muy contenta, que les agradezco las palabras y que estoy dispuesta a todos los consejos que necesiten.

Ahora tengo ante mis ojos una carta de **Mendocina**, una señora que vive en el campo, en una gran casa colonial. Tienen muchos perros a los cuales regalonea, pero que, desgraciadamente, se llenan de pulgas e infestan a los niños en tal forma, que no halla qué procedimiento adoptar para que los fieles compañeros se vean libres de parásitos. Y no sólo ellos, sino que los niños y los habitantes todos de la casa.

Vea usted, señora **Mendocina**. Si se quieren tener perros caseros, hay que resignarse a cuidarlos poco menos que a los propios niños en el aspecto aseo. Debe bañarlos diariamente con jabón especial, que les mate todo bicho. Cuando son perros peludos, se emplea un cepillo de cerdas duras y largas, para que el jabón llegue hasta la piel. Luego se los enjuaga y se los seca, ya que el perro tiene mucha facilidad para atrapar pulmonías. Lo mejor es trasquilarlos en cuanto llega el calor, que es la época en que mayor cantidad de pulgas tienen. Una vez secos, se los peina. Debe también cuidarse de que la cama en que duermen esté limpia, sacudiendo los gangochos o felpudo que les sirve de cama. Nada se saca con bañarlos, si no se les vigila el sitio en que se acuestan, sobre todo si se trata de una caseta. La madera siempre es buena albergadora de parásitos. Hay entonces que lavarla con agua y un desinfectante, que puede ser creolina.

Cuando se trata de perros grandes, de ésos que cuidan por lo general las casas de campo, la cosa se complica más, porque en verdad es pesado trabajo el de bañar diariamente a un perro de esa clase. Pero si se quiere que el perro se mantenga limpio y se lo deja jugar con los niños, no hay otro remedio que resignarse a tal tarea. Lo que se hace entonces, es bañar el perro sólo dos veces por semana, pasándole todos los días un peine que lo libre de las pulgas que haya podido atrapar. Se le vigilará la caseta y se pondrá bajo la cama un poco de poleo o de hojas de nogal, que ahuyentan las pulgas. Así se puede prescindir en cierta forma del baño diario. Con los perros chicos hay que obrar en la primera forma, ya que por su corta estatura tienen más facilidad de que las pulgas los infesten.

En todo caso, si los perros no están mantenidos en un perfecto aseo, debe prohibirse que los niños jueguen con ellos, ya que a más de parásitos les pueden pegar una cantidad de enfermedades desagradables. Si el perro es el compañero del niño, hay que empezar por vacunarlo contra la rabia — sobre todo ahora, en que hay una verdadera epidemia de esta terrible enfermedad —, cuidando de que esté limpio, de que coma cosas sanas y que tenga agua en abundancia, agua limpia y constantemente renovada.

Si el perro no se tiene en estas condiciones, volvemos a decirlo a la señora **Mendocina** y a todas las señoras que poseen perros en general, es necesario prohibir terminantemente a los niños que se acerquen siquiera a ellos, ya que se juegan la salud y tal vez la vida.

TIA JACOBITA.

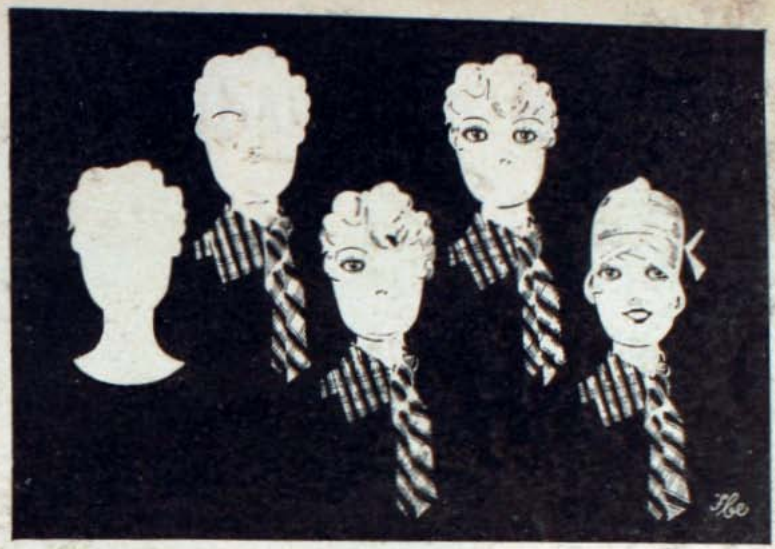
No es secreto, puede Ud. contarlo...

Para limpiar las alfombras no hay nada mejor que echar en ellas el té sobrante de las infusiones, barriendo después con una escoba dura y limpia. El té hace que se adhieran a él todas las pelusas y toda la tierra, dejando la alfombra perfectamente aseada.

Para que el papel que se emplea en las pantallas adquiera aspecto de pergamino, basta sumergirlo en una mezcla — por partes iguales de peso — de ácido sulfúrico y agua, se saca y se enjuaga, dejándolo secar a la sombra y sin calor artificial.

Para dar brillo a los muebles basta pasarles una muñequilla impregnada con una mezcla por partes iguales de trementina y aceite de oliva. Si tuvieran manchas provocadas por agua, se quitarán con cera blanca y aceite de olivas, mezclados y recalentados al baño de María. Nunca debe pasarse la muñequilla a lo largo del mueble, sino que frotando en redondo, por pequeñas zonas; una vez que se haya logrado brillo en una de ellas, se pasa a otra.

Para evitar que la cebolla quede fuerte y que haga, además, daño a los ojos al picarla, basta hacer este picado dentro del agua, llenando un recipiente en el cual se sumirán las manos, procediendo al trabajo en el fondo.



Así como ésta. adquirirá su negocio su verdadera fisonomía, utilizando nuestros trabajos de imprenta. No podemos hacer trabajos malos, porque tendríamos que alterar nuestro sistema de impresores de primera clase, pero podemos hacerlos tan baratos como los trabajos peores de plaza.

UNIVERSO

SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA

CALLE JOSE T. RAMOS 105.
Valparaíso.

AHUMADA 32.
Santiago.

FREIRE esq. CASTELLON.
Concepción.

LO QUE LA CAMPEONA MUNDIAL DE TENNIS PIENSA DE ANITA LIZANA

Helen Jacobs.

(Correspondencia especial para "Familia" de CHESTER FIELD)

Helen Wills Moody acaba de regresar a su hogar californiano después de su jira triunfal por Europa. A pesar de haber estado alejada de los "courts" por orden médica, de junio de 1933 a mayo del presente año, su ausencia, al parecer no le ha sido perjudicial, pues, como nuestros lectores chilenos recordarán, Helen batió holgadamente en las finales de Wimbledon a su compatriota Helen Jacobs, recuperando así el cetro y la corona del campeonato mundial del tennis femenino.

Helen ha rechazado varias ofertas sumamente ventajosas para filmar películas de carácter deportivo. Ella aspira sólo al descanso y a la tranquilidad de su hogar.

Su actitud en esto es distinta a la de otros campeones mundiales, que se valieron del renombre que les diera su deporte favorito para ganar suculentas sumas en la pantalla. Dempsey, Carpentier, Carnera y Baer, entre los boxeadores; Paddock, sprinter; Jonny Weissmüller, nadador; Bobby Jones, campeón de golf, y Frank Shields, campeón de tennis, recién llegado a Hollywood con un contrato en la cartera, son unos cuantos ejemplos.

Conversando en días pasados con un grupo de amigos y dirigentes del tennis local, en el Olympic Club de San Francisco, manifestó Helen que durante su

Anita Lizana.

permanencia en Inglaterra había tenido ocasión de ver jugar y observar con bastante interés a Anita Lizana, "the pocket star" (la estrella de bolsillo), como la llamó, agregando que la opinión que de ella se había formado era altamente favorable. Reconoce en Anita condiciones excepcionales. Su juego recuerda mucho el de Suzanne Lenglen, la gran campeona francesa, y la más gran jugadora de todos los tiempos. Le falta a Anita, para llegar a la "cumbre", cierta experiencia que se adquiere únicamente enfrentando a jugadoras de calidad. Cree Helen que, con un poco de suerte, puede Anita llegar a las finales de Wimbledon el año próximo, siempre que se dedique a jugar en canchas de césped, por lo menos durante un mes antes del campeonato.

Helen Wills es esposa de W. Moody, corredor de la Bolsa de San Francisco, y entusiasta yachtman. En sus momentos desocupados, la campeona mundial se dedica a la pintura con éxito poco común.

C. F.

Helen Wills.

La señora y la cocina

Los escabeches

Resulta muchas veces que por algo inesperado llega a nuestro poder una cantidad apreciable de elementos comestibles: caza, pesca, aves. No hay forma de agotar todo aquello en un día ni es posible, tampoco, darles durante una semana conejo en toda forma cocinado a la familia, hasta que los cuatro conejos que nos han mandado de regalo se agoten. No tenemos un refrigerador en qué conservarlo. ¿Entonces? Pues, no queda otro remedio que recurrir a los escabeches, fáciles de hacer, sabrosos y que se pueden mantener en perfecto estado lo que en ellos se condimente.

Hay que contar con tres cosas imprescindibles en esta tarea. Primero. Tener un bocal de vidrio o de greda vidriada para colocar el escabeche, con una tapa que ajuste perfectamente. Segundo. Disponer de vinagre natural, prefiriendo el que sea hecho con vino blanco. En todo caso, si no se pudiera encontrar vinagre de esta clase, se recurrirá al de vino tinto, más común y preferible a los otros que se expenden y que son hechos artificialmente, a base de productos químicos. Por lo tanto debe buscarse un vinagre que dé entera confianza en su pureza. Tercero. Que el aceite sea de oliva, porque el de soya hace que las carnes, sobre todo, adquieran un gusto desagradable.

Debe hacerse el escabeche en forma de que cubra por completo la carne o pescado que se vaya a conservar en esta forma. Las especias deben ponerse con cierto tino y en equivalencia, ya que si una de ellas prima, se pierde ese gusto a "todo" que debe poseer el escabeche. En cuanto a las verduras que acompañan a ciertos preparados — como ser pato, perdices, pichones, tórtolas, etc—, deben ser cortadas en forma agrandable a la vista, poniendo, si es posible, las cebollas de las llamadas reina, que son chiquitas y redondas, todas iguales. La zanahoria debe cortarse con un cuchillo especial que le da forma de estrella o de cubos y si no se dispusiera de él, cortarlas en ruedas un tanto gruesas. El apio debe cortarse en trozos todos del mismo tamaño que se amarrán en pequeños mazos. Las chalotas también hay que elegirlas parejas, lo mismo los pepinillos y el ají.

En esta forma se pueden aprovechar, por añadidura, sobras de comidas, como ser pescado frito y diferentes carnes de aves o de caza.

Se servirá el escabeche de primer plato, con una ensalada cruda o cocida que se lleva aparte para que cada cual tome su ración. También se puede agrovechar el escabeche, desmenuzado, para la confección de budines, de tortillas, de pasta para sandwiches, de rellenos, etc.

Aquí tienen ustedes, amables señoras, una serie de fórmulas que les permitirán hacer escabeches de diferentes clases.

LA HERMANITA HORMIGA

SARDINAS EN ESCABECHE.

Preparadas en la forma que va a continuación pueden durar hasta una semana, siendo su sabor muy parecido al de las sardinas que vienen en latas.

Se escaman y se limpian muy bien las sardinas, sin quitarles las espinas: entonces se enharinan y se frien, poniéndolas una junto a otra en un barreño grande de porcelana, de vidrio o de greda vidriada. En el aceite en que se frieron se echa una hoja de laurel y unos granos de pimienta enteros, luego se añade un poco de vinagre y se vierte esta salsa sobre las sardinas, cubriéndolas bien, para lo cual, si fuera necesario, se pone más

Una sopa para banquete: Sopa Duquesa

Se cuece una gallina gorda con un mazo de verduras en que habrá perejil, apio, nabos, zanahoria y puerros; más un poquito de sal y dos granitos de pimienta negra. Una vez tierna se saca y se despelleja, sacándole toda la carne, que se pasa después por la máquina, uniéndola en seguida a cuatro yemas de huevo y arroz cocido en agua con sal, en proporción de una cucharada de pasta de gallina y otra de arroz. Se pasa todo esto por el colador, con la ayuda del propio caldo en que se cociera la gallina y que estará previamente colado.

Este caldo, que debe resultar un poquito espeso, como una crema clara, se sazona y se hace hervir suavemente para llevarlo a la mesa en una sopera en que se habrán puesto trufas finamente picadas y trocitos de flan, más una cucharada de mantequilla.

Es simplemente exquisita.

El pescado se limpia ahora fácilmente con la ayuda de este pequeño aparato.

Un barreño de greda vidriada es absolutamente necesario para conservar los escabeches.

aceite crudo. Se tapan perfectamente y a las veinticuatro horas se pueden servir como entrada con una ensalada de achicoria, de berros o de lechuga.

CONGRIO EN ESCABECHE.

Se frie en aceite el congrio y se coloca en una bocal de greda vidriada. Se machaca un ajo en el mortero con dos gramos de pimienta negra y la punta de un cuchillo de azafrán, se les agrega una cucharada de vinagre de vino, sal y aceite gota a gota para formar una salsa. Se bate bien y se vierte sobre el pescado, que se recubre con una cantidad por partes iguales de aceite y vinagre.

A las veinticuatro horas el pescado está listo para servirlo. Esta misma salsa puede usarse con otra clase de pescados.

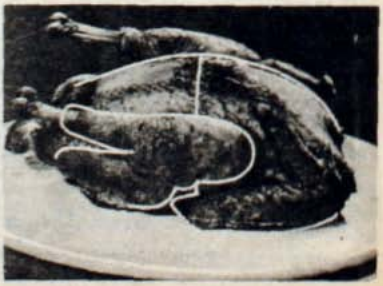
PESCADA ESCABECHADA.

Se limpia y se corta en pedazos que se frien y se colocan en un barreño de greda vidriada. Se le echa un pocillo de vinagre, otro de agua, el jugo de dos naranjas agrias, sal, dos granos de pimienta, una hoja de laurel y una pinta de azafrán. Se sirve aliñándolo con aceite y se acompaña con una ensalada de berros. Este escabeche sólo dura veinticuatro horas en perfecto estado. Es muy económico e indicado para aprovechar restos de alguna comida.

SARDINAS RELLENAS EN ESCABECHE.

Se machacan huevos duros con un poco de cilantro, pimienta

Si las sardinas se colocan en esta forma, la presentación de ellas en la mesa será un gran triunfo.



Vea usted cómo debe trinchar las perdices al servirlas.

blanca y sal, agregando dos yemas crudas para ablandar y unir perfectamente la masa. Hecho esto se limpian las sardinas, se abren y se rellenan, cerrándolas con cuidado para que tomen su forma primitiva. Luego se enhuevan y se frien en aceite abundante, ya que todos estos fritos están hechos a base de abundancia en el aceite de las frituras. Se hace un escabeche con vinagre y toda clase de aliños, se le da un hervor, se espuma y se vierte sobre las sardinas que se habrán colocado en un barreño. Se les agrega unas ruedas de limón sin cáscara y se deja por dos días bien tapado.

Se llevan a la mesa en una fuente rodeada de cogollos de lechuga, de rajas de limón y de aceitunas.

Es muy sabroso, pero no dura más de otros dos días.

CONEJO ESCABECHADO.

Este conejo así preparado dura tres o cuatro días, es fácil y agradable al paladar.

Limpio y hecho pedazos el conejo se cuece en agua con sal, pimienta negra y una hoja de laurel. Cuando esté cocido, sin que las presas se hayan deshecho, se dejan escurrir, se enhuevan y enharinan y se frien en abundante aceite.

Si usa usted cebollitas reina para sus escabeches, vea que todas sean del mismo tamaño.

Corte el pescado en esta forma, cuando es chico y grueso.

Se coloca en un barreño, se le pone un escabeche de aceite y vinagre por partes iguales, sal negra, pimienta entera, una hoja de laurel y cáscara de naranja. A las veinticuatro horas está listo para servirlo.

Para apretar el escabeche en el barreño, coloque un plato vuelto y así le será fácil la tarea.

Si es pescado relleno, vea cómo hay que cocerlo para que no se salga lo que adentro le ponga.

PERDICES EN ESCABECHE.

Se limpian las perdices y a cada una se le pone adentro un diente de ajo, un manojo de perejil y un clavo de olor. Se colocan todas en una olla grande y por cada perdiz se le echa una taza de vinagre y taza y media de aceite, dos granos de pimienta negra, una hoja de laurel, media cebolla en cascos, una zanahoria entera y un tallo de apio, más la sal necesaria. Se tapa la olla con hojas de naranjo que no tocarán las perdices, para lo cual se puede poner sobre la boca de la olla un pedazo de red metálica o un par de tenedores

cruzados, se coloca la tapa con un peso encima y se hacen cocer al vapor, lentamente.

Al estar listas se sacan y se colocan en un barreño de greda, vidriada, con todos sus aliños, menos las hojas de naranjo. Se recubren por completo con aceite crudo y se dejan por veinticuatro horas antes de servirlas. Son deliciosas. Resultan un poco caras por el mucho aceite que entra en su preparación, pero volvemos a repetir que es tal vez la mejor fórmula para preparar las perdices en escabeche.

CABRITO EN ESCABECHE.

Hay que elegir un cabrito muy nuevo que se prepara y se troza, colocándolo en una olla con agua, sal, pimienta negra, una hoja de laurel, una raspadura de nuez moscada, dos tazas de vinagre, dos de aceite y una cucharada de ají dulce.

Se deja que cueza lentamente hasta que la salsa quede reducida a la mitad, estando la carne tierna pero no deshecha.

Se saca entonces, se coloca en un barreño y se agrega más aceite crudo, hasta que quede perfectamente cubierto. Se tapa y al día siguiente se puede servir con una ensalada.

Es muy sabroso.

preguntó el viejo Sebastián.

Más de un poco. Lo dejaré atracarse a nuestro lado, y él creerá en una victoria fácil, pero...

—¡Nina!

—...pero yo estaré sola — continuó tranquilamente —. Tú y Hugh me habrán dejado antes que demos vuelta al promontorio, y se encontrarán escondidos. Será una espléndida sorpresa. ¡Vollá! Déme el timón, Hugh.

Sebastián lanzó un juramento aceptando el arreglo, y Hugh entregó la caña del timón a la muchacha. El viejo dirigió la vista hacia la sombría línea de tierra a la cual enfrentaba la tartana, mientras lejos por la popa, la balandra española perseguía la luz navegando hacia el oeste.

Como lo había predicho Nina, una vez que se encontraron a la sombra del promontorio, el viento decayó completamente. Los dos hombres corrieron a ocultarse, mientras desde el este, empujada por la brisa, se acercaba la barca de Petain, que había visto asomar el "Trilby".

Nina lanzó un grito de simulada sorpresa y volvió el timón. Un grito ronco le contestó desde la barca, seguido de una risa de triunfo. Los dos barcos se juntaron. Darcy se deslizó por el costado de su buque y saltó suavemente a la borda del otro barco. Sebastián saltó tras de él.

—¡Traidor! — gritó mientras saltaba sobre la cubierta y sacaba una daga de su cintura.

Dos hombres, negros en la obscuridad reinante, cayeron a la cubierta, dando roncos bramidos. El tercero, Petain, había saltado ya a la tartana, y corría hacia Nina. También él, se dió vuelta rápidamente y sacó su sable, con la boca abierta ante el ataque inesperado. Sebastián se lanzó hacia adelante y con amplia vuelta de su brazo, arrasó con el primer hombre que se le cruzó a su paso. Darcy saltó a un lado, mientras el otro enemigo lanzaba su golpe al aire, y lo atacó de costado. Se sintieron fuertes golpes y luego el sonido de un cuerpo que caía.

Hugh arrancó el arma de la mano de su enemigo en cuanto éste cayó sobre cubierta. El viejo lobo de mar se lanzó a la cubierta de su propia tartana, no llevando en su mano más que una daga para combatir contra el largo sable de Petain. Había muerte en el arma que sostenía su enemigo, y por el destello de odio que se veía en su flaca cara, Hugh se dió cuenta de que no titubearía en llevar a cabo sus deseos. Saltó a la borda y se dejó caer a la cubierta de la tartana.

La hoja de Petain estaba en ese momento sobre el hombro de Sebastián y pronta a terminar con él. El sable de Hugh atajó el golpe, y las dos armas se cruzaron en el aire. Con su mano libre, Hugh Darcy hizo a un lado al viejo marinero.

—¡El hombre es mío! — gritó.

Petain trataba de mantener la lucha a distancia, en la cual llevaba la ventaja por la diferencia de largo de las armas, y Hugh danzaba a su alrededor pronto a atacar en cuanto su contrario le presentara un blanco. De improviso Petain lanzó un feroz golpe, pero Hugh alcanzó a saltar a un costado, y antes que su enemigo volviera a ponerse en guardia, se lanzó hacia adelante y lanzó un corte que hirió los dedos que sujetaban el arma contraria, haciéndola caer en tierra.

Petain lanzó un grito de dolor en el momento que el arma se le desprendía de las manos, instante que aprovechó Hugh para lanzarle un golpe a mano cerrada con todas sus fuerzas, botando a su contrincante sin sentido al suelo.

—¡Loco! —gruñó Sebastián—. ¡Ese hombre podía haberte muerto!

—¡Bueno, pero no lo hizo! Hay que amarrar a estos hombres. ¡Rápido, viejo marinero!

Los dos veleros se habían deslizado hacia la ensenada, y Hugh largó el ancla por instinto marinero. Cuando regresó, Sebastián había amarrado a los dos hombres de la barca contraria y estaba frente a Petain, haciendo brillar su daga ansiosamente.

—¡Tienes demasiados escrúpulos con la vida de ese perro traidor! — gruñó.

—¡Guarda el arma! Petain todavía nos puede servir.

—¡Más les serviría a los peces hambrientos!

—Has olvidado la balandra — respondió Hugh tranquilamente —. ¡Mira!

Sobre la costa comenzaba a aparecer un rayo de luz plateada.

—Está saliendo la luna. El guardacostas se dará cuenta pronto que está persiguiendo un barco vacío, y volverá furioso sobre nosotros. Será mejor que nos movamos hacia afuera y le contemos el cuento...

—¿Qué?

—¡Eh! Da la señal a tus compatriotas de tierra, Sebastián. Diles que se apuren. Los dejaremos aquí a cargo de tu tartana y la carga. Entonces tú, Nina y yo, nos llevamos a Petain a su barca y esperamos que se nos acerque el guardacostas. Tú te ocultas bajo cubierta. Cuando nos hablen, Petain les explicará la verdad de la cosa porque yo estaré tras de él con una daga clavándole la espalda. Ellos lo conocen porque es su espía. En cambio, no me conocen a mí. Yo soy simplemente uno de los tripulantes. El les dirá que vino la tartana, y viendo a su barca, dió vuelta y se dirigió al Golfo de León. Y deberá indicar a la primera vela que vea en el mar. Tus hombres pueden así trabajar en paz. ¡Rápido! ¡La señal!

Sebastián miró a su compañero. Luego, sin decir una palabra, fué a colocar tres luces en línea. Hugh se volvió hacia la muchacha.

—Nina... — dijo.

—Eres un hombre que ha conquistado el corazón del viejo Sebastián — murmuró ella.

—¿Y el tuyo, Nina?

La muchacha encogió los hombros.

—Bien vales otra taza de "bouillabaisse" — concedió gravemente —. Mientras, voy a preparar café.

En la proa estaba Sebastián sosteniendo las tres luces humeantes, que le hacían destacar su silueta como un gigante negro.

—¡Por la salvación de mi alma! — gritó. — ¡Te has ganado bien el pasaje a España!

Hugh levantó la mirada hacia el viejo, y luego la volvió en dirección de la muchacha.

—Viejo marinero — dijo firmemente —. Ya no tengo tanto apuro por hacerme almirante comercial.

La muchacha levantó bruscamente la cabeza al oír esto, como si hubiera estado esperando lo que él iba a decir, sabiendo cuán importante era eso para ella.

—Me gustaría — continuó diciendo Hugh, mirando esta vez directamente a la muchacha —, gustaría detenerme un poco en el letrero de "La Ventana Chica". Me parece que he encontrado algo esta noche entre los Golfos de León y la Rosa.

Nina se encogió de hombros nuevamente.

—Como gustes — dijo —. Sebastián estará contento.

El Pirata Borbón, al oír esto, mostró su dentadura en una sonrisa silenciosa. Hasta Hugh Darcy sabía que Nina mentía. Porque los bellísimos ojos de ella respondían ardientemente a la emocionada mirada de él. Con su cabecita insolente inclinada hacia un lado y una sonrisa en sus labios, demostraba toda la alegría y la felicidad que sentía.

Una vez más se transformaba en ese diablillo juguetón y alegre que Hugh había conocido en "La Ventana Chica".

LOS GRIEGOS QUIEREN REY (Continuación de la pág. 17).

ejemplo, en las elecciones de 1923, hubo 550,000 votos para los venizelistas y 525,000 para los monárquicos. El plebiscito de 1924, que desposeyó del trono al rey Jorge II, arrojó las siguientes cifras: 725,000 en contra y 325,000 en favor.

Ahora pueden barajarse estas cifras del modo que se quiera.

¿Votarán estos elementos el día del plebiscito en favor del retorno del soberano? Y, si lo hacen, ¿qué soberano preferirán?

Vamos a examinar estos puntos interrogativos.

El rey Jorge II.

El último rey de Grecia, hijo mayor de Constantino, tiene a la sazón cuarenta y cinco años, de los que ha pasado quince en el destierro.

Cuando llegó al trono en 1923, su país había sufrido ya profundas sacudidas; dividido a causa de la Guerra Europea en francófilos y germanófilos, el pueblo griego había asistido en 1917 al destierro del rey Constantino, expulsado de su trono por los franceses, que habían encontrado en Venizelos un amigo de la causa aliada.

Al rey Constantino había sucedido su hijo segundo, Alejandro, ya que Venizelos opuso el veto al primogénito, el Diadoco Jorge. Segunda tragedia: Alejandro muere repentinamente en 1920, a los veintiséis años, mordido por un mono. Constantino vuelve a ocupar el trono, y ante el rey legítimo, el príncipe heredero desaparece por segunda vez; pero dos años más tarde, el golpe de Estado del general Plastiras obliga al rey Constantino a abandonar nuevamente el trono; al salir de Atenas abdica en favor de su hijo.

Parece haber llegado la hora de Jorge II; pero ha asumido el Poder en condiciones dificilísimas; su país acaba de sufrir una durísima derrota militar en Asia Menor; el sueño imperialista de los helenos se ha venido por tierra y Jorge II viene a ocupar el trono en un ambiente de guerra civil. Un golpe de Estado militar fracasado sirve de pretexto para que la oposición venizelista le acuse de haber fomentado un complot contra la Constitución, y el rey Jorge II no tiene más remedio que marcharse, mientras el primer ministro, Papanastasio, proclama la República.

¿Tiene verdaderamente deseos de volver a ocupar el trono el rey Jorge?

La corta experiencia que ha realizado — año y medio — no ha sido ciertamente muy agradable. Además, tiene a su alcance una serie de recuerdos históricos para probarle que el oficio de rey de Grecia no ha sido nunca favorable a los que lo han ejercido: el primer rey de Grecia en los tiempos modernos fué Otón de Baviera, y murió desterrado por sus súbditos; el segundo, Jorge I, pereció asesinado en Salónica; el tercero, Constantino, murió igualmente lejos de su patria, en Palermo; el cuarto, Alejandro, murió del modo trágico que hemos dicho, en 1920.

En verdad, las perspectivas no son muy sonrientes. Pero Jorge II, a los partidarios que le han visitado últimamente en la capital inglesa, no ha ocultado su modo de pensar: no rehuirá el cumplimiento de su deber, si verdaderamente cree el pueblo griego que su retorno puede servir para apaciguar los espíritus. Pero quiere tener de ello una prueba tangible e irrefutable, y exigirá que, en el proyectado plebiscito, se pronuncie netamente en favor del restablecimiento de la monarquía por lo menos el 75 por ciento del pueblo griego.

El presunto candidato de los ingleses.

Si bien parece ser que una gran parte del pueblo griego, cansado de las luchas intestinas y de las rivalidades internas, reclama el retorno de un rey en Atenas, que sirva de árbitro superior entre los partidos y de supremo conciliador, muchos son los que vacilan ante la perspectiva de tener un soberano sin hijos, como el rey Jorge, que, a mayor abundamiento, vive separado de su mujer desde hace muchos años. La reina de Grecia, Elisabeth, es la hermana del rey Carol de Rumania y vive en Bucarest, donde se casó con Jorge II, en 1921, mientras que su marido tiene su residencia en Londres.

Verdad es que ningún griego, hoy por hoy, afirmará que existe otro pretendiente que el rey Jorge para el trono de su país. Pero se ha dicho y repetido con frecuencia en este invierno, que los ingleses no opinan de este modo.

Desde que el duque de Kent contrajo aquella sonada unión con la princesa Marina, prima hermana de Jorge II, como hija de un hermano del rey Constantino, corre el rumor de que Inglaterra apoyaría la eventual candidatura al trono helénico del príncipe inglés. Sobre todo, en el caso de que este matrimonio tuviera descendencia masculina.

Claro es que no se trata más que de un rumor; pero, a veces, los rumores tienen más consistencia que las noticias que se publican en letras de molde...

FRANCISCO MELGAR.

Escriba con Tinta Volcán

¿HA LEIDO UD. LA REVISTA DEL PACIFICO ?

Publicada con la cooperación de los

ESCRITORES DE CHILE

Representa un espléndido manojo del pensamiento de los escritores nacionales.

La publicación mensual que debe leer toda gente culta.

Pídala en librerías y puestos de diarios.

PRECIO: $ 2.00

(Continuación de la pág. 12).

bales. Hizo el efecto de una voz que viniera de lo alto de la montaña. Uno se olvidaba de que era físicamente insignificante, y, al contrario, parecía un coloso.

—Un gran pequeño actor ese Max — me musitó Ollie al oído.

Yo asentí, pero mi intención se desvió. Me había fijado que en la otra sección había una muchacha, cuya mirada seguía a Max Conrick a su mesa de abogado. Me fijé especialmente porque sus ojos parecían ir del abogado a su defendido. Eran unos ojos obscuros en una cara sin color; cutis blanco, sin "rouge".

Sobre el cuello blanco que coronaba su traje negro, había una cara pequeña, casi de colegiala, con los ojos anormalmente largos y obscuros. Esto último podía deberse al contraste, porque su cabello era del color dorado de los tulipanes de Holanda en la primavera. Una nariz recta y pequeñita y unos labios sensitivos, formaban su belleza de perfil.

Pero cuando se volvió hacia mí, para ver a Max Conrick sentarse al lado de Trent, vi que no era hermosa, ni siquiera bonita. Algo fascinante, poseía un rápido cambio de expresión como si sus ojos fueran espejo de sus pensamientos; como si tuviera dificultad en ocultar la emoción. Ahora tenía el labio inferior cogido entre los dientes. Un sombrero negro que llevaba, lo tenía doblado hacia arriba por un lado, y caído hacia el otro; esa clase de sombreros que pueden ponerse con apuro sin fijarse el ángulo en que queda colocado.

Cuando salimos a almorzar, le pregunté a Ollie si sabía quién era ella.

—Paula de Young. Secretaria confidencial de Stanley Wittaker durante siete años. Estuvo durante toda la formación de la compañía de radio. Importante testigo de Estado. Fiel como perro a Whittaker.

¿Era por eso — me pregunté a mí misma—, que sus ojos habían cubierto a Trent con tan enigmática expresión?

—¿Señora o señorita? — le pregunté a Ollie.

—Por lo que sé es señorita, pero nunca arriesgo una apuesta cuando se trata de una mujer.

—¿Le gustaba a Whittaker?

—No, no, no. Whittaker andaba con la ex-esposa de Trent.

—¿Ex-esposa?

—Algo así. La encantadora Connie Olmstead. Antes fué modelo... Usted la ha visto una docena de veces en las revistas mostrando medias y unas piernas despampanantes. Dejó a Trent la primavera pasada y se consiguió el divorcio en Reno.

—¿Por culpa de Whittaker?

—No sabría decirlo.

—Entonces, ¿cómo sabe que andaba con ella?

—¡Oh, es que yo soy adivino! Ponga dos y dos juntos y hace una multitud.

—¿Era casado Whittaker?

—Tres años viudo. Cuarenta y cinco años. Dos hijos, hombre y mujer, ambos crecidos. ¿Quiere saber más, doña Tomasa preguntona?

—¿Lo vió alguna vez?

—Muchas. Hermoso, como dirían ustedes las muchachas. No alto, pero fuerte. Hombros altos, probablemente un atleta en su juventud. Maneras geniales. Invitaba a la confianza. Sus amigos emplearon miles en sus negocios de radio.

—¿Era un hombre en quien se podía confiar?

—El único hombre en quien yo podría confiar, tendría que estar muerto. Y todavía necesitaría un certificado médico.

Cuando volvimos hacia la Corte, había un gran cantidad de curiosos estacionados en el frente, los que eran contenidos por la policía. Desde que comenzara el juicio, todas las mañanas se apiñaban. Era una multitud igual a la de los circos, ávida de echar una mirada a alguien, ávida de algo que satisficiera su necesidad de algo sensacional. Estaban allí, en medio del frío, niños, hombres, muchachos, mujeres con nenes en los brazos.

—Es extraño — dije a Ollie—, el interés que tenemos todos en observar el sufrimiento de los demás.

Tomamos nuestros asientos en la sala de la Corte.

Se llamó al primer testigo.

—¡Anna Tufnik, suba al estrado!

PRIMER TESTIGO

Anna Tufnik, barredora, se enredó toda para llegar hasta el estrado, e iba a tomar asiento en la silla de los testigos, cuando un empleado la detuvo, y recitó con aire de indiferencia:

—¿Jura solemnemente que el testimonio que va a dar en el caso actualmente pendiente en esta Corte será la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, para que la ayude Dios?

El testigo murmuró una afirmación.

—¿Cuál es su nombre? — continuó la fórmula.

Ella miró sorprendida, y dijo:

—Anna Tufnik — con una voz gruesa.

—Siéntese:

Fué como si un pote de gelatina se colocara a sí mismo. Todas las partes bamboleantes de su cuerpo temblaron, incluyendo un par de pendientes mejillas, en cuyas aberturas casi se perdían los ojos. Cuando miró al Fiscal del distrito, Peterson, y él comenzó a hacerle preguntas, su voz gruesa tembló. Estaba verdaderamente asustada.

—Dios de los cielos — pensaba en su idioma polaco, mientras el acusador trataba de identificarla como esposa de Iván Tufnik, un carpintero al presente, sin empleo — ¿por qué quiere saber tanto sobre mí? Yo trabajo. Yo limpio. ¿Qué importa que tenga cuarenta y un años y sea madre de nueve hijos?

Cuando llegó a la descripción de cómo había entrado a las oficinas de Whittaker y Trent en la mañana del dieciocho de octubre, el cuento se deshizo en una jerigonza gruesa y glutinosa.

Había abierto la puerta de la oficina con una llave maestra, pero no tenía llaves para las oficinas interiores. Se le preguntó si corrientemente estaban abiertas cuando ella llegaba por la mañana. Sí, siempre. Al principio había pensado que sería mejor no tratar de entrar. Entonces una voz interior le dijo que tratara de encontrar a Mr. O'Neil, el sereno nocturno.

Con el cuento de los esfuerzos que le costó localizar al sereno, se le pasó la inquietud. De su fuero interno, sintió durante unos momentos de su vida la impresión de ser el centro de la atención general.

No quiso ir precipitadamente. Ocasionalmente el acusador dió importancia a un punto. Cuando ella y el sereno entraron por fin a la oficina de Mr. Whittaker, ¿en qué forma estaba el cuerpo?

—El caballero — explicó Anna— estaba en el suelo, con la espalda contra el escritorio, medio sentado. Había un hoyo en su estómago.

—¿Está segura que tenía la

Señora MORAL

MATRONA

ESPECIALISTA de fama reconocida. Atiende embarazos, ya sean normales o patológicos. Diagnósticos, curaciones, tratamientos y cualquier caso urgente o difícil. Atención médica. Consultas gratis. General Mackenna 1038, primer piso, departamento I. Teléfono 63688. (No hay plancha).

espalda contra el escritorio? — interrumpió Peterson.

—Sí, señor. Yo le dije a Mr. O'Neil...

—No importa lo que le dijo. ¿Qué vió usted?

Se embarcó en una descripción de cómo la cabeza de Stanley Whittaker descansaba con la barba sobre el pecho, ilustrando el relato con su propia cabeza. Elocuentemente apretó su mano derecha sobre un revólver imaginario. Sí, indudablemente esta Anna Tufnik tuvo un breve momento de exhibicionismo. Habría prolongado indefinidamente su relato si se lo hubieran permitido.

No le agradó mucho el contrainterrogatorio de Max Conrick. Este le hizo solamente algunas pocas preguntas, pero fueron confusas. La hizo dudar un poco sobre la forma en que estaba el cuerpo. La hizo poner nerviosa. ¡Hombrecito feo!

El punto por el cual discutieron los abogados era importante. La posición del cuerpo era tomada en cuenta para sostener la teoría de crimen de la acusación, para verificar el aserto de que Whittaker había sido herido por alguien frente y junto a él. Si Whittaker hubiera firmado la confesión, y luego se hubiera disparado, sin duda alguna que se le habría encontrado de frente al escritorio y no de espaldas.

Cuando Anna Tufnik dejó la silla de los testigos, sus ojos dieron una mirada a Max. Indudablemente sentía que el hombre simpático que la había interrogado primero, compartía con ella su resentimiento.

—¡Timothy O'Neil!

SEGUNDO TESTIGO

Desde el corredor principal entró a la sala, siguiendo a un empleado, un hombre flaco de unos sesenta años. Levantó su mano derecha, juramdo decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, con una voz frágil.

Se sentó, fijando los ojos medio cerrados sobre el Fiscal del distrito, Peterson. Eran ojos acostumbrados a mirar en la obscuridad; ojos fotográficos que retendrían un cuadro. Este era un testigo que no se confundía.

Timothy O'Neil informó que el edificio Unión permanecía abierto hasta medianoche. Había en el edificio algunas pequeñas compañías de radio que hacían transmisiones nocturnas. El había sido sereno nocturno durante seis años.

Se le pidió a Mr. O'Neil que informara al jurado a qué hora había llegado a su puesto la noche del diecisiete de octubre. A las nueve. Había visto entrar juntos a Mr. Trent y a Mr. Whittaker pocos minutos después, y salir a Mr. Trent solo, algo así como una hora más tarde.

—Cuando Mr. Trent salió del ascensor — preguntó el Fiscal—, ¿parecía agitado?

Max Conrick se puso instantáneamente de pie. Se sostuvo su objeción.

El Fiscal cambió políticamente su punto de ataque:

—¿Ha hablado usted con frecuencia con Mr. Trent durante el último año y medio?

—¡Oh!, sí, señor. Ha sido siempre muy cariñoso conmigo.

—Y en esa noche, ¿diría usted que lo encontró lo mismo que lo había visto siempre?

Otra vez objetó Max Conrick, pero ahora se permitió a Timothy O'Neil que recordara si Mr. Trent había obrado o tenía el mismo aspecto de costumbre. Los ojos fotográficos conjuraron su cuadro, y la voz temblorosa de Mr. O'Neil habló del brusco apuro de Mr. Trent cuando pasó por el lado del sereno sin fijarse que éste estaba parado en la entrada principal del edificio.

—Tenía la cara parduzca y los labios apretados. Como los tiene ahora, señor.

La mirada del público, magnetizado por O'Neil, se volvió hacia el acusado. Julián Trent se abochornó, subiéndole una oleada de sangre a la cara y frente. Me fijé que se pellizcaba las manos.

Max Conrick objetó con gran vehemencia que se permitiera tal clase de testimonio.

—Protesto, Su Honor, porque a lo mejor este testigo está haciendo uso de su imaginación cuando compara la apariencia de un hombre en la noche, bajo los rayos de la luz eléctrica, con su apariencia de hoy en esta Corte.

El resto de la declaración de O'Neil fué una confirmación del testimonio de Anna Tufnik, y agregó que no había encontrado la llave, ni en la cerradura ni en el piso de la oficina de Mr. Whittaker.

En el contrainterrogatorio no varió un ápice.

Pensé en la afirmación que había hecho el juez Mackenzie en mi casa:

—Es imposible que nadie que se siente en la silla de los testigos, diga la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.

¿Podía haber sucedido esto en el caso de O'Neil? Su testimonio era de terrible importancia. ¿Pudo la imaginación hacer variar su memoria? ¿Pudo tocar la casualidad que Julian Trent se apurara al salir del ascensor,

Señora, por favor, señora, cuando vaya usted en el tranvía vigile a su chico y no deje que haga víctima de sus impertinencias a ese señor de aspecto pacífico que, por no formar un incidente, lleno de prudencia se arrincona en el extremo del asiento y baraja como puede los mandobles que el niño le envía.

Señora, por favor, pierda usted un tanto su aire distraído, deje de mirar por la ventanilla, abandone su aspecto de mujer chic y diga algo al hijo, repréndalo, obligúelo a guardar compostura, que no es sólo cuestión de que el chico no la moleste a usted, sino que "no debe" molestar a los demás.

Porque hay señoras que lo único que procuran es su propia comodidad, y en estando ellas libres de las majaderías de los niños, no les importa que éstos sean *los niños terribles* que tienen locos a los vecinos del piso bajo, zapateando sobre sus cabezas, lanzando la pelota sobre las galerías del chalet ajeno, gritando hasta aturdir a la señora enferma de la casa del lado, haciendo bromas "muy inocentes", pero, que si tuviera que sufrirlas usted, señora, la pondrían enteramente fuera de sí, haciéndole perder toda línea de serenidad.

Porque lo que usted, señora, no desea para sí, lo que usted aleja de su lado, es decir, la bulla y las bromas de los niños, no debe dejar que lleguen a los demás, ya que si a usted le molestan, a los demás tienen que molestarles doblemente.

sin fijarse en el sereno? Y volviendo a la perspectiva de los sucesos subsiguientes, ¿había asumido este insignificante detalle proporciones inmensas en la mente del sereno?

Esto me atormentó. Por alguna razón que no me explico, deseaba que Conrick lo hiciera turbarse, que pudiera lanzar alguna duda decente en la teoría de asesinato, que con la sola declaración de dos testigos, parecía afirmarse ya como un hecho establecido.

Deslicé la mirada desde el testigo hacia el preso. No pude verle la cara, sino solamente las manos. Las manos son más expresivas, pues uno cree que nadie se fija en ellas. Un rostro puede mantenerse como una máscara de hierro, pero las manos tienen vida propia, expresan el carácter, manifiestan la fuerza o la debilidad de su dueño.

Una o dos veces había visto yo que Julian Trent se pasaba la mano izquierda por la cabeza, presionándola como para calmar los latidos. Era un movimiento inconsciente. Me fijé en el largo excepcional de los dedos, adornados por un anillo sellado de oro. Me fijé también en la tensión nerviosa de los gestos. Sin duda teníamos ante nosotros un hombre de fuerte temple, no un hombre frío; un hombre de profundas pasiones.

Había otra persona que lo estaba estudiando, Paula de Young. No en la forma que lo hacía yo, tratando de descubrir el hombre que había detrás de la muralla de reserva. Cubiertos por el interés general que despertara el testimonio de Timothy O'Neil, esos ojos suyos igual que los ojos de un animal que miran brillantes desde lo profundo de una caverna obscura, se posaban en Trent.

No se apartaron de él; ni cuando O' Neil dejó el estrado ni en el momento que el próximo testigo, Peter Costigan, oficial de policía, atestiguaba que O'Neil lo había llamado, que había encontrado el cuerpo como se había descrito, que el revólver con una bala descargada no mostraba impresiones digitales. Entonces se ofreció el revólver como evidencia, y también la confesión firmada, que Costigan identificó.

El oficial de policía y el doctor Abraham Lessing, examinador médico, fueron interrogados por Bondy, ayudante del Fiscal del distrito. El doctor declaró que a las ocho de la mañana, cuando examinó el cadáver, encontró que tenía ya como diez horas sin vida, lo que indicaba que Stanley Whittaker había muerto cerca de las diez de la noche.

Los labios de Paula de Young contaron las horas hacia atrás. Pareció que formaban un siete, y luego "ocho, nueve, diez". Estaba sentada con los codos en las rodillas, la cara entre las manos, la mirada fija en Trent, como si tratara de ordenarle que la mirara. Pero a pesar de todos sus intentos, él no se daba cuenta de esos esfuerzos.

Yo me sentía admirada. ¿Cómo era posible que él no sintiera en alguna forma la intensidad de ese pedido? Esos dos debían conocerse más allá de la relación entre patrón y empleada, pues aún en ese caso en que ella era secretaria de Whittaker, podía estar en gran contacto con su socio.

¿Y entonces? Seguramente su concentración tenía algún significado. ¿Trataba ella de que la mirada de Trent se encontrara con la suya? ¿Lo estaba desafiando a que se aclarara él mismo? ¿Era triunfo? ¿Qué era?

—Yo le diría a Trent que mirara a Miss Paula — me dijo Ollie al oído.

Me volví rápidamente. Su interés, como el mío, estaba concentrado en la muchacha, aunque su mano garabateaba taquigrafía en sus apuntes.

—Estoy tratando de adivinar lo que significa su mirada — murmuré.

En ese momento el doctor bajaba del estrado, siguiendo una breve contrainterrogación. El juez Mackenzie se puso de pie, y se levantó la audiencia.

El preso, acompañado de un guardia, se dirigió a una puerta del costado de la sala, y aún después que la puerta se cerró tras él, Paula de Yong permaneció sentada. Podía uno figurarse que ella iba siguiendo con la imaginación todo el recorrido por el Puente de Vistas, hasta la celda.

—No hay odio en esa mirada —dije a Ollie cuando salíamos a la luz del día—. Es algo más complicado.

Ollie me miró de reojo.

—Malo — me observó —, que esa ficción romántica cause tanto efecto en un reportero de primera.

Me quedé en la escala mirando salir el público. Entre los últimos venía Paula de Young. Sentada en la sala me había parecido alta. En el umbral de la puerta se veía pequeña y muy delgada. Llevaba el abrigo cerrado y apretado, como si al salir de una habitación calefaccionada, se encontrara de improviso en el frío de un día invernal.

La seguí de cerca hasta la esquina, y cuando ella tomó un taxi, me fijé en la dirección que daba.

Esa noche llamé a la puerta de una casa de departamentos en el barrio de Chelsea. Sobornè al mayordomo, y descubrí que Miss de Young vivía sola en un departamento de una sola pieza, convertible en living-room o dormitorio, según la necesidad de su dueño. Se había mudado el primero de noviembre, y no tenía ninguna concesión de arriendo. Pero si yo tenía interés en un departamento de esa clase, él me consiguiría una rebaja hasta el mes de octubre. Le dije que lo pensaría.

En camino hacia mi casa, me fuí considerando la pronunciación del nombre; "d-e" en minúsculas, "Young" con mayúsculas. Indudablemente una americanización de "de Jong", apellido holandés corriente. Eso me explicaba su cabello color tulipán holandés.

Al día siguiente la muchacha estaba en el mismo asiento. Tal vez por haberla visto en la puerta el día anterior, ahora me parecía más joven, y sus ojos parecían llenarle la cara.

La sala estaba llena. Nos pusimos de pie cuando entró el juez. Se llamó al quinto testigo: Roy Levino.

QUINTO TESTIGO

A la largo de la nave cruzó ágilmente un muchacho de brillante cabello negro, terno café listado con blanco, el vestón cruzado, con corbata roja, y la punta de un pañuelo de seda asomado en el bolsillo superior. Mostró una fila de blancos dientes, sonriendo mientras el empleado le tomaba el juramento. En seguida mostró el cuidado con que se arreglaba los pantalones para que no se le arrugaran, y se sentó en la silla de los testigos. Era el tipo de muchacho que mantiene las esperanzas de llegar algún día a reemplazar al lamentado Rodolfo Valentino. Era ascensorista del edificio Unión.

Levino aseguró que había estado cumpliendo su obligación en la noche del 17 de octubre; había llevado a Mr. Trent y Mr. Whittaker a su piso. El era el único ascensorista en servicio a esa hora. Se había fijado especialmente la hora que era, porque esos caballeros no acostumbraban ir a la oficina por la noche.

Yo me divertía pensando en la cantidad de ideas que fluían de ese testimonio que no revelaba nada nuevo. Esa sonrisa indicaba satisfacción.

¡Qué golpe, muchacho! Retratos en todos los diarios. El nombre a grandes títulos. Esto te va a hacer conocido. Después de esto va a ser muy fácil seguir adelante...

¿Cómo podría saber la hora exacta en que llevé a Trent hacia arriba y abajo? Un ascensorista no mira el reloj por cada pasajero que transporta. ¡Al diablo! De todas maneras Trent estuvo arriba como una hora. Digamos algo más. ¡Conforme!

Respondió tranquilamente a todas las preguntas hasta que Max Conrick lo tomó en sus manos. Mr. Conrick le preguntó, como por casualidad, si estaba de servicio todas las noches. Cuando Levino contestó que no, el abogado saltó sobre él.

—¡Entonces su afirmación de que no era costumbre de Mr. Trent y Mr. Whittaker ir a su oficina por la noche, no es más que una suposición!

Esto desordenó la compostura del joven. Respondió ásperamente que lo sabía por los otros muchachos. Pero esa afirmación no era admisible como evidencia.

Mr. Conrick preguntó si habían llegado otros visitantes al edificio entre las nueve y medianoche. Al recibir respuesta afirmativa, preguntó los nombres. Levino nombró a varios, terminando su lista con "Mr. Albert Henshaw".

—Henshaw es el experto que estaba examinando los libros de Whittaker y Trent — me dijo Ollie.

—¿Lo llamarán como testigo?

—Seguro.

Max Conrick estaba preguntando a Levino la hora en que Mr. Henshaw había subido en el ascensor.

—No podría decirlo con exactitud.

—Pero puede decir exactamente la hora en que Mr. Trent subió y volvió a bajar.

—...Sé que estuvo arriba como una hora...

—¿Entonces usted tiene una segunda vista que puede decir la hora sin mirar el reloj?

Grandes risas salieron del público. El Fiscal Peterson se puso de pie objetando los chistes de su oponente. Mr. Conrick continuó atacando la seguridad del testimonio del muchacho.

—¿En qué piso está la oficina de Mr. Henshaw?

—En el décimo.

—¿El mismo que la Whittaker Broadcasting Company?

—Sí, señor.

—¿A qué hora condujo hacia abajo a Mr. Henshaw?

—Después que Mr. Trent.

—Le he preguntado a qué hora condujo a Mr. Henshaw desde el décimo piso hasta el primero.

Levino miró dudoso.

—Como a las diez cuarenta — dijo finalmente.

—¿No está seguro de los minutos?

—No, señor — La sonrisa jactanciosa de Levino se había evaporado.

En ese momento me fijé en algo curioso. Al mencionar la hora de salida de Mr. Henshaw, los ojos de Julian Trent pesaron al muchacho, como un par de balanzas hubieran tomado el peso de una evidencia favorable o en contra suya. Pero aquí Max Conrick detuvo bruscamente su contrainterrogatorio. Levino se retiró de la silla de los testigos.

Entonces el empleado llamó: Constance Trent.

La expresión de piedra de Julian Trent cedió ante un gran asombro. Se volvió hacia su abogado, hablando rápida y excitadamente. Cualquiera que fuera su significado, la noticia de la presencia de su ex esposa llegó como una gran sorpresa para él.

Era la primera vez, desde que comenzara el juicio, que el preso miraba las filas de espectadores roídos de curiosidad por saber si iba a morir o a vivir, la primera vez que yo veía un aleteo de interés en esa máscara rígidamente controlada, con que él cubría tal vez los sentimientos que denunciaban sus manos.

Vió como entraba la hermosa mujer que había sido su esposa, y se dirigía a la silla de los testigos. Un perfume de gardenias la circundaba. Daba la idea de una paloma; cutis completamente terso y delicado, ojos azules acentuados con una sombra de lápiz, labios rojos y frescos. Iba vestida enteramente de gris. Tenía la suavidad, el paso sin esfuerzo de la mujer que sabe cómo disponer sus miembros sin la más ligera preocupación.

Julian Trent observó cada paso de su entrada. Era como si su mente marchara al lado de ella y tomara su lugar en la silla de los testigos. Ella no lo miró.

(Continuará el próximo número)

BOITELLE

(Continuación de la pág. 9).

---

taba tan estupefacta que no acertaba a abrir la boca, y su padre apenas podía sujetar el caballejo, que se encabritaba, o por temor de la locomotora o de la negra. Pero Antonio, acometido de franca alegría al ver a sus padres, corrió hacia ellos, les abrazó y besó, y luego, volviéndose hacia su compañera, que causaba gran admiración a los aldeanos, dijo:

—¡Aquí está! Ya os había dicho que a primera vista choca algo; pero al cabo de un rato

En contestación a la suya...

¿...que si trae desgracia regalar un rubí? Por cierto, si su novia esperaba un brillante.

No fué muy discreto, Roberto, que cuando esa niña le dijo que en lo hondo de su corazón amaba a otro, usted le preguntara si habría un lugarcito en la parte de arriba para su persona.

Después de casada, María, no es la pobreza lo que destroza todas las ilusiones, es el reloj despertador a las siete de la mañana.

Sí, Ana, fué algo de pretensión de ese joven al decirte que te iba a regalar algo bonito y después te presentó con su retrato firmado.

Si tienes duda sobre besar a una chica, dale el beneficio de la duda.

Dices que eres aficionada a la conversación y que el joven por el contrario es muy callado. Tal vez no ha querido interrumpirte.

Piense mucho antes de casarse con ese joven que, según usted, en lo único en que están de acuerdo es en el sofá donde sentarse.

Cuando ese joven tímido se vanagloria de haberle dado muchos apretones a las niñas, puede ser que no haya sido sino un vendedor de calzado.

El hecho de que su prenda sea operadora telefonista explica su conversación, cortada, como d f c e usted, Reinaldo.

no hay nada tan agradable. Saludadla.

Entonces la tía Boitelle, intimidada hasta lo indecible, hizo una especie de reverencia, en tanto que su marido quitábase la gorra y murmuraba:

—Muy buenos días.

Luego, sin detenerse, subieron al carricoche, las mujeres detrás y los hombres delante.

Nadie hablaba. Antonio, inquieto, silbaba una canción cuartelera; el padre fustigaba la jaca y la madre miraba de soslayo a la negra cuya frente y pómulos relucían como unos zapatos bien lustrados.

Antonio, queriendo romper el hielo, se volvió:

—¿No se habla?

—Ya hay tiempo — replicó la vieja.

El mozo añadió:

—¡Ea! Cuenta la historia de los ocho huevos de tu gallina.

Era una broma célebre en la familia. Pero como su madre continuaba callada por la emoción, tomó él mismo la palabra, y contó, riendo a carcajadas, la memorable aventura. El padre, que se la sabía de memoria, sonrió a las primeras palabras; su mujer siguió pronto el ejemplo, y la negra, al llegar al punto más gracioso, soltó una carcajada tan franca, tan ruidosa, tan formidable, que el jaco galopó *espontáneamente* durante un trecho de camino.

Ya se conocían ahora. Hablaron.

Apenas llegados, después de llevar a su amiga a una habitación para que cambiase de vestido a fin de no manchar el de viaje cuando preparara un plato destinado a seducir a sus padres, Antonio preguntó a los viejos:

—¿Qué tal? ¿Qué os parece?

El padre calló; la madre, más atrevida, declaró:

—¡Es demasiado negra! Creo que lo es demasiado; no puedo acostumbrarme a ella.

—Ya te acostumbrarás — replicó Antonio.

—Quizá sí; pero de momento no.

Entraron y la buena mujer se enterneció viendo cómo la negra guisaba. Se puso a ayudarla con verdadera actividad.

La comida fué larga y alegre y suculenta. Después al dar una vuelta por el campo, Antonio pilló aparte a su padre.

—¿Qué te parece?

El viejo no se comprometía jamás.

—No sé. Pregunta a tu madre.

Entonces Antonio alcanzó a su madre y haciéndola quedar unos pasos atrás, preguntó:

—¿Qué te parece, madre?

—¡Pobre muchacho! Es demasiado negra. Si no lo fuera tanto, no me opondría, pero lo es demasiado. ¡Parece Satanás!

No insistió sabiendo que su madre era terca; pero sintió un gran pesar. Pensaba lo que debería hacer e inventar, sorprendido de que su amiga no les hubiese conquistado ya como le conquistó a él.

Andaban los cuatro por entre los trigos, callados casi siempre. Cuando pasaban junto a una granja, salían los labriegos para ver a la "negra" que Boitelle hijo había traído de la ciudad. Se veía gente que acudía desde lejos, como acuden cuando suena el tambor que anuncia algún fenómeno viviente. Los viejos, atortolados al ver la curiosidad que despertaban, apretaron el paso, precediendo de lejos a su hijo y a la negra que preguntaba a Antonio lo que sus padres pensaban de ella.

El contestaba, vacilando, que aun no se habían decidido.

En la plaza de la aldea la gente salía en masa de todas las viviendas, y los viejos, al ver aquella multitud cada vez más numerosa, tomaron la fuga, en tanto que Antonio, dando el brazo a su amiga, avanzaba *majestuoso y colérico entre los papanatas.*

Comprendía que todo acabó; que no se casaría con la negra. Esta lo comprendía también y ambos se echaron a llorar cerca de la granja. Una vez en ella, la negra se quitó otra vez el vestido para ayudar a la vieja, y siguió a ésta por todas partes, al establo, al granero, al gallinero, activa y trabajadora, diciendo de continuo: "Deje, deje usted, señora Boitelle". Tanto se afanó, que por la noche, la buena mujer, conmovida, pero inexorable dijo a su hijo:

—Es una buena muchacha; lo veo; lástima que sea tan negra. ¡Pero lo es demasiado; no podría acostumbrarme a ella; es preciso que se vuelva; es demasiado negra!

Y Antonio dijo a su amiga:

—No quiere. Eres demasiado negra. Tienes que volverte. Te acompañaré hasta el ferrocarril. No importa; no llores; les hablaré de nuevo cuando te hayas marchado.

La acompañó, pues, a la estación dándole esperanzas; y después de abrazarla y besarla la hizo subir al convoy, mirando cómo se alejaba el tren, llorando.

Por más que suplicó a sus padres, éstos no consintieron jamás en tal matrimonio.

Y después de contar el caso, que todo el pueblo conocía, Boitelle no dejaba nunca de añadir:

—Desde entonces nada me ha gustado; ningún oficio me placía y he acabado como ven ustedes.

Si le decían:

—Bien se casó usted, sin embargo — replicaba:

—Sí, y no puedo decir que no me ha gustado mi mujer, puesto que he tenido catorce hijos de ella; pero no hay que compararla con la otra ¡ah, no! Mi negrita no tenía más que mirarme y ya me sentía transportado...

EL JOROBADO

(Continuación de la pág. 37)

principio los disgustos de la muchacha. Casi siempre que penetraba al gabinete de trabajo de su hermano, se le caía encima una herramienta, una tabla o una vigueta, dándole en el hombro, en la cabeza o en las manos. El giboso profería entonces un grito:

—¡Cuidado!

Pero la advertencia era tardía y la muchacha recibía un buen golpe.

En una de estas ocasiones se abalanzó sobre él, pálida y enfurecida, vociferando:

—Lo haces adrede, ¿verdad, monstruo?

Y le dió unas cachetadas.

Como el niño tenía las piernas muy endebles, cayó al suelo; quedóse sentado y sin derramar una lágrima, *sin el menor* asomo de cólera:

—¿Cómo puedes figurarte eso? ¡Porque tú me quieres! ¿Verdad que me quieres?

Ella salió gimoteando; pero al poco rato volvió para decirle:

—¿Cómo es que eso no ocurría antes?

—Tampoco había eso antes — repuso el niño tranquilamente a tiempo que describía un amplio círculo en torno suyo, extendiendo el largo brazo; todos los rincones del aposento estaban llenos de cajas y tablas formando un verdadero caos; los bancos de carpintería y el torno adosados a la pared, estaban atestados de maderas, leña y virutas.

—¿Por qué has amontonado allí tantos trastos? — observó la muchacha mirando a su alrededor con expresión de recelo y desagrado.

—¡Ya verás!

Había empezado sus flamantes construcciones; tenía ya terminada una conejera y una caseta para el perro; también había inventado una ratonera.

Su hermana seguía con gran interés esos trabajos y en la mesa hablaba de ellos con entusiasmo. El padre meneaba la ca-

beza en signo de aprobación, diciendo:

—Todavía no son más que bagatelas las que hace. Pero, por ahí se empieza.

Y la madre, abrazando a su hija, decía al jorobadito:

—¿Comprendes toda la gratitud que debes a tu hermana?

—Sí — contestaba el niño.

Una vez que estuvo lista la ratonera, llamó a su hermana y le enseñó el grosero artefacto.

—No se trata de un juguete, podríamos sacar patente. ¡Mira qué sencillo y qué fuerte! Pon el dedo aquí.

Así lo hizo la muchacha, cuando de pronto se oyó un crujido; la joven lanzó un aullido de dolor, salvaje, mientras el jorobadito brincando y dando vueltas iba gruñendo:

—¡Oh, no, aquí no!

En eso llegó a toda prisa la madre, seguida de los criados; rompieron el artefacto, libertaron el dedo herido, amoratado y lleváronse a la niña sin conocimiento. La madre gritó encolerizada:

—Mandaré que arrojen todos esos trastos a la calle; te prohíbo que sigas...

Por la noche, hicieron comparecer al jorobadito ante su hermana, que le dijo:

—¿Lo haces adrede, ¿verdad? ¿Me aborreces? ¿Por qué?

El movió la joroba y repuso tranquilamente:

—Es que no hiciste como te dije...

—¡Embustero!

—¿Qué sacaba con lastimarte la mano? ¡Si no fué esa con la que me pegaste!

—¡Cuidado, monstruo; no eres más listo que yo!

—Lo sé — asintió él.

No pareció compadecerse de su hermana, ni tampoco que se creyera culpable. Su cara angulosa permanecía tan impasible como de costumbre y sus ojos tenían una expresión concentrada. No era posible imaginarse que fuera malo ni capaz de fingimiento.

* * *

Su hermana tenía diez y nueve años y estaba prometida cuando murieron los padres, en una excursión a bordo de un yate, que fué abordado y echado a pique por culpa de un piloto borracho, que mandaba un buque de carga. La hermana debía tomar parte en la excursión, pero se lo impidió un repentino dolor de muelas.

Al enterarse de la triste noticia, la muchacha empezó a dar vueltas por la casa, sollozando y elevando los brazos al cielo:

—¡No, no, no es posible!

El jorobado, imperturbable, en el umbral de su cuarto se había arrebujado con el cortinaje y contemplaba a su hermana atentamente; movió la joroba y dijo:

—Papá era tan redondo y tan hueco que no comprendo cómo ha podido ahogarse.

—¡Cállate! ¡Tú no quieres a nadie! — vociferó la hermana.

—No, lo que pasa es que no sé decir palabras cariñosas.

El cadáver del padre no fué hallado y el de la madre, la cual murió antes de caer al agua, fué colocado, en un féretro; estaba tan flaca, tan frágil y tan parecida a la rama seca de un árbol decrépito, como lo era en su vida.

—Nos hemos quedado solos— exclamó desesperada la hermana después del entierro, clavando en el jorobado una mirada penetrante y desdeñosa—. La existencia será difícil para nosotros; no sabemos hacer nada y en cambio, podemos perder mucho. ¡Qué lástima que yo no pueda casarme en seguida!

—¡Oh! — exclamó el jorobado.

—¿Qué quiere decir oh?

Reflexionó un instante y repuso:

—¡Estamos solos!

—¡Dices eso como si te alegrara!

—Nada me alegra.

—¡Es una verdadera lástima, porque así no te pareces en nada a un ser vivo!

Una tarde se presentó el novio. Era un mozo rubio, pletórico de vida. Estuvo riendo toda la tarde y hacía el efecto de que podía seguir riendo un día entero. El noviazgo tenía carácter oficial; se construía para la pareja una casa en una de las calles más hermosas, aseadas y tranquilas de la ciudad. El jorobado no había visitado nunca las obras, ni le gustaba tampoco oír hablar del asunto. El novio insistía en que hiciese la visita y poniéndole sobre el hombro la vigorosa mano y sonriendo, decíale:

—Tendrás que venir a ver eso, ¿eh? ¿Qué te parece?

El jorobado se resistió mucho tiempo, alegando diferentes pretextos, hasta que al fin pudo convencérsele y salió en compañía de los dos novios. El jorobado y el novio subieron por el andamio y al llegar al último piso cayeron al espacio; el novio llegó al suelo, zambulléndose en una balsa de cal; pero el jorobado quedó suspendido en el aire, porque sus ropas se engancharon al extremo de un balcón, de donde le sacaron los albañiles con un pie dislocado y algunas lesiones en la cara; el novio presentaba la columna vertebral fracturada y una herida en el costado.

La hermana sufrió una aguda crisis nerviosa, se revolcaba por el suelo arañando el polvo. Se pasó mucho días, cerca de un mes, llorando. Poco a poco perdió su admirable belleza; enfla-

EL MARIDO, (con impaciencia).—Mi mujer no parece tener el menor interés en la vida.

DOCTOR.—¿Por qué cree usted eso?

EL MARIDO.—He probado a hablarla del golf, del billar, del football, y como si hablara a una piedra.

—Sí, señor; yo he trabajado mucho durante cincuenta y ocho años. Empecé a trabajar cuando tenía nueve escasos.

—¿Entonces tiene usted ya sesenta y siete?

—¡Caramba!..., ¿cómo ha podido usted averiguarlo?

—¿Qué te ha dicho don Juan cuando le has enseñado la cuenta?

—Que como me vuelva a presentar delante de él, me va a romper la cabeza de un estacazo.

—¡Ah! ¿Bravatas, a mí? ¡Ahora mismo te vas otra vez a su casa!

queció, estiróse y su voz tornóse opaca y monótona.

—¡Eres mi desgracia! — repetía muchas veces a su hermano.

Pero él no contestaba y bajaba la vista. La hermana se vistió de luto; sus dos cejas se unían en una línea recta; siempre que veía a su hermano apretaba los dientes con tal fuerza, que los pómulos se acusaban en contornos afilados. El jorobado procuraba rehuirla en todas las ocasiones y se pasaba los días forjando planes en la soledad y el mutismo. Y así vivió hasta su mayor edad. A partir de este día, se inició entre ambos la lucha que había de prolongarse a través de sus existencias; la lucha que los unió con los estrechos lazos de los insultos y ultrajes mutuos.

* * *

Un día el jorobado dijo a su hermana:

—No existen magos ni hadas bienhechoras, sino tan sólo seres humanos; los unos son malos, los otros necios y todo lo que se dice del bien es una pura fábula. Pero yo aspiro a que esa fábula se convierta en realidad. Recuerdo que me dijiste una vez que en casa de los ricos todo ha de ser hermoso e inteligente. Pues, del mismo modo, en una ciudad rica todo debe ser bello. Voy a comprar unos terrenos en las afueras de la ciudad y haré construir una casa para mí y los monstruos como yo. Así, les sacaré de esta ciudad en la que viven tan mal y donde les miran con disgusto todos los que son como tú...

—No, no harás eso. ¡Es un proyecto insensato!

—Me lo he propuesto...

Discutieron sin ningún ardor, con una frialdad odiosa.

—Estoy resuelto — declaró finalmente; y levantando la giba, fuése. Poco tiempo después, la hermana se enteró de que había adquirido el terreno y dado comienzo a las obras; se transportaban ladrillos, piedras, maderas y hierros en grandes cantidades.

—Pero, ¿sigues sintiéndote niño? ¿Te figuras, acaso, que eso es un juego?

El permanecía en silencio.

Una vez por semana salía la hermana de la ciudad en un cochecito con un caballo blanco, que guiaba ella misma. Al cruzar por delante de la obra, la contempló atentamente. Desde lejos distinguió la silueta de su hermano que, semejante a un cangrejo, trepaba por el andamiaje con un bastón en la mano y el sombrero apabullado. Cuando de regreso entró en casa, contempló fijamente las animadas facciones del jorobado, cuyos negros ojos se habían tornado más cariñosos y claros.

—¡Ah! decía él—. He tenido una buena idea; mi empresa será tan útil a vosotros, seres normales, como a nosotros los contrahechos. ¡Nuestra fealdad no ofenderá más vuestra belleza! Además, edificar es un trabajo maravilloso y me parece que muy pronto me tendré por un hombre feliz.

Ella le interrumpió, midiendo con su mirada enigmática el cuerpo deforme de su hermano.

—¿Feliz?

—¡Sí! No sabes tú que la gente trabajadora no se parece en nada a nosotros; esos hombres sugieren ideas muy diferentes a las que tenemos. ¡Qué satisfacción, qué orgullo experimentará el albañil al pasar por una calle en la que haya diez casas construidas por él. Los obreros son, por encima de todo, hombres sombríos, que tienen plena conciencia de su dignidad... A veces se me ocurre que tenemos ideas muy equivocadas acerca de nuestro pueblo...

El giboso fué animándose cada día más y dió muestras de creciente locuacidad.

—En el fondo, todo va como tú deseabas; yo voy siendo el mago que ha de libertar a la ciudad de sus monstruos y tú, podrás ser el hada bienhechora si quisieras. ¿Por qué no contestas?

—Ya hablaremos más tarde de eso — respondió la hermana, jugando con su cadena de oro.

Algunos días después, sostuvieron ambos un diálogo muy curioso:

—¡Quién sabe si soy yo más culpable contigo que tú lo eres conmigo!

Ella hizo un gesto de sorpresa.

—¿Yo culpable contigo?

Aguarda. Yo no soy tan culpable como tú crees; ¡palabra de honor! Yo empujé a tu novio, lo confieso; pero no fué con mala intención, créeme. Soy mucho más culpable de haber querido mutilar la mano con que me habías pegado.

—Dejemos eso — repuso ella, fríamente; pero en sus ojos brilló una expresión enigmática.

* * *

El edificio iba creciendo rápidamente.

Cierto día, presentóse en la obra un grupo de oficiales; examinaron el estado de los trabajos que se efectuaban y después de haber cruzado algunas palabras entre ellos, prohibieron que se continuasen las obras.

—¡Tú has maquinado todo eso! — vociferó el jorobado, precipitándose sobre su hermana y echándole las manos a la garganta.

Intervinieron varias personas que arrancaron a la joven de las manos de su agresor.

—¿Ven ustedes como mi hermano no está en su cabal juicio y hay que ponerlo bajo tutela? La enfermedad se inició a raíz de la muerte de mi padre; mi hermano le quería con locura. Pregunten a nuestros criados; todos saben que está enfermo. Si han guardado el secreto hasta ahora es porque todos son gente honrada y por respeto al honor de la casa en que muchos de ellos han nacido. También yo tuve siempre empeño en ocultar esta desgracia, pues no es ningún orgullo tener un hermano demente.

El rostro del jorobado se contrajo y tornóse violáceo, los ojos le saltaban de las órbitas al oír tales palabras. Hincaba las uñas en las manos a los que le sujetaban. La hermana exclamó:

—Tengo el propósito de ceder este edificio a la ciudad para que se instale una clínica de psiquiatría, que llevará el nombre de mi difunto padre.

El jorobado lanzó un gemido y se desmayó.

La hermana mandó terminar el edificio, con la misma rapidez que empleó el hermano en comenzar su construcción. El primer enfermo que se hospitalizó, una vez en marcha la institución, fué el jorobado. Permaneció allí durante siete años, período más que suficiente para volverse loco de veras. Entretanto, su hermana había envejecido y perdido para siempre la esperanza de casarse. Cuando se convenció de que su enemigo estaba aniquilado y que no había de resurgir, lo tomó bajo su custodia.

* * *

Hoy, el hermano y la hermana van erráticos de un país a otro, iguales a dos pajaritos ciegos. Lanzan sobre todo aquello que hace la vida agradable y bella, una mirada exenta de interés y alegría y no ven en parte alguna otra cosa que ellos mismos.

El con el cerebro vacío y ella con el corazón destrozado.

PRACTICA CHAQUETA

(Continuación de la pág. 51)

más que 23 p. que se disminuyen juntos.

BOLSILLO.— Urdir 62 p. Tejer 15 p. derechos, 32 p. en punto diamante y los 15 últimos puntos al derecho. A la vuelta, tejer al revés los 15 p. de cada extremo y en punto de diamante los puntos del medio. Trabajar en esta forma hasta 15 cm. Tejer 4 cm. en punto jersey sobre todos los puntos y cerrar.

HOMBRO.— Urdir 24 p. Hacer de cada lado y en cada corr. 1 aumento de 3 p. hasta 56 p. en total. Hacer en seguida de cada lado 1 disminución cada 2 corr.

hasta que no queden más que 30 puntos que se disminuyen juntos.

ARMADURA.—Planchar cada parte encima de un molde. Hacer las costuras, doblar la hendidura de la espalda para formar un dobladillo y cruzarlo como lo muestra la foto, formar las cuchillas. Terminar los puños dejándolos abiertos; en los bolsillos, la parte de jersey se dobla y se cose por el revés.

BLUSA COTELEE

Esta encantadora blusa es muy fácil de hacer. La explicación corresponde al talle 42 (largo 53 cm., contorno 85 cm.) Por cada talle dif., aumentar o disminuir 16 p. (8 p. esp., 8 p. del.)

Puntos empleados: 1.o Punto correteado (cuello), todo al derecho. 2.o Punto acanutado (para el resto del trabajo): 4 p. der., 4 p. rev.

DELANTERO.— Se comienza por abajo. Urdir 120 p. Tejer 10 cm. en línea recta. En seguida, en los costados, hacer 7 veces 1 aumento con 12 corr. de intervalo. A los 32 cm. de altura, cerrar los puntos.

ESPALDA.— Urdir 110 p. y seguir la explicación del delantero.

CANESU.— a) Delantero: Se comienza por abajo de la manga izquierda. Urdir 44 p. Tejer a la derecha del trabajo 10 cm. en línea recta. De ese mismo lado, agregar en seguida 1 vez 7 p. (bocamanga) y tejer en línea recta. De ese mismo lado agregar en seguida 1 vez 7 p. (bocamanga) y tejer en línea recta. Simultáneamente, para el derecho del trabajo (hombro), tejer 2 cm. en línea recta. Hacer en seguida 1 aumento cada 10 corr. hasta 65 p. en total. Formar el escote disminuyendo al derecho del tejido 1 vez 12 p. y con 1 corr. de intervalo 4 veces 3 p. Cerrar los p. restantes. Segunda mitad igual formando 3 ojales al borde.

b) ESPALDA.— Urdir 44 p. y seguir la explicación del delantero no agregando nada más que 4 p. en vez de 7 en la bocamanga y reduciendo los aumentos del hombro en 60 p. en total en vez de 65. Formar el escote disminuyendo con 1 corr. de intervalo, 2 veces 2 p. y 2 veces 1 p. Tejer 3 cm. en línea recta (medio) y tomar a la inversa para la segunda mitad.

CUELLO.— Urdir 110 p. Tejer 14 corr. en punto correteado. Cerrar los puntos.

VIDA Y CONFESIONES DE GABRIELA MISTRAL

(Continuación de la pág. 29)

También hay un poema de María Isabel Peralta, en que glosa la mirada del muerto, ese suicida inspirador de los poemas de amor de Gabriela. Dice así:

La mirada del muerto
clavó en tu estrofa fuego,
la mirada del muerto
fecundizó armonías.
Y es el cordaje enorme de tu [estro
un pozo inacabable de tor- [mentos
que vierte poesía...

María Isabel Peralta carecía de cultura literaria. No le agradaban las novelas y poetas extranjeros leyó poquísimos. Algo de Bécquer y de Juan Ramón Jiménez, entre los españoles. De nuestra lírica elogiaba sin reservas los versos de Magallanes Moure; de Gabriela Mistral leyó bastante, como puede advertirse en algunos poemas suyos que delatan la influencia de "Desolación". No atribuía a los libros una importancia decisiva para la formación espiritual: "Los años de Liceo — asegura en otra carta — bien sabe usted como son de estrechos para dar cabida a la cultura libresca; después mis largos períodos de enferma, de postración absoluta y embrutecimiento espiritual, en lo que hace a ingerir buena lectura. Ello vendrá, si es que viene con los años, pues no creo que para escribir regularmente sea preciso atiborrarse de libros, aún más, me atrevo a manifestarle que de tenerlos, apartaría un grupo muy pequeño que fuesen mis amigos, mi fuerza espiritual, que afianzasen mis rumbos, ampliando los caminos por donde voy segura, a pesar de mi insuficiencia. No concedo a los libros el valor de "fuentes de inspiración" o "perfeccionadores del verso" o " la personalidad"; lejos de eso, creo que ellos deforman a la última hasta hacerla perder su idiosincrasia; la única fuente de perfección e inspiración, en mi concepto, es la vida vivida intensamente y con los ojos del espíritu muy abiertos".

Pero en más de una carta de María Isabel Peralta, la liberación se adivina. Dice en una escrita algunos meses antes de su muerte: "He pasado malísima, en un agotamiento aún por mí, desconocido, yo que creía haber cruzado por todas las fases del tedio y del cansancio; ha sido

PARA TODOS
Cine — RADIO — Lectura

Todos los lunes

$ 1.20

Este sencillo y científico tratamiento de belleza es rápido. Tonifica los tejidos de la piel, afirma las partes fláccidas de la piel.

Introduciendo todas las noches un poco de Crema de Oriente Vindobona en su piel, Ud. notará que día a día el cutis adquiere mayor lozanía. Las arrugas se alisan. Las pecas y paños se van. La tez se aclara y las grietas del cutis se sanan en seguida.

Miles de damas en tres continentes blanquean y embellecen sus rostros con Crema de Oriente Vindobona. La usan esposas de médicos y actrices famosas, por su eterna juventud. Ud. puede conseguir Crema de Oriente Vindobona en las principales boticas o contra reembolso, en la filial chilena de los

LABORATORIOS VINDOBONA.

Mujica 73.—Santiago.

Folletos explicativos remitimos gratis.

Llene y remítanos el cupón hoy.

Atendemos pedidos por correo.

N.o 1.

LABORATORIOS VINDOBONA.

Mujica 73.—Santiago.

Sírvanse enviarme gratis, folletos explicativos de la Crema de Oriente Vindobona.

NOMBRE .. ..

... ...

DIRECCION .. ..

... ...

como una convalecencia del cuerpo y del espíritu. Una laxitud de los miembros y en el pensamiento como si el cerebro hubiera sido siempre una página en blanco y las manos hubieran acabado de nacer. ¡Así de débiles!, y así todas como un niño con las lágrimas suspendidas de los ojos, temblando porque no me escribían o por la carta que acababa de recibir. Es que a todos mis dolores, se ha agregado uno nuevo de esos que no me faltan nunca y que son como mi agua y mi pan. La vida es dura, amigo. Más da la piedra que suele ser reposo y dar llama y calor bajo el martillo".

A poco de llegar a La Serena, y palpando la Peralta el ambiente de frialdad que cercaba a Gabriela escribió un artículo, resuelta y valientemente, y que le ocasionó no pocas molestias. Pero esta historia requiere capítulo aparte.

(Continuará en el próximo número).

Miguel Munizaga Iribarren.

LA SERPIENTE AMARILLA

(Continuación de la pág. 22).

---

y nadie llegaría a enterarse.

Li Fu levantó la vista.

—¿Por qué vinisteis a buscarme?... Yo no soy socio de vuestro *tong* y vos tenéis centenares de hombres que son como esclavos vuestros...

Fing-Su dió unos golpecitos a la pipa, quitando la ceniza, hizo un gesto para que la chinita no volviera a llenarla de tabaco y se recostó en los cojines de seda que tenía a su espalda.

—El sabio dijo: "El esclavo debe ser ordenado y el amo será servido" — contestó. — Yo no puedo estar detrás de cada uno de mis hombres y decirle: "Haz esto". Si yo dijera: "Li Fu me ha ofendido y debe morir"... morirías, porque es cosa sencilla quitar la vida a una persona... Pero con ese otro hombre necesito ir con sabiduría y con astucia, porque si no lo hago, nada salvará mi cara.

Li Fu reflexionó su asunto haciendo girar sus dedos pulgares, mientras su rápida inteligencia trabajaba. Esto era más productivo que el contrabando de cocaína, su principal negocio, y representaba un camino más corto para llegar a la fortuna que el de colectar las monedas de cobre, en el juego prohibido del *fantán*. Su mujer, que no era blanca, sino lo suficientemente blanca, era muy competente para desempeñar el papel que él le había designado y tenía, ya, alquilado el local donde Fing-Su intentaba que disfrazasen un negocio más nefasto que el de modista.

Fing-Su conocía el proyectado salón de pruebas de Fitzroy Square y sabía las conexiones de Li Fu, pues todos los secretos del bajo mundo chino llegaban hasta él en forma de murmuraciones.

—Vos pagaréis primero — dijo Li Fu. Y a esto siguió una tranquila pero convencional disputa, pues nunca ha ocurrido que dos chinos se pusieran de acuerdo en el primer precio ofrecido.

Li Fu fué, al fin, despedido. Un hombre que había entrado en la pequeña antesala, estaba acostumbrado a que le hiciesen esperar, pero esta entrevista había durado más de lo que él pensó. El Mayor Spedwell estaba cansado y malhumorado.

—Y bien. ¿Han arreglado ustedes la cosa? — preguntó secamente.

Fing-Su le miró con los ojos entornados.

—Sí. Era inevitable — dijo.

—¿Cree usted que conseguirá hacerse con la muchacha sin más entorpecimientos?... Yo no lo creo — comentó Spedwell, dejándose caer en un sillón y encendiendo un cigarro puro. — Está usted jugando con fuego y no estoy muy seguro de que pasemos las próximas doce horas sin que nos molesten. Lynne ha llamado a Scotland-Yard.

—¡A Scotland-Yard! — murmuró el chino con una sonrisa irónica.

—No. No hay por qué reírse — advirtió Spedwell. — Cuando esos pájaros empiezan a moverse, lo hacen aprisa. Durante todo el día me han estado siguiendo.

Fing-Su se incorporó rápidamente.

—¿A usted?

Spedwell asintió.

—Ya suponía que esto le interesaría. Y voy a decirle algo más. Es seguro que la señorita Bray llevará escolta. Leggat ha cantado más de lo que nosotros suponemos. ¿Qué va usted a hacer con él? — preguntó bruscamente.

Fing-Su encogió sus hombros cubiertos de seda.

—Déjarle que haga lo que quiera... — dijo con indiferencia.

Spedwell mordió el cigarro y miró por las ventanas que empezaban a dejar entrar una luz blanquecina.

—Scotland-Yard ya está trabajando — dijo significativamente. — ¿Cree usted que el hombre que Lynne capturó habló más de la cuenta?

—Es posible — respondió Fing-Su, con cierto tono de cansancio o de impaciencia. — De todas formas, he decidido emplear la táctica que usted conoce. ¡Cuánto me fastidia este país! — y levantándose empezó a pasear de un extremo a otro de la habitación. — ¡Cosas que serían tan sencillas... en China!... ¿Dónde estaría Lynne a estas horas?... Probablemente sería un cuerpo decapitado y arrojado al Desierto de Gobi... o llevando un uniforme de soldado en los fosos de algún viejo castillo. ¡Esa mujer me interesa!

Se detuvo pellizcándose los finos labios.

—¿La señorita Bray? — preguntó Spedwell.

—Sí. ¿Me parece bonita?... Sí; bonita — se contestó a sí mismo. — Me gustaría verla con el vestido de nuestras mujeres. ¡Eso sería terrible para Lynne! Saber que en algún rincón de China..., en un sitio inaccesible... y con la barrera de mis ejércitos entre él y ella...

Spedwell se puso en pie, lentamente, con un gesto agresivo en su duro rostro.

—Ese sueño puede usted suprimirlo de su repertorio. Fing-Su — dijo con frialdad. — Ningún daño debe sucederle a esa muchacha... y menos esa clase de daño.

—¡Mi querido Spedwell!... ¡Qué interesante resulta todo esto!... ¡Qué valor tan extraño ven ustedes, los que hablan la lengua inglesa, en las mujeres, que hasta arriesgaría usted una inmensa fortuna! ¡Pero... estaba bromeando!... Nada significa ella para mí. Antes de perder la ayuda y amistad del amigo Spedwell... ¡dejaría perder a todas las mujeres del mundo!

Pero la inquietud de Spedwell no se disipaba tan fácilmente. Sabía cuándo y por qué se prescindiría de sus servicios; la hora se acercaba y Fing-Su haría un barrido de todas las influencias, que ahora le rodeaban y que entonces le estorbarían. Y como lo sabía, estaba preparado para ello.

—¿Cómo van desenvolviéndose las cosas en China? — preguntó.

—La hora se aproxima — dijo el chino en voz baja. — Los dos ejércitos se han puesto de acuerdo. Weipa-fu se moverá por el Sur de Harbin. Chi-sa-lo se ha concentrado a una distancia accesible a Pekín. Todo es cuestión de dinero. Los cañones ya han sido desembarcados..., pero no había necesidad de haberlos enviado. Todo lo que requiere Weipa-fu, son municiones y el equipo. Si yo pudiera conseguir el control de las reservas de la Concesión, sería empresa fácil. Los generales

quieren su parte... ¡Cuatro millones me harían Emperador de China!

Spedwell se acarició pensativo su diminuto bigote negro.

—Y, ¿cuánto tiempo le mantendrían en ese puesto de Emperador? — preguntó. Pero Fing-Su no parecía preocupado en ese aspecto.

Una vez en ese puesto, sería difícil hacerme abandonarlo — dijo. — El otorgamiento de concesiones identificaría a los Poderes con mi reino...

Spedwell escuchó, sorprendido, la calma de este hijo de un mercader que pretendía ocupar el trono que los Mings y los Manchús habían alcanzado con su valor.

Y mientras hablaban... el mundo empezaba a revivir a la luz y las obscuras líneas de la Torre del Conquistador, donde tantas ambiciones habían muerto, iban definiéndose y tomando forma, al abrirse el día...

CAPITULO XXVIII

El señor Esteban Narth había sido retenido en Londres toda la noche. Por vez primera, hizo su hija una cosa desprendida.

—No hay motivos para que molestes y preocupes a papá — dijo Mabel a su histérica hermana. — El señor Joe Bray dice que no intentaban hacerme ningún daño... Esa maldita gente me tomó por Juana.

—¿Joe..., Joseph..., es nombre judío?... — preguntó Letty entre curiosa y alarmada.

—El no lo parece — respondió, evasiva, Mabel.

Ocurrió que Clifford no había visto a la muchacha en el momento que le atacó Fing-Su, ni en la mañana siguiente. Sólo sabía que Mabel había sido tomada por su prima y esto le puso más intranquilo todavía. La primera visita que hizo, al llegar a Londres, fué a la jefatura de Scotland-Yard y allí recibió la satisfactoria noticia de que cierto número de detectives habían salido para vigilar la villa de Sunningdale.

—También necesitará usted que alguien le vigile — le advirtió el oficial con una sonrisa, al escuchar el relato que le hizo Clifford, del ataque de amoníaco. — Esa sorpresa del amoníaco es una martingala antigua.

Clifford Lynne asintió.

—Sí. No me siento muy orgulloso de mí mismo — confesó.

—Y en lo que se refiere a la señorita Bray — continuó diciendo el oficial — he enviado un hombre a Sunningdale con la orden de que la siga a todas partes. Acaba de telefonearme diciendo que como el automóvil de Narth sufre una avería, no le será difícil tenerla a la vista.

—¡Vaya! ¡Hay que agradecérselo a Dios! — dijo Clifford y regresó a su casa para hacer los preparativos del registro que pensaba efectuar aquella misma noche.

A las cinco de la tarde llamó por teléfono a la casa de Slater. Le contestó la voz de Joe.

—¡Oye! ¡Oye!... Acabo de hablar por teléfono con Juana — gritó Joe. — Acuérdate de lo que te digo: ¡Esa muchacha tiene talento!... Le he preguntado qué edad cree que tengo... y ¿qué te figuras que me contestó?...

—No me lo digas, no — suplicó Clifford. — Me aterra pensar que puede ser embustera. Escúchame, ahora. Tendrás que estar aquí a las once. Alrededor de las nueve, recibirás la visita de dos o tres hombres. Son detectives de Scotland-Yard y no tienen más misión que la de vigilar la casa de Sunningdale. Tan pronto como ellos lleguen, te vienes tú..., ¿me comprendes?

—Ella me dijo... — continuó Joe, con un trémolo sentimental en la voz: — "Me parece que le gusta usted a Mabel"... Esas han sido sus mismas palabras: "Me parece que le gusta usted a Mabel"...

—Pues no tendrá ninguna rival — contestó Clifford con desagrado. — ¿Pero tú has oído lo que te he dicho, vieja gallina loca?

—Sí. Te he oído — continuó Joe sin molestarse por ello. — Escúchame, Cliff... Ella me dijo... (quiero decir Juana)... Ella me dijo: "Nunca he visto a Mabel tan interesada por ningún otro"...

—¡A las once! ¿eh? — insistió Clifford.

—...¡a cualquier hora!... Eso es lo que dijo Juana...

—Pues no vuelvas a telefonear. Cualquiera de los criados o Narth... o lo que es peor, una de sus hijas, puede descubrir quién eres... y entonces, sí será cosa de decir: ¡Adiós, Mabel!

—No, no volveré a llamar por teléfono. Juana se ha marchado a Londres. Y, oye, Cliff, ella me dijo...

—¡Eh!... ¿Que se ha venido a Londres?...

Esta noticia dejó sorprendido a Clifford, pero antes de que pudiera interrogar a Joe, aquél continuó:

—Ha ido a comprarse trajes... Ese Narth no es tan malo, después de todo... Le ha dicho que puede gastar sin límite. No es un mal sujeto el viejo Esteban...

Clifford, pensativo, colgó el receptor. La generosidad era una virtud tan extraña en Esteban, que despertó sus sospechas.

(Continuará)

—¡Dices que Manuel ha muerto repentinamente! ¿Qué le pasó?
—Un camión.

EL PROPIETARIO. — ¿Sabe usted conducir un auto?
—No, señor.
—Perfectamente. Entonces tenga usted la bondad de quedarse cinco minutos cuidando del mío.

—Los actos son los que importan. Las palabras nada valen.
—Eso depende... ¿Usted ha puesto alguna vez un telegrama?

MOMENTOS MEMORABLES

El 27 de junio de 1930 quedé de ir a saludar a la pasada del tren, a mi amor; para eso tuve que dirigirme a una pequeña estación distante muy pocos minutos del pueblo en que yo residía, pudiendo ir y volver sin ser notada en casa. En nuestros coloquios estábamos, cuando parte el tren dejándome sin poder regresar ese dia a casa, pues no había otro, por lo tanto había que esperar hasta el dia siguiente. Los detalles están de más; baste saber que debido a este incidente soy hoy una mujer casada y feliz y recordando a cada paso esa fecha inolvidable y el trencito mediador.

No está de más agregar que mi familia se oponia tenazmente a mi matrimonio y ante las circunstancias y por el prestigio, hubieron de acatar los designios de mi destino.

DICHOSA

Le envío mi momento memorable. El momento más memorable de mi vida ocurrió un mes atrás. Venía yo del vecino pueblo en tren, sola y por demás aburrida, cuando, galantemente, un desconocido joven y elegante, me ofrece la revista "Familia" que ahora es causa de mi dicha. Tuve que darle los agradecimientos, y con este motivo entablamos amena charla. Ahora él es mi prometido, el único y primer amor.

Lilian Reyes R.

La alegría más grande que he tenido fué cuando aprendí a nadar.

Era tanto el entusiasmo que tenía, que hubiera querido estar todo el dia en la playa mirando a todos los nadadores; pero yo sólo iba en las mañanas a bañarme. Practiqué lo más que pude y puse en ello tanta fuerza de voluntad, que llegó el dia en que aprendí nadar yo sola.

Hace ya dos temporadas que voy con mis amigos a las playas y con ellos me interno en el mar. Todos me felicitan, pues dicen que soy muy valiente, ya que a la edad de 12 años no conocía el mar ni tenía la menor idea como era. Hoy tengo 17 años y soy una destacada nadadora.—*Sirena* (Valparaíso.)

Mosaico femenino

POR REBE

Quince años tiene Rosario. Quince años que ya conocen el tormento angustioso de los deseos.

En su cabecita precoz mil hilos sutiles y traidores tejieron una ilusión de oro. Nunca había salido del pequeño pueblecito, perfumado y riente como una primavera...

Pero la ciudad, lejana y fantástica le producía un vago desasosiego, una dulce angustia. Soñaba... Luces, música, lujos, amores... ¡Pobres quince años, que tan presto olvidaron las muñecas y la inocencia!

A toda hora, la persigue y la tortura esa visión maravillosa que se ha forjado de la capital. Es preciso que acuda a su llamado. La ciudad embrujadora seduce, incita, atrae... ¿Cómo van a poder resistir tanta atracción sus débiles quince años?

Una noche, con el corazón palpitante en un latir acelerado y cruel, Rosario, decidida, avanza, quedo, de puntillas. Sabe bien dónde va, ha estudiado el camino.

A un viejo amigo de su padre que aloja aquella noche en su casa, le hurta doscientos cincuenta pesos. Y con el alba, huye hacia lo desconocido. Quiere abandonar para siempre el alero, el pueblecito riente y perfumado. Y envuelta en las brumas de la madrugada, su pequeña silueta se pierde en el camino que viene a Santiago...

Horas después, el grito incesante: "¡Rosario! ¡Rosarioo!... ¡Rosariooo!..."

Cabizbajo y dolorido, vuelve el anciano de la carretera polvorienta. Ha implorado en vano; sólo el eco ha respondido a sus llamados angustiosos.

Rosario se ha ido tras el embrujo de la capital...

El diario da cuenta en forma escueta del epílogo del drama. Los carabineros lograron aprehenderla, y ante el juez, severo y dispuesto a castigarla por ladronzuela y abandono del hogar, confesó todo.

Pero, ¿de qué servirán castigos, encierros, súplicas y quejas?

La telaraña de ilusiones ha enredado demasiado sabiamente su loca cabecita. Pequeña mariposa inconsciente, un dia cualquiera terminará por quemar su vida en las brillantes luminarias de cabarets y salones de la gran ciudad...

REBE.

1.—Combinación trabajada con hilos tirados. Lindo monograma.

2.—Rasos brillante y opaco han sido empleados en este modelo de simple hechura.

3.—En ésta se une al corte la gracia de las pequeñas alforzas.

4.—Encaje, crepe y pliegues de lencería han servido para ésta.

5.—Larga combinación-enagua, con canesú de fino encaje.

6.—Sobre el lado opaco del crepe satén se han incrustado flores realizadas con el lado brillante del género.

7.—De espumilla con punto turco, bonitamente dispuesto.

8.—Incrustaciones de encaje hechas al realce.

9.—Sostén y calzón con bandas de encaje incrustadas.

PARA LAS NOVIAS

Talleres "Familia", Santa María 076.— Santiago de Chile

CUIDADO CON SUS VIAS RESPIRATORIAS

TOS BRONQUITIS

desaparecen rapidamente con

BRONCOSAN GEKA